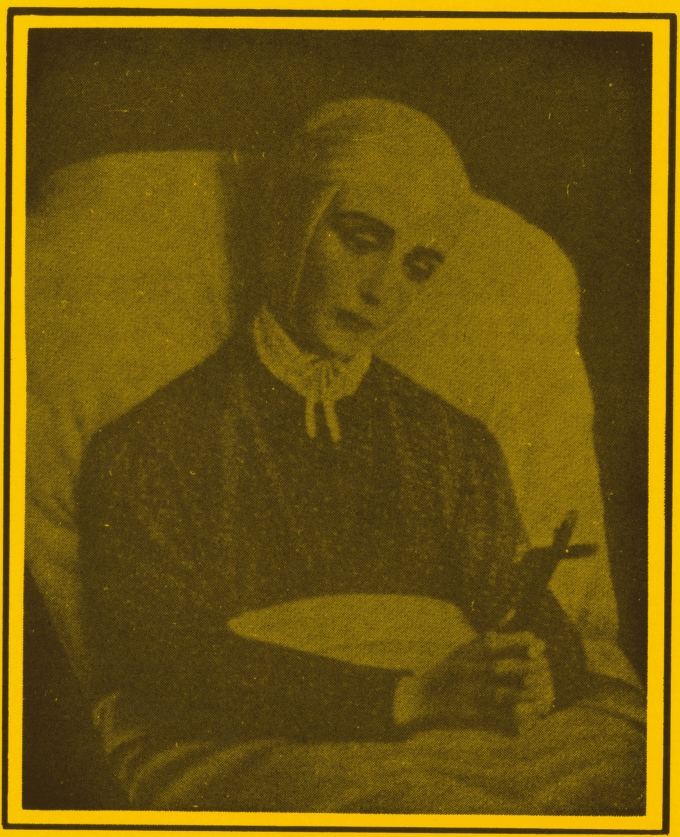
Ana Catalina EMMERICK



Visiones y Revelaciones Completas

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. José Fuchs, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
Daniel García - Mansilla

Estudio crítico por
Juan Carlos Moreno

Tomo Primero
Libro I

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

Al amparo del Decreto del 15 de Noviembre de 1966, publicado en el "ACTA APOSTOLICAE SEDIS" el 29 de Diciembre siguiente, (Volumen 58, Nº 16), las materias que se tratan en el presente Libro no requieren Censura Eclesiástica, por haber sido derogado por Su Santidad el Papa Paulo VI el Canon 1399 del Derecho Canónico.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. — *Das arme Leben und bittere Leiden unseres Herrn Jesu Christi und seiner heiligsten Mutter Maria, nebst den Geheimnissen des Alten Bundes nach den Gesichten der gottseligen Anna Katharina Emmerick, aus den Tagebüchern des Clemens Brentano, Herausgegeben von P. C. E. Schmöger, aus der Congregation des allerheil. Erlösers. Regensburg, New York u. Cincinati. Druck und Verlag von Friedrich Pustet. — Imprimatur. Ratisbonae, die 23 Januarii, 1892. † Ignatius, Episcopus Ratisbonensis.*

2. — *Das leidende und verherrlichte Gotteslamm Leben, Leiden und Verherrlichung Jesu. Nach der Gesichten der gotteligen Anna Katharina Emmerick, und den Aufzeichnungen Klemens Brentano, von H. auf der Heide S.V.D. — Dritte Auflage, 1914. Steyl, Post Kaldenkirchen (Rheinland). Druck und Verlag der Missionsdruckerei.*

3. — *Vita della serva di Dio Anna Caterina Emmerick, scrita dal P. C. E. Schmöger, della Congregazione del SS. Redentore. Tradotta dall'originale tedesco dal Marchese Cesare Bocella.* Torino. Pietro Di G. Marietti. Tipógrafo Pontificio, 1869.

4. — *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre María, según las visiones de Ana Catalina Emmerick.* Edición española, por Guillermo Jünemann, Friburgo de Brisgovia (Alemania). Herder y Cía. Libreros editores pontificios, 1911.

5. — *Vergessene und verleugnete Wahrheiten vollständige Verifizierung der Gesichte Anna Katharina Emmerick,* por Johann Seidl. Graz, 1930. Verlagsbuchhandlung "Styria".

6. — *Vida de la Venerable Ana Catalina Emmerick,* por el Padre Carlos E. Schmöger, Redentorista. Friburgo de Brisgovia (Alemania). 1910. B. Herder.

7. — *Neue Lebensbeschreibung der Seherin von Dülmen,* por Anna K. Krane. Colonia.

8. — *Die Wiedergabe Biblischer Ereignisse in den Gesichten der Anna K. Emmerick,* por Mons. L. Richen. Herder.

9. — *La Douloureuse Passion de N. S. Jesus-Crist,* por el abate Cazalés, 26ª edición. París, 1873.

10. — *Der heutige Stand der Anna K. Emmerick. Forschung.* P. Stokmann, S. J. — Stimen der Zeit.

11. — *Vida, Paixao e Glorificaçao do Cordeiro de Deus, segundo as visoes da Anna C. Emmerick. Juiz de Fora.* P. Lelemann, S.V.D.

12. — *Vie d'Anne Catherine Emmerick,* por el padre Carlos E. Schmöger, versión del Canónigo E. de Cazalés, París, 1868.

13. — *Das Leben und Leiden unseres Herrn Jesu Christi und seiner Mutter nach den Gesichten der Anna K. Emmerich,* por K. Büche. Pustet.

14. — *Anna K. Emmerick,* por el Canónigo Francisco Spirago, Praga.

15. — *Vie de la Sainte Vierge*, por E. de Cazalés, París, 1854.

16. — *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Traducido del francés, 6ª edición. Librería Católica del Amo, Madrid, 1896.

17. — *Leben der heiligen Jungfrau María*, 1916.

18. — *La Conjuration Antichretienne*, por Mons. Henri Delassus. Desclée, De Browver et Cie. Lila, 1910.

19. — *Vie de N. S. Jesus-Christ D'apres las visiones de la Soer Anne-Catherine Emmerick*. París, Castarman, 1860.

20. — *Zur Emmerichfrage*, por el Dr. Hermann Cardauns, Köln, Bachem, 1915.

21. — *Life of Anne Catherine Emmerick*, por el P. Ruland.

22. — *Visions D'Anne Catherine Emmerick sur la vie de Notre Seigneur Jesu-Christ et le tres Sainte Vierge*. Por Fr. Josseph-Alvare Duley. Pierre Tequi. París, 1930.

23. — *Las revelaciones de la pasión y muerte de Jesús*, por Sor Ana Catalina Emmerick, Editorial Difusión, Buenos Aires, 1944.

24. — *Vida de la Santísima Virgen*, versión castellana de Carlos y Simone Rodríguez Pinto y María Luisa Cortabarría. Prólogo de J. B. de Levillier. Espasa Calpe Argentina, S.A., Buenos Aires, 1944.

PROLOGO

Pienso que la publicación de las obras completas de Ana Catalina Emmerick, la dolorida estigmatizada y vidente de Dülmen, tan extraordinariamente favorecida, puede resultar de gran provecho y consuelo en estas horas turbadas porque atraviesa el mundo actual, bajo los tremendos flagelos que merecieron pasados errores como castigo por las gracias rechazadas.

En una reciente encíclica el Santo Padre recomienda empeñosamente a los fieles el estudio asiduo de las Sagradas Letras: la Biblia y los santos Evangelios, donde se realizan y completan las divinas promesas.

Quien se ha familiarizado con las obras escritas bajo el dictado de Ana Catalina Emmerick, no hallará en sus páginas más que nuevos motivos para creer y esperar con esa confianza filial y sencillez ingenua que enseñaba posteriormente Santa Teresita del Niño Jesús, por cuanto los sublimes textos se hallan allí tan felizmente ilustrados, que para nuestra imaginación moderna, a la vez vagabunda y encadenada, colindante con la insanía, en un mundo gastado y marchito, que de todo ha abusado, dichas evocaciones ofrecen un auxiliar admirable para la meditación.

Tal es, por lo menos, el fruto de mi modesta experiencia personal, que señalo por cuanto pueda significar.

Puedo asegurar que cuando me encontraba en Roma, en representación diplomática del Gobierno argentino ante la Santa Sede, muchos personajes de la Curia, entre ellos monseñor Pizzardo, hoy Cardenal, mi venerado amigo, recomendaban el texto de La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, *según las visiones de Ana Catalina, para meditación durante la Semana Santa.*

En la última noche de un año que para mí fué atroz, consigno estas pocas palabras, "cual en su nido gime el pájaro solitario", (sicut nycticorax in domicilio)

DANIEL GARCÍA-MANSILLA.
(Ex Embajador Argentino ante la Santa Sede)

Buenos Aires, diciembre 31 de 1944.

ESTUDIO CRITICO

I. *CARACTER DE LAS VISIONES*

Con profunda veneración escribo estas páginas acerca de las visiones de la monja estigmatizada Ana Catalina Emmerick (*).

Confieso que ninguna obra me ha conmovido tanto, me ha ilustrado tanto, fuera de las Sagradas Escrituras, como las revelaciones de esta mujer distinguida con los dones excepcionales de las criaturas privilegiadas.

Pienso que por designios de Dios, que reserva sus secretos, vuelve a hablarse apasionadamente de estas visiones, después de casi medio siglo de olvido, acaso para renovar motivos de meditación y de fervor en este mundo materializado, insensible y sombrío.

En Ana Catalina se cumple cabalmente la profecía bíblica, donde el Señor dice por boca de Joel: *Derramaré mi espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones.*

Las revelaciones de Ana Catalina tienen la virtud de avivar el alma adormecida, suscitar deseos de perfección, estimular el amor por las cosas sobrenaturales y despejar el corazón obstruído con tantos años de errores, supersticiones y viscosidades inaprehensibles.

Aunque la visionaria humildemente no les atribuye otro valor que el meramente humano, sus visiones llevan el sello de la divinidad, porque se mueven en la atmósfera milagrosa. Son tan vastas como la historia universal, tan hermosas como la creación, tan seductoras como los misterios de Dios.

La mente del hombre genial no puede imaginar lo que ella ha revelado, porque el limitado espíritu humano no sube a tales alturas ni desciende a tales honduras, en lo visible y en lo invisible.

(*) — La Editorial Guadalupe ha adoptado la forma *Emmerick*, en lugar de Emmerich, por hallarse consignado así el apellido en la fe de bautismo y en el acta de profesión religiosa de Ana Catalina. La *Liga Emmerick*, constituída en Alemania para encausar los trabajos de beatificación de la sierva de Dios, ha resuelto escribir las actas y documentos del proceso, en la Curia y en Roma, con la nueva ortografía.

El espíritu de Ana Catalina lo ve todo, y lo ve todo en presente, como lo ve Dios, porque es Dios quien ve por ella: ve lo que sucedió antes de la creación, durante la creación y después de la creación; ve las armonías de los coros angélicos y la rebelión de Lucifer; ve la formación del primer hombre y el nacimiento de la primera culpa; ve el desarrollo de la humanidad, agobiada bajo el peso inexorable de la caída, a través de los siglos, y ve la promesa de la redención hasta la restauración del orden natural viciado; y ve el decaimiento de la humanidad en la generación de la gracia, la lucha entre el poder de las tinieblas y el poder de la luz, y la nueva restauración en el orden glorioso concebido por Dios.

La vidente nos habla del Paraíso, del Purgatorio y del Infierno con más exactitud que el Dante en *La Divina Comedia;* nos relata la caída de Adán y Eva con más ciencia que Milton en *El Paraíso Perdido;* nos descubre las artimañas del diablo con más sentido que Goethe en *Fausto;* nos muestra la vileza del corazón humano con más realidad que Víctor Hugo en *Los Miserables;* nos presenta un análisis del alma más atormentador que el de las obras de Dostojenskij; y nos deleita con más dulzura y emoción que los mejores poemas pastoriles y novelas idílicas de todos los tiempos.

Supera en extensión y profundidad a las revelaciones de santa Hildegarda, santa Matilde, santa Gertrudis y Teresa Neumann, la estigmatizada de nuestros tiempos.

Ella confirma y complementa lo que han dicho los santos y los doctores, traspasa los conocimientos del común saber, se sumerge en la contemplación del mundo elevado, mucho más allá de lo que puede alcanzar la sabiduría humana. Por eso lo que ella revela, si no fuera ciencia humana, sería ciencia divina o ciencia diabólica; mas como todo tiende a la glorificación de Dios y a la condenación del Diablo, su ciencia es ciencia divina.

Y como la meditación de estos escritos no produce mal, sino bien; no aleja de Dios, sino acerca a Él; no inclina hacia el mundo, sino hacia el Cielo: se deduce, de su atento examen, que están inspirados por Dios. Este es, a mi juicio, el mejor argumento del carácter divino de las visiones.

Porque una pobre mujer, como la monja de Dülmen, de menguada ilustración, que sólo conocía la historia sagrada a través de una edición popular, que no ha frecuentado la universidad ni ha tenido maestros eminentes, que ha permanecido casi toda su vida postrada en cama aquejada por indecibles dolores, que nació en una aldea que apenas conocía a causa de su exis-

tencia retraída y piadosa: por sólo humano poder no pudo hacer lo que hizo, ni por sólo humano saber no pudo decir lo que dijo. Esta mujer no podía saber lo que los apóstoles por infusión del Espíritu Santo supieron; ni obrar lo que los santos por divina inspiración obraron; ni entender la ciencia profana como el magnetismo, ni la ciencia sagrada como la teología; ni conocer de la historia los sucesos y nombres desconocidos, ni de la geografía la toponimia ya extinguida, ni menos saber de arqueología, de idiomas, de razas, de tribus, de tradiciones arcaicas, de meteorología, ni de los tres reinos, ni de los cuatro elementos, ni de los astros y constelaciones.

Si no admitiéramos aquí el soplo del Espíritu Santo, no podríamos concebir que una aldeana, martirizada por los sufrimientos, nos hablara, como nos habla, con tanta erudición, ortodoxia y delicadeza, del Paraíso terrenal, del proceso de la Redención, de Melquisedec, de la casta de los esenios; ni aportar datos tan precisos del templo de Jerusalén y lugares de predicación de los apóstoles y discípulos de Jesús, ni explicar los símbolos litúrgicos con tanta sencillez y elevación como no lo han hecho los exégetas ni los historiadores sagrados.

¿Eran vanas esas visiones? ¿Eran sueños ilusorios? Cuando tales visiones y sueños reviven la historia universal, descubriendo episodios verídicos, ampliados con detalles ignorados, pero verosímiles; dando los nombres exactos de pueblos desaparecidos o existentes; relatando la vida de personajes de la antigüedad; describiendo escenas sagradas desconocidas aunque posibles, con seguridad y lógica, sin alardes, llorando cuando el cuadro que presencia es triste, alegrándose cuando es jubiloso, con simplicidad infantil, despojándose de todo mérito personal, porque todo lo atribuye a Dios, sin esperanzas de beneficios terrenales, y, a pesar de todo, atribuyendo valor puramente humano a lo que dice, en cuanto que ella es sólo vehículo, aunque describe el más excelso drama de la historia: el sentido común proclama claramente a la razón y a la fe que todo esto es verdad.

¿Qué otro signo de veracidad es menester, superior al efecto saludable, ennoblecedor, que produce en las almas la lectura de estas revelaciones? Lo que hace bien, es bueno; lo que incita a la virtud, es santo; lo que mueve hacia Dios, no puede ser sino de Dios.

Si se hubieran reunido, para ponerse de acuerdo, los más calificados escritores, poetas, historiadores, geógrafos, arqueólogos, astrónomos, teólogos y exégetas, no hubieran logrado rea-

lizar una reconstrucción de la historia antigua y moderna, ni nos hubieran dado una descripción y explicación de la vida, pasión y muerte del Redentor más lógica, más noble ni más perfecta que las que nos presenta Ana Catalina Emmerick a través de sus contemplaciones.

El carácter de sus visiones es de tal índole, que, al describirlas, aunque se traten de cosas abstractas, la vidente lo hace por medio de imágenes concretas, accesibles generalmente a la común comprensión.

Ve una imagen de la Santísima Trinidad, el magno misterio católico, y, al verla, conoce de manera inefable la vinculación eterna de las tres divinas Personas. Ve a la Virgen y a los coros angélicos, y explica sus jerarquías y el sentido de sus movimientos armoniosos. Ve la rebelión de los ángeles y define, en términos incomparables, el proceso tenebroso de la degradación, y nos da, por primera vez, la noción de los espíritus que tuvieron un principio de arrepentimiento, esparcidos en el espacio, que serán juzgados al fin del mundo.

Ve el Sol, la Luna, los planetas y los meteoros, y los describe con detalles que superan los conocimientos astronómicos respecto de su estructura y de la naturaleza de sus habitantes.

Ve la magnificencia primitiva del orden natural creado, la belleza y la potencia del primer hombre, y explica admirablemente el origen de la primera culpa, la sustancia del pecado, el oscurecimiento del cuerpo y del alma humanos, y, análogamente, el desorden iniciado en la naturaleza caída.

Jamás he leído nada tan preciso, tan correcto, tan accesible al entendimiento y conforme a la fe, y, al mismo tiempo, tan maravilloso, como el relato de la creación de Adán y Eva, con el conocimiento que la vidente recibe de los movimientos iniciales de la culpa y de la creciente malicia que surge de la mujer hasta caer en la tentación. Aquí he hallado la explicación satisfactoria de la sucesión del pecado de Adán a todo el linaje humano, con la raíz y los brotes, renovados constantemente, de los frutos viciosos que produjo en nuestros primeros padres y que heredaron todos los hombres, en quienes se extendió y deformó gradualmente. De luminoso como era el hombre, se tornó oscuro por fuera y por dentro, quedando expuesto a la influencia maligna de los ángeles, como él caídos; y al mismo tiempo se oscurecieron y degeneraron los animales y las plantas que lo rodeaban.

Ve a los patriarcas y a los profetas, relata las circunstancias principales de sus obras y la significación de sus actos;

completando detalles inconclusos del sagrado texto, como, por ejemplo, la misión de Melquisedec, el personaje misterioso a quien Abrahán reverenció como a mensajero angélico, destinado para fundar ciudades y prefigurar la consagración de la Eucaristía en el primer sacrificio de pan y vino.

Describe el Purgatorio, con los padecimientos de las almas penitentes, según los pecados, y nos trasmite la premura de sufragar por estas almas, que no pueden valerse por sí mismas; conforme con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que dice: "La oración por los difuntos es más agradable a los ojos de Dios que la que se ofrece por los vivos, porque aquéllos tienen una grandísima necesidad y no pueden socorrerse a sí mismos como los vivos".

Estando cierta vez en el Purgatorio, separada de su conductor por una montaña infranqueable, a través de la cual lo veía, experimentó tan vivo deseo de encontrarse a su lado, que casi perdió el conocimiento. "Ese vivo deseo que tú sientes, lo sienten las almas para que las socorran", díjole el ángel.

"Llename de espanto —comenta luego ella— el horrible abandono y el desperdicio que se hacen de las gracias de la Iglesia que en tal abundancia son ofrecidas a los hombres y que éstos tan poco aprecian, mientras que las pobres almas las anhelan y desfallecen a causa del deseo que tienen de ellas".

Ve el Infierno con sus horrores, el limbo de los justos con sus esferas, los premios de la vida futura, la gloria de los santos. Ve el descendimiento de Jesús a las regiones tenebrosas, después de su expiración en la cruz, el rescate de los justos y el encuentro con Adán y Eva en la región neblinosa donde aguardaban ardientemente el instante de la redención.

Ve la Iglesia triunfante, la purgante y la militante; explica la perfección de la primera y la imperfección de la tercera, la suplencia de la Iglesia celestial sobre las faltas de la terrenal, y lo aclara con imágenes de la manera más satisfactoria posible.

Define la oración por su sentido, sus grados, sus efectos, su eficacia con la distribución de los méritos, y muestra maravillosamente la vinculación existente entre las plegarias y las obras de los ángeles con la comunión de los santos en el cielo y en la tierra.

Ve los trabajos de la Iglesia Católica, las actividades del clero y de los fieles; se comunica espiritualmente con el Sumo Pontífice y lo asiste en sus tribulaciones. Ve las maquinaciones de las sociedades secretas y de las sectas protestantes, que trabajan activamente para demoler la nave de Pedro; ve su demo-

lición gradual y su restauración parcial; y milagrosamente ora, viaja, sufre y expía por las necesidades de la Iglesia, por el fortalecimiento del Papa y por la debilidad e infidelidad de los cristianos.

Ve los movimientos de los cismas y de las instituciones heréticas, sus triunfos y sus derrotas, con particulares elementos que en ellas intervienen; ve la difusión de las doctrinas racionalistas y positivistas, cómo se inician y se desarrollan, y las peligrosas consecuencias de la falsa ciencia, de la escuela laica. de los matrimonios mixtos, de la excesiva libertad y de las prácticas perversas.

Ve los pecados humanos y su contenido; a los que se obstinan y a los que se arrepienten y enmiendan. Participa con oraciones y actos en la conversión de pecadores, en la reconciliación de discordias, en la rectificación de confesiones mal hechas.

La contemplación en tiempo presente de sucesos pretéritos, nos hace pensar en la supervivencia de las cosas: todo lo que ha sucedido permanece en alguna parte y acaso volverá a reproducirse alguna vez para honra de los buenos y vergüenza de los malos. Sin duda consolará a unos y espantará a otros la consideración de que todo lo que se ha hecho, a la luz o a la sombra, subsiste, y un día será exhibido.

Otro aspecto de Ana Catalina se manifiesta en los numerosos viajes que realiza, pocas veces corporales, por el don de la bilocación, la mayoría de las veces espirituales, a regiones terrenas o extraterrenas, en el orden primero a todos los pueblos de la tierra, principalmente a Europa y Palestina, al Asia y al Africa, y, ligeramente, a la América.

Sus viajes son más atractivos que los imaginados por los novelistas, los cuales, con ser irreales, no tienen tampoco la universalidad y la significación que los que realiza Ana Catalina. A la visión se añade, en éstos, la verdad: son espirituales, pero son verdaderos, mientras aquéllos, a lo sumo, podrán ser verosímiles.

Explica el fin de estos viajes, siempre realizados en compañía de su Angel Custodio, que la guía e instruye, y a quien obedece con fidelidad. Marcha sobre mares, montañas, desiertos; intérnase bajo tierra, en las catacumbas romanas, en los sepulcros egipcios, en los modernos túneles, cuyas características describe. En sus múltiples vuelos a Tierra Santa describe al Belén antiguo y al Belén moderno, estableciendo sus cambios, con más seguridad de lo que podría describir su pueblo natal, según su declaración. Destácase entre estas excursiones

la que hace a Abisinia, orientada por el alma de una anciana hebrea convertida, quien le muestra una comunidad que seguía la tradición más o menos pura de Israel, donde conoce a una mujer extraordinaria destinada a ejecutar grandes obras en favor de su pueblo, y a quien induce a la conversión. La pintura del paraje, de los edificios, de la arquitectura, de los pobladores y de las costumbres resulta sencillamente sorprendente.

Admirable es la visión del Monte de los Profetas, lugar inaccesible, en la cumbre del Tibet, adonde llega la visionaria después de atravesar la India y de hablar de su flora y de su fauna: maravilloso paraje, delicado y ensoñador, donde halla un solo habitante, el profeta Elías, al parecer, junto al carro que lo arrebató por los aires, que ordena en su tienda el archivo de los conocimientos trasmitidos por el ministerio de los ángeles, y separa los libros malos de los buenos, a la espera de los últimos tiempos. Dice que las aguas que desde allí descienden dando origen al sagrado río del Ganges, son las que antes habían caído, por la evaporación, del Paraíso terrenal, ubicado en el espacio. La imaginación se exalta ante la magnificencia del lugar, se transporta desde el Génesis hasta los maravillosos arcanos de Dios que algún día conoceremos.

Más admirable resulta todavía la visión vagarosa del Paraíso terrenal, que la vidente sitúa en lugar extraterreno, sobre el Monte de los Profetas, y vinculado con éste. Describe en el Edén la notable disposición de los árboles y de los ríos, la hermosura de los animales en su pureza primitiva, la muchedumbre y variedad de las flores, de los pájaros y de los reptiles. Entre éstos se detiene minuciosamente en uno, de cuatro extremidades cortas, que adquiere la estatura de un niño al pararse en las posteriores, de cuerpo elástico y apariencia graciosa, que acompaña frecuentemente a Eva, y del cual el diablo se posesiona: la serpiente que, más tarde, condenada por Dios a arrastrarse sobre su pecho, pierde las extremidades y se torna viscosa. Ve, además, junto a la muralla de las aguas cristalinas, a dos santos guardianes, como adormecidos sobre un césped de incomparable suavidad y colorido.

Muchas veces contempla sucesos cuando éstos se están produciendo, en su país o en el extranjero. Otras veces los ve en futuro, cuyo sentido sólo conoce cuando se lo explica su conductor, en lo que se comprueba que ella no es más que un mensajero. Entre las visiones proféticas están el auge del liberalismo, el decaimiento de la fe, la maldad enseñoreándose en diversos países. Ve ángeles distribuyendo plagas por doquiera:

guerras, hambre, peste, convulsiones políticas. Ve en rápida visión a España, tierra de héroes y de santos, humillada y menoscabada. Ve a la triste Italia destrozada y a París destruído, y ve una cinta roja en torno de Alemania.

Las visiones se remontan a los años inmediatos venideros, a las grandes persecuciones profetizadas para los tiempos finales, con nuevos y copiosos mártires, con la desolación de la tierra, como jamás estuvo, y con la misma Bestia del mar señalada con pormenores que no figuran en el *Apocalipsis*. Ve a los miembros de las sociedades tenebrosas colaborando en la obra demoledora del Anticristo; y ve la derrota del monstruo, el triunfo de la Virgen y la restauración de todas las cosas con más lozano esplendor que nunca.

Otra fase original de las visiones se observa en la actividad que desarrolla la vidente durante sus éxtasis. Mientras los cuadros desfilan bajo sus místicos ojos, ella no permanece pasiva, no se limita a ver y a contar; sino que tiene activa participación en lo que presencia. Interviene decididamente en muchas escenas, que adquieren de este modo un nuevo carácter, sólo explicable sobrenaturalmente por la comunión de los fieles. En esto difiere también de otras santas visionarias.

Cuando era pequeña veía al niño Juan Bautista y jugaba con él. En la gruta de Belén ayudaba a la Virgen María y alzó al divino Infante varias veces en brazos. En la visión del escritor agonizante, tentado por el demonio, le asiste para confesarse bien. Impide que una joven deshonrada arroje en una ciénaga a su hijo recién nacido. Evita que un ladrón logre consumar su robo. Ayuda a evadirse de Sicilia al infeliz integrante de una banda de malhechores que deseaba enmendarse. Libra del naufragio a varios tripulantes y hace tornar a la casa paterna al joven que la había abandonado. Sufre indeciblemente al presenciar el sacrilegio en una iglesia. Coopera con ciertas almas del Purgatorio llevándoles la pesada carga de sus expiaciones. Cuando trabaja en la viña, se cansa y lastima limpiando, escardando y transportando fardos, y al despertarse, en su lecho, experimenta las fatigas verdaderas de la jornada y aparecen en su cuerpo señales de rasguños y caídas sufridas visionariamente.

Al regresar de sus viajes espirituales y verse en cama, piensa, consternada, que ha sido en vano lo que ha hecho, y exclama: "Cuando estoy viajando o ayudando a alguno, todo me parece natural y verdadero. Mas he aquí que me hallo enferma, en mísero estado, dentro de casa". Y el ángel le responde, ilus-

trándola con admirable teología: "Todo lo que se desea hacer y padecer de corazón, por Jesucristo, en favor de la Iglesia y del prójimo, se hace y se padece realmente en la oración".

Muchas veces cargó con las tribulaciones y enfermedades de otras personas, que no tenían paciencia para soportarlas. Tosía y padecía dolencias corporales por quienes llevaba estos males, de los cuales los enfermos se veían libres cuando ella los tomaba.

Durante la pasión de Jesucristo se reproducían en su cuerpo y alma los sufrimientos del Redentor: sentíase azotada, cargaba con la cruz a cuestas, sus manos y sus pies eran horadados por los clavos, su costado alanceado, su cuerpo izado en el leño, y padecía los espasmos agónicos del Hijo de Dios.

II. *RASGOS SOBRESALIENTES*

Dice Jesús en los Evangelios: *Nada hay oculto que no deba ser descubierto, ni escondido que no haya de ser conocido y publicado.*

Fué el mismo Señor quien ordenó a Ana Catalina que dictara sus visiones, cuando juzgó, para bien de las almas, que muchas cosas escondidas debían ser descubiertas.

No ha habido nadie que tuviera como ella tantas visiones ni de tal naturaleza, según su propia confesión: "He conocido que nunca ha visto nadie estas cosas en el grado y medida en que yo las he visto, y que no son mías, sino de la Iglesia".

Así se explica que en sus revelaciones haya cosas enteramente desconocidas por nosotros, extraordinarias por su trascendencia, que habíamos deseado conocer vivamente y no podíamos; porque no hay sincero amante de Jesús que no anhele saber mayores detalles de su vida, de la que tan sobriamente nos hablan los Evangelios.

Las más importantes contemplaciones se refieren a la vida de Jesús y de la Virgen. Son extensas, minuciosas, llenas de pormenores preciosos, circunstancias encantadoras, que tienen el detallismo y la precisión que reclaman los presentes tiempos analíticos.

A través de estas biografías completas conocemos a los antepasados de la Virgen, a San Joaquín y a Santa Ana, a la comunidad de los esenios, que vivían en el desierto, dedicados al pastoreo, llevando un régimen ascético, muchos en celibato voluntario, en la expectativa de que surgiera entre ellos el Salvador prometido. Las particularidades de los padres de María, sus virtudes, dolorosas ansiedades, separación y encuentro en

el templo de Jerusalén; el recibimiento por San Joaquín del don sagrado trasmitido desde Abrahán a los vasos de selección; la concepción inmaculada de María, su nacimiento, infancia y gracia cautivadora, su ingreso en la congregación de las niñas vírgenes, sus actividades, vestidos, modales, peculiaridades adorables, su desposorio con San José, después de la providencial elección: están realizados con vivacidad, realismo y circunspección, que le conceden, al mismo tiempo, fuerza de verdad y emoción de gracia divina.

Las visiones prosiguen con la vida del Patriarca, poniendo de relieve sus oraciones, mortificaciones, mansedumbres y esperanzas. La vidente habla de la casa de Nazaret, que describe exterior e interiormente; del cariño y apoyo que Ana presta al santo matrimonio. Se refiere inefablemente a la anunciación del arcángel Gabriel, a la aceptación de la sierva elegida y al aplastamiento simbólico de la cabeza de la serpiente, predicho en el Génesis. Muestra los muebles de la pieza y la disposición de María en el momento de la gloriosa anunciación. La Virgen contaba poco más de catorce años cuando tuvo lugar la encarnación del Verbo.

El texto evangélico se refiere parcamente a la Virgen María, para mejor realzar la divinidad de Jesucristo. La tradición le ha conferido, empero, el lugar excelso que ocupa en la Iglesia. Pocos pasajes tan tiernos como el viaje que emprendieron los santos esposos a Belén, con motivo del empadronamiento, las privaciones y desaires que sufrieron en el camino y en la misma Belén, la angustia del Patriarca al no encontrar albergue para la gravidez y fatiga de María, su decisión final de refugiarse en la gruta, que conocía desde su mocedad, descripta en los menores detalles.

Nunca he leído nada tan conmovedor como el preludio del nacimiento del Redentor del mundo, los dulces afanes de la Madre, la visita de los pastores y la adoración de los Reyes Magos. Acerca de los príncipes orientales nos descubre la vidente aspectos sugestivos: su procedencia, sus estudios astronómicos, la tradición secular existente en sus dinastías del nacimiento del Salvador, la aparición del meteoro con la doncella y el Niño, el encuentro de los reyes cerca de una ciudad en ruinas, el séquito numeroso, los riquísimos presentes que llevaban a Judea, la afabilidad de los monarcas con sus familiares, su alegre magnanimidad, el viaje de veinticinco días a través del desierto, las zozobras en Jerusalén al desaparecer la estrella orientadora y al enterarse que se ignoraba el nacimiento del

Rey de los judíos, la entrevista con Herodes, la reaparición de la estrella y su seguimiento hasta que se posara encima de la gruta. La entrada de los monarcas con sus vestiduras religiosas, la prosternación frente al Niño a quien ofrecen sus presentes con palabras candorosas y amorosas, como asimismo la ternura y gratitud que demuestra la Madre de Dios ante el homenaje, están descriptos con tal sencillez y viveza que el lector no puede menos de sentir con admiración que allí se reproduce fielmente aquella hermosa apoteosis milenaria.

Ana Catalina se enternece al ver a los Magos que han hecho tan largo viaje para agasajar al Rey de los reyes anhelado, y exclama: "¡Oh, qué felices se sentían de adorar al Niño Rey aquellos buenos hombres venidos de Oriente! Viendo esto me decía a mí misma: Sus corazones son puros y sin mancha, llenos de ternura e inocencia, como corazones de niños piadosos. No hay nada violento en ellos, y, sin embargo, están llenos de fuego y de amor".

Acerca de la degollación de los inocentes nos dice que muchas madres, engañadas por los emisarios de Herodes, habían llevado sus hijos al lugar de la ejecución. El viaje a Egipto tiene capítulos inolvidables, entre otros, las privaciones de la Sagrada Familia en el desierto, el extravío y orientación en la montaña abrupta por medio de animales salvajes; el alojamiento en la cabaña de los bandidos, donde cura de la lepra el niño que se lava con el agua donde Jesús se ha bañado; el derrumbamiento de los ídolos en la ciudad egipcia de Heliópolis; las persecuciones de que son objeto por los idólatras; los trabajos y actividades religiosas de San José, ayudado por el Niño; los quehaceres del divino Infante, su acompañamiento con niños residentes y sus amarguras al ver la depravación en que vivían muchos israelitas del lugar.

Más adelante relata el regreso a Nazaret y la participación de la Virgen en la vida de Jesús: el conocimiento secreto que tenía, aunque velado, de la divinidad de su Hijo, y su corredención en la pasión. Jesús la distinguía preferentemente y le había presentado a sus discípulos. Ella los recibía en su corazón y poco a poco los tomaba como hijos propios, uniéndolos en sus plegarias y en sus bendiciones, como la Madre espiritual, tierna y santa, que más tarde se manifestó al mundo. Después de la Ascensión vivió en Efeso, donde fundó el *Via crucis* con estaciones de piedra que conducían a un montículo detrás del cual había una tumba. Con cálida emoción está referida la llegada de los apóstoles al lecho de muerte, el entierro, la nube mila-

grosa que se cierne sobre el sepulcro, y el descubrimiento, la misma noche, a la llegada de Santo Tomás, de que el santo cuerpo había desaparecido. La descripción de la Asunción está hecha con trazos inspirados: de otro modo no se hubiera podido expresar este misterio gozoso que la Cristiandad admite por tradición, aunque todavía no esté definido dogmáticamente.

Lo más importante de las revelaciones está en la vida de Jesucristo. Allí figura todo lo que con rara sobriedad relatan los cuatro Evangelistas, y mucho más. Hay pasajes, que en el sagrado texto aparecen incompletos u oscuros; pormenores de las actividades del Señor. como sus vinculaciones juveniles antes de la predicación pública; sus viajes, a Egipto para recorrer los lugares que había conocido en su infancia con sus padres, y a Oriente, para devolver la visita a los Reyes Magos, adoctrinarlos y anunciarles el bautismo que más tarde habrían de llevarles los discípulos.

Hay numerosos milagros no consignados en los Evangelios, que no podrían contenerlos todos, porque sus autores tampoco los conocían; como, por ejemplo, la conversión curiosa de un rabino judío, la reproducción de la imagen de Jesús en el boj enviado al rey Abgar, la doble resurrección de la hija de Jairo, las curaciones del niño lunático y de la mujer erotomaníaca. Hay muchos detalles ilustrativos de la conversión definitiva de María Magdalena. Lázaro ocupa un lugar destacado en las visiones del Nuevo Testamento. Jesús lo estimaba por sus virtudes y era de los pocos a quienes abrazaba al saludar. Lázaro era "'alto, suave, severo, muy silencioso y modesto" Era riquísimo y magnánimo y el que ordinariamente proveía a los gastos de la comunidad. Su resurrección está pintada con impresionante dramaticidad. Hacía ocho días que había fallecido, cuatro insepulto y cuatro sepulto. Había ido al limbo y comunicado a un círculo de almas justas el punto de la redención en que se hallaba Jesús. Recibió, antes que los apóstoles, los siete dones del Espíritu Santo, porque había conocido muchos secretos de ultratumba y porque era él mismo un símbolo de grandes misterios.

Están descriptas las ciudades palestinenses y los lugares por donde el Señor predicaba, con detalles singulares; están señalados los caracteres de las personas que intervienen, sus vestidos y costumbres; están denunciados los estados de ánimo de los fariseos y saduceos, y la disposición espiritual de los paganos, de los pobres y de los enfermos a quienes Jesús atiende, y al mismo tiempo enunciados los nombres de figuras evangé-

licas a quienes la vidente menciona como quien se halla familiarizado con ellas, por ejemplo, el de Lea, la mujer que había exclamado: "¡Bienaventurado el seno que te llevó!"

Se halla extensamente relatado el viaje de Jesús a Chipre: la disposición de las embarcaciones; la visita a la casa de Bernabé, en Quitro; la recepción del gobernador de Salamina; la predicación a los judíos y paganos residentes; la conversión de quinientos setenta, a los que más tarde aludiría en parábolas cuando se refiriese "al Señor que va a tomar posesión de un reino extraño", que son los gentiles.

Los pasajes más culminantes de la redención constituyen los sucesos de la última Cena, la agonía en el Huerto de los Olivos, el proceso judicial ante Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, el camino al Calvario en medio de la turbamulta, el enclavamiento y la crucifixión. Tal vez quiso Dios que muchos detalles del Cenáculo y del Huerto permanecieran ocultos hasta estos tiempos, en que la lectura renovada de la Pasión, con el descubrimiento de fases conmovedoras, contribuyeran a enfervorizar las almas de un mundo donde la piedad se había notablemente disipado.

Los movimientos minuciosos y solemnes realizados por Jesús durante la última Cena son, al parecer, los mismos que más tarde imitaron los sacerdotes para celebrar el sacrificio de la Misa. La agonía en la gruta de los Olivos es una de las pinturas más escalofriantes. A través de ella apreciamos la gravedad del pecado y la extensión de los sufrimientos de Jesús, que expió como Dios y como hombre, por los pecados de todos, desde Adán hasta el último hombre, por los que se salvan y por los que se condenan. Frente a las imágenes de los delitos que desfilan ante los ojos del Salvador, dice la vidente que era inexpresable "el dolor y el espanto que sobresaltaron el alma de Jesús a la vista de estas terribles expiaciones". Y añade admirablemente: "Me pareció que la voluntad divina del Hijo se retiraba hacia el Padre, para dejar caer sobre su humanidad todos los padecimientos que la voluntad humana de Jesús pedía a su Padre que alejara de Él".

He aquí los más relevantes pormenores, dolorosos y preciosos, revelados por Ana Catalina: el cordero pascual fué herido por el Señor en la habitación principal del Cenáculo; al acercarse Jesús a Pedro para lavarle los pies, dijo a los demás apóstoles: "Cuando Yo me vaya, él ocupará mi lugar"; después de la distribución del cáliz, Judas salió ya poseído por el demonio; apareció la luna sobre la montaña cuando el Señor y

los once apóstoles salieron en dirección al Monte de los Olivos; el Huerto de los Olivos estaba separado por un sendero del Jardín de Getsemaní, donde aguardaban, durante la agonía, los ocho restantes; la gruta donde el Señor padeció la horrorosa agonía había servido de refugio a Adán y Eva después del pecado; los veinte soldados que acompañaban a Judas y a los fariseos, caídos en tierra al oír la voz de Jesús, se convirtieron más tarde; el Señor, preso y maniatado, al cruzar el puente del Cedrón, fué arrojado al río, hiriéndose y dejando impresas sus sagradas huellas sobre las piedras apenas cubiertas por las aguas; antes de llegar al palacio de Anás, un soldado, compadecido, le desató las manos para que no se hiriera al caer, y otro le dió de beber; un ministro del pontífice abofeteó al Salvador con un guante de hierro, haciendo sangrar la santa faz; Anás envió a Jesús a casa de Caifás con un cetro de caña de cuyo extremo pendía una calabacita que contenía absurdas acusaciones escritas; Pilatos había dado prenda a Claudia Prócula su mujer, de que no condenaría a Jesús, y después de haber claudicado cobardemente, aquélla huyó y se hizo cristiana; la práctica del *Via crucis* fué iniciada por María Santísima la misma tarde del viernes, al recorrer piadosamente los lugares por donde había padecido su divino Hijo; un extranjero, apiadado ante la cruel flagelación en la columna, en un arranque de coraje detuvo los azotes y cortó las correas que sujetaban al Señor; antes de cargarla sobre sus hombres, Jesús abrazó y besó su cruz; los dos ladrones condenados a muerte iban detrás del Redentor llevando solamente las traveseras de sus cruces; acompañaba a la Verónica, en el momento de enjugar el divino rostro, una niña de nueve años que ofreció a Jesús un vino aromatizado, que los alguaciles no le permitieron beber; al despojarle de sus vestiduras en el Calvario, le arrancaron violentamente la corona de espinas para poder sacarle la túnica inconsútil; mientras clavaban cada mano del Señor en la cruz un alguacil apoyaba la rodilla en el divino pecho; como los pies no alcanzaran a la tabla donde debían apoyarse, estiraron con cuerdas las sagradas piernas, descoyuntándolas y haciendo crujir el pecho del Redentor; el pie izquierdo fué atado sobre el derecho y ambos clavados con treinta martillazos; al poner brutalmente el madero en el hoyo el Crucificado padeció horriblemente, y la dolorosa exaltación fué presenciada por la Virgen y las santas mujeres; en el momento de expirar el Salvador, partióse en dos la roca que había entre su cruz y la del mal ladrón; resucitaron varios muertos y el profeta Jeremías se apareció en el tem-

plo anunciando el fin del antiguo sacrificio y el comienzo del nuevo; antes de sepultar a Jesús los circunstantes contemplaron, maravillados, que en el lienzo se había reproducido milagrosamente la imagen del divino Cuerpo con las sagradas heridas.

Al describir la exaltación de la cruz sobre el Gólgota, dice: "Fué un espectáculo horrible ver, en medio de los gritos e insultos de los verdugos, a la cruz vacilar un instante sobre su base y hundirse temblando en la tierra; mas también se elevaron a ella voces piadosas y compasivas. Las voces más santas del mundo, las de las santas mujeres y de todos aquéllos que tenían el corazón puro, saludaron con acento doloroso al Verbo humanado elevado sobre la cruz. Sus manos vacilantes se alzaron para socorrerlo; pero cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con grande estruendo, hubo un momento de silencio solemne: todo el mundo parecía penetrado de una sensación desconocida hasta entonces. El Infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz que se hundió, y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el limbo lo oyeron con alegría llena de esperanza: para ellas era el anuncio del Triunfador que se acercaba a las puertas de la redención".

Relata con vigor el estremecimiento del mundo cuando expiraba el Redentor; el rápido eclipse solar; los muertos que aparecen en casa de sus parientes; la compunción de Abenadar, el centurión árabe que reconoce a Cristo y abandona su cargo; el lanzazo brutal de Casio atravesando el pecho de Jesús cuando quebraban las piernas de los ladrones, y la curación de su vista al recibir el chorro de agua y sangre; el piadoso descendimiento de la cruz y la atención enternecedora de la Virgen que arranca una por una las espinas clavadas en las sienes de su Hijo; el embalsamamiento del cadáver, la sepultura y la custodia bajo la vigilancia de Casio, cuyos ojos se han abierto a la fe y ha recogido en un frasco la divina sangre.

Están descriptos los rasgos fisonómicos de Jesús y de María. A través de esta pintura moderna observamos la majestad del Señor, la disposición adorable de sus facciones, algunas peculiaridades de su humano carácter, donde despuntáse, empero, la naturaleza divina. La imagen de la Virgen está realizada con suavidad, como algo perfecto, delicado, al mismo tiempo sereno y fuerte. No así María Magdalena, quien, a pesar de su rara belleza, presenta el aire de desesperación propio de un temperamento humano todavía imperfecto. San Juan Bautista está retratado con vigor y singularidad; aquí comprendemos mejor la magna misión del hombre a quien Cristo llamó el más grande de

los profetas: su niñez solitaria, su juventud austera, su inocencia infantil, su temperamento denodado, su reconocimiento sobrenatural de la divinidad de Cristo, a quien sólo había visto dos o tres veces y a quien preparó cuidadosamente el sitio bautismal, en el mismo espacio del Jordán por donde los israelitas habían cruzado el Arca de la Alianza. Los apóstoles están señalados con sus rasgos principales. Jesús probó tantas veces a Pedro y le hizo padecer vergüenza y humillaciones, con sus errores y claudicaciones, para fortalecer su fe en Él sólo. Aquí se aprecia la progresiva preparación de los apóstoles y de los discípulos acerca del verdadero Mesías y del Pan bajado del cielo que habían de comer.

A veces, en medio de sus éxtasis visionarios, Ana Catalina se interrumpía repentinamente para contemplar una escena completamente distinta, que tenía, empero, vinculación con la que presenciaba. Cuando relata la permanencia de la Sagrada Familia en Maratea, Egipto, que llega a una fuente cegada, hace una disgresión para añadir que allí habíase detenido Job para ofrecer holocaustos. Cuando describe la flagelación de Jesús en la columna, en medio de los acerbos dolores que se reflejan vívidamente en su cuerpo, antes de pasar a la coronación de espinas, la vidente se transforma de improviso, reanimándose, porque ha visto a San José niño que jubilosamente la convida a apartar sus ojos de la penosa coronación, para jugar, rezar e internarse con él en la gruta del pesebre, donde nació el Redentor y donde mucho antes el Patriarca se había ocultado escapando de sus hermanos.

Entre otros conocimientos inefables del descendimiento de Jesús a los infiernos, para rescatar las almas de los justos recluídas en el limbo, nos muestra su recorrida triunfal hasta la boca del espantoso antro, y, su regreso al sepulcro, para enseñar a los patriarcas las llagas de su Cuerpo, al que los ángeles reintegran piadosamente los fragmentos de carne desprendidos durante el suplicio, escena que los patriarcas siguen con piedad y adoración.

La vidente refiere íntegramente la vida de Casio, llamado Longinos, su conversión y martirio con dos compañeros; la de José de Arimatea, su prisión, evasión milagrosa y muerte con cuarenta mártires, y la del centurión Abenadar que en el momento de la expiración reconoció que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios.

En cierta ocasión que Ana Catalina hablaba del Santísimo Sacramento, entristecida, en medio de sus dolores, por la distracción con que algunos sacerdotes celebran la Misa, tuvo una

revelación singularísima. Después de conocer el significado del santo Sacrificio celebrado en el altar sobre las reliquias de los santos, nos descubre que el sacrificio de la Cruz se consumó sobre los huesos del primer hombre.

"Vi los huesos de Adán descansar en el monte Calvario y por cierto algo sobre el nivel del mar, exactamente debajo del lugar donde Cristo fué crucificado. Miré dentro de una cueva y vi el esqueleto de Adán. Vi que las aguas del diluvio habían dejado intacto este sepulcro; que Noé tenía en el arca parte de esos huesos, que los puso en el altar cuando ofreció el primer sacrificio, como después hizo Abrahán, y que los huesos que éste colocaba en el altar eran los mismos de Adán, recibidos de Sem. Así, la muerte de Jesucristo en el Calvario, sobre los huesos de Adán, es una significación de la santa Misa, que se celebra sobre las reliquias que están en el ara del altar. Los sacrificios de los primeros patriarcas eran una preparación de este sacrificio de la Misa. Mediante los huesos que los patriarcas ponían sobre el altar, recordaban a Dios sus promesas".

Tanto estas revelaciones, como un sinnúmero de milagros de Jesús, evidencian la misión extraordinaria que Dios quiso dar a esta humilde sierva para nuestro conocimiento y consuelo. Sería una temeridad negar que el Señor haya hecho más obras y milagros de lo que consignan las Sagradas Escrituras, porque el mismo San Juan Evangelista da testimonio de esto al final de su Evangelio: *Jesús hizo también muchas otras cosas: si se quisiera ponerlas por escrito, una por una, creo que el mundo no bastaría para contener los libros que se podrían escribir.*

III. *VIDA Y MISION*

Sólo a un vaso de selección podía el Señor descorrer el velo de sus altos misterios. Ana Catalina fué mujer predestinada desde su nacimiento hasta su muerte. No sólo fué un ser privilegiado por sus visiones: lo fué también por su vida extraordinaria.

Nació el día de la natividad de la Virgen, de quien iba a ser insigne imitadora: el 8 de setiembre de 1774. Fué bautizada el mismo día en la aldea de Flamske, diócesis de Münster; y ya gozaba de la singular prerrogativa, a semejanza de la Madre de Dios, de conocer las cosas sensibles: sabía que la llevaban a bautizar, que su bondadosa madre le daba el pecho, que la tuvieron en brazos tres ancianas antipáticas; veía la granja y el camino que conduce a la parroquia. Sus ojos se abrieron prodigiosa-

mente durante la ceremonia, y vió a su Angel de la Guarda. Vió también a la Virgen con el Niño Jesús, y "fuí desposada con Él —dice ella misma— mediante la entrega de un anillo".

Conocía las imágenes de los santos y veía brillar sus huesos. Ese día ya tuvo una visión de sus antepasados y un símbolo de los padecimientos de su vida. Nos sería muy duro aceptarlo, si no tuviéramos el testimonio de su biógrafo, el padre Carlos Erardo Schmoeger, provincial de los Padres Redentoristas de la Alta Alemania.

La cabaña natal era tan pobre como la gruta de Belén. Los padres de Ana Catalina eran laboriosos y piadosos. Admiraban su vivacidad y su dulzura, y la tenían sus parientes y vecinos por niña prodigiosa.

Dios le dió un Angel de la Guarda para que la guiara e ilustrara. Igual que las almas bienaventuradas, ella veía a su ángel en todo el esplendor de su belleza. El ángel la instruía en la doctrina, le enseñaba lo que debía hacer, le explicaba los símbolos y la guiaba en sus viajes espirituales. Ana Catalina se crió en una atmósfera de sobrenaturalidad. De ahí que no lo advirtiera cuando era pequeña y supusiera que muchas almas estaban asimismo asistidas. Dios permitió que así fuera para que no la envaneciese el pensamiento de que ella sola poseía dones tan excepcionales de que carecían los demás.

La mayor delicia de su padre consistía en escucharla después de las faenas rurales, en las que ella le ayudaba. Alzábala sobre las rodillas y le decía: "Anita: cuéntame algo". Ella le relataba entonces los admirables episodios de la Biblia con tal viveza y patetismo, que su padre, conmovido, le preguntaba: "¿Adónde aprendiste eso, hija mía?" Y ella respondía graciosamente: "Esto es así, papá, porque así yo lo veo". El buen labrador permanecía silencioso y meditativo.

A los cinco años oraba frecuentemente con los brazos en cruz; practicaba el *Via crucis*, muchas veces arrodillada sobre la nieve; comenzaba a mortificarse en la comida; repartía con sus amigas lo que poseía; sufría por los demás y deseaba cargar con los dolores ajenos para aliviarlos; rezaba por las faltas de los niños. Desde pequeña poseyó la ciencia infusa y sabía que todos los cristianos son miembros del cuerpo místico de la Iglesia y se corresponden recíprocamente. Tenía visiones de los sucesos del mundo, cercanos y lejanos, de peligros, de robos, de naufragios, de enfermos impacientes, de prisioneros afligidos, de viajeros extraviados, de moribundos abandonados; y oraba fervientemente para que Dios los socorriera.

A los siete años recibió por primera vez el sacramento de la Penitencia, después de haberse preparado con un examen y dolor propios de personas adultas; y confesábase de sus visiones porque la madre la reprendía constantemente, atribuyéndolas a supersticiones. A los doce, recibió la Eucaristía, de la cual había sido debidamente ilustrada por el mismo Salvador, y pidió ese día a Dios "que la hiciera buena y se cumpliera en ella su voluntad".

Tenía quince años cuando se produjo la Revolución Francesa, que vió en cuadros impresionantes. Fué transportada en espíritu por su Angel Custodio hasta la prisión de la reina María Antonieta y la del rey Luis XVI. Después contó a sus padres y a sus nueve hermanos que había visto a la reina y había admirado la resignación del monarca francés. No le creyeron, como le ocurrió con otras visiones extrañas: la tuvieron por hechicera y se burlaron de ella. Como Ana Catalina creía inocentemente que muchos gozaban de su clarividencia, al enterarse que no era así, se volvió reservada y se abstenía de relatar sus maravillosas visiones.

A los trece años comenzó a trabajar fuera de su hogar, con un pariente, en faenas de labranza. A los quince la madre la llevó a casa de una amiga para que aprendiera el oficio de costurera, en los que demostró un arte delicadísimo; y dos años después fué con otra, como oficiala de labores, donde permaneció hasta los veinte. Entro a servir en casa del organista Söntgen, para aprender el órgano y poder ingresar en el convento, su mayor aspiración, porque careciendo de la dote pecuniaria, le exigían que, por lo menos, supiera tocar ese instrumento. Pero lo que allí ganaba lo invertía en limosnas; y no pudo aprender el órgano, porque tenía el tiempo ocupado en las oraciones y el socorro de los necesitados. De modo que ni juntó para la dote ni aprendió a tocar el órgano para cumplir su deseo de enclaustrarse.

Hacía todas sus obras obedeciendo los designios divinos. Iba de un lado a otro, corporal o espiritualmente, y desde su lecho desplegaba una labor intensa. Confeccionaba vestidos para los pobres, visitaba a los enfermos, asistía a los moribundos y los ayudaba a morir reconciliados con Dios. Evitó muchos delitos, enmendó a muchos pecadores, realizó muchos trabajos ajenos, cargó con las culpas de muchos. Se condolía con las penas de los demás. Cuando algún enfermo no podía soportar sus dolores, ella pedía al Señor esos dolores, y el Señor se los enviaba.

A pesar de su extrema pobreza nunca le faltó con que socorrer a los pobres. "Por especial bendición de Dios —dice su biógrafo— pudo Ana Catalina dar todos los años tan abundantes

limosnas de todo género, que su valor excedía en mucho los ciento ochenta táleros que tenía de pensión".

Desde su niñez se había habituado a luchar contra el demonio, que trataba de doblegar su voluntad e impedir sus actos de virtud y de socorros al prójimo. El enemigo del linaje humano parecía comprender que se hallaba frente a un ser privilegiado que le desbarataría muchos planes. Ana Catalina lo venció siempre, hasta en las más horribles acometidas. Su intrepidez llegó al extremo de acudir varias veces por la noche a un terreno baldío, poblado de fantasmas, donde rezaba de rodillas, con los brazos en cruz, hasta ahuyentar a los malos espíritus.

Joven aún, antes de entrar en el convento, comenzaron a manifestarse en su cuerpo las señales de las llagas de Jesús, cuyo nacimiento le producía indecibles dolores físicos, los cuales se esforzaba para ocultarlos a las personas que la rodeaban.

Sentía un singular amor por la pasión de Jesucristo. Durante la Misa veía realmente el drama del Calvario. Veía a Jesús en la Hostia, a veces sangrando. Tan vivamente había deseado padecer los sufrimientos de Jesús e identificarse con la vida total de la Iglesia, que el Señor le concedió, además de los estigmas, una gracia extraordinaria: la gracia de ver y seguir con fidelidad el círculo del año eclesiástico, de modo que sentía en alma y cuerpo las festividades religiosas de cada día, y por ello se alegraba, se entristecía, oraba y solemnizaba en concordancia con el sentido peculiar que expresan las celebraciones litúrgicas.

Tenía un vehemente deseo de ingresar al convento: Recién a los veintiocho años, después de incontables dificultades, como ocurre con las grandes vocaciones, entre las cuales estaba la misma oposición de sus padres, entró en el monasterio de las monjas agustinas de Agnetenberg, de Dulmen.

En el convento ignoraron a este ser angélico. Ana Catalina sufrió la incomprensión de las monjas. que atribuían a superchería y a orgullo sus dotes sobrenaturales. Adivinaba sus intenciones, repetía sus palabras secretas, sus contravenciones a la regla monástica. Aquéllas se escandalizaban y le crearon un ambiente ingrato. Su pobrísima celda, la peor del convento, era para ella un refugio tan encantador, que decía: "Esta pobre celda era para mí tan completa y magnífica, que me parecía que se encerraba allí el cielo". Finalmente hizo profesión religiosa en 1803.

Ana Catalina se mortificaba rigurosamente en la comida y el sueño. Castigaba su cuerpo virginal. A este propósito dijo el

deán Bernardo Overberg, su director espiritual: "Antes de entrar en el convento, Ana Catalina mostró mucho mayor rigor con su cuerpo que después, porque no sabía que estas asperezas no deben practicarse sin permiso del confesor. Las que ella me enumeraba como insignificantes, consistían en cadenas y cuerdas que se ceñía, y en un vestido interior del paño más grosero que podía hallar, hecho por ella misma".

La Revolución Francesa había ejercido una influencia nefasta en la misma Alemania: contribuyó a la relajación de las costumbres, a la secularización de la cultura, al auge del racionalismo. Sobrevinieron guerras, convulsiones, persecuciones, que culminaron en 1811 con la disolución de los conventos y monasterios. El 3 de diciembre fué suprimido el monasterio de Agnetenberg, y las monjas agustinas se dispersaron.

Ana Catalina estaba a la sazón muy enferma, y el abate Lambert la condujo, a principios de la Cuaresma de 1812, a casa de la viuda de Roters. Allí se vió privada de la regla conventual, de la grata soledad, de la capilla, del Santísimo Sacramento. Sentíase en lugar extraño, en una habitación que daba al rumor de la calle y por cuya ventana se asomaban los curiosos. Los que tienen un poco de delicadeza comprenderán mejor las congojas que padecería esta alma angelical.

Era tal su postración y el dolor que le producían las llagas, que el padre dominico Limberg le administró el Viático, creyendo que estaba en los últimos instantes. Reaccionó, sin embargo, y el 2 de noviembre se levantó, por última vez, para tomar la comunión en la iglesia parroquial. Desde entonces ya no le fué posible salir del lecho.

Con todo, era tal su afán de volver al convento, que en una declaración que hizo su amiga Gertrudis Ahaus ante las autoridades eclesiásticas, con motivo de los estigmas, dijo: "Mostró tal deseo de entrar en algún convento que cuando yo le dije que estaban casi todos suprimidos, me respondió que aunque a los ocho días de estar en el monasterio fuera colgada, quería, sin embargo, entrar en él, y que prefería la orden que fuese más rigurosa".

El 23 de octubre de 1813 fué trasladada a casa del panadero Limberg, hermano del dominico, donde vivió hasta 1821, época en que Brentano le consiguió un nuevo alojamiento.

Sufrió mucho a causa del examen de que fué objeto por sus estigmas y sus visiones. Vióse sola en muchas circunstancias, rodeada de civiles y eclesiásticos, que la examinaban, interroga-

ban y martirizaban de mil modos para comprender racional o científicamente lo que no tenía explicación humana. Ella los llamaba sus perseguidores, y aunque algunos la trataban con amabilidad, adivinaba sus intenciones. "Había algunos tan falsos y malignos —contaba— que es imposible decirlo: éstos eran los que obraban del modo más lisonjero y blando, mientras más duramente me maltrataban".

Padeció también por los sinsabores que sufrió Clemente Brentano, el compilador de sus visiones. En una visión simbólica de la recolección de frutos, le fué revelado que los escritos de las visiones serían desechados en su país y llevados al extranjero. "Producirá, con todo, —añade— buenos frutos en otras partes, y desde allá la benéfica influencia llegará también a estos lugares".

Porque aquellas visiones que desde pequeña la habían deleitado, ilustrándola sobre conocimientos tan elevados, y que acalló guardándolas para sí, porque no la creían, no permanecieron desconocidas. Dios tenía destinado al hombre que las recogería y publicaría dignamente. Llegó un día a Dülmen el celebrado escritor y poeta Clemente Brentano, atraído por la fama y el misterio que rodeaba a Ana Catalina.

No bien traspuso los umbrales de la humilde habitación, ella lo reconoció, porque ya lo había visto espiritualmente. Tenía ella cuarenta y cinco años, y, según propia confesión, ya debía haber muerto si no tuviera que aguardar, por designios de Dios, a este hombre, a quien llamaba gráficamente el *Peregrino*. "He entendido en una visión que me habría muerto hace tiempo de no tener que ser conocidas estas cosas por medio del Peregrino. Él ha de escribirlo todo: a mí me toca únicamente anunciar las visiones".

Aparte de la dura misión que tenía de satisfacer y expiar por la Iglesia, el Señor le había dado expresamente el mandato de revelar sus visiones, para bien de las almas. "Yo te doy esta visión —le había dicho— no para ti, sino para que sea consignada: debes, pues, comunicarla".

Así fué cómo el Peregrino, que había ido por corto tiempo, permaneció en Dülmen, con breves intermitencias, casi seis años. Comprendió que debía colaborar en una nobilísima misión. Abandonó la posada y ocupó un alojamiento contiguo al de la vidente, para mejor ver, oír y copiar las maravillas que le dictaba aquel mensajero del cielo. "Dios me muestra abundantemente su gracia —decía—. Ana Catalina ha hecho grandemente por mí. Ahora soy su hijo espiritual".

Probablemente nadie mejor que el Peregrino conoció su virtud, su humildad sin nombre, sus dones ocultos bajo la sencilla apariencia humana, su candor infantil que tanto cautivaba, sus dolores indescriptibles, sus éxtasis inefables, sus horas de sombras y de luz, su corazón ardiente de caridad por Cristo, por la Iglesia, por el clero y por los desvalidos, y, finalmente, sus incomparables revelaciones, que constituyen un precioso tesoro de la Cristiandad.

Ana Catalina había pedido al Señor que le diera parte en su pasión, pues deseaba expiar por la Iglesia. Era un pedido terrible, seguramente, pero era un pedido sublime. Y Dios se lo había concedido. Un día comprendió, sobrecogida, que también debía padecer por el mundo. Su misión era, pues, también, expiar por la humanidad. He aquí su admirable declaración: "Poder sufrir tranquilamente me pareció siempre el estado más digno de ser deseado en esta vida".

Ella fué humilde, fué pequeña, fué desde la más tierna infancia dócil arcilla en las manos de Dios. Ella fué paciente, dolorosa y sumisa como una oveja. No se quejó, sufrió indecibleme nte muchos años, ya que su misión era sufrir, y pudo sufrir tanto porque el Señor y los santos la asistían. Ella fué un retrato de Jesús, una dulce corredentora; fué una perla preciosa y escondida, un tesoro apenas advertido por los hombres, a quienes amaba, por quienes oraba y expiaba en unión con Cristo.

La enfermedad, la parálisis, las persecuciones, los éxtasis, los santos estigmas, ya distinguen claramente un alma verdaderamente santa, preparada por Dios para recibir y anunciar las maravillosas visiones del universo, y particularmente la vida de Jesús y de la Virgen. Evidentemente sus expiaciones y sus visiones constituyen las dos grandes formas de su divina misión.

Después de la muerte del abate Lambert, en 1821, a cuyo sepelio asistió espiritualmente, su existencia se limitaba a sufrir y a relatar sus visiones.

Padecía indeciblemente. Soportaba las terribles acometidas de Satanás que la atormentaba de diversos modos. Parecía que iba a sucumbir. A medida que se acercaba el fin, aumentaban sus dolores.

Empezó el año 1824, atormentador: "Padece fiebre, dolores reumáticos y convulsiones; pero no cesa de obrar su espíritu en favor de la Iglesia y del prójimo", apuntó Brentano el 6 de enero en su diario.

El 12 escribió: "¿Quién podrá describir su espantoso estado de dolor?" El 19, el vicario Hilgenberg conversó con Brentano;

y aunque Ana Catalina no oía, adivinó lo que decían. "No me alaben, que se acrecientan mis dolores", exclamó.

El 27, Brentano la encontró más muerta que viva. Escribió: "Apenas puede tragar un poco de óleo de Santa Valburga. La fiebre colorea sus mejillas. Tiene las manos muy blancas y los lugares de los estigmas brillan como plata a través de la piel muy tirante". Al mediodía ella hizo llamar a la superiora de la disuelta comunidad, pues deseaba, como fiel religiosa, que estuviera presente cuando recibiera la Extremaunción.

El 6 de febrero Ana Catalina ordenó que al siguiente día, aniversario de la muerte del abate Lambert, se dijera una Misa. El 7 invocó incesantemente el auxilio divino. El 8, Brentano, de rodillas, oró, y le puso en la mano una reliquia que ella le había dado cuatro años atrás. El 9 murió, y Brentano comprobó que el relicario de plata, que contenía la reliquia, estaba roto.

Esa madrugada, después de recibir el Viático, la moribunda había exclamado: "Pronto se habrá concluído todo: entretanto permaneceré en la cruz". A las 5 agonizaba, besando con amor los pies del crucifijo. El confesor rezó las preces de los agonizantes. Tocó una campanilla, según la costumbre del convento de Agnetenberg cada vez que moría una monja. Diciendo "¡Ayúdame, Jesús!", Ana Catalina le entregó su preciosa alma.

IV. *LOS ESTIGMAS*

Entre los divinos dones que se conceden a las almas seráficas están los estigmas de la coronación de espinas y de las llagas que tuvo Jesús cuando fué crucificado.

A los veinticuatro años, antes de ingresar en el convento, Ana Catalina recibió las heridas de la coronación, mientras oraba en éxtasis en la iglesia de los jesuítas de Koesfeld, arrodillada frente a un crucifijo. El mismo Señor, bajo la figura de un mancebo resplandeciente, le imprimió la aguda corona sobre la cabeza. Esta fué la primera llaga, que empezó a hincharle y a sangrarle las sienes, produciéndole vivísimos dolores.

En 1808, siendo ya monja, en otro viaje efectuado a Koesfeld para visitar a sus padres, pidió a Jesús que le hiciera participar de todos sus dolores, aplicándolos particularmente para que las hermanas religiosas reconocieran sus faltas. Allí empezó a sentir ardores en los pies. Más tarde se le manifestaron las llagas, y fué entonces cuando supo, con temor, que no sólo padecería por las monjas, sino también por el mundo. Después de

una visión de la escena en que San Francisco recibe los sagrados estigmas, tiene ella misma la revelación del instante y la forma en que se le imprimieron las llagas, que relata en términos admirables.

Tenía treinta y ocho años, el 29 de diciembre de 1812, y ya estaba fuera del convento, en casa de la viuda de Roters, cuando se le manifestaron claramente los estigmas en las manos y en los pies. No quería mostrarlos a nadie, temiendo que la tuvieran por santa. "Dios me otorga lo que ciertamente no merezco —le dijo al deán Resing, uno de los miembros de la comisión investigadora eclesiástica— por lo cual le doy gracias; pero quisiera que ocultara estas gracias a los ojos de los hombres, pues temo que por ellas me crean mejor de lo que soy".

Tenía también la llaga de la lanza en el costado derecho, y dos pequeñas cruces en el pecho, una latina, otra aspada, la una debajo de la otra.

El padre Limberg apuntó en su diario el 28 de enero de 1813: "Desde entonces la he visto en éxtasis más o menos largo todos los días. Hoy le he visto las llagas en las plantas de los pies. Todos los viernes mana sangre de sus manos y de sus pies, y los miércoles de la doble cruz que tiene en el pecho. Desde que le he visto las llagas, no entra manjar en su boca".

Al principio se mantuvo en secreto el piadoso hallazgo, por deseos de ella y de los preocupados sacerdotes. Mas no pudo ocultarse por mucho tiempo; el milagro trascendió al público, y el 22 de marzo, por orden del deán Resing, se realizó una investigación, que presentó el siguiente informe:

"En el lado exterior de ambas manos hemos observado costras de sangre coagulada; debajo de esta costra estaba rota la piel. En la palma de ambas manos había también costras de sangre, pero más pequeñas. Las mismas costras se observaban en la parte superior y en el centro de la planta de los pies. Estas costras eran sensibles al tacto y por la del pie derecho había salido sangre hacía poco tiempo. En el lado derecho vimos, cerca de la cuarta costilla, empezando a contar desde abajo, una llaga como de tres pulgadas de largo, de la cual debe salir sangre algunas veces. En el hueso del pecho vimos unos rasgos circulares que formaban una cruz aspada, y, algo más adentro, una cruz ordinaria formada de rayas como de media pulgada. En la parte superior de la frente vimos muchos puntos como pinchaduras de alfiler que se extendían por ambos lados entre los cabellos. En el paño con que ella se ciñe la frente, se veían muchos puntos de sangre".

Poco después se realizó otra investigación de eclesiásticos y civiles, entre los que se hallaban los médicos Krauthausen y Wesener. Esta comisión mixta duró tres meses en sus exámenes. Durante ellos la paciente estigmatizada sufrió muchísimo. El resultado fué el mismo. Aquello era milagroso: la ciencia nada tenía que hacer allí.

Seis años más tarde fué ordenado otro examen por la autoridad civil, mucho más exigente y malicioso.

Fué increíblemente importunada y torturada a causa de sus estigmas. No conformes todavía con los exámenes realizados, querían trasladarla a Münster para ser de nuevo sometida a una revisión científica. Lograron persuadir al padre Overberg para que hiciera esta dolorosa exigencia; pero ella se resistió esta vez tenazmente, por comprender que esa no era la voluntad de Dios, ni contribuiría a la salud de muchos, como le argumentaban. Sus razones son admirables, y en una parte decía: "Si cinco mil personas no creen a diez hombres rectos y justos que dan testimonio de la verdad, tampoco veinte millones creerán a algunos centenares de personas".

Aunque no tenía llagas en la espalda, sentía dolores allí, como Jesus, producidos por la carga de la cruz. Cuando estaba en el convento, el Salvador le reveló que "la llaga de la espalda, en la cual los hombres piensan tan poco, le había causado grandes dolores, y que le agradaba tanto que fuera honrada, como le habría agradado que alguno, movido de compasión, hubiera tomado la cruz cuando Él la llevaba sobre sus hombros y la hubiera llevado por Él al monte Calvario".

Por espacio de cinco meses no pudo probar alimento, porque su estómago no lo toleraba. Alteróse en su organismo el orden natural de la circulación de la sangre, y el pulso estaba fuera de lugar. La sangre de las heridas corría en el mismo orden en que le había corrido a Jesús, aunque la estigmatizada estuviera acostada: desde la palma de la mano hacia la parte inferior del antebrazo; desde la frente y las sienes hacia adelante, hacia atrás y hacia el rostro y la nariz, aunque ella no inclinara la cabeza. Esto prueba el carácter sobrenatural de los estigmas. El mismo fenómeno se ha observado en las demás personas estigmatizadas.

Por esa época habían enmudecido los púlpitos y la doctrina estaba desterrada de las escuelas. Los sacerdotes eran perseguidos, se blasfemaba de los santos, y las cosas sagradas eran ridiculizadas. Ana Catalina suplía milagrosamente estas faltas con sus llagas y sus expiaciones. Padeció por el abate Lambert, que

había perdido la paz, por el párroco que había huído, por la autoridad que la suponía embaucadora, por los vecinos suspicaces. Ella les pedía doloridamente que huyeran y la abandonaran, ya que era motivo de escándalo.

Por eso Brentano pudo decir: "Esta mujer fué marcada con el sello del amor crucificado, para dar testimonio de este amor en el desierto de una época sin fe. ¡Qué difícil misión llevar ante los ojos del mundo y de los siervos del príncipe del mundo el sello del Hijo de Dios vivo, de Jesús de Nazaret, Rey de los judíos!"

Las llagas de Cristo son signos de predilección. Las personas estigmatizadas son vasos de selección. Por medio de ellas se reparan grandes escándalos, se expían muchos crímenes. Dios ha suscitado videntes y estigmatizados en todos los tiempos, desde San Francisco, en la Edad Media, el hombre que más perfectamente se asemejó a Jesús, hasta estos años contemporáneos.

Los estigmas son las heridas que hicieron al Redentor durante su pasión: los pinchazos de la corona de espinas en la frente, dos agujeros de clavos en las manos, dos en los pies y una abertura de lanza en el costado derecho. Completan el carácter de la estigmatización la lesión del hombro, producida por la cruz, y las llagas de la espalda, ocasionadas por los azotes en la columna de la plaza, frente al pretorio.

Los estigmas sangrientos son milagros expresivos que no tienen explicación natural ni científica. Sólo las almas ardientemente piadosas se ven privilegiadas con las sagradas llagas, y casi siempre las han pedido o deseado ellas mismas. Aunque no todas conocidas, son numerosas las que han recibido este don. Muchas han pasado por el mundo ignoradas; en ciertos casos contadas personas lo sabían, tal vez el director espiritual únicamente. Se calcula que unas trescientas almas han gozado de esta dolorosa selección.

Algunas han sido canonizadas o beatificadas. Acerca de otras la Iglesia no ha dado su sanción oficial, aunque conservan la veneración del clero y del pueblo creyente. Por designios particulares de Dios unos estigmatizados realizan milagros, otros no: unos tienen visiones, otros no; unos trabajan activamente, otros permanecen recluídos en la contemplación claustral.

Mencionaremos a varios estigmatizados modernos, de diversos países, la mayor parte de ellos mujeres, vasos expiatorios más dóciles que los hombres en las manos de Dios.

María de Moerl. Nació en Kaltern, Tirol austríaco, en 1812, y murió en 1868. Tenía nueve hermanos, como Ana Catalina

Emmerick. Era débil y la distinguía una rara piedad desde la infancia. Perdió a su madre siendo muy joven, y la lloró por tres años. Perteneció a la Tercera Orden Franciscana. Hizo votos de obediencia y castidad, y repetía frecuentemente: "¡O sufrir, Señor, o morir!". Su primer éxtasis, a los veinte años, duró treinta y seis horas. Sus éxtasis eran solemnes y brillantes: los sentidos abiertos, aparentemente, los tenía, empero, cerrados para el mundo exterior. Durante tres meses acudieron a la modesta granja de Kaltern, en peregrinación, alrededor de cuarenta mil personas.

El 2 de febrero de 1834, fiesta de la Candelaria, comenzaron a surgir las llagas, primero en las manos, luego en los pies, finalmente en el costado "Eran éstas casi redondas y se extendían un poco a lo largo, tenían de tres a cuatro líneas de diámetro y permanecían fijas en las manos y los pies. El jueves por la tarde y el viernes dejaban correr con frecuencia aquellas llagas algunas gotas de sangre clara; en los otros días se veían cubiertas con una costra de sangre seca, sin que se pudiera notar inflamación, ni ulceración ni vestigio de linfa" (José Görres, *Die Christliche Mystik*).

El objeto de sus contemplaciones era, principalmente, la pasión de Cristo y la devoción del Santísimo Sacramento. Durante sus visiones adoptaba actitudes indicadoras del suceso espiritual en que participaba. Así es como se la ve, dice Görres, que estaba presente, "en la Navidad arrullar al Niño recién nacido; el día de Reyes le adora de rodillas detrás de los Magos; en las bodas de Caná asiste a la mesa apoyada de un lado, circunstancia que no ha podido aprender por medios externos, puesto que los cuadros de las iglesias no presentan esta manera antigua de sentarse a comer".

María Dominica Lazzari. Nació en Capriana, Trento, Italia, en 1815, y la llamaban la *Adolorida*. Era hija de un molinero, de constitución robusta, cuidaba el molino, oraba, leía a San Alfonso de Ligorio y meditaba en la Pasión. Sufrió una enfermedad inexplicable para los médicos. A los diecinueve años, cuando no ingería alimento ni bebida, se le manifestaron las llagas en las manos, pies y costado. Tres semanas después aparecieron las sangrientas señales de la coronación de espinas.

Dice el doctor Antonio Riccardi, que la atendía: "Los viernes de cada semana y de modo regular, despiden sangre las llagas de la cabeza, y corre esa sangre en las horas correspondientes a las en que nos da a conocer el Evangelio que tuvo lugar la

coronación de Jesucristo. Las llagas de los pies, manos y costado comienzan por su parte a dar sangre en el tiempo en que se verificó la crucifixión, mientras permaneció el Salvador clavado en la cruz".

A pesar de que no comía ni bebía y de los continuos padecimientos, no se debilitaba físicamente. Es una de las pocas estigmatizadas que no tuvo éxtasis.

MARGARITA BAYS. Nació en la aldea La Pierre, Suiza, en 1817. Fué costurera y ayudaba en la casa a sus hermanos que trabajaban en faenas rurales. Tenía el culto de la pasión de Jesús y de la Inmaculada Concepción de María. Padeció durante mucho tiempo hipos dolorosos, que la Virgen le curó el 8 de diciembre de 1854, al mismo tiempo que le anunciaba nuevos sufrimientos. Las llagas aparecían en Cuaresma, siendo más visibles los días viernes.

"Hoy mismo, Viernes Santo, 27 de marzo de 1872 —dice el padre J. M. Curicque, en *Voces proféticas*— nos escribe uno de nuestros corresponsales, en presencia de muchos sacerdotes y religiosos, acompañados de un doctor en medicina, ha sufrido la estigmatizada de La Pierre, en circunstancias admirables, ya la agonía de la muerte, ya los dolores del éxtasis, comenzando éste a las tres. Mientras el doctor justificaba el sueño extático y se entregaba la ciencia a sus investigaciones, se conocía en el rostro de la estigmatizada la señal de un indecible dolor".

LUISA LATEAU. Nació en Bois de Henao, Bélgica, el 30 de enero de 1850. Desde pequeña cuidaba a los enfermos, y participó activamente en el cólera que azotó a Bélgica en 1866. Fué estigmatizada y extática. Tuvo la primera impresión de las llagas a los dieciocho años, el viernes 24 de abril de 1868.

"En aquel día —certifica el doctor Lefebvre— observó la doncella que le salía sangre del lado izquierdo del pecho. Al viernes siguiente se reprodujo el derramamiento en el mismo punto; además le salía sangre por la faz dorsal de los dos pies. El tercer viernes, es decir, el 8 de mayo, corrió la sangre, durante la noche, del costado izquierdo. Hacia las 9 de la mañana salió en abundancia de las dos manos, tanto por su faz dorsal como por su faz palmar. En fin, el 25 de setiembre salió sangre de la frente, y a partir de esa fecha la señal de la corona de espinas se imprimió en una venda sangrienta alrededor de su cabeza el viernes de cada semana".

A las preguntas que le formuló el 13 de agosto de 1869 monseñor de Herbomez, obispo de la Colombia Británica, le

dijo que veía a Jesús llevando la cruz a cuestas y luego crucificado, y a la Virgen muy triste.

ELENA, de Ceylán, India Oriental. India, hija de padre budista, después del bautismo tuvo una gracia especial y fué cristiana heroica. El caso empezó en 1870. Residía en la misión Boulawatte, dirigida por el padre misionero apostólico Florencio García. Leía el Kempis en idioma cingalés. A los diez años ya daba muestras de gran valor. En el pueblo de Kattagarama adoraban un ídolo monstruoso de cuatro pares de miembros. Cuando en su casa nombraban al ídolo, exclamaba: "No debe decirse el dios Kattagarama, sino el diablo Kattagarama. No hay más que un Dios, que es el de los cristianos".

A pesar de que la castigaban cruelmente por su fe católica, obedecía ciegamente a su director espiritual. Tenía la señal de los clavos de Cristo en las manos y en los pies. Padecía la Pasión, particularmente la flagelación en la columna.

En una carta publicada en *La Esperanza,* de Madrid, el 28 de agosto de 1872, el padre Benito Martín, contaba: "Como impulsada por una fuerza invisible y con un sordo gemido y marcadas señales de gran padecimiento, se extiende sobre el suelo hacia el lado izquierdo, un tanto inclinada sobre el pecho, con los pies juntos, como si estuviesen atados, y las manos igualmente cruzadas por las muñecas; y mientras una gruesa gota de sangre corre sobre su frente y un cerco aparece entre su pelo como si fuese una corona, la flagelación empezó... Yo no diré que oía el ruido de los azotes, porque sería una ilusión mía, pero de seguro se percibía visiblemente la parte de la espalda en que la estigmatizada era herida, por el movimiento natural que al dolor hacía la parte aquella. Como un cordero delante de quien le trasquila estaba la pobre paciente atada por una mano invisible de manos y pies, sin articular palabra alguna más que un gemido como el de aquél que sufre con fortaleza y resignación una operación muy dolorosa, y un ¡uuf!... bastante acentuado y temblón cuando el azote caía sobre ella y la hería... ¡Qué figura tan interesante y bella presentaba la extática en aquella situación, con las manos y pies chorreando sangre, clavada, los ojos dulcemente cerrados, perdiendo poco a poco la respiración, hasta que casi no se la percibe, el semblante sereno y como radiante de felicidad! Una luz especial parece bajar, no sé de dónde, que ilumina su frente y su barba, y cambia su color oscuro indiano en blanco".

María Luisa Ferrón. Nació en Quebec, Canadá, el 24 de mayo de 1902. Era la décima de una piadosa familia de quince hermanos. Su padre era herrero y descendía de francocanadienses.

A los cuatro años tuvo la primera visión del Niño Jesús. A los doce sirvió de niñera en casa de un abogado. A los quince, después de una larga caminata en Fall River, se le paralizaron los pies y las manos. Se curó las manos, después de la comunión, al tomar agua bendita. El 8 de diciembre de 1928, profesó como fundadora de las Hermanas de las Santas Llagas de Jesús. Ese año le aparecieron las llagas, después de vivos sufrimientos. No podía ingerir alimentos sólidos. Tenía las cinco llagas, la señal de la coronación y además las heridas del hombro y de la flagelación. Todas sangraban durante la Cuaresma. En sus éxtasis aoquiría el don de la gravitación: no podía ser movida de su lecho.

Durante sus visiones veía detalles de la vida y pasión del Redentor. Adivinaba los pensamientos de los hombres, tenía el conocimiento de sucesos lejanos, y hablaba, a veces, en latín, sin haberlo aprendido. La llaga de la mano izquierda despedía un suave perfume. El dentista Jorge Gendron, certificó haber visto en el paladar de la joven una imagen de *Ecce Homo*, en 1931. María Luisa vaticinó el año en que moriría, lo que se cumplió en 1935, a los treinta y tres años.

El padre Pío. Se llamaba en el mundo Francisco Forgione, y nació en 1887. Vive en el convento capuchino de Pietralcina, Foggia, Calabria. Tiene las santas llagas de Jesús en las manos y en los pies. Fué examinado por los médicos Luis Romanelli, el socialista Angel María Merla y el profesor de la Universidad de Roma, Aneiro Vignami, quienes reconocieron el carácter sobrenatural de los estigmas. El doctor Jorge Festa, designado por la autoridad eclesiástica, comprobó que todos los días el padre Pío llenaba un vaso de sangre. Las costras de las llagas exhalan un perfume inexplicable, que en el análisis, como es lógico, no se pudo señalar de dónde provenía.

Sólo durante la celebración de la Misa se quita los guantes. Lee los pensamientos humanos y goza del don de la levitación durante los éxtasis. Hallándose en crisis espiritual alcanza una temperatura de cuarenta y ocho grados.

En julio de 1945, *El Mensajero del Corazón de Jesús* se refería extensamente a un estudio de William M. Carrigan, director de la Cruz Roja de Ultramar, donde éste relataba que "millares

de tropas estadounidenses han gozado del extraordinario privilegio de asistir a las Misas celebradas por el Padre Pío, virtuoso capuchino favorecido con el don de los estigmas".

TERESA NEUMANN. Es el caso más asombroso del siglo XX. Sus llagas, sus éxtasis, sus visiones y sus clarividencias han causado sensación en todo el mundo.

Es un tipo de divina predestinación. Nació el Viernes Santo de 1898, en Konnersreuth, Alemania. Es la mayor de diez hermanas. Desde pequeña sintió viva atracción por el *Via crucis*. Sus llagas derraman sangre los viernes, y sus ojos lloran sangre en Semana Santa. Vió numerosos cuadros de la historia sagrada, y en sus éxtasis hablaba en arameo, lengua extinguida, que empleaba Jesús.

A los veinte años fué víctima de un accidente y resultó con la columna vertebral fracturada. Quedó paralítica y ciega. Amaba particularmente a Santa Teresita del Niño Jesús; y cuatro años después del accidente, el 29 de abril de 1923, el mismo día de la beatificación de la monja de Lisieux, recobró la vista. Y el mismo día de la canonización de Santa Teresita, 17 de mayo de 1925, sanó de la parálisis. Desde 1923 no prueba alimento y desde 1927 no ingiere líquidos. En cambio, toma la comunión todos los días.

El Papa Pío XI encomendó una investigación al cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, quien certificó la veracidad de los hechos.

El caso de "la virgen que llora sangre", como llamaron algunos a la estigmatizada de Konnersreuth, suscitó una violentísima polémica entre los teólogos y los médicos. La mejor biografía de Teresa Neumann está escrita por Federico Ritter von Lama.

Teresa Neumann ha confirmado con sus visiones muchos datos nuevos que sobre personajes y episodios evangélicos había revelado en el siglo pasado Ana Catalina Emmerick.

V. *DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS*

Entre los dones sobrenaturales concedidos a los santos está el discernimiento de las reliquias y objetos sagrados.

Ana Catalina distinguía por el sabor el agua bendita del agua natural; por el tañido, la campana bendecida de la profana; por el tacto, las reliquias verdaderas de las falsas, y por la vista, el tacto y el olfato reconocía los huesos de los santos.

Sentía sensiblemente sobre sí el influjo de la bendición sacerdotal, la del sacerdote virtuoso como la del indigno, estuviera presente o ausente, y seguía, en éxtasis, el movimiento de la mano consagrada como si la viese normalmente. ¡Veía en forma de rayos luminosos, que ascienden y se juntan, las oraciones, los sufrimientos y los méritos de las obras de los miembros de la Iglesia!

El Angel Custodio le había dicho: "Tú has recibido el don de ver la luz que sale de las reliquias de los santos, por la disposición que se te ha dado en orden a la comunidad de los miembros del cuerpo de la Iglesia; pero la fe es la condición de toda disposición para recibir la influencia y la acción sagradas".

Ana Catalina describe en varias visiones de qué modo singular ve y conoce a los dueños de los huesos, cómo también el sentido interior de los objetos bendecidos. "Veo —dice— la bendición y los efectos de las cosas benditas como cosas que santifican y salvan, como luz que difunde la luz; y lo malo, la culpa y la maldición, los veo oscuros y tenebrosos, produciendo efectos de perdición"

De Dios proviene la inmensa virtud de la bendición del sacerdote, con poder ilimitado, puede decirse, para sanar y salvar; y ella lamenta que muchos ministros no aprecien ese gran poder que Jesucristo les ha otorgado.

Nadie, como Ana Catalina, ha sido favorecida en tal grado con el don de discernir las reliquias. Ella atribuía este privilegio al estado deplorable en que se hallaba en esa época la veneración de los santos vestigios, y a la necesidad de repararla.

"Esta facultad de percibir lo sobrenatural de un modo sensible por medio de los sentidos, así como la luz profética —dice su biógrafo— tenía su fundamento y base preliminar en la gracia del bautismo y en el don infuso de la fe divina".

No bien tocaban los dedos de Ana Catalina los huesos de un santo, veía un resplandor sobre ellos y la imagen del santo a que pertenecían, y de modo misterioso, para nosotros incomprensible, para ella natural, veía y entendía el desarrollo de su vida, y las obras, los milagros y las circunstancias en que los hechos se produjeron.

Su clarividencia le permitía saber adonde había objetos sagrados; conocía por ciertos vapores que se cernían sobre las tumbas de los cementerios si las almas de los muertos eran bienaventuradas o réprobas, y si pertenecían a paganos. Descubrió sitios ignorados en los que yacían enterradas numerosas reli-

quias. Veía, en los lugares donde habían sido destruídas las iglesias, la reconstrucción de los templos flotando espiritualmente. Veía obispos, doctores y mártires, hombres de oración y almas favorecidas con dones sobrenaturales, en su tiempo y antes de su tiempo. Veía, en forma de imágenes, las gracias, las apariciones y las revelaciones que tuvieron los elegidos, sus vínculos de unión, su influencia próxima y lejana y las consecuencias y conexiones de sus actos hasta la más remota distancia.

Alemania era riquísima en reliquias de santos que fueron acumulándose durante siglos en sus santuarios. A raíz de la clausura de iglesias y monasterios y de la persecución religiosa promovida en su época, innumerables reliquias fueron desparramadas, y con el fin de librarlas de la profanación, la gente piadosa las llevaba a Ana Catalina para que ésta discerniera su autenticidad. Ella mandaba enterrar las falsas, y conservaba o hacía guardar y venerar las verdaderas. Así llegó a reunir alrededor de trescientas reliquias de huesos y objetos piadosos

A través de la reliquia, contaba la vida del santo con detalles preciosos muchas veces desconocidos. Véase cómo relata la forma en que recibe la comunicación misteriosa: "Veo y siento la luz; paréceme que un rayo de luz penetra en mí y me arrebata; percibo la relación de este rayo de luz con el cuerpo luminoso de donde procede y con todo el mundo de luz, y en esa luz veo la imagen de la vida de ese cuerpo luminoso acá en la tierra y el lugar que ocupa en las filas de la Iglesia triunfante. Entre el cuerpo y el alma media una admirable relación que no se interrumpe con la muerte, de suerte que los espíritus bienaventurados prosiguen obrando siempre sobre los fieles mediante parte de sus cuerpos. En el último día será muy fácil a los ángeles separar a los buenos de los malos, pues todo será luz o tinieblas".

Los nombres de los varones santos los veía bajo los pies luminosos, y los de las mujeres santas, al lado derecho; no los nombres completos, sino la primera sílaba, porque las demás las conocía interiormente. Los veía con las vestiduras gloriosas que correspondían a sus jerarquías. Por medio de sus respectivas reliquias reveló interesantes aspectos de la vida de Santa Hildegarda, Santo Tomás de Aquino, San Esteban, San Lorenzo, San Hipólito, Santa Catalina, San Isidro, Santa Valburga y otros numerosos.

Reconoció vestigios de telas que los Reyes Magos obsequiaron a la Virgen. A través del fragmento fósil de un animal antediluviano, vió el increíble paraje donde había morado esa es-

pecie, entonces perfecta y hermosa, al parecer, el Paraíso terrenal.

Resulta admirable la visión que Ana Catalina tuvo de sí misma a través de su propia reliquia. El 15 de diciembre de 1819, mientras se hallaba en éxtasis, el Peregrino puso en sus manos un envoltorio que contenía una reliquia de San Ludgero junto con unas costras de sus estigmas. Inmediatamente reconoció la reliquia del bienaventurado obispo; y luego, muy impresionada y confusa, vió la imagen de sí misma, sin saberlo, a través de su propia reliquia, y exclamó: "Pero hay además aquí otra persona a la que hace mucho tiempo que no he visto. Es cosa rara: aquí hay algo oscuro a mis ojos. Tiene estigmas; es agustina; viste un traje como el mío, de hace tiempo, medio religioso. Es cosa curiosa... Debe vivir todavía; debe vivir en alguna casucha. ¡Cuánto padece esta persona! Todos mis dolores son nada en comparación de los suyos".

Y prosigue una relación conmovedora, humildísima, de la martirizada joven, con los asaltos del demonio que afronta, con la visita de Jesús, la Virgen y los ángeles, que la consuelan, con la recepción de los estigmas, con la alegría con que sufre los terribles tormentos, todo lo cual la hace exclamar ingenuamente: "¡Pobre corazón el suyo circundado de una corona de espinas! ¡Qué extraños son los que la rodean! ¡Cuántos están mirándola y acechándola! ¡Cuánto tiene que padecer todavía por sucesos que ocurren lejos de ella! ¡Y qué serena y alegre está, saltando como un corzo! Aquí puedo tomar ejemplo: en esto veo cuan miserable soy".

Todo esto es para mí tan inocente, tan encantadoramente milagroso, que veo cada vez más patentemente el sello de Dios en las contemplaciones de Ana Catalina. No puedo menos que agradecer de todo corazón los misterios de la gracia divina, que ha permitido esta bendición desconocida hasta entonces en los anales de la hagiografía cristiana.

VI. *PERSONAS QUE INTERVIENEN*

La existencia de Ana Catalina transcurrió en la oscuridad durante su niñez y juventud; y hasta en el convento, a pesar de haberse manifestado allí la gracia del Señor por la clarividencia con que veía los corazones de las monjas, no advirtieron el tesoro que encerraba la doncella.

Sólo después de la clausura del monasterio, cuando en casa extraña aparecieron las santas llagas, trascendió al público el

secreto; vino la investigación, eclesiástica primero, civil después, y acudieron periodistas, escritores, médicos y teólogos, y todo el mundo empezó a hablar de la estigmatizada de Dülmen.

Muchas personas de relieve en el mundo intervinieron en su vida, unas favorablemente, otras desfavorablemente; por lo que juzgo necesario dar una somera reseña de los principales participantes, para mejor ilustración por cuanto algunos aparecen vinculados con las visiones mismas.

Acerca de sus padres, hermanos y parientes se habla en la biografía y en la autobiografía. Poco podría decirse de las monjas de Agnetenberg, por cuanto eran varias y desconocidos sus nombres, lo mismo que de los vecinos, cuya participación no tuvo mayor trascendencia.

El padre Limberg era un dominico a quien la clausura de su convento había producido honda emoción. Era sencillo, modesto y virtuoso. Ana Catalina lo tuvo por confesor y director espiritual, y le obedecía tan fielmente como si continuara en el claustro. Sin embargo, a pesar de los años que permaneció cerca de la estigmatizada, apenas si advirtió el buen sacerdote el prodigio que tenía delante. Había ensayado diversos expedientes para probar la santidad de su penitente, entre otros, llevándole cierta vez la Hostia consagrada, oculta bajo la estola, mientras ella estaba en éxtasis. Pero no bien se presentó en la pieza, Ana Catalina se postró de rodillas en actitud de adoración. Le preguntó qué le pasaba y ella respondió: "Que mi Señor viene a mí con el tabernáculo".

El abate Juan Martín Lambert, francés, había llegado a Münster en 1794, huyendo, por haberse negado a jurar la nueva constitución de su patria. Conoció a la monja en el convento, donde él celebraba Misa y ella hacía las veces de sacristana. La protegió en la adversidad y le permaneció adicto durante las persecuciones de que ella fué objeto. Conoció el secreto de aquella alma privilegiada. Ella, a su vez lo auxilió en los últimos años, y aun sufrió por él para que tuviera paciencia en su penosa enfermedad. Estuvo presente espiritualmente en el sepelio de sus restos y cantó fervorosamente la Misa de difuntos cuando lo enterraron.

El doctor Guillermo Wesener era un médico que por curiosidad científica fué a verla en el primer reconocimiento. Después de largas pláticas con Ana Catalina, retornó a Dios. Abandonó las prácticas peligrosas, como el magnetismo, que empleaba en sus curaciones, y colaboró con ella en obras de caridad, al punto que destinaba finalmente parte de sus bienes en soco-

rrer a los enfermos pobres que asistía. El médico trasmitía a la vidente el carácter de la dolencia de sus pacientes y ella le daba indicaciones eficaces.

Ana Catalina le hizo revelaciones importantes acerca del magnetismo, de la ciencia humana, de las indulgencias y de otras cuestiones, que se hallan recogidas en las obras completas. El doctor Wesener fué amigo y auxiliador del abate Lambert, y asistió, en su agonía, a la madre de Ana Catalina, que murió al lado de su hija, en 1817, y a quien ella cerró los ojos con sus santas manos selladas.

Gertrudis, hermana menor de Ana Catalina, a quien ésta llamó para que la ayudara a cuidar al enfermo abate Lambert, era una muchacha tosca, inexperta, que trataba con brusquedad a la estigmatizada, la cual, a pesar de todo, debía ilustrarla en los quehaceres domésticos.

"La hermana es débil y áspera y nos hizo sufrir amargamente a la enferma y a mí —dice el doctor Wesener—. No ama, ni siquiera respeta a la enferma y en todo el día apenas le lleva un vaso de agua, cuanto menos ninguna otra cosa. Debo confesar que nunca podría soportar los caprichos y espíritu de contradicción de esta niña, tan diferente de su hermana".

Gertrudis permaneció con Ana Catalina seis años.

El deán Bernardo Enrique Overberg, nacido en Haeckel, en 1754, y muerto en Münster, en 1826, ejerció notable influencia en la vida de la estigmatizada. Era hombre eminente, filósofo, inspector de escuelas, preceptor de los hijos del príncipe de Galitzin y superior del Seminario de Teología de Münster, autor de numerosas obras de historia y ascética. En la diócesis era tenido por experto como director espiritual y estaba considerado como uno de los personajes más nobles de su época.

Integró una de las comisiones examinadoras eclesiásticas, y comprobó, con profunda mirada, que se hallaba ante un ser bienaventurado. Anotó sus impresiones. Al verlo por primera vez, Ana Catalina le dijo que lo conocía espiritualmente y lo adoptó como director de conciencia.

Monseñor Juan Miguel Sailer, teólogo jesuíta, bávaro, muerto en Ratisbona en 1832, fué profesor de la Universidad de Dillingen y autor de tratados de filosofía y pedagogía. Había tomado con gran entusiasmo la causa de Ana Catalina y admiraba sus virtudes. Fué quien acompañó a Clemente Brentano el día que se presentó éste por primera vez, recomendando a la vidente que le relatara sin temor sus revelaciones.

El conde Federico Leopoldo de Stolberg, poeta, novelista y diplomático alemán, muerto en Osnabrück en 1819, se convirtió al catolicismo con su mujer y sus hijos. Tradujo a su lengua *La Ilíada* y las tragedias de Esquilo. Fué tal la impresión que le causó su visita a Ana Catalina, relatada brevemente en un artículo, que influyó notablemente en su espíritu durante los últimos años de su vida. Después de su muerte, en una bellísima visión Ana Catalina lo vió en la gloria de los bienaventurados.

Pero fué sin duda Clemente Brentano el hombre que más decidida relación mantuvo con la vidente, a quien más hondamente conmovieron sus dones portentosos y quien fué el recolector de la mayoría de sus revelaciones. Nació en Francfort, en 1778, y murió en 1842. Fué famoso en toda Europa como poeta lírico de alta fantasía. Pertenecía a la escuela romántica. Viajó mucho y escribió novelas, comedias y zarzuelas. En Heildelberg se vinculó a Görres. Desde 1818 permaneció en Dülmen hasta la muerte de Ana Catalina, ocurrida en 1824. Fueron sus hermanos Cristiano y Bettina de Arnim.

VII. *CLEMENTE BRENTANO*

Contaba Ana Catalina cuarenta y cinco años, y hallábase, como siempre, postrada en cama, consumida por el dolor y las tribulaciones, cuando apareció Clemente Brentano en la humilde habitación que ocupaba en casa del molinero Limberg. Era la mañana del 24 de setiembre de 1818, día de Nuestra Señora de las Mercedes. Ella lo reconoció de inmediato, porque lo había visto imaginariamente: había orado por él, y sabía que era el hombre señalado por Dios para recoger sus visiones.

El poeta quedó profundamente impresionado a la vista de aquella criatura, bella como un arcángel, agotada por los sufrimientos, llena de suavidad encantadora, dueña de un vivaz talento y una intuición más que humana, que hablaba con sencillez de cosas sublimes. "Ella tiene mucho más que yo de mirada aguda, medida precisa y justo peso de las cosas", reconoció el poeta.

La contemplación de la excepcional mujer, sellada con las sagradas llagas de la Pasión, y la consideración de su fe ilimitada, de su conocimiento sobrenatural del mundo invisible y maravilloso, y de su clarividencia en las cosas humanas, conmovieron al Peregrino al punto de hacerle confesar humildemente: "Los admirables sucesos que he presenciado, la inocencia infantil, la paz, la paciencia y profunda sabiduría en cosas espirituales de la pobre e ignorante hija de un labrador, junto a la cual

surge ante mis ojos un como nuevo mundo, me causan vivo dolor; pues por ellos conozco el miserable estado de mi vida y mis propios pecados y confusión, y los caminos torcidos que sigue la mayor parte de los hombres, y me muestran con tan vivo esplendor los tesoros de candor, de fe y de inocencia, tan pronto perdidos, por desdicha, que no puedo menos de suspirar por ellos, y llorar lágrimas de arrepentimiento".

Aunque se había propuesto salir de Dülmen la semana siguiente, Brentano se vió obligado a permanecer al lado de la vidente, cuyo misterio le atraía con la fuerza de las cosas eternas. Se arrepiente de su turbia existencia pasada y formula el propósito de encarrilarse en la vida perfecta. Ella le ayuda a confesarse bien. Desde entonces el poeta romántico y aventurero entra, compungido y humilde, en el seno de la Iglesia Católica, cuya grandeza conoce por medio de la bienaventurada monja.

Bajo la presión de la gracia, junto a aquel ser maravillosamente dotado, entendiendo que se trata de una misión encauzada por Dios mismo, Brentano se propone pasar todo el tiempo necesario en Dülmen, para copiar lo que ella le trasmite. "¡Quiero esforzarme con toda mi voluntad y en cuanto me lo permitan mis fuerzas para recoger y conservar este tesoro de gracias que tengo bajo mis ojos!", exclama.

Se sienta con su cuaderno de apuntes a la cabecera de la enferma y comienza a trasladar al papel el mundo maravilloso que contemplan los ángeles.

Aunque el gran caudal de las visiones fueron dictadas a Clemente Brentano, es necesario advertir que parte de ellas fueron recogidas por otras personas de confianza de la vidente, tales como el padre Overberg, el deán Resing y el doctor Wesener.

Los escritos de las visiones de Ana Catalina Emmerick se difundieron rápidamente por Alemania y se tradujeron a diversas lenguas. Suscitaron polémicas apasionadas entre médicos y teólogos, como ha ocurrido siempre ante sucesos que no tienen explicación humana, y como se repitió en el caso de Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth. Hubo, naturalmente, defensores y detractores; pues se llegó a dudar de los estigmas y se discutió la veracidad de las visiones.

Las potencias de las tinieblas, contra las que Ana Catalina había luchado constantemente en vida, la siguieron después de muerta; mas no pudiendo ensañarse contra ella, porque Dios la había llamado a la gloria, se volvieron contra los escritos. El

enemigo promovió adversarios fuera y dentro del campo católico. Las polémicas trascendieron al extranjero. A fines del siglo pasado constituyó uno de los temas palpitantes de los círculos intelectuales de Francia. Todos leían las visiones y las hallaban admirables, insuperables para el ingenio humano. Los contradictores, empero, intentaban disminuir la eficacia que producían estos escritos en las almas piadosas. Y como nada podían hacer contra la monja, cuya santa vida estaba sellada con las llagas de Cristo, bajo el testimonio de la autoridad eclesiástica, se volvieron contra el compilador de las revelaciones y fraguaron toda suerte de sutilezas.

Las obras meritorias han sido siempre motivo de discusiones y escándalos. ¿No se dijo que los dramas de Shakespeare los había escrito Bacón? ¿No siguen algunos escépticos sembrando dudas sobre las preciosas *Florecillas de San Francisco*? ¿No continúa discutiéndose, después de varios siglos, la autenticidad de las profecías de San Malaquías, que establecen un lema para cada uno de los papas, hasta el último? ¿Y quiénes han sufrido mayor contradicción que los santos, que asemejáronse en esto al divino Maestro, cuya Iglesia ha sido y sigue siendo la piedra de escándalo de este mundo?

Toda acción trascendente crea polémicas y contradicciones. El diablo opone obstáculos a toda causa noble o santa, a fin de malograrla, si pudiere. La lectura y meditación de las visiones constituyen un arma poderosa contra el Príncipe de las tinieblas y las ponzoñas del mundo: de ahí el interés que tiene en empañarlas o disminuirlas. Empero, si la causa es de Dios, resistirá a toda prueba, y brillará, al fin, con el resplandor de la verdad.

Las acusaciones que se hicieron contra Clemente Brentano para desprestigiar los escritos, son las siguientes:

1º Que no se podía dar enteramente crédito a los escritos de un hombre que, por aventurero y pecador, carecía de autoridad; 2º, que con estas publicaciones Brentano sólo perseguía ambición y notoriedad; 3º, que se trataba de un poeta romántico, de fértil imaginación, por lo que no sería extraño que hubiera alterado los términos que la vidente le dictaba y aún añadido ideas propias para dar mayor novedad a las visiones.

Todo se reduce a esto. ¡Con objeciones tan mezquinas se pretende cubrir de sombras las sublimes revelaciones! Sé cuanto daño hacen en las almas las dudas y las ambigüedades. Por eso prefiero, según el criterio de los teólogos, aceptar todo aquello que produce bien y edifica, antes que rechazarlo con la crítica erudita e insincera.

Siempre ha habido simuladores e impíos que siembran la desconfianza entre la grey católica. Así consiguen realizar aquello que no puede hacer el enemigo declarado. Verdad que en el tiempo de la siega será separada la cizaña del trigo, y aquélla quemada y éste conservado; pero es triste que muchas obras laudables sean vistas con indiferencia y desaprovechadas por las almas buenas debido, a veces, a la acción de quienes por su autoridad no proceden con justicia.

Naturalmente, las personas de criterio formado no se dejan arrastrar de las argucias, aunque son muchas las que no teniendo capacidad de discernimiento son presas de la duda, con lo que se resta eficacia a los saludables efectos que produce la meditación de estos escritos, particularmente los relativos a la maravillosa vida de Jesús; como en sentido inverso ha legado al mundo, para daño de muchos, en un libro admirablemente escrito, aunque diabólicamente inspirado, el apóstata Renán.

Hablemos, sin embargo, serenamente, de Brentano, y veremos con qué facilidad se destruyen las falsas imputaciones.

Ciertamente era un poeta romántico, un aventurero, tal vez, un hombre inquieto y atormentado por la ficción del mundo; todo lo cual evidencia que había en él la pasta de un hombre excepcional. Había visto la luz el día de la natividad de la Virgen, el mismo en que también vió la luz Ana Catalina Emmerick; y aunque se alejó de la vida piadosa, durante su juventud, mantuvo siempre en su corazón el amor a la Madre de Dios.

A pesar de que su padre, un acaudalado comerciante de Francfort, quiso hacerlo un hombre de negocios, su vocación lo llevó hacia el arte. Tenía una inteligencia vivaz, un temperamento ardiente. Escribió novelas y obras de teatro; pero sobresalió principalmente en la poesía lírica, donde puso de relieve su alta inspiración y sentimiento. Asimiló las doctrinas racionalistas de su época. Viajó mucho. Vivía con el ánimo insatisfecho, le hastiaba la vanidad del mundo. Sentíase angustiado, deseoso de liberación. Buscaba una verdad que le satisficiera, como todas las grandes almas, a semejanza de San Agustín, en el siglo V, y de Pieter van der Meer, en el XX.

La vinculación con la estigmatizada de Dülmen cambió radicalmente el alma de Brentano. Él mismo lo ha confesado. Reconoció sus pecados, se humilló y entró contritamente en la Iglesia Católica. La influencia de Ana Catalina debió haber sido tan profunda como la que han ejercido los santos en las almas de sus conversos. ¡Cuántas veces él presenció sus éxtasis, cuántas

la asistió en sus agonías, en sus más acerbos dolores, aún después que todos la habían abandonado! Él vió sus lágrimas, oyó sus oraciones, conoció su alma sujeta voluntariamente a la expiación por amor de Cristo. Comprendió la excelencia del sacerdocio, la extensión de la Iglesia, el amor incomprensible de Dios por los hombres, hasta el punto de desear la vida religiosa como la más perfecta. Abandonó el arte profano para seguir el arte sagrado y la ascética. Murió purificado, dedicado a la piedad y al ordenamiento de los testimonios que le había legado la vidente. ¡Cómo no iba a tener autoridad un hombre de esta clase!

Añadamos un argumento decisivo. La autoridad eclesiástica había nombrado a tres personalidades para el estudio del aspecto teológico que presentaba Ana Catalina: Clemente Augusto de Drosde-Vischering, vicario general de Münster; el deán Bernardo Overberg, y el profesor Druffel, consejero de medicina. "La misma autoridad, representada por tan ilustrados sacerdotes —dice el padre Guillermo Jünemann— fué la que designó al ilustre escritor Clemente Brentano para apuntar las visiones de Ana Catalina".

Igualmente es fácil demostrar que Brentano, lejos de perseguir ambición y notoriedad, huía de ella Ya tenía fama nacional. Sus méritos de gran poeta y dramaturgo estaban sólidamente asentados. No le faltaba dinero, por otro lado. No hizo negocio con las ediciones. Ana Catalina falleció en 1824 y las primeras visiones que se publicaron en 1833, se referían nada más que a la pasión de Jesús. El resto, el gran conjunto de visiones, lo fué preparando pacientemente, documentándose en textos antiguos y códices, porque deseaba anotarlas seriamente. Dejó casi concluida esta labor, y murió en 1842, sin publicarla; tarea que debió realizar más tarde el padre Schmoeger. Como se ve, no podía ser ni la ambición ni la notoriedad, ni menos la codicia, lo que lo impulsaba.

Un hombre célebre como Brentano, solicitado en los centros artísticos y sociales de Berlín, no permanecería seis años en una pobre aldea, copiando visiones, con el sólo fin de conquistar una gloria quimérica. Y si al principio pudo aspirar a esa curiosa notoriedad, todo hubo de disiparse a medida que penetraba en el santuario invisible y misterioso de Dios y de la comunión de los santos, que hizo un día escribir al antiguo racionalista: "La Iglesia es infinitamente más que un conjunto de hombres que piensan de la misma manera; es el cuerpo de Cristo, que, como su cabeza, está esencialmente unido y se comunica constantemente con ella. Ahora conozco el inmenso tesoro de gracias y bie-

nes que la Iglesia tiene de Dios, tesoro que sólo por ella y en ella puede ser recibido".

La tercera objeción es la única que puede considerarse más seriamente: si todos los escritos son visiones auténticas de Ana Catalina, o si también hay algo de Brentano.

Ana Catalina hablaba en dialecto regional, y Brentano debía consultar ciertas expresiones que no entendía con claridad, para obtener su confirmación. Algunas visiones estaban relatadas parcialmente, desconectadas: era menester unirlas, darles forma y estilo. Otras veces había que completar los cuadros; e interrogaba el copista a la vidente, cuando se hallaba en estado normal, acerca de las escenas que había presenciado en éxtasis.

En ocasiones Brentano sólo podía reconstruir la escena cuando ella la describía de nuevo, y lo que no percibía en una visión, lo percibía en otra, como ocurrió con la extensa vida de Jesucristo, porque en cada éxtasis veía algo nuevo o recordaba pormenores significativos. Con todo, había momentos en que la vidente, a causa de su extremada postración física, veía algo confusamente, olvidaba nombres, circunstancias y, a veces, el sentido de los sucesos trascendentales. Ella decía lo que veía y oía, tal como lo entendía; y cuando no lo veía ni oía ni entendía con claridad, también lo declaraba ingenuamente. Algunos cuadros importantísimos quedaron inconclusos, como aquella visión de la catedral de San Pedro, en la época del Anticristo, donde ilustres personas señalan un pasaje de la Biblia, que la vidente no recuerda.

Para esta labor ardua, dificilísima, se requería la pluma de un escritor de talento e imaginación, que captara las resonancias misteriosas del mundo invisible.

Respecto de las dificultades con que tropezaba el escritor para coordinar y redactar dignamente, conviene tener en cuenta el elevado juicio que emitió Dom Gueranger en 1860, cuando se publicó la versión francesa: "He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen, y no dudo que esta idea será compartida por todos aquéllos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, con igual interés, y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aun concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada".

El padre Schmoeger, que tuvo en sus manos los originales manuscritos, había hecho ya una cuidadosa revisión, desechando aquello que le parecía ambiguo o que pudiera haber sufrido mo-

dificaciones. Dijo que Brentano había trabajado con honradez, tratando de mantener siempre la fidelidad del dictado, y reconoció que "poseía la rara sinceridad y la fuerza de ánimo necesaria para conservarlo todo intacto y sin el mínimo cambio de variaciones, para que tanto sus lamentaciones cuanto sus alabanzas sirviesen de testimonios en favor de la sierva de Dios".

Se alegará que a veces Brentano no copiaba exactamente las mismas palabras, o que alterara o sustituyera los términos. Si esto ocurriera, debemos admitir, en tal caso, que hubo respetado el sentido de la visión sin detrimento de la verdad. Nosotros sabemos que lo que vale no es la letra, sino el espíritu, la significación. Si un hecho no está descripto con las palabras originarias, pero expresan lo mismo, vale, en sustancia, tanto como el relato original. Si, además, está expresado en atractivo estilo, gana el conjunto en eficacia.

Los cuatro autores de los Evangelios consignan la doctrina y las obras de Jesús con distintas frases. ¿Vamos a sostener, por eso, que no dicen lo mismo? Sería una temeridad. Hay Evangelistas, además, que cuentan lo que otro omitió, o completan lo que otro dejó inconcluso. ¿Vamos a deducir, de aquí, como los racionalistas, que no guardan unidad? De ningún modo. Dicen lo mismo porque conservan igual sentido; mantienen la unidad porque existe en ellos análoga sustancia.

Es lo que acontece con Brentano. En cuanto a la versión del dialecto, éste ha tratado de ser lo más fidedigno posible, aun cuando admitamos que haya expresado las ideas e imágenes con fluidez y elegancia. San Jerónimo, que tradujo del griego y el hebreo al latín las Sagradas Escrituras, confesó que lo hacía teniendo en cuenta más el sentido que la letra, y prefería la elegancia cuando no alteraba la verdad. Dijo: "No debemos traducir palabra por palabra, a fin de que mientras seguimos las sílabas no perdamos la inteligencia".

Brentano pudo cambiar el giro literario, emplear sinónimos elegantes y aún añadir adjetivos, por su condición de escritor, para presentar dignamente la obra; pero ha dejado intactos los hechos genuinos. ¡Porque nadie podrá exigir, oh sofistas, que la doliente estigmatizada se expresara con la sintaxis y la retórica que establecen los cánones gramaticales!

Santa Teresa de Jesús y María de Jesús Agreda escribieron sus revelaciones por obediencia y porque podían consignarlas con sus propias manos. Ana Catalina no podía hacerlo, consumida y martirizada como estaba por los dolores y los continuos éxtasis. Era menester copiar lo que relatara, ordenarlo y ponerlo en

limpio. Ella no quería tampoco relatarlas, por humildad o porque le causaban molestias: solamente lo hizo por mandato divino.

Alguien tenía que escribir. Un sacerdote no era el más indicado, por su carácter y las condiciones azarosas de la época. Sólo un escritor, y mejor todavía un poeta, con sentido de la Verdad y de la Belleza, que al mismo tiempo supiera apreciar y amar aquel caudal de gracias celestes, podía recoger el legado de Ana Catalina. ¿Acaso no ha dado Dios a los poetas las más delicadas intuiciones? ¿No fué poeta David, el rey profeta, autor de los inspirados salmos, que cuentan, antes de realizarse, los dolorosos pasos de la redención de Jesús?

Las objeciones contra estos escritos carecen de consistencia mirados desde el punto de vista sobrenatural. Un depósito de revelaciones, tan grande y sagrado, no podía provenir sino de Dios. El mismo Señor, que mandó expresamente a la vidente que fueran consignadas, velaría para que tuviera los instrumentos adecuados. Y fué Él quien dispuso, en definitiva, que Brentano acometiera la empresa, acaso porque sabía que nadie podía hacerlo mejor.

No debemos decir, pues, que Brentano debió proceder de modo diverso del que procedió, porque los escépticos de igual manera le hubieran censurado que no habría procedido correctamente. Y si el Señor dispuso, o permitió, que los hechos se produjeran como se produjeron, ¿a qué vienen las objeciones estériles?

Ana Catalina había visto visionariamente a Brentano como al hombre predestinado para esa misión. "Con frecuencia se ha presentado en mis visiones —le dijo a Brentano— un hombre de rostro moreno, que parecía estar escribiendo a mi lado; y cuando usted entró por primera vez en mi habitación, me dije: Este es aquel individuo".

Y como adelantándose a quienes criticarían más tarde al poeta por haber osado tomar esa tarea, añadió en otra ocasión, dos años después de conocerlo: "Este hombre no escribe las cosas por sí mismo: tiene la gracia de Dios para ello. No lo puede hacer otro mejor que él; lo hace como si él mismo lo viera".

Otro día dió testimonio de la honestidad con que procedía Brentano al referirse a la estigmatizada Magdalena de Hadamar. "La he visto frecuentemente padecer tentaciones por visitas, estorbos y falsa veneración, que la ponían en peligro de estimarse por algo. Sus comunicaciones fueron muy engrandecidas, y esto le traía mucho pesar, según ella misma me lo dijo. He visto, en efecto, a su confesor escribir; pero no anotaba bien, y expresaba

más sus propias maravillas que los hechos en sí mismos. Pensé, entonces, en los escritos del Peregrino acerca de mis visiones, y ví que él no mostraba admiración, y comúnmente escribía menos de lo que yo había visto, porque yo no podía decirlo todo y porque nunca narró lo que no supiera bien".

La vidente conocía mejor que nadie, con su clarividencia, las primitivas imperfecciones de Brentano, y veía el proceso posterior de su conversión. Si él fuera un mistificador no hubiera copiado cosas que le desfavorecieran, como lo ha hecho. Ella le descubría secretos que no podían halagarle, sino avergonzarle, y él los copiaba honradamente.

"Debes rogar al Peregrino —le dice la Voz, y ella repite—: que sea humilde y paciente. Debe vencer su propia obstinación y tú debes insistir en que esto se haga seriamente". Y al hablar de la oración le señala francamente sus defectos. El Peregrino, le dice, "recita sus oraciones con ansiedad, una después de otra, lo más brevemente posible. A menudo veo toda clase de malos pensamientos por su cabeza; tienen la apariencia de bestias extrañas y feas. No las retiene ni se apega a ellas, pero tampoco las desecha con presteza".

"Es demasiado cierto", reconoce humildemente Brentano.

¿Qué mejor disposición de ánimo puede desearse? El poeta romántico y pecador se fué transformando así, poco a poco, bajo la suave presión de la sierva de Dios, que veía gradualmente cómo iban mejorando las imperfecciones hasta la completa conversión.

Nada afecta a la integridad de una obra la circunstancia de que el autor haya sido un gran pecador. San Pablo, San Agustín, Juan Papini, fueron grandes pecadores, y después de su conversión han dado mucha gloria a Cristo y a la Iglesia. Los conversos apasionados toman la causa con más amor que los que siempre han vivido dentro de la fe.

Afortunadamente son pocos y mediocres los detractores de Clemente Brentano. En el afán por desacreditarlo, han llegado a combatirlo con detalles ridículos, a veces con los testimonios desleales de los mismos adversarios. Las apreciaciones que hizo el doctor Rave contra Brentano, en 1879, carecen de seriedad, porque este médico era protestante, y Ana Catalina denunció su malicia cuando intervino en la comisión investigadora civil designada para estudiar los estigmas, y dijo que él la "calumniaba para complacer al gobierno del Aguila".

El instrumento más eficaz que ahora se exhibe contra el poeta de Francfort, es el libro escrito por el agustino Winfried

Huemphner. En este alegato, agregado al proceso de la beatificación de Ana Catalina, después de reconocer las virtudes heroicas de la sierva de Dios, que de ningún modo hubiera podido desconocer, el autor discute la seriedad de las notas que Brentano puso en los relatos de las visiones.

Obsérvese que las impugnaciones se refieren a las notas personales de Brentano, y no a las mismas visiones. Brentano trabajó muchos años consultando y documentándose en textos antiguos que se refiriesen a sucesos históricos trascendentes revelados por Ana Catalina, a fin de verificarlos. Tan eruditas notas son de carácter puramente ilustrativo, y así han procedido siempre los más serios exégetas católicos, aunque citaran el Corán y los Evangelios apócrifos.

Aumenta la inconsistencia de los contradictores la ligereza con que juzgan cosas importantes y la falta de consideración de la circunstancia siguiente: la mayoría de las notas de Brentano aparecieron en las ediciones publicadas después de la muerte del poeta. Brentano había separado los apuntes, deslindándolos de los relatos, y acaso querría corregirlos o verificarlos mejor antes de darlos a la imprenta. El padre Schmoeger, superior de la Congregación del Divino Redentor, autoridad inatacable, respetó, sin embargo, la mayor parte de dichas notas, y las publicó junto con los textos originales.

En base al alegato de Huemphner otros escribieron después, no sólo para cebarse injustamente en Brentano, sino en las mismas visiones, desviando la cuestión consciente o inconscientemente. El origen de estas temerarias imputaciones es, por otra parte, reciente: datan de 1923, fecha demasiado lejana, como se ve, de la época en que se produjeron los hechos.

No soy el primero que tiene el honor de salir en defensa de estas maravillosas visiones. Se han escrito muchos libros y artículos en diversos países. El Dr. Hermann Cardauns publicó en Colonia, en 1915, una notable defensa de las revelaciones y refutación de las impugnaciones contra Brentano. El padre Ruland escribió su libro *Life of Anne Catherine Emmerick and its critics* en respuesta a otro contrario de un teólogo americano. En 1930 el padre Johann Seidl publicó su formidable *Vergessene und Verleugnete Wahrheiten,* con las verificaciones documentadas de las más importantes revelaciones.

Si hubiere uno de orientarse por el juicio de los hombres, obsérvese antes si quien lo emite se halla autorizado por su virtud y su ciencia. Cerciórese, además, si ha leído las visiones; por-

que ocurre frecuentemente que muchos opinan sin haber leído siquiera la obra, pecando, de este modo, por juicio temerario.

Véase, entonces, cuán menguados son quienes contradicen o arrojan sombras a estos escritos, y cuán noblemente inspirados están aquéllos que los alaban y aconsejan. Entre los que se han referido con elogio, reverencia, amor y adhesión, figuran el venerable Arnoldo Janssen, fundador de la Congregación de los Padres del Verbo Divino; Juan José de Görres, notable apologista alemán, autor del celebrado libro *Die Christliche Mystik;* Dom Próspero Gueranger, Abad de los Benedictinos de Solesmes; León Bloy, gran polemista francés; Paul Claudel, el mejor poeta católico moderno; Pieter van der Meer, el autor holandés de *Nostalgia de Dios;* el Cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, que aprobó la edición norteamericana; monseñor Augusto M. Toeble, obispo de Covington; Daniel García Mansilla, ex embajador argentino en España y el Vaticano.

Finalmente, cualquier acusación contra Brentano, con algún asidero, nunca podrá menoscabar el mérito de la obra, pues queda intacto todo el mundo, inmenso y maravilloso, admirablemente presentado, que durante tantos años y en medio de las más increíbles contrariedades, reveló la divina mensajera. Y si, después de todo lo dicho, resultare que las visiones no fueran de Ana Catalina sino de Clemente Brentano, debería ser tenido éste por hombre sobrenaturalmente asistido por Dios en grado eminente.

VIII. *COMPROBACIONES IMPORTANTES*

Los que tienen fe, no necesitan otras pruebas que los ecos del alma, a la cual Dios habla e ilustra calladamente. Pero es grato, aún para el creyente, verificar de diversos modos la verdad de las cosas que permanecen escondidas.

Las señales más importantes de la asistencia divina en todo escrito, son tres: la fiel vinculación que mantiene con los textos canónicos; la comprobación de hechos históricos desconocidos, y el cumplimiento de los anuncios proféticos.

Estas tres condiciones extraordinarias se observan en las visiones de Ana Catalina Emmerick.

1º En ningún caso contradicen las revelaciones de las Sagradas Escrituras, ni la pura tradición mantenida por la Iglesia a través de los siglos.

Téngase en cuenta que sus visiones del Antiguo y Nuevo Testamento son muy extensas y minuciosas; contienen hechos.

nombres y circunstancias que no figuran en la Biblia, donde una creación puramente humana fallaría; y que aquí, por el contrario, esclarecen o complementan pasajes que en el sagrado texto aparecen oscuros o incompletos; tales como, entre muchos, la caída de los ángeles antes de la creación, el alejamiento del Paraíso terrenal, el carácter de Melquisedec, los antecedentes de los Reyes Magos, el maravilloso Monte de los Profetas, la comunidad de los esenios y numerosas fases de la vida del Redentor.

2º Para la comprobación de episodios históricos ignorados, citaremos solamente dos importantísimos.

Según las visiones, la Virgen fué conducida por San Juan Evangelista a Efeso, después de la ascensión de Jesús, donde vivió muchos años e hizo las estaciones del *Via crucis*. Teresa Neumann lo corrobora; aunque dice que la Virgen vivió en Efeso del año 35 al 49, y que pocos meses antes de su fallecimiento volvió a Jerusalén. Brentano omite este último dato, por ignorarlo o por inadvertirlo. Lo cierto es que, según la tradición, la Virgen vivió en Efeso muchos años, y Ana Catalina describe la casa donde habitaba, con pormenores extraños, como el de la sección posterior, que en varias ocasiones la ve redonda en la parte alta y angulosa en la parte baja, o "que en la trasera tiene forma semicircular o triangular". Brentano copió fielmente este detalle, sin entenderlo ni comprobarlo. Durante las excavaciones realizadas en el Asia Menor a fines del siglo pasado, el 25 de agosto de 1894 se hizo el siguiente descubrimiento, al hallarse en Efeso la casa descripta por la vidente: en la trasera del edificio "la parte superior del muro era interior y exteriormente redonda, y la inferior angulosa y triangular", anota el padre Guillermo Jünemann en el prólogo de su obra.

La segunda prueba extraordinaria se refiere al retrato de Jesús llegado a manos del rey Abgar, de Edesa, que se ha tenido siempre como legendario. Ana Catalina cuenta, en resumen, que el rey Abgar, enfermo, envió con un pintor un mensaje a Jesús, donde le rogaba que acudiera para curarlo, y en caso de que no accediera, le tomase un retrato. Mientras Jesús predicaba, el artista esbozó una imagen mediocre. Jesús lo llamó, leyó el mensaje, pidió agua, se lavó el rostro, y se enjugó con un lienzo, que entregó al pintor, diciéndole que lo imprimiera sobre el retrato esbozado. Al hacerlo éste y retirar el lienzo, comprobó, maravillado, que la imagen se había transformado, pareciéndose notablemente al Redentor. Llevó el re-

trato milagroso, con la respuesta de Jesús, al rey Abgar, el cual sanó y adoró la imagen todos los días de su vida.

Esto, que parece fábula y escandalizaría a un cristiano racionalista, es pura verdad. Se sabe que la imagen de Jesús, llegada a manos del rey Abgar, ha existido. Antes de la Edad Media se tenían noticias de ella, como de otros testimonios sagrados de altísimo valor. Acaba de actualizarlo el presbítero Johann Seidl en su meritísima obra.

El papa Gregorio II escribió en el siglo VIII al emperador León el Isáurico: "Mientras Jesús predicaba en el Jordán, oyó Abgar, rey de Edesa, las maravillás de Jesús, y le envió una carta. Cristo mandó al rey la respuesta y con ella su rostro santo juntamente. Envía, pues, allá alguno y conocerás cuán grandes masas de pueblos del Oriente se reúnen allí y rezan ante la imagen pintada no por mano del hombre".

San Juan Damasceno dice en su obra sobre la Fe (IV, 16): "Hace mención la historia que Abgar, rey de Edesa, mandó a un pintor en su nombre que pintara la efigie del Señor, y como éste no lograba hacerlo por el resplandor que manaba del rostro del Señor, el Señor mismo se acercó el lienzo a su divino rostro y quedó su imagen impresa, y esta imagen envióse al rey Abgar para satisfacer su deseo".

Añade el padre Seidl: "El II Concilio de Nicea (VII concilio general del año 787) menciona la efigie de Abgar y se apoya en el historiador Evagrio. Todos los padres expresan su conformidad. Uno de los presentes declaró delante de trescientos cincuenta obispos del concilio: "Cuando yo, con los empleados reales, llegué a Siria, fuí a la ciudad de Edesa, y ví allí la santa imagen".

Otras notables verificaciones de las revelaciones hechas por Ana Catalina Emmerick se encuentran en la mencionada obra del padre Seidl, en dos tomos, *Vergessene und Verleugnete Wahrheiten* (Verdades olvidadas y negadas), editada en Styria, Graz, en 1930.

3º Respecto del cumplimiento de las visiones proféticas podemos mencionar las siguientes:

La descripción que hizo de la masonería, fué plenamente confirmada más tarde por el Papa León XIII en la encíclica *Humanum genus,* del 20 de abril de 1884.

La moderna teoría científica del astrónomo español Isaías Araujo, según *La Prensa* del 17 de marzo de 1944, concuerda en gran parte con la visión que Ana Catalina tuvo del sol, en

cuanto a que declara que es opaco y frío, y que la luz y el calor se proyectan en una especie de corona gaseosa fuera del disco solar.

Vió el advenimiento del racionalismo como un niño sabihondo, entremetido y lisonjero, que engañaría a mucha gente, induciéndola a error; y vió al laicismo y a los matrimonios mixtos, que traerían lágrimas sin cuento al cabo de cien años.

Vió la guerra civil española, con sus incendios, matanzas y profanaciones; los modernos bombardeos aéreos, en una época en que no se conocía el avión; el desastre de Italia, y a Alemania rodeada por un cinturón rojo.

Añádanse a estas comprobaciones el sello sobrenatural que se observa en ciertas manifestaciones, la clarividencia, el conocimiento de la más alta teología, de las ciencias ocultas, del magnetismo y del espiritismo naciente, la penetración de los corazones, la previsión de las consecuencias de determinadas enseñanzas o acciones, y no habrá reparos en colocar a Ana Catalina entre los más preclaros teólogos.

Al oír en el Purgatorio que una mujer hebrea se hubiera bautizado, si conociera la verdadera fe, dice: "Experimenté el alegre presentimiento de que ninguna alma se perdería de aquéllas que sólo por ignorancia no conocían a Jesús, aunque no tuviesen un determinado deseo de conocerlo, siempre que no viviesen en graves pecados".

Después de referirse a la organización de las sociedades secretas y a sus designios contra la Iglesia Católica, expresa: "Aquí está el mal sin mezcla de bien; ésta es la comunión de la gente *non sancta*. No puedo declarar con palabras cuán abominables son y cuán perniciosos y vanos los intentos de esta asociación desconocida en gran parte por sus mismos adeptos".

Poseía una admirable intuición psicológica. Luego de aludir al fiel criado de una familia francesa, que era esbelto, ligero y flexible, comenta: "Nunca he podido sufrir a los hombres rígidos, inmóviles y lentos. Muchas veces creo que las almas de los hombres activos se conmueven más fácilmente".

Leía los más íntimos y fugaces pensamientos. A Brentano le había adivinado sus secretos; y cierto día en que el poeta pensaba en la muerte de ella y recordaba que un Papa había mandado cortar la mano de una bienaventurada muerta, Ana Catalina se lo descubre, sonriendo: "Usted está pensando en mi muerte y quiere cortarme una mano".

Sabía la severidad con que serían castigados los sacerdotes indignos: "Los dedos de los sacerdotes serán reconocidos en

el Purgatorio y en el Infierno, y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán".

Yo nunca había podido comprender por qué Satanás tentó a Jesús en el desierto, si, sabiendo que era Dios, no podría vencerlo. Luego de expresar Ana Catalina que el diablo dudaba de la divinidad de Jesús, porque lo veía sufrir y mortificarse como hombre, añade: "Pregunté una vez interiormente cómo pudo suceder que Satanás desconociese en absoluto que Jesús era Dios. Recibí acerca de esto instrucciones maravillosas y bellas, y ví muy a las claras cómo el no saberlo Satanás ni los hombres, y el tenerlo que aprender a creer era, para estos últimos, de provecho incomprensible. Una palabra que recuerdo me dijo el Señor: "No supo el hombre que la serpiente que lo sedujo era Satanás. Por esto no ha de saber tampoco Satanás que es Dios quien ha redimido al hombre". Vi también que Satanás no conoció la divinidad de Cristo antes que Él libertara a las almas de los infiernos".

Veía la superviviencia de los santos en los lugares donde reposan sus huesos, que siguen ejerciendo influencias de bendición y amor. Al aclarar la extensión del valor de las reliquias, ilustra teológicamente: "Son reliquias los miembros de un santo perdidos antes de su conversión, como toda la humanidad anterior a la venida de Cristo está redimida por Él".

Ana Catalina revela que el nacimiento de Jesús tuvo lugar antes de completarse el año 3997, y que nuestra era no comenzó después del 4000. Por lo tanto, esos cuatro años fueron olvidados. ¿Quién podrá negarlo?

¿Y quién podrá negar su aseveración de que el cáliz empleado por el Señor en la última Cena es el mismo en el cual Melquisedec ofreció sacrificio de vino delante de Abrahán, quien lo conservó, y después se extravió, y que un día aparecerá nuevamente?

¿Y quién podrá discutirle que la gruta donde lloraron su desdicha Adán y Eva, al ser expulsados del Paraíso terrenal, no es la misma del Huerto de los Olivos, donde Jesús padeció la agonía; divino misterio, según el cual allí donde se refugiaron a expiar nuestros padres pecadores, allí se refugiara a expiar Quien había de redimirlos?

¿Y quién podrá contradecirle que la crucifixión de Cristo se realizó encima de la calavera de Adán, y que el Calvario señala el centro del globo terráqueo? ¿Y quién desmentirá su afirmación de que el mundo se acabará el día que se comple-

te el número de los elegidos, que será igual al de los ángeles caídos?

Es tan grande el caudal de revelaciones, éstas son a veces tan importantes y sorprendentes, que los teólogos carecen de documentos suficientes en que apoyarse para comprobarlas o rechazarlas. El serio investigador se abstiene de contradecirlas, si no las acepta; o bien las acepta a la luz de su conciencia y de las escasas pruebas existentes.

Algunas sólo podrán comprobarse mediante el conocimiento que otra persona santa haya recibido de Dios. En este caso tendríamos el notable ejemplo de la actual estigmatizada Teresa Neumann. También ésta ha tenido visiones, con la diferencia de que mientras las suyas son breves y las oye en arameo, lengua extinguida, que no entiende, las de Ana Catalina son más extensas y las oye en su propio idioma. Resulta, empero, admirable que la vidente de Konnersreuth confirme con sus contemplaciones numerosos datos, no consignados en los Evangelios, que ve igual que Ana Catalina. Ejemplos: San José acompañaba a la Virgen cuando visitaron a Santa Isabel, en Juta; la Sagrada Familia, sedienta, descubre una fuente de agua oculta en Matarea, Egipto; María Magdalena es hermana de Lázaro y Marta, y tiene en casa otra hermana de la cual nadie habla; el hijo de la viuda de Naím, resucitado por Jesús, se llamaba Marcial y fué más tarde uno de los discípulos; la cruz donde fué clavado el Redentor, tiene la forma de Y, con los brazos levantados; una niña acompañaba a la Verónica llevando un vaso de vino cuando enjugó el rostro del Señor; el Cireneo llevaba ramas en las manos e iba con dos hijos suyos cuando lo llamaron para ayudar al Salvador a cargar la cruz; después del descendimiento, la Virgen extrajo con dolor y ternura las espinas clavadas en las sienes de su divino Hijo; Nicodemo compró la túnica inconsútil, confeccionada por María, sobre la cual los soldados echaron suertes; el incrédulo Tomás no estaba presente cuando falleció la Virgen, y, a su pedido, los apóstoles abrieron el sepulcro, descubriendo que el santo cuerpo había desaparecido.

IX. *LAS EDICIONES*

La primera edición de las revelaciones se publicó en 1833, nueve años después del fallecimiento de Ana Catalina Emmerick. Como se ve, tardó bastante Brentano en dar al mundo conocimiento de este tesoro espiritual, y lo hizo, finalmente,

estimulado por numerosos amigos, particularmente por el obispo de Ratisbona, monseñor Wittmann.

Esta edición contenía una biografía de la sierva de Dios y se titulaba *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo.* El libro alcanzó un extraordinario éxito de librería, que obligó a numerosas reimpresiones, y fué traducido a diversos idiomas. Brentano había tenido especial cuidado de que esta parte de las visiones apareciera con la dignidad que correspondía a tan augustos pasajes de la vida del Señor.

Preparó luego pacientemente las visiones del Antiguo Testamento, de la vida de la Virgen y del resto de la vida pública de Jesucristo; pero no llegó a publicarlas. Murió en 1842; y la edición apareció diez años después, en 1852, bajo la dirección del padre Carlos E. Schmoeger.

El padre Schmoeger apreció en todo su valor la trascendencia de las revelaciones; revisó los originales redactados por Brentano y dió a luz, en 1858, una nueva edición con el Antiguo Testamento, la vida completa de Jesucristo y la biografía de los apóstoles y de numerosos santos y mártires.

Finalmente, el mismo ilustre religioso publicó, en 1870, la extensa y admirable *Vida de Ana Catalina Emmerick,* en tres volúmenes, donde incluyó el resto de las visiones generales, siguiendo los manuscritos originales de Brentano, redactados en forma de diario.

En 1881 apareció un volumen acerca de la redención, titulado *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre María,* de la cual hizo una edición especial, en 1911, el padre Guillermo Jünemann, con la aprobación del arzobispo de Friburgo, impresa por los libreros pontificios Herder.

Como se ve, Clemente Brentano sólo dió a publicidad una parte de las visiones: la referente a la pasión de Jesucristo. Tuvo muchos años delante para publicar el resto; pero no lo hizo, acaso no lo pudo hacer. Pasó bastante tiempo ordenándolas y documentándose para verificar muchas extrañas revelaciones de carácter histórico; y de ello son frutos sus eruditas acotaciones. La muerte lo sorprendió sin llegar a publicarlas, lo que demuestra la honestidad con que manejaba este depósito celeste, y desvirtúa la mezquina imputación de que persiguiera notoriedad y vanagloria.

El presbítero E. de Cazalés, vicario general de Versalles, tradujo al francés la mayoría de las ediciones alemanas, incluso la extensa biografía. De la parte relativa a la pasión de Jesucristo se han impreso en francés más de treinta ediciones. La

obra fué vertida posteriormente al castellano, al inglés, al italiano y al portugués, siempre, naturalmente, con la autorización eclesiástica.

Refiriéndose a la edición francesa decía Dom Gueranger, abad de Solesmes, en 1860: "Lo que sorprende en Ana Catalina y mueve a asentir con lo que dice en las relaciones de la vida de Jesús, es la riqueza inagotable, que sobrepasa toda posible suposición humana. Ante esta maravillosa e inagotable obra, no puede uno dejar de exclamar: *Digitus Dei est hic!* (El dedo de Dios está aquí)".

Aludiendo a la versión inglesa, escribió monseñor Gross, arzobispo de Oregón, Estados Unidos: "Es una obra maestra en su género, y su publicación será saludada con indecible entusiasmo por nuestros hermanos, los católicos de Alemania y Francia".

El cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, manifiesta, al aprobar la edición norteamericana de las visiones, que "Pío IX, de feliz memoria, tiene de ellas una idea tan alta que él mismo mandó hacer una traducción italiana de la edición alemana que se le había entregado, para que ambas salieran al mismo tiempo".

Respecto de las versiones en castellano sólo conocemos *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* editada en Madrid, en 1865, y reimpresa muchas veces; *Pasión y Muerte del Divino Redentor* y la *Vida de María Santísima,* editadas en Barcelona, en 1916, y la *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre* y la *Vida de la venerable Ana Catalina Emmerick,* estas dos últimas editadas en Berlín, por Herder, en 1910 y 1911. Es digno de lamentarse que estas cuatro últimas ediciones estén resumidas.

En 1944 aparecieron en Buenos Aires dos ediciones: *Las revelaciones de la pasión y muerte de Jesús* y la *Vida de María Santísima,* editadas por Difusión, también ambas incompletas; y la *Vida de la Santísima Virgen,* editada por Espasa Calpe, completa, con prólogo de J. B. de Levillier.

Con todo, quedaba sin conocerse en castellano el mayor caudal de las visiones de Ana Catalina, que todavía no han sido vertidas en toda su extensión a ningún idioma.

Esta importante tarea, con la edición de las visiones y revelaciones completas, la realiza por primera vez en Buenos Aires la Editorial Guadalupe, bajo la dirección de los Padres del Verbo Divino, quienes se hacen de este modo intérpretes del profundo respeto que sentía el venerable Arnoldo Janssen hacia la vida y las visiones de Ana Catalina. El santo fundador halló en estos escritos una fuente admirable de prácticas piadosas y de conoci-

mientos teológicos que le yudaron a penetrar con mayor lucidez en los arcanos divinos.

Porque las visiones generales, de interés extraordinario, son muy extensas y abarcan temas universales humanos y divinos, cuyos capítulos tratan los siguientes asuntos, aparte de las vidas completas de Jesús y de la Virgen: autobiografía de Ana Catalina Emmerick; visiones de sus amigos y enemigos; visiones del Cielo, del Purgatorio y del Infierno; visiones de los astros y de los elementos naturales; visiones del Antiguo Testamento; visiones de la Santísima Trinidad, de la Eucaristía y del poder sacerdotal; visiones del año litúrgico; visiones de la Iglesia triunfante, purgante y militante; visiones de los ángeles, de los demonios y de los espíritus planetarios; visiones del Papa y de la Iglesia Romana; visiones de las sectas, de los cismas, de las herejías y de las sociedades secretas; visiones de premios y castigos de ultratumba; visiones del Monte de los Profetas, de una comunidad hebrea en Abisinia y de diversos países; visiones del racionalismo, del magnetismo, de matrimonios mixtos, de pecados y de conversiones; visiones de los santos antiguos y modernos, de los mártires, de los confesores y de estigmatizados contemporáneos; visiones de reliquias sagradas; visiones de guerras, hambres, naufragios y devastaciones; visiones proféticas de los tiempos actuales y futuros; visiones del Anticristo y de sus persecuciones; visiones del triunfo de Cristo y de la restauración de la Iglesia.

X. *EL SELLO SOBRENATURAL*

Como hijo sumiso de la Iglesia dejo a su infalible magisterio la definición respecto de las virtudes heroicas de Ana Catalina Emmerick, cuya beatificación ha sido incoada en Roma en 1899.

Someto mi juicio al suyo inapelable acerca de la asistencia divina en las revelaciones, en concordancia con lo que la misma sierva de Dios humildemente declaró: "Jamás he creído otra cosa que lo que Dios ha revelado y la santa Iglesia Católica nos propone como cosas de fe; y a mis visiones no he atribuído nunca el mismo valor que tienen las verdades reveladas".

Empero, de acuerdo con la libertad personal y el honrado discernimiento en el estudio meditado de la vida y la obra de Ana Catalina, creo que, a mi leal saber y entender, la estigmatizada de Dülmen puede contarse entre los seres privilegiados por Dios más grandes habidos desde la Edad Media hasta los tiempos actuales.

Me apoyo en la consideración de estos siete sobrenaturales dones que poseyó en grado eminente:

1º *Virtudes heroicas de santidad y caridad.* Las tentaciones diabólicas, los padecimientos por amor de Dios y de la Iglesia, las oraciones, trabajos y expiaciones por el prójimo, los tuvo en grado excelso como los mayores santos.

2º *Los sagrados estigmas de Cristo.* Las señales y los efectos de la corona de espinas en la cabeza, la herida de lanza en el costado y la perforación de los clavos en las manos y en los pies, los tuvo a semejanza de San Francisco de Asís y de otras almas bienaventuradas.

3º *Clarividencia.* Veía las cosas ocultas y los sucesos a larga distancia, distinguía lo bueno de lo malo, adivinaba los pensamientos recónditos y tenía noción de las cosas sensibles desde su nacimiento.

4º *Bilocación.* En ciertas ocasiones hallóse en dos lugares distintos, no sólo espiritualmente sino corporalmente; ejemplos: su presencia en el sepelio de los restos del abate Lambert, en un caso, y su asistencia a una enferma, en otro, mientras se hallaba postrada en su lecho.

5º *Discernimiento de las reliquias.* Ella misma lo declaró y lo demostró: "Se me ha dicho que ninguna persona tuvo jamás el don de discernir las reliquias en el mismo grado en que a mí se me ha concedido". Pocos santos han gozado de esta prerrogativa.

6º *Percepción sensible de lo sobrenatural.* Percibía con sus sentidos el influjo y el mérito de la bendición sacerdotal, de las manos consagradas, del agua, de las campanas y de los objetos bendecidos, como asimismo de los sacramentos y de las oraciones.

7º *Visiones teológicas, históricas y proféticas.* Lo mismo que en el discernimiento de las reliquias, nadie fué tan favorecida como ella en las visiones del Universo, del Antiguo y Nuevo Testamento, del año eclesiástico, del poder sacerdotal, y de los sucesos históricos pasados, presentes y futuros, hasta el Anticristo y la restauración de la Iglesia.

Por otra parte, las visiones de Ana Catalina reúnen cinco condiciones inestimables que les imprimen el sello de la veracidad y genuinidad:

1º No hay en ellas contradicción alguna con las verdades consignadas en la Biblia ni en la tradición oral de la Iglesia.

2º Son ortodoxas, conforme con la sana doctrina, las buenas costumbres y el sentido común católico.

3º Se conexionan y complementan admirablemente con las Sagradas Escrituras y la historia eclesiástica.

4º Ilustran acerca de los misterios divinos, de los sacramentos y de los preceptos, y esclarecen puntos oscuros insuficientemente definidos por teólogos y exégetas.

5º Obran el bien, sin mezcla de mal, en las almas, y excitan a un más perfecto amor de Jesucristo.

Como vemos, estos escritos no contienen nada contrario al dogma ni a las virtudes teologales. No sólo no contienen nada contrario a la doctrina católica, sino que la confirman, la alaban y la proponen como necesaria. Sostienen cuanto enseña la Iglesia, inclusive muchas prácticas olvidadas o relegadas que florecieron durante el esplendor religioso de la Edad Media.

Se honra en forma inefable al Santísimo Sacramento; se reconstruye la historia de su devoción, y se esfuerza por acrecentar el amor a la divina Presencia. Con amorosa piedad se muestra el sacrificio de la Misa y sus santos efectos; y con tristeza se descubren los defectos de los celebrantes, que son reparados espiritualmente.

La visionaria goza con las obras de misericordia, se horroriza con las impiedades, se compadece con la desesperación de los pecadores. Enaltece la paciencia de los santos y el heroísmo de los mártires. En todo está concorde con la Iglesia en grado sublime.

Ni se puede alegar que haya aquí algo del Maligno, con ser tan extenso lo que hay. Uno de los distintivos más valiosos es cabalmente la firmeza con que están señalados el mal y sus consecuencias, y la exposición diáfana de numerosos misterios oscuros y profundos. Esta fué una de las grandes verdades que comprobó Pieter van der Meer, a quien León Bloy aseguraba que las visiones le ayudarían a comprender muchos aspectos difíciles en materia religiosa.

Es un poderoso auxiliar en la lucha contra el enemigo del género humano, a quien desenmascara en sus múltiples facetas. En ninguna parte he conocido mejor el carácter de las sociedades secretas que trabajan bajo la inspiración diabólica: su constitución, sus ritos, sus propósitos, sus actividades con la colaboración de muchos incautos, meros instrumentos, que ignoran los fines siniestros que persiguen.

En el tercer tomo de su valiente obra *La conjuration antichretienne,* el teólogo francés Henri Delassus, dedica varios capítulos a estudiar las visiones de Ana Catalina referentes a la Francmasonería. Verifica gran parte de ellas sobre las maqui-

naciones de la Alta Venta en Europa, y dice que, de acuerdo a sus investigaciones, el "hombre negro" a que se refiere la vidente, el misterioso personaje que urde intrigas perversas contra la Iglesia, era miembro de una embajada acreditada ante la Santa Sede, conocido en las logias con el seudónimo de *Nubius*.

Es humanamente imposible decir y obrar, en medida y en precio, lo que dijo y obró Ana Catalina. Es demasiado grande todo esto para tomarlo con ligereza. Reflexionemos seriamente. No nos engañemos. En todo lo que hay sello de santo se entremete el diablo con el intento de hollarlo o menoscabarlo, y siempre encontrará agentes eficaces que se presten a colaborar en sus designios de confusión. Los santos y sus obras han sido perseguidos siempre, a imitación del divino Maestro: San Pablo fué encarcelado; San Francisco, apedreado; Santa Ana María Taigi, vilipendiada; Don Bosco, tenido por loco. ¿Había de ser menos que tan selectas almas la doncella de Dülmen? He aquí, pues, la explicación teológica de la acción de sus contradictores, sea cual sea la forma de ataque adoptada, ya contra la vidente, ya contra sus visiones, porque el fin perseguido es el mismo.

Dios permite que se discutan estas revelaciones, como ha permitido que se discutieran los dogmas en los tiempos de las herejías, para probar la fe de los cristianos y confundir a los incrédulos.

Los frutos producidos por este árbol, son buenos. De ello dan testimonio innumerables almas que se enmendaron, que se convirtieron, que reavivaron su fe, que conocieron y amaron mejor a Cristo. La virtuosa mediación de Ana Catalina ha conseguido la conversión de numerosos personajes ilustres que se allegaron a ella, entre éstos el mismo Clemente Brentano, el médico Guillermo Wesener y el conde de Stolberg.

Ana Catalina era el vaso adecuado preparado para anunciar al mundo, en estos tiempos decisivos, muchos prodigios que contribuyeran a conmover saludablemente a las almas. Cierta vez que se quejaba de las dificultades que tenía para referir sus visiones, en medio del sopor de las dolencias, el Señor le dijo por boca de su ángel: "Dirás de ellas lo que alcances. No puedes ni podrás nunca contar el número de las almas que algún día han de leer lo que digas y consolarse, y despertar, y recogerse a la vida devota".

En una aparición la Virgen también la exhortó a relatar sus visiones lo mejor que pudiera, asegurándole que las almas sacarían mucho provecho de ellas.

XI. *TESTIMONIOS FAVORABLES*

Hay quienes opinan que tal vez resulte inconveniente que los fieles crean en estas revelaciones con la misma certeza que las verdades reveladas por la Iglesia. No estamos ciertamente obligados a creerlas de igual modo que a los textos canónicos. Mas, ¿qué peligro hay en aceptarlas, o en aceptar, por lo menos, lo que nos parece bueno? Ninguno. Lo único que exige la Iglesia es que no contengan nada contra el dogma ni las buenas costumbres. Por lo contrario, como lo hemos demostrado, todo aquí es ortodoxo, equilibrado, fidedigno, bello, piadoso y excitador del bien.

¿Será que algunas visiones no sean verdaderas? Aun admitiendo que no lo fueran, ¿qué mal hay en ello?

¿Son ciertas las parábolas de Jesús? Cierto es lo que puede llegar a serlo. Pudo haber ocurrido lo que puede ser concebido. Y si, al fin y al cabo, todo ello es verdadero y hermosamente cierto, como yo creo, ¿no habremos hecho mal retaceando a los hombres estos nuevos medios de perfección?

Siempre será preferible llenarse la cabeza de bellas y edificantes leyendas, que recuerdan las divinas historias de los bolandistas, aunque no estén aprobadas canónicamente, antes que de ficticios dramas y novelas, meros productos de la humana fantasía, de que están inficionadas las modernas generaciones.

"Menor peligro hay en creer y recibir lo que con alguna probabilidad nos refieren personas de bien, cosa que no sólo no está reprobado por los doctos, sino que sirve a la edificación del prójimo, antes que rechazarlo todo con espíritu temerario de desprecio", dijo San Pedro Canisio.

Y a quienes alegaren que sólo debe aceptarse lo que ha sido interpretado y aclarado por los Doctores de la Iglesia, en lo que se refiere a las Sagradas Escrituras y al universo teológico, responde Pío XII, en su reciente encíclica *Divino Afflante Spiritu*, declarando que en materia religiosa hay muchas cuestiones libradas a nuevas interpretaciones:

"Porque tengan en primer término ante los ojos, que en las normas y leyes dadas por la Iglesia, se trata de la doctrina de la fe y costumbres; y que entre las muchas cosas que en los Santos Libros, legales, históricos, sapiensales y proféticos se proponen, son solamente pocas aquéllas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, ni son muchas aquéllas de las que haya unánime consentimiento de los Padres. Quedan, pues, muchas, y ellas muy graves, en cuyo examen y exposición se puede

y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos, a fin de que cada uno, conforme a sus fuerzas, contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia".

Dios utiliza infinitos medios para dar salud a los hombres. En todos los siglos, según las necesidades de la época, suscita santos, órdenes monásticas, celestes apariciones, nuevas actividades y devociones destinadas a reavivar el fervor. Las revelaciones de Ana Catalina constituyen uno de esos grandes medios modernos.

¿Hemos de atenernos solamente a lo que se halla consignado en la Biblia, desechando todo el tesoro espiritual que ha ido acumulando posteriormente la Iglesia? En esto procederíamos como el pueblo judío, que sólo acepta el Antiguo Testamento, clausurándose las puertas de las gracias evangélicas. Hemos visto, por lo demás, según la autorizada palabra del Papa, que todavía no han sido interpretadas justamente todas las dificultades de los sagrados textos.

Dios es creador, y crea constantemente, y sostiene lo creado, y lo manifiesta gradualmente para salud de los hombres. ¿Quiénes somos nosotros, criaturas suyas deleznables, para poner límites a su poder creador, para pensar que ha cerrado su poder revelador, que es al mismo tiempo una manifestación de su misericordia? Por eso habrá obras nuevas, santos y portentos nuevos; y todavía un cielo nuevo y una tierra nueva serán creados, en todo lo cual glorificaremos la omnipotencia de Dios.

Verdad es que todavía la Iglesia no se ha expedido oficialmente acerca de las visiones de Ana Catalina. Mas no es absolutamente indispensable su fallo.

En muy contados casos emite declaración la Sede Romana sobre escritos que tratan temas sobrenaturales, acerca de los cuales no posea un dictamen definitivo, dejando su aceptación a la honrada libertad de los fieles. La Iglesia no aprueba fácilmente los milagros y las profecías. Sólo las Sagradas Escrituras son canónicamente infalibles. Muy pocos autores bienaventurados que refirieron nuevas revelaciones tienen la aprobación eclesiástica. Los sueños proféticos de Don Bosco, eminente santo, no cuentan con esa aprobación, no obstante que gran parte de ellos se han cumplido. ¿Vamos a rechazarlos, por eso, cuando sabemos que se hallan apoyados en su vida heroica y santa? Así como con Don Bosco, ¿por qué no tendremos una actitud semejante con Ana Catalina, cuyas visiones están conformes con el sentir de la Iglesia y algunas de sus profecías se han cumplido?

A los eruditos racionalistas y a los directores de conciencia les persuadirá mejor, seguramente, el autorizado criterio de Santo Tomás de Aquino, que expresa categóricamente: "Impío y escandaloso sería negar, sin examen y en conjunto, los milagros que se dicen obrados por los santos de Dios, y las revelaciones que se dicen hechas a ellos, aunque no sean aún aprobados por la Iglesia como dogmas".

La circunstancia de que Ana Catalina no haya sido aún canonizada, carece de valor probatorio. Hay muchos hombres y mujeres de virtudes heroicas, que no están canonizados. Tomás de Kempis, autor de la incomparable *Imitación de Cristo*, no está canonizado, y nadie le negará santidad. Si Santa Teresita del Niño Jesús no hubiera escrito su admirable historia, acaso no habría sido canonizada, pues su extraordinaria vida transcurrió en el silencio del claustro.

Aunque la Sede Romana no haya dado su veredicto oficial, acoge, sin embargo, con veneración todo lo relacionado con Ana Catalina, y recomienda la lectura de sus visiones y meditaciones, según el testimonio irrecusable del embajador Daniel García Mansilla, devoto de la estigmatizada de Dülmen, que dijo: "Puedo asegurar que cuando me encontraba en Roma, en representación diplomática del gobierno argentino ante la Santa Sede, muchos personajes de la Curia, entre ellos monseñor Pizzardo, hoy Cardenal, mi venerable amigo, recomendaban el texto de *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, según las visiones de Ana Catalina Emmerick, para meditación durante la Semana Santa".

Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth, refiriéndose a Ana Catalina, ha dicho en tiempos de Pío XI: "Este Papa no dirá nada de ella; el que le sigue dirá poco; mas el que le sucederá hablará mucho".

Llegará el día en que Ana Catalina será exaltada, y la suya será una exaltación gloriosa. Dios la reserva para la hora propicia. Será exaltada muy alto, porque se había humillado muy bajo. Será coronada con las almas seráficas que rodean a Cristo, porque poseía los secretos del Rey.

El que es de Dios, conoce las cosas de Dios; el que no es, no las conoce. Para el que no cree, es en vano hablar. El obstinado no creerá ni aun frente al milagro. La incredulidad tiene doble faz: una vez es ignorancia; otra, peligrosa presunción. Los fariseos no creían en la divinidad de Jesús, después de la curación del ciego de nacimiento; y la misma resurrección de Lázaro fué motivo para que desearan darle muerte. ¡No podemos preten-

der, pues, que todos crean en los estigmas y en las visiones de Ana Catalina!

Hay quienes alegan que la vidente relata cosas extrañas, que conoce, porque existen documentos; otros, que las ha inventado, porque faltan documentos para comprobarlas. ¡Si hay documentos, carecen de mérito; si no los hay, no pueden ser aceptadas!

Algo semejante censuraban los fariseos a Jesús cuando arrojaba a los demonios. Si no los echaba, no tenía poder de Dios; si los echaba, obraba por medio de Belcebú. ¿Y qué otra cosa puede responderse a esta generación descreída sino lo que el mismo Jesús les contestó: *Todo reino dividido en bandos quedará destruído, y toda casa se derrumbará. Pero si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino?*

Si Ana Catalina no tuviera la inspiración de Dios, la tendría del diablo; mas si así fuera, ¿cómo es que toda su obra va contra el diablo?

Es peligroso poner en manos de algunas personas cosas de mucho precio, porque las estropearán; como hay seres a quienes debiera prohibírsele tocar asuntos sagrados, porque las perlas no deben darse a los cerdos.

Verdad que no todos pueden entender el sentido a veces oculto. Se necesita disposición espiritual, sencillez. Por eso quienes no tienen muchas luces deben atenerse al juicio de personas autorizadas. No puede apreciar la grandeza de las visiones quien está inficionado del espíritu del siglo, del necio racionalismo que pretende someterlo todo a la fría experimentación, que ni en el milagro ve nada sobrenatural, porque no tiene fe, cuando la fe no se somete a la investigación ni a la curiosidad.

Este libro no es para el temerario ni para el soberbio, que anteponen la ciencia del mundo a la del cielo. Este libro es para el humilde, para el temeroso de Dios, para el que ama la Verdad y prefiere la vida del espíritu, que perdura, a la de la carne, que fenece.

En estas ricas fuentes han abrevado muchos poetas y escritores, que hallaron nuevos motivos para originales creaciones. Inspirados en las visiones de Ana Catalina Emmerick se han escrito poemas, relatos y novelas, entre otros, *El Mártir del Gólgota,* del español Enrique Pérez Escrich; *María de Mágdala,* de la alemana Ana de Krane, y *Horizontes perdidos,* del inglés James Hilton.

Por lo que a mí respecta, creo en la autenticidad de las visiones de Ana Catalina Emmerick. Me inspiran el más profundo

respeto. Han infundido paz y consuelo a mi espíritu. Han avivado mi fe. Me han hecho aquilatar mejor el precio de las cosas divinas y aclarado conceptos difíciles en materia religiosa. Me han acercado más a la Iglesia Católica y al Papa.

A través de ellas he conocido el valor de la Misa como viva recordación del Calvario, la admirable comunión de los santos, el poder sacerdotal, la urgencia de sufragar por las almas del Purgatorio. He conocido el mundo ilimitado y luminoso de la Iglesia, con su magnificencia en el cielo, y sus imperfecciones en la tierra, las cuales, empero, son suplidas de modo sobrenatural. He conocido mejor, a través de estas imágenes, vivientes y cálidas, ilustradas con piadosas meditaciones, el insondable amor de Cristo hacia los hombres, la entraña teológica de la redención, los inconcebibles tormentos del Verbo humanado, morales y físicos, en el huerto, en el juicio y en la crucifixión.

No sucede con ésta, como con otras obras, que el interés decae o es el mismo. A medida que avanzamos en la lectura hallamos renovada atracción, caudales de sabiduría, tesoros escondidos. Aprendemos cosas altas y profundas, alegres y bellas. Nos admiramos, nos desconcertamos inefablemente al asomarnos al abismo de los secretos de Dios.

Amo estas visiones porque a través de ellas veo mejor la omnipotencia de Dios, veo lo invisible, lo inenarrable; veo el reino infinitamente amable de la gloria, ante la cual son deprimentes sombras los más brillantes resplandores del mundo.

Compruebo con alegría que así lo han visto y creído, antes que yo, quienes tienen ojos y mente para ver y creer, las preclaras figuras del siglo pasado y de éste, que leyeron estas visiones y las amaron, prelados de la Iglesia, escritores y artistas, almas piadosas de todos los pueblos civilizados.

El teólogo Augusto Rohling dice en su importante *Medulla Theologiae Moralis* acerca de estos escritos: "A mi juicio, el sacerdote que los lea con detenimiento, sentirá encenderse en su alma tal celo por la salvación del prójimo y por la suya propia, que difícilmente podrá perderse".

El doctor Guillermo Wesener, confesó, refiriéndose a Ana Catalina: "Esta mujer ha despertado en mí la confianza en Dios y me ha conducido a la práctica de la oración, aligerando no poco, de esta suerte, la carga que sobre mí pesaba y que hacía más profunda mi natural melancolía".

Monseñor Federico Windischmann, vicario general de Münster, dijo: "Este libro cumple la misión de mostrar la verdadera figura de Jesús crucificado al pueblo cristiano. Sólo en el día

del Juicio Universal se podrá medir cuánta cosecha ha traído esta semilla, y lo que Ana Catalina ha conseguido con sus dolores, oraciones y visiones por el triunfo de la Iglesia de Jesucristo".

"No conozco otras revelaciones que sean más ricas, más profundas, más estupendas y arrebatadoras en su género como las visiones de Ana Catalina Emmerick", declaró Juan José de Görres en su tratado de mística citado.

"Los escritos de Ana Catalina Emmerick respiran un espíritu tan profundo de fe y un amor a Dios tan generoso, que su piadosa lectura debe producir un tesoro de bendición y de edificación en los fieles", expresó el obispo de Covington, monseñor Augusto M. Toeble.

León Bloy decía que si la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* por el padre Schmoeger, fuera leída "por veinte personas en cada diócesis, Dios cambiaría la faz del mundo".

Y su amigo, el escritor holandés Pieter van der Meer de Walcheren, estampó en su diario de conversión: "Leo esta historia estremeciéndome de emoción. Descubro a cada instante nuevas maravillas en el Catolicismo. Lo veo como una catedral espiritual, infinitamente bella, a donde mi alma puede penetrar. Me resulta tan evidente que sólo por medio de la Iglesia se conoce el recto camino que lleva a Dios... Bloy tuvo razón al decir, cuando me prestó este libro, que me ayudaría enormemente a ver claro, a comprender mejor muchas cosas oscuras".

XII. *INVITACION*

Escribía San Pablo a los tesalonicenses: *No apaguéis el espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno.*

A los sinceros, a las almas sedientas de Verdad, a los hombres de buena voluntad invito a leer esta maravillosa obra. No juzguéis antes de conocerla. Leed y meditad para tener cabal conocimiento de ella. Después, aceptadla o no; mas *abrazad lo que es bueno.* Es cosa segura que os conmoveréis saludablemente; que aprenderéis cosas que no por portentosas son menos ciertas; que se os abrirán vuestros ojos a un reino inmenso y esplendoroso, más que un reino de hadas, que no podrá menos de ser amado, porque es el reino de Cristo.

En los años que corren, sensuales y febriles, en una sociedad roída por las discordias, donde se ha enfriado la caridad como signo del final de esta generación, no encuentro, para el alma desengañada y atribulada, libro más consolador, después de las

Sagradas Escrituras, que el de las revelaciones de Ana Catalina Emmerick. Su lectura produce una fuerza misteriosa para aventar la fe bajo la ceniza, para estimular la misericordia hacia el prójimo agobiado, para acrecentar la esperanza, en medio de las incertidumbres terrenas, por la vida eterna. llena de paz y de luz.

Precisamente para este siglo minucioso, escrupulosamente avizor, ávido de novedades fuertes, se avienen estos escritos tan detallados, tan diáfanos, tan ilustrativos y cautivadores.

Dios dispuso que se difundieran ahora estos conocimientos, antiguamente tal vez innecesarios, porque había mucha fe, pero hoy indispensables, porque hay poca fe. La tierra está fría, desolada y oscura. Rápidamente avanza la humanidad hacia una zona tenebrosa. Parecen azotar el aire los siniestros aletazos del amo del mundo. Ya claman los falsos profetas pretendiendo señalar los modernos cristos a los hombres. Acaso estemos en los umbrales de la gran apostasía de que habla San Pablo. En el horizonte cercano se perfilan los rasgos del hombre de perdición, que seducirá a las masas con sus prodigios y desencadenará la persecución universal

Es hora de fortalecerse con los dones instituídos por Jesucristo. Es menester abrevar renovadamente en las siempre frescas fuentes de los sagrados textos. Estas meditaciones resultan. después de aquéllos, orientadoras y salvadoras.

Al fin de cuentas, después de la atenta reflexión de las cosas del mundo, descubriremos que lo que vale es lo espiritual. Hacia los misterios divinos debemos orientar nuestras mejores aspiraciones. Y en la tierra, sólo en la Iglesia Católica se vive lo sobrenatural y eterno.

Bienaventurado el hombre que me oye, y vela a mis umbrales cada día, y está de acecho en los postigos de mi puerta, dice el Señor en los Proverbios.

¡Oh Dios incomprensible y grande! ¡Bendito seas, porque dispusiste que una mujer muy débil y dolorida, como una cosa que se deshace en tus manos, llevara los sagrados estigmas de tu divino Hijo, y fuera el mensajero que nos revelara los maravillosos arcanos del universo infinito! ¡Te alabo, Señor, porque descubriste a los humildes y ocultaste a los poderosos las magnificencias de tu gloria!

JUAN CARLOS MORENO.

JUICIOS AUTORIZADOS

COMENTARIO A LA VIDA DE JESUCRISTO

por DOM PRÓSPERO GUERANGER

La autoridad de Don Próspero Gueranger, abad de la Abadía de Solesmes, es universal. Nació en Francia en 1805 y falleció en 1875. Es autor de los ANALES LITÚRGICOS, *en 9 tomos, y de una biografía de Santa Cecilia. Trabajó intensamente por la restauración del canto gregoriano. El siguiente comentario fué publicado en* LE MONDE, *el 15 de abril de 1860.*

Tras larga expectativa estamos finalmente en posesión de la primera parte del precioso manuscrito que ha dejado Clemente Brentano, conteniendo la colección de las visiones de Ana Catalina Emmerick sobre la vida de Jesucristo.

El abate Cazalés, a quien la Francia le debe el conocimiento de las conmovedoras narraciones sobre la amarga Pasión, como sobre la vida de la Virgen Santísima, continúa introduciéndonos en las maravillosas narraciones de la vidente alemana, al dar al público, como siempre, una fiel y notable traducción de esta nueva obra, la cual es aún más admirable que las dos primeras.

Los lectores de nuestro extenso trabajo sobre *La Mística Ciudad de Dios,* los cuales nos dieron muchas veces ánimo para proseguir nuestro estudio sobre este hecho tan notable del siglo XIX, recordarán, sin duda, la comparación que hemos señalado entre la extática española y la alemana. Hemos reconocido la primacía de Ana Catalina en vista de la riqueza y los detalles en la narración de los hechos, mientras la colocamos inferior a María Agreda en cuanto a la grandeza de las ideas. Ambas llevan el carácter propio de las visiones sobrenaturales. Las contradicciones que de tanto en tanto se pueden señalar entre ambas videntes, no pueden desprestigiar el conjunto de las revelaciones. Hemos mostrado cómo en los escritos de estas dos almas santas se pueden señalar a veces inocuos errores, ya sea porque en este mundo sólo les ha iluminado la mente una luz parcial o que ellas, vueltas a la realidad de esta vida común, se esfuerzan en reconstruir aquello que en el éxtasis han visto o han recibido como revelación.

He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen y no dudo que esta idea será compartida por todos aquéllos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, y con igual interes y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aun concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada.

¿Y qué fuera si al mismo tiempo cuidara en ese escrito la más exacta topografía de todos los pueblos, lugares que su Héroe recorre, si descubre todas las costumbres y usos y la vestimenta en todos sus detalles narrando los episodios pequeños y los grandes de tantos ca-

racteres, ricos y variados de las personas en escena, durante tres años completos y sin notarse en todo ello ni un rastro, no digo de invención, pero ni siquiera de esfuerzo en la narración de los hechos?... ¿Y qué diremos si el ordenador de semejante drama es una sencilla campesina del corazón de Europa, sin ninguna idea de las costumbres del Oriente, de las cuales, sin apartarse un ápice, describe y pinta superando el pincel de un artista y la ciencia de un arqueólogo?...

¿Y qué pensar, finalmente, si el Héroe de esta admirable odisea no es otro que el mismo Hijo de Dios, del cual son conocidos los hechos principales por los Evangelios, el cual, sin embargo, nos es mostrado aquí en los menores detalles de su vida escondida, sin que se pueda descubrir ni una sola discordancia que pudiera provenir de una débil, humilde y mortal narradora?...

Pero es cabalmente esto lo que han alcanzado a demostrar con éxito completo los dos primeros libros con que ha enriquecido nuestro idioma el abate Cazalés.

Bossuet reprochaba a María de Agreda que narraba día por día la vida de Jesús y de María y de esta minuciosa narración sacaba la consecuencia de que tales narraciones eran falsas. Yo he demostrado, si esto es un reproche, la sinrazón de su afirmación y he demostrado que la vidente española está muy lejos de poder ser tachada de narradora superficial.

Pero lo que en Ana Catalina sorprende y convence es precisamente la riqueza inacabable de sus narraciones, que aparta toda sospecha de personal superchería en esta obra de la vida de Jesús. Este carácter de la narración ha causado ya gran impresión cuando aparecieron *La Dolorosa Pasión* y *La Vida de la Virgen;* pero aquí se ha superado toda expectativa y no puede uno dejar de exclamar ante tal inefable obra de arte: *Digitus Dei est hic.*

No debemos, pues, admirarnos de que el Rvmo. Obispo de Limburg haya creído dar su aprobación al libro, que se justifica a sí mismo, y en la publicación del cual se puede sin dificultad ver una disposición de la Divina Providencia, que se ha dignado consolar a los católicos de Alemania, en medio de las horrendas blasfemias que contra los santos Evangelios se han dicho y aún se repiten, puesto que aquí se ponen ante los ojos materiales, puede decirse, la verdad de los hechos que narran los Evangelios.

Con seguridad podemos afirmar que Ana Catalina tuvo una misión que cumplir. Dios no da sin un especial motivo los extraordinarios dones que se han manifestado en ella. No es sin motivo que ha suscitado en el seno de Alemania a Ana Catalina, precisamente ante el desborde de un aterrador ateísmo cual ningún otro país ha tenido que soportar. Merecían un consuelo esos fieles hijos de la Iglesia, esas nobles y sencillas almas, las cuales, sin ser siquiera tocadas, no se dejaron desviar por los descabellados sistemas de un Semler, Strauss, Ewald, Bauer, y otros semejantes; sistemas erróneos que sólo tenían un brillo ficticio y que acabaron en las profundidades de las tinieblas.

En otro lugar he señalado los designios de Dios en tales revelaciones y como ellas están muy conformes con las directivas de la santa Iglesia. En cuanto a la fe que se les ha de dar, no crean ellas ninguna obligación de fe; con todo, constituyen un medio muy poderoso para mantener y aumentar la vida cristiana.

APROBACION DE LA EDICION NORTEAMERICANA

por el CARDENAL JAIME GIBBONS

Nació en 1834 y falleció en 1921. El cardenal Jaime Gibbons fué arzobispo de Baltimore y primado de los Estados Unidos. Es autor de la importante obra THE FAITH OF OUR FATHERS *publicada en 1871. Reproducimos el texto de su aprobación a la edición norteamericana de la biografía de Ana Catalina.*

Las primeras palabras del prólogo de la edición inglesa de la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* nos muestran ya que miles de personas en Alemania, Italia y Francia están familiarizadas con los episodios de esa vida, mucho antes que el público inglés.

Sé que Pío IX, de feliz memoria, tenía de ellos una idea tan alta que él mismo mandó hacer una traducción italiana de la edición alemana que se le había entregado, para que ambas salieran al mismo tiempo.

Mientras leemos el prólogo, encontramos nombres como los de Clemente Augusto von Droste-Vischering, coadjutor de Münster y luego arzobispo de Colonia; Miguel Sailer, obispo de Regensburg, y su santo coadjutor, monseñor Wittmann, uno de los más grandes prelados de nuestro tiempo; el sabio y piadoso deán Overberg, director del Seminario de Münster; el abad Haneberg, obispo de Speyer; Dom Guéranger, abad de Solesmes; Federico Windischmann, vicario general de Münster; el profesor Alban Stolz, de Friburgo; el canónigo A. Urbas de Saibach; monseñor J. N. Neumann, cuarto obispo de Filadelfia; monseñor Toeble, obispo de Covington, y, finalmente, el mismo autor, reverendísimo padre Carlos Erardo Schmoeger, que ingresó en 1850 a la Congregación del Santísimo Redentor, siendo sacerdote de mucho saber. A estos nombres debemos añadir los de los Condes de Stolberg y de José Görres, el cual, aunque no es sacerdote, adquirió fama por su ciencia teológica y su sano juicio, de modo que sus palabras son consideradas como oráculos en estos días. Este mismo afirma en su gran obra *La mística cristiana:* "No conozco otras revelaciones que sean más ricas, más profundas, más estupendas y arrebatadoras en su género como las visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick".

Con el fundamento de estos testimonios, unánimes en juzgar la veracidad de la venerable Ana Catalina Emmerick y la gran estima que merecen sus revelaciones, como por el propio convencimiento del gran beneficio que se podrá extraer de la lectura piadosa de la obra titulada *La vida y la dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Madre;* no nos detenemos en aprobar y poner nuestra firma junto a las de Pedro José, obispo de Limburg, y de Ignacio, obispo de Regensburg, que acompaña la edición alemana, y a la de nuestro hermano, monseñor Gross, arzobispo de Portland, Oregón.

EL MAS GRANDE DE TODOS LOS POETAS

por León Bloy

El gran polemista francés, muerto en 1917, cuyos libros cobran notable actualidad, era un férvido admirador de las visiones de Ana Catalina. De su obra Mon Journal, *entresacamos dos fragmentos: el primero es parte de una carta dirigida al escritor católico dinamarqués Juan Joergensen, reproducida en la revista literaria danesa* Tilskueren, *de Copenhague; el segundo es un conciso comentario a la biografía del padre Schmoeger.*

¿Os he dicho que la hermana Ana Catalina Emmerick, la vidente estigmatizada de Dülmen, es, a mis ojos, el más grande de todos los poetas, sin excepción? Es tan grande y tan poeta que, cuando pienso en ella, todo desaparece.

¡Qué recuerdo aquél el de mi primera lectura de su *Dolorosa Pasión!* Sucedió uno o dos años antes de la atroz guerra francoalemana. Era yo muy joven y tan pobre que hasta las paredes del sótano fétido donde habitaba parecían alejarse de mí. El anterior locatario había huido vencido por las arañas, las escolopendras y los gusanos. La humedad era tal que los hongos, desgraciadamente incomestibles, crecían sobre mis diccionarios.

Amueblada por una cama de hierro que hubiese espantado a un vagabundo, por una mesa de cocina que pudo haber tenido algún equilibrio durante el Terror, y por un viejo pupitre carente de patas que conservo piadosamente todavía, mi covacha parecía inmensa, tanto había en ella rincones hostiles donde jamás penetraba la luz.

Fué ahí donde, hallándome enfermo un día de Cuaresma, leí, por primera vez, este libro extraordinario. Yo no tenía mucho más de veinte años, y no recuerdo otra cosa sino que hubo un torrente de delicias, una lluvia de lágrimas. ¡Me vi exactamente en mi lugar, en el polvo y en la basura, y sentí pasar sobre mí la Belleza divina!

Abril 15. Para consolarme de Naundorff, inicié la lectura de la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* por el padre Schmoeger, tres volúmenes traducidos del alemán, que por fin pude adquirir, y que había deseado largo tiempo. Si fuese leída por veinte personas en cada diócesis, Dios cambiaría la faz del mundo.

PROLOGO DE LA VIDA DE ANA CATALINA EMMERICK

por CARLOS E. SCHMOEGER

El padre Carlos Erardo Schmoeger, fué provincial de los Redentoristas de la Alta Alemania. Creemos innecesaria toda otra referencia para significar su severidad y autoridad. Fué quien divulgó la mayoría de las visiones y quien escribió le bellísima VIDA DE ANA CATALINA EMMERICH, *en 1870, cuyo prólogo publicamos a continuación. Es de gran utilidad porque explica la forma en que ha procedido con los originales inéditos de Clemente Brentano.*

Ana Catalina había calificado la colección de las notas del Peregrino como "un jardín ricamente plantado, pero sin caminos para entrar y recorrerlo". Ya desde marzo de 1820 ella había narrado esta visión notable debido a su maravillosa realización. "Me encontré en un jardín plantado por el Peregrino. Había nacido gran cantidad de flores, de plantas y hierbas tupidas y fresquísimas: pero el Peregrino lo había plantado de un modo tan tupido que no había allí ningún camino para andar dentro. El Peregrino me condujo dentro de la pequeña casita del huerto en torno al cual había plantado muy espesos berros amargos"...

Más tarde repitió varias veces: "He visto el jardín del Peregrino; muchísimas cosas nacieron allí y crecieron; pero no hay dentro ningún camino; está plantado de un modo demasiado tupido, pero debe ahora seguir y cosechar"... Otras veces: "He visto el jardín plantado por el Peregrino tan tupidamente, que solamente él conoce un camino para penetrar; los otros se lamentaban de no poder entrar ni moverse allí dentro. Ese jardín estaba junto a un país estéril. En la entrada había un rosal de rosas guarnecido de espinas. El Peregrino y los demás hubieran querido recoger esas rosas, pero se punzaban los dedos en las espinas. He visto a uno que quiso valerosamente romper unos ramos de rosas, pero se pinchó de tal manera que comenzó a gritar".

Estos cuadros no podían ser más precisos y extraordinarios. El camino por el cual el Peregrino sólo podía entrar en el jardín que había plantado tan tupidamente, representa los siete días de la semana durante los cuales él recogía y juntaba sin trabazón ni distinción lo que observaba en Ana Catalina, lo que ella le contaba de sus visiones, las varias sensaciones que en él producían estas participaciones, y, además, como él se encontraba molesto, ofendido o tratado por las personas que más cercanamente lo circundaban y por varios visitantes con los cuales se encontraba junto al lecho de la enferma, y finalmente las propias circunstancias y la de sus amigos más íntimos. Esta materia mezclada con tantos elementos, forma la sustancia y el contenido de sus notas, de los cuales el autor de esta vida debía escoger cuanto podía servir a su fin y objeto. El Peregrino no podía, por lo demás, formar otro criterio anticipadamente, mas que el de referirlo todo del modo más fiel posible. Por otra parte, la vida íntima y la actividad espiritual de Ana Catalina constituían, para él, un misterio, de las cuales podía conocer solamente lo que ella con la aprobación de sus directores espirituales,

los padres Overberg y Limberg, le comunicaban; así él anotaba todo esto lo mejor que las circunstancias se lo permitían y reservaba lo que le parecía oscuro o ininteligible para lo futuro y para más profundo examen.

El autor se ha atenido, entonces, en todo lo que ha tomado de los apuntes del diario, lo más fielmente que ha podido a la letra de los escritos del primer momento. Por otra parte, era solamente el menor número de visiones lo que a primera vista y de una vez podía ser referido por Ana Catalina al Peregrino y por él recogido y puesto por escrito en el momento. Seguían luego los complementos, las añadiduras, los cambios, en gran número; pero esto sucedía, muchas veces, en días muy alejados de los de la primera transcripción. Por esto el autor solamente ha podido encontrar la clave de un cuadro o de una visión, después de largas y penosas confrontaciones, en una posterior manifestación de la vidente, apenas observada y anotada por el Peregrino, o con el medio de una escrupulosa comparación con otras visiones anteriores o posteriormente contadas. Esto sucede especialmente a propósito de la importantísima visión de la mansión de bodas, que parece ser el centro y punto medio de toda la actividad sobrenatural y visional de Ana Catalina. El Peregrino jamás pudo tener idea clara de este cuadro; pero afortunadamente había conservado tantas manifestaciones y tantas expresiones de Ana Catalina acerca de este asunto, que después de indecibles fatigas le fué posible al autor penetrar en la profunda inteligencia de esta visión. Sólo entonces se encontró en grado de poder concebir y ver el orden interno, la distribución y la significación de la desmesurada actividad de las obras de esta alma elegida en favor de la Iglesia entera y de cada uno de sus miembros, para poder desarrollar y contar la historia de esta vida.

En esta ocasión debe el autor hacer notar que tanto en el primero como en el segundo volumen ha referido todos los hechos y acciones de la infancia, de la madura juventud y de la sucesiva edad de Ana Catalina, acudiendo a las fuentes indicadas en el texto, esto es, a las notas del doctor Wesener y del Peregrino, que conservaban y transcribían con cuidado toda noticia que conseguían de ella misma, del confesor, de las antiguas hermanas y de otras personas próximas a ella, acerca de las íntimas circunstancias de su vida entera. Además de esto, se ha encontrado en el caso de tener a su vista un número grande de cartas del Peregrino, no publicadas aún, escritas desde el comienzo de su estada en Dülmen hasta pocos días antes de su muerte y dirigidas a personas que sobre todas las otras poseían su confianza, su veneración y su afecto. Como el autor se ha empeñado bajo su palabra sacerdotal a usar con la mayor discreción los secretos de esta correspondencia que se le ha confiado, aquí solamente puede decir que el contenido de las cartas le ha dado la prueba más clara de la acción feliz, bendita e imborrable que el trato con Ana Catalina ha ejercido en el ánimo del Peregrino. De todos los contemporáneos que han tenido con Ana Catalina relación más transitoria, mientras fueron por ella honradas con afecto y confianza, dos están aún vivas, es decir, la señora Apolonia Diepenbrock y Luisa Hensel, y ambas han ayudado al autor del modo más benévolo por medio de comunicaciones orales y escritas.

El Peregrino mismo en el año 1831 había puesto en cierto grado de examen y preparación y coordinación, los escritos de los casos y las observaciones del primer mes de su estada en Dülmen, trabajo que el autor no pudo de ningún modo emplear porque no corresponde plenamente a la letra con la primera transcripción de sus diarios. El Peregrino no quiso copiarse a sí mismo y así rehizo su diario según ulteriores modos de ver y de experiencias, de tal manera que al fin se sintió él mismo descontento del trabajo y abandonó toda posterior tentativa. El se había hecho más dificultosa la empresa transcribiendo y anotando toda clase de noticias de cosas extrañas, las cuales no podemos aquí callar del todo. Todas las veces que Ana Catalina veíase impedida, por estorbos varios, de participarle sus visiones, él llenaba sus diarios con lamentaciones contra el confesor y con los que estaban en torno, y que a sus ojos les parecían los verdaderos causantes de aquellas interrupciones que se le hacían insoportables. Como él repitió estas lamentaciones en cartas particulares que fueron publicadas después de su muerte, el autor no puede menos que hacer mención de estas cosas. Aquéllos a quienes fueron dirigidas estas cartas conocían la irritabilidad del Peregrino como las precisas circunstancias y relación de las cuales habían tenido origen, y por eso a los ojos de ellos perdían aquella dureza que deben tener ante cualquier otro extraño lector. La justicia imparcial pedía al autor que pusiera en clara luz y en conciencia el verdadero estado de las cosas, para que todo lector pueda pronunciar una verdadera y bien fundada sentencia en cuanto a la culpa o inocencia de algunos individuos a menudo severamente juzgados por el Peregrino y en cuanto a la situación externa en la cual vivía Ana Catalina.

El autor ha sentido ser tanto más necesario cuanto él mismo ha podido sólo con dificultad sustraerse a la impresión producida por tan frecuentes lamentaciones del Peregrino y sólo después de largo y profundo estudio ha podido llegar a conocer la verdad sin turbación. Tiene la persuación de haber con ello correspondido a las intenciones del mismo Peregrino, que diez años antes de su muerte tenía en su mente la idea de confiar a otro la compilación y el ordenamiento de sus notas y escritos y dejar cada página en pleno poder de la fidelidad y conciencia de aquél, para que, libre de espíritu de partido, pudiera con libertad e independencia apreciar la sustancia de las cosas. Cuanto más crecía para el Peregrino el tiempo que lo separaba de los últimos momentos de Ana Catalina, con mirada más tranquila se ponía a meditar sobre los últimos años de su estada en Dülmen, y tanto menos se sentía dispuesto a dejarse herir de nuevo con aquellas espinas que él, en su humana debilidad, había plantado en torno a las rosas de su jardín.

Si él no hubiese tenido una disposición de espíritu iluminada y dulce hubiera creído que quitaba un contributo importantísimo a la plena y exacta apreciación de sus relaciones con Ana Catalina, y habría ciertamente borrado de sus diarios todos los testimonios y pruebas de sus relaciones personales con ella y con el confesor. Pero poseía la rara sinceridad y la fuerza de ánimo necesaria para conservarlo todo intacto y sin el mínimo cambio ni variaciones, para que tanto sus lamentaciones cuanto sus alabanzas sirviesen de testimonio en favor de la sierva de Dios.

En el convento de Gars, Baviera, día de San Juan Bautista, 17 de setiembre de 1867.

LA VIDA DE LA VIRGEN
por E. de CAZALÉS

El abate E. de Cazalés, vicario general de Montaubán, es el principal traductor al francés de las obras publicadas en Alemania por Clemente Brentano y el R. P. Carlos E. Schmoeger. Ha estudiado con amor los antecedentes de la causa de Ana Catalina. Reproducimos una parte del magnífico estudio que hace, a manera de prólogo, en la versión francesa de la VIDA DE LA VIRGEN, *publicada en París, en 1854.*

Si examinamos la persona de la extática de Dülmen, hallamos en su vida circunstancias muy extraordinarias, aunque no son más de lo que se cuenta de muchos santos y santas, como San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San José de Cupertino, Santa Verónica de Juliani. No se desprende de aquí que uno puede prevenir, en lo que le concierne, el juicio de la Iglesia Romana, ni que tenga derecho de ponerla en el mismo plano que los santos personajes, a quienes un decreto solemne de canonización ha colocado en los altares; pero esta semejanza de su vida con la de ellos, no es una presunción, y es permitido tenerlo en cuenta.

En cuanto a sus revelaciones y visiones, ella no les atribuía ninguna autoridad; no las comunicaba sino con repugnancia y obedeciendo las órdenes de sus directores. Lejos de engreírse o enorgullecerse, se mostraba cada día más humilde, más mortificada, más obediente. En una palabra, no se veía en ella nada que pudiera hacer creer en la ilusión o en la inspiración del espíritu maligno.

Si consideramos los escritos en sí mismos, vemos que ellos no respiran más que piedad, amor a Cristo, sumisión a la Iglesia. En lo que concierne al dogma, no se encuentra nada que no esté conforme con la enseñanza católica, nada que toque menos el mundo en lo que es admitido como artículo de fe. Todo lo que contiene de nuevo y singular, se refiere a puntos secundarios, no de teología propiamente dicha, sino de historia sagrada, sobre los cuales la Iglesia calla, la Iglesia no ha decidido, y que permanecen librados a la discusión. Lo que puede parecer extraño en sus libros no son más que una multitud de cosas contenidas en escritos provenientes de santos canonizados o redactados bajo su dictado. Es suficiente, para convencerse, hojear la colección de los bolandistas, leer las visiones de Santa Hildegarda, de Santa Gertrudis, de Santa Francisca Romana, de Santa Brígida. Son obispos y sacerdotes renombrados de Alemania, por sus luces y sus virtudes, quienes han animado a Clemente Brentano a reunir y publicar los relatos de Ana Catalina Emmerick como medios poderosos para edificar las lecturas cristianas y dar vida a su piedad; pero sin atribuirles otro valor que el que una sana teología acuerda a las obras de este género.

En su *Theologie mystique*, el benedictino Schram, que ha resumido con exactitud la enseñanza común de los teólogos sobre este punto, dice: "No se puede dar a las revelaciones particulares, aunque sean aprobadas por la Silla Apostólica, como las de Santa Hildegarda, Santa Brígida o Santa Catalina de Siena, un asentimiento de

fe católica, sino de fe humana, siguiendo las reglas de la prudencia que las juzga probables y pudiendo ser objeto de una piadosa creencia. Lo mismo enseña Melchor Canus, a quien se le une el cardenal de Turrecremata, que se expresa así en la aprobación de los libros de Santa Brígida: "Yo no he encontrado ninguna cosa que, piadosa y discretamente entendida, sea contraria a la enseñanza de la sagrada Escritura y de los santos Padres. Pueden, por lo tanto, ser leídos en la Iglesia, lo mismo que los libros de los otros doctores, las historias y las leyendas de los santos, cuya lectura es permitida a los fieles".

Se ve cómo la Iglesia deja en libertad al juicio particular en lo que toca a las revelaciones provenientes de personas beatificadas o canonizadas por ella, y, con mayor razón, cuando se trata de escritos cuyos autores no han sido propuestos solemnemente todavía a la veneración de los cristianos. A unos como a otros, lo hemos dicho ya, lo único que pide es que no encierre nada contrario a la ortodoxia y que pueda servir a la edificación de los lectores. Creemos que, por lo que respecta a esto, las meditaciones de Ana Catalina Emmerick están perfectamente en regla. Hay ya una presunción en su favor, al menos en cuanto a la *Dolorosa Pasión*. Pocos libros han sido tan difundidos, sea en Alemania, sea en Francia, y fué natural que éste, a causa de su naturaleza y su origen, fuera sometido al juicio de la Sagrada Congregación del Index. Sabemos que, en efecto, ha sido denunciado ante el Tribunal hace unos años, y como no se le encuentra mencionado en la lista de obras cuya lectura ella prohibe a los católicos, es permitido deducir que no ha encontrado nada reprensible.

Desde el tiempo que nosotros escribimos estas líneas, Clemente Brentano ha muerto. Sus obras completas, de las cuales una gran parte estaba inédita, han sido publicadas por sus herederos, y ellas han mostrado qué renombre literario pudo haberse hecho mientras vivía, si él no hubiera renunciado a la gloria que podía conseguir para sí, consagrando los últimos años de su vida a poner en orden las notas recogidas junto al lecho de dolor de la extática de Dülmen. Nos parece, en reserva, que semejante desinterés por su propia reputación, presenta una de las mejores garantías de veracidad que pueda desearse. Hay otras, si no nos equivocamos, en las repeticiones, lagunas, oscuridades, y hasta contradicciones, que se encuentran algunas veces en los relatos de la hermana Emmerick. Esto no quiere decir que se invente; al contrario, es así como se refieren palabras caídas de labios de una persona librada a crueles sufrimientos, interrumpida sin cesar en sus confidencias, persona que, por otra parte, no se expresa siempre bien.

No hay persona que no se sienta más emocionada, más enternecida, más dispuesta a la oración, en presencia de un crucifijo, de una Virgen, de una simple imagen, que represente algún rasgo de la historia del Salvador o de la vida de los santos. A tales producciones, de arte refinado o sencillo, la Iglesia Católica las ha alentado siempre, porque tocan al hombre todo entero y porque sabe cómo influye sobre el alma lo que le llega por la vía de los sentidos.

Entonces, no les pide la verdad absoluta, la representación exacta de la realidad, sino solamente el decoro y la verosimilitud: exigir más sería querer lo imposible. Cuando no están en contradicción ni con el buen gusto, ni con la historia; cuando, además, llevan la marca de una fe sincera y de un sentimiento profundo, llegan al corazón por los ojos, lo tocan, lo inflaman, excitan en él piadosas emociones, y, como decía un anciano de una obra de arte de Fidias, algo agregan a la religión de los pueblos. Es un efecto análogo el que nos ha parecido producir el libro de la religiosa de Dülmen, con sus relatos a la vez tan simples y tan animados, sus cuadros tan sorprendentes, sus descripciones tan precisas que parecen copiadas de la naturaleza, sus personajes tan vivientes y tan verosímiles, sobre todo con el sentimiento de fe sencilla y devoción afectuosa que se respira en todas sus páginas.

Como las más bellas obras de los grandes artistas cristianos, hacen revivir ante nuestros ojos a la incomparable Madre del Redentor y a los santos personajes que Dios había asociado de cerca a su destino terrenal; ocupa cabalmente de ellos nuestro corazón y nuestra imaginación, y rindiéndoles presentes de cualquier suerte, enfervoriza y redobla por eso sólo nuestros sentimientos de amor y de veneración hacia ellos. Tal es, a lo menos, lo que produce en nosotros; y he aquí por qué hemos sentido deseos de vertirla a nuestro idioma. Si, como esperamos, las almas simples y piadosas hallan la fuente de emociones saludables y de buenos pensamientos, si sirve para aumentar la devoción a la augusta Madre de Jesucristo, habremos conseguido el fin que nos hemos propuesto, antes que nada, al emprender este trabajo.

UNA RECOMENDACION

por AUGUSTO ROHLING

Este juicio ha sido tomado de la importantísima obra del teólogo alemán Augusto Rohling, MEDULLA THEOLOGIAE MORALIS, *edición Herder, en las anotaciones consignadas en la página 590.*

No puedo menos que recomendar con el mayor encarecimiento todos los escritos que han visto la luz acerca de la vida y visiones de la bienaventurada Ana Catalina. Las visiones relativas a la pasión del Redentor han sido publicadas por Clemente Brentano; lo restante, por el padre Carlos E. Schmoeger, de la Congregación del Santísimo Redentor. el cual ha escrito asimismo la vida de la Hermana, y, por cierto, de un modo tan excelente, que no puedo expresar la gratitud que se merece.

Por tal razón, quiero mencionar en mi obra estos escritos, porque a mi juicio, el sacerdote que los lea con detenimiento, sentirá encenderse en su alma tal celo por la salvación del prójimo y por la suya propia, que difícilmente podrá perderse. Aquí hallará la imagen del Salvador pintada con tan vivos colores y contemplará tan claramente su infinita bondad, que de buen grado habrá de renunciar al amor del mundo; y si algún obstáculo se le opone, pronto lo vencera y se inflamará cada día más en el amor de Dios, y animado de este amor podrá mover a penitencia, en cuanto sea posible, los corazones mundanos de sus hijos de confesión.

UNA DE LAS MUJERES MAS ILUSTRES DEL SIGLO XIX

por GUILLERMO JÜNEMANN

Entre las diversas ediciones resumidas que se han hecho, figura la del padre Guillermo Jünemann: VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU SANTÍSIMA MADRE MARÍA. *La obra lleva la aprobación del arzobispo de Friburgo y fué publicada por Herder, en castellano, en 1911. Transcribimos una parte del magnífico prólogo.*

La popularidad de la célebre vidente de Dülmen va creciendo a ojos vistas. Ayer conocíala y amábala el mundo piadoso; hoy también la estudia y admira el mundo sabio; tantos son y tan preciosos los datos históricos, geográficos y arqueológicos consignados en sus libros y tan pasmosa es la confirmación que reciben día a día, por las excavaciones que se hacen en Palestina y otros países levantinos.

Las numerosas excavaciones que se han hecho en los últimos tiempos y se están haciendo en Tierra Santa, vienen a confirmar del modo más espléndido los innumerables datos topográficos de las visiones. Sobre todo ha dejado atónitos a los que en ellas no creían, el descubrimiento de la casa de María en Efeso y que coincide hasta en sus menores detalles con la que Ana Catalina describe tan minuciosamente. Pero el dato que más había chocado al Dr. Nirschl, notable sabio alemán, continuaba sin poder comprobarse; pues desde 1892 a 1894 prohibió el gobierno turco las excavaciones. El dato objetado y al parecer absurdo era éste: la vidente habla por lo menos cinco veces, según el manuscrito de Brentano, acerca de la trasera de la casa, diciendo que "es redonda o angulosa", "semicircular o en ángulo", "que en la trasera tiene forma semicircular o triangular". Pues bien, el 25 de agosto de 1894 se descubrió la trasera, y para gran sorpresa se vió que la parte superior del muro era interior y exteriormente redonda y la inferior angulosa y triangular.

¡Designios profundos y amorosos de Dios!

Imperaba dondequiera la incredulidad más desenfrenada. Hasta en las filas del clero hacía estragos el racionalismo. Escarneciase por los impíos todo lo sobrenatural; sonreíanse desdeñosamente ante ello los que presumían de sabios y entendidos; la fe en el Evangelio vacilaba entre los católicos mismos, y muy contados eran y ocultísimos vivían los que del todo no se avergonzaban del Crucificado: el eterno escándalo de los judíos descreídos y la mofa sempiterna de los gentiles del mundo.

Cuando he aquí que el Dios que escoge siempre lo pequeño y débil para confundir a lo fuerte, elige a una sencilla y candorosa niña que ha nacido y crecido en la soledad del campo, cual lirio de valles, para presentarla ante los ojos del mundo, confundiendo a todos los sabios; porque sabía más que todos los teólogos, exégetas, historiadores y lingüistas; que oyen las maravillas de sus visiones, consúltanse entre sí, consultan sus libros, toman el azadón y excavan las ruinas de un mundo que fué y pasan de asombro en asombro, y estupefactos, hasta en el día de hoy, no acaban de volver en sí; porque todo, todo lo ha sabido, medido. penetrado y visto esa pobre e ignorante hija del pueblo. Su pensamiento ha recorrido las profundidades de la tierra y las alturas de los cielos.

¿O no es esto confundir, como sólo Dios lo puede, al orgullo de la ciencia, y deslumbrar todos los ojos con la verdad evangélica?

Pero no se detienen aquí los designios de Dios. La ceguedad del mundo va a ser iluminada y confundida con otro prodigio, más visible todavía y más esplendoroso. Herida por mano invisible aparece de súbito esa niña misteriosa, y sus profundísimas y anchas heridas en trece años ni se cicatrizan, ni supuran nunca, ni se enconan jamás, y manan sangre fresca, purpúrea, abundante, como el primer día. Son heridas hondamente abiertas en ella por el rayo del amor divino, para que clamen al mundo que niega los milagros: "¿No quieres creer? ¡Pues mira!"

Y miraron algunos sabios y médicos, y dijeron, como suelen cuando se encuentran con Dios: "No entendemos".

Y miraron otros muchos sabios y eminentes médicos, más médicos y más sabios que los primeros, y dijeron: "Esto no lo ha podido hacer sino quien es poderoso en suspender y trastornar las leyes de la naturaleza. El dedo de Dios está aquí".

Instrumento especialísimo y predilecto de la divina Providencia, en el siglo del indiferentismo religioso, del racionalismo, de la negación absoluta, fué la célebre vidente de Dülmen, favorecida, desde la niñez, cual nadie, con las más asombrosas revelaciones concernientes a la vida del Hombre Dios y de su Madre santísima, estrecha, profundamente enlazadas con todas las sagradas Escrituras.

Consta y es evidente la buena fe, tanto de la que tuvo estas visiones cuanto de quien las consignó por escrito, que fué Clemente Brentano: abonan la de aquélla sus heroicas virtudes, que han hecho iniciar su proceso de beatificación; la de éste sus prendas de carácter, su fervor religioso y su gran veneración por la estigmatizada, de cuya santidad estaba íntimamente persuadido.

Con todos los caracteres intrínsecos y extrínsecos de autenticidad se presenta doquiera esta narración, tan sencilla y escrupulosa, tan desprovista de lo subjetivo, así en la que ve con la vivacidad de la visión real toda esa inmensa serie de escenas, como en el que las describe; narración rigurosamente objetiva, llena de ciencia, humanamente inexplicable en una persona del todo ignorante, cual lo era la extática.

A pesar de pequeñas inexactitudes y errores provenientes, como Ana Catalina misma lo hacía notar a Brentano, de la fragilidad de su memoria y de las frecuentes y penosas interrupciones de sus éxtasis, lunares, por lo demás, muy compatibles con la obra divina; a pesar, decimos, de tales defectos, son y serán siempre estas visiones no sólo uno de los más bellos y preciosos libros de piedad, impregnado de suavísimo perfume, sino también un venero inexhausto de ciencia sagrada. En él vienen a beber hoy día todos los grandes teólogos, exégetas y artistas cristianos. La figura del Hijo de Dios, tal como aquí se traza, tiene mucho de la sublime sencillez que nos pinta el Evangelio. Mano humana no ha podido pintar así. Díganlo, por nosotros, todos los mayores artistas, tan impotentes para reflejar en sus obras algo siquiera de esa adorable imagen. Esta manera llanamente humana y altamente divina de presentar a Jesucristo, es una de las pruebas más evidentes de la verdad del libro y a la vez su mejor recomendación, atractivo y hermosura.

UNA CATEDRAL ESPIRITUAL

por PIETER VAN DER MEER DE WALCHEREN

El presente juicio ha sido tomado de la obra NOSTALGIA DE DIOS, *del escritor holandés Pieter van der Meer de Walcheren, convertido al catolicismo con su esposa. León Bloy contribuyó notablemente a esta conversión y fué quien les hizo conocer las visiones de la estigmatizada de Dülmen. Los dos hijos de este ferviente buscador de la Verdad y de la Belleza han ingresado posteriormente en la Orden Benedictina.*

Leemos con Cristina la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* según las visiones de Ana Catalina Emmerick. La historia de la Pasión, de esa Semana única e intensa... Jamás he leído un libro semejante; es prodigioso. Esa religiosa enferma, que sufrió durante largos años, hasta la muerte, las más espantosas enfermedades, esa monja sencilla e ignorante, ve a través de los siglos; el tiempo desaparece como una ilusión, y ella está presente en cada acontecimiento, es testigo ocular de ellos; y a menudo le son reveladas cosas profundas y misteriosas que ella no logra expresar. Todo es enigmático y hermoso. Además, Ana Catalina llevaba impresos en el cuerpo los santos estigmas. También San Francisco tenía las llagas de Cristo. Decididamente, la realidad tangible no es la única. Debe existir un mundo del que yo no tengo la menor idea.

La vida maravillosa de Ana Catalina Emmerick transcurre en la luminosa realidad del sufrimiento y de la oración. ¡Qué enorme significado pueden tener los actos realizados por un alma que se pierde en Dios! Leo esta historia estremeciéndome de emoción. Descubro a cada instante nuevas maravillas en el Catolicismo. Lo veo como una catedral espiritual, infinitamente bella, donde mi alma puede penetrar. Me resulta tan evidente que sólo por medio de la Iglesia se conoce el recto camino que lleva a Dios... Bloy tuvo razón al decir, cuando me prestó este libro, que me ayudaría enormemente a ver claro, a comprender mejor muchas cosas oscuras.

EL LLAMADO DE LOS SANTOS

por RAISA MARITAIN

No puede ser más imparcial el juicio de Raisa Maritain, la esposa del filósofo frances Jacques Maritain: es el testimonio de una judía conversa, y, al parecer, todavía un tanto escéptica. Lo tomamos de su obra LES GRANDS AMITIÉS.

Sin la confianza que teníamos en León Bloy, ¿habríamos consentido alguna vez abrir uno de esos libros? ¡Tenían tan mala fama en la Sorbona, que empezaba a estudiarlos, pero con prevenciones y desconfianza! Desde luego, Leon Bloy nos dió para leer los tres volúmenes de Schmoeger, de la vida de Ana Catalina Emmerick, religiosa de Dülmen, en Renania, una de las más grandes místicas del siglo XIX, que ha dado mucho que hablar.

El poeta Brentano le había dedicado varios años de su vida con el objeto de recoger todo lo que ella decía en sus éxtasis. Las palabras son de Ana Catalina Emmerick; los escritos, de Brentano. He aquí una dificultad para el historiador. ¿Cuál es la parte de uno y otro? Brentano asegura que ha sido un secretario escrupuloso y fiel. Parece, no obstante, que él mismo ha agregado, con todo candor, muchas cosas a las descripciones históricas y topográficas que forman el cuadro de las visiones de Ana Catalina Emmerick, concernientes a la vida de Cristo y a la de la Virgen. Pero lo que inclina a creer en su fidelidad, respecto a lo esencial, es, ante todo, su fe en Ana Catalina Emmerick, su abnegación con ella y también la belleza religiosa de las visiones e iluminaciones espirituales que relata. Esta belleza es tan grande, que es absolutamente necesario que haya un místico de por medio, o Ana Catalina o Brentano. Ningún poeta habría podido ofrecer de la vida interior de una compaciente de la pasión de Cristo un cuadro de tal profundidad, de tal coherencia, de tal valor teológico. Por lo demás, todo lo que se sabe de la vida de Ana Catalina presenta los signos de la vida mística más elevada y auténtica.

Las revelaciones de Ana Catalina Emmerick nos daban del Catolicismo una imagen frondosa, viviente, patética y familiar, sin embargo. Nos enseñaban una multitud de cosas, a nosotros que las ignorábamos todas, de la historia, de los dogmas, de la teología, de la liturgia, de la mística católica. Un catecismo, con toda su sobriedad, seguramente no nos habría hecho comprender nada en ese entonces. Nuestra ignorancia necesitaba verdaderamente la ayuda de las imágenes, de esta especie de retrato de la Iglesia trazado en las cuatro dimensiones de alto, largo, ancho y profundidad. Y al mismo tiempo se nos mostraba el catolicismo heroico, la santidad en sus más duras pruebas, en su humildad y en su caridad divina, y en la beatitud en que se realizan en su pura armonía, en su poder, en su belleza.

Aprendíamos que la santidad une entre sí, en lo invisible, a todos los miembros vivos de la Iglesia, y que esta comunión de los santos es el lazo y la vida de su cuerpo místico, y le da su nota de santidad, independiente de las imperfecciones y de las faltas de algunos, o de la mayor parte, de los miembros de la Iglesia visible; la Iglesia, cuyo

jefe es Cristo, y el alma, el Espíritu Santo, pero cuyos miembros han nacido pecadores, como todos los hombres después de la Caída; la Iglesia, que está dondequiera se encuentre un alma santa, militante en la tierra, doliente en el Purgatorio, gloriosa y bienaventurada en la vida eterna.

LA LUCHA CONTRA LA MASONERIA

por MONS. HENRI DELASSUS

En su notable obra LA CONJURATIÓN ANTICHRETIENNE *edición Desclée De Brouwer, Lila, 1910, tercer tomo monseñor Henri Delassus, dedica tres capítulos al estudio de la personalidad de Ana Catalina y a su actividad espiritual contra la Masonería. Transcribimos fragmentos de tan importante trabajo, que muestran una fase extraordinaria de la lucha de los enemigos embozados contra la Iglesia.*

En sus contemplaciones, Ana Catalina asistía al desarrollo del misterio de la iniquidad. Todo lo que interesaba a la santa Iglesia, en toda forma, le fué mostrado. Los sufrimientos y las opresiones de la Cristiandad, los peligros que corría la fe y las bendiciones que le serían concedidas, la usurpación de los bienes eclesiásticos, la profanación de las cosas santas, le fueron puestas ante los ojos, y la tarea de expiación, que resultaba para ella, le absorbía a veces tanto tiempo que se pasaba días y semanas sin que pudiera volver con el uso de sus sentidos exteriores y de sus facultades intelectuales al mundo visible que la rodeaba.

A la vista del desbordamiento de impiedad y de crímenes, ella entraba en lucha con las fuerzas del mal; resistía los ataques de Satanás, particularmente los que tenían por fin corromper el espíritu y el corazón del clero, que, según hemos visto, era la principal tarea asignada a la alta Masonería. Ella se oponía con sus sufrimientos y sus sacrificios a todo lo que veía peligroso para la Iglesia, en su jerarquía, en la integridad de su fe, de su moral, de su disciplina. Todo lo que la falsa ciencia, todo lo que la connivencia con los errores del siglo, con las máximas y proyectos del príncipe de este mundo, en una palabra, todo lo que amenazaba el orden establecido por Dios, le fué manifestado en visiones de una simplicidad maravillosa, que le hicieron comprender lo que ella tenía que hacer y que sufrir para llevar socorro a los que combatían, consuelo a los que estaban tristes, para expiar y para desviar los males que los delitos atraían.

"Yo vi —dijo ella un día— la justicia de Dios pesar sobre el mundo: vi bajo la forma de rayos el castigo y la desgracia descender sobre muchos y vi también que mientras yo estaba transida de piedad y rezaba, torrentes de dolores se desviaban de la multitud, penetraban en mí y me atormentaban de mil maneras".

La Iglesia estaba entonces, como lo está todavía hoy, en una de las horas más críticas de su historia. El año 1820, lo hemos visto, fué el año en que la Alta Venta entró en plena actividad, y sabemos qué misión le había sido dada. "Ahora bien —dice uno de sus historiadores—, lo que Ana Catalina hizo en el estado de contemplación contra esta conjuración infernal, fué una obra tan real, acompañada de resultados tan positivos, como todo lo que hace en la esfera de la vida normal. El martirio al que se sometía no era sólo una pasión, sino también una acción, como en Nuestro Señor Jesucristo el sacrificio del Calvario fué una obra, la obra de la Redención".

Es por la participación en los sufrimientos de la divina Pasión que, en el momento en que el Infierno hace más esfuerzos para tomar posesión del mundo, las personas elegidas por Dios triunfan sobre él, y obtienen para la Iglesia la victoria y la paz con un acrecentamiento de gloria.

Ana Catalina vió a la Francmasonería empeñada en la destrucción de la Iglesia en Alemania. La secta envía extranjeros que conjuran contra ella, por una parte con las autoridades del país y por la otra con las logias. En esta misma visión tuvo el consuelo de ver a cinco personajes, tres de ellos revestidos de hábitos sacerdotales, que acudieron en auxilio de la Iglesia, en Viena, y al cielo cooperar en la obra. "Mas —agrega ella— esta Iglesia no será salvada sino después de la gran borrasca". ¿Qué quiere decir con esto? ¿Se refería a la gran crisis que pondría fin a la prueba actual de la Iglesia universal, a la gran tentación del naturalismo? No sabríamos decirlo. Ella vió una gran llama salir de la tierra y rodear a la Iglesia de San Esteban, objeto de su visión, envolviéndola y alcanzando a los que estaban trabajando para demolerla. El historiador de la venerable interpreta este incendio como "un gran peligro seguido de un nuevo esplendor luego de la tempestad".

No sabemos si en esa fecha ha habido en Viena un complot masónico; pero he aquí lo que pasó en Francfort-sur-le-Mein. Los príncipes de Alemania habían convocado a una asamblea, donde varios sacerdotes católicos se mostraban animados de los mismos sentimientos que los laicos que la componían. El más peligroso, según Ana Catalina, era el vicario general de Constanza, Wessemberg. Esta asamblea redactó dos proyectos de organización interior y exterior de la Iglesia. Ana Catalina vió en la sala de las deliberaciones al demonio bajo la forma de un perro, que le dijo: "Estos hombres hacen verdaderamente mi trabajo". Ana Catalina se ofreció como víctima expiatoria, y Dios le impuso una obra de reparación que duró quince días.

TESTIMONIO DE UN MEDICO

por GUILLERMO WESENER

Según el padre Carlos E. Schmoeger, el doctor Guillermo Wesener era uno de los médicos que integraba una de las comisiones examinadoras de los estigmas de Ana Catalina Emmerick. En largas pláticas que con ella mantuvo el facultativo, recobró la fe perdida, se reconcilió con Dios y abandonó las prácticas del magnetismo que empleaba en algunos casos para curar a sus enfermos.

En 1806 había yo oído hablar por primera vez de Ana Catalina. Hallándome establecido en Recklinghausen, fuí llamado a una junta por Krauthausen, médico del convento de Agnetenberg, para tratar de los extraordinarios fenómenos de la enfermedad de esta religiosa. Yo había leído acerca del magnetismo en los archivos del Reil, y así pude contar a mis colegas algunos casos de catalepsia; pero este profesor no se dejó convencer por ellos, sino continuó haciendo uso de las medicinas. Era éste un anciano melancólico que visitaba el convento con entero desinterés, circunstancia que movió más y más a Ana Catalina a seguir fielmente sus prescripciones, tomando las medicinas que él le recetaba, y que ella había costear. Díjome dicho profesor que era muy larga la serie de aquellas enfermedades, y que todas tenían un carácter propio, pues apenas había salido de una la enferma, ya estaba padeciendo otra; que todas recorrían sus períodos, y cuando llegaban a un punto en que parecía la muerte inevitable, sobrevenía de repente una mudanza favorable, sin que la medicina ejerciera en ella ninguna acción especial.

La vi por primera vez el 21 de marzo de 1813, pues habiendo oído hablar de sus llagas, tomé de aquí ocasión para visitarla como médico. Halléla en el lecho, sin conocimiento; pero cuando volvió en sí, me miró con afabilidad, y a las palabras del abate Lambert, que le dijo quien era yo, respondió con la sonrisa en los labios, que ya me conocía muy bien. Como todo esto me pareciera muy extraño, y yo lo tenía por simplicidad, luego al punto creí que desaparecería por completo aquella escena mostrándome yo resueltamente contrario a ella. Pero mi cálculo salió fallido. Cuando iba conociendo mejor a la enferma, a medida que hablaba con ella más frecuentemente, vi que era tan sencilla y sincera como se me había mostrado desde el primer momento y tal como era reputada por todos. Vi en ella cada vez con más claridad un alma verdaderamente cristiana, que vivía en paz consigo misma y con los demás, porque en todo veía la voluntad de Dios. Teníase a sí misma por la persona más ruin de todas, y a todos los amaba más que a sí misma. Nunca olvidaré cuán sencilla y bondadosamente disipó mis tristes pensamientos y la inquietud que me inspiraba la guerra a la sazón inminente. Me dijo muchas veces que pronto caería Napoleón, y que Dülmen se vería libre de los ejércitos franceses; como sucedió, en efecto. La ocupación francesa de Minden iba seguida de una turba de malvados que cebaron su rapacidad en Dorsten; a Dülmen, sin embargo, no lo tocaron.

Siempre me pareció la enferma sincera y llana en su conversación. Disgustábale mucho y le causaba vergüenza que se hiciera mucho caso

de ella. Era amistosa y afable con todos; a los pobres los socorría secretamente y a los enfermos y desdichados les ayudaba a llevar sus desgracias. Después he sabido más de la parte que tomaba en las desdichas ajenas; siempre se echó de ver en ella este género de compasión. Poseía el don de consolar al prójimo; yo mismo he experimentado frecuentemente los efectos de su caridad.

Esta mujer ha despertado en mí la confianza en Dios y me ha conducido a la práctica de la oración, aligerando no poco, de esta suerte, la carga que sobre mí pesaba, y que hacía más profunda mi natural melancolía. Su alma vivía enteramente en Dios, aunque descendía sin cesar al círculo de las pasiones humanas, pues muchos le declaraban sus penas pidiéndole consuelo y consejo. Ambas cosas daba ella y tranquilizaba a los que estaban turbados. De donde sacaba estos consuelos para los demás, fácil es adivinarlo, considerando que su propio corazón estaba libre de toda afición a las criaturas.

Con rostro alegre y con palabras dulces me decía, las primeras veces que hablé con ella, que estuviera tranquilo y tuviera buen ánimo. "Dios es infinitamente misericordioso", añadía, "y todo el que llega a Él arrepentido y con buena voluntad, halla gracia en su presencia". Me instaba con fuerza a visitar y socorrer a los pobres, pues ésta es una obra muy buena y agradable a Dios. Quejábase diciendo: "Nunca ha habido en el mundo menos amor al prójimo que ahora, y eso que es tan hermosa esta virtud, y tan grave pecado el menosprecio del prójimo".

Hablaba de la fe católica como de la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación; y cuando se presentaba oportunidad, hablaba también de la dicha incomparable de pertenecer a la Iglesia Católica. "Confiemos en Dios y perseveremos en nuestra santa fe", gustaba decir. "¿Hay en la tierra cosa más consoladora? ¿Qué religión o que filósofo puede reemplazarla? Nadie me causa tanta lástima como los judíos, pues su estado es más deplorable y ellos mismos más ciegos que los paganos. Su religión no es otra cosa que un poema de los rabinos, y la maldición de Dios pesa sobre ellos. Pero ¡cuán infinitamente bueno es con nosotros el Señor, que sale al encuentro de nuestra buena voluntad, y sólo espera para otorgarnos cada vez mayores gracias a que haya en nosotros verdadero deseo de alcanzarlas! Aun los mismos paganos, o los que no conocen nuestra santa fe, pueden salvarse con tal que sigan la divina luz puesta en nuestra razón y practiquen obras de justicia y de amor al prójimo, queriendo servir a Dios como a sumo Señor y hacedor de todas las cosas".

Cuando le hablé de la oración diciendo que, a mi entender, la verdadera oración consiste en cumplir nuestros deberes con fidelidad y en la práctica de la caridad para con el prójimo, y que deseaba saber cómo permanecía ella en oración largas horas, olvidada de todas las cosas que la rodeaban y abismada en Dios, me respondió: "¿Acaso es imposible que se dé uno a la lectura de algún libro de manera que se olvide al leerlo de todo cuanto le rodea? Pues, ¿cómo sería imposible que hablando un alma con el mismo Dios, fuente de toda belleza, no se embebiera del todo en esta conversación? Empiece usted por adorar a Dios humildemente, y Él hará todo lo demás".

Yo le opuse, contra este pensamiento, las tentaciones del enemigo, a lo cual me dijo: "Es verdad que el enemigo trata de impedir al hom-

bre que haga oración, y cuanto más devota es esta oración, mayor empeño pone él en combatirnos. Sobre este punto me fué mostrada una vez esta semejanza: Hallábame en una hermosa iglesia, y vi a tres mujeres en oración. Detrás de ellas había una figura horrible, la cual empezó a halagar a la primera de las mujeres, que no tardó en dormirse. Se acercó luego a la segunda con el mismo intento; pero no pudo conseguirlo del todo. Habiéndose llegado después a la tercera, la golpeó y maltrató tanto que tuve compasión de ella. Pregunté a mi guía qué significaba aquella visión, y él me respondió que era un símbolo de la oración. La primera mujer había empezado a orar sin fervor ni gravedad, y por esto la durmió luego el demonio; la segunda era mejor que la primera, pero también tibia; la tercera era buena y su oración muy fervorosa, por lo cual la tentación fué más violenta, pero felizmente ella la rechazó. Es oración especialmente agradable a Dios la que se hace por los demás, y sobre todo por las almas del Purgatorio. Rogando, pues, por ellas pone usted su oración a buen rédito. Yo, por mi parte, me presento ante Dios, sumo Señor, como sierva suya, y hago mi oración diciendo: "Haz, Señor, de mí lo que sea tu voluntad"; y me retiro tranquila, pues un Padre tan bueno y amoroso no puede menos de darme pruebas de su bondad.

"Las ánimas benditas sufren en el Purgatorio tormentos indecibles. La diferencia entre los tormentos del Purgatorio y los del Infierno reside que en éste no hay sino desesperación, mientras que en el Purgatorio reina la esperanza. El mayor tormento de los condenados es la cólera de Dios. De esta cólera podremos concebir alguna idea pensando en el espanto de una persona que ve venir sobre sí a un hombre encendido en ira y no le es posible huir de su poder ni de sus amenazas".

Cuando le hablaba yo del destino del hombre, me decía: "¿Sabe usted para qué ha criado Dios al hombre? Para gloria suya y felicidad nuestra. Después de la caída de los ángeles determinó Dios criar al hombre para ponerlo en el lugar de las legiones de los ángeles réprobos. Por lo cual tan pronto como se complete el número de los ángeles réprobos con otros tantos hombres justos, se acabará el mundo".

También hablando de la limosna y de la práctica de los deberes del propio estado me relataba sus visiones tocante a esto. Así díjome una vez: "Aplique usted sus fuerzas y su fortuna al bien de sus enfermos, pero sin perjuicio de su propia familia. No uno solo sino muchos son los que claman a usted. Los méritos de los pobres están en su misma pobreza, pues la fe nos enseña que el estado de pobreza es el más envidiable, como quiera que el Hijo de Dios lo eligió para sí, y porque los pobres son los primeros que tienen derecho al reino de los cielos". Y con este motivo me refirió algunos rasgos muy interesantes de la vida de Jesús; y me dijo que María se había ocultado con el Niño algunos días después del nacimiento, en una cueva subterránea, para huir de las miradas de los curiosos que les seguían.

IMPRESIONES DE UNA VISITA
por el CONDE DE STOLBERG

El conde Federico Leopoldo de Stolberg llegó con su esposa a Dulmen el 22 de Julio de 1813. Poeta alemán (1750-1819), amigo de Goethe y Klopstock; fué embajador en Copenhague; escribió novelas, y tradujo LA ILÍADA y la HISTORIA DE LA RELIGIÓN DE JESUCRISTO. La visita a la estigmatizada le produjo una honda impresión, que transformó su vida. Ana Catalina lo vió en una visión gloriosa del cielo.

Overberg nos anunció a Ana Catalina y nos condujo hasta ella a las nueve de la mañana. Su reducida habitación que sólo tiene una puerta, da a la calle, desde donde se ve muy bien que no hay allí nada que no pueda ser examinado desde la misma calle. En aquella habitación brilla la limpieza y no se percibe ningún olor. Aunque a Ana Catalina le es muy penoso que la vean las gentes, nos recibió con suma afabilidad. Overberg le rogó que sacara las manos del lienzo donde ordinariamente las tiene envueltas. Era viernes, y de las llagas de las espinas le había salido mucha sangre. Quitóse la toca y el lienzo. Tenía la frente y la cabeza como atravesadas por fuertes espinas; veíansele claramente las heridas frescas, llenas en parte de sangre todavía líquida. Todo el circuito de su cabeza estaba también ensangrentado. Ningún pintor ha representado estas heridas tan al vivo. Las llagas de la parte exterior de las manos y de la superior de los pies eran mayores que las de las palmas y que las de las plantas; y las de los pies, mayores que las de las manos. Todas ellas estaban manando sangre.

Los médicos, antes, y más explícitamente que los sacerdotes, dijeron que aquel fenómeno era maravilloso, porque tienen datos evidentes para juzgar de los hechos según las reglas ciertas de la ciencia. Dicen que es imposible que se conserven artificialmente siempre en el mismo estado estas llagas, pues no se irritan, ni se inflaman, ni llegan a curarse. Tienen por imposible explicar naturalmente que no desfallezca a consecuencias de estas heridas, incomprensibles de suyo, y del dolor, del que nunca se ve del todo libre; que lejos de sucumbir ni siquiera palidece, y que sus miradas están llenas de la vida del espíritu y del amor.

Desde hace algún tiempo es libre para recibir o no a las personas que van a visitarla. Estas visitas le son muy penosas; la mayor parte de ellas no las recibe, aunque vengan de lugares lejanos. Sólo hace excepción en favor de las personas por las que median sacerdotes o el médico. Dice que bastante ocupación tiene con rogar a Dios que le dé paciencia para sufrir sus continuos dolores, y que es tentar a Dios poner a prueba su paciencia los que vienen a verla, movidos las más de las veces por curiosidad; que el que antes no cree en Jesucristo, tampoco creerá ahora cuando mire las llagas. Lo cual no debe extrañar, si se considera cuán molesto debería ser a una religiosa tan sensible y recatada el sufrir las miradas de los muchos curiosos, a menudo poco delicados.

Ana Catalina, que en su niñez había guardado vacas y trabajado en el campo, se expresa con ternura y usa de un lenguaje noble, que

por cierto no aprendió en el convento; cuando habla de la religión, no sólo manifiesta dignidad y discreción, sino un espíritu verdaderamente ilustrado. Todo lo que dice respira ingenio, alegre afabilidad, sabiduría y amor. No hay en ella señal alguna de afectada gravedad, porque el amor no entiende de artificios. En todas sus palabras, obras y sentimientos se refleja lo que hay de más sublime: el amor de Dios, la paciencia y la caridad con todos. "¡Qué felices somos, decía a Sofía, en conocer a Jesucristo! ¡Cuánto más difícil era a nuestros padres, los paganos, llegarse a Dios!" Y lejos de gloriarse en los signos exteriores de la gracia divina, se siente indigna de ellos, y lleva con humilde temor en vaso de frágil barro los tesoros celestiales.

IMPRESIONES DEL CONFESOR

por el DEÁN OVERBERG

Uno de los integrantes de la comisión examinadora de los estigmas fué el deán Bernardo Enrique Overberg, gran filósofo, autor de numerosos tratados de ascética, y rector del Seminario de Teología de Münster. Lo que publicamos constituye parte de sus observaciones acerca de Ana Catalina, de quien fué director espiritual extraordinario.

Ana Catalina no ha sentido desde su niñez movimiento alguno de sensualidad; nunca ha tenido que acusarse de impureza alguna ni aún de pensamiento. Ella confesó después, interrogada bajo obediencia acerca de esta exención de tentaciones contra la pureza, que por la temprana mortificación y la perseverante sujeción de las demás inclinaciones y deseos, había sepultado los malos apetitos antes de haberlos sentido en sí.

Desde los cinco años Ana Catalina no conoció alegría alguna fuera de Dios, ni pena ni turbación alguna, sino sólo a causa de las ofensas que Dios recibe de los hombres. Cuando concebía el pensamiento de imponerse privaciones y mortificaciones, era tan vivo el amor de Dios en que su corazón se encendía, que acostumbraba decir: "Aunque no hubiera cielo ni infierno ni purgatorio, te amaría a Ti, oh Dios mío, con todo mi corazón, sobre todas las cosas".

Había llegado su amor al prójimo a tan alto grado, que sentía singular alegría mostrando su amor con obras al que la había ofendido. Por lo cual se confesaba de aquellos supuestos pecados mortales con tal contrición, que se figuraba, aterrada, que el confesor le iba a negar la absolución. Pero acaeció la contrario; el confesor le decía: "Hija mía, aún no puedes cometer pecados mortales". Entonces rompía ella a llorar a gritos tan amargamente, que era preciso apartarla del confesonario.

Ana Catalina no pidió a Dios muchas cosas el día de su primera comunión; pidióle principalmente que la hiciera buena y que se cumpliera en ella su voluntad. Se consagró a Dios del todo, sin restricción ninguna.

Desde este día fué mayor y más radical su ardiente deseo de negarse a sí misma y mortificarse, pues estaba persuadida de que sin la mortificación es imposible consagrarse por completo a Dios. Su amor a Jesús fué la escuela en que aprendió esta lección: y así decía: "Sé por experiencia que el amor a las criaturas es capaz de inducir a muchos a llevar a cabo obras grandes y difíciles; pues ¿por qué no habrá de poder mucho más el amor a Jesús?" Mortificábase la vista bajando los ojos o mirando a otro lugar cuando se le ofrecía alguna cosa bella o agradable, o que pudiera excitar la curiosidad; en la iglesia, sobre todo, no dajaba a sus ojos libertad alguna. Deciase a sí misma: "No mires tal o cual cosa, que podría turbarte, o agradarte demasiado. ¿De qué te aprovecharía mirarla? Por el amor de Dios, no la mires". Cuando se hablaba de alguna cosa agradable, o que excitara la curiosidad, se decía: "No quiero oírla por amor de Dios".

Mortificábase la lengua callando lo que más quisiera decir, y privándose de los manjares que le gustaban. Cuando sus padres advir-

tieron que no comía de ciertas cosas, atribuyéronlo a capricho y la reprendieron obligándola algunas veces a tomar de ellas. Siempre que sentía deseo de ir a algún lugar, sin ser obligada por deber o por caridad, mortificaba sus pies, diciendo: "No iré; mejor es no ir por amor de Dios; acaso me arrepentiría de haber ido". Solía hacer el *Via crucis* en el camino de Koesfeld con los pies descalzos. Se negaba asimismo algunas alegrías interiores de que sin peligro hubiera podido gozar. Su cuerpo lo afligía con ortigas, azotes y cilicios. Una doble cruz de madera le sirvió mucho tiempo de lecho; otras veces ponía sobre dos tablas, dos transversales, y allí pasaba las pocas horas de su reposo de noche.

Antes de entrar en el convento, Ana Catalina mostró mucho más rigor con su cuerpo que después, porque no sabía que estas asperezas no deben practicarse sin permiso del confesor. Las que ella me enumeraba, como si fueran insignificantes, consistían en cadenas y cuerdas, que se ceñía, y en un vestido interior del paño mas grosero que podía hallar, y que ella misma se hacía.

Era tan grande el amor de Ana Catalina a sus hermanas las religiosas, que hubiera derramado su sangre por ellas. Aunque sabía que muchas no la querían bien, hacía cuanto estaba en sus manos para complacerlas. Su mayor alegría consistía en que las religiosas le pidieran alguna cosa, porque entonces esperaba contentarlas más.

Dios permitió que la superiora y las demás religiosas no la conocieran, y que todo lo que hiciera ella fuese tenido y castigado como hipocresía, lisonja y orgullo. Al principio procuró disculparse, pero como no lo consiguiera, sólo decía después: "Yo me enmendaré" Siempre que veía a las religiosas, sobre todo en la iglesia, rompía a llorar; por lo cual fué reprendida, pues se tenía aquel llanto por signo de descontento y amor propio. Especialmente fué censurada cuando lloraba durante la Misa. Era muy sensible a lo que le hacían padecer sus hermanas, porque veía y oía en espíritu los sentimientos de sus corazones, y lo que hablaban entre sí de ella y lo que deliberaban con el fin de humillarla y curarla de lo que tenían por capricho y pereza.

Ella me confirmó que sabía todo cuanto sus hermanas decían y proponían acerca de ella. "Yo veía —son sus palabras— y sabía mejor entonces que ahora (22 de abril de 1813) lo que sucedía en las almas. A veces les dí a entender que sabía lo que hablaban y deliberaban secretamente acerca de mí. Entonces debía decirles por donde lo sabía, pero no podía decirlo. Creían ellas que alguna me informaba de todo. Habiendo consultado al confesor, éste me aconsejó que sólo dijera que ya había hablado de esto en la confesión, por lo cual no podía volver a entrar en esta conversación con ellas".

Su confesor quería que ella recibiese la sagrada comunión con más frecuencia que sus hermanas, las otras religiosas. Así lo practicaba desde hacía algún tiempo; pero dejó esta práctica, contra la voluntad de su confesor, desde la Purificación hasta poco después de Pascua de Pentecostés, por respeto humano, porque la frecuente comunión podría ser considerada como apariencia de santidad y se burlarían de ella. Además, se tenía por demasiado pecadora para comulgar tan frecuentemente. Pero por esta omisión llegó a un estado tan lamentable, que no sabía cómo se salvaría y no podía abstenerse

de murmurar y lamentarse. Finalmente reconoció su falta en no seguir al confesor, y desde entonces comulgó con más frecuencia. Sin embargo, hubo de expiar esta desobediencia por espacio de dos años, durante los cuales se vió privada de todo consuelo, en completa sequedad de espíritu.

Pasados estos dos años, volvieron de nuevo los consuelos y concibió un deseo tan ardiente de comulgar, que no podía esperar a que llegara la hora acostumbrada de recibir el Santísimo Sacramento. Por esta razón le ordenó su confesor que cuando no comulgara con la comunidad, recibiera este Sacramento antes que se levantaran las otras religiosas, y de esta suerte no lo sabrían ni se fijarían especialmente en ella. Para conseguir este fin, llamaba a la puerta del abate Lambert, el cual estaba siempre dispuesto a darle muy temprano la sagrada comunión.

A menudo llegaba ella más temprano de lo convenido, porque no podía resistir más tiempo a la violencia del deseo que sentía de comulgar. Una vez vino poco después de media noche, porque creyó sucumbir a la violencia de su deseo. Sentíase inflamado todo su ser e impulsada hacia la iglesia con tal fuerza, que le parecía que le arrancaban del cuerpo todos sus miembros. El abate Lambert no tomó a bien que le llamaran tan temprano; pero haciéndose luego cargo del estado de Ana Catalina, le dió la sagrada comunión.

La última preparación de Ana Catalina para recibir el Santísimo Sacramento consistía en pedir a su Salvador que le diera su corazón para poder acogerle y albergarle dignamente en él. Ella le decía que sólo en este corazón y por él podía amarle y alabarle como Él lo merece. En trueque le ofrecía su propio corazón y le pedía que lo aceptara e hiciera con él lo que fuese su voluntad. Después de haber entregado a Dios su corazón, examinaba todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo, dándolo todo a Dios. Ofrecíale los ojos, los oídos y todos sus miembros, rogándole que le diera su gracia para emplearlos en servirle con perfección y que supliera lo que ella no podía satisfacer. Luego hacía con Dios un pacto, obligándose a alabarle y darle gracias con todo lo que hay en ella, de suerte que todas sus respiraciones, todos los movimientos de sus ojos y de sus manos y todos sus sufrimientos fueran signos de gratitud y de alabanzas al Señor.

Después se volvía a los santos y les pedía que le prestasen o diesen alguna parte de sus dones y virtudes, para prepararse mejor a recibir el Santísimo Sacramento, y para darle gracias con más encendidos afectos. Ante todo acudía a la Madre de Dios con el fin de obtener algún don de la abundancia de su gloria y de sus virtudes. Rogábale especialmente que le diera su divino Niño, como se lo dió a los Magos de Oriente. Después recurría a los santos, uno por uno, pidiéndoles limosnas, recordando a cada uno de ellos su principal excelencia, para obtener alguna merced con que agradar más y más a su divino Salvador. "Vosotros sois, les decía, muy ricos y yo soy muy pobre. ¡Tened compasión de mí! ¡Sólo deseo alguna parte de vuestra abundancia!" Después de la comunión se quedaba en éxtasis.

La santa Misa la acostumbra oír con suma devoción. Al empezar el sacerdote las primeras oraciones se representa a Jesús en el Monte

de las Olivas, y pide a Dios, en favor de todos los hombres, la gracia de oír devotamente la santa Misa, y en favor del sacerdote pide que ofrezca el santo Sacrificio de la manera más agradable a Dios, y pide, en fin, que Jesús se digne mirar benignamente a todos los presentes, como miró a San Pedro.

Al *Gloria*, alaba a Dios con los ángeles y los santos y con todos los fieles de la tierra; da gracias al Salvador porque se ha dignado renovar todos los días su sacrificio, y pide a Dios que ilumine a todos los hombres y dé alivio y consuelo a las almas del Purgatorio.

Cuando el sacerdote lee el Evangelio, pide ella a Dios la gracia de seguir fielmente, ella y todos, las doctrinas contenidas en el mismo.

Al *Ofertorio*, ofrece a Dios, con el sacerdote, el pan y el vino, y pide que sean convertidos en el cuerpo y sangre de Cristo; también considera la próxima venida del Salvador.

Al *Sanctus*, ruega que el mundo entero se una con ella para alabar a Dios.

Durante la Consagración, presenta al Salvador ante su Eterno Padre, y lo ofrece por el mundo entero, especialmente por la conversión de los pecadores, por las almas del Purgatorio, por los moribundos y por sus hermanas las religiosas. Se representa el altar rodeado de muchos ángeles, que no se atreven a mirar al Salvador; y se alegra de su dicha de poder mirarle ella misma sin miedo, y de que no debe apartar de Él la vista.

Unas veces en torno del Santísimo Sacramento veía un gran resplandor; otras, una cruz clara, pero no blanca, en la hostia. Si hubiera sido esta cruz del mismo color que la hostia, no hubiera podido verla. La cruz que veía no era mayor que la hostia, pero ésta parecía entonces de mayor tamaño que las hostias ordinarias.

Desde la Elevación del cáliz hasta el *Agnus Dei* ruega por las almas del Purgatorio y ofrece a Cristo crucificado a su Eterno Padre, pidiendo que el mismo Cristo haga todo lo que ella no puede. Entonces a menudo es arrebatada en éxtasis, lo mismo que antes de la consagración.

En la Comunión, considera el sepulcro de Cristo, y le pide al mismo Cristo que dé sepultura al hombre viejo y se digne revestirnos del nuevo.

Cuando en la santa Misa o en otras ocasiones oía el órgano, decía para sí: "¡Qué hermosa es la armonía en todas las cosas! Si los seres inanimados concuerdan entre sí tan armónicamente, ¿por qué no han de concordar unos con otros los corazones de los hombres? ¡Qué hermosa sería su conformidad!"; y al decir esto en su interior, no podía contener las lágrimas.

En la Misa de Nochebuena veía al Niño Jesús sobre el cáliz. Causábale grande admiración que el sacerdote sostuviera los pies del Niño y que, sin embargo, viera ella además el cáliz. Otras muchas veces había visto al Niño Jesús en la santa Hostia, pero en forma más pequeña.

Cuando estaba a su cargo la sacristía, tenía en el coro un sitio desde donde no podía ver el altar, pues que el suyo propio lo había cedido a una hermana para que ésta oyera misa sin la dificultad que se le ofrecía en el que antes ocupaba.

Teniendo una vez en sus manos la cuerda de la campana para tocar durante la Consagración, vió sobre el cáliz al Niño Jesús. ¡Qué hermoso era! Creyó hallarse ya en el cielo y quiso saltar sobre la reja para llegarse a Él. Pero hubo de decirse a sí misma: "¿Qué es lo que vas a hacer?"; y se contuvo; pero se le olvidó tocar la campana, según le sucedió otras veces; por lo cual luego fué reprendida.

Así, estando en el convento, como antes de entrar en él, oró siempre por las almas del Purgatorio y por los pecadores; y en el convento por las religiosas más que por ella misma.

Fuera de aquéllas a que la obligaba la regla, eran pocas las oraciones vocales que rezaba; pero usaba mucho de oraciones jaculatorias. Su oración ordinaria consistía en conversar con Dios, como un hijo con su padre; generalmente alcanzaba lo que pedía de un modo especial.

No dejaba de meditar o de conversar con Dios de día y de noche, ni aún sentada a la mesa, y así no advertía nada de lo que en este tiempo se hablaba, aunque de ella misma se hablase, si no es que se hablara muy recio. Una vez le preguntó el abate Lambert, cómo podía ella consentir que en hablar de tales cosas se emplease todo el tiempo de la comida; pero Ana Catalina no había entendido nada de lo que se había dicho.

Por espacio de mucho tiempo tuvo la costumbre de tratar con Dios de por qué no convierte a los grandes pecadores y por qué castiga eternamente a los que no se convierten. Decía a Dios, que no sabía cómo podía ser así, pues esto era contra su divina naturaleza; que convirtiéndolos ejercitaría su bondad, ya que nada le costaba convertir a los pecadores, los cuales estaban bajo su mano; que debía acordarse de lo que Él y su amado Hijo habían hecho por ellos, pues su Hijo había derramado su sangre y dado su vida en la cruz; y de lo que Él mismo ha dicho en la Sagrada Escritura acerca de su bondad y misericordia y de las promesas que ha hecho. Si el Señor no es fiel a su palabra ¿cómo puede pedir a los hombres que cumplan la suya?

El abate Lambert, a quien ella le dijo estas cosas, le repuso diciendo: "Poco a poco, que vas demasiado lejos". Después vió ella que eso debía ser así como Dios lo tiene dispuesto.

En la Madre de Dios tuvo constantemente singular confianza, y acudía a ella más especialmente cuando había pecado. Entonces acostumbraba a orar de esta manera:

"¡Oh Madre de mi Salvador! Tú eres por dos razones Madre mía; pues tu Hijo me dió a ti misma por Madre cuando al apóstol San Juan le dijo: "He aquí tu Madre"; y porque yo me he desposado con tu Hijo. Ahora, habiendo desobedecido a mi Esposo, tu Hijo, me avergüenzo de parecer en su presencia. Ten, pues, compasión de mí, ya que es tan bondadoso tu corazón maternal. Pídele que me perdone, que a ti no te negará mi perdón".

Como en cierta ocasión, poco tiempo antes de la disolución del convento, hubiera ella buscado, aunque inútilmente, consuelo en un hombre, corrió, llorando, a la iglesia desde la puerta de la escuela, atravesando la plaza del convento, y se postró ante el Santísimo, pidiéndole gracia. Casi había llegado a la desesperación, porque le

parecía tener ella sola la culpa de todos los males que afligían al convento. En esta necesidad oró diciendo:

"Yo soy, oh Dios mío, el hijo pródigo. He disipado la herencia que Tú me diste; no soy digna de llamarme hija tuya. Compadécete de mí. Recíbeme de nuevo. Te lo pido por mi dulcísima Madre, que también es Madre tuya".

Entonces le respondió el Señor, que estuviese tranquila, pues su gracia le bastaba; y que en adelante no buscase consuelo en los hombres.

Muchas veces, cuando pedía algo con instancias y prometía al Señor grandes cosas, Dios le preguntaba por qué hacía aquellas promesas, costándole tanto trabajo las cosas más pequeñas.

SEMBLANZA DE ANA CATALINA

por CLEMENTE BRENTANO

Reproducimos los principales fragmentos del diario de Brentano, el poeta que copió las visiones bajo el dictado de Ana Catalina. En ellos descubrirá el lector las impresiones desaprensivas que recibió al principio, y las profundas huellas que fué gradualmente dejando en su espíritu, hasta transformarlo, la dulce extática de Dülmen.

Llegué a Dülmen el jueves 24 de setiembre de 1818, a las diez de la mañana. El doctor Wesener me anunció a Ana Catalina Emmerick, para que ella no se turbara. Me recibió amistosamente. Después de recorrer una granja y una antigua bodega, llegamos a una escalera de piedra en forma de caracol, que conduce a su habitación. Llamamos, y nos abrió su hermana, y después de atravesar una cocina reducida, nos encontramos en donde ella estaba postrada en su lecho. Después de haberme saludado, me dijo afablemente: "Al verle, no se puede menos de reconocer en usted a su hermano".

No pude menos de experimentar íntima alegría al ver su cándido rostro y la inocente y alegre viveza de su conversación. Ni en su semblante ni en toda su persona se notaba huella de violencia ni de excitación. No son expresión sus palabras de una moral pedantesca, ni son un sermón pesado sobre la abnegación, y menos todavía un lenguaje todo él dulce y empalagoso. Todo lo que dice es breve, sencillo y llano, pero profundo y henchido de amor y de vida. Yo estaba en aquella misma disposición y por esto lo entendía, y recogía cuanto pasaba en torno mío.

Me tomaré el cuidado de anotar todo lo que observare y sepa de la enferma. Tengo esperanza de llegar a ser su biógrafo.

Ella habla como una flor del campo y como un pájaro del aire, y a menudo algo de profundo y de profético resuena en su canto.

Este lugar ofrece mucho de aquello que las almas simples suelen desear: es un pequeño pueblo campestre, sin arte y sin ciencia, donde no se habla de literatura ni de poetas; donde por la tarde se ordeñan las vacas delante de las puertas de las casas. La mayoría de la gente lleva zuecos; y los lleva hasta el que ayuda a Misa. Los niños van al encuentro en la calle de todo pasajero de apariencia y le dirigen besos con las manos. Muchos pobres prometen, a quienes len dan limosna, el *Vía crucis*, rezando con sus hijos por los bienhechores; y efectivamente, cuando cesa por la tarde el trabajo, el *Vía crucis* es visitado por familias enteras. Los trabajos delicados de las mujeres consisten en las labores del campo y de la huerta, en preparar lino, desmenuzarlo, peinarlo, hilarlo, blanquearlo; y hasta las hijas de ciudadanos de mejor condición, van vestidas como en otros lugares las sirvientas. No se encuentra en toda esta tierra una novela y de seguro ni una moda nueva. Cada uno lleva lo que tiene que sea llevadero. En este lugar hay un correo postal y está la residencia de veraneo del duque de Croy-Dülmen, donde puede albergar un séquito de treinta personas. Con todo esto se quejan del inaudito lujo y de la decadencia de las buenas costumbres de diez años atrás.

He dejado la casa de correo adonde había llegado, y alquilado un par de cuartos en la parte superior de la misma casa donde ella habita. Aquí están el horno y la fonda del hermano del confesor. He hecho esto para poder observarla mejor. Me detendré aquí un par de semanas, por lo menos.

Bien pronto espero tener noticias de sus circunstancias externas. Tratándose de una persona aislada del mundo, no produce mayor fatiga conocer todo esto a fondo. Quiero escribir cada una de mis impresiones de lo que me rodea sin seguir un orden fijo hasta que se me presente un punto de vista firme desde el cual pueda contemplarse el conjunto.

Necesito una autoridad que me atraiga a sí por la atmósfera divina de la inocencia y de la piedad; que me conduzca como a un ciego, pues de mí mismo no puedo fiarme.

. . . . . .

La pobre enferma vive en grande angustia, careciendo del todo de asistencia esmerada, lo cual me aflige constantemente. Su hermana es muy punzante; y como, por otra parte, carece de experiencia, la enferma se ve en la necesidad de ayudarle en las demás faenas domésticas; pero nunca se queja ni se impacienta. Una vez le pusieron sobre la cama tal cantidad de ropa recién lavada y todavía húmeda, que no pudo moverse hasta aligerarse de aquel peso. Con sus manos llagadas tuvo que arreglar aquella ropa mojada y fría, disponiéndola así para que la prensaran y plancharan; sus dedos amoratados no podían moverse a causa del frío. Así trabaja muchas veces medio día, y cuando se halla en estado de visión, si entonces pronuncia alguna palabra o hace, extática, algún movimiento, su dura hermana, que de esto nada entiende, se lo reprende con la aspereza con que una criada ruda pudiera reprender a un niño enfermo o a un delirante.

La vida entera de esta simpática criatura es un continuo martirio, a causa de los infinitos dolores corporales y de los sufrimientos de su alma, constantemente turbada por las visitas de curiosos e ignorantes. Pero siempre se muestra afable y cariñosa, y en todas las circunstancias da el honor debido a la voluntad de Dios, que así es servido de probarla y humillarla.

Acepta y agradece con extraordinaria bondad mi solicitud de procurarle algún alivio en medio de su situación incómoda y por tantos conceptos molesta. Hay muchas cosas que por descuido, por inadvertencia o torpeza, le causan graves molestias. Así, por ejemplo, junto a su lecho había una hendidura en el muro por donde penetraba el aire helado, y nadie había caído en que era mejor taparla. Clavé allí un pedazo de hule, y ella agradeció mucho aquel cuidado mío.

Su situación no puede ser más aflictiva, pero ella siempre se muestra alegre y afable. Desde su miserable lecho no puede siquiera ver la luz del cielo, ni las copas de los árboles que crecen delante de su ventana; ¡ella, que se ha criado en la soledad de los campos que rodean la casa de su padre, y que tan vivas y no comunes emociones sentía a la vista de la naturaleza!

. . . . . .

El viernes 9 de octubre vi con espanto y temor todas sus llagas. Su confesor quiso que las viera para poder dar testimonio de ellas. La herida de la lanza en el costado derecho causa profunda impresión. A lo largo tendría unas dos pulgadas y media; la contemplaba con tal sentimiento, que no pude pronunciar palabra alguna. Además de la cruz aspada que se ve en el pecho, tiene también una cruz latina cerca del estómago, de una pulgada, que nunca mana sangre, sino sólo agua. Hoy le he visto también sangrar las heridas de los pies. Es cosa que traspasa el alma ver tan maravillosamente sellado con tales sellos el mísero cuerpo demacrado de esta paciente, que sólo puede mover las manos y los pies, pero no puede levantarse ni estar sentada, y que padece, además, los dolores de la coronación de espinas; verla con semblante afable y lleno de amor, expresando con sus labios inocentes palabras de consuelo y de consejo, y alabanzas al Señor. Junto al lecho de esta bienaventurada, instruída desde sus primeros años, no por los hombres, sino por el Señor y por sus ángeles y santos, yo entiendo por mil maneras lo que es la Iglesia Católica, y lo que es aspirar en ella a la comunión de los santos.

¡Cuán admirables y extraordinarias son las cosas que todos los días observa en ella su confesor! Lo más sorprendente es la acción de la consagración sacerdotal. Cuando estando en éxtasis se le acercan las manos ungidas del confesor, levanta la cabeza y las sigue con ella hasta que el confesor las retira; entonces vuelve ella a dejar caer la cabeza. Esto le sucede con todos los sacerdotes. Quien tal ve, como lo vi yo, no puede menos de reconocer que sólo en la Iglesia hay sacerdocio, y que la consagración sacerdotal es algo más que una ceremonia. Una vez le oí decir, llorando, estas palabras: "Los dedos consagrados de los sacerdotes serán conocidos en el Purgatorio y aún en el Infierno, y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán".

¡Qué obediencia la suya tan entera y conmovedora a los superiores eclesiásticos! Cuando llega el momento de mudarle su hermana las ropas del lecho, y su confesor le dice: "Emmerick, levántate por obediencia", entonces despierta ella con un repentino estremecimiento y, moviéndose trabajosamente, intenta ponerse derecha. Hoy rogué al confesor que le dijera en latín, en voz muy baja, que se levantara. Acercóse éste algo al lecho desde el lugar algo apartado donde se hallaba rezando el breviario, y pronunció estas palabras en voz ininteligible: *"Tu debes obedire et surgere, veni"*. Al punto hizo ella un rápido movimiento como si quisiera levantarse. Asustado el confesor, le preguntó qué quería, a lo cual respondió ella: "Me llaman". Pero al momento se tranquilizó cuando le dijo el confesor que no se moviera.

Este repentino despertar al oír la voz del superior siempre es muy conmovedor a mis ojos, pues me causa mucha lástima ver como aquella pobre enferma, sin tener en cuenta su vida interior de visiones, es lanzada repentinamente desde el mundo de luz en que propiamente vive, a una realidad turbada y profundamente dolorosa. Cáusame la misma penosa impresión que me produciría el ver arrojar en una oscura nevera a un pobre niño enfermo que se hallara jugando entre las flores. Pero su vocación es padecer, y aunque al volver en sí y al mundo exterior tiene que esforzarse y luchar con-

sigo misma, da gracias sonriéndose afectuosamente por todo lo que padece. Esta obediencia la presta ella libremente y sin necesidad; pero aunque fuera moralmente irresistible, el efecto sería el mismo, pues su alma está en todo tiempo tan pronta, como un niño obediente, para acudir cuando lo llaman. Al despertarse, la oía yo decir con voz conmovedora: "¡Debo ir!". "Sí, voy"; o bien: "No puedo; tengo los pies enclavados; desenclavádmelos". Con esta súplica daba a entender que tenía los pies siempre en la misma posición, extendidos como los de un crucifijo, tanto que al despertar, sólo con gran trabajo podía separar el uno del otro. Después se pasa la mano por los ojos, vuelve del todo en sí al rociarse con agua bendita, se hace la señal de la cruz y toma el rosario si durante el éxtasis se le ha caído de las manos.

Poco tiempo después, habiendo rogado yo a su confesor que le impusiera su precepto por escrito, éste escribió en mi presencia las siguientes palabras: "Levántate, sé obediente". La enferma se hallaba en extasis, con la cabeza cubierta con dos tocas y ceñida con un lienzo doblado. En el momento en que el escrito tocó a los lienzos que cubrían la cabeza de la enferma, ésta exhaló un profundo suspiro y se levantó. "¿Qué quieres?", le preguntó el confesor. "Levantarme", respondió ella, "que me llaman". Pero habiéndole dicho el confesor que permaneciera tranquila, y habiendo apartado de ella el papel, volvió a caer en la misma inmovilidad que antes. Este escrito lo conservo para probar si en ausencia del confesor puedo despertarla también yo.

Estando el confesor ausente, y hallándose ella esta tarde en éxtasis sin que nadie pudiera hacerla volver en sí, fuí por el mandato escrito, y apenas se lo coloqué sobre el pecho, despertó.

. . . . . .

Hoy se ha desmayado varias veces a consecuencia de los dolores, por lo cual ha sido necesario darle almizcle; pero habiendo sentido ansias y conatos de vómito, se le han dado fricciones de opio en el estómago. Todas estas cosas las ha llevado con suma paciencia. Estaba casi muerta. Yo me hallaba no lejos de su lecho, sintiendo gran compasión, y ella me saludó con un ligero movimiento de cabeza. A todo lo que su confesor le decía, respondía, desmayada, en voz baja: "Sí, sí". En medio de aquellas angustias mortales era una imagen conmovedora de obediencia y sumisión. Al día siguiente decía: "Por la noche tuve mucho que padecer; pero si puedo sufrirlo en paz, todo me parece muy suave. Es muy dulce pensar entonces en Dios. Un solo pensamiento dirigido a Dios tiene a mis ojos más valor que el mundo entero. Las medicinas no me aprovechaban, y yo no podía tolerarlas".

Le he manifestado mi deseo de buscar alguna persona bien educada, sencilla y digna para que la cuide y asista en su enfermedad. Al oírme ha empezado a llorar como una niña, lamentándose de no haber recibido buena educación. Yo le repuse que parecía que no me había comprendido, pues de ningún modo quería decirle que ella careciera de tales dotes; que lo que deseaba para consuelo suyo era una persona adornada de estas cualidades, que la asistiera. Pero ella siempre volvía a lo mismo, aplicándose dichas palabras y negando

que tuviese tales prendas. Por último, como me impacientara, viendo que no quería entenderme, díjome llorando con voz suplicante: "No quiero ofenderle a usted. No tengo buenas prendas; pero Dios se compadecerá de mí".

Un día ella me refirió lo siguiente: "Muchas veces me he visto a punto de morir a consecuencia de los dolores de cuerpo y alma que he padecido, y de las espantosas imágenes que he visto. En tales ocasiones desfallezco, y no tengo ni una gota de agua con que confortarme, porque no puedo hacer movimiento alguno". Al oír de su boca estas palabras, le dí de beber, habiendo mojado con agua bendita el borde del vaso. "Eso es vino", dijo, "vino del jardín de la Iglesia".

Otro día me hallaba sentado en su habitación, estando ella en contemplación. Como empezara a suspirar penosamente, sin volver en sí, me llegué a ella con el vaso que siempre había a su lado y que debía contener agua bendita. Preguntéle si quería beber; pero ella movió la cabeza y mirándome tristemente, dijo con voz apagada: "¡Agua fresca y bendita! Aquí cerca hay dos sacerdotes que tienen de Dios la facultad de bendecirla; pero se olvidan de mí; voy a desfallecer. Dios quiere que yo viva de esto; no me dejen morir". Al punto fuí a la habitación próxima, del abate Lambert, en cuya compañía encontré al confesor, a quien suponíamos ausente. Este bendijo agua fresca, y se la llevó. Después de haber bebido, dijo: "¡Ya he tomado fuerzas!" Y como el confesor le dijera en broma: "Vente conmigo por obediencia", ella intentó levantarse; pero como el mandato no había sido verdadero, volvió a caer desmayada. Aunque extraordinariamente conmovido a vista de esta escena, no me atreví a pedir al confesor que omitiera semejante prueba para no turbar la armonía y buena correspondencia; pero no pude menos de llorar de compasión al ver cuán tranquilamente y sin quejarse la sufrió.

Otra vez la oí expresarse en estos términos acerca de las bendiciones sacerdotales: "Es muy triste la negligencia de los sacerdotes en nuestros días respecto a las bendiciones. No parece sino que no saben muchas veces lo que son estas bendiciones; gran número de ellos apenas creen en su virtud, y se avergüenzan de ellas como de ceremonias anticuadas y supersticiosas; otros usan de este poder y gracia, que Jesucristo les ha conferido, sin atención y como de paso. Cuando ellos no me bendicen, Dios me suele bendecir; pero como el mismo Dios ha instituído el sacerdocio y le ha otorgado la potestad de bendecir, casi desfallezco por el deseo de recibirlas. En la Iglesia todo forma un solo cuerpo: así que cuando a alguno de sus miembros se le rehusa algún bien, se siente como desfallecido".

Veíala en oración. Sus llagadas manos, de cuyos dedos el de en medio estaba dolorosamente encorvado hacia adentro, las tenía abiertas y apoyadas por bajo el pecho. Parecía sonreírse; su rostro era expresión elocuente de inteligencia y perspicacia, y eso que tenía cerrados los labios y los ojos. Su aspecto me conmovió profundamente. Aquella paz y admirable devoción que se reflejaban en la inocencia infantil de su rostro, avivaron extraordinariamente en mí el sentimiento de mi indignidad y de mis culpas. Durante la tranquila solemnidad de aquellos momentos estaba yo en su presencia como un mendigo, suspirando tristemente y diciendo con ánimo suplicante:

VIDA DE
ANA CATALINA EMMERICK

Ana Catalina Emmerick, hija de Bernardo Emmerick y de Ana Hiller, pobres y piadosos campesinos, nació en el lugarcito de Flamske, a legua y media de Koesfeld, ciudad del obispado de Münster, el 8 de septiembre de 1774; fué bautizada en la iglesia de Santiago de Koesfeld. Su infancia tuvo mucha semejanza con la de la venerable Ana Garzias de San Bartolomé, con la de Dominica del Paraíso, y la de algunas otras contemplativas pertenecientes a la gente del campo. Su Angel de la Guarda se le aparecía bajo la figura de un niño; el Buen Pastor venía a ayudar a la pobrecita pastora, a la cual se presentaba en figura de pastorcito. Desde su niñez le fué revelada la Historia sagrada en diferentes visiones. La Madre de Dios, la Reina del cielo, se presentaba a ella en el prado como una mujer llena de belleza, de dulzura y de majestad; le ofrecía su ternura y su protección, y le llevaba su Hijo divino para que participase de sus juegos. Algunos santos hacían lo mismo, y venían a tomar afectuosamente las coronas que tejía para el día de su fiesta. La niña extrañaba todo esto menos que si una princesa y su corte hubieran descendido hasta ella. Más tarde no le causaba ninguna sospecha; la inocencia establecía para ella relaciones más íntimas con Jesucristo, su Madre y los santos, que con las personas más afables del mundo. Los nombres de padre, de madre, de hermano, de esposo, le parecían expresar las relaciones íntimas entre Dios y el hombre, pues el Verbo Eterno había escogido Madre sobre la tierra para ser nuestro Hermano, y esos títulos no eran a sus ojos palabras vanas.

Siendo niña, hablaba con sencillez de lo que había visto, y la buena gente que la rodeaba escuchaba con admiración sus relaciones sobre la Historia sagrada; pero algunas veces, interrumpida por sus preguntas y sus advertencias, callaba. En medio de su sencillez pensaba que no era conveniente hablar de tales cosas; que los otros callaban lo que les sucedía, y que de ese modo era menester hablar poco; decir "sí" o "no"; *"Alabado sea Jesucristo"*. Todo lo que le había sido revelado era tan claro, tan luminoso, tan saludable, que opinaba que lo mismo sucedía a todos los niños cristianos; y los otros, que no lo con-

taban, le parecían más discretos y mejor educados; y ella calló para imitarlos.

Desde sus más tiernos años tuvo un don particular, que se encuentra en las historias de Santa Sebyllina de Pavía, de Ida de Lovaina, de Ursula y Benincasa, y de algunas otras almas piadosas: el don de distinguir lo que es malo o bueno, santo o profano, bendito o maldito, en las cosas materiales o en las espirituales. Siendo aún niña, traía del campo plantas saludables, cuya virtud conocía ella sola, y las plantaba alrededor de su casa o en los sitios donde trabajaba o rezaba, y, por el contrario, arrancaba alrededor las hierbas venenosas, y sobre todo las que se usan en las prácticas supersticiosas y en los hechizos. Cuando pasaba por un sitio donde se habían cometido grandes pecados, huía o rezaba y hacía penitencia; conocía igualmente los sitios benditos y santificados, complaciéndose feliz en ellos, y daba gracias a Dios. Cuando un sacerdote pasaba con el Viático, aunque fuera a larga distancia de su choza o del sitio donde guardaba su ganado, sentíase atraída hacia aquel paraje, corría y se arrodillaba en el camino, y adoraba la santa Eucaristía. Distinguía los objetos sagrados y profanos; experimentaba cierta aversión hacia los lugares donde había sepulturas de paganos, y, al contrario, atraíanla los restos de los santos, como el hierro atrae el imán. Conocía las reliquias de los santos hasta el punto de contar, no sólo particularidades ignoradas de su vida, sino la historia de la reliquia que le presentaban y de los diversos sitios que había corrido. Tuvo toda su vida comercio íntimo con las ánimas del Purgatorio: todas sus acciones, todas sus oraciones se dirigían a las ánimas; sentía a menudo que la llamaban a su socorro, y recibía algún aviso cuando las olvidaba. Con frecuencia, siendo joven, la despertaban en medio del sueño una multitud de almas, y en las noches más frías de invierno seguía con ellas, desnudos los pies y en medio de la nieve, el *Vía Crucis* que va hasta Koesfeld. Desde sus primeros años hasta su muerte no cesó de consolar enfermos, de curar llagas y úlceras, de dar a los pobres lo poco que poseía. Era de conciencia muy delicada: el pecado más ligero la afligía hasta el punto de enfermar, y la absolución era para ella una resurrección.

Todos los dones que había recibido no la impedían emplearse en sus trabajos, aún los más penosos: es de observar que un cierto grado de intuición profética no es raro en su patria. Su escuela interior era la mortificación y el trabajo; se encerraba en los límites estrictos de lo necesario en cuanto a la comida y al

sueño; pasaba muchas horas en oración cada noche, y en el invierno se arrodillaba al raso sobre la nieve, acostándose en el suelo en unas tablas dispuestas en forma de cruz. Comía y bebía lo que los otros no querían; los mejores pedazos eran para los pobres y los enfermos, y cuando no sabía a quién darlos, los ofrecía a Dios con fe sencilla, rogándole se los diera a alguno más necesitado que ella. Si había alguna cosa que ver o que oír, que no fuera concerniente a Dios o a la religión, evitaba, bajo cualquier excusa modesta, ir a donde los otros acudían, o, si se encontraba en él, cerraba los ojos y oídos. Acostumbraba a decir que toda inutilidad era pecado, y que cuando se rehusaba a los sentidos cualquiera cosa de esa especie, se hallaba centuplicado para la vida interior, lo mismo que la poda da más fertilidad a la viña y a los árboles frutales. Desde su juventud tuvo constantemente visiones simbólicas, que se encadenaban una con otra, y que la acompañaban por todas partes, en las que el término de su vida, los medios para llegar a él, sus penas, sus peligros, sus combates futuros, se le mostraban en parábolas.

A la edad de dieciséis años, un día que trabajaba en el campo con sus padres y sus hermanas, el sonido de la campana del convento de la Anunciación de Koesfeld despertó con tal violencia su deseo secreto de entrar en el claustro, que cayó sin sentido; y habiendo sido llevada a su casa, tuvo una enfermedad de languidez, que duró bastante tiempo. A la edad de dieciocho años fué a Koesfeld a aprender el oficio de costurera, y después de haber pasado dos años, volvió a casa de sus padres. Pidió el ser admitida en las Agustinas de Borken, en las Trapistinas de Darfeld y en las Clarisas de Münster; pero su pobreza y la de aquellos conventos fueron un obstáculo. A la edad de veinte años, habiendo economizado veinte táleros (setenta y cinco pesetas) que había ganado cosiendo, se fué con esta suma, verdadero tesoro para una pobre del campo, a casa de un piadoso organista de Koesfeld, cuya hija había conocido en su primera residencia en este pueblo. Ana Catalina esperaba que, en aprendiendo a tocar el órgano, encontraría medio de ser admitida en un monasterio.

Pero su deseo irresistible de servir a los pobres y de socorrerlos no le dejó ningún tiempo para aprender la música, y poco después se despojó de todo, de tal manera, que su buena madre tuvo que llevarle pan, leche y huevos para ella y para los pobres con quienes los repartía. Entonces su madre le dijo: "Nos causas mucho disgusto a tu padre y a mí con el deseo de

separarte de nosotros para ir a un convento; pero siempre eres mi hija querida; cuando veo en casa el sitio donde te sentabas, mi corazón se parte al pensar que has dado tus economías y que ahora estás en la miseria; pero yo te traigo con que mantenerte algún tiempo". Y Ana Catalina le respondió: "Sí, querida madre; no me ha quedado nada, porque era la santa voluntad de Dios que otros fuesen socorridos por mi mano; y como yo les he dado todo, Él debe tener cuidado de mí, y Él sabrá ayudarnos a todos". Vivió algunos años en Koesfeld en medio del trabajo, de las buenas obras y de la oración, teniendo siempre la misma dirección interior. Era como un niño dócil y silencioso en manos del Angel de la Guarda.

Aunque en este compendio de su vida omitimos muchas circunstancias interesantes, hay una que no debemos pasar en silencio. A la edad de veinticuatro años recibió una gracia que el Señor ha concedido sobre la tierra a muchas personas consagradas al culto especial de su Pasión dolorosa; es ésta el padecimiento corporal y visible de los dolores de su santa Cabeza con la corona de espinas. Nosotros citaremos sus propias palabras: "Cuatro años antes de mi entrada en el convento, poco más o menos, por consecuencia, en 1798, me hallaba hacia mediodía en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld, y estaba arrodillada delante de un Crucifijo: estando absorta en la meditación, sentí de pronto un calor dulce y vivo, y vi venir del altar donde estaba el Santísimo Sacramento en el tabernáculo, a mi Esposo celestial bajo la forma de un joven resplandeciente. Su mano izquierda tenía una corona de flores, su mano derecha una corona de espinas, y me las presentó ambas para escoger. Tomé la corona de espinas. El me la puso sobre la cabeza, y yo la apreté con las dos manos; entonces desapareció, y volví en mí con un dolor violento alrededor de la cabeza. Salí de la iglesia, que iban a cerrar. Una de mis amigas, que estaba arrodillada a mi lado, podía haber observado algo de mi estado; al llegar a casa le pregunté si no veía alguna herida en mi frente, y le hablé en términos generales de mi sueño y del dolor violento que le había seguido. Ella no vió nada exteriormente; pero nada extrañó de lo que yo le dije, porque sabía que estaba algunas veces en un estado extraordinario, cuya causa no comprendía. Al día siguiente mi frente y mis sienes estaban muy hinchadas, y padecía horriblemente. Estos dolores y esta hinchazón repitiéronse con frecuencia, y duraron algunas veces días y noches enteras. Yo no observé sangre alguna alrededor de la cabeza, hasta que mis compañeras me advirtieron que me pusiera otro gorro, porque

el mío estaba lleno de manchas coloradas. Las dejé que pensaran lo que quisieran, y me compuse el peinado de modo que cubriera la sangre que caía de mi cabeza; lo hice así hasta en el convento, donde una sola persona lo descubrió y guardó fielmente el secreto".

Muchos otros adoradores contemplativos de la Pasión de Nuestro Señor han recibido la misma gracia de sufrir los dolores de la corona de espinas, después de una visión igual, en que se les había ofrecido la elección de dos coronas: citaremos sólo a Santa Catalina de Sena y a Pasithea de Crogis, religiosa de Santa Clara de la misma villa, que murió en el año 1617. Las mismas circunstancias se presentan con alguna leve variante. En fin, el escritor de estas páginas ha visto muchas veces, en medio del día, y de muy cerca, correr la sangre sobre la frente y la cara de Ana Catalina Emmerick, en cantidad suficiente para calar la ropa que tenía alrededor del cuello.

Su deseo del claustro fué al fin satisfecho. Los padres de una joven, a quien deseaban tener las Agustinas de Dülmen, declararon que no dejarían a su hija entrar en el convento si no recibía al mismo tiempo a Ana Catalina: la pobre comunidad accedió, aunque con dificultad, a causa de la indigencia absoluta de esta última. El 13 de noviembre de 1802, ocho días antes de la fiesta de la Presentación de la Virgen, tomó el hábito de novicia. Los conventos de nuestro tiempo no ponen a prueba la vocación de las novicias con el rigor y la severidad de la antigua regla; pero la Providencia suplió para Ana Catalina a este defecto con rudas pruebas, a las cuales no podía mostrarse demasiado reconocida. Las penas y las privaciones que uno se impone por amor de Dios, bien solo, bien en unión con otros, son fáciles de soportar; pero la cruz más semejante a la de Jesucristo es aceptar, sin murmurar y con amor, acusaciones, afrentas y castigos injustos. Dios permitió que en el año de su noviciado fuese sometida, sin que la voluntad de nadie contribuyese, a todos los rigores por los cuales la hubiera hecho pasar una sabia maestra de novicias en el tiempo de la mayor severidad de la Orden. Aprendió a mirar a sus compañeras como instrumento de Dios para su salvación: otras muchas cosas se le aparecieron más tarde desde este punto de vista. Mas como esta escuela de la cruz era necesaria para su alma ardiente, Dios tuvo cuidado de dejársela para toda la vida.

Su situación en el convento era triste bajo muchos aspectos: ninguna de sus compañeras, ningún sacerdote, ningún médico podía comprender su estado. Había aprendido a ocultar los dones

maravillosos que había recibido cuando vivía con la gente del campo; pero no podía ser lo mismo ahora, puesta en contacto perpetuo con una multitud de religiosas, excelentes y piadosas sin duda, pero cuya curiosidad se aumentaba siempre, y que estaban animadas contra Ana Catalina de una especie de envidia espiritual. Después, el espíritu apocado del convento y la completa ignorancia que en él había de los fenómenos por los cuales la vida interior del alma puede manifestarse a lo exterior, le atraían sobre sí una serie de vejaciones, que eran tanto más penosas, cuanto que estos fenómenos se producían siempre bajo la forma más rara y más singular. Oía todo lo que se decía contra ella, aunque fuese en la otra extremidad del convento, y estas conversaciones se clavaban en su corazón como dardos agudos. Lo soportaba todo con paciencia y amor, sin dejar traslucir nada de lo que sabía. Algunas veces la caridad la hacía echarse a los pies de alguna religiosa, que murmuraba de sus acciones, y pedirle perdón llorando. Con ese motivo sospechaban de que ella escucharía tras de las puertas: odios secretos se descubrían sin poderse explicar cómo, y se sentían penetradas de cierto temor, de cierta inquietud involuntaria delante de Ana Catalina.

Cuando la regla de la Orden, que era para Ana Catalina una ley sagrada, se quebrantaba en algún punto, veía en espíritu todas las transgresiones, y algunas veces, llevada por el espíritu interior, aparecía de pronto en el sitio donde la regla había sido infringida por falta al precepto del silencio o al voto de pobreza, y citaba, sin haberlo aprendido antes, el pasaje de la regla relativo a la circunstancia. Esto la hacía importuna para las que se descuidaban, y su presencia era para éstas como la aparición de un espíritu. Dios le había concedido el don de las lágrimas en alto grado; pasaba horas enteras en la iglesia llorando en su presencia sobre los pecados y la ingratitud de los hombres, sobre los sufrimientos de la Iglesia, sobre las imperfecciones de la comunidad y sobre sus propios defectos. Mas estas lágrimas de una sublime compasión nadie podía comprenderlas, nadie más que Aquél en cuya presencia las derramaba: los hombres las atribuían a un capricho, a una incomodidad, o a otro motivo de esta especie. Su confesor le había mandado recibir la santa Eucaristía con más frecuencia que a las otras, porque su deseo ardiente de este pan espiritual la ponía algunas veces casi a la muerte. Esta disposición de su alma excitaba la envidia, y la trataban algunas veces de *hipócrita*.

Le echaban en cara con frecuencia el favor que le habían hecho admitiéndola en el convento, siendo una pobre e ignorante mujer del campo. La idea de que ella era para las otras una ocasión de pecado érale muy dolorosa, y no cesaba de pedir a Dios que hiciera recaer sobre sí la pena de esta falta de caridad. Tuvo una gran enfermedad, que principió en la Natividad de 1802 por un dolor violento de corazón. Este dolor no cesó aún después de su cura, y lo sufrió en silencio hasta 1812, época en que recibió en un éxtasis, en ese mismo sitio, la marca exterior de una cruz, como lo diremos más adelante. Su debilidad y su mala salud la hacían mirar más bien como una carga que como una utilidad para el convento, lo que contribuía a que no la mirasen con benevolencia. Sin embargo, trabajaba y servía sin cansarse; amaba a todas sus hermanas, y jamás fué tan feliz como en esta época de su vida, pasada en las privaciones y en las penas de toda especie.

El 13 de noviembre de 1803, de edad de veintinueve años, pronunció sus votos solemnes, y se hizo la esposa de Jesucristo en el convento de Agnetemberg, de Dulmen. "Cuando pronuncié mis votos, mis parientes se mostraron llenos de bondad hacia mí. Mi padre y mi hermano mayor me trajeron dos piezas de tela. Mi padre, hombre piadoso, pero severo, que me había visto entrar en el convento con repugnancia, me había dicho al tiempo de nuestra separación que pagaría gustoso mi entierro, pero que no daría nada para el convento; cumplió su palabra: esta pieza de tela era la mortaja de mi entierro en el claustro".

"No me acordaba jamás de mí, decía Ana Catalina; no pensaba más que en Jesucristo y en mis santos votos: mis compañeras no me comprendían, y yo no podía explicarles el estado en que me hallaba. Dios les ha ocultado muchas gracias que me ha concedido, sin lo cual ellas hubieran tenido de mí la idea más errónea. A pesar de todos los dolores y de todos los padecimientos, jamás tuve más riqueza interior; mi alma estaba inundada de felicidad. Tenía una silla sin asiento y otra sin respaldo en mi celda, y sin embargo estaba para mí tan llena y tan magnífica, que creía ver en ella el cielo todo entero. Con frecuencia, por la noche, llevada por el amor y la misericordia de Dios, me exhalaba en palabras ardientes y llenas de familiaridad afectuosa, como tenía costumbre de hacerlo desde mi infancia; me espiaban y me acusaban de atrevimiento y de temeridad hacia Dios. Una vez respondí que me parecía más temerario recibir el cuerpo del Señor sin haber conversado así familiarmente con El, y me reprendieron severamente. En medio

de todo esto, vivía en paz con Dios y sus criaturas. Cuando trabajaba en el jardín, los pájaros venían a mí, se ponían sobre mi cabeza y sobre mis hombros, y cantábamos juntos las alabanzas de Dios. Veía siempre a mi lado al Angel de mi Guarda, y aunque el espíritu maligno me asaltara y buscase medios de aterrarme por todos lados, no podía hacerme mucho mal. Mi deseo de la santa Eucaristía era tan irresistible, que con frecuencia por la noche salía de mi celda y me iba a la iglesia, si estaba abierta; en el caso contrario, me quedaba en la puerta o cerca de la pared, aún en el invierno, arrodillada o prosternada, extendidos los brazos o en éxtasis. El capellán del convento, que tenía la caridad de venir temprano para darme la comunión, me hallaba en ese estado; mas al aproximarse y abrir la iglesia, volvía yo en mí, me acercaba con ansia al comulgatorio, y encontraba a mi Señor y mi Dios. Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, me sentía de pronto como transportada; subía a los sitios más elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería adonde parecía imposible humanamente subir. Entonces lo limpiaba y componía todo. Me parecía siempre que había sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenían. Esto no lo extrañaba, porque estaba acostumbrada a ello desde mi infancia: nunca veíame mucho tiempo sola, y lo hacíamos todos juntos familiarmente. Sólo entre ciertos hombres me hallaba sola, hasta el punto de llorar como una niña que quiere volver a su casa". Omitimos algunos otros fenómenos notables de su vida extática, exhortando sólo al lector a comparar lo que acabamos de contar, con la vida de Santa Magdalena de Pazzis. Ahora pasemos a sus enfermedades.

Siendo de una constitución delicada y poco robusta de cuerpo, se había dedicado desde su infancia a la mortificación, al ayuno, a velar, a orar por la noche a cielo raso; añádase a eso los trabajos más penosos del campo en todas las estaciones del año, y la fatiga del estado singular en que se encontraba casi siempre. En el claustro continuó trabajando en el jardín y en la casa, mientras sus trabajos y sus padecimientos espirituales se iban aumentando; de suerte que no es extraño que estuviera enferma con frecuencia; pero sus enfermedades tenían todavía otra causa. Hemos sabido por observaciones exactas hechas por espacio de cuatro años, y por confesiones tímidas que Ana Catalina no pudo menos de hacer, que en el espacio de su vida gran parte de sus enfermedades y de sus dolores, sobre todo mientras estuvo en el convento, que fué la época más activa de

su vida espiritual, le provenían de que tomaba sobre sí los padecimientros de los otros. Tan pronto pedía la enfermedad de alguna persona que no sabía sufrir con paciencia, y la aliviaba de todos sus males o de una parte de ellos tomándolos para sí, como, queriendo expiar algún pecado o poner un término a algún padecimiento, se entregaba a Dios, y el Señor, aceptando su sacrificio, le permitía esta expiación en unión con los méritos de su Pasión, bajo la forma de alguna enfermedad correlativa del pecado que quería borrar. Así tenía que sufrir las enfermedades suyas propias, los males que aceptaba de los otros, ciertos dolores para borrar los pecados de los demás, y aún las faltas y la negligencia de tal o cual porción de la comunidad cristiana, y con frecuencia algunos padecimientos en satisfacción por las ánimas del Purgatorio. Todos estos sufrimientos se presentaban en su cuerpo como una enfermedad propia, con síntomas los más opuestos y los más variables, y bajo este aspecto estaba entregada al médico que, con su ciencia terrestre, se empeñaba en curar males que eran su vida. Con ese motivo decía: "El reposo en los padecimientos me ha parecido siempre el estado más apetecible para el hombre. Los ángeles mismos nos tendrían envidia, si la envidia no fuese una imperfección. Pero el sufrimiento, para que sea provechoso, debe aceptar con paciencia y gratitud los consuelos y los remedios dados a contratiempo, y todo otro peso que se añada a la cruz. Yo misma no conocía del todo mi estado ni con qué tenía relación. Aceptaba mis padecimientos en espíritu, y debía combatirlos corporalmente. Habíame abandonado enteramente a mi Esposo celestial, y su santa voluntad se cumplía toda en mí; pero yo era de este mundo, donde hay un orden y una ciencia terrestre que debía dejar obrar sin murmurar. Aunque hubiera conocido bien mi estado, y aunque hubiese tenido el tiempo y la facultad de explicarlo, no habría habido nadie que pudiera comprenderme. Un médico, sobre todo, me hubiera tenido por loca, y hubiera duplicado sus costosos y penosos remedios. Así he sufrido mucho toda mi vida, y sobre todo en el convento, a causa de los remedios dados fuera de propósito. Con frecuencia, cuando me habían puesto en la agonía, Dios se compadecía de mí, y me enviaba algún socorro sobrenatural que me curaba".

Cuatro años antes de la supresión de su convento, fué a Flamske a hacer una visita de dos días a sus padres. Mientras permaneció allí, fué una vez a arrodillarse y a orar muchas horas delante de la cruz milagrosa de San Lambert de Koesfeld. Pidió a Dios por la paz y la unión de su convento, le ofreció a

este fin la dolorosa Pasión de Jesucristo, y le pidió que le hiciera sentir una parte de los tormentos que su Esposo celestial había sufrido en la cruz. Desde esta oración, sus manos y pies estaban abrasando y llenos de dolores: tenía fiebre continua, a la que ella atribuía los dolores en las extremidades; porque Ana Catalina no se atrevía a pensar que sus ruegos hubiesen sido oídos por Dios. Con frecuencia hallábase imposibilitada de andar, y el dolor de las manos no le permitía ciertos trabajos que hacía en el jardín.

El 3 de diciembre de 1811 el convento fué suprimido, y la iglesia cerrada. Las religiosas se dispersaron cada una por su lado. Ana Catalina se quedó pobre y enferma. Una criada caritativa del convento la sirvió por amor de Dios. Un anciano sacerdote, emigrado, que decía Misa en el convento, se quedó también. Estas tres personas, las más pobres de la comunidad, no salieron del convento hasta la primavera de 1812. Ana Catalina estaba todavía enferma, y la transportaron no sin dificultad. El sacerdote encontró un pequeño alojamiento en casa de una pobre viuda del pueblo: Ana Catalina también encontró en la misma casa un cuartucho en el piso bajo, cuyas ventanas daban a la calle. Allí vivió, siempre enferma, hasta el otoño de 1812. Sus arrobamientos en la oración y el comercio espiritual que tenía con el mundo invisible, eran aún más frecuentes. Iba a ser llamada a un estado que no conocía bien, y no hizo más que abandonarse dócilmente a la voluntad de Dios. El Señor, en aquella época, quiso marcar su cuerpo virginal con las llagas de su cruz y de su crucifixión; escándalo para los judíos, locura para los paganos, lo uno y lo otro para muchos de los que se titulan cristianos. Desde su juventud había pedido al Salvador que le imprimiese fuertemente su santa Cruz en el corazón, a fin de no olvidar jamás su amor infinito para con los hombres: mas no se había acordado nunca de un signo exterior. Rechazada del mundo, lo pedía con más ardor que nunca. El 28 de agosto, fiesta de San Agustín, patrón de su Orden, mientras hacía esta petición en su cama, arrebatada en un éxtasis y los brazos tendidos, vió venir a ella un joven resplandeciente, como su Esposo celestial se le aparecía algunas veces; y este joven hizo sobre su cuerpo, con la mano derecha, el signo de una cruz ordinaria. Con efecto: desde entonces tuvo sobre el epigastrio una señal parecida a una cruz. Eran dos bandas cruzadas, de tres pulgadas de largo y de media pulgada de ancho. Más tarde, la piel se levantaba en este sitio como después de una quemadura, y se abría, dejando salir un humor ardiente y sin color, sobrado

abundante muchas veces para calar algunos paños. Estuvo mucho tiempo sin saber lo que era, creyendo sólo tener un sudor copioso. Jamás reconoció la significación particular de este signo.

Algunas semanas después, haciendo igual súplica, vió la misma aparición, que le presentó una pequeña cruz de la forma descrita en las historias de la Pasión. La tomó con ardor, la apretó fuertemente contra su pecho, y la devolvió. Ana Catalina decía que esta cruz era blanda y blanca como la cera; pero al principio ignoró que le hubiera resultado un signo exterior. Poco tiempo después, habiendo ido con la nicta del ama de su casa a visitar una antigua ermita cerca de Dülmen, cayó de pronto en un éxtasis, y perdió el sentido; después, vuelta ya en sí, fué llevada a su casa. Como el dolor y el escozor que sentía en el pecho se aumentaban cada día, vió la figura de una cruz de tres pulgadas de largo, que estaba aplicada sobre el esternón, y que parecía colorada sobre la piel. Habiendo comunicado su visión a una monja, con la cual estaba muy unida, se comenzó a hablar mucho de sus estados singulares. El Día de los Difuntos, 2 de noviembre de 1812, salió por la última vez, y se llegó con mucho trabajo hasta la iglesia. Desde esta época hasta el fin del año, parecía que estaba siempre a punto de expirar, y recibió los últimos Sacramentos. Por la Natividad se le apareció encima de la cruz que tenía en el pecho una pequeña marca de la misma forma, de modo que figuraba una doble cruz partida. Esta cruz echaba sangre todos los miércoles hasta poderse estampar en un papel. Después fué el viernes. En 1814 este sudor de sangre fué más raro; solamente la cruz estaba todos los viernes de color de fuego. Sin embargo, todavía echó sangre más tarde, y particularmente el Viernes Santo; pero ya no se hacía caso. El 30 de marzo de 1821, el que escribe estas páginas vió la cruz, de un encarnado muy vivo, sudar sangre por toda su extensión. En el estado ordinario quedaba sin color, y se distinguía sólo por algunas grietas de la piel. Algunas otras almas contemplativas han recibido estigmas iguales de la cruz; entre otras, Catalina de Raconis, Marina de Escobar, Emilia Bichieri y Juliana Falconieri.

Recibió las señales de la cruz en los últimos días del año 1812. El 29 de diciembre, a las tres de la tarde, se hallaba en su cuarto muy mala, acostada sobre la cama, pero los brazos extendidos y en actitud de éxtasis. Meditaba sobre los padecimientos del Salvador, y le pedía que la hiciese sufrir con Él. Rezó cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas, redobló su fervor y se sintió muy inflamada. Entonces vió una luz que

bajaba sobre sí, y distinguió en ella la forma resplandeciente del Salvador crucificado: sus llagas resplandecían como cinco soles luminosos. Su corazón estaba conmovido de dolor y de gozo al ver las santas llagas: su deseo de sufrir con el Señor adquirió una violencia extremada. Entonces, de las manos, de los pies y del costado de la aparición, salieron rayos triples de color de sangre, que acababan en forma de una flecha, y que vinieron a clavarse en sus manos, en sus pies y en su costado derecho. Los tres rayos del costado acababan en punta de lanza. Así que la hirieron, la sangre saltó de las heridas. Estuvo todavía mucho tiempo sin conocimiento, y, cuando volvió en sí, no supo quién había bajado sus brazos. Vió con sorpresa la sangre que corría de la palma de las manos, y sintió dolores violentos en los pies y en el costado. La hija del ama de la casa había entrado en el cuarto, había visto sus manos llenas de sangre, y habíalo referido a su madre: ésta corrió asustada, y le preguntó qué había sucedido, y Ana Catalina le rogó que no dijera nada. Después de haber recibido las llagas, sintió que un cambio se había operado en su cuerpo: el curso de la sangre parecía haber tomado otra dirección, y se dirigía con fuerza sobre las llagas. Decía Ana Catalina: "Esto es indecible".

Debemos a un singular incidente el conocimiento de las diversas circunstancias citadas. El 15 de diciembre de 1819 tuvo una visión circunstanciada de todo lo que le había sucedido hasta entonces; pero presentada de tal suerte, que creyó que era de alguna otra religiosa que había pasado lo mismo que Ana Catalina, y que suponía que vivía a poca distancia. Contó todos estos detalles con un vivo sentimiento de compasión, y humillándose profundamente, sin saberlo, ante sí misma. Era muy tierno el oirla decir: "Ya no debo quejarme; he visto los padecimientos de esta pobre religiosa; su corazón está rodeado de una corona de espinas; ella la soporta tranquilamente y sonriéndose. Es vergonzoso que yo me queje, porque ella tiene que llevar una carga más pesada que la mía".

Estas visiones, en las cuales conoció después su propia historia, se repitieron muchas veces, y por ellas se descubrieron los detalles de todas sus llagas, que jamás hubiera dado de un modo tan sencillo, porque jamás hablaba de ellas, por humildad; y cuando sus superiores espirituales le preguntaban de dónde provenían esas heridas, respondía a lo sumo: "Yo espero que vendrán de Dios". Los cortos límites que nos hemos impuesto no nos permiten tratar aquí de la estigmatización en general. Conocemos en la Iglesia Católica un número bastante conside-

rable de personas piadosas que, desde San Francisco de Asís, han llegado a ese grado de amor contemplativo de Jesús, expresión la más sublime de la unión con sus padecimientos, designada por los teólogos bajo el nombre de *Vulnus divinum, Plaga amoris viva.* Ha habido lo menos cincuenta, conocidos. Verónica Giuliani, de la Orden de las Capuchinas, que murió en Cittá di Castello en 1727, es la última de ese número que ha sido canonizada (el 26 de mayo de 1831). Su biografía, publicada en 1810, da una descripción del estado de las personas estigmatizadas, que tiene mucha conexión con nuestra Ana Catalina. Las más conocidas de nuestros días son las dominicanas Colomba Schamolt, que murió en Bamberg en 1787; Magdalena Lorger, que murió en Hadamar en 1806, y Rosa Serra, capuchina de Orieri, en Cerdeña, estigmatizada en 1801; Josefa Kumi, del convento de Wensen, cerca del lago de Wallenstadt, en Suiza, la cual vivía aún en 1815, pertenecía a esta clase de personas, pero no nos acordamos bien si tenía llagas.

Ana Catalina, no pudiendo ya andar ni levantarse de la cama, llegó pronto a no comer ni poder tomar más que agua con un poco de vino, y después tan solo agua: algunas veces, pero muy raras, el zumo sacado de una cereza o de una ciruela: volvía inmediatamente todo alimento fuerte, aunque fuese en muy pequeña cantidad. Esta imposibilidad de tomar alimento, o más bien esta facultad de vivir sin más que con agua, ha tenido algunos ejemplos, según la opinión de médicos sabios. Los teólogos verán en la vida de los contemplativos que muchos estaban largo tiempo sin tomar otro alimento que la sagrada Eucaristía. Citaremos, entre otros muchos, a San Nicolás de Flue, Santa Lidwina de Schiedam, Santa Catalina de Sena, Santa Angela de Foligno, Santa Luisa de la Ascensión.

Todos los fenómenos que se manifestaban en Ana Catalina estuvieron ocultos para todos los que la trataban más de cerca hasta el 25 de febrero de 1813, en que una casualidad los hizo conocer a una antigua compañera de convento de la enferma. A fines de marzo, todo el mundo hablaba de Ana Catalina en el pueblo. El 23 de marzo, el médico de aquel sitio la sometió a un examen; se convenció de la verdad contra su modo de pensar; dió testimonio de lo que había visto, y fué médico suyo y amigo hasta su muerte. El 28 de marzo la autoridad eclesiástica envió a su lado una comisión para tomar informes desde Münster. Con esta ocasión, la enferma captóse la benevolencia de sus superiores y la amistad del difunto deán Overberg, que desde entonces le hacía cada año una visita de algunos días, y fué el

director de su conciencia y su consolador. El consejero municipal de Druffel, que presenciaba los informes como médico, no cesó jamás de venerarla. Dió en 1814, en el periódico de medicina de Salbourg, una relación detallada de los fenómenos observados en Ana Catalina, a la cual remitimos al lector. El 4 de abril, Mr. Garnier, comisario general de policía, francés, vino de Münster para verla; y habiendo sabido que no profetizaba y que no hablaba de materias políticas, declaró que la policía no tenía nada que ver con ella. En 1826 se hablaba de Ana Catalina en París con respeto y emoción.

El 22 de julio de 1813, Overberg vino a verla, con el conde Stolberg y su familia. Estuvieron a su lado dos días. Stolberg, en una carta impresa muchas veces, confirmó la verdad de los fenómenos observados en Ana Catalina, y manifestó veneración constante hacia la misma. Fué su amigo mientras viviera, y su familia no cesó jamás de encomendarse a sus oraciones. El 29 de setiembre de 1813, Overberg trajo a verla a la hija de la princesa Gallitzin, que murió en 1816. Ambos vieron con sus propios ojos correr la sangre abundantemente de sus llagas. Esta mujer, de alta distinción, repitió su visita, y hecha después princesa de Salm, estuvo constantemente ella y su familia en comunión de oraciones con Ana Catalina. Otras muchas personas de todas condiciones encontraron del mismo modo consuelo y edificación al lado de su cama.

El 23 de octubre de 1813 la trasladaron a otra habitación que daba a un jardín. El estado de la pobre religiosa era cada día más penoso. Las llagas fueron para Ana Catalina, hasta la muerte, origen de dolores indecibles: no fijaba su pensamiento en las gracias que atestiguaban; pero los hacía servir de mérito para su humildad, considerándolos como una cruz pesada que la abrumaba por sus pecados. Su pobre cuerpo debía también predicar a Jesús crucificado. Era difícil continuar siendo para todos un enigma; un objeto de sospecha para la mayor parte; de respeto, mezclado de temor, para muchos, sin dejarse llevar de la impaciencia, de la irritación o del orgullo. Se hubiera ocultado con gusto del mundo entero, pero la obediencia la obligo pronto a someterse a los juicios diversos de un gran número de curiosos. Padeciendo los dolores más crueles, había perdido además la propiedad de sí misma, y se había vuelto como una cosa que cada uno creía tener derecho a ver y a juzgar con frecuencia, sin utilidad para nadie, y con gran perjuicio de su cuerpo y de su alma, por el reposo y el recogimiento de que la privaban. Las preguntas indiscretas que se le hacían rayaban

en lo descomedido, y se vió a un hombre muy grueso, que apenas podía pasar por la escalera, quejarse de que una persona, que debía estar expuesta en un camino a la curiosidad pública, viviese en sitio de tan difícil acceso. En otros siglos, las personas que se hallaban en tal estado sufrían en secreto un examen de la autoridad espiritual, acabando su penosa carrera bajo la protección de los santos muros; pero nuestra pobre amiga había sido expulsada del claustro al mundo en una época de orgullo, de indiferencia y de incredulidad: gratificada con las insignias de la Pasión, le era preciso llevar su túnica de sangre ante hombres que no creían en las llagas de Jesucristo, y menos en las que sólo eran una imagen suya. Así, esta mujer, que durante tantas horas de su juventud había orado delante de las estaciones dolorosas de Cristo, o ante una cruz en medio del camino, se había como identificado con esa misma cruz puesta sobre la vía pública, insultada por los unos, cubierta de lágrimas de arrepentimiento por otros, considerada como un objeto de arte por muchos, y coronada de flores por manos inocentes.

En 1817 su anciana madre vino del campo para morir a su lado. Ana Catalina le mostró su amor filial en sus consuelos y en sus oraciones, y le cerró los ojos con sus manos selladas el 13 de marzo del mismo año. La herencia que dejó la madre bastaba para la hija, que la legó toda entera a sus amigos. Se componía de tres proverbios: "Señor, que vuestra voluntad se haga, y no la mía. — Señor, dadme paciencia, y después herid con fuerza. — Si esto no es bueno para la olla, es bueno, al menos, para ponerlo debajo". El sentido de este último proverbio era: "Si esto no puede mantener el cuerpo, se puede quemar para cocer la comida: este dolor no mantiene mi corazón, pero sufriéndolo con paciencia, puedo aumentar el fuego del amor, el cual nos hace útil esta vida". A menudo repetía estos proverbios, y entonces se acordaba de su madre. El padre había muerto antes.

El que escribe estas líneas tuvo conocimiento de su estado por una copia de la carta de Stolberg, citada más arriba, y por un amigo que había pasado algunas semanas cerca de la enferma. En setiembre de 1818 fué invitado por el obispo Sailer a reunirse con él en casa del conde de Stolberg en Westfalia; estuvo primero en Sondermuhelen, en casa de este último, que lo recomendó a Overberg, el cual le dió una carta para el médico de Ana Catalina Emmerick. Le hizo su primera visita el 17 de setiembre de 1818: ella le permitió pasar algunas horas diarias a su lado, hasta la llegada de Sailer, y le dispensó desde luego

una confianza tan sencilla y tan cordial, que a nadie se la otorgara parecida. Conocía, sin duda, que le hacía una limosna espiritual bien preciosa, contándole sin reserva las pruebas, los gozos y los dolores de toda su vida. Le trató con la más generosa hospitalidad y llaneza, porque él no ofendía su humildad con una admiración excesiva. Le abría todo su interior con la misericordia benévola de aquel piadoso solitario que ofrece por la mañana las frutas y las flores que se han abierto por la noche en su jardín a un viajero cansado, el cual, habiendo perdido el camino en el desierto del mundo, lo halla cerca de su ermita. Toda en Dios, lo hizo como un hijo de Dios, sin sospecha, sin desconfianza, sin objeto particular. Que Dios se lo recompense.

Su amigo escribía cada día lo que observaba en ella, o lo que ella le contaba de su vida interior o exterior. Todas sus comunicaciones, notables tan pronto por una sencillez pueril como por una profundidad sorprendente, dejaban presentir todo lo profundo y lo sublime que descubrió más tarde cuando fué claro que lo pasado, lo presente y lo venidero, la santificación, la profanación y el juicio, formaban constantemente delante de Ana Catalina, y en Ana Catalina misma, un drama histórico y alegórico, al cual el año eclesiástico daba el motivo, las divisiones y las escenas, porque tal era el hilo que unían los ruegos y los padecimientos que ofrecía en holocausto por la Iglesia militante.

El 22 de octubre de 1818 Sailer vino a verla, y habiendo observado que vivía detrás de una taberna, y que jugaban a los bolos debajo de su ventana, dijo del modo jovial y profundo que le era propio: "Esto está bien; esto debe ser así; la religiosa enferma, la esposa de Nuestro Señor, vive en una taberna, encima de un juego de bolos, como el alma del hombre dentro de su cuerpo". Su entrevista con Ana Catalina fué tierna; era un hermoso espectáculo ver estos dos corazones abrasados del amor de Jesucristo, y dirigidos por la gracia y por caminos tan diversos, encontrarse al pie de la cruz, cuya imagen visible llevaba uno de los dos. El viernes 23 de octubre Sailer estuvo solo a su lado casi todo el día; vió salir la sangre de su cabeza, de sus manos y de sus pies, y Ana Catalina encontró en él grandes consuelos en cuanto a sus trabajos interiores. El le recomendó que comunicara al que escribe esto, todo sin reserva; y al efecto, habló con el director ordinario de Ana Catalina. La confesó, le dió la comunión el sábado 24, y continuó su viaje hasta la residencia de Stolberg. Al volver, pasó un día con Ana Catalina, a principio de noviembre. Fué amigo suyo hasta su muerte, rogó siempre por ella, y le pidió sus oraciones. El que escribe estas

páginas estuvo hasta enero; volvió en mayo de 1819, y continuó sus observaciones, casi sin interrupción, hasta la muerte de Ana Catalina.

Esta piadosa mujer pedía a Dios constantemente que le quitara las llagas exteriores, a causa de la perturbación y de la fatiga que le causaban, y sus ruegos fueron oídos al fin de siete años. Hacia el año de 1819 la sangre salía rara vez de sus llagas, y después cesó enteramente. El 25 de diciembre las costras de los pies y de las manos se cayeron, y se veían cicatrices blancas, que se volvían encarnadas ciertos días: en cuanto a los dolores, siempre fueron los mismos. La marca de la cruz y la llaga del costado fueron con frecuencia visibles como antes, pero con irregularidad. Tuvo siempre en días fijos la dolorosa sensación de la corona de espinas alrededor de la cabeza. Entonces no podía apoyarla en ninguna parte ni tocarla con la mano, y estaba largas horas, y algunas veces noches enteras, sentada en la cama, sostenida con almohadas, pálida, lamentándose de dolor. Este estado concluía con un flujo de sangre, más o menos abundante, alrededor de la cabeza. Algunas veces estaba empapada su toca sola; otras, la sangre le corría por la cara y el cuello. El Viernes Santo, 19 de abril de 1819, todas sus llagas se abrieron brotando sangre, y en los días siguientes se cerraron.

Hubo una información rigurosa sobre su estado, hecha por médicos y naturalistas. Para esto la encerraron sola en una casa extraña, en donde estuvo desde el 7 hasta el 29 de agosto: este examen no produjo ningún resultado ulterior. La llevaron a su casa el 29 de agosto; desde entonces la dejaron en reposo hasta su muerte, aparte algunas incomodidades privadas y algunos insultos públicos. Con este motivo, Overberg le escribió las palabras siguientes: "¿Qué os ha sucedido personalmente de que podáis quejaros? Yo hago esta pregunta a un alma que no desea nada más que asemejarse a su Esposo celestial cada vez más. ¿No habéis sido tratada con más dulzura que vuestro Esposo? ¿No debe ser un motivo de gozo para vos, según el espíritu, el que os hayan ayudado a ser igual a El, y por consecuencia, más agradable? Habéis padecido muchos dolores con Jesucristo; pero hasta ahora los insultos habían sido escasos. Con la corona de espinas no habíais recibido el manto purpúreo, ni el vestido de escarnio, ni menos el grito: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" Yo no dudo de que estos sentimientos sean los vuestros. ¡Alabado sea Jesucristo!"

El Viernes Santo, 30 de marzo de 1820, su cabeza, sus pies, sus manos, su pecho y su costado echaron sangre. Uno de los

que la rodeaban, sabiendo que se aliviaba aplicándole alguna reliquia, aproximó a sus pies un paño que había servido para envolver una, y la sangre de sus llagas llegó hasta este paño. Por la tarde, habiéndole puesto el mismo lienzo con las reliquias sobre el pecho y sobre la espalda, porque sufría mucho, dijo de pronto en un estado de éxtasis: "¡Cosa singular! Yo veo a mi Esposo celestial reposar en su sepultura en la Jerusalén terrestre: además yo lo veo vivo en la Jerusalén celeste, en medio de muchos santos que lo adoran, y en medio de esos santos, veo una persona que no es santa, una religiosa. La sangre corre de su cabeza, de su costado, de sus manos, de sus pies, y los santos están encima de sus miembros, que vierten sangre".

El 9 de febrero de 1821 estuvo en éxtasis durante el entierro de un sacerdote muy piadoso. La sangre corrió de la cabeza y de la cruz de su pecho. Uno le preguntó: "¿Qué tenéis?" Y Ana Catalina respondió sonriéndose y como saliendo de un sueño: "Estábamos cerca del cuerpo. He perdido la costumbre del canto de la Iglesia, y el *De profundis* me ha hecho una impresión muy grande". Tres años después murió en el mismo día. En 1821, algunas semanas antes de Pascua, contó que le habían dicho en su oración: "Ten cuidado: tú sufrirás el día verdadero de la Pasión, y no el día designado este año en el calendario eclesiástico". El viernes 30 de marzo, a las diez de la mañana, cayó sin conocimiento. Su cara y su pecho se inundaron de sangre; el cuerpo apareció cubierto de heridas, que parecían provenir de azotes; al mediodía se puso en forma de cruz, y sus brazos se extendieron hasta dislocarse. Algunos minutos antes de las dos, sus manos y pies echaron gotas de sangre. El Viernes Santo, 20 de abril, estuvo en contemplación tranquila. Esta excepción notable pareció un efecto de la protección divina, pues en la hora en que sus llagas echaban sangre ordinariamente, vinieron muchos curiosos incrédulos, que querían atraerle nuevas incomodidades publicando cuanto hubieran visto, pero que contribuyeron, contra su intención, a tranquilizarla, diciendo que ya no echaba más sangre.

El 19 de febrero de 1822 fué también advertida que sufriría el último viernes de marzo y no el Viernes Santo. Sintió con frecuencia escozores en el sitio de las llagas. Los viernes 15 y 29 la cruz del pecho y la llaga del costado brotaron sangre. Antes del 29 le pareció más de una vez que un torrente de fuego se precipitaba de su corazón a su costado y por los brazos y las piernas hasta las llagas, que estaban encarnadas e inflamadas. El jueves 28, por la tarde, estuvo absorta en contemplación rela-

tiva a la Pasión, hasta la tarde del viernes. Echó sangre por el pecho, la cabeza y el costado: todas las venas de sus manos estaban hinchadas, y en medio había un punto doloroso y húmedo, aunque la sangre no corría. No salió sangre de las llagas hasta el 3 de marzo, día de la Invención de la Santa Cruz. Tuvo también una visión sobre el descubrimiento de la verdadera Cruz por Santa Elena. Creía estar acostada en la fosa cerca de la cruz. Por la mañana echó mucha sangre por la cabeza y el costado; por la tarde, por las manos y los pies, y le parecía que probaban sobre ella si era la verdadera Cruz de Jesucristo, y que su sangre daba testimonio.

En 1823, el 27 y el 28 de marzo, Jueves y Viernes Santos, tuvo visiones sobre la Pasión, y mientras tanto echó sangre por todas sus llagas, con dolores agudos. En medio de estos padecimientos mortales, cuando no tenía su espíritu presente, tuvo que hablar y responder sobre todo lo concerniente a su casa, como si hubiera estado con fuerza y en sana salud; lo hacía sin murmurar, aunque estaba casi moribunda. Esta fué la última vez que su sangre dió testimonio de su unión con los padecimientos de Aquel que se sacrificó todo entero por nosotros todos.

La mayor parte de las circunstancias de la vida extática que vemos en la vida y en los escritos de Santa Brígida, Gertrudis, Matilde, Hildegarda, Catalina de Sena, de Génova, de Bolonia, Colomba de Rietti, Lidwina de Schiedam, Catalina Vanini, Teresa de Jesús, Ana de San Bartolomé, Magdalena de Pazzis, María Villana, María Buonomi, Marina de Escobar, Crescencia de Kaufbeuern y de otras muchas religiosas contemplativas, se manifiestan también en la historia de la vida interior de Ana Catalina Emmerick. El mismo camino le fué trazado por Dios. ¿Había llegado Ana Catalina al término como estas santas mujeres? Dios sólo lo sabe: debemos pedir que así sea, y nos es permitido esperarlo. Los lectores que no conocen la vida extática, según los escritos de los que la han tenido, hallarán los detalles sobre esto en la introducción de Goerres a los escritos de Enrique Suso, publicados en Ratisbona en 1829.

Como los cristianos celosos, para transformar su vida en un culto perpetuo, buscan en su trabajo diario la representación simbólica de algún modo de honrar a Dios, y se lo ofrecen en unión con los méritos de Jesucristo, no debe parecer extraño que los que pasan de la vida activa a una vida de padecimientos y de contemplación, vean algunas veces sus trabajos espirituales bajo la forma de las ocupaciones terrestres en que empleaban antes sus días. Entonces sus actos eran oraciones; ahora sus ora-

ciones son actos, siendo la forma la misma. Así es que Ana Catalina, en su vida extática, veía la serie de sus oraciones por la Iglesia bajo la forma de parábolas, sacadas de la agricultura, de la cría de los ganados, del oficio del tejedor o de costurera. Todos estos trabajos se distribuían, según su significación, en las diversas épocas del año ordinario y eclesiástico, y se cumplían bajo la invocación y con el socorro del santo de cada día y la aplicación de la gracia especial de las fiestas correspondientes a la Iglesia. La significación de este círculo de símbolos tenía relación con toda la parte activa de su vida interior. Un ejemplo explicará nuestras palabras. Cuando Ana Catalina, siendo muchacha aldeana, arrancaba una mala hierba, pedía a Dios que arrancara la cizaña del campo de la Iglesia. Si sus manos estaban picadas de las ortigas, si tenía que hacer el trabajo de los obreros negligentes, ofrecía a Dios su pena y su fatiga, y pedía en nombre de Jesucristo que los pastores de las almas no se cansasen, y que ninguno dejara de trabajar con ardor. Así su trabajo diario era una oración.

Ved aquí ahora un ejemplo de su vida contemplativa y extática. Había estado enferma muchos días y en éxtasis casi continuo, en el cual gemía muchas veces, y con sus dedos hacía los movimientos de una persona que arranca hierba. Una mañana se quejó de escozor y de picor en las manos y en los brazos, y cuantos los miraron de cerca los vieron cubiertos de hinchazones iguales a las que producen las picaduras de las ortigas. Entonces rogó a algunas personas conocidas que unieran sus ruegos a los suyos para cierta intención. Al día siguiente sus dedos estaban doloridos e inflamados como después de un trabajo excesivo. Habiéndole preguntado la causa, respondió: "¡Ah!, he tenido que arrancar tantas ortigas en la viña, porque los que estaban encargados de ello arrancaban sólo la cabeza, y yo tenía con mucho trabajo que arrancar las raíces de un terreno pedregoso". El que le preguntaba, habiendo reprendido a los trabajadores negligentes, se quedó lleno de confusión al oirla responder: "Vos erais de ese número: los trabajadores que arrancan sólo la cabeza de las ortigas y dejan subsistir las raíces, son los que rezan con negligencia". Se supo más tarde que había pedido por todas las diócesis que le habían sido presentadas bajo la imagen de viñas abandonadas, a donde había que trabajar. La inflamación verdadera de sus manos prueba la extirpación simbólica de las ortigas, y es de creer que las iglesias que le habían sido designadas por las viñas, sintieron el efecto de su oración y de su trabajo espiritual; pues si es verdad

que la puerta está abierta para el que llama, debe estarlo sobre todo para los que llaman con tanto ardor que sus dedos están heridos.

Reacciones iguales del espíritu sobre el cuerpo se hallan con frecuencia en la vida de las personas sujetas al éxtasis y que participan de la fe. Santa Paula, según San Jerónimo, visitó los Lugares Santos en espíritu como si los hubiera visto corporalmente: lo mismo sucedió a Santa Colomba de Rietti y a Santa Lidwina de Schiedam, cuyo cuerpo conservó la marca de este viaje espiritual: Ana Catalina sintió todas las fatigas de un viaje penoso, se hirió los pies y tuvo en ellos señales que parecían causadas por piedras o por espinas; en fin, se torció un pie que la hizo sufrir mucho tiempo corporalmente. Conducida en este viaje por su Angel de la Guarda, le oyó decir que esas heridas corporales eran una señal de que había sido arrebatada en cuerpo y en espíritu. Iguales lesiones materiales se veían también en Ana Catalina pocos instantes después de algunas de sus visiones. Lidwina comenzaba su viaje extático, según su Angel bueno, por la capilla de la Virgen delante de Schiedam: Ana Catalina comenzaba los suyos por seguir a su Angel a la capilla próxima a su casa, o al camino de la cruz de Koesfeld. Sus viajes a la Tierra Santa los hacía por los caminos más opuestos; algunas veces daba vuelta a la tierra cuando su marcha espiritual lo exigía. En el curso de sus viajes desde su casa hasta los países más lejanos, socorría a mucha gente y ejercia con ellas las obras de misericordia espirituales y corporales; esto se hacía con frecuencia en parábolas. Al fin del año volvía a hacer el mismo camino, veía las mismas personas, y contaba su progreso espiritual o su retraso. Todo este trabajo se dirigía a la Iglesia o al reino de Dios en la tierra. El objeto de estas peregrinaciones diarias que hacía en sueños, era siempre la tierra prometida, que ella observaba con los mayores detalles, y que veía tan pronto en su estado actual como en el estado en que aquélla se encontraba en las diversas épocas de la Historia Sagrada; pues lo que la distinguía de las otras personas de la misma categoría era la gracia inaudita de una intuición directa de la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los personajes de la Sagrada Familia y de todos los santos, hacia los cuales se dirigía su espíritu. Ana Catalina veía la significación de todos los días de fiesta del año eclesiástico bajo el aspecto del culto y de la historia. Vió y narró día por día, describiendo los pormenores y nombrando los sitios, las personas, las fiestas, las costumbres y los milagros, los años de la predicación de

Jesús hasta la Ascensión, y la historia de los Apóstoles muchas semanas después de la venida del Espíritu Santo. No miraba todas estas visiones como un goce espiritual de su alma, sino como un campo fértil lleno de meritos de Jesucristo, y que no había aún rendido beneficios: se ocupaba en espíritu con frecuencia en reclamar para la Iglesia el fruto de tal o cual pena del Señor; suplicaba a Dios que aplicara a su Iglesia los méritos del Salvador, que eran su herencia, de los cuales ella parecía tomar posesión en su nombre de una manera llena de sencillez.

Jamás traducía sus visiones a la vida cristiana exterior, y menos les atribuía ninguna autenticidad histórica. Exteriormente no conocía ni creía más que el Catecismo, la historia popular de la Biblia, los Evangelios de los domingos y de las fiestas, y el Calendario, que parecía a sus ojos el libro más rico y más profundo; pues él le ofrecía en unas cuantas hojas el hilo conductor con el cual iba atravesando el tiempo; pasando de un misterio de redención a otro, y solemnizándolo con todos los santos, para recoger los frutos de la eternidad a su tiempo, conservarlos y distribuirlos en su peregrinación alrededor del año eclesiástico, a fin de que la voluntad de Dios se cumpliera así en la tierra como en el cielo. No había jamás leído el Antiguo ni el Nuevo Testamento; cuando estaba cansada de contar sus visiones, decía algunas veces: "Leedlo en la Biblia", y extrañaba mucho oír que eso no se encontraba allí; y añadía: "Pues hoy se oye decir sin cesar que todo está en la Biblia, que no se debe leer más libro que ése..."

La verdadera ocupación de su vida fué el padecer por la Iglesia y por algunos de sus miembros, cuyo desamparo veía en espíritu, o que le pedían oraciones, sin saber que esta pobre religiosa enferma tuviera alguna cosa más que ver con ellos que rezar un Padrenuestro, ignorando, sobre todo, que sus padecimientos espirituales y corporales venían a ser los suyos, y que debía luchar contra los dolores más terribles, sin ser socorrida, como las contemplativas de otro tiempo, por las oraciones de una comunidad religiosa. En el siglo en que vivía no tenía más socorro que el de los remedios del médico. Cuando luchaba así contra algunos padecimientos, por los cuales se había sustituído a otra persona, volvía los ojos hacia los padecimientos de la Iglesia, y sufriendo por un enfermo, ofrecía al mismo tiempo sus penas por la Iglesia entera.

Ved aquí un hecho notable de esa especie. Por espacio de muchas semanas se vieron en Ana Catalina síntomas de una tisis en último grado: irritación extremada del pulmón, sudores

que calaban toda la cama, tos arraigada, expectoración continua, y calentura violenta sin interrupción; se esperaba cada día su muerte, o, por mejor decir, se deseaba: tan horribles eran sus padecimientos. Observábase en Ana Catalina una lucha extraña contra una grande facilidad a irritarse. Si sucumbía un instante, derramaba lágrimas, sus padecimientos se aumentaban, y no podía vivir sin reconciliarse por medio del sacramento de la Penitencia. Luchaba siempre contra la aversión a una persona que estaba separada de Ana Catalina desde muchos años. Se desesperaba al observar que esa persona, con la cual nada tenía que ver, aparecíale siempre delante con malas disposiciones de toda especie, y lloraba amargamente en medio de una gran perturbación de conciencia, diciendo que no quería pecar, que debían ver su dolor, y otras cosas poco inteligibles para los que las oían. Su enfermedad se fué agravando, y se creyó que iba a morir. En el mismo momento uno de sus amigos se quedó sorprendido al verla levantarse de pronto y decir: "Rezad conmigo las oraciones de los agonizantes". Hizo lo que le decía, y Ana Catalina respondió con voz reposada durante la Letanía. Al poco rato se oyó tocar a muerto, y una persona vino a pedirle por su hermana que acababa de morir. Ana Catalina inquirió con interés los detalles de su enfermedad y de su muerte, y su amigo oyó la descripción más exacta de la tisis que había tenido Ana Catalina. La difunta había estado primero tan atormentada y tan inquieta, que parecía no poderse preparar a morir; pero hacía quince días que estaba mejor, se había reconciliado con Dios, y antes con una persona con quien estaba reñida; en fin, había muerto en paz, y acompañada de todos los Sacramentos, con la asistencia de aquella misma persona. Ana Catalina dió una limosna para su entierro. Sus sudores, su tos y su calentura desaparecieron; estaba como un hombre rendido de cansancio, que se ha mudado de ropa y se ha acostado en una cama fresca. Su amigo le dijo: "Cuando habéis tenido esta enfermedad sobre vos, esa mujer se puso mejor: su odio contra la persona de que se hablaba era el solo obstáculo de su reconciliación con Dios. Vos tomasteis este odio sobre vos misma; ella ha muerto reconciliada, y vos estáis en buen estado. ¿Os halláis todavía inquieta con motivo de esa persona?" "Dios me preserve de estarlo, respondió Ana Catalina; eso me parecería muy irracional; pero, ¿cómo no sufrir cuando la punta sola de un dedo padece? Todos somos un solo cuerpo en Jesucristo". "Gracias a Dios por haber recobrado un poco de tranquilidad", le dijo su amigo. Ana Ca-

talina se sonrió, y contestó: "No durará mucho tiempo; hay otras que me esperan". Entonces se volvió, y quedó tranquila.

Pocos días después sintió dolores agudos en todos los miembros, y todos los síntomas de una hidropesía del pecho se manifestaron. Descubrimos la enferma por quien sufría, y veíamos que sus padecimientos disminuían o aumentaban de pronto considerablemente, según que los de Ana Catalina crecían o cesaban. Así la caridad la hacía tomar sobre sí las enfermedades, y aún las tentaciones de otros, a fin que los que de este modo socorría pudieran prepararse a la muerte. Tenía que sufrir en silencio para ocultar las miserias de su prójimo, y para no pasar por una loca; tenía que aceptar con paciencia los socorros de la medicina para estas enfermedades que no eran suyas, y los reproches por las tentaciones de los otros; en fin, tenía que pasar por una mujer pervertida a los ojos de los hombres, para que las personas por quienes sufría aparecieran convertidas a los ojos de Dios.

Un amigo muy afligido estaba sentado a su lado; de pronto tuvo ella un éxtasis, y se puso a orar en alta voz: "¡Oh, mi buen Jesús! Dejadme llevar un rato esta piedra tan pesada". Su amigo le preguntó qué tenía. "Estoy en el camino de Jerusalén, dijo, y hay un pobre hombre que va arrastrando con una piedra enorme sobre el pecho". Y después añadió: "Dadme esa piedra; vos no la podéis llevar más; dadmela". De pronto cayó sin conocimiento, como oprimida de un peso enorme. En el mismo instante su amigo sintió el pecho libre de la pena que le oprimía, y le sobrevino alegría extraordinaria. Cuando la vió en estado tan triste, le preguntó qué tenía. Ana Catalina le miró sonriéndose, y le dijo: "No puedo estar aquí más tiempo; pobre hombre, tomad vuestra carga". Al momento toda la aflicción de este hombre volvió a su corazón, y habiendo Ana Catalina vuelto a su estado precedente, continuó su viaje en espíritu hasta Jerusalén.

Contaremos todavía un hecho notable de su actividad de espíritu. Una mañana dió a un amigo un saquito lleno de harina de centeno y huevos, y le descubrió una casa en donde vivía una pobre mujer tísica con su marido y dos niños. Debía decir a la mujer que con aquello hiciera unas puches, que serían buenas para el pecho. Cuando al entrar en la choza este amigo sacó el saquito de debajo de su capa, la pobre madre, que estaba con una calentura abrasadora y tendida en un jergón en medio de sus hijos casi desnudos, lo miró con ojos ardientes, tendió hacia él sus manos lívidas, y le dijo con voz temblorosa: "¡Oh, señor!

¡Dios es quien os envía, o la hermana Emmerick! Me traéis harina de centeno y huevos". Esta mujer, enternecida, lloró, tosió e hizo seña a su marido que respondiera por ella. Este dijo que Gertrudis había tenido un sueño muy agitado la noche precedente, y había hablado durmiendo: que habiéndose despertado, le había contado así su sueño: "Me parecía estar contigo a la puerta de casa; la piadosa monja ha salido de una casa vecina, y te ha dicho que la miraras. Se ha parado delante de nosotros, y me ha dicho: "¡Ah, Gertrudis! tienes el semblante de estar muy enferma. Yo te mandaré harina de centeno y huevos; eso es bueno para el pecho". Entonces he despertado".

Tal fué la simple relación de este hombre; mostraron vivamente su gratitud, y el que les había llevado la limosna de Ana Catalina, salió de la casa conmovido. Cuando la vió, no le dijo nada de todo esto; pero algunos días después Ana Catalina lo envió a la misma casa con un presente igual, y él le preguntó cómo conocía a aquella mujer. "Ya sabéis, le respondió, que yo rezo por la noche por todos los que padecen; quisiera ir a ellos para ayudarlos; y sueño ordinariamente que voy de una casa de dolor a otra, y que así los ayudo como puedo. Así he ido en sueños a casa de esta pobre mujer, que estaba a su puerta con el marido, y le he dicho: "¡Ah, Gertrudis! tienes semblante de estar muy enferma. Yo te mandaré harina de centeno y huevos; esto es bueno para el pecho". Así lo hice con vos por la mañana". Las dos habían estado cada una en su cama y soñado lo mismo, y el sueño se había verificado. San Agustín, en la *Ciudad de Dios,* cuenta un hecho igual de dos filósofos que se visitaron en sueños y explicaron algunos pasajes de Platón, habiendo dormido cada uno en su casa.

Esos padecimientos y ese género de actividad eran como un rayo, cuya luz alumbraba toda su vida. El número de trabajos espirituales y de padecimientos simpáticos que desde el mundo en que vivía penetraban en su corazón, abrasado del amor de Jesucristo, era infinito. Como Santa Catalina de Sena y otras contemplativas, sentía con toda la fuerza de una profunda convicción que el Salvador le arrancaba el corazón del pecho, y que ponía el suyo por algún tiempo en su lugar.

La relación siguiente puede dar una idea del simbolismo profundo que la dirigía interiormente. Una parte del año 1820 trabajó en espíritu por algunas parroquias; sus oraciones estaban representadas bajo la forma de diversos trabajos penosos de un viñador. A esto hace alusión la historia de las ortigas, referida más arriba. El 6 de setiembre su conductor le dijo: "Tú has

cavado, podado, atado la viña; tú has quemado las malas hierbas para que no puedan nacer jamás; después te has marchado llena de gozo y has dejado en reposo tu oración: prepárate ahora a trabajar bien desde la Natividad de la Virgen hasta San Miguel; la uva madura, y es menester guardarla". Entonces me condujo a la viña de San Liborio, y me mostró las viñas en que había trabajado. Mi trabajo había prosperado; las uvas coloreaban y crecían, y el mosto corría hasta el suelo en algunos sitios. Mi conductor me dijo: "Cuando la vida se manifiesta en las personas de piedad, tienen que combatir, están oprimidas, sufren la tentación y la persecución. Es menester plantar un seto para que las uvas maduras no sean destruídas por los ladrones o por los animales que representan la tentación y la persecución". Entonces me enseñó a levantar una pared con piedras amontonadas y a formar alrededor un seto espeso de espinos. Como mis manos echaban sangre con este rudo trabajo, Dios, para animarme, permitió que la esencia y la significación de la viña y de algunos árboles frutales me fuesen reveladas. La verdadera cepa es Jesucristo, que debe crecer en nosotros; todo sarmiento inútil debe cortarse para no dispersar la savia, que debe transformarse en vino, y en el Santísimo Sacramento en la sangre de Jesucristo. La poda de la viña se hace con ciertas reglas que me han sido reveladas. Es, en un sentido espiritual, la privación de todo lo superfluo, la penitencia y la mortificación, para que la verdadera cepa crezca en nosotros y produzca frutos, en lugar de la naturaleza corrompida, que no produce más que sarmientos y hojas. Se poda con reglas fijas; consiste únicamente en suprimir en el hombre ciertas varas exuberantes; que no quede ni raíz de una mutilación culpable. La poda no debe jamás atacar al tronco, que ha sido plantado en la humanidad por la intercesión de la Virgen Santísima para toda la eternidad. La verdadera cepa une el cielo a la tierra; la Divinidad a la humanidad; lo que es humano debe ser podado, a fin de que sólo lo divino pueda crecer. Yo ví tantas cosas relativas a la viña, que un libro tan grande como la *Biblia* no podría contenerlas. Un día en que padecía horriblemente del pecho, pedí a Dios que no me hiciera llevar una carga superior a mis fuerzas; entonces mi Esposo celestial se me apareció, y me dijo: "Yo te he acostado sobre mi lecho nupcial, que es un lecho de dolores, y te he dado por vestidura y por joyas los padecimientos y la expiación; debes sufrir; no te abandonaré; estás atada a la cepa, no te perderás". Entonces me sentí consolada en medio de mis dolores. También me ha explicado por qué en las visiones relativas a las fiestas de la

familia de Jesús, por ejemplo, a la de Santa Ana, de San Joaquín, de San José, veo siempre a la iglesia de la fiesta como el tallo de una cepa. Lo mismo es en la fiesta de San Francisco de Asís, de Santa Catalina de Sena y todos los santos estigmatizados.

"La significación de mis dolores en todos los miembros me fué explicada en la visión siguiente: ví un enorme cuerpo humano mutilado horriblemente y elevado hacia el cielo; no tenía dedos en los pies ni en las manos; el tronco estaba cubierto de horribles heridas; algunas estaban frescas, y echaban sangre; otras cubiertas de carne muerta. Un lado entero estaba negro, gangrenado y carcomido. Yo sentía en mí todos estos padecimientos, y entonces mi conductor me dijo: "Es el cuerpo de la Iglesia, el de todos los hombres y el tuyo". Después, mostrándome cada herida, me indicaba con el dedo una parte del mundo; ví una infinidad de hombres y de pueblos separados de la Iglesia, cada uno de su manera, y yo sentí esta separación tan dolorosamente como si se hubieran separado de mi cuerpo. Entonces mi conductor me dijo: "Aprende la significacion de tus padecimientos, y ofrécelos a Dios con los de Jesucristo por los que se han separado. Un miembro debe llamar al otro, y sufrir para curarlo y atarlo al cuerpo. Cuando son los más próximos los que se separan, es la carne que se arranca del pecho alrededor del corazón". Yo pensé en mi sencillez que se trataba de hermanos y de hermanas que no están en comunión con nosotros; pero mi conductor añadió: "¿Quiénes son mis hermanos? Los que guardan los mandamientos de mi Padre. Los más próximos al corazón no son los más cercanos en la sangre, sino los más próximos en la sangre de Cristo, los hijos de la Iglesia que caen". El me enseñó que el lado negro y gangrenoso se curaría pronto; la carne corrompida que había crecido alrededor de las heridas representan los heréticos, que se dividen conforme crecen; la carne muerta es la imagen de los que están muertos espiritualmente, y que no sienten nada; las partes transformadas en hueso representan los heréticos obstinados y endurecidos. Yo ví y sentí así cada llaga y su significación. El cuerpo llegaba al cielo. Era el cuerpo de la esposa de Jesucristo. Este espectáculo era bien triste. Yo lloraba amargamente; pero afligida y fortificada al mismo tiempo por el dolor y la compasión, me puse a trabajar con todas mis fuerzas".

Sucumbiendo bajo el peso de la vida y del trabajo que le había sido impuesto, así suplicaba diariamente a Dios que la libertase, y se la veía con frecuencia al borde del sepulcro; pero siempre decía: "Señor, no mi volutad, sino la vuestra. Si mis

ruegos y mis padecimientos son útiles, dejadme vivir mil años; pero que muera antes que ofenderos". Entonces recibía orden de continuar viviendo: se levantaba con su cruz, y la llevaba siguiendo al Señor. De cuando en cuando el camino de su vida le era mostrado; se dirigía hacia lo alto de una montaña, adonde había una ciudad resplandeciente: la Jerusalén celeste. A menudo creía haber llegado al lugar de beatitud, que estaba cerca, y su gozo era grande. Pero de pronto se veía separada de él por un valle; por todas partes había que sufrir, que trabajar, que ejercer la caridad. Era menester enseñar el camino a los que se perdían, levantar a los que se caían, algunas veces llevar paralíticos, y arrastrar por fuerza a los que se resistían: eran otras tantas nuevas cargas que se unían a su cruz. Entonces andaba más difícilmente; se doblaba bajo el peso, y caía al suelo.

En 1823 repitió con más frecuencia que de ordinario que no podía cumplir su trabajo en la situación en que se hallaba; que sus fuerzas no bastaban; que necesitaba un convento tranquilo para vivir y morir. Añadía que Dios la llamaría pronto a El; que le había pedido que le permitiera obtener por sus ruegos en el otro mundo lo que su debilidad le impedía acabar en éste. Santa Catalina de Sena, poco antes de morir, había hecho una oración igual. Ana Catalina había tenido antes una visión sobre lo que podían producir sus ruegos después de su muerte con relación a ciertas cosas que no existían en su vida. El año 1823, que fué el último en que Ana Catalina corrió por entero el círculo del año eclesiástico, le dió trabajos infinitos. Quiso cumplir todo su trabajo, y cumplió, en efecto, la promesa hecha anteriormente de referir toda la Pasión. Fué objeto de sus meditaciones la Cuaresma de este año, las cuales componen el presente volumen. Su parte no fué menos grande en el misterio fundamental de este tiempo de penitencia, que en los misterios de cada uno de los días de fiesta de la Iglesia: si la palabra *tomar parte* significa bastante la relación en virtud de la cual Ana Catalina daba un testimonio visible al misterio celebrado en cada fiesta por una alteración en su vida espiritual y corporal, leed con este motivo el capítulo de este libro titulado *Interrupción de los cuadros de la Pasión* (*).

Todas las ceremonias y las fiestas de la Iglesia eran para Ana Catalina algo más que la consagración de un recuerdo. Veía

(*) Clemente Brentano publicó esta biografía en el volumen titulado *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. El capítulo a que se refiere aparece en el tercer tomo de esta edición.

el fundamento histórico de cada solemnidad, como un acto de Dios operado en el tiempo para reparación de la humanidad decaída. Aunque estos actos divinos le aparecían con el carácter de la eternidad, conocía que para aprovechar al hombre en la esfera estrecha y medida del tiempo, era menester que tomara posesión de ellos por una serie de monumentos sucesivos, y que para esto debían ser repetidos y renovados en la Iglesia en un orden establecido por Jesucristo y el Espíritu Santo. Todas las fiestas y las solemnidades eran a sus ojos gracias de la eternidad que volvían en épocas fijas cada año eclesiástico, lo mismo que los frutos de la tierra vienen en su época cada año. Recogía con celo infatigable estos frutos de gracia, los conservaba, y los ofrecía por todos los que no cuidaban de atesorarlos. Así como su compasión hacia el Redentor crucificado había sido acogida por Dios, y le había merecido el ser marcada con las llagas de la Pasión como un sello de amor el más perfecto, así siempre que la Iglesia y los afligidos padecían, sus padecimientos se reproducían en su cuerpo y en su alma. Y todo esto pasaba sin que lo supiera nadie de los que la rodeaban, y sin que Ana Catalina tuviera más conocimiento que el que tiene la abeja de su trabajo; mientras que cuidaba y cultivaba como una jardinera fiel y diligente el jardín fértil del año eclesiástico, vivía de sus frutos, y los distribuía; animaba sus fuerzas y las de los otros con las flores y las hierbas que en él tomaba, o por mejor decir, Ana Catalina era en él una sensitiva, un mirasol, una planta maravillosa, en donde se producían, sin el concurso de su voluntad, todas las estaciones del año, todas las horas del día, todas las variaciones de la temperatura.

Al fin del año eclesiástico 1823, tuvo por la última vez una visión relativa a las cuentas de aquel año. Diversos símbolos le representaron las negligencias de la Iglesia militante y de sus servidores; vió cuantas gracias no habían sido cultivadas o recogidas, y cuántas se habían perdido. Le fué enseñado que el Redentor había puesto para cada año en el jardín de la Iglesia un tesoro completo de sus méritos, para suplir a todas las necesidades y a todas las expiaciones. Las gracias despreciadas, disipadas o perdidas (y había bastante para levantar al hombre más decaído, para libertar el ánima del Purgatorio más olvidada), debían de ser pedidas con el mayor rigor, y la Iglesia militante estaba castigada por esas negligencias e infidelidades de sus servidores, con la opresión de sus enemigos y con humillaciones temporales. Estas revelaciones exaltaban en el más alto grado su amor hacia la Iglesia, su madre. Pasaba días y no-

ches orando por ella, ofreciendo a Dios los méritos de Jesucristo y pidiendo misericordia. En fin: reconcentró todas sus fuerzas, y se ofreció a tomar sobre sí el pecado y el castigo, lo mismo que un niño que se presentase ante el trono del rey para sufrir el juicio hecho contra su madre. Fuéle dicho entonces: "Ve cómo estás llena de miserias, tú que quieres satisfacer por los otros"; y Ana Catalina se vió con terror como tristísima imagen llena de imperfecciones infinitas. Pero la impetuosidad de su amor se mostró todavía con más instancia en estas palabras: "Sí, estoy llena de miserias y de pecados, pero soy vuestra esposa, ¡oh, mi Señor y mi Salvador! Mi fe en Vos y en la redención que viene de Vos cubre todos mis pecados con vuestro manto real. Yo no os dejaré hasta que aceptéis mi sacrificio, porque el tesoro abundante de vuestros méritos no está cerrado para ninguno de los fieles". Al fin, su oración fué singularmente energica; era para oídos humanos como una querella y una lucha con Dios, a que la llevaba el atrevido impulso del amor. Cuando su sacrificio era aceptado, su actividad cesaba por algún tiempo, y estaba ocupada con la repugnancia de la naturaleza humana contra los padecimientos. Cuando había sostenido este combate, fijos los ojos sobre el Redentor en el Huerto de las Olivas, los dolores que soportaba de toda especie eran indecibles. La vimos con frecuencia estar muchos días sin conocimiento, como un cordero al morir. Si le preguntábamos cómo estaba, abría los ojos para sonreírse, y decía: "¡Estos dolores son tan saludables!"

Al principio del Adviento sus dolores se calmaron con dulces visiones sobre los preparativos del viaje de la Virgen Santísima, y después sobre todo su viaje a Belén con San José. Ana Catalina los acompañaba cada día en las posadas, o iba delante para procurarles alojamiento. En ese tiempo tomaba pedazos viejos de tela, y por la noche, en medio del sueño, hacía pañales, camisas y gorros para los niños de las mujeres pobres que estaban de parto. Por la mañana veía con sorpresa todas las cosas compuestas en su armario. Esto le sucedía todos los años por la misma época; pero este año tuvo más fatiga y menos consuelo. Así, en la hora del nacimiento del Salvador, que era ordinariamente para Ana Catalina un momento de gozo, se arrastró con mucho trabajo en espíritu hasta el Niño Jesús en su pesebre, y no le llevó otro presente más que mirra, ni otra ofrenda más que su cruz, con el peso de la cual cayó como muerta a sus pies. Parecía que acababa su cuenta terrestre con Dios, y que se entregaba por la última vez por todos los

hombres afligidos espiritual y corporalmente. Lo poco que se pudiera saber de esta sustitución a los diversos padecimientos de los otros, toca en lo incomprensible. Ana Catalina decía con razón: "El Niño Jesús no me ha traído este año más que una cruz e instrumento de martirio".

Desde entonces se concentró cada día más en sus padecimientos; no habló casi nada, y aunque continuaba viendo los viajes de Jesús en su predicación, indicaba a lo sumo en pocas palabras la dirección de sus pasos. Una vez preguntó de pronto, con una voz que apenas se percibía: "¿Qué día es hoy?" Habiéndole respondido que era el 14 de enero, añadió: "Dentro de pocos días habré contado toda la vida del Señor; pero esto ya no me es posible". Estas palabras parecieron tanto más extrañas, cuanto que no parecía saber en qué año de la predicación de Jesucristo estaba su espíritu actualmente ocupado. En 1820 había contado la historia del Salvador hasta la Ascensión, habiendo comenzado por el 28 de julio del tercer año de la predicación de Jesús; después volvió al primer año de la vida de Jesús, y había continuado hasta el 10 de enero del tercer año de la predicación. El 27 de Abril de 1823 hubo, a causa de un viaje que hizo el escritor, una interrupción, que duró hasta el 21 de octubre. Reanudó el hilo de la historia donde lo había dejado, y continuó hasta las últimas semanas de su vida. Cuando habló de algunos días que faltaban, su amigo no sabía hasta dónde llegaba la historia, porque no había coordinado lo que escribía. Después de su muerte se convenció de que si Ana Catalina hubiera podido hablar los catorce últimos días de su vida, la narración habría vuelto al 28 de julio del tercer año de la predicación, y, por consecuencia, al sitio donde había comenzado en 1820.

Su estado cada día hacíase más alarmante. Ana Catalina, que ordinariamente sufría en silencio, daba gemidos; tal era la fuerza de sus dolores. El 15 de enero dijo: "El Niño Jesús me ha traído en su Natividad grandes dolores. Me he encontrado de nuevo en el pesebre de Belén. El divino Infante tenía calentura, y me revelaba sus padecimientos y los de su Madre. Estaban tan pobres, que tenían un pedazo de pan por todo alimento. Me ha dado angustias todavía mayores, y me ha dicho: "Tú eres mía; tú eres mi esposa. Sufre como Yo he sufrido, y no preguntes por qué". Yo no sé lo que será, ni si durará mucho tiempo. Me abandono enteramente a mi martirio, ya sea menester vivir o que sea preciso morir. Yo deseo que la voluntad secreta de Dios se cumpla sobre mí. Estoy tranquila, y tengo

consuelo en mis penas. Esta mañana aún era muy feliz. Bendito sea el nombre del Señor".

Sus dolores, si es posible, se aumentaron todavía. Sentada sobre su cama, cerrados los ojos, lamentábase con voz apagada, y caíase a uno y otro lado. Si se acostaba, parecía ahogarse: su respiración era agitada, todos sus nervios y sus músculos temblaban estremecidos de dolor. Su garganta estaba abrasada, su boca hinchada, sus mejillas coloradas con la calentura, sus manos pálidas como el marfil. Las cicatrices de las llagas brillaban como la plata sobre la piel estirada; su pulso daba 160 a 180 pulsaciones por minuto. Aunque no podía hablar a causa del exceso de sus padecimientos, todas sus obligaciones estaban presentes a su espíritu. El 26 por la tarde dijo a su amigo con voz casi extinguida: "Hoy es el día noveno; es menester pagar la vela y la novena a la capilla de Santa Ana". Era una novena que había mandado hacer por su intención, y temía que las personas que la rodeaban la olvidasen. El 27, a las dos de la tarde, recibió la Extremaunción. Por la noche, su amigo, el excelente cura H..., rezó al lado de su cama: fué esto de tanto consuelo para Ana Catalina, que le dijo: "¡Cuán bueno y cuán bello es todo esto!" Y después: "¡Dios sea mil veces bendito y alabado!"

La proximidad de la muerte no destruía enteramente la unión maravillosa de su vida con la de la Iglesia. Habiéndola un amigo visitado el 1º de febrero por la noche, se había colocado detrás de su cama sin ser visto, y escuchaba con gran compasión sus gemidos y su respiración fatigosa. De pronto no oyó nada, y creyó que estaba muerta. En este momento la campana que anunciaba los maitines de la fiesta de la Purificación comenzó a tocar. Era el principio de esta fiesta el que había arrebatado su alma en un éxtasis. Aunque su estado era siempre muy alarmante, algunas palabras afectuosas sobre la Virgen Santísima salieron de su boca en la noche y en el día de la fiesta. A las doce dijo, con voz alterada ya por la muerte: "No había estado tan bien desde hace mucho tiempo. Ocho días van que estoy enferma, ¿no es verdad? Ya no sé nada de este mundo tenebroso. ¡Oh, qué luz me ha hecho ver la Madre de Dios! Me ha llevado a su lado, y hubiera querido estarme allí". Aquí se recogió un momento; y después dijo, poniéndose el dedo en la boca: "Pero yo no debo hablar de eso". Desde entonces decía que todo lo que podían decir en su elogio redoblaba sus padecimientos.

Los días siguientes estuvo peor. El 7 por la noche, encontrándose más tranquila, dijo: "¡Ah, Jesús! mil gracias por el tiempo de mi vida. Señor, que vuestra voluntad se haga y no la mía". El 8 de febrero por la noche, un sacerdote rezaba junto a su cama; le besó la mano con gratitud, le rogó que asistiera a su muerte, y le dijo: "Jesús, vivo por Vos y muero por Vos. ¡Señor, bendito seáis; ya no veo, ya no oigo!" Ayudándola a mudar de postura para aliviarla, dijo: "Estoy sobre la cruz; pronto se acabará: dejadme". Había recibido todos los Sacramentos; pero quería confesarse de una falta ligera de que se había acusado muchas veces: esta falta era probablemente de la misma especie que aquel pecado de su infancia de que se acusara con frecuencia, y que consistía en haber entrado por cima del seto del jardín de su vecino, y haber mirado con envidia unas manzanas caídas del árbol; "porque, gracias a Dios, decía, no las había tocado". Esto le parecía una violación del décimo mandamiento. El sacerdote le dió la absolución general. Ana Catalina hizo un movimiento para extenderse. Creyeron que se moría. Acercóse a la cama una persona que decía haberle causado pena con frecuencia, y le pidió perdón. Ana Catalina la miró sorprendida, y le dijo con acento de verdad muy expresivo: "No hay nadie sobre la tierra contra quien yo tenga algo".

En los últimos días, como se esperaba a cada momento el verla morir, había con frecuencia amigos en el cuarto que precedía al suyo. Estando ellos hablando muy bajo, y de modo que Ana Catalina no pudiera oirlos, de su paciencia, de su fe y de sus otras virtudes, oyeron de pronto su voz moribunda que decía: "¡Ah! por el amor de Dios, no me elogiéis; eso me tiene aquí, porque tengo que sufrir doble. ¡Oh, Dios mío! Ved aquí nuevas flores que caen sobre mí". Veía siempre las flores como el símbolo y el anuncio de algún dolor. Después añadió: "Dios solo es bueno: todo se ha de pagar, hasta el último maravedí. Yo soy pobre y llena de pecados; yo no puedo pagar ese elogio sino con dolores unidos a los de Jesús. No me elogiéis; dejadme morir en la ignominia con Jesús sobre la cruz". Boudon, en la *Vida del P. Sevein,* trae un hecho igual de un moribundo que parecía que ya no oía, y que rechazó todo elogio proferido a su lado.

Pocas horas antes de su muerte, que imploraba con frecuencia por estas palabras: "¡Señor, socorredme; venid, Jesús mío!", un elogio pareció contrariarla, y protestó con energía por el acto de humildad siguiente: "Yo no puedo morir si tantas buenas personas piensan bien de mí por error: decid, pues,

a todos que soy una miserable pecadora. ¡Ah! ¡Si pudiera gritar de modo que todos supieran cuán pecadora soy! Soy menos que el Buen Ladrón que estaba en cruz cerca de Jesús, pues él y todos los que vivían entonces no tenían que dar cuenta tan terrible como nosotros, que tenemos todas las gracias concedidas a la Iglesia". Después de esta declaración, pareció tranquilizarse, y dijo al sacerdote que la auxiliaba: "Ahora tengo tanta paz y tanta confianza, como si jamás hubiera cometido un pecado". Sus ojos se dirigían con amor sobre la cruz puesta al pie de su cama; su respiración era precipitada; bebía con frecuencia, y cuando le presentaban el Crucifijo, le besaba sólo los pies por humildad. Un amigo que lloraba de rodillas al lado de su cama, tenía el consuelo de presentarle el vaso de agua para humedecer los labios. Habiendo puesto sobre el cobertor su mano, donde brillaba la cicatriz blanca de su llaga, él se la tomó, y como interiormente deseaba tener una señal de adiós de su parte, Ana Catalina le apretó ligeramente la suya; su cara tranquila y serena tenía una gravedad sublime; era la expresión de un atleta que, habiendo hecho esfuerzos inauditos para llegar al término, cae y muere al tomar la corona. El sacerdote rezó de nuevo a su lado las oraciones de los agonizantes, y Ana Catalina se sintió advertida de que se acordase delante de Dios de una joven y piadosa amiga de quien eran los días. Dieron las ocho; respiró más tranquilamente algunos minutos, y gritó tres veces con un gemido profundo: "¡Señor, socorredme! ¡Señor, Señor, venid!" El sacerdote tocó la campanilla, y dijo: "¡Se muere!" Muchos parientes y amigos que estaban en la pieza contigua entraron en el cuarto y se arrodillaron para rezar. Ana Catalina tenía en la mano una vela encendida, que sostenía el sacerdote. Dió todavía algunos leves suspiros, y su alma pura salió de sus castos labios con la vestidura de esposa, para precipitarse llena de esperanza ante su Esposo celestial, y para unirse al coro de las vírgenes que acompañan al divino Cordero por todas partes. Su cuerpo inanimado se hundió poco a poco en las almohadas a las ocho y media de la noche, el 9 de febrero de 1824.

Una persona que se tomó mucho interés por Ana Catalina durante su vida, ha escrito lo siguiente: "Después de su muerte, me acerqué a la cama; estaba recostada sobre las almohadas, del lado izquierdo; encima de su cabeza estaban colgadas en cruz, en un rincón, las muletas que le habían preparado sus amigas en una ocasión en que Ana Catalina había podido dar algunas vueltas por el cuarto. Al lado había un cuadrito al óleo

representando el tránsito de la Virgen Santísima, que le había dado la princesa Salm. La expresión de su cara era sublime: estaba retratada en Ana Catalina toda una vida de sacrificios, de paciencia y de resignación; parecía haber muerto por amor a Jesucristo en el ejercicio de alguna caridad para con los otros. Su mano derecha reposaba sobre el cobertor; esta mano, a la cual Dios había dado la gracia inaudita de conocer y tocar todo lo que era santo, todo lo consagrado por la Iglesia, gracia que quizá nadie recibió en igual grado, gracia cuyos resultados podían ser incalculables con tal que se hiciera de ella un uso sabio, y que sin duda no había sido dada a una mujer del campo sólo para distracción espiritual. Yo tomé por última vez esta mano marcada con signo tan venerable; este instrumento espiritual que seguía detrás del velo de la naturaleza toda sustancia santificada para reconocerla y honrarla aún en un grano de arena; esta mano bienhechora, laboriosa, que tantas veces había dado de comer al hambriento y vestido al desnudo; esta mano estaba fría y sin vida. Una gracia sobrenatural se había ido de la tierra: Dios nos había retirado la mano de su esposa, que daba testimonio, que rezaba, que sufría por la verdad. No parecía que había puesto sin objeto, con resignación, sobre su cama, esta mano, símbolo de una virtud particular, concedida por la gracia divina. Como los preparativos necesarios, que se hacían a su alrededor con grande actividad, amenazaban interrumpir la viva impresión que me causaba su semblante, salí del cuarto todo pensativo. "Si, como tantas otras santas habitantes del desierto, decía yo entre mí, hubiera muerto solitaria en un sepulcro abierto con sus manos, los pájaros, sus amigos, la hubieran cubierto de hojas y de flores; si, como tantas personas de su profesión, hubiera muerto entre las vírgenes consagradas a Dios, y hubiera sido acompañada al sepulcro por sus cuidados y su veneración, hubiera sido edificante y satisfactorio para el corazón; pero sin duda estos honores dados a sus restos no agradarían a su amor a Jesucristo, a quien deseaba parecerse también en la muerte".

El mismo amigo escribía más tarde lo siguiente: "Por desgracia no se hizo constar oficialmente el estado de su cuerpo después de su muerte; no se hicieron pesquisas, con las cuales la habían atormentado tanto durante su vida. Aun los que la rodeaban descuidaron examinarla, por miedo, sin duda, de encontrar algún fenómeno extraño, cuyo descubrimiento hubiera podido ocasionar muchas incomodidades. El miércoles 11 de febrero prepararon su cuerpo para la sepultura. Una mujer piadosa,

que no quiso ceder a nadie el cuidado de darle esta última prueba de afecto, me describió en estos términos el estado en que la encontró: "Sus pies estaban cruzados como los de un Crucifijo. Las llagas estaban más coloradas que de costumbre. Cuando levantaron su cabeza, le salió sangre de las narices y de la boca. Todos sus miembros conservaron su flexibilidad hasta en la caja". El viernes 13 de febrero fué conducida al sepulcro, acompañada de todas las personas del lugar. Reposa en el cementerio, a la izquierda de la cruz, al lado del seto. En la fosa que está delante de la suya, reposa un buen viejo labrador de Welde; en la que sigue, una piadosa labradora de Dernekamp.

"La tarde del día en que fué enterrada, vino un hombre rico. no a casa de Pilatos, sino a casa del cura del pueblo. Le pidió el cuerpo de la difunta, no para ponerlo en un sepulcro nuevo, sino para comprarlo por una suma considerable por cuenta de un médico holandés. La proposición fué desechada, como debía serlo; pero parece que corrió la voz en el pueblo de que habían robado el cadáver, y que los habitantes fueron al cementerio a ver si habían profanado su sepultura".

Añadiremos a estos detalles el extracto siguiente de un relato impreso en diciembre de 1824, en el periódico de literatura católica de Kertz. Proviene de una persona que no conocemos, pero que está bien instruída: "Seis o siete semanas después de la muerte de Ana Catalina Emmerick, habiéndose esparcido la voz de que su cuerpo había sido robado, la sepultura y la caja fueron abiertas secretamente por orden superior, en presencia de siete testigos. Vieron con gozo y sorpresa que la corrupción no había llegado a su cuerpo. Su fisonomía era risueña como la de una persona que descansa en agradable sueño. Parecía que se acababa de enterrar: no exhalaba ningún olor fétido. *Es un debe guardar el secreto del Rey,* dice Jesús, hijo de Sirac; pero es también un deber el revelar al mundo la grandeza de las misericordias de Dios". Nos han asegurado que una piedra había sido puesta sobre su tumba. Nosotros deponemos ante ella estas hojas; ¡ojalá contribuyan a conservar la memoria de una persona que ha remediado tantas penas de alma y cuerpo, y la del sitio en donde espera la resurrección!

CLEMENTE BRENTANO.

PRIMERA PARTE

AUTOBIOGRAFIA

Capítulo I

SU INFANCIA, SUS DONES EXTRAORDINARIOS

INTRODUCCION

Conforme al plan con que ha sido concebida esta obra, publicamos las palabras de la venerable sierva de Dios, Ana Catalina Emmerick, copiadas principalmente por Clemente Brentano. El ordenamiento de las visiones generales por asuntos, es nuevo en la edición argentina, no habiendo sido realizado antes en ediciones extranjeras. La introducción de cada capítulo y las frases intercaladas en el texto, destinadas a aclarar circunstancias oscuras o pasajes inconclusos, van en letras bastardillas. Las notas al pie de páginas constituyen asimismo complementos para mayor ilustración del lector acerca de personas o episodios no explicados suficientemente.

Comenzamos con la declaración hecha por Ana Catalina al revelar las razones por las cuales el Señor le concede estas visiones: le son dadas para ser consignadas y publicadas, a fin de que se descubran muchas cosas ignoradas, para mayor gloria de Dios y edificación de los fieles.

Ana Catalina cuenta su bautismo, celebrado el mismo día de su nacimiento, por gracia especial coincidente con la natividad de la Virgen Santísima. Relata diversos cuadros de su infancia, con sencillez y lucidez encantadoras; todo lo que veía y hacía; cómo se le manifestaba el don de las visiones extáticas; los casos de bilocación y otras gracias extraordinarias recibidas de modo sobrenatural.

1. El Señor le manda comunicar sus visiones.

El 1º de enero de 1821, dijo la venerable sierva de Dios, Sor Ana Catalina Emmerick:

Ayer he pedido fervorosamente a Dios que dejase de concederme estas visiones, para verme libre de la responsabilidad de referirlas. Pero el Señor no quiso escucharme; antes bien, he entendido, igual que otras veces, que debo referir todo lo

que veo, aunque se burlen de mí y no comprenda yo ahora el provecho que resulte de esto. También he sabido que nadie ha visto nunca estas cosas en el grado y medida en que yo las veo, y he entendido que no son cosas mías, sino de la Iglesia.

"Yo te doy esta visión, me dijo el Señor, no para tí, sino para que sea consignada: debes, pues, comunicarla. Ahora no es tiempo de obrar maravillas exteriores. Te doy estas visiones y te las he dado siempre, para mostrar que estoy con mi Iglesia hasta la consumación de los siglos. Pero las visiones, por sí solas, a nadie hacen bienaventurado: has de ejercitar, pues, la caridad, la paciencia y todas las virtudes".

Las admirables visiones sobre el Antiguo Testamento y las numerosas visiones sobre la vida de los santos, me fueron comunicadas por la bondad de Dios, no sólo para mi instrucción, sino para que las publicara, e hiciera conocer tantas cosas escondidas e ignoradas. Muchas veces me fué inculcado este mandato.

Hace mucho que yo hube de haber muerto. He conocido en una visión que hace tiempo yo hubiera muerto, si no fuera porque debía hacer conocer estas cosas por medio del *Peregrino* (*). Él debe escribirlo todo. A mí me corresponde únicamente comunicar mis visiones.

Cuando el Peregrino lo haya ordenado todo y todo esté terminado, morirá él también.

2. Habla del carácter de sus propias visiones.

He visto infinitas cosas que no se pueden expresar con palabras. ¿Y quién puede expresar con palabras cosas que se ven, no con los ojos, sino de otro modo? Yo no veo las cosas con los ojos, sino más bien me parece que las viese con el corazón, aquí en medio del pecho (**). Esto me ocasiona, también en este lugar, como una efusión de sudor. Veo al mismo tiempo con los ojos los objetos y las personas que me rodean, pero no atiendo a ellas; no sé lo que son ni quienes son. También ahora, mientras hablo, soy vidente.

(*) Así llama al escritor y poeta Clemente Brentano, a quien había visto ya anteriormente en visión, destinado por Dios para recoger sus revelaciones.

(**) En el libro *Scivias*, de Santa Hildegarda, se lee: "Cuando según la oculta disposición del Altísimo Creador, la forma de un cuerpo humano viene a ser animada en el seno materno, entonces el alma, a modo de un globo de fuego, que no tiene ninguno de los contornos ni lineamientos del cuerpo humano, toma posesión del corazón en esta forma, sube al cerebro y se difunde por todos los miembros" (*Scivias*, I, Vis. 4, Migne).

Desde algunos días estoy continuamente entre una visión sensible y otra sobrenatural. Tengo que hacerme mucha violencia porque en medio de la conversación con otros, veo delante de mí, al mismo tiempo, diversas cosas y toda clase de imágenes y oigo mi propia palabra y la de los demás, como si viniese ronca y tosca de un recipiente vacío. Me encuentro además como embriagada y a punto de caer. Mis palabras de respuesta a las personas que me hablan salen tranquilas de mis labios y a veces más vivaces que de costumbre, sin que yo sepa después lo que he hablado momentos antes; no obstante, hablo ordenadamente y con pleno sentido. Siento una gran pena al verme en este doble estado. Con los ojos veo cuanto me rodea de un modo incierto y velado, como vería uno las cosas cuando está por dormirse y empezara a soñar.

La segunda facultad de ver, la sobrenatural, me quiere arrebatar con fuerza y es mucho más luminosa y clara que la vista natural de los ojos; no obra esta manera de ver por medio de los ojos corporales. Estoy durante todo un día entre el volar lejano y el ver. A veces veo al Peregrino y a veces no lo veo, y esto me pasa continuamente. ¿No siente él cómo cantan ahora? Me parece encontrarme sobre una amena pradera y como si sobre mí los árboles se entrelazasen y formasen arco. Siento cantar con tan maravillosa dulzura como si procediese de suaves voces de niños.

Lo próximo y el contorno de las cosas, me parecen como un sueño; todo lo veo turbio, impenetrable y desconectado, semejante a un confuso sueño, a través del cual veo un mundo luminoso, sucesivamente comprensible, y hasta en su íntimo origen y concatenación con todas sus manifestaciones inteligibles. En el seno de esta vista, cuanto hay de bueno y de santo deleita más profundamente, porque se reconoce su derivación de Dios y su retorno a Dios. En cambio, cuanto hay de malo y de impío perturba profundamente, porque se reconoce el camino que trae desde el diablo y lleva a él, siempre contrario a Dios y a su criatura. La vida en este mundo sobrenatural, donde no existe impedimento alguno, ni tiempo, ni espacio, ni cuerpo, ni secretos, donde todo habla y resplandece, es tan perfecta y libre, que en su comparación la ciega, torcida, balbuciente vida real y actual parece un sueño vacío.

Durante estas vigilias veo siempre resplandecientes las reliquias que tengo conmigo, y a veces veo como escuadrones de pequeñas y lejanas figuras humanas, en medio de nubecillas, que están sobre mí, en dirección de las reliquias. Cuando me

recojo en mí misma, aquellas imágenes se aproximan nuevamente a las pequeñas arcas y relicarios donde reposan los huesos luminosos.

He tenido una bellísima enseñanza de cómo la vista, por medio de los ojos, no es verdadera vista, sino que hay otra mirada interna. Esta última es muy clara y luminosa. Cuando debo permanecer mucho tiempo privada de la comunión cotidiana y no puedo rezar con ardor y decaigo en el recogimiento de la piedad, entonces una nube espesa se extiende sobre mi clara vista interna. Entonces olvido cosas importantes, avisos o exhortaciones y veo y experimento la opresión aniquilante del externo y falso modo de que son las cosas. Tengo un hambre del Santísimo Sacramento que me roe y me atormenta, y muchas veces cuando miro hacia una iglesia, el corazón parece que se me quisiera salir del pecho y volar hacia el Salvador.

3. Ve su don de visión en forma de rostro.

Cuando vi que nació tanto malhumor porque, según orden de mi guía celeste, no dí consentimiento para ser trasladada a otra habitación, supliqué al Señor se dignase dirigirme. Había surgido mucho descontento; sin embargo, yo veía tantos cuadros e imágenes santas, y no podía por lo demás hacer cosa alguna.

Después de esta oración me tranquilicé y vi como un rostro que se aproximaba a mí y penetraba en mi pecho y pareció como si dentro de mí se deshiciese (*). Me pareció que mi alma, al unificarse con aquel rostro, se retrajese en sí misma y se hiciese siempre más pequeña, mientras mi cuerpo se me aparecía como un ser grosero y pesado, grande como una casa. El rostro, que me pareció triple, era infinitamente rico y multiforme y no obstante era uno y único. Se dilataba en sus rayos y en sus miradas, en todos los coros separados de los ángeles y de los santos. Recibí consolación y gozo y pensé: "¿Podría esto provenir del espíritu maligno?" Mientras así pensaba todas esas imágenes claras y distintas me atravesaron otra vez el alma, como una serie de luminosas nubecillas y sentí que estaban fuera de mí, a mi lado, en un círculo luminoso. Sentí entonces de nuevo haber crecido y mi cuerpo no me parecía ya tan grosero ni macizo. Entonces había fuera de mí y en torno mío como un mundo en el cual yo podía

(*) **Este rostro es el don de visión, la luz de profecía que viene de Dios; en este rostro podía Ana Catalina ver y tratar con los ángeles y santos y recibir sus comunicaciones. Léase la vida de Ana María Taigi, quien veía en un sol luminoso las revelaciones de Dios.**

mirar adentro por medio de una abertura luminosa. Y se me acercó una virgen, que me explicó ese mundo de luz y me dijo que mirase unas veces en un punto y otras veces en otro. Añadió que pertenecía a la viña de aquel santo Obispo en la cual yo debía por entonces trabajar.

4. Ve otro mundo de impiedad.
(11 de agosto de 1821) (*)

He visto también a mi izquierda un segundo mundo lleno de deformes y torcidas figuras, de cuadros de perversidad, de calumnias, de sarcasmo y de burla. Todo este mundo avanzaba como un enjambre cuya punta se dirigía hacia mi.

De todo el círculo que avanzaba no pude reconocer nada de bueno ni recibirlo, puesto que lo justo y lo bueno se hallaba sólo en el círculo puro y luminoso que estaba a mi derecha. Entre estos dos círculos, yo, pobre y abandonada, estaba suspendida de un brazo como entre cielo y tierra, y permanecí mucho tiempo entre graves dolores; a pesar de ello, no perdí la paciencia. Al fin, saliendo de aquel círculo luminoso se aproximó nuevamente Santa Susana *(era el día de la Santa)* juntamente con Liborio, (**) en cuya viña debía yo trabajar. Me pareció que me libraban y fuí llevada de nuevo a la viña que se había puesto silvestre y llena de pujantes y superfluas ramas y hojas. Tuve que limpiar aquellas vides de las ramas silvestres y demasiadas hojas para que el sol pudiese calentar los brotes. Con gran trabajo recompuse y cerré una abertura del parral. Eché las hojas juntamente con los racimos podridos en un montón; otros manchados los tuve que limpiar con un pañito y como no tenía a la mano otra cosa, tomé mi pañuelo de la cabeza. Por todo esto me sentí tan cansada que a la mañana me encontré en mi lecho, llena de dolores, como si hubiese sido destrozada en una rueda: no sentía en mí hueso alguno sano. Los brazos todavía me duelen.

5. Visiones de su bautismo.
(8 de septiembre de 1821)

Hoy, día de mi aniversario, he visto en éxtasis mi nacimiento y mi bautismo. Estaba yo presente con un sentimiento singular.

(*) Esta fecha, como las que aparecen más adelante, corresponden al día en que Ana Catalina relató sus visiones.

(**) San Liborio, Obispo de Padenborn. Trabajar en la viña de Liborio significa trabajar en la diócesis de ese Obispo, y consisitía en oración, expiación y sufrimiento.

Me sentía como un niño recién nacido en brazos de las mujeres que me llevaban a Koesfeld para ser bautizada. Me causaba vergüenza verme tan pequeña y tan necesitada de ayuda, a pesar de ser ya vieja; pues, todo lo que sentía entonces, como niña recién nacida, lo veía y lo conocía de nuevo en esta hora, mezclado con las impresiones presentes. Entonces era yo débil y no podía valerme. Las tres mujeres ancianas que me llevaban a la iglesia, me eran antipáticas, y también la partera; pero mi madre, no; yo tomaba su pecho. Veía todo lo que me rodeaba: la antigua granja donde vivíamos y todo lo que allí había, tal como después no lo he vuelto a ver, porque muchas cosas han cambiado.

Veía con claridad el camino que conduce desde nuestra cabaña de Flamske hasta la parroquia de Santiago de Koesfeld, y sentía y conocía lo que pasaba a mi alrededor. Vi todas las santas ceremonias de mi bautismo, y mis ojos y mi corazón se abrieron de un modo maravilloso. Ví que cuando fuí bautizada estaban allí presentes el Angel de mi Guarda y mis santas patronas Santa Ana y Santa Catalina. Ví a la Madre de Dios con el Niño Jesús y fuí desposada con Él mediante la entrega de un anillo.

Entendía yo todas las cosas santas y benditas y todo lo que se refiere a la Iglesia, tan claramente, como después no he vuelto a entenderlo. Veía imágenes admirables de la iglesia. Sentí la presencia de Dios en el Santísimo Sacramento. Vi brillar en la iglesia los huesos de los santos, que resplandecían sobre ellos.

Vi a todos mis predecesores, hasta el primero que de ellos fué bautizado y conocí, en una larga serie de símbolos, todos los peligros de mi vida futura. En medio de todo esto sentía la impresión singular que me causaban mis padrinos y parientes que estaban allí y las tres mujeres que me eran siempre antipáticas. Vi a mis antepasados en una serie de imágenes que se extendía por muchas comarcas, hasta el primero, que fué bautizado en el siglo séptimo u octavo y que edificó una iglesia. Entre ellos había varias monjas, de las que dos fueron estigmatizadas, pero no conocidas, y un solitario, que había sido hombre importante, había tenido hijos y finalmente se había retirado del mundo y vivido santamente.

Cuando al volver a casa desde la iglesia pasé por el cementerio, experimenté un vivo sentimiento del estado de las almas cuyos cuerpos reposan allí, esperando la resurrección. Entre ellos observé con respeto algunos cuerpos que brillaban y resplandecían magníficamente.

6. El Señor le muestra las bellezas creadas.

Siendo todavía niña estaba yo una noche arrodillada en la nieve del campo y le decía al Señor, alegrándome de ver las hermosas estrellas: "Tú eres mi Padre, y ya que tienes en tu casa cosas tan hermosas, debes enseñármelas". Él me mostraba todas las cosas; me tomaba de la mano y me conducía por todas partes. Era muy natural; yo lo contemplaba todo con alegría y no miraba ninguna otra cosa.

7. Cuando tenía uno y tres años.

Mi padre se preocupaba mucho por mí. Me enseñó a rezar y a hacerme la señal de la cruz. Me tenía sobre sus rodillas, encerraba mis manecitas en su puño y me enseñaba a hacer la pequeña señal de la cruz con el pulgar. Luego abría su mano y me guiaba para hacer la señal de la cruz mayor. Cuando llegué a rezar hasta la mitad del Padrenuestro, o quizás menos de la mitad, yo lo recitaba tantas veces hasta que me parecía que formaba el tiempo de un Padrenuestro entero.

Me refiero ahora al primer año de mi vida. Siendo de un año de edad, caí al suelo. Mi madre había ido a la iglesia de Koesfeld, pero parecía que tuviera un presentimiento de que algo me había acontecido puesto que en grande ansia volvió a casa. Por mucho tiempo no pude caminar; recién al tercer año de mi vida curé enteramente de mi mal; el muslo me fué estirado bien, pero ligado tan estrechamente con fajas, que permaneció delgado.

A los tres años solía exclamar con todo mi corazón: "¡Oh Señor y Dios mío, haz que yo muera; porque los que crecen y se hacen grandes, te ofenden con muchos pecados".

Cuando salía de casa me decía: "¡Oh, si cayeses tú muerta aquí, delante de esta puerta, no ofenderías más a Dios!"

8. Dolor y compasión por el prójimo.

Cuando me sentaba a la mesa para comer, dejaba lo que más me gustaba o alguna parte, y decía: "Esto te lo doy a Ti, Señor, con todo mi corazón, para que Tú lo des a aquellos pobres que más lo necesitan".

Cuando veía algún niño enfermo, decía: "Si un pobre no pide y no suplica, no recibe limosna. Así Tú, Señor, no ayudas a los que no quieren rezar y sufrir. Mira, Señor, yo clamo y ruego por aquéllos que no lo hacen por sí mismos".

Cuando más tarde preguntaban a Ana Catalina quién le había enseñado estas oraciones, contestó:

No sabría decir quién me las enseñó: el germen de todo esto está en la compasión. He sentido siempre, íntimamente, que todos nosotros formamos un solo cuerpo en nuestro Señor Jesucristo: el mal del prójimo me duele de tal modo como si sucediera con el dedo de mi mano.

Desde mi infancia siempre he rogado para que las dolencias ajenas viniesen sobre mí. Haciendo esto yo pensaba que Dios no manda ningún sufrimiento sin tener una especial razón; y que con ese sufrimiento se debe descontar algo. El por qué sucede que a veces un mal oprime poderosamente a alguno. yo pensaba que era porque ninguno quiere tomar sobre sus espaldas el mal de otro. Por esto yo rogaba al Señor que se dignase dejarme descontar y expiar por mi prójimo y suplicaba al Niño Jesús que me ayudase; muchas veces tenía por esto mismo bastantes dolores.

9. El Niño Jesús le enseña diversos trabajos.

Cuando yo era niña, el Niño Jesús trabajaba conmigo. Recuerdo que desde los seis años yo hacía lo que hago ahora *(confeccionaba ropa para los pobres)*. Sabía que tendría un hermanito; cómo lo supe no lo podría decir. Quería entonces darle a mi madre algunas cosas para el niño recién nacido, pero no sabía aún coser. El Niño Jesús vino a mí y me enseñó y me ayudó a hacer un gorrito y otras prendas para niño Mi madre se admiró mucho de cómo yo hubiese podido hacer estos trabajos. Recibió lo que le ofrecí y se sirvió de esas prendas.

Cuando comencé a guardar las vacas, vino un Niñito hacia mí e hizo que las vacas se guardasen ellas mismas. Nosotros hablábamos juntos de cosas buenas, cómo queríamos servir a Dios y amar al Niño Jesús, y cómo Dios lo ve todo. Yo me encontraba a menudo con ese Niñito y nos entendíamos perfectamente. Se cosía, se hacían gorritas y medias para los niños pobres. Yo me encontraba capaz de hacer todos los trabajos que quería y además tenía todo lo que necesitaba para esos trabajos. A veces venían también algunas monjas a unirse con nosotros y siempre eran del convento de las Anunciatas. Lo más admirable en esto era que yo disponía y creía hacerlo por mi misma, cuando en realidad era aquel Niñito quien lo hacía todo.

"Nosotros queremos, decía yo a mis compañeritos, representar el cielo sobre la tierra; queremos hacerlo todo en el nom-

bre de Jesús y pensar siempre que el Niño Jesús está entre nosotros. No queremos hacer cosa alguna que sea mala; antes bien, queremos impedirla en cuanto sea posible. Donde encontremos lazos para liebres y trampas para los pájaros, preparadas por los muchachos, las sacaremos para que no vuelvan a semejantes pasatiempos. Queremos poco a poco empezar un mundo nuevo para que la tierra se convierta en un paraíso".

Recordando visiones de viajes a Tierra Santa, reproducía en la arena lugares y cosas sagradas.

Si hubiese tenido ocasión, desde niña, de relatar, sería capaz de reproducir con mi narración la mayor parte de los caminos y lugares de Tierra Santa, puesto que los tenía tan vivamente siempre ante los ojos que ningún otro lugar me era tan conocido como los de Palestina.

Cuando estaba en el campo o jugaba con otros niños en la arena húmeda o sobre un terreno arcilloso, en seguida erguía allí un monte Calvario, el Santo Sepulcro con su jardín, un riachuelo con su puente y cabañas. Recuerdo que hice de barro muchas casitas vacías cuadrangulares y las aberturas de las puertas y ventanas con astillas. Otra vez, hasta quise hacer la imagen del Señor, de los dos ladrones y de María Santísima al pie de la cruz; pero me abstuve de hacerlo por parecerme una profanación el intentarlo.

Una vez estaba con dos niños jugando en un campo. Queríamos tener una cruz en la pequeña capilla que habíamos levantado con arcilla, para rezar delante de ella nuestras oraciones. Queríamos una cruz verdaderamente buena, y no sabiendo cómo conseguirla, dije: "Ya sé cómo la haremos. Tenemos que hacerla primero de madera; después la imprimiremos en la arcilla. Tengo una cobertera vieja de estaño; la haremos derretir sobre los carbones, la derramaremos como si fuera de arcilla y obtendremos una cruz de relieve". Corrí a casa; tomé la cobertera y los carbones. Mientras estábamos en la obra, sobrevino mi madre y fuí castigada.

10. San Juan Bautista niño acude a jugar con ella.

Cuando custodiaba las vacas, solía llamarlo de este modo: "Juancito, el de la piel de camello, ven aquí conmigo". Él venía y se entretenía conmigo. Tuve la más clara visión de su vida en el desierto. En conversaciones familiares era amaestrada que imitase en todas sus acciones la inefable pureza y simplicidad con que tanto había complacido al Señor. Yo celebraba con la

más viva realidad muchos maravillosos acontecimientos de su sagrada infancia en la casa paterna del Bautista y en medio de su santa parentela. Tenía de todas esas personas un sentimiento tan vivo y real, que con admirable familiaridad me sentía movida de vivo afecto hacia esas personas y las trataba con mayor confianza que a las de mi casa.

Siempre, desde pequeña, cada año, en todo el tiempo de Adviento, yo acompañaba paso a paso en viaje a José y María desde Nazaret hasta Belén, y hasta ahora todos los años lo he hecho siempre en la misma forma. La inquietud que yo tenía por la Virgen Santísima durante aquel viaje era tan grande y mi compasión por todas las dificultades del camino tan afectiva y tan viva, cual podía serlo cualquier caso real o aventura que me sucediera en mi juventud. Antes bien, yo tomaba más parte y me sentía más conmovida por estas cosas que por cualquier otra que me pudiese suceder; porque para mí María era la Madre de Dios y de mi Señor y María llevaba en su seno al que debía ser mi salud y mi salvación.

Todo lo que se celebraba en una solemnidad de la iglesia no era para mí solamente una conmemoración o una atenta contemplación, sino que mi alma era introducida dentro, por decirlo así, en la fiesta, de modo que la celebraba como si los acontecimientos y los misterios se realizasen ante mis ojos: en todo veía y sentía como si actualmente sucediese y yo estuviese presente.

Dios, que es extremadamente bueno, debe háberse complacido de mi buena voluntad infantil, porque Él, desde mi niñez hasta ahora, en el tiempo de Adviento, me deja ver todo en la misma forma que ha sucedido. Yo me coloco en un pequeño rinconcito y desde allí veo todo. Cuando niña, me sentía más libre y confiada con todos. Cuando monja, fuí más reservada y más tímida. Cuando se lo pedía con íntimo ardor a la Virgen, ella a menudo ponía al Niño Jesús en mis brazos.

11. Espera ver a Adán y a Eva en la iglesia.

Recuerdo que siendo de cuatro años mis padres me llevaron a la iglesia. Yo tenía la persuación de que allí vería a Dios y encontraría a los hombres muy distintos de lo que eran; creía que serían luminosos y bellos como había visto a Adán y Eva. Cuando entré, miré por todas partes y no vi nada de lo que me había imaginado. Yo creía que el sacerdote en el altar fuese el mismo Dios. Buscaba a María y creía que todo lo que había

visto estaría allí dentro; tal era mi deseo más ardiente. Pero no hallé allí lo que pensaba encontrar. Más tarde tuve estos pensamientos y miraba a algunas mujercitas buenas que llevaban pañuelos en la cabeza y estaban muy compuestas: pensaba que ellas podrían ser las personas que yo buscaba; pero no lo eran. Pensaba que María debía llevar un manto azul celeste, un velo blanco y un vestido sencillo y blanco.

Cuando más tarde tuve la visión del Paraíso terrenal, buscaba en la iglesia a Adán y a Eva, tan bellos como eran antes de la caída. Después pensé: "Cuando te hayas confesado, entonces los encontrarás". No los encontré tampoco entonces. Finalmente ví en la iglesia a una familia de antigua nobleza, muy piadosa; las hijas estaban vestidas de blanco. Entonces pensé que éstas se asemejaban algo a lo que buscaba y tuve para con ellas grande veneración; pero tampoco eran ellas lo que yo quería. Tenía la sensación de que todo lo que ahora veía era feo e impuro. Estaba tan penetrada de estos pensamientos que muchas veces me olvidaba de comer y de beber, y mis padres decían: "¿Qué tiene esta niña? ¿Que le ha sucedido a nuestra Catalinita?"

Muchas veces, cuando yo era niña, disputaba con la mayor confianza con Dios y le decía por qué había hecho tal cosa así o aquella otra... No podía concebir cómo Dios hubiese dejado nacer el pecado, desde que El lo tiene todo en sus manos. Sobre todo, la eternidad de las penas infernales me parecía dura sobre todo posible entendimiento. Entonces me sobrevinieron visiones que me instruyeron de tal manera y me amonestaron, que bien pronto estuve convencida de cuán infinitamente justo y amoroso era Dios y también estuve convencida de que si me hubiese sido posible hacer por mí misma alguna cosa, lo hubiese hecho indeciblemente mal en todos los casos.

12. Cómo rezaba con su hermano.

Cuando era muy pequeña, mi hermano mayor dormía en la misma pieza. Era piadoso y muy a menudo rezábamos junto a nuestros lechos, por la noche, con los brazos abiertos. Yo veía frecuentemente a la cámara iluminarse. Cuando había rezado largo tiempo, me sentía como levantada en alto y una voz me decía: "Vete a tu lecho". Mi hermano a veces se asustaba, pero yo continuaba rezando mucho tiempo. También mi hermano era molestado frecuentemente y asustado por el enemigo infernal. Una vez mis padres lo encontraron de rodillas, con los brazos abiertos y aterido de frío.

13. Sentimiento de repulsión ante las tumbas de paganos.

Yo sentía siempre, sin que me hubiese sido narrado antes cosa alguna, repulsión por aquellos lugares que habían sido tumbas de paganos en otros tiempos. Así hay un lugar cerca de nuestra casa, que es una llanura y montecillo de arena, donde de mala gana guardaba las vacas en el pastoreo, porque veía siempre salir de allí un negro y repugnante vapor, como si fuese ocasionado por trastos quemados, que se extendía sobre la tierra sin poder elevarse. Observé a menudo una especial oscuridad y vi figuras oscuras que originaban aquella negrura y vagaban de un lado a otro, bajo tierra, y luego se desvanecían. Pensaba entonces como una niña: "Está muy bien que tengáis sobre la cabeza esta tierra encima, pesada y profunda; así no podéis hacer ningún mal."

Más tarde he visto que cuando en estos lugares se alzan edificios, salía una especie de maldición de aquellos negros huesos de los muertos, si los habitantes de esas casas no eran personas piadosas y no estuvieran por la fe ligados y hechos partícipes de las bendiciones de la Iglesia, y si con este medio no ahuyentaban el mal influjo que nacía de aquellos huesos malditos. Cuando por lo contrario querían los moradores alejar el mal por medios no eclesiásticos o por medios supersticiosos, entonces, sin sospecharlo siquiera, venían a ponerse en relación con las potencias infernales, y el maligno espíritu adquiría aún mayor influjo sobre ellos.

Me es sumamente difícil hacer comprender estas cosas a los demás, porque veo todas estas cosas delante de mis ojos, pero los otros se las deben imaginar pensando y reflexionando. Me parece también más difícil comprender cómo para tantos todo se confunde y se hace indiferente, lo sagrado y lo no sagrado, el creyente y el incrédulo, lo redimido y lo no redimido, y cómo todos ellos no ven en las cosas sino la apariencia externa, es decir, el color, si se puede comer o no comer, sacar ganancia o no, o cosas semejantes. Yo veo y siento todas estas cosas de muy distinta manera. Todo lo santo y bendecido lo veo luminoso, multiplicándose, reflejando luz y difundiendo salud y ayuda; al contrario, todo lo profano, todo lo maldecido, lo veo siempre oscuro, difundiendo tinieblas y ocasionando perdición. Veo la luz y las tinieblas saliendo, según su naturaleza, del bien o del mal, obrar con mucha vivacidad en sentido de luz o de tinieblas. Es en esta forma como todo me es mostrado.

14. La dirección que da Dios a los hombres.

No puedo decir de qué modo las visiones en estos cuadros se juntaban, según su significación, con mis ocupaciones externas, pero es cierto que yo hacía una cosa o evitaba otra sin descuidar nada de lo que me era impuesto y debía hacer en la vida externa. Esto lo he entendido muy distintamente, aunque yo no tenía a nadie que pudiese comprender mis declaraciones a este propósito. Pienso que esto mismo sucede a toda persona que desde la juventud trabaja con celo para llegar a su fin, que es la felicidad eterna. Esta dirección que Dios le concede es para esa persona invisible. Otros, en cambio, que son iluminados de lo alto, pueden ver esta dirección durante todo su curso, como yo misma la he visto en mí misma y en otras personas. También aquella persona que no descubre esa dirección obrará según ella y recogerá todas las bendiciones, siempre que siga los impulsos, insinuaciones y amonestaciones que Dios le hace llegar por medio del Angel Custodio o de la plegaria, del confesor, de los superiores, del sacerdocio, de la Iglesia o por medio de los acontecimientos y de las disposiciones diarias.

La vida ordinaria, donde quiera que yo mirase, no hacía más que mostrarme la imposibilidad de que yo pudiese entrar en un convento; las visiones, en cambio, siempre, y con seguridad, me conducían, y yo recibía un interno convencimiento de que Dios lo puede todo y que El me conduciría hasta la meta. Esto me daba firme confianza.

15. Su manera de vestir y de adornarse.

Preguntada por el Padre Overberg acerca de su modo de vestir, Ana Catalina respondió:

Yo era siempre muy ordenada y limpia en el vestir, no por causa de los hombres, sino por respeto y consideración a Dios. Mi madre a menudo no me vestía siempre como yo deseaba; entonces me iba a mirar en el agua o en el espejo y volvía a ordenar mi vestimenta. El vestirse con orden y limpieza hace bien al alma. Cuando en las oscuras mañanas del invierno iba a tomar la santa Comunión, me vestía con tanto cuidado como en los días serenos, porque esto lo hacía para honrar a Dios y de ninguna manera por el mundo.

16. El "Vía crucis" de Koesfeld.

Una vez fuí con una amiga, a las tres de la mañana, a recorrer el *Vía crucis* de Koesfeld. Teníamos que pasar los muros

ruinosos de la ciudad. Cuando al volver rezábamos delante de la iglesia, vi la cruz, con todos sus ex-votos y dones que pendían de ella. salir de la iglesia y venir hacia nosotras. La he visto clara y distintamente. Mi compañera no la vió, pero oyó el rumor de todas aquellas cosas que pendían de la cruz. Muchas veces solía ponerme detrás del altar mayor y rezar delante de la cruz milagrosa; allí me sucedió a menudo que el Salvador crucificado se inclinaba hacia mí. Yo experimentaba entonces una sensación maravillosamente extraña.

17. Compasión por los enfermos y los pecadores.

Desde niña oraba yo menos por mí misma que por los demás para que no cometieran pecado y no se perdiera ningún alma. Todo se lo pedía a Dios y cuanto más Dios me concedía, más le pedía y nunca me cansaba de pedirle. Era yo muy atrevida en su presencia, pues estaba persuadida de que siendo Señor de todas las cosas, mira con buenos ojos que le pidamos con recta intención.

Siendo niña, todavía muy pequeña, tenía que vendar las heridas a los vecinos, porque yo lo hacía más suavemente y con más cuidado. Cuando veía alguna llaga, decía para mí: "Si la oprimo, dolerá mucho; pero debe salir". Y tuve la idea de chupar las llagas, y se curaban. Nadie me ha enseñado esto; me lo sugirió el deseo que tenía de que se curasen. En el primer momento sentía asco; pero este mismo asco me movió a vencerlo, porque es falsa compasión. Cuando vencía pronto el asco, experimentaba viva alegría; acordábame entonces de Nuestro Señor Jesucristo, que así obró por la salud de todos.

El médico del monasterio, que era un tanto recio de carácter, había increpado duramente a una pobre señora que tenía un dedo inflamado, muy maltrecho y aún el brazo ya negro por haber descuidado el mal de su dedo. Le había dicho hasta que debía cortarle ese dedo. Muy espantada vino la pobre señora a lamentarse conmigo y a contarme el caso, implorando ayuda. Rogué por ella y al momento me vino al pensamiento el modo de curarla. Se lo conté a la Reverenda Madre y ella me permitió curar el dedo de esa señora en la estancia del abate Lambert. Tomé de la planta savia, mirra y yerba Santa María *(balsamita suaveolens)* y las hice cocer en agua con un poco de vino; luego añadí agua bendita e hice un emplasto en torno del brazo de la enferma. Dios debe habérmelo inspirado, porque al día siguiente el brazo estaba deshinchado, y el dedo, que estaba

aún muy malo, lo hice meter en una lejía caliente con óleo; poco después se abrió y extraje de él una gruesa espina. Muy pronto aquella mujer se encontró perfectamente sana.

Yo no puedo tener compasión por una persona que sufre pacientemente, como por un niño que padece con paciencia, porque el padecer con paciencia es el estado más increíble para este cuerpo revestido de pecados. Raras veces nuestra compasión es del todo pura: muchas veces se mezcla repugnancia propia hacia el dolor y un cierto afeminado temor de la turbación que sentimos en nuestro bienestar al ver los padecimientos ajenos. La sola compasión pura fué la de Nuestro Señor hacia los hombres: ninguna compasión humana puede ser pura, si no está en estrecha unión con la compasión del Señor. Tengo sólo compasión hacia los pecadores, hacia los ciegos de espíritu, hacia los entregados a la desesperación. Y ¡ay! hacia mí misma tengo con frecuencia demasiada compasión.

Una campesina estaba sujeta a graves penas y a peligro de muerte en cada parto. Ella me quería mucho y se desahogaba con frecuencia conmigo a causa de sus miserias, y yo rogaba de corazón por ella. Mientras yo estaba en oración, recibí un trozo de pergamino en el cual había algo escrito. Tuve también el aviso de que esa pobre mujer llevase sobre el cuerpo aquel fragmento de pergamino. Ella lo usó como yo le había indicado y desde entonces tuvo partos felices. Cuando años más tarde murió, según la costumbre de nuestros países, llevó consigo a la tumba aquel pergamino.

18. Pide al Señor un director espiritual.

Yo clamaba a menudo al Señor que se dignase mandarme un sacerdote con el cual pudiera abrir enteramente mi corazón. No pocas veces me encontraba en la mayor angustia, temiendo que cuanto pasaba por mí fuera obra del maligno. Caí en las dudas y por temor de ilusiones rechazaba todo lo que tenía ante los ojos, lo que sufría, todo aquello de que vivía y que, por otra parte, me servía de consolación y fuerza. Es verdad que el abate Lambert trataba de tranquilizarme; pero como yo me encontraba fuera de toda posibilidad de mostrarle con claridad los acontecimientos de mi modo de vivir, y él conocía poco el alemán, mis angustias se repetían frecuentemente.

Todo lo que me sucedía y me era confiado a mí, pobre campesina ignorante, me era incomprensible, aunque, por haberlo recibido desde la infancia, no debía parecerme extraño ni ma-

ravillarme. Durante los últimos cuatro años de claustro yo vivía en una visión continua y me sucedían de continuo cosas semejantes. Viviendo en este estado, no podía comunicarlas a otras personas, las cuales, no habiendo probado ni imaginado cosas semejantes, las tenían sencillamente por imposibles. En este interno abandono en que me encontraba, rogué al Señor una vez en la iglesia solitaria, y he aquí que entendí clara y distintamente estas palabras, que me llenaron de profunda emoción: "¿No soy Yo, acaso, suficiente para ti?"

19. Da cuenta del carácter de sus éxtasis.

Cuando se me hizo imposible esconder mis sufrimientos y caía en éxtasis delante de las demás hermanas, me encontré una vez en el coro y sin participar en el canto común, me puse como rígida y petrificada, de modo que caí al suelo. Las hermanas acudieron y me transportaron, mientras yo veía una monja vagar por los techos de la iglesia hasta el más alto caballete donde no era posible llegar. Después me fué dicho que esa monja era Santa Magdalena de Pazzi, que en vida tenía los estigmas del Señor. Otra vez la vi correr por la cornisa del coro; otra, subir sobre el altar y aferrar la mano del sacerdote. De todas estas manifestaciones peligrosas fuí enseñada sobre mi propio estado y me puse atenta para no caer en estas mismas cosas cuanto fuera posible. Al principio mis hermanas, que nada comprendían de esto, me reprochaban que yo me echase a veces en la iglesia de boca al suelo con los brazos abiertos.

Esto me pasaba sin que yo lo pudiese impedir. Por eso yo buscaba siempre lugares escondidos donde no pudiese ser fácilmente observada. Pero unas veces en un lugar, otras veces en otro, yo era arrebatada en éxtasis, quedaba inmóvil y postrada en el suelo o de rodillas, con los brazos abiertos, y en tal posición me encontraba el sacerdote del monasterio.

Tenía muchos deseos de ver a Santa Teresa, porque había oído decir que ella había sufrido muchas angustias por causa de sus confesores. Y la he visto muchas veces débil y enferma escribiendo sobre una mesita o postrada en su lecho. Me parece que existe una íntima manifestación de que Magdalena de Pazzi había sido muy acepta a Dios por causa de su ardiente amor y simplicidad.

En mis ocupaciones de sacristana me sentía muchas veces arrebatada de improviso y subía, caminaba y vagaba por los lugares altos de la iglesia, sobre las ventanas, sobre los ador-

nos, sobre las cornisas. A lugares donde parecía imposible llegar humanamente, yo llegaba para limpiar y para adornar. Me sentía elevada, sostenida en el aire, sin espantarme por ello, porque desde la infancia estaba acostumbrada a probar la ayuda de mi Angel Custodio. Muchas veces, volviendo del éxtasis, me encontraba sentada sobre un armario donde conservaba los objetos de la sacristía; otras veces volvía en mí en un ángulo, detrás del altar, donde no podía ser vista ni del que pasara delante. No puedo pensar cómo podía llegar hasta allí sin desgarrarme los vestidos, ya que era difícil el acceso. A menudo, al volver en mí misma, me encontraba sentada sobre los caballetes principales del techo. Esto me sucedía generalmente cuando me escondía para llorar. He visto a Magdalena de Pazzi vagar de este modo de un lado a otro y de modo extraño correr por los tirantes, sobre caballetes y aún sobre los altares.

El Padre Overberg preguntó a Ana Catalina cómo distinguía el éxtasis de los desmayos de debilidad, y ella contestó:

En los desvanecimientos por debilidad me siento mal y sufro tan fuertemente en el cuerpo que me parece estar a punto de morir. En los éxtasis no siento nada corporal: a veces estoy alegre, a veces melancólica. Me alegro de la gran misericordia de Dios hacia los pecadores, que Él busca para retraerlos del mal y a los que tan amorosamente recibe.

La tristeza la siento pensando en los pecados con los cuales es Dios tan horrendamente ofendido. A menudo, durante las meditaciones, me parece ver el cielo y a Dios en el cielo. Cuando me encuentro en amargura, me parece que camino por un sendero tan angosto, apenas ancho como un dedo; a los dos lados veo negros abismos, inmensamente profundos. Sobre mi cabeza todo es bello y verde, y un niño luminoso me da la mano y me guía por aquella vía tan estrecha. Cuando me encontraba en medio de la angustia y la aridez, el Señor me decía: "Te basta mi gracia." Esto me lo decía al oído de un modo sumamente dulce.

20. Varios casos de bilocación.

A menudo, mientras me hallaba ocupada en un trabajo o postrada en el lecho, enferma, me encontraba al mismo tiempo presente en espíritu en medio de mis hermanas, viendo y oyendo lo que ellas hacían o decían; o en la iglesia, delante del Santísimo, cuando en realidad no había dejado mi celda. Cómo sucedía esto, no lo puedo explicar. La primera vez que me ocu-

rrió lo tuve por sueño. Esto me sucedió al tener quince años de edad, demorada fuera de mi casa paterna, mientras me sentía movida a rezar mucho por una joven que necesitaba ser preservada de la seducción. Una vez, en efecto, durante la noche, he visto que esta joven era insidiada. En la angustia que sentía por ella, corrí a su cámara, eché al servidor de la casa y encontré a la joven, que era una criada, en el mayor espanto, el cual se aumentó al verme entrar en su pieza. En realidad, yo no había abandonado mi lecho, y por eso consideré el caso como un sueño. Al día siguiente apareció aquella sirvienta muy tímida y avergonzada delante de mí, sin atreverse a mirarme a la cara. Más tarde, empero, me contó todo el caso, con las acciones de gracias más cordiales. Me dijo que yo había echado al tentador: cómo había yo entrado en su pieza y la había librado de la seducción. Entonces tuve que pensar que lo sucedido había sido muy otra cosa que un simple sueño.

En otras épocas de mi vida me sucedieron frecuentemente casos semejantes. Cierta vez una dama extranjera, a quien jamás había visto con mis ojos corporales, se me acercó, y cuando pudo hablarme a solas, prorrumpió en llanto y me contó, con grande arrepentimiento, su culpa y su conversión. Recién entonces conocí a esta dama y su historia como una de aquellas obras de oración que me imponía Dios desde mucho tiempo atrás.

No sólo fuí mandada en espíritu a tales personas, sino algunas veces corporalmente. En las construcciones anexas al convento habitaban las personas seglares de servicio. Mientras me encontraba tendida en el lecho, gravemente enferma, he visto a dos de esas personas juntas, conversando sobre asuntos piadosos en palabras, mientras en sus corazones se agitaban intenciones perversas. Me levanté en visión y atravesé el convento hasta llegar a la casa anexa para alejar a esas personas, una de otra. Cuando me vieron, huyeron espantadas; pero me dejaron, aún después de aquel momento, mala impresión de lo acontecido. Durante el retorno, volví en mí misma, y me encontré en mitad de la escalera del monasterio; sólo con grande fatiga, a causa de mi debilidad, pude llegar hasta mi celda.

Sucedió también que una hermana pretendió haberme visto en la cocina, junto al fogón, comiendo algo sacado furtivamente de la olla, o comiendo frutas en el jardín. La hermana corrió como un relámpago hasta la superiora para descubrirle lo que llamaba un engaño; pero fuí encontrada en mi celda, gravemente enferma. Estas cosas eran causa de que mi estado fuera des-

agradable a mis hermanas, pues no sabían qué concepto formarse de mí.

21. La oración y la buena voluntad de orar bien.

Me encontraba en la iglesia, precisamente en el lugar donde me solía hincar para rezar. En torno mío todo era claro y luminoso. He visto que dos mujeres hermosamente vestidas estaban hincadas al pie del altar mayor, con la cara vuelta al tabernáculo y me pareció que oraban con mucho recogimiento y piedad. Mientras las miraba rezar con tanta devoción aparecieron dos coronas de oro muy resplandecientes como pendientes de un hilo sobre las cabezas de las dos mujeres. Me acerqué más y vi que una de las coronas se posó sobre la cabeza de una de las mujeres que oraban; la otra corona permaneció suspendida sobre la cabeza de la otra mujer. Finalmente se levantaron ambas y yo les dije que habían orado con mucha devoción. "Sí, replicó una, hace tiempo que no había rezado tan devotamente y con tanto sentimiento como hoy." La otra, empero, sobre la cual se había posado la corona, se lamentó diciendo que hubiera querido haber rezado con recogimiento y piedad, pero que se sintió turbada por toda clase de distracciones cuando quería recogerse; durante todo el tiempo de la oración, dijo, había tenido que luchar contra estas distracciones. Entonces comprendí claramente cómo el buen Dios mira sólo al corazón de los que rezan.

22. Le es mostrada la acción del Angel Custodio.

Debiendo cruzar un puente muy estrecho, miraba con gran temor lo profundo de las aguas que corrían debajo; pero mi Angel Custodio me guió felizmente a través del puente. En la orilla había una trampa armada y en torno de ella saltaba un ratoncillo; de pronto se sintió tentado de morder el bocado que veía y quedó preso en la trampa. "¡Oh desventurada bestiezuela, dije yo, que por un bocado gustoso sacrificas la libertad y la vida!" "He aquí, me dijo mi Angel Custodio, ¿obran los hombres racionalmente cuando por un corto placer ponen en peligro el alma y la salud eterna?"

23. Sufre por sus padres y los sana.

Recuerdo que mi madre estaba en cama con la cara hinchada, muy encendida. Yo me hallaba sola con ella y sentía mucha pena. De rodillas en un rincón oré fervorosamente y

después le até un paño alrededor de la cabeza, y volví a rezar. De pronto sentí un agudo dolor de muelas y se me hinchó la cara. Cuando llegaron los demás de casa, mi madre estaba ya restablecida. Yo mejoré después.

Algunos años después sentí dolores casi insoportables. Mis padres se hallaban gravemente enfermos. Yo estaba junto a su cama, de rodillas, pidiendo a Dios por ellos. Entonces vi mis manos juntas sobre ellos: me sentía movida a ponérselas encima mientras oraba, para que sanaran.

24. Compadece a los judíos.

Mi padre me llevaba algunas veces consigo, siendo yo niña, cuando tenía que ir a Koesfeld a comprar alguna cosa, a la tienda de un judío. Me daba tanta lástima ver a este desdichado, que yo lloraba con frecuencia amargamente porque los de su raza tienen tan duro el corazón y no quieren hallar la salud. ¡Cuán dignos son de compasión! Los actuales judíos no proceden de aquellos que antiguamente fueron santos, sino de ascendientes corrompidos y farisaicos. Siempre estuve profundamente convencida de la miseria y ceguedad de los judíos; sin embargo, a menudo hallé que se puede hablar muy bien con ellos de Dios. ¡Pobres judíos!... Poseyeron un día el germen de la salud; pero no conocieron los frutos; antes bien, los rechazaron. ¡Y ahora ni siquiera lo buscan! (*).

25. Ve la muerte de Luis XVI.

Ana Catalina estuvo presente en espíritu en numerosas ejecuciones, prestando consuelo a los moribundos. Al contemplar al rey Luis XVI, exclamó:

Cuando vi a este rey y a otros muchos padecer la muerte con tanta resignación, no pude menos de decir: "¡Ah! ¡qué dicha la suya, verse libre muy pronto de tan cruel tortura!". Pero si refería estas cosas a mis padres, no me creían y me tenían por loca.

Muchas veces lloraba yo y oraba de rodillas pidiendo a Dios que se dignara salvar a aquéllos a quienes veía en peligro. He visto y experimentado que por la oración confiada se conjuran peligros inminentes y aun remotos.

(*) Ana Catalina obró varias conversiones de hebreos. Véase la conversión del rabino de Maestricht, en el capítulo XV, y la extensa historia de Judit, en el capítulo XXII.

26. Recibe las participaciones de las almas.

Siendo todavía niña fuí conducida por una persona, a la cual no conocía, a un lugar que me pareció el Purgatorio. Vi muchas almas allí que sufrían vivos dolores y que me suplicaban que rogara por ellas. Parecíame haber sido conducida a un profundo abismo donde había un amplio espacio que me causó impresión de espanto y conmoción. Vi allí a hombres muy silenciosos y muy tristes, en cuyo rostro se conocía, a pesar de todo, que en su corazón se alegraban, como si pensaran en la misericordia de Dios. Fuego no vi ninguno; pero conocí que aquellas pobres almas padecían interiormente grandes penas.

Cuando oraba con gran fervor por las benditas almas, oía muchas veces voces que me decían al oído: "¡Gracias, gracias!" Una vez había perdido, yendo a la iglesia, una pequeña medalla que mi madre me había dado, lo cual me causó mucha pena. Tuve por pecado no haber mirado mejor por aquel objeto y con esto me olvidé de rezar aquella tarde por las benditas almas que más amaban a Dios. Pero cuando fuí al cobertizo por leña, se me apareció una figura blanca, con manchas negras, que me dijo: "¿Te olvidas de mí?" Tuve mucho miedo y al punto hice la oración que había olvidado. La medalla la encontré al día siguiente bajo la nieve, cuando fuí a hacer oración.

Siendo mayor iba a misa temprano a Koesfeld. Para orar mejor por las ánimas benditas tomaba un camino solitario. Si todavía no había amanecido, las veía de dos en dos oscilar delante de mí como brillantes perlas en medio de pálida llama. El camino se me hacía muy claro y yo me alegraba de que las almas estuvieran en torno mío, porque las conocía y las amaba mucho. También por la noche venían a mí y me pedían alivio.

El modo como se reciben las participaciones de los espíritus, es difícil de explicar. Todo lo que se recibe es extremadamente breve. Entiendo más en este caso de una sola palabra, que comúnmente de treinta. Se entiende el pensamiento de aquél que habla, pero no se ve con los ojos y todo esto es, sin embargo, más claro y distinto de lo que puedo decir. Esto se recibe con una sensación de gozo, como quien en un día de caluroso verano recibiera una brisa fresca. No se puede expresar mejor con palabras.

Todo lo que aquella pobre alma me dijo era muy breve, como sucede en todas las comunicaciones de esta índole; con todo esto, la inteligencia de las comunicaciones de las almas del Purgatorio es de mayor dificultad; sus voces tienen algo de so-

focado y de ronco, como si pasasen por medio de un instrumento, que rompe la armonía del tono, o como si uno hablase desde lo profundo de un pozo o del fondo de un tonel. Asimismo el sentido de sus palabras es más difícil de entender y debo poner más atención a estas voces que cuando me habla mi guía o el Señor o un santo. En estos últimos casos parece que las palabras surgiesen y penetrasen en nuestro interior como un límpido torrente aéreo y en seguida se sabe y comprende cuánto dicen. Una sola palabra expresa más el interés del alma que un discurso entero que se pronuncia comúnmente hablando.

27. Ve los diversos misterios de la fe.

Teniendo yo de cinco a seis años, y considerando el primer artículo de la fe católica: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra", se representaba en mi alma toda suerte de imágenes de la creación del cielo y de la tierra. Veía la caída de los ángeles, la creación de la tierra, del paraíso terrenal y de Adán y Eva y su pecado. Creía yo que todos veían estas cosas lo mismo, y hablaba de ellas sin reparo a mis padres, a mis hermanos y a otros niños... hasta que noté que se burlaban de mí y me preguntaban si tenía yo algún libro en que estuvieran escritas. Entonces empecé a guardar silencio, creyendo que no convenía hablar de ellas; pero no pensé especialmente sobre esto (*).

Estas visiones se me representaban ya de noche, ya de día, en el campo, en casa, andando, trabajando y en cualquier otra ocupación. Una vez, estando en la escuela, hablé inocentemente de la resurrección de distinto modo del que nos habían enseñado, con seguridad, y creyendo sinceramente que los demás sabían lo mismo que yo, sin sospechar que el conocimiento que yo tenía fuese un privilegio personal. Los demás niños se admiraron y se burlaron de mí y el maestro me amonestó severamente para que no me imaginara tales cosas. Pero yo seguía en silencio con estas visiones, como un niño que contempla una estampa y se la explica a su manera, sin preguntar qué significa esto o aquello. Porque así como veía en las estampas de la historia sagrada representarse el mismo objeto ya de una manera ya de otra, sin que esta diversidad causara mudanza alguna en mi fe, así pensaba yo que las visiones que tenía, eran mi

(*) Véase el capítulo VI, donde se hallan las visiones de la Navidad.

libro de estampas y las contemplaba en paz y siempre con esta intención: todo para mayor gloria de Dios.

Tratándose de cosas espirituales nunca he creído sino lo que Dios ha revelado y propone a nuestra fe, mediante la Iglesia Católica, haya sido o no escrito. Pero nunca he creído lo que he visto en visiones con la misma fuerza que lo que propone la Iglesia creer.

Contemplaba las visiones, así como en diferentes lugares miraba devotamente los pesebres del Niño Jesús, considerándolos piadosamente, sin sentirme turbada por la diversidad que advertía en unos y otros: en cada uno de los pesebres adoraba al mismo Niño Jesús. Lo mismo me sucedía en las visiones de la creación del cielo y de la tierra.

De los Evangelios y del Antiguo Testamento nunca he retenido precisamente cosa alguna, pues todo lo he visto, durante toda mi vida, todos los años, con claridad y puntualmente, con las mismas circunstancias, aunque a veces variando la escena. Frecuentemente ocupaba yo el mismo lugar y posición que los demás espectadores y estaba presente tomando parte en los hechos y variando de lugar; pero no siempre estaba en la misma posición, pues muchas veces me hallaba levantada sobre la escena y la miraba desde arriba.

Otras cosas, especialmente en lo que tenían de misterioso, las veía yo interior e intuitivamente y algunas veces las veía en imágenes, fuera de la respectiva escena. Siempre veía yo a través de los objetos, de suerte que ninguno me impedía ver lo que había detrás de él, sin confusión alguna.

Cuando era niña, antes de entrar en el convento, tenía muchas visiones relativas al Antiguo Testamento; pero después se hicieron más raras cada vez y más frecuentes las que se referían a la vida del Señor. Conozco la vida de Jesús y de María desde su más tierna infancia; y he considerado a la Santísima Virgen muchas veces en su niñez y lo que hacía cuando estaba sola en su habitación y sé también los vestidos que usaba. En tiempos de Jesucristo veía yo a los hombres mucho más malos y depravados que ahora; pero, en cambio, había otros mucho más piadosos y sencillos, que se diferenciaban de aquéllos como el tigre del cordero. Ahora reina por doquiera la tibieza y la indiferencia. Entonces la persecución de los justos consistía en ejecuciones y suplicios; ahora en burlas, desprecios, sátiras, tentaciones prolongadas y esfuerzos para corromperlos. El martirio es ahora un suplicio perpetuo.

28. Absorta en Dios.

En mi niñez yo estaba siempre absorta en Dios. Todas las cosas las hacía con interior desasimiento de ellas y siempre estaba en contemplación. Aunque fuera con mis padres al campo a trabajar, nunca permanecía en la tierra. Aquí todo era como un sueño oscuro y confuso; pero lo otro era claridad y verdad celestial.

Representémonos el cielo y la tierra y hagamos todas las cosas en nombre de Jesús, acordándonos siempre que el Niño Jesús está entre nosotros. No hagamos nunca cosa mala. Cuando podamos impedir el mal, impidámoslo; donde veamos lazos y piedras puestas por los muchachos para atrapar liebres y aves, quitémoslos para que no logren su intento ruín. Demos principio poco a poco a un mundo enteramente diferente de éste, para que la tierra se convierta en cielo.

29. Acompaña a Jesús y a María en sus viajes.

Desde mi infancia he acompañado paso a paso, durante todo el Adviento, a Jesús y María en su viaje desde Nazaret a Belén y todos los años hasta ahora los he acompañado de la misma manera. La solicitud que yo tenía cuando niña por la Madre de Dios, durante sus viajes, era tan grande y sentía con ella las penalidades del camino tan real y vivamente como cualquier otro suceso exterior que me hubiese ocurrido en mi juventud. Verdaderamente esto me llegaba hasta el alma, más que otras cosas y en esto tomaba mucho más parte que en todo lo que pudiera sucederme, pues María era para mí la Madre de mi Dios y Señor y en su seno llevaba mi salud. Todo lo que se celebra en las festividades de la Iglesia era para mí, no ya un recuerdo o motivo de atenta consideración, sino mucho más, pues mi alma era movida y como impulsada a celebrarlas cual si sus misterios sucediesen y los sucesos se verificasen en mi presencia. Yo lo veía y lo sentía todo como si realmente sucediera delante de mí.

30. Amante de las plantas y animales.

Nunca he podido admirarme de que Juan (el Bautista) aprendiese tanto de las flores y de los animales en el desierto, pues siendo yo niña, todas las hojas y florecillas eran para mí como un libro en el cual sabía leer. Conocía la significación y belleza de sus colores y sus formas; pero si hubiese hablado de

esto se habrían reído de mí. Cuando salía al campo, solía conversar con todas las criaturas, pues Dios me había dado conocimiento de todo esto y yo me elevaba a la vista de las flores y de los animalillos. ¡Qué suave era todo eso!

Aun era yo muy joven cuando me dió una fiebre, mas no guardaba cama. Mis padres creían que yo moriría pronto. Entonces se llegó a mí un hermoso niño y me mostró unas hierbas que yo debía elegir y comer, para ponerme buena. Todavía conozco estas plantas. Entre ellas había enredaderas. Comí de las hierbas y, sentándome, chupé del jugo de las campanillas de las enredaderas, y luego me sané. La planta de la manzanilla me gustaba de un modo especial. No sé qué de suave y misterioso tiene para mí este nombre. La buscaba siendo todavía muy niña y la tenía preparada para los pobres enfermos que me buscaban y me mostraban sus llagas o alguna herida, preguntándome qué me parecía. Entonces se me ocurrían multitud de inocentes remedios, con los cuales recobraban la salud.

31. El sonido de las campanas y su eficacia.

Cuando era niña percibía yo, como si fueran rayos de bendición, los sonidos de las campanas benditas, las cuales tan pronto como eran tañidas, quitaban el mal causado por el enemigo del género humano. Creo ciertamente que las campanas benditas ahuyentan a Satanás. Cuando en mi juventud oraba yo en el campo durante la noche, veía a los demonios muchas veces en torno de mí; pero tan pronto como las campanas de Koesfeld tocaban a maitines, advertía que huían. Siempre creí que mientras la lengua de los sacerdotes resonara tan lejos, como en los primeros tiempos de la Iglesia, no habría necesidad de las campanas; pero ahora es necesario que llamen las lenguas de bronce. Todas las cosas deben servir a Dios nuestro Señor, contribuyendo a la salud y asegurándola contra el enemigo de las almas.

Jesús ha otorgado su bendición a los sacerdotes para que esta bendición llegue a todas las cosas, penetrando y obrando en ellas de cerca y de lejos para su servicio. Allí donde el espíritu se ha apartado de los sacerdotes y las campanas son las únicas que derraman bendiciones y ahuyentan a las potestades infernales, sucede como en el árbol cuya copa florece: que recibe aún la savia por la corteza, a pesar de que el interior está muerto.

El sonido de las campanas benditas es para mí el más santo, más alegre, más vigoroso y suave que todos los demás soni-

dos, los cuales me parecen turbios y confusos en comparación con aquél. Ni siquiera el sonido del órgano de la iglesia puede compararse con el de las campanas benditas.

Nunca he conocido diferencia alguna en el lenguaje de las ceremonias sagradas, porque siempre he entendido no sólo las palabras sino las cosas mismas. Cuando niña, el Evangelio de San Juan era para mí como luz y fortaleza, como bandera. En todas las necesidades y peligros decía yo con firme confianza: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Nunca pude comprender, aunque después lo oí de labios de sacerdotes, que esto no pueda entenderse.

32. Lugares infestados por demonios.

No lejos de nuestra casa hay un lugar completamente estéril en medio de otras tierras que producen frutos (*). Cuando siendo niña pasaba por aquel lugar, siempre sentía espanto y me parecía que era lanzada de allí; varias veces caí al suelo sin saber como había sucedido. Veía como dos sombras negras que andaban vagando y que los caballos solían espantarse cuando se acercaban. Habiendo experimentado muchas veces cuan temeroso era aquel lugar, pregunté la causa y me respondieron las gentes que habían visto allí cosas extrañas. Esto no era conforme a la verdad. Más tarde me dijo mi padre que durante la guerra de los siete años había sido fusilado allí un soldado de Hanóver, que era inocente, el cual había padecido por culpa de otros dos. Cuando oí esto, ya había yo recibido la primera comunión.

Durante la noche hice oración con los brazos en cruz en el referido sitio. La primera vez esto me costó gran violencia; la segunda, vino una figura como la de un perro que puso su cabeza sobre mi espalda. Yo le miré y ví sus ojos encendidos y su hocico. Temí, pero no me desconcerté, sino que dije: "¡Oh Señor, Tú que hiciste oración en el Huerto de los Olivos en medio de las mayores angustias, Tú estás conmigo. El demonio nada puede contra mí". Comencé, pues, a orar de nuevo y el enemigo se alejó.

Cuando volví a orar en aquel paraje, fuí arrebatada y como lanzada a una cueva que había allí cerca. Pero tuve firme confianza en Dios y dije: "¡Nada puedes contra mí, Satanás!" y el demonio huyó. Seguí orando fervorosamente, y desde entonces no he vuelto a ver las sombras y todo ha quedado tranquilo.

(*) "Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre anda vagando por lugares áridos"... *(Mateo.* 12-43).

33. Defectos naturales.

En mi juventud era bastante vehemente y caprichosa, por lo cual mis padres me castigaban con frecuencia. El mortificar mi propio juicio me costaba mucho trabajo. Como mis padres me reprendían tantas veces y nunca me alababan, y, por otra parte, yo oía a otros padres alabar a sus hijos, me tenía por la hija más desgraciada del mundo y me entristecía pensando si acaso sería mala en la presencia de Dios. Pero cuando veía que otros niños disgustaban a sus padres, me afligía; mas luego cobraba ánimo considerando que podía confiar en Dios, pues eso no era yo capaz de hacerlo.

34. Los templarios.

En mi niñez, cuando veía por primera vez que los soldados atravesaban nuestro país, creía siempre que vendrían de aquéllos que yo había visto en espíritu. Es por eso que los buscaba sin cesar, si no veía entre los soldados que había también religiosos. Llevaban vestidos blancos con varias cruces y un cinturón del cual pendía una espada. Los ví habitar lejos, entre los turcos; tenían prácticas secretas a la manera de los masones y, como éstos, hicieron perecer a muchas personas. Me asombraba no ver jamás soldados como ellos entre las tropas que pasaban; pero después supe que no existían más, desde hacía tiempo y que eran los caballeros templarios.

35. Las lecciones de su madre.

Las primeras lecciones de catecismo las aprendí de mi madre. Su dicho favorito era: "Señor, hágase tu voluntad y no la mía". y éste: "Señor, dame paciencia y aflígeme después". Estas palabras siempre las he conservado en mi memoria.

Cuando jugaba con otros niños, decía mi madre: "Siempre que los niños juegan con modestia unos con otros, los ángeles o el Niño Jesús están con ellos". Esto lo creía yo al pie de la letra y no me causaba admiración; así que miraba con frecuencia al cielo para ver si venían pronto y otras veces creía que estaban con nosotros. Para que no se fuesen de nuestro lado, siempre jugábamos juegos moderados y edificantes.

Cuando tenía yo que ir a la iglesia en compañía de otros niños, iba delante o detrás de todos, para no oír ni ver durante el camino ninguna cosa mala. Mi madre me había recomendado esto y exhortado a que, entretanto, rezara unas u otras oraciones. Cuando me hacía la señal de la cruz en la frente, en la boca y en

el pecho, decía yo interiormente: "Estas cruces son las llaves para que no entre ninguna cosa mala en el pensamiento, ni en la boca, ni en el corazón. Sólo el Niño Jesús debe tener la llave; y si sólo Él la tiene, todo irá bien".

36. La conducta de su padre.

Mi padre era sumamente recto y piadoso, de carácter severo y franco al mismo tiempo. La pobreza le hacía afanarse y trabajar mucho; pero no se inquietaba de cómo mantener a su familia, pues todas las cosas las ponía con filial confianza en las manos de Dios y hacía su dura labor como un criado fiel, sin angustia y sin codicia.

Una vez nos refirió que había un hombre muy grande llamado Hün que iba por el aire. Yo soñaba que veía por encima de la tierra a ese hombre, el cual con una pala arrojaba tierra buena en unas partes y tierra mala en otras. Como mi padre trabajaba mucho, me acostumbró desde niña al trabajo. En invierno y en verano al despuntar el día yo salía al campo a buscar el caballo. Era una mala bestia que daba coces y mordía y muchas veces huía de mi mismo padre; pero se dejaba sujetar en seguida por mí y aún venía corriendo a mi encuentro. A veces daba yo un salto desde una piedra u otro lugar elevado para subir sobre él y así me llevaba a casa. Solía entonces volver la cabeza para morderme; pero yo lo castigaba y ya no era menester más. También debía conducir con él frutos y estiércol. Ahora no acierto a comprender cómo, siendo yo a la sazón tan débil niña, podía manejarlo.

Mi padre me llevaba muchas veces consigo al campo muy de mañana. Cuando salía el sol se quitaba el sombrero y rezaba y hablaba de Dios, que hace salir el sol tan hermoso sobre nosotros. También solía decir que es muy funesto y censurable permanecer en la cama dejando que salga el sol y nos halle durmiendo; pues de aquí proviene que las casas, los campos y las personas perezcan. Una vez le dije: "A mi no me puede suceder esto, pues el sol no da en mi cama". Mi padre repuso: "Aunque tú no veas el sol cuando sale, él ve todas las cosas y brilla sobre todas ellas". Yo meditaba estas palabras.

Cuando salíamos juntos, antes de amanecer, me decía mi padre: "Mira, todavía no ha pasado ningún hombre por aquí; nosotros somos los primeros. Si tú rezas con devoción, bendeciremos el país y los campos. Es muy hermoso salir cuando todavía nadie ha pisado el rocío; aún está en el campo la bendición

de Dios; porque aún no se ha cometido en él ningún pecado, ni se ha dicho en él ninguna palabra mala. Cuando uno sale al campo y encuentra hollado el rocío, no parece sino que lo ve todo manchado y corrompido".

Aunque yo era muy pequeña y débil, trabajaba con mis padres o con mis parientes en las rudas faenas del campo. Siempre acertaba a tomar parte en los trabajos más penosos. Recuerdo que una vez puse en el carro, sin descansar, unos veinte haces de mies más pronto de lo que el trabajador más robusto pudiera haberlo hecho. También trabajaba mucho segando y atando las mieses.

Debía salir al campo con mi padre y llevar caballo, conducir la rastra y hacer todo género de faenas. Cuando dábamos alguna vuelta o nos parábamos, decía: "¡Qué hermoso es esto! Mira, de aquí podemos divisar la iglesia de Koesfeld y contemplar al Santísimo Sacramento y adorar a Nuestro Señor y Nuestro Dios. Desde allí nos está viendo y bendiciendo nuestro trabajo". Cuando tocaban a misa, se quitaba el sombrero y hacía oración, diciendo: "¡Oigamos ahora misa!" Mientras trabajaba, decía: "Ahora está el sacerdote en el *Gloria;* ahora llega al *Sanctus*; y ahora debemos pedir con él esto o aquello y recibir la bendición". Después cantaba o repetía alguna tonada.

Cuando yo levantaba las mieses, decía: "Se espantan las gentes al oír la palabra milagro, y he aquí que vivimos de puro milagro y gracia de Dios. Mira el grano en la tierra: ahí está y de él sale un tallo que produce ciento por uno. ¿No es éste un gran milagro?" El domingo, después de comer, nos refería el sermón y lo explicaba de un modo muy edificante. También nos leía la explicación del Evangelio.

37. Ve a sus antepasados.

He visto el cuadro de mi vida antes de mi nacimiento es decir, la de mis antepasados, no como árbol genealógico, sino como una cosa que se dilataba sobre la tierra en toda clase de lugares y condiciones. He visto salir rayos de uno al otro y luego reunirse en nudos y derramarse en mil maneras de uno al otro He visto muchísimas personas piadosas entre ellos y personas de importancia y otras pobrísimas. He visto también una rama entera de mi familia establecerse en una isla. Eran gente rica, que poseía grandes barcos, pero ignoro dónde estuviesen. Vi en este cuadro muchísimas cosas y saqué mucha enseñanza en cuanto a transmitir el todo siempre puro a nuestros suce-

sores y de conservar puro o de purificar en nosotros aquello que nos viene de nuestros antepasados. Esto lo reconocí tanto en sucesión y descendencia carnal, como espiritual. He visto también a los progenitores de mi padre; su madre era una Rensing, hija de un rico comerciante. Era avara y en la guerra de los siete años sepultó su dinero cerca de nuestra casa. Conozco más o menos el lugar. Sé también que mucho tiempo después de mi muerte, cuando otra familia poseerá la casa, ese dinero será encontrado. Esto lo sabía yo ya desde niña.

38. Trato familiar con el Angel de la Guarda.

El Angel me llama y me guía, ya a un lugar, ya a otro. Con frecuencia voy en su compañía (*). Me conduce adonde hay personas a quienes no conozco o he visto alguna vez, y otras veces adonde hay otras a quienes no conozco. Me lleva sobre el mar con la rapidez del pensamiento y entonces voy muy lejos, muy lejos. El fué quien me llevó a la prisión donde estaba la reina de Francia. Cuando se acerca a mi para acompañarme a alguna parte, las más de las veces veo un resplandor y después surge de repente su figura de la oscuridad de la noche, como un fuego artificial que súbitamente se enciende.

Mientras viajamos, es de noche por encima de nosotros; pero en la tierra hay vislumbres. Vamos desde aquí, a través de comarcas conocidas, a otras cada vez más lejanas, y creo haber recorrido distancias extraordinarias; ya vamos sobre calles o caminos rectos, ya torcemos por campos, montañas o ríos y mares. Tengo que recorrer a pie todos los caminos y trepar muchas veces escarpadas montañas; las rodillas me flaquean doloridas y los pies me arden, pues siempre voy descalza. Mi guía vuela, unas veces delante de mí y otras a mi lado, siempre muy silencioso y reposado. Acompaña sus breves respuestas con movimientos de mano o con inclinaciones de cabeza. Es brillante y transparente, a veces severo, a veces amable. Sus cabellos son lisos, sueltos y despiden reflejos; lleva la cabeza descubierta y viste un largo traje, resplandeciente como el oro. Hablo confiadamente con él; pero nunca puedo verle el rostro, pues estoy muy humillada en su presencia.

Él me da instrucciones y yo me avergüenzo de preguntarle muchas cosas, pues me lo impide la alegría celestial que experimento cuando estoy en su compañía. Es siempre muy parco

(*) El trato familiar con el Angel de la Guarda es frecuente en la vida de los santos. Véase el opúsculo *Los Santos Angeles*. Librería Pío IX.

en palabras. Lo veo también cuando estoy despierta. Cuando hago oración por otros y él no está conmigo, le invoco para que vaya con el ángel de aquéllos. Si está conmigo, digo muchas veces: "Ahora me quedaré sola aquí; vete tú allá y consuela a esa gente". Luego lo veo desaparecer. Cuando llegamos al mar y no sé cómo pasar a la orilla opuesta, de repente me veo del otro lado y miro maravillada hacia atrás.

Paso con frecuencia sobre las ciudades. Cada vez que en el oscuro invierno salía ya tarde de la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld e iba a nuestra casa de Flamske, a través de nubes de agua y nieve, y sentía miedo, acudía yo a Dios. Entonces veía oscilar delante de mí el resplandor como llama, que tomaba la forma de mi guía. Al punto se secaba el piso por donde iba; veía con lágrimas lo que estaba en torno mío; dejaba de llover y nevar sobre mí, y llegaba a casa sin mojarme.

Estaba yo con mi guía en el Purgatorio (*) y veía la gran aflicción de aquellas pobres almas, porque no podían valerse a sí mismas y cuán poco las socorren los hombres de nuestro tiempo. Indecible es su necesidad. Comprendiendo esto vine a hallarme separada de mi guía por una montaña y experimenté tan vivo anhelo y afán de volver a su lado, que casi perdí el conocimiento. Le veía a través de la montaña, pero no podía ir hacia él. Entonces me dijo el ángel: "Ese mismo deseo que tú sientes lo sienten esas almas para que se les socorra".

Llevábame muchas veces a las cárceles y cavernas para que hiciera oración. A la vista de aquellos lugares lloraba yo de rodillas y clamaba a Dios con los brazos abiertos hasta que Él se compadecía.

El ángel me exhortaba a ofrecer todas mis privaciones y mortificaciones para las almas benditas, las cuales no pueden valerse por sí mismas y son cruelmente olvidadas y abandonadas por los hombres. Yo enviaba muchas veces a mi ángel custodio al ángel de aquéllos a quienes veía padecer, para que él los moviese a ofrecer sus dolores por las benditas ánimas. Lo que hacemos por ellas, oraciones u otras buenas obras, al punto se convierte en consuelo y alivio para ellas. ¡Se alegran tanto, son tan dichosas con esto y son tan agradecidas! Cuando yo ofrezco por ellas mis trabajos, ellas ruegan por mí. Lléname de espanto el horrible abandono y el desperdicio que se hace de las gracias de la Iglesia que en tal abundancia son ofrecidas a los

(*) El capítulo XVII contiene la relación de sus frecuentes viajes al Purgatorio.

hombres y que éstos tan poco aprecian, mientras las pobres almas las anhelan y desfallecen a causa del deseo que tienen de ellas.

39. La voz de la obediencia.

Cuando me veo conducida durante una visión o estoy ocupada en alguna obra espiritual que me ha sido impuesta, me siento de repente llamada a este mundo oscuro como por un poder lejano, respetable y santo, al cual no puedo resistir. Oigo la voz "¡Obediencia!", que resuena en mí dolorosamente, es verdad; pero la obediencia es la vida y la raíz de donde procede el árbol de la contemplación.

40. Visión del efecto de la Confirmación.

Nos dirigimos a Koesfeld los que íbamos a ser confirmados. Antes de acercarnos al obispo estaba yo con mis compañeras a la puerta de la iglesia. Tenía un vivo sentimiento de la solemnidad que se estaba celebrando y veía a los que salían de la iglesia transformados interiormente, aunque en diferentes grados, y señalados exteriormente con el carácter indeleble del Sacramento.

Cuando entré en la iglesia, vi al obispo que resplandecía vivamente. Había en torno suyo como un ejército de poderes celestiales. Brillaba el óleo de la unción y de la frente de los confirmados salía luz.

Cuando fuí ungida, sentí un fuego que penetraba por mi frente y me llegaba al corazón y me sentí fortalecida. Después he visto varias veces al obispo, pero apenas lo he conocido.

Desde que fuí confirmada nunca pudo mi corazón dejar de pedir a Dios que castigara en mí todas las culpas que Él me mostrase o que yo misma descubriese.

41. Las asechanzas del demonio.

Siendo niña y aún después, me he visto muchas veces en peligro de perder la vida; pero con el auxilio de Dios siempre he salido bien. Sobre este punto me ha sido dada con frecuencia luz interior, con la cual conocía que tales peligros no nacían de la ciega casualidad. sino que procedían, por permisión de Dios, de las asechanzas del enemigo y surgían en los momentos en que me hallaba descuidada; cuando no estaba en la presencia de Dios o cuando consentía, por imprevisión, en alguna falta.

Por esta razón no he podido creer nunca que pueda darse mera casualidad. Dios es siempre nuestro amparo y auxiliar si

nosotros no nos separamos de Él. Su ángel está siempre a nuestro lado; pero nosotros debemos hacernos dignos de su auxilio con nuestra voluntad y con nuestras obras. Debemos acudir a Él como hijos agradecidos y no separarnos de Él, pues el enemigo de nuestra salvación anda asechándonos y procura de todos modos perdernos.

Tenía yo a la sazón pocos años; mis padres estaban fuera de casa; me hallaba sola. Habíame mandado mi madre que cuidara la casa y no saliera. Vino una mujer anciana y acaso por curioseas o por hacer algo que yo no viera, me dijo: "Ve a mi peral y saca peras; ven pronto, antes que tu madre vuelva". Caí en la tentación; olvidé lo que mi madre me había mandado y corrí al huerto de aquella mujer tan apresuradamente que me dí un golpe en el pecho con un arado que estaba oculto entre pajas y caí al suelo sin sentido. Así me halló mi madre y me hizo volver en mí por medio de un castigo sensible. El dolor del golpe lo sentí durante largo tiempo. Más tarde supe que el demonio se había servido de la mala voluntad de aquella mujer para tentar mi obediencia por medio del apetito desordenado y que habiendo caído en la tentación, puse en peligro mi vida. Esto me hizo ser muy precavida contra la gula y reconocer cuán necesario es al hombre mortificarse y vencerse a sí mismo.

Cierta vez iba yo de noche a la iglesia, cuando se me presentó una figura semejante a un perro. Puse la mano delante y recibí tan fuerte golpe en el rostro que me echó fuera del camino. En la iglesia se me hinchó la cara y las manos se me llenaron de ampollas. Hasta que volví a casa estuve desconocida. Me lavé con agua bendita. Camino de la iglesia había un cerco que era preciso salvar sobre una tabla. Cuando llegué allí una vez muy de mañana, en la fiesta de San Francisco, vi una gran figura negra que intentaba detenerme. Luché con ella hasta que pasé, sin sentir angustias ni temor al enemigo. Siempre me sale al encuentro en el camino y quiere que yo dé un rodeo; pero no lo consigue.

La discordia que reinaba en una familia de Koesfeld me afligía mucho. Rogué por aquellos infelices e hice el *Vía Crucis* el Viernes Santo, en la iglesia, a las nueve de la noche. Apareciósele el demonio en figura humana, en una calle estrecha, y quiso matarme. Llamé a Dios con todo mi corazón y Satanás huyó. El jefe de aquella familia se portó desde entonces mejor con su mujer.

Yendo yo muy temprano, antes de amanecer, juntamente con una amiga mía, por el campo a hacer oración, en un lugar

por donde debíamos pasar, se nos apareció el demonio en figura de un enorme perro, tan alto como yo, intentando impedirnos el paso. Tan pronto como hice la señal de la cruz, se retiró un tanto, y de nuevo se detuvo. Esta aparición nos retardó un cuarto de hora. Mi amiga estaba tan asustada que se puso detrás de mí, temblando, y se abrazó a mí. Por último me dirigí al demonio diciéndole: "En nombre de Jesucristo, ¡vamos! Somos enviados por Dios y queremos hacer las cosas por Dios. Si tú fueras de Dios, no intentarías impedirnos el paso. Sigue tu camino, que nosotras seguiremos el nuestro". Al oír estas palabras desapareció el monstruo. Mi amiga al ver esto se repuso y dijo: "¿Por qué no le has hablado así desde el principio?" A lo cual respondí: "Tienes razón; no se me había ocurrido antes". Y continuamos tranquilamente nuestro camino.

Un día había yo hecho una oración con mucho fervor delante del Santísimo Sacramento, cuando Satanás se lanzó junto a mí, sobre un reclinatorio, con tanta violencia, que éste crujía con gran ruido. Aunque sentí escalofríos, no logró turbarme. Proseguí mi oración con mayor celo que antes y entonces desapareció.

Capítulo II

SU VOCACION, SUS ESTIGMAS, SUS PRUEBAS

INTRODUCCION

En este capítulo concluyen las manifestaciones de la vidente acerca de su vida misteriosa. A las preguntas de sacerdotes y seglares que la asisten, refiere diversos aspectos de su vocación religiosa y las circunstancias en que se le aparecieron los sagrados estigmas de Jesucristo a semejanza de San Francisco de Asís, cuya estigmatización contempló en una maravillosa visión. Cuenta las pruebas indecibles que debió soportar por causa de las llagas, la lucha contra enemigos visibles e invisibles y otros privilegios sobrenaturales que recibió, todo lo cual lo expresa con simplicidad y profundidad sorprendentes.

Algunos párrafos podían haber pasado a otros capítulos, como asimismo en otros capítulos hay numerosos hechos relacionados con su vida que pudieron haberse incluído aquí; mas debido a la dificultad casi insuperable de deslindarlos por la vinculación que guardan con otras visiones, hemos preferido reunirlos en la forma en que aparecen, que juzgamos la más ordenada posible.

1. Siente vocación por el estado religioso.

Todavía era yo muy niña y ya guardaba las vacas, cosa para mi difícil y penosa. Como sintiera el deseo de dejar la casa y las vacas para servir a Dios a solas, donde nadie me conociera, se me representó en una visión que iba yo a Jerusalén. De repente se llegó a mí una religiosa a la cual después reconocí ser Juana de Valois, la cual motraba mucha gravedad en el porte y tenía consigo un hermoso niño como de mi edad. Comprendí que este niño no era hijo suyo, porque no le llevaba de la mano. Preguntóme qué quería, y como yo le refiriese mi deseo, ella me consoló diciéndome: "No temas; mira este niño, ¿lo quieres por esposo?" Yo le respondí que sí, y ella me dijo que esperara tranquila hasta que él viniera y que yo sería monja. Esto me parecía enteramente imposible; pero ella me aseguró que entraría en un convento, pues para mi Esposo no había nada imposible. Entonces lo creí como cosa cierta y segura.

Cuando volví de la visión, traje tranquilamente las vacas a casa. Esto se me ofreció en pleno día.

Tales visiones nunca me inquietaban. Creía que todos las tenían como yo. Nunca he pensado en las diferencias que hay entre las visiones y el trato real con los hombres.

2. Otra visión la confirma en su propósito de hacerse monja.

Había hecho mi padre el voto de regalar todos los años un ternero cebado al convento de la Anunciación de Koesfeld. Cuando llevaba el regalo, solía ir yo con él. En el convento las monjas me hacían sencillas bromas. Poníanme en el torno y le daban vuelta hacia adentro para obsequiarme; luego le volvían hacia fuera preguntándome en broma si quería quedarme con ellas. Siempre les respondía que sí y nunca quería salir del convento. Entonces me decían ellas: "La primera vez que vengas, te quedarás con nosotras". Aunque era muy niña, cobré, sin embargo, mucha afición a este convento, en el cual reinaba el orden. Cuando oía la campana de la iglesia del convento, hacía oración con la intención de unir mi devoción a la de las piadosas monjas. De esta suerte entré en íntima relación con el monasterio de la Anunciación.

En cierta ocasión estaba yo guardando un rebaño de vacas a las dos de la tarde; era un día muy caluroso de verano. El cielo se había oscurecido; amenazaba una tormenta y tronaba. Las vacas estaban muy inquietas con el calor y las moscas. Yo me hallaba muy apurada porque no sabía qué hacer con aquel rebaño de casi cuarenta vacas, que a mí, débil niña, me daban mucho trabajo cuando corrían entre las zarzas. Estas vacas eran de los labradores de la aldea, cada uno de los cuales tiene que guardarlas tantos días cuantas son las cabezas que posee. Siempre que yo las guardaba estaba en oración o en contemplación, caminando a Jerusalén o a Belén, donde en realidad era más conocida que en mi propia casa.

Ahora, cuando estalló la tempestad, me retiré detrás de una pequeña colina de arena donde había enebros y me pude ocultar. Oré allí y se me ofreció una visión. Llegó a mí una religiosa entrada en años, vestida con el hábito de las de la Anunciación y habló conmigo. Me dijo que no se honra a la Madre de Dios con sólo adorar y llevar y traer sus imágenes, ni con decirle toda clase de palabras piadosas; sino que se deben imitar sus virtudes, su humildad, su amor y su pureza. Me dijo además que orando en los peligros y tempestades no hay refugio mejor que las llagas de Jesús, a las cuales había tenido ella siempre

íntima devoción y que había recibido la gracia de sentir los dolores de esas llagas; pero no había manifestado esto a ningún hombre. Me dijo que siempre había usado, sin que nadie lo supiera, camisa de crines con cinco clavos sobre el pecho y una cadena a la cintura, y que siempre había tenido oculta su devoción. También me habló de su especial devoción a la Anunciación de María y me dijo que le había sido dado a entender que María, desde su más tierna niñez, había tenido vivo anhelo por la venida del Mesías y que sólo había deseado ser la esclava de la Madre del Señor. Me refirió, además, que había visto la Anunciación del Angel. Le comuniqué cómo yo la había visto, y así nos hicimos muy amigas; todas las cosas las habíamos visto de igual manera. Serían como las cuatro de la tarde cuando volví de la visión. Las campanas del convento estaban tocando; la tempestad había pasado; las vacas se hallaban reunidas y tranquilas; no se habían mojado. Entonces hice por vez primera el voto de ser religiosa en el convento de la Anunciación; pero luego me resolví a estar más lejos de mi familia y nada dije de esta resolución. Después conocí en mi interior que mi amiga era Juana, y supe también que había sido obligada a contraer matrimonio. Luego la vi muchas veces, especialmente cuando en dicho estado iba yo a Jerusalén y a Belén. Entonces me juntaba con ella, y más tarde con Francisca y Luisa.

3. Aparición de Jesucristo.

Unos cuatro años antes de entrar en el convento, estaba yo al mediodía en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld, arrodillada delante de un crucifijo, en la tribuna del coro, orando con fervor. Hallábame abstraída interiormente en la meditación cuando vi salir del altar, donde estaba el Santísimo Sacramento, en el tabernáculo, y llegarse a mí, al celestial Esposo bajo la forma de un mancebo resplandeciente.

En la mano izquierda tenía una guirnalda de flores y en la derecha una corona de espinas; me ofreció una y otra para elegir. Yo tomé la corona de espinas y Él me la puso en la cabeza, contra la cual me la oprimió con ambas manos. Jesús desapareció y yo empecé a sentir un molesto dolor alrededor de la cabeza. Pronto tuve que salir de la iglesia, pues el sacristán hacía largo rato que andaba haciendo ruido con las llaves. Una amiga mía, que estaba arrodillada a mi lado, debió haber notado algo en mi estado. Cuando llegamos a casa le pregunté si veía alguna herida en mi frente y le referí en general la visión que había tenido y el dolor que sentía desde entonces. Ella no vió nada ni aún pareció

admirarse de lo que yo le dije, porque ya conocía en mí semejantes estados aunque sin tener idea clara de su sentido.

Al día siguiente tenía la cabeza hinchada, por encima de los ojos y en las sienes, hasta las mejillas, y sentía vivísimos dolores.

Estos dolores y la hinchazón se renovaron con frecuencia y muchas veces me duraban días y noches enteras. La sangre que salía alrededor de la cabeza no la advertí hasta que mis compañeras me dijeron que me mudara la venda, pues la que tenía estaba llena de manchas como herrumbres. Dejé que mis compañeras creyeran esto y me puse la venda de tal manera que oculté felizmente la sangre hasta entrar en el convento, donde sólo lo ha visto una persona, que ha guardado fielmente el secreto.

4. Se enferma y recibe un libro maravilloso.

Desde aquella hora empecé a enfermar; vomitaba con mucha frecuencia y estaba muy triste. Como andaba tan anhelosa e inquieta, mi madre me preguntó qué tenía. Yo le declaré terminantemente que quería entrar en el convento. Mucho le desagradó este propósito y me preguntó cómo quería entrar en un convento no teniendo bienes algunos y estando delicada de salud. Luego fué a quejarse a mi padre y ambos trataron de quitarme por todos los medios la idea de ser religiosa. Describiéronme la vida del claustro como cosa sumamente difícil para mí y me dijeron que una pobre labradora, como yo, sería desatendida. Respondí: "Aunque nada tengo, Dios es todopoderoso y lo llevará a cabo". La negativa de mis padres me llegó tan a lo vivo, que mi enfermedad se agravó y hube de quedarme en cama.

Durante esta enfermedad vi una vez, al mediodía, cuando penetraba el sol por la pequeña ventana de mi habitación, llegarse a mi lecho un santo varón y dos religiosas. Los tres tenían figuras resplandecientes. Me traían un libro grande como un misal y me dijeron: "Si sabes leer en este libro, verás lo que es propio de una religiosa". Yo respondí que lo leería y lo puse sobre mis rodillas. Estaba en latín; pero yo lo entendía todo y lo leía con mucho afán. Ellos me dejaron el libro y desaparecieron. Las hojas del libro eran de pergamino y estaban escritas con letras rojas y doradas. Había en él imágenes de santos de tiempos antiguos. Su encuadernación era amarilla y no tenía broches. Este libro lo llevé conmigo cuando entré en el convento y lo leía con atención. Luego que había leído alguna parte de él, me lo quitaban. A veces entendí que me decían: "Ahora tienes que leer tantas hojas". En los últimos años veía yo este libro

cuando era arrebatada a algún lugar que se refería a las predicciones y escritos de los santos profetas.

Este libro me era mostrado entre otros muchos libros profeticos de todo el mundo y de todos los tiempos, como la parte que yo tenía en estos tesoros.

Igualmente veía cómo estaban guardados allí otros consuelos y auxilios que de vez en cuando había yo recibido y poseído largo tiempo. Ahora *(20 de diciembre de 1819)* me quedan todavía cinco hojas para leer; pero necesito reposo para penetrar su sentido.

5. Obstáculos a su entrada en religión.

La vida ordinaria me mostraba que podía dirigirme adonde quisiera, pero que entrar en un convento era imposible. Por el contrario, las visiones me conducían allí siempre y cada vez con más seguridad. Siempre conocía yo en lo íntimo de mi alma que Dios todo lo puede y que Él me conduciría hasta el fin, lo cual me daba mucho ánimo. Creo que a todos los que desde su juventud procuran con celo alcanzar su fin, que es la bienaventuranza, les sucede lo mismo, si bien es invisible la manera como Dios los dirige. Aunque no vean esta dirección, obran conforme a ella y reciben todas sus bendiciones tan luego como siguen los impulsos, las inspiraciones y las ideas que Dios les da por medio del Angel de la Guarda, o en la oración, o por medio del confesor o de los superiores o sacerdotes de la iglesia, así como por los acontecimientos y accidentes de la vida.

Una vez quiso mi hermano mayor que fuese en su compañía al baile. Como yo me negara resueltamente a complacerle, se disgustó mucho y se encolerizó conmigo y salió de casa muy descontento. Pero pronto volvió, se postró de rodillas delante de mí, en presencia de mis padres, y me pidió perdón. Antes de esto nunca habíamos estado discordes; después, nunca hemos vuelto a discutir.

Como una vez me dejase conducir por falsa condescendencia a tal diversión, sentí suma tristeza y anduve allí medio desesperada. Verdaderamente no estaba allí presente con mi espíritu; pero experimentaba tanto tormento como si estuviera en el infierno y sentía tal turbación que no quise permanecer más tiempo. Sin embargo, no me fuí, temiendo que no me convenía irme y que yéndome llamaría la atención, y así permanecí aún largo tiempo.

Entonces me parecía como si me llamara desde afuera mi celestial Esposo y yo huyera de Él; y como mirando alrededor le buscara, le hallé bajo unos árboles, triste y airado, con el rostro

desfigurado y cubierto de sangre. "¡Qué infiel eres! —me decía— ¡Cuánta amargura me causas! ¡Qué mal me tratas! ¿No me conoces ya?". Yo le pedía perdón y veía lo que debía hacer para evitar los pecados ajenos. Debía arrodillarme en un rincón y orar con los brazos en cruz o ir al lugar donde podía impedir que se cometiesen pecados.

6. Reprende la Virgen su falsa condescendencia

Cuando por falsa condescendencia me dejé conducir otra vez a una diversión, era tanto mayor la fuerza que experimentaba para alejarme de allí cuanto mayor empeño ponían mis compañeras en retenerme. Huí de allí, pues me pareció como si la tierra quisiera tragarme. Estaba indeciblemente turbada. Apenas había atravesado las puertas de la ciudad y tomado el camino que conduce a mi casa, se llegó a mí una mujer admirable y me dijo con grave ademán: "¿Qué has hecho? ¿Qué vida en ésta? ¿Te has desposado con mi Hijo, y no has de tener parte alguna con Él?" Luego se acercaba el Hijo con el rostro desfigurado y triste y sus censuras me partían el alma; pues yo había estado en tan mala compañía, mientras Él me esperaba sufriendo. Lloré y creí morirme de dolor y rogué a su Madre que pidiera perdón por mí, prometiéndole ya no volver a ser jamás tan condescendiente. Y ella, en efecto, lo pidió y fuí perdonada. Prometí de nuevo no concurrir a tales reuniones. Entonces me dejaron, después de haberme acompañado largo trecho. Yo estaba en mis cinco sentidos y ellos hablaron conmigo como pudiera haber hablado cualquiera persona viva. Sentía mortal turbación y fuí a casa llorando a gritos. A la mañana siguiente me reprendieron por haber salido sola.

Finalmente logré la tranquilidad. Vino a manos de mi padre un librito en el cual leyó que los padres no deben llevar a sus hijos a semejantes diversiones. Fué tanta su aflicción entonces, que lloró amargamente, diciendo: "Dios sabe que yo creía era algo bueno". Yo misma hube de consolarle lo mejor que pude.

Mis padres me hablaron también de matrimonio, hacia el cual sentía yo gran aversión. Ocurrióseme que acaso esta aversión provenía por temor de las penalidades que trae consigo este estado. Sin embargo, si fuera voluntad de Dios, decía yo, que lo abrazara, tales penalidades habrían de serme agradables. Empecé a pedir a Dios que quitara de mi aquella aversión, si era voluntad suya que yo condescendiera con mis padres y me casara. Pero entonces crecía todavía más en mí el deseo de entrar en el claustro.

Al párroco y a mi confesor les había manifestado esta duda, pidiéndoles consejo. Ambos me dijeron que si no tenía ningún hermano ni hermana que cuidara de mis padres, no debía entrar en el convento contra su voluntad; pero como mis padres tenían muchos hijos, yo conservaba mi libertad. Así que permanecí firme en mi propósito.

7. Entra en la casa de Söntgen para aprender el órgano.

Para admitirla en el convento, las monjas le exigieron la dote de costumbre, o bien que fuera útil tocando el órgano en las funciones de la comunidad. Como no era rica para hacer el voto de pobreza, entró como criada en la casa del organista Söntgen, para aprenderlo.

Nunca llegué a tocar el órgano. Yo era la criada y nunca lo aprendí, porque apenas paraba en la casa, pues buscaba la manera de ayudar a los que padecían trabajos y miseria. Servía como criada, hacía todas las cosas y daba todo lo mío.

¡Cómo aprendí a pasar hambre!... Muchas veces pasaron ocho días sin ver el pan. Nadie le fiaba, ni aún por el valor de siete cuartos, a la familia del organista Söntgen. Todo lo que había ganado cosiendo se acabó y llegué a pasar hambre. Dí hasta mi última camisa. Mi buena madre tuvo asimismo compasión y me llevaba huevos, manteca, pan y leche, con lo cual vivían. En cierta ocasión me dijo mi madre: "No sabes la aflicción que nos causas queriendo a toda costa irte a un convento. Cuando miro el lugar que en casa ocupabas, se me parte el corazón, pues eres mi hija". Yo le respondí: "Dios te lo pague, madre mía, que yo nada tengo con que pagártelo. Pero es voluntad de Dios que sean sustentados los pobres por mi medio. Ahora Dios proveerá. Todo se lo he dado y Él sabrá ayudarnos a todos". Y mi madre volvía a estar contenta. Muchas veces pensaba yo: ¿Cómo podré entrar en un convento si no tengo nada y todas las cosas me son contrarias? Pero después, dirigiéndome a Dios, decía: "Yo no sé valerme; mas Tú, que has suscitado en mí este deseo, le darás cumplimiento".

8. Ve la cruz del Salvador. (*)

Esta aparición me causó espanto. Sentía escalofríos; pues miraba alrededor y veía la cruz ensangrentada, no con miradas interiores, sino con los ojos corporales delante de mí. Me vino

(*) La aclaración de éstas, como de otras palabras de la vidente sin comienzo, está en el título, pues se ha querido respetar el texto de los originales.

entonces con mucha viveza el pensamiento de que Dios quería anunciarme con esta aparición algún trabajo muy grande. Temí y vacilé; pero el triste aspecto de mi Salvador venció mi resistencia y me sentí firmemente resuelta a conformarme con todo, por amargo que fuese, con tal que el Señor me diera paciencia.

9. Hace profesión de religiosa agustina.

Yo no tenía de qué disponer. Acudí a mis padres y hermanos, pero ninguno quiso darme nada, ni siquiera mi buen hermano Bernardo. Todos vinieron sobre mí y levantaron la voz como si los hubiera arruinado con aquella fianza. Pero la deuda había que pagarla antes que yo hiciera los votos. Yo no cesaba de pedir a Dios que se compadeciera de mí, hasta que por fin tocó el corazón de un hombre piadoso que les dió tres táleros. Mi hermano lloró después muchas veces por haber sido tan duro conmigo.

Vencido al cabo este obstáculo y terminados los preparativos para hacer los votos, se presentó por último otra dificultad. La Reverenda Madre me anunció a mí y a Clara Söntgen que hacían falta algunas cosas que habían de traerse de Münster, por las cuales era preciso que cada una de nosotras pagara tres táleros. Esto me turbó mucho, porque no tenía dinero. En mi apuro fuí a quejarme al abate Lambert, el cual me dió dos escudos; cuando volví a mi celda muy contenta hallé encima de la mesa seis táleros. Los dos escudos se los llevé a mi amiga, que tampoco sabía cómo reunir la cantidad exigida, pues nada poseía.

Ocho días antes de la Presentación de la Virgen en el templo, el segundo día de la novena que precede a esta fiesta, en cuyo mismo día del año anterior habíamos tomado el hábito Clara Söntgen y yo, hicimos la profesión religiosa de agustinas en el convento de Agnetenberg, en Dülmen, en el año 1803 y desde aquel día fuimos consagradas esposas de Jesucristo bajo la regla de San Agustín.

Después de la profesión volvieron mis padres a ser buenos conmigo. Mi padre y mi hermano vinieron a Dülmen y me trajeron de regalo dos piezas de tela de hilo. Mi piadoso y severo padre, que con toda mi familia había llevado a mal que yo entrara en el convento, me había dicho, al despedirme de él, que pagaría con gusto mi entierro, pero que para el convento nada me daba. Ahora cumplía su palabra, pues aquella tela era la mortaja con que habían de sepultarme en el claustro.

10. Ve la causa de ciertas enfermedades de los animales.

Como una vez hubiera en aquella pequeña ciudad una gran mortandad de vacas, las gentes llevaban su ganado a cierta casa para que las curasen, pero la mayor parte de los animales morían. Una mujer vino a mí lamentándose y llorando y me pidió que rogara por ella y por aquellos pobres labradores. Cuando hice oración, vi los establos de aquellas gentes y las vacas sanas y las enfermas. Vi también cual era la causa del mal y la eficacia de la oración para remediarlo. Muchas vacas estaban enfermas en castigo del orgullo y falsa seguridad de las gentes, que no sabían que Dios puede dar y quitar los bienes y para exhortarlos a penitencia. Yo pedí a Dios que se dignara corregirlo de otra manera.

Vi además muchas vacas enfermas a causa de la maldición y envidia de los que querían mal a sus prójimos, lo cual sucedía especialmente entre aquéllos que no se cuidaban de dar filialmente gracias a Dios por los bienes que poseían, ni de pedirle su bendición. Junto a estas vacas vi yo una como oscuridad, en la cual se deslizaban sombras negruzcas y siniestras. La bendición no sólo consiste en descender la gracia de Dios sobre nosotros, sino también en quitar los efectos de la maldición. Las vacas que, según había visto yo, habían sido perdonadas por la virtud de la oración, se diferenciaban de las demás en algo como luminoso; y de las que se curaron vi salir un vapor oscuro, así como vi oscilar cierto brillo luminoso sobre las que habían sido bendecidas desde lejos por la oración. Vi por último que, de repente, cesó el contagio. El ganado de aquella mujer salió del todo ileso.

11. Recibe remedios sobrenaturales.

Los remedios los recibía yo de mi guía y también de mi celestial Esposo, de María y de los santos. Los recibía ya en brillantes botellitas, ya en forma de flores, capullos y hierbas y también en pequeños trocitos. A la cabecera de mi lecho había una repisa de madera donde hallaba yo aquellas admirables medicinas cuando tenía alguna visión y aún estando despierta a la vida natural. Muchas veces los manojos de hierbas olorosas y delicadas sobre toda ponderación, estaban junto a mi cama o los tenía yo misma en la mano cuando volvía en mí. Yo tocaba las tiernas y verdes hojas y sabía cómo habían de aplicarse. Con su buen olor me confortaban o comía de ellas o las ponía en agua y bebía. Siempre notaba alivio y estuve curada el tiempo necesario para ejecutar algún trabajo.

12. Recibe diversos objetos de modo sobrenatural.

Además recibía imágenes, figuras y piedras, de los seres que se me aparecían, los cuales me instruían sobre el modo de hacer uso de tales dones. A veces estos dones eran puestos en mis manos o sobre mi pecho y me daban fuerza y consuelo. Muchos de ellos podía poseerlos largo tiempo y aún darlos a otros para que se curasen, lo cual hacía yo de vez en cuando, pero sin decir cómo los había obtenido. Todos estos dones son hechos reales, que ciertamente sucedieron; pero el modo como en mi sucedieron no lo puedo explicar. Fueron cosa cierta y como tal los tomaba yo para honrar a Aquél que, por compasión de mí, me los enviaba.

Durante la enfermedad, que después padecí, me dió mi celestial Esposo una piedra blanca y transparente, en forma de corazón, del tamaño de un tálero, donde estaba la imagen de la Madre de Dios con el Niño, en color rojo, azul y dorado (*). La piedra era lisa y dura, la imagen muy delicada y su rostro tan consolador, que me curé. Yo la guardé en un bolsillo de cuero y la llevé conmigo largo tiempo, hasta que me fué substraída. Después recibí un anillo que Él mismo me puso en el dedo. Tenía una piedra preciosa con la imagen grabada de su Santísima Madre. Lo poseí largo tiempo hasta que Él me lo sacó del dedo.

También he recibido semejante don del santo patrón de mi orden. Era el día de su fiesta y yo me hallaba en cama con vivos dolores. Ya estaba próxima la hora en que la comunidad iba a recibir la sagrada Comunión y nadie creía que yo pudiera comulgar. Pero sentí como si fuera llamada y fuí a la iglesia y recibí con las demás el Santísimo Sacramento. Al volver a mi celda, caí desmayada, y en tal estado y vestida no sé quién me recostó en el lecho. Se me apareció San Agustín y me dió una piedra brillante y transparente en forma de haba, en la cual sobresalía a manera de grano de trigo un corazón rojo con una cruz. Se me dió a entender que el corazón había de ponerse tan claro cómo el resto de la piedra. Cuando desperté, me ví con esta piedrecita en la mano. La puse en un vaso de agua y bebí a menudo de ella y me vi curada. Después me quitaron la piedrecita.

13. Ve a Jesús en la santa Hostia.

Muchas veces he visto brotar sangre de la cruz en la hostia y lo he visto con toda claridad. Otras veces he visto al Señor

(*) Tal vez se refiere a la piedra preciosa, de que habla el Apocalipsis de San Juan, destinada a los vencedores.

aparecerse en la sagrada Hostia en forma de niño sonrosado y resplandeciente como un relámpago. Al recibir la santa Comunión veo con frecuencia al Salvador acercárseme como Esposo y desaparecer luego que yo he recibido el Santísimo Sacramento; y siento la mayor suavidad en su divina presencia. Cuando Jesús entra en el pecho de los que comulgan, se funde con el alma a semejanza del azúcar que se deshace en el agua. Tanto más íntimamente penetra cuanto más vivo es el deseo del que lo recibe.

14. Oración para después de cometer una falta.

A pedido del Deán Overberg, Ana Catalina le dijo cómo acostumbraba a orar después de cometer alguna falta.

¡Oh Madre de mi Salvador! Tú eres por dos razones Madre mía; pues tu Hijo me dió a ti misma por Madre, cuando dijo al apóstol San Juan: "He aquí a tu Madre"; y porque yo me he desposado con tu Hijo. Ahora, habiendo desobedecido a mi Esposo, tu Hijo, me avergüenzo de comparecer en su presencia. Ten, pues, compasión de mí, ya que es tan bondadoso tu corazón maternal. Pídele que me perdone, que a Ti no te negará mi perdón.

Yo soy el hijo pródigo, oh Dios mío. He disipado la herencia que Tú me diste; no soy digna de llamarme hija tuya. Compadécete de mí. Recíbeme de nuevo. Te lo pido por mi dulcísima Madre, que también es Madre tuya.

15. Las oraciones en latín.

No puedo usar de las oraciones de la iglesia traducidas al alemán, pues así me parecen más lánguidas y pesadas. Cuando hago oración no me sujeto a las palabras de ninguna lengua, pero durante toda mi vida me han parecido mucho más claras y profundas las oraciones latinas de la Iglesia. Estando en el convento me alegraba al pensar que íbamos a cantar y a rezar en latín (*). Entonces sentía más vivamente la solemnidad y veía todo lo que cantaba. Especialmente cuando cantábamos en latín la letanía lauretana, veía yo en admirables visiones, uno tras otro, todos los símbolos de María que se nombran en ella. Me parecía que pronunciaba yo esas imágenes, por lo que sentía en

(*) Es frecuente en los místicos el fenómeno de entender idiomas que nunca han aprendido. Santa Hildegarda escribió sus admirables revelaciones sin haber hecho estudios. Escribió himnos en *ignota lingua*, que le fué revelada. Teresa Neumann repite palabras en hebreo, griego y latín, conforme las oye en sus visiones.

el principio gran temor; pero estas visiones pronto me causaban gracia y alegría, que realzaban mucho mi devoción. He visto las imágenes más admirables.

16. Ve como recibió sus llagas San Francisco de Asís.

Vi al santo en lo alto de una montaña, solo, rodeado de zarzas. En ella había grutas como celdas. Francisco había abierto muchas veces el Evangelio y siempre salía en él la pasión de Cristo. Así rogaba al Señor que le diera parte en sus dolores. Ayunaba allí de ordinario con mucho rigor; no se sustentaba sino con pan y raíces y sólo en la cantidad necesaria para no desfallecer. Estaba de hinojos con las rodillas desnudas sobre piedras de forma irregular, y todavía se puso sobre las espaldas dos pesadas piedras. Le vi de noche, después de las doce, de espaldas a la montaña y apoyado en la roca, orando con los brazos extendidos. Con él vi a su Angel Custodio, que le sostenía las manos. Su rostro brillaba con el fuego del divino amor. Era flaco y demacrado y tenía un manto pardo abierto por delante, con una capucha, como el que a la sazón usaban los pastores pobres en aquel lugar. Alrededor del cuerpo tenía una cuerda. Le vi enteramente rígido. Un indescriptible resplandor celestial descendía perpendicularmente sobre él y en medio de esta gloria vi un ángel con seis alas, dos en la cabeza, dos con las cuales parecía volar y otras dos en los pies. En la mano derecha tenía una cruz, menor que la mitad del tamaño que un hombre y en ella un cuerpo del todo vivo y transparente. Los pies los tenía cruzados y las cinco llagas lucían y resplandecían como soles. De cada una de ellas salían tres rayos encendidos y brillantes que terminaban en una flecha: primeramente desde las manos hasta la superficie interna de las del santo; después desde la llaga del costado derecho a su costado derecho, siendo esta llaga más ancha que las otras; y por último, de los pies a las plantas de San Francisco. En la mano izquierda tenía el ángel un tulipán rojo en el cual había un corazón de oro. Recuerdo confusamente cómo se lo dió. Al volver el santo en sí, no podía andar. Vi que con grandes dolores se volvió al convento y que le ayudó su Angel Custodio. Ocultó sus heridas lo mejor que pudo, pues no quería que nadie se las viera. En la parte superior de las manos tenía costras de sangre grandes y oscuras. No todos los viernes salía sangre de sus manos con regularidad. De su costado salía muchas veces tanta, que regaba el suelo. Le vi orar y vi la sangre que le caía por los brazos. Todavía he visto muchas cosas de él. así vi cómo antes que el santo fuera a ver al Papa, Su San-

tidad le vió llevando sobre sus hombros el templo de Letrán, que se venía a tierra.

17. Cómo recibió sus propios estigmas.

Después de esto tuve otra visión concerniente a mi misma y a mis llagas. Vi cómo las hube recibido. Antes no lo sabía. Hallábame sola en mi habitación en casa de Roters, tres días antes de año nuevo, aproximadamente a las tres de la tarde. Había meditado en la pasión de Cristo y le había pedido que me concediera participar en sus dolores, rezando cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas. Estando en cama, con los brazos extendidos, experimenté gran dulzura y sed insaciable de los dolores de Jesús. Vi descender sobre mí una luz que venía de arriba oblicuamente. Era un cuerpo crucificado, vivo y transparente, pero sin cruz; sus heridas brillaban más que el cuerpo: eran cinco aureolas, las cuales salían de la gloria. Yo estaba transportada y mi corazón se sentía movido con gran dolor y suavidad, al mismo tiempo, del deseo de padecer los dolores de mi Salvador juntamente con Él. Y como a la vista de sus llagas se aumentara mi deseo, que parecía brotar de mi pecho y pasaba a través de mis manos y de mi costado y de mis pies en dirección a sus llagas, luego descendieron, primero de las manos y después del costado y de los pies de la imagen, tres rayos rojos y brillantes, acabados en flechas, sobre mis manos, sobre mi costado y sobre mis pies. Así permanecí largo rato sin saber lo que me sucedía, hasta que una niña de la dueña de casa me bajó las manos. La niña salió de la habitación diciendo a los suyos que me habían hecho sangre en las manos. Yo les rogué que guardaran silencio.

La cruz del pecho hace largo tiempo que la tengo; la he recibido alrededor de la fiesta de San Agustín. Estando arrodillada con los brazos extendidos me la imprimió mi celestial Esposo. Después de habérseme impreso las llagas experimenté en mi cuerpo una violenta mudanza. Sentía que el curso de mi sangre se alteraba dirigiéndose con dolorosa violencia hacia esos parajes. Francisco ha conversado conmigo esta noche y me ha dado consuelo. Me ha hablado de la violencia de los dolores interiores.

18. Es consolada con la presencia del Niño Jesús.

El deán Rensing le había impuesto rezar por una intención, sin decirle cuál fuese. Ella cumple con el mandato, pero no obtiene respuesta.

He pedido ardientemente la intercesión de María por el fin que me ha sido impuesto, pero no he sido escuchada; por tres veces he rezado por esa intención diciendo a María: "Debo rezar porque me ha sido mandado por santa obediencia; pero no he obtenido respuesta y he olvidado hacerlo una vez más por causa de la grande alegría que me trajo la presencia del Niño Jesús. Espero que al fin será escuchada mi oración". No rezo por mí misma y cuando pido por otras personas casi siempre soy oída. Cuando rezo por mí, no consigo nada, sino cuando pido nuevos sufrimientos.

Soy un instrumento de Dios. Poco sé de las cosas que pasan en torno mío. No deseo sino estar en paz.

Se lamentó con el deán Rensing de no poder llevar por más tiempo los dolores y rogó al Señor que la aliviara. Fué escuchada y recitó el Te Deum. Sobre esto se expresó en la forma siguiente:

Entonces recité el *Te Deum,* que pude recitar hasta el fin, ya que lo había empezado varias veces, teniendo que interrumpirlo por la vehemencia de los dolores.

Le he rogado frecuentemente al Señor que me mandara dolores y sufrimientos; pero ahora tengo la tentación de pedir así: "Basta, Señor; no más, no más." Los dolores en la cabeza se hicieron tan crueles que temía perder la paciencia. Después, al terminar el día, me puse sobre la cabeza la parte de la reliquia de la santa Cruz que el señor Overberg me ha dejado. Rogué al Señor que me ayudara y en seguida sentí alivio. Mas aún que las penas temporales me atormentan los sufrimientos del alma: la aridez, la amargura, la inquietud interna; pero desde que he recibido por dos veces la santa Comunión he gustado de quietud y dulce consolación en el alma.

19. Es molestada por una horrible aparición.

He tenido esta noche graves angustias. Mi hermana estaba sumergida en profundo sueño; la lámpara ardía, y yo estaba despierta en mi lecho. De pronto oí un rumor en la estancia. Miré y vi una figura horrible, suciamente vestida, que se acercaba poco a poco hacia mí. Cuando estuvo junto a mi lecho y descorrió la cortina, vi que era una feísima mujer que me miraba fijamente con rostro amenazador. Cuanto más me miraba, más horrenda y espantosa me parecía. Tenía una cabeza monstruosamente grande y abría la boca como si quisiera echarse sobre mí y tragarme. Al principio no me dió miedo; luego mi temor fué en aumento. Empecé a rezar y pronuncié confiada-

mente, en alta voz, los santos nombres de Jesús y María. De pronto todo desapareció.

20. Recibe consuelo después de la Comunión.

Me sucedió algo que me trajo mucha consolación. He visto, después de la Comunión, dos ángeles que llevaban una hermosa corona de flores. Eran rosas cándidas, pero guarnecidas de largas y ayudas espinas, que me punzaron cuando quise sacar una del ramillete. "¡Ah! si no tuviera espinas", pensé entre mí. Al punto recibí la respuesta: "Si quieres tener las rosas, debes soportar que las espinas te puncen". Tendré que sufrir mucho todavía, antes de llegar a las alegrías libres de sufrimientos.

Más tarde tuvo una imagen de igual significación.

Fuí llevada a un hermoso jardín donde había rosas de extraordinario tamaño y bellos colores. Estaban circundadas de espinas tan largas y agudas que no se podían sacar sin recibir sensibles pinchazos. Dije: "Esto no me agrada." Pero mi Angel Custodio me replicó: "Quien no quiere padecer, no tendrá gloria alguna."

Otra visión del sufrimiento y el gozo tuvo poco tiempo después.

Me vi a mí misma que yacía en el sepulcro; estaba tan alegre que no lo puedo decir. Al mismo tiempo me pareció que me decían que antes de mi fin tendría que padecer mucho; que me abandonase a la gracia de Dios y fuese firme y perseverante. Después he visto a María con el Niño y tuve una alegría indecible, porque la benigna Madre puso al Niño en mis brazos. Cuando se lo devolví pedí a María tres gracias que me hicieran agradable a su Hijo Divino: le rogué que me concediera amor, humildad y paciencia.

Volviéndose hacia el deán, añadió:

¡Oh, cuán de buena gana me iría al cielo con nuestro buen Salvador! Pero mi tiempo no es llegado aún; mis sufrimientos y dolores se multiplican y debo ser mejor probada y purificada. Sea hecha la voluntad de Dios, con tal que me dé la gracia de la perseverancia en la paciencia y en el abandono al amor divino.

Confesó al deán que durante la comunión oyó estas palabras:

"¿Prefieres morir o sufrir más aún?"... A esto respondí: "Quiero sufrir más aún, si esto te agrada, Señor." Mi deseo ha sido satisfecho, pues ahora sufro más que antes.

21. Circunstancias en que recibió los estigmas.

Interrogada por el padre Overberg acerca de las circunstancias en que recibió los estigmas, declaró lo siguiente:

Cuatro años antes de la supresión del convento hice una visita a Koesfeld para ver a mis padres. Mientras me encontraba allá, una vez estuve en oración durante un par de horas, detrás del altar que está bajo la Cruz puesta delante de la iglesia de San Lamberto. Sentía gran turbación por el estado de nuestro convento y había rezado para que tanto yo como mis hermanas pudiésemos conocer nuestras faltas y hubiese paz firme entre todas nosotras. Había rogado a Jesús que me hiciese sentir todos sus dolores. Creía tener una fiebre continua y que de ella venían los dolores que experimentaba. A menudo me venía el pensamiento de que esto proviniese por haber sido oída mi oración; pero desechéé este pensamiento cada vez que se presentaba, por no creerme digna de gracia semejante. A veces no podía caminar a causa de los dolores en los pies. Las manos me dolían de tal manera que no podía comenzar ningún trabajo, como cavar, y el dedo medio de las manos no lo podía doblar y en ocasiones lo tenía como enteramente perdido.

Después de estos dolores, cierta vez en el convento rogué con fervor que tanto yo como mis hermanas conociésemos bien nuestras faltas, para que renaciese la paz y cesasen mis sufrimientos. Me fué respondido: "Tus padecimientos no serán disminuídos; te basta la gracia de Dios. No morirá ninguna de tus hermanas antes de haber conocido sus faltas." Por esta respuesta, cuando me sobrevinieron las señales externas, pensé, entre mí, que sólo serían visibles para mis hermanas, y me sometí fácilmente. ¡Pero grande fué mi espanto cuando supe que estas señales debían ser también visibles para los del mundo!

Respecto a las llagas del pecho, dijo:

Desde mi niñez he pedido frecuentemente al Señor que me imprimiese su cruz en el corazón para no olvidar jamás sus sufrimientos; pero nunca pensé en algún signo externo.

Preguntada por qué se cubría los estigmas de las manos, contestó:

No puedo yo misma ver estos signos descubiertos, porque son causa de que se estime a mi persona como dotada de gracias especiales, de las cuales no soy digna.

Se me hace muy duro tener que mostrar estos signos; pero tanto más duro se me hace cuando veo que lo desean no por amor a Dios sino para charlar sobre lo visto. No pido al Señor verme libre de los dolores corporales. Dios me los dejará siempre. Pero ¿para qué mirar y examinar? El mismo Señor Jesucristo no logró contentar a todos para que creyeran y se convirtieran. Otros muestran demasiada compasión por mí. ¡Oh!

¡Preferiría que rogaran por mí, para que me sometiera humildemente a lo que Dios dispone por medio de la autoridad eclesiástica, sin que yo pierda la divina gracia! Dios guía a cada persona por un camino especial. ¿Qué importa que nosotros, llegando al cielo, lo hayamos hecho por un camino o por otro? ¡Oh, si pudiésemos hacer solamente lo que Dios nos pide a cada uno según nuestro propio estado!

22. Revela al deán Rensing algunas gracias del Señor.

A ciertas preguntas que formuló el deán Rensing, después de narrar los sufrimientos de Santa Verónica, Ana Catalina contestó:

No he tenido que sufrir tanto. Con todo, la disposición de la autoridad eclesiástica, de que se intentase curar las llagas, fué muy dura, porque me causó muchos dolores. Los dolores de la corona de espinas en torno de la cabeza, los he probado antes de mi ingreso en el convento y, precisamente, por primera vez, en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld.

Viendo la sangre de sus estigmas, cuando el deán expresó su maravilla, añadió:

Sí, es verdad; Dios me ha concedido gracias que yo no he merecido. Yo hubiese deseado que Él encubriese estas gracias a los ojos de los hombres, porque temo que me estimen por mejor de lo que soy en realidad.

El Señor me preguntó la noche pasada: "¿Quieres venir presto junto a Mí o sufrir aún mucho tiempo por mi amor?" A esto respondí: "Si Tú lo quieres, prefiero sufrir aún más, con tal que me des la gracia de que sufra como Tú lo deseas." Dios me ha prometido esta gracia y ahora me encuentro muy contenta. El Señor me ha hecho notar que durante mi vida monástica había incurrido en muchas faltas contra la perfección, a la cual estaba llamada por mis votos. Me he arrepentido de nuevo de estas faltas y he obtenido de Dios la seguridad de que no había perdido, por esas faltas, su divina gracia, porque me había humillado delante de Él y de los hombres. Se me ha recordado también que durante mi vida en el monasterio, cuando era desconocida y mal interpretada por mis hermanas, yo, perseverantemente, rogaba al Señor se dignase hacer conocer la falta en que incurrían contra la caridad respecto de mi persona. Muy a menudo, especialmente en los últimos días del verano pasado, se me ha dado a entender, durante aquellas oraciones, que las hermanas llegarían a reconocer sus faltas antes de mi

muerte. Ahora ellas han entrado en sí mismas, después que el Señor me ha dado estas señales tan extraordinarias. Y esto es para mí motivo de un gozo tal, que aún en medio de las graves molestias ocasionadas por estas señales éxteriores, doy gracias al Señor por todas ellas.

Preguntada respecto de la llaga que Jesús tenía en los hombros, respondió:

Sí, ciertamente, el Señor tuvo una dolorosísima llaga en la espalda que le produjo la conducción de la cruz. Yo no tengo esta herida, pero he sentido mucho tiempo los dolores de ella sobre mis hombros. Desde mi infancia he honrado y venerado esta herida de los hombros y he entendido que este recuerdo es sumamente grato al Señor. Estando todavía en el monasterio, Él me reveló que había tenido esa herida, en la cual tan poco se piensa y que le había ocasionado gravísimos dolores. Me dijo que le era tan agradable que se honrase esa llaga como le hubiese sido grato que alguien, en el camino del Calvario, le hubiese aliviado de la cruz llevándola hasta la cumbre del monte. Desde pequeña y de seis a siete años yo acostumbraba, cuando me encontraba sola y pensaba en los sufrimientos del Señor, a ponerme sobre los hombros un pedazo de leño pesado o algún otro peso que apenas podía arrastrar por el suelo.

El deán Rensing le dijo palabras de compasión por los dolores que sufría en la espalda al no poder cambiar de posición.

Estos dolores los tengo por nada comparados con los que siento constantemente en las otras llagas. A pesar de esto, quisiera sufrir todos los dolores posibles en el cuerpo, siempre que el Señor se dignase consolarme interiormente con su gracia. En vez de estos consuelos siento ahora una amargura muy grande en el alma. Esto se me vuelve muy duro; pero que se haga la voluntad de Dios. Siento que los dolores se me suben desde las plantas de los pies hasta el pecho y todas estas llagas me parece que están entre sí en tanta relación, que los dolores de una herida se sienten también en las demás. Pero mi sufrimiento me ha traído gozo. Cuando tengo que padecer algo, me alegro, y doy gracias a Dios de no estar ociosa en el lecho.

Una vez que sentía un agudo dolor de cabeza, dijo:

Mi sufrimiento no me será tan gravoso porque el Señor lo ha mitigado con consuelos que no merezco. Cuando estaba en el monasterio no merecía estos consuelos, porque allí a menudo me lamentaba de la conducta de mis hermanas y he fantaseado mucho acerca de la manera cómo ellas se debían portar y demasiado poco me he preocupado de cómo yo misma debía haberme

portado. Era ingratitud e imperfección a un tiempo; ahora estoy contenta de que Dios me haga sufrir. Si supiese que con mis sufrimientos puedo contribuir en algo a su honor y a la conversión de los pecadores, quisiera sufrir con gusto más, y todavía por más tiempo. Sólo pido que Dios me conceda paciencia.

Cuando se le habló de un traslado a Darfeld, para nuevas visitas de médicos, dijo:

Estoy convencida, en conciencia, no poder ir más allá en esto de recibir visitas y mostrar los estigmas. Este aviso me fué dado en espíritu. Yo estaba hincada en una hermosa capilla delante de una imagen de María con el Niño Jesús y rogaba a la Madre de Dios. Ella vino hacia mí, me abrazó y me dijo: "Hija, está atenta y no vayas más allá. Aleja de ti las visitas y custodia tu humildad".

23. Salva de un peligro a su confesor.

He aquí lo que Ana Catalina relató un dia al abate Lambert:

Me encontraba rodeada de muchas personas sobre el camino que conduce a la Jerusalén celestial y tenía que llevar un peso tan grande que apenas podía ir adelante. Me detuve algún tiempo para descansar bajo la imagen del Redentor Crucificado y ví en torno de esta cruz, esparcidas, infinidad de cruces pequeñas, formadas por hilos de paja o de ramitas delgadas. Mientras, llena de admiración, pensaba lo que significaban esas cruces, mi guía me dijo: "Estas son las crucecitas que tú debías haber llevado en el convento, que eran bien ligeras. Ahora se te ha impuesto una pesada sobre los hombros; y bien, llévala".

De pronto la numerosa comitiva se esparció a uno y otro lado. Allí se encontraba mi confesor, que se había colocado detrás de una mata y estaba espiando a una liebre. Le rogué que no hiciera eso, sino más bien que me acompañara más adelante en mi penosa senda; pero él no quiso seguirme y tuve que hacer mi camino sola, oprimida por el grave peso. Entonces me vino el escrúpulo pensando que era de mi parte poco noble y amistoso dejar a mi confesor entretenido en cosa semejante, mientras debía, por el contrario, rogarle y aún violentarle a que caminara y me siguiera hacia una meta tan magnífica. Volví atrás y lo encontré dormido y ví, con terror, que bestias feroces estaban en torno suyo dispuestas a devorarle. A fuerza de ruegos lo desperté con violencia, teniendo casi que arrastrarlo conmigo, con lo que se me aumentó el peso que ya tenía sobre mí. Al fin esto me resultó de gran provecho, puesto

que pronto llegamos a un estanque ancho y profundo a través del cual sólo se podía pasar por un estrecho sendero. Aquí yo hubiese caído con mi pesada carga si el buen Padre no me hubiese ayudado. Al fin llegamos felizmente a la meta.

24. Ve la muerte de la Virgen.

En una ocasión dijo al padre Limberg:

He visto a la Madre de Dios cuando moría, rodeada de los apóstoles y de sus parientes. He visto por mucho tiempo esta visión. Luego la pieza y todo lo que allí dentro había me fué puesto sobre la palma de la mano. Esto me ocasionó un gozo indecible; pero me admiraba grandemente de que pudiese tener en la palma de la mano una casa y lo que dentro había; me fué dicho interiormente que eso era pura virtud y que la virtud es más ligera que una pluma.

Durante esta noche pasada también he tenido visiones de la muerte de la Virgen. Yo estaba en viaje a Jerusalén y mientras tanto me encontraba en un estado muy particular: yacía con los ojos abiertos, ni durmiendo ni soñando, y veía todos los objetos de mi pieza, sin que esto me estorbase en el viaje y en las impresiones que recibía durante el camino recorrido.

25. Diversas declaraciones hechas al doctor Guillermo Wesener.

Estando turbada, declaró la razón al doctor Wesener, diciéndole:

Temía sentir disminuir mi absoluta confianza en Dios, mi único sostén. Debiendo yacer en este lecho sin ayuda humana o remedio, todo me conturba. Otras veces sentía una confianza tan grande en Dios, que no me angustiaba por ningún sufrimiento, aunque fuese muy grande; pero ahora me siento turbada ante el proyecto de mi confesor de buscar otro alojamiento, porque lo estimo sobre todos los demás a causa de su saludable severidad.

Confiemos en Dios y mantengámonos firmes en nuestra santa fe. ¿Hay acaso alguna cosa más consoladora en esta tierra? ¿Qué otra religión o filosofía podía reemplazarla? Más que a todos compadezco a los judíos. Ellos son peores que los más ciegos paganos. Su religión ya no es más que una fábula poética de sus rabinos, y la maldición de Dios pesa sobre ellos. ¡Cuán infinitamente bueno es el Señor con nosotros, con venirnos al encuentro a medio camino de nuestra buena voluntad y con hacer depender la más rica participación de su gracia de nuestro simple deseo! Sí, aún un pagano, un hombre que no tiene ningún conocimiento de nuestra santa fe, puede salvarse cuando,

con firme convicción y voluntad de servir a Dios, como a Altísimo Señor y Creador de todas las cosas, sigue aquella luz divina que está infundida en nuestra naturaleza y practica la justicia y la caridad con el prójimo.

Como le dijera el doctor Wesener que le parecía incomprensible que pasara tanto tiempo en oración, contestó:

Piense un poco si no es posible que alguien se sumerja de tal manera en la lectura de un libro agradable, que olvide hasta las cosas que le rodean. Si esto es posible ¿cómo no se perderá del todo y olvidará todo aquél que se entretiene con Dios mismo que es la primera fuente de toda belleza? Empezad una vez con verdadera humildad esta adoración de Dios y veréis como os sucederá también todo lo demás. La plegaria más acepta a Dios es la que se hace por el prójimo, especialmente por las almas del Purgatorio. Rogad por ellas y estad seguro que habréis puesto vuestra oración a buen interés.

En cuanto a mí, yo me ofrezco al Señor y digo: "Señor, haced de mí lo que queráis". Con esto estoy plenamente segura, puesto que Dios, óptimo Padre, no puede hacerme sino todo el bien deseable. Las pobres almas sufren penas indeciblemente grandes en el Purgatorio. La diferencia entre las penas del Purgatorio y las del Infierno reside en esto: en que en el Infierno reina sólo la desesperación, y en el Purgatorio reina la esperanza de la redención. El mayor tormento de los condenados consiste en la ira de Dios. Del enojo de Dios se puede tener idea si se representa el terror de un hombre a punto de caer en manos de un furioso enemigo, de cuyas manos no podrá ya librarse.

Hablando del destino del hombre, Ana Catalina dijo:

¿Sabéis por qué Dios ha creado al hombre? Lo ha creado para su gloria y para felicidad del hombre. Por la caída de los ángeles decidió Dios crear a los hombres para llenar las legiones de los ángeles caídos. Cuando el número de los ángeles caídos se haya completado con hombres justos, será el fin del mundo.

Hablando de la limosna, se expresó así:

Vos debéis emplear vuestras fuerzas y vuestras sustancias en favor y beneficio de los enfermos, de tal modo que vuestra propia familia no tenga daño. No uno solo, sino muchos tienen derecho de pedir vuestros cuidados. Los pobres deben tratar de ganarse méritos por causa de su pobreza, porque la fe nos enseña que la pobreza es un estado digno de envidia, puesto que el mismo Hijo de Dios eligió para sí ese estado, y ha conferido a los pobres el primer lugar en el reino de los cielos.

Respecto de la conversación acerca de Dios, dijo:

Me sucede siempre lo mismo: por más débil que esté, me siento siempre fortalecida y confortada con toda conversación que mire a Dios y a nuestra santa fe; en cambio, el hablar de cosas del mundo me abate y me debilita más.

Sobre la obediencia, se expresó así:

Es verdad que esta medicina me repugna de modo particular. He sufrido ya mucho por causa de ella y me ha ocasionado mucho mal. Con todo, debo tomarla por obediencia a mi confesor, el cual, sin embargo, ha visto en qué debilidad me quedo por usar esta medicina.

26. Visión compleja de todas las tribulaciones de su vida.

Tuve una visión que me pareció contenía la representación de todas las penas y sufrimientos de mi vida entera. Todo lo que personas conocidas por mí han hecho o han dejado de hacer respecto a mi misión durante todo el curso de mi vida hasta el presente, me ha sido puesto ante la vista en imágenes. Eran cosas tales que al principio no quería ni pensar para que no me causaran tentaciones de aversión o de malevolencia hacia algunas personas. Así también, en la noche pasada, tuve que luchar contra estas imágenes y me he defendido hasta el extremo cansancio, pero he oído, con consuelo, que he combatido bien.

Estos cuadros se me presentaban en diversas formas: a veces un acontecimiento como presente; otras veces veía personas que entre sí conversaban y obraban; en ocasiones imaginaba el cuadro como después de haber oído una narración. Me fué mostrado todo lo que he perdido por causa de estas cosas, así en la vida física como en la actividad espiritual. He visto el mucho mal que me han hecho ocultamente varias personas, cosas que había ignorado absolutamente. Todo lo que yo había apenas sospechado, ahora lo veía claramente, en su completa concatenación. Esta ha sido para mí una verdadera lucha, porque tenía que soportar por segunda vez las más duras pruebas de la vida, la perversidad y la falsedad de los hombres, y debía no solamente no sucumbir a la tentación de malevolencia hacia ciertas personas, sino usar mayor caridad con mis peores enemigos.

Estos cuadros comenzaron con mi estado religioso, precisamente con la oposición de mis padres a mi entrada en el monasterio. Ellos me han ejercitado en la paciencia y han regulado y dispuesto todo con absoluta discreción.

Las monjas me han ocasionado muchos sufrimientos. He visto su perversidad y cómo primeramente me maltrataban. Cuando luego mis particulares circunstancias se hicieron públicas, me honraban con exageración para volver luego a las charlas y chismes. Mucho me hicieron sufrir porque mucho yo las amaba. He visto al médico del convento y sus remedios y cuanto daño me han ocasionado. He visto el segundo médico y cómo sus remedios me han arruinado el pecho y puesto al extremo. He visto mi pecho como si estuviese vacío y exhausto, de modo que sin un cuidado mayor hubiera debido sucumbir. Habría sanado de todas mis enfermedades sin medicina alguna si los medios saludables de la Iglesia hubiesen sido regularmente empleados en mí.

He visto la sinrazón con la cual he sido puesta tantas veces a la vista del público, mirando sólo mis heridas y no las otras cosas que las acompañaban. He visto cómo fuí obligada a estar de muestra y a servir de espectáculo; por esto fuí impedida de hacer mucho bien y no he aprovechado nada a otros. Hubiera podido ser mucho más útil si me hubiesen dejado en paz y tranquilidad. He visto todas mis súplicas y pedidos sobre esto; yo no pedía por impulso propio sino por aviso interno. He visto cómo todo esto fué en vano y cómo contra mi propia y segura convicción he debido servir de espectáculo para el mundo y obedecer cosas verdaderamente vergonzosas; y mientras con el corazón oprimido hacía esto, por sola obediencia, se me reprendía con desfachatez y temeridad, sin ser defendida por aquéllos que me obligaban a mostrar abiertamente las señales externas de mis llagas.

27. Manifiesta su pensamiento ante el proyecto de ser trasladada a Münster.

Como quisieran conducirla a Münster para someterla a nuevos exámenes, privados y públicos, Ana Catalina se resistió a ellos, exponiendo sus razones:

El señor Overberg permite que otros abusen de su gran bondad. Quiere sacrificarme para probar, como me lo dijo otras veces, a algunas buenas personas que los fenómenos que aparecen en mí no son mentidos ni artificiales. Pero ¿cómo estas personas, que son sus penitentes, pueden concebir desconfianza alguna, cuando él, siendo un dignísimo sacerdote, les asegura los hechos, y después que él se ha asegurado de los hechos y puede en todo momento procurarse nuevas pruebas? ¿Podrían estas personas encontrar un testimonio más irrecusable y más valioso?

Si cinco mil personas no creen a diez hombres rectos y justos que dan testimonio de la verdad, tampoco veinte millones creerán a algunos centenares de personas.

Como insistiese el doctor Wesener en que se trataba de salvar algunas almas, Ana Catalina añadió:

Seguramente haría el sacrificio por la salud de una sola alma; pero ¿cómo podría yo saber que esto sucederá en virtud de un cambio de domicilio, si no fuera por la voz íntima del espíritu que hasta ahora siempre me ha guiado, y ahora nada me ordena, y al contrario, siento que mi espíritu se rebela a esta idea de cambio? Sobre esto podría añadir mucho más, pero no es llegado el tiempo. Si ahora, contrariando mi interna voz, emprendiera este viaje y muriese en el camino, ¿no sería esto contrario al bien de mi alma y a los designios que Dios tiene sobre mí? ¿Quién me podría decir que éste no sería mi caso si no es por la voz que suele hablar en mi interior? Digo, pues, que no bien mi juez interno me dijese que parta, partiría al instante.

El señor Overberg me dice que debiera hacerlo para dar gusto al buen médico Druffel, ya que su honor es atacado públicamente por causa mía. Muy de buena gana haría todo por el honor de este médico y por todos los que por causa mía fueron juzgados injustamente, siempre que los medios me fueran permitidos, aunque hubiese yo deseado que él no imprimiese la historia de mis enfermedades. ¡Cuántas veces le he rogado también a él que no permitiese que fuera impresa cosa alguna de mí durante mi vida! ¿Y por qué razón debo sacrificar mi vida, y aún más por salvar en un hombre un poco de honor terreno? ¿Dónde estaría aquí la humildad cristiana? Además, el mayor número nunca sería convencido, porque la pereza, la avaricia, la desconfianza, el amor propio, la incredulidad y el temor de tener que admitir la creencia en cosas de mayor importancia, hacen que la muchedumbre sea ciega aún para las verdades claras como el sol.

Si tanta importancia se da a la confirmación irrecusable de las circunstancias en las cuales me encuentro, aquéllos que gozan de buena salud pueden venir aquí sin peligro alguno; yo, por otra parte, no puedo ir a ellos sin evidente peligro Me someto a todas las pruebas y exámenes que no repugnan a mi conciencia. Si muchos desean convencerse, pueden hacer como otros que ya están convencidos pueden sentarse aquí junto a mi lecho y observarme y vigilarme. No puedo ahorrar a los curiosos la incomodidad y el dinero con daño de mi conciencia. Quien puede viajar, que venga aquí. Si yo quisiese ir a ellos,

sería temeridad, vanidad y cosa peor; puesto que, según toda seguridad, no podría hacer el mínimo viaje sin evidente peligro. No puedo ponerme a disposición de todo curioso; envíen hombres de juicio que gocen de la estima del público y me someteré a todas las prescripciones que no traigan daño a mi alma. Por lo demás, no pido cosa alguna a nadie. No aparento ser nada grande. Soy una pobre pecadora y no deseo más que olvido de los hombres y estar en paz, para que pueda rogar y sufrir por mis pecados y, si es posible, también por el bien de mis prójimos. El Vicario General ha vuelto recientemente de Roma. ¿No habrá dicho alguna palabra de mí al Santo Padre? El me deja ahora en paz, ¡sean dadas gracias a Dios! ¡Oh, estad tranquilos vosotros, buenos creyentes, que el Señor ciertamente manifestará sus obras! Si todo esto viene de Dios, quedará y se mantendrá; si es obra de los hombres, caerá y será destruído.

En otra ocasión declaró al doctor Wesener:

Es cierto que no es sólo por mí misma que estoy aquí padeciendo. Usted no debe publicar nada respecto de mí antes de mi muerte. Lo que tengo, no lo tengo para mí ni como cosa mía: soy solamente un instrumento en las manos de Dios. Como ahora puedo trasladar mi pequeño crucifijo de un lado a otro, así debo someterme y agradar en todo a lo que Dios quiere hacer de mí y esto lo hago con alegría. Sé perfectamente por qué estoy aquí sufriendo, y aún en la noche pasada me fué enseñado esto. Siempre he pedido como gracia especial el poder sufrir y si fuese posible expiar por aquéllos que por error o debilidad se encontrasen en senderos equivocados. Como esta ciudad y el convento que aquí existía me han recibido a mí, pobre campesina, después que muchos otros me habían rechazado, así me he ofrecido especialmente en sacrificio por esta ciudad. He tenido el consuelo de que Dios recibiese mi plegaria y he alejado ya más de un mal de este lugar y espero poder ayudar todavía mucho más en adelante.

28. La bendición del sacerdote alivia sus dolores.

He orado fervorosamente para que Dios me perdone si por ventura he pedido alguna pena superior a mis fuerzas; pero que se cumpla en mí su divina voluntad.¡El Señor se compadezca de mí, por la sangre de su Hijo, y me dé su gracia para que pueda yo hacer algún bien en el mundo! Cuando sólo se me daba esta respuesta: "Es preciso que se consuma el fuego que has puesto sobre ti", ya no tenía esperanza alguna; al punto me

veía en un estado muy peligroso y encomendaba a Dios todo lo mío, que tenía que dejar en desorden

Cuando el párroco ponía sobre mí sus manos y hacía oración, me parecía sentirme penetrada de una dulce corriente luminosa; y cuando me dormía, me veía como un niño a quien mecen en su cuna. También me parecía que una luz reposaba sobre mí y que cuando el sacerdote apartaba la mano, la luz se retiraba de mí. Yo sentía consuelo y recobraba la esperanza. He aquí lo que pueden la mano y la oración del sacerdote.

Esta noche he padecido espantosos dolores en todo el cuerpo y sed abrasadora, pero no me he atrevido ni me atrevo aún a beber. Por último perdí el conocimiento y hoy, por la mañana, creía morirme, pues toda la noche la había pasado como en agonía. Quise decir en mi interior: "Jesús, María, José", pero ni siquiera eso podía decir. Entonces conocí y experimenté que el hombre no puede nada, que no puede pensar en Dios si Dios no le ayuda con su gracia y que el simple deseo de pensar en Él es también una gracia de Dios. Supe que vino el padre Niesing, pero yo no podía mover ningún miembro ni hablar. Sabía que traía consigo un libro, y conocí con esperanza que iba a rezar por mí. Cuando él comenzó a rezar, su compasión penetró en mi alma como calor, y volví en mí, y pude decir con profunda devoción los nombres de Jesús, María y José, y la vida me fué restituída como un don de la bendición sacerdotal.

29. Reconoce las reliquias que lleva el capellán Niesing.

No dejaba de admirarme que no se quemara, y casi me parecía cosa de risa que recorriera todo el camino sin ver lo que llevaba, ya que el relicario arrojaba llamas de colores como el arco iris. Al principio sólo veía el resplandor, pero cuando se acercó Niessing, percibí el relicario. El que lo llevaba pasó delante de mi habitación y atravesó la ciudad.

Esto no lo podía yo comprender; casi estaba turbada pensando que llevaría las reliquias a otra casa. Estas reliquias me dieron mucho que pensar; conocí que algunas de ellas eran muy antiguas; otras no tanto; habían sido sacadas de su lugar en tiempo de los anabaptistas.

30. Milagrosamente recibe una imagen de la Virgen.

Una noche, mientras estaba rezando a la Virgen, arrodillada delante de la mesita de mi celda, ví una mujer resplandeciente pasar a través de la puerta cerrada, avanzar hasta el lado menor

de la mesa e hincarse como para rezar. Tuve un momento de temor, pero a pesar de todo permanecí tranquilamente en oración. Entonces la aparición arrodillada puso delante de mí una pequeña imagen en escultura de la Madre de Dios, alta como una mano, de blancura deslumbrante; después ella dejó posar su mano abierta sobre la mesa por algunos momentos, por detrás de la imagen. Yo me retiré un poco atrás por timidez y la mano acercó a mí la pequeña imagen, a la que yo rendí homenaje en mi interior. La aparición se desvaneció, pero la imagen quedó. Representa una Madre de pie, teniendo al Niño en sus brazos; ella es de una belleza admirable y parece de marfil. La he llevado muchos tiempo conmigo con grande respeto; más tarde, por una inspiración interior, la he donado a un sacerdote extranjero, a quien le fué retirada la imagen en la hora de la muerte.

31. La flor maravillosa.

Recibí de María una flor maravillosa que se abría cuando era puesta en el agua. Cerrada, parecía un botón de rosa. Cuando estaba abierta desplegaba pequeños pétalos de variados colores, muy delicados, que estaban en relación con los diversos efectos espirituales que esa flor debía producir en mí. La flor tenía un perfume de una suavidad inexplicable. La puse en mi vaso y durante más de un mes yo bebía el agua en que había estado sumergida. Al fin me puse inquieta por querer saber a dónde podía yo llevar ese regalo saludable para que no fuese profanado; fuí advertida, entonces, en una visión, que debía hacer componer una nueva corona a la imagen de la Madre de Dios, que estaba en la iglesia del convento, y colocar en ella esa pequeña flor. Cuando le hablé de esto a la superiora y al confesor, me exigieron que yo ahorrase mi dinero y que esperase antes de poner en práctica mi proyecto. Pero me fué mandado otra vez no esperar más tiempo; por esto mi confesor dió el permiso pedido. Hice preparar la corona en el convento de las Clarisas de Münster y le agregué mi flor. Como las hermanas no estuvieron bastante atentas por tener en buen estado el adorno de la estatua de María, yo no dejaba de mirar la corona. He visto a la pequeña flor allí hasta la supresión del convento; después desapareció y me fué mostrado en visión que fué llevada a otro lugar.

32. Recibe un frasco lleno de bálsamo.

Recuerdo que recibí de mi guía un frasco lleno de bálsamo. Era un licor blanquecino, semejante a un aceite espeso. Me servi

de él en una grave herida que me hizo un canasto lleno de ropa blanca mojada que cayó sobre mí y pude también curar con ese bálsamo a otros pobres enfermos. El frasco tenía forma de pera con cuello delgado y alargado; su tamaño era como el de una botellita o pomo de perfumes. Era de una materia muy transparente y lo tuve mucho tiempo en mi armario.

En otra época recibí también pequeñas porciones de un alimento muy dulce al paladar, del cual comí por bastante tiempo y del cual daba a los pobres para curarlos. Habiendo hallado esto en mi poder, la superiora me dió una reprensión, pues yo no pude decir de dónde lo había recibido.

33. Satanás se aparece fingiéndose ángel.

Padecía tan agudos dolores en las llagas que me ví precisada a gritar en alta voz, porque ya no podía soportarlos. La sangre se dirigía violentamente hacia las llagas como impulsada de un modo intermitente. De pronto se me apareció Satanás fingiéndose ángel de luz, y acercándose me dijo: "Traspasaré tus llagas y mañana estarán curadas; ya no volverán a dolerte ni te atormentarán más". Al punto le conocí y le dije: "Vete, que no me haces falta. Tú no me has causado estas llagas; nada quiero contigo". Entonces saltó y se arrojó como un perro debajo de un armario. Después de un rato volvió y me dijo: "No creas que, porque te figuras que vas siempre con Jesús, estás siempre con Él. Todo esto procede de mí. Yo soy el que te muestro todas las cosas que tú ves; también yo tengo mi reino". Siempre le ahuyenté con mis respuestas.

Ya era muy tarde cuando volvió otra vez y me dijo con toda claridad: "¿Por qué te atormentas sin saber cómo ni cuándo? Todo lo que tienes y ves, procede de mí. A pesar de todo, yo tomaré posesión de ti. Luego, ¿por qué quieres atormentarte de este modo?" Yo le respondí: "¡Apártate de mí! ¡Quiero ser de Jesús! Quiero amarle a Él, y maldecirte a ti, y padecer penas y dolores, según su voluntad". Mi angustia era tanta que pedí al confesor que me bendijera. Entonces huyó el enemigo.

Esta mañana, estaba yo diciendo el Credo, cuando se me apareció Satanás y me dijo: "¿De qué te sirve rezar el Credo?... No entiendes palabra de él; pero yo te lo explicaré y lo comprenderás y lo sabrás". Yo le dije: "No quiero saber, sino creer". Entre tanto me temblaban los brazos y las piernas. Por último desapareció.

34. Su divino Esposo le manda dar camas a los pobres. *(21 de Diciembre de 1819)*

Esta noche sentí mucho frío y me acordé de los pobres que se hielan de frío. Ví a mi Esposo que me dijo: "Tú no tienes verdadera confianza en mí. ¿He permitido yo que te hieles de frío? ¿No te he dado todo lo que necesitas? ¿Por qué no das a los pobres las camas que hay allí sobrantes? Cuando tú las necesites yo te las daré".

Me avergoncé y me propuse darles las camas que no hacían falta, a pesar de la oposición de mi hermana. Cuando los parientes quisieren venir a visitarme, podrán dormir sobre un jergón, y si no les parece bien, que se queden en sus casas.

35. Satanás la atormenta y se ayuda con la estola del confesor. *(2 de julio de 1821)*

He pasado una noche espantosa. He visto acercarse a mi lecho un gato negro y saltar a mis manos. Le así por las patas y lo eché de la cama, queriendo matarlo, pero se me escapó y huyó. Estaba despierta viendo todo lo que sucedía en torno mío.

Vi a la niña (*) dormida e intranquila y temí que viera mi lastimoso estado. Toda la noche hasta las tres de la mañana siguió maltratándome el enemigo bajo la figura de un no sé qué de negro y espantoso. Me dió golpes y me arrojó fuera del lecho, de manera que tocaba yo con las manos el suelo. Me arrojó hacia adelante con las almohadas y me oprimió con mucha violencia. Todo esto y el haberme levantado en alto, me causó indecible angustia. Yo veía con toda claridad que aquello no era sueño y sabía todo lo que hacía. Tomé las reliquias y la cruz, pero no sentí ningún auxilio.

Rogué al Señor y a todos los santos me dijeran si por ventura pesaba sobre mí algún pecado o si poseía injustamente alguna cosa; pero no obtuve respuesta. Conjuré al enemigo, en nombre de todos los santos, que me dijera qué derecho tenía sobre mí. Nada me respondió y siguió atormentándome. Asíame de la nuca o ponía sobre mis espaldas sus garras frías como la nieve. Por último, habiendo podido llegar, arrastrándome sobre el suelo, hasta el armario que está a los pies de la cama, tomé la estola del confesor que estaba allí guardada y me la puse al cuello. Entonces dejó de tocarme y aún me dió respuesta, hablándome con tal seguridad y astucia que me admiró de tal modo que uno podría creer que tenía razón. Reprendióme como si

(*) Se refiere a su sobrina.

yo hubiera echado a perder muchas cosas y le hubiera causado muchos daños y como si tuviera él los mayores derechos. Habiendo preguntado yo al Señor si tenía en mi poder injustamente alguna cosa, el mismo enemigo me respondió diciendo: "Tienes ciertamente algo que es mío". Yo le repliqué: "Sí, tengo de ti el pecado, que contigo sea maldito. Pero Jesucristo ha satisfecho por él. Toma, pues, tu pecado y consérvalo y vete con él a los infiernos".

No puedo decir lo mucho que sufrí entonces.

36. El "lignum crucis" la alivia.

Dícele a su confesor, el cuál le mostraba una reliquia de la Santa Cruz y de la lanza:

Tambien yo la poseo *(reliquia de la Cruz):* la tengo en mi corazón, sobre mi pecho. Tengo otra reliquia de la lanza. En la cruz estaba el Cuerpo y en el Cuerpo la lanza. ¿A cuál de las dos amaré más? La cruz fué el instrumento de la Redención; la lanza ha abierto una espaciosa puerta al amor. La partícula de la cruz mitiga mis dolores y hasta me los quita. Muchas veces, al ver que el *lignum crucis* dulcificaba tanto mis dolores, decía yo al Señor confiadamente: "¡Oh, si el padecer en esta Cruz te hubiera sido tan dulce, esta partecita de ella no me dulcificaría tanto!"

37. La sangre de sus propias llagas.
(11 de julio de 1821)

Al ver la página de un libro manchada en sangre:

¿Qué florecilla tan delicada es esta blanca y roja que viene del libro a la palma de mi mano? Tocó en las llagas de Jesús.

38. Una medalla de San Benito.

También ha sido bendecido el terciopelo. Esta es una medalla de San Benito bendecida; está consagrada con una bendición que San Benito dejó a su Orden y que se funda en el milagro que hizo el santo cuando quisieron envenenarle algunos monjes San Benito hizo la señal de la cruz sobre la copa que contenía el veneno y la copa se hizo pedazos. Tiene virtud contra la peste, el veneno, las artes mágicas y las tentaciones del demonio. El terciopelo rojo en que está cosida reposó en el sepulcro de Wilibaldo y de Valburga y procede del lugar de donde mana el óleo de Santa Valburga. La medalla está consagrada en aquel convento.

39. Multiplicación de monedas.

Un día el Vizconde de Galen me obligó a recibir dos piezas de oro que yo debía repartir a los pobres en su nombre. Las hice cambiar en monedas pequeñas y con el producto de ellas mandé hacer vestidos y calzados, que luego distribuí. Hubo una maravillosa bendición de Dios sobre esas monedas, pues todas las veces que las distribuía en partes, volvía a encontrar las dos piezas de oro en mi bolsillo y así las hacía cambiar de nuevo. Esto duró más de un año y con ese dinero socorrí a muchos pobres. Esta gracia tuvo fin cuando a consecuencia de una enfermedad quedé por dos meses sin poder hacer movimientos y la mayor parte del tiempo sin conocimiento. Como todas *(las hermanas)* se apoderaban de mis cosas, Dios retiró de mí lo que podía haber sido motivo de escándalo.

40. Declara la virtud que surge de varios objetos sagrados.
(17 de agosto de 1821)

San José y San Antonio han estado conmigo, y San Antonio me ha puesto la cruz *(se le había perdido el lignum crucis)* en mi propia mano. Nunca he visto lucir ninguna imagen milagrosa; pero sí he visto enfrente de ella un sol luminoso, del que recibía rayos que luego reflejaba sobre los que hacían oración. A la cruz del camino de Koesfeld nunca la he visto brillar, pero sí a la partícula del *lignum crucis* que se hallaba dentro de ella; y he visto que los rayos que de ella salían pasaban a través de la cruz y descendían sobre los que oraban.

Esto es cosa buena *(un Agnus Dei que le regalaron)*. Ha sido tocado por la virtud, está consagrado; pero aquí, en las reliquias, poseo yo la virtud misma. La bendición brilla *(habla de una cruz bendecida)* como una estrella; honrémosla, pues. Pero los dedos del sacerdote *(dirigiéndose al confesor)* son todavía cosa mejor. Esta cruz puede ser destruída, pero la consagración sacerdotal es indeleble, eterna; no hay muerte ni infierno que puedan borrarla. En el cielo, en cambio, será visible y más señalada. Procede de Jesús, que nos ha redimido.

Está bendecida *(se refiere a una imagen)*. Conservadla cuidadosamente, y no la tengáis entre objetos no santos. Al que honra a la Madre de Dios, ella le honra también, intercediendo por él delante de su Hijo divino. En las tentaciones es muy bueno ponerse estas cosas sobre el pecho; guardadla, pues, cuidadosamente. ¡Ah, es la imagen de la Virgen! Esta imagen ha sido tocada en una imagen milagrosa.

41. Su única Madre.

Era yo niña y me hallaba en casa mortalmente enferma. Estaba enteramente sola; mi padre y mi madre habían salido; pero vinieron muchos niños de la vecindad, hijos del alcalde, y toda clase de niños, que me asistían y se mostraban buenos y cariñosos conmigo. Cortaron ramos verdes pues era el mes de mayo y los clavaron en el suelo del jardín formando una choza con muchos ramajes y me recostaron en ella. Venían y me traían juguetes tan bellos como nunca los había visto: muñecas, pesebritos, instrumentos de cocina, animales, angelitos. Con todos ellos jugaba hasta por la mañana. A veces creo que estas cosas preciosas deben estar allí todavía. Hoy, después del mediodía, he llorado aún mucho y una vez estreché fuertemente contra mi corazón a la Madre de Dios repitiendo esta invocación: "¡Tú eres mi Madre, mi única Madre!" Con esto recibí mucho consuelo.

42. Visión consoladora.

Vi una multitud de hombres acercarse a una gran pradera hacia donde yo miraba. Uno de ellos descollaba sobre todos los demás. Habría allí como un centenar. Y dije para mí: "¿No es éste el lugar donde el Señor dió de comer a miles de personas?" Y vino a mí el Señor con todos los discípulos y le ví escoger los doce de entre la multitud. Vi que fijaba los ojos, ya en uno, ya en otro y los conocí a todos: a los ancianos y a los robustos jóvenes. Vi que los enviaba en todas direcciones, en medio de los pueblos y los seguía con la mirada. Y como yo me preguntara interiormente a mí misma: "¿Qué podrán hacer éstos entre tanta multitud?", el Señor me dijo: "Su voz suena muy lejos. También ahora son enviados muchos. Quienes quiera que sean, hombres o mujeres, pueden hacer esto. La salud que aquellos doce trajeron, la traen también ahora éstos a quienes envío, aunque sean ignorados y despreciados". Conocí que esta visión debía servirme de consuelo.

43. Otra visión consoladora.

Me hallaba en la casa paterna y me parecía como si fuera a desposarme. Las almas por quienes había hecho oración venían y me traían toda suerte de regalos, que colocaban en la carroza nupcial. La casa nupcial era la escuela adonde había ido yo cuando niña; ahora parecía mucho más grande y hermosa. Dos santas religiosas ancianas eran las doncellas que me acompañaban. Luego llegó el Esposo en una carroza. Entre tanto yo decía en mi interior: "Ahora vengo por tercera vez a esta es-

cuela. La primera vez vine siendo niña y en el camino se me aparecía la Madre de Dios con el Niño y me decían que aprendiera mucho, que Él sería mi Esposo. La segunda vez, cuando entré en el convento y aquí en la casa de esta escuela se celebró mi desposorio, en una visión. Ahora vengo por tercera vez a celebrar las bodas". Todo era magnificencia y la casa estaba llena de frutos. La casa y el jardín estaban elevados sobre la tierra y desde arriba yo veía a la tierra, oscura y desierta.

44. Habla de Clemente Brentano.

Un día le dijo Ana Catalina al poeta Clemente Brentano mientras le confiaba sus visiones:

Muchas veces me admiro de poder hablarle a usted en confianza y decirle muchas cosas de las cuales no acostumbro hablar a nadie en presencia de otros. En el primer momento ya le conocía, pues le había visto antes que viniera. Con frecuencia se me ha presentado en mis visiones un hombre de rostro moreno, que parecía estar escribiendo junto a mí; y así cuando usted entró por primera vez en mi habitación, me dije a mí misma: "Este es aquel hombre".

INDICE

	Pág.	Libro
PRÓLOGO	9	
ESTUDIO CRÍTICO	11	1
JUICIOS AUTORIZADOS	77	
VIDA DE ANA CATALINA EMMERICK	115	

Primera parte

AUTOBIOGRAFIA

Capítulo	I.	- Su infancia, sus dones extraordinarios	155
	II.	- Su vocación, sus estigmas, sus pruebas	189

Segunda parte

VISIONES GENERALES

Capítulo	I.	- Visiones de sí misma	225	—
„	II.	- Visiones de sus amigos y enemigos	241	
„	III.	- Visiones de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento	281	2
„	IV.	- Visiones de la Misa	299	
„	V.	- Visiones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante	305	
„	VI.	- Visiones de la Navidad	325	
„	VII.	- Visiones de los ángeles y de los espíritus planetarios	351	
„	VIII.	- Visiones del Cielo y del Limbo	359	
„	IX.	- Visiones de la oración	365	
„	X.	- Visiones de trabajos en la viña del Señor	385	
„	XI.	- Visiones del Papa y de la Iglesia Romana	401	
„	XII.	- Visiones de las iglesias cismáticas y heréticas	429	—
„	XIII.	- Visiones del racionalismo y del laicismo	451	
„	XIV.	- Visiones del magnetismo	459	3
„	XV.	- Visiones de pecados y conversiones	467	
„	XVI.	- Visiones de los premios de la vida futura	479	
„	XVII.	- Visiones del Purgatorio	491	
„	XVIII.	- Visiones del Infierno	529	
„	XIX.	- Visiones de la Redención	533	
„	XX.	- Visiones del poder sacerdotal	539	
„	XXI.	- Visiones de viajes a diversos países	545	
„	XXII.	- Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia	571	
„	XXIII.	- Visiones del Monte de los Profetas	583	
„	XXIV.	- Visiones del Paraíso terrenal	595	
„	XXV.	- Visiones del Anticristo y del triunfo de la Iglesia	605	
„	XXVI.	- Visiones diversas	625	

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. JOSÉ FUCHS, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
DANIEL GARCÍA - MANSILLA

Estudio crítico por
JUAN CARLOS MORENO

TOMO PRIMERO
LIBRO II

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

SEGUNDA PARTE

VISIONES GENERALES

Capítulo I

VISIONES DE SI MISMA

INTRODUCCION

Ana Catalina poseía el don excelso de discernir las reliquias verdaderas y falsas. Al tiempo que tomaba entre sus dedos un hueso, inmediatamente gozaba de la visión de la imagen y tenía el conocimiento intelectual de la vida y de la obra del santo al que pertenecía.

En cierta ocasión Clemente Brentano puso en sus manos una costra de las llagas de la propia estigmatizada. En posesión de su propia reliquia, Ana Catalina tiene una serie de visiones conmovedoras de sí misma, que relata como si se refiriesen a otra persona. De este modo se conocieron muchos espectos de su vida y de su condición como víctima expiatoria, que tal vez nunca hubiera contado voluntariamente, por humildad.

1. Visión de su propia persona.
(15 de Diciembre de 1819)

El Peregrino pone sobre su pecho una reliquia de San Ludgero y junto a ella unas costras de los estigmas de Ana Catalina. La vidente, en estado extático, exclama conmovida:

¡Oh qué buen Pastor! Ha venido atravesando el ancho mar Su cuerpo descansa en una antigua iglesia de mi país. Es el mismo a quien ayer han quitado un dedo.

Pero hay aquí además otra persona a la que hace tiempo que no he visto. Es cosa rara; aquí hay algo oscuro a mis ojos. Tiene estigmas, es agustina. Viste un traje como el mío de hace algún tiempo, medio de religiosa. Es cosa curiosa; debo vivir todavía; debe vivir en alguna casucha. Esto es oscuro. ¡Cuánto padece esta persona! En verdad que puedo tomar ejemplo; todos mis dolores son nada en comparación con los suyos. Sin embargo, es cosa notable, está tan contenta que nadie se imagina lo que padece. Parece que ni siquiera ella lo sabe. Veo a su lado tantos pobres, tantos niños... Me parece que los conozco a todos. A esta persona parece que la han escondido a mis ojos. Mis amigos y conocidos creo que también la conocen. ¡Pobre corazón el suyo,

circundado de una corona de espinas! ¡Qué extraños los que la rodean! ¡Cuántos están mirándola y acechándola! ¡Cuánto tiene que padecer aún por casos que ocurren lejos de ella! ¡Y qué serena y alegre está, saltando como un corzo! Aquí puedo tomar ejemplo: en esto veo cuán miserable soy!

2. Se admira de sus propios dolores.

Esta noche he tenido una visión admirable; todavía no puedo darme cuenta del todo. Aquí debe haber alguna persona oculta, cuyas circunstancias son iguales a las mías. Ha tenido estigmas durante algún tiempo. He visto, durante esta noche, todo el curso de sus padecimientos. Debe haber estado en nuestro convento. Todas las monjas, menos yo misma, se hallaban en torno de ella. Padecía espantosos tormentos sin que nadie supiese algo de ello; sin embargo, estaba siempre alegre. No puedo darme cuenta de cómo sucedía todo esto. Yo nunca he padecido tanto ni recibido tantas gracias como ella. Vergüenza me causa considerar mi flaqueza. Quizás haya estado esa persona en el convento antes que yo; pero sus circunstancias eran tan semejantes a las mías que es cosa singular. No dejo de cavilar pensando quién podrá ser.

He aquí que veo a esta persona pobre y enferma en miserable estado. El párroco de Haltern debe conocerla. Ella yace frente a mí y está mucho más enferma que yo; pero es paciente. Está en grave peligro, aunque el párroco le ha ayudado mucho. No puedo mirar sus dolores por más tiempo, puesto que me enfermo más. Quisiera rezar por ella. Ella me debe servir para humillarme, pues es mucho mejor que yo, está más enferma y es más paciente.

3. Ve otras circunstancias de su vida.

Ví a esa persona como religiosa; después tuvo que salir del convento; luego la ví postrada en el lecho. También la había visto antes de entrar en el convento. En el convento la ví padecer indecibles dolores secretos desde el principio de su noviciado. Ví su corazón cercado de rosas que luego se convirtieron en espinas y ví que estas espinas la traspasaban enteramente; en su pecho penetraban multitud de dardos y agudas puntas. Las otras monjas que estaban con ella y las que se hallaban lejos de ella, la odiaban, la tenían por sospechosa y la calumniaban. Todos estos pensamientos de las religiosas, aunque no se ponían por obra, eran como agudas flechas que le disparaban: en todo su cuerpo no había ni un solo punto sano. Ví que aún las acciones

ejecutadas lejos de ella penetraban verdaderamente en su cuerpo a manera de dardos. Una vez ví completamente desgarrado su corazón. Entre tanto, siempre estaba alegre y era benigna con todos como si no supiera lo que le pasaba; realmente parecía que lo ignoraba. Me inspiró tan viva compasión, que sentí en mí todos sus dolores. Toda su alma la veía yo transparente y cuando le sobrevenía un nuevo dolor, veía en ella rayos rojos encendidos y manchas, sobre todo en su pecho y en su corazón. En su cabeza ví siempre una corona de espinas de tres clases diferentes: unas tenían flores blancas con estambres amarillos; otras, anchas hojas y flores también blancas, y las otras, como rosas en capullo. A veces se oprimía la corona contra la cabeza y entonces veía yo penetrar las espinas en ella.

4. Su vida de expiaciones alegrada con apariciones de Jesús y María.

La ví ir de un lugar a otro en el convento y trabajar, y ví que los pájaros se posaban familiarmente sobre ella. Muchas veces se quedaba inmóvil; entonces veía algunas veces un hombre, que la levantaba y la conducía a su celda, la cual nunca se me representó con claridad. Siempre había al lado de ella un espíritu que la ayudaba. Ví al demonio dando vueltas en torno suyo y enfurecerse y asaltarla personalmente y alborotar en la celda. Sus pensamientos estaban siempre en lugar distinto de donde estaba su cuerpo. La ví muchas veces en la iglesia, ante el Santísimo, y al mismo tiempo arriba, en su celda, o en la cocina, o en otros lugares. Una vez la golpearon los malos espíritus. Con mucha frecuencia se veía rodeada de numerosos santos.

La ví tener mucho tiempo en sus brazos al Niño Jesús. La ví en medio de todas las monjas y el Niño Jesús a su lado. Ví que una vez estando ella a la mesa todas le dirigían palabras punzantes y que entretanto estaba ella allí con numerosa cohorte de bienaventurados. Aunque estaba muy enferma, hacía hostias y un espíritu la ayudaba. La ví enferma y abandonada y que dos almas de religiosas le hacían la cama y la conducían de un lugar a otro. Muchas veces estuvo a punto de morir: parecía su muerte inevitable; las medicinas naturales no le servían. Aparecíasele ya una Señora hermosa y resplandeciente, ya un apuesto mancebo, como acostumbra a mostrarse mi Esposo, y le llevaban medicinas en frascos, plantas o manjares y los ponían detrás de la cabecera de su lecho, en una tablita que había allí oculta.

Una vez, estando en oración junto a la mesa, recibió de una de esas piadosas apariciones una imagen de la Madre de Dios. Un joven, que flotaba en el aire a su derecha, le dió un corazón, donde había una imagen de la Virgen. Ví a este celestial Esposo llegarse a ella y darle un anillo con una piedra preciosa y la imagen de María grabada en ella y ponerle aquel anillo en el dedo y al cabo de algún tiempo volver y llevarse la joya. Ví que muchas veces venían los espíritus, estando ella enferma, y ponían sobre su pecho toda clase de dones y que luego se los llevaban cuando había sanado. Ví que muchas veces, hallándose en peligro de muerte, fué milagrosamente asistida. Una vez se hallaba en lo alto de un desván, subiendo una canasta de ropa blanca recién lavada; abajo había otra monja que tiraba de la cuerda para elevar la canasta. Ya estaba la cesta de ropa casi en lo alto, cuando la que estaba arriba intentó tomar la canasta con una mano mientras sujetaba la cuerda con la otra. En aquel momento el demonio hizo ruido en el patio y la monja que estaba abajo se volvió para ver lo que sucedía y soltó la cuerda. Aquélla fué arrastrada violentamente; pero alguien sujetó la cuerda y así, gracias a la protección divina, se quedó en lo alto juntamente con la canasta de ropa, librándose de una caída mortal. Pero se lastimó y tuvo que pasar grandes dolores. Ví que fué socorrida de muchos y admirables modos por el Angel de la Guarda en peligros de cuerpo y alma, pues muchas veces estuvo casi a punto de perder la paciencia a causa del íntimo dolor que sentía viéndose perseguida. Ví después que dos personas la sacaron del convento, mortalmente enferma, y que no hubieran podido sacarla viva si no la hubiesen ayudado otros seres más poderosos.

5. Otras maravillas de su propia existencia.

Fuera del convento la ví con el mismo traje que ahora tengo yo. También la ví padecer aquí los mismos dolores interiores y recibir las mismas gracias. Muchas veces la ví enteramente abandonada y gravemente enferma.

También aquí la ví una vez en dos lugares al mismo tiempo, en el lecho y andando por la habitación, mientras que varias personas estaban a la puerta observándola. La ví en el lecho muy enferma, inmóvil y con los brazos en cruz. Tenía el rostro encendido como una rosa, cuando descendió a la derecha de su cama una cruz resplandeciente que oscilaba en el aire. En esta cruz estaba el Salvador; de las llagas de sus manos y de sus pies

salían rayos rojos que iban a las manos y a los pies de esta persona, y del costado del Señor al costado de ella. De cada llaga del Salvador salían tres rayos como hilos delgados que se juntaban abajo, formando un dardo en el punto donde tocaban el cuerpo de ella. Los rayos que salían de la llaga del costado de Jesús eran más anchos, estaban más separados entre sí y acababan en forma de lanza. En el momento de tocar estos rayos el cuerpo de la enferma, ví que brotaban gotas de sangre de sus manos y de sus pies y del costado derecho. Ví que todo esto se supo y que comenzó a hablarse del caso en la ciudad y que después se ocultó y se guardó secreto. Ví que el confesor, del todo fiel, pero siempre tímido y desconfiado, la puso incesantemente a prueba. Vino a examinarla una comisión muy severa y rigurosa y tuve la alegría de ver que pronto se convencieron todos de la verdad. También la vigilaron otros de la ciudad y, como siempre, fué protegida por seres sobrenaturales. El Angel Custodio estaba siempre con ella.

Más tarde ví a su lado a un hombre que escribía privadamente. Este hombre no era sacerdote.

6. Ve las investigaciones de sus estigmas.

La ví sometida de nuevo a una investigación que comenzó muy cortésmente; pero en el fondo sólo se veía por doquiera al demonio. La ví en frecuentes peligros de muerte y curada por medio de apariciones. Víla engañada y maltratada de todas maneras, por lo cual su corazón estaba destrozado, aunque parecía exteriormente tan alegre. En medio de todos sus tormentos turbábala y molestábala continuamente su hermana (*), en la cual advertí una malicia y perversidad inconcebibles. Sentí mucha compasión de la enferma y me admiré de que todo lo soportase con tanta paz y resignación. Todos sus dolores los sentía yo en mi corazón. De buen grado le hubiera preguntado cómo se conducía de aquella manera. Preguntéle a mi guía si podía interrogarla y hablarle confiadamente y él me dijo que sí. Entonces le pregunté cómo se las había para padecer y sufrir, con tanta paz, todos aquellos males; pero ella no me respondió más palabras que éstas: "Como tú"; lo cual me admiró mucho.

(*) Su hermana menor Gertrudis fué llamada para asistir a la vidente. De esta joven dice el Peregrino: "La hermana era uno de los mayores tormentos de Ana Catalina, que la sufría con paciencia; era muy corta, sin talento, sin afabilidad, colérica y caprichosa; no presta ni los servicios más urgentes a su paciente hermana". Durante seis años toleró Ana Catalina a Gertrudis, quién sólo después de su muerte cambió de carácter.

7. Ve diversos episodios de su juventud.

Ví después que aquella persona vivió en casa de una costurera muy buena y rigurosa. Ví que una vez se quitó en la calle una prenda de su vestido para dársela a una pobre. Ví que el demonio la acechaba; pero no se llegó a ella, sino que le envió instrumentos suyos para que la tentaran. Uno de ellos fué un hombre casado que la seguía, pero ella no quiso ni siquiera oírle. Tres veces ví al demonio poner acechanzas a su vida. Dos veces quiso echarla debajo de un tablado, adonde subió por una escalera para dormir. Estaba allí levantada para hacer oración cuando ví que una negra y abominable sombra la empujaba hacia la orilla, pero el Angel de la Guarda la salvó. Otra vez, camino del *Vía crucis*, cerca de un foso por donde muy pocas personas pasaban, ví que quiso echarla al fondo en un lugar que se llama la ciudadela, pero también la libró de aquel peligro el Angel Custodio. Durante este tiempo la ví conversar frecuentemente con su celestial Esposo y desposarse una vez con Él. No sé si en esta visión hubo cambio de anillos. Ví que estas pláticas eran sencillas y como infantiles.

Hallábase ella orando en la iglesia de los Jesuitas, a eso del medio día. También estaba allí la joven Söntgen. Estaba enteramente arrobada y al mismo tiempo encendida en deseos. Un mancebo resplandeciente, su celestial Esposo, salió del Sacramento y descendió del altar. Tenía en la mano una corona de flores y otra de espinas; ella tomó la de espinas. El Esposo se la puso en la cabeza y se la oprimió contra ella, causándole vivísimos y penetrantes dolores. Entre tanto el sacristán hacía tiempo que estaba haciendo ruido con las llaves de la iglesia. La joven Söntgen parecía haber notado algo en su estado, pero le era enteramente desconocida su significación. De la sangre no supo aquélla nada hasta que sus compañeras le dijeron que tenía manchas en la venda que llevaba en la cabeza. Sin embargo, el que estas manchas procedían de sangre lo mantuvo oculto hasta que entró en el convento y allí sólo una persona tuvo noticia de la verdad. Víla también en casa de Söntgen; daba todo cuanto poseía. Estableció la paz en aquella casa, lo cual le causaba mucha alegría.

La vi trabajar en el campo y crecer extraordinariamente en el anhelo de entrar en el convento y enfermar gravemente y por último decidirse a entrar en religión. Volvió a su casa enferma, vomitando siempre, y tan afligida, que su madre le preguntó la causa de aquel estado. Ella le dijo que quería

entrar en el convento. La madre se disgustó (*) mucho y le preguntó de qué modo esperaba lograr su deseo, si no tenía bienes y además estaba enferma. Díjoselo a su marido y ambos la reprendieron severamente. Ella respondió que Dios podía ayudarla. Estaba muy enferma y tuvo que guardar cama. Era hacia el medio día. La madre estaba sola en la casa; el sol entraba por la ventana. Vi que ella estaba durmiendo y que un hombre y dos religiosas, radiantes de luz, entraron en la habitación y se acercaron a su lecho. Llevaban un voluminoso libro de pergamino, escrito en letras rojas y doradas, con la imagen de un hombre en la portada y otras pinturas semejantes en el interior; la encuadernación era amarilla, sin broches. Diéronle ese libro diciéndole que cuando lo hubiese estudiado, sabría todo lo que debe saber una religiosa. Ella respondió que lo leería gustosa y lo tomó y se lo puso sobre sus rodillas. Estaba en latín, pero ella lo entendía todo y lo leyó con mucha diligencia. Vi que llevó consigo este libro al convento y que aún allí siguió leyéndolo Luego la vi en otro lugar y vi que el padre espiritual la halló muchas veces en oración, rígida y sin movimiento. Vi que se le apareció el Señor el día de San Agustín y le hizo una cruz en el estómago, y que ella recibió de sus manos una cruz que se la puso sobre el pecho y luego se la devolvió al Señor. Aquella cruz era blanca y blanda como la cera. Después estuvo mortalmente enferma hasta casi la Pascua de Navidad y le fueron administrados los Sacramentos. Se durmió y soñó que veía a María en Belén sentada al pie de un árbol. Habló con ella y le dijo su ardiente deseo de morir y quedarse allí con ella. Después despertó; vi la cruz acercarse a ella y vi que ella recibió los estigmas. Volví a verla luego cuando se hizo el examen inquisitorial y ví que había adelantado mucho en la lectura del libro. Después la ví en esta casa y en la de Mersmann. Vi los peligros de muerte que corrió y los socorros celestiales que recibió. Vi, por último, lo futuro y la inquisición eclesiástica.

8. Con ocasión de la vida de Santa Ludgarda ve otros episodios de su niñez.

He visto entonces una serie de visiones de la vida de una persona que, según he sabido luego, soy yo misma. Con frecuencia veía estas representaciones enfrente de las que se referían a Santa Ludgarda y pude así considerar la semejanza de gracias

(*) El padre y la madre, aunque piadosos, compartían el error, común entre cristianos, de oponerse a la vocación de sus hijos al estado religioso. Más tarde reconocieron su error.

divinas y el modo de recibirlas de cada una de ellas. Ví a esta persona perseguida por el demonio desde niña. Ví a esta niña orar en el campo en diferentes lugares donde sentía que pesaba alguna maldición o la influencia del demonio. Ví que el demonio bramaba en torno de ella y la golpeaba y arrastraba por el suelo; que ella se apartaba por de pronto de aquel lugar, pero luego cobraba ánimo y volvía con fe firme y confianza sencilla y decía al demonio: "Miserable, no podrás lanzarme de aquí. Sobre mí nada puedes y nada podrás en adelante sobre este lugar". Y se arrodillaba allí mismo, seguía orando fervorosamente y el demonio huía. Ví que no pudiendo inducir a la molicie a aquella niña, intentó debilitarla con castigos excesivos a fin de que muriera; pero ella, a pesar de las astucias del demonio, redobló sus esfuerzos.

Una vez se hallaba sola en su casa, cuya custodia le había encomendado su madre. El demonio le envió una vecina vieja que le dijo, con intención no buena, que fuera a su huerto y sacara peras maduras antes que su madre viniera. Fué la niña corriendo. Había entre la paja un arado oculto y se dió con él tan fuerte golpe en el pecho que quedó en el suelo sin sentido. Ví que cuando volvió la madre, la halló en ese estado y la hizo volver en sí con fuertes sacudidas. La niña sintió el golpe por mucho tiempo.

9. Las constantes asechanzas de Satanás.

Ví a Satanás engañar a la madre y extraviar su juicio de tal modo que durante algún tiempo pensó mal de su hija y la castigó muchas veces sin culpa y la apartó de sí. Pero la niña lo soportaba todo con paciencia y se lo ofrecía a Dios, con lo cual quedaba vencido el demonio. Una vez que estaba la niña orando en el campo de noche, el demonio indujo a un joven para que la turbara y molestara; pero ella lo lanzó de allí y continuó en su oración. Ví al demonio derribarla de espaldas desde lo alto de una escalera, pero el Angel la contuvo. Una vez iba por una senda muy estrecha junto a una profunda zanja llena de agua, por no pisar las mieses, y el demonio la empujó en el foso; pero no pudo hacerle daño alguno. Otra vez el demonio la echó al agua en cierto lugar donde había tanta como la altura de dos hombres y la empujó tres veces hacia el fondo, pero el Angel de la Guarda la sacó siempre afuera y a flote. Ví que el demonio, cuando a la hora de acostarse subía la niña a la cama, rezando sus oraciones, con manos frías como la nieve la agarraba por las piernas y la derribaba. De esto me acuerdo

muy bien. La niña no decía nada de lo que le sucedía y redoblaba sus oraciones y triunfaba del enemigo. Ví que siempre estaba acompañada de las almas del Purgatorio, a las cuales veía. Oraba con fervor por ellas, pero el demonio no la dejaba en paz.

Siendo ya de más edad la asaltó un joven, instigado por el demonio; pero vinieron dos ángeles y la libraron de él. Ví que estando en oración, en el cementerio de Koesfeld, el demonio la echó al suelo y la arrastró; luego, camino a su casa, la arrojó en una zanja que servía para macerar las pieles. Ví todos los asaltos y persecuciones que padeció en el convento y que el demonio la derribó desde lo alto de un desván, quedándose ella colgada maravillosamente de las manos. Nunca ví que el demonio pudiera suscitar en ella movimiento alguno carnal, ni que siquiera lo intentara.

Ví todo el proceso de la investigación que se hizo respecto de su vida y a Satanás muy interesado en aquel negocio. No podría comprender que ella lo hubiera soportado, si no la hubiese visto siempre asistida de los ángeles y de los santos.

10. Entre la vida y la muerte.

Despojada ya de la venda misteriosa que la hacía creerse otra persona, a partir de aquí Ana Catalina habla ya conscientemente.

Vivo sólo por la misericordia de Dios. Esta noche he visto dos coros de santos y de ángeles sobre mí. Ponían flores, frutos y letras sobre mí; parecía que unos querían que yo muriera y otros que yo viviera aún. Yo creía que ya me había de morir. Yo ya no estaba en mi cuerpo. Le ví yacer, mientras que yo era salvada nuevamente y me circundaban los santos. Unos pedían mi vida, otros deseaban mi muerte y me daban oraciones y méritos. Cierto santo me mostró a un hombre que estaba agonizando en Munster y me dijo que me arrodillara y rogara por él, pues se hallaba en muy mala disposición. Dí al moribundo las oraciones que los santos me habían dado a mí, y como no sabía si mi confesor me permitiría orar de rodillas, pues me lo había prohibido muchas veces el día anterior, envié a aquel santo para que se lo preguntara. Cuando volvió con la licencia, me arrodillé y oré. Ví que llegó un sacerdote al lado del moribundo.

11. Asaltos del demonio.

(17 de Febrero de 1821)

He pasado una noche espantosa. Tres veces me ha asaltado el demonio, maltratándome duramente. Del lado izquierdo de

la cama salía una figura oscura, furiosa, que caía sobre mí, profiriendo terribles amenazas. Yo la rechacé y oré, pero él me golpeó y me lanzó de un lado al otro. Sus golpes eran ardientes y de fuego. Finalmente se fué. Yo pedí y clamé a Dios que me socorriese. Luego volvió y me arrastró de nuevo. Vencile otra vez, pidiendo socorro al cielo; pero me quedé temblando y muy afligida. Por último volvió hacia la madrugada y me maltrató; parecía que me iba a despedazar todos los miembros, que crujían cuando él los apretaba. Tenía conmigo las reliquias y el *Lignum crucis* y Satanás huyó. Luego se me apareció mi Esposo y me dijo: "Tú eres mi esposa". Yo me quedé tranquila.

Cuando llegó el día, todas las cosas que había en la habitación se hallaban en el mayor desorden.

(18 de Febrero de 1821). El enemigo venía a mí en formas diferentes y me desgarraba las espaldas. Muchas veces se muestra grande y aparente como si fuera algo y tuviera que ordenar alguna cosa y quiere darse aire de santo con mucha gravedad, y luego me dice que he hecho una gran injusticia ayudando a alguna alma del Purgatorio, impidiendo alguna maldad, como si con esto hubiera cometido un crimen. Otras veces se me presenta en figura espantosa, con rostro horrible y miembros retorcidos, y me injuria y me oprime y me pellizca y tira de mí. A veces también quiere adularme y lisonjearme. En otras acasiones, lo veo chiquito y astuto, con un cuerno en la cabeza, los brazos cortos y sin codos y las piernas con las rodillas hacia atrás, dando vueltas por todas partes.

12. El demonio la mortifica y Jesús la consuela.

Cuando estaba sola y rezaba, lograba librarme algún tanto y también cuando tomaba en mis manos alguna reliquia. Apenas deponía aquellas reliquias, ya estaba allí de nuevo. Combatí contra él todo el día. Cada vez que el Peregrino quería consolarme, la aparición del demonio se hacía más visible y potente. Era el mismo demonio que estaba siempre presente cuando en casa de Mersmann venían los comisarios *(los examinadores de los estigmas).*

Cuando al fin el enemigo cedió el campo, ví el curso de toda mi vida hasta llegar a la Jerusalén celestial, bajo la figura de un camino duro y escabroso, lleno de precipicios peligrosos, de lazos tendidos por amigos y enemigos dispuestos para atraparme en ellos y hacerme caer. Sobre esos lazos veía ciertas advertencias muy útiles para mí: "Calla. Está atenta. Sufre con pacien-

cia. No mires atrás; mira adelante. No me olvides tan pronto"

Por estas últimas palabras vine a conversación con mi celestial Esposo. De esta conversación salí como una persona nueva, llena de amor y de paciencia con mis padecimientos. ¡Ah, sí!, lo veo ahora: Él me muestra todo lo que he soportado. "Y quién te ha ayudado a soportar todo esto?, me preguntó. ¿Cómo puedes ahora lamentarte? ¡Oh, tú me olvidas demasiado pronto!"

"¡Oh amadísimo Esposo mío, ahora veo todo! ¡Así tenía que suceder para mi bien! Prefiero ser despreciada y burlada contigo, que glorificada en el mundo".

Algunos días después el enemigo me atormentó en mis dolores presentándome toda clase de imágenes de mi propia miseria, haciéndomela insoportable: estuve a punto de sucumbir. Pensaba entre mí: "Voy a reunir todas mis fuerzas y dejar este lugar". Pero no tenía ningún vigor, y caí, porque quería obrar con mis propias fuerzas.

El diablo seguía representándome mi posición como insoportable. Al fin me cansé de estas imágenes y exclamé: "Bien, quiero soportar mi propia miseria junto con mi Señor". En ese mismo memento se me apareció el Señor arrastrando la cruz hacia el Gólgota y tan exhausto de fuerzas, en tan miserable estado, tan pálido, tan cansado, que parecía a punto de desfallecer. Corrí hacia Él. Sentí toda la sinrazón de mis lamentos, deploré mis pecados y tomé la extremidad de su cruz sobre mis espaldas. Entonces adquirí fuerzas, porque obraba por amor de Jesús. Él me representó sus sufrimientos soportados por amor mío y yo me sentí como aniquilada por mi cobardía. Ahora he recibido de Él nuevo vigor.

13. Su martirio y sus expiaciones.

El martirio de mí misma fué en lo alto de un monte, estando en posición yacente, desde donde pude verlo todo. El monte de los profetas estaba enfrente de mí. Todavía siento vivamente el dolor de las ligaduras de esta noche. Una vez tuve una cuerda alrededor de mi cuerpo y al caerme, de improviso, me oprimió y me laceró más cruelmente. No parecía sino que todos mis nervios y venas habían sido desgarrados. Estos martirios para bien de otros, los he recibido después del sacramento de la confirmación. Antes era yo sola la que me martirizaba a mí misma. Todos mis extraños accidentes y enfermedades fueron de este género, especialmente en el convento.

He visto por qué he padecido tantas enfermedades. He visto la imagen de Cristo grande, gigantesca, entre el cielo y la tierra.

Tenía la misma figura y los mismos vestidos que cuando fué objeto de las burlas de los judíos. Sus manos estaban extendidas, pesando sobre el mundo. Era la mano de Dios que le oprimía. Ví rayos de varios colores, pero todos significaban dolor, llanto y ayes que descendían sobre muchos hombres en todo género de estados y condiciones. Cuando yo me compadecía de alguna desdicha y hacía oración, aquellos rayos de dolor venían a herirme, afligiéndome con toda suerte de penas. La mayor parte de ellas las recibí de mis conocidos.

Aquella imagen era de Jesús. Estaba allí también la Santísima Trinidad, de la que, aunque no la ví, sentí su presencia.

14. En nuevos peligros es socorrida por niños y por San Benito.

Después de haber contado que le parecía yacer en un campo donde le azuzaban perros, especialmente un lebrel y un alano, Ana Catalina se encontró de pronto rodeada por veinticuatro niños que había vestido y socorrido en las fiestas de Navidad. Estos niños ahuyentaron a los perros. Luego fué socorrida por San Benito.

Tuve que tomar sobre mí tantas penas, que sin la ayuda de Benito habría perecido. Me prometió ayuda, diciéndome que no me desanimase cuando la ayuda no viniese de inmediato. Entonces tuve una visión, donde me ví a mí misma como si fuese otra persona. Me ví sobre una silla apoyada al muro como moribunda e impotente para hablar y moverme. En torno mío había eclesiásticos y laicos, que pomposamente hablaban de una cosa y de otra y mientras tanto me dejaban morir miserablemente. Tuve por esta criatura la más tierna compasión y ví de repente a San Benito lleno de indignación contra aquellos eclesiásticos; luego se acercó a la moribunda y le habló. Entonces sentí que era yo misma aquella criatura. Avisó que me había mandado la santa comunión, y trajo a un joven y amable sacerdote y mártir, con sobrepelliz y estola, que me administró el Sacramento. Benito me dijo: "No te maravilles de su juventud: es sacerdote y mártir; es mi discípulo Plácido".

Yo sentí que había recibido el Sacramento y me vi salvada. Parece que aquellos señores se dieron cuenta por mi actitud de lo que me sucedía y se mostraron intimidados. Sobrevino también un extranjero envuelto en un manto, que les habló muy severamente y los avergonzó. Benito dijo: "Así son estos sacerdotes: anhelan empleos y oficios y pasan por alto las necesidades, diciendo: No tengo tiempo; no es mi oficio; no se acos-

tumbra, o no tengo órdenes". Plácido me explicó la parábola del Samaritano, y cómo me sucedía a mí lo mismo: el sacerdote y el levita pasaron de largo y un extranjero debió ayudarme.

15. Se le aparece Satanás en figura de eclesiástico.

Cuando después del examen de conciencia me hube encomendado, escondiéndome en las llagas del Señor, caí en grave angustia. Ví junto a mí a un eclesiástico que me dijo haber llegado precisamente de Roma y que traía abundancia de cosas sagradas, de las cuales yo debía tomar. Yo sentía una gran repugnancia hacia él y sus cosas. Puso delante de mí toda clase de crucecitas y de estrellas, pero ninguna estaba en orden y regla; todas eran oblicuas, redondeadas o retorcidas. Me dijo varias cosas: que había hablado con el Papa de mí, que yo no tenía un confesor verdaderamente apto, empleando tan buenas palabras que aun cuando me resultaba repugnante y molesto, yo me decía a mí misma: "Quizás eres injusta con él". Como luego yo mirase de nuevo sus cositas tan curiosas, le dije que no lo tuviese a mal, pero que yo también había recibido recientemente algunas cosas sagradas de Roma y de Jerusalén; que tampoco ellas eran artísticamente preparadas, pero que las suyas me parecían como sacadas de una mina de mármol o de una fosa desierta. Entonces me preguntó cómo podía yo tener un pensamiento tan sospechoso y malo acerca de un hombre inocente como él. Yo, empero, no quise saber más nada de él y le dije: "Tengo conmigo a Dios y los huesos de los santos. No tengo necesidad de ti"; y le volví las espaldas. Entonces desapareció.

Yo temblaba y estaba inundada de sudor y rogué al Señor no dejarme sola en semejantes angustias. Algunos días después se me presentó de nuevo bajo la figura de eclesiástico y por mucho tiempo se afanó con grande hipocresía y sutileza de insinuarme en la mente toda clase de escrúpulos; especialmente me dijo que me mezclaba en demasiadas cosas y otros discursos semejantes. Finalmente descubrí que era Satanás, porque terminó por decirme que yo me metía y me mezclaba en todo y que por esto no tendría paz conmigo en ningún lugar.

16. Sus últimas visiones.

Después de esto he visto a Jesús con Valburga, su bella esposa. A mí misma me he visto tan miserable como un vil gusano. Pedí entonces llegar a ser una esposa como ella y el Señor

me preguntó: "¿Qué es lo que deseas?" "No pecar jamás", le respondí. Luego no ví más.

(9 de Enero de 1824). No puedo aceptar nuevos trabajos. Estoy al borde del sepulcro.

(10 de Enero). Hasta ahora he padecido por otros. Ahora padezco por mí.

(11 de Enero). El Niño Jesús me ha traído esta Pascua muchos dolores; pero esta última noche ha venido y me ha traído muchos más.

(15 de Enero). El Niño Jesús me ha traído muy grandes dolores. Me refirió los dolores, el hambre y la sed que padecieron Él y su Madre. Todo me lo manifestó, así como que entonces sólo tenían una corteza de pan duro. Me dijo: "Eres mi esposa. Sufre lo que Yo padecí. No preguntes por qué. Es caso de vida o muerte". Ahora no sé nada de esto; ni cuanto ha de durar, ni cómo ni dónde he de padecer. He entrado a ciegas en un martirio espantoso y no sé si viviré o si he de morir. En sus manos estoy; hágase en mí la voluntad oculta de Dios. Estoy enteramente tranquila y sometida en mi espíritu y siento mucho consuelo en medio de mis penas. Esta mañana era yo muy feliz. *(Después de decir esto Ana Catalina preguntó):* ¿En qué tiempo estamos? ¡Pronto habría acabado de referir la vida de Jesús, y estoy en tan miserable estado!

(18 de Enero, al oír las campanas). ¡Qué dulce sonido de campanas! ¡Hoy es una gran fiesta! *(El Nombre de Jesús).* No me alaben... que se acrecientan mis dolores...

(27 de Enero). Quiero morir como religiosa.

(2 de Febrero). ¡Cuánto tiempo hace que no me he sentido tan bien como ahora! ¡Ha hecho tanto por mí la Madre de Dios! Ocho días hace que estoy enferma, ¿no es verdad?... No se nada del mundo. ¡Oh, lo que ha hecho la Madre de Dios! Me ha llevado consigo. Yo quería quedarme con ella. Silencio... Por nada del mundo debo hablar de esto...

(7 de Febrero). ¡Mil gracias te doy, Señor, por todo el tiempo de mi vida! No como yo quiero, sino como Tú quieres.

(9 de Febrero, último día de su vida). ¡Pronto se habrá concluído todo! Entre tanto permaneceré en la cruz. Nadie hay en la tierra a quien yo no haya perdonado... Ven, pues, ¡oh Jesús mío!... Es verdad, pero los hombres de entonces, incluso el buen ladrón, que murió en la cruz, no tenían tanto de que dar cuenta como nosotros, porque no tabían recibido tantas

gracias. Yo soy peor que aquel ladrón que fué crucificado... Creo que no puedo morir porque muchas personas piadosas juzgan erróneamente bien de mí. Diga usted a todo el mundo que soy una gran pecadora. ¡Ojalá pudiera declarar en alta voz, para que todos los hombres me oyeran, que soy una miserable pecadora, mucho peor que el asesino que fué crucificado. *(Después de haber hablado con el confesor).* Ahora estoy tranquila y experimento tal confianza como si nunca hubiese pecado. ¡Ayúdame, Jesús; ayúdame, Jesús!...

Capítulo II

VISIONES DE SUS AMIGOS Y ENEMIGOS

INTRODUCCION

Al trascender al público el milagro de la aparición de las sagradas llagas, ya no fué posible impedir la avalancha de la humana curiosidad. La autoridad eclesiástica, por deber, y la civil, por abuso, nombraron una comisión investigadora, que se llamó Comisión examinadora prusiana. *La integraban Bönninghausen, consejero del municipio; los doctores Rave, de Ramsdorf, y Busch, de Münster, y los eclesiásticos Niesert, párroco de Erlau; Roseri, vicario de Leyden, y Roling, profesor de Münster. Entre ellos había protestantes que hicieron sufrir a la estigmatizada toda suerte de dolores y humillaciones. A este propósito Ana Catalina tiene una serie de visiones relacionadas con hechos ocultos y con las intenciones de sus amigos y adversarios.*

1. Las disposiciones espirituales del Peregrino.

He visto al *Peregrino* caminar solo y afligido hacia su casa. No atinaba a ocuparse de alguna cosa; dejaba todo en estado de abandono; todo era desierto en torno a él. Le habría ayudado de buena gana; habría trabajado y limpiado, pero no me era posible acercarme a él; no podría ayudarle.

Entonces tuve delante de mí la imagen de un jardín. Era éste un jardín muy grande, circundado de una defensa, por encima de la cual los hombres miraban en derredor, y que de buena gana habrían traspasado, si hubieran podido hacerlo. Mi guía y yo andábamos por una de aquellas dos partes. Todo allí estaba en demasía lleno de hermosa y florida vegetación. Todo era verdor y espesura; pero habían crecido muchas hierbas malas y dañinas. Entre los vegetales había habas y leguminosas. Crecían también, en gran abundancia, flores y arbustos, pero no se veía fruto de ninguna especie. Entre estos arbustos, que sólo daban hojas y ramas tupidas, ví algunos individuos paseándose con mucha complacencia. Cuando con mi guía hube recorrido por primera vez el camino de estos fértiles campos, me dijo él:

"Mira cómo están aquí las cosas; no se ven sino raras y hermosas flores, pero no hay frutos. Abundante vegetación, pero sin cosecha; aparente plenitud y realidad vacía". "¡Ay!, dije yo, ¿se perderá entonces tanta fatiga?" "No, me respondió; no está del todo perdido. Todo esto se removerá y se pondrá debajo y así servirá de buen abono". Experimenté gozo y compasión a un mismo tiempo.

Cuando pasamos por segunda vez, encontramos en medio del sendero una choza formada con nogales agrupados y cubierta de gran cantidad de abejas. Las nueces que se veían eran las únicas frutas que había en aquel lugar. Aparecían como arbustos mal crecidos y enanos. Bastante lejos de allí se veían dos árboles: el uno era manzano, el otro guindo. También había personas que recogían diligentemente; por lo demás, el lugar era completamente desierto. Mi guía me dijo: "¿Ves tú?... El confesor debe recoger estas nueces y tomar ejemplo de aquéllos que allá recogen". Pero el confesor tenía miedo de sentirse picado por las abejas, y yo pensé que precisamente porque temía, deberá ser picado de ellas; si él se hubiese metido dentro con inocencia y franqueza, esos queridos animalitos no le habrían hecho mal alguno. El no recogió, no miró ni una sola vez a los frutos y fué sólo vagando de un arbusto a otro.

Cuando con mi guía pasé por tercera vez por aquel sendero, la vegetación se mostraba más tupida y densa. Ví, con gran contento mío, que el Peregrino estaba ocupado en recoger frutos cerca de unas maravillosas plantas situadas en el ángulo de las redes, casi cubiertas por la sombra, y que contenían mayor cantidad de frutos. Me alegró mucho el ver al Peregrino de tal modo ocupado (*).

2. Trabajos y contrariedades del Peregrino.

Volví de nuevo al jardín. El suelo era rico y fértil; pero a fuerza de brotar tanta hierba, todo tendía a la putrefacción. Entonces esta vegetación fué arrancada del suelo, pisoteada y enterrada en lo bajo y ví al Peregrino cavar y trabajar con infinitos esfuerzos. Cuando volví nuevamente al jardín, lo encontré completamente labrado y dispuesto en nueva forma. El Peregrino plantaba con orden en los surcos las plantitas, unas junto a las otras; esta vista me causaba mucha alegría.

(*) Clemente Brentano, a quien Ana Catalina llama el *Peregrino*, traía cuando llegó a Dülmen muchos prejuicios en cuestiones religiosas, que la estigmatizada tuvo que corregirle con mucha paciencia.

He visto luego al Peregrino dejar el jardín y he visto a muchas personas, conocidas por mí, aunque no sé sus nombres, que penetraban allí dentro. Estas personas se pusieron, en modo horrible, a asaltarme y a caer sobre mis espaldas, insultándome y burlándose de mí de todas maneras. No me daban tregua ni descanso y me reprochaban mi intimidad y confianza con el Peregrino y me echaban en cara diciendo que ciertamente de nuestro trato nacería alguna nueva secta; me preguntaban qué podían entonces pensar de mí. Estos insultos y estas charlas orgullosas no tenían fin ni término. Dejé entonces caer sobre mí esta tormenta y quedé en el más profundo silencio. De la misma manera ultrajaban estos mismos al Peregrino. Me parecía como que él no estaba lejos de allí y oía todas estas injurias. Me alegraba en el ánimo haber podido soportar con tanta paciencia tantas villanías y exclamaba siempre: "Sean dadas gracias a Dios. ¡Dios bendito! ¡Que pueda yo soportar todo esto; otros no lo podrían llevar!" Después me encaminé hacia un bosquecillo vecino y me senté sobre una piedra.

3. Se le explican los símiles anteriores.

Estando allí sentada vino hacia mí un eclesiástico. Era un hombre hábil, vivaz, de naturaleza semejante al Prior, fuerte y de aspecto fresco y sano. Este eclesiástico dió señales de maravilla al ver que yo había soportado todas estas injurias sin oponer defensa. Se puso pensativo y atento, y dijo: "Esta pobre mujer soportó todo esto con tanta paz y tranquilidad; ella es inteligente y honesta. Cuanto ha hecho el Peregrino debe ser muy diverso de lo que nosotros hemos imaginado. También el confesor es un hombre recto, que no soportaría semejantes cosas, si no fuesen buenas y rectas".

No bien este desconocido eclesiástico comenzó a hablar así en favor del Peregrino, aquel tumulto de gritos injuriosos comenzó a perderse.

He visto después la diligencia del Peregrino y como las plantas crecían luego y se hacían más grandes y más bellas. Entonces me dijo mi guía: "Entiende esta sensible amonestación: Estos insultos, estas befas te caerán realmente encima. Prepárate. Por cierto determinado tiempo podrás llevar vida tranquila junto con el Peregrino. Por esto no debes descuidar este tiempo concedido ni dejar que se pierdan tantas gracias; a aquel tiempo sucederá bien pronto tu propio fin. Todo lo que el Peregrino habrá recogido, se lo llevará consigo lejos; puesto que este

no es suelo apto para recibirlo. Producirá, con todo, buenos frutos en otras partes y de allá la benéfica influencia llegará también a estos lugares". (*).

4. Recibe avisos de nuevas molestias.
(Adviento de 1818)

He recibido de mi guía el aviso de prepararme a la difícil batalla. Debo suplicar al Espíritu Santo que me inspire lo que he de responder. El corazón estaba por reventar en mi pecho por la angustia; me dirigí a mi Esposo celestial y le dije: "Tú has comenzado la obra y Tú la continuarás hasta el final. Me abandono enteramente a tu voluntad".

Diciendo esto me pareció como si yo pusiera el negocio en sus manos y tuve gran tranquilidad y fuerza en el Señor, y dije: "Con alegría quiero dejarme destrozar si sufriendo esto puedo ser de alguna utilidad al mundo". Entre los atormentadores me fueron mostrados un médico y un eclesiástico, que vinieron uno después de otro a asaltarme. Se mostraron en apariencia muy amigables; pero he visto la malicia en sus corazones (**).

5. Las asechanzas de sus examinadores.
(18 de Mayo de 1818)

Esta última noche la he pasado en extremo mal. Todos y de todos lados me caían encima y me maltrataban y al fin me dejaron lacerada en pequeños fragmentos. Entre tanto yo estaba tranquila y me alegraba pensando que iba a morir y así terminaría para mí este tormento. He visto y conocí a los autores de este asalto y he visto también las principales razones: éstos charlaban y se enfurecían en torno mío y al fin me dividieron en pequeños pedazos. Ninguno de mis amigos estaba presente. Ninguno me ayudó, ni siquiera un sacerdote. Quedé angustiada y pensé en Pedro y como él había abandonado al Señor.

Vi luego a cierto partido que celebraba consejo y reía con amarga risa al considerar sus tramas bien ordenadas y sobre los medios inventados para apoderarse de mi persona. Querían probar cosas que jamás podrán ser probadas. Mi guía celestial me dijo que no me afanase demasiado; cuando esto venga a su-

(*) Las revelaciones de Ana Catalina, dadas a conocer por Brentano y luego por el P. Schmöger, fueron traducidas al francés, italiano, inglés, etc., y despertaron después mayor interés en Alemania.

(**) El médico Rave y el sacerdote Roseri, adictos a la secta de los Iluminados.

ceder, todo acabará en mayor vergüenza para ellos, y para ventaja de la buena causa.

(28 de Mayo) Me he visto en el tiempo de la persecución, abandonada de todos, y lo que me produjo mayor pena, es que ni siquiera el confesor podía llegarse a mí. Parecía que sin licencia él no podía acercarse. He visto en imagen como si me encontrase sola en mi estancia; me parecía que solo la monja Neuhaus estuviese cerca de mí. Aquellas personas entraban por el lado derecho y se introducían hasta mi lecho. Yo estaba abandonada y sin socorro alguno.

(6 de Junio). Pasé una noche dolorosa; me he visto maltratada más horriblemente que nunca. No puedo decir, sin estremecerme, lo que me ha pasado. Yo yacía abandonada de todos mis amigos. Mi lecho estaba situado en medio de la pieza y personas extrañas me servían. Conocí que fuí llevada a este término por cierta disputa habida entre algunos eclesiásticos y el poder civil. He visto a Overberg en lontananza, silencioso y triste. Parecía que para mí la cosa estaba terminada.

6. Visión de una joven mártir en Roma.

El siguiente relato se refiere a la visión que tiene de diversos martirios, que le sirven para fortalecerla en los tormentos que deberá sufrir a causa de los exámenes de sus estigmas por parte de la comisión designada a ese efecto.

Estaba yo en oración cuando de pronto vinieron dos hombres desconocidos que me invitaron a ir a Roma. al lugar destinado a los martirios. Me dijeron que habría en aquel día gran lucha y que había ciertos parientes de ellos que iban a morir por amor de Jesús y que ellos deseaban verlos morir. Les pregunté por qué querían exponerse al peligro, y me respondieron que eran cristianos, pero en secreto y así no eran conocidos y que como eran parientes tenían licencia de presenciar en un lugar destinado para ellos, a fin de que quedasen espantados del horror de aquellos suplicios. Ellos iban con el intento de fortificarse con el espectáculo de esas muertes y para animarlos con su presencia. Me condujeron al anfiteatro.

De frente a la entrada, en la parte superior vacía, y a derecha del juez, se dilataba en el espacio circular una puerta situada entre dos aberturas. Entramos por allí en una estancia amplia y rica, donde había cerca de treinta personas, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas. Eran todos cristianos en secreto y se habían reunido allí por el mismo motivo.

El juez, hombre viejo y tirano, hizo señas de un lado y de otro y a su orden los verdugos, que estaban ya prontos en el anfiteatro. comenzaron su obra; eran cerca de doce hombres. A la parte de la izquierda del arco situado enfrente de nuestras aberturas, he visto algo así como un ídolo; no sé propiamente lo que fuese; me impresionó espantosamente. De ese lado estaban también las cárceles. Los mártires fueron sacados fuera de dos a dos; los empujaban punzándolos con hierros de punta. Primero eran presentados ante el juez; después de breves palabras, martirizados. Toda la altura de aquel edificio circular estaba formada de gradas llenas de espectadores que bramaban enfurecidos.

El primer martirio fué el de una delicada joven de doce años. El verdugo la echó por tierra y apoyando el brazo izquierdo sobre su pecho, puso sus rodillas sobre ella; luego con un instrumento cortante le hizo como un anillo en torno a las articulaciones de la mano y alzó luego la piel hasta los codos; lo mismo hizo con la mano izquierda y luego con los dos pies. Yo me sentía desfallecer a la vista de los atroces dolores de aquella tierna jovencita. Salí de la puerta y corrí abajo gritando misericordia y quería ser martirizada con la niña; pero el verdugo me rechazó con tal violencia que la sentí vivamente. Los lamentos de aquella jovencita me desgarraban de tal manera que pedí ser martirizada en su lugar. Me parecía como que esto es lo que me esperaba a mí y que estuviese ya destinado. No puedo expresar cuanto me torturaba este desollamiento. Entonces el verdugo ató ambas manos a la pobrecita, en forma de cruz y parecía como que quería cortárselas. Cuando de nuevo entré en la estancia (que del lado posterior era redonda y en el interior recta y en la cual había piedras cuadradas o triangulares para sentarse) algunas personas piadosas me quisieron consolar. Éstas eran el padre y la madre de aquella jovencita y me dijeron que los tormentos de esa delicada poven eran ciertamente atroces y lacerantes; que ella se los había buscado con demasiada audacia. Por lo demás, era la única hija y no cuidándose quería siempre acudir a las catacumbas para instruirse en el cristianismo; que había hablado con demasiada audacia, buscando, casi diríamos, el martirio con vehemencia. En esto, dos verdugos la aferraron y la colocaron sobre una hoguera elevada en forma circular en medio de la plaza. Ella tocaba con los pies el punto del medio y debajo había mucha leña, a la cual se aplicó el fuego que serpenteaba por medio de aquellos

secos ramajes. La buena gente en torno mío tenía aspecto conmovido y resignado.

Una mujer de entre ellos sacó afuera un rollo, atado en el medio por una larga liga; lo desplegó haciéndose algo atrás; después, de tres o cuatro personas por vez, estrechamente unidas, empezaron a leerlo, rezando en voz baja. Así pasó aquel rollo de mano en mano, mientras los unos después de los otros se hacían atrás para rezar. Yo entendía perfectamente cuanto leían; eran simples sentencias y breves versículos reunidos, pero tan poderosos y elevados que no es posible expresar. Se referían siempre a esto: los que sufren van directamente a Dios al salir de este miserable mundo. Pensaba entonces que jamás olvidaría yo aquellas palabras; con todo, ahora no puedo hacer otra cosa que sentir íntimamente el sentido y no me es posible reproducirlas. Aquella mujer, que era la principal lectora, después de haber recitado un versículo, prorrumpía a menudo con estas palabras: "¿Qué pensáis vosotros?" Estas plegarias se dirigían a Dios con fuerza extraordinaria. Yo también miraba en aquel rollo, pero no pude reconocer ni una letra; estaba escrito con caracteres rojos.

Durante este martirio me sentía oprimida de indecible angustia; jamás un espectáculo semejante me había lacerado el alma como esta vez. Aquella virgencita con la piel arrancada en los brazos y en las piernas y con sus dolorosos lamentos, estaba siempre delante de mi espíritu. No podía moverme de allí: no me dejaban salir del anfiteatro.

Muchos otros fueron martirizados. Les herían una parte u otra de los miembros con agudos hierros; la sangre saltaba en abundancia en torno de ellos; luego, con pesados mazos les pegaban y destrozaban los huesos. Al fin se levantaron rugidos entre el pueblo y sentí como el grito de un hombre. Era el último de entre los martirizados el que así rugía; lo maltrataron con tanta crueldad que vaciló en la fe; prorrumpió en maldiciones y bramaba contra sus verdugos. Era cosa horrible verlo en su desesperación combatido por el dolor y la rabia. Toda la gente buena que estaba en torno se contristó en gran manera por su causa. Con todo eso, tuvo que morir él también.

Cuando todos estos cadáveres fueron arrojados en la hoguera ardiente, me sentí muy turbada por la pobre alma de este último hombre; tenía el triste presentimiento de que esa alma no hubiese llegado a la gloria. Cuando todo hubo acabado, aquella buena gente que había estado conmigo, se fué; y quedé sola. Los cadáveres no estaban aún del todo consumidos. Ví

en seguida cómo cavaron el suelo para enterrar aquellos huesos. Entonces ví descender del cielo una pirámide cándida y esplendente de luz y posarse sobre el suelo. Desde esta pirámide ascendían como rayos luminosos las almas de aquellos mártires serenos como niños y con sonrisa de celestial amabilidad. Ví, en cambio, a uno de esos espíritus caer en las llamas de la hoguera, la cual desapareció y se trocó en un lugar oscuro; allí fué recibido por otros espíritus. Aquella era el alma del mártir caído. Él no está perdido para siempre: se encuentra en el Purgatorio y esto me ha alegrado mucho. ¡Ah, en él está quizás aún ahora! Ruego mucho por aquéllos que están completamente olvidados.

Tengo el presentimiento que este martirio me fué mostrado para exhortarme a la paciencia en mis padecimientos y porque he visto recientemente que también a mí me será arrancada la piel de las manos y de los pies. Aquellos antiguos romanos deben haber sido realmente de hierro, tanto los verdugos como los es pectadores, tanto los mártires como sus amigos. Ahora todos son tibios, muelles y viles. Muchos ruegan hoy en día malamente a Dios como antiguamente oraban los paganos a sus dioses.

7. Ve nuevas angustias que le procuran las monjas y los investigadores.
(17 de Julio de 1818)

He visto de nuevo en imágenes los males que me amenazan. He visto que todas las monjas, mis hermanas, me visitaban y hablaban como si hubiesen tenido intimidad conmigo y como si en el convento hubiese yo revelado tal o cual cosa sobre mi estado y otras semejantes. No entendí claramente qué querían y les dije que Dios sabía lo que yo y ellas habíamos hecho. Las he visto a todas irse a confesar y tomar la santa comunión; luego volver junto a mí. Por lo demás, no valían más que antes y querían saber de mí ciertas cosas, aunque no recuerdo ya cuáles eran. Les pregunté si acaso no sabían que de mucho tiempo atrás había probado incomprensibles dolores en las manos y en los pies, de tal modo que mis dedos quedaron como muertos, sin que yo ni siquiera presintiese lo que iba a suceder. Les pregunté si acaso no era cierto que yo no podía desde mucho tiempo tomar alimento alguno sin vomitarlo al punto y esto ciertamente por siete meses continuos; que esto sucedía sin que yo le diese otra importancia ni significación, sino de simple enfermedad; que, por otra parte, raramente dejaba de cum-

plir mis deberes y jamás dejaba de dirigirme suplicante al Señor, única ansia y amor mío. Encontré, a decir la verdad, a todas estas monjas mal seguras e inexactas en sus afirmaciones: no buscaban otra cosa que salir del paso, exceptuada la Superiora y Neuhaus, que se mostraron rectas y sinceras.

Entonces vinieron multitud de mis conocidos y ellos hicieron como siempre habían obrado y charlaron de una manera o de otra. No había entre todos los presentes ni uno que quisiera estar enteramente de mi parte, en mi defensa. Lambert no podía ayudarme: ninguno se ocupaba de él. El confesor no estaba lejos, pero estaba lleno de afanes y angustias. Entonces se me acercaron uno seis individuos, entre seglares y eclesiásticos, entre ellos dos protestantes (*). Vinieron también separados, uno después de otro, y había algunos tan falsos y malignos, que es imposible decirlo: éstos eran los que obraban de modo más lisonjero y más blando, mientras más duramente me maltrataban. Entró luego un hombre en la estancia y exclamó: "Todo lo que se dice de esta mujer, debe ser dicho también por mí". Yo no sabía quién fuese ese hombre, y él se puso cerca de mí, y se mostraba probo y fiel, y parecía que observaba todo. Por lo demás, no podía ayudarme. Esos perseguidores que se agitaban en torno mío (mi lecho estaba en medio de la pieza) se cuidaban mucho de ofender a este hombre. Me preguntaron en un principio toda clase de cosas y yo respondía sólo lo que había sido ya anticipadamente escrito en los protocolos, y declaré no tener nada más que decir. El Vicario general estaba cerca y era uno él también de los causantes de este negocio. He visto también al deán (**) ocupado en el asunto; daba órdenes a este respecto y tampoco él se mostraba favorable. Overberg estaba lejos y rezaba por mí. Las dos monjitas, Francisca y Ludovica, me consolaban y continuamente exclamaban: "Animo, ánimo. Ten valor y todo saldrá bien".

Entonces empezaron éstos a separarme la piel de las manos y de los pies; con todo, las heridas aparecían más rojas que sobre la piel. Me sacaron también la piel en el pecho y encontraron la cruz aún más profundamente impresa que sobre la piel. Quedaron de tal modo atónitos, que no sabían cómo proseguir. Se desanimaron y uno tras otro quietamente se fueron.

(*) El doctor Borges, de Münster, que se había presentado en compañía de un magnetizador.

(**) El vicario de Münster, Clemente Augusto de Droste-Vischering, que fué más tarde Arzobispo de Colonia; y el deán Rensing, que jugaba doble papel, como amigo cerca de la vidente y enemigo afuera.

Cada uno de ellos tenía cierto número de secuaces a los cuales narraba lo sucedido de un modo o de otro. Todos quedaron avergonzados.

Mientras yo yacía esperando una operación inminente sobre las llagas y sentía desmesurada angustia, y mientras las dos santas monjas me animaban diciendo: "No te harán mal alguno", he aquí que se me acercó un joven maravillosamente bello. Su rostro resplandecía como el sol; llevaba un vestido largo, y tomándome de la mano, dijo: "Ven, daremos gracias a nuestro amado Padre". En seguida me llevó consigo. Con su ayuda pude penetrar en una capilla hermosamente adornada, abierta por delante, sin terminar, que parecía cortada por medio. Sobre el altar vi las imágenes de Santa Bárbara y Santa Catalina. Dije entonces al joven: "La capilla me parece a medio construir". Y él respondió: "Sí, en verdad; está a medio hacer"

Experimenté el sentimiento íntimo de la proximidad de una magnífica residencia, donde muchísimos me esperaban. En torno había jardines y campos adornados con senderos y bosquecillos, a semejanza de la huerta de algún agricultor. Todo esto lo sentía como si fuese lejano y como si no tuviese allí una estable permanencia. Solamente sé que distintamente junto a aquel joven observé el interior de la capilla y consideré las imágenes. Todo esto acontecía como si yo estuviese arrebatada en espíritu, mientras los examinadores me arrancaban la piel de las heridas. No sentí dolor alguno y ví luego los paños amontonados llenos de sangre y ví la confusión de estos señores al comprobar la parte interna de los estigmas y como se rascaban la cabeza. Desperté con un sentimiento mezclado y confuso de las cosas vistas en la capilla y de estas operaciones. La imagen de las monjas y de aquellas personas extranjeras era oscura y me parecía como si fuese un preaviso que se me daba del examen al cual estaría sujeta. He visto también como un tumulto en la ciudad.

Y el joven me dijo: "He ahí que todo lo que te atormentaba y angustiaba, duró por poco tiempo; la eternidad no tiene fin. ¡Ea, pues, ánimo! Te queda aún que sobrellevar un violento asalto; pero lo llevarás muy bien, y no te resultará tan duro en la realidad como lo has visto en la visión. Mucho aún puede removerse por efecto de la oración; consuélate, pues". Me fué indicado también cómo debo rezar en mis vigilias nocturnas. "Muchos, muchísimos hombres perecerán; graves tempestades se avecinan. No te retengas de hablar claro y abiertamente; exhorta y envía a todos a la oración".

8. Es transportada a otro lugar por los examinadores.

En horas de la tarde del día precedente a aquél en que fuí trasladada, he visto, estando por otra parte completamente despierta, como una representación de lo que debía realizarse al día siguiente. He sufrido de tal manera que no estaba en grado de poder manifestar lo que tanto me angustiaba. El deán Rensing quería que me resignase de buena voluntad; el Consejero me dijo que perdería él su empleo y se arruinaría, si yo no me sujetaba voluntariamente (a ser trasladada de la casa a otra para el examen). Les declaré que sólo me rendía por la fuerza. Cuando el Consejero me aferró, en ese momento mismo me sentí arrebatada de este mundo miserable y me ví absorta en un imaginario cuadro de mi juventud, que he visto ya a menudo, antes de mi ingreso en el monasterio. Quedé continuamente sumergida en esas imágenes, y cuando al día siguiente volví en mí misma y me ví en aquella estancia extraña, me parecía volver a ser niña y pensé que lo que me había pasado había sido puro sueño. Durante todo el tiempo de mi prisión, quedé sumida en tales consuelos de espíritu, que es una maravilla para mí misma. Estaba siempre serena y sentía la más grande compasión hacia aquellos ciegos inquisidores y rezaba por ellos. Me había propuesto sufrirlo todo aplicándolo por las pobres almas del Purgatorio, para que ellas a su vez rezasen por los que me perseguían. Yo descendía a menudo al Purgatorio y conocía mis propias penas por las que allí se sufren. Más coléricos se ponían mis perseguidores y más me sentía yo dueña de mí misma y contenta; esto hacía enfurecer más al Consejero. El Señor me preservaba de toda palabra violenta que me pudiese salir en sueños; las gracias acostumbradas estaban como suspensas y silenciosas. Estando privada de bendición sacerdotal y sin ningún objeto sagrado, obtuve del Señor un recurso de fortaleza desconocido para mí y además tenía la inspiración de todas las palabras que debía pronunciar, aun cuando momentos antes no conocía ni una sola de estas palabras. Todas las veces que mis opresores se desencadenaban interrogándome y burlándose desde un lado de mi lecho, yo veía del otro lado una aparición luminosa, de la cual me venían fortaleza y gracia. Aún todas las palabras que yo debía decir me parecían como inspiradas: esto era siempre breve, preciso y suave y yo me sentía llena de compasión hacia ellos. Cuando acaso hablaba yo de mí misma notaba una gran diferencia: era una voz diversa, más baja, dura y a veces punzante.

9. Diversas visiones vinculadas con la inquisitoria.

El día de San Lorenzo he visto su martirio. Ví también la Asunción de María Santísima a los cielos. El día de Santa Ana, onomástico de mi madre, fuí arrebatada y llevada junto a la santa en el lugar de su gloria. Deseaba quedarme con ella, pero ella me consoló y me dijo: "Aun cuando muchos males te aguarden, con todo, por medio de la oración, te serán ahorradas muchas calamidades".

Me indicó muchos lugares donde se había rezado por mí. "Tú has soportado ya lo peor, pero aún te queda mucho que soportar y qué hacer".

El día de la fiesta del santo protector de la orden, tuve una visión de mi situación, tal como debía haber sido según las intenciones de mis enemigos. He visto a una parte de ellos convencidos y seguros de que oprimiéndome a mí lo hacían con los otros católicos, a los cuales pensaban llenar de desprecio y de vergüenza. He visto también a los eclesiásticos que formaban parte de aquel número, muy mal intencionados y peor dispuestos. Me he visto en un profundo y oscuro subterráneo y creía que de allí no podría salir. Pero me pareció que cada día subía más alto desde allí y se hacía siempre más luz en torno mío. A mis perseguidores, en cambio, los veía caer siempre más en lo profundo de la noche y de la oscuridad. Se agitaban confusos y se chocaban unos contra otros y yacían como en profunda caverna. San Agustín, a quien imploré ayuda, vino el día de su fiesta junto a mi lecho y estuvo frente a la cara de aquél que tan duramente me oprimía. También Juan vino junto a mí en el día de su fiesta y me anunció la liberación.

He visto también al Maligno estar siempre presente cuando ellos venían a mí. Tenía un modo de ser que parecía un compuesto de todos los malos espíritus unidos y refundidos en uno: a veces lloriqueaba; a veces maldecía; a veces se mostraba con fingida piedad; a menudo mentiroso. hipócrita, lisonjero, irritante. Era el diablo propio de las sectas secretas.

10. Admirable visión de los peligros de su vida y de la ayuda divina.

En esta visión era yo conducida por mi guía, que me tenía de la mano. Me levantó haciéndome salir por la ventana de mi casa paterna y me condujo a través de las praderas, el campo arenoso y las landas, por espacios desiertos siguiendo un camino largo y peligroso y por encima de una áspera montaña. Él te-

nía que arrastrarme detrás de sí para que yo no quedara detenida sin poder avanzar. Me causaba extrañeza al verme como niña y al mismo tiempo adulta. Cuando llegamos a la altura me dijo: "Mira, si tú no hubieses sido una pequeña niña no te hubiera podido conducir hasta aquí. Ahora mira atrás y considera de cuántos peligros, en los cuales debías sucumbir, te ha librado Dios para traerte aquí felizmente". Miré hacia atrás y ví todo el sendero recorrido, lleno de imágenes de los peligros habidos, de las ocasiones de caer en pecado y he visto como por la fiel ayuda del ángel he sido preservada de ellos. Aquellas que me parecieron asperezas del camino, las he visto luego con formas de seres humanos, representando tentaciones de pecado. Ví las muchas opresiones que por gracia de Dios he podido soportar. Ví a personas, con los ojos vendados, vagando al borde de los precipicios y finalmente caer dentro: significaban su mente oscurecida y la ceguera moral. Ví a algunos para quienes fuí medio y causa de salvación. La vista de tantos y espantosos peligros me hizo temblar: no me explicaba cómo pude librarme de tantas insidias. Cuando mi guía me hubo mostrado todo esto, me dejó plantada y prosiguió su camino. Yo me sentí en ese instante tan débil que comencé a vacilar y a caer, como un pequeño que aún no anda y al cual se le sustrae la mano que le guía. Comencé a llorar y a lamentarme como lo hace un niño. Entonces mi guía se volvió de nuevo hacia mí y me ofreció su mano diciéndome: "Ahora ves cómo estás expuesta a caer si no eres guiada. Comprendes ahora cómo necesitas de un guía para atravesar con felicidad los peligros que has visto detrás de ti".

Después de esto me condujo hacia abajo, detrás de la montaña, y avanzamos por un prado lleno de flores blancas, amarillas y rojas. Crecían tan tupidas que yo temía pisarlas y muchas veces no sabía donde posar mis plantas. Había además filas de manzanos en flor y muchas clases de árboles. Al término de esta pradera vimos un camino profundo y oscuro circundado de vallado alto y silvestre: estaba lleno de piedras y de fango. Lo he atravesado, no obstante, felizmente teniéndome de la mano de mi guía y así no tocaba aquel fango, sino que me parecía que me deslizaba por encima. Cuando hubimos atravesado aquel camino llegamos de nuevo a un gracioso monte, más bien alto, que estaba cubierto de bellas y luminosas piedrecitas. Cuando estuvimos arriba, miré hacia abajo, sobre el prado y sobre el sendero peligroso. Mi guía me dijo que la última etapa agradable que habíamos recorrido, entre flores y árboles frutales, significaba los consuelos espirituales, la ani-

mación y los múltiples efectos de la gracia que nacen en el alma de los hombres, después de las tentaciones y peligros ya vencidos. Aquel temor mío de pisar las flores significaba los escrupulos y la mal entendida susceptibilidad de la conciencia. Un espíritu simple, como el de un niño, y abandonado enteramente a Dios, camina en su simpleza sobre todas aquellas flores, sin pensar que las oprime y abate, pues, en realidad, no les hace daño alguno.

Dije a mi guía que pensaba que hubiese transcurrido un año desde que estaba allí con él en ese viaje, pues tan largo me había parecido el camino. Me respondió: "El camino que has visto es tal, que necesitarías para recorrerlo diez años enteros". Entonces miré hacia abajo, desde lo alto del monte, el sendero que aún tenía que recorrer, que se abría delante de mi vista. Vi en línea recta y precisamente en su última extremidad a la Jerusalén celestial. Así he podido ver, desde la altura de ese monte, de un lado el camino oscuro y peligroso de la vida que ya he recorrido y del otro lado el corto espacio que aún me queda para recorrer, que terminaba en la magnífica ciudad de Dios, radiante de luz en medio del éter azul del firmamento.

El espacio que aún tenía que recorrer era breve y atravesado de un camino en línea recta que veía delante de mí; a derecha e izquierda ví además, aquí y allá, diversos senderos que atravesaban el camino, pero que al fin venían a confundirse con la línea recta. Así entendí que debía caminar todavía un buen trecho antes de alcanzar la meta final. Estos senderos no me parecían tan peligrosos, aunque también se podía tropezar de vez en cuando en el recorrido. Miré con grande alegría dentro de la celestial Jerusalén, que ví allí mucho más grande y cercana de lo que hasta entonces la había visto. Entonces mi guía me llevó por un sendero oblícuo hacia abajo del monte. Parecía como si amenazase un peligro y ví al Peregrino irse lejos, pareciéndome que llevaba consigo alguna cosa. Yo lo observaba atentamente. Mi guía me condujo entonces a una casita y allí las dos monjitas, que me eran bien conocidas, me prepararon un lecho y me acomodaron en él. Yo me sentía de nuevo como una monjita y allí dentro me adormecí muy tranquila ocupada mi mente en una continua visión beatífica de la celeste Jerusalén, hasta que desperté. Debo decir también que durante este viaje pude dar la mano a otras personas y las conduje conmigo durante un buen trecho de camino.

11. Visión de la Jerusalén celestial.

He visto la Jerusalén celestial en forma de una ciudad luminosa, áurea y transparente, elevada en el azul firmamento del cielo, sin fundamento alguno terreno. Había muros y puertas pero yo veía a través de esos muros y puertas y a través de todo cuanto había delante. Esta manera de ver se asemeja más bien a un conocimiento íntimo y simultáneo de un todo, que a la vista subsiguiente de una cosa tras otra, según como yo tengo que explicarlo ahora. Había allí dentro muchas calles, palacios, grandes plazas; todo estaba poblado de figuras humanas, de diferentes categorías de dignidad y de grado. Distinguí también clases enteras y corporaciones reunidas. Cuanto más miraba en el interior de la ciudad, tanto más el todo me parecía magníficamente maravilloso. Las semblanzas que veía eran todas luminosas sin ningún color determinado, pero se distinguían entre sí por la forma de la vestimenta y de toda clase de insignias: cetros, coronas, ramos de flores, báculos pastorales, varas terminadas en cruz, instrumentos de martirios y cosas semejantes. En medio de esta completa visión se veía en lo alto la forma de un árbol, sobre cuyas ramas diversas, como si fuesen sillas o asientos, aparecían toda clase de magníficas figuras. Este árbol se dilataba como se ramifican las venas de una hoja que saliendo del centro se alejan y se vuelven a reunir rodeándose en la punta de la misma hoja. Las figuras que posaban más alto aparecían más espléndidas, sumergidas en la más profunda contemplación y adoración.

Parecía que estaban allí sentados santos y venerables ancianos y en la extremidad ví como un globo que terminaba en una cruz, representando el mundo entero; ví, además, allá arriba, a la Madre de Dios, más esplendorosa que nunca. Todo esto es, en realidad, absolutamente imposible de expresarlo con palabras. Sumergida en estas visiones, permanecí absorta hasta que desperté de nuevo a este mundo.

12. Debe expiar por la malicia de sus perseguidores.

Durante estos mis dolores estuve siempre sumergida en visiones. Tuve que ascender escalando un alto monte en compañía de mi guía. Caminando hacia arriba veía diversos senderos a derecha e izquierda que llevaban al precipicio y ví también la miserable condición de los que erraban perdidos por esos senderos y por quienes yo debía rezar. Hacia la mitad del monte encontré una ciudad con magníficas iglesias. Antes que

yo pudiera penetrar fuí recibida por algunas beatas monjitas de mi orden, que me revistieron de cándido y luminoso vestido Les dí a entender mi angustia por el temor de no poder conservar ese vestido libre de toda mancha. Ellas me dijeron: "Haz lo que puedas; seguramente podrá sobrevenir alguna mancha pero tú la lavarás con lágrimas". Tuve también una conversación respecto al secreto que me impuso el Vicariato por medio del señor deán y me fué dicho que yo debía observar sobre eso absoluto silencio con todos, sin excepción. "Por lo demás, añadió mi guía, si ellos quieren llevar las cosas más allá aún, Dios le pondrá remedio y fin".

13. Es consolada por las molestias que sufre durante el examen de sus estigmas.

Una vez me llevó un anciano que traía un niño en brazos; me alejó de aquí y me escondió entre unas plantas de ortigas. Cuando las ortigas me herían estaba yo muy contenta; esto me ayudaba y me consolaba contra las palabras de aquel hombre (el Consejero). El anciano que me llevó era San José con el Niño Jesús. Vino también a mí una noche aquel niñito que me ayudaba a cuidar las vacas cuando yo era pequeña. Estaba muy contento y divertido. Tenía en la mano un bastoncito e iba de un lado a otro con mucha alegría. Le dije: "Querido niño, las cosas no van ahora como entonces en aquel prado; ahora estoy prisionera". Después hablamos alegremente, con gran simplicidad. Otras veces tenía delante un hermoso Niño, todo luz y esplendor, que yacía en una cuna. Yo lo cuidaba meciéndolo en su cuna. Llevaba sobre las espaldas una cruz y como le preguntase lo que significaba aquel leño, me dijo: "Es tu cruz, que tú no quisieras llevar".

En la tercera semana, mientras me sentí muy enferma y deseaba la santa comunión, tuve esta visión: llegué por un camino de sombra, llano y angosto, a una isla circundada de un muro. Se me acercaron dos espíritus; creo que había algunas mujeres, y viéndome tan débil me dieron dos bocados que sacaron de una cajita. Recuerdo que para que la enfermera, que se había dormido a mi lado, no viese estos bocados, me cubrí con la frazada la cabeza, puesto que los espíritus habían venido del lado donde ella se encontraba... Durante el examen las dos santas monjitas, que tantas veces habían venido en mi ayuda, se me acercaron y me ofrecieron de nuevo su ayuda. Pensé entonces cómo San Pedro pudo haberse librado de la prisión...

Pero pronto dije: "¿Quién soy yo en comparación con San Pedro? Quiero estar aquí hasta el fin".

14. Ve que sus males no habrán de cesar.

Yo no veo ningún término a mis padecimientos; se hacen siempre más grandes. Los he visto siempre crecer durante mi vida, a semejanza de un árbol que más fuertemente vegeta cuanto más se le poda. He contemplado muchas veces este fenómeno cuando niña andaba por los campos y cuando ya monja paseaba por el jardín; siempre veía crecer a ese árbol. He hecho ya mucho en el pasado. Con todo, siento que muchos expedientes para sustraerse al imperio del mal, no fueron aprovechados y así muchas gracias fueron desperdiciadas. A menudo me ha sido mostrado que del descuido de los dones que se me han otorgado, como también del dejar de recoger las visiones mías, que comprenden en sí y dan testimonio de tantas relaciones escondidas y concordancias de cosas, ha provenido ya grande daño (*). Muy a menudo he sentido grave pena por ello y mi solo consuelo ha sido el saber que no era yo culpable de ello. Con todo, por demasiada benevolencia de ánimo, he faltado gravemente.

15. Los planes de sus perseguidores.

Ví las poderosas amenazas con las cuales, de buena o mala gana, o con violencia, debía ser sacada yo de casa. Un individuo se me acercó y me dijo: "Ya sea viva o muerta, debe hacerse así". Entonces me eché en los brazos del Señor y clamé fuertemente.

A estas se siguieron otras visiones. He visto a uno que estaba espiando y recogía todas las charlas de la pequeña ciudad. Ví ir y venir a personas que me atormentaban con preguntas y palabras punzantes. He visto venir visitas con intenciones maliciosas y he visto cerca a falsos amigos, que mucho me han afligido. Todo se me hacía atormentador. Ví a eclesiásticos sumergidos en profundo sueño y lo poco que hacían parecía como telarañas. He visto la malicia, la simulación y la prepotencia crecer de tal modo, por todas partes, que se traicionaban a sí mismos, se molestaban mutuamente y al fin se aniquilaban entre ellos. A algunos he visto perder sus puestos y ocupados por otras personas, y he visto en el mundo toda una cadena de

(*) Las visitas que recibía Ana Catalina, los trabajos que hacía para los pobres y el estado de postración en que se encontraba, eran motivos de continuas quejas por parte del Peregrino, que no quería dejar ninguna visión sin anotar.

personas miserables y viles, altas y bajas, y me he visto abandonada de mis amigos con gran espanto de mi alma.

16. Visión de Rave y Roseri, examinadores de sus estigmas. *(19 de Febrero de 1819)*

He visto a Rave repleto de malicia y lo he visto hablando contra su propio convencimiento y calumniándome, para complacer así al gobierno del Aguila. Yo creía que Roseri hubiese cambiado, pero he visto que era falso y disimulado en lo íntimo de su ánimo y hablaba a veces con simulación. Mientras yo estaba pensando en mi interior como podría semejante sacerdote ser de provecho a los fieles, sentí que me respondían: "El aprovecha a sus fieles tan poco, cuanto les aprovecha poco la Biblia a los herejes. El no tiene en sí bendición alguna, pero puede sin embargo hacer parte a los demás de aquéllas que tiene la Iglesia, aunque él no participe de ellas ni poco ni mucho".

He visto el dominio del Aguila estar en malas condiciones en este país. El presidente supremo piensa rectamente y tiene un corazón noble; pero está rodeado de una caterva maligna. Si él viniese en persona a verme, no me inquietaría buscando el modo de convencer su ánimo, que es recto.

17. Advertencias para el Peregrino

Puede muy bien suceder que uno se sienta escandalizado al asistir a una Misa solemne malamente cantada, ya sea por la disonancia de un órgano mal tocado, mientras otros, por el contrario, quedaran edificados. Contra semejantes escándalos hay que luchar con la oración. Aquél que resiste a semejantes escándalos en su propio ánimo por negligencias que se advierten en la iglesia, adquiere gran mérito y acumula para sí una gracia que a veces ha sido no cuidada o dilapidada por otros.

Aquél que trata de convencerse de la verdad por sus propios medios y no por la ayuda de la gracia de Dios, podrá perfectamente quedarse aferrado a su propia opinión, pero no podrá jamás ser penetrado de la luz de la fe.

En todas las noches se me recuerda que debo hacer tal o cual meditación, y así me sucedió ayer tarde. He recibido durante la noche una advertencia respecto de mí misma; pero especialmente mucho se me ha dicho respecto del Peregrino. Es necesario que en él muchas y varias cosas sean mejoradas: me fué mostrado cómo, gracias a nuestro trato, le podrá llegar a él una mejora y mayor luz y crecer en provecho. Como yo pen-

sara en mi ánimo sobre mi conducta para con el Peregrino y sobre el modo de satisfacer mejor a su misión y a la mía propia, para hacer fructificar abundantemente las grandes comunicaciones que debo hacerle, me fué dicho que debemos recíprocamente tener paciencia en los dolores que nos sobrevendrán y que el Peregrino debe comunicarse con mis propias intenciones, para que se siga mayor unión espiritual. "Haz tú lo que puedas, me fué dicho, y lo demás déjalo al cuidado del Peregrino. Muchas personas desean ardientemente y de corazón hablar contigo; cuando se presente la ocasión de que puedan hacerlo, examina en ti misma si esto puede serle a ellos de provecho... Debes rogar al Peregrino se decida a ser humilde y paciente. Debe vencer la propia obstinación y tú debes insistir en que esto se haga seriamente. Guárdate de ceder a las buenas palabras por falsa condescendencia. Opón resistencia e insiste fuertemente para que el Peregrino se decida. Tú eres demasiado benévola: la benignidad fué siempre tu defecto. No debes dejarte llevar jamás a reconocer por bueno lo que encuentras que es defectuoso".

18. Advertencias para el confesor (*).

El guía celestial me dijo, además, que seguramente me vendrían encima otros muchos males, pero que no debo espantarme, sino más bien, sin inquietud, esperarlos en el nombre de Dios. Recibí también muchos reproches a causa de mis defectos: eso de callar sobre muchas cosas por mal entendida humildad. no es otra cosa que secreto orgullo. Yo debo recibir las cosas y darlas, como lo hacía siendo niña, que recibía mucho más que ahora. Debo decir sin ningún miedo cuanto he callado, no bien se me presente a la mente.

También con el confesor me debo lamentar francamente de todo lo que me oprime, aún cuando parezca que no me quiere escuchar: debo pedirle que me escuche y con esto obtendré ayuda más frecuente. Mi guía también me reprendió mi demasiada condescendencia hacia muchos y que con ello descuido el cumplimiento de mis deberes en la oración y hacia los demás. Que es muy inexacto cuando digo: "He aquí que estoy tendida y no puedo hacer cosa alguna". Bien sabía él que yo me arrastraría de noche, envuelta en mi manto, para distribuir limosnas y que me lamentaba de no poder hacerlo, puesto que de buena

(*) Los confesores de Ana Catalina eran el Padre Limberg y el abate Lambert.

gana lo haría. Que lo que el Señor me imponía no era del todo de mi gusto. Debo pensar que yo no estoy inútilmente en este lecho: debo operar con la oración y manifestar lo que me ha sido dado. Me dijo que pronto tendría que contar cosas que me resultaría muy gravoso decirlas; pero que las tendría que narrar. Una furiosa tempestad nos amenaza; el cielo se oscurece horrendamente. Pocos son los que aquí abajo rezan y las necesidades son grandes. Las órdenes religiosas van decayendo siempre más. Debo decir a todos los buenos que recen con todo el corazón. Me dijo, además, que yo debo prepararme con tranquilidad y valor a recibir los males que se acercan. Me podrían hacer morir; pero como mi obra no está aún terminada, si por mi negligencia viniese a morir antes del tiempo, deberé soportar el resto de esos dolores en el Purgatorio; que los dolores de allá son mucho más amargos que los de aquí.

19. Visión de Santa Cecilia - El niño de la Paciencia.

Por la fiesta de Santa Cecilia estuvo a punto de reproducirse el estado de pusilanimidad. Me turbaba el pensamiento de no haber sido bastante paciente durante el tiempo de las pesquisas. Entonces invoqué a Santa Cecilia para que me consolase y ella se me apareció en el mismo momento como si descendiese del cielo. ¡Qué aparición conmovedora! Su cabeza estaba a medio separar del cuello con una extensa herida, inclinada hacia su lado izquierdo; no era muy alta de estatura; tenía ojos y cabellos negros; tez blanca, gentil y delicada. Llevaba un vestido de género basto, pero cándido, adornado de flores grandes, extensas y algunas doradas; con ese vestido fué martirizada. Me dijo más o menos las siguientes palabras: "Ten paciencia; tus faltas te serán perdonadas por Dios, si te arrepientes. No debes estar turbada por haber dicho las verdades a tus perseguidores. Cuando se es inocente se puede animosamente hablar al enemigo. También yo hablé con sinceridad a mis enemigos y les respondí, cuando me hablaban de mi fresca juventud y de las doradas flores de mi vestido, que yo estimaba tan poco todo eso como el fango de que estaban formados sus dioses y que de buena gana cambiaba aquellas doradas flores por el rojo del martirio. Mira: con esta herida aún he vivido tres días y he gozado del consuelo de los siervos de Jesucristo. Te traigo la *Paciencia:* un infante vestido de verde; tenlo con afecto; él te ayudará".

Entonces desapareció y lloré de gozo. El infante quedó conmigo. Se sentó junto a mí en el lecho; estaba muy incómodo

sobre un pequeño lugarcito; tenía sus manecitas escondidas en sus mangas y con cierta serena tristeza inclinaba su pequeña cabecita. Nada pedía, de nada se quejaba. Esta vista me conmovía y me consolaba inefablemente. Recuerdo que tuve ya este infante de la paciencia conmigo. Cuando aquellos holandeses me atormentaban tanto que estaba por impacientarme, la Madre de Dios me lo trajo. Él entonces me habló y me dijo: "Mira, me dejo alzar y pasar de un brazo al otro; yacer en las faldas o por tierra y estoy siempre contento; haz tú también así". Veo a este niño desde que me ha sido traído; también cuando estoy despierta, y he adquirido paciencia y paz.

20. La Virgen de Einsiedeln (*) la libra de un peligro.
(13 de Noviembre de 1819)

Me sentí transportada por mis enemigos en medio de gritos y clamores y puesta sobre un palco alto, tan estrecho, que estaba en peligrosa situación de caer y romperme la cabeza. Cuando me vieron allá, dieron muestras de gran algazara. Yo estaba en grandísima angustia. Al fin apareció la Madre de Dios bajo la figura de la Virgen de Einsiedeln; hizo que el palco se alargase y ensanchase de tal modo que pudiera pasearme sobre el mismo. Al fin, inesperadamente, bajé de allí, a la vista de lo cual mis enemigos quedaron muy avergonzados.

21. Nuevos peligros y socorros.
(25 de Noviembre de 1819)

Me ví de nuevo yaciendo sobre un tablado que estaba formado de tablones que tenían en el medio una abertura por la cual se veía un oscuro báratro.

Todo en torno estaba silencioso; no se veía a nadie. Parecía como que yo debía perecer allí secretamente precipitándome en el abismo central. Pero aparecieron las santas Francisca y Ludovica, que tantas veces me habían ayudado, y levantando una tabla me indicaron una abertura en un ángulo del tablado. Yo debí descender de allí por medio de una escalera, la cual cayó al momento de llegar yo al suelo; me sentí libre de todo tormento. Entonces una monjita de nuestro monasterio me lavó los pies, sobre los cuales yo tenía manchas que debían serme quitadas. Los estigmas no me fueron lavados. Yo sentía gran timidez y retiraba los pies.

(*) Lugar de Suiza con un santuario de la Virgen muy frecuentado por peregrinos.

22. Santas Francisca y Ludovica la salvan de nuevo. *(27 de Noviembre)*

Como tenía yo que ver los peligros que había superado, me ví transportada por mi guía a una casa cuadrangular, vacía, a semejanza de una cabaña. En esta casa había de un lado una gran caldera, tan grande como ésta mi pieza. En medio de la casa había un gran fuego dentro del cual debía yo ser arrojada. Primeramente vinieron las personas más jóvenes que yo conocía y trajeron astillas y pequeñas leñitas, levantándose una gran llamarada que muy pronto se apagó. Entonces vino una multitud de personas casadas y de viejas, que yo había conocido antes; trajeron grandes trozos de leña y troncos y encendieron un fuego muy ardiente. Yo por mi parte no entré y bien pronto se apagó la hoguera y la leña no ardió por entero, sino que quedaron troncos a medio arder. Luego vinieron varias monjitas y encendieron un fuego verdaderamente ridículo. Ellas traían casi a escondidas y a hurtadillas toda clase de pequeñas astillas, hojas secas, hierbas áridas, cañitas y juncos, ramas marchitas y vacías ligadas en haces; en una palabra, todo lo que era livianc y que podían traer a escondidas. Entretanto seguían murmurando oraciones y corrían a la iglesia; ninguna de ellas quería dejar ver a las otras lo que hacía, y entre tanto todas hacían lo mismo. Era un trabajo de encender fuego verdaderamente ridículo y yo podía conocer en cada una de ellas su modo particular de trabajar. Acercóse más particularmente Söntgen y puso sobre aquel fuego cuanto más leña pudo y lo dispuso tan bien que pronto los tizones comenzaron a arder. En ese punto las monjitas se separaron y también yo me alejé de allí. Pero volví al lugar bien ligero. De pronto vinieron personajes en carrozas y entre ellos doctores. Observaron curiosamente todas las cosas; suspendieron sobre el fuego la caldera y verificaron varias veces si ya estaba a punto de calentarse. Una vez hasta yo misma probé si estaba la caldera ya caliente. Entonces vino Söntgen (*) y avivó mayormente el fuego; mientras hacía esto me hablaba con melosa manera que al fin me indujo a que yo misma llevase un tronco de leña al fuego. Entonces vinieron infinitos observadores y exploradores. Ví entre ellos al Consejero; de pronto me arrebataron y me echaron en aquella caldera. Me encontré en verdad en un miserable estado; a cada momento

(*) Clara Söntgen había entrado de monja junto con Ana Catalina. Llamada a veces por la Curia para dar informes secretos acerca de la vidente, se creyó con atribuciones que no tenía y causó muchos disgustos a Ana Catalina.

me parecía que iba a morir. Algunas veces me sacaban hasta la cintura; otras veces me metían dentro hasta el cuello, y otras, me metían hasta el fondo y por la pena inmensa me sentía morir a cada momento.

De pronto aparecieron las dos monjitas Francisca y Ludovica, que tantas veces me habían ayudado en lo pasado y que ahora también se dignaban ayudarme. Yo estaba con ánimo de resistir hasta el fin; con todo, ellas me retiraron de la caldera. Me tomaron de derecha y de izquierda por los sobacos y me sacaron fuera. Los que me querían cocer quedaron al fin, aunque contra su voluntad, satisfechos. Se fueron diciendo: "Debemos renovar esta obra en otro lugar; aquí hay demasiada gente". Ví que fueron a inspeccionar otra estancia más segura, donde pensaban encerrarme; pero ví que no lograrían su intento.

23. Ve arder la casa del Consejero (*) - Intervención de un alma.

(28 de Noviembre de 1819)

Ví una gran calamidad: un incendio. La casa del Consejero ardía por los cuatro costados. Salía de allí una espantosa cantidad de astillas y de sustancias inflamadas y caían y herían a personas vecinas y lejanas, aunque no suscitaban otros incendios Me dolía mucho por causa de este hombre y de que le resultase tanto daño; pero ví que el incendio no debía dañarle mucho a él mismo, sino que parecía suscitado para dañarme a mí. Entre tanto he visto que un tronco enorme, semejante a un pernil ardiente, venía en dirección hacia mí y debía caerme sobre la cabeza. Un alma en ese momento se acercó y poniendo la mano recibió y desvió el tronco ardiente, que cayó al suelo, cerca de donde yo me encontraba. Aquella alma me dijo: "Esto no quema; he soportado otro fuego mayor; ahora me va bien".

Reconocí con grande alegría el alma de una antigua campesina que en mi infancia me había querido siempre y se había quejado conmigo de los disgustos que le causaba su propia hija. Yo le demostraba todo posible afecto y a menudo la había aseado y limpiado de insectos. Esta alma, que hacía treinta años estaba separada del cuerpo, era extraordinariamente resplandeciente y bella; me agradeció con alegría pura y simple. Me dijo cuanto

(*) Este Consejero (Bönninghausen) fué obstinado adversario de la estigmatizada. De él dice Ana Catalina: "El Consejero, fumando tabaco, entró en mi pieza, se colocó a la derecha de mi lecho; y el farmacéutico a la izquierda. De pronto vi al diablo que se ocultaba detrás del Consejero".

se alegraba de poderme ayudar ahora a mí que tanto la había ayudado con mis oraciones; me dijo que yo debía consolarme; que tendría que sufrir toda clase de padecimientos; pero que todo lo debía recibir de Dios con calma y sin murmurar; que ella me ayudaría protegiéndome cuanto pudiera, añadiendo: "No estoy sola para ayudarte; tú tienes una extraordinaria cantidad de almas que te ayudan. Mira, son todas éstas por las cuales has rezado y aquéllas a las cuales has ayudado; en el tiempo oportuno todas te ayudarán". Entonces me mostró en torno gran cantidad de almas que yo había conocido; las ví en diferentes estados y supe que todas me iban a ser de gran ayuda. No podría decir cuanta abundancia de gozo y consolación divina saqué de la belleza y del esplendor del alma de esta buena anciana, que entre nosotros siempre habíamos llamado la Adormidera.

Mientras tanto, yo veía arder la casa del Consejero con más fuertes llamaradas y conocía en mí misma que era esto un símbolo de las consecuencias de su perverso obrar, consecuencias que habrían destruído su persona y acabado con su felicidad. Sentía una gran compasión en el corazón por él y dije a aquella alma que ella debía rezar y pedir a Dios e invitar también a todas las demás almas, con las cuales algo pudiera hacer, a unirse con ella en oración para que el Señor no imputase al Consejero todo aquel mal que me había hecho y quería hacerme. Deseaba yo que el Señor así rogado le premiase todo como si me hubiese hecho sólo grandes beneficios. Para conseguir esta gracia, me ofrecía a aceptar todo sufrimiento. Aquella buena alma me lo prometió y luego me dejó.

Tuve después, con gran esfuerzo, que transportar al Consejero hasta la cumbre de una montaña. Ya otras veces hube de hacer esto mismo con muchas personas. Así, mucho tiempo hace, tuve que transportar en visión al Peregrino, antes que viniese a verme. Esto de llevar a uno significa guiarlo a su salvación con grande fatiga y trabajo. También Javier transportó muchas veces en visión a hombres de color sobre sus espaldas, aún antes que fuese enviado a convertir a los paganos.

24. Desacuerdo entre enemigos.

Mis perseguidores me dejarán ahora en paz He visto que tenían el intento de oprimirme y sorprenderme. pero están ahora en desacuerdo y se han separado. He visto todo esto bajo el símil de un fuego que estaba encendido entre ellos. El uno desconfiaba del otro y temía ser traicionado. Yo ya nada temía.

Mi celeste Esposo me había dicho que debía contenerme y esperar con paciencia y que me sería dado algún tiempo de quietud. para que pudiese leer las cinco últimas páginas de mi gran libro (*). Tengo aún mucho, muchísimo que hacer.

25. El proceso inquisitorial que se hará después de su muerte.
(14 de Diciembre)

Ví que esta autoridad eclesiástica había recibido de Roma cartas con facultad para proceder a un examen inquisitorial y ví cómo querían proceder con toda autoridad y dignidad. He visto después una iglesia en la cual no había ningún asiento y que me parecía profanada o al menos en reparación. Estaba fuertemente edificada; era antigua y llena de ángulos, no obstante, era bella y adornada, aunque sin trabajos de madera en relieve ni en similor. Los eclesiásticos penetraron en perfecto silencio. Fuera de ellos no había ninguno, más que mi alma y muchos santos. Un féretro fué sacado de un subterráneo y llevado delante del altar. Los eclesiásticos lo abrieron: tenían la intención de hacer una prueba. Hicieron abrir aquel féretro. Celebraron una misa solemne y luego tomaron de aquel cuerpo un dedo consagrado: era el dedo de un santo Obispo. Posaron aquella reliquia sobre el altar y el féretro fué de nuevo transportado al subterráneo. Tuve el presentimiento que con aquella reliquia vendrían a mí y me apresuré entonces a volverme a casa. Vinieron y se mostraron muy rigurosos y severos. No sé lo que hicieron sobre mí, puesto que yo me encontraba en alto sobre unas praderas: me parecía hallarme entre nubes en la proximidad de aquel obispo antiguo, cuyo dedo aquellos eclesiásticos habían traído. Estaba envuelto en terciopelo rojo y un eclesiástico lo llevaba sobre el pecho. De pronto fuí súbitamente transportada por aquel santo obispo en mi propio cuerpo y me levanté y miré maravillada a aquellos señores. Finalizada esta prueba, he visto de nuevo a los eclesiásticos en aquella iglesia de donde habían llevado el dedo y lo depositaron nuevamente sobre el féretro bajo el altar. Entonces hubo una gran fiesta de acción de gracias. Acudió mucha gente y gran cantidad de santos y de ánimas. Al canto de aquellas almas yo uní mi canto en latín.

Después de esto tuve también la visión de un nuevo monasterio. Todo esto sucedía como si debiese tener lugar recién des-

(*) Libro misterioso que recibe del cielo cuando entra de religiosa. Vuelve a verlo en el Monte de los Profetas entre los libros que custodia Elías. En ningún punto de sus visiones dice claramente qué cosas leía en ese libro.

pués de mi muerte. Hubiera debido vivir aún mucho tiempo, pero como habrían venido sobre mí muchos y graves experimentos y exámenes, tendré que morir antes. No obstante, después de mi muerte se habría igualmente alcanzado el fin. Ví también que después de mi muerte se haría algún corte a mi mano. He visto cómo en una y otra parte y con el mayor sigilo se harían en esa iglesia muchos cambios y que las reliquias serían de nuevo sacadas a luz y serían mucho más honradas.

26. El abate Lambert y el Peregrino.

He visto todo el proceso de la inquisición sobre ella (*), y he visto que en todo ello estaba metido Satanás. No habría podido comprender como ella resistiese, si no hubiese visto tener continuamente en torno ángeles y santos. He visto también la intención y el modo de pensar de la gente; oí sus discursos, ví sus manejos y pruebas y como se enfurecieron porque no encontraron nada. Ví como no la dejaban en tranquilidad de día ni de noche; continuamente se agitaban en torno de ella con luces en la mano en horas de la noche. He visto al Consejero que movía a temor cuando dijo: "Ahora tengo al abate Lambert en mis manos: él ha confesado todo. También ella debe confesar todo el engaño". Lo he visto tan rabioso y al mismo tiempo tan lisonjero e insinuante que aquella pobre persona debía ser inducida a pronunciar alguna palabra, de la cual esperaban ellos construir materia de acusación. He visto, por otra parte, cómo una aparición le ponía la mano sobre la boca. He visto al abate Lambert, aunque muy turbado, vencerse a sí mismo, dominar su miedo y que este vencimiento le ayudó mucho a su alma. Ví que lo restante de su carrera era bien poco. Ví el libro del Peregrino, del cual mucho será extractado para ser publicado.

27. Otra visión del abate Lambert.

Tuve una visión relativa al abate Lambert del cual ocurre hoy el 67º día de su nacimiento. Lo he visto arrastrarse de aquí para allá con el pie enfermo, dentro de su estancia, y ví que se hacía siempre más pequeño. Después he visto que no podía estar más de pie y siempre decrecía, de tal modo que a veces no lo podía ver. Me fué dicho que si él no se hacía semejante a un inocente niño no podría entrar en el reino de los cielos y que esta su enfermedad le era muy útil para conseguir tal fin. Cuando lo ví así, empequeñecido, he visto de repente, junto a él, un niño gracioso y resplandeciente como si quisiera medirse

(*) Se ve a sí misma como si fuera otra persona.

con él. Pero el abate Lambert era siempre más grande que el niño y supe que debía hacerse de igual estatura que el niño para entrar entre los beatos.

28. Recibe anuncios de nuevos padecimientos.
(28 de Febrero de 1820)

Me fueron anunciadas nuevas penas de cuatro clases. Una, la cual me ocasiona mayor pena, proviene del Peregrino y de su hermano (*); consiste en desunión y malentendido. He visto un cuadro que mucho me afligió. Me encontraba en extrema inquietud y a punto de desfallecer; quería beber, pero el agua era impura y sabía a agua estancada; no pude tragarla. Estaban allí dos hombres; el uno quería ayudarme y darme cerezas recogidas de un árbol que se levantaba en el lugar de las aguas estancadas. El árbol se mecía y se inclinaba; las cerezas pendían de las ramas extremas situadas en la parte baja; en las alturas no se veía ninguna. Aquel hombre había subido penosamente sobre el árbol para darme las cerezas, puesto que el agua no se podía beber. El otro hombre comenzó a criticarlo y a lamentarse de la fatiga que se imponía: era demasiado trabajo; las cosas debían ser como eran; sobre esto disputaron tan vivamente, que el uno dejó el árbol y el otro se fué también.

Se separaron y yo quedé abandonada, sin ayuda; y necesitaba mucho de una ayuda: sin ella hubiera perecido. Pensé toda la noche en esta penosa visión, que esos hombres podían ser el Peregrino y su hermano. Las cerezas plantadas en aquel lugar malsano simbolizan las buenas intenciones, los servicios y las ayudas ofrecidas, que no vienen del principio de la fe, sino del mal seguro juicio humano y de opiniones preconcebidas. Aquella agua estancada no provenía de la pura fuente del amor divino, sino que estaba contaminada con amor propio y en la obstinación de ideas y juicios vulgares, que en ninguna manera pueden servir de norma y medida para juzgar su posición y por eso no podían traer ningún verdadero alivio a los males.

29. Representación de la discordia.
(4 de Marzo de 1820)

Me he visto depositada por el confesor y el Peregrino en un campo de cereales, donde las espigas me cubrían entera-

(*) Cristián Brentano, hermano del Peregrino, frecuentaba la casa de Ana Catalina. Ambos fueron causa de frecuentes disgustos para la paciente; ellos pretendían cosas que el guía celestial le prohibía o mandaba otras que no eran del agrado de los dos hermanos.

mente; deseaba quedar allí, pero fuí llevada a una estancia oscura y triste y ví que el Peregrino era presa de violenta cólera contra mí, aunque yo era inocente. Estaban muy lejos el uno del otro. Cuando el Peregrino me habló con tanta ira, he visto al diablo tan sutil de la discordia estar detrás y posarle la mano sobre la espalda. Entonces me pareció que me pasasen delante los cuadros del *Via crucis* y que a cada una de las estaciones que pasaba me encontrase siempre más lejos del Peregrino. En la estación de la Crucifixión ví al demonio de la cólera y de la discordia detrás, que parecía querer echarse sobre mí; pero logré arrojarlo lejos. Yo miraba siempre al Peregrino, que al fin vino junto a mí de nuevo. Me he propuesto recibirlo más amorosamente que nunca.

Tuve una visión sobre su hermano. Él le ocasionará disgustos; piensa sobre mí de modo no recto. He visto que también el abate Lambert será molestado por él. Doy gracias a Dios que se ha dignado mostrarme todo esto y así me ha dado ocasión para prepararme. Quiero soportarlo todo para mi mayor humillación.

30. Nuevas penas domésticas la afligen.

Me sentía muy enferma y exponía al Señor, lamentándome, mi estado miserable y deseaba me fuesen quitados los cuidados de las cosas domésticas y me fuesen alejadas tantas personas por las cuales debo interesarme. Ayer tarde el abate Lambert tuvo consigo a la mesa a seis huéspedes, los hijos de mi hermano y algunos eclesiásticos que habían venido a verlo. Tuve reproches de mi guía celestial: me dijo que debo estar asida a la cruz ya que tampoco Jesús se desclavó de la suya. Cuanto menos piense en librarme de las penas más pronto desaparecerán ellas. Tuve sobre todo esto larga instrucción y avisos.

Veo continuos cuadros de las penas que me esperan. Fuí revestida de un hábito blanco sobre el negro y me fué puesto sobre la cabeza un velo blanco y sobre él otro negro. Había sobre el vestido muchas cruces pequeñas. Pude reunirlas todas y entonces aparecieron tres cruces negras que tenían las puntas cubiertas con pequeñas placas de oro y reunidas formaban una sola cruz. Estaban sobre el vestido, y cuando las toqué las sentí también adentro. Ví continuos cuadros de graves miserias que me esperan y que todos los que están en torno mío no me comprenderían ya más y me verían abandonada y burlada. Me fué dicho que de nuevo podría tomar alimento y llegaría a poder caminar.

Junto a mí se encontraba otra persona y mi hermana no podía ya acercarse hasta mí (*). Me encontraba en otro lugar. El Peregrino me traía de comer. Podía sorber algún líquido y agua y gustar un poco de pan ordinario y algunas habas. Me fué dicho que toda cosa dulce y el vino eran para mí veneno. Supe también que se haría sobre mí un nuevo ensayo y experimentos.

31. Alivia al abate Lambert con sus dolores (**).

Tengo que dejar el cuidado de todas las cosas a Dios. No puedo salvarlo del todo. Cuando vino a mí y lloró mostrándose tan turbado sobre el proyecto de dejar esta casa, ví en seguida que él no tendría más que cuatro días de vida si la gangrena que le amenazaba, comenzara. Clamé suplicante al Señor, rogándole me enviase tanta enfermedad cuanta bastase para que el padre se viese libre de morir no resignado. En el mismo momento mis dolores aumentaron y Lambert mejoró. Espero que pronto podrá celebrar de nuevo la misa.

32. Nuevos disgustos causados por el Peregrino.
(25 de Abril de 1820)

Yo debía poner orden y arreglar en un ramillete gran cantidad de flores que estaban en mucha confusión y había ya dispuesto un buen número, cuando ví despuntar en torno de nosotros una verde maleza de espinas: no tenía las espinas vueltas hacia nosotros, sino hacia afuera, como en nuestra defensa. Crecían allí otras innumerables floreeitas sobre tallos sutiles como hilos. Eran de color celeste y rojo en el centro y tenían cinco estambres parecidos a pequeños martillos de plata y sobre ellos se posaba un rocío admirablemente agradable. Estas florecillas se escondían entre muchas malezas de hierbas y yo quería recogerlas; pero el Peregrino y su hermano eran contrarios y decían que esto no valía la pena. Tomé una espina de aquella maleza y con ella saqué aquellas florecitas de en medio de las malezas de hierbas.

(*) Su hermana Gertrudis fué remitida a casa de sus padres cuando Ana Catalina cambió de habitación; en su lugar fué puesta otra muchacha.

(**) El abate Juan Martín Lambert vicario de Demuin, Amiens, había salido de Francia por no prestar el juramento constitucional. Decía misa en el convento de Agnetenberg. Fué luego confesor de Ana Catalina, que lo conoció cuando ella era sacristana en la iglesia del convento.

(1° de Mayo). Vi el cuadro de las pequeñas florecillas y las ví pisadas y destrozadas por el Peregrino y su hermano. Lloré amargamente y escondí en medio de aquellas pobres florecillas la cruz que llevaba sobre mi vestido gris. Bañadas estas flores con mis lágrimas renacieron en toda su extensión, con gran alegría mía. Ví también el cuadro de un gran fuego en la pieza del padre Lambert que ardía precisamente sobre su lecho. Consistía este fuego en pequeñas llamitas que se reunían siempre más y más, y cuando formaban una gran llamarada, ésta, pasando por la cocina bajaba las escaleras. He visto varias cosas que indicaban el por qué de lo que le sucedía. Ví muchas personas y muchas cosas y ahora no puedo recordar la relación de todo ello, porque desperté por causa del miedo. Ví que de aquellas llaman salían muchas pequeñas cruces que cayendo sobre mí llenaban mi vestido gris. Yo estaba muy espantada, pero vinieron dos espíritus celestiales, semejantes a dos apóstoles y me dijeron que no debía espantarme, puesto que se había ya quemado y consumido la mayor parte de aquellas cruces. Efectivamente, aparecían ennegrecidas y quedaban muy pocas aún. Desperté espantada de esta visión.

33. Agonía y muerte del abate Lambert.

(14 de Enero de 1821)

Estoy ocupada en un difícil viaje en visión con el abate Lambert. Algunas veces se encuentra muy cerca de la celestial Jerusalén; pero luego se detiene, porque ha olvidado un paquete. Yo debo buscar ese paquete y llevarlo detrás de él. Otras veces me encuentro transportada al cementerio, donde yace alguno que ha olvidado algo y yo debo traérselo y luego recorrer el largo camino metida en tierra hasta la mitad del cuerpo. Tengo miles de trabajos que hacer. Y ahora siento cerca de mí a alguien que de mala gracia y con violencia se me atraviesa, me impide, me detiene, de modo que no puedo terminar cosa alguna.

(18 de Enero). No puedo describir con claridad cómo veo el siguiente cuadro: Veo el alma (de Lambert) bajo la forma de una pequeña y luminosa figura humana que está sobre su corazon; veo como si quisiera salir fuera, como si buscase de adelgazar o romper algún ligamento de los que por todos lados lo envuelven, como si empezasen a abrirse algunos caminos, como si el cuerpo si disipase, como neblina que se deshiciera. Veo a aquella alma como si no quisiese estar más en su encierro; y

luego veo una lucha en sentido contrario: la materia que la circunda, lo impide y se hace más densa; el alma se siente encarcelada por todos lados o al menos por alguno. A veces veo una densa oscuridad; a veces un rayo de luz penetra hasta ella; a menudo la veo circundada de niebla y mientras dura todo esto veo sobre el enfermo y en torno de él un fuego que se consume siempre más. Veo también un continuo aproximarse del demonio con toda clase de visiones de angustia, y al Angel Custodio del abate Lambert que aleja al demonio, y rayos de luz y de consuelo que le envía su santo patrono y otros santos.

Durante todo el día, aun cuando hablo con otros o estoy ocupada en cualquier cosa, veo, internamente al abate Lambert enfermo. Veo sus dolores y sus disposiciones de espíritu. Veo cuadros de las tentaciones con las cuales el demonio le quiere quitar el ánimo y la esperanza. Parece que leyera un rollo muy largo de culpas y de omisiones y le mostrara que él ha descuidado esto o aquello y que no ha cumplido sus deberes. Veo como él mira estos cuadros de sus negligencias y como se pone angustiado y más enfermo e impaciente. Por el contrario, yo me pongo entonces a clamar al Señor, y rezo y trabajo y todo lo pongo delante del Señor y tomo sobre mí dolores y penas. Entonces veo acercarse el Angel Custodio; veo a San Martín su protector acudir en su ayuda y veo que crece su fe, esperanza y caridad. Cuando veo alejarse de él la tentación, entonces me sucede algo externamente a mí: un disgusto, un caso cualquiera que me saca de mi recogimiento, de modo que no puedo luego rezar por el enfermo. Si logro sobreponerme he aquí que vienen otros contratiempos que debo soportar con paciencia.

Ayer he visto al abate Lambert a punto de morir; había perdido el conocimiento, las tentaciones aumentaban, sus manos se movían de aquí para allá sobre la colcha sin saber lo que hacía. Hablé al Señor y le pedí que pudiese aún padecer aquí para que pudiese expiar. Me fué dicho que debía morir y que yo debía recogerme y pensar si no me convenía dejarlo de buena gana a la voluntad de Dios.

Después de esta declaración de mi buena voluntad, se me presentó ante los ojos un cuadro admirable. Me parecía como si se me presentase una persona que me hizo una dolorosa representación de lo que significaría para mí la pérdida del abate Lambert, si él tuviese que morir ahora, y que hiciese esto para moverme a prorrumpir en lamentos y quejas, y a dejar de lado la paciencia y el abandono a la voluntad de Dios. Tuve que lu-

char mucho contra esta representación. Además de esto, no me encontraba sola ni un momento, se me dirigía la palabra y me daba trabajo la niña que tosía. Con todo luché contra las insinuaciones del enemigo y al fin me fué posible vencer el asalto y dije con todo el corazón: "¡Señor, tu santa voluntad sea hecha!" Apenas dije esto ví delante en espíritu al abate Lambert, mejorado y más sereno. Cuando últimamente Lambert sufría graves dolores por su llaga y yo rogaba a Dios por él, me fué dicho si quería chupar aquella llaga para mejorarla y cuando dije que sí, me ví transportada junto a él en espíritu y chupé sus llagas. Sus dolores cesaron y él dijo al médico: "Creo que *ma soeur* me ha ayudado".

(9 de Febrero). He recorrido los cuadros del *Via crucis* y fuí al encuentro del cortejo fúnebre que conducía el abate Lambert (*) al cementerio. Allí he visto a muchas almas, entre ellas a una con un cirio encendido que acompañaba el cortejo. Después de esto, he asistido a las exequias y he cantado con gran fatiga en el coro el oficio de difuntos. Ahora veo al abate Lambert en un jardín celestial donde se encuentran sacerdotes y almas de su clase. En este lugar hay cosas que corresponden a las puras raíces de las inclinaciones del alma sobre la tierra, pero sin ninguna mezcla de naturaleza terrena. En la hora de su muerte he visto a San Martín y a Santa Bárbara, a quienes yo había invocado en su ayuda, junto a él.

34. Expía por el Deán, Roseri y Rave.

He viajado a Tierra Santa y ví a Nuestro Señor en las orillas del Jordán. Dijo que había llegado el tiempo en que Él mismo quería salvar a sus ovejas y traerlas a lugar seguro; los corderitos tenían que ser puestos sobre un monte y las ovejitas distribuídas en torno suyo. Cuando lo ví tan afanado por sus corderitos, pensé en mis perseguidores y los ví con una mirada como si atravesasen corriendo un desierto. El buen Pastor dijo: "Todas las veces que me acerco a ellos, me desprecian y dan coces". Yo comencé a rezar por ellos de todo corazón y obtuve el don de poder orar por ellos y espero que algo les habrá aprovechado. Reconozco que mis enemigos han ayudado mucho a mi vida interior.

Mientras yo rezaba por ellos me fué mostrado cómo también el Deán había estado excitado contra mí, cosa que me causó mucha extrañeza. Tuve que llevar a muchas personas, enfer-

(*) Murió el 7 de febrero de 1821.

mos, cojos, lisiados, desde la plaza pública hasta una iglesia, donde todo estaba dispuesto en orden perfecto. Llevé a Rave, que encontré a punto de ahogarse; al Consejero lo llevé desde un inmundo estanque; a Roseri lo encontré manchado y deshecho, como si hubiese caído en un abismo; también por ellos tuve que cansarme, llevándolos.

Me encontré junto a un campo de trigo y centeno situado bien alto; no lejos había excavaciones profundas y estanques de agua pútrida y lugares desiertos y adentro muchas rabiosas bestias que querían devorar a los hombres. Tuve que gobernar y dar de comer a estas bestias para que no se desparramasen por los campos. Tuve que buscar y traer para cada una de ellas, con gran fatiga y sudor, las hierbas y raíces diversas, como también diversidad de gusanos, y todo esto con infinita ansiedad y angustia y en medio de continuos ataques de parte de estos animales. Tuve que llevar y alimentar a gatos, tigres, puercos y a un perro mordedor. Durante esta visión estaba deshecha en sudor. Estas bestias significan las pasiones de aquellos hombres que pensaban reducirme a su dominio.

He tomado sobre mis espaldas un grave compromiso. He hecho el propósito de implorar en este tiempo solemne de Dios Nuestro Señor, por el mejoramiento de mis enemigos y el perdón de sus pecados. He trabajado tanto en ello que por todo lo que han hecho hasta ahora contra mí, no serán castigados, si se arrepienten y entran en sí mismos. Siento ahora lo que es llevar sobre las espaldas los pecados y expiarlos con padecimientos. También he conseguido remover con la oración muchos de los peligros que me amenazaban; sobre esto he recibido avisos precisos y me fué dicho cuánto reconocimiento debo por ello a la protección de las santas reliquias. Le debo a los santos que el proyectado asalto contra mí, sea removido. No me he equivocado: he visto con seguridad que el proyecto había salido del Deán. Yo debía ser llevada de nuevo de aquí por medio de seis hombres, entre ellos dos eclesiásticos, para ser de nuevo examinada; pero el Vicario General no quiso dar su consentimiento.

Me pareció, en la víspera de mi santa patrona Catalina, que yo sacaba mi corazón del pecho y lo partía entre muchos miles de personas: pobres, lisiados, enfermos, hombres, mujeres niños; al fin vinieron todavía algunos hacia mí y les dí las últimas partes de mi corazón, mientras yo veía cómo iban terminándose las postreras partecitas. Cuando acabé de dar la úl-

A. C. Emmerick, Visiones y Re... tom. I, p. 18.

tima partecita, me encontré tan vacía, tan decaída, que estaba por morir.

Entonces apareció Jesús en la cruz, y le dije: "Señor, ahora ya no tengo mas nada". Entonces El me presentó su corazón y dijo: "Aquí tienes mi corazón; reparte de él cuanto quieras". Me puso su corazón dentro del pecho y yo me sentí fuerte, y desperté.

35. Visión simbólica de unos ciruelos.
(24 de Agosto de 1822)

Yo estaba sentada cerca de una fuente situada en un vasto campo de cereales, donde las espigas se curvaban por el peso de sus granos y caían al suelo. Mi confesor (*) se adentró mucho en aquel campo y salvó de la ruina muchos granos; había ya segado una buena extensión del campo. Entretanto, yo guardaba su sombrero, puesto que aún había muchos lugares que él debía recorrer para recoger la mies. A cada momento pasaban sobre mí ciertos nubarrones negros llenos de granizo, como si quisieran herirme y triturarme, pero pocos de aquellos nubarrones me hirieron.

Ví un saco lleno de ciruelas pequeñas y míseras, que parecían estar preparadas para mí. Eran ciruelas de aquellas que entre nosotros se llaman witker. Estas ciruelas fueron recogidas para mí y preparadas así por varias distinguidas personas; pero uno solo era el que había llenado el saco. Estos frutos son dañosos, equívocos, lisonjeros quizás, pero llenos de falsedad y engaño. De los árboles que los producen sale siempre mucha resina, hermosa en apariencia, pero que roe los troncos. Aquel saco estaba tendido sobre una fosa y mitad de él posaba sobre un terreno de herejes. He visto a las personas que tuvieron algo que hacer con este saco: aunque las conozco, no las quisiera conocer. Las quiero olvidar. Este saco representa las graves charlas y calumnias que cierta persona ha echado sobre mí. Ella me causaba grave disgusto y yo me avergonzaba y esas ciruelas.

Esto, sin embargo, me fue reprendido por el alma de una pobre mujer, muerta ya hace tiempo y que había trabajado conmigo en el convento; ahora ha venido cerca de mí para que yo, hiciera algo en su provecho. Me preguntó cómo se entendía que yo, que no había mostrado interés otras veces por ciruelas grandes, ahora me preocupaba por estas pequeñas y míseras. Vi entonces que algunos sacerdotes cubrían el saco con blancos

(*) El padre dominico Limberg.

pañitos para que yo no pudiera ver más. Entre estos he visto a Overberg (*), a Raterkamp, al padre Limberg y a otros a quienes conocía. Olvidé, por otra parte, a aquellas personas que me habían preparado esos sufrimientos y no me escandalicé ni me inquieté más a causa de ellos.

Las obras de campo del padre Limberg significaban los cuidados de la cura de almas en Flesbuch y sus dispersos penitentes que venían de otras parroquias. Yo le retenía el sombrero como en rehén para que no se alejara del campo de trabajo. Continuamente le rogaba no despedir ni hacer regresar tarde a las personas, aun cuando se sintiese cansado y fatigado. La estación, el estado del campo, todo, en una palabra, estaba como cuando se encontraba aquí Overberg.

"Tú estás aquí, me dijo el Señor, y eres perseguida, a fin de que los ánimos desacordes a tu respecto se aunen y muchos lleguen así al conocimiento del bien y de la verdad".

56. Cuadro simbólico del cordero.

Yo miraba una región como se mira un mapa geográfico y vi bosquecillos, prados y ganado con sus pastores. Junto a mí vi un pastor con un ganado más numeroso y en torno de aquel rebaño algunos grupos de ovejas. Este pastor tenía otros guardianes bajo su mando. Él se entretenía en buscar su propia comodidad. Entre los guardianes había algunos que hacían más que él. Su grey estaba en estado muy mediocre. Había entre las ovejas un corderito más pingüe y más hermoso que los demás y que tenía algo de maravilloso en su modo de ser; los otros se agrupaban lo más que podían en torno de él. Había entre éstos ovejas con tiña. El cordero mejor pacía frente a un bosquecillo donde vi escondido a un espantoso lobo, en acecho. Un segundo lobo estaba detrás del primero, acechando en otra selva. Eran lobos, pero, como hacen los hombres, se entendían entre ellos y más de una vez iban de una a otra parte juntos, siempre espiando por causa de aquel cordero, sin tomarse ningún interés por las ovejas sarnosas.

Me afligía mucho por aquel cordero y no podía comprender cómo los pastores podían descuidarse de tal manera. Uno solo de los guardianes inferiores se preocupaba por el cordero; pero no podía hacer gran cosa, aún cuando cuidaba bien la parte del rebaño que se le había encomendado. Más de una vez vi a los dos lobos lanzarse juntos para arrebatar al cordero; pero en

(*) El anciano Overberg fué en todo tiempo amigo adicto de Ana Catalina.

seguida las ovejas saltaban de tal manera en torno y hacían tanto alboroto balando, que los lobos no se arriesgaban a cumplir su propósito.

Los pastores nada hacían para socorrer al cordero y esto yo no lo podía entender. Una vez los lobos lo hubieran agarrado, pero el segundo llegó demasiado tarde y entre tanto las ovejas hicieron tanto ruido que no pudieron atraparlo. Yo no podía comprender cómo exponían aquel cordero a tan inminente peligro. Otra vez los lobos ya se lo habían llevado un corto trecho de camino, mas todas las ovejas corrieron detrás... Recién entonces conocí, en la compasión que tuve, que el cordero era yo misma. Entonces descendió de lo alto un hombre y los lobos huyeron delante de él. En el mismo momento vi que yo tenía los huesos *(reliquias)* de él y me maravillaba de que estuviese su cuerpo allí conmigo y su espíritu en alto. Entonces vino también el guardián de las ovejas y llevaron a su casa al cordero.

37. Atraviesa una tupida valla de espinas.

Tuve grandísima angustia delante de esta valla de espinas, pero mi guía me dijo: "Has andado ya tanto camino ¿y ahora quieres asustarte delante de este breve trozo?" Me hinqué de rodillas y oré, y así, orando, atravesé aquella valla sin saber cómo lo hice. Sentí que había en torno mío invisibles ayudadores. Vi entonces a tres hombres venir a mí y preguntarme qué pensaba yo hacer con respecto al Consejero. Les contesté que leería el escrito para ver si correspondía a su carácter, y que cuando el superior me lo mandase diría la verdad.

Me fué dicho, además, que el siguiente viernes no saldría sangre *(de los estigmas)* sino otro día, por lo mismo que los perseguidores esperaban esa efusión de sangre. Y supe que ellos jamás verían esas efusiones, puesto que no buscaban la verdad. Vi también a muchos niños de Münster que venían para ver a la impostora; pero se mostraron benévolos, con grande afecto hacia la engañadora. Me parecía como si los amaestrasen. Entre ellos había algunos adultos.

En estas visiones tenía en torno mío muchos santos. Lo que mucho me alegró fué que entre ellos apareció también San Francisco. Estaba revestido de túnica larga y grosera. Su frente era ancha, sus mejillas caídas y descoloridas, su mentón largo. Me suministró gran consuelo; me dijo que yo no debía quejarme, que también él había sido perseguido. Tenía escondidas sus llagas cuanto podía; pero la sangre muchas veces fluía en

cantidad desde el costado hasta los pies, y otros habían visto sus heridas y sin embargo no le prestaron fe. Me dijo que era mucho mejor creer y no ver, puesto que el ver no alcanza a hacer creer a aquéllos que no tienen la gracia de la fe. Él es alto de estatura, flaco, pero vivaz, y sus mejillas, aunque demacradas, estaban como teñidas de rojo por el incendio interno. Los ojos eran negros; no tenía barba. No se mostraba decaído; tenía en sí mucho de vivaz y de benévolo.

38. Es avisada de no promover querella.

Me llaman desobediente, pero no puedo obrar diferentemente. Cuando es demasiado tarde entonces todos quieren ayudarme. Veo cuanto se afana el enemigo infernal para que nazca algún proceso (*). Es su ansia que me venga el deseo de iniciar una querella. El demonio no puede dañar de otro modo. Veo que yo moriría si se llegase a un proceso y que todo quedaría oculto, suprimido y sofocado; este es el plan del demonio.

Mi guía celestial me ha dicho: "Tus mejores amigos te querrán persuadir a que promuevas querella ante el magistrado; pero cuídate bien de hacerlo. No olvides que las señales que tú llevas *(los estigmas)* no son señales de acusación, sino de reconciliación. Las dos letras de tu libro de devoción te lo recuerdan: A y R, esto es, *ama y recuerda*. Son tus consejeros los que deben promover querella, y no tú".

39. Ruega por sus perseguidores. - Valor de la santa Misa.

He clamado y suplicado a Dios Padre que quiera mirar a su Hijo, el cual cada minuto satisface por los pecadores; que ahora mismo se ha ofrecido y en cada minuto se ofrece. Le he rogado no quiera ofenderse demasiado por los pecados del pobre ciego Consejero. Le he dicho que debe ayudarlo, iluminarlo por amor de su Hijo. Yo tenía en aquel momento la visión del Viernes Santo y vi cómo el Señor se ofreció de víctima en la cruz y como María y el discípulo, al pie de la cruz, miraban atentamente el altar del sacerdote que ofrecía el sacrificio de la Misa. Vi que esto sucedía en cada hora del día y de la noche y vi a todos los fieles, y cómo ellos rezaban bien o mal, y vi también cómo el sacerdote ejercía su ministerio.

(*) Querían algunos adictos y amigos de Ana Catalina inducirla a promover querella judicial contra el consejero Bönningshausen, por la manera desvergonzada y cruel con que llevó a cabo el examen de los estigmas.

La primera que vi fué a la iglesia que está aquí y luego las iglesias y comunidades que están en torno, de la manera como se distingue un árbol iluminado por el sol que está vecino, con sus frutos y al mismo tiempo se ven otros que están lejos, distribuídos en grupos o reunidos en un bosque. He visto celebrar la Misa en el mundo entero en toda hora del día y de la noche. He visto lejanas comunidades donde la Misa es celebrada precisamente como en el tiempo de los apóstoles. Sobre el altar veo en visión un oficio divino, donde los ángeles compensan todo aquello que es descuidado por el sacerdote celebrante. También ofrecí mi corazón por las faltas de piedad y devoción de los fieles y supliqué al Señor que usara de misericordia. Vi a muchos sacerdotes celebrar el sacrificio deplorablemente. Los afectados y rígidos, que emplean todo el cuidado en no ofender la apariencia externa, descuidan muchas veces el íntimo recogimiento por causa de esta excesiva meticulosidad. Piensan mucho en cómo el pueblo los observa y lo que piensa de ellos y no piensan lo que pensará Dios de ellos. Son los escrupulosos que quieren tener siempre el sentimiento de su devoción. Este género de sentimientos los he experimentado desde mi niñez. Muchas veces, durante el día, me siento arrebatada en esta lejana visión de la santa Misa, y en tanto se me habla, de modo que me parece probar una impresión igual a la que se experimenta cuando durante el trabajo se debe hablar a un niño que pregunta. Jesús nos ama de tal manera que ha querido en la Misa continuar la obra de su Redención. La Misa es la redención histórica velada y hecha Sacramento. He visto todo esto desde mi más temprana juventud, creyendo que todos lo veían igualmente que yo.

40. Visión de nuevas persecuciones.

(1º de Noviembre de 1822)

Tuve de nuevo una gran visión de nuevas persecuciones y ví crecer mis miserias. Los ví espiar y estar en acecho por ver si alguno me socorría y vi a mis enemigos ocupados en recoger todos los dichos y afirmaciones en contra de mí. Vi también al demonio muy rabioso contra mí y lo vi con las fauces abiertas precipitarse hacia ciertas personas, confundirlas y excitarlas; pero lo que mayormente me afligía era ver que mis más próximos amigos me llenaban de reproches. El diablo los confundía aconsejándoles acusar a derecha e izquierda, y los inquietaba. Aquéllos que hubieran querido ayudarme, quedaban solos y no podían hacer cosa alguna.

Mis perseguidores me oprimieron al verme en este total abandono. Me vi separada de toda ayuda de eclesiásticos y laicos. Los enemigos me escarnecían porque tenía que experimentar ahora lo que la primera vez no había experimentado. ¿Dónde está ahora, decían, el supremo superior eclesiástico? ¿Dónde las demás autoridades de la Iglesia?... ¿No habían tenido tiempo acaso de hacer algo en mi favor? ¿Quién entre los eclesiásticos me había protegido?... Esto y cosas semejantes decían. Estas palabras me indujeron casi a impacientarme y fuí muy atormentada y angustiada. Lo más grave para mí era ese total abandono por parte de todos y aún de mis más próximos circunstantes.

Mientras así crecía mi miseria desmesuradamente y yo casi desesperaba, obtuve un consuelo. Se me apareció Nicolás de Flue (*) y me dijo que yo debía dar gracias a Dios que me hacía prever semejantes cosas y que debía armarme de paciencia y guardarme de toda cólera en mis respuestas y contestar siempre con discreción. Cuanto más soportaría con paciencia más presto pasaría la tormenta. Ante todo sufriré mucho de parte de mis amigos que pensarían que yo debería hacer tal o cual cosa, y cometerían conmigo más de una injusticia a pesar de la inocencia de sus corazones. Me dijo que yo debía soportar todo esto con tranquilidad y que esto me ayudaría mucho. Me prometió que este asunto no duraría mucho más y que me ayudaría. Luego me dió una pequeña hoja que contenía una oración que yo debía recitar. La he recitado siempre desde mi primera edad y había sido en este mundo su plegaria particular. Me dió, además, una imagen grande como una mano; sobre ella había un sol y debajo estaba escrito: *Justicia.* Comprendí que la divina Justicia pondría fin a mi persecución. Debajo había un rostro benévolo y amigable con esta inscripción: *Misericordia.* Comprendí que la Misericordia descendería sobre mí. Más abajo del rostro veíase un féretro con cuatro luces encendidas.

(*) San Nicolás de Flue nació en Sasler, ciudad de Suiza, en 1417. Desde joven se dedicó a la práctica de la piedad y penitencia. Contrajo matrimonio y educó cristianamente a sus hijos. De acuerdo con su mujer se retiró luego a la vida solitaria en el cantón de Unterwald. Fué tal su fama de santidad que tuvo que intervenir para apaciguar los conflictos entre los cantones de Berna, Lucerna y Zurich. Predijo las calamidades que causarían Lutero, Calvino y Zwinglio en Suiza y Alemania. Murió en 1487 a los 70 años de edad. En los países del Norte de Europa se le conoce con el nombre de S. Klaus.

Capítulo III

VISIONES DE LA SANTISIMA TRINIDAD Y DEL SANTISIMO SACRAMENTO

INTRODUCCION

Admirable es la visión de la Santísima Trinidad. cuya descripción concuerda con otras revelaciones y, en general, con los sagrados textos. Asimismo es preciosa la que tuvo del Santísimo Sacramento y el conocimiento que le fué dado de sus orígenes y de sus excelencias; como también de los padecimientos de Jesús a causa del abandono en que le tienen los fieles. Se incluye aquí la biografía de San Antonio de Padua por cuanto está estrechamente relacionada con la Eucaristía.

Describe asimismo detalles de la vida de la bienaventurada Juliana de Lieja, que recibió inspiración para introducir la festividad de "Corpus Christi"; y algunas actividades de San Ceferino, papa, y de San Luis, rey de Francia. Participa en éxtasis en una procesión con el Santísimo y comulga espiritualmente.

1. Visión de la Santísima Trinidad.

Después tuve una visión de la Santísima Trinidad. Ví la figura de un anciano resplandeciente, sentado en su trono. De su frente salía una luz indeciblemente clara y del todo blanca; de su boca manaba un torrente de luz algo matizada de color amarillo y de fuego, y del medio del pecho, de su corazón, un resplandor de colores. Todos estos rayos de luz formaban, entrelazándose, una cruz luminosa, en el aire, delante de su pecho, radiante como el arco iris. Parecía como si el anciano apoyase ambas manos sobre los brazos de la cruz. Ví partir de la cruz innumerables rayos que llegaban a los coros celestiales y a la tierra, y todo lo llenaban y restauraban. A la derecha, algo más abajo, estaba el trono de María. Ví salir del anciano un rayo que llegaba a ella y de ella otro rayo que tocaba la cruz.

Todo esto es enteramente inexplicable; pero precisamente por ser completamente deslumbrador y como embriagador, a causa de la demasiada luz, es en la visión del todo inteligible e infinitamente restaurador, iluminador y que llena completamente el deseo Ví a los ángeles debajo del trono en un mundo

de luz incolora. Más arriba ví a los veinticuatro ancianos, de cabellos de plata, en torno de la Santísima Trinidad. Todo lo demás del inmenso espacio estaba poblado de centros ocupados por diferentes santos. cada uno de los cuales estaba circundado de sus propios coros.

Ví a San Agustín con todos sus santos coros a la derecha de la Santísima Trinidad, en grado muy inferior a María Santísima. En medio había jardines y formas de lugares resplandeciente e imágenes de iglesias por todas partes. Parece que se anduviera por entre las estrellas del cielo, cerca y lejos y en torno de ellas. En medio de la mayor diversidad de formas y de imágenes, todos esos vasos de Dios están llenos totalmente por Jesús. En todas partes la misma ley y el mismo fondo, en diversas formas; pero por cada uno de ellos, camino recto a la luz del Padre por la cruz del Hijo.

Saliendo de la Madre de Dios ví sentadas una larga serie de figuras reales de mujeres. Eran vírgenes, y tenían coronas y cetros, pero no parecían reinas de la tierra, sino almas o espíritus que habían vivido antes que la Virgen o habían seguido sus pasos. Parecía que la servían, como los veinticuatro ancianos servían a la Santísima Trinidad. Todos estos espíritus comenzaron la solemnidad moviéndose con maravillosa majestad, juntos y separadamente. Sólo se puede comparar esta fiesta con una hermosa música. Ví a los santos y bienaventurados, formando una o muchas procesiones, pasar en solemne movimiento bajo el trono de la Santísima Trinidad. Parecía como si las estrellas del cielo giraran en torno del sol.

Cuando miré luego a la tierra ví allí numerosas fiestas y procesiones en este día, que coincidían con la fiesta celestial.. Pero todo esto me parecía tan miserable y oscuro y desunido y deslucido con tantas manchas, que al verlo desde arriba era como si mirase en el cieno. Sin embargo. en varios lugares había mucho bueno. Desde arriba ví también la procesión de Dülmen y en ella ví a un pobre niño vestido miserablemente. A ese niño lo quiero yo vestir.

2. La Institución del Santísimo Sacramento.

(Fiesta del Corpus de 1819)

He estado toda la noche al lado de muchas personas turbadas y dignas de lástima, unas conocidas y otras desconocidas. He rogado a Dios se digne poner sobre mis hombros el peso que llevan todos aquéllos que no pueden acercarse con el corazón

alegre y gozoso al Santísimo Sacramento. Ví entonces sus penas, y, tomándolas, las puse sobre mi hombro derecho. Eran tan pesadas esas penas, que todo mi lado derecho estaba inclinado hasta el suelo.

A cada uno le tomaba yo todas sus penas o parte de ellas, según podía. Estas personas se me presentaban en forma de retratos. En su pecho conocía yo lo que cada una de ellas padecía; y podía sacarles el mal de él, figurado en un rótulo trémulo y delgado. Cada uno de aquellos rótulos era tan ligero como una varilla; pero bien pronto junté tantos, que formé con ellos un haz muy grueso. Tomé entonces mi propio tormento bajo la forma de un cinturón blanco, del ancho de la mano, con rayas rojas; até aquellos rótulos doblándolos por medio y puse el grande y pesado fardo sobre mi hombro. Eran estos rótulos de diferentes colores, según las penas de cada uno. Con este fardo a la espalda fuí a visitar al Santísimo, para ofrecerle las penas de aquellas pobres criaturas que en su ceguedad no conocían bastante este tesoro infinito de las penas que dan consuelo. Primeramente llegué a una capilla sin adorno y sin concluir; pero el Señor estaba allí presente en el altar; y le ofrecí mi carga y adoré al Santísimo.

Me parecía que aquella capilla me la había deparado la divina Providencia para reanimar mis fuerzas, pues casi ya no podía más con el peso. Lo llevaba especialmente sobre el hombro derecho, en memoria de la cruz de Jesús y de la llaga que el peso de la cruz le causó en la espalda. Muchas veces he visto esa llaga, que fué la más dolorosa de su cuerpo.

He visto un cuadro de la Institución del Santísimo Sacramento. El Señor estaba sentado en medio, en la parte más larga de la mesa; a su derecha estaba San Juan y a su izquierda un apóstol esbelto y bello que se parecía mucho a San Juan; junto a éste se hallaba Pedro sentado, quien se inclinaba muchas veces hacia Jesús. Al principio ví al Señor sentado, enseñándoles; después se levantó y lo mismo hicieron los demás. Todos le miraban silenciosos, deseando saber lo que iba a hacer. Ví que levantaba en alto el plato donde estaba el pan, que dirigía los ojos al cielo y partía el pan en pedazos con un cuchillo de hueso. Después le ví mover sobre el pan la mano derecha como para bendecirlo. Cuando hizo esto, salió de Jesús un resplandor que iluminó el pan, y Él mismo estaba resplandeciente y como convertido en luz, la cual se difundió sobre todos los que estaban allí y parecía entrar en ellos. Todos

estaban silenciosos y recogidos; sólo Judas parecía oscuro y como que rechazaba esta luz.

Jesús levantó luego los ojos y el cáliz, y lo bendijo igualmente. No puedo hallar expresión más a propósito para significar lo que ví durante esta ceremonia, que la que empleo diciendo que ví y sentí que se transubstanciaba. Después de esto, el pan y el cáliz se tornaron en luz. Ví luego a Jesús que puso los fragmentos del pan sobre un plato llano, semejante a una patena y que con la mano derecha distribuía estos pedazos, poniendo cada uno de ellos en la boca de cada uno de los apóstoles, empezando, me parece, por la Madre de Dios, que se acercó a la mesa en medio de los apóstoles que estaban de pie enfrente del Salvador. En aquel momento ví salir luz de su boca. Ví el pan resplandeciente entrar en la boca de los apóstoles en forma de un pequeño cuerpo humano luminoso. Ví que todos estaban penetrados de luz, menos Judas, que parecía oscuro y en tinieblas.

El Señor tomó asimismo el cáliz en las manos y les dió a beber de él a todos. Jesús tenía el cáliz por el pie. Ví entonces que los apóstoles volvieron a inundarse de luz. Después de esta ceremonia permanecieron algún tiempo de pie, conmovidos, y luego desapareció toda la visión.

3. Cuadros sobre la forma y la administración del Santísimo Sacramento.

Ví que el pan de la cena fué cada vez más cándido y delgado. He visto que los apóstoles administraban en Jerusalén el Sacramento en forma más reducida y que San Pedro repartió entre la multitud el tamaño de un solo bocado. Cuando fué instituído el Sacramento, cada bocado de pan era dos veces mayor. Después tomó forma cuadrada y, por último, llegó a ser redonda. Ví que los apóstoles se dispersaron por países lejanos y que los cristianos no tenían todavía iglesias, sino que se reunían en salas. Ví que los apóstoles guardaban en sus casas la Eucaristía y que cuando la llevaban a la iglesia los fieles iban detras de ella con mucho respeto; en esto me fué mostrado el origen de las procesiones y del culto público.

Al principio ví a las iglesias como sencillas casas, donde se reunían los cristianos. Después obtuvieron aún de los paganos grandes templos, que fueron consagrados; entonces se conservó en ellos el Santísimo Sacramento. Ví que los cristianos recibían el Sacramento en sus propias manos y luego lo

ponían en la boca. Ví que las mujeres lo recibían en sus manos, pero tomándolo con un paño pequeño. Ví también que en un principio los cristianos podían llevar consigo el Santísimo Sacramento a sus casas y tenerlo pendiente del cuello en una bolsa o cajita con una funda, en la cual estaba envuelto en un lienzo pequeño. Ví que cuando esta costumbre fué perdiéndose, aún se permitió durante largo tiempo en ciertos lugares a personas piadosas el conservarlo así. De este modo ví uno tras otro muchos cuadros sobre el Santísimo Sacramento y del modo de recibirlo y de adorarlo, y sobre la comunión en ambas especies.

Vi al principio, en cientos tiempos, a los cristianos vivir con gran fe y sencillez y poseer abundancia de luces celestiales; después, en otros tiempos, los ví combatidos de tentaciones. confusos y perseguidos. Ví a la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, mudar muchas de sus prácticas, cuando decayó la devoción y el culto al Santísimo Sacramento. Entre los que se apartaban del seno de la Iglesia vi que cesaba por completo este Sacramento. Supe también la causa de aquella mudanza. Ví que en tiempos de mucha decadencia fué instituída la fiesta del *Corpus Christi* con el culto público del Santísimo Sacramento y que de esto vinieron muchas gracias a la sociedad y a la Iglesia.

Entre otros muchos cuadros ví uno donde se representaba una gran solemnidad que tenía lugar en cierta ciudad que yo conocía; creo que en Lieja.

En una gran ciudad, que había en un país lejano y cálido, donde se producían frutos como dátiles, ví a los cristianos reunidos dentro de la iglesia y a los sacerdotes junto al altar, mientras que a la puerta se promovía un espantoso tumulto. Un tirano feroz, montado en caballo blanco, se acercó allí y muchos otros se hallaban en torno de él conduciendo un animal indomito que estaba como furioso y causaba grande espanto. No parecía sino que el tirano intentaba burlarse de los fieles forzando a penetrar en la iglesia a aquel animal indómito. Me parecía oír a aquel hombre que decía: "Ahora verán los cristianos si su Dios de pan es verdadero Dios". Muy grande era la angustia de los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Pero el sacerdote dió la bendición con el Santísimo Sacramento volviéndose al lugar donde estaba el tirano y la bestia y en el mismo momento el furioso animal se quedó como clavado en el suelo, cual si hubiese echado raíces en él. El sacerdote se acercó entonces a la puerta de la iglesia con el Santísimo Sacramento en las manos y apenas se llegó a la bestia, ésta se prosternó de

rodillas humildemente. A vista de este prodigio, el tirano y los que le seguían se sintieron mudados, se arrodillaron, entraron en la iglesia y se convirtieron.

También he pasado la noche última padeciendo indescriptibles penas interiores, tales que había yo gritado varias veces. Estos dolores se extienden a todos los miembros. En los intervalos de uno a otro dolor veo toda suerte de cuadros que representan las causas que me hacen padecer estas penas, a saber: las faltas cometidas por los miembros y por toda la comunidad en el seno de la Iglesia cuando es recibido y adorado el Santísimo Sacramento indebidamente. He visto un cuadro, que no puedo explicar con palabras: representaba la manera de como el mismo Señor, en los lugares donde hay malos sacerdotes, protege a la comunidad de los fieles dirigiéndola por caminos maravillosos.

4. Padece y ve las faltas de ciertas personas en relación con el Santísimo Sacramento.

He pasado una noche de indecibles tormentos; estaba despierta y en pleno conocimiento. Estos dolores sólo eran interrumpidos por las imágenes de determinadas personas abismadas en miserias, necesitadas de auxilio, que se encomendaban a mis oraciones. Manifestándome su necesidad se acercaban a mí como las personas que vienen a visitarme durante el día. Hallábame en una gran iglesia y ví penetrar en ella el comulgatorio, que era indeciblemente grande. Fuera de la iglesia había muchas casas y palacios. Ví a sacerdotes y a seglares entrar en las casas y llamar a los fieles para que fueran a recibir el Santísimo Sacramento; pero éstos se excusaron con muy diversas razones. Así he visto en una casa a jóvenes bromear y entretenerse en fruslerías y cosas de ninguna importancia. Luego ví a algunos fieles salir de nuevo por las calles e invitar a todo género de mendigos, ciegos, paralíticos y lisiados. Muchos de ellos entraron en la iglesia; los ciegos eran guiados y los paralíticos eran llevados por los que oraban por ellos. Yo padecí hasta casi sucumbir.

Conocía a muchos de estos lisiados, los cuales, cuando estoy despierta, sé que están sanos. A un ciego de la ciudad le pregunté por qué estaba ciego; yo siempre había creído que veía; él no sabía ni siquiera que estaba ciego. Ví también a una mujer a la que había visto cuando niña y no la había vuelto a ver después. Hallándola tullida le pregunté sobre su mal. Ella me res-

pondió que no estaba tullida. La iglesia no se había llenado aún ni con mucho (*).

5. Una visión de San Bonifacio (**) le sugiere consejos sobre la vocación.

(5 de Junio de 1819)

Hallábame en una iglesia ante el Santísimo Sacramento: en medio de ella había gradas muy altas en las cuales ví al santo obispo Bonifacio. Aquellas gradas estaban llenas de personas de ambos sexos y de todas las edades. vestidas con trajes antiguos y con pieles, las cuales escuchaban al santo Obispo, sencilla e inocentemente, con la boca abierta Ví en torno de la cabeza del santo, y sobre ella, una luz que a manera de rayos del Espíritu Santo descendía en diversos grados sobre la cabeza de los oyentes.

Bonifacio era un hombre fuerte, grande y del todo inspirado. Decía que el Señor elige a los suyos y les da sus gracias y les concede el Espíritu Santo; que los hombres deben cooperar para conservar vivas estas gracias y aprovecharse de ellas; pues eran concedidas para que cada uno de ellos fuese instrumento en el pueblo de Dios. El Señor concede a todos sus miembros fortaleza y capacidad para obrar, no sólo en provecho propio sino también de toda la comunidad. Da ya a los niños la respectiva vocación y el que no coopera a la acción de la gracia y no se aprovecha de ella ni la aviva en los demás, priva a la comunidad de aquel auxilio que debía prestarle y se hace de este modo como ladrón de esa comunidad. Cada cual debe, pues, ver y pensar lo que ha de amar y promover en su prójimo y considerarlo como a miembro de un cuerpo único, como a instrumento del Espíritu Santo que el Señor ha escogido para sí. Así los padres especialmente deben observar esto en los hijos y no inutilizar aquellos instrumentos que entre ellos ha elegido el Señor para su Cuerpo, es decir, su Iglesia, sino animarlos,

---

(*) Eran ciegos y tullidos espiritualmente: los primeros, porque no veían la Verdad que tenían delante; los segundos, porque no podían andar por el camino de la salud y de la perfección.

(**) San Bonifacio, apóstol de Alemania, llamado Winfrido, nació en Inglaterra o en Irlanda (672-755). Fué monje benedictino, que predicó en Turingia, Frisia y Hese. El Papa Gregorio II le nombró Obispo. Derribó a Thot, dios del trueno y convirtió a los alemanes. Siendo arzobispo de Maguncia fué muerto a orillas del Rin. Su cuerpo descansa en Fulda. Dejó cartas, poesías, poemas y los *Estatutos*. Los cerveceros, sastres e hilanderos lo tienen por su protector.

desarrollarlos y dirigirlos en el camino de la cooperación. Si no lo hicieran, es imposible calcular el robo que cometerían en daño de toda la comunidad.

6. Aparece Santa Clara de Montefalco (*) y la consuela en sus dolores.

"Has cultivado y ordenado el jardín del Santísimo Sacramento, me dijo Santa Clara, y tu trabajo ya ha terminado. Pero estás muy abatida y quiero darte algún consuelo".

Ví en aquel instante descender a la santa resplandeciente, del cielo, trayéndome un bocado triangular. en dos de cuyas caras estaba impresa una imagen. Luego al punto desapareció. Comí aquel bocado con gran consuelo. Me ha sido concedida de nuevo la vida, sólo por gracia especial de Dios. Todavía vivo y puedo amar a mi Dios; todavía puedo padecer por Él y darle gracias y alabarle.

Ví los ocho cuadros que en los últimos ocho días hube de ordenar en el jardín de la santa, trabajo que me hubiera sido imposible realizar sin la gracia de Dios. Me fué mostrado todo cuanto había trabajado en esos ocho días: las deudas que había satisfecho, los castigos que había expiado. Todo esto lo vi en una procesión con el Santísimo Sacramento. Era esta procesión una festividad espiritual de la Iglesia en la que celebraban los santos el tesoro de gracias que había venido a ella mediante la adoración del Santísimo Sacramento. Estas gracias eran figuradas bajo la forma de magníficos vasos sagrados, de piedras preciosas, de perlas, de flores, de racimos y frutos. Iniciaban la procesión niños vestidos de blanco, en pos de los cuales iban religiosas de todas las órdenes, que habían sido especialmente devotas del Santísimo Sacramento. Todas estas religiosas ostentaban en el hábito un signo bordado que parecía la figura del Santísimo. Eran conducidas por Juliana de Lieja (**). Vi asimismo a Norberto con sus religiosos, a los cuales seguían innumerables sacerdotes y religiosas de todas las congregaciones. Había indescriptible alegría, suavidad y concordia en todo cuanto sucedía allí.

(*) Clara de Montefalco (1268-1308), abadesa del Monasterio de Santa Croce. Se discute aún si fué terciaria franciscana o monja agustina. Los bolandistas la consideran religiosa agustina.

(**) Juliana de Lieja (1193-1258), Juliana de Cornillón, priora del convento del monte Cornillón, cerca de Lieja. Por inspiración del cielo se esforzó en introducir en todas partes la fiesta de *Corpus Christi*. Sus reliquias se conservan en la abadía de San Salvador, en Amberes, de la orden Cisterciense.

7. Cuadros de la vida de San Antonio de Padua.
(13 de Junio de 1819)

Ví a este santo que tenía un aspecto muy noble y distinguido. Era alto y esbelto; me recordaba a San Francisco Javier. Era su cabello negro, la nariz aguileña, dulces y oscuros los ojos, la barba poco poblada y partida, el color de su rostro blanco y muy pálido. Vestía hábito pardo, con esclavina, pero no del todo igual a la que usan ahora los franciscanos. Todo en él respiraba vida y ardor y era al mismo tiempo muy dulce y afable. Ví a San Antonio entrar, poseído de celo, en un zarzal, a orillas del mar y subir a un árbol cuyas ramas se extendían mucho. Le ví trepar de rama en rama y apenas llegó a lo alto, ví que el mar inundó el zarzal y que todos los árboles se quedaron en medio de las aguas. Ví que una multitud increible de peces, grandes y pequeños, de las formas más variadas, como también toda clase de animales acuáticos vinieron con las aguas y sacando la cabeza, con gran tranquilidad, miraban al santo y le escuchaban. Después de algún tiempo el Santo los bendijo con su mano y el mar se retiró de nuevo, llevándose con las aguas a los peces. Habiendo quedado muchos en seco, el santo se bajó del árbol y los empujó hacia las aguas que se iban retirando. Todo lo que sucedía en aquel bosquecillo, era en medio de la noche, pues por doquiera reinaba la oscuridad. Solo donde se hallaba San Antonio había luz.

Ví luego a San Antonio caminado a orillas del mar. Después de haberse arrodillado, se volvió hacia una iglesia que había lejos de aquel lugar, teniendo el espíritu elevado en la consideración del Santísimo Sacramento. En el mismo instante vi a esta iglesia a gran distancia y al Santísimo Sacramento en el altar, y ví allí la oración del Santo.

Ví a un hombre viejo, jorobado, de corta estatura y de rostro repugnante, acercarse corriendo detrás del Santo. Llevaba un hermoso canastillo redondo, entretejido en blanco, cuyo fondo y borde eran de otros colores. El canastillo estaba lleno de flores hermosas y bien colocadas. Queriendo aquel hombre dar las flores al santo, le tocó; pero el Santo no veía ni sentía nada, pues seguía inmóvil, en oración, contemplando el Santísimo Sacramento. Entonces ví que el viejo dejó el canastillo con las flores y se fué. Me pareció que la iglesia lejana se acercaba a San Antonio, que seguía en oración y que del Santísimo salió un pequeño ostensorio, el cual, atraído por el santo, que se hallaba en éxtasis, se movía como un torrente de luz hacia él

y se detenía en su presencia a cierta distancia suspendido en el aire. Ví que del ostensorio salió el Niño Jesús, sumamente hermoso y amable, que se sentó en el hombro del Santo y comenzó a acariciarle. Después de algún tiempo el Niño volvió al ostensorio y éste al tabernáculo, sobre el altar de la iglesia lejana, que ahora estaba próxima. Ví que el Santo no recogió las flores; luego me pareció verle de repente en la ciudad, en cuyas cercanías está edificada aquella iglesia.

Ví a San Antonio en una especie de plaza de torneos, en una ciudad a orillas del mar, disputando con muchas personas, especialmente con un hombre violento y colérico que le dirigía frases punzantes. Parecióme como si ambos determinasen algo entre sí y que Antonio sacando con viveza y santo celo las manos de debajo del hábito, en ademán de confirmar lo que había dicho, se abrió paso por entre la multitud y salió de allí. Era aquel lugar una pradera poblada de árboles, cercada de un muro, junto a la ciudad y no lejos del mar. Estaba llena de personas que se paseaban o estaban oyendo al Santo. Entonces tuve otra visión. Ví a Antonio que decía misa en una iglesia y ví un largo camino que iba desde la iglesia hasta las puertas de la ciudad, lleno de gente que esperaba. Ví al hombre que había disputado violentamente con Antonio, conducir a la ciudad un buey muy grande de largos cuernos. Entretanto se acabó la misa y el Santo salió a la puerta de la iglesia llevando en la mano una Hostia consagrada. En aquel momento no fué posible sujetar al buey, que se le escapó al que lo conducía y se lanzó rápidamente en dirección de la iglesia. Siguióle su conductor corriendo y con él muchos otros. Fué tanta la confusión que muchas mujeres y niños cayeron al suelo, pero no fué posible alcanzar al animal. Cuando llegaron a la iglesia los que le iban siguiendo, le hallaron postrado en tierra con el cuello extendido e inclinado hacia el Santísimo Sacramento, que Antonio, de pie, en la puerta de la iglesia, presentaba de cara al pueblo. Entonces el hombre ofreció comida al buey, pero el animal ni comió lo que le presentaban ni dejó su actitud postrada. A la vista de este prodigio, el hombre y todo el pueblo con él se postraron en tierra y reconocieron y adoraron al Santísimo Sacramento. Entró luego Antonio llevándole consigo a la iglesia y con él entró la multitud. Recién entonces se levantó el buey y conducido de nuevo a la puerta de la ciudad, tomó con ansia el pienso que le habían presentado.

Ví que cierto hombre se acusó ante Antonio de haber golpeado con el pie a su propia madre. Más tarde ví a este hombre

tan contrito, después de oír a San Antonio, que quería cortarse la pierna con la que había ofendido a su madre. Ví que el Santo se le apareció repentinamente y le sujetó la mano con la cual intentaba llevar a cabo su propósito.

8. La fiesta del Corpus y Juliana de Lieja.
(15 de Junio de 1819)

Convertí mi oración al Santísimo y fuí arrebatada en espíritu a la iglesia donde se había celebrado por primera vez en la tierra la fiesta del *Corpus*. La construcción de esta iglesia es antigua y antiguos eran sus cuadros; pero no me pareció a mí antigua ni desusada. Entraba en ella una espléndida claridad. Arrodilléme delante del altar mayor. El Sacramento no estaba en la custodia, sino en el tabernáculo, en un copón que tenía una cruz encima. De este copón redondo se podía sacar un pedestal con tres divisiones. La superior contenía varios vasos pequeños con óleo santo; la del medio, un vaso con hostias consagradas, y la inferior una ampolla brillante, como la madreperla, en la que había algo como vino.

Junto a esta iglesia se veía un claustro con muchas piadosas vírgenes y al lado una casita donde vivía una doncella muy piadosa llamada Eva. Tenía esta joven en su habitación una ventana desde la cual, estando abierta, podía ver, de día y de noche, en el altar mayor, el Santísimo Sacramento, del cual era muy devota. No estaba vestida de religiosa, sino más bien de peregrina. Procedía de otro lugar y aunque era de familia acomodada había ido allí a vivir devotamente junto al Santísimo Sacramento.

Ví, además, en las cercanías de aquella ciudad un monasterio en lo alto de una montaña. No estaba edificado como los demás monasterios, pues éste consistía en muchas casitas juntas. Ví también allí en calidad de religiosa a la bienaventurada Juliana, que fué ocasión de la fiesta de *Corpus*. La ví vestida con su hábito ceniciento vagar por el jardín, con suma inocencia, en contemplación ante las flores. La ví arrodillada ante un lirio, sumergida en celestial contemplación de la pureza. Víla hacer oración por el encargo que había recibido de que se introdujese la festividad de *Corpus Christi*. Estaba muy afligida, y ví que le fué mostrado otro sacerdote a quien debía declarar sus revelaciones, pues el anterior a quien las había comunicado, no la había escuchado. Al punto ví a lo lejos, mientras ella oraba, la figura del Papa en oración y ví que este Pontífice, movido

por una visión, se propuso introducir esta festividad en la Iglesia.

En medio de estas visiones me hallaba yo siempre en la iglesia ante el Santísimo Sacramento del altar y veía salir de él un dedo resplandeciente que después se convertía en una mano; luego ví delante de mí un mancebo luminoso, enteramente cubierto de perlas, que me decía: "Mira, todas estas perlas están aquí y ninguna de ellas se pierde Todos pueden recogerlas". Los rayos que salían de este mancebo iluminaban el mundo entero. Entonces dí gracias y reconocí en esta imagen que el Santísimo Sacramento había venido poco a poco con todas sus gracias a ser objeto de la adoración de los fieles.

A eso del mediodía ví, en un país hermoso y feraz, que cinco anchas zonas de luz con los colores del sol formaban una gran cúpula en el horizonte. Estas zonas salían de cinco grandes ciudades, como partes del arco iris, a través del azul del cielo y se cerraban formando una cúpula encima del centro de aquel hermoso país, sobre la cual se veía el Santísimo Sacramento, en medio de indecible esplendor, sobre un trono, en una custodia maravillosamente adornada. Ví subir y bajar por los cinco arcos innumerables ángeles, como si desde aquellas ciudades fuesen al Santísimo Sacramento y desde el Sacramento tornasen a ellas. No es posible explicar la solemnidad, el consuelo y la piedad que había en todo este cuadro.

9. Ve otra figura de la Santísima Trinidad.

Ví a los veinticuatro ancianos sentarse en preciosas sillas alrededor del trono: unos tenían arpas, otros incensarios, y cantaban e incensaban. Y ví una aparición descender oblícuamente desde lo alto sobre el trono, semejante a un anciano con triple corona y un manto amplio extendido. En su frente había una luz trangular y en ella un espejo de todo lo que se veía alrededor. Parecía que todas las cosas enviaban allí su imagen o la recibían de él. De su boca salía una ráfaga luminosa en la cual ví escritas muchas palabras. Pude conocer letras y números y los ví con claridad, pero los he olvidado.

Algo más abajo, delante de su pecho, vi a un joven Crucificado, que resplandecía indeciblemente. De sus heridas, que eran grandes glorias, salían ráfagas luminosas, cuyos colores eran los del arco iris. Estos rayos luminosos cercaban a todos los santos con un gran anillo, y las diferentes glorias de los santos tenían, según sus diferentes colores, una parte en este torrente de luz

y se reflejaban en él de un modo indescriptible con orden y libertad. Ví caer hacia tierra, desde los torrentes de luz que salían de las heridas, una lluvia de gotas de diferentes colores, que eran como piedras preciosas. Todas estas cosas encerraban profundo sentido y verdad, pues conocí el valor, la virtud, los misterios y los colores de las piedras preciosas y de todos los colores en general.

Entre la cruz y el ojo triangular de la frente ví al Espíritu Santo en forma de aparición alada, hacia la cual se dirigían los rayos de luz que brotaban de la cruz y del ojo.

Algo más abajo, delante de la cruz, ví a la Santísima Virgen y a muchas vírgenes alrededor de ella; y hacia la mitad de la altura de la cruz, un círculo de pontífices, apóstoles y vírgenes. Todas estas apariciones y todos los santos y los innumerables ángeles estaban en amplios círculos, en constante movimiento, con perfecta unidad y variedad. La visión fué por lo demás mucho más rica y mayor que el cielo cuajado de estrellas, y al mismo tiempo muy clara; pero yo no puedo describirla.

10. Participa en una procesión del Santísimo y ve a espíritus celestiales tomando parte en la ceremonia.

Así llegué, por último, a cierto lugar donde se celebraba una procesión y al mismo tiempo ví en diferentes lugares otras procesiones. En aquella, a la cual yo me incorporé, iba la mayor parte de las personas cuyas penas llevaba yo sobre mis hombros. Ví con admiración que iban cantando y que de su boca salían los mismos colores de los rótulos que yo llevaba. Al Santísimo lo ví rodeado de ángeles y de otros espíritus, todos con gran magnificencia y esplendor. El Santísimo tenía forma de un niño del todo transparente, en medio de un sol esplendoroso. Lo que he visto es inefable. Si los que llevaban y acompañaban el Santísimo hubieran visto lo que yo veía, se habrían derribado al suelo con temor y asombro y no habrían podido seguir llevándolo y acompañándolo. Yo lo adoré y le ofrecí mi carga.

Entonces me pareció que la procesión entraba en una iglesia, que surgió como del aire, rodeada de un jardín o cementerio. Había allí todo género de flores raras sobre los sepulcros: azucenas, rosas blancas y rojas y margaritas blancas. De la parte oriental de esta iglesia salía, cercada de infinito resplandor, una figura sacerdotal que parecía la del Señor. Muy pronto se acercaron a aquella figura doce varones resplandecientes y en torno de ellos otros muchos. Yo estaba en buen sitio y podía verlo

todo muy bien. Entonces salió de la boca del Señor un pequeño cuerpo luminoso, que muy pronto creció y tomó forma más determinada, y reduciéndose de nuevo tomó la de un pequeño niño resplandeciente y penetró en la boca de los doce que estaban alrededor y de los demás. Esto no era un cuadro histórico como el que ví el Jueves Santo, donde el Señor estaba sentado a la mesa con los doce, pero me traía a la memoria lo mismo. Aquí estaban todos ellos brillando y resplandeciendo; se celebraba el oficio divino; era una solemnidad de la iglesia. El templo estaba lleno de una muchedumbre inmensa de fieles, unos sentados, otros de pie, o cerniéndose en el aire, o llevados en sillas y gradas puestas unas sobre otras, las cuales, sin embargo, no puedo decir que fuesen reales; estaban compuestas de cierta materia, pues cada uno podía verlo todo sin dificultad. Entonces ví en la mano del Señor una forma en la cual entró aquel cuerpo pequeño resplandeciente que salía de su boca. Y ví a esta forma tomar una figura claramente delineada, resplandeciente y como circundada de una casa adornada espiritualmente: era el Sacramento del altar, en la custodia, como objeto de adoración. El Señor siguió pronunciando su palabra viva y el cuerpo luminoso penetró infinitas veces, eternamente uno y el mismo, en la boca de todos los que estaban presentes.

Entre tanto había yo dejado por un breve rato mi fardo y recibí también el manjar celestial. Cuando tomé de nuevo mi carga, vi a una multitud de hombres cuyos fardos estaban tan sucios que yo no quería tomarlos. Supe que aquellos hombres tenían que ser aún castigados con rigor y después juzgados según la penitencia que hubieren hecho. No me causaron compasión.

Ví continuar y concluir aquella solemnidad y me pareció como si hubiera visto hombres destinados a despertar con nuevas fiestas el sentimiento harto adormecido del amor que debemos al maravilloso misterio de la continuación de la presencia de Dios sobre la tierra. Aquella capilla donde primeramente descansé estaba en un monte, del modo como siendo yo niña había visto estaban los primeros altares y tabernáculos de los cristianos. Era el símbolo del Sacramento en tiempo de las persecuciones. El cementerio significaba que los altares del sacrificio incruento estaban sobre los sepulcros y reliquias de los mártires y que después eran las iglesias edificadas sobre ellos. Aquella iglesia tenía la forma de un templo festivo espiritual y celestial, que tenía ante el altar un candelabro de muchos brazos. Ví las solemnidades de este Sacramento celebradas por los antiguos

cristianos, por los presentes y por muchos de los que han de venir, y supe de cierto que esta solemnidad despertaría una nueva vida en el seno de la santa Iglesia (*).

11. Cómo se venera al Santísimo Sacramento.

(30 de Mayo de 1820)

Sentí de nuevo que los dolores llovían sobre mí como flechas agudas y muy sutiles. En lo interior me atravesaban como tenues hilos de plata. Además, tuve que llevar y arrastrar a tantas y tantas personas que yo me sentía oprimida y aplastada y no tengo en mi cuerpo hueso alguno que no sienta como deshecho y pulverizado. Cuando despierto encuentro mis manos torcidas en el dedo medio y rígidas y contrahechas; he sentido durante toda la noche muy grandes dolores en mis llagas. He visto muchos cuadros del descuido y de la frialdad en la veneración del Sacramento y cómo es recibido casi por simple costumbre y a veces malamente; ví a muchas personas ir a confesarse con pésima preparación. Ante todo cuadro que me era mostrado, yo imploraba al Santísimo Sacramento misericordia y luces para los culpables.

Fuí llevada por mi guía a todas las iglesias principales de mi patria, y en todas partes he visto como se conserva el Santísimo Sacramento. La iglesia de Münster, situada junto al río, era el lugar donde mejor se le honraba. En torno a estas iglesias he visto muchas veces fango y terrenos pútridos, en los cuales ví a las gentes quedar presas y enfangadas, y yo tenía que sacarlas y lavarlas y a menudo llevarlas, como podía, sobre mis espaldas hasta el confesonario. Mi guía me traía siempre nuevos trabajos y me decía: "¡Animo! Sufre también por éstos y por estos otros". Entretanto yo me sentía tan reducida a la miseria, que lloraba a veces como una niña. Pero no quedaba sin consolación. Ví en múltiples formas los maravillosos efectos del Santísimo Sacramento, cómo se difundía luz sobre todos los adoradores y aún para los que no pensaban ni se ocupaban del Sacramento, veía ventajas y provechos por sólo encontrarse cerca. Al fin llegué a esta iglesia y ví al Peregrino atravesando el cementerio y pensando en los difuntos. Esto me alegró y pensé: "Ahora vendrá junto a mí". San Francisco de Sales, Santa Juana Francisca de Chantal, San Agustín y otros santos me consolaban. He visto cómo pude mitigar y sanar muchos dolores, y que yo sufría en unión con los dolores de Jesús.

(*) Probablemente alude a los Congresos Eucarísticos.

12. El celo del Papa San Ceferino en la ordenación de los sacerdotes y el decoro de la Misa.

He visto al papa San Ceferino, el cual hubo de padecer grandes contradicciones de muchos cristianos y de los herejes, a causa de su celo por la dignidad del sacerdocio. Víle mostrar mucho rigor en la admisión de los que se presentaban para ser ordenados, probándolos en lo fundamental y desechando a muchos. Ví que una vez, entre los muchos que aspiraban al sacerdocio, sólo admitió a cinco. Le ví disputar muchas veces con los herejes, que desenvolvían pergaminos, hablando violentamente y rompían los escritos pontificios. Exigía que los sacerdotes fueran obedientes y los enviaba a diferentes lugares; a los que no obedecían les quitaba los cargos. Ví que una vez envió a uno que todavía no era sacerdote, creo que al Africa, donde luego fué obispo y gran santo. Era éste amigo de Ceferino y llegó a ser muy célebre. Ví que este mismo Papa quiso que los cristiano le trajesen de sus casas objetos de plata y que quitó los cálices de madera de las iglesias y les dió cálices de plata. Ví también que las vinajeras eran de vidrio transparente. Él mismo usó para sí vasos de madera; pero viendo que muchos se escandalizaban de esto, los hizo dorar en parte. Todo lo demás se lo dió a los pobres.

Ví que contrajo una deuda para ayudar a cierta familia pobre con la cual no le unían vínculos de parentesco. Ví que una mujer, parienta suya muy cercana, le censuró que contrajera esas deudas, las que ni siquiera eran en provecho de sus parientes; a lo que respondió el Papa que había contraído aquella deuda por Jesucristo. La mujer salió de allí muy descontenta. Ví que Dios había dado a conocer a este Papa que si socorría a aquella mujer, ésta llegaría a ser mala.

Ví que examinaba y consagraba a los sacerdotes delante de los fieles y prescribía severamente el modo de conducirse de los eclesiásticos en presencia de los obispos, mientras éstos celebrasen los divinos oficios. También determinó con precisión la jerarquía de los diferentes órdenes. Ví que él introdujo el precepto que manda que los cristianos desde cierta edad reciban por Pascua el Santísimo Sacramento en la iglesia y que no volvió a permitir que llevaran el Santísimo Sacramento a sus casas, en la cajita pendiente del cuello, por estar las casas muchas veces profanadas con danzas y desórdenes de fiestas. Ví su mucha y cordial devoción a la Madre de Dios y que tuvo muchas visiones de su vida y muerte, por lo cual dispuso que su lecho

fuese semejante a aquel en el cual murió la Santísima Virgen. Siempre, al acostarse, procuraba ponerse en disposición semejante al modo como él se la había representado en el acto de morir. Tenía su lecho oculto tras de una cortina. En honra de la vestidura azul de Nuestra Señora, usaba secretamente, debajo de sus vestimentas exteriores, otro vestido del mismo color. Ví que a los que habían sido lanzados de la comunidad por adulterio o por pecados impuros, los admitía de nuevo después que cumplían las penitencias de la Iglesia y que por esto sostuvo una disputa con un sabio sacerdote (*) que era excesivamente riguroso y terminó en la herejía.

13. Ve a San Luis Rey de Francia (**) y escenas de las cruzadas *(25 de Agosto de 1820)*

También me fué mostrado San Luis, Rey de Francia, y ví cómo siendo niño, todavía de siete años, se preparó con rigurosos ayunos a recibir la sagrada Comunión. Así se lo confesó a su madre, que pidió con él, a la Santísima Virgen, en la iglesia, que le hiciera entender si el niño podía recibir el Santísimo Sacramento. Ví que se le apareció la Virgen y le dijo a la madre que preparara al niño por espacio de siete días y luego lo llevara a comulgar; que comulgara ella con el niño y se lo ofreciera, y que ella, la Santísima Virgen, sería siempre su protectora. Ví que sucedió todo esto y por aquí conocí que en aquellos tiempos la religión era enseñada y aprendida mejor que ahora. Ví que en todas sus expediciones Luis llevaba consigo el Santísimo Sacramento y que cuando se detenía en algún lugar, mandaba celebrar la Misa.

Ví también sus cruzadas y que una vez se suscitó una gran tormenta en el mar y los que iban en su nave y en las otras clamaron a él para que pidiera a Dios que los salvase. Vi que el piadoso Rey, que por entonces no llevaba el Santísimo Sacramento, tomó un niño que había nacido y recibido el bautismo en el barco, y subiendo a cubierta lo levantó y pidió a Dios que por aquel inocente niño los perdonase a todos; hizo una cruz con el niño y la tempestad cesó en aquel preciso momento. El

---

(*) Parece referirse a Tertuliano, nacido en Cartago el año 160 y convertido al cristianismo en 193. Fué rigorista en extremo y montanista. Murió en Cartago en 220. Dijo de si mismo; *"Miserrimus ego semper uror caloribus impatientiae"*.

(**) San Luis, Rey de Francia (1215-1270). Hizo la séptima y octava cruzadas.

Rey exhorto después a los suyos a honrar el Santísimo Sacramento, diciéndoles que si Dios había hecho aquel milagro por amor de aquel inocente niño cristiano, considerasen lo que haría en favor nuestro, por amor de su Hijo unigénito.

Capítulo IV

VISIONES DE LA MISA

INTRODUCCION

Reúnense aquí las contemplaciones referentes al santo sacrificio de la Misa, reproducción genuina del Calvario, donde Jesús se ofreció expiatoriamente por la humanidad caída, sobre los restos de Adán, allí debajo sepultados. La vidente revela que los patriarcas celebraban sacrificios ante un altar donde colocaban huesos de Adán y de otros justos del Antiguo Testamento. Los apóstoles continuaron la tradición que la Iglesia mantiene al realizar la Misa sobre el ara que encierra huesos de santos y mártires.

El sentido teológico de la Misa y su trascendencia espiritual están expuestos con asombrosa sencillez y ortodoxia. Tan elevado es este augusto Sacrificio, que hasta las celebraciones hechas con disipación, son suplidas necesariamente de modo sobrenatural. Las consideraciones acerca de las negligencias de algunos celebrantes, mueven a meditación e invitan a un estado de mayor gracia personal.

1. El valor de la santa Misa.

En la festividad de San Isidro Labrador me fueron enseñadas muchas cosas acerca del valor de la Misa que se dice y que se oye. Supe que es una gran dicha que se digan tantas misas, aunque las digan sacerdotes ignorantes o indignos, pues mediante ellas se libran los hombres de peligros, castigos y azotes de todo género. Conviene que muchos sacerdotes no sepan lo que hacen; que si lo supieran, no celebrarían por temor, ni ofrecerían el santo Sacrificio.

Ví cuán admirables bendiciones nos vienen de oír la santa Misa y que con ellas son impulsadas todas las buenas obras y promovidos todos los bienes y que muchas veces el oirla una sola persona de una casa basta para que las bendiciones del cielo desciendan aquel día sobre toda la familia. Ví que son mucho mayores las bendiciones que se obtienen oyéndola, que encargando que se diga y se oiga por otros. Ví que las faltas que

se cometen en la Misa son compensadas con auxilios sobrenaturales.

2. Imagen de las distracciones de un sacerdote en la santa Misa.

Tuve también una visión acerca de las faltas cometidas en el servicio divino celebrado en la tierra y ví como estas faltas son suplidas y remediadas de modo sobrenatural. Pero me es difícil y aún imposible decir cómo he visto todo esto; cómo se comprenden y se armonizan entre sí todos estos cuadros y cómo cada uno de ellos se explica y aclara en otro.

Es muy de notar que las faltas y negligencias cometidas en la celebración del culto aquí en la tierra sólo hace culpable al que incurre en ellas, porque el culto divino debido al Señor se compensa y se suple de un modo más elevado. Así se me representan principalmente, entre otras faltas, las distracciones de los sacerdotes mientras ejercen el ministerio, por ejemplo, mientras celebran la Misa; veo al sacerdote allí donde están sus pensamientos y entre tanto veo en el altar, en lugar de él, a un santo que hace sus veces.

Estos cuadros muestran de un modo espantoso la gravedad de la culpa del que celebra los sagrados ministerios sin devoción ni atención. Así, por ejemplo, veo salir de la sacristía a un sacerdote revestido para decir misa; pero en vez de acercarse al altar, sale de la iglesia y se dirige a una fonda, o a un huerto, o va a cazar a casa de alguna persona, o a leer, o a alguna reunión; lo veo aquí o allá, adonde van sus pensamientos, precisamente como si él fuese en persona a esos lugares, lo cual causa compasión y vergüenza. Pero es conmovedor ver que, entretanto, un sacerdote santo celebra los divinos oficios en lugar de aquel otro que divaga. Con frecuencia veo al tal sacerdote alguna vez en el altar, pero muy pronto se vuelve a otro lugar poco conveniente. A veces veo que estas distracciones duran largo rato. La enmienda se me representa en estos casos en forma de constancia y recogimiento en el culto.

En varios lugares veo quitar mucho polvo y basura de los vasos sagrados, los cuales se vuelven resplandecientes y como nuevos.

3. Ve la excelencia y la significación de la santa Misa.
(Mediados de Agosto de 1820)

Veo en todas partes sacerdotes rodeados de las gracias de la Iglesia y de los tesoros de los méritos de Jesús y de los santos,

enseñando, predicando y ofreciendo el santo Sacrificio, pero muertos y tibios espiritualmente. Me fué mostrado un pagano que en lo alto de una columna hablaba de un nuevo Dios, con tal elocuencia que todo el pueblo se conmovió y participó de sus sentimientos y deseos.

Estas visiones me han turbado de día y de noche, tanto que no sé qué partido tomar. El estado actual de miseria y corrupción se me muestra en relación con un estado anterior mejor que el actual, y así tengo que orar sin intermisión.

¡Cosa monstruosa es celebrar indignamente la Misa! ¡Oh! ¡no es indiferente el celebrarla bien o mal! Supe por un cuadro inmenso de los misterios de la santa Misa, que todo lo que hay de santo desde el principio del mundo se refería a ella. He visto el Alfa y el Omega. He visto la significación del círculo, de la forma redonda de la tierra y de los cuerpos celestes, de los contornos redondos de las apariciones y de la hostia. He visto la correlación de los misterios de la Encarnación, de la Redención y del santo sacrificio de la Misa y cómo María comprende lo que ni el mismo cielo puede comprender. Estas visiones se extendían a todo el Antiguo Testamento. Ví los sacrificios desde la primera oblación y entendí la admirable significación de los santos huesos. Ví la significación de las reliquias de los altares donde se dice la Misa.

Ví los huesos de Adán descansar en el monte Calvario y por cierto algo sobre el nivel del mar, exactamente bajo el lugar en que Cristo fué crucificado. Miré dentro de una cueva y ví el esqueleto de Adán. Ví que las aguas del diluvio habían dejado intacto este sepulcro; que Noé tenía en el arca parte de esos huesos; que los puso en el altar cuando ofreció el primer sacrificio, como después hizo Abrahán, y que los huesos que éste colocaba en el altar eran los mismos de Adán, que había recibido de Sem. Así la muerte de Jesucristo en el Calvario, sobre los huesos de Adán, es una significación de la santa Misa, que se celebra sobre las reliquias que están en el ara del altar. Los sacrificios de los patriarcas eran una preparación a este sacrificio de la Misa. Así, mediante los huesos que los patriarcas ponían sobre el altar, recordaban a Dios sus promesas.

4. Ve a Noé y a Moisés ofrecer sacrificios.

Ví a Noé ofrecer en el arca sacrificios de incienso; el altar estaba cubierto de blanco y rojo. Siempre que sacrificaba u oraba ponía en él los huesos de Adán. Estos huesos los poseyó luego

Abrahán, a quien los ví poner en el altar de Melquisedec. La parte posterior del altar miraba al norte. Los patriarcas edificaban siempre el altar en esta posición, porque el mal venía del Norte.

También vi a Moisés orando ante un altar donde estaban los huesos de Jacob. Cuando derramaba sobre el altar alguna cosa, levantábase una llama y en ella echaba el incienso y los perfumes. En la oración conjuró a Dios por la promesa que el mismo Dios había hecho a aquellos huesos. Oró muy largo tiempo hasta que le rindió el cansancio; pero a la mañana siguiente se levantó para orar de nuevo. Moisés oró con los brazos en cruz. Dios no puede resistir a esta oración, pues su propio Hijo ha perseverado orando así en la cruz hasta la muerte. Como había visto orar a Moisés, así ví también orando a Josué cuando el sol se detuvo por su mandato.

5. Ve a la Virgen y a San Juan en la representación de la santa Misa.

He invocado a Dios Padre pidiéndole que se digne mirar a su divino Hijo, que a cada instante satisface por los pecadores, que ahora mismo se ofrece y se ofrece incesantemente de nuevo. Entonces he visto la representación del Viernes Santo y que el Señor se ofrece en el altar del sacerdote celebrante como se ofreció en la cruz y he visto de un modo vivo, al pie de la cruz a María y al discípulo Juan. Esto lo veo a cada momento, de día y de noche, y veo la comunidad de los fieles, si oran bien o mal, y cómo desempeñan los sacerdotes su ministerio. Veo primeramente a la iglesia de aquí y después las iglesias y comunidades próximas, como se ve a un cercano árbol cargado de frutas y alumbrado por el sol, y a lo lejos, otros, agrupados o formando bosques.

Veo a todas horas, de día y de noche, las misas que se dicen en todo el mundo y en comunidades muy remotas, donde todavía se celebra como en tiempos de los apóstoles. Sobre el altar veo en visión una asistencia especial con que los ángeles suplen las negligencias de los sacerdotes. Por las faltas de devoción de los fieles ofrezco yo también mi corazón y pido a Dios misericordia. Veo a muchos sacerdotes que desempeñan su ministerio de un modo deplorable. Guardan las formas, pero muchas veces no se cuidan del espíritu. Siempre tienen presente que los está viendo el pueblo, y con esto no piensan que los ve Dios. Los escrupulosos quieren convencerse de su propia devoción.

Muchas veces, durante el día, estoy viendo de esta manera la celebración de la Misa por todo el mundo; y cuando me dirigen alguna pregunta, me parece como si tuviera que interrumpir una ocupación para hablar con un niño curioso. Es tanto lo que Jesús nos ama, que perpetúa en la Misa la obra de la Redención; la Misa es la redención oculta que se realiza constantemente en el Sacramento. Todo esto lo ví desde mis primeros años y creía que todos los hombres lo veían como yo.

6. Ve una representación de la misa sacrílega.

Cuando ví a mi derecha la espantosa imagen del niño crucificado, me volví a la izquierda; pero seguía viéndolo. Entonces pedí a Dios que se dignara librarme de aquella escena y mi Esposo celestial me dijo: "Mira otra cosa peor aún; mira cómo me tratan diariamente en todo el mundo". Ví entonces a los sacerdotes que celebran la Misa en pecado mortal. Ví la Hostia sobre el altar, como un niño vivo, y ví que era despedazado en la patena y ofendido de un modo horrible: sacrificarlo así es asesinarlo.

Ví además un número indecible de infelices que son hoy en día oprimidos, atormentados y perseguidos en muchas partes y ví que todo esto sucedía como en la persona del mismo Jesús. Son malos estos tiempos y no hay recurso alguno. Sobre el mundo se extiende una niebla espesa de pecados y todas las cosas se hacen con tibieza e indiferencia.

También en Roma ví a malos sacerdotes atormentar de esta manera al Niño Jesús en la Misa. Ellos querían ver al Papa y exigirle una cosa muy peligrosa. Pero el Papa veía lo mismo que yo: que un ángel los rechazaba con una espada desnuda siempre que pretendían acercarse a él.

Capítulo V

VISIONES DE LA IGLESIA TRIUNFANTE Y DE LA IGLESIA MILITANTE

INTRODUCCION

Pocos han tenido la dicha de conocer datos precisos acerca de las tres iglesias: la triunfante, la militante y la purgante. La triunfante o celestial nos es mostrada maravillosamente con todos sus atributos; así como la militante, en sus luchas brillantes o claroscuras, a veces con gran decaimiento, a causa de las asechanzas del demonio y la negligencia de los católicos.

El año eclesiástico y la liturgia de la Iglesia se hallan consignados con claridad: son de indudable provecho para el lector, por la nueva efusión de divinos conocimientos que recibe. La vidente realiza místicos viajes a la "mansión de bodas", donde se ajustan las cuentas del año fenecido, correspondiéndole a ella satisfacer, en parte, las deudas contraídas por la Iglesia militante con la triunfante.

1. Ve la perfección de la Iglesia celestial y la imperfección de la Iglesia terrenal.

(27 de Noviembre de 1821)

Ví una forma luminosa muy elevada de donde venían sobre mí brillantes rayos, los cuales terminaban en una flecha que me tocó en el costado y me hizo gritar de dolor. En estos días tengo constantemente delante de mí una doble imagen de la Iglesia. La veo como una Iglesia celestial perfectísima, en lo alto de una montaña, de piedras preciosas, y veo en ésta a santos pastores y ángeles que hacen cálculos en tablas y pergaminos y parece como si pensaran en la Iglesia terrenal que está debajo de ella, esto es, en las faltas y pecados de los fieles de todos los estados.

Ví las innumerables culpas y negligencias en el cumplimiento de los deberes de los pastores que no apacientan, como es debido, su rebaño. Ví a quienes se acercaban a comulgar sin la debida preparación; ví a otros que no obtenían consuelo en el sacramento de la penitencia; ví sacerdotes negligentes, vasos sagrados sucios, enfermos abandonados, hombres que recibían demasiado tarde el Viático, reliquias tenidas en poco aprecio.

Entonces sentí vivo deseo de ayudarles y pedí al Señor se dignara satisfacer en mí su justicia y llenar con mi buena voluntad lo que faltara en las obras de otros miembros más débiles del cuerpo de la Iglesia. Luego junté mis dolores con la inagotable satisfacción de la pasión de Jesús, y ví que los ángeles y los santos borraban todas las culpas y por caminos extraordinarios restauraban, en orden al servicio de Dios y a la salud de las almas, todo lo que estaba abandonado por culpa de los sacerdotes.

La Madre de Dios ha repartido el trabajo entre siete personas, la mayor parte de ellas mujeres. Ví entre ellas a la estigmatizada de Cágliari, Rosa María Serra (*), y a otras que no puedo nombrar; a un franciscano del Tirol, y a un sacerdote de una casa religiosa, en medio de unas montañas, el cual padece indeciblemente a causa de los crímenes cometidos en la Iglesia de Dios. Yo recibí también mi parte y supe cuál era el objeto de mis penas y lo que conseguía con ellas. Hube de padecer durante toda la semana.

2. Santa Bibiana y los tormentos de los mártires.

(2 de Diciembre de 1821)

Esta noche he visto a Bibiana (**) y aunque no me socorrió. la bondad y las penas que he visto en ella debieron infundirme valor y fortaleza para soportar las mías. Ví luego innumerables géneros de martirios y ví a los santos mártires edificar con todos los instrumentos de su martirio una elevada y maravillosa torre, y en lo más alto de ella ví aparecer la cruz. Y ví a todos los mártires en torno a este monumento de triunfo y sobre todos ellos a la Virgen María. Ví también a los que habían padecido como yo, y a los que ahora, al fin del año eclesiástico (***), hacen las mismas obras que yo. Me ví a mí misma y me sentí traspasada de espinas de pies a cabeza. Du-

(*) Desde San Francisco de Asís, primer estigmatizado conocido, ha habido en todas las épocas místicos con los sagrados estigmas. Por esta misma época vivía en Roma, Ana María Taigi, que seguía en visión, paso a paso, la vida agitada de Napoleón, viendo en espíritu sus triunfos, su caída, su destierro, su muerte en la isla de Santa Elena y su destino en la eternidad. Véase *Vida de Santa Ana María Taigi*, de Bessieres.

(**) Santa Bibiana y Santa Demetria, hijas de Fabiano, prefecto de Roma y luego mártir, sufrieron el martirio bajo el emperador Juliano el año 235.

(***) Con el último Domingo de Pentecostés termina el año eclesiástico y comienza el nuevo con el primer Domingo de Adviento.

rante toda la visión veía siempre a ambas iglesias y creo que he trabajado en favor de tres lugares donde faltaba todo.

(Al aparecérsele agua). No me atrevo a echar agua a mis penas: no sea que vuelvan otra vez. Ahora veo que van cediendo.

3. Padecimientos por la Iglesia.

(25 de Diciembre de 1819)

Acercáronseme tres santas religiosas, entre ellas Francisca Romana (*), y me trajeron un vestido blanco, sin mancha alguna, acabado en puntas y señalado en el lado izquierdo con un corazón rodeado de rosas. Cuando yo las tocaba, me herían las espinas que había en ellas hasta hacerme saltar la sangre. En un momento me pusieron ese vestido y me dijeron que tenía que tenerlo puesto hasta el año nuevo; que después recibiría otro hábito color ceniza y una cruz de hierro muy pesada; que si cuando llegara el año nuevo estaba el vestido tan puro como ahora sería más fácil soportar la cruz de hierro y el hábito ceniciento. Creyendo que esto significaba mi muerte, pregunté: "¿Habré de morir ahora?" Ellas me respondieron: "Todavía tienes que padecer mucho", y desaparecieron. Mi guía me anunció entonces con palabras severas y terminantes que traspasarían mi alma agudos dolores a manera de espadas; pero que no sucumbiría; que yo misma me atraía esas penas, pues había tomado sobre mí tanto para satisfacer por otros; que debía tener más moderación y no tomar tan a pecho el bien ajeno; pues ésto sólo podía hacerlo Jesús.

Entonces sentí dolores hasta las dos de la madrugada. Estaba acostada sobre un rastrillo rodeado de espinas, cuyas puntas me traspasaban los huesos.

4. Recibe consuelos de María y de Jesús en sus expiaciones por el prójimo.

En toda la noche no he dormido y estoy casi muerta. He recibido un consuelo sobrenatural: una suavidad divina indescriptible, en medio de los dolores, penetraba lo íntimo de mi alma. También me ha consolado la Santísima Virgen. He visto los inefables dolores que padeció la noche que prendieran a Jesús, especialmente a causa de la negación de Pedro. Ví cómo

(*) Santa Francisca Romana, viuda de un noble caballero romano, fundadora de la Congregación del Monte Olivete, gozó de la vista contínua de su Angel Custodio. Tuvo numerosas visiones sobre el Purgatorio, el Cielo y el Infierno. Murió en 1440.

decía sus penas a Juan y se lamentaba siempre con él. Preguntó, además, esta noche, por qué sentía tanto y me llegaba tan a lo vivo, cuanto puede concebirse, el estado de mi hermana (*), siendo así que podía soportar penas mucho mayores. La respuesta fué la siguiente: "Así como sientes la luz de las reliquias de los santos por la tierna comunicación que tienes con los miembros del cuerpo de Cristo, así sientes la oscuridad y la angustia y la separación más vivamente a vista del estado de tu hermana. Tal estado procede en línea recta por medio de los antepasados, de la raíz de tu cuerpo pecador, de Adán, que cayó en la degradación por el pecado. Sientes su pecado, a través de tu carne, en la carne de tus padres y ascendientes hasta en la fuente de todo pecado; esto es, el pecado que procede de la raíz de tu cuerpo en el primer pecado".

Padecí y velé y me adormecí; desperté de nuevo y conté las horas. Por la mañana clamé llamando a mi Esposo y pidiéndole que no me abandonara. Vile después de su Madre y ví los dolores de María y lo ví a Él en el Huerto de los Olivos. Me dijo: "¿Quieres ser más que María, la más pura, la más amada entre todas las criaturas? ¿Qué son tus dolores comparados con los suyos?"... Después me mostró infinitas miserias y pecados; ví moribundos y pecadores que no estaban dispuestos a padecer, y me dijo: "Si quieres ayudarles, padece; de otro modo ¿cómo se satisfaría a la divina justicia?" Mostróme cuán difícil y pesado es lo porvenir; cuán pocos son los que hacen oración y quieren padecer para que se aparten los males de la tierra. Le dí gracias y cobré ánimo y padecí con alegría, puesto que había gozado de su presencia. Me dijo además: "Mira allá ¡cuántos moribundos! ¡en qué estado se encuentran!" Y me mostró a un sacerdote moribundo de mi país, en tan deplorable estado, que ni siquiera podía comulgar con fe y pureza de conciencia. Yo no lo conocía. Jesús me dijo: "Padece por él hasta mediodía". Yo padecí alegremente y todavía sufro, pero ya mucho menos.

5. Recibe un vestido ceniciento - Santa Teresa la anima.
(1º de Enero de 1820)

Cuando recibí el vestido ceniciento ví todos los tormentos que habían de venir sobre mí. Tuve una aparición de Santa

(*) Su hermana menor Gertrudis, que había traído de la casa de sus padres para que asistiera a Ana Catalina. Era tan inhábil, caprichosa y terca, que ocasionó muchos pesares a su santa hermana, que la sufrió con paciencia durante muchos años.

Teresa, la cual me consoló mucho con sus propios trabajos. Me tranquilizó también con respecto de mis propias visiones: me dijo que no me turbara y lo dijera todo; que a medida que ella declaraba lo que en las suyas veía, todos la comprendían mejor.

También me habló amorosamente mi Esposo y me explicó la significación del vestido ceniciento. "Es de seda, me dijo, porque tú estás herida en todo tu cuerpo. No hagas en él arrugas con alguna impaciencia. Es de color de ceniza, como hábito de penitencia y de humildad". Me dijo también que estando enferma hacía yo su voluntad; pero que si estuviera sana me impediría cumplirla mi blandura de carácter. Y añadió que debo decir todo lo que me fué mostrado, aunque sea objeto de burlas; en esto se cumple su voluntad y todo tiene algún provecho (*).

Parecíame como si de un lecho de espinas fuera trasladada a otro. Todo lo ofrecí por las almas del Purgatorio.

6. Padece por la Iglesia y por diversas necesidades.
(2 de Enero de 1820)

He padecido tres violentos accesos de dolor. He padecido en la misma forma que padeció mi divino Esposo Cuando me iba a dar por vencida y me quejaba, estando casi exánime, ví al punto en imagen o como en realidad, que los dolores de Jesús fueron como los míos y ví toda su pasión como la había visto siempre el Viernes Santo. Así fuí azotada, coronada de espinas, atada, derribada, puesta y clavada en la cruz. Ví al Señor descender a los infiernos y fui también al Purgatorio, y ví liberadas muchas almas de personas a quienes conocía y de otras desconocidas; ví libres a muchas almas que antes estaban ignoradas y abandonadas, con lo cual recibí gran consuelo.

El segundo estado doloroso lo padecí por aquéllos que no soportan con paciencia, para bien de sus almas, las penas que les sobrevienen; por los moribundos y por aquéllos que no reciben los santos sacramentos. He visto a muchos de los que he podido ayudar. Finalmente padecí la tercera vez por la Iglesia. Ví la imagen de una gran iglesia con torre artística muy elevada, en una gran ciudad, a orillas de un caudaloso río (*Viena*). San Esteban (**) era el santo de aquella iglesia y con él ví a

(*) Debido a su obediencia podemos hoy leer y gozar el tesoro inestimable de sus revelaciones.

(**) San Esteban, Rey de Hungría, hijo del Duque Geisa, recibió del Papa Silvestre la corona y se hizo apostol de su nación. Murió en el 1038 viendo ya cristianas a las gentes de su belicosa nación.

otro santo que fué martirizado después que él. En torno de esta iglesia ví a muchas personas principales, entre ellas varios extranjeros, con mandiles y llanas de albañil *(masones)* como si vinieran a derribar la iglesia, que tenía el techo de pizarra y la artística torre. Con ellos había toda clase de personas del país, aún sacerdotes y religiosos.

En medio de mi aflicción hube de pedir a mi divino Esposo que pusiera remedio a tanto mal. Si Javier lo pudo todo con la cruz con la mano, no permita Él que aquí triunfe el enemigo. En esto ví entrar en la iglesia a cinco formas humanas, tres con antiguos y largos trajes y dos jóvenes sacerdotes, que parecía hubiesen sido llamados. Asimismo parecía que éstos recibían la sagrada comunión y que debían resucitar a nueva vida. De repente salió de la torre una llama que prendió fuego al techo; parecía que todo iba a arder. Entonces me acordé del río caudaloso (*) que corre al pie de la ciudad, con cuyas aguas se podía apagar el fuego. Las llamas abrasaron a muchos de los que estaban preparados para destruir la iglesia y ésta quedó en pie. La salvación vendría después de una gran tempestad. que estaba próxima. El fuego, que era espantoso, indicaba al principio un gran peligro; pero luego, pasada la tempestad, produjo un gran resplandor dentro de la iglesia. El mal que sobrevino a dicha iglesia tuvo principio en el hecho de que las escuelas fueron entregadas a los infieles.

Ví estallar una gran tempestad, que vino del norte y se dirigió hacia la ciudad, envolviendo en sus torbellinos a la elevada torre y extendiéndose hacia el occidente. Ví combates y rayas sangrientas en el cielo (**), a lo lejos y a lo ancho, sobre muchos lugares, y ví desolación y duelo infinito delante de la iglesia. Los protestantes empiezan a asaltarla por todas partes. Los siervos de Dios son tan perezosos que no hacen uso de la fuerza que poseen por el sacerdocio. A vista de todo esto tuve que llorar copiosamente.

7. La comunión de los santos.

(Adviento de 1821)

Cuando veo en la luz la comunión de los santos, sus obras y armoniosos efectos, y la atracción y movimientos de unos en otros y por otros, y como uno es para otro y en otro, y cada uno

(*) El río Danubio que separa a Budapest, capital de Hungría.

(**) Probablemente ve los combates de las fuerzas aéreas en las guerras de 1914 y 1939.

es todo, y sin embargo es individualmente uno en infinito esplendor de luz, experimento indecible alegría y claridad. Luego veo de cerca y de lejos oscuras formas de hombres y me siento impulsada con irresistible amor hacia ellos, a clamar por ellos, a pedir a Dios y a los santos que les ayuden, los cuales están dispuestos a ayudarlos con tan dulce y amorosa solicitud, que casi se me rompe el corazón en el pecho por la violencia del amor. Conozco con mayor viveza que la luz del día que todos nosotros vivimos en la comunión de los santos y en constante relación con ellos. Y me siento oprimida de dolores porque los hombres son tan ciegos y duros. Atrévome a llamar al Salvador y le digo: "Tú eres infinitamente poderoso y nos amas con amor infinito. Tú, que todo lo puedes, no permitas que los hombres se pierdan. Acuérdate de tu preciosa sangre".

Entonces el Salvador me muestra que Él hace por ellos los más conmovedores esfuerzos: "He aquí, me dice, que estoy pronto a ayudarlos a salvarse; pero ellos me vuelven las espaldas". Y entonces siento yo su justicia, así como la gracia, con igual suavidad y amor.

8. Relación entre la Iglesia terrenal y la celestial.

(3 de Diciembre de 1821)

He tenido una gran visión acerca de la liquidación de cuentas de este año entre la Iglesia terrenal y la celestial. He visto la Iglesia del cielo no como un edificio, sino como un conjunto de apariciones. He visto en lo más alto a la Santísima Trinidad y proceder de ella todas las cosas. Jesús estaba a la derecha y María algo más abajo. A la izquierda ví los coros de los mártires y santos. Alrededor de Jesús ví todos los instrumentos de su pasión y después, en una serie de imágenes sucesivas, su vida, su doctrina y su pasión: obras todas que encierran en sí los misterios de la misericordia de Dios y los actos de nuestra redención y que son los fundamentos de las festividades de la Iglesia militante. En la Iglesia triunfante ví el manantial perenne de las gracias que el Redentor nos mereció durante su vida mortal, las cuales se nos conceden y nos confortan cuando la Iglesia militante en sus festividades celebra misteriosamente los puntos principales de la vida terrestre de Jesús y da gracias por ellos y los renueva en la comunidad mediante el sacrificio de la Misa y el uso de los santos sacramentos. Ví los torrentes de gracias y los efectos que incesante-

mente proceden de la Santísima Trinidad y de la pasión de Cristo y que se difunden sobre todas las cosas.

Ví todas las festividades de la Iglesia en honor de los misterios de la vida de Jesus hasta la venida del Espíritu Santo y ví que la Iglesia recibe hoy día, como renovación de su círculo de trabajo, al Espíritu Santo, en todos los miembros puros que están preparados para recibirle si ellos lo piden; y que todo el que con amor y celo desea suplir lo que pudiera faltar para que sea generalmente recibido el Espíritu Santo y sufre sus propias penas por Jesús y las ofrece en unión de sus méritos con este fin por la Iglesia, puede conseguir para ella todo el torrente del Espíritu Santo, en cuanto su caridad y la oblación que hace de sí mismo, en unión con el gran sacrificio de Cristo, lo merece. Ví después la efusión del Espíritu Santo sobre las obras de los apóstoles, de los discípulos, de los mártires y de todos los santos; y ví que padeciendo ellos por Jesús y en el cuerpo de Jesús, que es la Iglesia, eran venas vivas del torrente de gracias de su pasión expiatoria. Padeciendo ellos en Jesús, Jesús padecía en ellos y de Jesús recibían los merecimientos que ellos después depositaban en la Iglesia. Ví multitud de conversiones obradas por los mártires: eran éstos como canales dolorosamente abiertos que conducían a miles de corazones la sangre de vida de nuestra redención. Ví los martirios en cuadros y ví sus efectos temporales y en razón de la eternidad de su esencia y de su mérito que procede de los padecimientos de Jesús. Ví también sus efectos eternos en la Iglesia, mediante el acueducto de las festividades, de la fe viva, de la oración, de la devoción y de las buenas obras. Ví los innumerables tesoros y gracias de la Iglesia y el mal uso que hacen de ellos algunos de sus miembros. Parece como si sobre un país asolado hubiera un magnífico jardín donde cayeran mil y mis tesoros, no recibidos abajo, continuando así la desolación en los campos y viéndose disipados tan preciosos tesoros.

9. La negligencia en la Iglesia terrenal.

Ví la Iglesia terrenal, esto es, la comunidad terrena de los fieles, el rebaño de Cristo en su estado temporal sobre la tierra, enteramente oscurecida y asolada; y así como he visto allá arriba el perfecto curso anual de la distribución de las gracias, así he visto aquí la pereza, la infidelidad, y la impiedad con que a ellas se corresponde. Todo era acá en la tierra tan perezoso y descuidado, que las gracias que debían ser recibidas en esta festividad, venían por los suelos y muchos tesoros de la

Iglesia se convertían en deudas. Esto lo ví en general en muchas figuras. Ví también que esta negligencia debía ser expiada con trabajos, pues de otra manera la Iglesia militante no podía pagar este año lo que debe a la triunfante y tendría que deber más todavía. Pero ví que la Santísima Virgen procuraba salvar la diferencia. Esto es difícil de describir, pues la naturaleza entera y los hombres están tan decaídos y tan ciegos y ligados, que las visiones en las cuales tengo que hacer alguna cosa importante y que entiendo sin que me cause admiración lo que hago, tan pronto como vuelvo al estado natural me parecen tan raras como a cualquier otra persona.

Así, por ejemplo, debiendo yo sacar con mis manos miel de los abrojos y llevársela a la Virgen para pagar con ella la cuenta de la Iglesia y teniendo la Virgen que hacerla hervir para tornarla más excelente y darla a quienes faltaba, esto quería decir que los miembros de la Iglesia durante el curso del año eclesiástico despreciaban, disipaban y malgastaban muchas de aquellas gracias de Dios, que con solicitud deben ser recogidas de entre las muchas formas de su amor y convertirlas en consoladora suavidad, y que muchas almas necesitadas de esas gracias languidecían y desfallecían. Para impedir esto, el Señor había dado los bienes de la Iglesia triunfante a la militante, y ésta debe dar cuenta de ellos y compensar aquellos dones con réditos y usura. Así que en la cuenta que la Iglesia militante tiene que dar el empleo y aplicación de los tesoros de la Iglesia triunfante, le falta tanta miel; puesto que aquella gracia emanada de Dios viene a ser lo que en el mundo corpóreo es la miel y esta miel debía ser compensada. Pero la miel que en el tiempo de las flores pueden fácilmente allegar las solícitas abejas, pasado este tiempo, tiene que juntarse con mucho trabajo y dolor. Las flores han desaparecido y sólo quedan abrojos. Jesús misericordioso acude entonces a un miembro del cuerpo de la Iglesia y éste ofrece sus penas y dolores en sacrificio por la negligencia de los demás y con las manos ensangrentadas saca la miel de los agudos cardos. La Virgen, que es la Madre de la Iglesia, pone esta miel a hervir, allí donde la gracia no ha sido correspondida por la Iglesia en el curso de este año. Esto es lo que se da a entender con el nombre de miel. De esta manera entendía yo mi martirio en estos días y en estas noches, bajo multitud de representaciones de trabajos, los más variados, y veía siempre las dos iglesias, y que la de abajo salía de la oscuridad cuando eran pagadas sus deudas.

10. Personas que sufren por la Iglesia militante.

Ví también a los miembros de la Iglesia militante como había visto a los de la triunfante. Obrando por la Iglesia de la misma manera que yo, ví conmigo a seis personas, tres mujeres y tres hombres: la estigmatizada de Cágliari, Rosa María Serra y otra persona muy enferma, deforme de cuerpo; el franciscano del Tirol, a quien muchas veces he visto animado de mi misma intención, y a un joven sacerdote en una casa donde hay varios sacerdotes, en un país montañoso. Debe ser este sacerdote un alma privilegiada: padece inexpresablemente viendo el estado de la Iglesia y tiene que soportar extraordinarios dolores por la gracia de Dios. Todas las tardes pide a Dios con todo su corazón que le haga padecer por todas las faltas que durante el día se cometen en la Iglesia. El tercero era un hombre principal, que tenía muchos hijos, una mujer muy mala y poseía mucha hacienda; habita en una populosa ciudad, donde hay católicos, protestantes, jansenistas y librepensadores. Vive muy ordenadamente; es caritativo con los pobres y lleva muy bien la aflicción que le causa su mujer. Hay en esa ciudad una calle especial de judíos, cerrada con puertas por ambos extremos y mucho comercio en ella.

Cuando hube terminado mi trabajo, ví junto al Salvador dos grandes mesas en las cuales estaba todo lo olvidado y borrado. Toda mi labor se me representaba figuradamente. Ví allí todo lo perdido: a un lado las más hermosas coronas, adornos y flores; en otro, guirnaldas desgarradas, vestidos medio gastados y todo género de legumbres y hierbas desmenuzadas. Ví en un lado un trono de los magníficos dones de Dios, y en otro, escombros y tiestos.

Cuando ví esta miserable compensación que no era sino un montón de ruinas y que sólo en juntarlas había yo empleado las fuerzas recibidas de Dios; cuando ví lo que estaba destrozado, desgarrado y sucio, me sobrevino una tristeza espantosa. Incliné el rostro y lloré por espacio de dos horas, con tanta violencia, que me parecía que se me rompía el corazón dentro del pecho.

Cuando hube llorado de esta manera, se acercó a mí el Salvador misericordioso y me dijo: "Sólo hacían falta estas tus lágrimas. Te hice ver esto para que no creas que se te debe cosa alguna, pues ahora lo he tomado todo sobre mis hombros". A los otros seis auxiliares los ví llorar de la misma manera y ser igualmente consolados por el Salvador. Entonces ví a la Santísima Virgen acercarse a la Iglesia y extender su manto sobre

ella. Ví a muchos pobres, enfermos y tullidos empujar a la Iglesia militante hacia arriba, la cual subió clara y resplandeciente y entró en la triunfante, o más bien la Iglesia triunfante se juntó con la militante. Ví a Jesús y a los apóstoles aparecer en el más alto coro de la Iglesia y dar la comunión como una nueva fortaleza. Ví entrar en el seno de aquella Iglesia muchas almas, hasta de príncipes y reyes que estaban en el seno de Abrahán.

11. El año eclesiástico.

Se acerca ahora un tiempo sagrado: el nuevo año eclesiástico se aproxima y en el pasado han quedado muchas cosas que se han descuidado y retardado y todo esto debe ser descontado con padecimientos. He tomado sobre mis espaldas demasiado trabajo, y debo padecer mucho.

Es cosa sublime e imposible de alcanzar, sin el auxilio de la gracia y sin sencillez y pureza de corazón, que las almas vivan conforme a la fe en esta Iglesia, celebren con ella el culto divino y participen de este modo de los infinitos tesoros de gracia y satisfacción que la Iglesia posee por los merecimientos de Jesucristo y por virtud de ellos en la sangre de sus innumerables mártires, en los sufrimientos u obras de penitencia de sus santos y en las oraciones y buenas obras de los piadosos fieles, para comunicarlos a todos los que, unidos con ella, son sus verdaderos hijos. Con estos tesoros satisface a la justicia de Dios y suple lo que falta a los flacos y necesitados, en esta vida, y a las almas del Purgatorio, en la otra, para satisfacer por sus deudas.

Cada momento trae consigo una gracia; el que la rechaza, tiene que caer y desmayar. Así como hay un año natural con sus diferentes tiempos y una naturaleza con sus diferentes creaturas, sus frutos y sus propiedades, así hay un orden más elevado, ligado con un año espiritual y sus tiempos, establecido para restaurar con innumerables gracias y medios de eterna salvación al género humano caído por el pecado. Todos los años, todos los días, cada momento están madurando en este orden los frutos que se nos ofrecen para nuestra salvación. Los hijos de la Iglesia Católica, que celebran devotamente este año espiritual con sus fiestas y su culto divino y ordenan su vida según sus preceptos, los que hacen oración todos los días, son semejantes a los fieles trabajadores de la viña, y reciben en abundancia sus bendiciones.

Es doloroso que sean tan pocos los que conocen este orden de la gracia y viven según él; pero algún día se verá con terror

lo que es el Año Eclesiástico, lo que son sus fiestas, sus épocas y sus días; lo que son las oraciones y devociones de la Iglesia, el oficio divino, especialmente de los sacerdotes y religiosos. El mismo divino Salvador es quien vive con nosotros en este orden y se nos da en todo tiempo como sacrificio y manjar para que todos seamos uno solo en Él. ¡Cuán misericordiosa es la constante solicitud con que todos los días ofrece por nosotros de una manera incruenta a su eterno Padre en tantos miles de misas como se celebran, el sacrificio de expiación, su cruenta muerte en cruz! Este sacrificio, que se consumó en la cruz, es un sacrificio perpetuo, un sacrificio de eficacia imperecedera siempre nueva, infinita, para bien de los hombres en el tiempo finito, que puede contarse y medirse. Por lo cual, desde que fué instituído por el Hijo de Dios hecho hombre, este sacrificio se renueva y se repite hasta que el tiempo no se pueda contar y pase la figura de este mundo, ofreciéndose el mismo Jesucristo, por las manos del sacerdote legítimamente consagrado, aunque sea indigno, al Eterno Padre, bajo las especies de pan y de vino en sacrificio de expiación.

Vivimos de lo que nos han dejado nuestros antepasados y nuestros padres, y, sin embargo, olvidamos fácilmente lo que les debemos y cuán vivamente desean ellos nuestra gratitud y cuánta es la necesidad que tienen ellos de nuestro auxilio. Ellos nos dicen: "Padeced, sufrid, orad, ayunad, dad limosna por nosotros; ofreced por nosotros el santo sacrificio de la Misa".

12. Los hijos de la Iglesia y los de las sectas.

Mi guía espiritual me ha reprendido por haberme excedido en alabar a los infieles piadosos (*), y me ha preguntado si no sé quien soy yo y a quien pertenezco. Y me dijo que soy una religiosa consagrada a Dios y a la Iglesia y ligada por santos votos; que debo alabar a Dios en la Iglesia y orar llena de compasión por los infieles; que debería saber mejor que otros lo que es la Iglesia y por lo mismo alabar a los miembros de Jesucristo en la que es su cuerpo místico; pero a los que se han desprendido de este Cuerpo y le han causado profundas heridas, a éstos los debo compadecer y pedir a Dios que los convierta. Alabando a estos desobedientes me hacía partícipe de su culpa y que esta alabanza no era caridad, porque con ella se enfría el verdadero celo por la salvación de las almas. Con razón, pues, fuí repren-

(*) En sus conversaciones con Ana Catalina, al hablar de los protestantes Clemente Brentano alababa su honradez y vida concertada. Ella es reprendida por admitir sin objeciones estas afirmaciones.

dida de que no es bueno dejarse llevar de la corriente en estas cosas santas. Verdad es que entre ellos hay muchos buenos, de los cuales me compadezco; pero veo que llevan el sello de su origen, que están separados de la Iglesia y divididos entre sí. Cuando brota en ellos, tomando su origen del tronco católico, algún afecto de devoción, levántase al punto y al mismo tiempo un siniestro e inflexible sentimiento de arrogancia y desvío de su madre la Iglesia; quieren ser piadosos, pero no quieren ser católicos. Aunque no cesan de repetir que las ceremonias y formas no importan y que se debe servir al Señor en espíritu, sin embargo se arrastran tenazmente en pos de la forma, y de una forma muerta, caprichosa, y, por lo mismo, mudable, que no crece vitalmente, porque es cuerpo sin alma y puro mecanismo. Carecen de flexibilidad y todos ellos padecen de orgullo. ¿De dónde han de alcanzar humildad de corazón, si no han aprendido a humillarse desde la juventud ni están acostumbrados a confesar sus pecados y miserias, a acusarse con sincera confusión, como hijos de la Iglesia, ante el representante de Dios, en el sacramento de la confesión?... Por esta razón aún entre los mejores veo algo defectuoso; veo juicio propio, dureza y orgullo.

Sólo van por buen camino aquellos infieles que sin conocer a la Iglesia, única santificadora, viven tan piadosamente como pueden. Luego al punto que Dios les da aún la más leve señal o les inspira alguna duda, son llamados y deben buscar la verdad. Aún los herejes son hijos de la Iglesia cuando han recibido válidamente el bautismo santo y viven sólo de la Iglesia y no reciben otro manjar espiritual que el que les viene de ella; pero no se sientan a la mesa de los hijos de la casa, sino que se quedan fuera, arrogantes, engreídos o por ventura languidecientes. Cuando en mis visiones veía herejes bautizados que se unían a la Iglesia, parecíame verlos salir de entre los muros de la Iglesia y aparecer ante el altar, ante el Santísimo Sacramento; mientras que los no bautizados, los judíos, turcos y paganos que se convierten, veíalos entrar por la puerta del templo.

13. En una iglesia de Francfort.

(22 de Febrero de 1820)

Llegué a una ciudad, más allá de Francfort, a una comarca de viñedos. Allí he visto en una iglesia grandísimos desórdenes y malos sacerdotes. Yo debía consolar a un anciano sacerdote que había sido acusado delante del Obispo por sus malos capellanes. Después que éstos habían pasado la noche entera en

juergas y bebidas, él los había echado del confesonario y de la iglesia con la ayuda de dos sacristanes. Esto ocasionó un espectáculo escandaloso. Aquel anciano sacerdote celebró la Misa, pues de otro modo no hubiera habido oficio divino. Ahora está acusado. Ninguno lo ayudará, fuera de Dios.

14. Ve la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.
(21 de Mayo de 1820)

Estuve con los apóstoles en la sala del Cenáculo. Recibí un refrigerio que no puedo explicar: un alimento a modo de luminoso torrente penetró en mi boca. Lo saboreé aunque no sabía de dónde venía ni veía ninguna mano que me lo diese. Tiene un gusto extraordinariamente dulce y yo tenía la inquietud de no estar en ayunas para poder recibir hoy, esta mañana, el Santísimo Sacramento. Yo no estaba aquí y sin embargo oí distintamente la campana dar las doce y conté cada toque. Ví el descendimiento del Espíritu Santo sobre los discípulos y cómo el Espíritu Santo, en estos días de conmemoración, llueve como rocío sobre toda la tierra, allí donde hay un recipiente puro y capaz de recibirlo. No puedo describir este mi modo de ver de otra manera que diciendo que yo veo aquí y allá, en medio de las tinieblas, una comunidad iluminada, una iglesia, una ciudad, una persona o muchas, de manera como si todo el mundo se extendiese bajo mis ojos y yo viese algo como al fulgor de una luz, ya en un punto del mundo, ya en otro, un cercado de flores, un árbol, una mata o una o más flores, o una isleta puesta en medio de un estanque, estas cosas iluminadas desde el cielo o traspasadas por rayos luminosos en medio de la circundante oscuridad.

Todo lo que yo ví en esta noche era por lo demás en orden al bien por la bondad de Dios; las obras de las tinieblas no me fueron mostradas. Ví sobre la tierra gran efusión del Espíritu Santo. Algunas veces Él desciende como un relámpago sobre una iglesia y yo veía a los fieles de la iglesia recogidos, y veía a aquellos que habían recibido la gracia, y veía a otros que oraban solitarios, en sus casas o en las iglesias, colmados de luz y de fuerza. Nació en mí una grande alegría y confianza de que aún cuando crezca la opresión y angustia de la Iglesia, ella no sucumbirá, porque vi en todas partes del mundo, a los defensores de la Iglesia avivados por el Espíritu Santo. Antes bien, sentí que la persecución externa por parte del poder laico la fortifica y la dispone a una mayor fortaleza interna.

He visto en la Iglesia de San Pedro en Roma una gran solemnidad, con muchas luces, y ví que el Santo Padre con muchos

otros obtuvo fortaleza del Espíritu Santo. En esta noche no he visto allá abajo aquella iglesia oscura que es siempre para mí una abominación (*).

15. Los nuevos doce apóstoles.

He visto también en diferentes partes del mundo, iluminados y resplandecientes, a aquellos doce hombres que tan a menudo veo como doce apóstoles nuevos o profetas de la Iglesia. Siento siempre una sensación como si conociese yo a uno de ellos y como si se encontrase en nuestra vecindad. También aquí en nuestro país he visto algunos fortificados y restaurados. Conozco a todos estos hombres durante la visión, pero raras veces puedo nombrarlos luego. Creo haber visto al severo superior eclesiástico. Tengo el convencimiento más vivo que la persecución resultará ventajosa para la iglesia de nuestro país, pero que las angustias están por crecer aún más.

16. Ve una casa de seminaristas.

(Mayo de 1821)

Me encontré en una sala muy larga; de ambos lados había delante de los facistoles, jóvenes con vestido talar de seminaristas. En medio paseaba de un lado a otro un hombre corpulento. Yo estaba escondida en un rincón. De pronto todos esos jóvenes se transformaron en caballos y en medio se paseaba un buey grueso rumiando, detrás del cual los caballos relinchaban y abrían la boca en forma burlesca, mostrando la lengua. Yo esperaba que aquel buen buey les mostrase los cuernos y los aquietase; pero no hacía otra cosa que dar cornadas en el muro todas las veces que llegaba a la extremidad de la sala. Esas cornadas habían producido ya un boquete y yo pensaba que el muro al fin se le vendría encima.

No sabía cómo salir de ese lugar. Finalmente un caballo escapó y los demás detrás de él. Encontré la puerta por donde salieron y me fuí yo también.

17. Ve los frutos futuros de sus sufrimientos.

He visto una reunión de jóvenes eclesiásticos, como un seminario. Debía tener lugar un banquete. Yo llegué como de una alta esfera; de lo alto a lo bajo tenía que procurar y preparar muchas cosas para el banquete. Busqué todo lo necesario en

(*) Se refiere a la iglesia protestante.

muchos lugares, con grande fatiga, lo reuní todo y lo llevé allá. Toda clase de gente estropeada, de pobres, me ayudaron y también almas del Purgatorio. A mis hermanas tuve que hacerlas salir, haciéndoles luz, de una oscura cantina, y ellas también me ayudaron. La reverenda madre Superiora fué aquella que hizo observar a las otras cuán maravilloso era que yo debiese llevarlas allí a ese trabajo. Tuve que partir y distribuir doce panes de azúcar que yo misma había preparado. Había buscado muy lejos las cañas de azúcar y después las he preparado. He distribuído once y una la había puesto para emplearla en los pobres. Una de mis hermanas, Eswig, levantó el grito y me acusó de haber sustraído este azúcar para mí. Propuse entonces: "Bien, dividiré también éste; pero cada una debe darme algo de lo que tiene". Así obtuve más de lo que antes tenía. Todo este cuadro era muy extenso; ví que esto simbolizaba un renacimiento del sacerdocio y de las órdenes religiosas, después de grave decadencia. A esto contribuirían las oraciones, las obras y los piadosos amigos, aún después de mi muerte. Parecía que se hubiese formado una reunión de personas piadosas, del seno de las cuales todo debía luego desarrollarse. Los dones concedidos a aquellos eclesiásticos eran muy diversos entre sí. Cada uno obtuvo aquello que le faltaba. Había entre esos dones, hierbas y flores muy particulares. Entre estos eclesiásticos serán seleccionados los mejores.

18. Una religiosa enferma y un hermano lego que expían por la Iglesia.

Ví con ilustración interior que a pesar de la maldad de los hombres y de la decadencia de la religión, en ningún tiempo han faltado en la Iglesia miembros vivos y activos, suscitados por el Espíritu Santo para orar y padecer con caridad por las faltas de toda la comunidad. Aunque tales miembros no sean conocidos, obran, sin embargo, en la oscuridad aún más activamente, tal como sucede ahora. Luego ví en varias direcciones, en medio de comarcas oscuras, algunos cuadros de hombres piadosos, devotos y pacientes que trabajan por la Iglesia. Entre todas estas imágenes, que me alegraban y confortaban, algunas fueron para mí especialmente consoladoras.

Ví en una gran ciudad, junto al mar, lejos de aquí, hacia el mediodía, a una religiosa enferma en casa de cierta piadosa viuda muy caritativa. Me fué dicho que era una persona escogida por Dios para padecer por la Iglesia y por toda clase de necesidades. Ví que estaba estigmatizada, pero que nadie lo

sabía. Era alta y en extremo delgada. Había venido desde otro lugar y había sido recibida por la viuda, que compartía todas sus cosas con ella y con algunos sacerdotes. La piedad de los demás moradores de la ciudad no me agradó mucho. Practicaban muchas devociones exteriores, pero se empleaban con no menos calor en toda clase de pecados y excesos.

Lejos de este lugar, más hacia Occidente, ví en un antiguo convento suprimido a un anciano y débil hermano lego que a duras penas podía andar en la celda. Parecióme instrumento destinado a orar y a padecer por los demás y por la Iglesia. Ví a muchos enfermos, atribulados y pobres hallar en él auxilio y consuelo. Entendí que tales instrumentos nunca han faltado ni faltarán en la Iglesia de Dios y que siempre los pone la Providencia donde más necesarios son y donde abunda la corrupción.

19. Trabajos en favor de futuras monjas.

Tuve que hacer trabajos en favor de futuras monjas. He visto más de treinta jovencitas en un convento, donde no habían aún abrazado el estado religioso. Discutían y razonaban entre ellas. Parecía que eran de tres clases: de dos instituciones todavía existentes, esto es, una del cuidado de enfermos, y la otra de la instrucción, institutos que debían ser reformados; y de una tercera institución, nueva, que se refería al trabajo manual y a la educación. Me daba mucha pena que aquellas jóvenes tolerasen que hubiese entre ellas tanta suciedad e inmundicia. Había entre ellas una persona que debía llegar a ser superiora y había otras que deseaban simplemente ser hermanas laicas o conversas, que me parecían tan buenas como las otras. Mi guía me dijo: "¿Ves estas jóvenes? Están todas vacilantes; están decididas y no decididas y dicen: 'Esta es la voluntad de Dios, aquélla es la voluntad de Dios, cuál será la voluntad de Dios, si será ésta la voluntad de Dios' y cosas semejantes. Entre tanto, están llenas de su propia voluntad y tienen que habérselas con ciertos caballos a los cuales tú debes domar".

Entonces me condujo delante de una casa donde había una tropilla de caballos furiosos e indómitos. Estos caballos eran las pasiones de las personas que habitaban en aquel convento y de otras personas del mundo que querían impedir la estabilización del convento y de aquella casa religiosa. De estas pasiones estaban ligadas unas a otras en general y más particularmente las unas a otras vinculadas, y así enredadas obraban interior y exteriormente con desventaja, contrariamente a la

prosperidad de la Congregación. Había allí tantos caballos cuantas eran las personas de la casa y todos estaban furiosos, atropellando las puertas como si las tomaran por asalto. Pensé entre mí misma: "Sucede como en el verano, cuando las moscas atormentan a los caballos y ellos se atropellan para entrar en el establo".

Me parecía bastante raro el tener que ocuparme de estos caballos, pues estoy tan débil y nunca me he ocupado de caballos, excepto cuando niña, el día que al amanecer tenía que llevar el caballo a mi padre. Mi guía me dijo: "Tú debes montar todos estos caballos y domarlos y vencerlos con medios espirituales". Yo pensaba: "¿Cómo podrá suceder esto?". Él me replicó "Tú lo puedes y lo harás solamente por medio de la oración y de la paciencia; esto es, con soportar cuanto te sucederá y todo aquello que debes sufrir con paciencia y dulzura. Tú debes principiar siempre. Has dicho muchas veces que querías empezar mil veces; y bien, desde este momento empieza a sufrir y a soportar; piensa que hasta ahora nada has sufrido y nada has hecho y con eso lograrás domar estos caballos. Hasta que no los hayas domado tampoco estas jovencitas serán perfectas. Con esto tú actúa en todas las personas que te rodean. Eres la superiora espiritual de las almas de todas estas plantas del jardín espiritual y debes por los caminos espirituales tener cuidado y hacerlas crecer y purificar con medios espirituales". Dije que el domar estos animales me parecía casi imposible, porque algunos eran demasiado locos y furiosos. Me respondió mi guía: "Aquéllas que están representadas por estos caballos se harán las mejores y las más sólidas columnas de la mansión de bodas. Son aquéllas que tienen mejor talento y se harán sólidas y firmes cuando sus caballos estén domados".

Entonces saliendo afuera empecé a sacar los caballos y los hice correr delante de mí, lejos de la casa. Ellos comenzaron a correr en varias direcciones, y ví en un círculo, en torno mío, diversos cuadros de personas que con pleno conocimiento o sin saberlo, trabajaban contra el instituto y la prosperidad de aquella casa. Entre éstos había gente maliciosa; había también otras, animadas de buena aunque mal entendida voluntad, y me era penoso ver cómo estas últimas ocasionaban mayor daño que las mismas que lo hacían por malicia. He visto entre éstos a eclesiásticos que eran muy estimados.

Tuve más tarde que rogar por el establecimiento de un monasterio de mujeres, que me fué indicado por dos beatas monjitas. He visto aquel monasterio y el prado en donde se

extendía la ropa de las monjas para secarla y purificarla. Había abundancia de ropa blanca en el mayor desorden. En la extremidad del jardín corría una fuente de aguas perennes, frescas y claras; pero no la usaban para lavar, sino que iban a un turbio estanque porque estaba más cercano.

Mis acompañantes me dijeron: "Mira cuánto cuesta poner remedio al desorden de esta ropa; así es difícil reordenar la comunidad de un monasterio. Prueba si tú eres capaz de hacerlo". Me puse al trabajo y encontré esa ropa en tan múltiples modos llena de manchas antiguas y tan arruinada que tuve que atormentarme espantosamente para dar cumplimiento a la tarea. No tuve tiempo de terminar por esa vez y tendré que volver para continuar el trabajo.

20. Visión de las dos ciudades.

Ví dos ciudades, una a la derecha y otra a la izquierda. En la ciudad de la izquierda había una calle recta y hermosa, con árboles llenos de flores; pero estas flores se caían, de suerte que no se veía ningún fruto. Díjome mi guía: "Observa cuanto más pobre es esta ciudad nueva, que la antigua que está a la derecha". La ciudad misma era a la vista muy llana, pero todo estaba como muerto.

Después me mostró la ciudad antigua que había a la derecha. Parecía exteriormente mucho más desordenada e inculta, pero en torno de ella había magníficos árboles cargados de frutos. Sólo sentían allí necesidad y desdicha los que no cultivaban los árboles ni se bajaban a recoger sus frutos. Estos árboles eran muy viejos y sus copas crecían hasta el cielo. Por un lado estaban descuidados y tenían las ramas tronchadas y los frutos en el suelo, porque los guardianes eran negligentes; mas por otro estaban lozanos, florecientes y cargados de preciosos frutos.

¿Cómo es que yo, pecadora miserable, veo estas cosas, cuando no puedo luego referirlas ni entenderlas bien?... Y mi guía me respondió: "Dirás de ellas lo que alcances. No puedes ni podrás nunca contar el número de las almas que algún día han de leer lo que digas y consolarse y despertar y recogerse a la vida devota".

21. Ve el futuro estado de la Iglesia.

(27 de Enero de 1822)

En la Iglesia espiritual se celebraba una fiesta de acción de gracias y en esta iglesia había una gran gloria, un trono magníficamente adornado. San Pablo y San Agustín y otros santos

convertidos tomaban parte de un modo especial en ella. Celebraba esta solemnidad la Iglesia triunfante en acción de gracias por los singulares beneficios que en lo porvenir había de obtener la Iglesia. Esta solemnidad representaba una futura consagración y se refería a la mudanza en el pensar de un hombre de alta condición, alto y esbelto, que algún día sería Papa. Vile en la iglesia en compañía de otros varones piadosos. Era amigo de un anciano y virtuoso sacerdote, cuya muerte presencié en Roma hace algunos días. Ví asimismo en aquel cuadro a muchos cristianos que entraban en la iglesia a través de los muros. Ví que aquel Papa será severo y despedirá a los obispos tibios. Pero todavía tardará esto mucho. Todos cuantos hayan contribuído con sus oraciones a obtener esta gracia estaban presentes en aquella iglesia. Ví también allí a otros orantes especiales, a los cuales veo frecuentemente. El joven había recibido ya algunas órdenes y parecía recibir hoy alguna más. No es natural de Roma, sino de una población cercana. De vez en cuando viaja. Ha de llegar todavía un tiempo de mucha discordia y confusión. Son indescriptibles la hermosura y alegría de esta fiesta. Yo, por mi parte, gozaba sobremanera en ella. Veo todavía aparecer aquella iglesia y deseo entrar de nuevo allí.

22. María es la Iglesia y nuestra Madre.

Me alegré con tal filial alegría de que la Iglesia sea mi madre que se me ofreció una viva imagen de mi niñez, de aquellos días en que el maestro nos decía muchas veces en la escuela: "No tiene a Dios por padre el que no mira a la Iglesia como a madre". Con este recuerdo me volvía en cierto modo niña y decía: "¿Cómo puede ser mi madre la iglesia, siendo que está hecha de piedra?" Esto no obstante, yo la tenía por madre, y creía sencillamente que cuando iba a la iglesia, iba hacia mi madre. Por lo cual dije yo en alta voz durante la visión: "¡Sí, ella es ciertamente mi madre!"

Luego se me representó la Iglesia en forma de una gran Señora muy hermosa. Yo desaprobaba que ella permitiese que sus criados la sirvieran con tanta negligencia.

Pedí a María que pusiera en mis brazos al Niño Jesús y hablé largamente con Él. Entonces adquirí esta hermosa certidumbre: de cómo María es la Iglesia, y cómo la Iglesia es nuestra Madre, y Dios nuestro Padre, y Jesús nuestro hermano. Entonces me alegré de haber ido cuando niña hacia mi madre de piedra, al templo, y de haber dicho interiormente por la gracia de Dios: "Entro en el gremio de mi santa Madre".

Capítulo VI

VISIONES DE LA NAVIDAD

INTRODUCCION

En las visiones completas de la vida de Jesús y de María, el lector hallará numerosos pormenores de la Sagrada Familia en el viaje a Belén y el nacimiento del divino Infante en la gruta. Las contemplaciones de este capítulo son cuadros aislados, vinculados a distintos actos de la vida de Ana Catalina, que le sugieren reflexiones de carácter histórico, como el del año del nacimiento del Redentor y los sucesos de Roma y Oriente en la gloriosa noche; de carácter etnográfico, como la descripción de lugares de Africa y Asia y de los habitantes de la región que baña el río Ganges; de carácter alegórico, el del Jovencito que le da una corona de perlas, el del ángel de la Paciencia vestido de verde y el de la anciana cubierta de telarañas, encerrada por los jóvenes bullangueros que representan la Reforma protestante. Resultan conmovedoras las escenas donde la vidente aparece entre la Sagrada Familia, buscándole albergue y ayudándola con trabajos y oraciones.

1. Fecha del nacimiento de Jesucristo.

He visto que el año 3997 no estaba aún completo cuando nació Jesucristo. Los cuatro años no completos desde su nacimiento hasta el año 4000 fueron más tarde olvidados y así nuestra era comenzó cuatro años más tarde (*). Uno de los cónsules de entonces se llamaba Léntulo; era un antepasado del sacerdote y mártir Moisés, cuyas reliquias tengo aquí, el cual vivió en tiempos de San Cipriano. De él desciende también aquel Léntulo, que fué luego amigo de San Pedro en Roma.

Cristo nació en el año 45 del emperador Augusto. Herodes reinó 40 años. Durante siete años no fué independiente, aunque desde entonces oprimía al país y ejercía muchas crueldades. Murió más o menos en el sexto año de la vida de Jesucristo. Creo que su muerte fué ocultada por algún tiempo. Murió mal

(*) Comúnmente se fija el año 4000 como fecha del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. No obstante el Martirologio Romano admite la fecha de 5199 después de la creación del mundo.

y aún en sus últimos momentos ejercía actos y mandatos de muertes y de terror. Lo he visto arrastrándose en medio de una habitación acolchada. Tenía una lanza consigo y quería herir a los que se le acercaban. Jesús nació más o menos en el año 34 de su reinado.

Dos años antes de la entrada de María en el templo, Herodes mandó hacer obras en el templo. No era una nueva edificación: sólo hacía cambiar algunas cosas y hermosear otras.

La huída a Egipto tuvo lugar cuando Jesús tenía nueve meses y la matanza de los inocentes ocurrió durante el segundo año de su edad (*). El nacimiento de Jesucristo tuvo lugar en un año judaico en que ellos contaban trece meses. Esto era un arreglo semejante al de nuestro año bisiesto. Creo también que los judíos tenían dos veces al año meses de 20 días y uno de 22. Pude oír algo sobre esto a propósito de los días festivos; pero ya no tengo más que un recuerdo confuso. Ví también que varias veces se hicieron cambios en el calendario. Esto fué al salir del cautiverio y mientras se trabajaba en el templo. Ví al hombre que cambió el calendario y supe su nombre.

2. Sucesos del nacimiento de Jesús.

Cuando Jesús nació ví en Roma, al otro lado del Tíber, un barrio donde vivían muchos judíos. En aquel barrio brotó una fuente de aceite y todos se maravillaron. Ví que una magnífica estatua de Júpiter cayó hecha pedazos en un templo, cuya bóveda también se desplomó (**). Los paganos estaban llenos de espanto y preguntaron a otro ídolo, creo que el de Venus, qué significaba eso, e hicieron sacrificios. El demonio tuvo que responder por boca del ídolo: "Esto ha sucedido porque una Virgen ha concebido un hijo, sin dejar de ser virgen, y acaba de dar a luz". Este ídolo habló también desde la fuente de aceite que había brotado. En el sitio donde surgió se levanta hoy una iglesia consagrada a la Madre de Dios. Ví a los sacerdotes de los ídolos, consternados, haciendo averiguaciones acerca de lo sucedido.

Setenta años antes, cuando el ídolo había sido cubierto de espléndidos adornos de oro y piedras preciosas y se ofrecían

(*) Otras videntes, como Teresa Neumann, concuerdan en citar la matanza de los inocentes cuando Jesús tenía cerca de dos años.

(**) San Antonino (IV, 6, 10) narra un hecho parecido y cita a Orosio, Eutropio, Vicencio y a Inocencio III. Natal Alejandro escribe: "Otro prodigio refieren algunos de un templo que cayó en aquella noche del nacimiento de Jesucristo".

sacrificios solemnes, vivía en Roma una piadosa mujer. No recuerdo si era judía. Su nombre sonaba como Serena o Cyrene. Poseía algunos bienes. Estaba dotada del don de visiones; hizo algunas profecías diciendo públicamente a los paganos que no debían rendir tan grandes honores a Júpiter ni sacrificarle, pues habría de quedar despedazado en medio y a la vista de todos. Los sacerdotes la detuvieron y le preguntaron cuándo sería eso. Como no pudo anunciar la época, fué encerrada y perseguida, hasta que Dios le dió a conocer que el ídolo caería cuando una virgen pura diera a luz un niño. Al dar esta respuesta todos se burlaron de ella y la dejaron libre, considerándola por loca. Pero cuando al derrumbarse el templo se hizo pedazos el ídolo, reconocieron que había dicho verdad, asombrándose de lo que había dado como señal del hecho, porque naturalmente ellos nada sabían de que la Santísima Virgen hubiera dado a luz e ignoraban el nacimiento de Jesucristo. Ví también que los magistrados de Roma se informaron de lo sucedido y de la aparición de la fuente de aceite (*). Uno de ellos se llamaba Léntulo, que fué abuelo del mártir y sacerdote Moisés y de aquel otro Léntulo que más tarde fué amigo de San Pedro en Roma.

3. La visión del emperador Augusto.

También he visto algo relacionado con el emperador Augusto, pero ya no lo recuerdo bien (**). He visto al emperador rodeado de otras personas sobre una colina de Roma, en uno de cuyos lados se encontraba aquel templo que se había de-

(*) Santa María *in Transtevere* lleva también el nombre de ***Sancta Maria in fonte olei*** por una tradición que está de acuerdo con las visiones de Ana Catalina. (Véase Orosius, VI-20 y Cornelio a Lápide. IX-473).

(**) Natal Alejandro (III, 62) escribe: "Bajo el reinado de Augusto sucedieron muchos prodigios que se referían al nacimiento de Cristo, de los cuales hablan los antiguos y presentes escritores". Nicéforo (I, 07) escribe: "Augusto ofreció al oráculo pítico una hecatombe y preguntó quién ocuparía el imperio después de él; no recibió respuesta. Repitió el sacrificio y preguntó por qué el oráculo callaba. La respuesta fué:

Me puer Hebraeus divos Deus ipse gubernans
cedere sede jubet, tristemque redire sub orcum,
Aris ergo dehinc tacitus abscedite nostris.

En resumen: el niño hebreo nos manda volver al infierno.

Baronio, tomándolo de Suida, Nicéforo y otros, dice en sus *Anales:* "La Virgen Madre de Dios con el Niño, apareció a César Augusto en el Capitolio, cuando ya antes preguntado el oráculo de Apolo le fué dicho que había nacido el Niño Hebreo". En el mismo Capitolio erigió un ara máxima con este título: *"Ara Primogeniti Dei"*. En este mismo lugar Constantino Magno levantó un templo a la memoria de la Virgen Madre de Dios, templo que aún existe y se llama vulgarmente *Ara Coeli*, donde se señala el lugar de la visión de Augusto.

rrumbado. Unas gradas llevaban hasta la cumbre de la colina, donde había una puerta dorada, bajo la cual se trataban diversos asuntos. Cuando el emperador bajó de allí, vió hacia el lado derecho, sobre la colina, una aparición en el cielo: era una Virgen sobre un arco iris, con un niño suspendido en el aire y que parecía salir de ella. Creo que el emperador fué el único que vió esta aparición. Acerca de su significado hizo consultar a un oráculo que había enmudecido, el cual, no obstante, habló de un niño recién nacido a quien todos debían rendir homenaje. El emperador hizo erigir entonces un altar en el sitio de la colina donde había tenido la aparición y después de haber ofrecido sacrificios, dedicó este lugar al primogénito de Dios. De todo esto he olvidado la mayor parte.

4. Anuncios en Egipto.

También en Egipto ví un acontecimiento que anunciaba el nacimiento de Cristo. Mucho más allá de Matarea, de Heliópolis y de Menfis, enmudeció un célebre ídolo que pronunciaba habitualmente toda clase de oráculos. El rey mandó hacer sacrificios en todo el país para obtener que dijera por qué callaba. El ídolo fué obligado por Dios a responder que guardaba silencio y que debía desaparecer, porque había nacido el Hijo de la Virgen y que en aquel mismo sitio sería levantado un templo en su honor. El rey quiso levantar ese templo allí mismo cerca de donde estaba el ídolo. No recuerdo ya todo lo que sucedió; sólo sé que el ídolo fué retirado y que se levantó allí un templo a la anunciada Virgen y a su Niño, siendo honrados a la manera pagana.

5. Pormenores de la vida de Joaquín y de Ana.

Cierta vez que manifestó el Peregrino la pena que sentía por ignorar las circunstancias y pormenores de la vida de Jesús, Ana Catalina dijo:

Todos los conozco, aún los más menudos, como si yo misma los hubiera presenciado. También conozco todos los pormenores de la vida de la Madre de Dios y yo misma me admiro de ver estas cosas con tanta viveza, siendo así que no he podido leerlas en ninguna parte. Ana había tenido ya varios hijos, pero conocía que el verdadero retoño no había venido todavía; por lo cual pedía a Dios con oraciones, ayunos y sacrificios, que le otorgara la gracia que le había prometido. Dieciocho años aproximadamente vivió sin tener más hijos, muy afligida, atribu-

yendo humildemtne a sus pecados que no se cumpliera aquella promesa. Dirigióse Joaquín al templo de Jerusalén para presentar algún don como sacrificio expiatorio, pero hubo de ser despedido. Hizo oración muy apenado, y en sueños recibió la certidumbre de que su mujer tendría una hija. Ana alcanzó también la misma promesa y en el tiempo señalado tuvo una niña por nombre María. Como Joaquín y Ana supieron que ella era un don puro del Señor, resolvieron llevarla al templo y consagrarla a su santo servicio.

Condujéronla pues al templo cuando sólo tenía tres años. Luego que llegaron a él quisieron tomar de la mano a la niña, que iba vestida de seda azul celeste, para subir con ella las gradas del templo; pero María las subió sola con gran presteza y agilidad y de esta manera entró con sus padres en el templo. Al despedirse de ellos no mostró miedo ni tristeza, sino se puso tranquila y confiada en manos de los sacerdotes. Ya en el templo fué instruída en todas las cosas en las cuales debía trabajar Cuando cumplió los catorce años escribieron a sus padres para que vinieran por la niña, pues según los estatutos no se podía permanecer en él de esta edad en adelante. De muy buen grado se hubiera ella quedado en el templo en estado de doncella; pero esto no le era permitido.

Sus padres no sabían cómo hallar un esposo digno de tan soberana niña; y así acudieron al templo para consultar al Señor sobre este punto. Dispúsose, pues, que los jóvenes que aspirasen a su mano, llevasen una vara al *Sancta Sanctorum*, pero éstas quedaron sin cambiarse. Como se hubiesen ordenado con tal motivo nuevos sacrificios y oraciones, se oyó una voz que decía que allí faltaba la vara de un joven. Y después de haberse inquirido acerca de esto, dióse con José, de noble familia, quien por su sencillez y por su estado de célibe era menospreciado por los suyos. Habiendo, pues, llevado también éste su vara al *Sancta Sanctorum*, a la mañana siguiente vióse que había florecido y que en el extremo superior tenía una azucena. Fuéle por tanto confiada María en calidad de esposa. Luego que María le dijo que tenía hecho voto de perpetua virginidad, alegróse mucho José.

María no dejaba de pensar constantemente en el Salvador prometido; pero en su humildad sólo pedía a Dios que la hiciera sierva de aquélla a quien Él hubiese elegido para Madre del Mesías: por lo cual concibió gran temor cuando el Ángel le anunció su excelsa maternidad. De todas sus apariciones y del mensaje del Ángel nada dijo a su esposo.

6. María y José camino de Belén.
(27 de Noviembre de 1819)

Fuí a Belén y salí al encuentro de María y José recorriendo un buen espacio de camino. Sabía que habían de entrar en una majada y lleno el corazón de esperanza me dirigí al lugar por donde venían los viajeros. Los ví de nuevo cercados de luz, tranquilos y amorosos, como siempre, aproximarse llevando consigo el asno, y me alegré de verlo todo como en mi primera juventud. Cuando hube caminado un buen trecho me encontré con la choza de los pastores; me dirigí hacia allá, y ví a lo lejos a José y a María con el asno, rodeados de luz, a través de la oscuridad de la noche.

La Sagrada Familia estaba en medio de un fanal de luz que se movía con ellos; por donde iban, veíase alumbrado el camino como por una linterna. Ana y Joaquín habían provisto abundantemente a la Virgen de todo lo necesario para el nacimiento de Jesús, pues esperaban que volvería antes de dar a luz al Verbo encarnado. Pero María, presintiendo que no había de ser al lado de sus padres, tomó consigo, con admirable humildad, sólo dos pañales entre todo lo que estaba preparado; pues entendía, de un modo inefable, que debía y había de ser pobre y no acostumbraba poseer bienes exteriores, porque tenía en sí misma todo Bien. Sabía, sentía y resolvía en su pensamiento, sin advertirlo, que, así como el pecado vino al mundo por una mujer, por otra había de nacer la expiación, y en este sentido había dicho: "He aquí la esclava del Señor". En todo seguía siempre la voz interior que llama y mueve irresistiblemente a todos los que Dios eligió para cosas extraordinarias. También a mí me ha llamado y movido muchas veces esta voz y nunca en vano.

7. La choza de los pastores.
(13 de Diciembre de 1819)

Esta noche estaba yo en las cercanías de Belén, en una humilde choza de pastores, lisa y cuadrada. En ella habitaban unos ancianos que habían dividido su vivienda por la parte de la izquierda con un muro de tierra arcillosa, oblicuo y negro. Junto al hogar estaban colgados los cayados y había algunos platos apoyados en la pared. De allí salió el pastor y me mostró otra vivienda que había enfrente, donde estaban sentados María y José en el suelo, junto al muro, con las piernas cruzadas, guardando silencio. María tenía las manos cruzadas debajo del pecho;

llevaba un vestido blanco y un velo en la cabeza. Yo permanecí algún tiempo allí, para venerarlos, y luego salí de aquel lugar. Detrás de la casa había un soto.

8. Tierra Santa.
(14 de Diciembre de 1819)

Salí de Flamske como un niño que va a la Tierra Santa y corrí al encuentro de María. Iba tan de prisa y con tanto anhelo por la venida del Salvador, que atravesé Jerusalén y Belén con el cabello suelto. Deseaba buscarles un buen albergue para que pasaran la noche. La casa arriba mencionada no distaba mucho de la que encontré, pero había algunas otras casas en medio. Entré en una cabaña junto a la cual había un establo. El pastor y su mujer eran jóvenes. Ví llegar a la Sagrada Familia muy de noche. El pastor reconvino afablemente a San José porque caminaba con María en aquella hora tan avanzada. María iba a su lado en el asno, sobre un asiento, teniendo donde apoyar los pies. Por el aspecto de María parecía muy próximo el nacimiento del Niño Dios. Dejaron el asno delante de la puerta y el pastor lo condujo, según creo, al establo. Habiendo sido muy bien recibidos, entraron en una habitación donde se hallaron cómodamente. Nunca los ví comer mucho. Llevaban consigo panes pequeños y delgados. Hablé ingenuamente con la Madre de Dios y como tenía mi labor en la mano, le dije: "Sé muy bien que no necesitas nada de mí; pero quisiera hacer alguna cosa para los niños pobres. Dime, pues, quiénes son los más necesitados". Ella me contestó que siguiera trabajando tranquilamente, que ya me diría quienes eran los necesitados. Entonces me escondí en un hueco donde nadie me veía, trabajé con afán y me rindió mucho la labor. Ví a la Sagrada Familia prepararse para continuar el viaje.

9. Va a Belén a casa de unos pastores.
(16 de Diciembre de 1819)

Fuí a Belén caminando con mucho trabajo, pero muy de prisa. Me encaminé a una casa de pastores adonde sabía que María había de llegar quella noche. La ví de lejos sobre el asno acercarse con José, cercados de luz. Era aquella una de las mejores casas y desde allí ya se veía Belén. Por dentro era lo mismo que las demás: un hogar con todos los vasos y utensilios de pastores y en la otra parte, una habitación donde yo creía que entrarían María y José. Al lado de la casa había un jardín

con árboles y par la parte de atrás un establo construído, no con tapias, sino con cuatro cercas. Vivía allí un matrimonio joven, de muy buena índole. Cuando llegué me preguntaron qué quería. Respondiles que esperaba a María y José, que llegarían allí aquel mismo día. Ellos me dijeron que esto ya había sucedido, pero no volvería a suceder; y me mostraron alguna aspereza. Pero yo repuse que esto sucedería nuevamente cada año, pues siempre venía celebrándose este acontecimiento. Mostráronse de nuevo afectuosos y benévolos y cuando me senté en un rincón con mi costura, teniendo ellos que pasar delante de mí, quisieron darme luz para poder yo trabajar. Yo les dije que no necesitaba de ella; seguí cosiendo y cortando en la oscuridad, pues veía allí muy bien.

La razón de haberme dicho que todo era pasado y que ya no sucedería más, nacía de que al entrar yo en aquella casa había dicho para mí: "¿Cómo es que esto sucede?" Estas personas se hallaban en este lugar hace largo tiempo, y todavía ¡cosa extraña! están aquí. Después me dije a mí misma: "Toma lo que tienes y no caviles demasiado". Y así me quedé tranquila y segura. La duda que yo había sentido, me la devolvieron aquellos dos pastores. Era como ver en un espejo, que aquello que tú quieres que los demás hagan contigo, debes tú hacerlo con ellos.

Cuando llegaron María y José, recibiéronlos con mucha afabilidad. María se bajó del asno y José entró con el envoltorio que llevaban. Se adelantaron en aquel breve espacio hacia la derecha. José se sentó sobre el paquete y María en el suelo, junto a la pared. Aquellas buenas almas fueron las primeras que les brindaron algo. Trajeron un banquillo sobre el cual pusieron unos platos ovalados y lisos, donde había pequeños panes redondos y frutas. María y José no comieron; pero José tomó de ellos y salió fuera. Creo que a la puerta había un pobre. El asno estaba atado delante de la puerta. Aunque no comieron, aceptaron sin embargo aquellos dones con gratitud y humildad. Esta humildad en recibir siempre la admiré en ellos.

Con respeto y temor me acerqué y dije a la Virgen que cuando tuviera al Niño se dignara pedirle que no me permitiera hacer ni desear sino lo que fuera su santísima voluntad. También le dije, de mi trabajo, que me manifestara cómo había de hacer y distribuir las cosas. Ella me respondió que todo lo que hiciera, lo hiciera bien. Entonces volví a sentarme, toda acobardada, en un rincón y continué con afán mi trabajo. No esperé a que partiera de allí la Sagrada Familia.

10. Ve a Belén en los tiempos modernos.

Mi guía me apartó un tanto de Belén, por la parte que mira al mediodía. Todo se hallaba allí desierto: era el tiempo actual. Delante de mí ví un jardín con árboles, de hojas finas, en forma de pirámide. Había en él preciosos cuadros cubiertos de verdura con pequeñas flores. En medio, sobre una columna, por la cual trepaban robustas parras, ví una iglesia pequeña, con ocho esquinas, rodeada de sarmientos. Exteriormente sólo se veían pámpanos, pero por la parte de la iglesia pendían racimos de un codo de largo y no se concebía cómo no se tronchaban con el peso de los sarmientos. De los ocho lados de esta pequeña iglesia, en la cual no había puerta alguna y cuyos muros eran transparentes y penetrables, salían caminos hacia arriba. En la iglesia se levantaba un altar donde había tres cuadros de este santo tiempo. El primero representaba el viaje de María con José a Belén; el segundo, el Niño Jesús en el pesebre, y el tercero, la huída a Egipto. Estas imágenes parecían vivas en el altar. Por los ocho lados se veían llegar de arriba doce antepasados de María y de José que daban culto a estas imágenes.

Díjome mi guía que en aquel lugar había en otro tiempo una iglesia donde los parientes y la posteridad de la Sagrada Familia habían celebrado siempre la memoria de este santo misterio. Pero destruída la iglesia, estos bienaventurados han seguido y seguirán celebrando espiritualmente la misma fiesta hasta el fin de los tiempos. Entonces fuí traída de nuevo aquí rápidamente.

11. Describe su extraño estado.

Mi estado es, en estos días, muy curioso. Vivo siempre sobre la tierra como si no viviera en ella, viendo en torno mío, de cerca y de lejos, muchos hombres y muchas imágenes. Veo hombres que perecen de hambre y mueren espiritualmente; veo extenderse la aflicción y el dolor. Ahora veo a las gentes aquí cerca; después en islas, bajo cabañas o en los bosques. En unas partes las veo que aprenden; en otras, que olvidan; mas en todas partes veo miseria y tinieblas. Después veo el cielo abierto, y a todos, tan pobres y desordenados. Pasan el tiempo en la inmundicia; sus caminos son torcidos. Después impelo hacia adelante a las gentes, mientras que yo me quedo atrás y en medio de esto me parece turbio y oscuro todo lo que miro. Siento constantemente profundo tedio por la vida. Todo lo que pertenece a la tierra me parece enteramente abominable; y me

atormenta un gran hambre, hambre que no causa disgusto, porque es suave. ¡Es tan nauseabunda el hambre corporal!

12. Ve a José y María en Belén - Descripción del Belén de entonces.

(23 de Diciembre de 1819)

Era al anochecer cuando encontré a María y a José a las puertas de Belén. Estaban detenidos debajo de un árbol, a un lado del camino, en la entrada de la ciudad. María se bajó del asno y José entró solo en la ciudad para buscar albergue en las primeras casas. Esta pequeña ciudad no tenía propiamente puerta en este lugar; el camino iba entre dos trozos de muralla, como por una puerta destruída. José buscó en vano posada, pues eran muchos los forasteros que había en Belén. Entre tanto me había quedado yo con la Madre de Dios. Cuando José volvió, dijo a la Santísima Virgen que allí no había albergue; y ella entró en Belén a pie con José, que llevaba el asno.

Al entrar en la ciudad, adonde iba José con María para empadronarse, el oficial le reprendió porque fuese con él su esposa, pues esto no era necesario. José estaba confuso en la presencia de María, porque él había estado mal informado. Dijo que habiendo visto en esta parte de la ciudad a tanta multitud de gente, convenía irse por la otra parte donde encontrarían ciertamente albergue. Atravesaron con temor las calles que más que calles parecían caminos, pues las casas estaban sobre colinas. En otro lugar, en que las casas se veían aisladas y desparramadas, había un árbol corpulento y hermoso en un sitio más bajo: su tronco era liso y sus ramas se extendían por todas partes, formando una especie de techo. Bajo este árbol condujo José a la Santísima Virgen y al asno, dejándola otra vez sola para buscar una posada.

Allí estuvo la Virgen María de espaldas al árbol, vestida con un vestido de muchos pliegues y sin ceñidor; su tocado era blanco. El asno estaba mirando hacia el árbol. Mucha gente pasaba y cruzaba y la miraban sin saber que el Salvador estaba tan cerca. ¡Estaba allí la Virgen con tanta paciencia, mansedumbre, paz y humildad! ¡Ah! ¡Tuvo que esperar largo tiempo! Sentóse retrayendo los pies, las manos cruzadas en el pecho y la cabeza baja.

José volvió afligido, porque no había hallado albergue, y fué de nuevo a buscarlo con mucha paciencia; pero al fin regresó desconsolado. Entonces dijo que conocía un lugar delante

de la ciudad donde los pastores solían refugiarse y que allí estarían bajo techado y si llegaban los pastores, sería ciertamente posible permanecer en su compañía. Dirigiéronse allí por una vereda que había a la izquierda, por donde nadie transitaba. El camino subía algo y delante de una colina había diferentes árboles, terebintos o cedros y otros de hojas pequeñas, semejantes al boj. En esta colina había una cueva, cerrada con una puerta formada de ramas. José entró y la despejó y limpió, mientras María aguardaba con el asno a la puerta. Después entró también ella. José estaba muy triste.

La cueva tenía unos diez pies de altura o acaso menos. El lugar donde estaba el pesebre era más elevado. María se sentó sobre una manta y poniendo a su lado el envoltorio de ropas, se apoyó en él. Serían las nueve cuando entraron en la cueva. José volvió a salir y trajo un manojo de leña atado con juncos anchos o cañas. También trajo carbones encendidos en una paleta con mango. Púsolos a la entrada de la cueva y encendió fuego. Estos utensilios y otras cosas pequeñas las llevaban consigo. Ni ví que guisaran ni que comieran cosa alguna. José salió de nuevo, y luego volvió y lloró. Ya debía ser cerca de media noche.

Entonces ví a María orar de rodillas, por vez primera; después se sentó en la manta y apoyó la cabeza sobre el brazo en el lío de ropa. Entretanto José estaba por humildad a la entrada de la cueva. Esta tenía en la parte superior del techo tres agujeros redondos, cerrados con rejas. Saliendo por la izquierda se llegaba a otra cueva, en la misma colina o roca, cuya entrada era mayor y de allí salía el camino hacia el campo, adonde iban los pastores, en el cual había, esparcidas en otras colinas, casas pequeñas y cobertizos con cuatro, seis u ocho postes rodeados de empalizadas.

13. Ve a San Jerónimo celebrando en Belén.

Después tuve otra visión enteramente diferente. Ví a Belén tal como es ahora; no se la podía reconocer, tan pobre y derruída estaba. La cueva del pesebre era una capilla subterránea, donde se decía la Misa. Había sido agrandada y adornada con toda clase de figuras y blancos mármoles. Sobre ella había una iglesia como un antiguo convento destruído.

Los divinos oficios se celebraban sólo en el pesebre; pero ví oscilar en el aire una hermosa iglesia espiritual. Tenía ocho ángulos y un solo altar. Por la parte de arriba la llenaban coros de santos; en el altar había una imagen del pesebre ante el

cual se veían pastores arrodillados y en el espacio corderos como blancas nubecillas. Celebraba los divinos oficios un venerable anciano, de cabellos blancos y luenga barba, con ornamentos antiguos y amplios. Tenía una mitra que le cubría la frente y le tocaba en las mejillas. Era Jerónimo (*). En aquella solemnidad se quemaba más incienso que el que se usa entre nosotros. También fué administrada la sagrada comunión y ví que un cuerpecito luminoso, a modo de pequeño pan, entraba por la boca de los comulgantes. Habría allí unos seis sacerdotes que tomaban parte en la ceremonia. Cuando terminó la solemnidad formáronse coros delante del altar unos frente a otros y cantaron.

Entonces mudóse el cuadro. Jerónimo estaba allí solo y el centro de la iglesia se veía lleno de religiosas de diferentes órdenes que formaban coros en tres filas y cantaban. También ví allí a Anunciata y a Juana, la cual me decía que desde su juventud siempre había visto así aquellos misterios y la salud que de ellos había venido a los hombres, y que por esto había fundado su orden; que ahora estaba allí con todas sus religiosas que han vivido como ella, para seguir celebrando la fiesta que entre los hombres había decaído. Me dijo que yo debo observar lo que procedió de su amor, para enseñárselo a mis hijos espirituales. Otras cosas semejantes a éstas me dijo, que yo me propuse transmitir a las religiosas de mi convento. Dios sea servido de concederlo de nuevo. También ví en esta fiesta a Francisca y a otras religiosas a quienes conocía.

14. Ve a la Iglesia triunfante sobre Belén.

Estoy viendo el pesebre y sobre él hacer fiesta a todos los bienaventurados que han adorado al Niño Jesús y a los que estaban allí con el deseo y la devoción. Los veo en una admirable Iglesia espiritual, la víspera del nacimiento del Salvador, ocupando el lugar de la iglesia, y a todos los que anhelan porque sean honrados este santo tiempo y este sagrado lugar. Así obra la Iglesia triunfante por la militante y la Iglesia militante debe hacerlo por la purgante.

¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué hermosa certidumbre! En torno mío miro, de cerca y de lejos, y veo estas iglesias espirituales. ¡No hay violencia capaz de destruir el altar del Señor!

(*) San Jerónimo nació en Dalmacia y después de estudiar en Roma pasó a las Galias, a Grecia y a Constantinopla, donde oyó las enseñanzas de San Gregorio Nacianceno. Pasó a Palestina y se estableció en Belén, viviendo en el monasterio edificado por Santa Paula. Murió en 419.

Donde ya no existe visiblemente, sigue invisible levantado por los santos espíritus. Nada de lo que sucede en la Iglesia por amor de Jesucristo es capaz de perecer. Allí donde los hombres no merecen celebrar las piadosas solemnidades, las celebran por ellos los bienaventurados; y todos los corazones que anhelan por el servicio de Dios están allí presentes y hallan una Iglesia santa y una fiesta espiritual, aunque su cuerpo, que tiende hacia la tierra, no lo presienta; ellos reciben la recompensa de su devoción. Arriba, en el cielo, veo a María en un magnífico trono ofrecer, a su divino Hijo, que se le muestra como tierno Infante, como Joven y como Salvador crucificado, todos los corazones que le amaban y que alguna vez han tomado parte en esta fiesta.

15. Renovación de la naturaleza en Navidad.

¡Mira cómo resplandece y sonríe la naturaleza entera en su inocencia y alegría! Parece que un cadáver envuelto en el sudario se levanta de la corrupción, del polvo, de la oscuridad, y con su aparición atestigua que es todavía más que un cuerpo vivo, joven, floreciente y risueño, que es inmortal, inocente y puro, que es la imagen inmaculada de Dios. Todo vive y está henchido de inocencia y gratitud. ¡Oh hermosas colinas, rodeadas de árboles, que eleváis al cielo las copas, apresuraos a correr y a depositar ante el pesebre, a los pies del Redentor que se ha dignado visitar a las criaturas, vuestro aroma, vuestras flores y vuestros frutos! Por doquiera alzan las flores sus cálices y ofrecen su apariencia, su color y su hermosura al Señor que pronto vendrá a vivir entre ellas. Las fuentes murmuran y los arroyos saltan con júbilo inocente, como niños que esperan el regalo de Navidad. Las aves cantan suave y alegremente; balan y triscan los corderos; los animales todos se alegran mansamente; la sangre circula con más vida y pureza. Todos los corazones piadosos que estaban afligidos con santo anhelo, palpitan sin quererlo ni saberlo en presencia de la redención. Todo está en movimiento. Los pecadores sienten tristeza, ternura, arrepentimiento y esperanza. Los que no quieren arrepentirse, los pecadores endurecidos, los enemigos, los que han de crucificar al Salvador sienten angustia, inquietud y confusión, cuya causa no comprenden, pero advierten un movimiento indescriptible en el tiempo cuya plenitud se acerca.

Esta plenitud y la dicha que contiene está en el corazón puro, humilde y humano de María, que ora en presencia del Salvador del mundo que en ella se ha hecho hombre y que, como

luz hecha carne, vendrá dentro de poco a esta vida, a sus dominios, donde los suyos no lo conocieron.

Lo que la naturaleza entera dice ahora, lo que proclama ante mi vista cuando viene su Creador a visitarla, escrito está allá arriba en aquel monte (*) en los libros en que la verdad se ha conservado hasta la plenitud de los tiempos. Así como en la estirpe de David se han conservado las promesas hasta la plenitud de los tiempos en María, y así como esta estirpe fué conservada y purificada hasta que produjo la luz del mundo en la Santísima Virgen, así aquel Santo purifica y conserva todos los tesoros de la creación y la promesa y la significación y la esencia de toda palabra y de toda criatura hasta la plenitud de los tiempos. Él purifica y destruye toda maldad y error, y entonces todo fluye puro como cosa que procede de Dios, como en toda la naturaleza es puro lo que procede de esta divina fuente.

¿Por qué hay hombres que buscan y no encuentran? Aquí debieran ver que el bien produce siempre bien y el mal produce mal, cuando no es destruído por el arrepentimiento y por la sangre de Cristo. Así como los santos y los que viven piadosamente y las pobres almas del Purgatorio están en constante relación entre sí, obrando juntamente, ayudándose y comunicándose mutuamente los medios de salud y santificación, así veo yo esto mismo en toda la naturaleza.

Es inexplicable lo que veo: el que es sencillo y sigue a Jesús lo recibe gratuitamente. Esta es la gracia admirable de este tiempo para siempre jamás. El demonio está en estos días encadenado: se arrastra y tiembla. Por eso aborrezco a los animales que se arrastran por la tierra. También el demonio nauseabundo y detestable de la herejía anda encorvado y no puede hacer nada en estos días. Tal es la gracia eterna de este tiempo.

16. Ve a María en la gruta de Belén.

He visto a San José salir por la tarde con una cesta y algunos vasos, como si fuera en busca de refrigerio. No es dado a lengua humana representar, como es debido, su sencillez, su modestia y humildad. Ví a María en el mismo ángulo, puesta en oración, de rodillas, con las manos algo levantadas. El fuego estaba todavía encendido. En el muro había clavada una vara, de donde pendía una lámpara encendida. Pero todo estaba inundado de luz, sin sombra alguna y la lámpara era tan débil como

(*) En el capítulo XXIII *Visiones del Monte de los Profetas*, situado en las cumbres del Himalaya, la vidente encuentra a un anciano que parece ser Elías.

si luciera en pleno día. La luz tenía algo de corpóreo en la llama. María se hallaba enteramente sola. Estaba yo pensando qué había de llevar ante el pesebre del Salvador, cuya venida se acercaba, y para lo cual tenía mucho que andar. Atravesé los diferentes lugares que he visto en la vida del Señor. Ví a los hombres inquietos, confusos y en inexplicable angustia; ví a los judíos confundidos en sus sinagogas interrumpir su culto a Dios. También estuve en un lugar donde ofrecían sacrificios a los ídolos; allí había uno cuya boca era enorme. Los que hacían este sacrificio llenaban sus fauces con las carnes, y él reventó, originándose entre ellos espanto y confusión, y así cada cual huyó rápidamente por donde pudo.

Llegué también a las cercanías de Nazaret, a casa de Ana, momentos antes del nacimiento del Salvador. Ví a Joaquín y a Ana que dormían en habitaciones separadas. Vino sobre Ana un resplandor y supuso, en sueños, que María había tenido un Hijo. Habiendo despertado, corrió hacia Joaquín, que ya venía hacia ella con la noticia. Ambos oraron con los brazos levantados y alabaron a Dios. Y los demás que estaban en la casa sintieron gran emoción: todos entraron adonde estaban Joaquín y Ana y los hallaron muy alegres, y al saber la noticia alabaron a Dios con ellos por el nacimiento del Niño.

No sabían que este Niño era el Hijo de Dios; mas sí que era Niño que traería salud, el Hijo de la promesa, y sentían interiormente esto mismo, sin poderlo expresar. Además los conmovió el admirable estremecimiento de la naturaleza y aquella noche fué para ellos una noche buena. Ví, además, en varios lugares, alrededor de Nazaret, a personas piadosas que despertaban por efectos de una alegría íntima y suave, y se levantaban sabiéndolo o ignorándolo para celebrar con oraciones la venida al mundo del Verbo hecho carne.

Entonces fuí conducida al pesebre. El Salvador había nacido. La Santísima Virgen estaba sentada en el mismo lugar que antes, cubierta con un velo y en su regazo tenía al Niño Jesús, envuelto en pañales. No se le veía el rostro. La Virgen estaba inmóvil y como arrobada. A respetuosa distancia había algunos pastores; otros miraban desde arriba, por los agujeros del techo. Yo oraba en silencio. Cuando se fueron los pastores vino San José trayendo algo como un cubierto y manjares en la canastilla. Después que los hubo dejado, se acercó a María y esta le puso al Niño en sus manos. Él lo recibió con indecible alegría, devoción y humildad.

Entretanto yo permanecía de rodillas pidiendo a la Madre de Dios se dignara llevar a su Hijo a todos los que estaban necesitados de salud. Ví en espíritu a todos aquéllos por los que rogaba, y fué escuchada mi oración.

17. Ve llegar pastores y otras personas a la gruta.

Era ya de día. María estaba sentada en el lugar acostumbrado, con los pies recogidos y el Niño acostado, envuelto en pañales, con las manos libres y el rostro inclinado, en dirección a los pies de ella. Tenía la Virgen en las manos unas como telas de lienzo que ordenaba o preparaba. San José estaba a la entrada, enfrente del hogar, arreglando una especie de espetera donde colgar ciertos utensilios. "¡Oh amado anciano!, decía yo para mí, no trabajarás ya mucho tiempo, que pronto habrás de partir".

Yo estaba junto al asno. Entonces llegaron tres mujeres entradas ya en años. Parecían personas conocidas, pues fueron recibidas con toda confianza. María no se levantó. Traían bastantes regalos: frutos menudos, ánades, pájaros grandes de pico rojo y puntiagudo, debajo del brazo o sujetos por las alas, panes prolongados y redondos del grueso de una pulgada, telas de lienzo y otros objetos. Todo lo recibía María con extraordinaria humildad y gratitud. Ellas, con mucho silencio y recogimiento, contemplaban al Niño, conmovidas, sin tocarlo. Después se despidieron sin muchos cumplidos ni acompañamientos. Entretanto yo miraba al asno muy despacio. Tenía el lomo muy ancho. "¡Qué preciosa carga, decía yo para mí al verle, has llevado, querido animal!" Y quise ver si era verdadero asno, y toqué su pelo, suave como la seda.

Entonces llegaron de la parte de donde vinieron los pastores y donde había jardines cercados de vallados de bálsamo, dos matronas con tres doncellitas como de ocho años. Parecían de más elevada clase, extranjeras, y que venían porque habían sido llamadas de modo más maravilloso que las anteriores. Traían dones de menos volumen, pero de mayor valor: granos en una copa, frutos diminutos y multitud de planchitas de oro, triangulares y gruesas, donde se veían estampados una especie de sellos. "¡Qué cosa tan admirable, decía yo; parece como si estuviera figurado en ellas el ojo de Dios! Pero no; ¿cómo he de comparar el ojo de Dios con la tierra amarilla?" María se levantó y les puso el Niño en las manos. Tuviéronle algún tiempo y oraron en silencio, con ánimo levantado, y le besaron. Las tres doncellas parecían silenciosas y conmovidas. José y María

hablaron con ellas. Cuando se fueron las acompañó José por breve trecho. Todas estas personas vinieron como en secreto, procurando no ser vistas en la ciudad. Parecía que venían desde algunas millas de distancia. En tales visitas José se mostraba muy humilde, colocándose detrás y miraba desde lejos hacia allá.

18. La Virgen la exhorta a relatar sus visiones.

Cuando José salió acompañando a las mujeres, oré y expuse a María mi necesidad con mucha confianza. Ella me consoló brevemente. Esta manera de hablar es difícil de explicar: es como una intuición íntima. En tal forma, a saber, intuitivamente, me daba a entender como si dijera: "La lucha con tu hermana será muy penosa, pero tendrás que sostener otro combate más recio. ¡Animo, pues! Con la lucha y el dolor aumentan las fuerzas sobrenaturales. Cuanto mayor sea tu sufrimiento, verás más profundamente y con mayor comprensión y claridad. Acuérdate del provecho que sacarán de todo esto tus prójimos". Después me dijo que no dejara de manifestarlo todo, sin ocultar nada, aunque me pareciera de poca importancia. Todo tiene su fin y no debo dejar de decir cosa alguna aunque crea que no lo sé bien y aunque parezca inútil e incompleta. Me dijo que después de mi muerte las cosas cambiarán en cuanto a los protestantes, a lo cual ha de contribuir mucho la convicción que adquieran de mis circunstancias, y que por esta razón debo decirlo todo.

19. Se le aparece el Niño Jesús y le da diversas explicaciones.
(19 de Enero de 1821)

¡Ahora empieza mi desdicha! El Niño se ha marchado otra vez. ¡Sí, ahora empieza! El Niño me lo ha referido todo; su cuerpo eran lenguas.

Hallábame junto al pesebre y sentía vivos deseos de tener al Niño Jesús y conversar con Él. Cuando salí de la gruta del pesebre fuí transportada a una suave colina, rodeada de aguas cristalinas y cubierta de hierba fina como la seda. No había árboles, pero la hierba parecía tan tierna como si creciera debajo de ellos. Yo era una pequeña criatura; tenía las mismas ropas que en mi niñez, las cuales conocía yo muy bien y un sobretodo azul; en la mano un bastoncito. Después que estuve sentada un corto rato, el Niño Jesús vino a mí. Yo desplegué en parte mi vestido y Él se sentó a mi lado. Imposible decir cuán dulce y deliciosa fué esta aparición. No puedo dejar de

acordarme de ella y en medio de mis penas me hace sonreír de alegría.

El Niño habló muy afectuosamente conmigo, de todo lo que se refiere a su encarnación y a sus padres; pero me reprendió severamente porque me quejaba y era tan pusilánime. Me dijo que viera lo que a Él le sucedía: la majestad que había dejado; que desde su infancia había sido objeto de persecución y de qué manera se había humillado y me refirió toda la historia de su infancia. ¡Cuántas cosas me manifestó! Me dijo que había tardado mucho tiempo en venir a la tierra, porque los hombres se habían opuesto a su venida. Me habló luego de Santa Ana. ¡Cuán alta se ve en la presencia de Dios, pues fué convertida en arca de alianza! Después me enseñó que la Virgen y San José habían vivido ocultos, desconocidos y despreciados y de todo esto tuve muchas imágenes. Me habló de los Reyes Magos y me dijo que ellos querían llevar consigo al Niño y a San José y a la Virgen cuando vieron en sueños la cólera del rey Herodes. También me mostró los tesoros que aquéllos trajeron: hermosas piezas de oro y finas telas. Me refirió también la cólera de Herodes que, ciego, le había perseguido; que sus satélites habían buscado siempre al hijo de un rey, sin hacer caso del pobre Niño de la gruta del pesebre, hasta que por último, cuando él llegó a cumplir nueve meses, sintió Herodes tal ansia e inquietud que mandó matar a todos los niños.

20. Cuadro de los sufrimientos del Niño Jesús.
(7 de Julio de 1820)

Cuando no puedo llevar en silencio los dolores y me veo precisada a proferir alguna queja, son para mí mucho más penosos, pues me parece que me falta el amor y que no puedo ser escuchada por el Señor. Siento como si tuviera fuego en mi cuerpo y me atravesaran el pecho, los brazos y las manos, agudos y sutiles rayos de dolor. Excede a la humana capacidad comprender los dolores que Jesús sufrió durante su vida entera. Padeció como un cordero sin exhalar ninguna queja y en esto se conoce su infinito amor. Si a mí, pobre criatura, concebida en pecado, siempre me ha angustiado y dolido cualquier injusticia, ¡cuán gravemente no se sentiría ofendida la infinita perfección de Jesús, que fué martirizado y despreciado hasta la muerte!

Esta noche, mientras sentía yo incesantes dolores, he visto lo que padeció durante toda su vida y he visto también sus

dolores internos, en cuanto me ha hecho la gracia de dármelos a entender. Tan flaca soy que sólo puedo referir de estas cosas lo que en el momento me ocurre. He visto en el seno de María una gloria y en ella un niño resplandeciente. Ví crecer al Niño y que se consumaban en Él todos los tormentos de la crucifixión. ¡Qué triste y horrible espectáculo! Yo lloraba y suspiraba en voz alta. Le ví golpeado, azotado, coronado de espinas, puesto y clavado en la cruz, herido su costado; ví toda la pasión de Cristo en el Niño. Causaba horror el verlo. Cuando el Niño estaba clavado en la cruz, me dijo: "Esto he padecido desde que fuí concebido hasta el tiempo en que se han consumado exteriormente todos estos padecimientos. El Señor murió cuando tenía treinta y tres años y tres meses. Ve y anúncialo a los hombres". Pero, ¿cómo he de comunicárselo a los hombres?

También le ví recién nacido, y ví a otros niños venir al pesebre a maltratarlo. La Madre de Dios no estaba presente y y no podía defenderlo. Llegaban con todo género de varas y látigos y le herían en el rostro, del cual brotaba sangre y todavía presentaba el Niño las manos como para defenderse benígnamente; pero los niños más tiernos le daban golpes en ellas con malicia. A algunos los fajaban sus padres y les enderezaban las varas para que siguieran hiriendo con ella al Niño Jesús. Venían con espinas, ortigas, azotes y varas de distinto género, y cada cosa tenía su significación. Uno llegó con una vara tan fina, como una caña de trigo, y al herirlo con ella, la vara se rompió y sus pedazos cayeron sobre él mismo. Yo conocía a muchos de aquellos niños. Otros llevaban vestidos superfluos; se los quité y a algunos les dí muchos golpes.

21. Reflexiones de Navidad.
(21 de Diciembre)

He aquí que veo a todos los niños por los cuales he hecho alguna cosa. Están muy alegres y están vestidos de todas las cositas que les he hecho: todos esos vestiditos resplandecen; y también está presente mi Esposo celestial. ¡Ven aquí, querido joven, siéntate aquí!... ¡Oh! ¡qué sed tengo del Salvador! Es una sed potente, pero dulce. Toda otra sed es nauseabunda. ¡Oh, cuál sed debe haber tenido María de su divino Niño!... ¡Ella lo tuvo sólo por nueve meses bajo su corazón y yo puedo recibirlo tan a menudo en el Santísimo Sacramento! ¡Un tal alimento que sacia está sobre la tierra! ¡Con todo eso, muchos mueren de hambre y de sed!

Aquel país donde descendió esta gran salvación para los hombres, era tan desierto y desordenado, como lo es ahora el mundo entero. Pero los santos no dejan perder nada completamente; donde una vez hubo una iglesia, la hay también ahora. ¡Oh cuántas iglesias veo yo aquí, en Belén y en el mundo entero, suspendidas en el aire sobre los lugares donde en otro tiempo se levantaban iglesias! Y en esas iglesias aéreas son celebradas las grandes solemnidades.

Aquí está aún la iglesia donde fué celebrada de tan bello modo la Inmaculada Concepción de María. En esto consiste su Inmaculada Concepción: que ella no tenía en sí ningún pecado, ninguna pasión y que su santo cuerpo no padeció ninguna flaqueza. Por lo demás, ella no tuvo gracia alguna a la cual no haya cooperado, fuera de aquélla de haber concebido a Nuestro Señor Jesucristo.

22. Visiones diversas relacionadas con la infancia de Jesús.

Cuando yo tenía diez años, aquel jovencito *(tal vez Jesús)* me dijo: "¿No iremos a ver cómo estará aquel pesebrito que desde años hemos fabricado?"... "¿Qué habrá sucedido?", pregunté yo. El jovencito respondió que yo debía sólo seguirlo y que lo encontraríamos en seguida. Cuando lo encontramos, vimos las flores con que lo habíamos adornado, convertidas en guirnaldas y coronas. Algunas, sin embargo, estaban solo a medio formar y el jovencito me dió una pequeña corona de perlas que estaba ya terminada y yo me la coloqué en el dedo. Tuve entonces inquietud y ansiedad porque no podía quitármela del dedo. Rogué al jovencito que me la sacase, puesto que temía no poder ya trabajar con aquella corona en el dedo. Me complació y cubrimos el todo como estaba antes.

Creo que esto era un cuadro simbólico; no recuerdo con certeza que se haya cumplido en realidad esta imagen. Más tarde estuve enferma, siendo ya adulta, y deseaba entrar en un convento; como no tenía dinero alguno y estaba muy turbada, me dijo el jovencito que esto no importaba, que su padre tenía en abundancia y que también el Niño Jesús no había tenido nada y que muy pronto entraría yo en el convento. Y entré y tuvieron lugar las bodas.

Cuando después, siendo monja, enfermé, y me sentía muy turbada porque no tenía nada, yo decía: "¡Sí, sí, ahora estamos! Tú has dicho que tendrías cuidado de todo, que siempre tendría yo bastante y ahora te desentiendes; tú no vienes y yo no tengo nada". Entonces aquel jovencito vino hasta mí de noche

y me trajo dinero, perlas, flores y toda clase de cosas preciosas, de tal modo que yo estaba siempre ansiosa por saber qué haría con tantas cosas. Muchas veces he recibido otro tanto en varias visiones. Pero no sabría decir qué fué de todo ello. Creo que estos regalos eran símbolos de los donativos que efectivamente recibí y que se multiplicaron maravillosamente, como el dinero y el café que me fueron regalados en el día festivo de Santa Catalina. Continué por mucho tiempo enferma y después mejoré por un par de días. Tuve en este estado muchas visiones del Niño Jesús, y de muchas curaciones. Después me encontré en otro estado, fuera del convento, muy enferma y a menudo en grande angustia y necesidad, y siempre aquel jovencito venía junto a mí, me consolaba y me ayudaba.

Finalmente ví como en un cuadro el futuro. Aquel jovencito me condujo de nuevo junto a las coronas y a las flores del infantil pesebre, en una especie de sacristía. Allí lo ví guardado en un armario, pareciendo como coronas y ornatos de oro y el jovencito me dijo: "Conviene añadir las perlas que faltan y luego todo eso será usado en la iglesia". Supe entonces que yo debía morir, no bien aquellas perlas estuviesen enteramente terminadas.

Santa Dorotea vino junto a mí y me dijo que se habían burlado de ella varias veces por haber adornado el altar con muchas flores, y que había respondido: "Las flores se marchitan; pero los colores y perfumes los vuelve a tomar Dios, que los ha dado; así El deja marchitarse los pecados y vuelve a tomar lo bueno que se le ofrece, porque es suyo y a El le es debido".

Ella también ha deseado siempre en espíritu encontrarse junto al pesebre del Señor para ofrecerle todo cuanto tenía en sí. También el Peregrino debe entregar a Jesús Niño todas sus penas, sus debilidades, sus faltas, y no llevarse consigo nada de todo esto. Debe empezarlo todo de nuevo y debe implorar a Jesús Niño, en regalo, un amor ardiente, para encontrar mayor consuelo en Dios.

Veo también a San Jerónimo. Él ha vivido aquí largo tiempo y, pidiéndole a Dios, ha obtenido tal fuego de amor que parecía consumirlo.

¡Oh! ¿Quién podrá decir la belleza, la pureza y la inocente profundidad de los sentidos de María? ¡Ella lo sabe todo, y, sin embargo, parece como si fuese ella sola la que no conociese el valor de su persona, tan profunda es su infantil simplicidad! ¡Baja los ojos y todas las veces que mira, su mirada penetra

como un rayo, como la verdad, como una inmaculada luz! Así sucede porque es toda inocente y llena de Dios, sin voluntad propia o designios. Ninguno puede resistir a semejantes miradas.

23. Cuadros de Navidad en los pueblos de Oriente.

Durante todo el camino, en la noche maravillosamente agitada, tuve un continuo encuentro con los más variados cuadros y visiones de hombres que despertaban en la noche, se juntaban gozosos, y oraban o estaban inquietos y conmovidos; y esto en las más diversas comarcas. Mi viaje se deslizaba con gran rapidez hacia el Oriente, inclinándose más bien hacia el sur que en el viaje a la montana de Elías. Una vez, en una ciudad muy vasta y en ruinas, donde multitud de hombres vivían en casas elevadas, en medio de columnas ruinosas y de magníficos edificios, los he visto a todos sumergidos en la agitación más admirable y en un movimiento extraordinario, en una amplia plaza rodeada de columnas. Hombres y mujeres acudían presurosos y muchos venían desde los campos: todos miraban al cielo, y algunos con largos tubos de cerca de ocho pies, que se estrechaban más buenos ir a sus templos, donde no había ídolo alguno, sino con la mano alguna cosa en lo alto y todos decían: "¡Qué noche maravillosa!" Deben haber observado alguna aparición extraordinaria en el cielo; quizás un cometa. Tal vez naciera de esto la inquietud que observé en todas partes. No recuerdo haber yo mismo mirado hacia el firmamento.

Desde allí me apresuré a ir hacia aquella comarca donde la gente saca agua del río sagrado, por medio de sus sacerdotes (*). Había esta vez mayor gentío y parecía ser un día de fiesta. Cuando llegué, no era ya de noche, sino pleno mediodía. Con los pueblos que había visto antes, no pude hablar. Con éstos he hablado, y me recibieron y parecían conmovidos por mi llegada. Les dije que no debían ya ocuparse de sacar agua del río sagrado, sino que debían volverse al Salvador que había nacido. No sé en qué forma se lo dije; pero se mostraron conmovidos y maravillados, y se tornaron tímidos en mi presencia, especialmente aquéllos que eran de ánimo piadoso y recogido. Había entre ellos almas muy inocentes y sensibilísimas. Ví a éstos más en la parte por donde se aplicaban los ojos; otros indicaban algo que parecía el ara del sacrificio. Hombres, mujeres y niños se hincaron. Las madres ponían delante a sus hijitos y del modo

(*) Se refiere al río Ganges, cuyas aguas derivan, según Ana Catalina, de la fuente que ve en las alturas del Monte de los Profetas.

más conmovedor elevaban las manos a lo alto en actitud de plegaria.

Pense en aquella Judit que está en el monte de los judíos, y de pronto la ví en su casa, en la sala donde pendían lámparas, junto con muchísima gente, entre ellos algunos extranjeros. Parecía una reunión devota y religiosa. Me pareció que discutían y reflexionasen sobre alguna cosa y había entre ellos mucha excitación y movimiento. Ví como si Judit recordase mi aparición y desease con cierta timidez mi retorno. Me pareció que ella pensaba que el Mesías había realmente nacido, y que si lograba convencerse plenamente de aquello que le había anunciado en mi aparición, ella haría cuanto se había propuesto para ayudar a su pueblo (*).

24. Viaje a la Palestina.

Viajé hacia Belén, al encuentro de María y José; quería disponerles un albergue para la noche. Llevaba conmigo ropa blanca y mis utensilios para coser, pues no había terminado aún mi trabajo. Llegué a una casa adonde creí pararían María y José. Esta casa no tenía un techo igual y en declive, sino que se parecía más bien a una de nuestras casas de campesinos. Aquellas gentes eran duras y de mala voluntad. Tenían mucha hacienda y cuando yo les dije que debían preparar un albergue para José y María, me contestaron que no tenían lugar y que esperaban huéspedes. Y efectivamente, vinieron muchos huéspedes: gentuza de toda clase, jóvenes desagradables, y comenzaron a preparar una mesa, a cocinar, a freír y a bailar locamente entre ellos. Yo seguía pidiendo albergue para la Madre de Dios, pero aquellos danzantes me pisaban los pies y me arrojaban de un lado a otro.

Entonces vino hacia mí aquel jovencito vestido de verde (**), que era la Paciencia y que me había traído Santa Cecilia; entonces pude aguantar todo con paciencia. Me parecía conocer a aquella gente descompuesta. Había entre ellos muchos protestantas y ciertas personas que me habían perseguido y burlado. Mientras ellos persistían en no dejar libre ningún lugar para José y María, yo había descubierto una habitacioncita que no usaban para nada. No quisieron dejarme entrar y parecía que se oponían por alguna secreta razón. Entré de todos modos y con gran extrañeza mía encontré allí una mujer viejísima que habían

(*) Véase el capítulo XXII: *Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia.*
(**) El Angel de la Paciencia.

ellos encerrado miserablemente; estaba toda cubierta de telarañas (*). La limpié enteramente y la conduje afuera, a la mansión de bodas. Entonces toda aquella gente se mostró muy extrañada. Reprendidos por mí por su conducta con aquella mujer, se alejaron dejando vacía la casa. La anciana comenzó entonces a ocuparse de la economía doméstica y preparó una refección.

Ví luego a otros muchos jóvenes y especialmente jovencitas que deseaban llevar vida espiritual. Al mismo tiempo descubrí otra pieza que se dilataba maravillosamente y aparecía siempre más luminosa. Ví en ella almas puras de nuestra vecindad y de esta comarca; entre otras, la de mi madre y la de la señora del miembro del tribunal secreto, y con estas almas sus ángeles custodios. Todas estas almas estaban vestidas con trajes al antiguo uso germánico, que se acostumbraban entonces en estos países. Pensé que mi madre, vestida con aquellos magníficos trajes, no me reconocería.

Yo había preparado todo en aquella habitación para la Sagrada Familia, y José y María llegaron, en efecto, y fueron recibidos muy amistosamente. No pusieron atención alguna en las cosas que allí había, sino que se retiraron a un cuarto oscuro y se sentaron, apoyados contra el muro. La pieza se volvió en seguida luminosa. Yo los honré con toda reverencia. María y José no permanecieron, por lo demás, mucho tiempo allí. Los más viejos de los que estaban en la casa los miraban a través de la puerta. Me pareció que se iban por humildad. Entretanto, la anciana mujer, librada por mí, se había tornado joven y muy agraciada, y se transformó en la primera de casa, antes bien era la esposa. También ella estaba vestida bellamente según el uso antiguo de nuestro país. Toda la casa se convirtió poco a poco en una iglesia, y donde estuvo el hogar se erigió un altar.

25. Traída por su ángel, libra a una vieja de la vecindad.

(27 de Noviembre de 1821)

Sí, era muy extraño. Hallándome lejos, muy lejos, en el país de los Reyes Magos, en lo alto de la cadena de montañas que está entre los dos mares (**) y mirando sus ciudades formadas por carpas, de la misma manera que se mira desde la ventana hacia el corral, me sentí de pronto llamada a casa por

(*) La anciana significa la antigua religión del pueblo, que deberá ser renovada. La vestimenta antigua es alusión a la fe de los germanos anteriores a la infausta reforma.

(**) Por la descripción que hace se trata de un país del Cáucaso.

mi Ángel de la Guarda. Volví y aquí mismo, en Dülmen, he visto ante nuestra casa pasar a una vieja pobre que yo conocía y que volvía de la tienda. Hallábase exasperada y llena de enojo; gruñía y juraba horriblemente. Ví entonces que su Ángel Custodio se alejaba, y ví en cambio que se cruzaba en su camino, para hacerla caer, una grande y espantosa sombra diabólica: quería que se rompiese la cabeza y muriese en pecado mortal. Cuando ví esto, abandoné a los tres Reyes, recé ardientemente a Dios para que socorriese a la pobre mujer y volví a encontrarme en mi habitación. Ví entonces que el demonio se precipitaba furioso hacia la ventana y quería entrar, teniendo en sus manos un grueso lío de cuerdas y de cordones entrelazados, pues, para vengarse quería tramar con todo aquello grandes intrigas y suscitar aquí toda clase de disturbios. Entonces me precipité sobre él y le dí un puntapié que lo hizo caer hacia atrás: creo que va a acordarse de ello. Luego me puse a lo largo delante de la ventana para impedirle la entrada.

CAPÍTULO VII

VISIONES DE LOS ANGELES Y DE LOS ESPIRITUS PLANETARIOS

INTRODUCCION

El lector aprende cosas desconocidas de las cuales la ciencia humana no dice nada y aclara muchas ideas oscuras respecto de los coros angélicos. La vidente define a los dos espíritus que se le dan al hombre al nacer: el maligno, que le sugiere inclinaciones perversas, y el Angel Custodio, que lo protege e inclina hacia el bien. Es completamente original su relación de los espíritus planetarios, de aquellos ángeles que se rebelaron contra Dios y tuvieron un principio de arrepentimiento, por lo cual no fueron arrojados al Infierno: se encuentran distribuídos en el aire y en los planetas, desde donde ejercen sus influencias nocivas sobre los hombres. Y así como existe un orden jerárquico en los coros angélicos, así también existe este orden en el grupo de los espíritus planetarios.

Contribuye con nuevos aportes a los conocimientos astronómicos la afirmación de la vidente acerca de la habitabilidad de los astros y de la existencia de aguas y de una vegetación rudimentaria en ciertos planetas. Es maravilloso lo que nos revela respecto de la significación del viento, la lluvia, los cometas y las constelaciones. La descripción del Sol y de la Luna causan admiración. La ciencia no podrá refutar lo que afirma hasta tanto tenga bases con que demostrar lo contrario. El último descubrimiento científico, la irradiación de la luz y del calor del sol por medio de una especie de aureola que está fuera del astro mismo, confirma la revelación hecha por Ana Catalina hace ya más de un siglo.

1. Los coros angélicos y los dos espíritus del hombre.

(Fiesta de los Ángeles Custodios, 2 de Octubre de 1820)

He visto una iglesia terrena y dentro de ella muchas personas conocidas. Sobre ella he visto muchas otras iglesias, dentro de las cuales se podía ver, como en el interior de una torre, varias distribuciones y pisos. Todas estas iglesias estaban llenas de coros y de ángeles y eran todas diferentes. En la mis-

ma altura he visto a la Santísima Virgen delante del trono de la Santísima Trinidad, rodeada de los más altos coros de los espíritus celestiales. Debajo veía a la iglesia; encima se extendían cielos superpuestos, llenos de ángeles.

Allá arriba reinaba un orden y una actividad indescriptibles. Abajo, en la iglesia, todo era soñoliento y negligente. Esto se notaba especialmente porque ocurría la festividad de los ángeles y porque los ángeles llevan a Dios, en lo alto, con indecible prontitud, toda palabra que los sacerdotes pronuncian, aunque sea con pereza o distracción, durante la santa Misa, y reparan todo defecto y toda falta al honor de Dios.

He visto en esa iglesia maravillosa la actividad en los ángeles custodios hacia las criaturas humanas. He visto cómo ciertos espíritus, distintos de los ángeles custodios, huían atemorizados, mientras éstos sugieren pensamientos mejores y les representan cuadros conmovedores. Los ángeles custodios desean ardientemente órdenes de Dios y la oración de las personas encomendadas a su cuidado los hace más diligentes.

He visto que toda criatura humana recibe dos espíritus al nacer: uno bueno y otro malo. El bueno es de naturaleza celestial, aunque es del orden más inferior; el espíritu malo no ha sido aún precipitado en el Infierno, pero si en los tormentos, y está privado de la visión de Dios. Veo siempre en cierto círculo, en torno de la tierra, nueve cuerpos, o espacios, o esferas, como astros lejanos. A estas esferas las veo habitadas por espíritus de diversa naturaleza y veo desde ellas derivarse caminos formados de rayos, por los cuales se puede seguir toda línea hasta cualquier punto de la tierra. He entendido siempre que por este medio aquellas esferas están ligadas con la tierra. Sobre cada tres órdenes de estos mundos de espíritus veo siempre un ángel grande sentado sobre un trono: uno tiene en la mano un cetro, otro una vara y el tercero una espada. Llevan corona, un vestido largo y muchos adornos en el pecho. En estos mundos habitan espíritus malos (*), que al nacer toda hu-

---

(*) "El aire tenebroso es un lugar de pena de los demonios, hasta el día del juicio" (San Agustín, *Super Gennesim ad litteram)* "Cada cosa visible en este mundo tiene una angélica potestad que la gobierna" (San Agustín, cuestión I-79).

En las revelaciones de Santa Francisca Romana se lee: "Los demonios que no se declararon por Dios en la rebelión de Satanás y quedaron como inactivos (dudosos), vagan por el aire y por la tierra tentando a los hombres; promoviendo muchas perturbaciones atmosféricas para cansar y disponer a la tentación de desaliento y enojo entre los hombres y prepararlos así al camino de las caídas graves".

mana criatura se unen a ella por una interna correspondencia que entonces veo distintamente y admiro, y que ahora no puedo dilucidar. Estos espíritus no son transparentes y graciosos, como los ángeles; lucen. en verdad, pero es su resplandor turbio y superficial, como un reflejo. Son perezosos, cansados, visionarios, melancólicos. o bien fogosos, coléricos, arrogantes, irremovibles, obstinados, prontos para engañar y burlar, y así por el estilo. Parece que fueran todo pasiones y dados a las pasiones. Son rojizos, y he observado en ellos los mismos colores que en las penas y en las luchas del espíritu veo manifestarse en las criaturas humanas y que en la gloria de los mártires veo manifestarse purificados por el brillo resplandeciente que los rodea. Parece como si las pasiones en ellos, desterradas por el dolor, se convirtiesen luego en el color dominante de su triunfo. Estos espíritus tienen rostros incisivos, decisivos, violentos y penetrantes; son extraordinariamente insistentes e insinuantes en el alma humana, como los insectos sobre ciertos perfumes y ciertas clases de plantas. Despiertan en los hombres toda clase de deseos y pensamientos. Toda su forma está cubierta de irradiaciones, de caricias y de halagos, como puntas sutiles. No producen por sí mismo ningún pecado, ningún acto; pero separan al hombre del influjo divino y abren en el mortal la puerta a la acción del mundo. Lo llenan de sí mismo, lo vinculan, lo comprimen a la tierra en diferentes maneras, y cuando el hombre cede a ellos, pasa todo a las tinieblas: entonces el demonio se aproxima e imprime en él su sello. De aquí se origina un hecho, un pecado, como un nacimiento. Se ha operado una separación de lo que es divino.

He visto cómo la mortificación y el ayuno debilitan mucho la influencia de estos espíritus, y cómo la vecindad y la actividad de los ángeles custodios fortifica, como asimismo se les opone la recepción de los santos sacramentos y los resiste. He visto que ciertas inclinaciones y repugnancias de las criaturas humanas, ciertos deseos e involuntarias antipatías tienen correspondencia y correlación con estas influencias, y que especialmente el aborrecimiento y las náuseas hacia ciertos animales particularmente los que se sienten por los impuros gusanos e insectos, toman de esta influencia una misteriosa significación: aquellos insectos que mayormente nos repugnan son imágenes y símbolos de los pecados y pasiones, a los cuales, por causa de nuestra correlación con estos espíritus, estamos principalmente inclinados. He entendido que siempre que sentimos esa nauseabunda repugnancia a los insectos impuros, debemos recordar

nuestros pecados y nuestras malas cualidades, de las cuales estos insectos tienen la imagen.

2. Las tentaciones de los malos espíritus

He visto en la Iglesia a estos espíritus poner delante de los ojos y de la mente de varias personas toda clase de adornos y bagatelas y tentarlas para que vuelvan el ánimo hacia toda suerte de deseos y anhelos. Luego he visto a menudo al Ángel Custodio abrirse paso en medio de ellos y enderezar la mente y el alma a esas criaturas humanas. No puedo expresar la infinita variedad de semejantes cuadros. He visto que los grandes de esta tierra tienen en torno de ellos espíritus de esta clase, pero de mayor poderío, como veo, por el contrario, ángeles de mayor potencia avanzar contra ellos y cambatirlos (*). Me fué concedido echar una mirada sobre Suiza y he visto como allí el diablo agita a muchos gobiernos de los cantones contra la Iglesia. He visto ángeles que promueven y favorecen la fecundidad de la tierra y derraman algo sobre los frutos y sobre los árboles. He visto a los ángeles que están en guardia y defensa sobre comarcas y ciudades y he visto cómo abandonaban otras que se les habían encomendado. No puedo decir cuán innumerables son los espíritus que he visto: si tuviesen cuerpo, oscurecerían la atmósfera. Allí donde estos espíritus tienen mayor influencia sobre los hombres, veo siempre niebla y noche. He visto a menudo que la criatura humana obtiene otro espíritu protector cuando necesita de especial y extraordinaria ayuda. En varias ocasiones yo misma he tenido otro guía.

Mientras decía estas cosas, Ana Catalina quedó en éxtasis y al volver en sí, continuó, suspirando:

¡Oh, qué lejos está aquel lugar de donde provienen estos espíritus coléricos, crueles y obstinados, que llegan hasta aquí! Fuí arrebatada muy alto y he visto partir desde allá, de uno de esos cuerpos planetarios, el más lejano de los nueve, muchos espíritus coléricos, obstinados e inflexibles. Descendieron sobre esa comarca, donde ahora reina el desorden y la guerra. Estos espíritus se allegan a los grandes y hacen entre ellos casi imposible el acuerdo y la reconciliación de los ánimos.

(*) La vidente Magdalena de la Cruz dice: "Veo a los príncipes y grandes de la tierra con ángeles de superior jerarquía. Delante del trono del Papa veo siempre cuatro Querubines".

"Debe afirmarse en absoluto que sólo los ángeles de inferior orden son enviados para los ministerios exteriores y nunca los de superior categoría". (Santo Tomás, Cuestión CXII. Art. II).

He visto, por otra parte, a la Virgen Santísima pedir que un ejército entero de ángeles viniese a la tierra, y en seguida los veo agitarse y descender sobre la tierra. Contra esos duros e inflexibles espíritus se ha lanzado un gran Angel radiante de ardor con espada de fuego.

3. El Ángel del castigo.

Pocas horas después, estando en éxtasis, Ana Catalina, dijo:

¡Oh, quién pudiese verlo! Un ángel grande, respirando fuego, se ha desprendido del trono de Dios y ha descendido en la ciudad de Palermo, donde reinaba la insurrección, y ha pronunciado palabras de castigo, con voz tan tremenda y aguda, que penetra hasta la medula de los huesos, y he visto abajo, en la ciudad, caer a los hombres muertos.

4. Los espectros.

Hay almas que no están ni en el Purgatorio ni en el Infierno ni en el Cielo, sino que, llenas de angustia y de pena, deben errar sobre la tierra y esforzarse por llegar a un destino al cual están obligadas. Habitan en lugares desiertos, en las tumbas, en los edificios ruinosos o en los lugares donde han cometido malas acciones o delitos. Son los espectros (*).

5. Los ángeles caídos.

Cuando era niña he visto muchas veces, y luego en edad madura, que tres órdenes enteros o coros de ángeles, que estaban más altos que los arcángeles, cayeron en la época de la rebelión; pero que no todos se precipitaron en el Infierno: una parte de ellos, que tuvo un momento de arrepentimiento, quedó fuera de las regiones infernales. Éstos son los espíritus que están en los planetas y que vienen a la tierra a seducir a los hombres reciben espíritus de categoría superior. Los príncipes y los sufrir la condenación. He visto siempre que los diablos no pueden salir jamás del Infierno. He visto también que muchos condenados no van enseguida al Infierno, sino que quedan en la tierra en lugares desiertos de tormentos.

6. El orden de los espíritus.

A medida que se perfecionan en la vida interior los hombres, reciben espíritus de categoría superior. Los príncipes y los

(*) El Padre Rossignoli, en su libro *Maravillas de las almas del Purgatorio*, narra varios de estos ejemplos.

reyes tienen ángeles custodios de orden superior. Los cuatro ángeles Elohim (*), que son los distribuidores de las gracias divinas, se llaman Rafiel, Etofiel, Salatiel y Emmanuel.

Reina mayor orden aún entre los espíritus malos y los diablos que sobre la tierra. No bien el ángel se aleja de un sitio, un demonio ocupa su lugar y despliega sus engaños.

Asimismo entre los espíritus planetarios reina un orden grande. Son ellos también espíritus caídos, pero no propiamente diablos aún: son muy diversos entre sí y suben y descienden a la tierra. En uno de los cuerpos planetarios son turbios y tristes; en otro, coléricos y violentos; en otro, ligeros y disipados; en otro, sofísticos y cautos. Obran en todas las cosas que están sobre la tierra y en las criaturas humanas, desde su nacimiento. Estos espíritus viven en cierta comunidad y orden. Veo en sus planetas apariencias de vegetación y de árboles. Todo es, sin embargo, ligero y de aspecto efímero, como los hongos. Hay allí dentro aguas, algunas puras como cristales, otras turbias como venenosas. Me parece como si cada uno de esos planetas tuviese algo de un metal. Estos espíritus gustan frutos que tienen relación con su propia esencia y naturaleza. Algunos de ellos producen algún bien, en cuanto el hombre usa para el bien ciertos impulsos que de ellos reciben.

7. Los cuerpos celestes.

No todos los cuerpos están habitados (**). Algunos son sólo jardines, recipientes destinados para recibir influencias, acciones y frutos especiales. Veo también, entre ellos, ciertos lugares donde habitan almas que no son de cristianos, pero que han vivido bien. Allá viven tristemente y tienen un presentimiento de que esto ha de cambiar un día. No sienten ni gozo ni pena y gustan de ciertos frutos.

8. El viento, la lluvia de estrellas, el Sol y la Luna.

El viento es algo maravilloso. Muchas veces veo a la tempestad traer desde lejanas tierras una epidemia. Esto aparece

(*) Elohim, plural de Eloha, es en hebreo el Dios verdadero, pero también significa, como en este caso, seres superiores. La terminación *el* significa Dios: así, Emmanuel quiere decir: *Con nosotros Dios.*

(**) "El dogma católico no se opone a la creencia de los mundos habitados; ni niega ni afirma nada sobre esta hipótesis completamente libre, dejándolo como materia de interesante discusión". (P. Félix, *Conferencias*).

Grandes pensadores han tenido opinión favorable a esta tesis; entre otros, el P. Secchi, De Maistre, el P. Monsabré, Bougaud, Gibier, el P. Eymieu y Flammarion.

como un globo lleno de espíritus malignos. Me resulta difícil soportar un viento impetuoso; le he tenido siempre mucha aversión.

También aquellos meteoros, llamados lluvias de estrellas, me fueron siempre odiosos desde mi primera edad. Donde ellas caen, veo el aire lleno de espíritus malignos.

Cuando siendo niña veía al Sol nacer y caer en el horizonte lo tenía por un ser animado y viviente y pensaba entre mí: él llora ahora por tantos pecados que tiene que contemplar.

La luz de la Luna me resultaba agradable a causa de la quietud y el silencio; pero sentía el significado moral de muchos delitos que esconde y cubre, y sentía que ella obra sobre los hombres de modo agravante y sensual, puesto que la Luna cayó más profundamente que el Sol.

9. La Luna y sus habitantes.

La Luna es más fría y rocosa, llena de montes altos, de profundas grutas y barrancos. Tiene un influjo atrayente y deprimente sobre la tierra. Hay en ella aguas que mucho se levantan y luego bajan (*). A veces atraen grandes vapores de la tierra y entonces se ve como si gruesas nubes se escondiesen y fuesen absorbidas en las cavidades de las montañas. Después parece como si todo eso se disolviese cayendo de nuevo abajo, y entonces la luna oprime con tal peso a la tierra, que los hombres se tornan melancólicos. Veo allá muchas formas semejantes a las de las criaturas humanas, que huyen de la luz y se esconden en las sombras: se ocultan como si se avergonzasen; presentan el aspecto de quienes tuviesen mala conciencia. Esto lo veo especialmente en el centro de la Luna.

En sus límites extremos veo lugares campestres, matas y bosquecillos en los cuales habitan animales (**). No veo en la Luna ningún servicio religioso. El suelo de ese astro es amarillo, la mayor parte rocoso y los árboles y vegetales son tenues y mezquinos helechos, hongos y bulbos estériles. La Luna tiene una maravillosa relación con la tierra y su naturaleza entera.

(*) Las mareas se deben a las atracciones de la luna y del sol combinadas con la rotación de la tierra. Cuando la luna se encuentra encima de las aguas del mar las atrae y las obliga a subir hasta cierta altura produciendo así la marea creciente o flujo. Después del paso de la luna vuelven las aguas a bajar y forman lo que se llama marea descendente o reflujo *(Larousse)*.

(**) Los astrónomos afirman que no hay nubes ni seres vivientes ni aguas en la Luna; pero ¿pueden afirmar lo mismo de la parte que nunca es visible para nosotros?

El hecho de que los hombres tan ávidamente la miren, sucede porque se mira siempre ávidamente hacia aquello a lo que se pertenece. La Luna extrae muchísimo de nosotros y luego sobre nosotros lo despide y nos oprime. A menudo veo venir de la Luna gruesas nubes como de veneno: se posan habitualmente sobre el mar. Veo, empero, en seguida espíritus buenos y ángeles que las dispersan y las hacen innocuas.

Sobre la tierra veo ciertas comarcas malditas a causa de delitos y pecados, donde descienden veneno, nieblas y oscuridad y se posan allí. Veo también a las razas más nobles de los hombres colocadas en los países más bendecidos y fértiles.

Veo siempre a aquellas almas en la Luna que se ocultan entre las sombras; parecen estarse allí sin gozo ni pena; como en un lugar de castigo, hasta el día del juicio.

La luz de la Luna es pálida y azulada; se hace más clara solamente cuando se aleja del astro.

10. Los cometas, la Vía Láctea y los cuerpos celestes.

Los cometas están llenos de veneno; son como pájaros de pasada; si no se mezclasen grandes tempestades y otras influencias y acciones de espíritus, harían fácilmente gran daño a la tierra. Habitan su interior espíritus de ira y de despecho. La cola resulta de su acción como el humo del fuego.

La Vía Láctea está compuesta de muchos pequeños arroyos como cristales. Parece como si buenos espíritus se bañasen dentro, como si se sumergiesen repetidamente y derramasen toda clase de rocío y de bendición, como un bautismo.

El Sol recorre un camino elíptico de la forma de un huevo: es un astro benéfico, animado de santos espíritus. En su parte interna no es ardiente; la luz y el calor nacen sólo en el exterior. Es cándido, gracioso y estriado de bellos colores.

Muchos cuerpos son lugares deshabitados, que esperan una futura población. Algunos son jardines y viveros de particulares frutos. Todo el conjunto de los cuerpos celestes se comprende solamente cuando se imagina un estado perfecto, una ciudad o una grande y maravillosa economía donde nada falta. Ninguno de estos cuerpos tiene la dignidad y la fuerza de la Tierra. Los otros planetas encierran en sí, en mayor abundancia, algunas propiedades particulares. La Tierra las comprende a todas. El pecado de Eva nos ha hecho caer; pero ahora podemos aún hacernos vencedores.

Capítulo VIII

VISIONES DEL CIELO Y DEL LIMBO

INTRODUCCION

En estas visiones obsérvanse gran variedad de imágenes, aparentemente distintas unas de otras, pero encadenadas en el espíritu de la vidente, que las vincula con anteriores revelaciones. Ve el Cielo, y en él a la Santísima Trinidad, a la Virgen y a los coros angélicos. La sorprende una disposición singular de almas, que luego se asientan en la Jerusalén celestial. El arcángel San Miguel obtiene una gran victoria, en los tiempos finales, cuando se creerá que todo estará perdido para los buenos.

Santa Francisca Romana vió un día los tres cielos: el estrellado, el cristalino y el Empíreo, cada uno más esplendoroso que el otro. El cristalino le pareció tan elevado sobre el estrellado como éste sobre la tierra. El Empíreo lo vió mucho más elevado que el cristalino sobre el estrellado. Tal vez Ana Catalina se refiere aquí al cielo cristalino.

Ve el alma luminosa de Jesús penetrar en tierra, al expirar en la cruz, y recorrer el Limbo y el seno de Abrahán. Ve tres esferas donde se hallan distribuídas las almas. Es inefable la entrada del Salvador en el lugar donde lo aguardan desde siglos los patriarcas y los profetas, y más aún el encuentro con Adán y Eva, en la zona de nieblas, donde nuestros primeros padres esperaban pacientemente el día de la redención.

1. Visión del Cielo.

Sobre aquella cúpula he visto un mundo todavía superior. He visto en él a la Santísima Trinidad en tres figuras: el Padre, en figura de un anciano revestido de dignidad de gran sacerdote, que entregaba al Hijo, a su derecha, el globo del mundo; el Hijo tenía en la otra mano la cruz; a la izquierda del Padre había una figura alada luminosa. En torno de esas Personas había un círculo de veinticuatro ancianos sentados sobre sillas (*). Los Querubines y Serafines estaban. con muchos otros, en torno del trono de Dios, cantando continuamente alabanzas e himnos de gloria. En el medio, sobre San Mi-

(*) "Y alrededor del trono venticuatro sillas, y en las sillas, veinticuatro ancianos sentados" *(Apocalipsis, IV, 4).*

guel, estaba María, que tenía en torno innumerables círculos de espíritus luminosos, de ángeles y vírgenes.

La gracia que sale de Jesús atraviesa siempre a María, y por medio de ella desciende sobre los tres arcángeles. Cada uno de esos arcángeles irradia tres clases de dones de Dios sobre tres de los coros angélicos de los nueve más inferiores (*). Estos los reparten siempre más lejos, en toda la naturaleza y en la historia. Cuando el copón fué colocado allá, he visto que por influjo de lo alto, por medio de María y de la múltiple cooperación de todos los cielos y por activo trabajo de todos los coros angélicos, este copón crecía, se hacía una iglesia, y luego una gran ciudad luminosa, que bajó poco a poco. Parecía que descendía a la tierra sobre un arco. No sé cómo expresarlo.

He visto muchedumbre de hombres que se acercaban a mí con la cabeza vuelta, como si la tierra se hubiese dado vuelta y girase; luego, de pronto, se pusieron de pie dentro de la nueva Jerusalén, que tal era aquella nueva Jerusalén que bajó sobre la antigua y me pareció venir sobre la tierra. Cuando hube visto descender la nueva Jerusalén (**) se cerró esta visión. Caí en la oscuridad y me encaminé a mi casa.

He contemplado, antes de esto, el cuadro de una inmensa batalla. El campo entero estaba lleno de humo; de todas las matas tiraban, pues estaban llenas de soldados. Aquel lugar estaba situado en un bajo. En lontananza surgían grandes ciudades. He visto al Arcángel San Miguel descender con un gran ejército de ángeles y separar a los combatientes. Esto sucederá solamente cuando todo parecerá perdido. Uno de los combatientes invocará a San Miguel y entonces vendrá el momento de la victoria.

Ana Catalina no sabía decir la época de la batalla. Dijo una vez que acontecerá en Italia, no lejos de Roma, donde muchas cosas antiguas serán destruídas y muchas nuevas, es decir, sagradas, hasta ahora desconocidas, saldrán a la luz.

2. El lugar de los justos.
(24 de Setiembre de 1820)

Tuve que hacer en la mansión de bodas un trabajo que no podía terminar jamás. Tenía que barrer, con una escoba in-

(*) Los nueve coros angélicos son: Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Principados, Potestades, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines.

(**) Y ví la ciudad santa de la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios. *(Apocalipsis, XXI, 2).*

servible y rígrda, mucha inmundicia; pero no podía llevar a término el trabajo. Entonces vino mi madre y me ayudó, como también una amiga a la cual antes de su muerte yo le había regalado aquella imagen de Santa Catalina que yo había recibido de modo sobrenatural. Ella llevaba aquella imagen sobre el pecho y se entretuvo mucho conmigo conversando. Ellas no están aún en el cielo, pero sí en un lugar muy placentero donde estuvieron un día Abrahán y el buen Lázaro. Este lugar es muy agradable: es como un rocío, como una miel, muy dulce y apacible; todo aparece como con luz de luna, con esplendor blanquecino como la leche. Allí he visto precisamente el cuadro de Lázaro (*) y me fué mostrado este cuadro para que supiese donde me hallaba. El Paraíso terrenal, que he visto de nuevo, como también el Monte de los Profetas, es más alegre que el seno de Abrahán y está lleno de magníficas criaturas. Fuí llevada por mi madre a muchos lugares donde aguardan las almas.

3. Visión del Limbo.

Cuando Jesús, dando un grito, exhaló su alma santísima, yo la ví como una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Muchos ángeles, entre los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Ví su Divinidad estar unida con su alma y también con su cuerpo suspendido en la cruz; no puedo expresar cómo esto se efectuaba. El sitio donde entró el alma de Jesús estaba dividido en tres partes: eran como tres mundos (**). Parecióme que eran de forma redonda y que cada uno de ellos tenía su esfera separada. Delante del limbo había un lugar más claro y más sereno: en él veo entrar las almas libres del Purgatorio, antes de ser conducidas al cielo. El limbo, donde estaban los que esperaban la redención, hallábase rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos.

El Salvador, radiante de luz, era conducido en triunfo por los ángeles entre dos círculos; en el de la izquierda estaban los Patriarcas anteriores a Abrahán; en el de la derecha hallábanse las almas de los que habían vivido desde Abrahán hasta San Juan Bautista. Cuando Jesús pasó así, no le conocieron; mas todo se llenó de gozo y de deseo y hubo como una dilatación en esos lugares estrechos, donde estaban apretados.

(*) El rico Epulón y el pobre Lázaro (Lucas, 16-19).

(**) Los demonios, que a la hora de la rebelión de Satanás se pusieron de su parte, están en tres partes del Infierno, según el grado y jerarquía que tenían cuando eran ángeles buenos, debiendo sufrir más los de mayor jerarquía. (Visiones de Santa Francisca Romana).

Jesús pasó entre ellos como el aire, como la luz, como el rocío de la redención, con la rapidez de un viento impetuoso. Penetró entre esos dos círculos hasta un sitio cubierto de niebla, donde estaban Adán y Eva; les habló y ellos le adoraron con gozo indecible. El Señor, acompañado de los dos primeros seres humanos, entró por la izquierda en el círculo de los patriarcas anteriores a Abrahán; era una especie de purgatorio. Entre ellos había malos espíritus que atormentaban e inquietaban las almas de algunos.

Los ángeles llamaron y mandaron abrir, pues había una especie de puerta que estaba cerrada. Me pareció que los ángeles decían: "Abrid las puertas" (*). Y Jesús entró triunfante. Los malos espíritus se alejaron gritando: "¿Qué hay entre Tú y nosotros? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quieres crucificarnos?" Los ángeles los encadenaron y los echaron delante. Las almas que estaban en ese lugar no tenían más que un leve presentimiento y un conocimiento oscuro de Jesús. El Salvador se presentó a ellas y entonces cantaron sus alabanzas. El alma del Señor, en camino hacia el limbo, propiamente dicho, encontró el alma del buen ladrón, que era conducida por los ángeles al seno de Abrahán, y la del mal ladrón, que los demonios llevaban al infierno. El alma de Jesús, acompañada de los ángeles, de las almas libertadas y de los malos espíritus cautivos, entró en el seno de Abrahán.

4. El seno de Abrahán.

Ese lugar me pareció más elevado, como cuando se sube de una iglesia subterránea a la iglesia superior. Los demonios encadenados, resistían y no querían entrar; mas los ángeles los obligaron. Allí se hallaban todos los santos israelitas; a la izquierda, los Patriarcas, Moisés, los Jueces y los Reyes; a la derecha, los Profetas, los antecesores de Jesús y sus parientes, como Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel, Juan. No había malos espíritus en este lugar. La sola pena que en él se padecía era el deseo ardiente del cumplimiento de la promesa: éste estaba ahora satisfecho. Una alegría y felicidad indecibles entraron en las almas, que saludaron y adoraron al Redentor.

5. Lugar de los paganos piadosos.

Algunos de ellos fueron enviados a la tierra para que tomaran momentáneamente su cuerpo y dieran testimonio de

(*) "Levantad, ¡oh príncipes! vuestras puertas y elevaos, vosotras, puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria". (Salmos, 23-7).

Jesús (*). Entonces fué cuando tantos muertos se aparecieron en Jerusalén. Aparecían como cadáveres errantes; y depusieron otras vez sus cuerpos en la tierra, como un enviado de la justicia deja su capa de oficio cuando ha cumplido con la orden de sus superiores.

Después ví a Jesús, con su acompañamiento triunfal, entrar en una esfera más profunda donde se hallaban los paganos piadosos que habían tenido un presentimiento de la verdad y la desearon. Había entre ellos malos espíritus, porque tuvieron ídolos. Ví a los demonios obligados a confesar su impotencia. Aquellas almas adoraron al Señor con gran alegría. Los demonios fueron encadenados y llevados cautivos. Ví también a Jesús atravesar como libertador muchos lugares donde había almas encerradas; pero mi triste estado no me permite contarlo todo.

6. Un lugar de la Jerusalén celestial.

Ví multitud innumerable de almas rescatadas elevarse del Purgatorio y del Limbo, detrás de Jesús, hasta un lugar de felicidad, debajo de la Jerusalén celestial. Allí he visto, hace poco tiempo, el alma de un amigo mío muerto. El alma del buen ladrón vino y vió al Señor en el Paraíso, según su promesa.

No puedo decir cuánto duró esto y en qué tiempo. Hay muchas cosas que yo no comprendo y hay otras que serían mal entendidas si las contara. He visto al Señor en diferentes partes, sobre todo en el mar: parecía que santificaba y libertaba toda la creación; por todas partes los malos espíritus huían delante de Él y se precipitaban a los abismos. Ví también su alma en diferentes sitios de la tierra. La ví aparecer en el interior del sepulcro de Adán, debajo del Gólgota (**); las almas de Adán y Eva acercáronse a Él, y les habló. Lo he visto visitar con ellos los sepulcros de muchos profetas, cuyas almas vinieron a juntarse con Él, sobre sus huesos. Después, con esas almas, entre las cuales estaba la de David, lo vi aparecer en muchos sitios señalados por alguna circunstancia de su vida, explicándoles con amor inefable las figuras de la Ley antigua y su cumplimiento.

Esto es lo poco que puedo recordar de mis visiones acerca de la bajada de Jesús a los infiernos y la libertad de las almas

(*) "Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, se mostraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos". (*Mateo*, 27-53).

(**) Ana Catalina ve el sepulcro de Adán en el mismo lugar donde se plantó la cruz de Nuestro Señor. De allí hace derivar el nombre de Calvario, lugar de la Calavera.

de los justos. Pero además de este acontecimiento en el tiempo he visto una figura eterna de la misericordia que ejerce hoy con las pobres almas. Cada aniversario de este día echa una mirada libertadora en el Purgatorio. Hoy mismo, en el momento en que he tenido esta visión, ha sacado del Purgatorio las almas de algunas personas que habían pecado cuando su crucifixión. Hoy he visto la libertad de muchas almas conocidas y no conocidas; pero no las nombraré.

Capítulo IX

VISIONES DE LA ORACION

INTRODUCCION

Ana Catalina es, antes que nada, una víctima en manos de Dios, destinada a expiar, con Cristo, los pecados del mundo. Con la oración, el trabajo y los padecimientos participa voluntariamente en tan sublime tarea. Satisface a la Justicia divina por los pecadores que el Señor o su Angel Custodio le señalan, al conducirla espiritualmente a lugares remotos. Hay aquí visiones inestimables acerca del valor de la oración, de los trabajos y de las mortificaciones; consideraciones místicas del sentido de las oraciones de los santos y de los medios eficaces de la plegaria. Ve el significado de la oración y sus resultados en la Iglesia militante.

Así como santa Ana María Taigi seguía en visión los triunfos de Napoleón y los males que infligía a la Iglesia, y ella oraba y expiaba por el Papa y por la Iglesia; igualmente Ana Catalina ha seguido visionariamente las ofensas a la Iglesia y al Papa y ha expiado las culpas de los religiosos y seglares, aplacando la cólera divina con sus voluntarias satisfacciones.

1. El valor de la oración.

Hallábame en un espacio inmenso y luminoso, y a medida que me fijaba en el horizonte, aquel espacio se dilataba más y más. Me fué mostrado el valor de las diferentes oraciones en la presencia de Dios. Todas ellas estaban señaladas en grandes tablas blancas y parecían divididas en cuatro clases. Unas oraciones habían sido escritas con magníficos caracteres de oro; otras con letras color de plata; otras con letras oscuras, y las últimas negras: éstas habían sido luego borradas con una raya. Todo lo miraba yo con alegría; pero temiendo no ser digna de entender el significado, apenas me atrevía a preguntárselo a mi guía.

"Lo que está señalado con letras de oro, me dijo, es la oración de aquéllos que tienen intención de hacer sus obras buenas en unidad con los méritos de Jesucristo, renovando con frecuencia esta intención; los cuales están prontos también a obedecer

sus mandatos y a imitar sus ejemplos. Lo que está señalado con letras de plata, es la oración de los que no piensan unir sus obras con los méritos de Cristo, pero son piadosos y oran con sencillez de corazón. Lo escrito con letras oscuras, es la oración de aquéllos que aunque no están tranquilos si no se confiesan y comulgan con frecuencia y rezan todos los días ciertas oraciones, sin embargo, son tibios y hacen sus obras sólo por costumbre. Finalmente, lo escrito con letras negras y luego borrado, es la oración de aquéllos que ponen toda su confianza en las oraciones vocales y en las buenas obras que creen practicar; pero no cumplen los mandamientos, ni hacen violencia a sus pasiones desordenadas. Esta oración no tiene valor alguno en la presencia de Dios; por eso está borrada. De la misma manera están borradas las buenas obras de aquéllos que se afanan mucho en hacer el bien, pero sólo tienen presente, al hacerlo, su propia honra y provecho temporal".

2. Diversas enseñanzas sobre la oración.

Dios no resiste a esta oración *(se refiere a la oración hecha con los brazos en cruz)*, pues su Hijo único ha perseverado orando así hasta su muerte.

Acerca de la santa cruz de Koesfeld (*) se me ha dado a entender que la gracia está vinculada a este lugar a fin de que haya aquí una barrera contra el mal y que lo mismo sucede en los demás lugares donde se veneran tales imágenes. Pero lo que obra milagros es la constancia y confianza en la oración. Muchas veces veo la cruz venerada y conducida en procesiones espirituales y veo también que son oídas y se ven libres de males aquéllos que reciben confiadamente la gracia por medio de ella. Pero a otros los veo cubiertos de tinieblas.

Desde niña he tenido la costumbre de orar todas las noches pidiendo el divino auxilio en todos los casos desastrosos, como caídas, incendios, y después he visto muchas representaciones de aquellos peligros que eran felizmente conjurados. Cuando por ventura omitía esta oración, no dejaba entonces de ver o de oír

(*) Ana Catalina nació en Flamske, pequeña aldea junto a Koesfeld, de Westfalia. En la iglesia de Santiago de Koesfeld fué bautizada. De allí sale el *Vía-Crucis* con la primera estación, cruza el campo y termina en la iglesia de San Lamberto, en la plaza del mercado. La última estación está formada por el milagroso Cristo de Koesfeld, en el altar mayor, donde están representados también el descendimiento y la sepultura de Jesucristo. El Crucifijo es del siglo XIII y la cruz tiene forma de Y griega, es decir, con los brazos levantados como siempre la ve en visiones Ana Catalina.

alguna desgracia; de lo cual deduzco no solamente la necesidad de esta oración espiritual, sino también la utilidad de comunicar a los demás esta convicción mía, a fin de que se muevan a esta obra de caridad, que consiste en que rueguen por el prójimo aquéllos que no ven, como yo veo, los efectos de esta oración.

3. La eficacia de la oración de los justos en la tierra y de los santos en el cielo.

Me ví en un espacioso lugar que no era de naturaleza terrena. El suelo que me sostenía o en el cual me mecía, era transparente como una gasa: a mis pies veía la tierra, como de noche, y en ella muchas imágenes. Alrededor se transparentaban, en espacios ilimitados, ejércitos de espíritus formando coros. No eran propiamente santos, sino almas orantes que tomaban algo de abajo y de arriba y lo cambiaban. Tomaban oraciones, oraban, velaban, pedían auxilio de los coros más altos, los cuales enviando auxilio de regiones más altas, atendiendo a sus súplicas, entraban, ya más, ya menos, en las regiones de la luz. Los más altos eran los santos. Los que me rodeaban, parecían almas destinadas por Dios para ver los peligros de la tierra y pedir auxilio. Cada uno de los oficios y estados parecían tener allí almas que rogaban por ellos. Todo lo que me rodeaba era activo en mutuas obras de caridad.

Yo también oré, porque he visto mil necesidades y Dios envió auxilio por medio de sus santos. El efecto de la oración se manifestaba instantáneamente, ya surgiendo algún obstáculo inesperado que impedía que se cometiera el pecado, ya ofreciéndose alguna circunstancia, al parecer casual, ya mudando de opinión a alguna persona. Ví, por ejemplo, que moribundos impenitentes se convertían por la virtud de la oración y recibían los sacramentos. Ví a otros que habiendo dado caídas peligrosas o estando a punto de ahogarse, se salvaron por la oración. Siempre me parecía que era casi imposible se salvaran si no se hubiera rogado por ellos. Ví que lo que había de ser causa de la ruina de alguno, era removido como leve paja mediante la oración: admiré la justicia de Dios. Mi guía me exhortó de nuevo a orar y a pedir a mis conocidos que oraran por la conversión de los pecadores, por los sacerdotes, para que sean firmes y constantes en la fe, pues se acercan tiempos difíciles y los enemigos de la Religión Católica no perdonan medio alguno para introducir en la Iglesia el cisma y la discordia. La confusión será cada vez mayor.

4. Ve en un cuadro ángeles y santos y el efecto de la oración.

Mi guía me subió a lo alto, como por una escalera infinitamente elevada, y ví desde allí que otras almas, que hacían oración en diversos lugares, fueron subidas como por hilos. Yo estaba arriba, a unas cinco gradas bajo el nivel de una grande y admirable ciudad resplandeciente. Descorrióse por ambos lados una especie de cortina azul inmensamente grande y ví el interior de aquella reluciente ciudad. Las calles de los palacios y los jardines confluían al centro donde todo brillaba con singular fulgor, de tal modo que no resistían mis ojos a tanto esplendor. Allí donde me dirigía con el deseo durante la contemplación, se me mostraba otro orden de santos y de ángeles y yo pedía su intercesión a todos los coros de santos y a todos los ángeles.

Ví que las vírgenes y los mártires eran quienes primeramente ofrecían sus ruegos ante el trono de Dios. Después venían los coros y la Santísima Trinidad parecía acercarse como un sol saliendo de entre nubes. Ví ahora a estos coros como si fueran pequeñas formas lúcidas, cuales ángeles luminosos, pequeños y finos. Ví a los querubines y serafines, ángeles alados, cuyas alas eran de rayos de luz, que incesantemente se movían. Ví también otros coros de ángeles y arcángeles y a los ángeles custodios. Con las santas vírgenes ví a muchas que habían vivido en estado de matrimonio, como Santa Ana y a otras de los primeros siglos; a Cunegunda (*) y a otras mujeres castas; pero no ví a Magdalena. En esos jardines no ví animales ni aves. Cuando miraba al suelo, delante de mí, veía las gradas donde estaba: a izquierda y derecha era todo ceniciento, y mirando a la cortina, era de color azul.

Por detrás, como si fueran islas, ví toda clase de ciudades, campos y jardines. Estos lugares eran de la tierra, que se levantaban a medida que mis ojos se dirigían hacia ellos. Ví allí a muchos que hacían oración: sus oraciones eran como vías que se componían de palabras luminosas o como cartas que subían al cielo y entraban en el pecho de los ángeles y de los santos, en cuyos rostros se reflejaban con mayor resplandor dirigiéndose al trono de Dios.

(*) Santa Cunegunda, hija de los Condes palatinos del Rin, a quien San Enrique tomó por esposa y vivieron en el matrimonio como hermanos. Después de la muerte de San Enrique entró Cunegunda en el monasterio de San Benito que había fundado, donde vivió aún 15 años como santa religiosa.

He visto que algunas oraciones eran negras y caían al suelo; otras, que habían quedado incompletas, fueron apoyadas por otros y encaminadas al cielo. Ví en los ángeles mucho movimiento, pues subían y bajaban; lo mismo ví en los santos. Ví que fueron socorridas muchas necesidades, por ejemplo, la de algunos barcos que estaban en peligro de zozobrar. No deja de ser extraño el vivo deseo que siempre sentía de ver lo que ocultábase detrás de la cortina.

Creo que me ha salido sangre de la cabeza durante la gran visión en que se me ha mostrado la intercesión de los santos, pues en ella ví mucho respecto a penas amargas y trabajos. Mientras cada uno de los santos presentaba ante el trono de Dios lo que había sufrido por los pecadores, se representó ante mis ojos lo que pasaron; y ví todas las espinas de la corona y otros instrumentos de la pasión.

5. Ve la dignidad y virtud del santo Rosario.

Ví el Rosario de María con todos sus misterios. Cierto piadoso solitario había honrado a la Madre de Dios tejiéndole guirnaldas de flores. Tuvo una inteligencia profunda de la significación de las flores y hojas de aquellas guirnaldas, las cuales eran ofrecidas por él cada vez con mayor fervor. Entonces la Virgen pidió para él una gracia a su divino Hijo; la gracia fué concedida y es el santo Rosario. Ví el Rosario rodeado de tres órdenes de hojas de diferentes colores, en las cuales estaban representados, en figuras transparentes, todos los misterios de la Iglesia, del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el centro del Rosario estaba María con el Niño, por un lado rodeada de ángeles y por otro de vírgenes, que se daban las manos unos a otros.

La cruz salió de un fruto semejante a la manzana del árbol prohibido; penetrada de parte a parte, su color era especial y estaba llena de pequeños clavos. En la parte interior ostentaba la imagen de un mancebo, de cuya mano salía un sarmiento que se extendía por los brazos de la cruz, en la cual se veían otras figuras que sorbían el jugo de los racimos. La unión de los granos estaba formada por rayos o hilos de diferentes colores, entrelazados a modo de raíces, según su significación natural y mística. Cada uno de los Padrenuestros estaba rodeado de una guirnalda de hojas, de entre las cuales salía una flor en la que se veía la imagen de alguno de los misterios dolorosos o gozosos de María. Las Avemarías eran estrellas de piedras pre-

ciosas; en ellas estaban figurados, por su orden, los patriarcas y ascendientes de María en obras que se referían a la Encarnación y a la Redención. De esta suerte el Rosario comprende cielo y tierra, a Dios, a la naturaleza y a la historia, y la restauración de todas las cosas mediante el Salvador que nació de María.

Este es el Rosario tal como la Madre de Dios se lo ha dado a los hombres, siendo la devoción que más le agrada. Pocos lo rezan bien. Sólo la gracia, la sencillez y la piedad pueden comprenderlo; velado y distante de todo lo terreno, sólo se acerca a las almas mediante la meditación y el ejercicio de esta devoción.

6. De la manera de orar.

Es verdad que el enemigo trata de impedir al hombre que haga oración, y cuanto más devota es esta oración, mayor empeño pone él en combatirlo. Sobre este punto me fué mostrada una vez esta semejanza: hallábame en una hermosa iglesia y ví a tres mujeres que hacían oración. Detrás de ellas había una figura horrible, la cual empezó a halagar a la primera de las mujeres, que no tardó en dormirse. Se acercó luego a la segunda con el mismo intento; pero no pudo conseguirlo del todo. Habiéndose llegado a la tercera, la golpeó y maltrato tanto que tuve gran compasión de ella. Pregunté a mi guía qué significaba aquella visión y él me respondió que era un símbolo de la oración. La primera mujer había empezado a orar sin fervor ni gravedad y por esto la durmió luego el demonio; la segunda era mejor que la primera, pero también tibia; la tercera era buena y su oración muy fervorosa, por lo cual la tentación fué más violenta, pero felizmente la rechazó.

Es oración especialmente agradable a Dios la que se hace por los demás y sobre todo por las almas del Purgatorio. Rogando, pues, por ellas pone uno su oración a buen rédito. Yo por mi parte me presento delante de Dios, sumo Señor, como sierva suya y hago mi oración diciendo: "Haz, Señor, de mí lo que sea tu voluntad", y me retiro tranquila, pues un Padre tan bueno y amoroso no puede menos que darme pruebas de su bondad.

Las almas del Purgatorio sufren tormentos indecibles. La diferencia entre los tormentos del Infierno y los del Purgatorio está en que en aquél no hay sino desesperación, mientras que en el Purgatorio reina la esperanza. El mayor tormento de los condenados es la cólera de Dios. De esta cólera podremos concebir alguna idea pensando en el espanto de una persona que

ve venir sobre sí a un hombre encendido en ira y no le es posible huir de su poder y de sus amenazas.

7. La oración del Peregrino.
(25 de Julio de 1821)

El Peregrino no procede con solemnidad y gravedad; recita sus oraciones con ansiedad, una después de otra, lo más brevemente posible. A menudo veo toda clase de malos pensamientos pasarle por la cabeza: tienen la apariencia de bestias extrañas y feas. El no las retiene ni se apega a ellas, pero no las desecha tampoco con presteza; parece como si se hubiese habituado a ellas. Estos pensamientos corren por su mente como por un camino ya abierto y acostumbrado.

(El Peregrino comenta: "Es demasiado cierto").

Veo salir de la boca de los que rezan una línea de palabras que surge como una flecha de fuego y penetra hasta Dios. Veo y reconozco en aquellas palabras la forma de los caracteres con los que suelen escribir los que rezan y leo algunos de ellos. Estos caracteres de escritura varían en los diversos hombres. En la misma corriente de la oración algunas frases son de fuego, otras más pálidas, otras corren lejos, algunas transportan y son más breves. En fin, sucede como cuando se escribe.

8. Como presta ayuda a los necesitados.

Siempre que en mi camino hallo alguna necesidad para cuyo remedio quiere el Señor escuchar de los hombres alguna oración, soy conducida al lugar donde está el necesitado. Veo en tales casos al punto la raíz del mal y muchas veces una escena en que se muestra por completo. Llego al lugar donde duerme el necesitado o me acerco a él, si está despierto, y ofrezco a Dios alguna oración desde lo íntimo de mi corazón para que se digne admitir, en provecho de aquel infeliz, lo que él no puede o no sabe ofrecer. Muchas veces tengo que aceptar en tales casos algún sacrificio. A veces se trata de personas que pidieron la oración de otros y aún la mía. De aquí esos viajes de socorro que tan frecuentemente tengo que hacer. Entonces veo a esas personas volverse a Dios y ser consoladas y comprendo que habrán de recibir pronto lo que les falta, aunque raras veces por modo extraordinario, pues lo reciben según el orden natural de las cosas, aunque muchas veces sin esperarlo; lo cual da a entender que las necesidades corporales y espirituales son más bien efecto de la mano de los hombres, que se

cierra por incredulidad y desconfianza, en vez de levantarse filialmente para pedir y recibir, como si la mano de Dios no diera de buena gana o no estuviera El presente. Este mismo oficio que he recibido yo, que tengo la gracia de ver, es la misma mano de Dios que envía al corazón ciego que no da entrada a la gracia, un corazón que ve y que la recibe, para que le sirva de canal por donde se comunique la abundancia de la misericordia. Muchas veces debo impedir, en mis viajes, el mal aquí y allá mediante mi intervención, ya difundiendo temor y espanto, ya turbando e interrumpiendo a los que están a punto de causar el daño. Muchas veces he despertado a madres en ocasión que amenazaba peligro a sus hijos.

9. Obras y oraciones en favor de los necesitados.

Muchas veces me veo conducida en espíritu por mi guía a lugares donde se ven patentes las necesidades de los hombres: unas veces me veo en las cárceles; otras, junto a los moribundos o al lado de los enfermos, de los pobres, de las familias, entre querellas y pecados. También veo a muchos malos sacerdotes; veo oraciones desagradables a Dios, abuso de los sacramentos y de las cosas santas. Veo que los hombres desprecian las cosas santas, los auxilios y consuelos, sobre todo aquel consuelo perpetuo cuya fuente es la Eucaristía, y que se apartan del Señor y le despiden con violencia. Veo a todos los santos moverse íntima y suavemente para ayudarles y veo que ellos pierden los auxilios que a cada momento se les ofrecen del tesoro conferido a la Iglesia por los méritos de Cristo.

Esto me duele en el alma. Por mi parte recojo en mi corazón todos estos dones perdidos y doy gracias a Dios por ellos, diciéndole: "Compadécete, Señor, de tus criaturas, ciegas y miserables. No saben lo que hacen. No mires esta vez su iniquidad. Guarda aún estas gracias para esos pobres ciegos; guárdalas para después otorgarles este auxilio. No permitas que se pierda para ellos tu preciosísima sangre"

El Señor oye muchas veces mis súplicas y veo con mucho consuelo que se digna venir otra vez en auxilio de esas almas. Cuando hago oración por los necesitados en general, voy ordinariamente al *Vía crucis* de Koesfeld y en cada estación pido al Señor por ellos. Entonces se me ofrecen muchas visiones en las cuales veo las necesidades y el socorro de ellas, cuando miro a derecha o a izquierda de la estación, en escenas que se me presentan a cierta distancia.

Hoy estaba arrodillada en la primera estación, orando por los que se preparan a confesarse, para que Dios les conceda la gracia de dolerse de sus pecados y de confesarlos todos. Entonces ví en diferentes lugares a muchas personas orando en sus casas o yendo y viniendo de sus negocios y quehaceres, puesto el pensamiento en el estado de su conciencia y ví a sus corazones y los moví con mis oraciones a que despertaran del sueño del pecado. Veíalas mientras rogaba por ellas. Después veía a los que quieren ir a ver a mi confesor, y me siento movida a decirle cómo se ha de conducir con esta o aquella persona.

En la segunda estación pedía por aquéllos a quienes la miseria y la pobreza en que viven no les dejan dormir, para que Dios les infunda consuelo y esperanza. Y ví en unas miserables chozas a algunos que yacían sobre la paja pensando en que les faltaba el pan para el día de mañana: éstos con el influjo de mi oración pudieron conciliar el sueño. En la tercera estación pedía que desaparecieran las rencillas y discordias. Ví a un labrador que vivía en grave discordia con su mujer: al rogar por ellos, se aplacaron, se perdonaron y se dieron las manos. En la cuarta estación rogaba por los caminantes para que desecharan todo pensamiento mundano y fueran en espíritu a Belén en busca del Niño Jesús. Ví alrededor de mí a muchos hombres que iban en diferentes direcciones llevando las provisiones en la espalda. Uno de ellos iba muy distraído con pensamientos mundanos. Rogué por él y ví que tropezando con una piedra del camino cayó por tierra y dijo: "El demonio es quien ha puesto aquí esta piedra". Pero al punto se repuso y quitándose el sombrero empezó a orar tranquilamente y a dar gracias a Dios. En la quinta estación rogaba por los cautivos que, habiendo perdido la esperanza, no piensan en el tiempo santo, privándose así de este magnífico consuelo; entonces era yo también la consolada. Lo demás se me ha olvidado...

10. Se le muestra el bien que puede hacer en su estado de enfermedad.

Cuando pensaba en que estoy postrada en cama en tan lamentable estado, decía al Señor: "¡Ay de mí! Otros ayudan y trabajan, mientras yo estoy aquí sin movimiento". Le pedía se dignara darme alguna obra que pudiera hacer. Entonces ví de repente una taberna donde disputaban varios hombres. Rogué a Dios de corazón que se aplacaran estos hombres y ví en efecto que se avinieron al punto y recobraron la paz. Después me

acordaba de caminantes pobres carentes de auxilio. Ví de repente a un hombre triste y miserable que se arrastraba por el camino y no tenía qué comer, ni sabía donde iba a pasar la noche. Me moví a compasión al verle y pedí por él. Entonces apareció un caballero que le preguntó adónde iba y de dónde era. El caminante contestó y nombró las ciudades de cuyo nombre no me acuerdo; el caballero le dió algunas monedas y continuó su camino. Admirado quedó el hombre contemplando aquel dinero: eran como cuatro duros en muchas piezas. No acertaba a explicarse la razón por qué le habían dado tan considerable suma. "Dios es admirable, dijo. Si hubiera llegado a la ciudad antes, no habría reunido tanta cantidad". Entonces ví que estaba pensando en qué iba a emplear aquel dinero; todavía me parece que le estoy viendo.

Después me condujo mi guía a un lugar donde había unos veinte enfermos, cuyas llagas exprimí con mis labios para curarlos. Mi guía me indicó esta obra de caridad y yo lo hice ciegamente. Fuimos atravesando puertas y paredes hasta donde estaban los enfermos y él me dijo lo que yo tenía que hacer. Veo las cosas penetrándolas de parte a parte y aunque haya muchas personas alrededor de los enfermos, todavía los veo. Los enfermos parecen dormidos o desmayados, cuando los voy a socorrer; después mejoran. En Koesfeld he socorrido a varios de ellos esta misma noche. A algunos los conozco, en particular a un mancebo de doce años de quien he de informarme. Sólo en países cristianos acudo con tales auxilios; en los países remotos de paganos voy como navegando sobre la oscuridad, y pido a Dios, muy compadecida, que ilumine a sus moradores.

11. Asiste a enfermos espirituales.

También he tenido que asistir a enfermos espirituales. Fuí conducida por mi guía a un hospital espiritual, lleno de enfermos de todas clases, de diferente estado, sexo y condición. Había allí innumerables hombres a quienes conocía y otros desconocidos. Mi guía bendecía agua que yo llevaba en un calderillo. También llevaba reliquias de santos, pero sólo las usaba en secreto. Todos aquellos padecían enfermedades espirituales que consistían en pasiones y pecados; y estas pasiones se reflejaban exteriormente en el cuerpo. Su situación se manifestaba en la mayor o menor pobreza o comodidad de su lecho. Yacían sobre paja en la tierra; otros en camas limpias o desaseadas en lo cual se veían sus disposiciones buenas o malas. Unos estaban

acostados; otros podían sentarse en la cama. No hablé con ellos ni ellos conmigo. Pero cuando los vendaba o exprimía con mi boca sus llagas o las rociaba con agua bendita o los tocaba secretamente con reliquias, se alegraban y sanaban. Los que habían pecado por pereza, tenían las manos o los pies paralíticos; los inclinados al robo o a seguir otros malos caminos padecían espasmos o convulsiones, o tenían llagas en los miembros respectivos. Había también enfermos de la cabeza: eran los que se atormentaban a sí mismos con inútiles cavilaciones. Parecía que tenían embargados los sentidos y que fluctuaban y daban con la cabeza contra algo, y después recobraban la razón.

Me dieron mucho que hacer los moradores de esta ciudad y los de otros lugares lejanos, así como los protestantes, entre ellos una joven que padecía en estado de rigidez. Tenía esta joven a lo largo de su cuerpo cardenales a modo de venas y parecía estar amoratada a fuerza de golpes. La rocié con agua bendita y la curé. Al fin de mi trabajo fuí ayudada por algunas vírgenes. Mi guía me reprendió severamente porque seguía creyendo que no hacía nada, pues, por lo visto, todo esto venía a ser obra mía. Dios emplea a cada uno de diferente manera.

Llegué luego a un hospital de soldados de todas clases, que estaba no sé en qué lugar, defendido de la intemperie. Veíanse en él alemanes y extranjeros que parecían prisioneros y venían en carros. Muchos de los que conducían estaban vestidos con casacas grises. Algunos parecía que se elevaban un tanto en el aire, los cuales tenían el alma enferma y su enfermedad se manifestaba en dolencia corporal, como en el otro hospital. Yo estraba allí y ayudaba, curaba y vendaba y hacía hilas. En mi compañía iban santos que me ayudaban y ocultaban a mis ojos, como en una noche oscura, cuanto había allí de vergonzoso, pues muchos de estos infelices estaban desnudos.

Por último llegaron otros muchos enfermos con heridos corporales: éstos no yacían en el aire sino en la tierra. El olor que exhalaban las llagas de las enfermedades espirituales era mucho más fétido que el de las corporales; aquéllas proceden de lo íntimo del corazón; las corporales no causan tanta repugnancia exterior como las del alma. Las heridas corporales no son tan profundas ni exhalan tan mal olor; pero a quien no las entiende le parecen más espantosas que las espirituales. Las llagas del alma se curan a menudo con la paciencia, con la cual se remedian las del cuerpo. Yo daba todo lo que poseía; he repartido toda la ropa de mi cama y mi ropa blanca y todas las de Lambert; pero cuanto más daba, mayor me parecía la

necesidad y nunca tenía lo bastente. Otras personas caritativas me han traído nuevas ropas que repartir. Mabía allí una habitación destinada a oficiales para los cuales procuré cosas algo mejores. Entre ellos había algunos enemigos míos; y me alegré de poderles hacer algún bien. A uno de ellos no podía servirle porque pedía caprichosamente un médico en quien concurrieran circunstancias tales que no había quien las reuniese todas. El aspecto de este infeliz era horrible. Después vinieron todavía para ser curados otros conocidos míos, labradores, moradores de la ciudad y sacerdotes.

12. Ve la significación y las consecuencias de sus oraciones y trabajos.

Ví a todas las personas a quienes había curado, ya exprimiendo con los labios sus llagas, ya haciendo obras en espíritu o en realidad. Me dijo mi Esposo que todas aquellas curaciones hechas en espíritu y con verdadero deseo, eran verdaderas curaciones y que hube de obrarlas en espíritu porque no era posible entonces hacerlo corporalmente.

Cuando yo era niña, y después, estando en el convento trabajaba en el jardín, sentíame impulsada a pedir a Dios que se dignara hacer en favor de los hombres lo mismo que estaba yo haciendo por las plantas. Muchas veces obtuve esta clara explicación: así como las criaturas tienen cierta semejanza entre sí, de suerte que unas cosas pueden ser consideradas como parábolas de otras; así en la oración y trato con Dios se puede obrar con devoción y amor, en la imagen o semejanza de una cosa, lo que no es posible hacer en las cosas o personas mismas, porque lo impiden las circunstancias y coyunturas humanas. Así como alguna imagen o semejanza puede ilustrarme, conmoverme y excitarme con la relación a aquello que representa, así puedo ejercitar el amor y la solicitud que no me es dado mostrar directamente para con esta o aquella persona, en la imagen o semejanza que de ella poseo; pues si esto lo hago en Jesús y por Jesús, el mismo Jesús lo trasmite, mediante sus méritos, a las personas mismas. Por esta razón Dios misericordioso, en mi oración y deseo de ayudar a otros, me muestra tantas imágenes vivas de diferentes trabajos en los cuales pido salvación y auxilio de éste o aquél. Entendí además cuán inefable gracia es que Dios ofrezca tales imágenes y trabajos y que acepte como verdadero y real el trabajo que se hace en imagen o en espíritu y que pueda computarlo a la Iglesia como parte del tesoro de la

cooperación de uno de sus miembros. Pero este trabajo y cooperación en favor de otro ha de hacerse en la Iglesia, en unión con los méritos de Jesucristo; los necesitados y extraviados sólo pueden recibir auxilio de la Iglesia en cuanto son miembros del cuerpo de la misma Iglesia, y, por consiguiente, la virtud saludable que hay en ella debe ser excitada y difundida como acaece en un cuerpo. En esto consiste la cooperación; todo lo cual es más fácil sentir que expresar.

Paréceme cosa por demás admirable que casi todas las noches haya de hacer tan largos viajes y tenga tantas cosas que obrar. Muchas veces, pensando en esto, me he dicho: "Cuando estoy viajando o ayudando a alguno, todo me parece natural y verdadero; ¡mas he aquí que me hallo enferma y en miserable estado dentro de casa!" Acerca de esto se me hizo la siguiente advertencia: "Todo lo que se desea hacer y padecer de todo corazón por Jesús en favor de la Iglesia y del prójimo, se hace y padece realmente en la oración".

13. Sufre por el abate Lambert.

(9 de Diciembre de 1820)

Esta noche no he dejado en paz a la Madre de Dios. He estado sentada a su lado cosiendo con mucha diligencia una gorra y se la he mostrado diciéndole que la hacía para su Hijo, y pidiéndole que aliviara a Lambert, que se halla enfermo. Esto se me hacía muy recio; pero no por eso he dejado de suplicar, diciendo: "¡Es preciso, es preciso!" Yo únicamente pedía que él sufriera con paciencia, de modo que no reciba detrimento alguno su alma; consuelo, sólo pedía alguno, pero para él. Tuve que aceptar muchas penas porque era forzoso padecerlas.

Cuando así oraba, ví a muchos enfermos, unos detrás de otros, por todo el mundo. Me dijeron que también a éstos debía socorrer. Cuando tengo un momento de gracia se me ponen todos delante. Así he pasado gran parte de la noche orando, trabajando y visitando a los enfermos. Con alegría supe que al mediodía me enviaba Lambert un saludo y que se sentía mejor y había comido con apetito.

14. Sufre por los desórdenes del Carnaval.

Tengo que ver los horrores de la disolución, aún los pensamientos y la maldad interior de los corazones, los lazos que tiende el demonio, las vacilaciones y la confusión de las almas

y finalmente sus caídas. En todas partes veo al demonio y tengo que correr, que deslizarme, padecer, persuadir, pedir a Dios y ofrecerme a padecer el castigo. Entre tanto veo el ultraje que estos insensatos hacen al Redentor y Salvador mío. Lo veo desgarrado y cubierto de sangre y de salivas. Veo las diversiones, al parecer inocentes, en toda su espantosa desnudez y en todas sus consecuencias. Lacerada de esta suerte por el espanto y la compasión paso de un martirio a otro y alcanzo aplazamiento y gracia en favor de los pecadores. Veo esto entre los seglares y entre los sacerdotes: éstos son los que más me atormentan. Tan abatida estaba que ya no podía sufrir más y supliqué al Angel de la Guarda que indujera a los ángeles custodios de varios individuos, que me causaban mucha compasión, a prestarles auxilio.

(Marzo de 1821, Miércoles de Ceniza). Esta noche he pasado todos los dolores y quebrantos que en mi modo de ver puede atormentar el cuerpo de un hombre. Finalmente sentí un agudísimo dolor en los oídos. Me puse un poco de aceite bendito y de algodón... ¡Todavía otro baile! Fuí enviada a una aldea, cuyos moradores estaban aún bailando, para que les dijera algo; creo que lo dije solamente con el aliento, como soplando. Azuzaron contra mí a un perro que parecía furioso. Al principio tuve miedo, pero luego comprendí que no podía morderme porque no estaba allí en cuerpo. Entonces me encogí en un rincón y ví que el perro era el demonio. Al fin pude cumplir mi encargo, de suerte que el baile cesó.

(Pascua de 1823). He tenido que llevar a un hombre por fuerza a la iglesia, ante el sagrario. El no quería ir, y resistiéndose a mi impulso, casi me arrojó al suelo. Padecí horriblemente y sentí tan vivos golpes en el corazón como si se hiciera pedazos.

15. Ve la condenación de un alma pecadora.
(27 de Octubre de 1821)

Esta noche he tenido una espantosa visión que no quiere apartarse de mi mente. Ayer tarde hacía oración por los moribundos y fuí conducida junto a una mujer que estaba por perderse. Luché con Satanás junto al lecho de la enferma; pero el demonio me echó de allí: era demasiado tarde. Me es imposible declarar el dolor que experimenté cuando el enemigo se llevó consigo esa alma, quedándose el cadáver, desfigurado y horri-

ble. No pude llegar hasta donde ella estaba; sólo la ví desde arriba, desde cierta distancia, desde donde la miraban también los ángeles.

Esta mujer estaba casada y tenía hijos. Era tenida por muy buena, y vivía según el mundo y la moda. Tenía trato ilícito con un sacerdote y había callado en la confesión este pecado, que era en ella costumbre de largo tiempo. Había recibido los santos Sacramentos y todos se hacían lenguas de su buena preparación y disposición para morir; pero ella sentía remordimientos. Entonces el demonio le envió una vieja funesta, amiga de la enferma, a quien ella manifestó su inquietud; pero la vieja le dijo que desechara aquel pensamiento y que no diera escándalo; que con lo que había hecho podía estar tranquila, pues había recibido los Sacramentos con edificación de todos y que debía presentarse con segura confianza en la presencia de Dios. Luego mandó que la dejasen sola y tranquila. La enferma, próxima ya a la muerte, deseó en su imaginación al sacerdote con quien había pecado. Cuando yo entré, ví a Satanás en forma de aquel sacerdote, orando delante de ella. Ella no oraba, pues se moría con malos pensamientos. El maldito le decía en voz alta el antiguo Salmo: "Israel, espera en el Señor, pues en El hay gracia y superabundante redención"... ¡Escena horrible!... ¡Yo le dije a él que le hiciera una cruz en la boca; pero él no podía! Todos mis esfuerzos resultaron inútiles; era ya tarde; no me era posible acercarme a ella, y murió. Era espantoso ver a Satanás llevarse a aquella alma. Lloré y grité. La vieja funesta entró entonces y consoló a los parientes de la difunta, hablándoles de su hermosa muerte.

Cuando pasé por el puente que conduce a la ciudad, me encontré con muchas personas que querían ir a casa de la difunta. Yo decía para mí: "Si hubiérais visto lo que yo he visto, ciertamente huiríais de su presencia". Todavía estoy padeciendo y temblando de pies a cabeza.

16. Ayuda a bien morir a un escritor.

En la misma ciudad donde había muerto aquella infeliz, acerquéme al lecho de muerte de un escritor, hombre honrado, que por ignorancia había escrito algunas cosas nada buenas, de las cuales ya no se acordaba. Había confesado y recibido el Viático y después, por instigación del demonio, le habían dejado solo los que le asistían. Entonces se le presentó el enemigo en varias formas, atormentándole y angustiándole en gran mane-

ra. Puso delante del moribundo la imagen de muchos a quienes hacía daño con lo que había escrito: esto le afligió mucho.

Así iba a expirar aquel hombre, enteramente abandonado, pero mi guía me condujo a su lado y con mis oraciones logré que viniera apresuradamente un sacerdote. El enfermo le conoció y le pidió que le dejara, pues tenía negocios pendientes con los que allí estaban. Advirtió el sacerdote que deliraba y le roció con agua bendita, dándole algo que llevaba al cuello para que lo besara, con lo cual el enfermo volvió en sí y declaró al sacerdote su angustia. Aquí erró el golpe el enemigo, porque si no hubiera afligido al enfermo, no se habría acordado éste de semejante escrito. Ví que mandó traer papel y que el sacerdote y otros testigos pusieron las cosas en su punto. El escritor murió tranquilamente.

También he ayudado a bien morir a jóvenes que se iban a condenar por causa de los desórdenes de los bailes.

De un bebedor que murió en mal estado, Ana Catalina dijo: Los demonios están con él, a modo de cachorros, mamando.

17. Padece por un hombre desesperado.

(Sábado Santo de 1822)

Santa Ana ha sido quien lo ha hecho. Durante todo este tiempo he rogado a la Santa por ese hombre; ella ha conseguido la gracia; es la patrona de los desesperados y de los atormentados por el demonio. En estos días he padecido terriblemente por aquel hombre; le estaba viendo desde hace mucho tiempo. Carece de fe; como se ha alejado del estado de la gracia, ha caído sobre él la maldición. Por haber cocido por superstición el corazón de un caballo entró en relación idolátrica con el demonio, la desesperación se apoderó de él, de tal manera que el domingo de Pascua asistió con odio en el corazón al santo Sacrificio del Hijo de Dios, que ha dado la vida por sus enemigos. Santa Ana le ha salvado. Si ahora no se enmienda radicalmente, le irá peor.

18. Sufre por los que se encuentran en peligro.

(22 de Agosto de 1822)

Por la tarde ofrecí mis dolores por los que están en peligro, para que salgan bien de él. Cuando comencé mi viaje acostumbrado a la mansión de bodas, mi guía me condujo a una elevada montaña, donde había un sabio con una pizarra en la mano

que trepaba las rocas. El sabio se cayó de cabeza desde lo alto; pero invocó a Dios, y yo llegué y lo llevé sobre mis hombros hasta un carro cercano. Por este sujeto he padecido mucho.

Después ví a algunos hombres con gruesas y largas varas y con garfios en los calzados, por las escarpadas rocas, que tiraban a una bandada de pájaros. Uno de los tiros habría herido en la cabeza a un cazador; pero como yo me puse de por medio, recibí en la cabeza todo el tiro de gruesos perdigones y sentí espantosos dolores. Tenía la cabeza como partida, y siguiendo la visión ví que aquellos perdigones eran todos semejantes a perlas (méritos). Entretanto gemía fuertemente con mi cabeza destrozada.

19. Padece por el bien de la Iglesia.

(25 de Noviembre de 1822)

Estas penas que sufro me han sido dadas el día de Santa Catalina para bien de la Iglesia y los obispos. Hoy he visto la vida de este santo mártir *(Santo Tomás de Cantorbery)* y las persecuciones que padeció, y he tenido siempre delante la tibieza y flaqueza de los pastores en nuestros días, cosa que me desgarra el alma.

20. Por qué la Iglesia fué fundada en Roma.

(Mayo de 1823)

Creí morirme de dolor, pero no obtuve consuelo alguno. Ofrecí mis padecimientos por aquellos infelices que careciendo de todo auxilio y consuelo desdeñan los santos Sacramentos. Estaba muy débil, pero ví en torno mío, de cerca y de lejos, sobre la tierra, innumerables escenas dolorosas de enfermos extraviados, de moribundos y prisioneros, privados de los auxilios de los sacerdotes y de los santos Sacramentos. Rogué a Dios para que los socorriera. Pero obtuve esta respuesta: "No lograrás gratuitamente esta gracia, pues debes merecerla con tu trabajo". Ofrecí hacerlo así y fuí a parar a un mísero estado. Me fueron atadas cuerdas a los pies y a las manos, de las que me tiraron en direcciones contrarias tan fuertemente, que creí me desgarraban todos los nervios. El cuello se me torció violentamente; los huesos del pecho se me levantaron, y la lengua se me quedó seca y pegada al paladar. Estaba a punto de morir, pero me consolaba saber que con mis padecimientos eran socorridas muchas personas.

¡He visto tanta desolación en la Iglesia a consecuencia de las faltas, negligencias y delitos! Aunque aquí, entre nosotros, son muy graves los males, todavía son mayores en otros lugares. He visto a eclesiásticos en tabernas, con malas compañías, mientras se morían sin sacramentos muchas personas que estaban confiadas a sus cuidados.

He vuelto a ver cómo las sectas secretas tiran a destruir por todas partes, con gran habilidad, la Iglesia de San Pedro. Trabajaban muy activamente con todo género de instrumentos, corriendo de una parte a otra y llevando consigo piedras arrancadas del edificio. Debieron dejar el altar, pues no pudieron llevárselo. Ví profanar y despojar una imagen de la Virgen. Me lamenté, en presencia del Papa, de que él pudiera sufrir que entre los demoledores hubiera tantos sacerdotes.

Ví por qué razón la Iglesia ha sido fundada en Roma, pues esta ciudad era el centro del impero del mundo y tenía comunicación con todos los pueblos. Ví también que Roma permanecerá como una isla, como una roca en medio del mar, cuando todo se convierta en ruinas en torno suyo. Ví que Jesús dio esta fuerza a San Pedro y que en premio de su sinceridad y fidelidad le puso a la cabeza de todos los apóstoles. Cuando el Señor dijo a San Pedro que le siguiera, él entendió que sería también crucificado.

Al ver a aquellos sectarios me quedé maravillada de su arte y habilidad. Tenían muchas máquinas y todo sucedía según habían calculado. Nada se derrumbaba por sí solo; las piedras parece como que desaparecían de entre las manos; no hacían ruido, miraban atentos a su trabajo destructor y ponían en juego todo género de malas artes. Algunos se entretenían en edificar: primero destruian lo que era santo y grande, y luego levantaban construcciones vanas y superficiales. Quitaban piedras del altar y con ellas hacían escaleras a la entrada.

21. Ve el caso del Padre Gassper.

Los exorcismos no producirían en mí ningún efecto, porque mi enfermedad no procede del espíritu malo. Sólo pueden ayudarme las bendiciones, la compasión y las oraciones en favor de aquéllos por quienes padezco. Siempre he tenido, desde que me acuerdo, una fe inconmovible en el nombre de Jesús y he socorrido a otros y me he ayudado a mí misma invocando este santo nombre. Estoy segura de haber tomado sobre mí, en este santo nombre, todo lo que ahora padezco.

He visto muchas enfermedades curadas por el Padre Gassner. Estas enfermedades me eran desagradables porque procedían de una raíz pecaminosa (*).

22. Amonestada por Jesús, se consuela de sus dolores.

(20 de Enero)

Pedía yo a Dios, con muchas instancias, se dignase concederme, en gracia de mis otros grandes padecimientos, alivio del mal que me atormentaba en el bajo vientre. Mi Esposo me respondió: "¿Por qué me lo pides hoy? ¿No será lo mismo mañana?... ¿No te has dado por completo a Mí, para que haga en ti lo que me plazca?"

Quiero entregarme enteramente a El para que haga en mí su voluntad. ¡Qué dicha la de padecer! ¡Bienaventurados los que son burlados y despreciados! Todo esto lo he merecido, y, sin embargo, estoy atendida con excesivo honor. Si fuera arrojada en medio de un camino y cubierta de salivas y pisoteada, besaría los pies de todos los que así me trataren. Santa Inés también padeció mucho. He visto sus dolores.

Me cuesta mucho trabajo aceptar los dolores de las personas poco sufridas, pues cuando los estoy padeciendo, no dejo de advertir en mí una insoportable tendencia a impacientarme, que me es preciso vencer. Hasta aquí me he conservado maravillosamente bien durante esta larga enfermedad. Ordinariamente de noche, y a veces de día, veo delante de mí, o a un lado, una mesa blanca de mármol, en la cual hay todo género de vasos con hierbas y jugos, y veo venir, ya unos santos, ya otros, ya mártires de uno y otro sexo a prepararme remedios, que son mezclados y pesados en una balanza de oro; generalmente son jugos de hierbas. Frecuentemente tengo que oler un ramo de flores o exprimir alguna sustancia con los labios. Estas medicinas calman a veces el dolor; pero de ordinario sólo sirven para dar fortaleza y poder padecer los extraños y entrelazados dolores que se siguen en seguida de tomarlos. Todo esto lo veo suceder con tanta claridad y orden que algunas veces he temido que el confesor, paseándose, andando y volviendo en mi habitación, tropezara con la mesa cargada de medicinas.

(*) Dotado del don de curaciones solía usar de las preces y exorcismos de la Iglesia afirmando que muchas enfermedades son castigos de los pecados y que el demonio adquiere cierto derecho sobre el cuerpo humano en fuerza del mismo pecado. Con Ana Catalina no podía usarse de tales exorcismos, ya que sus males provienen de Dios, que se los manda en expiación por los pecados de los demás.

Capítulo X

VISIONES DE TRABAJOS EN LA VIÑA DEL SEÑOR

INTRODUCCION

El 20 de noviembre de 1820 Ana Catalina dijo: "Hace veinte años que mi Esposo me envió a la mansión de bodas, donde me tendió en el tálamo nupcial sobre el cual permanezco hasta ahora". Con estas palabras descorrió un tanto el velo de su vida de expiación. La mansión de bodas es la Iglesia militante. Es muy extensa, pues abarca toda la cristiandad. Hay en ella huertos, jardines, árboles, frutas, establos, vacas, ovejas; hay trigales y viñedos, parte en buen estado, parte en malo, que significan los diversos estados espirituales de los prelados, sacerdotes, religiosos, monjas, fieles, herejes y cismáticos. Al final del año eclesiástico el divino Esposo controla las pérdidas y las deudas. Las deudas las pagan y expían las almas místicas, como Ana Catalina, con oraciones, trabajos y sufrimientos. La vidente recibe conocimiento del significado de las frutas, su influencia benéfica o nociva. Al referirse a las mieses y a las vides, expresa admirablemente que el trigo, pesado, terrenal, es la carne, el cuerpo; y que el vino, liviano, espiritual, es la sangre, el alma.

1. Ve a la Iglesia en forma de matrona.

(Adviento de 1819)

Fuí a Belén y encontré a la anciana matrona sobre el camino que lleva a la mansión de bodas. Estaba cubierta de tumores y de llagas que ocultaba bajo un manto deslucido. Invocando a Javier logré vencer la náusea y chupé las llagas de esta matrona. Entonces salieron rayos de luz de allí, que esparcieron gran claridad. Esta acción me resultó extremadamente dulce y placentera. A mi derecha apareció una señora radiante de luz, que quitó a la matrona el manto deslucido y duro, la revistió con su propio manto y desapareció. La matrona quedó con pocas heridas y se vió de nuevo resplandeciente. La conduje al jardín de la mansión de bodas. Parecía como si ella hubiese sido echada de allí y que, andando errante, hubiese caído enferma; no pude, por lo demás, conducirla dentro de la casa.

Encontré en el jardín muchas hierbas malas: casi todas las flores estaban sofocadas, porque los jardineros habían dividido y subdividido todo, y cada uno hacía según su parecer; no se consultaban, y bien poco se cuidaban del hombre de experiencia que estaba sobre ellos. Encontré también a éste enfermo y entendí que él nada sabía de las malas hierbas, hasta que no le crecieron bajo su misma ventana, en forma de cardos y de espinas. Entonces quiso que todo eso fuese arrancado y limpiado.

La matrona, que había recibido el manto de María, llevaba consigo un tesoro en un recipiente, un don santo obtenido por ella, pero que ella misma no conocía ya exactamente. Este tesoro es la misteriosa potencia espiritual y fuerza de la Iglesia, que los que estaban dentro, en la mansión de bodas, ya no deseaban o no comprendían. Pero esta potencia crecerá de nuevo en silencio y los que se oponen a ella saldrán de la mansión de bodas, y todo será restaurado.

2. Las obras de oración y de expiación aparecen en forma de labores de viña.

(20 de Junio de 1820)

Fuí conducida por mi guía a una viña situada al occidente de la mansión nupcial (*). Hallábase esta viña en estado lamentable. Muchos de sus sarmientos eran buenos y robustos, pero no habían sido podados ni ordenados, ni la viña estaba abonada ni cultivada. Las vides se hallaban entre ortigas, algunas muy altas y otras pequeñas. Allí donde la cepa era buena las ortigas crecían altas y recias, pero no punzaban tanto como las pequeñas que en gran número cercaban y consumían vides más endebles. En toda la viña no se veía ni camino ni sendero; todo estaba abandonado y cubierto de maleza. Ví en ellas muchas casas hermosas, pero tan abandonadas que hasta en las puertas había cardos y ortigas y en las ventanas había brotado la hierba. Adentro estaba en el más perfecto orden todo cuanto pertenece a la viña. Ví allí sacerdotes sentados leyendo y estudiando toda clase de libros inútiles: ninguno salía afuera a cultivar la viña. En el centro de ella había una especie de aldea en torno de la iglesia; pero no había camino alguno que condujera a la iglesia. Todo estaba lleno de malezas y toda la iglesia

(*) Se refiere a la mansión de bodas, de que trata extensamente en las *Visiones de las iglesias cismáticas y heréticas.*

cubierta de verdín. En ella se hallaba reservado el Santísimo, pero no había lámpara ante el altar.

Tan pronto como llegué a la viña conocí que estaban allí cerca los huesos de San Liborio, y en efecto los hallé en aquella iglesia; pero no eran tenidos en veneración allí. El Obispo parecía hallarse lejos de la iglesia y no había camino que condujera a ella. Lástima causaba ver la viña. Se me dijo que yo tenía que trabajar en ella. Había allí un cuchillo en forma de hoz, con dos filos, para podar las parras, una azada para cavar y un cesto donde llevar los abonos. Me fué señalado el trabajo que yo debía hacer. Esta labor era al principio muy penosa; pero al fin se hizo más llevadera. También me hablaron de vendimiar y de prensar uvas; pero esto lo he olvidado. Desde que empecé a trabajar en la viña, los dolores que siento son de otra manera. Me parece como si me atravesaran el cuerpo con cuchillos triangulares; los dolores se extendían a todos mis miembros; sobre todo me atormentan punzadas insoportables en los huesos y en todas las articulaciones, hasta en las de los dedos. Estaba trabajando en la viña abandonada cuando vino sobre mí una tempestad de nuevos tormentos. Yo no sabía absolutamente nada de las cosas que me rodeaban. Había trabajado tanto en la viña que desfallecí y sentí la dolorosa impresión de las espinas sobre las cuales estaba echada. Estaba muy encendida a fuerza de arrancar ortigas; y el cortar con el cuchillo corvo de hueso me producía dolores en el cuerpo y en todas las coyunturas. Ya he adelantado en mi trabajo hasta llegar a la primera casa, donde la viña está más abandonada.

En medio de mis vivos dolores puse sobre mi cuerpo las reliquias de San Ignacio y de San Francisco Javier, pidiéndoles alivio; luego me sentí aliviada. He visto a estos dos santos en lo alto; de ellos descendía sobre mí una luz que penetraba todo mi ser y sentí difundirse consuelo en todos mis miembros. "Mira, me dijo Santa Francisca Romana, yo he tenido que trabajar como tú y he venido a parar al lastimoso estado en que ves (estaba demacrada); pero no por eso he muerto".

3. Se le aparece Santa Clara de Montefalco.

Ya me quedan pocos días de trabajo. Gracias a los esfuerzos que he hecho he adelantado dos veces más que antes. La maleza la he reducido a polvo. Lo más difícil de limpiar estaba en una casa parroquial. Aquí se me apareció Santa Clara y me dijo: "Lo más trabajoso ha pasado ya".

(2 de Julio). El trabajo de la viña ha terminado. Las ortigas significan las pasiones de la carne. Me dijo mi guía: "Has trabajado bien; ahora tendrás algún descanso". Pero este descanso nunca me llega.

(15 de Julio). En la noche pasada he tenido un trabajo de oración. Se me mostró a un buen hombre, que está profundamente caído desde hace tiempo. He orado por él y por esto tiene ahora el corazón conmovido. El nada sabe de esto y desde hace tiempo no está aquí. Sentí, empero, que me sería presentado de noche y por esto en esta noche pasada he rezado fervorosamente por él, y sus disposiciones de espíritu han cambiado y quiere confesarse. Esta mañana, inesperadamente, se me presentó y lo he consolado. No sabe absolutamente que tengo un presentimiento de su estado y que le he ayudado y empujado por medio de la oración. Ahora está en el buen camino del retorno. Le he dicho lo que Dios me ha inspirado.

(8 de Agosto). He tenido que hacer con mucha fatiga el encañado de la parra en Koesfeld que se hallaba en lamentable estado: casi todos los racimos estaban medio podridos. Ví a muy pocos cristianos verdaderamente piadosos. Los sacerdotes estaban sentados dentro de sus casas. En un lugar por donde tenía yo que pasar había muchas personas que me injuriaban y después me enviaban a trabajar. He visto también a N... que mira siempre en alto y de soslayo, y deja que todas las cosas en torno de él se arruinen.

(10 de Agosto). Tuve que trabajar mucho en la viña a causa de la falta de caridad en el clero. Mi trabajo era semejante a los padecimientos que vinieron sobre mí en el jardín de Santa Clara, la cual también aquí me acompañó y me mostró un cuadro cubierto de maleza. En el centro de este cuadro había resedá y otro arbusto que en los países cálidos crece mucho; lo demás estaba cuajado de malas hierbas, entre las que se veían plantas con largas espinas. Como no sabía yo la manera de arrancarlas, Clara me dijo que me echara sobre ellas y que el premio de este trabajo lo obtendrían las hierbas buenas que crecían en medio de las malas. Además me refirió y me mostró muchas cosas de su vida. Ví que siendo ella niña se arrodilló para rezar junto a un rosal. Vino el Niño Jesús y le mostró un papel donde estaba escrita una oración: ella quiso conservar este papel, pero el Niño desapareció llevándoselo. Todavía sé algo de aquella oración: "Alabada seas, María, por el dulcísimo Corazón de Jesús. Alabada seas, María, por la salud de las

benditas almas del Purgatorio. Alabada seas, María, por todos los serafines y querubines". Al tiempo de decirla, Clara debía besar el suelo. El final de la oración no lo recuerdo. Me arrojé, pues, sobre la maleza y fuí desgarrada por las espinas. Los dolores que sentí, especialmente en los miembros, fueron tales, que no pude menos que gritar.

(11 de Agosto). Esta noche he vuelto a estar sobre las espinas en la viña, completamente sola, significándose aquí los sacerdotes poco caritativos. Me desperté, gracias a Dios, a las tres de la mañana.

(12 de Agosto). Esta noche concluí una labor muy difícil, en la cual me ha consolado y confortado Santa Clara. Tuve que echarme sobre numerosos sarmientos oblícuamente cortados; esto me causaba espantosos dolores. Clara me dijo que cada púa significaba un párroco y que produciré muchos racimos si ofreciere mi amor y mis dolores por el bien de estos sacerdotes, en unión con la pasión de Cristo. Entonces ví muchísimas parroquias a las cuales les venían grandes bienes por mis sacrificios.

4. Trabajo en los viñedos de un pomar.
(29 de Julio de 1820)

Estuve en un pomar en torno del cual se erigían colinitas cubiertas de viñedos, algunas iluminadas por el sol, otras situadas a la sombra. En aquel huerto de manzanas se levantaba un edificio redondo a modo de cantina. Adentro había barriles y toneles y un gran recipiente de madera que tenía debajo muchos agujeros. Tenía doble fondo y era una prensa. Fué una de las antiguas monjitas la que me acompañó en el huerto. Tuve que recoger aquellas manzanas y las tomé de un árbol alto, y me dolían mucho los brazos. En el gran recipiente eché un delantal lleno de manzanas. Me fué dicho no echar ninguna que no fuera madura. Y mientras pensaba que aquella pequeña cantidad recogida por mí no valía la pena de ser exprimida, me fué mostrado cuanto jugo iba a salir de allí. No comprendo el significado de esta escena; es, por otra parte, el principio del trabajo que me había sido anunciado.

5. Trabajo en favor de ciertas comunidades.
(30 de Julio de 1820)

En aquel huerto había tan sólo una manzana grande. Hoy no recogí ningún fruto. Sólo tuve que enderezar, trasplantar,

poner sostén a las plantas colocadas bajo aquel árbol, quitar lo seco, regar las marchitas y ponerlas a la sombra. Me fué indicado que todo esto se refiere a los sectarios. Aquel árbol tenía manzanas demasiado maduras y picadas de gusanos; algunas estaban podridas por exceso de jugo y en éstas los gusanos eran las consecuencias del orgullo, de la obstinación y de una mezcla común muy peligrosa. Estas manzanas, al caer del árbol, gastaban las plantitas puestas debajo, comunicándoles los insectos. Si fueran recogidas y echadas en la prensa, darían una bebida que podría usarse.

Estas manzanas significaban los maestros y doctores de las comunidades seducidas, representadas en las plantas puestas al pie del árbol mismo. Mis compañeras en este trabajo eran las antiguas beatas monjitas de mi convento. Tuve en seguida una representación del estado de esta gente. Ví entre ellos a los que habían emigrado hacia el norte sobre caminos muy peligrosos, más divididos y separados que los demás; conocí cuanto se debe orar al Señor para que quite las plantas más orgullosas y tupidas de estas comunidades, para que las mejores pudieran ser conservadas en favor de la Iglesia.

6. Otros trabajos de huerto.

(2 de Agosto de 1820)

Tuve que trabajar seriamente en el jardín la pasada noche Apenas había terminado con la cosecha de las manzanas, empecé el trabajo sobre una de las colinas y viñedos situados en derredor. Tenía muy cerca de mí una tinaja. Racimo por racimo tenía que juntar los granos maduros y hasta los demasiado maduros y echarlos en la tinaja, de modo que hasta los ácidos tuviesen tiempo de madurar y no se originase podredumbre. Cuando el recipiente estaba lleno, debía vaciarlo en una prensa más pequeña del manzanar. Hacía este trabajo con oraciones continuas y meditaciones, y veía al mismo tiempo imágenes de la ayuda que de esto derivaba. Este trabajo se refería siempre a la nueva secta. Sólo mi guía estaba junto a mí.

(3 de Agosto). He tenido que elegir y recoger los granos maduros y llenar y vaciar la tina. Muchos granos maduros medio podridos tuve que separarlos y purificarlos. He completado ya un buen trabajo y me fué mostrado que está dando fruto.

7. Trabaja en los viñedos de algunos obispos.

(5 de Agosto de 1820)

He tenido que trabajar tanto la pasada noche en la viña, que me siento cansada. Había racimos monstruosamente grandes, grandes como mi estatura y muy pesados. No sabía cómo hacer para transportarlos. Me fué dicho que eran las viñas de los obispos, y reconocí los racimos de cada obispo. Recuerdo entre otros, la viña del Vicario general, del obispo de Ermeland y hasta de uno que está por venir. Tuve que elegir y recoger muchos granos maduros. Como no sabía cómo transportar esos racimos, me acordé que cuando era niña transportaba sobre la cabeza, inclinándome, atados de pasto para las bestias, que eran más gruesos que yo misma. Entonces me arrastré bajo esos racimos, y como temía dañarlos, los cubrí cuidadosamente con musgo y pámpanos y así los llevé felizmente a la cuba. Entonces tuve otra pena, porque la cuba reventó; pero me consolé porque me fué dicho que esto debía suceder así. Todo esto lo hice estando en continua oración. Me fué dicho que recogiese unos granos de tres racimos para restaurarme; entre éstos estaba el racimo del Vicario general. No puedo decir lo que esto significase.

8. Trabaja en los viñedos del clero.

(5 de Setiembre de 1820)

Tengo que trabajar mucho y viajar desde el día de la Natividad de la Virgen hasta la fiesta de San Miguel. Han venido los ángeles de muchos lugares; estoy llamada en tantísimos lugares para trabajar como obrera. La pasada noche me fué dicho que había ya quitado las ortigas de muchas parroquias, las espinas de muchos viñedos, ordenado y podado las vides, y que las uvas maduraban ahora, pero que toda clase de bestias y de ladronzuelos la desolaban y que yo debía poner reparos con obras de oración.

Ví cómo por obra mía las uvas engrosaban, los racimos se colorcaban, cómo eran prensados y luego el jugo rubicundo corría sobre la tierra. Esto quiere decir que cuando la vida se despierta, en los hombres, retornando a la piedad, entonces luchan, son oprimidos y sufren tentaciones. Me fué dicho que yo había abonado y purificado los viñedos, pero ahora tenía que hacer vallas alrededor para que los racimos no fueran robados por la persecución y por la seducción. Ahora es el tiempo en

que los racimos maduran y deben ser custodiados. Ví entonces innumerables comunidades bajo el símbolo de viñedos, en las cuales yo debo hacer eso, lo cual debe suceder en el tiempo que corre entre la Natividad de María y el día de San Miguel.

9. Significado de la vid y los sarmientos.

(7 de Setiembre)

Fuí conducida a mi viña y ví que mi faena estaba por terminarse. Tenía que recoger, de entre la maleza, los abrojos, las espinas y las ortigas, para hacer con ellos un vallado que protegiera la viña, cuyo fruto estaba madurando. Ví otra vez la viña de Liborio, con sus calles de cepas, y los frutos de mi trabajo. En las aldeas había mucho fruto, en las ciudades poco. La iglesia donde descansa Liborio la ví desierta, pues había caído en manos de los protestantes. Tuve que levantar cuidadosamente con oraciones la cerca de la viña.

Dios usó conmigo de misericordia y me hizo ver el significado moral de la vid y el de muchos frutos. La vid es Jesucristo en nosotros y lo excedente de la vid debe ser podado según ciertas leyes para que no se consuma el jugo, que debe convertirse en granos y vino, y en el Sacramento de la sangre de Cristo, que ha rescatado nuestra sangre pecadora y que debe hacerlo pasar, cambiándolo, de la caída al resurgimiento, de la muerte a la vida. Esta poda según ciertas leyes, significa espiritualmente la supresión de lo superfluo, la abstinencia y la mortificación; para que lo que hay de santo en nosotros pueda crecer bien, florecer y llevar vino; de otro modo nuestra naturaleza pervertida llevaría sólo ramas y hojas. Ese tajo debe hacerse según ciertas leyes, porque es sólo lo superfluo, que hay indeciblemente mucho en la naturaleza humana, lo que debe ser extirpado. Lo demás sería mutilación y se convertiría en pecado. La cepa misma no debe ser cortada, puesto que está plantada en la humanidad por medio de la Santísima Virgen y permanecerá hasta la consumación de los tiempos; antes bien, eternamente, porque se encuentra con María en el cielo.

10. Ve el significado de otros frutos y árboles.

Me fueron explicados otros muchos frutos. He visto un árbol espiritual resplandeciente de dorada luz. El suelo donde estaban las raíces parecía un monte o un escollo sostenido en el aire, de piedras coloreadas, como cristales, muy preciosas. El

tronco era un verdadero torrente de luces de oro. Los gajos y las ramitas hasta en los nervios y ramificaciones de las hojas estaban formados por densos y más finos hilos luminosos de diverso color y forma. Las hojas eran de luces verdes y amarillas, de diversas formas. Tenía tres coronas de ramas a modo de coros: uno bajo, otro en medio y el otro en el vértice. Estaban circundados de tres coros angélicos y sobre la cúspide posaba un serafín sombreado en torno por sus mismas alas. Tenía un cetro con el cual señalaba algo alrededor. El coro más alto recibía rayos y efusiones de luz y de fuerza de Dios mismo por medio de aquel serafín, como también rocío celeste y vigor. Aquel coro que se encontraba cerca de la mitad del árbol, que tenía toda clase de flores y de frutos, se dilataba delante de éstos. Los dos coros estaban inmóviles, es decir, obraban y ejercían oficios sin dejar sus puestos e impartían órdenes al coro angélico de más abajo, que circundaba la parte inferior del árbol. Estos ángeles se movían y llevaban los frutos espirituales del árbol a innumerables jardines celestiales de su especie, puesto que cada fruto tenía su jardín, el cual se dividía en muchos otros, según sus variedades. Este era el árbol universal que nace de Dios; los jardines eran las diversas clases de frutos que brotan del árbol proveniente de Dios. Sobre la tierra había los mismos frutos, pero gastados en el seno de nuestra naturaleza decaída y más o menos venenosos: a causa de usos pecaminosos, a los cuales habían servido, habían caído bajo el influjo de los espíritus planetarios (*).

En cada uno de esos jardines he visto nuevamente un árbol en el centro: este árbol con sus ramas llevaba los frutos de todas las especies de su género, que nuevamente se propagaban en torno de cada una de sus variedades.

En cuanto a los jardines, he visto imágenes de la significación y esencia de lo que era representado y expresado por estas plantas. He visto el sentido de sus nombres en la lengua universal. La influencia de los santos sobre las plantas era maravillosa: parecía que algunas de ellas, por medio de los santos, fuesen libradas de la maldición y del influjo de los espíritus planetarios, y, puestas en ciertas religiosas relaciones con aquellos santos mismos, se convertían en remedios y contravenenos de algunas enfermedades. Efectivamente lo son en estas bajas regiones terrenas, en ciertas enfermedades, que veo en forma de

(*) Son espíritus malos que Ana Catalina ve en los planetas, los cuales descienden para tentar a los hombres.

pecados que han tomado cuerpo. Así en los jardines celestiales tienen eficacia, en el significado de sus formas, contra faltas y pecados, que allá arriba veo bajo el aspecto de enfermedades espirituales.

11. Significado de las nueces.

En uno de estos jardines se encontraba una casucha o tienda que tenía su propio significado. He visto abejas de una calidad superior, grandes y pequeñas, con sus miembros aéreos, como de luz, los pies como flechas, las alas como de plata; no puedo describirlas mejor. En aquellos jardines de frutos y flores había colmenas para su uso, donde trabajaban; todo allí era transparente. Fuí instruída respecto de aquellas abejas y su trabajo, sus formas y significación, tanto bajo el aspecto moral como bajo el físico; pero lo he olvidado.

Fuí llevada a muchos de esos jardines y he visto maravillas de las más interesantes; todo lo he conocido y sabido antes que fuera molestada. Así me fué enseñado que la significación de la nuez, en la lengua universal, es la de lucha y persecución; por eso la he visto crecer junto a la iglesia; yo misma he recogido algunas y dado a otros. Ví también junto a los nogales muchísimos cuadros de todas clases de luchas y de combates en escuadras enteras, o en luchas de dos a dos. He visto a dos que peleaban armados de varas y niguno alcanzaba a vencer al otro, hasta que uno echó polvo en el ojo del contrario y así prevaleció. Aquél quiso de nuevo levantarse y luchar, pero debió quedar debajo. Este cuadro era ridículo y aquellas figuras estaban vestidas como hoy. Me fueron reveladas, en las diversas clases de nueces, las distintas especies de luchas y de contrastes y me fué dicho el significado de aquel duelo. Me fué enseñado cómo este misterio de la lucha, de la persecución, de la discordia, que está expresado en las nueces de aquel jardín espiritual, después de la caída del primer hombre y por influencia del espíritu maligno, se ha hecho el germen de la lucha, del odio y el padre del asesinato. En cada jardín yo era introducida en una casucha y me sentía enferma, y me era indicado cómo la especie y la misteriosa esencia de los frutos recogidos bajo ciertas condiciones y bendiciones y mezclados con otros, se hacían más saludables en tales o cuales casos. Desgraciadamente de todo ello no recuerdo más que algunos fragmentos. Por ejemplo, me fué dicho y ví también, el motivo por el cual se debe, el día de San Juan Bautista, punzar las nueces en el árbol en forma de

cruz con una astilla o con una espina y dejarlas suspendidas de las ramas, hasta que haya llovido encima de ellas. Luego deben ser cocidas y confitadas con miel, para hacer entonces un excelente remedio para el estómago debilitado. Me fueron indicadas otras cosas necesarias para prepararlas, pero las he olvidado. He visto clara y distintamente la íntima razón de todo esto, que, según la limitada inteligencia humana, es aún para mí imposible de concebir.

Supe también que el aceite de nuez es dañino y supe la causa de ello; me fué mostrado cómo se vuelve innocuo si se hace cocer dentro de un trozo de pan que absorba enteramente las partes venenosas. He visto una misteriosa relación de esto con San Juan Bautista. Aquella incisión en las nueces en forma de cruz, el exponerlas luego a la lluvia y el volverse después útiles y saludables para el estómago, se refiere a las obras preparatorias del Precursor y a su bautismo; el pan tiene relación con el Santísimo Sacramento, el óleo con la santa Unción y la consagración sacerdotal. En cuanto al daño que proviene de estar a la sombra del nogal, tuve antes una sensación material de ello. No me fué jamás posible permanecer a la sombra de un nogal situado en el claustro de nuestro convento, donde otros tranquilamente trabajaban y lavaban. Yo sentía siempre una sensación dañosa y sofocante a su sombra y prefería los ardores de los rayos del sol.

12. Ve los efectos de la manzana, del higo, del albaricoque, de la cereza y del árbol del bien y del mal.

Me fué dicho y enseñado acerca de las manzanas muchas cosas, todo ordenadamente y muy distinto, y sus diversas relaciones, como en el asunto de las nueces. He visto algunas cosas de una manzana que tenía seis granos de semilla colorada, uno de los cuales, absorbido convenientemente, en ciertas enfermedades, podía sanar hasta a un moribundo. Ví en esos días la imagen de ciertas manzanas que parecían limones y que probablemente lo eran.

Ví en Roma a una santa que estaba enferma y tenía una manzana semejante; creo que tuvo una visión sobre aquella manzana. He visto que un esclavo, por cierto delito, fué metido en una cueva donde había serpientes venenosas y que aquella santa dió la manzana a su médico para que la llevase al esclavo y pudiese, por ese remedio, librarse del veneno. He visto, efectivamente, cómo aquél comiendo la fruta sanó de las picaduras

de las serpientes y fué conducido en presencia del emperador. Ví otro caso semejante con una manzana de aquella especie, la cual, cocida con leche y miel, era un remedio saludable contra las fiebres más violentas; había en esto cierta relación con una fiesta de María, creo que la Inmaculada Concepción, como también con la historia de la participación de este misterio.

Ví algo sobre el higo, pero no recuerdo ya la concatenación de las cosas. Resultaba un excelente remedio preparado juntamente con la manzana; por separado era dañoso. La manzana debía en todo caso predominar y ser preferida al higo. De aquel árbol celestial, sobre el cual he visto, bajo los coros angélicos, recogidos todos los frutos espirituales, las manzanas y los higos pendían unas junto a los otros.

He visto también muchas cosas acerca del fruto del árbol del pecado, es decir, del bien y del mal. Este árbol, allá en el Paraíso, era por debajo muy ancho y tenía una alta y aguda cumbre. Después de la caída tuvo la propiedad de seguir su impulso natural hacia la tierra. Las ramas se curvaban, entraban en la tierra y brotaban luego afuera en otros troncos, cuyas ramas hacían luego lo mismo, de tal modo que un árbol solo formó muy pronto un bosque. He visto en las regiones calurosas del Oriente a muchas gentes vivir a la sombra de semejantes árboles. Las ramas principales de este árbol no tienen ramificaciones secundarias; las hojas son grandes, como un escudo de guerra; los frutos quedan ocultos entre las hojas; conviene buscarlos y entonces se encuentran siempre en número de cinco, recogidos en un racimo. Son agridulces y no tienen ya buen gusto; son amarillos y con venas rojas como sangre.

He visto también un cuadro de los albaricoques. He visto que en una comarca de su país de origen, son malditos y mortalmente venenosos. He visto que allá los hombres, por obra de magia, preparaban con los albaricoques una bebida maléfica para excitar a la lujuria: la enterraban con abono y con toda clases de destilaciones. He visto que por este medio caían en las más espantosas abominaciones y que por esto el fruto era maldito, de tal modo que los que lo comían se ponían furiosos y se mataban. He visto que otros pueblos, inocentes de esta malicia, penetraron en aquella región y que los persas les daban estos frutos para perderlos; pero por la ayuda de Dios estos frutos les fueron innocuos del todo. He visto llevar estos frutos también al exterior, para causar daño; pero eran nocivos sólo en el lugar de origen. He visto dos especies de ellos: una crece allá,

en aquel país, sobre árboles parecidos a sauces de troncos delgados.

Estuve también en un huerto de cerezas, y ví que ellas significan ingratitud, adulterio y traición. Esto tiene relación con la pulpa dulce y el carozo duro y amargo. Del laurel he visto que un emperador se hacía una corona, cuando amenazaba tempestad, para no ser alcanzado por el rayo. Fuí advertida y lo he visto por mí misma que las exhalaciones de este árbol tienen fuerza y poder contra los temporales. He visto en esto una relación con la Virgen Santísima. Todo esto lo veía claro y maravilloso. He visto el misterio de las plantas antes de la caída del hombre y de la naturaleza con él. Después de la caída ví la influencia de los espíritus planetarios sobre los hombres y sobre las plantas. He visto muchas propiedades secretas de las plantas que usaban y abusaban los paganos, y las he visto por medio de Jesús y de su Iglesia en lucha contra los espíritus planetarios, significándolos y poniéndolos en relación con varios santos y diferentes usos de santificación.

13. Trabaja en varios campos de la diócesis.

(Agosto - Setiembre de 1821)

Estoy muy cansada y abatida a causa del gran trabajo en muchos campos, cuyos patrones conozco. Tengo que sembrar y después trabajar con el rastrillo, pero sin caballo y con rastrillo sin mango. Eran campos de la iglesia; en algunos había ya granos; en otros faltaba todo, y para éstos tenía que recoger semillas de los campos mejores y con ellas cultivarlos.

Recibí de parte de Satanás un golpe tan fuerte que me pareció provenir de una llana de albañil, y me lamente en voz alta. A la mañana ví que la camisa había penetrado en la herida que aquel golpe me ocasionó, precisamente bajo la llaga del lado derecho.

He visto caer muchas espigas de las que no habían sido aún segadas y tuve que ir en ayuda de los segadores. He visto todo esto tan distintamente que reconocí a las personas y sus faltas El cuadro me dió una idea clara del estado de esos campos, porque conozco desde mi juventud todos los trabajos de la campaña y los he ejercitado desde la niñez. Mi trabajo iba unido a ferviente oración y en esta oración he visto que otros sufrían también unidos conmigo. A menudo me parecía como si les mandase mi Angel Custodio para obtener su cooperación. He visto muchos cuadros de los descuidados, de los negligentes, de

los miedosos, de los indecisos, por quienes yo debía corresponder y suplir. He visto acá y acullá alguna administración eclesiástica irresoluta, tendiendo a la pérdida, vacilante en suscribir o no suscribir cosas en buen o mal sentido, o indecisos en dar órdenes. Con mi oración debía forzarlos a elegir lo justo y a defender lo bueno y a dejar lo malo. Todo esto me parecía tan claro entonces y tan natural; mas ahora no lo puedo expresar bien.

14. Realiza trabajos de campo expiando faltas del prójimo.

La noche pasada estuve de nuevo en la mansión de bodas. Encontré allí tres vacas ariscas que amenazaban con los cuernos; yo debía ordeñarlas. Luego tuve que exprimir sobre un gran recipiente, y, con grave fatiga, sacar leche de mi propio rostro, de mis manos y pies y de mi costado, para uso y ventaja de muchos. Me fue dicho: "Estos han disipado y arrojado sus dones, y ahora les falta todo; tú has recogido tanto de la Iglesia, que puedes compensar lo que ellos han disipado". Después fuí a la mansión de bodas, con mi guía, a ordeñar las tres vacas. Se habían vuelto mansas y dulces, y su heno estaba tan limpio que se podía dormir sobre él. Ordeñé primero a la del medio y luego las otras dos, y obtuve tres grandes vasos llenos de leche que llevé fuera en una plaza, donde la leche era medida por algunos sacerdotes en pequeños vasos, que luego eran vendidos y pagados. Tomaron de ellos muchas personas, sacerdotes, maestros, maestras. Esta leche se propagó y se difundió fuera de la mansión. Pregunté a mi guía por qué alguna leche no quedara en casa y yo tuviese siempre que estar ordeñando. Me contestaron que yo no debía preguntar, sino hacer lo que se me mandaba. Yo debía servir y acordarme de Isaac, a quien Abrahán no le contestó cuando le preguntó dónde estaba la víctima. Aquella leche que he exprimido es dividida, ya que el sexo femenino no lleva fruto alguno; por esto no es dispuesta ni preparada. "Recoge solamente, custodia, conserva y cuida. Los frutos y el trabajo son distribuídos y difundidos por el sacerdocio. Por esto tú debes ordeñar y no preguntar. Los sacerdotes lo emplean y por su medio fructifica"... Me fué traída también una vaca flaca y en tan miserable estado que parecía caerse. Quedó cerca de mí y no quiso apartarse de mi lado; yo no sabía por donde comenzar con ella. Supliqué a María, que se me apareció, y me dijo: "Debes tomar sobre ti el cuidado de esta vaca. La miseria de esta vaca proviene de que su guardián, que tenía el deber de

trabajar por ella, de hacer rezar por ella, no quiso invitar a los otros a hacer esto". Me dijo cómo y con qué debía ser alimentada y esto era de pura oración, variados dolores, resistencia a las propias inclinaciones, limosnas y cosas parecidas. Todo esto me fué mostrado bajo la forma de muchas hierbas y frutos.

Tuve una noche tan llena de padecimientos ocasionados por la colitis y otros dolores, que debí levantarme. Al fin perdí el sentido por causa de estos dolores y me ví obligada a usar óleo bendito, que trajo alguna mitigación a mis sufrimientos.

15. Nuevos trabajos simbólicos referentes a las vacas.

Tuve de nuevo mucho que hacer en el establo de la mansión de bodas con las vacas, que debí limpiar y gobernar. Tenía los pies descalzos y sentía repugnancia por la suciedad y el desorden. Tenía que pasar tantos apuros que muchas veces quedé en figurillas entre las vacas. No me hicieron mal alguno. Otras muchas almas me ayudaban. La Madre de Dios es la que en tales casos me da consejos y exhortaciones. Ella me señalaba a esta o aquella vaca. Me indicó también ciertas raíces amargas, para una vaca demasiado gorda. Hoy no tuve que ordeñar, pero junté todas aquellas hierbas con gran fatiga, entre piedras y espinas, con los pies descalzos: todo tenía que ser hecho con padecimientos y con caridad. La Madre de Dios siempre se mostraba cuando la rogaba, en una aparición suspendida en el aire. Ella es bella, es cándida como la nieve; su vestido ligero no está ceñido con fajas y desde lo alto a lo bajo consiste en puros rayos de luz y en largos pliegues. Aunque no puedo reconocer en ella forma corporal, es una noble figura sobrenatural.

16. En la viña encuentra niños y niñas.

He ido de nuevo a la viña de la mansión de bodas y encontre a todos aquellos niños por los cuales había trabajado para vestirlos, como si estuvieran entrelazados e injertados en las vides y como si hubiesen crecido y vegetado allí. Los niños estaban trabados arriba, en los nudos de las ramas, y se mantenían ligados por manos y pies a las ramas, con los brazos abiertos en cruz; de sus cuerpos salían renuevos de los cuales pendían racimos. De las niñas no brotaban racimos, sino espigas de gruesos granos. Allí tuve mucho trabajo: a las espigas y a los racimos se habían mezclado dos clases de malas hierbas, acerca de las cuales el Señor avisó en Sicara a las gentes de las bodas que pusieran atención y las arrancaran al cultivar los campos

y las viñas. Se pueden fácilmente arrancar aquellas hierbas de las vides, pero sacarlas de entre el trigo es cosa muy difícil. Yo tomaba las espigas que aquellas niñas me daban, deshacía los granos entre las manos y los llevaba a machacar bajo una piedra. La harina, que me pareció demasiado grosera, la pasé por un velo sutil y la llevé, juntamente con una tinaja de vino, a la sacristía de la iglesia. Me fué dicho lo que significaban las vides con aquellos niños; pero con los dolores lo he olvidado.

Ví entonces salir de la viñas personas del claustro e ir a recogerse en conventos de órdenes religiosas. Entre ellas reconocí a los que les había hecho vestidos y preparado para la escuela, para la confesión y para la comunión. Aquellas niñas que me habían llevado las espigas para prensarlas y preparar el pan, se hicieron monjas; los niños que llevaban los racimos a la iglesia donde se transformaba el vino en la sangre del Señor, como el pan en el Cuerpo divino, se hicieron sacerdotes. El trigo es más pesado y terrestre y significa alimento él es carne, el vino es espíritu, sangre.

Cuando más tarde volví a la mansión de bodas encontré en dos salas a niños y niñas, los cuales debían ingresar en órdenes religiosas diversas. Eran aquellos los niños de las vides que ya estaban reemplazados por otros. En ambas salas ví la aparición de la Madre de Dios sobre un trono Las dos salas estaban repletas de magníficos y luminosos frutos celestiales: desaparecieron juntamente con los futuros religiosos y religiosas de la mansión de bodas y se difundieron por toda la Iglesia. Los niños injertados en las vides son aquéllos que durante toda mi vida he vestido o ayudado.

Tengo continuamente la visión de las dos iglesias y tuve que trabajar en tres lugares donde todo faltaba. Al fin recogí miel entre los cardos, un trabajo difícil y amargo: empecé por recoger higos entre las espinas y terminé por recoger miel entre los cardos. Dentro de la cabeza gruesa y madura del cardo se encierra, en medio de las semillas, un pequeño y blancuzco gusanillo de gran poder y fuerza contra la fiebre y el reumatismo, especialmente contra los insanables dolores de oídos. A los niños, conviene ligarlo al pulso de las manos; los grandes, lo tragan.

Capítulo XI

VISIONES DEL PAPA Y DE LA IGLESIA ROMANA

INTRODUCCION

En muchos viajes visionarios Ana Catalina se traslada a Roma y participa espiritualmente en distintas actividades en favor de la Iglesia Católica. Asiste al Sumo Pontífice Pío VII, que padece muchas tribulaciones bajo Napoleón I, y lo sigue hasta su muerte, expresada en las circunstancias en que realmente se producen. Son extraordinarias sus descripciones de la iglesia protestante de Roma y de las sectas secretas, que trabajan por demoler la iglesia de San Pedro, con la complicidad, a veces, de eminentes eclesiásticos, cuyos casos denuncia. Ve las asechanzas contra la Iglesia Católica, muchas veces a punto de ser destruída; pero siempre levantada por la asistencia divina y la acción de los buenos. Algunas visiones se refieren, probablemente, a sucesos que se producen mientras la vidente los contempla; otras, a luchas futuras entre los buenos y los malos.

1. Ve la coronación de Napoleón Bonaparte (*)

Un día rezaba yo delante del Santísimo Sacramento por el bienestar de la Iglesia, cuando fuí transportada a una gran iglesia, magníficamente adornada. He visto al Papa, Vicario de Jesucristo, consagrar como rey a un hombre de pequeña estatura, de tinte amarillento y de aire siniestro. Hubo una gran solemnidad, y fuí presa de inquietud y de temor a esta vista. y tuve el sentimiento de que el Papa debía haberse rehusado con mayor firmeza. He visto entonces los males que ese hombre habría de causar al Santo Padre y la horrible cantidad de sangre que habría de hacer derramar.

Cuando le hablé al abate Lambert de esta visión y del terror que me había causado, él no quiso ver en ello más que una imaginación mía. Pero cuando supo la novedad de la consagración de Napoleón, por Pío VII, el abate Lambert me dijo: "*Ma soer*, es necesario rezar y callar".

(*) Aunque relatada con posterioridad, esta visión la tuvo probablemente el mismo día de la coronación de Napoleón, el 18 de Mayo de 1804.

2. Obras en favor de la Iglesia y del Papa.

(15 de Noviembre de 1819)

Fuí a Roma. Ví al Papa excesivamente indulgente, en asuntos de importancia, con gente no católica. Hay en Roma un hombre negro que ha sabido obtener por sorpresa muchas cosas valiéndose de lisonjas, adulaciones y promesas. Este se dirige a ciertos cardenales. El Papa, con la esperanza cierta de conseguir alguna ventaja, ha consentido en cosas que serán convertidas en daño de la Iglesia. Ví, después, a aquel hombre negro gloriarse con orgullo delante de su partido diciendo: "Ya llegó la hora; bien pronto veremos lo que será de la roca sobre la cual está fundada la Iglesia".

Pero se alegró demasiado pronto. Después fuí adonde estaba el Papa: hallábase de rodillas, en oración, y yo, elevada sobre él. Esto es verdaderamente admirable. Yo le decía con gran celo lo que se me había encargado que le dijera; pero no parecía sino que mediaba alguna cosa entre los dos; el Papa no hablaba conmigo. De repente se levantó y tocó una campanilla. Mandó llamar a un cardenal y le ordenó que revocara la concesión que había hecho. Atónito el cardenal le preguntó la causa de aquella novedad. Pero el Papa se negó a responderle, diciendo que bastaba que debiera ser así. El cardenal partió de allí maravillado. Ví en Roma, además, a muchas personas piadosas muy afligidas a causa de las intrigas del hombre negro. Este parecía ser judío (*).

Después hube de ir a Münster para ver al Vicario general (**). Hallábase sentado leyendo en un libro. Me ví precisada a decirle que con su dureza causaba perjuicio en muchas cosas; que debía aplicarse más a procurar el bien de la grey y fijarse aún en las cosas leves y recibir en su casa a los que necesitaban de él. Parecióle hallar en el libro que estaba leyendo un lugar que le sugería estos mismos pensamientos, y llegó a sentir descontento de sí mismo.

(*) Según investigaciones hechas por monseñor Henri Delassús, el *hombre negro* sería agregado de una embajada acreditada ante la Santa Sede, que en las logias masónicas se conocía con el seudónimo de *Nubius (La conjuration antichretienne;* tomo III; Desclée, de Brouwer et Cie, Lila, 1910).

(**) Clemente Augusto de Droste-Vischering, vicario de Münster y más tarde arzobispo de Colonia, luchó contra las exigencias injustas del gobierno y de los protestantes. Nombrado el hereje Hermes profesor de la Universidad de Bona, donde estudiaba también el clero de la diócesis, prohibió a éstos concurrir a la Universidad. Federico Guillermo III ordenó su arresto (1837-1839). Vuelto más tarde a su sede, conservó el título de Arzobispo, aunque gobernó la diócesis de Colonia por medio de un substituto.

Fuí también a ver a Overberg: estaba tranquilo, consolando a toda clase de ancianas y jóvenes, y rogando por sí mismo a Dios Nuestro Señor.

3. Va a Roma en visión y habla al Papa.
(12 de Enero de 1820)

Díjome mi guía que tenía que ir adonde estaba el Papa y excitarle a que hiciera más oración. Me dijo todo lo que tenía yo que hacer allí. Fuí, en efecto, a Roma. Es cosa admirable que atravesara yo los muros y estuviera en un ángulo de una habitación viendo desde arriba a las personas. Cuando de día pienso en esto me parece harto extraño. De la misma manera también suelo hallarme a menudo junto a otras personas. Tenía, pues, que decir al Papa, el cual estaba en oración, que debía recogerse y contenerse, pues el negocio de que ahora se trataba con tanta astucia, era de gravísimas consecuencias y que debía hacer más uso del palio, en el cual recibía mayor fortaleza y gracia del Espíritu Santo. Sucede con el palio algo de lo que sucedía con aquel adorno que el Sumo Sacerdote del Antiguo Testamento debía imponerse cuando profetizaba. Algunos opinan que el Papa sólo debe revestirse el palio en ciertos días; pero la necesidad no diferencia los tiempos. Conviénele reunir solemnemente a los cardenales con más frecuencia, pues trata estos negocios demasiado en silencio y familiarmente y muchas veces es engañado. Los enemigos son cada día más astutos. Trátase ahora de si es razón que los protestantes ejerzan cierta manera de autoridad sobre el sacerdocio católico. He debido decirle que invoque durante tres días al Espíritu Santo y que después haga lo que es justo. Muchos de los que le rodean son personas que nada valen. El Papa debería humillarlos públicamente: quizás así se enmendarían.

(13 de Enero). Volví a ver al Papa. Todavía está firmemente resuelto a no suscribir. Los otros, empero, comienzan a poner en juego sus artes con mayor astucia; veo, sobre todo, la actividad del hombre negro, rastrero y astuto.

Hallábame en Roma en una asamblea en que el Papa estaba sentado en medio de muchos sacerdotes. Tratábase de cierta restauración o institución, pero los medios para llevarla a cabo habían sido agotados y así era opinión común que no se pensara en ello. "Donde no hay, se decía, nada puede hacerse". El Papa opinaba de la misma manera; pero yo decía: "Lo que es bueno, no debe omitirse; donde no hay nada, Dios puede ayudar".

El Papa me dijo que tenía yo harto valor, por ser una simple monja; pero la razón estaba de mi parte.

(15 de Enero). Esta noche ví que el Papa no cederá: de ningún modo consentirá en aquellos pérfidos proyectos. Ví que casi todos los obispos estaban dormidos. Pero vendrá un Papa de poco más de 40 años que ha de ser más severo en todo. Lo he visto en una ciudad, lejos, algo más hacia el mediodía de Roma, sin hábito de religioso, pero con la cruz como insignia de alguna orden. La Iglesia está extraordinariamente conturbada. Sus adversarios son muy astutos, y, en cambio, los sacerdotes son perezosos y cobardes; no hacen uso del poder que han recibido de Dios. He visto a algunos que desean ser Papa, pero no lo serán.

4. Es llevada nuevamente a la presencia del Papa.
(13 de Mayo de 1820)

En la pasada noche, desde las once a las tres de la mañana, he visto un cuadro maravilloso de dos iglesias y de dos Papas y de un extraordinario número de cosas antiguas y nuevas. Lo que aún recuerde lo contaré como me sea posible. Vino, pues, mi Angel Custodio y me dijo que yo debía ir a Roma y llevar al Papa dos cosas. No sé ya cuáles cosas fueron; será voluntad de Dios que ya no lo sepa. Yo respondí: "¿Cómo puedo viajar tan lejos estando enferma?" Pero cuando me dijeron que habría de llegar felizmente, no opuse ya dificultades. Había delante de mí un coche maravilloso, muy bajo, delgado, con dos ruedas; la carrocería estaba pintada de rojo con borde blanco. No ví caballos. Fuí colocada muellemente en aquel coche y entretanto ví a un niño blanco como la nieve y luminoso que cerniéndose en el aire desde un lado venía hacia mí y se colocó a mis pies en el coche. Este niño me hizo recordar el niño vestido de verde de la paciencia. Era extraordinariamente amable y dulce y todo transparente y me fué dado por compañero para consolarme y curarme. Aquel coche era muy sutil y liso, de modo que pensé que me caería resbalando en él. Empezó a moverse sin ayuda de caballo alguno. Ví a un hombre resplandeciente que nos precedía. El viaje no fué largo; con todo, pasamos sobre muchas montañas y comarcas y también sobre vastas extensiones de agua. Cuando llegamos reconocí a Roma y estuve junto al Papa. No recuerdo ya si él estaba rezando o dormía. Yo tenía que decirle o darle dos cosas y supe que tendría que volver para decirle una tercera cosa. Tuve después una visión maravillosa.

5. Ve la Roma del siglo VII y la del siglo XIX.

He visto de repente a Roma en los tiempos antiguos y he visto a un Papa *(Bonifacio IV, año 608)* (*) y a un Emperador del cual no sé el nombre *(Focas)*. Yo no podía reconocer ya las calles y los lugares de la ciudad: todo estaba cambiado y diverso era también el oficio divino, aunque ví que era el católico. He visto un vasto edificio redondo como una cúpula. Era un templo de ídolos, lleno de bellas estatuas y de imágenes de aquellos dioses. No tenía ventana alguna, pero en el techo curvado y vacío había una abertura y sobre él un artificio para impedir que penetrase la lluvia. Parecía como si allí se hubiesen reunido las imágenes de todos los ídolos existentes. Estaban en toda clase de posiciones y muchas de ellas eran bellísimas. Había también imágenes de cosas bien curiosas; así, por ejemplo, ví dentro ciertos gansos que ellos honraban. En medio de aquel templo de ídolos surgía un palco alto, en forma de pirámide, todo cubierto de imágenes. No se celebraba allí ningún culto idolátrico, pero todo se había conservado en la misma forma que estaba antes.

He visto enviados del Papa Bonifacio dirigirse al Emperador para obtener la transformación del templo en una iglesia cristiana. Oí distintamente su respuesta, esto es, que el Papa debía dejar intactas aquellas antiguas imágenes de los ídolos y ponerles la cruz encima, que el Emperador haría esa cruz y la honraría con los más grandes honores. Este proyecto me pareció muy simple y sin malicia. He visto volverse los enviados y Bonifacio comenzó a pensar en sí mismo cómo podría en alguna manera satisfacer la voluntad del Emperador. Después, mientras él reflexionaba, he visto a un simple y piadoso sacerdote estar en oración delante de la cruz. Llevaba una larga y amplia vestidura que tenía posteriormente un arrastre. He visto también a su lado a un ángel, que luego se levantó y fué adonde estaba el Papa Bonifacio y le dijo que no consintiera en la voluntad del Emperador. He visto a los enviados ir de nuevo a la corte, y cómo el Emperador accedió a que el templo fuese vaciado. He visto acudir la gente del Emperador y cómo muchas de las estatuas e imágenes idolátricas fueron quitadas y llevadas a la ciudad imperial; muchas, sin embargo, quedaron en Roma. He

(*) El Panteón de Roma, edificado por Marcos Vespasiano Agripa, yerno del Emperador Augusto, en el año 25 antes de Cristo, Bonifacio IV lo consagró al culto de la Virgen, llamándolo Santa María de los Angeles. El Papa Gregorio IV lo dedicó a Todos los Santos.

visto también la ceremonia de la consagración del templo; todos los santos mártires estaban con María allí presente. El altar no fué colocado en el medio, sino apoyado contra el muro. He visto más de treinta coches, cargados de santos huesos y reliquias, ser puestos en aquella iglesia. Muchas de estas reliquias fueron muradas en las paredes; otras se podían ver, pues en los muros había aberturas redondas delante de las cuales había un cristal como defensa.

Después que ví este cuadro en sus más pequeñas circunstancias, ví al Papa actual, y ví cómo debajo de él surgía en Roma otra iglesia oscura. *(La capilla de la legación protestante).*

Estaba esta iglesia colocada en un vasto palacio antiguo, semejante a una casa de consejo municipal y tenía delante columnas. No he visto en esta iglesia ningún altar y ninguna cosa sagrada. He visto solamente bancos y en medio un púlpito. Allí sólo se predicaba y se cantaba; ninguna otra cosa se veía dentro. Había poquísima gente. He visto una maravillosa comedia. Cada uno de los circunstantes extrajo del pecho un ídolo y se lo puso delante y lo adoró. Parecía como si cada uno extraía su propia pasión bajo la forma de una negra nubecilla y que apenas ésta había salido fuera, tomaba una forma determinada: eran todas figuras como aquéllas que yo había visto pendiendo del collar de la falsa esposa en la mansión de bodas, esto es, toda clase de figuras de hombres y animales. El dios de unos era bastante encrespado y ancho, abría muchos brazos y quería atrapar y devorarlo todo. El dios de otros era pequeño y encogido. Otro tenía sólo un tronco pequeño de madera, torcido y contrahecho. Un cuarto tenía por dios una bestia fea. Un quinto sólo un bastón largo. Lo más maravilloso era que éstos ídolos llenaban todo el espacio y que esa iglesia, aunque poco frecuentada, estaba tan llena de ídolos que no se encontraba lugar vacío. Apenas terminó la función cada ídolo entró de nuevo adonde había salido y solía habitar. La casa entera era negra y oscura, y todo cuanto allí sucedía, oscuro y negro.

Entonces me fué mostrada también una comparación de los dos papas, del verdadero y de éste, y de éste y de aquel templo. Me duele haber olvidado números y datos; me fué dicho y mostrado cuán débil era el verdadero Papa (en los principios) y cuán desprovisto de ayuda estaba; pero fuerte en la voluntad para derribar tantos ídolos (supe el número de ellos) y tantos falsos cultos y reunirlos a todos en uno verdadero. Por el contrario, cuán fuerte por el número de adeptos, pero débil de voluntad, era este papa (o jefe de secta) pues había dejado al

único y verdadero Dios y al solo y legítimo culto, permitiendo que se cambiasen en tantos ídolos y tantos falsos cultos, y habiéndose erigido ese falso templo.

Me fué mostrado cómo aquellos paganos humildemente adoraban a otros dioses, además de los suyos propios, y cómo, en su simplicidad, habían querido tomar también el culto de un Dios único, de la Santísima Trinidad, y cómo el culto de esos paganos era mejor que el culto de estos sectarios, los cuales se adoran a sí mismos en miles de ídolos y con todos ellos no dejan ningún lugar a la adoración pura del Señor. Todo esto yo lo he visto en números y con exactitud en aquellos tiempos primeros, que eran de reunir y de crecer, mientras ahora son de destruir y disipar. En la totalidad de la visión era más ventajosa la escena de los tiempos antiguos que la de estos tiempos. He visto también cuán perniciosas serán las consecuencias de esta pseudo-iglesia. La ví crecer, y ví muchos herejes de toda condición ir hacia Roma y establecerse allí.

6. En Santa María Mayor.

(31 de Agosto de 1820)

En estos días Ana Catalina asistió en espíritu a las funciones en la basílica de Santa María Mayor. Por esto dijo:

La oración se ha hecho ahora más general. Por todas partes las gentes se hincan sobre las tumbas de los santos e imploran ayuda. He visto los santos que cada uno venera especialmente. He visto también al Papa: está extremadamente turbado. He sentido por él grande inquietud y he redoblado mis oraciones... El Santo Padre ha rechazado los últimos deseos expresados por el cardenal Consalvi: no los ha confirmado y se ha retirado. La influencia de este hombre se ha interrumpido (*).

7. La Iglesia en grave peligro.

(1º de Octubre de 1820)

La Iglesia está en gran peligro; por mandato del cielo yo debo pedir a cada uno de los que vienen a mí la recitación de un Padrenuestro con la intención de ayudar a la Iglesia. Conviene rezar para que el Papa no deje a Roma, porque se segui-

(*) Consalvi había influído poderosamente en la elección de Pío VII, que lo nombró cardenal y secretario de Estado y lo envió a París para concertar el concordato con Napoleón.

rían grandes males. Conviene rezar para que sea iluminado por el Espíritu Santo. Se le quieren exigir ruinosas concesiones. Las doctrinas protestantes y las griegas se quieren extender por doquiera. Viven aún dos hombres que desean arruinar la Iglesia. Sienten ahora sobre todo la falta de un hombre del cual se servían haciéndole escribir; hace un año fué asesinado por un muchachote. Uno de estos dos hombres ha abandonado hace algún tiempo la Germania. Tienen sus cooperadores por todas partes; especialmente aquel hombre pequeño y negro, que veo tan frecuentemente, tiene a muchos que trabajan para él sin conocer el verdadero motivo. Tiene también sus agentes en la nueva y negra pseudo-iglesia. Si el Papa abandonase a Roma, estos hombres perversos de la pseudo-iglesia ganarían en seguida ventaja. Veo a este hombrecillo negro interceptar y falsificar muchas cosas.

Veo que se oprime y sofoca de tal manera a la religión en aquel país, que apenas quedan cien eclesiásticos que no hayan sido seducidos. No puedo decir cómo sucede esto; pero veo crecer siempre más la niebla y la oscuridad. Tres solas iglesias quedan aún sin doblegarse: la de San Pedro, la de Santa María Mayor y la de San Miguel. Hacen brechas en ellas, pero no logran éxito. Yo no ayudo, yo no remuevo ninguna piedra del camino; debo guardarme bien de hacerlo. Ellos deben reconstruir en seguida con la misma rapidez lo que han derribado también los mismos eclesiásticos. Aquellos dos enemigos de la Iglesia, que han perdido al tercero asesinado, tienen el proyecto de remover y alejar a ciertos hombres piadosos y doctos, que les son estorbo en el camino por donde andan.

8. Lucha contra el intento de exaltar a malos obispos.
(4 de Octubre de 1820)

He tenido que luchar muy reciamente como antes lo había hecho. Estuve a punto de sucumbir; no puedo decir cuán desesperadamente he debido sufrir. Esta batalla me había sido mostrada de mucho tiempo atrás. Había visto a una persona asaltada por muchos demonios, contra los cuales tenía que luchar. Ahora bien conozco que esta persona era yo misma. Debo combatir contra un escuadrón entero de demonios. Ellos lo excitan todo contra mí, cómo y dónde pueden. He tomado sobre mí demasiadas obras de oraciones. Se quiere ahora instalar a muchos malos obispos, y en cierto lugar se pretende cambiar una iglesia católica en luterana. Debo por esto orar, combatir y sufrir y me

ha sido dado por tarea sostener esta batalla. Si los santos no estuviesen junto a mí y me confortasen, no podría durar esta lucha; estaría entonces en completo desfallecimiento y expuesta en la batalla. Veo al demonio espiar todo momento y todo medio para hacer burla y sarcasmo. Es por esto que me envía siempre gente y visitas, aún desde lejos, para atormentarme y debilitarme.

9. Intrigas protestantes contra el Papa.
(16 de Octubre de 1820)

He recorrido en la noche pasada el *Vía Crucis* de Koesfeld. Muchas almas del Purgatorio me acompañaban. Me representaban las necesidades de la Iglesia y lo que se debía rezar. He visto después en un cuadro de muchos jardines, que se extendían en círculo, en torno mío, la relación del Papa con los obispos. He visto también al Papa en su trono, como en un jardín. He visto los derechos y las fuerzas de estos obispos y obispados, como plantas, frutos y flores en cada uno de los jardines; he visto las relaciones, las corrientes y los influjos como hilos, rayos y flechas que partiendo de la Sede Romana penetraban en aquellos jardines. He visto también la actual potencia espiritual en aquellos jardines terrestres; pero al aproximarse nuevos obispos la he visto arriba en el aire sobre esos jardines mismos. Así he visto, por ejemplo, un nuevo obispo estar en el aire con su ínfula, su pastoral y todo lo que le corespondía, cerniéndose sobre un jardín que debía gobernar como superior severo. He visto en torno de él a los protestantes que querían hacerlo descender, pero no con las condiciones que el Papa había fijado. Ví que intentaban todos los medios de obtenerlo por sorpresa y que aquí y allá desordenaban una parte del jardín o lo sembraban con malas semillas. He visto que en un punto o en otro fabricaban o dejaban caer, o arrancaban o no quitaban las inmundicias y así cosas semejantes. Todo estaba lleno de ruinas y de lazos e insidias. Los ví interrumpiendo y minando las relaciones de aquella sede episcopal con el Papa. He visto también que si ellos alcanzasen a instalar a aquel obispo como pretendían, él sería instalado sólo por sorpresa, contra la voluntad del Papa y no tendría en sí mismo legítimo poder eclesiástico. Así he visto muchísimos cuadros y tuve que rezar y padecer y encontré todas estas cosas muy aflictivas. He visto también que a un obispado, donde había muerto un santo obispo, se aproximaba otro que era completamente profano.

10. Consagración de la Iglesia de San Salvador en Roma. *(9 de Noviembre de 1820)*

Estuve en Roma y he visto una bellísima iglesia nuevamente edificada, entonces terminada, y al Papa que con gran séquito recibía esta iglesia del arquitecto, el cual estaba vestido a la manera antigua y llevaba al cuello una cadena con una medalla de oro. El decía al Papa, vanagloriándose, mientras recibía la alabanza, que él hubiera podido hacer la iglesia mejor aún de lo que era. Fué tomado en palabra y se le rehusó la paga porque no había edificado aquella iglesia tan bien y magníficamente como lo habría podido hacer y por haber descuidado tal o cual columna, que, según sus propias palabras, hubiera podido emplear para su mayor belleza; pero he aquí que él dijo: "¡Oh si hubiese callado, y puso el dedo sobre la boca, mi obra hubiera sido recibida como perfecta!" A estas palabras fué apresado y no fué soltado hasta que no hizo mejor el trabajo y hasta que no hubo esculpido en un muro de la iglesia su propia imagen con el dedo sobre la boca.

Entonces escribió al Papa que él ciertamente estaba dispuesto a hacer más perfecta su obra en la iglesia, no bien el Papa perfeccionase su propia obra en la construcción espiritual de la iglesia; luego denunció muchas faltas en la disciplina y conducta de los sacerdotes, muchos defectos de amor al prójimo y cosas semejantes, que mucho menoscababan a la iglesia en su edificio moral; no era necesario, decía, que el exterior fuera más perfecto que el interior. Leída esta carta el Papa lo dejó libre según la sentencia: "No hagas a los otros lo que no quisieras que se haga contigo".

He visto entonces consagrar esta iglesia con muchas hermosas ceremonias y ví al mismo tiempo en el aire una iglesia indescriptiblemente bella, en la cual sucedía todo lo que en la terrestre, pero de modo más perfecto. Debajo en esa iglesia terrena ví una gran procesión y a todo lo que en ella se cantaba, respondían los santos coros en la iglesia superior. Durante esta procesión fuí llamada súbitamente a un hospital junto a un moribundo, teniendo que ir por un camino lleno de nieve, de tal modo que temía se notase que había ido aquella noche con los pies descalzos. Cuando volví, noté que las huellas habían desaparecido. Estuve en la nueva iglesia, en lo alto, sobre un muro, y ví cómo de esa procesión era depositado el Santísimo en un copón sobre el cual estaba en el aire un cándido rayo de luz y sobre él una Hostia resplandeciente, con gran nimbo de gloria.

Cuando la procesión llegó cerca, este Sacramento sobrenatural avanzó siempre en el aire hacia mí, pero no lo recibí; sólo lo adoré. Ví después proseguir la consagración de la iglesia terrena y oí los responsorios de la iglesia celeste.

Fuí también yo elevada y asistí a la celebración de la fiesta de San Martín, de cuya vida he visto muchos cuadros, y en especial su muerte y toda la maravillosa propagación de su influencia espiritual simbolizada en los rayos de luz que salían de la iglesia que llevaba en la mano; de la extremidad de estos rayos salían nuevas iglesias que producían la misma propagación y el mismo fruto.

11. Palabras sobre Prusia y Rusia.

Luego mi guía me transportó sobre la extrema altura de esta iglesia espiritual, que naciendo del interior se alzaba como una torre llena de luminosas y transparentes obras de escultura. De la cumbre de esta torre él me mostró la tierra como en un mapa de geografía. Ví y reconocí todas las comarcas en las cuales había estado tantas veces. He visto el Ganges y aquellos lugares donde yacen sepultadas tantas y tan luminosas piedras preciosas. Entonces pensé en las que habían sido robadas de las tumbas de los tres Reyes Magos. He visto yacer sumergidos y metidos en las profundidades de los mares, muchos tesoros y cosas preciosas, mercaderías, fardos, cajones y buques enteros. He visto también las diversas partes de la tierra. Mi guía me nombró a la Europa y mientras me indicaba un pequeño espacio como una mancha de arena, me dijo estas notables palabras: "Mira, ésta es la enemiga Prusia". Después me indicó más hacia el Norte, y me dijo: "Mira, ésta es Moscú, que lleva calamidades".

12. Estado general de la Iglesia.

(1º de Junio de 1821)

He visto indescriptibles cuadros del estado de la Iglesia en general y en particular. He visto la Iglesia sobre la tierra en el marco de una ciudad semejante a la Jerusalén celeste, pero de forma y apariencia terrena. Ví que esta ciudad estaba provista de muchos caminos, palacios y jardines y fuí girando de un punto a otro de la misma. He visto procesiones enteras de obispos en los cuadros más extraños y raros. Reconocí el estado moral de todos ellos y ví lo que pensaban y decían, con imágenes que salían de sus bocas. Sus defectos espirituales los veía

representados por externas alteraciones y defectos de forma. Así he visto algunos que tenían tan solo el cuerpo y la cabeza parecía una nube de vapor oscuro; otros tenían tan solo la cabeza y el cuerpo y el corazón eran como humo turbio: algunos estaban estropeados, otros rígidos, otros dormidos o vacilantes. He visto también una mitra planear como suspendida en el aire y veía una mano que salía de una nube oscura que intentaba aferrar aquella ínfula que se retiraba hacia atrás. Bajo aquella ínfula he visto a muchas personas no desconocidas por mí que, entre llanto y lamentos, llevaban sobre los hombros todas clases de cruces y entre éstos me he visto también a mí misma. Creo que he visto a casi todos los obispos del mundo y sólo un pequeño número de ellos estaban plenamente sanos.

He visto también al Santo Padre, lleno de temor de Dios y orando. Su rostro era perfecto, pero estaba débil por la edad y los padecimientos. Su cabeza recaía a menudo de un hombro al otro, o sobre el pecho, como si se durmiese. A veces lo he visto caer desvanecido, reducido ya al estado de un moribundo. A menudo lo he visto durante la oración sostenido por apariciones, y entonces su cabeza se mantenía firme. Apenas la cabeza recaía sobre el pecho, yo veía la cabeza de muchos volverse rápidamente de un lado a otro, es decir mirar hacia el mundo. Este cuadro del destino de la Iglesia en cierto país he visto que será extremadamente deplorable y triste, en el caso que aquella mano que sale de la oscuridad lograse aferrar aquella ínfula que siempre se retirará y esto especialmente por causa de la vanamente docta juventud de las escuelas. He visto también la congregación de los protestantes tomar más auge y que la religión iba siempre en decadencia.

He visto a la mayor parte de los sacerdotes enamorados de las vanas apariencias de aquellos jóvenes escolares y que todos juntos trabajaban por la pérdida de la buena causa. Uno, entre otros, cooperaba por vanidad e ignorancia, y cuando se dió cuenta, era demasiado tarde. He visto, a lo más, cuatro eclesiásticos en aquel país permanecer firmes y fieles. Las miserias bajo este obispo crecerán fuera de toda medida. Los cuadros que he visto eran de tal modo turbios, que habría gritado por el dolor en alta voz. He visto también en el porvenir que la religión irá decayendo y que sólo aquí y allá algunas chozas y familias obtendrán de Dios protección en estas desgracias de la tierra. Algunos simples de corazón e iluminados de mente y en modo especial el jefe de escuelas ruegan a Dios que se digne tener lejos un tal pastor.

13. Un falso pretendiente.

Cuando estuve últimamente en la mansión de bodas, encontré, en torno del coro de la iglesia, plantas de nueces en aquel lugar donde antes crecían bellísimas vides. Precisamente detrás del altar mayor había exteriormente unos altos nogales con frutos maduros. Ví entonces venir un eclesiástico de alto grado con una cruz en el pecho, quizás un Vicario general, con un cascanueces en la mano, para abrir esos frutos, cosa que yo claramente conocí. Se acercó a aquella planta y rompió un gran número de nueces, se las comió y luego lo ví entrar en la iglesia. El escondía las cáscaras. Yo sentía en mi interior la grande inconveniencia de que fuese a la iglesia después de haber roto las nueces. Esto de romper nueces es la imagen de la discordia y de la falsedad. El había salido de aquella casa funesta, que por medio de una escalera está junto a la mansión de bodas y donde se encuentran reunidos todos aquéllos que no entran por la verdadera puerta. Pero él fué echado de la iglesia. Este hombre fué causa de que yo sudara, de mis graves dolores en el hombro y de la parálisis del lado derecho. Me fué mostrado cómo él, echado de la iglesia, quedaba junto a un muro y no podía ir ni para adelante ni para atrás. Yo lo aferré por las espaldas y con indecible fatiga lo arrastré hasta la parte superior del muro. Me fué enseñado que yo entonces debía dejarlo caer al fondo desde esa altura, pero ví que él se habría despedazado; por esto con indecible fatiga lo pasé por la otra parte del muro. Después lo arrastré de nuevo a una comarca, donde antes no había estado yo nunca.

Primeramente partiendo de aquí remonté el curso de un gran río y llegué a un lago, a cuyas orillas hay una ciudad (Constanza). En torno de aquel lago había muchas villas y también pueblos. Mientras yo llevaba aquel gran peso sobre el lago, ciertos seres invisibles me colocaban siempre bajo los pies dos tablas estrechas, poniendo después nuevamente la una delante de la otra; cuando yo ponía el pie sobre aquellas tablas de pronto se hundían y luego resurgían. Era un camino difícil: con todo lo pasé sobre esas tablas. A distancia se veían altas montañas. He visto ya varias veces a este eclesiástico (Wessenberg) en la mansión de bodas. Es un hombre de mundo (*): los protestantes lo estiman mucho y él a ellos. Con toda clase de disputas artificiosas y discordias ha conseguido posesionarse de su oficio

(*) Wessenberg con sus secuaces atacaba el celibato eclesiástico para formar la llamada iglesia nacional.

que está simbolizado en el cascanueces. Es muy opuesto al Papa y tiene gran número de secuaces. He rogado últimamente mucho por la Iglesia y por el Papa: por eso he tenido que cumplir este trabajo. Sería cosa muy buena que él se quedase quieto y permaneciese con sus secuaces en silencio; así no daría escándalo. Con esto tendrían un buen golpe los protestantes sobre sus espaldas, ya que ellos constantemente lo han excitado y defendido. Me fué mostrado también cómo los protestantes crecen mucho en fuerza, pero que recibirán gran perjuicio si este eclesiástico no logra sus intentos.

En la mansión de bodas encontré a pocos eclesiásticos que me agradasen. Yo tenía que cocinar para ellos. Muchos vinieron juntos a ponerse a esta mesa y entre ellos vino aquél a quien yo había llevado; se sentó imprudentemente con otros cinco de sus secuaces. Yo había cocinado tres comidas y las puse sobre la mesa y entonces aquel temerario dijo con ligereza, y burlándose: "He aquí que el Papa nos ha mandado un buen cocinero. De aquí en adelante no tendremos otra cosa que comer que guisantes fofos".

14. Males causados por el intruso en la Iglesia de Dios.

(Después de Pascua de 1820)

He visto en un verde campo (**) a muchas personas entre las cuales algunas doctas que se habían reunido, y ví aparecer una nueva iglesia que los encerró a todos. La iglesia era redonda, con una cúpula gris y había tanta gente dentro que yo no podía comprender cómo esa iglesia los podía contener a todos. Parecía una nación entera. Pero entre tanto allí dentro todo se hacía siempre más oscuro y cuanto allí sucedía me parecía como un negro vapor. Esta oscuridad salió fuera y gastó y resecó todas aquellas hierbas y muchas comunidades de en torno se hicieron áridas y oscuras y aquel prado en una gran extensión se hizo semejante a una tenebrosa llanura de aguas estancadas. Ví entonces muchedumbres de hombres de bien que se apresuraban a salir de esa iglesia y dirigirse hacia una parte de aquel prado donde aún se veía verdor y luz. No puedo describir lo espantoso, oscuro y calamitoso de esta aparición. Se resecó todo verdor, los árboles murieron, los jardines se despoblaron y en cuanto al-

(**) Este campo verde significa el año eclesiástico, la comunidad católica, de la cual no querían salir los Iluminados, aunque enemigos del Papa de Roma. Pretendían destruir desde dentro hacia afuera. Por eso su pseudo-iglesia está dentro del prado.

canzaba la vista, ví las obras de las tinieblas. Allí donde se extendían, aparecía en seguida una negra y espantosa soga. Yo no sé qué pasó con todas las personas que se encontraban en aquella iglesia. Parecía que se alimentaba y devoraba a aquellas humanas criaturas. Se puso cada vez más negra, asemejándose a la oficina de un herrero. Además, por todas partes se cuarteaba y hendía.

15. Llevada a un prado ameno, ve el final de la pseudo-iglesia.

Después de esto fuí llevada en compañía de tres ángeles a un lugar muy verde circundado por un muro, grande como el cementerio fuera de la ciudad, y me ví colocada de lado como sobre un elevado asiento. No sé si yo vivía o estaba muerta; pero llevaba una larga y cándida vestimenta. El mayor de los tres ángeles dijo: "¡Sea alabado Dios! Al menos aquí permanecerá el verdor y la luz". Después, entre el espacio donde yo estaba y la iglesia negra comenzó a caer una lluvia de perlas y de piedras luminosas y uno de mis tres compañeros me dijo que las juntáramos. Luego me dejaron sola en parte o del todo. Sólo recuerdo que por la angustia de aquella negra iglesia no me sentía con ánimo y valor para recoger aquellas perlas. Cuando volvió mi compañero y me preguntó si las había recogido y yo respondí que no, me ordenó hacerlo de inmediato. Me arrastré por el suelo y encontré aún tres piedras con facetas y talladas como cristal. Estaban en fila, una detrás de otra: una era de color azul, otra rosa claro y la tercera de un blanco espléndido y transparente. Yo se las llevé a mis compañeros y ellos frotaban unas contra otras, yendo de un lado a otro, y esparcían vivos rayos de luz y donde iban se acrecentaba el verdor, la vida y la luz. He visto también a la oscura iglesia cómo se consumía y se destruía de un lado. Una multitud inmensa se difundió de nuevo sobre aquella comarca verde y alegre, dirigiéndose a una ciudad luminosa. Del otro lado, en la iglesia negra, todo quedó en tinieblas.

16. Se le muestran los males que produciría el Iluminismo si triunfara.

(Abril de 1820)

Ví nuevamente un gran cuadro de las enormes calamidades que reinan aquí y en otros lugares. He visto como si se mandase al clero se abstuviera de cosas de las cuales no debe abstenerse. He visto a muchos viejos sacerdotes y algunos antiguos fran-

ciscanos, aunque no vestidos del hábito de su orden, y especialmente un viejo eclesiástico, llorar muy dolorosamente. A otros jóvenes también los he visto llorar con ellos. He visto a otros, entre éstos algunos tibios y tímidos, abstenerse de buen grado y adaptarse a aquel mal partido. He visto a los antiguos fieles someterse a aquella prohibición con gran tristeza y cerrar sus iglesias. He visto a muchas otras personas entre los ciudadanos y los campesinos reunirse a ellos y me pareció como que los hombres se dividían en dos bandos: el uno bueno, el otro malo.

17. Ataques contra el celibato de los sacerdotes.
(16 de Agosto de 1821)

Fuí llevada a una grey en la extremidad del campo de la mansión de bodas. Estaban mezclados con las ovejas muchos inútiles y pésimos cabrones que dañaban a la grey con sus cuernos. Me fué mandado buscar y sacar fuera a esos malos cabrones. Esto me resultó muy amargo y penoso, porque no los podía distinguir bien. Entonces se me apareció San Estanislao de Kostka (*) y me procuró ayuda. Tuve que ir a un arroyo ancho, muy torrentoso, y desde allí llamar y recoger a los cabrones. El santo me dijo: "Los malos cabrones son aquellos que detrás de las orejas y a lo largo de la espalda tienen pelos rígidos, mezclados con lana". Aferré a siete de aquellos cabrones y los eché en el torrente frío, que se los llevó consigo.

(19 de Agosto). Pasé una noche horrible. Estuve clavada y crucificada por el mundo, por la carne y por el demonio. Tuve que luchar contra un cabrón grande y nauseabundo Al fin lo vencí, le retorcí los cuernos hacia atrás, se los rompí, se los puse en forma de cruz sobre la espalda y le dije: "Tú también llevarás la cruz".

18. Ve la muerte de un consejero del Papa.
(15 de Enero de 1822)

En este momento ha muerto en Roma de vejez un párroco muy piadoso. Ha recibido la absolución general y yo la he recibido con él. Su alma ha ido directamente al Purgatorio, pero saldrá bien pronto. Debemos rezar por él. Era muy aficionado al

(*) San Estanislao de Kostka, hijo de una noble familia de Polonia, huyó de su patria para ingresar en el noviciado de la Compañía de Jesús. Murió el 15 de Agosto: por eso aparece en el día en que Ana Catalina tiene esta visión, la cual refiere al día siguiente.

Papa y durante su prisión ha hecho mucho bien. También el Papa no durará mucho. Este hombre era uno de aquellos doce que yo veo siempre sosteniendo a la Iglesia y del cual he hecho antes mención; él es en aquel número el segundo que ha muerto; diez viven aún. Veo por otra parte que crecen otros jóvenes. El era amigo y consejero del Papa; pero por fidelidad afectuosa a su parroquia, se había rehusado siempre aceptar un puesto más elevado.

19. Ve las maquinaciones contra el Papa.
(10 de Agosto de 1822)

He visto muy afligido al Padre Santo (*). Vive en otro palacio y sólo se deja ver de muy pocos amigos de confianza. Si el partido malo conociera su propia fuerza, habría ya estallado la revolución. Temo que el Papa tenga que padecer mucho antes de morir. Veo la negra iglesia de Satanás prosperar y ejercitar su pernicioso influjo en el movimiento de las ideas. La angustiosa situación de la Iglesia y del Papa es tan triste que debemos pedir a Dios incesantemente que acuda en su auxilio. Yo recibí encargo de orar mucho por la Iglesia y por el Papa.

Esta noche fuí conducida a Roma, donde el Papa vive todavía oculto con el fin de evitar exigencias injustas. Está muy débil y consumido a causa de la tristeza, de la inquietud y de la continua oración. Se ha ocultado sobre todo porque no puede fiarse de muchos de los que le rodeaban. Junto a él está un sacerdote anciano muy sencillo y piadoso, amigo suyo, al cual no han creído necesario alejarlo de su lado. Este hombre tiene mucha gracia y favor de Dios. Mira y ve muchas cosas y todo se lo dice fielmente al Papa. A él le descubrí en la oración muchas cosas acerca de algunos traidores y personas mal intencionadas que hay entre los altos empleados con quienes más confianza tiene el Papa; todo lo cual debía él comunicar al mismo Pontífice. Así está prevenido y se guardará de aquél que hasta ahora lo hacía todo y ahora ya no podrá hacer nada. El Papa está tan débil que no puede andar solo.

(*) Pío VII (Bernabé Chiaramonti) elegido en 1800 gobernó la Iglesia hasta 1823. Consagró en París al emperador Napopleón en 1804. En 1809 fué sacado violentamente de Roma por orden de Napoleón, que lo tuvo preso cinco años en Savona y en Fontainebleau. Volvió a Roma a la caída de Napoleón. Además de las luchas con este Emperador tuvo muchas dificultades con los protestantes de Alemania. Restableció la Compañía de Jesús en 1814 y condenó la masonería en 1820. Murió en 1823 a consecuencia de una caída.

20. Ve nuevos peligros y a los fieles orando por el Papa.

(25 de Agosto de 1822)

No sé cómo he venido a Roma esta noche; lo cierto es que me encontré en la iglesia de Santa María Mayor y ví que se acercaban muchos fieles, pobres y piadosos, que estaban en grande angustia y aflicción a causa de hallarse escondido el Papa y de las noticias que corrían en la ciudad. Estos fieles habían ido a la iglesia con el fin de invocar el auxilio de la Madre de Dios. No esperaban que se abriera la iglesia y se contentaban con orar desde afuera. Habíales conducido allí un íntimo y misterioso impulso. Pero yo estaba dentro de la iglesia y les abrí las puertas. Todos entraron muy recelosos y admirados de ver que las puertas se habían abierto. Me parecía hallarme detrás de la puerta y que ellos no me veían. En la iglesia no se celebraba ninguna solemnidad ni había más luz que las de las lámparas perpetuas. Todos oraban en silencio.

Ví aparecerse a la Madre de Dios, la cual dijo que la necesidad era grande y que todos debían orar fervorosamente, con los brazos en cruz, aunque no fuese más que el tiempo que se tarda en rezar tres Padrenuestros, pues su Hijo Divino había orado así por ellos en la cruz; que debían levantarse a medianoche para orar en esa forma; que vinieran siempre a esa iglesia y hallarían las puertas abiertas; que pidieran sobre todo que la iglesia de las tinieblas se alejara de Roma; que los soldados que se acercaban no traían salud, sino miserias y desolaciones porque la guerra se hacía sin oraciones y sin sacerdotes. Dijo muchas cosas y algunas que me es difícil repetir ahora; que con un solo sacerdote que ofreciese el santo sacrificio de la Misa con la dignidad y pureza de intención con que lo ofrecían los apóstoles, bastaría esto para alejar el azote.

Yo no sé si los fieles que había en la iglesia vieron esta visión; pero todos sentían un movimiento sobrenatural, puesto que cuando la Virgen dijo que debían orar con los brazos en cruz, todos levantaron los brazos. Todos aquellos fieles eran buenos y piadosos, pero carecían de auxilio y de consejo. Entre ellos no había ningún traidor, ningún enemigo, aunque estaban recelosos y desconfiados unos de otros. De aquí se puede colegir cuán triste era la situación. Parecíame que todos formaban una unión espiritual de oraciones.

(16 de Octubre de 1822)

Esta noche he hecho el *Via crucis* en Koesfeld. Había conmigo muchas almas que me señalaban las necesidades de la Igle-

sia y me decían lo mucho que debemos rogar por ella. Ví luego la representación de muchos jardines, que había a mi alrededor, y significaban las relaciones del Papa con los obispos. Ví los derechos y el poder de estos obispos y de estos obispados, como plantas, flores y frutos en cada uno de los jardines y ví las relaciones, corrientes e influencias, como hilitos y rayos que salían de la Sede Romana hacia cada uno de esos jardines.

21. Maquinaciones de los malos contra la Religión. *(22 de Octubre de 1822)*

Viajé de nuevo hacia Roma y tuve mucho que hacer con un extraño niño (*) que encontré en mi camino sobre un prado. Aquel niño parecía tener un día de existencia y yacía en medio de un globo oscuro como neblina. Aquel globo estaba formado de miles de hilos entrelazados que partiendo de los más diversos lugares se desparramaban. Tuve que romper todos esos tejidos para poder sacar al niño y llevarlo conmigo. Estaba estrechamente vestido con un hermoso manto y un gran cubrecuello dentellado. Sentía que en la espalda llevaba algo oculto bajo aquel manto, como un pequeño libro (**) y en vano traté de sacarlo fuera; tenía la idea de que aquello no era nada bueno. Aquella criatura de un día ya sabía sonreír. Me espanté, no pudiendo explicarme esa sonrisa. Supe la explicación. Los que habían urdido el engaño no dudaban de que les saldría bien. Habían de ese modo disfrazado aquel niño para hacerlo entrar en Roma. No recuerdo ya a quién debía yo entregar aquel niño, creo que a un seglar. He visto personas conocidas mías que se alegraron mucho de que me hubiese apoderado de aquel niño, pues en Roma había muchos de pensar no católico que habían cooperado a aquel engaño, entre éstos algunos prelados.

He visto cómo en la Germania se había combinado el plan, entre eclesiásticos, mundanos y protestantes iluminados para refundir en una a las varias religiones, para la supresión del poder temporal del Papa, para nombrar superiores eclesiásticos,

(*) Se refiere al proyecto de la secta de los Iluminados que era el de terminar con el poder temporal y espiritual del Papado. El jefe de este movimiento era el consejero eclesiástico Werkmeister. Su proyecto de una nueva constitución de la iglesia católica tedesca para los estados de la confederación germánica publicada en 1818 circulaba en muchos lugares y el conciliábulo de Francfort lo hizo objeto de sus deliberaciones. El niño metido en la red es la figura del proyecto citado; la niebla significa el sigilo con que trabajaban; la sonrisa del niño es la seguridad prematura del triunfo de los padres del niño.

(**) El librito escondido significa que el escrito circulaba en Roma, donde Werkmeister tenía fautores de su proyecto.

para la economía de gastos que decían inútiles y para disminuir los sacerdotes. He visto que este plan tenía fautores también en Roma entre los prelados. A menudo he visto que C. C. poco o nada vale, que pierde y corrompe muchas cosas y odia a su padre; pero está demasiado metido en los asuntos y no puede ser despedido. Está a disposición de las sectas secretas. Esta asociación está muy difundida. Ella trabaja más rápido, pero más superficialmente que la francmasonería.

22. Es armada la hija del Rey.

Dios ha dispuesto que el Papa estuviese ahora enfermo y así escapase del lazo que se le había tendido. El enemigo ha trabajado largo tiempo, pero no alcanzará su propósito. El plan ha sido descubierto y disipado. He visto sobre esto muchos cuadros, pero recuerdo sólo lo siguiente: he visto a la hija única del Rey de los reyes asaltada y perseguida. Lloraba mucho sobre tanta sangre que debía correr y miraba a un escuadrón de vírgenes fuertes y animosas que debían combatir con ella. Tuve mucho que hacer con ella y le pedí que se acordase de mi país y de aquellas comarcas que le encomendé. Le pedí que donase algunos de sus tesoros a los sacerdotes; pero me dijo: "Sí, tengo grandes tesoros, pero ellos los pisotean". Llevaba un vestido color azul de cielo. Luego fuí advertida de nuevo por mi guía de rezar y de excitar a otros para que rezasen como mejor pudieran, por los pecadores, especialmente por los sacerdotes envueltos en el error. "Se acerca, me dijo, una época muy mala. Los no católicos atraerán mucha gente e intentarán de todos modos sustraerle todo a la Iglesia. Nacerá de esto gran confusión".

He visto de nuevo un cuadro en el cual me fué mostrado cómo era armada la hija del Rey. Innumerables personas contribuyeron. Lo que ellos traían eran oraciones, buenas obras, todo género de mortificaciones, de abstinencias y de trabajos espirituales. Esto iba subiendo al cielo y allá arriba era dispuesto y trabajado según la naturaleza de las cosas, para ser puesto a aquella virgen como armadura. Era en verdad maravilloso el ver cómo todo se ajustaba y una cosa explicaba a la otra su significación. Estuvo así armada de pies a cabeza. Yo conocía muchas personas que habían contribuído a aquella armadura; he visto, con maravilla, cómo establecimientos enteros y personas grandes y doctas nada habían contribuído, mientras, en cambio, los pobres y los pequeños proveían partes enteras de la armadura.

He visto también el gran combate. Los enemigos eran infinitamente más numerosos, pero la escuadra pequeña y fiel echa-

ba por el suelo enteras filas de enemigos. El ejército de las vírgenes asistía a la batalla, estando sobre una colina. Corrí hacia ellas y les recomendé mi patria y los otros lugares por los cuales debo rezar. Estaba armada de modo extraño y significtivo, con yelmo, escudo y coraza; los combatientes estaban vestidos como están hoy en día nuestros soldados. La batalla fué terrible: al fin no quedaba más que un pequeño escuadrón de la gente de bien que reportó la victoria.

23. Diócesis separada de Roma.

He visto una iglesia que estaba sobre las aguas, en gran peligro de hundirse. No tenía ya base segura: estaba vacilando y flotando sobre las aguas como una nave. Yo y otros teníamos que afanarnos para ponerla en equilibrio, llamando y conduciendo a muchas personas; las distribuimos en todos los puntos para equilibrarla y sostenerla. Esto lo conseguimos nadando de un lado para otro, sostenidos sobre tablas y tirantes. He visto en la nave de esa iglesia a doce hombres postrados en el suelo, orando con todo fervor, como inmóviles; a la entrada y delante del altar había muchos niños. No he visto dentro ningún Papa, sino un obispo ante el altar mayor. Durante este cuadro he visto también que la iglesia era bombardeada desde las naves y que lanzaban contra ella toda clase de cosas para incendiarla. Nosotros suspendíamos paños mojados sobre sus muros y así no sufrió daño alguno. Parecía como que la iglesia estuviese en peligro por todos lados y yo pensaba que se quería quitarle toda firme y segura base. Cuando estuvo en equilibrio y hubo dentro mucha gente, ella se inclinó un tanto y parecía como si se posase sobre la arena. Entonces unimos nosotros los tirantes y formamos un puente y fué así juntada a la tierra firme. Cuando esto se hubo conseguido, toda clase de malos eclesiásticos y de otras personas entraron, y en lugar de ayudar, se burlaban de los doce que dentro rezaban y les pegaban en las orejas; ellos lo soportaban en silencio, pacientes y proseguían rezando. Tuvimos entonces que traer muchas piedras gruesas y enterrarlas en torno de la iglesia, para construir un fundamento y todo esto crecía y parecía que vegetaba. Las piedras venían como torrentes y parecía como si de un solo bloque naciese y se formase el escollo y así todo se puso de nuevo sólido y fuerte. Vinieron entonces muchas gentes y también extranjeros que entraron por la puerta. La iglesia quedó establecida sobre tierra firme.

24. Nuevas maquinaciones contra Roma.

En uno de sus éxtasis la vidente, al ver la felonía de unos pocos que pretendían hacer una iglesia nacional, independiente de Roma, exclamó indignada, en un arranque de celo:

¡Quieren robar al Pastor sus propias ovejas! ¡Quieren meter dentro por la fuerza a otro que cede todo a sus enemigos!... *(Alzando el puño con enojo, prosiguió):* ¡Oh vosotros, malvados germanizantes!... ¡Esperad! ¡Esto no lo alcanzaréis! ¡El Pastor está firme sobre el escollo! Y vosotros sacerdotes ¿no os movéis? Dormís, y entretanto veis que todo arde por todas partes y no hacéis nada. ¡Oh, cómo os habéis de arrepentir un día! ¡Si hubiéseis al menos recitado un Padrenuestro! Durante toda la noche debo ver cómo han maltratado los enemigos a nuestro Señor sobre el monte Calvario. ¡Veo a todos unos traidores! No pueden soportar que se diga que las cosas van tan mal. ¡Todo va bien para ellos, con tal que se puedan gloriar con el mundo!...

25. Enfermedad del Cardenal Consalvi.

Padece mucho en estos días por la conversión del Cardenal Consalvi: lo ve entre tinieblas y con un velo de separación, como si estuviese excomulgado.

Lo veo en diverso estado. Su lenta enfermedad es una gracia de Dios. Ha cambiado su modo de pensar sobre muchos asuntos. Me pareció verlo como si moría y renacía, pero muy cambiado; muchas cosas confesó al Papa, de muchas cosas se acusó, a todo y renunció y entonces ví en él renacer nueva vida. Lo ví yacer en el lecho y en torno de él a muchos eclesiásticos de alto grado y una vez al Papa. Había en torno de él toda clase de escritos y de otras cosas y él entregó muchas de ellas; se hablaba y se preguntaba y he visto que él a menudo alzó la mano solemnemente afirmando. No sé si era que ya no podía hablar más distintamente. Me parecía que él se separaba de todo y que a todo renunciaba. El Papa quedó por un cierto tiempo solo con él; no se si el enfermo se confesase con él, pero ví que alzó la mano y me pareció que la ponía al cuello del Papa. No sé si lo abrazaba o se despedía, o que el Papa le perdonaba algo. Después el Papa también se fué. Entre los escritos que el Cardenal entregó al Papa había uno que miraba a nuestra Iglesia y que no era según las intenciones del Papa. Me pareció, antes bien, que él lo ignorase del todo y es gran suerte que esto sucediese, pues el asunto ahora tomará un giro diverso del que

ellos esperaban. El cardenal lloraba; el Papa y los demás también lloraban; parecía que se despedían.

He visto que muchos pastores se dejan llevar a peligrosas concesiones contra la Iglesia. Aparté mi vista de este cuadro aflictivo y recé por los obispos. Yo pensaba que si éstos mejoran, mejorarán también los demás como consecuencia. He visto entonces entre otras cosas que la casa a la cual tuve que llevar a aquel hombre, era la iglesia bajo la autoridad del Cardenal Consalvi. En todas las cámaras había hijitos de él *(planes y proyectos)*. Había allí como una exposición de todos sus proyectos. Tuve que arrastrarlo delante del altar: esto significaba su conversión y el reconocimiento de sus errores. Había dado fuego a la casa y tuve que salvar con otros todos los bienes y llevarlos al redil. Habían fabricado una iglesia grande, curiosa y loca; allí dentro debían estarse todos unidos, con iguales derechos, evangélicos, católicos, gente de toda secta, y debían formar una comunidad de profanación y de impiedad, y haber un solo pastor y una sola grey. Tenía que haber un Papa, pero no debía poseer cosa alguna y debía ser asalariado. Todo estaba preparado y muchas cosas se cumplían; pero donde estaba el altar todo estaba en desorden y espanto. Tal debía ser la nueva iglesia. Entonces él pegó fuego a la casa de la iglesia antigua. El llegó a morir, a hacer penitencia y a confesar sus errores, y de nuevo revivió.

26. Ve una representación de concesiones ilícitas.

He vuelto de nuevo a Roma y me he escandalizado muchísimo. Encontré allí amontonada una cantidad desmesurada de ropa de iglesia desde el tiempo del último Papa. Había entre ellas muchas cosas con mis manos preparadas y luego consagradas. Mucha de aquella ropa no había sido usada nunca, sino abandonada y dispersada. Las franjas, los galones, las cintas habían sido quitadas a las vestiduras eclesiásticas y estaban rotas. Me habían dado también muchos crucifijos de marfil, pero los cuerpos estaban arrancados y quedaban sólo los pedestales de mármol y las cruces de leño; a uno de esos crucifijos le habían puesto un pequeño cuerpo de lata. Entre aquella ropa de iglesia iban y venían muchos eclesiásticos de altos empleos y de toda categoría, y miraban especialmente aquellos paños que sirven de examen en las escuelas y los vestidos de primera comunión y a semejantes cosillas que pendían del lado de afuera; pero a los ornamentos y las vestiduras de la iglesia los dejaban en el mayor desorden.

Me escandalicé especialmente por cinco desvergonzadas camisas de mujer que pendían mezcladas a aquellos grandes ornamentos eclesiásticos (*); estas camisas eran de mucho precio y de forma fuera de razón. Me escandalicé, pues me parecía no ser de ninguna manera para la esposa ni para el esposo *(de la mansión de bodas)*, sino para adúlteros. Tenían la parte superior cosida con listas de tela grosera, aunque lo demás era de tela más fina y transparente, adornada con toda clase de puntillas y bordados, franjas y trabajos de aguja. También las mangas eran de finísimo género y en la parte superior, junto al cuello, tenía un capuchón para bajar hasta los ojos, que impidiera ver cómo en medio del vergonzoso lujo y dispendio se ocultase la desnudez y la vergüenza. Me indigné por el escándalo de estas camisas, y aferré y junté todos los objetos que yo había preparado y los guardé en una cesta para llevarlos de allí, lamentándome de que mis cruces hubiesen sido despojadas. Uno de los eclesiásticos presentes no quería permitirme juntar y llevar aquellos objetos; pero otro conocido mío habló en mi favor. He visto también el alma de Lambert, que pasaba a lo lejos. *(Ayer fué día de San Martín)*. Le rogué que me ayudase y le pregunté por qué no venía a llevarme. Él sonrió, hizo una seña con el dedo y dijo: "Ten paciencia. ¿No te he dicho que debes sufrir aún mucho?" Con esto se alejó.

Me entretuve todavía mucho para recuperar lo mío y conseguí finalmente los pedestales de mármol de aquellas cruces sin crucifijos, y lo llevé todo. Pregunté cómo esas desvergonzadas camisas estuviesen allí, que yo de buena gana las rompería en mil pedazos. Me fué dicho que eso sucedió por respeto a ciertos señores y patrones protestantes, de quienes por complacerlos habían sido recibidas. Desprendí una y me dí cuenta de la capucha; creía al principio que fuese un cuello. Me produjo tal enojo, que dije entre mí: "¡Esperad, esperad! Estos vuestros trapos los quiero coser con hilo de pez y resina para que se vea por todos lo que aquí falta". Ví que también el Papa estaba muy amargado e irritado por causa de aquellas desvergonzadas camisas; destruyó una y la hizo mil pedazos. He visto a muchos cardenales y también a príncipes seglares de mal humor por la destrucción de las camisas.

(*) Estas cinco camisas se refieren a la ocupación de cinco obispados católicos, privados entonces de pastores. los cuales pretendía la autoridad civil proveer con sujetos dóciles al gobierno e inclinados al Iluminismo.

27. Va de nuevo a Roma donde ve confusión y tinieblas.

Volví a San Pedro y San Pablo (Roma) y ví un mundo tenebroso de necesidad, confusión y corrupción, penetrado de rayos de luz por las innumerables gracias de los millares de santos que allí reposan. Si pudiera de algún modo referir lo que allí he visto, en el centro de la Iglesia, esto bastaría para ocupar el entendimiento del hombre durante toda su vida.

Ví especialmente a aquellos papas cuyos huesos están cerca de mí. Debo tener además cerca de mí reliquias de Calixto I (*), que fué el Papa décimo séptimo, las cuales aún no he encontrado. Ví que este Papa tuvo muchas apariciones.

Ví también la muerte de San Juan Evangelista y que una vez se le apareció a Calixto juntamente con el Salvador y otra vez con María, para confortarlo en sus angustias. Ví muchas apariciones que tuvo Sixto, de quien poseo una reliquia. Ví sobre todo innumerables apariciones y manifestaciones de los apóstoles y de los discípulos unos a otros y a sus sucesores en aquellos tiempos de persecución. Ví aparecer en cierto orden los mensajeros de la Iglesia triunfante, en el cual sólo podía servir de norma la interior importancia esencial de la ocasión en que se aparecían y no el juicio del mundo ciego. A lo dicho acerca del discernimiento de las reliquias, debo añadir que he visto que Santa Práxedes tenía cierto conocimiento íntimo de ellas.

Ví al Papa en grande aflicción y congoja a causa del estado de la Iglesia. Le ví cercado de traidores. Ví que en sus grandes angustias tiene visiones y apariciones. Ví a muchos obispos buenos y piadosos, pero débiles y condescendientes y ví que los partidos malos adquirían con frecuencia preponderancia. Tuve otra vez la visión de los que intentaban destruir la iglesia de San Pedro y advertí que María extendió su manto sobre ella y fueron lanzados de allí los enemigos de Dios. Ví a San Pedro y a San Pablo obrar con gran solicitud en favor de la Iglesia. Ví la iglesia de los herejes y apóstatas en grande prosperidad; alrededor de ella ví extenderse las tinieblas y que muchos no iban ya a la verdadera iglesia, sino a la falsa, diciendo al entrar en ella: "Aquí todo es más hermoso, más natural, más ordenado".

(*) San Calixto hizo edificar la Iglesia de Santa María in Transtevere en el lugar donde según la tradición y las visiones de Ana Catalina, brotó una fuente de aceite el día del Nacimiento de Nuestro Señor. Hizo muchas obras en las catacumbas de su nombre; sufrió el martirio en una insurrección popular de los paganos contra el jefe de la Iglesia.

Entre ellos no ví a ningún sacerdote. El Papa resistió con firmeza, pero estaba muy atribulado. Ví que aquel tratado del cual esperamos obtener ventajas, no nos levantará, pues todas las cosas van decayendo de día en día. Ví que el Papa usa ahora de rigor y que le ha sido recomendada la fortaleza hasta la muerte. Ví que ha ganado con sus últimos actos de firmeza. Ví venir sobre esta ciudad una negra tormenta desde el septentrión.

28. La iglesia de la embajada protestante en Roma.

(17 de Noviembre de 1822)

Ví la falsa iglesia crecer y ví sus funestas consecuencias y ví a muchos herejes de todas condiciones ir a Roma. Ví aumentar allí la tibieza de los eclesiásticos y difundirse más y más la oscuridad. Entonces se extendió por todas partes esta visión. Ví en todo lugar a la comunidad católica oprimida, perseguida, impedida y sujeta. Ví que en muchos lugares se cerraban las iglesias y ví por todas partes la desolación. Ví guerras y efusión de sangre. Ví surgir poderosamente un pueblo oscuro y feroz, pero que esto no duró mucho tiempo. Ví que la iglesia de San Pedro iba a ser demolida mediante un plan hábilmente concertado por las sociedades secretas y devastada por violenta tempestad.

Pero en medio de tantas desdichas ví cerca la salvación. Ví a la Santísima Virgen subir a lo alto de la iglesia y extender su manto. Cuando ví esto dejé de ver al Papa actual y ví a su sucesor, que era dulce y severo al mismo tiempo. Este supo atraer a los buenos eclesiásticos y alejar de sí a los malos. Ví renovarse todas las cosas y construir una iglesia que se elevaba hasta el cielo.

(2 de Enero de 1823). Fuí al lugar del pastor (Roma), donde había gran peligro. Querían asesinar al fiel mayordomo, pero yo me puse en medio y el cuchillo me penetró por el lado derecho hasta la espalda. El buen mayordomo se volvió a su morada; en el camino le salió al encuentro un traidor que llevaba un cuchillo debajo de la capa. Viendo yo que con maligno intento le abrazaba amistosamente, me arrojé por debajo de la capa y recibí una herida en la espalda. Entonces se oyó un chasquido tal como si el puñal hubiera tropezado en ella. El mayordomo se defendió, pero al fin cayó al suelo desmayado. El asesino huyó y acudió gente.

29. Muerte de Pío VII. - El papa León XII.

(Otoño de 1823)

He visto al Papa en el momento que cayó por tierra. Algunos acababan de separarse de él. Levantábase de su silla para alcanzar alguna cosa, cuando tuvo la caída (*). No podía yo creer que había muerto. Parecíame que seguía gobernando y que todo procedía de él. Cuando le ví ya muerto parecíame que estaba orando. Pío estaba en continua oración conversando con Dios y tuvo frecuentes ilustraciones interiores. Era muy benigno y complaciente. León XII no puede aún orar así, pero tiene una voluntad muy firme.

En la fiesta de la Asunción he visto muchas cosas de Consalvi (**), a quien el Papa y después otro cardenal exhortaron a cumplir su promesa de poner suma atención en los asuntos de la Iglesia. He visto que su madre le enseñó cuando era niño una breve oración a la Virgen Santísima, la cual solía él decir por la mañana y por la tarde, por lo cual intercedió María por él cerca de Jesús. He visto esto muchas veces. También he visto que María le exhortaba y le daba gracia para que se enmendara.

(Noviembre). En estos días induje a un empleado, en San Pedro de Roma, que manifestara al Papa que era francmasón. El se disculpó alegando que en esta sociedad sólo era cajero y decía que en esto no había nada de malo y quería continuar en ella. El Papa le habló severamente diciéndole que renunciara sin tardanza a ser masón o dejara el empleo pontificio. Yo misma oí toda la conversación.

(*) El Papa Pío VII murió el 25 de agosto, a consecuencia de una caída en la cual se quebró el fémur.

(**) Hércules Consalvi (1757-1834), nombrado cardenal secretario de Estado por Pío VII, se opuso a las exigencias injustas de Napoleón. Parece no haber sido bastante enérgico ante las pretenciones de gobiernos masónicos o protestantes. Ana Catalina sufre largo tiempo por la total conversión del ilustre enfermo.

Capítulo XII

VISIONES DE LAS IGLESIAS CISMATICAS Y HERETICAS

INTRODUCCION

Comprende este capítulo numerosas visiones relativas a los males que ocasionaron las sectas, los cismas y las sociedades secretas, que desgarraron la unidad de la Iglesia Católica en época de grandes trastornos políticos. Este lamentable estado era consecuencia de los desórdenes de la revolución francesa, de los errores del josefinismo en Alemania y Austria, de los abusos del poder de Napoleón, del galicanismo en Francia y del auge creciente de la masonería, enemiga declarada de la Iglesia. La supresión de la benemérita Compañía de Jesús, que combatió los errores del siglo, aumentó extremadamente la gravedad de la situación.

Ana Catalina ve en Rusia a los ortodoxos, bajo el zar Nicolás I, que persiguen a los católicos, les prohiben la predicación, los obligan a emplear los libros rituales cismáticos y pretenden que los niños católicos frecuenten los templos ortodoxos. En Alemania los luteranos, amparados por el poder civil, favorecieron la escuela laica, los matrimonios mixtos, y la supresión y despojo de los conventos, como asimismo tuvieron la pretensión de proveer a los obispados católicos. Aumentaron el mal las actividades de la secta de los Iluminados y los propugnadores de una iglesia nacional alemana independiente de Roma.

La "mansión de bodas", a que se refiere la vidente, es un lugar simbólico, donde ella contempla el estado de todas las iglesias cristianas: la Católica y las disidentes, que forman el cuerpo místico de Cristo. La Matrona representa a la Iglesia Católica, y las madres enfermas, a las iglesias cismáticas y heréticas, cuyos hijos, según se muestra en sugestivas figuras, sienten vivos deseos de unirse a la Iglesia universal.

1. Renovación de la Iglesia.
(Navidad de 1819)

Estuve en la mansión de bodas. La Matrona continuaba enferma. A pesar de todo, ponía orden, limpiaba y barría en diversos lugares del jardín. He visto que el redil de la mansión

de bodas se había convertido en iglesia. Las plantas de nueces, que circundaban el establo, ya se habían secado desde las raíces y las nueces estaban vacías y resecas. He visto a muchos santos, en antiguas vestimentas sacerdotales, que limpiaban la iglesia y quitaban las telarañas. Las puertas estaban abiertas y la iglesia se volvía cada vez más luminosa. Era como cuando los patrones hacen las obras que deberían hacer los siervos. Los que estaban dentro de la mansión de bodas no hacían cosa alguna y en parte estaban de mala gana allí; con todo había ahora gran movimiento entre ellos. Parecía como si, ordenada una vez la iglesia, ellos debían también entrar; algunos debían ser echados en seguida y bien lejos. Mientras la iglesia se volvía cada vez más pura y brillante, he aquí que salió de ella una fuente clara y hermosa que se desparramó por todas partes, a través de los muros, con aguas cristalinas y reavivó todas las cosas, serpenteando por el jardín. Cuando brotó esa fuente todo se hizo más luminoso y alegre. Arriba he visto también un altar luminoso como espíritu celeste; he visto un crecer y agrandarse, como si todo aumentase y vegetase en aquella iglesia: los muros, el techo, los ornamentos, las formas, todo, en una palabra. Los santos seguían su trabajo y el movimiento en la mansión de bodas era siempre más intenso.

2. El Cuerpo Místico.

(Junio de 1820)

Me encontré en la iglesia de la mansión de bodas. Había allí fiesta solemne como la que se acostumbra al principiar la cosecha de las mieses. En la iglesia he visto a Nuestro Señor Jesucristo como pastor, a los apóstoles y discípulos, a muchos santos y beatas almas en altos coros y sobre el pavimento ví a muchos eclesiásticos y laicos vivientes, entre los cuales he reconocido a varios. Parecía que venían orando e implorando bendiciones sobre la cosecha y pidiesen obreros para hacerla y como si Jesús invitase a aquella obra y dijese: "La mies es grande y los obreros pocos; rogad por tanto al patrón de la mies para que Él mande operarios a la cosecha". Y parecía que el Señor enviase a sus discípulos y apóstoles, con las formas eclesiásticas, como lo había hecho cuando vivía entre ellos. Yo también salí fuera a la cosecha, y conmigo también algunos de aquellos sacerdotes y laicos vivientes. Muchos, empero, no quisieron salir, y se excusaban y quedaban atrás. En lugar de ellos he visto adelantarse muchos santos y beatos.

INDICE

		Pág.	Libro
Prólogo		9	1
Estudio crítico		11	
Juicios autorizados		77	
Vida de Ana Catalina Emmerich		115	

Primera parte

AUTOBIOGRAFIA

Capítulo	I. - Su infancia, sus dones extraordinarios	155	
	II. - Su vocación, sus estigmas, sus pruebas	189	

Segunda parte

VISIONES GENERALES

Capítulo	I. - Visiones de sí misma	225	2
„	II. - Visiones de sus amigos y enemigos	241	
„	III. - Visiones de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento	281	
„	IV. - Visiones de la Misa	299	
„	V. - Visiones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante	305	
„	VI. - Visiones de la Navidad	325	
„	VII. - Visiones de los ángeles y de los espíritus planetarios	351	
„	VIII. - Visiones del Cielo y del Limbo	359	
„	IX. - Visiones de la oración	365	
„	X. - Visiones de trabajos en la viña del Señor	385	
„	XI. - Visiones del Papa y de la Iglesia Romana	401	
„	XII. - Visiones de las iglesias cismáticas y heréticas	429	3
„	XIII. - Visiones del racionalismo y del laicismo	451	
„	XIV. - Visiones del magnetismo	459	
„	XV. - Visiones de pecados y conversiones	467	
„	XVI. - Visiones de los premios de la vida futura	479	
„	XVII. - Visiones del Purgatorio	491	
„	XVIII. - Visiones del Infierno	529	
„	XIX. - Visiones de La Redención	533	
„	XX. - Visiones [illegible] poder sacerdotal	539	
„	XXI. - Visiones de viajes a diversos países	545	
„	XXII. - Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia	571	
„	XXIII. - Visiones del Monte de los Profetas	583	
„	XXIV. - Visiones del Paraíso terrenal	595	
„	XXV. - Visiones del Anticristo y del triunfo de la Iglesia	605	
„	XXVI. - Visiones diversas	625	

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. JOSÉ FUCHS, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
DANIEL GARCÍA - MANSILLA

Estudio crítico por
JUAN CARLOS MORENO

TOMO PRIMERO
LIBRO III

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

Capítulo XII

VISIONES DE LAS IGLESIAS CISMATICAS Y HERETICAS

INTRODUCCION

Comprende este capítulo numerosas visiones relativas a los males que ocasionaron las sectas, los cismas y las sociedades secretas, que desgarraron la unidad de la Iglesia Católica en época de grandes trastornos políticos. Este lamentable estado era consecuencia de los desórdenes de la revolución francesa, de los errores del josefinismo en Alemania y Austria, de los abusos del poder de Napoleón, del galicanismo en Francia y del auge creciente de la masonería, enemiga declarada de la Iglesia. La supresión de la benemérita Compañía de Jesús, que combatió los errores del siglo, aumentó extremadamente la gravedad de la situación.

Ana Catalina ve en Rusia a los ortodoxos, bajo el zar Nicolás I, que persiguen a los católicos, les prohiben la predicación, los obligan a emplear los libros rituales cismáticos y pretenden que los niños católicos frecuenten los templos ortodoxos. En Alemania los luteranos, amparados por el poder civil, favorecieron la escuela laica, los matrimonios mixtos, y la supresión y despojo de los conventos, como asimismo tuvieron la pretensión de proveer a los obispados católicos. Aumentaron el mal las actividades de la secta de los Iluminados y los propugnadores de una iglesia nacional alemana independiente de Roma.

La "mansión de bodas", a que se refiere la vidente, es un lugar simbólico, donde ella contempla el estado de todas las iglesias cristianas: la Católica y las disidentes, que forman el cuerpo místico de Cristo. La Matrona representa a la Iglesia Católica, y las madres enfermas, a las iglesias cismáticas y heríticas, cuyos hijos, según se muestra en sugestivas figuras, sienten vivos deseos de unirse a la Iglesia universal.

1. Renovación de la Iglesia.
(Navidad de 1819)

Estuve en la mansión de bodas. La Matrona continuaba enferma. A pesar de todo, ponía orden, limpiaba y barría en diversos lugares del jardín. He visto que el redil de la mansión

de bodas se había convertido en iglesia. Las plantas de nueces, que circundaban el establo, ya se habían secado desde las raíces y las nueces estaban vacías y resecas. He visto a muchos santos, en antiguas vestimentas sacerdotales, que limpiaban la iglesia y quitaban las telarañas. Las puertas estaban abiertas y la iglesia se volvía cada vez más luminosa. Era como cuando los patrones hacen las obras que deberían hacer los siervos. Los que estaban dentro de la mansión de bodas no hacían cosa alguna y en parte estaban de mala gana allí; con todo había ahora gran movimiento entre ellos. Parecía como si, ordenada una vez la iglesia, ellos debían también entrar; algunos debían ser echados en seguida y bien lejos. Mientras la iglesia se volvía cada vez más pura y brillante, he aquí que salió de ella una fuente clara y hermosa que se desparramó por todas partes, a través de los muros, con aguas cristalinas y reavivó todas las cosas, serpenteando por el jardín. Cuando brotó esa fuente todo se hizo más luminoso y alegre. Arriba he visto también un altar luminoso como espíritu celeste; he visto un crecer y agrandarse, como si todo aumentase y vegetase en aquella iglesia: los muros, el techo, los ornamentos, las formas, todo, en una palabra. Los santos seguían su trabajo y el movimiento en la mansión de bodas era siempre más intenso.

2. El Cuerpo Místico.

(Junio de 1820)

Me encontré en la iglesia de la mansión de bodas. Había allí fiesta solemne como la que se acostumbra al principiar la cosecha de las mieses. En la iglesia he visto a Nuestro Señor Jesucristo como pastor, a los apóstoles y discípulos, a muchos santos y beatas almas en altos coros y sobre el pavimento ví a muchos eclesiásticos y laicos vivientes, entre los cuales he reconocido a varios. Parecía que venían orando e implorando bendiciones sobre la cosecha y pidiesen obreros para hacerla y como si Jesús invitase a aquella obra y dijese: "La mies es grande y los obreros pocos; rogad por tanto al patrón de la mies para que Él mande operarios a la cosecha". Y parecía que el Señor enviase a sus discípulos y apóstoles, con las formas eclesiásticas, como lo había hecho cuando vivía entre ellos. Yo también salí fuera a la cosecha, y conmigo también algunos de aquellos sacerdotes y laicos vivientes. Muchos, empero, no quisieron salir, y se excusaban y quedaban atrás. En lugar de ellos he visto adelantarse muchos santos y beatos.

Entonces ví el campo de las mieses junto a la mansión de bodas y he visto en ese campo un cuerpo levantado y dirigido hacia el cielo. Estaba horriblemente mutilado: ciertas partes de las manos y de los pies estaban cortadas, y en otros lugares se veían anchas heridas y aberturas. Algunas de estas heridas eran recientes y sangraban aún; otras estaban rellenadas de carne mal crecida y pútrida; otras como cicatrizadas y osificadas; un lado entero del cuerpo aparecía negro y grangrenoso, como consumido.

Mi guía me indicó que aquel cuerpo era el de la Iglesia, y también el de todos los hombres, y al señalarme toda herida y toda mutilación, me indicó como estaban en dirección a todas las partes del mundo. Y yo he visto de una mirada a pueblos y hombres separados y aún en la más remota distancia estaban delante de mí con sus usos y costumbres. Sentí los dolores de la separación de esos miembros como si fuesen cortados de mi propio cuerpo. ¿No debe acaso un miembro suspirar por unirse con el otro y dolerse y afanarse para que sane y se una nuevamente con el cuerpo? ¿No debe acaso un miembro sufrir dolores para que otro sane? Me dijo mi guía que los más próximos y más dolorosamente divididos son aquéllos a quienes se les ha quitado el corazón de su seno. Yo pensé en mi simpleza: "Estos son los parientes y consanguíneos"; y dirigía mi pensamiento hacia mi hermana; pero me fué dicho: "¿Quiénes son mis hermanos? Aquéllos que observan los mandamientos de mi Padre son mis hermanos; no son los consanguíneos los más próximos al corazón. Los consanguíneos de Cristo son los que consienten con Él en el modo de pensar, y, después, los católicos que han caído o están separados".

He visto, por otra parte, que el lado negro y gangrenoso del cuerpo será muy pronto curado Aquella carne mal crecida, que cubre las heridas, representa a los herejes. Los que ya no tienen sentimiento religioso se encuentran en estado de gangrena. He visto cada miembro, cada herida, con su significación. Ese cuerpo llegaba hasta el cielo. Era también el cuerpo de Cristo. Esa vista me hizo olvidar mis dolores y comencé a trabajar con todas mis fuerzas en cosechar, atar y llevar cosas a la mansión de bodas. He visto cómo los santos ayudan desde lo alto y cómo los doce futuros apóstoles, el uno después del otro, tomaban parte en el trabajo. De los cooperadores vivientes he visto a pocos y alguno que otro situados a distancia. Me oprimía la fatiga del trabajo y los dedos me dolían a fuerza de atar; sudaba a mares. Tenía precisamente mucho que hacer con unos

haces de granos llenos y las espigas me punzaban y me sentía ya exhausta.

De pronto apareció un hombre muy apuesto y adornado, y me dijo que dejara aquel trabajo, que no podría soportarlo y que por lo demás, no era cosa que me correspondía a mí. Al principio no lo reconocí; pero como empezó a cortejarme y a prometerme días felices, si me iba con él, comprendí que era el diablo y lo despaché con cajas destempladas, y se esfumó.

He visto todo ese campo de las mieses circundado de una vid en demasía grande y he visto a los nuevos apóstoles trabajar allí con mucha voluntad e invitar también a otros. Al principio estaban lejos los unos de los otros. Al terminarse la cosecha hubo una gran fiesta de acción de gracias, celebrada por todos aquéllos que habían tomado parte en el trabajo.

3. Ve la distribución de los frutos de la cosecha.

Estoy aún rendida del trabajo y todos los miembros me duelen por la fatiga. En los campos de la mansión de bodas entré en una cabaña espaciosa y vacía, y encontré adentro, en un ángulo, a ciertas pobres gentes. Estas personas padecían hambre, y yo pensaba cómo podía ayudarlas; pero acudían siempre más personas de alto rango y humildes, de cerca y de lejos, conocidas y desconocidas, eclesiásticos y seglares, de toda edad y condición, y todos querían ser ayudados. Mi guía me dijo que yo podía proveer a todos provisiones, si estaba dispuesta a trabajar con diligencia. Como me mostré pronta y dispuesta, me condujo sobre una llanura junto a un gran campo de cebada y trigo. Aquellas gentes me siguieron y se saciaron con los granos; pero yo las ordené luego para cosechar, para atar y transportar y tuve que dirigirlas y tener cuidado de todo el trabajo. Aquéllos de más alta condición tuvieron sólo el cuidado de la vigilancia. Pero la mayor parte de esa gente era perezosa y poco hábil: sus haces no se mantenían unidos. Yo debía poner siempre a uno en medio y en él apoyaban ellos los demás. La cosecha fué llevada a la choza, allí trillada y colocada separadamente en una cantidad de recipientes. En la parte superior del granero había una gran parte de la cosecha y ésta fué del Papa. Una parte la obtuvo un piísimo Obispo desconocido para mí y otra parte la obtuvo el Vicario General con nuestros vecinos. He visto entonces las comunidades, y aquí y acullá sacerdotes de nuestra vecindad recibir sus porciones. Algunos obtuvieron mucho, otros poco. Los buenos obtuvieron más. Los mejores, más

trigo que cebada. Los malos no obtuvieron nada. Poquísimo de aquella cosecha llegó hasta aquí; muchísimo obtuvo el párroco de H... El confesor obtuvo un cuarto de fanega. Lo restante lo obtuvieron aquéllos que lo habían deseado. A veces obtenía parte un simple vicario y el párroco no obtenía nada. Mi guía trabajaba y hacía las partes. Estaba tan fatigada de este trabajo que aún no he podido restablecerme.

4. Comunidad de herejes y cismáticos.

Encontré la casa de las banderitas donde la gente entra y sale con los libros. Aquí no se ve altar alguno y por eso presenta muy mala figura. Fuí conducido por el medio y era como si pasase por un camino público. Los bancos y los asientos están dispersos de un lado y otro, y en parte fueron robados; el techo está caído y a través de los tirantes se ve el azul del cielo. Entonces he visto dos madres cubiertas de tumores, cada una teniendo dos hijas de la mano, vagando de un lado a otro. como perdidas. Otra tercera, la más mísera de ellas, yacía mucho más atrás, junto a ese templo en ruinas, con un niño pequeño. No podía moverse de aquel lugar. Estas mujeres no eran muy viejas y sus vestidos eran largos y estrechos y no de la forma acostumbrada por los demás habitantes de la ciudad. Parecía que estuviesen sólo envueltas en esas ropas para ocultar sus llagas y tumores Reconocí que no eran los hijos los que tomaban vigor de ellas, sino ellas las que recibían un tanto las fuerzas de sus hijos. Estas madres no valían gran cosa; pero aquellos inocentes niños no eran culpables de tantas calamidades. La una vacilaba caminando detrás de la otra. No tenían ya verdadera casa propia y se habían arrastrado vagabundas y recogiéndose en tan malos albergues que se les habían pegado todas esas enfermedades. Las he visto más tarde de noche; he chupado sus tumores y los he vendado con hierbas medicinales. Las habría llevado también a la iglesia, pero estaban todavía muy tímidas y avergonzadas y se rehusaban.

Estos cristianos separados de la iglesia no tienen ni siquiera un lugar en el Santo Sepulcro, aunque ahora precisamente intentan colarse en algunos lugares; han interrumpido entre ellos la sagrada ordenación sacerdotal y han desechado y perdido el santo sacrificio de la Misa. Esta es la calamidad de estos pobres cristianos.

He hablado con aquellas pobres madres que con sus hijos van errando de aquí para allá por el prado. Ciertamente dentro

de poco les irá algo mejor a ellas. Aquéllos que tiene hijos son como árboles viejos que germinan de nuevc por las raíces y por eso no se arrojan al fuego. Los hijos significan aquellas almas que se esfuerzan por entrar en el seno de la iglesia y arrastran consigo a las madres privadas de todo alimento. Estas madres están ya desprovistas de todo vigor y de todo poder, y son dominadas por sus hijos. Las dos descarriadas madres que están más vecinas a la iglesia tienen cada una dos hijos, que corren sostenidos por la mano, de los cuales ellas están enteramente dominadas. La tercera, que yace tan enferma en el camino, junto a aquel templo descubierto y devastado, no tiene sino un hijo, que es mucho más pequeño, pero es un hijo. También ella vivirá.

5. Efecto de la oración sobre estas pobres madres.

Encontré nuevamente a las dos madres con sus cuatro hijos. Estaban ya más cercanas a la mansión de bodas. Aquellos hijos no se quedaban quietos: las arrastraban hacia delante, y debían seguirlos. Pero no entraron ni siquiera en el jardín; quedaban afuera, tímidas, avergonzadas y admiradas. No habían siquiera soñado lo que allí adentro veían. Oré de nuevo delante del pesebre por estas pobres madres para que llegasen siquiera a penetrar en el jardín de la mansión de bodas, y entonces ví cómo la Matrona (*) salió a buscarlas y a invitarlas a reunirse de nuevo con ella. Ella, empero, las invitaba como a hurtadillas, y hacía así como si sólo hubiese salido por casualidad; procedía con timidez y como ocultándose. Esto me llenó de inquietud tanto más cuando ví que ella se dirigía primero a un pastor separado. Yo temía que no tuviese consigo su vaso y así no tuviese fuerza alguna, de modo que el pastor se pudiera apoderar de ella, no dejándola volver al jardín de las bodas. Yo hubiera deseado que se dirigiese primero a las madres de aquellas criaturas. Le fuí al encuentro y hablé mucho con ella; pero me alegré que tuviese consigo el vaso.

Por mi estado de sufrimiento conocí que no estaba sana del todo la Matrona: alguna de sus llagas se habían cerrado muy pronto y el mal se había renovado internamente. He visto que por esto estaba impedida para hacer bien su oficio de invitar a aquellas madres y que aquel proceder furtivo y su timidez eran consecuencias; no anduvo francamente en el nombre del Señor. Hablé mucho con ella. No estaba llena de amor de Dios,

(*) La Matrona es la imagen de la Iglesia Católica, y las madres desfiguradas y enfermas, de las iglesias cismáticas.

porque habló tanto de sus derechos y de sus posiciones, que le prestaban poca fe cuando hablaba de amor. Me habló de todos sus derechos y gracias. Cuando le pregunté qué llevaba en aquel vasito, me respondió que era un secreto, una cosa santa; no sabía propiamente que cosa fuese y no lo usaba, sino que lo llevaba cerrado consigo. Estaba de malhumor porque no la había sanado del todo y curado. La conduje, pasando cerca del pastor, hacia aquellas madres que venían hacia ella arrastradas por los hijos. Habló con ellas; ellas al principio se mantenían reservadas Las invitó a reunirse y a reconcidiarse con ella y a entrar en el jardín de bodas. Los hijos lo deseaban de buena voluntad; las madres querían primero hablar con aquel pastor y entonces todos juntos fueron hacia allá. La anciana Matrona habló con él y yo estaba inquieta porque no estando aún perfectamente sanada la Matrona, temía se condujese con mal humor y con poca habilidad y destreza. Y esto aconteció en parte, puesto que dijo que lo tenía todo y que todo le pertenecía, fuerza y gracia, bienes, derechos y cosas semejantes. Aquel pastor del sombrero de tres puntas no se conmovió mucho ni estaba bien dispuesto y dijo: "¿Qué tienes tú en aquel vasito que llevas contigo?" Ella respondió que era un misterio (*), y bien se veía que era también misterio para ella. El pastor se puso de mal humor ante esa respuesta y dijo: "Si tú vienes de nuevo con tu misterio, no te quiero oír hablar. Por causa de este tu tráfico de misterios nos hemos separado. Lo que no se puede declarar públicamente y mostrar a plena luz a los ojos de los hombres, no tiene valor y mostrar a plena luz a los ojos de los hombres, no tiene valor alguno". Así se separaron. Las dos madres no quisieron entonces ir con la Matrona, que se volvió conmigo a la mansión de bodas. Pero los hijos de esas madres no se dejaron retener y corrieron detrás de nosotras. Tenían y sentían especial inclinación hacia nuestra Matrona y entraron con ella en el jardín. Allí miraron y examinaron todas las cosas; pero no estaban todavía preparados para permanecer allí; corrieron de nuevo hacia las madres para contarles todo lo visto. Estaban, por otra parte, muy conmovidos.

6. La conversión de los cismáticos.
(Noviembre de 1820)

En mis dolores invoqué a la Madre de Dios para que me ayudase a fin de que todos los corazones que estaban próximos

(*) Este misterio, cuya fuerza parece ignorar la Matrona, podría indicar, como Ana Catalina frecuentemente lo lamenta, los grandes dones divinos que posee el sacerdocio: sacramentos, bendiciones, exorcismos, etc.

a la verdad, al fin se convenciesen y volviesen a la Iglesia. Ella vino a mí en la mansión de bodas y me enseñó como debía cocinar para 220 huéspedes. Yo debía recoger múltiples hierbas y frutos del jardín de bodas, en el cual había caído un rocío de los jardines celestiales. Mi trabajo era semejante al que tiene un hobre en una droguería: debía preparar y cocer variadas mezclas según las diferentes enfermedades y faltas de las almas. Era muy diferente de lo que es cocinar ordinariamente. En todas las cosas tenía que ser consumido en el fuego de la caridad todo lo que era terrenal; luego, con fatigosa actividad, debía obtenerse una mezcla y una compenetración perfecta de las más variadas sustancias y esencias. María me explicó lo que yo hacía y me indicó el significado y el fin de los varios condimentos que debía emplear en las comidas, según las circunstancias de uno y otro huésped. Todos estos trabajos simbólicos de visión se cambiaban en dolorosos sufrimientos y múltiples penas en mi naturaleza terrena. He visto por mi trabajo de cocina que se consumían las durezas y resistencias en ciertas naturalezas de hombres y según los defectos de los diversos ánimos resultaba más o menos difícil mi obra. Finalmente los he visto a todos entrar en la mansión de bodas, donde cada uno tuvo su comida. Los he visto en las comarcas más variadas acercándose con los hijos de Dios al banquete del Señor.

7. Conversión de una antigua secta (*).

Viajé hacia Belén y recorrí aquel camino con graves dificultades, pero velozmente. En la proximidad de la mansión de bodas encontré a una mujer viejísima que estaba en el camino; me pareció tan vieja como si fuese contemporánea del nacimiento del Señor. Estaba tan apretadamente vestida de pies a cabeza con un vestido negro, que apenas podía caminar. Me pidió ayuda. La recibió en vestidos y limosnas. Me escondía alguna cosa, que yo presentía y a la cual me sentía también atraída. Era un niño muy pequeño puesto bajo su manto y que no quería mostrar, como si se avergonzase o temiese que yo se lo pudiese quitar; parecía que no tenía otra cosa que aquel niño y que vivía sólo por él. Lo tenía de tal manera oculto como si lo hubiese robado. Pero tuvo que mostrármelo. ¡Ah!, era en verdad una miseria ver cómo aquel niño estaba tan estrecha y malamente fajado; no podía siquiera moverse; yo le aflojé las

(*) Parece referirse a los Maronitas, cristianos del Monte Líbano, antiguamente monotelistas, vueltos a la fe católica en tiempo de las Cruzadas. Tenían una liturgia especial, que dicen haber recibido del apóstol Santiago.

fajas que lo aprisionaban y lo hacían tan miserable y doliente. Lo purifiqué y lo sané un tanto y lo quise retener conmigo; pero aquella vieja no quiso en ningún modo dejármelo. Pensaba yo: "Si este niño estuviese libre, en la mansión de bodas crecería y se desarrollaría muy pronto". Parecía que el niño me quería tanto, que con sus manitas se me aferraba. Pensé también que si tuviese a la vieja en el jardín, me podría ayudar a arrancar los cardos. Le dije que pronto estaría de vuelta y si veía yo que había tratado al niño de modo más razonable, obtendría de mí mayores socorros. Era algún tanto su modo de ser como el de aquel obstinado viejo de la cruz. Me prometió que haría todo según mi deseo.

Esta gente decaída es muy orgullosa por su origen y por la pura continuación de los usos primitivos de la primera iglesia; por eso está tan estrechamente arropada y permanece tan solitaria reunida aquí y acullá en pequeños grupos. No tiene en verdad mala intención, pero llegó a ser en modo espantoso ignorante y obstinada. Así sucede cuando la mujer se separa del marido y quiere predicar; ella se va segregada por los montes. Faja tan estrechamente a su hijo y lo esconde para que no se haga distinto de ella y conserve la entera inocencia de la niñez y del origen, como también ella, la vieja, tan fajada, cree que ha conservado su entera inocencia; pero en verdad esta pobre vieja no tiene otra cosa que su mísera obstinación endurecida y camina vacilante de un lado a otro del desierto. Yo le puse ante los ojos, con toda compasión del corazón y con toda caridad, su perversidad, su pobreza, su obstinación hasta morir de hambre; todo su orgullo y su miseria; lo hice repetidamente y le supliqué tuviera compasión de sí misma y se apresurase a salir de su aislamiento irrazonable y corriese hacia la fuente de vida, hacia los santos sacramentos de la Iglesia. Pero estaba obstinada y dura y me respondía bruscamente con sus palabras. Decía que los católicos no practicaban lo que enseñaban. Yo le respondí que era absurdo y perverso apartarse de las enseñanzas de la verdad y rechazarlas por causa del mal proceder de algunos, tanto cuanto el rechazar la virtud porque existen algunos viciosos. Ella no sabía qué contestar; pero permaneció obstinada. Esta pobre mujer fué echada de la iglesia del Santo Sepulcro: no tiene ni lugar ni asilo; pero allá arriba, en la Iglesia celeste y espiritual que yo veo sobre la gruta del pesebre de Belén, se reza y se ora en su favor y es festejada. En esto está su felicidad; es un hilo delgado de vida del cual le viene algún alivio. ¡Ah! ¡lo espero! Ella está por entrar en sí misma.

8. Entre los miembros de una secta oriental.

Entre las gentes con las cuales tuve que tratar durante mi viaje a la mansión de bodas, había más mujeres que hombres, lo que me ha maravillado. Llevaban vestidos largos y tenían la cabeza envuelta con lienzos de los cuales pendía una faja que descendía por las espaldas. Con ellos había un sacerdote; pero sin fuerza alguna ni poder, como si no lo fuese. Leía y rezaba bastante mal. Entonces fuí conducida delante de un caballo muy fogoso y salvaje, que el sacerdote tenía para domar. Pero él se espantó y huyó y con él todos los demás. Entonces mi guía me mandó montar ese caballo. Mi guía me levantó en alto y yo me senté de lado sobre el caballo, que se puso manso y se aquietó. Tuve por cinco veces y en círculos cada vez más largos que recorrer todo el lugar donde aquella gente estaba reunida, para tener apartados aquellos animales que yo había alejado de ellos y que siempre trataban de volver. Al fin los eché definitivamente. Durante la quinta gira ví un redil y pensé: "También tú debes entrar conmigo", y lo hice entrar cabalgando. Entonces volví con el caballo hacia el sacerdote. No tenía silla, pero sí riendas y freno, y se había vuelto bueno y manso.

9. Con una antigua secta cristiana.
(4 de Octubre de 1821)

Tuve que hacer un viaje sumamente penoso. Tenía que cumplir una embajada, pero se me presentaron miles de obstáculos durante el camino. Fuí perseguida, maltratada, sufrí hambre y sed. calor y cansancio y fuí muy molestada por los espíritus malignos. Con todo esto llegué a cumplir mi embajada. Tuve que ir, bajo la forma de los exploradores de Moisés, los Maleacos, desde Iagbecha hasta una antigua secta cristiana que suspiraba con gran deseo por un maestro de la verdadera doctrina. Me fué puesta encima la vestimenta de los Maleacos y fuí acompañada por el profeta Malaquías, que me instruyó sobre todo lo que tenía que hacer. Pasamos por la Judea, el desierto de Sinaí y a lo largo del Mar Rojo. Durante el camino he visto todos los acontecimientos que habían tenido lugar allí con anterioridad y que tenían alguna relación con la misión que me habían encomendado. Ví también muchas cosas de la vida de Malaquías. Las gentes a las cuales era enviada habitaban en cinco establecimientos y estaban sujetas a un jefe espiritual que daba las

normas en religión. Este sacerdote se atenía mucho al Antiguo Testamento y a la ley de Moisés. Tuve por eso que explicarle el significado de algunas profecías, por ejemplo aquellas palabras: "Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec", y si Aarón fué un sacerdote de esa forma; si Moisés sobre el Sinaí hubiese recibido otra cosa que una simple ley eterna y disciplinaria para un pueblo que creía ya en la antigua ofrenda del pan y del vino; le dije si esa ofrenda no era acaso la más santa posible y el verdadero princípio y fin; si Abrahán no ofreció a Melquisedec el pan y el vino y el pago de los diezmos y se hubiese inclinado reconociéndolos ante las ofrendas de esta iglesia... Después le tuve que aclarar algunos pasajes de los Salmos, por ejemplo: "Dijo el Señor a mi Señor", y también aquellos pasajes de Malaquías que se refieren a un sacrificio y a una ofrenda incruenta. Tuve que exhortarlo a ir a Roma a hacerse instruir y expresar el deseo que en esta instrucción le fuesen declarados especialmente y explicados aquellos pasajes que yo le había indicado. Ví que el hombre, ante mis palabras, se levantó y buscó en el Antiguo Testamento aquellos pasajes.

Esta gente no tenía habitación permanente; parecía que recién entonces comenzaban a establecerse. Ocuparon una cierta extensión de tierra, la circundaron de una muralla y fabricaron casas de arcilla y de ramas entretejidas. Parecía que descendieran de los Madianitas. El bien hecho por los antepasados resulta en ventaja de los descendientes. Quien obra el mal interrumpe esta trabazón; quien obra el bien y triunfa del mal en sí mismo, prolonga también la fuente de las bendiciones.

10. Describe el cisma griego (*)

En el camino desde Belén a la mansión de bodas, encontré a un hombre de cabellos grises, viejo, de noble aspecto, pero muy enfermo y herido; también él había perdido o tirado algo que no le pertenecía a él sino más bien a su familia y que debía buscar nuevamente. Esto estaba muy cerca de él y él nada sabía de ello. Me pareció que él pertenece también a la Matrona que, envuelta en un manto, estaba muy cerca del jar-

(*) El cisma griego fué motivado por la ambición de Focio que con el favor del Emperador despojó a San Ignacio de su sede en Constantinopla y se hizo nombrar Obispo en su lugar. No habiendo obtenido confirmación en su cargo del Papa Nicolás I y condenado en el Concilio y excomulgado, logró más tarde volver a la sede de Constantinopla, separando así la iglesia de Oriente de la de Roma.

dín de la mansión de bodas. Este hombre parecía que no quería ir adonde estaba ella y estaba menos dispuesto que ella a una reunión. Tenía siempre cerca de él una antigua cruz larga de un codo, de leño negro y de la forma de una Y. Pensé que esta cruz debía haber sido muy usada, pues estaba muy consumida y lisa por el uso. Él daba tanta importancia a la posesión de esta cruz que causaba maravilla. "¡Ah tú, querido viejo, ¿de qué te puede servir esta cruz de madera si te olvidas de tu Redentor?" Él está tan rígido, obstinado y lleno de sí mismo, que no puede ser removido del lugar donde se ha plantado y por sí mismo no puede dar un paso más allá. Se ha separado desde hace tiempo de la Matrona; no quiere adaptarse y acomodarse con ella y ella no puede concederle todo lo que pretende. Temo que de éste vendrá todavía grande miseria en el mundo. Con todo, algo he curado en aquel viejo perverso.

Más tarde Ana Catalina añadió las siguientes palabras contestando a algunas observaciones del Peregrino:

Aquel viejo extravagante y obstinado con su cruz, no tiene hijo alguno. Él no quiere dar importancia alguna a esto. Al fin no llegará a entrar en la casa. Ciertamente empezará a ocasionar de nuevo muchos males y graves acontecimientos. También aquella Matrona, con las cosas santas en el vasito, no tiene ningún hijo. Ella es la Iglesia misma, en una forma que representa cómo ella está enferma en muchos de sus miembros y cómo es maltratada y desconocida por muchos de sus hijos. Ahora está de nuevo en el jardín.

11. Encuentra en su viaje a Belén nuevas sectas.

Viajé luego por la Tierra Prometida y tuve que pasar sobre el mar. De pronto ví una navecilla en medio de una tempestad, llena de hombres malos, que bramaban y pensé: "Estos tienen una nave y están en peligro, y yo ¿cómo haré para pasar sobre estas aguas?". Apenas tuve esta duda, caí al agua, y me aconteció como a Pedro cuando dudó. Pero mi guía, aferrándome por el brazo me transportó a tierra y me reprochó mi duda.

En la proximidad de Belén ví la mansión de bodas y quise pasar delante, pero fuí conducida adentro. La recorrí en toda su extensión: había mucha gente extraña, hombres y mujeres. Un joven de aspecto agradable, con uniforme azul, parecía que mandaba allí. Además de ellos había una mujer gruesa, ambiciosa, que se metía en todo con audacia y con aire de superioridad; quería hacerlo todo y saberlo todo mejor que los otros. Los eclesiásticos habían sido como echados de casa. La estancia

donde estaban los vestidos nupciales estaba cerrada; con todo esto, pude entrar. Los muros estaban llenos de telarañas; pero todas las vestiduras estaban allí y en buen estado de conservación. Encontré veinte velas preparadas en los candelabros y cuatro aún no preparadas, como también veinte sacos llenos y cuatro todavía vacíos. Mientras daba vueltas por la casa, aquel joven me seguía por todas partes y se maravillaba de cuanto yo decía o hacía. Me mostró un hoyo donde él y toda su gente habían metido con grande fatiga todas las bestias impuras, como sapos, escuerzos, culebras; y quería impedirme levantar la tapa, diciéndome que correría peligro. Pero yo le respondí que esto no me dañaría y que ya otras veces había limpiado. Miré aquellas feas bestias y volví a cerrar la tapa. Me dijo que sus gentes no eran capaces de echar animales inmundos; yo le respondí que nuestros sacerdotes lo podían y que él debía reflexionar qué prueba era ésta de su fuerza y poder. Encontré también un paquete conteniendo escritos, sellado, y el joven me dijo nuevamente que su gente era incapaz de desatar y romper esos sellos. Entonces le hice observar la total impotencia de su gente. Añadí que si era cierta esa grave falta de poder de su gente, era muy injusto, por su parte, arrastrarse por la casa con aquella mujer gruesa, terca y ambiciosa. Esta mujer se puso muy furiosa contra mí y expresó su indignación porque aquel joven se entretuviese conmigo tanto tiempo. Había ya por largo tiempo disputado conmigo, burlándose de las esposas que ella llamaba damitas, a propósito de la Matrona del vasito y otras cosas parecidas.

Después, temiendo que el joven, que mandaba en la casa, podía echarla de allí comenzó a hacerse la importante, para dar a entender que era necesaria su presencia, con toda clase de manejos. Recogió los vestidos de todos los que estaban en la casa y comenzó un lavado general. El recipiente de ropa se le caía de un lado a otro lado y ella no pudo llevar a término su trabajo; todo lo húmedo y sucio debió ser de nuevo separado y extendido. Entonces comenzó a fabricar el pan, pero también esto le salió mal y no dió resultado. Luego quiso cocinar: encendió un gran fuego, suspendió una gran olla y se plantó delante con toda su gordura diciendo que ninguno tenía que acercarse a la olla. Mientras tanto barbotaba continuamente charlas, repitiendo cosas del Papa y del Anticristo (*). De pron-

(*) El odio al Papa fué una nota característica de Lutero, que perdura aún entre los protestanes, quienes llaman al Papa el Anticristo y a Roma la Babilonia.

to he aquí que se precipita el gancho, la cadena, la olla y la misma chimenea sobre el hogar con un fracaso enorme echando tizones y carbones por todas partes, con tal confusión que la mujer y todos los que allí estaban escaparon de la casa, fuera de aquel joven que dijo querer entrar en el jardín de la mansión de bodas.

Este joven significa el nuevo modo de pensar de los protestantes sobre la Iglesia; su uniforme, el vestido seglar; su mando en la mansión de bodas, la opresión del poder secular en la iglesia de nuestro país, y aquella mujer desvergonzada, la antigua levadura luterana.

12. En una estancia de la mansión de bodas.

Estuve en la casa de la mansión de bodas y barrí la estancia del autero Superior. Barrí hacia afuera la paja, fragmentos y ramitas parecidas a las que quedan después de haber encendido la estufa y también un espeso humo negro. Había un hoyo peligroso sobre cuyo borde debía permanecer con gran atención y eché dentro todas las escorias. La vieja mujer luterana, que se había metido en un ángulo de la casa, se incomodó mucho viéndome allí y comenzó a murmurar contra mí. Me arrojó inmundicias para hacerme enojar, y como, barriendo, llegué adonde ella se encontraba, me gritó diciéndome que yo no tenía que barrer en su lugar, que esto lo hacía ella misma. Yo le respondí que en ese caso no debía ella echar hacia mi lado aquellas inmundicias.

La hija de ella estaba siempre ocupada en adornarse y en parecer bien, para esconder su fealdad y fascinar a los demás y atraerlos; no tenía ningún recato.

Esta fatal joven audaz estaba en medio de los eclesiásticos. El severo Superior vigilaba ahora con mayor cuidado sus manejos y con todo empeño se oponía, y trabajaba para desbaratar sus planes. Barrí también la estancia muy inmunda del Deán, como la tenía en esa casa cuando llegó a habitarla. Él se mostraba embarazado y avergonzado. El maestro de escuela tenía otra esposa que quería empujar entre los protestantes. Ví también que el severo Superior hubiera querido tenerme siempre en Darfeld; he visto un cuadro del miserable estado en que me hubiera encontrado, porque me ví sobre un lecho de exposición. He visto cómo la monja Söntgen hubiera deseado representar un gran papel, cuando yo me hubiere trasladado a Darfeld.

13. Ve los males de la secta de los Moravos.

He visto también el lugar donde habitan los Hermanos Moravos (*). Esta gente está allí circunspecta y obra a escondidas, poco a poco, como quien no quiere despertar del sueño a otros. ¡Todo allí es tan gentil, tan limpio y silencioso!... La gente *(de esta secta)* tiene apariencia de ser piadosa; con todo, me fué mostrado que es internamente más perdida y muerta que los pobres indios por los cuales yo debo orar ahora. Donde no hay lucha no hay tampoco victorias. Ellos se acomodan a todo fácilmente, a la larga y así son espiritualmente pobrísimos, y a pesar de todos sus bellos modos de decir y todas las apariencias externas, sus cosas están en pésima condición.

He visto todo esto en la mansión de bodas. Bajo la imagen de dos enfermas yo debía reconocer la diferencia de sus almas, esto es, de su interior delante de Dios. He visto a la comunidad de los Hermanos Moravos como una enferma que pretende aparecer que no lo está y trata de esconder sus internos males y vergüenzas. Aparecía muy piadosa y complaciente y escondía cuanto podía sus maldades. Entonces en frente a ella he visto a otra enferma, como en una visión más lejana; estaba cubierta de llagas y tumores; pero éstos resplandecían semejando objetos cubiertos de perlas. Todo era luminoso, hasta el lecho donde yacía, y el espacio que estaba en torno, resplandecía con candor de nieve. Mientras tanto, cuando la enferma morava se acercaba a aquel lugar, se manchaba y contaminaba donde ponía el pie. Sólo procuraba que nadie penetrase en el lugar de sus inmundicias.

14. Va nuevamente a la mansión de bodas.

Fuí de nuevo a la mansión de bodas: estaba llena de hombres, divididos entre sí. Con los menos estaban los mejores en torno de Overberg y de Droste; y entre ellos estaba también aquel joven de uniforme azul que parecía querer convertirse. Ahora no llevaba uniforme. Aquellos señores no tenían ahora otro juramento más alto que su nombre; él era todo para ellos. Había en el piso inferior mesas con urnas y fueron invitados también los jóvenes; pero el asunto no prosperaba. Hacia la

(*) La secta de los Hermanos Moravos tuvo su origen en Wycleff y en Juan Huss. En Alemania se llaman *Evangelische Brüder-Kirche* y en Inglaterra *Moravian-Church*. En tiempos de Lutero abrazaron muchos errores de estos heresiarcas.

parte superior habían fabricado una escalera exterior y sobre ella se agolpaba una multitud de personas, hombres y mujeres, eclesiásticos y seglares, católicos y protestantes. Arriba reinaba una gran actividad, separada de la iglesia, antes bien contraria completamente a ella. Con todo eso ví allá arriba a muchos sacerdotes conocidos por mí, traficando con los protestantes contra aquéllos que estaban en el piso inferior, y he visto a varios que llevaban cosas sobre la espalda, desde el piso superior al inferior, y subir y bajar. Lo que mucho me espantó fué comprobar que aquel joven que se daba por convertido en el cual los de abajo se abandonaban enteramente y confiaban, era un desvergonzado traidor, que secretamente revelaba los planes que hacían los del piso inferior a los del piso superior.

Estuve de tal modo indignada que quería apresurarme, penetrar dentro y descubrir la traición. Esto me causó tanta amargura que tuve que llorar; pero mi guía me contuvo y me dijo: "No es tiempo aún; espera hasta que él se traicione a sí mismo". Así contemplé mucho tiempo este cuadro y ví finalmente que algo sucedía a aquéllos del piso superior, y que los unos y los otros fueron enviados afuera. Todos los que por aquella escalera exterior habían entrado y no por la puerta del redil, fueron echados y huyeron. Ví después en el jardín un campo de flores y sobre él una angosta escalera que iba hacia el cielo; y ví subir multitud de los dispersos que no fueron admitidos. He visto a otros que habían subido y que de nuevo descendían para buscar a los compañeros. He visto personas al parecer muy importantes ser despedidas y que la escalera subía en alto delante de ellos, porque ella descendía del cielo. Junto a las gradas estaba un joven con la espada en la mano, que rechazaba a los malos.

15. Visión profética de la catedral de Münster.

¿Qué hacen ahora con la grande y bella iglesia? Es la Catedral (de Münster). Todo es trasladado a la capilla donde estaba primero el recipiente de plata donde Bernardo de Galen yace sepultado. Todo va allá adentro, todas las gracias, todo, todo... ¡Oh, cuán bello y maravilloso es esto! Está allí posado un cáliz; está vacío; sin embargo, de aquel cáliz sale un rayo, y he aquí que se desarrolla y crece una alta cruz de resplandor celestial; a la izquierda del cáliz está una esposa adornada con una iglesia en la mano y a su derecha un joven maravillosamente hermoso que debe ser el esposo. He aquí que se celebran

las bodas. ¡Pero, mirad! Afuera, en el aire, está la Madre de Dios y tiene delante de sí a Jesús niño y de sus manos nace una magnífica vid, que cubre el techo de la capilla y crece dentro con sus racimos y estos racimos dan el vino que contiene el cáliz, y a diestra y siniestra salen magníficas flores de luces y todo lo llenan de esplendor y espigas de magníficos granos de oro y todas esas matas de flores nuevas se adornan de pequeños, maravillosos y espléndidos frutos. Todo se hace luz y esplendor. ¡Todo será aquí conservado y cosechado! He aquí que allá en lo alto está un santo y antiguo Obispo y es Ludgario: él conserva y defiende todo. ¿Qué es esto? ¡Mirad! De toda la entera y vasta iglesia, fuera de la capilla, crepitan rojas llamas devoradoras y en la ciudad parece como si gran número de casas se precipitan al suelo destruídas. Allá arriba, en el castillo, las cosas van mal, pero todo esto debe entenderse en sentido espiritual. La iglesia grande quedó exteriormente como era; siguen haciendo todo como antes; pero las gracias se han retirado y amontonado en la capilla (*).

Al día siguiente la vidente completó la relación del cuadro anterior diciendo:

He visto el cuadro entero respecto de la capilla de los Galen y he visto en lo alto, sobre la antigua iglesia, sostenida en el aire, otra iglesia nueva y en la que penetraron y aparecieron todas las magnificencias que había en la capilla de los Galen. Debajo, la antigua capilla aparecía como negra y como si se precipitase en el seno de la tierra. Pensé entre mí: ¡Qué hermoso sería si la iglesia que está en lo alto pudiese bajar al suelo y ponerse en el lugar donde estaba la antigua iglesia! He visto este cuadro muy distintamente, pero he olvidado algunas circunstancias. Me fuí luego por un camino simbólico y encontré no lejos de la parte posterior de la Catedral, en un campo, que medio era prado y medio desierto, a un niño perdido, sin patria, al cual le sangraban los pies en medio de los rastrojos. Lo quise transportar a las flores del prado. Le dije que allá había flores que podía chupar y que él chuparía la miel. Yo no sabía cómo ayudarlo. Él me dijo que tal era su destino y que tenía que sufrir así y desangrarse hasta que fuese recibido y escuchado. Pensé en aquel niño que ayer se desposó en la capilla de la iglesia de los Galen.

(*) También en sentido real por los bombardeos de la última guerra.

16. Visión simbólica de una iglesia relajada.

He visto horribles miserias y cómo en aquella iglesia se jugaba, se bebía, se cortejaba, se charlaba; en una palabra, se cometían todas las abominaciones. Parecía como si en medio de ella se hubiese establecido un juego de bolos. Los eclesiásticos dejaban obrar, y celebraban la misa muy profanamente. He visto también a judíos a la puerta de la iglesia. Yo tenía gran turbación. De pronto mi Esposo me ató con una cuerda semejante a aquélla con la cual Él mismo había sido atado a la columna, y dijo: "Así esta iglesia será atada tan estrechamente hasta que pueda alzarse de nuevo y resurgir".

17. Cinco obispados de la provincia del Rin superior.
(Marzo de 1820)

Llegué en mi viaje a Francfort y ví un gran palacio no lejos de la gran iglesia: allí estaban reunidos los miembros de una sociedad para discutir cosas pésimas. Adentro he visto algunos eclesiásticos. Debajo de los asientos estaban los diablos. En otro viaje volví de nuevo a aquel gran palacio. Delante de la puerta yacía Satanás bajo la forma de un perro negro con ojos colorados y parecía dormir. Lo toqué con el pie, y le dije: "Vamos, Satanás, ¿a qué estás aquí durmiendo?" El me respondió: "Aquí puedo dormir tranquilo. Los que están dentro hacen mi oficio".

He visto también un cuadro simbólico de este nuevo género de arquitectura eclesiástica. Me encontré en un navío todo perforado, y me eché sobre el puente, único espacio angosto que quedaba entero. La gente estaba sentada sobre el borde extremo de los lados del barco. Yo siempre rezaba para que aquellos hombres no cayesen en lo profundo, pero ellos me maltrataban y me tiraban puntapiés. Yo veía inminente el hundimiento del barco y me sentía morir de pena. Finalmente tuvieron que dejarme en tierra donde mis amigos me esperaban y me llevaron a otro lugar. Seguí siempre rezando para que aquellos infelices escapasen de tan grave peligro. Apenas estuve en tierra, el barco se hundió y ni uno de los que estaban sobre él volvió a salir. por lo que quedé muy contristada. En el lugar adonde llegué había abundancia de frutas.

Mientras estaban reunidos para discutir proyectos contrarios a la Iglesia Católica, en Francfort (*), Ana Catalina combate contra ellos con dolores y oraciones.

(*) En el conciliábulo de Francfort se discutieron las bases del proyecto de Werkméister, acerca de la constitución de la Iglesia Católica Tudesca para los Estados confederados, que vieron la luz en 1813.

Llevo un peso enorme sobre mis espaldas: y me he cargado demasiado con dolores y expiaciones en favor de otros; me parece sucumbir. Veo un cuadro tan triste de los hombres, especialmente de los eclesiásticos, que no puedo menos que tomar siempre nuevos trabajos por ellos. He pedido al Señor que se digne mover un tanto los corazones de sus más crueles enemigos a fin de que al menos en esta santa Pascua se inclinen a mejores sentimientos. Dije al Señor que yo me consideraría dichosa de poder visitar a los más endurecidos, que me eran conocidos, o que Él, que conocía a los más necesitados de mis sufrimientos. quisiese enviarme penas expiatorias en su favor. Entonces me sentí elevada en alto y me pareció estar puesta entre el cielo y la tierra. Me pareció hallarme sobre un luminoso barco y sentía correr por los miembros el rigor de agudos e inefinibles dolores que no han cesado aún y me oprimía sobre el hombro izquierdo el dolor que sentía. Mientras miraba hacia abajo, ví a través de un turbio velo, distintamente, los múltiples errores, los falsos caminos, los pecados de los hombres, y cómo ellos obran bestial y maliciosamente contra toda clase de verdades y contra toda razón.

He visto cuadros de diversos géneros y ví de nuevo aquel miserable barco lleno de hombres que se reputan felices y son tenidos como tales por los otros, pasar cerca de mí por aguas peligrosas y a cada instante me parecía verlos como si se hundirían. Reconocí entre ellos algunos sacerdotes. y lo sentí en mi corazón, deseosa de ayudarlos a que reconociesen su verdadero estado. Miré también desde allá a varios lugares, donde ví fluctuar y agitarse una multitud de lúgubres apariciones. Eran cementerios, de los cuales ya nada se sabía, ni que hubiesen existido en aquellos lugares. Ví muchas almas vagando por lugares solitarios, donde sus cuerpos fueron muertos, o donde alguno había sido muerto por ellos, de lo cual no me acuerdo ahora bien; puesto que me parece que fuí advertida que aquellas almas están allí por relación con la expiación de sus asesinos. Todo esto que veía intenté enmendarlo y sanarlo, expiándolo por medio de los nuevos dolores que pedí.

Cuando en cambio miraba a lo alto, la vista era tan bella y celeste, tan opuesta a la abominación y el horror del mundo, que mis ojos casi se cegaban de admiración. He visto a todos los santos, y a los coros de los ángeles y el trono de la Santísima Trinidad, y ví a la Madre de Dios ofrecer de nuevo sus dolores por medio de Jesús. Asimismo hacían todos los santos. Este es un cuadro de inefable multiplicidad y unidad, actividad y reposo,

del más alto esplendor, amor y paz. Mientras así miraba a lo alto observé, por primera vez, que me encontraba colocada sobre una balanza, puesto que ví el asta y el equilibrio encima de mi cabeza. Y entonces ví dentro del otro plato de la balanza, que pesaba en lo profundo de las tinieblas de la tierra, a los más enfurecidos yacer en el centro y a otros en el borde, como en aquel barco visto precedentemente.

Como mis dolores, mi paciencia y mis súplicas aumentaban, así el plato de la balanza subió un tanto más arriba. Era, sin embargo, demasiado pesado, y he visto que los más eran precipitados desde el borde. Todos aquéllos a quienes yo contraponía mis sufrimientos, permanecían vivos. Mientras miraba con gozo arriba, he visto el cielo y la ayuda de Jesús. He obtenido por mis dolores algo de la gracia de Dios; pero estos hombres son duros como piedra y recaen siempre de mal en peor.

18. Las sedes episcopales vacantes.

En mi viaje a la mansión de bodas llegué a un campo, al lado del cual había una cabaña. Allí encontré a un esposo que esperaba a su esposa. Me dirigí hacia un gran palacio situado en la vecindad del campo de los apóstatas y allá vino a mi encuentro una apuesta esposa. En apariencia me acompañó muy alegremente. Estaba con ella el hermano, que tenía algo de curioso y de singular y que a mitad de camino se volvió atrás. Conduje a la esposa hacia el hombre que estaba en la pequeña cabaña. Él la recibió con gran alegría y gozo; sacó fuera y distribuyó muchas buenas viandas, que parecían cosas espirituales. La esposa le había dado la mano, alegre y contenta, pero luego se excusó y se fué, queriendo diferir el casamiento. El esposo quedó muy turbado; con todo, lo ví mostrar mucha dulzura y quiso esperarla y no comprometerse con otra. Me condolí tanto del esposo que le dí el dinero que llevaba conmigo. Él lo aceptó. Sentí que era el Esposo celestial y que la esposa era su grey El dinero que yo le dí era la oración y mi trabajo espiritual con los cuales le había recomendado a la esposa. ¡Oh, si ésta pudiese leer en el corazón del Esposo cuánto la desea, cuánto la mira y suspira por ella y cómo espera a aquélla que le abandonó tan bruscamente! ¡Cuánto se ha hecho en su favor! ¡Cómo le hubiera sido fácil ser feliz con Él! ¡Sin embargo, lo ha abandonado!

19. Ruega por cinco diócesis y ve un cuadro espiritual.

(Noviembre de 1822)

He visto a la esposa presentarse muy apuesta y santa. Yo, con otras cuatro, era doncella destinada a acompañarla en las bodas. El esposo estaba tristón y tenebroso; tenía cinco jóvenes en su compañía. Hubo alegría y fiesta todo el día. Por la tarde se presentó otro Esposo maravilloso, que echó a aquel tristón fuera de la puerta, diciéndole: "Esta esposa es para ti demasiado noble y santa".

Durante estos días estuve siempre sumergida en la visión de este cuadro y he visto aquella casa de bodas como una iglesia y a la esposa tan buena y santa, que sólo con timidez y reverencia era posible acercarse a ella.

20. Estado infeliz de los protestantes.

(2 de Marzo de 1822)

Después de orar por una familia protestante, en grave necesidad, que el Peregrino le encomendara, expresa:

Es cosa rara que en este caso no adelantamos nada con la oración. Veo a estos protestantes tibios en un estado singular. Viven entre sombras, como en medio de tinieblas, sordos y ciegos, y caminan a tientas. Están como en una corriente impenetrable que aparta de ellos todas las cosas. No sé si Dios los sacará de tal estado.

Capítulo XIII

VISIONES DEL RACIONALISMO Y DEL LAICISMO

INTRODUCCION

En una serie de cuadros simbólicos se le representan a la vidente los peligros de las doctrinas modernistas contrarias a la tradición católica, que pretenden imponerse en la sociedad, entre ellas, el racionalismo y el laicismo de todo lo cual habrían de sobrevenir perjuicios para la Cristiandad. El racionalismo aparece bajo la figura de un niño erudito, innovador, con barniz de sabiduría, que gana adeptos por medio de una artificiosa simpatía, aún entre los círculos católicos; y el laicismo como una meretriz, cargada de baratijas, la cual, en definitiva, perece desastrosamente. La vana ciencia del mundo está demostrada en un escenario novedoso, por lo original y convincente. Prevé, finalmente, las desgracias que acarrearán los matrimonios mixtos.

1. Ve diversos jardines cultivados distintamente.
(6 de Febrero de 1821)

He visto tres jardines, que son países o partes de la tierra. El primero estaba lleno de escollos, de montes y de piedras; el segundo, lleno de matas espinosas y de malas hierbas: sólo en alguna parte se veía un grupo de florecillas. El tercero, más vasto y mejor dispuesto, estaba lleno de mares y de islas. Este recibía mejor la semilla y daba mejor fruto y era muy fértil. Yo me encontraba en el segundo. Primeramente fuí y miré en aquel lugar lleno de rocas, que a simple vista parecía un jardín o un país, pero que al quedar dentro y al girar de un lado a otro se había convertido en un mundo, como suele suceder en estos cuadros de visiones. Ví un despuntar grande y bueno en medio del terreno estéril, entre las piedras, y he visto en un ángulo a ciertas gentes que llevaban cosechadas las plantitas que daban esperanzas y querían trasplantarlas a un vivero. Pero vino un hombre hacia ellos y dijo que no debían hacer eso, porque si las espinas que allí estaban no sostenían el tallo, ellas caerían a tierra. El mejor suelo era el del jardín de las islas. Aquello que allí se sembraba prosperaba y daba el céntuplo; pero aquí y allí fué enteramente revuelto y desolado. La semilla fué recibida

con simplicidad e inocencia y los pequeños campos fueron circundados con fuertes vallados. Reconocí en este jardín aquellas partes del mundo e islas donde veo ahora difundirse el cristianismo. En el jardín del medio, donde me encontraba yo misma, reconocí en las hierbas malas y en la negligencia, el jardín al cuidado de muchos jardineros perezosos. Nada faltaba, pero todo estaba descuidado y lleno de cardos y de espinas. Reconocí en aquel campo todas las comunidades de Europa y ví también el jardín del Papa, que no estaba en mejor condición.

En la parte donde estaba situado el jardín de mi patria, he visto a un señor llenando con dinero una gran cavidad donde parecía se juntaba la cosecha de todos los campos (*); pero sobre la tapa de aquella cavidad estaba sentado el diablo. He visto maravillada y estuve a punto de reírme de ello, que media docena de hombres aprovechados habían practicado aberturas y caminos secretos desde lejos, bajo el suelo, hasta el piso de aquel depósito, y que por este medio, con la mayor tranquilidad y seguridad, se llevaban todo aquello que habían echado por arriba y que con gran fatiga habían exprimido y recogido en el jardín. Ví también que el señor vió una vez a uno de esos ladrones que huía con mucho oro en la bolsa. Entonces fué a revisar el pozo del tesoro, que parecía tan bien cuidado por el diablo, y que por debajo era robado por sus mismos servidores. Cuando expresó su extrañeza de que hubiera tan poco dinero allí dentro, le dijeron que no llegaba más, que el jardín no producía más nada, que estaba mal cultivado, que no estaba abonado.

Entonces fuí también a la parte del jardín donde vivo y ví una gran cantidad de campos con jardineros y cultivadores conocidos por mí y en aquellos campos he visto también otros compartimentos dirigidos por los jardineros subalternos. He visto a pocos que cultivasen y sembrasen pasablemente. He visto más bien todo lleno de hierbas y de basuras, seco y en miserable estado. Pasé compartimento uno por uno y conocí a todos y el estado de todos. He visto a muchos en grave peligro que corrían hacia el borde de un negro abismo; otros dormitaban; otros cultivaban trigo pésimo o de granos vacíos. Entre ellos he visto gentes que corrían de un lado a otro y que mandaban y dirigían, pero que en realidad nada tenían que hacer allí. Estas gentes cavaban, punteaban y ponían abono en abundancia, pero nada prosperaba.

(*) Significa las exacciones e impuestos excesivos que se cobran a los pequeños agricultores. Este dinero suele ser malgastado y robado por los empleados del mismo gobierno.

De pronto trajeron a un niño como si lo hubiesen arrastrado allí y con él estaban algunos de esa gente. Lo llevaron poco a poco; entonces, el lugar en donde yo veía al niño se convirtió en la ciudad de Münster y reconocí a la mayor parte de la gente. Este niño me producía un efecto de extraordinaria repugnancia y de contrariedad. Advertí que era un hijo ilegítimo que no conocía padre y que su madre había vivido en desorden con muchos. Al principio aquel niño sólo jugaba y bromeaba, pero bien pronto se mostró en toda su nauseabunda fealdad. Apareció viejo, pálido, enfermo, manchado de viruelas y por sobre esto era desfachatado, lisonjero, despectivo, orgulloso y no iba a la iglesia. Sonreía desdeñosamente a todo y se arrastraba detrás de muchos libros y escritos. Aquellos señores eclesiásticos se lo mandaban uno al otro y él se hacía querer de todos con halagos y zalamerías. Ví con gran maravilla que ciertos eclesiásticos franceses (*) de mi conocimiento se dejaban también ganar. Pocos he visto contrarios a él, porque sabía por todos los medios arreglárselas y lo sabía todo y hablaba todas las lenguas. Lo ví especialmente acercarse a los maestros de escuela; en cuanto a las maestras, las despreciaba. Evitó de todas maneras encontrarse conmigo. Tuve gran miedo porque ocasionó muchos males: donde él se encontraba el cultivo del jardín se volvía peor y crecían pésimas y frondosas plantas que no daban ningún fruto. He visto que el piadoso maestro de escuela (Overberg) se alejó completamente de él y no quiso tener nada con él. El austero superior (Droste) lo dejó ir por su camino; otro, en cambio, con mucho interés, se entretuvo con él. El Deán (**) tomó luego a aquel niño y lo trató con especial cariño; antes bien lo retuvo y quiso que durmiese en su propia casa. Aquel niño me tuvo angustiada todo el día. Lo habían traído poco a poco y se había metido en todas partes y tenía todo el aspecto de una verdadera peste. Lo tengo aún ante los ojos con aquellos sus viejos y temerarios modales, nada infantiles.

Sé que representa el nuevo sistema *(racionalismo)* de instrucción que está por introducirse. Me parecía que me encontraba entre las manos de enemigos enmascarados que ocultamente me arrastraban con ellos. Me habían llevado ya afuera;

(*) Debido a la situación de Francia y a las exigencias del juramento constitucional, muchos sacerdotes emigraron a Alemania; uno de ellos era el abate Lambert, confesor de Ana Catalina.

(**) De este Deán se lamenta Ana Catalina como afecto al Iluminismo y favorable a las pretensiones de los luteranos.

yo me abandoné en las manos de Dios; de pronto vino a mí una paloma que comenzó un tal rumor de lamentos y llamó a tantos pájaros, que los enemigos me volvieron de nuevo a mi casa. Parecía como si naciese un tumulto por eso. Reconocí que estas aves eran mis antiguos amigos: una alondra que mi confesor había echado para mortificarme, una paloma que yo había alimentado desde la ventana mientras estaba en el convento, los pinzones y pechos rojos que se posaban sobre mi cabeza y sobre mis hombros cuando atravesaba el patio del convento o iba al jardín.

2. Desarrollo y muerte del laicismo.

Estuve en la mansión de bodas y ví llegar en muchos coches un cortejo nupcial extensísimo y ruidoso. La esposa, que tenía junto a sí muchos hombres y mujeres, era una gran desfachatada persona adornada como una meretriz. Llevaba en la cabeza una corona y sobre el pecho muchas joyas, tres cadenas y broches de similor, de los cuales pendían cantidad de instrumentos y figuras, como cangrejos, ranas, sapos, grillos y pequeños cuernos, aros, pitos y cosas semejantes. Su vestido era color escarlata. Sobre sus espaldas se movía un mochuelo, de derecha a izquierda, hablándole al oído, como si fuese su genio inspirador.

La mujer entró con todo su séquito, con mucho bagaje y gran pompa, en la mansión de bodas, y echó afuera a cuantos estaban allí dentro. Aquellos viejos señores y los eclesiásticos tuvieron apenas el tiempo de poner mano a sus libros y escritos con presteza; todos tuvieron que salir; muchos con horror y desprecio; otros con sentimiento de simpatía por aquella meretriz. Algunos se fueron hacia la iglesia; otros, de un lado a otro, en compañía o solos, dispersos. Ella, por su parte, allí dentro, dió por tierra con todo y también con la mesa con los cálices. Solamente la cámara que encerraba las vestiduras nupciales y el espacio que ví transformarse en capilla consagrada a la Madre de Dios, quedaron cerrados e intactos. Entre otros, he visto a aquel sutil hipócrita que últimamente lisonjeaba a un tiempo a ambos partidos. Éste valía mucho junto a ella: el docto jovenzuelo era su hijo; creció hasta ser hombre y se metía en todo con imprudente desfachatez. Notable cosa es que la meretriz y todos sus libros hormigueaban de luminosos insectos y ella tenía un hedor como aquel fosfórico escarabajo que entre nosotros se llama *Mutfiste*. Las mujeres que estaban en torno de ella eran profetisas magnetizadas y decían profecías y la

sostenían. Es buena cosa que sean tales: se muestran y se portan de tal modo en sus enredos que finalmente el asunto se ha de aclarar y así el bien se separa del mal. Después que hubo devastado y echado por tierra todo lo que allí había, entró la meretriz en el jardín de las bodas, y con la ayuda de su séquito, arrancó muchas plantas, y donde quiera que pasaba lo hacía secar y ennegrecer: lo llenó todo de hedor y de gusanos.

Esta desvergonzada mujer quería casarse con un piadoso e iluminado sacerdote joven. Creo que era uno de aquellos doce que veo a menudo obrar cosas importantes bajo la inspiración del Espíritu Santo. Apenas la vió, él huyó de la casa. Ella lo hizo volver, atrayéndolo con los más dulces y melifluos discursos. Cuando volvió le hizo ver todo y todo se lo quería entregar. El no la escuchó sino por breve tiempo; mientras ella lo trataba con desfachatada impudencia e insistía y de todos modos quería decidirlo a unirse con ella, él, de pronto, se mostró severo y solemne, la maldijo a ella y a sus artes como las de una condenada meretriz, y se alejó de allí. Después he visto que, de repente, todo lo que estaba con ella desaparecía y se marchitaba, moría y ennegrecía. La mansión de bodas por entero se volvió tenebrosa y los innumerables gusanos conmenzaron a roer y a devorar todas las cosas. La misma mujer era devorada en parte por los gusanos, y cayó y yacía en tierra con toda su forma; pronto todo en ella se deshizo en fragmentos como si fuese estopa. Yo misma he barrido muchos de esos gusanos que allí estaban muertos y que lucían fosfóricamente; internamente estaban secos y carbonizados.

Cuando todo estuvo putrefacto, en sepulcral silencio, vino de nuevo aquel joven sacerdote y dos más con él; uno de ellos, hombre de edad, parecía enviado de Roma. Trajo una cruz y la plantó delante de la ennegrecida mansión de bodas, tomó algo de la cruz y penetró en el interior de la mansión de bodas, abrió todas las ventanas y puertas. Parecía como si los demás orasen, consagrasen y exorcizasen delante de la casa. De pronto se levantó una ruidosa tormenta y sopló dentro de la mansión y sacó afuera un denso y negro vapor y lo echó lejos hasta una gran ciudad, donde aquel vapor se condensó posándose en diversas nubes. La mansión fué ocupada nuevamente por un número de elegidos de los antiguos habitadores. Algunos de los que habían venido con la meretriz y luego se habían convertido, fueron colocados dentro. Todo se hizo puro y comenzó a prosperar. También el jardín recobró su belleza.

3. Aconseja a sacerdotes de su país. *(Julio de 1821)*

Tengo que ir de un lugar a otro en busca de ciertos eclesiásticos, pastores y consejeros, o cuando están reunidos, y tengo que comunicar a cada uno lo que le toca particularmente. Este cuidado dura a veces todo el día. Cuando me hallo en medio de reuniones veo cómo muchas veces alguno quiere consentir o suscribir algo que no conviene y cómo, sin embargo, no lo hace, o cuando se trata de hacer prevalecer el derecho, debe por lo menos omitir lo que no es justo.

Tengo también representaciones de las escuelas, y veo jóvenes hollados por niños que todavía no han nacido, y veo doncellas holladas asimismo por niñas. Estas son representaciones de nuevos proyectos, hijos del torpe connubio en que se abrazan el orgullo y el Iluminismo (*). Todo esto lo veo en figuras claras y conozco a la mayor parte de los padres de estos hijos, o sea, de estos designios. He tenido mucho que hacer en pro de la iglesia de esta diócesis y en general ahora me veo obligada a padecer espantosos martirios y trabajos, y estoy como fuera de mí a causa de la multitud de errores y miserias que veo y de las penas y trabajos que debo sufrir. En una representación de la desdicha de los jóvenes estudiantes de ahora, los he visto en las calles de Münster y de Bonn, con manojos de serpientes en las manos, las cuales les entraban por la boca y les sorbían los sesos; y he oído decir: "Estas son serpientes filosóficas". Muchas veces he visto que maestros ancianos, sencillos y piadosos, que eran tenidos por ignorantes, formaban alumnos piadosos; mientras que maestros y maestras modernos y muy brillantes, no enseñaban nada a los niños. La razón es porque con su orgullo, ostentación y egoísmo quitan al trabajo su eficacia o se consumen ellos mismos. Sucede en esto como con aquellas obras buenas que se hacen por publicidad o por política: que son del todo inútiles. Donde no hay amor y sencillez, no hay prosperidad.

4. La vana ciencia del mundo y la verdadera.

Habiéndome conducido mi guía a un gran edificio, me dijo: "Entra y te mostraré la ciencia de los hombres". Entramos, en

(*) Esta secta de los Iluminados (*Aufklarung*) fué fundada por Adán Weisshaupt en 1776. Quería sacudir la tutela de la Iglesia en materia de religión y del Estado, creando una democracia universal. Con las escuelas secretas de la sabiduría se difundían los errores del Racionalismo y del Liberalismo.

efecto, en una gran sala llena de maestros y de oyentes donde disputaban con calor y no cesaban los gritos y el ruido. Habiendo yo penetrado con la mirada hasta el corazón de los maestros maravilléme al ver que todos tenían en él una arquilla negra. En el centro de la sala había una mujer principal, que también disputaba y era la que propiamente daba el tono en aquel lugar. Estuve escuchando algún tiempo con mi guía; pero ví con admiración que los oyentes iban desapareciendo poco a poco y que la sala se iba poniendo vieja y arruinándose muy de prisa, de suerte que no se podía entrar allí con seguridad. Los maestros creyeron prudente irse a otra sala y se trasladaron a un piso superior y allí volvieron a discutir otra vez con el mismo calor que antes. Pero también esta sala comenzó a flaquear tan de prisa que yo también me ví por último con espanto en una tabla medio podrida y tuve que pedir a mi guía que me socorriera para no caer desde lo alto. Mi guía me tranquilizó y me puso en lugar seguro.

Habiéndole yo preguntado qué significaba aquella cajita negra, me respondió: "Es la presunción y la sofistería; y aquella mujer es la filosofía o, como dicen, la razón pura, que todo lo quiere según su forma. A ella se atienen estos maestros; no a la verdad de oro de la tradición pura".

Desde aquí me condujo mi guía a otra gran sala donde había muchos maestros sentados en sus cátedras. Al contrario de lo que sucedía en las salas anteriores, de los labios de estos maestros salían palabras tan claras y tan puras que me alegraban el corazón. Allí reinaban el orden y el amor, y allí habían ido a salvarse muchos oyentes de los que antes estaban en las salas que habían caído en ruina. Y díjome mi guía: "Aquí está la verdad sencilla y sin hipocresía. La verdad es hija de la humildad y produce amor y abundancia de bendiciones".

5. Consecuencias de los matrimonios mixtos.

Ví aquí, en nuestro país, muchas iglesias en lastimosa decadencia; representábase al parecer, ante mis ojos su futuro destino. Ví a jóvenes sacerdotes que hacían las cosas de prisa y mal y a varias comunidades que parecía que se extinguían. Ví la mansión nupcial de Münster. La mujer anciana (*) había salido con su hija, pero había allí un viejo tan adulador y fino como si el demonio le hubiese enseñado. Con sus malignas tra-

(*) De otras visiones se deduce que esta mujer anciana es la antigua fe desfigurada por la impiedad, la herejía o el racionalismo.

zas consiguió que los eclesiásticos se dividieran en dos partidos. Hubo entre ellos una especie de concilio y ví que el Austero (*) y Overberg estuvieron conformes y se unieron. Tratábase de cosas relativas al matrimonio. Con estos dos adalides, es decir, en favor de la justicia, no había más que cinco, a lo sumo, entre ellos uno muy anciano. Los otros estaban todos en contra. Habíanse reunido muchos y comenzaron a disputar de tal manera que tuve miedo. Entonces se retiraron los más severos; pero los otros se encerraron con los luteranos.

He visto que Moisés, aún antes de llegar al monte Sinaí, detuvo y lanzó del pueblo a los israelitas degenerados que querían unirse o se habían unido con mujeres paganas; y que éstos, es decir, los unidos con madianitas, no tenían estabilidad en sus uniones, porque nuevamente se separaban y unían con los samaritanos, los cuales, mezclándose con los asirios, se volvieron heréticos e idólatras. Ví en la cautividad de Babilonia matrimonios mixtos por necesidad, pero con grave daño.

Ví al principio de la Iglesia matrimonios mixtos contraídos por necesidad y permitidos en razón de favorecer la propagación de la fe; pero el hacer paganos o herejes a los hijos nunca lo toleró la Iglesia, sino que lo consideró obra de violencia. Mas tan pronto como la Iglesia se estableció firmemente, los matrimonios mixtos fueron prohibidos. He visto comarcas enteras de las cuales ha desaparecido la verdadera fe por efecto de tales uniones. He visto que si se realizan los designios que se han formado acerca del matrimonio y de la educación en las escuelas, de aquí a cien años habrán de llorarse gravísimos males en este país.

(*) El Austero es el Deán Clemente Droste-Vischering, más tarde Arzobispo de Colonia Overberg era rector del Seminario y desde un principio favorable a la vidente.

Capítulo XIV

VISIONES DEL MAGNETISMO

INTRODUCCION

Hasta de esta ciencia oculta, de la que tanto se habla con escasos conocimientos, la vidente nos da una noción bastante precisa, utilísima para los directores espirituales. La fuerza magnética es un residuo, escondido en el sustrato humano, de la potencia primitiva del hombre, antes del pecado. Esta potencia resurge mediante operaciones que pocas personas pueden ejecutar. Aunque en sí el poder magnético no sea malo Ana Catalina ve que siempre es ejercido con fines dañosos. Ve que el diablo actúa siempre en los casos de magnetismo y sugestión, aunque no sea invocado. Hay una adherencia pecaminosa en estas actividades, en las que siempre sufre detrimento el alma, aún en las personas ilustradas.

Es evidente que en ciertas asociaciones con rótulos de científicas se practica el magnetismo, o hipnotismo, actualmente estrechamente vinculado al espiritismo, y a cuyos ejecutores la vidente asigna una relación con el Anticristo, por la iniquidad de sus acciones. Estas importantes revelaciones fueron hechas principalmente al doctor Wesener, médico y amigo de la estigmatizada.

1. Manifestaciones sobre los fenómenos del magnetismo y del sonambulismo.

En ocasión de la llegada de un médico magnetizador de Neeff, que trataba de ver a Ana Catalina y que traía para ello autorización del Vicario General, la vidente expresó al doctor Wesener lo siguiente:

Habéis observado cómo he escuchado todo lo que vos, el padre Limberg y el doctor extranjero habéis dicho sobre el magnetismo. He demostrado una indiferencia total y estuve contenta de que trataseis el asunto con sentido moral. Pero ahora fuí advertida por tercera vez por medio de visiones. La primera visión no era favorable al magnetismo. La segunda me lo mostró con tal luz, que estuve grandemente espantada. En la pasada noche mi guía me mostró que la mayor parte de este asunto es

puro engaño del demonio. Espero tener la gracia de poder exponer esto más distintamente. Por ahora puedo decir solamente esto: si queremos hacer lo que los apóstoles y los profetas han hecho, en este caso tenemos que ser también nosotros como esos hombres y no necesitamos de ningún gesto y pases de mano, como hacen los magnetizadores, puesto que el solo santísimo nombre de Jesús obra por sí mismo lo que es bueno y santo.

El intento de sanar a un individuo enfermo con alguna cosa que se le trasmite por un individuo sano, es algo que de por sí no tiene nada de malo; los gestos, los juegos de mano, los pases que se usan, son cosas tontas y no permitidas. El sueño magnético y la visión de cosas remotas y futuras, por medio de este sueño, son engaños diabólicos. El diablo toma en este asunto cierto aire de piedad para ganar prosélitos y para atraerse a los mejores hombres entre sus redes.

Después de oír esto el doctor Wesener dijo que no se atrevía a continuar curando de este modo a una joven en tratamiento. Describió lo que hacía con la enferma y Ana Catalina añadió:

Paso por alto lo de soplar y calentar el miembro enfermo con la imposición de la mano, que considero medios naturales; pero los pases, las friegas y los movimientos circulares, los rechazo como absurdos y tendientes a peligrosas supersticiones.

Preguntada qué pensaba del médico de Neeff, contestó:

Conviene guardarse de los juicios precipitados. Este doctor vendrá al buen camino y confío en que yo misma le seré de alguna utilidad.

Como el padre Limberg simpatizaba algo con los medios magnéticos, Ana Catalina le avisó se abstuviera de usarlos con ella:

"Es voluntad de Dios, me fué dicho, que tú soportes con paciencia tus dolores; el confesor no debe practicar contigo cosa alguna fuera de lo que ha hecho hasta el presente".

A este propósito tuvo la siguiente visión:

Me ví colocada en un gran espacio, como en una iglesia llena de gente. Algunos hombres que movían a reverencia andaban entre la multitud y echaban de la iglesia a un gran número de las personas allí presentes. Me admiré mucho y pregunté a aquellos hombres respetables: "¿Por qué son echadas afuera estas personas, que parecen tan bien inspiradas y hablan tan bien?" Uno de los hombres severos me dió la siguiente respuesta: "Estos no pertenecen a nuestra reunión; marchan por falsos

caminos y aunque hablasen como ángeles, sus opiniones y doctrinas son falsas".

Ví, además, que el doctor extranjero, que estaba entre ellos, fué echado afuera. Esto me causó gran pena por él, y quise correrlo para detenerlo; pero había otros en torno mío que me detuvieron diciendo: "Esto no conviene". Con todo, no me dejé detener y respondí: "Se trata de la salud de su alma". Conseguí detenerlo y que no lo echasen.

2. Lo que ve acerca del poder magnético.

A propósito de conversaciones acerca de una mujer hipnotizada, una médium, con pretenciones de clarividente, Ana Catalina declaró:

Antes de haber oído hablar de magnetismo por el doctor extranjero, mi atención no se había dirigido nunca hacia este asunto. Pero cada vez que él hablaba de la persona clarividente y de los amigos que están en relación con ella, eso levantaba en mí, sin que supiera el por qué, un vivo sentimiento de repulsión. Esa persona me fué mostrada y fuí instruída sobre su estado por visiones que me probaron que su condición es todo lo que se quiera, pero no pura ni proveniente de Dios.

He visto que el atractivo sensible y el deseo de complacer tienen su parte: aunque ella no lo confiese y no se dé cuenta tiene marcado atractivo y adhesión a su magnetizador. Yo he visto acá y acullá a otras personas de esta clase, en lontananza; se ve eso como a través de un vidrio de aumento. Yo los he visto sentados y aún acostados; he visto algunas de ellas que tenían delante un vaso de donde partía un tubo que ellos tenían en la mano. La impresión que siempre me causaban, era de horror: esto venía menos de la naturaleza misma de la cosa que del inmenso peligro en el cual veía que casi siempre sucumbían. Los gestos del magnetizador delante de los ojos, sus pases, la manera de tomarse las manos, tenían para mí algo tan repugnante que no lo sabría expresar, porque veía a la vez el interior del magnetizador y el de la sonámbula, la influencia del uno sobre la otra, la comunicación de la naturaleza y de las malas inclinaciones del primero a la segunda. Yo veía siempre a Satanás en persona dirigiendo los movimientos del magnetizador y haciéndolos con él.

Estas personas están en sus alucinaciones en otra región distinta de la que estoy yo en mis visiones. Aunque antes de entrar en el estado de clarividencia ellas no tuvieron más que poca

cosa de impuro, no ven, después, más que falsedad y mentira, pues el demonio les presenta cuadros, dándoles a todos buena apariencia. Cuando una tal persona se ha propuesto de antemano decir algo interesante o tiene la menor inclinación sensual, ella se encuentra expuesta en el mismo punto al más grande peligro de pecar. Algunos reciben, a la verdad, algún alivio corporal; pero la mayor parte sienten los perniciosos efectos en el alma sin saberlo y sin reconocer de donde les ha venido. Yo no sé a qué comparar el horror de estas cosas sino con el horror que me inspira cierta unión secreta y los movimientos que la acompañan. Hay allí una corrupción, que veo sin poder explicarla. La práctica del magnetismo confina con la magia: sólo que aquí no se invoca al diablo; pero él viene por sí mismo.

Cualquier persona que se entrega a esta práctica, toma de la naturaleza alguna cosa que no puede ser conquistada legítimamente sino por la Iglesia de Jesucristo y que no puede ser obtenida, con el poder de sanar y de santificar, sino en el seno de la Iglesia. Ella toma este poder de la naturaleza, que está llena de las influencias de Satanás en todo aquello que no está unido con Jesucristo por la verdadera fe y la gracia santificante.

Las personas magnetizadas no ven cosa alguna en su verdadero modo de ser y en relación con Dios: ven las cosas separadas y desunidas como a través de un hoyo o de una hendidura. Ellas perciben un destello de las cosas por el magnetismo, y Dios quiere que esta luz sea pura, es decir, santa. Es un bien que Dios nos haya velado y separado a los unos de los otros y que haya levantado muros entre nosotros, ya que estamos llenos de pecados y dependientes los unos de los otros; es bueno que nosotros nos veamos obstaculizados y forzados a obrar trabajosamente, antes de seducirnos recíprocamente y comunicarnos la influencia contagiosa del maligno espíritu.

Pero en Jesucristo, Dios hecho hombre, nos es dado, como que es nuestro jefe, el medio por el cual, purificados y santificados, podemos llegar a ser una sola cosa, un solo cuerpo, sin comunicarnos, por esta unión, nuestros pecados y nuestras malvadas inclinaciones. Quien pretenda hacer cesar esta separación establecida por Dios, se une de manera muy peligrosa a la naturaleza caída, por la cual reina con sus seducciones aquél (Satanás) que la indujo a la caída. Veo la esencia propia del magnetismo ser cosa verdadera; pero veo que es como un ladrón que se ha desencadenado e introducido en medio de esta luz inaccesible y velada. Toda unión entre pecadores es peligrosa; la penetración mutua lo es mucho más.

Cuando esta comunicación se hace en un alma enteramente abierta y sensible, cuando un estado llega a ser clarividente sólo porque por sí mismo se ha simplificado con la ausencia de toda influencia corpórea, y viene a ser víctima del artificio calculado y de la intriga; entonces una de las facultades del hombre anterior a su caída (facultad que no estaba enteramente muerta) es resucitada en cierto modo, pero para ser desarmada, y en un estado más misterioso, expuesta, interiormente, a los ataques de los demonios. Este estado es real, él existe; pero está cubierto con un velo, porque es fuente emponzoñada para todos, menos para los santos.

Yo siento que el estado de esas personas sigue, en cierto modo, una marcha paralela a la mía; pero caminan en direcciones diversas: vienen de otra parte y tienen otras consecuencias. El pecado del hombre, dotado de la facultad ordinaria de ver, es un acto ejecutado con los sentidos y delante de los sentidos. La luz interna no está oscurecida y queda intacta. Esta luz exhorta en la conciencia: ella empuja como un juez interior a otros actos sensibles de arrepentimientos y de penitencia; ella conduce a los remedios sobrenaturales que la Iglesia administra por los sacramentos bajo una forma sensible. En este caso está el sentido que es pecador y la luz interior que es la acusadora.

Cuando en el estado magnético los sentidos están muertos, y la luz interior recibe y da impresiones, entonces aquello que hay de más santo en el hombre, la vigilancia interna, está expuesta a las influencias perniciosas y a infecciones contagiosas del maligno espíritu, del cual el alma en estado de vigilia ordinaria no puede tener conciencia por medio de los sentidos, sujetos, como ella a las leyes del tiempo y del espacio; y así ella no puede deshacerse de sus pecados ni aún con la ayuda de los remedios purificadores de la Iglesia.

Yo veo en verdad que un alma, toda pura y reconciliada con Dios, ni aún en este estado, en el cual los principios de su vida íntima están expuestos, no puede ser herida por el diablo. Pero veo también que si antes, lo que acontece fácilmente sobre todo en el sexo femenino, ella ha consentido a la menor tentación, Satanás hace libremente su juego en el interior del alma, siempre de manera deslumbradora y con apariencia de santidad.

Las visiones se tornan mentirosas, y si ella ve, por acaso, algún medio de sanar el cuerpo mortal, compra este poder a caro precio, es decir, a precio de una infección secreta del alma

inmortal. Está frecuentemente manchada por un contacto mágico con las inclinaciones malas del magnetizador.

3. Declara diversas formas de clarividencia.

Como un médico de Francfort alabara las visiones de una persona clarividente, Ana Catalina dijo:

Yo quisiera que ella estuviera aquí, delante de mí; sus bellas y agradables visiones cesarían en seguida, pues ella misma reconocería que ha sido engañada. Ella me fué mostrada varias veces en visión y he visto siempre que mientras estaba bajo la influencia magnética, el demonio usaba de todos sus prestigios con ella, mientras ella lo creía un ángel de luz.

En vano advirtió Ana Catalina al doctor Wesener que avisara al médico de Neeff, magnetizador. Sobre esto dijo la vidente:

Cuando estas dos personas me fueron mostradas, yo ví correr un hilo de esta sonámbula, que ella devanaba y hacía como un nudo, que luego tragaba, de suerte que el magnetizador la sujeta por todas partes y la tiene ligada por ahí. Yo he visto ese montón de hilo en el interior de la sonámbula, como una tormenta horrorosa que pesaba y la sofocaba. Muchas veces le viene a la mente echar fuera eso que ha tragado, pero no lo consigue nunca.

En otra ocasión dijo, refiriéndose a una clarividente a quien le habían recabado noticias acerca de ella:

Esa persona me fué mostrada por mi guía celestial y yo ví que ella se esforzaba mucho sin poder llegar a saber nada de mi persona. Yo veía siempre al diablo en todo ello. Cuando estuve libre de mi prisión, me fué mostrado que mi confesor se encontraba cerca de esa persona. De un lado estaba el diablo; otro espíritu estaba del otro lado. La intención del enemigo era que ella dijese de mí cosas infamantes en presencia de todos y delante de mi confesor. Pero a pesar de todos los esfuerzos que hizo, ella no pudo ver nada. Al fin, cuando ella tomó la mano del padre Limberg, dijo: "La hermana Emmerick está en oración. Está muy enferma. No es una engañadora. Esa persona no es de nuestro círculo". Cuando mi confesor vino de M... y me contó lo sucedido, yo tuve otra visión sobre este asunto y me llené de pena por tener que recibir de él la santa comunión la mañana siguiente, pues yo creía que él había participado por curiosidad en una cosa en la cual debe saber que tiene parte el mismo demonio. Pero fuí tranquilizada al enterarme que él había ido sin saberlo y que sin quererlo había estado junto a

esa mujer. Yo he visto cómo esa sonámbula decía mentiras a propósito de otras personas y he visto cómo el diablo le suscitaba sus visiones.

A propósito de la adivinación por cartas, Ana Catalina dijo:

No son las cartas las que muestran o hacen ver algunas cosas a estas personas, sino que es la fe en esas cartas lo que las hace videntes. Ellas dicen lo que ven y no lo que muestran las cartas. Las cartas son el simulacro del falso dios y este falso dios es el diablo. A veces se ve forzado a decir la verdad y entonces la clarividente lo anuncia con ira.

4. La clarividencia de ciertas personas.

Estas luces no son tales. La gracia que se da a los fieles hijos de la Iglesia, es grande. Sólo ellos, por la confesión sincera y la obediencia de la fe católica, la sola verdadera, por su comunión viviente con la Iglesia visible, están dentro de las aguas que vienen de la Jerusalén celestial. En cuanto a aquéllos que tienen la pretensión de elevarse sobre la Iglesia y la autoridad espiritual, que pretenden ser los únicos que poseen la luz y se llaman ellos mismos "la comunión de los santos", no tienen ninguna luz real, pues no están en la fe, sino que se extraviaron y se separaron de Dios y de la Iglesia.

Yo veo entre ellos, aún entre los mejores, un orgullo tenaz, y nada de humildad, ni simplicidad ni obediencia. Son terriblemente vanos por la separación en que viven. Hablan de fe, de luz, de cristianismo viviente, pero menosprecian y ultrajan a la Iglesia, en la cual sólo se debe buscar la luz y la vida. Se colocan por encima de todo poder y de toda jerarquía eclesiástica y no conocen ni la sumisión ni el respeto a la autoridad espiritual. Por su presunción, pretenden comprender todas las cosas mejor que los jefes de la Iglesia y que los santos doctores. Rechazan las buenas obras y pretenden tener toda perfección, ellos, que por su pretendida luz, no creen necesarias ni la obediencia ni las reglas de disciplina ni la mortificación ni la penitencia. Yo los veo alejarse cada vez más de la Iglesia y veo salir mucho mal de ellos.

Como le pareciera muy severo al Peregrino este juicio, un día Ana Catalina añadió lo siguiente:

Yo los veo en cierta relación con la venida del Anticristo; pues ellos, con sus arterías, cooperan al cumplimiento del misterio de la iniquidad.

5. Malicia del magnetismo.

En enero de 1821, contemplando la curación milagrosa del poseído del Evangelio, Ana Catalina tuvo una visión sobre el carácter del magnetismo y las relaciones del hombre con los tres reinos de las tinieblas. La esfera inferior, la más tenebrosa, era la de la magia y del culto formal a Satanás. La segunda era la de la codicia sensual y la superstición. La tercera comprendía el libre pensamiento, la masonería y el liberalismo. En el recinto de la esfera inferior y en la del medio vió los estados magnéticos como los medios más potentes con los cuales el reino de las tinieblas atrae a los hombres.

He visto dentro de la esfera más tenebrosa ciertos estados y ciertas relaciones que en la vida ordinaria no son considerados ilícitos y he visto a muchas personas magnetizadas. Yo veo algo de abominable entre ellas y el magnetizador: eran como nubes negras de diversas formas que iban de unos a otros. Yo no he visto jamás personas bajo la influencia del magnetismo sin que se haya mezclado al menos una impureza carnal muy sutil. Siempre veo que sus visiones provienen de espíritus malignos que sirven de intermediarios. He visto a personas de la región luminosa más elevada caer a la región tenebrosa, por su participación en los procedimientos magnéticos que se aplicaban con apariencia de tratamientos de enfermedades y ejercidos con pretexto de intereses científicos. Yo los ví magnetizar y seducir con sucesos engañadores y ví que sacaban a muchos del reino de la luz y los llevaban al de las tinieblas. He visto que querían confundir estas curaciones, de origen infernal, y estos reflejos de las tinieblas, con las curaciones obradas con la luz y con la clarividencia de personas favorecidas por Dios. He visto en este estado inferior a muchos hombres distinguidos, que trabajan, sin saberlo, en esta esfera de la iglesia infernal.

Capítulo XV

VISIONES DE PECADOS Y CONVERSIONES

INTRODUCCION

El maravilloso don que poseía la sierva de Dios de trasladarse de un punto a otro, corporal o espiritualmente le permite realizar numerosas obras benéficas entre los pecadores y necesitados. Ve las circunstancias de la conversión de un rabino judío; evita que una joven deshonrada mate a su hijo; ayuda a morir reconciliado con Dios a un pecador; presencia, horrorizada, un robo sacrílego; influye para rectificar confesiones mal hechas, por las cuales sufre y ora.

Ana Catalina, postrada en su lecho de dolor, al parecer inactiva, desarrolla, empero, por virtud divina, una acción intensa y multiforme, siempre en favor de las almas sufrientes y necesitadas, desesperadas o privadas de socorro impulsada por la ardiente caridad que inunda su alma privilegiada.

1. Muerte de un pecador convertido en Münster.
(2 de Septiembre de 1820)

He visto morir a un pobre inválido, muy temeroso de Dios y muy penitente. Junto a su lecho estaban la Madre de Dios y el Niño Jesús. He visto la historia de este hombre. Sus padres eran de Francia y pertenecía a una familia distinguida; cuando él nació lo consagraron a la Virgen. Luego creo que murieron los padres en la guillotina. Vi que el hijo se alistó en la milicia, que luego dejó las filas y que la virgen Santísima le libró de los mayores peligros, porque él siempre conservó cierta devoción secreta a la Reina de los cielos. Por último vino a formar parte de una banda de ladrones y a quitar la vida a más de un inocente. Entre tanto vivía en la mayor disolución, aunque siempre que pasaba delante de un cuadro de la Virgen se avergonzaba de sí mismo y sentía temor. Finalmente fué condenado a pasar el resto de su vida en un oscuro calabozo, del cual le libraron en seguida sus compañeros. Lo vi luego vagabundo, y después en una casa de corrección, por haber cometido cierto latrocinio en la ciudad. Cuando vinieron los france-

ses recobró de nuevo la libertad y sentó plaza en el ejército, pero de nuevo abandonó sus filas y sirvió luego en otro. Habiendo sido herido en un brazo, regresó a la ciudad, donde le fué concedida una pensión como inválido. Entonces contrajo matrimonio, y se dedicó a cuidar enfermos y a otros oficios semejantes. Otra vez intentó apropiarse de lo ajeno en un pueblo cerca de Münster; pero la Virgen le salió al encuentro y le dijo que era preciso que se enmendara, que cuando nació había sido consagrado a ella. Entonces entró en sí mismo; consideró la paciencia que Dios había usado con él; hizo rigurosa penitencia: se azotaba durante noches enteras, ayunaba y vivía santamente.

Esta noche le vi morir contento y dichoso, después de habérsele aparecido la Santísima Virgen. En el transcurso de su vida había mudado varias veces de nombre.

2. Ve un robo sacrílego en una iglesia.
(Octubre de 1820)

Con inmenso dolor, en medio de indecibles angustias, he visto que la iglesia de este lugar ha sido robada. Yo no tenía a nadie a quien llamar ni a quien enviar a la iglesia. Esto ha sucedido entre la una y las tres de la madrugada. Los malhechores eran cinco o seis; tres estaban dentro de la iglesia y los demás afuera. Los serenos pasaron por allí dos veces, pero los criminales se escondieron. Dos de ellos pasaron por aquí. Me parece que uno se había quedado escondido en la iglesia y éste fué el que abrió la puerta a los demás. Dos horas y media han estado los ladrones ocupados en fracturar y robar. Detrás del coro, en la calle, estaba en acecho una mujer; otro de la banda estaba junto a la casa del médico y cerca del correo, un muchacho de ocho años. Una vez se detuvieron porque pasaba gente que venía del cementerio. Pensaban entrar también en la casa de un canónigo para robar y estuvieron atisbando largo tiempo. Son estos ladrones los mismos que robaron en la casa del Déan. Creo que uno de ellos tiene aquí a su madre. Cuando volcaron las sagradas formas sobre el altar, dijo uno de ellos: "Quiero hacer un lecho a Nuestro Señor". También estuvieron detrás del altar mayor viendo lo que podían recoger. El espectáculo era horrible. Con cada uno de los ladrones estaba un demonio que le ayudaba. A veces venía uno cruzando el aire y hablaba al oído de alguno de los ladrones. Vi a los ángeles sobre el cuerpo del Señor. Cuando arrancaron la plata de la

cruz, vi una imagen de Jesús, en figura de joven, a quien ellos golpeaban, maltrataban y pisoteaban.

¡Que horror! Todo aquello lo hacían con la mayor indiferencia y sangre fría. Ninguno de ellos tiene religión. Llamé a Jesús pidiéndole que hiciera un milagro, pero se me respondió que no era aquella su hora. Yo estaba en la mayor angustia y confusión.

3. Conversión de un rabino en Maestricht.
(26 de Febrero de 1821)

En ocasión en que el Peregrino le narraba la conversión del rabino de Maestricht, Ana Catalina refirió:

Esta historia la conozco yo; la he visto en varios tiempos, hace cerca de un año. Ví una vez al judío de viaje en una silla de posta. Iban con él varias personas piadosas que hablaron de la Madre de Dios y de una imagen milagrosa, creo que de Nuestra Señora del Buen Consejo, que habían visitado y de los milagros que habían visto. A esto decía el judío: "¿Madre de Dios?... ¿Madre de Dios? ¡Pero si Dios no tiene Madre!"... Y se burlaba de la fe de los cristianos. Estos se afligieron y deseaban vivamente que otras personas rogaran por el judío para que la Virgen tocara su corazón.

Como desde mis primeros años he sentido mucha compasión por los judíos y se me han ofrecido muchas veces por la misericordia de Dios como asunto de mis oraciones, así ahora, al ver todo esto, oré por él. Después lo vi muchas veces y vi que no podía dejar de pensar en María. Vi también muchas veces que María se acercaba a él y le decía, presentándole al Niño Jesús: "Este es el Mesías". No sé si él lo veía en realidad o si sólo se me han mostrado sus más ocultos pensamientos, al modo como se me muestran los combates y los consuelos. Estos pensamientos los consideró como tentaciones, y combatió contra ellos y buscó las procesiones en que era llevado el Santísimo Sacramento para burlarse de ellas. Lo ví en una procesión, creo que en el día de *Corpus*, arrodillarse involuntariamente. No sé si entonces sintió alguna emoción inexplicable, o si vió lo que yo vi: que la Madre de Dios le mostraba a su divino Hijo como saliendo del Sacramento. Vi que en seguida se hizo cristiano. Sé ciertamente que si se le preguntara lo que antes pasaba por él, diría que un pensamiento fijo en María lo perseguía con frecuencia. Yo no he oído hablar de esa conversión: por esto la había tenido por un sueño.

4. Evita que una mujer cometiera un infanticidio.

(27 de Febrero de 1821)

Hallándose Ana Catalina en oración, exclamó de pronto:

He llegado a tiempo. Gran dicha ha sido que me encontrara yo aquí ¡El niño se ha salvado! ¡He rogado que lo bendijera, pues entonces no podía ciertamente arrojarlo al estanque! Una pobre pecadora quería ahogar a su hijo no lejos de aquí. Recientemente he rogado por los inocentes niños para que no mueran sin bautismo y sin bendición. Ahora he podido socorrer a un niño y a su madre; quizás pueda volver a ver a ese niño.

Cerca de Münster vi a una joven disoluta que había dado a luz detrás de un vallado y se dirigía a un profundo estanque, donde había plantas acuáticas, para arrojar allí al niño. Al lado de ella había una figura sombría y desmesurada que arrojaba una luz siniestra. Creo que era el espíritu del mal. Ella tenía al niño en la falda. Me acerqué y oré. Entonces ví que el mal espíritu se alejó. La madre, tomando a su hijo, lo bendijo y lo besó; después ya no tuvo valor para arrojarlo al agua. Sentóse y lloró amargamente, pues no sabía cómo hallar auxilio. Yo la consolé y le inspiré el pensamiento de que acudiera a su confesor. Ella no me vió, pues se lo dijo su Angel de la guarda. Me pareció que era una joven de la clase media.

5. Ve como unos pobres sacan del río un tonel de vino.

(30 de Diciembre de 1821)

Tuve que ir (a orillas del Rin) y hacer oración para que aquellos pobres no fueran sorprendidos. Vi las penas que hubieran tenido que padecer si hubiesen sido presos. Estaba yo junto al tonel y sentí mucho frío, porque sobrevino una tempestad. Era un buen tonel. Creí que se perdía entonces y dije para mí: "Si al menos lo tuviera el Padre en la bodega." Entonces me vino a la memoria esta adivinanza infantil y la dije mientras estaba tiritando de frío:

Hay en la orilla del río
un tonel de vino lleno.
No tiene tapón ni aros;
adivinen lo que es eso.

6. Ve las imágenes de los pecados ocultos.

Cuando veo católicos que se acercan al tribunal de la penitencia, se me ofrecen muchas veces imágenes espantosas y

conozco cuán necesario es rezar por ellos. Así veo penitentes que en la confesión lanzan por la boca una serpiente, pero luego se la vuelven a tragar muchas veces antes de ir a comulgar. Los que callan pecados en la confesión se me ofrecen con aspecto horrible y junto a ellos veo un animal espantoso que les clava las garras en el pecho. A los que viven en unión pecaminosa los veo cuando se confiesan teniendo junto a sí una figura que les dice al oído que no digan nada de ese pecado. A otros veo que se estrechan contra el pecho una figura con cuerpo de dragón. Siempre he visto que los animales repugnantes, como los gusanos y ciertas clases de insectos, son imagenes de los pecados. Los que cometen pecados ocultos y exteriormente parecen castos y piadosos, veo que son asiento y morada de estos animales, los cuales están a su lado, en sus vestidos, ocultos, alimentados y acariciados secretamente por ellos. Los he visto muchas veces tan claramente en estos pecadores, que yo quería quitárselos, hasta que, advirtiendo que los circunstantes se admiraban al verme, me acordaba que no eran reales.

7. Ve en un simil a hombres y mujeres que se confiesan mal.

Rogué por los que se confesaban con un sacerdote que me había encargado que hiciese oración por ellos y tuve que hacer una obra muy difícil. Vi en el agua dos botes a punto de sumergirse. En uno estaban los hombres y en el otro las mujeres, éstas en gran número. El sacerdote, que estaba en la orilla, quería atraer las barcas hacia sí. La de los hombres llegó a la orilla sin mucha dificultad; pero muchos de ellos, y casi todas las mujeres, contra la voluntad del confesor, en parte sin que él lo supiese, llevaban gatos escondidos en los vestidos, los cuales pesaban tanto que casi hacían zozobrar el barco. Sujetábanse fuertemente con las garras y no querían desprenderse de las mujeres. Yo empecé a remar sobre una tabla y habiéndome acercado a ellas les dije que lanzasen de sí esos gatos; pero ellas me oían de mala gana y disputaban conmigo. El confesor tiraba de la barca con todas sus fuerzas; pero no siempre en buena dirección y hube de decirle que tirase de ella de otro modo.

8. Ve las dificultades de algunas personas para confesarse.

Me ha mostrado el santo *(San Antonio)* las personas a las cuales debo mover a hacer una buena confesión general, las que van acudiendo poco a poco en busca de Overberg y de mi

confesor. Solamente las conozco cuando estoy en estado de contemplación. Esta misión me es conferida diciendo el santo a mi guía que me diga a mí: "Disponte a seguirme, si quieres ayudar aquí o allá".

Tomo, pues, mi camino, hago un viaje trabajoso con dificultades de todo género, en relación a los obstáculos espirituales que hay en el ánimo del penitente, que son imágenes de la maldad, de las pasiones y de la repugnancia interior que siente el alma y que debe vencer para hacer una confesión sincera y humilde. A algunos de estos infelices los veo muy pequeños y de lejos, y a otros de cerca, según el camino mayor o menor que tienen que correr para hacer una buena confesión. A veces una persona que, en efecto, está cerca de mí, me parece que en realidad está lejos y que es pequeña, y, por el contrario, a otros que en realidad están lejos, los veo cerca y grandes. A muchos los veo cerca de mí; pero debo salvar una escarpada montaña, de la cual caigo siempre. Venciendo estos obstáculos, con la gracia de Dios y el auxilio de los santos, llego a ellos y veo sus ánimos mudados.

9. Visita en espíritu a unos presos.

(29 de Noviembre de 1822)

He visto a los presos y he rogado por su conversión. Cuando me acerqué a la cárcel, hallábase este edificio cercado de espinas que me herían las manos hasta saltar la sangre; trepé por los muros sobre los cuales salían espinas. Subí a lo alto, donde no había techo, pero no pude llegar al lugar de los presos, porque éstos se hallaban en celdas oblicuas y largas, y había sobre ellos, ante su vista, innumerables vigas fijas y unidas unas con otras. Todo estaba oscuro, desierto y como petrificado. Yo trabajé mucho, pero no pude llegar a ninguno de ellos, porque estaban encerrados entre aquellas barras y eran del todo obstinados.

10. Sufre por un pecador que quiere hacer confesión general.

Este dolor es un residuo de la Cuaresma, durante la cual he cargado sobre mí un peso excesivo de expiación; yo creí que este peso había de venir más tarde. Lo he tomado por un extranjero que quería hacer aquí su confesión general. Lo he visto en el confesionario, muy mal preparado; no quería confesarse con sinceridad y cayó en grave culpa. Entonces he pedido al Señor que me hiciera padecer para satisfacer a su justicia y

mover el corazón de este hombre, y de repente he sentido este violento dolor que apenas puedo soportar.

Al volver en sí de uno de sus éxtasis, Ana Catalina dijo:

Mi Ángel Custodio me ha llamado a hacer oración, porque un hombre de la clase media está en trance de muerte.

11. Viajes de socorro a personas que se confiesan mal.

(22 de Agosto de 1820)

Esta noche he llevado a cabo una obra verdaderamente asombrosa. Ayer consideraba yo el miserable estado de los pecadores que viven en la impureza y que no se confiesan con sinceridad, y rogaba por ellos. Entonces se me apareció el alma de una señora principal, pidiéndome que rezara por la conversión de su hija y que rogara a Dios, con los brazos en cruz, para obligarle más a misericordia, pues su Divino Hijo había orado de esa manera. La joven iba a morir y había callado sus pecados dieciocho veces en la confesión.

Fuí entonces conducida por mi guía en un largo viaje. Al principio caminamos en dirección al Oriente, y ví muchos casos en que fué preciso prestar auxilio. Se me ofrecieron a lo menos diez casos diversos, pero sólo me acuerdo de los siguientes: llegué a una gran ciudad, más bien luterana que católica, y fuí conducida a la casa de una viuda que se hallaba enferma. Cuando entrábamos en ella mi guía y yo, salía de allí el confesor. Acabaron de rodear a aquella señora sus amigas y compañeras. Yo me quedé muy atrás, pues ignoraba que había ido allá como espíritu y como mensajera. Ví todas las cosas y experimenté en mí misma con cuán poco miramiento son tratadas las personas pobres y humildes por las que son nobles y distinguidas. Ví todo lo que la enferma había hecho. Era católica; hacía una vida exteriormente piadosa y daba muchas limosnas, pero en secreto era disoluta y había callado sus pecados en la confesión dieciocho veces, creyendo siempre que reparaba esta falta dando limosna a los pobres. Ocultaba sus pecados y la enfermedad que padecía. Yo me sentía avergonzada en presencia de aquellas personas distinguidas y oía a la enferma decir a sus amigas: "He dicho al confesor tal y tal pecado, pero tal otro. no". Las amigas se reían. Apartáronse luego del lecho. como si quisieran dejar dormir a la enferma; entonces me dijo mi guía que me acordara que era mensajera de Dios y que me acercara a la enferma. Me acerqué en efecto con él y hablé con la enferma, y ví que todas mis palabras estaban delante de sus

ojos en forma de letras resplandecientes y que un renglón aparecía después de otro mientras el anterior se desvanecía. No sé si me veía y si veía a mi guía, pero se puso pálida como si desmayara. Ví luego que leyó con más claridad que antes lo que yo le decía, que aparecía escrito ante sus ojos. "Te ríes, le dije, y has abusado dieciocho veces de la confesión para tu condenación... Has cometido"... Le dije todos sus pecados ocultos. "Todos los has ocultado en tus malas confesiones. Dentro de pocas horas habrás de comparecer ante el tribunal de Dios. Ten compasión de tu alma. Arrepiéntete y confiésate". Hallábase la enferma enteramente abatida; un sudor frío corría por su frente.

Apenas me separé de ella, llamó a las mujeres que la asistían y pidió que viniera el confesor. Le dijeron que no era necesario, pues acababa de salir; pero ella insistió en que se le llamara, pues se hallaba en la mayor angustia. Vino en efecto el confesor y la enferma confesó todos sus pecados derramando muchas lágrimas. Después recibió los últimos sacramentos y murió. Sé su nombre, pero no debo declararlo.

En una gran ciudad entré en cierta casa, en torno de la cual había un hermoso jardín con árboles, estanques y todo género de cenadores. Los padres vivían; la madre era una mujer buena y piadosa. La hija parecía una joven honesta, pero se deslizaba por el jardín para mantener relaciones pecaminosas y reunirse con hombres con quienes estaba de acuerdo. La encontré de noche, fuera de casa, esperando a su amante. Ésta era la última noche de su vida. Yo estaba a su lado pidiendo a Dios que la ayudara. Ví una figura, en la cual reconocí a Satanás, que quería acercarse a ella y no podía. La joven se hallaba interiormente triste e intranquila. La seguí hasta llegar a un cenador del jardín, donde ví otra sombra inmóvil envuelta en una capa. Llegóse a ella la joven, creyendo que era su amante. Entonces se abrió la capa y ví la figura del Salvador, atadas las manos, cubierto de sangre y de heridas y coronado de espinas. Aquella imagen del dolor le dijo: "Mira cómo me has puesto". Entonces la joven cayó al suelo como muerta. Yo la tomé en mis brazos y le dije que vivía mal, que debía confesarse y hacer penitencia. Volvió en sí y creyendo que sería yo alguna criada o alguna persona extraña que se había encontrado con ella, me dijo: "Si al menos pudiera volverme a casa. Si mi padre me viera aquí, me quitaría la vida". Yo le dije que si prometía confesarse y arrepentirse de sus pecados, la llevaría a su habitación. Prometió confesarse y enmendarse y sintió en sí fuerzas para

poder entrar en su casa del modo acostumbrado. Cayó enferma. El sacerdote, a quien llamó por la mañana, estaba ya preparado por la gracia de Dios. Habiéndose confesado, arrepentida de todo corazón, murió la joven después de haber recibido los santos sacramentos. Sus padres no llegaron a saber nada de sus extravíos.

De estos casos he visto unos diez esta noche; pero no todos se resolvieron favorablemente. Algunos pecadores no quisieron rendirse. Es cosa horrible. Todavía me acuerdo de ellos, llorando... El demonio los tiene muy sujetos. He visto que sobre todo es tan difícil conducir por el verdadero canimo a los sacerdotes que viven en tales pecados. Esta noche he visto casos semejantes; no hay para ellos otra esperanza que la oración.

12. Libra de la muerte a un hombre piadoso y convierte a un malhechor.

(16 de Octubre de 1820)

En una gran ciudad, que abarca muchos suburbios y donde hay vapores y negros montones de carbón, habitada por muchos estudiantes y personas doctas, y donde se elevan varias iglesias católicas, he visto en una casa de huéspedes a un hombre que pensaba en cosas nada buenas. Estaba sentado a la mesa y junto a él saltaba un perro negro muy singular, como si fuese el demonio. Ví que quería engañar y que por no pagar su hospedaje saltó por una ventana y huyó. Los demás huéspedes y moradores de la casa le estaban esperando a la puerta, pero él ya habíase alejado bastante.

Víle después en un bosque por donde caminaba a pie un hombre piadoso. Era un bosque de abetos. El fugitivo acometió al viajero, el cual, por librarse de la muerte, le dió una cantidad de dinero y huyó de allí. El ladrón llevaba oculto un cuchillo y se lanzó contra el viajero para herirlo por la espalda. Pero mi guía y yo le salimos al encuentro y sucedió que por doquiera que se volvía, nos tenía delante. Por último, tanto le pesaba aquel dinero que casi estaba por desesperarse el infeliz. Temblábanle los brazos y las piernas, y comenzó a gritar al que había sido robado: "¡Amigo, amigo: deteneos y tomad vuestro dinero!" Entonces pudo avanzar. El viajero le esperó y él se aproximó, le devolvió su dinero y le confesó que le había querido matar, pero que dos blancas formas le habían asustado y turbado. Añadió que no volvería a hacer semejante cosa; que era un estudiante que tenía muchos compañeros de latrocinios y

que les exhortaría a que se enmendasen. Luego siguió en compañía del viajero, que le prometió mirar por él.

13. Milagrosamente libra a muchos del pecado y del infortunio.

Hallábame en una ciudad populosa como a cien leguas de aquí. Había en ella una iglesia y en la iglesia una imagen ante la cual pendían ex-votos de plata. Ví a tres jóvenes que querían robar a la imagen, aguardando, para eso, que llegara la noche. A uno lo conocía: había sido bueno. Yo le había dado una camisa antes que hubiera empezado su viaje, pero el hambre y la miseria lo habían llevado a tan deplorable extremo. Respecto de los demás no experimentaba yo tan vivo sentimiento de simpatía; acaso no fueran católicos; lo cierto es que no podía orar por aquéllos con tanto fervor como por el primero.

Aquellos malhechores decían: "Estamos muriéndonos de hambre y la imagen no necesita de nada". Creían, sin duda, que robándole a ella no robaban a nadie. Los pobres padres del joven, a quien yo conocía, le habían encomendado a la Virgen y a San José cuando partió, y ahora fuí yo la encargada de impedir que cometiera aquel delito. Habían proyectado entrar por la ventana del santuario sirviéndose de una escalera. Al joven le habían encargado colocarse junto a un muro y guardar las espaldas a los compañeros. No comprendía bien el mal que iba a hacer y por otra parte estaba instigado por el hambre. Por fortuna, había delante de la iglesia una pobre mujer orando, cargada de hijos y deudas y abandonada de su marido. Iba a perder todo cuanto tenía, porque todo lo había empeñado. Venía, pues, a la iglesia para invocar el auxilio de la Madre de Dios. La presencia de esta mujer impidió que los malhechores llevaran a cabo su proyecto; lo aplazaron para el día siguiente. Yo pedí también por aquella pobre mujer.

Al día siguiente, a eso de las doce, ví a los tres hombres que se paseaban madurando su proyecto; pero nuestro joven se negó a acompañarles, diciendo que antes sacaría patatas de la tierra y las asaría cuando tuviera hambre. Amenazáronle los otros dos diciéndole que lo matarían si no los acompañaba; él, acobardado por esta amenaza, les prometió ir, pero se separó de ellos resuelto a no cometer el crimen. La iglesia está en un extremo de la ciudad.

Siendo yo joven había conocido a un mancebo que se disponía a pecar, y le espanté con el horror de la culpa. Más tarde se casó con aquella persona y después tuve ocasión muchas veces

de amonestarle a él y a su mujer. Carecían los dos de bienes y él maquinaba recurrir al robo. Le ví varias veces acercarse furtivamente a un horno de pan, llevando un saco con intención de hurtar, aunque no llegaba a tanto su necesidad. Siempre impedí la ejecución de su intención, haciendo ruido o saliendo a su encuentro. Una vez lo ví entrar furtivamente en casa de un conocido mío que había amasado pan en una artesa. Yo estaba como atada y no pude impedir el siniestro. Se había metido en el saco mucho de lo codiciado, cuando despertó el dueño a los ladridos de un perro y se puso en movimiento para encender luz. A la verdad, si era sorprendido aquel infeliz, estaba perdido, y su familia deshonrada para siempre. Por mi parte, no habiendo podido impedir el hurto, quise salvar a aquel desgraciado, para que se enmendara; tuve fuerzas para abrir la puerta; de esta suerte la corriente de aire apagó varias veces la lámpara que había encendido el dueño del pan y entre tanto el otro pudo huir con el saco. Algunas semanas después vino hasta mi el dueño del pan y me contó el caso, añadiendo que no sabía cómo se le había escapado el ladrón; que había tenido íntima compasión de él y que ahora aquél podía enmendarse, y así se alegró de no haberle conocido. También estuvo conmigo la mujer del ladrón y cuando dijo que yo la había preservado del pecado, antes del matrimonio, yo le hice presente cuán fácil es deslizarse en pecados graves cometiendo faltas livianas. Ella rompió a llorar amargamente, pues sabía lo que había hecho su marido. Ambos repararon el mal y se enmendaron. Yo obré así por voluntad de Dios.

14. Ve al demonio en medio de un baile y la solicitud del Angel de la Guarda.

Esta noche he padecido mucho, viendo constantemente, en la casa inmediata, bailes y espectáculos disolutos. He notado primero el ruido en general y ví al demonio en persona siempre en medio de ellos; luego he visto a cada uno de los que allí concurrían, a quienes instigaba el enemigo y les sugería malos deseos de todas clases. He visto como el Ángel de la Guarda los llamaba desde lejos y como corrían ellos al mal. No he visto salir de allí nada bueno ni que alguno quedara sin padecer algún daño. Veo que los acompañan animales de todo género y que sus almas están afeadas por negras manchas. También he tenido que suscitarles terrores e impedir muchos males esta noche.

15. Misericordia de Dios con los pecadores arrepentidos.
(Pascua de 1823)

En toda la noche no he podido dormir a causa de los violentos dolores de las heridas; pero he sido muy consolada mediante una aparición. He visto al Divino Salvador que recibía a los pecadores arrepentidos y conversaba con ellos. Era tan benigno y afable como no es posible decirlo. He tenido un breve éxtasis muy consolador. He visto a muchos pecadores convertirse a Dios en este tiempo pascual y salir muchas almas del Purgatorio. Ví cómo Jesús era maltratado una y otra vez y que a pesar de todos los tormentos siempre permanecía tan bueno y amoroso que sus sufrimientos me causaban nueva y dulce tristeza. "¡Ah, me decía yo, todos los pecadores tienen su parte en estos dolores y con sólo un poco de buena voluntad se salvarán!"

También ví personas, a quienes conocía, que han llegado a reconocer sus faltas y se han enmendado. Entre éstas hay una piadosa y que habla muy humildemente de sí; pero no quería reconocer que estaba muy prendada de sí misma. Mucho trabajo costó que conociera su falta. No es verdadera humildad la del que se abate a sí mismo y no puede sufrir que otro le censure o le posponga a los demás.

Hallábame viendo cómo Dios ha juzgado a grandes pecadores. Grande es la justicia de Dios, pero todavía es más incomprensible su misericordia. Sólo condena a aquéllos que absolutamente no quieren convertirse; pero los que siquiera tienen una centellita de buena voluntad, éstos se salvan. Los que verdaderamente se arrepienten de sus pecados y los confiesan sinceramente y confían enteramente en los merecimientos del Salvador, serán bienaventurados y sus pecados no les serán tenidos en cuenta. Estos van al Purgatorio por poco tiempo. Por el contrario, permanecen en él largo tiempo muchos que no han sido grandes pecadores, pero que han vivido en la tibieza y que por amor propio no han oído las advertencias del confesor ni han hecho caso de sus correcciones.

Capítulo XVI

VISIONES DE LOS PREMIOS DE LA VIDA FUTURA

INTRODUCCION

Pónese de manifiesto aquí, en bellísimos cuadros alegóricos, las recompensas que obtienen los justos en la vida futura. La vidente participa en un gran banquete de bodas, donde se distribuyen los premios, según los méritos de las obras hechas en la tierra. En la visión de las mesas preparadas se rechazan a las personas indignas, sean reyes, príncipes, nobles, prelados, ricos, pobres... En cambio, en la visión del joven Gasparito, se nos muestra cómo los pequeños vencimientos, los actos de virtud practicados por amor de Dios, forman un cúmulo de méritos que tienen su epílogo en la espléndida mansión de los bienaventurados. Entre las delicias celestiales ve, con otras personas conocidas, al conde Stolberg, convertido del protestantismo al catolicismo, que había visitado a Ana Catalina, edificándose con su heroica paciencia.

1. Visión del banquete de bodas y de los expulsados de diver as categorías.

(Domingo XIX después de Pentecostés, 1819)

He visto al bienaventurado Nicolás de Flue en forma de un anciano de elevada estatura, de cabellos blancos, que llevaba una brillante corona de piedras preciosas. Su vestido, blanco como la nieve, le llegaba hasta los pies; en la mano tenía una gran corona de piedras preciosas. Le pregunté por qué tenía en vez de hierbas aquella brillante corona. Él me habló con severidad, en pocas palabras, de mi muerte y de mi destino y me dijo que quería conducirme a una gran boda.

Me puso la corona y yo fuí como navegando con él al palacio que ví delante, como suspendido en el aire. En aquel palacio se celebraba una boda extraordinariamente suntuosa. Parecíame que iba a ver juzgadas en aquel banquete todas las acciones y omisiones de todos los estados que hay en el mundo y que iba a ver la influencia de los bienaventurados en todos sus descendientes. Previamente fué preparada una mesa para el clero. Ví al Papa y a los obispos con sus báculos y ornamentos, sen-

tados alrededor de ella y a muchos eclesiásticos, altos y humildes, cada uno de los cuales tenía ante sí, en un coro elevado, a los santos y beatos de su estirpe, a sus antecesores, a sus patronos y abogados, que influían en él, juzgaban y decidían. También estaban sentadas a la mesa esposas espirituales de las elevadas clases, a cuyo lado, como si fuera una de ellas, yo tuve que sentarme con mi corona, no sin sentir mucha confusión Sobre mí estaba el que me había convidado y como yo me hallaba tan turbada, todo lo hacía él y lo disponía para mí. Los manjares que había en la mesa, aunque en forma de tales, no eran alimentos terrenos.

Veía todas las cosas en su íntimo ser y leía en los corazones Detrás de la sala del convite ví otras habitaciones y estancias de todo género, en las cuales había muchas personas, cuyo número aumentaba con otras que iban viniendo. Muchos sacerdotes fueron expulsados del banquete como indignos, porque se habían confundido con los mundanos y habían servido a éstos más que a la Iglesia. Los seglares fueron castigados primero; luego fueron despedidos los sacerdotes de la mesa y enviados a otras estancias más o menos próximas. El número de justos era muy reducido. Esto sucedió en la primera mesa y a primera hora. Los eclesiásticos salieron.

Fué dispuesta otra segunda mesa; yo no comí en ella, pero estuve entre los espectadores en segundo término. El beato Nicolás estaba siempre sobre mí para ayudarme. Vinieron entonces numerosos emperadores, reyes y príncipes, a quienes servían otros grandes señores. Sobre ellos se veían los santos de su respectiva estirpe. Algunos de estos gobernantes tuvieron noticia de mí. Yo estaba avergonzada, pero Nicolás respondía por mí. No estuvieron sentados mucho tiempo a la mesa. Todos eran entre sí semejantes y su trato nada bueno, lánguido y equívoco, y si alguno superaba a los demás, esta ventaja no la debía por tener más virtud. Muchos hubo que ni siquiera se acercaron a la mesa, sino que fueron lanzados al lugar que les correspondía. Me acuerdo especialmente de haber visto a la familia de los Croy, entre cuyos ascendientes hubo una santa estigmatizada, pues ésta me dijo: "Mira, estos son los Croy" (*).

Luego apareció la mesa de los nobles. Después la mesa de los ciudadanos ricos. No puedo explicar cuán abominablemente estaba constituído este estado. La mayor parte de ellos fueron

(*) La noble familia francesa de los Croy, emparentada con los reyes de Hungría, dieron cardenales, obispos, mariscales y generales a Francia, Alemania y a España. Por el tratado de Viena obtuvieron el señorío de Dülmen.

expulsados y encerrados con sus semejantes, del estado de los nobles, en un hoyo que se parecía a una cloaca, metidos entre inmundicias.

Finalmente apareció la mesa de un estado bastante bueno: el de los antiguos ciudadanos honrados y el de los labradores. Entre ellos había muchas almas buenas, aún de los míos. Mi padre y mi madre estaban sobre éstos. También vinieron los descendientes del beato Nicolás de Flue, aldeanos buenos y muy vigorosos; él, sin embargo, desechó a muchos de ellos. Vinieron también pobres e impedidos, entre los cuales había muchos buenos y otros malos, que fueron expulsados. Yo tuve mucho que hacer con ellos; no puedo decirlo todo.

Cuando desapareció la última mesa, me sacó el santo de aquel lugar y me condujo de nuevo a mi lecho, de donde me había sacado. Hallábame muy débil y sin conocimiento; no podía moverme ni dar señal alguna de vida, como si estuviera muerta. Nicolás señaló el término de mi vida, pero de un modo indefinido.

2. Visión de la Iglesia triunfante.

(1º de Noviembre de 1819 - Día de Todos los Santos)

He hecho un largo viaje con mi guía y no es para decirse lo que se me ha ofrecido. Yo no pienso aquí ni en quién soy ni cómo soy. Voy tranquilamente con él recorriendo lugares y miro y estoy contenta. Cuando pregunto, recibo respuesta; y si no la obtengo, me quedo también contenta. Pasamos sobre la ciudad por los lugares de los mártires (Roma), y sobre el mar, y por países desiertos, hasta donde estaba la casa de Ana y de María. Aquí subí desde la tierra.

Ví innumerables santos en infinita variedad, siendo, sin embargo, el todo una sola cosa en cuanto a lo interior de su alma y a su modo de sentir. Todos vivían y se movían en una vida de alegría y todos se penetraban y se reflejaban los unos en los otros. El espacio era como una cúpula infinita llena de tronos, jardines, palacios, arcos, ramilletes de flores, árboles, todo unido con caminos y sendas que brillaban como el oro y las piedras preciosas. Arriba, en el centro, había un resplandor infinito: el trono de la Divinidad. Los santos estaban agrupados según sus vínculos espirituales. Todos los religiosos estaban juntos, según sus órdenes, y adentro se hallaban colocados más o menos altos, según habían sido sus combates personales. Los que fueron martirizados juntos, estaban juntos también y ordenados según el grado de su victoria. Los estados que no tenían consagración

espiritual en la tierra, estaban ordenados según el impulso interior de cada uno en orden a la santidad.

Todos estaban en admirable orden, distribuídos en jardines y moradas. Los jardines eran indeciblemente hermosos y resplandecientes. Ví árboles con frutos pequeños, amarillos, brillantes. Aquéllos que, por la semejanza de sus esfuerzos dirigidos para alcanzar la santidad, estaban juntos, tenían como vestidura de orden sobrenatural, una gloria uniforme; pero se diferenciaban entre sí por los signos de su victoria. Llevaban coronas y guirnaldas, ramos en las manos y estaban confundidos los de todos los estados y comarcas.

Ví a un sacerdote a quien yo conocía, el cual me dijo: "Tu causa no está terminada todavía". Ví a una gran muchedumbre de soldados con trajes romanos y muchas personas a quienes conocía. Todos cantaban juntos una deliciosa canción; con ellos cantaba yo también. Entonces miré a la tierra y la ví yacer entre las aguas, a modo de una pequeña mancha: todo lo que había en torno mío me parecía inmenso. ¡Ah, es tan corta la vida! ¡Llega tan rápidamente su fin! Pero es tanto lo que se puede ganar en tan breve tiempo que no me atrevo a entristecerme. Con gusto quiero, pues, aceptar todas las penas que Dios me envía.

3. En ocasión de tener una reliquia, ve la vida de un joven santo.

(12 de Enero de 1820)

Ví el alma de un joven acercarse a mí en forma resplandeciente; su vestido era muy semejante al de mi guía. Tenía una aureola blanca y brillante y me decía que había alcanzado la salud luchando contra la naturaleza y venciéndola y que había contribuído mucho a su victoria el haber renunciado a las cosas que apetecía.

Luego pasé a otra visión. He visto a la misma alma en forma de un jovencito de trece años, en compañía de otros compañeros, en un jardín espléndido y hermoso El sombrero de este joven era fruncido, su jubón amarillo, abierto. le llegaba hasta las piernas, con una franja en las mangas cerca de las manos. Los pantalones y las medias eran una sola pieza, estrecha por los lados. La parte de ella donde había lazos era de otro color. Las rodillas del joven estaban ceñidas; sus zapatos eran estrechos y adornados con cintas. Había en el jardín setos hermosos, hábilmente cortados y muchos cenadores y casas de follaje, cuadradas por la parte exterior y redondas por dentro. También se

veían allí campos con árboles y gran número de personas trabajando. Estos trabajadores aparecían vestidos como acostumbraba yo a vestir a los pastores en el Nacimiento de mi convento. El jardín pertenecía a personas de alta clase de una ciudad importante que había allí cerca y que era la patria de aquel joven. En el jardín se permitía pasear. Ví a los jóvenes saltar alegremente en medio de cercas de rosas y cortar muchas de estas flores, blancas y encarnadas. El dichoso joven renunció al gusto de recoger flores y los otros para tentarlo le ponían delante los ramos con las rosas. Entonces me dijo aquel bienaventurado espíritu: "Yo aprendí a vencerme en esto haciendo un sacrificio mucho más útil y más difícil. Entre las personas que vivían cerca de la casa de mi padre, era compañera de juego una joven de mucha belleza, a la cual quería yo con inocente cariño. Mis padres iban a menudo a la iglesia a oír la palabra de Dios; yo asistía a la Misa con ellos. Como en tal ocasión oyera hablar al predicador contra semejantes compañías, huí del trato de aquella joven, aunque no sin gran esfuerzo de mi parte. Desde entonces aprendí a vencerme en no tocar las rosas".

Cuando hubo dicho esto, ví a aquella doncella andar en la ciudad muy adornada y florida como una rosa y ví la hermosa casa de los padres del joven, que estaba en una gran plaza cuadrada. Las casas estaban adornadas con emparrados. El padre era un acaudalado comerciante. Entré en la casa y ví al padre, a la madre y a varios hijos. Era una familia buena, cristiana y piadosa. El padre comerciaba en paños y vinos. Estaba muy bien vestido y tenía una bolsa de cuero pendiente de un costado. Era alto y grueso. La madre era robusta y tenía un caprichoso y rico tocado. El joven era el mayor de aquella buena familia. Delante de la casa había carros con objetos de comercio. En el centro de la plaza se veía una fuente y alrededor de ella una hermosa y artística verja de hierro con figuras de tamaño natural y en medio de la fuente una figura de donde salía agua. En los cuatro ángulos de la plaza se veían construcciones pequeñas, a modo de garitas. La ciudad estaba edificada en una comarca feraz; por un lado la cercaba un foso y por otro corría un río delante de las puertas. Tenía siete iglesias, pero ninguna torre importante. No podría decir qué comarca fuese; me parecía una ciudad alemana, pero no lo sé con seguridad.

Después ví al joven entrar en un monasterio con el propósito de estudiar. Este monasterio se hallaba como a unas doce horas de dicha ciudad, en un monte donde se elabora mucho

vino. Era este joven muy aplicado, tan devoto y confiado en la Madre de Dios, que cuando no entendía alguna cosa en los libros, acudía ante la imagen de la Virgen y decía: "Tú enseñaste a tu Hijo; enséñame también a mí". Entonces se le aparecía la Virgen y le enseñaba. En su trato con María era muy sencillo y tenía mucha confianza con ella. Era tanta su humildad que no se determinó a recibir las sagradas órdenes. Fué muy estimado por su piedad. Tres años permaneció en el convento, uno de ellos estando muy enfermo, al cabo de los cuales, cumplidos los 23 años de edad, murió y fué sepultado allí mismo.

Había entre sus conocidos uno que, no pudiendo dominar sus pasiones, pecaba con frecuencia. Teniendo éste mucha confianza en su difunto amigo, se encomendó a él durante años enteros y aconteció que el bienaventurado se le apareció y le dió sus instrucciones diciéndole que en uno de sus dedos vería una señal a modo de anillo, el cual había él recibido en su desposorio con Jesús y María y que hiciera buscar esa señal en el cadáver; así se conocería que realmente se le había aparecido. Ese amigo tenía unos treinta años. Habiendo puesto por obra aquel aviso, fué exhumado el cadáver, en el cual se halló la señal dicha. Las reliquias fueron distribuídas. No ha sido beatificado. Yo me acordé mucho de San Luis Gonzaga.

4. El joven aparecido la conduce a un lugar de la Jerusalén celestial.

El alma de este joven me condujo a un lugar que parecía hallarse en la Jerusalén celestial; todo era allí transparente y diáfano. Fuí a una gran plaza circular, cercada de magníficos y brillantes palacios. En medio de esta plaza fué puesta una gran mesa prolongada, cubierta de indescriptibles manjares. De cuatro de los palacios salían arcos de flores, que se juntaban sobre la mesa formando una corona en torno, en la cual resplandecían los nombres de Jesús y María. No había allí nada de artificioso: todo nacía y daba frutos según su especie. Los arcos estaban formados de multitud de flores varias, de frutos y de brillantes figuras. Conocí allí la significación de todas y cada una de las cosas, pues veía lo que era cada una de ellas. No es del todo exacto decir que conocí la significación de las cosas; todo era esencia y la esencia de las cosas me penetraba como rayos varios de un sol y al mismo tiempo me decía lo que eran esas cosas. Aquí en la tierra no es dable expresar esto con palabras. A un lado, detrás de los palacios, había dos iglesias: la

más próxima consagrada a María; la otra al Niño Jesús; ambas octógonas. Cuando llegué allí, numerosas almas de toda clase de niños bienaventurados salían de los palacios para darme la bienvenida. Éstas tenían, al principio, la forma común de las almas, pero después las ví vestidas como cuando vivían en el mundo; entre ellas conocí a muchos de mis compañeros de juego que ya habían muerto.

El primero a quien conocí fué a Gasparito, niño travieso, pero no malo, que murió a los once años de edad, después de una larga y dolorosa enfermedad. Este niño se acercó a mí y me guió y me explicó todas las cosas. Me admiré de ver tanta hermosura y cortesanía en aquel niño que había sido tan inculto. Como le manifestara mi admiración, me dijo: "Aquí no viene uno por su pie, sino gracias a las buenas obras". Estas palabras me alegraron.

Como yo no le había reconocido en seguida me dijo: "¿No sabes que fuí yo quien te afiló el cuchillo? Entonces me vencí dichosamente a mí mismo. Tu madre te dió cierto objeto para que lo partieras; pero tu cuchillo estaba tan embotado que no cortaba. Esto te hizo llorar, pues temías que tu madre te reprendiera. Yo lo advertí y pensé para mí: "Quiero ver cómo la riñe su madre". Pero luego dominé ese deseo y dije: "Voy a afilar el cuchillo de esta pobre niña". Así lo hice y te ayudé; esto fué de mucha ganancia para mi alma. ¿No te acuerdas que cuando los niños jugaban a algo que no era bueno, tú les decías que dejaran aquel juego, que no era bueno, y luego te sentabas en una zanja a llorar? Yo me acercaba a ti y te preguntaba por qué no querías jugar con nosotros y tú me respondías que uno te había llevado allí asida violentamente del brazo. Por mi parte, pensándolo bien, me vencí a mí mismo, no sin provecho de mi alma, resolviendo no volver a tomar parte en aquel juego. ¿No te acuerdas que yendo con otros niños recogíamos las manzanas que habían en el suelo? Tú decías que no la debíamos tomar; yo replicaba que si no las recogíamos nosotros, otros las encontrarían. Tú decías que no debíamos dar mal ejemplo y no tomabas ninguna. También esto lo advertí para dicha mía. En otra ocasión lancé contra ti un hueso; pero de este peligro te libró uno, desviándote buenamente. También esto hubo de dolerme de corazón".

Estas y otras cosas semejantes me recordó Gasparito. Luego ví que en premio de toda victoria sobre nosotros mismos y de toda acción buena, se nos da otro género de manjares, de los cuales disfrutamos, pues los entendemos y nos penetramos con

ellos. Esto es inexplicable. No estábamos sentados a la mesa, sino que íbamos de un extremo a otro de ella y cada uno de los que estaban allí recibía un gusto determinado a cambio de toda privación.

Al principio sonó una voz que decía: "Sólo comprenderá estos manjares el que los guste". Los manjares eran en su mayor parte flores, frutos, piedras brillantes, figuras y hierbas, de substancias completamente diversas a las de la tierra y más espirituales que las de aquí. Estaban estos manjares presentados en una vajilla brillante, transparente, indescriptiblemente bella y de ella salía una virtud admirable hacia los que mediante algún sacrificio, realizado en el curso de la vida, tenían algún orden respecto a uno u otro manjar.

En la mesa había vasos de cristal en forma de pera, como aquéllos donde yo tomaba medicinas. En estos vasos bebíamos. Uno de los primeros manjares constaba de mirra admirablemente preparada. De una copa de oro surgía un pequeño cáliz, en cuya tapa había un botón y en él una crucecita muy fina. Alrededor del borde del plato había letras violadas luminosas. Del plato nacían ramos de mirra, en forma de pirámides, de color amarillo y verde, muy bellos y llegaban hasta la copa del cáliz. Había hojas pequeñas con flores como claveles de extraordinaria hermosura. Arriba había un botón, rojo en el centro y de bello violeta alrededor. El amargor de esta mirra era ahora suavidad aromática, que daba fortaleza al espíritu. Yo probé de estos manjares porque había padecido en silencio tanta amargura de corazón. A cambio de aquellas manzanas que yo no había tocado, tomé de otras manzanas brillantes: había muchas juntas en una rama. También gusté de cierto manjar por haber repartido entre los pobres muchos pedazos de pan duro. Conservaba aquel pan la apariencia de duro, pero era brillante como cristal de muchos colores y estaba en un plato de cristal. Por haber huído de ciertos juegos, recibí una vestidura blanca.

Todo me lo explicó Gasparito. Ví también en un plato una piedrecita que había recibido cuando estuve en el convento. Oí decir que antes de mi muerte me darían una vestidura blanca y una piedra también blanca, en la cual habría un nombre que sólo yo podría leer (*). Al terminarse el festín fué también recompensado el amor al prójimo. Había allí vestiduras blancas, frutos blancos, rosas blancas muy tupidas y todo género de

(*) "Al que venciere le daré del maná escondido y le dare una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe mas que el que lo recibe" *(Apocalipsis, II, 17)*.

manjares y formas blancas y admirables. Me es imposible describir todas estas cosas.

Gasparito me dijo: "Ahora verás el pesebre que aquí tenemos; a ti te gustó siempre hacer pesebritos". Fuimos a la Iglesia de la Madre de Dios, en la cual resonaban cánticos incesantes. Había allí un altar ante el que iban desfilando representadas las varias escenas de la vida de María y en derredor había coros, unos más altos que otros, de adoradores. Era necesario pasar a través de esta iglesia para ir al pesebre que estaba en la otra iglesia. También en ésta había un altar y en él se veía representado el nacimiento de Cristo, y sucesivamente todos los hechos de su vida hasta la institución de la Eucaristía, tales como siempre he visto en mis visiones.

5. Ve la gloria del conde Stolberg (*)

Fuí a otro lugar más elevado. Subí a un jardín donde había magníficos frutos y muchas mesas ricamente adornadas y aparadores con diversos dones. De todas partes venían cerniéndose almas que en la tierra habían producido muchos frutos con sus estudios y trabajos, ayudando a otros. Estas almas, ya una sola, ya muchas juntamente, ocuparon sendas mesas para recibir lo que les correspondía. En medio del jardín se veía un pedestal a manera de escalera semicircular, llena de cosas bellas y deleitables. Este jardín tenía una hermosa puerta por la cual penetró una muchedumbre de almas, unas en pos de otras. Todas las que en el jardín estaban, corrían y formaban dos filas para dar la bienvenida a las que habían llegado últimamente.

Estas numerosas almas traían consigo al difunto conde de Stolberg. Iban en ordenada procesión llevando banderas y guirnaldas. Cuatro de ellas llevaban sobre los hombros, aunque sin sentir peso alguno, el asiento de honor en que iba sentado el conde Stolberg. Las otras almas iban detrás; las almas que recibían a estas últimas tenían flores y guirnaldas. En su cabeza se veía una corona, especialmente de rosas blancas y de piedras brillantes y de estrellas. Esta corona no estaba fija en su cabeza, sino oscilando. Al principio me parecieron iguales todas estas almas, como me habían parecido las que ví en el cielo

(*) Leopoldo, conde de Stolberg (1748-1819), poeta y literato alemán, amigo de Goethe y embajador en la corte de Copenhague. Por la influencia de la princesa católica Galitzín, se convirtió al catolicismo con su mujer y sus hijos. Escribió libros y opúsculos en defensa de la religión católica. Habiendo llegado a Dulmen, visitó a Ana Catalina, quedando profundamente edificado de su virtud

inferior de los niños; pero luego ví a cada una de ellas vestida conforme a su propio estado y ví que eran las que con su trabajo y doctrina habían contribuído a la salvación de otras almas. Ví también a Stolberg bajar de su sillón de manos y ví desaparecer el sillón. Le ví tomar posesión de los dones que le estaban destinados. Ví aparecerse un ángel detrás del semicírculo dispuesto en forma de gradas. De cada uno de los lados de la escalinata, llena de preciosos frutos, vasos y flores, salía un brazo que presentaba a los circunstantes un libro abierto. El ángel recibió de los espíritus que había alrededor, libros en los cuales escribió y señaló varias cosas; luego los puso en dos pedestales que estaban a su lado. En cambio ellas recibieron del ángel escritos, unos breves y otros más difusos, que corrieron de mano en mano. Especialmente del lado de Stolberg circularon multitud de escritos muy breves. Parecíame que esto era como la continuación en el cielo de las obras que en la tierra habían practicado aquellas almas. Ví dirigirse hacia el bienaventurado Stolberg, desde la mesa con gradas, un gran plato transparente, en cuyo centro se veía un hermoso cáliz dorado y alrededor de él, muy bien ordenados, racimos, panes pequeños, piedras preciosas y recipientes de cristal. El cáliz no estaba fijo como en el plato de la mirra, y las almas bebían de él y de los recipientes y gustaban de todas las cosas que allí estaban. Este cáliz corría de mano en mano. Ví muchas veces que algunas almas, al comunicarse unas con otras, se daban la mano. Después todas las almas se elevaron más arriba para dar gracias.

6. Ve a varios niños muertos en la inocencia bautismal.

Vinieron a buscarme los bienaventurados niños que habían jugado conmigo en mis primeros años. Fuimos a un lugar donde jugábamos en otro tiempo y después nos encaminamos al pesebre. El asno estaba a la entrada. Dí un paso, me subí sobre él y me senté, diciendo a los demás niños: "Así estaba sentada en él la Madre de Dios". El asno se dejó acariciar y dejó que se le sacara del pesebrero. Después nos acercamos al pesebre y adoramos al Niño Jesús. Los otros niños me dieron muchas manzanas y flores y un ramo de rosas rodeado de espinas; pero yo rehusé todas esas cosas. Preguntáronme por qué no los llamaba en mis necesidades y me dijeron que estaban dispuestos a ayudarme; que los hombres invocan muy pocas veces a los niños, los cuales pueden mucho en la presencia de Dios, sobre todo los que mueren inmediatamente después del bautismo.

Uno de estos infantes me dijo que yo había pedido para él la feliz muerte que tuvo y que si sus padres hubiesen sabido esto, se habrían enfadado conmigo. Recordé, entonces, que me lo habían llevado después de recibido el bautismo y que, levantándole yo en alto, pedí a Dios de todo corazón que se dignara llevárselo consigo en estado de inocencia, antes que hubiera podido perderla. Ahora me daba gracias porque yo había pedido por él y él quería ahora rogar por mí. Los niños me dijeron que se debe orar especialmente para que ninguno se muera sin bautismo. Si esto se pide a Dios, el Señor envía de buen grado el auxilio oportuno. Con frecuencia he visto en figuras auxilios inesperados conseguidos por este medio.

7. La gloria de los santos en el cielo.
(1º de Noviembre de 1820)

He tenido una visión indeciblemente grande y magnífica, que no puedo describir. Ví una mesa que se perdía de vista, de color rojo y blanco transparente y surtida con los más excelentes manjares. Los vasos eran como de oro y tenían en los bordes unas letras azules. Había allí mezcladas flores y frutas de toda clase; pero no partidas y como muertas, sino vivas y creciendo: aunque eran eternamente comidas, quedaban sin embargo completas. En verlas estaba el gozar de ellas. Los que administraban y servían eran obispos, y, bajo su dirección, toda suerte de pastores de almas. En torno de la mesa estaban sentados o de pie, formando coros de muchas órdenes diferentes, toda la multitud de santos, en tronos y semicírculos. Yo estaba de pie, junto a la mesa y veía a estos coros innumerables en torno de ella y todo lo veía como en un jardín. Pero si me acercaba a uno de los coros o lo miraba a él sólo, lo veía en un solo jardín y en él veía una mesa propia y que esta mesa procedía de aquella gran mesa de cuyo deleite participaban todos.

En todos estos campos y jardines, cuadros, plantas y ramas, flores y frutos vivía todo lo mismo que en aquel jardín común. El gozar de los frutos no consistía en comerlos, sino en la íntima percepción de los mismos. Todos los santos estaban con sus atributos. Muchos obispos tenían iglesias en las manos, porque ellos las habían fundado; otros sólo llevaban el báculo, porque sólo las habían apacentado. Junto a los santos había muchos árboles cargados de frutos. Queriendo yo llevar algunos de estos frutos a los pobres mortales, empecé a sacudir los árboles y ví que

muchos frutos caían en diversas comarcas de la tierra. Y ví también que todos los santos, cada coro según su especie y poder, allegaban tablas, flores y guirnaldas para edificar un trono en el lugar extremo de la mesa. Y todo se hizo con orden indecible, como en una naturaleza en que no hay falta ni pecado ni muerte. Todo esto surgió de su esencia y actividad sin previo acuerdo, y entretanto guardaban la mesa centinelas y soldados espirituales.

Capítulo XVII

VISIONES DEL PURGATORIO

INTRODUCCION

Nada tan impresionante, tan encogedor, pero al mismo tiempo tan edificante, como las visitas de Ana Catalina a la mansión de las almas que sufren con esperanzas. Fija la vidente el lugar aproximado del Purgatorio. Describe los distintos grados: el de los que están por salir, acompañados de ángeles, rumbo al Paraíso; el de los que padecen todavía tormentos espantosos, y el de los que permanecerán en sus dolorosos encierros hasta el fin de los tiempos. Trabaja por unas almas, consuela a otras, reza por las restantes.

Se impresiona hondamente al saber que las almas desean ardientemente oraciones y sacrificios, y en la tierra nadie se acuerda de ellas. Le aterran los padecimientos de los sacerdotes que fueron negligentes en la administración de su ministerio. Ve los espacios destinados a los herejes y a los judíos. Nos parece lógico, de acuerdo con el juicio divino, que las almas purguen por aquello en que más pecaron en la tierra, como con simplicidad encantadora nos relata la vidente.

Muchos santos han tenido comunicaciones con las benditas almas del Purgatorio. Conocidas son las revelaciones de Santa Brígida, que asiste al juicio de muchísimas personas que mueren en su época y que después se le aparecen pidiendo sufragios. El padre Carlos Rossignoli, de la Compañía de Jesús, en su libro Maravillas de las almas del Purgatorio, *relata más de cien casos de almas que aparecen reclamando oraciones y sufragios. En nuestros tiempos se observan los mismo hechos en Teresa Neumann, de Konnersreuth, y en María Luisa de Brault, la mística del Canadá.*

Al lector le parecerá acaso leer algunas escenas repetidas Debe tenerse presente que como la vidente va muchas veces al Purgatorio, describe el mismo lugar o la misma alma que ha visto con anterioridad.

1. Ve diversas almas en el Purgatorio.

Veo por lo general muchas almas tenidas en la tierra por santas que están aún en el Purgatorio y no gozan por tanto de

la visión beatífica. Pero en esta visión ví además el Purgatorio como Iglesia purgante y ví una oscura y extensa bóveda donde las almas parecían ya libres de su pasión. Había allí la luz roja de un cirio de una especie de altar y ví venir un ángel y consolar a las almas con un presente. Esto sucede algunas veces al año; pero desapareciendo el ángel, desaparece con él todo lo que hay de eclesiástico. También entendí que las pobres almas, que no pueden hacer nada por sí, ruegan por la Iglesia.

Cuando veo un cuadro general de la Iglesia, veo siempre entre Occidente y Norte una laguna oscura y profunda, donde no hay rayo de sol alguno, y me parece que allí está el Infierno.

2. Visiones referentes a las almas del Purgatorio.

Triste cosa es que las almas benditas sean ahora tan pocas veces socorridas. Es tan grande su desdicha que no pueden hacer nada por su propio bien. Pero cuando alguno ruega por ellas o padece o da una limosna en sufragio de ellas, en ese mismo momento cede esta obra en bien de ellas y se ponen tan contentas y se reputan tan dichosas como aquél a quien dan de beber agua fresca cuando está ya a punto de desfallecer de sed. ¡Ah! ¡cuánto tienen que padecer las pobres almas a causa de su flojedad y tibieza, de su piedad relajada, de su falta de celo en promover la gloria de Dios y la salud del prójimo! ¿Y qué otro medio hay de socorrerlas si no es la caridad satisfactoria que ofrece por ellas aquellos mismos actos de virtud con relación a los cuales se descuidaron ellas durante su vida mortal?

Los santos del cielo nada pueden hacer en expiación y satisfacción de las culpas que están purgando las almas benditas; todo lo tienen ellas que esperar de la Iglesia militante. ¡Cuán vivamente anhelan estas almas por esta expiación! Saben muy bien que no hay sobre la tierra ningún pensamiento bueno, ningún buen deseo en favor de ellas que no dé algún alivio a sus penas; pero ¡qué pocos son los que toman parte en su aflicción! El sacerdote que rece devotamente las horas con intención de satisfacer por las negligencias que tienen que expiar las almas, puede procurarles increíble consuelo. La virtud de la bendición sacerdotal penetra hasta el Purgatorio, y consuela, como rocío del cielo, a las almas a quienes con fe firme bendice un sacerdote. El que viera todas estas cosas, como yo las veo, de seguro que procuraría con todas sus fuerzas socorrer a las almas del Purgatorio.

3. Necesidad de orar por los difuntos.

En este momento mueren unas 5000 personas. Entre ellas hay muchos sacerdotes. Debemos orar. En el valle de Josafat se volverán a juntar todos ellos con nosotros y se acordarán de los que hemos rezado por ellos. Dios dé a esas almas el eterno descanso y las ilumine. Se calcula muchedumbres extraordinarias de moribundos en las situaciones más diversas. Yo estoy en el arco, elevado sobre la tierra. Rayos de luz parten hacia mí de diferentes puntos y me hacen ver el estado y circunstancias de los moribundos, como si estuviera viendo a través de un tubo. Algunos mueren completamente abandonados.

Respecto de los elogios desmedidos que suelen hacerse a los muertos, declaró:

La desmedida alabanza me parece una privación esencial y una especie de hurto cometido contra aquéllos a quienes se tributa ese honor inmerecido.

4. Consecuencias de las obras buenas y malas.

Todo cuanto el hombre piensa, dice y hace, tiene vida y continúa viviendo como obra buena o mala. El que obra mal debe apresurarse a borrar su culpa con la contrición y la confesión en el sacramento de la Penitencia. No borrándola, difícilmente podrá impedir las consecuencias de su pecado. Esto lo he visto frecuentemente de un modo corpóreo en las enfermedades y dolores de muchos y en la maldición que pesa sobre algunos lugares.

Siempre se me ha mostrado que las culpas por las que no se hace penitencia y las que no han sido expiadas, llevan en pos de sí incalculables consecuencias. He visto los castigos de muchos pecados hasta en lejanas generaciones, como cosa naturalmente necesaria, así como el efecto de la maldición que llevan consigo los bienes injustamente adquiridos, o como el horror instintivo que causan los lugares donde se ha cometido algún crimen. Todo esto lo veo como cosa no menos natural y necesaria que lo que expresamos cuando decimos que la bendición bendice y la santidad santifica.

Desde que tengo uso de razón discierno con viva claridad lo que está bendecido de lo que no lo está; lo que es santo de lo que no lo es. De lo que es santo me siento atraída y lo sigo irresistiblemente; lo que no es santo me causa horror, me angustia y me estremece y debo combatirlo con el auxilio de la fe y de la oración.

5. Diversas impresiones a la vista de huesos humanos en los cementerios.

Esta impresión la he sentido con especial claridad y viveza al ver los huesos humanos y aún los más cortos residuos de algún cadáver, morada de un alma. Por la violencia del sentimiento que experimento en mí, siempre he creído que hay cierta relación entre todas las almas y sus cuerpos, pues los huesos que veo en las sepulturas y cementerios, producen en mí diversos sentimientos y efectos. Al ver ciertos cadáveres siento una impresión de luz, de bendición y de salud; mientras que en otros he experimentado distintos grados de pobreza y necesidad, y me he sentido movida a socorrerlos con oraciones, limosnas y ayunos. Otras veces fuí presa de terror y de espanto.

Cuando iba a orar en el cementerio por la noche, sentía en tales sepulcros una oscuridad más profunda que la de la misma noche; esto me parecía más negro que lo enteramente negro, como sucede cuando se abre un agujero en un paño negro, que el agujero parece aún más negro que el mismo paño. A veces veía salir de ellos un humo o vaho negro, que me estremecía. También me sucedía que cuando el deseo de ayudar me impulsaba a penetrar en esas tinieblas, me sentía repelida hacia atrás. En estos casos la idea de la santísima justicia de Dios era para mí como un ángel que me libraba de lo que hay de espantoso en tales sepulcros. En otros veo como una columna sombría de color gris más clara o más oscura; en otros una columna luminosa de un resplandor más o menos intenso; pero en muchos no veo absolutamente nada y esto es lo que más me aflige. Los rayos más o menos claros, más o menos oscuros, son señales que indican el mayor o menor grado de necesidad de las almas; los que no pueden dar señal alguna son las almas más necesitadas; no tienen quien las socorra ni quien se acuerde de ellas, y como nada pueden hacer por su bien, son las últimas en la comunicación con el cuerpo de la Iglesia.

Cuando me acerco en oración a estos sepulcros suelo oír una voz penosa y confusa que sale de lo profundo y suspira diciendo: "Socórreme y sácame de aquí", y experimento claramente en mí la misma angustia que sentiría el que se encontrara enteramente solo y desvalido. Por estos pobres abandonados pedía yo siempre con mayor fervor y constancia que por otros; entonces veía salir poco a poco de tales sepulcros solitarios y vacíos una columna de sombra que se iba aclarando mediante el auxilio constante de la oración. Los sepulcros en que veo

una columna de sombra más o menos clara son los que contienen cuerpos cuyas almas no están enteramente abandonadas, ni del todo ligadas y por el grado de su tormento o por los sufragios y oraciones de sus amigos vivos, están en cierta relación más o menos consoladora con la Iglesia militante. Estas almas poseen todavía la gracia de dar señal de sí en la comunidad; están en una corriente que va hacia la luz y hacia la bienaventuranza y nos ruegan que las ayudemos, ya que ellas no pueden valerse. Lo que hacemos en su obsequio ellas lo ofrecen a Nuestro Señor por nosotros. Me parecen pobres cautivos que pueden excitar la compasión de sus semejantes ya con algún grito, ya con alguna súplica, ya extendiendo las manos fuera de la cárcel.

Cuando contemplo así un cementerio y se ofrecen a mi alma estas señales según los diferentes grados de luz y de sombra, me parece todo ello como un jardín que no está cuidado por igual o que está en parte abandonado. El orar y el trabajar y el mover a otros a que también oren y trabajen es como levantar y enderezar las plantas, es como cultivar la tierra y sacar a luz semillas escondidas y hacer que desciendan la lluvia y el rocío sobre un jardín.

6. Ve cómo suben al cielo las almas socorridas.

¡Ah! si los hombres vieran esto claramente como yo lo veo, todos trabajarían en este jardín con más diligencia de lo que lo hago yo misma. Cuando entro en un cementerio y se me representan estos objetos, puedo formar juicio del celo y caridad de un pueblo, así como se puede apreciar la diligencia y laboriosidad de sus habitantes con sólo ver los campos y las huertas que lo rodean. Dios me ha dado muchas veces la gracia de ver subir al cielo con infinita alegría a muchas almas del Purgatorio.

Pero como no hay trabajo ni auxilio alguno en la necesidad, sin combate, esfuerzo y lucha, me acontecía que, desde niña tierna y como doncella vigorosa, era muchas veces turbada, asustada y maltratada en mi oración en los cementerios, por los espíritus malditos y aún por el mismo demonio. Me cercaban espantosos ruidos y apariciones; con frecuencia era derribada en los sepulcros y sacudida fuertemente; a veces me querían sacar violentamente del cementerio. Pero con la gracia de Dios nunca he llegado a acobardarme ni a ceder al enemigo un palmo de terreno; antes bien, redoblaba mis oraciones allí donde era más turbada.

¡Cuántas gracias he recibido de las benditas almas del Purgatorio! ¡Ojalá quisieran todos participar conmigo de esta alegría de socorrer a las almas! ¡Qué abundancia de gracias hay sobre la tierra! Sin embargo, ¡cuánto se olvida a las almas y se malogran las gracias, mientras que las almas benditas suspiran por ellas! Allí, en lugares distintos, padeciendo diferentes tormentos, están estas almas llenas de angustia y de anhelo de ser socorridas y salvadas. Pero por grande que sea su aflicción y necesidad, ellas alaban a Nuestro Señor y Salvador. Todo lo que hacemos por ellas les causa infinita alegría.

7. Ve en el Purgatorio almas de diversas condiciones.

(Día de los Fieles Difuntos, 2 de Noviembre de 1819)

Llegué con mi guía a un oscuro sitio, donde había muchas almas. Habiendo penetrado en aquel lugar, las consolé. Aquellas almas estaban sumergidas en las tinieblas, unas hasta el cuello, otras hasta la cintura. Hallábanse unas junto a las otras, cada una en su propia cárcel. Unas padecían sed; otras, frío; otras, calor; no podían valerse a sí mismas; sufrían indecibles tormentos y sentían gran anhelo por salir de allí.

Ví que muchas consiguieron su libertad; su alegría era inexplicable. Elevándose a un lugar más alto, en gran número, en forma espiritual meramente gris, recibían durante este breve tránsito, los vestidos e insignias propias del estado de cada una de ellas, lo mismo que cuando vivían en la tierra. El lugar donde se reunían era un espacio amplio, sobre el Purgatorio, cercado como de una valla de espinas. Ví allí a muchos médicos libertados, recibidos por una procesión de otros médicos y conducidos arriba. Ví también que eran libertados muchos soldados, y la dicha de estos infelices destrozados en la guerra, alegró mi corazón. Ví pocas monjas y aún menos jueces; pero sí he visto que muchas doncellas que se habrían consagrado a Dios en estado de religión, si las circunstancias les hubieran sido propicias, eran buscadas y recogidas por otras bienaventuradas religiosas. Ví también a algunos antiguos reyes y almas pertenecientes a familias reales; a bastantes sacerdotes y a muchos labradores. Ví a muchas almas de mis conocidos y a otras de países extranjeros, a juzgar por sus vestidos. Cada uno de los varios estados sociales era elevado en diversas direcciones por almas del mismo estado; mientras duraba esta elevación perdían sus insignias terrenas y recibían un resplandeciente vestido de gloria. En el Purgatorio no sólo conocía a mis amigos,

sino también a sus parientes, a quienes yo nunca había visto. Entre las almas más abandonadas he visto a aquellas pobres de quienes nadie se acuerda y cuyo número es grande, pues muchos hermanos nuestros en la fe no hacen oración por ellas. Por estas pobres almas olvidadas ruego yo siempre.

8. Visión de diversos santos con el Salvador.

Entonces se me ofreció una visión nueva. Me ví de pronto vestida de campesina como lo había estado en otro tiempo. En la frente llevaba una cinta y una toca en la cabeza. Mi guía me condujo hacia una brillante multitud que descendía del cielo. Eran blancas figuras coronadas, sobre las cuales flotaba el Salvador, llevando una cruz blanca y en ella una bandera. Venía un centenar de figuras, la mayor parte vírgenes y una tercera parte de hombres. Todos estaban cubiertos con deslumbrantes vestidos de reyes de diversos colores de gloria, cuyos rayos se penetraban entre sí y hacían la visión más admirable. Llevaban coronas de anillo, unas abiertas y otras cerradas. Entre estas figuras había muchas visiblemente señaladas con los estigmas que difundían un resplandor rojo en torno de ellas.

Fuí conducida ante ellas, por mi guía, muy avergonzada, porque no sabía, pobre campesina, cómo llegarme a la presencia de estos reyes. Pero mi guía me dijo: "Llegarás a ser lo mismo que éstas". Y en lugar de mi vestido se me dió otro blanco de religiosa. Ví alrededor de mí a todos los que habían estado presentes en mi toma de hábito y especialmente a las religiosas bienaventuradas de nuestro convento. Ví a algunas a quienes había conocido y tratado, que me miraban desde el Purgatorio.

9. Un alma descubre el estado de dos esposos.
(10 de Abril de 1820)

He tenido la noche pasada una visión grave y severa mezclada con importantes asuntos. De pronto se presentó delante de mí el alma luminosa y beatífica de una mujer de Koesfeld, ya difunta, y que había amado mucho a su marido, a quien tuve yo siempre por bueno, pues parecía muy piadoso. Hacía ya mucho que no pensaba en estas personas. Aquel hombre había contraído segundas nupcias. Yo conocía a su segunda mujer. El alma me dijo: "Por fin he conseguido llegar hasta ti. Soy feliz ahora; pero mi marido me causa mucha pena. Mientras yo vivía aún y estaba enfermiza, él ya tenía comercio muy pecaminoso con su mujer actual, y también ahora, aunque casado con ella,

no vive cristianamente. Tengo mucha compasión por su alma, y también el alma de su nueva mujer me causa angustia".

Mientras el alma me decía estas cosas yo me maravillaba del estado de aquél que había tenido siempre por hombre de bien. Ella me contó muchas cosas y me rogó que amonestara seriamente a su marido, ya que él tenía la intención de venir a verme. Tuve que ir con ella hasta Koesfeld. He visto todo el camino claro y luminoso y que esta alma resplandecía como el sol, y esto me causaba infinita alegría. Reconocí todos los ángulos de aquel camino y encontré muchos puntos cambiados. Me condujo a casa de aquellas personas, adonde había yo estado varias veces en el pasado, y encontré también allí muchos cambios. Estuve con ella cerca del lecho de aquellas personas, que estaban durmiendo. Parece que la mujer sintió internamente nuestra llegada y se enderezó, sentándose en el lecho. Hablé con ella largamente y le dije que debía entrar en sí misma y exhortar al marido a reconocer su propio estado. Así me lo prometió. Apenas puedo dudar de que no venga a mí y aquella alma me ha rogado con tanta instancia a orar por él y aconsejarlo. Yo, en verdad, me encuentro con cierta timidez en cuanto al modo de entrar en el asunto del discurso, en caso que no sea él mismo que comience a hablar de su estado.

10. El pecado de la campesina y la hermana del sacerdote. *(12 de Abril de 1820)*

Una jovencita campesina había dado a luz secretamente por temor de sus severos padres. El niño había muerto poco después de nacido, por torpeza de la madre, que escondió el cadáver dentro de un armario, donde fué descubierto. Este caso ocasionó gran turbación; rogué y sufrí sin tregua en favor de la culpable para obtener que se moviese a seria penitencia.

Conozco a esta joven; no hace un año estuvo aquí a verme. Desde Natividad en adelante la he visto a menudo envuelta en un manto y yo sentía siempre un interno presentimiento de que estaba rumiando algo malo. Más adelante la he visto en tiempo de confesión en peores condiciones aún. Rogué por ella y avisé al confesor para que estuviera atento. Pero no se acercó al confesor. También esta noche he tenido que hacer mucho con ella y he visto su interior muy turbio. Aunque es una estúpida, no está sin embargo libre de culpa por la muerte del niño. He visto todo el desarrollo del asunto y he rezado mucho por esta causa

Pensando en esto, se me presentaron a la mente aquellos dos ex jesuítas (*) con los cuales me había confesado en mi juventud: pensaba cómo vivían piadosamente, cuánto trabajaban, y cómo en su tiempo no sucedían casos semejantes. Mientras así pensaba se me presentaron aquellos dos religiosos en óptimo estado y uno de ellos me condujo junto a una hermana suya, en cuya casa había vivido y que yo había conocido. Ella se encontraba en un lugar muy misterioso y nunca hubiera creído que semejante persona piadosa tuviese aún algo que expiar. Era un lugar oscuro, donde había otras muchas almas, dentro de una angosta cavidad cuadrangular, en la cual podían estar como amurallados; pero ella parecía contenta y paciente, y estaba a punto de pasar a otro lugar más amplio. Me dijo que debía visitarla más a menudo. Hablé también largamente con el anciano y beato sacerdote, y le rogué y pedí algo también a ella.

Ya de mucho tiempo atrás tuve revelación sobre el estado de los niños que mueren antes del bautismo. No puedo expresar con palabras aquello en lo cual veo consistir su pérdida, pero me siento de tal modo conmovida que siempre que vengo a saber de un caso semejante me ofrezco a Dios con la oración y el sufrimiento para satisfacer y expiar por aquello que otros han descuidado, a fin de que el pensamiento y el acto de caridad por otros no hechos se vean compensados por la comunión de los fieles, o por mí, o por otro miembro de la misma comunidad. Así he sentido verdadera turbación y solicitud por aquel pobre niño infeliz muerto antes del bautismo, y me he ofrecido a Dios para satisfacer y expiar por él.

11. Ve el alma de un general inglés abandonada.
(24 de Setiembre de 1820)

Tenía yo que ejercitar una laboriosa tarea; pero no me era posible hacerla. Para limpiar una casa de la inmundicia que en ella había, sólo contaba con una escoba inservible. Entonces se acercó mi madre y me ayudó; y vino también una amiga mía, a quien antes de su muerte le había dado una imagen de Santa Catalina que yo había recibido de un modo sobrenatural; tenía dicha imagen en el pecho y habló conmigo de muchas cosas.

Fuí conducida por mi madre a muchas mansiones de espíritus y me acuerdo haber ido a una montaña de la cual salió

(*) **La Compañía de Jesús fué restablecida para todos los países por Pío VII en el año 1814. Probablemente los llama ex-jesuítas porque habrían muerto durante la supresión.**

hacia mí un espíritu que lucía con un resplandor rojo, como el del cobre, y que se encontraba sujeto por una cadena. Estaba allí desde mucho tiempo, abandonado y sin auxilio alguno; nadie se acordaba de él ni le ayudaba, ni rogaba por él persona alguna. Habló sólo pocas palabras. Después supe toda su historia de la cual sólo algo recuerdo. El era, en tiempos en que un rey de Inglaterra se hallaba en guerra con el rey de Francia, un general inglés, en tierra francesa, donde todo lo asolaba y donde cometía todo género de crueldades. Había sido muy mal educado y creo que por culpa de su madre; pero siempre conservó un sentimiento de reverencia a la Santísima Virgen. Todas las imágenes las destruía y habiendo llegado una vez ante una hermosa imagen de la Madre de Dios, quiso también destruirla; pero sintió cierto movimiento en su interior y la respetó. Por entonces fué atacado de una enfermedad acompañada de violenta fiebre; de buen grado se hubiera confesado a no haber perdido el sentido. Sin embargo, murió muy arrepentido, por lo cual halló misericordia y no se condenó. Sin duda alguna esta alma podía ser socorrida, mas nadie se acordaba de ella. Decía que lo que más le aliviaría sería la santa Misa y que con pocos sufragios habría sido libertado mucho tiempo antes. El lugar a que me refiero no es el Purgatorio propiamente dicho. Yo le ví constantemente acosado y despedazado por perros, porque él había atormentado cruelmente a los hombres. Muchas veces yacía encadenado en diferentes posturas, como en un patíbulo y era regado con sangre hirviente que circulaba por sus venas. Decía que le consolaba mucho la esperanza de verse libre algún día. Después de haber hablado conmigo, se hundió de nuevo en la montaña. El lugar donde se hallaba estaba cubierto de hierba ardiente. Con anterioridad ya había hablado conmigo. Esta era la tercera vez que lo hacía.

12. Ve las almas del Purgatorio y recibe útiles enseñanzas.
(27 de Setiembre de 1820)

Esta noche he pedido mucho por las almas benditas y he visto las numerosas y admirables penas que ellas padecen y la incomprensible misericordia de Dios. También he vuelto a ver al desdichado guerrero inglés y he rogado por él. He visto la infinita justicia y la misericordia de Dios y he comprendido que no hay cosa alguna verdaderamente buena en el hombre que no le sea útil. He visto el bien y el mal pasando de padres a hijos, y convertirse en salud o en desdicha por la voluntad y

cooperación de éstos. He visto socorrer de un modo admirable a las almas con los tesoros de la Iglesia y con la caridad de sus miembros. Y todo esto era una verdadera substitución y satisfacción por sus culpas, no faltándose ni a la misericordia ni a la justicia, aunque ambas sean infinitamente grandes.

He visto muchos estados de purificación. En partículas he visto castigados a aquellos sacerdotes aficionados a la comodidad y al sosiego, que suelen decir: "Con un rinconcito en el cielo me contento; yo rezo, digo misa, confieso, etc." Estos sentirán indecibles tormentos y vivísimos deseos de buenas obras y verán a todas las almas a quienes han privado de su auxilio, ante su vista, y tendrán que sufrir un desgarrador deseo de socorrerlas. Toda pereza se convertirá en tormento para el alma, su quietud en impaciencia, su inercia en cadenas, y todos estos castigos no son ya invenciones, sino que proceden clara y admirablemente del pecado, como la enfermedad de la causa que la produce.

En esta ocasión he visto muchas cosas relativas al Purgatorio y especialmente a los niños que mueren antes y después de nacer, lo cual, no pudiéndolo decir con claridad, lo dejo de decir. Lo que siempre veía con certeza es que todo lo bueno que hay en el alma o en el cuerpo, conduce a la luz, y que lo malo conduce a las tinieblas, mientras no sea expiado y borrado; que la justicia y la misericordia son perfecciones de Dios y que la divina misericordia satisface a la justicia divina por los inagotables méritos de Jesucristo y de los santos, unidos con El en la Iglesia, mediante la cooperación y las obras de la fe, esperanza y caridad de los miembros de su Cuerpo espiritual. Siempre ví que nada se pierde de cuanto se hace en la Iglesia en unión con Jesús; que todo deseo piadoso, todo pensamiento bueno, cualquier obra de caridad hecha por amor de Jesús, cede en bien de todo el cuerpo de la Iglesia; y que el que no haga otra cosa que rogar a Dios en plena caridad por sus hermanos, ése hace una gran obra saludable.

13. Ve a un piadoso franciscano del Tirol.

(6 de Octubre de 1820)

He tenido la visión de un piadoso franciscano del Tirol. He visto cómo este religioso conoció anticipadamente un grave peligro que amenazaba a la Iglesia con ocasión de una reunión política próxima a realizarse. Le fué mandado hacer oración constantemente por la Iglesia, y le ví orar en su convento, que

no era grande y estaba situado no lejos de una pequeña ciudad. Se arrodillaba por la noche ante una milagrosa imagen de la Madre de Dios, y ví que el demonio, con el fin de turbarle, hacía mucho ruido en la iglesia del convento dando bramidos y fuertes golpes a las ventanas, contra las cuales se lanzaba en figura de un cuervo negro. El piadoso franciscano no se turbaba por eso, sino que seguía orando con los brazos extendidos.

A consecuencia de esta oración ví penetrar en mi estancia tres formas: una de ellas era un ser parecido a mi guía, que se acercó a mí; las otras dos eran almas que deseaban oraciones. Una de ellas era la de un príncipe católico de Brandeburgo, y la otra de un piadoso emperador de Austria. Habían venido por la oración del franciscano, que vió el mismo peligro que yo había visto. Pidieron adelantar más en su estado para poder influir en sus actuales sucesores. Supe que estas almas tenían con éstos más relación que otras. Me llamó la atención que el mismo espíritu que los conducía me tomara de las manos y me las levantara hacia arriba. Sentí sus manos blandas y suaves como plumas. Tan pronto como dejé caer las manos, volvió a levantármelas, diciendo: "Tienes que orar aún más". Esto es todo lo que recuerdo.

14. Describe un lugar entre el Cielo y el Purgatorio.
(2 de Noviembre de 1820)

Fuí arrebatada por mi guía. No sabía a punto fijo si la dirección que seguíamos era a una región determinada del mundo; lo cierto es que nuestro camino era muy trabajoso, muy estrecho y empinado, que conducía como un puente luminoso a cierta altura inmensa. Por uno y otro lado se extendía la oscuridad de la noche; yo tenía que andar de costado, pues el sendero, como he dicho, era muy estrecho. Mirando hacia abajo veía la tierra llena de tinieblas y oscuridad y a los hombres cavando angustiosamente en el fango. Pasé casi toda la noche en esta subida. Muchas veces me caía y temí precipitarme; pero mi guía, que iba delante, me daba la mano y podía continuar.

Es posible que siguiéramos alguna dirección determinada del mundo, puesto que mi guía me mostraba a derecha y a izquierda, algunos lugares desiertos de la tierra, donde sucedieron ciertos misterios en el camino que siguió el pueblo de Dios. Ví los lugares por donde anduvieron los patriarcas y después los hijos de Israel. Cuando mi guía me señalaba estos lugares me parecía ver a lo lejos parajes claros en medio de la noche. Veían-

se desiertos extensos, grandes torres destruídas, pantanos, árboles corpulentos tronchados. Me dijo mi guía que cuando estos lugares se poblasen otra vez y fuesen habitados por cristianos, serían llegados los últimos tiempos.

En este sendero flotaban muchas almas, acompañadas de sus guías, como formas cenicientas que se destacaban en medio de la noche delante de nosotros. Parecía que volaban desde una noche general a este estrecho sendero luminoso, al cual llegué a subir con mucho trabajo a fuerza de continuas súplicas y oraciones. No ponían el pie en la misma huella, sino a derecha e izquierda; iban junto y detrás de mí a lo largo del sendero. Eran almas de personas que habían muerto en aquellos días, por las cuales tenía yo que orar y padecer, pues hacía poco tiempo que se me habían aparecido Santa Teresa, San Agustín, San Ignacio y San Francisco Javier y me habían mandado que hiciera oración y trabajara.

Mi sendero no conducía al Purgatorio, propiamente dicho: éste quedaba debajo. Ví a estas almas entrar allí por ocho o más días mediante mi oración, la cual debía proseguir todavía.

He visto ciertos espíritus planetarios, espíritus caídos, sí, pero aún no condenados, atormentar a aquellas almas privadas de toda ayuda, con muchos reproches y tentarlas para apartarlas de la paciencia y de las celestiales aspiraciones. Aquel lugar era un vasto espacio sin cielo; parecía que por arriba también todo fuese como de argamasa, como una bóveda o emparrado. Había allí árboles, frutos y flores, pero todo era turbio y triste. Había allí innumerables espacios separados entre sí por diversos vapores, neblinas y nubes según las ideas diversas de limitación, de separación y de soledad; en estos espacios ví vagar almas, a veces pocas, a veces más. Este lugar es una morada intermedia entre el Purgatorio y el Cielo.

15. Visita diversas mansiones extraterrenas y el limbo de los justos.

Ví a mi llegada una multitud de almas acompañadas por un ángel, que se alejaban y subían por un lugar donde brillaba a lo lejos una luz en lo alto. Estaban sumamente alegres. Ví a todas estas almas resplandecer con brillantes colores. Cuando salían, sus colores eran de gloria más pura. Además supe cual era el significado de sus colores. Lanzaban rayos rojos las almas de amor inflamado, porque no habían amado con puro afecto y esto las atormentaba; el color blanco era la pureza de intención,

a la que ellas habían faltado por pereza; el verde, la paciencia, turbada por mala voluntad. Del amarillo y del azul no recuerdo la significación.

Las almas salían siempre de tres en tres, me saludaban y me daban las gracias. Había muchas a las cuales yo conocía; la mayor parte pertenecía a la clase media y a la de los labradores. Ví también a personas principales, aunque no muchas. Aún cuando aquí no hay clases, sin embargo se conoce la educación de las personas. En las estirpes hay una diferencia esencial, que se distingue a simple vista. El sexo se discierne por la fortaleza, la severidad y la fijeza, en el alma de los hombres; mientras que en la de las mujeres hay algo de débil, de sufrido, de impresionable, que no puede ser descrito. En este espacio se detienen los ángeles que sustentan a las almas con los frutos que hay allí; también ejercitan éstas su actividad en el Purgatorio y en la tierra, y tienen idea del gozo celestial y saben que su último dolor consiste en anhelar y aguardar a que se cumpla su anhelo. Salí de aquí, y ví, a través de una abertura que se tornaba brillante, un espacio claro, adornado de hermosos árboles. Ví allí una especie de movimiento de ángeles. Supe que aquélla fué la mansión de los antiguos patriarcas, antes de la bajada de Cristo a los infiernos. Me fué mostrado el lugar donde habían estado Adán, Abrahán y Juan Bautista. Desde allí fuí a casa, tomando por la izquierda, a través de un camino difícil. También volví a la montaña donde había visto al hombre atormentado por los perros. Ya no estaba allí, sino en el Purgatorio.

16. Libra a varias almas.

(3 de Noviembre de 1820)

Esta noche he invocado con gran determinación a los santos cuyos huesos tengo aquí conmigo; he invitado especialmente a mis bienaventuradas hermanas Magdalena de Hadamar, Columba de Bamberg, Juliana de Lüttith y a Liduvina a venir conmigo al Purgatorio para sacar de allí a las almas más amadas de Jesús y de María. Tuve la alegría de ver socorridas y libradas a muchas de esas almas.

17. Recorre en espíritu la diócesis y visita la catedral.

(4 de Noviembre de 1820)

Esta noche he recorrido casi toda la diócesis y he estado en la catedral, donde he visto los descuidos y negligencias de los

sacerdotes; se me ofreció a la vista un espacio lleno de inmundicia, cubierto con arte. Tuve que conducir toda aquella inmundicia a un lugar donde había agua que la arrebataba consigo. Arrastrando todo esto por el suelo, quedé como muerta de cansancio. Mientras estaba en esto, acercóseme el alma de la hija de cierta mujer de mi país y me dijo que ayudase a su madre, que estaba en el Purgatorio. Me acompañó hasta allá. Ví a la madre, que había sido muy golosa y habladora; la ví solitaria, sin compañía, sentada en un lugar, a modo de una estrecha cocina; estaba llena de tedio, moviendo siempre la boca, como si probara alguna cosa y la mascara. Me rogó vivamente que me quedara con ella aquella noche. Después pasó a otro lugar que había delante del suyo, más elevado y mejor y estuve allí con ella para consolarla. En el Purgatorio obran espíritus planetarios que reprochan a las almas sus pecados.

18. El juicio de las almas.

Las almas benditas son instruídas por los ángeles acerca de lo que sucede en el cielo y en la tierra en orden a la salud. Así sucedió con el alma de la joven que me rogó que orase por su madre. Estas almas no pueden hacer absolutamente nada para sí mismas. En el Purgatorio no hay naturaleza, ni árboles ni frutos. Todo es incoloro, claro u oscuro, según el grado de purificación de las almas. Los lugares donde están las almas guardan cierto determinado orden.

El juicio que se pronuncia sobre las almas, lo veo instantáneamente en el mismo lugar en que mueren los hombres. Allí veo a Jesús, a María, al santo Patrono de cada uno de ellos, y a su Angel Custodio. Aún en el juicio de los protestantes veo presente a María Santísima. El juicio concluye en breve tiempo.

19. San Ignacio le da una lección.

(6 de Noviembre de 1820)

Por la tarde pensé que las almas del Purgatorio están ciertas del cumplimiento de su esperanza, mientras que los malos corren peligro de perderse. Esta consideración me indujo a rogar por estos últimos. Entonces se me apareció San Ignacio. A un lado suyo estaba un hombre orgulloso, libre y sano, a quien yo conocía; al lado opuesto, un sujeto metido hasta el cuello en un pantano, que clamaba y que no se podía valer; este infeliz sacaba fuera los dedos de una de sus manos. Era un sacerdote difunto, a quien yo no conocía. Ignacio me preguntó: "¿En

favor de cuál de estos dos prefieres pedir auxilio: en favor de este joven orgulloso, que puede hacer penitencia, si quiere, o en favor de este otro, que no puede valerse?"

Temblé de espanto en todos mis miembros y lloré amargamente. Fuí conducida al Purgatorio por un camino trabajoso y rogué por las almas que había allí detenidas.

20. Visita varios lugares de la tierra.

Después fuí llevada a una gran casa de corrección y de trabajo. Allí pude ver y conmover a muchos que habían caído en la ruina, vencidos por las tentaciones y la miseria. Los malos permanecían inconmovibles. Esta casa de corrección estaba en mi patria. Estuve, además, en muchos lugares y en cárceles debajo de tierra, donde había gentes de larga barba. Hallábanse sus almas en buen estado expiando sus culpas; y las consolé. Ví estos lugares como si fueran purgatorios de la tierra.

Después fuí adonde había algunos obispos. A uno de ellos, muy mundano, lo ví en un banquete, al cual habían sido invitadas algunas señoras. Pensé en lo que costaría aquel banquete y en el número de pobres que habrían podido vivir con la suma que importaban aquellos gastos. Así se lo dije al prelado, y como recibiera mal mi observación, añadí que todo aquello sería escrito por un ángel que estaba sobre él, teniendo en sus manos un libro y una vara. Me replicó que eso no era nada, pues en otras partes sucedían cosas peores. Ví que efectivamente era así; pero ví también en todas partes al ángel del castigo.

21. Salen dos sacerdotes del Purgatorio.

He tenido un placer muy grande, aunque muy breve, que me ha llenado de consuelo. He visto que durante este tiempo pascual muchos grandes pecadores volvieron a Dios y que muchas almas salen del Purgatorio. He visto el lugar de purificación y he notado un aire de indecible contento en los rostros de esas almas como signo de su próxima liberación. Fué para mí causa de gran alegría verlas libres de sus tormentos. Así he reconocido las almas de dos sacerdotes que fueron admitidas ya en el cielo. Tuvieron que sufrir muchos años, el uno a causa de su negligencia en cumplir las obligaciones de su estado en las pequeñas cosas; el otro, por su inclinación a burlas y chanzas.

22. Ve a muchos príncipes, reyes y obispos.
(9 de Noviembre de 1820)

Tenía que trabajar en varias viñas, donde se había hecho mal la operación de cubrir los sarmientos para preservarlos de los hielos. Fuí también a Coblenza, en cuyas cercanías tuve que trabajar mucho en tres viñas. Estaba pensando en acudir a las almas benditas, cuando me rodearon nueve formas que traían fardos sobre los hombros. Otra forma había dejado el fardo que cargaba y se había vuelto corriendo. Entonces tuve que tomar aquel bulto sobre mis hombros y debajo del brazo y caminar con él, subiendo hacia Oriente, en compañía de las nueve formas. El camino no era natural; dirigíase hacia Oriente en línea recta y parecía resplandeciente, mientras que a uno y otro lado de él sólo se veían tinieblas y oscuridad. Cuando cansada ya no podía más con aquel bulto, ví en el camino un banco, donde lo deposité. En aquel fardo había una gran figura humana, precisamente aquélla que dos días antes me había mostrado Ignacio sumergida en el cieno: era uno de los últimos electores de Colonia. Llevaba en el brazo el sombrero de elector. Las nueve formas eran como correos, semejantes a los que mantenían estos príncipes. Parecía que él no podía andar como los demás; que alguno que le había conducido hasta entonces le dejaba solo y que tenía yo ahora que conducirlo. Siempre subiendo llegamos a un lugar admirable. Había en él una puerta guardada por espíritus. Los nueve entraron dentro; a mí me quitaron la carga, la guardaron y me condujeron a una elevada fortaleza. En ese lugar había muchos árboles. Desde allí se divisaba gran extensión en torno; pero no pude ver otra cosa que una gran superficie de agua cortada por toda clase de fortalezas y colinas, en donde trabajaban innumerables formas.

Allí había reyes, príncipes, obispos, personas de distintas clases, sobre todo siervos. Algunos príncipes tenían sus coronas en el brazo; los peores las tenían entre las piernas. Era forzoso que todos trabajasen en estas fortalezas, cavando, transportando materiales, subiéndose por los muros. Ví que muchos se caían siempre de lo alto y tenían que volver a subir. Las almas de los criados empujaban a las almas de los que habían sido sus patrones. En toda la extensión que se divisaba no había más que agua y fortalezas y sólo junto a mí se veían algunos árboles sin frutos. A aquél a quien había llevado yo le ví también en aquellas fortificaciones; creo que debe cavar siempre la tierra. Las nueve formas hablaron conmigo: yo debía ayudarlas en algo,

de lo que ya no me acuerdo. Allí no había ninguna mujer. Esta mansión parecía mejor que el Purgatorio, pues hay movimiento y vida; parecía como si allí las almas quisieran allanar y rellenar algo. Ví con admiración que el horizonte no tenía límites. Sólo se veía el cielo, arriba, y debajo de mí, a derecha e izquierda de los trabajadores, como una inmensa superficie de agua o de aire.

23. Va a una mansión misteriosa de espíritus en expiación.

Entonces me fué mostrado muy lejos otro espacio, donde sólo había mujeres. Díjome mi guía que fuera allá, y no sabiendo yo al principio cómo hacerlo, añadió: "Sigue la luz de tu fe". Entonces quise tomar mi manto y extenderlo sobre las aguas para pasar sobre ellas; pero de repente vino una pequeña balsa en la cual pasé al otro lado sin remar. Mi guía flotaba a mi lado sobre las aguas.

En aquel lugar ví una especie de mansión cuadrada en la cu había toda clase de almas de mujeres, entre éstas monjas y otras almas a quienes yo había conocido. Tenían que cultivar jardines; las criadas mandaban a las que habían sido sus señoras. Todas habitaban en chozas de follaje. En los cuatro ángulos de la mansión se movían cuatro espíritus que la guardaban. Las almas cuidaban frutos de varias clases, que no estaban del todo maduros, pues había mucha niebla y un cielo bajo y pesado. Lo que ellas sacaban de su trabajo, lo recibían otras almas, a quienes ví moverse en lugar diferente entre montañas de hielo. Cargaban los frutos en balsas y se los llevaban a estas almas, que elegían entre ellos y enviaban los mejores a otros lugares de almas. Las de las montañas de hielo eran almas procedentes de pueblos no cristianos y aún medio salvajes.

Preguntábanme las mujeres en qué año estábamos y qué sucedía en la tierra. Se lo dije, y pensé que vendrían muy pocos a estos lugares. Fuera de esto, ya no me acuerdo lo que hice allí.

24. Necesidad de rogar por las benditas almas.

Esta noche he estado en el Purgatorio. Me parecía que era conducida a un abismo profundo. Había allí un gran espacio. Causa lástima ver cuán triste están las pobres almas en aquel lugar. Pero en su semblanae hay algo que revela la alegría de sus corazones cuando consideran la misericordia del Señor. Ví también a la Madre de Dios en un magnífico trono, tan hermosa cual nunca la había visto. Diga usted *(Ana Catalina se dirige al*

Deán Rensing, que estaba presente) a los fieles en el confesonario, que rueguen fervorosamente por las almas del Purgatorio, que ellas, muy agradecidas, de seguro rogarán mucho por sus bienhechores. La oración por las almas es muy agradable a Dios, pues por este medio se les anticipa el gozar de la presencia de Dios.

La mayor parte de los hombres están allí expiando la indiferencia con que miran ordinariamente los pecados veniales; esto les impide practicar actos de bondad, de mansedumbre y de conseguir victorias sobre sí mismos. La relación de las almas del Purgatorio con la tierra es tan delicada que con sólo desear su bien y aliviarlas y consolarlas desde la tierra, reciben ellas gran consuelo. ¡Cuánto bien hace aquél que constantemente está haciendo actos de vencimiento de sí mismo, en favor de ellas, deseando vivamente ayudarlas!

Desde allí fuí caminando siempre hacia el Norte. No puedo figurarme en qué comarca está propiamente el Purgatorio. La mayor parte del tiempo voy caminando hacia el Norte; pero pierdo pie y tengo que pasar por lugares oscuros, venciendo muchas dificultades y obstáculos, y tengo que padecer trabajos como son los que ofrece el agua, la nieve, los matorrales y los pantanos. Todo lo venzo por amor a las almas. Después me parece como si descendiera frecuentemente por un camino oscuro y movedizo, bajo la tierra, y luego entro en lugares más o menos sombríos, nebulosos, fríos, del todo inhospitalarios, y pasando de un lugar a otro llego hasta las almas que están en sitios altos o profundos, en lugares regularmente accesibles.

Esta noche he ido de un punto a otro; he consolado a las almas y he recibido de ellas encargo de hacer diferentes obras, como rezar las letanías de los santos y los siete salmos penitenciales. Díjome mi guía que procurara no enfadarme, antes bien, ofreciera todas las contrariedades que me ocurriesen por las benditas ánimas. Por la mañana ya no me acordaba de esta advertencia; estuve a punto de sentir enfado, pero pude dominarme y me alegré de ello y dí gracias a mi Angel Custodio que me había ayudado. No es posible decir el gran consuelo que obtienen las almas mediante algún pequeño sacrificio o triunfo sobre nosotros mismos.

25. Encabeza una procesión de almas.

Fuí motivo de una procesión formada únicamente de almas del Purgatorio. Eran todas conocidas mías que rogaban por mí.

Tomé en la iglesia la pesada cruz, después de haber sacado el Cristo y la llevaba delante. Era yo la única viviente en aquella procesión. Las almas no llevaban los vestidos que habían usado en vida, sino que estaban diversamente vestidas y así eran diversos sus semblantes. Todas marchaban con los pies descalzos y aparecían más blancas o más grises unas que otras.

Empecé a marchar desde la puerta con esta procesión y tuve después mucho que hacer con estas pobres almas. Así, por ejemplo, me acerqué a dos jesuitas con los cuales me había confesado en mi juventud. Uno de ellos habitaba con sus dos hermanas, que fabricaban encajes y vendían trabajos hechos, privadamente, por no tener negocio público. Allí yo había comprado alguna vez hilo retorcido, después de la primera misa de la mañana. El alma de aquel buen viejo me señaló la casita y cómo todo había cambiado. Me dijo que él se acordaba bien de mí, que siempre me había estimado y que rogaba por mí. El otro también se entretuvo conmigo conversando.

26. Un sacerdote va al Purgatorio por tres horas.

(31 de Diciembre de 1820)

He hecho interiormente el balance del año que ha transcurrido. Se me han ofrecido todas las cosas desatendidas y todo cuanto tengo que reparar. He visto que soy digna de compasión y he llorado mucho. He tenido muchas visiones de almas y de moribundos.

He visto a un sacerdote, muy piadoso y caritativo, que murió anoche a las nueve. Ha pasado tres horas en el Purgatorio, por haber perdido el tiempo con todo género de bromas. Este sacerdote tenía que permanecer allí algunos años, pero ha sido socorrido con fervientes oraciones y muchas misas. Ví los tormentos que padeció por espacio de tres horas y cuando salió de allí le oí decir a su ángel una cosa que me causó risa: "Ahora veo, dijo, que aún los ángeles pueden engañar a uno: me había dicho el ángel que yo tenía que estar sólo tres horas en el Purgatorio; sin embargo, ¡he estado tanto tiempo!" A este sacerdote lo he conocido mucho.

27. La trágica historia de un alma pecadora.

He visto también el alma de una mujer muerta hacía veinte o treinta años. No estaba en el Purgatorio, sino en otro lugar de más severo castigo. Permanecía como si fuese condenada a

sufrir la pena de ser flagelada, en comparación con otras que sólo sufren la prisión. He visto a esta mujer llena de indecible turbación, que llevaba en brazos una criatura de oscura piel, a la cual siempre mataba y volvía a darle vida. Está condenada a lavarla continuamente con sus lágrimas hasta que se vuelva blanca. Me rogó que la ayudara con mis oraciones. También las almas pueden derramar lágrimas: de otro modo no se podría llorar viviendo en el cuerpo.

Ella me narró su historia o, mejor dicho, la he visto en una serie de imágenes. Era nativa de una ciudad polaca y mujer de un hombre de bien. Acudían allí por docenas eclesiásticos y gente tranquila. Esta mujer pasaba por buena y piadosa; tenía un pariente eclesiástico piísimo en un convento misionero de los Religiosos del Santísimo Redentor. Mientras su marido se había alejado una vez en viaje por algún tiempo, vino a alojarse en la casa un malvado, que la sedujo con violencia. Su culpa la puso casi en estado de desesperación. Alejó cuanto pudo a aquel malvado; pero él no quiso salir de casa ni siquiera cuando estaba próximo el retorno del marido. Estaba sumida en la más espantosa miseria y he aquí que el diablo le sugirió la idea de envenenar a su seductor. Así lo hizo; pero aquel asesinato le hizo perder de tal manera la cabeza que en su desesperación mató también al fruto de sus entrañas. En este estado de horrenda miseria interna, fué en busca de un sacerdote extranjero para confesarse; pero un vagabundo, vestido de sacerdote, se alojó en su casa y ella se confesó con él con indecible humildad y deshecha en lágrimas. Poco después murió. Dios miró a su gran arrepentimiento y aunque había muerto sin absolución y sin sacramentos, la envió a aquel lugar de tormentos donde la encontré. Allí deberá ella pasar en expiación todos los años que la Providencia tenía destinados de vida a su niño, hasta que él, con el transcurrir del tiempo, hubiere alcanzado el momento de gozar de la luz eterna, dado que para estos niños hay crecimiento y desarrollo aún en el otro mundo. Cinco años después de su muerte habíase aparecido a su pariente sacerdote durante la Misa. Yo he conocido a ese buen anciano, que rogó conmigo.

28. Ve otro espacio del Purgatorio.
(29 de Junio de 1821)

He visto la vida de San Pedro y cuadros relativos a María de Marcos; pero contemporáneamente veía un cuadro de algunas pobres almas a las cuales me sentía como llevada, sin

que pudiese por otra parte llegar hasta ellas. Quería consolarlas y no me era posible acercarme. Eran las almas de una madre y de sus dos hijos. La madre estaba muy en el fondo y no pude llegar junto a ella; me hablaba con voz baja y confusa; era difícil entenderla. Los niños estaban en un círculo, adonde pude llegar. Uno había sido bautizado y hablé con él; estaba allí como de visita y pertenecía a un círculo más elevado. Aunque intenté acercarme a la madre, parecía como si se hundiese, por ser demasiado pesada. Intenté aplicarle toda clase de ayuda: ofrecí oraciones y dolores, pero no me fué posible acercarme.

He visto un espacio oscuro y muy vasto, dentro de un mundo de tinieblas, y en él muchos círculos. Allí las almas se encuentran en relaciones, privaciones y penas que necesariamente derivan de sus terrenas imperfecciones y faltas. Los espacios en que se encuentran son turbios, como envueltos en nieblas, a veces más claros, húmedos, secos, fríos, sofocantes, ardientes y también diversos en luz y color. He visto allí, no obstante, la vislumbre de amarillenta luz matutina. Los niños estaban próximos al borde de aquel círculo. Los no bautizados sufren mucho más a causa de su correlación con los pecados y la impureza de sus padres. Los bautizados están libres y limpios.

No se puede ayudar a aquellas almas sino por medio de la gracia, con la mediación, con la oración, con las buenas obras, con los méritos de los santos y quizás con los frutos que pueden derivar de alguna buena cualidad espiritual y de la vida terrena de las almas mismas. No se puede dar a la mente otra idea más adecuada de este estado, que imaginando en la tierra las instituciones y lugares de justa y perfecta corrección y castigo, en los cuales todo fuese medido y tasado para castigar y corregir las faltas de los detenidos, exigiendo expiación y satisfacción. Haciendo abstracción de la separación corpórea de los hombres y mirando sólo a que uno puede obrar en favor de otro, se obtiene una imagen real y completa de lo que es la expiación y la liberación. El prisionero no puede hacer otra cosa que padecer: es como el miembro enfermo o paralizado de un cuerpo. Si las arterias y los nervios más inmediatos que vinculan las partes diversas del cuerpo no están muertos o perdidos, en tal caso sus dolores se comunican por consentimiento y compasión a las otras partes del cuerpo que entonces intentan librarlo. Como en los establecimientos penales de la tierra, se puede obtener gracia por mediadores y amigos, y con suplicar, trabajar, expiar y cancelar deudas o, en los días solemnes, con gracia y perdón. Así como con los detenidos en lugares más

profundos es sólo posible hablar desde lejos o por la ventana, o por sobre el muro, de igual manera acontece en este reino de penas y expiaciones. En las cárceles terrenas todo está mezclado con culpas, mentiras e injusticias; por el contrario, aquí, todo lo que se hace y se emplea para consuelo y ayuda de los necesitados, es de perfecta justicia. Reina aquí la diferencia que existe entre el dinero terreno y el dinero moral, que vale solamente para saldar deudas y reconciliar con Dios.

Hice muchos esfuerzos para comprender a aquella alma y ayudarla a ella y a sus hijos, y cuando me imaginé haberla llevado más arriba, se presentaba siempre un nuevo obstáculo. Alcancé a conmover a María de Marcos y decidirla a que me acompañase. El cuadro de esas almas se me presentaba siempre mezclado e interrumpido con la visión de la fiesta de San Pedro y de María de Marcos. Vino, pues, conmigo, y por su intercesión y sus méritos pude llegar más cerca de aquellas pobres almas. Tuve entonces un aviso y un cuadro relativo a un niño muerto, que no podía ser sepultado y que yo debía hacer sepultar y a esto debía contribuir también el Peregrino. Y supe que aquella alma deseaba mucho para sí misma el mérito de esa buena obra como si le fuese necesaria. Además me dijo cuánto se debía hacer por ella para su aprovechamiento con continuas plegarias, y a tiempo oportuno se lo diré al Peregrino.

Al día siguiente vino una pobre mujer de Dülmen pidiendo ayuda para cubrir los gastos de sepultura de su hijo muerto de tres años de edad. Era el mismo que había visto en la noche. El Peregrino contribuyó. Todo esto se hizo en sufragio y mérito del alma vista anteriormente.

29. Ayuda a la madre y al hijo.
(1º de Julio 1821)

Cuando el niño fué sepultado, Ana Catalina tuvo la siguiente visión:

Me encontré de nuevo con aquella alma. Tenía que habérmelas con un pequeñuelo a quien yo debía vestir. El niño no tenía fuerzas ni para permanecer de pie y estaba como inerte. Debía revestirlo con un vestido que había recibido de una señora. Creo que era la Madre de Dios. El vestido era blanco y transparente, adornado de fajas como si fuese bordado. Yo tenía vergüenza, aunque no sabía por qué: podría ser por las personas a las cuales les correspondía vestirlo.

Ese niño antes no podía estar en pie y ahora ví que se iba a una fiesta adonde muchos niñitos estaban reunidos en alegre diversión. El espacio donde esto sucedió y donde estaba ahora la madre, era mejor y más claro. El alma de la madre me agradeció, y esto no sucede como aquí en el mundo: yo lo sentía internamente. Cuesta mucha fatiga y trabajo llegar hasta almas semejantes, ya que ellas mismas nada pueden hacer por su alivio. Si una de estas almas pudiese venir de nuevo a la tierra, aunque fuera por un cuarto de hora, podría cancelar muchos años de castigo en el Purgatorio.

30. Otra alma se presenta pidiendo ayuda.
(3 de Julio de 1821)

En el crucero de la catedral de Münster tuve que lavar y purificar con gran fatiga y esfuerzo algunos paños de iglesia que me fueron traídos de todos lados por los eclesiásticos del país. Fuí ayudada en este trabajo por Clara de Montefalco, por Francisca Romana, por Ludovica y por muchas monjitas de nuestro convento. Yo estaba ocupada sobre todo en almidonar y dar el añil. El trabajo era muy grave y yo deseaba siempre saber qué hora era y así iba a ver el reloj.

De pronto vino a mí una pobre alma que me había recomendado el Peregrino y me entregó un pequeño reloj de arena, porque me dijo que ese instrumento se le había hecho insoportablemente pesado. Se lo sacó fuera de un costado. Lo tomé en mis manos y el alma se sintió indeciblemente aliviada al verse sin el reloj. Yo no lo encontré tan pesado y volví al trabajo pensando en vender aquel reloj en favor de los pobres. Encontré el trabajo muy desordenado y perdido, y me puse casi impaciente. Entonces aquella alma se me acercó y me dijo: "Calla... Aún tienes tiempo"; y me rogó mucho que continuara el trabajo tranquilamente, porque ella era rechazada y debía sufrir por causa de mi impaciencia.

Me dejó y empecé a lavar todo de nuevo felizmente y puse también en orden toda aquella ropa almidonada que se había malogrado y la dejé en buenas condiciones de uso. Tuve de nuevo deseos de ir a ver el reloj; pero me arrepentí de mi impaciencia. En este caso los relojes eran una imagen del tiempo y de la paciencia; mi perseverancia paciente en el trabajo había ayudado a aquella pobre alma, y desde el momento que la alivié del peso del reloj, el tiempo no se le hizo tan pesado como antes.

31. Niño nacido muerto, pero bautizado.

En la primera semana de Julio una mujer de Dülmen se encontraba en un parto difícil. Mandó rogar a Ana Catalina para que la ayudase con sus oraciones: ésta, que veía de continuo el estado de la madre, pidió y rogó instantemente para que el niño pudiese ser bautizado. La nodriza, hasta el momento indecisa, dió el bautismo a esa criatura que aún vivía y que al día siguiente vino al mundo ya muerta. La madre vivió hasta el 13 de Julio, pero el niño nacido muerto apareció el día 8 a Ana Catalina, alegre y luminoso y como si desde tiempo la conociese le dió las gracias por el bautismo y le dijo: "Sin tu ayuda hubiera tenido que estar con los paganos".

32. Un alma que permanecerá en el Purgatorio hasta el fin del mundo.

(13 de Julio de 1821)

Visión después de haber contemplado la vida y martirio de santa Margarita.

Tuve a continuación la vista de un cuadro espantoso. Al principio no podía saber qué relación debía tener con esta santa. He visto un grande y espantoso jabalí que salía asomando de un lugar profundo y maloliente. Yo temblaba y me estremecía. Era el alma de una dama de París. Me dijo que yo no podía rogar por ella, puesto que no había posibilidad de ayudarla, ya que ella debía hasta el fin del mundo permanecer y revolcarse en aquella inmundicia; pero que yo debía rogar por su hija, para que se convirtiese y no fuese causa de tantos males y desgracias cuantos había ocasionado la madre.

Tuve la visión de Santa Margarita dentro de una pequeña capilla de París, única parte que había quedado de una antigua abadía. Allí se encuentra un trozo de un brazo y la calavera de la santa. Después que hube venerado aquellos huesos, ví el alma de aquella dama y un cuadro de su vida. Su tumba está no lejos de esa capilla. Ella era de altísimo rango y durante la revolución fué causa de graves males; por su culpa muchísimos sacerdotes perdieron la vida. Pero en medio de sus viciosas costumbres, tuvo, desde su infancia, cierta veneración por Santa Margarita y logró impedir que la capilla de la santa fuese destruída. Por esto, con la intercesión de la santa, obtuvo la gracia de poder implorar ayuda de oraciones en favor de su hija, para impedir la continuación y consecuencias de sus propios pe-

cados. He visto a esa hija en alta y distinguida situación social, hallarse en relación y comercio con los peores y más peligrosos partidos de aquel país.

33. Varios trabajos en relación con las faltas.
(28 de Agosto)

Toda clase de personas difuntas, desde hace tiempo, y que yo había conocido, han venido pidiéndome ayuda y me han conducido en torno de oscuras y angostas chacras y de espacios, donde tienen que hacer toda clase de trabajos, los cuales no alcanzan nunca a terminar, porque siempre falta algo, un utensilio o algún instrumento. Todas clamaban por mi ayuda y yo debía con fatiga y gran esfuerzo hacer por ellas este o aquel trabajo, del cual se sentían aliviadas. La mayor parte de estas obras eran trabajos campestres. Entre uno y otro trabajo me volvía a casa y luego debía empezar una obra nueva. Tuve que hacer muchas obras de viñatero, esto en favor de algunos sacerdotes, y en un sitio de muchos palos en punta, donde la gente no podía moverse sin herirse. En aquel lugar tuve una caída y me lastimé con uno de esos palos en la parte carnosa de la pierna y derramé mucha sangre.

En efecto, en el lugar indicado se veía una ancha y profunda cicatriz de forma triangular. En estos días sufrió un martirio como si le hubiesen aplicado al cuerpo algunas vides que luego fuesen trituradas y prensadas.

34. En el Purgatorio de los hebreos.
(30 de Agosto de 1821)

La noche pasada tuve serios trabajos con las pobres almas y especialmente con judíos muertos y vivientes. Primeramente tuve grandes penas. Fuí llamada en ayuda del alma de una mujer de esta vecindad, que había tenido una hija piadosa, aunque un tanto simple, a quien ella había constantemente reprendido y castigado mucho. Yo no podía en modo alguno llegar hasta esa alma; pero oía sus lamentos y veía que era azotada y maltratada de modo espantoso. Tuve que afanarme mucho por ella y ahora debo decir a la hija, que aún vive, que se acuerde del alma de su madre.

Ayer he visto el cuadro de una boda de judíos. Esta noche vino a mí el alma de una pobre hebrea y me condujo en torno de la ciudad para exhortar a los hebreos a convertirse y a mejorar el estado de sus almas.

Narró luego la vidente toda clase de escenas que había contemplado entre los judíos vivientes, conocidos y desconocidos. Había estado con los judíos en los más apartados países, en el Asia y en el monte Sinaí. Estuvo también en un negocio de judíos, que había conocido en Koesfeld. La mujer hebrea estaba ocupada en poner en orden, para engañar a la gente, toda clase de malas mercaderías mezcladas y cubiertas con buenas, y éstas eran puntillas y tejidos de lino, de las cuales una tercera parte apenas valía algo. Ana Catalina le impidió de todos modos encontrar lo que buscaba. No podía encontrar las mercaderías. Se sintió muy angustiada, de modo que fué hacia donde estaba su marido y se lamentó con él. Este le dijo que quizás había pecado con malos pensamientos y que debía hacer penitencia. Vió a aquella mujer retirarse a un ángulo y expiar. Entonces obtuvo poder sobre ella y le dijo muchas cosas: la angustió, la reprendió y la conmovió tan sensiblemente que ella llamó al marido en su ayuda. Él acudió y dijo: "¿No ves ahora tú que ciertamente tienes pecado?" Entonces aquella mujer se decidió, en reparación de sus engaños, a distribuir muchos paños viejos a los pobres cristianos. Esta distribución y otras limosnas resultaron, por cooperación de Ana Catalina, que se le había aparecido, obras expiatorias por los diversos pecados de la hebrea.

Fuí llevada por el alma de la vieja hebrea al lugar de purgación de las almas de los hebreos y tuve allí que aconsejar y ayudar a diversos pobres israelitas de Koesfeld, de los cuales conocía a algunos. He visto que este lugar está separado y como suspendido del lugar de expiación de los cristianos. Me sentí muy conmovida al saber que éstos no estaban perdidos en la eternidad.

He visto los más diversos y dolorosos estados. He visto a una pobre familia hebrea, por otra parte piadosa, que entre nosotros traficaba con objetos de plata viejos y con mil cosillas de igual género, metidos en un lugar semejante a una oficina de platero. Los miembros de esta familia tenían siempre que ocuparse de fundir, pesar y limar, y siempre faltaba algo a los objetos que preparaban, y no terminaban jamás con el trabajo. Quedaba siempre algo que hacer, algo que completar, y comenzaban de nuevo. Recuerdo que les tuve que preparar y construir el fuelle. A todos ellos les hablé del Mesías y de semejantes cosas y cuanto yo hacía o decía lo repetía la vieja hebrea. He visto también a hebreos que nadaban y se revolvían en la sangre y en toda clase de intestinos y eran atormentados de náuseas

incesantemente. Otros corrían continuamente sin parar: arrastraban pesados fardos, haciéndolos rodar de arriba abajo. Otros sufrían toda clase de tormentos ocasionados por la picadura de las abejas. Esto no es posible describirlo.

Estuve también con los judíos de estos lugares. Llegué de noche a sus habitaciones. El rabino era incapaz de ser conmovido: estaba como petrificado. No había en él abierto ningún acceso a la gracia; no pude acercarme a él de ninguna manera. La señora P. se atiene, como estrechamente ligada y como encadenada, al principio de que es pecado aún el pensar simplemente en alguna cosa cristiana y que semejante pensamiento debe rechazarse de inmediato. La más próxima al cristianismo es aquella gruesa hebrea que trafica y vende carne; si no fuese tan inclinada al fraude sería accesible a la gracia. Por otra parte, ninguno tiene misericordia y compasión con esta pobre gente. Traté de acercarme al lecho de aquella mujer y busqué el modo de obrar sobre ella. Mucho le he dicho. Ví que despertó y fué espantada hacia su marido y le dijo que le parecía que el alma de su madre hubiese aparecido. Se encontró llena de espantosa turbación y se decidió a dar algo a los cristianos pobres.

Estuve también con los judíos de un gran *ghetto;* había allí, entre ellos, muchas personas pías. Había también muchos hebreos ricos, que tenían el piso cubierto y por dentro lleno de oro y de perlas. Estuve con judíos ricos y de alta posición; pero, por desgracia, con ellos no había nada que hacer. En Tesalónica estuve en una gran ciudad hebrea y tuve relación con muchos israelitas piadosos; los he visto conmovidos, reunirse y conferenciar entre ellos, diciendo que había nacido el Mesías. Se contaban toda clase de impresiones y de agradables conjeturas. Estuve también con ciertos hebreos que habitaban en el monte Sinaí, en antiguas cavernas de ladrones y ejercitaban muchos robos y crueldades. Creo haberlos espantado, con ventaja para los cristianos y los peregrinos que frecuentan esos lugares.

35. En el Purgatorio de los no católicos.
(Octubre de 1821)

Estuve cerca de ciertas almas, que no eran católicas, en un lugar muy oscuro. Les faltaba alguna cosa, que yo tenía que buscar y procurársela. Querían que yo preparase ciertos objetos de vestuario para diversos pobres y que hiciera confeccionar algunos y que comprase el género indispensable colectando lo necesario con limosnas. Me fueron mostradas las formas de esos

vestidos y donde se encontrarían los géneros. Al principio intenté rehusar el encargo; pero aquellas almas me instaban con tanta insistencia, que al fin consentí en ello, aunque me resultara muy grave y penoso.

He tenido de nuevo mucho que hacer con las pobres almas y ahora conozco los vestidos que debo preparar para los pobres. Conozco el ancho y largo del género, pero no sé aún quiénes son esos pobres. Tuve el aviso de pedir limosna para esto aún del Peregrino. Llegué a esas pobres almas en mi viaje a la mansión de bodas; allí tengo que limpiar un campo desierto y espinoso. Dentro de la mansión de bodas encontré a la gruesa y gorda cocinera que llevaba en torno de la cintura una cadena de hierro, de la cual pendían las cucharas, los cucharones y todos sus utensilios. Como el mal en el bajo vientre me atormentaba, el confesor me dijo que resistiese aquellos dolores. Estuve tranquila, pero hacia media noche se hicieron cada vez mayores y ví los dolores avanzar sobre mí para oprimirme en forma de una aparición horrible. Me recogí entonces como mejor pude y dije con simplicidad y con fe: "¡Idos de aquí! ¿Qué queréis de mí? No tengo necesidad de vosotros". Así me lo había mandado mi confesor. Instantáneamente se fueron aquellos dolores y tuve paz hasta la mañana.

Ya desde el 10 de Octubre aquellos objetos de vestuario estaban terminados, según el pedido de las ánimas. Entonces se presentó una mujer pobre, que pidió precisamente esos objetos para sus hijos; y las almas le indicaron a Ana Catalina otros pobres a los cuales debía repartir los sobrantes.

36. Otros trabajos en favor de las almas.
(Octubre de 1821)

Desde hace varios días, al aproximarse la solemnidad de los difuntos, Ana Catalina tiene durante la noche mucho trabajo que hacer, y trato frecuente con almas conocidas y desconocidas. Son las almas o el Angel Custodio quienes le encargan diversas expiaciones, trabajos o visitas a parientes para reparar por bienes injustamente retenidos. Una mujer aparece repetidas veces pidiéndole que persuada a su hija a restituir unos bienes mal adquiridos de sus antepasados y por medio de ella pasados a su hija. Tuvo que amonestar a ésta haciendo para ello un viaje largo entre las nieves de altas montañas y se acordó de una iglesia espiritual en la cual tuvo que ayudar a la misa y administrar el Sacramento a algunas almas.

Yo sentía gran temor, aunque tocaba las cosas por medio de pañitos. Sentía que no podía tocarlos como mujer que soy. También el servir en la Misa me ocasionó mucha angustia, hasta que el sacerdote se volvió a mí y me lo ordenó en modo serio, diciendo que así debía suceder. Reconocí en aquel sacerdote el alma buena, ahora luminosa y resplandeciente, del abate Lambert. No tengo ideas más claras de esta escena, y no la he entendido.

37. Descripción de diversos lugares de expiación. *(2 de Noviembre de 1821)*

He recorrido muchas veces el Purgatorio en compañía de los santos. Los lugares de expiación no están en un mismo espacio, sino en varios diferentes y hay que ir de unos a otros; en el camino dejamos atrás mares, montes de hielo, nieve, nubes. Muchas veces me parece que tengo que descender dando la vuelta alrededor de la tierra. Los santos se acercan fácilmente a mí. Tienen un pedestal como nube luminosa que se mueve con ellos. Estos pedestales son de diversos colores, según las clases de consuelo que los santos han procurado con sus obras mientras vivían. Siempre debo andar por caminos tristes; pero acepto este trabajo en expiación de los pecados de las benditas almas y voy orando por ellas. Aquí recuerdo los padecimientos de los santos y los ofrezco, juntamente con los de Jesús, por las benditas ánimas.

Los lugares donde están las almas son muy diferentes, según el estado de ellas. Es posible compararlos a parajes que yo llamaría huertos, porque en ellos se conservan ciertas gracias y efectos, como se conservan las frutas en los huertos. Así los diferentes lugares donde están las almas, son como jardines o mansiones, mundos, de diferentes clases de penas, desdichas, carencias, privaciones, necesidades y angustias. Al llegar a estos lugares veo rayos de luz que caen sobre algunos puntos o un crepúsculo alrededor del horizonte. Estos son los mejores. En ninguno de ellos se ve el cielo azul, pues en todas partes está más o menos turbado y oscurecido. En muchos lugares están las almas muy juntas y esto les causa grave angustia. Unos son más oscuros y profundos; otros más claros y elevados. Los espacios donde se hallan encerradas las almas, separadas unas de otras, son también de diferentes formas. Aquellas almas que estuvieron unidas en la tierra, permanecen unidas sólo en caso de que necesiten ser purificadas en el mismo grado. En ciertos lugares está la luz teñida con un tinte de fuego turbio o rojo.

No puede expresarse la gran alegría y el consuelo de las almas que se quedan cuando las otras son rescatadas. Hay asimismo lugares donde las almas deben trabajar por penitencia, como ví en otro tiempo en las torres y fortalezas y en la isla donde las mujeres cultivaban frutos y los transportaban en balsas. La naturaleza es allí pobre, marchita y sin vigor, y los frutos se asemejan a ella.

Ví que las almas de los reyes y señores que habían atormentado durante su vida mortal a los demás, ahora servían humildemente como siervos. He visto en el Purgatorio a protestantes que habían vivido piadosamente en su ignorancia. Están abandonados porque carecen de oraciones. He visto almas a las cuales, cuando otra salía, subían de su grado inferior a otro más elevado. A otras he visto que podían andar errantes de un lugar a otro y gozar de mutua comunicación y consuelo. El poder aparecerse para pedir sufragios es una gracia señalada. He visto lugares donde se purifican las almas que habían sido proclamadas santas, pero que al salir del mundo no habían perfeccionado su santidad.

38. Un alma le revela los intrigas de parientes en la tierra.

(18 de Diciembre de 1821)

He visto a una campesina que volvía de una fiesta de Consagración. Se le acercó un alma una forma gris y melancólica, que le susurró algo al oído. Esta mujer continuó su camino; se puso triste, pero creyó que sólo era una vana imaginación y luego se fué a una pieza a hablar con la criada. Aquella alma no se alejó, sino que prosiguió susurrando palabras al oído de la mujer. Esta, por su parte, se fué nuevamente a las fiestas de la Consagración.

Entonces aquella aparición gris y melancólica se aproximó a mí me habló en voz baja y profunda, como si saliese de un pozo, en breves sentencias, que encerraban palabras de grave y profundo sentido. Entendí que estaba en estado de dolorosa prisión, porque había nacido en un rebaño en el cual las ovejas no iban a pacer en el verdadero campo y apenas conocían a sus pastores y nada de bueno podían recibir de ellos. Dijo ser cosa en verdad espantosa vivir, por culpa de los antepasados, en la injusticia y en la ceguera y advertirlo sólo después de muertos; dijo tener la misión de Dios de persuadir a aquella campesina y contenerla, puesto que, excitada por falsos amigos, se encontraba a punto de iniciar un peligroso proceso mediante el cual perdería casa y haberes y reduciría a la miseria a sus hijas. Esta campe-

sina había casado a su hijo con la hermana de una viuda y se había de tal manera dejado llevar por ella que la había inducido a iniciar un proceso que la arruinaría. El alma que hablaba era la del marido de aquella campesina y decía que no tendría tranquilidad hasta que la mujer no cambiase de parecer; dijo que, desgraciadamente, él se encontraba en estado tan mísero y angustiado que no podía hacer otra cosa que, por medio de internos reproches, despertar inquietud en la mujer e inducirla a mejor consejo. Aunque él no dejaba de advertirla, hasta el momento todo había resultado inútil, pues aquella mujer creía que eran todas vanas fantasías: no hablaba con nadie, se distraía con fiestas de bodas, bautismos y solemnidades; daba oídos solamente a criados falsos y simuladores y a criadas que cada vez más la empujaban a la ruina, y no daba oídos a los honestos y justos avisos. Aquella casa y su economía no andaban concertadas, porque la campesina no se confesaba de antiguas culpas y desoía los internos remordimientos, puesto que no se da ni se obtiene gracia alguna fuera del camino de la penitencia.

"Hace tiempo, dijo aquella alma, trato de turbar el ánimo de mi infeliz mujer, pero ella siempre se abandona más bajo la influencia de la viuda, y la casa y los haberes irán de mal en peor. No me escucha y cuando se siente oprimida por la inquietud y no sabe cómo librarse, corre al establo o a los prados, se ocupa de los animales y de los campos o hace trabajar. Tú has rezado últimamente por mi pobre mujer y has rezado tan eficazmente que el Señor te ha escuchado; le has ofrecido los graves dolores del día en favor de mi mujer y he obtenido poder venir hasta ti y tomarte como ayuda mía. Quiero ahora llevarte junto a mi hijo y debes hablar con él. Yo estoy tan atado que no lo puedo hacer. Quizás mi hijo pueda abrir los ojos a la madre; él es bueno y simple y más prontamente creerá". Me fuí primero a la solemnidad con aquella alma; allí estaba su mujer sentada con otras mujeres. He visto que aquel espíritu se acercó a la mujer y le habló al oído diciéndole que debía al fin librarse de la viuda y no perder el alma y el cuerpo, la heredad y los bienes en un injusto proceso. He visto que la mujer, inquieta, dejó aquella compañía y fué en busca de otros entretenimientos. El alma me dijo que la mujer, como bestializada, estaba a punto de meterse más en aquel negocio, pero que él no perdería el ánimo, puesto que su miseria y separación de la luz en el otro mundo, eran aumentadas y multiplicadas por la perversidad de la mujer; dado que por culpa suya muchas cosas habían sido descuidadas en el desempeño de los trabajos domésticos.

Me condujo entonces junto a su hijo. El camino para llegar era largo y desierto y tuve que pasar por sobre un ancho lago de aguas agitadas. Había gran peligro; me sentía temerosa e inquieta. Tenía junto a mí aquel espíritu grisáceo que hablaba tan oscuramente como de lejos y todo estaba lleno de peligros y angustias. Durante el camino, aquella alma, al pasar sobre cada campo o choza, me decía qué pecado o delito pesaba sobre esos lugares y cómo debía conjurarlos con la oración y qué debía hacer yo. Después que pasamos el lago, el camino se dirigió hacia comarcas áridas y oscuras en dirección al Norte. Llegamos a un lugar muy vasto; el alma me condujo, por sobre un campo, hasta una casita. Entramos en la pieza del hijo. Este se espantó; creo que veía el alma de su padre; pero volvió en sí y recobró el dominio de sus sentidos. Tuve que hablar largo tiempo con él y decirle que debía rezar mejor para alcanzar la salud y lo que debía hacer con su madre; que perdería todo si iniciaba el proceso aconsejado por la cuñada. El alma de su padre, que no podía llegar hasta la madre, le avisaba que la advirtiera y le dijera cual era la verdadera causa de su inquietud. Le dije también otras cosas importantes que ahora no recuerdo. He visto que este hijo era simple, bueno y pacífico; tenía cara redonda, nariz un tanto aplastada; era sin cólera ni rencor, y estaba muy conmovido, deseoso de caminar por el sendero recto, y la conducta de su madre le inspiraba mucha compasión. La simplicidad de este labrador era muy conmovedora.

Ví entonces el efecto de mis palabras como en lejana visión. Ví a aquel hijo con una antorcha en la mano ir en busca de la mujer que estaba en el cuarto del telar. Ella lo siguió de mala gana y le decía que estaba ocupada. Pero él le habló del asunto por el cual había venido y rogó con instancia para que su madre pudiese librarse del proceso. Entendí que le decía esta mujer: "Le conviene a tu madre quitarle hasta el vestido que lleva encima". He visto, empero, al marido rogarle en favor de su madre, hincado de rodillas, suplicándole hacer de modo que le quedasen siquiera dos propiedades, a las cuales ví como islas suspendidas en los aires. Ví también y entendí que la mujer le dijo: "Tú eres tan bueno y honrado que quiero, si puedo, regalarle un vestido a tu madre". Me parecía como si el proceso de la madre fuese mal, como si el asunto se inclinase hacia el lado oscuro de la pérdida y como si la campesina no estuviese ya más metida en ese negocio. Ví a la campesina más pobre, pero caminando por mejor sendero, entre los campesinos de aquella comunidad contra los cuales la viuda había empezado el proceso.

Tendré que acompañar aún al alma del pobre marido. El camino que hicimos era difícil y penoso, especialmente cuando atravesamos el lago. En la angustia de aquella alma había mucho de conmovedor. Cuando yo quería acercarme a la campesina, parecíame siempre como si estuviese rodeada de un lago y no podía acercarme. El estaba en el medio, vacilando.

39. Fija vagamente el lugar donde se encuentra el Purgatorio.
(2 de Noviembre de 1822)

En la pasada noche tuve mucho que hacer en el Purgatorio. Estuve viajando siempre en dirección al Norte y me parece como si aquel lugar estuviese situado sobre la parte más aguda de la esfera del mundo. Cuando estoy allí veo las montañas de nieve como si estuviesen sobre mí. Con todo, no se me representa como si estuviese en el interior de la tierra, puesto que veo la luna, y hasta intenté, corriendo por el interior de aquellas cárceles, practicar alguna abertura para hacer penetrar al menos un rayo de luna.

Por la parte de afuera me parece el Purgatorio como un baluarte oscuro, humeante, en forma de medialuna; por dentro tiene innumerables calles que conducen arriba y abajo, y espacios altos y bajos. En la entrada, aquel espacio es mejor, pues las almas pueden ir de un lugar a otro y deslizarse por los contornos; las de adentro están más duramente encarceladas. De trecho en trecho se ve a una de ellas en una cueva, dentro de una fosa y con frecuencia se ven muchas almas juntas en un mismo espacio, en diferentes departamentos, unos más altos y otros más profundos. A veces está un alma sentada en un lugar alto, como sobre una piedra.

Más adentro, en el fondo, todo es mucho más espantoso. Allí los demonios tienen poder y es como un infierno temporal. Las almas son atormentadas y expectros espantosos y larvas diabólicas recorren esos sitios atormentando y angustiando a las almas.

Veo en el Purgatorio un lugar destinado a los ejercicios de piedad, una especie de iglesia, donde son a veces consoladas las almas; éstas la miran como nosotros a nuestras iglesias. Las almas no reciben allí inmediatamente auxilio del cielo: todo lo obtienen de la tierra, de los vivos que ofrecen por ellas al Juez divino oraciones y buenas obras, sacrificios y mortificaciones y, sobre todo, el santo sacrificio de la Misa.

Cuando voy hacia el Norte y paso por encima del hielo, allí donde el círculo de la tierra se hace más angosto y estre-

cho, entonces veo aparecer desde allí el lugar del Purgatorio más o menos como se ve el sol o la luna cuando bajan al horizonte. Un camino como sobre un círculo, sobre una calle o sobre un anillo, no encuentro la palabra propia, y el Purgatorio se ofrece a la vista a manera de semicírculo. A la izquierda, allá a lo lejos, está el molino, y a la derecha muchas obras y trincheras.

Cuando estoy en el Purgatorio, no veo que nadie lo visite más que mi guía. Pero en la lejanía, en diferentes lugares de la tierra, veo algunos penitentes, ermitaños, religiosos y otras personas que trabajan por las ánimas benditas.

Este Purgatorio es el de la Iglesia Católica. Las sectas están allí separadas, como aquí, y padecen mucho más, porque no reciben de la tierra sufragios de oraciones y misas. Acercándose a las almas se conoce si son de hombres o mujeres. Se ven figuras más o menos claras, cuyo rostro está infinitamente afligido y dolorido, aunque en él se echa de ver la paciencia con que llevan sus penas. No es posible explicar la compasión que me causa el verlas. Nada hay más consolador que contemplar su paciencia y ver como se alegran las unas de la salvación de las otras y como se duelen a la vista de los dolores de las demás que allí moran y de la aflicción de las que van llegando. He visto también a niños en este lugar.

40. Lugar que se extiende delante del Purgatorio.
(3 de Noviembre de 1822)

Estuve en la comarca que se extiende delante del Purgatorio: es un espacio de hielo en torno de un molino, donde muchos príncipes, reyes y reinas deben machacar, como aquí lo hacen los hombres y caballos. Los hombres debían machacar hielo. Las mujeres llevaban bajo las prensas todas las comidas superfluas, las cosas preciosas y ellos debían machacarlas. Más allá se veían perros que eran alimentados con las cosas machacadas. Aquellos que antes les servían, eran ahora los patrones y los empujaban al trabajo.

Contó también de un camino que conduce al Purgatorio que había recorrido y mencionó muchos países como si hubiese viajado a través del Asia hacia el polo norte. Había pasado por el país de origen de Dschemschid y llegado a una comarca donde había un monte lleno de monos grandes y pequeños; cuando un lado de aquel monte se enfría, ellos se refugian en el otro lado. Luego llegó a un país donde las gentes, envueltas en pieles, lle-

vaban cabellos largos y viven como embrutecidos; habitan en miserables lugares y se hacen llevar por perros. Allí los perros sin guía humana arrastran los trineos cargados de mercaderías y luego tornan a casa. Allí se ven hombres blancos y negros, pero los negros han venido hace poco. Aquellas gentes van a caza de animales pequeños y grandes cubiertos de ricas pieles. Estos animales tienen orejas largas y pequeñas garras, pero no son tan plácidos y agradables a la vista como los animales que juegan al pie del Monte de los Profetas. Estos animales huyen hacia el norte. Allá hay un país lleno de lugares pantanosos y salvajes, aunque es algo más templado y parece que el sol de Oriente algunas veces penetra allí. Hacia allá ve ella a aquellos animales buscar refugio y correr, y de tanto en tanto veía hombres de pequeña y mísera estatura y nariz aplastada, y también algunos árboles enanos y desmedrados. Después de esto no hace mención de tierra alguna habitada y dice que todo se hace nebuloso y gris y a distancia negro. Después llegó a aquel camino o círculo ya mencionado que describió ser de bronce o de metal y luego volvió al lugar delante del Purgatorio, bajo el cual está el Infierno, hacia el punto medio de la tierra.

Veo la luna desde aquellos caminos en toda su grandeza, llena de cavernas y de montes que arrojan fuego. Todo está allí petrificado, como árboles de coral. La luna atrae y envía gran cantidad de vapores; parecería que absorbiera flúido y que luego lo despidiera. No he visto criaturas semejantes a las humanas en la luna, ni en los otros planetas. Muchos de ellos se asemejan a cuerpos quemados y privados de vida. Veo, sin embargo, allí dentro almas y habitaciones de espíritus, pero ninguna criatura de nuestra especie.

41. Almas de la secta de Krüdner.
(19 de Octubre de 1823)

Estuve en el Purgatorio y he visto a muchos individuos de la secta de Krüdner, de los cuales algunos recientemente han muerto martirizados por ellos mismos. Estas almas no estaban en el Purgatorio de los católicos, sino debajo; es decir, en ciertos espacios semejantes a fosas profundas; algunos en el borde, otros dentro de las fosas. Eran las almas de aquéllos que por ceguera o ignorancia estaban complicados en este asunto. Podían hablar con las pobres almas purgantes de los católicos y les suplicaban con amargo dolor quisieran amonestar a sus amigos vivos sobre la tierra, para que reconociesen su error y se

volviesen a la Iglesia (*). Las almas de los católicos contestaron que ellas no podían hacerlo, pues sólo los vivientes podían rezar por ellas, obrar y mandar celebrar misas.

He sabido también allí cómo el diablo había persuadido a esa gente a estos asesinatos y crucifixiones, volviéndolos insensibles y cómo muchos de ellos se perdieron eternamente. Supe también cómo está a punto de formarse una secta más extraña todavía y más sutil. *(Describió la secta de Hennhöfer).*

He visto también que de aquellos diablos que fueron encadenados cuando Jesús descendió a los infiernos algunos fueron recientemente soltados de sus vínculos y han suscitado y formado esta secta (**). He visto que cada dos generaciones otros demonios son soltados de sus cadenas.

(*) Recuerda a la parábola de Jesús donde el rico Epulón, desde el infierno, ruega al patriarca Abrahán que avise a sus parientes vivos. (*Lucas*, 16-19).

(**) Los secuaces de esta secta fundada por Krüdner llegaron en su fanatismo e ignorancia hasta creer que hacían cosa buena matándose y crucificándose por Dios, como lo hicieron algunos en Wildensbucher, cerca de Zurich en Suiza. La secta de Hennhöfer era una consecuencia del Iluminismo que estaba en boga por aquella época.

Capítulo XVIII

VISIONES DEL INFIERNO

INTRODUCCION

Ana Catalina, que sufría indeciblemente con gran paciencia, dijo, sin embargo, una vez, como aquéllos que padecen mucho, que vivía como en un infierno. Su Ángel Custodio la amonestó severamente, diciéndole que le mostraría el verdadero Infierno para que no lo comparase con su estado personal.

Va, en efecto, al Infierno, que ubica hacia el Norte, en una región glacial aislada de la Tierra. "Cuando me acuerdo de lo que ví, dice, tiemblo de pies a cabeza". Su relato, empero, es muy breve. Parece que el horror le hubiese impedido dar una relación más amplia de la mansión de los dolores eternos. Con ocasión del descendimiento de Jesús al limbo, para rescatar las almas de los justos, ve el Infierno, en forma general, y hace una elocuente comparación entre el abismo de los condenados y la gloria de los bienaventurados.

1. Es llevada hacia la región del Infierno.

Hallándome una vez muy turbada y abatida a la vista de las miserias que me rodeaban y de tantas penas y violencias que sentía, pidiendo a Dios que se dignara concederme siquiera un día tranquilo, pues vivía como en el infierno, mi guía me reprendió muy severamente: "Para que no compares tu estado con el Infierno, me dijo, voy a mostrarte el Infierno".

Condújome hacia el Norte, a un lugar en que la tierra declina rápidamente. Primero nos levantamos mucho de la tierra. Seguimos hacia el Norte por un sendero muy escarpado, sobre un desierto de hielo y llegamos a un país espantoso. Parecía como si me moviera en una elevada región alrededor de la tierra y conociera con certeza que iba descendiendo frente a aquélla. El camino estaba desierto y se tornaba oscuro y helado a medida que descendía. Cuando llegué al lugar de terror, me pareció que entraba en un mundo desconocido. Cuando me acuerdo de lo que ví tiemblo de pies a cabeza. Todo lo ví en globo: allí había un abismo tenebroso, allí había fuego, allí tormentos, allí

noche. Los límites del horizonte eran siempre tinieblas. Al acercarme ví un país de infinitos tormentos.

2. Visión del descendimiento de Jesús.

Ví al Señor acercarse con gran severidad a lo más profundo del abismo. Parecióme el Infierno una construcción de roca, indeciblemente grande, espantosa, negra, con brillo metálico, cuya entrada estaba formada por puertas negras, extraordinarias y horribles, cerradas con llaves y cerrojos que movían a espanto. Abiertas las puertas se vió un mundo horrible y tenebroso.

Así como solía yo ver las moradas de los justos en forma de Jerusalén celestial, como una ciudad y según los innumerables modos de bienaventuranzas, como diferentes castillos y jardines, llenos de admirables frutos y flores de ciertas clases determinadas, así aquí lo veo todo como un mundo de partes coordinadas, en forma de edificios diversos, espacios y campos. Pero todo procedía de la antítesis de la felicidad, esto es, de penas y tormentos. En la mansión de los justos parece todo formado según el fundamento y la conexión de la paz infinita, de la perfecta armonía y contento; pero aquí todo nacía de la perpetua cólera, de la falta de unidad, de la desesperación. Como en el Cielo hay magníficos y transparentes edificios, en donde las almas se alegran y adoran a Dios, se veían aquí innumerables cárceles tenebrosas, cavernas de tormentos, donde se maldecía y reinaba la desesperación. Así como allá se ven los más admirables jardines con frutos de gozo divino, así se veían aquí los más espantosos desiertos y pantanos de tormentos, de penas y de todo lo que puede causar horror, aversión y espanto. He visto templos, altares, castillos, tronos, jardines, lagos y torrentes de maldición, de odio, de terror, de desesperación, de confusión. penas y suplicios; así como en el Cielo los había visto de amor, de concordia, de paz y de felicidad. Aquí la desgarradora discordia perpetua de los condenados; allá la dichosa comunidad de los santos.

Todas las raíces de la corrupción y de la falsedad estaban representadas en innumerables manifestaciones y obras de tormento y de dolor; nada había aquí de justo y únicamente podía tranquilizar el ánimo esta reflexión: que la divina justicia da a cada uno de los condenados la pena y el tormento que siguen a la culpa. Todo lo que aquí se veía y sucedía de horrible era la esencia, la forma y el espíritu rencoroso del pecado, de la

serpiente que se revuelve contra el que la ha amamantado en su seno. Ví aquí una columnata pavorosa, construída para causar horror y angustia, como en el reino de Dios para paz y tranquilidad. Todo esto se comprende bien, pero no se puede explicar distintamente. Cuando el ángel abrió las puertas, víme en medio de una confusión de voces de espanto, de maldiciones, injurias, aullidos y lamentos. Algunos ángeles lanzaron hacia abajo ejércitos de espíritus malos. Todos se vieron obligados a reconocer a Jesús y a adorarle, y éste fué su mayor tormento. Gran multitud de ellos fueron encadenados en un círculo alrededor de otros que estaban también sujetos. En medio de ellos había un abismo tenebroso. Lucifer fué arrojado con cadenas en él y a su alrededor hervían las tinieblas. Todo sucedía según ciertos arcanos divinos.

3. Desencadenamiento de Lucifer.

He sabido que Lucifer debe ser soltado por algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del 2000 de Cristo, si no me equivoco.

Otros muchos nombres, de los que no me acuerdo, fueron designados. Algunos demonios deben quedar sueltos antes para castigar y tentar al mundo. Algunos han sido soltados ya en nuestros días; otros lo serán pronto. Me es imposible contar todo lo que me ha sido mostrado; es demasiado vasto para que yo lo pueda coordinar. Además, estoy muy mal, y cuando hablo de estas cosas se me representan de nuevo ante los ojos y son tan terribles que su vista me haría morir.

Capítulo XIX

VISIONES DE LA REDENCION

INTRODUCCION

He aquí páginas de profunda ciencia teológica. De modo inefable, Ana Catalina es ilustrada acerca de los caminos empleados por Dios para consumar la Redención. Entiende que Cristo se hizo Hombre no sólo por haber caído Adán: la segunda Persona se hubiera humanado para elevar al hombre a la condición angélica. Este sentido está concorde con las revelaciones de Sor Natividad Juana La-Royer. Si el hombre no hubiese pecado, no habría estado sujeto, como está, a la ignorancia, a los sufrimientos y a la muerte. Sin embargo, hubiera sido necesaria la encarnación del Verbo, no ya para el rescate del mundo, sino para suplir la deficiencia de la criatura y hacerla digna de la bienaventuranza eterna. La Encarnación estaba decretada desde la eternidad, formaba parte del plan divino; pero si el hombre no hubiese pecado, el Verbo humanado no hubiese padecido.

1. Le son mostrados los caminos de la Redención y los misterios del reino de Dios.

No me atrevo a asombrarme ya de mis penas. He tenido una admirable visión acerca del pecado y del remedio traído por Nuesto Señor Jesucristo al mundo y del estado del sacerdocio. He entendido claramente que todo debe ser restaurado, santificado y renovado a costa de miles de esfuerzos, para que lo que ha sido corrompido, destrozado, perdido y desgarrado, sea reconstituído y llevado al camino de salvación. He tenido una visión inmensa y comprensiva de todos los pecados y de toda la salvación. Necesitaría un año para decir todo lo que he visto, pues se me ha mostrado clara y distintamente todos los misterios y los he llegado a entender, pero no me es posible ahora declararlos.

He visto, bajo símbolos, todo género de culpas y restauraciones. He visto los pecados desde la caída de los ángeles y de Adán hasta el día de hoy, en sus diversas ramificaciones. Al mismo tiempo he visto toda la preparación a la salud y a la

restauración hasta la venida de Jesucristo, y su dolorosa pasión y muerte. He visto el poder transmitido a los sacerdotes en orden a la salvación y he visto que todos los cristianos la reciben de Dios. He visto las faltas y decadencia del sacerdocio y sus causas; los castigos que amenazan y la satisfacción que se da en el sacrificio a favor de otros. He sentido la suma de las culpas y castigos en la suma de mis dolores. He visto la futura guerra, diversos peligros y muchas penas que todavía me han de sobrevenir. Todas estas cosas, los modos más diferentes con que ellas se ofrecen ante los ojos en la historia, en la naturaleza y en los misterios del reino de Dios sobre la tierra, las veía yo con toda claridad, considerando la relación exacta que de ellas procede gradualmente. Todo me fué declarado en trabajos, en hechos y obras, como también en parábolas.

Así, el hecho de padecer, de restaurar y satisfacer, me fué mostrado en el trabajo de costura como en cuadros simbólicos. Innumerables prendas ajenas me ví obligada a coser, teniendo que deshacerlas primero para volverlas a coser con mucho trabajo y fatiga; hube de conocer toda la perversidad que se había originado de esas prendas y en cuya expiación debí satisfacer. En las formas de las varias prendas de vestir, en las clases de costura y en los adornos, he visto las diferentes influencias de todos los pecados; y en el trabajo de coser conocí cuál es el fin de los trabajos espirituales y de las obras de oración. Reconocí muchas obras de costura hechas por personas a quienes hace tiempo había conocido, las cuales ya habían muerto: éstas me llevaban sus labores para que yo las reformara. También tuve que cambiar la forma de varias prendas hechas por mí, entre ellas la de una camisa, a la que habían puesto ricos bordados por complacer el vano capricho de una señora, y otras cosas más. Ví que mi trabajo de costura en favor de la Iglesia y de los pobres estaba muy bien.

Mi Esposo me lo explicó todo. Me mostró todo lo que desde el principio de la caída dispuso y preparó para la rehabilitación. Todo esto lo ví en grandes imágenes de historia sagrada, como si hubiese sucedido otra vez en mi presencia; pero siempre me parecía ver las cosas como en un espejo, que era yo misma.

2. Ve cómo eran Adán y Eva antes de la culpa y ve las consecuencias de la culpa.

Me mostró mi Esposo la extraordinaria confusión e interna impureza de todas las cosas y cómo todas sus obras van enca-

minadas a restaurarlas desde el principio. Cuando pecaron los ángeles, vinieron muchos espíritus malignos a la tierra y al aire, y he visto muchas cosas penetradas y poseídas del odio de estos espíritus malos.

Imagen de Dios fué el primer hombre: era como un cielo, todo era uno en Él y con Él; su forma era una impresión de la forma divina. Debía dominar a las demás criaturas y gozar de ellas, dando gracias a Dios porque se las había entregado. Era libre y por lo mismo estaba sujeto a prueba.

El Paraíso terrenal y cuanto allí había era la imagen completa del reino de Dios; asimismo el árbol de la ciencia, cuyo fruto, a causa de su naturaleza, de sus propiedades y efectos, no debía probar el hombre, porque por medio de él el hombre saldría fuera de Dios, entraría en sí mismo y obraría por sí mismo, de manera que lo infinito se tornaría finito en el hecho de ser comprendido por el hombre. No puedo decir cómo ví estas cosas. El caso es que le fué prohibido comer de aquel árbol. Al principio todo era llano e igual. Cuando aquella colina luminosa, donde estaba Adán, empezó a levantarse y el florido valle donde se hallaba Eva, empezó a descender, ya estaba cerca de allí el demonio. Después de la caída se mudaron las cosas. No había ya armonía y unidad en el ingenio y aptitud de Adán y Eva para orar. Lo que era único se hizo discordante y de uno se hicieron muchos y ya no procedieron sólo de Dios, sino más bien de sí mismos. Entonces eran dos, luego fueron tres y por último innumerables. Cuando quisieron ser como Dios, esto es, todas las cosas en uno, fueron número infinito, una separación de Dios, una repetición eterna de esta separación. Eran imagen de Dios y se convirtieron en imágenes de sí mismos, las que produjeron imágenes de su pecado. Se pusieron en relación con la esfera de los ángeles caídos. Recibieron influjo de sí mismos y de la tierra, con la cual y con los hombres caídos tienen relación los ángeles caídos. Y de la infinita mezcla y división de los hombres entre sí y de ellos y de la naturaleza degradada surgió una variedad infinita de pecados, de culpas y de miserias.

Mi Esposo me mostró todo esto con mucha claridad y distinción, con mayor claridad que la que vemos en las cosas ordinarias de la vida. Entonces creí que un niño podría entender esto y ahora no lo puedo explicar. Me mostró el plan y los caminos de la Redención, desde el principio, y todo lo que Él ha hecho. Ví también que no es del todo exacto decir que no fué preciso que Dios se hiciera hombre y muriese por nosotros en la cruz; que pudiera con su poder haber dispuesto las cosas de

otra manera (*). Ví que Él hizo esto por su infinita perfección, misericordia y justicia; que en Dios no corresponde estar forzado a obrar. Él hizo lo que hizo, y Él es lo que es.

3. Es mostrada a los ángeles la Redención y la creación de María.

Tuve una admirable visión: cómo Dios mostró a los ángeles. después de la caída del hombre, que quería restaurar al género humano. Ví el trono de Dios, la Santísima Trinidad y al mismo tiempo un movimiento en su triplicidad. Ví los nueve coros de los ángeles, a los cuales Dios anunciaba que quería restaurar la humanidad caída. Ví que los ángeles se alegraron entonces con júbilo indecible.

Ví aparecer ante el trono de Dios una montaña como de piedras preciosas, que crecía y se extendía. Esta montaña tenía escalones y era semejante a un trono. Después tomó la forma de una torre que contenía todos los tesoros espirituales, los dones de la gracia. Los nueve coros de los ángeles la rodeaban. Ví aparecer en el cielo una forma semejante a una virgen que traspasó la torre y en cierto modo se fundió con ella. Esta forma no era la Santísima Virgen en el tiempo, sino en la eternidad, en Dios. Ví formada su aparición ante la Santísima Trinidad, como el aliento toma forma al salir de la boca, como una nubecilla.

Ví también salir de la Santísima Trinidad una aparición hacia la torre. En este momento de la visión ví surgir entre los coros de los ángeles un vaso de lo que hay de más santo. Todos los ángeles trabajaban a una en este vaso, que tenía la forma de una torre, rodeada de toda suerte de símbolos. Al lado de él había dos figuras que se daban la mano detrás del mismo. Este vaso espiritual, que nunca cesaba de crecer, era cada vez más rico y magnífico. Ví luego salir de Dios y atravesar los nueve coros de ángeles algo semejante a una nubecilla santa y resplandeciente, que se hacía cada vez más distinta a medida que se iba acercando a aquel vaso de santidad, en el cual entró por último.

Ví después que los ángeles preparaban un cáliz. Este cáliz tenía la misma forma que la copa de la santa Cena; entró también en la torre donde había penetrado la Virgen. Ví luego florecer una rama en medio de los coros de los ángeles, a la derecha de la santa torre. Esta rama se convirtió en todo un

(*) Concuerda con las revelaciones de Sor Natividad Juana La-Royer.

árbol de figuras pequeñas de hombre y de mujer que se daban las manos y terminaba en la aparición de un pesebre, donde yacía un Niño. Después ví aparecer una magnífica iglesia.

En todas estas visiones había admirable relación y gradación. Toda la visión era indescriptiblemente rica y significativa.

4. David comprendió el proceso de la Redención; Salomón, no.

Ví que David comprendió el proceso de la Redención; no así Salomón, porque se complació demasiado en su propia sabiduría. Ví que varios profetas, especialmente Malaquías, conocieron el misterio del cristianismo. Ví, además, innumerables cosas, todas en mutua relación y unas viniendo naturalmente de otras.

Mientras así era instruída, ví como unas veinte personas, moviéndose o acostadas, lejos de mí y en muy diferentes lugares, y más mujeres que hombres, parecían participar de estas mismas enseñanzas. Ví que venían del círculo de aquellas imágenes, unos rayos que tocaban a cada una de dichas personas, aunque cada cual las recibía de diferente manera. Hubiera querido hablarles, pero no podía acercarme a ellas. Ví, además, en este gran cuadro el rigor con que se observan las prácticas y ceremonias del mundo carnal y que las maldiciones, los conjuros y prodigios en el reino de Satanás, como asimismo el culto de la naturaleza, la superstición, la magia, el magnetismo, las ciencias y artes mundanas y todos los medios de embellecer la muerte, de adornar el pecado y de adormecer la conciencia, se practican con escrupulosa y supersticiosa exactitud, aún por aquellos que sólo ven en los misterios de la Iglesia Católica meras formas supersticiosas, creyendo que estos misterios pueden ser celebrados indiferentemente de ésta o de otra manera. Así, mientras ellos llevan un género de vida mundana, observando con sumo rigor fórmulas conforme con el mundo, es desatendido y mirado con indiferencia el reino terrestre del Hijo de Dios humanado. Ví también el servicio del mundo practicado con gran perfección, y el servicio de Dios lastimosamente olvidado.

Capítulo XX

VISIONES DEL PODER SACERDOTAL

INTRODUCCION

Estas revelaciones son dignas de la meditación de los sacerdotes y de las almas piadosas. El poder que Jesucristo ha otorgado a los sacerdotes, es inmenso. Espanta el corocimiento de esta potencia sobrenatural en manos del hombre, que tiene la facultad de bendecir las cosas, de exorcizar a los endemoniados, de absolver los pecados, de consagrar el cuerpo de Cristo. Este ilimitado poder está simbolizado en la vara del profeta Eliseo. Ana Catalina se lamenta en diversas ocasiones de que el sacerdote católico no use con la frecuencia o con la disposición necesarias tan altas prerrogativas para vencer las influencias malignas y sanar las almas, como hacían los primeros apóstoles.

1. Ve a Melquisedec, a Enoc y a Noé.

Ví a Melquisedec, como figura de Jesucristo, en razón del sacerdocio. En cuanto el sacerdocio está en Dios, era Melquisedec un sacerdote del orden eterno. Ví sus preparaciones, fundaciones y trabajos. Ví también a Enoc (*) y a Noé, su significación y sus obras, y al lado de todo esto, las obras del reino del infierno y sus apariencias mil veces diferentes y los efectos de una idolatría terrena, carnal, diabólica, de formas semejantes entre sí, pero siempre pestíferas. Así he visto todos los pecados y todas las preparaciones y figuras de la restauración, que según su especie eran imágenes del poder de Dios, como el hombre es imagen del mismo Dios. Me fué mostrado el conjunto desde Abrahán hasta Moisés, desde Moisés hasta los profetas, siempre en relación y en imágenes semejantes a todo lo que sucede entre nosotros.

2. El poder del sacerdocio explicado en la vara de Eliseo dada a Giezi.

He visto por qué los sacerdotes no ayudan ni sanan, por qué no logran este resultado o lo alcanzan de otro modo de como lo

(*) "Enoc agradó a Dios y fué trasladado al Paraíso para que un día predicare, (al fin del mundo) la penitencia a los pueblos" *(Eclesiástico, XLIV, 16)*.

obtenían otras veces. Este don y poder del sacerdocio me fué mostrado en los profetas y me fué explicada la razón de su forma.

Ví, por ejemplo, cómo Eliseo dió su vara a Giezi para que la pusiera sobre el niño difunto de la mujer de Sunam. En esta vara estaba de un modo espiritual la virtud y la misión de Eliseo: la vara era el brazo o la continuación del brazo del profeta. Ví aquí la razón íntima del poder del báculo de los obispos y del cetro de los reyes cuando los que lo llevan tienen la fe que en cierto modo los une con aquél de quien han recibido la misión y los separa de los demás. Giezi no creyó con firme fe y la madre del niño creyó que sólo Eliseo podía ayudarla; por consiguiente entre el poder de Eliseo, que procedía de Dios, y la vara, se interpuso la duda nacida del juicio humano y la vara no resucitó al niño. Pero ví a Eliseo poner sus manos, su boca y su pecho en contacto con las manos, boca y pecho del niño, y hacer oración; entonces el alma del niño volvió al cuerpo de donde había salido. Ví la explicación de este milagro y su relación simbólica con la muerte de Jesús. En Eliseo estaban abiertas al hombre, mediante la fe y el don de Dios, todas las puertas de la gracia y de la expiación que por el pecado se habían cerrado: cabeza, pecho, manos y pies. Púsose como una cruz viva y prefigurada sobre la cruz muerta y cerrada del cuerpo del niño; mediante la virtud de su oración y de su fe, derramó sobre el niño la vida y la salud y expió y satisfizo por los pecados que los padres del niño habían cometido con la cabeza, el corazón, las manos y los pies.

En todos estos cuadros ví siempre por vía de contraposición la muerte de cruz y las llagas de Jesús y cómo había armonía en todo esto y semejanza cada vez mayor. Desde que murió Jesús en la cruz ví plenamente en el sacerdocio de su Iglesia este don de restaurar y sanar; y en cuanto que vivimos con Él y somos crucificados con Él, se abren las puertas de la gracia, que son las sagradas llagas, en nosotros.

3. Ve la potestad de bendecir en los sacerdotes.

Ví muchas cosas acerca de la imposición de las manos, del efecto de las bendiciones y de la acción de la mano a lo lejos; todo lo cual me fué explicado por el ejemplo de la vara de Eliseo. La razón por la cual los sacerdotes de hoy día sólo raras veces bendicen y sanan, me fué explicada en un ejemplo, que también deriva de la semejanza simbólica en que se fundan

tales efectos. Ví tres escultores que imprimían figuras en la cera. Uno de ellos tenía buena cera blanca y era muy hábil, pero estaba muy pagado de sí mismo: no tenía en sí la imagen de Cristo, y su intento resultó vano. Otro tenía cera pálida; era indolente y terco, y nada consiguió. El tercero era inhábil, trabajaba muy torpemente en cera común, pero lo hacía con aplicación y sencillez: su trabajo fué bueno y la figura verdadera, si bien resultó con rasgos imperfectos. Así los sacerdotes elegantes, elocuentes y sabios, según el mundo, no hacen nada, mientras que otros, pobres, sencillos, continúan ejercitando la potestad de bendecir y sanar que hay en el sacerdocio.

4. Recibe otras enseñanzas sobre el poder sacerdotal.

Mi Esposo me mostraba que desde su concepción hasta su muerte no había dejado de padecer, de expiar y de satisfacer, todo lo cual ví en representaciones claras de su santa vida. He visto también que por medio de la oración y del ofrecimiento de nuestros trabajos en favor de prójimo, pueden convertirse en la hora de la muerte y salvarse muchas almas que en la tierra no han trabajado nada.

Ví también que los apóstoles fueron enviados a la mayor parte de la tierra para que destruyeran el poder de Satanás y difundieran por doquiera las bendiciones del cielo, y que las comarcas donde ellos trabajaron eran las más infestadas por el enemigo; pero que Jesús, con satisfacción perfecta, ha adquirido esa potestad y la ha establecido perfectamente en los sacerdotes, que han recibido y que en adelante reciban el Espíritu Santo. Me fué mostrado que este don de arrancar al mundo del poder de Satanás mediante virtud y bendición sacerdotal está significado en las palabras: "Sois la sal de la tierra", y que por esta razón, precisamente, se pone sal en el agua para bendecirla.

5. Ve en muchas iglesias las faltas en el servicio divino.

(28 de Agosto de 1820)

En las primeras horas de la mañana recibí la orden de satisfacer con la oración por una misión que me fué encomendada la noche precedente. Ante todo oí una Misa en la iglesia de este lugar y después ví al Peregrino hacer la santa comunión. Fueron celebradas otras muchas misas. En esta ocasión he visto las culpas y las faltas de los sacerdotes y de los laicos y constantemente he padecido toda clase de dolores ofreciéndolos al

Señor por los culpables, mientras suplicante le presentaba y le ofrecía en reparación de estos pecados a su Hijo Divino en la cruz, cada vez que era alzado en la elevación de la Misa. Esto no lo he hecho aquí solamente, sino que de modo maravilloso fuí transportada rápidamente de iglesia en iglesia, e hice actos de piedad quizás en millares de iglesias. En efecto, estuve en todas aquellas iglesias de Europa donde ya había estado antes y en otras de distintas comarcas del mundo.

Todo lo que he visto no sería posible hacerlo caber ni en dos gruesos volúmenes. He visto en uno y otro lugar gentes verdaderamente piadosas, también en nuestro país; pero, por lo general, he visto tibieza y frialdad. En Holanda he visto ciertas comarcas a orillas del mar. En Suiza he visto algunas piadosas comunidades de fieles, siempre mezcladas con otras malas.

Luego estuve de nuevo en el Norte de Alemania, en los confines polacos, donde se encuentran aquellos eclesiásticos que ve(a menudo. En Italia he visto a muchos muy celosos y en la antigua santa forma; pero he visto otros pésimos y temerarios.

6. Los dedos consagrados.

Los dedos de los sacerdotes serán conocidos en el Purgatorio y aún en el Infierno y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán.

Por la noche tuve mucho que padecer; pero si puedo sufrirlo en paz, todo me parece suave. Es muy dulce pensar entonces en Dios. Un solo pensamiento dirigido a Dios tiene a mis ojos más valor que el mundo entero. Las medicinas no me aprovechan y no puedo tolerarlas.

7. Habla de la bendición y de las cosas benditas.

Muchas veces me he visto a punto de morir a consecuencia de los dolores de cuerpo y alma que he padecido y de las espantosas imágenes que he visto. En tales ocasiones desfallezco y no tengo ni una gota de agua con que confortarme, porque no puedo hacer movimiento alguno.

Al oír esto, Brentano le dió de beber, mojando antes el borde del vaso con agua bendita. Ella dijo: ¡Esto es vino, vino del jardín de la Iglesia!

Estando otra vez Ana Catalina sufriendo fuertes dolores, exclamó: ¡Agua fresca y bendita!...Aquí cerca hay dos sacerdotes que han recibido de Dios la facultad de bendecirla; pero

se olvidan de mí y voy a desfallecer. Dios quiere que yo viva de esto. ¡No me dejen morir! *El sacerdote bendijo el agua y ella bebió y dijo:* Ya he adquirido fuerzas. Es muy triste la negligencia de los sacerdotes en nuestros días, respecto de las bendiciones... No parece sino que ignoran muchas veces lo que son las bendiciones. Gran número de ellos apenas creen en su virtud y se avergüenzan de ellas como de ceremonias anticuadas y supersticiosas. Otros usan de este poder y gracia, que Jesucristo les ha conferido, sin atención y como de paso. Cuando ellos no me bendicen, Dios me suele bendecir; pero como el mismo Dios ha instituído el sacerdocio y le ha otorgado la potestad de bendecir, casi desfallezco por el deseo de recibir las bendiciones. En la Iglesia todo forma un solo cuerpo: cuando a alguno de sus miembros se le rehusa algún bien, se siente desfallecido.

8. Las misas de obligación.

Estuve en muchos lugares e iglesias y en la casa de algunos sacerdotes y mandé decir misas y hacer actos de piedad. Estuve en Roma, en la Iglesia de San Pedro, con altos dignatarios eclesiásticos: creo que eran cardenales. Debían decirse siete misas por ciertas almas y no sé por qué se dilató la celebración. Cuando se celebraron, acercáronse al altar algunas almas tristes y desvalidas, diciendo, como pobres hambrientos: "Desde hace tanto tiempo no hemos gustado alimento alguno". Creo que aquellas eran misas de obligación, de las que se habían olvidado. Apoderarse de bienes destinados para celebrar misas por las benditas ánimas, es una crueldad y un robo que se les hace a ellas. Yo lo he visto así.

Pocas personas, casi ninguna, encontré en mi camino; pero he visto almas, ángeles y santos y también he visto varios efectos nacidos de la oración. En estos días he conducido a la Iglesia, poco menos que a la fuerza, para que se confesaran, a muchos que de otro modo no habrían ido.

Por encargo de almas penitentes del padre Limberg, tenía que besar los pies a dicho confesor. Esto me costó mucho trabajo, pues él no quería ni me entendía bien lo que yo debía hacer. Tampoco me dió la bendición con fe firme, por lo cual he tenido que padecer anoche.

9. Palabras sobre la Iglesia Católica.

Sólo hay una Iglesia, la Iglesia Católica Romana. Aunque no hubiera en la tierra sino un solo católico, ése sería la Iglesia

única y universal, esto es, la Iglesia Católica, la Iglesia de Jesucristo, contra la cual no prevalecerán las puertas del Infierno. Puesto que Jesucristo ha dicho que los hijos de Dios deben honrar y amar a Dios como a Padre, es indudable que también deben dar el nombre de Madre a la Madre de Dios y tenerla por Madre. Pero el que no entiende esta verdad y no la pone por obra, ése está muy lejos de ser hijo de Dios, y a sus ojos el Padrenuestro es sólo una manera de hablar, vacía de sentido. El conocer la grandeza y majestad de la Iglesia, en la cual se conservan los sacramentos inviolablemente santos en toda su virtud, ha llegado a ser en nuestros días cosa por desdicha rara, aún entre sacerdotes. Y por lo mismo que muchos sacerdotes no saben lo que son, muchos fieles desconocen su propio carácter e ignoran lo que es la Iglesia de que forman parte. Para que ninguna potestad humana pueda destruir la Iglesia, Dios ha elevado la consagración sacerdotal a carácter indeleble. Mientras quede en la tierra un solo sacerdote debidamente consagrado, vivirá Jesucristo, como Dios y como Hombre, en la Iglesia en el Santísimo Sacramento del Altar; y el que habiendo sido absuelto de sus pecados por el sacerdote, reciba este sacramento, ése estará verdaderamente unido con Dios.

Capítulo XXI

VISIONES DE VIAJES A DIVERSOS PAISES

INTRODUCCION

Desde la más tierna edad Ana Catalina era conducida por su Angel Custodio a través del firmamento y por diversas regiones del globo, donde le mostraba los desórdenes humanos por los cuales debía hacer reparación, o le indicaba determinadas personas por quienes debía orar y sufrir. La vidente afirma que conocía mejor los caminos y lugares de Palestina que los de su pueblo, en razón de los numerosos viajes que había realizado a Tierra Santa para contemplar los misterios de la infancia de Jesús, de María y de José, como también la vida y la pasión del Salvador.

Es lamentable que de los viajes a la América del Sur, el padre Carlos E. Schmoeger nos haya dado sólo una vaga descripción, al reducir el texto completo de estos viajes, para nosotros tan interesantes. Por eso sería muy deseable que los Padres Redentoristas de Alemania, poseedores de los manuscritos dejados por Clemente Brentano, nos dieran algún día la relación completa, tal como los ha referido la vidente, ya que al presente no poseemos otra fuente de información del diario del Peregrino, que la que nos da el padre Schmoeger en su extensa y valiosa Vida de Ana Catalina Emmerick.

Resulta asombroso que haya visto, a distancia de más de un siglo, el estado calamitoso que habría de sobrevenir a España, debido a la acción de la masonería y del comunismo, hasta culminar en la guerra civil. Son cuadros admirables, por su concisión y precisión, los que nos presenta de Irlanda, Inglaterra, Suecia y Rusia, este último, "inmenso país, enteramente oscuro y lleno de malicia".

1. Viajes por diversas partes del mundo.

El padre Schmoeger halló, entre los manuscritos de Brentano, relatos dispersos de visiones de viajes, entre ellos algunos a la América del sur, los cuales los resumió de la siguiente manera:

"Vió en Tierra Santa a monjes y ermitaños y cuanto ellos habían hecho allí. Vió también a muchos que habían llegado

allí en viajes extáticos, como ella. Fué al país de donde habían salido los hijos de Israel (Egipto). Todo allí aparecía tenebroso y desierto; sólo algunos monjes ignorantes pertenecientes a una secta, eran piadosos. Vió muchas pirámides medio destruídas y algunas enteras y los desmesurados muros de los templos antiguos. Vió allí a Sabas (1) *y a muchos ermitaños. Pasó luego a los lugares de Agustín* (2), *de Perpetua* (3) *y de otros, y luego lejos, en dirección meridional, atravensando espantosas oscuridades, visitó a Judit* (4), *encontrándola meditando en su pieza, revolviendo en su pensamiento la idea de salir de allí y de hacerse cristiana. "Ella es ya en su corazón cristiana y conviene rogar al Señor que la ayude".*

Después fué al Brasil y también allí vió santos. Visitó las islas del mar del Sur y vió muchos planteles aptos para el cristianismo. Atravesó toda la América y vió allí el despertar del cristianismo; vió a Santa Rosa (5) *y a otros santos.*

Volvió, pasando sobre el mar; llegó a Cerdeña, y encontró en Ozieri a la estigmatizada Rosa María Serra (6) *aún con vida, pero muy anciana, yaciendo en el lecho y a todos maravillados de que pudiera aún vivir. Vió también a la estigmatizada que no mucho antes había observado en una ciudad marítima situada en la costa meridional de Sicilia. Encontró a las gentes de esta comarca en estado aun discreto. Volvió de nuevo a Roma y vió allí muchas cosas. Luego entró en Suiza; allí visitó el santuario de Einsiedeln y otros antiguos lugares de ermitaños; a Nicolás de Flue (Klaus) y una antigua ermita de un lugar casi abandonado. Pasando de largo vió al de Sales (San Francisco)* (7) *y el monasterio de la baronesa de Chantal* (8), *y las actuales tinieblas.*

---

(1) San Sabas de Mutalasca, monje Basilio (439-532), Abad de la Laura en Palestina, hacía una vida de penitente; pasaba hasta cinco días sin comer.

(2) San Agustín, ilustre convertido por San Ambrosio, fué Obispo de Hipona; escribió muchos libros y murió cuando los vándalos cercaban la ciudad de Hipona, en 430.

(3) Santa Perpetua, compañera de Santa Felicitas, que padecieron martirio en Cartago, el año 202.

(4) La hebrea Judit es una de las siete hermanas que Ana Catalina visita en Abisinia. De esta visión se habla más adelante.

(5) Santa Rosa de Lima (1586-1617). Llamada Isabel en el bautismo es más conocida con el nombre de Rosa por un milagro sucedido en su niñez y al ser confirmada por Santo Toribio de Mogrovejo.

(6) Estigmatizada contemporánea de Ana Catalina.

(7) San Francisco de Sales, obispo de Ginebra (1567-1622), doctor de la Iglesia y patrono de los periodistas y escritores.

(8) Santa Juana Fremiot de Chantal (1572-1641) fundadora de la Congregación de la Visitación.

Entró luego en la Germania, viendo a Santa Valburga (9), *San Quiliano* (10), *al Emperador Enrique* (11); *reconoció a Francfort y vió al jovencito martirizado y al viejo mercader en su sepulcro. Pasó sobre el Rin, viendo a San Bonifacio* (12), *a San Goar* (13), *a Santa Hildegarda* (14): *tuvo visiones acerca de ella. Le fué dicho que ella tenía el don del Espíritu Santo de poder anotar y escribirlo todo, sin que jamás haya antes sabido leer ni escribir. Ella era aquélla a la cual le fué dado pronunciar amenazas y profecías contra el reino de la perversa mujer de Babilonia. Ella era la elegida y muchas de sus profecías vendrán a cumplirse ahora. Vió a Isabel de Schonau* (15).

Penetró en Francia y vió a Santa Genoveva (16), *Dionisio* (17), *Martín* (18) *y muchos otros; vió, por lo demás, la extrema perversión y miseria y el horror de la abominación en la capital. Parecía como si hubiese de desplomarse y presentía la vidente que ni una piedra debía permanecer sobre otra. Llegó a Lieja y vió a Juliana y a Adeliana; en el Brabante vió a Liduvina* (19) *y muchas visiones relativas a ella: cómo no se había dado cuenta de su cuerpo ya putrefacto, ni del pésimo colchón, ni de las lágrimas que derramaba, que cayendo se congelaban y cómo María estaba junto a su lecho y la había cubierto con su mismo*

---

(9) Santa Valburga, nacida en Devonshire (710-770), que fué abadesa de Heidenheim, hija de Ricardo, reyezuelo de Sajonia y de Wina, hermana de San Bonifacio. De su sepulcro mana aún hoy un aceite que se usa para curaciones milagrosas.

(10) San Quiliano, nacido en Irlanda (640-689), pasó a Alemania y fué apóstol de Franconia. Predicó en Wurzburg y fué martirizado allí mismo.

(11) San Enrique, emperador de Alemania (973-1024), vivió en castidad con Santa Cunegunda su esposa.

(12) San Bonifacio, apóstol de Alemania. Se llamaba Winfrido. De Inglaterra pasó a predicar a Alemania (673-755). Fué martirizado allí; su cuerpo está sepultado en Fulda.

(13) San Goar, anacoreta de Aquitania (585-649). Hizo vida solitaria en Oberwesel; elegido Obispo de Met, murió antes de hacerse consagrar, según pidió al Señor.

(14) Santa Hildegarda (1098-1179) abadesa del monasterio de las Benedictinas de Ruperberg .Escribió varios libros, como *Scivias, Liber vitae meritorum, Divinum operum.* Eugenio VI aprobó sus escritos.

(15) Santa Isabel de Schonau, fué abadesa benedictina de Schonau (Treveris). Escribió un libro de Revelaciones. Murió en 1129.

(16) Santa Genoveva, patrona de París (422-512). Salvó a París de la invasión de Atila y de la inundación del Sena.

(17) San Dionisio, obispo de París y mártir.

(18) San Martín, obispo de Tours y patrono de Buenos Aires (316-397).

(19) Santa Liduvina de Schiedam (1380-1433). Pasó treinta y ocho años enferma sufriendo como víctima por los pecados del mundo. Su vida está llena de éxtasis y visiones. Su Angel Custodio la llevaba frecuentemente al Paraíso terrenal donde encontraba a Enoc y a Elías.

manto. Vió a María de Oignes (Flandes) y muchas otras personas piadosas de aquel país. Llegó finalmente a las cercanías de Bockholt y encontró en los confines holandeses algunas personas piadosas. Al principio de su viaje a través de Sajonia había visto a Santa Gertrudis (1) *y Santa Matilde* (2) *y especialmente cuantas gracias y dones habían obrado en favor de la Iglesia. En las cercanías, donde yacía el joven martirizado, hizo temblar a un par de hombres que querían asesinar a un pobre cartero, para apoderarse de las cartas que llevaba".*

2. Ve cuadros de luz y sombra en diversos países y épocas.

Cuando llego a una comarca veo primero en la capital, como en un punto céntrico, el estado general del país, bajo la forma de oscuridad, de niebla y de frío; veo muy de cerca los centros principales de la perversidad y del mal y en seguida lo entiendo todo, porque veo imágenes de los peligros mayores. Veo que esta perversión deriva de fuentes y cenagales, como venenosas arterias que atraviesan el país. En medio de todo esto veo a todos los hombres piadosos en oración y a las iglesias en las cuales se encuentra el Santísimo Sacramento y los innumerables cuerpos de los mártires, y todas las obras de inocencia, de humildad, de fe, y otras semejantes que obran mitigando, concilando, interrumpiendo el mal o ayudando al bien. Luego tengo cuadros y símbolos del bien y del mal comprendidos en un cuadro general.

Cuando he visto los pecados y las abominaciones de un país o de una entera raza de hombres; cuando he visto el bien y el mal y he encontrado el veneno y la enfermedad hasta en sus fuentes, veo como necesarias consecuencias los sufrimientos, los castigos, la destrucción, la mutilación o la entera o imperfecta curación de la perversidad que, según el supremo bien que sana, obra en el país, o la caridad, el mérito y los sacrificios de otros que atraen del amor de Jesús un torrente de gracias y de salud. Así veo sobre particulares lugares y ciudades el peligro inminente o la destrucción en imágenes amenazadoras.

Veo un lugar como si se hundiese en el horror de la noche; en otro lugar veo lucha y efusión de sangre en batallas aéreas, y como en las nubes. De estas imágenes a menudo salta afuera más vivo un cuadro particular que tiene una importancia es-

(1) Santa Gertrudis, benedictina del monasterio de Hefta, donde estaba Santa Matilde de superiora. Escribió un libro de Revelaciones. Murió en 1303.
(2) Santa Matilde de Hacerborn, monja benedictina (1241-1298).

pecial. Y estos castigos y peligros no los veo aislados y dispersos, sino como encadenados y como consecuencias de otras vecinas comarcas, donde el pecado tiene manifestaciones desencadenadas en violencias y batallas. Así veo al pecado servir de vara para castigar la culpa.

Mientras estas cosas se desarrollan ante mi vista en las oscuras imágenes terrenas de varias comarcas, veo desarrollarse y germinar las buenas y luminosas semillas que se encuentran en ellas, en serie de cuadros, en una región superior. Veo sobre estas comarcas un mundo de luz que representa todo lo que fué obrado por los santos de ese lugar en favor de los hombres y toda aquella porción de méritos de Jesucristo que por medio de los tesoros de gracia de la Iglesia, fué como atraída al seno de aquella comarca.

Sobre iglesias devastadas, veo suspendidas en el aire iglesias de luz, y veo a los obispos y doctores, a los mártires, a los hombres de oración, a los videntes y a todos los elegidos de la gracia que allí han vivido. Penetro con la mirada en las imágenes de sus milagros y gracias y veo las más importantes visiones, revelaciones y apariciones que ellos han tenido; veo todos sus caminos y correlaciones, toda su acción eficaz sobre vecinos lejanos hasta en la más remota distancia.

Veo todo lo que ellos han hecho, y cómo esto fué destruído después; y, no obstante, la bendición siempre permanece sobre los senderos que han recorrido, y cómo por medio de piadosas personas que se acuerdan de ellos y los invocan, quedan siempre vinculados con la caridad, en relación con su patria y con su grey. Especialmente donde reposan sus huesos, éstos permanecen en íntima y secreta relación con sus almas, como fuentes de su caridad e intercesión. Por otra parte, sin una gracia especial de Dios, no sería posible ver tanta miseria y tanta abominación de los hombres, junto a tal caridad y misericordia de Dios, sin sentirse morir de pena.

3. Visita Münster, Paderborn, Venecia, Milán y otras ciudades de Italia.

Pasé sobre la diócesis de Ludgario (Münster) donde ví las mismas penas de siempre y atravesé la viña de Liborio (Paderborn) recién cultivada por mí y la hallé dispuesta para mejor estado. Atravesé los lugares donde descansan Nepomuceno, Wenceslao, Ludmila (Bohemia) y otros santos. Había allí muchos bienaventurados; sacerdotes piadosos vivos había pocos.

Ví que las personas buenas vivían ordinariamente como escondidas. Seguí siempre hacia el mediodía y llegué a una gran ciudad donde se levantaba una alta torre, en cuyo alrededor había muchos caminos y suburbios. Delante corría un caudaloso río. Dejando a la izquierda esta ciudad, llegué a un país elevado y montañoso donde en varios lugares, especialmente entre las personas que viven allí diseminadas, había algunos cristianos piadosos. Proseguí hacia el mediodía hasta llegar a una ciudad junto al mar, donde he visto recientemente a San Ignacio y sus compañeros. Allí ví también gran corrupción y ví a San Marcos (Venecia) y a otros muchos santos. Llegué también a la ciudad de San Ambrosio (Milán) donde recordé muchas visiones suyas y gracias obtenidas por medio de él, especialmente el efecto de su influencia en la conversión de San Agustín. Supe por él muchas cosas y cómo había conocido a una persona que tenía en cierto modo el don de discernir las reliquias. Tuve muchas representaciones relativas a estas cosas y creo que él habló de esto mismo en un libro. Se me dijo que a ninguna persona humana había sido concedido este don en el grado que se me ha concedido a mí; que la razón era que estas cosas estaban muy decaídas y era necesario restaurarlas.

Siguiendo mi viaje hacia el mediodía ví innumerables iglesias y santos enriquecidos con todo género de gracias; ví especialmente muchas obras, visiones y apariciones de San Benito y de todos sus compañeros. Ví a Clara de Montefalco, a Catalina de Sena y de Bolonia y muchas visiones y revelaciones que ellas tuvieron. En la gran visión que tuve en el obispado de San Ambrosio, parecía estar el santo hablando desde el cielo. Habló también de la diferencia de las visiones verdaderas y de las falsas; pero no puedo repetir sus palabras. Debo todavía decir que la mayor parte de las veces veía primero a los santos obispos, después a los sacerdotes y finalmente a los religiosos y religiosas a los ermitaños y a los legos, y especialmente las apariciones que ellos tuvieron de otros santos en casos apurados en que recibieron de Dios auxilio y consejo. Ví también aquí a Magdalena de Pazzi y a Rita de Casia. De Santa Catalina de Sena he visto muchas revelaciones y encargos que recibió de Dios.

4. En viaje a Chipre.

Estaba yo en viaje hacia la isla de Chipre (acompañando al Salvador en su viaje a aquel lugar) (*). Al dejar el continente,

(*) En las visiones de la vida de Nuestro Señor, que se publica en otro volumen, se habla del viaje de Jesús a la isla de Chipre.

tenía a mi derecha a Marsella, y una vez toqué la punta extrema de cierta comarca. Mi guía y yo avanzábamos siempre como en vuelo. Durante el camino yo tenía algo que hacer en diversos lugares y dar órdenes sobre diversos asuntos. Así una vez tuve que llevar un paquete oculto y entregarlo. Lo llevé cubierto bajo mis vestidos. A menudo, entre inquietudes y peligros, tenía que llevar cartas y superar graves obstáculos, exhortar a personas que rezaban, despertar a los que dormían, curar y vendar a enfermos, atemorizar a ladrones y delincuentes, consolar a prisioneros y avisar a otros que estaban en peligros.

Varias veces y otra en estos días pasados he avisado a un hombre, que llevaba una carta como aquella de Urías. Tenía escrito que el dador de la carta debía ser eliminado. Esto sucedió de Roma hacia aquí. Yo le pregunté: "¿Dónde vas tú? Vas por mal camino". El contestó: "No, la dirección está escrita en la carta". Entonces le dije: "Abre la carta y verás". Abrió la carta y vió allí escrito que debía ser muerto; y cambió de camino.

Tuve luego que trabajar en una obra muy difícil en torno de toda clase de ornamentos sagrados. Esto sucedió en aquella casa donde había visto un incendio en la primavera pasada. Tenía que preparar un alba para un obispo que debía ir lejos; no podía terminar mi trabajo y tuve que mendigar. Overberg me dijo que no quería dar para eso más que unos céntimos. Esto me afligió. Yo debía hacer el alba y terminarla, porque pronto tendría que morir. También en Suiza tengo que mendigar con mucho trabajo para concluir toda clase de géneros para vestidos de coro y llevar un pesado fardo hasta Roma, cuando esos vestidos estén preparados.

5. Es conducida a lugares tenebrosos llenos de pecados.

(1ª Semana de Adviento de 1819)

Esta noche he tenido que luchar incesantemente y estoy rendida de cansancio a causa de los esfuerzos que hice para defenderme de las tristes imágenes que he tenido que presenciar. Llevóme mi guía alrededor de la tierra y siempre a través de extensas y lóbregas cavernas, en las cuales ví errando a innumerables hombres ocupados en obras tenebrosas. Me parecía caminar debajo de lugares habitados y no veía por doquiera otra cosa que un mundo de pecados. A veces veía caer como desde lo alto nuevas muchedumbres en esta noche de vicios.

Ninguno de ellos se enmendaba: había más hombres que mujeres; niños casi ninguno.

Cuando ya no podía soportar más tiempo aquellas tinieblas mi guía me sacaba un momento a la luz, y así me veía en alguna pradera u otro lugar donde brillaba el sol; pero allí no había hombres. Luego volvía a ser conducida a las tinieblas y veía de nuevo ruindades, ceguedad, malicia, intrigas, venganzas, orgullo, engaños, envidia, rencores, homicidios, impurezas, horribles maldades, que nada aprovechaban a aquellos infelices, cada vez más ciegos y miserables, y cada vez más sumergidos en profundas tinieblas. Parecíame como si hubiera encima de esas cavernas, grandes ciudades, separadas de aquel tenebroso lugar por una corteza de tierra delgada, y que pronto se hundirían en lo profundo. Ví que todos aquellos malvados, estando en oscuros espacios, grandes y anchos, pecaban unos con otros en medio de una confusión y ruido semejante al de un mercado, formando grupos de toda especie y masas mezcladas unas con otras, y he visto como un pecado se convierte en muchos otros.

Parecíame a menudo internarme cada vez más en aquella noche subterránea. El camino descendía bruscamente en sendero horroroso, que se extendía alrededor de toda la tierra. Ví pueblos de todos los colores y vestidos, metidos en tales horrores. Muchas veces la angustia y el espanto me hacían volver en mí y entonces veía la apacible luna por la ventana de la habitación y pedía a Dios que no me mostrara aquellas imágenes tan horribles. Pero pronto volví otra vez a aquella tenebrosa noche y a contemplar aquel espantoso lugar. Me ví una vez en un mundo de pecados tan espantoso que, creyendo hallarme en el infierno, empecé a lamentarme en alta voz. Mi guía me dijo: "Yo estoy contigo y el lugar donde estoy dista mucho del infierno".

6. El subsuelo de París. - Cómo crucificarían de nuevo a Jesús.

Dirigíme entonces con gran anhelo a las almas del Purgatorio, deseando hallarme entre ellas. Fuí, en efecto, conducida al Purgatorio. Parecióme que este lugar estaba junto a la tierra. Ví allí indecibles tormentos, pero las almas estaban consagradas a Dios y no pecaban. Ví vehementes anhelos, hambre y sed de redención. Todas podían ver lo que a cada una de ellas le faltaba y esperaban con ansiedad. Sus dolores, soportados con paciencia y conciencia de sus culpas, y la imposibilidad de ayudarse a sí mismas, eran cosas inefablemente conmovedoras.

He visto también todos sus pecados. Estaban sentadas en diferentes profundidades, en medio del dolor y el desamparo,

unas hasta el cuello, otras hasta el pecho y hacían súplicas pidiendo socorro. Cuando oré por ellas y desperté, esperé verme libre de aquellas espantosas imágenes y así lo pedí a Dios fervorosamente.

Volví a ser conducida por los caminos más tenebrosos. Satanás me amenazaba innumerables veces y me presentaba horribles imágenes. Una vez salió a mi encuentro un demonio desvergonzado y, poco más o menos, me dijo estas palabras: "Es del todo necesario que bajes y lo veas todo para que allá arriba puedas brillar y hacer que todo esto se escriba". Le respondí que no me inquietara con sus necedades.

En cierto lugar parecióme ver una ciudad especialmente llena de vicios y minada; obra en la cual estaban ocupados muchos demonios que ya habían adelantado mucho en el trabajo. Creía yo que se vendría abajo en los sitios donde había grandes edificios. Muchas veces he creído que París vendría por tierra. Allí abajo veo muchas cuevas, pero no veo en ellas obras de escultura como en Roma.

Finalmente me pareció ver un gran espacio donde daba más abundamente la luz. Era como la imagen de una ciudad de nuestra Europa. Entonces se me mostró un espectáculo horrendo: vi cómo crucificaban a Nuestro Señor. Yo temblaba de espanto, pues eran los hombres de ahora los que lo crucificaban haciéndole padecer un martirio mayor y más horrible que el que padeció en tiempo de los judíos. Gracias a Dios que esto fué sólo una imagen. "Así, me dijo mi guía, tratarían ahora al Salvador, si el Señor pudiera padecer de nuevo".

Vi allí con espanto a muchas personas a quienes conocía, incluso sacerdotes. Vi también a mis perseguidores, y lo que habrían hecho si me hubieran tenido en su poder: habrían intentado obligarme, con tormentos, a confirmar sus torcidos propósitos.

Mi guía me ha dicho: "Ya has visto los horrores de la ceguedad y de las tinieblas de los hombres; ahora haz oración y no murmures de tu suerte, que es muy suave".

7. Va a España y ve allí muchos males y ve a varios santos de esa nación.

Desde aquí fuí por mares e islas y entendí los bienes y desdichas de ellas, notando que las más solitarias eran las más felices. Hacia occidente llegué a la patria de Javier (*)

(*) San Francisco Javier, apóstol de las Indias.

donde vi muchos santos y el país ocupado por soldados rojos. Vi gozar a este país de relativa tranquilidad en comparación con la patria de San Ignacio (*), adonde llegué, hallándola en espantosa desdicha. Vi extenderse las tinieblas sobre todo el país en el cual hay un tesoro de merecimientos y de gracias. En el centro de este país estaba yo. Reconocí el lugar donde hace algún tiempo había visto el cuadro en el cual algunos eran arrojados al fuego, y vi, por último, que los enemigos interiores se acercaron por todas partes y arrojaron al horno a los mismos que habían atizado el fuego. Vi extenderse por el país una confusión espantosa. Aquí es Babel.

Vi por todo el país una cadena de sectas secretas y una agitación como en Babel. Vi en este país perecer todo lo que es santo e implantarse la impiedad y la herejía. Acercábase también la guerra civil y con ella una ruína total. Vi las anteriores obras de innumerables santos y a esos santos mismos. Nombraré solamente a Isidoro (1), a Juan de la Cruz (2), a Juana de Jesús (3) y especialmente a Teresa, muchas de cuyas acciones y visiones he contemplado. Me fueron mostradas las obras de Santiago (4), cuyo sepulcro está en una montaña y vi que muchos peregrinos han encontrado aquí la salud.

Mostróme también mi guía la montaña de Montserrat y los ancianos ermitaños de los primeros tiempos que allí ha- habitaron, y tuve una visión muy conmovedora de ellos: vi que no discernían los días de la semana sino partían un pan en siete pedazos, uno de los cuales tomaban cada día y así contaban los días de la semana. Algunas veces, transportados en éxtasis, erraban la cuenta. Se les aparecía la Madre de Dios y les decía lo que debían anunciar a los hombres. Esta visión fué muy consoladora.

Vi, por otra parte, tantas y tales desdichas en aquel país y tantas gracias holladas y tantos santos e imágenes de ellos, que dije para mí: "¿Por qué he de ver yo, miserable pecadora, estas cosas? No puedo referir algunas, ni aun en gran par-

(*) San Ignacio de Loyola de Azpeitía (Guipúzcoa), fundador de la Compañía de Jesús.

(1) San Isidoro de Sevilla (560-636). Escribió *Etimologías u Orígenes*, como suma del deber de entonces.

(2) San Juan de la Cruz, de Fuenterrabía (1542-1591). Junto con Santa Teresa fué el reformador de los Carmelitas descalzos. Fué escritor y místico.

(3) Juana de Jesús (1583-1636), fundó una comunidad con reglas de San Agustín. Escribió himnos y libros ascéticos.

(4) Santiago apóstol, que predicó en España; fué martirizado en Jerusalén y sus restos trasladados a España.

te entenderlas siquiera". Entonces me dijo mi guía: "De lo que has visto, refiere lo que puedas. Tú no acertarás a contar las almas que leyendo esta relación algún día serán consoladas, animadas y sostenidas por ellas. Hay muchas historias de sucesos semejantes y gracias, pero en parte no fueron convenientemente escritas ni concebidas y las antiguas son desconocidas y están viciadas por criminales añadiduras. Lo que tú digas estará convenientemente concebido y redactado y producirá mucho fruto de bendiciones, que tú ahora no comprendes". Esto me consoló, pues en los últimos días estaba muy cansada y me había vuelto escrupulosa.

8. Visita a Irlanda y a Inglaterra.

Desde aquel infeliz país fuí conducida, caminando un tanto hacia el Norte, sobre el mar, a una isla donde había estado San Patricio (*). Aquí eran los habitantes casi todos católicos; estaban muy oprimidos, y tenían relaciones con el Papa, aunque muy en secreto. Había allí todavía gran abundancia de bienes, parque aquellas familias vivían en fraternal unión. Aquí recibí una advertencia e instrución acerca de la armonía que debe reinar entre los miembros de la Iglesia. Vi a San Patricio y muchas obras de gracia del Santo. Supe por él muchas cosas, algunas relativas a grandes visiones que tuvo del Purgatorio en una caverna. Supe que reconoció a muchos en el Purgatorio y los libertó y que se le apareció la Santísima Virgen y le decía lo que debía hacer.

Desde la isla de San Patricio fuí, por un mar angosto. a otra gran isla muy oscura, nebulosa y fría. Vi en varios lugares grupos de sectarios piadosos, pero fuera de ellos todo estaba en gran fermentación. Casi todo el pueblo estaba dividido en dos partidos, que hacían un tráfico oscuro y nada limpio. El partido más numeroso era el peor; el otro tenía consigo a los soldados, pero valía poco, con ser el mejor. Vi que era inminente una gran confusión y lucha y que triunfó el partido menos numeroso. Era aquél un estado de cosas abominable; unos hacían traición a los otros y todos se observaban y parecían espiarse mutuamente.

En este país vi a muchos amigos de Dios de otros tiempos, a santos reyes, obispos y propagadores del cristianismo

(*) San Patricio, apóstol de Irlanda y obispo de Armagh, logró hacer con sus predicación del pueblo irlandés una nación verdaderamente católica, a pesar de las persecuciones que durante siglos sufrió por causa del protestantismo de Inglaterra. Murió en 493.

que han influído en nuestra patria. Vi a Santa Valburga y al rey Eduardo (1); a Edgardo (2) y a Santa Ursula (3). Aprendí que la historia de las once mil vírgenes, tal como se refiere, diciendo que fué un ejército de doncellas, no es exacta. Formaban una asociación, una hermandad, como son ahora las congregaciones benéficas de señoras y doncellas. No vinieron todas juntas a Colonia; muchas vivían en diferentes lugares y otras moraban juntas.

En aquel país nebuloso (Inglaterra) he visto mucha miseria, muchas riquezas, muchos vicios y muchos barcos.

9. Suecia, Noruega y Rusia.

Desde allí fuí por mar hacia Oriente y llegué a un país frío, donde vi a Santa Brígida (4) y a los santos Canuto (5) y Eurico. Era este país más tranquilo y más pobre que el anterior, pero también frío, nebuloso y oscuro. Había allí much hierro y el suelo no era fructífero. No recuerdo todo lo que vi y lo que hice allí. Todos eran protestantes.

Desde allí fuí a un inmenso país enteramente oscuro y lleno de malicia (Rusia), en el cual se formaban grandes tempestades. Los hombres eran sumamente orgullosos; edificaban grandes iglesias y creían que tenían razón (ortodoxos). Vi armar y obrar por todas partes: y todo era oscuro y amenazador. Vi allí a San Basilio (6) y a otros santos. Entonces seguí mi viaje hacia Oriente y Mediodía.

10. Va al Ganges, Persia, Egipto, Abisinia y Sicilia.

Volví de aquel lugar descendiendo siempre por un escarpado sendero. Entonces vi surgir extremidades de la tierra; vi los ríos como cintas de plata, mares como espejos, bosques y ciudades y finalmente descendí a la tierra junto al Ganges (*).

---

(1) San Eduardo, rey de Inglaterra, muerto en 975.

(2) San Edgardo II, rey de Inglaterra y mártir en 962.

(3) Santa Ursula, que salió de Inglaterra con sus compañeras y fueron martirizadas por los hunos en las costas de Alemania.

(4) Santa Brígida, de Suecia (1302-1373), madre de Santa Catalina de Suecia. Escribió un libro de Revelaciones.

(5) San Canuto IV rey de Dinamarca, martirizado allí mismo en 1086.

(6) San Basilio el Magno, obispo de Cesárea (329-379), hermano de San Gregorio de Niza. Es autor de las famosas *Epístolas*.

(*) Es creencia de los Indos que muriendo a orillas del Ganges, de aguas sagradas, se borran los pecados y se tiene segura entrada en el cielo, por eso están sembradas de templos paganos las orillas del río y de piadosos enfermos que esperan allí la muerte.

Mirando hacia atrás apareció el camino a manera de un tenue resplandor que se perdía, como una centellita, en el sol. Los buenos indios, a quienes vi orar hace poco ante una cruz, habían edificado una iglesia muy hermosa vestida con ramas entrelazadas. Hallábanse muchos reunidos celebrando los divinos oficios.

Desde allí fuí atravesando la Persia, al lugar donde pasó el Señor, antes de la crucifixión. En aquella comarca no quedaba otra cosa que hermosos frutales y restos de una viña que el Señor había plantado. Desde allí fuí a Egipto y después atravesé la Abisinia. Luego hice un admirable camino, andando sobre las aguas de Sicilia, donde vi muchos lugares asolados y abandonados.

Después pasé sobre las montañas, no lejos de Roma. Más tarde vi, en un arenal, junto a un pinar, una gavilla de ladrones que intentaban sorprender un molino que había no lejos de allí. Cuando mi guía y yo llegamos cerca de ellos, uno de los ladrones tuvo miedo y dijo a los otros: "Siento mucho temor; me parece que hay alguien aquí, detrás de nosotros". Todos huyeron.

¡Estoy tan cansada de este viaje! Especialmente por haber transportado a aquella alma tan pesada, estoy tan rendida, que me siento llena de dolores. En este viaje he visto otras muchas cosas de las que ya no me acuerdo bien.

11. Atraviesa la Palestina y luego un país extraño.
(9-10 de Diciembre de 1819)

En la noche pasada he atravesado, en muchas direcciones, la Tierra Prometida, y la he visto tal cual era en tiempos de Nuestro Señor. Ante todo, llegué a Belén como si fuese al encuentro de la Sagrada Familia. Luego recorrí todos los caminos ya conocidos por mí, pasando de un lugar a otro, y he tenido visiones de la vida pública del Salvador. Así lo vi también, aún antes de su aparición en público en el mundo, distribuir pan al pueblo reunido, por medio de dos individuos que junto a Él se encontraban, y después de esta distribución, contar una parábola. Aquella gente estaba sentada en la falda de una colina, a la sombra de árboles altos y delgados, que sólo en la cumbre tenían una corona de hojas. Bajo aquellos árboles crecían espesos matorrales, de los cuales pendían toda suerte de frutos colorados y amarillos, semejantes a las moras. Fuentes de agua corrían separadas desde aquella altura hacia abajo.

Todo estaba tapizado de hierba blanda, muelle y fina como seda, debajo de la cual había un estrato de tupido musgo. Toqué algunas de aquellas hierbas; pero si me dirigía a algunos de los otros objetos allí presentes, ellos se alejaban de mi mano y reconocí ser aquello sólo un cuadro de tiempos pasados. Las hierbas las toqué y sentí el contacto con mis dedos.

El Señor vestía, como siempre, una larga túnica de lana amarillenta; los cabellos aparecían divididos sobre la frente y descendían, largos, sobre sus espaldas. Su aspecto era serio, tranquilo y luminoso; su frente blanca y reluciente. Los dos que dividían el pan, lo hacían partiéndolo. La turba acudía. Hombres, mujeres y niños se saciaban y luego se sentaban. Detrás del Señor había un estanque. Así vi muchos cuadros de este género y pasé rápidamente de uno a otro lugar.

Luego volví a emprender el viaje partiendo de Jerusalén hacia el Oriente. Muchas veces llegué hasta grandes extensiones de agua, y pasé sobre montañas, por las cuales habían pasado los Magos que vinieron de Oriente. Atravesé comarcas habitadas por muchas poblaciones; pero no me detuve en estos lugares; por lo general eran desiertos. Después llegué a un lugar donde hay gran frío y fuí llevada a regiones más altas. La superficie del suelo era allí sumamente elevada. A lo largo de aquella cadena de montañas se extendía, desde Occidente hasta el Sur, una grande y extensa senda, sobre la cual vi moverse y caminar grandes turbas de hombres. Una clase de estos hombres eran de pequeña estatura, muy ágiles y veloces, y llevaban astas con banderas; otros eran de grande y elevada estatura. Entre ellos no había ningún cristiano.

12. Libra del naufragio a los tripulantes de un barco.
(22 de Enero de 1820)

Fuí súbitamente llamada por una oración ferviente y ví en la costa del mar a un hombre anciano, que estaba orando con suma inquietud. Había mucha nieve y muchos pinos y otros árboles semejantes de hojas puntiagudas. Aquel hombre llevaba una gruesa piel y una gorra tosca con una trenza, también de piel. Habitaba en una gran casa aislada, a la cual pertenecían otras más pequeñas que había en los alrededores. Iglesia no se veía ninguna, pero sí otra casa grande, que parecía escuela. En aquel hombre se advertían señales de gran bondad. Su hijo, lleno de cólera, dejó la casa paterna y se alejó de su tierra embarcándose; era muy disoluto. Yo estaba mirando el barco; en él

había grandes tesoros en oro y mercancías. El padre, que presentía el gran peligro que corría el barco a causa de la tempestad, experimentó grande inquietud, temiendo que su hijo pereciera en pecado juntamente con el barco. Hizo oración con mucha instancia y envió por toda la comarca criados y criadas con limosnas, pidiendo que rogaran por él. Él mismo se encaminó a un bosque donde moraba un piadoso solitario en quien tenía mucha confianza, para pedirle oraciones. Todo esto lo ví del lado de allá del mar y ví el barco donde iba el hijo entre las olas turbadas del mar en muy grave peligro. Era un barco muy grande como una iglesia. Ví a los hombres subir y trepar por las cuerdas y gritar. Entre ellos había pocos piadosos. Ví al hijo, cuyo aspecto era una imagen de la desesperación.

Pedí a Dios con todas mis fuerzas y ví a lo lejos en otros lugares a otros que también oraban, especialmente al anciano del bosque. Rogué con mucho fervor, con vivas instancias y atrevida confianza. Debí haber sido demasiado atrevida, porque fuí reconvenida; pero no dejé por eso de orar. Me parecía que no iba a ser escuchada; pero la necesidad que yo estaba viendo era tan viva, que no cesé de clamar y de pedir hasta que ví al barco entrar en una ensenada, defendida por rocas que formaban una especie de muralla. Entonces podían estar ya seguros. De esto el padre recibió también cierta noticia interior y yo tuve confianza en que su hijo se enmendaría. Por esto dí gracias a Dios. Acerca de las relaciones del padre con el hijo, pues la madre ya no vivía, supe toda la historia, que ya he olvidado completamente.

13. Yendo de viaje socorre a varios hombres heridos.

(8 de Marzo de 1820)

Esta última noche, yendo de viaje, he llegado a un lugar donde había caído mucha nieve, y allí he visto a dos hombres que eran apaleados por otros. Uno de ellos cayó muerto. Me apresuré a ayudarles y me pareció que se asustaron los asaltantes. El otro vivía aún. Vinieron algunos parientes y lo condujeron a un lugar vecino, donde había médico. Conocí en la oración que este hombre habría de sanar. Bien sé que no me es dado tomar sobre mi nuevas cargas; pero quise de muy buen grado satisfacer por sus penas y en efecto recibí una parte de ellas.

Me vi después haciendo un largo viaje, al volver del cual anduve de nuevo por la nieve. Cuando estaba ya cerca de mi

país, entre otras desdichas, vi dar una caída peligrosa en la nieve, de la que ya no podía salir, a un infeliz hombre hambriento, que buscaba con que sustentar a sus hijos. Yo le alcancé en aquel apuro salvación y sustento.

Sea cualquiera el juicio de los demás sobre estas cosas, la voluntad de Dios es que yo haga y padezca todo esto. Lo mismo he hecho desde mi juventud y he sido llamada por Dios a tales obras de misericordia. Cuando tenía cuatro años oí a mi madre gemir y lamentarse: estaba con dolores de parto por causa mi hermana. Yo dormía junto a una mujer anciana y no cesaba de repetir y pedir a Dios, diciendo: "Yo quiero sufrir los dolores de mi madre; dame los dolores de mi madre".

14. Viaja por diversos países y ve las necesidades y las consecuencias de los pecados.

(2 de Julio de 1820)

Le fué dicho que era necesario viajar y que debía ver las miserias y necesidades del mundo. Fuí conducida a la diócesis de San Ludgario (Münster); a la de San Pedro (Roma), y ví por todas partes, bajo la forma de grados diferentes de oscuridad, frío y nieblas, el lamentable estado en que se hallaban los hombres y la Iglesia. En medio de esta oscuridad resaltaban aquí y allá algunos puntos luminosos: hombres que resplandecían, a los cuales ví haciendo oración y perseverando en el verdadero camino.

Ví estas representaciones no sólo en general, sino en particular: en todos los lugares adonde llegué fuí conducida junto a los necesitados, a los que estaban abandonados, enfermos, oprimidos y cautivos, por los cuales oré y a los cuales consolé y presté todo género de auxilios. En todas partes ví el estado de la Iglesia y los santos de cada país, los antiguos obispos y mártires, las religiosas y solitarios, y, en suma, todos aquéllos que habían implorado y obtenido la gracia de Dios sobre cada uno de los países. Especialmente me fueron mostrados todos aquéllos que habían tenido visiones, muchas de las cuales ví y cómo se habían aparecido a otros en la oración y otros a ellos, y cómo de esa manera obraron eficazmente. Ví que nunca habían faltado estas personas en la Iglesia ni semejantes visiones y auxilios, desde los primeros siglos de su fundación; y que estas visiones son una de las gracias más eficaces en favor de la salud y de la íntima unión de los miembros de la Iglesia. Ví en todas partes los sagrados cuerpos, sus efectos, su relación con los

santos y las bendiciones que producían en torno suyo. De esta manera se puede tener concepto de lo que ví en todas partes.

En medio de estas amplísimas visiones no tenía yo otra alegría que la de ver a la Iglesia fundada sobre la roca y ver que el amor consiste en obedecer a la Iglesia e imitar a Jesús. Se me dijo que en el Antiguo Testamento Dios envió ángeles a los hombres y les habló en sueños, lo cual no era tan claro y perfecto como los avisos espirituales que reciben los cristianos, habiendo, no obstante, aquellos antiguos seguido tales avisos con fidelidad y sencillez.

15. Ayuda a una pobre familia de arrendatarios.
(16 de Julio de 1820)

Hube de hacer un largo viaje acompañada de mi guía. Fuí a una ciudad del Norte. Vivía allí en una casita, aislada, pobre y miserable, una familia de arrendatarios sobre los cuales pesaba la amenaza de ser lanzados de su casa y del huerto y de caer en el abismo de la miseria. La razón de esto no la sé. Ellos confiaban en mí, y en medio de su espantosa angustia esperaban que yo pidiera a Dios que los socorriera. Tenían muchos hijos; con ellos había niños de poca edad y lejos de allí ví otros hijos ya mozos y uno de ellos persona distinguida, que viajaba mucho por razones de negocios, el cual pedía con fervor a Dios por sus padres; me parecía como si detrás de mí una hija suya me impelía hacia ellos. El padre se había enmendado, pues antes no había sido tan bueno. La mujer parecía contar más años que él. Yo me sentía impulsada hacia aquel lugar, pues ellos me atraían con sus oraciones y mi guía me mandó que fuera con él.

Una cosa tenía conmigo que no sé lo que era, ni siquiera si era real o alegórica. En el viaje ví levantarse en medio del camino una elevada montaña que al parecer no podía ser franqueada. Me acordé de la palabra de Jesús: que la fe es capaz de trasladar las montañas. Cuando, poseída de esta verdad, seguí adelante, la montaña se hundió ante mis pies y el terreno se volvió llano. Atravesé luego la comarca donde en otra ocasión había visto a un padre de familia salvarse de la muerte por la virtud de la oración en medio de los mayores peligros. Seguí caminando a través de un país montañoso y ví a Santa Eduvigis a mi derecha, y en el camino, a otros santos encima de las regiones que estaban bajo su protección o donde descansaban sus cuerpos. Los moradores del lugar adonde debían ir habitaban cerca de una ciudad pequeña, en una miserable casita. Cuando

llegué era allí de noche. El marido se había levantado, creo, por haber oído cierto ruido. La mujer estaba en cama, llorando. No sé lo que hice ni qué llevaba; pero fueron consolados y ayudados. Cuando salí de aquel lugar había pasado el peligro que les amenazaba. Volví por otro camino, y, de regreso, hice muchas cosas, entre ellas impedir un robo.

16. Viaje a la isla de Cerdeña.
(Agosto de 1820)

Ayer, durante toda la tarde, me pareció tener que viajar, pues me llamaba un hombre pidiendo oraciones y auxilio. La noche última tuve una visión en la cual vi que en una isla en la baja Italia se habían cometido espantosos homicidios y robos, los cuales volvían a repetirse, y que había entre los facciosos un hombre que no cesaba de clamar a Dios y a la Virgen diciendo que si bien había vivido muchos años en la impiedad, ahora quería firmemente enmendarse. Vi que aquel hombre tenía mujer e hijos y que la mujer era de los que cometían los mayores excesos y violencias. En los tristes días de su vida irreligiosa había llevado aquél una imagen de la Madre de Dios pintada en un pergamino o cosa semejante, cosida al vestido entre los ojales, de la cual nunca se había desprendido y alguna que otra vez se acordaba de la Virgen. Esta imagen era azul y dorada, hecha con arte.

Vi que aquel hombre era como cabecilla inferior entre muchos sediciosos durmientes, que tenían armas, aunque no usaban uniforme. Cualquiera diría que al llegar la mañana iban a efectuar alguna sorpresa, pues estaban en campo raso delante de cierto lugar. En aquella isla reinaba la desolación. Vi que muchos buenos recibieron la muerte y la recibirán todavía para no ver la desolación que les amenaza. Vi la terrible angustia, la espantosa confusión y la exasperación de los ánimos. La plebe era paupérrima y en gran parte supersticiosa. Vi a aquel infeliz, en medio de la gran agitación de su conciencia, invocar siempre a Jesús y a María. "¡Ah, decía para sí mismo, si es verdad lo que enseña la religión, la Virgen ruegue por mí, para que no muera en pecado; de otro modo me condenaría eternamente! ¡Ojalá ella me ayude, pues no veo el modo de librarme yo mismo!".

Tuve también una visión de Santa Rosalía y de su fiesta, después de la cual empezaron aquellas crueldades. Apenas vi la angustia y miseria de aquel pobre hombre, empecé a ro-

gar por él de todo corazón, para que Dios se dignara compadecerse de su alma y salvarle. Al mismo tiempo, sin que notara que hacía un viaje, me vi junto a él en medio de sus camaradas que dormían. Yo no sé todo lo que le dije; sólo recuerdo que le mandé que se levantara y huyera, porque allí no tenía nada que hacer. No creo que él me viera; creo que sólo sintió una conmoción interior. Dejó a los malhechores, corrió hacia la orilla del mar y entró en un bote dotado de remeros y de una vela. Yo estaba allí con él. Llegamos, durante la tranquila noche de luna, sin novedad particular, a la capital de la isla (Cerdeña), donde hay dos religiosas estigmatizadas. Allí lo dejé en seguridad; quería enmendarse y vivir piadosamente, sin que nadie lo conociera. Visité a la religiosa de Cagliari, que vive en casa de una piadosa mujer; goza de buena salud y hace oración por las necesidades comunes. Vi también a Rosa Serra en el convento de capuchinas de Ozieri, ya muy anciana, enferma y demacrada. Las religiosas eran muy buenas y muy pobres. En aquella comarca reinaba la paz.

17. Va a Siracusa y aconseja a un hombre angustiado.

(2 de Setiembre de 1820)

He visto la fiesta de San Evodio, en Siracusa, y en ella a un hombre piadoso que invocaba al santo con mucha fe. En medio de la gran inquietud en que se hallaba, a causa de los disturbios del país, quería salir de allí; pero tenía muchos hijos y su mujer no quería salir. Me fué mandado que le dijera a él que debía partir. Era por la tarde cuando entré en el patio de su casa donde él se hallaba paseando, muy intranquilo. No me preguntó quien era yo; nos hablamos y yo le dije que debía partir solo si su mujer no quería acompañarle y que ella le seguiría después. Así lo hizo.

18. Ayuda a fugitivos de Sicilia.

(13 de Octubre)

Esta noche me he encontrado en el mar con un barco sin velas ni timón en medio de una tempestad. El barco estaba lleno de fugitivos de Sicilia. Mi guía me dió una vara de hierro con la punta redonda, para que yo empujara el barco, pero la vara de hierro se escurría. Pedíle otra que fuera puntiaguda. Pero él me dijo que aquella obra debía hacerla yo con trabajo y así lo hice. Los fugitivos llegaron felizmente a tierra firme.

19. Salvación de una familia francesa en Palermo.

Hace varios días he visto diversas representaciones de un suceso que hasta esta noche no se ha verificado. Me fué mostrada una familia en aquel desdichado lugar donde se han efectuado esas matanzas. Ocupaba esta familia una posición espectable; la constituía el marido, la mujer, varios hijos ya mayores, y un criado que había sido esclavo, moreno, de cabellos rizados y muy hábil. Vi cómo había ido a establecerse allí esa familia francesa. Antes de la revolución vivían muy felices en Francia: eran muy buenos y piadosos, sobre todo, muy devotos de la Virgen, ante cuya imagen encendían una luz los días sábados y hacían oración en familia. El esclavo no era aún cristiano, pero bien inclinado y muy habilidoso. Es alto, esbelto y tan ligero y flexible que me daba placer ver cómo servía a sus patrones. No he podido sufrir nunca a los hombres rígidos, inmóviles y lentos; muchas veces creo que las almas de los hombres activos se conmueven más fácilmente.

Vi que el señor de la casa y todos estimaban al esclavo y deseaban que Dios se dignase concederle un movimiento interior para abrazar le religión, y que el señor y la señora de la casa se lo pedían muchas veces a la Virgen Santísima. Vi que el esclavo cayó enfermo y que la víspera de la Asunción llegó a él su señor y le llevó una imagen de la Virgen diciéndole que, ya que no podía hacer otra cosa, le tejiera una guirnalda de flores para esta imagen; que mirara que aquella Señora a quien la imagen representaba, podía curarle y tener piedad de él ante Dios y que al tejer la guirnalda pusiera allí todo el amor de que era capaz su corazón. Vi que el siervo aceptó con alegría el encargo de su patrón e hizo una guirnalda extraordinariamente bella y artística y que estando en esto se sintió interiormente turbado. Vi también que por la noche se le apareció la Madre de Dios, la cual le curó y le dijo que le había gustado la guirnalda; que fuera y dijera a su señor que le instruyera y preparara para recibir el bautismo. Así lo hizo el siervo al día siguiente. Vi que el señor, que tanto había pedido a Dios aquella gracia, se alegró mucho de ver realizados sus deseos. Vi que el esclavo se hizo cristiano y muy devoto de la Madre de Dios. En todas sus fiestas le hacía una guirnalda y cuando no tenía flores, la hacía de papel de varios colores. Todos los sábados encendía una luz ante la imagen de la Virgen y era muy piadoso.

No dejó sin recompensa la Madre de Dios la piedad de esta familia. Estando en grave peligro durante la revolución, llegó felizmente a Sicilia. Después este hombre adquirió grandes riquezas: poseía edificios magníficos, jardines y casas de campo, numerosa familia y mucha prosperidad. Pero ya no era tan piadoso como antes; había tomado parte en toda clase de negocios malos. Desempeñaba un empleo público y, no obstante, se había afiliado al partido rebelde. Hallábase en situación tal que ya no podía volver atrás: o se iba decididamente con los rebeldes o corría gravísimo peligro su misma vida. Todavía quedaban en casa restos de las antiguas buenas costumbres; seguía encendiéndose la luz todos los sábados en honor de la Madre de Dios. El buen criado quedó mucho mejor que su amo y seguía tejiendo guirnaldas a la Virgen. Yo estuve muchas veces con esta familia exhortando al marido y a la mujer, y les recordé los tiempos en que eran piadosos e inocentes, cuando se convirtió el esclavo por medio de la guirnalda que había tejido a la Virgen, antes de aquella misma fiesta, en aquel mismo día del año. Les mostré el estado de sus almas de entonces y cuan diferente era del actual y les exhorté a que tejieran, como en otro tiempo, una guirnalda con todos sus pecados y malas obras y la quemaran en la fiesta de la Virgen con sincero arrepentimiento, y a que salieran del país cuanto antes. Tomé del brazo al caballero y lo desperté; él despertó a su mujer. Ambos se refirieron mutuamente el mismo sueño y se sitieron conmovidos. El criado tenía entonces encendida la luz con motivo de la fiesta. Después he vuelto allí de cuando en cuando para persuadir a aquel hombre. Costábale mucho trabajo dejar la casa, los campos y la grande abundancia en que vivía; pero la última noche lo hallé ya resuelto. Tenían mucho oro, más de lo que necesitaban. Todo lo dejaron y en un gran barco partieron para la India, porque había oído decir el marido que allá en cierta isla florecía la religión. De esta suerte volvió a su patria aquel buen criado.

Vi la espantosa desolación que reinaba en Sicilia. Los habitantes del país se espiaban unos a otros continuamente. He visto también a la mujer de aquél que se salvó huyendo a Cerdeña. Estaba tan poseída de furor que hubiera derramado la sangre de su marido; ella fué quien principalmente le condujo a tomar parte en la revolución. Por su parte, aquél se hallaba tan conmovido en su huída que se volvía en espíritu a todos los santuarios. En Cerdeña se confesó. Me pareció admira-

ble lo que me fué dicho: que aquel hombre vendría a nuestro país y que quizás le vería yo aquí.

(14 de Octubre). He visto a la familia francesa con su criado llegar a la isla, donde fueron muy bien recibidos.

20. Escena de las catacumbas.

Me hinqué en una sala subterránea que parecía una cueva de mineros. Muchas personas estaban arrodilladas en el suelo. Había antorchas en los muros y otras dos sobre el altar de piedra que tenía un tabernáculo también de piedra con una puertecita. Un sacerdote decía Misa y el pueblo respondía. Al fin sacó del tabernáculo un cáliz que me pareció de madera. Tomó el Santo Sacramento y lo dió a los asistentes sobre pequeños lienzos blancos, que ellos ponían con cuidado sobre sus pechos. Después se separaron.

21. Socorre a un hombre y a una mujer en el Siam.
(12 de Noviembre de 1820)

He llegado a un vasto yermo, donde he visto a un hombre y una mujer en el estado más miserable, arrodillados y clamando al cielo. Me acerqué a ellos y me preguntaron qué tenían que hacer, añadiendo que me lo preguntaban a mí porque yo era la persona que les había sido prometida para que los consolara, cuando tantas veces habían clamado pidiendo auxilio. Yo no sé si antes había visto su estado miserable o si ellos mismos me lo refirieron. Ambos habían sido conducidos a aquel desierto en castigo de un gran crimen. Debían de haber sido mutilados, mas por compasión no lo fueron. Habían hecho penitencia con sus padecimientos y miseria y no sabiendo nada de Dios y habiendo pedido en ferviente oración ser instruídos, el Angel de la Guarda les había prometido en sueños que Dios les enviaría una persona que les diría qué tenían que hacer. Vivían en una cueva y como todos los años llegaban allí cazadores, tapaban la entrada con ramas y ponían delante el cadáver de algún animal salvaje. Cuando los cazadores sentían el mal olor se alejaban de aquel lugar, teniéndolo por impuro, según una antigua creencia; de esta suerte estos desdichados vivían ocultos. Hallábanse abatidos casi por completo a causa de la tristeza y de la carencia de todas las cosas.

Yo les dí toda clase de consuelos y les aconsejé lo que Dios me inspiró; les dije que el consorcio pecaminoso en que vivían

era abominable en presencia de Dios y que debían separarse hasta que, instruídos en la fe cristiana, pudieran unirse de modo espiritual. Esto lo entendieron ellos con mucha dificultad y les pareció muy difícil, porque eran como animales. Les indiqué la manera cómo debían llegar al lugar donde florecía el cristianismo en aquellas comarcas, adonde he enviado otras muchas personas de Sicilia para que fuesen instruídas. No me acuerdo ya de ninguna otra cosa sobre esta visión.

22. Va a una isla donde hay refugiados de Sicilia.

Estuve además en aquella isla donde los cristianos fueron bien recibidos por los paganos. Ví en ella muchas cosas nuevas. Hallábase en esta isla aquel caballero francés que había salido de Palermo, el cual había edificado una casa para recibir y albergar a sacerdotes en ella. Por desgracia había en aquel lugar pocos sacerdotes católicos; los más eran enviados de otras sectas.

En este viaje ví en el mar un barco que se hallaba en muy grave peligro de naufragar, pues no pudiendo navegar adelante, estaba a punto de irse al fondo del mar. En torno del barco se veían muchos malos espíritus. Iba en él toda una familia de Sicilia, desde el abuelo hasta los nietos, los cuales no podían seguir adelante, porque en medio de los tumultos se habían apoderado de muchos tesoros de la iglesia, con los cuales pensaban construir magníficas casas en el lugar donde desembarcaran. Díjeles que ciertamente se irían a pique si no renunciaban a aquellos bienes injustamente adquiridos y no los restituían. Pero ellos no sabían cómo restituirlos sin ser descubiertos. Por último les aconsejé que los depositaran en la orilla y en ellos pusieran el nombre y demás señas de su legítimo dueño, en lugar donde pudiesen ser encontrados por otros barcos y así pudiesen ser llevados a sus dueños. Yo sabía que Dios cuidaría de esto. Habiendo seguido ellos mi consejo, pudieron continuar el viaje sin ningún obstáculo

23. Va a Paderborn y convierte a una joven mundana.

(Noviembre de 1820)

Hice un largo viaje en el cual he tenido que trabajar mucho. Entre otros muchos casos que he visto me acuerdo claramente del siguiente: condújome mi guía al país de Paderborn, a una casa situada junto al camino y me dijo: "En esta casa hay una joven llena de vanidad y debes excitarla a que haga penitencia.

Te daré el habla y la voz de la hija de un vecino, muy piadosa, y cuando la joven esté desvistiéndose, le hablarás". Ví entonces en varias imágenes toda la vida de esta joven. Era vana, presumida, aficionada al baile, disoluta y engañaba a los jóvenes, uno tras otro. La ví entrar en su habitación después de haber estado en un baile y empezar a despojarse para acostarse.

Me acerqué a ella y le dije: "Debes dejar estas galas y este género de vida y no servir más al demonio, sino sólo a Dios, que ha creado tu cuerpo y tu alma y te ha redimido con su sangre". Cuando la joven oyó estas palabras, se turbó y enfadó mucho, diciéndome que podía volverme a mi casa y que no necesitaba de maestra, pues sabía muy bien lo que hacía. Después de haberse acostado, sin rezar, y dormido un poco, mi guía me dijo: "Háblale otra vez. Yo le mostraré algunas imágenes donde se le represente la vida que lleva". Estas imágenes no las ví yo; pero se que vió al demonio, que se vió a sí misma y vió a sus festejantes. Mi guía nombró a Satanás con otro nombre; creo que le llamó Príncipe del mundo. Yo le dí una embestida y ella se levantó temblando de miedo y de angustia; se arrodilló en su cama y dijo con temor todas las oraciones que sabía. La ví ir corriendo adonde estaba su madre y referirle su angustia, diciéndole que no volvería ya a los bailes. La madre intentó calmarla, pero no lo consiguió. A la mañana siguiente fué, como yo le dije, a buscar un confesor, a quien refirió toda su vida. Llegué a tener esperanza cierta de su enmienda.

24. Habla de Santa Ermelinda.
(28 de Octubre de 1821)

Esta noche he visto a la santa doncella Ermelinda. A los doce años trató honestamente a un joven con el cual sus padres querían desposarla. Era una joven noble y rica y vivía en una gran casa. Una vez intentó salir al encuentro de aquel joven; pero se le apareció Jesús y le dijo: "¿Por ventura no me amas tú a mí más que a aquél?" Ella respondió de mil amores que le amaba más que a otro cualquiera y Jesús fué con ella a su habitación y dándole un anillo la hizo su esposa. Ví que al punto Ermelinda se cortó el cabello y que dijo a sus padres y a aquel joven que ella se había desposado con el mismo Dios.

Pedí a la Santa que me condujera junto a los moribundos y a las ánimas benditas y me pareció que me iba con ella por Holanda. Fuí trabajosamente atravesando mares, valles, hornagueros y cuevas. Estuve en compañía de muchos infelices que

carecían de sacerdotes. Los consolé, los socorrí y rogué por ellos en todas sus necesidades.

25. En compañía de Santa Francisca Romana va a Roma.

(7 de Octubre de 1822)

He hecho un viaje sumamente penoso. He estado en Roma, en las catacumbas. He visto la vida de un mártir que vivía secretamente con otros. Había convertido a muchos. Vivió poco tiempo después de Tecla (*). De su nombre no me puedo acordar. Cuando era niño aún iba a las catacumbas y a las cárceles en compañía de piadosas mujeres a consolar a los cristianos. Fué martirizado con otros muchos compañeros. Había vivido por algún tiempo escondido en la soledad. Padeció crueles tormentos y por último fué decapitado. Estuve con Francisca Romana y ví a este mártir en las catacumbas, en una cueva cuyo suelo estaba cubierto de lucientes flores, que representaban los tormentos del mártir y de sus compañeros que habían dado la vida por Jesucristo. Había allí especialmente muchas rosas blancas muy hermosas, una de las cuales vino a posarse sobre mi pecho *(las reliquias de ese santo)*.

Estuve además en muchos lugares donde ví innumerables flores, que eran los padecimientos de los mártires, que apliqué a la Iglesia por sus actuales necesidades. Cuando atravesé a Roma con Francisca Romana y aquel santo mártir, vimos un gran palacio ardiendo completamente *(el Vaticano)*. Temí que los moradores del palacio fueran abrasados por el incendio, pues nadie lo apagaba. Cuando nos acercamos, se extinguieron las llamas y vimos el palacio ennegrecido y ahumado. Recorrimos magníficas salas y llegamos al lugar donde se hallaba el Papa. Estaba a oscuras, durmiendo en un sillón, enflaquecido por las penas, sin fuerzas para andar. Por delante de la puerta pasaban y cruzaban personajes ilustres. Los sacerdotes que vivían cerca de su persona, no me agradaban; parecían falsos y tibios. Los piadosos y sencillos que veo algunas veces con él, vivían en lo más apartado de la casa. Hablé largo tiempo con Su Santidad, pero no puedo declarar el modo como me parecía estar allí, pues me hallaba en extremo débil y los que allí estaban tenían que sostenerme de continuo. Le hablé de los

(*) Santa Tecla, virgen y mártir, hacia fines del siglo primero, escuchó la predicación de San Pablo, en Iconio de Licaonia, y se hizo cristiana. Martirizada de muchas maneras, se vió libre de sus verdugos milagrosamente y murió a los 90 años en Seleucia.

obispos que iban a ser nombrados. También le dije que no saliera de Roma; que de esta salida se originaría gran confusión en todas las cosas. Pero el Sumo Pontífice decía que no le era posible conjurar el peligro y que al fin tendría que salir para salvar su persona y poner a salvo muchas cosas. Estaba, pues, muy inclinado a dejar la ciudad. Francisca habló con él todavía más. Yo estaba sumamente débil y los que me acompañaban me sostuvieron.

Antes que yo partiese, el Papa me dió un pequeño plato de fresas con azúcar. No las quise comer; quería llevármelas para dárselas a un pobre enfermo y alegrarlo.

Estas fresas no tienen en verdad muy buena significación: indican que el Papa está todavía ligado al mundo por demasiados cuidados.

Era tan lastimoso el estado de Roma que aún la más leve centella podía producir un gran incendio. A Sicilia la ví en grande oscuridad y espanto: los que podían huir, huían.

Capítulo XXII

VISIONES DE UNA COMUNIDAD HEBREA EN ABISINIA

INTRODUCCION

La multiplicidad de las visiones adquiere aquí un carácter admirablemente novedoso. Se halla fuera de todo cálculo e imaginación. El alma de una anciana hebrea convertida, que todavía no ha muerto, guía a la vidente a tierras africanas, a través de Egipto, a un país, a todas luces Abisinia, por la descripción topográfica, donde contempla una ciudad de verdaderos israelitas que conservan la tradición más o menos pura. Una mujer extraordinaria, llamada Judit como la heroína bíblica, está destinada a hacer grandes beneficios a la comunidad. Ana Catalina conversa con ella, se refiere a Cristo, verdadero Mesías, y la induce a la conversión, y, por su intermedio, al pueblo, que espera de ella grandes obras.

A esta ignota ciudad parece referirse la obra "Travels to discover the Source of the Nile", 1790, de James Bruce y Salt, hallada por Brentano después del fallecimiento de Ana Catalina. El jefe de esta ciudad adopta siempre el nombre de Gedeón, si es hombre, y el de Judit, si es mujer, en memoria de los grandes caudillos bíblicos.

1. Viajes a Egipto.

(Domingo I de Adviento de 1818)

Me pareció que venía hacia mí el alma de la vieja hebrea Meyr, a la cual he socorrido varias veces con limosnas; me pareció como si esta persona estuviese ya difunta, en el Purgatorio, y viniese a agradecerme de haber llegado, por mi medio, a la fe de Jesucristo. Había reflexionado que muchas veces yo le había dado limosnas, siendo que ninguno hace lo mismo con los hebreos pobres; al mismo tiempo se sentía movida de un vivo deseo de morir en la fe de Jesús, si esa fe era la verdadera. Su corazón había sido conmovido por mi mediación. Todo esto se me apareció como sucedido o como si debiese suceder, puesto que producía el efecto de una invitación a dar gracias y a rezar.

La anciana Meyr no estaba muerta; pero su alma había sido como separada del cuerpo para que me sirviera de guía y para que muriendo en esa disposición pudiese llegar al Purgatorio. Me dijo que su madre también había tenido antes de la muerte un presentimiento de la verdad del cristianismo, y que seguramente no estaba perdida. Vi, en efecto, el alma de su madre como amurallada en un lugar oscuro y doloroso, donde no recibía socorro alguno, sin posibilidad de ayudarse a sí misma y sin poder ser ayudada en modo alguno por otros. Junto a ella, arriba y bajo, estaban inumerables almas de la misma condición. Experimenté el alegre presentimiento de que ninguna alma se perdía de equéllas que sólo por ignorancia no conocían a Jesús, aunque no tuviesen un determinado deseo de conocerlo, siempre que no viviesen en pecados graves. El alma de aquella hebrea me dijo que quería llevarme a un lugar de donde procedía su familia y del cual sus antepasados por parte de madre habían sido echados quizás por inhumana crueldad. Me dijo que quería llevarme adonde vivían gentes de su fe, entre ellas algunas muy piadosas, que como no recibían nunca admoniciones ni enseñanzas, manteníanse en sus errores, y que yo tentase de conmover sus corazones.

La seguí de buena voluntad. Aquella alma aparecía mucho más hermosa de lo que es ahora, que aun vive. Mi guía celestial estaba a mi lado y todas las veces que la hebrea me decía alguna cosa que no fuese absolutamente cierta, por error de ella, yo veía que mi guía resplandecía más y le oía decirme la exacta verdad. Me parecía que ella se hubiese dado cuenta de la presencia de mi guía, porque me preguntaba con ávida curiosidad: "¿Quién te ha dicho esto?... ¿Ha sido el Mesías?"... Nos pusimos en marcha, en dirección al mar, pasando por Roma. Atravesamos Egipto. Aquí no he visto abundancia de agua, sino sólo he visto correr por medio del país un río largo y blanquecino que a menudo se desborda: allí donde el agua se inunda se vuelve fecundo (Nilo). De otro modo toda aquella extensión aparece arenosa, árida y cubierta de médanos de arena que son llevados por el viento. En medio del desierto se levantan grandes construcciones, tan largas, macizas y altas, que no se encuentran parecidas en otra parte, de grandes y pesadas piedras. No son propiamente casas; internamente están llenas de subterráneos y corredores, donde se encuentra inmensa cantidad de cuerpos muertos. Todo esto difiere mucho de los subterráneos sepulcrales de Roma. Los cadáveres están aquí, en el Egipto, enteramente fajados como niños; son rí-

gidos y duros, de colór gris oscuro y sobre ellos están dibujadas toda clase de cosas. Sobre los muros de estos edificios se ven aquí y allí, esculpidas, figuras rígidas en la forma, de trabajo tosco. Fuí llevada adentro de uno de estos edificios y vi muchísimos cadáveres; pero entre ellos no había siquiera uno solo que resplandeciese.

Marchamos siempre hacia el sur, sobre grandes desiertos de arena, donde vi muchas veces, en rápida carrera, diversos animales de piel manchada de varios colores, semejantes a gatos de gran tamaño. Vi también desparramados sobre montecillos ciertas construcciones altas, de forma redonda, cubiertas de paja, con torres en torno de ellas. Proseguimos hacia la altura, sobre una arena blanquecina, donde había piedras verduzcas y lisas como cristales. Llegamos a una región montañosa, muy recortada y áspera, que se levantaba cada vez más. Me causaba maravilla que fuese tan fértil en algunos lugares, en medio de aquellas rocas.

Subiendo siempre fuimos a parar a una grande y extraordinaria ciudad, llena de hebreos (*). Esta ciudad no tiene nada de parecida con cuantas he visto antes, por la angustia, la oscuridad, el número y la extraña y embrollada distribución de calles y casas. No es posible recorrer ningún punto de esta ciudad con vehículos o coches. Por dentro se ven aquí y acullá levantarse inmensas cumbres de montes y escollos, de tal manera, que parece que habrían de precipitarse sobre las casas de abajo; todo está lleno de cuevas, de grutas y de cavernas abiertas en la viva roca. A cada momento hay que agacharse o trepar. Más bien que una ciudad, se podría decir que es una inmensa montaña llena de cavernas, torres, subterráneos y habitaciones cuadrangulares abiertas en la roca y dispuestas sobre y debajo de la superficie. Entramos en ella sin tocar el suelo, pero tampoco por encima de las habitaciones, sino más bien recorriendo un espacio intermedio, a lo largo de las calles, siempre subiendo. Me parecía como si el todo fuese vacío internamente o por debajo y tuviese que deshacerse y caer en el precipicio.

Parece que allí no había ningún cristiano; sólo en un ángulo extremo del monte habitaban hombres, que no eran judíos. He visto a un lado un edificio de piedra, grande, alto, cuadrado, abierto arriba con aberturas redondas guarnecidas de barras de

(*) Esta extraña ciudad sería la tribu abisina de Falascha, que mantiene muchas costumbres judaicas, donde una princesa, de nombre Judit, destruyó el templo de Axum. (Véase Hartmann, *Abisinia*).

hierro. Me parece que era un templo judío. Aquí y acullá, sobre las casas o a sus pies, se veían jardines extendidos sobre las superficies planas de los escollos.

El alma de la anciana Meyr me contó durante el camino que era verdad que los hebreos, en la antigüedad, y aún entre nosotros, habían matado a muchos cristianos y especialmente niños, porque empleaban la sangre de ellos en toda clase de supersticiones y brujerías. Ella también había creído que eso era necesario; ahora había aprendido que todo eso no es más que vergonzosa superstición y verdadero asesinato. Entre nosotros y en otras comarcas los hebreos lo practican aún ahora, pero con el mayor sigilo, porque tienen que tener necesariamente comercio con los cristianos.

Apenas llegamos a esta ciudad, inmediatamente junto a la puerta, entramos por un grupo largo y estrecho de habitaciones, donde era peligroso caminar, puesto que lo que parecía calle con salida, cerrábase en un ángulo lleno de agujeros y cavernas, que terminaban en los escollos. En torno de estas aberturas se veía cierta cantidad de figuras esculpidas. Yo tenía la persuación de que aquí se había asesinado a más de una criatura humana y que pocos viajeros podían salir con vida. No penetré en aquellas cavernas; tenía un sentimiento de horror, y no sabría decir cómo hemos salido de tales sitios.

2. Va a casa de unas descendientes de Judit.

El alma de la hebrea Meyr me dijo que quería conducirme a casa de una familia muy piadosa, donde vivían casi como santos. Me dijo que todos los habitantes de aquella ciudad hebrea miraban a esta familia como una esperanza, como si de ella nacería un protector y quizás el Mesías. Me dijo que era una familia muy piadosa, como todos los que más íntimamente la frecuentaban y que me la quería hacer conocer.

Avanzamos por aquella montañosa ciudad, en la cual habíamos penetrado por el lado norte, y subiendo, nos dirigimos hacia el Oriente. Llegamos a una llanura dilatada. Se veía allí una línea de habitaciones, en cuya extremidad meridional la plaza estaba limitada por un edificio muy amplio de aspecto muy sólido, sobre el cual se levantaban nuevamente cumbres de montañas y jardines. El alma de la hebrea me dijo que allí habitaban siete hermanas. Descendían de Judit y la mayor de ellas era aún soltera y se llamaba

también Judit. Me dijo que la ciudad entera esperaba que un día había de ser lo que Judit fué para sus antepasados. Ésta habitaba en aquella construcción fortificada y grande que cerraba la plaza. El alma me rogó que me mostrara benévola con estas personas que nada sabían del Mesías, para conmover sus corazones, como ya había conmovido el suyo. Olvidaba decir que era de noche cuando atravesamos la ciudad y que en todas las cavernas y ángulos he visto criaturas humanas durmiendo. He visto que muchos del pueblo eran simples y piadosos, muy diversos de los judíos que habitan entre nosotros. Parecían mucho más libres y nobles y en parte parecíanme tan diferentes como es el oro en comparación con el plomo y el cobre. Con todo, he visto entre ellos mucha superstición, maldad y espantosa suciedad, como también brujerías.

3. Las hermanas de Judit.

Después que llegamos a la plaza penetramos primeramente en casa de una de las siete hermanas. Estaba situada en un ángulo y atravesando un patio redondo, penetramos en un espacio cuadrado, donde aquella señora tenía su cama. Tenía la nariz curva. El alma de la hebrea me habló de nuevo de la gran perfección moral de esta persona. Toda vez que decía algo que no era exacto, mi guía celestial se me acercaba, esto es, se aparecía y corregía la afirmación. Me parecía que la hebrea veía la aparición, porque cuando yo le exponía el error en que estaba, me preguntaba, mostrándose curiosa y deseosa del bien: "¿Era acaso el Mesías quien te ha dicho esto?" Yo respondía: "No era el Mesías, sino un siervo de El".

Cuando miré a la hermana de Judit, que dormía, en seguida me dí cuenta que no era una buena mujer. Ví que era una adúltera maliciosa, que ocultamente recibía a otros hombres. Ella tuvo, al parecer, un sentimiento de nuestra presencia, puesto que despertó y miró en torno, espantada. Se levantó luego y anduvo vagando de aquí para allá en el palacio. Dije al alma de la hebrea que tenía que ver en qué mala situación se encontraba esa persona. Cuando lo hubo notado se mostró maravillada y preguntó si también eso me lo había dicho el Mesías.

Fuimos luego a casa de las otras seis hermanas, que tenían también la nariz curva, pero la una menos que la otra. Todas eran en grado diverso mejores que la precedente, que era la peor de todas. No recuerdo más como las encontré singular y particularmente; recuerdo que todas estaban casadas, con mu-

chos hijos. Tenían abundancia de todas las cosas. Sus casas estaban llenas de buenas alfombras y repletas de ricos muebles; unas espléndidas lámparas colgaban de lo alto en sus estancias. Todas, por su parte, vivían de lo que les proveía su hermana mayor Judit, que habitaba en el gran palacio. La sexta hermana no estaba en casa: se encontraba con la madre común de todas, que habitaba una pequeña casa frente al palacio de Judit.

Penetramos en aquella mansión por un pequeño patio redondo. Desde una ventana ví adentro a la madre, anciana judía, que vivamente, de modo áspero, se lamentaba con la sexta hija, quejándose de Judit, porque ésta daba más a las hijas que a ella y más a la hija disoluta que la había echado a ella, la madre, de la casa. Era cosa en verdad desagradable oír a aquella vieja hebrea, tan violenta y agitada, mientras gesticulaba y regañaba.

4. El palacio de Judit.

Dejamos a estas mujeres litigando y nos dirigimos al gran palacio de Judit. Entre nosotros y el gran palacio de piedra se interponía un anchísimo y profundo abismo, que causaba vértigos al mirarlo; era más bien un gran precipicio que se hundía entre escollos profundos, donde se perdía y se desvanecía la cabeza. Había que pasar sobre un puente cerrado por un cancel de hierro. El suelo de aquel puente no era sino un tejido de hierro a través de cuyas barras se veía el profundo y peligroso abismo, donde echaban las inmundicias, sobras, huesos y desperdicios. Quería pasar sobre el puente, pero no podía moverme sobre las barras de hierro. Algo había que me retenía: parecíame que no debía llegar hasta Judit. Debía esperarla aquí; tal era mi destino. Entretanto, comenzaba a clarear y ví que todo el lado del monte en el cual estábamos, era de naturaleza menos áspera y parecía fértil y fecundo. El lado norte por el cual habíamos venido era mucho más salvaje y desierto. Observé que la puerta del castillo estaba cerrada con una gruesa viga en forma de cruz, cosa que me causó maravilla.

Judit, la mayor de las hermanas, compareció de improviso delante de nosotros sobre el puente. No venía del mismo lado que nosotros. Había salido fuera de su palacio para distribuir secretamente limosnas en la ciudad y en aquel momento volvía a entrar en su casa. Es como de unos treinta años, de una majestad y presencia extraordinaria. Jamás he visto una mujer de semejante apariencia fuerte y tranquila. Tiene un aire de dominio y de fuerte resolución. El rostro, lleno de nobleza; la na-

riz es algo curva, aunque apenas perceptible. Todo su modo de ser y todos sus movimientos tienen algo de extraordinario y de heroico; tiene un ánimo franco, simple, puro y valiente. Debí darle a primera vista toda mi simpatía natural. Estaba envuelta en un manto. Su vestido era, desde el cuello hasta las caderas, bastante ajustado, como con fajas, sólida y rígidamente cerrado sobre el seno, y tenía un busto fuertemente moldeado. En el cuello llevaba una cadena de oro o cosa parecida y gruesas perlas pendían de las orejas. Las mangas del vestido eran amplias, y llevaba cadenillas y broches. El vestido exterior era largo, de una tela a franjas, de varios colores. Llevaba en la cabeza un turbante variopinto y tenía velo. Del brazo pendía un cesto algo grande y transparente, de mimbres negros con bordes blancos.

Esta mujer estaba a punto de entrar en su casa al volver de la excursión nocturna, cuando se dió cuenta de mi presencia. Me pareció muy espantada y retrocedió, sin darse a la fuga, exclamando, poco más o menos: "¡Dios mío! ¿Qué queréis conmigo? ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que me sucede?" Bien presto reaccionó y me preguntó quién era y cómo había llegado hasta allí. Le dije que era cristiana y virgen consagrada a Dios y que había sido conducida hasta allí porque se encontraban buenas criaturas humanas, deseosas de la salud eterna, pero que se apartaban de las oportunas enseñanzas. Cuando oyó decir que yo era cristiana, se manifestó muy maravillada de que yo hubiese podido llegar hasta allí por tan peligrosos caminos, dado que ningún cristiano podía con seguridad llegar vivo. Le respondí que no había ido por propia curiosidad, sino que el alma, que estaba junto a mí, me había llevado para conmoverle el corazón. Le dije que ahora era la época de la venida del Mesías *(Adviento)* y que esta época se recordaba cada año; que debía mirar la miseria de su pueblo, dirigirse al Salvador, y cosas semejantes.

Judit parecía, por sus palabras, más conmovida y más persuadida de que yo le hablaba en espíritu y no corporalmente. Me pareció que dijese o pensase querer probar si yo era ente natural o sobrenatural. Entonces me tomó de la mano y me guió por el puente. Había abierto sólo un angosto pasaje, aunque podía abrirse mucho más. No tuvo otro trabajo que levantar un poco el grueso tronco en forma de cruz que estaba encima y en seguida la puerta se abrió. Entramos primeramente en un patio al cual se abrían muchas puertas. Por todas partes se veían las más diversas esculturas y cabezas talladas, ya amarillentas y antiguas. Me condujo hasta una estancia donde había muchas mujeres sentadas sobre el suelo, con las piernas cruza-

das, a lo largo de estrecha y larga mesa, como una tarima, donde tomaban alimento. Judit tenía intención de someterme a una prueba. Me fuí a colocar detrás de las mujeres que estaban sentadas a la mesa. Cuando Judit entró, ellas se levantaron, fueron a su encuentro y se inclinaron en su honor; de mí no se dieron cuenta siquiera. Tenían delante ciertas tazas en las cuales bebían. Judit tomó una, giró en torno de las mujeres y se dirigió a mí con la taza en la mano, deseando conocer si yo era algo espiritual o corporal. Cuando vió que yo rehusaba todas sus ofertas y que ninguna de aquellas mujeres había notado mi presencia, se puso muy seria, y se retiró conmigo a su propio departamento. Se portó como si estuviese sola, a como quien quisiera persuadirse de estar sola, al mismo tiempo que no lo está. Habló conmigo tímidamente, pero sin temor.

Era una verdadera Judit, valerosísima. Su pieza era muy simple. En torno había muchas almohadas y en los muros se veían bustos esculpidos como los que vi antes. Aquí se entretuvo conmigo mucho tiempo. Le hablé de una de sus hermanas que llevaba mala vida. Se mostró afectada y me dijo que haría lo posible para corregirla. Le hablé también de la madre, a la cual había oído quejarse y lamentarse tanto. Me dijo que a causa del humor inquieto de ella había tenido que hacer la pequeña casa habitación al lado del castillo. Se lamentada como si hubiese sido echada de casa y como si la hija beneficiase más a las otras que a ella; pero todas vivían de su largueza, aunque no toleraba que ejerciesen la usura. De noche les llevaba dinero y muchas personas de la ciudad vivían de sus dones.

Me dijo que su padre difunto le había dejado un gran tesoro, cuya existencia era de todos ignorada, menos de ella. El padre, que la había amado mucho, la dejó heredera de todo. Me dijo que era verdad que los habitantes de la ciudad pensaban grandes cosas de ella y que era como esperanza de grandes acontecimientos, que aparecía ante ellos como algo de sobrenatural a causa de las secretas limosnas, ignorando ellos que era poseedora del tesoro escondido. Me dijo que su pueblo había sido muy oprimido y dañado por dura guerra. Ella se sentía dispuesta a hacerlo todo por su pueblo, y es por esto que le había dejado el tesoro su difunto padre. Todos deseaban que se casase, esperando que de ella nacería un salvador; pero siempre se había sentido como retenida por un sentimiento íntimo. Dijo que jamás había sentido cosa semejante a la que sentía en este momento, con mi aparición, y que presentía que

el Mesías bien pudiera haber nacido ya en la persona del Cristo. Dijo tener intención de examinarlo todo más a fondo, y cuando lograse convencerse plenamente, trabajar para que todo el pueblo entrase por el camino de la salud. Dijo estar convencida que todos seguirían su ejemplo y quizás sería ésta la salud que de ella se esperaba.

Luego, por una puerta secreta del piso de su estancia, me condujo a un especie de subterráneo. Tenía una lámpara en la mano y me mostró su desmesurado tesoro. Jamás he visto reunido tanto oro. El piso y el pavimento parecían de oro; había también una inmensa cantidad de piedras preciosas. Cuando quería sacar algo, tenía como a la fuerza que arrancarlo del montón. Me condujo luego por toda aquella mansión, y a través de una estancia donde estaban sentados hombres con la cabeza cubierta por turbantes y vestidos de pieles, que fumaban en largas pipas. Como en la primera estancia las mujeres, aquí estaban los hombres bebiendo. Entre ellos había algunos moros. En otra estancia había hombres y mujeres. Llegadas al segundo piso, me condujo a una estancia muy vasta y bien adornada. En todo el contorno de los muros y sobre las puertas veíanse esculpidas cabezas de antiguos hombres barbudos. Eran de color amarillento y tenían algo de venerables en los lineamientos. En esta pieza había muchos muebles de formas maravillosas, todos antiguos y esculpidos con gran arte. Me vino a la memoria la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld; pero aquí aparecía todo hecho con mayor arte y perfección. En el centro pendía una gran lámpara y en torno se veían, creo, otras siete lámparas. Había también algo así como un altar con rollos encima: era un lugar verdaderamente maravilloso.

Muy cerca de esta estancia había otra, donde estaban acomodados hombres viejísimos y endebles, que eran albergados y atendidos. De este punto se podía subir a caminar sobre la terraza del edificio. Detrás del palacio se extendía, en terrazas superpuestas, un jardín que subía hacia lo alto del monte con toda clase de compartimentos. Se veían adentro grandes árboles cortados con arte y extendidos. Judit me condujo, por aquel lado, fuera del palacio y subimos siempre más alto. Me indicó en lontananza viejas murallas en ruínas, con torres destruídas y me dijo que hasta allá se entendían los confines de su pueblo; pero que habiendo sido vencido y rechazado por un pueblo vecino, su pueblo temía que esto le sucediese otra vez, y así esas ruínas le servían de aviso. He visto estos muros y en lontananza un espacio cubierto de agua. Proseguimos siempre su-

biendo, pasando por angostos caminos y maravillosos edificios. A menudo los escollos se sobreponían de modo que las casas y los árboles de los extremos parecían caer sobre nosotros.

Llegamos a otra parte de la ciudad, donde se veía un alto y áspero escollo como una muralla, al cual se subía por gradas cavadas en la piedra. De vez en cuando salían de allí vertientes de agua clarísima. Judit me dijo que se decía que esta ciudad había sufrido mucho por falta de agua y que en tiempos antiguos un cristiano, que había vivido en este país, un hombre maravilloso, había bajado de este escollo, lo había herido con su vara y que había surgido esta vertiente de agua, socorriendo así al miserable pueblo de sus extremas necesidades. Esta fuente fué luego dirigida por diversos canales para uso general; ahora estos canales ya no daban agua, con excepción del primero.

5. Visita a otros pueblos y tribus nómadas.

Aquí, cerca de esta vertiente, me dejó Judit. Ella volvió atrás y yo seguí mis viajes. No nos hemos despedido una de otra. Ella parecía como si se moviese a caminar, soñando, y se separó de mí como si no me viese más.

Mi camino siguió aún mucho tiempo en subida. Vi aquí y allá árboles, al pie de los cuales había grandes frutos amarillentos y vi muchos campos fecundos, bellas flores y también muchas abejas, aunque eran colmenas diferentes de las nuestras, esto es, cajas cuadradas, agudas hacia la cumbre, de color negro, como si estuviesen untadas con alguna substancia. Me encontré entonces fuera del monte de los judíos, y vi aquí y allá hombres que vivían bajo grandes y extensos árboles, como bajo el techo de las casas. Tenían consigo pocos utensilios. Los vi hilar; tenían instrumentos con los cuales parecían tejer. Sus ganados, entre los cuales he visto algunos animales como los de los Magos de Oriente, vagaban de aquí para allá por la campaña. Había también asnos gruesos y nervudos. Los animales se mostraban muy domesticados con los hombres. Estos pueblos habitaban, en parte, bajo tugurios cubiertos de mantas suspendidas. No quedaban mucho tiempo en un mismo lugar y se desparramaban por todas partes pastoreando a sus animales.

Llegué, también, pasando por entre piedras y ramajes, a un vasto espacio subterráneo situado no sé donde, que semejaba una cantina, bien conservado, apoyado sobre muchas colum-

nas bajas y cuadradas, sobre las cuales estaban esculpidas toda clase de imágenes e inscripciones. Había adentro algo así como un altar, es decir, una piedra grande, encima de la cual y en torno habían excavado aberturas como hornos, y me maravillaba que la gente no se sirviera de este hermoso espacio. Los pueblos que habitaban en los contornos eran muy buenos y simples, y creían admirablemente en aquello que tenían por verdadera fe. Finalmente llegué a orilla del mar, pasé sobre él y volví a casa.

6. Visión de un lugar maravilloso.

Estuve con Judit en los montes de la Luna.

Había habido un gran cambio. Mientras antes, por la plaza donde habitaban las hermanas, se llegaba al castillo de Judit pasando por un puente sobre un profundo abismo, ahora el abismo ya no existe. Estaba colmado, pues se podía llegar directamente al castillo. Judit, que me pareció mucho más avanzada en edad, estaba también más próxima al cristianismo, o era ya cristiana en su interior, aunque posiblemente no hubiese sido bautizada. Si allí hubiese un sacerdote, de seguro lo sería. En aquella pieza donde la había visto tomar café, surgía algo como un pequeño altar. Sobre él yacía un niño dentro de un recipiente y delante había una cavidad como una taza excavada en el altar, donde vi una pequeña cuchara junto a un cuchillo de hueso o de piedra. Sobre el altar pendían lámparas y había en torno atriles cubiertos de rollos. Ella estaba allí dentro rezando con muchas personas más jóvenes y tenía un anciano de ayudante. Todo esto indicaba que había nacido en ella la convicción de que el Mesías había ya venido. No he visto ninguna cruz. En la estancia de arriba, de donde pendían aquellas antiguas cabezas esculpidas, hallábanse reunidos los antiguos judíos, separados de ella. Mucho había extraído del tesoro del subterráneo, puesto que Judit distribuía bastante limosna entre los pobres. La posición de este lugar es, en verdad, maravillosa. El castillo de Judit desde Occidente mira, por encima de un profundo valle, a un alto monte, que brilla y centellea al sol, como si fuese una estrella. Del otro lado, pero a gran distancia, se ven altas y maravillosas torres y grandes edificios sobre las montañas. No es que propiamente éstos se puedan ver desde allí, pero yo los veía. Vi también a las gentes que están a orillas del Ganges. Tenían ya su iglesia en buen orden y un anciano eclesiástico entre ellos, que, según creo, era un misionero.

Capítulo XXIII

VISIONES DEL MONTE DE LOS PROFETAS

INTRODUCCION

En la segunda semana de Adviento de 1819, Ana Catalina es transportada a la cumbre más elevada del Tibet, que ella afirma ser completamente inaccesible para los mortales. La describe como una región llena de misterio y de belleza. Allí ve, al parecer, al profeta Elías, que custodia los sagrados tesoros de los conocimientos trasmitidos a los hombres por el ministerio de los ángeles y de los profetas, desde el principio. Adquiere el íntimo convencimiento de que de allí proviene el misterioso libro profético que había recibido milagrosamente en su juventud. No es la primera vez que llega a este paraje maravilloso: durante varios años eclesiásticos es conducida allí por su Angel Custodio, como también al Paraíso terrenal, que ella cree ver no muy distante del Monte de los Profetas. Ana Catalina comprueba que las naturalezas de ambos lugares sin afines. El misterioso personaje de la tienda le informa que ella posee un derecho de participación de los tesoros allí conservados, por la luz profética que le ha sido infundida.

Con respecto al monte, el Manual Bíblico, *de Vigouroux, cita una montaña sagrada al Norte, la Huakirga, llamada después Albordy, donde los iranios ubicaban la fuente Ardvizuras, cuyas aguas vivificantes provienen del cielo y fertilizan la tierra. Según Schuster y Holzammer, la tradición china señala un monte sagrado, situado en la meseta central de Asia, que forma parte de la cordillera de Kuen-Lun. Todo hace pensar que la hermosa novela de James Hilton,* Horizontes perdidos, *se halla inspirada en estas visiones.*

1. El Monte de los Profetas.
(Fiesta de Pentecostés, 1819)

He visto la fiesta de Pentecostés como una solemnidad en el seno de la Iglesia Católica, como también muchos cuadros de la difusión del Espíritu Santo en el mundo entero. He visto doce nuevos apóstoles (*) y sus relaciones con la Iglesia

(*) En ninguna parte de las visiones encontramos los nombres de estos varones apostólicos a que se refiere repetidas veces.

He visto también formarse una iglesia espiritual, recogida de todas las comunidades de los fieles, y cómo ésta recibía al Espíritu Santo. Era un renacimiento de la Iglesia Católica. He visto a muchos recibir el Espíritu Santo.

He visto asimismo un cuadro del Espíritu Santo, de una superficie triangular, donde aparecía como una forma alada en medio de una difusión de septiformes luces. He visto cómo se difundía en la iglesia espiritual que estaba en el aire y en aquéllos que con ella están en relación. En esta visión de la difusión del Espíritu Santo sentí cómo la difusión tenía influencia también sobre la naturaleza.

He hecho la noche pasada un largo viaje y estuve en el Monte de los Profetas. He visto de nuevo el Paraíso terrenal muy vecino a él. En el Monte de los Profetas estaba todo como yo lo había visto. He visto al hombre bajo la tienda escribiendo, hojear libros y rollos y cancelar y quemar muchas cosas. He visto que daba ciertos folios a algunas palomas, que con ellos se alejaban volando.

Yo estaba a la vista del globo terrestre, en la proximidad del Monte de los Profetas. He visto las aguas que desde allá descienden, como una tienda o defensa de velo cándido, semejante a la leche, por sobre la tierra. Aquel velo era voriopinto y transparente. Ví toda clase de cosas brillando a través. Todo color deriva de otro y lo sigue y produce diversos efectos; y si aquel velo llega a ser perforado, entonces cae la lluvia. Estas efusiones están coligadas a ciertas épocas fijas y van precedidas de los santos con sus solemnidades y la celebración de sus triunfos. La fiesta de un santo es su verdadero día fructífero, en el cual se recogen aquellos dones que él produce y lleva como a manera de árbol frutal. Lo que las almas no reciben como efusiones de los dones del Espíritu Santo, lo recibe la naturaleza como rocío de lluvia. Así la demasía y superabundancia de la lluvia puede ser castigo de Dios.

Veo a menudo hombres malos en lugares fértiles y fructíferos, donde la bendición nutre su carne, y veo a hombres buenos en comarcas pobres, donde reciben la bendición por obra del Espíritu Santo. Allí donde el hombre y la tierra estuvieren en perfecta armonía, allí sería un paraíso. La oración domina las estaciones (*) y los días de observación de las antiguas reglas de las estaciones son como días en los cuales son concedidos y distribuídos estos dones. Cuando la regla dice: si llueve en el

(*) La Iglesia tiene ordenadas preces y procesiones para pedir la prosperidad sobre las cosechas y la oración *Ad petendam pluviam*, en la Misa.

tercer día de Pentecostés, la cosecha no llega seca a casa, significa: si los dones del Espíritu Santo, que en el día de Pentecostés son distribuídos a los hombres, son recibidos sólo en pequeña cantidad, se resuelven en lluvia no propicia, que cae a torrentes y como castigo. Veo la vida de la naturaleza estrechamente unida a la vida de las almas.

2. Llega a una región maravillosa.

Después de haber descrito un lugar misterioso, donde encuentra almas que estaban sobre montes de hielo, continúa diciendo:

El regreso de ese lugar lo hice descendiendo siempre por un angosto sendero. Sucedió pues que ví de nuevo el Monte de los Profetas; me pareció allá arriba más verde y más pujante la vegetación. Estaban las dos figuras ocupadas con los libros (*). El uno imponía sobre la mesa nuevos rótulos, el otro borraba cosas de los libros. Ví entonces la extremidad de la tierra salir fuera; veía los ríos como hilos de plata y los mares como espejos; reconocí bosques y ciudades y fuí finalmente a descender sobre la tierra, junto a las riberas del Ganges.

El sendero se dirigía hacia abajo; mi camino, por el contrario, se dirigía hacia las alturas, a una región extraordinariamente hermosa. Allí arriba la temperatura es templada, y todo aparecía verde y fructífero; había flores indeciblemente bellas y muchos arbustos y bosquecillos atrayentes. Gran cantidad de animales corrían acá y allá jugueteando y no parecen de ningún modo feroces. Ninguna criatura humana habitaba en esta región ni podría llegar allí ni penetrar. De aquel gran camino de que he hablado mirando hacia abajo, no se veían sino nubes.

Ví turbas de animalitos semejantes a pequeños cabritos, con piernas sumamente ligeras y delgadas, sin cuernos, de pelaje gris oscuro con manchas algo más negras. Corrían con suma agilidad. Ví un animal de cortas dimensiones, color negro, parecido a un marranito. Ví, además, animales grandes como cabras, aunque tirando más a cabritos, muy domésticos, muy ágiles, de ojos limpios y claros. He visto otros que parecían ovejas, de lomo más largo, con un gran copete de lana, de colas abundantes y largas. Ví animales semejantes al asno, de piel manchada. Había majadas de animales como pequeños cabritos de color amarillento. Ví también pequeños caballos. Veíanse grandes volátiles

(*) A veces habla de Elías y de San Juan Bautista; otras veces de Elías y de Enoc.

de patas largas que corrían velozmente. Había otros semejantes a las gallinas, con las alas muy graciosamente pintadas y una gran variedad de pequeños, graciosos y variopintos pajarillos. Todos estos animalitos estaban allí, alegres, juguetones, sin ser molestados, como si ignorasen la existencia del hombre.

3. Pasa a otra región misteriosa, más bella aún.

Desde esta región paradisíaca tuve que subir aún más alto y me pareció que era llevada otra vez a través de las nubes. Así llegué a la cumbre extrema de aquella alta región de montaña, donde he visto cosas muy admirables. Sobre la cumbre de la montaña se extendía una gran llanura y en ella se veía un lago. En el lago había una isla verde unida a aquella llanura por una verde lengua de tierra. La isla estaba rodeada de árboles altos, como cedros. Fuí elevada sobre uno de estos árboles y me sostuve sobre una de sus ramas.

Desde allí contemplé toda la isla. Se elevaban en su seno diversas torres de forma esbelta y delgada. Cada una de estas torres tenía por delante un pequeño edificio, como si sobre la puerta de cada una de ellas fuese elevada una pequeña capilla. Estos edificios estaban cubiertos completamente de verdes arbustos, de musgo y de yedra. Me parecía verlos crecer y vegetar y había en ese verdor algo de viviente. Aquellas torres eran más o menos altas como campanarios, pero más elegantes: me recordaban a las altas columnas que durante el viaje había observado en antiguas ciudades en ruinas. Eran variadas en la forma: había redondas y algunas octogonales.

Las torres redondas tenían techos semejantes en la forma a las cebollas; las octogonales estaban defendidas por grandes y extensas techumbres. Las torres redondas estaban hechas de gruesas piedras, pulimentadas y lúcidas, con vetas variopintas y abigarradas. Las otras tenían toda clase de prominencias y nichos de piedra, representando imágenes de profunda significación. Por medio de las piedras salientes del contorno de las torres se podía subir cómodamente a lo alto. Estas piedras eran de diferente color: rosadas, coloradas, negras, y estaban dispuestas formando toda clase de dibujos. Las torres no se elevaban sobre la altura de los árboles, que eran extraordinariamente altos, desde la cumbre de uno de los cuales me hallaba yo mirando.

Según un íntimo sentimiento mío debía haber en aquella isla tantas torres cuantos árboles la circundaban. Estos árboles semejaban abetos y tenían las hojas terminadas en punta. De

sus ramas pendían frutos de color amarillo y escamosos, no tan largos como las bayas de los abetos, sino más bien semejantes a las manzanas. Estos árboles eran muy robustos en la parte del tronco y no lisos; se mostraban más lisos en las ramas, las cuales se extendían en torno de aquel tronco en forma de círculo muy regular, de modo que los árboles tenían mucho de simétricos y se elevaban derechos como cedros. No estaban situados vecinos unos a otros, sino que había mucho espacio entre ellos, de modo que no se tocaban sus ramajes unos con otros. Todo el suelo de la isla estaba tapizado de un espeso follaje, corto y finísimo, que no parecía hierba sino más bien un vegetal con hojas finísimas y ensortijadas, semejante al musgo, pero de tal manera tupido que parecía un gracioso y muelle almohadón.

De caminos no se veía ni el más mínimo vestigio ni en aquella isla ni en todos los contornos. Cerca de cada torre se veía un pequeño jardín lleno de risueñas flores distribuídas en círculos o en otra forma, dividido en canteros con diferentes arbolillos y plantas. En esos jardines todo era verde y en cuanto a la forma, variaban según la diversidad de las torres. Cuando miraba desde mi árbol más allá, sobre aquella isla, podía ver en la otra extremidad las aguas del lago; pero no podía ver hacia abajo las cumbres del monte. Este lago era vivaz en sus movimientos y extraordinariamente limpio y claro. Sus aguas atravesaban la isla por numerosos canales y se precipitaban formando muchas corrientes, largas y finas, en un abismo subterráneo (*).

Frente a aquella pequeña lengua de tierra, que unía la isla al continente, se levantaba sobre la verde pradera una grandísima tienda que se alargaba mucho y parecía formada de materia gris y tenía las paredes internas decoradas de bandas multicolores y ricamente bordada o pintada con toda clase de figuras.

En torno a la mesa que estaba en el medio había asientos de mármol distribuídos, sin apoyo, a manera de almohadones, porque también estos asientos parecían cubiertos de una sustancia vegetal siempre verde. En un asiento del medio, distinto de los demás, estaba la figura de un hombre, radiante de santidad, junto a la mesa de piedra baja, de forma ovalada. Aparecía sentado al modo oriental, con las piernas cruzadas, y escribía en un gran rollo con un lapicero o pluma de caña. El lapicero

(*) Algunos sabios señalan el lugar del Paraíso terrenal en la meseta de Pamir, en la India. Según los sudaneses, los cuatro o cinco ríos más grandes nacen al norte de la montaña sagrada (Meru) y de allí se dirigen hacia diferentes partes del mundo. *(Manual Bíblico,* de Vigoroux).

semejaba un pequeño ramo. A derecha e izquierda posaban muchos gruesos volúmenes y rollos arrollados en bastones terminados en capullos. Junto a la tienda había un hoyo abierto que parecía murado en el exterior; allí ardía un fuego que no pasaba con su llamarada el extremo del recipiente.

Toda la comarca parecía por todas partes una verde y hermosa isla, rodeada de nubes. Por encima de mi cabeza se extendía el cielo, indescriptiblemente claro. Veía salir del sol sólo una forma semicircular de rayos, a través de las nubes. Este semicírculo parecía formar parte de un disco mucho más grande de lo que parece entre nosotros. Toda aquella escena tenía algo de inefablemente sagrado, solitario, y, sin embargo, lleno de alegría. Cuando lo consideraba me parecía que bien podía saber y comprender todo lo que esto fuese y significase. Pero no pude traer este conocimiento a la tierra. Mi guía celestial estuvo presente conmigo hasta entonces; pero delante de la tienda se me hizo invisible.

4. El santo personaje habla de su misión.

Cuando ví todo esto pensaba entre mí misma: "¿Qué tengo yo que hacer aquí? ¿Y por qué, yo, pobre criatura, tengo que ver todo esto?"

Entonces aquella forma humana, refiriéndose a la tienda, me dijo: "Esto te acontece porque tú tienes aquí una parte que te pertenece". Esto me causó aún mayor maravilla. Bajé, o fuí trasportada hacia él, a la tienda donde estaba sentado. Vestía al modo que veo vestidos a los espíritus. Su aspecto parecía el de San Juan Bautista o de Elías.

Los muchos volúmenes y rollos que tenía junto a él eran muy antiguos y preciosos. Sobre algunos de esos volúmenes se veían ornamentos en relieve y figuras en metal, como, por ejemplo, un hombre con un volumen en la mano. Esa aparición me dijo, o sentí internamente que me decía, que esos volúmenes contenían cuanto hay de más santo para los hombres, y que él examinaba todo y lo comparaba, y todo lo falso lo quemaba en el fuego que había junto a su tienda. Me dijo que se encontraba allí para impedir a toda criatura humana que penetrara en ese lugar; que debía custodiar y defender todo eso hasta que viniese el tiempo de ponerlo en uso. Ese tiempo hubo de haber venido algunas veces, pero aún se interponían graves obstáculos. Le pregunté si no sentía hacerse largo el tiempo y serle molesto el tener que esperar tanto. Me respondió que en Dios no hay tiempo.

Me dijo que yo debía verlo todo allí, y me condujo fuera de la tienda y me hizo observar todo lo que había en torno de ella. Me dijo también que los hombres no merecían aún todo lo que allí estaba guardado.

Fuí luego recorriendo la isla entera. La tienda era de la altura de dos hombres y larga como de aquí a la iglesia de la ciudad; el ancho era la mitad de la longitud. La techumbre era algún tanto estrecha en el centro y como suspendida de una cuerda que iba a lo alto y se perdía en el aire. Yo pensaba dónde podría estar sujeta esa cuerda. Los cuatro ángulos de la tienda estaban formados de columnas que casi podrían abrazarse con ambas manos; tenían en apariencia vetas como las puertas lúcidas y lisas, y encima verdes penachos. La tienda estaba abierta por delante y por los costados. En medio de la mesa había un volumen extraordinariamente grueso que se podía abrir y cerrar; parecía que estuviera fuertemente sujeto a la mesa. El personaje leía en el volumen y lo observaba todo para ver si estaba en regla y todo exacto. Me parece que debajo de la mesa había una puerta y que allí dentro se custodiase un tesoro grande y sagrado, alguna cosa santa. Aquellos asientos cubiertos de verdor estaban dispuestos de tal modo en torno de la mesa que se podía circular entre ellos. Los numerosos volúmenes estaban dispuestos detrás de esos asientos, a derecha e izquierda. Los que estaban a la izquierda eran los que debían ser quemados.

Me condujo en torno de aquellos libros. Sobre las tapas se veían toda clase de figuras; hombres que llevaban escalas, libros, pequeñas iglesias, torres, mesas. Me dijo que él todo eso lo examinaba y comparaba y quemaba todo lo superfluo y lo falso; pero que los hombres no podían recibir aún estos tesoros; debía antes venir otro. Todo lo que rechazaba lo ponía a la izquierda.

Me mostró los contornos y llegué al extremo límite del lago, cuyo nivel es precisamente tan alto como el de la isla. Sentí perfectamente bajo mis pies cómo aquellas aguas se desparramaban por muchas corrientes hacia abajo del monte, y, luego, mucho más abajo, salían a luz en grandes y pequeñas vertientes. Me parecía como si toda esta parte del mundo recibiese de aquellas aguas salud y bendición. Allá arriba, en lo alto, no desbordan jamás. Del lado del Oriente y del Mediodía todo aparecía verde y lleno de flores hermosas; del lado del Occidente y del Norte todo era verde, pero sin flores. Llegué a la parte posterior de la isla, pasando sobre las aguas, sin puente alguno, y luego fuí

caminando por en medio de todas las torres. Me parecía que todo aquel suelo fuese solamente una compacta y densa capa de musgo: que todo lo de abajo estuviese completamente vacío.

5. Describe las flores y las maravillas del paraje.

Todas aquellas torres se levantaban como salidas del musgo; en la base de cada torre había un jardín, a través del cual corrían varios riachuelos que luego se echaban en el lago, o quizás nacían del lago. Esto no lo he podido notar con precisión. Tampoco en estos jardines había caminos; había árboles distribuídos ordenadamente, matas y flores. He visto rosas, más grandes y voluminosas que las nuestras. Había rojas, blancas, amarillas y oscuras. Ví flores semejantes a los lirios en la forma, pero muy altas. Entre ellas ví algunas azules con franjas blancas y he visto un tallo alto casi como un árbol, guarnecido de hojas largas, semejantes a las de las palmas, sobre la extremidad de las cuales posaba una flor ancha como un gran plato.

Sentí internamente que en aquellas torres se conservaban los más grandes tesoros de la humanidad y tenía el sentimiento de como si allí reposaran cuerpos santos. Entre algunas torres ví allí un carro (*) de forma extraña, con cuatro ruedas bajas; cuatro personas podían perfectamente caber adentro. Internamente tenía dos bancos y delante un pequeño asiento. Este coche estaba todo revestido de verde, como todas las cosas que están allí dentro. Era sin timón y enteramente ornado de figuras esculpidas; creí, al primer momento, que dentro hubiera hombres sentados. La caja del coche estaba formada de esas mismas figuras: era delgada y lúcida, como metal; las ruedas gruesas y anchas como las de los carros romanos. Pensé que era liviano, lo bastante como para ser llevado por hombres. Observé todo esto con detención, pues aquel hombre me dijo: "Tú tienes tu porción en todo lo que hay aquí y puedes en seguida tomar posesión". Yo no podía comprender qué porción me perteneciese y pudiese tener allí. ¿Qué haría yo con aquel curioso carro, pensaba yo, y con aquellas torres y con esos volúmenes?

Tenía un íntimo y profundo sentimiento de la santidad de aquel lugar. Me parecía que juntamente con aquellas aguas descendiese a los valles mezclada la salud de muchos tiempos y como si los mismos hombres hubiesen descendido de aquellos

(*) "He aquí que un carro de fuego con caballos de fuego separó al uno del otro y Elías subió al cielo en un torbellino" (IV, Reyes, 2, 11).

montes, y cuanto más descendido a lo bajo tanto más profundamente decaídos (*). Aquí sentí yo como si fuesen custodiados, purificados, preparados divinos dones a favor de los hombres. De todo esto tenía claramente el sentido, pero me parecía que no iba a poder traer esta claridad a la tierra. Conservo sólo una impresión general.

6. Sale del Monte de los Profetas.

Cuando de nuevo entré en la tienda, aquel hombre me repitió lo mismo: "Tú tienes aquí una porción que te pertenece y puedes desde ya entrar en posesión de ella". Cuando le declaré mi incapacidad e ineptitud para ello, me respondió con tranquila convicción y certeza: "Tú volverás pronto junto a mí". No salió de la tienda mientras yo me hallaba en ella; sólo se movía como suspendido en el aire en torno de la mesa y de los volúmenes. Esta mesa no estaba tan cubierta de verde como los asientos, los cuales eran, sin embargo, menos verdes que las cosas situadas bajo las torres. Cerca de la tienda no había tanta humedad. Con todo, también aquí y en torno de la celda, el suelo estaba cubierto de musgo. Tanto la mesa como los asientos parecían nacidos y crecidos allí mismo. La base de la mesa estaba formada de un arca cuadrada y parecía que adentro había algo de santo.

Dentro de la tienda yo sentía como si un cuerpo santo estuviese allí depositado (**). Me parecía que debajo todo estaba vacío y como si saliese un perfume de una tumba sagrada. Tuve también la íntima persuación de que aquel hombre no permanecía siempre con sus volúmenes dentro de la celda. Me había recibido y me había hablado como si me conociese ya y hubiese sabido que yo debía venir. Con igual certeza me predijo mi retorno junto a él y me indicó el sendero para bajar.

Me dirigí hacia el Mediodía y llegué primeramente hasta la áspera costa del monte, y, atravesando las nubes, bajé a aquella amena comarca donde había tantos animales. Allá arriba, donde había estado, no había ni un solo animal. Ví muchas corrientes de agua surgir del monte, precipitarse en cascadas y tomar un curso muy rápido. He visto volátiles del tamaño del ganso con las patas munidas de tres garras delante y una detrás, del color de las perdices, con cola caída y cuello largo. He

(*) Ana Catalina ve a Adán y a Eva descendiendo cada vez más al ser echados del Paraíso, y a éste alejarse y como subir detrás de ellos a las alturas.

(**) Quizás el cuerpo de San Juan Evangelista.

visto aves semejantes a los avestruces, algo más pequeñas, con plumas más bien azules. Ví todos los demás animales.

7. Llega, al parecer, a la India y al río Ganges.

En este segundo viaje ví de nuevo muchos más hombres que en el primero. Llegué a un río pequeño el cual conocí, en mi interior, que nacía del lago visto en el monte. Después seguí mi camino a lo largo de sus orillas hasta perderlo de vista.

Legué a una comarca donde pueblos de gente pobre habitaban en cabañas. Me pareció que eran prisioneros cristianos. Ví que se acercaban hacia ellos otros hombres de color oscuro con vendas blancas en torno de la cabeza. Estos traían a los cristianos alimentos en cestas entrelazadas; se los daban tímidamente, extendiendo primero las manos como en defensa y luego huían temerosos como si se hubiesen expuesto a algún contagio. Estas gentes vivían en mezquinas cabañas de una ciudad destruida. Ví también una corriente de agua donde crecían cañas muy fuertes y de una grandeza increíble.

Luego volví de nuevo a las orillas del río; el punto donde lo volví a ver era muy extenso, contenía islas y escollos de arena con verdes matas donde jugueteaban las olas. Era el mismo río que salía de la altísima montaña, que allá arriba, era pequeño y tenue, y ahora se había colmado. Gran multitud de gente de color moreno, hombres, mujeres y niños, en abigarrada vestimenta, estaban en las islas y sobre los escollos ocupados en beber de esas aguas o en lavarse con ellas. Parecía que habían venido desde lejos. Este modo de ser y de obrar ya lo había visto junto al Jordán, en Tierra Santa. Había un gran personaje que parecía ser su sacerdote y que llenaba los vasos con agua mientras la gente se los alcanzaba. Muchas otras cosas he visto y me encontraba no lejos de aquella comarca donde estuvo San Francisco Javier *(la India)*.

Luego, pasando sobre el mar, ví islas en gran cantidad.

8. Da algunas explicaciones de los viajes anteriores. *(22 de Diciembre de 1819)*

Ahora sé por qué fuí llevada a aquel monte. También mi libro está entre los volúmenes que ví sobre la mesa; me será devuelto para que pueda leer las últimas cinco páginas (*). El

(*) Este libro lo recibió antes de su entrada en el convento. Le faltan cinco páginas, significando, probablemente, los cinco años de vida que le restaban cuando tuvo esta visión: de 1819 a 1824.

hombre que estaba junto a la mesa ha de volver a su tiempo. Su carro está colocado allá para eterna memoria *(Elías)*. Sobre él fué transportado a lo alto y los hombres lo verán, con gran sorpresa, volver aquí abajo sobre el mismo carro.

Allá arriba, sobre aquel monte, el más alto del mundo, donde nadie jamás podrá llegar, fueron llevados y salvados los más sagrados y secretos tesoros, para sustraerlos a la creciente perversidad de los hombres (*). Aquellas aguas, la isla, las torres, son los medios con los cuales estos tesoros son fuertemente guardados y conservados en seguridad. Desde aquellas aguas todo será refrigerado y renovado. Aquel río que de arriba desciende y cuyas aguas tanto veneran los pueblos, tiene realmente una fuerza en sí mismo y vigoriza a los hombres. Por eso es que lo tienen en mayor precio que su vino.

Todo bien ha descendido a los hombres desde allá arriba, y todo lo que debe ser preservado de la devastación, está allá arriba puesto en seguridad. El hombre del monte me ha conocido porque allá arriba poseo mi porción. Todos nos conocemos; todos pertenecemos los unos a los otros. No puedo expresarlo como desearía, pero somos como una sola semilla que se extiende por todo el mundo. El Paraíso terrenal no está lejos de aquel monte. Con anterioridad yo había visto que Elías vivía en un jardín delante del Paraíso terrenal.

9. En el Monte de los Profetas ve a Elías y a San Juan.

(25 de Diciembre de 1819)

He visto de nuevo el Monte de los Profetas. El hombre de la tienda dió folios y volúmenes y recibió otros, en cambio, a una aparición que había venido del cielo y estaba suspendida en el aire. Aquel espíritu aparecido era distinto a él en su modo de ser. Este espíritu que volaba sobre el lugar me hizo recordar a San Juan. Aparecía mucho más movible, pronto, amable y ligero de lo que era el hombre de la tienda, que tenía en sí algo de más firmeza, severidad, rigidez e inmovilidad. Era, respecto del hombre de la tienda, como el Nuevo Testamento respecto

(*) En medio de la montaña hay un jardín donde un céfiro suave sopla constantemente y agita las hojas del hermoso Tong. Este jardín delicioso está situado junto a las puertas cerradas del Paraíso. Las aguas que lo riegan proceden de una abundante fuente amarilla, llamada fuente de la inmortalidad; los que de ella beben no mueren. Se divide en cuatro ríos que corren hacia las cuatro partes del mundo. (Tradiciones de los Indos, *Manual Bíblico*, Vigoroux). "La autoridad de la Escritura es mayor que toda capacidad humana y por esto, de cualquier modo y cualesquiera sean estas aguas allí existentes, no dudamos que estén allí en las alturas". (San Agustín, Sup. Gen. ad litt.).

del Antiguo. Así me fué posible reconocer en uno a Juan y en el otro a Elías. Parecía que Elías daba a Juan las revelaciones ya cumplidas, y que, en cambio, recibiese otras nuevas.

Después he visto saltar súbitamente de aquel límpido lago una vertiente semejante al borbollón de una fuente y elevarse perpendicularmente a lo alto a manera de saeta pura como un cristal; llegado a lo alto, se dividió y se abrió en infinitos surtidores y gotas de agua, que caían en anchas curvas sobre los más variados lugares de la tierra. He visto a muchos hombres iluminados y refrigerados por estas aguas, en casas, en chozas, en la ciudad, en muchas partes del mundo. Ví también a algunos protestantes, los más convencidos en sus creencias, ser iluminados por aquellas gotas. Principia cierto movimiento en sus corazones y germina cierto fermento que, después de graves tempestades, se desarrollará en todo su esplendor.

Capítulo XXIV

VISIONES DEL PARAISO TERRENAL

INTRODUCCION

Al ponerse en contacto con un hueso fósil, Ana Catalina tiene la visión de animales antediluvianos. Describe luego el Paraíso terrenal, que ve algo más elevado que el Monte de los Profetas. Afirma que el Paraíso terrenal ha sido sustraído de la tierra después del pecado de Adán y Eva y que se conserva en todo su primitivo esplendor.

El Cardenal Belarmino declara no haber leído jamás en escritores de la antigüedad que Dios haya destruído el Paraíso terrenal. Como, por otra parte, ningún viajero ha encontrado vestigios de su existencia en la tierra, parece lógico admitir lo que afirma Ana Catalina: que ha sido trasladado a un lugar inaccesible, donde es conservado para morada de Henoc y Elías y para alegría de los bienaventurados después de la resurrección final.

No parecerá tan nueva la visita de Ana Catalina al Paraíso terrenal para quien haya leído la biografía de Santa Liduvina. Esta santa estuvo 38 años enferma, y cuando sus padecimientos eran más graves el Angel Custodio la llevaba espiritualmente al Paraíso terrenal, donde podía contemplar sus bellezas, pasearse, confortarse con sus frutos y conversar con los dos patriarcas que aguardan su venida a la tierra en la época del Anticristo.

1. Visión inefable.

He visto cosas infinitas, inefables... He visto una vez como si el Monte de los Profetas se hubiese aproximado a la cruz: se había acercado mucho y, con todo, estaba aún radicado sobre la tierra y estaba todavía unido con ella. Tuve la visión de aquel monte como en las primeras imágenes. Más alto y detrás de él he visto luminosos y admirables jardines, donde observé animales y plantas resplandecientes, y sentí en mi interior como si aquello fuese el Paraíso terrenal (*).

(*) "Según la doctrina de los Padres y de los Santos, el Paraíso terrenal existe y está conservado hasta el presente y no fué destruído por el Diluvio. Allá fueron transportados Henoc y Elías para aparecer en el tiempo del Anticristo y predicar a los judíos". (Nota del P. Schmöger).

"Elías fué elevado al cielo aéreo, pero no al empíreo, que es el lugar de los santos. Igualmente Enoc fué arrebatado al Paraíso terrenal, donde se cree que vivirá con Elías hasta la llegada del Anticristo". (Cita de Schuster y Holzammer).

2. Una visita al Paraíso terrenal.
(13 de Febrero de 1821)

El Peregrino trajo, en presencia de su hermano y del confesor, el fragmento de un hueso petrificado del grosor de un huevo, encontrado en el lecho del río Lippa, y lo depositó sobre la cama de Ana Catalina. Esta se encontraba en visiones; con todo, tomó el hueso con la mano izquierda y lo retuvo inmóvil durante algún tiempo. Luego abrió los ojos, los fijó en el Peregrino, que no se esperaba otra cosa que una reprensión por haberle puesto en las manos el hueso de un animal en vez de una reliquia, y continuando sumergida en la visión dijo:

¿Cómo ha llegado el Peregrino a este bello y maravilloso jardín, en el cual apenas sólo puedo mirar?... Observo allá de tro al Peregrino, con aquel grueso animal, y ¿cómo es posible esto?... ¡Cuán inefablemente bello es ese lugar!... No lo puedo expresar. ¡No puedo traer conmigo la impresión que me causa!... ¡Oh Dios mío, cómo eres de admirable e incomprensiblemente poderoso, magnífico y amable en tus obras!... ¡Ah! ¡Aquí hay más que en la naturaleza entera, aquí nada ha sido contaminado por el pecado; aquí no hay ningún mal; aquí aparece todo como cuando salió nuevo de las manos de Dios! Aquí veo un rebaño entero de blancos animales... Las crines les caen de sus espaldas como una cabellera rizada. Son mucho más altos que el hombre, y, sin embargo, corren tan ligeros y listos como si fuesen caballos. Sus pies son como columnas y, no obstante, pisan tan levemente; tienen pendiente una larga trompa, que pueden volver hacia arriba, hacia abajo y a todos lados como si fuese un brazo; de sus fauces salen largos dientes blancos como la nieve, y ¡son tan graciosos y tan puros! Este animal grande es tan elegante; sus ojos son pequeños, pero tan prudentes, tan limpios y benévolos en el mirar, que no lo puedo decir con palabras. Tienen grandes orejas pendientes; su cola no es gruesa, pero es sedosa; no se alcanza a aferrarla cuando se extiende la mano. ¡Ah, deben ser muy viejos!... ¡Son tan largas sus crines!... ¡Tienen también prole y cuánto la quieren!... Juguetean con la mayor dulzura con sus hijitos. ¡Son tan prudentes, tan benévolos, tan dulces!... Corren con mucho orden, uno detrás de otro, o uno al lado de otro. Parece como si tuviesen graves preocupaciones.

He ahí otros animales. No son perros, en verdad; son de color amarillo de oro y tienen largas crines y unas caras casi humanas. Son leones, pero ¡tan sosegados y dulces! Se aferran unos a otros por las crines y juguetean.

Veo también ovejas, camellos, bueyes y caballos, todos blancos y luminosos como de seda. Veo jumentos blancos, maravillosamente hermosos. ¡No puedo decir cuán bello es todo esto y cuánto orden, paz y amor reina allí!

Los animales no se hacen daño alguno; antes bien, se ayudan los unos a los otros. La mayor parte son blancos o amarillo de oro; no veo aquí casi ningún animal de pelaje oscuro. Y lo que me maravilla es que todos tienen sus habitaciones muy ordenadas y muy bellamente repartidas; tienen espacios y caminos, todo tan puro y limpio que no puede uno imaginárselo. No veo allí a criatura humana alguna: no hay hombres. Supongo que deben venir espíritus que mantienen el orden en todo; no puedo creer que los animales lo hagan por sí mismos.

3. Ve a diversos santos y las aguas maravillosas de esa altura

Después de algún intervalo Ana Catalina añadió:

¡He allí a Francisca Romana y a Catalina de Ricci! (*) En lo alto, sobre el hermoso jardín, hay un sol y ellas están allá. Aletean y se mueven en los rayos de aquel sol y miran hacia abajo. Veo también a otros santos, que están sobre mí, en aquel sol de brillo cándido. Sobre mí resplandece un firmamento como de seda, que brilla iluminado por aquel sol, y sobre él se mueven los santos y miran hacia abajo.

Ahora conozco todo eso. Toda agua desciende desde allá hacia nosotros. Este es el Paraíso. Los animales están allí dentro conservados. Todo está aún tal como Dios lo creó; pero me parece ahora mucho más grande de lo que era otras veces. Ninguna criatura humana puede penetrar allí (**). Aquella agua sagrada, magnífica, maravillosamente clara, que desde allá se desborda y tan graciosamente riega el jardín de los animales, forma en torno del Paraíso un gran muro acuoso. No

(*) Santa Francisca Romana tuvo muchas visiones sobre el Cielo, Infierno y Purgatorio. Santa Catalina de Ricci (1590), abadesa del monasterio de Florencia, fué enriquecida con continuas visiones y éxtasis.

(**) "Y desterrado Adán, colocó Dios delante del paraíso de delicias un querubín, con espada de fuego, el cual andaba alrededor para guardar el camino que conducía al árbol de la vida" (Gén. III, 24).

ya un lago sino un muro ¡y qué muro maravilloso y resplandeciente! En la parte superior es de gotas límpidas, que semejan piedras preciosas. Se parecen a aquellas gotas que en las mañanas penden como rocío de las vides; así es ese muro en la parte superior, todo transparente como cristal. En la parte inferior, el muro se extiende y termina por transformarse en pequeños arroyos, que mucho más abajo forman una gran cascada de agua. Esta cascada hace un ruído tal que nadie podría oirlo sin ensordecerse. Toda agua desciende desde allá y llega a nosotros, pero enteramente desnaturalizada y mezclada con otras sustancias.

El Monte de los Profetas recibe de aquí sus aguas y su humedad. El monte está situado mucho más bajo aún que la gran cascada y precisamente allá donde el agua nuevamente se cambia en nubes. El Monte de los Profetas está situado muy alto, casi como el cielo, y ninguna criatura humana puede llegar allá, y no se ve sobre él otra cosa que nubes. Este jardín está situado más alto que el Monte de los Profetas, a la altura de un cielo; y el punto donde he visto a los santos, está de nuevo más alto que la altura de otro cielo sobre el Paraíso terrenal. Aquí no hay edificio alguno de piedra; hay bosquecillos espesos y altos, caminos y espacios para los animales. Los árboles son inmensamente altos, los troncos muy derechos y graciosos. Veo algunos blancos, amarillos, colorados, castaños y negros. No son negros, sino que despiden un fulgor como de azul plateado.

¡Y cuán maravillosas son las flores!... Veo muchas rosas, especialmente blancas: son muy grandes, tienen elevados tallos y casi semejan en su altura a los árboles que allá arriba se ven. Veo también rosas encarnadas y cándidos lirios muy altos. Veo la hierbecilla delicada y muelle como seda; pero solamente la veo y no la puedo tocar; está demasiado lejos de mí. ¡Y cuán maravillosamente bellas son estas manzanas! ¡Cuán grandes son y amarillas! ¡Qué anchas son las hojas del árbol que lleva tales frutos! Los frutos que están en la mansión de bodas parecen míseros e imperfectos en comparación con éstos, y, sin embargo, son indeciblemente magníficos en comparación con los frutos terrestres.

Veo también muchas aves: cuán bellas y numerosas son y de variados colores, imposibles de describir. Hacen sus nidos entre las flores, en la corona de las más hermosas flores. Veo palomas, que llevan ramitas y hojas en el pico, volar hacia abajo, sobre el muro de las aguas. Creo que las hojitas y flores

que a veces me traen para sanarme, provienen de este jardín.

No veo a ningún reptil de aquéllos que entre nosotros se arrastran sobre la tierra. Empero, hay allá una graciosa bestiezuela, de color amarillento, que tiene la cabeza de serpiente y en la parte superior es más gruesa y en la parte inferior más delgada. Tiene cuatro patas y a menudo se mantiene alzada sobre las dos patas traseras; entonces alcanza la altura de un hombre. Sus patitas anteriores son cortas, los ojos limpios y muy listos: es extremadamente graciosa y ligera. Veo de ella poquísimos ejemplares. Así era aquel animalito que sedujo a Eva.

4. Ve a dos personas en el jardín.

¡Qué maravilla! Veo allá una puerta abierta, en aquella muralla de agua, y a dos hombres que yacen allí, junto a la muralla. Yacen allí y duermen con el dorso apoyado a aquel esplendoroso muro de agua, cruzadas las manos sobre el pecho, con los pies vueltos los unos a los otros. Tienen cabellera larga y blonda. Son hombres pertenecientes a un orden espiritual, visten largos y blancos mantos y tienen bajo el brazo rollos delgados escritos con letras brillantes. Junto a ellos vense bastones curvos como báculos pastorales.

Son profetas; antes bien, lo reconozco y lo siento en mí, tienen relación con aquél que está en el Monte de los Profetas. ¡En qué maravillosos lechos o hendiduras reposan! ¡Las flores crecen en torno de ellos, tan luminosas, en tan vagas y ordenadas formas dispuestas!... Circundan sus cabezas especies de coronas, primero de flores blancas, luego de flores amarillas, rosas, verdes y finalmente azules, todas brillantes y luminosas como el arco iris.

Mientras así hablaba Ana Catalina, el confesor le alargó su mano, y ella exclamó:

¡He aquí un sacerdote! ¿Cómo ha venido hasta aquí? Está bien. ¡Él también verá las maravillas de Dios!

Al día siguiente, el Peregrino encontró a Ana Catalina algo confusa por la visión que había tenido. Dijo que el confesor se había reído como si fuesen cosas imposibles. Cuando el Peregrino le replicó que no tenía motivo de quejarse de los que se burlaban de sus visiones, si ella misma parecía confusa y el confesor no las creía, ella volvió a repetir toda la visión que había tenido, añadiendo lo siguiente:

Yo estaba como levantada en alto, fuera de la muralla del Paraíso. Podía ver sobre él, y a través de aquella muralla de

gotas de agua, y también me miré en ella, como en un espejo, y me he visto indeciblemente agrandada. Esta muralla en torno del Paraíso está formada de gotas de agua que parecen todas triangulares, o redondas, o de otra forma, la una junto a la otra, sin ningún intervalo. Estas gotas forman además toda clase de figuras y de flores, como se suele ver en los tejidos y bordados. Se pueden ver a través de la muralla, pero en ese caso no tan distintamente como si se mirara por arriba. El borde extremo de la muralla parecía pintado con los colores del arco iris y no formaba ninguna figura; se perdía y se confundía con el cielo como precisamente el arco iris cuando se le mira aquí, en la tierra. Siguiendo con la vista la muralla, hacia abajo, pareciera que en la parte inferior aquellos cristales se deshacían en pequeños arroyos, como cintas de plata, y luego éstos, reunidos, formaban una inmensa cascada. Se oía un fragor tal que cualquiera que lo oyera moriría de espanto. Lo siento aún ahora retumbar en mis oídos. Mucho más abajo, en lo profundo, parecía que esta cascada de agua se derramase en vapores y formase puras nubes, como si el Monte de los Profetas recibiese de ellas todas sus aguas. La puerta de aquella muralla acuosa, aunque estaba abierta por la parte superior, mostraba, sin embargo, tener forma de arco. El borde coloreado de la muralla se extendía para formar la puerta por ambos lados, pero cerca del centro relucía más tenuemente en apariencia, como cuando un rayo pasa debilitado a través de un cuerpo transparente. El borde de la muralla al cual se apoyaban los dos profetas no parecía ya consistir en gotas de agua o cristal, sino que formaba un compuesto denso y blanco, como la leche, o como el más fino tejido de seda.

Aquellos dos profetas tenían cabellera larga, de un amarillo de oro, los ojos cerrados y yacían como sobre lechos de flores, con las manos cruzadas sobre el pecho, envueltos en anchos y luminosos vestidos, con la mirada vuelta hacia el mundo. Los rollos y volúmenes no tenían ningún botón en la extremidad, eran delgados y voluminosos, y los veo escritos con caracteres azules y dorados. Sus varas curvadas eran delgadas y blancas. En torno a ellos he visto a las flores con todos los colores del arco iris, dispuestas en gran orden y como si viviesen. Alrededor de sus cabezas se difundía un resplandor más vivo, con los colores del arco iris, semejante a la aureola de los santos y el borde extremo del resplandor se perdía poco a poco en el seno de la luz. La puerta estaba vuelta al Oriente.

Algunos de los elefantes no tenían el pelo tan denso, sino que eran más lisos. Los hijitos corrían entre sus piernas como si fueran corderitos. Tenían grandes bosques de sombra destinados para ellos, donde los he visto permanecer de a dos juntamente con su prole. He visto también camellos de pelos blancos, y jumentos bellísimos, estriados de color azulado. Vi animales semejantes a grandes gatos, con manchas azules, blancos y color fuego. Parecía que aquella especie de serpiente, que he visto, sirviese a todos los otros animales.

5. El Paraíso terrenal, grande como un mundo.

En los límpidos ríos vi peces brillantes y otros animales. No he visto insectos o bestias asquerosas, como sapos (*). Todos los animales tienen espacios especiales destinados a ellos y caminos bien distribuídos.

He visto que el Paraíso es tan grande como un mundo. Contiene alturas de formas redondas, no recortadas, magníficamente cubiertas de árboles. He visto la más alta de las colinas, y pensé que ése era el lugar donde había reposado Adán (**).

He visto una especie de salida hacia el Norte; pero no era en verdad una puerta: era más bien un principio de oscuridad naciente como un hoyo, un precipicio. Me parece que internamente reconocí como si las aguas hubiesen sido precipitadas desde aquellas alturas en el diluvio universal (***). Del lado de la gran reunión de aguas, del cual se precipitaba la cascada, he visto un dilatado y verde prado sembrado de huesos, desmesuradamente grandes y blanqueados, que parecían depuestos allí por las aguas. Encima, en la más alta región, surge la muralla de agua cristalizada; un tanto más abajo, en lo profundo, corren las corrientes como cintas de plata. Después viene, algo más abajo, la gran reunión de aguas. de la que deriva la cascada con su inmenso fragor. Al pricipitarse, la cascada se deshace en nubes, de las cuales el Monte de los Profetas recibe sus aguas. Este monte yace mucho más bajo,

(*) La vidente repite en varias ocasiones que sólo después del diluvio aparecieron insectos y animales asquerosos, como castigo del pecado.

(**) Se refiere a lo que dice en visiones del Antiguo Testamento: que Adán, solitario, solía permanecer sobre una colinita que parecía formada de piedras preciosas.

(***) "Se rompieron todas las fuentes del grande abismo y se abrieron las cataratas del cielo". (Génesis, VII, 11).

"Sobre el firmamento hay aguas naturales que son, sin embargo, las mismas, o distintas, según la diversa acepción o naturaleza del firmamento". (Santo Tomás de Aquino. Cuestión LXVIII, Art. II).

en dirección de Oriente. Sobre esto, todo tiene ya un carácter más terreno.

6. Ve otros animales antediluvianos.
(1º de Noviembre de 1823)

De los mamuts, esos desmesurados animales que eran comunes antes del diluvio, un par muy joven entró también en el arca. Fueron los últimos en entrar y estaban precisamente cerca de la puerta. En los tiempos de Nemrod, de Schemshid y de Semíramis, ví que había aún muchos; pero fueron cada vez más perseguidos, y se perdió la raza.

Los unicornios duran aún y viven siempre juntos. Conozco un disco hecho con el cuerno de uno de ellos, que produce en los animales enfermos lo que las cosas benditas y consagradas producen en los hombres. He visto a menudo que existen aún unicornios (*); están a gran distancia de los hombres, en los valles más elevados y en aquella región desde donde veo el Monte de los Profetas. Son grandes como un potro, tienen piernas delgadas, pueden subir muy alto y recogiendo las patas se sostienen en un pequeño espacio. Se despojan de sus uñas como de cortezas o de zapatos, puesto que he visto de esas uñas dispersas en varias partes. Tienen crines largas y amarillentas. En torno al cuello penden crines más densas y largas, que forman como una corona. Estos animales llegan a gran vejez. Llevan sobre la frente el único cuerno: he visto que es del largo de un codo y curvado hacia atrás. En ciertos tiempos fijos pierden y mudan aquel cuerno, que es buscado y conservado como cosa preciosísima. Son muy tímidos y no es posible llegarse cerca de ellos. Por otra parte, son benévolos y pacíficos los unos hacia los otros y aún con los animales de índole mala. Los machos y las hembras van generalmente separados, y sólo se juntan en determinadas épocas. Son muy reservados y tienen poca prole. Es dificilísimo verlos y cazarlos, porque viven escondidos detrás de otros animales.

He visto que tienen un dominio maravilloso y despiertan reverencia aún entre los animales más brutos y ponzoñosos. Las serpientes y otras bestias horribles se estrechan y se extienden humildes sobre el lomo cuando el unicornio se acerca o respira en su vecindad. He visto que tienen como una

(*) Los viajeros hablan del seru o chiru, del Tibet e Himalaya, como del unicornio, que dan como existente aún en esas regiones.

alianza con los animales más peligrosos y mutuamente se protegen. Cuando el unicornio está amenazado de un peligro, los otros animales distraen, infundiendo espanto, a los perseguidores, y el unicornio se retira detrás de estos animales, que así lo protegen. El, por su parte, protege a sus aliados contra los enemigos; todos se retiran y se alejan temerosos, cediendo a la secreta y maravillosa fuerza del unicornio, cuando se aproxima y respira o sopla sobre ellos. Debe ser uno de los animales más puros, pues todos los demás tienen profundo respeto hacia él. Donde él se apacienta y donde bebe desaparece todo elemento venenoso.

Me parece que se quiere significar y simbolizar algo de santo, cuando se dice que el unicornio reposa su cabeza solamente en el regazo de la más pura virgen. Esto significa que la carne (de Jesús) salió pura y santa solamente del seno de la Santísima Virgen María, y que la carne corrompida y contaminada renació pura por ella, o que es la primera en la cual la carne se purificó, que en ella se venció lo que era invencible, que en ella se ha dominado toda rebeldía y bestial instinto, que en ella la humanidad rebelde fué vencida y hecha pura, o que en su regazo se ha desvanecido el veneno de la tierra.

He visto a estos animales en el Paraíso, mucho más nobles que los de la tierra. He visto, una vez, a estos animales delante del carro de Elías en su aparición a un hombre del Antiguo Testamento. He visto al unicornio junto a los ríos fragorosos, en lugares salvajes, en valles profundos, rocosos y angostos, donde rápidamente corren y se agitan. He visto también en lugares lejanos, junto a las aguas y bajo tierra, que yacen muchos huesos de ellos acumulados en diversos lechos.

Capítulo XXV

VISIONES DEL ANTICRISTO Y DEL TRIUNFO DE LA IGLESIA

INTRODUCCION

Entre el cúmulo de visiones de sucesos pasados y presentes, en algunos de los cuales interviene misteriosamente Ana Catalina, alúdese reiteradas veces a la lucha de los poderes de las tinieblas contra los hijos de la luz. Algunas pueden ser consideradas proféticas, porque se refieren a acontecimientos ocurridos con posterioridad a la muerte de la vidente y a nuestra época (final de la guerra de 1939). Entre otras, hállanse cuadros que juzgamos apocalípticos, como los que describen la desolación de la tierra, la apostasía de las masas, las tribulaciones de los cristianos bajo el reinado del Anticristo y el triunfo glorioso de la Iglesia de Cristo.

La visión de la bestia del mar es semejante a la consignada en el Apocalipsis, con el añadido, sobre el texto canónico, de que el monstruo tiene cola de pez y varias cabezas que forman como una corona en torno de la mayor. Las notas al pie de las páginas contribuyen a identificar algunas de estas escenas con las de San Juan, cuyo maravilloso libro era desconocido por la estigmatizada de Dülmen.

1. Maquinaciones de los malvados contra la Iglesia. *(Octava de Navidad de 1819)*

Ví a la Iglesia de San Pedro y a una gran multitud de hombres afanados en destruirla, mientras otros trabajaban en restaurarla. Los trabajadores estaban esparcidos por todo el mundo y me admiraba la conformidad de sus trabajos. Los obreros que trataban de destruir el templo, arrancaban pedazos del mismo; entre éstos distinguí a muchos herejes y apóstatas. Trabajaban de acuerdo a ciertas reglas los que llevaban mandiles blancos, con bolsillos, bordeados con bandas azules y llanas sujetas a la cintura. Estaban vestidos con toda clase de trajes; entre ellos había hombres altos y corpulentos, con uniformes y estrellas; pero éstos no trabajaban, sino que indicaban en los muros, con

la llana, dónde y cómo habían de demoler. Ví con espanto que entre ellos había sacerdotes católicos. A veces, cuando no sabían cómo demoler, se acercaban a uno de los suyos, que tenía un gran libro, en el cual parece que estaba indicado cómo estaba hecho el edificio y la manera de derribarlo. Después señalaban con la llana una parte de él, para que fuera destruída, la cual, en efecto, se derrumbaba. Los que derribaban el edificio, obraban tranquila y seguramente, pero con timidez, secretamente, puestos como en acecho.

He visto al Papa en oración rodeado de falsos amigos, que muchas veces hacían lo contrario de lo que se les mandaba. Ví a un hombre malvado, negro y de baja estatura, trabajar muy activamente contra la iglesia. Mientras el templo era destruído por éstos en alguna parte, reedificábanle otros por otra parte, pero sin energía ni vigor. Ví a muchos eclesiásticos a quienes conocía, entre ellos el Vicario General, cuya vista me causó mucha alegría. Pasó sin turbarse por entre los demoledores y dispuso lo necesario para la conservación y restauración del templo. Ví también a mi confesor llevar una gran piedra, dando un buen rodeo. Ví a otros sacerdotes, perezosos, rezar las horas con su breviario y llevar, muy de tarde en tarde, alguna piedrecita bajo los hábitos o alargársela a otros. Parecía que ninguno tenía confianza ni gusto en el trabajo, puesto que trabajaban sin dirección y sin saber lo que hacían. Aquello era aflictivo. Ya estaba destruída la parte anterior de la iglesia y no quedaba en pie más que el Sagrario. Yo estaba muy triste, pensando dónde se hallaría aquel hombre con veste roja y bandera blanca, que se me había representado otras veces sobre la misma Iglesia, salvándola de la destrucción.

2. La Santísima Virgen protege la Iglesia.

Entonces ví a una gran Señora, llena de majestad, que venía por la gran plaza que hay delante del templo. Tenía un manto extendido, sujeto con ambos brazos y se movía apaciblemente en el aire. Detúvose en lo alto de la cúpula y extendió su manto, que brillaba como el oro, sobre todo el recinto de la iglesia. Los demoledores dejaron de trabajar en aquel momento. Quisieron proseguir su obra de destrucción, pero no pudieron acercarse al espacio protegido por el ancho manto. Entretanto los que trabajan en reedificar la iglesia, mostraban extraordinaria actividad. Vinieron muchos hombres oscuros, ancianos e impedidos y muchos jóvenes vigorosos; mujeres y niños, sacer-

dotes y seglares, y muy pronto estuvo casi del todo restaurada la iglesia.

Ví entonces venir un nuevo Pontífice en procesión. El Papa era mucho más joven y enérgico que el anterior. Fué recibido con gran solemnidad. Parecía que iba a consagrar la iglesia, pero oí una voz que decía que el templo no necesitaba nueva consagración, pues la parte principal de él, el tabernáculo, no había sido destruído. Debía celebrarse una doble fiesta en toda la Iglesia: un jubileo universal y la restauración de la Iglesia. Antes que el Papa comenzara la fiesta, había preparado a los suyos y éstos lanzaron de la asamblea, sin contradicción ninguna, a una multitud de eclesiásticos, unos de mucho viso, otros de poca significación, los cuales salieron murmurando, llenos de cólera. El Pontífice tomó a su servicio a otros eclesiásticos y también a seglares. Después empezó la gran solemnidad en la Iglesia de San Pedro. Los que trabajaban con mandiles blancos mantuviéronse silenciosos, circunspectos y tímidos, mirando si alguno los observaba.

3. El Arcángel San Miguel lucha por el triunfo de la Iglesia.
(30 de Diciembre de 1819)

He visto nuevamente la Iglesia de San Pedro con su gran cúpula. Sobre ella resplandecía el Arcángel San Miguel vestido de color rojo, teniendo una gran bandera de combate en las manos. La tierra era un inmenso campo de batalla. Los verdes y azules luchaban contra los blancos; éstos, sobre los cuales había una espada de fuego, parecían que iban a sucumbir; no todos sabían por qué causa combatían. La iglesia era de color sangriento, como el vestido del arcángel. Oí que me decían: "Tendrá un bautismo de sangre". Cuanto más se prolongaba el combate, más se apagaba el vivo color rojo de la iglesia y se volvía más transparente. El ángel descendió y se acercó a los blancos. Lo ví delante de todos. Estos cobraron gran valor, sin saber de dónde les venía. El ángel derrotó a los enemigos, los cuales huyeron en todas direcciones. La espada de fuego que estaba sobre los blancos, desapareció. En medio del combate aumentaban las filas de los blancos: grupos de adversarios se pasaban a ellos y una vez se pasaron en gran número. Sobre el campo de batalla había, en el espacio, legiones de santos que hacían señales con las manos, diferentes unos de otros, pero animados del mismo espíritu.

4. Ve a San Francisco de Sales y a Santa Juana de Chantal.
(Domingo de infraoctava de la Santísima Trinidad, 1820)

Para consuelo mío he visto cuadros de la vida de los dos santos: San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. Decían que los tiempos que corremos son muy tristes; pero que después de muchos desastres, vendrá un tiempo suave y apacible, en que los hombres estarán muy unidos unos con otros y se amarán mucho; entonces florecerán muchos monasterios en el verdadero sentido de esta palabra. Ví también una imagen de estos lejanos tiempos, la cual no puedo describir; de allí se alejaban las tinieblas de la noche y surgían la luz y el amor. Ví toda clase de cuadros relativos al renacimiento de las órdenes religiosas.

Los tiempos del Anticristo (*) no están tan próximos, como algunos creen. Han de venir precursores del mismo. He visto en algunas ciudades maestros de cuyas escuelas podrán salir esos precursores.

5. Ve la Iglesia de San Pedro en peligro.
(28 de Agosto de 1820)

Ví una imagen de la Iglesia de San Pedro, donde me parecía que el templo flotaba sobre la tierra y que muchos corrían presurosos a ponerse debajo de él para transportarlo, grandes y pequeños, sacerdotes y seglares, mujeres y niños y aún ancianos impedidos. Yo sentía grande angustia e inquietud, pues estaba viendo que la iglesia amenazaba ruina por todas partes. Pero todas aquellas gentes se pusieron debajo de ella sosteniéndola con sus hombros; cuando esto hacían todos tenían la misma estatura. Cada uno estaba en su puesto: los sacerdotes debajo de los altares; los legos debajo de las columnas y las mujeres a la entrada. Era tan grande el peso que todos soportaban, que creí que serían aplastados. Sobre la iglesia aparecía el cielo abierto y los coros de los santos la sostenían con sus oraciones y sus méritos y ayudaban a los que la sostenían sobre sus hombros. Yo estaba flotando entre unos y otros. Ví que los que la llevaban se movían hacia adelante y que una fila de

(*) Recuérdese que esta visión tiene más de un siglo. Se han abreviado los tiempos. Cuando Ana Catalina habla del Anticristo lo hace siempre como de una persona y no de una sociedad o estado anticristiano. Sólo en un mundo anticristiano podrá imperar el Anticristo. En el mismo sentido habla Santa Hildegarda en su libro *Scivias*.

casas y palacios que había enfrente caían por tierra, como las espigas de un campo, al pasar sobre ellos la iglesia y que la misma iglesia fué puesta allí sobre la tierra.

Entonces tuve otra visión. Vi que la Santísima Virgen estaba sobre la iglesia y alrededor de ella los apóstoles y obispos. Abajo ví grandes procesiones y solemnidades. Ví que todos los malos pastores de la Iglesia, que habían creído que podían hacer algo con sus propias fuerzas, sin recibir la virtud de Cristo, de los vasos de sus santos predecesores y de la iglesia, fueron lanzados y reemplazados por otros. Ví que desde lo alto descendían bendiciones y que se obraban grandes mudanzas. Ví al Papa que dirigía todas estas cosas. Ví elevarse a dignidades a hombres muy pobres y a jóvenes.

6. Ve una iglesia falsa en contra de la Iglesia de Roma.

(12 de Setiembre de 1820)

He visto construir una iglesia curiosa, falsa y perversa. Había en el coro tres divisiones, cada una de varias gradas, unas más altas que las otras. Debajo se extendía una oscura extensión llena de tinieblas. Sobre la primera de estas divisiones ví que arrastraban un asiento, en la segunda una gran taza llena de agua; sobre la más alta había un mesa. No he visto ningún ángel presente en la construcción; pero estaba la especie más ardiente y furiosa de los múltiples espíritus de los planetas (*), que transportaban toda clase de objetos bajo esa techumbre; y allí abajo, ciertas personas envueltas en una especie de manteletas o capas eclesiásticas, llevaban todas esas cosas afuera. Nada venía de lo alto en aquella iglesia; todo provenía de la tierra y de la oscuridad, y los espíritus de los planetas lo traían y lo preparaban todo. Sólo el agua parecía tener en sí misma fuerza saludable y en cierto modo santificante. He visto traer luego dentro de esa iglesia una increíble cantidad de instrumentos. Muchas personas y también niños llevaban utensilios e instrumentos de la más variada especie para hacer y producir alguna cosa; pero todo era oscuro, pervertido, privado de vitalidad y no se veía más que separación y división.

Cerca de ésta he visto otra Iglesia luminosa, colmada de gracias de lo alto; he visto a los ángeles subir y descender y he

(*) Espíritus planetarios son, según Ana Catalina, los ángeles caídos que no fueron tan culpables como los del infierno, que habitan en los planetas, desde donde descienden para tentar a los hombres; parece recordar a los ángeles que *pervagantur in mundo*...

visto allí dentro vida y crecimiento, aunque también disipación y negligencia. A pesar de todo era un árbol lleno de jugo y de fuerza vital en comparación de la pseudo iglesia, que parecía un sarcófago lleno de reliquias muertas y de figuras. Una iglesia era como un ave que vuela y se remonta en los aires; la otra como un barrilete hecho de papel por los niños, lleno de nudos, de adornos y de trozos de papel de colores en la cola, que se arrastra sobre un campo árido cubierto de estopa, en vez de remontarse a los aires. He visto que muchas de las cosas reunidas en aquella iglesia estaban amontonadas en contra de la Iglesia viviente: así he visto dardos y flechas. Cada uno se empeñaba en llevar allí dentro alguna cosa, como bastones, varas, pompas de agua, garrotes de toda clase, muñecos y espejos. Allí había trompetas, cuernos, fuelles y toda clase de objetos de toda forma y manera. Bajo la bóveda de la sacristía se afanaban por hacer pan; pero no fermentó y quedó todo abandonado. He vist a aquellos hombres con la manteleta llevar leña delante de las gradas sobre las cuales estaba el púlpito y encender fuego y soplar con los fuelles y con la boca y afanarse mucho; pero no salía de allí más que humo de una oscuridad espantosa. Entonces hicieron una abertura por arriba y colocaron un tubo; pero aquel fuego no quiso prender y todo se hizo oscuro y tan denso de humo que terminó por sofocar. Otros soplaban en las trompetas y clarines y se esforzaban de tal modo que parecía les salían los ojos por las órbitas; pero todo quedó allí abandonado en el suelo y luego desapareció bajo tierra; de modo que todo era allí muerto y ficticio y vana obra humana.

Esta iglesia es en verdad obra de los hombres, en conformidad con la nueva moda, como lo es la nueva iglesia, no católica, de Roma, que es también de esa especie.

7. Ve la obra de los espíritus malos en la falsa iglesia.
(12 de Noviembre de 1820)

He viajado por un país oscuro y frío y llegué a una gran ciudad. Allí dentro he visto de nuevo la extraña gran fábrica de la iglesia; pero he visto que allí no hay nada de santo, sino innumerables espíritus planetarios que trabajaban en torno de ella. He visto todo esto como veo, de modo parecido, hacerse una obra eclesiástica católica de común acuerdo entre los ángeles, los santos y los cristianos; pero aquí las formas empleadas eran mecánicas, y las ayudas y los medios de otra especie. He visto subir y bajar y enviar rayos y luz por muchos espíritus

planetarios sobre aquella gente que trabajaba. Todo se hacía y resultaba según la pura razón humana. He visto allá arriba, en las altas regiones, cómo un espíritu hacía líneas y diseñaba figuras y cómo luego aquí en la tierra se ejecutaba, porque veía que uno abría los cimientos y hacía aberturas o planos. He visto que la acción de estos espíritus planetarios, que trabajan para sí y para esa gran fábrica, extendía su influjo a las más remotas comarcas. Todo aquello que parecía necesario o sólo útil a la fabricación y existencia de esta iglesia, he visto excitarlo y ponerlo por obra en los más apartados lugares y distancias y he visto ponerse de acuerdo hombres y cosas, enseñanzas y opiniones para cooperar a la obra. Había en todo ese cuadro algo de admirablemente egoístico, de orgullosamente seguro y violento; y que todo tuvo éxito lo ví en un cuadro múltiple de cosas; pero no he visto siquiera un solo ángel o un santo concurriendo a la obra. El cuadro que he visto eran grandioso y perverso.

He visto también mucho más lejos y detrás de aquel asiento o trono, un pueblo feroz armado de picas, y un rostro feo que sonreía y decía: "Fabrica no más lo más sólido que quieras; nosotros la destruiremos". Penetré además en una sala grande de aquella ciudad, donde se celebraba una ceremonia odiosa, una horrible y falsa comedia. Todo estaba tapizado de negro. Uno fué puesto dentro de un catafalco y luego resucitó El estaba presente en persona y llevaba en el pecho una estrella. Parecía que esto significaba una amenaza de que así sucedería. He visto dentro al diablo en mil formas y figuras. Todo era densa y oscura noche: aquello era horrible.

8. Ve nuevamente la Iglesia de San Pedro.
(10 de Setiembre de 1822)

He visto la Iglesia de San Pedro del todo destruída, excepto el coro y el altar mayor. San Miguel, armado y ceñido, descendió a la iglesia y con su espada impidió que entraran en ella muchos malos pastores, y los impelió hacia un ángulo oscuro, donde se sentaron mirándose unos a otros. Todo lo que había sido destruído en la iglesia fué reconstruído en pocos momentos, de suerte que pudiera celebrarse el culto divino. Vinieron sacerdotes y legos de todo el mundo trayendo piedras para reedificar los muros, ya que los cimientos no habían podido ser destruídos por los demoledores.

9. Ve en éxtasis a la Iglesia abandonada y afligida.

He visto a la Iglesia enteramente abandonada por completo y sola. Parece que todos huyeran de ella. Todo es contienda en torno de ella; por doquiera veo grandes miserias, odio, traición y encono, inquietud, falta de auxilio y ceguedad absoluta. De un lugar oscuro veo salir mensajeros anunciando por todas partes malas nuevas, que causan amargura en los corazones de los que las oyen, y encienden la cólera y el odio. Yo ruego con mucho fervor por los oprimidos. Sobre los lugares donde algunos hacen oración veo descender luces, y sobre todos los demás, negras tinieblas. Este estado de cosas es espantoso. He rogado a Dios que tenga misericordia. ¡Oh ciudad!... *(Roma)* ¡Oh ciudad!... ¡Qué gran calamidad te amenaza!... La tempestad está próxima; prepárate, pues. Confío, sin embargo, en que has de permanecer firme.

10. Supervivencia de la Iglesia e indignidad de los cristianos.

(4 de Octubre de 1822)

Cuando esta noche ví a San Francisco llevando sobre sus hombros la iglesia, según la visión que tuvo el Papa (*), ví que un hombre de corta estatura, en cuyo rostro había algo de judío, llevaba a cuestas la Iglesia de San Pedro, lo cual me pareció muy peligroso. En la parte Norte, sobre la iglesia, estaba María protegiéndola bajo su manto. Diríase que aquel hombre iba a caer. Parecióme seglar y que le conocía yo. Aquellos doce a quienes siempre veo como nuevos apóstoles, venían a socorrerle, pero demasiado despacio. Ya iba a caer, cuando por fin llegaron todos y se pusieron debajo de ella; también ayudaron muchos ángeles. Tratábase de salvar sólo el suelo y la parte posterior de la iglesia, pues todo lo demás lo habían destruído las sectas y aún los mismos eclesiásticos. Aquéllos llevaban la iglesia a otro lugar y parecía que a su paso venían por tierra muchos palacios como si fueran campos de mieses. Viendo en ruina a la Iglesia de San Pedro y los muchos eclesiásticos que habían trabajado en destruirla sin que ninguno quisiera decir delante de los demás lo que había hecho, sentí tal tristeza que hube de clamar en alta voz pidiendo a Jesús misericordia.

Entonces ví delante de mí a mi celestial Esposo en figura de un mancebo, quien habló largo tiempo conmigo. Me dijo

(*) Inocencio III aprobó el Instituto de San Francisco a raíz de haber visto en sueño misterioso cómo el santo sostenía en sus hombros la iglesia de San Juan de Letrán que estaba a punto de desplomarse.

que esta traslación de la Iglesia significaba que en la apariencia había de caer en tierra por completo, pero que descansaba en estas columnas y que de ellas había de surgir de nuevo; que aunque no quedara más que un solo cristiano católico en el mundo, ella podía vencer, pues no está fundada en la razón ni en el consejo de los hombres. Luego me mostró que en la Iglesia nunca habían faltado fieles que hicieran oración y padecieran por ella. Mostróme además lo que El había padecido por la Iglesia, la virtud que había comunicado a los méritos y trabajos de los mártires y que todo lo volvería a padecer de nuevo si fuera posible. También me mostró en innumerables escenas la miserable conducta de los cristianos y de los eclesiásticos, en círculos cada vez mayores, en todo el mundo y en mi patria, y me exhortó a orar con perseverancia y a padecer por ellos. Había una grandeza y tristeza incomprensibles en esta escena, que no puedo describir. También se me dió a entender que casi no quedaban ya cristianos en el sentido en que antes se tomaba esta palabra, así como entendí que los judíos que ahora existen, son todos ellos fariseos y aún peores que fariseos. El solo pueblo de Judit en Africa está compuesto de antiguos verdaderos judíos (*). Esta visión me afligió mucho.

11. Visión de la bestia del mar y del Cordero de Dios.

(Agosto a Octubre de 1820)

Esta visión, según dice Brentano en sus anotaciones, está llena de interrupciones, porque Ana Catalina veía las cosas en tal forma que le era muy difícil describirlas luego ordenadamente. Nota también que la visión tiene muchas formas de semejanza con las revelaciones de San Juan, que ella no había leído antes.

Veo a nuevos mártires, no de ahora, sino de tiempos futuros. Veo su aflicción y veo que se precipitan los hechos. He visto a las sociedades secretas trabajar y combatir cada vez con mayor intensidad para destruir a la gran Iglesia; y he visto entre esta gente a un espantoso animal, salido del mar (**).

El monstruo tenía cola como de pez, melena como de león y muchas cabezas alrededor de una mayor que las otras, erizada,

(*) De esta Judit se habla extensamente en el capítulo *Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia.*

(**) "Y ví una bestia que subía del mar, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemias. Y la bestia que ví era semejante a un leopardo y las patas como de oso y la boca como de león" (*Apocalipsis*, XIII, 1-2).

formando una corona. Sus fauces eran grandes y rojas. Estaba manchado como un tigre y andaba confiadamente entre aquellos sectarios destructores. Muchas veces estaba en medio de ellos, mientras trabajaban, y también ellos iban a buscarlo en la caverna donde solía esconderse.

Mientras estas cosas sucedían, he visto aquí y allá, en el mundo entero, muchos buenos y piadosos hombres, especialmente eclesiásticos, atormentados, encarcelados y oprimidos, y tuve el sentimiento interior de que un día habría nuevos mártires. Cuando la Iglesia estaba en gran parte destruída, de tal modo que no quedaban más que el coro y el altar mayor, ví a estos destructores, juntamente con la bestia, entrar en la Iglesia. Allí encontraron a una Señora grande y magnífica, que parecía estar encinta, pues caminaba lentamente (*). Los enemigos quedaron muy admirados y espantados, y la bestia no pudo dar un paso más. Extendió furiosamente el cuello hacia a Señora, como si quisiera tragarla (**), pero ella se volvió y cayó postrada sobre su rostro. Vi entonces a la bestia huir de nuevo hacia el mar y a los enemigos correr, confundidos y desconcertados, atropellándose unos a otros: porque ví que, en torno de la Iglesia, venían desde lejos y se aproximaban, grandes círculos, en la tierra y en el cielo. El primer círculo estaba formado de jóvenes y de doncellas; el segundo, de personas casadas de todos los estados, entre ellos reyes y reinas; el tercero, de personas pertenecientes a las órdenes religiosas; el cuarto, de guerreros, delante de los cuales vi a un jinete sobre un caballo blanco (***). El último círculo estaba compuesto de labradores y gente de la comarca, muchos de ellos señalados con una cruz roja en la frente (****). Mientras se acercaban, los prisioneros y oprimidos fueron liberados y se juntaron con ellos. Los destructores y conjurados fueron echados de todos los puntos, reunidos delante de aquellos círculos, y se encontraban, sin saber cómo, juntos en un escuadrón, envueltos en confusión y tinieblas. No sabían ni lo que habían hecho ni lo que debían hacer y con la cabeza baja se precipitaron unos contra otros, como los veo hacer a menudo. Cuando todos estuvieron reunidos confusamente, los vi aban-

(*) "Y apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas; y estando en cinta clamaba con los dolores del parto". (*Apocalipsis*, XII, 1-2).

(**) "Y el dragón se irguió delante de la mujer". (*Apocalipsis*, XII, 4).

(***) "Y ví el cielo abierto, y apareció un caballo blanco, y el que montaba en él se llamaba Fiel y Veraz". (*Apocalipsis*, XIX, 11).

(****) "Hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes", (*Apocalipsis*, VII, 3).

donar la obra de destrucción y perderse desorientados entre los diversos círculos.

He visto después a la Iglesia, de nuevo, rápidamente restaurada, con mayor esplendor que antes, pues las gentes de todos los círculos, de una extremidad a la otra del mundo, se alcanzaban unas a otras las piedras para reedificarla. Cuando esos círculos se aproximaban, el primero o el más interno se colocaba detrás de los otros. Parecía que se distribuían entre ellos las obras diversas de oración y como si el círculo de los guerreros comenzase obras de guerra. En este círculo me parecían confundidos amigos y enemigos de todos los pueblos. Eran verdaderos soldados de nuestra especie y color. Este círculo, sin embargo, no estaba del todo cerrado, sino que hacia el Septentrión tenía una mancha amplia y oscura, como una abertura, como un abismo. Este abismo se extendía hacia abajo, en las tinieblas, precisamente como en los umbrales del Paraíso, en aquel punto donde Adán, arrojado, salió afuera. Me parecía como si allá abajo se extendiese un oscuro y tenebroso lugar. He visto como si porciones de este círculo quedasen atrás y no quisiesen avanzar y éstos se mantuviesen estrechados entre sí y tristes los rostros, mirándose unos a otros. En todos estos círculos he visto a muchos que serán mártires de Jesucristo, ya que había también muchos malos y por esta causa habría otra división.

Ví que la Iglesia había sido del todo restaurada, y sobre ella el Cordero de Dios, encima del monte, y en torno de Él, un círculo de vírgenes con palmas en las manos, y los cinco círculos de las escuadras celestes, como los de la tierra. Los círculos celestes habían avanzado juntamente con los terrestres y obraban de común acuerdo. En torno del Cordero estaban las cuatro imágenes apocalípticas de los animales sagrados.

12. Ve las abominaciones de la Francmasonería (*)

Esta iglesia maldita es pura inmundicia, es la vaciedad y las tinieblas. Casi ninguno de los suyos conoce las tinieblas en las cuales trabaja. Todo es en ella vana oscuridad; sus escarpados muros nada contienen; el altar que usan, es una silla. En una mesa hay una calavera cubierta, entre dos luces; a veces la descubren. En sus "consagraciones" echan mano a dagas desnudas. Aquí está el mal sin mezcla de bien; ésta

(*) El Papa Pío VII condenó la secta secreta de los Carbonarios, nombre con que se designaban los masones en Italia, el 13 de septiembre de 1821.

es la comunión de la gente *non sancta*. Yo no puedo declarar con palabras cuán abonminables son, y cuán perniciosos y vanos los intentos de esta asociación, desconocidos en gran parte por sus mismos adeptos. Quieren hacerse todos un solo cuerpo con algo que no es Jesucristo. Habiendo yo apartado a uno de ellos, se llenaron de furor contra mí. Cuando la ciencia se divorció de la fe, surgió esta iglesia sin Salvador, sin creencia; esta comunión de "santos" sin fe; la contraiglesia, cuyo centro es la maldad, el error, la mentira, la hipocresía, la flaqueza y la astucia. Nació así un cuerpo, una comunidad fuera del cuerpo de Jesucristo, o sea, fuera de la Iglesia; una iglesia falsa sin Salvador, cuyo misterio es no tener misterio alguno, distinta en cada lugar, temporal, infinita, cortesana, egoísta, dañosa y que a pesar de las obras buenas de que se precia, conduce finalmente al abismo de la miseria. El mayor peligro que ofrece en su aparente innocuidad. En todas partes hacen y desean cosas diferentes; en muchas obran sigilosamente; en otras preparan ruínas sin que sean conocidos, sino de pocos, sus malvados planes. Así coinciden todos con sus obras en un centro que es el mal, y obran y trabajan fuera de Cristo, porque en El únicamente es santificada toda vida y fuera de cuyo reino toda obra es trabajo que permanece en la muerte y en el demonio.

13. Los trabajos de las sectas.
(Fiesta de la Candelaria)

En estos días he visto muchas maravillas de la Iglesia. La Iglesia de San Pedro estaba casi destruída por las sectas; pero los trabajos de éstas fueron aniquilados y todas sus pertenencias, mandiles y utensilios, quemados en un lugar inmundo por la mano del verdugo. Había allí pelo de caballo que exhalaba tal hedor, que me causó mucho daño. En esta visión se me presentó la Madre de Dios ejercitando su poder en favor de la Iglesia. Desde entonces mi devoción a María es cada vez mayor.

14. Visión de la época del Anticristo.

Después de haber visto la cesación del santo sacrificio de la Misa, en la época del Anticristo (*), continuó narrando lo siguiente:

(*) "Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo y fuere entronizada la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos y noventa días" (*Daniel*, XII, 11).

He visto un gran cuadro eclesiástico, pero no soy capaz de reproducir todo el conjunto. He visto la Iglesia de San Pedro y en torno de ella muchos campos, jardines, vecindades y bosques. He visto a muchas personas contemporáneas nuestras de todas las partes del mundo y muchísimas otras que conozco personalmente o por medio de las visiones, que entraban en la Iglesia, y parte de ellas paseaban con indiferencia yendo a otros puestos diversos. Había dentro una gran solemnidad y sobre ella se veía una nube luminosa de la cual descendían apóstoles y obispos santos, que se reunían en coro sobre el altar. Entre ellos he visto a Agustín y a Ambrosio y a todos aquéllos que han hecho mucho para la exaltación de la Iglesia. Había una gran solemnidad y se celebró la Misa.

Y yo he visto en medio de la iglesia un gran libro abierto, de cuyo lado más largo pendían tres sellos; de cada uno de los lados más estrechos, dos solos (*). Estaba abierto más bien hacia la parte anterior de la iglesia, que en el centro de la misma. He visto también encima al Evangelista Juan y supe que eran las revelaciones que tuvo en la isla de Patmos. Aquel libro estaba apoyado sobre un atril en el coro. Alguna cosa había tenido lugar (**) antes que este libro hubiese sido abierto, pero he olvidado lo que fué. Es una verdadera lástima que aquí haya un vacío en mi visión. El Papa no estaba en la iglesia. Estaba escondido. Creo que aquellas gentes que había en la iglesia no sabían dónde estaba él. No sé ya si él estaba en oración, o hubiese muerto.

He visto por lo demás que todas aquellas gentes tenían que poner la mano sobre cierto pasaje en el libro de los Evangelios, fuesen eclesiásticos o laicos, y que entre muchos de ellos descendió una luz, como una señal que los santos apóstoles y obispos les participaban. He visto también que muchos hacían este acto superficialmente. Fuera de la iglesia he visto aproximarse a muchos judíos que querían entrar, pero no lo podían hacer aún. Al fin llegó toda entera la multitud que al principio no había podido entrar adentro. Era un pueblo

---

(*) "Ví en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos". (*Apocalipsis*, V, 1).

(**) Este acontecimiento, que lamenta no recordar, nos hubiera dado una pauta para interpretar algunos capítulos del Apocalipsis.

innumerable (*). Entonces he visto de improviso aquel libro ser tocado por un contacto sobrenatural y cerrarse en seguida. Esto me hizo acordar cómo una vez en el convento, de noche, el demonio me apagó la luz y me cerró el libro.

En torno de allí, pero en lontananza, he visto una espantosa y sangrienta batalla, y vi una gigantesca lucha del lado del Septentrión y del Occidente. Este fué un cuadro grande y muy serio. Siento haber olvidado aquel lugar del libro, sobre el cual los hombres debían poner los dedos.

15. Ve los estragos que causan los enemigos a la Iglesia y la futura restauración por medio de María.

(Pascua de 1820)

Cuando Ana Catalina tuvo esta visión, el guía le dijo que abarcaba siete espacios determinados de tiempo; no pudo luego, al relatarla, fijar los límites de cada tiempo ni decir a cuál de esos tiempos correspondían dichos acontecimientos.

He visto a la tierra como una superficie redonda, cubierta de oscuridad y tinieblas. Todo estaba corrompido y a punto de perecer. Esto lo he visto muy detalladamente, en todas las criaturas, en los árboles, en los arbustos, en las plantas, en las flores, en los campos. Parecía como si las aguas de los arroyos, de las fuentes, ríos y mares fuesen sorbidas y volviesen a su origen. Fuí por la tierra desolada y vi a los ríos como líneas delgadas, a los mares como negros abismos, en medio de los cuales sólo había algunas grietas con agua. Todo lo demás era fango espeso y oscuro donde veía toda suerte de animales monstruosos y peces luchando con la muerte. Vi tanta distancia alrededor que pude distinguir con toda claridad la orilla del mar donde en otra ocasión yo había visto que San Clemente (**) fué sumergido. Vi también lugares y muchedumbre de gentes, tristes y turbadas y muchas ruínas.

A medida que crecían la sequedad y la desolación de la tierra, se aumentaban las obras tenebrosas de los hombres. Ví muchas maldades en particular; reconocí a Roma y ví la opre-

(*) Es un hecho admitido que los judíos, constituídos ya en nación, reconocerán finalmente que Jesucristo es el Mesías que han desconocido por tanto tiempo y entrarán en la Iglesia Católica. Algunos colocan este hecho durante el tiempo de la predicación de Elías y Enoc. Entre otros muchos textos sobre la conversión de los judíos, véase especialmente el capítulo XI de la Epístola de San Pablo a los Romanos.

(**) San Clemente I, romano, gobernó la Iglesia por nueve años; fué martirizado en el Quersoneso Tauricc, precipitándosele en el Mar Muerto el año 100.

sión que padecía la Iglesia y su decadencia en lo interno y en lo externo. Ví grandes ejércitos que se dirigían a un mismo punto desde varias regiones y todos estaban empeñados en luchas y batallas. En medio de ellos he visto una gran mancha negra a manera de un enorme agujero y en torno de él los combatientes eran cada vez menos, como si cayesen en aquel abismo sin que nadie los viese caer.

Durante esta lucha ví en medio de tanta ruina y corrupción a doce hombres, en diferentes comarcas, sin conocerse ni tener noticia los unos de los otros, recibir como torrentes del agua viva que deriva de la vida eterna. Ví que todos ellos trabajaban en lo mismo, en diferentes lugares y que no sabían de dónde les venían los dones necesarios, pues cuando acababan una misión se les encomendaba otra. Eran doce y ninguno de ellos pasaba de los cuarenta años; tres eran sacerdotes y algún otro quería serlo. Ví también que algunas veces yo tenía relación con uno de ellos, como si le conociera o estuviera cerca de él. En sus trajes no había nada de particular; cada uno de ellos vestía según el uso actual de su país. Ví que obtuvieron de Dios lo que se había perdido y cómo en todas partes obraban el bien. Todos eran católicos.

En medio de la tenebrosa corrupción ví falsos profetas y otras personas que trabajaban contra los escritos de estos doce apóstoles, los cuales desaparecían con frecuencia en medio del tumulto y luego salían otra vez más resplandecientes que antes. Ví unas cien mujeres que estaban como en éxtasis y junto a ellas hombres que las magnetizaban (*). Ellas predecían lo futuro; pero a mí me causaban aversión y horror. Me pareció ver a aquella mujer de Münster y pensé dentro de mí, con inquietud, que al menos el padre Limberg no estaría junto a ellas. Cuando las filas de los que combatían en torno de aquel negro abismo se aclararon más y más, y en medio del combate desapareció toda una ciudad, aquellos doce hombres apostólicos aumentaron mucho el número de los que peleaban a su lado y desde la otra ciudad (la verdadera ciudad de Dios, Roma) salió un cono de luz que penetró en el oscuro disco. Ví por arriba de la iglesia, humillada y menoscabada, una hermosísima Señora con un manto azul celeste muy extendido y con una corona de estrellas en la cabeza. De ella procedía la luz que penetraba cada vez más en la oscuridad, y allí donde llegaba esa luz, todo

(*) En otra visión habla extensamente del magnetismo, del sonambulismo y de la clarividencia.

era renovado y todo volvía a prosperar. Los nuevos apóstoles entraron todos en aquella luz. Yo creía haberme visto a mí misma con otros a quienes conocía, que estábamos delante, en lo alto. En una gran ciudad ví una iglesia, la más pequeña entre otras, que llegaba a ser la primera. Los nuevos apóstoles fueron iluminados por la luz. Creo haber visto con ellos, a la cabeza, a otros que conozco.

Todo volvió a florecer de nuevo. Ví un nuevo Papa muy severo. El abismo se hacía cada vez más estrecho: se hizo tan pequeño que podía ser cubierto con un balde de agua. Finalmente ví que tres ejércitos o comunidades se unían a la luz. Había entre ellos personas buenas e ilustradas, las cuales entraron en la Iglesia. Todo se había renovado y estaba floreciente. Ví que se edificaron iglesias y monasterios. Durante aquella tenebrosa aridez, fuí transportada a un prado lleno de verdor y de cándidas flores que otras veces había tenido que recoger. Después encontré un vallado de espinas, con el cual me había lacerado y arañado mucho durante aquellos tiempos oscuros. Ahora estaba todo florido y penetré en él alegremente.

16. Las llagas del Señor derraman bendiciones sobre la Iglesia y el mundo.

El arcángel San Miguel descendió de la iglesia y ví sobre ella, en el cielo, una gran cruz luminosa, de la cual pendía el Salvador. De sus llagas descendían sobre el mundo franjas de luz que se difundían por todas partes. Las llagas eran rojas y como brillantes puertas, y el centro de ellas, dorado como el sol. No llevaba la corona de espinas, pero de las heridas de su cabeza salían rayos horizontales de luz que iluminaban el mundo. Los rayos que salían de las manos y de los pies eran como el arco iris y se dividían en rayos muy finos, y, muchos, iban a iluminar aldeas, ciudades y casas por el mundo entero. Ví estos rayos, en muchos lugares al mismo tiempo, cerca y lejos, descender sobre toda clase de moribundos y atraer con violencia a las almas, las cuales, por uno de estos colores del arco iris, se corrían hacia las llagas del Salvador. Los rayos de la herida del costado descendían sobre la iglesia que estaba debajo, como un torrente ancho y caudaloso. De esta suerte resplandecía la iglesia y por este torrente de luz entraban la mayor parte de las almas en el Señor.

Ví oscilar en el cielo un corazón rojo y brillante unido con la cruz por una franja luminosa que de él salía hacia la herida

del costado del Salvador. Otra franja luminosa, que partía también del corazón, se extendía sobre la iglesia y sobre muchas comarcas. Estos rayos de luz atraían a muchas almas al corazón y pasando a través de él iban por la faja de luz que lo unía con la cruz y entraban en el costado de Jesús. Se me dijo que este corazón era el de María.

Además de los rayos luminosos, pendían de las llagas unas escalas, algunas de las cuales no llegaban a tierra. Estas escalas eran unas treinta, diferentes todas entre sí: las había anchas y estrechas, unas con peldaños juntos y otras con peldaños separados; unas aisladas, otras juntas y agrupadas. Sus colores eran los mismos del lugar de purificación, oscuros, claros, grises, cada vez más vivos a medida que se subía en ellas.

Por estas escalas ví subir trabajosamente a muchas almas. Unas iban rápidamente, como si hubiera quien las ayudara a andar con firmeza; otras se empujaban unas a otras y caían en los escalones inferiores; algunas caían en la oscuridad más profunda. Aquella trabajosa subida parecía más conmovedora cuando se la comparaba con la alegre entrada de las que eran atraídas a modo de absorción. Las que subían sin retroceder y con paso firme, parecía que estaban más unidas con la iglesia que las otras que se detenían o esperaban o se quedaban solas.

Detrás de la cruz, muy adentro, allá en el cielo, ví muchas imágenes de la obra de la Redención en el camino de la divina gracia, a través de la historia del mundo hasta su cumplimiento en la Redención. Yo no me detuve en ningún punto: recorrí la franja luminosa viéndolo todo.

17. Ve la proximidad del reino de Dios.

Cuando hubo cesado el combate en la tierra, la iglesia y el ángel se tornaron blancos y resplandecientes, y el ángel desapareció. También desapareció la cruz y en el lugar que ella ocupaba apareció una Señora alta y resplandeciente, encima de la iglesia, extendiendo sobre ella su dorado y brillante manto. Debajo en la iglesia se oyeron voces de mutua humillación y reconciliación. Ví a obispos y pastores acercarse y cambiar sus libros. Las sectas reconocieron a la Iglesia por su admirable victoria y por la luz de la revelación que habían visto resplandecer en ella. Cuando ví esa unión, sentí profundamente la proximidad del reino de Dios. Ví un resplandor y una vida superior en toda la naturaleza y un santo impulso en todos los hombres, como cuando se aproximaba el nacimiento de Jesús,

y de tal manera sentí la proximidad del reino de Dios, que me ví obligada a salir a su encuentro. *(En esta parte de la visión, oraba en alta voz).*

De la venida de María tuve un vivísimo presentimiento. Ví a su estirpe ennoblecerse a medida que se iba acercando a esta flor. Ví venir a María: cómo la ví, no podría decirlo. De la misma manera siento la proximidad del reino de Dios. Sólo puedo comparar aquel sentir con este modo de ver. El reino de Dios lo ví acercarse cumpliéndose el anhelo de muchos fieles atraídos por la fe humilde y el ardentísimo amor. Ví aparecer en la tierra muchos rebaños pequeños y luminosos de corderos, apacentados por pastores; ví que éstos eran verdaderos pastores de Aquel que, como Cordero, dió su sangre por nosotros; y ví que un amor infinito y una virtud divina reinaban entre los hombres.

Cerca de mí ví pastores, de quienes yo sabía que no pensaban en nada de esto; y deseé vivamente que despertaran de su sueño.

18. Ve la Iglesia de Roma.
(27 de Diciembre de 1820)

Veo a la Iglesia Romana resplandeciente como el sol. De ella salían rayos a torrentes que se dilataban por el mundo entero. Me fué dicho que esto se refería a la revelación de San Juan, mediante los cuales algunos cristianos debían recibir parte de esa luz y que ésta recaería por entero en favor de la Iglesia. He visto acerca de esto un cuadro muy preciso, pero no lo puedo expresar con palabras.

19. Ve a la Iglesia después del combate.

Ví a la Iglesia después del anterior combate, resplandeciente como el sol. En ella se celebraba una gran solemnidad y ví que entraban muchas procesiones. Ví un nuevo Papa muy severo y riguroso. Antes de empezar la fiesta había despedido a muchos obispos y pastores, porque eran malos. Ví que concurrieron a la celebración de esta fiesta los santos Apóstoles especialmente. Entonces ví muy próximo el cumplimiento de estas palabras: "Señor, venga a nos el tu reino". Parecíame ver descender de lo alto luminosos jardines celestiales y unirse con lugares inflamados de la tierra y todo allí sumergirse en la luz primitiva. Los enemigos. que habían huído del combate, no fueron perseguidos, pero se dispersaron.

20. Visión de la Jerusalén celestial.

Ví en las brillantes calles de la ciudad de Dios muchos palacios y jardines resplandecientes, en los cuales había innumerables cohortes de santos, que discurrían alabando a Dios y derramando sus gracias sobre los hombres. En la celestial Jerusalén no hay ninguna iglesia: el mismo Cristo es la iglesia. María reina en la ciudad de Dios, y sobre ella están Cristo y la Santísima Trinidad. Desde Ella desciende sobre María celestial rocío, que se difunde sobre toda la santa ciudad.

Ví debajo de la ciudad de Dios, a la iglesia de San Pedro y me regocijé porque, a pesar de la negligencia de los hombres recibe siempre del cielo la verdadra luz. Ví los caminos que van a la Jerusalén celestial y a los santos pastores que conducían a ella a las mejores almas de su rebaño. Estos caminos no estaban muy llenos.

Ví también el camino por donde yo he de ir a la ciudad de Dios, y ví, como desde el centro de un amplio círculo, a todos aquéllos a quienes de algún modo había yo ayudado. Ví a todos los niños y a los pobres a quienes había cosido algún vestido y me admiré y me alegré especialmente al ver las diversas maneras en que los había cortado. Después ví todas las escenas de mi vida en que había sido útil a alguno, ya con mi consejo, ya con mi ejemplo, o con auxilios, oraciones y trabajos. Ví el provecho que de aquí se había seguido en forma de jardines nacidos de mis propias obras. Estos jardines habían sido cultivados de diferente modo por sus respectivos dueños; algunos los habían dejado perderse. He visto qué suerte cupo a cada una de aquellas almas en quienes yo había causado alguna impresión.

Capítulo XXVI

VISIONES DIVERSAS

INTRODUCCION

La actividad visionaria de Ana Catalina es incalculable: sus revelaciones son de las más complejas, y están relacionadas con los asuntos más inesperados. Las visiones recogidas en este capítulo, por no corresponder a ninguno de los anteriores, ponen de relieve la incomparable riqueza con que el Señor ha dotado a la angelical estigmatizada de Dülmen.

Se refieren al carácter de las anotaciones de Clemente Brentano, al número de las almas elegidas, al valor de las indulgencias y a inefables detalles de la pasión del Redentor y de la misión de la Virgen María.

1. Testimonio sobre las anotaciones de Clemente Brentano.

Cuando en enero de 1820 consideraba Ana Catalina la vida de Magdalena de Hadamar, también estigmatizada, dijo:

La vi frecuentemente padecer tentaciones por visitas, estorbos y falsa veneración, que la ponían en peligro de estimarse por algo. Sus comunicaciones fueron muy engrandecidas, lo que le traía mucho pesar, como ella misma me lo dijo. Yo he visto en efecto a su confesor anotar y escribir, pero él no escribía bien, y expresaba más sus propias maravillas que las cosas en sí mismas. Yo pensé entonces en los escritos del Peregrino sobre mis visiones, y he visto que él no mostraba admiración y comúnmente escribía menos de lo que yo había visto, porque yo no podía decirlo todo y porque nunca narró lo que no supiera bien.

Habiéndosele el 3 de mayo de 1820, contado algo de la vida de Santa Verónica Giuliani, declaró:

Nunca he oído o leído de la vida de las santas y de su estado interior, que no fueran como cosas muertas, pobres y ordinarias, en comparación de las cosas que de ellas veo. Todo esto es como un sol pintado con tierra amarilla y gris en comparación con el verdadero sol. El Peregrino escribe tales cosas razonablemente. Este hombre no escribe así las cosas por sí mismo; él tiene la gracia de Dios para ello. No lo puede hacer otro hombre más que él: es como si él mismo lo viera.

2. El destino del hombre.

¿Saben ustedes para qué ha creado Dios al hombre? Para gloria suya y felicidad nuestra. Después de la caída de los ángeles determinó Dios crear al hombre para ponerlo en el lugar de las legiones de ángeles réprobos. Por lo cual tan pronto como se complete el número de los ángeles réprobos con otros tantos hombres justos, se acabará el mundo.

3. Las indulgencias.

Las indulgencias tienen mayor valor, pues con ellas se alcanza la remisión de las penas que tenemos que pagar en el Purgatorio después de la vida. Mas, para ganar las indulgencias no basta rezar las oraciones y practicar las buenas obras que están prescriptas con este fin: es necesario, además, recibir los santos sacramentos con verdadera contrición y propósito de enmienda. Creo, pues, que sin verdadero arrepentimiento y firme propósito de enmendarme no me es dado ganar indulgencia alguna, y que a toda obra meritoria va unida una indulgencia.

Las buenas obras de los hombres son tan varias como los números y hasta la que valga menos debe estimarse en mucho si con ella va unida alguna parte de los merecimientos de Cristo. Todo lo que ofrecemos a Dios en unión con estos méritos infinitos, aunque en apariencia carezca de valor, nos será descontado del castigo que hemos merecido. No me canso de lamentar la ceguera de tantas almas en cuyos ojos se ha oscurecido la luz de la fe. Siguen viviendo tranquilamente en sus pecados acostumbrados y se engañan a sí mismas creyendo ganar indulgencias con sólo decir algunas oraciones. Alguna vez entenderán que los paganos y los turcos, que procuran vivir virtuosamente según la ley natural, serán juzgados más favorablemente que ellos en la presencia de Dios.

Nosotros tenemos la gracia y no la estimamos; la gracia nos solicita y nosotros la rechazamos. Inclínanse hasta el suelo para recoger una moneda que brilla; pero tienen delante de sí la gracia de la salvación eterna y pasan sobre ella para ir en pos de las quimeras del mundo. A éstos no les valdrán las indulgencias y aún serán juzgados por las obras de piedad que hubieren practicado por ciega costumbre.

4. Los que van tras los bienes del mundo.

Hallábame en un campo dilatado, el cual podía abarcar enteramente con la vista. En él había innumerables hombres que

trabajaban de todas maneras y se esforzaban en apariencia por conseguir cierto fin. Pero en medio del campo estaba el Señor con su infinita bondad y me dijo: "Mira cómo se atormenta y se afana este pueblo; mira cómo busca en todas partes consuelo y auxilio y va en pos de ganancias; pero a Mí, que soy su Señor y Bienhechor, que estoy aquí a la vista de todos, no me atiende ni me mira. Sólo algunos pocos están dispuestos a manifestarme alguna gratitud y reconocimiento; pero aún éstos me lo muestran como de paso y como si me arrojaran migajas".

Vino luego un ejército de sacerdotes a los cuales mostraba el Señor especial benevolencia; pero ellos pasaban de prisa, le hacían apresuradamente un leve obsequio y luego se confundían entre la multitud. Solamente ví a uno acercársele, pero con negligencia. Cuando estuvo junto al Señor, el mismo Señor le tomó por la espalda y le dijo: "¿Por qué no me pagas tu deuda, a mí que tanto te amo?" En esto desapareció de ante mis ojos la visión; pero tuve otras visiones tocantes a la vida de nuestro clero, que me causaron gran turbación. Si Jesús en persona viniera de nuevo al mundo a predicar su doctrina, el espíritu del siglo y la corrupción dominante le harían sufrir tanta oposición como la que halló entre los judíos.

5. Los derechos de Satanás.

He visto dentro de una ciudad una compañía de sacerdotes, de laicos y de damas que estaban sentados en un banquete y conversaban con mucha ligereza. Sobre ellos se extendía una densa niebla, que terminó por condensarse en una verdadera noche oscura. Allí he visto, y precisamente en el centro, a Satanás, sentado, con semblante horrible, y en torno de él, a otros tantos compañeros suyos cuantos eran los miembros de esa reunión. Todos estos malos espíritus estaban ocupados en continua actividad de influencias sobre la conducta de aquella gente. Les soplaban algo al oído, obraban o animaban de toda forma y manera. Todos estaban en estado de excitación peligrosa a la lujuria y se entretenían en punzantes, satíricas y petulantes charlas. Los eclesiásticos eran de ésos que tienen por principio que es necesario vivir y dejar vivir a la gente, que ahora en nuestros tiempos no conviene hacerse el singular y aparecer oscurantista, que es necesario estar alegres con los alegres. Y en este estado celebraban todos los días la santa Misa.

En toda esta alegre comparsa ví sólo a una joven que estaba aun en buen estado y que tenía cierta piedad y devoción

hacia su santo protector. Era un santo de renombre conocido y ella lo invocaba continuamente. Ví que los otros la burlaban y hasta trataban de seducirla. Para ella he visto que aquella oscuridad de la noche era interrumpida y he visto que el Santo desde lo alto lanzaba los malos espíritus que estaban en torno de ella y le mandaba luz y resplandor. Ví entonces que en medio de aquel círculo oscuro Satanás habló con el Santo y le preguntó qué tenía que hacer allí y por qué invadía sus derechos. Se jactaba, con sorna, que todos esos sacerdotes le pertenecían, que todos los días celebraban la Misa en ese estado y así cada vez más se enredaban en sus lazos. El Santo rechazó sus pretensiones y le dijo que no tenía derecho alguno sobre aquella persona por los méritos de Jesucristo y que no debía ni acercarse a ella. Entonces Satanás le respondió, haciéndose el osado, que de todos modos la prendería en sus lazos y que para ese fin traería cierto hombre que ya otras veces le había causado impresión y que la haría caer. El aspecto de Satanás era espantoso. Tenía los brazos cortos, con garras, los pies largos y las rodillas al revés. No podía hincarse. Su rostro era de forma humana; pero frío, maligno y repugnante. Tenía así como membranas o alas; era negro, dando oscuridad en torno: parecía que de él salían tinieblas. Como él habló de su derecho y esto me causara maravilla, me fué dicho que él en realidad adquiere un derecho especial cuando un bautizado, que ha obtenido de Jesucristo el poder de vencerlo, obrando con libre voluntad, por medio del pecado, se somete al poderío del demonio. Este cuadro tenía mucho de conmovedor y de serio. Yo conocía a toda esa gente y también a la joven salvada por su celeste protector.

6. Es anunciado a Santa Ana el nombre de María.

Cuando Ana se durmió en su lecho, después de haber orado mucho tiempo, ví descender del cielo sobre ella una brillante claridad que tomó la forma de un mancebo resplandeciente. Era el ángel del Señor que le anunciaba que tendría una hija santa. Extendiendo la mano sobre ella trazó en el muro, con grandes y muy vivos caracteres, el nombre de María. El ángel desapareció, disolviéndose su luz. Entre tanto Ana estaba como en íntimo y regocijado sueño. Levantóse media dormida; oró con el corazón; luego volvió a acostarse sin saber claramente lo que hacía. A medianoche despertóla un como leve presentimiento y vió con extrañeza y alegría lo que había sido escrito en la pared. Los caracteres eran rojos, dorados, resplandecientes

y grandes, pero no muchos. Estuvo mirándolos con indecible alegría y compunción hasta que se desvanecieron con la luz del día. Los vió con tal claridad y su alegría fué tanta que cuando se levantó parecía rejuvenecida. En el momento en que la luz del ángel juntamente con la gracia vinieron sobre Ana, ví yo en su seno un resplandor y reconocí en ella a la madre escogida, al vaso esplendoroso de la gracia que estaba próxima. Lo que en ella advertí sólo puedo describirlo diciendo: reconocí a una madre en la cual hay una cuna adornada, un lecho cubierto, un tabernáculo abierto, destinado a recibir y guardar un santuario. Ví que esta bendición, por virtud divina, estaba en Ana. No es posible expresar cuán admirables me parecieron todas estas cosas, pues reconocí en Ana la cuna de toda la humana salvación y al mismo tiempo el depósito de la Iglesia, ante el cual fué levantado el telón.

Durante una visión relativa a la Virgen Santísima oí entre otras cosas estas palabras: "El que hoy, después de mediodía, rezare con amor y devoción nueve Ave Marías en honor de los nueve meses durante los cuales permaneció ella en el seno de su madre y de su nacimiento y continuase esta devoción por espacio de nueve días, dará a los ángeles todos los días un ramillete de nueve flores, que ella recibirá en el cielo y lo presentará a la Santísima Trinidad para obtener de este modo alguna gracia en favor del que se lo hubiese ofrecido".

7. Ve al Salvador con sus discípulos.

Después ví al Señor con sus discípulos. Consideraba los dolores que ya había padecido en el seno materno y durante su niñez y cuando enseñaba a los hombres, a causa de la dureza y ceguedad de ellos, y, sobre todo, por la maldad de los fariseos que, envidiosos, espiaban todos sus actos. Habló con sus discípulos de su Pasión, y ellos no lo comprendieron. Ví al Señor traspasado de íntimos dolores y éstos se me ofrecieron como colores y sombras oscuras y dolorosas que venían sobre su rostro triste y severo, que entraban en su pecho, ceñían su corazón santísimo y le traspasaban por todas partes. No es posible describir este espectáculo. Le ví padecer a causa de los tormentos interiores que sentía, y ví que estos dolores eran mayores que los que sufrió después en la crucifixión. Pero Él los llevó en silencio, con infinito amor y paciencia.

Ví a Jesús en la cena y el indecible dolor que sintió a causa de la maldad de Judas. Ví que de buen grado habría padecido

todavía mayor martirio con tal de que Judas no le entregara. También su divina Madre había amado mucho a este apóstol y le había hablado muchas veces, instruyéndolo y dirigiéndolo. Esto fué lo que más le dolió. Ví que le lavó los pies con infinito amor y dolor, y que le dió el bocado de pan y le miró amorosamente. Le saltaban las lágrimas y se le apretaban los dientes por la violencia del dolor. Ví a Judas llegarse a Él y a Jesús darle a comer su propia carne y sangre, y decirle con dolor infinito: "Lo que has de hacer, hazlo pronto". Luego ví que Judas se volvió atrás y salió de la sala.

Siempre ví al Señor aquí traspasado por nubes, colores y rayos de infinito dolor. Después le ví caminar con sus discípulos al Monte de los Olivos y ví que durante el camino no dejó de llorar y que lloraba a mares; y ví a Pedro, tan atrevido y tan confiado en sí mismo, que creyó que él sólo bastaba para derribar a todos los enemigos, lo cual también contristó a Jesús, pues sabía que Pedro le había de negar. Vile dejar a sus discípulos, excepto a los tres más amados, cerca del Huerto de las Olivas y que les dijo que se dormirían. Siempre le ví llorar. Se internó en el huerto dejando atrás también a los tres apóstoles que tan fuertes se creían. Ví que no tardaron en dormirse, en tanto que el Salvador, destrozado por el dolor, sudó sangre; y ví al ángel que le presentó el cáliz.

8. La Pasión del Señor y su bondad con los pecadores.

(8 de Febrero de 1823)

Estando en el rezo de las horas el jueves, me vino con insistencia a la mente la consideración de nuestra nada y de la infinita misericordia y mansedumbre divina; y me conmovió enteramente el pensar que tantos hombres se pierden a pesar de esta misericordia. No puedo menos que pedir al Señor gracia para estos desdichados. Entonces ví de repente mi cruz (era una de plata, pequeña, con dos astillitas de la verdadera cruz) que estaba junto a mi cama, cercada de resplandores. Me hallaba despierta, con mis cinco sentidos y pensaba: "¿No será esto una ilusión?" Y continué rezando las horas. Pero el resplandor de la cruz me deslumbraba. Entonces, convencida de que no era engaño, cobré ánimo y pedí a Dios fervorosamente gracia y misericordia para todos y especialmente para los flacos y para los que viven en el error. Entretanto aumentaba el resplandor de la cruz; y ví pendiente de ella un cuerpo. De las llagas de este cuerpo crucificado salía mucha sangre, que corría por la

cruz; pero no la ví caer de ella. Recordé mis súplicas y mi adoración y entonces el cuerpo extendió el brazo derecho formando con él un arco para abrazarnos a todos.

Mientras esto sucedía, estaba yo tan en mis sentidos que observaba los objetos que había alrededor y podía contar las campanadas. Acabaron de dar las once y media y luego nada más entendí de lo que había y sucedía en torno mío. Fuí arrebatada en éxtasis y transportada a la contemplación de la pasión de Cristo y he visto con mis propios ojos el curso de ella con tanta exactitud como si realmente hubiera sucedido en mi presencia. He visto al Salvador caminar con su cruz sobre sus hombros, y a la Verónica, y a Simón Cirineo cuando fué obligado a llevar la cruz. Le ví finalmente extender los miembros que fueron clavados en ella. Este espectáculo conmovió mi alma. Sentía tristeza y al mismo tiempo alegría. Ví a la Madre de Dios y a muchos de los suyos. Seguí adorando al Señor mi Salvador y pidiéndole gracia para mí y para mis prójimos. Entonces me dijo Él: "¡He aquí mi amor, mi amor sin límites! Venid, pues, todos a mis brazos y a todos os haré dichosos" Ví que la mayor parte se apartaban de Él con violencia. Al principio de esta visión pedí al Señor que se terminase la guerra y desapareciesen los horrores y reinara la paz, y también ahora le pedí gracia y reconciliación. Entonces oí una voz que decía: "La guerra no se acabará todavía: aún se sentirá con rigor en algunas comarcas; pero tú ora y ten confianza". Ahora espero confiadamente que los pueblos de Münster y Dülmen no serán duramente oprimidos.

9. Detalles de la pasión de Jesucristo.

La corona de espinas de Nuestro Señor era muy gruesa y pesada y se dilataba mucho en torno de la cabeza. Los verdugos le quitaron la ropa interior, hecha de malla, por sobre la cabeza y al quitarla le arrancaron también la corona. Recuerdo oscuramente que entrelazaron una más pequeña de unas espinas que yo conozco, y se la pusieron mientras estaba tendido sobre la cruz. Los tres agujeros de la cruz estaban ya hechos, pero demasiado distantes uno de otro. Cuando clavaron una mano, tiraron fuertemente la otra, por medio de cuerdas anudadas, apoyando los pies sobre los agujeros ya preparados. Los pies tampoco alcanzaban a las perforaciones hechas, y entonces los desalmados tiraron con violencia, apoyadas las rodillas sobre el cuerpo del Señor, mientras otros martillaban los clavos. El cuerpo del Señor estaba completamente dislocado de todas sus ar-

ticulaciones y como transparente, y la parte inferior al pecho enteramente enflaquecida, sutil y vacía. Fué terrible el momento en que levantaron la cruz y la hicieron caer en el foso para apuntalarla y sostenerla firme: esto produjo una sacudida tan vehemente que se agitó su sagrado cuerpo.

No he visto a Jesús bajar al Purgatorio. Cuando Él estaba en el limbo he visto que vinieron las almas del Purgatorio y que todas estas almas fueron por Él libradas. He visto, antes de la Resurrección, a muchos ángeles recoger toda la sangre y la carne que Él había perdido durante su pasión y reponerla y ajustarla de nuevo a su sagrado cuerpo y ví aquel cuerpo, indescriptiblemente hermoso, salir del sepulcro. Las llagas resplandecían y eran un adorno sagrado e inefable de los sagrados miembros. Él no se mostró a los apóstoles en toda esta su gloria, puesto que no habrían podido sostener su vista.

He visto a la Santísima Virgen poseer ciertos pañitos teñidos con la sangre de la circuncisión y de sus llagas, y, dividiéndolos, donó reliquias a los apóstoles, puestas dentro de unas cruces, como de un codo de largo, hechas de una caña plegable. Ellos llevaban estas reliquias bajo sus mantos. Tenían cajitas metálicas para encerrar el pan de la comunión y las reliquias, y entre éstas, creo, algunas partecitas de los pañitos recibidos de María. Creo también que ella trabajaba las túnicas de los apóstoles en la misma forma en que había hecho los vestidos de Jesús. Hizo muchas túnicas de semejante forma con dos varillas y cierta clase de ganchos.

10. Jesús presenta la Virgen a los apóstoles. *(Día de la Ascensión)*

Antes de salir el Señor de la casa del cenáculo con sus apóstoles y discípulos, les mostró a la Santísima Virgen como centro y medianera suya. Pedro y los demás se inclinaron ante ella y ella los bendijo. En el mismo momento en que esto sucedía, vi a la Santísima Virgen que se ofrecía de modo sobrenatural, envuelta en un amplio manto azul celeste, exaltada en un trono y sobre ella una corona, lo cual era símbolo de la dignidad que se me había mostrado. Ya la he visto en otras visiones antes de realizarse importantes acontecimientos (como antes del bautismo, el primero y segundo días de Pentecostés) bendecir a los apóstoles. En el octavo día, después de Pentecostés, los apóstoles con muchos discípulos y gran número de fieles recién convertidos, salieron del templo y se dirigieron a Sión, a la casa

del cenáculo. Cuando la procesión llegó a lo alto de la casa del cenáculo, los neófitos fueron colocados por los apóstoles enfrente de la entrada. Pedro y Juan entraron y condujeron a la Santísima Virgen vestida de fiesta; tenía un largo manto azul cuya parte interior estaba bordada. Pedro habló a los neófitos y los encomendó a María, como Madre de todos ellos, presentándoselos sucesivamente en grupos como de veinte. Ella los bendecía y les hablaba mientras llegaban los demás. A todos les decía lo mismo.

11. María, reina de los apóstoles.
(Algunos días antes de la Ascensión del Señor)

Ví a los apóstoles y a veinte discípulos en el Cenáculo, reunidos bajo una lámpara. Después de hacer oración, dividiéronse en dos grupos. Juan habló a los apóstoles, y Pedro a los discípulos. Hablaban de una manera misteriosa de la conducta de los fieles respecto a la Madre de Dios y de lo que ésta debía ser para ellos. Mientras duraba esta enseñanza, que me parece hallarse fundada en la predicación de Jesús, ví flotar sobre ellos la imagen de la Santísima Virgen con un manto resplandeciente extendido; y ví el cielo abierto sobre ella y que la Santísima Trinidad le ceñía una corona. Conocí, entonces, que María es la verdadera cabeza de todos ellos y su templo y circuito.

Ví a María orar en su estancia. Comenzaba a clarear el día, cuando ví entrar a Jesús a través de las puertas cerradas. Habló largamente con ella y le dijo que ayudara a los apóstoles, declarando lo que era ella para ellos. Todo esto era muy espiritual y misterioso. Él le dió poder sobre toda la Iglesia y virtud y encargo de protegerla; y ví como si penetrase e infundiese en ella su luz. Esto no puedo expresarlo.

12. María, puerta del Cielo y refugio de pecadores.

Entre todas las santas mujeres se distinguía María por su indecible modestia, por su candor, sencillez, gravedad, mansedumbre y paz. Es tan pura y se muestra tan superior sobre todo lo que hay a su lado que sólo se mira en ella la imagen de Dios en el hombre. No hay ningún ser que se pueda comparar con ella sino su divino Hijo. Su rostro excede al de todas las mujeres que con ella había y al de todas las que siempre he visto, en inefable pureza, en inocencia, gravedad, sabiduría, paz y suave y devota afabilidad. Parece noble y distinguida y al mismo

tiempo sencilla e inocente como un infante. Es muy grave y callada. A menudo está triste; pero nunca muestra alteración ni severidad; las lágrimas se deslizan suavemente por su tranquilo rostro.

¡Quién pudiera ver la hermosura, pureza y clara profundidad de María! Todo lo sabe, y, sin embargo, parece que no sabe cosa alguna determinada, tanta es su infantil sencillez. Tiene los ojos bajos, pero cuando mira, su mirada penetra como un rayo, como la verdad, como una luz inmaculada. La razón es porque es del todo inocente, está llena de Dios y no hay en ella doblez. Nadie puede resistir su mirada.

En una lección que Jesús dió a sus discípulos, dijo, entre otras cosas, que nadie entraría en su reino sino por el camino estrecho y por la puerta de los esposos. Este camino y esta puerta es María y también la Iglesia, a la cual renacemos por el bautismo; pero esto no es para expresarlo. El Señor contrapone la entrada por la puerta nupcial a la entrada por la puerta lateral. Esta era una parábola semejante a la del buen pastor y del pastor mercenario *(Juan, X,1)*. También allí decía que sólo por la puerta se hallaba la entrada. Las palabras que pronunció Jesús en la cruz, antes de morir, cuando llamó a María madre de Juan y a Juan hijo de María, tienen un sentido oculto relativo a este renacimiento mediante la muerte de Jesús.

Ví a Jesús en un trono resplandeciente como el sol. Junto a Él estaban María, José y Juan, y delante de Él, los pecadores arrepentidos, postrados de rodillas. Estos pedían a María que intercediera por ellos. Entonces ví que ella es el verdadero refugio de los pecadores y que todos los que acuden a ella hallan gracia, con tal que tengan alguna fe.

FIN DEL TOMO I

INDICE

		Pág.	Libro
Prólogo		9	
Estudio crítico		11	1
Juicios autorizados		77	
Vida de Ana Catalina Emmerick		115	

Primera parte

AUTOBIOGRAFIA

Capítulo	I. - Su infancia, sus dones extraordinarios	155	
	II. - Su vocación, sus estigmas, sus pruebas	189	

Segunda parte

VISIONES GENERALES

Capítulo	I. - Visiones de sí misma	225	—
„	II. - Visiones de sus amigos y enemigos	241	
„	III. - Visiones de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento	281	2
„	IV. - Visiones de la Misa	299	
„	V. - Visiones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante	305	
„	VI. - Visiones de la Navidad	325	
„	VII. - Visiones de los ángeles y de los espíritus planetarios	351	
„	VIII. - Visiones del Cielo y del Limbo	359	
„	IX. - Visiones de la oración	365	
„	X. - Visiones de trabajos en la viña del Señor	385	
„	XI. - Visiones del Papa y de la Iglesia Romana	401	
„	XII. - Visiones de las iglesias cismáticas y heréticas	429	—
„	XIII. - Visiones del racionalismo y del laicismo	451	
„	XIV. - Visiones del magnetismo	459	3
„	XV. - Visiones de pecados y conversiones	467	
„	XVI. - Visiones de los premios de la vida futura	479	
„	XVII. - Visiones del Purgatorio	491	
„	XVIII. - Visiones del Infierno	529	
„	XIX. - Visiones de la Redención	533	
„	XX. - Visiones del poder sacerdotal	539	
„	XXI. - Visiones de viajes a diversos países	545	
„	XXII. - Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia	571	
„	XXIII. - Visiones del Monte de los Profetas	583	
„	XXIV. - Visiones del Paraíso terrenal	595	
„	XXV. - Visiones del Anticristo y del triunfo de la Iglesia	605	
„	XXVI. - Visiones diversas	625	

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO SEGUNDO
LIBRO I

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO
Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

INTRODUCCION

El Génesis, libro sublime que relata los primeros tiempos del mundo, es, empero, tan sobrio, que el lector anheloso queda sin conocer pormenores que la investigación moderna juzga muy apreciables. Ana Catalina ve numerosísimos aspectos sorprendentes, que expone con sencillez y candor, los cuales complementan, como eslabones que faltaran, noticias truncadas o lacónicas del sagrado texto. Sus visiones nos ilustran más ampliamente acerca de la creación de los coros angélicos y de la rebelión de Lucifer; de la formación de la tierra, con detalles precisos del Paraíso terrenal; de la creación de Adán y Eva, con la caída y el proceso de corrupción paralelo con la naturaleza; de la promesa de la Redención y la formación simbólica de la Virgen inmaculada, que aplastará la cabeza de la serpiente.

El Diluvio está mostrado con pormenores casi novelescos: la construcción del arca, la entrada de Noé con su familia, el incremento de las aguas y la desesperación de los hombres. La torre de Babel está descripta minuciosamente: se informa de la confusión de idiomas y hace valiosas consideraciones lingüísticas. Aparecen actuando los hombres perversos, descendientes de Cam: Nemrod, el famoso cazador, y sus artes diabólicas, como las de sus descendientes Darketo y Semíramis, creadoras de pueblos idólatras. Desvirtúa la cronología de las dinastías reales egipcias. Habla extensamente de Melquisedec, personaje misterioso, que aparece muy escuetamente en la Biblia, a quien ve como ser angélico, de la casta sacerdotal, fundador de pueblos y dispensador de dones. Cuenta las andanzas de los patriarcas Job y Abrahán, notables figuras de Jesucristo.

Algo totalmente nuevo y misterioso, que nos llena de profundo respeto y estupor, es la relación del don bendito de la descendencia divina, como sacramento sustancioso, que Dios puso al principio en Adán, que tuvieron después secretamente los patriarcas, hasta José, en Egipto, que pasó al Arca de la Alianza y concluyó en San Joaquín, padre de la Virgen, en la cual permaneció con la concepción inmaculada, como depósito sagrado donde se produciría la Encarnación del Verbo divino.

TERCERA PARTE

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

I

Creación y caída de los ángeles

Primeramente he visto levantarse delante de mi vista un espacio inmenso lleno de luz y dentro de ese espacio de luz, muy arriba, como un globo resplandeciente cual un sol, y en él sentí que estaba la unidad de la Trinidad. Yo la llamo, en mí misma, la Armonía, la Concordancia. Y vi salir de allí virtud y poder, y de pronto aparecieron debajo del globo resplandeciente coros luminosos, anillos, círculos trabados entre sí, de espíritus maravillosamente esplendorosos, fuertes, de admirable hermosura. Este nuevo mundo de resplandores se levantó y quedó como un sol de luz debajo de aquel otro sol más levantado y primero.

Al principio estos coros de espíritus se movían como impulsados por la fuerza del amor que provenía del sol más elevado.

De pronto he visto una parte de todos estos coros permanecer inmóviles, mirándose a sí mismos, contemplando su propia belleza. Concibieron contento propio; miraron toda belleza en sí mismos; se contemplaron a sí mismos; estaban en sí mismos.

Al principio estaban todos en más altas esferas, moviéndose como fuera de sí mismos. Ahora, una parte de ellos, permanecía quieta, mirándose a sí misma. En el mismo momento he visto a toda esta parte de los espíritus luminosos precipitarse y oscurecerse, y a los demás coros de ángeles arremeter contra ellos y llenar sus claros. Los círculos quedaron entonces más reducidos. No he visto, sin embargo, que estos espíritus buenos saliesen del círculo del cuadro general para perseguirlos. Aquéllos (los rebeldes) que quedaron silenciosos, abismados en sí mismos, se precipitaron; y los que no se habían detenido en sí mismos llenaron los vacíos de los caídos. Todo esto sucedió en un breve momento.

Cuando estos espíritus cayeron he visto aparecer debajo un globo de tinieblas cual si fuese el lugar de su nueva morada, y supe que habían caído allí en forma involuntaria e impaciente. El espacio que ahora los encerraba, allí abajo, era mucho más pequeño del que habían tenido arriba, de modo que me pareció que estaban estrechados y angustiados, y no libres como antes.

Desde que siendo niña hube visto esta caída, estaba yo temerosa día y noche de su acción maléfica y siempre pensé que debían ellos dañar mucho a la tierra. Están siempre en

torno de ella, bien que ellos no tienen cuerpo. Ellos oscurecerían hasta la luz del sol, y los veríamos siempre como sombras vagando delante de la luz. Esto sería insoportable para nosotros.

II

Creación de la Tierra

En seguida de la caída de los ángeles, ví que los espíritus de los coros luminosos se humillaron delante de la Divinidad, protestaron sumisión y pidieron quisiera la Divinidad reparar y llenar los vacíos que se habían producido. Entonces ví como un movimiento y un obrar en la luz de la Divinidad, que hasta entonces había quedado inmóvil, y que había esperado, como yo lo sentí en mi interior, esa petición de los ángeles. Despues de esta acción de los ángeles estuve persuadida que ellos debían permanecer firmes y no podían ya caer. Se me dió a entender, sin embargo, que era decisión y decreto de Dios, por causa de la caída de los ángeles, que debía haber lucha y guerra mientras no se llenasen los coros de los ángeles caídos. Este tiempo se me representó en el espíritu como muy largo y como imposible. Esta lucha debía producirse en la tierra, y no en los cielos, donde no debía haber más lucha, ya que la Divinidad lo había afirmado en su estabilidad.

Después de esta persuación no pude tener compasión con el diablo, pues supe que él cayó por la fuerza de su propia mala voluntad. Tampoco puedo tener enojo contra Adán; siento, en cambio, mucha compasión hacia él, pues pienso que ya estaba todo previsto.

Inmediatamente luego de la súplica de los ángeles fieles y después del movimiento en la Divinidad, apareció un mundo, un globo oscuro al lado del globo de las tinieblas que se había formado debajo del sol luminoso de la Divinidad; este globo estaba a la derecha y no lejos del globo anterior.

Entonces fijé mi atención sobre el globo oscuro que estaba a la derecha de la esfera tenebrosa, y he visto un movimiento dentro de él, como si creciese por momentos. Aparecieron puntos luminosos en la masa oscura y la rodearon como bandas luminosas. Luego se vieron lugares más claros, y apartáronse estas bandas de tierra de las aguas que las rodeaban. Después ví en los lugares más claros un movimiento, como algo viviente que rebullía en ellos. Sobre la superficie de la tierra ví crecer hierbas y aparecer plantas y, en medio de ellas, seres vivientes

que se movían. Me parecía, como era todavía niña, que las plantas se movían.

Hasta este momento todo había sido gris y ahora se esclarecía al ver como una salida de sol. Parecía ese mundo como es la mañana sobre la tierra, que todo despierta del sueño. Todo lo demás que había visto antes, desapareció de mi vista. El cielo estaba azul y el sol recorría su camino. Ví una parte del mundo, iluminada por él, y tan brillante y agradable, que pensé: "Esto es el Paraíso".

A medida que en la tierra oscura se iban cambiando las cosas, yo veía algo que salía del altísimo círculo de la Divinidad. Me parecía, al ver subir el sol desde el horizonte, como cuando todo renace al amanecer; era la primera mañana del mundo. Con todo, no presenciaba esto ningún ser humano. Las cosas permanecían como si siempre hubiesen estado así. Todo estaba aún en la inocencia de la primitiva creación. Conforme subía el sol en el horizonte, yo veía que también las plantas y los árboles crecían elevándose a mayor altura. Las aguas me parecían más claras y santificadas; los colores más puros y luminosos; todo era indeciblemente agradable. No hay ninguna comparación ahora de como estaba la creación entonces. Las plantas, las flores y los árboles tenían otras figuras. Las cosas de ahora son, en su comparación, como achaparradas y estropeadas; todo está hoy como reseco y agostado.

A menudo, cuando veo frutas y plantas en nuestro jardín, y luego veo los mismos (en visión) en los países calurosos del Sur, completamente distintos en tamaño, hermosura y en sabor, por ejemplo, los duraznos, pienso para mí: "Lo que son nuestras frutas en comparación con las frutas de los países del Sur, así son estas frutas del Sur comparadas con las frutas del Paraíso terrenal". He visto allí rosas blancas y rojas, y pensé entre mí: "Estas significan la pasión de Cristo y la Redención". También he visto palmeras y árboles muy espaciosos que daban sombra como una techumbre. Antes que viera el sol, todo me parecía más pequeño y reducido; después, más grande, y, finalmente, grande del todo. Los árboles no estaban muy cerca uno de otro. Veía de cada planta, al menos de las más grandes, solo un ejemplar, y las veía separadas cual si pertenecieran a un vivero, plantadas según su clase. Todo lo demás estaba verde y tan puro, incorrupto y ordenado que ni remotamente se podía pensar en un ordenamiento humano. Yo pensaba: "¡Cómo está todo tan bello y ordenado, y no hay aquí hombre alguno!... Aún no hay

pecado; por eso no hay aquí nada manchado ni corrupto. Todo es aquí santo y saludable; nada ha sido remendado o compuesto; todo es limpio, puro e incontaminado".

Las praderas tenían elevaciones insensibles cubiertas de vegetación y de verdor. En el medio se veía una fuente, de la cual salían ríos en todas direcciones y algunos volvían a su origen. En estas aguas ví por primera vez movimiento y seres vivientes. Después ví animales entre las plantas y arbustos; parecía que despertaran del sueño mirando a través de las hierbas y plantas. Estos animales no eran ariscos y eran muy diferentes de los actuales. Si los comparo con los animales de ahora, aquéllos me parecían como hombres. Eran inocentes, puros, nobles, muy ágiles, llenos de contento y muy mansos. No puedo expresar con palabras cómo eran entonces estos animales. La mayoría de ellos me eran desconocidos. No veía allí ninguno igual a los de ahora. He visto elefantes, ciervos, camellos y especialmente el unicornio, que ví después también en el arca de Noé; era allí de modo particular manso y cariñoso. Era más corto que el caballo y tenía la cabeza más redondeada. No he visto entonces ningún mono, ni insectos, ni tampoco animal alguno repugnante o escuálido. He pensado siempre que estos animales surgieron después como castigo del pecado. He visto muchos pájaros y oía sus cantos tan agradables como en una alegre mañana. En cambio, no oía bramido de fieras ni ví aves de rapiña.

El Paraíso terrenal existe aún; pero le es del todo imposible al hombre el llegar hasta él. Lo he visto allá arriba en todo su esplendor, separado de la tierra oblicuamente, como lo está la esfera oscura de los ángeles caídos respecto del cielo(*).

III

Adán y Eva

He visto que Adán no fué creado en el Paraíso, sino en el lugar que más tarde fué Jerusalén. Lo he visto surgiendo, luminoso y blanco, de una pequeña elevación de tierra amarilla,

(*) San Roberto Belarmino escribe: "No he leído nunca en los antiguos escritores y Padres que uno solo haya afirmado que el Paraíso terrenal ha sido destruído por Dios". (*Const. de Grat. primit. hom.*, cap. 14). Santa Hildegarda, Santa Mectildis y Santa Liduvina han estado en el Paraíso terrenal y describen su belleza. Véase la descripción de Ana Catalina Emmerick en las Visiones generales, tomo I.

como saliendo de un molde. El sol brillaba, y yo pensaba, cuando niña, que el sol con su brillo lo hacía brotar de la tierra. Era como nacido de la tierra, entonces virgen. Dios bendijo esta tierra y ella fué como su madre. El no salió de repente de la tierra; tardó algún tiempo en aparecer. Estaba recostado sobre su parte izquierda, con el brazo sobre la cabeza, y parecía velado de una niebla florescente. Yo veía una figura en su costado derecho y estaba persuadida que era Eva, la cual fué más tarde sacada de Adán en el Paraíso por obra de Dios. Dios llamó a Adán y fué entonces como si la colina se abría y Adán surgía poco a poco del seno de ella. No había árboles en torno, sino sólo pequeñas plantas floridas. He visto también que los animales salían uno a uno de la tierra y que se separaban luego las hembras. He visto que Adán fué llevado muy lejos de allí, a un jardín colocado en alto, el Paraíso terrenal. Dios hizo desfilar a los animales ante él. Adán los nombraba y ellos le seguían y le hacían fiestas. Toda la creación servía a Adán antes del pecado. Eva no había sido aún sacada de su costado. Todos los animales que Adán había nombrado le siguieron después a la tierra. He visto a Adán en el Paraíso, no lejos de la fuente en medio del jardín, levantándose como del sueño, entre flores y arbustos. Su cuerpo era de una blancura tenuemente luminosa. Con todo su cuerpo tenía más de carne que de ser puramente espiritual. No se maravillaba de nada de lo que le rodeaba; paseaba entre los árboles y entre los animales como si estuviera acostumbrado, como quien visita sus campos y sus posesiones.

He visto a Adán descansando, con la mano izquierda apoyada en la mejilla, en aquella colinita junto a las aguas. Dios envió sueño sobre él. Adán estaba sumido en visiones. Entonces sacó del costado derecho de Adán a Eva, precisamente del lado donde fué abierto el pecho de Jesús por la lanza. He visto a Eva, al principio, pequeña y delicada; pronto creció hasta que la ví grande y hermosa. Si no hubiera habido pecado todos los hombres hubieran sido formados y hubieran nacido en un sueño tranquilo(*). La colina se dividió en dos partes, y ví del lado de Adán una roca como de cristal y piedras preciosas. Del lado

(*) Se preguntan los teólogos si en el estado de inocencia el acto de la generación se hubiera realizado como al presente. Lo niegan San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Niseno, San Atanasio, San Juan Damasceno, San Jerónimo, Anastasio Sinaíta, etc,; y confirman esta negativa las revelaciones de Santa Brígida, Santa Gertrudis y Santa Mectildis. En cambio, Santo Tomás, Suárez y otros están por la opinión contraria.

de Eva se formó un vallecito cubierto de blanco y fino polvo fructífero. Cuando Eva fué creada, yo he visto que Dios le dió algo a Adán o le inspiró algo. Me pareció que salían de Dios, en forma humana, de la frente, de la boca, del pecho y de las manos, rayos de luz que se unían en un haz de resplandores, que entró en el lado derecho de Adán de donde había sido sacada Eva. He visto que sólo Adán recibió este torrente de luz. Era el germen de la bendición de Dios. En esta bendición había como una trinidad. La bendición que recibió más tarde Abrahán por el ángel era algo parecido, pero no tan luminoso como lo recibido por Adán.

Eva estaba de pie, delante de Adán, y éste le dió la mano. Eran como dos niños inocentes, maravillosamente hermosos y nobles. Estaban luminosos, cubiertos de luz como si fuera un vestido florescente. En la boca de Adán yo veía un ancho haz de luz y sobre su frente como una faz severa. Alrededor de su boca había un sol de rayos. En la de Eva no había tal resplandor. El corazón lo ví como al presente lo tienen los hombres; pero el pecho estaba rodeado de rayos de luz, y en medio del corazón ví una gloria luminosa, y adentro, una pequeña imagen con algo en la mano. Yo creo que era una representación de la tercera Persona de la Santísima Trinidad. También de sus pies y manos salían rayos de luz. Sus cabellos caían en cinco luminosos haces: dos desde las sienes, dos detrás de las orejas y uno detrás de la cabeza. He tenido siempre la persuación de que por las llagas de Jesús se abrieron puertas del cuerpo mortal que habían sido cerradas por el pecado, y que Longinos, al abrir el pecho de Jesús, abrió asimismo las puertas del renacimiento a la vida eterna. Por esto nadie pudo tener entrada en el cielo antes que estas puertas fueran abiertas. Los haces luminosos de la cabeza de Adán, los he visto como una superabundancia, como una gloria en relación con otros resplandores. Esta gloria vuelve de nuevo sobre los cuerpos glorificados de los bienaventurados. Nuestros cabellos son restos de la caída y perdida gloria, y como están nuestros cabellos ahora en comparación con los rayos de luz, así es nuestra carne comparada con el cuerpo de Adán anterior a la caída. El sol de luz sobre la boca de Adán tenía relación con la bendición de una santa descendencia por Dios, la cual, sin la culpa original, se hubiese efectuado por medio de la palabra. Adán dió la mano a Eva, y caminaron desde el lugar donde la mujer había sido creada, a través del Paraíso, examinándolo todo y gozando de la creación.

Este lugar era el más elevado del Paraíso terrenal: todo era resplandor y luz y más ameno que los demás lugares del mismo Paraíso.

IV

El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal

En medio de aquel luciente jardín he visto aguas y dentro de ellas una isla, o mejor península, porque de un lado estaba unida por un dique. Esta isla, como el brazo de tierra que la unía con el jardín, estaba llena de hermosos árboles. En medio de la isla había un árbol tan bello que a todos vencía en hermosura y al mismo tiempo los cubría y protegía. Sus raíces formaban el conjunto de la isla. Este árbol cubría toda la isla y desde su anchura tan pronunciada se iba angostando hasta terminar en una graciosa punta. Sus ramajes se extendían en posición recta y de ellos nacían otras ramas, como pequeños arbolitos, hacia arriba. Las hojas eran delicadas y los frutos amarillos colgaban de una vaina y se abrían como una rosa con sus pétalos. Parecíase mucho al cedro. No recuerdo haber visto nunca a Adán o a Eva ni a ningún animal andar por la isla ni en torno del árbol. Sólo oía cantar unas aves muy hermosas, nobles y blancas en lo alto de sus ramas. Este árbol era el árbol de la vida.

Precisamente delante del dique o lengua de tierra, que llevaba a la isla, estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal. El tronco era escamado, como el de las palmeras; las hojas nacían inmediatamente del tronco; eran muy grandes y anchas, como suelas de zapatos. Delante y escondidas entre las hojas había frutas, que colgaban en racimo de a cinco, de las cuales una salía un tanto más que las otras cuatro que estaban en su pezón. Esta fruta amarilla no era tan parecida a la manzana, sino más bien a la pera o al higo: tenía cinco nervios o pequeñas ramificaciones. El interior de la fruta era blando, como el de un higo, de color del azúcar quemado, atravesado por nervaduras de color de sangre. El árbol era más ancho arriba que abajo y las ramas se internaban profundamente en la tierra.

Aún ahora veo esta especie de árbol en los países de clima caluroso. Echa renuevos de sus ramas en el suelo y las raíces se entierran y salen nuevos troncos, los cuales a su vez vuelven a echar raíces, de modo que estos árboles semejantes a menudo cubren gran extensión de tierra y bajo su sombra descansan a

veces familias enteras de caminantes. Un trecho hacia la derecha del árbol de la ciencia veo una colinita redondeada, como un huevo, cubierta de granitos de un rojo luminoso y toda clase de piedras preciosas de variados colores. Estaba rellenada de formas de cristales preciosos. Alrededor de la colinita había hermosos árboles de una altura tal que se podía estar en ella sin ser observado. También había en torno hierbas y arbustos. Estos arbolitos tenían brotes y frutos, reconfortantes y de variados colores. A corta distancia a la izquierda del árbol de la ciencia del bien y del mal, había una depresión, un pequeño valle, cubierto de un delicado polvo blanco como niebla, con flores blancas y estambres de frutos. Había variedad de plantas, pero eran más incoloras y más como polvillos que como frutos. Era como si los dos lugares tuviesen una relación íntima: cual si fuese la colinita tomada del valle o cual se tuviese que llenar el valle con la colinita. Eran como semilla y campo para sembrarla. Los dos lugares me parecieron sagrados. Los he visto resplandecer, especialmente la parte de la colinita. Entre estos lugares y el árbol de la ciencia había varios arbustos y pequeños arbolitos. Todo este conjunto y toda la naturaleza creada, parecían transparentes, llenos de luz. Ambos lugares eran las moradas de nuestros primeros padres. El árbol de la ciencia estaba como una división entre ellos. Creo haber visto que Dios les señaló estos lugares después de la creación de Eva. En efecto, al principio no los veía yo frecuentemente juntos. Los veía sin deseos el uno del otro: se retiraba cada uno a su lugar de preferencia. Los animales eran indeciblemente nobles, cubiertos de un brillo tenue, y servían a nuestros primeros padres. Tenía cada uno su lugar de retiro, según su naturaleza y sus caminos, según sus clases. Todos los lugares de los diversos animales y sus clases tenían relación entre sí con un gran misterio de las leyes eternas que Dios había establecido en la creación.

V

El pecado de nuestros primeros padres

He visto como Adán y Eva recorrían por primera vez el Paraíso terrenal. Los animales les salían al encuentro y les servían y acompañaban. He visto que tenían más relación con Eva que con Adán. Me parecía que Eva tenía más que hacer con la tierra y con las criaturas de la naturaleza; ella miraba más hacia abajo y en torno suyo y se manifestaba más curiosa e in-

vestigadora. Adán era más silencioso y más dirigido hacia Dios, su Creador, que hacia las criaturas.

Entre todas las criaturas había una que, más que las otras, se había aficionado a Eva. Era un animalito indeciblemente agradable, amistoso y halagador. No conozco otro animal en la naturaleza que pueda ser comparado con él. Era completamente liso, delgado de cuerpo, parecía no tener huesos; sus patitas traseras eran cortas y corría levantado sobre ellas(*). Tenía cola terminada en punta, que llegaba y arrastraba por el suelo, y arriba, cerca de la cabeza, tenía además dos pequeñas patitas muy cortas. La cabeza era redonda y de mirar prudente y mostraba a veces una lengüita muy movible. El color del vientre, del pecho y del cuello era blanco amarillento, y por encima, la parte superior, más oscuro, casi como una anguila. Su estatura, cuando estaba levantado, era como la de un niño de diez años de edad. Estaba siempre en torno de Eva, y era tan halagador y zalamero, tan movedizo e interesado en mostrarse y rodear a Eva, que ésta encontraba gran placer en su compañía. Con todo, este animalito tenía para mí algo misteriosamente temible y aún lo tengo ahora así ante mis ojos. No he visto que ni Adán ni Eva lo tocasen. Había, en efecto, antes de la caída, un gran distanciamiento entre el hombre y los animales. Ni siquiera a los primeros hombres del mundo los he visto tocar a los animales, y aún cuando los animales eran mansos y más relacionados con los hombres, se conservaban los unos más alejados de los otros.

Cuando Adán y Eva volvieron a aquel lugar resplandeciente, apareció una faz luminosa delante de ellos, como la de un hombre noble y severo, de blanca y luminosa cabellera, y me pareció que, indicándoles toda la naturaleza, se la entregaba y que algo, en cambio, les mandaba observar. Ellos no se mostraban cohibidos en su presencia y lo escuchaban sin mostrar temor alguno. Cuando este Sér desapareció me pareció que quedaron aún más contentos, más dichosos, y que entendían más y encontraban mayor orden en todo lo que veían en la naturaleza. Sentían un gran deseo de agradecer, y este sentimiento era mayor en Adán que en Eva, que encontraba más contento en su dicha y miraba más a las cosas que al agradecimiento a Dios. Ella no estaba tan abismada en Dios como

(*) Straubinger y otros traducen del hebreo *hanajash,* por serpiente, y *arum,* por astuto, que podría ser también insinuante; pero no pueden decirnos cómo era ese animal antes de la maldición de Dios y de su condenación de arrastrarse sobre la tierra.

Adán; ella tenía más su alma en la naturaleza. Creo que pasearon por el Paraíso terrenal tres veces. He visto a Adán dando gracias y maravillándose de la belleza de la creación, sobre la colinita luminosa donde había estado sumergido en sueño y en visiones, por obra de Dios, cuando fué creada Eva y sacada de su costado. Adán estaba solo debajo de los árboles.

He visto a Eva acercarse al árbol de la ciencia como si quisiese pasar de largo. El animalito aquél estaba de nuevo con ella y me pareció aún más halagador, zalamero y movedizo. Eva estaba toda entusiasmada con el animalito y sentía gran gusto en estar en su compañía. El animal subió al árbol a una altura tal que su cabeza llegaba a la de Eva; se sostenía con los pies al árbol. Volvió la cabeza hacia Eva y habló. Dijo que si comían de la fruta del árbol serían libres y no más esclavos, y sabrían cómo sería la forma de su descendencia. Ellos sabían ya que tendrían descendencia; pero entendí que aún no sabían cómo Dios lo quería, y que si lo hubiesen sabido y a pesar de ello hubiesen pecado, la redención no habría sido posible. Eva se mostraba cada vez más curiosa hacia las cosas que la serpiente le decía. Se produjo en ella algo que la sumió en oscuridad. Yo temblaba por ella. Miró ella hacia Adán, que estaba absorto debajo de los árboles. Ella lo llamó y él acudió a su llamado. Eva fué a su encuentro y luego retrocedió. Se notaba en ella una indecisión, una inquietud. Volvióse como si quisiera pasar de largo el lugar del árbol; pero se acercó a él por el lado izquierdo y estuvo detrás de él cubierta por las hojas largas y caídas. El árbol era por arriba más ancho que por abajo y las hojas colgaban pesadamente hasta el suelo. Colgaba también en la parte donde se hallaba Eva una fruta de particular hermosura. Cuando Adán llegó al lugar, Eva lo tomó del brazo y señaló al animal que hablaba, y Adán escuchó también sus palabras. Al tomarle del brazo fué la primera vez que lo hacía. Adán no la tocó, y ví que había ya oscuridad en ella. He visto que la serpiente señaló la fruta; pero no se atrevió a arrancársela para Eva. Pero no bien Eva manifestó deseos de tener la fruta, entonces la serpiente la desgajó y se la alcanzó a Eva. Era la fruta más hermosa del medio de un como racimo de cinco frutas juntas que colgaban del árbol. He visto que Eva se acercó a Adán con la fruta y se la dió, puesto que sin el consentimiento de éste no se habría realizado la culpa y el pecado primero. He visto como que la fruta se partía en las manos de Adán y que él veía figuras adentro. Parecía que ellos llegaban a saber lo que les convenía

ignorar. La parte interna de la fruta estaba cruzada con venas color de sangre. He visto cómo se oscurecían, perdiendo el resplandor que los envolvía y sus rostros perdieron la serenidad. Parecióme que hasta el sol se retiraba. La serpiente bajó al punto del árbol y huyó sobre sus cuatro patas.

No ví comer la fruta, como se hace al presente, con la boca; pero la fruta desapareció de entre las manos. Entendí que Eva ya había pecado cuando la serpiente estaba en el árbol, puesto que la voluntad de Eva estaba ya con la serpiente. Supe entonces algo que no puedo ahora explicar debidamente. Era como si la serpiente fuese la figura y la representación exterior de la voluntad de Eva, como de un ser con el cual pudiesen ellos hacerlo y alcanzarlo todo. Dentro de esta voluntad (en figura) entró Satán.

Por el gustar de la fruta prohibida no estaba aún completo el pecado; pero esta fruta de tal árbol, que echa sus ramas en la tierra y reproduce nuevas plantas de la misma especie, que hacen lo mismo luego al hincarse en el suelo, tiene en sí la significación de un trasplante y de una reproducción de su mismo poder, y esta reproducción es como un trasplante pecaminoso, apartado de Dios. De este modo se realizó, con la desobediencia y con el gustar de la fruta, la separación de la creatura de su Dios y la reproducción en sí y por sí, y el amor de sí, en la naturaleza humana. El hecho de gustar la fruta, que tenía en sí esta significación y este concepto, tuvo como consecuencia una reversión, una marcha hacia atrás en la naturaleza, y trajo el pecado y la muerte. La bendición de una descendencia santa y pura en Dios y por Dios, que había recibido Adán después de la creación de Eva, le fué quitada después de probar la fruta. Yo he visto cómo al dejar Adán su lugar en la colinita para ir hacia Eva, que lo llamaba, se aproximó el Señor por detrás de él y le quitaba algo de su cuerpo. Tuve la persuación de que de ello debía salir la salud del mundo. Tuve una vez, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, una visión de Dios sobre este misterio. He visto en Adán y Eva encerrada la vida corporal y espiritual de todos los hombres, y como por el pecado y la caída fué esta vida corrompida y mezclada, y como los ángeles caídos adquirieron entonces poder sobre los hombres. He visto en esta visión cómo la segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió sobre Adán y con una especie de cuchillo retorcido le sacaba esa bendición antes que consintiese en el pecado. En el mismo momento he visto salir, como del costado de Adán, de donde se le había sacado la bendición,

a la Virgen Inmaculada y remontarse como una nubecilla luminosa hasta Dios en su gloria(*).

Con el gustar de la fruta prohibida se encontraron Adán y Eva como embriagados y con el consentimiento en el pecado se obró en ellos un cambio muy grande. Estaba entonces la serpiente entre ellos. Ellos estaban como penetrados con la esencia de ese ser y se vió entonces a la cizaña entre el buen trigo. La circuncisión fué instituída como penitencia y castigo. Como la viña se poda para que el fruto, el vino, no sea agreste ni la planta estéril, así tuvo que hacerse con el hombre para que pudiera ser nuevamente ennoblecido.

Cierta vez que se me mostró en visión la reparación de la culpa, ví un cuadro donde salía Eva del costado de Adán y ya estiraba el cuello hacia la fruta prohibida, corría apresurada y se abrazaba con el árbol. Y luego ví otro cuadro donde, por el contrario, se veía a Jesús, nacido de la Inmaculada Virgen María, que corría hacia el árbol de la cruz y se abrazaba con él. En esta ocasión ví que la descendencia de Eva, oscurecida por el pecado, se purificaba por los padecimientos de Jesús, y comprendí que debe ser arrancado el placer prohibido de la carne del hombre mediante el dolor de la penitencia. Las palabras de la Epístola (Gal. IV, 30-31) donde dice que el hijo de la esclava no debe ser heredero, las entendí siempre en el sentido de que bajo el nombre de esclava se comprendía la carne y la sujeción de la misma. El matrimonio es un estado de penitencia y requiere abnegación, oración, ayuno, la necesidad de dar limosna y de tener la intención de aumentar el reino de Dios con los hijos.

VI

Consecuencias del pecado de Adán y Eva

Antes del pecado eran muy distintos Adán y Eva de lo que somos nosotros ahora, miserables mortales. Con el gustar

(*) Esto, que parece nuevo e inaudito, no lo es. El franciscano Pedro Galatino escribe: "Era opinión de judíos antiguos que la Madre de Dios no sólo fué creada en la mente de Dios *ab initio* y *ante saecula*, sino que también la materia de ella fué formada en la materia de Adán. Cuando Dios plasmó a Adán hizo una masa de cuya parte más noble tomó la materia más pura para María, y del residuo o superfluidad formó a Adán". El mismo autor añade: "La materia de la Madre de Dios, creada desde el principio y encerrada en un miembro de Adán fué sacado de él, y, pasando de Adán a Set, de Set a Henoch, a Noé, a Sem, a Heber, a Abrahán, a Isaac y a Jacob, llegó hasta Joaquín. Es obvio suponer que se guardaba este misterio en el Arca de la Alianza para hacer posible la trasmisión a través de tantos siglos". (*De Arcanis Catholicae Veritatis*, libro VII).

de la fruta prohibida tomaron una forma en sí mismos y una realización de cosas *(Sache - Werden)* y lo que hasta entonces había sido espiritual se hizo carnal, cosa material, instrumento, recipiente. Hasta entonces eran unos en Dios, se amaban en Dios y por Dios; ahora estaban desligados en su propio amor y voluntad, y esta propia voluntad es amor propio, afición al pecado, impureza. Por el gustar de la fruta prohibida se apartó el hombre de su Creador y se efectuó algo así como si el hombre tomase en sí mismo la creación; y de este modo todas las fuerzas, propiedades y su relación entre sí y con la entera naturaleza se hicieron en el hombre corporales y tangibles, cosas de infinitas fases y variadas maneras. Antes era el hombre, por Dios, el señor de toda la naturaleza; ahora todo lo que hay en el hombre se le ha hecho naturaleza y siendo como un señor esclavizado y sujetado por su mismo servidor. Ahora tiene que pelear con el que había sido su esclavo. Yo no lo puedo expresar mejor, pero me parece poder decir que antes era el hombre el centro y fundamento de todas las cosas creadas, cuando estaba en Dios y con Dios, y por el pecado recibió en sí esta naturaleza que se ha hecho dueña del hombre, y lo tiraniza.

He visto en cuadros todo el interior del hombre, sus órganos como en carne y cuerpo, a modo de forma caída y corrupta. He visto la relación que existe entre los seres de la naturaleza desde las lejanas estrellas hasta el más pequeño de los animales. Toda esta naturaleza obra y tiene influencia sobre el hombre; de todas estas cosas depende y tiene con ellas que entender y proceder, y con todas ellas tiene alguna dependencia y ocasión de sufrimiento y de lucha. No lo puedo decir más claro, precisamente porque yo también soy un miembro de la humanidad caída.

El hombre ha sido creado para llenar los coros de los ángeles caídos. A no haber habido el pecado, se habría multiplicado la descendencia de Adán hasta llenar el número de los ángeles caídos, y entonces se habría completado la creación. Si hubiesen Adán y Eva vivido siquiera durante una generación sin pecado, hubiesen sido confirmados en gracia: ya no habrían caído. Se me ha asegurado que el fin del mundo no vendrá sino cuando el número de los ángeles caídos se haya completado con elegidos y se haya recogido en los graneros del Señor todo el trigo separado de la cizaña.

He tenido una vez una visión completa e interminable de todas las culpas y pecados y de su remedio y reparación. Veía

todos estos misterios claros y los entendía, pero ahora no atino a expresarlos con palabras. He visto la culpa desde la caída de los ángeles y el pecado de Adán hasta los pecados de los tiempos presentes en todas sus infinitas ramificaciones, y he visto también todos los preparativos del remedio y de la redención a través de todos los tiempos hasta la muerte de Jesús. Jesús mismo me mostraba la inconcebible corrupción y la interna impureza de todas las cosas y todo lo que desde un principio hizo para purificar y restablecer lo caído y perdido.

Con la caída de los ángeles vinieron muchos malos espíritus sobre la tierra y en el aire. He visto como muchas cosas están como embebidas y posesionadas de su influencia maléfica. El primer hombre era una imagen de Dios; era como un cielo. Todo era uno en El y con El. Su forma misma era un semejanza de la forma divina. Estaba destinado a poseer las cosas creadas y a gozarlas; pero debía hacerlo en Dios y por Dios, y en agradecimiento a su bondad. Era también libre y, por esto, sujeto a prueba: por esto se le prohibió comer de la fruta del árbol. En un principio todo era uniforme y llano. Cuando la colinita, la luminosa altura donde estaba Adán, se levantó, y se formó y se hundió el vallecito blanco de polvillo fructífero, donde estaba Eva, ya se había acercado el tentador.

Después de la culpa todo quedó cambiado y alterado. Todas las formas de lo creado se relajaron y se dispersaron en mil maneras. Lo que era uno se hizo múltiple, y los hombres ya no tomaron sólo de Dios, sino sólo de sí mismos. Ahora eran en verdad dos, y fueron luego tres, y, finalmente, muchedumbre. Imagen de Dios habían sido antes: ahora eran imágenes de sí mismos que reprodujeron otras imágenes pecaminosas de sí mismos. Ahora estaban en relación y contacto con los ángeles caídos. Recibieron de sí mismos y de la tierra, con los cuales los ángeles caídos tenían influencia. Por esta causa se produjo una inacabable mezcla y dispersión de la humanidad entre sí y con la naturaleza caída, siguiéndose una interminable secuela de pecados, de culpas, de miserias de toda clase.

Mi Esposo divino me mostró todo esto muy claramente, tan inteligible y llanamente como se ve la vida y las cosas de cada día, y yo pensaba entonces: "Esto lo puede entender un niño. No obstante, ahora no me es posible explicarlo". Jesús me mostró el plan y los medios de la Redención desde el principio y me hizo ver todo lo que El había hecho en ese sentido. He entendido también que no es acertado decir: "Dios no necesitó hacerse

hombre y morir en la cruz por nosotros; El hubiera podido, en su omnipotencia, hacerlo de otra manera". He comprendido que El obró así por su infinita perfección, por su infinita bondad y por su infinita justicia; que no hay en Dios un *debe,* sino que El obra lo que obra y es lo que es.

VII

La promesa de la redención

Después de la caída del hombre mostró Dios a los ángeles la forma en que deseaba reparar la humanidad caída. He visto en el trono de Dios, en la adorable Trinidad, un movimiento en las Personas divinas. He visto los coros de los ángeles, y como Dios les reveló de qué modo quería El reparar la humanidad caída en el pecado. Al oirlo he visto una alegría indescriptible en todos los coros angélicos. Ví aquella colinita de cristal y de piedras preciosas, donde estuvo Adán, ser llevada hasta el trono de Dios por los ángeles. Este montículo estaba relleno, creció, se hizo un trono, una torre y se extendió de modo que lo cubría todo.

Ví los nueve coros de los ángeles en torno de esta torre y sobre estos ángeles, en los cielos, la imagen de la Inmaculada Virgen. Era María, no en el tiempo: era María, en Dios y en la eternidad. Era algo que venía de Dios. La Virgen entró en la torre, que se abrió y se fundió el todo en uno. En ese momento ví salir algo de la Santísima Trinidad y entrar en la torre. Entre los ángeles he visto como un ostensorio en el cual todos trabajaban. Parecía también una torre con algunas figuras misteriosas; entre ellas ví dos figuras que se daban la mano mutuamente. Este Ostensorio crecía y se volvía más esplendoroso y magnífico. He visto salir de Dios algo entre los coros de los ángeles y penetrar en el Ostensorio, algo sagrado, que se hacía más perceptible a medida que se acercaba al Ostensorio. Me pareció que era el germen de la bendición divina para una descendencia pura que Dios había dado a Adán y que le quitó al punto que estaba por escuchar la voz de Eva y consentir en gustar de la fruta prohibida. Este germen de bendición fué dado después a Abrahán y quitado a Jacob cuando luchaba con el ángel. Más tarde pasó, por medio de Moisés, al interior del Arca de la Alianza, y, finalmente, se le dió a Joaquín, padre de María, para que pudiera ella ser concebida tan pura e inmaculada como

fué sacada Eva del costado de Adán sumergido en el sueño por Dios.

El Ostensorio entró también en la torre primera. Ví preparar por los ángeles un cáliz de la misma forma que el cáliz de la última Cena, el cual también fué a entrar en la torre. En la parte exterior derecha de la torre se veía, como sobre una nubecilla, una espiga de trigo y una vid entrelazados como dos manos que se enlazan. De esta unión nacía como un árbol genealógico, sobre cuyas ramitas había pequeñas figuras de hombres y mujeres que se daban las manos. El último brote terminaba en una cuna con el Niño.

He visto, pues, en cuadros el misterio de la Redención como promesa hasta cumplirse los tiempos, como también los efectos de una acción contraria diabólica. Finalmente ví sobre la colinita o peña luminosa un grande y espléndido Templo, que era la Una, Santa y Católica Iglesia, que lleva en sí, viviente, la salud de todo el universo. En todos estos cuadros había una maravillosa correlación entre una cosa y otra. Ví que aún lo malo y perverso, que era echado a un lado por los ángeles, servía al fin para el mayor desarrollo de la salvación y redención. Así ví levantarse el templo antiguo desde abajo (sinagoga), parecido a la Iglesia santa; pero no tenía torre. Era bastante grande; pero fué echado a un lado por los ángeles y quedó inclinado de un costado. Ví aparecer una concha marina (culto idolátrico) que pretendió entrar en el templo; pero fué echada a un lado por los ángeles guardianes. Luego ví aparecer una torre ancha y roma (pirámide egipcia), a través de cuyas puertas cruzaban numerosas caras como las de Abrahán y los hijos de Israel. Esto indicaba la esclavitud de los judíos en Egipto. También esta pirámide fué echada a un lado, como otra torre egipcia de varios pisos, que significaba la observación vana de las estrellas, la astrología y la adivinación. Finalmente ví un templo egipcio, el cual también fué echado de lado, quedando inclinado sobre su base.

Por último ví en un cuadro, sobre la tierra, cómo Dios anunciaba a Adán la redención, donde aparecía una Virgen que le había de traer la perdida salud y salvación. Adán, empero, no supo cuando se había de realizar esto, y así lo ví, más tarde, muy triste al ver que Eva le daba los primeros hijos y posteriormente una hija.

Ví a Noé y su sacrificio, durante el cual recibió la bendición de Dios. Luego tuve visiones de Abrahán, de su bendición y de

la promesa de Isaac. Ví como esta bendición de la primogenitura pasaba de un primogénito a otro, siempre como sacramental. Ví que Moisés recibió el misterio (el germen de la pura descendencia quitado a Adán) en la noche de la salida de Egipto y que sólo Aarón tenía conocimiento de la existencia de tal misterio y sacramento. Ví este misterio guardado en el Arca de la Alianza, y que sólo el Sumo Sacerdote y algunos santos, por revelación de Dios, tenían conocimiento de la existencia de este misterio. Así ví el curso de este misterio: pasaba del árbol genealógico de Jesús hasta Joaquín y Ana, que fueron los consortes más puros y santos de todas las edades, de quienes debía nacer María, inmaculada Virgen. Desde ese momento, era María misma el arca que contenía el misterio en su realización.

VIII

Adán y Eva son arrojados del Paraíso terrenal

He visto a Adán y a Eva errando de un lado a otro, llenos de tristeza y desconsuelo. Sus rostros estaban oscuros, y caminaban separados, como quienes buscaran algo perdido. Se avergonzaban el uno del otro. A cada paso que daban descendían más abajo; parecía que se escurría el suelo bajo sus pies. Donde ponían el pie se agostaban las plantas y perdían su resplandor, se tornaban grises; y los animales huían de ellos espantados. Buscaron y tomaron unas grandes hojas y se hicieron fajas alrededor de las caderas, y seguían caminando distanciados uno de otro. Cuando hubieron andado largo tiempo en esta forma, se había alejado ya el lugar de donde habían salido, y parecía una distante elevación o montaña. Adán y Eva buscaron un refugio, por separado, entre las matas de un oscuro valle.

Entonces los llamó una voz que venía de lo alto. Ellos, empero, no comparecieron. Se asustaron más, huyeron más lejos y se escondieron en la espesura. Esto me causaba mucha pena. La voz se hizo más severa. Ellos se hubieran escondido aún más; pero se vieron obligados a mostrarse. Un rostro severo y esplendoroso apareció. Ellos se presentaron con la cabeza inclinada y no se atrevían a mirar el rostro de Dios Se miraban uno a otro y se culpaban mutuamente de su desobediencia. Entonces Dios les señaló un lugar aún más abajo, donde había arbustos y árboles, y recién aquí se hicieron más humildes y reconocieron de lleno toda su miseria y su pecado. Cuando estuvieron solos los ví rezando. Se separaron y se echaron de rodillas

en el suelo, levantaron las manos al cielo, clamaron y lloraron. Al ver esto pensé cuánto ayuda y cuán saludable es apartarse en la soledad para entregarse a la oración. Tenían ahora una vestidura que les cubría el cuerpo desde los hombros hasta las rodillas. En torno del cuerpo tenían una faja de cortezas.

Mientras ellos huían, parecíame que el Paraíso terrenal, detrás de ellos, se alejaba y subía a lo alto, como una nube. En esto vino del cielo como un anillo de fuego, tal como un halo en torno del sol o de la luna, y se posó en lo alto donde había estado el Paraíso. Habían estado solo un día en el Paraíso. Aún ahora veo el Paraíso terrenal, a lo lejos, como un banco debajo del sol cuando éste se levanta. El sol, al parecer, se levanta a la derecha, al extremo de ese banco. Está situado al oriente del Monte de los Profetas, allí donde el sol se levanta y se me aparece siempre como un huevo flotando entre unas aguas admirablemente claras y limpias, que lo separan de la tierra. El Monte de los Profetas parece una montaña colocada delante del Paraíso. En el Monte de los Profetas se ven lugares verdes, y entre ellos profundos barrancos llenos de agua. He visto gentes subir al Monte de los Profetas, pero no llegaron muy alto.

Después ví a Adán y a Eva llegar a la tierra de penitencia. Era un cuadro conmovedor ver a nuestros primeros padres penitentes, echados en el desnudo suelo. Adán pudo sacar un ramo de olivo del Paraíso, que plantó ahí mismo. Más tarde se sacó leña de este árbol para la cruz del Salvador. Nuestros padres estaban sumamente tristes. Desde el sitio donde yo los veía ellos apenas podían divisar el Paraíso. Ellos se habían ido alejando siempre, avanzando hacia abajo, y parecía también que algo se invertía; y así llegaron de noche, en la oscuridad, hasta el lugar donde le debían hacer penitencia.

IX

La familia de Adán

Era el lugar donde estuvo después el Huerto de los Olivos donde he visto a Adán y a Eva llegar y detenerse. La configuración del terreno era entonces distinta; pero se me ha mostrado que era el mismo sitio. Los he visto vivir y hacer penitencia en el lugar donde Jesús sudó sangre. Ellos trabajaron esta tierra. Los he visto rodeados de hijos y en grande tristeza

clamar a Dios que les diese hijas. Tenían la promesa de que la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

Eva le daba hijos a Adán, en determinados tiempos; pero siempre había unos años de penitencia entre estos períodos. Así nació Set, el niño de la promesa, después de siete años de penitencia; nació precisamente en la gruta de lo que fué Belén más tarde. Un ángel le dijo a Eva que se le daba a Set por el inocente Abel. Set estuvo bastante tiempo oculto en esa gruta y en otra gruta cercana, llamada gruta de la lactancia de Abrahán, porque sus hermanos le perseguían de muerte, como los hermanos envidiaban y persiguieron a José.

Una vez he visto en torno de Adán once personas: eran Eva, Caín, Abel, dos hermanas y otros niños pequeños. Todos estaban vestidos con pieles, que les caían como escapularios ceñidos a la cintura. Estas pieles eran más anchas delante del pecho y servían como bolsillos. Alrededor de las piernas estaban más abiertas y cerradas con ataduras a los lados. Los hombres llevaban pieles y vestidos más cortos, y un bolsón para guardar sus enseres. Sobre los hombros, hasta la mitad del antebrazo, eran estas pieles blancas y finas, y en las mujeres sujetas también bajo el brazo. El aspecto de estas personas así vestidas era muy hermoso y noble. He visto sus chozas que estaban algún tanto metidas en el suelo, cubiertas con ramas y plantas como techo. Noté que tenían una perfecta organización doméstica. He visto praderas cubiertas con árboles frutales de pequeño talle, pero de robusto tronco. También ví allí trigo y diversos cereales que Dios había dado a Adán para sembrar. No recuerdo haber visto en el Paraíso terrenal trigo ni vides. Allí no había ninguna fruta que necesitara ser preparada para comerla. La preparación de la comida es una pena del pecado y un símbolo del dolor. Dios dió a Adán todo lo que debía sembrar. Recuerdo a este propósito haber visto en tiempos de Noé a algunos hombres, como ángeles, que daban a este patriarca algo cuando entraba en el arca; me pareció que era un gajo de vid metido en una manzana.

Por este tiempo ya crecía una especie de trigo silvestre, y Adán tenía que separar el buen trigo de este cereal agreste. Esto mejoraba el silvestre, pero con el andar del tiempo este cereal fué desmejorando hasta volverse malo. Este cereal agreste crecía en los primeros tiempos bastante bien y mejorado, especialmente hacia la región del Oriente, como en la India y en la China, cuando había aún muy pocos hombres en el mundo.

En regiones donde abunda la vid y hay aguas con peces, no prospera este cereal. He visto que tomaban leche de algunos animales y hacían quesos que secaban a los rayos del sol. Entre los animales he visto ovejas. Todos los animales que Adán había nombrado en el Paraíso le siguieron después a la tierra; pero huían de él, y Adán tenía que atraerlos y domesticarlos dándoles alimentos. He visto revolotear muchos pájaros, pequeños animalitos y cabritos saltadores.

Reinaba allí un orden doméstico patriarcal. He visto a los hijos de Adán comiendo en una choza aparte; los alimentos estaban colocados sobre una gran piedra que servía de mesa. Los he visto rezar y dar gracias por el alimento. Dios había enseñado a Adán a ofrecer sacrificios, y Adán era sacerdote en su familia. Caín y Abel lo eran también en sus familias. Los preparativos se hacían en chozas separadas. Tenían la cabeza cubierta con una caperuza en forma de nave, tejida de juncos y hojas, con una parte saliente delante para aferrarla con facilidad. El aspecto y el color de sus rostros era algo hermosamente amarillento, brillante, como seda, y tenían cabellera rubia color de oro. Adán llevaba la cabellera larga. Al principio lo vi con barba corta, y más tarde con barba larga. A Eva la he visto al principio con los cabellos sueltos y largos; más tarde los tenía recogidos en trenzas, sobre la cabeza, como una cofia. El fuego que usaban lo veía como brasas, que conservaban ocultas en hoyos en la tierra. Lo recibieron del cielo por primera vez. Dios les enseñó el uso del fuego. Era una materia amarilla, como tierra o greda, que usaban como carbón para quemar. No los he visto cocinar; en cambio los veía al principio exponer al sol y tostar. También los he visto exponer al rayo del sol granos de trigo triturados, colocados en pequeñas cavidades hechas en el suelo, tapadas con cobertores hechos de ramas entretejidas. Los cereales que Dios les dió fueron trigo, centeno y cebada. Dios los instruyó en su cultivo, como también los guiaba en otros trabajos y necesidades primeras.

No he visto por entonces grandes ríos, como el Jordán; pero brotaban fuentes que ellos dividían en canales o apresaban en lagunas. Antes de la muerte de Abel no habían comido carne.

Sobre el monte Calvario tuve una vez la visión de como un profeta, el compañero de Elías, se metió en unas cuevas que entonces había debajo de ese monte, amuralladas, que servían de sepulcros. Allí tomó un sarcófago de piedra que contenía huesos de la calavera de Adán. Apareciόle entonces un ángel,

que le dijo: "Esta es la calavera de Adán". Y le prohibió sacar esos huesos de allí. Había aún sobre esa calavera cabellos delgados y rubios en partes. He sabido que por la narración de este profeta se dió a ese lugar el nombre de la Calavera. Justamente sobre el lugar de la calavera vino a dar la cruz de Jesucristo con sus sagrados pies. He sabido en visión que ese lugar es el punto medio del mundo. Se me mostró esto con números, calculando hacia el Oriente, el Sur y el Occidente. Pero he olvidado estas cifras.

X

Caín y Abel

He visto que Caín tomó la resolución de matar a Abel en el lugar que fué el Huerto de los Olivos y que después anduvo por aquí errante y fugitivo. Plantaba un árbol y lo volvía a sacar. Entonces ví el aspecto severo de hombre resplandeciente, que preguntó: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?"... Caín no lo vió desde un principio; luego se volvió hacia él y contestó: "Yo no lo sé; no se me ha dado para guardarlo". Cuando habló Dios y dijo que la sangre de Abel clamaba desde la tierra, se llenó Caín de temor. Con todo, he visto que por largo rato disputaba con Dios. Dios le dijo que sería maldito sobre la tierra, que no le daría ningún fruto y que él iría errante de un lado a otro. Entonces dijo Caín que sería matado en cualquier lugar. Había entonces muchos hombres sobre la tierra. Caín ya era hombre de edad con muchos hijos, como también Abel. Había allí otros hermanos y hermanas de Caín y Abel. Dios le dijo que no lo matarían; que el que lo hiciera sería castigado siete veces más. Le hizo entonces una señal para ser reconocido y que nadie osara matarlo. Sus descendientes fueron hombres de color. Cam tuvo también hijos de color más oscuro que los de Sem. Los más nobles hombres siempre fueron de color blanco.

Los que estaban señalados con esta marca tuvieron hijos semejantes y con el aumento de la maldad de los descendientes esa mancha pasó a todo el cuerpo y estos hombres fueron luego cada vez más negros. Con todo, al principio no había ningún hombre completamente negro; esto se fué acentuando con el andar de los tiempos. Dios le indicó a Caín un lugar donde refugiarse. Como Caín dijese: "Así moriré de hambre, porque la tierra está maldita para mí", le dijo Dios: "¡No!"; y que comiera carne de los animales y que de él nacería un pueblo y

que algo bueno saldría de él. Antes de esto no comieron carne los hombres. Caín salió más tarde de este lugar y edificó una ciudad estable, que llamó Henoc, nombre de su hijo.

Abel fué muerto en el valle de Josafat, hacia el monte Calvario. Ocurrieron más tarde muchas muertes y desgracias en este lugar. Caín mató a Abel con una especie de clava o masa, con la cual deshacía terrenos y piedras, mientras plantaba y cultivaba la tierra. Creo que era de piedra muy dura, con manija de madera, pues tenía una dobladura como gancho.

XI

Aspecto de los hombres en general - Los gigantes Algunos patriarcas

La configuración de la tierra antes del diluvio era muy diferente de lo que es ahora. Por ejemplo, la Tierra Santa no estaba tan llena de cuevas, hendiduras y valles como al presente. Las llanuras eran mucho más extensas y las montañas con laderas muy suaves y fáciles de subir. El Huerto de los Olivos era sólo una pequeña altura. La gruta de Belén estaba ya, como cueva natural, pero los alrededores eran muy diferentes de lo que son ahora.

Los hombres eran de mayor altura que ahora, pero nada deformes. Los veríamos ahora con admiración, sin miedo o desagrado. Eran más perfectos en su contextura corporal. Entre algunas estatuas de mármol que veo en abundancia yacer en lugares subterráneos, encuentro esos ejemplares.

Caín llevó a sus hijos y a los hijos de sus hijos hacia la región que se le había destinado y desde allí volvieron a dividirse y a separarse en otras regiones. Sobre Caín no he visto luego nada reprensible; su castigo consistía en que debía fatigarse mucho y nada le salía bien. Lo he visto poco estimado de sus mismos hijos y de los hijos de sus hijos; a veces despreciado, nunca bien tratado. No obstante esto, le obedecían como a jefe y conductor; pero como a uno maldecido por Dios. He sabido que Caín no está condenado; sólo fué severamente castigado(*).

(*) Santa Brígida da como salvo a Salomón. En el proceso de beatificación de Sor Juana de la Cruz de Revoredo se lee que, por sus oraciones, Dios libró a Salomón del Purgatorio (X, 1674). Teresa Newmann ve a Pilatos bautizado, convertido, muerto por orden del Emperador, y salvo. Ana Catalina da como salvo a Caín, después de su castigo en este mundo. No es justo que en las explicaciones del Catecismo se calculen los años de Caín en el Infierno y menos que se estampe esta afirmación.

Uno de los descendientes de Caín fué Tubalcaín; de éste proceden varias industrias y también de él proceden los gigantes. He visto muchas veces que en la caída de los ángeles, cierto número de ellos tuvo un momento de arrepentimiento(*), o de duda, y que no cayeron tan profundamente como los demás. Estos ángeles recibieron morada en una montaña solitaria, alta e inaccesible, que en el diluvio universal quedó deshecha y se convirtió en un mar de aguas, creo el Mar Negro. Estos ángeles tenían facultad de obrar sobre los hombres, en cuanto éstos se apartaban de Dios. Después del diluvio desaparecieron de ese lugar y fueron dispersados por el ámbito de los aires. Recién en el juicio final serán arrojados al infierno. He visto a los descendientes de Caín volverse cada vez más impíos y sensuales. Se dirigieron siempre más a esos lugares, y los ángeles caídos se posesionaron de muchas de esas malas mujeres y las dirigían, enseñándoles toda suerte de industrias y seducciones. Los hijos de estas mezclas eran de grande estatura; estaban llenos de toda clase de mañas y artificios y se hicieron instrumentos de los espíritus y angeles caídos. De este modo se formó en esa montaña y a su alrededor una raza de gente que por la fuerza y la seducción trató de pervertir a los descendientes del justo Set. Fué entonces cuando Dios anunció a Noé el diluvio, y el patriarca tuvo mucho que sufrir por causa de este pueblo impío y perverso.

He visto muchas cosas de este pueblo de gigantes. Con suma facilidad llevaban enormes piedras a las altas montañas; se volvían más atrevidos, y hacían obras enteramente maravillosas. Los he visto subir derecho por los troncos de los árboles y por las paredes de los edificios, tal como hacen hoy los poseídos por el demonio. Lo podían todo, aún las cosas que parecían más extraordinarias; pero lo más eran fantasmagorías y artificios que hacían por arte diabólica. Por esto he concebido gran aversión a todos los juegos de magia, de prestigio y de adivinación. Hacían toda clase de figuras y trabajos de metal y de piedra. De la ciencia de Dios no tenían ya rastro alguno y se hacían toda clase de ídolos para adorarlos. He visto que de pronto hacían de una piedra cualquiera una imagen perfecta, y la adoraban,

(*) Acerca de los ángeles menos culpables parece coincidir con Santa Francisca Romana, en cuyas revelaciones sobre el Infierno se lee: "Los demonios que están en el aire y entre nosotros son aquéllos que en el tiempo de la rebelión de Lucifer no se opusieron a los planes del rebelde y pensaron permanecer indiferentes entre Dios y Lucifer".

o algún animal espantoso u otro objeto de abyección. Lo sabían todo; lo veían todo; preparaban venenos; ejercían la magia, y se entregaban a toda clase de pecados. Las mujeres inventaron la música. Las he visto ir de un lado a otro para seducir a las mejores razas y llevarlas a los desórdenes que ellas practicaban. No edificaban casas como las nuestras, sino que hacían torres redondas, muy gruesas, de piedras relucientes, en cuyas bases se apoyaban pequeñas viviendas, que llevaban a extensas cuevas, donde se entregaban a sus horrendos desórdenes y pecados. Sobre los techos de estos edificios se podía caminar en derredor. Subían a las torres y miraban a través de ciertos telescopios a muy grande distancia; pero no por la perfección de estos instrumentos, sino por arte satánica. Veían donde había otros pueblos y ciudades; iban allá, y los vencían, e introducían sus costumbres de libertinaje: en todas partes introducían esta falsa libertad. Los he visto ofrecer sacrificios de niños, a los cuales enterraban vivos. Dios hundió esta montaña con sus moradores profundamente en el diluvio universal.

Henoch, antepasado de Noé, predicaba contra este pueblo perverso. También ha escrito mucho; era un hombre sumamente bueno y muy agradecido a Dios. En muchos lugares de los campos alzaba altares de piedra, y donde el suelo producía frutos, ofrecía sacrificios a Dios y agradecía los beneficios recibidos. Así conservó la religión en la familia de Noé. Fué trasladado al Paraíso terrenal y descansó junto a la portada de salida, y con él otro más (Elías). De ese lugar del Paraíso ha de volver a la tierra antes del juicio final.

Los hijos de Cam y sus descendientes también tuvieron, después del diluvio, relaciones con espíritus malignos; y por eso hubo entre ellos tantos poseídos, tantos entregados a la magia, y poderosos según el mundo, e igualmente hombres grandes, audaces y desenfrenados. Semiramis provenía de la unión de estos influenciados por los espíritus malignos. Ella lo podía todo; sólo ignoraba el arte de salvarse eternamente. De estos gigantes salieron también hombres potentes, tenidos más tarde por dioses en los pueblos paganos. Las primeras mujeres que se dejaron poseer por estos demonios sabían lo que hacían; las demás no lo sabían, pero lo tenían ya metido en la carne y la sangre como otra culpa de origen.

XII

Noé y sus descendientes

He visto a Noé como un anciano de infantil aspecto, cubierto de vestidura blanca y larga, trabajando en una huerta de árboles frutales. Podaba los árboles con un cuchillo retorcido, de piedra. Acercóse como una nube junto a él y apareció en ella la imagen de un hombre. Noé hincó las rodillas delante de la aparición, y entendí que Dios le dijo que quería destruir a la humanidad, y que Noé debía construir un arca. Noé se puso muy triste por ello y lo he visto pidiendo perdón y misericordia. Noé no empezó de inmediato su trabajo y por dos veces más se le apareció el Señor mandándole empezar la construcción. De no hacerla sería envuelto él mismo en la destrucción general. Lo ví luego salir del país e irse con su familia hacia la comarca donde más tarde vivió Zoroastro (la estrella brillante). Vivía por entonces en una región más alta, boscosa y más solitaria, con mucha gente que había emigrado con él, en tiendas de campaña. Tenía allí un altar delante del cual ofrecía sacrificios. Noé y su familia no edificaban casas de material, porque creían ya en el anuncio de Dios del diluvio. Los pueblos descreídos de los alrededores, en cambio, tenían caseríos de material, defensas de piedras, gruesas murallas y toda clase de edificaciones para defenderse de las amenazas divinas. Reinaba entonces un espantoso desorden sobre la tierra. Los hombres se habían entregado a todos los desórdenes, aún a los más innaturales. Cada uno robaba lo que podía. Invadían las heredades, casas y campos para destruirlos y talarlos, y robaban mujeres y vírgenes para satisfacer sus viciosas costumbres.

También los descendientes de Noé, a medida que aumentaban y se alejaban de él, se pervertían y causaban muchos disgustos depredando sus heredades y entregándose a los vicios. Los hombres de entonces no eran viciosos por ignorancia, o porque fueran salvajes, o poco civilizados; estaban provistos de todo lo necesario, vivían cómodamente y había bienestar general: eran malos por corrupción y por impiedad. Ejercían la más abyecta idolatría: cada uno se fabricaba un ídolo de lo que le parecía y le prestaba adoración. Intentaban, con artes diabólicas, pervertir también a los hijos de Noé.

Mosoc, un hijo de Jafet y nieto de Noé, fué seducido y cayó víctima de la seducción. Mientras trabajaba en el campo, bebió

del jugo de una planta y quedó embriagado. No era vino lo que tomaban, sino el jugo de una planta que llevaban consigo en pequeños recipientes, para beber en el trabajo. He visto que también mascaban las hojas y el fruto de esa planta. Mosoc fué así padre de un niño, al cual se le llamó Hom. Cuando nació el niño, pidió Mosoc a su hermano Tubal que se hiciera cargo del niño para ocultar su vergüenza, y Tubal accedió. El niño Hom fué colocado por su madre delante de la tienda de campaña de Tubal, poniéndole al lado un brote de la planta mucosa llamada Hom, con lo cual, según la costumbre, creía asegurarse los derechos a la herencia. Pero el tiempo del diluvio estaba próximo y terminaban así las insidias de estas mujeres. Tubal tomó para sí al niño y lo hizo criar en su casa sin delatar su origen. Así se explica que el niño llegó a entrar también en el arca de Noé. Tubal le dió el nombre de la planta Hom, porque era lo único que encontró junto al niño. El infante no fué nutrido con leche, sino con el jugo de esa planta. Esa planta crece hasta la altura de un hombre; cuando, en cambio, se arrastra, da renuevos con puntas blandas como el espárrago; la parte inferior es más dura. Sirve como alimento y sustitución de la leche. Crece de un tubérculo y sobre tierra se le forma una corona de pocas hojas oscuras. Su tronco se vuelve bastante grueso y su médula se convierte en harina, que sirve cocida o frita, o para extender sobre manjares. Donde crece esta planta se ven extensiones muy grandes. He visto que esta planta entró en el arca de Noé.

XIII

Noticias del arca y proximidad del diluvio

Transcurrió un tiempo notable en la construcción del arca, hasta que estuvo terminada. Noé empleó largos años en fabricarla. Por tres veces fué amonestado por Dios. Tomaba obreros y ayudantes; luego dejaba la obra, pensando que Dios había de perdonar, y demoraba su tarea hasta que finalmente la llevó a feliz término. He visto que en la fabricación del arca, como en la cruz de Cristo, se usaron diversas clases de maderas: palmeras, olivos, cedros y cipreses. Talaban y preparaban la madera en el mismo lugar. Noé llevaba troncos sobre sus hombros al lugar del trabajo, y me recordaba a Jesús llevando su cruz a cuestas. El lugar de la fabricación era una colinita rodeada de llanos. He visto como ponían los fundamentos del arca.

El arca era por atrás redonda, el fondo hueco como una artesa, y embreada. Tenía dos pisos; los montantes estaban dispuestos uno sobre otro. Estaban huecos y no eran troncos de árboles redondos; eran a lo largo, en la intersección, redondos, y tenían en el interior una médula blanca que se unía en el medio. Los troncos tenían estrías y las grandes hojas nacían en torno del tronco sin ramas. He visto como hacían saltar afuera la médula con un instrumento. Las maderas de los árboles las cortaban en tablas delgadas. Cuando terminó Noé de llevar y ordenar todo lo necesario, comenzaron a edificar el arca. La base estaba ya puesta y embreada; las primeras hileras de postes, colocados; fueron tapados con pez todos los huecos que se hacían durante el trabajo. Sobre este primer piso se colocó el segundo, y sobre él una hilera de postes para el tercer compartimento y el techo. Las ranuras y los intersticios entre los postes y las maderas eran cubiertos con maderas delgadas de color oscuro y amarillo con fibras entretejidas, y las aberturas, aún las más pequeñas, tapadas con algodón y con un musgo blanquizco que abundaba en ciertos árboles. Todo el exterior y el interior fué cubierto con una capa de pez y betún. La techumbre era redonda. En el medio, de un lado y a media altura, estaba la puerta, y a ambos lados, dos ventanas. En mitad de la techumbre había una abertura cuadrada. Cuando estuvo terminada y pintada con esa materia lustrosa, brillaba como un espejo a los rayos del sol. Mucho tiempo trabajó aún Noé solo en el interior del arca, haciendo los compartimentos para los animales. Los animales estaban separados unos de otros según sus clases, y había dos caminos en el medio del arca. En la parte posterior y redonda del arca había un altar de madera, cuya mesa formaba un semicírculo. Había también un lugar aparte, en torno del altar, con lienzos y tapetes. Delante del altar se veía un brasero con fuego y carbones, que era como el hogar. A derecha e izquierda había separaciones para moradas y habitaciones. Tenían toda clase de enseres y cajas adentro, y muchas semillas y plantas, que colocaban en tierra, junto a las paredes del arca, que aparecía así toda verde por la multitud de plantas. He visto que también llevaban adentro vides con racimos amarillos de un codo de largo.

No es para expresar cuanto sufrió Noé en la fabricación del arca por la malicia y la obstinación de los trabajadores que le ayudaban, a quienes él pagaba con animales y con pieles. Ellos se burlaban de él, le despreciaban de todas maneras y

le llamaban loco. Trabajaban por la paga abundante; pero no dejaban de blasfemar y de burlarse. Nadie sabía para quién fabricaba Noé el arca, y así sufría toda clase de invectivas. He visto como al terminar, finalmente, dió gracias a Dios. Se le apareció el Señor y le dijo que se volviese a las cuatro partes del mundo y con una flauta de caña llamase a los animales que habían de entrar. A medida que se acercaba el tiempo del diluvio el cielo se ponía más oscuro y se extendía un temor inexplicable sobre la tierra; el sol no salía; un tronar continuo estremecía los ánimos. He visto a Noé caminar un trecho hacia las cuatro partes del mundo y sonar su flauta. A su llamado acudían los animales en orden, de a par, machos y hembras, y pasaban por una pasadera de madera colocada delante de la puerta del arca, y que luego fué retirada hacia adentro. Venían los animales más grandes delante, y entraban; primero, elefantes blancos y camellos. Llegaban llenos de ese temor que suelen tener cuando se aproxima una tempestad. Varios días duró la llegada y entrada de los animales. Los pájaros volaban continuamente penetrando por la abertura de la techumbre. Las aves acuáticas iban a parar al fondo de la nave. Los animales terrestres en el espacio del medio. Los pájaros estaban debajo del techo, posados sobre estacas o en jaulas. Los animales para ser sacrificados entraban de a siete pares juntos. Cuando se miraba el arca terminada, desde lejos, posada solitaria sobre la colina, aparecía brillante con un resplandor azulado cual si viniera del cielo.

XIV

Noé entra en el arca con los suyos

Había llegado el tiempo del diluvio. Noé ya se lo había anunciado a los suyos. Tomó a sus hijos Sem, Cam y Jafet, con sus mujeres y sus hijos y descendientes: había allí nietos de cincuenta y sesenta años, y de éstos, hijos pequeños y grandes, que entraron en el arca. Todos los que habían trabajado en construir el arca, y quedado libres de idolatría, entraron en el arca. Había como cien personas adentro, lo cual era necesario para dar a tantos animales el pienso que necesitaban y hacer la limpieza de los compartimentos. No puedo decir otra cosa sino que siempre he visto que entraron en el arca los hijos de Sem, Cam y Jafet. Veo allí dentro muchas criaturas, niños y niñas; todos los descendientes de Noé que permanecieron buenos. En

la Sagrada Escritura no se habla tampoco de los hijos de Adán, fuera de Caín, Abel y Set, y, sin embargo, veo yo allí muchas criaturas entre ellos y siempre de a pares, es decir niños y niñas. Lo mismo se lee en la primera Epístola de San Pedro de solo ocho personas que estaban en el arca; es decir, los cuatro patriarcas con sus mujeres, de los cuales descendieron todos los demás después del diluvio. Al niño Hom también lo he visto en el arca, yaciendo en una artesa de cortezas, sujeto firmemente con una ligadura de pieles. He visto después nadando muchas de estas artesas de cortezas, como cunas de niños, acabado el diluvio. He visto también en los huecos y en las habitaciones de piedras y ladrillos estas cavidades llenas de cunas de niños. Los lechos de los judíos estaban generalmente en las cavidades de las paredes.

Cuando el arca se levantó sobre las aguas y los hombres subían sobre los techos, árboles y montañas, y se veían ya muchos cadáveres y árboles flotando sobre las aguas, Noé y los suyos estaban ya seguros dentro del arca. Aún antes de entrar Noé con su mujer y sus hijos y las mujeres de sus hijos, en el arca, pidió a Dios misericordia para los hombres. Retiraron el puente al interior y cerraron finalmente la puerta tras de ellos. Todo lo abandonó; también parientes cercanos, con hijos pequeños, ya que éstos se le habían retirado cuando fabricaba el arca. De pronto se desencadenó un temporal sin precedentes; los rayos caían sobre la tierra como columnas de fuego y los torrentes de las aguas caían como arroyos que se precipitaban de lo alto. La colina sobre la cual estaba el arca, pronto se convirtió en una isla. La calamidad fué entonces tan grande que yo creo que muchos se habrán convertido siquiera por temor.

He visto a un demonio negro, de espantable aspecto, cruzar la oscura tempestad induciendo a los hombres a la desesperación. Sapos y serpientes buscaban refugio en algún rincón del arca. No he visto entonces ni mosquitos ni insectos; éstos aparecieron después, para castigo y calamidad de los hombres.

He visto a Noé ofreciendo sacrificios sobre el altar, cubierto de lienzos blancos y colorados. Tenía Noé en un caja redonda varios huesos de Adán, que posaba sobre el altar cuando rezaba y hacía sacrificios. He visto sobre su altar el cáliz que usó Nuestro Señor en la última Cena; este cáliz le había sido traído a Noé, mientras fabricaba el arca, por tres seres de larga y blanca vestidura, como los tres hombres que aparecieron a Abrahán para anunciarle el nacimiento de su hijo. Habían venido

de una ciudad que después del diluvio se hundió, y hablaron con Noé expresándole que, ya que era hombre de fama, debía llevar dentro del arca ese cáliz, que encerraba un misterio grande, para que no se perdiera en el desastre del diluvio. En el cáliz había un grano de trigo grande como una semilla de mirasol y una ramita de vid. Noé metió ambas cosas en una manzana amarilla y los puso dentro del cáliz, que no tenía tapa. Debía crecer esa rama y brotar hacia fuera. Más tarde he visto este cáliz en poder de un descendiente de Sem, que vivió después de la dispersión de Babel en el país de Semíramis y que fué padre de los Samanes, los cuales fueron sacados por obra de Melquisedec del poder de Semíramis y trasladados a la tierra de Canán, y llevaron consigo este cáliz misterioso.

XV

Después del diluvio

He visto flotar el arca sobre las aguas y muchos cadáveres en torno de ella. El arca se detuvo sobre una alta montaña, al oriente de Siria, abajo; montaña aislada y muy rocosa. Estuvo mucho tiempo allí.

Veo que ya aparece tierra, aunque cubierta de lodo y verde moho. Al principio, después del diluvio, comían conchas y pescados, abundantes por doquiera; más tarde los he visto comer pan, y aves cuando se multiplicaron. Plantarón y cultivaron los campos. La tierra era tan fértil después del diluvio que el trigo que sembraron tenía granos tan grandes como los de maíz; también sembraron la raíz de la planta Hom, que era musilaginosa. La tienda de Noé la he visto, como más tarde la de Abrahán, en u llanura, y en torno de ella las de sus hijos y descendientes.

He visto la maldición de Cam. Sem y Jafet recibieron de rodillas la bendición de Noé, de la misma manera que más tarde Abrahán daba la bendición a Isaac. La maldición que Noé pronunció contra Cam, la he visto ir hacia él como una nube negra y oscurecerle la faz. Ya no era de tez blanca como antes. Su pecado fué como la profanación de una cosa sagrada, como la de un hombre que intentase entrar en el Arca de la Alianza. He visto surgir de Cam una descendencia muy perversa, que se fué pervirtiendo cada vez más, y oscureciéndose su cuerpo. Veo a los pueblos negros, paganos y los más atrasados y degradados, ser los descendientes de Cam. Veo que el color negro no es de-

bido al sol o al clima del lugar, sino que proviene de su origen oscuro y perverso, que produjo una raza inferior y corrupta.

No me es posible expresar como he visto crecer y multiplicarse los pueblos y oscurecerse de todas las maneras y embrutecerse. Con todo, de en medio de estos pueblos envilecidos, se esparcía alguna luz de verdad y algún deseo de ser clarificados.

XVI

Tubal y los descendientes de Noé

Cuando Tubal, hijo de Jafet, con sus hijos y los hijos de su hermano Mosoc, se hizo indicar por Noé las tierras que habían de habitar, eran ya quince familias. Los hijos de Noé se iban alejando del patriarca a tierras más o menos lejanas; pero en torno de él. Las familias de Tubal y de Mosoc se alejaron de Noé para ocupar comarcas más alejadas de ese centro común. Cuando finalmente los hijos de Noé se multiplicaron y empezaron a desunirse, quiso Tubal alejarse aún más, para no tener que comunicarse con los hijos de Cam, que habían concebido ya la idea de la construcción de la torre de Babel. Tubal y sus hijos no concurrieron a la edificación de la torre cuando más tarde se les llamó para ello, como también los hijos de Sem se negaron a cooperar. Tubal se llegó con los suyos a la tienda de Noé para que les señalase las tierras que habían de ocupar. Noé vivía entonces en una montaña entre el Líbano y el Cáucaso. Noé lloró, porque amaba a esta descendencia que se había conservado más piadosa que las otras. Les indicó una región hacia el Noreste y les recordó los mandamientos de Dios, y el ofrecimiento de sacrificios, y se hizo prometer que conservarían la pureza de su raza, no mezclándose con los hijos de Cam. Les dió vestidos y cinturones que había conservado en el arca, para que los usasen los jefes de familia en el culto de Dios y en los casamientos, para ser preservados del mal y de la impura descendencia. El culto que Noé ofrecía a Dios me recuerda a las ceremonias de la Misa. Consistía en oraciones y respuestas. Noé se movía de un lado a otro del altar y se inclinaba a veces profundamente. Noé les dió una cartera de cuero con un recipiente de corteza, dentro del cual había una caja de oro en forma de huevo, que contenía, a su vez, tres pequeños vasos. Recibieron también tubérculos de la planta musilaginosa llamada Hom. Les dió rollos de corteza y de pieles con escritos, donde he visto

letras y señales, como asimismo bastoncitos de madera que llevaban grabados signos y letras.

Los hombres de ese tiempo eran de hermoso aspecto, de un color amarillo-rojizo brillante. Vestían pieles, lanas y cinturones; sólo los brazos llevaban descubiertos. He visto cómo se acomodaban estas pieles. Apenas habían sacado la piel de un animal, se la acomodaban al cuerpo para que se ajustase perfectamente a sus miembros. Al principio me parecían estos hombres muy extraños, al verlos tan peludos, pues llevaban estas pieles tan ajustadas que parecían a primera vista algo natural de ellos mismos. Estos hombres que emigraron no llevaban muchas cosas consigo fuera de las semillas y pocos enseres. Emigraron hacia una región del Noreste. No he visto entre ellos camellos, pero sí caballos, asnos y animales con astas muy abiertas parecidos a los ciervos. A estos emigrados los he visto luego en una región montañosa, viviendo en grandes tiendas adosadas a las laderas de la montaña como el follaje a los árboles. Los he visto cavar, plantar árboles en grandes hileras. La otra parte de la montaña era más fría, y después toda esta región se hizo más fría, de modo que uno de los nietos de Tubal, un tal Dsemschid, emigró con todo este pueblo al Sudoeste. Todos los que habían conocido a Noé y se habían despedido de él, habían muerto ya, menos unos pocos. Los que emigraron con Dsemschid, nacidos en este lugar, tomaron a los ancianos que habían quedado, y con mucho cariño se los llevaron consigo colocados en canastos, para evitarles el cansancio.

XVII

Hom y sus aberraciones

Cuando Tubal con sus descendientes se despidió de Noé, ví también al hijo de Mosoc, conservado en el arca, que emigró con ellos. Hom estaba ya bastante crecido. Más tarde lo he visto muy diferente de los demás: grande, parecía un gigante, muy serio y muy singular en su modo de ser. Vestía un largo manto y parecía ser considerado como sacerdote. Se apartaba generalmente de los demás y muchas noches las pasaba solitario en las rocas y en las cavernas de las montañas. Sobre la cumbre de las montañas observaba los astros y ejercía la magia, y por arte diabólico tenía visiones, que él luego ordenaba, escribía y enseñaba, enturbiando así las puras enseñanzas que habían recibido de Noé. La mala inclinación que había heredado de su madre

se había mezclado en él con la pura enseñanza heredada de Henoc y de Noé, que habían sido hasta entonces las creencias de los hijos de Tubal.

Hom introdujo falsas interpretaciones y torcidas explicaciones por medio de sus visiones diabólicas y de sus alucinaciones, a la verdad pura tradicional. Hom escudriñaba y estudiaba el curso de los astros y por arte del diablo veía visiones en figura de verdades, que luego tomaba por tales, por su semejanza. De este modo llevaba a la idolatría y fué el origen de las aberraciones del paganismo. Tubal era un hombre bueno. Las andanzas de Hom y sus enseñanzas le disgustaban mucho y le dolía especialmente que uno de sus hijos, el padre de Dsemschid, fuera partidario de Hom. Yo oía lamentarse a Tubal diciendo: "Mis hijos no son unidos. Ojalá hubiese permanecido junto a Noé".

Hom consiguió dirigir desde la montaña, donde vivían, hacia abajo una corriente de agua en dos brazos, que luego formaron un riachuelo y más adelante un río caudaloso, sobre el cual los he visto más tarde salir de allí, bajo la guía de su jefe Dsemschid, para otra comarca. Hom recibió de sus partidarios una especie de culto, cual si hubiese sido un dios. Entre otros errores enseñó que Dios está en el fuego. Solía mezclar sus errores, sirviéndose del agua y de aquella raíz, que motivó su nombre y de la cual se alimentó, para sus maniobras de magia y curanderismo. Plantaba este vegetal y luego lo repartía como alimento sagrado y como remedio para enfermedades, con tanta solemnidad, que de esto nació una práctica supersticiosa. La savia de esta planta la traía consigo en un recipiente oscuro como un almirez. Las agarraderas estaban hechas de metal. Estos utensilios de metal provenían de otra tribu que vivía en una montaña lejana, que trabajaba con fuego derritiendo metales. Yo veía que de esas montañas salían llamaradas de fuego, y ese recipiente estaba formado allí con los metales derretidos.

Hom no se había casado y no llegó a larga vejez. Contaba muchas historias sobre su propia muerte, en las cuales creía él como más tarde Derketo y sus partidarios.

Lo he visto morir de un modo espantoso. De él nada quedó en el mundo, ya que el diablo se lo llevó consigo. Por esto creyeron sus partidarios que, a semejanza del justo Henoc, había sido arrebatado a un lugar sagrado. El padre de Dsemschid fué instruído por éste y le dejó su espíritu para que continuara su obra y ocupara su lugar como jefe de esta falsa religión.

XVIII

Dsemschid, jefe y conductor de pueblos

Dsemschid llegó a ser, por su sabiduría, el conductor de su tribu, que aumentó muy pronto y llegó a ser un pueblo respetable, que llevó cada vez más hacia el Sur. Dsemschid había sido bien instruído y formado en las enseñanzas de Hom. Era indescriptiblemente vivaracho, pronto en sus movimientos, más activo y mejor que Hom, que aparecía siempre pensativo y concentrado. Dsemschid tradujo a la práctica la religión de Hom; añadió algo más a esas enseñanzas y observaba mucho los astros. El pueblo que le seguía tenía ya el culto sagrado del fuego y se distinguía de los demás por señales propias de su raza. La gente de entonces solía mantenerse, más que ahora, separada por razas y tribus, y no se mezclaba tan fácilmente como hoy. Dsemschid se ocupaba mucho de mantener la pureza de su raza y el mejoramiento de sus tribus; separaba, trasladaba y colocaba a unos y otros como mejor le parecía. Los hombres vivían con gran libertad, aunque estaban naturalmente sujetos a sus guías.

Las razas salvajes que he visto y que veo todavía en muchos lugares, nada tienen que ver con estas razas de hombres de belleza natural y noble, aunque sencilla, y veo que los salvajes de esos lugares e islas nada tienen de la audacia, intrepidez y fuerza de los hombres primitivos. Dsemschid edificó, sobre los terrenos que asignó a sus tribus, poblaciones de tiendas de campaña, diseñó campos para cultivos, abrió caminos, bordeándolos con piedras, y repartió gente de un lado y de otro dotándola de animales, árboles frutales, diversas plantas y cereales. Cabalgaba sobre una extensión de tierra y golpeaba con un instrumento que siempre llevaba en las manos; en seguida venían sus gente y cavaban, cortaban árboles, cercaban y hacían pozos. Era en extremo severo y justo con sus subordinados. Lo he visto como un anciano alto de estatura, delgado, de color amarillo rojizo, cabalgando sobre un animal muy ágil y veloz, de color amarillo y negro, semejante a un asno, pero de piernas más finas. Lo he visto sobre este animal alrededor de un trozo de campo, como hace entre nosotros la gente pobre, que rodea una maleza que ha de cultivar para sí. En ciertos puntos se detenía y golpeaba con un instrumento de punta, o plantaba una estaca en el suelo: allí se detenían sus hombres y colonizaban. Este instrumento, que más tarde se llamó "la dorada reja del arado de Dsemschid" tenía la forma de una cruz latina, de

un codo de largo, con una cuchilla que sacada de su vaina formaba con el asta un ángulo recto. Con este instrumento hacía un hoyo en la tierra. La figura de este instrumento la traía dibujada en su vestido, en el lugar de los bolsillos. Me recordó a la señal que llevaban siempre José y Asenet, en el Egipto, y con la cual José medía y distribuía las tierras; sólo que éste adoptaba mejor la forma de cruz y tenía arriba un anillo en donde podía ser encerrado. Dsemschid llevaba un manto que caía en pliegues de delante hacia atrás. Desde la cintura hasta las rodillas colgaban dos retazos de cuero, dos por delante y dos por detrás, que a los lados estaban sujetos debajo de las rodillas. Tenía los pies envueltos con cueros y correas. En el pecho llevaba un escudo de oro. Tenía varios de estos escudos, que cambiaba según las festividades y diversas ocasiones de ritos. Llevaba una corona de oro con puntas, que remataba por delante en un cuerno sobresaliente donde flameaba una especie de banderín.

Dsemschid hablaba mucho de Henoc: sabía que no había muerto, sino arrebatado de este mundo. Enseñaba que Henoc había trasmitido a Noé toda buena enseñanza de verdad: lo llamaba padre y heredero de todo lo bueno. Pero añadía que de Noé había llegado a él (Dsemschid) toda esa herencia de verdad y de bien. Tenía también, según he visto, un recipiente de oro de forma ovoidal que llevaba colgado del cuello, en el cual, afirmaba, estaba encerrado algo misterioso y bueno, que Noé había tenido guardado en el arca, y que había recibido en herencia. He visto que donde él, en sus correrías, se detenía para fundar una población, levantaba una columna y sobre ella colocaba, en sitio de honor, ese recipiente de oro. La columna tenía figuras entalladas: era hermosa construcción y encima levantaba un templete como si fuese un santuario. El recipiente tenía por tapa una especie de corona con abertura, y cuando Dsemschid hacía fuego, sacaba algo del recipiente y lo echaba sobre el fuego. En efecto, he visto que el recipiente había estado en el arca y que Noé había guardado en él el fuego. Por esto se convirtió en una especie de santuario y de objeto sagrado para Dsemschid y su gente. Cuando era expuesto al público, ardía siempre el fuego delante del cual prestaban adoración y sacrificaban animales. Dsemschid les enseñaba que el gran Dios habita en la luz y en el fuego, y que ese Dios tiene muchos otros espíritus y semidioses que le sirven. Todos los pueblos se sometían a su dominio; él establecía hombres y mujeres en uno y

otro lugar, dándoles animales de labranza, haciéndoles cultivar y sembrar la tierra. Esta gente no podía disponer de sí, sino que Dsemschid los manejaba como rebaños, y daba las mujeres a los hombres según su voluntad. Practicaba la poligamia, tenía varias mujeres y en especial una muy hermosa, de mejor procedencia, de la cual tuvo un hijo que fué su sucesor y su heredero. Edificaba grandes torres redondas, a las cuales se subía por escalones y desde donde exploraba y miraba las estrellas. Las mujeres, que vivían separadas y muy sujetas, llevaban vestidos cortos, y sobre el pecho y parte superior del cuerpo, un trenzado de cuero; detrás colgaba algún adorno y en torno del cuello y sobre los hombros, hasta las rodillas, descendía un paño ancho en la parte inferior, de forma redondeada. Esta vestimenta estaba adornada, en el pecho y en los hombros, con señales o letras. He visto que en todas las comarcas donde Dsemschid fundaba poblaciones, hacía construir caminos que iban en línea recta hacia el lugar donde se fabricaba la torre de Babel.

Donde este conductor de pueblos se establecía, aún no había habitantes. No tenía, por consiguiente, que echar ni desalojar a nadie; todo procedía pacíficamente; sólo se veía allí poblar y edificar. La raza de gente de Dsemschid era de color amarillo-rojizo, como ocre brillante; era realmente una hermosa raza de hombres. Todas las diversas razas eran contramarcadas, para reconocerlas y preservar las más nobles de las mezclas. Lo he visto trasponer con su gente una alta montaña nevada. No sé cómo alcanzó a pasar al otro lado; pero lo hizo con todo éxito, aunque con pérdida de mucha de su gente. Tenía caballos o asnos y él mismo cabalgaba un animal pequeño, veteado, muy veloz. Un cambio brusco de la naturaleza los había hecho alejar de su primera morada; se había vuelto la región muy fría. Ahora veo que es de nuevo más benigna. En su camino encontraba tribus en el mayor abandono: gentes que habían huído de la tiranía de sus jefes; otras que esperaban a algún conductor. Estas razas dispersas se unieron gustosas a su gente y a su mando, pues su carácter era bondadoso, y distribuía trigo y bendiciones por donde pasaba. He visto tribus que habían tenido que huir, porque habían sido saqueadas y robadas sus tierras, como le sucedió al paciente Job. Algunos no conocían el fuego y cocían su pan a los rayos del sol o sobre piedras recalentadas al sol. Cuando Dsemschid les hizo conocer el fuego, apareció ante ellos como un dios. Encontró en su camino una tribu que sacrificaba a los hijos defectuosos o que les parecía insuficiente-

mente hermosos; los enterraban hasta mitad del cuerpo y hacían fuego en torno de ellos. Dsemschid desterró esta bárbara costumbre; libró a estas criaturas y encargó a ciertas matronas que cuidasen y educasen a esos niños. Cuando eran grandes, los repartía entre las tribus, como peones y siervos. Siempre ponía máximo cuidado en preservar la pureza de su raza.

Dsemschid habitaba con su gente en un principio al Sudoeste, de modo que tenía el Monte de los Profetas a su izquierda, hacia el Sur. Más tarde se trasladó hacia el Sur, teniendo entonces el Monte a su izquierda, en el Oriente. Creo que después pasó al otro lado del Cáucaso.

Entonces, cuando en esos lugares todo bullía de gente y todo era movimiento, en nuestras tierras (Alemania) todo era sólo bosques, pantanos y tierras desiertas. Hacia el Oriente, aquí y allá, había algunas tribus dispersas.

El famoso Zoroastro (estrella brillante), que floreció mucho más tarde, fué un descendiente del hijo de Dsemschid y renovó la enseñanza de aquel conductor de pueblos. Dsemschid escribía sobre tablas de piedra y de cortezas toda clase de leyes, de preceptos y enseñanzas. Su alfabeto era de tal modo que a veces una sola letra o signo significaba una frase entera. Este lenguaje era todavía de la primera lengua y veo que tiene relación o semejanza, a veces, con nuestro idioma.

Dsemschid vivió hasta los tiempos de Derketo y de su hija, que fué la madre de la famosa Semíramis. Dsemschid no alcanzó hasta los tiempos de Babel, pero sus correrías se dirigieron en esa dirección.

XIX

Ocasión en que vió la vidente la historia de Hom y Dsemschid

He visto toda esta historia de Hom y Dsemschid en cierta ocasión en que Jesús enseñaba delante de los filósofos paganos en Lanisa, ciudad de Chipre (*). Estos filósofos hablaban de Dsemschid delante de Jesús como de un sabio rey del Oriente que habría vivido allá en las Indias, que poseía una daga, recibida de Dios, con la cual repartía y señalaba tierras y poblaba comarcas y esparcía bendiciones por donde pasaba. Le preguntaron a Jesús si sabía algo de él y de las maravillas que contaban de su paso sobre la tierra.

(*) En las visiones de la vida de Jesús se refiere al viaje del Señor a Chipre, del cual no dicen nada los Evangelios.

Jesús les respondió que Dsemschid había sido sólo un hombre prudente y sabio, según los sentidos y la naturaleza, que había sido un conductor de pueblos que había llevado su tribu y poblado ciertas regiones con su gente, cuando empezaban a dispersarse, como sucedió después de Babel en mayor escala. Les dijo que había dictado ciertas leyes, y que otros conductores de pueblos habían existido, semejantes a él, cuando las razas no se habían corrompido tanto, como después sucedió. Jesús les mostró, empero, cuantas fábulas se contaban de él y se inventaron; mientras en realidad Dsemschid no había sido sino un remedo y una falsa imagen del verdadero conductor de pueblos, que había sido Melquisedec, sacerdote y rey. Jesús les dijo en esta ocasión que mirasen a Melquisedec y al pueblo de Abrahán, puesto que al dispersarse los pueblos había Dios enviado las mejores familias a Melquisedec para que las guiara y las mantuviera unidas, y les preparase morada y tierras para habitar y se mantuvieran puras. De este modo, les dijo, estos pueblos se hicieron dignos o indignos de la gracia del llamamiento y de la promesa, según sus méritos. Jesús añadió: "Quien haya sido Melquisedec lo podéis pensar e imaginar; lo cierto es que fué una primitiva imagen de la ya cercana hora de la gracia del llamamiento; el sacrificio de pan y vino que él ofreció se ha de cumplir ahora y perfeccionar, y este sacrificio verdadero ha de durar hasta la consumación de los siglos"

XX

La torre de Babel

La construcción de la torre de Babel fué la obra de la sobervia y del orgullo. Los iniciadores quisieron hacer una obra, según su idea de resistir a la providencia y voluntad de Dios. Cuando los descendientes de Noé se multiplicaron en gran manera, los más entendidos y presuntuosos de ellos se reunieron y determinaron hacer una obra tan grande y tan extraordinariamente fuerte que fuera la admiración de todos los tiempos, y así todos los venideros hablasen de ellos como de los más atrevidos y más poderosos hombres del mundo. De ninguna manera pensaron en dar la gloria de todo a Dios: sólo pensaron en glorificarse a sí mismos. De no haber habido este olvido de Dios, el Señor les hubiera permitido terminar su obra. Esto se me dió a entender claramente. Los descendientes de Sem no tomaron

parte en esta construcción. Ellos vivían en lugares llanos donde crecían palmas y otros árboles gentiles que les daban frutos; no obstante, tuvieron ellos también que contribuir a la edificación de la torre puesto que no estaban tan distantes del lugar de la construcción. Solamente los descendientes de Cam y de Jafet se ocuparon de esta edificación, y llamaban a los Semitas un pueblo de menguados y de tontos, porque se negaban a unirse con ellos. Los Semitas no eran tampoco tan numerosos como los de Cam y Jafet. Entre los Semitas formaban una raza más preservada los descendientes de Heber y luego de Abrahán.

Sobre Heber, que no tomó parte en la construcción de Babel, puso sus ojos Dios para separarlo a él y a su descendencia de la común corrupción del mundo y hacerse de esta raza un pueblo más santo. Por este motivo Dios dió a este pueblo un idioma santo que no tuvo otro pueblo, para que se mantuviera separado de los demás. Este idioma es la pura lengua hebrea o caldea. La lengua - madre que hablaron Adán, Noé y Sem fué otra, y de ella no queda sino algo en cada una de las lenguas diversas existentes. Las primeras puras hijas de esta lengua primitiva son los idiomas de los Bactrios, el Zend y la sagrada lengua de los Indos. De estas lenguas hay aún palabras, como en el bajo alemán de mi pueblo nativo. En este mismo idioma está escrito el libro que yo veo aun existente en el actual Ktesifonte, en el Tigris. Heber vivió en los tiempos de Semíramis. Su abuelo Arfaxad fué el hijo de elección del patriarca Sem, lleno de inteligencia y buen juicio. Desgraciadamente se derivaron muchos errores más tarde de sus enseñanzas y culto idolátrico y aún muchas artes de magia. Los magos traen su origen de estos errores.

La torre de Babel se edificó sobre una altura extensa que tenía un circuito como de dos horas de camino. Alrededor había un extenso valle con muchos campos de árboles, jardines y plantaciones. Desde los fundamentos de la torre hasta la altura del primer piso, se veían veinticinco anchos caminos de material que llegando desde lejos subían hasta esa altura. Correspondían a las veinticinco principales tribus que edificaban la torre. Cada una de estas tribus debía tener su camino hacia la torre desde su lejana ciudad, para que en momento de peligro pudiera refugiarse por su calle en las alturas de la torre. La torre debía servir también para el culto idolátrico de sus dioses.

Estos caminos amurallados estaban muy apartados unos de otros en su comienzo, desde la ciudad de origen; se iban acer-

cando en dirección de la torre y al llegar a ella el espacio entre un camino y otro no era más ancho que una calle o camino real. Antes de su terminación, estaban estos caminos trabados entre sí con arcos transversales, y desde aquí había, entre cada dos caminos, una puerta ancha como de diez pies que daba a la base de la torre. Cuando estos caminos se acercaban a la torre estaban reforzados por una serie de arcadas con aberturas al través, y más cerca aún de la base de la torre, por una doble serie de arcos, uno sobre otro, y por encima de ellos se podía caminar en torno de la torre. Estos caminos servían para reforzar los fundamentos de la misma torre como las raíces de una planta y también para subir el peso de los materiales de construcción que se traían a todos los lados de la torre. Entre estos caminos, que eran como raíces de la torre, había muchas habitaciones subterráneas amuralladas. He visto que vivía una multitud grande de gente en tiendas de campaña, además de las que habitaban en los huecos, subterráneos y habitaciones que había en la base misma de la torre. Era un ir y venir, un movimiento extraordinario y febril, cual las hormigas en sus hormigueros. Camellos, elefantes y asnos en cantidad inmensa subían y bajaban por los caminos, tan anchos, que podían encontrarse sin molestarse unos a otros. A lo largo del camino había sitios para cargar y descargar, así como depósitos para forraje y descanso de los animales. He visto que muchos de estos animales subían y bajaban por los caminos sin hombres que los guiasen. Los caminos que habían en la base de la torre llevaban a un laberinto de entradas, salas, pasadizos, escaleras y cámaras. De esos subterráneos de la torre se podía, por medio de escalones abiertos en las paredes, subir por todos lados a lo alto de la torre. Desde la terraza del primer piso se abría un camino exterior que corría en forma de caracol en torno del edificio. El interior de la construcción estaba lleno de sólidos sótanos, de cámaras y pasadizos en todas direcciones. La edificación se llevaba a término con uniformidad de todos lados, hacia el centro, donde en un principio había una gran tienda de campaña. Edificaban con ladrillos. He visto, sin embargo, que arrastraban también grandes piedras labradas de otros lugares. La parte exterior de estos caminos que subían a la torre tenían un color blanquizco y resplandecían a los rayos del sol: desde lejos presentaban un espléndido espectáculo. La torre estaba edificada con arte exquisito y se me ha dicho que la hubiesen podido terminar y que subsistiría aún ahora, como un hermoso recuerdo

de la fuerza de unión de los hombres, si la hubiesen emprendido teniendo en cuenta a Dios y su gloria. Pero ellos no pensaban en Dios; era la obra de la pura soberbia humana.

En el interior de las bóvedas dejaban grabadas con piedras de diversos colores, en grandes letras, los nombres de los que habían contribuído mayormente a la edificación, y en las columnas figuraban las alabanzas de sus hechos y proezas. Estas gentes no tenían reyes, sino patriarcas, que gobernaban según ciertos acuerdos que tomaban entre sí. Las piedras que usaban estaban cortadas de modo que al colocarlas se unían perfectamente entre sí. Todo el mundo trabajaba en la obra. He visto que habían abierto canales y cisternas para el agua y que las mujeres pisaban el barro y la mezcla con los pies. Los hombres llevaban los brazos y el pecho descubiertos cuando estaban en el trabajo. Los más nobles tenían sobre la cabeza una especie de gorra con un botón. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta.

La torre había subido ya tanto, que de un lado se sentía un frío intenso por la sombra que proyectaba, y del otro, un calor notable por el reflejo del sol sobre los caminos y murallas del edificio.

Habían trabajado ya por espacio de treinta años y apenas habían llegado al segundo piso de la enorme torre. A esta altura trabajaban en el interior del edificio, haciendo las columnas en forma de torre y grabando sus nombres con piedras de colores y las proezas de sus tribus respectivas, cuando de pronto se introdujo la confusión. No eran obras muy artísticas estas grabaciones en piedra; pero mucho se fijó con piedras de diversos colores y en los nichos se colocaron también figuras y estatuas.

Entre los maestros y dirigentes de la obra he visto aparecer a Melquisedec, que les pidió cuenta del modo que procedían y les anunció el castigo de Dios, si no cambiaban de conducta. Ya desde entonces comenzó la confusión de ideas. Muchos que hasta entonces habían trabajado en paz y concordia comenzaron a gloriarse de sus obras, de su saber y de su aporte a la empresa, y a pretender exenciones y privilegios, formando partidos unos contra otros. Contra éstos se levantaron protestas, enemistad y, por fin, abierta guerra. Al principio pareció que eran sólo dos las tribus descontentas y rebeldes, y se determinó refrenarlas; pero pronto se vió que todos estaban desunidos. Riñeron entre ellos, hubo muertos y heridos. No se entendieron, se separaron y se dispersaron por toda la redondez de la tierra. He visto que los descendientes de Sem fueron más al Mediodía, donde vivió

Abrahán. He visto, en esta ocasión, que un hombre bueno no se apartó por entonces de Babel, sino que permaneció por causa de su mujer entre los malos del lugar. Este hombre fué el origen de los Samanes, que más tarde fueron oprimidos por Semíramis, hasta que los libró y los sacó del lugar el mismo Melquisedec, llevándolos a la tierra prometida.

Cuando yo veía, desde niña, la torre de Babel, no podía imaginarme lo que podría ser y desechaba esa visión, porque no había visto más que las casitas de mi pueblo, donde la puerta sirve también de escape al humo de la cocina, y la ciudad de Koesfeld. A veces pense, en mi simplicidad de niña, que eso debía ser el cielo. Pero puedo decir que siempre he visto esta torre de la misma forma como ahora; más tarde he visto el aspecto de la torre como estaba aún en tiempos de Job.

XXI

Nemrod

Uno de los principales jefes de la edificación de la torre fué Nemrod, que más tarde fué tenido por dios, bajo el nombre de Belo. Fué el antepasado de Derketo y de Semíramis, que recibieron veneración como diosas. Este mismo Nemrod edificó la ciudad de Babilonia con las piedras de la torre de Babel y Semíramis terminó en sus tiempos esta obra. Nemrod puso también los fundamentos de la ciudad de Nínive introduciendo la costumbre de poner bases de material a las habitaciones y tiendas de campaña. Fué un renombrado cazador y un tirano en su gobierno. Había por aquel tiempo grandes y temibles animales que causaban daños y devastaciones; por esto las expediciones contra estos animales eran casi como las expediciones guerreras contra los enemigos. Los que lograban matar animales más dañinos y fuertes eran tenidos por semidioses. Nemrod forzaba a otros hombres a someterse a su tiranía. Ejercía culto de idolatría, estaba lleno de crueldad, practicaba la magia y tuvo mucha descendencia. Llegó a la avanzada edad de doscientos setenta años. Tenía una tez amarillenta, desde joven llevó una vida salvaje, era un instrumento del demonio y muy dado a las observaciones de la astrología. De las mismas figuras y representaciones que él veía en los astros y en las estrellas y con las cuales predecía cosas sobre pueblos y razas, nacía luego imágenes e ídolos, que pasaban más tarde a ser adorados como

dioses. De este modo recibieron los egipcios la Esfinge y los diversos ídolos de varios brazos y cabezas, que son invenciones de Nemrod. Por setenta años estuvo Nemrod empeñado y preocupado con estas visiones diabólicas, formando luego con ellas el culto de los ídolos y los sacrificios, e instituyendo la casta de los sacerdotes para este culto idolátrico. Por medio de su ciencia diabólica y por la violencia que ejercía, había logrado sujetar a las demás tribus y llevarlas al proyecto de la construcción de la torre de Babel. Cuando se declaró la confusión de las lenguas, muchas tribus se separaron de su dominio y las más depravadas de ellas se dirigieron, al mando de Mesraim, a las tierras de Egipto. Nemrod edificó entonces a Babilonia, sujetó a su tiranía a las demás tribus de los alrededores y fundó el reino babilónico. Entre sus numerosos hijos se enumera a Nino y a Derketo, que después fué tenida por una diosa.

XXII

Derketo

Desde Derketo a Semíramis he visto que pasaron tres generaciones, sucediéndose una hija de la otra. He visto a Derketo como una mujer grande y fuerte, vestida de pieles, con muchos adornos colgantes de cueros y una especie de cola de animal. Tenía sobre la cabeza una gorra de plumas de pájaros e iba acompañada en sus correrías por otras muchas mujeres y hombres. Habían venido desde Babilonia. Derketo estaba siempre en visiones diabólicas; profetizaba esto o aquello, fundaba pueblos, ofrecía sacrificios y hacía continuas correrías por las comarcas cercanas y aún las más alejadas. Llevaba a veces una raza de gente consigo, con sus ganados y haberes; profetizaba buena permanencia en un lugar. Levantaban grandes piedras como recuerdos, ofrecían sacrificios y se entregaban a las orgías con las gentes que llevaban consigo. Estas piedras eran a veces extraordinariamente grandes. Todos se le sometían. Ella se encontraba en todo lugar; era venerada como una diosa y en edad avanzada tuvo una hija que siguió todo su proceder. He visto todas estas cosas en una llanura, de donde tomó origen todo este desorden. Más tarde la he visto, ya anciana, de aspecto feroz, en una ciudad cerca del mar, ocupada en obras de magia y como en éxtasis diabólico decía a las gentes, allí reunidas, que ella debía morir por todos ellos y sacrificarse. Añadió que ya no

podía quedarse más tiempo con ellos, pero que quería transformarse en un pescado para estar siempre en la cercanía con ellos. Señaló la veneración y el culto que le debían tributar y, en presencia de todo el pueblo, se precipitó en las aguas del mar. He visto que de inmediato se levantó un gran pescado de entre las olas y que el pueblo lo saludó con toda clase de manifestaciones de veneración, de sacrificios y de desórdenes. De todas las cosas que habían pertenecido a Derketo se originó una serie de supersticiones y de culto idolátrico. He visto también que las profecías, misterios y alucinaciones que ejercía Derketo, tenían relación en gran parte con el agua y su significación.

He visto surgir a otra hija de Derketo desde una pequeña montaña. Pronto debía ganar influencia y poderío. Esto sucedía todavía en tiempos de Nemrod; eran de la misma raza. A esta hija de Derketo la he visto obrar en todo como su madre, y aún más desenfrenadamente. Hacía a menudo largas correrías para cazar fieras con grande acompañamiento de gente y a veces a ciento de millas en comarcas lejanas. Entretanto ofrecía sacrificios, ejercía la magia y adivinaba lo futuro. Fundaba poblaciones en diversos lugares y establecía el culto idolátrico por doquiera. A ésta la he visto arrojarse a las aguas luchando contra un hipopótamo de gran tamaño.

A su hija, Semíramis, la he visto en una alta montaña, rodeada de las riquezas y tesoros del mundo, como si el diablo se las mostrase para dárselas, y luego he visto como completaba la corrupción de su raza en la ciudad de Babilonia. En los primeros tiempos estos estados de posesión diabólica eran, en muchos, en general tranquilos, sin ruido; más tarde se hicieron mucho más manifiestos y violentos. Estas personas se convirtieron de este modo en jefes y conductores y fueron tenidas por dioses. Introdujeron toda clase de prácticas de culto, según sus falsas visiones. Exteriormente hacían toda clase de grandes empresas con arte, usando de violencia; como estaban llenos de ciencia diabólica, inventaron cosas maravillosas. De este estado nació, en un principio, una casta de señores y sacerdotes; más tarde sólo sacerdotes. En los primeros tiempos he visto más mujeres que hombres con estas malignas influencias que actuaban de común acuerdo en la ciencia y en el obrar. Muchas cosas que se cuentan de estas personas son deformaciones de sus estados extáticos, magnéticos y diabólicos, y según hablaban, adivinaban y enseñaban como verdades las alucinaciones que sufrían por arte del demonio.

También los judíos ejercitaban en Egipto muchas de estas artes ocultas. Moisés las desarraigó y fué el verdadero vidente de Dios. Entre los rabinos quedó parte de esta enseñanza secreta, que fué privilegio de sus sabios. Esto degeneró con el tiempo, entre el pueblo ignorante, en prácticas bajas que acabaron en brujerías y en diversas supersticiones. Todo esto proviene de la única fuente diabólica, del árbol del mal y del reino de las tinieblas. Estas representaciones las veo como oscuras nubes sobre la tierra; muchas veces, debajo de la misma tierra. En el magnetismo hay bastante elemento de este poder oculto.

XXIII

Carácter de las visiones diabólicas

Para estos primeros servidores de los ídolos era el agua cosa muy sagrada. En todos sus cultos y ceremonias intervenía el agua; el principio de sus visiones diabólicas se obraba observando dentro del agua. Tenían depósitos particulares de agua sagrada. Más tarde, ese estado de alucinación se volvía permanente, y tenían visiones aún sin el agua. En cierta ocasión pude observar cómo veían sus malas visiones. Era cosa sumamente curiosa. He visto debajo de las aguas, como si estuviese allí el mundo exterior con todas las cosas, tal como están a la vista; sólo noté que estaba todo como velado y en una esfera de malicia. Así veía un árbol bajo el árbol que estaba arriba; una montaña correspondiente a la de arriba; el mar bajo el mar. De este modo estas mujeres, con la influencia del demonio, veían todas las cosas de la tierra: las guerras, los pueblos, los peligros. Pero no se contentaban con ver las cosas, como sería ahora, sino que de inmediato obraban según las visiones que habían tenido. Veían un pueblo y pensaban: "Podemos dominar a estas gentes y sujetarlas a nosotros; es posible asaltar aquella ciudad; más allá es conveniente fundar una fortaleza o una población". Veían hombres o mujeres de superior categoría y mejor raza y estudiaban el modo de seducirlos y corromperlos. En una palabra, todas las obras malas que ejercían las tenían previstas por estas visiones diabólicas.

Así Derketo vió de antemano que debía echarse al agua, que se cambiaría en pez y que sería adorada; y lo hizo como lo había visto con anticipación. Aún sus mismas orgías y desórdenes los veía de antemano; luego los ejecutaba según le eran mos-

trados. La hija de Derketo vivió en un tiempo en que se construían grandes diques y largos caminos. Hacía correrías lejanas hasta el Egipto y toda su vida fué una continua cacería y asaltos. Una banda de los suyos fué la que robó y asaltó, en Arabia, al paciente Job.

Las artes diabólicas de magia y de visiones tomaron gran incremento en Egipto. Los que las ejercían estaban tan metidos en ello que se veían a las brujas en curiosos asientos, delante de toda clase de espejos, en las cámaras de los templos, y centenares de hombres grababan en las piedras de las paredes subterráneas estas imágenes y visiones que les interpretaban los sacerdotes idólatras. Me extraña a veces ver estas malas artes y obras de las tinieblas ejecutarse con cierta uniformidad en diversos lugares, por muy diversas personas, aunque todas influidas por el mismo motivo. Sólo se diferencian en las diversas costumbres y malas tendencias de los pueblos. Algunos pueblos no estaban tan sumidos en la corrupción, sino que algo más cercanos a la verdad. Tales eran las familias de Abrahán, las tribus de las cuales descendían los Reyes Magos, como asimismo los que observaban los astros en la Caldea y los secuaces de Zoroastro en la Persia.

Cuando Jesús vino a la tierra, y ésta se vió bañada con su sangre preciosa, disminuyó muchísimo la fuerza diabólica y sus manifestaciones se volvieron más débiles. Moisés fué desde su niñez un vidente; pero lo fué según Dios, y se guiaba por las cosas que veía, porque venían de parte de Dios.

Derketo, su hija y su nieta Semíramis llegaron a edad muy avanzada según aquellos tiempos. Fueron de recia contextura, grandes, fuertes y de una estatura que hoy casi nos infundiría espanto. Fueron extraordinariamente osadas, temerarias, atrevidas sobremanera, y procedían siempre con gran seguridad, ya que por obra del mal espíritu veían de antemano los acontecimientos. Se sentían seguras; obraban como si fuesen seres superiores, y por tales los tenían sus semejantes. Eran una semejanza perfecta de aquellos seres más diabólicos que desaparecieron de su alta montaña en el diluvio universal. Es muy conmovedor ver como los antiguos hombres justos y los patriarcas se mantuvieron en la verdad, en medio de toda esta corrupción de costumbres; Dios los ayudaba con verdaderas revelaciones, aunque tuvieron mucho que sufrir y que luchar. Así llegó, por caminos difíciles y escondidos, la salud a los hombres, en el transcurso de los siglos, a pesar de que a aquellos servidores del

demonio todo les salía según sus deseos y depravadas inclinaciones.

Yo estaba muy triste cuando veía la enorme extensión del culto de los falsos dioses y diosas, y la gran veneración que había ganado en el mundo, y veía, por otra parte, la pequeña porción de los devotos de María, entonces figurada en aquella nube del profeta Elías. Estas visiones las tuve en ocasión que Jesús disputaba con los soberbios filósofos de Chipre, que trataban de exaltar sus falsas doctrinas. Contrastaba con la soberbia de ellos la humildad de Jesús, el cumplimiento de todas las esperanzas del mundo, que estaba ante ellos enseñándoles pacientemente, próximo ya a la muerte de cruz por los hombres. No era esto más que la historia de la verdad y de la luz que quiere penetrar en las tinieblas. Lo más triste es que las tinieblas no quieren recibir esa luz, lo cual pasa hasta en nuestros días.

Pero la misericordia de Dios es infinita. Yo he visto que en el diluvio universal muchos hombres se convirtieron en los momentos de espanto y de terror, al verse perdidos, y que pararon en el Purgatorio. Muchos de ellos fueron sacados por Jesús en su descenso a los infiernos. He visto también que muchos árboles fueron desarraigados durante el diluvio y perecieron; pero también hubo los que quedaron con sus raíces hincadas en el suelo, que volvieron a florecer.

XXIV

Historia de Semíramis

La madre de Semíramis había nacido en la región de Nínive. En lo exterior parecía esta niña tímida y recatada, pero a escondidas era disoluta y desenfrenada. El padre era un hombre de la Siria, envuelto en la mayor corrupción del culto de los ídolos; fué muerto después del nacimiento de Semíramis. Todo esto tenía relación con las visiones diabólicas y adivinaciones que se ejercían entonces. Semíramis nació lejos de la Caldea, en Ascalon de la Palestina y fué criada por los sacerdotes en la soledad, bajo el cuidado de unos pastores del lugar. Semíramis solía estar, cuando niña, en las montañas solitarias. A veces veía a los sacerdotes de los ídolos con ella o con su madre, que se detenía en su correrías o cacerías contra las fieras.

He visto al diablo, en forma de niño, jugando con ella, de la manera que he visto más tarde al niño Juan, en el desierto,

jugando con los ángeles y ayudado por ellos. He visto también que pájaros, de alas variopintas, volaban en torno de la niña y le traían juguetes curiosos. No recuerdo ya ni puedo expresar cuantas cosas se hacían con ella: era la más repugnante idolatría y corrupción. Ella era de hermosa presencia, llena de ciencia diabólica y todo le salía al sabor de sus deseos. Semíramis fué entregada primero, siempre por razón de manejos ocultos, como esposa a un personaje guardador de ganados del rey de Babilonia; más tarde llegó a ser esposa del rey mismo. Este rey había sojuzgado a un pueblo lejano del Norte y una parte lo había llevado como esclavo a su comarca. Este pueblo fué cruelmente tratado por la reina Semíramis, cuando quedó sola en el reino, y obligado a trabajar en las grandes obras de edificación. Semíramis fué tenida por una diosa por su pueblo.

He visto a la madre de Semíramis dirigiendo grandes cacerías contra temibles fieras y llevando un pequeño ejército de hombres sobre camellos, asnos rayados y caballos. La he visto, en una ocasión, llevando sus correrías a Arabia, en dirección al Mar Rojo, donde vivía Job. Estas mujeres cazadoras eran sumamente ágiles y cabalgaban como los hombres. Estaban vestidas hasta las rodillas y tenían correas sujetas en torno de las piernas. Llevaban sandalias que tenían un resalto con figuras grabadas en diversos colores. Los sacos cortos que usaban estaban adornados de plumas finas y variopintas de diversas formas. Los pechos y los brazos los cruzaban correas adornadas de plumas, y sobre los hombros llevaban una especie de collar de plumas entretejidas con piedras preciosas o perlas. Cubrían la cabeza con gorra de seda roja o de algodón, y delante de la cara llevaban un velo dividido en dos mitades con el cual se defendían del viento o del polvo. Detrás flotaba al viento un pequeño manto. Las armas eran venablos, arcos y hachas; a los costados llevaban el escudo. Por este tiempo las fieras se habían multiplicado en gran manera. Los cazadores las rodeaban desde grandes extensiones y las obligaban a reunirse en un sitio propicio, donde les era más fácil exterminarlas. Cavaban fosos y hacían trampas para cazarlas, y allí las ultimaban con lanzas y palos. He visto a la madre de Semíramis cazando al animal que Job describe con el nombre de Behemoth. Cazaban tigres, leones y otros animales semejantes. En estos primeros tiempos no he visto monos. También cazaban en las aguas, donde ejercían, por medio de ella, varias supersticiones y artes diabólicas. La madre de Semíramis no era, exteriormente por lo menos, tan depra-

vada como su hija. Con todo, tenía un aspecto demoníaco y era de fuerza y osadía terribles. Fué algo espantoso verla como luchaba contra un terrible hipopótamo del Nilo hasta arrojarse en el agua en su persecución. Cabalgaba sobre un dromedario y persiguiendo su presa, cayó en las aguas. Fué después venerada como diosa de la caza y tenida por bienhechora de los pueblos(*).

XXV

Fundación de ciudades en Egipto

Volviendo desde una excursión al Africa, Semíramis pasó por Egipto, reino fundado por Mesraim, nieto de Cam, el cual a su arribo a esas tierras había encontrado ya algunas tribus dispersas y corruptas. Egipto fué fundado y establecido como reino con varias tribus de gentes, y por eso tenía, ya a uno, ya a otro, de entre ellas, como jefe. Cuando llegó Semíramis a Egipto, había cuatro ciudades. La más antigua era Tebas, donde vivía una raza más esbelta, ágil y activa que en la ciudad de Menfis, cuyos habitantes eran de raza inferior. Estaba situada en la orilla izquierda del Nilo, adonde se llegaba por un largo puente. En la parte derecha estaba el castillo, donde en los tiempos de Moisés vivió la hija del Faraón. Los habitantes, oscuros, de cabellos lanosos, fueron desde los primeros tiempos esclavos, y nunca reinaron sobre el país. Los que primero llegaron y edificaron a Tebas, vinieron, me parece, de otras partes del Africa; otros vinieron a través del Mar Rojo por el lugar donde más tarde pasaron los israelitas. La tercera ciudad se llamaba Chume, en un principio; luego Heliópolis. Está situada muy lejos de Tebas. Cuando María, José y el niño Jesús huyeron a Egipto, había aún grandes edificios en torno de esta ciudad. Más abajo de Menfis está la ciudad de Sais; creo que es más antigua que Menfis. Cada una de estas cuatro ciudades tenía su propio rey.

Semíramis fué muy honrada en Egipto y aumentó, con proyectos y artes diabólicas, la idolatría que allí se ejercía. La he visto en Menfis, donde ofrecían sacrificios humanos, hacer planos y ocuparse en observar los astros y en obras de magia. No he visto, por este tiempo, al buey Apis; pero sí un ídolo con

(*) Semíramis, a quien la historia presente como fabulosa, aparece como persona real en las visiones de Ana Catalina. Fué reina de Asiria y Babilonia, casó con el rey Ninos, al cual hizo matar para reinar sola. Fundó Babilonia, conquistó Egipto y Libia, y reinó durante cuarenta años, dejando en el trono a su hijo Ninias; desapareció de la vista de sus súbditos, que la adoraron como diosa.

cabeza como el sol y terminando en cola. Ella dió aquí el plano para la primera pirámide, que se edificó sobre la orilla oriental del Nilo, no lejos de Menfis. En esta obra se vió todo el pueblo obligado a trabajar. Cuando esta pirámide estuvo terminada, he visto volver a Semíramis con un centenar de sus guerreros. Se celebró una fiesta de inauguración y Semíramis fué venerada casi como una diosa. Esta pirámide estaba edificada sobre un lugar donde había agua y pantanos. Por eso se había hecho un fundamento sólido, de grandes pilares, que parecía un inmenso puente, sobre el cual se levantó luego la pirámide. Debajo de la pirámide se podía caminar, alrededor, como en un gran templo de columnas. Allí debajo habían hecho muchas cámaras, espacios, prisiones y salas; en la parte interior de la pirámide había muchas cámaras pequeñas, y en la exterior se veían muchas ventanas y aberturas de las cuales colgaban paños y lienzos que flotaban al aire. En torno de la pirámide había grandes jardines y lugares de baño. En el interior de esta pirámide se ejercía la más abyecta idolatría; mejor dicho, era el sitio de la observación de los astros, de la magia y de las peores corrupciones. Se sacrificaban niños y ancianos. Astrólogos, hechiceros y magos de toda categoría tenían allí su asiento, su morada y sus diabólicas visiones e ilusiones. En el lugar de los baños había una instalación para purificar las aguas del Nilo.

Más tarde he visto a mujeres egipcias en grandes orgías, en estos baños, relacionadas con las mayores atrocidades del culto de los dioses. Esta pirámide no subsistió mucho tiempo: fué destruída. El pueblo era muy supersticioso y los sacerdotes de los ídolos estaban sumidos en tanta ignorancia, tinieblas y en tales artes adivinatorias, que en Heliópolis preguntaban hasta los sueños de las gentes, y los reunían, escribían y conservaban relacionándolos con las observaciones de las estrellas y astros. Cada vez había más personas magnetizadas con visiones diabólicas, las cuales mezclaban algo de verdad con falsedades. De este modo se ordenó el culto de los ídolos y aún la cronología de los egipcios. He visto, por ejemplo, que los dioses Isis y Osiris no eran otra cosa que José (virrey del Egipto) y Asenet (su esposa), que los astrólogos de Egipto habían predicho a raíz de visiones diabólicas y que ellos habían colocado entre sus dioses. Cuando llegaron, fueron venerados como dioses. He visto que Asenet se lamentaba y lloraba por ello, y hasta escribió en contra del culto que se le tributaba.

XXVI

Las cronologías del antiguo Egipto

Los sabios modernos que escriben sobre Egipto están en grande error, porque tienen por historia, experiencia y ciencia egipcias muchas cosas que descansan sólo en falsas visiones y en sueños astrológicos. Esto está claro, puesto que los egipcios permanecieron siendo un pueblo tan ignorante y de vida tan bestial, como lo fueron en efecto. Los sabios tienen a estas influencias diabólicas por cosas imposibles; las desechan, y como no pueden explicar ciertos misterios del Egipto no admitiendo los influjos demoníacos, se ven forzados a atribuir a los egipcios una gran antigüedad, puesto que tenían ciertos conocimientos y cálculos misteriosos inexplicables.

Yo misma he visto que, ya en los tiempos de Semíramis, en Menfis, estos sacerdotes tenían desde entonces grandes pretensiones respecto de la antigüedad, y hacían toda clase de embrollos en los cálculos de sus reyes. Pretendían siempre aparecer como el pueblo más antiguo y confeccionaban cálculos y dinastías de reyes equivocados. Así llegaron a colocarse completamente fuera de toda cronología. Como repetidas veces cambiaban y corregían sus cálculos interesados, al final ya no supieron cuál era la verdadera cronología de su país. Como, además, solían perpetuar sus fechas equivocadas con grandes edificios y largas inscripciones, la confusión se hizo total e irremediable. He visto que contaban el tiempo de los antepasados y de los descendientes, de tal modo como si el día de la muerte del padre fuera el del nacimiento del hijo. Los reyes siempre discutían con los sacerdotes sobre estos cálculos e interpónían entre sus antepasados a personas que ni siquiera habían existido. He visto que los cuatro reyes o faraones que reinaron al mismo tiempo en Tebas, Heliópolis, Menfis y Sais, los calculaban como si hubiesen reinado uno después de otro. He visto también cómo, en ocasiones, contaban un año por 970 días, meses por años, y viceversa. Me fué mostrado como a un sacerdote, que hacía cuentas, le salían siempre 1100 años donde en realidad no había más que 500.

Todas estas cuentas falsas me fueron mostradas en ocasión en que Jesús, en Aruma, hacía la instrucción del Sábado y hablaba a los fariseos de la vocación de Abrahán y de su estada en Egipto: les hizo ver la falsedad de los cálculos exagerados de los sacerdotes egipcios. Jesús les dijo a los fariseos que el mundo

tenía entonces 4028 años de existencia. Cuando oí decir esto a Jesús estaba El mismo en el trigésimo primero de su edad.

En esta misma oportunidad he visto que mucha gente iba en peregrinación al supuesto sepulcro de Set, a quien tenían por dios y cuyo sepulcro creían que estaba en Arabia. Estos viajes eran muy peligrosos y largos. Me parece que aún hoy viven algunas de estas gentes, que atraviesan ahora por territorio turco, y se les permite pasar precisamente porque se dirigen a ese sepulcro sagrado.

XXVII

Melquisedec

He visto muchas veces a Melquisedec; pero nunca como un hombre, sino como un ser de otra naturaleza, como mensajero y enviado de Dios. Jamás he visto un determinado lugar de su habitación; ningún país que fuera su patria; ninguna relación de Melquisedec con parientes, ascendientes o descendientes(*). Jamás lo he visto que comiera, bebiera o estuviera descansando o durmiendo; ni siquiera me entraba la duda de que pudiera ser un hombre, como los demás. Tenía vestiduras tales que nadie las usaba sobre la tierra, ni sacerdotes ni otras personas. En cambio, he visto que tenía parecido con los ángeles que yo veía en la celestial Jerusalén, y con el estilo que más tarde, por orden de Dios, Moisés hizo confeccionar los vestidos sacerdotales.

He visto a Melquisedec, en diversos lugares, apareciendo para aconsejar, interceder, ordenar muchas cosas que miraban al bien de los pueblos y las tribus, como también en ocasiones de triunfo en algunas batallas. Donde él se presentaba, su autoridad era incontrastable: todos la acataban aún por el prestigio personal que rodeaba su aparición. Nunca he visto que alguien le resistiese, a pesar de que no usaba medio violento; y todos los hombres, aun los idólatras y paganos, recibían sus decisiones y cumplían sus órdenes. He visto que no tenía ningún semejante, ningún compañero: siempre aparecía solo. A veces tenía dos mensajeros que corrían delante, anunciando su llegada.

(*) Orígenes y Dydimo sostienen que Melquisedec era ángel. San Agustín escribe: "La aparición de Melquisedec es tan sorprendente que muchos dudan de si se trata de un hombre o de un ángel" (III, 519). En otro pasaje dice: "Melquisedec no era un hombre: aparecía en forma de hombre como figura del sacerdocio de Jesucristo" (XVI, 490).

Vestían de blanco, ropas cortas. Anunciaban su llegada a algunos lugares; luego él los licenciaba. Todo lo que necesitaba lo tenía siempre consigo. Si recibía algo de los hombres, éstos no sufrían necesidad: lo daban de buena voluntad, libremente y con gozo. Se consideraban dichosos los que gozaban de su presencia y le tenían un temor reverencial. Los perversos, al hablar de él, solían burlarse en su ausencia; pero delante de él se humillaban y le temían. Ocurría a mi modo de ver, a Melquisedec, entre estos paganos, idólatras y sensuales, lo que ocurre hoy con un hombre de reconocida santidad de vida: que aparece entre la multitud y derrama a su paso salud, bendiciones y palabras de consuelo.

De este modo lo he visto también entre los cortesanos de la reina Semíramis, en Babilonia. Tenía la reina un esplendor extraordinario; hacía construir con turbas de esclavos los más soberbios edificios y trataba a estos pueblos con mayor crueldad que los faraones a los hijos de Jacob en Egipto. Se ejercía allí la más abominable idolatría. Se ofrecían sacrificios humanos, enterrando a seres humanos hasta el cuello. Todo el lujo, el esplendor, la riqueza y el arte estaban allí en todo su apogeo, de modo que parecía exceder toda medida y moderación. Semíramis acometía grandes empresas guerreras, con numerosos soldados, casi siempre contra pueblos del Oriente. La ví poco en el Occidente. En el Norte no había entonces más que pueblos atrasados, sumidos en la oscuridad y la bajeza. Existía entonces, en los confines de Semíramis, un pueblo muy numeroso, de raza semita, que después de la torre de Babel se había establecido allí multiplicándose mucho. Vivían como los pastores, bajo tiendas; tenían mucho ganado y celebraban culto durante la noche en una tienda abierta bajo la bóveda del cielo estrellado. Tenían la bendición de Dios. Todo prosperaba entre ellos y sus animales eran siempre los mejores y más preciados. A esta raza bendecida pensó la satánica Semíramis destruirla y ya había comenzado su obra en parte. Sabía la perversa mujer, por la bendición que había en esa raza, que Dios tenía algún designio especial con ese pueblo; y por esto, como ella era hechura de demonio, quiso destruirlo. Cuando la persecución se hizo intolerable, ví aparecer a Melquisedec. Se presentó ante Semíramis y le exigió que dejase partir de allí a ese pueblo. Le echó en cara su crueldad. Ella no pudo oponer resistencia a la exigencia de Melquisedec, que sacó a ese pueblo elegido y, en diversos grupos, lo trasladó a la tierra prometida. Durante su permanencia en Ba-

bilonia, he visto que Melquisedec habitaba en una tienda, y desde allí repartía pan a los necesitados del pueblo, para que pudieran viajar. Llegados a la tierra de Canán, les señaló lugares para edificar, y adquirieron tierras en propiedad. El mismo Melquisedec los distribuyó en lugares donde no se mezclasen con razas impuras e idólatras. El nombre de esta raza suena como Samanes o Semanes. A algunos de ellos les señaló lugares hacia lo que fué más tarde el Mar Muerto. La ciudad que edificaron pereció en la destrucción de Sodoma y Gomorra.

Semíramis había recibido a Melquisedec con una mezcla de reverencia, de secreto temor y de admiración por su sabiduría. Melquisedec apareció ante ella como Rey de la Estrella Matutina, es decir, rey del lejano Oriente. Ella se imaginaba quizás poder conquistarlo por esposo y aumentar su poderío. Melquisedec le habló con mucha severidad y le afeó su crueldad y su tiranía, y le predijo la cercana ruina de la pirámide que había hecho edificar cerca de Menfis. Semíramis pareció muy atemorizada y permanecía delante de Melquisedec muy apocada. He visto que le sobrevino un castigo: se volvió como un animal y estuvo largo tiempo encerrada. Se le daba con desprecio paja y heno, como a un animal en un pesebre. Sólo un criado la aguantaba, dándole de comer y beber. Cuando recobró el juicio, volvió a sus crueldades antiguas. He visto que terminó miserablemente; se le arrancaron las entrañas del cuerpo. Vivió ciento diecisiete años.

XXVIII

Melquisedec y los Samanes

Melquisedec era considerado como un ser superior: un profeta, un sabio, un hombre de jerarquía a quien todas las cosas le salían bien. Hubo en aquellos tiempos y aún más tarde varios de estos seres de superior jerarquía. No eran extraños a aquellos pueblos, como no lo fueron los ángeles que conversaban familiarmente con Abrahán. Pero he visto que también había apariciones de seres malignos que trataban de turbar las obras de los buenos; así como entre los buenos profetas, los había malos y engañadores. La salida de los Samanes de la tierra de Babilonia tuvo parecido con la salida, más tarde, de los israelitas de Egipto. No eran estos Samanes tan numerosos como los israelitas. De los Samanes llevados a la tierra prometida, he visto a tres hombres en las cercanías del monte Tabor, en el lugar

llamado Montaña del Pan, viviendo en cuevas, mucho tiempo antes de Abrahán. Estaban vestidos con pieles; eran de rostro más oscuro que Abrahán, y sobre la cabeza llevaban sujeta una hoja muy ancha para protegerse de los rayos del sol. Llevaban una vida santa de solitarios, al modo de Henoc; tenían un conjunto de creencias simples, aunque secretas, y recibían revelaciones y visiones muy simples. Había en su religión la persuasión de que Dios se ligaría un día con los hombres y como si ellos debían preparar el camino para su realización. Ofrecían sacrificios: de todos sus alimentos separaban la tercera parte, la exponían al sol y la dejaban allí. Esto es lo que me pareció a mí. Podría ser también que lo pusieran allí para los pobres, pues he visto a veces a éstos acudir y llevarse los alimentos. Los he visto vivir muy sencillamente, apartados de los demás hombres que aún no eran numerosos y habitaban en tiendas, formando agrupaciones de pueblos. He visto a estos hombres peregrinar a diversos lugares del país, cavando, a veces, pozos, desmontando montes y colocando piedras como fundamentos de futuras poblaciones. Los he visto arrojar a los malos espíritus de ciertos lugares del aire, y desterrarlos a sitios pantanosos, estériles y llenos de neblinas. En esta ocasión he comprobado, una vez más, que los malos espíritus suelen habitar frecuentemente en sitios pantanosos y oscuros. He visto a menudo a estos hombres en lucha abierta con los malos espíritus. Yo me maravillaba al principio cuando veía que los lugares donde colocaban piedras para levantar luego poblaciones, eran cubiertos por hierbas y plantas salvajes; y con todo he visto que las ciudades de Safet, Betsaida, Nazaret, etc., se edificaron precisamente donde habían puesto por fundamento esas piedras. Así trabajaron en el sitio donde más tarde se levantó la casita en la cual recibió María el anuncio del ángel. Del mismo modo los he visto trabajando en Gatefer, Séforis, en el lugar de la casita de Ana, cerca de Nazaret; en Megido, Naím, Ainón y Hebrón, y en la cueva cerca de Belén. También fundaron Micmetat y otros lugares de cuyos nombres ya no me acuerdo.

Sobre el monte Tabor los veía reunirse mensualmente con Melquisedec, quien les traía cada vez un pan cuadrado, de un grosor de tres pies cuadrados, ya dividido en muchas partes pequeñas. Este pan era moreno y estaba cocido en la ceniza. He visto a Melquisedec llegar hacia ellos siempre solo. El pan que traía en las manos parecía flotar en ellas sin peso; pero cuando se acercaba lo ponía sobre el hombro, como si le pesara.

Creo que procedía así para aparecer como hombre. Ellos se comportaban con temor reverencial y se postraban con el rostro en tierra en su presencia. Melquisedec les enseñaba a cultivar la viña en las cercanías del Tabor y ellos sembraban por muchas partes del país toda clase de buenas semillas que él les daba. Estas plantas aún crecen allí en estado selvático. Los veía cortar cada día un trozo de pan con el oscuro instrumento o pala con que trabajan la tierra. Comían pájaros que en grandes cantidades volaban hacia ellos. Observaban los días festivos, conocían las estrellas, y el octavo día lo celebraban con sacrificio y oración, como también ciertos días del año. Los he visto abrir caminos hacia donde habían puesto las piedras de futuras fundaciones y donde habían sembrado o abierto pozos. Los sitios de donde arrojaban a los espíritus malignos, luego los purificaban, los limpiaban y los desocupaban con toda naturalidad. Hicieron caminos hacia Caná, Megido, Naím, y prepararon la mayoría de los lugares en donde nacieron los profetas. Pusieron los fundamentos de Abelmehola y Dotaim e hicieron el hermoso pozo y los baños de Betulia. A Melquisedec lo veían caminando de un lado a otro del país, y nadie sabía cual era su residencia. Los hombres me parecían muy viejos, pero aún activos y llenos de vida. En el paraje donde estuvo después el Mar Muerto y en Judea, ya había ciudades. También había algunas en el Norte del país. En cambio, en el centro no había ninguna población.

Aquellos tres varones se cavaron ellos mismos su sepultura; el uno cerca de Hebrón, el segundo cerca del Tabor y el tercero no lejos de Safet. Estos varones fueron para Abrahán lo que fué más tarde Juan para la venida de Jesús. Ellos preparaban y purificaban el país; hacían caminos, sembraban buenas semillas y frutos y encauzaban canales de agua para el que había de ser padre de las muchedumbres del pueblo de Dios. Juan, en cambio, preparaba los corazones a la penitencia y al renacimiento, por medio de Jesucristo. Ellos hacían para Israel lo que Juan hizo para la Iglesia. He visto en diversos lugares hombres semejantes a éstos, los cuales habían sido puestos en sus sitios por el mismo Melquisedec.

Muchas veces he visto a Melquisedec, mucho antes de Semíramis y de Abrahán, recorriendo Tierra Santa, entonces salvaje e inculta, ordenando, disponiendo y señalando lugares. Lo veía siempre solo y pensaba para mí: "¿Qué querrá este hombre aquí ahora, siendo que no hay nadie en esta tierra?" Lo he visto cavar un pozo en una montaña, de donde brotó el río Jordán.

Tenía en sus manos un taladro delgado y largo, que entraba como un rayo en las entrañas de la tierra. Lo he visto abrir en diversos lugares fuentes de agua. En los primeros tiempos del mundo no había, como ahora, ríos que fluyen y corren engrosados por la tierra; veía yo, en cambio, que muchas aguas descendían desde una alta montaña en el Oriente.

Melquisedec tomó en posesión muchos lugares de la Tierra Santa señalándolos desde entonces. Midió el espacio donde más tarde estuvo la fuente de Betesda. Puso una piedra donde debía levantarse el templo, antes que existiera Jerusalén. Lo he visto plantar como semillas, y crecieron esas doce nobles piedras, a orillas del Jordán, donde se detuvieron los sacerdotes con el Arca de la Alianza en su paso por el río. De este modo he visto siempre a Melquisedec, solo, menos cuando intervenía entre los hombres para reconciliar, apartar y guiar familias y jefes de pueblos de un punto a otro del mundo. He visto que Melquisedec edificó un castillo cerca de Salén. Era más bien una serie de tiendas, con galería en torno y escaleras, semejante al castillo que vi en el país del rey Mensor, en Arabia. Sólo los fundamentos eran de piedras firmes. Me parece haber visto que subsistían aún en tiempos de Juan Bautista los cuatro ángulos donde estaban metidos los principales pilotes. Quedaba sólo un fuerte fundamento de piedras que parecía un parapeto, donde Juan puso su casita de pajas y juncos. Ese castillo o tienda era un lugar donde caminantes y viajeros se detenían como en público albergue, cerca de agradables y abundantes aguas. Quizás tenía Melquisedec el castillo allí para albergar y enseñar a las gentes que pasaban, ya que yo veía a Melquisedec siempre ocupado en aconsejar y en dirigir a las razas y los pueblos. El lugar tenía desde entonces una relación con el futuro bautismo. Este era el punto de partida de Melquisedec; de allí salía para las obras de edificación de Jerusalén, hacia Abrahán o a cualquier otro punto del país. El reunía aquí y repartía familias y tribus, que luego se establecían en diversos lugares. Esto sucedía mucho antes del sacrificio de pan y vino, el cual me parece sucedió en un valle en la parte meridional de Jerusalén. Había edificado a Salén antes de comenzar la misma Jerusalén.

Donde él obraba o edificaba parecía colocar el fundamento de una futura gracia, como si señalase el lugar de un acontecimiento o comenzase algo que debía realizarse con el andar de los tiempos. Melquisedec pertenece a ese coro de ángeles que están puestos sobre países, comarcas y pueblos. Al mismo coro

pertenecieron aquellos ángeles que llevaban mensajes a Abrahán y a los patriarcas. Estos ángeles están como enfrentando a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

XXIX

El paciente Job

El padre de Job, gran conductor de pueblos, fué hermano de Faleg, hijo de Heber. Poco antes de su tiempo ocurrió la dispersión de la torre de Babel. Tuvo trece hijos, el más joven de los cuales fué Job y vivía en la parte Norte del Mar Negro, en una montaña donde de una parte es cálido y de la otra frío y nevado. Job es un antepasado de Abrahán, cuya madre era bisnieta de Job, casada en la familia de Heber. Job puede haber alcanzado el tiempo del nacimiento de Abrahán. Había vivido en distintos lugares y sus desgracias las padeció en tres partes. Desde la primera calamidad había tenido nueve años de tranquilidad; en la segunda, siete años, y en la tercera, doce años. Las desgracias le pasaron en diversos lugares de su habitación. En ninguna de sus calamidades había quedado reducido a la última miseria, de modo que no tuviera ya nada; quedaba reducido a la pobreza en comparación con su abundancia anterior. Siempre, empero, había podido pagar sus deudas con lo que le quedaba.

Job no pudo permanecer en la casa de sus padres; tenía otras inclinaciones. Adoraba al único verdadero Dios, especialmente en la naturaleza, en las estrellas y en las cambiantes de la luz. Hablaba siempre de las admirables obras de Dios y tenía un culto de la Divinidad, puro y simple. Al separarse de su padre, se dirigió con los suyos al Norte del Cáucaso. Aquí encontró una comarca muy miserable y cenagosa. Creo que hoy vive allí una gente de narices chatas, abultados pómulos y ojos pequeños. Aquí comenzó a trabajar y todo le prosperaba. Reunía a toda clase de gentes pobres y desamparadas, que vivían en cuevas y matorrales y no tenían para alimentarse otra cosa que aves y animales de caza, que comían crudos, hasta que Job les enseñó a preparar debidamente los alimentos. Les enseñó a cultivar la tierra. Job y su gente llevaban pocos vestidos y vivían en tiendas de campaña. Job tenía ya mucho ganado, asnos manchados y otros animales. Le nacieron aquí, en una vez, tres hijos, y en otra ocasión, tres hijas. No tenía aún ciudad estable, sino que

se trasladaba de una parte a otra de sus posesiones que alcanzaban una extensión de siete horas de camino. No cultivaban en esta tierra pantanosa ninguna clase de trigo, sino una gruesa caña que crecía aún en el agua, que contenía una médula que comían como gacha o asaban al fuego. La carne la tostaban al principio al sol en cavidades en la tierra, hasta que Job les enseñó a cocinar. Solían plantar muchas clases de calabazas para su alimento. Job era indescriptiblemente bueno, manso y caritativo y ayudaba a las gentes pobres. Era muy puro en sus costumbres. Tenía trato familiar con Dios, que se le aparecía con cierta frecuencia en forma de ángel o de hombre sabio, como solían decir las gentes. Estas apariciones angélicas las veía yo en forma de jóvenes resplandecientes, sin barba, con largas y blancas vestiduras de muchos pliegues, que caían hasta los pies de modo que cubrían toda la persona. Estaban ceñidos, y los veía tomar alimentos y bebidas.

Job era consolado por Dios, por medio de estas apariciones, en sus calamidades; y estas mismas juzgaban a sus amigos, a los hijos de sus hermanos y a los parientes. Job no adoraba ningún ídolo, como lo hacía la gente de los contornos. Sólo se había confeccionado una imagen del Todopoderoso, según su idea. Era la figura de un Niño, con resplandores en torno de la cabeza, las manos una sobre otra; en una de ellas tenía un globo donde se veían dibujadas aguas y una nave. Yo creo que era una representación del diluvio, del cual hablaba a menudo Job con dos de sus más fieles amigos, ponderando la sabiduría y la bondad de Dios. La figura era resplandeciente como el metal. El solía llevarla consigo a todas partes. Job ofrecía cereales, quemándolos en sacrificio, delante de la imagen. He visto que el humo subía como por un tubo hacia lo alto. En este lugar le alcanzó a Job su primera calamidad. Tenía siempre lucha y dificultades con los vecinos, que era gente mala. Se trasladó entonces hacia la montaña del Cáucaso, donde recomenzó su trabajo, que prosperó de nuevo. En este lugar empezó, tanto él como su gente, a usar más vestidos: vivían con más perfección la vida familiar. De este segundo sitio se encaminó Job una vez, con grande acompañamiento, hacia el Egipto, donde reyes pastores extranjeros dominaban una parte del país. Más tarde estos reyes pastores fueron arrojados del país por otro rey o faraón de Egipto. Job tuvo la misión de acompañar a una esposa, para uno de estos reyes al Egipto, ya que era pariente de ese rey. Llevaba muchos regalos consigo y he visto como treinta came-

llos cargados y muchos criados de compañía. Cuando lo ví en Egipto, Job era un hombre de gran estatura, vigoroso, de agradable rostro amarillo oscuro y de cabellos rubios.

Abrahán, en cambio, era de color más claro. Los hombres en Egipto eran de color moreno oscuro. Job no estaba de buena gana en Egipto, y he visto que suspiraba por volver al Oriente, a su patria, situada al Sur, más lejos que la tierra de los Reyes Magos. Yo le oía decir delante de sus servidores que prefería vivir entre animales salvajes antes que vivir en Egipto con estos hombres. Estaba sumamente afligido por la espantosa idolatría que reinaba en el país. Ofrecían sacrificios de criaturas vivas a un espantoso ídolo con cabeza de buey y con las fauces abiertas, poniéndole el niño en los brazos calentados al rojo. El rey pastor, para cuyo hijo Job había traído la esposa a Egipto, quería retenerlo allí, y le señaló a Matarea para su vivienda. Este lugar era muy distinto en su aspecto de lo que fué en tiempos en que la sagrada Familia se estableció allí. Con todo, he visto que Job vivió en el mismo lugar donde habitaron María, José y el Niño, y que el pozo de María ya le había sido mostrado por Dios en ese lugar. Cuando más tarde María lo descubrió, este pozo estaba solo cubierto por arriba, pero el interior estaba bien amurallado y conservado. Job usó la piedra del pozo para la ceremonia de su culto a Dios. Job libró su habitación de muchas fieras y animales venenosos, con la oración y los sacrificios. Tuvo visiones de la futura redención de los hombres y aviso de las pruebas que le esperaban. Hablaba con calor contra las abominaciones del culto idolátrico de los egipcios y sus sacrificios, y creo que fueron abolidos en su tiempo.

Al volver por segunda vez a Egipto le sobrevino la segunda calamidad. Cuando después de doce años le sorprendió la tercera desgracia, vivía Job al Sur de Jericó, hacia el Oriente. Creo que le fué dada esta región después de la segunda desgracia, porque en todas partes se le quería mucho y se le honraba por su grande justicia, temor de Dios y sabiduría. Comenzó de nuevo a trabajar y a prosperar en una comarca llana. Cerca, en una montaña fructífera, corrían toda clase de animales apreciados, como camellos en estado salvaje, que se cazaban como entre nosotros suele hacerse con los animales de los bosques. En esta altura se acomodó, se hizo rico y poderoso y edificó una población; esta ciudad tenía sus fundamentos de piedras y lo demás eran tiendas de campaña. Aquí, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria y grandeza, le sobrevino la tercera prueba que le

dejó reducido a la miseria y postrado en su extrema enfermedad. Cuando hubo pasado esta prueba, sanó de su enfermedad, tuvo de nuevo muchos hijos e hijas y creo que murió muy anciano en una época en que se introdujo otro pueblo extraño en sus tierras.

Aunque en el libro de Job están narrados los hechos de otra manera, con todo hay allí muchos discursos verdaderamente de él y creo que yo los podría distinguir unos de otros. En la historia de los siervos, que anuncian, uno tras otro, corriendo y seguidos, hay que notar que las palabras "cuando aún hablaba" significan: cuando aún la gente hablaba y recordaba las anteriores desgracias de Job, ya sobrevenía la segunda y tercera. Que Satán se presentó delante de Dios, con los hijos de Dios, para acusar a Job, es una manera de decir. Había entonces mucho comercio entre los malos espíritus y los hombres perversos, y aparecían en forma de ángeles. De esta forma fueron agitados los ánimos de los malos vecinos, que murmuraban de Job diciendo que servía a Dios porque estaba en la prosperidad; que así cualquiera, sintiéndose feliz, podía servir y amar a Dios. Entonces quiso Dios mostrar que el dolor y el padecimiento son muchas veces sólo una prueba para el hombre.

Los amigos de que hablan los libros santos significan los dichos y pareceres de los que le eran favorables y la manera de juzgar los hechos de su prueba. Job aguardaba con ansia al Redentor y es parte del tronco de David, ya que se relacionaba con Abrahán, por la madre de este patriarca, que era de su descendencia, como fueron los ascendientes de Ana respecto de María Santísima.

La historia de Job y sus conversaciones con Dios fueron escritas por dos de sus fieles servidores, que eran como sus mayordomos, a los cuales les narró él mismo sus vicisitudes y la historia de sus calamidades. Estos dos servidores se llamaban Hai y Uis u Ois. Escribían sobre cortezas de árboles. Esta historia se conservó como cosa santa entre sus descendientes y llegó de generación en generación hasta Abrahán. En la escuela de Rebeca se narraba esta historia a los Cananitas, para enseñarles la resignación en las pruebas que Dios manda en esta vida. Así llegó esta historia, por medio de Jacob y José, a los hijos de Israel en Egipto, y Moisés le dió otra redacción para que sirviera de consuelo a los israelitas, durante su esclavitud en Egipto y en su peregrinación a través del desierto. Antes la historia tenía mayor extensión; había muchas cosas en ella que

no hubiesen entendido los israelitas, ni les hubiese servido de nada. Más tarde Salomón le dió nueva redacción: dejó fuera muchas cosas y puso mucho de lo suyo a esta historia. De este modo el primitivo escrito se fué convirtiendo en un libro de edificación, lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón, pero difícilmente se puede extraer del escrito de hoy la verdadera historia de Job. También en los nombres de personas y lugares hubo cambios: se hizo a Job habitante de Idumea para acercarlo más a los pobladores de la tierra de Canaán.

XXX

El patriarca Abrahán

Abrahán y sus ascendientes eran de una raza de hombres de gran estatura. Llevaban vida pastoril y no eran, en realidad, de Ur, en Caldea, sino que habían emigrado hasta ese lugar. En aquellos tiempos la gente tenía un modo particular de apropiarse de las tierras, mezcla de justicia y de poder. Llegaban a una comarca desocupada donde había buenos pastos, marcaban los límites de sus posesiones, levantaban piedras en forma de altar y de este modo el terreno designado venía a ser su propiedad. En su juventud le pasó a Abrahán algo semejante a lo que le pasó al niño Moisés: su nodriza le salvó la vida. Le había sido predicho al jefe de la tribu que tendría un descendiente que sería un niño maravilloso, el cual, con el andar del tiempo, vendría a ser peligroso para él. El jefe tomó medidas de precaución. La madre de Abrahán se mantuvo oculta, y el niño nació en la misma gruta donde había visto que Eva tuvo que ocultar a Set de la ira de los perseguidores. Abrahán fué criado aquí secretamente por su nodriza Maraha. Esta mujer vivía como sierva pobre en el desierto y tenía su habitación no lejos de la cueva que después, por ella, se llamó gruta de la leche, y donde, a su pedido, fué enterrada por Abrahán. Abrahán era de alta estatura. Sus parientes lo admitieron con los demás, porque les pareció que ya debía haber nacido antes de la profecía recibida. Estuvo, sin embargo, en peligro por su extraordinaria prudencia, que lo distinguía demasiado de los demás. La nodriza lo salvó nuevamente y lo ocultó largo tiempo en la cueva. He visto que en esta ocasión se mataron a muchos niños de su edad. Abrahán estuvo siempre mûy agradecido a esta nodriza y la llevaba consigo en sus viajes sobre un camello. Vivio Abrahán con ella en

Sukot. Murió a los cien años, y Abrahán le preparó la sepultura en un bloque de piedra blanca que, como una colinita, estrechaba la misma cueva. Esta gruta se convirtió en un lugar de peregrinación y de devoción, especialmente para las madres.

En toda esta historia hay un misterio y preanuncio de la persecución que sufrirían María con el niño Jesús, ya que la Virgen escondió al Niño Jesús precisamente en esta cueva, cuando se acercaban los soldados de Herodes que buscaban al Niño para matarlo. El padre de Abrahán sabía muchas artes secretas y poseía muchos dones. La gente de su estirpe tenía el don de conocer y descubrir donde había oro en la tierra, y él hacía de oro algunos ídolos semejantes a aquéllos que Raquel había sustraído a Labán. Ur es la población que está al Norte de Caldea. He visto en esta comarca, en muchos lugares de la llanura y en la montaña, salir un fuego blanquizco, como si ardiese la tierra. No sé si este fuego era natural o lo hacían los hombres.

Abrahán era gran conocedor de las estrellas: veía las propiedades de las cosas y la influencia de los astros sobre los nacimientos. Veía muchas cosas por las estrellas; pero lo refería todo a Dios, seguía a Dios en todo y le servía a Él solo. Enseñaba también a otros esta ciencia en la Caldea; pero vinculaba toda esta ciencia a Dios. Ví que recibió de Dios en una visión la orden de salir de su país. Dios le mostró otro país; y Abrahán, sin decir nada a nadie, dispuso a toda su gente a la mañana siguiente y partió. Después ví que tenía su tienda levantada en una región de la tierra prometida, que me pareció era donde estuvo más tarde Nazaret. Abrahán levantó aquí un altar extenso de piedras, con techo. Mientras estaba hincado delante del altar, llegó un resplandor sobre él y apareció un ángel, mensajero de Dios, que le entregó un don muy resplandeciente. El ángel habló con Abrahán y éste recibió el sacramento o misterio de la bendición, el misterio santo del cielo. Abrió su vestido y lo guardó en su pecho. Me fué dicho que ello era el Sacramento del Antiguo Testamento. Abrahán no conocía aún su contenido; le era desconocido, como a nosotros nos está oculto el Sacramento de la Eucaristía. Le fué dado, empero, como misterio y prenda de una descendencia prometida y santificada. El ángel que se le apareció era semejante al que se apareció a la Virgen María anunciándole la concepción inmaculada del Mesías. Este ángel era manso, quieto en sus modales y no tan veloz ni acelerado como veo a otros ángeles cuando dan sus comunicados.

Pienso que Abrahán llevaba siempre consigo este misterio sagrado. El ángel habló con Abrahán de Melquisedec, que celebraría delante de él un sacrificio, que debía ser completado después de la venida del Mesías y durar eternamente. Abrahán tomó luego cinco grandes huesos de una caja y los puso sobre su altar en forma de cruz. Encendió luz delante y ofreció un sacrificio. El fuego brillaba como una estrella; en el medio era blanco y en las puntas, rojo.

Más tarde ví a Abrahan en Egipto con Sara. Había emigrado por necesidad de sustento; pero también para rescatar un tesoro que, por medio de una parienta de Sara, había sido llevado allí. Esto le había sido revelado y mandado por Dios. El tesoro era un registro de la descendencia de los hijos de Noé, especialmente desde Set hasta ese tiempo. El registro estaba hecho de trozos de oro, en forma de triángulos enhebrados. Una hija de una hermana de la madre de Sara lo había sustraído y llevado a Egipto. Esta había venido a Egipto con los pueblos pastoriles de la raza lateral, algo decaída de la civilización, del patriarca Job. Allí había servido como sirvienta. Había sustraído el tesoro de igual modo que Raquel sustrajo los ídolos de Labán. Este árbol genealógico estaba hecho a manera de platillo de balanza junto con hilos o cordones, formados de trozos triangulares enlazados con otras líneas laterales. Sobre estos trozos de oro estaban grabados, con figuras y letras, los nombres de los patriarcas, desde Noé, especialmente desde Sem, hasta esa fecha. Cuando se soltaban estos cordones, todo el artificio quedaba encerrado en el platillo. Se me ha dicho cuántos siclos valía este tesoro; pero lo he olvidado. Este árbol genealógico había ido a parar a manos de los sacerdotes de Egipto y del Faraón, los cuales por medio de él habían tratado de contar y fijar sus genealogías; pero todo lo hacían falsamente. Cuando más tarde el Faraón fué afligido con graves plagas y desgracias, se aconsejó con sus sacerdotes idólatras y entregó a Abrahán cuanto éste le había pedido.

Cuando Abrahán volvió a la tierra prometida, he visto a Lot, con él, en la tienda y a Abrahán señalando con la mano toda la extensión. Abrahán tenía mucha semejanza en su proceder con los Reyes Magos: vestidura blanca y larga, de lana, con mangas; por delante, colgábale un cinturón también blanco, con borlas, y por detrás, una capucha. Sobre la cabeza llevaba una especie de gorra y en el pecho ostentaba un escudo de metal o piedra preciosa en forma de corazón. Llevaba barba larga. Me

es imposible expresar cuán bondadoso y generoso era. Cuando tenía algo que a otros le agradaba poseer, especialmente animales, lo daba de inmediato. Era adversario de las enemistades, la envidia y la codicia.

Lot estaba vestido como Abrahán; pero no era de tan elevada estatura ni de tan noble porte. Era bueno, aunque algo codicioso. He visto como sus criados discutían y reñían, y como se apartó de Abrahán; pero he visto oscuridad y niebla en torno de él. Sobre Abrahán yo veía resplandor. Ví que se alejó de allí, peregrinando, y levantó un altar de piedras, debajo de un pabellón. Los hombres eran bastante industriosos para hacer figuras de las piedras y trabajaban en ello tanto el patrón como el siervo. Este altar estaba en Hebrón, que fué más tarde lugar de la vivienda de Zacarías, padre del Bautista. La comarca elegida por Lot era muy buena, como todos los campos en torno del Jordán. He visto luego que fueron saqueadas las ciudades donde vivía Lot y él mismo llevado de allí con todo lo que poseía. He visto que un fugitivo logró narrar el hecho a Abrahán. Este rezó y salió con todos sus siervos en persecución de los asaltantes, los sorprendió y libró a su hermano Lot. Este le dió las gracias y mostraba pesar de haberse apartado de Abrahán. Los jefes y guerreros enemigos, especialmente los gigantes que asaltaban y subyugaban con prepotencia, y que fueron esta vez vencidos, no vestían como Abrahán y su gente. Llevaban vestidos más angostos y más cortos; su vestimenta tenía más pliegues, con muchos botones y adornos de estrellas y alhajas.

XXXI

El sacrificio de pan y vino de Melquisedec

A Melquisedec lo he visto varias veces con Abrahán. Llegaba de la manera que otros ángeles solían visitar a Abrahán. Una vez le ordenó un sacrificio triple de palomas y otras aves y le predijo lo que había de suceder a Sodoma y a Lot. Le anunció que volvería para ofrecer un sacrificio de pan y de vino. Le indicó también lo que debía pedir a Dios. Abrahán se mostraba lleno de respeto delante de Melquisedec y ansioso de ver el sacrificio que se le había anunciado. Levantó un altar muy hermoso y lo rodeó de una techumbre de hojas.

Cuando Melquisedec volvía para celebrar el sacrificio de pan y de vino, hízose anunciar a Abrahán por un mensajero,

como rey de Salén. Abrahán le salió al encuentro, se hincó delante y recibió su bendición. Esto sucedió en el valle meridional de una llanura que se extiende hacia Gaza. Melquisedec venía del lado donde fué más tarde Jerusalén. Venía en un animal muy veloz, de cuello corto y ancho, que estaba muy cargado. De un lado traía un recipiente con vino, algo achatado en la parte que tocaba a la bestia; del otro, un recipiente con panes ovalados, planos, apilados unos sobre otros, y el cáliz que he visto más tarde en la institución del Sacramento del altar, junto con unos vasos pequeños en forma de barrilitos. Estos vasitos no eran de oro ni de plata sino de una materia transparente, como piedras preciosas, de color oscuro. Me parecían más bien nacidos y crecidos, que hechos a mano. Melquisedec me parecía ahora como el Señor durante su vida pública. Era esbelto y alto de estatura, de rostro severo y bondadoso. Llevaba un vestido largo, tan blanco y cándido que me recordó la vestidura resplandeciente con que apareció Jesús en el Tabor. El vestido blanco de Abrahán parecía gris en comparación con el de Melquisedec. Llevaba un cinturón con letras, como he visto más tarde a los sacerdotes judíos, y como ellos, también, una especie de mitra en la cabeza cuando ofrecía el sacrificio. Sus cabellos eran de amarillo resplandeciente, lúcidos como seda; su rostro, luminoso.

El rey de Sodoma estaba presente cuando se acercó Melquisedec a la tienda de Abrahán. En derredor había mucha gente con cabalgaduras, sacos, cajones y diversas cargas. Todos permanecían silenciosos, en actitud respetuosa y solemne, llenos de veneración hacia Melquisedec, cuya presencia infundía temor. Este se acercó al altar, sobre el cual había una especie de tabernáculo, dentro del cual colocó el cáliz. En el altar había una cavidad, creo que para el sacrificio. Abrahán, como acostumbraba hacerlo, había puesto sobre el altar huesos de Adán, que antes había tenido Noé consigo en el arca. Pedían con ellos a Dios quisiera cumplir la promesa del Mesías, que antes había hecho a Adán. Melquisedec puso sobre el altar un mantel colorado que había traído consigo y luego otro de blancura transparente. Las ceremonias me recordaron el rito de la santa Misa. Lo he visto alzar en sus manos el pan y el vino, ofrecer, bendecir y partir el pan. Le dió a Abrahán el cáliz, que se usó más tarde en la última Cena, para beber de él; los otros bebieron en los vasitos, que fueron distribuídos por Abrahán y por los principales del pueblo. Lo mismo se hizo con los panes. Cada

uno recibía un bocado bastante grande, como se acostumbraba en los primeros tiempos de la Iglesia, durante la comunión. He visto que esos bocados resplandecían; estaban solo bendecidos, no consagrados. Los ángeles no pueden consagrar. Todos estaban conmovidos y elevados hacia Dios. Melquisedec dió a Abrahán pan y vino para gustar: este pan era más delicado y luminoso que los otros. Recibió en esta ocasión gran fortaleza y una tan robusta fe que no dudó más tarde en ofrecer a su propio hijo, el hijo de la esperanza, por mandato de Dios. Profetizó y dijo estas palabras: "Esto no es lo que Moisés dió a los Levitas en el Sinaí". No puedo asegurar si Abrahán mismo ofreció luego el sacrificio de pan y vino; pero puedo asegurar que el cáliz del cual él bebió es el mismo que usó Jesucristo más tarde cuando instituyó el Santísimo Sacramento del altar. Al tiempo que Melquisedec bendijo a Abrahán, durante el sacrificio de pan y vino, lo consagró sacerdote. Pronunció sobre él estas palabras: "Y dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec. El Señor lo ha jurado y no se arrepentirá de ello".

Le impuso las manos, y Abrahán le dió los diezmos. He entendido el significado del diezmo de Abrahán después de su consagración; pero se ha borrado de mi memoria. He visto también que David, al escribir esas palabras, tuvo una visión de la consagración de Abrahán por Melquisedec y que pronunció las últimas palabras proféticamente. Las palabras "siéntate a mi diestra", tienen una especial significación.

Cuando veo en forma de figura la eterna generación del Verbo en el seno del Padre, se me muestra al Hijo saliendo de la derecha del Padre en forma luminosa, rodeada de un triángulo, como se representa el ojo de Dios; en la parte superior se ve al Espíritu Santo. Todo esto es inexplicable para mí. Asimismo he visto a Eva salir del costado derecho de Adán. Los patriarcas tenían la bendición en la parte derecha, y colocaban a sus hijos, cuando les daban la bendición, a su derecha. Jesús recibió la lanzada en el costado derecho. La Iglesia nace del costado derecho de Jesús. Para entrar en la Iglesia, lo hacemos por el lado derecho del costado de Jesús y así estamos unidos por medio de El con su Eterno Padre.

Creo que con el sacrificio de Melquisedec y la bendición de Abrahán, terminó su misión sobre la tierra. Después de esto no he vuelto a verlo. Melquisedec dejó a Abrahán el cáliz con los seis vasitos que usó en el sacrificio.

XXXII

Abrahán recibe el misterio del Antiguo Testamento

Abrahán estaba sentado, rezando delante de su tienda, bajo un frondoso árbol que miraba hacia el camino principal. Lo he visto a menudo sentado así para ofrecer hospitalidad a los viajeros. Estaba entonces mirando hacia el cielo. Tenía delante una visión de Dios, como en un rayo de luz solar y se le anunció la proximidad de los tres hombres sabios que habrían de visitarlo. Al punto ofreció un cordero sobre el altar, y lo ví de rodillas, como en éxtasis, pidiendo por la redención de los hombres. Este altar estaba a la derecha del gran árbol, en una tienda abierta por arriba. Más lejos, a la derecha, había otra tienda, donde Abrahán guardaba los enseres del sacrificio y donde se entretenía con sus pastores cuando acudían a verlo. Del otro lado, algo más alejada de la calle principal, estaba la tienda de Sara y de sus mujeres, porque las mujeres solían vivir aparte. El sacrificio de Abrahán estaba por terminar cuando aparecieron en el camino real los tres ángeles. Caminaban uno detrás de otro, con los vestidos recogidos, como viajeros. Abrahán les salió al encuentro; les habló, inclinándose delante de ellos, hacia Dios, y los llevó junto a la tienda del altar, donde dejaron caer sus vestidos, e indicaron a Abrahán que se hincase. He visto lo que sucedió con Abrahán, que estaba entonces como en éxtasis, y lo que hicieron los ángeles, en muy corto tiempo, como todo lo que sucede en ese estado. El primer ángel anunció a Abrahán, que estaba de rodillas, que Dios quería hacer salir de su descendencia una virgen sin mancha de pecado, la cual, como virgen inmaculada, debía ser la madre del Redentor. Le dijo que él iba a recibir lo que Adán había perdido por el pecado. Diciendo esto, el ángel le dió un bocado luminoso y le hizo beber, de un recipiente pequeño, un líquido brillante. Después el ángel bendijo con su mano a Abrahán de la cabeza hacia abajo; luego del hombro derecho hacia el pecho, y finalmente del izquierdo hacia el mismo sitio, donde se unieron las tres líneas de la bendición. Con ambas manos el ángel dió a Abrahán algo luminoso, como una nubecilla: se la puso sobre el pecho. He visto que la nubecilla pasó a su interior, y tuve la certidumbre de que recibía el santo misterio.

El segundo ángel le dijo que él debía entregar este misterio, en la misma forma como lo había recibido, antes de su muerte,

al primer hijo que tendría de Sara, y le anunció que Jacob, su nieto, sería padre de doce hijos, que serían los padres de las doce tribus. Añadió que este misterio de bendición le sería quitado a Jacob; y cuando Jacob se hubiese convertido en un pueblo numeroso debía pasar al Arca de la Alianza, como una bendición para todo el pueblo, que debía conservarse mediante la oración. Le mostró, también, como a causa de los pecados de los hombres, pasaría este misterio desde el arca a los profetas, y, por último, a un hombre, que sería el padre de la Virgen inmaculada. Supe en esta ocasión que a los paganos se les daría la promesa por medio de seis profetisas, y por el anuncio que harían las estrellas del nacimiento de la salud del mundo de una virgen incorrupta. Abrahán tuvo en esta ocasión una visión: vió a esta virgen en lo alto del cielo y a su derecha cernirse un ángel que le tocaba la boca con un ramito. Del manto de la Virgen salía luego la Iglesia.

El tercer ángel anunció a Abrahán el nacimiento de Isaac. He visto a Abrahán tan contento con el anuncio de la Virgen prometida y con la visión que había tenido, que casi no pensó mucho en Isaac, y creo que más tarde fué la promesa de la futura Virgen lo que le consoló y le hizo fácil el cumplimiento del mandato de Dios de sacrificar a Isaac.

Después de estas cosas ví que Abrahán sirvió a los ángeles, y ví la risa de Sara. Luego ví cómo guiaba a los ángeles por el camino y como rogaba por Sodoma. Cuando Abrahán volvió de su extásis, condujo a los ángeles bajo el gran árbol y puso una tarima, sobre la cual se sentaron los ángeles, mientras él les lavaba los pies. Luego fué adonde se encontraba Sara para que preparase una comida, la cual trajo ella, cubierta con el velo, hasta mitad del camino. Después de la refección acompañó Abrahán a los ángeles un trecho del camino, y como hablasen del nacimiento del hijo, fué entonces cuando rió Sara, que oyó decir esto porque se había acercado por detrás de la tienda. He visto muchas palomas, mansas como gallinas, en torno de la casa. La comida consistió precisamente de palomas, panes redondos y miel. Abrahán había tenido, antes de su partida y salida de Caldea, por ministerio de un ángel, conocimiento del misterio de la bendición, pero veladamente, y más como una prenda del cumplimiento de la Promesa de que sería padre de un numeroso pueblo. Ahora le fué renovado, por medio de los ángeles, este misterio o sacramento, y fué instruído mayormente.

XXXIII

Historia de Jacob

Rebeca sabía que Esaú no tenía rayo ninguno del misterio de Dios. Esaú era torpe, grosero y holgazán. Jacob, por el contrario, era muy vivo, prudente, y se asemejaba a la madre. Isaac se inclinaba más hacia Esaú por ser el primogénito. Este salía a menudo de caza. Rebeca iba meditando cómo podía hacer recaer en Jacob el derecho de la primogenitura y la bendición paterna. La compra de este derecho se lo había sugerido Rebeca a Jacob. La comida consistió en una legumbre con carne y hojas verdes, como lechuga. Esaú venía rendido; Jacob le arrancó con sus artes la entrega de la primogenitura. Isaac era ya anciano, estaba ciego, y temiendo morirse quiso dar su bendición a Esaú. Rebeca sabía que Jacob debía tenerla y no consiguió persuadir a Isaac: estaba muy conturbada e inquieta. Como Isaac no quería diferir el cumplimiento de su deseo, y llamase a Esaú, que estaba cerca, se tuvo que ocultar Jacob, para que no lo viera Esaú. Rebeca mandó a Jacob que fuera a buscar un cabrito de la majada, porque Isaac había pedido a Esaú que le trajese algo de su caza. Apenas hubo salido Esaú, ya estaba la comida de Rebeca pronta. Los buenos vestidos de Esaú, que Rebeca puso a Jacob, consistían en una chaqueta, como él solía llevar, pero más tiesa y bordada en el pecho. Esaú tenía los brazos y el pecho muy velludos, como una piel; por eso Rebeca le acomodó pieles sobre los brazos y el pecho, en la parte de la abertura. Sólo en los bordados y adornos era esta chaqueta diferente de las demás; en los lados estaba abierta y tenía una abertura bordada de pieles delicadas, de color oscuro, por donde se ponía al cuello. A los lados se anudaba con cintas de cuero. La faja de la cintura servía también de bolsillo. La chaqueta no tenía mangas. El pecho estaba libre. Lo que cubría la cabeza, como asimismo la especie de mandil, eran de color rojo oscuro. He visto como Isaac tanteaba a Jacob en los brazos y el pecho, donde era tan velludo Esaú, y como vacilaba y se mostraba pesaroso e indeciso. Pero llegado el momento, como era voluntad de Dios, terminó por creer que era Esaú y dió a Jacob la bendición, que él había recibido de Abrahán, y éste del ángel.

He visto, sin embargo, que antes había preparado con Rebeca algo misterioso que pertenecía a esta bendición; era una bebida contenida en un vaso. Los hijos nada sabían de esto: sólo aquél que tenía la bendición recibía el misterio, el cual,

con todo, permanecía misterioso para él, como para nosotros el santo Sacramento. Este recipiente era de un lado más chato que de otro; era transparente y luminoso como madreperla; estaba lleno de un líquido rojizo, y tuve la impresión que fuera sangre, como sangre del mismo Isaac. Rebeca intervino en la preparación. Cuando Isaac bendijo a Jacob, éste estaba solo con su padre. Tuvo que descubrirse el pecho delante de su padre. El padre llevó su mano, bendiciendo, desde la frente, en línea recta, hacia abajo; luego, desde el hombro derecho hasta abajo, y lo mismo desde el hombro izquierdo. Puso la mano derecha sobre la cabeza de Jacob y la izquierda bajo el corazón. En esto tuvo que beber Jacob del líquido; luego siguió una ceremonia, como si Isaac le diera todo, potestad y fuerza, pues pareció que sacaba con ambas manos algo de su cuerpo y lo ponía en el de Jacob. Tuve la persuación que era toda su fuerza la bendición. En todos estos actos Isaac recitaba oraciones en alta voz. Isaac estaba incorporado en el lecho al dar la bendición, lleno de entusiasmo, y salía como un resplandor de él. Cuando trazaba las líneas de la bendición tenía las manos algo levantadas, como el sacerdote cuando dice el *Dominus vobiscum*. Cuando Isaac rezaba Jacob tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

Cuando Isaac le dió la bendición, la recibió Jacob cruzando las manos sobre el pecho como quien abraza algo sensible. Por último, Isaac puso sus manos sobre la cabeza y en la región del estómago. El vasito del cual bebió Jacob, le fué también entregado. Cuando terminó el acto de la bendición, he visto a Isaac completamente exhausto por el esfuerzo o por la real entrega de algo que él perdía al dárselo a Jacob. En cambio, he visto a Jacob lleno de fuerza, rozagante, pleno de vida y animación.

En este momento volvía Esaú de su caza. Cuando Isaac se enteró del cambio de persona, en cuanto a la bendición, no se irritó; conoció que era la voluntad de Dios. Esaú, en cambio, estaba rabioso; y se arrancaba los cabellos; pero me pareció que no era tanto por la pérdida de la bendición, como por envidia contra Jacob. Ambos hermanos eran ya hombres cuando recibió Jacob la bendición. Esaú tenía entonces dos mujeres, cosa que disgustaba grandemente a sus padres. Ambos tenían más de cuarenta años de edad. Cuando Rebeca vió la ira de Esaú, envió secretamente a Jacob a casa de su hermano Labán. Lo he visto partir. Vestía chaqueta hasta la cintura y túnica hasta las rodillas, sandalias en los pies y lienzos en la cabeza. Llevaba un bastón de viajero y un saco con panes colgado de los hombros

del otro lado, una botella con bebida. Era todo lo que llevaba consigo. Así lo he visto partir del lado de su madre, deshecha en lágrimas. Isaac lo bendijo también y le dijo que partiera y tomase mujer allí mismo. Los padres sufrieron mucho por causa de Esaú, especialmente Rebeca.

XXXIV

Viaje de Jacob a Mesopotamia

He visto a Jacob durante su viaje a Mesopotamia descansando y durmiendo en el lugar donde después estuvo Betel. El sol se había ocultado. Puso una piedra por almohada y se durmió, echado de espaldas. Su bastón descansaba sobre su brazo. He visto la escala que vió él en sueños y de la cual dice la Escritura que estaba sobre la tierra y que su punta llegaba al cielo. Yo he visto, en cambio, esta escala comenzar en Jacob, tendido, y llegar hasta el cielo. La he visto como un vivo árbol genealógico de su propia descendencia. Del mismo modo que se suele representar un árbol genealógico, he visto que nacía, bajo el seno del mismo Jacob durmiente, un sarmiento verde que se dividía en tres ramificaciones, las cuales subían derechamente, como una pirámide de tres partes, para terminar en lo alto del cielo. Estas tres ramas iniciales estaban unidas abajo con ramas laterales. Estas ramas de las tres ramificaciones principales formaban como los peldaños de la escala. He visto estos peldaños llenos de figuras y apariciones, que eran los descendientes de Jacob, subiendo en la escala, que representaban la genealogía de Jesús, según la carne. Estas ramas laterales, a veces sobrepasaban unas a otras; otras veces se cruzaban; otras, quedaban rezagadas, y otras, viniendo de otro lado, sobrepasaban a éstas, según que por el pecado se enturbiaba alguna línea o era purificado por la penitencia y la castidad este germen de la humanidad del Verbo. En la cumbre de la escala había una flor pura y hermosa, la Inmaculada María, de la cual debía nacer Jesucristo, tocando los confines del cielo. He visto, sobre esta flor, el cielo abierto, y el esplendor de Dios, y cómo Dios mismo habló a Jacob desde esa altura. Luego vi cómo Jacob, al despertar por la mañana, dispuso primeramente un fundamento de piedras redondas; colocó una piedra plana, y sobre ésta puso la misma piedra sobre la cual había reclinado su cabeza. Hizo fuego y ofreció algo; luego derramó alguna cosa sobre esa pie-

dra. Rezaba allí hincado de rodillas. Me parece que hizo fuego, de la manera que lo hacían los Reyes Magos, por medio de frotación y fricción.

Después he visto a Jacob caminando con su bastón hacia la casa de Labán, y deteniéndose en varios lugares como Betel. En este viaje lo ví de nuevo en Ainón, donde había estado ya antes; allí renovó una cisterna, que fué donde más tarde bautizaba Juan. Lo he visto en el lugar de Mahanim, rezando y pidiendo al Señor le protegiese y le conservase los vestidos para no parecer tan mal a su llegada a casa de Labán, y éste le reconociese como pariente. He visto que entonces aparecieron a ambos lados, flotando en el aire, dos grupos de gentes como significando que estaba protegido y que así se multiplicaría y sería poderoso. A la vuelta de Mesopotamia tuvo la confirmación de lo que había visto en visión. Después lo vi, caminando más hacia el Este, llegar a la parte meridional del río Yabok y pasar la noche allí, en el mismo lugar donde a la vuelta luchó con el ángel. Aquí también tuvo una visión.

En la vuelta de Mesopotamia se detuvo Jacob más al Oriente de lo que fué Jabesh - Gilead. He visto cómo su suegro Labán le fué persiguiendo, porque le habían sido robados sus ídolos, cómo lo alcanzó y lo hizo volver, y cómo por motivo de esos ídolos robados hubo mucha discusión entre los dos. Jacob ignoraba que Raquel los había sustraído ocultamente. Cuando Raquel vió que su padre, que había revisado todo el campamento en busca de sus ídolos, acercábase hacia ella, escondió los ídolos hurtados bajo una gran cantidad de paja para los camellos, y se sentó encima cubierta con el velo, como si estuviera enferma y retirada. Este montón de heno estaba amontonado no lejos de su tienda, en el declive del valle, al Sur del río Yabok. Estos ídolos eran de metal, en forma de muñecos en pañales, de un largo de cinco brazos y medio. Sobre ese montón de heno se sentaron otras mujeres con Raquel. Recuerdo haber visto sentado sobre un montón de heno, aún más grande, a Job en su desgracia. El montón era como de una carrada entera de heno. Los viajeros llevaron mucho heno consigo en el viaje y cargaron más en el camino. Raquel se había enfadado mucho antes a causa de esos ídolos de su padre y los había hurtado para librarlo de esa idolatría.

Jacob había enviado mensajeros a Esaú, por quien sentía temor. Estos volvieron aunciándole que Esaú se acercaba con cuatrocientos hombres. Dividió entonces Jacob a su gente en dos

partes, y al ganado de la primera, en varias secciones, que envió delante a presencia de Esaú. Jacob llevó a su gente hacia Mahanim y allí tuvo de nuevo aquella visión que había visto a la salida para Mesopotamia: un ejército de ángeles. Por esto dijo: "Con un bastón salí y me veo enriquecido con dos ejércitos". Entendió entonces la visión. Cuando todo fué transportado al otro lado del río Yabok, hizo pasar a sus mujeres e hijos, y se quedó solo. Levantó su tienda allí donde, a su salida de Palestina, había visto la presencia de Dios. Quería pasar allí la noche para rezar. Hizo cerrar por todos lados su tienda y dijo a sus servidores que se alejasen. He visto aquí como clamaba al Señor, presentándole sus angustias, y especialmente su gran temor de Esaú. La tienda tenía una abertura arriba para poder mirar mejor a lo alto del cielo.

XXXV

La lucha con el ángel

He visto la lucha de Jacob con el ángel: fué todo en visión. El se levantó para rezar. Entonces vino del cielo la aparición de una persona grande y luminosa, y comenzó a luchar con él, como si quisiera sacar fuera de la tienda a Jacob. De este modo lucharon de un lado a otro de la tienda. La aparición hacía como si quisiera echar a Jacob hacia todos los cabos del mundo, mientras Jacob volvía, luchando siempre, al medio de la tienda. Era un presagio de que Jacob sería con su descendencia forzado a ir por todas partes del mundo, pero que no saldría nunca de la tierra prometida. Al punto que Jacob volvía nuevamente al centro de su tienda, tocóle el ángel su cadera. Esto lo he visto en el momento en que Jacob, luchando en este sueño visionario, quiso tenderse en su lecho o que cayó sobre él rendido. Mientras el ángel tocaba su cadera y hacía allí lo que debió hacer, dijo él a Jacob, que aún seguía sujetando al ángel: "Déjame, pues ya es la aurora". Entonces despertó Jacob de su sopor y de su lucha, vió al ángel que estaba delante de él y dijo: "No te dejaré si no me bendices". Se sentía necesitado de fortaleza y de la bendición de Dios, pues temía aún el encuentro de Esaú. Entonces preguntó el ángel: "¿Cómo te llamas tú?" Esto pertenece ya a la bendición. También Abrahán fué llamado Abrahán cuando fué bendecido. Respondióle: "Me llamo Jacob". Díjole el ángel: "Te llamarás Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y no has sido vencido". Jacob preguntó: "¿Cómo te

llamas tú?" El ángel contestó: "¿Por qué me preguntas mi nombre?" Esto significa: '¿No me conoces acaso?' Jacob se hincó delante de él y recibió la bendición. El ángel bendijo a Jacob como Dios había bendecido a Abrahán y como éste bendijo a Isaac y como Isaac a Jacob, en tres líneas. Esta bendición tenía relación especial con la paciencia y con la perseverancia en la adversidad. Desapareció el ángel. Jacob vió la aurora y llamó a este lugar Phanuel. Hizo desmantelar su tienda y se reunió con su familia, pasando el río Yabok. Salía el sol entonces y comenzó Jacob a cojear de un lado, pues había sido allí debilitado.

Cuando se separaron Esaú y Jacob, se retiró éste con todos los suyos a Mahanim y se posesionó de la comarca de Sukot hasta la colina de Ainón con sus ganados y sus siervos. Vivió diez años en Ainón. Después se extendió con sus posesiones desde Ainón, hacia el Oriente, hasta más allá del Jordán, hacia Salén, y tuvo sus tiendas hasta donde fué Siquem y compró allí mismo un campo.

He visto como Dina paseaba por allí con sus criadas curiosamente y conversaba con los Siquemitas. He visto que Siquem la trataba amigablemente y que volviendo sus criadas a casa, ella se quedó dentro de Siquem. Por este hecho sobrevino luego gran calamidad sobre ella misma y asalto y muerte sobre los Siquemitas. Siquem era entonces una pequeña población hecha de piedras cuadradas y tenía una sola puerta.

Abrahán, Isaac y Jacob y los Patriarcas eran, en la parte derecha de sus cuerpos, de mayor potencia que en la parte izquierda. No se notaba el hecho exteriormente. Llevaban vestidos amplios, de modo que lo podían ocultar. Había en ellos, en esa parte, una plenitud, como una hinchazón. Era un sagrario, una bendición y un misterio encerrado. Tenía la forma de una habichuela con un germen, y era luminoso. El primogénito lo recibía de su padre y por esto tenía tanta preeminencia. Jacob lo recibió en lugar de Esaú y la madre sabía que estaba destinado para eso. Cuando el ángel, después de su lucha con Jacob, le tocó, perdió éste el germen misterioso de bendición. No le quedó herida alguna; fué como un agotarse aquella plenitud. Desde entonces no fué tan fuerte y ni tan seguro de la protección de Dios. Antes era como un hombre fortalecido con un sacramento. Después de haberlo perdido fué, en cambio, más humilde, más cuidadoso y solícito y sufrió mayor necesidad. Sintió Jacob que se le quitaba su bendición de fortaleza, y por eso no quiso dejar al ángel hasta que éste lo bendijera, para fortalecerlo. Después

José recibió nuevamente, por medio de un ángel, esta bendición, cuando se encontraba en la cárcel del Faraón de Egipto.

XXXVI

Historia de José

Cuando José fué vendido en Egipto tenía dieciséis años de edad. Era de regular estatura, esbelto, flexible, animoso de alma y cuerpo. Era muy diferente de sus hermanos. Todos se sentían inclinados a amarle. Si su padre no le hubiese dispensado tanta preferencia, sus hermanos le hubiesen amado. Rubén era más noble que los demás; Benjamín era, en cambio, un joven grande, tosco, pero bondadoso y dócil de carácter.

José llevaba los cabellos partidos en tres partes, dos de cada lado y la tercera parte rizada y a lo largo del cuerpo. Cuando fué virrey de Egipto, lo llevó corto; más tarde, de nuevo largo. Con la túnica polimita dió Jacob a José también algunos huesos de Adán, sin que José supiese lo que eran. Jacob se los dió con objeto de protección, pues sabía que sus hermanos le envidiaban. José tenía estos huesos de Adán encerrados en una bolsita de cuero redondeada, que colgaba en su pecho. Cuando sus hermanos lo vendieron, le despojaron sólo de su túnica de color y de su acostumbrado vestido; pero José llevaba aún sobre su cuerpo una faja y una especie de escapulario sobre su pecho, debajo del cual estaba la bolsita de las reliquias. Esa túnica polimita era blanca con rayas coloradas y tenía sobre el pecho tres cordones negros con adornos amarillos en el centro. Esta túnica estaba ceñida más ampliamente arriba para poder llevar objetos dentro; abajo era más angosta y a los lados tenía aberturas para poder caminar con soltura. Le llegaba muy abajo; por detrás era algo más pendiente y por delante staba abierta. En cambio, su vestido ordinario le llegaba sólo más abajo de las rodillas. José era ya conocido del Faraón y su mujer cuando llegó a la cárcel. José cuidaba también los asuntos de Putifar, y éste cumplía tan bien sus oficios con Faraón, cuando estaba José en su casa, que Faraón deseó mucho ver a este siervo. La mujer del Faraón estaba muy ansiosa de conseguir salud y ayuda de los dioses, y era muy apegada a los ídolos, y aun deseaba conocer nuevas divinidades. Así se maravillaba mucho de la sabiduría, viveza y nobleza del joven extranjero, de tal modo que en su interior lo tenía por un dios y decía al Faraón: "Este hombre

ha sido mandado por los dioses: no es un hombre como los demás". Lo pusieron en la parte más decente de los encarcelados y llegó a ser superintendente de los demás presos. La mujer del Faraón lloraba y se lamentaba mucho de que hubiese sido puesto en la cárcel como un malvado y creía que se había equivocado en su concepto anterior. Cuando fué sacado de la cárcel y llegó a la corte, le fué siempre muy adicta. La copa que más tarde mandó poner en la bolsa de Benjamín, fué el primer regalo de la mujer del Faraón. Conozco bien esta copa: tiene dos asas y no tiene pie. Estaba formada de una piedra preciosa o de una materia transparente, que me es desconocida, y tenía forma muy semejante a la parte superior del cáliz de la última Cena. Se halló entre los recipientes que los hijos de Israel llevaron de Egipto y más tarde fué guardada en el Arca de la Alianza.

José estuvo siete años en la cárcel, y estando allí mismo en la más grande aflicción, recibió el misterioso germen de Jacob, como los patriarcas lo habían recibido y tuvo allí una visión de su numerosa descendencia. Conozco bien a la mujer de Putifar, y sé cómo lo quiso seducir. Después de la elevación de José, hizo penitencia de su falta y vivió castamente. Era una mujer de elevada estatura, fuerte, de color amarillo oscuro, como seda brillante. Llevaba un vestido de colores y encima otro adornado de finas figuras, debajo del cual el vestido interior sobresalía con puntillas. José trataba mucho con ella porque Putifar le había entregado el gobierno de todas las cosas. Cuando José notó que ella le trataba con demasiada confianza no quiso más dormir en la casa de su patrón si él no estaba presente. Ella le visitaba con frecuencia cuando trabajaba o escribía. La he visto una vez presentarse muy desvestida mientras estaba José en un ángulo de la sala, escribiendo y anotando. Escribían entonces en rollos que apoyaban sobre tablas sobresalientes de las paredes, delante de las cuales podían estar de pie o sentados. Ella le habló y José contestó; pero ella estaba muy atrevida esa vez. Entonces se dió vuelta José y se marchó de allí. Ella se aferró de su manto y él lo dejó abandonado.

XXXVII

Asenet. — Origen de las divinidades Isis y Osiris

He visto a José junto al sacerdote de los dioses, Putifar, en Heliópolis. Hallábase allí Asenet, hija de Dina y del Siquemita,

como una profetisa y adornadora de los ídolos, que vivía en compañía de otras siete jóvenes. Putifar había comprado a esta niña en su quinto año de edad de manos de su ama, que huyendo de la casa de Jacob la había ocultado en un lugar del Mar Muerto para librarla de las asechanzas de los hijos de Jacob. Poseía el don de la profecía y servía a Putifar como profetisa. José la conocía, pero ignoraba que fuese su sobrina. Asenet era una joven que vivía retirada, muy seria, y buscaba la verdad, y aunque de mucha belleza, huía de la compañía de los hombres. Tenía profundas visiones, conocía la astrología egipcia y sentía secreta simpatía por la religión de los patriarcas. No he visto en ella nada de brujería o artes mágicas.

Vió en sus visiones todo el misterio de la vida, de la descendencia, del futuro de los hijos de Israel y su salida de Egipto, como también el camino por el desierto. Escribía sobre hojas de una planta acuática y también sobre cuero con extraños caracteres que parecían cabecitas de animales y de pájaros. Estos escritos fueron ya en vida de la misma Asenet mal interpretados por los egipcios, que hallaban en ellos materia para sus ritos idolátricos. Asenet se afligía mucho por este abuso diabólico que hacían de sus escritos y lloraba mucho por la ceguera de los egipcios. Ella tuvo más visiones que cualquier otro de su tiempo y estaba llena de maravillosa sabiduría. Obraba, sin embargo, en gran silencio, sin ostentación y a todos daba saludables consejos. Sabía tejer y bordar; estaba llena de ciencia, y conoció cómo se perdía la verdad por la perversidad de los hombres. Por esto tenía siempre una nube de tristeza y se mantenía retirada y silenciosa. He visto que Asenet fué ocasión de que se la venerase como diosa con el nombre de Isis, por la torcida interpretación de sus escritos y rollos. José fué luego venerado bajo el nombre de Osiris. Creo que por esto la veía tan llorosa y afligida. Escribió libros contra esta mala interpretación, protestando de que se la hiciera madre de las diosas. Cuando Putifar ofrecía sacrificios, Asenet subía a una torre donde se había formado un jardín y desde allí miraba las estrellas al resplandor de la luna. Estando así en éxtasis veía en las estrellas las cosas con mucha claridad: veía la verdad en estas figuras, porque era una criatura elegida de Dios. En cambio, otros sacerdotes de los ídolos veían las cosas más abominables, porque eran transportados a extrañas y diabólicas regiones. Así se transformaron y empañaron las secretas visiones de Asenet y pasaron a servir a los crueles ritos de los sacerdotes egipcios.

XXXVIII

Progresos hechos por José y Asenet en Egipto

Asenet reportó mucho progreso al pueblo egipcio. Hizo introducir útiles animales domésticos, por ejemplo, vacas. Enseñó la fabricación del queso, la tejeduría y otras artes desconocidas. Sabía curar muchas enfermedades. José, a su vez, llevó a Egipto el uso del arado que él mismo sabía guiar y emplear. He visto en Asenet algo que me causa estupor. Hacía una recolección de toda la carne de los numerosos sacrificios que se ofrecían, la cocía largo tiempo en grandes calderas, bajo el cielo abierto, hasta que se formaba una masa líquida, que luego usaban como alimento cuando marchaban los soldados a la guerra o había carestía en el país. De esto se alegraban los egipcios y se maravillaban en gran manera. Cuando José se acercó a Asenet, que estaba junto al sacerdote de los dioses, quiso Asenet abrazarlo. Esto no era en ella una osadía, sino una especie de profecía y así lo hizo en presencia del sacerdote. Asenet era tenida como persona santa y sagrada. Pero he visto que José la detuvo con sus manos extendidas, diciéndole severas palabras. La ví entonces retirarse a su tienda muy conturbada y muy afligida, y hacer penitencia. He visto luego a Asenet en su cámara; estaba detrás de un cortinado; sus cabellos colgaban largos y finos rizados en los extremos. Tenía en la cavidad del estómago una figura grabada en la carne: era como una balanza en forma de corazón. Adentro había un niño con los brazos abiertos; en una mano tenía una copa o concha y en la otra un vaso o cáliz. En la concha se veían tres espigas verdes, que salían de la vaina y la figura de una paloma que parecía picar en las uvas del cáliz que estaba en la otra mano del niño. A Jacob no le era desconocida esta señal; con todo tuvo que alejar a Asenet para librarla de la ira de sus hermanos. Cuando más tarde fué Jacob a Egipto, junto a José, y éste le confió todo el secreto, reconoció a Asenet como a su nieta por esta señal. También José tenía en el pecho la señal de una vid con muchos racimos.

He visto aparecer un ángel, vestido de gran fiesta, con una flor de loto en la mano. Saludó a Asenet; ella lo miró y se cubrió con el velo. El ángel le ordenó que cesara de llorar y de afligirse, que se vistiera de fiesta y le diese comida. Ella se fué y volvió más compuesta, trayendo sobre una mesita liviana y baja panecillos al rescoldo y vino. No estaba cohibida delante del ángel, sino con sencillez y humildad, como he visto a Abra-

hán y a otros patriarcas en semejantes apariciones. Cuando el ángel hablaba se despojó del velo. Pidió le diese miel y ella contestó que no tenía, porque no la comía como otras jóvenes. Entonces el ángel le dijo que encontraría miel entre los ídolos que estaban en la cámara, en diversas figuras, con cabezas de animales y colas de serpientes enroscadas por las piernas. En efecto, encontró allí un panal de miel en forma de hostia, con muchas celdillas y lo puso delante del ángel, que le mandó comer del panal. El ángel bendijo el panal: lo he visto entonces resplandecer y como suspendido entre ambos. No puedo ahora explicar el significado de esta miel, porque cuando se ven las cosas así, lo sabe una todo; después le parece a uno miel lo que es miel, flor lo que es flor, y abejas y panal lo que son tales, sin recordar lo que ello significa. Recuerdo sólo lo siguiente: Asenet tenía hasta entonces pan y vino y ninguna miel en sí misma; por medio de esta miel se despojó de los ídolos y de su culto, y la religión de los israelitas, la salud del Antiguo Testamento, entró en ella. Significaba también que muchos encontrarían ayuda en ella y que, como abejas, estarían en torno de ella. Dijo entonces ella que no quería ya beber vino, que la miel le era suficiente. He visto en Madián, junto a Jetró, que se cuidaban muchas abejas, muchos panales. El ángel bendijo el panal con sus dedos, señalando todas las partes del mundo. Esto significaba que debía ser madre y conductora de muchos con su sabiduría, con su presencia allí y con las visiones y revelaciones. Cuando más tarde se la veneró como diosa y se le ponían tantos senos, era esto una representación falsa de su misma misión sobre la tierra, que era la de consolar a muchos necesitados. El ángel le dijo también que debía ser mujer de José, con el cual debía vivir. La bendijo al modo como hizo Isaac con Jacob y el ángel con Abrahán. Las tres líneas de bendición las pasó el ángel dos veces sobre ella: la primera sobre el corazón y la segunda sobre su regazo.

Más tarde tuve una representación de como se llegó José a Putifar y pidió a Asenet por esposa. Recuerdo sólo que José traía entonces una flor de loto en las manos. El sabía la mucha ciencia de Asenet, pero ni uno ni otra conocían su parestesco tan cercano. He visto también que el hijo del Faraón amaba a Asenet y que por esto se tuvo que mantener oculta algún tiempo. Ví que este hijo de Faraón se había entendido con Dan y Gad para matar a José y se mantuvieron ocultos para este fin; pero fueron impedidos por Judá para realizar su intento. Creo que

Judá tuvo un aviso del cielo y advirtió a José que en su viaje pasara por otro camino. Recuerdo que también Benjamín tuvo mérito en ello y defendió a Asenet. Dan y Gad recibieron un castigo del cielo, pues se les murieron algunos hijos. Habían sido avisados también por Dios, antes que nadie conociese su mala intención. José y Asenet llevaban, como era costumbre en los sacerdotes de los dioses, una señal considerada santa, de su gran poder, cuando se mostraban ante el pueblo. La llevaban en la mano como un cetro. La parte superior de esta señal era un anillo y la inferior, una cruz latina, una T. Servía como sello: cuando se medía trigo y se distribuía, eran señalados los montones con este sello. Los depósitos de trigo y las obras de canales y las bajas y subidas del Nilo, eran señaladas con este signo. Las escrituras eran selladas con él, después que eran rociadas con un líquido rojo de plantas. Cuando José desempeñaba un oficio de su cargo tenía esta señal, esta cruz, metida en el anillo, junto a él, sobre un tapete. Me pareció como una copia del misterio del Arca de la Alianza encerrado aun en José. Asenet tenía un instrumento como una vara, con el cual estando en visión caminaba, y cuando se agitaba esta vara en sus manos, golpeaba el suelo y encontraba agua subterránea y fuentes. Este instrumento estaba hecho bajo la influencia de las estrellas.

En las salidas de fiestas viajaban José y Asenet sobre un carro reluciente. Asenet llevaba un escudo de oro sobre el pecho, el cual, bajo los brazos, cubríale todo el cuerpo. Sobre este escudo había muchas figuras y señales. El vestido le llegaba hasta las rodillas. Desde las rodillas para abajo tenía las piernas envueltas. Sobre las espaldas llevaba un manto grande, sujeto por delante a la altura de las rodillas. Los zapatos tenían una elevación en la punta, como los botines de patinaje. La gorra consistía en una especie de yelmo, hecho de plumas de varios colores, entretejido de perlas. José usaba chaqueta apretada, con mangas y un escudo de oro, también con figuras; en medio del cuerpo se veían tiras con nudos de oro; sobre el hombro un manto, y su gorra estaba también compuesta de plumas con adornos.

XXXIX

Idolatría en Egipto en tiempos de José

Cuando llegó José a Egipto, se edificaba la nueva Menfis, que está como a siete horas al Norte de la Menfis antigua. Entre

las dos ciudades había, sobre diques, una ancha calle como una avenida. Entre árboles y árboles había figuras de ídolos y diosas de aspecto espantable y grotesco, con cuerpos de perros, sentadas sobre plataformas de piedras. No existían aun hermosos edificios, sino largos vallados y artísticos montes de piedra *(pirámides)* llenos de cámaras y subterráneos. Las moradas eran livianas con una superestructura de madera. Existían entonces muchos bosques y pantanos entre estas edificaciones. El Nilo había ya cambiado su curso cuando María tuvo que huir a Egipto.

Los egipcios adoraban toda clase de animales: sapos, serpientes, cocodrilos y muchos más. No se inmutaban si veían que un cocodrilo devoraba a un hombre. Cuando llegó José a Egipto, no estaba todavía en uso la adoración del toro. Este culto vino a raíz del sueño de Faraón de las siete vacas gordas y siete flacas del Nílo. Tenían muchas formas de ídolos: uno como niños en pañales, otros enrollados como serpientes y otros que se podían angostar o ensanchar a voluntad. Algunos ídolos tenían figuras en el pecho, como escudos, en los cuales estaban representados, a veces, planos, ciudades o el curso del Nilo de modo maravilloso. Estos escudos se hacían en conformidad con los sueños y visiones que tenían los sacerdotes en sus torres, según los cuales hacían los canales y fabricaban las ciudades. En esta forma edificaron a Menfis.

Los malos espíritus debían tener en aquel entonces una mayor influencia corporal sobre los hombres. Veo salir de la tierra y de las profundidades todas las influencias de las artes mágicas de los egipcios. Cuando un sacerdote comenzaba a ejercer sus artes de magia, yo veía salir de la tierra toda clase de asquerosos animales, y entrar en su boca en forma de un vapor negro. Por esto se encontraba luego como borracho, fuera de sí y viendo visiones. Era como si con cada vapor que le entraba se le abría un mundo desconocido ante su vista, y veía entonces lo cercano y lo lejano, la profundidad de la tierra, las comarcas apartadas y los hombres de ellas, cosas escondidas y ocultas; es decir todas aquéllas que tenían relación con los malos espíritus. La magia posterior me pareció que estaba mayormente bajo la influencia de los espíritus del aire. Todo lo que estos magos veían por medio de estos espíritus, me pareció que eran como trucos, ilusiones e imágenes ficticias, que los demonios formaban ante su vista. Yo misma me puse a mirar estas imágenes: era como ver a través de una sombra o de algo transparente.

Cuando estos sacerdotes querían mirar en las estrellas lo futuro, hacían preceder algunos actos de ayuno y purificaciones: se cubrían con sacos y se derramaban ceniza, y mientras observaban las estrellas, se ofrecían sacrificios. Observaban desde sus torres y pirámides. Los paganos de aquellos tiempos tenían un conocimiento confuso y corrupto de los misterios de la religión del verdadero culto de Dios, que por medio de Set, Enoc, Noé y los Patriarcas habían pasado al pueblo hebreo. Por esto se explica que había tanta crueldad y perversión en el culto de los ídolos, porque el demonio enturbiaba y corrompía el verdadero culto y las verdades reveladas por Dios, como más tarde sucedió con la magia y artes de la diabólica brujería. Por esta causa mandó Dios que el secreto del Arca de la Alianza fuera rodeado por fuego, para su conservación. Las mujeres del tiempo de los Faraones vestían aún como en tiempo de Semíramis.

Cuando Jacob fué adonde estaba José en Egipto pasó por el mismo camino que recorrió más tarde Moisés llevando a los israelitas a la tierra prometida. El tenía la previsión de que volvería a ver a José: llevaba esto en el corazón, aunque en forma vaga. Cuando peregrinaba a Mesopotamia tuvo ya una visión del porvenir de sus hijos; no en el lugar de la visión de la escala, sino donde erigió la piedra. Vió que uno de ellos, en el lugar donde fué vendido José más tarde, se hundía, y luego se levantaba una estrella en el Sur. Por esta causa, cuando le trajeron la túnica teñida en sangre, recordó la visión anterior, que ya había olvidado, y dijo: "He de llorar a José hasta que lo vuelva a ver". Jacob hizo averiguar, por medio de Rubén, qué mujer tenía José, sin decirle, empero, que era una sobrina. Se hizo amigo de Putifar y éste, después de mucha amistad con Jacob, se circuncidó y abrazó el culto del verdadero Dios y la religión de los hebreos. Jacob vivía a la distancia de un día de camino de José. Cuando enfermó, José fué a verlo. Jacob le preguntó varias cosas acerca de Asenet, y cuando supo lo de la señal del pecho, dijo a José: "Esta es carne de tus carnes, esta es hueso de tus huesos", revelándole así quien era Asenet. José se sintió tan conmovido, que desmayó por la impresión. Cuando llegó a casa se lo dijo a su mujer y ambos lloraban de corazón por todo lo que entonces supieron.

XL

Muerte de Jacob y de José

Jacob se fué debilitando cada vez más y José volvió de nuevo con él. Jacob apoyó sus piernas sobre el suelo y José le puso la mano sobre la cadera jurándole que le enterraría en Canaán. Cuando hubo jurado, Jacob bendijo a José. El sabía que José había recibido la bendición que le había sido sustraída por el ángel. José llevó esta bendición en su parte derecha hasta la muerte. Permaneció en su cuerpo, aún después de su muerte, hasta la noche de la salida de Egipto, en la cual Moisés retiró el misterio con los restos de José, que más tarde colocó en el Arca de la Alianza, como un sagrado secreto para el pueblo de Israel. Unos tres meses después de la visita de José, murió Jacob. Después de su muerte, los egipcios e israelitas celebraron un juicio, según su costumbre, en el cual fué muy alabado y apreciado por todos.

Asenet dió a José varios hijos: los primeros, Manasés y Efraím, y en total diez y ocho hijos, entre los cuales varios gemelos. Murió tres años antes que José y fué embalsamada por mujeres judías. Mientras vivió José, permaneció en su monumento. Los ancianos del pueblo sacaron algo de sus entrañas que conservaron en una figura de oro. Como también los egipcios trataban de sacar parte del cuerpo, se le confió a las comadres judías el cuerpo de Asenet y una de ellas lo mantuvo oculto entre los cañaverales del Nilo, encerrado en una caja bien calafateada. En la noche de la salida de Egipto, una comadre, de nombre Sara, de la tribu de Aser, trajo a Moisés este tesoro escondido. José fué embalsamado después de su muerte por algunos judíos, en presencia de los egipcios, y se produjo luego la unión de los cuerpos de José y Asenet, según los dibujos y anotaciones que Asenet había hecho, conforme a sus visiones y que había dejado a los judíos. También los sacerdotes egipcios y observadores de los astros, que recibieron a José y Asenet entre los dioses, tenían un conocimiento de estos dibujos y una idea de la gran importancia de la bendición de José y de Asenet para el pueblo hebreo. Por esto trataban de pasar a sí mismos esta bendición, y comenzaron entonces a oprimir a los hebreos. Después de la muerte de José fueron muy duramente tratados los hebreos, que se habían multiplicado grandemente, por el Faraón de Egipto. Sabían los egipcios que ellos no saldrían de Egipto sin los huesos de José. Por esto robaron varias veces estos

restos y finalmente se apropiaron de ellos totalmente. El común del pueblo sabía de la existencia del cuerpo de José, pero ignoraba el misterio allí encerrado; esto lo sabían unos pocos. El pueblo entero experimentó gran consternación cuando se enteró por los ancianos, que el cuerpo de José y el misterio sobre el cual descansaban las promesas, les había sido sustraído. Moisés, que había sido educado en la corte de Faraón en todas las ciencias de los egipcios, visitaba a su pueblo, y así conoció la causa de su tristeza. Cuando más tarde mató al egipcio y tuvo que huir, fué providencia de Dios que se refugiase en casa de Jetró: éste, por su amistad con la sibila Ségola, le pudo ayudar a descubrir el oculto tesoro del misterio(*).

Moisés habíase casado con Séfora por inspiración de Dios, que quería juntar esta rama dispersa y unirla a Israel.

XLI

Ségola, Moisés y el cuerpo de José

Ségola era una hija natural de Faraón, de madre judía y aunque instruída y educada en la astrología egipcia, era muy afecta a los hebreos. Ella fué la que primero descubrió que Moisés no era hijo de Faraón, aunque se educaba en la corte. Aarón, después de la muerte de su primera mujer, se unió a una hija de Ségola, para que la amistad y la unión con los israelitas se hiciese más fuerte y duradera. Los hijos de este matrimonio salieron con los israelitas de Egipto. Aarón tuvo más tarde que separarse de ella para que el sacerdocio fuese de pura sangre hebrea. Esta hija de Ségola casó nuevamente, y sus descendientes vivían, en tiempo de Jesucristo, en Abila, adonde había sido llevada su momia por su madre. Ségola era muy esclarecida y tenía gran influencia en la corte de Faraón. Tenía en la frente como una excrecencia, como he visto en antiguos tiempos en otros hombres dotados de profecía. Se sentía inclinada por el espíritu de Dios a hacer muchos favores a los hebreos.

Precisamente en la noche en la cual pasó el ángel exterminador matando a los primogénitos, salió Ségola cubierta, con

(*) Acerca de las sibilas, escribe Clemente Alejandrino: "Dios dió a los hebreos, a los profetas y a los paganos las sibilas, para que no se perdiera entre ellos la idea del verdadero Dios. *Agnoscite sybillam quomodo Deum significet.* A la sibila Eritrea se atribuyen estas palabras, que tienen por primeras letras la expresión *Ixtis*, que corresponden a *Iesous Xristos Teou Iios Soter*, es decir: Jesucristo Hijo de Dios Salvador".

Moisés, Aarón y otros tres israelitas y dirigióse adonde había dos colinas sepulcrales, separadas por un canal y unidas por un puente. El canal se echaba, entre Menfis y Gosen, en el río Nilo. La entrada al monumento sepulcral estaba debajo del puente, más profundo que la superficie de las aguas, y había que bajar por escalones que arrancaban desde el puente mismo. Ségola bajó sola con Moisés y escribiendo el nombre de Dios sobre un pergamino, lo echó a las aguas, que se dividieron, dejando patente la entrada del monumento. Golpearon sobre la piedra que hacía de puerta y se abrió hacia adentro. Entonces llamaron a los demás hombres. Moisés les sujetó las manos con su estola y les hizo jurar que guardarían el secreto. Después del juramento les soltó las manos y entraron todos en el monumento, donde encendieron luz. Se veían allí muchas otras salas y figuras de muertos. El cuerpo de José y los restos de Asenet yacían en un monumento egipcio, en forma de toro, hecho de metal, que resplandecía como oro apagado. Levantaron la tapa y Moisés tomó el misterio del hueco esqueleto de José, lo ocultó en un paño y se lo pasó a Ségola, que lo llevó, ocultándolo entre las ropas de su vestido. Los demás huesos fueron amontonados sobre una piedra, y acomodados en paños para ser llevados por los hombres. Ahora que tenían los restos de José y el misterio consigo podían los hijos de Israel salir de Egipto. Ségola lloraba de consuelo. El pueblo estaba lleno de alegría.

Moisés encerró en la punta de su bastón una reliquia del cuerpo de José. Este bastón terminaba en un níspero con hojas en torno. No era el mismo que arrojó en presencia de Faraón y que se convirtió en una serpiente. Este era hueco por arriba y por abajo, de modo que las partes superior e inferior se podían sacar o acortar a voluntad. Con la parte inferior, que me pareció de metal, tocó Moisés la roca como si escribiese algo sobre ella. La roca se abrió al contacto de esa punta y saltó el agua. Donde Moisés tocaba con la punta de su bastón, en la arena, y escribía algo, saltaba agua. La parte superior, en forma de níspero, podía sacarse fuera o meterse, y al contacto de esta parte se dividió el Mar Rojo en dos partes.

Desde la muerte de José hasta la salida de Egipto pasaron ciento sesenta años, según nuestro modo de calcular. En Egipto usaban otro sistema para calcular las semanas y los años. Se me lo ha declarado varias veces, pero no puedo ahora reproducir esta explicación. Mientras moraron los israelitas en Egipto, tenían sólo tiendas en lugar de templo. Por altar levantaban uno de

piedras, derramaban óleo sobre él y ofrecían generalmente trigo entre los vegetales y corderitos entre los animales. Mientras ofrecían el sacrificio, cantaban y rezaban.

XLII

Melquisedec, Eliseo y el sacerdocio

He visto siempre a Melquisedec como ángel sacerdotal y figura de Jesús, sacerdote de la tierra. En cuanto el sacerdocio está en Dios, Melquisedec era sacerdote según el orden eterno, aunque ángel. He visto que fué enviado a la tierra para preparar, fundar, edificar y apartar las razas de los hombres y establecerlas sobre la tierra.

He visto las obras de Henoch y de Noé y su importancia para mantener a los hombres en el bien; pero he visto también, al lado de esto, la acción incesante del poder de las tinieblas y del infierno con las mil formas y manifestaciones de una idolatría terrena, carnal y diabólica, y de esta idolatría nacer y reproducirse una serie interminable de otros pecados y corrupciones de parecida forma y manera, como por fuerza y necesidad interna de las cosas. He visto los pecados y las derivaciones y figuras de estas reproducciones, las cuales, según su especie, eran de las mismas formas que sus causantes, como en un principio el hombre fué imagen de Dios. Así me fué mostrado todo esto desde Abrahán hasta Moisés, y desde Moisés hasta los profetas, siempre en relación y en imágenes de cosas que llegaban hasta nuestros días.

Aquí se me mostró, por ejemplo, por qué los sacerdotes de ahora ya no sanan ni ayudan en las enfermedades, y se me enseñó por qué no lo consiguen o lo consiguen en muy diverso grado. Se me mostró este don del sacerdocio entre los profetas y la causa de su forma de obrar.

He visto, por ejemplo, en la historia de Eliseo cuando dió su bastón a Giezi para que lo pusiese sobre el niño muerto de la mujer de Sunam. En el bastón estaba la fuerza de Eliseo y encerrado en él la fuerza de una misión espiritual. El bastón era como su brazo a la distancia. Con ocasión de esta historia he visto la interna razón de la fuerza del báculo de los obispos, del cetro de los reyes y su poder, mientras que lo sostenga la virtud de la fe que lo ata con el enviado y lo separa de los demás que no son tales. En el caso de Giezi he visto que él no

tenía fe suficiente y la madre del niño creía que solamente Eliseo lo podía resucitar. De este modo se interpuso entre la fuerza de Eliseo (que era de Dios) y el bastón del profeta, la duda, por causa del humano modo de ver y sentir, y el bastón de Eliseo no pudo obrar por interposición de este impedimento humano. Luego he visto a Eliseo echarse sobre el muerto, mano con mano, boca con boca y pecho con pecho, en fervorosa oración, hasta que volvió el alma al cuerpo del niño difunto. Se me mostró en esta ocasión la semejanza de esta obra y su relación con la muerte de Jesús en la cruz. En el caso de Eliseo se abrieron por la fe y el poder de Dios las fuentes de la gracia y de la reparación del hombre, encerradas por la culpa y el pecado: cabeza, pecho, manos y pies. Eliseo se echó como una cruz viviente y figurativa sobre la cruz muerta y cerrada del niño muerto, y mediante su oración y su fe trajo la vida y la salud al niño, y reparó y pagó por los pecados que los padres habían cometido con cabeza, manos, pies y corazón, ocasionando la muerte del niño. He visto en todo esto una imagen de la muerte de Jesús en la cruz y sus heridas y llagas, y como en todo esto hay una admirable e inexplicable armonía. Desde la muerte de Jesús en la cruz he visto en el sacerdocio de la Iglesia este poder de reparar y de sanar en toda plenitud, especialmente en los cristianos verdaderamente creyentes. En el grado en que vivimos en Jesús y con El estamos crucificados, se abren en nosotros las puertas de sus sagradas llagas con toda su eficacia. He visto muchas cosas acerca de la eficacia de poner las manos sobre la cabeza y acerca de la fuerza de la bendición y de la virtud de la mano a distancia, y me fué declarado y mostrado todo esto con motivo y con relación del bastón de Eliseo, que era el representante de su mano milagrosa.

XLIII

El Arca de la Alianza

La misma noche en que Moisés rescató el misterio del cuerpo de José, se construyó la caja en forma de sarcófago, de oro, en la cual se guardó el misterio a la salida de Egipto. Debía ser tan grande que pudiera caber un hombre dentro; debía ser como una iglesia para ellos y un cuerpo. Fué en la misma noche que debían teñir con sangre las puertas. Al ver la rapidez con que trabajaban en esta caja, pensé en la santa cruz, que también fué

apresuradamente hecha la noche antes que muriera Cristo en ella. El arca era de chapas de oro y tenía la figura de un sarcófago de momias egipcias. Era más ancha arriba que abajo; arriba tenía la figura de un rostro con rayos de luz y a los costados los espacios de los brazos y de las costillas. En medio del arca se puso una cajita de oro que contenía el sacramento o misterio que Ségola había sacado del sepulcro de José. En la parte inferior se pusieron vasos sagrados y las copas de los patriarcas, que Abrahán había recibido de Melquisedec, y heredado con la bendición de la primogenitura. Tal era el contenido y la forma de la primera Arca de la Alianza, que estaba cubierta con un paño colorado y encima otro blanco. Recién en el monte Sinaí se construyó el arca de madera, forrada de oro por fuera, en la cual se encerró el sarcófago de oro con el sacramento o misterio. Este sarcófago no alcanzaba más que a la media altura del arca y no era tampoco tan largo como ella; había aún lugar para dos pequeños recipientes, en los cuales había reliquias de la familia de Jacob y de José, y donde más tarde entró la vara de Aarón. Cuando esta Arca de la Alianza se colocó en el templo de Sión, sufrió cambios en su interior: se sacó el sarcófago y se puso en su lugar una figura pequeña del mismo, hecho con una materia blanca.

Desde niña había visto muchas veces el arca y todo lo que ella contenía por dentro y por fuera, como las cosas que se iban añadiendo. Solían poner adentro todas las cosas sagradas que conseguían. Con todo, no era pesada, pues se podía llevar con facilidad. El arca era más larga que ancha; el alto era igual que el ancho. Tenía abajo una moldura sobresaliente como pie. La parte superior tenía un adorno de oro muy artístico de medio codo de largo; aparecían allí pintadas flores, volutas, caras, soles y estrellas. Todo estaba muy bien trabajado, y no sobresalía mucho sobre el borde superior del arca. Debajo, al final de los costados, había dos anillos donde se ponían los palos de las andas. Las demás partes del arca estaban adornadas con toda clase de figuras de maderas de color, maderas de Sitim y oro. En medio del arca había una puertecita pequeña, que no se notaba casi, para que el sumo Sacerdote pudiese sacar y volver a poner el sacramento o misterio cuando estaba solo, para bendecir o profetizar. Esta puerta se abría en dos hacia el interior y era de tal modo que podía el sacerdote meter su mano. La parte por donde corrían los palos de las andas estaban algo elevadas, para que dejaran descubierta la puerta. Cuando se abrían am-

bas hojas hacia adentro, se abría al mismo tiempo el dorado recipiente, rodeado de cortinas, como un libro, mostrando el sacramento o misterio que allí estaba. Sobre la cubierta del arca se levantaba el trono de la gracia. Era una plancha cubierta de oro que contenía huesos sagrados, grande como la misma tapa, sobresaliendo sólo un poco de ella. De cada lado estaba sujeta con cuatro clavos de madera de Sitim, que entraban en el arca, y de tal manera, que se podía, a través de ellos, ver el interior. Los clavos tenían cabezas como frutas; los cuatro tornillos exteriores sujetaban los cuatro lados del arca; los cuatro interiores se perdían adentro. A cada lado del trono de la gracia estaba sujeto un querubín del tamaño de un niño. Ambos eran de oro. En medio de este trono de gracia había una abertura redonda, como una corona, y del centro subía una pértiga que terminaba en una flor de siete puntas. En esta pértiga descansaban la mano derecha de un querubín y la izquierda de otro, mientras tenían extendidas las otras dos manos. Las alas derecha del uno e izquierda del otro se unían elevadas y las dos alas restantes caían sobre el trono de gracia. Las manos extendidas de los querubines estaban en posición de advertir y avisar. Los querubines estaban sobre el trono de gracia apoyados con una rodilla; las otras, sobresalían del arca. Sus rostros y miradas estaban vueltos hacia fuera del santuario, como si temieran mirarlo. Llevaban un vestido solo, de medio cuerpo. En los largos caminos se solía sacarlos de sobre el arca y llevarlos aparte. He visto que arriba, donde terminaba la pértiga en siete puntas, quemaban los sacerdotes en el fuego una materia oscura, como un incienso sagrado, que sacaban de una caja. He visto también que a menudo salían rayos de luz del interior hacia el exterior de la pértiga y otras veces bajaban del cielo rayos de luz que entraban adentro. Otras veces, luces a los lados, indicaban el camino que debía recorrerse en las peregrinaciones. Esta pértiga entraba en el interior del arca y tenía unos sostenes, de donde estaban suspendidos el vaso de oro del sacramento o misterio y sobre él, las dos tablas de la Ley. Delante del sacramento colgaba un vaso con maná. Cuando yo miraba el interior del arca de un lado, no podía ver el sacramento.

Yo siempre reconocía y tenía al arca como una iglesia, al misterio como un altar con el sacramento y el vaso con el maná me parecía la lámpara delante del Santísimo. Cuando iba a la iglesia siendo niña, yo me explicaba las cosas que veía allí en relación con lo que había observado en el Arca de la Alianza.

El misterio de ella me pareció el Santísimo Sacramento del Altar. Sólo que no me parecía aquello tan lleno de gracia, sino más bien mezclado de temor y reverencia. Me producía una impresión más de temor y de miedo, que de amor y de gracia; pero me pareció siempre muy santo y misterioso. Me pareció que estaba en el arca todo lo que es santo; que nuestras cosas santas estaban en él como en germen, como en una existencia futura, y que el sacramento del arca era lo más misterioso de todo. Me parecía que era el arca el fundamento del sacramento del altar, y éste, el cumplimiento y la realidad. No lo puedo decir mejor. Este misterio les estaba tan oculto a los hebreos, como a nosotros el Sacramento del altar. Yo sentí que sólo pocos sacerdotes sabían lo que era y que pocos, por iluminación del cielo, sabiéndolo, lo usaban. Muchos lo ignoraban y no lo usaban: les pasaba como a nosotros, que ignoramos muchas gracias y maravillas de la Iglesia, y cómo hasta nuestra eterna salvación se comprometería si estuviera sólo fundada sobre la fuerza y el entendimiento humanos. Pero nuestra fe está fundada sobre una roca.

La ceguera de los judíos se me presenta siempre digna de ser llorada y lamentada. Tenían todo en germen, y no quisieron reconocer el fruto de ese mismo germen. Primero tuvieron el misterio: era como el testimonio, la promesa; luego vino la ley, y, por último, la gracia. Cuando hablaba el Señor en Sichar, le preguntaron las gentes adonde había ido a parar el misterio o sacramento del Arca de la Alianza. Les contestó que de él ya mucho habían recibido los hombres, y que ahora se había pasado a ellos; del mismo hecho que ya no existía podían reconocer que el Mesías había llegado.

XLIV

Joaquín recibe el misterio

Yo veo este sacramento o misterio en forma de involucro, como una capacidad, un ser, una fuerza. Era pan y vino, carne y sangre: era el germen de la bendición y descendencia, antes del pecado; era la existencia sacramental de la descendencia, antes del pecado, que fué guardado para los hombres en la religión y que debía hacer cada vez más pura, por la virtud, esta descendencia, hasta llegar a María, en la que debía comple-

tarse, para darnos, por obra del Espíritu Santo, el tan esperado Mesías nacido de esta pura Virgen.

Noé plantó la viña y esto fué ya una preparación: aquí había ya algo de reconciliación y de protección. Abrahán recibió este misterio en la bendición, y he visto que trasmitió este sacramento como una cosa real, como algo substancial. Quedó como un secreto de familia. Por esto se explican las grandes prerrogativas que traía el derecho de la primogenitura. Antes de la salida de Egipto, recibió Moisés este misterio y como antes había sido un secreto de familia y de religión, así pasó a ser misterio de todo el pueblo. Entró en el Arca de la Alianza, como el Santo Sacramento del Altar en el tabernáculo, como en la custodia.

Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro de oro y cayeron en grande aberración, Moisés mismo dudó del poder del sacramento, y por eso fué castigado con no poder entrar en la tierra prometida. Cuando el Arca de la Alianza caía en manos de los enemigos o en cualquier otro peligro, era sacado el sacramento por el sacerdote y con todo era tan santa el arca que los enemigos se veían obligados a devolverla por los castigos que recibían. Sólo pocos conocían la existencia de este misterio en el arca y su fuerza de expansión benéfica. A menudo sucedía que un hombre manchaba por el pecado y la impureza la línea sagrada de la descendencia hasta el Mesías, y así la unión del Salvador con el hombre era retardada; pero los hombres podían por la penitencia renovar y purificar este sagrado misterio. No puedo decir con precisión si por el contenido de este sacramento se efectuaba, por una especie de consagración, un fundamento divino o una plenitud sobrenatural en los sacerdotes, o si venía todo enteramente de Dios inmediatamente. Creo lo primero; porque he visto que algunos sacerdotes lo despreciaron e impidieron la venida de la salud y fueron por ello castigados hasta con la muerte.

Cuando el sacramento obraba y la oración era oída, resplandecía el misterio, crecía y brillaba con luz rojiza a través de su envoltura. Esta bendición del misterio aumentaba o disminuía según los tiempos y la piedad y la pureza de los hombres. Mediante la oración, el sacrificio y la penitencia, parecía que crecía y aumentaba en fuerza. Delante del pueblo lo he visto usar solamente por Moisés, cuando la adoración del becerro de oro y en el paso del Mar Rojo, aunque lo tuvo velado, cubierto a las miradas de los hombres. Fué sacado por él del vaso sagrado y

cubierto, como se saca en Viernes Santo el Santísimo Sacramento y llevado delante del pecho para bendecir o conjurar, como si obrase a la distancia. De este modo Moisés libró a muchos de la idolatría y de la muerte. He visto que el Sumo Sacerdote, cuando estaba solo en el santuario, lo usaba, moviéndolo de un lado a otro, como una fuerza, una protección o una bendición, una elevación para bendecir o para castigar. No lo tomaba con las manos, sino con un velo. Para fines santos he visto usarlo sumergiéndolo en el agua, que quedaba bendita y se daba a beber. La profetisa Débora, como luego Ana, la madre de Samuel, en Silo, como también más tarde Emerencia, madre de santa Ana, bebieron de esta agua sagrada. Por la bebida de esta agua sagrada fué preparada Emerencia para engendrar santamente a Ana. Santa Ana no bebió de esta agua, porque la bendición estaba en ella.

Joaquín recibió, por ministerio de un ángel, el sacramento del Arca de la Alianza. De este modo fué concebida María, bajo la puerta dorada del templo, y con su nacimiento pasó a ser ella misma el arca del misterio. El objeto de este sacramento estuvo cumplido. El arca de madera del templo quedaba ya sin sacramento y sin misterio. Cuando Joaquín y Ana se encontraron bajo la puerta de oro del templo, se llenaron de luz y la inmaculada Virgen fué concebida sin pecado original. Había en torno de ella un sonido maravilloso, como una voz de Dios. Este misterio de la inmaculada Concepción de María, en santa Ana, no pueden los hombres comprenderlo y permanece escondido a su entendimiento. La línea de generación de Jesús había recibido el germen de la bendición de la Encarnación del Verbo. Jesucristo instituyó el Sacramento de la Nueva Alianza como el fruto, como el cumplimiento de ella, para unir de nuevo a los hombres con Dios.

XLV

Al fin del mundo se descubrirá y se aclarará este misterio

Cuando Jeremías, durante la cautividad de Babilonia, hizo ocultar el Arca de la Alianza con otros objetos sagrados, en el monte Sinaí, el misterio ya no estaba adentro. Sólo la envoltura de él quedó escondida con el Arca de la Alianza. El conocía la santidad del contenido y quiso a menudo hablar de ello a los hombres, como también de la perversidad del pueblo, que lo deshonraba; pero el profeta Malaquías lo detuvo en su intento

y sacó el misterio de allí. Por medio de este profeta, llegó a los esenios más tarde, y por un sacerdote fué de nuevo al arca hecha posteriormente. Malaquías fué como Melquisedec, un enviado de Dios: no lo he visto nunca como un hombre común y ordinario(*). Aparecía como hombre, a semejanza de Melquisedec, aunque algo diferentemente de él, como lo exigían los tiempos. Poco después de haber sido llevado Daniel a Babilonia, he visto a Malaquías como un niño de siete años, perdido, con una vestidura verde y bastoncito en sus manos, que se dirigía, al parecer, a Sarepta, a la tribu de Zabulón, a casa de una piadosa familia. Estos lo recibieron como a uno de los perdidos hijos israelitas de la cautividad, y lo tuvieron consigo. Era sumamente bondadoso, paciente al extremo y manso, de modo que todos lo amaban y así podía él enseñar y aconsejar sin contradicción. Tuvo mucha relación con Jeremías y le ayudó en las grandes necesidades con sus consejos. Por él fué librado Jeremías de la cárcel en Jerusalén. El Arca de la Alianza escondida por Jeremías en el monte Sinaí, no fué jamás encontrada. El arca que se hizo después, no fué tan hermosa ni contenía lo que había en la anterior. La vara de Aarón pasó a manos de los esenios, en el monte Horeb, donde también se escondió parte de las cosas sagradas. La tribu que Moisés había destinado a la custodia del arca subsistió hasta los tiempos de Herodes.

En el último día aparecerá todo lo escondido y se aclarará el misterio, para terror de todos aquéllos que lo han profanado y desconocido.

(*) Kaulen escribe en el *Kirchenlexikon:* "Malaquías significa *enviado de Dios*, ángel de Dios. Los Setenta traducen *ángel*. Muchos cristianos de los primeros siglos, tomando el concepto en su sentido estricto, han creído ver en Malaquías a un ángel con apariencia de hombre".

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

INTRODUCCION

Toda ponderación, toda alabanza resulta mísera voz al lado de la solemne grandeza que emana de las contemplaciones de la vida de María, la excepcional doncella predestinada desde la eternidad a ser la Madre de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Es tal la riqueza de pormenores de sus antepasados, de su natividad, de su mística relación con el Altísimo, que el ánimo se suspende.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo supera, sin embargo, esta maravilla que Dios se ha dignado revelarnos a través del espíritu de Ana Catalina. Los preludios y la conmoción universal que rodeó el nacimiento de Jesús, su infancia, su juventud; los actos, los milagros y las enseñanzas del Redentor; su adorable Pasión y los hechos que antecedieron y sucedieron a su Resurrección, inclusive numerosos viajes y prodigios no consignados en los Evangelios, no pueden ser imaginados ni por espíritus angélicos: sólo Dios pudo revelarlos a los hombres.

El abad de Solesmes, Dom Próspero Gueranger, al aparecer la versión francesa de estas visiones, publicó un artículo en Le Monde, *en 1860, donde expresaba: "He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen, y no dudo que esta idea sea compartida por todos aquellos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, con igual interés y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aún concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada.*

"¿Y qué fuera si al mismo tiempo cuidara en ese escrito la más exacta topografía de todos los pueblos y lugares que su Héroe recorre, si descubre todas las costumbres, usos y la vestimenta en todos sus detalles, narrando los episodios pequeños y los grandes de tantos caracteres, ricos y variados, de las personas en escena, durante tres años completos y sin notarse en todo ello ni un rastro, no digo de invención, pero ni siquiera de esfuerzo en la narración de los hechos?... ¿Y qué diremos si el ordenador de semejante drama es una sencilla campesina del corazón de Europa, sin ninguna idea de las costumbres del Oriente, las cuales, sin apartarse un ápice, describe y pinta,

superando el pincel de un artista y la ciencia de un arqueólogo?... ¿Y qué pensar, finalmente, si el Héroe de esta admirable odisea no es otro que el mismo Hijo de Dios, del cual son conocidos los hechos principales por los Evangelios, quien, sin embargo, nos es mostrado aquí en los menores detalles de su vida escondida, sin que se pueda descubrir ni una sola discordancia que pudiera provenir de una débil, humilde y mortal narradora...".

Publícase aquí, in extenso, *en el orden en que fueron escritos en la primera edición alemana, preparada por el padre Carlos E. Schmoeger, la vida de la Virgen y la vida de Jesucristo y su dolorosa Pasión, inclusive detalles posteriores a la Ascensión, que han sido omitidos en todas las ediciones castellanas publicadas hasta ahora.*

Las fechas en bastardillas, que anteceden al texto, indican los días en que Ana Catalina ha ido relatando sus visiones.

EPOCA PRIMERA

Desde el nacimiento de María Santísima hasta la muerte de San José

Los esenios

Principios de Agosto de 1821. — Los antepasados de Santa Ana fueron Esenios(*). Estos piadosísimos hombres descendían de aquellos sacerdotes que en tiempos de Moisés y Aarón tenían el encargo de llevar el Arca de la Alianza, los cuales recibieron, en tiempos de Isaías y Jeremías, ciertas reglas de vida. Al principio no eran numerosos. Más tarde vivieron en Tierra Santa reunidos en una extensión como de 48 millas de largo y 38 de ancho, y sólo más tarde se acercaron a las regiones del Jordán. Vivían principalmente en el monte Horeb y en el Carmelo. En los primeros tiempos, antes que Isaías los reuniese, vivían desparramados, entregados a la penitencia. Llevaban siempre los mismos vestidos y no los remendaban, no cambiándolos hasta que se les caían de puro viejos. Vivían en estado de matrimonio, pero con mucha pureza de costumbres. A veces, de común acuerdo, se separaban hombre y mujer, y vivían cierto tiempo entregados a la oración. Cuando comían estaban separados los hombres de las mujeres; comían primero aquéllos y cuando se alejaban los hombres, lo hacían las mujeres.

Ya desde entonces había, entre estos judíos, antepasados de Ana y de la Sagrada Familia. De ellos también derivan los llamados "hijos de profetas". Vivían en el desierto y en los alrededores del monte Horeb. En Egipto también he visto a muchos de ellos. Por causa de las guerras estuvieron un tiempo alejados del monte Horeb; pero fueron nuevamente recogidos por sus jefes. Los Macabeos pertenecieron también a ellos. Eran grandes veneradores de Moisés: tenían un trozo de vestido de él, que éste había dado a Aarón y que les había llegado en posesión. Era para ellos cosa sagrada, y he visto que en cierta ocasión unos quince murieron en lucha por defender este sagrado tesoro.

(*) En otra parte dice la vidente que estos solitarios tuvieron tres nombres: *Escarenios, Khasideos* y *Esenios*. El primer nombre provenía de *askarah*, conmemoración, y era la parte del sacrificio sin sangre para recordar a Dios su misericordia. *Khasideos* significa compasión por los pobres. De *Esenios* no pudo recordar el origen.

Los jefes de los Esenios tenían conocimiento del misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Los que permanecían célibes formaban una agrupación aparte, una orden espiritual, y eran probados largamente durante varios años antes de ser admitidos. Los jefes de la orden los recibían por mayor o menor tiempo, según la inspiración que recibían de lo alto. Los Esenios que vivían en matrimonio observaban mucho rigor entre ellos y sus mujeres e hijos, y guardaban la misma relación, con los verdaderos Esenios, que los Terciarios Franciscanos respecto a la Orden Franciscana. Solían consultar todos sus asuntos al anciano jefe del monte Horeb. Los Esenios célibes era de una indescriptible pureza y piedad. Llevaban blancas y largas vestiduras, que conservaban perfectamente limpias. Se ocupaban de educar a los niños. Para ser admitidos en la orden debían contar, por lo menos, catorce años de edad. Las personas de mucha piedad eran probadas por sólo un año; los demás, por dos. Vivían en perfecta pureza y no ejercían el comercio; lo que necesitaban para el sustento lo obtenían cambiando sus productos agrícolas. Si un Esenio faltaba gravemente, era arrojado de la orden, y esta excomunión era seguida generalmente de castigo, como en el caso de Pedro con Ananías, es decir, moría. El jefe sabía por revelación divina quién había faltado gravemente. He visto que algunos debían sólo hacer penitencias: se ponían un saco muy tieso, con los brazos extendidos, que no se podían doblar y el interior lleno de puntas agudas. Tenían sus cuevas en el monte Horeb. En una cueva mayor se había acomodado una sala de mimbre donde a las once reuníanse todos para la comida en común. Cada uno tenía delante un pequeño pan y un vaso. El jefe iba de uno a otro, bendiciendo los panes. Después de la refección cada uno volvía a su celda. En esa sala vi un pequeño altar, y sobre él panes bendecidos cubiertos, que luego se distribuían a los pobres. Poseían muchas palomas tan mansas que picoteaban en las manos. Comían de estas palomas, y supe que tenían algún culto religioso por medio de ellas, porque decían algo sobre las aves y las dejaban volar. De la misma manera he visto que decían algo sobre corderos, que luego dejaban vagar por el desierto.

Tres veces al año iban al templo de Jerusalén. Tenían sacerdotes entre ellos, que cuidaban de las vestiduras sagradas, a las cuales purificaban, hacían de nuevo y costeaban su hechura. Se ocupaban de agricultura, de ganadería y especialmente de cultivar huertas. El monte Horeb estaba lleno de jardines y

árboles frutales, en medio de sus chozas y viviendas. Otros tejían con mimbres o paños, o bordaban y adornaban vestiduras sacerdotales. La seda no la usaban para sí: la llevaban atada al mercado y la cambiaban por productos. En Jerusalén tenían un barrio especial para ellos y aún en el templo un lugar reservado. Los judíos comunes no congeniaban con ellos. Vi llevar al templo ofrendas como uvas de gran tamaño, que cargaban dos hombres, atravesadas en un palo. Llevaban corderos, que no eran sacrificados, sino que se dejaban correr libremente. No los he visto ofrecer sacrificio cruento. Antes de partir para el templo se preparaban con la oración, riguroso ayuno, disciplinas y otras penitencias. Quien se acercaba al templo con pecados no satisfechos penitencialmente temía ser castigado con muerte repentina, cosa que a veces sucedía. Si en el camino a Jerusalén encontraban a un enfermo o necesitado, no proseguían su camino hasta no haber ayudado al desvalido. Los he visto juntar yerbas medicinales, preparar bebidas y curar enfermos con estos medios: les imponían las manos o se tendían con los brazos extendidos sobre los mismos enfermos. Los he visto sanar a veces a la distancia. Los enfermos que no podían acudir, mandaban algún mensajero, en el cual hacían todo lo que el enfermo verdadero necesitaba, y éste sanaba en el mismo instante.

II

Ascendientes de Santa Ana

Agosto 16 de 1821. — En tiempo de los abuelos de Ana era jefe de los Esenios el anciano Arcos. Este hombre tenía visiones en la cueva de Elías, en el monte Horeb, referentes a la venida del Mesías. Sabía de qué familia debía nacer el Mesías. Cuando Arcos tenía que profetizar sobre los antepasados de Ana, veía que el tiempo se iba acercando. Ignoraba, empero, que a veces se retardaba e interrumpía el orden por el pecado, y por cuanto tiempo era la tardanza. Sin embargo, exhortaba a la penitencia y al sacrificio. El abuelo de Ana era un Esenio que se llamaba Estolano antes de su matrimonio. Por su mujer y por las posesiones de ésta se llamó después Garesha o Sarziri. La abuela de Ana era de Mara, en el desierto, y se llamaba Moruni o Emorún, esto es, madre excelsa. Se unió con Estolano por consejo del profeta Arcos, que fué jefe de los Esenios por noventa años,

y era un santo varón con quien siempre se aconsejaban antes de contraer matrimonio, para oír su palabra y acertar en la elección. Me extrañaba ver que estos santos hombres y profetas siempre profetizaban sobre descendencia de mujeres y que los antepasados de Ana y la misma Ana tenían siempre hijas mujeres. Parecía que fuera su intento religioso preparar recipientes puros, que debían dar hijos santos, como el Precursor, el Salvador, los apóstoles y los discípulos.

He visto que Emorún, antes de su casamiento, fué a consultar a Arcos. Tuvo que entrar en la sala de reunión, en el monte Horeb, en un lugar señalado y hablar, a través de una reja, con el jefe supremo, como se usa en el confesonario. Después se encaminó Arcos por muchos escalones a lo alto del monte Horeb, donde estaba la cueva de Elías. La entrada era pequeña y unas gradas llevaban hacia abajo. La cueva estaba limpia y aseada y la luz entraba en el interior por una abertura superior. He visto, contra la pared, un pequeño altar de piedra, y sobre él, la vara de Aarón y un cáliz brillante como hecho de piedra preciosa. En este cáliz estaba depositada una parte del sacramento o misterio del Arca de la Alianza. Los Esenios habían adquirido este tesoro en ocasión en que el Arca había caído en manos de los enemigos. La vara de Aarón estaba guardada en una vaina de forma de arbolito con hojas amarillas alrededor. No podría decir si el arbolito era verdadero o sólo un trabajo artístico, como una raíz de Jessé. Cuando rezaba el superior de los Esenios, por causa de un casamiento, tomaba la vara de Aarón en sus manos. Si la unión se refería a la genealogía de María Virgen, la vara daba un brote y éste varias floraciones con la señal de la elección. Los antepasados de Ana fueron elegidos brotes de esta genealogía, y sus hijas lo fueron por medio de estas señales, las cuales daban otros brotes cuando estaban por contraer matrimonio. Este arbolito con sus retorcidas ramas, era como el árbol genealógico, como la raíz de Jessé, mediante el cual se podía conocer, según lo que hubiera crecido, la proximidad del nacimiento de María. Había allí otros pequeños arbustos en tarros, sobre el altar, los cuales tenían significación cuando reverdecían o se agostaban. En torno de las paredes había espacios guardados con rejillas, donde se conservaban, envueltos en seda y lana, huesos de antiguos santos varones israelitas que habían vivido y muerto en el monte y en los alrededores. También en las mismas cuevas de los Ese-

nios vi semejantes huesos delante de los cuales rezaban, ponían flores o encendían lámparas.

Arcos se revestía al modo de los sacerdotes del templo, cuando oraba en la cueva de Elías. Su vestidura se componía de ocho partes. Primero se ponía sobre el pecho un vestido que había llevado Moisés: una especie de escapulario, que tenía una abertura para el cuello y caía en igual largo sobre el pecho y las espaldas. Sobre esto se ponía un alba blanca de seda, ceñida con un cíngulo ancho y una estola cruzada sobre el pecho que le llegaba hasta las rodillas. Luego se ponía una especie de casulla de seda blanca, que por detrás llegaba hasta el suelo, con dos campanillas en la parte inferior. Sobre el cuello llevaba una especie de corbata tiesa, cerrada por delante con botones. Su larga barba descansaba sobre esta corbata. Por último se ponía un pequeño manto brillante de seda blanca, que se cerraba por delante con tres garfios con piedras, sobre los cuales había letras o signos grabados. De ambos hombros colgaba una serie de piedras preciosas en número de seis, algunas también grabadas. En medio de la espalda había un escudo con signos y letras. En el manto se veían flecos, borlas y frutos. En el brazo llevaba un manípulo. La mitra era de seda blanca arrollada a modo de turbante y terminaba en un adorno de seda que tenía en la frente una plancha de oro con piedras preciosas.

Arcos rezaba postrado o echado sobre el suelo delante del altar. Vi que tuvo una visión en la cual vió que salía de Emorún un rosal con tres ramas. En cada rama había una rosa y la rosa de la segunda rama estaba señalada con una letra. También vió a un ángel que escribía una letra en la pared. A raíz de esto declaró Arcos a Emorún que debía casarse con el sexto pretendiente que tendría una hija, con una señal, que sería un vaso de elección de la cercana promesa. Este sexto pretendiente era Estolano. No vivieron mucho tiempo en Mara, sino que pasaron a Efrón.

He visto también a sus hijas Emerencia e Ismeria consultar al anciano Arcos, el cual les aconsejó el casamiento porque eran ellas también vasos elegidos de la próxima promesa. La mayor, Emerencia, casóse con un Levita de nombre Afras y fué madre de Isabel(*), madre, a su vez, de Juan el Bautista. Otra hija de Estolano se llamó Enué. Ismeria fué la segunda hija de Estolano y Emorún. Ésta tuvo en su nacimiento la señal que dijo Arcos

(*) La tradición dice que Emerencia, mujer de Estolano, dió a luz a Ismeria, madre de Santa Isabel, y a Ana, madre de María. Pero según la vidente, Ana no sería hija, sino nieta de Estolano.

haber visto en la segunda rosa en su visión de Emorún. Ismeria casó con Eliud, de la tribu de Leví. Eran de condición noble y ricos de bienes. Lo he visto esto en la vasta economía de la casa. Tenían mucho ganado, pero todo parecía que lo destinaban para los pobres y no para sí mismos. Vivían en Séforis, a seis horas lejos de Nazaret, donde poseían una heredad. Tenían una posesión en el valle de Zabulón, adonde iban en los tiempos buenos del año y donde Eliud fijó su residencia después de la muerte de su mujer Ismeria. En el mismo valle se había establecido el padre de Joaquín con su familia. La piadosa educación que había tenido Estolano y Emorún pasó a su hija Ismeria y a Eliud. La primera hija de Ismeria se llamó Sobe. Ésta se casó más tarde con Salomón y fué la madre de María Salomé, que se casó con Zebedeo, padre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Como no llevase Sobe la señal dicha por Arcos se contristaron mucho los padres y fueron al monte Horeb, a ver al profeta, quien les impuso oración y sacrificio, y los consoló. Por espacio de dieciocho años no tuvieron hijos, hasta el nacimiento de Ana. Tuvieron entonces ambos una visión nocturna. Ismeria vió a un ángel que escribía una letra en la pared, junto a su lecho. Contó esto a su marido, que había visto lo mismo, y ambos vieron la letra al despertar. Era la letra M, que Ana había traído al mundo al nacer, grabado en el bajo vientre. Los padres amaban a Ana de una manera particular. He visto a la niña Ana: no era hermosa en grado notable, pero si más que otras niñas de su edad. No fué de ningún modo tan hermosa como lo fué María; pero era muy sencilla, inocente y piadosa. Así la he visto en todo tiempo, como joven, como madre, como anciana, de manera que cuando veo a una campesina realmente sencilla, pienso siempre: "Esta es como Ana". Ana fué llevada a la edad de cinco años al templo, como más tarde María. Vivió doce años allí y a los diecisiete volvió a su casa. Entre tanto tuvo su madre una tercera hija, llamada Maraha, y Ana encontró a su vuelta a un hijo de su hermana mayor Sobe, llamado Eliud.

Maraha consiguió más tarde la posesión de la casa paterna, en Séforis, y fué madre de los discípulos Arastaria y Cocharia. El joven Eliud fué más tarde marido segundo de la viuda de Naím, Maroni. Un año después enfermó Ismeria y murió. Desde el lecho de dolor hizo venir a su presencia a todos los de la casa, los exhortó y aconsejó y designo a Ana como ama de casa después de su muerte. Luego habló con Ana y le dijo que debía casarse, pues era un vaso de elección y de promesa.

III

San Joaquín y Santa Ana

Un año y medio más tarde se casó Ana con Helí o Joaquín, también por un aviso profético del anciano Arcos. Hubiera debido casar con un levita de la tribu de Aarón, como las demás de su tribu; pero por la razón dicha casó con Joaquín, de la tribu de David, pues María debía ser de la tribu de David. Había tenido varios pretendientes y no conocía a Joaquín; pero lo prefirió a los demás por aviso de lo alto. Joaquín era pobre de bienes y era pariente de San José. El abuelo de José provenía de David, a través de Salomón y se llamó Matan. Tuvo dos hijos: José y Jacob: éste fué padre de San José. Cuando murió Matan casó la viuda con un hombre llamado Leví, de la descendencia de David, por Natán, y fué hijo de Leví, Matat, padre de Helí o Joaquín. Este Joaquín era pequeño de estatura, delgado, y San José, aún en la edad madura, era mucho más hermoso que Joaquín. Era, en cambio, Joaquín hombre de buena índole y de atrayentes maneras. Tenía, como Ana, algo de inexplicable en sí. Ambos eran perfectos israelitas y había en ellos algo que ellos mismos no conocían: un ansia y un anhelo del Mesías y una notable seriedad en su porte. Pocas veces los he visto reír, aunque no eran melancólicos ni tristes. Tenían un carácter sosegado y callado, siempre igual y aún en la edad temprana llevaban la madurez de los ancianos. Fueron unidos en matrimonio en un pequeño lugar donde había una pequeña escuela. Sólo un sacerdote asistió al acto. Los casamientos eran entonces muy sencillos; los pretendientes se mostraban en general apocados; se hablaban y no pensaban en otra cosa sino que así debía ser. Decía la novia "sí", y quedaban los padres conformes; decía, en cambio, "no", teniendo sus razones, y también quedaban los padres de acuerdo. Primeramente eran los padres quienes arreglaban el asunto; a esto seguíase la conversación en la sinagoga. Los sacerdotes rezaban en el lugar sagrado con los rollos de la ley y los parientes en el lugar acostumbrado. Los novios se hablaban en un lugar aparte sobre las condiciones y sus intenciones; luego se presentaban a los padres. Éstos hablaban con el sacerdote que salía a escucharlos, y a los pocos días se efectuaba el casamiento.

Joaquín y Ana vivían junto a Eliud, el padre de Ana. Reinaba en su casa la estricta vida y costumbres de los Esenios. La casa estaba en Séforis, aunque un tanto apartada, entre un grupo de

casas, de las cuales era la más grande y notable. Allí vivieron unos siete años. Los padres de Ana eran más bien ricos; tenían mucho ganado, hermosos tapices, notable menaje y siervos y siervas. No he visto que cultivasen campos, pero sí que llevaban el ganado al pastoreo. Eran muy piadosos, reservados, caritativos, sencillos y rectos. A menudo partían sus ganados en tres partes: daban una parte al templo, adonde lo llevaban ellos mismos y que eran recibidos por los encargados del templo. La otra parte la daban a los pobres o a los parientes necesitados, de los cuales he visto que había algunos allí que los arreaban a sus casas. La tercera parte la guardaban para sus necesidades. Vivían muy modestamente y daban con facilidad lo que se les pedía. Por eso yo pensaba en mi niñez: "El dar produce riqueza; recibe el doble de lo que da". He visto que esta tercera parte siempre se aumentaba y que muy luego estaban de nuevo con lo que habían regalado, y podían partir de nuevo su hacienda entre los demás. Tenían muchos parientes que solían juntarse en las solemnidades del año. No he visto en estas fiestas derroche ni exceso. Daban una parte de la comida a los pobres. No he visto verdaderos banquetes entre ellos. Cuando se encontraban juntos se sentaban en el suelo sobre tapetes, en rueda, y hablaban mucho de Dios con grandes esperanzas. A veces había entre los parientes gente no tan buena que miraba mal estas conversaciones y cómo dirigían los ojos a lo alto y al cielo. Sin embargo, con estos malos, ellos se mostraban buenos y les daban el doble. He visto que estos mal criados exigían con tumulto y pretensiones lo que Joaquín y Ana daban de buena voluntad. Si había pobres entre su familia les daban una oveja o a veces varias. En este lugar tuvo Ana su primera hija, que llamó también María. He visto a Ana llena de alegría por el nacimiento de esta niña. Era una niña muy amable; la he visto crecer robusta y fuerte, pero muy piadosa y mansa. Los padres la querían mucho. Tenían, sin embargo, una inquietud que yo no entendía bien: les parecía que ella no era la niña prometida que debían esperar de su unión. Tenían pena y turbación como si hubiesen faltado en algo contra Dios. Hicieron larga penitencia, vivieron separados uno de otro y aumentaron sus obras de caridad. Así permanecieron en la casa de Eliud unos siete años, lo que pude calcular en la edad de la primera niña, cuando determinaron separarse de sus padres y vivir en el retiro para empezar de nuevo su vida matrimonial y aumentar su piedad para conseguir la bendición de Dios.

Tomaron esta resolución en casa de sus padres y Eliud les preparó las cosas necesarias para el viaje. Los ganados eran divididos, separando los bueyes, asnos y ovejas; estos animales me parecían más grandes que los de nuestro país. Sobre los asnos y bueyes fueron cargados utensilios, recipientes y vestidos. Estas gentes eran tan diestras en cargarlos, como los animales en recibir la carga que les ponían. Nosotros no somos tan capaces de cargar mercaderías sobre carros como eran diestros éstos en cargar sus animales. Tenían hermoso menaje: todos sus utensilios eran mejores y más artísticos que los nuestros. Delicados jarrones de formas elegantes, sobre los cuales había lindos grabados, eran empaquetados, llenándolos con musgo y envueltos diestramente; luego eran sujetados con una correa y colgados del lomo de los animales. Sobre las espaldas de los animales colocaban toda clase de pequetes con vestimentas en multicolores envoltorios, mantas y frazadas bordadas de oro. Eliud les dió a los que partían una bolsita con una masa pequeña y pesada, como si fuera un pedazo de metal precioso. Cuando todo estuvo en orden acudieron siervos y siervas a reforzar la comitiva y arreaban los animales cargados delante de sí hacia la nueva vivienda, la cual se encontraba a cinco o seis horas de camino. La casa estaba situada en una colina entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Una avenida de terebintos bordeaba el camino hasta el lugar. Delante de la casa había un patio cerrado cuyo suelo estaba formado por una roca desnuda, rodeado por un muro de poca altura, hecho de peña viva; detrás de este muro por encima de él había un seto vivo. En uno de los costados del patio había habitaciones de poca monta para hospedar pasajeros y guardar enseres. Había un cobertizo para encerrar el ganado y las demás bestias de carga. Todo estaba rodeado de jardines, y en medio de ellos, cerca de la casa, se levantaba un gran árbol de una especie rara; sus ramas bajaban hasta la tierra, echaban raíces y así brotaban nuevos árboles formando una tupida vegetación. Cuando llegaron los viajeros a la casa encontraron todo arreglado y cada cosa en su lugar, pues habían los padres enviado a algunos antes con el encargo de preparar todo lo necesario. Los siervos y siervas habían desatado los paquetes, colocando cada cosa en su lugar, con la misma habilidad y cuidado con que antes habían cargado los bultos: eran tan inteligentes, diestros y cuidadosos y lo hacían todo con tanta calma y ponderación, que no era necesario ordenarles nada, al contrario de lo que suele hacerse hoy día. Pronto quedó

todo ordenado y habiendo los padres dejado instalados a sus hijos en la nueva casa, se despidieron de Ana y Joaquín, con besos y bendiciones, y regresaron llevándose a la pequeña María, de debía permanecer con los abuelos. En todas estas visitas y en otras ocasiones nunca los he visto comer con exceso o despilfarro. Se colocaban en rueda, teniendo cada uno, sobre la alfombra, dos platitos y dos recipientes. No hablaban generalmente en todo el tiempo sino de las cosas de Dios y de sus esperanzas en el Mesías. La puerta de la gran casa estaba en medio. Se entraba por ella a una especie de antesala, que corría por todo lo ancho de la casa. A derecha e izquierda de la sala había pequeñas piezas separadas por biombos de juncos entretejidos, que se podían quitar o poner a voluntad. En la sala se hacían las comidas más solemnes, como se hizo cuando María fué enviada al templo.

Desde entonces comenzaron una vida completamente nueva. Queriendo sacrificar a Dios todo su pasado y haciendo como si por primera vez estuviesen reunidos, se empeñaron, desde ese instante, por medio de una vida agradable a Dios, en hacer descender sobre ellos la bendición, que era el único objeto de sus ardientes deseos. Los vi visitando sus rebaños y dividiéndolos en tres partes, siguiendo la costumbre de sus padres: una para el templo, otra para los pobres y la tercera para ellos mismos. Al templo enviaban la mejor parte; los pobres recibían un buen tercio y la parte menos buena la reservaban para sí. Como la casa era amplia, vivían y dormían en pequeñas habitaciones separadas, donde era posible verlos a menudo en oración, cada uno por su lado, con gran devoción y fervor. Los vi vivir así durante largo tiempo. Daban muchas limosnas y cada vez que repartían sus bienes y sus rebaños, éstos se multiplicaban de nuevo rápidamente. Vivían con modestia en medio de sacrificios y renunciamientos. Los he visto vestir ropas de penitencia cuando rezaban y varias veces vi a Joaquín, mientras visitaba sus rebaños en lugares apartados, orar a Dios en la pradera. En esta vida penitente perseveraron diecinueve años después del nacimiento de su primera hija María, anhelando ardientemente la bendición prometida y su tristeza era cada día mayor. Pude ver también a algunos hombres perversos acercarse a ellos y ofenderlos, diciéndoles que debían ser muy malos para no poder tener hijos; que la niña devuelta a los padres de Ana, no era suya; que Ana era estéril y que aquella niña era un engaño forjado por ella; que si así no fuera la tendrían a su lado y otras muchas

cosas más. Estas detracciones aumentaban el abatimiento de Joaquín y de Ana. Tenía ésta la firme convicción interior de que se acercaba el advenimiento del Mesías y que ella pertenecía a la familia dentro de la cual debía encarnarse el Redentor. Oraba pidiendo con ansia el cumplimiento de la promesa, y seguía aspirando, como Joaquín, hacia una pureza de vida cada vez más perfecta. La vergüenza de su esterilidad la afligía profundamente, no pudiendo mostrarse en la sinagoga sin recibir ofensas. Joaquín, a pesar de ser pequeño y delgado, era de constitución robusta. Ana tampoco era grande y su complexión, delicada: la pena la consumía de tal manera que sus mejillas estaban descarnadas, aunque bastante subidas de color. De tanto en tanto conducían sus rebaños al templo o las casas de los pobres, para darles la parte que les correspondía en el reparto, disminuyendo cada vez más la parte que solían reservarse para sí mismos.

IV

La santa e inmaculada concepción de María

Julio - Agosto de 1820. — Cuando Joaquín, que se encontraba de nuevo entre su ganado, quiso ir de nuevo al templo para ofrecer sacrificios, le envió Ana palomas y otras aves en canastos y jaulas por medio de los siervos para que fuesen a llevárselas a la pradera. Joaquín tomó dos asnos y los cargó con tres animalitos pequeños, blancos y muy despiertos, de cuellos largos, corderos o cabritos, encerrados en cestas. Llevaba él mismo una linterna sobre su cayado: era una luz en una calabaza vacía. Lo vi con sus servidores y sus bestias de carga llegar a una hermosa pradera, entre Betania y Jerusalén. Allí mismo vi más tarde a Jesús detenerse a menudo. Subieron al templo, guardando sus asnos en una posada, que estaba cerca del mercado, donde se hospedaron más tarde el día de la presentación de María. Llevaron sus ofrendas hasta los escalones más altos y pasaron, como lo hicieron más adelante, por las habitaciones de los servidores del templo. Allí se reunieron los siervos de Joaquín después que les fueron tomadas las ofrendas. Entró Joaquín en la sala donde se hallaba la fuente llena de agua en la cual eran lavadas las víctimas; se dirigió por un largo corredor a otra sala a la izquierda del sitio donde estaba el altar de los perfumes, la mesa de los panes de la proposición

y el candelabro de los cinco brazos. Se hallaban reunidas en aquel lugar varias personas que habían acudido para sacrificar.

Joaquín tuvo que sufrir aquí una pena muy cruel. Vi a un sacerdote, de nombre Rubén, que despreció sus ofrendas, puesto que en lugar de colocarlas junto a las otras, en lugar aparente, detrás de las rejas, a la derecha de la sala, las puso completamente de lado. Ofendió públicamente al pobre Joaquín a causa de la esterilidad de su mujer y sin dejarlo acercarse, para mayor injuria, lo relegó a un rincón. Vi entonces a Joaquín lleno de tristeza abandonar el templo, y, pasando por Betania, llegar a los alrededores de Maquero. Había allí una casa donde se reunían los esenios y entró en ella buscando consuelo y consejos. En esta misma casa y anteriormente en aquélla que está cerca de Belén, vivió el profeta Manahem que predijo a Herodes, en su juventud, que sería rey y cometería grandes crímenes. De allí se dirigió Joaquín al lugar más alejado de sus rebaños, cerca de la montaña de Hermón. El camino que tomó pasaba por el desierto de Gaddi, más allá del Jordán. Hermón es una montaña esbelta, toda verde y sembrada de hermosos árboles frutales por el lado del mediodía, en tanto que por el lado opuesto está siempre cubierta de nieve. Joaquín permaneció tan triste y avergonzado que, por algún tiempo, no dió aviso del sitio donde se encontraba. La aflicción de Ana fué extraordinaria cuando le refirieron lo que le había acontecido en el templo y al ver que no volvía. Cinco meses permaneció Joaquín oculto en el monte Hermón. He visto su oración y sus angustias. Cuando iba donde estaban sus rebaños y veía a sus corderitos, se ponía muy triste y se echaba en tierra cubriéndose el rostro. Los siervos le preguntaban por qué se mostraba tan afligido; pero él no les decía que estaba siempre pensando en la causa de su pena: la esterilidad de su mujer. También aquí dividía su ganado en tres partes: lo mejor lo enviaba al templo; la otra parte lo recibían los esenios y él se quedaba con la más inferior.

También Ana tuvo que sufrir mucho por la desvergüenza de una criada, que le reprochaba su esterilidad. Mucho tiempo la estuvo sufriendo hasta que la despachó de su casa. Había pedido ésta ir a una fiesta a la cual, según la rigidez de los esenios, no se podía concurrir. Cuando Ana le negó permiso ella le reprochó duramente esta negativa, diciendo que merecía ser estéril y verse abandonada de su marido por ser tan mala y tan dura. Entonces despachó Ana a la criada, y por medio de dos servidores la envió a la casa de sus padres, llenándola antes

con regalos y dones, rogándoles la recibiesen de nuevo ya que no podía retenerla más consigo. Después de esto se retiró a su pieza y lloró amargamente. En la tarde del mismo día se cubrió la cabeza con un paño amplio, se envolvió toda con él y fué a ponerse bajo un gran árbol, en el patio de la casa. Encendió una lámpara y se entregó a la oración. Este árbol enviaba sus ramas sobre el muro y se hundían en la tierra para brotar allí echando renuevos que, a su vez, volvían a brotar hasta cubrir así grandes extensiones con su follaje. Las hojas son bastante grandes y creo que eran como aquéllas con que se cubrieron Adán y Eva después del pecado. La forma de este árbol me recuerda la semejanza con el árbol de la fruta prohibida. Los frutos cuelgan comúnmente de a cinco en la punta de la rama: tienen forma de peras, el interior es carnoso, con venas como de sangre, y tienen en el medio un lugar vacío donde están las pepitas dentro de la parte carnosa. Las hojas más grandes las usaban los judíos para techar las chozas y adornar las paredes, ya que puestas en forma de escamas se juntan y encuadran muy bien. Alrededor de este árbol había una glorieta con asientos. Permaneció aquí mucho tiempo Ana clamando a Dios y diciendo: "Si quieres, Señor, que yo quede estéril, haz que, al menos, mi piadoso esposo vuelva a mi lado". Entonces se le apareció un ángel. Venía de lo alto y se puso delante, diciéndole que pusiera en paz su corazón porque el Señor había oído su oración; que debía a la mañana siguiente ir con dos criadas a Jerusalén y que entrando en el templo, bajo la puerta dorada del lado del valle de Josafat, encontraría a Joaquín. Añadió que él estaba de camino a ese lugar, que su ofrenda sería bien recibida, y que allí sería escuchada su oración. Le dijo que también ya había estado con Joaquín, y mandóle que llevase palomas para sacrificio, y anuncióle que el nombre de la criatura que tendría, luego lo vería escrito.

Ana dió gracias a Dios y volvió a su casa contenta. Cuando después de mucho rezar en su lecho, se quedó dormida, he visto aparecer sobre ella un resplandor que la penetraba. La he visto avisada por una inspiración interior, despertar e incorporarse en su lecho. En ese momento vi un rostro luminoso junto a ella, que escribía con grandes letras hebreas a la derecha de su cama. He conocido el contenido de la frase, palabra por palabra. Expresaba en resumen, que ella debía concebir; que su fruto sería único, y que la fuente de esa concepción era la bendición que había recibido Abrahán. La he visto indecisa pensando como

le comunicaría esto a Joaquín; pero se consoló cuando el ángel le reveló la visión de Joaquín.

Tuve entonces la explicación de la inmaculada concepción de María y supe que en el Arca de la Alianza había estado oculto un sacramento de la Encarnación, de la Inmaculada Concepción, un misterio de la Redención de la humanidad caída. He visto a Ana leer con admiración y temor las letras de oro y rojas brillantes de la escritura, y su gozo fué tan grande que pareció rejuvenecer cuando se levantó para dirigirse a Jerusalén. He visto, en el momento en que el ángel se acercó a ella, un resplandor bajo el corazón de Ana, y allí, un vaso iluminado. No puedo explicarlo de otro modo sino diciendo: había allí como una cuna, un tabernáculo cerrado que ahora se abría para recibir algo santísimo. No puedo expresar cómo he visto esto maravillosamente. Lo vi como si fuera la cuna de toda la humanidad renacida y redimida; lo vi como un vaso sagrado abierto, al cual se le quita el velo. Reconocí esto con toda naturalidad. Este conocimiento era a la vez natural y celestial. Ana tenía entonces, según creo, cuarenta y tres años.

V

La visión de Joaquín

He visto la aparición del ángel a Joaquín. El ángel le mandó llevar las ofrendas al templo y le prometió que sería escuchada su oración. A pesar de que le dijo que fuera después a la puerta dorada en el templo, Joaquín sentíase temeroso de ir. Pero el ángel le dijo que los sacerdotes ya tenían aviso de su visita. Esto sucedía en tiempo de la fiesta de los tabernáculos. Joaquín había levantado su choza con ayuda de sus pastores. Al cuarto día de fiesta dirigióse a Jerusalén con numeroso ganado para el sacrificio, y se alojó en el templo. Ana, que también llegó el mismo día a Jerusalén, fué a hospedarse con la familia de Zacarías, en el mercado de los peces, y se encontró con Joaquín al finalizar las fiestas. Cuando Joaquín llegó a la entrada del templo, le salieron al encuentro dos sacerdotes, que habían recibido un aviso sobrenatural. Joaquín llevaba dos corderos y tres cabritos. Su oferta fué recibida en el lugar acostumbrado: allí mismo degolladas y quemadas las víctimas. Una parte de este sacrificio, sin embargo, fué llevada a la derecha de la antesala,

y allí consumida(*). En el centro del lugar estaba el gran sillón desde donde se enseñaba. Mientras subía el humo de la víctima descendía un rayo de luz sobre el sacerdote y sobre Joaquín. Hubo entonces un silencio general y gran admiración. Luego vi que dos sacerdotes llevaron a Joaquín a través de las cámaras laterales, hasta el *Sancta Sanctorum,* ante el altar del incienso. Aquí echó el sacerdote incienso, no en granos, como era costumbre, sino una masa compacta sobre el altar(**), que se encendió. Joaquín quedó solo delante del altar del incienso, porque los sacerdotes se alejaron.

Vi a Joaquín hincado de rodillas, con los brazos levantados, mientras se consumía el incienso. Permaneció encerrado en el templo toda la noche, rezando con gran devoción. Estaba en éxtasis cuando se le acercó un rostro resplandeciente y le entregó un rollo que contenía letras luminosas. Eran los tres nombres: Melia, Anna y Miryam(***). Junto a ellos veíase la figura del Arca de la Alianza o un tabernáculo pequeño. Joaquín colocó este rollo escrito bajo sus vestidos, junto al corazón. El ángel habló entonces: "Ana tendrá una Niña inmaculada y de ella saldrá la salud del mundo. No debe lamentar Ana su esterilidad, que no es para su deshonra sino para su gloria. Lo que tendrá Ana no será de él (Joaquín) sino que por medio de él, será un fruto de Dios y la culminación de la bendición dada a Abrahán". Joaquín no podía comprender esto, y el ángel lo llevó detrás del cortinado que estaba separado lo bastante para poder permanecer allí. Vi que el ángel ponía delante de los ojos de Joaquín una bola brillante como un espejo: él debía soplar sobre ella y mirar. Yo pensé que el ángel le presentaba la bola, según costumbre de nuestro país donde, en los casamientos, se presenta una cabeza pintada para ser besada, dándosele catorce centavos al sacristán. Cuando Joaquín echó su aliento sobre la bola, aparecieron diversas figuras en ella, sin empañarse lo más mínimo. Joaquín observaba. Entendí que el ángel le decía que de esa manera Ana daría a luz, por medio de él, sin ser empañada. El ángel tomó la bola y la levantó en alto, quedando suspendida. Dentro de ella pude ver, como por una abertura, una serie de

(*) Según la tradición judía varias partes, especialmente el nervio de la cadera, que en la lucha de Jacob con el ángel fué tocado y se secó, no eran quemados sobre el altar, sino cerca de allí hacia el Oriente, sobre el "montón de cenizas".

(**) Era una mezcla de incienso, mirra, casia, nardo, azafrán, canela, sal fina y otros productos y pertenecía al sacrificio diario.

(***) Diversas formas de los nombres de Joaquín, Ana y María.

cuadros conexos que se extendían desde la caída del hombre hasta su redención. Había allí todo un mundo, donde las cosas nacían unas de otras. Tuve conocimiento de todo, pero ya no puedo dar los detalles.

En lo más alto hallábase la Santísima Trinidad; más abajo, a un lado, el Paraíso, Adán y Eva, el pecado original, la promesa de la redención, todas las figuras que la anunciaban de antemano, Noé, el diluvio, el Arca, la bendición de Abrahán, la trasmisión de la bendición a su hijo Isaac, y de éste a Jacob; luego, cuando le fué retirada a Jacob por el ángel con quien luchó; cómo pasó a José en el Egipto; cómo se mostró en él y en su mujer, Asenet, en un grado de más alta dignidad; y cómo el don sagrado, donde reposaba la bendición, era sacado de Egipto por Moisés con las reliquias de José y de Asenet y se transformaba en el Santo de los Santos del Arca de la Alianza, la residencia de Dios vivo en medio de su pueblo. Vi el culto y la vida del pueblo de Dios en sus relaciones con este misterio, las disposiciones y las combinaciones para el desarrollo de la raza santa, del linaje de la Santísima Virgen, así como las figuras y los símbolos de María y del Salvador en la historia y en los profetas. Vi todo esto en cuadros simbólicos dentro de la esfera luminosa. Vi grandes ciudades, torres, palacios, tronos, puertas, jardines, flores, todas estas imágenes maravillosamente unidas entre sí por puentes de luz. Todo esto era embestido por fieras y otras temibles apariciones. Estos cuadros mostraban como la raza de la Santísima Virgen, al igual que todo lo santo, había sido conducida por la gracia de Dios a través de combates y asaltos. Recuerdo haber visto, en esta serie de cuadros, un jardín rodeado por densa valla espinosa, a través de la cual se esforzaban por pasar, en vano, una cantidad de serpientes y bestias repulsivas semejantes. Vi también una torre muy firme, asaltada por todas partes por guerreros, que luego eran precipitados desde lo alto de las murallas. Observé muchas imágenes análogas que se referían a la historia de la Virgen en sus antepasados. Los pasajes y puentes que unían el conjunto significaban la victoria obtenida sobre obstáculos e interrupciones que se oponían a la obra de la salvación. Era como si una carne inmaculada, una sangre purísima hubiesen sido puestas por Dios en medio de la humanidad, como en un río de agua turbia, y debiesen, a través de muchas penas y esfuerzos, reunir sus elementos dispersos, mientras el río trataba de atraerlas hacia sí y empañarlas; pero al final, con la gracia de Dios, de los innumerables favores y de

la fiel cooperación de parte de los hombres, esto debía, después de oscurecimientos y purificaciones, subsistir en un río que renovaba sus aguas sin cesar, y elevarse fuera del río bajo la forma de la Santísima Virgen, de la cual nació el Verbo, hecho carne, que habitó entre nosotros. Entre las imágenes que contemplé en la esfera luminosa había muchas que están mencionadas en las letanías de la Virgen: las veo, las comparo, las comprendo y las voy considerando con profunda veneración cuando recito las letanías. Más tarde se desarrollaban en estos cuadros hasta el perfecto cumplimiento de la obra de la divina Misericordia con la humanidad, caída en una división y en un desgarramiento infinitos. Por el costado del globo luminoso opuesto al Paraíso, llegaban los cuadros hasta la Jerusalén celestial(*), a los pies del trono de Dios.

Cuando hube visto todo, desvanecióse el globo resplandeciente, que no era sino la misma sucesión de cuadros que partiendo de un punto volvían todos a él luego de haber formado un círculo de luz. Creo que fué una revelación hecha a Joaquín por los ángeles, bajo la forma de una visión, de la cual tuve yo también conocimiento. Cuando recibo una comunicación de esta clase se me aparece siempre dentro de una esfera luminosa.

VI

Joaquín recibe el misterio del Arca de la Alianza

Tomó el ángel, sin abrir la puerta del Arca, algo de dentro. Era el misterio del Arca de la Alianza, el sacramento de la Encarnación, de la inmaculada Concepción, el cumplimiento y la culminación de la bendición de Abrahán. He visto como un cuerpo luminoso este misterio del Arca. El ángel ungió o bendijo con la punta del pulgar y del índice la frente de Joaquín; luego pasó el cuerpo luminoso bajo el vestido de Joaquín, desde donde, no sé decir cómo, penetró dentro de él mismo. También le dió a beber algo de un vaso o cáliz brillante que sostenía por debajo con sus dos dedos. Este cáliz tenía la forma del cáliz de la última Cena, pero sin pie, y Joaquín debió conservarlo para sí y llevarlo a su casa. Entendí que el ángel le mandó a Joaquín

(*) María de Agreda dice, en sus visiones sobre la vida de la Virgen, que le fué explicado que la nueva y celestial Jerusalén de que habla el Apocalipsis (XXII), no es otra cosa que la Virgen Santísima.

que conservase el misterio, y entendí, entonces, por qué Zacarías, padre del Bautista, quedó mudo después de haber recibido la bendición y la promesa de tener hijo de Isabel, bendición y promesa que venían del misterio del Arca de la Alianza. Sólo más tarde fué echado de menos el misterio del Arca por los sacerdotes del templo. Desde entonces se extraviaron del todo y se volvieron farisaicos. El ángel sacó a Joaquín del *Sancta Sanctorum* y desapareció. Joaquín permaneció tendido en el suelo rígido y fuera de sí. Vi que luego llegaron los sacerdotes y sacaron de allí reverentemente a Joaquín y lo sentaron en un sillón, sobre unas gradas, que sólo usaban los sacerdotes. El sillón era cómodo y forrado en el asiento, semejante a las sillas que usaba Magdalena en sus tiempos de lujo. Los sacerdotes le echaron agua en la cara y le pusieron delante de la nariz algo o le dieron alguna cosa para tomar; en una palabra, lo trataron como a uno que se ha desmayado. Con todo, he visto que Joaquín quedó, después de lo recibido del ángel, todo luminoso, más joven y rozagante.

VII

Encuentro de Joaquín y Ana

Joaquín fué guiado por los sacerdotes hasta la puerta del pasillo subterráneo, que corría debajo del templo y de la puerta derecha. Era éste un camino que se usaba en algunos casos para limpieza, reconciliación o perdón. Los sacerdotes dejaron a Joaquín en la puerta, delante de un corredor angosto al comienzo, que luego se ensanchaba y bajaba insensiblemente. Había allí columnas forradas con hojas de árboles y vides y brillaban los adornos de oro en las paredes iluminadas por una luz que venía de lo alto. Joaquín había andado una tercera parte del camino, cuando vino a su encuentro Ana, en el lugar del corredor, debajo de la puerta dorada donde había una columna en forma de palmera con hojas caídas y frutos. Ana había sido conducida por los sacerdotes a través de una entrada que había del otro lado del subterráneo. Ella les había dado con su criada las palomas para el sacrificio, en unos cestos que había abierto y presentado a los sacerdotes, conforme le había mandado el ángel. Había sido conducida hasta allí en compañía de otras mujeres, entre ellas, la profetisa Ana. He visto que cuando se abrazaban Joaquín y Ana, estaban en éxtasis. Estaban rodeados de numerosos ánge-

les, que flotaban sobre ellos, sosteniendo una torre luminosa y recordando la torre de marfil, la torre de David y otros títulos de las letanías lauretanas. Desapareció la torre entre Joaquín y Ana: ambos estaban llenos de gloria y resplandor. Al mismo tiempo, el cielo se abrió sobre ellos y vi la alegría de los ángeles y de la Santísima Trinidad y la relación de todo esto con la concepción de María Santísima. Cuando se abrazaron, rodeados por el resplandor, entendí que era la concepción de María en ese instante, y que María fué concebida como hubiera sido la concepción de todos sin el pecado original.

Joaquín y Ana caminaban así, alabando a Dios, hasta la salida. Llegaron a una arcada grande, como una capilla donde ardían lámparas, y salieron afuera. Aquí fueron recibidos por los sacerdotes, que los despidieron. El templo estaba abierto y adornado con hojas y frutos. El culto se realizaba bajo el cielo, al aire libre. En cierto lugar había ocho columnas aisladas adornadas con ramajes. Joaquín y Ana llegaron a una salida abierta al borde extremo de la montaña del templo, frente al valle de Josafat. No era posible ir más lejos en esa dirección, pues el camino doblaba a derecha e izquierda. Hicieron todavía una visita a un sacerdote y luego los vi con su gente dirigirse a su casa. Una vez llegado a Nazaret, Joaquín dió un banquete de regocijo, sirvió a muchos pobres y repartió grandes limosnas. Vi el júbilo y el fervor de los esposos y su agradecimiento a Dios, pensando en su misericordia hacia ellos; observélos a menudo orando juntos, con los ojos bañados en lágrimas. Se me explicó en esta ocasión que los padres de la Santísima Virgen la engendraron en una pureza perfecta, por el efecto de la obediencia. Si no hubiera sido con el fin de obedecer a Dios, habrían guardado perpetua continencia. Comprendí, al mismo tiempo, cómo la pureza, la castidad, la reserva de los padres y su lucha contra el vicio impuro tiene incalculable influencia sobre la santidad de los hijos engendrados. En general, siempre vi en la incontinencia y en el exceso, la raíz del desorden y del pecado. Vi también que mucha gente se congratulaba con Joaquín por haber sido recibida su ofrenda en el templo.

Después de cuatro meses y medio, menos tres días, de haber concebido Ana bajo la puerta dorada, he visto formarse el alma de María por la Santísima Trinidad. Vi un movimiento en la Trinidad y penetrar algo como un monte resplandeciente y con todo un rostro de hombre. Vi subir algo de la parte media hacia la boca y salir de la boca un resplandor. Este resplandor estaba

fuera del rostro de Dios y tomó forma de persona o mejor fué formada así. Mientras tomaba esta forma de persona, vi que era hecha tan hermosa por voluntad de Dios. Vi cómo Dios mostraba a los ángeles la belleza de esa alma y como ellos sintieron por ello inexplicable alegría. Después vi reunirse esta alma con el cuerpo de María en el seno de Ana. Ana estaba tendida en su lecho. Vi un resplandor sobre ella y un rayo de luz descender hacia la parte media de su costado: este resplandor, en forma de pequeña figura de persona, entró en santa Ana. En ese momento se incorporó Ana, rodeada de luz, transfigurada, como si estuviera fuera de sí; vió en el resplandor una luminosa Virgen, como en un tabernáculo, de donde salía toda salud para la humanidad. He visto también, en ese momento, como María se movió por primera vez dentro del seno materno. Ana se levantó al punto y le comunicó todo a Joaquín; luego salió a rezar bajo aquel árbol debajo del cual le había sido anunciada la Concepción inmaculada. Entendí también que el alma de María se unió al cuerpo cinco días antes del tiempo en que pasa con los demás niños y que asimismo nació doce días antes del término común que los demás hombres.

VIII

Figuras del misterio de la Inmaculada Concepción

Vi la tierra de Palestina reseca por falta de lluvia y a Elías subiendo con dos servidores al monte Carmelo; al principio, a lo largo de la ladera; luego sobre escalones, hasta una terraza, y después de nuevo sobre escalones en una planicie con una colina que tenía una cueva hasta la cual llegó. Dejó a sus servidores sobre la ladera de la planicie para que mirasen al mar de Galilea, que aparecía casi seco, con honduras, pantanos y hoyos llenos de peces y animales muertos. Elías se inclinó sobre si hasta poner su cabeza sobre las rodillas, se cubrió y clamó con fuerza a Dios. Por siete veces llamó a sus siervos, preguntándoles si no veían alguna nube levantarse sobre el mar. Finalmente vi que en medio del mar se levantaba una nubecilla blanca, de la cual salió otra nube negra, dentro de la cual había una figura blanca; se agrandó y en lo alto se abrió ampliamente. Mientras la nube se levantaba, vió Elías dentro de ella la figura de una Virgen luminosa. Su cabeza estaba coronada de rayos, los brazos levan-

tados en forma de cruz, en una mano una corona de victoria y el largo vestido estaba como sujeto bajo los pies. Parecía que flotaba y se extendía sobre la tierra de Palestina.

Elías reconoció cuatro misterios de la Virgen Inmaculada; que debía venir en la séptima época del mundo y de qué estirpe debía venir; vió también a un lado del mar un árbol pequeño y ancho, y al otro, uno muy grande, el cual echaba sus ramas superiores en el árbol pequeño. Observé que la nube se dividía. En ciertos lugares santificados, donde habitaban hombres justos que aspiraban a la salvación, dejaba la nube como blancos torbellinos de rocío, que tenían en los bordes todos los colores del arco iris, y vi concentrarse en ellos la bendición, como para formar una perla dentro de su concha. Fuéme explicado que era ésta una figura profética y que en los lugares bendecidos donde la nube había dejado caer los torbellinos hubo cooperación real en la manifestación de la Santísima Virgen(*). Vi en seguida un sueño profético, en el cual, durante la ascensión de la nube, conoció Elías muchos misterios relativos a la Santísima Virgen. Desgraciadamente, en medio de tantas cosas que me perturban y me distraen, he olvidado los detalles, como también otras muchas cosas. Supo Elías que María debía nacer en la séptima edad del mundo; por esto llamó siete veces a su servidor. Otra vez pude ver a Elías que ensanchaba la gruta sobre la cual había orado y establecer una organización más perfecta entre los hijos de los profetas. Algunos de ellos rezaban habitualmente en esta gruta para pedir la venida de la Santísima Virgen, honrándola desde antes de su nacimiento. Esta devoción se perpetuó sin interrupción, subsistió gracias a los esenios, cuando estaba ya sobre la tierra y fué observada más tarde por algunos ermitaños, de los cuales salieron finalmente los religiosos del Carmelo.

Elías, por medio de su oración, había dirigido las nubes de agua según internas inspiraciones: de otro modo se hubiera originado un torrente devastador en lugar de lluvia benéfica. Observé como las nubes enviaron primero el rocío; caían en blancas líneas, formaban torbellinos con los colores del arco iris en los bordes, y finalmente caían en gotas de lluvia. Reconocí en esto una relación con el maná del desierto, que por la mañana aparecía rojizo y denso cubriendo el suelo como una piel que se podía extender. Estos torbellinos corrían a lo largo del Jor-

(*) **En un antiguo comentario hebraico sobre los salmos se leen las palabras siguientes: "Yo he creado siete mares, dice Dios, mas entre todos he elegido solamente el de Genesaret".**

dán, y no caían en todas partes, sino en ciertos lugares, como en Salén, donde Juan debía más tarde bautizar. Pregunté qué significaban los bordes rojizos, y se me dió la explicación de la concha del mar, que tiene también estos multicolores bordes, que expuesta al sol absorbe los colores y purificada de colores se vá formando en su centro la madreperla blanca y pura. No puedo explicar mejor todo esto; pero se me dió a entender que ese rocío y esa lluvia significaba mucho más de lo que podía ser considerándolo solo un refrescamiento de la tierra sedienta. Entendí que sin ese rocío la venida de María se hubiese retardado cien años, mientras las descendencias que se nutren de los frutos de la tierra y se ennoblecen por el aplacamiento y la bendición del suelo, realzasen de nuevo esas descendencias recibiendo la carne la bendición de la pura propagación. La figura de la madreperla se refería a María y a Jesús. Además de la aridez de la tierra por falta de lluvia, observé la esterilidad de los hombres, y cómo los rayos del rocío caían de descendencia en descendencia, hasta la substancia de María. No puedo decirlo mejor. A veces presentábanse sobre los bordes multicolores una o varias perlas en forma de rostro humano que parecía derramar un espíritu que volvía luego a brotar con los demás.

IX

Se anuncia a los paganos el futuro Mesías

He visto que por la gran misericordia de Dios se anunció a los paganos piadosos de esa época que el Mesías debía nacer de una Virgen en Judea. Esto sucedió en Caldea, donde había astrólogos, que tenían visiones de una figura en los astros o en mitad del cielo; estos astrólogos profetizaban luego todo lo que veían. También en Egipto he visto anuncios de la futura salud.

Le fué mandado a Elías que reuniera a varias piadosas familias dispersas en el Norte, Oriente y Mediodía y las llevase a Judea. Elías envió a tres discípulos de los profetas, que reconoció aptos para dicho objeto, por una señal que le dió el mismo Dios a Elías. Necesitaba gente muy segura, porque era una empresa ardua y arriesgada. Uno de ellos fué al Norte, otro al Oriente y el tercero al Mediodía. Este camino lo llevaba a Egipto por un camino peligroso para los israelitas. Lo he visto en el mismo camino cuando huyó a Egipto la Sagrada Familia, y luego

en la ciudad de Heliópolis. En un valle había un gran templo, rodeado de muchos edificios, y él llegó allí a tiempo que se prestaba adoración a un buey vivo. De estos animales había varias figuras en el templo, junto a otros ídolos. Se sacrificaban al ídolo niños que habían nacido deformes. Como el profeta pasara por allí, lo detuvieron y lo llevaron delante de los sacerdotes. Por suerte éstos eran, en general, muy curiosos de novedades: de otro modo lo habrían matado. Le preguntaron de dónde era, y él les contestó claramente que nacería una Virgen de la cual vendría la salud del mundo; que entonces todos sus ídolos caerían por tierra deshechos(*). Se maravillaron de lo que les decía, se conmovieron y lo dejaron marchar.

Después se reunieron en consejo e hicieron la figura de una Virgen, que pendieron en medio de su templo, extendida en el aire como si planeara. La imagen tenía un peinado semejante al de sus ídolos, de los cuales gran número habían sido puestos en fila. Tenían busto de mujer y el resto era semejante al león(**). La imagen de la Virgen que hicieron los egipcios llevaba en la cabeza un pequeño vaso, bastante hondo, parecido al que usaban para medir las frutas; los brazos hasta el codo estaban pegados a lo largo del cuerpo, separándose de él y extendiéndose al alzarse. La imagen tenía algunas espigas de trigo en las manos; tenía tres senos, uno mayor en el centro y dos pequeños más abajo a cada lado. La parte inferior del cuerpo estaba envuelta en largo ropaje; de los pies, pequeños y muy finos, colgaban algo así como borlas. De los dos hombros se alzaban hermosas plumas en forma de rayos, que parecían alas y que eran como dos peines estrechamente unidos entre sí. Tenía otras plumas cruzadas a lo ancho de las caderas, replegadas hacia arriba por la mitad del cuerpo. El vestido no tenía pliegues. Honraron a esta imagen y le ofrecieron sacrificios, rogándole que no destruyera a su buey Apis ni a las demás deidades. Por otra parte, perseveraron en todas las abominaciones de su culto idolátrico, empezando, sin embargo, desde ese momento a invocar primero a la Virgen de la cual habían hecho la imagen, según creo, de acuerdo con diversas indicaciones

(*) San Epifanio, en un libro sobre la vida de los profetas, dice de Jeremías: "Este profeta dió una señal a los sacerdotes de Egipto anunciándoles que sus ídolos caerían al suelo hechos pedazos cuando una virgen Madre con su divino Hijo entrare en Egipto". Este discípulo de Elías no fué Jeremías, que nació tres siglos después.

(**) Un arqueólogo señala una estatua egipcia que representa a Isis con las mismas características.

tomadas del relato del profeta y tratando de reproducir la figura vista por Elías.

He visto cuadros de la historia de Tobías y del casamiento del joven Tobías, por intermedio del ángel, y supe que había allí una figura de Santa Ana y de su historia. El viejo Tobías representaba a la raza piadosa de los judíos que esperaban al Mesías. El haberse puesto ciego significaba que no debía tener más hijos y que debía entregarse más a la meditación y a la oración. Las molestias que le ocasionaba su mujer con sus quejas significaban las formas vacías de los fariseos y doctores de la ley. La paloma era una indicación de la primavera cercana y de la salud venidera. La ceguera indicaba la espera ansiosa de la redención y la ignorancia del lugar de su advenimiento. El ángel dijo verdad al afirmar que era Azarías, hijo de Ananías, pues estas palabras significan más o menos: la ayuda de Dios que viene de la nube de Dios. El ángel era la conducción de las descendencias y la conservación y dirección de la bendición misteriosa, hasta su cumplimiento en la Concepción Inmaculada de María. Las oraciones del viejo Tobías y de Sara, llevadas ante el trono de Dios por los ángeles, por haber sido escuchadas, significaban los clamores y deseos de los piadosos israelitas y de las hijas de Sión, pidiendo la venida de la redención, y también el clamor de Joaquín y de Ana para conseguir la hija de la promesa. La ceguera de Tobías y la murmuración de su mujer indicaban también el desprecio que se hizo a Joaquín al rechazarle su sacrificio. Los siete pretendientes de Sara muertos, significaban aquéllos antepasados de la santa Virgen que habían impedido la venida de María y la salud, como asimismo los pretendientes que Ana tuvo que rechazar antes de Joaquín. El desprecio de la criada de Sara indicaba el desprecio de los paganos y de los incrédulos judíos, ante la venida del Mesías, que llevaba a los buenos a rezar. También expresaba el desprecio de la criada de Ana, que movió a ésta a rezar con más fervor hasta que fué oída su petición. El pez que pretendía devorar a Tobías significaba la larga esterilidad de Ana; el corte del hígado, la bilis y el corazón del pez expresaban la mortificación y las buenas obras. El cabrito que la mujer de Tobías había traído a casa en pago de su trabajo, era realmente hurtado, que los hombres le dieron por bueno y pagado barato. Tobías conocía a esta gente y lo sabía, y fué por esto reprochado. Tenía también la significación de los desprecios que sufrían los buenos judíos y esenios de parte de los fariseos y judíos formulistas y otras que

no recuerdo. La hiel con la cual el ciego Tobías recobró la vista indicaba la mortificación y la penitencia, por las cuales los judíos elegidos llegaban al conocimiento de la salud y redención. Indicaba además la entrada de la luz en la oscuridad, por medio de la amarga pasión de Jesucristo, desde su niñez.

X

Cuadros de la Inmaculada Concepción

Vi salir de la tierra una hermosa columna como el tallo de una flor. A semejanza del cáliz de una flor o la cabeza de la amapola que surgen de un pedúnculo, así salía de la columna una iglesia octogonal, resplandeciente, que permaneció firme sobre la columna. Esta subía hasta el centro de la iglesia como un pequeño árbol, cuyas ramas, divididas con regularidad, llevaban las figuras de la familia de la Santísima Virgen, las cuales, en esta representación de la fiesta, eran objeto de veneración particular. Estaban como sobre los estambres de una flor. Santa Ana estaba colocada entre Joaquín y otro, quizás su padre. Debajo del pecho de Santa Ana vi una cavidad luminosa, como un cáliz y en ella la figura de un niño resplandeciente que se desarrollaba y crecía. Sus manecitas estaban cruzadas sobre el pecho; de su cabecita inclinada partían infinidad de rayos que se dirigían hacia una parte del mundo. Me parece que no era en todas direcciones. Sobre otras ramas circundantes había varias figuras vueltas hacia el centro en actitud respetuosa. En la iglesia vi un número infinito de santos en fila, rodeándola o formando coros, que se inclinaban, al rezar, hacia la santa Madre. Se exteriorizaba el fervor más dulce y notábase una íntima unión en esta fiesta, que sólo podría compararse a la de un cantero de flores muy variadas, que agitadas por el aura suave girasen hacia el sol, como para ofrecer sus fragancias y sus colores al astro del cual recibían sus propios dones y su propia vida. Por encima de este cuadro simbólico de la festividad de la Inmaculada Concepción, se alzó el pequeño árbol luminoso con un nuevo vástago en la extremidad, y en esta segunda corona de ramas pude contemplar la celebración de una segunda etapa de la fiesta. Aquí María y José estaban hincados de rodillas y algo más abajo, delante de ellos, Santa Ana. Todos adoraban al Niño Jesús, sentado, con el globo del reino en la mano,

en lo más alto del tallo, rodeado de un resplandor maravilloso. En torno de este cuadro veíanse a corta distancia varios coros: los de los Reyes Magos, de los pastores, de los apóstoles y discípulos, mientras otros santos formaban círculos algo más alejados del centro. Observé en las alturas algunas formas más difusas: los coros celestiales. Más alto aún, el brillo como de un medio sol penetraba atravesando la cúpula de la iglesia. Parecía indicar este segundo cuadro la proximidad de la fiesta de la Natividad que sigue a la Inmaculada Concepción.

Cuando apareció el primer cuadro me pareció hallarme fuera de la iglesia, bajo la columna, en un país circundante; después me encontré dentro de ella. Vi a la pequeña María creciendo en el espacio luminoso, debajo del corazón de Santa Ana. Me sentía penetrada de la íntima convicción de la ausencia absoluta de toda mancha original en la concepción de María. Leí esto con toda claridad como se lee un libro y lo comprendí entonces perfectamente. Me fué dicho que en otros tiempos hubo en este lugar una iglesia levantada en memoria de esta gracia inestimable otorgada por Dios; pero que fué entregada a la destrucción a causa precisamente de las muchas disputas y escándalos que se suscitaron a raíz de las controversias acerca de la Inmaculada Concepción de María. Entendí también estas palabras: "En cada visión permanece un misterio hasta que se haya realizado".

La Iglesia triunfante sigue celebrando allí mismo la fiesta de la Inmaculada Concepción.

XI

Misterios de la vida de María

Diciembre 26 de 1822. — A menudo oí a María contar a algunas mujeres de su confianza, Juana Chusa y Susana de Jerusalén, diferentes misterios relativos a Nuestro Señor y a ella misma, que sabía por iluminación interior del cielo o por lo que le había narrado Santa Ana. Le oí decir a Susana y a Marta que durante el tiempo que llevaba a Jesús en su seno jamás había sentido el más pequeño sufrimiento, sino un continuo regocijo y felicidad indecible. Contaba que Joaquín y Ana se habían encontrado bajo la Puerta Dorada en una hora también dorada; que en aquel sitio habían recibido la plenitud de la

gracia divina en virtud de la cual ella sola había recibido la existencia en el seno de su madre por efecto de la santa obediencia y del puro amor de Dios, sin mezcla de impureza alguna. Les hacía comprender también que, sin el pecado original, la concepción de todos los hombres hubiera sido igualmente pura.

Vi en seguida de nuevo todo lo relacionado con la gracia acordada a los padres de María, desde la aparición del ángel hasta su encuentro bajo la Puerta Dorada. Bajo ella he visto a Joaquín y a Ana rodeados de una multitud de ángeles que resplandecían con luz celestial. También ellos eran luminosos y puros, casi como espíritus. Hallábanse en el estado sobrenatural en que ninguna pareja humana se hubo hallado antes. Creo que era bajo la Puerta Dorada donde tenían lugar las pruebas y ceremonias de la absolución para las mujeres acusadas de adulterio, así como otras expiaciones. Debajo del templo había cinco pasajes subterráneos de esa clase y existía además otro bajo el lugar donde habitaban las vírgenes. Estos pasajes servían para ciertas expiaciones. Ignoro si otras personas pasaron por este camino antes que Joaquín y Ana; pero fué este un caso muy raro. No recuerdo si lo usaban para los sacrificios que se ofrecían por las personas estériles; pero sé que en esta circunstancia les fué ordenado a los sacerdotes disponer las cosas en la forma sucedida.

XII

Víspera del nacimiento de María

¡Qué alegría tan grande hay en toda la naturaleza!... Oigo cantar a los pajaritos, veo a los corderitos y cabritos saltar de alegría, y a las palomas rondar en bandadas de un lado a otro con inusitado alborozo, allí donde estuvo antes la casa de Ana. Ahora no existe nada: el lugar es todo desierto. Tuve una visión de peregrinos de muy antiguos tiempos que, recogidos sus vestidos, con turbantes en las cabezas y largos bastones de viaje, atravesaban esta comarca para dirigirse al monte Carmelo. Ellos también notaron esta alegría extraordinaria de la naturaleza. Cuando manifestaron su extrañeza y preguntaron a las personas con las cuales se hospedaron, la razón de tal suceso, les respondieron que tales contentos y manifestaciones de alegría se notan

todas las vísperas, desde el nacimiento de María y que allí había estado la casa de Ana. Hablaron entonces de un varón santo, de tiempos antiguos, que había observado esta renovación de la naturaleza, que fué la causa de que se celebrase entonces la fiesta del nacimiento de María en la Iglesia Católica.

Doscientos cincuenta años después del tránsito de María al cielo vi a un piadoso peregrino atravesar la Tierra Santa y visitar y anotar todos los lugares por donde había estado Jesús en su peregrinación sobre la tierra, para venerarlos y recordarlos. Este hombre gozó de una inspiración sobrenatural que le guiaba. En algunos lugares se detenía varios días, probando especial dulzura y contento, y recibía revelaciones mientras estaba en oración y meditación piadosas. Había tenido siempre la impresión de que del 7 al 8 de Septiembre había una grande alegría en la naturaleza en Tierra Santa y oía en ese tiempo armoniosos cantos de pájaros. Finalmente obtuvo, después de mucho pedir en oración, la revelación de que esa era la fecha del nacimiento de María. Tuvo esta revelación en el camino al monte Sinaí y el aviso de que allí había una capilla murada dedicada a María, en una gruta del profeta Elías. Se le dijo que debía decir estas cosas a los solitarios que habitaban en las faldas del monte Sinaí, adonde le he visto llegar. Donde ahora están los monjes, había ya ermitaños que vivían aislados: el lugar era entonces tan agreste del lado del valle, como ahora, necesitándose un aparato para poder subir arriba. Observé que, según sus indicaciones, se celebró allí la festividad del nacimiento de María el 8 de Septiembre del año 250 y que luego pasó esta fiesta a la Iglesia universal. Vi también que los ermitaños, juntos con el peregrino, escudriñaron la gruta de Elías buscando la capilla murada de María. No era cosa fácil encontrarla, pues había muchas grutas de antiguos ermitaños y de los esenios, entre jardines y huertas agrestes, donde aún crecían hermosas frutas. El vidente dijo que trajeran a un judío, y la gruta de la cual el judío fuera arrojado afuera, sería la señal de que ésa era la de Elías. Le fué dicho esto en una revelación. Tuve luego la visión de cómo buscaron a un viejo judío y lo llevaron a las grutas del monte, y cómo éste era siempre arrojado afuera de una gruta, que tenía una puerta angosta amurallada, a pesar de que él se esforzaba por entrar. Por este prodigio reconocieron la gruta de Elías, dentro de la cual encontraron otra segunda cueva amurallada, que había sido la capilla donde el profeta había orado a la

futura Madre del Salvador. Allí dentro hallaron huesos sagrados de profetas y antiguos padres, como también biombos tejidos y utensilios que habían servido antiguamente para el servicio divino. El lugar donde estuvo la zarza se llama, según el lenguaje de la región, "Sombra de Dios", y es visitado por los peregrinos, que se descalzan antes. La capilla de Elías estaba hecha con hermosas piedras de colores y floreadas. Hay en las cercanías una montaña de arena rojiza, en la falda de la cual se cosechan hermosas frutas.

XIII

Oraciones para la fiesta de la Natividad de María

Vi muchas cosas relacionadas con Santa Brígida y tuve conocimiento de varias comunicaciones hechas a esta santa sobre la Concepción Inmaculada y la Natividad de María. Recuerdo que la Virgen Santísima le dijo que cuando las mujeres embarazadas santifican la víspera del día de su Nacimiento, ayunando y recitando con devoción nueve veces el Ave María, en honor de los nueve meses que ella había pasado en el seno de su madre, y cuando renuevan con frecuencia este ejercicio de piedad en el curso de su preñez y la víspera de su alumbramiento, acercándose con piedad a los sacramentos, lleva ella esas oraciones ante Dios y les obtiene un parto feliz, aunque las condiciones se presenten difíciles.

En cuanto a mí, se me acercó la Virgen y me dijo, entre otras cosas, que quien en el día de hoy, por la tarde, recite con devoción nueve veces el Ave María en honor de su permanencia de nueve meses en el seno de su madre y de su nacimiento, y continúe durante nueve días este ejercicio de piedad, da a los ángeles cada día nueve flores destinadas a formar un ramillete que ella recibe en el cielo y presenta a la Santísima Trinidad, con el fin de obtener una gracia para la persona que ha dicho esas mismas oraciones. Más tarde me sentí transportada a la altura, entre el cielo y la tierra. Debajo estaba la tierra, oscura y esfumada. En el cielo, entre los coros de los ángeles y santos, vi a la Santísima Virgen ante el trono de Dios. Pude ver construir, para ella, con las oraciones y las devociones de los fieles del mundo dos puertas o tronos de honor que crecían hasta formar iglesias, palacios y ciudades enteras. Me admiró que estos edificios estuvieran hechos totalmente de plantas, flores

y guirnaldas, expresando, las diversas especies, la naturaleza y el mérito de las oraciones, dichas por los individuos o por las comunidades. Vi que para conducirlo hasta el cielo los ángeles y santos tomaban todo esto de entre las manos de quienes decían tales oraciones.

XIV

Nacimiento de María Santísima

Con varios días de anticipación había anunciado Ana a Joaquín que se acercaba su alumbramiento. Con este motivo envió ella mensajeros a Séforis, a su hermana menor Marha; al valle de Zabulón, a la viuda Enue, hermana de Isabel; y a Betsaida, a su sobrina María Salomé, llamándolas a su lado. Vi a Joaquín, la víspera del alumbramiento de Ana, que enviaba numerosos siervos a los prados donde estaban sus rebaños, yendo él mismo al más cercano. Entre las nuevas criadas de Ana, sólo guardó en su casa a aquéllas cuyo servicio era necesario. Vi a María Helí, la hija mayor de Ana, ocupándose en los quehaceres domésticos. Tenía entonces unos diez y nueve años, y habiéndose casado con Cleofás, jefe de los pastores de Joaquín, era madre de una niñita llamada María de Cleofás, de más o menos cuatro años en aquel momento. Joaquín oró, eligió sus más hermosos corderos, cabritos y bueyes y los envió al templo como sacrificio de acción de gracias. No volvió a casa hasta el anochecer.

Por la noche vi llegar a casa de Ana a sus tres parientas. La visitaron en su habitación situada detrás del hogar, y la besaron. Después de haberles anunciado la proximidad de su alumbramiento, Ana, poniéndose de pie, entonó con ellas un cántico concebido más o menos en estos términos: "Alabad a Dios, el Señor, que ha tenido piedad de su pueblo, que ha cumplido la promesa hecha a Adán en el paraíso, cuando le dijo que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente...". No me es posible repetir todo con exactitud. Se encontraba Ana en áxtasis, enumerando en su cántico todas las imágenes que figuraban a María. Decía: "El germen dado por Dios a Abrahán ha llegado a su madurez en mi misma". Hablaba luego de Isaac, prometido de Sara, y agregaba: "El florecimiento de la vara de Aarón se ha cumplido en mi". La he visto penetrada de luz en medio de su aposento, lleno de resplandores, donde aparecía también, en lo alto, la escala de Jacob. Las mujeres, llenas de asom-

bro y de júbilo, estaban como arrobadas, y creo que vieron la aparición. Después de la oración de bienvenida se sirvió a las mujeres una pequeña comida de frutas y agua mezclada con bálsamo. Comieron y bebieron de pie, y fueron a dormir algunas horas para reposar del viaje. Ana permaneció levantada, y oró. Hacia la media noche, despertó a sus parientas para orar juntas, siguiéndola éstas detrás de una cortina cerca del lecho. Ana abrió las puertas de una alacena embutida en el muro, donde se hallaban varias reliquias dentro de una caja. Vi luces encendidas a cada lado; pero no sé si eran lámparas. Al pie de este pequeño altar había un escabel tapizado. El relicario contenía algunos cabellos de Sara, a quien Ana profesaba veneración; huesos de José, que Moisés había traído de Egipto; algo de Tobías, quizás un trozo de vestido, y el pequeño vaso brillante en forma de pera donde había bebido Abrahán al recibir la bendición del ángel y que Joaquín había recibido junto con la bendición. Ahora sé que esta bendición constaba de pan y vino y era como un alimento sacramental. Ana se arrodilló delante de la alacena. A cada lado de ella estaba una de las dos mujeres, y la tercera, detrás. Recitó un cántico: creo que se trataba de la zarza ardiente de Moisés. Vi entonces un resplandor celestial que llenó la habitación, y que, moviéndose, condensábase en torno de Ana. Las mujeres cayeron como desvanecidas con el rostro pegado al suelo. La luz en torno de Ana tomó la forma de la zarza que ardía junto a Moisés, sobre el monte Horeb, y ya no me fué posible contemplarla. La llama se proyectaba hacia el interior: de pronto vi que Ana recibía en sus brazos a la pequeña María, luminosa, que envolvió en su manto, apretó contra su pecho y colocó sobre el escabel delante del relicario. Prosiguió luego sus oraciones. Oí entonces que la niña lloraba. Vi que Ana sacaba unos lienzos debajo del gran velo que la cubría, y fajándola, dejaba la cabeza, el pecho y los brazos descubiertos. La aparición de la zarza ardiendo desapareció.

Levantáronse entonces las mujeres y en medio de la mayor admiración recibieron en brazos a la criatura recién nacida, derramando lágrimas de alegría. Entonaron todas juntas un cántico de acción de gracias, y Ana alzó a la niña en el aire como para ofrecerla. Vi entonces que la habitación se volvió a llenar de luces y oí a los ángeles que cantaban Gloria y Aleluya. Pude escuchar todo lo que decían: supe que, según lo anunciaban, veinte días más tarde la niña recibiría el nombre de María. Entró Ana en su alcoba y se acostó. Las mujeres tomaron a la

niña, la despojaron de la faja, la lavaron y, fajándola de nuevo, la llevaron en seguida junto a su madre, cuyo lecho estaba dispuesto de tal manera que se podía fijar contra él una pequeña canasta calada, donde tenía la niña un sitio separado al lado de su madre. Las mujeres llamaron entonces a Joaquín, el cual se acercó al lecho de Ana, y arrodillándose, derramó abundantes lágrimas de alegría sobre la niña. La alzó en sus brazos y entonó un cántico de alabanzas, como Zacarías en el nacimiento del Bautista. Habló en el cántico del santo germen, que colocado por Dios en Abrahán se había perpetuado en el pueblo de Dios y en la Alianza, cuyo sello era la circuncisión y que con esta niña llegaba a su más alto florecimiento. Oí decir en el cántico que aquellas palabras del profeta: "Un vástago brotará de la raíz de Jessé", cumplíanse en este momento perfectamente. Dijo también, con mucho fervor y humildad, que después de esto moriría contento. Noté que María Helí, la hija mayor de Ana, llegó bastante tarde para ver a la niña. A pesar de ser madre ella misma, desde varios años atrás, no había asistido al nacimiento de María quizás porque, según las leyes judías, una hija no debía hallarse al lado de su madre en tales circunstancias. Al día siguiente vi a los servidores, a las criadas y a mucha gente del país reunidos en torno de la casa. Se les hacía entrar sucesivamente, y la niña María fué mostrada a todos por las mujeres que la atendían. Se emocionaron mucho y algunos se volvieron más buenos. Otros vecinos acudían porque durante la noche había aparecido una luz encima de la casa, y porque el alumbramiento de Ana, después de tantos años de esterilidad, era considerado como una especial gracia del cielo.

XV

El nacimiento de María en el Cielo, en el Limbo y en la naturaleza

En el instante en que la pequeña María se hallaba en los brazos de Santa Ana, la vi en el cielo presentada ante la Santísima Trinidad y saludada con júbilo por todos los coros celestiales. Entendí que le fueron manifestados de modo sobrenatural todas sus alegrías, sus dolores y su futuro destino. María recibió el conocimiento de los más profundos misterios, guardando, sin embargo, su inocencia y candor de niña. Nosotros no podemos

comprender la ciencia que le fué dada, porque la nuestra tiene su origen en el árbol fatal de Paraíso terrenal. Ella conoció todo esto como el niño conoce el seno de la madre donde debe buscar su alimento. Cuando terminó la contemplación en la cual vi a la niña María en el cielo, instruída por la gracia divina, por primera vez pude verla llorar. Vi anunciado el nacimiento de María en el Limbo a los santos Patriarcas en el mismo momento en que tuvo lugar. Los vi a todos, y en particular a Adán y Eva, penetrados de alegría inexplicable, porque se había cumplido la promesa hecha en el Paraíso. Supe también que hubo un progreso en el estado de gracia de los Patriarcas: su morada se hacía más clara, más amplia y adquirían mayor influencia sobre las cosas que acontecían en el mundo. Era como si todos sus trabajos, todas las penitencias de su vida, todos sus combates, sus oraciones y sus ansias hubiesen llegado, por decirlo así, a su completa madurez produciendo frutos de paz y de gracia.

Observé un gran movimiento de alegría en toda la naturaleza al nacimiento de María; en los animales, y en el corazón de los hombres de bien; y oí armoniosos cantos por doquiera. Los pecadores se sintieron como angustiados y experimentaron pena y aflicción. Vi que en Nazaret y en las regiones de la Tierra Prometida varios poseídos del demonio se agitaban en medio de convulsiones violentas. Corrían de un lado a otro con grandes clamores; los demonios bramaban por boca de ellos clamando: "¡Hay que salir!... ¡Hay que salir!..."

He visto en Jerusalén al piadoso sacerdote Simeón, que habitaba cerca del templo, en el momento del nacimiento de María, sobresaltado por los clamores desaforados de locos y posesos, encerrados en un edificio contiguo a la montaña del templo, sobre el cual tenía Simeón derechos de vigilancia. Lo vi dirigirse a media noche a la plaza, delante de la casa de los posesos. Un hombre que allí habitaba le preguntó la causa de aquellos gritos, que interrumpían el sueño de todo el mundo. Uno de los posesos clamó con más fuerza para que lo dejaran salir. Abrió Simeón la puerta y el poseso gritó, precipitándose afuera, por boca de Satanás: "Hay que salir... Debemos salir... Ha nacido una Virgen... ¡Son tantos los ángeles que nos atormentan sobre la tierra, que debemos partir, pues ya no podemos poseer un solo hombre más...!" Vi a Simeón orando con mucho fervor. El desgraciado poseso fué arrojado violentamente sobre la plaza, de un lado a otro; y vi que el demonio salía por fin de

su boca. Quedé muy contenta de haber visto al anciano Simeón. Vi también a la profetisa Ana y a Noemí, hermana de la madre de Lázaro, que habitaba en el templo y fué más tarde la maestra de la niña María. Fueron despertadas y se enteraron, por medio de visiones, de que había nacido una criatura de predilección. Se reunieron y se comunicaron unas a otras las cosas que acababan de saber. Creo que ellas conocían ya a Santa Ana.

XVI

En Caldea, Egipto y otros lugares se anuncia el nacimiento de María

En el país de los Reyes Magos mujeres videntes tuvieron visiones del nacimiento de la Santísima Virgen. Ellas decían a los sacerdotes que había nacido una Virgen, para saludar a la cual habían bajado muchos espíritus del cielo; que otros espíritus malignos se lamentaban de ello. También los Reyes Magos, que observaban los astros, vieron figuras y representaciones del acontecimiento.

En Egipto, la misma noche del nacimiento de María, fué arrojado del templo un ídolo y echado a las aguas del mar. Otro ídolo cayó de su pedestal y se deshizo en pedazos.

Llegaron más tarde a casa de Ana varios parientes de Joaquín que acudían desde el valle de Zabulón y algunos siervos que habían estado lejos. A todos les fué mostrada la niña María. En casa se preparó una comida para los visitantes. Más tarde concurrieron muchas gentes para ver a la niña María, de modo que fué sacada de su cuna y puesta en sitio elevado, como sobre un caballete, en la parte anterior de la casa. Estaba sobre lienzos colorados y blancos por encima, fajada con lienzos colorados y blancos transparentes hasta debajo de los bracitos. Sus cabellos eran rubios y rizados. He visto después a María Cleofás, la hija de María Helí y de Cleofás, nieta de Ana, de algunos años de edad, jugar con María y besarla. Era María Cleofás una niña fuerte y robusta, tenía un vestidito sin mangas, con bordes colorados y adornos de rojas manzanas bordadas. En los brazos descubiertos llevaba coronitas blancas que parecían de seda, lana o plumas. La niña María tenía también un velo transparente alrededor del cuello.

XVII

La Niña recibe el nombre de María

Septiembre 22 - 23. — Hoy vi una gran fiesta en casa de Ana. Los muebles habían sido cambiados de lugar y puestos a un lado en las habitaciones del frente. Los tabiques de juncos, que formaban habitaciones separadas, habían sido quitados para poder disponer una gran mesa. En torno de la sala vi una mesa amplia, baja, llena de platos y fuentes para la comida. En el centro se había levantado un altar cubierto con un paño rojo y blanco, sobre el cual había una cunita también de rojo y blanco y una colcha celeste. Al lado del altar había un atril cubierto, con rollos de pergamino conteniendo oraciones. Delante del altar había cinco sacerdotes de Nazaret con vestimentas de ceremonias. Joaquín estaba con ellos. En el fondo, en torno del altar, había mujeres y hombres, parientes de Joaquín, todos con trajes de fiesta. Recuerdo a la hermana de Ana, Maraha de Séforis y a su hija mayor. Santa Ana había dejado el lecho; pero no asistió a la ceremonia, quedándose en la habitación, detrás del hogar. Enue, la hermana de Isabel, trajo a la pequeña María, poniéndola en brazos de Joaquín. Los sacerdotes se colocaron delante del altar, cerca de los rollos y recitaron en alta voz las oraciones. Joaquín entregó la niña al principal de ellos, el cual alzándola en el aire, mientras rezaba, como para ofrecerla a Dios, la dejó luego en su cuna, sobre el altar. Tomó después unas tijeras de forma particular, con las cuales cortó tres pequeñas guedejas de cabello a ambos lados de la cabeza y la frente de la criatura, quemándolas en el brasero. Tomó luego una caja que contenía aceite y ungió los cinco sentidos de la niña, tocándole con el pulgar las orejas, los ojos, la nariz, la boca y el hueco del estómago. Sobre el pecho de la criatura colocó un pergamino donde estaba escrito el nombre de María. Luego se cantaron salmos y se sirvió la comida, la cual no pude ver.

Varias semanas después del nacimiento de María, vi a Joaquín y a Ana que iban con la Niña al templo para ofrecer un sacrificio. La presentaron al templo con vivos sentimientos de piedad y agradeciendo a Dios de un modo parecido a lo que más tarde hizo la Virgen Santísima cuando presentó al Niño Jesús y lo rescató del templo, según las prescripciones de la

ley. Al día siguiente entregaron su ofrenda, prometiendo consagrar la niña a Dios en el templo dentro de algunos años. Después volvieron a Jerusalén.

XVIII

Preparativos para la presentación en el templo

Octubre 28 de 1821. — María era de tres anos de edad y tres meses cuando hizo el voto de presentarse en el templo entre las vírgenes que allí moraban. Era de complexión delicada, cabellera blonda un tanto rizada hacia abajo; tenía ya la estatura que hoy en nuestro país tiene un niño de cinco a seis años. La hija de María Helí era mayor en algunos años y más robusta. He visto en casa de Ana los preparativos de María para ser conducida al templo. Era una fiesta muy grande. Estaban presentes cinco sacerdotes de Nazaret, de Séforis y de otras regiones, entre ellos Zacarías y un hijo del hermano del padre de Ana. Ensayaban una ceremonia con la niña María. Era una especie de examen para ver si estaba madura para ser recibida en el templo. Además de los sacerdotes estaban presentes la hermana de Ana de Séforis y su hija, María Helí y su hijita y algunas pequeñas niñas y parientes.

Los vestidos, en parte cortados por los sacerdotes y arreglados por las mujeres, le fueron puestos en esta ocasión a la niña en diversos momentos, mientras le dirigían preguntas. Esta ceremonia tenía un aire de gravedad y de seriedad, aun cuando algunas preguntas estaban hechas por el anciano sacerdote con infantil sonrisa, las cuales eran contestadas siempre por la niña, con admiración de los sacerdotes y lágrimas de sus padres. Había para María tres clases de vestidos, que se le pusieron en tres momentos. Esto tenía lugar en un gran espacio junto a la sala del comedor, que recibía la luz por una abertura cuadrangular abierta en el techo, a menudo cerrada con una cortina. En el suelo había un tapete rojo y en medio de la sala un altar cubierto de paño rojo y encima blanco transparente. Sobre el altar había una caja con rollos escritos y una cortina que tenía dibujada o bordada la imagen de Moisés, envuelto en su gran manto de oración y sosteniendo en sus brazos las tablas de la ley. He visto a Moisés siempre de anchas espaldas, cabeza alta, nariz grande y curva y en su gran frente dos elevaciones vueltas un tanto una hacia otra, todo lo cual le

daba un aspecto muy particular. Estas especies de cuernos los tuvo ya Moisés desde niño, como dos verrugas. El color de su rostro era rojo oscuro de fuego y los cabellos rubios. He visto a menudo semejante especie de cuernos en la frente de antiguos profetas y ermitaños y a veces una sola de estas excrecencias en medio de la frente.

Sobre el altar estaban los tres vestidos de María; había también paños y lienzos obsequiados por los parientes para el arreglo de la niña. Frente al altar veíase, sobre gradas, una especie de trono. Joaquín, Ana y los miembros de la familia se encontraban reunidos. Las mujeres estaban detrás y las niñas al lado de María. Los sacerdotes entraron con los pies descalzos. Había cinco, pero sólo tres de ellos llevaban vestiduras sacerdotales e intervenían en la ceremonia. Un sacerdote tomó del altar las diversas prendas de la vestimenta, explicó su significado y presentólas a la hermana de Ana, Maraha de Séforis, la cual vistió con ellas a la niña María. Le pusieron primero un vestidito amarillo y encima, sobre el pecho, otra ropa bordada con cintas, que se ponía por el cuello y se sujetaba al cuerpo. Después, un mantito oscuro con aberturas en los brazos: por arriba colgaban algunos retazos de género. Este manto estaba abierto por arriba y cerrado por debajo del pecho. Calzáronle sandalias oscuras con suelas gruesas de color amarillo. Tenía los cabellos rubios peinados y una corona de seda blanca con variadas plumas. Estas plumas eran de un dedo de largo y dobladas para dentro. Conozco el pájaro de esas comarcas que tiene esas plumas. Colocáronle sobre la cabeza un velo cuadrado de color ceniza, que se podía recoger bajo los brazos, para que éstos descansaran como sobre dos nudos. Este velo parecía de penitencia o de oración. Los sacerdotes le dirigieron toda clase de preguntas relacionadas con la manera de vivir las jóvenes en el templo. Le dijeron, entre otras cosas: "Tus padres, al consagrarte al templo, han hecho voto de que no beberás vino ni vinagre, ni comerás uvas ni higos. ¿Qué quieres agregar a este voto?... Piénsalo durante la comida". A los judíos, especialmente a las jóvenes judías, les gusta mucho el vinagre, y María también tenía gusto en beberlo. Le hicieron otras preguntas y le pusieron el segundo género de vestido. Constaba éste de uno azul celeste, con mantito blanco azulado, y un adorno sobre el pecho y un velo transparente de seda blanca con pliegues detrás, como usan las monjas. Sobre la

cabeza le pusieron una corona de cera adornada con flores y capullos de hojas verdes. Los sacerdotes le pusieron otro velo para la cara: por arriba parecía una gorra, con tres broches a diversa distancia, de modo que se podía levantar un tercio, una mitad o todo el velo sobre la cabeza. Se le indicó el uso del velo: cómo tenía que recogerlo para comer y bajarlo cuando fuese preguntada.

Con este vestido presentóse María con los demás a la mesa: la colocaron entre los dos sacerdotes y uno enfrente. Las mujeres con otros niños se sentaron en un extremo de la mesa, separadas de los hombres. Durante la comida probaron los sacerdotes a la niña María en el uso del velo. Hubo preguntas y respuestas. También se le instruyó acerca de otras costumbres que debía observar. Le dijeron que podía comer de todo por ahora dándole diversas comidas para tentarla. María los dejó a todos maravillados con su forma de proceder y con las respuestas que les daba. Tomó muy poco alimento y respondía con sabiduría infantil que admiraba a todos. He visto durante todo el tiempo a los ángeles en torno a ella, que le sugerían y guiaban en todos los casos.

Después de la comida fué llevada a la otra sala, delante del altar, donde le quitaron los vestidos de la segunda clase para ponerle los de la tercera. La hermana de Santa Ana y un sacerdote la revistieron de los nuevos vestidos. El sacerdote explicaba el significado de cada pieza, relacionándola a cosas espirituales. Recibió entonces la niña María los vestidos de fiesta. Era un vestido color violeta con adorno de paño bordado sobre el pecho. Se ataba de costado con el paño de atrás, formaba rizos y terminaba en punta por debajo. Pusiéronle un mantito violeta más amplio y más festivo, redondeado por detrás, que parecía una casulla de misa. Tenía mangas anchas para los brazos y cinco líneas de adornos de oro. La del medio estaba partida y se recogía y cerraba con botones. El manto estaba también bordado en las extremidades. Luego se le puso un velo grande: de una parte caía en blanco y de otra en blanco violeta sobre los ojos. Sobre esto colocáronle una corona cerrada, con cinco broches, que constaba de un círculo de oro, más ancho arriba, con picos y botones. Esta corona estaba revestida de seda por fuera, con rositas y cinco perlas de adorno; los cinco arcos terminales eran de seda y tenían un botón. El escapulario del pecho estaba unido por detrás; por delante, tenía cintas. El manto estaba sujeto por delante sobre el pecho. Re-

vestida en esta forma fué la niña María llevada sobre las gradas del altar. Las niñas rodeaban el altar de uno y otro lado. María dijo que no pensaba comer carne ni pescado ni tomar leche; que sólo tomaría una bebida hecha de agua y de médula de junco, que usaban los pobres y que pondría a veces en el agua un poco de zumo de terebinto. Esta bebida es como un aceite blanco, se expande, y es muy refrescante aunque no tan fina como el bálsamo. Prometió no gustar especias y no comer en frutas más que unas bayas amarillas que crecen como uvas. Conozco estas bayas: las comen los niños y la gente pobre. También dijo que quería descansar sobre el suelo y levantarse tres veces durante la noche para rezar. Las personas piadosas, Ana y Joaquín lloraban al oír estas cosas. El anciano Joaquín, abrazando a su hija, le decía: "¡Ah, hija! Esto es muy duro de observar. Si quieres vivir en tanta penitencia creo que no te podré ver más, a causa de mi avanzada edad". Era una escena muy conmovedora. Los sacerdotes le dijeron que se levantara sólo una vez, como las demás, y le hicieron otras propuestas para mitigar sus abstinencias. Le impusieron comer otros alimentos, como el pescado, en las grandes festividades.

Había en Jerusalén, en la parte baja de la ciudad, un gran mercado de pescados, que recibía el agua de la piscina de Bethseda. Un día que faltó el agua, Herodes el Grande quiso construir allí un acueducto, vendiendo, para lograr dinero, vestiduras sacerdotales y vasos sagrados del templo. Por este motivo hubo un intento de sublevación, pues los esenios, encargados de la inspección de las vestiduras sacerdotales, acudieron a Jerusalén de todas partes del país y se opusieron firmemente. Recordé en este momento estas cosas. Por último dijeron los sacerdotes: "Muchas de las otras niñas que van al templo sin pagar su manutención y sus vestidos, se comprometen, con el consentimiento de sus padres, a lavar los vestidos de los sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, y otros paños burdos, trabajo muy pesado que lastima las manos. Tú no necesitas hacer esto, porque tus padres te costean tu manutención". María respondió prontamente que quería hacer también eso, si era tenida por digna de hacerlo. Joaquín se emocionó grandemente al oírla. Mientras se hacían estas ceremonias vi que María, en varias ocasiones, había crecido de tal modo ante ellos, que los superaba en altura. Era una señal de la gracia y de su sabiduría. Los sacerdotes se mostraron serios, con grata admiración.

Por último fué bendecida la niña María por el sacerdote. La he visto de pie sobre el tronito resplandeciente. Dos sacerdotes estaban a su lado; otro, delante. Los sacerdotes tenían rollos en las manos y rezaban preces sobre ella con las manos extendidas. Tuve una admirable visión de María. Me parecía que por la bendición se hacía transparente. Vi una gloria de indescriptible esplendor y dentro de ella el misterio del Arca de la Alianza como si estuviese en un brillante vaso de cristal. Luego vi el corazón de María que se abría en dos como una puertecita del templete, y el misterio sacramental del Arca de la Alianza penetró en su corazón. En torno de este misterio había formado un tabernáculo de variadas y muy significativas piedras preciosas. Entró en el corazón, como el Arca en el Santísimo, como el Ostensorio en el tabernáculo. Vi a la niña María como transformada, flotando en el aire. Con la entrada del sacramento en el corazón de María, que se cerró luego, lo que era figura pasó a ser realidad y posesión, y vi que la niña estuvo desde entonces como penetrada de una ardorosa concentración interior. Vi también, durante esta visión, que Zacarías recibió una interna persuación o una celestial revelación de que María era el vaso elegido del misterio o sacramento. Había recibido él un rayo de luz que yo vi salir de María.

Después de esto condujeron los sacerdotes a la niña adonde estaban sus padres. Ana levantó a su hija en alto y estrechándola contra su pecho la besó con interna dulzura y afecto, mezclada de veneración. Joaquín, muy conmovido, le dió la mano, lleno de admiración y veneración. La hermana mayor de María Santísima, María de Helí, abrazó a la niña con más vivacidad que Santa Ana, que era una mujer muy reservada, moderada y muy medida en todos sus actos. La sobrinita, María Cleofás, le echó los brazos al cuello, como hacen las criaturas. Después los sacerdotes tomaron a la niña de nuevo, le quitaron los vestidos simbólicos y le pusieron sus acostumbrados vestidos. Todavía los he visto de pie, tomando algún líquido de un recipiente, y luego partir.

XIX

La partida hacia el templo de Jerusalén

He visto a Joaquín, a Ana y a su hija mayor, María de Helí, ocupados toda la noche preparando paquetes y utensilios. Ardía una lámpara con varias mechas. A María Helí la veía

con una luz ir de un lado a otro. Unos días antes Joaquín había mandado a sus siervos que eligieran cinco de cada especie de los animales de sacrificio, entre los mejores y los había despachado para el templo: formaban estos animales una hermosa majada. Después tomó dos animales de carga y los fué cargando con toda clase de paquetes: vestidos para la niña y regalos para el templo. Sobre el lomo del animal acomodo un ancho asiento para que se pudiera sentar cómodamente. Los objetos que se cargaron estaban acondicionados en bultos y atados, fáciles de llevar. Vi cestas de diversas formas sujetas a los flancos del animal. En una de ellas había pájaros del tamaño de las perdices; otros cestos, semejantes a cuévanos de uvas, contenían frutas de toda clase. Cuando el asno estuvo cargado completamente, tendieron encima una gran manta de la que colgaban gruesas borlas. Todavía quedaban dos sacerdotes. Uno de ellos era muy anciano, que llevaba un capuz terminado en punta sobre la frente y dos vestiduras, la de arriba más corta que la de abajo. Este sacerdote es el que se había ocupado el día anterior en el examen de María, y le he visto dar otras instrucciones más a la niña. Tenía una especie de estola colgante. El otro sacerdote era más joven. María tenía en aquel momento algo más de tres años de edad: era bella y delicada y estaba tan adelantada como un niño de cinco años de nuestro país. Sus cabellos lisos, rizados en sus extremos, eran de un rubio dorado y más largos que los de María Cleofás, de siete años, cuya rubia cabellera era corta y crespa. Casi todas las personas mayores llevaban largas ropas de lana sin teñir.

Yo no notaba la presencia de dos niños que no eran de este mundo: estaban allí en una forma espiritual y figurativa, como profetas; no pertenecían a la familia y no conversaban con nadie. Parecía que nadie notaba su presencia. Eran hermosos y amables; tenían largos cabellos rubios y rizados. Mirando a uno y otro lado me dirigieron la palabra. Llevaban libros, probablemente para su instrucción. La pequeña María no poseía libro alguno a pesar de que sabía leer. Los libros no eran como los nuestros, sino largas tiras de más o menos media vara de ancho, enrolladas en un bastón, cuyas extremidades asomaban por cada lado. El más alto de los dos niños se me acercó con uno de los rollos desplegados en la mano y leyó algo, explicándomelo luego. Eran letras de oro, totalmente desconocidas para mí, escri-

tas al revés y cada una de ellas parecía representar una palabra entera. La lengua me era completamente desconocida también y, sin embargo, la entendía perfectamente. Lástima que haya olvidado la explicación. Tratábase de un texto de Moisés sobre la zarza ardiente. Me declaró: "Como la zarza ardía y no se quemaba, así arde el fuego del Espíritu Santo en la niña María, y en su humildad es como si nada supiera de ello. Significa también la divinidad y humanidad de Jesús y como el fuego de Dios se une con la niña María". El descalzarse explicólo como que la ley se cumplía, la corteza caía y llegaba ahora la sustancia. La pequeña bandera que traía la extremidad del bastoncito significaba que María empezaba su camino, su misión para ser Madre del Redentor. El otro niño jugaba con su rollo inocentemente, representando con esto el candor infantil de María, sobre la cual reposaba una promesa muy grande, la cual, no obstante tan alto destino, jugaba ahora como una criatura. Explicáronme aquellos niños siete pasajes de sus rollos; pero a causa del estado en que me encuentro, se me ha ido de la memoria. ¡Oh Dios mío! Cuando se me aparece todo esto ¡qué bello y profundo es y, al mismo tiempo, qué simple y claro!...

Al rayar el alba vi que se ponían en camino para Jerusalén. La pequeña María deseaba vivamente llegar al templo y salió apresuradamente de la casa acercándose a la bestia de carga. Los niños profetas me mostraron todavía algunos textos de sus rollos. Uno de éstos decía que el templo era magnífico, pero que la niña María encerraba en sí algo más admirable aún. Había dos bestias de carga. Uno de los asnos, el más cargado, iba conducido por un servidor y debía ir siempre delante de los viajeros. El otro, que estaba delante de la casa, cargado con más bultos, tenía preparado un asiento, y María fué colocada sobre él. Joaquín conducía el asno. Llevaba un bastón largo con un grueso pomo redondo en la extremidad: parecía un cayado de peregrino. Un poco más adelante iba Ana con la pequeña María Cleofás y una criada que debía acompañarla en todo el camino. Al empezar el viaje se juntaron con ellas unas mujeres y niñas: se trataba de parientas que en los diversos cruces del camino se separaban de la comitiva para volverse a sus casas. Uno de los sacerdotes acompañó a la comitiva durante algún tiempo. He visto unas seis mujeres parientas, con sus hijos y algunos hombres. Llevaban una linterna, y vi que la luz desaparecía totalmente ante aquella otra claridad

que derramaban las santas personas sobre el camino en su viaje nocturno, sin que, al parecer, lo notaran los demás. Al principio me pareció que el sacerdote iba detrás de la pequeña María con los niños profetas. Más tarde, cuando ella bajó del asno para seguir a pie, yo estuve a su lado. Más de una vez oí a mis jóvenes compañeros cantando el salmo 44: *Eructavit cor meum,* y el 49: *Deus deorum Dominus locutus est.* Supe por ellos que estos salmos serían cantados a doble coro cuando la Niña fuera admitida en el templo. Lo escucharé cuando lleguen al templo. Al principio vi que el camino descendía en pendiente de una colina, para volver a subir después. Siendo temprano, y habiendo buen tiempo, el cortejo se detuvo cerca de un manantial del que nacía un arroyo. Había allí una pradera y los caminantes descansaron sentándose junto a un cerco de plantas de bálsamo. Debajo de estos frágiles arbustos solían poner vasos y recipientes de piedra para recoger el bálsamo que iba cayendo gota a gota. Los viajeros bebieron bálsamo y echaron un poco en el agua, llenando pequeños recipientes. Comieron bayas de ciertas plantas que allí había, con panecillos que traían en las alforjas.

En ese momento desaparecieron los dos niños profetas. Uno de ellos era Elías; el otro me pareció que era Moisés. La pequeña María los había visto; pero no habló de ello con nadie. Así sucede que a veces vemos en nuestra infancia a santos niños y en edad más madura a santas jóvenes o muchachos, y callamos estas visiones sin comunicarlas a los demás por ser tal momento un instante de gozo celestial y de recogimiento. Más tarde vi a los viajeros entrar en una casa aislada, en la que fueron bien recibidos y tomaron provisiones, pues los moradores parecían ser de la familia. En aquel sitio se despidieron de la niña Cleofás, que debía volver a su casa. Durante el día, vi el curso del camino que suele ser bastante penoso, pues hay muchas subidas y bajadas. En los valles hay a menudo neblina y rocío; con todo, veo algunos lugares mejor situados, donde brotan flores. Antes de llegar al sitio donde debían pasar la noche, hallaron un pequeño arroyo. Se hospedaron en una posada al pie de una montaña en la cual se veía una ciudad. Por desgracia, no recuerdo el nombre de esa ciudad, pues la he visto durante otros viajes de la Sagrada Familia, por lo cual confundo los nombres. Lo que puedo decir es que ellos siguieron el camino que tomó Jesús en el mes de septiembre, cuando

tenía treinta años e iba de Nazaret a Betania y luego al bautismo de Juan y aun esto lo digo sin certidumbre completa. La Sagrada Familia hizo más tarde este camino en la época de la huída a Egipto. La primera etapa fué Nazara, pequeño lugar entre Massaloth y otra ciudad ubicada en la altura, más cercana a esta última. Veo por todas partes tantas poblaciones, cuyos nombres oigo pronunciar, que luego confundo unos con otros. La ciudad cubre la ladera de una montaña y se divide en varias partes, si es que realmente todas forman una misma ciudad. Allí falta agua y tienen que hacerla subir desde el llano con la ayuda de cuerdas. Veo allí torres antiguas en ruinas. Sobre la cumbre de la montaña hay una torre que parece un observatorio con un aparato de mampostería que tiene vigas y cuerdas como para hacer subir algo desde la ciudad. Hay una cantidad tan grande de estas cuerdas que el conjunto aparenta mástiles de buques. Debe haber como una hora de camino desde abajo a la cumbre de la montaña, desde donde se disfruta de una espléndida vista muy extensa. Los caminantes entraron en una posada situada en la llanura. En una parte de la ciudad había paganos, considerados como esclavos por los judíos, debiendo someterse a rudos trabajos en el templo y en otras construcciones.

Noviembre 4 de 1821. — Esta noche he visto a la pequeña María llegando con sus padres a una ciudad situada a seis leguas más o menos de Jerusalén en dirección noroeste. Esta ciudad se llama Bet-Horon y se encuentra al pie de una montaña. Durante el viaje atravesaron un pequeño río que desemboca en el mar en los alrededores de Jopé, donde enseñó San Pedro después de la venida del Espíritu Santo. Cerca de Bet-Horon tuvieron lugar grandes batallas que he visto y olvidado. Faltaban aun dos leguas para llegar a un punto del camino desde donde se podía divisar a Jerusalén; he oído el nombre de este lugar, que ahora no puedo precisarlo. Bet-Horon es una ciudad de Levitas de cierta importancia: produce hermosas uvas y gran cantidad de frutas. La santa comitiva entró en la casa de unos amigos, que estaba muy bien situada. Su dueño era maestro en una escuela de Levitas y había allí algunos niños. Me admira ver allí a varias parientas de Ana, con sus hijas pequeñas, que yo creía que habían regresado a sus casas al principio del viaje: ahora advierto que llegaron antes, tomando algún atajo, quizás para anunciar la llegada de la santa comitiva.

Los parientes de Nazaret, de Séforis y de Zabulón, que habían asistido al examen de María, se hallaban allí con sus hijas: vi, por ejemplo, a la hermana mayor de María con su hija María de Cleofás, y a la hermana de Ana venida de Séforis con sus hijas. Con motivo de la llegada de la pequeña María hubo grandes fiestas. María fué llevada en compañía de otras niñas a una gran sala, y puesta en un asiento alto, a semejanza de un trono, dispuesto para ella. El maestro de escuela y otras personas hicieron toda clase de preguntas a María y le pusieron guirnaldas en la cabeza. Todos estaban asombrados por la sabiduría que manifestaba en sus respuestas. Oí hablar en esta ocasión del juicio y prudencia de otra niña que había pasado por allí poco antes, volviendo de la escuela del templo a la casa de sus padres. Esta niña se llamaba Susana y más tarde figuró entre las santas mujeres que seguían a Jesús. *(En otra ocasión Ana Catalina dijo que esta niña era parienta de María).*

María ocupó su puesto vacante en el templo, pues había un número fijo de plazas para estas jóvenes. Susana tenía quince años cuando dejó el templo, es decir, cerca de once más que la niña María. También Santa Ana había sido educada allí a la edad de cinco años. La pequeña María estaba llena de júbilo por hallarse tan cerca del templo. He visto a Joaquín que la estrechaba entre sus brazos, llorando y diciéndole: "Hija mía, ya no volveré a verte". Habían preparado comida y mientras estaban en la mesa, vi a María ir de un lado a otro, apretarse contra su madre, llena de gracia, o, deteniéndose detrás de ella, echarle los bracitos al cuello.

Noviembre 6. — Esta mañana muy temprano vi a los viajeros salir de Bet-Horon para dirigirse a Jerusalén. Todos los parientes con sus criaturas se habían juntado a ellos y lo mismo los dueños de la casa. Llevaban regalos para la niña, consistentes en ropas y frutas. Me parece ver una fiesta en Jerusalén. Supe que María tenía en ese momento tres años y tres meses. En su viaje no fueron a Ussen Sheera ni a Gofna, a pesar de tener allí amistades; pasaron sólo por los alrededores. Vi que el maestro de los Levitas con su familia los acompañó a Jerusalén. Cuanto más se acercaban a la ciudad tanto más se mostraba María contenta y ansiosa. Solía correr delante de sus padres.

XX

La ciudad de Jerusalén

Hoy al mediodía he visto llegar la comitiva que acompañaba a María al templo de Jerusalén. Jerusalén es una ciudad extraña. No hay que pensar que sea como una de nuestras ciudades, con tanta gente en las calles. Muchas calles bajas y altas corren alrededor de los muros de la ciudad y no tienen salida ni puertas. Las casas de las alturas, detrás de las murallas, están orientadas hacia el otro lado, pues se han edificado barrios distintos y se han formado nuevas crestas de colinas y los antiguos muros quedaron allí. Muchas veces se ven las calles de los valles sobreedificadas con sólidas bóvedas. Las casas tienen sus patios y piezas orientadas hacia el interior; hacia la calle sólo hay puertas y terrazas sobre los muros. Generalmente las casas son cerradas. Cuando la gente no va a las plazas o mercados o al templo está generalmente entretenida en el interior de sus casas. Hay silencio en las calles, fuera de los lugares de mercado o de ciertos palacios, donde se ve ir y venir a soldados y viajeros. En ciertos días en que están casi todos en el templo, las calles parecen como muertas. A causa de las calles solitarias, de los profundos valles y de la costumbre de permanecer las gentes en sus casas, es que Jesús podía ir y venir con sus discípulos sin ser molestado. Por lo general falta agua en la ciudad: frecuentemente se ven edificios altos adonde es llevada y torres hacia las cuales es bombeada el agua. En el templo se tiene mucho cuidado con el agua porque hay que purificar muchos vasos y lavar las ropas sacerdotales. Se ven grandes maquinarias y artefactos para bombear el agua a los lugares elevados. Hay muchos mercaderes y vendedores en la ciudad: están casi siempre en los mercados o en lugares abiertos, bajo tiendas de campaña. Veo, por ejemplo, no lejos de la Puerta de las Ovejas, a mucha gente que negocia con alhajas, oro, objetos brillantes y piedras preciosas. Las casitas que habitan son muy livianas, pero sólidas, de color pardo, como si estuviesen cubiertas con pez o betún. Adentro hacen sus negocios; entre una tienda y otra están extendidas lonas, debajo de las cuales muestran sus mercaderías. Hay, sin embargo, otras partes de la ciudad donde hay mayor movimiento y se ven gentes que van y vienen cerca de ciertos palacios.

Comparada Jerusalén con la Roma antigua, que he visto, esta ciudad era mucho más bulliciosa en las calles; tenía aspecto más agradable y no era tan desigual ni empinada. La montaña sobre la cual se halla el templo está rodeada, por el lado en que la pendiente es más suave, de casas que forman varias calles detrás de espesos muros. Estas casas están construídas sobre terrazas colocadas unas sobre otras. Allí viven los sacerdotes y los servidores subalternos del templo, que hacen trabajos más rudos, como la limpieza de los fosos, donde se echan los desperdicios provenientes de los sacrificios de animales. Hay un costado norte, creo, donde la montaña del templo es muy escarpada. En todo lo alto, alrededor de la cumbre, se halla una zona verde formada por pequeños jardines pertenecientes a los sacerdotes. Aun en tiempos de Jesucristo se trabajaba siempre en alguna parte del templo. Este trabajo no cesaba nunca. En la montaña del templo había mucho mineral, que se fué sacando y empleando en la construcción del mismo edificio.

Debajo del templo hay fosos y lugares donde funden el metal. No pude encontrar en este gran templo un lugar donde poder rezar a gusto. Todo el edificio es admirablemente macizo, alto y sólido. Los numerosos patios son estrechos y sombríos, llenos de andamios y de asientos. Cuando hay mucha gente causa miedo encontrarse apretado entre los espesos muros y las gruesas columnas. Tampoco me gustan los continuos sacrificios y la sangre derramada en abundancia, a pesar de que esto se hace con orden e increíble limpieza. Hacía mucho tiempo que no había visto con tanta claridad, como hoy, los edificios, los caminos y los pasajes. Pero son tantas las cosas que hay aquí que me es imposible describirlas con detalles.

Los viajeros llegaron con la pequeña María, por el norte, a Jerusalén: con todo, no entraron por ese lado, sino que dieron vuelta alrededor de la ciudad hasta el muro oriental, siguiendo una parte del valle de Josafat. Dejando a la izquierda el Monte de los Olivos y el camino de Betania, entraron en la ciudad por la Puerta de las Ovejas, que conducía al mercado de las bestias. No lejos de esta puerta hay un estanque donde se lava por primera vez a las ovejas destinadas al sacrificio. No es ésta la piscina de Bethseda.

La comitiva, después de haber entrado en la ciudad, torció de nuevo a la derecha y entró en otra barriada siguiendo un largo valle interno dominado de un lado por las altas murallas de una zona más elevada de la ciudad, llegando a la parte

occidental en los alrededores del mercado de los peces, donde se halla la casa paterna de Zacarías de Hebrón. Se encontraba allí un hombre de avanzada edad: creo que el hermano de su padre. Zacarías solía volver a la casa después de haber cumplido su servicio en el templo. En esos días se encontraba en la ciudad y habiendo acabado su tiempo de servicio, quería quedarse sólo unos días en Jerusalén para asistir a la entrada de María al templo. Al llegar la comitiva, Zacarías no se encontraba allí. En la casa se hallaban presentes otros parientes de los contornos de Belén y de Hebrón, entre ellos, dos hijas de la hermana de Isabel. Isabel tampoco se encontraba allí en ese momento. Estas personas se habían adelantado para recibir a los caminantes hasta un cuarto de legua por el camino del valle. Varias jóvenes los acompañaban llevando guirnaldas y ramas de árboles. Los caminantes fueron recibidos con demostraciones de contento y conducidos hasta la casa de Zacarías, donde se festejó la llegada. Se les ofreció refrescos y todos se prepararon para llevarlos a una posada contigua al templo, donde los forasteros se hospedan los días de fiesta. Los animales que Joaquín había destinado para el sacrificio habían sido conducidos ya desde los alrededores de la plaza del ganado a los establos situados cerca de esta casa. Zacarías acudió también para guiar a la comitiva desde la casa paterna hasta la posada. Pusieron a la pequeña María su segundo vestidito de ceremonias con el peplo celeste. Todos se pusieron en marcha formando una ordenada procesión. Zacarías iba adelante con Joaquín y Ana; luego la niña María rodeada de cuatro niñas vestidas de blanco, y las otras chicas con sus padres cerraban la marcha. Anduvieron por varias calles y pasaron delante del palacio de Herodes y de la casa donde más tarde habitó Pilatos. Se dirigieron hacia el ángulo Noreste del templo, dejando atrás la fortaleza Antonia, edificio muy alto, situado al Noroeste. Subieron por unos escalones abiertos en una muralla alta. La pequeña María subió sola, con alegre prisa, sin permitir que nadie la ayudara. Todos la miraban con asombro. La casa donde se alojaron era una posada para días de fiesta situada a corta distancia del mercado del ganado. Había varias posadas de este género alrededor del templo, y Zacarías había alquilado una. Era un gran edificio con cuatro galerías en torno de un patio extenso. En las galerías se hallaban los dormitorios, así como largas mesas muy bajas. Había una sala espaciosa y un hogar para la cocina. El patio para los animales enviados por Zacarías

estaba muy cerca. A ambos lados del edificio habitaban los servidores del templo que se ocupaban de los sacrificios. Al entrar los forasteros se les lavaron los pies, como se hacía con los caminantes; los de los hombres fueron lavados por hombres; y las mujeres hicieron este servicio con las mujeres. Entraron luego en una sala en medio de la cual se hallaba suspendida una gran lámpara de varios brazos sobre un depósito de bronce lleno de agua, donde se lavaron la cara y las manos. Cuando hubieron quitado la carga al asno de Joaquín, un sirviente lo llevó a la cuadra. Joaquín había dicho que sacrificaría y siguió a los servidores del templo hasta el sitio donde se hallaban los animales, a los cuales examinaron.

Joaquín y Ana se dirigieron luego con María a la habitación de los sacerdotes, situada más arriba. Aquí la niña María, como elevada por el espíritu interior, subió ligerísimamente los escalones con un impulso extraordinario. Los dos sacerdotes que se hallaban en la casa los recibieron con grandes muestras de amistad: uno era anciano y el otro más joven. Los dos habían asistido al examen de la niña en Nazaret y esperaban su llegada. Después de haber conversado del viaje y de la próxima ceremonia de la presentación, hicieron llamar a una de las mujeres del Templo. Era ésta una viuda anciana que debía encargarse de velar por la niña. Habitaba en la vecindad con otras personas de su misma condición, haciendo toda clase de labores femeniles y educando a las niñas. Su habitación se encontraba más apartada del templo que las salas adyacentes, donde habían sido dispuestos, para las mujeres y las jóvenes consagradas al servicio del Templo, pequeños oratorios desde los cuales podían ver el santuario sin ser vistas por los demás. La matrona que acababa de llegar estaba tan bien envuelta en su ropaje que apenas podía vérsele la cara. Los sacerdotes y los padres de María se la presentaron, confiándola a sus cuidados. Ella estuvo dignamente afectuosa, sin perder su gravedad. La niña María se mostró humilde y respetuosa. La instruyeron en todo lo que se relacionaba con la niña y su entrada solemne en el templo. Aquella mujer bajó con ellos a la posada, tomó el ajuar que pertenecía a la niña y se lo llevó a fin de prepararlo todo en la habitación que le estaba destinada. La gente que había acompañado a la comitiva desde la casa de Zacarías, regresó a su domicilio, quedando en la posada solamente los parientes. Las mujeres se instalaron allí y prepararon la fiesta que debía tener lugar al día siguiente.

Noviembre 7. — Joaquín y algunos hombres condujeron las víctimas al Templo al despuntar el nuevo día y los sacerdotes las revisaron nuevamente. Algunos animales fueron desechados y llevados en seguida a la plaza del ganado. Los aceptados fueron conducidos al patio donde habrían de ser inmolados. Vi allí muchas cosas que ya no es posible decirlas en orden. Recuerdo que antes de inmolar, Joaquín colocaba su mano sobre la cabeza de la víctima, debiendo recibir la sangre en un vaso y también algunas partes del animal. Había varias columnas, mesas y vasos. Se cortaba, se repartía y ordenaba todo. Se quitaba la espuma de la sangre y se ponía aparte la grasa, el hígado, el bazo, salándose todo esto. Se limpiaban los intestinos de los corderos, rellenándolos con algo y volviéndolos a poner dentro del cuerpo, de modo que el animal parecía entero, y se ataban las patas en forma de cruz. Luego, una gran parte de la carne era llevada al patio donde las jóvenes del Templo debían hacer algo con ella: quizás prepararla para alimento de los sacerdotes o ellas mismas. Todo esto se hacía con un orden increíble. Los sacerdotes y levitas iban y venían, siempre de dos en dos. Este trabajo complicado y penoso se hacía fácilmente, como si se efectuase por sí solo. Los trozos destinados al sacrificio quedaban impregnados en sal hasta el día siguiente, en que debían ser ofrecidos sobre el altar.

Hubo hoy una gran fiesta en la posada, seguida de una comida solemne. Habría unas cien personas, contados los niños. Estaban presentes unas veinticuatro niñas de diversas edades, entre ellas Serapia, que fué llamada Verónica después de la muerte de Jesús: era bastante crecida, como de unos diez o doce años. Se tejieron coronas y guirnaldas de flores para María y sus compañeras, adornándose también siete candelabros en forma de cetro sin pedestal. En cuanto a la llama que brillaba en su extremidad no sé si estaba alimentada con aceite, cera u otra materia. Durante la fiesta entraron y salieron numerosos sacerdotes y levitas. Tomaron parte en el banquete, y al expresar su asombro por la gran cantidad de víctimas ofrecidas para el sacrificio, Joaquín les dijo que en recuerdo de la afrenta recibida en el templo, al ser rechazado su sacrificio, y a causa de la misericordia de Dios que había escuchado su oración, había querido demostrar su gratitud de acuerdo con sus medios. Hoy pude ver a la pequeña María paseando con las otras jóvenes en torno de su casa. Otros detalles los he olvidado completamente.

XXI

Presentación de María en el Templo

Noviembre 8 de 1821. — Esta mañana fueron al Templo Zacarías, Joaquín y otros hombres. Más tarde fué llevada María por su madre en medio de un acompañamiento solemne. Ana y su hija María Helí, con la pequeña María Cleofás, marchaban delante; iba luego la santa niña María con su vestidito y su manto azul celeste, los brazos y el cuello adornados con guirnaldas: llevaba en la mano un cirio ceñido de flores. A su lado caminaban tres niñitas con cirios semejantes. Tenían vestidos blancos, bordados de oro y peplos celestes, como María, y estaban rodeadas de guirnaldas de flores; llevaban otras pequeñas guirnaldas alrededor del cuello y de los brazos. Iban en seguida las otras jóvenes y niñas vestidas de fiesta, aunque no uniformemente. Todas llevaban pequeños mantos. Cerraban el cortejo las demás mujeres. Como no se podía ir en línea recta desde la posada al Templo, tuvieron que dar una vuelta pasando por varias calles. Todo el mundo se admiraba de ver el hermoso cortejo y en las puertas de varias casas rendían honores. En María se notaba algo de santo y de conmovedor. A la llegada de la comitiva he visto a varios servidores del Templo empeñados en abrir con grande esfuerzo una puerta muy alta y muy pesada, que brillaba como oro y que tenía grabadas varias figuras: cabezas, racimos de uvas y gavillas de trigo. Era la Puerta Dorada. La comitiva entró por esa puerta. Para llegar a ella era preciso subir cincuenta escalones; creo que había entre ellos algunos descansos. Quisieron llevar a María de la mano; pero ella no lo permitió: subió los escalones rápidamente, sin tropiezos, llena de alegre entusiasmo. Todos se hallaban profundamente conmovidos.

Bajo la Puerta Dorada fué recibida María por Zacarías, Joaquín y algunos sacerdotes que la llevaron hacia la derecha, bajo la amplia arcada de la puerta, a las altas salas donde se había preparado una comida en honor de alguien. Aquí se separaron las personas de la comitiva. La mayoría de las mujeres y de las niñas se dirigieron al sitio del Templo que les estaba reservado para orar. Joaquín y Zacarías fueron al lugar del sacrificio. Los sacerdotes hicieron todavía algunas preguntas a María en una sala y cuando se hubieron retirado, asombrados de la sabiduría de la niña, Ana vistió a su hija con el tercer

traje de fiesta, que era de color azul violáceo y le puso el manto, el velo y la corona ya descritos por mí al relatar la ceremonia que tuvo lugar en la casa de Ana.

Entre tanto Joaquín había ido al sacrificio con los sacerdotes. Luego de recibir un poco de fuego tomado de un lugar determinado, se colocó entre dos sacerdotes cerca del altar. Estoy demasiada enferma y distraída para dar la explicación del sacrificio en el orden necesario. Recuerdo lo siguiente: no se podía llegar al altar más que por tres lados. Los trozos preparados para el holocausto no estaban todos en el mismo lugar, sino puestos alrededor, en distintos sitios. En los cuatro extremos del altar había cuatro columnas de metal, huecas, sobre las cuales descansaban cosas que parecían caños de chimenea. Eran anchos embudos de cobre terminados en tubos en forma de cuernos, de modo que el humo podía salir pasando por sobre la cabeza de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio. Mientras se consumía sobre el altar la ofrenda de Joaquín, Ana fué, con María y las jóvenes que la acompañaban, al vestíbulo reservado a las mujeres. Este lugar estaba separado del altar del sacrificio por un muro que terminaba en lo alto en una reja. En medio de este muro había una puerta. El atrio de las mujeres, a partir del muro de separación, iba subiendo de manera que por lo menos las que se hallaban más alejadas podían ver hasta cierto punto el altar del sacrificio. Cuando la puerta del muro estaba abierta, algunas mujeres podían ver el altar. María y las otras jóvenes se hallaban de pie, delante de Ana, y las demás parientas estaban a poca distancia de la puerta. En sitio aparte había un grupo de niños del Templo, vestidos de blanco, que tañían flautas y arpas.

Después del sacrificio se preparó bajo la puerta de separación un altar portátil cubierto, con algunos escalones para subir. Zacarías y Joaquín fueron con un sacerdote desde el patio hasta este altar, delante del cual estaba otro sacerdote y dos levitas con rollos y todo lo necesario para escribir. Un poco atrás se hallaban las doncellas que habían acompañado a María. María se arrodilló sobre los escalones; Joaquín y Ana extendieron las manos sobre su cabeza. El sacerdote cortó un poco de sus cabellos, quemándolos luego sobre un bracero. Los padres pronunciaron algunas palabras, ofreciendo a su hija, y los levitas las escribieron. Entretanto las niñas cantaban el salmo 44: *Eructavit cor meum verbum bonum,* y los sacerdotes el salmo 49: *Deus deorum Dominus locutus est,* mientras los

niños tocaban sus instrumentos. Observé entonces que dos sacerdotes tomaron a María de la mano y la llevaron por unos escalones hacia un lugar elevado del muro, que separaba el vestíbulo del Santuario. Colocaron a la niña en una especie de nicho en el centro de aquel muro, de manera que ella pudiera ver el sitio donde se hallaban, puestos en fila, varios hombres que me parecieron consagrados al Templo. Dos sacerdotes estaban a su lado; había otros dos en los escalones, recitando en alta voz oraciones escritas en rollos. Del otro lado del muro se hallaba de pie un anciano príncipe de los sacerdotes, cerca del altar, en un sitio bastante elevado que permitía vérsele el busto. Yo lo vi presentando el incienso, cuyo humo se esparció alrededor de María.

Durante esta ceremonia vi en torno de María un cuadro simbólico que pronto llenó el Templo y lo oscureció. Vi una gloria luminosa debajo del corazón de María y comprendí que ella encerraba la promesa de la sacrosanta bendición de Dios. Esta gloria aparecía rodeada por el arca de Noé, de manera que la cabeza de María se alzaba por encima y el arca tomaba a su vez la forma del Arca de la Alianza, viendo luego a ésta como encerrada en el Templo. Luego vi que todas estas formas desaparecían mientras el cáliz de la santa Cena se mostraba fuera de la gloria, delante del pecho de María, y más arriba, ante la boca de la Virgen, aparecía un pan marcado con una cruz. A los lados brillaban rayos de cuyas extremidades surgían figuras con símbolos místicos de la Santísima Virgen, como todos los nombres de las Letanías que le dirige la Iglesia. Subían, cruzándose desde sus hombros, dos ramas de olivo y de ciprés, o de cedro y de ciprés, por encima de una hermosa palmera junto con un pequeño ramo que vi aparecer detrás de ella. En los espacios de las ramas pude ver todos los instrumentos de la pasión de Jesucristo. El Espíritu Santo, representado por una figura alada que parecía más forma humana que paloma, hallábase suspendido sobre el cuadro, por encima del cual vi el cielo abierto, el centro de la celestial Jerusalén, la ciudad de Dios, con todos sus palacios, jardines y lugares de los futuros santos. Todo estaba lleno de ángeles, y la gloria, que ahora rodeaba a la Virgen Santísima, lo estaba con cabezas de estos espíritus. ¡Ah, quién pudiera describir estas cosas con palabras humanas!... Se veía todo bajo formas tan diversas y tan multiformes, derivando unas de las otras en tan continuada transformación, que he olvidado la mayor parte de ellas. Todo lo

que se relaciona con la Santísima Virgen en la antigua y en la nueva Alianza y hasta en la eternidad, se hallaba allí representado. Sólo puedo comparar esta visión a otra menor que tuve hace poco, en la cual vi en toda su magnificencia el significado del santo Rosario. Muchas personas, que se creen sabias, comprenden esto menos que los pobres y humildes que lo recitan con simplicidad, pues éstos acrecientan el esplendor con su obediencia, su piedad y su sencilla confianza en la Iglesia, que recomienda esta oración. Cuando vi todo esto, las bellezas y magnificencias del Templo, con los muros elegantemente adornados, me parecían opacos y ennegrecidos detrás de la Virgen Santísima. El Templo mismo parecía esfumarse y desaparecer: sólo María y la gloria que la rodeaba lo llenaba todo. Mientras estas visiones pasaban delante de mis ojos, dejé de ver a la Virgen Santísima bajo forma de niña: me pareció entonces grande y como suspendida en el aire. Con todo veía también, a través de María, a los sacerdotes, al sacrificio del incienso y a todo lo demás de la ceremonia. Parecía que el sacerdote estaba detrás de ella, anunciando el porvenir e invitando al pueblo a agradecer y a orar a Dios, porque de esta niña habría de salir algo muy grandioso. Todos los que estaban en el Templo, aunque no veían lo que yo veía, estaban recogidos y profundamente conmovidos. Este cuadro se desvaneció gradualmente de la misma manera que lo había visto aparecer. Al fin sólo quedó la gloria bajo el corazón de María y la bendición de la promesa brillando en su interior. Luego desapareció también y sólo vi a la niña María adornada entre los sacerdotes.

Los sacerdotes tomaron las guirnaldas que estaban alrededor de sus brazos y la antorcha que llevaba en la mano, y se las dieron a las compañeras. Le pusieron en la cabeza un velo pardo y la hicieron descender las gradas, llevándola a una sala vecina, donde seis vírgenes del Templo, de mayor edad, salieron a su encuentro arrojando flores ante ella. Detrás iban sus maestras, Noemí, hermana de la madre de Lázaro, la profetisa Ana y otra mujer. Los sacerdotes recibieron a la pequeña María, retirándose luego. Los padres de la Niña, así como sus parientes más cercanos, se encontraban allí. Una vez terminados los cantos sagrados, despidióse María de sus padres. Joaquín, que estaba profundamente conmovido, tomó a María entre sus brazos y apretándola contra su corazón, dijo en medio de las lágrimas: "Acuérdate de mi alma ante Dios". María se dirigió luego con las maestras y varias otras jóvenes a las habitaciones de las

mujeres, al Norte del Templo. Estas habitaban salas abiertas en los espesos muros del Templo y podían, a través de pasajes y escaleras, subir a los pequeños oratorios colocados cerca del Santuario y del Santo de los Santos. Los deudos de María volvieron a la sala contigua a la Puerta Dorada, donde antes se habían detenido quedándose a comer en compañía de los sacerdotes. Las mujeres comían en sala aparte.

He olvidado, entre otras muchas cosas, por qué la fiesta había sido tan brillante y solemne. Sin embargo, sé que fué a consecuencia de una revelación de la voluntad de Dios. Los padres de María eran personas de condición acomodada y si vivían pobremente era por espíritu de mortificación y para poder dar más limosnas a los pobres. Así es cómo Ana, no sé por cuánto tiempo, sólo comió alimentos fríos. A pesar de esto trataban a la servidumbre con generosidad y la dotaban. He visto a muchas personas orando en el Templo. Otras habían seguido a la comitiva hasta la puerta misma. Algunos de los presentes debieron tener cierto presentimiento de los destinos de la Niña, pues recuerdo unas palabras que Santa Ana en un momento de entusiasmo jubiloso dirigió a las mujeres, cuyo sentido era: "He aquí el Arca de la Alianza, el vaso de la Promesa, que entra ahora en el Templo". Los padres de María y demás parientes regresaron hoy a Bet-Horon.

XXII

María en el Templo

Noviembre 21. — He visto una fiesta en las habitaciones de las vírgenes del Templo. María pidió a las maestras y a cada doncella en particular si querían admitirla entre ellas, pues esta era la costumbre que se practicaba. Hubo una comida y una pequeña fiesta en la que algunas niñas tocaron instrumentos de música. Por la noche vi a Noemí, una de las maestras, que conducía a la niña María hasta la pequeña habitación que le estaba reservada y desde la cual podía ver el interior del Templo. Había en ella una mesa pequeña, un escabel y algunos estantes en los ángulos. Delante de esta habitación había lugar para la alcoba, el guardarropa y el aposento de Noemí. María habló a Noemí de su deseo de levantarse varias veces durante la noche, pero ésta no se lo permitió. Las mujeres del

Templo llevaban largas y amplias vestiduras blancas, ceñidas con fajas y mangas muy anchas, que recogían para trabajar. Iban veladas.

No recuerdo haber visto nunca a Herodes que haya hecho reconstruir de nuevo la totalidad del Templo. Sólo vi que durante su reinado se hicieron diversos cambios. Cuando María entró en el Templo, once años antes del nacimiento del Salvador, no se hacían trabajos propiamente dichos; pero, como siempre, se trabajaba en las construcciones exteriores: esto no dejó de hacerse nunca.

He visto hoy la habitación de María en el Templo. En el costado Norte, frente al Santuario, se hallaban en la parte alta varias salas que comunicaban con las habitaciones de las mujeres. El dormitorio de María era uno de los más retirados, frente al Santo de los Santos. Desde el corredor, levantando una cortina, se pasaba a una sala anterior separada del dormitorio por un tabique de forma convexa o terminada en ángulo. En los ángulos de la derecha e izquierda estaban las divisiones para guardar la ropa y los objetos de uso; frente a la puerta abierta de este tabique, algunos escalones llevaban arriba hasta una abertura, delante de la cual había un tapiz, pudiéndose ver desde allí el interior del Templo. A izquierda, contra el muro de la habitación, había una alfombra arrollada, que cuando estaba extendida formaba el lecho sobre el cual reposaba la niña María. En un nicho de la muralla estaba colocada una lámpara, cerca de la cual vi a la niña de pie, sobre un escabel, leyendo oraciones en un rollo de pergamino. Llevaba un vestido de listas blancas y azules, sembrado de flores amarillas. Había en la habitación una mesa baja y redonda. Vi entrar en la habitación a la profetisa Ana, que colocó sobre la mesa una fuente con frutas del grosor de una haba y una anforita. María tenía una destreza superior a su edad: desde entonces la vi trabajar en pequeños pedazos de tela blanca para el servicio del Templo. Las paredes de su pieza estaban sobrepuestas con piedras triangulares de varios colores. A menudo oía yo a la niña decir a Ana: "¡Ah, pronto el Niño prometido nacerá! ¡Oh, si yo pudiera ver al niño Redentor!"... Ana le respondía: "Yo soy ya anciana y debí esperar mucho a ese Niño. ¡Tú, en cambio, eres tan pequeña!"... María lloraba a menudo por el ansia de ver al niño Redentor. Las niñas que se educaban en el Templo se ocupaban de bordar, adornar, lavar y ordenar las vestiduras sacerdotales y limpiar los utensilios sagrados del Templo.

En sus habitaciones, desde donde podían ver el Templo, oraban y meditaban. Estaban consagradas al Señor por medio de la entrega que hacían sus padres en el Templo. Cuando llegaban a la edad conveniente, eran casadas, pues había entre los israelitas piadosos la silenciosa esperanza de que de una de estas vírgenes consagradas al Señor debía nacer el Mesías.

Cuán ciegos y duros de corazón eran los fariseos y los sacerdotes del Templo se puede conocer por el poco interés y desconocimiento que manifestaron con las santas personas con las cuales trataron. Primeramente desecharon sin motivo el sacrificio de Joaquín. Sólo después de algunos meses, por orden de Dios, fué aceptado el sacrificio de Joaquín y de Ana. Joaquín llega a las cercanías del Santuario y se encuentra con Ana, sin saberlo de antemano, conducidos por los pasajes debajo del Templo por los mismos sacerdotes. Aquí se encuentran ambos esposos y María es concebida. Otros sacerdotes los esperan en la salida del Templo. Todo esto sucedía por orden e inspiración de Dios. He visto algunas veces que las estériles eran llevadas allí por orden de Dios. María llega al Templo teniendo algo menos de cuatro años: en toda su presentación hay signos extraordinarios y desusados. La hermana de la madre de Lázaro viene a ser la maestra de María, la cual aparece en el Templo con tales señales no comunes que algunos sacerdotes ancianos escribían en grandes libros acerca de esta niña extraordinaria. Creo que estos escritos existen aún entre otros escritos, ocultos por ahora. Más tarde suceden otros prodigios, como el florecimiento de la vara en el casamiento con José. Luego la extraña historia de la venida de los tres Reyes Magos, de los pastores, por medio del llamado de los ángeles. Después, en la presentación de Jesús en el Templo, el testimonio de Simeón y de Ana; y el hecho admirable de Jesús entre los doctores del Templo a los doce años. Todo este conjunto de cosas extraordinarias las despreciaron los fariseos y las desatendieron. Tenían las cabezas llenas de otras ideas y asuntos profanos y de gobierno. Porque la Santa Familia vivió en pobreza voluntaria fué relegada al olvido, como el común del pueblo. Los pocos iluminados, como Simeón, Ana y otros, tuvieron que callar y reservarse delante de ellos.

Cuando Jesús comenzó su vida pública y Juan dió testimonio de El, lo contradijeron con tanta obstinación en sus enseñanzas, que los hechos extraordinarios de su juventud, si es que no los habían olvidado, no tenían interés ninguno en darlos

a conocer a los demás. El gobierno de Herodes y el yugo de los romanos, bajo el cual cayeron, los enredó de tal manera en las intrigas palaciegas y en los negocios humanos, que todo espíritu huyó de ellos. Despreciaron el testimonio de Juan y olvidaron al decapitado. Despreciaron los milagros y la predicación de Jesús. Tenían ideas erróneas sobre el Mesías y los profetas: así pudieron maltratarlo tan bárbaramente, darle muerte y negar luego su resurrección y las señales milagrosas sucedidas, como también el cumplimiento de las profecías en la destrucción de Jerusalén. Pero si su ceguera fué grande al no reconocer las señales de la venida del Mesías, mayor es su obstinación después que obró milagros y escucharon su predicación. Si su obstinación no fuese tan grandemente extraordinaria, ¿cómo podría esta ceguera continuar hasta nuestros días?

Cuando voy por las calles de la presente Jerusalén para hacer el *Via Crucis* veo a menudo, debajo de un ruinoso edificio, una gran arcada en parte derruída y en parte con agua que entró. El agua llega al presente hasta la tabla de la mesa, del medio de la cual se levanta una columna, en torno de la que cuelgan cajas llenas de rollos escritos. Debajo de la mesa hay también rollos dentro del agua. Estos subterráneos deben ser sepulcros: se extienden hasta el monte Calvario. Creo que es la casa que habitó Pilatos. Ese tesoro de escritos será a su tiempo descubierto.

He visto a la Santísima Virgen en el Templo, unas veces en la habitación de las mujeres con las demás niñas, otras veces en su pequeño dormitorio, creciendo en medio del estudio, de la oración y del trabajo, mientras hilaba y tejía para el servicio del Templo. María lavaba la ropa y limpiaba los vasos sagrados. Como todos los santos, sólo comía para el propio sustento, sin probar jamás otros alimentos que aquéllos a los que había prometido limitarse. Pude verla a menudo entregada a la oración y a la meditación. Además de las oraciones vocales prescriptas en el Templo, la vida de María era una aspiración incesante hacia la redención, una plegaria interior continua. Hacía todo esto con gran serenidad y en secreto, levantándose de su lecho e invocando al Señor cuando todos dormían. A veces la vi llorando, resplandeciente, durante la oración. María rezaba con el rostro velado. También se cubría cuando hablaba con los sacerdotes o bajaba a una habitación vecina para recibir su trabajo o entregar el que había terminado. En tres lados del Templo estaban estas habitaciones, que parecían semejantes a

nuestras sacristías. Se guardaban en ellas los objetos que las mujeres encargadas debían cuidar o confeccionar.

He visto a María en estado de éxtasis continuo y de oración interior. Su alma no parecía hallarse en la tierra y recibía a menudo consuelos celestiales. Suspiraba continuamente por el cumplimiento de la promesa y en su humildad apenas podía formular el deseo de ser la última entre las criadas de la Madre del Redentor.

La maestra que la cuidaba era Noemí, hermana de la madre de Lázaro. Tenía cincuenta años y pertenecía a la sociedad de los esenios, así como las mujeres agregadas al servicio del Templo. María aprendió a trabajar a su lado, acompañándola cuando limpiaba las ropas y los vasos manchados con la sangre de los sacrificios; repartía y preparaba porciones de carne de las víctimas reservadas para los sacerdotes y las mujeres. Más tarde se ocupó con mayor actividad de los quehaceres domésticos. Cuando Zacarías se hallaba en el Templo, de turno, la visitaba a menudo; Simeón también la conocía. Los destinos para los cuales estaba llamada María no podían ser completamente desconocidos por los sacerdotes. Su manera de ser, su porte, su gracia infinita, su sabiduría extraordinaria, eran tan notables que ni aún su extrema humildad lograba ocultar.

XXIII

El nacimiento de Juan es anunciado a Zacarías

He visto a Zacarías hablando con Isabel, confiándole la pena que le causaba tener que ir a cumplir su servicio en el Templo de Jerusalén, debido al desprecio con que se le trataba por la esterilidad de su matrimonio. Zacarías estaba de servicio dos veces por año. No vivían en Hebrón mismo, sino a una legua de allí, en Juta. Entre Juta y Hebrón subsistían muchos antiguos muros; quizás en otros tiempos aquellos dos lugares habían estado unidos. Al otro lado de Hebrón se veían muchos edificios diseminados, como restos de la antigua ciudad que fué en otros tiempos tan grande como Jerusalén. Los sacerdotes que habitaban en Hebrón eran menos elevados en dignidad que los que vivían en Juta. Zacarías era así como jefe de estos últimos y gozaba, lo mismo que Isabel, del mayor respeto a causa de su virtud y de la pureza de su linaje de Aarón, su antepasado. He visto a Zacarías visitar, con varios sacerdotes del país, una

pequeña propiedad suya en las cercanías de Juta. Era un huerto con árboles frutales y una casita. Zacarías oró allí con sus compañeros, dándoles luego instrucciones y preparándolos para el servicio del Templo que les iba a tocar. También le oí hablar de su aflicción y del presentimiento de algo que habría de sucederle. Marchó Zacarías con aquellos sacerdotes a Jerusalén, donde esperó cuatro días hasta que le llegó el turno de ofrecer sacrificio. Durante este tiempo oraba continuamente en el Templo. Cuando le tocó presentar el incienso, lo vi entrar en el Santuario, donde se hallaba el altar de los perfumes delante de la entrada del Santo de los Santos. Encima de él el techo estaba abierto, de modo que podía verse el cielo. El sacerdote no era visible desde el exterior. En el momento de entrar, otro sacerdote le dijo algo, retirándose de inmediato.

Cuando Zacarías estuvo solo, vi que levantaba una cortina y entraba en un lugar oscuro. Tomó algo que colocó sobre el altar, encendiendo el incienso. En aquel momento pude ver, a la derecha del altar, una luz que bajaba hacia él y una forma brillante que se acercaba. Asustado, arrebatado en éxtasis, le vi caer hacia el altar. El ángel lo levantó, le habló durante largo tiempo, y Zacarías respondía. Por encima de su cabeza el cielo estaba abierto y dos ángeles subían y bajaban como por una escala. El cinturón de Zacarías estaba desprendido, quedando sus ropas entreabiertas; vi que uno de los ángeles parecía retirar algo de su cuerpo mientras el otro le colocaba en el flanco un objeto luminoso. Todo esto se asemejaba a lo que había sucedido cuando Joaquín recibió la bendición del ángel para la concepción de la Virgen Santísima.

Los sacerdotes tenían por costumbre salir del Santuario inmediatamente después de haber encendido el incienso. Como Zacarías tardara mucho en salir, el pueblo, que oraba afuera, esperando, empezó a inquietarse; pero Zacarías, al salir, estaba mudo y vi que escribió algo sobre una tablilla. Cuando salió al vestíbulo muchas personas se agruparon a su alrededor preguntándole la razón de su tardanza; mas él no podía hablar, y haciendo signos con la mano, mostraba su boca. La tablilla escrita, que mandó a Juta en seguida a casa de Isabel, anunciaba que Dios le había hecho una promesa y al mismo tiempo le decía que había perdido el uso de la palabra. Al cabo del tiempo se volvió a su casa. También Isabel había recibido una revelación, que ahora no recuerdo cómo. Zacarías era un hombre de estatura elevada, grande y de porte majestuoso.

XXIV

Noticias acerca de San José

Marzo 18 de 1820 y Marzo 18 de 1821 (*). — José, cuyo padre se llamaba Jacob, era el tercero entre seis hermanos. Sus padres habitaban un gran edificio situado poco antes de llegar a Belén, que había sido en otro tiempo la casa paterna de David, cuyo padre, Jessé, era el dueño. En la época de José casi no quedaban más que los anchos muros de aquella antigua construcción. Creo que conozco mejor esta casa que nuestra aldea de Flamske. Delante de la casa había un patio anterior rodeado de galerías abiertas como al frente de las casas de la Roma antigua. En sus galerías pude ver figuras semejantes a cabezas de antiguos personajes. Hacia un lado del patio, había una fuente debajo de un pequeño edificio de piedra, donde el agua salía de la boca de animales. La casa no tenía ventanas en el piso bajo, pero sí aberturas redondas arriba. He visto una puerta de entrada. Alrededor de la casa corría una amplia galería, en cuyos rincones había cuatro torrecillas parecidas a gruesas columnas terminadas cada una en una especie de cúpula, donde sobresalían pequeños banderines. Por las aberturas de esas cupulitas, a las que se llegaba mediante escaleras abiertas en las torrecillas, podía verse a lo lejos, sin ser visto. Torrecillas semejantes a éstas había en el palacio de David, en Jerusalén; fué desde la cúpula de una de ellas desde donde pudo mirar a Bersabé mientras tomaba el baño. En lo alto de la casa, la galería corría alrededor de un piso poco elevado, cuyo techo plano soportaba una construcción terminada en otra torre pequeña. José y sus hermanos habitaban en la parte alta con un viejo judío, su preceptor. Dormían alrededor de una habitación colocada en el centro, que dominaba la galería. Sus lechos consistían en colchas arrolladas contra el muro durante el día, separadas entre sí por esteras movibles. Los he visto jugando en su pieza. También vi a los padres, los cuales se relacionaban poco con sus hijos. Me parecieron ni buenos ni malos. José tendría ocho años más o menos. De natural muy distinto a sus hermanos, era muy inteligente, y aprendía todo muy fácilmente, a pesar de ser sencillo, apacible, piadoso y sin ambiciones. Sus herma-

(*) Corresponde este capítulo a varias visiones tenidas el mismo día en dos años diferentes.

nos lo hacían víctima de toda clase de travesuras y a veces lo maltrataban.

Aquellos muchachos poseían pequeños jardines divididos en compartimentos: vi en ellos muchas plantas y arbustos. He visto que a menudo iban los hermanos de José a escondidas y le causaban destrozos en sus parcelas, haciéndole sufrir mucho. Lo he visto con frecuencia bajo la galería del patio, de rodillas, rezando con los brazos extendidos. Sucedía entonces que sus hermanos se deslizaban detrás de él y le golpeaban. Estando de rodillas una vez uno de ellos le golpeó por detrás, y como José parecía no advertirlo, volvió aquél a golpearlo con tal insistencia, que el pobre José cayó hacia delante sobre las losas del piso. Comprendí por esto que José debía estar arrebatado en éxtasis durante la oración. Cuando volvió en sí, no dió muestras de alterarse, ni pensó en vengarse: buscó otro rincón aislado para continuar su plegaria.

Los padres no le mostraban tampoco mayor cariño. Hubieran deseado que empleara su talento en conquistarse una posición en el mundo; pero José no aspiraba a nada de esto. Los padres encontraban a José demasiado simple y rutinario; les parecía mal que amara tanto la oración y el trabajo manual. En otra época en que podría tener doce años lo vi a menudo huir de las molestias de sus hermanos, yendo al otro lado de Belén, no muy lejos de lo que fué más tarde la gruta del pesebre, y detenerse allí algún tiempo al lado de unas piadosas mujeres pertenecientes a la comunidad de los esenios. Habitaban estas mujeres cerca de una cantera abierta en la colina, encima de la cual se hallaba Belén, en cuevas cavadas en la misma roca. Cultivaban pequeñas huertas contiguas e instruían a otros niños de los esenios. Frecuentemente veía al pequeño José, mientras recitaban oraciones escritas en un rollo a la luz de la lámpara suspendida en la pared de la roca, buscar refugio cerca de ellas para librarse de las persecuciones de sus hermanos. También lo vi detenerse en las grutas, una de las cuales habría de ser más tarde el lugar de nacimiento del Redentor. Oraba solo allí o se ocupaba en fabricar pequeños objetos de madera. Un viejo carpintero tenía su taller en la vecindad de los esenios. José iba allí a menudo y aprendía poco a poco ese oficio, en el cual progresaba fácilmente por haber estudiado algo de geometría y dibujo bajo su preceptor. Finalmente las molestias de sus hermanos le hicieron imposible la convivencia en la casa paterna. Un amigo que habitaba cerca de Belén, en

una casa separada de la de sus padres por un pequeño arroyo, le dió ropa con la cual pudo disfrazarse y abandonar la casa paterna, por la noche, para ir a ganarse la vida en otra parte con su oficio de carpintero. Tendría entonces de diez y ocho a veinte años de edad. Primero lo vi trabajando en casa de un carpintero de Libona, donde puede decirse que aprendió el oficio. La casa de su patrón estaba construída contra unos muros que conducían hasta un castillo en ruinas, a todo lo largo de una cresta montañosa. En aquella muralla habían hecho sus viviendas muchos pobres del lugar. Allí he visto a José trabajando largos trozos de madera, encerrado entre grandes muros, donde la luz penetraba por las aberturas superiores. Aquellos trozos formaban marcos en los cuales debían entrar tabiques de zarzos. Su patrón era un hombre pobre que no hacía sino trabajos rústicos, de poco valor. José era piadoso, sencillo y bueno; todos lo querían. Lo he visto siempre, con perfecta humildad, prestar toda clase de servicios a su patrón, recoger las virutas, juntar trozos de madera y llevarlos sobre sus hombros. Más tarde pasó una vez por estos lugares en compañía de María y creo que visitó con ella su antiguo taller.

Mientras tanto sus padres creían que José hubiese sido robado por bandidos. Luego vi que sus hermanos descubrieron donde se hallaba y le hicieron vivos reproches, pues tenían mucha vergüenza de la baja condición en que se había colocado. José quiso quedarse en esa condición, por humildad; pero dejó aquel sitio y se fué a trabajar a Taanac, cerca de Megido, al borde de un pequeño río, el Kisón, que desemboca en el mar. Este lugar no está lejos de Afeké, ciudad natal del apóstol Santo Tomás. Allí vivió en casa de un patrón bastante rico, donde se hacían trabajos más delicados. Después lo vi trabajando en Tiberíades para otro patrón, viviendo solo en una casa al borde del lago. Tendría entonces unos treinta años. Sus padres habían muerto en Belén, donde aún habitaban dos de sus hermanos. Los otros se habían dispersado. La casa paterna ya no era propiedad de la familia, totalmente arruinada. José era muy piadoso y oraba por la pronta venida del Mesías. Estando un día ocupado en arreglar un oratorio, cerca de su habitación, para poder rezar en completa soledad, se le apareció un ángel, dándole orden de suspender el trabajo: que así como en otro tiempo Dios había confiado al patriarca José la administración de los graneros de Egipto, ahora el granero que encerraba la cosecha de la Salvación habría de ser confiado a su guardia

paternal. José, en su humildad, no comprendió estas palabras y continuó rezando con mucho fervor hasta que se le ordenó ir al Templo de Jerusalén para convertirse, en virtud de una orden venida de lo alto, en el esposo de la Virgen Santísima. Antes de esto nunca lo he visto casado, pues vivía muy retraído y evitaba la compañía de las mujeres.

XXV

Desposorio de la Virgen María con San José

María vivía entre tanto en el Templo con otras muchas jóvenes bajo la custodia de las piadosas matronas, ocupadas en bordar, en tejer y en labores para las colgaduras del Templo y las vestiduras sacerdotales. También limpiaban las vestiduras y otros objetos destinados al culto divino. Cuando llegaban a la mayoría de edad se las casaba. Sus padres las habían entregado totalmente a Dios y entre los israelitas más piadosos existía el presentimiento de que de uno de esos matrimonios se produciría el advenimiento del Mesías. Cuando María tenía catorce años y debía salir pronto del Templo para casarse, junto con otras siete jóvenes, vi a Santa Ana visitarla en el Templo. Al anunciar a María que debía abandonar el Templo para casarse, la vi profundamente conmovida, declarando al sacerdote que no deseaba abandonar el Templo, pues se había consagrado sólo a Dios y no tenía inclinación por el matrimonio. A todo esto le fué respondido que debía aceptar algún esposo(*). La vi luego en su oratorio, rezando a Dios con mucho fervor. Recuerdo que, teniendo mucha sed, bajó con su pequeño cántaro para recoger agua de una fuente o depósito, y que allí, sin aparición visible, escuchó una voz que la consoló, haciéndole saber al mismo tiempo que era necesario aceptar ese casamiento(**). Aquello no era la Anunciación, que me fué dado ver más tarde en Nazaret. Creí, sin embargo, haber visto esta vez la aparición de un ángel. En mi juventud confundí a veces este

---

(*) Entre las numerosas clases de votos que enumera el *Michnah* usados por los judíos, no se halla el de castidad. Esto explica por qué los sacerdotes no accedieron al deseo de María, a pesar de haber personas que, como los esenios, vivían en castidad.

(**) En el *Protoevangelium* Jacobi apócrifo se habla de un ángel que se le aparece y le dice: "Ave María", y luego: "María, no temas".

hecho con la Anunciación, creyendo que había tenido lugar en el Templo.

Vi a un sacerdote muy anciano, que no podía caminar: debía ser el Sumo Pontífice. Fué llevado por otros sacerdotes hasta el Santo de los Santos y mientras encendía un sacrificio de incienso leía las oraciones en un rollo de pergamino colocado sobre una especie de atril. Hallándose arrebatado en éxtasis tuvo una aparición y su dedo fué llevado sobre el pergamino al siguiente pasaje de Isaías: "Un retoño saldrá de la raíz de Jessé y una flor ascenderá de esa raíz". Cuando el anciano volvió en sí, leyó este pasaje y tuvo conccimiento de algo al respecto.

Luego se enviaron mensajeros a todas las regiones del país convocando al Templo a todos los hombres de la raza de David que no estaban casados. Cuando varios de ellos se encontraron reunidos en el Templo, en traje de fiesta, les fué presentada María. Entre ellos vi a un joven muy piadoso de Belén, que había pedido a Dios, con gran fervor, el cumplimiento de la promesa: en su corazón vi un gran deseo de ser elegido por esposo de María. En cuanto a ésta, volvió a su celda y derramó muchas lágrimas, sin poder imaginar siquiera que habría de permanecer siempre virgen.

Después de esto vi al Sumo Sacerdote, obedeciendo a un impulso interior, presentar unas ramas a los asistentes, ordenando que cada uno de ellos marcara una con su nombre y la tuviera en la mano durante la oración y el sacrificio. Cuando hubieron hecho esto, las ramas fueron tomadas nuevamente de sus manos y colocadas en un altar delante del Santo de los Santos, siéndoles anunciado que aquél de entre ellos cuya rama floreciere sería el designado por el Señor para ser el esposo de María de Nazaret. Mientras las ramas se hallaban delante del Santo de los Santos siguió celebrándose el sacrificio y continuó la oración. Durante este tiempo vi al joven(*), cuyo nombre quizás recuerde, invocar a Dios en una sala del Templo, con los brazos extendidos, y derramar ardientes lágrimas, cuando después del tiempo marcado les fueron devueltas las ramas anunciándoles que ninguno de ellos había sido designado por Dios para ser esposo de aquella Virgen. Volvieron los hombres a sus casas y el joven se retiró al monte Carmelo, junto con los sacerdotes que vivían allí desde el tiempo de Elías, quedándose

(*) La tradición lo llama *Agabus* y en el cuadro de Rafael es el joven que rompe su vara sobre las rodillas.

con ellos y orando continuamente por el cumplimiento de la Promesa.

Luego vi a los sacerdotes del Templo buscando nuevamente en los registros de las familias si quedaba algún descendiente de la familia de David que no hubiese sido llamado(**). Hallaron la indicación de seis hermanos que habitaban en Belén, uno de los cuales era desconocido y andaba ausente desde hacía tiempo. Buscaron el domicilio de José, descubriéndolo a poca distancia de Samaría, en un lugar situado cerca de un riachuelo. Habitaba a la orilla del río y trabajaba bajo las órdenes de un carpintero. Obedeciendo a las órdenes del Sumo Sacerdote, acudió José a Jerusalén y se presentó en el Templo. Mientras oraban y ofrecían sacrificio pusiéronle también en las manos una vara, y en el momento en que él se disponía a dejarla sobre el altar, delante del Santo de los Santos, brotó de la vara una flor blanca, semejante a una azucena; y pude ver una aparición luminosa bajar sobre él: era como si en ese momento José hubiese recibido al Espíritu Santo. Así se supo que éste era el hombre designado por Dios para ser prometido de María Santísima, y los sacerdotes lo presentaron a María, en presencia de su madre. María, resignada a la voluntad de Dios, lo aceptó humildemente, sabiendo que Dios todo lo podía, puesto que Él había recibido su voto de pertenecer sólo a Él.

Lunes 24 de septiembre de 1821. — Las bodas de María y José, que duraron de seis a siete días, fueron celebradas en Jerusalén en una casa situada cerca de la montaña de Sión que se alquilaba a menudo para ocasiones semejantes. Además de las maestras y compañeras de María de la escuela del Templo, asistieron muchos parientes de Joaquín y de Ana, entre otros un matrimonio de Gofna con dos hijas. Las bodas fueron solemnes y suntuosas, y se ofrecieron e inmolaron muchos corderos como sacrificio en el Templo.

He podido ver muy bien a María con su vestido nupcial. Llevaba una túnica muy amplia abierta por delante, con anchas mangas. Era de fondo azul, con grandes rosas coloradas, blancas y amarillas, mezcladas de hojas verdes, a modo de las ricas casullas de los tiempos antiguos. El borde inferior estaba adornado con flecos y borlas. Encima del traje llevaba un peplo celeste parecido a un gran paño. Además de este manto, las mujeres judías solían llevar en ciertas ocasiones algo así como

(**) Sábese por antiguos documentos que por lo menos desde la cautividad de Babilonia se guardaban en el Templo registros genealógicos exactos.

un abrigo de duelo con mangas. El manto de María caíale sobre los hombros volviendo hacia adelante por ambos lados y terminando en una cola. Llevaba en la mano izquierda una pequeña corona de rosas blancas y rojas de seda; en la derecha tenía, a modo de cetro, un hermoso candelero de oro sin pie, con una pequeña bandeja sobrepuesta, en el que ardía algo que producía una llama blanquecina.

Las jóvenes del Templo arreglaron el cabello de María, terminando el tocado en muy breve tiempo. Ana había traído el vestido de boda, y María, en su humildad, no quería ponérselo después de los esponsales. Sus cabellos fueron ajustados en torno a la cabeza, de la cual colgaba un velo blanco que caía por debajo de los hombros. Sobre este velo le fué puesta una corona. La cabellera de María era abundante, de color rubio de oro, cejas negras y altas, grandes ojos de párpados habitualmente entornados con largas pestañas negras, nariz de bella forma un poco alargada, boca noble y graciosa, y fino mentón. Su estatura era mediana. Vestida con su hermoso traje, era su andar lleno de gracia, de decencia y de gravedad. Vistióse luego para la boda con otro atavío menos adornado, del cual poseo un pequeño trozo que guardo entre mis reliquias. Llevó este traje listado en Caná y en otras ocasiones solemnes. A veces volvía a ponerse su vestido de bodas cuando iba al Templo. Personas acomodadas mudaban tres o cuatro veces sus vestidos en las bodas. En ese traje de gala María me recordaba a ciertas mujeres ilustres de otras épocas, por ejemplo a Santa Elena y a Santa Cunegunda, aunque distinguiéndose de ellas por el manto con que se envolvían las mujeres judías, más parecido al de las damas romanas. Había en Sión, en la vecindad del Cenáculo, algunas mujeres que preparaban hermosas telas de todas clases, según pude ver a propósito de sus vestidos. José llevaba un traje largo, muy amplio, de color azul con mangas anchas y sujetas al costado por cordones. En torno al cuello tenía una esclavina parda o más bien una ancha estola, y en el pecho colgábanle dos tiras blancas.

He visto todos los pormenores de los esponsales de María y José: la comida de boda y las demás solemnidades; pero he visto al mismo tiempo otras tantas cosas. Me encuentro tan enferma, tan molesta de mil diversas formas, que no me atrevo a decir más para no introducir confusión en estos relatos.

XXVI

El anillo nupcial de María

He visto que el anillo nupcial de María no es de oro ni de plata ni de otro metal. Tiene un color sombrío con reflejos cambiantes. No es tampoco un pequeño círculo delgado, sino bastante grueso como un dedo de ancho. Lo vi todo liso, aunque llevaba incrustados pequeños triángulos regulares en los cuales había letras. Vi que estaba bien guardado bajo muchas cerraduras en una hermosa iglesia. Hay personas piadosas que antes de celebrar sus bodas tocan esta reliquia preciosa con sus alianzas matrimoniales. En estos últimos días he sabido muchos detalles relativos a la historia del anillo nupcial de María; pero no puedo relatarlo en el orden debido.

He visto una fiesta en una ciudad de Italia donde se conserva este anillo. Estaba expuesto en una especie de viril, encima del tabernáculo. Había allí un gran altar embellecido con adornos de plata. Mucha gente llevaba sus anillos para hacerlos tocar en la custodia. Durante esta fiesta he visto aparecer de ambos lados del altar del anillo, a María y a José con sus trajes de bodas. Me pareció que José colocaba el anillo en el dedo de María. En aquel momento vi el anillo todo luminoso, como en movimiento. A la izquierda y a la derecha del altar, vi otros dos altares, los cuales probablemente no se hallaban en la misma iglesia; pero me fueron mostrados allí en esta visión(*). Sobre el altar de la derecha se hallaba una imagen del *Ecce Homo,* que un piadoso magistrado romano, amigo de San Pedro, había recibido milagrosamente. Sobre el altar de la izquierda estaba una de las mortajas de Nuestro Señor.

Terminadas las bodas, se volvió Ana a Nazaret, y María partió también en compañía de varias vírgenes que habían dejado el Templo al mismo tiempo que ella. No sé hasta dónde acompañaron a María: sólo recuerdo que el primer sitio donde se detuvieron para pasar la noche fué la escuela de Levitas de Bet-Horón. María hacía el viaje a pie. Después de las bodas, José había ido a Belén para ordenar algunos asuntos de familia. Más tarde se trasladó a Nazaret.

(*) Esto fué narrado el 4 de Agosto y Brentano comprobó que el 3 de Agosto se había mostrado en Perusa el anillo de la Virgen, coincidiendo con el día que la vidente tuvo la visión.

XXVII
La casa de Nazaret

He visto una fiesta en la casa de Santa Ana. Vi allí a seis huéspedes sin contar a los familiares de la casa y a algunos niños reunidos con José y María en torno de una mesa, sobre la cual había vasos. La Virgen tenía un manto con flores coloradas, azules y blancas, como se ve en las antiguas casullas. Llevaba un velo transparente y por encima otro negro. Esta parecía una continuación de la fiesta de bodas. Mi guía me llevó a la casa de Santa Ana, que reconocí en seguida con todos sus detalles. No encontré allí a José ni a María. Vi que Santa Ana se disponía a ir a Nazaret, donde habitaba ahora la Sagrada Familia. Llevaba bajo el brazo un envoltorio para María. Para ir a Nazaret tuvo que atravesar una llanura y luego un bosquecillo, delante de una altura. Yo seguí el mismo camino. La casa de José no estaba muy lejos de la puerta de la ciudad y no era tan grande como la de Santa Ana. Había en la vecindad un pozo cuadrangular al cual se bajaba por algunas gradas; delante de la casa había un pequeño patio cuadrado. He visto a Ana visitando a María y entregarle lo que había traído para ella, volviéndose luego a su casa. María lloró mucho y acompañó a su santa madre un trozo de camino. Vi a San José frente a la casa en un sitio algo apartado.

La casita de Nazaret, que Ana había preparado para María y José, pertenecía a Santa Ana. Ella podía desde su casa llegar allí sin ser observada, por caminos extraviados, en media hora de camino. La casita no estaba lejos de la puerta de la ciudad. Tenía delante un patiecito. Estaba sobre una colinita, no edificada ni cavada, sino que estaba separada de la colina por la parte de atrás, y a la cual conducía un sendero angosto abierto en la misma roca. En la parte posterior tenía una abertura por arriba, en forma de ventana, que miraba a lo alto de la colina. Había bastante oscuridad detrás de la casa. La parte posterior de la casita era triangular y era más elevada que la anterior. La parte baja estaba cavada en la piedra; la parte alta era de materiales livianos. En la parte posterior estaba el dormitorio de María: allí tuvo lugar la Anunciación del Angel. Esta pieza tenía forma semicircular debido a los tabiques de juncos entretejidos groseramente, que cubrían las paredes posteriores en lugar de los biombos livianos que se usaban. Los

tabiques que cubrían las paredes tenían dibujos de varias formas y colores. El lecho de María estaba en el lado derecho, detrás de un tabique entretejido. En la parte izquierda estaba el armario y la pequeña mesa con el escabel: era éste el lugar de oración de María. La parte posterior de la casa estaba separada del resto por el hogar, que era una pared en medio de la cual se levantaba una chimenea hasta el techo. Por la abertura del techo salía la chimenea, terminada en un pequeño techito. Más tarde he visto al final de esta chimenea dos pequeñas campanas colgadas. A derecha e izquierda había dos puertas con tres escalones que iban a la pieza de María. En las paredes del hogar había varios huecos abiertos con el menaje y otros objetos que aún veo en la casa de Loreto. Detrás de la chimenea había un tirante de cedro, al cual estaba adherida la pared del hogar con la chimenea. Desde este tirante plantado verticalmente salía otro a través a la mitad de la pared posterior, donde estaban metidos otros por ambos lados. El color de estos maderos era azulado con adornos amarillos. A través de ellos se veía el techo, revestido interiormente de hojas y de esteras; en los ángulos había adornos de estrellas. La estrella del ángulo del medio era grande y parecía representar el lucero de la mañana. Más tarde he visto allí más número de estrellas. Sobre el tirante horizontal que salía de la chimenea e iba a la pared posterior por una abertura exterior, colgaba la lámpara. Debajo de la chimenea se veía otro tirante. El techo exterior no era en punta, sino plano, de modo que se podía caminar sobre él, pues estaba resguardado por un parapeto en torno de esa azotea.

Cuando la Virgen Santísima, después de la muerte de San José, dejó la casita de Nazaret y fué a vivir en las cercanías de Cafarnaúm, se empezó a adornar la casa, conservándola como un lugar sagrado de oración. María peregrinaba a menudo desde Cafarnaúm hasta allá, para visitar el lugar de la Encarnación y entregarse a la oración.

Pedro y Juan, cuando iban a Palestina, solían visitar la casita para consagrar en ella, pues se había instalado un altar en el lugar donde había estado el hogar. El armarito que María había usado lo pusieron sobre la mesa del altar como a manera de tabernáculo.

XXVIII

La santa casa en Loreto

He tenido a menudo la visión del traslado de la santa casa a Loreto. Yo no lo podía creer, a pesar de haberlo visto repetidas veces en visión. La he visto llevada por siete ángeles, que flotaban sobre el mar con ella. No tenía piso, pero había en lugar del piso un fundamento de luz y de claridad. De ambos lados tenía como agarraderas. Tres ángeles la sostenían de un lado; otros tres del otro, llevándola por los aires. Uno de los ángeles volaba delante arrojando una gran estela de luz y de resplandor. Recuerdo haber visto que se llevaba a Europa la parte posterior de la casa, con el hogar y la chimenea, con el altar del apóstol y con la pequeña ventana. Me parece, cuando pienso en ello, que las demás partes de la casa estaban pegadas a esta parte y que quedaron así casi en estado de caerse por sí solas. Veo en Loreto también la cruz que María usó en Efeso: está hecha de varias clases de madera. Más tarde la poseyeron los apóstoles. Muchos prodigios se obran por medio de esta cruz. Las paredes de la santa casa de Loreto son absolutamente las mismas de Nazaret. Los tirantes que estaban debajo de la chimenea son los mismos. La imagen milagrosa de María está ahora sobre el altar de los apóstoles.

XXIX

La anunciación del Angel

Marzo 25 de 1821. — Tuve una visión de la Anunciación de María el día de esa fiesta. He visto a la Virgen Santísima poco después de su desposorio, en la casa de San José, en Nazaret. José había salido con dos asnos para traer algo que había heredado o para buscar las herramientas de su oficio. Me pareció que se hallaba aún en camino. Además de la Virgen y de dos jovencitas de su edad que habían sido, según creo, sus compañeras en el Templo, vi en la casa a Santa Ana con aquella parienta viuda que se hallaba a su servicio y que más tarde la acompañó a Belén, después del nacimiento de Jesús. Santa Ana había renovado todo en la casa. Vi a los cuatro mujeres yendo y viniendo por el interior paseando juntas en el patio. Al atardecer las he visto entrar y rezar de pie en torno de una pequeña mesa redonda; después comieron verduras y se sepa-

raron. Santa Ana anduvo aún en la casa de un lado a otro, como una madre de familia ocupada en quehaceres domésticos. María y las dos jóvenes se retiraron a sus dormitorios, separados. El frente de la alcoba, hacia la puerta, era redondo, y en esta parte circular, separada por un tabique de la altura de un hombre, se encontraba arrollado el lecho de María.

Fuí conducida hasta aquella habitación por el joven resplandeciente que siempre me acompaña, y vi allí lo que voy a relatar en la forma que puede hacerlo una persona tan miserable como yo.

Cuando hubo entrado la Santísima Virgen se puso, detrás de la mampara de su lecho, un largo vestido de lana blanca con ancho ceñidor y se cubrió la cabeza con un velo blanco amarillento. La sirvienta entró con una luz, encendió una lámpara de varios brazos que colgaba del techo, y se retiró. La Virgen tomó una mesita baja arrimada contra el muro y la puso en el centro de la habitación. La mesa estaba cubierta con una carpeta roja y azul, en medio de la cual había una figura bordada: no sé si era una letra o un adorno simplemente. Sobre la mesa había un rollo de pergamino escrito. Habiéndola colocado la Virgen entre su lecho y la puerta, en un lugar donde el suelo estaba cubierto con una alfombra, puso delante de sí un pequeño cojín redondo, sobre el cual se arrodilló, afirmándose con las dos manos sobre la mesa. María veló su rostro y juntó las manos delante del pecho, sin cruzar los dedos. Durante largo tiempo la vi así orando ardientemente, con la faz vuelta al cielo, invocando la Redención, la venida del Rey prometido a Israel, y pidiendo con fervor le fuera permitido tomar parte en aquella misión. Permaneció mucho tiempo arrodillada, transportada en éxtasis; luego inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces del techo de la habitación bajó, a su lado derecho, en línea algún tanto oblicua, un golpe tan grande de luz, que me vi obligada a volver los ojos hacia la puerta del patio. Vi, en medio de aquella masa de luz, a un joven resplandeciente, de cabellos rubios flotantes, que había descendido ante María, a través de los aires. Era el Arcángel Gabriel. Cuando habló vi que salían las palabras de su boca como si fuesen letras de fuego: las leí y las comprendí. María inclinó un tanto su cabeza velada a la derecha. Sin embargo, en su modestia, no miró al ángel. El Arcángel siguió hablando. María volvió entonces el

rostro hacia él, como si obedeciera una orden, levantó un poco el velo y respondió. El ángel dijo todavía algunas palabras. María alzó el velo totalmente, miró al ángel y pronunció las sagradas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra".

María se hallaba en un profundo arrobamiento. La habitación resplandecía y ya no veía yo la lámpara del techo ni el techo mismo. El cielo aparecía abierto y mis miradas siguieron por encima del ángel una ruta luminosa. En el punto extremo de aquel río de luz se alzaba una figura de la Santísima Trinidad: era como un fulgor triangular, cuyos rayos se penetraban recíprocamente. Reconocí allí Aquello que sólo se puede adorar sin comprenderlo jamás: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y, sin embargo, un solo Dios Todopoderoso.

Cuando la Santísima Virgen hubo dicho: "Hágase en mí según tu palabra", vi una aparición alada del Espíritu Santo, que no se parecía a la representación habitual bajo la forma de paloma: la cabeza se asemejaba a un rostro humano; la luz se derramaba a los costados en forma de alas. Vi partir de allí como tres efluvios luminosos hacia el costado derecho de la Virgen, donde volvieron a reunirse. Cuando esta luz penetró en su costado derecho, la Santísima Virgen volvióse luminosa ella misma y como transparente: parecía que todo lo que había de opaco en ella desaparecía bajo esa luz, como la noche ante el espléndido día. Se hallaba tan penetrada de luz que no había en ella nada de opaco o de oscuro. Resplandecía como enteramente iluminada.

Después de esto vi que el ángel desaparecía y que la faja luminosa, de donde había salido, se desvanecía. Parecía que el cielo aspirase y volviese hacia sí la luz que había dejado caer

Mientras veía todas estas cosas en la habitación de María tuve una impresión personal de naturaleza singular. Me hallaba en angustia continua, como si me acechasen peligrosas emboscadas, y vi una horrible serpiente que se arrastraba a través de la casa y por los escalones hasta la puerta, donde me había detenido cuando la luz penetró en la Santísima Virgen. El monstruo había llegado ya al tercer escalón. Aquella serpiente era del tamaño de un niño, con la cabezota ancha y chata, y a la altura del pecho tenía dos patas cortas membranosas, armadas con garras, sobre las cuales se arrastraba, que parecían alas de murciélago. Tenía manchas de diferentes colores, de aspecto repugnante; se parecía a la serpiente del Paraíso terre-

nal, pero de aspecto más deforme y espantoso. Cuando el ángel desapareció de la presencia de la Virgen, ésta pisó la cabeza del monstruo que estaba delante de la puerta, el cual lanzó un grito tan espantoso que me hizo estremecer. Después he visto aparecer tres espíritus, que golpearon al odioso reptil echándolo fuera de la casa.

Desaparecido el ángel he visto a María arrobada en éxtasis profundo, en absoluto recogimiento. Pude ver que ya conocía y adoraba la Encarnación del Redentor en sí misma, donde se hallaba como un pequeño cuerpo humano luminoso, completamente formado y provisto de todos sus miembros.

Aquí, en Nazaret, no es lo mismo que en Jerusalén, donde las mujeres deben quedarse en el atrio, sin poder entrar en el Templo, porque solamente los sacerdotes tienen acceso al Santuario. En Nazaret la misma Virgen es el Templo: el Santo de los Santos está en Ella, como también el Sumo Sacerdote y se halla Ella sola con Él. ¡Qué conmovedor es todo esto y qué natural y sencillo al mismo tiempo! Quedaban cumplidas las palabras del salmo 45: "El Altísimo ha santificado su tabernáculo; Dios está en medio de El, y no será conmovido".

Era más o menos la medianoche cuando contemplé todo este espectáculo. Al cabo de algún tiempo Ana entró en la habitación de María con las demás mujeres. Un movimiento admirable en la naturaleza las había despertado: una luz maravillosa había aparecido por encima de la casa. Cuando vieron a María de rodillas, bajo la lámpara, arrebatada en el éxtasis de su plegaria, se alejaron respetuosamente.

Después de algún tiempo vi a la Virgen levantarse y acercarse al altarcito de la pared; encendió la lámpara y oró de pie. Delante de ella, sobre un alto atril, había rollos escritos. Sólo al amanecer la vi descansando.

El guía me llevó fuera de la habitación; pero cuando estuve en el pequeño vestíbulo de la casa me vi presa de gran temor. Aquella horrible serpiente, que estaba allí en acecho, se precipitó sobre mí y quiso ocultarse entre los pliegues de mi vestido. Me encontré en medio de una angustia horrible; pero mi guía me alejó de allí y pude ver que reaparecían los tres espíritus, que golpearon nuevamente al monstruo. Aun resuena en mí su grito horroroso y me espanta su recuerdo.

Contemplando esta noche el misterio de la Encarnación comprendía todavía muchas otras cosas. Ana recibió un conocimiento interior de lo que estaba realizándose. Supe también

por qué el Redentor debía quedar nueve meses en el seno de su Madre y nacer bajo la forma de niño; el por qué no quiso aparecer en forma de hombre perfecto como nuestro primer padre Adán saliendo de las manos de Dios: todo esto se me explicó, pero ya no lo puedo explicar con claridad. Lo que puedo decir es que El quiso santificar nuevamente el acto de la concepción y la natividad de los hombres, degradados por el pecado original. Si María se convirtió en Madre y si El no vino más temprano al mundo fué porque ella era lo que ninguna criatura fué antes ni será después: el puro vaso de gracia que Dios había prometido a los hombres y en el cual El debía hacerse hombre, para pagar las deudas de la humanidad, mediante los abundantes méritos de su pasión.

La Santísima Virgen era la flor perfectamente pura de la raza humana abierta en la plenitud de los tiempos. Todos los hijos de Dios entre los hombres, todos, hasta los que desde el principio habían trabajado en la obra de la santificación, han contribuído a su venida. Ella era el único oro puro de la tierra; solamente ella era la porción inmaculada de la carne y de la sangre de la humanidad entera, que preparada, depurada, recogida y consagrada a través de todas las generaciones de sus antepasados; conducida, protegida y fortalecida bajo el régimen de la ley de Moisés, se realizaba finalmente como plenitud de la gracia. Predestinada en la eternidad, surgió en el tiempo como Madre del Verbo eterno.

La Virgen María contaba poco más de catorce años cuando tuvo lugar la Encarnación de Jesucristo. Jesús llegó a la edad de treinta y tres años y tres veces seis semanas. Digo tres veces seis, porque en este mismo instante estoy viendo la cifra seis repetida tres veces.

XXX

Visitación de María a Isabel

Algunos días después de la Anunciación del Angel a María, José volvióse a Nazaret e hizo ciertos arreglos en la casa para poder ejercer su oficio y quedarse, pues hasta entonces sólo había permanecido dos días allí. Nada sabía del misterio de la Encarnación del Verbo en María. Ella era la Madre de Dios y era la sierva del Señor, y guardaba humildemente el secreto. Cuando la Virgen sintió que el Verbo se había hecho carne en

ella, tuvo un gran deseo de ir a Juta, cerca de Hebrón, para visitar a su prima Isabel, que según las palabras del ángel hallábase encinta desde hacía seis meses. Acercándose el tiempo en que José debía ir a Jerusalén, para la fiesta de Pascua, quiso acompañarle con el fin de asistir a Isabel durante su embarazo. José, en compañía de la Virgen Santísima, se puso en camino para Juta. El camino se dirigía al Mediodía. Llevaban un asno sobre el cual montaba María de vez en cuando. Este asno tenía atada al cuello una bolsa perteneciente a José, dentro de la cual había un largo vestido pardo con una especie de capuz. María se ponía este traje para ir al Templo o a la sinagoga. Durante el viaje usaba una túnica parda de lana, un vestido gris con una faja por encima, y cubría su cabeza una cofia amarilla. Viajaban con bastante rapidez. Después de haber atravesado la llanura de Esdrelón, los vi trepar una altura y entrar en la ciudad de Dotán, en casa de un amigo del padre de José. Este era un hombre bastante acomodado, oriundo de Belén. El padre de José lo llamaba hermano a pesar de no serlo: descendía de David por un antepasado que también fué rey, según creo, llamado Ela, o Eldoa o Eldad (*), pues no recuerdo bien su nombre.

Dotán era una ciudad de activo comercio. Luego los v pernoctar bajo un cobertizo. Estando aún a doce leguas de l casa de Zacarías pude verlos otra noche en medio de un bos que, bajo una cabaña de ramas toda cubierta de hojas verde con hermosas flores blancas. Frecuentemente se ven en est país al borde de los caminos esas glorietas hechas de ramas de hojas y algunas construcciones más sólidas en las cuales l viajeros pueden pernoctar o refrescarse, y aderezar y cocer l alimentos que llevan consigo. Una familia de la vecindad encarga de la vigilancia de varios de estos lugares y propo ciona las cosas necesarias mediante una pequeña retribuci Ne fueron directamente de Jerusalén a Juta. Con el fin viajar en la mayor soledad dieron una vuelta por tierras Este, pasando al lado de una pequeña ciudad, a dos leguas Emaús y tomando los caminos por donde Jesús anduvo dura sus años de predicación. Más tarde tuvieron que pasar montes, entre los cuales los vi descansar una vez comiendo pan, mezclando con el agua parte del bálsamo que habían recogido durante el viaje. En esta región el país es muy montañoso.

(*) Este vástago de David podría ser Elíada, citado en el libro II de los Reyes.

Pasaron junto a algunas rocas, más anchas en su parte superior que en la base; había en aquellos lugares grandes cavernas, dentro de las cuales se veían toda clase de piedras curiosas. Los valles eran muy fértiles. Aquel camino los condujo a través de bosques y de páramos, de prados y de campos. En un lugar bastante cerca del final del viaje noté particularmente una planta que tenía pequeñas y hermosas hojas verdes y racimos de flores formados por nueve campanillas cerradas de color de rosa. Tenía allí algo en qué debía ocuparme; pero he olvidado de qué se trataba(**).

Julio, 1820. — La casa de Zacarías estaba situada sobre una colina, en torno de la cual había un grupo de casas. Un arroyo torrentoso baja de la colina. Me pareció que era el momento en que Zacarías volvía a su casa desde Jerusalén, pasadas las fiestas de Pascua. He visto a Isabel caminando, bastante alejada de su casa, sobre el camino de Jerusalén, llevada por un ansia inquieta e indefinible. Allí la encontró Zacarías, que se espantó de verla tan lejos de la casa en el estado en que se encontraba. Ella dijo que estaba muy agitada, pues la perseguía el pensamiento de que su prima María de Nazaret estaba en camino para visitarla. Zacarías trató de hacerle comprender que desechase tal idea, y, por signos y escribiendo en una tablilla, le decía cuán poco verosímil era que una recién casada emprendiera viaje tan largo en aquel momento. Juntos volvieron a su casa. Isabel no podía desechar esa idea fija, habiendo sabido en sueños que una mujer de su misma sangre se había convertido en Madre del Verbo eterno, del Mesías prometido. Pensando en María concibió un deseo muy grande de verla, y la vió, en efecto, en espíritu que venía hacia ella. Preparó en su casa, a la derecha de la entrada, una pequeña habitación con asientos y aguardó allí al día siguiente, a la expectativa, mirando hacia el camino por si llegaba María. Pronto se levantó y salió a su encuentro por el camino.

Isabel era una mujer alta, de cierta edad: tenía el rostro pequeño y rasgos bellos; la cabeza la llevaba velada. Sólo conocía a María por las voces y la fama. María, viéndola a cierta distancia, conoció que era ella Isabel y se apresuró a ir a su encuentro, adelantándose a José que se quedó discretamente a la distancia. Pronto estuvo María entre las primeras casas de la vecindad, cuyos habitantes, impresionados por su extraordinaria

(**) Las nueve campanillas tenían relación mística con los nueve meses que permaneció Jesús en el seno de María.

belleza y conmovidos por cierta dignidad sobrenatural que irradiaba toda su persona, se retiraron respetuosamente en el momento de su encuentro con Isabel. Se saludaron amistosamente dándose la mano. En aquel momento vi un punto luminoso en la Virgen Santísima y como un rayo de luz que partía de allí hacia Isabel, la cual recibió una impresión maravillosa. No se detuvieron en presencia de los hombres, sino que, tomándose del brazo, se dirigieron a la casa por el patio interior. En el umbral de la puerta Isabel dió nuevamente la bienvenida a María y luego entraron en la casa.

José llegó al patio conduciendo al asno, que entregó a un servidor y fué a buscar a Zacarías en una sala abierta sobre el costado de la casa. Saludó con mucha humildad al anciano sacerdote, el cual lo abrazó cordialmente y conversó con él por medio de la tablilla sobre la que escribía, pues había quedado mudo desde que el ángel se le había aparecido en el Templo. María e Isabel, una vez que hubieron entrado, se hallaron en un cuarto que me pareció servir de cocina. Allí se tomaron de los brazos. María saludó a Isabel muy cordialmente y las dos juntaron sus mejillas. Vi entonces que algo luminoso irradiaba desde María hasta el interior de Isabel, quedando ésta toda iluminada y profundamente conmovida, con el corazón agitado por santo regocijo. Se retiró Isabel un poco hacia atrás, levantando la mano y, llena de humildad, de júbilo y entusiasmo, exclamó: "Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Pero de dónde a mí tanto favor que la Madre de mi Señor venga a visitarme?... Porque he aquí que como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura que llevo se estremeció de alegría en mi interior. ¡Oh, dichosa tú, que has creído; lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!"

Después de estas palabras condujo a María a la pequeña habitación preparada, para que pudiera sentarse y reposar de las fatigas del viaje. Sólo había que dar unos pasos para llegar hasta allí. María dejó el brazo de Isabel, cruzó las manos sobre el pecho y empezó el cántico del *Magníficat:*

"Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador. Porque miró a la bajeza de su sierva; porque he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho grandes cosas conmigo el Todopoderoso; y santo es su nombre. Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo valentías con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de su corazón.

Quitó a los poderosos de los tronos y levantó a los humildes. A los hambrientos hinchó de bienes y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Como habló a nuestros padres, a Abrahán y a su simiente, para siempre".

Isabel repetía en voz baja el *Magníficat* con el mismo impulso de inspiración de María. Luego se sentaron en asientos muy bajos, ante una mesita de poca altura. Sobre ésta había un vaso pequeño.

¡Qué dichosa me sentía yo, porque repetía con ellas todas las oraciones, sentada muy cerca de María! ¡Qué grande era entonces mi felicidad!

XXXI

En casa de Zacarías e Isabel

José y Zacarías están juntos conversando acerca del Mesías, de su próxima venida y de la realización de las profecías. Zacarías era un anciano de alta estatura y hermoso cuando estaba vestido de sacerdote. Ahora responde siempre por signos o escribiendo en su tablilla. Los veo al lado de la casa en una sala abierta al jardín. María e Isabel están sentadas sobre una alfombra en el huerto, bajo un árbol grande, detrás del cual hay una fuente por donde se escapa el agua cuando se retira la compuerta. En todo el contorno veo un prado cubierto de césped, de flores y de árboles con pequeñas ciruelas amarillas. Están juntas comiendo frutas y panecillos sacados de la alforja de José. ¡Qué simplicidad y qué conmovedora frugalidad! En la casa hay dos criados y dos mozos de servicio: los veo ir y venir preparando alimentos en una mesa, debajo de un árbol. Zacarías y José se acercan y comen también algo.

José quería volverse de inmediato a Nazaret; pero tendrá que quedarse ocho días allí. No sabe nada aún del estado de embarazo de María. Isabel y María habían guardado silencio sobre esto, manteniendo entre ellas una armonía secreta y profunda, que las unía intimamente. Varias veces al día, especialmente antes de las comidas, cuando todos se hallaban reunidos, las santas mujeres decían una especie de Letanías. José oraba con ellas. Pude ver una cruz que aparecía entre las dos mujeres, a pesar de no existir aún la cruz: aquello era como si dos cruces se hubiesen visitado. Ayer, por la tarde, se juntaron to-

dos para comer, quedándose hasta la medianoche sentados a la luz de una lámpara, bajo el árbol del jardín. Vi luego a José y a Zacarías solos en su oratorio, y a María y a Isabel en su pequeña habitación, una frente a la otra, de pie, absortas y extáticas, diciendo juntas el cántico del *Magníficat*.

Además del vestuario mencionado, la Virgen usaba algo parecido a un velo negro transparente, que bajaba sobre el rostro cuando debía hablar con los hombres. Hoy Zacarías condujo a José a otro jardín retirado de su casa. Zacarías era un hombre muy ordenado en todas sus cosas. En este huerto abundan árboles con frutas hermosas de todas clases: está muy bien cuidado, atravesado por una larga enramada, bajo la cual hay sombra; en su extremidad hay una glorieta escondida cuya puerta se abre por un costado. En lo alto de esta casa se ven aberturas cerradas con bastidores; dentro hay un lecho de reposo, hecho de esteras, de musgos o de otras hierbas. Vi allí dos estatuas blancas del tamaño de un niño: no sé cómo se encuentran allí ni qué representan. Yo las hallaba parecidas a Zacarías y a Isabel, de cuando serían más jóvenes.

Julio 3. — Hoy por la tarde vi a María y a Isabel ocupadas en la casa. La Virgen tomaba parte en los quehaceres domésticos y preparaba toda clase de prendas para el esperado niño. Las he visto trabajando juntas: tejían una colcha grande destinada al lecho de Isabel, para cuando hubiera dado a luz. Las mujeres judías usaban colchas de esta clase, las cuales tenían en el centro una especie de bolsillo dispuesto de tal manera que la madre podía envolverse completamente en él con su niño. Encerrada allí dentro y sostenida mediante almohadas podía sentarse o tenderse según su voluntad. En el borde de la colcha había flores bordadas y algunas sentencias. Isabel y María preparaban también toda clase de objetos para regalarlos a los pobres cuando naciera la criatura. Vi a santa Ana durante la ausencia de María y de José, enviar a menudo su criada a la casa de Nazaret para ver si todo seguía en orden allí. Una vez la vi ir allá sola.

Julio 4. — Zacarías fué con José a pasear al campo. La casa se hallaba sobre una colina y es la mejor de toda esa región; otras casitas veo dispersas alrededor. María se encuentra sola, un tanto fatigada, en la casa con Isabel.

He visto a Zacarías y a José pasar la noche en el jardín situado a alguna distancia de la casa. Unas veces los vi dur-

miendo en la glorieta, otras, orando a la intemperie. Volvieron al amanecer. He visto a Isabel y a María dentro de la casa. Todas las mañanas y las noches repiten el *Magníficat,* inspirado a María por el Espíritu Santo, después de la salutación de Isabel. La salutación del ángel fué como una consagración que hacía el templo de María Santísima a Dios. Cuando pronunció aquellas palabras: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra", el Verbo divino, saludado por la Iglesia y saludado por su sierva, entró en ella. Desde entonces, Dios estuvo en su templo y María fué el templo y el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. La salutación de Isabel y el alborozo de Juan en el seno de su madre, fueron el primer culto rendido ante aquel Santuario. Cuando la Virgen entonó el *Magníficat,* la Iglesia de la Nueva Alianza, del nuevo matrimonio, celebró por primera vez el cumplimiento de las promesas divinas de la Antigua Alianza, del antiguo matrimonio, recitando, en acción de gracias, un *Te Deum laudamus.* ¡Quién pudiera expresar dignamente la emoción de este homenaje rendido por la Iglesia a su Salvador, aún antes de su nacimiento!

Esta noche, mientras veía orar a las santas mujeres, tuve varias intuiciones y explicaciones relativas al *Magníficat* y al acercamiento del Santo Sacramento en la actual situación de la Santísima Virgen. Mi estado de sufrimiento y mis numerosas molestias me han hecho olvidar casi todo lo que he podido ver. En el momento del pasaje del cántico: "Hizo valentías con su brazo", vi diferentes cuadros figurativos del Santísimo Sacramento del Altar en el Antiguo Testamento. Había allí, entre otros, un cuadro de Abrahán sacrificando a Isaac, y de Isaías anunciando a un rey perverso algo de que éste se burlaba, y que he olvidado. Vi muchas cosas desde Abrahán hasta Isaías, y desde éste hasta María Santísima. Siempre veía el Santísimo Sacramento acercándose a la Iglesia de Jesucristo, quien reposaba todavía en el seno de su Madre. Hace mucho calor allí donde está María en la tierra prometida. Todos se van al jardín donde está la casita. Primero Zacarías y José, luego Isabel y María. Han tendido un toldo bajo un árbol como para hacer una tienda de campaña. Hacia un lado veo asientos muy bajos con respaldos.

Julio 6. — Anoche vi a Isabel y a María que iban al jardín un tanto alejado de la casa de Zacarías. Llevaban frutas y panecillos dentro de unas cestas y parecía que querían pasar la noche en ese lugar. Cuando José y Zacarías volvieron más

tarde, vi a María que les salía al encuentro. Zacarías tenía su tablilla, pero la luz era insuficiente para que pudiera escribir y vi que María impulsada por el Espíritu Santo le anunció que esa misma noche habría de hablar y que podía dejar su tablilla, ya que pronto podría conversar con José y rezar junto a él. Tanto me sorprendió esto que yo, sacudiendo la cabeza, no quise admitirlo; pero mi Angel de la Guarda, o mi guía espiritual, que siempre me acompaña, díjome, haciéndome una señal para que mirase a otra parte: "¿No quieres creer esto? Pues mira lo que sucede allí". Mirando hacia el lado que me indicaba vi un cuadro totalmente distinto, de época muy posterior. Vi al santo ermitaño Goar en un lugar donde el trigo había sido cortado. Hablaba con los mensajeros de un obispo mal dispuesto con él y aún aquellos hombres no le tenían afecto. Cuando los hubo acompañado hasta su casa lo vi buscando un gancho cualquiera para poder colgar su capa. Como viera un rayo de sol que entraba por la abertura del muro, en la simplicidad de su fe colgó su capa de aquel rayo y ella quedó suspendida allí en el aire. Me admiró tanto este prodigio que ya no me asombré de oír hablar a Zacarías, puesto que aquella gracia le llegaba por intermedio de María Santísima, dentro de la cual habitaba el mismo Dios. Mi guía me habló entonces de aquello a que se da el nombre de milagro. Entre otras cosas recuerdo que me dijo: "Una confianza total en Dios, con la simplicidad de un niño, da a todas las cosas el ser y la substancia". Estas palabras me aclararon acerca de todos los milagros, aunque no puedo explicarme esto con claridad.

Vi a los cuatro santos personajes pasar la noche en el jardín: se sentaron y comieron algunas cosas. Luego los vi caminar de dos en dos, orar juntos y entrar alternativamente en la glorieta para descansar en ella. Supe también que después del Sábado, José se volvería a Nazaret y que Zacarías lo acompañaría un trecho de camino. Había un hermoso claro de luna y el cielo estaba muy puro.

XXXII

Misterios del "Magníficat"

Durante la oración de las dos santas mujeres vi una parte del misterio relacionado con el *Magníficat*. Debo volver a ver todo esto el Sábado, víspera de la octava de la fiesta y entonces

podré decir algo más. Ahora sólo puedo comunicar lo siguiente: el *Magníficat* es el cántico de acción de gracias por el cumplimiento de la bendición misteriosa de la Antigua Alianza. Durante la oración de María vi sucesivamente a todos sus antepasados. Había en el transcurso de los siglos tres veces catorce parejas de esposos que se sucedían, en los cuales el padre era siempre el vástago del matrimonio anterior. De cada una de estas parejas vi salir un rayo de luz dirigido hacia María mientras se hallaba en oración. Todo el cuadro creció ante mis ojos como un árbol con ramas luminosas, las cuales iban embelleciéndose cada vez más, y por fin, en un sitio determinado de este árbol de luz, vi la carne y la sangre purísimas e inmaculadas de María, con las cuales Dios debía formar su Humanidad, mostrándose en medio de un resplandor cada vez más vivo. Oré entonces, llena de júbilo y de esperanza, como un niño que viera crecer delante de sí el árbol de Navidad. Todo esto era una imagen de la proximidad de Jesucristo en la carne y de su Santísimo Sacramento. Era como si hubiese visto madurar el trigo para formar el pan de vida del que me hallara hambrienta. Todo esto es inefable. No puedo decir cómo se formó la carne en la cual se encarnó el mismo Verbo. ¿Cómo es posible esto a una criatura humana que todavía se encuentra dentro de esa carne, de la cual el Hijo de Dios y de María ha dicho que no sirve para nada y que sólo el espíritu vivifica?... También dijo El que aquéllos que se nutren de su carne y de su sangre gozarán de la vida eterna y serán resucitados por El en el último día. Unicamente su carne y su sangre son el alimento verdadero y tan sólo aquéllos que toman este alimento viven en El, y El en ellos.

No puedo expresar cómo vi, desde el comienzo, el acercamiento sucesivo de la Encarnación de Dios y con ella la proximidad del Santo Sacramento del Altar, manifestándose de generación en generación; luego una nueva serie de patriarcas representantes del Dios vivo que reside entre los hombres en calidad de víctima y de alimento hasta su segundo advenimiento en el último día, en la institución del sacerdocio que el Hombre-Dios, el nuevo Adán, encargado de expiar el pecado del primero, ha trasmitido a sus apóstoles y éstos a los nuevos sacerdotes, mediante la imposición de las manos, para formar así una sucesión semejante de sacerdotes no interrumpida de generación en generación. Todo esto me enseñó que la recitación de la genealogía de Nuestro Señor ante el Santísimo Sa-

cramento en la fiesta del *Corpus Christi*, encierra un misterio muy grande y muy profundo. También aprendí por él que así como entre los antepasados carnales de Jesucristo hubo algunos que no fueron santos y otros que fueron pecadores, sin dejar de constituir por eso gradas de la escala de Jacob, mediante las cuales Dios bajó hasta la Humanidad, también los obispos indignos quedan capacitados para consagrar el Santísimo Sacramento y para otorgar el sacerdocio a otros con todos los poderes que le son inherentes. Cuando se ven estas cosas se comprende por qué los viejos libros alemanes llaman al Antiguo Testamento la Antigua Alianza o antiguo matrimonio, y al Nuevo Testamento la Nueva Alianza o nuevo matrimonio. La flor suprema del antiguo matrimonio fué la Virgen de las vírgenes, la prometida del Espíritu Santo, la muy casta Madre del Salvador; el vaso espiritual, el vaso honorable, el vaso insigne de devoción donde el Verbo se hizo carne. Con este misterio comienza el nuevo matrimonio, la Nueva Alianza. Esta Alianza es virginal en el sacerdocio y en todos aquéllos que siguen al Cordero, y en ella el Matrimonio es un gran sacramento: la unión de Jesucristo con su prometida la Iglesia.

Para poder expresar, en cuanto me sea posible, cómo me fué explicada la proximidad de la Encarnación del Verbo y al mismo tiempo el acercamiento del Santísimo Sacramento del Altar, sólo puedo repetir, una vez más, que todo esto apareció ante mis ojos en una serie de cuadros simbólicos, sin que, a causa del estado en que me encuentro, me sea posible dar cuenta de los detalles en forma inteligible. Sólo puedo hablar en forma general. He visto primero la bendición de la promesa que Dios diera a nuestros primeros padres en el Paraíso y un rayo que iba de esta bendición a la Santísima Virgen, que se hallaba recitando el *Magníficat* con Isabel. Vi a Abrahán, que había recibido de Dios aquella bendición, y un rayo que partiendo de él llegaba a la Santísima Virgen. Vi a los otros patriarcas que habían llevado y poseído aquella cosa santa y siempre aquel rayo yendo de cada uno de ellos hasta María. Vi después la trasmisión de aquella bendición hasta Joaquín, el cual, gratificado con la más alta bendición venida del Santo de los Santos del Templo, pudo convertirse por ello en el padre de la Santísima Virgen concebida sin pecado. Y por último es en ella donde, por la intervención del Espíritu Santo, el Verbo se hizo carne. En ella, como en el Arca de la Alianza del Nuevo Testamento, el Verbo habitó nueve meses entre nosotros, oculto

a todas las miradas, hasta que habiendo nacido de María en la plenitud de los tiempos, pudimos ver su gloria, como gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Julio 7. — Esta noche vi a la Santísima Virgen dormir en su pequeña habitación, teniendo su cuerpo de costado, la cabeza reclinada sobre el brazo. Se hallaba envuelta en un trozo de tela blanca, de la cabeza a los pies. Bajo su corazón vi brillar una gloria luminosa en forma de pera rodeada de una pequeña llama de fulgor indescriptible. En Isabel brillaba también una gloria, menos brillante, aunque más grande, de forma circular; la luz que despedía era menos viva.

Julio 8. — Ayer, Viernes, por la noche, empezando ya el nuevo día, pude ver en una habitación de la casa de Zacarías, que aun no conocía, una lámpara encendida para festejar el Sábado. Zacarías, José y otros seis hombres, probablemente vecinos de la localidad, oraban de pie bajo la lámpara, en torno de un cofre sobre el cual se hallaban rollos escritos. Llevaban paños sobre la cabeza; pero al orar no hacían las contorsiones que hacen los judíos actuales. A menudo bajaban la cabeza y alzaban los brazos al aire. María, Isabel y otras dos mujeres se hallaban apartadas, detrás de un tabique de rejas, en un sitio desde donde podían ver el oratorio: llevaban mantos de oración y estaban veladas desde la cabeza a los pies. Luego de la cena del Sábado vi a la Virgen Santísima en su pequeña habitación recitando con Isabel el *Magníficat.* Estaban de pie contra el muro, una frente a la otra, con las manos juntas sobre el pecho y los velos negros sobre el rostro, orando, una después de la otra, como las religiosas en el coro. Yo recité el *Magníficat* con ellas, y durante la segunda parte del cántico pude ver, unos lejos y otros cerca, a algunos de los antepasados de María, de los cuales partían como líneas luminosas que se dirigían hacia ella. Vi aquellos rayos de luz saliendo de la boca de sus antepasados masculinos y del corazón del otro sexo, para concluir en la gloria que estaba en María. Creo que Abrahán, al recibir la bendición que preparaba el advenimiento de la Virgen, habitaba cerca del lugar donde María recitó el *Magníficat,* pues el rayo que partía de él llegaba hasta María desde un punto muy cercano, mientras que los que partían de personajes mucho más cercanos en el tiempo, parecían venir de muy lejos, de puntos más distantes. Cuando terminaron el *Magníficat,* que recitaban todos los días por la mañana y por la noche, desde la

Visitación, se retiró Isabel, y vi a la Virgen entregarse al reposo. Habiendo terminado la fiesta del Sábado los vi comer de nuevo el Domingo por la noche. Tomaron su alimento todos juntos en el jardín cercano a la casa. Comieron hojas verdes que remojaban en salsa. Sobre la mesa había fuentes con frutas pequeñas y otros recipientes que contenían, creo, miel, que tomaban con unas espátulas de asta.

XXXIII

Regreso de José a Nazaret

Más tarde, con claro de luna, estando la noche estrellada y limpia, se puso en viaje José acompañado de Zacarías. Llevaba un pequeño paquete con panes, un cántaro y un bastón de empuñadura curva. Los dos tenían abrigos de viaje con capuz. Las mujeres los acompañaron corto trecho, volviendo solas en medio de una noche hermosísima. Ambas entraron directamente en la habitación de María, donde había una lámpara encendida, como era habitual cuando ella oraba y se preparaba para el descanso. Las dos se quedaron de pie, una en frente a la otra, y recitaron el *Magníficat.*

Julio 11. — Esta noche he visto a María e Isabel. Lo único que recuerdo es que pasaron toda la noche en oración, aunque no sé la causa de ello. Durante el día he visto a María ocupada en diversos trabajos, como ser trenzado de colchas. Vi a Zacarías y a José, que se hallaban aún en camino: pasaron la noche en un cobertizo. Habían dado grandes rodeos y visitado, me parece, a diversas familias. Creo que les faltaban tres días para el término del viaje. No recuerdo otros detalles.

Julio 13. — Ayer vi a José en su casa de Nazaret. Creo que ha ido a ella directamente, sin detenerse en Jerusalén. La criada de Ana se encarga del cuidado doméstico, yendo de una casa a otra. Fuera de ella no hay nadie más en la casa de José, que está completamente solo. También vi a Zacarías de vuelta en su casa. Vi a María e Isabel recitando el *Magníficat* y ocupándose de diversos trabajos. Al caer la tarde pasearon por el huerto, donde había una fuente, cosa no común en el país. Por la noche, pasadas las horas de calor, iban a pasear por los alrededores, pues la casa de Zacarías se halla aislada y rodeada de campiñas. Habitualmente se acostaban más o menos a las nueve, levantándose siempre antes de la salida del sol.

Fiesta de la Visitación. — He visto un cuadro indescriptible de la Iglesia. Se me apareció la Iglesia en forma de una fruta octogonal muy delicada que nacía de un tallo cuyas raíces tocaban en una fuente ondulante de la tierra. El tallo no era más alto de lo necesario como para poder ver entre la iglesia y la tierra. Delante de la iglesia había una puerta, sobre la fuente misma, la cual ondeaba arrojando de sí algo blanco como arena hacia ambos lados, y en derredor todo reverdecía y fructificaba. En la parte delantera de la Iglesia no se veía raíz alguna de las que iban a la tierra. Dentro de la iglesia y en medio de ella había, a semejanza de la cápsula de la semilla de la manzana, un recipiente formado de filamentos blancos, muy tiernos, en cuyos intersticios veíanse como las semillas de una manzana. En el piso interno de la iglesia había una abertura por la cual se podía mirar la fuente ondeante de abajo. Mientras miraba esto vi que caían algunos granos resecos y marchitos en la fuente. Esa especie de flor se iba transformando cada vez más en una iglesia y la cápsula del medio se iba convirtiendo en un artístico armazón parecido a un hermoso ramo. Dentro de este artificio he visto a la Santísima Virgen y a Santa Isabel, que parecían a su vez como dos santuarios o *Sancta Sanctorum.* Vi que ambas se saludaban volviéndose una hacia la otra. En ese momento aparecían dos rostros de ellas: Jesús y Juan. A Juan lo he visto encorvado dentro del seno materno. A Jesús lo vi como lo suelo ver en el Santísimo Sacramento: a semejanza de un pequeño Niño luminoso que iba hacia donde estaba Juan. Estaba de pie, como flotando, y llegándose a Juan le quitaba como una neblina. El pequeño Juan estaba ahora con el rostro echado sobre el suelo. La neblina caía al pozo por la mencionada abertura y era absorbida y desaparecía en la fuente que estaba debajo. Luego Jesús levantó al pequeño Juan en el aire, y lo abrazó. Después de esto he visto volver a ambos al seno materno, mientras María e Isabel cantaban el *Magníficat.* Bajo este cántico he visto a ambos lados de la Iglesia a José y a Zacarías adelantarse, y detrás de ellos otros muchos hasta llenarse la iglesia, que concluyó en una gran festividad realizada adentro. En derredor de la iglesia crecía una viña con tanta pujanza que fué necesario podarla por varias partes.

La iglesia asentóse, por fin, en el suelo; apareció un altar en ella y en la abertura que daba al pozo se formó un bautisterio. Muchísima gente entraba por la puerta a la iglesia. Todas

estas transformaciones se produjeron lentamente, como brotando y creciendo. Me es difícil explicar todo esto tal como lo he visto.

Más tarde, en la fiesta de San Juan, tuve otra visión. La iglesia octogonal era ahora transparente como cristal o, mejor dicho, como si fueran rayos de agua cristalina. En medio de ella había una fuente de agua, bajo una torrecita, donde vi a Juan bautizando. De pronto se cambió el cuadro y de la fuente del medio brotó un tallo como una flor. En derredor había ocho columnas con una corona piramidal sobre la cual estaban los antepasados de Ana, de Isabel y de Joaquín, con María y José y los antepasados de Zacarías y de José algo apartados de la rama principal. Juan estaba arriba en una rama del medio. Pareció que salía una voz de él, y he visto entonces a muchos pueblos, a reyes y príncipes entrar en la iglesia y a un obispo que distribuía el Santísimo Sacramento. Oí a Juan que hablaba de la gran dicha de la gente que había entrado en la iglesia.

XXXIV

Nacimiento de Juan. María regresa a Nazaret

Vi a la Virgen Santísima después de su vuelta de Juta a Nazaret, pasando algunos días en casa de los padres del discípulo Parmenas, el cual en aquella época no había nacido aún. Creo haber visto esto en el mismo momento del año en que sucedió. Tengo la sensación de que fué así. Según esto, el nacimiento de Juan habría tenido lugar a fines de Mayo o principios de Junio. María se quedó tres meses en casa de Santa Isabel, hasta el nacimiento de Juan. En el tiempo de la circuncisión del niño ya no se hallaba allí.

Cuando María partió para Nazaret, José acudió a su encuentro a la mitad del camino. Cuando José volvió a Nazaret con la Santísima Virgen, notó que se hallaba encinta, y le asaltaron toda clase de dudas y de inquietudes, pues ignoraba la aparición del ángel y su revelación a María. Después de su desposorio, José había ido a Belén por asuntos de familia, y María, entre tanto, a Nazaret, con sus padres o algunas compañeras. La salutación angélica había tenido lugar antes del retorno de José, y María, en su tímida humildad, había guardado silencio sobre el secreto de Dios. José, turbado e inquieto, no demostraba nada exteriormente; pero luchaba en silencio contra sus dudas. La Virgen, que había previsto esto, perma-

necía grave y pensativa, lo cual aumentaba las angustias de José. Cuando llegaron a Nazaret la Virgen no se dirigió en seguida a su casa con San José, sino que se quedó dos días en casa de una familia emparentada con la suya, donde habitaban los padres del discípulo Parmenas, no nacido aún, que fué más tarde uno de los siete diáconos en la primera comunidad de los cristianos de Jerusalén. Aquellas gentes se hallaban vinculadas a la Sagrada Familia, siendo la madre, hermana del tercer esposo de María de Cleofás, el cual fué padre de Simeón, obispo de Jerusalén. Tenían una casa y jardín en Nazaret. También tenían parentesco con María Santísima por Isabel. Vi a la Virgen permanecer algún tiempo en esa casa, antes de volver a la de José. Entre tanto la inquietud de José aumentó de tal manera, que cuando María volvió a su lado, José se había formado el propósito de dejarla, huyendo secretamente de la casa y de su lado.

Mientras iba pensando estas cosas se le apareció un ángel, que le dijo palabras que tranquilizaron su ánimo.

XXXV

Preparativos para el nacimiento de Jesús

Noviembre 11 de 1821. — Desde hace varios días veo a María en casa de Ana, su madre, cuya casa se halla más o menos a una legua de Nazaret, en el valle de Zabulón. La criada de Ana permanece en Nazaret cuando María está ausente y sirve a José. Veo que mientras vivió Ana casi no tenían hogar independiente del todo, pues recibían siempre de ella todo lo que necesitaban para su manutención. Veo desde hace quince días a María ocupada en preparativos para el nacimiento de Jesús: cose colchas, tiras y pañales. Su padre Joaquín ya no vive. En la casa hay una niña de unos siete años de edad que está a menudo junto a la Virgen y recibe lecciones de María. Creo que es la hija de María de Cleofás y que también se llama María. José no está en Nazaret, pero debe llegar muy pronto. Vuelve de Jerusalén donde ha llevado los animales para el sacrificio. Vi a la Virgen Santísima en la casa, trabajando, sentada en una habitación con otras mujeres. Preparaban prendas y colchas para el nacimiento del Niño.

Ana poseía considerables bienes en rebaños y campos y proporcionaba con abundancia todo lo que necesitaba María, en

avanzado estado de embarazo. Como creía que María daría a luz en su casa y que todos sus parientes vendrían a verla, hacía allí toda clase de preparativos para el nacimiento del Niño de la Promesa, disponiendo, entre otras cosas, hermosas colchas y preciosas alfombras. Cuando nació Juan pude ver una de estas colchas en casa de Isabel. Tenía figuras simbólicas y sentencias hechas con trabajos de aguja. Hasta he visto algunos hilos de oro y plata entremezclados en el trabajo de aguja. Todas estas prendas no eran únicamente para uso de la futura madre: había muchas destinadas a los pobres, en los que siempre se pensaba en tales ocasiones solemnes. Vi a la Virgen y a otras mujeres sentadas en el suelo alrededor de un cofre, trabajando en una colcha de gran tamaño colocada sobre el cofre. Se servían de unos palillos con hilos arrollados de diversos colores. Ana estaba muy ocupada, e iba de un lado a otro tomando lana, repartiéndola y dando trabajo a cada una de ellas.

Noviembre 12 de 1821. — José debe volver hoy a Nazaret. Se hallaba en Jerusalén donde había ido a llevar animales para el sacrificio, dejándolos en una pequeña posada dirigida por una pareja sin hijos situada a un cuarto de legua de la ciudad, del lado de Belén. Eran personas piadosas, en cuya casa se podía habitar confiadamente. Desde allí se fué José a Belén; pero no visitó a sus parientes, queriendo tan solo tomar informes relativos a un empadronamiento o una percepción de impuestos que exigía la presencia de cada ciudadano en su pueblo natal. Con todo, no se hizo inscribir aún, pues tenía la intención, una vez realizada la purificación de María, de ir con ella de Nazaret al Templo de Jerusalén, y desde allí a Belén, donde pensaba establecerse. No sé bien qué ventajas encontraba en esto, pero no gustándole la estadía en Nazaret, aprovechó esta oportunidad para ir a Belén. Tomó informes sobre piedras y maderas de construcción, pues tenía la idea de edificar una casa. Volvió luego a la posada vecina a Jerusalén, condujo las víctimas al Templo y retornó a su hogar. Atravesando hoy la llanura de Kimki, a seis leguas de Nazaret, se le apareció un ángel, indicándole que partiera con María para Belén, pues era allí donde debía nacer el Niño. Le dijo que debía llevar pocas cosas y ninguna colcha bordada. Además del asno sobre el cual debía ir María montada, era necesario que llevase consigo una pollina de un año, que aún no hubiese tenido cría. Debía dejarla correr en libertad, siguiendo siempre el camino que el animal tomara.

Martes, Noviembre 13. — Esta noche Ana se fué a Nazaret con la Virgen María, pues sabían que José debía llegar. No parecía, sin embargo, que tuvieran conocimento del viaje que debía hacer María con José a Belén. Creían que María daría a luz en su casa de Nazaret, pues vi que fueron llevados allí muchos objetos preparados, envueltos en grandes esteras. Por la noche llegó José a Nazaret. Hoy he visto a la Virgen con su madre Ana en la casa de Nazaret, donde José les hizo conocer lo que el ángel le había ordenado la noche anterior. Ellas volvieron a la casa de Ana, donde las vi hacer preparativos para un viaje próximo. Ana estaba muy triste. La Virgen sabía de antemano que el Niño debía nacer en Belén; pero por humildad no había hablado. Estaba enterada de todo por las profecías sobre el nacimiento del Mesías que ella conservaba consigo en Nazaret. Estos escritos le habían sido entregados y explicados por sus maestras en el Templo. Leía a menudo estas profecías y rogaba por su realización, invocando siempre, con ardiente deseo, la venida de ese Mesías. Llamaba bienaventurada a aquélla que debía dar a luz y deseaba ser tan sólo la última de sus servidoras. En su humildad no pensaba que ese honor debía tocarle a ella. Sabiendo por los textos que el Mesías debía nacer en Belén, aceptó con júbilo la voluntad de Dios, preparándose para un viaje que habría de ser muy penoso para ella, en su actual estado y en aquella estación, pues el frío suele ser muy intenso en los valles entre cadenas montañosas.

XXXVI

Partida de María y de José hacia Belén

Esta noche vi a José y a María, acompañados de Ana, María de Cleofás y algunos servidores, salir de la casa de Ana para su viaje. María iba sentada sobre la albarda del asno, cargado además con el equipaje. José lo conducía. Había otro asno sobre el cual debía regresar Ana.

Esta mañana he visto a los santos viajeros a unas seis leguas de Nazaret, llegando a la llanura de Kimki, que era el lugar donde el ángel se le había aparecido a José dos días antes. Ana poseía un campo en aquel lugar y los servidores debían tomar allí la burra de un año que José quería llevar, la cual corría y saltaba delante o al lado de los viajeros. Ana y María de Cleofás se despidieron y regresaron con sus servidores. Vi a

la Sagrada Familia caminando por un sendero que subía a la cima de Gelboé. No pasaban por los poblados, y seguían a la pollina, que tomaba caminos de atajo. Pude verlos en una propiedad de Lázaro, a poca distancia de la ciudad de Ginim(*), por el lado de Samaría. El cuidador los recibió amistosamente, pues los había conocido en un viaje anterior. Su familia estaba relacionada con la de Lázaro. Veo allí muchos hermosos jardines y avenidas. La casa está sobre una altura; desde la terraza se alcanza a contemplar una gran extensión de la comarca. Lázaro heredó de su padre esta propiedad. He visto que Nuestro Señor se detuvo con frecuencia durante su vida pública en este lugar y enseñó en los alrededores. El cuidador y su mujer trataron muy amistosamente a María. Se admiraron que hubiese emprendido semejante viaje en el estado en que se encontraba, dado que hubiera podido quedarse tranquilamente en casa de Ana.

Noche del Jueves 15 al Viernes 16 de Noviembre. — He visto a la Sagrada Familia a varias leguas del sitio anterior, caminando en medio de la noche hacia una montaña a lo largo de un valle muy frío, donde había caído escarcha. La Virgen María, que sufría mucho el frío, dijo a José: "Es necesario detenernos aquí, pues no puedo seguir". No bien dijo estas palabras se detuvo la borriquilla debajo de un gran árbol de terebinto, junto al cual había una fuente. Se detuvieron y José preparó con las colchas un asiento para la Virgen, a la cual ayudó a desmontar del asno. María sentóse debajo del árbol y José colgó del árbol su linterna. A menudo he visto hacer lo mismo a las personas que viajan por estos lugares. La Virgen pidió a Dios ayuda contra el frío. Sintió entonces un alivio tan grande y una corriente de calor tal que tendió sus manos a José para que él pudiera calentar un tanto sus manos ateridas. Comieron algunos panecillos y frutas, y bebieron agua de la fuente vecina, mezclándola con gotas del bálsamo que José llevaba en su cántaro. José consoló y alegró a María. Era muy bueno y sufría mucho en ese viaje tan penoso para ella. Habló del buen alojamiento que pensaba conseguir en Belén. Conocía una casa cuyos dueños eran gente buena y pensaba hospedarse allí con ciertas comodidades. Mientras iban de camino hacía el elogio de Belén, recordando a María todas las cosas que podían

(*) En este sitio se halla Ghimea, al pie del monte Gelboé. Los viajeros la llaman Ghinin o Djenim.

consolarla y alegrarla. Esto me causaba lástima, pues yo sabía todo lo que sufriría: todo iba a acontecer de diferente manera.

A esta altura habían pasado ya dos pequeños arroyos, uno a través de un alto puente, mientras los dos asnos lo cruzaban a nado. La borriquilla que iba en libertad, tenía curiosas actitudes. Cuando el camino era recto y bien trazado, sin peligros para perderse, como entre dos montañas, corría delante o detrás de los viajeros. Cuando el camino se dividía, aguardaba y tomaba el sendero recto. Cuando debían detenerse, se paraba como lo hizo bajo el terebinto. No sé si pasaron la noche bajo este árbol o buscaron otro hospedaje. Este viejo terebinto era un árbol sagrado, que había formado parte del bosque de Moré, cerca de Siquem. Abrahán, viniendo de Canaán, había visto aparecer allí al Señor, el cual le había prometido aquella tierra para su posteridad, y el Patriarca alzó un altar debajo del terebinto. Jacob, antes de ir a Betel para ofrecer sacrificio al Señor, había enterrado bajo el árbol los ídolos de Labán y las joyas de su familia. Josué había levantado allí el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza, y, reunida la población, le había exigido renunciar a los ídolos. En este mismo sitio Abimelec, hijo de Gedeón, fué proclamado rey por los siquemitas.

Sábado, Noviembre 17. — Hoy vi a la Sagrada Familia llegar a una granja, a dos leguas al Sur del terebinto. La dueña de la finca estaba ausente y el hombre no quiso recibir a José, diciéndole que bien podía ir más lejos. Un poco más adelante vieron que la borriquilla entraba en una cabaña de pastores, y entraron ellos también. Los pastores que se hallaban allí, vaciando la cabaña, los recibieron con benevolencia: les dieron paja y haces de junco y ramas para que encendieran fuego. Fueron después a la finca donde había sido rechazada la Sagrada Familia, e hicieron el elogio de José y de la belleza y santidad de María, ante la señora de la casa, la cual reprochó a su marido por haber rechazado a personas tan buenas. Luego vi a esta mujer ir adonde estaba María; pero no se atrevió a entrar por timidez y volvió a su casa a buscar alimentos. La cabaña estaba en el flanco Oeste de una montaña, más o menos entre Samaría y Tebez. Al Este, más allá del Jordán, está Sucot. Ainón se encuentra un poco más al Mediodía, al otro lado del río. Salim está más cerca. Desde allí habría unas doce leguas hasta Nazaret. La mujer volvió en compañía de dos niños a visitar a la Sagrada Familia, trayendo provisiones. Disculpóse afablemente y se mostró muy conmovida por la difícil situación

de los caminantes. Después que éstos hubieron comido y descansado, presentóse el marido de aquella mujer y pidió perdón a San José por haberlo rechazado. Le aconsejó que subiera una legua más por la cima de la montaña, que allí encontraría un buen refugio antes de comenzar las fiestas del Sábado, donde podría pasar el día del reposo festivo.

Se pusieron en camino y después de haber andado una legua llegaron a una posada de varios edificios, rodeados de árboles y jardines. Vi algunos arbustos que dan el bálsamo, plantados a espaldera. La posada estaba en la parte Norte de la montaña. La Virgen Santísima había desmontado y José llevaba el asno. Se acercaron a la casa y José pidió alojamiento; pero el dueño se disculpó, diciendo que estaba lleno de viajeros. Llegó en esto la mujer, y al pedirle la Virgen alojamiento con la más conmovedora humildad, aquélla sintió una profunda emoción. El dueño no pudo resistir y les arregló un refugio cómodo en el granero cercano y llevó el asno a la cuadra. La borriquilla corría libre por los alrededores. Siempre estaba lejos de ellos cuando no tenía que señalar camino.

XXXVII

La festividad del Sábado

José preparó su lámpara y se puso a orar en compañía de la Virgen Santísima, guardando la observancia del Sábado con piedad conmovedora. Comieron alguna cosa y descansaron sobre esteras extendidas en el suelo. Vi a la Sagrada Familia permanecer allí todo el día. María y José oraban juntos. He visto a la mujer del dueño de la posada pasar el día al lado de María con sus tres hijos. Allegóse también aquella mujer que los había hospedado la víspera, con dos de sus hijos. Se sentaron al lado de María amigablemente, quedando muy impresionados por la modestia y la sabiduría de la Virgen, que conversó también con los niños, dándoles algunas útiles instrucciones. Los niños tenían pequeños rollos de pergamino. María les hizo leer y les habló de modo tan amable que las criaturas no apartaban la vista ni un instante de ella. Era algo muy conmovedor ver esta atención de los niños y escuchar las enseñanzas de María. Al caer la tarde vi a José paseando con el dueño de la posada por los alrededores, mirando los campos y los jardines y tratándose familiarmente. Así veo a las personas piadosas del país en el día festivo del

Sábado. Los santos viajeros quedaron en ese lugar la noche siguiente. Los buenos esposos de la posada se encariñaron sumamente con María y le pidieron que se quedara con ellos hasta el nacimiento del Niño. Le mostraron una habitación muy cómoda, y la mujer se ofreció a servirles de todo corazón y con amable insistencia; pero los viajeros reanudaron su viaje por la mañana muy temprano y descendieron por el Suroeste de la montaña, hacia un hermoso valle. Se alejaron aún más de Samaría. Mientras iban descendiendo se podía ver el templo del monte Garizim, pues se lo ve desde muy lejos. Sobre el techo hay figuras de leones o de otros animales semejantes, que brillan a los rayos del sol.

Hoy los he visto hacer unas seis leguas de camino. Al atardecer se encontraban en una llanura a una legua al Sureste de Siquem. Entraron en una casa de pastores bastante grande donde fueron recibidos bien. El dueño de casa estaba encargado de cuidar los campos y jardines, propiedad de una vecina ciudad. La casa no estaba en la llanura sino sobre una pendiente. Todo era fértil en esta comarca y en mejores condiciones que el país recorrido anteriormente; pues aquí se estaba de cara al sol, lo que en la Tierra Prometida es causa de una diferencia notable en esta época del año. Desde este lugar hasta Belén se encuentran muchas de estas viviendas pastoriles diseminadas en los valles. Algunas hijas de pastores, que vivían en estos lugares, se casaron más tarde con servidores que habían venido con los Reyes Magos, y se quedaron en la comarca. De uno de estos matrimonios era un niño curado por Nuestro Señor, en esta misma casa, a instancias de María, el 31 de Julio de su segundo año de predicación, después de su diálogo con la Samaritana. Jesús eligió luego a este joven y a otros dos para acompañarlo durante el viaje que hizo por Arabia después de la muerte de Lázaro. Este joven fué más tarde discípulo del Señor. He visto que Jesús se detuvo aquí con frecuencia para predicar y enseñar. Ahora José bendice a algunos niños que encontró en la casa.

XXXVIII

Los viajeros son rechazados en varias casas

Lunes, Noviembre 19. — Hoy los he visto seguir un sendero más uniforme. La Virgen desmontaba a ratos, siguiendo a pie algunos trechos. A menudo se detenían en lugares apropiados

para tomar alimento. Llevaban panecillos y una bebida que refresca y fortalece, en recipientes muy elegantes, con dos asas que parecían de bronce por el brillo. Esta bebida era el bálsamo que tomaban mezclado con agua. Recogían bayas y frutas de los árboles y arbustos en los lugares más expuestos al sol. La montura de María tenía a derecha e izquierda unos rebordes sobre los cuales apoyaba los pies: de esa manera no quedaban en el aire, como veo a la gente de nuestro país. Los movimientos de María eran siempre sosegados, singularmente modestos. Se sentaba alternativamente a derecha e izquierda. La primera diligencia de José, cuando llegaban a un lugar, era buscar un sitio donde María pudiese sentarse y descansar cómodamente. Ambos se lavaban con frecuencia los pies.

Era de noche cuando llegaron a una casa aislada. José llamó y pidió hospitalidad; pero el dueño de casa no quiso abrir. José le explicó la situación de María, diciendo que no estaba en condición de seguir su camino y agregando que no pedía hospedaje gratis. Todo fué inútil: aquel hombre duro y grosero respondió que su casa no era una posada, que lo dejaran tranquilo, que no golpeasen a la puerta. Ni siquiera abrió la puerta para hablar, sino que dió su respuesta desde el interior. Los viajeros continuaron su camino, y al poco tiempo entraron en un cobertizo cerca del cual habían visto detenerse a la borriquilla. José encendió luz y preparó un lecho para María, que lo ayudaba en todo esto. Metió al asno y le dió forraje. Rezaron, comieron y durmieron algunas horas. Desde la última posada hasta aquí habría unas seis leguas. Se hallaban ahora a unas veintiséis de Nazaret y a unas diez de Jerusalén. Hasta aquel camino no habían seguido el sendero principal, sino atravesando otros de comunicación que iban del Jordán a Samaría, tocando las grandes rutas que llevan de Siria a Egipto. Los atajos eran muy angostos y en las montañas se hallaban a menudo tan apretados que les era necesario tomar muchas precauciones para poder andar sin tropezar ni dar caídas. Los asnos avanzaban con paso muy seguro. El refugio estaba sobre un terreno llano.

Martes, Noviembre 20. — Antes de aclarar el día partieron y tomaron un camino que volvía a subir. Me parece que llegaron a la ruta que lleva de Gábara hasta Jerusalén, que en este lugar era el límite entre Samaría y Judea. En otra casa donde pidieron hospitalidad fueron igualmente rechazados groseramente. A varias leguas al Noreste de Betania, María se sintió muy

fatigada, y deseó descansar y tomar alimento. José se desvió una legua de camino en busca de una higuera grande que solía estar cargada de higos, en torno de la cual había asientos para descansar a su sombra. José conoció el lugar en uno de sus anteriores viajes. Al llegar a la higuera no encontró en ella ni una fruta, lo cual lo entristeció mucho. Recuerdo vagamente que Jesús halló más tarde esta higuera cubierta de hojas verdes, pero sin frutos. Creo que el Señor la maldijo en ocasión que había salido de Jerusalén, y el árbol se secó por completo. Más tarde se acercaron a una casa cuyo dueño trató ásperamente a José, que le había pedido humildemente hospitalidad. Miró luego a la Santísima Virgen, a la luz de una linterna, y se burló de José porque llevaba una mujer tan joven. En cambio la dueña de casa se acercó y se compadeció de María: le ofreció una habitación en un edificio vecino y les llevó panecillos para su alimento. El marido se arrepintió de haber sido descomedido y se mostró luego más servicial con los santos viajeros. Más tarde llegaron a otra casa habitada por una pareja joven. Aunque fueron recibidos, no lo hicieron con cortesía y casi ni se ocuparon de ellos. Estas personas no eran pastores sencillos, sino como campesinos ricos, gente ocupada en negocios. Más tarde Jesús visitó una de estas casas, después de su bautismo. La habitación donde la Sagrada Familia había pasado la noche, la habían convertido en oratorio. No recuerdo si era propiamente la casa aquélla cuyo dueño se burló de José. Recuerdo vagamente que el arreglo lo hicieron después de los milagros que sucedieron al nacimiento de Jesús.

XXXIX

Ultimas etapas del camino

Noviembre 20; 1 del mes de Tisri. — En las últimas etapas José se detuvo varias veces, pues María estaba cada vez más fatigada. Siguiendo el camino indicado por la borriquilla, hicieron un rodeo de un día y medio al Este de Jerusalén. El padre de José había poseído algunos pastizales en aquella comarca, y él conocía bien la región. Si hubieran seguido atravesando directamente el desierto que se halla al Mediodía, detrás de Betania, hubieran podido llegar a Belén en seis horas; pero el camino era montañoso y muy incómodo en esta estación.

Siguieron a la borriquilla a lo largo de los valles y se acercaron algo al Jordán.

Miércoles, Noviembre 21. — Hoy vi a los santos caminantes que entraban en pleno día en una casa grande de pastores. Está a tres leguas de un lugar donde Juan bautizaba más tarde en el Jordán y a siete de Belén. Es la misma casa donde Jesús, treinta años más tarde, estuvo la noche del 11 de Octubre, víspera del día en que por primera vez, después de su bautismo, pasó delante de Juan Bautista. Junto a la casa, y un tanto apartada de ella, había una granja donde guardaban los instrumentos de labranza y los que usaban los pastores. El patio tenía una fuente rodeada de baños que recibían las aguas de aquélla mediante conductos especiales. El dueño parecía tener extensas propiedades y allí mismo tenía un tráfico considerable. He visto que iban y venían varios servidores que comían en aquella finca. El dueño recibió a los viajeros muy amigablemente, se mostró muy servicial y los condujo a una cómoda habitación, mientras algunos servidores se ocuparon del asno. Un criado lavó en una fuente los pies de José y le dió otras ropas mientras limpiaba las suyas cubiertas de polvo. Una mujer rindió los mismos servicios a María. En esta casa tomaron alimento y durmieron. La dueña de casa tenía un carácter bastante raro: se había encerrado en su casa y a hurtadillas observaba a María, y como era joven y vanidosa, la belleza admirable de la Virgen la había llenado de disgusto. Temía también que María se dirigiera a ella para pedirle que le permitiese quedarse hasta dar a luz a su Niño. Tuvo la descortesía de no presentarse siquiera y buscó medios para que los viajeros partieran al día siguiente. Esta es la mujer que encontró Jesús allí, treinta años más tarde, ciega y encorvada, y que sanó y curó después de hacerle advertencias sobre su poca caridad y su vanidad de un tiempo. He visto algunos niños. La santa Familia pasó la noche en este lugar.

Jueves, Noviembre 22. — Hoy al medio día vi a la Sagrada Familia abandonar la finca donde se habían alojado. Algunos de la casa los acompañaron cierta distancia. Después de unas dos leguas de camino, llegaron al anochecer a un lugar atravesado por un gran sendero, a cuyos lados se levantaba una fila de casas con patios y jardines. José tenía allí parientes. Me parece que eran los hijos del segundo matrimonio de su padrastro o madrastra. La casa era de muy buena apariencia; sin

embargo, atravesaron este lugar sin detenerse. A media legua dieron vuelta a la derecha, en dirección de Jerusalén, y arribaron a una posada grande en cuyo patio había una fuente con cañerías de agua. Encontraron reunidas a muchas gentes que celebraban un funeral. El interior de la casa, en cuyo centro estaba el hogar con una abertura para el humo, había sido transformado en una amplia habitación, suprimiendo los tabiques movibles que separaban ordinariamente las diversas piezas. Detrás del hogar había colgaduras negras y frente a él algo así como un ataúd cubierto de paño negro. Varios hombres rezaban. Tenían largas vestimentas de color negro y encima otros vestidos blancos más cortos. Algunos llevaban una especie de manípulo negro, con flecos, colgado del brazo. En otra habitación estaban las mujeres completamente envueltas en sus vestiduras, llorando, sentadas sobre cofres muy bajos. Los dueños de casa, ocupados en la ceremonia fúnebre, se contentaron con hacerles señas de que entrasen; pero los servidores los recibieron muy cortésmente y se ocuparon de ellos. Les prepararon un alojamiento aparte con esteras suspendidas, que le daba aspecto de carpa. Más tarde he visto a los dueños de casa visitando a la Sagrada Familia, en amigable conversación con ellos. Ya no llevaban las vestiduras blancas. José y María tomaron alimento, rezaron juntos y se entregaron al descanso.

Viernes, Noviembre 23. — Hoy a mediodía María y José se pusieron en camino hacia Belén de donde se hallaban sólo a unas tres leguas. La dueña de casa insistía en que se quedaran, pareciéndole que María daría a luz de un momento a otro. María, bajándose el velo, respondió que debía esperar treinta y seis horas aún. Hasta me parece que haya dicho treinta y ocho. Aquella mujer los hubiera hospedado con gusto, no en su casa, sino en otro edificio cercano. En el momento de la partida vi que José, hablando de sus asnos con el dueño de la casa, elogiaba los animales de éste, y dijo que llevaba la borriquilla para empeñarla en caso de necesidad. Los huéspedes hablaron de lo difícil que sería para ellos encontrar alojamiento en Belén, y José dijo que tenía varios amigos allá y que estaba seguro de ser bien recibido. A mí me apenaba oírle hablar con tanta convicción de la buena acogida que le harían. Aún habló de esto mismo con María en el camino. Vemos, pues, que hasta los santos pueden estar en error.

XL

Llegada a Belén

Desde el último alojamiento, Belén distaba unas tres leguas. Dieron un rodeo hacia el Norte de la ciudad acercándose por el Occidente. Se detuvieron debajo de un árbol, fuera del camino, y María bajó del asno, ordenándose los vestidos. José se dirigió con María hacia un gran edificio rodeado de construcciones pequeñas y de patios a pocos minutos de Belén. Había allí muchos árboles. Numerosas personas habían levantado sus carpas en ese lugar. Ésta era la antigua casa paterna de la familia de David, que fué propiedad del padre de San José. Habitaban en ella parientes o gente relacionada con José; pero éstos no lo quisieron reconocer y lo trataron como a extraño. En esta casa se cobraban entonces los impuestos para el gobierno romano. José entró acompañado de María, llevando el asno del cabestro, pues todos debían darse a conocer cuando llegaban, y allí recibían el permiso para entrar en Belén.

La borriquilla no está junto a ellos: va corriendo alrededor de la ciudad, hacia el Mediodía, donde hay un vallecito. José ha entrado en el gran edificio. María se encuentra en compañía de varias mujeres en una casa pequeña que da al patio. Estas mujeres son bastante benévolas y le dan de comer, pues cocinan para los soldados de la guarnición. Son soldados romanos; tienen correas que cuelgan de la cintura. La temperatura no es fría: es agradable; el sol se muestra por encima de la montaña, entre Jerusalén y Betania. Desde este lugar se contempla un paisaje muy hermoso. José se halla en una habitación espaciosa, que no está en el piso bajo. Le preguntan quién es y consultan grandes rollos escritos, algunos suspendidos de los muros; los despliegan y leen su genealogía, como también la de María. José parecía no saber que también María, por Joaquín, descendía en línea directa de David. El hombre pregunta dónde se halla su mujer. Hacía unos siete años que no habían regularizado el impuesto para la gente del país, a causa de cierta confusión y desorden. Este impuesto se halla en vigor desde hace dos meses: se pagaba en los siete años precedentes, pero sin regularidad. Ahora es necesario pagarlo dos veces. José ha llegado un poco retrasado para pagarlo, pero a pesar de ello lo tratan con cortesía. Aún no ha pagado. Le preguntan cuáles son sus medios de vida; él responde que no posee bienes raíces, que vivía de su oficio y que además recibía ayuda de su suegra.

Hay en la casa gran cantidad de escribientes y empleados. Arriba están los romanos y los soldados. Veo fariseos, saduceos, sacerdotes, ancianos, cierto número de escribas y otros funcionarios romanos y judíos. No hay ningún otro comité semejante en Jerusalén; pero los hay en otros lugares del país, como Mágdala, cerca del lago de Genesaret, adonde acuden a pagar las gentes de Galilea y de Sidón, según creo. Sólo aquéllos que no tienen bienes raíces, sobre los cuales recae el impuesto correspondiente, tienen que presentarse en el lugar de su nacimiento. Este impuesto será dividido dentro de tres meses en tres partes, cada uno con destino diferente. Una parte es para el emperador Augusto, para Herodes y para otro príncipe que habita cerca de Egipto. Habiendo participado en una guerra y teniendo derechos sobre una parte del país, es preciso darle algo. La segunda parte está destinada a la construcción del Templo: me parece que debe servir para abonar una deuda contraída. La tercera debiera ser para las viudas y los pobres, que desde tiempo no reciben nada; pero como casi siempre sucede, aún en nuestra época, este dinero no llega casi nunca adonde debe llegar. Se dan estos buenos motivos para exigir el impuesto, pero casi todo queda en manos de los poderosos.

Cuando estuvo arreglado lo de José, hicieron venir a María ante los escribas, pero no pidieron papeles. Dijeron a José que no era necesario haber traído a su mujer consigo. Añadieron algunas bromas a causa de la juventud de María, dejando al pobre José lleno de confusión.

XLI

La Sagrada Familia se refugia en la gruta

Entraron en Belén. Las casas aparecen muy separadas unas de otras. Entraron por entre escombros, como si hubiese sido una puerta derruída. María se quedó tranquila, junto al asno, al comienzo de una calle, mientras José buscaba inútilmente alojamiento entre las primeras casas. Había muchos extranjeros y se veían numerosas personas yendo de un lado a otro. José volvió junto a María, diciéndole que no era posible encontrar alojamiento; que debían penetrar más dentro de la ciudad. Caminaban llevando José al asno del cabestro y María iba a su lado. Cuando llegaron a la entrada de otro calle, María permaneció junto al asno, mientras José iba de casa en casa; pero no

encontró ninguna donde quisieran recibirlos. Volvió lleno de tristeza al lado de María. Esto se repitió varias veces, y así tuvo María que esperar largo rato. En todas partes decían que el sitio estaba ya tomado, y habiéndolo rechazado en todas partes, José dijo a María que era necesario ir a otro lado en donde, sin duda, encontrarían lugar. Retomaron la dirección contraria a la que habían tomado al entrar y se dirigieron hacia el Mediodía. Siguieron una calleja que más parecía un camino entre la campiña, pues las casas estaban aisladas, sobre pequeñas colinas. Las tentativas fueron también allí infructuosas.

Llegados al otro lado de Belén, donde las casas se hallaban aún más dispersas, encontraron un gran espacio vacío, como un campo desierto en el poblado. En él había una especie de cobertizo y a poca distancia un árbol grande, parecido al tilo, de tronco liso, con ramas extendidas, formando techumbre alrededor. José condujo a María bajo este árbol, y le arregló un asiento con los bultos al pie, para que pudiera descansar, mientras él volvía en busca de mejor asilo en las casas vecinas. El asno quedó allí con la cabeza pegada al árbol. María, al principio, permanecía de pie, apoyada al tronco del árbol. Su vestido de lana blanca, sin cinturón, caíale en pliegues alrededor. Tenía la cabeza cubierta por un velo blanco. Las personas que pasaban por allí la miraban, sin saber que su Salvador, su Mesías, estaba tan cerca de ellos. ¡Qué paciente, qué humilde y qué resignada estaba María! Tuvo que esperar mucho tiempo. Por fin sentóse sobre las colchas, poniéndose las manos juntas en el pecho, con la cabeza baja. José regresó lleno de tristeza, pues no había podido encontrar posada ni refugio. Los amigos de quienes había hablado a María apenas si lo reconocían. José lloró y María lo consoló con dulces palabras. Fué una vez más, de casa en casa, representando el estado de su mujer, para hacer más eficaz la petición; pero era rechazado precisamente también a causa de eso mismo.

El paraje era solitario. No obstante, algunas personas se habían detenido mirándola de lejos con curiosidad, como sucede cuando se ve a alguien que permanece mucho tiempo en el mismo sitio a la caída de la tarde. Creo que algunos dirigieron la palabra a María, preguntándole quién era. Al fin volvió José, tan conturbado, que apenas se atrevía a acercarse a María. Le dijo que había buscado inútilmente; pero que conocía un lugar, fuera de la ciudad, donde los pastores solían reunirse cuando iban a Belén con sus rebaños: que allí podrían encontrar si-

quiera un abrigo. José conocía aquel lugar desde su juventud. Cuando sus hermanos lo molestaban, se retiraba con frecuencia allí para rezar fuera del ancance de sus perseguidores. Decía José que si los pastores volvían, se arreglaría fácilmente con ellos; que venían raramente en esa época del año. Añadió que cuando ella estuviera tranquila en aquel lugar, él volvería a salir en busca de alojamiento más apropiado. Salieron, pues, de Belén por el Este siguiendo un sendero desierto que torcía a la izquierda. Era un camino semejante al que anduvieran a lo largo de los muros desmoronados de los fosos de las fortificaciones derruídas de una pequeña ciudad: se subía un tanto al principio, luego descendía por la ladera de un montecillo, y los condujo en algunos minutos al Este de Belén, delante del sitio que buscaban, cerca de una colina o antigua muralla que tenía delante algunos árboles: terebintos o cedros de hojas verdes; otros tenían hojas pequeñas como las del boj.

XLII

Descripción de la gruta de Belén

En la extremidad Sur de la colina, alrededor de la cual torcía el camino que lleva al valle de los pastores, estaba la gruta en la cual José buscó refugio para María. Había allí otras grutas abiertas en la misma roca. La entrada estaba al Oeste y un estrecho pasadizo conducía a una habitación redondeada por un lado, triangular por otro, en la parte Este de la colina. La gruta era natural; pero por el lado del Mediodía, frente al camino que llevaba al valle de los pastores, se habían hecho algunos arreglos consistentes en trabajos toscos de mampostería. Por el lado que miraba al Mediodía había otra entrada, que generalmente estaba tapiada. José volvió a abrirla para mayor comodidad. Saliendo por allí hacia la izquierda, había otra abertura más amplia, que llevaba a una cueva estrecha e incómoda a mayor profundidad, que terminaba debajo de la gruta del pesebre. La entrada común a la gruta del pesebre miraba hacia el Oeste. Desde el lugar se podían ver los techos de algunas casitas de Belén. Saliendo de allí y torciendo a la derecha, se llegaba a una gruta más profunda y oscura, en la cual hubo de ocultarse María alguna vez. Delante de la entrada, al Oeste, había un techito de juncos apoyado sobre estacas, que se extendía al Mediodía y cubría la entrada de ese lado, de modo

que se podía estar a la sombra delante de la gruta. En la parte Meridional tenía la gruta tres aberturas, con rejas por arriba, por donde entraba aire y luz. Una abertura semejante había en la bóveda de la misma roca: estaba cubierta de césped y era la extremidad de la altura sobre la cual estaba edificada la ciudad de Belén. Pasando del corredor, que era más alto, a la gruta, formada por la misma naturaleza, había que descender más. El suelo en torno de la gruta se alzaba, de modo que la gruta misma estaba rodeada de un banco de piedra de variable anchura.

Las paredes de la gruta, aunque no completamente lisas, eran bastantes uniformes y limpias, hasta agradables a la vista. Al Norte del corredor había una entrada a otra gruta lateral más pequeña. Pasando delante de esta entrada, se hallaba el sitio donde José solía encender fuego; luego la pared daba vuelta al Noreste en la otra gruta, más amplia, situada a mayor altura. Allí he visto más tarde el asno de José. Detrás de este sitio había un rincón bastante grande, donde cabía el asno con suficiente forraje. En la parte Este de esta gruta, frente a la entrada, fué donde se encontraba la Virgen Santísima cuando nació de ella la Luz del mundo. En la parte que se extiende al Mediodía estaba colocado el pesebre donde fué adorado el Niño Jesús. El pesebre no era sino una gamella excavada en la piedra misma, destinada a dar de beber a los animales. Encima tenía un comedero, con ancha abertura, hecho de enrejado de maderas y alzado sobre cuatro patas, de modo que los animales podían alcanzar cómodamente el heno o el pasto colocado allí. Para beber no tenían más que agachar la cabeza al bebedero de piedra que estaba debajo. Delante del pesebre, hacia el Este de esta parte de la gruta, estaba sentada la Virgen con el Niño Jesús cuando vinieron los tres Reyes a ofrecerle sus dones. Saliendo del pesebre, y dando vuelta al Oeste en el corredor delante de la gruta, se pasaba por frente a la entrada Meridional antedicha y se llegaba a un sitio donde hizo José más tarde su habitación, separándola del resto mediante tabiques de zarzos. En ese lado había una cavidad donde él depositaba varios objetos. Afuera, en la parte Meridional de la gruta, pasaba el camino que conducía al valle de los pastores. Diseminadas por las colinas, veíanse casitas, y en el llano cobertizos con techos de cañas, sostenidos por estacas. Delante de la gruta la colina bajaba a un valle sin salida, cerrado por el Norte, ancho de más o menos medio cuarto de legua. Había allí zarzales, árboles y jardines.

Atravesando una hermosa pradera, donde había una fuente, y pasando bajo los árboles alineados con simetría, se llegaba al Este del valle, en el cual se encontraba una colina prominente y en ella la gruta de la tumba de Maraha, la nodriza de Abrahán. Se llama también la *Gruta de la leche*. La Virgen Santísima se refugió allí con el Niño Jesús repetidas veces. Sobre esta gruta había un gran árbol, alrededor del cual veíanse algunos asientos. Desde aquí se podía contemplar a Belén mejor que desde la entrada de la gruta del pesebre.

He sabido muchas cosas de la gruta del pesebre, sucedidas en los antiguos tiempos. Recuerdo, entre otras, que Set, el niño de la promesa, fué concebido y dado a luz en esta gruta por Eva, después de un período de penitencia de siete años. Fué allí donde un ángel le dijo que le daba Dios a Set en lugar de Abel. Aquí fué escondido y alimentado Set, y en la gruta de Maraha, pues sus hermanos querían quitarle la vida, como los hijos de Jacob lo intentaron con José.

En una época muy lejana, donde he visto que los hombres vivían en grutas, pude verlos a menudo haciendo excavaciones en la piedra para poder habitar y dormir cómodamente en ellas con sus hijos, sobre pieles de animales o sobre colchones de hierbas. La excavación hecha debajo de la gruta del pesebre, puede haber servido de lecho a Set y a los habitantes posteriores. No tengo ya certeza de estas cosas. Recuerdo también haber visto en mis visiones de la predicación de Jesús que el 6 de Octubre el Señor, después de su bautismo, celebró la festividad del Sábado en la gruta del pesebre, que los pastores habían transformado en oratorio.

Abrahán tenía una nodriza llamada Maraha, muy honrada por él y que llegó a edad muy avanzada. Esta nodriza seguía a Abrahán en todas partes montada en un camello, y vivó a su lado, en Sucot (*), mucho tiempo. En sus últimos tiempos lo siguió también al valle de los pastores, donde Abrahán había alzado sus carpas en los alrededores de la gruta. Habiendo pasado los cien años y viendo llegar su última hora pidió a Abrahán que la enterrara en esa gruta, acerca de la cual hizo algunas predicciones, y a la que llamó *Gruta de la leche o Gruta de la nodriza*. Aconteció en ella un hecho milagroso, que he olvidado, y brotó allí una fuente del suelo. La gruta era entonces un corredor estrecho y alto, abierto en una piedra blanca, no muy

(*) Plinio dice que Sucot o Schytópolis se llamó antiguamente Nysa, porque Baco había enterrado allí a su nodriza Nysa.

dura. De un lado había una capa de esta materia que no alcanzaba hasta la bóveda. Trepando sobre esta capa de materia se podía llegar hasta la entrada de otra gruta más alta. La gruta fué ensanchada más tarde, puesto que Abrahán hizo excavar su parte lateral para la tumba de Maraha. Sobre un gran bloque de piedra había una especie de gamella, también de piedra, sostenida por patas cortas y gruesas. Quedé muy asombrada al no ver nada de esto en tiempos de Jesucristo. Esta gruta de la tumba de la nodriza tenía una relación profética con la Madre del Salvador, al alimentar allí oculto a su Hijo, al cual perseguían; pues en la historia de la juventud de Abrahán se halla también una persecución figurativa de ésta, y su nodriza le salvó la vida ocultándolo en la gruta. Esta gruta era desde tiempos de Abrahán lugar de devoción, sobre todo para las madres y nodrizas: en esto había algo de profético, pues en la nodriza de Abrahán se veneraba, en figura, a la Santísima Virgen, lo mismo como Elías la había visto en aquella nube que traía la lluvia y le había dedicado un oratorio en el monte Carmelo. Maraha había cooperado en cierta manera al advenimiento del Mesías, habiendo alimentado con su leche a un antepasado de María. No puedo expresar esto bien; pero todo era como un pozo profundo que iba hasta la fuente de la vida universal y del que siempre se sirvieron, hasta que María surgió como única fuente de agua limpia e inmaculada. El árbol que extendía su sombra sobre la gruta, desde lejos parecía un gran tilo; era ancho por abajo y terminaba en punta: era un terebinto. Abrahán se encontró con Melquisedec debajo de este árbol, no recuerdo ahora en qué ocasión. Este coposo árbol tenía algo de sagrado para los pastores y las gentes de los alrededores: les gustaba descansar bajo su sombra y orar. No recuerdo bien su historia, pero creo que el mismo Abrahán lo plantó. Junto a él había una fuente donde los pastores iban por agua en ciertas ocasiones y le atribuían virtudes singulares. A ambos lados del árbol habían levantado cabañas abiertas, para descansar, y todo esto estaba rodeado de un cerco protector. Más tarde he visto que Santa Elena hizo construir allí una iglesia, donde se celebró la santa Misa.

XLIII

José y María se refugian en la gruta de Belén

Viernes, Noviembre 23. — Era bastante tarde cuando José y María llegaron hasta la boca de la gruta. La borriquilla, que desde la entrada de la Sagrada Familia en la casa paterna de José había desaparecido corriendo en torno de la ciudad, corrió entonces a su encuentro y se puso a brincar alegremente cerca de ellos. Viendo esto la Virgen, dijo a José: "Ves, seguramente es la voluntad de Dios que entremos aquí". José condujo el asno bajo el alero, delante de la gruta; preparó un asiento para María, la cual se sentó mientras él hacía un poco de luz y penetraba en la gruta. La entrada estaba un tanto obstruída por atados de paja y esteras apoyadas contra las paredes. También dentro de la gruta había diversos objetos que dificultaban el paso. José la despejó, preparando un sitio cómodo para María, por el lado del Oriente. Colgó de la pared una lámpara encendida e hizo entrar a María, la cual se acostó sobre el lecho que José le había preparado con colchas y envoltorios. José le pidió humildemente perdón por no haber podido encontrar algo mejor que este refugio tan impropio; pero María, en su interior, se sentía feliz, llena de santa alegría. Cuando estuvo instalada María, José salió con una bota de cuero y fué detrás de la colina, a la pradera, donde corría una fuente, y llenándola de agua volvió a la gruta.

Más tarde fué a la ciudad, donde consiguió pequeños recipientes y un poco de carbón. Como se aproximaba la fiesta del Sábado y eran numerosos los forasteros que habían entrado en la ciudad, se instalaron mesas en las esquinas de algunas calles con los alimentos más indispensables para la venta. Creo que había personas que no eran judías. José volvió trayendo carbones encendidos en una caja enrejada; los puso a la entrada de la gruta y encendió fuego con un manojito de astillas; preparó la comida, que consistió en panecillos y frutas cocidas. Después de haber comido y rezado, José preparó un lecho para María Santísima. Sobre una capa de juncos tendió una colcha semejante a las que yo había visto en la casa de Ana y puso otra arrollada por cabecera. Luego metió al asno y lo ató en un sitio donde no podía incomodar; tapó las aberturas de la bóveda por donde entraba aire, y dispuso en la entrada un lugarcito para su propio descanso.

Sábado, Noviembre 24. — Cuando empezó el Sábado, José se acercó a María, bajo la lámpara, y recitó con ella las oraciones correspondientes; después salió a la ciudad. María se envolvió en sus ropas para el descanso. Durante la ausencia de José la vi rezando de rodillas. Luego se tendió a dormir, echándose de lado. Su cabeza descansaba sobre un brazo, encima de la almohada. José regresó tarde. Rezó una vez más y se tendió humildemente en su lecho a la entrada de la gruta. María pasó la fiesta del Sábado rezando en la gruta, meditando con gran concentración. José salió varias veces: probablemente fué a la sinagoga de Belén. Los vi comiendo alimentos preparados días antes y rezando juntos.

Por la tarde, cuando los judíos suelen hacer su paseo del Sábado, José condujo a María a la gruta de Maraha, nodriza de Abrahán. Allí se quedó algún tiempo. Esta gruta era más espaciosa que la del pesebre y José dispuso allí otro asiento. También estuvo bajo el árbol cercano, orando y meditando, hasta que terminó el Sábado. José la volvió a llevar, porque María le dijo que el nacimiento tendría lugar aquel mismo día a medianoche, cuando se cumplían los nueve meses transcurridos desde la salutación del ángel del Señor. María le había pedido que lo tuviera dispuesto todo, de modo que pudiesen honrar en la mejor forma posible la entrada al mundo del Niño prometido por Dios y concebido en forma sobrenatural. Pidió también a José que rezara con ella por las gentes que, a causa de la dureza de sus corazones, no habían querido darles hospitalidad. José le ofreció traer de Belén a dos piadosas mujeres, que conocía; pero María le dijo que no tenía necesidad del socorro de nadie. En cuanto se puso el sol, antes de terminar el Sábado; José volvió a Belén, donde compró los objetos más necesarios: una escudilla, una mesita baja, frutas secas y pasas de uva, volviendo con todo esto a la gruta. Fué a la gruta de Maraha y llevó a María a la del pesebre, donde María se sentó sobre sus colchas, mientras José preparaba la comida. Comieron y rezaron juntos. Hizo Jose una separación entre el lugar para dormir y el resto de la gruta, ayudándose de unas pértigas de las cuales suspendió algunas esteras que se encontraban allí. Dió de comer al asno que estaba a la izquierda de la entrada, atado a la pared. Llenó el comedero del pesebre de cañas y de pasto y musgo y por encima tendió una colcha. Cuando la Virgen le indicó que se acercaba la hora, instándole a ponerse en oración, José colgó del techo varias lámparas encendidas y

salió de la gruta, porque había escuchado un ruido a la entrada. Encontró a la pollina que hasta entonces había estado vagando en libertad por el valle de los pastores y volvía ahora, saltando y brincando, llena de alegría, alrededor de José. Este la ató bajo el alero, delante de la gruta y le dió su forraje. Cuando volvió a la gruta vió, antes de entrar en ella, a la Virgen rezando de rodillas sobre su lecho, vuelta de espaldas y mirando al Oriente. Le pareció que toda la gruta estaba en llamas y que María estaba rodeada de luz sobrenatural. José miró todo esto como Moisés la zarza ardiendo. Luego, lleno de santo temor, entró en su celda y se prosternó hasta el suelo en oración.

XLIV

Nacimiento de Jesús (*)

He visto que la luz que envolvía a la Virgen se hacía cada vez más deslumbrante, de modo que la luz de las lámparas encendidas por José no eran ya visibles. María, con su amplio vestido desceñido, estaba arrodillada en su lecho, con la cara vuelta hacia el Oriente. Llegada la medianoche la vi arrebatada en éxtasis, suspendida en el aire, a cierta altura de la tierra. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. El resplandor en torno de ella crecía por momentos. Toda la naturaleza parecía sentir una emoción de júbilo, hasta los seres inanimados. La roca de que estaban formados el suelo y el atrio parecía palpitar bajo la luz intensa que los envolvía. Luego ya no vi más la bóveda. Una estela luminosa, que aumentaba sin cesar en claridad, iba desde María hasta lo más alto de los cielos. Allá arriba había un movimiento maravilloso de glorias celestiales, que se acercaban a la tierra, y aparecieron con toda claridad seis coros de ángeles celestiales. La Virgen Santísima, levantada de la tierra en medio del éxtasis, oraba y bajaba las miradas sobre su Dios, de quien se había convertido en Madre. El Verbo eterno, débil Niño, estaba acostado en el suelo delante de María.

Vi a nuestro Señor bajo la forma de un pequeño Niño todo luminoso, cuyo brillo eclipsaba el resplandor circundante, acostado sobre una alfombrita ante las rodillas de María. Me parecía muy pequeñito y que iba creciendo ante mis miradas; pero todo esto era la irradiación de una luz tan potente y deslumbradora

(*) La vidente ve la Anunciación y la Encarnación el 25 de Febrero, y la Natividad de Nuestro Señor el 25 de Noviembre.

que no puedo explicar cómo pude mirarla. La Virgen permaneció algún tiempo en éxtasis; luego cubrió al Niño con un paño, sin tocarlo y sin tomarlo aún en sus brazos. Poco tiempo después vi al Niño que se movía, y lo oí llorar. En ese momento fué cuando María pareció volver en sí misma, y, tomando al Niño, lo envolvió en el paño con que lo había cubierto, y lo tuvo en sus brazos, estrechándolo contra su pecho. Se sentó, ocultándose toda ella con el Niño bajo su amplio velo, y creo que le dió el pecho. Vi entonces en torno a los ángeles, en forma humana, hincándose delante del Niño recién nacido, para adorarlo.

Cuando habría transcurrido una hora desde el nacimiento del Niño Jesús, María llamó a José, que estaba aún orando con el rostro pegado a la tierra. Se acercó, prosternándose, lleno de júbilo, de humildad y de fervor. Sólo cuando María le pidió que apretara contra su corazón el Don sagrado del Altísimo, se levantó José, recibió al Niño entre sus brazos, y derramando lágrimas de pura alegría, dió gracias a Dios por el Don recibido del cielo.

María fajó al Niño: tenía sólo cuatro pañales. Más tarde vi a María y a José sentados en el suelo, uno junto al otro: no hablaban, parecían absortos en muda contemplación. Ante María, fajado como un niño común, estaba recostado Jesús recién nacido, bello y brillante como un relámpago. "¡Ah, decía yo, este lugar encierra la salvación del mundo entero y nadie lo sospecha!"

He visto que pusieron al Niño en el pesebre, arreglado por José con pajas, lindas plantas y una colcha encima. El pesebre estaba sobre la gamella cavada en la roca, a la derecha de la entrada de la gruta, que se ensanchaba allí hacia el Mediodía. Cuando hubieron colocado al Niño en el pesebre, permanecieron los dos a ambos lados, derramando lágrimas de alegría y entonando cánticos de alabanza.

José llevó el asiento y el lecho de reposo de María junto al pesebre. Yo veía a la Virgen, antes y después del nacimiento de Jesús, arropada en un vestido blanco, que la envolvía por entero. Pude verla allí durante los primeros días sentada, arrodillada, de pie, recostada o durmiendo; pero nunca la vi enferma ni fatigada.

XLV

Señales en la naturaleza. Anuncio a los pastores

He visto en muchos lugares, hasta en los más lejanos, una insólita alegría, un extraordinario movimiento en esta noche. He visto los corazones de muchos hombres de buena voluntad reanimados por un ansia, plena de alegría, y, en cambio, los corazones de los perversos llenos de temores. Hasta en los animales he visto manifestarse alegría en sus movimientos y brincos. Las flores levantaban sus corolas, las plantas y los árboles tomaban nuevo vigor y verdor, y esparcían sus fragancias y perfumes. He visto brotar fuentes de agua de la tierra. En el momento mismo del nacimiento de Jesús, brotó una fuente abundante en la gruta de la colina del Norte. Cuando al día siguiente lo notó José, le preparó en seguida un desagüe. El cielo tenía un color rojo oscuro sobre Belén, mientras se veía un vapor tenue y brillante sobre la gruta del pesebre, el valle de la gruta de Maraha y el valle de los pastores.

A legua y media más o menos de la gruta de Belén, en el valle de los pastores, había una colina donde empezaba una serie de viñedos que se extendía hasta Gaza. En las faldas de la colina estaban las chozas de tres pastores, jefes de las familias de los demás pastores de las inmediaciones. A distancia doble de la gruta del pesebre se encontraba lo que llamaban *la torre de los pastores*. Era un gran andamiaje piramidal, hecho de madera, que tenía por base enormes bloques de la misma roca: estaba rodeado de árboles verdes y se alzaba sobre una colina aislada en medio de una llanura. Estaba rodeado de escaleras; tenía galerías y torrecillas, todo cubierto de esteras. Guardaba cierto parecido con las torres de madera que he visto en el país de los Reyes Magos, desde donde observaban las estrellas. Desde lejos producía la impresión de un gran barco con muchos mástiles y velas. Desde esta torre se gozaba de una espléndida vista de toda la comarca. Se veía a Jerusalén y la montaña de la tentación en el desierto de Jericó. Los pastores tenían allí a los hombres que vigilaban la marcha de los rebaños y avisaban a los demás tocando cuernos de caza, si acaso había alguna incursión de ladrones o gente de guerra. Las familias de los pastores habitaban esos lugares en un radio de unas dos leguas. Tenían granjas aisladas, con jardines y praderas. Se reunían junto a la torre, donde guardaban los utensilios que tenían en común. A lo largo de la colina de la torre,

estaban las cabañas, y algo apartado de éstas había un gran cobertizo con divisiones donde habitaban las mujeres de los pastores guardianes: allí preparaban la comida. He visto que en esta noche parte de los rebaños estaban cerca de la torre, parte en el campo y el resto bajo un cobertizo cerca de la colina de los pastores.

Al nacimiento de Jesucristo vi a estos tres pastores muy impresionados ante el aspecto de aquella noche tan maravillosa; por eso se quedaron alrededor de sus cabañas mirando a todos lados. Entonces vieron maravillados la luz extraordinaria sobre la gruta del pesebre. He visto que se pusieron en agitado movimiento los pastores que estaban junto a la torre, los cuales subieron a su mirador dirigiendo la vista hacia la gruta. Mientras los tres pastores estaban mirando hacia aquel lado del cielo, he visto descender sobre ellos una nube luminosa, dentro de la cual noté un movimiento a medida que se acercaba. Primero vi que se dibujaban formas vagas, luego rostros, finalmente oí cánticos muy armoniosos, muy alegres, cada vez más claros. Como al principio se asustaran los pastores, apareció un ángel ante ellos, que les dijo: "No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría para todo el pueblo de Israel. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor. Por señal os doy ésta: encontraréis al Niño envuelto en pañales, echado en un pesebre". Mientras el ángel decía estas palabras, el resplandor se hacía cada vez más intenso a su alrededor. Vi a cinco o siete grandes figuras de ángeles muy bellos y luminosos. Llevaban en las manos una especie de banderola larga, donde se veían letras del tamaño de un palmo y oí que alababan a Dios cantando: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad".

Más tarde tuvieron la misma aparición los pastores que estaban junto a la torre. Unos ángeles también aparecieron a otro grupo de pastores, cerca de una fuente, al Este de la torre, a unas tres leguas de Belén. No he visto que los pastores fueran en seguida a la gruta del pesebre, porque unos se encontraban a legua y media de distancia y otros a tres: los he visto, en cambio, consultándose unos a otros acerca de lo que llevarían al recién nacido y preparando los regalos con toda premura. Llegaron a la gruta del pesebre al rayar el alba.

XLVI

Señales en Jerusalén, en Roma y en otros pueblos

Esta noche vi en el Templo a Noemí, la maestra de María, a la profetisa Ana y al anciano Simeón. Vi, en Nazaret, a Ana, y en Juta, a Santa Isabel. Todos tenían visiones y revelaciones del nacimiento del Salvador. He visto al pequeño Juan Bautista, cerca de su madre, manifestando una alegría muy grande. Vieron y reconocieron a María en medio de aquellas visiones, aunque no sabían donde había tenido lugar el acontecimiento. Isabel tampoco lo sabía. Sólo Ana sabía que tenía lugar en Belén. Esta noche vi en el Templo un acontecimiento admirable y extraño: todos los rollos de escrituras de los saduceos saltaban fuera de los armarios donde estaban encerrados, dispersándose(*). Este suceso causó mucho espanto en todos, pero los saduceos lo atribuyeron a efectos de brujería, y repartieron dinero a los que lo sabían para que mantuvieran el secreto.

He visto muchas cosas en Roma esta noche. Cuando Jesús nació vi un barrio de la ciudad, donde vivían muchos judíos: allí brotó una fuente de aceite que causó maravilla a todos los que la vieron. Una estatua magnífica de Júpiter cayó de su pedestal en añicos, porque se desplomó la bóveda del templo. Los paganos se llenaron de terror, hicieron sacrificios y preguntaron a otro ídolo, el de Venus, creo, qué significaba aquello. El demonio respondió, por medio de la estatua: "Esto ha sucedido porque una Virgen ha concebido un Hijo sin dejar de ser virgen; y este Niño acaba de nacer". Este ídolo habló también desde la fuente de aceite. En el sitio donde brotó la fuente se alzó una iglesia dedicada a la Virgen María, Madre de Dios. Los sacerdotes paganos estaban consternados y hacían averiguaciones(**).

Setenta años antes de estos hechos vivía en Roma una buena y piadosa mujer. No recuerdo ahora si era judía. Se llamaba algo así como Serena o Cyrena y poseía algunos bienes de fortuna. Por ese tiempo se había recubierto de oro y piedras preciosas el ídolo de Júpiter y se le ofrecían sacrificios solemnes.

(*) Herodes había colocado algunos de sus hijos bastardos en la secta de los saduceos, como empleados del templo, para disminuir la influencia de los fariseos.

(**) La Iglesia de Santa María in Transtevere se llamó también *Santa María in fonte olei.*

La mujer tuvo visiones, y a consecuencia de ellas hizo varias profecías, diciendo públicamente a los paganos que no debían rendir honores al ídolo de Júpiter ni hacerle sacrificios, pues vendría un día en que lo verían caer hecho pedazos. Los sacerdotes la hicieron comparecer y le preguntaron cuándo habían de suceder estas cosas. Como no pudo determinar el tiempo, fué encerrada en prisión y maltratada, hasta que Dios le hizo conocer que ello sucedería cuando una Virgen purísima diera a luz un Niño. Cuando dió esta respuesta, se burlaron de ella y la dejaron en libertad, reputándola por loca. Sólo cuando se derrumbó el templo, haciendo pedazos al ídolo, reconocieron que había dicho la verdad, maravillándose de la época fijada y del acontecimiento, aunque no sabían que la Santísima Virgen había sido la Madre e ignorando el nacimiento del Salvador. He visto que los magistrados de Roma se informaron de estos hechos, como de la fuente que había brotado. Uno de ellos fué un tal Léntulo, abuelo de Moisés, sacerdote y mártir, y de aquel otro Léntulo, que fué amigo de San Pedro en Roma.

Relacionado con el emperador Augusto he visto algo que ahora no recuerdo bien. Vi al emperador con otras personas sobre una colina de Roma, en uno de cuyos lados se encontraba el templo, cuya techumbre se había derrumbado. Por unas gradas se llegaba hasta la cumbre de la colina donde había una puerta dorada. Era un lugar donde se ventilaban asuntos de interés. Cuando el emperador bajó de la colina, vió a la derecha, encima de ella, una aparición en el cielo. Era una Virgen sobre un arco iris, con un Niño en el aire, que parecía salir de ella. Creo que el emperador fué el único que vió esta aparición. Para conocer su significado hizo consultar a un oráculo que había enmudecido el cual en esa ocasión habló de un Niño recién nacido, a quien todos debían adorar y rendir homenaje. El emperador hizo erigir un altar en el sitio de la colina donde había visto la aparición, y después de haber ofrecido sacrificios, lo dedicó al Primogénito de Dios. He olvidado otros detalles de este hecho.

He visto en Egipto un hecho que anunció el nacimiento de Jesucristo. Mucho más allá de Matarea, de Heliópolis y de Menfis había un gran ídolo que pronunciaba habitualmente toda clase de oráculos, y que de pronto enmudeció. El Faraón mandó hacer sacrificios en todo el país a fin de saber por qué causa había callado. El ídolo fué obligado por Dios a responder que guardaba silencio y debía desaparecer, porque había nacido el Hijo de la Virgen y que en aquel mismo sitio se levantaría un templo en honor de la

Virgen. El Faraón hizo levantar un templo allí mismo cerca del que había antes en honor del ídolo. No recuerdo todo lo sucedido; sólo sé que el ídolo fué retirado y que se levantó un templo a la anunciada Virgen y a su Niño, siendo honrados a la manera de ellos.

Al tiempo del nacimiento de Jesucristo vi una maravillosa aparición que se presentó a los Reyes Magos en su país. Estos Magos eran observadores de los astros y tenían sobre una montaña una torre en forma de pirámide, donde siempre se encontraba uno de ellos con los sacerdotes observando el curso de los astros y las estrellas. Escribían sus observaciones y se las comunicaban unos a otros. Esta noche creo haber visto a dos de los Reyes Magos sobre la torre piramidal. El tercero, que habitaba al Este del Mar Caspio, no estaba allí. Observaban una determinada constelación en la cual veían de cuando en cuando variantes, con diversas apariciones. Esta noche vi la imagen que se les presentaba. No la vieron en una estrella, sino en una figura compuesta de varias de ellas, entre las cuales parecía efectuarse un movimiento. Vieron un hermoso arco iris sobre la media luna y sobre el arco iris sentada a la Virgen. Tenía la rodilla izquierda ligeramente levantada y la pierna derecha más alargada, descansando el pie sobre la media luna. A la izquierda de la Virgen, encima del arco iris, apareció una cepa de vid, y a la derecha, un haz de espigas de trigo. Delante de la Virgen vi elevarse como un cáliz semejante al de la última Cena. Del cáliz vi salir al Niño, y por encima de Él, un disco luminoso parecido a una custodia vacía, de la que partían rayos semejantes a espigas. Por eso pensé en el Santísimo Sacramento. Del costado derecho del Niño salió una rama, en cuya extremidad apareció, a semejanza de una flor, una iglesia octogonal con una gran puerta dorada y dos pequeñas laterales. La Virgen hizo entrar al cáliz, al Niño y a la hostia en la iglesia, cuyo interior pude ver, y que en aquel momento me pareció muy grande. En el fondo había una manifestación de la Santísima Trinidad. La iglesia se transformó luego en una ciudad brillante, que me pareció la Jerusalén celestial. En este cuadro vi muchas cosas que se sucedían y parecían nacer unas de otras, mientras yo miraba el interior de la iglesia. Ya no puedo recordar en qué forma se fueron sucediendo. Tampoco recuerdo de qué manera supieron los Reyes Magos que Jesús había nacido en Judea. El tercero de los Reyes, que vivía muy distante, vió la aparición al mismo tiempo que los otros. Los Reyes sintieron

una alegría muy grande, juntaron sus dones y regalos y se dispusieron para el viaje. Se encontraron al cabo de varios días de camino. Los días que precedieron al nacimiento de Jesús, los veía sobre su observatorio, donde tuvieron varias visiones.

XLVII

Antecedentes de los Reyes Magos

Quinientos años antes del nacimiento del Mesías, los antepasados de los tres Reyes Magos eran poderosos y tenían más riquezas que sus descendientes, ya que sus posesiones eran extensas y su herencia menos dividida. Vivían entonces en tiendas de campaña, con excepción del antepasado del rey que vivía al Este del Mar Caspio, cuya ciudad veo en este momento. Esta ciudad tiene construcciones subterráneas de piedra, en lo alto de las cuales se alzan pabellones, pues se halla cerca del mar, que se desborda con frecuencia. Veo allí montañas muy altas y dos mares, uno a mi derecha y otro a mi izquierda. Aquellos jefes de raza eran, según sus tradiciones, observadores y adoradores de los astros, y existía en el país un culto abominable que consistía en sacrificar a los viejos, a los hombres deformes y a veces también a los niños. Lo más horrible era que estos niños eran vestidos de blanco y luego arrojados en calderas donde morían hervidos. Toda esta abominación fué abolida. A estos ciegos paganos Dios les anunció con mucha anticipación el nacimiento del Salvador.

Aquellos príncipes tenían tres hijas versadas en el conocimiento de los astros. Las tres recibieron el espíritu de profecía y supieron, por medio de una visión, que una estrella saldría de Jacob y que una Virgen daría a luz al Salvador del mundo. Vestidas de largos mantos recorrían el país predicando la reforma de las costumbres y anunciando que los enviados del Salvador vendrían un día al país trayendo el culto del Dios verdadero. Predecían muchas cosas más relativas a nuestra época y a épocas más lejanas aún. A raíz de estas predicciones los padres de estas jóvenes elevaron un templo a la futura Madre de Dios hacia el Mediodía del mar, en el mismo sitio de los límites de sus países y allí ofrecieron sacrificios. La predicción de las tres vírgenes se refería especialmente a una constelación y a diversos cambios que habrían de producirse. Desde entonces empezaron a observar aquella constelación desde lo alto de una colina cerca-

na al templo de la futura Madre de Dios, y de acuerdo con esas observaciones, cambiaban algunas cosas en los templos, en el culto religioso y en los ornamentos. Así he visto que el pabellón del templo era unas veces azul, otras rojo, otras amarillo, y demás colores. Me impresionó que pasaran su día de fiesta al Sábado, mientras antes celebraban el Viernes. Todavía recuerdo el nombre que daban a este día: Tanna o Tanneda.

XLVIII

Fecha del nacimiento del Redentor

Jesucristo nació antes de cumplirse el año 3997 del mundo. Más tarde fueron olvidados los cuatro años, menos algo, transcurridos desde su nacimiento hasta el fin del 4000. Después se hizo comenzar nuestra era cuatro años más tarde. Uno de los cónsules de Roma, llamado Léntulo, fué antepasado del sacerdote y mártir Moisés, del cual tengo una reliquia. Había vivido en tiempos de San Cipriano. De él desciende aquel otro Léntulo que fué amigo de San Pedro en Roma. Herodes reinó cuarenta años. Durante siete años no fué independiente; pero ya desde aquel tiempo oprimía al país y cometía actos de crueldad. Murió, creo, en el año sexto de la vida de Jesús; su muerte se guardó en secreto por algún tiempo. Herodes fué siempre sanguinario y hasta en sus últimos días hizo mucho daño. Lo vi arrastrándose en medio de una amplia habitación acolchada, con una lanza a su lado, queriendo herir a las personas que se le acercaban. Jesús nació más o menos en el año treinta y cuatro de su reinado.

Unos dos años antes de la entrada de María en el templo, Herodes mandó hacer algunas construcciones allí. No hizo de nuevo el templo, sino algunas reformas y mejoras. La huída a Egipto se produjo cuando Jesús tenía nueve meses, y la matanza de los inocentes ocurrió durante el segundo año de la edad de Jesús. El nacimiento de Jesús tuvo lugar en un año judío de trece meses, que era un arreglo semejante a nuestros años bisiestos. Creo también que los judíos tenían meses de veinte días dos veces al año y uno de veintidós días. Pude oír algo de esto a propósito de los días de fiesta; pero ahora no me queda más que un recuerdo confuso. He visto que se hicieron varias veces cambios en el calendario. Sucedió esto al salir de un cautiverio, mientras se trabajaba en la reconstrucción del Templo. He visto al hombre que cambió el calendario y supe también su nombre.

XLIX

Los pastores acuden con sus presentes

Noviembre 25. — A la caída de la tarde los tres pastores jefes se dirigieron a la gruta del pesebre con los regalos, consistentes en animalitos parecidos a los corzos. Si eran cabritos, eran muy distintos de los de nuestro país, pues tenían cuellos largos, ojos hermosos muy brillantes, eran muy graciosos y ligeros al correr. Los pastores los llevaban atados con delgados cordeles. Traían sobre los hombros aves que habían matado, y bajo el brazo otras vivas de mayor tamaño. Al llegar, llamaron tímidamente a la puerta de la gruta y San José les salió al encuentro. Ellos repitieron lo que les habían anunciado los ángeles y dijeron que deseaban rendir homenaje al Niño de la Promesa y a ofrecerle sus pobres obsequios. José aceptó sus regalos con humilde gratitud y los llevó junto a la Virgen, que se hallaba sentada cerca del pesebre, con el Niño Jesús sobre sus rodillas. Los tres pastores se hincaron con toda humildad, permaneciendo mucho rato en silencio, como absortos en una alegría indecible. Cantaron luego el cántico que habían oído a los ángeles y un salmo que no recuerdo. Cuando estaban por irse, María les dió al Niño, que ellos tomaron en sus brazos, uno después de otro, y llorando de emoción lo devolvieron a María, y se retiraron.

Lunes, Noviembre 26. — Por la noche vinieron de la torre de los pastores, a cuatro leguas del pesebre, otros pastores con sus mujeres y sus niños. Traían pájaros, huevos, miel, madejas de hilo de diversos colores, pequeños atados que parecían de seda cruda y ramas de una planta parecida al junco. Esta planta tiene unas espigas llenas de semillas gruesas. Después que entregaron estos regalos a San José, se acercaron humildemente al pesebre, al lado del cual se hallaba María sentada. Saludaron a la Madre y al Niño; después, de rodillas, cantaron hermosos salmos, el *Gloria in excelsis* de los ángeles y algunos otros muy breves. Yo cantaba con ellos. Cantaban a varias voces y yo hice una vez la voz alta. Recuerdo más o menos lo siguiente: "¡Oh Niñito, bermejo como la rosa, pareces semejante a un mensajero de paz!" Cuando se despidieron, se inclinaban ante el pesebre como si besaran al Niño.

Hoy he vuelto a ver a los tres pastores, ayudando a San José, uno después de otro, a disponer todo con mayor comodidad en la gruta del pesebre y en las cavernas laterales. He visto

también junto a la Virgen varias piadosas mujeres que la ayudaban en diversos servicios. Eran esenias que habitaban no lejos de la gruta en una angostura situada al Oriente. Estas mujeres vivían en unas especies de casas abiertas en la roca a considerable altura de la colina. Tenían jardincitos cerca de sus casas y se ocupaban en instruír a los niños de los esenios. San José las había hecho venir porque desde su niñez conocía a esta asociación. Cuando huía de sus hermanos habíase refugiado varias veces con esas piadosas mujeres en la gruta del pesebre. Estas acercábanse una tras otra a María, trayendo provisiones, y atendían los quehaceres de la Sagrada Familia.

Martes, Noviembre 27. — Hoy he visto una escena muy conmovedora: José y María se hallaban junto al pesebre, contemplando con profunda ternura al Niño Jesús. De pronto el asno se echó también de rodillas y agachó la cabeza hasta la tierra en acto de adoración. María y José lloraban emocionados. Por la noche llegó un mensaje de Santa Ana. Un anciano llegó de Nazaret con una viuda parienta de Ana, a la cual servía. Traían diversos objetos para María. Al ver al Niño se conmovieron extraordinariamente: el viejo derramaba lágrimas de alegría. Volvió a ponerse en camino llevando noticias de lo visto a Ana, mientras la viuda se quedó para servir a María.

Miércoles, Noviembre 28. — Hoy he visto que la Virgen con el Niño Jesús, acompañada de la criada de Ana, salieron de la gruta del pesebre durante algunas horas. María se refugió en la gruta lateral, donde había brotado la fuente después del nacimiento de Jesucristo. Pasó unas cuatro horas en esa gruta, en la cual habría de estar más tarde dos días enteros. José había estado arreglándola desde la mañana para que pudiera estar allí con más comodidad. Se refugiaron en esa gruta, por inspiración interior, pues habían venido personas de Belén a ver la gruta del pesebre, y paréceme que eran emisarios de Herodes. A consecuencias de las conversaciones de los pastores había corrido la voz de que algo milagroso había sucedido allí al tener lugar el nacimiento del Niño. Vi a esos hombres hablando un rato con José, a quien hallaron con los pastores delante de la gruta del pesebre, y luego se fueron, riéndose y burlándose, cuando vieron la pobreza del lugar y la simplicidad de las personas. María, después de haberse quedado cuatro horas oculta en la gruta lateral, volvió a la del pesebre con el Niño Jesús.

En la gruta del pesebre reina una amable tranquilidad, pues nadie viene hasta este lugar y sólo los pastores están en comunicación con ella. En la ciudad de Belén nadie se ocupa de lo que pasa en la gruta, pues hay mucha gente, agitación y movimiento por razón de los forasteros. Se venden y matan muchos animales porque algunos forasteros pagan sus impuestos con ganado. Veo que hay también paganos como criados y servidores.

Por la mañana el dueño de la última posada adonde se habían alojado José y María a pasar la noche, envió un criado a la gruta del pesebre con varios regalos. Él mismo llegó más tarde para rendir homenaje al Niño Jesús.

La noticia de la aparición del ángel a los pastores del valle en el momento del nacimiento de Jesús, fué causa de que todos los pastores y gentes del valle oyeran hablar del maravilloso Niño de la Promesa. Todos ellos acuden para honrarlo.

Viernes, Noviembre 30. — Hoy mismo varios pastores y otras buenas personas llegaron a la gruta del Pesebre y honraron al Niño con mucha devoción. Llevaban trajes de fiesta porque iban a Belén para la solemnidad del Sábado. Entre estos visitantes vi a aquella mujer que el 20 de Noviembre había compensado la grosería de su marido con la santa Familia, ofreciéndole hospitalidad. Hubiera podido ir más fácilmente a Jerusalén, porque está más cerca, para la fiesta del Sábado, pero quiso hacer un rodeo más largo para ir a Belén y ver al Niño santo y a sus padres. Sintióse después muy feliz por haberles ofrecido esta prueba de su afecto. Por la tarde vi a un pariente de José, al lado de cuya casa la Sagrada Familia había pasado la noche del 22 de Noviembre: ahora venía al Pesebre para ver y saludar al Niño. Este hombre era el padre de Jonadab, el cual, en la hora de la crucifixión, llevó a Jesús un lienzo para que se cubriera con él. Supo que José había pasado cerca de su casa y había oído hablar de los hechos maravillosos que acontecieron en el nacimiento del Niño, y teniendo que ir a Belén para el Sábado, llegó hasta la gruta trayendo algunos regalos. Saludó a María y rindió homenaje al Niño. José lo recibió amistosamente; pero no quiso aceptar de él nada, y sólo le pidió prestado algún dinero dándole en garantía la borriquilla a condición de recuperarla al devolverle el dinero. José necesitaba ese dinero para emplearlo en los regalos que debía hacer en la ceremonia de la circuncisión y en la comida que habría de ofrecer.

L

Celebra la Sagrada Familia la fiesta del Sábado

Mientras me hallaba meditando en la historia de la borriquilla empeñada ahora para cubrir los gastos de la circuncisión, y pensando que el próximo Domingo, día en que tendrá lugar la ceremonia, se leería el Evangelio del Domingo de Ramos, que relata la entrada de Jesús montado sobre un asno, vi un cuadro del cual no puedo explicar bien el sentido ni sé donde se realizaba. Bajo una palmera había dos carteles sostenidos por ángeles. Sobre uno de ellos estaban representados diversos instrumentos de martirio; en el centro había una columna y sobre ella un mortero con dos asas. En el otro cartel había unas letras: creo que eran cifras indicando años y épocas de la historia de la Iglesia. Por encima de la palmera estaba arrodillada una Virgen que parecía salir del tallo y cuyo traje flotaba en el aire. Tenía en sus manos, debajo del pecho, un vaso de igual forma que el caliz de la última Cena, del cual salía la figura de un Niño luminoso. Vi al Padre Eterno, en la forma que siempre lo veo, acercarse a la palmera por encima de unas nubes, quitar una gruesa rama que tenía la forma de una cruz y colocarla sobre el Niño. Después vi al Niño atado a esa cruz de palma y a la Virgen Santísima presentando a Dios Padre la rama con el Niño crucificado, mientras ella llevaba en la otra mano el cáliz vacío, que parecía también su propio corazón. Cuando me disponía a leer las letras del cartel, bajo la palmera, la llegada de una visita me sacó de esta visión. No sabría decir si este cuadro lo ví en la gruta del pesebre o en otra parte.

Cuando la gente se había ido a la sinagoga de Belén, José preparó en la gruta la lámpara del Sábado con las siete mechas; la encendió y colocó debajo de ella una pequeña mesa con los rollos que contenían las oraciones. Bajo esta lámpara celebró el Sábado con la Virgen Santísima y la criada de Ana. Se hallaban allí dos pastores un poco hacia atrás en la gruta y algunas mujeres esenias. Hoy, antes de la fiesta del Sábado, estas mujeres y la sirvienta prepararon los alimentos. Vi que asaron pájaros en un asador puesto encima del fuego. Los envolvían en una especie de harina hecha de semillas de espigas de unas plantas semejantes a cañas, que se encuentran en estado silvestre en lugares pantanosos de la comarca. Las he visto cultivadas en diversos sitios; en Belén y en Hebrón crecen sin ser cultivadas. No

las he visto cerca de Nazaret. Los pastores de la torre habían traído algunas para José. He visto que las mujeres con esas semillas hacían una especie de crema blanca bastante espesa y amasaban tortas con la harina. La Sagrada Familia guardó para su uso una cantidad muy pequeña de las abundantes provisiones que los pastores habían traído en sus visitas; lo sobrante lo regalaban a los pobres.

Sábado, Diciembre 1º — Hoy he visto varias personas que acudieron a la gruta del pesebre, y por la noche, después de la terminación de las fiestas del Sábado, vi que las mujeres esenias y la criada de Ana preparaban comida en una choza construída de ramas verdes, que José, con la ayuda de los pastores, había levantado a la entrada de la gruta. Había desocupado la habitación a la entrada de la gruta, tendido colchas en el suelo y arreglado todo como para una fiesta, según le permitía su pobreza. Dispuso así todas las cosas antes del comienzo del Sábado, pues el día siguiente era el octavo después del nacimiento de Jesús, cuando debía ser circuncidado de conformidad con el precepto divino. Al caer la tarde José fué a Belén y trajo consigo a tres sacerdotes, un anciano, una mujer y una cuidadora para esta ceremonia. Tenía ésta un asiento, del que se servía en ocasiones parecidas y una piedra octogonal chata y muy gruesa, que contenía los objetos necesarios. Todo esto fué colocado sobre esteras donde debía tener lugar la circuncisión, es decir en la entrada de la gruta, entre el rincón que ocupaba José y el hogar. El asiento era una especie de cofre con cajones, los cuales, puestos a continuación de los otros, formaban como un lecho de reposo con un apoyo a un lado; se estaba uno allí recostado más que sentado. La piedra octogonal tenía más de dos pies de diámetro. En el centro había una cavidad octogonal también cubierta por una placa de metal, donde se hallaban tres cajas y un cuchillo de piedra en compartimentos separados. Esta piedra fué colocada al lado del asiento, sobre un pequeño escabel de tres patas que hasta aquel momento había quedado bajo una cobertura, en el sitio donde había nacido el Salvador.

Terminados estos arreglos los sacerdotes saludaron a María y al Niño Jesús, y conversando amistosamente con la Virgen Santísima tomaron al Niño entre sus brazos, y quedaron conmovidos. Después tuvo lugar la comida en la glorieta. Muchos pobres que habían seguido a los sacerdotes, como solían hacer en tales ocasiones, rodeaban la mesa y durante la comida recibían los regalos de José y de los sacerdotes, de modo que pronto

quedó todo distribuído. Al ponerse el sol me parecía que su disco era más grande que en nuestro país. Lo vi descender en el horizonte: sus rayos penetraban por la puerta abierta al interior de la gruta.

LI

La circuncisión de Jesús

Domingo, Diciembre 2. — Ardían varias lámparas en la gruta. Durante la noche se rezó largo tiempo y se entonaron cánticos. La ceremonia de la circuncisión tuvo lugar al amanecer. María estaba preocupada e inquieta. Había dispuesto por si misma los paños destinados a recibir la sangre y a vendar la herida, y los tenía delante, en un pliegue de su manto. La piedra octogonal fué cubierta por los sacerdotes con dos paños, rojo y blanco, éste encima, con oraciones y varias ceremonias. Luego uno de los sacerdotes se apoyó sobre el asiento y la Virgen que se había quedado envuelta en el fondo de la gruta con el Niño Jesús en brazos, se lo entregó a la criada con los paños preparados. José lo recibió de manos de la mujer y lo dió a la que había venido con los sacerdotes. Esta mujer colocó al Niño, cubierto con un velo, sobre la cobertura de la piedra octogonal. Recitaron nuevas oraciones. La mujer quitó al Niño sus pañales y lo puso sobre las rodillas del sacerdote que se hallaba sentado. José inclinóse por encima de los hombros del sacerdote y sostuvo al Niño por la parte superior del cuerpo. Dos sacerdotes se arrodillaron a derecha e izquierda, teniendo cada uno de ellos uno de sus piececitos, mientras el que realizaba la operación se arrodilló delante del Niño. Descubrieron la piedra octogonal y levantaron la placa metálica para tener a mano las tres cajas de ungüento; había allí aguas para las heridas. Tanto el mango como la hoja del cuchillo eran de piedra. El mango era pardo y pulido; tenía una ranura por la que se hacía entrar la hoja, de color amarillento, que no me pareció muy filosa. La incisión fué hecha con la punta curva del cuchillo. El sacerdote hizo uso también de la uña cortante de su dedo. Exprimió la sangre de la herida y puso encima el ungüento y otros ingredientes que sacó de las cajas. La cuidadora tomó al Niño y después de haber vendado la herida lo envolvió de nuevo en sus pañales. Esta vez le fueron fajados los brazos que antes llevaba libres y le pusieron en torno de la cabeza el velo que lo cubría anteriormente.

Después de esto el Niño fué puesto de nuevo sobre la piedra octogonal y recitaron otras oraciones.

El ángel había dicho a José que el Niño debía llamarse Jesús; pero el sacerdote no aceptó al principio ese nombre y por eso se puso a rezar. Vi entonces a un ángel que se le aparecía y le mostraba el nombre de Jesús sobre un cartel parecido al que más tarde estuvo sobre la cruz del Calvario. No sé en realidad si el ángel fué visto por él o por otro sacerdote: lo cierto es que lo vi muy emocionado escribiendo ese nombre en un pergamino, como impulsado por una inspiración de lo alto. El Niño Jesús lloró mucho después de la ceremonia de la circuncisión. He visto que José lo tomaba y lo ponía en brazos de María, que se había quedado en el fondo de la gruta con dos mujeres más. María tomó al Niño, llorando, se retiró al fondo donde se hallaba el pesebre, se sentó cubierta con el velo y calmó al Niño dándole el pecho. José le entregó los pañales teñidos en sangre. Se recitaron nuevamente oraciones y se cantaron salmos. La lámpara ardía, aunque había amanecido completamente. Poco después la Virgen se aproximó con el Niño y lo puso en la piedra octogonal. Los sacerdotes inclinaron hacia ella sus manos cruzadas sobre la cabeza del Niño, y luego se retiró María con el Niño Jesús. Antes de marcharse los sacerdotes comieron algo en compañía de José y de dos pastores bajo la enramada. Supe después que todos los que habían asistido a la ceremonia eran personas buenas y que los sacerdotes se convirtieron y abrazaron la doctrina del Salvador. Entre tanto, durante toda la mañana se distribuyeron regalos a los pobres que acudían a la puerta de la gruta. Mientras duró la ceremonia el asno estuvo atado en sitio aparte.

Hoy pasaron por la puerta unos mendigos sucios y harapientos, llevando envoltorios, procedentes del valle de los pastores: parecía que iban a Jerusalén para alguna fiesta. Pidieron limosna con mucha insolencia, profiriendo maldiciones e injurias cerca del pesebre, diciendo que José no les daba bastante. No supe quienes eran, pero me disgustó grandemente su proceder. Durante la noche siguiente he visto al Niño a menudo desvelado a causa de sus dolores, y que lloraba mucho. María y José lo tomaban en brazos uno después de otro y lo paseaban alrededor de la gruta tratando de calmarlo.

LII

Isabel acude a la gruta de Belén

Lunes, Diciembre 3. — Esta noche vi a Isabel montada en un asno, conducido por un viejo criado en camino de Juta a la gruta de Belén. José la recibió afectuosamente y María la abrazó con un sentimiento de indecible alegría. Isabel estrechó al Niño contra su pecho, derramando lágrimas de júbilo. Le prepararon un lecho cerca del sitio donde había nacido Jesús. Delante de él había un banquillo alto como el de aserrador, sobre el cual había un cofre pequeño donde solían colocar al Niño Jesús. Debía ser una costumbre que usaban con los niños, pues ya había visto en casa de Ana a María en su primera infancia reposando en un banquillo parecido.

Martes, Diciembre 4. — Anoche y durante el día de hoy vi a María e Isabel sentadas juntas en afectuosa conversación. Yo me hallaba tan cerca de ellas que escuchaba sus palabras con sentimiento de viva alegría. La Virgen contó a su prima todo lo que había sucedido hasta entonces y cuando habló de lo que había sufrido buscando un albergue en Belén, Isabel lloró muy conmovida. Le dijo muchas cosas referentes al nacimiento de Jesús. Le explicó que en el momento de la anunciación, su espíritu se había sentido arrebatado durante diez minutos, teniendo la sensación de que su corazón se duplicaba y que un bienestar indecible entraba en ella llenándola por completo. En el momento del nacimiento, se había sentido también arrebatada con la sensación que los ángeles la llevaban arrodillada por los aires y le había parecido que su corazón se dividía en dos partes y que una mitad se separaba de la otra. Durante diez minutos había perdido el uso de los sentidos. Luego sintió un vacío interior y un inmenso deseo de la felicidad infinita que hasta aquel momento había habitado en ella y que ya no estaba más. Había visto delante de sí una luz deslumbradora, en medio de la cual su Niño había parecido crecer ante sus ojos. En ese momento lo vió moverse y lo oyó llorar. Volviendo en sí lo levantó de la colcha y lo estrechó contra su pecho, pues al principio había creído estar soñando y no se había atrevido a tocar al Niño rodeado de tanta luz. Dijo no haberse dado cuenta del momento en que el Niño se había separado de ella. Isabel le contestó: "En vuestro alumbramiento habéis gozado favores que no tienen las demás mujeres. El nacimiento de mi Juan fué también lleno de

dulzura, pero todo se realizó en forma muy diversa". Esto es lo que recuerdo de sus pláticas.

Al caer la tarde María se ocultó nuevamente con el Niño, acompañada de Isabel, en la caverna lateral, vecina a la gruta del pesebre; me parece que permanecieron allí toda la noche. María procedió así porque muchas personas de distinción acudían de Belén al pesebre por pura curiosidad, y no quiso mostrarse a ellas. Hoy vi a María saliendo con el Niño de la gruta del pesebre, yendo a otra que está a la derecha. La entrada es estrecha y unos catorce escalones inclinados llevan primero a una pequeña cueva y después a una habitación subterránea más amplia que la gruta del pesebre. José la separó en dos partes por medio de una colcha que suspendió de la techumbre. La parte contigua a la entrada era semicircular y la otra cuadrada. La luz no venía de arriba, sino de aberturas laterales que atravesaban una roca muy ancha. Unos días antes había visto a un hombre sacar de aquella gruta haces de leña y de paja y paquetes de cañas como los que usaba José para hacer fuego. Fué un pastor el que hizo este servicio. Esta gruta era más amplia y clara que la del pesebre. El asno no estaba en ella. Vi al Niño Jesús acostado en una gamella abierta en la roca. En los días precedentes ví a María a menudo junto a algunos visitantes mostrándoles al Niño cubierto con un velo y teniendo sólo un paño alrededor del cuerpo. Otras veces lo veía del todo fajado. He visto que la cuidadora que había asistido a la circuncisión venía a menudo a visitar al Niño. María le daba casi todo lo que traían los visitantes para que ella lo distribuyera entre los pobres del lugar y de Belén.

LIII

Los países de los Reyes Magos

Vi el nacimiento de Jesucristo anunciado a los Reyes Magos. He visto a Mensor y a Sair: estaban en el país del primero y observaban los astros, después de haber hecho los preparativos del viaje. Observaban la estrella de Jacob desde lo alto de una torre piramidal. Esta estrella tenía una cola que se dilató ante sus ojos, y vieron a una Virgen brillante, delante de la cual, en medio del aire, se veía un Niño luminoso. Al lado derecho del Niño brotó una rama, en cuya extremidad apareció, como una flor, una pequeña torre con varias entradas que acabó por trans-

formarse en ciudad. Inmediatamente después de esta aparición los dos Reyes se pusieron en marcha. Teokeno, el tercero de los Reyes, que vivía más hacia el oriente, a dos días de viaje, tuvo igual aparición, a la misma hora, y partió en seguida aceleradamente para reunirse con sus dos amigos, a los que encontró en en camino(*).

Me dormí con gran deseo de encontrarme en la gruta del pesebre, cerca de la Madre de Dios, con el ansia de que ella me diera al Niño Jesús para tenerlo en mis brazos algún tiempo y estrecharlo contra mi corazón. Me acerqué a la gruta del pesebre. Era de noche. José dormía apoyado en el brazo derecho, en su aposento, cerca de la entrada. María estaba despierta, sentada en su sitio de costumbre, cerca del pesebre, teniendo al pequeño Jesús a su pecho, cubierta con un velo. Me arrodillé allí y le adoré, sintiendo un gran deseo de ver al Niño. ¡Ah, María bien lo sabía! ¡Ella lo sabe todo y acoge todo lo que se le pide con bondad muy conmovedora, siempre que se rece con fe sincera! Pero ahora estaba silenciosa, en recogimiento; adoraba respetuosamente a Aquél de quien era Madre. No me dió al Niño, porque creo lo estaba amamantando. En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. Mi ansia crecía más y se confundía con el de todas las almas que suspiraban por el Niño Jesús. Pero esta ansia mía no era tan pura, tan inocente ni tan sincera como la del corazón de los buenos Reyes Magos del Oriente, que lo habían aguardado desde siglos en las personas de sus antepasados, creyendo, esperando y amando. Así fué que mi deseo se volvió hacia ellos. Cuando acabé de rezar, me deslicé respetuosamente fuera de la gruta y fuí llevada por un largo camino hasta el cortejo de los Reyes Magos.

A través del camino he visto muchos países, moradas y gentes con sus trajes, sus costumbres y su culto; pero casi todo se me ha ido de la memoria. Fuí llevada al Oriente a una región donde nunca había estado, casi toda estéril y arenosa. Cerca de unas colinas habitaban en cabañas, bajo enramadas, pequeños grupos de hombres. Eran familias aisladas de cinco a ocho personas. El techo de ramas se apoyaba en la colina donde habían cavado las habitaciones. Esta región no producía casi nada; sólo brotaban zarzales y algún arbolillo con capullos de algodón blanco. En otros árboles más grandes colocaban a sus ídolos. Aquellos

(*) Esta visión fué relatada el 25 de Noviembre. Se intercala en estas páginas para mantener la ilación de las escenas relacionadas con la visita de los Reyes Magos.

hombres vivían aún en estado salvaje. Me pareció que se alimentaban de carne cruda, especialmente de pájaros y se dedicaban al latrocinio. Eran de color cobrizo y tenían los cabellos rojos como el pelo de zorro. Eran bajos, macizos, más bien gordos que flacos; eran muy hábiles, activos y ágiles. En sus habitaciones no había animales domésticos ni tenían rebaños. Confeccionaban una especie de colchas con algodón que recogían de sus pequeños árboles. Hilaban largas cuerdas del espesor de un dedo que luego trenzaban para hacer anchas tiras de tejidos. Cuando habían preparado cierta cantidad ponían sobre sus cabezas grandes atados de colchas e iban a venderlas a la ciudad. También he visto sus ídolos en varios lugares, bajo frondosos árboles: tenían cabeza de toro con cuernos y boca grande; en el cuerpo agujeros redondos y más abajo una abertura ancha donde encendían fuego para quemar las ofrendas colocadas en otras aberturas más pequeñas. Alrededor de cada árbol, bajo los cuales había ídolos, veíanse otras figuras de animales sobre columnitas de piedra. Eran pájaros, dragones y una figura que tenía tres cabezas de perro y una cola de serpiente arrollada sobre si misma.

Al comenzar el viaje tuve la idea de que había gran cantidad de agua a mi derecha y que me alejaba cada vez más de ella. Pasada esta región, el sendero subía siempre. Atravesé la cresta de una montaña de arena blanca donde había gran cantidad de piedrecillas negras quebradas semejantes a fragmentos de jarrones y escudillas. Del otro lado bajé a una región cubierta de árboles que parecían alineados en orden perfecto. Algunos de estos árboles tenían el tronco cubierto de escamas; las hojas eran extraordinariamente grandes. Otros eran de forma piramidal, con grandes y hermosas flores. Estos últimos tenían hojas de un verde amarillento y ramas con capullos. He visto otros árboles con hojas muy lisas, en forma de corazón.

Llegué después a un país de praderas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista en medio de alturas. Había allí innumerables rebaños. Los viñedos crecían alrededor de las colinas. Había filas de cepas sobre terrazas con pequeños vallados de ramas para protegerlas. Los dueños de los rebaños habitaban en carpas, cuya entrada estaba cerrada por medio de zarzos livianos. Aquellas carpas estaban hechas con tejido de lana blanca fabricado por los pueblos más salvajes que había visto antes. En el centro había una gran carpa rodeada de muchas otras pequeñas. Los rebaños, separados en clases, vagaban por extensos prados divididos por setos de zarzales. Había diferentes

tipos de rebaños: carneros cuya lana colgaba en largas trenzas, con grandes colas lanudas; otros animales muy ágiles, con cuernos, como los de los chivos, grandes como terneros; otros tenían el tamaño de los caballos que corren en libertad en nuestras praderas. Había también manadas de camellos y animales de la misma especie pero con dos jorobas. En un recinto cerrado vi elefantes blancos y algunos manchados: estaban domesticados y servían para los trabajos ordinarios. Esta visión fué interrumpida tres veces por diversas circunstancias, pero volví siempre a ella. Aquellos rebaños y pastizales pertenecían, según creo, a uno de los Reyes Magos que se hallaba entonces de viaje; me parece que eran del Mey Mensor y sus parientes. Habían sido puestos al cuidado de otros pastores subalternos que vestían chaquetas largas hasta las rodillas, más o menos de la forma de las de nuestros campesinos, pero más estrechas. Creo que por haber partido el jefe para un largo viaje todos los rebaños fueron revisados por inspectores, y los pastores subalternos tuvieron que decir la cantidad exacta, pues he podido ver a cierta gente, cubierta de grandes abrigos, venir de cuando en cuando para tomar nota de todo. Se instalaban en la gran carpa principal y central y hacían desfilar a todos los rebaños entre esta carpa y las más pequeñas. Así se examinaba y contaba todo. Los que hacían las cuentas tenían en las manos una especie de tablilla, no sé de qué materia, sobre la cual escribían. Viendo esto, me decía: "¡Ojalá pudieran nuestros obispos examinar con el mismo cuidado los rebaños confiados a los pastores subalternos!" Cuando después de la última interrupción de esta visión volví a estas praderas, era ya de noche. La mayor parte de los pastores descansaban bajo carpas pequeñas. Sólo algunos velaban caminando de un lado a otro en torno a las reses, encerradas, según su especie, en grandes recintos separados. Yo miraba con afecto estos rebaños que dormían en paz pensando que pertenecían a hombres, los cuales habían abandonado la contemplación de los azules prados del cielo, sembrados de estrellas, y habían partido siguiendo el llamado de su Creador Todopoderoso, como fieles rebaños, para seguirlo con más obediencia que los corderos de esta tierra siguen a sus pastores terrenales. Veía a los pastores que miraban más a menudo las estrellas del cielo que sus rebaños de la tierra. Yo pensaba: "Tienen razón en levantar los ojos asombrados y agradecidos hasta el cielo mirando hacia donde sus antepasados, desde hace siglos, perseverando en la espera y en la oración, no han cesado de levantar sus miradas".

El buen pastor que busca la oveja perdida, no descansa hasta haberla encontrado y traído de nuevo. Lo mismo acaba de hacer el Padre que está en los cielos, el verdadero pastor de los innumerables rebaños de estrellas extendidos en la inmensidad. Al pecar el hombre, a quien Dios había sometido toda la tierra, Dios maldijo a ésta en castigo de su crimen; fué a buscar al hombre caído en la tierra, su residencia, como a una oveja perdida; envió desde lo alto del cielo a su Hijo único para que se hiciera hombre, guiara a aquella oveja descaminada, tomara sobre Él todos sus pecados en calidad de Cordero de Dios, y, muriendo, diera satisfacción a la justicia divina. Y este advenimiento del Redentor había tenido lugar. Los reyes de aquel país, guiados por una estrella, habían partido la noche anterior para rendir homenaje al Salvador recién nacido. Por causa de esto, los que velaban sobre los rebaños, miraban con emoción los prados celestiales y oraban; pues el Pastor de los pastores acababa de bajar de los cielos, y fué a los pastores, antes que a nadie, a quienes había anunciado su venida.

INDICE

Tercera Parte

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

		Pág.
Introducción		9
Capítulo	I. - Creación y caída de los ángeles	11
„	II. - Creación de la tierra	12
„	III. - Adán y Eva	14
„	IV. - El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal	17
„	V. - El pecado de nuestros primeros padres	18
„	VI. - Consecuencias del pecado de Adán y Eva	22
„	VII. - La promesa de la redención	25
„	VIII. - Adán y Eva son arrojados del Paraíso terrenal	27
„	IX. - La familia de Adán	28
„	X. - Caín y Abel	31
„	XI. - Aspecto de los hombres en general. - Los gigantes. - Algunos patriarcas	32
„	XII. - Noé y sus descendientes	35
„	XIII. - Noticias del Arca y proximidad del diluvio	36
„	XIV. - Noé entra en el Arca con los suyos	38
„	XV. - Después del diluvio	40
„	XVI. - Tubal y los descendientes de Noé	41
„	XVII. - Hom y sus aberraciones	42
„	XVIII. - Dsemschid, jefe y conductor de pueblos	44
„	XIX. - Ocasión en que vió la vidente la historia de Hom y Dsemschid	47
„	XX. - La torre de Babel	48
„	XXI. - Nemrod	52
„	XXII. - Derketo	53
„	XXIII. - Carácter de las visiones diabólicas	55
„	XXIV. - Historia de Semiramis	57
„	XXV. - Fundación de ciudades en Egipto	59
„	XXVI. - Las cronologías del antiguo Egipto	61
„	XXVII. - Melquisedec	62
„	XXVIII. - Melquisedec y los Samanes	64
„	XXIX. - El paciente Job	68
„	XXX. - El patriarca Abrahán	72
„	XXXI. - El sacrificio de pan y vino de Melquisedec	75
„	XXXII. - Abrahán recibe el misterio del Antiguo Testamento	78
„	XXXIII. - Historia de Jacob	80
„	XXXIV. - Viaje de Jacob a Mesopotamia	82

		Pág.
Capítulo	XXXV. - La lucha con el ángel	84
„	XXXVI. - Historia de José	86
„	XXXVII. - Asenet - Origen de las divinidades Isis y Osiris	87
„	XXXVIII. - Progresos hechos por José y Asenet en Egipto	89
„	XXXIX. - Idolatría en Egipto en tiempos de José	91
„	XL. - Muerte de Jacob y José	94
„	XLI. - Ségola, Moisés y el cuerpo de José	95
„	XLII. - Melquisedec, Eliseo y el sacerdocio	91
„	XLIII. - El Arca de la Alianza	98
„	XLIV. - Joaquín recibe el misterio	101
„	XLV. - Al fin del mundo se descubrirá y se aclarará este misterio	103

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

INTRODUCCIÓN 107

EPOCA PRIMERA

Desde el nacimiento de María Santísima hasta la muerte de San José

Capítulo	I. - Los esenios	111
„	II. - Ascendientes de Ana	113
„	III. - San Joaquín y Santa Ana	117
„	IV. - La santa e inmaculada concepción de María	121
„	V. - La visión de Joaquín	124
„	VI. - Joaquín recibe el misterio del Arca de la Alianza	127
„	VII. - Encuentro de Joaquín y Ana	128
„	VIII. - Figuras del misterio de la Inmacudada Concepción	130
„	IX. - Se anuncia a los paganos el futuro Mesías	132
„	X. - Cuadros de la Inmaculada Concepción	135
„	XI. - Misterios de la vida de María	136
„	XII. - Víspera del nacimiento de María	137
„	XIII. - Oraciones para la fiesta de la Natividad de María	139
„	XIV. - Nacimiento de María Santísima	140
„	XV. - El nacimiento de María en el Cielo, en el Limbo y en la naturaleza	142
„	XVI. - En Caldea, Egipto y otros lugares se anuncia el nacimiento de María	144
„	XVII. - La niña recibe el nombre de María	145

		Pág.
Capítulo	XVIII. - Preparativos para la presentación en el templo	146
„	XIX. - La partida hacia el templo de Jerusalén	150
„	XX. - La ciudad de Jerusalén	156
„	XXI. - Presentación de María en el Templo	161
„	XXII. - María en el Templo	165
„	XXIII. - El nacimiento de Juan es anunciado a Zacarías	169
„	XXIV. - Noticias acerca de San José	171
„	XXV. - Desposorio de la Virgen María con San José	174
„	XXVI. - El anillo nupcial de María	178
„	XXVII. - La casa de Nazaret	179
„	XXVIII. - La santa casa en Loreto	181
„	XXIX. - La anunciación del Angel	181
„	XXX. - Visitación de María a Isabel	185
„	XXXI. - En casa de Zacarías e Isabel	189
„	XXXII. - Misterios del "Magnificat"	192
„	XXXIII. - Regreso de José a Nazaret	196
„	XXXIV. - Nacimiento de Juan. María regresa a Nazaret	198
„	XXXV. - Preparativos para el nacimiento de Jesús	199
„	XXXVI. - Partida de María y de José hacia Belén	201
„	XXXVII. - La festividad del Sábado	204
„	XXXVIII. - Los viajeros son rechazados en varias casas	205
„	XXXIX. - Ultimas etapas del camino	207
„	XL. - Llegada a Belén	210
„	XLI. - La Sagrada Familia se refugia en la gruta	211
„	XLII. - Descripción de la gruta de Belén	213
„	XLIII. - José y María se refugian en la gruta de Belén	217
„	XLIV. - Nacimiento de Jesús	219
„	XLV. - Señales en la naturaleza. Anuncio a los pastores	221
„	XLVI. - Señales en Jerusalén, en Roma y en otros pueblos	223
„	XLVII. - Antecedentes de los Reyes Magos	226
„	XLVIII. - Fecha del nacimiento del Redentor	227
„	XLIX. - Los pastores acuden con sus presentes	228
„	L. - Celebra la Sagrada Familia la fiesta del Sábado	231
„	LI. - La circuncisión de Jesús	233
„	LII. - Isabel acude a la gruta de Belén	235
„	LIII. - Los países de los Reyes Magos	236

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO,
BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

Tomo Segundo
Libro II

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO
Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

Licencia Eclesiástica

Se publica al amparo del Decreto de 15 de noviembre de 1966, publicado en el ACTO APOSTOLICAE SEDIS, Vol. 58, No. 16, del 29 de Diciembre de 1966.

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

LIV

La comitiva de Teokeno

Mientras yo contemplaba la inmensa llanura, el silencio de la noche fué interrumpido por el ruído que producía un grupo de hombres que llegaban apresuradamente montados en camellos. El cortejo, pasando a lo largo de los rebaños que descansaban, se dirigió rápidamente hacia la carpa central. Algunos camellos se despertaban aquí y allá e inclinaban sus largos cuellos hacia la comitiva que pasaba. Se oía el balar de los corderos, interrumpidos en su sueño. Algunos de los recién llegados bajaron de sus monturas y despertaban a los pastores que dormían. Los vigías más próximos se juntaron al cortejo. Pronto todos estuvieron en pie y en movimiento en torno de los viajeros. La gente conversaba mirando al cielo e indicando las estrellas. Se referían a un astro o a una aparición celeste que ya no se percibía más, pues yo misma ya no pude verla. Era el cortejo de Teokeno, el tercero de los Reyes Magos que habitaba más lejos. Había visto en su patria la misma aparición en el cielo que vieron sus compañeros y de inmediato se puso en camino. Ahora preguntaba cuánta ventaja le llevaban de camino Mensor y Sair, y si aún se veía la estrella que había tomado como guía. Cuando hubo

recibido los informes necesarios, continuó su viaje sin detenerse mayormente. Este era el lugar donde los tres Reyes, que vivían muy lejos uno de otro, solían reunirse para observar los astros y en su cercanía se hallaba la torre piramidal en cuya cumbre hacían observaciones. Teokeno era entre los tres el que habitaba más lejos. Vivía más allá del país donde residió Abrahán al principio, y se había establecido alrededor de esa comarca.

En los intervalos entre las visiones que tuve tres veces, durante este día, relativas a lo que sucedía en la gran llanura de los rebaños, me fueron mostradas diversas cosas sobre los países donde había vivido Abrahán: he olvidado la mayor parte. Vi una vez, a gran distancia, la altura donde Abrahán debía sacrificar a su hijo Isaac. La primera morada de Abrahán se hallaba situada sobre una gran elevación, y los países de los tres Reyes Magos eran más bajos y estaban alrededor de aquel lugar de Abrahán. Otra vez vi, muy claramente, a pesar de ocurrir muy lejos, el hecho de Agar y de Ismael en el desierto. Relato lo que pude ver de esto. A un lado de la montaña de Abrahán, hacia el fondo del valle, he visto a Agar con su hijo errando en medio de los matorrales. Parecía estar fuera de sí. El niño era todavía muy pequeño y tenía un vestido largo. Ella andaba envuelta en un largo manto que le cubría la cabeza y debajo llevaba un vestido corto con un corpiño ajustado. Puso al niño bajo un árbol cerca de una colina y le hizo unas marcas en la frente, en la parte superior del brazo derecho, en el pecho y en la parte alta del brazo izquierdo. No vi la marca de la frente; pero las otras, hechas sobre el vestido, permanecieron visibles y parecían trazadas en rojo. Tenían la forma de una cruz, no común, sino parecida a una de Malta que llevara en el centro un círculo, del que partían los cuatro triángulos que formaban la cruz. En cada uno de los triángulos Agar escribió unos signos o letras en forma de gancho, cuyo significado no pude comprender. En el círculo del centro trazó dos o tres letras. Hizo todo el dibujo muy rápidamente con un color rojo que parecía tener en la mano y que quizás era sangre. Se apartó de allí, levantando sus ojos al cielo, sin mirar el lugar donde dejaba a su hijo, y fué a sentarse a la sombra de un árbol como a la distancia de un tiro de fusil. Estando allí oyó una voz en lo alto; se apartó más aún del lugar primero, y habiendo escuchado la voz por segunda vez dió con una fuente de agua oculta entre el follaje. Llenó de agua su odre, y volviendo de nuevo al lado de su hijo, le dió de beber; luego lo llevó consigo junto a la fuente, y encima del vestido que

tenía las marcas hechas, le puso otra vestimenta. Me parece haber visto otra vez a Agar en el desierto antes del nacimiento de Ismael.

Al amanecer(*), el acompañamiento de Teokeno alcanzó a unirse al de Mensor y de Sair cerca de una población en ruínas. Se veían allí largas filas de columnas, aisladas unas de otras, y puertas coronadas por torrecitas cuadradas, todo medio derruído. Aún se veían algunas grandes y hermosas estatuas, no tan rígidas como las de Egipto, sino en graciosas actitudes, cual si fueran vivientes. En general el país era arenoso y lleno de rocas. He visto que en las ruínas de la ciudad se habían establecido gentes que más bien parecían bandoleros y vagabundos; como único vestido llevaban pieles de animales echadas sobre el cuerpo y tenían armas de flechas y venablos. Aunque eran de estatura baja y gruesos, eran ágiles en gran manera; tenían la piel tostada. Creía reconocer este lugar por haber estado antes, en ocasión de mis viajes a la montaña de los profetas y al país del Ganges. Cuando se encontraron reunidos los tres Reyes, dejaron el lugar por la mañana muy temprano, con ánimo de continuar viaje con apuro. He visto que muchos habitantes pobres siguieron a los Reyes, por la liberalidad con que los trataban. Después de otro medio día de viaje se detuvieron. Después de la muerte de Jesucristo, el apóstol San Juan envió a dos de sus discípulos, Saturnino y Jonadab (medio hermano de San Pedro) para anunciar el Evangelio a los habitantes de la ciudad en ruínas(**).

LV

Nombres de los Reyes Magos

Cuando estuvieron juntos los tres Reyes Magos, he visto que el último, Teokeno, tenía la piel amarillenta: lo reconocí porque era el mismo que unos treinta y dos años más tarde se encontraba en su tienda enfermo al visitar Jesús a estos Reyes en su residencia, cerca de la Tierra prometida. Cada uno de los Reyes Magos llevaba consigo a cuatro parientes cercanos o amigos más íntimos, de modo que en el cortejo había como unas quince personas de alto rango sin contar la muchedumbre de camelleros y

(*) Relatado entre el 26 y el 28 de Noviembre.

(**) Según la tradición San Saturnino predicó en el país de los Medos. La vidente vió que los Reyes pasaban el día del santo, de quien conservaba una reliquia.

de otros criados. Reconocí a Eleazar, que más tarde fué mártir, entre los jóvenes que acompañaban a los Reyes. Estaban sin ropa hasta la cintura y así podían correr y saltar con mayor agilidad. Tengo una reliquia de este santo.

Mensor, el de los cabellos negros, fué bautizado más tarde por Santo Tomás y recibió el nombre de Leandro. Teokeno, el de tez amarilla, que se encontraba enfermo cuando pasó Jesús por Arabia, fué también bautizado por Santo Tomás con el nombre de León. El más moreno de los tres, que ya había muerto cuando Jesús visitó sus tierras, se llamaba Sair o Seir. Murió con el bautismo de deseo. Estos nombres tienen relación con los de Gaspar, Melchor y Baltasar, y están en relación con el carácter personal de ellos, pues estas palabras significan: el primero, *Va con amor;* el segundo, *Vaga en torno acariciando, se acerca dulcemente;* el tercero, *Recibe velozmente con la voluntad, une rápidamente su querer a la voluntad de Dios*(*).

Me parece haber encontrado reunido por primera vez el cortejo de los tres Reyes a una distancia como de medio día de viaje, más allá de la población en ruínas donde había visto tantas columnas y estatuas de piedra. El punto de reunión era una comarca fértil. Se veían casas de pastores diseminadas, construídas con piedras blancas y negras. Llegaron a una llanura, en medio de la cual había un pozo y amplios cobertizos: tres en el centro y varios alrededor. Parecía un sitio preparado para descanso de los caminantes. Cada acompañamiento estaba compuesto de tres grupos de hombres. Cada uno comprendía cinco personajes de distinción, entre ellos el rey, o jefe, que ordenaba, arreglaba y distribuía todo como un padre de familia. Los hombres de cada grupo tenían tez de diferente color. Los hombres de la tribu de Mensor eran de un color moreno agradable; los de Sair eran mucho más morenos, y los de Teokeno eran de tez más clara y amarillenta. A excepción de algunos esclavos, no había allí ninguno de piel totalmente negra. Las personas de distinción iban sentadas en sus cabalgaduras, sobre envoltorios cubiertos de alfombras, y en la mano llevaban bastones. A éstos seguían otros animales del tamaño de nuestros caballos, montados por criados y esclavos que cargaban los equipajes. Cuando llegaron, desmontaron, descargaron a los animales, les daban de beber del agua del pozo, rodeado de un pequeño terraplén, sobre el cual había un muro con tres entradas abiertas. En ese recinto se en-

(*) El célebre cristólogo Sepp acepta esta etimología: dice que el primer nombre es índico; el segundo, persa, y el tercero, árabe.

contraba el pozo de agua en sitio más bajo. El agua salía por tres conductos que se cerraban por medio de clavijas, y el depósito, a su vez, estaba cerrado con una tapa que fué abierta por uno de los hombres de aquella ciudad en ruínas, agregado al cortejo. Llevaban odres de cuero divididos en cuatro compartimentos, de modo que cuando estaban llenos podían beber cuatro camellos a la vez. Eran tan cuidadosos del agua, que no dejaban perdar ni una gota. Después de haber bebido fueron instalados los animales en recintos sin techo, cerca del pozo, donde cada uno tenía su compartimento. Pusieron a las bestias delante de los comederos de piedra donde se les dió el forraje que habían traído. Les daban de comer unas semillas del tamaño de bellotas, quizás habas. Traían como equipaje jaulones colgando de ambos lados de las bestias, en los cuales tenían pájaros como palomas o pollos, de los cuales se alimentaban durante el viaje. En unos recipientes de hierro traían panes como tablitas apretadas unas contra otras del mismo tamaño. Llevaban vasos valiosos de metal amarillo, con adornos y piedras preciosas. Tenían la forma de nuestros vasos sagrados, cálices y patenas. En ellos presentaban los alimentos o bebían. Los bordes de estos vasos estaban adornados con piedras de color rojo. Los vestidos de estos hombres no eran iguales. Los hombres de Teokeno y los de Mensor llevaban sobre la cabeza una especie de gorro alto, con tira de género blanco enrollado; sus túnicas bajaban a la altura de las pantorrillas y eran simples con ligeros adornos sobre el pecho. Tenían abrigos livianos, muy largos y amplios, que arrastraban al caminar. Sair y los suyos llevaban bonetes con cofias redondas bordadas de diferentes colores y pequeño rodete blanco. Sus abrigos eran más cortos y sus túnicas, llenas de lazos, con botones y adornos brillantes, descendían hasta las rodillas. A un lado del pecho llevaban por adorno una placa estrellada y brillante. Todos calzaban suelas sujetas por cordones que les rodeaban los tobillos. Los principales personajes tenían en la cintura sables cortos o grandes cuchillos; llevaban también bolsas y cajitas. Había entre ellos hombres de cincuenta años, de cuarenta, de veinte; unos usaban la barba larga, otros corta. Los servidores y camelleros vestían con tanta escasez, que muchos de ellos sólo llevaban un pedazo de género o algún viejo manto.

Cuando hubieron dado de beber a los animales y los encerraron, bebieron los hombres e hicieron un gran fuego en el centro del cobertizo donde se habían refugiado. Utilizaron para el fuego pedazos de madera de más o menos dos pies y medio de

largo que los pobres del país traen en haces preparados de antemano para los viajeros. Hicieron una hoguera de forma triangular, dejando una abertura para el aire. Hicieron todo esto con mucha habilidad. No sé cómo consiguieron hacer fuego; pero vi que pusieron un pedazo de madera dentro de otro perforado y le dieron vueltas algún tiempo, retirándolo luego encendido. De este modo hicieron fuego. Asaron algunos pájaros que habían matado. Los Reyes y los más ancianos hacían cada uno en su tribu lo que hace un padre de familia: repartían las raciones y daban a cada uno la suya; colocaban los pájaros asados, cortados en pedazos, sobre pequeños platos, y los hacían circular. Llenaban las copas y daban de beber a cada uno. Los criados subalternos, entre ellos algunos negros, estaban sentados sobre tapetes en el suelo. Esperaban con paciencia su turno y recibían su porción. Me parecieron esclavos. ¡Qué admirables son la bondad y la simplicidad inocente de estos excelentes Reyes!... A la gente que va con ellos le dan de todo lo que tienen y hasta le hacen beber en sus vasos de oro, llevándolos a sus labios como si fueran niños.

Hoy he sabido muchas cosas acerca de los Reyes Magos, especialmente el nombre de sus países y ciudades; pero lo he olvidado casi todo. Aún recuerdo lo siguiente: Mensor, el moreno, era de Caldea y su ciudad tenía un nombre como Acaiaia(*): estaba levantada sobre una colina rodeada de un río. Mensor habitaba generalmente en la llanura cerca de sus rebaños. Sair, el más moreno, el de la tez cetrina, estaba ya con él preparado para partir en la noche del Nacimiento. Recuerdo que su patria tenía un nombre como de Parthermo. Al Norte del país había un lago. Sair y su tribu eran de color más oscuro y tenían los labios rojos. Los otros eran más blancos. Sólo había una ciudad más o menos del tamaño de Münster. Teokeno, el blanco, venía de la Media, comarca situada en un lugar alto, entre dos mares. Habitaba en una ciudad hecha de carpas, alzadas sobre bases de piedras: he olvidado el nombre. Me parece que Teokeno, que era el más poderoso de los tres y el más rico, habría podido ir a Belén por un camino más directo y que sólo por reunirse con los demás había hecho un largo rodeo. Me parece que tuvo que atravesar a Babilonia para alcanzarlos. Sair vivía a tres días de viaje del lugar de Mensor, calculando el día de doce leguas de camino. Teokeno se hallaba a cinco días de viaje.

(*) En el diccionario de Franke se lee: Acalacula, fortaleza sobre las islas del Eufrates, en la Mesopotamia.

Mensor y Sair estaban ya reunidos en casa del primero cuando vieron la estrella del nacimiento de Jesús y se pusieron en camino al día siguiente. Teokeno vió la misma aparición desde su residencia y partió rápidamente para reunirse a los dos Reyes, encontrándose en la población en ruínas. La estrella que los guiaba era como un globo redondo y la luz salía como de una boca. Parecía que el globo estuviera suspendido de un rayo luminoso dirigido por una mano. Durante el día yo veía delante de ellos un cuerpo luminoso cuya claridad sobrepasaba la luz del sol. Me asombra la rapidez con que hicieron el viaje, considerando la gran distancia que los separaba de Belén. Los animales tenían un paso tan rápido y uniforme que su marcha parecía tan ordenada, veloz e igual como el vuelo de una bandada de aves de paso. Las comarcas donde habitaban los tres Reyes Magos formaban en conjunto un triángulo. La caravana permaneció hasta la noche en el lugar donde los había visto detenerse. Las personas que se les agregaron ayudaron a cargar de nuevo las bestias y se llevaron luego las cosas que dejaron abandonadas allí los viajeros. Cuando se pusieron en camino, ya era de noche, y se veía la estrella, con una luz algo rojiza como la luna cuando hay mucho viento. Durante un tiempo marcharon junto a sus animales, con la cabeza descubierta, recitando sus plegarias. El camino estaba muy quebrado y no se podía ir de prisa; sólo más tarde, cuando el camino se hizo llano, subieron a sus cabalgaduras. Por momentos hacían la marcha más lenta y entonces entonaban unos cantos muy expresivos y conmovedores en medio de la soledad de la noche.

En la noche del 29 al 30 me encontré nuevamente muy próximo al cortejo de los Reyes. Estos avanzaban siempre en medio de la noche en pos de la estrella, que a veces parecía tocar la tierra con su larga cola luminosa. Los Reyes miran la estrella con tranquila alegría. A veces descienden de sus cabalgaduras para conversar entre ellos. Otras veces, con melodía lenta, sencilla y expresiva, cantan alternativamente frases cortas, sentencias breves, con notas muy altas o muy bajas. Hay algo de extraordinariamente conmovedor en estos cantos, que interrumpe el silencio nocturno, y yo siento profundamente su significado. Observan un orden muy hermoso mientras avanzan en su camino. Adelante marcha un gran camello que lleva de cada lado cofres, sobre los cuales hay amplias alfombras y encima está sentado un jefe con su venablo en la mano y una bolsa a su lado. Le siguen algunos animales más pequeños, como caballos

o asnos, y encima del aquipaje, los hombres que dependen de este jefe. Viene después otro jefe sobre otro camello y así sucesivamente. Los animales andan con rapidez, a grandes trancos, aunque ponen las patas en tierra con precaución; sus cuerpos parecen inmóviles mientras sus patas están en movimiento. Los hombres se muestran muy tranquilos, como si no tuvieran preocupaciones. Todo procede con tanta calma y dulzura que parece un sueño. Estas buenas gentes no conocen aún al Señor y van hacia Él con tanto orden, con tanta paz y buena voluntad, mientras nosotros, a quienes Él ha salvado y colmado de beneficios con sus bondades, somos muy desordenados y poco reverentes en nuestras santas procesiones. Se detuvieron nuevamente en una llanura cerca de un pozo. Un hombre que salió de una cabaña de la vecindad abrió el pozo y dieron de beber a los animales, deteniéndose sólo un rato sin descargarlas.

Estamos ya en el día 30. He vuelto a ver al cortejo ascendiendo una alta meseta. A la derecha se veían montañas, y me pareció que se acercaban a una región con poblaciones, fuentes y árboles. Me pareció el país que había visto el año pasado, y aún recientemente, hilando y tejiendo algodón, donde adoraban ídolos en forma de toros. Volvieron a dar con mucha generosidad alimento a los numerosos viajeros que seguían a la comitiva; pero no utilizaron los platos y bandejas; lo que me causó alguna sorpresa. Era un Sábado, primer día del mes.

LVI

Llegan al país del rey de Causur

He vuelto a ver a los Reyes en las inmediaciones de una ciudad, cuyo nombre me suena como Causur. Esta población se componía de carpas levantadas sobre bases de piedra. Se detuvieron en casa del jefe o rey del país, cuya habitación se encontraba a alguna distancia. Desde que se habían reunido en la población en ruínas hasta aquí, habían andado cincuenta y tres o sesenta y tres horas de camino. Contaron al rey del lugar todo lo que habían observado en las estrellas y este rey se asombró mucho del relato. Miró hacia el astro que les servía de guía y vió, en efecto, a un Niñito en él con una cruz. Pidió a los Reyes volvieran a contarle lo que vieren, porque él también deseaba levantar altares al Niño y ofrecerle sacrificios. Tengo curiosidad de ver si cumplirá su palabra. Era Domingo, día 2.

Oí que hablaban al rey de sus observaciones astrales, y de esa conversación recuerdo lo siguiente: Los antepasados de los Reyes eran de la estirpe de Job, que antiguamente había habitado cerca del Cáucaso, aunque tenía posesiones en comarcas muy lejanas. Más o menos 1500 años antes de Cristo aquella raza no se componía más que de una tribu. El profeta Balaam era de su país y uno de sus discípulos había dado a conocer allí su profecía: "Una estrella ha de nacer de Jacob;" dando las instrucciones al respecto. Su doctrina se había extendido mucho entre ellos. Levantaron una torre alta en una montaña y varios astrólogos se turnaban en ella alternativamente. He visto esa torre, parecida a una montaña, muy ancha en su base y terminada en punta. Todo lo que observaban era anotado y pasaba luego de boca en boca. Estas observaciones sufrieron repetidas interrupciones debido a diversas causas. Más tarde se introdujeron prácticas execrables, como el sacrificio de niños, aunque conservaban la creencia de que el Niño prometido llegaría pronto. Alrededor de cinco siglos antes de Cristo cesaron estas observaciones y aquellos hombres se dividieron en tres ramas diferentes, formadas por tres hermanos que vivieron separados con sus familias. Tenían tres hijas a las que Dios había concedido el don de profecía, las cuales recorrieron el país vestidas de largos mantos, haciendo conocer las predicciones relativas a la estrella y al Niño que debía salir de Jacob.

Se dedicaron desde entonces nuevamente a observar los astros y la expectación se hizo muy intensa en las tres tribus. Estos tres Reyes descendían de aquellos tres hermanos a través de quince generaciones que se habían sucedido en línea recta durante quinientos años. Con la mezcla de unas razas con otras había variado también la tez de estos tres Reyes, y en el color se diferenciaban unos de otros. Desde esos cinco siglos no habían dejado de reunirse los reyes de vez en cuando para observar los astros. Todos los hechos notables relacionados con el nacimiento de Jesús y el advenimiento del Mesías les habían sido indicados mediante las señales maravillosas de los astros. He visto algunas de estas señales, aunque no las puedo describir con claridad. Desde la concepción de María Santísima, es decir, desde quince años atrás, estas señales indicaban con más claridad que la venida del Niño estaba próxima. Los Reyes habían observado cosas que tenían relación con la pasión del Señor. Pudieron calcular con exactitud la epoca en que saldría la estrella de Jacob, anunciada por Balaam, porque habían visto la escala de Jacob, y,

según el número de escalones y la sucesión de los cuadros que allí se encontraban, era posible calcular el advenimiento del Mesías, como sobre un calendario, porque la extremidad de la escala llegaba hasta la estrella o bien la estrella misma era la última imagen aparecida. En el momento de la concepción de María habían visto a la Virgen con un cetro y una balanza, sobre cuyos platillos había espigas de trigo y uvas. Algo más tarde vieron a la Virgen con el Niño. Belén se les apareció como un hermoso palacio, una casa llena de abundantes bendiciones. Vieron también allí dentro a la Jerusalén celestial, y entre las dos moradas se extendía una ruta llena de sombras, de espinas, de combate y de sangre. Ellos creyeron que esto debía tomarse al pie de la letra: pensaron que el Rey esperado debía haber nacido en medio de gran pompa y que todos los pueblos le rendirían homenaje, y por esto iban con gran acompañamiento a honrarle y a ofrecerle sus dones. La visión de la Jerusalén celestial la tomaron por su reino en la tierra y pensaban encaminarse a esa ciudad. En cuanto al sendero lleno de sombras y espinas, pensaron que significaba el viaje que hacían lleno de dificultades o alguna guerra que amenazaba al nuevo Rey. Ignoraban que esto era el símbolo de la vía dolorosa de su Pasión. Más abajo, en la escala de Jacob, vieron, y yo también la vi, una torre artísticamente construída, muy semejante a las torres que veo sobre el monte de los Profetas, y donde la Virgen se refugió una vez durante una tormenta. Ya no recuerdo lo que esto significaba; pero podría ser la huída a Egipto. Sobre la escala de Jacob había una serie de cuadros, símbolos figurativos de la Virgen, algunos de los cuales se encuentran en las Letanías, y además "la fuente sellada", el jardín cerrado, como asimismo unas figuras de reyes entre los cuales uno tenía un cetro y los otros ramas de árboles. Estos cuadros los veían en las estrellas continuamente durante las tres últimas noches. Fué entonces que el principal envió mensajes a los otros; y viendo a unos reyes que presentaban ofrendas al Niño recién nacido, se pusieron en camino para no ser los últimos en rendirle homenaje. Todas las tribus de los adoradores de astros habían visto la estrella; pero sólo estos Reyes Magos se decidieron a seguirla. La estrella que los guiaba no era un cometa, sino un meteoro brillante, conducido por un ángel.

Estas visiones fueron causa de que partieran con la esperanza de hallar grandes cosas, quedando después muy sorprendidos al no encontrar nada de lo que pensaban. Se admiraron de la

recepción de Herodes y de que todo el mundo ignorase el acontecimiento. Al llegar a Belén y al ver una pobre gruta en lugar del palacio que habían contemplado en la estrella, estuvieron tentados por muchas dudas; no obstante, conservaron su fe, y ya ante el Niño Jesús, reconocieron que lo que habían visto en la estrella se estaba realizando. Mientras observaban las estrellas hacían ayuno, oraciones, ceremonias y toda clases de abstinencias y purificaciones. El culto de los astros ejercía en la gente mala toda clase de influencias perniciosas por su relación con los espíritus malignos. En los momentos de sus visiones eran presas de convulsiones violentas, y como consecuencia de éstas agitaciones tenían lugar los sacrificios sangrientos de niños. Otras personas buenas, como los Reyes Magos, veían todas estas cosas con claridad serena y con agradable emoción, y se volvían mejores y más creyentes.

Cuando los Reyes dejaron a Causur, he visto que se unió a ellos una caravana de viajeros distinguidos que seguía el mismo derrotero. El 3 y el 4 del mes vi que atravesaban una llanura extensa, y el 5 se detuvieron cerca de un pozo de agua. Allí dieron de beber a sus bestias, sin descargarlas, y prepararon algunos alimentos. Canto con estos Reyes. Ellos lo hacen agradablemente, con palabras como éstas: "Queremos pasar las montañas y arrodillarnos ante el nuevo Rey". Improvisan y cantan versos alternativamente. Uno de ellos empieza y los otros repiten; luego otro dice una nueva estrofa, y así prosiguen, mientras cabalgan, cantando sus melodías dulces y conmovedoras.

En el centro de la estrella o, mejor, dentro del globo luminoso, que les indicaba el camino, vi aparecer un Niño con la cruz. Cuando los Reyes vieron la aparición de la Virgen en las estrellas, el globo luminoso se puso encima de esta imagen, poniéndose prontamente en movimiento.

LVII

La Virgen Santísima presiente la llegada de los Reyes

María había tenido una visión de la próxima llegada de los Reyes, cuando éstos se detuvieron con el rey de Causur, y vió también que este rey quería levantar un altar para honrar al Niño. Comunicólo a José y a Isabel, diciéndoles que sería preciso vaciar cuanto se pudiera la gruta del Pesebre y preparar la recepción de los Reyes. María se retiró ayer de la gruta por

causa de unos visitantes curiosos, que acudieron muchos más en estos últimos días. Hoy Isabel se volvió a Juta en compañía de un criado.

Diciembre 6. — En estos dos últimos días hubo más tranquilidad en la gruta del Pesebre y la Sagrada Familia permaneció sola la mayor parte del tiempo. Una criada de María, mujer de unos treinta años, grave y humilde, era la única persona que los acompañaba. Esta mujer, viuda, sin hijos, era parienta de Ana, que le había dado asilo en su casa. Había sufrido mucho con su esposo, hombre duro, porque siendo ella piadosa y buena, iba a menudo a ver a los esenios con la esperanza del Salvador de Israel. El hombre se irritaba por esto, como hacen los hombres perversos de nuestros días, a quienes les parece que sus mujeres van demasiado a la iglesia. Después de haber abandonado a su mujer, murió al poco tiempo. Aquellos vagabundos que, mendigando, habían proferido injurias y maldiciones cerca de la gruta de Belén, e iban a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo, instituída por los Macabeos, no volvieron por estos contornos. José celebró el Sábado bajo la lámpara del Pesebre con María y la criada. Esta noche empezó la fiesta de la Dedicación del Templo y reina gran tranquilidad. Los visitantes, bastante numerosos, son gentes que van a la fiesta. Ana envía a menudo mensajeros para traer presentes e inquirir noticias. Como las madres judías no amamantan mucho tiempo a sus criaturas sino que les dan otros alimentos, así el Niño Jesús tomaba también, después de los primeros días, una papilla hecha con la médula de una especie de caña. Es un alimento dulce, liviano y nutritivo. José enciende su lámpara por la noche y por la mañana para celebrar la fiesta de la Dedicación. Desde que ha empezado la fiesta en Jerusalén, aquí están muy tranquilos.

Lunes, Diciembre 10. — Llegó hoy un criado mandado por Santa Ana trayendo, además de varios objetos, todo lo necesario para trabajar en un ceñidor y un cesto lleno de hermosas frutas cubiertas de rosas. Las flores puestas sobre las frutas conservaban toda su frescura. El cesto era alto y fino, y las rosas no eran del mismo color que las nuestras, sino de un tinte pálido y color de carne, entre otras amarillas y blancas y algunos capullos. Me pareció que le agradó a María este cesto y lo colocó a su lado.

Mientras tanto yo veía varias veces a los Reyes en su viaje. Iban por un camino montañoso, franqueando aquellas montañas donde había piedras parecidas a fragmentos de cerámica. Me agradaría tener algunas de ellas, pues son bonitas y pulidas.

Hay algunas montañas con piedras transparentes, semejantes a huevos de pájaros, y mucha arena blanquizca. Más tarde vi a los Reyes en la comarca donde se establecieron posteriormente y donde Jesús los visitó en el tercer año de su predicación. Me pareció que José, deseando permanecer en Belén, pensaba habitar allí después de la Purificación de María y que había tomado ya informes al respecto.

Diciembre 11-13. — Hace tres días vinieron algunas personas pudientes de Belén a la gruta. Ahora aceptarían de muy buena gana a la Sagrada Familia en sus casas; pero María se ocultó en la gruta lateral y José rehusó modestamente sus ofrecimientos. Santa Ana está por visitar a María. La he visto muy preocupada en estos últimos días revisando sus rebaños y haciendo la separación de la parte de los pobres y la del Templo. De la misma manera la Sagrada Familia reparte todo lo que recibe en regalos. La festividad de la Dedicación seguía aún por la mañana y por la noche y deben de haber agregado otra fiesta el día 13, pues pude ver que en Jerusalén hacían cambios en las ceremonias. Vi también a un sacerdote junto a José, con un rollo, orando al lado de una mesa pequeña cubierta con una carpeta roja y blanca. Me pareció que el sacerdote venía a ver si José celebraba la fiesta o para anunciar otra festividad. En estos últimos días la gruta estuvo muy tranquila porque no tenía visitantes.

La fiesta de la Dedicación terminó con el Sábado, y José dejó de encender las lámparas. El Domingo 16 y el Lunes 17 muchos de los alrededores acudieron a la gruta del Pesebre, y aquellos mendigos descarados se mostraron en la entrada. Todos volvían de las fiestas de la Dedicación. El 17 llegaron dos mensajeros de parte de Ana, con alimentos y diversos objetos, y María, que es más generosa que yo, pronto distribuyó todo lo que tenía. Vi a José haciendo diversos arreglos en la gruta del pesebre, en las grutas laterales y en la tumba de Maraha. Según la visión que había tenido María, esperaban próximamente a Ana y a los Reyes Magos.

LVIII

El viaje de los Reyes Magos

Diciembre 14-17. — He visto llegar hoy la caravana de los Reyes, por la noche, a una población pequeña con casas disper-

sas, algunas rodeadas de grandes vallas. Me parece que es éste el primer lugar donde se entra en la Judea. Aunque aquella era la dirección de Belén, los Reyes torcieron hacia la derecha, quizás por no hallar otro camino más directo. Al llegar allí su canto era más expresivo y animado; estaban más contentos porque la estrella tenía un brillo extraordinario: era como la claridad de la luna llena, y las sombras se veían con mucha nitidez. A pesar de todo, los habitantes parecían no reparar en ella. Por otra parte eran buenos y serviciales. Algunos viajeros habían desmontado y los habitantes ayudaban a dar de beber a las bestias. Pensé en los tiempos de Abrahán, cuando todos los hombres eran serviciales y benévolos. Muchas personas acompañaron a la comitiva de los Reyes Magos llevando palmas y ramas de árboles cuando pasaron por la ciudad. La estrella no tenía siempre el mismo brillo: a veces se oscurecía un tanto; parecía que daba más claridad según fueran mejores los lugares que cruzaban. Cuando vieron los Reyes resplandecer más a la estrella, se alegraron mucho pensando que sería allí donde encontrarían al Mesías.

Martes, Diciembre 18. — Esta mañana pasaron al lado de una ciudad sombría, cubierta de tinieblas, sin detenerse en ella, y poco después atravesaron un arroyo que se echa en el Mar Muerto. Algunas de las personas que los acompañaban se quedaron en estos sitios. He sabido que una de aquellas ciudades había servido de refugio a alguien en ocasión de un combate, antes que Salomón subiera al trono. Atravesando el torrente, encontraron un buen camino.

Diciembre 19. — Esta noche volví a ver el acompañamiento de los Reyes que había aumentado a unas doscientas personas porque la generosidad de ellos había hecho que muchos se agregaran al cortejo. Ahora se acercaban por el Oriente a una ciudad cerca de la cual pasó Jesús, sin entrar, el 31 de Julio del segundo año de su predicación. El nombre de esa ciudad me pareció Manatea, Metanea, Medana o Madián(*). Había allí judíos y paganos; en general eran malos. A pesar de atravesarla una gran ruta, no quisieron entrar por ella los Reyes y pasaron frente al lado oriental para llegar a un lugar amurallado donde había cobertizos y caballerizas. En este lugar levantaron sus carpas, dieron de beber y comer a sus animales y tomaron también ellos su alimento. Los Reyes se detuvieron allí el Jueves 20

(*) San Jerónimo menciona el pueblo de Metán, cerca del Arnón.

y el Viernes 21 y se pusieron muy pesarosos al comprobar que allí tampoco nadie sabía nada del Rey recién nacido. Les oí relatar a los habitantes las causas porque habían venido, lo largo del viaje y varias circunstancias del camino. Recuerdo algo de lo que dijeron. El Rey recién nacido les había sido anunciado mucho tiempo antes. Me parece que fué poco después de Job, antes que Abrahán pasara a Egipto, pues unos trescientos hombres de la Media, del país de Job (con otros de diferentes lugares) habían viajado hasta Egipto llegando hasta la región de Heliópolis. No recuerdo por qué habían ido tan lejos; pero era una expedición militar y me parece que habían venido en auxilio de otros. Su expedición era digna de reprobación, porque entendí que habían ido contra algo santo, no recuerdo si contra hombres buenos o contra algún misterio religioso relacionado con la realización de la Promesa divina. En los alrededores de Heliópolis varios jefes tuvieron una revelación con la aparición de un ángel que no les permitió ir más lejos. Este ángel les anunció que nacería un Salvador de una Virgen, que debía ser honrado por sus descendientes. Ya no sé cómo sucedió todo esto; pero volvieron a su país y comenzaron a observar los astros. Los he visto en Egipto organizando fiestas regocijantes, alzando allí arcos de triunfo y altares, que adornaban con flores, y después regresaron a sus tierras. Eran gentes de la Media, que tenían el culto de los astros. Eran de alta estatura, casi gigantes, de una hermosa piel morena amarillenta. Iban como nómades con sus rebaños y dominaban en todas partes por su fuerza superior. No recuerdo el nombre de un profeta principal que se encontraba entre ellos. Tenían conocimiento de muchas predicciones y observaban ciertas señales trasmitidas por los animales. Si éstos se cruzaban en su camino y se dejaban matar, sin huír, era un signo para ellos y se apartaban de aquellos caminos. Los Medos, al volver de la tierra de Egipto, según contaban los Reyes, habían sido los primeros en hablar de la profecía y desde entonces se habían puesto a observar los astros. Estas observaciones cayeron algún tiempo en desuso; pero fueron renovadas por un discípulo de Balaam y mil años después las tres profetisas, hijas de los antepasados de los tres Reyes, las volvieron a poner en práctica. Cincuenta años más tarde, es decir, en la época a que habían llegado, apareció la estrella que ahora seguían para adorar al nuevo Rey recién nacido. Estas cosas relataban los Reyes a sus oyentes con mucha sencillez y sinceridad, entristeciéndose mucho al ver que aquéllos no parecían querer prestar

fe a lo que desde dos mil años atrás había sido el objeto de la esperanza y deseos de sus antepasados.

A la caída de la tarde se oscureció un poco la estrella a causa de algunos vapores, pero por la noche se mostró muy brillante entre las nubes que corrían, y parecía más cerca de la tierra. Se levantaron entonces rápidamente, despertaron a los habitantes del país y les mostraron el espléndido astro. Aquella gente miró con extrañeza, asombro y alguna conmoción el cielo; pero muchos se irritaron aun contra los santos Reyes, y la mayoría sólo trató de sacar provecho de la generosidad con que trataban a todos. Les oí también decir cosas referentes a su jornada hasta allí. Contaban el camino por jornadas a pie, calculando en doce leguas cada jornada. Montando en sus dromedarios, que eran más rápidos que los caballos, hacían treinta y seis leguas diarias, contando la noche y los descansos. De este modo, el Rey que vivía más lejos pudo hacer, en dos días, cinco veces las doce leguas que los separaban del sitio donde se habían reunido, y los que vivían más cerca podían hacer en un día y una noche tres veces doce leguas. Desde el lugar donde se habían reunido hasta aquí habían completado 672 leguas de camino, y para hacerlo, calculando desde el nacimiento de Jesucristo, habían empleado más o menos veinticinco días con sus noches, contando también los dos días de reposo.

La noche del Viernes 21, habiendo comenzado el Sábado para los judíos que habitaban allí, los Reyes prepararon su partida. Los habitantes del lugar habían ido a la sinagoga de un lugar vecino pasando sobre un puente hacia el Oeste. He visto que estos judíos miraban con gran asombro la estrella que guiaba a los Magos; pero no por eso se mostraron más respetuosos. Aquellos hombres desvergonzados estuvieron muy importunos, apretándose como enjambres de avispas alrededor de los Reyes, demostrando ser viles y pedigüeños, mientras los Reyes, llenos de paciencia, les daban sin cesar pequeñas piezas amarillas, triangulares, muy delgadas, y granos de metal oscuro. Creo por eso que debían ser muy ricos estos Reyes. Acompañados por los habitantes del lugar dieron vueltas a los muros de la ciudad, donde vi algunos templos con ídolos; más tarde atravesaron el torrente sobre un puente y costearon la aldea judía. Desde aquí tenían un camino de veinticuatro leguas para llegar a Jerusalén.

LIX

Llegada de Santa Ana a Belén

Noche de Diciembre 19. — He visto a Santa Ana con María de Helí, una criada, un servidor y dos asnos pasando la noche a poca distancia de Betania, de camino para Belén. José había completado los arreglos tanto en la gruta del Pesebre como en las grutas laterales, para recibir a los Reyes Magos, cuya llegada había anunciado María, mientras se hallaban en Causur, y también para hospedar a los venidos de Nazaret. José y María se habían retirado a otra gruta con el Niño, de modo que la del Pesebre se encontraba libre, no quedando en ella más que el asno. Si mal no recuerdo José había pagado ya el segundo de los impuestos hacía algún tiempo, y nuevas personas venidas de Belén para ver al Niño tuvieron la dicha de tomarlo en sus brazos. En cambio, cuando otras lo querían alzar, lloraba y volvía la cabeza. He visto a la Virgen tranquila en su nueva habitación discretamente arreglada: el lecho estaba contra la pared y el Niño Jesús se encontraba a su lado, en una cesta larga, hecha de cortezas, acomodada sobre una horqueta. Un tabique hecho de zarzos separaba el lecho de María y la cuna del Niño del resto de la gruta. Durante el día, para no estar sola, se sentaba delante del tabique con el Niño a su lado. José descansaba en otra parte retirada de la gruta. Lo he visto llevando alimentos a María, servidos en una fuente, como también ofrecerle un cantarillo con agua.

Jueves, Diciembre 20. — Esta noche comenzaba un día de ayuno: todos los alimentos debían estar preparados para el día siguiente; el fuego estaba cubierto y las aberturas veladas(*). Entre tanto había llegado Santa Ana con la hermana mayor de María y una criada. Estas personas debían pasar la noche en la gruta de Belén: por eso la Sagrada Familia se había retirado a la gruta lateral. Hoy he visto a María que ponía el Niño en los brazos de Santa Ana. Esta se hallaba profundamente conmovida. Había traído consigo colchas, pañales y varios alimentos, y dormía en el mismo sitio donde había reposado Isabel. María le relató todo lo sucedido. Ana lloraba en compañía de María. El relato fué alegrado por las caricias del Niño Jesús.

(*) Los días de ayuno de los judíos son el 8 y 16 del mes de Tebet.

Viernes, Diciembre 21. — Hoy vi a la Virgen volver a la gruta del Pesebre y al pequeño Jesús acostado allí de nuevo, Cuando José y María se encuentran solos cerca del Niño, los veo a menudo ponerse en adoración ante Él. Hoy vi a Ana cerca del Pesebre con María en una actitud reverente, contemplando al Niño Jesús con sentimiento de gran fervor. No sé si las personas venidas con Ana habían pasado la noche en la gruta lateral o habían ido a otro lugar; creo que estaban en otro sitio. Ana trajo diversos objetos para el Niño y la Madre. María ha recibido ya muchas cosas desde que se encuentra aquí; pero todo sigue pareciendo muy pobre porque María reparte lo que no es absolutamente necesario. Le dijo a Ana que los Reyes llegarían muy pronto y que su llegada causaría gran impresión. Me parece que durante la estadía de los Reyes, Ana se retirará a tres leguas de aquí, a casa de su hermana, para volver después. Esta misma noche, después de terminado el Sábado, vi que Ana con sus acompañantes se retiró de la compañía de María, yendo a tres leguas de aquí, a la casa de su hermana casada. Ya no recuerdo el nombre de la población, de la tribu de Benjamín, que se compone de algunas casas, en una llanura y se encuentra a media legua del último lugar del alojamiento de la Santa Familia en su viaje a Belén.

LX

Llegada de los Reyes Magos a Jerusalén

La comitiva de los Reyes partió de noche de Metanea y tomó un camino muy transitable, y aunque los viajeros no entraron ni atravesaron ninguna otra ciudad, pasaron a lo largo de las aldeas donde Jesús más tarde enseñó, curó a enfermos y bendijo a los niños al finalizar el mes de Junio del tercer año de su predicación. Betabara era uno de esos sitios adonde llegaron una mañana temprano para pasar el Jordán. Como era Sábado encontraron pocas personas en el camino. Esta mañana vi la caravana de los Reyes que pasaba el Jordán a las siete. Comúnmente se cruzaba el río sirviéndose de un aparato fabricado con vigas; pero para los grandes pasajes, con cargas pesadas, se hacía por una especie de puente. Los boteros que vivían cerca del puente hacían este trabajo mediante una paga; pero como era Sábado y no podían trabajar, tuvieron que ocuparse los mismos viajeros, cooperando algunos hombres paganos ayudantes de los boteros

judíos. La anchura del Jordán no era mucha en este lugar y además estaba lleno de bancos de arena. Sobre las vigas, por donde se cruzaba de ordinario, fueron colocadas algunas planchas, haciendo pasar a los camellos por encima. Demoró mucho antes que todos hubieron pasado a la orilla opuesta del río. Dejando a Jericó a la derecha van en dirección de Belén; pero se desvían hacia la derecha para ir a Jerusalén. Hay como un centenar de hombres con ellos. Veo de lejos una ciudad conocida: es pequeña y se halla cerca de un arroyuelo que corre de Oeste a Este a partir de Jerusalén, y me parece que han de pasar por esta ciudad. Por algún tiempo el arroyo corre a la izquierda de ellos y según sube o baja el camino. Unas veces se ve a Jerusalén, otras veces no se la puede ver. Al fin se desviaron en dirección a Jerusalén y no pasaron por la pequeña ciudad.

El Sábado 22, después de la terminación de la fiesta, la caravana de los Reyes llegó a las puertas de Jerusalén. He visto la ciudad con sus altas torres levantadas hacia el cielo. La estrella que los había guiado casi había desaparecido y sólo daba una débil luz detrás de la ciudad. A medida que entraban en la Judea y se acercaban a Jerusalén, los Reyes iban perdiendo confianza, porque la estrella no tenía ya el brillo de antes y aún la veían con menos frecuencia en esta comarca. Habían pensado encontrar en todas partes festejos y regocijo por el nacimiento del Salvador, a causa de quien habían venido desde tan lejos y no veían en todas partes más que indiferencia y desdén. Esto les entristecía y les inquietaba, y pensaban haberse equivocado en su idea de encontrar al Salvador.

La caravana podía ser ahora de unas doscientas personas y ocupaba más o menos el trayecto de un cuarto de legua. Ya desde Causur se les había agregado cierto numero de personas distinguidas y otras se unieron a ellos más tarde. Los tres Reyes iban sentados sobre tres dromedarios y otros tres de estos animales llevaban el equipaje. Cada Rey tenía cuatro hombres de su tribu; la mayor parte de los acompañantes montaban sobre cabalgaduras muy rápidas, de airosas cabezas. No sabría decir si eran asnos o caballos de otra raza, pero se parecían mucho a nuestros caballos. Los animales que utilizaban las personas más distinguidas tenían bellos arneses y riendas, adornados de cadenas y estrellas de oro. Algunos del séquito de los Reyes se desprendieron del cortejo y entraron en la ciudad, regresando con soldados y guardianes. La llegada de una caravana tan nu-

merosa en una época en que no se celebraba fiesta alguna, y no siendo por razones de comercio, y llegando por el camino que llegaban, era algo muy extraordinario. A todas las preguntas que se les hacía respondían hablando de la estrella que los había guiado y del Niño recién nacido. Nadie comprendía nada de este lenguaje, y los Reyes se turbaron mucho, pensando que tal vez se habían equivocado, puesto que no encontraban a uno siquiera que supiese algo relacionado con el Niño Salvador del mundo, nacido allí, en sus tierras. Todos miraban con sorpresa a los Reyes, sin comprender el por qué de su venida ni lo que buscaban. Cuando estos guardianes de la puerta vieron la generosidad con que trataban los Reyes a los mendigos que se acercaban, y cuando oyeron decir que deseaban alojamiento, que pagarían bien, y que entretanto deseaban hablar al rey Herodes, algunos entraron en la ciudad y se sucedió una serie de idas y venidas, de mensajeros y de explicaciones, mientras los Reyes se entretenían con toda la suerte de gentes que se les había acercado. Algunos de estos hombres habían oído hablar de un Niño nacido en Belén; pero no podían siquiera pensar que pudiera tener relación con la venida de los Reyes, sabiendo que se trataba de padres pobres y sin importancia. Otros se burlaban de la credulidad de los Reyes. Conforme a los mensajes que traían los hombres de la ciudad, comprendieron que Herodes nada sabía del Niño. Como tampoco habían contado con encontrarse con el rey Herodes, se afligieron mucho más y se inquietaron sumamente, no sabiendo qué actitud tomar en presencia del rey ni qué iban a decirle. Con todo, a pesar de su tristeza, no perdieron el ánimo y se pusieron a rezar. Volvió el ánimo a su atribulado espíritu y se dijeron unos a otros: "Aquél que nos ha traído hasta aquí con tanta celeridad, por medio de la luz de la estrella, Ése mismo podrá guiarnos de nuevo hasta nuestras casas".

Al fin regresaron los mensajeros, y la caravana fué conducida a lo largo de los muros de la ciudad, haciéndola entrar por una puerta situada no lejos del Calvario. Los llevaron a un gran patio redondo rodeado de caballerizas, con alojamientos no lejos de la plaza del pescado, en cuya entrada encontraron algunos guardianes. Los animales fueron llevados a las caballerizas y los hombres se retiraron bajo cobertizos, junto a una fuente que había en medio del gran patio. Este patio, por uno de sus costados tocaba con una altura; por los otros estaba abierto, con árboles delante. Llegaron después unos empleados, quizás adua-

neros, que de dos en dos inspeccionaron los equipajes de los viajeros con sus linternas. El palacio de Herodes estaba más arriba, no lejos de este edificio, y pude ver el camino que llevaba hasta él iluminado con linternas y faroles colocados sobre perchas. Herodes envió a un mensajero encargado de conducirle en secreto a su palacio al rey Teokeno. Eran las diez de la noche. Teokeno fué recibido en una sala del piso bajo por un cortesano de Herodes, que le interrogó sobre el objeto de su viaje. Teokeno dijo con simplicidad todo lo que se le preguntaba y rogó al hombre que preguntara al rey Herodes dónde había nacido el Niño, Rey de los Judíos, y dónde se hallaba, ya que habían visto su estrella y habían venido tras de ella. El cortesano llevó su informe a Herodes, que se turbó mucho al principio; pero disimulando su malcontento hizo responder que deseaba tener más datos relativos sobre ese suceso y que entre tanto instaba a los reyes a que descansasen, añadiendo que al día siguiente hablaría con ellos y les daría a conocer todo lo que lograse saber sobre el asunto. Volvió Teokeno y no pudo dar a sus compañeros noticias consoladoras; por otra parte, no se les había preparado nada para que pudiesen reposar y mandaron rehacer muchos fardos que habían sido abiertos. Durante aquella noche no pudieron descansar y algunos de ellos andaban de un lado a otro como buscando la estrella que los había guiado. Dentro de la ciudad de Jerusalén había gran quietud y silencio; pero en torno de los Reyes había agitación, y en el patio se tomaban y daban toda clase de informes. Los Reyes pensaban que Herodes lo sabía todo perfectamente, pero que trataba de ocultarles la verdad.

Se celebraba una gran fiesta esa noche en el palacio de Herodes al tiempo de la visita de Teokeno, porque veía las salas iluminadas. Iban y venían toda clase de hombres y mujeres ataviadas sin decencia alguna. Las preguntas de Teokeno sobre el rey recién nacido turbaron el ánimo de Herodes, el cual llamó en seguida a su palacio a los príncipes, a los sacerdotes y a los escribas de la Ley. Los he visto acudir al palacio antes de la media noche con rollos escritos. Traían sus vestiduras sacerdotales, llevaban condecoraciones sobre el pecho y cinturones con letras bordadas. Había unos veinte de estos personajes en torno de Herodes, que preguntó dónde debía ser el lugar del nacimiento del Mesías. Los vi cómo abrían sus rollos y mostraban con el dedo pasajes de la Escritura: "Debe nacer en Belén de Judá, porque así está escrito en el profeta Miqueas. Y tú

Belén, no eres la más mínima entre los príncipes de Judá, pues de ti ha de nacer el jefe que gobernará mi pueblo en Israel". Después vi a Herodes con algunos de ellos paseando por la terraza del palacio, buscando inútilmente la estrella de la que había hablado Teokeno. Se mostraba muy inquieto. Los sacerdotes y escribas le hicieron largos razonamientos diciendo que no debía hacer caso ni dar importancia a las palabras de los Reyes Magos, añadiendo que aquellas gentes son amigas de lo maravilloso y se imaginan siempre grandes fantasías con sus observaciones estelares. Decían que si algo hubiera habido en realidad se hubiera sabido en el Templo y en la ciudad santa, y que ellos no podrían haberlo ignorado.

LXI

Los Reyes Magos conducidos al palacio de Herodes

Domingo, Diciembre 23. — En esta mañana muy temprano Herodes hizo llevar al palacio, en secreto, a los Reyes. Fueron recibidos bajo una arcada y conducidos luego a una sala, donde he visto ramas verdes con flores en vasos y refrescos para beber. Después de algún tiempo apareció Herodes. Los Magos se inclinaron ante él y pasaron a interrogarle sobre el Rey de los Judíos recién nacido. Herodes ocultó su gran turbación y se mostró contento de la noticia. Vi que estaban con él algunos de los escribas. Herodes preguntó algunos detalles sobre lo que habían visto, y el Rey Mensor describió la última aparición que habían tenido antes de partir. Era, dijo, una Virgen y delante de ella un Niño, de cuyo costado derecho había brotado una rama luminosa; luego, sobre ésta había aparecido una torre con varias puertas. La torre se transformó en una gran ciudad, sobre la cual se manifestó el Niño con una corona, una espada y un cetro, como si fuese Rey. Después de esto se vieron ellos mismos, como también todos los reyes del mundo, postrados delante de ese Niño en acto de adoración; pues poseía un imperio delante del cual todos los demás imperios debían someterse; y así en esta forma describió lo que habían visto. Herodes les habló de una profecía que hablaba de algo parecido sobre Belén de Efrata; les dijo que fueran secretamente allá y cuando hubiesen encontrado al Niño volvieran a decirle el resultado, para que él también pudiera ir a adorarle. Los Reyes no tocaron los alimentos que se les había preparado y volvieron a su alojamiento. Era muy

temprano, casi al amanecer, pues he visto todavía las linternas encendidas delante del palacio de Herodes. Herodes conferenció con ellos en secreto para que no se hiciera público el acontecimiento. Al aclarar del todo prepararon la partida. La gente que los había acompañado hasta Jerusalén se hallaba ya dispersa por la ciudad desde la víspera.

El ánimo de Herodes estaba en aquellos días lleno de descontento e irritación. Al tiempo del nacimiento de Jesucristo se encontraba en su castillo, cerca de Jericó, y había ordenado hacía poco un cobarde asesinato. Había colocado en puestos altos del Templo a gente que le referían todo lo que allí se hablaba, para que denunciasen a los que se oponían a sus designios. Un hombre justo y honrado, alto empleado en el Templo, era el principal de los que consideraba él como su adversario. Herodes con fingimiento lo invitó a que fuera a verlo a Jericó y lo hizo atacar y asesinar en el camino, achacando ese crimen a algunos asaltantes. Algunos días después de esto fué a Jerusalén para tomar parte en la fiesta de la Dedicación del Templo, que tenía lugar el 25 del mes de Casleu y allí se encontró enredado en un asunto muy desagradable. Queriendo congraciarse con los judíos había mandado hacer una estatua o figura de cordero o más bien de cabrito, porque tenía cuernos, para que fuera colocada en la puerta que llevaba del patio de las mujeres al de las inmolaciones. Hizo esto de su propia iniciativa, pensando que los judíos se lo agradecerían; pero los sacerdotes se opusieron tenazmente a ello, aunque los amenazó con hacerles pagar una multa por su resistencia. Ellos replicaron que pagarían, pero que no toleraban esa imagen contraria a las prescripciones de la Ley. Herodes se irritó mucho y pretendió colocarla ocultamente; pero al llevarla un israelita muy celoso tomó la imagen y la arrojó al suelo, quebrándola en dos pedazos. Se promovió un gran tumulto y Herodes hizo encarcelar al hombre. Todo esto lo había irritado mucho y estaba arrepentido de haber ido a la fiesta; sus cortesanos trataban de distraerlo y divertirlo.

En este estado de ánimo lo encontró la noticia del nacimiento de Cristo. En Judea hacía tiempo que hombres piadosos vivían en la esperanza de que pronto había de llegar el Mesías y los sucesos acontecidos en el nacimiento del Niño se habían divulgado por medio de los pastores. Con todo, muchas personas importantes oían estas cosas como fábulas y vanas palabras y el mismo Herodes había oído hablar y enviado secretamente algunos hombres a tomar informes de lo que se decía. Estos emisarios

estuvieron, en efecto, tres días después de haber nacido Jesús y luego de haber conversado con José, declararon, como hombres orgullosos, que todo era cosa sin importancia: que en la gruta no había más que una pobre familia de la cual no valía la pena que nadie se ocupara. El orgullo que los dominaba les había impedido interrogar seriamente a José desde un principio, tanto más que llevaban orden de proceder en el mayor secreto, sin llamar la atención. Cuando de pronto llegaron los Reyes Magos con su numeroso séquito, Herodes se llenó de nuevas inquietudes, ya que estos hombres venían de lejos y todo esto era más que rumores sin importancia. Como hablaran los Reyes con tanta convicción del Rey recién nacido, fingió Herodes deseos de ir a ofrecerle sus homenajes, lo cual alegró mucho a los Reyes, creyéndolo bien dispuesto. La ceguera del orgullo de los escribas no acabó de tranquilizarlo y el interés de conservar en secreto este asunto fué causa de la conducta que observó. No hizo objeciones a lo que decían los Reyes, no hizo perseguir en seguida al Niño para no exponerse a las críticas de un pueblo difícil de gobernar, y resolvió recabar por medio de ellos noticias más exactas para tomar luego las medidas del caso.

Como los Reyes, advertidos por Dios, no volvieron a dar noticias, hizo explicar que la huída de los Reyes era consecuencia de la ilusión mentirosa que habían sufrido y que no se habían atrevido a comparecer de nuevo, porque estaban avergonzados del engaño en que habían caído y al que habían querido arrastrar a los demás. Mandaba a decir: "¿Qué razones podían tener para salir clandestinamente después de haber sido recibidos aquí en forma tan amistosa?..." De este modo Herodes trató de adormecer este asunto disponiendo que en Belén nadie se pusiese en relación con esa Familia, de la que se había hablado tanto, ni recoger los rumores e invenciones que se propalaban para extraviar los espíritus. Habiendo vuelto quince días más tarde la Sagrada Familia a Nazaret, se dejó pronto de hablar de cosas de las cuales la multitud no había tenido más que conocimientos vagos, y las gentes piadosas, por otro lado, llenas de esperanza, guardaban un discreto silencio. Cuando pareció que todo quedaba olvidado pensó entonces Herodes en deshacerse del Niño y supo que la Familia había dejado a Nazaret, llevándose al Niño. Lo hizo buscar durante bastante tiempo; pero habiendo perdido toda esperanza de encontrarlo, creció mayormente su inquietud y determinó ejecutar la medida extrema de la matanza de los niños. Tomó en esta ocasión todas sus medidas

y envió tropas de antemano a los lugares donde podía temerse una sublevación. Creo que la matanza se hizo en siete lugares diferentes.

LXII

Viaje de los Reyes de Jerusalén a Belén

Veo la caravana de los Reyes junto a una puerta situada al Mediodía. Un grupo de hombres los acompañaba hasta un arroyo delante de la ciudad, y luego volvieron. No bien habían pasado el arroyo se detuvieron buscando con los ojos la estrella en el firmamento. Habiéndola visto prorrumpieron en exclamaciones de alegría y continuaron su marcha cantando sus melodías. La estrella no los llevaba en línea recta sino que se desviaba algo hacia el Oeste. Pasaron frente a una pequeña ciudad, que conozco muy bien; se detuvieron detrás de ella, y oraron mirando hacia el Mediodía, en un paraje ameno cerca de un caserío. En este lugar, delante de ellos, surgió un manantial de agua, que los llenó de contento. Bajando de sus cabalgaduras cavaron para esta fuente un pilón, rodeándolo de piedras, arena y césped. Durante varias horas se detuvieron allí dando de beber y alimentando a sus bestias. También tomaron su alimento, ya que en Jerusalén no habían podido descansar ni comer debido a las preocupaciones de la llegada. He visto más tarde que Jesucristo se detuvo varias veces junto a esta fuente en compañía de sus discípulos. La estrella, que brillaba en la noche como un globo de fuego, se parecía ahora más bien a la luna cuando se la ve de día; no era perfectamente redonda, sino que parecía recortada y a menudo estaba oculta entre las nubes. En el camino de Belén a Jerusalén había mucho movimiento de caminantes con equipajes y animales de carga. Eran personas que volvían quizás de Belén después de pagar los impuestos, o que iban a Jerusalén al mercado o para visitar el Templo. Esto sucedía en el camino principal; pero el sendero de los Reyes estaba solitario, y Dios los guiaba por allí sin duda para que pudieran llegar de noche a Belén y no llamar demasiado la atención. Se pusieron en camino cuando el sol estaba muy bajo; marchaban en el orden con que habían venido. Mensor, el más joven, iba delante; luego Sair, el cetrino, y por último, Teokeno, el blanco, por ser de más edad.

Hoy, a la hora del crepúsculo, he visto a la caravana de los Reyes llegando a Belén, cerca de aquel edificio donde José y

María se habían hecho inscribir y que había sido la casa solariega de la familia de David. Quedan sólo algunos restos de los muros del edificio que había pertenecido a los padres de José. Era una casa grande rodeada de otras menores, con un patio cerrado, delante del cual había una plaza con árboles y una fuente. Vi soldados romanos en esta plaza, porque la casa se había convertido en una oficina de impuestos. Al llegar la caravana cierto número de curiosos se agolpó en torno de los viajeros. La estrella había desaparecido de nuevo y esto inquietaba a los Reyes. Se acercaron algunos hombres dirigiéndoles preguntas. Ellos bajaron de sus cabalgaduras y desde la casa he visto que acudían empleados a su encuentro, llevando palmas en las manos y ofreciéndoles refrescos: era la costumbre de recibir a los extranjeros distinguidos. Yo pensaba para mí: "Son mucho más amables de lo que lo fueron con el pobre José; sólo porque éstos distribuían monedas de oro". Les dijeron que el valle de los pastores era apropiado para levantar las carpas, y ellos quedaron algún tiempo indecisos. No les he oído preguntar nada del Rey y Niño recién nacido. Aún sabiendo que Belén era el lugar designado por las profecías, ellos, recordando lo que Herodes les había encargado, temían llamar la atención con sus preguntas. Poco después vieron brillar en el cielo un meteoro, sobre Belén: era semejante a la luna cuando aparece. Montaron en sus cabalgaduras, y costeando un foso y unos muros en ruína dieron la vuelta a Belén por el Mediodía y se dirigieron al Oriente, en dirección a la gruta del Pesebre, que abordaron por el costado de la llanura, donde los ángeles se habían aparecido a los pastores.

LXIII

La adoración de los Reyes Magos

Se apearon al llegar cerca de la gruta de la tumba de Maraha, en el valle, detrás de la gruta del Pesebre. Los criados desliaron muchos paquetes, levantaron una gran carpa e hicieron otros arreglos con la ayuda de algunos pastores que les señalaron los lugares más apropiados. Se encontraba ya en parte arreglado el campamento cuando los Reyes vieron la estrella aparecer brillante y muy clara sobre la colina del Pesebre, dirigiendo hacia la gruta sus rayos en línea recta. La estrella estaba muy crecida y derramaba mucha luz; por eso la miraban con grande asombro.

No se veía casa alguna por la densa oscuridad y la colina aparecía en forma de una muralla. De pronto vieron dentro de la luz la forma de un Niño resplandeciente y sintieron extraordinaria alegría. Todos procuraron manifestar su respeto y veneración. Los tres Reyes se dirigieron a la colina, hasta la puerta de la gruta. Mensor la abrió, y vió su interior lleno de luz celestial, y a la Virgen, en el fondo, sentada, teniendo al Niño tal como él y sus compañeros la habían contemplado en sus visiones. Volvió para contar a sus compañeros lo que había visto.

En esto José salió de la gruta acompañado de un pastor anciano y fué a su encuentro. Los tres Reyes le dijeron con simplicidad que habían venido para adorar al Rey de los Judíos recién nacido, cuya estrella habían observado y querían ofrecerle sus presentes. José los recibió con mucho afecto. El pastor anciano los acompañó hasta donde estaban los demás y les ayudó en los preparativos, juntamente con otros pastores allí presentes. Los Reyes se dispusieron para una ceremonia solemne. Les vi revestirse de mantos muy amplios y blancos, con una cola que tocaba el suelo. Brillaban con reflejos, como si fueran de seda natural; eran muy hermosos y flotaban en torno de sus personas. Eran las vestiduras para las ceremonias religiosas. En la cintura llevaban bolsas y cajas de oro colgadas de cadenillas, y cubríanlo todo con sus grandes mantos. Cada uno de los Reyes iba seguido por cuatro personas de su familia, además de algunos criados de Mensor que llevaban una pequeña mesa, una carpeta con flecos y otros objetos.

Los Reyes siguieron a José, y al llegar bajo el alero, delante de la gruta, cubrieron la mesa con la carpeta y cada uno de ellos ponía sobre ella las cajitas de oro y los recipientes que desprendían de su cintura. Así ofrecieron los presentes comunes a los tres. Mensor y los demás se quitaron las sandalias y José abrió la puerta de la gruta. Dos jóvenes del séquito de Mensor, que le precedían, tendieron una alfombra sobre el piso de la gruta, retirándose después hacia atrás, siguiéndoles otros dos con la mesita donde estaban colocados los presentes. Cuando estuvo delante de la Santísima Virgen, el rey Mensor depositó estos presentes a sus pies, con todo respeto, poniendo una rodilla en tierra. Detrás de Mensor estaban los cuatro de su familia, que se inclinaban con toda humildad y respeto. Mientras tanto Sair y Teokeno aguardaban atrás, cerca de la entrada de la gruta. Se adelantaron a su vez llenos de alegría y de emoción, envueltos en la gran luz que llenaba la gruta, a pesar de no

haber allí otra luz que el que es Luz del mundo. María se hallaba como recostada sobre la alfombra, apoyada sobre un brazo, a la izquierda del Niño Jesús, el cual estaba acostado dentro de la gamella, cubierta con un lienzo y colocada sobre una tarima en el sitio donde había nacido. Cuando entraron los Reyes la Virgen se puso el velo, tomó al Niño en sus brazos, cubriéndolo con un velo amplio. El rey Mensor se arrodilló y ofreciendo los dones pronunció tiernas palabras, cruzó las manos sobre el pecho, y con la cabeza descubierta e inclinada, rindió homenaje al Niño. Entre tanto María había descubierto un poco la parte superior del Niño, quien miraba con semblante amable desde el centro del velo que lo envolvía. María sostenía su cabecita con un brazo y lo rodeaba con el otro. El Niño tenía sus manecitas juntas sobre el pecho y las tendía graciosamente a su alrededor. ¡Oh, qué felices se sentían aquellos hombres venidos del Oriente para adorar al Niño Rey!

Viendo esto decía entre mí: "Sus corazones son puros y sin mancha; están llenos de ternura y de inocencia como los corazones de los niños inocentes y piadosos. No se ve en ellos nada de violento, a pesar de estar llenos del fuego del amor". Yo pensaba: "Estoy muerta; no soy más que un espíritu: de otro modo no podría ver estas cosas que ya no existen, y que, sin embargo, existen en este momento. Pero esto no existe en el tiempo, porque en Dios no hay tiempo: en Dios todo es presente. Yo debo estar muerta; no debo ser más que un espíritu". Mientras pensaba estas cosas, oí una voz que me dijo: "¿Qué puede importarte todo esto que piensas?... Contempla y alaba a Dios, que es Eterno, y en Quien todo es eterno".

Vi que el rey Mensor sacaba de una bolsa, colgada de la cintura, un puñado de barritas compactas del tamaño de un dedo, pesadas, afiladas en la extremidad, que brillaban como oro. Era su obsequio. Lo colocó humildemente sobre las rodillas de María, al lado del Niño Jesús. María tomó el regalo con un agradecimiento lleno de sencillez y de gracia, y lo cubrió con el extremo de su manto. Mensor ofrecía las pequeñas barras de oro virgen, porque era sincero y caritativo, buscando la verdad con ardor constante e inquebrantable. Después se retiró, retrocediendo, con sus cuatro acompañantes; mientras Sair, el rey cetrino, se adelantaba con los suyos y se arrodillaba con profunda humildad, ofreciendo su presente con expresiones muy conmovedoras. Era un recipiente de incienso, lleno de pequeños granos resinosos, de color verde, que puso sobre la mesa, delante

del Niño Jesús. Sair ofreció incienso porque era un hombre que se conformaba respetuosamente con la voluntad de Dios, de todo corazón y seguía esta voluntad con amor. Se quedó largo rato arrodillado, con gran fervor. Se retiró y se adelantó Teokeno, el mayor de los tres, ya de mucha edad. Sus miembros algo endurecidos no le permitían arrodillarse: permaneció de pie, profundamente inclinado, y puso sobre la mesa un vaso de oro que tenía una hermosa planta verde. Era un arbusto precioso, de tallo recto, con pequeñas ramitas crespas coronadas de hermosas flores blancas: la planta de la mirra. Ofreció la mirra por ser el símbolo de la mortificación y de la victoria sobre las pasiones, pues este excelente hombre había sostenido lucha constante contra la idolatría, la poligamia y las costumbres estragadas de sus compatriotas. Lleno de emoción estuvo largo tiempo con sus cuatro acompañantes ante el Niño Jesús. Yo tenía lástima por los demás que estaban fuera de la gruta esperando turno para ver al Niño. Las frases que decían los Reyes y sus acompañantes estaban llenas de simplicidad y fervor. En el momento de hincarse y ofrecer sus dones decían más o menos lo siguiente: "Hemos visto su estrella; sabemos que Él es el Rey de los Reyes; venimos a adorarle, a ofrecerle nuestros homenajes y nuestros regalos". Estaban como fuera de sí, y en sus simples e inocentes plegarias encomendaban al Niño Jesús sus propias personas, sus familias, el país, los bienes y todo lo que tenía para ellos algún valor sobre la tierra. Le ofrecían sus corazones, sus almas, sus pensamientos y todas sus acciones. Pedían inteligencia clara, virtud, felicidad, paz y amor. Se mostraban llenos de amor y derramaban lágrimas de alegría, que caían sobre sus mejillas y sus barbas. Se sentían plenamente felices. Habían llegado hasta aquella estrella, hacia la cual desde miles de años sus antepasados habían dirigido sus miradas y sus ansias con un deseo tan constante. Había en ellos toda la alegría de la Promesa realizada después de tan largos siglos de espera.

María aceptó los presentes con actitud de humilde acción de gracias. Al principio no decía nada: sólo expresaba su reconocimiento con un simple movimiento de cabeza, bajo el velo. El cuerpecito del Niño brillaba bajo los pliegues del manto de María. Después la Virgen dijo palabras humildes y llenas de gracia a cada uno de los Reyes, y echó su velo un tanto hacia atrás. Aquí recibí una lección muy útil. Yo pensaba: "¡Con qué dulce y amable gratitud recibe María cada regalo! Ella, que no tiene necesidad de nada, que tiene a Jesús, recibe los dones con

humildad. Yo también recibiré con gratitud todos los regalos que me hagan en lo futuro". ¡Cuánta bondad hay en María y en José! No guardaban casi nada para ellos, todo lo distribuían entre los pobres.

LXIV

La adoración de los servidores de los Reyes

Terminada la adoración del Niño, los Reyes se volvieron a sus carpas con sus acompañantes. Los criados y servidores se dispusieron a entrar en la gruta. Habían descargado los animales, levantado las tiendas, ordenado todo; esperaban ahora pacientemente delante de la puerta con mucha humildad. Eran más de treinta; había algunos niños que llevaban apenas unos paños en la cintura y un manto. Los servidores entraban de cinco en cinco en compañía de un personaje principal, al cual servían; se arrodillaban delante del Niño y lo adoraban en silencio. Al final entraron todos los niños, que adoraron al Niño Jesús con su alegría inocente. Los criados no permanecieron mucho tiempo en la gruta, porque los Reyes volvieron a hacer otra entrada más solemne. Se habían revestido con mantos largos y flotantes, llevando en las manos incensarios. Con gran respeto incensaron al Niño, a la Madre, a José y a toda la gruta del Pesebre. Después de haberse inclinado profundamente, se retiraron. Esta era la forma de adoración que tenía la gente de ese país.

Durante todo este tiempo María y José se hallaban llenos de dulce alegría. Nunca los había visto así: derramaban a menudo lágrimas de contento, pues los consolaba inmensamente al ver los honores que rendían los Reyes al Niño Jesús, a quien ellos tenían tan pobremente alojado, y cuya suprema dignidad conocían en sus corazones. Se alegraban de que la divina Providencia, no obstante la ceguera de los hombres, había dispuesto y preparado para el Niño de la Promesa lo que ellos no podían darle, enviando desde lejanas tierras a los que le rendían la adoración debida a su dignidad, cumplida por los poderosos de la tierra con tan santa munificencia. Adoraban al Niño Jesús juntamente con los santos Reyes y se alegraban de los homenajes ofrecidos al Niño Dios.

Las tiendas de los visitantes estaban levantadas en el valle, situado detrás de la gruta del Pesebre hasta la gruta de Maraha. Los animales estaban atados a estacas enfiladas, separados por

medio de cuerdas. Cerca de la carpa más grande, al lado de la colina del Pesebre, había un espacio cubierto con esteras. Allí habían dejado algo de los equipajes, porque la mayor parte fué guardada en la gruta de la tumba de Maraha. Las estrellas lucían cuando terminaron todos de pasar a la gruta de la adoración. Los Reyes se reunieron en círculo junto al terebinto que se alzaba sobre la tumba de Maraha, y allí, en presencia de las estrellas, entonaron algunos de sus cantos solemnes. ¡Es imposible decir la impresión que causaban estos cantos tan hermosos en el silencio del valle, aquella noche! Durante tantos siglos los antepasados de estos Reyes habían mirado las estrellas, rezado, cantado, y ahora las ansias de tantos corazones había tenido su cumplimiento. Cantaban llenos de exaltación y de santa alegría.

Mientras tanto José, con la ayuda de dos ancianos pastores, había preparado una frugal comida en la tienda de los Reyes. Trajeron pan, fruta, panales de miel, algunas hierbas y vasos de bálsamo; pusieron todo sobre una mesita baja cubierta con un mantel. José habíase procurado todas estas cosas desde la mañana, para recibir a los Reyes, cuya venida ya esperaba, porque la había anunciado de antemano la Virgen Santísima. Cuando los Reyes volvieron a su carpa, vi que José los recibía muy cordialmente y les rogaba que, siendo ellos los huéspedes, se dignaran aceptar la sencilla comida que les ofrecía. Se colocó junto a ellos y dieron principio a la comida. José no mostraba timidez alguna; pero estaba tan contento que derramaba lágrimas de pura alegría. Cuando vi esto pensé en mi difunto padre, que era un pobre campesino, el cual en ocasión de mi toma de hábito se vió en la ocasión de sentarse a la mesa con muchas personas distinguidas. En su sencillez y humildad había sentido al principio mucho temor; luego se puso tan contento que lloró de alegría: sin pretenderlo, ocupó el primer lugar en la fiesta.

Después de aquella pequeña comida José se retiró. Algunas personas más importantes se fueron a una posada de Belén, y los demás se echaron sobre sus lechos tendidos formando círculo bajo la tienda grande, y allí descansaron de sus fatigas. José, vuelto a la gruta, puso todos los regalos a la derecha del Pesebre, en un rincón, donde había levantado un tabique que ocultaba lo que había detrás. La criada de Ana que habíase quedado después de la partida de su ama, se mantuvo oculta en la gruta lateral durante todo el tiempo de la ceremonia, y no volvió a aparecer hasta que no se hubieron marchado todos. Era una mujer inteligente, de espíritu muy reposado. No he visto ni a la

Santa Familia ni a esta mujer mirar con satisfacción mundana los regalos de los Reyes: todo fué aceptado con reconocimiento humilde, y casi en seguida repartido caritativamente entre los necesitados.

Esta noche hubo bastante agitación con motivo de la llegada de la caravana a la casa donde se pagaba el impuesto. Hubo más tarde muchas idas y venidas a la ciudad, porque los pastores, que habían seguido el cortejo, regresaban a sus lugares. También he visto que mientras los Reyes, llenos de júbilo, adoraban al Niño y ofrecían sus presentes en la gruta del Pesebre, algunos judíos rondaban por los alrededores, espiando desde cierta distancia, murmurando y conferenciando en voz baja. Más tarde volví a verlos yendo y viniendo en Belén y dando informes. He llorado por estos desgraciados. Sufro viendo la maldad de estas personas que entonces como también ahora se ponen a observar y a murmurar, cuando Dios se acerca a los hombres, y luego propalan mentiras, fruto de malicia y perversidad. ¡Oh, cómo me parecían aquellos hombres dignos de compasión! Tenían la salvación entre ellos y la rechazaban, en tanto que estos Reyes, guiados por su fe sincera en la Promesa, habían venido desde tan lejos para buscar la salvación.

En Jerusalén he visto hoy a Herodes en compañía de algunos escribas leyendo rollos y hablando de lo que habían contado los Reyes. Después, todo entró de nuevo en calma como si hubiese interés en hacer silencio en torno de este asunto.

LXV

Nueva visita de los Reyes Magos

Lunes, Diciembre 24. — Hoy, de mañana, he visto a los Reyes Magos y a otras personas de su séquito que visitaban sucesivamente a la Sagrada Familia. Los vi también durante el día junto a sus campamentos y bestias de carga, ocupados en diversas distribuciones. Como estaban llenos de alegría y se sentían felices, repartían muchos regalos. He entendido que era costumbre entonces hacerlos en ocasión de acontecimientos felices. Los pastores que habían ayudado a los Reyes recibieron valiosos regalos, como también muchos pobres. Vi que ponían chales y paños sobre los hombros de algunas viejecitas que habían llegado hasta el lugar. Algunas personas del séquito de los Reyes deseaban quedarse en el valle de los pastores para vivir con

ellos. Hicieron conocer su deseo a los Reyes, los cuales no sólo les dieron permiso sino que los colmaron de regalos, proveyéndoles de colchas, vestidos, oro en grano, y dejándoles los asnos en que habían venido montados. Cuando vi que los Reyes distribuían tantos trozos de pan, yo me preguntaba de dónde podían haberlo sacado, y recordé que los había visto, en los lugares donde hacían campamento, preparar, con la provisión de harina que traían, panecillos chatos como galletas, en moldes y amontonarlos dentro de cajas de cuero muy livianas, que cargaban sobre sus bestias. Han llegado muchas personas de Belén que, bajo diversos pretextos, rodeaban a los Reyes para obtener obsequios.

Por la noche volvieron los Reyes para despedirse. Apareció primero Mensor. María le puso al Niño en los brazos, que el rey recibió llorando de alegría. Luego acercáronse los otros dos reyes, derramando lágrimas. Trajeron muchos regalos a la Sagrada Familia: piezas de telas diversas, entre las cuales algunas parecían de seda sin teñir, y otras de color rojo o con diversas flores. Dejaron muy hermosas colchas. Dejaron sus grandes y amplios mantos de color amarillo pálido, tan livianos que al menor viento eran agitados: parecían hechos de lana extremadamente fina. Traían varias copas, unas dentro de otras; cajas llenas de granos, y en un canasto, tiestos donde había hermosos ramos de una planta verde, con hermosas flores blancas: eran plantas de mirra. Los tiestos estaban colocados unos encima de otros dentro del canasto. Dejaron a José unos jaulones llenos de pájaros, que habían traído en cantidad sobre sus dromedarios, para su alimento durante el viaje. Al momento de despedirse de María y del Niño, derramaron abundantes lágrimas. María estaba de pie junto a ellos en el momento de la despedida. Llevaba en brazos al Niño envuelto en su velo, y dió algunos pasos para acompañar a los Reyes hasta la puerta de la gruta. Se detuvo en silencio, y para dejar un recuerdo a aquellos hombres tan buenos quitóse el gran velo que tenía sobre la cabeza, que era de tejido amarillo y con el cual envolvía a Jesús, y lo puso en manos de Mensor. Los Reyes recibieron el regalo inclinándose profundamente. Una alegría llena de respeto los embargó cuando vieron a María sin velo, teniendo al Niño en brazos. ¡Cuán dulces lágrimas derramaron al dejar la gruta! El velo fué para ellos desde entonces la reliquia más preciada que poseyeran. La Santísima Virgen recibía los dones, pero no parecía darles importancia alguna, aunque en su humildad encantadora mostraba un

profundo agradecimiento a la persona que hacía el regalo. En todos estos homenajes no he visto en María ningún acto o sentimiento de complacencia para consigo misma. Sólo por amor al Niño Jesús y por compasión a San José se dejó llevar de la natural esperanza de que en adelante el Niño Jesús y José encontrarían en Belén más simpatía que antes y que ya no serían tratados con tanto desprecio como lo fueron a su llegada. La tristeza y la inquietud de José la habían afligido en extremo.

Cuando volvieron los Reyes a despedirse ya estaba la lámpara encendida en la gruta. Todo estaba oscuro afuera. Los Reyes se fueron en seguida con sus acompañantes y se reunieron debajo del terebinto, sobre la tumba de Maraha, para celebrar allí, como en la víspera, algunas ceremonias de su culto. Debajo del árbol habían encendido una lámpara, y al aparecer las estrellas comenzaron a rezar sus preces y a entonar melodiosos cantos, produciendo un efecto muy agradable en ese coro las voces de los niños. Después se dirigieron a la carpa donde José había preparado una modesta comida. Concluída ésta, algunos se volvieron a la posada de Belén y otros descansaron bajo sus carpas.

LXVI

El Angel avisa a los Reyes los designios de Herodes

A medianoche tuve una visión. Vi a los Reyes descansando bajo su carpa sobre colchas tendidas en el suelo, y junto a ellos vi a un joven resplandeciente: un ángel los despertaba diciéndoles que debían partir de inmediato, sin pasar por Jerusalén, sino a través del desierto, costeando las orillas del Mar Muerto. Los Reyes se levantaron de sus lechos y todo el séquito estuvo de pie en poco tiempo. Uno de ellos fué al Pesebre a despertar a José, quien corrió a Belén para avisar a los que allí se hospedaban; pero los encontró por el camino, porque habían tenido la misma aparición. Plegaron la carpa, cargaron los animales con el equipaje, y todo fué enfardado y preparado con asombrosa rapidez. Mientras los Reyes se despedían en forma sumamente conmovedora de San José, delante de la gruta del Pesebre, una parte del séquito ya partía en grupos separados para tomar la delantera en dirección al Mediodía, para costear el Mar Muerto a través del desierto de Engaddi. Mucho instaron los Reyes a la Sagrada Familia de que partiesen con ellos, diciendo que un

gran peligro los amenazaba, y rogaron a María que por lo menos se ocultase con el pequeño Jesús para que no sufriesen molestias por causa de ellos mismos. Lloraban como niños: abrazando a José decían palabras muy conmovedoras. Montando sobre sus cabalgaduras, ligeramente cargadas, se alejaron por el desierto. He visto al ángel a su lado indicándoles el camino, y pronto desaparecieron de la vista. Siguieron separados, unos de otros, como un cuarto de legua; luego en dirección al Oriente, por espacio de una legua, y finalmente torcieron hacia el Mediodía. He visto que pasaron por una región que Jesús atravesó más tarde al volver de Egipto en el tercer año de su predicación.

El aviso del ángel a los Reyes había llegado a tiempo, pues las autoridades de Belén abrigaban la determinación de prenderlos hoy mismo, con el pretexto de que perturbaban el orden público, de encerrarlos en las profundas mazmorras que existían debajo de la sinagoga y acusarlos después ante el rey Herodes. No sé si obraban así por una orden secreta de Herodes o si lo hacían por exceso de celo ellos mismos. Cuando se conoció esta mañana la huída de los Reyes, en el valle tranquilo y solitario donde habían acampado, los viajeros se encontraban ya cerca del desierto de Engaddi. En el valle no quedaban más que los rastros de las pisadas de los animales y algunas estacas que habían servido para levantar las tiendas.

La aparición de los Reyes había causado gran impresión en Belén y muchos se arrepentían de no haber hospedado a José. Otros hablaban de los Reyes como de aventureros que se dejaban llevar por imaginaciones extrañas. Había quienes creían, en cambio, encontrarles alguna relación con los relatos de los pastores acerca de la aparición de los ángeles. Todas estas cosas determinaron a las autoridades de Belén, quizás por instigación de Herodes, a tomar medidas. He visto reunidos a todos los habitantes de la ciudad por una convocatoria en el centro de una plaza de la ciudad, donde había un pozo rodeado de árboles delante de una casa grande, a la cual se subía por escalones. Precisamente desde esos escalones fué leída una especie de proclama, donde se declamaba contra las cosas supersticiosas y se prohibía ir a la morada de la gente que propalaba semejantes rumores. Cuando la muchedumbre se hubo retirado, vi a José acudir a esa casa, donde había sido llamado, y vi que fué interrogado por unos ancianos judíos. Lo he visto volver al Pesebre y retornar ante el tribunal de ancianos. La segunda vez llevaba un poco del oro que le habían dado los Reyes, y lo entregó a

esos hombres, que luego lo dejaron en paz. Por eso me pareció que todo este interrogatorio no tuvo otro objeto que el de arrancarle un puñado de oro.

Las autoridades habían hecho poner un tronco de árbol atravesado para obstruír el camino que llevaba a los alrededores del Pesebre. Este camino no salía de la ciudad sino que comenzaba en la plaza donde la Virgen se había detenido bajo el árbol grande, salvando una muralla. Dejaron un centinela en una choza junto al árbol y pusieron unos hilos sobre el camino, que hacían tocar una campanilla que estaba en la cabaña de aquél, que les permitiría detener a quien intentase pasar. Por la tarde vi un grupo de dieciséis soldados de Herodes hablando con José. Habían sido enviados allí por causa de los tres Reyes como si fuesen perturbadores de la tranquilidad pública. No hallaron más que silencio y paz en todas partes, y en la gruta no vieron más que una pobre familia. Como por otra parte tenían orden de no hacer nada que llamara la atención, regresaron como habían venido, informando de lo que habían podido ver. José había llevado ya los regalos de los Reyes y demás cosas que habían dejado antes de su partida, guardándolos en la gruta de Maraha y en otras cavernas escondidas en la colina del Pesebre. Las cuevas existían desde los tiempos del patriarca Jacob. En aquella época en que sólo había allí algunas cabañas en la que es hoy plaza de Belén, Jacob había levantado su tienda sobre la colina del Pesebre.

LXVII

Visita de Zacarías. La Sagrada Familia se traslada a la tumba de Mahara

Diciembre 25. — Esta noche he visto a Zacarías de Hebrón que iba por primera vez a visitar a la Sagrada Familia.

Diciembre 26. — María estaba en la gruta, y Zacarías, llorando lágrimas de alegría, tomó en sus brazos al Niño, y repitió, cambiando algunas frases, el cántico de alabanza que había dicho en el momento de la circuncisión de Juan Bautista. Más tarde Zacarías volvió a su casa, y Ana acudió al lado de la Santa Familia con su hija mayor. María de Helí era más alta que su madre y parecía de más edad que ella.

Reina gran alegría entre los parientes de la Sagrada Familia, y Ana se siente muy feliz. María pone con frecuencia al Niño en sus brazos y lo deja a su cuidado. Con ninguna otra persona he visto que hiciera esto. Una cosa me conmovió mucho: los cabellos del Niño Jesús, rubios y formando bucles, tenían en su extremidad hermosos rayos de luz. Creo que le rizan el cabello, pues veo que le frotan la cabecita al lavarlo, poniéndole un pequeño abrigo sobre el cuerpo. Veo en la Sagrada Familia una piadosa y tierna veneración en el trato con el Niño; pero todo lo hacen sencilla y naturalmente, como pasa entre los santos y elegidos de Dios. El Niño muestra un cariño y una ternura tal con su madre como nunca he visto en otros niños de corta edad. María contaba a su madre Ana todo lo sucedido con la visita de los Reyes, alegrándose mucho Ana de ver cómo habían sido llamados desde tan lejos esos hombres para conocer al Niño de la Promesa. Observó los regalos de los Reyes, ocultos en una excavación abierta en la pared, y ayudó en la distribución de una gran parte de ellos y a poner en orden los demás. Todo estaba tranquilo en los alrededores de Belén, porque los caminos que llevaban a la gruta y que no pasaban por la puerta de la ciudad estaban obstruídos por las autoridades, y José no iba ya a Belén a hacer sus compras porque los pastores le traían cuanto necesitaba. La parienta a cuya casa iba Ana y que estaba en la tribu de Benjamín, se llamaba Mara, hija de Rhod, hermana de Santa Isabel. Era pobre y tuvo varios hijos, que luego fueron discípulos de Jesús. Uno de ellos fué Natanael(*), el novio de las bodas de Caná. Esta Mara se halló presente en Efeso en los momentos de la muerte de María.

Ana está en este momento sola con María en la gruta lateral. Están trabajando juntas tejiendo una colcha ordinaria. La gruta del Pesebre estaba completamente vacía. El asno de José estaba oculto detrás de unas zarzas. Hoy volvieron algunos agentes de Herodes y pidieron en Belén noticias acerca de un Niño recién nacido. Llenaron especialmente de preguntas a una mujer judía que poco tiempo antes había dado a luz a un niño. No fueron a la gruta porque antes no habían encontrado allí nada más que a una pobre familia: estuvieron lejos de pensar que podría tratarse del Niño de esa familia. Dos hombres de edad, de los pastores que habían adorado al Niño Jesús, relataron a José la

(*) Natanael, el de las bodas de Caná, no es el Natanael que vió Jesús bajo la higuera.

historia de esas investigaciones. La Sagrada Familia y Ana se refugiaron en la gruta de la tumba de Maraha. En la gruta del Pesebre no quedaba nada que pudiera dar a entender que hubiera estado habitada: parecía un lugar abandonado. Los vi durante la noche caminando por el valle con una luz velada: Ana llevaba el Niño, y María y José caminaban a su lado. Los pastores los guiaban llevando las colchas y todo lo que necesitaban las mujeres y el Niño.

Tuve una visión, que no sé si la tuvo también la Sagrada Familia. Vi una gloria formada por siete rostros de ángeles colocados uno sobre otro alrededor del Niño Jesús. Aparecieron otras caras y otras formas luminosas, junto a Ana y a José, que parecían llevarlos por el brazo. Al entrar en el vestíbulo cerraron la puerta, y al llegar a la gruta de la tumba hicieron los preparativos para el descanso.

He visto a dos pastores que avisaban a María de la llegada de gente enviada por las autoridades para tomar informes sobre su Niño. María sintió gran inquietud. De pronto vi a José que entraba, tomaba al Niño en brazos y lo envolvía en un manto para llevarlo. No recuerdo ya dónde fué con Él. Entonces vi a María, sola, durante todo un medio día, en la gruta, llena de inquietud materna, sin el Niño en su presencia. Cuando llegó la hora en que la llamaron para dar el pecho al Niño, hizo lo que hacen las madres cuidadosas que han sufrido alguna agitación violenta o tenido una conmoción de terror. Antes de amamantar al Niño, exprimió de su seno la leche que se habría podido alterar, en una pequeña cavidad de la piedra blanca de la gruta. María habló de esta precaución con uno de los pastores, hombre piadoso y grave que había ido a buscarla para llevarla junto al Niño. Este hombre, profundamente convencido de la santidad de la Madre del Redentor, sacó cuidadosamente aquella leche de la cavidad de la piedra, y lleno de fe sencilla y simple, la llevó a su mujer, que tenía un niño de pecho al que no podía calmar ni acallar. Aquella buena mujer tomó ese alimento con confianza y respeto, y su fe se vió recompensada, pues se encontró desde entonces con leche buena y abundante para su hijo. Después de esto, la piedra blanca de la gruta recibió una virtud semejante: he visto que aún hoy en día también infieles y mahometanos usan de ella como de un remedio en éste y otros casos análogos(*). Desde entonces aquella tierra mezclada con

(*) Castro, en la *Vida de María*, y Grotanus, en la *Vida de San José*, consignan esta tradición tomada de un antiguo manuscrito armenio.

agua y comprimida en pequeños moldes es distribuída a toda la cristiandad como objeto de devoción y a esta especie de reliquias llaman "Leche de la Virgen Santísima".

LXVIII

Preparativos para la partida de la Sagrada Familia

Diciembre 28-30. — En estos últimos días y hoy mismo he visto a José haciendo preparativos para la próxima partida de la Sagrada Familia. Cada día iba disminuyendo los muebles y utensilios. A los pastores les daba los tabiques movibles, los zarzos y otros objetos con los cuales había hecho más habitable la gruta. Por la tarde, muchas personas que iban a Belén para la fiesta del Sábado, pasaban por la gruta del Pesebre, pero la hallaron abandonada y prosiguieron su camino. Ana debe volver a Nazaret después del Sábado. He visto que están ordenando, envolviendo paquetes y que cargan sobre dos asnos los objetos recibidos de los Reyes, especialmente las alfombras, colchas y diversas piezas de género. Esta noche celebraron la fiesta del Sábado en la gruta de Maraha continuándola durante el día 29, mientras en los alrededores reinaba gran tranquilidad. Terminada la fiesta del Sábado se preparó la partida de Ana.

Esta noche vi por segunda vez que María salía de la gruta de Maraha y llevaba al Niño a la gruta del Pesebre en medio de las tinieblas de la noche. Lo colocó sobre una alfombra en el lugar donde había nacido y rezó de rodillas junto al Niño. Se llenó toda la gruta de luz celestial, como en el día del Nacimiento. Creo que María debió ver toda esa luz. El Domingo 30, por la mañana, Ana se despedía con ternura de la Sagrada Familia, y de los tres pastores, y se encaminaba con su gente a Nazaret. Llevaban sobre sus bestias de carga todo lo que quedaba aun de los regalos de los Reyes y me admiré mucho de que se llevasen un atadito que me pertenecía a mí. Tuve la impresión de que se hallaba dentro de su equipaje y no podía comprender cómo Ana se llevase algo que era mío. Ana se llevó muchos regalos de los tres Reyes, especialmente ciertos tejidos. Una parte de ellos sirvió en la Iglesia primitiva y algunas de estas cosas han llegado hasta nosotros. Entre mis reliquias hay un trocito de colcha que cubría la mesita donde se pusieron los regalos de los Reyes, y otro es de uno de sus mantos. Yo mismo debo tener un pedazo de género que procede de los Reyes Magos.

Poseían varios mantos: uno grueso y de tela tupida para el mal tiempo; otro de color amarillo, y un tercero, rojo, de una hermosa lana muy fina. En las grandes ceremonias llevaban mantos de seda sin teñir: los bordes estaban bordados de oro y la larga cola era llevada por los hombres del séquito. Creo que hay cerca de mi un trozo de aquellos mantos, y por esta razón he podido ver junto a los Reyes, antes y esta noche, de nuevo, algunas escenas relativas a la producción y al tejido de la seda. En una región del Oriente, entre el país de Teokeno y el de Sair, había árboles cubiertos de gusanos de seda. Alrededor de cada árbol habían cavado un pequeño foso, para que estos gusanos no pudieran irse de allí, y vi que colocaban con frecuencia unas hojas debajo de esos árboles. En las ramas estaban suspendidas cajitas, de donde sacaban objetos redondeados más largos que un dedo. Pensé que se tratase de huevos de pájaros de alguna especie rara; pero luego entendí que eran capullos hilados por estos gusanos al ver cómo las gentes los devanaban y sacaban hilos muy delgados. Sujetaban una gran cantidad de ellos contra su pecho e hilaban con un hermoso hilo que enrollaban sobre algo que tenían en la mano. Tejían entre los árboles y su telar era muy sencillo. La pieza del género era del ancho de la sábana que tengo en mi lecho.

LXIX

Presentación de Jesús en el Templo

Acercándose el día en que la Virgen debía presentar su Primogénito en el Templo y rescatarlo según lo prescribía la Ley, se hicieron los preparativos para que la Sagrada Familia pudiese ir al Templo y de allí volver a Nazaret. Ya el Domingo 30 los pastores habían llevado lo que Ana había dejado. La gruta del Pesebre, la lateral y la de Maraha se hallaban completamente vacías y limpias. José las había dejado en las condiciones en que las encontró. He visto a María y a José con el Niño visitando por última vez la gruta y despedirse del paraje. Tendieron la carpeta de los Reyes en el lugar donde Jesús había nacido, pusieron allí al Niño y rezaron. De allí pasaron al sitio de la circuncisión y también allí se detuvieron rezando. Al amanecer he visto a la Virgen sentarse sobre el asno que los pastores dejaron ensillado delante de la gruta. José tuvo al Niño mientras María se acomodaba, y luego se lo dió. La Virgen iba sentada de modo

que sus pies, un tanto levantados, descansaban sobre una tablilla. Llevaba al Niño contra su pecho, envuelto en su gran manto, mientras lo contemplaba llena de felicidad. Sobre el asno sólo había dos colchas y dos pequeños fardos, entre los cuales estaba María. Los pastores se despidieron con mucha emoción acompañándolos un trecho. No hicieron el mismo camino por donde habían venido, sino que cruzaron entre la gruta del Pesebre y la de la tumba de Maraha, costeando a Belén por el Oriente, de modo que nadie los observó.

Enero 30. — Hoy los vi seguir el camino con lentitud, recorriendo la distancia bastante corta de Belén a Jerusalén. Emplearon mucho tiempo porque se detenían con frecuencia. A mediodía los vi hacer alto sobre unos asientos alrededor de un pozo techado, mientras dos mujeres se acercaron a María y trajeron dos cantaritos con agua mezclada con bálsamo, y panecillos. La ofrenda que María ofrecería en el templo estaba en un cestillo colgado de un lado del asno. Este cesto tenía tres compartimentos: dos de ellos, cubiertos, contenían frutas; el tercero era una jaula calada con dos palomas. Al amanecer los vi entrando en la casa pequeña de dos esposos ancianos que los recibió con todo afecto: estaban a un cuarto de legua de Jerusalén. Eran esenios, parientes de Juana Chusa. El marido se ocupaba en trabajos del jardín, podando cercos, y tenía a su cargo la parte del camino.

Febrero 2. — Pasaron todo el día en casa de esos ancianos. María estuvo casi todo el día sola con el Niño en una habitación: lo tenía junto a ella sobre una alfombra. María estaba siempre en oración y parecía disponerse para la ceremonia que tendría lugar muy pronto. En aquella ocasión tuve una advertencia interior acerca de la manera que debía prepararme para la Comunión. Vi aparecer en la habitación a varios ángeles que adoraban al Niño Jesús. No podría decir si María los vió, aunque creo que sí, porque estaba muy emocionada; por otra parte, los dueños de la casa prestaron toda clase de atenciones a María presintiendo algo extraordinario en el Niño Jesús.

A las siete de esta tarde vi al anciano Simeón. Era un hombre delgado, de mucha edad y barba corta. Este sacerdote tenía mujer y tres hijos, de los cuales el más joven contaría veinte años. Vivía junto al templo, y vi que se dirigía por un corredor estrecho y oscuro hacia una celdilla abovedada, abierta en los gruesos muros. No vi más que una abertura por la cual se miraba al interior. El anciano estaba arrodillado en su oración como

en éxtasis. Se le apareció un ángel y le dijo que prestase atención al primer niño que se presentara a la mañana siguiente en el templo, pues ese Niño era el suspirado Mesías que él tanto había deseado contemplar. Le avisó que habría de morir después de ver al Mesías. El espectáculo era admirable. La celda estaba inundada de luz y el anciano Simeón lleno de contento. Al volver a su casa contó a su mujer lo que le había pasado, y cuando ésta fué a descansar, vi al anciano de nuevo en oración. Cuando veía a los piadosos israelitas de entonces rezando y a los sacerdotes, nunca los vi hacer las contorsiones ridículas que hacen hoy los judíos; en cambio, los he visto darse a veces a la disciplina. He visto que la profetisa Ana tuvo también una visión mientras rezaba en su celda del templo, referente a la presentación del Niño Jesús.

Esta mañana, antes de amanecer, he visto a la Sagrada Familia en compañía de los dueños de casa, que dejaban el albergue para dirigirse al templo de Jerusalén con el cesto donde estaban las ofrendas que debía presentar. Entraron primero en un patio cercano al templo, rodeado de muros, y mientras José y el dueño de casa colocaban el asno bajo un cobertizo, la Virgen fué recibida muy fraternalmente por una anciana que la llevó más lejos por un corredor cubierto. Llevaban una linterna, pues no había aclarado aún. Desde la entrada, en aquel pasaje, el anciano Simeón salió al encuentro de María. Dijo algunas palabras de alegría, tomó al Niño en sus brazos, lo estrechó contra su corazón y se dirigió por otro camino apresuradamente al templo. Tenía un deseo tan vivo de ver al Niño, por lo que el ángel le había dicho, que quiso esperar la llegada de las mujeres para ver más pronto lo que tanto tiempo había suspirado. Llevaba Simeón largas vestiduras, como acostumbraban los sacerdotes cuando no estaban en función. Lo he visto con frecuencia en el templo y siempre en calidad de sacerdote, pero sin ocupar un cargo muy elevado en jerarquía. Sobresalía por su piedad, sencillez y sabiduría.

LXX

Presentación de María en el Templo

La Virgen fué llevada por la mujer que le servía de guía hasta el vestíbulo del templo, donde se hacía la purificación. Fué recibida allí por Ana y Noemí, su antigua maestra, las cuales

habitaban en esa parte del templo. Simeón acudió nuevamente al encuentro de María y la condujo al lugar donde se hacía el rescate de los hijos primogénitos. Ana, a quien José entregó el cesto con las ofrendas, la siguió con Noemí. José se dirigió a otra puerta, donde debían entrar los hombres. El cesto contenía frutas en la parte de arriba y palomas en la de abajo. Ya se sabía en el templo que varias mujeres tenían que presentarse con sus primogénitos y todo estaba preparado para la ceremonia, que se celebró en un lugar tan amplio como la catedral de Dülmen. Había una serie de lámparas encendidas contra los muros, que formaban como una pirámide de luces. La llama salía por la extremidad de una caña curva terminada en un pico de oro, que brillaba tanto como la llama y que llevaba sujeta por un resorte un pequeño apagador. Cuando éste era alzado por detrás, se apagaba la llama sin despedir humo ni olor, y para prenderlo bastaba bajarlo. Delante de una especie de altar, en una de cuyas extremidades había algo parecido a unos cuernos, varios sacerdotes habían llevado un cofre cuadrangular, algo alargado, que formaba el soporte de una mesa bastante amplia sobre la cual había una gran placa. En esta mesa colocaron una colcha roja y otra blanca, transparente, que colgaba hasta el suelo alrededor de la mesa. En los cuatro extremos de la mesa había lámparas encendidas de varios brazos y en el centro dos fuentes ovaladas y dos cestillas en torno a una larga cuna. Todos estos objetos se habían extraído de los compartimentos del cofre. De ahí también sacaron ropas sacerdotales, depositándolas sobre el altar fijo. La mesa para recibir las ofrendas estaba rodeada de una reja. A ambos lados de esta sala del templo había hileras de asientos, unas más altas que otras, donde se encontraban varios sacerdotes orando. Simeón se acercó a María que tenía al Niño envuelto en una tela azul celeste; y la condujo por la reja hasta la mesa de las ofrendas, donde María puso al Niño en la cuna. Desde ese momento vi el templo lleno de luz de un resplandor indescriptible. Vi que Dios estaba allí, y encima del Niño Jesús, vi los cielos abiertos hasta el trono de la Santísima Trinidad.

Simeón volvió a llevar a María al sitio donde se encontraban las mujeres detrás de la reja. María tenía vestido azul celeste y velo blanco, y estaba envuelta en largo manto amarillento. Simeón se acercó entonces al altar fijo, donde se hallaban las vestiduras sacerdotales y se revistió con otros tres sacerdotes para la ceremonia. En los brazos llevaban algo así como una rodela pequeña y sobre la cabeza una especie de mitra. Uno

de estos sacerdotes se colocó detrás de la mesa de las ofrendas, el otro delante y los restantes se hallaban a los costados recitando plegarias frente al Niño. La profetisa Ana acercóse entonces a María, le presentó el cesto de las ofrendas y la llevó hasta la reja, delante de la mesa del sacrificio. Ella quedó allí de pie, y Simeón, que estaba junto a la mesa, abrió la reja, acercó a María a la mesa y colocó allí sus ofrendas. En una de las fuentes ovaladas pusieron las frutas y en la otra monedas, mientras las palomas permanecieron en el cesto. En tanto Simeón quedaba con María ante el altar de las ofrendas, el sacerdote, detrás del altar, tomó al Niño Jesús, lo alzó en el aire presentándolo hacia diversos lados del templo y oró largo tiempo. Después entregó el Niño al anciano Simeón, el cual lo puso en brazos de María, leyendo ciertas oraciones en un rollo puesto a su lado sobre un atril. Simeón volvió a conducir a María delante de la balaustrada, de donde fué llevada por Ana, que la esperaba, al sitio donde estaban comúnmente las mujeres. Había allí una veintena de ellas, que había concurrido para presentar a sus primogénitos. José y los demás hombres estaban más lejos, en el sitio designado. Los sacerdotes que estaban delante del altar comenzaron un servicio con incensarios y oraciones, y los que se encontraban sentados tomaron parte en él haciendo ademanes, aunque no exagerados, como hacen los judíos de hoy.

Terminada esta ceremonia Simeón acercóse a María, recibió al Niño en sus brazos y, lleno de entusiasmo, habló de Él durante largo tiempo en términos sumamente expresivos. Agradeció a Dios el haber cumplido su promesa y entre otras cosas dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar morir a tu siervo en paz, según tu promesa, porque mis ojos han visto tu Salud, que has preparado a la faz de todos los pueblos como luz que iluminará a las gentes y gloria de tu pueblo Israel". José se había acercado después de la Presentación, y escuchó, igual que María, con sumo respeto, las inspiradas palabras de Simeón, el cual, bendiciendo a ambos, dijo a María: "He aquí que Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y en señal de contradicción. Una espada traspasará tu alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones". Al terminar su discurso Simeón, la profetisa Ana se sintió inspirada y habló largo tiempo del Niño Jesús, dando a su Madre el nombre de Bienaventurada. He visto que todos los presentes escucharon esto con devoción, sin que resultara desorden alguno. Me parece que los sacerdotes también oyeron estas cosas. Parecía que aquella manera de

rezar, en alta voz, no fuera cosa insólita; que sucedían con frecuencia estas cosas y que era natural que así sucedieran en el templo. Todos los presentes manifestaban grandes muestras de respeto al Niño y a su Madre. María brillaba como una rosa del Paraíso.

En apariencia, la Sagrada Familia había presentado de las ofrendas la más pobre, pero José dió al anciano Simeón y a la profetisa Ana, secretamente, muchas pequeñas monedas amarillas triangulares, con intención de favorecer especialmente a las vírgenes pobres que se educaban en el templo y que no tenían medios para costearse el mantenimiento. He visto luego que la Virgen era llevada con su Niño por Ana y Noemí al atrio desde donde la habían traído, y allí se despidieron. José ya se encontraba allí con los dueños de la casa donde se alojaban. Como habían traído el asno, María montó en él, con el Niño en brazos, y saliendo del templo se dirigieron a Nazaret, atravesando Jerusalén. No pude ver la ceremonia de la presentación de los demás niños en el día de hoy; pero tengo la impresión de que todos ellos recibieron gracias particulares, y que muchos fueron de aquellos niños inocentes degollados por orden de Herodes. Toda la ceremonia de la Presentación debió terminar a eso de las nueve de la mañana, pues a esa hora he visto que partía la Sagrada Familia de Jerusalén.

Llegaron ese día hasta Bethorón y pasaron la noche en la casa que había sido el último albergue de María, cuando fué llevada al templo trece años antes. Me pareció que la casa estaba habitada por un maestro de escuela. Algunas personas, enviadas por Ana, los estaban esperando para acompañarlos. Al volver a Nazaret siguieron un camino más directo del que habían tomado para ir a Belén, porque entonces evitaban las aldeas y entraban sólo en las casas aisladas que encontraban. La borriquilla, que les había indicado el camino cuando fueron a Belén, había quedado en casa de un pariente de José, porque pensaba éste volver a Belén y construirse allí una vivienda en el valle de los pastores. De esto había tratado con ellos y les decía que volvía a Nazaret sólo para que María pudiera pasar algún tiempo en casa de su madre a reponerse de las incomodidades sufridas en el mal alojamiento de Belén. Había dejado por esto muchas cosas en poder de los pastores, por la intención que tenía de volver. José llevaba unas monedas muy raras que había recibido de los Reyes Magos: en una especie de bolsillo interior de su ropa, tenía cierta cantidad de hojitas de metal amarillo, muy delgadas, brillantes

y dobladas unas sobre otras, de forma cuadrada, con las puntas redondeadas que tenían un grabado encima. En cambio, he visto que las monedas recibidas por Judas en pago de su tración, eran de forma de lengua.

En estos días pude ver de nuevo a los Reyes reunidos más allá de un río donde se detuvieron el día entero consagrado a la celebración de una de sus fiestas. Había allí un caserón grande, rodeado de casas más pequeñas. Al principio viajaron muy rápidamente, pero desde que se detuvieron en aquel sitio su marcha era más lenta. Yo veía a un joven resplandeciente que iba delante del cortejo y que a veces hablaba con ellos.

LXXI

Muerte de Simeón

El anciano Simeón tenía tres hijos, el mayor de unos cuarenta años y el más joven de unos veinte, y los tres estaban empleados en el templo. Más tarde se hicieron amigos fieles, aunque secretos, de Jesús y de sus discípulos y después lo fueron también ellos, no recuerdo si antes de la muerte de Cristo o después de su Ascensión al cielo. Fué uno de ellos el que en la última Cena preparó el cordero pascual para Jesús y los apóstoles. En los primeros tiempos de la persecución, después de la Ascensión, hicieron grandes servicios a los amigos de Jesús. No recuerdo ahora si todos esos hombres fueron hijos o nietos de Simeón. Simeón era pariente de Serafia (más tarde Verónica), como también de Zacarías, por medio del padre de Verónica. Este anciano, luego de haber profetizado en la Presentación de Jesús en el templo, al volver a su casa cayó enfermo casi de inmediato, y a pesar de su enfermedad, manifestaba gran alegría en las conversaciones con su mujer y sus hijos. Esta noche vi que era hoy cuando debía morir, y sólo recuerdo lo siguiente. Desde su lecho de muerte Simeón dirigió palabras conmovedoras a su mujer y a sus hijos hablándoles de la salvación que había llegado para Israel, de lo que había anunciado el ángel, todo esto en términos entusiastas, elocuentes y jubilosos. Después de esto lo vi morir plácidamente. La familia lo lloró en silencio, y alrededor de él he visto muchos sacerdotes y judíos orando. Su cadáver fué llevado en seguida a otra sala. Allí lo pusieron sobre una tabla agujereada y lo lavaron bajo una colcha con esponjas, de modo que no lo veían desnudo. El agua corría a

través de los orificios de la tabla hasta una fuente de cobre que estaba debajo. Después pusieron sobre el cuerpo grandes hojas verdes, alrededor hermosos ramos de hierbas y lo amortajaron en un lienzo grande, envolviéndolo luego con una tela en forma de tira larga, como se fajaría a un niño. Su cuerpo estaba tan rígido e inflexible que parecía atado a la tabla. La misma noche lo enterraron. Lo transportaron seis hombres, llevando luces. El cuerpo estaba colocado sobre una tabla con la forma del cuerpo y un borde algo levantado en los cuatro costados. Así envuelto y descubierto pusieron el cuerpo sobre la tabla. He visto que los que lo llevaban y los que acompañaban iban más de prisa de lo que suele hacerse en nuestros días. Lo sepultaron en la tumba de una colina no distante del templo. La bóveda tenía en su parte exterior la forma de un montículo, donde se había colocado, desde afuera, una puerta oblícua, con trabajo de albañilería en la parte interior, hecha de un modo particular que me recordó el tipo de obra que hacía San Benito cuando edificó su primer monasterio. Las paredes estaban adornadas de flores y estrellas con piedras de diferentes colores, tal como era la celda de la Virgen en el templo. La pequeña bóveda donde pusieron a Simeón tenía apenas el espacio para circular alrededor del cadáver. Tenían otras costumbres en los entierros, tales como dejar monedas, piedrecillas y creo que también alimentos, aunque ya no recuerdo bien estas cosas.

LXXII

Visión de la Purificación de María

La fiesta de la Candelaria o Purificación se me mostró en un gran cuadro que ahora me es difícil explicar. Vi esta fiesta en una iglesia diáfana suspendida sobre la tierra, que representa la Iglesia Católica en general, y que veo cuando debo contemplar no una iglesia en particular, sino la Iglesia como tal. Estaba llena de ángeles, que rodeaban a la Santísima Trinidad. Así como yo debía ver a la Segunda Persona de la Trinidad en el Niño Jesús presentado y rescatado en el templo, a pesar de hallarse presente en la Trinidad Santísima, así me parecía que el Niño Jesús se hallaba junto a mí y me consolaba en mis dolores mientras yo veía a la augusta Trinidad.

Febrero 3. — Estaba, pues, cerca de mí el Verbo encarnado, y parecía que el Niño Jesús estaba unido a la Santísima Trinidad

mediante una vía luminosa. No dejaba de estar allá, aunque estuviera a mi lado, y no dejaba de estar junto a mí, aunque estuviera en la Trinidad. En el momento en que sentí fuertemente la presencia del Niño Jesús junto a mí, vi la figura de la Santísima Trinidad en otra forma que cuando Ella me es presentada solamente como imagen de la Divinidad.

En esto apareció un altar en medio de la iglesia: no era un altar determinado de una de nuestras iglesias, sino un altar en general y simbólico. Sobre él había un árbol pequeño con grandes hojas colgantes, como había visto que era el árbol de la ciencia del bien y del mal en el Paraíso terrenal. Después vi a la Virgen Santísima con el Niño Jesús en brazos como si emergiese de la tierra, delante del altar, mientras el árbol que estaba sobre él se inclinaba ante Ella y se secaba de inmediato. Después ví que un ángel de vestiduras sacerdotales, con un aro luminoso en la cabeza, se acercaba a María. Ella le dió el Niño y el ángel lo puso sobre el altar, y en el mismo momento vi al Niño en el cuadro de la Santísima Trinidad, la cual contemplé esta vez en su forma común. Vi que el ángel daba a María un pequeño globo, sobre el cual había una figura como de un Niño fajado y María, después de haberlo recibido, quedó suspendida en el aire sobre el altar. De todos lados salían brazos llevando antorchas que se dirigían hacia ella, y María las presentaba al Niño, sobre el globo, en el que entraron de inmediato. Las antorchas formaron, por encima del Niño y de María, un resplandor de luz que iluminaba todo el cuadro. María desplegaba un amplio manto sobre toda la tierra. Luego todo cambió y se transformó en otra escena, que parecía la celebración de una fiesta.

Creo que la muerte del árbol de la ciencia del bien y del mal en el momento de aparecer María y la absorción del Niño ofrecido sobre el altar dentro del cuadro de la Santísima Trinidad, debían ser imágenes de la reconciliación de los hombres con Dios. Por esto mismo he visto que las luces dispersas presentadas a la Madre de Dios y remitidas por ella al Niño Jesús se convertían en una sola luz en Jesús, que es la Luz del mundo que ilumina a todo hombre y al mundo entero, representado por aquel globo como por un globo imperial. Las luces presentadas indicaban la bendición de las candelas, que se celebra en la fiesta de la Candelaria.

LXXIII

La Sagrada Familia llega a casa de Santa Ana

Esta noche vi que la Sagrada Familia había llegado a la casa de Ana, a media legua de Nazaret, hacia el valle de Zabulón. Tuvo lugar allí una fiestecita familiar, como aquella celebrada cuando partió María para el templo. Estaba María de Helí, la hija mayor de Ana. Habían quitado la carga al asno porque pensaban quedarse algún tiempo. Todos recibieron al Niño Jesús con alegría, con una alegría tranquila, interior: no había nada de apasionado en todas estas personas. Estuvieron presentes algunos sacerdotes de edad y hubo una fiestecita con una comida. Las mujeres comían separadas de los hombres.

En otra ocasión veo de nuevo a la Sagrada Familia en casa de Ana. Están presentes algunas mujeres, entre ellas María Helí, hija mayor de Ana, con su hija María de Cleofás; veo, además, a otra mujer del país de Santa Isabel, y aquella sirvienta que había estado con María en Belén. Esta sirvienta, después de perder a su marido, que la había tratado mal, no quiso volver a casarse y se fué a Juta, a casa de Isabel, donde María la conoció cuando fué a visitar a su prima. De allí la viuda fué a casa de Ana.

Hoy he visto a José atareado, cargando muchos bultos en casa de Ana, e ir luego con la criada de Ana a Nazaret, seguido de dos o tres asnos cargados. En los casos desesperados invoco a Santa Ana, Madre de María, y hoy, estando en visión en su casa, vi en el jardín muchas peras, ciruelas y otras frutas pendientes de los árboles, a pesar de no ser estación de frutas, y los árboles estuviesen sin hojas. Recogí algunas antes de salir de la casa y llevé las peras a personas enfermas, que se curaron de inmediato. Di también frutas a otras personas conocidas y desconocidas, que sintieron gran alivio en sus penas y enfermedades. Creo que estas frutas indican favores obtenidos por intercesión de Santa Ana, y que significan para mí nuevos sufrimientos de expiación. Por experiencia sé que sucede esto al tomar frutas de los jardines de los santos: pago el favor que recibo con nuevos dolores en favor de las almas.

En Palestina veo ahora a menudo brumas y lluvias; a veces un poco de nieve que se derrite en seguida. Veo también árboles sin hojas, pero con algunas frutas. Veo varias cosechas en el año y una que corresponde a nuestra estación de primavera.

En el invierno veo a la gente completamente cubierta, con mantos sobre la cabeza.

Febrero 6. — Hoy, por la tarde, he visto a María con el Niño, acompañada de su madre, que iban a la casa de José en Nazaret. El camino es agradable. Habrá una media legua de distancia, entre colinas, jardines y huertas. Ana envía alimentos a José y a María a su casa de Nazaret. ¡Qué conmovedor es todo lo que veo en la Sagrada Familia! María es como una Madre y al mismo tiempo como la servidora del Niño Jesús y la servidora de San José, y José es para María como el amigo más devoto y el servidor más humilde. ¡Cuánto me conmueve ver a María mover y dar vueltas al Niño Jesús como a un niño que no puede valerse por si mismo!

El Niño Jesús puede tener un año de edad. Lo vi jugando en torno de un balsamero, en un momento en que sus padres se detuvieron durante el viaje; algunas veces lo hacían andar un rato. Vi a la Virgen tejiendo vestiditos a punta de aguja o ganchillo. Tenía una madeja de lana sujeta a la cadera derecha y en las manos dos palillos de hueso, si no me equivoco, con unos ganchillos en la extremidad. Uno de ellos podía medir media vara de largo, el otro era más corto. La Virgen trabajaba de pie o sentada, junto al Niño, que se hallaba acostado en una pequeña cesta. A José lo he visto trabajar trenzando diferentes objetos y hacer tabiques y entarimados para las habitaciones con largas tiras de cortezas amarillas, pardas y verdes. Tenía una provisión de objetos semejantes superpuestos en un cobertizo contiguo a la casa. Me inspiraba compasión pensando que pronto tendría que dejar todo y huir a Egipto. Santa Ana venía con frecuencia, casi todos los días, desde su casa que está a solo media legua.

LXXIV

Agitación de Herodes en Jerusalén

He visto lo que sucedía en Jerusalén, y cómo Herodes mandó llamar a mucha gente como cuando reclutan soldados en nuestra tierra. Los soldados recibieron trajes y armas en un amplio patio donde se habían reunido. En el brazo tenían una media luna (*una rodela*). Tenían venablos y sables cortos y anchos, como cuchillas, y sobre la cabeza cascos; muchos de ellos se ceñían las piernas con cintas. Todo esto tenía relación con la matanza de los niños inocentes, porque Herodes andaba

sumamente agitado. Hoy lo he visto de nuevo en gran agitación, como cuando llegaron los Reyes Magos a preguntarle acerca del Rey de los judíos recién nacido. Estuvo consultando a viejos escribas y doctores, que portaban largos rollos de pergamino fijos sobre dos pedazos de madera, y estuvieron leyendo allí algo. He visto que los soldados vestidos y equipados la víspera fueron enviados a diversas direcciones, a los alrededores de Jerusalén y de Belén. Creo que fué para ocupar aquellos lugares donde más tarde las madres debían acudir con sus hijos a Jerusalén, sin sospechar que habrían de ser degolladas allí las criaturas. Quería impedir Herodes que su crueldad fuera causa de algún levantamiento. Hoy he visto a los soldados llegar a tres sitios diversos cuando salieron de Jerusalén: fueron a Hebrón, a Belén y a un tercer lugar que está entre los dos en dirección al Mar Muerto, cuyo nombre no recuerdo. Los habitantes de estos lugares, no sabiendo la causa de la llegada de los soldados, estaban intranquilos y sobresaltados. Como Herodes era astuto, no se traslucían sus malas ideas y buscaba a Jesús secretamente. Los soldados apostados en esos lugares permanecieron allí algún tiempo con el propósito de no dejar escapar al Niño recién nacido en Belén. Herodes hizo degollar a todas las criaturas menores de dos años.

LXXV

La Sagrada Familia en Nazaret

Hoy he visto a Ana yendo con su criada desde su casa a Nazaret. La criada llevaba un paquete colgado a su costado, una cesta sobre la cabeza y otra en la mano. Estas cestas eran redondas y una de ellas calada, porque dentro tenía aves. Llevaban alimentos para María, que no tenía instalada la cocina, porque recibía todo de la casa de Ana.

Martes, Febrero 27. — Hoy por la tarde volví a ver a Ana y a su hija mayor, María de Helí, la cual tenía junto a sí a un niñito muy robusto de cuatro a cinco años: era ya un nieto, hijo de su hija María de Cleofás. José estaba ausente, en casa de Ana. Yo pensé entre mis adentros: las mujeres son siempre del mismo modo. Las veía sentadas juntas, hablando familiarmente, jugando con el Niño Jesús, con besos y caricias y poniéndolo en los brazos del niñito de María Cleofás; todo pasaba como pasa en nuestros días en iguales casos. María de Helí vivía en una aldea

a unas tres leguas de Nazaret, hacia el Oriente, y su casa estaba también arreglada casi como la de Ana, con un patio rodeado de muros y un pozo de bomba, del cual salía un chorro de agua cuando se ponía el pie sobre un sitio determinado, cayendo el agua sobre una fuente de piedra. Su marido se llama Cleofás y su hija, casada con Alfeo, vivía en otro extremo de la aldea. Por la noche he visto a las mujeres en oración. Estaban delante de una mesa pequeña arrimada al muro y cubierta con un tapete rojo y blanco. María estaba delante de Ana y su hermana cerca de ella. A veces cruzaban las manos sobre el pecho, las juntaban y luego las extendían y María leyó en un rollo que tenía delante. Sus oraciones me recordaban la salmodia de un coro conventual, por el tono y el ritmo con que procedían.

LXXVI

El Ángel se aparece a José y le manda huir a Egipto

Noche del Jueves, Marzo 1º — Los veo partir de Nazaret. Ayer José había vuelto temprano de Nazaret y Ana y su hija estaban aún en Nazaret con María. Ya habían ido a descansar cuando el Ángel apareció a José. María y el Niño descansaban a la derecha del hogar; Ana a la izquierda; María de Helí entre la habitación de su madre y la de José. Estas diversas habitaciones estaban separadas por tabiques de ramas de árboles trenzadas y cubiertos en lo alto con zarzos de la misma clase. El lecho de María estaba separado de los demás de la pieza por medio de una mampara. El Niño Jesús dormía a los pies de María sobre unas alfombras en el suelo. Al levantarse, lo podía fácilmente tomar en brazos.

Vi a José descansando en su habitación, acostado de lado, con la cabeza sobre el brazo, cuando un joven resplandeciente se acercó a su lecho y le habló. José se incorporó; pero como estaba abrumado de sueño, volvió a caer. El Ángel lo tomó de la mano y lo levantó hasta que José volvió completamente en sí y se levantó. El Ángel desapareció. José encendió su propia lámpara en otra que estaba colgada delante del hogar en medio de la casa; luego golpeó a la entrada donde estaba María y preguntó si podía recibirlo. Lo vi entrar y hablar con María, la cual no descorrió la cortina que tenía delante. Luego José entró en una cuadra donde tenía el asno y pasó a una habitación donde había

diversos objetos y arregló todo para la pronta partida. Cuando José dejó a María, ésta se levantó y se vistió para el viaje. Fué a ver a su santa madre y le dió cuenta de la orden del Ángel de partir. Ana se levantó, como también María de Helí con su nieto. Al Niño Jesús lo dejaron aún descansando. Para aquellas santas personas la voluntad de Dios era lo primero. Estaban muy afectados y afligidos, pero no se dejaron llevar por la tristeza y dispusieron lo necesario para el viaje. María no tomó casi nada de lo que habían traído de Belén. Hicieron un envoltorio de regular tamaño con las cosas que José había dispuesto y añadieron algunas colchas. Todo esto se hizo con calma y muy rápidamente, como cuando se despierta uno para huir en secreto. María tomó al Niño y su prisa fué tanta que no la vi cambiarle pañales.

El momento de partir había llegado y no es posible decir cuánta era la aflicción de Ana y de su hija mayor: estrechaban contra su pecho al Niño Jesús, llorando, y el niñito besó también a Jesús. Ana besó varias veces a María, llorando, como si no la hubiera de ver más, mientras María de Helí se echó al suelo derramando abundantes lágrimas. Aún no era media noche cuando dejaron la casa, y Ana y María Helí acompañaron a los viajeros un trecho de camino. José marchaba detrás con el asno y aunque iban en dirección de la casa de Ana, la dejaron a un lado hacia la derecha. María llevaba al Niño Jesús sujeto con una faja que descansaba sobre sus hombros. Tenía un largo manto que la envolvía toda con el Niño y un gran velo cuadrado que no cubría más que la parte posterior de la cabeza y caía a ambos lados de la cara. Habían avanzado algo en el camino cuando José los alcanzó con el asno, cargado con un odre lleno de agua y un cesto lleno de objetos, como panecillos, aves vivas y un cantarito. El pobre equipaje de los viajeros, junto con algunas colchas, iba empaquetado alrededor del asiento, puesto de través con una tablilla para descansar los pies. Otra vez volvieron a besarse, llorando, y Ana bendijo a María, que montó sobre el asno, que conducía José, y prosiguieron su camino.

Viernes, Marzo 2. — Por la mañana temprano he visto a María de Helí que iba con su muchachito a la casa de Ana; después envió a su suegro con un servidor a Nazaret, y regresó a su propia casa. Ana estaba empaquetando y ordenando todo lo que había quedado en la casa de José. Por la mañana acudieron dos hombres de la casa de Ana: uno de ellos no llevaba encima mas que una piel de carnero, con toscas sandalias sujetas por correas en torno de las piernas; el otro llevaba ropas largas.

Ayudaron a poner orden en la casa de José, empaquetando las cosas que debían llevar a casa de Ana.

Mientras tanto vi a la Sagrada Familia, la noche de su partida, descansar en varios lugares y por la mañana en un cobertizo. Por la tarde, no pudiendo llegar más lejos, entraron en un lugar llamado Nazara, en una casa separada de las demás, porque eran tratados con cierto desprecio los dueños de ella. No eran judíos: en su religión había algo de paganismo, porque iban a adorar al monte Garizím, cerca de Samaría, por un camino montañoso y abrupto. Estaban obligados a pesadas tareas y trabajaban como esclavos en el templo y en otras obras públicas. Esta gente recibió a la Sagrada Familia con mucha amabilidad. Se quedaron allí el día siguiente. Al volver de Egipto la Sagrada Familia visitó a esa buena gente, y también más tarde, cuando Jesús tenía doce años, fueron al templo, y cuando volvió a Nazaret toda esa familia se hizo bautizar por San Juan y se unió a los discípulos de Jesús. El pueblo de Nazara no está lejos de otra ciudad puesta sobre una altura, cuyo nombre no recuerdo, pues he oído nombrar varias ciudades en los alrededores, como Legio, Massoloth, y entre ellas está Nazara, si mal no recuerdo.

LXXVII

Descanso bajo el terebinto de Abrahán

Domingo, Marzo 4. — Ayer, Sábado, después de la fiesta, la Sagrada Familia dejó a Nazara durante la noche. La he visto todo el Domingo y la noche siguiente ocultándose cerca de aquel árbol grande bajo el cual habían estado cuando fueron a Belén y donde María había sufrido tanto el frío. Este árbol era el terebinto de Abrahán, cerca del bosque de Moré, no muy distante de Siquem, de Yhenat, de Silch y de Aruma. Las intenciones de Herodes se conocían en aquel país y por eso no se sentían seguros. Cerca de este árbol fué donde Jacob enterró los ídolos robados a Labán, y junto a este terebinto Josué reunió al pueblo y estuvo levantado el tabernáculo donde se hallaba el Arca de la Alianza y exigió al pueblo renuncia de los ídolos. Allí fué saludado como rey por lo siquemitas, Abimelec, hijo de Gedeón.

Esta mañana he visto a la Sagrada Familia descansando, muy temprano, junto a una fuente, bajo unos arbustos de bálsamo, en una región fértil. El Niño Jesús estaba con los pies desnudos

sobre las rodillas de María. Los arbustos estaban cubiertos de bayas rojas: en algunas ramas había incisiones, de las que salía el líquido que era recogido en pequeños recipientes. Yo me maravillaba de que no los robaran. José llenó su cantarito con el licor que manaba y comieron lo que habían traído, pan y bayas recogidas en los arbustos vecinos, mientras el asno pastaba y abrevaba junto a ellos. Hacia la izquierda se veía, en lontananza, la altura donde estaba asentada Jerusalén. Era un cuadro conmovedor mirarla desde este lugar.

LXXVIII

Santa Isabel huye al desierto con el niño Juan

Martes, Marzo 6. — Zacarías e Isabel conocían el peligro que amenazaba a los niños, porque creo que la Sagrada Familia les envió un mensaje de confianza. He visto a Isabel llevándose al niño Juan a un sitio muy retirado del desierto, a unas dos leguas de Hebrón. Zacarías los acompañó hasta un lugar donde atravesaron un arroyuelo, pasando sobre una viga tendida. Allí se separó de ellos y se encaminó a Nazaret por el camino que María había tomado cuando fué a visitar a su prima Isabel. Creo que iba a pedir mejores informes a Santa Ana. Allí, en Nazaret, varios amigos de la Sagrada Familia estaban muy tristes por la partida. He visto que Juan, en el desierto, no llevaba sobre el cuerpo más que una piel de cordero, y a los dieciocho meses ya podía correr y saltar. Tenía en la mano un bastoncito blanco, con el que jugaba como juegan los niños. El desierto no era una inmensa extensión arenosa y estéril, sino una soledad con muchas rocas, barrancos y grutas, donde crecían arbustos diversos con bayas y frutos silvestres. Isabel llevó al niño Juan a una gruta donde más tarde vivió María Magdalena después de la muerte del Salvador. No sé cuánto tiempo estuvo oculta allí Isabel con el niño: probablemente quedó todo el tiempo hasta que no podía ya temerse la persecución de Herodes. Regresó con su hijo a Juta, pero volvió a huir cuando Herodes convocó a las madres que tenían hijos menores de dos años, lo cual tuvo lugar un año más tarde. No puedo decir los días, pero contaré las escenas de la huída conforme recuerdo haberlas visto.

LXXIX

La Sagrada Familia se detiene en una gruta y ve al niño Juan

Cuando hubo pasado la Sagrada Familia algunas alturas del Monte de los Olivos, la vi huyendo hacia Belén, en dirección de Hebrón. A unas dos leguas del bosque de Mambré los vi refugiarse en una gruta amplia, abierta en un desfiladero agreste, encima del cual se hallaba un lugar parecido al nombre de Efraim. Me parece que era la sexta vez que se detenían en el camino. Llegaron llenos de fatiga y de tristeza. María estaba muy afligida y lloraba. Sufrían toda clase de privaciones, pues tenían que tomar los senderos apartados y evitar los poblados y las posadas públicas. Descansaron durante todo el día. Tuvieron lugar aquí algunos hechos milagrosos para aliviar su miseria. Brotó una fuente en la gruta, por la oración de María, y una cabra salvaje se acercó a ellos y se dejó ordeñar. Finalmente se les apareció un ángel, que los consoló y animó. En esta gruta había rezado a menudo un profeta y Samuel se detuvo algunas veces. David guardaba en la vecindad los rebaños de su padre, y aquí mismo mientras oraba recibió de un ángel la orden y el mandato de combatir contra Goliat(*).

Después de dejar la gruta caminaron siete leguas hacia el Mediodía, dejando a su izquierda el Mar Muerto, y unas dos leguas más allá de Hebrón entraron en el desierto donde se encontraba por entonces el pequeño Juan, pasando a un tiro de flecha de la gruta donde estaban refugiados. Los he visto avanzar en medio de un desierto de arena, muy lánguidos y cansados. El recipiente de agua y el cantarillo de bálsamo estaban vacíos; María estaba sedienta y triste, y el Niño también tenía sed. Se detuvieron fuera del camino en una hondonada donde había zarzales y un poco de césped reseco. María bajó del asno, sentóse en el suelo y puso al Niño ante sí. Estaba triste y rezaba. Mientras María, como Agar en el desierto, pedía un poco de agua para el Niño, mis ojos vieron una escena conmovedora. La gruta donde Isabel tenía escondido al niño Juan, estaba a poca distancia, en medio de unas rocas altas. Pude ver al niño Juan vagando entre malezas y piedras. Me pareció lleno de inquietud y como si esperara algo; no pude ver a su madre.

(*) Arvieux, en el segundo tomo de sus Memorias (Leipzig, 1783), dice: "Entre Hebrón y Belén pasamos por la aldea de la Santísima Virgen, donde se dice que descansó cuando huía a Egipto".

La vista de aquel niño corriendo con paso seguro por ese lugar desierto producía una viva impresión. De la misma manera que se había estremecido en el seno de su madre, como queriendo ir al encuentro de su Señor, esta vez se hallaba excitado por la vecindad de su Redentor, que estaba sediento. Tenía sobre los hombros una piel de cordero, sujeta por la cintura, y en la mano un bastoncito, en cuya alta punta flotaba una banderola de corteza. Sentía que Jesús pasaba y que tenía sed. Se puso de rodillas y clamó a Dios con los bracitos tendidos. Luego se levantó con rapidez corrió impulsado por el espíritu hasta un costado de la roca, y golpeó el suelo con su vara, brotando de inmediato agua abundante. Juan corrió hacia el sitio donde caía, y allí se detuvo, y vió a lo lejos a la Sagrada Familia que pasaba. María alzó al Niño en los brazos y señalando hacia el lugar, dijo: "Mira a Juan en el desierto". Vi a Juan estremecerse de alegría junto al agua que caía; hizo una señal con su banderola, y luego huyó a su soledad. El arroyo, después de algún tiempo, llegó hasta el camino que seguían los viajeros. Los he visto pasar y detenerse junto a unos zarzales en un lugar cómodo donde había un poco de césped, aunque seco. María bajó con el Niño de la cabalgadura y se sentó sobre el césped. Todos estaban llenos de alegría. José cavó una pequeña hondura, que pronto se llenó de agua, y cuando estuvo limpia todos bebieron. María bañó al Niño y luego se lavaron las manos, la cara y los pies; José trajo el asno y le dió de beber, y finalmente llenó de agua su recipiente. Estaban llenos de alegría y de agradecimiento. El césped seco reverdeció con el agua; el sol se mostró brillante, y todos se encontraron reanimados, aunque silenciosos. Se detuvieron allí dos o tres horas.

A poca distancia de una ciudad sobre la frontera del desierto, a dos leguas más o menos del Mar Muerto, fué donde se detuvo la Sagrada Familia por última vez en los dominios de Herodes. El nombre de la ciudad era así como Anam, Anem o Anim(*). Pidieron entrada en una casa aislada, que era posada para gentes que atravesaban el desierto. Contra una altura había algunas cabañas y cobertizos, y en los alrededores muchos frutales silvestres. Me pareció que los habitantes eran camelleros, porque he visto pastando varios camellos rodeados de vallas. Eran gentes de costumbres salvajes, dedicadas, me pa-

(*) San Jerónimo y Eusebio hablan de un lugar llamado Anim o Anem, a nueve millas al Sur de Hebrón, en el distrito de Daroma.

rece, al pillaje; con todo, recibieron bien a la Sagrada Familia y le dieron hospitalidad. En la vecina ciudad habitaban gentes de costumbres desordenadas, que habían huído después de una guerra. Entre las personas de la posada había un joven de unos veinte años, llamado Rubén.

Jueves, Marzo 8. — En una noche estrellada he visto hoy a la Sagrada Familia atravesando un terreno arenoso, cubierto de maleza corta. Me parecía viajar con ellos por el desierto. El paraje era peligroso por la cantidad de serpientes ocultas en la maleza y enrolladas entre la hojarasca. Se acercaban silbando y levantando sus cabezas contra la Sagrada Familia, que pasaba tranquila, rodeada de luz. He visto otros animales dañinos, de patas cortas, y una especie, con alas sin plumas, como grandes aletas, y el cuerpo largo y negruzco. Pasaban rápidamente como si volaran; la cabeza se parecía a la de los peces. (Quizás lagartos voladores). La Sagrada Familia llegó a un camino ahuecado, que era una excavación profunda del terreno y quisieron descansar allí entre los zarzales. Tuve miedo por ellos, porque el sitio era horrible y quise hacerles una muralla de zarzas entrelazadas; pero se me presentó una bestia horrible, parecida a un oso y me sentí llena de ansiedad terrible. De pronto apareció un viejo amigo mío, sacerdote, que ha muerto hace poco, y se presentaba ahora como un hermoso joven. Tomó a la bestia feroz por la nuca y la alejó de allí. Yo le pregunté por qué había venido, pues seguramente se encontraría mejor allá donde estaba, y me respondió: "Quería socorrerte; no me quedaré mucho tiempo". Me dijo también que yo volvería a verlo.

LXXX

En la morada de los ladrones

La Santa Familia avanzó unas dos leguas hacia el Oriente por el camino principal; el último sitio donde llegaron, entre la Judea y el desierto, tenía el nombre de Mara. Pensé en el lugar donde había nacido Ana, pero no es éste. Los habitantes eran bárbaros e inhospitalarios, y la Sagrada Familia no recibió ayuda alguna. Entraron más tarde en un gran desierto arenoso, donde no había camino ni nada que indicara la dirección que debían tomar, y no sabían qué hacer. Después de haber andado un poco subieron por una cadena de montañas sombrías. Estaban de nuevo tristes y se pusieron a rezar de rodillas, clamando al

Señor que los ayudase. Varios animales salvajes grandes se agruparon a su alrededor. Me pareció al principio que eran peligrosos, pero aquellas bestias no eran malas; por el contrario, miraban a los viajeros amistosamente, como me mira el viejo perro de mi confesor cuando viene hacia mí. Entendí que aquellas bestias fueron mandadas para indicarles el camino. Miraban hacia la montaña; corrían delante; luego volvían, como hace un perro cuando quiere guiar a su dueño.

Vi a la Sagrada Familia seguir a las bestias y, atravesando esas montañas, llegar a una región triste y agreste. Todo estaba oscuro y los viajeros caminaron a lo largo de un bosque, donde, fuera del camino delante del bosque, había una choza de mal aspecto. A poca distancia de ella veíase colgada una lámpara de un árbol, que se distinguía desde lejos, destinada a atraer a los caminantes. El camino era difícil, cortado a trechos por zanjas. Había hoyos alrededor de la choza y por el camino hilos ocultos tendidos unidos a unas campanillas puestas en la cabaña. Los ladrones eran de este modo avisados de la presencia de viajeros, y salían a despojarlos.

Esta cabaña no estaba siempre en el mismo lugar: como era movible sus habitantes la trasladaban de un lugar a otro, según las necesidades. Cuando la Sagrada Familia llegó adonde estaba la linterna, se encontró rodeada por el jefe de los ladrones y cinco de sus compañeros. Tenían al principio malas intenciones; pero vi que partía del Niño Jesús un rayo luminoso que como una flecha tocó el corazón del jefe de la banda, el cual ordenó a su gente que no hicieran daño alguno a los viajeros. María vió este rayo luminoso llegar al corazón del jefe, porque a su vuelta contó el hecho a la profetisa Ana. El ladrón condujo a la Sagrada Familia a la cabaña, donde se encontraba su mujer y sus dos hijos. Ya era de noche. El hombre contó a su mujer la impresión extraordinaria que le produjo la vista del Niño y la mujer recibió a la Sagrada Familia con timidez, aunque con buena voluntad. Los viajeros se sentaron en el suelo, en un rincón de la casa y comieron algo de lo que llevaban. Los dueños de casa se mostraron al principio tímidos y reservados, cosa no habitual en ellos; pero poco a poco se fueron acercando. Otros hombres albergaron el asno de José bajo un cobertizo. Aquellas gentes se animaron poco a poco y fueron colocándose en torno de la Sagrada Familia y conversaron. La mujer ofreció a María panecillos con miel y frutas y trajo agua para beber. El fuego estaba encendido en una excavación hecha en un rincón de la casa.

La mujer arregló un sitio separado para María y le llenó, a su pedido, una gamella llena de agua para bañar al Niño, lavando también sus pañales que puso a secar junto al fuego. María bañó al Niño Jesús bajo una sábana.

El ladrón estaba tan conmovido, que dijo a su mujer: "Este Niño judío no es un niño común: es un niño santo. Pídele a la madre que nos deje bañar a nuestro hijo leproso en el agua donde ha lavado a su hijo. Quizás esto lo cure de su enfermedad". Cuando la mujer se acercó, la Virgen le dijo, antes que ella hablara, que debía bañar a su niño leproso en aquella agua, y la mujer trajo a un muchacho de tres años más o menos en sus brazos. Estaba muy comido por la lepra y su cara era toda una costra. El agua donde Jesús había sido bañado aparecía más clara que antes y al ser puesto el niño dentro del agua las costras se desprendieron y el niño se encontró perfectamente curado. La madre estaba fuera de si de contenta, y quería besar a María y al Niño Jesús; pero María no se dejó tocar por ella ni tocar al Niño. María le dijo que cavara una pequeña cisterna, echase el agua dentro, y que la virtud curativa del agua pasaría a la cisterna. Conversó un rato con ella, la cual prometió dejar ese lugar en la primera oportunidad que se le presentara. Los padres sentían gran alegría por la curación del hijo, y habiendo acudido otros durante la noche, ellos les mostraban al niño, contándoles lo acontecido. Los recién llegados, entre los cuales había algunos jóvenes, rodeaban a la Sagrada Familia, mirándola con gran asombro. Me extrañó más esta actitud de los bandidos al mostrarse tan respetuosos con la Sagrada Familia, porque los había visto esa misma noche asaltar a varios viajeros atraídos por la luz y conducirlos a una gran caverna que estaba más abajo, en el bosque. Esta caverna, con la entrada oculta por malezas, parecía servirles de depósito, porque vi allí a varios niños robados de siete a ocho años y a una vieja que cuidaba de todo lo que había almacenado. Allí adentro he visto vestidos, carpetas, carne, camellos, carneros, animales grandes y presas de toda clase.

Durante la noche vi a María descansando un rato, la mayor parte del tiempo sentada en su lecho. Salieron por la mañana temprano, provistos de alimentos que les habían dado los bandidos. Aquellas gentes los acompañaron un trecho, los guiaron a través de varias zanjas y se despidieron de ellos con gran emoción. El jefe dijo a los viajeros de modo muy expresivo: "Acordaos de nosotros dondequiera que vayáis". Al oír estas palabras vi de pronto la escena de la Crucifixión y escuché al buen ladrón

diciendo a Jesús: "Señor, acuérdate de mi cuando hayas llegado a tu reino". Reconocí en el buen ladrón al niño curado de la lepra: La mujer del bandido dejó, después de algún tiempo, la mala vida y fué a vivir en un sitio donde había descansado la Sagrada Familia. Allí había brotado una fuente y crecido un jardín de arbustos de bálsamos. Varias familias buenas fueron más tarde a habitar en aquel lugar.

LXXX

La primera ciudad egipcia. - La fuente milagrosa

He visto a la Sagrada Familia entrar en un lugar desolado: se habían extraviado y vi que se acercaban reptiles de diversas clases, entre ellos unos lagartos con alas de murciélagos, que iban arrastrándose y muchas serpientes. No les hicieron daño alguno, más bien parecía que querían indicarles el camino. Algún tiempo después, no sabiendo ya qué dirección tomar, vi que les fué mostrado el camino por medio de un gracioso milagro. A ambos lados del camino brotó la rosa llamada de Jericó con ramas de hojas rizadas que tenían florecitas en el centro. Avanzaron con alegría en medio de ellas, viendo que se alzaban las flores en toda la extensión que alcanzaba la vista. Este prodigio continuó por todo el desierto. A la Virgen le fué revelado que más tarde vendrían gentes del país a recoger estas flores, para venderlas a viajeros extranjeros y comprar pan con el producto de la venta. En efecto, he visto que así sucedió más tarde. El nombre del lugar era Gaz o Gose.

Los he visto arribar a un lugar llamado, si mal no recuerdo, Lep o Lap, donde había agua, fosos, canales y diques. Para atravesar el arroyo lo hicieron en balsas de madera, en las cuales había unas tinas donde metían a los asnos. Los que los pasaron en balsas fueron dos hombres de feo aspecto, cetrinos, con narices muy chatas y labios gruesos, que andaban medio desnudos. Más tarde llegaron a unas casas apartadas de la población, pero al ver a los habitantes tan altaneros y soeces, no pararon ni hablaron con ellos. Habían llegado a la primera población pagana egipcia, habiendo viajado durante diez días en territorio de Judea y otros diez en el desierto.

He visto a la Sagrada Familia en un país llano, en territorio egipcio. Aparecían grandes praderas donde pastaban los rebaños. Vi árboles a los cuales habían sujetado algunos ídolos semejantes

a niños fajados. Las tiras que los sujetaban estaban cubiertas de figuras y caracteres. Algunos hombres gruesos, de corta estatura, vestidos al modo de los hilanderos que he visto en el país de los tres Reyes, rendían homenajes a esos ídolos. La Sagrada Familia se refugió en un corral, del cual salieron las bestias para dejarles lugar. No tenían en ese momento ni agua ni alimento y nadie les dió cosa alguna. María apenas podía alimentar a su Niño. Soportaron todos los sufrimientos humanos en esos días. Cuando finalmente llegaron algunos pastores a dar de beber a sus animales en un pozo cerrado, le dieron a José un poco de agua para satisfacer su pedido. Más tarde vi a la Sagrada Familia, desprovista de todo socorro humano, atravesando un bosque, a la salida del cual había un datilero muy alto con gran número de dátiles en su extremidad superior pendientes de un racimo. María se acercó al árbol, tomó en sus brazos al Niño Jesús, y alzándolo, rezo una oración. El árbol inclinó su copa como arrodillándose ante ellos, y pudieron así recoger su abundante fruta. El árbol quedó en la misma posición. Toda clase de gente del lugar seguía luego a la Sagrada Familia, mientras María repartía dátiles a muchos niños desnudos que corrían detrás de ella. Como a un cuarto de legua llegaron cerca de un sicomoro de grandes dimensiones y se metieron dentro del hueco del árbol que estaba en gran parte vacío, ocultándose a la vista de la gente que los seguía, de tal modo que pasaron de largo por el lugar sin verlos y así pudieron pasar la noche ocultos.

Los he visto al día siguiente seguir a través de un arenal. Sin agua y cansados se detuvieron junto a un montículo del camino. María rezó con fervor y vi entonces brotar un manantial de agua abundante que regaba la tierra reseca del arenal. José le abrió un cauce para apresar el agua en un hoyo que hizo y se detuvieron a descansar. María lavó y refrescó al Niño, y José llenó su odre de agua y dió de beber al asno. He visto que se acercaban para refrescarse unos animales muy feos, como grandes lagartos, y también tortugas. No hicieron daño alguno a la Sagrada Familia, sino que, por el contrario, la miraban con expresión de cariño amistoso. Vi que el agua brotada, después de recorrer un camino bastante largo, volvía a resumirse en la tierra a poca distancia de la primera fuente. La tierra regada por esta agua fué fecunda, de modo que pronto se cubrió de abundante vegetación y creció allí el árbol del bálsamo en abundancia. A la vuelta de Egipto, pudieron sacar bálsamo de esos mismos árboles. Más tarde este lugar fué conocido como "el

monte del bálsamo". Se establecieron allí varias personas, entre ellas la madre del niño leproso curado en la choza de los ladrones. Volví después a ver este lugar. Un hermoso cerco de árboles de bálsamo rodeaba todo el monte, donde habían plantado otros frutales. Abrieron un pozo ancho y profundo del cual sacaban agua por medio de una noria tirada por bueyes y que, mezclada con la fuente de María, la utilizaban para regar jardines y huertas. Sin esa mezcla he entendido que el agua del pozo hubiera sido mala y dañosa. Noté también que los bueyes que tiraban de la noria dejaban de trabajar desde el Sábado al mediodía hasta el Lunes por la mañana.

LXXXI

El ídolo de Heliópolis

Después de haber descansado y tomado alimentos se encaminaron a una gran ciudad, bien construída, aunque por entonces medio ruinosa; era Heliópolis, llamada también On. Este era el lugar donde, en tiempos de los hijos de Jacob, habitaba el sacerdote egipcio Putifar, en cuya casa vivía la joven Asenet, la hija que había tenido Dina después que fué robada por los siquemitas, y que se casó más tarde con José, virrey de Egipto. He visto que allí vivía, cuando murió Jesús en la cruz, Dionisio el Areopagita. La ciudad había sido devastada por la guerra; y fueron a establecerse toda clase de gentes en sus ruinosos edificios. Pasaron allí por un puente muy ancho y muy largo, a través de un río con varios brazos. Llegaron a una plazoleta situada delante de la puerta de la ciudad, bordeada por una especie de paseo. Había allí sobre una columna tronchada, más ancha en su base que en la altura, un ídolo grande con cabeza de buey que tenía en sus brazos algo así como un niño fajado. Alrededor del ídolo había unas mesas de piedras sobre los cuales ponían sus ofrendas las gentes que venían de todas partes de la ciudad.

Cerca de allí había un árbol corpulento bajo el cual la Sagrada Familia se detuvo a descansar. Hacía algunos momentos que estaban allí descansando cuando tembló la tierra; el ídolo tambaleó sobre su base y cayó a tierra. Este hecho fué causa de gran tumulto: la gente comenzó a dar voces y acudieron varios hombres que trabajaban en el canal. Un buen hombre, que había acompañado a la Sagrada Familia por el camino, acudió también

y la condujo rápidamente a la ciudad; creo que era uno de los trabajadores del canal. Se hallaban fuera de la plaza cuando el pueblo, atribuyendo a ellos la caída de su ídolo, se enfureció contra ellos y los amenazaba e injuriaba. Mientras sucedía esto la tierra tembló nuevamente, el árbol se desplomó, cortándose sus raíces, y el suelo donde habían estado el árbol y el ídolo se convirtió en un lodazal de agua negra y fangosa, donde se hundió el ídolo hasta los cuernos, que sobresalían. También se hundieron en el pantano algunos perversos de aquella multitud furiosa. La Sagrada Familia continuó tranquila su viaje, dirigiéndose a la ciudad. Fueron a albergarse en un edificio sólido junto al templo grande de un ídolo donde encontraron sitios desocupados.

LXXXII

La Sagrada Familia en Heliópolis

Una vez que atravesé el mar y fuí a Egipto ví a la Sagrada Familia habitando aún en la gran ciudad en ruinas. Esta ciudad se extiende a lo largo de un gran río de varios brazos y se ve desde lejos debido a su elevada posición. Hay algunas partes abovedadas, debajo de las cuales corre el río. Para pasar a través de los brazos del río usan vigas colocadas sobre el agua. Vi allí, con gran admiración mía, restos de grandes edificios, torres en ruinas y templos en bastante buen estado. Había columnas que parecían torres, a las cuales se podía subir por la parte exterior; otras muy altas terminadas en punta y cubiertas con imágenes extrañas y figuras semejantes a perros acurrucados con cabeza humana. La Sagrada Familia habitaba las salas de un gran edificio, sostenido por un lado por gruesas columnas de poca altura, unas de canto recto y otras redondas. Bajo las columnas habitaban muchas personas. En la parte alta, encima del edificio, había un camino por el que se podía transitar, y enfrente un gran templo de ídolos con dos patios. Delante de un espacio cerrado por un lado y abierto por otro, bajo una hilera de gruesos pilares, había hecho José una construcción liviana de madera, dividida en varias partes por medio de tabiques, donde habitaba la Sagrada Familia. Noté, por primera vez que detrás de aquellos tabiques tenían un altarcito ante el cual oraban: era una mesa pequeña cubierta por un paño rojo y otro blanco transparente. Encima pendía una lámpara. Más tarde vi a José, ya bien insta-

lado allí y que a menudo salía afuera a trabajar. Hacía bastones con pomos redondos en la extremidad, cestos y banquitos de tres pies y levantaba tabiques livianos con ramas entrelazadas y tejidas. Las gentes del país las untaban con un baño especial y las utilizaban para dividir las viviendas en compartimentos, contra los muros y aún dentro de los muros, que eran de mucho espesor. Con tablas delgadas y largas hacían torrecitas livianas de seis y ocho lados terminados en punta con adorno redondo por remate. Una parte quedaba abierta de modo que podía una persona refugiarse dentro como en una garita: tenían escalones por fuera para poder subir hasta la punta de la torre. Delante de los templos de los ídolos y sobre las azoteas vi estas torrecitas, que parecían refugios para guardianes como defensa contra los ardores del sol.

Vi a la Virgen Santísima ocupada en trenzar alfombras y en otros trabajos para los cuales se servía de un bastón con pomo: me parecía que hilaba o hacía otra labor semejante. Vi a menudo gente que iba a visitarla y a ver al Niño Jesús que estaba a su lado, en el suelo, en una cunita. Esta cunita la vi con frecuencia colocada sobre una tijera parecida a la de los aserradores. He visto al Niño graciosamente acostado y una vez lo vi sentado mientras María tejía a su lado teniendo junto a sí una cestilla con utensilios. Había otras tres mujeres allí. Los hombres que se habían refugiado en la ciudad ruinosa vestían como aquéllos que hilaban algodón que vi cuando fuí al encuentro de los Reyes Magos; pero éstos llevaban unos vestidos cortos en torno del cuerpo. Vi muy pocos judíos, rondando con precaución, como si no tuvieran autorización para habitar la ciudad. Al norte de Heliópolis, entre la ciudad y el río Nilo, que se devidía en varios brazos, estaba el país de Gessen. Allí había un lugar, entre dos canales, donde vivían muchos judíos que habían degenerado en la práctica de la religión. Como varios conocían a la Sagrada Familia, María hacía para ellos toda clase de labores femeninas con que ganarse el sustento. Estos judíos de Gessen tenían un templo que comparaban con el de Salomón, pero que era muy distinto. Vi otras veces a la Sagrada Familia viviendo en Heliópolis, cerca del templo de los ídolos de que ya he hablado. José había construído, no lejos de allí, un oratorio para los judíos, porque antes de llegar José no tenían lugar donde ejercer su culto religioso. El oratorio terminaba en una cúpula liviana, que se podía abrir al aire libre. En el centro había una mesa donde colocaban rollos escritos. El sacerdote o escriba de

la ley era un anciano; los hombres se colocaban a un lado y las mujeres a otro, cuando se reunían para rezar. Vi a la Virgen Santísima la primera vez que fué con el Niño al oratorio: estaba sentada en el suelo, apoyada sobre un brazo. El Niño Jesús, vestido de celeste, estaba delante de ella, con las manecitas juntas sobre el pecho. José parábase detrás de ella, cosa que hacía siempre, a pesar de que los demás se sentaban.

Me fué mostrado el Niño Jesús cuando era ya grandecito y recibía la visita de otros niños. Ya podía hablar y corretear. Estaba casi siempre al lado de José y lo acompañaba cuando salía. Tenía un vestidito semejante a una túnica hecha de una sola pieza. Como habitaban junto a un templo de ídolos, algunos de ellos cayeron hechos pedazos. Había quienes se acordaban de la caída de aquel gran ídolo que estaba delante de la puerta cuando ellos llegaron y atribuían el hecho a la cólera de los dioses contra ellos. A causa de esto tuvieron que sufrir muchas molestias y persecuciones.

LXXXIII

La matanza de los inocentes

Se apareció un Ángel a María y le hizo conocer la matanza de los niños inocentes por el rey Herodes. María y José se afligieron mucho y el Niño Jesús, que tenía entonces un año y medio, lloró todo el día. He sabido lo siguiente: Como no volvieron los Reyes Magos a Jerusalén, y estando Herodes ocupado en algunos asuntos de familia, sus temores se habían calmado un tanto; pero cuando regresó la Sagrada Familia a Nazaret y oyó las cosas que habían acontecido en el templo y las predicciones de Simeón y de Ana en la ceremonia de la Presentación en el templo, aumentaron sus temores y angustias. Mandó soldados que con diversos pretextos debían guardar los lugares alrededor de Jerusalén, a Gilgal, a Belén hasta Hebrón, y ordenó hacer un censo de los niños. Los soldados ocuparon esos lugares durante nueve meses, mientras Herodes se hallaba en Roma. Después de su vuelta se produjo la degollación de los inocentes. Juan tenía entonces dos años, y había estado escondido en casa de sus padres antes que Herodes diera la orden para que las madres se presentaran con sus hijos de dos años o menos ante las autoridades locales. Isabel, advertida por un ángel, volvió a huir al desierto con el niño Juan. Jesús tenía entonces año y medio.

La matanza tuvo lugar en siete sitios diferentes. Se había engañado a las madres, prometiéndoles premios a su fecundidad; por eso ellas se presentaban a las autoridades vistiendo a sus criaturas con los mejores trajecitos. Los hombres eran previamente alejados de las madres. Los niños, separados de sus madres, fueron degollados en patios cerrados y luego amontonados y enterrados en fosos.

Hoy, al mediodía, vi a las madres con sus niños de dos años o menos acudir a Jerusalén, desde Hebrón, Belén y otro lugar donde Herodes había ordenado a sus soldados y funcionarios. Se dirigían a la ciudad en grupos diversos: algunas llevaban dos niños montados en asnos. Cuando llegaban eran conducidas a un gran edificio siendo despedidos los hombres que las habían acompañado. Las madres entraban alegremente, creyendo que iban a recibir regalos y gratificaciones en premio a su fecundidad. El edificio estaba un tanto aislado y bastante cerca del que fué más tarde el palacio de Pilatos. Como se hallaba rodeado de muros, no se podía saber desde afuera lo que pasaba adentro. Parecía aquello un tribunal, pues vi unos pilares en el patio y bloques de piedra con cadenas colgantes. También vi árboles que se encorvaban y ataban juntos y luego, soltados rápidamente, despedazaban a los desgraciados a ellos atados. Todo el edificio era sombrío, de construcción maciza. El patio era casi tan grande como el cementerio que hay al lado de la iglesia parroquial de Dülmen. Se abría una puerta entre dos muros y se llegaba al patio, rodeado de construcciones por tres lados. Los edificios de derecha e izquierda eran de un solo piso y el del centro parecía una antigua sinagoga abandonada. Varias puertas daban al patio interno. Las madres eran llevadas a través del patio a edificios laterales, y allí encerradas. Parecía aquello una especie de hospital o posada. Cuando se vieron encerradas, tuvieron miedo y empezaron a llorar y a lamentarse. Pasaron la noche allí dentro.

Marzo 9. — Hoy, después de mediodía, vi el cuadro horrible de la matanza de los niños. El gran edificio posterior que cerraba el patio tenía dos pisos. El inferior era una sala grande, desprovista, parecida a una prisión, o a un cuerpo de guardia, y en el piso superior había ventanas que daban al patio. Allí vi a algunas personas reunidas en un tribunal; delante de ellas había rollos sobre una mesa. Creo que Herodes estaría presente, pues vi a un hombre con manto rojo adornado de piel blanca, con pequeñas colas negras. Estaba rodeado de los demás y miraba

por la ventana de la sala que daba al patio. Las madres eran llamadas una a una para ser llevadas desde los edificios laterales hasta la sala inferior grande del cuerpo que estaba detrás. Al entrar, los soldados les quitaban los niños, llevándolos al patio, donde unos veinte hombres los mataban atravesándoles la garganta y el corazón con espadas y picas. Había niños aún fajados, a los cuales amamantaban sus madres, y otros que usaban ya vestiditos. No se ocuparon de desvestirlos, sino que tal como venían los tomaban del bracito o del pie y los arrojaban al montón. El espectáculo era de lo más horrible que puede imaginarse.

Entre tanto las madres eran amontonadas en la sala grande, y cuando vieron lo que hacían con sus niños, lanzaban gritos desgarradores, mesándose los cabellos y echándose en brazos unas de otras. Al fin se encontraron tan apretadas que apenas podían moverse. Me parece que la matanza duró hasta la noche. Los niños fueron echados más tarde en una fosa común, abierta en el mismo patio. Me fué dicho el número de ellos, pero ya no me acuerdo. Creo que había setecientos, más una cifra donde había un siete o diez y siete. Cuando vi este cuadro horrible no sabía donde estaba ocurriendo eso, y me parecía que era aquí, donde estaba yo. A la noche siguiente vi a las madres sujetas con ligaduras y conducidas por los soldados a sus casas. El lugar de la matanza en Jerusalén fué el antiguo patio de las ejecuciones, a poca distancia del tribunal de Pilatos; pero en la época de éste había sufrido varios cambios. Cuando murió Jesús, vi que se abrió la fosa donde estaban los niños inocentes y que sus almas salieron de allí apareciéndose en diversos lugares.

LXXXIV

Santa Isabel vuelve a huir con el niño Juan

Santa Isabel, avisada por un ángel antes de la matanza de los inocentes, se refugió con el pequeño Juan nuevamente en el desierto. Vi que estaba buscando durante mucho tiempo una cueva que le pareciera segura y escondida: cuando la encontró permaneció allí con el niño durante unos cuarenta días. Más tarde volvió a su hogar, y un esenio del monte Horeb fué al desierto para llevar alimentos al niño y ayudarle en sus necesidades. Este hombre, cuyo nombre he olvidado, era pariente de la profetisa Ana. Al principio iba cada semana y después cada

quince días, mientras Juan necesitó ayuda. No tardó en llegar el momento en que al niño le gustaba más estar en el desierto que entre los hombres. Estaba destinado por Dios para crecer allí en toda inocencia, sin contacto con los hombres y sus maldades. Juan, como Jesús, no fué a la escuela, y era instruído por el Espíritu Santo. A menudo vi una luz a su lado o figuras luminosas como las de los ángeles. El desierto no era estéril ni desolador, porque entre las rocas brotaban abundantes hierbas y arbustos con frutas y bayas de diversas clases. He visto allí fresas silvestres que recogía el niño para comer. Tenía extraordinaria familiaridad con los animales, especialmente con los pájaros que venían volando para posarse sobre sus hombros; y mientras él les hablaba, parecía que le comprendieran y le servían de mensajeros. A veces iba a lo largo de los arroyos: los peces le eran familiares, porque se acercaban cuando los llamaba y le seguían cuando caminaba al borde del agua. Vi que se alejaba mucho de los lugares habitados por el peligro que le amenazaba. Los animales lo querían tanto que le servían en muchas cosas. Lo llevaban a sus refugios o a sus nidos, y cuando los hombres se acercaban, él podía huir a los escondites sin peligro. Se alimentaba de frutas silvestres y de raíces; no le costaba mucho encontrarlas, pues los animales mismos lo conducían donde estaban y se las mostraban. Llevaba siempre su piel de cordero y su varita y se internaba cada vez más en el desierto. A veces se acercaba a su pueblo y dos veces vió a sus padres que anhelaban vivamente su presencia. Ellos debían tener revelaciones, pues cuando Isabel o Zacarías deseaban ver a Juan, éste no dejaba de acudir a su encuentro desde muy lejos.

LXXXV

La Sagrada Familia se dirige a Matarea

Estuvieron diez y ocho meses en Heliópolis, y teniendo ya Jesús alrededor de dos años, dejaron la ciudad por falta de trabajo y por las persecuciones de que eran objeto. Al mediodía se encaminaron hacia Menfis. Mientras pasaban por una pequeña ciudad, no lejos de Heliópolis, descansaron en el vestíbulo del templo de un ídolo; éste cayó por tierra y se rompió en pedazos. El ídolo tenía cabeza de buey, con tres cuernos; en su cuerpo había varias aberturas donde ponían a quemar las ofrendas. La caída del ídolo produjo un gran tumulto entre los sacer-

dotes paganos, que detuvieron a la Sagrada Familia con amenazas e injurias. Uno de ellos, sin embargo, dijo que quizás fuera mejor encomendarse al dios de esa gente, recordándoles las desgracias que habían sufrido sus antepasados que persiguieron a la raza a la cual pertenecían estos extranjeros, y les recordó la muerte de los primogénitos de cada familia la noche anterior a la salida de Egipto. Después de esto dejaron marchar a la Sagrada Familia sin hacerle daño. Caminaron hasta la ciudad de Troya, en la orilla oriental del Nilo, frente a Menfis. Había en esa villa mucho barro. Pensaron quedarse; pero no los recibieron en ninguna parte y hasta les rehusaron el agua para beber y los pocos dátiles que pedían. La ciudad de Menfis se veía en la otra orilla. El río era muy ancho en ese punto, había algunas islas y una parte de la ciudad se extendía al otro lado.

He visto el sitio donde fué descubierto Moisés, siendo niño, entre juncos y cañaverales. En tiempos del Faraón había un gran palacio con jardines y una alta torre a la cual subía a menudo la hija del Faraón. Menfis formaba como tres ciudades en ambos lados del río. La ciudad de Babilonia, en la orilla oriental del Nilo, un poco más adelante, casi formaba parte del conjunto de edificación de Menfis. En la época del Faraón, toda esa región del Nilo entre Heliópolis, Babilonia y Menfis, estaba llena de altos diques de piedra, de canales y de edificios, unos contra otros, de modo que el conjunto constituía como una sola ciudad. En la época de la Sagrada Familia había grandes separaciones y lugares desocupados. La Sagrada Familia se dirigió al Norte descendiendo el río en dirección a Babilonia. Esta ciudad estaba despoblada y aparecía mal construída y llena de fango. Costearon la ciudad, pasando entre el Nilo y la población, y dirigieron sus pasos en dirección opuesta a la que llevaban. Recorrieron unas dos leguas por la ribera del Nilo. Al borde del camino se alzaban edificios en ruinas. Atravesaron un canal y un pequeño brazo de río y llegaron a un paraje cuyo nombre primitivo no recuerdo, que más tarde se llamó Matarea. Estaba cerca de Heliópolis, situado sobre una lengua de tierra, de modo que el agua lo rodeaba por ambos lados; bastante despoblado, con casas muy aisladas y mal trazadas, hechas de madera de datileros con limo del río reseco, cubiertas de cañas. José encontró allí algún trabajo. Con ramas entrelazadas construyó casas más sólidas, abriendo encima galerías para poder pasear por ellas.

Se instalaron en un lugar solitario, bajo una bóveda oscura, no lejos de la puerta por la que habían entrado. José construyó

una casita liviana delante de esta bóveda. También aquí cayó un ídolo, que estaba en un templo pequeño, y después todos los ídolos fueron derrumbándose uno tras otro. Un sacerdote tranquilizó al pueblo enfurecido recordándoles las plagas de Egipto. Más tarde, cuando se hubo reunido allí una pequeña comunidad de judíos y de paganos convertidos, los sacerdotes les dejaron el pequeño templo, cuyo ídolo había caído al llegar la Sagrada Familia. José lo transformó en una sinagoga, convirtiéndose él mismo en el padre de la pequeña comunidad; les enseñaba a cantar los salmos con regularidad puesto que habían ya olvidado en gran parte el culto de sus antepasados. Había algunos judíos tan pobres que vivían en hoyos abiertos en el suelo. En cambio, en la aldea judía, entre On y el Nilo, vivían muchos israelitas que tenían un templo de propiedad; pero habían caído en el culto idolátrico, porque poseían un becerro de oro, una figura con cabeza de buey y en torno animales pequeños parecidos a garduñas, bajo doseles. Eran animales que defienden contra los cocodrilos. Tenían una imitación del Arca de la Alianza, dentro de la cual conservaban cosas abominables. Practicaban cultos detestables con toda clase de impurezas que ejercían en un pasaje oscuro subterráneo, pensando de esta forma invocar y atraer la venida del Mesías. Eran impenitentes y no querían corregirse de sus vicios. Más tarde varios de ellos se fueron adonde estaba José, con su pequeña comunidad, a dos leguas de distancia. No podían ir directamente por causa de los canales y malecones, debiendo hacer un rodeo por Heliópolis. Los judíos del país de Gessen habían ya conocido a la Sagrada Familia cuando se hallaba en On, y María hacía para ellos toda clase de labores de tejidos y bordados. María no quiso nunca hacer cosas de puro lujo o inútiles, sino sólo objetos de uso habitual y las ropas que se ponían en las ceremonias del culto y cuando rezaban. He visto que a varias mujeres que habían ido a encargarle ropas y adornos de vanidad y de moda, María rehusó hacerles esos trabajos, aunque tenía mucha necesidad de recibirlos. Algunas de estas mujeres la insultaron.

Desde un principio la estadía de la Sagrada Familia en Matarea estuvo llena de dificultades; no había allí ni agua potable, ni leña para el fuego. Los habitantes quemaban hierbas secas y cañas. La Sagrada Familia no comía la mayoría de las veces sino alimentos fríos. Más tarde José halló trabajo arreglando las cabañas del país. La gente lo trataba como a un pobre esclavo, pagándole el trabajo con lo que les parecía; a

veces un salario, otras veces nada. Los hombres eran muy inhábiles para construir viviendas. No había maderas, y si bien es cierto que vi lugares con árboles, la gente no tenía herramientas para trabajar. La mayoría usaba cuchillos de piedra o de hueso, y escarbaba la tierra para extraer la turba. José llevaba consigo los instrumentos más indispensables, y así pudo instalarse con regular comodidad. Dividió su habitación en varios departamentos, con tabiques de zarzos; fabricó un hogar, varias mesitas y banquitos, ya que la gente del lugar comía sentada en el suelo.

Vivieron en este lugar varios años, y pude ver escenas de las diversas épocas de la vida de Jesús. Vi el lugar donde dormía. En el muro de la bóveda donde descansaba María, José había abierto una cavidad donde se puso el lecho del Niño Jesús. María dormía a su lado y pude ver a María a menudo, durante la noche, rezando de rodillas ante el lecho de Jesús. José se había acomodado en otro sitio. Vi también un oratorio que José había hecho bajo el mismo techo, en un pasillo apartado. José y María tenían sus sitios determinados y había un lugarcito para el Niño, donde rezaba de pie, sentado o de rodillas. María tenía un altarcito, delante del cual oraba: consistía en una mesa cubierta de tela roja y blanca que se sacaba de un compartimento abierto en el muro y después podía cerrarse. En el hueco del muro había una especie de relicario. Allí he visto la extremidad de la vara de José florecida, por la cual había sido designado esposo de María en el templo de Jerusalén. Vi ramitos dentro de vasos en forma de cálices. Además vi otro relicario, sin poder decir lo que fuera.

LXXXVI

Santa Isabel vuelve por tercera vez al desierto con el niño Juan

Mientras estaba la Sagrada Familia en Egipto, el pequeño Juan había vuelto secretamente a su casa de Juta, porque he visto que fué llevado nuevamente al desierto cuando tenía cuatro o cinco años. Zacarías no estaba presente cuando salieron de la casa; creo que había partido para no presenciar la despedida, porque amaba mucho a su hijito; pero antes de salir le había dado su bendición, como bendecía siempre a Isabel y a Juan antes que saliesen de camino. El pequeño Juan usaba por vestido una piel de carnero, que saliéndole del hombro izquierdo caíale sobre el pecho y los costados y volvía unirse sobre el lado de-

recho. No usaba más que esta piel. Sus cabellos eran castaños y más oscuros que los de Jesús. Llevaba el bastoncito blanco que había tomado al dejar la casa. Así lo vi mientras su madre lo llevaba de la mano. Isabel era una mujer de edad, alta, de ágiles movimientos, cabeza pequeña y rostro agradable. El niño Juan corría a menudo, adelantándose a la madre. Tenía toda la inocencia propia de su edad, pero no la irreflexión. Al principio se dirigieron hacia el Norte, teniendo a su derecha un pequeño arroyo; luego los vi atravesar la corriente sobre una pequeña balsa de madera, porque no había puente. Isabel era una mujer decidida y dirigía la balsa con una rama de árbol. Más allá del arroyo siguieron camino hacia el Oriente, entrando en un desfiladero de rocas, desnudo y árido en su parte alta, el fondo lleno de zarzales, de frutas silvestres y de fresas, que el niño recogía y comía. Después de hacer un trecho en aquel desfiladero, Santa Isabel se despidió del niño, lo bendijo, lo estrechó contra su corazón, lo besó en ambas mejillas y en la frente, y regresó, volviéndose varias veces, llorando, para mirarlo. El niño no sentía inquietud alguna: caminaba con pasos seguros por el desfiladero.

Como durante estas visiones me sentía muy enferma, el Señor me consoló haciendo que asistiese a todo lo que sucedía como si yo fuese una niña. Me parecía tener la misma edad que Juan, y por eso me afligía viendo que se alejaba tanto de su madre. Creía que no iba a poder encontrar la casa paterna; pero una voz me tranquilizó, diciendo: "No te inquietes; el niño sabe muy bien lo que hace". Me pareció entrar en el desierto con el niño, como compañera de juegos infantiles. De este modo pude ver varias veces lo que le sucedía. El niño me contó varios episodios de su vida en el desierto: cómo se mortificaba y violentaba sus sentidos en toda forma y se volvía cada vez más clarividente, y cómo era instruído en todo lo que necesitaba saber. Nada de lo que me contaba me sorprendía, porque yo misma, cuando siendo pequeña cuidaba las vacas, había vivido en el desierto con el niño Juan. Cuando deseaba verlo lo llamaba desde los matorrales: "Niño San Juan, ven a buscarme con tu bastón y la piel sobre tus hombros". Y Juan venía con su bastoncito y su piel de cordero; y jugábamos como niños; y él me enseñaba toda clase de cosas útiles.

No me asombraba que supiese tantas cosas de los animales y de las plantas del campo. Yo también, cuando andaba por el campo, por los bosques y las praderas, siendo niña, estudiaba,

como en un libro, en cada hoja o en cada flor, al recoger las espigas y al arrancar el césped, y estas plantas, como los animales que veía pasar, eran para mí motivos de enseñanza y de reflexión. Las formas de las hojas, sus colores y la disposición de las plantas me sugerían pensamientos profundos. Las personas a quienes los comunicaba me escuchaban con asombro, pero se reían de mí en la mayoría de los casos. Esto fué causa de que más tarde guardase silencio sobre estas cosas, porque pensaba, y pienso todavía, que a todos los hombres les pasa lo mismo, y que en ninguna parte aprende mejor que en este libro de la naturaleza escrito por el mismo Dios. Cuando en mis contemplaciones posteriores seguí al niño Juan por el desierto, he visto sus gestos, sus actitudes y sus acciones; lo vi jugando con los animales y las flores y entreteniéndose con las plantas. Los pájaros, especialmente, estaban familiarizados con él: se posaban sobre su cabeza o sus hombros cuando caminaba o rezaba. A veces ponía su bastoncito atravesado sobre las ramas de los árboles y pájaros de todas variedades acudían a su llamado y se posaban sobre su bastón unos tras otros. Él les hablaba y los miraba con familiaridad, los trataba como si les estuviera enseñando. Otras veces lo vi seguir a los animales hasta sus cuevas y darles allí de comer, observándolos con toda atención.

LXXXVII

Muerte de Zacarías e Isabel

Una vez que Zacarías fué al templo a llevar víctimas para el sacrificio, Isabel aprovechó su ausencia y fué a visitar a su hijo en el desierto. Juan tendría unos seis años entonces. Zacarías no había ido a ver al niño nunca: de modo que si Herodes le preguntaba por el niño podía, sin mentir, responder que lo ignoraba. Pero para satisfacer el gran cariño de sus padres y por el deseo de verlos, visitó varias veces el niño secretamente, de noche, la casa de sus padres, permaneciendo allí algún tiempo. Sin duda su Ángel de la Guarda lo guiaba para que evitara los peligros que lo amenazaban. Siempre lo vi guiado y protegido por espíritus celestiales y muchas veces vi figuras luminosas que lo rodeaban.

Juan estaba predestinado a vivir así en la soledad, apartado de los hombres y privado de los socorros humanos ordinarios para ser mejor guiado por el espíritu de Dios. La Providencia

divina dispuso las cosas de tal manera que aún por las circunstancias exteriores tuviera que retirarse al desierto. También se hallaba como impulsado por un instinto irresistible, pues desde su niñez lo veía siempre pensativo y solitario. Cuando fué llevado el Niño Jesús a Egipto, Juan, su precursor, estaba escondido en el desierto por advertencia divina, ya que también él se hallaba en peligro. Se había hablado mucho de él desde los primeros días de su vida: era conocido su nacimiento maravilloso y mucha gente afirmaba haberlo visto rodeado de resplandor. Por esta causa Herodes quería apoderarse de él para matarlo. Repetidas veces Herodes había preguntado a Zacarías dónde se escondía el niño, sin atreverse entonces a prenderlo. Pero ahora, yendo Zacarías al templo, fué asaltado y maltratado por los soldados encargados de vigilarlo, delante de la puerta de Jerusalén, llamada de Belén, en un lugar del camino bajo desde donde no se divisaba la ciudad. Lo llevaron a una prisión, en el flanco de la montaña de Sión, donde pude ver más tarde a los discípulos de Jesús cuando iban al templo. El anciano fué torturado para que descubriese el lugar donde se ocultaba su hijo y como no pudieron obtener lo que deseaban, terminaron por matarlo por orden de Herodes. Sus amigos, más tarde, lo enterraron no lejos del templo.

Este Zacarías no era aquél, muerto entre el templo y el altar, que vi salir de los muros del templo cerca del oratorio del anciano Simeón, cuando los difuntos aparecieron después de la muerte de Jesús. La tumba de este Zacarías, que se hallaba dentro del muro, se derrumbó junto con otras ocultas en el templo. Este Zacarías fué muerto entre el templo y el altar con motivo de una lucha acerca del linaje del Mesías y de los derechos que pretendían tener ciertas familias en el templo y los lugares que ocupaban en él. Vi, por ejemplo, que no todas las familias tenían derecho de hacer educar a sus hijos en el templo. Recuerdo haber visto a un niñito de familia real confiado a la educación de la profetisa Ana. En la lucha murió sólo Zacarías, hijo de Baraquías. He visto, más tarde, que se hallaron sus huesos, pero ya no recuerdo los detalles del hecho.

Santa Isabel volvió del desierto a la ciudad de Juta para esperar la llegada de su marido, acompañada en una parte del camino por el niño Juan. Isabel lo besó en la frente y lo bendijo, y el niño volvió al desierto. La madre al entrar en su casa conoció la triste noticia de la muerte de su esposo. Su dolor fué muy grande y parecía inconsolable. Retornó al desierto, quedándose

allí con el niño, hasta su muerte, que aconteció poco tiempo antes que la Sagrada Familia volviera de Egipto. Aquel esenio que cuidaba al niño Juan, sepultó a Isabel en las arenas del desierto.

Después de esto, Juan se internó más en el desierto: abandonando el desfiladero de rocas se fué a un lugar más despejado y se estableció junto a un pequeño lago. En la playa había mucha arena blanca. Lo he visto avanzar bastante aguas adentro, mientras los peces nadaban alrededor de él sin temor. Allí vivió mucho tiempo, porque lo vi fabricarse una cabaña o glorieta en medio de los arbustos, para pasar la noche: era pequeña y baja, de modo que apenas podía acostarse en ella para dormir. Allí como en otras partes veía formas luminosas que trataban con él sin temor e inocente piedad: parecía que lo instruían y le hacían notar diferentes cosas. Vi también que tenía una varilla atravesada en su bastoncito, de modo que formaba una cruz. Había una tira de corteza atada al cabo del bastoncito, como una banderilla que flotaba al viento mientras jugaba con ella. La casa de Isabel en Juta la ocupó una hija de la hermana de Isabel. Era una casa muy bien cuidada, en perfecto orden y limpieza. Siendo ya grande, volvió Juan otra vez en secreto a ella, regresando inmediatamente al desierto hasta el momento de su aparición entre los hombres.

LXXXVIII

Vida de la Sagrada Familia en Matarea

En Matarea los habitantes no tenían más agua que la turbia del Nilo. María, con sus oraciones, halló una fuente. Cuando se establecieron tuvieron mucho que sufrir, porque no tenían para comer más que algunas frutas y bebían el agua mala del Nilo. Como hacía tiempo que no tenían agua buena, José pensaba ir con sus herramientas y su asno al desierto, hasta el manantial del jardín de los balsameros; pero estando María en oración apareciósele un ángel, quien le indicó que detrás de la casa encontraría una fuente de agua. Se encaminó al otro lado del muro, donde estaba su habitación, y vió un espacio libre, más abajo, en medio de escombros donde se levantaba un árbol muy viejo y muy grueso. Llevaba en la mano un bastón con una palita en el extremo, semejante a la que usan las personas que viajan en tales lugares. Llena de alegría María llamó a José, el

cual después de cavar descubrió que había habido allí anteriormente una fuente revestida de mampostería, ahora tapada por los escombros. José limpió y restauró aquello. Encontró cerca de la fuente, por el lado donde había venido María, una piedra de gran tamaño que parecía un altar y creo que en realidad lo había sido en otra época; pero no recuerdo más detalles sobre esto. En esa fuente María hacía beber al Niño, lo bañaba, lavaba su ropa; y así quedó para uso exclusivo de la Sagrada Familia siendo desconocida para los demás, hasta que el Niño Jesús, ya crecido, pudo él mismo ir por agua y ayudar a María. Una vez lo vi con varios niños junto a la fuente para darles de beber en el hueco de una hoja grande. Estos niños contaron a sus padres lo del agua, y de este modo acudieron otros a usar de la fuente, aunque estaba para uso casi exclusivo de la comunidad judía del lugar. Cierta vez que María rezaba arrodillada en medio del camino de su casa, vi al Niño Jesús que iba a la fuente con un recipiente para buscar agua. Era la primera vez que hacía esto. María se emocionó profundamente cuando lo vió, y, siempre de rodillas, le rogó que no lo hiciera más por el peligro de caer al agua. El Niño contestó que tendría mucho cuidado, porque su deseo era sacar agua siempre que ella lo necesitase.

El Niño Jesús ayudaba a sus padres en todo lo que podía, siendo muy atento y cuidadoso con todas las cosas. Cuando José trabajaba cerca de la casa y se olvidaba alguna herramienta, yo veía al Niño llevársela, poniendo mucha atención en lo que hacía. La alegría que daba a sus padres compensaba a éstos de los muchos sacrificios que hacían en Egipto. Más de una vez vi al Niño dirigirse hasta la aldea de los judíos, a una milla de Matarea, para traer el pan que María recibía a cambio de los trabajos que hacía. Los animales dañinos, abundantes en aquel país, no le hacían mal y se mostraban familiares con él: cierta vez lo vi jugando con unas serpientes. La primera vez que lo vi ir a esa aldea solo, tendría de cinco a siete años y llevaba un trajecito color pardo con flores amarillas, que le había hecho María. Lo vi arrodillarse en el camino para rezar, cuando aparecieron dos ángeles que le anunciaron la muerte de Herodes. Jesús no dijo nada de esto a sus padres, no sé si por humildad, o por indicación de los ángeles, o porque no era aún el momento de salir de Egipto. Otra vez lo vi yendo a la aldea con otros niños judíos y al volver a casa lloraba por la degradación en que veía sumidos a esos israelitas de Egipto.

LXXXIX

Origen de la fuente de Matarea. Historia de Job

La fuente de Matarea no tuvo origen por la oración de María: ella sólo la hizo brotar de nuevo. La fuente ya existía, revestida de mampostería, aunque oculta bajo los escombros. Vi que Job había estado en Egipto antes que Abrahán y que había vivido en este lugar, donde halló la fuente y ofreció sacrificios sobre la gran piedra que allí estaba aún. En esta ocasión supe que Job fué el menor de trece hermanos y que su padre era un gran jefe de tribu cuando fué levantada la torre de Babel. De un hermano de este hombre descendía la familia de Abrahán. Los descendientes de ambos hermanos se casaban entre sí con frecuencia. La primera mujer de Job fué de la raza de Faleg. Cuando después de varias aventuras fué Job a habitar en el tercer lugar, se había casado sucesivamente con tres mujeres de la raza de Faleg. De una de ellas tuvo un hijo, éste una hija, la cual, casándose dentro de la misma familia, dió a luz a la que fué madre del patriarca Abrahán. De modo que Job venía a ser bisabuelo de la madre de Abrahán.

El padre de Job se llamó Joctán; era hijo de Heber y habitaba al norte del Mar Caspio, junto a una cadena de montañas en una de cuyas laderas había bastante calor, mientras en la otra, cubierta de nieve, hacía mucho frío. He visto muchos elefantes en este país. La comarca donde había estado al principio Job era pantanosa y no hubiera sido favorable para los elefantes. Ese país está al norte de una cadena de montañas, entre dos mares. Uno de estos dos mares, el del Occidente, había sido una alta montaña, según he visto antes, donde habitaban los gigantes y hombres poseídos por malos espíritus antes del diluvio(*).

Había allí una región estéril y pantanosa, ahora habitada, creo, por una gente de ojos pequeños, nariz ancha y pómulos salientes. Al volver Job a este lugar tuvo su primera tribulación y primera prueba. Después de ella emigró hacia el Mediodía, en el Cáucaso, estableciéndose en esta región. De aquí hizo un viaje a Egipto, dominado entonces por unos reyes extranjeros que procedían de pueblos pastoriles de su país. Uno de estos reyes era de la misma región de Job, mientras el otro provenía

(*) En otra visión Ana Catalina dice que el Mar Muerto fué, antes del Diluvio, una cadena de montañas habitada por espíritus malignos que tomaron posesión de los gigantes de aquel tiempo.

del lugar más lejano donde habitaban los Reyes Magos. Estos reyes pastores sólo eran dueños de una parte de Egipto, y más tarde fueron desalojados por un Faraón egipcio. He visto gran cantidad de estos pastores reunidos delante de una ciudad donde se habían establecido. El rey de los pastores compatriota de Job quería para su hijo una mujer de la raza vecina del Cáucaso, de donde provenía él. Job, con numeroso séquito, condujo a Egipto a aquella novia real, que era también parienta suya. En el cortejo llevaba treinta camellos y gran cantidad de servidores con muchos regalos. Era entonces Job un hombre joven, alto, de tez morena amarillenta, muy agradable y de cabellos más bien rojizos. Los habitantes de Egipto eran también morenos, pero de color desagradable. Egipto no estaba entonces muy habitado: sólo se veían, de tanto en tanto, grandes aglomeraciones de gente. No se veían tampoco esos grandes edificios que comenzaron a construirse en la época de los israelitas en Egipto. El rey rindió muchos homenajes a Job, y deseando que se estableciera allí con toda su tribu, no quería dejarlo partir. Le dió por habitación la ciudad donde ahora vivía la Sagrada Familia, que entonces era muy diferente. Allí vivió Job cinco años. Era el mismo lugar donde estaba ahora la Sagrada Familia, y le había sido mostrada la fuente del agua y la piedra donde ofrecía sus sacrificios.

Aunque Job era gentil, era justo y conocía al verdadero Dios, adorándole como a su Creador, mientras contemplaba los astros, la naturaleza y la luz. Le agradaba hablar de Dios y de sus obras de la naturaleza, y no adoraba imágenes de animales monstruosos como hacían los pueblos gentiles. Se había imaginado una representación del verdadero Dios. Era una figura humana pequeña, con rayos en torno de la cabeza, y me parece que con alas. Tenía las manos juntas sobre el pecho y llevaba un globo sobre el cual se veía un navío navegando sobre las olas. Quizás le recordaba el diluvio. Cuando ofrecía sacrificios a Dios, el patriarca Job quemaba delante de su imagen diversas clases de semillas. He visto que más tarde fueron introducidas en Egipto unas figuras pequeñas, sentadas como en un púlpito coronado por dosel.

Al llegar Job a Egipto encontró un culto detestable: provenía de las supersticiones que habían presidido la construcción de la torre de Babel. Poseían un ídolo con cabeza de buey muy ancha que terminaba en punta y como levantada en el aire, la boca abierta y los cuernos inclinados hacia abajo. En el interior

del ídolo se encendía fuego y se colocaban niños vivos entre sus brazos ardientes, y vi que sacaban algo de las aberturas de aquel cuerpo. La gente de la comarca era muy cruel y la región estaba llena de animales espantosos. Vi animales negros que parecían arrojar llamas de fuego y volaban en grandes bandadas envenenándolo todo, puesto que si se posaban en un árbol éste se secaba de inmediato. Vi animales que tenían las patas traseras muy largas y las delanteras muy cortas, como topos, que saltaban de un techo a otro. Había unas bestias horribles que andaban entre las piedras y en los agujeros y se enlazaban a los hombres y los asfixiaban. En el Nilo vi un animal grande, con dientes espantosos y grandes patas negras: tenía algo del cerdo y era del grosor de un caballo. He visto otros animales horribles; pero el pueblo era aún más abominable, y Job, a quien había visto librar a su país de origen de las malas bestias, por medio de oraciones, sentía aversión por vivir entre aquellos hombres y a menudo manifestaba sus juejas a los que le rodeaban. Prefería vivir entre las malas bestias que entre tales hombres. Lo vi muchas veces mirar hacia el Oriente, con ojos llenos de ansia, hacia su patria, al Mediodía del país más alejado aún que habitaban los Reyes Magos. Tuvo visiones proféticas de la llegada de los israelitas a Egipto, y también, en general, de la salvación del género humano y de las grandes pruebas por las que debía pasar el hombre. No pudo dejarse persuadir para permanecer en Egipto, y al cabo de cinco años salió del país con todo su séquito.

Las pruebas de Job sucedieron por intervalos. Primero gozó de tranquilidad por nueve años, luego por siete y después por doce años. Las palabras del libro de Job: "Y hablando aún el mensajero", equivalen a decir: se hablaba aún en el pueblo de la desgracia que le había acontecido, cuando sobrevenía otra calamidad a afligirlo. Las tres pruebas las sobrellevó en tres distintos países. La última, que fué seguida de su prosperidad final, le alcanzó cuando vivía en un país llano, al Oriente de Jericó. Aquel país producía incienso y mirra, y tenía una mina de oro y se trabajaban los metales. En otra ocasión tuve nuevas visiones relativas a Job. Recuerdo lo siguiente. Tenía Job dos confidentes, que eran como intendentes, administradores y secretarios suyos, y se llamaban Haí y Uis u Ois. Estos recogieron de su boca toda su historia con las conversaciones que tuvo con Dios, la cual fué trasmitida por sus descendientes, de uno a otro, hasta los tiempos de Abrahán y sus hijos, y se servían de ella

para instruir a sus hijos con la narración. Por medio de los hijos de Israel llegó la historia a Egipto,y Moisés hizo una síntesis de ella, para consuelo de los israelitas oprimidos por los egipcios y después durante la estadía en el desierto. En un principio era una historia mucho más larga y con mayores cosas que los judíos no hubieran comprendido. Más tarde Salomón la arregló, haciendo un libro de piadosa lectura: de modo que el libro está lleno de la sabiduría de Job, de Moisés y de Salomón. Es difícil encontrar ahora allí la verdadera historia de Job, pues han variado los nombres de los pueblos, introduciéndose otros más cercanos a la tierra de Canaán. Se le creyó idumeo porque el país donde habitó hacia el final de su historia, estuvo habitado mucho tiempo antes de su muerte por los descendientes de Esaú o Edóm. Creo que Job vivía todavía cuando nació Abrahán.

XC

Abrahán y Sara en Egipto. La fuente abandonada

Cuando Abrahán fué a Egipto instaló allí su campamento y lo he visto instruyendo al pueblo. Residió allí varios años con Sara, su mujer, y muchos hijos e hijas, cuyas madres habían quedado en Caldea. También Lot vivió en aquel país con su familia, aunque ya no puedo precisar el lugar de su residencia. El patriarca Abrahán fué a Egipto una vez, por orden de Dios, a causa del hambre que se pasaba en el país de Canaán(*), y volvió por segunda vez para recuperar el tesoro de familia que una sobrina de la madre de Sara había trasladado a Egipto. Aquella mujer era de la tribu de pastores de la raza de Job, que había reinado sobre una parte del Egipto. Habiendo llegado como criada, casóse con un egipcio. De ellos procedía una tribu cuyo nombre he olvidado. Una de sus hijas fué Agar, madre de Ismael, que por esto era de la misma raza que Sara. Aquella mujer había sustraído un tesoro familiar, a semejanza de Raquel, que robó los ídolos de Labán; lo había vendido en Egipto por una gran suma de dinero, yendo a parar así a las manos del Faraón y de los sacerdotes egipcios.

El tesoro era un especie de árbol genealógico de los hijos de Noé, en particular de los descendientes de Sem hasta el tiempo de Abrahán, hecho con piezas triangulares de oro sujetas

(*) Flavio Josefo dice que Abrahán enseñó a los egipcios aritmética y astronomía.

unas a otras formando una balanza con sus brazos. La placas triangulares se hallaban enfiladas; otras indicaban las ramas laterales. Sobre esas placas estaban los nombres de los miembros de la familia y toda su serie: partiendo del centro de una tapa se reunían en el platillo de la balanza cuando se hacía descender la tapa por encima. La balanza entera se podía encerrar de este modo en una caja. Las placas principales eran amarillas y grandes, mientras que las de los intervalos eran más delgadas y blancas, como la plata. Oí decir cuanto pesaba todo esto en siclos, representando una suma respetable. Aunque los sacerdotes de Egipto habían relacionado diversos cálculos con este árbol genealógico, ellos estaban muy lejos de la verdad. Mediante sus astrólogos y sus pitonisas supieron algo de la llegada de Abrahán a Egipto: supieron que era de origen noble, como su mujer, y que de ellos debía salir una descendencia muy elegida. En sus adivinaciones querían descubrir los linajes nobles para unirse a ellos por medio de casamientos. Satanás introducía de este modo el libertinaje y la crueldad para degradar los linajes más nobles que aún subsistían. Abrahán temía que los egipcios lo mataran por causa de la belleza de Sara; por eso la hacía pasar por hermana, y esto no era mentira, pues en realidad era su hermana sanguínea por ser hija de su padre Tharé, de otra madre. El Faraón hizo llevar a Sara a su residencia para tomarla por mujer. Esto los afligió mucho y rogaron a Dios que los socorriese, y Dios castigó al rey. Todas sus esposas y la mayoría de las mujeres de la ciudad cayeron enfermas. Asustado el Faraón, indagó la causa y descubrió que Sara era mujer de Abrahán. Se la devolvió y le rogó que saliera de Egipto lo antes posible al reconocer que los dioses lo protegían. Los egipcios eran un pueblo muy singular. Por un lado eran muy orgullosos y se creían los más grandes y sabios del mundo, y por otro, increíblemente serviles y cobardes, cediendo en seguida cuando creían encontrar una fuerza superior a la suya. Esto provenía de que no estaban seguros de su ciencia y de que no conocían las cosas sino por medio de adivinaciones oscuras y equívocas, que les anunciaban toda clase de sucesos contradictorios y complejos. Cuando el acontecimiento no respondía a sus cálculos, se asustaban de inmediato, por ser muy supersticiosos e inclinados a ver lo maravilloso.

Abrahán se dirigió al Faraón muy humildemente pidiéndole trigo, como a padre de los pueblos, y le ganó la voluntad, de modo que le hizo muchos regalos. Cuando le devolvió a Sara y

le rogó que abandonara el país, Abrahán le respondió que no podía salir sin antes recobrar un tesoro que le pertenecía, y le habló del árbol genealógico sustraído y llevado a Egipto. El rey reunió a los sacerdotes, y éstos consintieron en devolverlo, siempre que se les permitiera sacar una copia, cosa que Abrahán concedió sin dificultad. Hecho esto, regresó el patriarca al país de Canaán.

Vi luego varias cosas referentes a la fuente de Matarea hasta nuestra época. En tiempos de la Sagrada Familia los leprosos usaban del agua por parecer que tenía una virtud particular, la que aumentó más tarde cuando se levantó una pequeña capilla sobre la habitación de María, con una entrada junto al altar mayor para descender a una cueva donde vivió la Sagrada Familia durante algún tiempo. Vi entonces a la fuente rodeada de habitaciones, y que el agua era empleada como remedio contra la lepra: se bañaban en ella para curarse las enfermedades de la piel. Esto sucedía cuando los mahometanos eran dueños del país: los turcos tenían siempre una lámpara encendida en la iglesia. sobre la habitación de María, temiendo que les sucediera alguna desgracia si abandonaban el cuidado de la lámpara. En la época moderna vi a la fuente en pleno abandono y soledad, a gran distancia de los lugares habitados. La ciudad había desaparecido del primitivo sitio y en los alrededores crecían plantas con frutas silvestres.

XCI

Un ángel avisa a la Sagrada Familia que abandone Egipto

He visto que la Sagrada Familia abandonaba su residencia en Egipto. Aunque Herodes había muerto hacía mucho tiempo, no pudieron regresar antes porque subsistía el peligro. La estadía en Egipto se le hacía a José insoportable porque sus habitantes practicaban la más horrible idolatría. Sacrificaban a los niños deformes, y cuando sacrificaban a los mejores creían hacer una obra más meritoria. Su culto estaba lleno de impurezas, y los mismos judíos se contagiaban, pues tenían un templo que decían ser como el de Salomón, aunque era una ridícula vanidad. Poseían una imitación del Arca de la Alianza y en ella conservaban figuras obscenas, y se dedicaban a las prácticas abominables del culto idolátrico. No cantaban ya los Salmos, hasta que José estableció un orden perfecto en esta comunidad de Matarea. El

sacerdote egipcio que habló en favor de la Sagrada Familia en la vecina ciudad de Heliópolis, donde cayeron los ídolos, se había establecido allí con varias personas, reuniéndose a la comunidad judía. Veía a San José ocupado en su carpintería, y cuando llegaba la hora de dejar el trabajo, estaba triste, pues no le daban el salario y no tenía nada que llevar a su casa, donde se sufría grandes privaciones.

Afligido por estas preocupaciones, José se hincó de rodillas en el campo y expuso a Dios su necesidad rogándole que acudiera en su ayuda. He visto que durante la noche se le apareció un ángel en sueños y le dijo que los que buscaban la muerte del Niño ya no existían; que se levantara y preparase lo necesario para volver a la patria por los caminos más frecuentados. Le animó asegurándole su protección para que nada temiera. José hizo conocer esta orden a María y al Niño Jesús. Ellos, obedeciendo en seguida, hicieron los preparativos con la misma rapidez con que lo hicieron cuando debieron partir para Egipto. Cuando conocieron al día siguiente su designio de partir, muchas gentes se entristecieron por su salida, y fueron a despedirse con regalos contenidos en pequeños vasos de corteza. Se veía que su aflicción era sincera. Entre ellos había algunos judíos, aunque la mayoría eran paganos convertidos. La mayor parte de los judíos que habitaban allí habían caído de tal modo en la idolatría que era casi imposible reconocerlos por israelitas. Algunos hubo que se alegraban de la partida de la Sagrada Familia, porque los consideraban magos que tenían por protectores a espíritus maléficos muy poderosos. Entre las personas buenas vi algunas madres con sus hijos, que habían sido compañeros de juego del Niño Jesús. Había una mujer distinguida que llevaba un pequeñuelo a quien llamaba "el hijo de María". Había deseado mucho tiempo tener hijos, y por las oraciones de María había conseguido tener esa criatura a quien llamó Deodato. Ella se llamaba Mira. Vi que daba monedas al Niño Jesús; eran pequeños trozos triangulares amarillos, blancos y pardos. El Niño Jesús, al recibirlos, miraba a su madre. Cuando José hubo cargado el asno con las cosas necesarias se pusieron en camino acompañados por aquellos amigos. El asno era el mismo que había montado María al ir a Belén. Habían tenido también una burrita en la huída a Egipto, pero José en sus apuros tuvo que venderla.

XCII

Regreso de Egipto

Siguieron el camino que pasa por Heliópolis, desviándose un tanto hacia el Mediodía en dirección de la fuente que había brotado mediante la oración de María. Aquel lugar se encontraba ahora cubierto de tupida vegetación, y el arroyo corría en torno a un jardín cuadrado, rodeado de balsameros. Este sitio tenía una entrada y era tan grande como el picadero del Duque de Dülmen. Había muchos frutales de pocos años, datileros, sicomoros y otros más, y los balsameros eran casi tan grandes como cepas de vid de mediano tamaño. José había hecho pequeños vasos con la corteza de los árboles, elegantes, bien pulidos y untados con pez. Con frecuencia hacía recipientes para diversos usos. Arrancó hojas parecidas a las del trébol de los ramajes rojizos de los balsameros y colgó de ellos los pequeños vasos de corteza para almacenar el bálsamo que destilaban los arbustos. Al llegar a este lugar se despidieron los acompañantes en forma tierna y la Sagrada Familia permaneció allí varias horas. Vi a María lavando y secando ropa. Descansaron, llenaron sus recipientes y continuaron el viaje por las sendas más frecuentadas.

Los vi varias veces en este camino, donde no corrieron ningún peligro. El Niño Jesús, María y José llevaban, para protegerse del sol, la corteza de una planta muy grande sobre la cabeza, sujeta bajo el mentón con un paño. Jesús llevaba vestidito pardo y calzado de corteza, fabricado por José, que le cubría la mitad de los pies. María llevaba sandalias. Con frecuencia los vi inquietarse porque el Niño apenas podía andar mucho tiempo por la arena ardiente, y tenían que detenerse para sacarle la arenilla de sus zapatitos; otras veces lo hacían subir sobre el asnillo para que no se cansara demasiado. Los vi atravesando varias ciudades o pasando cerca de otras, cuyo nombre no me acuerdo, excepto Rameses. Cruzaron un arroyo que habían atravesado al ir: este arroyo iba del Mar Rojo al Nilo. José no quería volver a Nazaret, sino más bien establecerse en Belén su patria; pero estaba inquieto porque supo que en Judea reinaba Arquelao, también cruel y malo. He visto que al llegar a Gaza permanecieron unos tres meses. Había en Gaza muchos paganos. Finalmente un ángel ordenó a José que volviera a Nazaret, lo que hicieron de inmediato. Santa Ana vivía aún y sabía donde ha-

bitaba la Sagrada Familia, como también lo sabían algunos parientes. El regreso de Egipto tuvo lugar en el mes de Septiembre. La edad de Jesús entonces era de ocho años menos tres semanas.

XCIII

La Sagrada Familia en Nazaret

En la casa de Nazaret había tres divisiones. La mayor y más arreglada era para María, adonde acudían José y Jesús para el rezo en común. Cuando rezaban lo hacían de pie con las manos cruzadas sobre el pecho, y oraban en voz alta. Los he visto a menudo rezar bajo la luz de una lámpara con varias mechas. En la pared había un candelero donde brillaba una luz. Fuera de estos casos cada uno estaba en su propio compartimento. José trabajaba en su taller: lo vi haciendo listones, tallando palos y cepillando maderas, o transportando tirantes. Jesús le ayudaba en estos trabajos. María estaba de ordinario ocupada en coser y tejer con palillos, sentada, con las piernas cruzadas, y teniendo a su alcance un canastillo con los utensilios de labor. Cada uno dormía en lugar aparte. El lecho consistía en mantas, que por la mañana eran arrolladas.

He visto a Jesús haciendo toda clase de trabajos para sus padres, en la casa y en la calle, ayudando a todo el que se encontrase necesitado, con benevolencia y gracia. Cuando no ayudaba a José, se entregaba a la oración y a la meditación. Era un modelo para todos los niños de Nazaret, que lo querían bien y se guardaban mucho de disgustarle. Los padres solían decir cuando sus criaturas se portaban mal: "¿Qué dirá el hijo de José cuando sepa tu comportamiento?... ¿Querrás darle un disgusto?"... A veces llevaban a sus hijos, delante de Jesús, para reprenderlos, pidiéndole que les dijera que no hicieran esto o aquello. Jesús recibía estas quejas con simplicidad infantil, y lleno de benevolencia les decía lo que debían hacer. A veces rezaba con ellos, solicitando a Dios fuerza para corregirse, los persuadía a que se mejorasen y pidiesen perdón a sus padres, reconociendo sus faltas.

A una hora de distancia más o menos de Nazaret, hacia Séforis, había una aldea llamada Ofna, donde vivían en tiempos de Jesucristo los padres de Juan y de Santiago el Mayor. Estos niños se encontraban con frecuencia con Jesús hasta que sus padres se trasladaron a Betsaida y ellos se entregaron al oficio

de pescadores. En Nazaret vivía una familia, parienta de Joaquín, esenia, con cuatro hijos: Cleofás, Jacobo, Judas y Jafet, unos mayores y otros menores que Jesús. Estos también eran compañeros de infancia de Jesús, y sus padres solían juntarse con la Sagrada Familia cuando marchaban a las fiestas del templo de Jerusalén. Estos cuatro hermanos fueron más tarde discípulos de Juan Bautista, y después de la muerte del Precursor pasaron a ser discípulos de Jesucristo. Cuando Andrés y Saturnino atravesaron el Jordán, permanecieron todo el día con Jesús y más tarde fueron, como discípulos de Juan, a las bodas de Caná. Cleofás es el mismo que, en compañía de Lucas, tuvo la aparición de Jesús en Emaús. Estaba casado y vivía en Emaús. Su mujer se agregó más tarde a las santas mujeres de la comunidad cristiana.

Cuando Jesús tuvo ocho años fué por primera vez con sus padres a Jerusalén y desde entonces iba año tras año a las festividades del templo. Jesús había despertado curiosidad desde su primera aparición en el templo, entre sus amigos y entre los escribas y fariseos del templo. Se hablaba, entre los parientes y amigos de Jerusalén, del niño tan prudente y piadoso, hijo de José, llamándole admirable, tal como aquí, entre nosotros, se habla en las anuales peregrinaciones o en los encuentros de personas conocidas, de éste o aquel niño piadoso o modesto de alguna familia de campesinos. De este modo tenía Jesús, cuando a los doce años se quedó en el templo, varios amigos y conocidos en Jerusalén, y no se extrañaron sus padres de no verlo al salir de Jerusalén, porque ya desde la primera hasta esta quinta vez que iba al templo siempre solía juntarse con los niños de otras familias que viajaban camino de Nazaret. Esta vez se separó Jesús de sus acompañantes al llegar al huerto de los Olivos y ellos pensaron que lo hacía para juntarse con sus padres, que venían detrás. Jesús se dirigió a la parte de la ciudad que mira hacia Belén y se fué a aquella posada donde se detuvo la Sagrada Familia cuando se dirigía al templo para la Presentación. Sus padres creían que estaría con los que iban a Nazaret, y éstos pensaron que se apartaba de ellos para juntarse con sus padres. Pero cuando llegaron a Gofna y advirtieron que Jesús no estaba con los viajeros, el susto de María y de José fué muy grande. De inmediato volvieron a Jerusalén, preguntando en el camino a los parientes y amigos por el Niño; pero no pudieron encontrarlo por ningún lado, pues no se había detenido donde ordinariamente solía hacerlo al ir al templo.

Jesús pasó la noche en la posada cerca de la puerta betlemítica, donde eran conocido él y sus padres. Se juntó con otros jovencitos y se fué a dos escuelas que había en la ciudad. El primer día fué a una escuela y el segundo a la otra. El tercer día estuvo por la mañana en una escuela del templo y por la tarde en el templo mismo, donde lo encontraron finalmente sus padres. Estas escuelas eran de diversas clases y no sólo para conocer la ley y la religión: se enseñaban diversas ciencias, y la postrera de ellas estaba situada junto al templo, y era la de la cual salían los levitas y sacerdotes. Con sus preguntas y respuestas asombró tanto el Niño Jesús a los maestros y rabinos de estas escuelas y tanto los estrechó, que éstos se propusieron a su vez humillar al Niño con los rabinos más sabios en diferentes ramas del saber humano. Con este fin se habían confabulado los sacerdotes y escribas, que al principio se habían complacido con la preparación del Niño Jesús, pero luego quedaron mortificados y querían vengarse. Aconteció esto en el aula pública, situada en el vestíbulo del templo, delante del Santo de los Santos, en el ámbito circular, desde donde Jesús más tarde enseñó al pueblo. Vi sentado al Niño Jesús en una gran silla, que no llenaba, y alrededor de Él había una multitud de judíos y ancianos con vestimentas sacerdotales. Escuchaban atentos, y parecía que estaba todos furiosos contra Él y por momentos creí que lo iban a maltratar. En la parte alta de la cátedra había unas cabezas pardas como si fueran perros y en los puntos superiores lucían y relumbraban. Tales figuras y cabezas veíanse en varias mesas largas de cocina que había en la parte lateral de este recinto del templo y que estaban llenas de ofrendas. Todo el espacio era tan grande y amplio y tan lleno de gente que no parecía estarse en un templo. Como Jesús hubiese aducido en las otras escuelas toda clase de ejemplos de la naturaleza, de las artes y de las ciencias en sus respuestas y explicaciones, se habían reunido aquí maestros en todas esas diversas asignaturas. Cuando ellos comenzaron a preguntarle y a disputar en particular con Jesús sobre estas materias, Él dijo que no pertenecía esto al lugar del templo; pero que también quería satisfacerlos en esto por ser tal la voluntad de su Padre. Como ellos no comprendían que hablaba de su Padre celestial, pensaron que José le había dicho que hiciera alarde de toda su ciencia delante de los sacerdotes. Jesús comenzó a responder y a enseñar sobre medicina describiendo el cuerpo humano y diciendo cosas que no conocían ni los más entendidos en la materia.

Habló asimismo de astronomía, de arquitectura, de agricultura, de geometría y de matemática. Luego pasó a la jurisprudencia. De este modo todo lo que iba ofreciendo lo aplicaba tan bellamente a la ley, a las promesas, a las profecías, al templo y a los misterios del culto y del sacrificio, que unos estaban admirados sobremanera, mientras otros estaban avergonzados y disgustados. Así discurrieron, hasta que todos corridos se molestaron mucho especialmente al oír cosas que jamás habían sabido ni entendido o que interpretaban de muy diferente manera.

Hacía algunas horas que Jesús estaba enseñando cuando entraron en el templo José y María, y preguntaron por su Hijo a los levitas que los conocían. Estos dijeron que estaba en el atrio con los escribas y sacerdotes, y no siendo éste lugar accesible para ellos, enviaron a un levita en busca de Jesús. Mas Éste les hizo decir que primero quería terminar su trabajo. La circunstancia de no acudir afligió mucho a María: era la primera vez que les daba a entender que había para Él otros mandatos fuera de los de sus padres terrenales. Continuó enseñando aún no menos de una hora, y cuando todos se vieron refutados, confundidos y corridos en sus preguntas capciosas, dejó el aula y se llegó al vestíbulo de Israel y de las mujeres. José, tímido, callaba, lleno de admiración. María se acercó a Él, diciéndole: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?... He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con tanto dolor". Jesús estaba todavía muy serio, y dijo: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?..." Esto no lo entendieron y regresaron con Él de inmediato. Los que habían oído tales palabras estaban asombrados y quedaron mirándolo. Yo estaba llena de temor: me parecía que iban a echarle mano, porque estaban llenos de encono contra el Niño. Me admiré que dejasen partir tranquilamente a la Sagrada Familia, porque le abrieron ancho camino en medio de la muchedumbre apiñada en el lugar. La doctrina de Jesus excitó fuertemente la atención de los escribas: algunos anotaron sus dichos como algo notable y se hacían toda clase de comentarios y murmuraciones acerca del particular. Pero todo lo acontecido en el templo se lo guardaron entre sí, tergiversando las cosas y calificando al Niño de intruso y atrevido, a quien habían corregido: que sin duda tenía mucho talento, pero que eran cosas que había que pensarlas mejor.

Vi a la Sagrada Familia salir de nuevo de Jerusalén y reunirse con dos mujeres y algunos niños que yo no conocía, pero que parecían ser de Nazaret. Fueron por diversos lugares alrede-

dor de Jerusalén, por varios caminos, por el Monte de los Olivos, deteniéndose acá y allá, en los hermosos y verdes lugares de recreo, y orando con las manos cruzadas sobre el pecho. Los ví cruzar un gran puente sobre un arroyo. El caminar y el orar del pequeño grupo me recordaban vivamente una peregrinación.

XCIV

Fiesta en casa de Ana

Cuando Jesús estuvo de vuelta en Nazaret, vi en la casa de Ana una gran fiesta, a la cual asistieron todos los jóvenes y niñas de los parientes y amigos. No sé si sería una fiesta por el hallazgo del Niño Jesús u otra solemnidad acostumbrada al regreso de la Pascua o la conmemoración del duodécimo aniversario de los hijos que solía celebrarse. Jesús estaba allí como el principal festejado. Encima de las mesas estaban tendidas bellas enramadas y colgaban sobre ellas guirnaldas de hojas de vid y espigas, y los niños llevaban uvas y panecillos. Estaban presentes treinta y tres niños, todos futuros discípulos de Jesús, lo que guardaba referencia con los años de vida de Jesús. Enseñó Jesús y contó a esos niños, durante la fiesta, una muy maravillosa y poco comprendida parábola de unas bodas donde el vino se convertiría en sangre y el pan en carne, y que ésta quedaría con los convidados hasta el fin del mundo para consuelo, fortaleza y vínculo de unión. Dijo también a un joven llamado Natanael, pariente suyo: "En tus bodas estaré presente". A partir de este año duodécimo de su vida, Jesús fué siempre como el maestro de sus compañeros de infancia. A menudo estaba sentado con ellos refiriéndoles algo y paseando al aire libre. Más tarde comenzó a ayudar a José en su oficio. Era el Salvador de figura delgada y delicada, de rostro largo, ovalado y reluciente, de color sano, aunque pálido. El cabello, muy liso y rubio encendido, caíale en crenchas por la alta y serena frente sobre los hombros. Vestía larga túnica gris pardusca, que le llegaba hasta los pies; las mangas eran un tanto abiertas cerca de las manos.

XCV

Muerte de San José

Cuando Jesús se acercaba a los treinta años, José se iba debilitando cada vez más, y vi a Jesús y a María muchas veces

con él. María sentábase a menudo en el suelo, delante de su lecho, o en una tarima redonda baja, de tres pies, de la cual se servía en algunas ocasiones como de mesa. Los vi comer pocas veces: cuando traían una refección a José a su lecho era ésta de tres rebanadas blancas como de dos dedos de largo, cuadradas, puestas en un plato o bien pequeñas frutas en una taza. Le daban de beber en una especie de ánfora. Cuando José murió, estaba María sentada a la cabecera de la cama y le tenía en brazos, mientras Jesús estaba junto a su pecho. Vi el aposento lleno de resplandor y de ángeles. José, cruzadas las manos en el pecho, fué envuelto en lienzos blancos, colocado en un cajón estrecho y depositado en la hermosa caverna sepulcral que un buen hombre le había regalado. Fuera de Jesús y María, unas pocas personas acompañaron el ataúd, que vi, en cambio, entre resplandores y ángeles.

Hubo José de morir antes que Jesús pues no hubiera podido sufrir la crucifixión del Señor: era demasiado débil y amante. Padecimientos grandes fueron ya para él las persecuciones que entre los veinte y treinta años tuvo que soportar el Salvador, por toda suerte de maquinaciones de parte de los judíos, los cuales no lo podían sufrir: decían que el hijo del carpintero quería saberlo todo mejor y estaban llenos de envidia, porque impugnaba muchas veces la doctrina de los fariseos y tenía siempre en torno de Sí a numerosos jóvenes que le seguían. María sufrió infinitamente con estas persecuciones. A mí siempre me parecieron mayores estas penas que los martirios efectivos. Indescriptible es el amor con que Jesús soportó en su juventud las persecuciones y los ardides de los judíos. Como iba con sus seguidores a la fiesta de Jerusalén, y solía pasear con ellos, los fariseos de Nazaret lo llamaban vagabundo. Muchos de estos seguidores de Cristo no perseveraban y le abandonaban.

Después de la muerte de José, se trasladaron Jesús y María a un pueblito de pocas casas entre Cafarnaúm y Betsaida, donde un hombre de nombre Leví, de Cafarnaúm, que amaba a la Sagrada Familia, le dió a Jesús una casita para habitar, situada en lugar apartado y rodeada de un estanque de agua. Vivían allí mismo algunos servidores de Leví para atender los quehaceres domésticos; la comida la traían de la casa de Leví. A este pueblito se retiró también el padre del apóstol Pedro cuando entregó a éste su negocio de pesca en Betsaida. Jesús tenía entonces algunos adeptos de Nazaret, pero se apartaban con facilidad

de Él. Jesús ya iba con ellos alrededor del lago y a Jerusalén a las fiestas del templo. La familia de Lázaro, de Betania, ya era conocida de la Sagrada Familia. Leví le había entregado esa casa para que Jesús pudiera refugiarse allí con sus discípulos sin ser molestado. Había entonces en torno del lago de Cafarnaúm una comarca muy fértil, con hermosos valles, y he visto que recogían allí varias cosechas al año: el aspecto era hermoso por el verdor, las flores y las frutas. Por eso muchos judíos nobles tenían allí sus casas de recreo, sus castillos y sus jardines; también Herodes tenía una residencia. Los judíos del tiempo del Señor no eran como los judíos de otros tiempos; éstos, a causa del comercio con los paganos, estaban muy pervertidos. A las mujeres no se las veía de ordinario en público ni en los campos, a no ser las muy pobres que recogían las espigas de trigo. Se las veía, en cambio, en peregrinaciones a Jerusalén, y en otros lugares de oración. El comercio y la agricultura se hacía principalmente por medio de los esclavos y sirvientes. He visto todas las ciudades de Galilea, y allí donde ahora veo apenas dos o tres pueblitos entonces un centenar estaba lleno de gente en movimiento. María Cleofás, que con su tercer marido, padre de Simeón de Jerusalén, vivía hasta ahora en la casa de Ana, cerca de Nazaret, al dejar María y José su casa de Nazaret, se trasladó a esa casa con su hijo Simeón, mientras sus criados y parientes quedaban en la de Ana. Cuando en este tiempo Jesús se dirigió desde Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón, fué acompañado por María hasta Nazaret, donde quedó esperando su vuelta. María solía acompañar a su Hijo con mucho cariño en estos cortos viajes. Acudieron allí José Barsabas, hijo de María Cleofás, habido con su segundo marido Sabas, y otros tres hijos de su primer marido Alfeo: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, los cuales ejercían oficios fuera de casa. Todos iban para consolarse con la vista de María y consolarla de la muerte de José, y para ver de nuevo a Jesús, a quien no habían vuelto a ver desde su infancia. Habían oído comentar las palabras de Simeón en el templo y la profecía de Ana en ocasión de la Presentación de Jesús en el templo; pero apenas si las creían y por esto se unieron a Juan el Bautista, que había hecho su aparición en esos lugares.

Epoca Segunda

Desde el comienzo de la vida pública de Jesús hasta la primera Pascua

I

Comienzo de la vida pública de Jesús

Junio 3. — Jesús partió de Cafarnaúm, a través de Nazaret, hacia Hebrón. Pasó por la hermosa comarca de Genesaret, cerca a los baños calientes de Emaús. Estos se hallan entre Mágdala, en dirección de Tiberíades, quizás a una hora de camino, y este último punto en la ladera de una montaña. En los campos veíase mucha hierba alta y en las laderas de las montañas villorrios y casas entre hileras de higueras, datileros y naranjales. Junto al camino se celebraba una fiesta popular. Grupos de hombres y mujeres, separados unos de otros, disputaban diversos juegos con premios consistentes en frutos de diversas clases. Aquí vió Jesús a Natanael de Chased entre el grupo de hombres que estaba bajo una higuera(*). Natanael estaba luchando con una fuerte tentación de sensualidad mientras miraba hacia el grupo de mujeres. Jesús, al pasar, le dirigió una mirada de advertencia. Natanael sintió al punto una fuerte impresión y, sin conocer a Jesús, pensó entre sí: "Este Hombre tiene una mirada avasalladora". Tuvo la impresión como si ese Hombre era superior al común de los mortales. Se sintió conmovido, se reconcentró en si mismo, venció la tentación y fué desde entonces más severo consigo mismo. Me parece que vi a Neftalí, llamado Bartolomé, quién también quedó prendado de la mirada que Jesús les dirigió. Jesús iba caminando con dos compañeros de infancia por la Judea en dirección a Hebrón. Estos compañeros y discípulos no le fueron fieles; se separaron muy pronto de Él, y sólo después de la Resurrección y de la aparición a los discípulos en el monte Thebez de Galilea, se convirtieron de verdad y se unieron a la comunidad cristiana. Al llegar a Betania, Jesús se dirigió a casa de Lázaro. Lázaro parecía de más edad que Jesús; tendría por lo menos ocho años más. Poseía una gran casa con mucha gente, hacienda, huertas y jardines. Marta tenía casa aparte, y

---

(*) La mayor parte de los autores opinan que Natanael y Bartolomé son una misma persona. La vidente conoce a Bartolomé apóstol y lo distingue de dos Natanael. A uno lo llama Natanael Chased, que es el verdadero israelita en el cual no hay dolo, y a Natanael, el novio de las bodas de Caná, de quien dice que era compañero de infancia de Jesús. Natanael Chased fué discípulo del Señor, oculto, a semejanza de Nicodemus.

otra hermana, que vivía sola como reconcentrada en si misma, tenía también vivienda apartada del resto de la casa. Magdalena residía por ese tiempo en su castillo de Mágdala. Supe que Lázaro hacía mucho que era amigo de la Sagrada Familia. En otras ocasiones había ayudado a José y a María con muchas limosnas y desde el principio hasta el fin había ayudado a la comunidad cristiana. Todo el dinero que llevaba Judas provenía de sus larguezas, así como los gastos que necesitaban hacer los discípulos de Jesús eran sufragados con las limosnas de Lázaro. Desde Betania Jesús se dirigió al templo de Jerusalén.

II

La familia de Lázaro

El padre de Lázaro se llamó Zarah o Zerah y era de noble estirpe originaria de Egipto. Había vivido también en Siria, en los confines con Arabia, y tenía parentesco y amistad con un rey de Siria. Por sus merecimientos en una guerra fué premiado por el Emperador Romano con tierras y posesiones cerca de Jerusalén y en Galilea. Era como un príncipe entre sus compatriotas y muy rico, y por su casamiento con una mujer judía, de la clase de los fariseos, había aumentado sus bienes materiales. Su mujer se llamaba Jezabel. Lázaro se hizo judío y era observante de la ley, piadoso al modo de los fariseos de su tiempo. Tenía un derecho sobre parte de la ciudad, cerca del monte Sión, donde el torrente corre a través del barranco, junto a la colina del templo. Pero la mayor parte de sus derechos los había cedido al templo. Con todo había quedado en la familia un antiguo derecho sobre la parte donde vi más tarde que los apóstoles subían al Cenáculo, a pesar de no pertenecer ya a sus posesiones. El solar de Betania era muy grande, con muchos jardines, pozos y terrazas, y estaba circundado por un doble foso. La familia de Lázaro estaba enterada de las profecías de Simeón y de Ana. Esperaban al Mesías y en la infancia de Jesús tuvieron amistad con la Sagrada Familia, de la manera que aún hoy se ven familias nobles amigas de otras humildes. Los padres de Lázaro tuvieron quince hijos, de los cuales seis murieron tempranamente, nueve llegaron a la edad adulta y sólo cuatro vivían en tiempos de la predicación de Cristo.

Estos cuatro fueron: Marta, de dos años menor; una María, llamada la Silenciosa, de dos años menor que Marta, y María

Magdalena, de cinco años menos que María la Silenciosa, que era tenida por algo corta de mente. Esta María no está nombrada en la Escritura, pero valía mucho delante de Dios. En la familia quedaba como arrinconada y por esto era desconocida(*).

Magdalena, la menor de todas, era muy hermosa y desde sus primeros años se manifestó de aspecto lleno, vigoroso y esbelto; estaba llena de vanidad, de coquetería y de seducciones. Al cumplir siete años ya habían muerto sus padres. Ella no los sufría, por los severos ayunos que practicaban en la casa. Desde pequeña era vanidosa, orgullosa, muelle y caprichosa y por demás golosa. No le era fiel a nadie y sólo buscaba al que la halagaba más. Era derrochadora y dadivosa por compasión natural y dada a todo lo brillante y a las magnificencias exteriores. Su madre tenía parte de culpa por sus mimos; también había heredado de ella su compasión natural y sensible. La madre y la nodriza falsearon la formación de Magdalena, porque en todas partes la hacían aparecer para lucir, dejaban aplaudir sus coqueterías y artes de seducción y solían permanecer demasiado con ella a la ventana y en público. Esta costumbre de sentarse a la ventana para curiosear fué el comienzo de su ruina moral. La he visto en la ventana y en la terraza de su casa en un asiento de alfombras y almohadones, de modo que se la pudiera contemplar desde la calle en toda su hermosura y seducción. Sustraía desde entonces golosinas con que obsequiar a otras criaturas en el jardín y desde los nueve años comenzó a fantasear con cariños y amores. Con el andar de los años al crecer su talento crecía también el ruído en torno de ella y la admiración de las gentes. Reunía a muchos admiradores. Era instruída y sabía escribir versos de amor en pequeños rollos de pergamino. He notado que contaba algo con los dedos mientras escribía. Mandaba luego estos escritos a sus admiradores, y así era conocida en todas partes y se hablaba mucho de ella. Pero no vi en ella que realmente amase a alguno o que fuese amado por otro: en todo procedía por vanidad, sensualidad, amor propio y coquetería. Era tenida como escándalo para sus hermanas. Ella se desviaba de sus hermanas por la vida sencilla que llevaban. Cuando a la muerte de sus padres se repartieron por suertes la herencia pa-

(*) De María la Silenciosa, hermana de Marta y de María Magdalena, no hace mención el Evangelio. Era tenida por lela en la familia de Lázaro y murió antes de la pasión del Señor. De ella habla también Teresa Neumann en sus visiones de la familia de Lázaro y le da el mismo apodo: "La Silenciosa". (Ritter von Lama, Jahrbuch).

terna, le tocó a Magdalena el castillo de Mágdala, que era muy hermoso. Desde niña había estado allí varias veces y sentía por el lugar especial predilección. Contaba apenas once años cuando se retiró a ese castillo con mucho acompañamiento de criadas y de servidores de la casa y gran boato. Mágdala era lugar de fortalezas y edificios almenados formado de castillos, casas fortificadas, oficinas públicas, plazas con pórticos, paseos y jardines. Distaba ocho horas de camino al Oriente de Nazaret, a tres de Cafarnaúm y a una y media de Betsaida, hacia el Mediodía, a una milla del lago de Genesaret, en una altura, y en parte en el valle que corre hacia el mar de Galilea, terminando en el camino que se extendía alrededor del lago. Uno de los castillos pertenecía a Herodes, el cual poseía otro más grande en la fértil campiña de Genesaret. Por eso había allí soldados de Herodes, que eran causa de mayor licencia de costumbres: muchos oficiales tenían trato con Magdalena. Fuera de estos soldados habría en toda Mágdala unas cien personas más, la mayor parte empleados, cuidadores de los castillos, criados y mayordomos. No había allí sinagoga, y la gente piadosa iba a la de Betsaida. El castillo de Magdalena era el más hermoso y estaba situado en terreno más elevado que los demás del contorno: desde sus terrazas se podía contemplar la llanura del mar de Galilea hasta la orilla opuesta. A Mágdala confluían cinco caminos: en cada uno de ellos se veía, como a una media hora, el castillo correspondiente, una torre sobre una bóveda como una garita desde donde el centinela podía observar el horizonte a mucha distancia. Estas torres estaban desunidas entre sí y rodeadas de jardines, praderas y campos de pastoreo. Magdalena tenía criados y criadas, porque poseía allí campos con ganado; pero la administración era defectuosa y todo iba en decadencia. A través del valle y los barrancos agrestes, desde donde empezaba la edificación de Mágdala hacia la altura, corría un arroyo en dirección al mar, donde se refugiaban animales salvajes que llegaban allí para ocultarse desde tres lugares desiertos unidos al valle de Mágdala. Herodes solía tener allí grandes cacerías, además de hacerlo en el castillo de Genesaret, donde poseía un parque de animales.

La campiña de Genesaret empieza entre Tiberíades y Tarichea, como a cuatro horas de Cafarnaúm y se extiende desde el mar hasta tres horas en la comarca, y al Sur de Tarichea hasta la desembocadura del Jordán. Este hermoso valle, como el lago artificial y el lugar de baños de Betulia, formado por un arroyo,

son parte de un espléndido conjunto de arroyos que se echan en el mar. Esta corriente de agua forma varias cataratas artificiales y estanques en el hermoso valle, lleno de jardines, casas de veraneo, castillos, jardines zoológicos, quintas con árboles forestales y frutales de toda clase. Todo el año se ve allí vegetación y flores. Los ricos del país, especialmente de Jerusalén, tienen allí sus residencias de verano, con jardines, parques y paseos. El lugar está lleno de casitas, paseos, enramadas, con senderos de setos verdes y con caminos bordeados de árboles en forma de pirámides, figurando colinas y elevaciones de diferentes aspectos. Fuera de Mágdala no se ve, en los alrededores, otras poblaciones. Los habitantes estables durante todo el año son, en la mayoría, jardineros y guardianes de los castillos, y pastores que guardan el ganado de ovejas y cabras de razas escogidas. Vi además que cuidan toda clase de animales y pájaros raros en los jardines. Ningún camino principal corre a través de Mágdala, pero la circundan dos que vienen del mar y del río Jordán.

III

Jesús en Hebrón, en Dothaim y en Nazaret

Junio 7. — Cuando Jesús llegó a Hebrón, despachó a sus compañeros diciéndoles que Él debía visitar a un amigo. Zacarías e Isabel ya no vivían y Jesús se dirigió hacia el desierto adonde Isabel había llevado al niño Juan. Este desierto estaba entre Hebrón y el sur del Mar Muerto. Primero se atraviesa una alta montaña de piedras blancas y se entra en un ameno valle de palmas. Allí se dirigió Jesús y estuvo en la cueva donde había estado Juan, llevado por Isabel. Luego lo vi pasando un riachuelo por el cual había pasado también Juan con Isabel. Lo he visto solitario y en oración, como si se preparase para su vida pública. De este desierto volvió nuevamente a Hebrón. Ayuda en todas partes donde se ofrecía el caso: lo he visto junto al Mar Muerto ayudando a gentes que pasaban sobre balsas el mar y a extender una lona sobre la barcaza, ya que subían sobre la balsa hombres, animales y fardos de mercaderías. Jesús clamó a ellos y desde la orilla les alcanzó un tirante hasta la embarcación y les ayudó en cargar y mejorar la barcaza. La gente no podía imaginar quien fuera Él, pues aunque no se distinguía de los demás por su vestido exterior, pero su porte era tan digno, tan amable su trato y admirable su persona, que todos se sentían conmovidos sin saber

el por qué. Al principio creyeron que fuera Juan el Bautista, que había aparecido en esos lugares; pero pronto se desengañaron, pues Juan era más moreno y tenía más curtido el rostro por la vida del desierto.

Estando en Hebrón celebró la fiesta del Sábado y dejó libres a sus compañeros de viaje. Entraba en las casas donde había enfermos y los consolaba, les servía, los levantaba y les acomodaba los lechos; pero no he visto sanarlos de sus enfermedades. Su aparición era para todos una bendición y se admiraban de su presencia. Fué también adonde había algunos poseídos del demonio, que en su presencia se aquietaban, aunque no he visto que los librase de los espíritus malignos. Donde Él aparecía colaboraba cuando se presentaba la oportunidad: levantaba a los caídos, daba de beber a los sedientos y acompañaba a los viajeros a través de caminos difíciles. Todos deseaban su presencia, lo querían bien y se admiraban de tal caminante. Desde Hebrón se encaminó hacia la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto. Pasó el río y se dirigió por el Oriente hacia Galilea. Lo vi caminando entre Pella y la comarca de Gergesa. Hacía el camino en pequeñas etapas, ayudando, mientras tanto, donde se ofrecía la ocasión. Visitaba a los enfermos y a los leprosos, los consolaba, los levantaba, los acomodaba en sus lechos, los exhortaba a la oración y les sugería remedios y cuidados. En uno de estos lugares había gente que sabía lo de Simeón y de Ana, y le preguntaron si acaso era Él ese niño del que profetizaron. Generalmente le acompañaban algunos voluntariamente, que lo hacían por gusto de ir con Él. Estuvo también en el hermoso riachuelo Hieromax que se echa en el Jordán, no lejos de aquel monte escarpado de donde Él más tarde arrojó los cerdos en el mar; este lugar está bajo el mar de Galilea. En la orilla había cierta cantidad de casitas cavadas en tierra, como chozas de pastores, donde habitaban gentes que trabajaban con sus canoas y barcos; y he visto que no entendían el oficio y adelantaban poco. Jesús fué hacia ellos, les ayudó bondadosamente llevándoles postes y tirantes, dándoles una mano en sus tareas e indicándoles ciertas conveniencias en el modo de trabajar, mientras los exhortaba a la paciencia y a la caridad mutua en la faena.

Junio 20. — Más tarde lo he visto en Dothaim, pequeño pueblo aislado al noreste de Séforis. No había allí sinagoga y la gente vivía despreocupada, aunque no era mala. Abrahán tuvo aquí pastores para los animales del sacrificio. También José y

sus hermanos tuvieron aquí sus ganados, y aquí fué vendido José. En los tiempos actuales Dothaim es una villa pequeña, aunque las praderas son buenas y hay ganado hasta el mar de Galilea. Había en este lugar una gran casa, especie de manicomio, donde se encontraban muchos poseídos de demonios: éstos se pusieron sumamente furiosos y se golpeaban unos a otros hasta parecer que se mataban al acercarse Jesús. Los guardianes no podían sujetarlos ni con ataduras. Jesús entró en la casa y les habló, y se aquietaron de inmediato. Los exhortó y amonestó, y he visto que salieron de allí completamente tranquilos, dirigiéndose cada uno a su casa. Los habitantes se admiraron grandemente al ver este hecho, no querían dejarlo partir de allí y terminaron por invitarlo a asistir a una boda. En esa fiesta no apareció sino como un hombre a quien se quiere honrar. Habló amigablemente, y con sabias palabras exhortó también a los esposos. He visto que éstos, después de la aparición de Jesús en Thebez, entraron en la comunidad cristiana.

IV

Regreso de Jesús a Nazaret

Junio 22. — Cuando Jesús volvió a Nazaret, visitó a los conocidos y parientes de sus padres, en los alrededores, siendo recibido muy fríamene por sus habitantes; de modo que cuando quiso entrar en la sinagoga para enseñar, no se lo permitieron. Habló entonces en la plaza pública delante de muchas personas, saduceos y fariseos, refiriéndose al Mesías que había de aparecer, muy distinto del que ellos se imaginaban según sus deseos. Llamó a Juan: "la voz que clama en el desierto". Le habían seguido desde la comarca de Hebrón dos jovencitos vestidos con largas túnicas como las de los sacerdotes, aunque no estaban siempre con Él. Celebró aquí la festividad del Sábado.

Junio 25. — He visto a Jesús, en compañía de María, María Cleofás y los padres de Pármenas, en total unas veinte personas, abandonar Nazaret y dirigirse a Cafarnaúm. Tenían asnos cargados de bultos. La casa de Nazaret quedó limpia, adornada y revestida interiormente con alfombras y mantas, que me daban la impresión de una capilla: así quedó vacía la casita de Nazaret. El tercer marido de María Cleofás, que trabaja en casa de Ana, cuidará la casa juntamente con sus hijos. Esta María Cleofás, su hijo menor José Barsabás y Simón, viven ahora muy cerca de

la casita que aquel hombre llamado Leví regaló a Jesús para su vivienda cerca de Cafarnaúm. Los padres de Pármenas vivían también no lejos de allí.

Junio 28. — Jesús fué de un pueblito a otro visitando especialmente los lugares donde había estado Juan, vuelto del desierto. Entraba en las sinagogas, enseñaba y consolaba y ayudaba a los enfermos. En cierta ocasión, mientras enseñaba en la sinagoga de un pueblito acerca del bautismo de Juan, de la proximidad del Mesías y de la necesidad de la penitencia, la gente del lugar murmuraba, diciendo: "No hace más que unos tres meses vivía su padre, el carpintero, y Él trabajaba con su padre; luego se dió a viajar un poco, y ahora ya se viene para echárselas de maestro".

Lo vi también en Caná, donde tenía parientes, a quienes Él visitó, y lo vi enseñando. Todavía no lo vi con ninguno de sus futuros apóstoles: parecería que se ocupara de ir conociendo a los hombres, y que ayudara solamente a la obra en que se había empeñado Juan. De un pueblo a otro le solía acompañar siempre algún buen hombre del lugar.

Julio 6. — Una vez he visto a cuatro hombres, entre ellos alguno que fué apóstol, aguardando a la sombra, sobre el camino entre Samaría y Nazaret, a que pasara Jesús, el cual acercábase precisamente en compañía de un discípulo. Los hombres le salieron al encuentro, y le contaron cómo habían sido bautizados por Juan, que les había hablado de la proximidad del Mesías. Le contaron que había hablado severamente con los soldados y que de ellos había bautizado algunos pocos. Le dijeron también que él podía tomar piedras del Jordán y bautizarlas, y le refirieron otras cosas de Juan. Luego continuaron el camino en su compañía. Después lo vi caminando por el lago de Galilea, hacia el Norte. Habló ya más claramente del Mesías, y en varios lugares los poseídos del demonio clamaban detrás de Él. Echó el demonio de un hombre y enseñó en la sinagoga. Le salieron al encuentro seis hombres, que venían del bautismo de Juan, entre ellos Leví, llamado Mateo, y dos hijos de viudas de la parentela de Isabel. Conocían algo a Jesús por el parentesco y por oídas, y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan el Bautista, aunque no estaban seguros. Le hablaron de Juan, de Lázaro y de María Magdalena, opinando que ésta debía tener algún demonio. Por este tiempo ya vivía María en su castillo de Mágdala. Estos hombres acompañaron a Jesús, maravillándose de sus enseñanzas. Los bautizados que iban de Galilea hacia

donde estaba Juan, contaban a éste lo que sabían de Jesús y lo que habían oído decir, y los de Ainón, donde bautizaba Juan, iban a Jesús contándole las cosas de Juan.

Después he visto a Jesús caminando solo junto al mar, en un lugar de pesca rodeado por una valla, donde estaban ancladas cinco barcas. En la orilla había varias chozas habitadas por pescadores. Pedro era el dueño de ese lugar de pesca. Dentro de la choza estaban Pedro y Andrés; Juan y Santiago y su padre el Zebedeo, con otros, estaban en la barca. En la barca del medio estaba el padre de la mujer de Pedro con sus tres hijos. Supe los nombres de todos estos hombres y los he olvidado. El padre tiene el sobrenombre de Zelotes, porque en cierta ocasión había disputado con los romanos sobre derechos de pesca en el mar de Galilea y había ganado el pleito. He visto unos treinta hombres sobre las barcas. Jesús se acercó, y andaba entre las chozas y las barcas por el espacio cercado. Habló con Andrés y otros pescadores; no sé si con Pedro también. Ellos no dieron señas de conocer quién era. Él les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Andrés era discípulo de Juan y había sido bautizado por él. Jesús les dijo que volvería.

V

Jesús va, a través del Líbano, a Sidón y a Sarepta

Julio 11. — Jesús se dirigió, desde la orilla del mar de Galilea, hacia el Líbano, a causa de las habladurías y del movimiento en todo el país: muchos tenían a Juan por el Mesías y otros hablaban de otro indicado por el mismo Juan. Le acompañaban ahora, a veces seis, a veces hasta doce discípulos, que se apartaban o reunían en el camino: se alegraban con su enseñanza y sospechaban que pudiera ser Aquél de quien hablaba Juan. Jesús no había elegido aún a nadie y andaba solo, como si estuviese sembrando y preparando el terreno para su misión. Todos estos caminos guardaban relación con los viajes de los profetas, especialmente Elías. Jesús se dirigió con sus acompañantes a las alturas del Líbano, en dirección a la gran ciudad de Sidón, a orillas del mar. Desde esas alturas se goza de una espléndida vista panorámica. La ciudad parece estar muy cerca del mar; pero cuando uno está dentro de ella ve que aún queda a tres cuartos de hora de camino de la orilla. Es una ciudad bastante grande y llena de movimiento: cuando se mira desde

una altura hacia abajo parece que uno viera una serie interminable de barcos, porque en los techos planos de las casas había como un bosque de palos de mástiles con grandes banderas coloradas y de otros tonos y unas telas sin pintar, tendidas y colgadas, y debajo una multitud de hombres que trabajaba. En las casas he visto que fabricaban toda clase de recipientes brillantes. Los alrededores estaban llenos de huertas pequeñas con árboles frutales. Había grandes árboles y alrededor asientos. Algunos de estos asientos estaban sobre las ramas de los árboles, a los que se subía por escalones, y allí descansaban sentadas muchas personas como en casas aéreas. La llanura en la cual está situada la ciudad, entre el mar y la montaña, es bastante angosta. Paganos y judíos traficaban en la ciudad, donde reinaba mucha idolatría. El Salvador enseñaba y predicaba, mientras andaba entre los pequeños pueblos, bajo los grandes árboles, hablando de Juan y su bautismo y de la necesidad de hacer penitencia. Jesús fué bien recibido en la ciudad. Había estado allí otra vez. Habló en la escuela de la ciudad de la proximidad del Mesías y de la necesidad de dejar la idolatría. La reina Jezabel, que tanto persiguió a Elías, era de esta ciudad.

Jesús dejó a sus acompañantes en Sidón y se trasladó más al Norte a un lugar apartado del mar. Quiso separarse de los demás para entregarse a la oración. Este lugar está rodeado de un lado por bosques; hay gruesos muros y muchos viñedos en torno. Es Sarepta, la ciudad donde Elías fué alimentado por la viuda. Los judíos han relacionado con este hecho una superstición de la que participan los paganos del lugar: dejan habitar en torno de los muros de la ciudad a piadosas viudas y con eso creen que pueden entregarse a toda suerte de licencias, seguros de que no les pasará nada malo. Ahora habitaban allí hombres ancianos. Jesús habitó en la finca de aquella viuda, que pertenece ahora a un hombre de mucha edad. Estos hombres son especie de solitarios que por antigua costumbre y por veneración a Elías se retiran viviendo allí entregados a la meditación, a la explicación e interpretación de las profecías sobre la venida del Mesías y a la oración. Jesús les habló del Mesías y del bautismo de Juan. Aunque son piadosos, tienen ideas equivocadas y piensan que el Mesías llegará con poder temporal y magnificencia exterior. Jesús se retira con frecuencia al bosque de Sarepta para entregarse a la oración. Otras veces va a la sinagoga y se ocupa también de instruir a los niños. En lugares donde viven muchos paganos les advierte que se mantengan alejados de las

costumbres de éstos. He visto que había aquí gente buena y también algunos muy perversos.

Julio 14. — Generalmente lo veo ir solo, a no ser que le acompañe alguno de los contornos. Lo veo con frecuencia enseñar bajo la sombra de los árboles, en las faldas de las colinas, rodeado de hombres y mujeres. El tiempo del año es tal que me parece cuando estamos aquí en el mes de Mayo, porque en esta tierra la segunda cosecha es parecida a la de Mayo, entre nosotros. Veo que no cortan el trigo tan bajo como nosotros; lo asen bajo las espigas con la mano y lo cortan a un codo de altura, y no lo trillan. Están de pie las pequeñas gavillas y pasan por encima un rodillo tirado por dos bueyes. El trigo es mucho más seco y cae con más facilidad que entre nosotros. El trabajo lo hacen en campo abierto o bajo un techo de paja, abierto a los lados. Desde Sarepta se dirigió Jesús al Noreste, a un lugarcito no distante del campo de los muertos visto por Ezequiel en visión, cuando los huesos de los muertos se juntaron, tomando carne y nervios, y viniendo un soplo recibieron vida y movimiento. Acerca de esto tuve una explicación: como si por la predicación y bautismo de Juan se cubrían los cadáveres de carne y de nervios, y por el espíritu de Jesús Redentor y más tarde por el Espíritu Santo recibían vida y movimiento. Jesús consoló aquí a las gentes que se mostraban abatidas, y les habló y explicó la visión del profeta Ezequiel(*). Después se dirigió más al Norte, hacia la comarca donde Juan se había encaminado al salir del desierto. Había allí una pequeña población donde se habían detenido Noemí y Ruth algún tiempo. La fama de estas mujeres era tal que aún se hablaba de ellas con alabanzas. Más tarde se retiró a Belén. El Señor predicó aquí con mucho celo. Se acerca el tiempo en que Él se retirará al Sur, para su bautismo, a través de la Samaría.

Jacob tuvo también aquí campos de pastoreo. A través de la pradera corre un riachuelo, detrás del cual está el pozo de Juan, bastante alto, desde el cual se abre un camino que lleva al campo de los muertos visto por Ezequiel. De allí se baja hasta el lugar donde Adán y Eva fueron echados del Paraíso, descendiendo siempre. En este descenso los árboles se volvían cada vez más pequeños y achaparrados, hasta que llegaron en medio de arbustos tupidos, donde todo era ya silvestre y deforme. El

(*) **Véase Ezequiel, capítulo XXXVII.**

Paraíso estaba alto, como el sol, y fué descendiendo como detrás de una montaña, que parecía a su vez levantarse.

El Salvador anduvo por el mismo camino que hizo Elías cuando fué desde el arroyo de Carit a Sarepta. Está de vuelta en el campo de los pastores hacia Sarepta. Enseña durante el trayecto y pasa sin detenerse por Sidón. Desde Sarepta irá muy pronto al Sur para el bautismo; pero se detiene en Sarepta para celebrar el Sábado.

Julio 27. — Después del Sábado lo veo caminando hacia Nazaret, enseñando en algunos lugares, solo o acompañado: siempre lo veo descalzo. Lleva sus sandalias, que se pone cuando llega a alguna población. Lo vi por los valles, en las cercanías del Carmelo, y otra vez en el camino, muy cerca de donde se va a Egipto. De pronto se dirigió hacia el Oriente.

Veo también, caminando hacia Nazaret, a la Madre de Dios, a María Cleofás, a la madre de Pármenas y a dos mujeres más; y de Jerusalén a la Serafia (la Verónica), a Juana Chusa y al hijo de Serafia, el cual más tarde se unió a los apóstoles. Estos van a reunirse con María; son conocidos de Ella por las anuales idas a Jerusalén. Hay tres lugares donde las piadosas familias, con María y José, solían hacer sus devociones cada año: el templo de Jerusalén, el árbol del terebinto junto a Belén y el monte Carmelo. La familia de Ana y otras piadosas personas iban a este lugar generalmente en Mayo, cuando volvían de Jerusalén. Había allí un pozo y la cueva de Elías que parecía una capilla. Llegaban en diversos tiempos piadosos judíos, que esperaban la venida del Mesías; había otros que vivían allí como solitarios, y más tarde hubo cristianos. Al oriente del monte Tabor enseñó Jesús, en la escuela de un pueblecito, sobre el bautismo de Juan. He visto con Jesús a cinco acompañantes, entre éstos algunos que más tarde fueron discípulos.

Agosto 1º — El Sanedrín de Jerusalén envió cartas a todas las sinagogas y puntos principales de Palestina con mensajeros, para prevenir a las gentes contra uno del cual había dicho Juan que era el que debía venir y que iría pronto a bautizarse. Se decía a los jefes estuvieran atentos con esa persona, dieran cuenta de sus andanzas, añadiendo que si era el Mesías no necesitaba el bautismo. Estos escribas y fariseos estaban muy preocupados, desde que supieron que era el mismo que cuando niño los había confundido en el templo. He visto a estos mensajeros llegar a una ciudad situada a cuatro horas del camino de Hebrón hacia el mar; es la misma de donde los mensajeros de Moisés y Aarón

trajeron aquellos grandes racimos de uva. La ciudad se llama Gaza. He visto aquí una larga hilera de tiendas y celdas que llegaba hasta el mar, donde se vendían sedas y otras mercaderías.

Agosto 4. — Jesús llegó aquí y enseñó en diversos lugares, hasta el pozo de Jacob, y celebró el Sábado. Cuando volvió a Nazaret, vi que la Madre de Dios le salió al encuentro; pero al ver que llegaba con algunos discípulos, permaneció a cierta distancia, y volvióse sin acercarse a saludar a Jesús. Quedé admirada de su espíritu de sacrificio, al privarse de ese gusto. Al enseñar Jesús en la sinagoga estaban allí las santas mujeres. Cuando algunos días después, con sus cinco acompañantes y unos veinte jóvenes ansiosos de su infancia, enseñó en la sinagoga delante de muchos de Nazaret, no estaban ya presentes las santas mujeres. Los oyentes murmuraban contra Él diciendo que tal vez quería tomar el lugar de bautismo, abandonado por Juan, y bautizando hacerse pasar por otro igual a Juan; pero que no lo conseguirá, porque Juan venía del desierto, y que en cambio a Él bien lo conocían, y no lograría engañarlos.

VI

Jesús en Betsaida y en Cafarnaúm

Agosto 9. — Jesús dejó Nazaret para dirigirse a Betsaida, donde quería despertar de su letargo a algunos con su enseñanza. Las santas mujeres y otros acompañantes permanecieron todavía en Nazaret. Jesús había estado en casa de su Madre, donde se reunieron otros amigos, y les declaró que pensaba ausentarse porque se habían suscitado murmuraciones contra Él: que pensaba ir a Betsaida, para volver a Nazaret más tarde. Estaban con Jesús un hijo de la que se llamó después Verónica, de nombre Amandor; otro hijo de una de las tres viudas emparentadas con Jesús: su nombre me suena como Sirac, y un pariente de Pedro, que más tarde fué discípulo.

Agosto 10. — En la sinagoga de Betsaida predicó Jesús con mucha energía en la festividad del Sábado. Les dijo que debían aceptar la confesión, ir al bautismo de Juan y purificarse por medio de la penitencia; de lo contrario vendría un tiempo en que clamarían: "¡ay! ¡ay!" Había mucha gente en la sinagoga; pero creo que ninguno de los futuros discípulos, excepto Felipe. Los demás apóstoles, que eran de Betsaida, me parece que

estarían en otras sinagogas ese Sábado. Vivía Jesús con sus hombres en una casa cerca de los pescadores en Cafarnaúm.

Mientras Jesús predicaba en Betsaida, yo rezaba para que la gente fuera al bautismo de Juan y se convirtiera. Entonces tuve una visión donde vi a Juan cómo lavaba y quitaba las manchas más grandes y graves de esa gente, en carácter de precursor del que había de venir. He visto como se esmeraba con ardor en su trabajo, de modo que a veces se le caía la piel de un hombro al otro hombro; esto me parece una figura de lo que pasaba con los bautizados, a los cuales he visto que les caían como tiña y escamas, y de otros salía como un humo negro; mientras sobre otros más dispuestos llegaban rayos de luz.

Agosto 13. — Enseñó también en la escuela de Cafarnaúm. De todas partes acudían oyentes: he visto a Pedro, a Andrés y a muchos otros que ya habían sido bautizados por Juan. Cuando abandonó a Cafarnaúm, lo vi enseñando en un lugar como a dos horas de camino hacia el Sur, rodeado por la muchedumbre. Con Él estaban tres discípulos. Otros apóstoles que le habían seguido y oído en Cafarnaúm se volvieron a sus ocupaciones, no habiendo Jesús hablado aún con ellos en particular. El tema de la predicación de Jesús fué, también aquí, el bautismo de Juan y la proximidad de la promesa cumplida. Después lo he visto al sur de la Baja Galilea, enseñando, y en dirección de Samaría. Celebró el Sábado en un pueblito entre Nazaret y Séforis. Allí estaban las santas mujeres de Nazaret, la mujer de Pedro y otras mujeres de los que fueron apóstoles más tarde. El lugar estaba formado de pocas casas y una escuela, en un espacio separado de la casa de Ana por un campo. De los futuros apóstoles habían acudido a escuchar su predicación Pedro, Andrés, Santiago el Menor, Felipe, todos discípulos de Juan. Felipe era de Betsaida, tenía aspecto distinguido y se ocupaba de escrituras. Jesús no se detuvo aquí ni tomó alimento: sólo enseñó. Posiblemente los apóstoles habían celebrado el Sábado en alguna sinagoga cercana. Era costumbre de los judíos visitar diferentes sinagogas. Estos discípulos se fueron después de haber oído a Jesús, quien aún no había hablado con ellos en particular.

VII

Los endemoniados de Séforis

Agosto 19. — Salió Jesús con tres discípulos, a través de una montaña, hacia Séforis, a cuatro horas de camino de Nazaret. Entró en casa de una tía, la hermana menor de Ana, llamada Maraha. Ésta tenía una hija y dos hijos con vestiduras blancas y largas: se llamaban Arastaria y Cocharia, y fueron más tarde discípulos. La Madre de Dios, María, María Cleofás y otras mujeres se dirigieron al mismo punto. Allí he visto que lavaron los pies a Jesús y se hizo una comida. Durmió en casa de Maraha, que era de los antepasados de Santa Ana. Séforis es una ciudad bastante grande y tiene tres comunidades: la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios, y tres escuelas. Ha sufrido mucho a causa de guerras, y hoy no queda casi nada de ella.

Agosto 22. — Jesús permaneció varios días enseñando y exhortando al bautismo de Juan. El mismo día enseñó en dos sinagogas, una superior a la otra. En la primera los fariseos murmuraban contra Él; estaban presentes las santas mujeres. En la otra, de los esenios, no había lugar para las mujeres, y allí fué bien recibido.

Agosto 23. — Cuando se dispuso a enseñar en la sinagoga de los saduceos sucedió algo maravilloso. Había en Séforis un lugar donde se habían juntado a muchos endemoniados, retardados, locos y desequilibrados. Se los reunía en un recinto, cerca de la escuela, donde eran enseñados; y cuando había explicación para los demás en la sinagoga, eran introducidos para que la oyesen. Estaban detrás de los demás y escuchaban la predicación. Había entre ellos guardianes que los obligaban con azotes a permanecer quietos cuando se desbandaban. Vi a estos desgraciados, antes que Jesús entrase en la sinagoga, inquietarse e irritarse entre sí, desgarrándose, y atacados de convulsiones, mientras enseñaban los saduceos y los guardianes los sujetaban a fuerza de azotes. Al entrar Jesús, enmudecieron todos; pero al rato comenzó uno y otro a clamar: "Este es Jesús de Nazaret, nacido en Belén, visitado por los Reyes Magos de Oriente, y en Maraha está su Madre. Empieza a predicar una nueva doctrina, y no deben escucharla". De este modo clamaban, mientras narraban todos los acontecimientos de la vida de Jesús, ya uno, ya otro de los endemoniados, a pesar de los golpes de los guardianes. Entonces dijo Jesús que se los acercasen delante, y envió a

dos discípulos a la ciudad para que trajesen a los otros endemoniados. Al poco tiempo se hallaban allí reunidos unos cincuenta de ellos acompañados de muchos curiosos. Los endemoniados seguían clamando más que antes, hasta que Jesús intervino y dijo: "El espíritu que habla por ellos viene de lo profundo y debe volver a lo profundo de donde ha venido". Al punto se encontraron todos sanos y buenos, cayendo algunos al suelo por la salida de los espíritus. Se levantó un gran alboroto en la ciudad por este prodigio y Jesús y los suyos se vieron en gran peligro. Aumentó de tal manera el alboroto que Jesús se escurrió a una casa y por la noche salió de la ciudad, con los tres discípulos y Arastaria y Cocharia, hijos de la hermana de Ana. También salieron las santas mujeres. María se afligió y sufrió mucho aquí, porque vió por primera vez que perseguían a Jesús para hacerle daño. Fuera de la ciudad se juntaron bajo unos árboles y se dirigieron a Betulia.

VIII

Jesús en Betulia

Agosto 24-29. — La mayoría de los que sanó Jesús aquí fueron al bautismo de Juan y siguieron más tarde a Jesús como discípulos. Betulia es aquella ciudad en cuya defensa Judit mató a Holofernes. Está situada al Mediodía, al Oriente de Séforis, sobre una altura, desde donde se abarca una gran extensión. No hay mucha distancia desde aquí al castillo de Mágdala, donde moraba María Magdalena en todo su esplendor. En Betulia hay un castillo y hay abundantes pozos de agua. Jesús y sus acompañantes tomaron albergue a la entrada de la ciudad, y las santas mujeres volvieron a reunirse aquí. He oído que María le decía a Jesús que no enseñara allí, pues estaba muy temerosa de que se levantara un tumulto. Jesús le respondió que ya lo sabía y que debía cumplir su misión. María preguntó: "¿No debemos ir ahora al bautismo de Juan?" Jesús contestó con cierta seriedad: "¿Por qué hemos de ir ahora al bautismo de Juan? ¿Es acaso necesario?... Aún tengo que caminar y juntar discípulos. Ya diré cuando sea necesario ir al bautismo de Juan". María calló, como en las bodas de Caná.

Por mi parte sólo después de Pentecostés vi a las mujeres ser bautizadas en el estanque de Bethesda. Estas santas mujeres entraron en la ciudad de Betulia, y Jesús enseñó en la sinagoga

el Sábado. Se había reunido mucha gente de los alrededores para oír su explicación. También aquí he visto a muchos poseídos de demonios y otros fatuos en los caminos, delante de la ciudad, y en algunas calles por donde pasaba Jesús. Se callaban en su presencia, estaban sosegados y Jesús los libraba de su mal. La gente exclamaba: "Este hombre debe tener una fuerza prodigiosa, como los antiguos profetas, porque estos furiosos se aquietan en su presencia". Estos se sentían aliviados, aunque directamente no los hubiese tocado ni hablado, y se acercaron al albergue para darle las gracias. Jesús enseñó, exhortó con severas palabras y les dijo que fueran al bautismo de Juan. La gente de Betulia mostraba aprecio a Jesús y no permitió que siguiera viviendo fuera de la ciudad: se disputaban el honor de albergarlo en sus casas y los que no lo consiguieron quisieron por lo menos hospedar a alguno de los cinco discípulos que lo acompañaban. Estos no quisieron abandonar a Jesús; entonces el Salvador dijo a los invitantes que Él iría a las diversas casas que le ofrecían. Este amor y entusiasmo por Jesús no estaba con todo exento de interés y Jesús no dejó de hacérselo notar durante las enseñanzas de la sinagoga. Tenían la intención, no confesada, de recuperar, con las atenciones al nuevo profeta, la fama que habían perdido por su comercio y su mezcla con paganos y gentiles. No había, pues, en ellos verdadero amor a la verdad.

Cuando Jesús se retiró de Betulia, lo vi predicando en un valle cercano bajo los árboles. Le habían seguido los cinco discípulos y unas veinte personas en total. Las santas mujeres habían partido rumbo de Nazaret. Jesús abandonó a Betulia porque le urgían demasiado allí. Habían reunido a muchos posesos y enfermos de los alrededores, y Él no quería aún ejercer su poder de sanar tan públicamente. Cuando se alejó, quedaba el mar de Galilea a sus espaldas. El lugar desde donde hablaba era un sitio destinado desde mucho atrás para la enseñanza ejercida por los profetas a los esenios. Estaba cubierto de menudo pasto verde y tenía gradas para sentarse y oír más descansadamente. Alrededor de Jesús había entonces unas treinta personas. Por la tarde lo he visto con sus acompañantes en las cercanías de Nazaret, como a una hora de una pequeña población con una sinagoga, donde había estado antes de partir para Séforis. Lo recibieron amigablemente y lo llevaron a una casa con patio contiguo. Le lavaron allí los pies a Él y a sus acompañantes,

les quitaron sus mantos y los limpiaron del polvo, golpeándolos y cepillándolos, mientras les preparaban comida. Jesús enseñó en la sinagoga, mientras las santas mujeres llegaban a Nazaret.

IX

Jesús en Kedes y Jezrael

Agosto 30. — Pasados algunos días Jesús se encaminó, dos millas más lejos, a la ciudad de levitas Kedes o Kision. Le seguían unos siete poseídos del demonio, los cuales, en voz más alta aún que los de Séforis, iban proclamando su misión y su historia. De la ciudad salieron a su encuentro sacerdotes, ancianos y jóvenes con vestimentas blancas y largas. Algunos de los discípulos le habían precedido anunciando su llegada. Jesús no sanó ni libró a los posesos aquí y los sacerdotes los encerraron en un local para que no molestaran. Sanó y libró a estos infelices recien después de su bautismo. Lo recibieron muy bien y le sirvieron; pero cuando quiso enseñar le preguntaron qué misión llevaba y con qué autoridad, dado que era sólo conocido por hijo de María y de José. Él respondió diciendo, en términos generales, Quién le enviaba, Quién, era Él a quien enviaba, y que en el bautismo sabrían mejor Quién le enviaba. Enseñó largo tiempo, acerca del bautismo de Juan, sobre una colina en medio de la población, donde había, como en Thebez, un lugar dispuesto cubierto con una techumbre de juncos y ramas. De aquí pasó Jesús al lugar llamado de los pastores, donde más tarde, después de la segunda Pascua, sanó a un leproso y enseñó en diversos lugares de los contornos. El día de Sábado llegó con sus acompañantes a Jezrael, poblado con casitas desparramadas entre jardines, ruinosos edificios y torres derruídas. Cruza por medio un camino principal, llamado el Camino del Rey. Algunos acompañantes le habían precedido, y Jesús iba sólo con tres de sus discípulos.

En este lugar vivían algunos judíos, estrictos observantes de la Ley: no eran esenios sino nasireos. Hacían votos por determinado tiempo y vivían en cierta continencia. Poseían una escuela con varias habitaciones. Los niños vivían en comunidad en uno de estos edificios y las niñas en otro. Los casados solían hacer votos de continencia por algún tiempo, durante el cual los hombres residían en las casas de los niños y las mujeres en las de las niñas. Todos vestían de blanco o de gris. El jefe vestía tunica larga de color gris, el ruedo con dibujos de frutas blan-

cas y borlas, y llevaba un ancho cinturón gris con letras blancas. En un brazo tenía una cinta de una materia tejida bastante gruesa, gris y blanca, semejante a una servilleta doblada. Pendía de ella una punta terminada en flecos. Usaba también un manto corto alrededor del cuello, como el del jefe de los esenios Arcos, de color gris, y en vez de estar abierto por delante lo estaba por detrás. En el pecho tenía un escudo brillante cerrado por la espalda con cuerdecitas. Sobre los hombros llevaba unos retazos de tela. Todos usaban turbante de un color oscuro brillante: en la frente tenía letras y en la coronilla de la cabeza se juntaban tres bandas formando un botón semejante a la manzana. Los bordes del turbante eran blancos y grises. Los hombres llevaban barba larga y cabellera sin cortar. Me recordaban a los apóstoles, entre los cuales creía hallar semejanza; pero especialmente me recordaban a Pablo, que tenía los cabellos y los vestidos como éstos cuando perseguía a los cristianos. Más tarde he visto a Pablo entre ellos, porque era nasireo. Se dejaban crecer los cabellos hasta cumplir con el voto; luego se los cortaban y los ofrecían quemándolos en el fuego. Ofrecían también palomas. Uno podía entrar haciendo parte del voto de otro. Jesús celebró el Sábado en medio de ellos. Jezrael está separada de Nazaret por medio de una montaña. En las cercanías hay un pozo, donde estuvo un tiempo Saúl con su ejército.

Septiembre 1º — Jesús enseñó el Sábado sobre el bautismo de Juan. Les dijo, entre otras cosas, que la piedad era cosa muy buena; pero que la exageración ofrecía algún peligro; que los caminos de la salvación eran diversos; que el apartamiento de los demás puede degenerar en sectas; que fácilmente se mira con orgullo y propia complacencia a los demás hermanos y a los pobres no, los cuales, sin embargo, deberían ser ayudados y llevados por los más fuertes. Esta enseñanza era aquí muy oportuna porque en los contornos vivían gentes mezcladas con los gentiles, sin guía ni consejeros, porque los nasireos se apartaban de ellos. Jesús visitó a estos pobres de los alrededores y los exhortó a ir al bautismo de Juan. Estuvo al día siguiente en una comida de nasireos. Hablaron de la circuncisión relacionándola con el bautismo. Aquí oí por primera vez a Jesús tratar de la circuncisión. Me es imposible reproducir sus palabras. Dijo, más o menos, que el precepto de la circuncisión tenía un fundamento que había de cesar muy en breve; es decir, cuando el pueblo no estuviese ya unido tan carnalmnte a la descendencia de Abrahán, sino que renaciese por el bautismo del Espíritu

Santo a una vida espiritual. De entre estos nasireos se han hecho muchos cristianos; pero en general se atenían tanto al judaismo que muchos pretendían mezclar el cristianismo con el judaismo, y así cayeron en la herejía y el error.

X

Jesús entre los publicanos

Septiembre 3. — Cuando Jesús se despidió de Jezrael, se encaminó hacia el Oriente, bordeó la montaña que está entre Jezrael y Nazaret, y a dos horas de Jezrael permaneció en un pequeño grupo de casas a ambos lados del camino real. Vivían aquí muchos publicanos y otros judíos pobres algo más apartados del camino. El camino que pasaba entre las viviendas estaba guardado con rejas y cerrado a la entrada y a la salida. Había ricos publicanos que tenían bajo sus órdenes otras estaciones de pago, que a su vez subalquilaban estos puestos a otros. Uno de estos publicanos subordinados era Mateo, que tenía su puesto en otro lugar. Aquí había vivido aquella María, hija de una hermana de Isabel, que después de enviudar pasó a Nazaret, luego a Cafarnaúm y más tarde estuvo presente a la muerte de María Santísima. Por aquí pasaba el camino real que se dirigía de Siria, Arabia, Sidón hacia Egipto. Conducían por este camino, sobre camellos y asnos, grandes fardos de seda blanca, en haces, como lino, telas blancas y de color, alfombras gruesas entretejidas y muchas especias y yerbas. Cuando los camellos llegaban con sus cargas, eran detenidos, encerrados, y obligados a mostrar sus mercaderías. Los pasajeros debían pagar allí derechos en mercadería o dinero. Las monedas eran piezas triangulares o cuadradas amarillas, blancas o rojizas con una figura grabada a un lado en bajorrelieve y al otro en altorrelieve. Vi otras clases de monedas con torres, o una virgen, o un niño dentro de una canoa. Aquellas monedas delgadas que traían los Reyes Magos y ofrecieron en el pesebre volví a verlas entre algunos extranjeros que acudían al bautismo de Juan. Estos publicanos estaban entendidos entre sí y cuando uno de ellos lograba trampear en dinero o especias a los viajantes, se repartían las ganancias. Eran ricos y vivían cómodamente. Las casas estaban adornadas y provistas de patios, jardines y muros en torno: me recordaban las granjas de nuestros grandes campesinos. Sus moradores vivían apartados de los demás. Tenían una escuela y un maestro. Jesús

fué recibido bien por ellos. Llegaron algunas mujeres, entre ellas la de Pedro, creo. Una habló con Jesús y luego se retiraron de allí. Quizás venían de Nazaret y traían algún mensaje de María para Jesús. Jesús estaba ya con uno, ya con otro de los publicanos y enseñaba en la escuela. Les enrostró que algunas veces extorsionaran a los viajeros sacándoles más de lo debido en justicia. Ellos se mostraron avergonzados, sin explicarse cómo podía saberlo Él. A pesar de todo recibieron sus enseñanzas mejor que otros y se mostraron muy humillados en su presencia. Los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XI

Jesús en Kisloth Tabor

Septiembre 5. — Jesús abandonó el lugar de los publicanos después de haber enseñado toda la noche. Muchos de ellos querían hacerle regalos, pero Él no aceptó sus dones. Algunos lo siguieron con el propósito de ir al bautismo de Juan. Jesús llegó a Dotaim, junto a la casa donde estaban aquellos furiosos que había habitado en su primera pasada desde Nazaret. Al pasar cerca empezaron a gritar el nombre de Jesús, e intentaron salir. Jesús indicó al guardián que los dejase libres, que Él se hacía responsable de las consecuencias. Fueron puestos en libertad, se sosegaron, viéronse librados de su mal y le seguían.

Hacia la tarde llegó Jesús a Kisloth, población junto al monte Tabor. Vivían allí muchos fariseos los cuales se escandalizaron al ver a Jesús en compañía de publicanos, de poseídos de demonios y de toda clase de gente baja. Jesús entró en la escuela de la ciudad y enseñó sobre el bautismo de Juan. A sus acompañantes les declaró que pensasen bien antes de seguirle, si podían hacerlo, pues su camino y modo de vida no era por cierto cómodo ni agradable. Les contó algunos ejemplos de constructores: si uno quisiera edificarse casa debía pensar si el dueño del campo lo permitía; que antes se amigase e hiciese penitencia; y si uno quería edificarse una torre, debía primero calcular su gasto. Dijo otras cosas que agradaron poco a los fariseos. No le escuchaban, sino que más bien le acechaban; luego los he visto tratar entre ellos que le darían una comida para espiar sus palabras y expresiones. En efecto, le prepararon una gran cena en un local abierto. Había allí tres mesas juntas, y a derecha e izquierda lámparas encendidas. En la mesa del medio estaba Jesús con

algunos de los suyos y los fariseos; el centro de la sala tenía la techumbre abierta; en las mesas de los lados estaban otros acompañantes de Jesús. Debía haber en esta ciudad la antigua costumbre de que cuando alguien preparaba un banquete para un extranjero, eran invitados también los pobres, de los cuales había muchos en la ciudad olvidados; puesto que cuando Jesús se puso a la mesa preguntó en seguida a los fariseos dónde estaban los pobres que tenían derecho de participar. Los fariseos se mostraron confusos y dijeron que esto ya hacía mucho tiempo que no se observaba. Entonces mandó Jesús a sus discípulos Arastaria, Cocharia, hijos de Maraha, y a Kolaya, hijo de la viuda Ceba, que fuesen a buscar a los pobres de la ciudad. Esto causó gran escándalo entre los fariseos y admiración en la ciudad. Muchos de estos pobres estaban ya durmiendo. He visto a los mensajeros despertar a estos pobres en sus covachas, y he visto muchos cuadros de alegría entre ellos, que acudieron al llamado. Jesús y los discípulos los recibían y les servían, mientras les impartía hermosas enseñanzas. Los fariseos estaban muy contrariados, pero nada podían hacer por el momento, pues Jesús tenía la razón y el pueblo se alegraba de ello. Había un gran movimiento en toda la ciudad por esta novedad. Cuando estos pobres hubieron comido, se llevaron todavía algo consigo para los que habían quedado en sus casas. Jesús había bendecido esos alimentos y después de haber rezado con ellos, los exhortó a ir al bautismo de Juan.

XII

Jesús en el lugar de los pastores llamado Kimki

Septiembre 6 y 7. — Jesús transitaba por la noche entre dos valles: lo veía hablar de vez en cuando con sus acompañantes; otras veces rezagarse, ponerse de rodillas y rezar, y a alcanzar a sus discípulos. La tarde del día siguiente he visto a Jesús llegar a un lugar de pastores con casas desparramadas. Había allí una escuela, aunque no tenían sacerdotes. Estos solían acudir de otro lugar muy distante. La escuela estaba cerrada. Jesús reunió a los pastores en la sala de una posada y les enseñó. Como estaba cercana la fiesta del Sábado, concurrieron por la tarde sacerdotes y fariseos, algunos procedentes de Nazaret. Jesús habló sobre el bautismo de Juan y la proximidad del Mesías. Los fariseos se mostraban contrarios a Jesús: referíanse a su humilde origen y trataban de desprestigiarlo. Jesús pasó allí la noche.

Septiembre 8. — El Sábado habló en parábolas: pidió una semilla de mostaza, y habiéndola obtenido, dijo que si tenían fe siquiera como un grano de mostaza podrían conseguir echar un peral en el mar. Había allí, en efecto, un gran peral cargado de frutas. Los fariseos se mofaban de estas enseñanzas, que juzgaban pueriles. Jesús explicó mejor sus palabras; pero he olvidado la explicación. También les habló del mayordomo infiel. El pueblo, en cambio, tanto aquí como en los contornos se maravillaba de Jesús, y decía como habían oído de sus antepasados, que hablaban de los profetas y sus doctrinas, pareciéndoles que Éste era como aquellos profetas en su modo de ser y y en sus enseñanzas; pero más bondadoso que los antiguos. Este lugar de pastores se llama Kimki. Desde aquí se veían las montañas de Nazaret: estaba como a dos horas de camino. Las casas están desparramadas; sólo en torno de la sinagoga hay un conjunto de viviendas. Jesús se albergó entre gente pobre. La dueña de casa estaba enferma, hidrópica. Jesús se compadeció de ella sanándola con sólo ponerle la mano sobre la cabeza y el estómago. Se encontró de pronto buena completamente y se puso a servir la mesa. Jesús le prohibió hablar de este prodigio hasta su vuelta del bautismo. Ella preguntó por qué no lo habría de contarlo por todas partes. Jesús le contestó: "Si hablas de ello, quedarás muda". En efecto, enmudeció hasta la vuelta de Jesús de su bautismo.

Faltarían, creo, unos 14 días para su bautismo, porque estando en Betulia o Jezrael habló de un término de tres semanas.

Septiembre 9. — Jesús enseñó aquí hasta el tercer día; los fariseos se le mostraban contrarios. Jesús habló de la proximidad de la venida del Mesías y les dijo: "Vosotros esperáis al Mesías en esplendor mundano; pero Él ya ha venido y apareció como pobre; Él traerá la verdad; recogerá más desprecios que alabanzas, pues Él ama la justicia. No os dejéis apartar de Él, para que no os perdáis como aquellos hijos de Noé que se burlaban de él mientras fabricaba el arca que debía salvarlos del diluvio universal". Luego habló sólo para sus discípulos: "No os apartéis de Mí como se apartó Lot de Abrahán, el cual buscando los mejores pastos se alejó hacia Sodoma y Gomorra; no miréis al esplendor del mundo, que será destruído por el fuego del cielo, para que no seáis convertidos en estatuas de sal. Permaneced conmigo en las adversidades, que Yo os ayudaré en todas las necesidades". Estas y otras cosas les dijo. Los fariseos se mostra-

ban cada vez más contrariados, y decían: "¿Qué les puede prometer Este a ellos, si no tiene nada Él mismo?... ¿No eres acaso Tú de Nazaret, hijo de María y de José?..." Jesús les dijo veladamente de Quién era Hijo Él, y cómo se sabría en su bautismo. Decíanle los fariseos: "¿Cómo puedes Tú hablar del Mesías aquí y en todas partes donde enseñaste, según nosotros lo hemos averiguado? ¿Crees, acaso, que nosotros hemos de creer que te despachas por el Mesías?..." Jesús se contentó con decir: "A esta pregunta no queda por ahora respuesta alguna, sino ésta: Sí, vosotros lo pensáis". Se promovió entonces un tumulto en la sinagoga; los fariseos apagaron las lámparas, y Jesús y los discípulos abandonaron el lugar y se dirigieron de noche por el camino real. Más tarde los he visto descansando bajo un árbol.

Lunes, Septiembre 10. — Al día siguiente por la mañana vi que mucha gente esperaba a Jesús en los caminos. No había estado con Él en el sitio anterior; en parte le habían precedido. He visto a Jesús apartarse con ellos del camino y hacia las tres de la tarde llegar a una pradera donde había algunas chozas de paja habitadas por pastores en ciertos tiempos del año. No he visto mujeres. Los pastores le salieron al encuentro. Seguramente sabían su próxima llegada por los que habían llegado antes. Mientras unos le salieron al encuentro, otros mataron y prepararon aves, hicieron fuego y dispusieron una comida en su honor. Esto sucedía en un vestíbulo abierto de la posada; adentro estaba el hogar separado del resto de la casa por una pared. Alrededor había asientos con respaldares cubiertos de verde. Llevaron a Jesús adentro, como también a sus acompañantes, que eran unos veinte y otros tantos pastores. Todos se lavaron los pies. Jesús tuvo una fuente aparte. Había pedido algo más de agua y les dijo que no la derramasen. Cuando se dispusieron para la comida vió Jesús que estaban algo cohibidos y les preguntó qué era lo que les preocupaba, y si no faltaban algunos. Le dijeron que estaban afligidos porque tenían a dos compañeros enfermos de lepra; dijeron que temían que por tratarse de enfermedad impura Jesús no quisiera acercarse y por esto ambos se habían escondido. Mandó entonces Jesús a sus discípulos que trajesen a los dos enfermos. Vinieron éstos dos envueltos de pies a cabeza en telas de modo que apenas podían andar, acompañado cada uno por dos compañeros. Jesús los amonestó y les dijo que su lepra no venía de dentro, sino de contagio exterior. Yo tuve entonces el conocimiento de que su lepra provenía no de su maldad y perversidad, sino sólo por seducción. Mandó que

se lavasen en el agua que le habían servido a Él, y al hacerlo así he visto que caían como escamas de sus cuerpos enfermos y sólo les quedaban algunas manchas rojas. Esa agua se derramó en un hoyo y se cubrió con tierra. Jesús mandó a esa gente que no dijese nada de lo acontecido hasta que Él volviese de su bautismo. Luego les habló de Juan y de la proximidad del Mesías. Preguntaron entonces, con toda sencillez, a quien debían seguir: a Juan o a Él, quién era el más grande. Él les explicó entonces que el más grande era aquél que más humildemente sirviese: aquél que más se humillase en amar, ése era el más grande. Los exhortó también a ir al bautismo de Juan. Les habló de las dificultades de su seguimiento y licenció a todos sus acompañantes, menos a los cinco discípulos. A los demás los citó en un lugar en el desierto, no lejos de Jericó, me parece en las cercanías de Ofra. Joaquín tuvo en estos lugares un campo de pastoreo. Una parte de esta gente lo abandonó definitivamente; otra parte fué al bautismo de Juan; y el resto se fué antes a su casa para prepararse a ir después al bautismo de Juan. Jesús y los cinco se dirigieron a Nazaret ya muy tarde, a sólo una hora de camino. No entraron en la ciudad: se acercaron por la puerta que daba al Este, donde pasaba el camino que lleva al mar de Galilea. Nazaret tenía cinco puertas; aquí estaba una de ellas, pequeña, a un cuarto de hora de la ciudad, en una altura empinada desde la cual pretendieron una vez precipitar a Jesús mismo. Al pie veíanse algunas chozas. Jesús les dijo que buscasen refugio en alguna de esas casitas, mientras Él pasaba la noche en otra. Todos recibieron agua para lavarse los pies, un trozo de pan para comer y lugar para descansar. Ana tenía una posesión en las cercanías de Nazaret, mirando al Oriente. He visto que los pastores pusieron pan sobre las cenizas, para cocerlo al rescoldo. Tenían un pozo de agua, pero no amurallado.

XIII

Jesús con el esenio Eliud
Misterios del Antiguo Testamento y la Encarnación

Septiembre 10. — El valle a través del cual anduvo Jesús durante la noche desde Kisloth-Tabor, se llama Aedrón, y el campo de los pastores con la sinagoga donde los fariseos de Nazaret se mofaron tanto de Jesús, se llama Kimki. Las personas a quienes habló Jesús cerca de Nazaret eran esenios, amigos de

la Sagrada Familia(*). Vivían en lugares acondicionados junto a ruinosos muros de la ciudad; habitaban hombres solteros y pocas mujeres, separadas de ellos. Cultivaban pequeñas ruertas; los hombres vestían largas túnicas blancas y las mujeres llevaban mantos. Habían vivido antes en el valle de Zabulón, junto al castillo de Herodes; pero por amistad a la Sagrada Familia se habían trasladado a estos lugares de Nazaret. El esenio junto al cual se hospedó Jesús, se llamaba Eliud, un anciano de larga barba y de aspecto muy venerable. Era viudo y lo atendía una hija. Era hijo de un hermano de Zacarías. Esta gente vivía en retiro: iba a la sinagoga de Nazaret, tenía amistad con la Sagrada Familia, y se le había encomendado el cuidado de la casita de Nazaret en ausencia de María. A la mañana siguiente se fueron los cinco discípulos de Jesús a Nazaret, visitando a sus parientes y a la escuela del lugar. Jesús permaneció entre tanto con Eliud, el esenio. Con este anciano se detuvo orando y conversando familiarmente. Muchos secretos divinos le habían sido revelados a este anciano de extrema sencillez.

En la casa de María estaban, además de ella, cuatro mujeres: su sobrina María Cleofás, la prima de Ana, la del templo, Juana Chusa, parienta de Simeón, María madre de Juan Marcos y la viuda Lea. La Verónica ya no estaba aquí, ni la mujer de Pedro, que había visto en el lugar de los publicanos. Por la mañana ví a María, con María de Cleofás, junto a Jesús. Jesús dió la mano a María, su madre. Su comportamiento con ella era lleno de amor, aunque aparecía serio y callado. María se manifestó muy preocupada por Jesús, y le dijo que no convenía ir a Nazaret, pues allí había mucha animosidad en su contra. Los fariseos de Nazaret, que habían estado en Kimki y le habían oído en la sinagoga, estaban muy enojados contra Él y habían predispuesto al pueblo. Jesús dijo a María que iba a dejar a sus acompañantes, hasta que fuera al bautismo de Juan y que Él solo iría a Nazaret. Dijo varias cosas más, puesto que María volvió en el día dos o tres veces junto a su Hijo. Le dijo también que Él iría tres veces a la Pascua a Jerusalén y que en la última sentiría ella gran aflicción. Le reveló otros secretos, que he olvidado en este momento. María de Cleofás era una mujer de hermoso porte y atrayente; habló con Jesús durante la mañana

(*) Desde el punto de vista religioso el pueblo judío estaba dividido en varias sectas: los Fariseos, los Saduceos, los Herodianos y los Esenios. Estos hacían una vida ascética, silenciosa y contemplativa; vivían en lugares retirados, algunos en perfecta continencia, otros temporalmente y otros casados.

de sus cinco hijos, rogándole los hiciera sus discípulos. Uno de ellos era escribiente, especie de juez de paz, llamado Simón; dos eran pescadores, Santiago el menor, y Judas Tadeo: éstos eran hijos de su primer marido Alfeo, el cual le había dado un hijastro llamado Mateo, de quien se lamentaba mucho por ser un publicano, recaudador de impuestos. De su segundo marido, Sabas, tenía un hijo llamado José Barsabas, pescador, y, por último, tenía otro hijo de su tercer marido, Jonás, pescador: este niño era Simeón. Jesús la consoló diciéndole que sus hijos vendrían con Él, y acerca de Mateo (que ya había estado con Jesús en el camino a Sidón) le dijo que también vendría y que sería uno de los mejores.

María entretanto partió de Nazaret hacia su morada de Cafarnaúm con algunas de sus amigas. Habían llegado de allá algunos criados con asnos para acompañarlas. Llevaron otros objetos que habían quedado en Nazaret la última vez: mantas y bultos con utensilios; todo se había acondicionado en canastos de mimbre y cargado en los asnos. La casita de María en Nazaret parecía durante esta ausencia una capilla bien adornada y el hogar semejaba un altar. Sobre él había un cajoncito y encima de éste un florero con siemprevivas. Durante la ausencia de María habitaban la casa algunos esenios.

Septiembre 11. — Durante el día estuvo Jesús en íntima conversación con el anciano Eliud. Éste preguntó a Jesús acerca de su misión y Él le declaró muchas cosas. Le dijo que era el Mesías y habló de toda la línea de su descendencia, aclarándole el misterio del Arca de la Alianza. Escuché cómo este misterio entró en el arca de Noé y cómo se perpetuó de generación en generación; cómo de tiempo en tiempo era sustraído y dado nuevamente. Le explicó que María, con su nacimiento, era el Arca misteriosa de la Alianza. Eliud consultaba a menudo sus rollos de la Escritura y señalaba trozos de los profetas, que Jesús le aclaraba mejor. Preguntó Eliud a Jesús por qué no había aparecido antes, y Jesús le explicó que Él no había podido nacer sino de una Virgen que hubiera sido concebida del modo que lo hubiesen sido los hombres, a no haber habido la culpa original, y que a nadie se había encontrado desde Adán y Eva tan puros para el caso como los esposos Joaquín y Ana. Jesús desarrolló esto y le mostró todos los impedimentos y dificultades que motivaron el retardo de su venida. En esta ocasión entendí muchos misterios que encerraba el Arca de la Alianza.

Cuando el Arca cayó en manos de los enemigos, los sacerdotes habían ya retirado el misterio de ella, como solían hacerlo en todo peligro. A pesar de esto era tan santa el Arca, que los enemigos eran castigados por su profanación, viéndose forzados a devolverla a los israelitas. He visto que una casta a la que había encomendado Moisés de manera especial el cuidado del Arca, subsistió hasta el rey Herodes. Cuando Jeremías, en la cautividad de Babilonia, escondió el Arca, con otras cosas sagradas, en el monte Sinaí, no se la volvió a encontrar; pero el misterio ya no estaba adentro. Más tarde se hizo un arca a semejanza de la primera, pero ya no contenía todo lo que antes había contenido. La vara de Aarón, como parte del misterio, estaba con los esenios del monte Horeb, y el sacramento de la bendición fué a estar de nuevo dentro, no recuerdo por ministerio de qué sacerdote(*).

En el estanque, después llamado de Bethesda, se conservaba el fuego sagrado. Muchas de estas cosas que Jesús revelaba a Eliud, parte yo las veía en imágenes y parte las oía de palabras; pero me es imposible reproducir todo lo que entonces entendí acerca de estos misterios. Jesús habló con Eliud explicando cómo Él tomó carne para hacerse hombre de aquel germen de bendición que Dios había dado a Adán y quitado de éste antes de caer en la culpa. Le dijo que ese germen de bendición debía haber pasado por muchas generaciones, para que todo Israel fuera participante de él, y que muchas veces este germen de bendición fué enturbiado y retenido por los pecados de los hombres. He visto estas cosas en la realidad y he visto cómo los patriarcas al morir daban realmente a sus primogénitos esta bendición misteriosa, de un modo sacramental, y entendí que el bocado y el sorbo del cáliz que el ángel dió a Abrahán cuando le prometió al hijo Isaac era figura del Santísimo Sacramento del Altar del Nuevo Testamento, y que esa fuerza recibida por Abrahán era en atención a la carne y sangre del futuro Mesías. He visto cómo la línea de descendencia de Jesús recibió este Sacramento para cooperar en la Encarnación de Cristo y que Jesús instituyó esta misma carne y sangre, recibida de sus

(*) Se trata del tabernáculo antiguo de Moisés y del Arca de la Alianza que se guardaban en el templo. Fueron escondidos por Jeremías en el monte Nebo y se volverán a encontrar en los últimos tiempos cuando se conviertan los judíos y se restablezca el reino mesiánico de que hablan los profetas. Véase I Macabeos II.

antepasados, en un más alto Sacramento y misterio para la unión del hombre con Dios(*).

XIV

Jesús habla con Eliud de Joaquín y de Ana

Septiembre 12. — Jesús habló mucho con Eliud de la santidad de Joaquín y de Ana y de la concepción sobrenatural de María bajo la Puerta Dorada de Jerusalén. Le declaró que Él no es nacido de José, sino que, según la carne, lo es de María Virgen, y que Ésta fué concebida de aquel germen puro que se le quitó a Adán antes de caer en la culpa, germen que llegó a través de Abrahán, de José en Egipto, y, por medio de éste, al Arca de la Alianza y desde allí a Joaquín y a Ana. Jesús le declaró que para salvar a los hombres había aparecido Él en toda la flaqueza propia del hombre, sintiendo y probando todo como hombre, y que sería elevado como la serpiente de Moisés en el desierto, sobre el monte Calvario, donde el cuerpo del primer hombre había sido sepultado. Le declaró lo que debía padecer y cómo serían de ingratos los hombres para con su Redentor. Eliud preguntaba con ánimo ingenuo y sencillo. Entendía estas cosas mejor que los apóstoles al principio y lo entendía todo más espiritualmente. Con todo, no podía comprender de qué modo se desarrollarían los hechos. Por eso preguntó a Jesús dónde estaría su reino, si en Jerusalén, en Jericó o en Engaddi. Jesús le contestó que donde Él estaba, estaba también su reino, y que, por lo demás, no tendría Él un reino exterior.

El anciano Eliud hablaba con Jesús con mucha sencillez y naturalidad y le contaba muchas cosas de María, como si Jesús no las supiera. Jesús le escuchaba con mucho amor. El viejo le hablaba también de Joaquín y de Ana, de su santa vida y de su muerte. Jesús añadió en esta ocasión que ninguna mujer hasta entonces había sido más pura que Ana, y que después de la muerte de Joaquín casó dos veces más por voluntad del cielo. Debía cumplir y llenar el número establecido de frutos de la bendición recibida. Cuando Eliud se refirió a la muerte de Ana,

---

(*) De este modo se puede decir que el Santísimo Sacramento existió en preparación desde el principio. Dios sacó de Adán no sólo la costilla de la que formó a Eva, sino otro elemento sacramental al cual dió su bendición y que fué la fuente de la Gracia para el pueblo antiguo y la preparación de la carne y la sangre de Jesucristo.

yo tuve una visión. He visto a Ana sobre un lecho algo levantado, como he visto después a María, en la parte posterior de su gran vivienda; la vi muy animada, conversando, como si no estuviese por morir. La vi bendecir a sus hijitas y a los demás que estaban en la parte anterior de la casa. María hallábase a la cabecera del lecho y Jesús a los pies. He visto cómo bendecía a su hija María y pedía la bendición de Jesús, que ya era un hombre y tenía una barba incipiente. La he visto después hablando alegremente. La he visto mirar a lo alto: se puso blanca como la nieve y aparecieron algunas gotas como perlas sobre su frente. Entonces no pude contenerme y exclamé: "¡Se muere, se muere...!" y en mi angustia pretendí tomarla en mis brazos. Parecióme que ella se venía a mis brazos, y al salir de mi éxtasis creía tenerla aún en mis brazos.

Eliud contó aún muchas cosas de la juventud de María en el templo. Vi todo esto en cuadros y en figuras. Supe que su maestra Noemí era parienta de Lázaro; esta mujer, de unos cincuenta años, y todas las demás que estaban en el templo, eran esenias. María aprendió de ella a bordar y a tejer; desde niña iba siempre con Noemí cuando ésta purificaba los vasos de la sangre del sacrificio y recibía parte de la carne de los sacrificios, que luego partía y preparaba para las que servían en el templo y para los sacerdotes; pues éstos recibían su parte de alimento de los sacrificios. Más tarde he visto a María ayudar en todos estos menesteres. He visto que Zacarías, cuando estaba de turno en el templo, visitaba a la niña María, y que Simeón la conocía. De este modo yo veía el andar y servir de María en el templo a medida que Eliud se lo contaba a Jesús. Hablaron también de la concepción de Jesús y Eliud contó la visita de María a Isabel, y dijo que María había hallado un pozo, el cual pude ver yo también. En efecto, María con Isabel, Zacarías y José fueron a una pequeña posesión de Zacarías, donde faltaba el agua. María se alejó sola delante del jardín con una varita, y rezó; al tocar la tierra con la vara brotó un hilo de agua, que luego engrosó, rodeando una pequeña colina. Zacarías y José acudieron al lugar, removieron la colinita con la pala, el agua brotó en mayor caudal y se encontraron con una fuente y pozo de agua excelente. Zacarías vivía al Mediodía de Jerusalén, a unas cinco horas de camino hacia el Oriente.

En estas y semejantes conversaciones estuvieron Jesús y Eliud, y éste honraba a Jesús gozosa y sencillamente, pero sólo como un hombre elegido y extraordinario. Una hija de Eliud

vivía en una gruta del lugar, alejada de allí. Los esenios que vivían en esta montaña, eran unos veinte: las mujeres vivían separadas, de cinco a seis, agrupadas entre sí. Todos veneraban a Eliud como a su jefe y se reunían todos los días con él para la oración. Jesús comió con él pan, frutas, miel y pescado, todo en pequeña cantidad. Los esenios se ocupaban en el trabajo de la huerta y el tejido. La montaña que habitaban era la punta más alta del conjunto donde Nazaret estaba edificada, aunque estaba todavía separada de la ciudad por un valle. Del otro lado había una pendiente, llena de verdor y de viñedos. En el fondo de la pendiente, adonde pretendieron los fariseos precipitar a Jesús, había una cantidad de desperdicios, huesos y basura. La casa de María estaba delante en la ciudad, sobre una colinita, de modo que una parte entraba como gruta en la misma colina. Con todo, se veía la casa sobresalir de la colina, en la cual se veían otras casitas desparramadas. María y las santas mujeres, en compañía de Colaya, hijo de Lea, llegaron a su vivienda en el valle de Cafarnaúm. Las amigas le salieron al encuentro. La casa de María en Cafarnaúm pertenecía a un hombre llamado Leví, que vivía no lejos de allí en una gran casa. Por medio de la familia de Pedro fué alquilada y dejada a la Sagrada Familia, pues Pedro y Andrés ya conocían a la Sagrada Familia por la fama y por Juan Bautista, cuyos discípulos eran. La casa tenía otras dependencias, donde discípulos y parientes podían ser alojados; por esto parecía que la habían elegido.

Hacia la tarde salió Jesús de la habitación de Eliud y, acompañado por él, se fué a Nazaret. Delante de los muros de la ciudad donde José tuvo su taller, vivían varias personas pobres y buenas, conocidas de José, con hijos que habían sido compañeros de infancia de Jesús. Dieron a los viajeros pan y agua fresca, pues Nazaret tenía agua verdaderamente buena. He visto a Jesús sentado en medio de esta gente, en el suelo, mientras los exhortaba a ir al bautismo de Juan. Esta gente se porta con Jesús con cierta reserva, pues lo conocían como a uno de ellos, y ahora lo veían respetado por el anciano Eliud, a quien todos honraban pidiéndole consejo y dirección. Ellos sabían que el Mesías debía venir, pero no podían concebir que pudiera serlo uno que había vivido en medio de ellos.

XV

Nuevas conversaciones de Eliud con Jesús

Septiembre 13. — Caminaba Jesús con Eliud desde Nazaret hacia el Mediodía por el camino de Jerusalén que pasa por el valle de Esdrelón. Cuando hubieron pasado el riacho Kisón, después de dos horas, llegaron a un lugarcito formado por una sinagoga, una posada y pocas viviendas. Es una avanzada de la cercana ciudad de Endor, y no lejos de aquí hay un pozo famoso. Jesús entró en la posada; la gente se mostró fría con Él, aunque no enemiga. Tampoco Eliud les merecía mucho respeto, pues eran aquí más farisaicos. Jesús dijo al jefe de la sinagoga que deseaba enseñar, y le replicaron que no era costumbre permitirlo a los forasteros. Él declaró que tenía la misión de hacerlo, y entrando en la escuela, habló del Mesías: que su reino no era de este mundo y que no aparecería con brillo exterior; luego habló del bautismo de Juan. Los sacerdotes del lugar no le eran favorables. Jesús hizo traer algunos rollos de la Escritura y les aclaró varios pasajes de los profetas.

De manera particular me conmovía ver el modo tan confiado y familiar de hablar de Jesús con Eliud, y cómo éste creía en la misión de Jesús y su venida sobrenatural; pero, al parecer, no podía tener una idea de que Jesús era Dios. Contaba a Jesús, con toda naturalidad, mientras paseaban juntos, muchos episodios de la infancia del mismo Jesús, lo que Ana, la del templo, le contó y lo que sabía ella de las cosas contadas por María después de su vuelta de Egipto, ya que varias veces la había visitado en Jerusalén. Jesús, a su vez, le contó otras cosas que el anciano ignoraba, todo esto con profundas reflexiones. Esta conversación fué llevada de modo muy natural y conmovedor, como hablaría un anciano venerable con un joven amigo íntimo de confianza. Mientras Eliud contaba estas cosas yo las veía en cuadros y me alegraba muy de veras al comprobar que eran las mismas que había visto y oído en otras ocasiones, excepto lo que a veces había olvidado en parte. Jesús habló también a Eliud de su viaje al bautismo de Juan. Éste había reunido a mucha gente, citándola al lugar de Ofra. Pero Jesús le dijo que pensaba ir allá solo, atravesando Betania, pues deseaba hablar con Lázaro antes. En esta ocasión mencionó a Lázaro con otro nombre, que ya he olvidado, y habló del padre de Lázaro y del cargo que había tenido en una guerra. Dijo que Lázaro y su

gente eran ricos y que ofrecerían todo su haber para la obra de la redención. Lázaro tenía tres hermanas: la mayor, Marta, y la menor, Magdalena, y otra mediana, que también se llamaba María. Esta última vivía retirada, escondida en casa, porque era tenida por idiota: llamábanla María la Silenciosa. Jesús dijo a Eliud que Marta era buena y piadosa y que le seguiría con su hermano Lázaro. De María la Silenciosa dijo que tenía un gran espíritu y gran entendimiento para las cosas de Dios; que para su bien se le había quitado el entendimiento de las cosas del mundo; que ella no es para el mundo, que tiene vida interior y no comete pecado. "Cuando hable con ella, entenderá aún los grandes misterios. Ella no vivirá mucho tiempo más, después que Lázaro y los demás me sigan y dejen todas sus cosas para la comunidad". Añadió que la menor andaba perdida ahora, pero que volvería y sería más que la misma Marta.

Septiembre 14. — Eliud habló también del bautismo de Juan, aunque él no estaba aún bautizado. Pernoctaron en la posada junto a la sinagoga, desde donde muy temprano al día siguiente partieron marchando a lo largo del monte Hermón hacia la ciudad de Endor. Desde el albergue se veían restos de muros tan anchos que hubieran podido pasar carros por encima; la misma ciudad estaba llena de ruinas, rodeada de huertas y jardines. A un lado se veían aún palacios y lindas casas, y el otro aparecía arruinado como por una guerra. Me parecía que habitaba aquí una casta especial de israelitas, separados de los demás por sus costumbres. No había sinagoga. Jesús se dirigió con Eliud a un lugar muy extenso, con tres hileras de edificios y muchas piezas en torno a un estanque; había allí un espacio lleno de verdor; en el lago, pequeñas canoas para baños y se veía una bomba de agua. Parecía el conjunto un balneario para enfermos y las cámaras estaban ocupadas por ellos.

Jesús entró con Eliud en una de esas cámaras, donde les lavaron los pies y les sirvieron. Enseñó en un espacio abierto, más levantado. Las mujeres que habitaban otras cámaras se situaron detrás de Él. Esta gente no eran del todo israelitas, sino una especie de esclavos que debían trabajar y pagar cierto tributo de los frutos de sus cosechas. Me parece que habían quedado allí después de una guerra y creo que su jefe, Sísara, fué batido no lejos y muerto por mano de una mujer. Fueron dispersados como esclavos por todo el país y aquí habían quedado unos cuatrocientos, teniendo que ocuparse en trabajar piedras para el templo, bajo David y Salomón. Solían usarlos en el templo y

en otras construcciones. El difunto rey Herodes los había empleado también para construir un acueducto muy largo, que iba hacia el monte Sión. Estaban muy unidos entre si: eran caritativos, llevaban largas vestiduras con fajas y gorras en punta que les cubrían las orejas y parecían trajeados como ermitaños. No solían comunicarse con los demás judíos, y aunque podían mandar sus hijos a la escuela común, no lo hacían, porque eran tan vejados, que preferían abstenerse. Jesús les tuvo mucha compasión y les dijo que le trajesen a los enfermos. Estaban sobre especies de camas, como mi sillón (pensé en él), porque debajo de los brazos de esos sillones había maderas, de modo que bajando los brazos quedaban convertidos en lechos.

Cuando Jesús les habló del bautismo y del Mesías, exhortándolos a ir allá, replicaron, muy confundidos, que ellos no se atrevían a participar, porque no tenían derechos y eran despreciados por los demás. Entonces les habló en una parábola del injusto mayordomo. Tuve entonces cabal entendimiento de la misma, que me preocupó todo el día y luego olvidé la explicación. Espero recibirla de nuevo. También les contó la parábola del hijo enviado a la viña, que solía repetir cuando hablaba a los gentiles despreciados por los judíos. Cuando prepararon una comida en honor de Jesús, bajo el cielo abierto, Jesús hizo llamar a los enfermos y pobres, y con Eliud les servía los manjares de la mesa. Al ver esto, se mostraron muy conmovidos. Por la tarde volvió Jesús con Eliud a la sinagoga, celebraron el Sábado y pernoctaron.

Al día siguiente siguió Jesús con Eliud hacia Endor que distaba solo el camino de un Sábado desde el albergue que habían tomado, y enseñó allí. Los pobladores eran cananitas, creo que de Siquem, pues oí el nombre de siquemitas. En una galería subterránea tenían oculto un ídolo, que por un ingenioso mecanismo salía afuera para ser visto sobre un altar adornado. Podían hacerlo desaparecer de pronto al solo contacto de un resorte. Este ídolo, que provenía de Egipto, se llamaba Astarté, que yo ayer había oído como Ester. La figura del ídolo tenía cara redonda como luna; los brazos delante, y presentaba la figura de algo largo, envuelto como una muñeca o crisálida de mariposa, en el medio ancha y en los extremos angosta, como un pez. En la espalda tenía una prominencia sobre el cual había una especie de cuba que sobresalía de la cabeza; dentro del recipiente se veía algo verde, como espigas con hojas verdes y frutas. Los pies, hasta la mitad del cuerpo, estaban en una tina

y en torno había floreros con plantas vivas. A pesar de que tenían a este ídolo oculto, Jesús los reprendió en su discurso. Antiguamente habían ofrecido y sacrificado a niños deformes. Pertenecía al ídolo Adonis, que venía a ser como el marido de esta diosa. El pueblo había sido vendido en tiempo de su jefe Sísara y dispersado entre los israelitas como esclavos: por eso eran despreciados y tenidos en menos. Habían promovido, no mucho antes de Cristo, bajo Herodes, tumultos y por eso fueron más oprimidos. Por la tarde volvió Jesús de nuevo con Eliud a la sinagoga, para concluir el Sábado. Los judíos habían visto con malos ojos la visita de Jesús a Endor; pero Él les reprendió severamente su dureza para con esta gente oprimida, los exhortó a tratarla con consideración y a dejarla ir al bautismo de Juan, ya que se habían decidido ir después de la exhortación de Jesús. Al finalizar esta enseñanza se mostraron más benévolos con Jesús.

Volvió Jesús con Eliud a Nazaret y los he visto en camino hacia la ciudad en amena conversación, como otras veces; a veces se detenían. Eliud contaba muchas cosas de la huída a Egipto y yo veía todas estas cosas en figuras. Llegó la conversación al punto de si serían también los egipcios llamados a la salud, ya que habían sido conmovidos con su presencia cuando huyó. En esta ocasión vi que el viaje de Jesús, después de la resurrección de Lázaro, a las tierras paganas de Asia y Egipto, que yo había visto en visión, no había sido fantasía mía, porque Jesús dijo que en todas partes donde había sido sembrado habría Él de recoger los sarmientos. Eliud habló también del sacrificio de Melquisedec, de pan y de vino, y preguntó ingenuamente si Jesús era como Melquisedec, ya que no podía formarse idea cabal de la personalidad de su compañero. Jesús le contestó: "No; aquél debía preparar mi sacrificio; Yo, empero, seré el Sacrificio mismo".

En esta conversación oí también que Noemí, la maestra de María en el templo, era tía de Lázaro, hermana de la madre de Lázaro. El padre de Lázaro había sido hijo de un príncipe sirio; había servido en la guerra y recibido en premio vastas posesiones. Su mujer había sido una distinguida judía de la familia sacerdotal de Aarón de Jerusalén, emparentada con Ana por medio de Manasés. Tenían tres castillos: uno en Betania, otro en Herodión y un tercero en Mágdala, en el mar de Tiberíades, no lejos de Gabara. Se habló del escándalo que daba María Magdalena y del dolor que causaba a su familia. Jesús se hospe-

dó con Eliud en una casa donde se encontraron con los cinco discípulos, otros esenios y varias personas que pensaban ir al bautismo de Juan. Se reunieron allí otros publicanos de Nazaret, que querían ir al bautismo de Juan. Algunos grupos habían partido en esa dirección.

XVI

Jesús en Nazaret

Septiembre 16. — Jesús enseñó nuevamente por la mañana. Acudieron dos fariseos de Nazaret, los cuales lo invitaron familiarmente a acompañarlos a la escuela de Nazaret, ya que habían aprendido tantas cosas de Él, rogándole les explicara acerca de los profetas y sus palabras. Jesús los siguió hasta la casa de un fariseo, donde estaban reunidos muchos otros. Llevaba consigo a sus cinco discípulos. Los fariseos se mostraron amigos y Él les habló en tan bellas parábolas, que ellos manifestaron gran alegría y le llevaron a su sinagoga, donde había mucha gente. Él les habló de Moisés y les explicó muchas palabras de los profetas sobre el Mesías. Pero cuando les dió a entender que Él era ese Mesías, se escandalizaron. Con todo le prepararon comida y pasó la noche con sus discípulos en un albergue cerca de la sinagoga. Al día siguiente enseñó a un grupo de publicanos que iban al bautismo de Juan y les expuso la parábola del grano de trigo que debe ser enterrado. Volvieron a escandalizarse los fariseos y comenzaron a referirse al hijo del carpintero José. Le echaron en cara su compañía con publicanos y pecadores, y Él les respondió severamente. Le hablaron también de los esenios, diciendo que eran unos hipócritas que no vivían según la ley. Jesús les replicó que seguían mejor la ley que los fariseos, añadiendo que hipócritas más bien podían ser llamados los fariseos. Originóse la conversación sobre los esenios, porque Jesús bendecía a los niños, y era costumbre de los esenios bendecir las cosas y personas. Cuando Jesús salía o entraba en las sinagogas acudían las mujeres presentándoles sus criaturas para que las bendijera. Los niños permanecían quietos y sosegados cuando los bendecía, aunque lloraban antes desaforadamente. Las madres le pedían que bendijera a sus hijos y observaban si se mostraba orgulloso al ver cómo se callaban. Traían algunas criaturas, que sufrían espasmos, y no podían tranquilizarse, y apenas los bendecía se aquietaban. He visto que salía de algunos

de ellos como una niebla oscura. Jesús les ponía las manos sobre la cabeza y los bendecía, al modo de los patriarcas, con tres líneas, desde la cabeza y de ambos hombros hasta el corazón, donde convergían las líneas. A las niñas las bendecía sin poner las manos sobre ellas: les hacía una señal sobre la boca. Yo pensaba que era para que no hablasen tanto, pero creo que debía encerrar algún misterio. Pernoctó con sus discípulos en casa de un fariseo.

XVII

Jesús confunde a los sabios de Nazaret

Septiembre 18. — A los cinco discípulos se han añadido cuatro parientes o amigos de la Sagrada Familia. Uno de ellos era descendiente de Rut, que habíase casado con Booz en Belén. Había en Nazaret tres jóvenes de familias ricas, conocidos de Jesús, delicados y bien educados. Los padres, que habían oído la predicación de Jesús, convencidos de su sabiduría, persuadieron a sus hijos que hicieran una tentativa con Jesús; que le ofrecieran dinero para que Él los recibiese en su compañía, pudiesen oirle y aprender su ciencia. Estos padres estimaban mucho a sus hijos y pensaban que Jesús no tendría reparos en recibirlos como ayo e instructor de sus hijos. Los jóvenes acudieron hoy a la sinagoga. Por medio de los fariseos y por estos mismos jóvenes concurrió a la escuela cuanto de distinguido o sabio había en Nazaret para presenciar una prueba de la sabiduría de Jesús. Se encontraba entre ellos un letrado de la ley y un médico. Este era un hombre corpulento, de anchas espaldas y larga barba; llevaba una faja con señales en el vestido, a la altura de los hombros.

Jesús entró y lo vi bendiciendo a los niños que le traían las madres: había entre éstos algunos leprosos, que Él curó. Cuando predicaba, los sabios le interrumpían, intentando envolverle en sus preguntas y cuestiones. Pero a todos los fué confundiendo con sus respuestas y aclaraciones. Las afirmaciones del letrado las contestó con citas de Moisés, y cuando se trató del divorcio, fué decisivo. Si el hombre no puede vivir con su mujer, o viceversa, pueden separarse, pero permanecen un solo cuerpo y no pueden casarse de nuevo mientras viva uno de los dos. Esta doctrina no gustó a los fariseos ni a los judíos en general. El médico preguntó si Jesús sabía quién era de natu-

raleza húmeda o seca, bajo qué constelación ha nacido cada uno, qué clases de yerbas habría que dar a uno y a otro según su temperatura, y cómo estaba constituído el cuerpo humano. Jesús les respondió con gran sabiduría: habló de las diversas complexiones de los presentes, de sus enfermedades y remedios, y se refirió a la composición del cuerpo humano en términos totalmente desconocidos por el flamante médico. Habló del alma y cómo obra sobre el cuerpo; trató de las enfermedades que sólo pueden curarse con la oración y la mejora de la vida, y de otras que se curan con los remedios humanos de yerbas y medicamentos. Todo esto lo trató con tanta profundidad y tanta gracia que el médico se declaró vencido, confesando que lo oído excedía en mucho a sus conocimientos. Me parece hasta que desea seguir a Jesucristo. Él describió al médico todo el cuerpo humano: sus miembros, músculos, venas, nervios y entrañas; su importancia y sus propiedades, con tanta precisión y al mismo tiempo tanta brevedad, que el pretendido sabio quedó completamente humillado y admirado. Hallábase presente un astrólogo, y Jesús comenzó a hablar del camino de las estrellas, de cómo un astro influía sobre otro, y de cómo los diversos astros ejercen distintas influencias. Refirióse a los cometas y a las señales del cielo. Habló también con un arquitecto sobre edificación y le dijo cosas muy significativas del tema. Al tratar del comercio y del intercambio con países extranjeros, dijo cosas severas acerca de las vanidades, modas y lujos provenientes de Atenas. Se habían introducido ciertos juegos y artes de magia en el país por medio de estos extranjeros, que habían pasado también por Nazaret y otros pueblos vecinos. Añadió que ciertas artes malas son imperdonables, porque no se tienen por malas y no se pide perdón ni se hace penitencia por ellas.

Todos quedaron altamente maravillados de su sabiduría y comenzaron a decirle que se quedara entre ellos, que le iban a edificar una casa y le proveerían todo lo necesario. Le preguntaron por qué se había establecido con su madre en Cafarnaúm. Él les contestó sencillamente que no pensaba permanecer allí, hablándoles de su misión y de su destino; que, además, habíase establecido en Cafarnaúm porque deseaba estar en el centro del país. Ellos no comprendieron la referencia a su misión, y se ofendían porque no quisiera quedarse. Creían haberle ofrecido una posición muy ventajosa y que rehusaba por orgullo y presunción. Al atardecer dejaron el local de la escuela.

Septiembre 19. — Los tres jóvenes, que eran de unos veinte años, pidieron tratar con Jesús en particular, pero Él no los quiso recibir hasta que llegasen los nueve discípulos que le habían seguido: esta negativa los entristeció. Jesús dijo que procedía así para que fuesen testigos de lo que iba a hablar con esos jóvenes. Ellos entonces, con todo comedimiento, le dijeron cual era la voluntad de sus padres, que deseaban ser sus discípulos, que sus padres le darían dinero para los viajes, que ellos querían acompañarle y ayudarle en todas sus obras. Jesús se entristeció al tener que darles una negativa, ya por sí mismos, ya por causa de los discípulos, pues debía exponer motivos que ellos no podían comprender aún. Les dijo que quien ofrece dinero quiere sacar ganancia de ese mismo dinero, y que, en cambio, quien quisiere seguirle a Él debía renunciar a toda conveniencia humana. Más aún: el que quisiere seguirle debía renunciar hasta a sus parientes y amigos. Añadió que sus discípulos no buscaban ni pretendían conveniencias de casamientos. Les dijo cosas tan serias que aquellos quedaron muy abatidos. Atinaron a decir que también los esenios en parte vivían casados. Jesús les respondió que los esenios hacían bien siguiendo sus leyes, y que, por lo demás, ellos preparaban el camino para cosas que Él estaba por establecer con mayor perfección. Los despidió recomendándoles que meditasen lo que les convenía hacer. Los discípulos se asustaron por sus palabras, pareciéndoles una doctrina muy severa: no lo podían entender y decayeron de ánimo.

Jesús anduvo con ellos por las afueras de Nazaret; se dirigió a casa de Eliud y durante el camino les dijo que no desmayasen ni se desalentasen; que las causas por las cuales habló así a aquellos jóvenes eran secretas, y que alguno le seguiría más tarde y otros nunca; que ellos le siguiesen sin preocuparse.

Se ha suscitado un gran tumulto en Nazaret. No pueden perdonarle que no se haya querido quedar entre ellos, y dicen que todo lo que sabe lo ha aprendido yendo de un lado a otro. Añadían: "Es cierto que es diestro en responder y en enseñar, pero es demasiada soberbia para el pobre hijo de un carpintero". He visto regresar a sus casas a los tres jóvenes. Los padres interpretaron muy mal las dificultades que Jesús les puso, y los jóvenes pensaban lo mismo: de modo que todo el mundo estaba allí en contra de Jesús. Con todo, los tres jóvenes volvieron al día siguiente y prometieron a Jesús obedecerle y servirle. Jesús los despidió nuevamente y se entristeció de que no pudiesen comprender el motivo de su negativa. Luego habló con sus nueve

discípulos, que le siguieron algún trecho, según les había dicho, para dirigirse luego al bautismo de Juan. Respecto de los jóvenes agregó que ellos pensaban sacar algún provecho, pero que no estaban dispuestos a dejarlo todo por amor; que los discípulos lo dejaban todo y recibirían, en cambio, mucho más. Díjoles cosas muy profundas sobre el bautismo de Juan, y les ordenó ir a Cafarnaúm, a anunciar a su madre que Él se dirigía al bautismo de Juan, que hablasen con los discípulos Juan, Pedro y Andrés, para ir al bautismo y que avisasen al Precursor que Él también se ponía en camino para ser bautizado.

XVIII

Una leprosería en el río Kisón

Septiembre 19 y 20. — He visto a Jesús caminando de noche con Eliud en dirección del Mediodía y Occidente. No hacían un camino directo, porque Jesús quería ir a Chim, lugar de leprosos. Llegaron al amanecer, y he visto que Eliud quería impedir que Jesús entrase para que no contrajese impureza legal: que no lo dejarían ir al bautismo si se llegaba a conocer su proceder. Jesús le contestó que debía cumplir su misión: que quería entrar porque había allí un hombre bueno que deseaba verlo. Para llegar debían pasar el río Kisón, porque el lugar estaba en un lago que recibía las aguas del Kisón donde se purificaban los leprosos. Esa agua no volvía al río Kisón. El lugar estaba completamente aislado y nadie llegaba hasta allí. Los leprosos vivían en chozas aisladas. Fuera de la gente que les servía nadie más vivía allí. Eliud se mantuvo lejos y esperó a Jesús, que entró en una choza aislada donde yacía un hombre enfermo en el suelo envuelto en lienzos. Jesús habló con él. Era un hombre bueno y no recuerdo por qué causa contrajo la enfermedad. Se incorporó, sumamente conmovido al ver que Jesús había querido visitarlo. Jesús le mandó que se levantase y se bañase en un recipiente que había junto a su casita. El hombre obedeció y Jesús puso sus manos sobre las aguas. De pronto el hombre se encontró sano y flexible, se vistió con otras ropas, y Jesús le mandó que no hablase de su curación hasta que Él volviera de su bautismo. Este hombre acompañó luego a Jesús y a Eliud un trecho de camino, hasta que Jesús le mandó que regresara.

Más tarde vi a Jesús y a Eliud caminando por el valle de Esdrelón hacia el Mediodía. A menudo hablaban entre si; otras

veces andaban aislados, como ocupados en la meditación y en la oración. El tiempo no es bueno: con frecuencia hay nieblas en estos valles y el cielo está nublado. Jesús no usa bastón; nunca lo llevó; los demás llevaban bastón curvado al uso de los pastores. Jesús calzaba sólo unas suelas, mientras otros llevaban un calzado más completo hecho de cortezas de árbol o entretejidos. Una vez, al mediodía, los vi descansando junto a una fuente, comiendo trozos de pan.

XIX

Jesús se transfigura delante de Eliud

Septiembre 20 y 21. — De noche he vuelto a verlos caminando. He visto luego una hermosa escena: mientras Jesús caminaba delante de Eliud, este comenzó a maravillarse de la corrección de sus modales y de la perfección de su cuerpo. Jesús le dijo: "Si vieras, dentro de pocos años, este cuerpo, no hallarías en él nada de hermoso: de tal manera lo pondrán los hombres y lo maltratarán". Eliud no podía entender esto. No podía imaginar cómo Jesús en tan corto tiempo pudiese constituir su reino, pues creyendo siempre en un reino temporal, pensaba que no podía hacerlo sino en diez o veinte años, hasta darle forma y consistencia. Mientras caminaban, dijo Jesús a Eliud, que marchaba pensativo detrás de Él, que se acercara, pues quería mostrarle lo que Él era en realidad, lo que era su cuerpo y cómo sería su reino. Eliud estaba a pocos pasos de Jesús. Jesús miró a los cielos, orando. De pronto descendió una nube que envolvió a los dos en un torbellino. Desde fuera no se los podía ver. Sobre sus cabezas se abrió el cielo y parecía descender hasta ellos la luz. Vi arriba una ciudad de luminosas murallas, que era la Jerusalén celestial. El interior de esta aparición estaba rodeado de un esplendor semejante al arco iris; adentro vi un rostro, como de Dios Padre, y a Jesús con Él, en una comunicación de luz y de esplendor. Jesús estaba resplandeciente y transparente. Eliud estuvo al principio admirado, mirando hacia arriba; luego se echó sobre su rostro, hasta que la luz y la visión se fueron perdiendo. Jesús siguió su camino y Eliud permaneció silencioso, maravillado de lo que había contemplado. Fué un cuadro como el de la transfiguración; pero Jesús no se elevó.

Creo que Eliud no sobrevivió hasta la crucifixión de Jesús. Jesús se mostraba más familiar con él que con los mismos

apóstoles, pues el anciano estaba muy iluminado en las cosas del cielo y en los secretos de la Sagrada Familia. Eliud honraba a Jesús como a un compañero y amigo: dióle todo lo que podía dar e hizo mucho por la comunidad de Jesús. Era uno de los esenios más instruídos(*). Los esenios, en los tiempos de Jesús, ya casi no vivían desparramados en los montes, sino más bien en torno de las ciudades. Esta aparición y transfiguración tuvo lugar de noche, cerca de las once. A la mañana siguiente vi a Jesús y a Eliud llegando a un campo de pastores. Amanecía y los pastores, ya con sus rebaños, salieron al encuentro de Jesús, a quien conocían, se postraron delante de Él, y llevaron a ambos a la choza donde tenían sus aperos. Allí les lavaron los pies, les prepararon un sitio para descanso y les pusieron delante panes y copas; asaron unas palomitas que tenían nidos en las mismas chozas y que andaban por todas partes familiarmente como las gallinas. Después he visto que Jesús despachó a Eliud, bendiciendo antes al anciano, que estaba de rodillas. Los pastores estuvieron presentes en esta escena. Le dijo que a él le convenía cerrar sus días en paz y tranquilidad, pues su misión era muy pesada e imposible que le pudiese seguir. Le dijo que lo consideraba de su comunidad, ya que había hecho su parte en la viña del Señor, y que recibiría el premio en su reino. Declaró esto con la parábola de los trabajadores en la viña. Eliud estaba muy serio y silencioso desde la aparición de la noche. Creo que fué más tarde bautizado por los apóstoles. Eliud acompañó todavía a Jesús un trecho de camino desde este lugar de los pastores; finalmente Jesús lo abrazó y se despidieron con varonil emoción.

Se puede ver desde aquí el lugar adonde se dirige Jesús para pasar el Sábado. En un tiempo lo habitaron parientes de Jesús. El lugar hacia donde se encamina ahora el Salvador solo se llama Gur y está sobre una altura. Un hermano de José, que luego se retiró a Zabulón, muy relacionado con la Sagrada Familia, estuvo habitando aquí. Jesús entró inadvertido en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron alimentos. Tenía una pieza para Él solo; se hizo traer un rollo de la sinagoga y oró, leyendo unas veces de pie, otras hincado, mirando hacia arriba, en un sitio apartado. No fué a la escuela. He visto que algunos intentaban hablar con Él, pero los despidió.

(*) Eliud aparece como una personificación del espíritu de santidad que podía producir la ley antigua para las almas elegidas que, iluminadas y perfeccionadas por la venida del Mesías, debían dar testimonio de la nueva ley de gracia

He visto llegar a Cafarnaúm a los cinco discípulos más íntimos que Jesús había despachado. Hablaron con María y dos se dirigieron a Betsaida para buscar a Pedro y Andrés. Santiago el Menor, Simón, Tadeo, Juan y Santiago el Mayor estaban también allí. Los discípulos contaban muchas cosas de la mansedumbre, bondad y sabiduría de Jesús. Los demás hablaban elogiosamente de Juan, de su austeridad y de su enseñanza, añadiendo que jamás habían oído a otro semejante expositor de los profetas y de la Ley. El mismo Juan hablaba entusiasmado del Bautista, aunque ya conocía a Jesús, pues sus padres habían vivido a pocas horas de Nazaret y Jesús le amaba desde niño. Celebraron aquí el Sábado. Algunos días después he visto a los nueve discípulos guiados por los antes nombrados, camino de Tiberíades, desde donde se dirigieron, a través de Ephron y el desierto de Jericó, adonde estaba Juan Bautista. Pedro y Andrés hablaban con mayor entusiasmo del Bautista: que era de estirpe sacerdotal; que fué instruído por esenios en el desierto; que era tan severo como sabio y no podía tolerar desorden alguno. Los discípulos, en cambio, encomiaban la mansedumbre y sabiduría de Jesús. Otros alegaban que por su indulgencia se promovían desórdenes y daban algunos ejemplos. Decían que también Él había sido instruído por los esenios, cuando había viajado. A Juan no le oí hablar en este viaje. No iban siempre juntos: a veces un trecho o durante algunas horas. Yo pensaba: "Los hombres eran entonces como son ahora".

XX

Jesús en Gofna

Septiembre 22. — El sitio llamado Gur, donde Jesús oró solitariamente en la posada, no estaba lejos de la ciudad de Mageddo y lugar del mismo nombre. Yo había visto que hacia el fin de los tiempos habría una gran batalla en este lugar contra el Anticristo. Jesús se levantó al amanecer, arrolló su lecho, se ciñó la faja, dejó una moneda y salió. Atravesó varios pueblitos y no trató con la gente, ni entró en población alguna: caminaba junto al monte Garizim, en Samaría, a su izquierda. Se dirigía al Mediodía. De vez en cuando se alimentaba de cerezas y otras frutas, y con el hueco de la mano o con alguna hoja bebía agua de la fuente. Por la tarde llegó a una ciudad, en las montañas de Efraín, llamada Gofna, situada sobre un terreno

irregular, bajo y alto, con muchos jardines y granjas. Vivían aquí algunos parientes de Joaquín que no habían tenido mayores relaciones con la Sagrada Familia. Jesús se hospedó en una posada, donde le lavaron los pies y le dieron una refección. Luego llegaron algunos parientes acompañados de los principales fariseos y lo llevaron a una de las mejores casas. La ciudad era de cierta importancia y tenía la sede de una circunscripción de pueblos. El pariente de Jesús era empleado y se ocupaba de escrituras. Creo que la ciudad pertenece a Samaría. Se trató a Jesús con respeto. Tomaron una refección mientras caminaban bajo una especie de glorieta. Jesús pasó aquí la noche. Desde Jerusalén hasta aquí había un día de camino. Un riachuelo surcaba el paraje. Cuando María y José perdieron al Niño en el templo, habían llegado a este lugar: creían que Jesús pudo haberse adelantado para llegar a casa de estos parientes puesto que lo perdieron de vista en Michmas. María temía hasta que hubiera podido caerse al agua.

Jesús pidió algunos rollos de los profetas y enseñó acerca del bautismo y del Mesías. Explicó una profecía, según la cual el Mesías ya había llegado. Habló de acontecimientos que ya se cumplieron y de otros que debían cumplirse en un término de ocho años, no recuerdo si de una guerra o que el cetro de Judá había de ser quitado. Manifestó varios testimonios de hechos sucedidos que debían preceder a la venida del Mesías y habló de las sectas en que estaban ellos divididos y de muchas observancias que se habían convertido en vanas ceremonias. Dijo que el Mesías estaría entre ellos y no lo reconocerían. Aludió a Juan y añadió más o menos lo siguiente: "Él indicará al Mesías y no lo reconocerán por tal; querrán ver a un triunfador, a un guerrero brillante, rodeado de esplendor y de gente sabia y distinguida; no querrán reconocer por Mesías a uno que aparecerá sin brillo, sin hermosura, sin riquezas, sin aparato exterior; a uno que andará entre los pobres, campesinos y artesanos y se mezclará con los mendigos, lisiados, leprosos y pecadores". Habló mucho tiempo refiriéndose a las profecías y declaró lo que sucedería con el Mesías y con Juan. En todo esto nunca decía: "Yo", sino que hablaba como de otra persona. Estas enseñanzas llenaron casi todo el día y la gente y sus parientes terminaron por creer que Él sería un mensajero, un enviado del Mesías.

Cuando Jesús volvió a su habitación, ellos trajeron un libro en el cual habían escrito lo que había sucedido en el templo

con Jesús, el hijo de María, al tener doce años. Recordaron ciertas cosas dichas por Él entonces y las que decía ahora y al notar la semejanza quedaron admirados y extrañados. El dueño de la casa era un anciano viudo, con dos hijas, también viudas, quienes hablaban entre ellos recordando lo que habían visto en el desposorio de José y María: como habían sido lucidas esas fiestas en el templo de Jerusalén; ponderando las riquezas de Ana, y añadiendo como esa familia había decaído en esplendor. Estas cosas las decían, como se acostumbra en el mundo, con cierto aire de reproche y desprecio hacia el decaimiento social de tales familias. Mientras charlaban, como mujeres que eran, de las bodas de María y de sus trajes, veía yo un cuadro admirable de la ceremonia y del traje de bodas de María, con su significado. Los hombres volvían a leer las cosas escritas de Jesús niño en el templo: cómo los padres del Niño lo habían buscado con tanta ansia. La noticia de cómo y cuando lo encontraron en el templo se extendió fácilmente tanto más cuanto que se trataba de personas emparentadas con ellos.

Mientras estos parientes se maravillaban de la semejanza de sus enseñanzas y comenzaban a entusiasmarse, Jesús declaró que debía dejarlos, y partió, a pesar de los muchos ruegos para que se quedara más tiempo. Varios hombres lo acompañaron. Pasaron un riacho sobre un puente amurallado donde crecían arbolillos. Durante algunas horas lo acompañaron a una pradera de pastoreo donde había estado el patriarca José cuando su padre Jacob lo envió a ver a sus hermanos, en Siquem. En esta comarca estuvo también mucho tiempo Jacob. Muy tarde ya, Jesús se retiró a un lugar de pastores, al otro lado del riacho, y sus acompañantes lo dejaron. Del otro lado se extiende una comarca más extensa; la sinagoga estaba de este lado. Jesús se albergó en una posada. Se habían reunido aquí dos grupos de bautizandos que iban por el desierto al bautismo de Juan: éstos habían hablado de la venida de Jesús. Él conversó con ellos por la tarde y ellos partieron por la mañana. Lavaron los pies al Salvador, quien tomó una refección y se apartó para la oración y el descanso.

XXI

Jesús habla contra los vicios de Herodes

Septiembre 25. — Por la mañana fué Jesús a la escuela donde se había reunido mucha gente. Habló como de costumbre del bautismo de Juan y la proximidad del Mesías, a quien no querían reconocer. Les echó en cara su dureza de juicio en cuestiones de antiguas costumbres, que era la falta propia del lugar. Recibieron bien la reprensión, pues eran de hábitos sencillos. Jesús se hizo llevar por el jefe de la sinagoga adonde se hallaban unos diez enfermos: no sanó a ninguno porque había dicho a Eliud y a sus discípulos que antes de su bautismo no curaría enfermos en las cercanías de Jerusalén. Estos enfermos eran en su mayoría hidrópicos y artríticos, y había entre ellos algunas mujeres. Los exhortó a todos en general y en particular dijo, a cada uno, lo que debía hacer en lo espiritual, pues sus enfermedades eran, en su mayoría, castigo por sus desarreglos y pecados. A algunos les mandó que se purificasen para marchar al bautismo de Juan.

En la posada se preparó una comida a la cual concurrieron muchos hombres del vecindario. Antes de la comida hablaron algunos de ellos de la conducta de Herodes, reprochándole el mal proceder en su casamiento prohibido y querían saber lo que Jesús pensaba de ello. Jesús condenó el mal proceder con palabras severas, pero añadió que cada uno debía juzgarse a sí mismo antes y habló severamente acerca de los pecados que atentan contra el matrimonio. Había muchos pecadores, y Jesús habló en particular a cada uno condenando sus pecados e infidelidades en el matrimonio. Declaró a muchos sus pecados ocultos en este sentido, de tal manera que quedaron impresionados y prometieron hacer penitencia. De aquí partió hacia Betania, a unas seis millas. De nuevo lo vi andando por la montaña. Ahora reina tiempo invernal; hay neblina, el cielo está nublado y de noche caen heladas. Jesús se cubría la cabeza con un paño. Lo veo caminando hacia el Oriente.

He visto a María y a las santas mujeres de camino por una pradera cerca de Tiberíades, después que salieron de sus casas. Llevan en su compañía a dos criados de los pescadores del lugar: uno va delante y otro detrás. Ellas cargan sus equipajes que consisten en dos sacos: uno pendiente en el pecho y otro en las espaldas, sostenidos por un bastón sobre los hombros. Entre

ellas veo a Juana Chusa, María Cleofás, una de las tres viudas y María Salomé(*). Se dirigen también a Betania por el camino acostumbrado de Sichar, a su derecha. Jesús en cambio dejó este lugar a su izquierda. Las santas mujeres marchan generalmente en línea una tras otra, separadas algunos pasos, quizás porque los caminos, fuera de los reales, son angostos, a veces montañosos y con pasos difíciles. Caminan bastante ligero, con paso seguro, no como hoy en día andan las mujeres, porque entonces se acostumbraban desde pequeñas a largos viajes a pie. Llevan los vestidos algo levantados, ceñidos; las piernas fajadas; calzan unas sandalias gruesas y forradas, atadas a las plantas de los pies; sobre la cabeza un velo, sujeto con una tela angosta y larga, que cruza el pecho y por detrás llega hasta la cintura. A veces llevan las manos descansando dentro de esta tela. El hombre que marcha delante remueve los impedimentos del camino, abre los cercados, quita las piedras y facilita el tránsito como asimismo el hospedaje para las viajeras. El que marcha detrás cierra los cercos y puertas y deja las cosas como antes estaban.

XXII

Jesús en Betania

Septiembre 26. — Vi a Jesús en la montaña seis millas de camino hacia Betania. De noche llegó a una ciudad situada a pocas horas al Norte de Jerusalén: tiene una calle larga, como de media hora de camino, que se interna en la misma montaña. Betania está a tres horas de este lugar. Se puede ver el lugar desde la distancia, porque está en un valle. Desde la montaña se extiende hacia el Noreste un desierto de tres horas hasta el desierto de Efrón. Entre ambos desiertos he visto a María con sus acompañantes acampando esta noche en un albergue. Esta montaña es la misma en la cual se refugiaron Joab y Abisai en la persecución de Abner, cuando éste les habló. El monte se

(*) Las santas mujeres de las cuales se habla en las visiones son: María Helí hermana mayor de María Santísima y madre de María Cleofás, madre a su vez de varios apóstoles; Marta y Magdalena, hermanas de Lázaro; María Salomé, mujer de Zebedeo, madre de los apóstoles y Susana Alfeo; Serafía (Verónica, por el sudario), prima de Juan Bautista; María Marcos, madre de Juan Marcos; Juana Chusa, viuda sin hijos; Salomé, viuda que vivía en casa de Marta en Betania; Susana, hija de Cleofás, hermano de San José, que vivía en Jerusalén; Dina, la Samaritana convertida; Maroni, la viuda de Naim, madre de Marcial el resucitado; y María Sufanitis, a la cual libró Jesús del demonio.

llama Amma, y está al Norte de Jerusalén. El sitio donde estaba Jesús tiene vista hacia el Oriente y el Norte: me parece que se llama Giah y mira al desierto de Gibeón que comienza al pie y se enfrenta con el de Efrón. Es de una extensión de tres horas de camino. Jesús llegó a la tarde y entró en una casa pidiendo algún refrigerio. Le lavaron los pies, le dieron de beber y le pusieron pequeños panes delante. Llegaron gentes y como supieron que venía de Galilea, empezaron a preguntarle acerca de las enseñanzas del maestro de Nazaret, del cual tanto se habla y del cual habla también Juan en el desierto. Preguntaron si el bautismo de Juan era bueno. Jesús enseñó, como de costumbre; los exhortó a ir al bautismo de Juan y a hacer penitencia. Refiriéndose al profeta de Nazaret y al Mesías les dijo que aparecería entre ellos, y que ellos no lo reconocerían, sino que lo perseguirían y maltratarían. Que mirasen bien y considerasen que las señales ya se habían cumplido; que no aparecería con esplendor y magnificencia exterior, sino pobre y que marcharía entre los sencillos. La gente no lo reconoció, aunque lo recibieron bien, y mantenían cierto temor y reverencia en su presencia. Habían pasado por aquí algunos que iban al bautismo de Juan y hablaron de Jesús.

Después de haber descansado unas dos horas, algunas personas le acompañaron un trecho de camino. Jesús llegó a Betania durante la noche. Lázaro, que había estado días antes en su posesión en Jerusalén, cerca del monte Sión, al Occidente del monte Calvario, había vuelto a Betania: había tenido conocimiento de la próxima venida de Jesús por medio de algunos discípulos. El castillo de Betania pertenecía en realidad a Marta. Lázaro, empero, solía permanecer más tiempo aquí y se llevaba bien en compañía de su hermana. Esperaban a Jesús, con la comida ya dispuesta. Marta solía habitar los departamentos situados a un lado del edificio principal. Había huéspedes en la casa. Con Marta estaban Serafia, María de Marcos y otra mujer de Jerusalén: había estado con María en el templo; hubiera quedado allí de buena gana para siempre, pero por disposición de Dios tuvo que contraer matrimonio. Con Lázaro hallábanse Nicodemo, Juan Marcos, un hijo de Simeón y otro hombre de edad, Obed, un hermano o hijo de un hermano del marido de Ana, la del templo. Todos eran amigos, aunque ocultos, de Jesús, en parte por Juan Bautista, en parte por relaciones de familia y en parte por las profecías de Simeón y de Ana.

Nicodemo era un pensador que buscaba la verdad, y tenía esperanzas en Jesús. Todos habían recibido el bautismo de Juan y habían concurrido ocultamente, a invitación de Lázaro, para ver a Jesús. Desde entonces Nicodemo sirvió a Jesús y a su comunidad secretamente.

Lázaro había enviado algunos criados para recibir a Jesús. Media hora antes de llegar a la casa le salió al encuentro el antiguo y fiel criado de Lázaro, que más tarde fué también discípulo de Jesús. Este criado se echó a los pies de Jesús y le dijo: "Yo soy un criado de Lázaro, y si he encontrado gracia en tu presencia te ruego me acompañes hasta la casa de mi señor". Jesús le dijo que se levantara y le siguió. Se mostró familiar con él, manteniendo la dignidad propia de su persona. Precisamente era esto lo que atraía en Jesús: lo amaban como hombre y sentían algo de su Divinidad. El criado llevó a Jesús a la entrada del castillo, junto a un pozo, donde estaba todo dispuesto. Lavó los pies a Jesús y le puso otras sandalias. He visto las suelas de Jesús: eran gruesas, forradas y de color verde. Dejó aquí estas sandalias y se puso otras de cuero duro, con ataduras de cuero también, que luego llevó en sus viajes. El criado limpió los vestidos de Jesús.

Cuando se hubo lavado, llegó Lázaro con sus amigos. Trajeron entonces un vaso de bebida y una refección. Jesús abrazó a Lázaro y a los demás les tendió la mano. Todos le sirvieron amigablemente y le acompañaron hasta la casa. Lázaro lo acompañó antes a la habitación de Marta. Las mujeres, aquí reunidas, se echaron a tierra cubiertas con el velo. Jesús las levantó y dijo a Marta que María, su Madre, había de llegar y esperaría su vuelta del bautismo. Después de esto entraron en la casa y se pusieron a la mesa. He visto un cordero asado y palomas, miel, frutas, pequeños panes, verduras y vasos para beber. Se tendieron a la mesa, sobre asientos con apoyos, de dos en dos. Las mujeres comieron en una antesala aparte. Jesús rezó antes de la comida y bendijo los alimentos. Se mostró con el rostro serio y contristado. Dijo que se acercaban tiempos difíciles, que comenzaría un camino muy pesado y que el término de éste sería muy lamentable y amargo. Los exhortó a permanecer fieles, ya que eran ahora su consuelo, anunciándoles que ellos también tendrían mucho que sufrir. Les habló tan tiernamente, que lloraron, pero no lo entendieron todo: no podían imaginar que un hombre así era Dios. Nunca pude entender esta incomprensión de su Divinidad, pues tengo una persuación íntima y segura de su

Persona divina. Pensaba: '¿Por qué no les muestra a estas personas lo que yo veo tan claro y tan seguro?..."

He podido contemplar cómo el hombre fué creado por Dios, cómo sacó a Eva del hombre, dándosela por compañera y cómo cayeron ambos. He visto la promesa del Mesías, la dispersión de los hombres y la Providencia admirable y el misterio de Dios hasta la formación de la Virgen María. He visto el camino de la bendición del cual el Verbo se hizo carne, como una línea de luz que corría por todos los antepasados de María. He visto el mensaje del Angel a María y el rayo de la Divinidad que la penetro cuando el Salvador se hizo hombre. Y después de todo esto, me resulta imposible concebir, a mi, criatura miserable, cómo estas santas personas, contemporáneas y amigas de Jesús, que está en su presencia, a quien aman y honran, creyendo todavía que su reino será temporal, le tienen amor y reverencia y lo creen el Mesías, y con todo no piensan siquiera que es Dios mismo el que les habla. Era para ellos el hijo de José y de María. Nadie imagina siquiera que María era Virgen; nada sabían de una inmaculada y pura Concepción; ignoraban el misterio encerrado en el Arca de la Alianza. Era ya mucho, empero, y señal de elección que le amasen y reconociesen como Mesías. Los fariseos, que conocían las profecías de Simeón y de Ana en el templo cuando la presentación, y que habían oído su doctrina a los doce años en el templo, estaban completamente endurecidos por el orgullo. Se habían interesado por conocer a la familia del Niño; pero les parecía todo tan pobre y tan pequeño que lo despreciaron: querían un Mesías con toda gloria y majestad. El mismo Lázaro, Nicodemo y muchos de sus amigos creían, siempre en silencio, que Él estaba llamado con sus discípulos a tomar Jerusalén, a librarla del yugo de los Romanos y a establecer el esplendor del reino de Israel. Sucedía como ahora que cada uno se imagina un Dios que debe dar a su patria libertad y esplendor. Entonces, como ahora, no sabían que el reino que nos debe interesar no es este reino de penitencia terrenal. Ellos se alegraban pensando de que en una u otra forma habrían de acabar con los eternos charlatanes que le rodeaban. Pero nadie se atrevía a hablar con Él abiertamente: permanecían con gran reverencia y cierto temor en su presencia, porque en sus palabras y en su modo de proceder no veían ninguna señal de que fuera a acometer la empresa que ellos habían imaginado.

Después de la comida fueron al sitio de oración. Jesús recitó una acción de gracias, diciendo que su tiempo y su misión ya

comenzaba. Lo dijo en tono tan conmovedor, que todos lloraban. Las mujeres estaban detrás, presentes a la escena. Rezaron algunas preces generales y Jesús los bendijo a todos. Luego Lázaro llevó a Jesús a su dormitorio. Había en una gran sala lugares aislados donde los hombres podían descansar. Todo estaba bien arreglado: el lecho no estaba aquí, como en otras partes, extendido en el suelo, sino más levantado y fijo, con un borde de verja donde había adornos de frazadas y borlas. En la pared, donde estaba afirmada la cama, había una estera muy delicada que se podía bajar o subir a voluntad, formando un techo para ocultar el lecho vacío. Junto a éste había una mesita y en un hueco abierto en la pared había una palangana y otro recipiente pequeño para llevar agua. De la pared pendía una lámpara y una toalla. Lázaro encendió la lámpara, se hincó de rodillas, pidiendo a Jesús la bendición, y se separaron.

XXIII

María la Silenciosa

María la Silenciosa (hermana de Marta y de Lázaro), que era tenida por lela, no apareció en todo este tiempo: nunca hablaba delante de hombres. Cuando estaba sola en su cuarto o en el jardín, hablaba en voz alta consigo misma relacionando sus palabras con lo que la rodeaba. Para ella las cosas parecían tener vida: sólo delante de los hombres callaba, permanecía inmóvil, miraba al suelo y quedaba como extática y silenciosa como una columna, aunque saludaba, inclinándose y se mostraba deferente. Cuando se hallaba sola trabajaba en los vestidos y ordenaba las cosas. Era piadosa, no frecuentaba escuelas, oraba en su cámara a solas. Creo que tenía visiones y hablaba con las personas que se le aparecían. Sentía gran amor por sus hermanas, especialmente por Magdalena. Había sido así desde niña y aunque tenía aya, no necesitaba de nadie, ni manifestaba ninguna señal de no estar en su cabal juicio.

De María Magdalena no se había hablado hasta el presente en presencia de Jesús: vivía ahora en el castillo de Mágdala en medio del esplendor y del fausto. La misma noche que Jesús llegó a casa de Lázaro vi a María, a Juana Chusa, a María de Cleofás, a la viuda Lea y a María Salomé en una posada, entre el desierto de Gibea y el de Efraím, a cinco horas de Betania, donde pasaron la noche. Durmieron en un galpón cerrado por

todos lados con tabiques muy livianos. Estaba dividido en dos partes: la parte anterior en dos hileras de camas, que tomaron las santas mujeres; la parte posterior, era la cocina. Delante de la casa había un lugar abierto, como una choza, donde ardía fuego. Los hombres que las acompañaban pasaron la noche allí, cerca de la casa del dueño de la posada. Al día siguiente de su llegada enseñó Jesús aquí caminando por los patios y jardines del castillo. Hablaba con seriedad, muy enternecido; se mostraba siempre digno, bondadoso y reservado, sin decir una palabra inútil o vana. Todos lo querían y seguían, pero se mostraban tímidos y apocados en su presencia. Lázaro le era más familiar: los demás demostraban respeto, mezclado con cierto temor reverencial.

Acompañado por Lázaro fué Jesús adonde estaban las mujeres y Marta lo llevó en presencia de su hermana María la Silenciosa, puesto que Jesús quería hablar con ella. Fueron por una puerta abierta en la pared desde la casa grande a otra más pequeña, aunque también espaciosa, con un patio cerrado y jardín, al cual estaba unido la habitación de María la Silenciosa. Jesús permaneció en el jardín y Marta fué a buscar a su hermana. El jardín era muy bonito: en el medio se levantaba un datilero; tenía otras plantas y arbustos. Había una fuente con borde y en medio de ella un asiento de piedra, al cual solía ir María la Silenciosa desde el borde, pasando por una tabla; allí se sentaba rodeada del agua, bajo una techumbre que cubría la fuente. Marta le dijo que pasara al patio, pues alguien la esperaba. María la Silenciosa, que era muy obediente, se cubrió con el velo, y sin decir palabra se encaminó sola al patio. María la Silenciosa era hermosa y esbelta, como de treinta años; casi siempre miraba al cielo, y cuando por acaso miraba donde estaba Jesús, la suya era una mirada incierta, de soslayo, como si mirase a lo lejos. Al hablar de sí no decía nunca *yo*, sino *tú*, como si se viese en otra persona y se hablase a sí misma. No habló a Jesús ni se echó a sus pies. Jesús le habló primero y así pasearon por el jardín conversando propiamente uno frente al otro. La Silenciosa hablaba siempre de cosas del cielo, como si las viera, y Jesús, de la misma forma, habló de su Padre y con su Padre. Ella no miraba de frente a Jesús y alguna vez de lado. Su conversación era más bien una alabanza, una oración a Dios, una meditación, una aclaración de misterios. María parecía no darse cuenta que vivía en este mundo, sino en otro. Recuerdo que habló de la Encarnación de Cristo como si la estuviera

viendo en la adorable Trinidad. Me es imposible reproducir su conversación ingenua y, sin embargo, profunda y misteriosa. Decía como si lo estuviera viendo: "El Padre dijo al Hijo que bajase a la tierra y una Virgen séale por Madre", añadiendo que todos los ángeles se alegraron de ello y que Gabriel fué enviado a la Virgen María. Hablaba como a través de los ángeles que veía, como hablaría una criatura ante una procesión, y se alegrara y se congratulara con cada uno de los que pasaban, por su piedad y devoción. Luego, como si mirase la cámara de María, le hablaba exhortándola a aceptar ser Madre de Dios, recibiendo el mensaje del Ángel, y viendo al Ángel descender y anunciar la Encarnación, hablaba, como si todo lo estuviera presenciando a alguna distancia, en voz alta, consigo misma. Se detuvo diciendo que María había reflexionado antes de contestar, y añadió: "Tú tenías un voto de virginidad; si Tú hubieses rehusado, ¿cómo habría sucedido todo esto?... ¿Se habría hallado otra Virgen digna de ser Madre de Dios?... ¡Mucho tiempo hubieras tenido, oh Israel, que llorar y suspirar por el Mesías!..." Volvió a referirse a la dicha por haber María consentido; alabó a la Virgen y habló del nacimiento de Jesús, y dirigiéndose al Niño, decía: "Manteca y miel has de comer, Niño". Recitó profecías, recordando las de Simeón y de Ana, todo esto como si lo viera ante sus ojos y hablase con ellos, como si estuviese presente en estos acontecimientos. Llegó así hasta el presente y dijo: "Ahora vas, oh Jesús, a comenzar tu camino amargo y doloroso...". En todas estas conversaciones estaba como ausente del cuerpo y hablaba con personas invisibles para los demás, y dirigiéndose a Jesús le hablaba como lo hiciera con los demás que la rodeaban. Jesús la interrumpió, finalmente, con oraciones y alabanzas a su Padre, rogando por todos los hombres, desde el lugar donde se habían detenido.

Esta escena fué conmovedora y misteriosamente hermosa. Jesús la dejó y ella quedó inmóvil, silenciosa, y lentamente se retiró a su aposento. Cuando Jesús volvió adonde estaban Lázaro y Marta, dijo más o menos lo siguiente: "Ella goza de plena razón y entendimiento; pero no pertenece a este mundo, no está en este mundo: su alma está ausente. El mundo no la entiende ni ella entiende al mundo. Es dichosa y se halla en estado de impecabilidad". Esta criatura silenciosa con la mirada puesta en lo sobrenatural, no sabía en realidad lo que pasaba en torno, pues siempre estaba como ausente en espíritu. Delante de nadie había hablado como delante de Jesús; delante de los demás

callaba, no porque fuera orgullosa o mal criada o despreciativa, sino porque parecía no ver a las personas o no tenían relación con las cosas que veía en espíritu acerca de la redención y salvación. Algunas veces le hablaban personas piadosas e instruídas y entonces decía algunas palabras en voz alta; pero nadie la entendía, porque lo que decía era una continuación de una conversación interior o de las cosas que veía y que los mismos sabios no comprendían. Por eso era tenida como una enferma mental y se la arrinconó, aislándola de los demás seres. Ella no vivía con su alma en este mundo, sino abstraída en esferas superiores y sobrenaturales. Hacía trabajos manuales; tejía para el templo labores que Marta le encargaba; era diestra en estos trabajos, que hacía mientras su mente se hallaba en piadosas consideraciones. Cuando no hacía estas tareas, trabajaba en el jardín y en la huerta. Rezaba mucho, con gran fervor, y padecía por los pecadores con especial sufrimiento. A menudo sentía tal pesadez sobre su alma como si los pecados del mundo la agobiasen a ella sola. Aunque tenía todas las comodidades en la casa, en lechos, asientos y descansos, comía siempre sola y muy poco. Murió de dolor y compasión por los padecimientos de Jesús en su pasión, que vió en visión anticipada(*).

XXIV

Llegada de María y las santas mujeres

Marta habló en esta ocasión de Magdalena, exponiendo su grande aflicción por el extravío de su hermana. Jesús la consoló diciéndole que volvería al buen camino; que no se cansasen de exhortarla, de rogar por ella y amonestarla. A eso de las dos y media llegó María Santísima, con María Chusa, Lea, María Salomé y María de Cleofás. El criado que las precedía anunció su llegada, y Marta, Serafía, María de Marcos y Susana les salieron al encuentro con lo necesario y alimentos, y las reci-

(*) María la Silenciosa aparece como un tipo de la vida contemplativa con la misión de orar y sufrir, apartada del mundo, por la conversión de los pecadores. La conversación de Jesús con ella indica que el objeto de la contemplación, tanto en la ley antigua como la nueva, es único: el gran misterio de la redención de Jesucristo. Estas almas las habrá en todas las épocas. A la vidente de 1824 sucedieron Louise Lateau, de Bois d'Haine, en 1883; Canori Mora, en la misma época; Gema Galgani, en 1903; las estigmatizadas Bárbara Pfister y Ana Schäfer, de Mindelstetten, en 1925; Magdalena de la Cruz, de Alemania, y Teresa Higginson, de Neston, en 1905, y en estos tiempos: Teresa Neumann, en Alemania; Padre Pío de Pietralcina, en Italia, y la Hermana Amalia, en Campinas, Brasil.

bieron en la antesala al comienzo de la entrada del castillo donde ayer fué recibido Jesús por Lázaro. Se saludaron y las de la casa lavaron los pies a las viajeras, que se cambiaron los vestidos y los velos. Tenían vestiduras blancas, amarillas o parduscas. Tomaron algún alimento y se retiraron a las habitaciones de Marta. Jesús y los hombres acudieron luego a saludarlas, y Jesús permaneció hablando solo con su Madre. Le dijo, lleno de amor y seriedad, que su camino pesado iba a comenzar; que iría al bautismo de Juan y vovería a verla algún tiempo para estar con ella en las cercanías de Samaría; que luego iría al desierto para ayunar cuarenta días en la soledad. María pidió a su Hijo que no quisiera ir a ese lugar horrible, para no desfallecer de hambre y miseria; pero Jesús le pidió que no le hiciera representaciones de humanos cuidados, puesto que debía cumplir su misión; debía comenzar a hacer lo que era necesario, porque comenzaba su camino, y los que estaban con Él debían padecer con Él: debían cumplir su misión y renunciar a todas las conveniencias humanas. Dijo que la amaba y siempre la amaría, pero que ahora pertenecía a todos los hombres. Pidióle que hiciese el sacrificio, que el eterno Padre se lo premiaría. Añadió que comenzaba a realizarse lo profetizado por Simeón: que una espada traspasaría su corazón y su alma. María se puso triste y muy seria, pero resignada con la voluntad de Dios, y fuerte y confiada en Dios. Jesús se mostró lleno de amor y de bondad.

Por la noche hubo todavía una comida en casa de Lázaro, a la que el fariseo Simón fué de los invitados con otros fariseos. Las mujeres comieron aparte en una sala dividida por una verja, de modo que podían oír las enseñanzas de Jesús, que habló de la fe, la esperanza y la caridad y acerca de la obediencia. Dijo que los que quisieran seguirle, no deberían volver atrás, sino hacer lo que Él decía y enseñaba, y padecer lo que deberían padecer; que Él no los abandonaría nunca. Volvió a hablar del pesado camino que le tocaba andar: cómo lo maltratarían y lo perseguirían; que sus amigos debían padecer y sufrir con Él. Todos le escucharon con respeto y admiración; pero lo que decía de que sería perseguido y maltratado les parecía más bien un modo de hablar de profeta, que no debía entenderse a la letra. A los fariseos tampoco les pareció su hablar escandaloso e inaceptable; pero se mantuvieron observando y oyendo con más curiosidad que los otros.

XXV

Jesús marcha con Lázaro al bautismo de Juan

Después de la comida y de un breve descanso, Jesús partió con Lázaro, en dirección de Jericó, al bautismo de Juan. Un criado de Lázaro los acompañó algún tiempo con una antorcha, pues era de noche. Después de media hora llegaron a un albergue, que pertenecía a Lázaro, y donde más tarde los discípulos hacían sus paradas y descansos. No es la misma posada, más lejos, en otra dirección, de la que he hablado otras veces y que usaban los discípulos con frecuencia. La galería donde Jesús y luego María fueron recibidos por Lázaro, era la misma donde Jesús más tarde permaneció y enseñó, antes de resucitar a Lázaro, desde donde le salió al encuentro Magdalena. Cuando llegaron al albergue Jesús se quitó las sandalias y estuvo descalzo, caminando. Lázaro le rogó que se calzase, por las piedras del camino, pero Jesús le dijo: "Deja que esto se haga así. Sé que debo hacerlo". En esta forma siguieron su marcha.

Este desierto se extiende durante un camino de cinco horas, con desfiladeros entre las montañas, hasta Jericó, y luego durante dos horas por el rico valle de Jericó aunque por lugares selváticos, de difícil tránsito. De allí quedaban aún dos horas hasta el lugar donde bautizaba Juan. Jesús andaba mucho más ligero que Lázaro, a veces le precedía una hora de camino. Un grupo de gentes, entre ellas publicanos, volvían del bautismo, al que les había enviado el mismo Jesús: pasaban cerca de Jesús algún trecho de camino a través del desierto hacia Betania. Jesús no entró en lugar alguno, y dejó a su izquierda a la ciudad de Jericó. Había un par de pueblitos en el trayecto, pero no entró en ninguno de ellos.

Los amigos de Lázaro: Nicodemo, el hijo de Simeón y Juan Marcos habían hablado poco con Jesús; pero se maravillaban de su sabiduría y de sus modales, ponderando las cualidades de su alma y de su cuerpo. Solían exclamar: "¡Qué hombre!... Nadie ha aparecido igual hasta ahora, ni nadie habrá como Él... tan manso, tan dulce, tan serio, tan sencillo a la vez que digno... ¡Cómo lo penetra y lo sabe todo!..." Y agregaban: "No lo llego a comprender del todo, y, sin embargo, debo creer. No se le puede mirar fijamente al rostro porque lee los pensamientos. ¡Qué presencia, qué rostro, qué porte, qué manera de andar tan ligero y sin apuro!... ¡Nadie puede caminar como Él! ¡Cómo

devora las distancias y cómo al llegar a un punto, de pronto predica y habla y vuelve a marchar! ¡Qué hombre extraordinario!..." Luego hablaban de su niñez, de sus enseñanzas en el templo con los doctores de la Ley y lo que habían oído contar de su primer viaje por el Mar Muerto, cuando ayudaba a los boteros y otras mil cosas. Pero ninguno sospechaba que Jesús era Dios. Lo encontraban más grande, más sabio que todos los hombres y lo veneraban; pero se mostraban esquivos en su presencia. Sólo lo tenían por un hombre extraordinario.

Obed era un hombre de edad, hijo de un hermano del marido de la anciana Ana del templo: era uno de los ancianos del templo, del Sanedrín; era piadoso y fué discípulo oculto de Jesús, y mientras vivió ayudó a la comunidad de Jesús.

XXVI

Historia de Juan Bautista

Mes de Mayo. — Juan recibió una revelación sobre el bautismo, y debido a ella, al salir del desierto, cavó un pozo en las cercanías de la Tierra Prometida. Lo vi en la parte occidental de una escarpada montaña. A su izquierda, había un río, quizás una de las fuentes del Jordán que nace en una gruta del Líbano, entre dos montañas: no se la ve brotar sino cuando se está cerca. A su derecha se extiende un llano, rodeado por el desierto, donde debía cavar una fuente.

Juan estaba hincado con una rodilla; sobre la otra tenía un rollo largo de corteza, en el cual escribía con un canuto. El sol brillaba ardientemente sobre él; miraba hacia el Líbano al frente, hacia Occidente. Mientras escribía, me pareció que se quedaba extático. Cuando lo vi así absorto, apareció un hombre ante él, que escribió muchas cosas y dibujaba señales en el rollo. Al volver en sí Juan pudo leer lo que el hombre había escrito y comenzó a trabajar en la obra del pozo con mucha energía. Mientras hacía el trabajo tenía el rollo de corteza escrito en el suelo, sujeto a dos piedras, para mantenerlo abierto, y miraba frecuentemente el dibujo, pues me parece que allí estaba diseñada la obra que debía hacer.

En relación con el pozo que estaba haciendo Juan, tuve una visión sobre Elías. Lo vi contrariado por una falta cometida, en el desierto, desanimado y soñoliento. Soñaba que un niño le empujaba con un bastoncito a un pozo, junto a él y que estaba

por caer; pues se vió como movido un trecho del lugar donde estaba echado. En ese momento fué cuando el ángel lo despertó y le dió de beber. Esto sucedió en el mismo lugar donde Juan iba a hacer la fuente y el pozo. Mientras Juan trabajaba conocí la explicación de cada capa de tierra que sacaba y el misterio de cada labor que hacía. Esto tenía relación con la dureza y la obstinación de los hombres, y con los caracteres que debía doblegar para que la gracia de Dios pudiese llegar hasta ellos. Este trabajo era, como toda su obra y toda su vida, una figura y anticipo que indicaba no sólo que era guiado por el Espíritu Santo, sino que en realidad obraba lo que debía obrar y lo que su trabajo significaba, puesto que Dios veía la buena voluntad que él ponía en su tarea. En todo este negocio era llevado, como los antiguos profetas, por el espíritu de Dios. Comenzó por cortar delicadamente el verdor de la superficie, en torno del pozo, de forma redonda, y luego hizo, cavando, un recipiente redondo bastante amplio, y lo rodeó con piedras elegidas, menos en el medio, donde cavó hasta encontrar una fuente de agua. Con la tierra que sacaba iba engrosando el borde de la fuente, dejando cinco lugares cortados. Frente a cuatro de estas aberturas plantó cuatro arbolillos a igual distancia. Estos árboles tenían la copa verde, eran de cuatro clases diferentes, con su significación particular. En medio de la fuente plantó un árbol especial, de hojas delgadas y ramas piramidales con brotes y espinas. Este árbol había estado algún tiempo reseco delante de su gruta. Los otros cuatro parecían arbustos y tenían bayas y les hizo en torno un refuerzo, amontonando tierra. Cuando hubo llegado con su excavación hasta el agua, donde plantó el árbol mencionado, pasó a hacer un canal que partía desde el río que corría junto a su gruta hasta el pozo cavado. Para esto lo he visto juntar en el campo muchas cañas que iba uniendo unas a otras y las hacía llegar hasta el pozo, y luego cubría estos canales con tierra. Podía a voluntad cerrar estos canales o abrirlos. Había hecho una senda a través de los matorrales hasta la abertura de su fuente, senda que corría alrededor del pozo, entre los cuatro árboles y las aberturas. Delante de la abertura dejada como entrada no había plantado árbol alguno. Sólo este lado de la fuente estaba libre; los otros estaban cerrados con matorrales o piedras. En torno de los cuatro árboles plantó una hierba, que no me es desconocida: la tuve desde niña por muy apreciada y cuando la encontraba la plantaba cerca de mi casa. Tiene un tallo alto y jugoso, con brotes de color rojo oscuro, y es muy

medicinal contra granos y dolores de garganta, según hoy lo he entendido. Plantó también otros arbolitos y diversas hierbas. Durante su faena él miraba de tanto en tanto el rollo dibujado y medía las distancias con su bastón. Me parece que todo lo que hacía y hasta los árboles estaban diseñados en el rollo escrito y dibujado. Recuerdo haber visto dibujada la figura del árbol que puso en medio de la fuente. Trabajó durante varias semanas y sólo al terminar su trabajo apareció un poco de agua en el fondo de su fuente. El árbol del centro, que parecía marchito y seco, reverdeció. Juan fué a buscar agua de otra fuente y la derramó adentro. El recipiente que usó parecía hecho de gruesas cortezas, en forma de saco y calafateado con pez o resina. Esta agua provenía de una fuente que surgía cerca junto de su gruta, que en otro tiempo él había hecho brotar hiriendo la peña con su bastoncito en forma de cruz. He oído en esta ocasión que él no hubiera podido hacer el pozo en ese lugar, porque era todo de piedra y esto tenía su significado. Dejó entrar tanta agua cuanta era necesaria; cuando sobrepasaba la medida era para salir por las aberturas y regar las plantas alrededor del pozo. He visto después que Juan entró en el agua hasta medio cuerpo; que se abrazaba con una mano al árbol erguido en medio de la fuente y con la otra sostenía un bastoncito al que había añadido una cruz y una banderita y con el cual pegaba en el agua haciéndola saltar sobre su cabeza. Cuando hacía esto vi que descendía una luz sobre él y se derramaba sobre él el Espíritu Santo, mientras dos ángeles aparecían en el borde de su fuente y le hablaban.

Todo esto fué lo último que hizo en el desierto. El pozo estuvo en uso aún después de la muerte de Cristo. Cuando los cristianos huyeron por la persecución, he visto que seguían trayendo a los enfermos y a los viajeros para ser bautizados allí donde acostumbraban a rezar sus preces. En tiempos de Pedro estaba el pozo rodeado de un cerco. Después de esta obra, salió Juan del desierto y fué hacia donde le esperaba la gente. Su presencia era imponente: alto de estatura, aunque delgado y [illegible]to por los ayunos; de fuerte musculatura; de porte noble, [illegible]yente, puro, sencillo y compasivo; el color del rostro bronceado, la cara demacrada y el continente serio y enérgico; los cabellos castaño oscuros y crespos y la barba corta. A la mitad del cuerpo tiene una tela que le llega hasta las rodillas. Lleva un manto oscuro, que parece hecho de tres pedazos. Una piel, sujeta con una correa, le cubre las espaldas. Los brazos y el

pecho están descubiertos; el pecho curtido por la intemperie y cubierto de vello del color de su manto. Lleva un bastón con curvatura como el que usan los pastores.

XXVII

Predicación y viajes de Juan Bautista

Al volver del desierto hizo un puente sobre un río. No le interesaba que hubiera ya un pasaje a cierta distancia: hacía sus trabajos donde convenía para su misión. Cruzaba el lugar un antiguo camino real. Había enseñado en Cidessa, cuyos habitantes fueron los primeros de los paganos que acudieron a su bautismo. Esa gente vivía abandonada y en cuevas. Eran descendientes de varias castas que se habían establecido allí desde la destrucción del templo. Uno de los últimos profetas les había dicho que se radicaran allí hasta que llegara uno, que señaló como a Juan, que les diría lo que debían hacer. Más tarde se retiraron hacia Nazaret. Juan no se dejaba impresionar por nada de lo que le rodeaba y sólo hablaba de un asunto: hacer penitencia, pues se acercaba el Mesías. Todos le admiraban, permaneciendo obsortos en su presencia. Su voz era penetrante como una espada, potente y severa, pero con todo bondadosa. Se asociaba con toda clase de gentes y con los niños. En todas partes iba derechamente a su objeto: no le importaba de nada, no pedía ni necesitaba cosa de nadie. Lo he visto recorrer los desiertos y penetrar en los bosques; lo he visto cavar, remover piedras, desarraigar árboles o plantarlos, preparar asientos. A los hombres que le veían los llamaba para que le ayudasen, y le obedecían. A veces los sacaba de sus chozas. Todos lo respetaban. En ninguna parte paraba mucho y cambiaba constantemente de lugar. Anduvo por los caminos de Galilea, alrededor del lago, sobre Tarichea y el Jordán, por Salem, en el desierto hacia Betel, y cerca de Jerusalén, que no quiso tocar en toda su vida, ya que sus quejas y lamentos estaban dirigidos muchas veces contra la ciudad depravada. Aparecía siempre lleno de su misión y destino: serio, severo, sencillo y celoso, clamando a una voz: "¡Penitencia! ¡Preparad los caminos del Señor! ¡El Salvador viene!" Después volvía a su lugar por el valle de los pastores.

Sus padres ya habían muerto. Entre sus primeros discípulos había algunos jóvenes que eran parientes de Zacarías. Cuando Juan pasó por Betsaida, Cafarnaúm y Nazaret, no lo vió María,

porque después de la muerte de José, salía poco; pero algunas personas de su familia habían oído sus palabras y hasta le acompañaron un trecho de camino. Tres meses antes de empezar a bautizar recorrió Juan el país, por dos veces, anunciando al que debía venir después de él. Su andar era acelerado, con pasos ligeros, sin descanso, pero sin agitación. No se asemejaba al caminar tranquilo del Salvador. Donde no tenía nada que hacer yo lo veía correr de campo en campo. Entraba en las casas, en las escuelas, para enseñar; reunía a las gentes en las plazas y en las calles para hablarles. He visto que los fariseos y los grandes del pueblo a veces lo detenían, para impedir su predicación; pero luego quedaban maravillados y admirados, y lo dejaban en paz. La frase: "Preparad los caminos del Señor", no eran sólo figuras retóricas. He visto que Juan recorría todos los caminos que Jesús y los apóstoles hicieron después, removiendo los obstáculos y allanando las dificultades. Limpiaba de matorrales y piedras los caminos y hacía sendas nuevas. Colocaba piedras en ciertos lugares de vado, limpiaba los canales, cavaba pozos, arreglaba fuentes obstruídas, hacía asientos y comodidades, que después el Señor usó en sus viajes. Levantó techados donde Jesús más tarde reunió a sus oyentes o donde descansó de sus fatigas. En todos sus trabajos este hombre sencillo y serio despertaba la admiración de todos los que le observaban o ayudaban, aún en las chozas de donde los sacaba para que le prestasen herramientas. En todas partes era rodeado, y sin miedo los exhortaba a la penitencia para la proximidad del Mesías, llamándose a sí mismo el preparador de sus caminos. A menudo lo he visto indicando la dirección por donde Jesús caminaba en esos momentos. Con todo, nunca lo vi junto con Jesús, aunque a veces no estaban a más que a una hora de camino, uno de otro, en sus viajes. Una vez Juan dijo a las gentes que él no era el Salvador esperado; que no era más que un humilde preparador y precursor, y que "allí" (indicaba a poca distancia) iba el Salvador.

Juan, en realidad, vió sólo tres veces en su vida al Salvador. La primera, en el desierto cuando la Sagrada Familia, en su huída a Egipto, paso cerca de donde estaba Juan, y éste, guiado por el Espíritu, se acercó a saludar a su Maestro que le había santificado desde el seno de su madre; Juan sintió la cercanía de su Salvador, que tenía entonces sed: oró y tocó con su vara la peña, de la cual brotó abundante agua. En aquella ocasión corrió delante el niño Juan, y vió a María, a José y a Jesús.

Yo lo vi danzar y saltar de contento allí donde brotó la fuente, mientras jugueteaba con la banderita que llevaba consigo. La segunda vez lo vió al bautizarlo. La tercera, cuando pasó junto al Jordán y dió testimonio de Él delante de sus discípulos.

He oído que Jesús ponderaba delante de sus discípulos la mortificación de Juan: que en ocasión del Bautismo realizó las ceremonias del rito sólo por cumplir su deber, aunque su corazón estaba quebrantado de amor por su Salvador, por el deseo de estar con Él y seguirle. Dijo también Jesús que Juan se alejaba de su presencia por humildad y mortificación, porque su gusto hubiera sido visitarlo a menudo y permanecer con Él. Por otra parte, Juan veía siempre al Salvador en espíritu, pues estaba frecuentemente en estado sobrenatural y profético. Veía en Jesús el cumplimiento de la promesa y la realización de las profecías acerca de su misión. Jesús era para él, no un contemporáneo y un conciudadano: era el Salvador del mundo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Eterno aparecido en el tiempo; y por esto no podía siquiera pensar en vivir con Él y familiarizarse en su presencia. Por otra parte, Juan mismo se sentía desvinculado de los hombres y no estaba enredado en ninguna de sus costumbres.

Desde el seno materno estuvo prevenido y regido por el Eterno, puesto en relación sobrenatural por el Espíritu Santo con su Redentor. Desde pequeño niño fué como sustraído del mundo y permaneció en el desierto no sabiendo nada más que las cosas de su Redentor, hasta que salió, como nuevamente nacido, del desierto para cumplir su misión seriamente, con entusiasmo, enérgicamente, sin preocuparse de lo que pasaba en el mundo. Su desierto es ahora la Judea; y como antes había hablado con animales, pájaros, piedras, plantas y árboles, mientras vivía en medio de ellos, así ahora lo hace con los hombres y pecadores, sin cuidarse de sí mismo ni de lo que pasa a su alrededor. Él no habla, no sabe y no ve otra cosa sino a Jesús. Su palabra es: "Él viene. Preparad el camino. Haced penitencia y recibid el bautismo. Ved al Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo". Puro y limpio, como un niño en el seno materno, salió del desierto; puro y sencillo es ahora, como un niño en los pechos de su madre. He oído que Jesús decía a sus apóstoles: "Él es puro como un ángel; nada impuro, ningún pecado llegó a mancharlo; ni una mentira llegó a sus labios".

XXVIII

Lugares donde bautizaba Juan Bautista

Julio 4. — Juan bautizó en diversos lugares. Primero en Ainón, cerca de Salem. Luego en On, frente a Bethabara, en la parte occidental del Jordán, no lejos de Jericó. El tercer lugar fué al Este del Jordán, bautizando más al Norte. Después volvió a bautizar en Ainón donde fué capturado por Herodes. El agua con que bautiza pertenece a un afluente del Jordán, que al Oriente hace un desvío de una hora de camino. Este brazo del Jordán es allí a veces tan angosto que se lo puede pasar de un salto. El lecho del río parece haber cambiado de curso, pues veía que algunos lugares iban quedando sin agua. El desvío del Jordán forma fuentes y pozos que reciben sus aguas del afluente del Jordán. Una de estas fuentes está separada del brazo principal: es el sitio del bautismo llamado de Ainón. Debajo de ese vallado hay canales que se pueden abrir y cerrar a voluntad, dispuesto así por el mismo Juan. En la orilla había como una canaleta y varias lenguas de tierra entraban en ella. Los bautizandos se colocaban entre dos de estas lenguas dentro del agua hasta la cintura apoyándose sobre un borde. Sobre una lengua de tierra estaba Juan, que recogía y derramaba el agua con una concha sobre la cabeza del bautizando, mientras en la otra parte estaba uno de los ya bautizados, que ponía la mano sobre los hombros del neófito. Al primero de estos testigos el mismo Juan le había puesto las manos sobre los hombros. Los bautizandos no tenían la parte superior del cuerpo completamente descubierta: se les ponía encima un paño blanco, dejando descubiertos solamente los hombres. Había allí una choza donde se vestían y desvestían. No he visto bautizar aquí a ninguna mujer. Cuando bautizaba Juan tenía puesta una ropa larga y blanca.

La región es una comarca hermosa y rica de agua, llamada Salem. La población de este nombre está a ambos lados del río. Ainón está situada al otro lado del Jordán, al Norte de Salem, más cerca del Jordán y es más grande. Veo muchos animales paciendo en las praderas, sobre todo asnos. Rige en Salem y Ainón una especie de derecho antiguo, según el cual nadie puede ser echado del lugar que ocupa, por ser declarado libre. Juan levantó su choza en Ainón sobre las ruinas de un antiguo edificio, cuyos muros estaban ya cubiertos de vegetación y se veían

otras chozas edificadas sobre ellos. Estas ruinas eran los antiguos fundamentos de tiendas levantadas por Melquisedec.

Acerca de este lugar tuve varias visiones, de antiguos tiempos. Recuerdo que Abrahán tuvo aquí una visión y dispuso dos grandes piedras: sobre una se hincó para orar y la otra la erigió en altar. He visto su propia visión. Era una ciudad como la celeste Jerusalén, de donde partían como rayos de agua brillantes hacia abajo. Se le dijo que debía rezar para el advenimiento de la ciudad de Dios sobre la tierra. Esa agua, que provenía de la ciudad celestial, se desparramaba hacia todos lados(*). Abrahán tuvo esta visión cinco años antes que Melquisedec levantara su tienda. Este castillo estaba compuesto más bien por una serie de tiendas con galerías y escaleras, semejantes a las habitaciones del rey Mensor en Arabia; solamente los fundamentos eran de piedras. Me parece reconocer ahora, en tiempos de Juan, los cuatro ángulos donde estaban plantadas las columnas del edificio. Sobre estos muros, que parecen una fortaleza, había construído Juan su choza de juncos. Melquisedec había edificado estas casas porque aquí se juntaban muchos extranjeros y viajeros, por ser lugar de abundantes aguas. Creo que también Melquisedec había edificado aquí porque, como siempre lo he visto aparecer como guía y conductor de pueblos, los reunía para aconsejarlos y guiarlos y hospedarlos hasta su partida. Pero desde entonces tenía ya una relación con el bautismo de Juan, y era para Melquisedec el lugar desde donde iba para edificar a Jerusalén, y para ir adonde estaba Abrahán. Desde aquí distribuían las familias y tribus que se hospedaban en el lugar. También Jacob tuvo mucho tiempo su campamento en Ainón. La cisterna del pozo del bautismo existía ya y he visto que Jacob la renovaba. Los restos de los edificios de Melquisedec estaban cerca de las aguas y del lugar del bautismo; y he visto que en los primeros tiempos del cristianismo se edificó, desde Jerusalén, una iglesia en el lugar donde bautizó Juan. Subsistía aún esta iglesia cuando María Egipcíaca se dirigía al desierto para hacer vida de penitente. Salem era una bella ciudad, de-

---

(*) En el capítulo 47 de Ezequiel se habla de estas aguas misteriosas. En el nuevo salterio ordenado por Pío XII se leen las siguientes palabras sobre el salmo 98: "Cuando el Señor, presente en el templo, sentado sobre Querubines, hace suyo el reino sobre todos los pueblos del cual es propia la justicia que ejercerá sobre el pueblo de Israel, mostrando que son invitados a entrar en el templo no sólo los Israelitas sino todos los habitantes de la tierra, porque Dios es el Creador y Pastor de todos". (Biblia de Straubinger).

vastada en guerras antes de Cristo, cuando se destruyó el templo. El último profeta anduvo también por estos lugares(*).

XXIX

Juan Bautista y Herodes

Junio 26 - 28. — Juan era ya célebre por su predicación desde hacía algunos meses cuando acudieron algunos mensajeros de Herodes, desde Kallirrohe, para verlo. Herodes vivía en el castillo al Oriente del Mar Muerto, donde había baños de mar y baños calientes. Herodes deseaba que Juan fuese adonde estaba él; pero Juan contestó a los mensajeros que tenía mucho que hacer; que si Herodes deseaba verlo y hablarle podía allegarse a él. Después de esto vi a Herodes viajando sobre un carruaje, más bien bajo, de ruedas, pero sobre un trono alto, desde el cual podía ver a su alrededor: este asiento tenía un techo y en torno del carro había soldados que custodiaban al rey. Iba a un pueblo como a cinco horas de viaje al Sur de Ainón y mandó a decir a Juan que podía llegarse hasta ese lugar. Juan accedió y fuera de la ciudad, en una choza, esperó a Herodes, quien concurrió sin acompañamiento. Recuerdo que Herodes le preguntó por qué habitaba una choza tan miserable en Ainón; que él, el rey, quería hacerle una casa buena. Juan respondió que no deseaba casa alguna, que tenía cuanto necesitaba y cumplía así la voluntad de Aquél que es superior a los reyes. Habló seria y enérgicamente y se volvió a su lugar. Habló a cierta distancia de Herodes, con la mirada vuelta a otro lado.

Junio 30. — He visto acudir a los hijos del difunto Alfeo y de María Cleofás: Simón, Santiago el Menor y Tadeo, y al hijo de su segundo matrimonio con Sabas, José Barsabas. Todos éstos fueron bautizados por Juan en Ainón. También Andrés y Felipe se hicieron bautizar en Ainón. Más tarde volvieron a sus ocupaciones. Los demás apóstoles y muchos discípulos tienen ya el bautismo.

Un día *(4 de Julio)* concurrieron muchos ancianos, sacerdotes de los pueblos vecinos de Jerusalén, para pedirle razón de quién era para predicar, quién le enviaba, cuál era su doctrina, y otras cosas semejantes. Él les contestó refiriéndose a la proximidad del Mesías y a su venida y reprendiólos, echándoles en

(*) Estas relaciones nos muestran la unidad de las figuras en Jesucristo y la sabiduría divina en la preparación del misterio de la Redención.

cara con valor su hipocrecía y su obstinación en no hacer penitencia. Algún tiempo después *(7 - 11 de Julio)* concurrieron toda clase de ancianos, sacerdotes, fariseos de Nazaret, Jerusalén y Hebrón para inquirir acerca de su misión, quejándose además de que se había apropiado del lugar donde bautizaba. He visto a muchos publicanos ser bautizados por Juan, después de haberles reprendido por sus injusticias. Entre ellos estaba el publicano Leví, más tarde Mateo, hijo del primer matrimonio del viudo Alfeo, que fué marido de María de Cleofás. Partió de allí muy conmovido, y mejoró de vida: hasta entonces había estado en gran desprestigio entre sus parientes. Muchos publicanos fueron rechazados por Juan por impenitentes.

XXX

Conmoción que produce el bautismo de Juan

Julio 19. — En Dothaim, donde Jesús había aquietado al endemoniado furioso, vivían mezclados con los judíos bastantes paganos desde el tiempo de la cautividad babilónica. Los infieles tenían en una altura de las cercanías un ídolo con altar. Los judíos, oyendo hablar de la proximidad de la venida del Mesías, no querían ya vivir mezclados con esos idólatras. Este movimiento se despertó desde que Juan recorrió toda esa región y cuando volvieron los bautizados de Juan. Un príncipe de Sidón tuvo que mandar soldados para proteger a los paganos. También Herodes envió soldados para apaciguar a la gente. Estos soldados eran de la peor clase. He visto que fueron primero a Kallirrohe, donde se encontraba Herodes, para decirle que querían hacerse bautizar por Juan. Lo hacían más por política y para causar buena impresión entre la gente. Herodes les contestó que no era necesario hacerse bautizar; que Juan no hacía milagro alguno y que no se podía probar su misión divina; que en todo caso preguntasen en Jerusalén lo que convenía hacer. Los he visto luego en Jerusalén. Estuvieron con tres jefes preguntando sobre el particular, por lo cual conocí que estaban divididos en tres sectas. Todo esto sucedió en el patio del juzgado donde más tarde Pedro negó a Cristo. Había allí muchos sentados delante del juez, rodeado de espectadores. Los sacerdotes respondieron con sorna que podían hacerlo o dejar de hacerlo, que era lo mismo. He visto que unos treinta de ellos fueron a Juan, el cual los reprendió con severidad, puesto que no los llevaba de-

seos de convertirse; de ellos bautizó a algunos de buena voluntad, después de haberles afeado su hipocrecía y mal proceder.

Las multitudes que llegan a Ainón es muy grande. Algunos días deja Juan de bautizar, y los emplea en predicar y reprender con energía. Veo muchos grupos de judíos, de samaritanos y de paganos, sentados separadamente en las colinas, en las praderas, bajo techumbres, o a la sombra, al aire libre, escuchando la predicación de Juan. Son muchos centenares. Escuchan su palabra, se hacen bautizar y parten luego. Una vez he visto a muchos paganos, algunos de Arabia y de otras regiones orientales que traían muchos asnos y ovejas, porque tenían parientes en estos lugares y como debían pasar por allí, fueron a oír la predicación de Juan.

Hubo en Jerusalén una importante reunión del Sanedrín por causa de Juan Bautista. Fueron enviados nueve hombres, tres por cada una de las tres autoridades, para que fueran a interrogar a Juan. Anás envió a José de Arimatea, al mayor de los hijos de Simeón y a otro sacerdote que velaba por los sacrificios y las ofrendas. Por el consejo fueron enviados tres mensajeros, y otros tres civiles iban en representación del pueblo. Debían preguntar a Juan quién era y decirle que se presentara en Jerusalén. Si su misión era verdadera debía presentarse antes en el templo. Le hacían cuestión respecto a su manera de vestir, y por qué bautizaba también a los judíos cuando sólo se acostumbraba hacerlo con los paganos. No faltaba quien creía que Juan era Elías vuelto al mundo.

Veo ahora a Andrés y a Juan el Evangelista con Juan. Estuvieron además con Juan la mayoría de los futuros apóstoles; muchos discípulos, además de Pedro, que se hizo bautizar ahora, y Judas el traidor, que había estado en Betsaida con los pescadores y se había enterado de todo lo que se decía de Jesús y de Juan. Cuando los enviados del Sanedrín llegaron, hacía ya tres días que Juan no bautizaba, y empezaba de nuevo a hacerlo. Los enviados querían que los oyera en seguida. Él les dijo que los escucharía cuando hubiese terminado su labor, y con palabras cortas y severas los dejó esperando. Le reprocharon de que se hubiese tomado él mismo la autoridad; que debía presentarse en Jerusalén y que no debía vestirse tan selváticamente. Cuando se alejaron estos mensajeros, permanecieron aún José de Arimatea y el hijo de Simeón y recibieron el bautismo de manos de Juan. Había muchas personas a las cuales Juan no quería bautizarlas. Éstas se unieron a los mensajeros del Sanedrín,

acusando a Juan de parcialidad y de animosidad contra ellos. Los futuros apóstoles vuelven ahora a sus casas, hablan de Juan y ponen atención en Jesús, de quien han oído hablar por Juan, el Precursor. José de Arimatea, al volver a Jerusalén, encontró a Obed, pariente de Serafia, que era servidor del templo. Contó José a Obed muchas cosas de Juan y Obed fué también a bautizarse. Como servidor del templo fué de los discípulos secretos de Jesús y más tarde se declaró cristiano.

XXXI

Juan recibe aviso de retirarse a Jericó

He visto más tarde que Juan pasó para bautizar a algunos enfermos. Llevaba su paño de vestido y su manto pendiente de los hombros. De un lado tenía el recipiente con agua bautismal y del otro colgaba la concha que usaba para bautizar.

Habían traído a muchos enfermos sobre camillas portátiles y sobre carretillas de mano, disponiéndolos a lo largo de la orilla, al otro lado del Jordán donde Juan bautizaba. Como no podían ser llevados a la orilla opuesta rogaron a Juan fuera adonde se encontraban. Juan fué con algunos discípulos. Había preparado allí una hermosa fuente cercada por un vallado hecho por él mismo. Llevaba consigo una pala. Dejó entrar agua por un canal que hizo y la mezcló con la que traía en su recipiente. Catequizó a los enfermos y los bautizó, después de ordenar que los dispusiesen a la orilla de la fuente, mientras él pasaba derramando el agua sobre ellos. Después de haberlos bautizado volvió a pasar al otro lado del Jordán a Ainón.

Aquí he visto presentársele un ángel y decirle que volviera al otro lado del Jordán, hacia Jericó, pues se acercaba Aquél que debía venir, a Quien debía anunciar. Juan y sus discípulos levantaron sus tiendas, caminaron unas horas por la parte oriental del Jordán, hacia arriba, y pasaron a la otra orilla, por donde hicieron un trecho. Allí se veían sitios de baños, cavados y cercados, de ladrillos blancos, con canal que se abría y cerraba a voluntad para traer el agua del Jordán; aquí el río no tenía isla. Este segundo lugar de bautismo estaba entre Jericó y Bethagla, en la parte occidental del Jordán, frente a Bethabara, en la parte oriental del río. Habrá unas cinco millas de Jerusalén. El camino recto va por Betania, a través del desierto, hasta llegar a un albergue, un poco fuera del camino, ameno lugar entre Jericó

y Bethagla. Las aguas del Jordán son aquí muy claras, sosegadas. Percíbese el aroma delicioso de las plantas aromáticas y de las flores, cuyos pétalos caen en el agua. En algunos puntos, el río es tan angosto y poco profundo que se puede ver el fondo; en las orillas se ven grietas cavadas por el agua con el tiempo. Me alegro mucho cuando me encuentro en la Tierra Santa; pero me extrañan las mudanzas del tiempo comparado con el de nosotros. Cuando aquí es invierno, allá florece todo, y cuando aquí es verano, ya están allá brotando las plantas para la segunda cosecha. Viene luego un tiempo en que hay mucha neblina y llueve mucho.

Junto a Juan veo unas cien personas, entre ellas sus discípulos y muchos paganos. Trabajan en mejorar el bautisterio y en arreglar la choza. Traen desde Ainón cosas. Los enfermos son transportados en angarillas. Este es el lugar del Jordán donde Elías hirió con su manto las aguas, para pasar al otro lado, y donde hizo lo mismo Eliseo cuando volvió a pasar. Eliseo descansó aquí de su viaje. Por aquí pasaron también los hijos de Israel al entrar en Tierra Santa.

De Jerusalén fueron enviados de nuevo a Juan gente del templo, fariseos y saduceos. Un ángel se lo anunció al Bautista. Cuando llegaron cerca del Jordán, mandaron un mensajero a Juan para decirle que se aproximara. Sin abandonar su obra contestó que si querían hablar con él podían hacerlo allegándose donde él bautizaba. Acercáronse, pero Juan no dejó de proseguir su predicación y su bautismo en presencia de los enviados. Cuando terminó Juan su trabajo atendió a los mensajeros y mandó a sus discípulos que los cobijaran bajo una techumbre, llegándose a ellos acompañado por diversos oyentes. Los mensajeros preguntaron quién era Aquél del cual decía siempre que había de venir, que según las profecías era el Mesías y que se decía había llegado ya. Juan les respondió que Uno habíase levantado contra ellos, a quien no conocían. Añadió que él tampoco le había visto, pero que desde antes de haber nacido le había ordenado preparar su camino y que había de bautizarle. Les dijo que volviesen en cierto tiempo en que debía venir Él para ser bautizado. Les habló luego severamente diciéndoles que no habían venido para el bautismo, sino para espiarlo. Le respondieron que ahora sabían quién era él: que bautizaba sin misión recibida; que era un hipócrita al vestirse tan extrañamente y se volvieron a Jerusalén. Poco tiempo después llegaron otros mensajeros del sanedrín de Jerusalén en número de unos

veinte: sacerdotes procedentes de varias ciudades, con sus mitras, anchas fajas y largas cintas que colgaban de los brazos. Le conminaron diciendo que venían del gran Sanedrín, que se presentara delante de él para dar cuenta de su misión y de su conducta; que era una señal de que no tenía misión al no obedecer al Sanedrín. Oí entonces a Juan que les dijo que esperasen un poco, que vendría Aquél que le había enviado, señalando claramente a Jesús: que era nacido en Belén, educado en Nazaret, que había tenido que huir a Egipto y él no le había visto aún. Le echaron en cara que él estaba entendido con Jesús; que se enviaban recíprocamente mensajeros. Juan les respondió que los mensajeros que se enviaban no podía él mostrárselos, porque eran ciegos. Los mensajeros se fueron disgustados y contrariados.

Acuden de todas partes turbas de judíos y paganos. El mismo Herodes manda gente a oír su predicación con encargo de que le cuenten lo que han oído de él. Veo que está mejor ordenado el lugar del bautismo. Juan levantó con sus discípulos una gran techumbre donde son agasajados los enfermos y los fatigados por el viaje y donde se reunen para oír su predicación. A veces cantan salmos; así, por ejemplo, oí el salmo que habla del pasaje del Mar Rojo por los hijos de Israel. Por momentos parece que hubiera improvisado una pequeña población de tiendas y de chozas; estas casitas están cubiertas con pieles y juncos que crecen a orillas del río. Se nota mucha afluencia de viajeros provenientes de las regiones de los Reyes Magos: vienen en camellos, en asnos y en caballos hermosos y muy ágiles. Están en camino a Egipto. Ahora se reunieron todos en torno de Juan, oyen su predicación sobre el Mesías y reciben el bautismo. De aquí suelen ir en grupos hasta Belén. No lejos de la gruta del pesebre, frente al campo de los pastores, había un pozo, donde Abrahán había vivido con Sara, y estando enfermo deseó vivamente beber agua; habiéndosele traído en un recipiente agua del pozo, no quiso luego beberla, dejándola por Dios, y al punto, en recompensa, lo libró Dios de su mal. A causa de su gran profundidad era muy difícil sacar agua del pozo. Hay allí un árbol muy grande y no lejos está la gruta de Maraha. Siendo la nodriza muy anciana la solía llevar en sus viajes sobre un camello. Por estos hechos se ha convertido éste en un lugar de peregrinación para los piadosos israelitas, como lo son el monte Carmelo y el monte Horeb. En este lugar rezaron también los santos Reyes Magos.

De Galilea no habían venido muchos a ver a Juan, aparte de los que fueron sus discípulos. Más gente llegaba de Hebrón, entre ellos muchos gentiles. Por eso, mientras Jesús pasaba por Galilea, exhortaba a los habitantes a ir al bautismo de Juan.

XXXII

Herodes en el baptisterio. Una fiesta tradicional

Agosto 28 - 30. — El lugar donde Juan enseñaba estaba como a media hora del baptisterio. Era éste un sitio sagrado lleno de recuerdos para los hebreos y estaba cercado como un jardín. En el interior había chozas y en medio una gran piedra que señalaba por donde pasaron los hijos de Israel con el Arca de la Alianza, y dónde la habían depositado para ofrecer un sacrificio de acción de gracias. Sobre esta piedra había levantado Juan el asiento desde donde enseñaba; había construído un gran galpón con techo de juncos; al pie de la piedra estaba la cátedra de Juan. Hallábase rodeado de sus discípulos enseñando, cuando llegó el rey Herodes; pero Juan no se perturbó por ello en su predicación.

Herodes había estado en Jerusalén, donde se unió con la mujer de su hermano, que tenía una hija, llamada Salomé, de unos diez y seis años. Tenía intención de unirse con esta mujer y había en vano tratado de conseguir el beneplácito del Sanedrín. Habíase suscitado por esto una viva discusión entre ellos. El rey temía, por otra parte, la voz del pueblo y pensó escudarse con alguna palabra de permisión de parte de Juan. Pensaba que el Bautista, para congraciarse con el rey, diría algo de conformidad con su plan. Veo ahora a Herodes con la joven Salomé, hija de Herodías y sus camareras, en campañía de unas treinta personas de viaje hacia el Jordán. Él iba con las mujeres sobre un carruaje y había enviado un mensajero a Juan. El Bautista no quería recibir al rey en el lugar sagrado, ya que venía con tales mujeres. Dejó, entonces, de bautizar y se retiró con sus discípulos adonde solía predicar, y habló enérgicamente del asunto que Herodes quería saber. Le dijo que esperase a Aquél que debía venir; que no permanecería mucho tiempo bautizando, que debía ceder el lugar a Aquél de quien era sólo su precursor. Habló de tal manera a Herodes que éste entendió que trataba su asunto y conocía su intención. Herodes le presentó un rollo muy grande que contenía su procedimiento; pero Juan no quiso

manchar sus manos de bautizador tocando el escrito. Vi luego a Herodes, muy contrariado, abandonar el lugar con su séquito. Vivía en esa ocasión cerca de los baños de Kallirrohe, a pocas horas del baptisterio. Herodes había dejado a unos delegados con el rollo para que lo leyera Juan, pero inútilmente: Juan volvió al lugar del bautismo. He visto a las mujeres que iban con el rey: estaban vestidas lujosamente, pero con decencia. Magdalena estaba adornada más fantásticamente por este tiempo.

Se celebra ahora una fiesta de tres días junto a la piedra del pasaje de los hebreos. Los discípulos de Juan adornaron el lugar con plantas, coronas y flores. Veo entre ellos a Pedro, Andrés, Felipe, Santiago el Menor, Simón y Tadeo y muchos de los futuros discípulos de Jesús. El paraje era aun sagrado para los piadosos israelitas; pero esta veneración estaba muy decaída y Juan volvió a renovarla. Vi a Juan y algunos de los suyos con vestiduras que parecían sacerdotales. El Bautista tenía, sobre un vestido oscuro, otro blanco, largo; estaba ceñido con una faja amarilla, entretejida de franjas blancas, de la cual pendían borlas. Sobre los dos hombros llevaba una gran piedra preciosa donde estaban grabados seis nombres en cada lado de las doce tribus de Israel. En el pecho tenía un escudo cuadrado, amarillo y blanco, sujeto de las cuatro puntas con cadenillas de oro. Sobre el escudo había también doce piedras grabadas con los nombres de las doce tribus. Del hombro le colgaba una banda como estola entretejida de amarillo y blanco que le llegaba muy abajo y terminaba en borlas. Sobre el vestido exterior en la parte baja habían cosido brotes de frutas en seda blanca y amarilla. Llevaba la cabeza descubierta, pero en la espalda le colgaba una especie de capucha que podía alzar sobre la cabeza hasta la frente y terminaba en punta. Delante de la piedra donde había estado el Arca de la Alianza había un altar pequeño, casi cuadrado, vacío en el medio y cubierto con una rejilla; debajo un agujero para la ceniza y en los cuatro costados caños huecos como cuernos. Juan y varios discípulos estaban con vestiduras que me recordaban a las que vi cuando los apóstoles celebraban los misterios en los primeros tiempos. Estos ayudaban en el sacrificio. Se incensó el lugar y Juan quemó varias hierbas aromáticas, plantas y creo que también granos de trigo sobre el altar, que era transportable. Se habían congregado muchísimos que esperaban ser bautizados. Las vestiduras sacerdotales fueron preparadas en este lugar del bautismo, porque moraban

ahora mujeres en los alrededores del Jordán y ellas hacían toda clase de ornamentos y utensilios para Juan. Con todo, no eran bautizadas allí. Parecía como si Juan comenzaba una iglesia nueva con un culto propio. Ya no lo veía trabajar como antes con sus propias manos y se ponía para bautizar una larga vestidura blanca. Lo he visto aún preparar él solo el lugar del bautismo de Jesús, mientras los discípulos le traían lo necesario.

Juan dijo en este día de fiesta un gran sermón muy animado. Estaba, con sus vestiduras sacerdotales, sobre la tienda, que tenía una galería en torno como había visto en las tiendas en el país de los Reyes Magos. Alrededor habían levantado graderías donde se colocaba la gente, en esta fiesta; era una incontable muchedumbre. Habló del Salvador que le había enviado, y al cual él no había visto aún, y habló del paso del Jordán por los israelitas. Luego, en el interior de la tienda, hubo de nuevo ofrecimiento de incienso y se quemaron hierbas. Desde Maspha hasta la Galilea había corrido la voz de que Juan iba a pronunciar un gran sermón, y así fué como se congregó una muchedumbre tan grande. Los esenios estaban todos presentes. La mayoría de los oyentes llevaban vestiduras largas y blancas. Venían hombres y mujeres, las mujeres generalmente montadas sobre asnos, en medio de alforjas, con palomas y comestibles, mientras los hombres guiaban los animales. Los hombres ofrecían panes en sacrificio, y las mujeres, palomas. Juan estaba detrás de una reja y recibía los panes: eran depositados sobre una mesa con rejilla, purificaban con harina y luego, amontonados, eran bendecidos por Juan y alzados a lo alto en ofrecimiento. Estos panes eran luego divididos en pedazos y repartidos a los que venían de más lejos les tocaba partes mayores por estar más necesitados. La harina que caía y los pedazos de panes desprendidos eran pasados a través de la rejilla y quemados en el altar. Las palomas eran distribuídas entre los necesitados. Esto duró casi medio día. Toda la fiesta duró, con el Sábado, tres días. Después volví a ver a Juan en el baptisterio.

XXXIII

Brota la isla para el bautismo de Jesús en el río Jordán

Agosto 23 y 24. — El Bautista habló a sus discípulos acerca de la proximidad del bautismo del Mesías. Afirmó nuevamente que no le había visto aún, pero añadió: "Yo quiero enseñaros

el lugar de su bautismo. Mirad: las aguas del Jordán se habrán de dividir y se formará una isla". En ese momento las aguas del Jordán se dividieron en dos y se levantó sobre la superficie una pequeña isla redonda y blanquecina. Era el mismo lugar por donde los hijos de Israel pasaron el Jordán con el Arca de la Alianza y donde Elías dividió con su manto las aguas. Se produjo una gran conmoción entre los presentes: oraban y daban gracias a Dios. Juan y sus discípulos trajeron grandes piedras, que pusieron en el agua, y luego, con ramas, árboles y plantas acomodaron un puente hasta la isla y cubrieron el pasaje con piedras pequeñas y blancas. Cuando terminaron el trabajo, se veía correr el agua bajo el puente. Juan y sus discípulos plantaron doce árboles en torno de la islita y unieron sus copas para formar un techo con el follaje. Entre estos arbolillos pusieron cercos de varias plantas que nacen muchas a orillas del Jordán. Tenían brotes blancos y colorados, y frutos amarillos, con una pequeña corona, como nísperos. La isla que había surgido en el lugar donde había estado depositada el Arca de la Alianza a su paso por el Jordán, parecía de roca, y el fondo del río, más levantado que en tiempos de Josué. El agua, en cambio, me pareció más profunda; de modo que no sabría decir si el agua se retiró más o la isla se levantó sobre el agua, cuando Juan la hizo comparecer para formar el baptisterio de Jesús. A la izquierda del puente, no en el medio, sino más bien al borde de la isla, hizo una excavación, a la cual afluía un agua clara. Llevaban a esta fuente algunas gradas; en la superficie del agua había una piedra triangular, plana, de color rojo, donde debía estar Jesús durante su bautismo. A la derecha se levantaba una esbelta palmera con frutos, la cual habría de abrazar Jesús. El borde de esta fuente estaba delicadamente trabajado y todo el conjunto presentaba un hermoso aspecto.

Cuando Josué llevó a los israelitas a través del Jordán, he visto que el río estaba muy crecido. El Arca de la Alianza fué llevada bastante distante del pueblo hacia el Jordán. Entre los doce que la conducían y acompañaban figuraban Josué, Caleb y otro personaje, cuyo nombre suena como Enoi. Llegados al Jordán tomó uno solo la parte delantera del Arca que solían llevar dos; los otros sostenían por detrás y en el instante en que el pie del Arca tocó las aguas, éstas se aquietaron, pareciendo como gelatinas que subían unas sobre otras, formando una muralla o más bien una montaña que se podía ver desde la ciudad de Zarthan. Las aguas que corrían al Mar Muerto se perdieron en

el mar, y se pudo pasar a pie enjuto por el lecho del Jordán. Así cruzaron los israelitas que estaban distantes del Arca por el lecho del río. El Arca fué llevada por los levitas aguas adentro, donde había cuatro piedras cuadradas colocadas con regularidad. Eran estas piedras de color de sangre y a cada lado había dos hileras de seis piedras triangulares, planas y trabajadas. Los doce levitas dejaron el Arca de la Alianza sobre las cuatro piedras del medio y pasaron doce por cada lado sobre las otras piedras triangulares que tenían su cono hundido en las aguas. Otras doce piedras triangulares fueron colocadas a distancia: eran muy gruesas, de colores diversos, grabadas con figuras y dibujos con flores. Josué eligió a doce hombres de las doce tribus para que llevaran sobre sus espaldas desnudas estas piedras y a distancia una serie de dos hileras para recuerdo del pasaje. Más tarde se levantó allí una población. Fueron grabadas en las piedras los nombres de las doce tribus y los de los que llevaron las piedras. Las piedras sobre las cuales estuvieron los levitas eran más grandes, y cuando pasaron el río, las piedras fueron vueltas con las puntas hacia arriba.

Las piedras que habían estado fuera del agua, no eran ya visibles en tiempos de Juan Bautista: no sé si fueron destruídas por las guerras o estaban simplemente cubiertas por tierra y escombros. Juan había levantado su tienda en el lugar de ellas. Más tarde hubo una iglesia allí, creo que en tiempos de Santa Elena. El lugar donde había estado el Arca de la Alianza es exactamente el mismo de la isla y de la fuente donde fué bautizado Jesús. Cuando los israelitas pasaron con el Arca y hubieron erigido las doce piedras, el Jordán volvió a seguir su curso como antes. El agua de la fuente del bautismo de Jesús era de tal hondura que desde la orilla sólo se podía ver desde el pecho cuando estaba un hombre dentro. La profundidad algo escalonada y esta fuente octogonal, que medía como cinco pies de diámetro, estaba rodeada de un borde, cortado en cinco lugares, desde donde podían algunas personas presenciar el acto. Las doce piedras triangulares sobre las cuales habían estado los levitas se alzaban a ambos lados de la fuente bautismal de Jesús con sus puntas hacia arriba fuera del agua. En la fuente del bautismo yacían aquellas cuatro piedras cuadradas coloradas, sobre las cuales había descansado el Arca de la Alianza, debajo de la superficie del agua. Estas piedras aparecían con sus puntas fuera del agua en épocas de bajantes. Muy cerca del borde de la fuente había una piedra triangular, en forma de pirámide,

con la punta hacia abajo, sobre la cual estuvo Jesús cuando el Espíritu Santo vino sobre Él. A su derecha estaba la palmera, junto al borde, a la cual Jesús se sujetó con la mano, mientras a su izquierda estaba el Bautista. La piedra triangular donde estuvo Jesús, no era de las doce: me parece que Juan la trajo desde la orilla. Había allí un misterio porque he visto que estaba señalada con dibujos de flores y estrías(*). Las otras doce piedras eran también de diversos colores, dibujadas con flores y ramificaciones. Eran más grandes que las llevadas a tierra: me parece que eran al principio piedras preciosas que plantó Melquisedec desde pequeñas, cuando el Jordán no pasaba sobre ellas. He visto que en muchos lugares hacía esto; ponía los fundamentos de obras que venían luego a ser lugares sagrados o donde sucedían hechos notables, aunque por mucho tiempo quedaran en pantanos o escondidas entre matorrales. Creo también que las doce piedras que llevaba Juan en la fiesta en el escudo del pecho eran trozos de aquellas doce piedras preciosas plantadas por Melquisedec.

XXXIV

Herodes nuevamente con Juan

Septiembre 3 - 17. — Cuando Juan volvió al baptisterio fué a verlo nuevamente un grupo de unas veinte personas para pedirle cuenta de su misión. Venían de Jerusalén. Aguardaron en el sitio donde había tenido lugar la fiesta e invitaron a Juan; pero éste no se movió. Al día siguiente he vuelto a verlos a media hora del lugar donde bautizaba Juan; pero Juan no los dejó entrar en el recinto de las tiendas que estaba cercado. Vi luego que Juan, cuando terminó su trabajo, les habló desde cierta distancia: les dijo las cosas de siempre, refiriéndose al que pronto iba a venir al bautismo, a Aquél que era más que él, y al que no había visto aún personalmente. Algunas de sus preguntas, no contestó.

Más tarde he visto a Herodes, montado sobre una cabalgadura, acomodado en una especie de asiento de cajón, y a la

(*) No puede menos que reconocerse la coincidencia de estas piedras con la descripción de la Iglesia en el Apocalipsis. El Cordero está en medio de los cuatro animales, como aquí el Arca, y como Jesús en medio de las cuatro piedras simbólicas de su bautismo. Estas cuatro piedras, cuatro animales, son los cuatro testimonios o evangelistas del Cordero. Los 24 ancianos están representados por las 24 piedras que hizo colocar Josué: los jefes de las 12 tribus de Israel y los 12 apóstoles.

mujer de su hermano, con la cual vivía, también montada sobre una cabalgadura, orgullosa y atrevida, vestida con lujo y desvergüenza, que se aproximaban al lugar donde estaba Juan bautizando. La mujer se detuvo a cierta distancia, mientras Herodes bajó de su cabalgadura y se acercó a Juan y comenzó a hablar con él. Herodes litigaba con Juan porque éste le había excomulgado, prohibiéndole participación en el bautismo y en la salud del Mesías si no dejaba su escandalosa compañía. El rey le presentaba de nuevo aquel escrito en defensa de su proceder. Herodes le preguntó si sabía algo de un tal Jesús de Nazaret, de quien se hablaba mucho en el país y de quien, según había oído, recibía mensajes; si ese Jesús era el Esperado, ya que siempre hablaba de Él. Le exigía le dijese claramente, pues quería tratar su asunto con el Mesías. Juan le contestó que Jesús no le escucharía, como no le escuchaba él su demanda; que era adúltero y como tal sería tratado; que por más que presentara su caso en una forma u otra, se trataba siempre de un adulterio. Cuando Herodes le preguntó por qué le hablaba a la distancia y no se acercaba, contestóle Juan: "Tú eres ciego, y por el adulterio cometido te has vuelto más ciego aún, y cuanto más me acercare a ti más ciego te pondrías. Cuando yo esté en tu poder, harás conmigo lo que más tarde sentirás mucho haber hecho". Con esto anunciaba proféticamente su próxima muerte. Herodes y la mujer regresaron muy contrariados.

Se acerca el momento del bautismo de Jesús. Veo a Juan muy entristecido. Parecía que su tiempo iba a terminar muy pronto: ya no lo veo tan vehemente en su obra y lo veo perseguido por todos lados. Acudían ya de Jericó, ya de Jerusalén, ya de parte de Herodes, para arrojarlo del lugar del bautismo. Sus discípulos habían ocupado una parte bastante considerable de los alrededores del bautismo y por eso urgían a Juan que se retirase de allí y pasase al otro lado del Jordán. Los soldados de Herodes llegaron a deshacer hasta cierto punto el cercado, echando a la gente; con todo no llegaron a molestar en la tienda de Juan, entre las doce piedras. Juan habló muy contristado, con el ánimo decaído, con sus discípulos: deseaba ya que acudiese Jesús al bautismo; luego se retiraría de su presencia al otro lado del Jordán y no permanecería mucho tiempo en su puesto. Sus discípulos se mostraban muy tristes por las cosas que les decía y no querían que los dejase abandonados.

XXXV

Jesús es bautizado por Juan

Septiembre 19 - 26. — Cuando Juan recibió aviso de que Jesús se acercaba, cobró nuevos bríos para bautizar. Acudieron grupos de aquéllos a quienes Jesús había exhortado a ir al bautismo, entre ellos publicanos, y he visto a Parmenas con sus parientes de Nazaret. Juan habló a sus discípulos sobre el Mesías y se humilló ante Él de tal manera que aquéllos quedaron contristados. Llegaron también a Juan aquellos discípulos a quienes Jesús había rechazado en Nazaret: he visto a éstos hablando con Juan de Jesús y sus obras. Juan ardía de tal amor por Jesús que casi se manifestaba impaciente de que el Mesías no se declarase más abiertamente. Cuando Juan los bautizó, recibió la seguridad de que se acercaba Jesús. Vió una nube luminosa que envolvía a Jesús y a los suyos, y los vió en visión que se acercaban. Desde entonces se muestra extraordinariamente contento y ansioso y mira con frecuencia hacia el lado de donde vendrá. La islita con la fuente bautismal está toda verde y nadie va a ella fuera de Juan, cuando tiene algo que arreglar: el camino que lleva a ella está ordinariamente cerrado.

Septiembre 28. — Jesús caminaba más ligero que Lázaro y llegó dos horas antes que éste al lugar del bautismo. Era la alborada cuando llegó Jesús al mismo tiempo que otros. Éstos no lo conocían y caminaban a la par de Él; pero lo miraban con extrañeza, porque veían en Él algo admirable que no podían explicarse. Había una turba extraordinaria de gente. Juan predicaba con mayor entusiasmo de la proximidad del Mesías y de la necesidad de hacer penitencia. Decía que pronto él desaparecería. Jesús estaba en medio de los oyentes. Juan sintió su cercanía, lo veía y se mostraba muy contento y animado; pero no dejó por eso de hablar, y comenzó luego a bautizar. Había ya bautizado a muchos y eran como las diez de la mañana, cuando le tocó el turno a Jesús, que bajó a la fuente. Entonces se inclinó Juan ante Él y dijo: "Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?..." Jesús le contestó: "Deja ahora que se haga esto; es menester que cumplamos toda justicia: que tú me bautices y Yo sea por ti bautizado". Jesús añadió: "Tú debes recibir el bautismo del Espíritu Santo y de la sangre". Entonces Juan le dijo que le siguiera a la islita. Jesús dijo que así lo haría añadiendo que deseaba que las aguas con que eran bautizados

los demás se dejasen afluir a aquel lugar, que todos los que debían ser luego bautizados fueran allí bautizados, y que el árbol que Él iba a abrazar fuera trasplantado adonde eran bautizados los demás y que todos lo tocasen al ser bautizados. El Salvador pasó con Juan y sus discípulos Andrés y Saturnino sobre el puente de la islita. Jesús se retiró a una pequeña tienda, junto a la fuente, al lado oriental, para vestirse y desvestirse. Los discípulos lo siguieron a la isla. Hasta el puente había gran multitud de gente y en la orilla del río más aún. En el puente podían permanecer hasta tres hombres: entre ellos estaba Lázaro. La fuente bautismal estaba hecha en una excavación escalonada, de forma octogonal y tenía debajo un borde de igual forma con cinco canales en el fondo que comunicaban con las aguas del Jordán. El agua llenaba la fuente por medio de entradas cortadas en los bordes. Tres de estas entradas eran visibles en la parte Norte, por donde las aguas entraban y dos salidas estaban cubiertas en la parte Sur de la fuente; por aquí se pasaba y por este lado no se veía el agua rodeando la fuente. Del lado Sur subían unas gradas de hierbas verdes. La isla misma no era del todo plana, sino un tanto más elevada en el medio, rellenada con piedras y partes blandas, todo cubierto de verdor. Los nueve discípulos de Jesús, que en los últimos tiempos estaban con Él, acercáronse a la fuente y permanecieron en el borde. Jesús dejó en la tienda su manto, su faja y su vestido de lana amarilla abierto por delante y cerrado con cintas, una banda de lana más angosta cruzada sobre el pecho, que alzaba sobre la cabeza por la noche o en la intemperie, y quedó con un vestido oscuro, con el cual salió de la tienda, para entrar en el agua, donde, por la cabeza, se quitó también esta prenda de vestir. Tenía, dentro del agua, sólo una banda desde la mitad del cuerpo a los pies. Todos sus vestidos los recibió Saturnino, el cual se los pasó a Lázaro, que estaba al borde de la fuente. Jesús bajó a la fuente, donde quedó cubierto por las aguas hasta el pecho. Con la mano izquierda se asió a la palmera y puso la derecha en el pecho, mientras la faja blanca flotaba sobre las aguas. Juan estaba en la parte Sur de la fuente; tenía en la mano un recipiente de borde ancho del cual salía el agua por tres aberturas. Se inclinó, tomó agua con el recipiente y la vertió en tres líneas sobre la cabeza del Salvador. Una línea de agua cayó sobre la parte anterior de la cabeza y la cara; otra, en medio de la cabeza, y la tercera en la parte posterior. No recuerdo bien las palabras que dijo Juan al bautizar, pero fueron más

o menos éstas: "Jehová, por medio de los Serafines y Querubines, derrame su bendición sobre Tí, con ciencia, inteligencia y fortaleza". No recuerdo bien si fueron estas tres últimas palabras; pero eran tres gracias o dones para el espíritu, el alma y el cuerpo, y allí estaba contenido todo lo que cada uno necesita para presentar al Señor un espíritu, un alma y un cuerpo renovados. Mientras Jesús salía fuera del agua, los discípulos Saturnino y Andrés, que estaban a la derecha del Bautista, sobre la piedra triangular, sostenían una tela, que pusieron sobre Él para que se secara, y una túnica blanca y larga. Al detenerse Jesús sobre la piedra triangular roja, a la derecha de la entrada de la fuente, pusieron sus manos sobre sus hombros, y Juan sobre su cabeza. Hasta entonces se ponía a los bautizados sólo un paño pequeño; pero después del bautismo de Jesús se usó otro más extenso.

XXXVI

La voz del Padre después del bautismo

Cuando estaban por subir las gradas para salir de la fuente se oyó la voz de Dios sobre Jesús, detenido solo en la piedra en oración. Llegó como una ráfaga de viento desde el cielo y un trueno; de modo que todos los presentes se atemorizaron y miraron hacia arriba. Descendió una nube blanca luminosa, y yo vi una figura alada sobre Jesús, que le llenó como un torrente. He visto el cielo abierto, y vi la aparición del Padre celestial en forma y rostro común, y oí la voz que resonaba: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias". Era una voz como dentro del trueno. Jesús estaba completamente rodeado de luz y apenas se le podía mirar: su rostro era transparente. He visto ángeles en torno de Él.

A cierta distancia, sobre las aguas del Jordán, vi a Satanás en figura oscura, como nube negra, donde se agitaba una confusión de sabandijas y de reptiles de todas clases: era la representación de cómo todo lo malo, todo lo pecaminoso, todo lo ponzoñoso de la región se concentraba allí, en su origen, huyendo de la presencia del Espíritu Santo que se había difundido en Jesús. Era algo espantoso y horrible, que contrastaba mejor con la claridad y la luz que se difundía en torno de Jesús y del lugar del bautismo. La misma fuente brillaba hasta el fondo; todo estaba como transfigurado. Se veían las cuatro piedras, sobre las cuales había estado el Arca de la Alianza, resplandecer con

brillo de regocijo en el fondo de la fuente, y en las doce piedras donde habían estado los levitas aparecieron ángeles en oración, porque el Espíritu de Dios había dado testimonio delante de todos los hombres sobre Aquél que debía ser la piedra viva, la piedra preciosa elegida, la piedra angular de la Iglesia. De este modo nosotros debemos, como piedras vivas, formar un edificio espiritual y un espiritual sacerdocio, para poder ofrecer a Dios sacrificios aceptables, como sobre un altar, por medio de su Hijo divino en quien sólo encuentra sus complacencias.

Después de esto, Jesús se dirigió a la tienda. Saturnino le trajo sus vestidos, que Lázaro había tenido en custodia, y Jesús volvió a ponérselos. Ya vestido, salió Jesús de la tienda, y, rodeado de sus discípulos, se colocó en el lugar libre de la isla al lado del arbolito central. Entonces Juan habló con viveza y gran alegría al pueblo, dando testimonio de Jesús, diciendo que era el Hijo de Dios y el prometido y esperado Mesías. Para confirmar su testimonio recordó las profecías de los patriarcas y profetas y señaló su cumplimiento, diciendo lo que él había visto y lo que todos habían oído ahora, agregando que no bien Jesús volviera, después de una ausencia, él, Juan, desaparecería del lugar. Dijo también que en ese lugar había estado el Arca, cuando Israel recibió en herencia la tierra prometida y que ahora se producía el cumplimiento de la Alianza, de lo cual daba testimonio el mismo Dios Padre en su Hijo divino. Recomendóles que siguiesen a Jesús, llamando feliz el día del cumplimiento de la promesa para Israel.

Mientras tanto habían llegado otras personas, entre ellas amigos de Jesús: Nicodemo, Obed, José de Arimatea, Juan Marcos y otros varios que había visto entre la turba. Juan dijo a Andrés que hablase en Galilea del bautismo de Jesús como Mesías. Jesús, por su parte, dió testimonio de Juan, afirmando que había hablado verdad; añadió que se alejaría por algún tiempo; pero que luego viniesen a Él todos los enfermos y afligidos, pues quería consolarlos y ayudarlos; que se preparasen entretanto con penitencia y buenas obras. Dijo que se alejaba por algún tiempo para luego entrar en el reino que su Padre le había encomendado. Jesús expresó esto como en la parábola del Hijo del Rey, que antes de cumplir la voluntad de su Padre, quería recogerse, implorar su ayuda y prepararse. Había entre los oyentes algunos fariseos, los cuales tomaron estas palabras en un sentido burlesco, diciendo: "Quizás no sea el hijo del carpintero, como pensamos, sino el hijo bastardo de algún rey,

y ahora quiere ir allá, juntar gente y luego venir a tomar Jerusalén". Les parecía todo esto muy curioso e insensato.

En cuanto a Juan continuó ese día bautizando a los presentes sobre la isla de la fuente de Jesús: eran, en su mayoría, de los escasos hombres que fueron más tarde discípulos de Jesús. Entraban en el agua que rodeaba la fuente y Juan los bautizaba desde el borde. Jesús, con sus nueve discípulos y otros que se le agregaron, partió de allí. Le siguieron Lázaro, Andrés y Saturnino. Habían llenado, por orden de Jesús, un recipiente con el agua del bautismo de Jesús y lo llevaban consigo. Los presentes se echaron a los pies de Jesús, rogándole se quedara con ellos. Jesús les prometió volver muy pronto, y se alejó.

XXXVII

Jesús predica en la sinagoga de Luz

Septiembre 29 y 30. — Jesús se dirigió con sus acompañantes hacia un pequeño lugar a un par de horas de Jerusalén: el nombre sonaba como Bethel. Había allí un hospital con muchos enfermos. Jesús entró y tomó algún alimento con sus discípulos. Acudieron muchas personas, que lo saludaron ceremoniosamente como a un profeta, pues ya se sabía lo que Juan decía de Él. Jesús recorrió luego los lechos de los enfermos, los consoló y les dijo que volvería de nuevo y los sanaría si creían en Él. Sanó sólo a un enfermo que estaba en la tercera cámara: hallábase este enfermo muy consumido, tenía en la cabeza llagas y granos. Jesús lo bendijo y le mandó que se levantara. El hombre se levantó al punto y se hincó delante del Salvador. Saturnino y Juan bautizaron aquí a algunas personas. Jesús mandó traer un recipiente de agua grande, donde podía caber un niño y lo hizo colocar sobre una tarima de la habitación; bendijo el agua, y con una ramita esparció algo dentro de ella: creo que fué el agua traída de la fuente de Jesús. Los bautizandos se cubrían hasta el pecho, se inclinaban hacia la fuente, y Saturnino los bautizaba. Decía palabras que Jesús le había enseñado; pero ya no las recuerdo claramente. Jesús celebró aquí el Sábado y después envió a Andrés a Galilea.

Jesús entró en una ciudad que se llama Luz; fué a la sinagoga, donde hizo una larga explicación declarando cosas ocultas de la santa Escritura, que eran figuras de las presentes. Recuerdo que dijo, hablando de los hijos de Israel, que después que

hubieron pasado el Mar Rojo anduvieron peregrinando tanto tiempo en el desierto por causa de sus pecados; más tarde pasaron el Jordán y entraron en la tierra prometida; que había llegado el tiempo en que esto era realidad en el bautismo del Jordán. Entonces era sólo una figura: ahora debían permanecer y cumplir los mandamientos de Dios, para entrar en la tierra prometida de la celestial Jerusalén y ciudad de Dios. Ellos pensaban en una Jerusalén libertada del yugo de los romanos. Habló del Arca de la Alianza y de la severidad de la antigua Ley, pues quien se acercaba al Arca recibía la muerte. Ahora se ha cumplido el tiempo de la Ley y vino el tiempo de la Gracia, que trae el Hijo del Hombre. Dijo que ahora era el tiempo en que el ángel lleva a Tobías a la tierra prometida, el cual había estado tanto tiempo viviendo fiel a los mandamientos de Dios, como prisionero. Habló también de la viuda Judit, que cortó la cabeza al ebrio Holofernes y libró a la oprimida Betulia: ahora habría de crecer y prosperar aquella Virgen, que existe desde la eternidad, y muchos soberbios Holofernes que oprimían a Betulia, habrían de caer. Aludía a la Iglesia y a su triunfo sobre los príncipes soberbios de este mundo. Jesús recordó muchos hechos semejantes que ahora tendrían cumplimiento. Nunca decía: "Yo soy Ése". Hablaba siempre en tercera persona. Refirióse también a las normas para seguir la ley, de que modo debían dejarlo todo y no tener preocupación demasiada por lo temporal, porque era mucho más importante ser regenerado y nacido de nuevo que andar en busca de la comida; que, por lo demás, si estaban regenerados por el agua y el Espíritu Santo, el mismo que los había hecho renacer cuidaría de su alimento y vestido. Dijo que los que quisieran seguirle debían dejar a sus parientes y abstenerse de mujeres, porque no era tiempo de sembrar sino de recoger. Habló también del pan del cielo.

Todos lo escuchaban respetuosos y admirados, pero todo lo entendían de modo material y corporal. Aquí se despidió Lázaro; los otros amigos de Jesús se habían despedido en el Jordán. Las santas mujeres, que estaban en Jerusalén, en casa de Susana, se pusieron en marcha a través del desierto. Jesús con sus discípulos partió de Luz hacia el Sur, atravesando el desierto. Durante el camino, mientras Jesús y sus discípulos pasaban entre una hilera de datileros, éstos tuvieron escrúpulo de juntar y comer los frutos que habían caído en tierra. Jesús les dijo que los comiesen tranquilamente y que no fuesen tan miedosos y

meticulosos; que cuidasen la limpieza del alma en sus conversaciones y en sus acciones, y no tanto en las cosas que son para comer. En este viaje vi que Jesús visitó a unos diez enfermos en unas casitas desparramadas: a algunos los consoló y a otros los sanó. Algunos de ellos le siguieron después.

XXXVIII

Jesús en Ensemes

Octubre 2. — He visto a Jesús llegar a un pequeño pueblo llamado Ensemes, donde le salieron al encuentro algunas personas, ya avisadas de la llegada del nuevo profeta. Lo rodearon muchos, con sus criaturas tomadas de la mano, lo saludaron con solemnidad y se echaron a sus pies humildemente. Jesús los levantaba familiarmente, con bondad. Lo llevaron a su casa gente de noble alcurnia. Los fariseos lo llevaron a su escuela: eran bien intencionados y se alegraban de tener a un profeta entre ellos. Pero cuando supieron por los discípulos que era hijo de José, el carpintero de Nazaret, comenzaron a advertirle detalles que a ellos no les parecía bien. Creían que era profeta, y cuando Jesús habló del bautismo, preguntaron ellos, para tener motivo sobre qué murmurar, cuál de los dos bautismos era mejor: el de Juan o el suyo. Jesús les repitió lo que el Bautista había dicho de su bautismo y del bautismo del Mesías, y añadió que el que despreciaba el bautismo de Juan, despreciaría también el del Mesías. Con todo, Él nunca decía: "Yo soy", sino que hablaba en tercera persona, o como dice en el Evangelio: "El Hijo del hombre". En la casa donde se alojó tomó su alimento y oró con sus discípulos antes de ir al descanso. De Ensemes partió con sus acompañantes a través del torrente Cedrón, en la Judea. Casi siempre iba por caminos pocos frecuentados y cruzaba los valles, que habían recorrido María y José cuando fueron a Belén. Ahora hay mucha neblina en el país y hace bastante frío: veo a veces nieve o rocío y helada en los valles; pero en la parte donde hiere más el sol todo se presenta verde y hermoso. Aun cuelgan frutos de los árboles. Durante el camino veo a Jesús y a sus discípulos comer de estos frutos.

Evita entrar en las grandes ciudades, porque en todas partes ha corrido la fama de las cosas sucedidas en su bautismo y del testimonio de Juan. También en Jerusalén se advierte alarma por estos acontecimientos. Jesús quiere presentarse sólo después

de su vuelta del desierto de Galilea, y si anda ahora por estos lugares es por amor a los enfermos o para mover a otros al bautismo. No va siempre con todos sus discípulos: a veces no veo más que a dos de ellos con Él. Los otros se desparraman por las calles por donde pasan y rectifican lo que se dice de Jesús. En general están entusiasmados con Juan y creen que Jesús es sólo un ayudante del Bautista; y así le llaman su ayudante. Los discípulos les cuentan la aparición del Espíritu Santo y la voz que oyeron del Padre y repiten lo que Juan dice de sí mismo: que él no es sino el precursor y preparador de los caminos, y por eso es tan recio y severo como quien dispone el camino. Por esta causa acuden a veces a Jesús los pastores y tejedores de estos valles, que oyen a Jesús bajo los árboles o galpones, y se echan a sus pies, mientras Jesús los bendice y los exhorta al bien. Mientras andan explica Jesús a sus discípulos que las palabras que han oído del Padre: "Este es mi Hijo amado", las dice también para todos los que reciben sin pecado el bautismo del Espíritu Santo.

Esta comarca es la misma que recorrieron José y María cuando fueron a Belén. José conocía mejor estos lugares porque su padre había tenido campos de pastoreo. José habíase apartado como de un día y medio de Jerusalén para evitar las grandes ciudades y por pequeñas etapas prefería pasar por estos lugares, donde las chozas de los pastores estaban más unidas. Mucho le costaba a María estar cabalgando largo tiempo, como también andar a pie. La población principal a la que ahora se dirige Jesús estaba formada por dos casas de pastores, a las cuales habían llegado antes José y María. Se detuvo primero en aquella casa donde había sido mal recibida la Virgen. El dueño de casa era un anciano grosero. Ahora tampoco quería recibir a Jesús. Tenía el aire como el de algunos de nuestros campesinos de hoy, que parecen decir: "¿Qué me importa a mí todo esto? Yo pago los derechos y voy a la iglesia". Por lo demás, viven luego como quieren. Así decían aquellas gentes: ¿Para qué necesitaban todo esto? Tenían la ley de Moisés, ésta la había dado Dios y no necesitaban más. Jesús les habló de la hospitalidad y de la caridad con el prójimo, que los antiguos patriarcas habían ejercitado. ¿Dónde, en efecto, estarían la bendición y la ley, si Abrahán no hubiese recibido al ángel que se las traía?... Les expuso luego esta parábola: Quien rechaza a una madre, que trae al hijo en su seno, cansada, golpeando a su puerta, y se burla del hombre que amigablemente le pide hospe-

daje, ése rechaza también la salud que el Hijo le trae. Jesús dijo esto tan claramente que parecía un rayo que hería el corazón del hombre duro. Esta era la casa donde José y María habían sido despedidos sin piedad. He reconocido muy bien la casa. Los viejos de ella tuvieron grandísima confusión, porque sin que Jesús nombrase a José y a María, les dió a entender todo lo que ellos habían hecho con la Sagrada Familia. Entonces uno de ellos se echó a los pies de Jesús, y le pidió se hospedase con él, pues seguramente, dijo, es un profeta Aquél que sabe todo lo que sucedió aquí treinta años atrás. Jesús no tomó alimento en su casa, como el hombre deseaba, y dijo, enseñando a los pastores reunidos, que muchas cosas que se hacen son preparación y semilla de otras que se harán, y que el arrepentimiento y la penitencia pueden destruír las raíces de los malos sentidos por el bautismo del Espíritu Santo, que hace renacer al hombre y llevar frutos de vida eterna.

De aquí salió recorriendo otros valles, enseñando en diversos lugares. Algunos poseídos gritaban a su paso, pero callaban cuando Él lo mandaba. Jesús llegó a otra casa de pastores, sobre una altura, donde también había estado la Sagrada Familia en su paso a Belén. El dueño tenía gran cantidad de ganado. A lo largo del valle vivían pastores y fabricantes de tiendas. Habían tendido grandes lonas como toldos y trabajaban al aire libre de común concierto. Había ganado y animales silvestres; las palomas andaban en grandes bandadas, como las gallinas, en torno de la casa, como también otras aves grandes de larga cola. En el campo veíanse muchos corzos con pequeños cuernos: eran domésticos y se mezclaban con el ganado. Aquí fué recibido Jesús muy amistosamente. La gente de la casa, los vecinos y los niños le salieron al encuentro y se arrodillaban ante Él. Había algunos jóvenes en la casa, hijos del anciano que aún vivía y que había hospedado a José y a María; era de pequeña estatura, inclinado y caminaba con un bastón. Jesús tomó algunos alimentos, frutas y verduras, que se mojaban en salsa, y comieron pequeños panes al rescoldo. Esta gente era muy piadosa e instruída. Llevaron a Jesús a la misma camara donde habían hospedado a María, que habían convertido en lugar sagrado de oración. Constituía sólo una repartición de la casa, pero la habían aislado haciéndole un camino; habían deshecho los cuatro ángulos de la casa, formando un octógono, y el techo lo habían recogido en un cono truncado. Colgaba una lámpara y en medio del techo había una abertura que podía abrirse a voluntad. De-

lante de la lámpara había una mesa angosta semejante a un banco de comunión, entre nosotros, donde se podía rezar apoyado al banco. Todo estaba limpio y ordenado como una capilla. El anciano llevó a Jesús y le mostró el lugar donde había descansado su Madre y donde su abuela Ana también se había hospedado en su paso a Belén, cuando fué a visitar a María en la gruta de Belén. Esta gente sabía del nacimiento de Jesús, de la adoración de los Reyes Magos, de la profecía de Simeón y Ana en el templo, de la huída a Egipto y de la enseñanza del Niño Jesús en el templo. Algunos de estos días los festejaban con oraciones en este lugar, creyendo, esperando y amando con fidelidad. Preguntaban a Jesús con simplicidad: "¿Cómo será esto? En Jerusalén, entre los grandes, se dice que el Mesías será un rey de los judíos, que restituirá la grandeza del reino y lo librará del yugo de los romanos. ¿Será esto así como lo dicen ellos?" Jesús les declaró todo en la parábola de un Rey que manda a su Hijo para ocupar el trono, restablecer el santuario y librar a sus hermanos del yugo; pero que ellos no reconocerían al Hijo enviado, lo perseguirían y maltratarían... pero que Él sería levantado, y así los atraería a todos al reino celestial de su Padre, si guardaban sus mandamientos. Fué mucha gente con Jesús al lugar de oración y Él enseñó y sanó a algunos enfermos. El anciano pastor llevó a Jesús a casa de una vecina, que desde hacía años estaba en cama enferma de gota. Jesús la tomó de la mano y le mandó que se levantase. Ella al punto obedeció, se hincó y le acompañó hasta la puerta. Andaba encorvada como la suegra de Pedro. Jesús se hizo llevar luego a un valle profundo donde había muchos enfermos: sanó a algunos y consoló a todos. Los curados fueron sólo unos diez.

Juan bautiza aún y va mucha gente a él. El árbol que tocó Jesús durante su bautismo fué trasplantado al medio de la gran fuente y está verde y hermoso. Esta fuente bautismal tiene gradas desde la orilla y varias lenguas de tierra que se internan hasta el lago. La gente va pasando una tras otra; entran por un lado y salen por el opuesto.

Octubre 3. — Cuando Jesús dejó la casa del pastor, que está como a cinco horas de Belén, lo acompañaron algunos hombres, parientes de aquellos pastores que habían visitado a Jesús en el pesebre. Por esto se mostraban tan bien dispuestos con Jesús. El Salvador y sus discípulos anduvieron por muchos recovecos y reunieron, aquí y acullá, grupos de pastores y trabajadores, a quienes Él enseñaba con parábolas y comparaciones de sus

propios oficios. Los exhortó aún a ir al bautismo de Juan y a la penitencia, y les habló de la proximidad del Mesías y de la salud. En una ladera del monte, en un buen lugar del camino de Jesús, he visto a la gente trabajando en faenas de campo: en los viñedos y en los trigales. Vi llevar trigo, arar y sembrar, pues esa región es muy fértil, aunque en otras veo heladas y nieve en los valles. El trigo no estaba en gavillas, sino que era cortado bajo la espiga un medio pie y los manojos estaban atados de tal manera por medio que a ambos lados salían las espigas. Estos atados yacían en montones juntos. Los campesinos no llevaban estos atados a sus casas, como en tiempo de la cosecha terminada: quedaban allí formando pequeñas montañas, y ahora, que comienza el tiempo de las lluvias, eran cubiertas con heno mientras preparan de nuevo los campos. Los granos eran cortados con una cuchilla curvada, el heno amontonado y emparvado luego. Cuando lo llevaban dentro lo hacían sobre unos carritos que tiraban cuatro hombres. El heno lo tenían en hileras y arrollado en paquetes, quizás para quemar. En otras partes araban con arados sin ruedas y lo tiraban los hombres. El arado que veía era a modo de un trineo con tres tramos cortantes, agravados con pesos; entre ellos estaba el yugo; no era generalmente guiado, y lo tiraban personas o asnos. Araban a lo largo y de través. Sus rastras eran triangulares, con la parte ancha adelante y marchaban muy bien. Donde la tierra era pedregosa arañaban un poco, y algo crecía también allí. Los sembradores tenían las bolsas de semillas delante y atrás, a veces sobre el pescuezo con los dos cabos caídos sobre el pecho. He visto sembrar ajo y una planta con grandes hojas, que creo la llaman durra. Los discípulos reunían a estos trabajadores en los caminos y Jesús les hablaba en parábolas sobre arar, sembrar y cosechar. A los discípulos les decía que debían sembrar por medio del bautismo, y designó a algunos, entre ellos a Saturnino, para que bautizasen en el Jordán por algún tiempo. Les dijo que esto será la semilla y luego cosecharían ellos después de dos meses, como las gentes que sembraban aquí. Habló de la paja, que sería destinada al fuego. Mientras Jesús enseñaba, vino una turba de trabajadores desde Sichar: tenían palas, hachas y largos palos; parecían esclavos que trabajaban en una obra pública y se dirigían ahora a sus casas. Quedaron muy sobrecogidos, no atreviéndose a unirse a los judíos y escucharon desde cierta distancia. Jesús los llamó diciéndoles que su Padre celestial los llamaba a todos por medio de Él, hablando de la igualdad de todos ante Dios, de los que hacen

penitencia y se bautizan. Estos pobres hombres se conmovieron tanto al ver la mansedumbre y la bondad de Jesús, que le rogaron de rodillas quisiera ir con ellos a Samaría a ayudarles. Jesús les contestó que iría después, que ahora tenía que aislarse para prepararse a entrar en el reino al que su Padre celestial le había mandado. Los pastores lo llevaron por otros caminos que había recorrido su santa Madre. Como Jesús conocía mejor que ellos estos caminos, le decían: "Señor, Tú eres un profeta y un buen Hijo, puesto que conoces bien los pasos de tu santa Madre y los vas recorriendo". Después de haber enseñado y exhortado, Jesús se encaminó hacia el pueblo de Bethabara. Era de tarde cuando llegó con sus discípulos, y al aire libre subió a una tribuna para la enseñanza que estaba a la sombra de los árboles. Congregáronse muchos oyentes y mostraron buenos sentimientos con Jesús.

XXXIX

Jesús en el valle de los pastores de Belén

Octubre 4. — Jesús, acompañado por muchos oyentes, se dirigió al valle de los pastores, como a tres horas y media de camino de este lugar. Lo vi con sus discípulos bajo una techumbre donde comían bayas coloradas y granos que habían recogido. Los discípulos se desparramaron en distintas direcciones y Jesús les señaló el sitio donde volverían a reunirse con Él. Los discípulos exhortaban a las gentes al bautismo y les hablaban de Jesús; algunos hombres fueron con ellos hasta el lugar señalado por Jesús. Jesús iba por caminos y vericuetos. Lo he visto a menudo pasar la medianoche en oración sobre colinas solitarias; así ocupaba el tiempo de sus viajes. He oído que los discípulos decían a Jesús que no se arruinase la salud con su vida tan dura, con su caminar descalzo, con sus ayunos y velas nocturnas, con estos fríos y tiempos húmedos. Jesús los oyó con bondad, pero continuó su vida mortificada como siempre. En la alborada he visto a Jesús con sus discípulos subir por la ladera de una montaña en el valle de los pastores. Los habitantes de los alrededores ya tenían noticias de su venida. Todos estaban bautizados por Juan y algunos de ellos habían tenido como visiones y prevenciones de la llegada de Jesús y vigilaban siempre por donde debía llegar el Salvador. Lo vieron resplandeciente, lleno de luz, bajar de la montaña hacia su valle. Muchas de estas personas sencillas tenían dones extraordinarios. Tocaron en seguida un cuerno llamando

la atención de los que vivían lejos, para que se congregaran. Seguían esta costumbre en toda ocasión solemne. Todos acudían al encuentro del Señor, y se arrojaban a su paso, avanzando humildemente el cuello en señal de sumisión, mientras sostenían en las manos sus largos bastones de pastor. Llevaban jubones cortos de piel de ovejas, abiertos algunos en el pecho; les llegaban hasta las rodillas. Sobre los hombros tenían sacos atravesados. Saludaron al Salvador con palabras de los salmos, que se referían a la venida del Mesías y la acción de gracias de Israel por el cumplimiento de las profecías. Jesús se mostró muy bondadoso con ellos y les habló de su estado dichoso. Enseñaba en una u otra de las chozas que estaban a lo largo del valle de los pastores; sus enseñanzas iban acompañadas de comparaciones del pastor y las ovejas.

Después, acompañado por ellos mismos, se trasladó hasta la torre de los pastores en Belén, construída en medio del valle, sobre una altura, con un fundamento de gruesas piedras. Se componía de un parapeto bastante alto de tirantes y estaba reforzado con árboles de hojas perennes. Colgaban esteras de él y tenía escalones desde afuera para subir a las galerías y de tanto había pequeñas garitas de observación. A la distancia tenía el aspecto de un buque alto con velas extendidas y guardaba semejanza con las torres que vi en el país de los Reyes Magos usadas para observar las estrellas. Desde esa torre veían toda la comarca, se distinguía a Jerusalén y aún la montaña de la tentación de Jesús. Los pastores observaban desde esta torre el camino y el ganado y vigilaban las posibles irrupciones de ladrones, pues desde allí daban aviso a los habitantes del valle. Los demás pastores vivían con sus familias en un circuito a cinco horas de camino de la torre; tenían sus campos, jardines y huertas. El lugar de la torre era el de las reuniones generales; tenían allí el depósito de sus herramientas y acudían a recibir los alimentos. A lo largo de la colina había chozas y casitas y había una casa o galpón muy amplio, donde vivían las mujeres que preparaban la comida para los pastores. Estas mujeres no salieron con ellos al encuentro de Jesús; más tarde recibieron la visita de Jesús y sus enseñanzas. Había unos veinte pastores, a los cuales habló Jesús de su dichoso estado y les dijo que los visitaba porque ellos habían querido visitarle en su cuna en el pesebre y le habían demostrado amor a Él y a sus padres. Les habló en parábolas del pastor y las ovejas, diciendo que Él era también pastor que tenía otros pastores que debían reunir a las

ovejas, cuidarlas, sanarlas y guiarlas hasta el final de los tiempos. Los pastores a su vez narraban cosas del anuncio de los ángeles, de María y José y del Niño recién nacido. También ellos habían visto en la estrella que estaba sobre el pesebre, la imagen del Niño. Narraron de los Reyes Magos y cómo éstos desde su país habían visto la torre en las estrellas y se refirieron a los muchos dones que habían dejado los Reyes en su venida; que habían empleado muchas cosas de las recibidas por ellos aquí en la torre, en las chozas y en sus viviendas. Había hombres de edad que habían intervenido en todos estos acontecimientos cuando jóvenes y habían ido al pesebre de Belén: éstos contaban las cosas que habían presenciado.

Octubre 5. — Jesús y sus discípulos fueron conducidos por los pastores cerca de Belén, a la vivienda de los hijos de los tres pastores más ancianos, ya difuntos, a los cuales el ángel se les había aparecido primero y que fueron a adorar al Niño recién nacido. Los sepulcros de éstos no estaban lejos de sus viviendas, como a una hora de camino de la gruta del pesebre. Tres de estos hijos, ya de edad, vivían allí y eran muy respetados. Esta familia era como guardiana de los demás, como lo eran los tres Reyes Magos entre su gente. Recibieron a Jesús con mucha humildad y lo llevaron al sepulcro de sus padres, en una colinita donde crecía la vid: se levantaba aislada y tenía en torno una techumbre debajo de la cual se podía andar en subterráneos; arriba estaba la sepultura de los ancianos, que recibía luz por una abertura superior. Las tres sepulturas estaban en el suelo en estas posiciones: | — | , y tenían puertas. Los pastores abrieron las puertas, y yo vi los cadáveres envueltos y sus rostros resecos y ennegrecidos. El espacio entre las tres sepulturas estaba rellenado con piedrecitas bien dispuestas. Dentro de los sepulcros estaban sus cayados pastoriles. Los pastores mostraron a Jesús el tesoro que tenían guardado allí mismo consistente en objetos de valor regalados por los Reyes Magos, que aún les había quedado. Consistía este tesoro común en plaquitas de oro y en géneros entretejidos de oro. Preguntaron a Jesús si lo debían llevar al templo, y Jesús les dijo que lo guardasen para la comunidad cristiana, que sería el nuevo templo, añadiendo que un día se levantaría una iglesia sobre este sepulcro. Esto lo he visto realizado por Santa Elena. La colina era el principio de una serie de montañas de viñedos que se extendían hasta Gaza y servía de común sepultura para los pastores del lugar. De aquí lo llevaron los pastores al lugar de su nacimiento en la gruta del

pesebre, como a una hora de camino, por un hermoso valle por donde corrían tres sendas entre árboles frutales. Durante el camino contaban los pastores la escena del *Gloria in excelsis*. En esta ocasión he visto estas escenas renovadas. Los ángeles aparecieron en tres lugares: primero, a los tres pastores; la noche siguiente, en la torre de los pastores, y luego, en el pozo del lugar donde Jesús ayer fué recibido por los pastores. Junto a la torre de los pastores aparecieron en mayor número ángeles hermosos y grandes personas sin alas. Los pastores llevaron a Jesús también a la gruta de Maraha, la nodriza de Abrahán, junto al gran terebinto.

XL

La gruta del pesebre, lugar de oración y de peregrinación para los pastores

El camino a la gruta del pesebre sigue por el lado del Mediodía, por el cual no es fácil llegar a Belén, porque no hay camino directo. La ciudad apenas se veía por este lado: estaba como separada por gruesas murallas en ruinas y por escombros, donde había hondas depresiones entre ella y el valle de los pastores. La entrada más cercana a la ciudad estaba por el lado de la puerta del medio que llevaba hacia Hebrón. Desde este punto se debía caminar hacia el Oriente en torno de la ciudad, si uno quería llegar a la comarca de la gruta, unida al valle de los pastores, y desde el cual, sin tocar a Belén, se entraba en esta región. La gruta del pesebre, como las grutas adyacentes, pertenecían a los pastores, y desde un principio las usaron para refugio de los animales y para sus utensilios de labranza, y ninguno de Belén tenía en este lugar propiedades ni derechos de tránsito ni senderos. José, que había tenido su casa solariega en la parte meridional, había tratado varias veces cuando niño con estos pastores, para ocultarse de las molestias de sus hermanos o para entregarse más tranquilamente a la oración.

Cuando los pastores fueron a la gruta con Jesús, estaba ya bastante cambiada. Habían convertido el lugar en sitio de oración y devoción, nadie debía entrar y por esto habían hecho en derredor del pesebre un cerco de reja y la misma gruta la habían agrandado. Desde la entrada habían hecho varias habitaciones hacia dentro, en la roca, a modo de las celdas conventuales. Colgaban de las paredes algunas colchas de los Reyes Magos y en el piso había alfombras de la misma procedencia: eran de

varios colores y adornos, especialmente figuras de pirámides y torres. Desde estos pasajes laterales de la gruta habían hecho dos escaleras que llevaban al techo, de donde habían quitado el cobertor con dos ventanas transversales, convirtiéndolo en una cúpula que dejaba entrar la luz. Desde una de estas escaleras podían subir a la montaña y dirigirse a Belén. Estos cambios y comodidades las hicieron con los regalos que les dejaron los Reyes Magos en su paso por la comarca. Era el principio de la festividad del Sábado cuando llevaron a Jesús. Habían encendido las lámparas que estaban en la gruta. El pesebre estaba conservado como antes. Jesús les señaló lo que ellos no sabían: el lugar exacto donde nació. Tuvo aquí mismo una conversación instructiva con ellos, y celebraron el Sábado. Les dijo que su Padre celestial había preelegido desde la eternidad este lugar cuando María lo engendró, y yo tuve conocimiento de varios hechos preanunciantes del Antiguo Testamento, referentes a este lugar. Abrahán y Jacob habían estado en este mismo sitio, y Set, el hijo prometido en lugar de Abel, nació en esta gruta de Eva, que había hecho siete años de penitencia. Aquí mismo el ángel se le había aparecido a Eva anunciándole que le sería dado a Set por Abel. Set estuvo aquí largo tiempo escondido por la envidia de los suyos y fué tenido en la gruta de la nodriza Maraha y alimentado mucho tiempo, porque sus hermanos lo perseguían, como los hijos de Jacob al inocente José. Los pastores llevaron también a Jesús a la otra gruta donde María estuvo oculta algún tiempo por temor de los soldados de Herodes. La fuente que había brotado en el nacimiento de Cristo la habían arreglado y usaban de sus aguas en las enfermedades. Jesús les dijo que llevaran de esa agua consigo. Después de esto lo he visto visitar cada una de las chozas de los pastores.

Octubre 7. — He visto a Saturnino bautizar a varios ancianos que no podían ir al bautismo de Juan. He visto que al agua de la fuente del bautismo de Jesús de la isla del Jordán, mezclaban esta agua de la gruta del pesebre. En el bautismo de Juan había siempre antes una confesión general de los pecados. En el nuevo bautismo de Jesús se confesaban los pecados en particular, se arrepentían y recibían el perdón. Los ancianos se hincaban y recibían el agua del bautismo desvestidos hasta medio cuerpo. Inclinaban la cabeza sobre un gran recipiente, donde se les derramaba el agua. En este bautismo usaban las palabras de Juan, porque oí el nombre de Jehová y el don de las tres gracias, pero añadían el nombre del Mesías.

XLI

Jesús visita las posadas donde descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto

Octubre 8. — Jesús pasaba a veces las noches en oración solitaria. Cuando se disponía a despedirse de los pastores dijo a sus discípulos que deseaba hacer una visita a las gentes que habían albergado y socorrido a María y José cuando huían a Egipto; que tenía que curar algún enfermo y convertir algún pecador. Dijo que ninguna pisada de sus padres quedaría sin ser bendecida y visitada. A todos los que entonces les ayudaron, socorrieron y mostraron amor, quería visitarlos y llevarles la salud. Toda demostración de benevolencia era una parte de la obra de la redención y quedaría por la eternidad. Añadió que así como Él ahora visitaba y agradecía a los que habían demostrado amor y benevolencia hacia María y José, así mismo su Padre celestial pensará en todos aquéllos que benefician a uno de los más pequeñuelos de sus hermanos. Citó a sus discípulos para encontrarse en un lugar cerca de la montaña de Efraim, donde se reuniría a ellos después de su viaje.

He visto a Jesús andando solo por los confines del territorio de Herodes, hacia el desierto de Anim y en Enganim, a un par de horas del Mar Muerto, atravesando una región algo salvaje, pero no infructuosa ni estéril. Pastaban allí muchos camellos; conté unos cuarenta y estaban como en corrales. Había una posada para los viajeros que atravesaban el desierto, hacia donde Jesús se dirigía. En el trayecto vi galpones y chozas, unos junto a las otras. Este lugar tenía el último sitio de hospedaje en el territorio de Herodes que usó la Sagrada Familia en su huída a Egipto, y aunque era gente de mal vivir y hasta aún había ladrones entre ellos, recibieron bien a la Sagrada Familia. En la cercana ciudad vivía también mucha gente de avería, que se había retirado allí después de una guerra.

Jesús pidió hospedaje en una casa cuyo dueño se llamaba Rubén, hombre de unos cincuenta años, que en la huída a Egipto había estado ya allí. Cuando Jesús le habló y le miró, fué como si un rayo penetrara en su pecho. La palabra de Jesús fué para él como una bendición y el saludo como una salud. El hombre dijo: "Señor, me parece que viene contigo a mi casa como la tierra prometida". Jesús le dijo que si creía en el cumplimiento de la venida del Mesías y no rechazaba su reali-

dad, sería partícipe de la tierra prometida. Le habló de las buenas obras y de sus consecuencias. Añadió que Él venía a su casa a traerle la salud, puesto que él había recibido bien a su Madre y a su padre adoptivo en esa misma casa treinta años atrás, en su huída a Egipto. Así ésta como toda obra buena lleva siempre su consecuencia, del mismo modo las malas llevan sus malas consecuencias. El hombre se echó a los pies de Jesús humildemente, diciendo: "Señor, ¿cómo puede ser que Tú vengas a mi casa siendo yo un hombre perdido y miserable?..." Jesús le declaró que venía para quitar los pecados y purificar al hombre. El otro seguía hablando de su miseria moral, y como todos los del lugar eran más o menos de la misma clase. Agregó que sus nietos estaban enfermos y contrahechos y en estado miserable. Jesús le contestó que si creía en Él y se dejaba bautizar, daría también la salud a sus nietos. El hombre lavó los pies a Jesús y le presentó lo que tenía para que comiera. Cuando se acercaron sus vecinos, les dijo quién era Jesús y lo que le había prometido. Había entre ellos un pariente llamado Isacar. Llevó luego a Jesús para que viera a sus nietos, de los cuales uno estaba leproso, y otro baldado y contrahecho. También visitó algunas mujeres enfermas. Mandó a estas criaturas que se levantasen, y cuando lo hicieron se encontraron sanas. Mandó preparar un baño; trajeron un gran recipiente con agua y lo pusieron debajo de un techado. Jesús tomó agua de un recipiente, de los cuales tenía dos, sujetos a la correa de su vestido, y derramó un poco de esa agua del Jordán en el recipiente grande, y lo bendijo. Los hombres se lavaron allí, y salían sanos y limpios de sus enfermedades, y daban gracias al Señor. Jesús no los bautizó: este lavado era como un bautismo de necesidad, y los exhortó a bautizarse en el Jordán. Como preguntaran si las aguas del Jordán tenían la virtud de sanar las enfermedades, les respondió: "El camino del Jordán está medido y fundado, y todos los lugares santos de esta tierra están predestinados, antes que existieran hombres y antes que existieran el Jordán y la tierra, por mi Eterno Padre". Añadió cosas muy admirables a todo esto. Con las mujeres habló del matrimonio: les recomendó la continencia y la pureza de costumbres. Les dijo que la miseria de la gente de la comarca y las enfermedades de las criaturas, eran consecuencias de las malas uniones. Habló de la culpa y de la responsabilidad de los padres en las miserias y males de sus hijos: cómo esta culpa y estos males se deben atajar y aminorar con la penitencia. Luego habló del renacimiento del hombre por

medio del bautismo de penitencia. Después conversó con todos acerca de lo que habían hecho sus padres con la Sagrada Familia cuando pasaron por allí y enseñó donde los habían hospedado y dado de comer. Tenían en su huída a Egipto un asno y una asnilla. Jesús les mostró estos hechos como señales de su actual paso del pecado a la salud. La gente preparó a Jesús una comida lo mejor que pudo. He visto que presentaron una leche espesa como queso fresco, miel, pequeños panes al rescoldo, aves y uvas.

Acompañado por algunos hombres del lugar salió Jesús de Anim por otro camino y llegó por la noche a un lugar montañoso donde se extendía un valle agreste con muchos barrancos. El lugar y la montaña se llamaban Efraim o Ephron. La montaña se dirigía a Gaza. Jesús salía de la región de Hebrón. Algo lejos del camino se veía una población medio en ruinas, con una torre, llamada algo así como Malaga. (Quizás sea Molada; Flavio Josefo la llama Malatha). Alrededor del lugar, como a una hora de camino, está el bosque de Mambre, donde los ángeles trajeron a Abrahán la promesa del hijo Isaac. Cerca de allí están la cueva que Abrahán compró a Ephron Hetita, donde estuvo su sepulcro, y el paraje donde tuvo lugar el combate de David contra el gigante Goliat. Jesús, a quien ya habían dejado sus acompañantes, anduvo por el lado donde estaba edificada la ciudad, y en el valle agreste lo encontraron los discípulos a quienes había dado cita. Los llevó a una gruta agreste, pero espaciosa, donde pasaron la noche. Era la sexta parada de la Sagrada Familia en su huída a Egipto. Jesús decía estas cosas a sus discípulos, mientras éstos frotaban una madera dura contra otra y sacaban chispas para el fuego. Les dijo que ese lugar era sagrado; que allí se detenía a menudo un profeta para orar: creo que Samuel. David había guardado las ovejas de su padre y había orado en esta cueva y recibido ahí mandatos de un ángel; y mientras estaba en oración le llegó el mandato de matar al gigante Goliat. La Sagrada Familia había llegado muy cansada y oprimida; María estaba tan triste que había llorado. Padecían toda clase de privaciones, porque huían por caminos inhospitalarios, evitando las ciudades y las posadas de los caminos públicos. Allí pasaron un día entero descansando de sus fatigas. Sucedieron allí algunos prodigios para su consuelo: saltó agua de una roca de la gruta y una cabra silvestre se acercó dejándose ordeñar. Jesús habló a sus discípulos de los grandes trabajos que les esperaba a ellos y a todos los que le siguen

a Él, de los trabajos que pasó su Madre y de la bondad y misericordia de su Padre celestial. Les anunció que un día se levantaría allí una iglesia, y bendijo el lugar como si lo consagrase. Tenían frutas y pequeños panes que habían traído los discípulos, y comieron.

XLII

Jesús se dirige a Maspha a casa de un pariente de San José

Octubre 10. — Cuando Jesús y sus discípulos abandonaron la gruta se encaminaron en dirección de Belén; entraron en algunas casas del otro lado de Ephron y en una posada tomaron alimento y descanso, lavándose los pies. La gente era buena y se mostró curiosa. Jesús enseñó sobre la penitencia, la venida de la salud y su seguimiento. Ellos le preguntaron por qué su santa Madre había hecho el camino de Nazaret a Belén, pudiendo haberlo pasado tan bien en su casa. Les habló Jesús de la promesa, de que Él debía nacer en la pobreza en Belén, entre los pastores, como Pastor que era, que debía juntar las ovejas; por eso caminaba ahora Él mismo por estas comarcas de pastores desde que su Padre había dado testimonio de su persona. De aquí pasó al centro de Belén, a pocas horas de camino, acortó el sendero del valle de los pastores, pasó al Oeste de Belén, dejando la casa solariega de José a su derecha. Al anochecer llegó a la pequeña ciudad de Maspha, a pocas horas de Belén, que se divisaba de lejos. En las calles ardían antorchas puestas dentro de recipientes de hierro. Tenía muros y torres y la cruzaban varios caminos. Esta ciudad había sido por mucho tiempo lugar de oración. Judas Macabeo había orado largamente aquí antes de la batalla, presentando a la presencia de Dios los edictos injuriosos del enemigo, despreciativos del poder divino, recordando a Dios sus promesas de protección. Aquí fueron desplegadas también las vestiduras sacerdotales delante del pueblo. A raíz de su oración se le aparecieron cinco ángeles delante de la ciudad, que le prometieron completa victoria sobre sus enemigos. En este lugar se reunió Israel contra la tribu de Benjamín para castigar el ultraje y la muerte de la mujer del levita viajero. Esta maldad sucedió bajo un árbol. El lugar estaba cercado y nadie se atrevía a acercarse. Samuel juzgaba en Maspha y aquí estuvo el convento de los esenios, donde vivió Manahem, que le predijo el reinado a Herodes cuando era niño

pequeño. Un esenio llamado Charioth lo había edificado. Este había vivido unos cien años antes de Cristo; era un hombre casado, de la comarca de Jericó, pero se había separado, por mutuo consentimiento, de su mujer y ambos edificaron varias comunidades de esenios, él para hombres y ella para mujeres. No lejos de Belén había edificado otro monasterio, donde murió. Era un santo varón, y en la muerte de Jesús fué de los primeros que resucitó y se apareció en Jerusalén.

En Maspha había varias posadas y la gente sabía en seguida cuando llegaba un forastero. Apenas hubo llegado Jesús a la posada, la gente se reunió en torno de Él. Fué llevado a la sinagoga, donde explicó la ley. Había espías que trataban de sorprenderle en sus palabras: habían oído que Él quería llevar también a los paganos al reino de Dios y de la salud, que había hablado en ese sentido al tratar de los Reyes Magos con los pastores de Belén. Jesús habló con severidad diciendo que el tiempo de la salud había llegado, que el tiempo de la promesa se había cumplido, que todos los que renacen por el bautismo y creen en Él, que ha sido enviado por el Padre y guardan sus mandamientos, serán participantes del reino de Dios, y que los que le siguieren serán herederos de ese reino. Añadió que si los judíos no creían, la promesa y la salud pasaría a los gentiles, apartándose de ellos. No puedo reproducir todo lo que les dijo. Agregó que sabía que estaban espiando sus palabras; que fueran a Jerusalén y dijeran allí lo que les había dicho. Habló también de Judas Macabeo y de otros hechos que tuvieron lugar aquí. Ellos quisieron hablar de la grandeza del templo de Jerusalén y de la preeminencia de los judíos sobre los demás pueblos. Jesús les dijo que el fin de haber sido elegido, como también el objeto del templo, habían dado término a su razón de ser, pues Aquél a quien el Padre celestial enviaba ahora había venido para fundar, según los profetas, el reino y el templo de su Padre celestial.

Después de esta enseñanza dejó Jesús a Maspha y se retiró al Este, a una hora de camino. Pasó primero por una hilera de casas y entró en una que era de una pariente de José. Un hijastro del padre de José, por medio de una viuda, se había establecido y casado, y sus descendientes vivían aquí. Tenían hijos; habían estado en el bautismo de Juan, y recibieron a Jesús con humilde corazón. Acudieron otros vecinos más. Jesús enseñó y tomó algún alimento. Después de la comida paseó con los dos hombres solos que se llamaban Aminadab y Manasés. Ellos le pre-

guntaron si Él sabía las circunstancias en las cuales se encontraban y si debían seguirle de inmediato. Jesús les contestó que no; que ahora se contentasen con ser sus discípulos ocultos. Se hincaron, y Él los bendijo. Estos hombres, aún antes de la muerte de Jesús, fueron sus discípulos ostensiblemente. Jesús pasó la noche con ellos.

Octubre 11. — Anduvo Jesús con sus discípulos algunas horas más adelante al lugar que fué la penúltima posada de María delante de Belén, de la cual dista unas cuatro horas. Le salieron al encuentro algunos hombres y se echaron a sus pies y le invitaron a ir a sus casas. Le recibieron con mucha alegría. Esta gente va a menudo al lugar del bautismo de Juan, y sabía lo sucedido en el bautismo de Jesús. Le prepararon una comida, un baño templado y un lugar de reposo muy bien acomodado. Jesús enseñó aquí. Vivía aún la mujer que treinta años atrás había recibido y servido a María y a José. Habitaba la casa principal sola, y los hijos, desde al lado, le enviaban el alimento. Cuando Jesús se hubo lavado fué adonde estaba la mujer, ciega y desde varios años atrás baldada y encorvada. Jesús le habló de la misericordia y de la hospitalidad, de las obras imperfectas y del amor propio y egoismo, y le manifestó que su estado miserable de ahora era un castigo por todas esas faltas. La mujer se mostró muy compungida, y confesó sus faltas. Jesús la sanó de su enfermedad. Jesús le mandó echarse en el agua que Él había usado para lavarse. Al punto recobró la vista y se irguió sana. Jesús le mandó no publicar el hecho. La gente le preguntó de nuevo, muy ingenuamente, quién era mayor, si Él o Juan. Él contestó: "Aquél de quien Juan da testimonio". Hablaron también de la fuerza y del celo de Juan, y ponderaron el hermoso y vigoroso rostro de Jesús. Jesús les dijo que en el término de cuatro años y medio no hallarían en Él hermosura alguna y no le reconocerían: de tal manera pondrían los hombres su cuerpo. Habló de la fuerza y del celo de Juan como de quien está golpeando a la puerta de uno que duerme y no atiende a la venida del Señor; como de quien prepara el camino a través de un desierto para que el rey pueda pasar y como del torrente que corre para sacar la basura del lecho de un río.

XLIII

"He ahí al Cordero de Dios"

Octubre 12. — Por la mañana, al despuntar el día, caminó Jesús hacia el Jordán, que podía distar de aquí tres o más horas, en campañía de sus discípulos y de un grupo de personas que se le habían reunido. El Jordán serpentea en un ancho valle que sube durante media hora de camino a ambos lados. La piedra del Arca de la Alianza que se hallaba en ese espacio cerrado donde se celebró la fiesta descripta, estaba quizás a una hora del lugar de bautismo de Juan, yendo hacia Jerusalén. La choza del Bautista entre las doce piedras estaba en dirección de Bethabara, algo más al Norte que la piedra del Arca. Las doce piedras quedaban a media hora del lugar del bautismo en dirección a Gilgal, lugar situado al Oeste de la altura desde donde comienza un nuevo declive. Una hermosa vista se abarcaba desde la fuente de Juan a las laderas de ambas orillas que eran muy fértiles y verdes. Una cinta d verdor verdaderamente hermosa, llena de frutales y de riqueza, bordeaba el mar de Galilea; pero aquí había, como en Belén, más huertas de ajos, de pepinos, de la planta durra y de praderas.

Jesús había pasado ya la piedra del Arca y estaba como a un cuarto de hora de la choza de Juan, donde éste se hallaba de pie, enseñando. Pasaba en ese momento por una estrecha abertura, por donde se podía ver a Juan desde lejos. Jesús no fué visible para Juan más que por espacio de unos minutos. Juan se sintió impulsado por el Espíritu Santo, señaló a Jesús, que pasaba, y clamó: "He ahí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo"(*). Jesús pasó rodeado de sus discípulos, unos delante, otros detrás. Los que se habían añadido recientemente venían en último término. La escena fué muy de mañana. Muchos corrieron hacia Jesús cuando oyeron clamar a Juan; pero Jesús ya había pasado y ellos clamaban y vivaban y le glorificaban, ya sin poder alcanzarle. Cuando esa gente volvió, dijeron a Juan que muchos seguían a Jesús, que habían oído que también los discípulos de Jesús habían bautizado, y qué significaba eso. Juan volvió a decirles que él pronto dejaría ese lugar

(*) Según las indicaciones de la vidente, ese día era el Tisri o segundo de la fiesta de la Purificación, cuando se echaba al desierto el macho cabrío cargado con los pecados y maldiciones de los sacerdotes. Al indicar Juan al divino Cordero indica que termina el simbolismo para dar paso a la realidad.

a Jesús, pues añadía que él no era sino su precursor y su siervo. Esto no les agradó mucho a sus discípulos, que se mostraban algo celosos de los de Jesús. Jesús torció su camino al Noroeste, dejó a Jericó a la derecha y se dirigió a Gilgal, que está como a dos horas de Jericó. Se quedó en algunos de estos lugares, donde los niños le salieron al encuentro cantando alabanzas, y entrando en las casas, de donde sacaban a sus padres.

XLIV

Jesús en Gilgal

Gilgal se llama toda la comarca alta que está sobre el valle más profundo del Jordán, rodeada de riachuelos que corren hacia el río en un espacio de cinco horas de camino. Pero la ciudad a la cual llegó Jesús por la tarde, se extiende desparramada entre muchos jardines por una hora de camino hacia el lugar donde bautizaba Juan. Jesús fué primeramente a un lugar sagrado delante de la ciudad, donde solían llevar a los profetas y a los grandes maestros. Era allí donde Josué comunicó a los hijos de Israel cosas que a él y a Elieser había participado Moisés antes de su muerte. Eran seis bendiciones y seis maldiciones. El montículo de la circuncisión de los Israelitas estaba cerca de este lugar rodeado de una muralla.

En esta ocasión vi la muerte de Moisés. Murió sobre una pequeña colina empinada que está en el seno de las montañas de Nebo, entre la Arabia y Moab. Las tiendas de los Israelitas estaban situadas lejos de allí; sólo algunos puestos de vigilancia se internaban en el valle que rodeaba la montaña. La colina estaba cubierta de verdor, como de hiedra, que crece allí como matas semejantes al enebro. Moisés tuvo que subir a lo alto agarrándose de estas plantas. Josué y Elieser estaban con él. Tuvo allí Moisés una visión que los otros no vieron. Le dió a Josué un rollo donde había seis maldiciones y seis bendiciones que él debía hacer conocer a los Israelitas cuando estuvieran en la tierra prometida. Luego los abrazó y les mandó alejarse de allí, sin volver el rostro. Después se hincó, alzó los brazos en oración y cayó muerto, inclinándose de un costado. He visto que la tierra se abrió allí mismo y volvió a cerrarse en una hermosa sepultura. Cuando Moisés apareció al lado de Jesús, en la transfiguración, vi que salía de este lugar para dirigirse al Tabor.

Las seis bendiciones y las seis maldiciones las leyó Josué al pueblo.

En Gilgal esperaban a Jesús muchos amigos: Lázaro, José de Arimatea, Obed, un hijo de la viuda de Nazaret y otros más. Había allí una posada donde lavaron los pies a Jesús y a sus acompañantes y les prepararon comida. Jesús predicó a las numerosas personas que se habían reunido allí, entre las cuales había muchas que iban al bautismo de Juan. El lugar era un puesto de baños y de purificaciones construído en la orilla del río, en un terreno en forma de terraza. Estaba cubierto con un lienzo y había allí lugares de esparcimiento, con árboles, matas y diversas plantas alrededor. Saturnino y dos discípulos más, que lo habían sido de Juan, bautizaron allí después que Jesús les habló del Espíritu Santo y les enseñó sus diferentes propiedades y dones y cómo se manifiesta cuando uno lo ha recibido.

Al bautismo de Juan solía preceder una exhortación general y una declaración de arrepentimiento de los pecados con la promesa de enmienda; pero en el bautismo de Jesús había no sólo la confesión en general, sino que cada uno se confesaba individualmente y reconocía sus pecados principales y más graves. Jesús exhortaba a ello, y a los que no querían hacerlo, por temor o por vergüenza, les decía sus pecados en su propia cara, para que se arrepintieran. Jesús enseñó sobre el pasaje del Jordán y sobre la circuncisión que tuvo lugar aquí, por lo cual se daba el bautismo en este lugar; y les dijo que se dejasen circuncidar en el corazón renunciando al pecado y cumpliendo los mandamientos. Los bautizandos no entraban aquí en el agua; sólo inclinaban la cabeza, y no recibían todo un lienzo, sino sólo un paño blanco sobre los hombros. Los discípulos que bautizaban no tenían recipiente con tres salidas para el agua, como el que usaba Juan, sino un vaso común; y la derramaban tres veces, con la mano, sobre la cabeza. Jesús había bendecido el agua y echado en ella un poco de la misma con que se había lavado. Cuando estos bautizandos, que eran unos treinta, fueron purificados, quedaron muy contentos y conmovidos y decían que sentían en sí mismos al Espíritu Santo.

Después de esto salió Jesús, entre cánticos de alabanza y con muchos acompañantes, hacia Gilgal, para celebrar el Sábado en la sinagoga, que estaba situada en la parte oriental de la ciudad y era bastante grande y antigua. Era cuadrada, con los ángulos cortados y tenía tres pisos, donde estaban instaladas las tres aulas de la escuela. Cada uno de estos pisos tenía una

galería exterior para circular y las escaleras corrían hacia arriba junto a los muros exteriores. En la parte superior, y precisamente en los ángulos cortados, había unos nichos donde se podía estar de pie y se alcanzaba a ver el paisaje a gran distancia. La sinagoga estaba libre a ambos lados y tenía parcelas de jardines alrededor. Delante de la entrada había un vestíbulo con una silla para enseñar desde ella, como en el templo de Jerusalén, y luego un patio con un altar al aire libre donde solían ofrecerse los sacrificios. Había aquí lugares cubiertos para las mujeres y los niños. Se veían vestigios de que había estado el Arca de la Alianza y de que se ofrecían sacrificios, por la semejanza de los arreglos con los del templo de Jerusalén. En el aula de la escuela del primer piso, mejor arreglada, se veía una columna octogonal en uno de los ángulos, con casilla en torno conteniendo diversos rollos escritos. Recordaba este lugar el del *Sancta Sanctorum* del Templo. En la parte baja había, en torno de la columna, una mesa y se veía la bóveda donde estuvo el Arca de la Alianza. Esa columna era muy hermosa, de piedra blanca pulimentada.

Jesús enseñó en la parte baja de la escuela, en presencia del pueblo, de los sacerdotes y de los ancianos y sabios. Les dijo que se habían puesto allí los primeros fundamentos del reino prometido y que luego se cometieron horribles pecados de idolatría; de modo que apenas había siete justos en la ciudad; que Nínive era cinco veces más grande, y se encontraron allí cinco justos; que Gilgal fué perdonada por Dios, pero que no desechasen ahora la realización de la promesa y del Enviado prometido; que hicieran penitencia y se dejasen renovar por el bautismo. Mientras predicaba tomó algunos rollos escritos y los leyó y explicó. Después pasó a enseñar en el segundo piso a los más jóvenes y luego a los niños en el piso tercero. Cuando descendió enseñó también bajo una arcada, a las mujeres, y luego a las jóvenes. Habló de la castidad y de la continencia, del vencimiento de los deseos, de la decencia en los vestidos, de cubrirse la cabeza y los cabellos en el templo y en la escuela. Habló de la presencia de Dios, especialmente en los lugares sagrados, y de la presencia de los ángeles, que se cubren el rostro por reverencia en estos mismos lugares. Dijo que son muchos los ángeles que están en el templo y en la escuela en torno de los hombres allí presentes y explicó por qué deben las mujeres cubrirse los cabellos y la cabeza. Los niños trataban a Jesús muy familiarmente: los bendecía y los levantaba, y ellos se mostraban muy

adictos a Él. Aquí hubo, en general, grande alegría y contento con Jesús, y cuando dejó la escuela todo el pueblo clamaba, tanto los que iban delante como los que le seguían: "Se ha cumplido la promesa; que permanezca con nosotros; que no se aparte nunca de nosotros esta bendición".

XLV

El Sanedrín de Jerusalén

Octubre 14. — Después que Jesús enseñó, la gente quería traerle enfermos. Jesús les dijo que no era el lugar apropiado ni convenía por ahora; que debía partir, porque era requerida su presencia en otra parte. Lázaro y los amigos de Jerusalén volvieron, y Jesús dejó dicho a María Santísima donde deberían encontrarse antes de su partida para el desierto. El Sanedrín de Jerusalén tuvo de nuevo una larga sesión sobre Jesús. Había establecido por todas partes espías pagados que debían referir todo lo que sabían de Él. Este Sanedrín estaba compuesto de 71 miembros, entre sacerdotes y escribas; de ellos habían sido elegidos unos veinte y distribuídos en grupos de cinco, con la misión de discutir y averiguar todo lo referente a Jesús y su proceder. Buscaron los registros genealógicos y no pudieron menos que reconocer que José y María descendían de David y que la madre de María era de la raza y tribu de Aarón; pero decían que esas familias habían decaído y que Jesús se mezclaba con toda clase de gente de mal vivir; que se manchaba tratando con publicanos y pecadores y adulando a los esclavos. Sabían ya que Jesús había tratado familiarmente poco tiempo antes, en las cercanías de Belén, con los esclavos siquemitas que volvían del trabajo; y pensaban si no estaría tramando alguna conjuración con esa gente. Algunos decían entre sí que quizás era un hijo bastardo de algún rey y que por eso hablaba de un reino y de la posibilidad de recuperarlo. Otros opinaban que debía tener una enseñanza secreta que no podía provenir sino del diablo, porque, decían, se retira a veces a solas y pasa las noches en el desierto o en una montaña. Todo esto lo habían espiado y averiguado. Entre estos había unos veinte miembros que conocían mejor a Jesús y a los suyos; habían sido ya conmovidos por su trato y eran ocultamente sus amigos. En esta ocasión no se levantaron a contradecir a los demás, para poder así en secreto ayudar mejor a los amigos de Jesús, por medio

de mensajes y de avisos. Finalmente, el consejo de los veinte miembros decidió adoptar una conclusión definitiva: Jesús no podía ser sino amaestrado por el demonio.

Por otro lado, el bautismo que se dió en Gilgal fué también anunciado a Juan como una intromisión en sus derechos. Él les respondió, como siempre, con profunda humildad, que pronto tendría que dejar el lugar delante de su Señor, puesto que no era sino su precursor y su anunciador. Los discípulos de Juan no se dieron por satisfechos con esta respuesta. Jesús dejó a Gilgal con unos veinte acompañantes y caminó por el Jordán pasando luego el río en una balsa de tablas. En el interior de la balsa había bancos para los pasajeros y en medio una gran artesa destinada a los camellos; de otro modo podían caer al agua a través de las tablas. Podían ponerse allí hasta tres camellos por vez, pero ahora no había ninguno. Sólo Jesús y los suyos ocupaban la balsa. Era de noche y por eso se hallaba iluminada por antorchas.

Jesús enseñó por medio de la parábola del sembrador, que siguió explicando a la mañana siguiente. La pasada del río duró un cuarto de hora, porque era torrentoso en este punto; se dirigieron primero hacia arriba y luego se dejaron llevar por la corriente. El Jordán tiene particularidades curiosas: en algunos lugares no es posible pasarlo por no haber vado alguno por las rocas escarpadas de ambos lados. A menudo tuerce de modo que parece atravesar una ciudad y luego desvía su curso. Corre entre rocas y piedras, unas veces turbio, otras claro, según el terreno que atraviesa; y tiene muchas isletas en su curso. Tiene también algunas cascadas. Sus aguas son suaves y templadas. En la orilla opuesta había casas habitadas por publicanos, porque venía una calle principal desde la comarca de Kedar, donde se abría un valle.

Jesús entró en casas de publicanos que habían recibido ya el bautismo de Juan. Muchos de sus acompañantes se extrañaron de su familiaridad con esa clase de gente y se mantenían a distancia por temor de contaminarse. Jesús y los suyos fueron servidos muy humildemente por estos publicanos. Las casas estaban situadas en el camino del valle del Jordán; a alguna distancia había albergues para los mercaderes y los camellos. Estaban sosegados porque al día siguiente comenzaba la fiesta de los Tabernáculos y no podían partir ni viajar y aunque eran la mayor parte paganos estaban obligados a observar el descanso. Los publicanos preguntaron a Jesús qué debían hacer con las

ganancias ilícitas que poseían. Les dijo que las llevaran al templo; que debía entenderse espiritualmente de su iglesia y de la comunidad cristiana; les dijo que comprasen con ellas un campo para las viudas pobres cerca de Jerusalén. Les explicó el por qué de esto, relacionándolo con la parábola del sembrador que expuso nuevamente.

Octubre 15. — Al día siguiente fué Jesús con ellos alrededor de la playa enseñando diversas aplicaciones de la parábola del sembrador y de la futura cosecha. Esto lo dijo porque era también una fiesta de la cosecha de frutas y de la vendimia.

Continuó Jesús su camino a través del valle. A ambos lados se extienden, por media hora de camino, en lo alto y en lo bajo, casitas o chozas donde se celebraba la fiesta de los Tabernáculos. El camino llevaba a Dibón, de la cual parecía eran estas las primeras casas. Al lado de ellas se veían por doquiera chozas verdes levantadas con ramas de árboles, adornadas con hojas, frutos y racimos de uvas. A un lado del camino estaban las chozas para las mujeres, separadas, y de otro lado las chozas para los sacrificios de animales. Traían toda clase de alimentos y se veían niños en grupos que iban de una o otra choza, tocando instrumentos de música y cantando. Estaban adornados con coronas y flores y tocaban unos instrumentos triangulares con anillos que sonaban; otros, un instrumento triangular con cuerdas e instrumentos de viento que tenían cañitos retorcidos.

Jesús iba de un lado a otro enseñando. Le trajeron, así como a sus discípulos, algunos alimentos; por ejemplo, uvas sobre palos llevados entre dos. Al final de esta hilera de casas entró Jesús en una posada cercana a la grande y hermosa sinagoga de Dibón, que estaba situada entre estas casas y la ciudad, en un amplio lugar del camino rodeado de árboles. Algunos días después Jesús enseñó de nuevo con la parábola del sembrador; habló del bautismo y de la proximidad del reino de Dios; de la fiesta de los Tabernáculos y del modo de festejarla aquí, diciéndoles que mezclaban algunas cosas paganas con el rito de la fiesta. En efecto, vivían allí moabitas y ellos se habían mezclado con esa raza. Cuando salió Jesús de la sinagoga encontró que habían traído a muchos enfermos en andas y carretillas. Estos enfermos clamaban: "Señor, eres un profeta. Tú eres un enviado de Dios. Tú nos puedes ayudar".

Sanó a muchos. Por la noche se le dió a Jesús y a los suyos una gran comida en la posada. Estaban presentes muchos mer-

caderes paganos, ya que hablaba de la vocación de los gentiles y de la estrella aparecida para llamar a los Reyes Magos que vinieron a adorar al Niño recién nacido. Por la noche Jesús abandonó el lugar y se fué sólo a orar en un monte. Citó a sus discípulos para reunirse a la mañana siguiente en el camino, al otro lado de Dibón. Esta localidad está a seis horas de distancia de Gilgal: es una comarca con muchas fuentes de agua y praderas y por esto se ven muchos jardines y casas con terrazas. Está en el valle, pero se ven edificios en las laderas de la montaña. De allí Jesús se dirigió a Sukkoth. Cuando llegó por la tarde a esta cudad se juntaron muchas gentes a Él y también muchos enfermos de los alrededores. Jesús enseñó en la sinagoga y por medio de Saturnino y de otros discípulos hizo bautizar a las gentes. Estos bautismos tuvieron lugar en la fuente de una roca que se abría en una cueva que miraba hacia el Occidente en dirección al Jordán. El río no se podía ver porque había otra montaña de por medio. Con todo, esa agua era del Jordán, porque sus aguas corrían hondas hasta allí. En esa gruta entraba luz por medio de una abertura en la parte superior. Delante de la gruta había un lugar de esparcimiento bastante amplio adornado con árboles, plantas y gramilla y se conservaba una piedra, recuerdo antiguo de una aparición de Melquisedec al patriarca Abrahán. Jesús habló del bautismo de Juan, diciendo que era de penitencia, que debía ceder su lugar a otro bautismo del Espíritu Santo y del perdón de los pecados. Les pidió antes una especie de confesión general y después particular a cada uno. A algunos les dijo sus pecados para humillar su obstinación. Ponía las manos sobre ellos en señal de absolución. Los bautizandos no eran sumergidos en el agua; había sobre esa piedra un recipiente y ellos, descubiertos hasta los hombros, inclinaban las cabezas sobre la fuente y recibían el agua. El bautizador derramaba tres veces el agua que sacaba con las manos de la fuente. De este modo fueron bautizadas muchas personas.

Abrahán había vivido en Sukkoth con su nodriza Maraha y tuvo campos en tres lugares. En este mismo lugar tuvo ocasión de dividir tierras con su pariente Lot, y Melquisedec vino por primera vez a ver a Abrahán al modo como los ángeles solían venir a él. Melquisedec le mandó hacer un sacrificio triple de palomas, pájaros con picos largos y otros animales. Le anunció también que vendría a él de nuevo para ofrecer un sacrificio de

pan y vino; le enseñó cosas que debía pedir y por las cuales debía orar y le anunció lo que iba a suceder con Sodoma y Gomorra. He visto que también Jacob tuvo sus tiendas en este lugar.

XLVI

Jesús en Corazín, Aruma y Betania

Octubre 18. — Desde Sukkoth dirigió Jesús sus pasos hacia la gran Corazín, que era el lugar adonde había citado a María y a las santas mujeres, en un albergue de sus cercanías. De camino pasó por Gerasa, donde celebró el Sábado, y después se dirigió a una posada casi en el desierto, a unas horas de camino del mar de Galilea. Esa posada estaba adornada para la fiesta de los Tabernáculos y los dueños vivían allí cerca. Las santas mujeres la habían ya alquilado de antemano y adornado. La comida la hacían venir de Gerasa. Estaban allí presentes la mujer de Pedro con otras, entre ellas Susana, de Jerusalén; pero no la Verónica. Jesús habló a solas con su Madre diciéndole que iba a Betania y luego al desierto. María estaba preocupada y seria y le rogó que no fuese a Jerusalén porque había sabido lo que el Gran Consejo maquinaba contra Él. Más tarde he visto a Jesús enseñando desde la altura de una colinita donde se acostumbraba a hacerlo, para lo cual habían dispuesto un asiento. Se había reunido mucha gente de los alrededores y entre ella unas treinta mujeres que ocupaban un sitio aparte. Después de la enseñanza dijo a los suyos que Él se apartaría de ellos por algún tiempo; que podían separarse hasta que le viesen volver. Lo mismo dijo a las mujeres. Habló del bautismo de Juan, que debía cesar muy pronto, y predijo las graves persecuciones que sufrirían Él y todos los que le seguían.

Jesús dejó esta posada acompañado por unos veinte y caminó unas doce horas hacia el Sudoeste, en dirección a la ciudad de Aruma, cerca de la cual habían ya alquilado definitivamente un albergue para Él y los suyos. Marta, a quien por primera vez veo junto a las santas mujeres en este viaje a Gerasa, lo había arreglado ya, de paso. Los dueños vivían en las cercanías y los gastos los sufragaban los amigos de Jerusalén. Las mujeres indicaron a Jesús esta posada antes de su partida. Aruma está como a nueve horas de Jerusalén y a seis de Jericó. En torno de este albergue tenían sus habitaciones algunos esenios, quienes vinieron a ver a Jesús, hablaron y comieron con Él. Jesús fué

a la sinagoga y enseñó sobre el bautismo de Juan. Dijo que era un bautismo de penitencia, una primera purificación, una preparación y una ceremonia de las tantas que hay en la ley; pero que era diferente del bautismo de Aquél al cual Juan anunciaba. He visto que los bautizados por Juan no fueron rebautizados sino después de la muerte de Jesús y de la venida del Espíritu Santo, en el estanque de Bethesda.

Los fariseos preguntaron aquí por las señales con las cuales reconocerían al Mesías que debía venir y Él se las dijo. En este lugar habló de los matrimonios mixtos con los samaritanos. Aquí he visto a Judas Iscariote entre los oyentes de Jesús. Vino solo a escuchar su predicación y no con los discípulos. Después de haber oído por dos días la predicación de Jesús y de haber charlado sobre ella con los fariseos que la contradecían, fué a una población cercana, algo desprestigiada, donde se entretuvo en hablar, a propósito de dicha predicación, contra un hombre piadoso que vivía en este lugar y que invitó luego a Jesús a su casa. Judas se ocupaba en diversos negocios y escrituras y hacía toda clase de servicios por todas partes. Cuando Jesús llegó con sus discípulos a este lugar desprestigiado, aunque tenía nuevas edificaciones, Judas ya no estaba allí. Herodes tenía un castillo en sus alrededores. Debe haber acontecido algo aquí con los benjamitas, pues había un árbol cercado por una muralla, al que nadie se atrevía a acercarse. Allí habían ofrecido sacrificios Abrahán y Jacob, y se habían separado Esaú y Jacob después de sus diferencias por cuestión de la primogenitura. Isaac vivió por entonces en Sichar.

Octubre 24. — El hombre a quien visitó ahora Jesús se llamaba Jairo y era de los esenios casados, pues tenía mujer y varios hijos. Los varones se llamaban Amón y Caleb. Tenía también una hija a la cual Jesús curó más tarde. Este no era el Jairo a quien se refiere el Evangelio: era un descendiente del esenio Chariot, que había fundado los monasterios de Belén y de Maspha; sabía muchas cosas sobre los padres de Jesús y la infancia de Éste. Salió al encuentro de Jesús con sus hijos, humildemente. Este hombre era tenido por el principal de este pueblo despreciado y lo gobernaba con amor. Cuidaba a los enfermos; enseñaba a los ignorantes en determinados días, porque no había aquí ninguna escuela ni sacerdote encargado. Se ocupaba también de los niños y de los pobres. Jesús habló aquí como de costumbre del bautismo de Juan, como un bautismo de penitencia, y de la proximidad del reino de Dios. Luego fué

con Jairo adonde estaban los enfermos y los consoló, aunque no sanó a ninguno. Les prometió, empero, que volvería dentro de cuatro meses y los sanaría de sus dolencias. Recordó en su enseñanza algunos hechos acontecidos allí, como la separación por enojo de Esaú de su hermano Jacob y las razones por las cuales era despreciado este lugar. Señaló la bondad del Padre celestial, que prometió a todos, y se ha cumplido, la salud para quienes creyesen en el Enviado, se dejasen bautizar e hiciesen penitencia, indicando cómo la penitencia repara las consecuencias de las malas obras. Hacia la tarde se dirigió con Jairo y sus hijos a Betania. Jairo y sus hijos se volvieron a mitad de camino y los discípulos siguieron a Jesús.

Octubre 26. — En un albergue cerca de Betania habló Jesús con sus discípulos largamente sobre los peligros y tribulaciones que le esperaban, así como a todos los que seguirían más tarde sus pasos. Les dijo que ahora podían dejarle y mientras tanto pensasen seriamente si podían seguirle y perseverar con Él en el futuro. Lázaro vino a su encuentro, cuando habían ya partido para sus casas los acompañantes de Jesús, menos Aram y Themeni, que fueron con Él a Betania. Allí muchos amigos de Jerusalén esperaban a Jesús; también las santas mujeres, con Verónica. Aram y Themeni eran sobrinos por parte de madre de José de Arimatea. Eran discípulos de Juan y siguieron a Jesús cuando pasó por Gilgal, junto al lugar del bautismo de Juan. Jesús enseñó en la casa de Lázaro, hablando del bautismo de Juan y del Mesías, de la ley y de su cumplimiento, de las sectas de los fariseos y de su modo de ser. Dos amigos de Jesús habían traído varios rollos de Escritura y Él les explicó algunos pasajes de los profetas que se referían al Mesías. En esta explicación no estaban presentes todos sino Lázaro y algunos íntimos. Jesús habló de su futura residencia y los amigos le dijeron que no se estableciese en Jerusalén donde se tergiversaba todo lo que Él decía y enseñaba. Le proponían a Salem, donde había pocos fariseos. Jesús dijo algo sobre estos lugares y sobre Melquisedec, cuyo sacerdocio debía tener ahora su cumplimiento; dijo que éste había medido y visitado todos los lugares que había establecido su Eterno Padre para ser recorridos por su Divino Hijo. Les dijo que a menudo estaría junto al lago de Genesaret. Esta conversación tuvo lugar en un sitio retirado, donde había cuartos y lugares de baños.

Jesús habló también con las mujeres en un cuarto que había sido de Magdalena, cuyas ventanas daban a la calle que

llevaba a Jerusalén. Lázaro trajo, por deseo de Jesús, a María la Silenciosa, y la dejó allí con las otras mujeres, retirándose. Las otras paseaban entre tanto en la antesala. La conducta de la Silenciosa fué en esta ocasión diferente de la anterior: se echó a los pies de Jesús y se los besó. Jesús la dejó hacer y luego la levantó de la mano. Habló nuevamente, mirando a lo alto, cosas muy elevadas y profundas, con un modo muy sencillo. Habló de Dios y de su Hijo y de su Reino como hablaría una hija de campesinos del padre de su señor y de su herencia. Su hablar era como una visión, pues todo lo que decía lo veía delante. Habló de las grandes culpas y faltas cometidas por los siervos y siervas, y cómo ahora manda el Padre a su propio Hijo para que repare y pague las deudas de sus siervos; cómo le recibirían mal y le harían morir con grandes dolores, y cómo debía con su sangre salvar y fundar su reino, y pagando las deudas de sus siervos hacerlos herederos del reino e hijos de Dios. Dijo todas estas cosas de modo muy natural. La Silenciosa se alegraba, a veces, y otras se lamentaba de ser también ella una sierva inútil y mala, compadeciendo los grandes trabajos del Hijo del bondadoso Dios que lo enviaba. Se lamentaba de que los siervos no entendieran esto, que era tan natural y que así debía ser.

Jesús habló de la resurrección: cómo el Hijo iba a visitar a los detenidos en las cárceles subterráneas, para consolarlos y libertarlos, y una vez rescatados, subir con ellos al Padre celestial, y cómo todos los que no quieren reconocer esta redención y siguen obrando el mal serán arrojados al fuego, cuando venga de nuevo a juzgar. Después habló de Lázaro y de su muerte y resurrección. Sale de este mundo y lo ve todo; los demás lo lloran, como si no volviera; pero el Hijo de Dios lo llama de nuevo y él vuelve a trabajar en la viña del Señor.

Habló de la Magdalena diciendo: "La sierva está en el desierto más espantoso, donde estuvieron los hijos de Israel, en un lugar malo donde reinan las tinieblas y donde no pisó planta de hombre alguno; pero ella saldrá de esas tinieblas y remediará todos sus errores en otro desierto solitario". Hablando de sí María dijo que su cuerpo era como una cárcel; que no sabía lo que era su vida y deseaba mucho ir a la casa de su Padre; que la tierra le era estrecha; que nadie comprendía su modo de ser, porque estaban como ciegos. Añadió que no obstante quería quedar aquí por amor de Dios y esperar; que no merecía cosa mejor, por otra parte. Jesús le habló, lleno de amor, y, conso-

lándola, le dijo: "Tú irás a la casa de mi Padre, después de la Pascua, cuando Yo vuelva aquí de nuevo". La bendijo, mientras ella se hincaba; posó las manos sobre su cabeza y creo que derramó algo sobre ella de una botella, no sé si aceite o agua.

Esta María la Silenciosa era una persona muy santa. Nadie la conocía por tal ni la entendían. Vivía en continua visión sobrenatural sobre la obra de la Redención que entendía ella en modo muy sencillo y natural. Se la tenía por retardada o persona simple. Jesús le dijo el tiempo de su muerte y como iría a la casa de su Padre celestial, y ungió su cuerpo para la sepultura. De esto debe entenderse que conviene tener más atención con el cuerpo de lo que piensan los hombres. Jesús acude a María la Silenciosa porque siendo tenida por retardada quizás la privaran de los cuidados con que solían embalsamar a los difuntos. La santidad de esta persona era oculta y misteriosa. Jesús dejó a la Silenciosa y ella volvió a sus departamentos.

Jesús habló aún con los hombres sobre el bautismo de Juan y el bautismo del Espíritu. No recuerdo que hubiese gran diferencia entre el bautismo de Juan y el de los primeros discípulos de Jesús: sólo tenía este último más relación con el perdón de los pecados. Tampoco he visto que volviesen a bautizar a los bautizados por Juan, antes de la venida del Espíritu Santo. Antes del Sábado estos amigos de Jesús volvieron a Jerusalén. Aram y Themeni partieron con José de Arimatea. Jesús les había dicho que iba a separarse un tiempo de ellos con el fin de prepararse para su difícil misión. No les habló de su ayuno.

Epoca Tercera

Primera Pascua de Jerusalén

I

Jesús ayuna cuarenta días en el desierto

Octubre 27. — Jesús partió antes del Sábado acompañado por Lázaro desde la posada de éste hacia el desierto. Le dijo que tornaría después de cuarenta días. Desde esta posada caminó solo y descalzo y fué al principio, no en dirección de Jericó, sino hacia el Mediodía, como quien va a Belén, pasando entre los lugares de los parientes de Ana y los parientes de José, cerca de Maspha; luego torció hacia el Jordán. Anduvo por estos lugares, hasta el sitio donde había estado el Arca de la Alianza y donde había celebrado Juan aquella solemne fiesta. A una hora de Jericó subió a la montaña y se internó en una amplia gruta. Esta montaña se extiende desde Jericó, entre Oriente y Mediodía, sobre el Jordán, hacia Madián. Jesús comenzó su ayuno aquí, en Jericó; lo prosiguió en diversos lugares, al otro lado del Jordán, y lo completó aquí, adonde lo trajo el diablo cuando lo tentó.

Esta montaña ofrece, desde su cumbre, una vista muy extensa: en parte está cubierta de plantas y en parte aparece empinada y árida. La altura no es tanta como la de Jerusalén, pero está en una comarca más baja y se levanta solitaria. Cuando miro las montañas de Jerusalén veo la del Calvario más alta, de modo que está al mismo nivel que la mayor altura del templo. En dirección a Belén, o sea hacia el Sur, está Jerusalén, sobre una cumbre empinada y peligrosa; por este lado no hay entrada ninguna y todo está ocupado con palacios y edificios. Jesús subió ya de noche a una de las cumbres empinadas de la montaña del desierto, que llaman ahora de la Cuarentena. Hay como tres respaldos en esta montaña y tres grutas, una sobre otra. Desde la superior, adonde subió Jesús, se ve por detrás un abismo rocoso; toda la montaña está llena de quebradas muy peligrosas. En esta misma cueva habitó un profeta, de cuyo nombre no me acuerdo, 400 años antes. También Elías estuvo algún tiempo oculto aquí y agrandó la cueva. Sin que nadie supiese de donde venía, descendía a veces hasta el pueblo, ponía paz y profetizaba. Unos 150 años antes habían tenido aquí su habitación unos 25 esenios. Al pie de este monte estaba el cam-

pamento de los israelitas cuando con el Arca de la Alianza y las trompetas daban vueltas alrededor de Jericó. En este mismo lugar está el pozo cuyas aguas dulcificó el profeta Eliseo. Santa Elena hizo arreglar estas cuevas en forma de capillas, y yo he visto una vez, en una de estas capillas, un cuadro que representaba la escena de la tentación. En la parte de arriba hubo también, en otros tiempos, un convento. Yo no acababa de comprender como pudieron llegar los trabajadores hasta la altura del monte donde estaba ese convento. He visto que Santa Elena edificó muchas capillas en estos y otros santos lugares. También levantó una capilla sobre la casa paterna de Ana, a unas dos horas de Séforis, donde sus padres tenían otra casa. Me causa mucha tristeza ver que estos santos lugares fueron devastados hasta perderse el recuerdo de las iglesias y capillas allí existentes. Cuando yo era niña e iba, antes del amanecer, por entre la nieve a la iglesia de Koesfeld, veía todos estos lugares, muy claramente; y veía también que a veces personas piadosas, para evitar que los soldados y guerreros los devastaran, se interponían y se echaban al suelo delante de sus espadas.

Las palabras de la Escritura: "Fué llevado por el Espíritu al desierto", significan: "El Espírtu Santo, que había descendido sobre Él en el bautismo (ya que Jesús como hombre dejaba que todo sucediese en Él como tal), lo movió ahora a ir al desierto para prepararse a su misión y a sufrir como hombre, delante de su Padre celestial".

Octubre 27-28. — Jesús oraba en esa cueva arrodillado, con los brazos extendidos a su Padre celestial, para tener fuerza y consuelo en todos los sufrimientos que le estaban reservados. Veía delante de Sí todos los futuros sufrimientos y pedía fuerzas a su Padre para cada uno de ellos. Tuve en esta ocasión cuadros de sus dolores y he visto que recibía fuerza, constancia y mérito para cada uno de ellos. Una gran nube blanca, del tamaño de una iglesia, se posó sobre Él y por cada una de sus oraciones bajaban ángeles que tomaban forma humana; le honraban, le daban ánimo, consuelo y promesa de ayuda. Conocí que Jesús pidió aquí y consiguió para cada uno de nosotros toda ayuda, constancia, victoria y consuelo en nuestras penas y tentaciones; que compró para nosotros, con sus oraciones, el mérito y la victoria; que preparó allí todo el mérito de las mortificaciones y ayunos; y que ofreció a Dios Padre todos sus trabajos y padecimientos para dar mérito y valor a todos los padecimientos y penas de espíritu de los que creerían en Él. Conocí el tesoro que

Jesús instituyó para la Iglesia y que se abrió en los cuarenta días de su ayuno. Vi a Jesús sudar sangre en esta oración.

Jesús bajó de nuevo de esta montaña hacia el Jordán, entre Gilgal y el lugar del bautismo de Juan, que estaba más al Sur, como a una hora de camino. Pasó solo en una balsa el río, que era estrecho en este punto, y caminó dejando a su derecha a Bethabara y varios caminos reales que llevaban al Jordán. Seguía por senderos de montaña a través del desierto, internándose entre el Este y el Mediodía. Llegó a un valle que va hacia Kallirrohe, pasando un riachuelo, y se dirigió a una ladera de la montaña, más al Oeste, donde está Jachza, en un valle. En este lugar habían los israelitas vencido al rey amonita Sichón. En esta guerra había tres israelitas contra diez y seis enemigos; pero sucedió un prodigio. Vino sobre los amonitas una tormenta y un ruido espantoso, que los puso en fuga y los derrotó. Jesús estaba ahora sobre una montaña muy agreste. Era todo aquí más salvaje que en la montaña cercana a Jericó, que estaba como enfrente. Dista del Jordán nueve horas de camino.

II

Tentaciones interiores de Jesús

Octubre 30. — Está oculta a Satanás la divinidad de Jesús y su misión. Las palabras: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido", las entendió como dichas a un hombre, a un profeta. Jesús está ahora apesadumbrado en su interior. La primera tentación que tuvo fué esta: "Este pueblo está demasiado pervertido. ¿Tendré Yo que padecer todo esto por él y no poder conseguir el pleno efecto de mi obra?..." Jesús venció esta tentación, a pesar de prever todos sus dolores, con inmensa bondad y amor a los hombres. Jesús rezaba en la cueva, a veces de rodillas, a veces de pie y a veces postrado echado sobre su rostro. Estaba con sus acostumbrados vestidos, pero los tenía más sueltos. No llevaba la correa y estaba descalzo. En el suelo estaban su manto, algunos bolsillos y el ceñidor. Cada día era el trabajo de su oración diferente, porque todos los días nos conseguía otras gracias; y así veía que no volvían las cosas que ya había vencido. Sin esta lucha y merecimiento de Jesús por nosotros no hubiera podido ser meritoria nuestra resistencia contra las tentaciones ni posible nuestra victoria. Jesús no comía ni bebía; pero he visto que los ángeles lo confortaban y fortalecían.

No había adelgazado por el largo ayuno: su rostro aparecía más pálido. En esta cueva, que no estaba en plena cumbre, había una abertura por la cual entraba un aire helado; y en este tiempo del año ya hacía frío y el día era nebuloso. El interior era de piedras coloridas, de modo que si hubiese sido pulido pudiera parecer pintado de varios colores. Los alrededores de la cueva tenían muy poca vegetación. Era tan amplia que Jesús podía estar hincado o echado en una parte de ella sin quedar bajo esa abertura.

Noviembre 2-3. — Lo he visto echado sobre su rostro. Sus pies desnudos estaban sangrando, heridos por las caminatas que había hecho, pues había ido al desierto con los pies descalzos. A veces se levantaba en pie; otras veces se echaba sobre su rostro. Estaba rodeado de luz. De pronto hubo adentro una conmoción y un ruido; la cueva se llenó de luz y apareció una multitud de ángeles que traían variados objetos. Yo me sentí tan agobiada y oprimida que me parecía estar metida dentro de la misma roca de la cueva; y con la impresión de que me hundía y me perdía, comencé a clamar: "¡Yo me hundo; yo debo hundirme junto a mi Jesús!"

Ahora he visto que los ángeles se inclinaban ante Jesús, le honraban y le preguntaban si podían presentarle los instrumentos de su misión, y si era su voluntad aún padecer por los hombres como hombre, como había sido esta su voluntad cuando descendió de su Padre y tomó carne en el seno de la Virgen. Como Jesús renovase de nuevo su resolución, levantaron ante Él los ángeles una cruz muy grande cuyas partes habían traído. Esta cruz tenía la forma que siempre veo y constaba de cuatro partes, como veo también las prensas del vino. La parte superior de la cruz, que se alzaba entre los dos trozos de madera de los lados, estaba también aparte. Cinco ángeles llevaban la parte inferior de la cruz, tres ángeles la parte superior, tres el brazo izquierdo y tres el derecho; tres llevaban el pedazo de madera donde descansaban los pies de Jesús; tres traían una escalera; otro un canasto con sogas y utensilios; otro la lanza, la caña, los azotes, la vara, la corona de espinas, los clavos, los vestidos de burla, y, en fin, todas aquellas cosas que fueron causa de sus dolores en su pasión. La cruz era hueca, de modo que se podía abrir como un armario, y adentro se veía toda clase de instrumentos de martirio. En medio de ella, donde correspondía al corazón abierto de Jesús, se veía un entrelazamiento de figuras de tormento con los más diversos objetos. El color de la cruz

era de sangre que conmovía. De este modo, todas las partes de la cruz eran de diversos colores, con los cuales se podía conocer los diversos dolores que debía padecer Jesús; y los rayos de estas partes iban hacia la imagen del corazón, que estaba en el medio. En cada parte había instrumentos diversos que indicaban futuros sufrimientos. Se veía igualmente en esa cruz vasos con hiel y vinagre; otros con mirra y áloe, que se usaron después de la muerte del Salvador. Había además adentro una cantidad de bandas como cintas, del ancho de la mano, de diversos colores, donde había grabadas varias formas de padecimientos y dolores. Los diferentes colores denotaban distintos grados y maneras de oscuridad y tinieblas que debían ser iluminadas y transparentadas por los dolores de Jesús. De color negro aparecía lo que se daba por perdido; pardo lo que era triste, duro, seco, mezclado y sucio; de color rojo aparecía lo que era pesado, terrenal, sensual; y de color amarillo lo muelle, demasiado delicado y cómodo. Había algunas bandas, entre amarillas y coloradas, que tenían que ser emblanquecidas e iluminadas. Había también otras bandas blancas, de un blanco de leche, con escrituras luminosas y transparentes. Esto significaba lo ganado, lo vencido, lo completado y perfeccionado. Estas bandas eran como señales y representaciones, la cuenta de todos los trabajos y dolores que Jesús tenía que sobrellevar en su carrera mortal, con sus discípulos y con los hombres. También se le presentaron al Señor todas aquellas personas que más le debían hacer sufrir: la obstinación de los fariseos, la traición de Judas y la crueldad de los judíos durante los dolores de su pasión y muerte. Todas estas cosas las desarrollaban los ángeles delante de la vista de Jesús con mucha reverencia y en cierto orden, como procedería un sacerdote en sus ceremonias; y cuando todo este aparato de dolores le fué presentado, he visto a Jesús, y a los ángeles con Él, derramando lágrimas.

Otro día vi que los ángeles representaban a Jesús la ingratitud de los hombres, las dudas, las burlas, las traiciones y negaciones de amigos y enemigos, hasta su amarga muerte y aún después; y todo lo que de sus dolores y penas se perdería para los hombres. Le mostraron también lo que se ganaba, para su consuelo. Todo esto se representaba en cuadros y ví a los ángeles señalando esos cuadros y representaciones. En todas estas representaciones yo veía la cruz de Jesús, como siempre, de cinco clases de maderas, con los brazos encajados adentro, con las cuñas debajo y un madero para descanso de los pies. El

pedazo de madera para poner el título lo vi añadido arriba, porque no había espacio sobre la cabeza para ponerlo. Este trozo de madera estuvo sobrepuesto, como una tapa sobre un costurero.

III

Jesús tentado por Satanás

Satanás no tenía certeza ni conocimiento de la Divinidad de Cristo: lo creía un profeta. Había observado la santidad de su infancia y juventud, y la santidad de su Madre, a quien nunca pudo llegar con sus tentaciones, pues ella no las recibía. No había en María ninguna materia por donde pudiese Satanás tentar. Era María la más hermosa Virgen; pero no tuvo a sabiendas relaciones con ningún pretendiente, fuera de la elección que de Ella se hizo en el templo por la señal de la vara florida. Le intrigaba a Satanás ver que Jesús, profeta según su parecer, no tenía los modos farisaicos y severidades de ley en los usos y costumbres con sus discípulos; lo tenía por un hombre, ya que veía que ciertas cosas exteriores escandalizaban a los fariseos.

Como viera que Jesús se mostraba a menudo con celo, quiso tentarlo, como si fuese un discípulo que le quería seguir; y como lo veía tan bondadoso, lo quiso tentar en forma de un anciano débil y disputar con Él como si fuese un esenio. Por esto he visto una vez a Satanás en la entrada de la cueva, bajo la forma de un joven(*) hijo de una viuda, sabiendo que Jesús amaba a ese joven. Hizo Satanás un ruido en la entrada para mover a displicencia a Jesús, en cuanto ese discípulo se llegaba hasta su retiro contra lo que Él había dicho que no lo siguieran. Jesús ni siquiera volvió su rostro para mirarlo. Satanás anduvo

---

(*) El padre jesuíta Lamy, poseído por varios años, a raíz de un ofrecimiento voluntario, describe la presencia de Satanás en esta forma: "Satanás se me presenta alto y de hermosa presencia, cabellos rubios, barba corta y atildada. Lo veo como un hombre fuerte, de recia musculatura, vestido con una especie de peplo de forma griega, de color blanco, que le llega hasta los pies. Veo que de continuo se levantan a lo largo de su cuerpo, por la túnica y la barba, dos llamaradas desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, donde parece que se juntan en un haz. Unas llamas más densas son de un color negro como pez hirviente y las otras como lenguas de fuego de color común. El sufre y calla. No le estorban estos tormentos en sus movimientos. Cuando María Santísima me hace el favor de mostrármelo en su aspecto de fuego, me persuado de [illegible] sufre horribles tormentos, aunque lo vea sereno".

por la cueva y hablaba de Juan el Bautista que, según él, debía estar muy contrariado contra Jesús que había hecho bautizar en diversos lugares, cosa que no le correspondía a Él sino a Juan solo.

Después de esto, Satanás envió arriba la figura de siete o nueve de sus discípulos, uno tras otro. Venía uno por vez a la cueva y decía que Eustaquio les había dicho que Él estaba en esta cueva; que lo habían estado buscando con grande ansia; que Él no debía arruinar su salud en este lugar, abandonándolos a ellos. Añadían que se hablaba mucho de Él y que no debía permitir corrieran tantas voces sobre su modo de proceder. Jesús nada contestó a todas estas representaciones y, al fin, dijo: "Vete de aquí, Satanás; ahora no es tiempo". Con esto desaparecieron todas las figuras de discípulos.

Más tarde apareció de nuevo Satanás en figura de un anciano esenio muy venerable, que venía cansado de subir por la montaña. Aparecía tan cansado que yo misma tuve compasión del que parecía venerable anciano. Se acercó a la cueva, cayendo de cansancio a la puerta misma, dando quejidos de dolor. Jesús ni siquiera miró al que acababa de entrar. Entonces se levantó el fingido esenio y dijo que era uno del Monte Carmelo, que había oído hablar de Jesús y que, por verlo, se había venido hasta allí, desfalleciendo casi por el cansancio. Le rogaba se sentase un momento en su compañía, para hablar de cosas de Dios. Dijo que sabía lo que era ayunar y rezar; y que si se unen dos en oración sirve de edificación mutua. Jesús solo contestó algunas palabras, como: "Apártate de mí, Satanás, no es llegado el tiempo". Sólo entonces ví que había sido Satanas el aparecido, puesto que al alejarse y desaparecer se puso negro, tenebroso y lleno de ira. Me causó risa ver que se echó al suelo como desfallecido y al fin tuvo que levantarse solo.

Noviembre 6. — Cuando Satanás apareció de nuevo para tentar a Jesús se apareció en figura del anciano Eliud. Debió haber sabido que a Jesús se le había mostrado la cruz con todos los sufrimientos que le esperaban, porque comenzó diciendo que había tenido una visión de los graves dolores que debía sufrir Jesús y que había sentido la impresión de que no habría podido soportar semejantes sufrimientos. Dijo que tampoco podría estar ayunando los cuarenta días y que por eso venía él para verle de nuevo y pedirle que le dejase participar de su soledad y tomar sobre sí una parte de su promesa y resolución. Jesús no miró siquiera al tentador, y levantando sus manos al cielo, dijo:

"Padre mío, quita esta tentación de Mí". Al punto Satanás desapareció, lleno de rabia y despecho.

Noviembre 11. — Después de esto, Jesús se hincó para rezar; y al rato vi que aparecieron allí aquellos tres jóvenes que habían estado con Él desde un principio en Nazaret, que habían querido ser discípulos suyos y que luego le habían dejado. Estos jóvenes se arrojaron a los pies de Jesús y le dijeron que no podían tener paz y tranquilidad si no les perdonaba; se mostraron muy compungidos y contritos. Pedían los volviera a recibir y les dejase ayunar en su compañía, añadiendo que querían ser en adelante sus más fieles discípulos. Se mostraban muy afligidos; y entrando en la gran cueva, andaban con toda clase de ruidos en torno de Él. Jesús se levantó entonces, alzó sus manos al cielo, rogó a su Padre y al punto desapareció la imagen de esos jóvenes.

Noviembre 7 y 8. — Una tarde, mientras Jesús rezaba de rodillas, he visto a Satanás, en luminosa vestidura, flotando por los aires y subiendo la ladera escarpada de la montaña. Esta ladera escarpada estaba al Oriente; no había por ese lado entrada alguna, sino sólo algunos agujeros en las rocas. Satanás se presentó luminoso, semejante a un ángel; pero Jesús ni lo miró siquiera. Veo que en estos casos la luz de Satanás nunca es transparente, sino con un brillo superficial e imitado; y su mismo traje hace impresión de dureza, mientras veo las vestiduras de los ángeles transparentes, ligeras y luminosas. Satanás, en forma de ángel, quedó en la entrada de la cueva, y dijo: "Soy enviado por tu Padre, para consolarte". Jesús no le dirigió siquiera una mirada.

Después de esto apareció de nuevo en otra parte del monte, junto a una abertura que era del todo inaccesible y dijo a Jesús que considerase cómo era un ángel, ya que volaba por esos sitios inaccesibles. Tampoco esta vez se dignó Jesús dirigirle una mirada. Entonces ví a Satanás terriblemente rabioso e hizo ademán como si quisiese aferrarlo con sus garras a través de esa abertura; su rostro y aspecto eran espantosos. Jesús no le dirigió siquiera una mirada. Satanás desapareció.

Noviembre 12. — He visto aparecer a Satanás en forma de un anciano ermitaño del monte Sinaí, todo desgreñado y penitente, y entrar en la cueva de Jesús. Lo he visto trepar cansadamente por la montaña; tenía una luenga barba y solo una piel por vestidura; pero a pesar de esto lo reconocí por no poder disimular algo de artero y de puntiagudo en su rostro.

Dijo que había estado con él un esenio del monte Carmelo, que le había hablado de su bautismo, de su sabiduría, de sus prodigios y ahora de su ayuno riguroso. Por esto había venido, a pesar de su mucha edad, hasta aquí; para que se dignase hablar con él, que tenía también una larga experiencia en cuestión de ayunos y penitencias. Le dijo que ya lo hecho bastaba, que dejase lo demás y que él mismo tomaría una parte de lo que aún faltaba por hacer. Habló en este sentido muchas cosas, y Jesús, mirando apenas de un lado, dijo: "Apártate de mí, Satanás". Ví entonces a Satanás precipitarse como una piedra, desde el monte abajo, con estruendo, como un cuerpo negruzco.

Yo me preguntaba cómo puede serle desconocido al Demonio que Jesús era Dios. Recibí entonces una instrucción y conocí claramente el provecho grande para los hombres de que Satanás, y el mismo hombre, no lo entendiesen y lo debiese creer. El Señor me dijo estas palabras: "El hombre no sabía que la serpiente que le tentaba era Satanás; por esto no debe saber Satanás que es un Dios el que salva al hombre". He visto en esta ocasión que Satanás recién reconoció la Divinidad de Cristo cuando Éste bajó a los infiernos a librar las almas de los santos padres.

Noviembre 18. — En uno de estos días siguientes he visto a Satanás aparecer en forma de un hombre de aspecto venerable y que venía de Jerusalén y se acercaba a la cueva de Jesús, que estaba en oración. Dijo que venía porque le interesaba mucho saber si Él estaba destinado a dar la libertad a su pueblo de Israel. Contó todo lo que se decía y contaba en Jerusalén de su persona y añadió que venía para ayudarle y protegerle. Dijo ser un mensajero de Herodes, que le invitaba a ir con él a Jerusalén, ocultarse en el palacio de aquél y reunir a sus discípulos, hasta poner en orden su designio de liberación. Insistía que era conveniente que viniese de inmediato con él. Todo esto lo dijo con muchas palabras y por extenso. Jesús no le miró. Rogó con instancia; y de pronto ví a Satanás alejarse de allí, volviéndose su rostro espantoso y despidiendo llamas y tinieblas por la nariz.

Noviembre 30. — Como Jesús estaba atormentado por el hambre, especialmente por la sed, se presentó Satanás en forma de un piadoso ermitaño, que le dijo: "Tengo mucha hambre; te ruego me des de los frutos que están aquí en la montaña, delante de la entrada, pues no quiero sacar nada sin permiso del dueño. Nos sentaremos luego amigablemente y conversaremos de cosas buenas". Había, en efecto, no en la entrada, sino al

lado, hacia el Oriente, a alguna distancia de la cueva, algunos higos y una clase de frutas como nueces, pero de cáscara blanda como la tienen los nísperos, y también bayas. Jesús le dijo: "Apártate de Mí; tú eres el mentiroso desde el principio, y no dejes daño alguno sobre esos frutos". Vi entonces al fingido ermitaño precipitarse como una sombra oscura contrahecha del monte abajo y escupir un vapor negro.

Diciembre 2. — Vino Satanás en forma de un viajero y preguntó si no podía él comer de las hermosas uvas que se veían allí cerca, que eran tan buenas para apagar la sed. Jesús no contestó nada ni miró hacia el lado donde le hablaba. Algunos días después le tentó mostrándole una fuente de agua.

IV

Satanás tienta a Jesús por medio de artificios de magia

Diciembre 3. — Satanás vino de nuevo a la cueva de Jesús, esta vez como un maestro de artificios y como sabio. Dijo que venía a Él como tal, que algo podía mostrar de lo que sabía hacer y le invitó a mirar dentro de un artefacto que traía. Diciendo esto mostró una máquina parecida a una bola, o mejor a un cesto de pájaros. Jesús no miró hacia él, le volvió las espaldas y salió de la cueva.

En ese caleidoscopio que traía Satanás se veía una maravillosa representación de la naturaleza: un jardín delicioso, de exuberante vegetación, con amena sombra, frescas fuentes, árboles llenos de hermosas frutas y de ubérrimos racimos de uva. Todo esto se veía tan cerca que se podía tomar con la mano y con numerosos cambiantes de paisajes y de objetos deleitosos. Cuando Jesús le dió las espaldas, Satanás huyó de allí con su aparato(*). Esta tentación se produjo en este momento para hacer quebrantar el ayuno a Jesús, que comenzaba ahora a sentir más que antes los estímulos del hambre y de la sed.

Satanás no sabe qué hacer con Jesús. Conoce las profecías que hay sobre Él y siente que tiene Jesús un poder que otros no tienen; pero no sabe que es Dios, ni sabe de fijo que es el Mesías que no puede ser tocado en sus obras; porque lo ve en muchas cosas tan humano; lo ve ayunar, sufrir tentaciones, tener

(*) Las seducciones del cine, inventado a principios de este siglo, compensan ampliamente el fracaso de la primera función y del primer operador cinematográfico: Satanás.

hambre y sed y padecer como los demás hombres. Satanás es en esto tan ciego, en parte, como los fariseos. Lo tiene por un hombre santo y justo, a quien conviene tentar para hacerlo caer en falta y ponerlo en turbación.

Diciembre 4. — Jesús padece hambre y sed. Lo veo con frecuencia delante de la entrada de la cueva. Hacia la noche vino Satanás en forma de un hombre grande y fuerte, subiendo la montaña. Había levantado abajo dos piedras del tamaño de pequeños panes, con ángulos; y mientras subía les había dado forma de panes en sus manos. Había en él algo de profundo encono cuando subió esta vez y entró en la cueva. Tenía una piedra en cada mano y dijo más o menos lo siguiente: "Tienes razón de no haber comido alguna fruta; ellas no sirven sino de placer. Pero si Tú eres el Hijo querido de Dios, sobre el cual vino el Espíritu Santo en el bautismo, mira: yo he hecho que estas piedras parezcan panes; haz Tú ahora que sean panes". Jesús no miró a Satanás; le oí sólo estas palabras: "El hombre no vive de pan". Estas palabras las entendí claramente. Entonces Satanás se puso rabioso. Extendió sus garras contra Jesús y vi las dos piedras en sus manos. Al punto huyó de allí. No pude menos que reir al ver que tuvo que llevarse las piedras que había traído.

V

Satanás lleva a Jesús al pináculo del templo y sobre la montaña

Hacia la tarde del día siguiente vi a Satanás volar hacia Jesús, como un ángel poderoso, con gran estrépito. Estaba con vestiduras guerreras, como veo con frecuencia a San Miguel. Pero en Satanás siempre se descubre algo de repelente y de opaco, aún en su mayor brillo. Se gloriaba delante de Jesús y decía: "Quiero mostrarte lo que puedo y quién soy y cómo los ángeles me llevan en sus palmas. Mira allá a Jerusalén, mira el templo. Te quiero colocar sobre el punto más alto. Muestra entonces lo que Tú puedes y si los ángeles te sostienen en sus manos". Mientras esto decía ví la ciudad de Jerusalén y el templo tan cerca como si estuvieran junto a la montaña. Creo que todo esto no era sino artificio de Satanás. Jesús no le respondió. Satanás lo tomó por las espaldas y lo llevó por el aire, volando bajo, hasta Jerusalén; lo puso sobre la punta de una de las torres de las cuatro que había sobre el templo y que yo

hasta entonces no había notado. Esta punta estaba en el ángulo occidental, hacia Sión, enfrente de la torre Antonia. La ladera de la montaña donde estaba el templo era en esta parte muy escarpada. Estas torres eran como prisiones y en una de ella estaban guardadas las preciosas vestiduras de los sacerdotes. Eran por arriba planas; de modo que se podía caminar en ellas; se alzaba, empero, todavía en medio de ellas un cono hueco que terminaba con una bocha tan grande que podían estarse allí dos hombres de pie. Desde aquí se podía contemplar el templo en su conjunto. En este punto más alto puso Satanás a Jesús, que nada dijo hasta este momento. Satanás, entonces, de un vuelo bajó a tierra, y dijo: "Si Tú eres el Hijo de Dios, muestra tu poder y déjate caer abajo, pues está escrito: Mandará a sus ángeles que te sostengan en sus manos para que no tropieces en piedra alguna". Entonces dijo Jesús: "Está escrito también: No tentarás a tu Dios".

Vino entonces Satanás todo rabioso contra Él, y Jesús dijo: "Usa del poder que se te ha dado". Le tomó entonces Satanás de los hombros, y furioso voló con Él a través del desierto, hacia Jericó. Sobre aquella torre cayó por la tarde luz vespertina del cielo. Voló en esta ocasión más despacio. Lo veía volar con rabia con Jesús, ya por lo alto, ya bajando, ya culebreando, como uno que quiere desahogar su enojo y no puede dominar el objeto de su rabia. Lo llevó sobre el mismo monte, a siete horas de Jerusalén, donde Jesús había comenzado su ayuno. Vi que lo llevó junto a un árbol de terebinto que se erguía grande y fuerte en medio de un jardín de un esenio que había vivido hacía tiempo en este lugar. También Elías había vivido allí. Estaba detrás de la cueva, no lejos de la escarpada ladera. Estos árboles son picados y cortados en la corteza tres veces al año y dan cada vez una cierta cantidad de bálsamo. Satanás puso a Jesús sobre un pico de la montaña, que era inaccesible y más alta que la cueva misma. Era de noche; pero conforme Satanás señalaba a un lado o a otro se veían los más hermosos paisajes de todas partes del mundo. Satanás dijo mas o menos a Jesús: "Yo sé que Tú eres un gran maestro y vas a buscar ahora discípulos para esparcir tu doctrina. Mira todas estas espléndidas comarcas, estos poderosos pueblos... y mira esta pequeña Judea. Allá es donde tienes que ir. Yo te quiero entregar todas estas comarcas, si Tú te postras y me adoras". Con esta adoración entendía ese obsequio y esa humillación que era de uso entre los fariseos y judíos delante de reyes y de personajes

poderosos, cuando querían obtener algo de ellos. El diablo presentó aquí una tentación semejante, aunque en mayor escala, que cuando se presentó en forma de un mensajero del rey Herodes venido desde Jerusalén, invitándole a ir a la ciudad y a vivir en el castillo bajo su protección. Cuando Satanás señalaba con su mano veíanse grandes países y mares extensos; luego sus ciudades, sus reyes y príncipes, sus magnificencias y triunfos, yendo y viniendo con sus guerreros y soldados con toda majestad y esplendor. Todo se veía tan claro como si estuviera cerca y más distinto aún. Parecía que uno estaba allí dentro de esa magnificencia y cada figura, cada cuadro, cada pueblo aparecía con diversos esplendores, con sus costumbres, usos y maneras peculiares. Satanás señaló de algunos pueblos sus particularidades principales y especialmente un país donde había grandes hombres y fuertes guerreros, que parecían gigantes, creo que Persia, y le dijo que allí tenía que ir a enseñar. La Palestina se la representó muy pequeña y despreciable. Fué una representación maravillosa: se veían tantas cosas, tan claras y al mismo tiempo tan espléndidas y atrayentes. Jesús no dijo otra cosa que: "Adorarás a Dios tu Señor y a Él sólo servirás. Apártate de Mí, Satanás". Entonces vi a Satanás, en espantoso aspecto, precipitarse de la montaña, caer en lo profundo y desaparecer como si se lo hubiese tragado la tierra(*).

VI

Los ángeles sirven a Jesús

Después de esto vi una multitud de ángeles aparecer al lado de Jesús, inclinarse ante Él y llevarlo delicadamente en las palmas a la cueva donde había comenzado su ayuno de cuarenta días. Había allí doce ángeles y otros grupos de ayudantes en determinado número. No recuerdo ya bien si 72, aunque creo que si, porque tuve durante esta visión el recuerdo continuo de los apóstoles y de los 72 discípulos. Se celebró en la cueva una fiesta de acción de gracias y de victoria con una comida. Vi a los ángeles adornar el interior de la cueva con hojas de parra de la cual descendía, sobre la cabeza de Jesús, una corona de hojas. Todo esto aconteció en un orden admirable y cierta

(*) Aunque la teología disputa sobre el lugar donde está situado el Infierno, la mayor parte de las revelaciones de los santos lo colocan en el centro de la tierra, pareciendo lógico que allí donde ha pecado el hombre allí sea castigado.

solemnidad y era luminoso y significativo, y no duró mucho tiempo; pues lo que se injertó en una intención siguió a la intención del todo al vivo y se esparció al exterior según su destino.

Los ángeles habían traído desde el principio una mesa pequeña con alimentos del cielo, que se agrandó luego. Los alimentos y los recipientes eran como los que veo siempre en las mesas del Cielo, y he visto que Jesús y los doce apóstoles y los otros ángeles tomaban parte de la comida(*). No era el de ellos un comer con la boca, y, sin embargo, era un tomar para sí y un traslado de las frutas en los que los gustaban, que eran recreados y participaban de la comida. Era como si la íntima significación de los alimentos pasase a quienes los tomaban. Esto es inexplicable. Al final de la mesa había un cáliz grande y luminoso y pequeños vasitos alrededor de él, en la forma de aquél que se usó en la última Cena; sólo que aquí era más espiritual y más grande. Había también un plato con panecillos redondos. Vi que Jesús echaba algo del gran cáliz en los vasos pequeños y mojaba pedazos de panes en los vasos y que los ángeles recibían de ellos y los llevaban.

Mientras veía estas cosas se disipó la visión y Jesús salió de la cueva y fué descendiendo la montaña en dirección al Jordán. Los ángeles lo hicieron en forma y orden diferentes. Los que desaparecieron con el pan y vino tenían vestidura sacerdotal. En ese mismo momento he visto toda clase de consuelo y de animación en los amigos de Jesús de ahora y de más tarde. Vi a Jesús aparecer a María, en Caná, de modo admirable y confortarla y consolarla. Vi a Lázaro y a Marta conmovidos de amor hacia Jesús. Vi a María la Silenciosa refrigerada en realidad con parte de ese alimento: vi al ángel junto a ella y a ella recibir el alimento. María la Silenciosa había contemplado siempre los dolores y tentaciones de Jesús y estaba en estas cosas admirables de tal manera que no se maravillaba de nada. Aún a la Magdalena la he visto conmovida: estaba en ese momento ocupada en adornarse para una fiesta, cuando de pronto le sorprendió un saludable temor de su vida y su salvación y arrojó su adorno al suelo, cosa que causó la burla de los que la rodeaban. A muchos de los que iban a ser más tarde sus discípulos, los vi aligerados y reconfortados y con ansias de Jesús. A Natanael lo vi en su pieza pensando en las cosas que había oído a

(*) "Por esto os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a Mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lucas, 22-30).

Jesús, muy conmovido; pero luego él lo alejaba todo de su mente. A Andrés, a Pedro y a los demás apóstoles los vi fortalecidos y conmovidos. Fué esto un espectáculo admirable.

María vivió al principio del ayuno de Jesús en la casa cerca de Cafarnaúm. Tenía ocasión de oír a muchos que murmuraban diciendo que Él iba vagando y nadie sabía dónde; que Él abandonaba a su Madre; que era su deber, después de la muerte de José, tomar un oficio para mantener a su Madre. Ahora, especialmente, había mucha conversación, habiendo llegado noticias de lo sucedido en su bautismo, el testimonio de Juan y las cosas que contaban los discípulos dispersos en sus pueblos. Cosa semejante sólo sucedió nuevamente en la resurrección de Lázaro y en su pasión y muerte. María se mostraba preocupada y sufría en su interior. Nunca estuvo exenta de visiones, participaciones y sentimientos de compasión para con Jesús. Hacia el fin de los cuarenta días estuvo María en Caná de Galilea junto a los padres de la esposa de Caná. Son estas personas distinguidas en la ciudad y como jefes de ella; tienen una casa, casi en medio de la ciudad, que es hermosa y limpia; una calle principal pasa por ella; creo que de Ptolomais se ve venir el camino en esa dirección de la ciudad que no es tan desalineada y mal edificada como otras. El esposo hizo su casamiento en su casa. Tienen otra casa en la ciudad, la cual arreglada entregarán a la hija. Ahora está María habitando allí. El esposo es más o menos de la misma edad que Jesús y es como el padre en la casa de su madre, y lleva la administración de la misma. Esta buena gente pide consejo a María para la educación de sus hijos y le muestra todas sus cosas.

VII

Jesús se dirige al Jordán y hace bautizar allí

Juan estaba por este tiempo todavía ocupado en los bautismos. Herodes se esforzaba en conseguir que fuese junto a él: mandaba mensajeros para lisonjearlo y elevarlo sobre Jesús. Juan lo trataba siempre con poco aprecio y repitió su anterior testimonio sobre Jesús. De nuevo vinieron mensajeros a Juan para pedirle cuenta de su proceder con Jesús. Juan repetía lo mismo: que antes no lo había visto y que le habían mandado para preparar sus caminos. Desde el bautismo de Jesús, Juan enseñaba que el agua, por el bautismo de Jesús y del Espíritu

Santo que descendió sobre Él, estaba ahora santificada y que del agua habían salido muchas cosas maléficas; que había sido como un exorcismo de las aguas(*). Jesús se dejó bautizar para santificar las aguas. El bautismo de Juan era ahora más puro y más santo; por esto vi a Jesús bautizar en un recipiente aparte, y de esta fuente hacer correr al Jordán y al lugar común del bautismo, y veía a Jesús y a los discípulos llevar consigo de estas aguas para otros bautismos.

Diciembre 6. — Al clarear el día pasó Jesús el Jordán por aquel estrecho lugar donde había pasado hacía cuarenta días. Había allí balsas. No era este el vado general, sino un paso menos frecuentado. Jesús caminó por el oriente del Jordán hasta enfrentar el sitio del bautismo de Juan. Éste enseñaba y bautizaba; pero al punto señaló a la otra orilla y dijo: "He allí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Jesús se encaminó desde aquí hacia Bethabara. Andrés y Saturnino, que estaban con Juan, se apresuraron a pasar el Jordán por el mismo lugar que había pasado Jesús. Lo siguieron uno de los primos de José de Arimatea y otros dos discípulos de Juan. Se apresuraron a seguir a Jesús y Él les fué al encuentro y les preguntó qué buscaban. Entonces le preguntó Andrés, muy contento de haberlo encontrado, donde habitaba. Jesús les dijo que le siguieran y los llevó a un albergue junto a Bethabara, cerca del mar, y allí se sentaron. Jesús permaneció con estos cinco discípulos en Bethabara y tomó parte en una comida en su compañía. Dijo que daría principio a su vida pública y que se asociaría algunos discípulos. Andrés le nombró algunos conocidos y alabó a algunos de ellos; nombró a Pedro, a Felipe, a Natanael. Jesús habló del bautismo en el Jordán y que algunos de ellos debían bautizar. Dijeron ellos que allí no había ningún lugar cómodo, sino allá donde Juan bautizaba; pero que no convenía fuese Juan estorbado. Jesús habló de la misión y llamamiento de Juan, de su próximo término y confirmó todas las palabras que éste había pronunciado sobre el Mesías. Habló también de su preparación en el desierto para su ministerio y de la necesidad de una preparación para las obras importantes. Se mostró tierno y familiar con sus discípulos, porque estos estaban algo cohibidos y humillados en su presencia.

(*) Las preces ordenadas por León XIII en 1884 para que fueran recitadas después de la misa, contra los demonios, se relacionan con las frecuentes visitas que la estigmatizada Catalina Filljung hizo en Roma al Papa. Esta estigmatizada fué recibida más tarde por Pío X y murió el 4 de agosto de 1915.

Diciembre 9. — A la mañana siguiente fué Jesús con sus discípulos desde Bethabara hacia el Jordán a las casas de los que pasaban el río y enseñó en una reunión. Más tarde pasó el Jordán y enseñó en un pueblito de unas veinte casitas, a una hora de camino antes de llegar a Jericó. Iban y venían turbas de bautizados por Juan para oír a Jesús y volvían luego a narrar lo oído a Juan. Era ya casi mediodía cuando lo vi enseñando. Jesús encargó a varios discípulos que fuesen de la festividad del Sábado al otro lado del Jordán, como a una hora de camino arriba del río desde Bethabara, y preparasen allí una fuente donde Juan, viniendo de Ainón, había bautizado antes que pasase al oriente del Jordán, frente a Bethabara. Se quería preparar una comida a Jesús, pero Él salió de allí y antes del Sábado volvió a pasar el Jordán hacia Bethabara, donde celebró la fiesta del Sábado y enseñó en la sinagoga. Allí comió en casa del jefe de la sinagoga y durmió en la misma. El lugar del bautismo que Juan había usado algún tiempo, antes del que tenía ahora, fué restaurado por los discípulos de Jesús. La fuente no era tan grande como la de Juan, cerca de Jericó; tenía un borde con espacios para estar el bautizando y un pequeño canal alrededor por donde iba el agua a la fuente a voluntad, según la necesidad. Hay ahora tres lugares de bautismo: el que está sobre Bethabara, el lugar donde Jesús fué bautizado con la isla que nació allí en el Jordán y el más usado donde bautizaba Juan en ese momento. Cuando Jesús llegó echó en esta fuente agua de la fuente de la isla donde fué bautizado Él mismo, que Andrés había traído en un recipiente, y bendijo el agua de la fuente. Los aquí bautizados se sintieron todos muy conmovidos y admirablemente cambiados. Andrés y Saturnino eran los que bautizaban. No se sumergían del todo en el agua; las gentes se acercaban al borde de la fuente; se les ponía las manos sobre los hombros, y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua, y bautizaba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En el bautismo de Juan veo que usaban un recipiente que tenía tres aberturas por donde salían tres chorritos de agua. Aquí se hicieron bautizar muchas gentes, especialmente de Perea.

Jesús, de pie sobre un sitio elevado, lleno de hierba, enseñaba hablando de la penitencia, del bautismo y del Espíritu Santo. Dijo: "Mi Padre ha enviado al Espíritu Santo cuando fuí bautizado y clamó: Éste es mi Hijo amado en quien me he complacido". Esto lo dice Él también sobre cada uno de los que

aman al Padre celestial y se arrepiente de sus pecados. Sobre todos los que son bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo envía Él su Espíritu Santo, y son aquéllos en quienes encuentra Él sus complacencias; pues Él es el Padre de todos los que reciben su bautismo y que son renacidos para Él por el bautismo.

Yo me maravillo de como estas y otras cosas están tan brevemente en el Evangelio; como por ejemplo: Jesús, apenas le sigue Andrés, después del testimonio de Juan, se encuentra en seguida con Pedro, el cual ni siquiera estaba allí, sino en Galilea. Más admiración me causa que en el Evangelio, casi a continuación de la entrada triunfal en Jerusalén, se sigue en seguida la cena pascual del Jueves y la Pasión, mientras oigo yo tantas enseñanzas de Jesús en este intervalo y pasan tantos días. Yo creo que Jesús se detiene aquí todavía unos quince días antes de ir a Galilea. Andrés no había sido recibido aún en realidad como apóstol. Jesús no lo había llamado; él mismo se había ofrecido, diciendo que quería de buena gana estarse con Él. Era más servicial y más resuelto que Pedro, el cual pensaba con cierta ligereza: "Para esto no me siento capaz, no tendría fuerzas". Por esto volvió a sus ocupaciones ordinarias. El mismo Saturnino y los dos primos de José de Arimatea, Aram y Themeni, se habían agregado en esa forma a Jesús. Habrían venido muchos más discípulos de Juan a Jesús, si no fuera por algunos discípulos de Juan, que, celosos de su maestro, no los hubiesen retenido. El lugar del bautismo de Juan no era ya tan frecuentado. Éstos celosos se quejaron a Juan diciendo que no era justo viniesen los discípulos de Jesús a bautizar allí, que esto correspondía a Juan. Bastante trabajo tenía Juan en hacerles ver su cortedad de vista y su egoismo. Les decía que recordasen sus palabras, que siempre repetía: que él había venido para preparar los caminos, que él iba pronto a desaparecer cuando estos caminos estuviesen prontos. Ellos amaban mucho a Juan y no querían entender estas razones. Se habían agrupado ya tantos al bautismo de Jesús, que Él dijo a sus discípulos que convenía salir de allí.

Diciembre 10. — Jesús caminó, acompañado de unos veinte discípulos, entre los cuales estaban Andrés, Saturnino, Aram y Themeni, de Bethabara, por el paso común, a través del Jordán y se dirigió a Gilgal, y dejándola a la derecha, hacia la ciudad de Ophra, que estaba escondida en un valle entre montañas. Desde aquí venían siempre las gentes de los lados de

Sodoma y Gomorra, sobre camellos, con mercaderías que iban al Oriente del Jordán y se dejaban bautizar por Juan. Había aquí un camino menos principal desde Judea al Jordán. El lugar estaba como olvidado, situado a unas tres o cuatro horas del lugar de Juan, algo más cerca de Jericó y como a siete horas de Jerusalén. Esta ciudad era fría porque no le llegaba mucho sol, pero estaba bien edificada. Los habitantes tenían cierto bienestar que provenía de contrabandos, de comercios y de cambios como lo hacían los publicanos. Vivían, en una palabra, de los que transitaban por su comercio. No eran malos, pero sí indiferentes y con ese espíritu que suelen tener los comerciantes que viven bien de su negocio. No se habían preocupado tampoco mucho del bautismo de Juan; no ansiaban la salud espiritual y les pasaba como a los que tienen lo necesario para la vida y no se preocupan de más.

Cuando se acercó Jesús mandó a los primos de José de Arimatea que pidiesen las llaves de la sinagoga y llamasen a las gentes para la enseñanza. Jesús usaba a estos discípulos para este fin porque eran amables y diestros en el oficio de persuadir. Al entrar en la ciudad le gritaban los posesos y los furiosos: "Aquí viene el Profeta, el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro enemigo. Viene para echarnos de aquí". Jesús les mandó callar y estar sosegados. Callaron todos y le siguieron dentro de la sinagoga, para ir a la cual tuvo Jesús que atravesar casi toda la ciudad. Enseñó aquí hasta la tarde y sólo salió una vez para tomar alimento. Enseñó sobre la proximidad del reino de Dios, la necesidad del bautismo y exhortó con severas palabras a los habitantes a salir de su tibieza y su falsa seguridad antes que el juicio de Dios viniese sobre ellos. Les reprochó con severas palabras sus usuras, sus negocios injustos, y todos sus pecados, que eran como los de los publicanos y mercaderes. Los hombres no contradecían; pero no fueron muy asequibles, porque estaban muy metidos en sus turbios negocios. Algunos se sintieron muy conmovidos y mejoraron. Por la tarde vinieron otros de los distinguidos, como de los pobres, a su albergue dispuestos a ir al bautismo de Juan. En efecto, desde la mañana siguiente se dirigieron hacia donde estaba Juan.

Diciembre 11. — Desde Ophra partió Jesús con sus discípulos a la mañana hacia Bethabara y en el camino se dividieron. Andrés con el mayor número fué enviado adelante, en el camino que había tomado Jesús, con Saturnino y los primos de José de Arimatea; se dirigieron al lugar de Juan por el camino donde

éste había dado testimonio de Él, después del bautismo. Yendo de paso, entró en algunas casas y exhortaba a las gentes a ir al bautismo de Juan. Por la tarde estaban de nuevo en Bethabara y Jesús enseñó, mientras Saturnino y Andrés bautizaban. Como viniesen nuevos bautizandos, la enseñanza de Jesús era la de otras veces: que su Eterno Padre decía a todos los que hacían penitencia y se bautizaban: "Este es mi Hijo amado", puesto que todos eran hijos de Dios. Los más de los bautizados eran de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era un buen hombre. Estas gentes se consideraban dichosas y poco se habían preocupado hasta entonces del bautismo.

Diciembre 12. — Desde Bethabara se encaminó Jesús con tres discípulos, a través del valle, hacia Dibón, donde había estado antes para las fiestas de los Tabernáculos. Enseñó en algunas casas y en la sinagoga que estaba distante de la ciudad en medio del valle. No entró en la ciudad de Dibón, y se retiró, llegada la noche, a un albergue apartado donde trabajadores del campo de los alrededores recibían hospedaje y comida. Ahora se estaba sembrando allí y tenían que cavar la tierra porque encontraban con frecuencia piedras, arena y no podían usar los instrumentos comunes para arar la tierra. Acaban de almacenar parte de la cosecha recogida. Los habitantes de este valle, que podía tener de largo unas tres horas de camino, eran gente buena, sencilla y de vida modesta, y estaban bien dispuestos respecto de Jesús. Jesús les enseñó con la parábola del sembrador, tanto en la sinagoga como en el campo mismo, explicándoles la comparación. No siempre explicaba Jesús las parábolas. Cuando hablaba con los fariseos solía decir una parábola sin dar la explicación. Andrés y Saturnino fueron con otros discípulos a Ophra, porque las gentes de allí, ya conmovidas por la visita de Jesús, necesitaban ser confirmadas y fortalecidas en esas buenas disposiciones.

Diciembre 14 y 15. — Habiendo salido Jesús de Dibón, llegó a Eleale, que está como a cuatro horas de Bethabara; caminó por un sendero que está como a dos horas de distancia del Jordán hacia el Sur con respecto al camino que había andado antes desde Bethabara. Llegó con unos siete discípulos y entró en la casa del jefe de la sinagoga. Dando principio a las fiestas del Sábado enseñó en la sinagoga con una parábola de las ramas movidas por el viento en el árbol, del que caen las flores y luego no producen frutos. Les quería decir que ellos, en su mayor parte, no se habían mejorado con el bautismo de Juan, y

que se dejaban mover por todo viento, echando los brotes y flores de la penitencia, y no daban fruto de conversión. Usó de esta comparación porque aquí precisamente vivían principalmente de los frutos de sus árboles. Solían llevar lejos sus frutos, porque aquí no había camino real; he visto que trabajaban también en hacer mantas y en tejer diversos géneros en cantidad. Hasta ahora Jesús no encontró aquí contradictores. Las gentes de Dibón y, en general de los alrededores, le tienen afecto y dicen que nunca habían oído un maestro tal, y los ancianos lo comparan con los profetas, cuyas enseñanzas habían oído a sus antepasados.

Diciembre 16 y 17. — Después del Sábado se dirigió Jesús hacia el Occidente, como a tres horas de camino a Bethjesimoth, situado a una hora del Jordán, al Oriente de una montaña. Mientras andaban se juntaron a Jesús Andrés, Saturnino y otros discípulos de Juan. Jesús les habló de cómo los hijos de Israel habían acampado aquí, y cómo Moisés y Josué les hablaron al pueblo. Hizo una aplicación a los tiempos presentes y a su propia enseñanza. La ciudad de Bethjesimoth no es grande, pero su comarca es fértil especialmente en viñedos. Al tiempo que Jesús entraba en la ciudad habían llevado y dejado en libertad a algunos endemoniados y furiosos que estaban encerrados en una casa. Estos empezaron a clamar: "Ahora viene Él, el profeta; Él nos echará". Jesús se volvió a ellos, les mandó callar y que cayesen sus ataduras y les dijo que le acompañasen a la sinagoga. De pronto cayeron sus ataduras y quedaron tranquilos, se echaron a los pies de Jesús, le dieron gracias y le siguieron a la sinagoga. Les enseñó allí con parábolas de los frutos y de los viñedos. Después visitó y sanó a muchos enfermos en sus casas. Como la ciudad no da a ningún camino real, la gente lleva sus frutos al mercado para venderlos.

Diciembre 18-20. — Jesús sanó aquí por primera vez desde su salida del desierto: por esto le rogaba la gente del lugar que se quedase. Pero Jesús se dirigió, acompañado por Andrés, Saturnino, los primos de José de Arimatea, en todo unos doce discípulos, al Norte hacia el pasaje general al cual llevaba el camino de Dibón, el mismo que había hecho cuando fué a la fiesta de los Tabernáculos, desde Gilgal. Tuvieron que emplear bastante tiempo en atravesar el río, porque no estaban los lugares de embarco y desembarco por causa de la montaña escarpada del otro lado del río. De aquí caminaron por espacio de una hora en dirección de Samaría, a un lugarcito al pie de una montaña.

Este pueblo constaba de unas pocas casas y no tenía escuela. Habitaban allí pastores y gentes sencillas y buenas que vestían casi como los pastores de la gruta de Belén. Jesús enseñó al aire libre en un lugar elevado donde había un asiento. Esta gente había recibido ya el bautismo de Juan.

VIII

Jesús en Silo, Kibzaim y Thebez

Después he visto a Jesús en Silo, en la altura de una montaña de suave ladera, por ese lado, mientras los otros son escarpados; tiene una extensa altiplanicie. En esta altura estuvo edificada la choza donde se guardaba el Arca de la Alianza en los primeros tiempos de la salida de Egipto. Había un amplio lugar rodeado de una muralla derruida en parte donde se veían aún las ruinas de las galerías que se habían hecho sobre la choza del Arca. En el lugar donde estuvo el Arca, una columna semejante a la que está en Gilgal, bajo techo, en una galería abierta, perpetúa el recuerdo. Había allí, como también en Gilgal, una gruta cavada en la roca. No lejos había un sitio para el sacrificio y junto a él una cueva cubierta para arrojar los desperdicios, pues aún hoy tenían permiso de ofrecer sacrificios dos o tres veces en el año. También la sinagoga se encuentra allí, con murallas, desde donde se goza de una hermosa vista de las alturas de Jerusalén, el Mar de Galilea y otros contornos montañosos. La ciudad de Silo estaba más bien en decadencia y poco habitada; había allí una escuela de fariseos y saduceos. Los habitantes no eran buenos: eran soberbios, llenos de suspicacia y de falsa seguridad. A alguna distancia de las puertas de la ciudad se ven los muros ruinosos de un convento de esenios y cerca existía aún la casa donde los benjamitas habían encerrado a las jóvenes en ocasión de las fiestas de los Tabernáculos.

Jesús entró con sus discípulos, doce en número, en una casa donde los maestros viajeros y profetas tenían derecho adquirido de permanecer. Esta casa estaba junto a la escuela y a las habitaciones de los fariseos y saduceos. He visto a unos veinte de ellos reunidos en torno a Jesús, vestidos con sus largas vestiduras con cinturones y con largos trenzados que colgaban de sus mangas. Fingían no saber nada de Jesús y dirigían preguntas capciosas, cuales: "¿Cómo es eso?... ¿Que hay dos bautismos: uno de Juan y otro de un tal Jesús, hijo de un carpintero

de Galilea? ¿Cuál es, al fin, el verdadero bautismo?" Decían también que se juntan otras mujeres a la Madre de ese Jesús, hijo del carpintero, como una viuda con sus dos hijos y que andan de un lado a otro haciendo nuevos secuaces. Añadían que ellos, por otra parte, no necesitaban de esas novedades: les bastaba la ley y los profetas. Estas cosas las decían, no abiertamente, en tono ofensivo, sino con finura estudiada y con cierta sorna. Él les respondió que era Aquél del cual hablaban, y ya que hablaron también de la voz oída en el bautismo, les dijo que esa era la voz de su Padre celestial, que es Padre también de todos los que se arrepienten de sus pecados y son renovados por el bautismo. Como no lo querían dejar ir al lugar donde había estado el Arca de la Alianza, por ser sitio sagrado, Él se fué allá igualmente, y les echó en cara que ellos habían, precisamente por sus pecados, perdido el Arca de la Alianza, y que ahora, estando vacío el lugar, continuaban en sus malas obras como entonces que faltaban a la ley. Añadió que así como el Arca se había apartado de ellos, se apartaría también de ellos el cumplimiento de la ley. Como quisieran aún disputar con Él sobre la ley, los colocó de dos en dos, como a escolares y les comenzó a preguntar. Les declaró toda clase de cosas ocultas sobre la ley, haciéndoles preguntas que no supieron contestar. Quedaron avergonzados y enojados, y se culpaban unos a otros, murmuraron y comenzaron a alejarse de allí. Jesús los llevó al lugar de la cueva cubierta de los desperdicios, la hizo destapar y les dijo, en una comparación, que ellos eran semejantes a estas cuevas llenas de desperdicios y podredumbre por dentro, que no servían para el sacrificio, y sólo limpios por fuera y cubiertos, y precisamente en un lugar de donde, por los pecados de sus padres, se había alejado el Arca de la Alianza. Al oír estas cosas se alejaron todos rabiosos. En la sinagoga enseñó con palabras severas sobre el amor y respeto debido a los ancianos y padres. Les reprochó severamente porque estas gentes de Silo tenían por costumbre en la ciudad de despreciar a sus padres cuando se ponían viejos, de descuidarlos y echarlos de sí. Desde Betel, que está al Mediodía, desemboca una calle aquí. Lebona está en las cercanías. Hasta Samaría puede haber unas ocho a nueve horas de camino. El profeta Jonás está sepultado en Silo.

Diciembre 21. — Cuando Jesús abandonó a Silo, desde la parte de la ciudad que mira al Noroeste, se separaron de Él, Adrés, Saturnino y los primos de José de Arimatea y le precedieron en el camino de Galilea. Jesús llegó con los otros discí-

pulos que le acompañaban, antes del Sábado, a la ciudad de Kibzaim. Está en un valle, entre ramificaciones de la montaña, que se extienden en medio de los valles. Las gentes aquí eran buenas, familiares y obsequiosas con Jesús. Lo esperaban. Era una ciudad de Levitas, y Jesús entró en la casa del jefe de la escuela del lugar. Llegaron hasta aquí Lázaro, Marta y su antiguo criado; Juana Chusa y el hijo de Simeón, empleado del templo, y todos saludaron a Jesús. Estaban de camino a las bodas de Caná y sabían por un mensajero de que se encontrarían aquí con Jesús. Éste distinguió a Lázaro como a uno de sus queridos amigos; con todo, nunca le oí preguntar: "¿Qué hace éste o aquél de tus parientes o amigos?" Kibzaim está escondido en un rincón de la montaña. Los habitantes viven del comercio de las frutas y hacen tiendas, alfombras, esteras y suelas para sandalias. Jesús celebró aquí el Sábado y curó a varios enfermos con su palabra. Eran enfermos de gota y mentecatos que fueron llevados hasta su presencia en camillas, delante de la escuela. La comida tuvo lugar en casa de uno de los principales Levitas.

Diciembre 22. — Después del Sábado fué Jesús hasta Sichar, donde llegó muy tarde y se albergó en una posada lista de antemano. Lázaro y sus compañeros se dirigieron desde Kibzaim directamente hasta Galilea.

Diciembre 23. — A la mañana siguiente se dirigió desde Sichar, al Norte, hacia Thebez, porque en Sichar o Siquén no pudo enseñar. No había judíos, sino sólo samaritanos y una clase de gentes que desde la cautividad de Babilonia o después de una guerra se establecieron aquí: van al templo de Jerusalén, pero no ofrecen sacrificios. En Siquén hay buenos campos que Jacob compró para su hijo José. Una parte de esta comarca pertenece ya al galileo Herodes; por esto se ve desde el medio del valle un confín señalado con un montículo y unos postes. A través de Thebez, que es una ciudad regular, corre un camino real y hay bastante comercio. Pasan camellos muy cargados. Me causa admiración y extrañeza cuando veo aparecer estos animales cargados como torres a través de los desfiladeros de la montaña, o subiendo la cuesta y moviendo sus largos cuellos y cabezas entre los cargamentos de sus lomos. Se comercia también con seda cruda. Los habitantes de Thebez no eran malos ni se oponían a las enseñanzas de Jesús; pero no eran sencillos ni simples; eran más bien tibios, como suelen ser los hombres

de negocio a quienes les va bien la ganancia. Los sacerdotes y los escribas se mostraron más seguros y neutrales.

Cuando se acercó Jesús, los poseídos y los mentecatos clamaron: "Ahí viene el profeta de Galilea. Tiene poder sobre nosotros. Tenemos que salir". Jesús les mandó callar y se aquietaron al punto. Jesús entró en la sinagoga y como le trajeran muchos enfermos, los curó a todos. Por la tarde enseñó en la escuela y celebró la fiesta de la consagración del templo que empezaba esa tarde. En la escuela y en todas las casas se encendían siete luces; también en los campos y en las calles había multitud de luces que brillaban sobre largos postes. Thebez está situada en lo alto de la montaña de modo extraño: de un lado y a distancia se podía ver como bajaban los camellos cargados por los caminos de la montaña, y de cerca no se podía verlos. Andrés, Saturnino y los sobrinos de José de Arimatea habían partido ya de Silo a Galilea. Andrés había estado con los suyos en Betsaida y había dicho a Pedro que había encontrado al Mesías, que ahora venía a Galilea y quería llevar a Pedro a presencia de Jesús. Todos éstos partieron hacia Arbel, que también se llama Betharbel, a la casa de Natanael Chased, que tenía allí negocios y lo fueron a llamar para ir con ellos a Gennebris y celebrar la fiesta, pues allá había tenido Natanael su residencia en una casa, junto con otras, a la entrada de la ciudad. Hablaron mucho de Jesús y estuvieron de acuerdo con Andrés en ir a la fiesta, siendo que Andrés y los demás estimaban mucho a Natanael. Querían oír su parecer; más éste no se mostró muy convencido de todas estas cosas. Lázaro llevó a Marta y a Juana Chusa a casa de María, en Cafarnaúm, adonde había vuelto después de su estada en Caná y partió a Tiberíades, con el hijo de Simeón, donde se encontrarían de nuevo con Jesús. También el novio de Caná partió de allí al encuentro de Jesús. Este novio de Caná era el hijo de una hija de Sobé, hermana de Ana(*); se llamaba también Natanael, pero no era de Caná, sino que iba a Caná a casarse. La ciudad de Gennebris era muy poblada y tenía un camino real de por medio. Había mucho comercio en ella de varias cosas y de sedas. Estaba a pocas horas de Tiberíades, pero separada por montañas, de modo que había que torcer el camino al Sur y volver entre Emaús y Tiberíades para entrar en la ciudad. Arbel estaba entre Séforis y Tiberíades.

(*) Eliud e Ismeria fueron los padres de santa Ana, que tuvo por hermanas a Sobé y a Maraha.

IX

Primer llamamiento oficial de Pedro

Diciembre 24. — Jesús salió al amanecer de Thebez con sus discípulos y se dirigió al Oriente; luego al Norte, siguiendo al pie de las montañas, en el valle del Jordán, hacia Tiberíades. Pasó a través de Abel-Mehula, hermoso lugar donde la montaña tuerce al Norte; es la ciudad natal del profeta Eliseo. Se extiende sobre las laderas de la montaña, y pude ver aquí la fertilidad del lugar que da al sol y la del Norte. Las gentes eran bastante buenas y habían oído las maravillas de Kibzaim y de Thebez. Le detuvieron en el camino y le rogaron quisiera quedarse allí para sanar a los enfermos: era un correr de gentes; pero Jesús no se detuvo mucho tiempo. El lugar está como a cuatro horas de Thebez. Jesús llegó allí a través de Acithópolis y el Jordán. Cuando Jesús salió de Abel-Mehula le vinieron al encuentro Andrés, Pedro y Juan, cerca de una ciudad a seis horas de Tiberíades. Los otros estaban ya en Gennebris. Pedro había estado con Juan en la comarca de los pescadores por sus negocios. Querían ir también a Gennebris; pero Andrés los persuadió ir primero al encuentro de Jesús. Andrés llevó a su hermano Pedro a Jesús, y Éste le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás; en adelante te llamarás Cephas". Esto fué en breves palabras. A Juan dijo algo referente a que pronto se verían. Después de esto se dirigieron Pedro y Juan a Gennebris. Andrés permaneció con Jesús, que anduvo por los contornos de Tarichea.

Juan el Bautista había dejado su antiguo sitio, había pasado el Jordán y seguía bautizando a una hora de Bethabara donde Jesús había mandado bautizar y Juan había bautizado antes. Obró así porque muchas personas de la jurisdicción del tetrarca Felipe, que era buen hombre, querían hacerse bautizar, pero no pasaban gustosos el Jordán, porque había muchos paganos y porque muchos se habían determinado bautizar por la última estada de Jesús. También, para demostrar que él no estaba distanciado de Jesús, quiso bautizar en este mismo lugar.

Diciembre 25 y 26. — Cuando Jesús con Andrés llegó a las cercanías de Tarichea, se albergó en una casa de pescadores perteneciente a Pedro, junto al mar, donde Andrés había preparado albergue. No entró en la ciudad. Los habitantes tenían mucho de oscuro, de repelente y estaban dedicados a la usura

y a las ganancias ilícitas. Simón, que tenía aquí un empleo, había ido con Tadeo y Santiago el Menor, su hermano, a la fiesta de Gennebris donde estaban también Santiago el Mayor y Juan. Lázaro, Saturnino y el hijo de Simeón y el novio de Caná se reunieron con Jesús. El novio invitó a Jesús y a todos sus acompañantes a sus próximas bodas.

La razón principal por la cual Jesús pasó algunos días en Tarichea fué porque quería dar tiempo a sus futuros apóstoles para oír lo que Andrés y Saturnino contaban de Él y se entendieran entre ellos.

He visto que Andrés, mientras Jesús estaba en la comarca, quedó en casa y escribía con una especie de caña cartas sobre rollos de cortezas. Se podía enrollar lo escrito por medio de una madera. He visto que venían con frecuencia hombres y jóvenes a la casa en busca de trabajo y que Andrés los usaba como mensajeros. Él mandaba estas cartas a Felipe y a su hermano uterino, Jonatán, y a Pedro y a los otros en Gennebris, y les anunciaba que Jesús iría para el Sábado a Cafarnaúm y los citaba para ese lugar.

Diciembre 27. — Empero, vino un mensajero de Cafarnaúm hasta Andrés pidiéndole rogara a Jesús que fuese, pues le esperaba desde días un mensajero de Kades que pedía ayuda. Jesús pasó con Andrés, Saturnino, Obed y otros discípulos de Juan a Cafarnaúm. Esta ciudad no está junto al mar, sino en una altura, y al Sur de una montaña que al Occidente del mar forma un valle por el cual el Jordán se echa en el mar de Galilea. Jesús y sus discípulos caminaban separados unos de otros. Andrés salióle al encuentro en el camino con su hermano uterino Jonatán y con Felipe, que habían acudido a raíz de sus cartas; pero no se encontraron con Jesús. Andrés les dijo con viveza todo lo que había visto y oído de Jesús y afirmaba que era realmente el Mesías que esperaban. Si querían seguirle no tenían que andar en muchas diligencias. Si le escuchaban y lo deseaban de corazón, Él mismo les diría una palabra o una señal y le seguirían seguramente. María y las santas mujeres no estaban en Cafarnaúm, sino en la casa de María que está en el valle, delante de la ciudad hacia el mar, y celebraron allí la fiesta. Los hijos de María de Cleofás, Santiago el Mayor y su hermano, Juan y Pedro habían llegado ya de Gennebris, como también otros que fueron luego discípulos. Natanael Chased, Tomás, Bartolomé y Mateo no estaban allí; en cambio, había otros parientes y amigos de la Sagrada Familia que estaban invitados

a las bodas de Caná y celebraban aquí el Sábado, ya que habían oído hablar de Jesús.

Jesús estaba habitando con Andrés, Saturnino, Lázaro, Obed y otros discípulos de Juan en la casa que pertenecía al novio de Caná, Natanael, cuyos padres ya habían muerto, dejándole una copiosa herencia. Los discípulos venidos de Gennebris se mostraban un poco retraídos, porque estaban dudosos entre la autoridad de Natanael Chased y las cosas admirables que narraba Andrés y los otros discípulos de Jesús; en parte la cortedad de ellos y en parte lo dicho por Andrés de que bastaba escuchar su doctrina para que se sintieran movidos a seguirle. Dos días esperó ese hombre aquí, en Kades, al Salvador. Se acercó a Jesús, se echó a sus pies y dijo que era el criado de un hombre de Kades; su patrón rogaba a Jesús fuese a su casa para sanar a su hijo enfermo, que tenía lepra y un demonio mudo. Era este un siervo fiel, y expuso vivamente el dolor de su amo. Jesús le dijo que no podía ir con él, pero que al hijo le vendría ayuda, porque era inocente. Le dijo al criado que su amo se echara con los brazos extendidos sobre el cuerpo de su hijo, dijera algunas cosas rezando, y que la lepra caería de él; añadió Jesús que él, el siervo, se tendiese también sobre el niño y soplase sobre él, y que saldría un vapor azulado del niño y se vería libre de la mudez. Tuve luego una visión: el padre y el siervo hicieron lo mandado y el niño se vió libre de su enfermedad. Había en esta orden de Jesús razones especiales por las cuales debían el padre y el siervo echarse sobre el niño enfermo. El siervo era en realidad el padre del niño, cosa que el amo no sabía, mientras que Jesús lo sabía. Ambos debían quitar en esa forma una culpa que pesaba sobre el inocente niño.

La ciudad de Kades está como a seis horas de Cafarnaúm, en los confines de Tiro, al Occidente de Paneas; había sido ciudad capital de los cainitas y ahora refugio donde podían esconderse reos perseguidos por la justicia. Confina con una comarca que se llama Kabul y los pueblos que Salomón regaló al rey de Tiro. Veo a esta región siempre oscura, siniestra, que Jesús evitaba, cuando iba a Tiro o Sidón. Creo que allí se cometían robos y asaltos.

Diciembre 28 y 29. — Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga estaba reunida allí mucha gente y parientes y amigos de Jesús. Para ellos era su enseñanza muy nueva y atrayente. Habló de la proximidad del reino de Dios, de la luz que no se debe poner

bajo el celemín, de la parábola del sembrador y del grano de mostaza. No eran estas las parábolas que se leen hoy en el Evangelio: las aplicaciones eran muy distintas, según los casos. Las parábolas eran comparaciones breves, de las cuales Jesús extendía luego sus enseñanzas y su doctrina. He oído muchas más parábolas, que no están en el Evangelio, y esas que están las usaba siempre con nuevas aplicaciones.

Después de la fiesta del Sábado fué Jesús con sus discípulos a un pequeño valle que era como un lugar de recreo. Había árboles a la entrada y en el valle mismo. Fueron con Él los hijos del Zebedeo, los hijos de María Cleofás y otros discípulos. Felipe, que era algo retraído y humilde, se quedó perplejo y no sabía si podía ir él también. De pronto se volvió Jesús y le dijo: "Sígueme". Entonces Felipe, lleno de alegría le siguió. Había allí como unos doce discípulos. Jesús habló debajo de un árbol sobre el seguimiento y sobre la misión que esperaba cumplir. Andrés era muy celoso, y estaba tan entusiasmado y deseaba que todos los demás estuviesen tan persuadidos de la mesianidad de Jesús, que se alegró mucho de que la predicación de Jesús en el Sábado hubiese gustado a todos: tenía el corazón tan lleno de amor y celo que volvía a contar a los demás lo visto y oído en el bautismo de Jesús y las otras maravillas que había presenciado. Oí a Jesús que les dijo que verían cosas aún mayores, jurándolo por el cielo, y habló luego de su misión y de su eterno Padre.

Jesús les habló también de su seguimiento: que cuando los llamara debían dejarlo todo para seguirle. Les dijo que Él cuidaría de ellos y no les faltaría nada. Por ahora podían seguir ejerciendo sus oficios y ocupaciones; que Él, antes de la Pascua que se acercaba, tenía que hacer todavía otras cosas antes de llamarlos; que cuando los llamase estuviesen prontos para dejarlo todo sin preocupaciones. Estas cosas se las dijo en contestación a ciertas preguntas que le habían dirigido: cómo debían portarse ellos con sus parientes; Pedro, por ejemplo, dijo que no podía por ahora dejar a su anciano padrastro, tío de Felipe. Todas estas dificultades las solucionó diciendo que Él no pensaba llamarlos antes de la Pascua; que se fuesen separando de sus empleos en la medida que su corazón se lo permitiese; que podían continuar en ellos mientras no los llamaba y que buscasen desprenderse desde luego para estar prontos. Después salió con ellos por el otro cabo del valle hacia la casa donde vivía María, entre la hilera de casas que había entre

Cafarnaúm y Betsaida. Los parientes más cercanos siguieron a Jesús, porque sus madres estaban también allí con María.

Diciembre 30. — Al día siguiente se dirigió Jesús con sus discípulos y parientes, muy temprano, hacia la ciudad de Caná. María con las santas mujeres siguieron el camino más corto en esa misma dirección: era una senda angosta, a veces entre montes. Las mujeres preferían caminar por estos caminos, porque podían estar más solas; por lo demás veo que no necesitan caminos anchos porque caminan en línea, una detrás de otra. Delante y detrás, a alguna distancia, iba un guía. Tenían que hacer un camino como de siete horas hacia Mediodía y Occidente.

Jesús hizo un rodeo con sus discípulos en dirección a Gennebris, que era un camino más ancho y más cómodo para andar unidos y poder enseñar. A veces Jesús callaba, y señalaba algo, o explicaba. El camino de Jesús estaba más al Sur que el de María, y requería como seis horas desde Cafarnaúm a Gennebris; torcía desde allí al Oriente unas tres horas hasta Caná de Galilea. Gennebris era una hermosa ciudad; tenía una sinagoga y una escuela y otra especie de academia para enseñar a hablar y había mucho comercio. Natanael tenía su despacho a la entrada de la cuidad donde había otras casas. Natanael no fué a la ciudad, aunque los discípulos y amigos le instaban. Jesús enseñó en la sinagoga y con parte de sus discípulos tomó algún alimento en casa de un rico fariseo. Otros discípulos precedían ya en el camino.

Jesús dijo a Felipe que fuese a Natanael y lo trajese a su presencia, mientras caminaran. Aquí en Gennebris trataron a Jesús con mucho respeto: pedían que se quedase más tiempo entre ellos y se compadeciese de los enfermos, ya que era compaisano. Empero, Jesús partió de allí muy pronto hacia Caná. Mientras tanto Felipe había llegado a casa de Natanael. Había allí algunos más de los escribas. Natanael estaba sentado a su mesa, en un cuarto de la parte superior de la casa. Felipe no había hablado nunca de Jesús con Natanael porque no había estado con los otros en Gennebris. Era muy conocido de Natanael y habló con mucho entusiasmo de Jesús: que era el Mesías del cual hablaban las profecías; que al fin lo habían encontrado a Jesús de Nazaret, hijo de José. Natanael era un hombre alegre, vivo, decidido y aferrado a su modo de pensar, aunque sincero y sin doblez. Dijo, pues, a Felipe: "¿Qué puede venir de bueno de Nazaret?" Sabía él que Nazaret tenía fama de gentes con-

tradictorias, con poco fundamento de ciencia y sus escuelas no gozaban de fama. Pensaba Natanael: "Un hombre formado en la escuela de Nazaret podrá contentar quizás a los pobres y sencillos habitantes de esa comarca, pero no satisfacer las ansias de saber que él sentía". Felipe le dijo que lo mejor sería ir, ver y examinar; que ahora iba a encontrarlo de camino hacia Caná. Entonces bajó Natanael con Felipe por el camino corto, que los separaba del camino real que debía seguir Jesús, y, en efecto, allí encontró a Jesús, en medio de algunos discípulos, callado en ese momento. Felipe estaba ahora, después que Jesús le dijo: "Sígueme", muy contento y confiado, en comparación de antes, que se mostraba tímido, y así clamó a Jesús cuando lo vió: "Maestro, aquí traigo a aquel que dijo: "¿Qué de bueno puede salir de Nazaret?"

Jesús habló a sus discípulos y les dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez". Esto lo dijo Jesús con gozo y con amor y Natanael contestó: "¿De dónde me conoces?" Que era decir: ¿cómo sabes que soy sin falsedad y sin mentira ya que nunca me has visto antes de ahora? Entonces dijo Jesús: "Antes que Felipe te llamase te he visto, cuando estabas bajo la higuera". Mientras decía esto, lo miró Jesús con una mirada que penetró su conciencia, haciéndole recordar algo. Entonces se despertó en él el recuerdo de que Jesús era Aquél que pasando le dirigió antes una mirada de advertencia que le infundió extraña fortaleza para resistir una tentación que había tenido mientras estaba bajo un árbol de higos, en un lugar de recreo de baños calientes, cuando miraba hacia el lado donde había hermosas mujeres que jugaban con frutas en un lado de la pradera. La fuerza de la mirada y el convencimiento de una fuerza extraña, que le había hecho vencedor de la tentación, se le despertaron de pronto en la memoria; pero la imagen del Hombre se le había borrado, o, si reconocía a Jesús, no podía coordinar su mirada con aquel hecho de entonces. Como ahora volvía a ver esa mirada y se le recordaba el hecho, se quedó turbado y conmovido profundamente: conoció que Jesús, mientras pasaba, había leído sus pensamientos y había sido para él un ángel avisador. Era de tan puras costumbres que el solo pensamiento de una impureza le turbaba profundamente.

Vió, pues, de repente en Jesús a su Redentor y Salvador y el conocimiento manifestado por Jesús de saber su íntimo pensamiento bastó a Natanael, que era de corazón recto, sincero y pronto a la gratitud, para reconocer a Jesús y confesarlo con-

tento delante de todos los discípulos. Se humilló al oír las palabras de Jesús y dijo prontamente: "Rabbi, Tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el rey de Israel". Contestó Jesús: "Crees, porque te he dicho: Te he visto bajo la higuera. En verdad, te digo: verás cosas mayores". Y después, mirando a los demás discípulos, añadió: "En verdad, os digo: Veréis abrirse el cielo y a los ángeles descender y ascender sobre el Hijo del Hombre". Los otros apóstoles no entendieron el significado de las palabras de Jesús respecto de la higuera, y no pudieron entenderlo entonces porque Natanael Chased pudo cambiar tan pronto de idea respecto de Jesús, y a los demás les quedó también oculto como un caso de conciencia. Sólo a Juan se lo dijo el mismo Natanael en las bodas de Caná. Natanael preguntó a Jesús si él debía en seguida dejarlo todo y seguirle: dijo que tenía un hermano al cual quería en ese caso dejarle el empleo. Jesús le contestó lo que ayer había dicho a los demás apóstoles y por de pronto lo invitó a ir con él a las bodas de Caná. Después de esto se encaminaron Jesús y los discípulos a Caná, mientras Natanael volvió a su casa para disponerse a viajar a Caná, adonde llegó a la mañana siguiente.

			Pag.
„	LIV.	- La comitiva de Teokeno	240
„	LV.	- Nombres de los Reyes Magos	242
„	LVI.	- Llegan al país del rey de Causur	247
„	LVII.	- La Virgen Santísima presiente la llegada de los Reyes	250
„	LVIII.	- El viaje de los Reyes Magos	252
„	LIX.	- Llegada de Santa Ana a Belén	256
..	LX.	- Llegada de los Reyes Magos a Jerusalén ...	257
Capítulo	LXI.	- Los Reyes Magos conducidos al palacio de Herodes	261
„	LXII.	- Viaje de los Reyes de Jerusalén a Belén ..	264
„	LXII.	- La adoración de los Reyes Magos	265
„	LXIV.	- La adoración de los servidores de los Reyes	269
„	LXV.	- Nueva visita de los Reyes Magos	271
„	LXVI.	- El Angel avisa a los Reyes los designios de Herodes	273
„	LXVII.	- Visita de Zacarías. La Sagrada Familia se traslada a la tumba de Maraha	275
„	LXVIII.	- Preparativos para la partida de la Sagrada Familia	278
„	LXIX.	- Presentación de Jesús en el Templo	279
„	LXX.	- Presentación de María en el Templo	281
„	LXXI.	- Muerte de Simeón	285
„	LXXII.	- Visión de la Purificación de María	286
„	LXXIII.	- La Sagrada Familia llega a casa de Santa Ana	288
„	LXXIV.	- Agitación de Herodes en Jerusalén	289
„	LXXV.	- La Sagrada Familia en Nazaret	290
„	LXXVI.	- El Angel se aparece a José y le manda huir a Egipto	291
„	LXXVII.	- Descanso bajo el terebinto de Abrahán	293
„	LXXVIII.	- Santa Isabel huye al desierto con el niño Juan	294
„	LXXIX.	- La Sagrada Familia se detiene en una gruta y ve al niño Juan	295
„	LXXX.	- En la morada de los ladrones	297
„	LXXXI.	- La primera ciudad egipcia. - La fuente milagrosa	300
„	LXXXII.	- El ídolo de Heliópolis	302
„	LXXXIII.	- La Sagrada Familia en Heliópolis	303
„	LXXXIV.	- La matanza de los inocentes	305
„	LXXXV.	- Santa Isabel vuelve a huir con el niño Juan	307
„	LXXXVI.	- La Sagrada Familia se dirige a Matarea ...	308
„	LXXXVII.	- Santa Isabel vuelve por tercera vez al desierto con el niño Juan	311
„	LXXXVIII.	- Muerte de Zacarías e Isabel	313
„	LXXXIX.	- Vida de la Sagrada Familia en Matarea ...	315
„	XC.	- Origen de la fuente de Matarea. - Historia de Job	317

		Pag.
„	XCI. - Abrahán y Sara en Egipto. La fuente abandonada	320
„	XCII. - Un ángel avisa a la Sagrada Familia que abandone Egipto	322
„	XCIII. - Regreso de Egipto	324
„	XCIV. - La Sagrada Familia en Nazaret	325
„	XCV. - Fiesta en casa de Ana	329
„	XCVI. - Muerte de San José	329

EPOCA SEGUNDA

Desde el comienzo de la vida pública de Jesús hasta la primera Pascua

Capítulo	I. - Comienzo de la vida pública de Jesús	335
„	II. - La familia de Lázaro	336
„	III. - Jesús en Hebrón, en Dothaim y en Nazaret	339
„	IV. - Regreso de Jesús a Nazaret	341
„	V. - Jesús va, a través del Líbano, a Sidón y a Sarepta	343
„	VI. - Jesús en Betsaida y en Cafarnaúm	347
„	VII. - Los endemoniados de Séforis	349
„	VIII. - Jesús en Betulia	350
„	IX. - Jesús en Kades y Jezrael	352
„	X. - Jesús entre los publicanos	354
„	XI. - Jesús en Kisloth Tabor	355
„	XII. - Jesús en el lugar de los pastores llamado Kimki	356
„	XIII. - Misterios del Antiguo Testamento y la Encarnación	359
„	XIV. - Jesús habla con Eliud de Joaquín y de Ana	363
„	XV. - Nuevas conversaciones de Eliud con Jesús	366
„	XVI. - Jesús en Nazaret	370
„	XVII. - Jesús confunde a los sabios de Nazaret	371
„	XVIII. - Una leprosería en el río Kisón	374
„	XIX. - Jesús se transfigura delante de Eliud	375
„	XX. - Jesús en Gofna	377
„	XXI. - Jesús habla contra los vicios de Herodes	380
„	XXII. - Jesús en Betania	381
„	XXIII. - María la Silenciosa	385
„	XXIV. - Llegada de María y las santas mujeres	388
„	XXV. - Jesús marcha con Lázaro al bautismo de Juan	390
„	XXVI. - Historia de Juan Bautista	391
„	XXVII. - Predicación y viajes de Juan Bautista	394
„	XXVIII. - Lugares donde bautizaba Juan Bautista	397
„	XXIX. - Juan Bautista y Herodes	399
„	XXX. - Conmoción que produce el bautismo de Juan	400
„	XXXI. - Juan recibe aviso de retirarse a Jericó	402

		Pág.
„	XXXII. - Herodes en el baptisterio. Una fiesta tradicional	405
„	XXXIII. - Brota la isla para el bautismo de Jesús en el río Jordán	407
„	XXXIV. - Herodes nuevamente con Juan	410
„	XXXV. - Jesús es bautizado por Juan	412
„	XXXVI. - La voz del Padre después del bautismo	414
„	XXXVII. - Jesús predica en la sinagoga de Luz	416
„	XXXVIII. - Jesús en Ensemes	418
	XXXIX. - Jesús en el valle de los pastores de Belén	423
Capítulo	XL. - La gruta del pesebre, lugar de oración y de peregrinación para los pastores	426
„	XLI. - Jesús visita las posadas donde descansó la Sagrada Familia en su huída a Egipto	428
„	XLII. - Jesús se dirige a Maspha a casa de un pariente de San José	431
„	XLIII. - "He aquí el Cordero de Dios"	434
„	XLIV. - Jesús en Gilgal	435
„	XLV. - El Sanedrín de Jerusalén	438
„	XLVI. - Jesús en Corazín, Aruma y Betania	442

EPOCA TERCERA

Primera Pascua de Jerusalén

Capítulo	I. - Jesús ayuna cuarenta días en el desierto	449
„	II. - Tentaciones interiores de Jesús	451
„	III. - Jesús tentado por Satanás	454
„	IV. - Satanás tienta a Jesús por medio de artificios de magia	458
„	V. - Satanás lleva a Jesús al pináculo del templo y sobre la montaña	459
„	VI. - Los ángeles sirven a Jesús	461
„	VII. - Jesús se dirige al Jordán y hace bautizar allí	463
„	VIII. - Jesús en Silo, Kibzaim y Thebez	470
„	IX. - Primer llamamiento oficial de Pedro	474

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO SEGUNDO
LIBRO III

VISIONES DEL ANTIGUO TESTAMENTO
VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO
Y DE SU MADRE SANTISIMA

México, D. F.

X

Las bodas de Caná

Caná está situada al Occidente de una colina; es una ciudad hermosa y limpia, algo menor que Cafarnaúm. Hay allí una sinagoga con tres sacerdotes. En las cercanías está la casa con un vestíbulo, adornada con hojas y ramas donde se ha de celebrar la boda. Desde esta casa hasta la sinagoga hay colgaduras de hojas y de arcos con ramas, flores y frutos. Como sala de fiesta servirá el espacio que hay entre el vestíbulo y el hogar de la casa. Este hogar, que consta de una pared alta, ahora adornada como un altar con floreros y regalos para los novios, tiene además una prolongación detrás, donde las mujeres celebrarán las fiestas de bodas separadas de los hombres. De allí se ven las vigas de la casa adornadas con coronas y flores a las cuales se puede subir para encender las lámparas suspendidas.

Cuando Jesús llegó con sus discípulos fué recibido por María su Madre, por los padres de la novia; por el novio y por los demás que le habían precedido, y tratado con mucha reverencia, saliéndole al encuentro a cierta distancia de la casa. Se

hospedó Jesús con algunos de sus más fieles, que fueron luego sus apóstoles, en una casa aparte que la hermana de la madre del novio había puesto a su disposición; era esta mujer una hija de Sobé, hermana de Santa Ana. Durante las fiestas de las bodas hizo allí en la casa como madre del novio.

El padre de la novia se llamaba Israel y era de la estirpe de Ruth de Belén. Este era un hombre principal, con un gran comercio con casas de hospedaje, para alquilar y dar comida a viajeros y a sus animales, ya que ocupaba un lugar de tránsito frecuentado por caravanas; y tenía a otros empleados bajo sus órdenes. El bienestar y las riquezas de la ciudad estaban casi todas en manos de Israel y sus altos empleados; los demás vivían del trabajo que Israel les proporcionaba. La madre de la novia era algo baldada, rengueaba de un lado y necesitaba ayuda para caminar. Desde Galilea habíanse reunidos todos los parientes de Ana y de Joaquín, como cien personas. De Jerusalén vinieron María Marcos, Juan, Marcos, Obed y la Verónica. Jesús, por su parte, trajo como unos veinticinco huéspedes a las bodas.

Siendo Jesús niño de doce años, estando en una comida en casa de Ana, cuando volvió del templo, habló entonces con este novio y le dijo unas palabras misteriosas sobre pan y vino, y que Él un día estaría presente a sus bodas; pero su presencia en estas bodas tenía, además de lo misterioso y significativo como todas sus obras sobre la tierra, un sentido de conveniencia social y de consideración. Varias veces había enviado María mensajeros a Jesús rogándole que asistiera a estas bodas. Se corría un tanto la voz entre parientes y amigos de la Sagrada Familia: María, la madre de Jesús, es una viuda desolada y abandonada; Jesús va caminando por todas partes, y se ocupa poco o nada de su Madre y de su familia. Quería, pues, Jesús asistir a esa boda y darle allí el testimonio de su amor y respeto. Esta boda, pues, fué considerada por Jesús como una cuestión que miraba a su Madre y como cosa propia, y así María estuvo allí desde horas y ayudaba en los detalles de los preparativos como cosa propia. Jesús había tomado parte de la fiesta por su cuenta. Jesús se había comprometido a proveer el vino a los convidados y así se explica la solicitud de María cuando vió que faltaba el vino.

Jesús había citado también a Lázaro y a Marta a estas bodas y Marta ayudaba a María en los preparativos. Lázaro era el que debía proveer la parte a la cual se había comprometido

Jesús y esto lo sabía sólo María. Jesús tenía en Lázaro plena confianza. Recibía Jesús agradecido todo lo que daba Lázaro y éste se sentía feliz de dar: por esto fué Lázaro, hasta lo último, el tesorero de la comunidad cristiana. Aquí era tenido como un huésped de honor por los novios, y Lázaro se esmeraba por todo lo que pudiera ser necesario. Lázaro era fino y delicado en su modo de ser, serio, callado y muy reservado en todas sus manifestaciones; no hablaba mucho, y miraba con afecto interior a Jesús para que nada le faltara. Además del vino, había tomado Jesús por su cuenta proveer algunos alimentos especiales, las frutas, las aves de varias clases y las verduras. A todo esto se había provisto ya. Verónica había traído de Jerusalén un cesto de flores admirables y un artístico trabajo de confitería.

Jesús era aquí el jefe y principal de la fiesta. Él mismo dirigió los diversos entretenimientos, amenizándolos con útiles enseñanzas. Hizo la distribución del orden en esta fiesta y dijo que todos debían alegrarse según la costumbre y los usos divirtiéndose, pero que de todo debían procurar sacar ciencia y enseñanza. Entre otras cosas dijo que dos veces en el día debían abandonar la casa y recrearse en lugares abiertos al aire fresco. Por esto he visto en estas fiestas a los hombres y a las mujeres aparte, unos de otras, ir a un jardín hermoso y allí entretenerse en conversación y en amenos juegos. He visto, por ejemplo, que los hombres se acomodaban en el suelo, en rueda, mientras en el medio había toda clase de frutas y, según ciertas reglas, tiraban estas frutas unos a otros para que cayeran en ciertos hoyos, cosa que otros trataban de evitar. He visto al mismo Jesús tomar parte en este juego de las frutas con una moderada alegría: decía con frecuencia una palabra llena de significado, aunque sonriendo, cosa que a todos causaba admiración; unas veces la recibían en silencio, otras con conmoción y por ciertas palabras pedían explicación a los más entendidos. Jesús había ordenado el modo de estos juegos y determinaba los ganadores amenizando el todo con referencias y advertencias, según los casos.

Los más jóvenes se entretenían en correr y saltar sobre sevos y ramas tejidas con frutos. Las mujeres se entretenían también aparte con frutos, mientras la novia estaba sentada con María y la tía del novio. Más tarde se organizó una especie de danza: los niños tocaban instrumentos y cantaban coros. Todos los danzantes tenían pañuelos en las manos, con los cuales jóvenes y niñas se tocaban mientras danzaban unas veces

en hileras y otras en filas más cerradas. Sin estos pañuelos nunca se tocaban. Para el novio y la novia eran estos pañuelos negros; los demás, los tenían amarillos. Primero danzaron el novio y la novia, solos, y luego todos unidos. Las jóvenes llevaban velos, aunque algo levantados, delante la cara; sus vestidos eran largos por detrás y por delante los tenían algo recogidos con una correa. Estas danzas no consistían en saltos y brincos, como entre nosotros: era más bien un caminar acompasado en líneas de varias clases, mientras se movían al compás de la música con las manos, cabeza y cuerpo. Me recordaba los movimientos de los fariseos, cuando hacían oración; todo era en conjunto decoroso y agradable. De los futuros apóstoles no danzó ninguno; en cambio lo hicieron Natanael Chased, Obed, Jonatán y otros discípulos. Las que danzaban eran todas jóvenes y todo procedió en orden y alegría con un contento reposado. Con los discípulos que serían más tarde sus apóstoles habló Jesús aparte, bastantes veces en estos días, cuando los demás no estaban presentes, a veces caminando por los alrededores con sus discípulos y con los convidados, mientras enseñaba, y estos futuros apóstoles comunicaban luego a los demás sus enseñanzas. Estas salidas y paseos servían también para que pudieran hacer sin estorbo los preparativos de las fiestas. Otras veces quedaban los discípulos y aún Jesús para los quehaceres, ordenando esto o aquello, porque había quienes tenían que disponer algunas cosas para el acompañamiento de los novios. Jesús deseaba que en esta fiesta solemne se pudiesen conocer todos, parientes y amigos, y que todos los que hasta ahora había ya elegido estuviesen reunidos y se conociesen y tratasen abiertamente.

Enero 1º — También en la sinagoga, donde estaban reunidos los convidados, habló Jesús del gozo permitido y de la alegría lícita, su significación, su medida, su seriedad, y de la ciencia que debía regir estos entretenimientos. Habló del matrimonio, del hombre y de la mujer, de la continencia y de la pureza y de las bodas espirituales. A la conclusión de esta enseñanza se adelantaron los novios y Jesús les dijo palabras de enseñanza y exhortación a cada uno en particular.

Enero 2. — Al tercer día de la llegada de Jesús tuvo lugar el casamiento, a las 9 de la mañana. La novia fué vestida y adornada por las jóvenes: sus vestidos eran como los de María en su casamiento, como también la carona que le pusieron, que era más rica aún. Sus cabellos no fueron divididos en trenzas finas sino en líneas y grupos más gruesos. Cuando su adorno

estuvo completo fué mostrada a María y a las otras mujeres que estaban allí. Desde la sinagoga fueron llegando las personas que debían llevar a los novios desde la casa a la sinagoga. En el cortejo había seis niños y seis niñitas que llevaban coronas entretejidas; luego seis jóvenes y doncellas, más crecidas, con instrumentos de música y flautas. Llevaban en las espaldas algo así como alas. Además, acompañaban a la novia doce jóvenes como guiadoras, y al novio, doce jóvenes. Entre estos estaba Obed, el hijo de Verónica, los sobrinos de José de Arimatea, Natanael Chased y algunos de los discípulos de Juan; ninguno de los futuros apóstoles. El casamiento se efectuó por los sacerdotes delante de la sinagoga. Los anillos que se cambiaron los había recibido el novio como regalo de María, y Jesús los había bendecido en las manos de María. Me causó admiración una ceremonia que no vi en las bodas de María con José: el sacerdote hirió con un instrumento cortante en el dedo anular izquierdo al novio y a la novia; dejó gotear dos gotas de la sangre del novio y una de la novia en un vaso lleno de vino, que tomaron ellos, dando luego el vaso a los otros. Después de esto se distribuyeron algunas prendas de telas, vestidos y diversos objetos a los pobres.

Cuando los casados fueron acompañados a su casa, los recibió Jesús allí mismo. Antes de la comida de bodas he visto a todos los invitados de nuevo reunidos en el parque. Las jóvenes y mujeres estaban sentadas bajo una techumbre de ramas y jugaban con frutas; tenían por turno un instrumento como una tabla triangular sobre las faldas con letras o signos en los bordes, y según se paraba el señalero que movían como un minutero sobre la pizarra, tenían derecho a ciertas clases y cantidades de frutas. (Una especie de ruleta). Para los hombres he visto, dispuesto por el mismo Jesús, una especie de juego que me causaba admiración. En el centro de la casa había una mesa redonda con muchas porciones de flores, hierbas y frutos dispuestos en los bordes, en cantidad igual a los hombres que jugaban. Estas frutas y hierbas las había ordenado de antemano el mismo Jesús según su íntima significación para cada uno de los presentes. Sobre la mesa había un aparatito consistente en un disco con un agujero. Cuando el disco era movido por un jugador, donde se detenía el lugar señalado con el agujero, sobre cierta porción de fruta o de hierba, ésta era la ganancia del jugador. En el medio de la mesa había además un vid llena de uvas, sobre un haz de espigas que la rodeaba; cuando más

se giraba la mesa, más se levantaba la vid y el haz de trigo. Los futuros apóstoles no jugaron a estos juegos, como tampoco Lázaro, y yo recibí la advertencia y explicación: quien tiene ya vocación de enseñar o sabe algo más que los otros, no debe jugar como los demás, sino observar el curso del juego y amenizar los movimientos del juego con útiles aplicaciones, para convertir lo jocoso en algo útil y provechoso. Pero había en este juego algo más que la casualidad de los ganadores: las frutas u objetos que sacaban en suerte correspondía muy bien a sus cualidades buenas o malas, y Jesús había ordenado estas frutas según ese significado. Cada ganancia estaba unida a una enseñanza de Jesús y yo veía que realmente todos recibían algo interior significado por esas frutas. Lo admirable era que mientras Jesús decía esa palabra a cada uno, él se sentía mejorado y advertido, ya sea por la palabra de Jesús, ya por el gusto de la fruta que realmente pasaba con su significado al gustador; pero de tal manera que los demás nada entendían, y los comentarios de Jesús sólo se festejaban como dichos para alegrar a la concurrencia. Cada uno sentía una mirada profunda de Jesús en su interior; de la misma manera que lo sintió Natanael cuando estaba bajo el árbol y que lo hirió en su interior sin que los demás se dieran cuenta. Recuerdo bien que entre lo ganado por Natanael estaba la planta resedá, y que Jesús le dijo a Natanael Chased: "¿Ves ahora bien que tuve razón en decirte que eres un verdadero israelita, sin falsedad?" Una ganancia me pareció del todo admirable y fué la del novio Natanael, que ganó una suerte que consistía en un tallo con dos frutas: la una parecía más a un higo y la otra a una manzana dentada v hueca. Era rojiza, por dentro blanca, con listas coloradas; de estas frutas he visto en el paraíso terrenal. Recuerdo que todos quedaron maravillados cuando el novio ganó esta fruta, y que Jesús habló del matrimonio y de la castidad, que era como una fruta múltiple. Todo esto lo dijo de tal manera que no hería las ideas que tenían los judíos del matrimonio, pero que algunos discípulos, entre ellos Santiago el Menor, que era esenio, entendieron más profundamente. He visto que los presentes se maravillaron más de esta suerte tocada a los recién casados que de las demás. Jesús dijo algo así como: "Podrían esta suerte y estas frutas producir aún mayores bienes de lo que pueden representar por sí mismas". Cuando el novio recibió esta fruta para sí y su novia, y hubieron gustado de ella, he visto que se conmovieron en su interior y palidecieron,

y luego vi salir una oscura nube de sus interiores, de modo que me parecieron entonces más claros y transparentes en comparación de lo que eran antes. La mujer, que estaba algo lejos de allí con las mujeres, también palideció y tuvo como un desmayo al gustar la fruta tocada en suerte, y vi salir también de ella una nube oscura. Esa fruta de los recién casados tenía relación con la virtud de la castidad y continencia. En este juego, además de las suertes que les tocaba a cada uno, tenían los favorecidos que cumplir ciertas penitencias o satisfacciones. Así he visto que los recién casados tenían que ir a la sinagoga y traer de allí algo cumpliendo con el rezo de algunas preces. La hierba que sorteó Natanael Chased era una planta de acedera. En todos los demás discípulos, que ganaron algunas de estas frutas o hierbas y gustaron de ellas, he visto que se levantaron sus propias pasiones en ellos, se resistieron algún tanto, y luego cedieron en fuerza o se encontraron con mayor fortaleza los agraciados para resistir a ellas.

XI

Reflexiones sobre las frutas y las hierbas. La comida de bodas.

Hay un misterio sobrenatural en todas las frutas y hierbas de la naturaleza; misterio que después de la caída del hombre se oscureció y quedó como un secreto natural para el hombre. De ese misterio y de sus efectos quedó en las frutas y hierbas sólo una idea hoy en día de la importancia, forma, gusto y efectos naturales de estas criaturas. Yo veo en mis visiones poner sobre las mesas del cielo estas frutas y hierbas según la significación y propiedades que tenían antes de la caída del hombre; pero no lo veo tan claramente porque está todo tan pervertido y trastornado en nuestro ser y entendimiento, que no podemos entender estas cosas sobrenaturales en nuestro presente modo de vivir terreno(*).

Cuando la mujer tuvo ese desmayo causado por el gusto de la fruta se le quitaron algunos adornos del traje que eran demasiados pesados y también varios de los anillos que llevaba en los dedos. Entre otros se le quitó uno que tenía en el dedo ma-

(*) La fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, tenía también, según la vidente, algo misterioso. "Veo, dice, que la fruta se partió, y vi dentro de ella figuras y cosas; desapareció de entre sus manos sin que yo haya visto un comer con la boca como al presente". Santa Hildegarda dice que existe aún el árbol en el Paraíso y que Enoch y Elías se abstienen de comer de su fruto.

yor la forma de embudo, que estaba metido como un dedal. Igualmente se le quitaron cadenas y broches de los brazos y del pecho para aligerarla. Después no quiso retener sino el anillo que le había regalado María en el anular izquierdo y un colgante de oro en el cuello que tenía la forma de un arco tendido. En el medio de este adorno había una masa algo oscura, como en el anillo de María y de José, y grabada una figura echada que miraba un brote de flor que tenía delante.

Después de estos juegos en el jardín siguió la comida de bodas. El lugar fué una sala de lujo cuyo interior se había dividido por mamparas en tres departamentos, de tal suerte que los convidados recostados en las mesas podían verse unos a otros. En cada uno de estos departamentos había una mesa larga y angosta. Jesús estaba en la sala central, en la parte superior de la mesa, dando los pies hacia el hogar adornado. En esta misma mesa estaban Israel, el padre de la novia, los parientes de Jesús, de la novia y Lázaro. En las mesas de los lados se sentaron los otros invitados y los discípulos. Las mujeres ocuparon un espacio detrás del hogar, de modo que podían oír todas las palabras de Jesús. El novio servía en las mesas, aunque había un maestresala con un delantal, que tenía a sus órdenes varios sirvientes. En las mesas de las mujeres servía la novia, ayudada de varias jóvenes. Cuando se trajeron los alimentos, presentaron delante del Señor un cordero asado: tenía las patas atadas en forma de cruz. Cuando el novio trajo una cajita donde estaba el trinchador, dijo Jesús al novio se recordase de aquella comida que habían hecho en su infancia después de la Pascua, donde contóle una comparación de una boda y le dijo que un día estaría Él en su propia boda. Esto se cumplía, dijo, en el día de hoy. El novio se puso muy serio y pensativo con este recuerdo: había olvidado ese recuerdo de su infancia y las palabras oídas entonces. Jesús se portó aquí en esta comida, como en todo el curso de las fiestas, muy complaciente y festivo, pero lleno siempre de enseñanza. A toda ceremonia del banquete le daba su explicación espiritual. Habló de la sana alegría y de las expansiones de las fiestas: dijo que un arco no debe estar siempre tendido y que la tierra necesitaba su lluvia para no resecarse. Lo dijo en parábolas. Cuando Jesús partió el cordero, dijo cosas admirables. Habló, mientras trinchaba, del apartamiento del cordero entre la majada, de su elección, no para el placer sino para morir. Habló del asarse, del dejar las impurezas por medio del fuego de la purificación y de la

sección de cada parte del cordero; que así debían los que querían seguir al Cordero desprenderse de los afectos carnales y de los parientes. Cuando hubo repartido los trozos y hubieron comido dijo: "Para los que ya están apartados y separados de los afectos de la carne, será el Cordero un lazo de unión y una comidad común. Debe, el que sigue al Cordero, renunciar a su campo, morir a sus pasiones, separarse de los miembros de su familia y convertirse así en un alimento y una comida de unión por medio del Cordero y con su Eterno Padre".

Cada comensal tenía delante de sí un plato y Jesús puso una fuente de color oscuro con bordes amarillos que fué pasando de uno a otro He visto a Jesús teniendo a veces una hierba en la mano y dando alguna enseñanza. Jesús había tomado a su cargo el procurar el segundo plato de la comida como también el vino y todo era aprontado por María y Marta. Cuando, pues, se trajo el segundo plato, que consistía en aves, pescado y miel, frutas y una especie de tortas que había traído Verónica, sobre las mesas de los lados, se levantó Jesús y repartió estas viandas en porciones pequeñas; después volvió a sentarse.

Los alimentos fueron servidos, pero empezó a faltar el vino. Jesús estaba ocupado en enseñar. Cuando vió, pues, la Virgen María, encargada de procurar esta parte del banquete, que el vino iba faltando, fué adonde estaba Jesús y le recordó que Él había prometido proveer el vino. Jesús, que en ese momento hablaba de su Padre celestial, contestó a María: "Mujer, no te preocupes; no lleves cuidado y no me lo des a Mí; mi hora aún no es llegada". Estas palabras no encierran contestación dura a su Madre María. Dijo "mujer" y no Madre porque en ese momento, como Mesías e Hijo de Dios, cumplía una misión misteriosa delante de los discípulos y de todos los parientes y estaba allí en su grandeza divina. En estos momentos en que Jesús como Verbo encarnado obraba, el que es nombrado por lo que es, es más honrado y viene a ser enfeudado en su obra con ser llamado por lo que es, como una dignidad y un cargo. Así María era la mujer que había engendrado a Aquél que allí estaba y al que se recurría por el vino, y quería decir que Él era Hijo de Dios más que hijo de María. Cuando Jesús estaba en la cruz y María lo lloraba, dijo Él: "Mujer, he ahí a tu hijo", señalando a Juan. Cuando Jesús dijo que Él iba a pensar en el vino, María hizo su oficio de mediadora y de intercesora y le recuerda la falta del vino. El vino que Él quería dar era más que el vino en sentido natural: se refería al misterio del vino

que Él iba a convertir en su sangre. Por eso dijo: "Mi hora aún no es llegada"; primero, para dar el vino que he prometido; segundo, de que cambie el agua en vino, y tercero, para que cambie el vino en mi sangre. Desde este momento María ya no se manifestó preocupada por la falta del vino: había rogado a su Hijo y por esto dijo a los criados: "Haced todo lo que Él os diga". Es lo mismo que cuando la esposa de Cristo, la Iglesia, pide: "Señor, tus hijos no tienen vino"; y contesta Jesús a ella: "Iglesia, no te preocupes; no pierdas la paz; mi hora aún no es venida". Como si la Iglesia dijese a sus sacerdotes: "Haced todo lo que os dice, pues Él os ha de ayudar". María dijo, pues, a los servidores que hiciesen todo cuanto les dijera Jesús.

Después de un momento mandó Jesús a los servidores que le presentasen los recipientes vacíos. Ellos los trajeron: eran tres para el agua y tres para el vino y mostraron que estaban vacíos, pues los dieron vuelta sobre una fuente. Jesús les mandó llenar los seis con agua; los llevaron en seguida a un pozo, que tenían en una especie de sótano con una pileta de piedra y una bomba. Los recipientes eran grandes y pesados, de barro cocido. Si estaba uno lleno se necesitaban dos hombres para llevarlo por las manijas. Tenían varios caños de arriba abajo tapados con corchos. Cuando el líquido estaba a cierta altura se abría el otro tapón para aprovechar lo restante. Estos recipientes no eran levantados para vaciarlos sino sólo algo inclinados, puestos sobre un pedestal. El pedido de María lo expuso en voz baja. La respuesta de Jesús fué en voz alta, como también la orden a los sirvientes. Cuando estos recipientes, llenos de agua, fueron llevados a presencia del maestresala, se levantó Jesús y se dirigió allá; bendijo los recipientes, y cuando se hubo acomodado de nuevo en su asiento, dijo: "Servid de ellos y llevad al maestresala un vaso". Cuando, pues, el maestresala gustó el vino fuése adonde estaba el novio y le dijo: "Se acostumbra dar el mejor vino al principio, y cuando los convidados están menos serenos, se les da del inferior; y ahora se da del vino mejor". No sabía él que este vino había sido provisto por Jesús, ni que había tomado a su cargo toda esta segunda parte de la comida. Esto lo sabían sólo los de la Sagrada Familia y la familia de los casados. Cuando tomaron del vino el novio y el padre de la novia, quedaron admirados, tanto más que los servidores decían que ellos habían echado sólo agua en las vasijas. Después tomaron todos del vino.

No se produjo ningún barullo por el prodigio: sólo se notaba una silenciosa admiración en toda la compañía. Jesús enseñó muchas cosas a propósito de este prodigio. Dijo, entre otras cosas: "El mundo da a sus seguidores primero vino fuerte, para emborrachar y privar del sentido, y terminar luego con vino malo; pero el reino que mi Padre celestial me da para fundar, no es así. Aquí el agua pura se convierte en precioso vino, al modo que la tibieza del espíritu tiene que cambiarse en generosidad y celo ardiente". Habló también de la comida que hizo cuando a los doce años volvió del templo en compañía de algunos de los presentes y como entonces había hablado de pan y vino, y una comparación sobre bodas donde el agua de la tibieza se cambiaría en vino de entusiasmo y de fervor, y que esto se acababa de cumplir ahora. Luego les dijo que verían aún mayores prodigios. Añadió que celebraría algunas pascuas y que en la última de ellas se convertiría el vino en sangre y el pan en carne, y Él permanecería con los hombres hasta el último de los días, para consolarlos y animarlos; también les dijo que verían en Él cosas que si las dijese ahora no las podían creer. Todas estas cosas no las dijo tan claramente, sino con parábolas veladas, que yo ahora no recuerdo, pero el sentido era el que he dicho. Ellos escucharon con admiración y cierta extrañeza. He visto que todos, al gustar el vino, quedaron como cambiados en sus sentimientos, no por la admiración ante el milagro, sino también por efecto del vino mismo, como antes había sucedido con el gusto de las frutas: recibían una fortaleza interna y un cambio saludable en sus afectos. Todos sus discípulos, sus parientes y todos los presentes estaban convencidos ahora de su poder, de su dignidad y de su misión sobrenatural. Todos creyeron en Él, y esta creencia en Él se hizo general. Todos se sintieron mejores y unidos los que habían gustado del vino milagroso. Por eso es considerado ésta como su primera aparición solemne en su comunidad y éste fué el primer prodigio y señal que Él daba en ella y para ella, para fortificarla en la fe, y por esto se cuenta este prodigio como el primero en su historia, como la institución de la Eucaristía fué la última para los que ya creían en Él.

XII

Conclusión de las bodas de Caná

Enero 3. — Al concluir la comida de bodas acercóse a Jesús el novio solo, y habló con Él, lleno de humildad, y le declaró cómo todas sus pasiones se habían apaciguado; y no sentía ya deseos, y se proponía vivir en continencia con su esposa, si ella lo consentía; y habiendo venido la esposa, diciendo lo mismo con Jesús, los llamó a ambos y les habló del matrimonio y de la pureza que tanto agrada a Dios y de los frutos múltiples de la castidad y del espíritu. Habló de muchos profetas y de santos, personas que habían vivido en castidad y habían ofrecido a Dios Padre su carne, y que éstos adquirían hijos espirituales, convirtiendo a hombres perdidos, a los que habían conducido al bien, y que ésta descendencia es santa y grande. Todo esto lo explicó con parábolas de sembrar y de cosechar. Ellos hicieron entonces un voto de castidad y de vivir como hermanos, por el término de tres años. Se hincaron de rodillas delante del Señor, que los bendijo.

En la tarde del cuarto día de las fiestas fueron conducidos ambos esposos a su casa con una solemne comitiva de invitados. Llevaban un especie de candelabro con luces diversas que formaban una letra; delante iban niños llevando dos coronas de flores, una cerrada y otra abierta, y desprendían de ellas flores delante de la casa de los esposos. Jesús estaba ya en la casa y los recibió y los bendijo. Los sacerdotes estaban presentes, pero desde que vieron la maravilla en las bodas, se mostraban humildes.

Enero 5. — En el día de Sábado enseñó Jesús en la sinagoga de Caná por dos veces. Habló refiriéndose a las fiestas de bodas, a la obediencia y a los piadosos sentimientos de los esposos. Cuando abandonó la sinagoga se vió rodeado de personas que le pedían de rodillas se compadeciese de los enfermos. Obró aquí dos curaciones milagrosas. Un hombre había caído de una torre; había muerto, y tenía todos los miembros despedazados. Jesús se acercó a Él, le ordenó los miembros, tocó las roturas que presentaba, y le mandó levantarse e ir a su casa; lo cual hizo él muy gozoso, después de haber dado gracias a su Salvador. Este hombre tenía mujer e hijos. Fué llevado también a un poseído del demonio que, estando furioso, había sido atado a una piedra. Jesús lo libró del demonio y de sus ataduras. Curó

también a varios gotosos y a una mujer hidrópica, pecadora. Fueron siete a los que sanó. Las gentes no habían podido venir antes por las fiestas de bodas y como oyeron decir que después del Sábado se iba a retirar de allí, ya no quisieron detenerse más. Los sacerdotes, después que vieron el milagro de las bodas le dejaron obrar, y estas curaciones se hicieron en presencia de ellos. Los discípulos no estaban presentes.

XIII

Jesús en Cafarnaúm y en el mar de Genesaret

Después del Sábado fué Jesús con sus discípulos de noche a Cafarnaúm. El esposo de Caná, su padre y otros le acompañaron un trecho de camino. Los pobres del lugar habían recibido mucho en las bodas de Caná: nada de lo que se presentaba una vez a la mesa, se guardaba, sino que iba en seguida a los pobres. He visto que se cocinaba antes del Sábado porque venían dos días de ayuno. Se apagaba todo fuego y las ventanas no absolutamente necesarias eran cerradas. La gente acomodada tiene sitios en el hogar donde conservar los alimentos calientes bajo la ceniza. Estos ayunos los observó Jesús en Cafarnaúm, donde también enseñó en la sinagoga. Dos veces al día le eran traídos los enfermos, a los cuales curaba y consolaba. Los discípulos de Betsaida volvieron a sus casas y en parte volvían.

Jesús caminaba por los alrededores y enseñaba; el resto del tiempo lo pasaba con su Madre. Andrés, Saturnino, Aram, Themeni y Eustaquio fueron mandados por Jesús adonde había bautizado Juan, en la gran fuente junto al Jordán, para que allí bautizaran. Jesús los acompañó un trozo de camino y se dirigió luego a Betulia, donde enseñó y sanó a los enfermos. De aquí fué caminando siete u ocho horas en dirección Noroeste de Cafarnaúm hacia Hanathon, donde había una colina con sitio para enseñar. La colina tenía una ladera que iba subiendo por espacio de una hora; sobre ella estaba instalado un sitio para enseñar: un asiento de piedra, rodeado de empalizadas, sobre las cuales se podían extender lonas para repararse del sol y de la lluvia. Bajo esta techumbre cabía una multitud de gentes. Después de cada enseñanza acudían nuevos oyentes. En la ladera de la colina había otras tres colinas, entre ellas la de las Bienaventuranzas. Desde donde Jesús enseñaba

ahora se descubría un gran panorama: el mar de Galilea a sus pies y las cercanías de Nazaret. Esta montaña está en parte cultivada y sembrada; la mayor altura, donde enseñaba Jesús, sin cultivo alguno. Los alrededores están cercados con murallas cuyos restos se descubren aún ahora: parecen restos de torres. En los alrededores de la montaña están los pueblos de Hanathon, Bethanat y Nejel, que dan la idea de que en otros tiempos pudieron haber formado una gran ciudad.

Jesús tenía sólo tres discípulos consigo: un hijo de la tía del esposo de Caná, un hijo de la otra viuda y un hermano uterino de Pedro, llamado Jonatán. Estos llamaron a las gentes a la montaña para que oyesen a Jesús. Jesús habló de los diversos espíritus de los hombres, de cada lugar, de cada familia y del espíritu que recibirían por el bautismo, por el cual estarían unidos en penitencia, mortificación y reparación para unirse con su Padre celestial. Les dijo cómo podían conocer en qué grado recibirían el Espíritu Santo en el bautismo. Enseñó también acerca del Padre Nuestro. Me admira que explicara cada una de las peticiones siendo que aún no había enseñado esta oración. Estas enseñanzas duraron desde el mediodía hasta la tarde, cuando bajó de allí y se fué a Bethanat, donde pernoctó. La noche anterior la había pasado en Hanathon.

Al día siguiente se encaminó en dirección del mar. En Bethanat se le habían agregado otros cinco discípulos de Juan, que eran de Apheka, ciudad natal de Tomás, en el Mediterráneo. Habían estado largo tiempo con Juan. Hacia el mediodía vi a Jesús con sus discípulos sobre una colina, entre la desembocadura del Jordán y Betsaida, como a media hora del lago. Tenían la vista del lago delante y miraban a Pedro, Juan y Santiago, sobre sus barcas en el lago. Pedro tenía una barca grande, donde estaban varios de sus peones y él navegaba en otra más pequeña gobernada por él mismo. Juan y Santiago tenían una barca grande y otras más pequeñas y estaban con su padre. He visto la pequeña nave de Andrés, entre las barcas del Zebedeo. Andrés estaba en este momento en el Jordán. Cuando los discípulos vieron a los amigos en el lago, quisieron ir a llamarlos. Jesús les dijo que no fuesen. Oí que decían: "¿Cómo pueden estos hombres andar navegando y pescando, cuando han visto tus obras y han oído tus enseñanzas?" Jesús les contestó: "Aún no los he llamado; tienen un gran negocio y ocupación, especialmente Pedro, y muchos hombres y familias viven de ese empleo. Les he dicho que hicieran así y se preparasen

hasta que Yo los llame, Aún tengo muchas cosas que hacer hasta entonces y tengo que ir por Pascua a Jerusalén".

En la parte occidental de la montaña hay veintiséis habitaciones, la mayor parte de pescadores y de campesinos. Cuando Jesús entró allí, clamó un poseído, que le seguía: "Ahí va Él. Ahí va Aquél delante del cual tendremos que huir. Ése es el Profeta". Pronto le rodearon otros poseídos, que clamaban y se enfurecían. Aumentó el gentío con los que acompañaban a estos posesos. Jesús les mandó callar y que le siguiesen. De este modo subió a la montaña y empezó a enseñar. Había entre los posesos y los que los acompañaban unas cien personas. Habló de los malos espíritus, cómo se les debe resistir y de la enmienda de la vida. Los poseídos fueron librados: se aquietaron, lloraron, dieron gracias y dijeron que no sabían lo que les había pasado. Estos infelices fueron traídos de diversos lugares de esta comarca, porque la gente había oído decir que venía el Profeta, tan santo como Moisés. Hubieran perdido a Jesús si uno de ellos no se hubiese desatado y hubiese gritado al Profeta.

Jesús volvió adonde estaba su santa Madre, entre Betsaida y Cafarnaúm. La primera de estas ciudades estaba cerca de esta montaña, algo más al Norte. Por la tarde, como se acercaba el Sábado, Jesús enseñó en la sinagoga de Cafarnaúm. Celebraron otra fiesta especial referente a Tobías, que había estado allí y había hecho mucho bien a la comarca. Había dejado bienes a la sinagoga y a la escuela; por eso Jesús habló también del deber de la gratitud. Después del Sábado, se reunió de nuevo con su Madre, con la cual se entretuvo a solas todavía parte de la noche. Habló de sus futuros viajes; que ahora iba al Jordán, a Jerusalén para la Pascua, y que luego llamaría a los apóstoles y comenzaría su vida pública abiertamente. Dijo que en Nazaret lo perseguirían. Aludió a su futura obra y misión, y de qué modo Ella y las demás santas mujeres deberían tomar parte a todo. Había entonces en la casa de María una anciana, la misma pobre viuda que había sido enviada por santa Ana a la gruta de Belén. Era ya tan vieja, que más bien que servir a María, ésta la cuidaba.

Con ocho discípulos se encaminó Jesús al Jordán. Comenzaron a caminar antes de la salida del sol hacia el Oriente del lago y llegaron de nuevo a la colina desde donde vieron las barcas de los futuros apóstoles. Para pasar el Jordán, que corre en un cauce profundo, cruzaron un empinado puente a media

hora antes de que el río se eche en el lago. Al otro lado, en un rincón hacia el mar, hay un pueblito de pescadores, donde se ven muchas redes extendidas: se llama Pequeña Corazín. Una hora de camino al Norte está Betsaida-Julias. Corazin la Grande está a unas horas al Este del mar. Allí vivía el publicano Mateo. Jesús anduvo por el Oriente del río hacia arriba y quedó en Hippos esa noche. A la mañana siguiente pasó por Gadara; libró a un endemoniado cerca de la ciudad. Había sido traído hasta allí arrastrado, atado con sogas; se soltó y clamó furioso detrás de Jesús: "Jesús, Hijo de David; Jesús, ¿adónde quieres ir? ¿Tú nos quieres echar?" Jesús mandó al demonio que callara y saliese del hombre y adonde debía ir.

A unas horas de Gadara se acercó Jesús al Jordán, pasó al otro lado y se encaminó al Occidente, dejando a Scythopolis a la izquierda. Llegó, a través del monte Hermón, a Jezrael, ciudad al Occidente de la llanura de Esdrelón. Aquí Jesús sanó públicamente a muchos enfermos delante de la sinagoga; con todo se detuvo sólo algunas horas. Magdalena, que a ruegos de Marta había llegado hasta ese lugar para ver a Jesús, ya no lo encontró. Sólo oyó pregonar las maravillas por boca de los enfermos sanados. Allí se separaron las dos hermanas, y Magdalena volvió a su castillo de Mágdala. Después he visto a Jesús en Hay, no lejos de Betel y del lugar del bautismo, distante nueve horas. Este pueblo había sido destruído y luego reedificado, más pequeño; estaba bastante oculto. Jesús enseñó y curó a algunos enfermos. Entre los fariseos del lugar había algunos de los que estuvieron presentes cuando Jesús, niño de doce años, se entretuvo en el templo. Éstos hablaban del caso e interpretaban como una hipocresía de que Él entonces se había colocado en tierra entre los discípulos en una sinagoga de sabios y disputado con ellos, preguntando a los maestros como si quisiera saber lo que debía hacer contra sus contrarios; por ejemplo: "¿Qué pensáis vosotros de esto? Enseñadnos. ¿Cuándo vendrá el Mesías?" Que con estas y otras preguntas los había atraído y adulado, y luego pretendía saberlo todo mejor que ellos. Le preguntaron si por ventura no era Él aquel niño de entonces.

XIV

Jesús manda bautizar en el Jordán

Desde Hay partió Jesús hacia el antiguo lugar del bautismo de Juan, a tres horas de Jericó, junto al Jordán. Andrés y otros discípulos le salieron al encuentro como a una hora de camino. Estaban algunos discípulos de Juan y otros venidos de Nazaret. Algunos fueron al pequeño lugar llamado Ono, a una hora del lugar del bautismo para avisar que Jesús celebraría el Sábado aquí y sanaría a los enfermos. Decían a la gente que Jesús completaba las enseñanzas de Juan haciéndolo con más fuerza y claridad, después de haber puesto Juan los fundamentos de la doctrina. Delante de Ono tenía Jesús preparado un albergue propio a media hora de distancia del lugar del bautismo. Lázaro lo había comprado, poniendo a un hombre para que recibiese a Jesús y a los suyos y les preparase la comida. Este albergue servía para cuando anduviera Jesús por estos contornos y desde aquí podía ir por las comarcas vecinas a enseñar y bautizar.

Cuando llegó el Sábado a Ono, enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos a una mujer contraída y con flujo de sangre. Herodes se había encontrado con frecuencia en estos últimos tiempos con Juan, el cual siempre lo trató como adúltero, no disimulando su pecado. Herodes sentía su culpabilidad en su interior; pero la mujer estaba rabiosa contra Juan. El Bautista hablaba siempre de Jesús: no bautizaba ya a nadie, y los mandaba al otro lado del Jordán, adonde estaban Jesús y sus discípulos. Por los discípulos mandados desde Caná al lugar del bautismo, por orden de Jesús, se habían cambiado allí muchas cosas, y en todo se procedía ahora con mayor solemnidad y orden que en los tiempos de Juan. El pasaje del río se había hecho por otro lugar más alejado por la muchedumbre que acudía y la fuente y lo demás hecho por Juan había sido removido. El lugar donde bautizaban ahora Andrés, Saturnino y otros discípulos por orden de Jesús, era el mismo donde había sido bautizado Jesús, la pequeña isla surgida en el Jordán, en la cual se había levantado un amplio pabellón. Mientras Jesús enseñaba y preparaba a las gentes, estos apóstoles bautizaban. También la fuente donde había sido bautizado Jesús, se había reformado: los cinco canales ocultos que traían el agua del Jordán, estaban ahora descubiertos, y las cuatro grandes piedras, quitadas, como también la piedra triangular grande, con vetas

rojizas, donde había estado parado Jesús durante su bautismo cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él. Todas estas piedras fueron trasladadas al nuevo lugar.

Sólo Jesús y Juan conocían que el lugar del bautismo señalaba el sitio del Arca de la Alianza y que las piedras que estaban en la fuente eran las mismas donde había descansado el Arca en el Jordán. Ni Jesús ni Juan hablaron de ello a los discípulos. De la misma manera sólo Jesús sabía que las piedras eran las que formaban ahora el fundamento del nuevo bautisterio. Los judíos habían olvidado hacía tiempo el sitio exacto donde habían estado estas piedras y nada se dijo a los discípulos. Andrés había cavado en esa piedra triangular una fuente redonda, que descansaba sobre las cuatro piedras en un pozo lleno de agua, rodeando la piedra triangular como un vallado de agua. En estas aguas se había mezclado el agua del bautismo de Jesús. El agua de la piedra triangular era de la misma procedencia, y Jesús la había bendecido. Cuando los bautizandos descendían al agua, en el vallado alrededor de la piedra triangular, el agua les llegaba hasta el pecho. Al lado de este bautisterio había un especie de altar y encima vestidos blancos para los bautizandos. Dos discípulos ponían las manos sobre el hombro del bautizando, y Andrés o Saturnino, y a veces otro de los discípulos bautizaba con el agua sacada del cuenco de la piedra con la mano ahuecada, derramándola por tres veces, sobre la cabeza del bautizando, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Los que bautizaban y los que ponían las manos sobre los hombros, llevaban largas vestiduras blancas, con correas; de los hombros les colgaban largas bandas blancas, especie de estolas. El bautismo con trina inmersión lo he visto empezar recién en el estanque de Bethesda. Sobre la fuente del bautismo en el techo había una abertura; el bautizador y los padrinos estaban colocados en el ángulo de la piedra; el bautizando a los lados. Jesús enseñaba, mientras tanto, en un sitial levantado, y cuando el calor lo hacía necesario, se levantaba un toldo en el lugar. Predicaba sobre el bautismo, la penitencia, la proximidad del reino de Dios y del Mesías; y dónde tenían que buscarlo y reconocerlo, no entre los grandes y poderosos, sino entre los pequeños y los pobres. Llamaba a este bautismo, una purificación; al bautismo de Juan, de penitencia; y habló de otro bautismo, de fuego y del Espíritu, que seguiría a éstos. Los árboles y arbustos que Juan había plantado alrededor de la isla del bautismo de Jesús, habían crecido: sus hojas se unían en

forma de pabellón. El árbol de la fuente emergía hermoso y crecido. Sobre la copa del mismo ví que habían puesto una figura que representaba a un niñito, con los brazos extendidos, que parecía nacer de una vid, y que con una mano repartía manzanas amarillas y con la otra, flores rosadas. Era un resto de los adornos del bautismo de Jesús.

Jesús se dirigió con algunos discípulos hacia el Mediodía, al Occidente del Mar Muerto, y se internó en una región donde Melquisedec se había detenido cuando medía el Jordán y las montañas circundantes. Melquisedec había traído a este lugar antepasados de Abrahán mucho antes de que éste naciera. Su ciudad se hundió con Sodoma y Gomorra. Pueden verse todavía las ruinas de los muros y las torres de lo que fué su derruída ciudad de Hazezon-Thamar. Toda esta región es ahora una comarca, con rocas negras y oscuras cavernas, lugares estériles, que se extiende a una media hora del Mar Muerto, dentro de la comarca. Donde ahora está el Mar Muerto estaba, antes del hundimiento de aquellas perversas ciudades, el río Jordán. Su anchura era aquí como de un cuarto de hora. La gente que habita este lugar no son judíos de raza, sino esclavos de otros pueblos que han pasado por aquí, ocupados ahora en los trabajos del campo; habitan en cuevas entre los muros ruinosos. Son muy pobres, despreciados, abandonados por los demás, y se muestran humildes. Consideran una gracia no merecida la visita de Jesús. Lo han recibido llenos de afecto y de amor, y Jesús sanó a muchos enfermos.

Actualmente veo esta región en mejor estado que en tiempos de Jesucristo; pero primitivamente era una región fértil y sobremanera hermosa. En los tiempos de Abrahán se convirtió, con la aparición del Mar Muerto, en una región desolada y desierta lo que era una de las comarcas más hermosas de Palestina. Una hilera de pueblos estaban alineados en las orillas del río Jordán de entonces, contenido por murallas de piedras, y se veían hermosas colinas. Todo estaba cubierto de vegetación: viñedos, datileros, frutales y campos de trigo. No es posible describir la belleza de esta comarca antes del Mar Muerto. El río Jordán estaba dividido en dos brazos antes que existiera el Mar Muerto, debajo de esas desaparecidas ciudades: uno se dirigía hacia el Oriente, recogiendo toda clase de aguas, y el otro hacia el desierto, donde ocurrió la huída a Egipto, fluyendo hasta la región de Mara, donde Moisés endulzó las aguas y de donde eran los antepasados de Santa Ana. Entre aquellas

ciudades había minas de sal; pero las aguas eran dulces y brotaban muchas fuentes naturales. Lejos, en el desierto, eran bebidas las aguas del Jordán y tenidas en honor y reverencia. Los antepasados de Abrahán, que Melquisedec había trasladado aquí, estaban ya bastante decaídos, y Abrahán fué por otra gracia de Dios sacado de entre sus parientes y llevado a la tierra prometida. He visto aquí a Melquisedec, antes que existiera el Jordán: él todo lo medía y determinaba los sitios y los lugares. Lo he visto ir y venir; a veces traía a algunos hombres que eran como sus servidores.

Después de esto vi a Jesús caminando con sus discípulos en dirección de Belén, a través de un trecho del valle de pastores, hacia Bethabara, a tres horas del lugar del bautismo. Ya había estado en este lugar cuando visitó a los pastores, después de su bautismo. Los habitantes viven de los viajeros que en caravanas atraviesan la comarca; está a cuatro horas de Betania, en los confines de Judá y Benjamín. Había en este lugar muchos endemoniados, que corrían clamando, cuando Jesús se acercó. Jesús les mandó que se cubriesen, y en pocos minutos todos se hicieron vestidos con hojas. Jesús los sanó y libró y mandó gentes del lugar que les trajesen vestidos para cubrirse mejor. Entre estos endemoniados he visto a algunos que eran subido a lo alto por fuerza invisible. Andrés y otros cinco discípulos habían llegado antes a este lugar y anunciado que Jesús celebraría el Sábado con ellos. Se albergó en una posada para Él y los suyos como había con frecuencia en ciertos lugares para maestros y rabinos que pasaban enseñando. Habían llegado Lázaro, José de Arimatea y otros de Jerusalén. Jesús enseñó en la sinagoga, en un lugar abierto y en varios caminos. Había mucha gente que no podía asistir a la enseñanza de la escuela. Sanó también muchos enfermos de diversas clases. Los discípulos los traían y les hacían lugar en medio de la muchedumbre. A cierta distancia estaban Lázaro y José de Arimatea. Para la conclusión del Sábado fué Jesús con los suyos hasta Ono. Siguió el camino del pequeño pueblo Bethagla, el mismo que hicieron los hijos de Israel cuando pasaron el Jordán; pues no caminaron por un mismo lugar sino que pasaron a una gran anchura a través del lecho del río enjuto. Cuando llegaron se arreglaron los vestidos, ciñéndose las correas. Jesús llegó a la piedra del Arca, donde Juan había celebrado la festividad de los Tabernáculos. Lázaro y José de Arimatea volvieron a Jerusalén. No estaba Nicodemus: se mantenía más oculto por razón de su empleo; servía en

secreto a Jesús y a sus discípulos, y les avisaba todo lo que tramaban los enemigos del Señor.

Algún día después he visto que era la fiesta de novilunio. En Jerusalén todos los trabajadores y empleados tenían un día feriado y de alegría; como era día de descanso no se bautizó tampoco. En los techos de las sinagogas colgaban, durante el novilunio, banderitas en largas pértigas. Eran telas que tenían nudos en determinados lugares de modo que el viento podía soplar dentro e hincharlas como globos. Por el número de los nudos de las banderas se avisaba a los lejanos en que número del novilunio se estaba. Banderas semejantes las vi también levantadas en señal de victoria o de algún peligro. Jesús preparó para el bautismo a muchas personas que se habían reunido desde ayer, y estableciéndose en los alrededores. Hoy tampoco se bautizó porque se ordenó un día de fiesta por la muerte de un rey impío (Alejandro Janeo). El bautisterio aparece adornado y hermoso.

Al día siguiente comenzaron Andrés y los otros discípulos a bautizar a aquéllos que Jesús había preparado el día anterior. Jesús caminó con Lázaro, que había vuelto con Obed, hijo de Simeón, desde ayer a la tarde y con éste desde el lugar del bautismo, a la mañana temprano hacia la comarca de Belén, entre Bethagla y Ophra, más al Occidente. Jesús tomó este camino porque Lázaro quería contarle lo que en Jerusalén se decía de Él, y porque quería darle normas a él y por medio de él a los demás. Así llegaron al camino de José y María, cuando iban a Belén, a unas tres horas hasta una hilera de chozas de pastores en una comarca aislada. Lázaro refirió a Jesús lo que se decía de Él en Jerusalén; lo que hablaban, en parte irritados, en parte burlándose, y en parte curiosos; querían ver si para Pascua acudía a las fiestas; si entonces iba a ser tan osado con sus milagros en una gran ciudad, como lo hacía entre los ignorantes de las aldeas. Le contó también lo que fariseos de diversos lugares decían de Él y del espionaje que ejercían. Jesús lo tranquilizó de todas estas cosas y le señaló en los profetas los pasajes en que todo esto estaba predicho. Le dijo que Él estaría todavía ocho días por el Jordán y luego volvería a Galilea, y que para la Pascua iría a Jerusalén y llamaría luego a sus discípulos.

Hablando de Magdalena, lo consoló, diciéndole que ya una centella de salud había prendido en ella, que pronto la inflamaría del todo. Pasaron el día entre las chozas de los pastores, quienes los agasajaron con pan, miel y frutas. Vivían unas veinte

mujeres ancianas, viudas de los pastores, con algunos hijos ya crecidos que las ayudaban. Sus habitaciones eran celdas separadas por ramajes que aún crecían, y entre ellas se encontraban algunas personas que habían ido al pesebre de Belén para adorar al Niño Jesús y ofrecerle dones. Jesús enseñó aquí y visitó las diversas dependencias sanando a algunas enfermas. Una de ellas era muy anciana y delgada; vivía en una pequeña choza y estaba tendida sobre un jergón. Jesús la sacó de la mano afuera. Estas ancianas tenían un lugar común para comer y rezar. Lázaro y Obed volvieron a Jerusalén. Jesús visitó y sanó a algunos enfermos en la comarca y a eso de las tres de la tarde volví a verlo en el lugar del bautismo.

XV

Jesús en Adummim y Nebo

Jesús anduvo con la mayoría de sus discípulos a través de Bethagla hacia Adummim. Este lugar está como escondido en una comarca silvestre llena de barrancos y rocas donde el camino es a veces tan angosto que apenas podía pasar por él un asnillo. Está como a tres horas de Jericó en los confines de Benjamín y de Judá: tan oculto es el lugar que yo no lo había visto antes. La ciudad está edificada en una ladera escabrosa. Había sido un refugio de criminales que podían buscar aquí protección contra las condenas de muerte. Eran vigilados hasta su mejoría o empleados como esclavos en las obras públicas. Se llamaba por esto el lugar de los reos o de los sanguinarios. Estas ciudades de refugio existieron ya desde los tiempos de David. Terminaron de serlo después de Jesucristo, en las primeras persecuciones de los fieles. Más tarde existió aquí un convento edificado por los hermanos del Santo Sepulcro. La gente vivía aquí de la viña y de la fruta. Presentaba el aspecto de una región salvaje, con rocas desnudas de vegetación; a veces caían grandes trozos de piedras arrastrando los viñedos de las laderas. El camino propio de Jericó a Jerusalén no pasaba por aquí, sino hacia el Occidente de Adummim, por cuyo lado no se podía entrar en la ciudad. Una senda desde el valle de los pastores a Jericó, a una media hora de Adummim, atraviesa el camino de Bethagla a Adummim. En las cercanías de este sendero había un pasaje muy peligroso y angosto. Veíase un lugar señalado con un asiento de piedra, donde mucho antes de Cristo había

sucedido en realidad lo que Jesús contó como una parábola del Samaritano caritativo y del hombre caído en manos de los ladrones.

Cuando Jesús iba hacia Adummim se apartó un tanto del camino y sobre ese asiento de piedra enseñó a los discípulos y los que se habían congregado el hecho que allí había sucedido tiempo atrás. Celebró el Sábado en Adummim y enseñó en la sinagoga con parábolas que se referían a la provincia de las ciudades de refugio para los criminales y la aplicó al tiempo de penitencia para los hombres durante la vida. Sanó a varios enfermos, especialmente a hidrópicos. Después del Sábado volvió con sus discípulos al lugar de los bautismos. Por la tarde del día siguiente fué a la ciudad de Nebo, que está al otro lado del Jordán, al pie del monte Nebo, que tiene una ladera de varias horas de camino. Habían acudido mensajeros pidiéndole a Jesús que fuese a enseñar y sanar a los enfermos. Vivía aquí gente de todas partes: egipcios, israelitas que se habían manchado con la idolatría y moabitas. Habían reaccionado con la predicación de Juan; pero no se atrevían a pasar al lugar del bautismo de Jesús. Creo que no les era permitido ir allá: eran despreciados por los demás israelitas, no recuerdo por cual de los pecados de sus antepasados, y por esto no podían ir a cualquier parte, sino sólo a algunos lugares. Vinieron humildemente a Jesús y le pidieron que los bautizara. Los discípulos llevaron consigo agua de la fuente bautismal en un odre; en el bautisterio quedaron algunos para vigilar. Nebo está separado por una montaña de una media hora del Jordán y de Macherus, unas cinco o seis horas. Tenía un terreno estéril. Para llegar hay que subir por la otra orilla del Jordán. La orilla de enfrente del lugar del bautismo es empinada, como montaña, y no hay modo de bajar. Más allá de esta montaña está Nebo. Existe aquí un templo de ídolos, pero está cerrado y parece mal edificado. Jesús prepara al aire libre a los bautizandos desde un asiento de enseñanza y los discípulos bautizaban. La tina estaba colocada sobre una cisterna de baño donde entraban los bautizandos; estaba llena de agua hasta cierta altura. Los discípulos habían llevado consigo las vestiduras blancas para los bautizandos: las llevaron envueltas y arrolladas en torno del cuerpo. En el bautismo las ponían a los neófitos y los camisones flotaban en el agua. Después del bautismo se les colgaba una especie de manto. Donde Juan bautizaba era ésta una especie de estola, ancha como una servilleta. Aquí era más bien un mantito al cual está cosida

una estola con flecos. La mayoría de los bautizados eran niños y ancianos, porque muchos fueron rechazados para que se mejorasen primero.

Jesús sanó también a varios enfermos de fiebres e hidrópicos, que habían sido traídos en camillas. No hay entre los paganos tantos endemoniados como entre los hebreos. Jesús bendijo el agua que tomaban, que no era buena, sino turbia y salobre, recogida en las rocas de la montaña. Había un recipiente que era llenado con mangueras. Jesús lo bendijo en forma de cruz y se detuvo con la mano sobre algunos puntos de la superficie.

A la vuelta al albergue de Ono permanecieron Jesús y sus discípulos la mayor parte del día en el camino de Nebo al pasaje del Jordán. Jesús enseñó aquí donde había muchas chozas, cuyos habitantes tenían sus frutas y su vino exprimido para vender a los transeúntes. Jesús volvió a la tarde con sus discípulos a su albergue cerca del lugar de bautismo. Fué pasando luego por los alrededores a diversos grupos de campesinos y reunía a la gente para adoctrinarla. Había buenas gentes que durante el tiempo que estuvo allí bautizando Juan proveían de alimentos a los que venían de lejos. Parece que Jesús desea visitar hasta los lugares más pequeños de esta comarca, pues pronto se ausentará a Galilea. Estuvo también con un rico campesino, a una media hora de Ono, cuyas posesiones cubrían casi el monte entero. Aquí hay un campo en uno de cuyos lados aún se está cosechando, mientras en el otro se empieza a sembrar. Aquí expuso Jesús una parábola sobre la siembra y la cosecha. Había una silla muy antigua para enseñanza de los tiempos de los profetas. Los campesinos la han arreglado muy bien, y sobre ese asiento está ahora Jesús enseñando. Otros asientos semejantes de piedra fueron restaurados aquí desde la predicación de Juan. Se lo había impuesto Juan a las gentes, ya que esto pertenecía también a su misión de preparar el camino del Mesías. Estas tribunas de enseñanza del tiempo de los profetas habían quedado en desuso y en ruinas, como entre nosotros pasa con muchas estaciones del *Vía crucis*. Elías y Eliseo habían estado muchas veces en estos lugares.

Jesús quiere celebrar el Sábado en Ono mañana. A esta fiesta sigue otra que se refiere a los frutos de la tierra, porque he visto llevar a las sinagogas y a las casas de los juzgados muchos canastos de frutas. En el lugar del bautismo se está ordenando todo y se guardan las cosas para el descanso de estas

fiestas. Donde está la piedra que señalaba el lugar del Arca se han levantado unas veinte casitas. Bethabara no está junto a la orilla, sino a una media hora de distancia; pero de aquí se la ve muy bien. Desde el pasaje del río hasta el lugar donde bautiza ahora Juan, sobre Bethabara, hay una hora y media de camino. He visto andar a Jesús en Ono de casa en casa. No sabía yo por qué, pero más tarde oí que tenía este andar relación con los diezmos, exhortando Él a las gentes a dar las limosnas que se solían hacer en las fiestas de los frutos.

Por la tarde celebró la festividad del Sábado en la sinagoga, donde enseñó. Después comenzaron los preparativos para la fiesta de los nuevos frutos del año. Era una fiesta triple: primero, porque entraba ahora la savia en los árboles; segundo, porque se entregaba el diezmo de los frutos, y tercero, porque se daba gracias por los frutos recibidos. Sobre esta cosas versó la predicación de Jesús. Se comían muchas frutas y se regalaban a los pobres diversas figuras formadas con frutas dispuestas sobre las mesas. Hasta ahora hay unos veinte discípulos más que siguen a Jesús.

XVI

Jesús en Phasael. Sana a la hija de Jairo. Primer encuentro con la Magdalena

Al término de la fiesta Jesús dejó a Ono con unos veinte discípulos y se encaminó a Galilea. Entró en aquellas chozas de pastores donde José y María en su viaje a Belén habían sido duramente rechazados. Aquí había tenido Jacob sus campos de pastoreo. Jesús visitó los albergues de los buenos, y enseñó allí. En los de los malos pasó la noche amonestándolos. La mujer vivía aún y Jesús la sanó de su enfermedad. Pasó luego por Aruma donde había estado ya antes.

Jairo, un descendiente del esenio Chariot, que vivía en el pueblo de Phasael algo despreciado por los demás, y que había rogado a Jesús sanase a su hija enferma, mandó un mensajero para recordar a Jesús su promesa de ayuda. Su hija había muerto. Jesús mandó a sus discípulos que continuasen su camino y los citó para encontrarse en un determinado sitio. Él siguió al mensajero a casa de Jairo, en Phasael. Cuando Jesús llegó a la casa estaba la hija, difunta ya, preparada para el entierro, envuelta en telas y ligaduras y rodeada de todos los

familiares, que se lamentaban. Jesús hizo reunir a otros del lugar y mandó desatar las ligaduras y las telas, tomó a la muerta de la mano y le mandó levantarse. De pronto se levantó viva y se irguió en su lecho. Era una joven de diez y seis años. No había sido buena; no amaba a su padre, que la quería sobre todas las cosas; se quejaba de él porque socorría a los pobres y se juntaba con los desgraciados. Jesús la resucitó en cuerpo y alma. Cambió de vida y se juntó más tarde con las santas mujeres. Jesús exhortó a todos no hablar de este prodigio; por eso no quiso tener a su lado a sus discípulos. Este Jairo no es el de Cafarnaúm, cuya hija resucitó más tarde Jesús, según narra el Evangelio.

Jesús dejó este lugar, se dirigió al Jordán, pasó el río y caminó por la Perea, al Norte; llegó a Sukkoth, al Occidente del río, y fué a Jezrael. En Jezrael enseñó y obró muchos prodigios en presencia de las grandes muchedumbres que se habían reunido. Todos los discípulos de Galilea habían venido a su encuentro. Natanael Chased, Natanael el de Caná, Pedro, Santiago, Juan, los hijos de María de Cleofás, todos estaban aquí.

Lázaro, Marta, Serafia (Verónica) y Juana Chusa, que habían salido de Jerusalén, habían visitado a María Magdalena en Mágdala y le habían dicho que fuera a Jezrael para ver, si no para oír al prodigioso, sabio, elocuente y admirable Jesús, de quien todo el país estaba hablando con admiración. Magdalena quiso complacer a las santas mujeres y con mucho adorno y mucha pompa las había acompañado hasta aquí. Cuando a través de una ventana de la posada, donde se alojaba, vió a Jesús caminando por el sendero con sus discípulos, Jesús le dirigió una mirada seria, que le entró en el alma y la cubrió de tanta vergüenza y confusión, que salió del albergue y se fué a una casa de leprosas donde había mujeres con flujo de sangre, en una especie de hospital a cargo de un fariseo. Lo hizo impulsada por un sobrenatural asco de su persona y la vista interior de su miseria. La gente del albergue que la conocía, dijo: "Allí le corresponde estar, entre leprosas y enfermas de flujo de sangre". Magdalena había corrido a casa de las leprosas para humillarse, ¡tanto le había herido la mirada de Jesús! Había pedido para sí, por vanidad y para no juntarse con otros pobres, un albergue especial y no el común de las otras mujeres. Lázaro, Marta y las otras mujeres volvieron con ella a Mágdala y celebraron allí el Sábado, pues había allí una sinagoga.

XVII

Jesús en Cafarnaúm y Gennebris

Hacia la tarde llegó Jesús a Cafarnaúm para el Sábado. Antes había visitado a su Madre María. Enseñó y se albergó en la casa que pertenecía al novio de Caná. Todos los discípulos estaban reunidos. El Sábado enseñó hasta la conclusión de la fiesta. Le habían traído de todos los puntos del país muchos enfermos y endemoniados. Él los sanó en público, delante de sus discípulos, y echó a los demonios asediado por las multitudes. Mensajeros de Sidón vinieron a rogarle pasara a visitarlos. Él rehusó. Acudieron gentes de Cesarea de Filipo y lo invitaron con instancia. Él los consoló con la esperanza para más adelante. El gentío creció tanto que Jesús abandonó a Cafarnaúm después del Sábado con algunos discípulos y se ocultó en la montaña, a casi una hora al Norte de la ciudad, entre el mar y la entrada del Jordán, donde había muchos barrancos. Se mantuvo oculto, entregado a la oración. Es la misma montaña donde Él, viniendo de Bethanat con sus discípulos, había visto en el mar las barcas de Pedro y del Zebedeo desde una colina. Los discípulos que habían estado con Jesús entraron en las viviendas de los pescadores y contaban cosas de Jesús. Andrés permaneció en Cafarnaúm y contó y enseñó lo que había oído de Jesús a las turbas que se habían congregado.

Por la tarde fué Jesús a casa de su Madre, entre Cafarnaúm y Betsaida. Se habían reunido Lázaro, Marta y las otras mujeres que venían de Mágdala: venían para despedirse y marchar a Jerusalén. Jesús los consoló respecto de Magdalena. Dijo que Marta se desolaba demasiado; que Magdalena estaba ya conmovida; que todavía caería miserablemente. No había dejado aún sus adornos vanos; había declarado que no podía resolverse a vestir tan pobremente como las otras mujeres, sino que debía hacerlo según su condición.

Cuando después vino un día de ayuno por la muerte de un hombre que contra la prohibición había hecho poner figuras en el templo, enseñó Jesús de nuevo en Cafarnaúm. De nuevo le trajeron muchos enfermos, de los cuales sanó a muchos. Acudieron nuevos mensajeros para invitarlo a ir con ellos a otras regiones. Hubo aquí algunos maliciosos fariseos que le contradecían y le preguntaron a dónde iba a parar todo esto. "Todo el país está alborotado por su causa y no deja de enseñar en pú-

blico y se extiende cada día su fama". Jesús los rechazó con severidad y les dijo que enseñaría públicamente y empezaría también a obrar a vista de todos. Por la tarde comenzó un día de ayuno por la extirpación de la tribu de Benjamín por las otras tribus a causa de una maldad y escándalo. He visto que este día de ayuno se observó con más rigor en la región de Phasael, donde había estado Jesús hacía poco por la resurrección de la hija de Jairo, también en Aruma, Gibea, porque el hecho había tenido lugar por allí. Vi que las santas mujeres ofrecían un sacrificio especial y tomaban parte en el acto con más esmero.

De noche fué Jesús llevado por Natanael Chased, con Andrés, Pedro y los hijos de María de Cleofás y del Zebedeo, a Gennebris, donde residía Natanael. Allí éste le había preparado un albergue. No entró en la casa de Natanael, aunque pasaron por delante y está fuera de la ciudad. Natanael, el de Caná, y su mujer están en este momento en Cafarnaúm y Jezrael. El lugar del bautismo en Ono, es vigilado por turno por los habitantes del lugar. Jesús enseña y sana a endemoniados en Gennebris. Atraviesa el lugar un camino de mercaderes. Las gentes no son tan sencillas como las de la orilla del lago; que aunque no contradicen abiertamente, con todo reciben con frialdad sus enseñanzas. Admás de los futuros apóstoles estuvo en Gennebris también Jonatán, hermano uterino de Pedro; los demás se distribuyeron por Cafarnaúm y Betsaida, para contar todo lo que habían visto y oído de Jesús de Nazaret. Desde Gennebris fué Jesús con sus futuros apóstoles a Betulia a tres horas de Gennebris, a cinco de Tiberíades y no lejos de Jezrael. La ciudad está situada en la ladera del monte empinado que parece quisiera caerse y se ven ruinas tan anchas de antiguas murallas que podían pasar carros sobre ellas. El camino desde aquí a Nazaret pasa por el monte Tabor, del cual está a pocas horas de distancia al Sudeste. Natanael Chased ha entregado su empleo en Gennebris a su primo hermano y quiere en adelante seguir a Jesús. Entrando en Betulia le salieron al camino los endemoniados, clamando. Al llegar al mercado de la ciudad se detuvo Jesús en un asiento de enseñanza y mandó a algunos discípulos que pidieran al jefe de la sinagoga abriese por todos los lados las puertas, mientras otros discípulos iban de casa en casa llamando al pueblo para la enseñanza. La sinagoga tenía varias puertas entre columnas que se solían abrir en las grandes concurrencias. Jesús enseñó aquí sobre el verdadero grano de trigo que tiene que ser puesto en tierra para que germine y dé fruto.

Se albergó en una posada dispuesta de antemano. Los fariseos no le contradijeron abiertamente, pero murmuraban. Jesús sabía que temían que celebrase aquí el Sábado. Jesús se lo dijo a los discípulos: quería ir para el Sábado a un lugar un par de horas más lejos, entre Occidente y Norte, hacia el Tabor, a un pueblo cuyo nombre no recuerdo y cuyos habitantes viven de colorear sedas para franjas y borlas.

Jesús sanó aquí a varios enfermos. Todos los discípulos que se habían quedado volvieron a reunirse. Cuando Jesús abandonó la ciudad de Betulia por las murmuraciones de los fariseos, enseñó un cuarto de hora al aire libre, fuera de la ciudad sentado en un asiento de piedra. Se veían restos de murallas y parece que esto formaba parte de la ciudad en otros tiempos. Después llegó a eso de las tres de la tarde a Kisloth, como a tres horas de aquí, a los pies del monte Tabor. Le habían precedido Andrés y otros apóstoles para prepararle albergue. Se había reunido aquí una gran muchedumbre de gente de los alrededores, entre ellos muchos pastores que tenían sus cayados y muchos mercaderes de Sidón y de Tiro. Las enseñanzas y los prodigios de Jesús se habían hecho conocer ya en los contornos. Todos se atropellaban por llegar al lugar, porque se había corrido la voz de que Jesús pensaba celebrar aquí el Sábado. También los que andaban de camino y de viaje se reunieron en esta ocasión. Donde Jesús aparecía se suscitaba siempre un gran movimiento. Se clamaba a su llegada; se trataba de llegar a donde Él estaba; algunos se echaban de rodillas a sus pies; le querían tocar. Por esto se mostraba a veces algo contrariado por la muchedumbre, y procuraba desaparecer de súbito cuando el tumulto crecía demasiado. A veces, en los caminos, enviaba a sus discípulos a otra parte, o se alejaba de ellos, para quedarse solo. Llegando a las poblaciones tenían a menudo que abrirse paso entre la turba. Algunos, a quienes permitía tocarle o acercarse a Él, sentían luego una conmoción interna, una mejora en lo espiritual y la curación de sus enfermedades.

XVIII

Jesús en Kisloth-Tabor

Por la tarde llegó Jesús a un albergue preparado ya de antemano por los discípulos fuera de la ciudad de Kisloth-Tabor, localidad donde estuvo ya dos veces. Esta ciudad está a siete

horas de camino de Nazaret, por los desvíos, y a cinco horas en línea recta. Los caminos van aquí, en la Palestina, entre vericuetos y senderos torcidos entre valles y montañas. Por eso los cálculos de distancia son con frecuencia muy diversos. Muchos pueblitos llenan la Palestina, aunque de las alturas no se alcanza a ver sino los principales y mejor situados. Kisloth-Tabor es una ciudad de mercaderes y traficantes; hay bastantes ricos y acomodados y muchos pobres que viven de la tintura de sedas crudas y del trabajo de franjas, borlas y otros adornos semejantes para las vestiduras de los sacerdotes. Estas tintorerías estaban antes la mayor parte junto al mar, en Tiro; ahora muchos de estos tintoreros se han internado en el país. Los ricos emplean a los pobres en sus talleres y fábricas. He visto gente que trabajaba en condición de esclavos.

Delante de la posada habían los discípulos cercado un lugar con gruesas sogas, que pasaban a través de palos enterrados en el suelo, formando una barrera contra el empuje de los turbas que se apretaban para oír las enseñanzas de Jesús. Aquí se instaló Jesús fuera de la ciudad para enseñar a las muchedumbres que acudían de todas partes. Vinieron también hombres ricos y mercaderes de la ciudad; y fué entonces que habló de las riquezas y de los peligros de la avaricia y de la codicia. Les dijo que su condición era más peligrosa que la de los publicanos, de los cuales muchos se convertían. Fué entonces que mirando a las sogas que le separaban del empuje del pueblo dijo las palabras severas del Evangelio: Una soga (como la que estaban viendo) pasa más fácil por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos(*). Estas sogas de pelos de camello eran gruesas como un brazo y pasaban por cuatro hileras a través de los palos o estacas delante del albergue. Estos ricos pretendieron defenderse diciendo que ellos daban limosna de sus ganancias. Jesús les contestó que las limosnas que exprimían del sudor de los pobres no les podía traer bendición alguna.

Kisloth era una ciudad de levitas, separada de Zabulón, y dada a los levitas de la tribu de Merari. Tenía la mejor escuela de la comarca; era bastante grande y todo se hizo allí con mucha solemnidad. Cuando Jesús enseñaba en las sinagogas en el Sábado, los sacerdotes del lugar servían entregando los rollos

(*) Muchas explicaciones eruditas e ingeniosas se han dado para explicar esta frase del Señor; pero lo que ve la vidente parece lo más satisfactorio; en efecto, las sogas pasarían por el ojo de la aguja, pero una a una; de igual modo el rico deberá despojarse de lo superfluo para entrar en el cielo.

de la Escritura o leían por turno los pasajes que Él deseaba. Sobre lo leído preguntaba Jesús e instruía. Se cantó también, pero no al modo farisaico. Yo oía la voz de Jesús sobresalir, más armoniosa, sobre las de los demás. No recuerdo haberlo oído cantar a solas.

Jesús enseñó por la mañana en la escuela de Kisloth, mientras Andrés enseñaba en las salas adyacentes a los niños y exhortaba a los forasteros que llegaban, diciéndoles las cosas oídas y vistas de Jesús. El tema de Jesús versó sobre la soberbía y la vanidad. No hizo aquí curaciones porque, como dijo, los veía hinchados: porque había enseñado aquí en su ciudad, se creían mejores que los otros, que por eso había venido Jesús a ellos; en lugar de reconocer que si venía a ellos era poque lo necesitaban más que los otros y que se humillasen para poder mejorar sus costumbres. Después de la enseñanza se detuvo delante de la sinagoga en un espacio libre donde había varias hileras de pequeñas celdas que pertenecían a la sinagoga y formaban como una antesala. Aquí sanó a varios niños que sufrían de convulsiones y otros males y que los habían traído las madres. Los sanó porque eran inocentes. Sanó también a varias mujeres que se humillaron delante de Él y le decían: "Señor, quítanos nuestros pecados y transgresiones". Se echaron a los pies de Jesús y confesaban sus culpas. Sufrían algunas de flujo de sangre y otras padecían de malas pasiones de las cuales pedían verse libres.

Por la tarde celebró el Sábado en la escuela y comió en la posada. Los futuros apóstoles y más íntimos amigos estaban con Él a la mesa, mientras otros discípulos estaban en otra mesa o servían a los comensales. Al día siguiente celebró el Sábado en la sinagoga y sanó a muchos delante de ella; fué a la casa de varios que no pudieron ser traídos, y los sanó. Los discípulos ayudaban, trayendo o llevando enfermos, haciendo lugar entre la multitud, yendo o viniendo con mensajes y cuidando el orden. Los gastos de estos viajes y posadas iban por cuenta de Lázaro. Obed, el hijo de Simeón, era el encargado de hacer los pagos.

Las pequeñas celdas que yo había visto delante de la sinagoga están ahora ocupadas por mujeres que a través de un enrejado hablan con Jesús a solas. Estas celdas estaban destinadas a mujeres pecadoras, penitentes o impuras legalmente, que debían tratar con los sacerdotes. Arriba, en el monte Tabor, no hay población, pero se ven fortalezas, murallas y parapetos

donde en otros tiempos había soldados estacionados. Por la tarde fué Jesús con sus más íntimos, futuros apóstoles, a casa de un fariseo para la comida. Este fariseo había escuchado la enseñanza de Jesús y habíase conmovido y mejorado. Días después estaba Jesús con sus discípulos en una gran comida que le daban los principales del lugar, en una sala preparada al efecto. Había enseñado y en la misma tarde abandonó la ciudad y se dirigía a Jezrael, que está como a tres horas de camino de Kisloth-Tabor. En Jezrael se apartaron de Jesús sus más íntimos con Andrés y Natanael y los de Betsaida para visitar a los suyos. Jesús les dijo donde debían volver a encontrarse.

Unos quince dscípulos más jóvenes aun quedaban con Jesús. Enseñó y sanó a algunos enfermos. Aquí hay varias escuelas de letras y de religión, porque es un gran centro. Jesús habló de la viña de Nabot. De Jezrael partió a una hora y media hacia el Oriente, a un campo que estaba en un valle ancho como de dos horas de camino y de igual largo. Había muchos árboles frutales con setos bajos y divisiones. Es un valle hermoso, lleno de frutales y vegetación.

Los habitantes de Kisloth-Tabor y de Jezrael tienen aquí sus posesiones y praderas. Se ven muchas tiendas, de dos en dos, repartidas por el valle, donde gentes de Sichar están encargadas de guardar, vigilar y cosechar las frutas. Me parece que estaban obligadas a hacerlo como un tributo que debían pagar. Se turnan en el oficio y viven cuatro en cada una de las tiendas. Aparte viven las mujeres que cocinan para los trabajadores. Jesús enseñó a estas gentes reunidas en una tienda. Se ven muchas fuentes y pozos de agua que fluyen al Jordán. Una de estas corrientes principales viene del lado de Jezrael y aquí es apresada en una hermosa fuente sobre la cual han hecho una cúpula como si fuese capilla. De esta fuente principal parten varios brazos que corren por el valle y se juntan otras corrientes que van al fin a parar al Jordán. Los oyentes eran unos treinta de estos guardianes que escuchaban a Jesús; las mujeres estaban algo apartadas. Les habló de la esclavitud peor, que es la del pecado, de la cual debían librarse ellos mismos. Estos hombres estaban fuera de sí de contentos porque Jesús se había dignado visitarlos. Jesús se mostró tan compasivo y tan tierno con estas pobres gentes que yo misma tuve que llorar de ternura. Presentaron a Jesús y a sus discípulos varias clases de frutas, de las cuales comieron. En algunos de estos lugares ya hay fruta madura, mientras en otros están sólo las flores. Veo aquí unos frutos de

color pardo, como higos, que nacen en racimos como las uvas; hay también unas plantas amarillas de las cuales hacen lechada. En este valle está la montaña de Gelboe, donde pereció Saúl en su guerra contra los filisteos.

XIX

Jesús en Sunem y en Ulama

Por la tarde partió Jesús, a través de Jezrael, hacia Sunem, población abierta situada sobre una montaña. Algunos discípulos le habían precedido para preparar albergue hablando a un hotelero a la entrada de la ciudad. El valle de los frutales, de donde había partido, está al Sur de Jezrael. Cerca de Sunem hay otras dos ciudades a una y dos horas de distancia, una de las cuales dejó Jesús de lado en su camino de Kisloth-Tabor a Jezrael. Las gentes de Sunem viven del trabajo de tejido. Tejen con hilos de seda cintas angostas con bordes, sencillas y adornadas con flores. Este lugar no está ya en el valle de Esdrelón, sino más en las alturas. Hubo aquí un concurso extraordinario en torno de Jesús que fué en aumento. Las gentes lo rodean por todas partes; se echan a sus pies; gimen y claman al nuevo Profeta, al enviado de Dios; muchos lo hacen con recta intención; otros, por imitación y curiosidad y por hacer tumulto. El concurso es aquí tan grande, que parece una sublevación popular, y como esto va en aumento en Galilea, pronto se ha de retirar Jesús. De este lugar era la hermosa Abisag, que tomó David por esposa en su ancianidad. También tuvo aquí el profeta Eliseo un albergue adonde acudía con frecuencia y donde resucitó al hijo del posadero. Tuve precisamente una visión de este hecho. Hay en esta ciudad una posada libre para viajeros y transeúntes, precisamente en recuerdo del profeta Eliseo y de su estadía. No sé si estuvo en esa misma casa o por lo menos en el lugar donde se levanta el albergue.

Jesús enseñó ese día en la escuela y entró en muchas casas de enfermos, para consolarlos y curarlos. El pueblo está algo desparramado entre alturas y en medio de la ciudad se levanta la cresta de la montaña. Hay un camino que lleva arriba; a medida que se sube las casitas son más pequeñas y apenas unas chozas. En un lugar vacío de la cumbre había un sillón de piedra para enseñar; para defenderse del sol pusieron una tienda de tela extendida sobre palos. Cuando Jesús, a la mañana del

siguiente día, subió a la altura con sus discípulos para enseñar, se promovió un grave tumulto en la ciudad. La multitud había llevado arriba, a lo largo del camino, a muchos enfermos en camillas. Jesús pudo apenas subir entre los gritos, el tumulto y los clamores de los enfermos. Había gente sobre las azoteas de las casas para poder ver y oír mejor sus palabras. Desde arriba, donde está el asiento, se descubre una vista espléndida alrededor del monte Tabor. Jesús habló aquí con severidad contra el orgullo, la jactancia y las charlas de las gentes que, en lugar de buscar la conversión en silencio, de hacer penitencia y de cumplir los mandamientos de Dios, gritan y claman vanamente: "¡El profeta; el enviado de Dios!", creyendo que la venida de Jesús sea por haberlo merecido y por ser una honra del enviado haber venido a ellos. Les dijo claramente que había venido para que reconocieran sus pecados y se convirtieran.

A las tres de la tarde se dirigió Jesús al Noreste, a unas tres horas de distancia, a una ciudad que parecía un conjunto de pueblos, más grande, aunque no tan antigua como Sunem. Esta ciudad tenía grandes y anchos muros, sobre los cuales crecían árboles. Se llama Ulama y está como a cinco horas al Este de Tabor. A dos horas de allí está la ciudad de Arbela, hacia el Norte. Hay aquí caminos entre montañas, llenos de piedras puntiagudas, que rompen y gastan las suelas, y por esto se fabrican en ese pueblo suelas para los pies. La ciudad está sobre una altura, en una región escabrosa; con todo, se ven las alturas plantadas de viñedos casi hasta las cumbres. He visto aquí una planta alta como un árbol, de ramajes enredados, gruesos, como un brazo que tienen frutos como zapallos, con los cuales hacen botellas y recipientes. (Posiblemente una variedad de calabaza). La ciudad no es tan antigua como otras y tiene algo que manifiesta que aun no ha sido terminada. Los habitantes no tenían la sencillez de los antiguos israelitas: querían aparecer más duchos y entendidos que sus vecinos. Creo que deben haber estado aquí por algún tiempo romanos u otros soldados extranjeros. También aquí hubo gran concurso de pueblo, porque Jesús dijo que quería celebrar el Sábado. Se habían reunido a Jesús algunos de sus discípulos, entre ellos Jonatán y los hijos de la viuda; eran unos veinte. Entre ellos estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor, Natanael Chased y el Natanael de las bodas de Caná. Jesús los había citado para que oyeran su enseñanza y le ayudasen en las curaciones de los enfermos, por la gran multitud que acudía por doquiera. El pueblo lo recibió, saliéndole al

encuentro, porque se habían dado la voz que llegaba. Traían ramas de los árboles y plantas que echaban a su paso y ponían ante sus pies bandas largas y angostas para que pasara sobre ellas, y clamaban: "¡El Profeta, el Profeta!" Había unos hombres principales que mantenían el orden y lo saludaron a su llegada. Muchos endemoniados que había en la ciudad le seguían por detrás gritando y anunciando al que venía. Jesús los mandó callar. Al llegar al albergue no tuvo reposo; llegaron los endemoniados clamando, hasta que de nuevo les mandó callar y se apartasen de allí.

En Ulama había tres puntos de reunión: una escuela de letrados, una de niños y una sinagoga. Jesús fué a diversas casas consolando y sanando; luego habló en la escuela, tratando de la sencillez y del respeto a los padres. De ambas cosas faltaban especialmente en este lugar, y en su predicación les reprochó su orgullo y su vanagloria puesto que, habiendo venido el Profeta en medio de ellos, ellos malgastaban el tiempo en vanos clamores en lugar de aprovecharlo para el arrepentimiento, la penitencia y la conversión. Después del Sábado los principales de la ciudad le dieron una comida en una sala de festejos. Los apóstoles, que habían ido a sus casas, habían saludado a los suyos y habían conversado y visitado a María. Las mujeres se iban también manteniendo más unidas a Jesús por medio de María. El Bautista aún permanecía en su puesto, aunque sus discípulos disminuían día a día. Herodes iba con frecuencia a verlo y le enviaba mensajeros.

Al día siguiente del Sábado fué Jesús por la mañana, a las nueve, con sus discípulos a un cuarto de hora fuera de la ciudad, donde junto a una montaña había un lugar como un parque de recreo o de baños. Este lugar es casi tan grande como el cementerio de Dülmen, y alrededor tiene galerías, edificaciones, un hermoso pozo y un sitio para enseñar. Jesús había citado allí a los muchos enfermos que había en la ciudad, pues no quiso sanar en la ciudad por el gran tumulto originado. Los apóstoles ayudaban, guardando el orden. Los enfermos habían sido traídos en camillas y estaban en las galerías esperando su paso. Habían acudido tantas personas que no todas pudieron acercarse. Los sacerdotes y los principales mantenían el orden. Jesús sanó a muchos enfermos mientras iba de uno a otro. Cuando digo sanó a muchos, entiendo como a treinta; cuando digo a algunos, entiendo unos diez. Habló Jesús de la muerte de Moisés, cuya recordación se celebraba con un día de ayuno. Los ali-

mentos se conservaban calientes bajo las cenizas. Comían unos panes diferentes de los comunes. Jesús habló de la tierra prometida y de su fertilidad, diciendo que esta fertilidad no debe entenderse sólo de los frutos materiales, sino de la abundancia de los bienes espirituales, pues su país fué fértil en profetas y enviados de Dios, y el fruto es en estos casos la salud prometida y la penitencia en aquéllos que la quieren recibir de corazón. Después de esto, lo he visto ir a otro edificio donde habían llevado a los endemoniados. Se enfurecían y gritaban cuando llegó. La mayor parte eran gente joven y aún niños. Los hizo poner en línea y les mandó callar y estar quietos, y con una palabra los libró a todos de una vez. Algunos se desmayaron, al salir los demonios. Los padres y parientes estaban allí. Jesús enseñó y amonestó a los presentes. Después que enseñó en la sinagoga, abandonó esta ciudad, sin ser notado. Los discípulos habían salido antes. Creo que Jesús mismo lo había ordenado así. Dejando a muchas ciudades se dirigió hacia Cafarnaúm.

XX

Jesús en Cafarnaúm

Jesús caminó durante toda la noche con sus discípulos y llegó al amanecer adonde estaba su santa Madre. Allí, en casa de María, estaban la mujer de Pedro y una hermana de ésta, la mujer de las bodas de Caná y otras. La casa que María ocupa aquí es como las demás del lugar y bastante amplia, porque nunca está sola: varias viudas viven y paran allí. Las mujeres de Betsaida y Cafarnaúm vienen a menudo y también uno que otro de los discípulos. He visto que estaban observando un día de ayuno, que hacían luto y que las mujeres estaban veladas. Jesús habló en Cafarnaúm en la escuela, donde habíanse reunido los discípulos y las santas mujeres. Cafarnaúm está situada en línea recta, sobre la montaña, en dirección del valle, tirando al Mediodía. Como a media hora de camino de Cafarnaúm, sobre el camino a Betsaida, se ven algunas casas, una de las cuales es la que habita María. De Cafarnaúm corre un hermoso riachuelo hacia el Jordán, que se divide en Betsaida en varios brazos fertilizando toda esa región. María no tiene allí huerta ni campo ni animales para cuidar. Vive de la generosidad, como viuda, de los amigos, y se ocupa de hilar, coser y tejer con unos palillos; lo demás del tiempo lo emplea en la oración y en con-

solar y enseñar a otras mujeres que acuden a Ella el día de su llegada. María lloraba por el gran tumulto que se formaba en torno de Jesús, que entrañaba un peligro, por sus enseñanzas y sus prodigios. A Ella llegaban todas las murmuraciones de las gentes, todos los torcidos pareceres que se formaban sobre Jesús. No atreviéndose a decirlo al mismo Jesús, se lo decían a la Madre. Jesús dijo a su santa Madre que había llegado el tiempo en que dejaría Galilea para ir a Judea, donde, después de las fiestas pascuales, levantaría aún mayor conmoción por su causa.

Por la tarde comenzó en Cafarnaúm una fiesta de acción de gracias por la benéfica lluvia. Las sinagogas y los edificios públicos se adornaban con ramas verdes y plantas, formando pirámides y diversos adornos, y desde los techos de las sinagogas y de otras casas principales con galerías superiores, se tocaban instrumentos de viento extraños. Los que tocaban estos instrumentos eran los encargados de la sinagoga, como son los sacristanes entre nosotros. Este instrumento es parecido a un tubo flexible o un pellejo de unos cuatro pies de largo, al cual están adheridos varios pitos de color oscuro y agujeros como en las flautas, los cuales, cuando el instrumento no estaba hinchado, quedaban pegados y adheridos; cuando, en cambio, se hinchaba, soplando dentro un hombre, otros dos lo sostenían en alto, y éstos tenían el encargo de llenarlo de aire, soplando también o dando fuelle. Con el cerrar o abrir de los diversos agujeros el instrumento daba unos sonidos muy agudos de diversos tonos. Los dos hombres de al lado se turnaban en soplar.

Jesús habló en la sinagoga de un modo impresionante sobre la sequía y la lluvia. Narró cómo Elías suplicó en el Carmelo la lluvia, y cómo por seis veces envió a su siervo a ver si venía lluvia, y como la séptima vez anunció que una pequeña nube se levantaba del mar y se volvía cada vez más grande, y que luego hecha lluvia refrescó todo el país; añadiendo que Elías recorrió luego el país. Jesús explicó que estas siete preguntas de Elías significaban el tiempo hasta el cumplimiento de la promesa; agregó que señalaba el tiempo presente, y la lluvia era el Mesías, cuya enseñanza debía refrescar y hacer reverdecer todas las cosas secas. "Quien tenga sed, puede saciarse ahora y beba, y quien tenga su campo preparado, recibirá la lluvia benéfica". Dijo todo esto de modo tan conmovedor y tierno que los oyentes lloraban de emoción, y lloraban María y las santas mujeres que lo escuchaban.

La gente de Cafarnaúm se muestra más bien atenta con Jesús. Hay tres sacerdotes en esta sinagoga, y Jesús toma su comida con frecuencia con sus discípulos en una casa donde viven los sacerdotes de la sinagoga. Parece que hay como un derecho adquirido aquí de que los maestros que enseñan tienen libre albergue. Ayer de tarde y esta mañana volvieron los músicos a soplar sus raros instrumentos, y aún hoy tocaban los jóvenes y niños que encontraban su contento en ello. Jesús había despedido a sus discípulos, parientes y a los de Betsaida, porque quería dejar esta mañana la comarca de Galilea y partir para Judea. Parten con Él sólo unos once discípulos, que eran de Nazaret, de Jerusalén y otros que venían del lado de Juan.

XXI

Jesús ayuda a unos náufragos

Después de la fiesta de acción de gracias partió Jesús de Cafarnaúm en dirección Sudeste, como quien va entre Caná y Séforis. María y otras ocho mujeres le acompañaron un trecho; entre ellas estaban María de Cleofás, las tres viudas, la mujer de las bodas de Caná y una hermana de Pedro. Le acompañaron hasta una pequeña población, donde tomaron alimento juntos y despidieron a Jesús. En estas cercanías estuvo el pozo donde José había sido bajado por sus hermanos. El lugar se llama Dothaim. Hay otra Dothaim más grande que este poblado, en el valle de Esdrelón, como a cuatro horas al Norte de Samaría. Este Dothaim es un pequeño pueblo donde sus habitantes viven de traficar con los mercaderes que pasan por sus carreteras; está al final de un valle con pradera como para ochenta animales. Del otro lado está el gran edificio donde Jesús en otra ocasión hizo callar a una multitud de endemoniados que gritaban al verlo. Esta vez no entró en este lugar, que está a una hora y media entre el Norte y Oriente de Séforis, y a cuatro o cinco horas del monte Tabor. Los discípulos le habían precedido para buscar albergue. Salieron al encuentro de Jesús y de las santas mujeres unos ocho hombres y sacerdotes que los acompañaron a una casa que nadie habitaba y donde estaba dispuesta la comida. Delante de la entrada habían extendido una alfombra por donde debía pasar Él. Allí le lavaron los pies del polvo del camino. Las mujeres comieron aparte, detrás del hogar.

Jesús y sus discípulos estaban tendidos a la mesa. Se comía sólo alimentos fríos: pequeños panes, miel, hierbas verdes que se sopeteaban y frutas; la bebida era agua mezclada con bálsamo, de la cual dieron a Jesús y a las mujeres pequeños recipientes para llevarse. Los sacerdotes de la ciudad servían de pie con admirable humildad y amor. Jesús habló de José, que en este lugar había sido vendido por sus hermanos. Fué una escena tierna y conmovedora que me hizo llorar. Para mí es esto extraño: todo pasó tan cerca de mí que quisiera tomar parte, hacer esto o aquello y no puedo hacerlo. Después de esta comida, las santas mujeres tomaron el camino de vuelta a sus hogares. Jesús se despidió a solas de su Madre y luego pasó a saludar a las demás mujeres. He visto que Jesús también abrazaba a su Madre cuando se despedía y se encontraba, estando a solas. En otros casos sólo le daba la mano o se inclinaba saludando cariñosamente. María lloraba en esta ocasión. María presenta un aspecto joven: está crecida, aunque de delicados rasgos. Tiene frente alta, nariz prominente, ojos grandes aunque siempre inclinados al suelo, boca rosada muy atrayente, tez algo morena con mejillas rosadas y aterciopeladas.

Jesús permaneció algún tiempo en el albergue enseñando. Los hombres que no quisieron ninguna paga por las comidas le acompañaron hasta el pozo de José, que está como a media hora de camino en el valle. Este pozo ya no es como fué en el tiempo en que José fué encerrado adentro. Entonces era una cisterna seca, con borde verde; ahora lo han hecho un recipiente cuadrado, bastante amplio, casi un pequeño estanque y le han puesto un techo sostenido por columnas. Está lleno de agua y conservan en él variedades de pescados. Veo allí peces curiosos que tienen las cabezas en alto y no en punta como los nuestros: no eran tan grandes como los que veo en el mar de Galilea. No se veía exteriormente por donde fluía el agua al estanque; estaba cercado, y vivían algunas personas alrededor para cuidar su conservación. Jesús fué con sus acompañantes a este lugar y durante todo el camino habló de la historia de José y de sus hermanos. Enseñó también, aquí, junto al pozo. He visto que bendijo el pozo, cuando se alejó de allí.

La gente de Dothaim se volvió, y Jesús con sus discípulos se encaminó, haciendo una hora de camino, a Séforis, donde se albergó con los hijos de una hermana de Santa Ana. Séforis está sobre una montaña, a su vez rodeada por montañas, y es más grande que Cafarnaúm. Hay muchas granjas en torno de

la ciudad, que pertenecen a ella. Jesús fué recibido no tan bien por los jefes de la sinagoga. Había en la ciudad gente mala que murmuraba de Jesús, diciendo que andaba vagando por el país en lugar de quedarse con su Madre y cuidarla. No sanó aquí a los enfermos y se mantuvo reservado; enseñó el Sábado en la sinagoga y se hospedó junto a la misma. Visitó en cambio a muchos, en particular, especialmente a ciertos esenios, para consolarlos y exhortarlos, ya que las malas lenguas de los perversos los burlaban y molestaban por el amor que manifestaban a Jesús. En estas casas dijo también a varios hombres y a algunos primos de ellos que por ahora no le siguiesen, sino que permaneciesen amigos de Él en secreto, haciendo el bien que podían, mientras estuviera Él en vida y cumpliera su misión. Sus parientes hacen aquí todo el bien que pueden y ayudan a María, mandándole lo necesario. He visto a Jesús tratando con tanto amor y familiaridad con diversas familias de este lugar, que me quedé conmovida, y no lo puedo expresar: sólo lo recuerdo con lágrimas en los ojos.

Una cosa he visto esta noche que me impresionó de manera especial. Se levantó un viento muy impetuoso en Tierra Santa, y he visto a Jesús rezando junto con otras personas. Oraba con los brazos extendidos por la liberación de las desgracias. En el mismo momento tuve una visión de lo que pasaba en el mar de Galilea: se había levantado allí una gran tormenta y las barcas de Pedro, de Andrés y del Zebedeo estaban en gravísimo peligro de naufragar y romperse. A ellos los veía dormir tranquilos, en Betania, y sobre las barcas estaban sus criados. De pronto veía yo la figura de Jesús, mientras oraba, aquí, y al mismo tiempo sobre las barcas y en el mar; ya sobre una ya sobre otra, ayudando, alejando el peligro o sugiriendo medios de evitarlo. No estaba Él en persona, porque no lo vi ir allá: estaba algo más elevado que las otras personas; parecía que flotaba sobre ellos. La gente de las barcas no lo veían; era como si su espíritu obrase allí mientras su cuerpo estaba lejos. Nadie supo cómo Él ayudaba. Creo que los ayudó porque esos criados creían en Él y le habían invocado en el peligro.

XXII

Jesús en Nazaret. Los tres jóvenes. La fiesta de Purim

Desde Séforis fué caminando Jesús por senderos extraviados hasta algunas chacras, donde consoló y exhortó, en dirección a Nazaret, que está a dos horas. Tenía entre sus discípulos a dos o tres jóvenes hijos de unas viudas de esenios. Al llegar a Nazaret se albergó entre gente amiga y visitó a algunos en particular, sin llamar la atención. Los fariseos vinieron a verlo, exteriormente respetuosos, pero llenos de prevenciones contra Él. Le preguntaron qué pensaba hacer; por qué no se quedaba con su Madre. Jesús les contestó serio y decidido.

Aquí todo es preparativo para un día de ayuno por Ester y para la fiesta del Purim, que sigue de inmediato. Jesús enseñó en la sinagoga muy severamente. De noche lo he visto nuevamente orando, con los brazos extendidos. Lo vi aparecer en el mar de Galilea durante una tempestad. El peligro fué esta vez mayor y vi muchas barcas a punto de hundirse. Vi que Jesús ponía las manos en el timón, sin que el timonero se diera cuenta.

Después vi que los tres jóvenes ricos que habían estado antes con Jesús volvieron a rogarle los quisiera tomar como discípulos; casi se hincan delante de Él. Jesús no los admitió. Les dijo varias cosas que debían observar si querían ser sus discípulos. Jesús veía que estos jóvenes tenían sólo miras humanas y no entendían otros motivos. Querían seguirle como se seguiría a un filósofo, a un famoso rabino, para con la ciencia aprendida de tal sabio dar honra a la ciudad natal de Nazaret. Les dolía porque veían que jóvenes de humilde condición y pobres de la ciudad le seguían y los recibía; y ellos eran rechazados. Después vi a Jesús hasta altas horas de la noche con el anciano esenio Eliud de Nazaret. Este anciano parece estar en las últimas, y está siempre sobre su lecho. Jesús está como tendido junto a él, y, apoyado en su brazo, le habla. El hombre está todo absorto en Dios.

Con el principio de la fiesta de Purim se oyen sonidos de un instrumento que tocan sobre la sinagoga. El instrumento está apoyado sobre un trípode: es hueco, con varios pitos, que entran y salen, y emite una melodía de varios tonos. Había niños que tocaban en arpas y pífanos. En honor de la heroína Ester hoy gozan de grandes libertades y derechos las mujeres y las jóvenes en la sinagoga: no estaban, como de costumbre,

apartadas de los hombres, y hasta podían acercarse al recinto de los sacerdotes. Vinieron a la sinagoga procesiones de niños con varios vestidos: unos de blanco, otros de colorado. Entró también una joven que traía un aderezo extraño en la garganta: tenía una banda roja de sangre, figurando la garganta cortada, y de esa banda pendían cintas coloradas con botones sobre el vestido blanco, como si cayese sangre desde el cuello sobre la vestidura. Era una especie de comparsa, pues marchaba con un espléndido manto cuyos extremos sostenían otras jóvenes; le seguía una multitud de jóvenes, niños y niñas. Llevaba una gorra alta y puntiaguda y un velo muy largo; en la mano traía algo como un cetro. La joven era hermosa y alta. No pude comprender qué se representaba: me parece que representaba a Ester, y me recordaba por otra parte a Judit; pero no parecía la que mató a Holofernes, pues venía con una criada que traía un cesto con preciosos regalos para el primer sacerdote. Le regalaba placas de preciosa hechura, que traía a veces sobre la frente, a veces sobre el pecho.

En un rincón de la sinagoga veíase, detrás de una cortina, el simulacro de un hombre tendido sobre un lecho del cual esa joven le quitaba la cabeza y la presentaba al sacerdote principal. También daba a los sacerdotes, por una antigua costumbre, una amonestación sobre las principales faltas que se habían notado en el año; después de esto se retiraba. Vi que en otras fiestas semejantes tenían derecho ciertas mujeres de hacer amonestaciones a los sacerdotes.

En la sinagoga estaba abierto el libro de Ester y de ese rollo se iba leyendo por turno. También Jesús leyó. Los judíos, especialmente los niños, tenían maderitas y pequeños martillos consigo. Tirando un hilo pegaba el martillo sobre determinado nombre, mientras decían algo al mismo tiempo. Esto lo hacían cada vez que aparecía en la lectura el nombre de Amán.

Se celebraron también solemnes comidas. Jesús estuvo con los sacerdotes en la gran sala. Durante esta fiesta se veían adornos como en la fiesta de los Tabernáculos: muchas coronas de flores, hermosas rosas tan grandes como cabezas y pirámides de flores, hierbas, hojas, ramas y muchos frutos. Sobre la mesa se ponía un cordero entero y me maravillé del espléndido menaje que usaban en el servicio. Había fuentes de varios colores, transparentes, como piedras preciosas. Las gentes se hacen hoy muchos regalos unas a otras: alhajas, vestidos de fiesta, túnicas, manípulos, velos, correas con borlas y adornos varios. Jesús

recibió un vestido de fiesta, con borlas en la parte inferior; pero Él no lo quiso aceptar y lo regaló a otros. Muchos daban sus regalos a los pobres, los cuales eran en estos días muy recordados. Después de la comida paseó Jesús rodeado de sus discípulos y de los sacerdotes en una especie de parque de recreo cerca de Nazaret. Tenía consigo tres rollos escritos y el libro de Ester y por turno leían algunos trozos. Grupos de jóvenes y doncellas seguían detrás; las doncellas oían la lectura a cierta distancia. He visto a algunos hombres, yendo de casa en casa, cobrando algo como una contribución.

Desde Nazaret se dirigió Jesús con sus discípulos hacia la ciudad de Apheke, a cuatro horas de distancia; pero volvió a Nazaret para la fiesta del Sábado, y luego visitó al moribundo Eliud. Los sacerdotes de Nazaret no podían comprender cómo pudo Jesús adquirir una ciencia tan grande después de su corta ausencia de Nazaret. No podían contradecir su enseñanza con éxito y algunos le tenían verdadera envidia. Cuando abandonó Nazaret le acompañaron un trecho de camino.

XXIII

Jesús en una posesión de Lázaro en Thirza

Jesús se encaminó por el sendero que hizo la Sagrada Familia en su huída a Egipto, y llegó con sus discípulos a un pequeño lugar, no lejos de Legión, donde la Sagrada Familia se había refugiado y donde vivían hombres despreciados que trabajaban como esclavos. Jesús compró aquí panes, lo repartió y lo multiplicó al distribuirlo a muchos. No se produjo por esto mucho concurso, porque Jesús no se detuvo mucho aquí: fué como de pasada. Prosiguiendo su camino, le salieron al encuentro Lázaro, Juan Marcos y Obed. En compañía de los tres prosiguió hacia una propiedad de Lázaro, en Thirza, a cinco horas de camino. Aunque llegaron por la noche sin ser advertidos, todo estaba preparado para recibirlos. Esta propiedad estaba situada en una montaña en dirección a Samaría, no lejos de los campos de Jacob. Un anciano judío que andaba descalzo y ceñido es el cuidador: estaba desde que María y José habían pasado y se habían albergado en este mismo lugar en su viaje a Belén. En este sitio habían Marta y Magdalena servido al Señor en el último año de la vida de Jesús, cuando enseñaba y le habían rogado que fuese a ver a su hermano

Lázaro que estaba enfermo. Cerca de esta posesión de Lázaro estaba el pueblo de Thirza, en una hermosa situación, a unas siete horas de Samaría. En condiciones de recibir mucho el sol, era esta localidad muy rica en trigo, vino y toda clase de frutas; por esto la mayor parte de sus habitantes trabajan la tierra y venden los frutos. En otro tiempo fué una ciudad grande y hermosa, habitada por reyes; ahora se ve el castillo quemado y la ciudad muy dañada por las guerras. El rey Amri había habitado en la casa que pertenecía a Lázaro hasta que pudo trasladarse a Samaría. Las gentes son muy piadosas; se mantienen silenciosas y reservadas. El lugar está como escondido y empequeñecido. Creo que en nuestros tiempos debe haber rastros de su existencia. Los habitantes no se comunican con los de Samaría. Jesús enseño en la sinagoga, pero no sanó a los enfermos. Para el Sábado comenzó la fiesta de la dedicación del templo por Zorobabel, aunque no tan solemnes como las de los Macabeos. En las casas, en las calles, en los campos de pastoreo y en las sinagogas se ven luces y fuegos tradicionales. Jesús estuvo la mayor parte del día con sus discípulos en la sinagoga de Thirza. Comió en casa de Lázaro, pero muy parcamente: la mayor parte de los alimentos se repartían a los pobres, numerosos en este lugar. Los repartos se acostumbraban ya cuando se hospedaba Jesús aquí. De la grandeza de la ciudad quedan estos vestigios de murallas y torres derruidas. Parece que la casa de Lázaro, que está a un cuarto de hora de camino, formaba parte de la ciudad por los restos de murallas que se ven en lo que hoy son jardines y praderas cultivadas. Lázaro había heredado esta posesión de su padre. Aquí, como en todas partes, Lázaro es tenido en honor, considerado como un hombre no sólo rico, sino piadoso, prudente e iluminado; su conducta es por otra parte muy distinta de los demás: tiene un proceder serio, habla poco y es muy compasivo, bondadoso y en todo muy medido. Cuando terminaron las fiestas Jesús abandonó a Thirza con sus discípulos y Lázaro, y se encaminó hacia Judea. El camino era el mismo de José y María, cuando fueron a Belén, a través de las montañas, a un lado de Samaría y por las mismas comarcas.

Lo veo subir a una alta montaña por la noche. Era una noche tranquila y sobre la región se extendía una ligera neblina. Le acompañan unos diez y ocho discípulos: van de dos en dos por el sendero; unos delante, otros detrás de Jesús. Éste, por momentos, calla; unas veces, ora, y otras, habla. La noche

invita a la oración y a la quietud. Anduvieron toda la noche y hacia la mañana descansaron un tanto, tomando algún alimento; luego continuaron por una montaña fría, evitando las ciudades del camino.

No lejos de Samaría he visto al Señor con unos seis discípulos, cuando de pronto se presentó un hombre joven que, echándose a sus pies, le dijo: "Salva a este hombre, ya que Tú vas a librar a Judea y a restaurarla". Creía este hombre en un reino temporal de Cristo; pedía ser tomado como discípulo, y deseaba un empleo en ese reino. Este joven era huérfano, pero había heredado grandes posesiones de su padre y estaba empleado en Samaría. Jesús se mostró muy familiar con él; le dijo que cuando volviera le diría lo que le convenía hacer: le agradaba su humildad y su buena voluntad; que no había nada que decir sobre su pedido. Supe que el joven estaba muy aficionado a sus riquezas y que Jesús quería decirle lo que deseaba cuando hubiese elegido a sus discípulos para darles a ellos una enseñanza. Este joven vuelve, en efecto, de nuevo, y lo que entonces le dijo Jesús está en el Evangelio.

Por la tarde los veo llegar al albergue de los pastores, entre los dos desiertos, como a cinco o seis horas de Betania, donde en otro tiempo María y las santas mujeres pernoctaron cuando fueron a Betania, donde estaba Jesús antes de su bautismo. Los pastores de los alrededores se juntaron y trajeron regalos y alimentos. El albergue estaba convertido en sitio de oración. Ardía una lámpara y pernoctaron aquí. Jesús enseñó y celebró el Sábado.

En este camino difícil y solitario Jesús pasó por donde María, en su viaje a Belén, tuvo tanto frío y donde luego halló alivio. Jesús pasó todo el Sábado con sus discípulos entre pastores, que se consideraron muy felices y quedaron conmovidos. El mismo Jesús me pareció más alegre y jovial entre estos sencillos pastores. Después del Sábado se encaminó hacia Betania, a cuatro horas de camino.

XXIV

La primera Pascua en Jerusalén

Jesús se albergaba en casa de Lázaro en la misma pieza que ocupó otras veces. Está arreglada como una sinagoga y es el oratorio de la familia. En el medio hay un atril, sobre el cual

están colocados los rollos de las Escrituras. La pieza de Jesús está separada del oratorio por un tabique. A la mañana siguiente salió Marta para Jerusalén para ir a casa de María Marcos y de las otras mujeres a decirles que Jesús y Lázaro, su hermano, irían a la casa de María Marcos. En efecto, Jesús y Lázaro llegaron allí hacia el mediodía. En la comida estaban Verónica, Juana Chusa, Susana, los discípulos de Jesús y de Juan, de Jerusalén, Juan Marcos, los hijos de Simeón, el hijo de Verónica, los primos de José de Arimatea, como unos nueve hombres. No estaban ni Nicodemus ni José de Arimatea. Jesús habló de la proximidad del reino de Dios, de su misión, de su seguimiento y aún oscuramente de su pasión. La casa de Juan Marcos está delante de la ciudad, en la parte oriental, frente del Huerto de los Olivos: Jesús no necesitó atravesar la ciudad para ir hasta allá.

Por la tarde volvió con Lázaro a Betania. En Jerusalén ya se está hablando de Jesús, del nuevo Profeta que está ahora en Betania. Algunos se alegran de su cercanía; otros se escandalizan del Profeta de Nazaret. En los jardines y en el camino del Huerto de los Olivos se ve gente. Algunos fariseos están allí esperando verlo de pasada: habían oído decir que quizás entraría en la ciudad. Con todo, nadie le detuvo ni le interrogó. Veo que algunos se ocultan tras los setos para seguir observando, y dicen: "Ahí va el Profeta de Nazaret, el hijo del carpintero". Había mucha gente trabajando en los jardines y parques con la proximidad de las fiestas, limpiando, arreglando, podando y cortando los setos y las plantas. También se ven obreros y pobres trabajadores que van a Jerusalén a buscar ocupación en la ciudad y en los jardines: van con sus instrumentos de labor, montados en asnillos. Uno de ellos era aquel Simón, que más tarde cargó con la cruz de Cristo.

Días después veo a Jesús de nuevo en Jerusalén y en la casa de Obed, el hijo de Simeón, no lejos del templo; luego en otra casa donde solía habitar la antigua familia de Simeón, frente al templo. Allí tomó una refección preparada y enviada por Marta y las otras mujeres. Los discípulos de Jerusalén, como unos nueve, estaban allí con Jesús. Éste habló con mucha ternura de la proximidad del reino de Dios. Todavía no fué al templo. Va sin temor alguno de un lado a otro. Viste una larga vestimenta blanca, que solían llevar los profetas. A menudo aparece a la vista de los demás, sin llamar la atención, y desapa-

rece. Con todo, a veces su aparición es extraordinaria: su rostro es resplandeciente y su aspecto nada común.

Cuando por la tarde volvió a Betania, acudieron algunos discípulos de Juan, entre ellos Saturnino. Saludaron a Jesús y le hablaron de Juan: cómo ahora ya no iban a él tantos para ser bautizados; que en cambio Herodes trataba mucho al Bautista. Nicodemus vino esta tarde a Betania a casa de Lázaro y escuchó la enseñanza de Jesús. A la mañana siguiente fué Jesús a casa de Simón, el fariseo, que tenía una sala de fiesta en Betania. Había allí una comida: estaban reunidos Nicodemus, Lázaro, los discípulos de Juan, los discípulos de Jerusalén. Aparte estaban Marta y las mujeres de Jerusalén. Nicodemus casi no habla en presencia de Jesús, y sólo escucha atentamente su enseñanza. José de Arimatea pregunta algunas veces. Simón, el fariseo, no es mal hombre, pero aún está dudoso: está de parte de Jesús por la amistad que tiene con Lázaro y Nicodemus; pero le gusta andar bien con los demás fariseos. Jesús habló mucho en esta ocasión de los profetas y del cumplimiento de las profecías. Habló de la maravilla de la concepción de Juan, cómo lo libró Dios de la matanza de los inocentes y cómo fué su misión de preparar el camino. Habló también del poco caso que hace la gente del cumplimiento del tiempo de las profecías y dijo, entre otras cosas: "Son apenas treinta años, y ¿quién recuerda ahora, fuera de algunas piadosas y sencillas personas, que tres Reyes vinieron con su séquito desde el Oriente, siguiendo una estrella y buscaron a un Niño recién nacido, Rey de los Judíos, y lo encontraron como niño de pobres padres?... Tres días estuvieron allí. Si hubiesen venido para buscar a un príncipe nadie hubiese olvidado tan pronto su venida". No dijo, sin embargo, que ese Niño era Él mismo.

Después, acompañado por Lázaro y Saturnino, fué visitando las casas de los pobres enfermos y humildes obreros, sanando a unos seis. Estos enfermos eran estropeados, gotosos y melancólicos. Les mandó salir de sus casas a tomar el sol. No se nota en Betania ningún concurso de gente por causa de Jesús. Aún en estas curaciones se procedió sin llamar la atención. Lázaro, a quien todos respetan, es parte de que no se produzcan los tumultos y concurrencia desordenada de otros lugares. Por la tarde, que empezaba el primer día de Nisan, hubo una festividad en la sinagoga: me pareció la fiesta del novilunio, porque vi una iluminación en la escuela en forma de una luna, que en el

transcurso de la oración se iba iluminando cada vez más, porque un hombre iba encendiendo detrás más luces.

Algunos días después vi a Jesús con Lázaro, Saturnino, Obed y otros discípulos en el templo, tomando parte en los cultos que allí se hacían; se ofrecía allí un carnero. La presencia de Jesús en el templo trae una conmoción entre los judíos. Lo extraño es que cada uno siente esta conmoción y no la manifiesta a los demás, que también se sienten movidos de secreta admiración. Es esto providencial, para dar a Jesús el tiempo de cumplir toda su misión: si se hubiesen comunicado unos a otros su parecer, habrían puesto obstáculos a su desarrollo. Ahora combaten en algunos corazones el odio y la ira con la íntima admiración y emoción. En otros se despierta un deseo de conocer mejor a Jesús y se informan y preguntan para conocerlo mejor. Hubo también en esta ocasión un día de ayuno por la muerte de los hijos de Aarón.

En la casa de Lázaro están reunidos los discípulos de Jesús y otras personas piadosas. Jesús enseñó en una sala espaciosa donde se había colocado una silla para Él. De la misma forma como cuando hace poco habló de la venida de los tres Reyes Magos, así ahora habló de cosas pasadas. Dijo: "¿No hace diez y ocho años apenas desde que un pequeño Bachir (escolar) disputaba con los doctores de la ley, cuando ellos tanto se enojaron contra Él?". Dijo también lo que ese Niño les había enseñado.

Jesús estuvo de nuevo con Obed, que tiene un empleo en el templo y con otros discípulos en el sagrado recinto para la fiesta del Sábado. Estaban de a dos entre los otros hombres de Jerusalén. Jesús tenía una vestidura blanca con faja y un manto también blanco, al modo de los esenios. Había en Él siempre algo que imponía y admiraba: sus vestidos eran siempre limpios y llamaban la atención, porque Él los llevaba. Cantó algo de los rollos, y oró con los demás alternativamente. Algunos precedían al rezo y lo guiaban. Se notaba que los presentes miraban maravillados y conmovidos, sin decirle a Él nada, y hablaban entre sí en secreto. He visto en muchos admirables conmociones y cambios. Tuvieron lugar tres predicaciones sobre los hijos de Israel, sobre la salida de Egipto y sobre el cordero pascual. Encima de un altar había incienso. Los sacerdotes no podían verse: sólo se veía el fuego y el humo del incienso. El fuego se veía a través de una rejilla sobre la cual estaba el adorno de un cordero pascual con rayos: a través de este adorno

brillaba el fuego adentro. Este altar estaba cerca del *Sancta Sanctorum*, cuyas puntas parecían penetrar hasta él.

He visto a los fariseos, rezando, envueltos los brazos en una banda larga y angosta, como un velo. A eso de las dos de la tarde fué Jesús con sus acompañantes al templo, a una pieza en la antesala de Israel, donde se había preparado una comida de frutas trenzadas como coletas. Habían designado al maestresala que debía proveer al orden. En los lugares adyacentes se podía comprar todo lo necesario para esta comida. Los extranjeros tenían este derecho de vender. El templo era como una ciudad en pequeño; todo se podía conseguir allí. Durante la comida Jesús enseñó. Cuando se alejaron los hombres comieron en el mismo lugar las mujeres. Hoy descubrí algo nuevo: Lázaro tenía un oficio en el templo, así como entre nosotros puede el alcalde tener ingerencia en la iglesia. He visto que pasaba con una caja en la mano colectando limosnas o el pago de algún impuesto. Jesús y los suyos permanecieron toda la tarde en el templo. No lo he visto en Betania sino a eso de las nueve de la noche. Con ocasión de este Sábado ardían innumerables lámpara en el templo.

XXV

María y los futuros apóstoles van a Jerusalén

María y las santas mujeres partieron de Cafarnaúm hacia Jerusalén. Van caminando por las cercanías de Nazaret y del Tabor, porque allí se juntarán otras mujeres, y a través de Samaría. Los discípulos de Galilea las habían precedido y algunos criados iban detrás de ellas llevando bultos y paquetes. Entre los hombres veo a Pedro, Andrés y su hermano uterino Jonatán, los hijos de Zebedeo(*), los hijos de María de Cleofás(**), Natanael Chased y Natanael, el de las bodas de Caná.

Al cuarto de Nisán estuvo Jesús toda la mañana con unos veinte discípulos en el templo. Después enseñó en casa de María Marcos(***) y tomó algún alimento. Luego lo vi en Betania, en

(*) Los hijos del Zebedeo son Santiago el Mayor y Juan Evangelista. Son hijos de María Salomé y del Zebedeo. María Salomé es hija de Sobé, hermana de Santa Ana.

(**) María Cleofás, llamada así por el nombre de su padre, es hija de María Helí, hija mayor de Santa Ana. María Cleofás es madre de Judas Tadeo, de Simón y de Santiago el Menor. Su marido Alfeo, que era viudo, le dió a Leví (Mateo). De su segundo matrimonio con Sabas, es madre de José Bársabas, y de su tercer matrimonio con Jonás, es madre de Simeón, que fué obispo de Jerusalén.

(***) María Marcos, madre de Juan Marcos, discípulo del Señor.

casa de Simón el fariseo, con su amigo Lázaro. En todas partes están ocupados en elegir los corderos para la Pascua. Jesús estuvo de nuevo en el templo por la tarde, y enseñó después en la casa de José de Arimatea(*). Esta vivienda está cerca de la de Juan Marcos, cerca de un taller de tallado de piedras. El lugar está algo apartado del pasaje común y los fariseos no frecuentan mucho este sitio; además ninguno de los enemigos se atreve a acercarse a Jesús: los que le odian lo hacen en secreto y no dan señal de ello en público. Jesús, por su parte, obra libremente en Jerusalén y en el templo. Se adelantó con Obed(**) entre el altar de los sacrificios y el templo donde hubo una prédica sobre la fiesta pascual y los usos de los sacerdotes. Sus discípulos quedaron atrás, en la antesala de Israel.Los fariseos se enojaron grandemente de verlo allí. Andando por los caminos habla con las gentes que van y vienen. Acude cada vez más gente a Jerusalén para las fiestas, especialmente trabajadores, obreros, peones, siervos y comerciantes con provisiones. Alrededor de la ciudad y en los sitios libres se levantan tiendas y chozas para albergar la gente que va llegando; también se traen a la ciudad muchos corderos y otros animales, y la gente elige sus corderos para la Pascua. Llegan también infieles y paganos.

En Betania Jesús enseña y sana a los enfermos públicamente. Le han traído algunos enfermos de otros lados y llegaron algunos parientes de Zacarías desde Hebrón para invitarlo a ir allá con ellos. Jesús estuvo de nuevo en el templo; y por la tarde, cuando la mayoría de los sacerdotes había abandonado el templo, enseñó en el lugar donde había estado con los discípulos, hablándoles a ellos y a otros piadosos israelitas de la proximidad del reino de Dios, de la Pascua, del cumplimiento de las profecías y de las figuras del cordero pascual. Habló con mucha severidad, y algunos sacerdotes que aún estaban allí ocupados se sintieron conmovidos por sus palabras aunque guardaban rencor interior contra Él.

Después volvió Jesús a Betania y de allí, con los hombres que habían venido a buscarlo, se encaminó la misma noche hacia Hebrón con algunos de sus discípulos. Hebrón está como a cuatro horas de camino. En el templo se trabaja en los preparativos de la Pascua. En el interior se modifican varias cosas para esta ocasión. Pasajes y galerías se abren y limpian, y los

(*) José de Arimatea y su amigo Nicodemus tenían en Jerusalén un taller de tallado de piedras. Ambos son del consejo del templo.
(**) Obed es hijo de Simeón, el anciano del templo de Jerusalén.

tabiques son quitados para dejar espacio. Ahora se puede ir hacia el altar por varias partes y todo el aspecto interior ha cambiado completamente. Mientras tanto, Jesús camina hacia Hebrón con algunos de sus discípulos y con la gente que lo vino a buscar, parientes de Zacarías. Va por el camino entre Jerusalén y Belén. Habrá que andar unas cinco horas. A través de Juta llegó a Hebrón, donde enseñó libremente y sanó a muchos enfermos. Volvió a Betania para la fiesta del Sábado. El camino va por alturas de la montaña. Comienza a hacer calor. Algunos discípulos de Juan, que habían venido con Jesús, vuelven ahora a ver a Juan. Para el Sábado estuvo en el templo y se fué hasta el vestíbulo con Obed, donde había una silla para enseñar; más tarde enseñó allí. Estaban sentados sacerdotes y levitas en círculo alrededor de la silla de enseñanza, desde la cual uno desarrollaba un tema sobre la fiesta pascual. La aparición de Jesús motivó una gran agitación entre los presentes, especialmente cuando hizo una pregunta que nadie pudo contestar, o hizo alguna aclaración sobre la predicación. Entre otras cosas dijo que había llegado el tiempo en que el tipo y figura del cordero pascual tendría su realización; que esta ceremonia y el templo mismo tendrían su fin. Habló en modo figurado, pero con tanta exactitud y claridad, que yo pensé, sin quererlo, en aquel pasaje del *Pange lingua,* que dice: *Et antiquum documentum novo cedat ritui.* Cuando los fariseos le preguntaron quien le había dicho esas cosas Él contestó que su Padre se las había dicho, sin decir más de su Padre. Jesús hablaba en general, y los fariseos, aunque grandemente airados contra Él, no se atrevieron a molestarle; estaban llenos de ira y de admiración al mismo tiempo, cosa que no sabían explicarse. No estaba permitido entrar en esta parte del templo, pero a Él, como Profeta, se le permitió. En el último año de su vida Jesús enseñó en este lugar.

Después del Sábado se volvió de nuevo a Betania. Hasta ahora no lo he visto hablar de nuevo con María la Silenciosa. Creo que su fin está cerca. Me parece que en ella se ha operado algún cambio. Está tendida en el suelo, sobre unas mantas oscuras, sostenida en brazos por las criadas: sufre una especie de desmayo. Me parece como si estuviera ahora más en contacto con la tierra, pues debe sufrir aquí y debe permanecer algún tiempo más sobre ella. Hasta ahora estuvo como ausente de la tierra; no sabiendo lo que en ella pasaba. Debe saber que ese Jesús, que está en su casa de Betania, es Aquél que deberá sufrir tanto, y ella debe quedarse algún tiempo más en esta tierra

para sufrir con Él por compasión. Luego habría de morir muy pronto. La noche del Sábado Jesús visitó a la Silenciosa y le habló largo rato. Por momentos estaba tendida en su lecho, y por momentos se paseaba. Se encuentra ahora en sus cabales: se da cuenta de lo que es la tierra, lo que es la vida del otro mundo y que Jesús es el Cordero de Dios, el Salvador, que por esa causa tendrá que padecer mucho. Está triste a causa de este pensamiento y el mundo pesa sobre ella en forma abrumadora. De un modo especial le contrista la ingratitud de los hombres, que conoce de antemano. Jesús habló largamente con ella de la proximidad del reino de Dios y de sus padecimientos; después la bendijo y la dejó. Está ahora muy hermosa y esbelta, pálida, como transparente; tiene las manos como de marfil y dedos finos.

A la mañana Jesús sanó en Betania a muchos que le habían traído de lugares aún lejanos y también a extranjeros que habían acudido a las fiestas, estropeados y ciegos. Todo lo hizo abiertamente y en público. Vinieron también algunos hombres del templo, a pedirle cuenta de su proceder, preguntándole quien le había autorizado ayer para mezclarse y hablar durante la explicación. Jesús les contestó con serenidad y habló de nuevo de su Padre. Los fariseos no se atrevían a enfrentarse directamente con Él: sentían como un temor en su presencia y no sabían explicarse lo que les pasaba. Jesús no se dejó atemorizar y enseñó nuevamente en el templo. Todos los discípulos de Galilea, que habían estado en las bodas de Caná, se habían reunido aquí. María y las santas mujeres habitan en la casa de María Marcos. Lázaro compró muchos corderos elegidos, y después de haberlos preparado los repartió entre los trabajadores y peones.

XXVI

Jesús echa a los mercaderes del templo

Cuando Jesús acompañado de sus discípulos llegó al templo, hizo salir del círculo de la oración, con toda amabilidad, a muchos vendedores de comestibles, de hierbas, de aves y corderos, y les indicó el lugar en la antesala llamada de los gentiles. Los amonestó amigablemente diciéndoles que era muy inconveniente el balido de los corderos y la presencia de animales en ese lugar. Ayudó con sus discípulos a transportar las mesas y cajones y les hizo lugar en el nuevo sitio. El mismo día sanó a muchos enfermos de los extranjeros venidos a Jeru-

salén, especialmente a pobres trabajadores estropeados que solían vivir en las cercanías del Cenáculo en el monte Sión.

Hay en Jerusalén una afluencia extraordinaria de gente. Alrededor de la ciudad se ven grandes extensiones de chozas y tiendas, y en las plazas y lugares abiertos hileras de edificios y tiendas largas, como calles, donde se puede obtener lo que se necesita en grande abundancia para levantar tiendas y amueblarlas y para la venta de los corderos de Pascua. En estos negocios algunas cosas se compran y otras se alquilan. Grandes masas de obreros y de pobres de todo el país están allí ocupados en traer y llevar objetos. Estos obreros hace ya tiempo que han limpiado los lugares y alejado todo lo que puede obstruir los sitios donde se instalan las tiendas y los puestos; otros obreros han cortado y arreglado los cercos, limpiado los caminos, preparado lugares sacando escombros e instalando casitas y tiendas. Desde semanas atrás se han mejorado los caminos carreteros. Todos estos trabajos se refieren a los preparativos de la Pascua, cuando se sacrifican los corderos, como los preparativos del Bautista se dirigían a preparar los caminos al Cordero de Dios que ha de ser sacrificado por los pecados del mundo.

Al volver más tarde Jesús al templo tuvo que echar nuevamente a los mercaderes que habían invadido los lugares prohibidos, porque estando ahora por la gran afluencia de gente todos los pasajes y puertas abiertos, muchos de ellos se habían internado hasta el lugar de oración. Jesús los echó de allí, empujando sus mesas, procediendo con más energía y decisión que la primera vez. Los discípulos le ayudaban en la obra; pero había allí gente soez y atrevida que, con ademán airado y estirando el cuello contra Jesús, le resistían, de modo que Jesús mismo tuvo que empujar con una mano las mesas que allí se veían. No pudieron hacerle nada, a pesar del enojo que tenían contra Él. El lugar de oración se encontró pronto desocupado. Los mercaderes fueron alejados hacia la parte exterior del templo. Les dijo claramente que por dos veces los había apartado de allí a las buenas; que si volvían por tercera vez iba a proceder con violencia. Por este motivo algunos de los más osados gritaron contra Él: qué se pensaba ese Galileo, ese discípulo de Nazaret... añadiendo que no le temían. A pesar de esto, salieron del lugar. Había mucho público alrededor y los judíos piadosos le daban razón y lo alababan, aunque a cierta distancia. Alguien clamó también: "El profeta de Nazaret". Los fariseos se mostraban escandalizados y avergonzados. En los días anteriores

habían dicho en secreto al pueblo que durante las fiestas se abstuvieran de juntarse con ese hombre extraño; que no le siguiesen y no hablasen tanto de Él y de sus cosas. Pero el pueblo mostraba cada vez mayor interés por Él, máxime ahora habían llegado muchas personas curadas por Él y que escucharon en otros sitios sus enseñanzas. Al salir Jesús del templo, estando en una antesala, clamó a Él un estropeado pidiéndole la salud, y habiéndolo sanado, empezó éste, contento, a gritar en el templo, contando su curación; de modo que se levantó allí un gran tumulto y admiración.

El Bautista no viene a las fiestas de Pascua; no se atiene a las exigencias exteriores de la ley, como los demás hombres. Es una voz que debe clamar; una voz revestida de carne humana con un destino superior. Hay ahora de nuevo grande afluencia en su bautismo, pues van llegando muchos forasteros para las fiestas de Jerusalén. Por la tarde se hizo silencio en la ciudad; todos se ocupaban en el interior de sus casas en barrer las levaduras para preparar el pan sin levadura; se veían los objetos cubiertos con colgaduras. Lo mismo ocurría en la casa que Lázaro tenía en el monte Sión, donde Jesús y los suyos se disponían a comer el cordero pascual. Jesús también andaba en estos preparativos, enseñando de paso. Las cosas se hacían con orden bajo su dirección. No se procedía aquí con ese temor como entre los demás judíos. Jesús les declaraba lo que había de símbolo en estos preparativos y lo que los fariseos habían añadido por su cuenta.

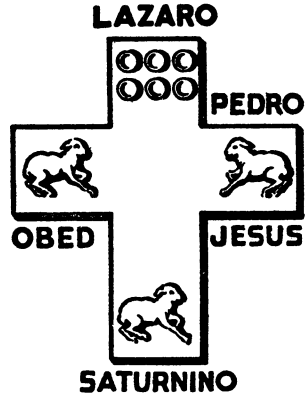
XXVII

I . celebración de la Pascua por Jesús, Lázaro y sus discípulos

Algunos días después hallábase Jesús en Betania. Cuando vi nuevamente muchos mercaderes en los lugares de oración del templo, pensé que si estuviera Jesús allí lo pasarían mal estos atrevidos. Por la tarde se sacrificaron los corderos en el templo. Hacíase esto con un orden y destreza admirables. Cada uno traía su cordero sobre los hombros; todos avanzaban en orden y había sitio para todos. Veíanse tres patios en torno del altar para esperar; entre el altar y el templo había gran multitud. Delante de los sacrificadores había barandillas y aparatos con todas las comodidades; con todo, estaban tan cerca unos de otros, que la sangre de un cordero salpicaba al del lado, y así los vestidos de estos encargados estaban llenos de sangre. Los

sacerdotes estaban en hileras hasta el altar y los recipientes, vacíos o llenos de sangre, pasaban de unas manos a otras. Antes que los judíos desentrañaran a estos corderos, los ataban de tal manera que las entrañas las podían sacar fácilmente con un instrumento, ayudado por otro. La operación de quitar la piel procedía con facilidad: la levantaban un tanto y la sujetaban a un bastón redondo; ponían el cordero delante de su pecho colgado y sujeto al cuello del sacrificador; y luego con las dos manos enrollaban la piel con mucha destreza. Hacia la tarde se había terminado la tarea de sacrificar corderos. Era un atardecer rojizo.

Lázaro, Obed y Saturnino(*) sacrificaron los tres corderos que comieron Jesús y los suyos. La comida tuvo lugar en la casa que Lázaro poseía en el monte Sión. Era un gran edificio con dos alas. En la sala donde comieron estaba instalado el bracero donde asaron los corderos; era, sin embargo, muy diferente del que he visto en el Cenáculo. Este era más levantado, como el hogar que había visto en casa de Ana y de María y en Caná de Galilea. En las gruesas paredes había lugares vanos donde colocaron los corderos: estaban sujetos sobre maderas, como crucificados. La sala estaba bien adornada y comieron en mesas que, con gran maravilla mía, estaban colocadas en forma de cruz. Lázaro estaba sentado donde termina la cruz, rodeado de muchas fuentes y platos para el servicio con hierbas amargas, y los corderos estaban como lo indica el siguiente esquema:



(*) Saturnino, hijo de padres paganos, había venido a Jerusalén a raíz de los Reyes Magos. Sus padres vivían en Patras y era de ascendencia real. Fué discípulo de Juan y muy temprano pasó a serlo de Jesús.

En torno de Jesús había parientes, amigos y discípulos de Galilea; en torno de Obed y de Lázaro estaban los discípulos de Jerusalén, y en torno de Saturnino, los discípulos del Bautista. Eran unos treinta.

Esta primera Pascua fué muy diversa de la última de Jesús, que procedió conforme al ceremonial judío. Todos tenían sus báculos en la mano; estaban ceñidos y comieron apresurados. En la otra Pascua, tuvo Jesús dos palos en forma de cruz. Cantaron aquí salmos y comieron de pie, no dejando nada sobrante. Más tarde se sentaron con más comodidad a la mesa. Con todo, había algunas cosas diferentes de lo que solían hacer los judíos. Jesús les declaraba las cosas y ellos dejaron de lado ciertas prácticas que habían introducido los fariseos por su cuenta. Jesús trinchó los tres corderos y sirvió en la mesa y dijo que Él hacía esto como servidor de todos. Después permanecieron hasta la noche juntos, y cantaron salmos y rezaron.

Hoy estaba todo silencioso y misterioso en Jerusalén. Los judíos que no sacrificaban, estaban quietos en sus casas, que solían adornar con plantas y hierbas de verde oscuro. La muchísima gente que después de sacrificar los corderos se había quedado en sus casas, está hoy ocupada en diversos quehaceres, y toda la ciudad tiene un apecto de tristeza abrumadora. Hoy he visto donde se asan tantos corderos para los forasteros acompañados en torno de la ciudad. Se habían levantado fuera y dentro de la ciudad, en los lugares libres, unas anchas paredes sobre las cuales se podía andar cómodamente y sobre éstas se habían erigido, uno al lado de otro, multitud de hornos. De distancia en distancia había un capataz que vigilaba el orden y daba, por una módica retribución, lo necesario para asar los corderos. En estos braceros y hornos solían cocinar en otras ocasiones los forasteros y extranjeros que iban a la ciudad. El quemar las gorduras de los corderos duró hasta muy entrada la noche; luego fué purificado el altar, y a la mañana siguiente se abrieron de nuevo las puertas del templo.

Jesús y sus discípulos habían pasado casi toda la noche en oraciones en casa de Lázaro. Los discípulos de Galilea durmieron en lugares que se habían levantado junto al edificio. Al rayar el día se dirigieron al templo, ya iluminado con muchas lámparas. En todas partes se veían gentes que subían al templo con sus sacrificios. Jesús y los suyos estaban en una antesala, donde Él enseñaba. De nuevo veíase allí una multitud de mercaderes, instalados hasta pocos pasos del lugar de oración y de

las mujeres. Como vinieran aún más, les mandó Jesús que se retirasen y ordenó salir a los que estaban allí; pero ellos se resistieron y llamaron a los guardianes pidiendo ayuda. Estos avisaron al Sanedrín, porque se sentían impotentes. Jesús ordenó a los mercaderes que se retiraran de allí, y como se resistiesen, sacó de sus vestidos un cinto tejido de juncos delgados; corrió un anillo, de modo que el cinto se abrió en forma de un azote de varias partes y con este instrumento arremetió contra los mercaderes, volteó las mesas y arrolló a los más osados por delante, mientras los discípulos hacían lo mismo a ambos lados, y así desocuparon todo aquel espacio. En esto llegó un grupo de sacerdotes del Sanedrín, y le pidieron cuenta de su proceder: quién le daba derecho de hacer eso. Él les contestó que aunque el Santo de los Santos ya no estaba en el templo y éste caminaba a su ruina, con todo era todavía un lugar sagrado; que la oración de tantos fieles se levantaba del templo; que el templo no era lugar de comercio, de trampas y engaños de monederos y de vil tráfico y usura. Ya que le pedían cuenta en nombre de quien obraba, les dijo que era en nombre de su Padre. Como le preguntaran quién era su Padre, contestó que no era el momento de explicarlo y que tampoco no lo entenderían. Diciendo esto se apartó de ellos, siguiendo en su tarea de echar a los mercaderes. Acudieron también dos grupos de soldados, y los sacerdotes nada osaron hacer contra Jesús, porque estaban avergonzados ellos mismos del desorden. Había muchos del pueblo que daban la razón al Profeta; los mismos soldados ayudaron a apartar las mesas de los vendedores y sacarlas con las mercaderías desparramadas. De este modo Jesús y sus discípulos arrojaron a los mercaderes fuera del templo. Sólo a los que vendían palomas, pequeños panes y refrescos en las tiendas instaladas en la antesala, los dejó, porque no molestaban y vendían cosas más o menos necesarias.

Después de esto salió con sus discípulos al vestíbulo. Serían las siete u ocho de la mañana cuando sucedió todo esto. Por la tarde salió una especie de procesión a lo largo del valle del Cedrón, para cortar los primeros manojos de la cosecha. En uno de estos días Jesús sanó a unos diez estropeados en el vestíbulo del templo y a otros que eran mudos. Esto levantó un murmullo de admiración, porque los sanados clamaban publicando el hecho, llenos de contento. Nuevamente se presentaron los fariseos para pedir cuenta a Jesús de su proceder; pero Jesús les contestó con tono severo, y nada pudieron hacer porque el pueblo

estaba muy entusiasmado con Él. Después de las ceremonias del culto oyó la explicación en una sala del templo con sus discípulos: se explicaba el libro de Moisés. Jesús hizo diversas preguntas, por que era ésta una especie de escuela pública, donde se podía discutir y preguntar; al fin redujo a silencio a todos, y dió una explicación muy distinta de la que daban los fariseos acerca del punto que se leía de Moisés.

Durante estos días Jesús no estuvo casi con su Madre que hallábase todo el tiempo en casa de María Marcos, llena de angustia y lágrimas y en oración, temerosa del alboroto que se levantaba a causa de su proceder en el templo. Después del tumulto mayor que se levantó a raíz de haber sanado a los enfermos, Jesús se retiró a Betania y celebró el Sábado en casa de Lázaro. Después del Sábado, fueron los fariseos a casa de María Marcos a buscar a Jesús para prenderlo. Como no lo encontraron, dijeron a María y a las demás mujeres, que eran secuaces de Jesús, que dejasen la ciudad y que saliesen de ella. María y las otras mujeres se afligieron mucho y se dirigieron a Betania, a casa de Marta. María, llorosa, se fué a la habitación de Marta, en ese momento junto a su hermana María la Silenciosa, que estaba muy enferma, de nuevo fuera de sí, en un mundo superior, donde ya veía lo que había entrevisto durante su vida mortal en espíritu. Así, no pudiendo más con su angustia y su tristeza, esta María la Silenciosa murió en brazos de María, de Marta, de María Cleofás y de las otras santas mujeres.

Nicodemus acudió durante el día por mediación de Lázaro, a pesar de la persecución contra Jesús, que la noche anterior la pasó enseñando. Antes de rayar el alba se dirigió Jesús con Nicodemus a casa de Lázaro, en el monte Sión. Llegó también José de Arimatea junto a Jesús. Él les habló y ellos se humillaron delante de Jesús. Dijeron que sabían quién era Él, que era más que un hombre ordinario e hicieron votos de servirle hasta la muerte. Jesús les mandó que se mantuvieran reservados y ellos le pidieron que los conservara en su amor. Después de esto llegaron los demás discípulos que habían comido la Pascua con Él, y Jesús les dió enseñanzas y advertencias para el futuro próximo. Se saludaron dándose la mano y se secaron las lágrimas con el paño angosto que solían llevar al cuello y con el cual a veces se cubrían la cabeza.

Epoca Cuarta

Desde la conclusión de la primera Pascua hasta la prisión de Juan Bautista

I

La carta del rey Abgaro

Desde Betania, donde Jesús estuvo algún tiempo como oculto, se dirigió al bautisterio, cerca de Ono. Los arreglos que allí se habían hecho los custodiaba un encargado. Al saber que Jesús iba allá se reunieron los discípulos y mucha gente de los alrededores. Mientras Jesús estaba hablando a la turba, que escuchaba en rueda, parte de pie y parte sentados sobre bancos de madera, se acercó un extranjero con seis acompañantes, montados sobre mulos, y llegando a cierta distancia del sitio donde hablaba Jesús, se detuvo, y levantó una tienda. Era un enviado del rey de Edesa, Abgaro, que estaba enfermo. El mensajero le traía regalos y una carta, rogándole fuese allá, para darle la salud. El rey Abgaro tenía un tumor en los pies y caminaba rengueando. Algunos viajeros le habían hablado de Jesús, de sus milagros, del testimonio de Juan y del enojo de los fariseos en la última Pascua, y todo esto lo había llenado de deseos de verlo en su propio país y obtener de Él su curación. El joven mensajero del rey sabía pintar y tenía la orden, si Jesús no podía o no quería acudir, de llevarle por lo menos su rostro en una pintura. He visto que este hombre se esforzaba por acercarse a Jesús y no lo podía conseguir: buscaba ya de un lado, ya de otro de introducirse entre la multitud para escuchar la enseñanza de Jesús y al mismo tiempo pintar su fisonomía. Entonces Jesús mandó a uno de los discípulos que trajese a ese hombre y le diese lugar en una tarima cercana. El discípulo llevó al mensajero al lugar señalado, como también a sus acompañantes, para que pudiesen oír y ver. Los regalos que traían consistían en lienzos, en placas de oro muy finas y unos graciosos corderitos.

El mensajero, muy contento de poder ver a Jesús, desplegó su tablero y poniéndolo sobre sus rodillas comenzó a contemplar con admiración a Jesús, mientras trataba de pintar su rostro. Tenía delante de su vista un tablero blanco como de madera de boj. Comenzó primero por grabar con una punta el contorno de la cabeza y de la barba de Jesús, sin el cuello; después pareció que ponía sobre la tabla algo como cera blanda, imprimiéndole forma con los dedos. De nuevo grabó sobre el

tablero, dándole forma y aunque trabajó largo tiempo no llegaba a terminar su trabajo. Cada vez que miraba el rostro de Jesús parecía que, lleno de admiración, rehacía el trabajo una y otra vez. Cuando vi que Lucas pintaba, no lo hacía en esa forma, sino que usaba pinceles. El trabajo de este hombre era de altorrelieve, de modo que se podían tocar los contornos del dibujo.

Jesús continuó algún tiempo más enseñando y al fin envió a un discípulo que dijese al hombre que se acercase para poder cumplir su mensaje. Entonces el hombre se acercó a Jesús, seguido por los acompañantes, que traían los regalos y los corderitos, detrás de su principal. Llevaba este hombre un vestido corto, sin manto, parecido a uno de los Reyes Magos. En el brazo izquierdo traía su dibujo en forma de un escudo, sostenido por una correa. En la mano derecha llevaba la carta de su rey. Se echó de rodillas ante Jesús, se inclinó profundamente, y dijo: "Tu siervo es el criado del rey Abgaro, de Edesa, que está enfermo y te manda esta carta pidiéndote que recibas sus regalos". Al decir esto se acercaron los siervos con los regalos. Jesús contestó que le agradaba la buena voluntad del rey, e indicó a algunos discípulos que recibiesen los regalos para repartirlos más tarde entre los pobres de esos contornos. Jesús tomó luego la carta, que desplegó ante si, y leyó. Recuerdo sólo que, entre otras cosas, decía la carta: Ya que Él era poderoso para resucitar muertos, le rogaba fuese adonde él se encontraba y le sanase de su dolencia. La carta era, en el medio, donde estaba escrita, más consistente, y los bordes, más blandos, como si fuesen de piel suave, o seda, cerraban la carta misma. Vi que había una cinta colgando. Cuando Jesús leyó la carta dió vuelta al sobre o superficie de la carta y escribió con un punzón, que sacó de sus vestidos y del cual extrajo algo, trazando algunos caracteres al otro lado del pergamino. Las palabras escritas eran bastante grandes; luego cerró la carta. Después hizo traer agua, se lavó el rostro y se pasó la parte más blanda del envoltorio del mensaje sobre su rostro y se lo devolvió al mensajero, el cual lo apretó contra el tablero de su dibujo. Vióse entonces un dibujo perfecto y acabado. El pintor estaba tan contento que tomando el tablero que colgaba de su lado, lo volvió a los espectadores que estaban mirando la escena, se echó delante de Jesús y se marchó en seguida.

Algunos de sus acompañantes se quedaron y siguieron luego a Jesús, el cual, después de esto, salió de allí y se dirigió al

segundo bautisterio que Juan había abandonado pasando el Jordán. Estos extranjeros se dejaron bautizar ahí mismo. Yo vi que el mensajero llegó a un lugar delante de una ciudad donde había edificios de piedras y hornos de ladrillos y pasó la noche allí. A la mañana siguiente algunos trabajadores vieron una luz, como un incendio y acudieron muy temprano, y vieron que esa maravilla provenía del lienzo que llevaba el mensajero. Se produjo por esta causa un tumulto: tantas fueron las gentes que acudieron allí. El pintor les mostró el cuadro y entonces ví que también el lienzo que Jesús había usado llevaba la misma impresión. El rey Abgaro le salió al encuentro algún trecho en su jardín, y al ver el cuadro y leer la carta de Jesús, quedó muy conmovido. De inmediato cambió de vida y despachó a las muchas mujeres con las cuales pecaba. Más tarde he visto que después de la muerte de ese rey y de su hijo, por causa de un sucesor malo, el cuadro, que estuvo siempre a la veneración del público, fué sustraído por un piadoso obispo junto con una lámpara que ardía delante, y amurallado, y que después de mucho tiempo se volvió a encontrar, y que la figura había quedado grabada también en el ladrillo que lo había ocultado(*).

II

Jesús en los confines de Sidón y Tiro

Desde Ono se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el lugar medio de los bautismos, arriba de Bethabara, enfrente de Gilgal, y allí hizo bautizar por medio de Andrés, Saturnino, Pedro y Santiago. Se había congregado una gran multitud. Esta corrida de la gente excitó la admiración de los fariseos. Mandaron cartas a todos los jefes de sinagogas con orden de que les enviasen a Jesús donde quiera lo encontrasen, y detuviesen también a sus discípulos, y los interrogasen sobre su doctrina. Jesús acompañado por algunos discípulos se dirigió, por el camino de Samaría, a los confines de Tiro; los demás discípulos se marcharon cada uno a su pueblo.

(*) Hablan del hecho del rey Abgaro, entre otros, Eusebio, en su historia de la Iglesia; San Efrem siro, diácono de la Iglesia de Edesa; Evagrio, San Juan Damasceno, Teodoro Estudita, Natal Alejandro y muchos otros historiadores. El Papa Gregorio II escribiendo al Emperador León Isáurico Iconoclasta, le recuerda el hecho del rey de Edesa y se apoya en el mismo parà defender el culto de las imágenes.

Por este tiempo Herodes mandó traer a Juan a Kallirrohe y lo tuvo preso en una especie de bóveda del palacio por el término de seis semanas; luego lo dejó en libertad. Mientras Jesús se dirigía a Samaría, pasando por los campos de Esdrelón, volvió Bartolomé del bautisterio de Juan y se dirigió a su pueblo de Dabbeseth, cuando se encontró con algunos discípulos. Andrés le habló con mucho entusiasmo de Jesús. Bartolomé(*) oía con gusto lo que le contaban y con cierto temor reverencial. Andrés, que gustoso solía instruir a otros hombres para hacerlos discípulos, se acercó a Jesús y le dijo que Bartolomé de buena gana le seguiría si lo permitía. Como en ese momento Bartolomé pasaba cerca de Jesús, Andrés señaló a Bartolomé, y Jesús, mirándolo, dijo: "Lo conozco; él me seguirá. Veo mucho de bueno en él y a su tiempo lo llamaré". Este Bartolomé vivía en Dabbeseth, no lejos de Ptolemaida, y era de oficio escribiente. He visto que después se unió con Tomás, y hablando con él de Jesús, lo ganó para la causa aficionándolo al Salvador.

En estos viajes apresurados Jesús padeció necesidad. He visto a menudo que Saturnino o algún otro discípulo sacaba un pan de la canastilla y que Jesús lo mojaba antes en agua para poder comer su corteza ya reseca. Llegando a Tiro entró Jesús con los suyos en un albergue cerca de la puerta del campo. Se había retirado a un peñasco alto, porque Tiro es una ciudad grande, edificada tan arriba que mirando desde allá parece que resbalara hacia abajo. Jesús no entró en la ciudad. Se mantuvo en esa parte, junto a los muros, donde había poca gente. El albergue estaba metido en esos gruesos muros, junto a los cuales venía un camino vecinal. Jesús llevaba un vestido pardusco y un manto blanco de lana. Entraba solo en las casas de los más pobres para visitarlos. Con él habían llegado Saturnino y otros discípulos. Los demás apóstoles, Pedro, Andrés, Santiago el Menor, Tadeo, Natanael Chased y todos los discípulos que habían estado en las bodas de Caná, iban llegando de uno a uno a un albergue que estaba en otra parte de la ciudad de Tiro, donde había un sitio de reunión de los judíos. Un dique ancho llevaba a esa parte de la ciudad y estaba cubierto de árboles. A esta casa a la cual estaba unida también la escuela pertenecía un gran parque o lugar de baños, que llegaba hasta el mar y separaba parte de la ciudad de la tierra firme. El parque estaba cercado

(*) Bartolomé era esenio; su padre Tolmai descendía del rey de Gesur. Como escriba era conocido de Tomás que tenía el mismo oficio y vivía en Arimatea.

por una muralla y dentro de él corría un cerco de plantas vivas, recortado en forma de figuras. En medio del parque estaba la cisterna con aguas vivas rodeada de columnas formando un pórtico, con pequeños cuartitos alrededor. Se podía entrar en la cisterna, en cuyo fondo se alzaba una columna con gradas y agarraderas de modo que se podía estar en el agua hasta la profundidad que uno deseaba. Unos judíos viejos vivían en este lugar; provenían de una descendencia despreciada y formaban entre ellos una secta; eran gente buena.

Me causaba alegría y emoción el modo con que Jesús saludaba a los discípulos que iban llegando: les daba la mano a cada uno. Ellos se mostraban reverentes y lo trataban con confianza, pero como a un hombre extraordinario y sobrenatural. Se mostraban muy contentos de haberlo encontrado de nuevo. Jesús enseñó largo tiempo delante de ellos y ellos iban contando lo que les había pasado a cada uno. Todos juntos hicieron una comida consistente en panes, frutas, miel y pescados traídos por los discípulos. Éstos habían sido molestados y llamados a juicio por los fariseos, algunos en Jerusalén, otros en Gennebris, preguntándoles en grandes asambleas acerca de la doctrina de Jesús, de sus designios, y por qué le seguían. En estos juicios he visto a Pedro, Andrés y a Juan con las manos atadas; pero ellos lograron desatarse de sus ligaduras con una facilidad que les pareció milagrosa. Se les dejó luego en libertad secretamente y ellos se retiraron a sus respectivos hogares. Jesús los animó a la perseverancia diciéndoles que poco a poco se desobligasen de sus oficios y esparciesen sus enseñanzas entre el pueblo. Les dijo que pronto volvería a estar entre ellos y proseguir su vida pública no bien llegase con ellos a Galilea.

Después de haberse despedido de estos discípulos Jesús llevó a cabo una enseñanza y una exhortación muy grande en la escuela y en el lugar de los baños, delante de los numerosos hombres, mujeres y niños que se habían reunido. Les habló de Moisés y de los profetas y de la proximidad del reino de Dios y del Mesías. A este propósito recordó que la sequía de la tierra, la oración de Elías pidiendo lluvia y la nube aparecida y la lluvia misma que siguió, eran señales y figuras de esta proximidad. Habló de la purificación por las aguas y les dijo que fueran al bautismo de Juan. Sanó a varios enfermos que le habían traído en camillas. Vi que a los niños los sumergía, teniéndolos en sus brazos en el agua, donde Saturnino había antes echado un poco del agua que traía en un recipiente y que Jesús

bendijo. Los discípulos bautizaban y como había otros más crecidos se introdujeron en el agua, sujetándose de los sostenes allí puestos, y así fueron bautizados. He visto que aquí hacían en el bautismo algo diferente que en otras partes. Muchos de los ya crecidos tuvieron que permanecer alejados. Estos trabajos continuaron hasta la entrada de la noche.

III

Jesús en Sichor-Libnath

Cuando Jesús dejó Tiro anduvo sin acompañantes porque había despachado a los dos discípulos con mensajes a Cafarnaúm y a Juan el Bautista. Jesús se dirigió a la ciudad de Sichor-Libnath, a diez u once horas de viaje desde Tiro hacia el Sudeste: era el mismo camino que había hecho al ir a Tiro. El lago Merom con las ciudades de Adama y Seleucia quedaron al Este, a su izquierda. La ciudad de Sichor-Libnath, o Amichores, llamada ciudad "del agua de lluvia", está a pocas horas de Ptolemaida, junto a un lago pequeño y triste, al ccal no se podía llegar de un lado por las altas montañas que lo rodean. De este lado sale el arroyo arenoso de Belus, que se echa en el mar, cerca de Ptolemaida. La ciudad me pareció tan grande que me maravilla que se hable tan poco de ella. La ciudad judía de Misael no está lejos de allí. Es este el país que el rey Salomón regaló al rey Hiram de Tiro. Sichor es un lugar libre, bajo el protectorado de Tiro. Hay mucho comercio de animales; veo grandes ovejas de fina lana que nadan en las aguas. Se hacen aquí finos trabajos de lana, que tiñen los de Tiro. No veo agricultura fuera de los árboles frutales. En el agua se cría una especie de cereal de gruesos tallos, del cual hacen pan: creo que no lo siembran. De aquí parte un camino hacia Siria y Arabia; pero no hay hacia Galilea. Jesús había andado por caminos y sendas vecinales hasta Tiro. Delante de Sichor había dos puentes bastante grandes: uno muy alto, servía para pasar cuando todo se inundaba; en otro puente se podía andar por las arcadas que tenía. Las casas estaban situadas en altura, contra las inundaciones. Los habitantes son en su mayoría paganos. Veo varios edificios con puntas y banderitas o pendones que me parece indican templos de ídolos.

Me maravilla ver como aquí también viven algunos judíos en grandes casas, a pesar de constituir ellos la minoría y estar

oprimidos. Creo que eran judíos huídos de su patria. La casa donde entró Jesús estaba delante de la ciudad; pero lo he visto pasar el río. En la cercanía de la casa había una sinagoga; Jesús había hablado a estas gentes ya antes cuando pasó para ir a Tiro, porque parecía que esperaban su llegada y le salieron al encuentro recibiéndolo respetuosamente. Eran judíos, entre ellos un hombre de edad, con numerosa familia, que habitaba una casa muy hermosa parecida a un palacio, con muchos otros edificios más pequeños adheridos. Este hombre, por respeto, no llevó a Jesús a su propia casa sino a una habitación de al lado, donde le lavó los pies y le sirvió alimento. He visto aquí una gran hilera de gente que venía a buscarse su alimento; eran trabajadores de todas clases, hombres, mujeres y jóvenes, una mezcla de pueblos paganos, donde había mestizos y negros, quizás esclavos de este hombre, que volvían de su trabajo y se reunían en un amplio lugar. Estos hombres traían palas e instrumentos de labor, carritos y pequeños barcos que tenían en el medio un asiento, remos y toda clase de instrumentos de pesca. Habían estado empleados en trabajos de puentes y en la ribera. Estos hombres recibían su alimento en recipientes, aves y hierbas; entre ellos habían algunos que comían carne cruda.

Jesús se hizo llevar a su presencia. Les habló cariñosamente, y ellos se alegraron mucho de conocer a semejante Hombre. Dos judíos ancianos vinieron luego a Jesús con rollos, y mientras comían preguntaban muchas cosas con curiosidad, porque eran maestros de la juventud. El judío rico, dueño de la casa, se llama Simeón y es de Samaría. Él o sus antepasados se interesaron por el templo de Garizim y se juntaron con los Samaritanos: por esto fueron desterrados y se establecieron aquí. Jesús enseñó todo el día en un lugar público rodeado de columnas en el cual se podía extender una tienda junto a la casa de aquel hombre. El dueño iba de un lado a otro. Se habían reunido muchos judíos de toda clase y condición. No lo he visto sanar, porque no había aquí baldados o enfermos. Los hombres son de aspecto seco, flacos, pero de gran estatura. Jesús, enseñando sobre el bautismo, les dijo que vendrían discípulos que bautizarían. Después fué Jesús con ese hombre al camino por donde volvían los esclavos de su trabajo; les habló, los consoló y les dijo una parábola. Entre ellos había algunos buenos que se sintieron conmovidos. Recibieron su paga y su alimento. Pensé en la parábola donde el dueño de la viña paga a sus tra-

bajadores. Estos peones vivían en casitas apartadas de allí como a un cuarto de hora. Trabajaban para Simeón pagando una especie de tributo.

Al día siguiente, habiendo Jesús enseñado todo el día, se acercaron, cuando ya todos los judíos se habían alejado, unos veinte paganos que desde varios días antes querían ser recibidos. La casa de Simeón estaba como a media hora de camino de la ciudad y no les era permitido a los paganos acercarse a más distancia que hasta una columna, como torre. Ahora el mismo Simeón trajo a los paganos, que saludaron muy reverentes y pidieron ser enseñados. Jesús habló con ellos en una sala, tan extensamente, que tuvieron que encenderse las luces. Los consoló, les habló en una parábola de los Reyes Magos y les anunció que la luz de la verdad pasaría a los gentiles.

IV

Jesús con varios discípulos en el camino de Tiro

Cuando los dos discípulos mandados por Jesús a Cafarnaúm regresaron a Sichor, le anunciaron el arribo de los cuatro discípulos mandados a buscar. Jesús les salió al encuentro en un camino de tres o cuatro horas, a través de una montaña y se reunieron en un albergue en territorio de Galilea. Además de los llamados, había otros siete, entre ellos Juan y algunas mujeres, entre las cuales reconocí a María Marcos, de Jerusalén, y a la madre de una hermana del novio Natanael, de Caná. Los discípulos llamados eran Pedro, Andrés, Santiago el menor y Natanael Chased. Cuando ya oscurecía anduvo Jesús con estos cuatro y los otros discípulos de vuelta a Sichor; los otros siete no llamados volvieron a Galilea.

Era una noche espléndida de verano. El aire estaba perfumado y el cielo sereno, tachonado de estrellas. Caminaban unas veces juntos, otras uno delante y los demás detrás, y Jesús en medio de ellos. Descansaron una vez bajo árboles cargados de frutas, en una comarca muy fértil y de ricas praderas. Cuando volvieron a andar se levantó una bandada de pájaros que había volado encima de ellos hasta allí. Eran grandes como gallinas, tenían picos colorados y grandes alas negras, como las que suelen pintar a los ángeles y emitían un clamor como una conversación. Estas aves volaron hasta la ciudad, donde se posaron sobre los juncos de las aguas. Yo los veía correr sobre la super-

ficie. Era hermoso ver, en esa noche tranquila, cuando Jesús callaba, oraba o enseñaba cómo callaban también esas aves y se posaban tranquilamente. De este modo siguieron a la caravana de Jesús a través de la montaña. Simeón les salió al encuentro, lavó los pies a todos, les dió una copa y una refección, y los llevó a su casa. Los pájaros pertenecían al dueño de la casa, y revoloteaban allí como las palomas. Durante el día enseñó Jesús aquí y por la tarde celebraron el Sábado en casa de Simeón. Además de Jesús y los discípulos, se habían reunido unos veinte judíos. La sinagoga se hallaba en un porticado subterráneo; tenía escalones y estaba muy bien ordenada. La casa de Simeón estaba en una elevación. Presidía la reunión un cazador, que leía y cantaba. Después enseñó Jesús. Jesús y los discípulos descansaron en esa misma casa.

Durmieron pocas horas, porque muy de madrugada los he visto ya en camino a través de sendas tortuosas, en dirección a una pequeña ciudad en la tierra judía de Chabul. Allí vivían judíos exilados que solían reunirse en oración común. Los fariseos no los querían adimitir en sus reuniones. Habían tenido largo tiempo el deseo de ver a Jesús entre ellos pero no se estimaban dignos y por eso no le habían mandado mensajeros. Dados los muchos vericuetos del camino anduvieron como cinco o seis horas de camino. Cuando se acercaron a la ciudad judía se adelantaron algunos discípulos para anunciar al jefe de la sinagoga la llegada de Jesús. Aunque era Sábado hizo Jesús este camino porque en estas comarcas no observaba Jesús estrictamente este precepto cuando había alguna necesidad. Se fué a los jefes de la sinagoga, que le recibieron muy humildemente; les lavaron a Él y a sus discípulos los pies y les dieron alimento.

Después se hizo llevar a todos los enfermos, y sanó a unos veinte de ellos. Entre ellos había algunos completamente encorvados, baldados, mujeres con flujo de sangre, ciegos, hidrópicos, muchos niños enfermos y algunos leprosos. Estando en el camino clamaron algunos endemoniados, y Jesús los libró. Todo procedía con orden y en silencio, sin tumulto. Los discípulos ayudaban a levantar a los enfermos, instruir a las gentes que los seguían y se agolpaban a las puertas. Jesús exhortó a los enfermos a creer, antes de sanarlos, y a mejorar de vida; a otros que eran creyentes los sanó sin más. Levantó los ojos en alto y oró sobre ellos. A algunos los tocaba y a otros pasaba las manos sobre ellos. Lo he visto bendecir el agua y rociar con ella a las gentes y hacer rociar las casas con el agua. En una de estas casas tomaron

Jesús y sus discípulos algún alimento. Algunos de los sanados se levantaron y se echaban a los pies de Jesús, le seguían luego como en una procesión y a la distancia, con temor reverencial. A otros les decía que se quedasen en su lugar. A algunos les mandó bañarse en el agua que Él había bendecido: eran niños y leprosos. Luego fué a un pozo de la sinagoga y lo bendijo; para esto bajó algunas gradas y echó también sal, que había bendecido. Enseñó aquí sobre Eliseo, que cerca de Jericó echó sal a las aguas para sanarlas, y dió el significado de la sal. Dijo que los enfermos se lavasen con las aguas de ese pozo cuando tuviesen necesidad. Cuando bendecía, lo hacía en forma de cruz; los discípulos le sostenían a veces el manto, que Él se quitaba y le alcanzaban la sal, que Él echaba en las aguas. Todo esto lo hacía con seriedad grande y santamente. Yo recibí en esta ocasión la advertencia de que los sacerdotes recibían la misma facultad y poder de sanar. Algunos enfermos eran traídos en camillas y Él los sanaba. Jesús llevó a cabo una enseñanza más en la sinagoga y no tomó alimento. Todo el día lo empleó en enseñar y sanar enfermos. Por la tarde, después del Sábado, dejó con sus discípulos el lugar, y despidiéndose de los entristecidos habitantes, les dijo que se quedasen, lo que ellos hicieron humildemente. Les bendijo y sanó las aguas porque tenían agua malsana. Había dentro de las aguas víboras y otros animales con gruesas cabezas y colas.

Se dirigió con sus discípulos a un gran albergue distante unas horas, sobre una montaña, y allí comieron y descansaron en la noche. Esta posada la habían dejado de lado cuando vinieron. Días después acudieron muchas gentes a la posada con sus enfermos, ya que sabían que Jesús debía llegar. Eran las que vivían en las laderas de la montaña, en chozas y cavernas. En el Oeste vivían, hacia Tiro, los paganos que también se acercaron y en el Este vivían los judíos muy pobres. Jesús enseñó hablando de purificación, de lavarse y hacer penitencia, y sanó unas treinta personas. Los paganos estaban aparte, y Jesús les enseñó cuando los demás se hubieron retirado; los consoló, y su conversación duró hasta la tarde. Esta gente tiene pequeñas huertas y plantaciones en torno de sus cuevas, y se alimenta de leche de oveja con la cual hacen quesos que comen como pan y de las frutas de sus huertas y otras frutas silvestres que venden en el mercado. Llevan agua buena en recipientes a lugares y ciudades donde se detuvo Jesús ayer. Había mu-

chos leprosos y Jesús bendijo las aguas, mandándoles que se bañasen en ellas.

A la tarde llegó Jesús de vuelta a Sichor-Libnath, donde enseñó de nuevo y dijo que al día siguiente bautizarían allí. Había en la gran casa de Simeón una fuente redonda y bastante plana rodeada de un borde hundido, donde afluían las aguas sobrantes. El agua tampoco era buena aquí: tenía un sabor desagradable y Jesús la bendijo. Echó dentro sal, como pequeñas piedras, ya que muy cerca había una montaña salitrosa. En esa fuente, que se llenó de agua y se vació repetidas veces para purificarla, se hizo el bautismo de unas treinta personas. Se bautizaron el dueño de casa, los hombres de su familia, otros judíos del lugar, varios paganos de los que habían estado antes con Jésús y algunos de los esclavos de las chozas con los cuales había hablado frecuentemente cuando volvían del trabajo. Los paganos tuvieron que esperar el último turno y hacer antes otras abluciones. Jesús había echado antes en el agua de la fuente un poco de aquella agua del Jordán que traían siempre en los viajes, y bendijo las aguas. Se había dejado también agua en los canales transversales, de modo que los bautizandos podían estar en el agua hasta las rodillas. Jesús enseñó y los preparó durante este tiempo. Los bautizandos aparecieron con mantos largos, oscuros, con capucha sobre la cabeza, especie de vestidos de penitencia. Cuando llegaban a la excavación donde estaba la fuente, se quitaban el manto, permaneciendo cubiertos hasta la mitad del cuerpo con un especie de escapulario que les tapaba el pecho y las espaldas, y les dejaba libres los brazos. Uno de los discípulos le ponía las manos sobre la cabeza y otros sobre las espaldas. El bautizador derramaba varias veces el agua sobre la cabeza con un recipiente pequeño sacando agua de la fuente, en nombre del Altísimo. Primero bautizó Andrés; luego, Pedro, y más tarde, Saturnino. Los paganos fueron bautizados a continuación de los judíos. Todo esto duró hasta la tarde. Cuando la gente se hubo retirado, iba Jesús caminando apartado de sus discípulos, saliendo del lugar y reuniéndose de nuevo en el camino. Se dirigieron por el Oriente, a Adama, cerca del lago Merom. Descansaron durante la noche en una pradera de mucho pasto, bajo los árboles.

V

Jesús en Adama, en el Jardín de la Gracia

Aunque la ciudad de Adama parecía estar cerca, tuvieron Jesús y sus discípulos que andar por un camino algunas horas más lejos para poder pasar por las aguas del lago Merom, lo que hicieron en una balsa preparada para los viajeros. Al mediodía alcanzaron la ciudad de Adama, rodeada de agua por todos lados. Al Este de la ciudad está el lago Merom; el agua rodea la ciudad y se reúne en el lugar de los baños, para entrar nuevamente en el lago. Había cinco puentes a diversas distancias. Las orillas escarpadas del lago, a un nivel bajo, estaban cubiertas de juncos y de plantas; las aguas aparecen turbias hasta el centro del lago, donde corre más claro el río Jordán. En torno del lago veo muchos animales carniceros, que merodean. Cuando Jesús se acercaba al lugar de los baños se llegaron algunos hombres principales de la ciudad, que le aguardaban; le acompañaron a la ciudad y le presentaron al jefe, que habitaba un castillo con un vestíbulo y otras habitaciones situado en un lugar espacioso. El vestíbulo estaba adornado con chapas y baldosas brillantes de varios colores. Aquí lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, les sacudieron los mantos y limpiaron las ropas. Se les trajo abundancia de frutas y de hierbas para comer. La gente de Adama tiene esta costumbre, heredada de sus mayores, de recibir y llevar al castillo a todo extranjero, y allí inquirirle el por qué de su venida. Si le agrada el forastero, lo sirven y atienden, pensando que esto, tarde o temprano, les traerá algún provecho.

A los viajeros que no les agrada llegan hasta a ponerlos en la cárcel. Adama y otras veinte poblaciones pertenecen a una comarca bajo uno de los Herodes. Los habitantes de la ciudad eran judíos samaritanos, los cuales por haberse alejado de los demás habían admitido otras aberraciones. No se practicaba, sin embargo, la idolatría, y aún los paganos que habitaban aquí tenían sus ídolos en secreto. Jesús fué conducido por los hombres de la ciudad a la sinagoga, que tenía tres pisos, adonde se habían reunido gran cantidad de personas, los hombres delante y detrás las mujeres. Primero rezaron, pidiendo a Dios que fuera para su mayor gloria lo que iban a entender de la enseñanza de Jesús. Éste habló primero de las promesas, diciendo que todas se habían cumplido, una tras otra. Enseñó sobre la

gracia: que no se pierde, sino que pasa a otro que en mérito esté más cerca, cuando por los méritos de los antepasados no pudo pasar a aquel primero, por haberse hecho indigno. Les dijo que por las obras de sus antepasados, que habían hecho un bien, que ellos ni siquiera sabían ahora, todavía gozaban de las consecuencias de esa obra buena. En tiempos lejanos habían sus antepasados recibido en la ciudad a gentes echadas de otra comarca.

Jesús y sus discípulos se alojaban en una gran posada, junto a la puerta por la cual habían entrado. En las cercanías de los baños, más al Sur, había un lugar donde se enseñaba. Alrededor de una colina cubierta de verdor se había erigido un sillón para enseñar: era un asiento de piedra. En torno había un gran espacio con cinco hileras de árboles que daban espesa sombra contra los ardores del sol. Era un sitio ameno y lo llamaban el Jardín de la Gracia, porque, decían las gentes, aquí habían recibido una vez una gracia muy grande; como había otro lugar en la parte Norte de la ciudad, de donde, decían, les había venido una gran calamidad en otros tiempos. Los discípulos entraban en las casas y avisaban a la gente que se reuniese en el Jardín de la Gracia, porque Jesús quería tener allí una gran reunión. La tarde anterior había tenido lugar un banquete en un pórtico abierto de la casa del jefe de la ciudad, donde se congregaron unas cincuenta personas principales en cinco mesas. Jesús tomó asiento con el principal y los discípulos se distribuyeron entre los demás comensales. Creo que Jesús y sus discípulos habían contribuído con algo en esta comida. Sobre las mesas se veían montones de fuentes con viandas. Jesús enseñaba durante la comida, y a veces se levantaba e iba de una mesa a otra, conversando con unos y otros. Sobre las mesas habían colocado arbolitos en macetas. Cuando se levantaron y dieron gracias, quedaron esas plantas sobre las mesas y todos los comensales se reunieron en torno de Jesús, en semicírculo. Tuvo con ellos una conversación y los invitó para la mañana a un gran sermón en el lugar llamado de la Gracia.

Al día siguiente, a eso de las nueve, se dirigió Jesús con sus discípulos al sitio indicado donde ya se habían reunido más de cien personas de las principales de la ciudad, bajo la sombra de los árboles, y en círculos más alejados, cierto número de mujeres. Andando pasaron por el castillo del jefe de la ciudad, que con gran aparato y en traje de etiqueta se dirigía al lugar de la conferencia. Jesús le dijo que no lo hiciera con ese

aparato, sino que fuese allá, como los demás hombres, vestido de largo manto y en traje de oración y penitencia. En efecto, estos hombres vestían mantos de lana multicolores y una especie de escapularios, cruzados sobre el pecho, sujetos por los hombros con una correa angosta, que caían por las espaldas en tiras anchas y largas. Estas tiras eran negras y sobre ellas estaban escritos, en diversos colores, los siete pecados capitales. Las mujeres estaban con la cabeza cubierta. Cuando Jesús llegó al sillón, la gente hizo una inclinación profunda y reverente; el jefe y los principales se colocaron cerca del sillón. Los discípulos tenían también cierto número de oyentes aparte, entre ellos mujeres y les enseñaban las cosas oídas a Jesús.

Jesús levantó sus ojos al cielo y oró en voz alta a su Padre, del cual viene todo bien, para que entrase la enseñanza en corazones contritos y dispuestos y mandó a la gente que repitiese con Él su plegaria, cosa que hicieron todos. Su gran sermón duró sin interrupción desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Se hizo una pausa solamente cuando trajeron a Jesús una bebida en una copa y un poco de alimento. Los oyentes iban y venían conforme tenían sus ocupaciones en casa. Jesús habló de la penitencia y del bautismo, del cual decía que era una purificación espiritual y una ablución. He visto que hasta Pentecostés no se bautizaba a las mujeres. Los niños y niñas, de cinco a ocho años, fueron también bautizados; pero no mayores. Yo no sé explicar ahora el misterio que todo esto encerraba. También habló Jesús de Moisés, cuando quebró las tablas de la ley, del becerro de oro, de los truenos y de los relámpagos del Sinaí.

VI

Conversión milagrosa de un judío obstinado

Cuando Jesús hubo terminado su gran sermón y muchos de los principales de la ciudad se habían vuelto a sus casas con el jefe, se adelantó osadamente un anciano judío de luenga barba y se acercó al sillón de Jesús. Era un hombre alto, de aspecto noble y dijo: "Ahora quiero yo también hablar contigo. Tú has enunciado 23 verdades y en realidad son 24". Diciendo esto comenzó a enumerar cierta cantidad de verdades, una tras otra, y a discutir con Jesús sobre ellas.

Jesús le contestó: "Yo te he permitido estar aquí para tu propia conversión, pudiendo hacerte salir delante de todo el

pueblo, puesto que has venido sin invitación. Tú dices que son 24 las verdades y que yo enumeré 23; en cambio, tú aumentas tres al número, pues son en realidad 20, como lo he enseñado". Jesús enumeró entonces 20 verdades, correspondientes a las 20 letras del alfabeto hebreo, con las cuales también el judío había contado. A continuación Jesús habló del castigo que merece el pecado de añadir algo a las verdades conocidas. Pero el obstinado judío no quería de manera alguna darse por vencido y confesar que se había equivocado. Había algunos que le daban razón y que se alegraban de lo que creían era un apuro de Jesús por contestar. Jesús al fin le dijo: "Tú tienes un hermoso jardín; tráeme las más hermosas frutas y las más sanas, y ellas se pudrirán aquí, ante tu vista, para que veas que te equivocas. Tú tienes también un cuerpo sano y recto y te verás encorvado, porque no tienes razón; para que veas que hasta lo mejor y más sano se echa a perder cuando a la verdad se añade algo que no corresponde. Si tú, en cambio, puedes hacer un solo milagro, serán verdades tus 24 dichos".

Oído esto, el viejo se fué con un ayudante a su cercano jardín. Tenía allí cuanto había de precioso y raro en frutas, hierbas y flores; en jaulas he visto pájaros raros y hermosos, y en medio del jardín una fuente de agua con graciosos pececillos. Prontamente juntó con su ayudante las mejores frutas, peras amarillas, manzanas y uvas tempranas y las puso en un par de pequeños canastos, y otras frutas menores las acomodó en una fuente tejida de una materia transparente y de color. Además llevó consigo, en un canasto cerrado, varios pajaritos y unos animales parecidos a conejos y un gatito. Jesús, mientras tanto, enseñó acerca de la obstinación y el castigo que merece añadir algo a las verdades conocidas. Cuando el viejo judío trajo en los canastos y jaulas todas sus rarezas y las depositó junto al sillón de Jesús, se suscitó gran expectativa entre los presentes. Como el viejo, lleno de orgullo, insistía en sus anteriores afirmaciones, se cumplió la palabra de Jesús sobre los objetos que había traído el viejo y sobre éste mismo. Las frutas comenzaron a moverse y salieron del interior gusanos asquerosos que se comieron toda una manzana, de modo que de ella no quedó sino un pedazo de cáscara sobre la cabeza de un enjambre de gusanos. Los animales que había traído enfermaron de pronto y salió de ellos una materia purulenta y luego gusanos que devoraban las carnes de los pájaros y de los animales. Todo se volvió repugnante, y la turba, que se había aproximado, comenzó a clamar

y a gritar, tanto más cuando vieron al viejo inclinarse de un lado, ponerse amarillo y quedar contrahecho de cuerpo.

El pueblo, al ver esto, comenzó a gritar lleno de admiración, y el viejo alzó la voz, quejándose, reconociendo su sin razón y rogando al Señor se compadeciese de su miseria. Se hizo un tumulto tan grande, que el jefe de la ciudad, que se había retirado, fué llamado de nuevo para restablecer el orden, mientras el viejo clamaba y decía públicamente que había sido injusto, que reconocía su error y que había añadido algo a la verdad. Cuando vió Jesús que el viejo se arrepentía y pedía a los presentes que rogasen por él para volver a su primer estado, bendijo los objetos traídos por el anciano judío, y todo volvió de nuevo a su primera forma, tanto los frutos como los pájaros y animales, y el mismo viejo, que llorando, lleno de agradecimiento, se postró a los pies de Jesús con mucha humildad. La conversión de este anciano fué tan sincera que de allí en adelante fué el más fiel de los discípulos, y convirtió a muchos otros con su palabra. Por penitencia repartió gran parte de las hermosas frutas de su huerta a los pobres. Este prodigio produjo una saludable impresión en todos los que iban y venían para comer o por negocios. Este milagro fué necesario aquí, donde la gente, aunque deseosa de oír, era algo obstinada en su error, como acontece en lugares donde hay matrimonios mixtos, y conviven diferentes religiones: éstos eran samaritanos unidos con paganos que habían sido echados de Samaría.

He visto que hoy ayunaban, no por la destrucción del templo de Jerusalén, sino por haber sido ellos echados de Samaría. Reconocían que estaban en error, pero no estaban dispuestos a salir de él. Habían recibido a Jesús con todos los honores, porque según una revelación antigua recibida de los mismos paganos, muchas señales habían sucedido en un tiempo cuando obtuvieron de Dios una gracia grande. Esa revelación había sido recibida en el sitio que llamaban ellos "Lugar de la Gracia". Recuerdo de esto sólo que mientras estos paganos estaban en grande apretura, habían levantado sus manos al cielo pidiendo ayuda a Dios y se les anunció que recibirían una gracia grande cuando aparecieran nuevas corrientes de agua que iban al mar y otra nueva en el lugar de los baños, y cuando la ciudad se extendiera hasta la fuente de baños. Ahora se habían cumplido todas estas señales. Se derramaban entonces cinco corrientes en el mar y en el Jordán. También se había cumplido una señal con un brazo del Jordán y al pozo de los baños habían corrido nuevas corrien-

tes de aguas saludables. Allí se va a bautizar, y las profecías se refieren a este lugar. Habían tenido aquí aguas malsanas. La ciudad se había extendido precisamente hacia el lado de la fuente.

En el Norte de la ciudad se halla una comarca baja y nebulosa, llena de pantanos, donde viven paganos de miserable condición en chozas y taperas. En la parte Sudeste, en cambio, había muchas huertas y viviendas nuevas casi hasta el lugar llamado de la Gracia. El sitio era algo bajo y en derredor llano. Por unos cambios en las riberas del río Jordán y una montaña, se había desviado un brazo del río hasta ese lugar, que se reunía luego con un pequeño río y volvía a entrar en su cauce. Comprendía esto una extensión considerable. Cuando las aguas del Jordán llegasen a afluir hasta allí se cumplía la señal convenida.

Cuando Jesús al día siguiente volvió a enseñar en la sinagoga, en medio de la cual había un esplendido armario con rollos de las Escrituras, acudieron los judíos descalzos. En ese día no les era permitido lavarse, cosa que ya habían hecho el día anterior, bañándose, por ser día de ayuno. Traían sobre los vestidos de los pasados días un manto largo y negro con una capucha: estaba abierto de lado y sujeto con cintas. En el brazo derecho tenían dos manípulos ásperos de color negro, en el izquierdo otro y detrás un colgajo. Rezaron y cantaron en tono de lamentación, se metieron por unos momentos en unos sacos abiertos en medio y se echaron en esa forma de rostro en el piso de la sinagoga. Las mujeres hicieron lo mismo en sus casas. Todo fuego estaba cubierto desde ayer. Sólo por la tarde he visto que hicieron una comida, sin poner la mesa, en el albergue de Jesús, el cual comió con sus discípulos. Los demás comieron en un gran vestíbulo, en el patio. Se trajeron viandas frías de la casa del jefe de la ciudad y Jesús enseñó sobre las comidas y los alimentos. Venían muchos junto a la mesa, turnándose unos con otros; al fin acudieron los enfermos y baldados. Sobre la mesa pusieron muchos recipientes con ceniza. El anciano judío convertido repartió hoy muchas de sus mejores frutas a los pobres.

El Sábado enseñó Jesús en la sinagoga, después anduvo con los discípulos y con otros diez judíos hacia el Norte de la ciudad, dentro de la montaña. Esta comarca era más áspera y salvaje. Delante de una casa descansaron bajo unos árboles y tomaron de los alimentos que habían llevado consigo. Jesús dió toda clase de reglas y advertencias, y les dijo que pronto se ausentaría y no volvería sino una vez más. Entre otras cosas les

dijo que no hiciesen tantos movimientos durante el rezo; también que no fuesen tan duros con los pecadores y paganos, sino que se compadeciesen de ellos. Aquí les contó la parábola del mayordomo infiel y la propuso como una adivinanza que debían solucionar. Ellos se maravillaron y Jesús les declaró por qué se alababa al mayordomo infiel. Me pareció que entendía Jesús, bajo el mayordomo infiel, a la sinagoga, y bajo los deudores, a las sectas y los paganos La sinagoga debía disminuir la deuda de las demás sectas y paganos, ya que tenía el poder y la gracia en su favor; esto es, que sin mérito ni merecerlo poseía la riqueza, para que si un día fuese desechada ella misma, se pudiera refugiar entre los deudores tratados humanamente.

Durante este tiempo he visto frecuentemente a la Santa Virgen. Moraba sola en la casa situada junto a Cafarnaúm. La veía trabajando u orando. Recibía la visita de las santas mujeres, y los discípulos le traían noticias de Jesús. He visto que a veces no recibía a las personas que venían de Nazaret o de Jerusalén solamente para verla. En Jerusalén todo está tranquilo respecto a Jesús. Lázaro está retirado en su castillo, y recibe frecuentemente noticias de Jesús, por los discípulos, y él envía sus noticias por el mismo conducto.

VII

La parábola del mayordomo infiel

Desde niña yo veía esta y otras parábolas como si fuesen figuras vivientes que pasaban delante de mis ojos y me parecía luego que veía en realidad a unos u otros personajes, reconociéndolos en la vida real. Lo mismo me pasó con este mayordomo, al cual yo veía siempre como un hombre algo jorobado, con cargo de administrador, de barba rojiza, muy ágil en su andar y como él hacía escribir a sus arrendatarios con una especie de caña. He visto vivir a este mayordomo en un lugar desierto de la Arabia no lejos de donde los hijos de Israel murmuraron contra Moisés; vivía en una tienda. Tenía su señor, muy lejos de allí, cerca del monte Líbano, un campo de cereales y de frutos, que llegaba a los límites con la Tierra Santa: en los dos extremos del campo vivían dos capataces, a los cuales él había subarrendado. Este mayordomo era un hombre pequeño, muy listo, que pensaba entre sí: "El señor no vendrá". Por eso dejaba correr las cosas y descuidaba su obligación; lo

mismo hacían sus dos capataces, que derrochaban en bebida y fiestas. De pronto vi que el señor del campo se puso en camino. Muy lejos vi a una hermosa ciudad y un palacio donde vivía el dueño y había un camino que salía de allí en dirección del campo. Vi salir de ese lugar al rey de la ciudad con gran acompañamiento de camellos, sobre un carro bajo y pequeño, tirado por un par de asnos, y con él venía toda su corte. Yo veía esto de tal manera que me parecía como si del cielo partía esa senda hermosa, saliendo de la Jerusalén celestial, y me parecía un rey del cielo que tùviera aquí en la tierra un campo de cereales y frutales. Venía este rey al modo de los antiguos reyes. Lo veía bajar desde lo alto a la tierra.

El mayordomo, el pequeño hombre, había sido, en efecto, acusado de disipar los bienes de su señor. Los deudores del mayordomo eran dos hombres que vestían largos sacos con muchos botones hasta abajo, y el mayordomo llevaba una especie de gorra. La tienda del mayordomo estaba situada hacia el desierto, y el campo de las mieses, frutales y olivares, en cuyos extremos vivían los dos capataces, estaba hacia la parte de Canaán. Estos campos estaban unidos como en forma de triángulos. El dueño cayó sobre el campo de los cereales. Los dos capataces derrochaban todo con el mayordomo, y como éstos tenían otros trabajadores a su mando tenían que reponer todo lo que malgastaban sus principales. Me pareció entender como si fuesen dos malos sacerdotes párrocos, y el mayordomo un obispo igual; pero me pareció también que eran mundanos, pues todo lo tenían que ordenar.

El mayordomo vió de lejos la venida del rey; se llenó de turbación y preparó un bran banquete y se mostró muy servicial y adulador. El rey dijo al mayordomo: "¡Ah! ¿qué es lo que tengo que oír?, ¿qué tú derrochas los bienes que te había encomendado? Dame cuenta, porque ya no podrás seguir siendo mi mayordomo". Entonces vi que el mayordomo llamó prontamente a los dos capataces. Tenían rollos, que abrieron. Les preguntó cuánto debían, pues ni eso sabía el mayordomo, y ellos mostraron sus deudas. Él tenía en las manos un cañito algo retorcido, y les hizo escribir prestamente menos cantidad de lo que debían, pensando: "Cuando yo sea removido de mi puesto, por lo menos me refugiaré entre ellos, y podré vivir, pues no puedo ya trabajar". Después de esto vi que los capataces y el mayordomo mandaban a los subordinados que fuesen a llevar al rey los frutos y el tanto por ciento de los campos, y éstos

llegaron con camellos y asnos cargados trayendo cereales en bolsas y olivos en canastos. Los que traían los olivos, venían también con dinero: eran pequeñas placas de metal reunidas en rosario, unas más grandes que otras, sujetas con anillos. El señor notó, comparando con lo que en años anteriores habían pagado, que era mucho menos de lo que debían y notó, en los escritos falsificados, la intención del mayordomo. Con una sonrisa se dirigió a los miembros de su cortejo, diciendo: "Mirad, este hombre es listo y prudente; quiere hacerse amigos entre sus deudores; los hijos del siglo son más prudentes en sus manejos que los hijos de la luz, los cuales poca veces obran en el bien como estos en el mal. Así serían compensados como estos serán castigados". Después de esto vi que el mayordomo jiboso fué removido y enviado más adentro, en el desierto. En ese lugar había comarcas de arena dura y estéril, de color ocre. El hombre se contristó mucho y se confundió grandemente.

He visto que, al fin, él empezó también a trabajar y a cultivar el campo y a cortar leña de unos árboles duros que allí había. Los dos capataces fueron también desalojados y enviados a otros campos de arena, aunque no tan estériles. En cambio, los pobres trabajadores subordinados fueron recompensados, porque les confió a ellos el cuidado del campo que había tenido el mayordomo infiel.

VIII

Jesús y sus discípulos en Seleucia

Jesús y sus discípulos se repartieron por la ciudad de Adama. Jesús se quedó más bien en la ciudad, mientras los discípulos fueron a sus términos, hasta las viviendas de los paganos, y entrando de casa en casa llamaban e invitaban al bautismo y a la enseñanza de Jesús para dos días adelante al otro lado del lago, en un lugar de verdor y cercado, cerca de Seleucia. Mientras invitaban, enseñaban. Esto duró hasta la entrada de la noche. Los discípulos se dirigieron entonces fuera de la ciudad, a la parte Oeste, donde los pescadores estaban con sus barcas, ocupados al resplandor de sus antorchas en la pesca, en donde el Jordán se echaba en el lago. La claridad de las antorchas atraía a los pescados, que sacaban con anzuelos y con pinchos. Los discípulos ayudaban en el trabajo y enseñaban e invitaban a los pescadores. Les decían también que llevasen sus pescados

al lugar de verdor, junto a Seleucia, donde tendría lugar el gran sermón de Jesús, que allí se los pagarían bien.

Ese lugar era una especie de parque de animales, cercado con vallado. Solía encerrarse allí a los animales salvajes que cazaban: por eso se veían todas clases de cuevas para ellos. El lugar pertenecía a Adama, y estaba a una hora y media de Seleucia. Al amanecer fué Jesús junto a sus discípulos y se dirigieron a unos recovecos donde había pobres chozas detrás de la ciudad. Luego, en la ciudad, fué Jesús con los suyos a la casa del jefe y tomó algún alimento en un lugar abierto. Consistía la comida en pequeños panes unidos de a dos. Había también pescados con cabezas levantadas, en una fuente que parecía de vidrio multicolor. Jesús puso un pescado entero sobre el pan, a cada uno de sus discípulos. La mesa tenía honduras excavadas, donde se colocaban las porciones, como si fuesen platos. Después de la comida Jesús dió una instrucción en vestíbulo abierto, delante del jefe y los familiares que debían recibir el bautismo; luego se dirigió al lugar de enseñanza, fuera de la ciudad, donde le aguardaba mucha gente, y los preparó para el bautismo.

Las gente iba y venía en grupos, turnándose, y pasaban a la sinagoga; oraban, se ponían ceniza en la cabeza y hacían penitencia; luego iban al huerto de los baños, junto al lugar de la Gracia y se purificaban en baños, separados por cortinas. Cuando los últimos abandonaron el lugar de la enseñanza, se dirigió también Jesús allí. El sitio para bautizar era aquel donde un brazo del Jordán afluía a la fuente, que era tan espaciosa y tenía el borde con excavaciones tan ancho que podían pasar dos a la vez. Corrían cinco canales, que podían cerrarse a voluntad y tiene al lado cinco pasajes para acercarse. En medio de la fuente había un palo con un brazo tan largo que podía cerrar o abrir la fuente. Esta fuente con cinco entradas no había sido arreglada ahora para el bautismo: era una forma común en Palestina que tenía relación con los cinco canales del estanque de Bethesda, con el pozo de Juan en el desierto, con la fuente del bautismo de Jesús, y con las cinco llagas del Señor. Jesús se refirió al próximo bautismo. Los bautizandos vestían largos mantos de los cuales se despojaban y entraban, cubiertos hasta la mitad del pecho con una especie de escapulario, en las excavaciones que rodeaban la fuente llena de agua. Sobre los bordes de la entrada estaban el bautizador y los padrinos. El agua era derramada tres veces sobre la cabeza en nombre de Jehová y de su Enviado. Cuatro discípulos bautizaban al mismo tiempo

y dos ponían las manos sobre los bautizandos. Esta ceremonia y las enseñanzas de Jesús duraron hasta la tarde. Muchos fueron rechazados y postergados.

Al amanecer se embarcaron los discípulos a Seleucia, al lugar cubierto de verdor que estaba del otro lado. A cierta distancia de Adama el lago tiene la forma de un violín, algo más angosto, como a un cuarto de hora de camino. Seleucia era una fortaleza con murallas y vallados. Del lado Norte era casi inaccesible por lo empinada, y estaba llena de soldados paganos. Las mujeres vivían en casas y en cámaras particulares. Los judíos que moraban aquí eran bastante despreciados y vivían en cuevas, abiertas en las mismas murallas, y trabajaban en labores forzadas, en cuevas y en terrenos pantanosos. No he visto ninguna sinagoga; pero había un templo de forma redonda, situado sobre un círculo de columnas que presentaban figuras sosteniendo pesos. En el centro había una columna gruesa donde estaba la escalera que llevaba a lo alto del templo.

Abajo, en los sótanos, ponían los recipientes con las cenizas de sus muertos. Cerca de allí se veía un lugar renegrido donde solían quemar los cadáveres. En este templo había figuras de serpientes con caras de hombres y figuras de hombres con cabeza de perros, y un ídolo con la luna y un pez. La tierra era más bien estéril; pero la gente era trabajadora, preparaba toda clase de aperos para cabalgaduras y había muchos herreros. Casi todos los trabajos eran para los soldados.

Los discípulos anduvieron por las calles de Seleucia invitando a las gentes a un sermón y a una comida. Mientras tanto, hacía esto mismo Jesús entre los paganos en Adama. Después se dirigieron los discípulos al parque de los animales, que estaba cubierto de hermosas plantas y flores, y arreglaron la comida con los pescados que los pescadores tenían guardados en una cisterna. Las mesas eran anchas tablas, que fueron sacadas del lago: serían anchas como de dos pies. Detrás del parque había hogares donde se cocían los pescados. Parece que aquí se suele hacer a menudo esta comida porque hay excavaciones planas en la roca como hechas por la naturaleza y dentro de las cuevas, donde se pueden colocar los alimentos. Prepararon panes, pescados, hierbas y frutas. Cuando todo estuvo preparado y había unos cien paganos reunidos, llegó Jesús a través del lago. Le seguían once judíos con el jefe y algunos paganos de Adama. Jesús predicó desde una colina. El jefe y los demás judíos tenían derechos sobre esa comida preparada, y junto

con Jesús y los discípulos servían a los comensales. Jesús explicó que el hombre se compone de cuerpo y de alma, y del alimento que necesitan el cuerpo y el alma; dijo que ellos podían seguir comiendo o escuchar su enseñanza. Dijo esto para probarlos. En efecto, algunos fueron en seguida a las mesas y una tercera parte quedó escuchándole. Jesús enseñó acerca de la vocación de los infieles y les contó la venida de los tres Reyes, cosa que no les era desconocida. Cuando acabaron el sermón y la comida, se dirigió Jesús con sus discípulos hacia Seleucia, como a hora y media al Sur, y no junto al lago. La mayoría de la gente había vuelto a sus hogares. Jesús fué recibido por los principales de la ciudad y obsequiado con una bebida y alimento, así como los discípulos y los judíos que habían venido con ellos. Fueron llevados a la ciudad y Jesús enseñó a las mujeres en un lugar no lejos de la puerta, donde se habían reunido en sitio apropiado para ver a Jesús. Vestían como las judías, pero no llevaban velo; en general era gente de baja estatura, pero fuerte y bien plantada. Jesús entró luego en un gran albergue donde le habían preparado una comida. Había en esta región mucho tráfico.

Jesús, sus discípulos y los judíos comieron en una mesa aparte. Los judíos no querían al principio comer allí. Jesús les dijo entonces que lo que entraba por la boca no era lo que manchaba al hombre: de modo que si no querían comer con Él, no eran seguidores de su doctrina. Mientras duró la comida, siguió enseñando a los comensales. Los paganos tenían mesas más altas que los judíos, a veces mesas particulares, y estaban sentados sobre almohadas, con las piernas cruzadas, como he visto en las gentes del país de los Reyes Magos. Los alimentos eras pescados, verduras, miel, frutas y carne asada. Jesús los conmovió de tal manera con sus enseñanzas, que cuando se despidió de ellos quedaron tristes y apesadumbrados. Le rogaron mucho que se quedase con ellos y Jesús les dejó a Andrés y Natanael. Los paganos también manifestaban mucho interés por oír cosas nuevas. Era ya de noche cuando los dejó. Las viviendas de las mujeres estaban edificadas con la parte trasera hacia los muros de la fortaleza y sólo por delante miraban a una calle muy ancha. Había bastantes casas hermosas, algunas con jardines y patios, donde trabajaban o lavaban. Jesús les habló del bautismo, como de una purificación; y como aún querían saber más, les dijo que hasta ahora no podían entender más de lo que les había dicho.

IX

Jesús vuelve a Adama y enseña en Berotha

De Seleucia volvió Jesús a Adama. Se celebraba ahora allí una fiesta para los nuevos bautizados en la sinagoga. Estaban delante de los demás entonando cantos de acción de gracias. Jesús enseñaba. Fueron bautizados más cuando volvieron Andrés y Natanael desde Seleucia. El anciano judío convertido hace en todas partes de sirviente y se muestra humilde y servicial con todos. Gran cantidad de enfermos no habían podido asistir a las enseñanzas de Jesús ni al bautismo; por eso fué Jesús con Saturnino y con el discípulo pariente a visitarlos en sus casas. Los otros fueron a las ciudades de Azor, Kades, Berotha y Thisbe, a dos o tres horas al Norte de Adama, para invitarlos a un sermón que Jesús iba a pronunciar en una colina de suave ladera que estaba en dirección de Kades hacia Berotha. En la altura de este monte había un antiguo sitial para enseñanza en un lugar cercado; el monte estaba cubierto de verdor. Los discípulos pidieron al jefe del lugar que invitara a la gente al sermón que iba a tener el profeta de Galilea, sobre el monte, el día siguiente al Sábado. Otros entraban en las casas y los invitaban a concurrir.

Mientras tanto seguía Jesús en Adama en medio de judíos ricos y pobres, y paganos; y sanó a los enfermos hidrópicos, baldados, ciegos y con flujo de sangre. Me admiró ver entre los judíos a diez endemoniados, hombres y mujeres. Entre los paganos nunca veía tantos como entre los judíos. Había algunos de las mejores familias encerrados en cámaras con rejas. Cuando Jesús se acercaba a esas casas comenzaban a gritar furiosamente. Cuando se aproximaba se aquietaban y le miraban fijamente, confundidos. He visto cómo, con su sola mirada, echó al demonio de ellos, que huyó visiblemente como un vapor negro en forma de una figura humana y que escapó de allí. La gente se espantaba y se admiraba, mientras los endemoniados palidecían y caían desmayados. Jesús les habló, les tomó de la mano y les mandó que se levantasen. Entonces despertaron como de un sueño y cayeron de rodillas, dando gracias. Volvieron a ser otros hombres. Los exhortó Jesús y les señaló los pecados de los cuales tenían que guardarse.

Cuando volvieron los discípulos a Adama, tomaron alimentos con Jesús en casa del jefe de la ciudad. Habían comprado en

aquel lugar pescados y pan que llevaron hasa el monte donde hubo el sermón para alimentar a los oyentes. Jesús recibió de algunas personas regalos, entre estos pequeñas plaquitas de oro. Estos obsequios se utilizaban luego para pagar las comidas a las turbas. Jesús no había comido desde su partida de Seleucia. El Sábado volvió a enseñar en la sinagoga de Adama. Había aquí un grupo de hombres, enemigos de Jesús, que dos fariseos habían mandado al lugar del bautismo de Juan con encargo de espiar lo que éste decía de Aquél, y también a Bethabara y a Cafarnaúm, donde dieron parte a otros fariseos de que Jesús estaba ahora en medio de ellos y bautizaba y hacía partidarios. Al volver esta gente de su espionaje hablaba mal de Jesús y murmuraba, aunque tenían pocos partidarios. Una vez preguntaron algunos principales a Jesús qué pensaba de los esenios. Querían tentarle, porque les parecía que tenía Jesús algo de parecido con esa gente, y porque Santiago el Menor, su pariente, pertenecía a esa secta. Culpaban a estos hombres de que se apartaran de los demás, haciéndose singulares y especialmente de que no quisieran casarse. Jesús les contestó que no se podía culpar a esta gente; que si tenían esa vocación era de alabarse; que cada uno tenía su vocación, y si uno no se sentía llamado a eso no debía hacerlo: de otro modo sería como si un baldado quisiera caminar derecho, sin conseguirlo. Cuando le reprochaban que en los esenios había tan pocas familias, Jesús les enumeró muchas familias de esenios y les habló de la buena educación que daban a sus hijos. Habló también del estado matrimonial bueno y malo. Jesús ni se declaró por los esenios ni los reprendió por su vida: de este modo la gente no lo entendió. Ellos pensaban, con estas preguntas, reprocharle que tuviera entre sus discípulos a algunos esenios y que tratara con ellos.

La noche del Sábado al Domingo salió Jesús antes del día de Adama, sin decir que no volvería, y se dirigió con sus discípulos y varios judíos a la montaña para el sermón al cual había invitado. Salió de la puerta de Adama pasando por el puente por donde había entrado. Si hubiesen salido por la otra hubieran debido atravesar el río que corre de Azor hacia Adama y Kades para echarse en el Jordán. Dejaron a Kades a la derecha y caminaron hacia Occidente por las faldas suaves de la montaña. Esta comarca tenía altos peñascos que arriba formaban grandes explanadas y no había aquí tantas cuevas y quebradas

como en las montañas de Palestina. Dejaron a la izquierda la ciudad de Thisbe, que se veía a gran altura.

Aquí vivió algún tiempo Tobías; había casado a un cuñado o hermano y había estado también en la ciudad de Amichoris (ciudad del agua). Habría podido quedarse allí, pero prefirió vivir con sus paisanos en la cautividad, para poder ayudar a su pueblo. Elías había estado también en Thisbe, y Jesús la había ya atravesado. La turba ya estaba reunida en lo alto del monte. La tarde anterior habían subido algunos hombres después del Sábado para ordenar el lugar allá. Había arriba un lugar no cercado y un sillón para enseñar. Las gentes que vivían en casitas, a ambos lados de la montaña, se ocupaban de alzar tiendas y tenían ya los palos y las sogas tendidas. Este lugar era histórico. Josué había celebrado aquí una fiesta a raíz de una victoria contra los canaanitas. Habían llevado agua en odres, y panes y pescados en canastos de mimbre que se podían poner unos sobre otros, en unos casilleros. Cuando Jesús llegó a la cumbre se alzó un clamor general: "Tú eres el verdadero Profeta, el Salvador". Cuando pasaba, la gente se inclinaba ante Él. Serían como las nueve de la mañana cuando llegó. Había desde Adama hasta allí unas seis o siete horas de camino. Habían llevado arriba a muchos endemoniados que gritaban enfurecidos. Jesús los miró y callaron de inmediato cuando les mandó quedarse quietos, y se encontraron libres de los demonios por la fuerza de su mandato. Cuando Jesús llegó a la tribuna puso orden en la turba por medio de los discípulos, haciéndola callar. Luego oró a su Padre, del cual se debe esperar toda ayuda y el pueblo oró con Él. Habló del lugar y de lo allí había sucedido a los hijos de Israel; cómo había aparecido Josué en este lugar para librarlos de los canaanitas y del paganismo, y como fué arrasada Azor. Declaró esto como figuras de otros hechos que estaban sucediendo ahora: que venía la verdad y la luz nuevamente a este lugar con gracia y mansedumbre para librarlos del poder del mal y del pecado. Dijo que no opusiesen resistencia como los canaanitas, para que no viniese el castigo de Dios como había venido sobre Azor. Contó una parábola, que está en el Evangelio y que usaba muchas veces; creo que era la de la siembra del trigo y del campo. Habló también de la penitencia y del reino, y habló de Sí y de su Padre con más claridad de lo que lo había hecho hasta ahora en este país.

X

Los mensajeros enviados por Lázaro

Llegaron mensajeros enviados por Lázaro para prevenir a Jesús de los espías que los fariseos de Jerusalén habían enviado a Adama. Estos mensajeros eran los hijos de Juana Chusa y de Serafia (Verónica). Los discípulos, aprovechando una pausa, llevaron a estos mensajeros ante Jesús, el cual respondió que no se inquietasen por Él, que debía cumplir su misión y que agradecía la atención. Los espías enviados por los fariseos de Jerusalén y los contrarios de Adama, estaban arriba, en la montaña. Jesús no habló con ellos; pero mientras enseñaba, dijo, en alta voz, que le espiaban y le perseguían. Añadió que no conseguirían impedirle que cumpliera lo que su Padre celestial le había encomendado. Les dijo que pronto volvería para anunciarles la verdad y el reino.

Se habían congregado muchas mujeres con sus hijos y les pedían la bendición para éstos. Los discípulos estaban preocupados: pensaban que Jesús no debía hacerlo por causa de los espías presentes. Jesús rechazó sus temores: dijo que la intención de las mujeres era buena y que los hijos serían mejores y pasó por la fila de ellas, bendiciendo. Duró el sermón hasta la tarde, desde las diez horas, y luego fué ordenado el pueblo para la comida. A un lado de la montaña había cierto número de parrillas, donde se podían asar los pescados. Reinaba un orden admirable. Los habitantes de cada ciudad se sentaban juntos, aún los de la misma calle y entre ellos los de la misma familia o vecinos. Cada grupo de una calle tenía un encargado para buscar los alimentos y repartirlos. Los comensales tenían, cada uno, o uno para varios del grupo, una especie de cuero enrollado, que abierto servía de fuente, y tenían también instrumentos de mesa, como cuchillos de hueso y cucharas, que llevaban consigo unidos por el cabo. Algunos llevaban recipientes hechos de calabazas, otros de corteza y tomaban el agua de los odres. Otros se hacían estos vasos allí mismo o en el camino con mucha facilidad. Los encargados recibían los alimentos de manos de los discípulos, que repartían una porción para cuatro o cinco comensales, a los cuales ponían panes y pescados sobre los cueros que tenían delante. Jesús bendijo los alimentos antes de ser repartidos. Hubo también aquí una multiplicación de alimentos, pues no hubiese alcanzado lo que se tenía preparado para los

millares que acudieron al sermón de Jesús. He visto que cada grupo no recibía sino una pequeña porción; a pesar de esto, al terminar todos quedaron satisfechos, y sobró aún mucho, que fué recogido por los pobres en canastos y llevado a sus casas. Había allí algunos soldados romanos de paso por la ciudad y de esos que Léntulo tenía a sus órdenes o que le conocían; quizás habían sido enviados por él para traerle noticias de Jesús: se llegaron a los discípulos y pidieron algunos de los panes bendecidos por Jesús para enviárselos a Léntulo. Recibieron esos panes que guardaron en saquitos que traían sobre sus espaldas.

Cuando terminó la comida ya había oscurecido y se necesitaron antorchas para andar. Jesús bendijo al pueblo y abandonó con sus discípulos la montaña. Se separó luego de ellos; los discípulos tomaron un atajo para llegar a Betsaida y Cafarnaúm, y Jesús con Saturnino y otros se dirigió al Sudoeste, a una ciudad cerca de Bertha, que se llama Zedad, y pasó la noche en un albergue fuera de la ciudad.

XI

Jesús se dirige a Cafarnaúm por Gatepher

Vi a Jesús la noche del Lunes al Martes caminando por la montaña con Saturnino y otros discípulos. Jesús andaba solo y rezaba, y los discípulos le preguntaron la razón; Él les habló entonces de la oración en común y de la oración a solas. Les trajo una comparación de serpientes y escorpiones. Si un niño pide un pescado no le dará el padre un escorpión. Este mismo día le he visto sanar enfermos y exhortar en casa de pobres pastores. Lo mismo hizo en la ciudad de Gatepher, patria de Jonás, donde vivían algunos parientes de Jesús. Sanó enfermos en esta ciudad y por la tarde se dirigió a Cafarnaúm. ¡Cómo era de incansable Jesús y cómo obligaba también a los discípulos al trabajo de continuo! Al principio quedaban completamente rendidos. ¡Qué diferencia veo con lo que pasa hoy en día!... Estos discípulos tenían que seguir a las gentes cuando iban por los caminos, catequizarlos o invitarlos a los sermones de Jesús.

En la casa de María, en Cafarnaúm, estaban ya Lázaro, Obed, los sobrinos de José de Arimatea, el novio de Caná y

otros discípulos; además habían llegado siete de las santas mujeres parientes o amigas de María. Todos esperaban a Jesús. Salían y entraban y miraban a lo largo de los caminos para ver si llegaba. Acudieron también discípulos de Juan, trayendo la noticia de que había sido tomado preso, lo cual, causó gran tristeza en todos. Los discípulos fueron al encuentro de Jesús, no lejos de Cafarnaúm y le dieron la noticia sobre Juan. Jesús los tranquilizó y se fué adonde estaba su Madre, sola. A sus discípulos les había mandado que le precedieran.

Lázaro salió a recibirle y le lavó los pies en el vestíbulo de la casa. Cuando Jesús entró los hombres se inclinaron profundamente. Él los saludó, y yendo hacia su Madre, le dió la mano. Ella se inclinó con mucho amor y humildad. No había aquí nada de echarse en los brazos: reinaba una sencilla renuncia a esos extremos; todo era amor, cariño y bondad interiores, que llenaba los corazones. Después fué Jesús hacia donde estaban las otras mujeres, las cuales, veladas, se hincaron delante de Jesús. En estas ocasiones, cuando llegaba y cuando partía, solía bendecir a todos. Después vi preparar una comida; los hombres estaban aparte en las mesas, y en el otro extremo estaban las mujeres con las piernas cruzadas. La conversación versó especialmente sobre la prisión de Juan, expresándose dolor y sentimiento por ello. Jesús les advirtió que no debían juzgar mal ni irritarse; que todo esto debía suceder así; que si Juan no fuera removido, no podría Él cumplir su misión ni llegarse ahora hasta Betania. Luego habló de las gentes entre las cuales había estado.

De la llegada de Jesús nadie sabía nada sino los presentes y los discípulos más fieles. Jesús pasó la noche en un edificio contiguo, donde se recogieron los otros forasteros. Citó a los discípulos para el próximo Sábado en las cercanías de Bethoron, en una casa solitaria que había en la altura. Después lo he visto hablar a solas con María, su Madre. Ésta se afligía y lloraba pensando que Él quería ir a Jerusalén, donde había tanto peligro. Jesús la consoló y le dijo que no se inquietase, que debía cumplir su misión, que aún no habían llegado los días más tristes. La ilustró cómo debía conducirse en la oración, y luego recomendó a todos los demás que se guardasen de todo juicio, de hablar de la prisión de Juan y de las maquinaciones de los fariseos contra su persona; que esto no haría más que entorpecer su misión y aumentar el peligro. Las maquinaciones de los fariseos

entraban también en los designios de Dios: ellos obraban en su propia perdición.

Se habló también de la Magdalena, y Jesús pidió de nuevo que rezasen y pensasen bien de ella; que ya vendría ella también y seria tan buena que daría ejemplo a muchos.

Después de esto vi que Jesús caminaba con Lázaro y cinco discípulos de Jerusalén hacia Betania. Se celebraba el principio del novilunio, y he visto otra vez en las sinagogas de Cafarnaúm y en otros lugares las largas telas con nudos que colgaban fuera y los acostumbrados frutos con sogas en las casas principales.

XII

Juan Bautista en la prisión de Macherus

Ya una vez Herodes había llevado preso por algunas semanas a Juan Bautista, pensando intimidarlo y hacerle cambiar de sentimiento respecto de su conducta con Herodías. Pero atemorizado el rey por la gran muchedumbre que acudía al bautismo, lo había soltado. Juan volvió a su lugar anterior junto a Ainon frente a Salem, a una hora y media del Jordán, al Sur de Sucoth, donde se encontraba su fuente bautismal a un cuarto de hora del gran mar del cual salían dos arroyos rodeando una colina y se echaban en el río Jordán. Junto a esta colina se encontraban los restos de un antiguo castillo con torres, rodeado de galerías y de habitaciones. Entre el mar y la colina estaba el pozo de Juan y en la cumbre de la colina, en un caldero amplio y hundido, habían sus discípulos arreglado una tienda sobre los restos de muralla con escalones. Allí enseñaba Juan.

Esta región pertenecía a Felipe, pero sobresalía como una punta en el territorio de Herodes, razón por la cual éste se abstenía de llevar a cabo su intención de apoderarse del Bautista. Había de nuevo un gran concurso de gentes hacia Juan, para oír su palabra: caravanas de Arabia, con camellos y asnos, y muchos centenares de personas de Jerusalén y de toda la Judea, hombres y mujeres, acudían allí. Las multitudes se turnaban y llenaban la plataforma del montículo, las laderas y se estacionaban en la colina. Los discípulos de Juan mantenían un orden perfecto. Unos están echados, otros sobre sus rodillas, otros de pie, y así todos pueden ser vistos. Los paganos están separados de los judíos, así como los hombres de las mujeres, siempre detrás de éstos. Los que están adelante, en las laderas

están de cuclillas, apoyando la cabeza en las rodillas, con los brazos, o están echados o sentados de lado. Juan parece ahora, desde que volvió de la prisión, como encendido de nuevo ardor. Su voz resuena dulce, de un modo particular, sin embargo, poderosa, y va lejos, de modo que se entiende cada una de sus palabras. Clama, y un millar de gente escucha constantemente su voz. Está de nuevo vestido de piel, y más austero que en On, donde a menudo se ponía un vestido largo. Habla de Jesús, cómo se le persigue en Jerusalén y señala hacia Galilea, donde Él sana, enseña y camina: añade que pronto volverá por estas comarcas, y que sus adversarios nada podrán contra Él, hasta que haya cumplido su misión.

También Herodes acude con una tropa de soldados. Está viajando desde su castillo de Livias a once horas de Dibón y debe pasar por dos brazos de río. Hasta Dibón es el camino muy bueno; después se hace pesado y desigual, sólo transitable para andantes y animales de carga. Herodes viajaba sobre un carro largo y angosto, donde estaba sentado o echado de lado, y había algunos con él. Las ruedas comunes eran gruesos y pesados discos, sin rayos; detrás llevaban otras ruedas colgadas. El camino era desigual, y de un lado habían puesto ruedas más altas y del otro más bajas y así procedían andando con mucho trabajo. La mujer de Herodes iba también sobre uno de estos carros en compañía de otras damas de su cortejo. Los carros eran llevados delante y detrás de Herodes. Herodes va al lugar de Juan, porque éste predica ahora con más fuerza que antes, porque le suele oír de buena gana y porque quiere saber si dice algo contra él. La mujer, en cambio, está espiando la oportunidad de excitarlo más contra él; se muestra dispuesta a acompañar a Herodes, pero está llena de rencor contra Juan.

Había otro motivo más y es que Herodes había oído que el rey Aretas, de Arabia(*), y padre de la mujer de Herodes repudiada, solía ir a oír a Juan, manteniéndose incógnito entre los oyentes. Quería ver si éste estaba allí y maquinaba algo ocultamente contra él. La primera mujer de Herodes, que era buena y hermosa, se había retirado de nuevo junto a su padre, el cual había oído que Juan se declaraba contra Herodes, y así para su propio consuelo había venido a escuchar la voz de Juan. Pero este rey no había aparecido en modo ostentoso sino

(*) El historiador Josefo dice que Aretas, rey de los Arabes y padre de la primera mujer de Herodes, declaró la guerra a su yerno para vengar la injuria hecha a su hija repudiada.

sencillamente vestido y se ocultaba entre los discípulos de Juan pasando por uno de ellos. Herodes entró en su antiguo castillo y se acomodó cerca de donde Juan hablaba, sobre una terraza de escalones, y su mujer se situó sobre almohadones, rodeada de su gente y de soldados debajo de una tienda. Con voz potente Juan clamó al pueblo que no se escandalizase del casamiento de Herodes: debían honrarlo, pero no imitarlo. Esto alegró e irritó al mismo tiempo a Herodes. La fuerza con que ahora clamaba Juan era indescriptible. Su voz era como un trueno y sin embargo dulce y asequible a todos. Parecía que daba todo lo que le quedaba. Ya había anunciado a sus discípulos que su tiempo terminaba; que no le abandonasen por eso; que lo visitasen cuando estuviera preso. Hacía tres días que no comía ni bebía: sólo enseñaba y clamaba de Jesús, y repudiaba el adulterio de Herodes. Los discípulos le rogaban que cesase y tomase algún alimento, pero él no cejaba y estaba como fuera de sí por el entusiasmo.

Desde el lugar donde Juan enseña y clama se disfruta de una vista estupenda: se ve el Jordán en una gran extensión, las lejanas ciudades, los campos sembrados y las huertas de frutales. Deben haber habido aquí grandes edificaciones, pues veo aún restos de gruesas murallas y arcadas de piedras, cubiertas de hierbas, que parecen puentes. En el castillo donde está Herodes hay varias torres restauradas. La comarca es muy abundante en aguas y el lugar de baños está en buen estado; es una obra maestra, pues el agua procede de un canal cubierto desde la colina donde enseña Juan. El lugar del bautismo, de forma oval, tiene tres terrazas cubiertas de verdor que lo rodean y está abierto por cinco pasajes. Es más hermoso aunque más pequeño que el estanque de Bethesda de Jerusalén que suele estar manchado con plantas y hojas de los árboles que le rodean. La fuente del bautismo está detrás de la colina y detrás de ésta, quizás a 150 pasos, hay una gran laguna, con muchos pescados, que veo salir a flote, vueltos hacia Juan, como si quisieran oír su predicación. Veo aquí pequeñas barcas de árboles ahuecados para apenas dos hombres, con asiento en el medio para poder pescar.

Juan se alimenta mal y aún cuando está en compañía de sus discípulos, come muy poco. Ora solo y de noche con la mirada fija en lo alto del cielo. Sabía que su prisión era inminente; por esto hablaba con este ardor y se había despedido de sus discípulos. Había clamado y señalado a Jesús con voz más poderosa que nunca. Decía: "Él viene ahora y yo debo irme; a Él deben

acudir todos. Yo seré quitado muy pronto". Les echaba en cara que eran un pueblo rudo y duro de corazón. Que considerasen lo que había hecho, para preparar los caminos del Señor: había hecho puentes y caminos, removido piedras, hecho fuentes y dirigido las aguas hasta allí. Había sido un trabajo pesado, con tierra infecunda y dura, con rocas ásperas y nudosos troncos. Que había tenido mucho que hacer con el pueblo, de dura cerviz, grosero y protervo. Que aquéllos, en fin, a quienes había podido ablandar y mover, fuesen ahora hacia Jesús, que era el amado Hijo del Padre. Aquél a quien Él admite, será tomado, y aquél a quien Él deseche, será desechado. Él vendrá ahora y enseñará y bautizará y perfeccionará lo que él (Juan) había comenzado. Repudió delante del pueblo el adulterio de Herodes repetidas veces, con toda fuerza. Éste, que por otra parte lo veneraba y temía, parece que disimulaba, aunque internamente estaba furioso contra Juan. La enseñanza había terminado; las turbas iban descendiendo en todas direcciones y las gentes venidas de Arabia y con ellas Aretas, el rey, mezclado con su gente. Herodes no pudo reconocerlo ni verlo. La mujer de Herodes ya se había ausentado y ahora partía también Herodes, ocultando su irritación y se despidió de Juan amigablemente. Juan envió varios mensajeros a diversas partes, despidió a los demás y se retiró a su tienda para recogerse en oración.

Ya oscurecía y los discípulos se habían retirado. De pronto unos veinte soldados rodearon la tienda de Juan, mientras otros mantenían guardia en todos lados. Uno después de otro entraron en la tienda. Juan declaró que los seguiría sin resistencia, pues sabía que su tiempo era llegado y que debía dar lugar a Jesús. No necesitaban ponerle ligaduras, pues él iba a seguirlos voluntariamente; que lo llevasen sin hacer ruído. De este modo los veinte hombres se alejaron de allí con Juan. Juan llevaba solamente su piel de camello y su bastón de caminante. Se aproximaron, sin embargo, algunos discípulos cuando lo llevaban. Juan, con una mirada, se despidió de ellos y les dijo que lo visitasen en su prisión. Empezó a juntarse la gente: los discípulos y muchos otros, y decían: "Se llevan a Juan". Se oyó entonces un clamor de llantos y de quejas. Querían seguirle y no sabían que camino habían tomado, pues los soldados se habían apartado del sendero acostumbrado y seguían otro completamente nuevo, en dirección al Sur. Se levantó un gran clamoreo, llantos y gemidos. Los discípulos se desparramaron en todas direcciones y huye-

ron como en la prisión de Jesús. De este modo se esparció la nueva por todo el país de la Palestina.

Juan fué llevado primero a una torre de Hesebon; los soldados habían caminado con él durante toda la noche. A la mañana vinieron otros soldados al encuentro de éstos, pues ya se había hecho público que Juan estaba preso y la gente se reunía aquí y allá. Los soldados que lo llevaron eran una especie de guardias de su real persona; tenían coraza escamada, el pecho y las espaldas protegidas y largas lanzas. En Hesebon se reunieron muchas personas delante de la prisión de Juan, de modo que los guardianes tenían bastante trabajo en alejarlos. Había aberturas arriba del encierro, y Juan, estando en su prisión, gritaba, de modo que lo oían los de fuera, diciendo que había arreglado los caminos, quebrado rocas, derribado árboles, dirigido corrientes de agua, cavado pozos, teniendo que hacerlo todo con mil dificultades y contrariedades; que así era también el pueblo y por eso ahora estaba preso. Les dijo que se dirigiesen a Aquél que les había señalado, que ya llegaba sobre los caminos preparados. Cuando el Señor viene deben alejarse los preparadores del camino; todos deben dirigirse ahora al Señor Jesús, del cual él no era digno de desatar las correas de sus zapatos. Jesús era la luz y la verdad y el Hijo de Dios. Estas y otras cosas semejantes les decía. A los discípulos les pedía que lo visitasen en su prisión, pues aún no se atreverían a poner las manos en él, y que su hora aún no había llegado. Decía todas estas cosas tan claras y tan altamente como si todavía estuviera en su antiguo lugar de enseñanza ante la muchedumbre. Poco a poco fué desalojada esta turba de pueblo.

Esta aglomeración de gente ante su prisión y estos discursos de Juan a los de afuera se repitieron varias veces. Juan fué llevado después por los soldados desde Hesebon a la prisión de Macherus, que estaba en una altura. Lo vi sentado con otros en un carro bajo, cubierto y angosto, parecido a un cajón y tirado por asnos. Llegados a Macherus lo llevaron a la fortaleza; pero no lo metieron por la puerta común, sino que lo llevaron a un portillo donde abrieron una entrada cubierta de hierbas, y bajaron algunos escalones hasta una puerta de bronce que llevaba a un sótano espacioso, que tenía aberturas arriba para la luz y que habían limpiado pero dejado sin ninguna comodidad.

Herodes se había retirado desde el bautisterio de Juan a su castillo de Herodium, que había edificado el viejo Herodes,

y donde una vez por diversión había hecho ahogar algunas personas en un estanque. Allí se mantenía apartado por el mal humor y no dejaba verse de nadie. Algunos pedían audiencia para quejarse de la prisión de Juan; por esto estaba algo temeroso y se mantenía encerrado en sus departamentos. Después de algún tiempo pudieron los discípulos, aunque pocos, acercarse a la prisión, hablar con él y alcanzarle algunas cosas a través de las rejas. Si eran muchos, los soldados los alejaban. Juan mandó a sus discípulos de Ainon que bautizaran hasta tanto viniese Jesús e hiciese bautizar por los suyos. La prisión de Juan era espaciosa y clara, pero para descansar sólo había un banco de piedra. Juan se mantenía serio y tranquilo. Siempre tuvo algo de triste y de impresionante en su rostro, como quien debía anunciar al Cordero de Dios y señalarlo a las gentes, aunque sabiendo que a ese Cordero de Dios lo habían de matar los mismos a quienes él lo anunciaba y lo señalaba.

XIII

Jesús otra vez en Betania

Desde Cafarnaúm se dirigió Jesús camino de Betania, con Lázaro y los cinco discípulos de Jerusalén a la comarca de Betulia. En realidad, no entraron en esta ciudad situada en una altura; el camino los llevaba por los contornos en dirección de Jezrael, cerca de donde Lázaro tenía una especie de posada con jardín. Los discípulos los habían precedido para preparar la comida. Un hombre de confianza de Lázaro cuidaba el puesto. Era muy de mañana cuando llegaron, se lavaron los pies, se sacudieron el polvo, tomaron algún alimento y descansaron. Desde Jezrael pasaron un riachuelo y dejando a Scythopolis y a Salem a la izquierda atravesaron la ladera de una montaña en dirección del Jordán. Cruzaron el Jordán al Sur de Samaría y descansaron, porque ya era de noche, algunas horas en una altura a orillas del Jordán, donde vivían unos buenos pastores. Antes de amanecer estaban ya andando entre Gilgal y Hay, a través del desierto de Jericó. Jesús y Lázaro marchaban juntos. Los discípulos habían tomado otro camino, adelantándose algún tanto. Jesús y Lázaro anduvieron todo el día por caminos solitarios y no entraron en ninguna población ni albergue, aunque Lázaro tenía algunos en estos lugares poco poblados.

Pocas horas antes de llegar a Betania se adelantó Lázaro y Jesús siguió solo su camino. En Betania estaban ya reunidos los cinco discípulos de Jerusalén, otros quince adeptos de Jesús y siete de las santas mujeres. He visto allí a Saturnino, Nicodemus, José de Arimatea, sus sobrinos (Aram y Themeni), los hijos de Simeón (Obed y otros dos), los hijos de Juana Chusa y de Verónica y los de Obed. Entre las mujeres estaban Serafia (Verónica), Juana Chusa, Susana (hija de un hermano mayor de San José llamado Cleofás), María Marcos, la viuda de otro Obed, Marta y su fiel criada, que lo era también de Jesús y sus discípulos. Todas estas personas esperaban silenciosas la llegada de Jesús, en un gran salón subterráneo en la casa de Lázaro. Hacia la tarde llegó Jesús y entró por una puerta reservada en el jardín. Lázaro le salió al encuentro en una sala de la casa y le lavó los pies. Había una fuente cavada a la cual afluía el agua desde la casa y Marta había mezclado agua fría con caliente para templarla. Jesús se sentó en el borde de la fuente y puso los pies dentro, mientras Lázaro los lavaba y los secaba. Luego sacudió los vestidos de Jesús del polvo del camino, le acomodó otras suelas a los pies y le trajo alimento.

Después fueron Jesús y Lázaro a través de una enramada larga, hacia la sala subterránea. Las mujeres se cubrieron con el velo y se hincaron delante de Él; los hombres sólo se inclinaron profundamente. Jesús saludó a todos y los bendijo. Después se sentaron a comer. Las mujeres estaban en un extremo de la mesa, sentadas, con las piernas cruzadas. Nicodemus se manifiesta siempre muy ansioso de la palabra de Jesús. Como los hombres hablaban, quejándose, irritados, por la prisión de Juan, Jesús dijo: "Esto debe suceder así y entra en la voluntad de Dios. Mejor es no hablar de esto y no excitar a nadie ni llamar la atención, para no aumentar el peligro". Si Juan no hubiese sido removido no hubiera podido obrar Él en estos lugares. "Las flores, añadió, deben caer de los árboles cuando llega el fruto". Hablaban, también irritados, por el espionaje de los fariseos y sus persecuciones. Jesús les mandó callar y permanecer tranquilos. Lamentó la ceguera de los fariseos y contó la parábola del mayordomo infiel. Los fariseos son también mayordomos infieles; pero no tan prudentes como aquél, y por consiguiente no tendrán ya refugio el día de su reprobación.

Después de la comida pasaron a otra sala donde ya estaban las lámparas encendidas y Jesús guió las oraciones, porque se

celebraba el Sábado. Habló aún con los hombres y luego se retiraron a descansar. Cuando todo estaba en silencio y todos dormían, se levantó Jesús secretamente, sin que nadie lo notara, y se fué a la cueva del Huerto de los Olivos, donde más tarde, antes de su pasión, sudó sangre. Jesús rogó varias horas a su Padre celestial pidiéndole fuerzas para su misión. Antes de rayar el alba, volvió a Betania sin ser notado.

Los hijos de Obed, que eran servidores del templo, fueron con otros a Jerusalén; los demás permanecieron quietos en casa y nadie se enteró de la presencia de Jesús en Betania. Jesús habló hoy, durante la comida, de sus viajes a las ciudades de la Alta Galilea, Amead, Adama y Seleucia; y como los hombres hablaron con vehemencia contra las sectas, les reprochó su dureza en juzgar y les contó la parábola de un hombre que había caído en mano de los ladrones en el camino de Jericó, y cómo un samaritano se compadeció más de este infeliz que los levitas. He oído varias veces ésta y otras parábolas, pero siempre con nuevas aplicaciones. Habló también de la suerte y del fin de Jerusalén. De noche, mientras todos dormían, fué Jesús de nuevo a la gruta del Huerto de los Olivos a rezar. Derramó muchas lágrimas y tuvo gran miedo y turbación. Era como un hijo que se dispone a emprender una gran obra de su padre y que antes se echa en los brazos de su Padre para recibir consuelo y fuerza.

Mi guía (el ángel custodio) me dijo que cuantas veces estaba en Betania y tenía algunas horas libres, se venía aquí a rezar. Era esta una preparación para su última oración y lucha en el Huerto de los Olivos. Me fué mostrado que Jesús oraba y se recogía especialmente en este lugar, porque Adán y Eva, echados del Paraíso terrenal, pisaron la tierra maldecida por primera vez en este Huerto de los Olivos. Los he visto en esta gruta lamentarse y llorar y orar. Vi también que Caín, trabajando aquí, comenzó a pensar y determinó matar a su hermano Abel. Yo pensé en Judas. He visto que Caín llevó a cabo la muerte de su hermano en el monte Calvario, y que luego aquí, en el Huerto de los Olivos, lo llamó Dios a cuentas. Jesús, al rayar el día, se encontraba de nuevo en Betania.

XIV

Tratan las santas mujeres de proveer posadas para Jesús y sus discípulos

Cuando terminaron las fiestas del Sábado se llevó a cabo una obra por la cual Jesús había principalmente venido a Betania. Las santas mujeres habían sabido con dolor que Jesús y sus discípulos habían sufrido mucha penuria en sus viajes, especialmente en el último apresurado a Tiro, donde les faltó lo necesario, y el mismo Jesús tuvo que comer un pedazo de pan duro que Saturnino había alcanzado a obtener de limosna, que debió Jesús antes ablandarlo en el agua. Las mujeres se ofrecieron para elegir en determinados lugares albergues y posadas, y proveerlas de lo necesario, y Jesús aceptó esta idea. Por eso también había venido Jesús hasta aquí. Como Jesús declaró que desde ahora se proponía enseñar públicamente en todos los lugares, se ofrecieron Lázaro y las mujeres a erigir y arreglar albergues, ya que los judíos de los alrededores de Jerusalén, por instigación de los fariseos, negaban a Jesús y a sus discípulos las cosas que necesitaban. Pidieron entonces a Jesús que señalase los puntos principales de los viajes que emprendería y el número de los discípulos que llevaría, para ordenar los albergues que debían preparar y la cantidad de provisiones que debían almacenar. Jesús señaló los puntos principales de sus viajes apostólicos y el número de los discípulos que llevaría, y así se determinaron quince albergues a erigirse y poner cuidadores de confianza, parientes o conocidos, repartidos en todo el país, a excepción de la tierra de Chabul, cerca de Tiro y de Sidón. Las santas mujeres se reunieron y trataron qué comarcas y qué clase de albergues iba a tomar cada una, y se distribuyeron para buscar los cuidadores, los utensilios, mantas, vestidos, suelas y sandalias, quiénes cuidarían de los mismos, de su lavado y conservación, no olvidando la provisión de pan y alimentos. Todo esto se hizo antes, durante y después de la comida. Marta parecía que estaba verdaderamente en su oficio. Después se sortearían entre ellas para cubrir los gastos, y cuanto correspondería a cada una de ellas.

Después de la comida estuvieron Jesús, Lázaro, los amigos y las santas mujeres reunidos reservadamente en una gran sala. Jesús estaba sentado a un lado del salón en un asiento levantado y los hombres, unos de pie, otros sentados, en torno de Él;

las mujeres estaban sentadas en otro lado de la sala, sobre gradas cubiertas de almohadones y esteras.

Jesús enseñó sobre la misericordia de Dios para con su pueblo; cómo enviaba un Profeta después de otro; cómo todos estos habían sido desconocidos y maltratados, y cómo este pueblo rechazará también la última gracia; y lo que le sucederá por eso. Como hablara largamente sobre esto, dijeron algunos: "Señor, enséñanos esto mismo en alguna hermosa parábola". Jesús dijo de nuevo la parábola del Rey que manda a su Hijo a la viña, después que los viñateros hubieron matado a los enviados anteriores, y cómo también mataron al Hijo. A continuación, como algunos hombres habían salido de la sala, Jesús se puso a pasear de un lado a otro con algunos. Marta, que iba y venía entre las mujeres, se acercó a Jesús y le habló de nuevo de su hermana Magdalena, después de haber oído las cosas que le contó Serafia, la Verónica.

XV

La parábola de la perla perdida y encontrada

Mientras Jesús se paseaba en la sala con los hombres, las mujeres se sentaron a jugar a una especie de lotería o suerte para ver a quien le tocaba proveer lo que habían tratado. Había allí una mesa con rollos que tenía la forma de una estrella de cinco rayos terminada en una caja alta como de dos pulgadas. En la parte superior de la caja, que estaba vacía y dividida en varios compartimentos, salían de las cinco puntas hacia el medio otros cinco canalitos hondos y cavados, y entre éstos varios agujeros que conducían al interior de la caja. Cada una de las mujeres tenía una cuerda larga con sarta de perlas y otras muchas piedras preciosas consigo, de las cuales, según el juego, mezclaban algunas que apretadas, las metían en uno de los canalitos, después ponía una tras otra una pequeña caja al extremo del canalito, detrás de la última perla y con un golpe de mano arrojaba una pequeña flecha de la caja contra la perla más próxima; con lo cual toda la hilera de perlas recibía un golpe, de modo que algunas saltaban y caían por la abertura o en el interior de la caja o saltaban sobre los otros canalitos. Cuando todas las perlas estaban fuera de las hileras, se sacudía la mesa que estaba sobre rodillos, algún tanto, y con este movimiento las perlas caídas adentro pasaban a otras cajitas pequeñas que

se sacaban del extremo de la mesa y que pertenecían a cada una de las mujeres. De este modo sacaba cada una de ellas una cajita y veía lo que había ganado para su empleo o lo que había perdido de su sarta de perlas. La viuda de Obed había perdido a su marido hacia poco tiempo y aún estaba de luto; su marido había estado aquí mismo con Lázaro y Jesús, antes de ir Éste al bautismo de Juan.

En este juego de sorteo se les perdió a las mujeres una perla de mucho valor, que había caído entre ellas. Mientras estaban removiendo todo y buscaban con cuidado la perla, después de haberla encontrado con mucho contento de las mismas, entró Jesús y les contó la parábola de la dracma perdida y de la alegría de haberla encontrado; y con esta parábola de la perla perdida y de la alegría de haberla encontrado pasó a referirse a Magdalena. Él la llamó perla más preciosa que otras muchas, que había caído de la mesa del amor al suelo y se había extraviado. "¡Con qué alegría, añadió, vais a encontrar de nuevo esa perla perdida!" Entonces preguntaron las mujeres ansiosas: "¡Ah, Señor! ¿Y esa perla se volverá a encontrar?" Jesús les dijo: "Es necesario buscar con más diligencia de lo que la mujer busca la dracma y que el pastor busca la oveja descarriada". Por estas palabras de Jesús prometieron todas hacer más diligencia para buscar a Magdalena y así alegrarse más que por la perla encontrada.

Algunas mujeres rogaron al Señor quisiera recibir al joven de Samaría entre sus discípulos, que le había rogado después de la Pascua en el camino de Samaría. Hablaron de la gran virtud y de la ciencia de ese joven, el cual, creo, estaba emparentado con alguna de esas mujeres. Jesús les contestó que difícilmente vendría: "Está ciego de un lado", explicándoles que estaba demasiado aficionado a sus riquezas.

Por la tarde resolvieron muchos hombres y mujeres ir a Bethoron, donde Jesús iría al día siguiente a enseñar. Jesús había estado de nuevo secretamente en la gruta del Huerto de los Olivos, y oró allí con gran ansiedad; después con Lázaro y Saturnino se encaminó a Bethoron, como a seis horas de camino. Era ya una hora después de medianoche. Cruzaron el desierto y cuando estaban como a dos horas de la ciudad viniéronles al encuentro algunos discípulos que habían sido enviados el día antes a Bethoron y estaban en un albergue. Estaban allí Pedro, Andrés, su medio hermano Jonatán, Santiago el Mayor, Juan, Santiago el Menor y Judas Tadeo, que por primera vez

había acompañado a los otros; Felipe, Natanael Chased, Natanael el novio de Caná y alguno que otro de los hijos de las viudas. Jesús descansó con ellos en el desierto bajo un árbol durante algún tiempo mientras enseñaba. Volvió a hablar sobre la parábola del Señor de la viña que envía a su Hijo. Luego fueron al albergue y comieron. Saturnino, que había recibido monedas de las mujeres, fué a comprar los alimentos.

XVI

Jesús en Bethoron. Fatiga de los discípulos

Hacia las ocho de la mañana llegaron a Bethoron. Unos discípulos se fueron a la casa del jefe de la sinagoga y pidieron las llaves diciendo que su Maestro quería enseñar. Otros recorrieron las calles llamando las gentes al sermón. Jesús entró con los demás en la sinagoga que pronto quedó llena. Comenzó nuevamente la parábola del Señor de la viña, cuyos enviados fueron muertos por los viñateros infieles, y del propio Hijo a quién mataron hasta que el Señor entregó la viña a otros trabajadores. Habló de la persecución contra los profetas, de la prisión de Juan Bautista, y de su propia persecución hasta que pusieran manos en Él. Sus palabras despertaron gran admiración entre los judíos: algunos se alegraron, otros se irritaron y decían: "¿De dónde viene Éste de nuevo aquí? Y eso que nada sabíamos de su venida". Algunos sabiendo que las mujeres se encontraban en un albergue del valle, fueron allá a preguntarles el motivo de la venida de Jesús.

Sanó aquí a algunos enfermos de fiebre y abandonó la ciudad. Al albergue habían llegado Verónica, Juana Chusa y la viuda de Obed y habían preparado la comida. Jesús y sus discípulos comieron algo, de pie; luego se ciñeron y emprendieron viaje de inmediato. El mismo día enseñó en la ciudad de Kibzaim y en algunas localidades pastoriles. En Kibzaim no estaban todos los discípulos juntos; se reunieron recién en un edificio junto a una casa de pastores bastante espaciosa, en los confines de Samaría, en el mismo lugar donde María y José, en el viaje a Belén, fueron recibidos después de haber pedido hospitalidad en otros lugares. Aquí comieron y pasaron la noche. De ellos he visto aquí unos quince. Lázaro y las santas mujeres habían vuelto a Betania.

Al día siguiente salió Jesús con sus discípulos, a veces juntos, a veces separados, con mucho apuro, a través de grandes y pequeñas poblaciones. Pasaron por Najoth y Gabaa, como a cuatro horas de Kizbaim. En todos estos lugares no dió tiempo el Señor para disponer la sinagoga, sino que enseñaba sobre alguna colina al aire abierto, en algún lugar apropiado y a veces a la vera de algún camino donde podía reunirse la gente. Los discípulos le precedían, entrando en las chozas y casas de los pastores, e invitando a reunirse en un punto donde Jesús podía enseñar. Sólo algunos discípulos quedaban con Él. Todo el día anduvieron con infinito trabajo y fatiga, de pueblo en pueblo. Jesús sanó a muchos enfermos que clamaban por salud. Había entre ellos algunos lunáticos. Muchos endemoniados gritaban detrás de Él, y Jesús les mandaba callar y salir de esas personas.

Lo que hacía más pesada esta jornada era la mala voluntad de parte de los judíos y la sorna de los fariseos. Estos lugares cercanos a Jerusalén estaban llenos de gentes que se habían declarado contra Jesús. Sucedía entonces como pasa ahora en los pequeños pueblos, donde de todo se charla y nada se hace. Además de esto la aparición de Jesús con tantos discípulos y su severa enseñanza agriaron más los ánimos. En estos lugares dijo Jesús lo que había dicho en otros: que era el tiempo de la última Gracia y de la postrera llamada; que luego vendría el juicio y el castigo. Hablaba del mal trato a los profetas, de la prisión de Juan y de la persecución que se hacía de su misma Persona. Repetía la parábola del Señor de la viña, que ahora enviaba a su Hijo; que el reino de Dios se acercaba y como el Hijo de ese Rey tomará posesión del reino. Clamó varias veces con ayes contra Jerusalén y contra aquéllos que no quieren aceptar su reino y no hacen penitencia. Estas severas enseñanzas se mezclaban con exhortaciones amorosas y con la curación de muchos enfermos. De este modo se procedía de un lugar a otro.

Los discípulos tenían mucho trabajo; traíales todo esto una extraordinaria fatiga. Donde llegaban y anunciaban el sermón de Jesús oían replicar sarcásticas expresiones contra Él: "¡Ya viene Ése de nuevo! ¿Qué es lo que quiere?... ¿De dónde viene?... ¿No se le ha prohibido?...". También a veces se reían de ellos; gritaban detrás de ellos y se burlaban. Algunos se alegraban del anuncio de Jesús; pero no eran muchos. A Jesús directamente nadie se atrevía a increpar. Pero donde enseñaba y los discípulos estaban cerca, o le seguían en los caminos y ca-

lles, todos los gritos se dirigían contra ellos; los detenían a veces y preguntaban. Habían oído a veces mal las palabras de Jesús, o no las habían entendido, y querían una explicación. Después resonaban de nuevo gritos de alegría. Jesús había sanado a algunos enfermos y ellos se irritaban y se alejaban de Él.

De este modo se sucedían los días, hasta la tarde, en apuros y trabajos, sin descanso y sin probar bocado. Yo veía como eran al principio flacos y descorazonados los discípulos. A menudo cuando Jesús enseñaba y ellos eran preguntados, se ponían cabizbajos y no entendían lo que realmente se quería de ellos. Y así no estaban contentos con su situación. Ellos pensaban y hablaban: "Lo hemos dejado todo y ahora venimos a parar en este barullo y en esta confusión. ¿Qué es este reino de que habla tan a menudo? ¿Lo alcanzará en realidad?" Esto es lo que pensaban, pero calladamente; aunque se notaba muchas veces que estaban dudosos y desconfiados. Sólo Juan iba del todo despreocupado, como un niño obediente y confiado. Y todo esto a pesar de haber visto y de estar viendo tantos milagros a cada momento. Era admirable ver como Jesús, que conocía todos sus pensamientos y angustias, proseguía imperturbable su misión, sin cambiar de aspecto ni inmutarse, siempre igualmente apacible y seriamente amable. Jesús anduvo ese día hasta la noche; después descansaron, con un pastor, donde no recibieron nada o casi nada, al otro lado de un riachuelo que limita con Samaría. El agua del riacho no era potable; el lecho era muy angosto y tenía, no lejos de su nacimiento, al pie del Garizim, un curso rápido hacia Occidente.

XVII

Jesús junto al pozo de Jacob

Al día siguiente pasó Jesús el riachuelo, dejando el monte Garizim a la derecha, hacia la ciudad de Sichar. Sólo Andrés, Santiago el Mayor y Saturnino estaban con Él; los demás habían tomado diversas direcciones. Jesús fué al pozo de Jacob al Norte del monte Garizim y al Sur del Ebal, en la herencia de José, sobre una pequeña colina, de donde dista Sichar un cuarto de hora al Oeste en un valle que se extiende en torno de la ciudad. De Sichar hacia el Norte a una hora está situada Samaría, sobre una montaña. Varias sendas abiertas en la roca y entre piedras suben de diversas partes a lo alto de la colina, donde hay

un edificio octogonal rodeado de árboles y de asientos de verdor que encierra el llamado pozo de Jacob. Este edificio está rodeado de una arcada abierta, debajo de la cual pueden estar cómodamente unos veinte hombres. Frente al camino a Sichar hay una puerta, generalmente cerrada, que lleva, por debajo de la galería, al pozo de Jacob, que tiene un techo con una abertura a veces cerrada con una cúpula. El interior de esta edificación tiene tanto espacio que se puede andar cómodamente. El pozo está cerrado con un cobertor de madera. Cuando se abre éste se ve un pesado cilindro frente a la entrada, hacia el lado contrario, sobre el borde del pozo, en posición transversal, al cual, por medio de una manivela, está unido el balde para sacar el agua. Frente a la puerta hay una bomba por medio de la cual se puede alzar al agua del pozo, hasta la pared de la casa, que sale por tres canales al Este, al Oeste y al Norte, y se dirigen a pequeñas fuentes hechas afuera, para lavarse los pies los viajeros, para limpieza de sus vestidos y para abrevar sus animales.

Era mediodía cuando llegó Jesús con sus tres discípulos a la colina. Mandó a éstos a Sichar para comprar alimentos y subió solo a la colina para esperarlos. Era un día muy caluroso; Jesús estaba rendido y con mucha sed. Se sentó a la vera del camino, cerca del pozo que llevaba de Sichar hacia arriba; parecía, mientras apoyaba la cabeza sobre la mano, esperar que alguien abriese el pozo y le diese de beber. Vi entonces salir una mujer samaritana, de unos treinta años, con el odre colgando del brazo, acercarse y subir al pozo para sacar agua. Su aspecto era hermoso. Ascendió con soltura y vigor, a grandes pasos, la colina del pozo. Su ropa era más distinguida que las comunes y un tanto rebuscada. Llevaba un vestido azul y colocado, con grandes flores amarillas; las mangas, en la mitad del brazo superior e inferior con pulseras amarillas, parecían rizadas en los codos. Tenía una pechera adornada con lazos y cuerdas amarillas; el cuello cubierto con un paño de lana amarilla adornado con abundantes perlas y corales. El velo, de costoso y fino trabajo, que colgaba hacia abajo, podía ser recogido y atado a mitad del cuerpo. Recogido el velo por detrás terminaba en un cabo formando a los lados del cuerpo dos pliegues en los cuales podían descansar cómodamente los brazos con los codos. Si tomaba con ambas manos el velo sobre el pecho quedaba todo el cuerpo cubierto como un manto. La cabeza estaba cubierta de modo que no se veían los cabellos; de la frente salía un adorno que recogía la parte anterior del velo, que podía ser bajado

sobre el rostro hasta el pecho. La mujer llevaba una especie de delantal de color más oscuro, que parecía de pelos de camello o de cabra, con bolsillos arriba; lo llevaba en el brazo, de modo que cubría en parte el odre de cuero pendiente de su brazo. Parecía a propósito para estos trabajos de sacar agua a fin de resguardar los vestidos. El odre era de cuero como un saco sin costura; en dos partes estaba abovedado como si estuviera forrado con planchas de madera; las otras dos partes se plegaban como una cartera vacía. En las dos partes tiesas había sujetas dos agarraderas y pasaba una correa de cuero con la cual tenía la mujer sujeto el odre a su brazo. La abertura del odre era angosta; cuando se llenaba formaba como un embudo y se cerraba como las blusas de los obreros. Cuando estaba vacío, el odre colgaba plano del brazo y cuando estaba lleno ocupaba el espacio de un balde lleno.

Esta mujer subió ágilmente la colina para buscar agua del pozo de Jacob para sí y para otros. Yo le tengo cariño: me parece bondadosa, ingeniosa y sincera. Se llama Dina(*), es hija de matrimonio mixto y de la secta de los samaritanos. Vive en Sichar, aunque no es nacida allí. Por su vida pasa por desconocida con el nombre de Salomé. La toleran en esta ciudad a ella y a su marido por su buena índole natural, sincera, amigable y servicial. Debido a los vericuetos del camino no pudo Dina ver a Jesús hasta que estuvo frente a Él. Su presencia aquí, donde estaba tan solitario y sediento en el camino del pozo, tenía algo de sorprendente. Jesús estaba vestido con una indumentaria larga y blanca, de lana fina, con ancha faja, como un alba. Era la vestimenta que usaban los profetas. Los discípulos solían llevársela en los viajes. Solía ponérsela cuando aparecía en lugares y solemnidades públicas, para enseñar o prefetizar. Al verse frente a Jesús de pronto e inesperadamente Dina dejó caer su velo sobre la cara y permaneció indecisa sin pasar adelante, pues el Señor estrechaba el camino. He podido ver su íntimo pensamiento: "¡Un hombre! ¿Qué quiere aquí?... ¿Es esta una tentación?"

Jesús, a quien ella reconoció como judío, la miró amigablemente, con luminosa mirada, y mientras retiraba los pies, porque el sendero era allí muy angosto, díjole: "Pasa adelante y dame de beber". Esto admiró a la mujer, porque los judíos y samaritanos no estaban acostumbrados sino a miradas despre-

(*) El Martirologio la llama Photina.

ciativas de unos a otros. Quedó suspensa y dijo: "¿Por qué estás Tú aquí, tan solo, en esta hora? Si me ven contigo habría un escándalo". Replicó Jesús que sus compañeros fueron a la ciudad a comprar alimentos. Dina contestó: "En verdad he visto a tres hombres en el camino, pero poco conseguirán en esta hora. Lo que los siquemitas han preparado hoy lo necesitan para si". Decía esto porque había en Sichar una fiesta o un día de ayuno, y nombró otro lugar donde podrían todavía conseguir alimentos. Jesús dijo de nuevo: "Pasa adelante y dame de beber".

Entonces Dina pasó adelante. Jesús se levantó y la siguió hasta el pozo, que fué abierto por ella. Mientras caminaba, dijo Dina: "¿Cómo puedes Tú que eres judío pedirme de beber a mí que soy samaritana?" Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y Quien es el que te pide de beber, le hubieras pedido tú que te diera de beber, y Él te habría dado las aguas vivas". Entonces destapó Dina el pozo, sacó el balde y habló a Jesús, que se había sentado al borde del pozo: "Señor, Tú no tienes recipiente para sacar agua y la fuente del pozo está muy profunda. ¿De dónde sacarás esas aguas vivas?... Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo y bebió él mismo de él y sus hijos y sus animales?" Mientras decía estas cosas vi en cuadros cómo Jacob cavaba este pozo y cómo saltó el agua contra su persona.

La mujer entendió como si se tratase de fuentes de aguas naturales. Dejó bajar el balde, que cayó pesadamente y luego lo levantó. Alzóse las mangas, que se hincharon en la parte de arriba, y con los brazos descubiertos llenó su odre con el balde, y luego llenó un recipiente de corteza pequeño que tenía y alcanzó el agua a Jesús, que bebió y dijo: "Quien toma de esta agua tiene sed de nuevo; pero quien bebiere del agua viva que Yo le daré a beber, no tendrá ya sed para siempre. Porque el agua que Yo le daré será para él una fuente que se alzará hasta la vida eterna". Dina dijo contenta a Jesús: "Señor, dame de esa agua viva para que no tenga más sed y no tenga que venir hasta aquí a sacar agua con tanto trabajo". Ya estaba conmovida con las expresiones de agua viva: sin entender del todo lo que Jesús quería decirle, tenía ya una idea de que Jesús se refería al cumplimiento de la promesa. Cuando pidió el agua viva ya había experimentado un movimiento profético en su corazón. Siempre he sentido y sabido que las personas con las cuales Jesús tuvo algo que hacer, no estaban como personas particu-

lares, sino que representaban la figura completa de una totalidad de personas o clase de personas con tales sentimientos. Y porque eran así, ya eso expresaba el cumplimiento de los tiempos. En Dina, la samaritana, estaba toda la secta samaritana, separada de la verdadera religión de los hebreos, y una secta separada de la fuente de agua viva, el Salvador. Jesús tenía, pues, sed de la salud del pueblo samaritano y deseos de darle el agua viva de la cual se habían apartado. Aquí se encontraba la parte salvable de la secta de Samaría que deseaba el agua de la vida y que extendía la mano abierta para recibirla. Samaría hablaba, pues, por medio de Dina: "Dame, Señor, la bendición de la promesa, apaga mi sed tan antigua, ayúdame a conseguir esa agua viva, para que tenga consuelo, algo más que con este pozo de Jacob, que es lo único que aún nos une con el pueblo judío".

Cuando Dina dijo esas palabras, Jesús contestó: "Vete a casa y llama a tu marido y vuelve aquí". Oí que le dijo esto dos veces, porque no estaba allí para instruirla a ella sola. Era como si dijera a la secta: Samaría, llama a aquél a quien tú perteneces, a aquél a quien en sagrada unión estás unida. Dina contestó: "No tengo marido". Con esto confesaba Samaría al Esposo de las almas, que ella (la secta) no tenía ninguno a quien pertenecía. Jesús respondió: "Dices bien: seis hombres has tenido, y aquél con quien ahora vives no es tu marido. En esto has hablado rectamente". Era como decir Jesús a la secta. Samaría, tú dices la verdad; con los ídolos de cinco pueblos(*) estabas enredada y tu presente unión con Dios no es una unión matrimonial. A esto respondió Dina, bajando los ojos e inclinando la cabeza: "Señor, veo que Tú eres un profeta". Esto diciendo, bajóse de nuevo el velo, dando a entender la secta samaritana que entendió la misión divina del Señor y se confesó culpable. Como si entendiera Dina las palabras de Jesús: "Aquel hombre con quien ahora vives no es tu marido"; esto es, tu presente unión con el Dios verdadero no es legal; el culto a Dios de los samaritanos ha sido, por el pecado y el amor propio, separado de la alianza de Dios con Jacob.

Como si percibiera el sentido de estas palabras, hizo referencia a los pecados del cercano monte Garizim y dijo buscando enseñanza: "Nuestros padres han adorado sobre este monte y

(*) El rey de Asiria llevó cautivos a los israelitas vencidos y transplantó a Samaría cinco pueblos con sus ídolos y creencias. Los pocos que habían quedado del pueblo judío se mezclaron con los paganos venidos de Asiria.

vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". Entonces dijo Jesús: "Mujer, créeme, viene la hora en que vosotros ni en Garizim ni en Jerusalén adoraréis al Padre". Con esto quería decir: Samaría, viene la hora en que ni aquí ni en el templo en el *Sancta sanctorum* habrá que adorar, porque está entre vosotros. Y dijo más: "Vosotros no sabéis lo que adoráis, pero nosotros sabemos lo que adoramos, porque la salud viene de los judíos". Aquí le dijo una parábola de los brotes infructuosos y salvajes de los árboles que se van todo en madera y hojas y no dan fruto. Con esto quería decir a la secta: Samaría, tú no tienes seguridad de la adoración, no tienes ninguna alianza, ningún sacramento, ninguna prenda de la alianza, ninguna arca de la alianza, ningún fruto. Todo esto, en cambio, lo tienen los judíos; de ellos nace el Mesías. Y continuó Jesús: "Pero viene la hora, y ya está, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; pues el Padre quiere tales adoradores. Dios es espíritu y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad". Con esto quiso decir: Samaría viene la hora y ya está cuando el Padre debe ser adorado por los verdaderos adoradores en el Espíritu Santo y en el Hijo, que es el camino y la verdad. Dina contestó al Señor: "Yo sé que el Mesías viene. Cuando Él venga nos enseñará todas las cosas". Con estas palabras habló aquella parte de Samaría y la secta a la cual se le podía reconocer una participación de la promesa en el pozo de Jacob: Yo espero y creo en la venida del Mesías, Él nos ha de ayudar. Jesús contestó: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo". Esto era tanto como decir a todos los de Samaría que deseaban convertirse: Samaría, Yo he venido al pozo de Jacob y tuve sed de ti, agua de este pozo, y ya que tú me diste de beber, te prometí aguas vivas para que no tengas sed; y tú has manifestado que crees y esperas en estas aguas vivas. Mira, premio tu buena voluntad porque has apagado mi sed de ti, con tu deseo de Mi. Samaría, yo soy la fuente de las aguas vivas. Yo soy el Mesías, que hablo ahora contigo.

Cuando Jesús dijo: "Yo soy; Yo, el que hablo contigo", miróle Dina admirada, temblando de santa alegría. Prontamente se resolvió: dejó su odre allí, y el pozo abierto, y descendió la colina con rapidez, hacia Sichar, para anunciar a su marido y a todos lo que le había sucedido. Estaba severamente prohibido dejar abierto el pozo de Jacob; pero, ¿qué le importaba ya del pozo de Jacob, qué de su odre de agua terrenal?... Había recibido aguas vivas y su corazón, lleno de amor y de alegría, que-

ría llenar a todos de esa agua. Mientras salía apresurada por la puerta abierta de la casa del pozo, pasó junto a los tres discípulos que habían traído alimentos y que llegados momentos antes habían esperado a distancia de la puerta del pozo extrañados de que hablase tan largo con la mujer samaritana. Con todo, no le hicieron pregunta alguna por respeto. Dina dijo a su marido y a otras personas, en la calle, con grande entusiasmo: "Venid arriba al pozo de Jacob; allí veréis a un hombre que me ha dicho todos los secretos de mi vida. Venid, debe ser el Cristo".

Se acercaron los discípulos a Jesús y le ofrecieron panes y miel de sus cestas, diciendo: "Maestro, come". Jesús se levantó, abandonó el lugar del pozo y dijo: "Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis". Los discípulos se preguntaban entre sí por si acaso alguno le habría traído alimentos y pensaron secretamente: "¿No le habrá traído de comer la mujer samaritana?" Jesús no quiso demorarse en comer. Se dirigió monte abajo a Sichar, y mientras los discípulos le seguían detrás, comiendo, hablóles, diciendo: "Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado, para cumplir su obra". Quería decir: convertir las gentes de Sichar, puesto que tenía su alma sed de la salud de ellos.

En las cercanías de la ciudad ya venía Dina, la samaritana, al encuentro de Jesús. Se acercó humildemente llena de contento y sincera con El. Jesús habló todavía con ella, a veces parado, a veces andando. Le descubrió todas sus andanzas y todos sus sentimientos. Ella estaba toda conmovida, y prometió de su parte y de su marido dejarlo todo y seguir a Jesús, que le sugirió varios modos de expiar sus culpas personales y borrar sus pecados. Dina era una mujer franca, nacida de matrimonio mixto, pues su madre era judía y su padre un pagano, y había nacido en un lugar de Damasco. Perdió muy pronto a sus padres y fué criada por una nodriza perversa, de la cual sorbió también las malas inclinaciones. Había tenido ya cinco hombres: éstos habían sucumbido en parte por los disgustos y en parte desplazados por sus amantes. Tenía tres hijas y dos hijos, ya crecidos, que habían quedado entre los parientes de sus padres, cuando Dina abandonó la ciudad de Damasco. Los hijos fueron más tarde discípulos de Jesús, entre los 72. El hombre con el cual vivía ahora era pariente de otro de sus anteriores, un rico comerciante. Se vino con él a Sichar porque era de la secta de los samaritanos; le guardaba el orden de la casa y vivía con él,

sin ser casados, aunque en la ciudad se los tenía por casados. El hombre era de fuerte musculatura, de unos 36 años de edad, de rostro encendido y barba rojiza.

Dina tenía mucho de parecido con Magdalena en su vida, aunque había caído más hondamente en la culpa. He visto también que en los principios de la mala vida de Magdalena un rival había caído muerto por las iras de otro. Dina tenía un carácter muy franco, generoso, amable y muy servicial, y aunque era alegre y muy movida, en su conciencia no estaba contenta. Vivía ahora más honradamente en compañía de su presunto marido, pero en departamento aparte, en una casa rodeada de un canal, cerca de la puerta del pozo en Sichar. La gente, aunque no trataba mucho con ellos, no los despreciaban tampoco. Ella tenía costumbres algo diferentes de los demás y sus vestidos eran más elegantes que los de las demás mujeres del lugar, cosa que se le perdonaba por tratarse de una extranjera.

Mientras Jesús hablaba con la mujer, le seguían los discípulos a alguna distancia pensando: ¿Qué tratará ahora con esa mujer?... Hemos comprado los alimentos con tanto trabajo, y Él ahora ¿por qué no come?

Cerca de Sichar la mujer dejó a Jesús y entró apresurada al encuentro de su marido y de muchos otros que habían salido a la puerta para ver a Jesús. Al acercarse Éste, Dina, que estaba a la cabeza de todos, señalóles a Jesús. Las gentes, contentas, clamaron a su vista y le dieron la bienvenida. Jesús les indicó con la mano que se callaran, les habló unos minutos con mucha amabilidad y les dijo, entre otras cosas, que creyeran todo lo que les decía Dina. Fué también en esta conversación muy amigable y amable, su mirada era tan escrutadora e impresionante que todos los corazones se sintieron conmovidos y atraídos hacia Él. Con muchas instancias le rogaron que entrara también en su ciudad para enseñarles. Él así lo prometió; pero por ahora pasó de largo. Todo esto aconteció entre las tres y las cuatro de la tarde.

XVIII

Los discípulos se reúnen con Jesús

Mientras Jesús hablaba con los samaritanos a las puertas de la ciudad, llegaron los demás discípulos, entre ellos Pedro. Éstos habían tomado otra dirección en la mañana, quizás para

arreglar o encargar algo. Pedro como los demás estuvieron bastante extrañados de que hablara tanto tiempo con esos samaritanos. Se sentían contrariados porque desde su niñez habían oído que no debían tratar con ese pueblo y se habían acostumbrado. Estaban tentados de escandalizarse por esto. Pensaban en el cansancio del día anterior y de anteayer, en las burlas y sornas, en la carencia de todo lo más necesario que habían sufrido. Habían visto todo cuanto las mujeres de Betania habían prometido y esperaban que las cosas mejoraran. Ahora presenciaban esta conversación con los samaritanos, y entonces pensaban que no sería extraño que no fueran bien recibidos en otras partes adonde llegaran. Tenían siempre en la cabeza extrañas ideas y pretenciones humanas sobre el reino que fundaría Jesús en la tierra, y suponían que si todo esto se llegase a saber en Galilea, serían burlados. Pedro había hablado mucho en Samaría con aquel joven que debía ser recibido como discípulo; pero éste no acababa de decidirse. Pedro habló de ello a Jesús.

Jesús caminó con ellos como media hora en torno de la ciudad, al Noreste, y descansaron bajo los árboles. Les habló Jesús de la cosecha, y dijo: "Hay un proverbio que vosotros también usáis: Aún cuatro meses y viene la cosecha". Los haraganes quieren diferir siempre el trabajo; les dijo que mirasen los campos ya blanqueando para la cosecha. Se refería a los samaritanos y a todos los otros, que estaban maduros para recibir sus enseñanzas. Ellos, los discípulos, estaban llamados a la cosecha, aunque no habían sembrado, sino los profetas, Juan Bautista y Él mismo. Quien cosecha recibe la paga y junta los frutos para la vida eterna; de modo que el sembrador y el cosechador se alegran igualmente. "Aquí entra el refrán: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo os he mandado cosechar lo que no habéis sembrado; otros han trabajado y vosotros entráis en su trabajo". Estas cosas les dijo para darles ánimo para el trabajo.

Descansaron poco tiempo y luego se dispersaron. Quedaron con Jesús Andrés, Felipe, Saturnino y Juan; los otros se dirigieron hacia Galilea, entre Thebez y Samaría. Jesús caminó con sus discípulos, dejando a Sichar a su derecha, a una hora hacia el Sudeste de un campo donde había unas veinte casitas de pastores dispersas. En una casa más grande le esperaban María Santísima, María Cleofás, la mujer de Santiago el Mayor y dos de las viudas. Habían estado todo el día aquí, habían traído alimento y pequeños frascos de bálsamo. Prepararon una comida.

Jesús al ver a su Madre le tendió ambas manos. Ella inclinó su cabeza delante de Él; las mujeres saludaron, inclinándose y poniendo las manos sobre el pecho. Delante de la casa había un árbol y allí tomaron algún alimento. Entre los pastores vivían los padres de aquel joven que Jesús llevó consigo, después de la resurrección de Lázaro, en su viaje a la Arabia y a Egipto. Esta gente había acompañado al cortejo de los tres Reyes hasta Belén. Algunos se quedaron en el país a raíz del apresurado viaje de los Reyes y se casaron con hijas de pastores que vivían en los valles de Belén. Estas viviendas de pastores se extienden por los valles y desfiladeros hasta Belén. La gente del lugar cultivaba también la heredad de José que habían alquilado a los siquemitas. Estaban reunidos aquí muchos de ellos; no eran samaritanos.

María Santísima rogó a Jesús que curase a un niño estropeado traído por pastores vecinos que ya habían pedido su intercesión. Esto acontecía con frecuencia y era conmovedor ver cuando María rogaba a Jesús. Jesús hizo que le trajesen al niño y los padres lo trajeron sobre una camilla delante de la casa: era un niño de unos nueve años. Jesús exhortó a los padres, y como se mostrasen algo retraídos, se adelantaron los discípulos a Jesús. Habló al niño y se inclinó un tanto hacia él; luego lo tomó de la mano y lo levantó. El niño se alzó de su camilla y corriendo se echó en brazos de sus padres, los cuales después, con el niño, se echaron de rodillas delante de Jesús. Todos estaban llenos de contento y Jesús les dijo que alabasen a su Eterno Padre. Enseñó algún tiempo más a los pastores reunidos y comió con los discípulos el alimento preparado por las mujeres, bajo las ramas de un grueso árbol que había delante de la casa. María estaba con las otras mujeres sentadas aparte al extremo de la mesa. Creo que éste sería una de esos albergues que adquirían las santas mujeres de Cafarnaúm para los viajes de Jesús.

XIX

Dina y la gente de Sichar acuden a ver a Jesús

Se acercaron, algo cohibidas, algunas personas de Sichar con Dina, la samaritana. No se atrevían aproximarse en seguida porque no acostumbraban a tratar con estos pastores judíos. Dina se acercó la primera y habló con María y las otras mujeres. Jesús, después de la comida, se despidió de las mujeres, que

se dispusieron en seguida a volver a Galilea, adonde irá también Jesús pasado mañana. Jesús, pues, con Dina y los demás, se dirigió a Sichar. Dicha ciudad no es grande, pero tiene anchas calles y grandes palacios. La casa de oración está más adornada exteriormente que las sinagogas de los judíos. Las mujeres de Samaría no son tan retraídas como las de Judea y tratan más con los hombres. Apenas llegó Jesús a Sichar, le rodeó una gran multitud de gente. No entró en su sinagoga, sino que fué enseñando de un punto a otro en las calles y en un lugar donde había una tribuna. En todos estos lugares la afluencia de la gente era grande; estaban muy contentos de que el Mesías hubiese llegado hasta ellos.

Dina, aunque muy conmovida y vuelta en sí misma, está ahora en primera fila, más cerca de Jesús entre las mujeres. Se la considera ahora con más atención por haberse encontrado con el Mesías la primera. Mandó al hombre que vive con ella a Jesús, el cual le dijo pocas palabras de exhortación. El hombre estuvo muy compungido y avergonzado de sus pecados delante de Jesús. Jesús no se quedó mucho tiempo en Sichar y salió por la puerta opuesta, y enseñó delante de la ciudad y en varios puntos, en casas y huertas extendidas por largo trecho fuera de la ciudad. Permaneció luego más de media hora en un albergue y prometió enseñar dentro de ella al día siguiente. Cuando volvió a Sichar enseñó todo el día desde el sillón de enseñanza, y afuera, sobre colinas, y, por la noche, otra vez en el albergue.

Se habían reunido gentes de todas partes que iban de un lado a otro donde hablaba Jesús. Decían: "Ahora habla allí, ahora habla más allá". El joven de Samaría oyó también la enseñanza de Jesús, pero no se acercó a hablar con Él en particular. Dina es siempre la primera y pasa entre la multitud para acercarse a Jesús. Está muy atenta, muy conmovida y muy seria. Ha hablado de nuevo con Jesús y quiere separarse en seguida del hombre. Quiere emplear todos sus bienes, de hoy en adelante, para la comunidad, según la voluntad del Señor. Jesús le dijo como debía hacerlo. Mucha gente, conmovida, decía a la mujer: "Tú has dicho bien; ahora le hemos oído nosotros mismos: Él es el Mesías". La buena Dina está ahora muy contenta y muy seria y es bien vista. Yo la he querido desde el primer momento.

Jesús habló de la prisión de Juan, de la persecución de los profetas, del Precursor, del preparador de sus caminos, del

Hijo enviado a la viña a quien habrán de matar. Aquí dijo más claramente que el Padre le había enviado. Habló también de las cosas que le había dicho a la mujer junto al pozo de Jacob, de las aguas vivas, del monte Garizim, de que la salud viene de los judíos, de la proximidad del reino y del juicio, del castigo de los malos trabajadores que mataron al Hijo del dueño de la viña. Muchos preguntaron donde debían hacerse bautizar, ya que sabían que Juan había sido apresado. Jesús les dijo que los discípulos de Juan siguen bautizando detrás del Jordán, en Ainon, y que así, hasta que Él mismo vaya, se bauticen allá. En el mismo día salieron muchos para hacerse bautizar. Al día siguiente enseñó Jesús en el albergue, sobre las colinas y donde había pueblo, trabajadores y aún esclavos, que eran aquéllos que ya había visto en el campo de los pastores en Betharaba y que había consolado. Estaban presentes muchos espías mandados por los fariseos de los alrededores. Escuchaban con enojo todas sus enseñanzas, bajaban la cabeza o la arrimaban junto al vecino y murmuraban con sorna. No se atrevían, empero, a interrumpirle, y Jesús ni los miraba siquiera. Varios maestros de Samaría y otras personas presentes, escuchaban tiesos y malhumorados su enseñanza.

XX

Jesús en la ciudad de Ginnim

Cuando Jesús con cinco discípulos abandonó el albergue de Sichar marchó en dirección de la ciudad de Ginnim, dejando a Thebez a su derecha y a Samaría a su izquierda, a una distancia de seis horas de camino, en un valle sobre los límites de Galilea y Samaría. Llegaron entrada la noche, con los vestidos ceñidos, a la ciudad de Ginnim y entraron en seguida en la sinagoga, porque comenzaba el Sábado. Los otros discípulos enviados ya estaban allí. Salidos de la sinagoga fueron todos a una casa de Lázaro sobre una altura, no lejos de la pequeña ciudad de Thirza. Allí había estado ya Jesús hospedado y allí mismo se habían refugiado José y María en su viaje a Belén. El guardián, hombre anciano, de antiguo temple, tenía muchos hijos. Pasaron allí la noche. Esta posesión de Lázaro está como a tres cuarto de hora de Ginnim. Las santas mujeres habían pernoctado en Thebez, después de haber salido de Sichar. Se hacía el día anterior al Sábado un ayuno por causa de las murmura-

ciones de Israel contra Moisés. El Sábado enseñó Jesús en la sinagoga.

La lectura trató de la travesía del desierto por los Israelitas, de la repartición de la tierra de Canán y del profeta Jeremías. Jesús explicó todo esto aplicándolo a la proximidad del reino de Dios. Habló de la murmuración de los hijos de Israel en el desierto y cómo podían haber tomado un camino mucho más corto a través del desierto si hubiesen observado los Mandamientos que Dios les había dado en el Sinaí; por sus pecados eran rechazados siempre e impedidos de llegar, y los murmuradores murieron en el desierto. Explicó que aún ahora están caminando en el desierto y que morirían allí si murmuraban contra el reino de Dios que está cerca, y que es también el último aviso e invitación de Dios. Su vida era como el caminar en el desierto; debían tomar el camino más corto para entrar en el reino de Dios prometido, que se les mostraba. Dijo también cómo los hijos de Israel, no conformes con el gobierno de Samuel, gritaron pidiendo rey, y como obtuvieron a Saúl. Ahora, que las profecías se han cumplido y que el cetro salió de Israel, por sus pecados, piden de nuevo un rey para la restauración de su reino. Dios les envía a un Rey, a su propio Rey, como el Señor de la viña envió a su propio Hijo después que sus criados y enviados habían sido muertos por los viñateros infieles. De la misma manera tratarán a este Rey, desechándolo y dándole muerte. Enseñó sobre la piedra angular del salmo, que los edificadores echaron a un lado, y lo explicó refiriéndolo al Hijo del Señor de la viña. Habló del castigo que vendría sobre Jerusalén: que el templo no existiría ya y Jerusalén no sería reconocida. Se refirió también a Elías y a Eliseo.

Había entre los oyentes once fariseos empedernidos que querían disputar con Jesús. Tenían en sus manos rollos de Escritura y preguntaban qué significaba que Jonás hubiera estado tres días en el vientre de la ballena. Jesús les contestó: "Así estará tres días descansando en el sepulcro vuestro Rey, el Mesías; descenderá al seno de Abrahán y volverá a resucitar". Los fariseos se echaron a reír sobre esta explicación. Después se adelantaron tres fariseos y dijeron: "Reverendo Rabí, Tú hablas siempre del próximo camino; dinos cuál es ese nuevo camino". Simulaban respeto y eran hipócritas. Jesús les contestó: "¿Conocéis los Diez Mandamientos del Sinaí?" Respondieron: "Sí, los conocemos". "Guardad el primero de ellos y amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no impongáis

a los subordinados cargas pesadas y preceptos que vosotros mismos no observáis. Este es el camino". Contestaron: "Esto lo sabíamos también nosotros". Jesús replicó: "En que vosotros lo sabéis y no lo practicáis, ahí está vuestra culpa, por la cual seréis castigados". Les echó en cara que imponían muchas cosas al pueblo que ellos mismos no cumplían, ni siquiera los preceptos, cosa que sucedía precisamente en esa ciudad. Habló del significado del traje de los sacerdotes, según los designios de Dios dados a Moisés y cómo ellos no cumplían lo que estos trajes indicaban, y en cambio añadían muchas cosas exteriores y superfluas. Los fariseos estaban muy irritados, pero nada pudieron hacer contra Él. Algunas veces decían entre si: "¿Y Éste es el profeta de Nazaret, el hijo del carpintero?" La mayoría de los fariseos abandonaron la sinagoga antes que terminara Jesús la explicación. Uno solo permaneció hasta el final, e invitó a Jesús y a sus discípulos a una comida. Era mejor que los otros; con todo, era también espía. Habían traído algunos enfermos delante de la puerta de la sinagoga, y los fariseos pidieron a Jesús que los sanase, para ver una prueba. Jesús no sanó allí a los enfermos y les dijo a los fariseos: "Vosotros no queréis creer y por eso no tendréis tampoco la señal". Precisamente querían ellos que sanase en Sábado para poder acusarlo.

Cuando hubo terminado el Sábado, los discípulos de Galilea marcharon, la mayor parte de ellos a sus casas. Jesús fué con Saturnino y otros dos discípulos a la posesión de Lázaro. Conmovedor fué ver aquí cómo Jesús hizo una instrucción, primero a los niños del cuidador y de otros más que se reunieron, y después otra instrucción a las niñas. Les habló de la obediencia a los padres y del respeto que deben a los ancianos. "El Padre celestial, dijo, os ha dado padres; si honráis a vuestros padres, honráis también al Padre celestial". Les habló también sobre los hijos de Jacob y los hijos de Israel, que habían murmurado y no pudieron entrar en la tierra prometida; y esa tierra era tan buena. Les mostró los hermosos árboles y los frutos del jardín, y habló del reino del cielo que se nos ha prometido si cumplimos los mandamientos de Dios. Añadió que el cielo era mucho más hermoso; que la tierra mejor era, en su comparación, como un desierto. Les mandó que fuesen obedientes y recibieran agradecidos todo lo que Dios les mandase; que no murmurasen para poder entrar en el cielo; que no dudasen de su hermosura, como los israelitas en el desierto; que creyesen que era mucho mejor de lo que aquí lo más hermoso podía ser. Les dijo que no

olvidasen nunca estas cosas y procurasen merecer ese cielo con las obras de cada día y el trabajo. En esta enseñanza tenía Jesús a los más pequeños delante de su Persona; a algunos los alzó y los estrechó a su pecho, o los abrazaba de a dos en sus brazos.

XXI

Jesús y el cadáver del fariseo de Atharot

Desde la propiedad de Lázaro fué Jesús con sus tres discípulos de nuevo al Sudeste, a unas cuatro horas más atrás, hacia la población de Atharot situada sobre una altura, ciudad de saduceos. Los saduceos de esta localidad habían perseguido, junto con los fariseos de Gennebris, a los discípulos, después de la Pascua; a algunos los habían tomado presos y molestado con interrogatorios. Algunos de ellos habían estado también en Sichar espiando las enseñanzas de Jesús, especialmente cuando reprochó la dureza de los fariseos y saduceos contra los samaritanos. Desde entonces habían planeado tentar a Jesús y le habían pedido que celebrara el Sábado en Atharot. Jesús, que conocía sus intenciones, se dirigió a Ginnim. Los saduceos se entendieron con los fariseos de Ginnim y le enviaron mensajeros el Sábado por la mañana, que dijeran: "Él había hablado tan bien del amor al prójimo; que uno tiene que amar a su prójimo como a sí mismo; por eso le rogaban viniese a Atharot para sanar a un enfermo. Si hacía este prodigio querían ellos, como también los fariseos de Ginnim, creer en Él y esparcir sus enseñanzas en toda la comarca".

Jesús conocía su maldad y la trampa que maquinaban contra Él, sirviéndose de un hombre que estaba ya desde algunos días inmóvil y muerto; pero ellos afirmaban, contra los habitantes de la ciudad, que ese hombre estaba sólo fuera de sí. Su misma mujer no sabía que en realidad estaba muerto. Si Jesús lo hubiera resucitado, ellos habrían dicho que en realidad no estaba muerto. Salieron al encuentro de Jesús y lo llevaron delante de la casa de aquel hombre, que había sido uno de los principales saduceos y que mayormente se había ensañado contra los discípulos de Jesús. Lo sacaron fuera sobre una camilla a la calle por donde venía Jesús. Había allí unos quince saduceos y todo el pueblo permanecía en espectativa. El cadáver presentaba un hermoso aspecto; lo habían desentrañado y embalsamado para engañar a Jesús.

Jesús, al verlo, dijo: "Este hombre está muerto y muerto quedará". Ellos replicaron que estaba sólo fuera de sí, en éxtasis, y que si estaba muerto ahora, es porque habría muerto en este momento. Jesús respondió: "Este hombre ha negado la resurrección y no ha de resucitar aquí. Vosotros lo habéis embalsamado con especies; pero, mirad con qué especies: descubrid su pecho". Entonces vi que uno de ellos abrió el pecho del muerto, como si fuese una válvula y salieron multitud de gusanos repugnantes que se agitaban allí adentro. Los saduceos se irritaron sobremanera, pues Jesús declaró también sus pecados y sus delitos públicamente, y que esos gusanos eran los gusanos de su mala conciencia, que él había sabido encubrir y que ahora devoran su corazón. Les reprochó descubriendo su hipocresía y engaño, y habló duramente de los saduceos y del juicio sobre Jerusalén y sobre todos aquellos que no reciben la salud que ha venido. Ellos llevaron prontamente al muerto a su casa y se suscitó allí un desorden y un tumulto espantoso. Cuando Jesús y sus discípulos pasaron por la puerta de la ciudad, la chusma, soliviantada, les tiraba piedras: el haber descubierto los gusanos del muerto y la maldad de los saduceos los había irritado grandemente.

Entre tantos malos había algunos buenos que lloraban. Vivían en una de esas calles algunas mujeres con flujo de sangre, que creían en Jesús, y rogaban desde lejos, puesto que no podían acercarse a Jesús. Él pasó, sabiéndolo, por esa calle, y cuando hubo pasado, las mujeres caminaban sobre sus huellas y las besaban. Jesús las miró y quedaron sanas de su enfermedad.

Jesús anduvo tres horas hasta una colina cerca de Engannim, casi en la misma dirección de Ginnim, pero algunas horas más al Este, en un valle. Es esta la línea recta de Nazaret, a través de Endor y Naím. De Naím está como a siete horas. Jesús pasó la noche en esa colina, donde algunos discípulos de Galilea le salieron al encuentro; pernoctaron en el salón de un albergue abierto, después de haber comido algo. Estaban allí Andrés, Natanael el novio de Caná y dos criados del jefe de Cafarnaúm. Estos pedían instantemente diciendo que el hijo del jefe estaba enfermo, que se apresurase en ir allá. Jesús les dijo que llegaría a tiempo. Este capitán retirado era un gobernador de Herodes Antipas sobre una parte de Galilea. Era de buen natural y había defendido a los discípulos en la última persecución de los fariseos y les había ayudado con dinero y alimentos. No era del todo creyente, aunque pensaba que Jesús

podía obrar milagros. Deseaba mucho la venida de Jesús, ya sea por la salud de su hijo como también para avergonzar a los fariseos. Deseaba que Jesús hiciese el milagro, y también los discípulos lo deseaban. Éstos se habían entendido con el jefe, diciendo: "Tendrán los fariseos que ver... Ya tendrán que escandalizarse... Verán entonces quien es Aquel a quien seguimos". Por esto habían Andrés y Natanael aceptado el mensaje. Jesús sabía de todo lo convenido. Enseñó todavía la mañana del viaje. Los dos criados del capitán, que eran paganos, se convirtieron y volvieron con Andrés y Natanael a Cafarnaúm, llevando comida consigo.

XXII

Jesús en Engannim

Desde el albergue sobre la colina anduvo Jesús con Saturnino y con un hijo de una hermana de la madre del novio de Caná y un hijo de la viuda de Obed, de Jerusalén, joven de unos diez y seis años, y dirigióse a la cercana ciudad de Engannim. Tenía aquí algunos parientes de la familia de Ana, que eran esenios. Esta gente recibió a Jesús muy humilde y muy amablemente. Vivían en una parte separada de la ciudad y su vida era casta; había muchos sin casarse y haciendo vida en común, como en un convento. A pesar de todo ya no reinaba tampoco allí el rigor de los antiguos tiempos: vestían como los demás e iban a la escuela con los otros. Mantenían en la ciudad una especie de hospital donde se reunían muchos enfermos y pobres de todas las sectas y eran allí alimentados en largas mesas. Recibían a todos los que se presentaban y los instruían y mejoraban. En la sala del hospital ponían si había uno malo entre dos buenos para que éstos lo aconsejasen y mejorasen. Jesús entró en este hospital y sanó a algunos de los enfermos. En la sinagoga enseñó todo el día. Había acudido muchísima gente de los alrededores. Venían por grupos y se turnaban en la sinagoga, porque no cabían todos adentro. Un grupo salía y otro entraba. Aquí enseñó sin amenazas, como en el camino, porque la gente era buena. Sucedió como al presente: cada pueblo tenía un modo diverso, según las ideas de los sacerdotes y principales del lugar. Jesús les dijo que cuando terminara de enseñar, iba a sanar los enfermos. Habló de la proximidad del reino y de la llegada del Mesías. Por las Escrituras de todos los

profetas les iba señalando que el tiempo había llegado. Habló de Elías y de lo que dijo y de lo que vió y nombró la cuenta de los años conforme lo había visto, añadiendo que Elías había erigido en una gruta un altar para honrar a la futura Madre del Mesías. Describió el tiempo presente, que no podía ser otro, que el cetro de Judá había pasado a manos extrañas y recordó también la venida de los Reyes Magos. Hablaba del Mesías, en general, como si hablara de una tercera persona y no se nombró a Sí mismo ni a su Madre. Habló también de la compasión y del buen trato de los samaritanos, y contó la parábola del samaritano, pero no nombró a Jericó. Añadió que Él mismo había experimentado como son de compasivos en el trato con los judíos, al contrario de lo que son los judíos con ellos. Contó la historia de la samaritana que le dió agua, cosa que un judío quizás no hubiera hecho con un samaritano y con qué miramientos lo habían recibido. Habló del castigo y del juicio contra Jerusalén y de los publicanos, de los cuales había algunos en este lugar.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga le traían enfermos de todas partes de la ciudad. Los habían estacionado por las calles donde tenía que pasar, en camillas y en otras formas, a lo largo de las casas; sobre algunos habían tendido tiendas como techos y los parientes estaban allí atendiéndolos. Habían ordenado que los enfermos estuviesen juntos los de una y otra clase. Parecía aquello un mercado de miserias humanas. Jesús salió fuera, después de la enseñanza, y recorrió las filas de los enfermos que le pedían humildemente la salud, y entre enseñanzas y exhortaciones sanó a unos cuarenta de ellos, baldados, ciegos, mudos, afiebrados, gotosos, con flujo de sangre. No he visto aquí a ningún endemoniado. Enseñó todavía sobre una colina de la ciudad, porque la multitud era muy grande; la avalancha se hizo al fin tan avasalladora que subían sobre los techos y las paredes y hasta cayeron algunas de ellas.

Cuando se produjo este desorden, se perdió Jesús entre la multitud, salió de la ciudad y tomando un camino lateral a través de la montaña, pronto se encontró solo. Los tres discípulos lo estuvieron buscando y lo encontraron por la noche cuando estaba en oración. Como le preguntaran qué debían rezar mientras rezaba Él, Jesús les repitió algunas peticiones cortas del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre. Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos y líbranos del malo". Añadió: "Orad así, por ahora, y hacedlo también".

Les comentó admirablemente estas peticiones. Ellos lo hacían así siempre que Jesús caminaba solo, repitiendo esas preces. Veo que tienen ahora siempre algunos alimentos en sus bolsas, y cuando ven a otros viajeros que pasan cerca o lejos, ellos, siguiendo el mandato de Jesús, los llaman o los siguen y reparten su alimento, especialmente si son pobres y necesitan de algo que ellos llevan.

Engannim es una ciudad de levitas y está situada en la bajada de un valle que corre hacia Jezrael a través de una zarpa de la larga falda de la montaña. En el valle corre el río hacia el Norte. Los habitantes se ocupan de tejer y teñir vestidos para los sacerdotes y hacen borlas y franjas de seda y botones de todas clases que cuelgan de esas vestiduras. Las mujeres cosen y arreglan esos vestidos. El pueblo es bueno y bien dispuesto.

XXIII

Jesús entra en la ciudad de Naim

Jesús pasó por las ciudades de Jezrael y Endor, sin entrar y hacia el mediodía llegó a Naím y entró, sin llamar la atención, en un albergue fuera de la ciudad. La viuda de Naim, que era hermana de la mujer de Santiago el Mayor, supo por Andrés y por Natanael de su próxima venida y mandó que le esperasen. Llegó, pues, con otra viuda al albergue de Jesús, y, veladas, se echaron a sus pies. La viuda de Naim rogó al Señor quisiera recibir el ofrecimiento de la otra viuda que ofrecía todo lo suyo y lo ponía en la caja de las santas mujeres para cuidar a los discípulos y para los pobres, y ella misma quedaba a disposición de la comunidad. Jesús recibió el ofrecimiento de la viuda y consoló y exhortó a ambas. Traían también alimentos de regalos que recibieron los discípulos. La viuda les dió además dinero que enviaron a las mujeres de Cafarnaúm para el sostenimiento de la comunidad. Jesús descansó aquí con los discípulos, pues habíase fatigado mucho el día anterior enseñando y sanando a los enfermos y había hecho siete horas a pie.

La viuda recién recibida presentóle a otra mujer, de nombre María, que también quería dar todo lo suyo. Jesús le dijo que lo guardara para más adelante, que sería más necesario. Esta mujer era en verdad una adúltera y había sido despedida por su infidelidad por su marido, un rico comerciante de Damasco.

Había oído esta mujer hablar de la bondad de Jesús para con los pecadores; estaba muy conmovida, y no tenía otro deseo ahora que hacer penitencia y encontrar gracia y perdón. Fué a buscar a Marta, con la cual tenía lejano parentesco, reconoció sus culpas y pidió intercedieran por ella con María, la Madre de Jesús; y entregó a Marta una parte de sus bienes. Marta, Juana Chusa y Verónica tomaron a pecho la petición de esta mujer y la llevaron a Cafarnaúm, donde estaba María. María la miró seriamente, a cierta distancia. La mujer clamaba con grande llanto y decía: "¡Oh Madre del Profeta, ruega a tu Hijo por mí, para que yo encuentre perdón delante de Dios!" Estaba poseída a intervalos de un demonio mudo, y cuando le venían ataques se arrojaba al fuego o al agua, y no le era posible pedir ayuda. Cuando volvía en sí, lloraba, arrepentida, arrinconada en algún ángulo de la casa. María envió un mensajero a Jesús pidiendo por ella y Jesús contestó que llegaría el tiempo en que ayudaría a esa mujer.

XXIV

El mensajero del capitán de Cafarnaúm

Desde Naím Jesús pasó por el Tabor, dejando a Nazaret a la izquierda, y se dirigió a Caná, donde se hospedó en casa de un escriba, cerca de la sinagoga. El vestíbulo se llenó en seguida, porque habían conocido su llegada de Engannim y le esperaban. Enseñó toda la mañana, cuando de pronto llegó el criado del centurión de Cafarnaúm con varios acompañantes montados en mulos. Venía muy apurado con grande ansia y temor, buscando la manera de acercarse a Jesús, sin poder conseguirlo. Como inútilmente intentara varias veces penetrar, por la turba, al fin alzó la voz, clamando: "Señor, reverendo Maestro: deja que tu siervo se acerque a tu presencia. Yo soy un enviado de mi señor de Cafarnaúm, y como si yo fuese el señor y el padre del niño te ruego que vengas en seguida conmigo, pues que el hijo está muy enfermo y cercano a la muerte". Jesús no prestó atención a su clamor y el siervo buscaba la manera de llamar la atención sobre si y de penetrar entre la multitud, sin lograrlo. Volvió a clamar: "Ven en seguida conmigo, porque mi hijo está para morir".

Jesús volvió la cabeza hacia él y dijo: "Si vosotros no veis prodigios y señales no acabáis de creer. Conozco tu necesidad.

Vosotros queréis hacer alarde y hacer irritar a los fariseos, y tenéis tanta necesidad como ellos. No es mi misión que Yo haga prodigios para vuestros fines. No necesito vuestro testimonio. Yo obraré donde sea la voluntad de mi Padre y haré prodigios donde lo pida mi misión". En esta forma habló largamente, avergonzándolo delante de la turba. Todo esto escuchó el hombre sin inmutarse; sin darse por entendido se esforzó por acercarse más gritando de nuevo: "¿Qué me aprovecha esto, Maestro? Mi hijo está por morir, ven en seguida conmigo; quizás está ya muerto". Entonces díjole Jesús: "Vete, que tu hijo vive". El hombre preguntó: "¿Esto es verdad?" Jesús le respondió: "Está sano desde esta hora; te doy mi palabra".

Entonces creyó el hombre y no insistió en que Jesús marchase con él; montó en su cabalgadura y marchó en dirección de Cafarnaúm. Jesús dijo al pueblo: "Esta vez lo quiero hacer; en otro caso semejante ya no lo haré". Yo he visto a este hombre no como un simple siervo del capitán real, sino como verdadero padre del niño. Este mensajero era el primer siervo de aquel capitán de Cafarnaúm, que no tenía hijos aunque mucho lo deseaba, y al fin había adoptado a un hijo de este su criado que había tenido con su mujer. El niño tenía ahora catorce años de edad. El mensajero venía como enviado y como verdadero padre del niño. Lo he visto todo y me fué aclarado todo; por eso lo dejó Jesús clamar así y le dijo esas cosas. Por lo demás, nadie sabía nada de la paternidad del niño, que hacía tiempo pedía la presencia de Jesús. Primero era la enfermedad leve y pidieron ya a Jesús por causa de los fariseos. Desde catorce días la enfermedad se hizo grave y el enfermo había dicho respecto a los remedios que le daban: "Las muchas bebidas no me aprovechan sólo Jesús, el Profeta de Nazaret, me puede ayudar". Como ahora el peligro había aumentado, habían mandado mensajeros a Samaría con las santas mujeres, luego por medio de Andrés y Natanael en Engannim; finalmente marchó el mensajero y padre del niño donde estaba Jesús. Jesús había diferido la curación para castigar sus torcidas intenciones. Había desde Caná hacia Cafarnaúm un día de viaje, pero el mensajero se apuró tanto que llegó a la misma noche. A la distancia de algunas horas ya le salieron al encuentro algunos criados diciéndole que el niño estaba sano. Le salían al encuentro para avisarle que no se molestara más, si acaso no había encontrado a Jesús: se podía ahorrar el trabajo porque el niño había sanado de repente a las siete horas del día. Entonces el mensajero les dijo

la palabra de Jesús, y se admiraron y fueron con él a la casa. He visto al centurión Serobabel salirle al encuentro con el niño a la puerta de la casa. El niño lo abrazó y él contó las palabras de Jesús y los criados que le acompañaron atestiguaron lo mismo. Entonces fué un contento general. He visto que prepararon una gran comida. El niño estaba sentado entre su padre putativo y su verdadero padre. Estaba también la madre allí. El niño amaba a su verdadero padre como al putativo y aquél tenía también gran autoridad en la casa.

Después que Jesús despachó al enviado de Cafarnaúm sanó todavía a muchos enfermos que habían juntado en un patio de la casa. Había entre ellos algunos endemoniados, pero no eran de los peores. Por esto habían sido llevados varias veces para oír las enseñanzas de Jesús. Sólo delante de Él se enfurecían y agitaban terriblemente. No bien Jesús les mandaba callar, se aquietaban; después de algún tiempo parecía que ya no podían aguantar más y comenzaban de nuevo a convulsionarse. Entonces Jesús les hizo señal con la mano y callaron otra vez. Al fin mandó Jesús a Satanás salir de ellos. Caían como desfallecidos; luego volvían en sí; daban gracias contentos, y no se acordaban de lo que les había sucedido. He visto que había entre ellos algunos que estaban poseídos sin culpa propia y que eran buenos. Yo no lo puedo explicar claramente; pero he visto aquí y en otras ocasiones la relación que hay en esto: de cómo queda a veces perdonado y libre un hombre malo por gracia y misericordia, mientras el diablo toma posesión de otro inocente y débil, pariente del malo. Parece como que el bueno tomara parte del castigo del otro sobre sí mismo. No alcanzo a explicar esto más claramente(*). Tal cosa sucede porque todos somos miembros de un cuerpo, y sucede entonces como si un miembro sano enferma también por culpa de otro pecador en fuerza de una interna correlación de uno y otro. De estos poseídos había aquí algunos. Los malos y pecadores son siempre más malignos y obran en cooperación con el demonio mismo. En cambio, los

(*) Casos de posesión diabólica sin culpa propia y para expiación de otros culpables, son, entre otros el Padre Lamy, S. J., que se ofreció para librar a otro endemoniado. En el caso reciente de Earling, Norte América, la joven Mary es poseída sin culpa propia, y exorcizada por el Padre Capuchino Riesinger. Se alternan en ella las posesiones diabólicas con las visiones de Jesús y María y la de los santos. De este caso se desprenden algunas enseñanzas interesantes: 1º Los demonios cuando son legión y están en posesión de una víctima, no pueden dañar a otras personas; 2º Si son echados por los exorcismos de la Iglesia, son arrojados al abismo y no vuelven.

poseídos sin culpa, sufren solo la posesión y son, a pesar de ello, buenos y piadosos.

Jesús enseñó en la sinagoga a la cual le habían invitado algunos escribas y fariseos de Nazaret. Decíanle que había llegado hasta ellos la fama de los grandes prodigios obrados en Judea, Samaría y Engannim. Añadieron que Él sabía lo que pensaban en Nazaret: que quien no hubiese estado en la escuela de los fariseos no podía saber mucho; que era su deseo que fuese a Nazaret y enseñara allí algo mejor. Pensaban con esto halagar a Jesús. Éste les respondió que no pensaba por ahora ir allá y que cuando fuera no iban a conseguir de Él lo que pensaban. Después de la sinagoga asistió Jesús a una gran cena en casa del padre del novio de Caná. Este novio de Caná, llamado Natanael, fué seguidor de Jesús y ayudó a mantener el orden en la enseñanza de Jesús y mientras sanaba a los enfermos. Estos esposos viven solos y reciben sus alimentos de casa de sus padres. El padre renguea un poco: son gente buena. La ciudad de Caná es hermosa, limpia, sobre una alta explanada. Pasan por aquí varios caminos carreteros y uno en dirección a Cafarnaúm. Después de la cena se retiró Jesús a su vivienda y sanó a varios enfermos que le esperaban. Para curar no procede siempre de la misma manera: a veces sólo manda; a veces pone las manos sobre el enfermo; otras se inclina sobre él; otras manda que se purifique y se bañe, o mezcla saliva con el polvo del suelo y lo pasa sobre los ojos de los ciegos. Unas veces los exhorta; otras les dice sus pecados, y en algunas ocasiones los despacha, dejándolo para otra vez.

XXV

Jesús en Cafarnaúm

Cuando Jesús se dirigió desde Caná a Cafarnaúm con los discípulos, le siguió también Natanael. Su mujer, su tía y otras ya habían partido para Cafarnaúm. El camino, a unas siete horas, va en línea bastante recta y lleva a un pequeño lago como el de Ainon, rodeado de casitas y jardines. Aquí empieza el fértil valle de Genesaret. Se ven torrecitas y guardianes que cuidan los huertos. Cuando Jesús se acercó a Cafarnaúm empezaron a enfurecerse varios endemoniados delante de la puerta: "¡Viene el Profeta! ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué tiene que ver Él con nosotros?" Cuando Jesús llegó a la ciudad huyeron los endemoniados. Habían erigido una tienda delante de la ciudad.

Le salieron al encuentro el centurión de Cafarnaúm y el mensajero llevando al niño en medio de ellos, seguidos de toda la familia, los parientes, los siervos y los esclavos. Éstos eran paganos, enviados por Herodes. Parecía una procesión. Todos se echaron de rodillas delante de Jesús y le agradecieron; luego le lavaron los pies y le dieron alimento y bebida. Jesús puso sus manos sobre la cabeza del niño, hincado delante de Él, y recibió el nombre de Jessé, pues antes se llamaba Joel. El centurión se llamaba Serobabel. Éste le rogó encarecidamente que fuera a su casa a tomar parte de una comida. Jesús se negó, reprochándole su ansia de ver prodigios para mofarse de otros, y añadió: "No hubiera Yo sanado al niño, si la fe del mensajero no hubiese sido con su petición tan insistente". Después continuó su camino. Serobabel había preparado un gran banquete; los siervos y trabajadores de sus campos y huertas habían sido invitados. A todos se les había contado el prodigio. Todos creían conmovidos en Jesús. Los invitados y muchos pobres entonaron un canto de alabanza en el vestíbulo. Los pobres fueron generosamente obsequiados. La fama del prodigio se había difundido desde la mañana. Serobabel envió aviso a la Madre de Jesús y a los apóstoles, a los cuales he visto de nuevo ocupados en su oficio de pesca. He visto también que la noticia llegó a la suegra de Pedro, que estaba enferma.

En Cafarnaúm, Jesús se dirigió hacia la vivienda de su Madre, donde estaban reunidos cinco mujeres y Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Éstos fueron al encuentro de Jesús, y reinó allí mucha alegría por su venida y por el prodigio en favor del centurión. Tomó parte aquí en una comida y se dirigió casi en seguida a Cafarnaúm para la fiesta del Sábado. Las mujeres quedaron en la casa. En Cafarnaúm se habían reunido muchísima gente y numerosos enfermos. Los endemoniados corrían por la ciudad gritando, cuando Jesús llegaba. Él les mandó callar y a través de ellos se dirigió a la sinagoga. Después de la oración se llamó a un empedernido fariseo de nombre Manasés, a quien le tocaba hacer la lectura.

Jesús pidió los rollos de las Escrituras y dijo que quería hacer la lectura. Le dieron los rollos y Jesús comenzó a leer desde el principio del quinto libro de Moisés hasta la murmuración de los hijos de Israel, y enseñó acerca de la ingratitud de sus antepasados y de la misericordia de Dios para con ellos y de la proximidad del reino de Dios, y que ahora se guardasen de obrar como habían obrado sus antepasados. Explicó aquellos

caminos por el desierto como figura de sus errores actuales y comparó la tierra prometida con el reino de Dios ahora prometido a todos. Después leyó el primer capítulo de Isaías. Él lo explicó aplicándolo a estos tiempos: habló de los pecados y de los castigos, y cómo habiendo esperado tanto tiempo a un profeta, ahora que tenían a uno, más tarde lo maltratarían. Habló de los animales que conocen a sus dueños, y ellos no conocerán al suyo que ha venido. Habló también de cómo se vería reducido Aquél que había venido para ayudarlos, por sus malos tratos, y cómo sería castigada Jerusalén, y quedaría la comunidad de los suyos muy reducida; pero que el Señor la haría grande mientras los otros serían exterminados. Les mandó que se conviertan; que aún cuando estuviesen manchados con sangre, debían clamar a Dios y arrepentirse, y serían purificados. Habló también del rey Manasés, que había blasfemado contra Dios y había pecado tanto, y por esto castigado y llevado en esclavitud a Babilonia; y cómo allí se convirtió, había orado a Dios y encontrado misericordia y perdón. Abrió luego, como al acaso, una página y leyó el versículo de Isaías 7-14: "Mirad, una Virgen dará a luz". Y explicó este punto refiriéndolo a su persona y a la venida del Mesías. Esto mismo había explicado cuando estuvo en Nazaret, antes de su bautismo, y lo había comentado, y ellos, mofándose, decían entre si: "Manteca y miel no le hemos visto comer mucho en casa de su padre el pobre carpintero".

Los fariseos y otras personas no estuvieron conformes de que Jesús les hablase tan severamente sobre la ingratitud: esperaban algo más halagador, pues lo habían recibido bien. La enseñanza duró bastante tiempo y cuando hubo terminado y salían los fariseos, oí que alguno decía a otro: "¿Han traído enfermos?... Vamos a ver si se atreve a sanar en día de Sábado". Habían iluminado las calles con antorchas y muchas casas con lámparas. La gente había colocado a los enfermos delante de sus casas iluminadas por donde debía pasar Jesús, y otros habían sido traídos con luces en los brazos de sus parientes. Hubo un tumulto considerable y gemidos en la calle. Muchos endemoniados clamaban, y Jesús los mandó callar y salir de los posesos. A uno de ellos vi enfurecido y rabioso lanzarse contra Jesús, y con rostro descompuesto y los cabellos levantados, gritar: "Tú, ¿qué quieres aquí? ¿Qué tienes Tú que hacer aquí?" Jesús lo rechazó, diciéndole: "Sal de allí, Satanás". He visto al hombre caer como si hubiera de romperse el cuello y quebrantarse los huesos. Con todo, se levantó cambiado y

manso; se hincó delante de Jesús, llorando y dando gracias. Jesús lo exhortó a mejorar de conducta. He visto que a muchos los sanaba de pasada.

XXVI

Jesús en casa de su Madre en Bethsaida(*)

Jesús se dirigió por la noche con sus discípulos a la casa de su Madre. En el camino habló Pedro de sus intereses familiares; que habíase atrasado en el negocio de la pesca por haber estado ausente tanto tiempo y que debía pensar en su mujer, en sus hijos y en su suegra. Juan le replicó que él y Santiago debían pensar en sus padres, que eran más que una suegra. De este modo hablaban con naturalidad, a veces chanceándose un poco. Jesús les dijo que se acercaba el tiempo en que debían dejar del todo la ocupación de pescar, que debían ocuparse de pescar otra clase de pescados. Juan era más familiar; tenía una sencillez de niño en el trato con Jesús, más que los demás apóstoles. Era amable y dispuesto a todo, sin preocupaciones ni contradicciones. Jesús fué adonde estaba su Madre y los demás a sus casas.

A la mañana siguiente, temprano, se encaminó Jesús con sus discípulos a Cafarnaúm, saliendo de la casa de su Madre, como a tres cuartos de hora de Bethsaida. El camino sube un trecho y luego baja hacia Cafarnaúm. Antes de llegar a la ciudad hay una casa en el camino que pertenece a Pedro, que destinó para Jesús y los suyos, poniendo a un piadoso anciano a su cuidado. Esta casa estaba como a hora y media de camino del lago. En Cafarnaúm se encontraron todos los discípulos de Bethsaida y de los alrededores, y también María y las santas mujeres. Habían traído el día anterior muchos enfermos cuando Jesús llegó; estaban alineados en las calles. Jesús sanó a muchos en el camino a la sinagoga, en la cual enseñó y usó de parábolas. Mientras salía de la sinagoga y seguía enseñando, se echaron algunos a sus pies pidiéndole que les perdonase sus pecados. Eran dos mujeres adúlteras repudiadas por sus maridos, y cuatro hombres, entre ellos el seductor de las mujeres. Se deshacían en lágrimas y querían confesar sus pecados ante toda la multitud. Jesús les dijo que conocía sus pecados, que

(*) La vidente distingue dos Bethsaidas: una, la patria de los apóstoles Felipe, Andrés y Pedro; y Bethsaida-Julias, llamada así por el tetrarca Felipe después de la muerte del emperador Augusto.

vendría un tiempo en que sería necesario confesar los pecados; que aquí no sería sino ocasión de escándalo para la gente y de persecución para Él. Los exhortó a vigilar sobre sí mismos para no caer de nuevo, a no desesperar, sino a confiar en Dios y hacer penitencia. Luego les perdonó sus pecados. Como preguntaran a qué bautismo tenían que ir, si al bautismo de los discípulos de Juan o esperar a que bautizasen sus propios discípulos, les contestó que fuesen al bautismo de los discípulos de Juan.

Los fariseos que estaban presentes se admiraron de que hubiese perdonado los pecados, y se lo reprocharon. Jesús los obligó al silencio con sus respuestas: les dijo que le era más fácil perdonar pecados que sanar a los enfermos. Añadió que quien se arrepiente de veras a ése ya se le perdona, y no es tan fácil que vuelva a pecar de nuevo; mientras que los enfermos que son sanados, a veces permanecen enfermos de alma y usan de la salud del cuerpo para el pecado. Ellos preguntaron si ya que esas mujeres estaban perdonadas los hombres debían ahora recibirlas de nuevo. Jesús les dijo que para responderles en forma no había tiempo por el momento; que en otra ocasión pensaba hablar de esto y enseñar con más detención. También quisieron pedirle cuenta sobre el sanar en día de Sábado y Jesús les contestó que si en día de Sábado se les caía a ellos algún animal en una zanja seguramente se apresurarían a sacarlo.

Por la tarde se retiró a la casa delante de Cafarnaúm con todos sus discípulos; las santas mujeres ya estaban allí. Se hizo una comida dispuesta por el centurión Serobabel. Este jefe y el padre, que se llamaba Salathiel, tomaron parte en la comida mientras el niño sanado, Jesse, servía en la mesa. Las mujeres estaban en otra mesa. Jesús enseñaba entretanto. Trajeron algunos enfermos a la sala, que gritaban pidiendo salud. Jesús sanó a muchos de ellos. Después de la comida se fué de nuevo a la sinagoga; entre otras cosas lo he oído leer y explicar lo que el profeta Isaías decía al rey Achaz: "He aquí que una Virgen dará a luz y tendrá un Hijo".

Cuando abandonó la sinagoga, sanó a muchos enfermos colocados en las calles y esto duró hasta entrada la noche. Entre éstos había muchas mujeres con flujo de sangre que estaban a cierta distancia, tristes y veladas, porque no podían acercarse a Jesús ni al pueblo. Jesús que conocía su necesidad dirigió sus ojos hacia ellas y las sanó con una sola mirada. Nunca tocó a semejantes enfermas: hay en esta prohibición un misterio que yo no sé explicar. La misma tarde comenzaba un día de ayuno.

Cuando Jesús y sus discípulos se dirigían a casa de su Madre, se suscitó la conversación de que a la mañana siguiente quería Jesús viajar con ellos por el lago, y oí que Pedro se excusaba por el mal estado de su nave.

Veo que las personas a quienes Jesús había perdonado sus pecados tienen ahora vestidos de penitencia y están veladas. En el último Sábado estaban también los judíos vestidos de negro. Estos últimos tiempos eran días de penitencia por la conmemoración de la destrucción de Jerusalén. Por esto Jesús habló tan severamente de los castigos que habían de sobrevenir a Jerusalén. Al salir Jesús de Cafarnaúm llevaba el camino alrededor de un edificio rodeado de agua, donde habían sido encerrados los endemoniados más furiosos durante la noche. Gritaban enfurecidos al pasar Jesús: "Allí anda Él. ¿Qué quiere con nosotros?... ¿Por qué nos quiere echar de aquí?" Jesús les mandó: "Callad y permaneced allí hasta que Yo vuelva. Entonces será vuestro tiempo de iros". Al punto callaron y se aquietaron.

XXVII

Consejo de los fariseos y Serobabel

Cuando Jesús abandonó la ciudad se reunieron los fariseos y los príncipes del pueblo en consejo. El centurión Serobabel estaba presente. Habíanse reunido para tratar de todo lo que habían visto en Jesús y de cómo conducirse con Él. Decían: "¡Mirad qué tumultos y que desórdenes promueve con su presencia este Hombre! Todo lugar tranquilo está agitado con su presencia: los hombres dejan su trabajo y corren detrás de Él, vagando de un lado a otro. Él inquieta y amenaza a todos con castigos. Habla siempre de su Padre. ¿Acaso no es Él de Nazaret, hijo de un pobre carpintero?... ¿Cómo puede tener este atrevimiento y esta seguridad? ¿Sobre qué se funda su presunción? No observa el Sábado y estorba su observancia y llega hasta a perdonar los pecados... ¿Acaso vendrá su fuerza y su poder de lo alto?... ¿Tendrá alguna fuerza oculta y artes de magia? ¿De dónde saca todas sus raras explicaciones de la Escritura?... ¿Ha frecuentado acaso otras escuelas que las de Nazaret?... Debe tener relación con alguna potencia extranjera... Habla siempre de la proximidad del reino, de la venida del Mesías y de la destrucción de Jerusalén. Su padre era de noble linaje; quizás sea Él el hijo bastardo de algún otro prín-

cipe, su padre, que busca abrirse paso en esta comarca, para apoderarse luego de la Judea... Debe tener un lugar oculto donde se refugia, un protector poderoso al cual se confía. De otro modo no podría mostrarse tan osado y seguro y obrar contra las costumbres y usos recibidos, como si Él tuviera todos los derechos. Estuvo bastante tiempo ausente. ¿Con quién estará en relación? ¿De dónde sacará su poder maravilloso y su ciencia? ¿Qué haremos al fin de cuentas con Él?..."

De este modo hablaban y trataban de Jesús en medio de sus juicios y extrañezas, mostrándose escandalizados. El centurión Serobabel se mantuvo durante este tiempo callado y reflexivo y terminó por tranquilizar a los demás, diciéndoles: "Si su poder es de Dios entonces se ha de consolidar; si no lo es, entonces solo se ha de derrumbar. Mientras Él nos sana y nos mejora, debemos amarle sin duda y agradecer a Aquél que nos lo ha mandado".

XXVIII

Conversaciones de los discípulos con Jesús

Unos días después caminaba Jesús con sus discípulos, unos veinte, en las cercanías del lago de Genezaret. No habían tomado el camino directo, sino hacia el Sur, por las alturas donde estaba la casa de María hacia el Occidente. Esta montaña es como el final de una cadena de montes que corren en el Norte, algo separada por un valle. Jesús enseñaba mientras caminaban. Había aquí muchos hermosos arroyuelos que bajando de las alturas corrían por los valles para echarse en el lago. Corría también de este lado el arroyo de Cafarnaúm. Había diversas fuentes de agua en derredor de Bethsaida que enriquecían esta comarca. Jesús se detuvo varias veces en algunos de estos amenos lugares. A veces callaba y a veces enseñaba sobre los diezmos. Los discípulos hablaban de la gran opresión que se ejercía en Jerusalén con el pretexto de los diezmos y expresaban la idea de si tal precepto no podría ser quitado. Jesús les dijo que el dar el diezmo de los frutos al templo y a sus servidores era mandado por Dios, para que los hombres se acordasen de que no eran dueños de las cosas de la tierra, sino que sólo las tenían en uso; que también debían dar el diezmo de las hierbas para recordar la mortificación y la penitencia.

Los discípulos hablaron también de los samaritanos, expresando su pesar de que habían sido la causa de que saliera más

pronto de lo que había pensado del país; que si hubiesen sabido que estaban tan ávidos de la palabra de Dios y los habían recibido tan bien, no habrían insistido para salir pronto de aquel país. Jesús contestó que los dos días que había estado allí eran suficientes; que los siquemitas tenían sangre caliente y se conmovían fácilmente; que quizás sólo veinte de los convertidos permanecían ahora firmes; y que la próxima y más grande cosecha quedaba reservada para ellos (los futuros apóstoles). Los discípulos, conmovidos por la última enseñanza, expresaron su compasión y simpatía hacia los samaritanos, y recordaban en su alabanza la historia del hombre que había caído en manos de los ladrones junto a Jericó, mientras los sacerdotes y levitas pasaron de largo, y alababan al samaritano que había alzado al herido, lavándolo con aceite y vino. Esta historia era conocida y había sucedido en los primeros tiempos junto a Jericó.

Jesús tomó ocasión de su compasión para con el herido y de su alegría por la acción del samaritano, para contarles otra parábola. Contó cómo Adán y Eva, por causa del pecado, fueron echados del Paraíso y fueron a parar a un desierto lleno de ladrones y de salteadores, con sus hijos; y cómo el hombre yace allí, herido de pecados y maltrecho en el desierto. Contó esto sencillamente, como está en la Biblia. Entonces el Rey de cielos y tierra hizo todo lo posible para ayudar al hombre caído; le dió su ley y sus sacerdotes preparados, y le envió muchos profetas. Todos habían pasado sin salvar al hombre enfermo, porque en parte el hombre también había despreciado la ayuda que se le ofrecía. Finalmente mandó a su propio Hijo, en figura de un pobre, para ayudar a los pobres. Describió su propia pobreza: sin zapatos, sin sombrero, sin cinturón. Éste había derramado aceite y vino en sus heridas para sanarle. Añadió que aquéllos mismos que estaban preparados con todos los medios para ayudar no sólo no se apiadaron del herido, sino que tomaron preso al Hijo del Rey y lo mataron porque había socorrido con aceite y vino al infeliz herido. Les propuso esto para que pensaran sobre ello, diciéndoles que más tarde se lo declararía. Ellos no lo entendieron. No notaron que hablaba de su persona al hablar del Hijo del Rey, aparecido en pobreza y necesidad, y murmuraban al oído preguntándose quien sería ese Padre de quien siempre hablaba. Jesús les recordó también su conversación sobre sus angustias respecto al negocio de la pesca que habían tenido que abandonar y les dijo que el Hijo del Rey también había dejado todo lo que tenía con su Padre, y que mientras

otros dejaban al herido mal parado, Él le había derramado aceite y vino en sus heridas. Les dijo: "El Padre no dejará a los servidores de su Hijo ni los abandonará, y ellos recuperarán todo lo dejado, más ricamente, cuando Él los reúna en su reino".

Con estas y otras conversaciones llegaron al lado de Genezaret, junto a Bethsaida, donde estaban las barcas de Pedro y del Zebedeo. Era esta una parte cerrada de la ribera y había allí varias chozas de tierra para los pescadores. Jesús se aproximó con sus discípulos. En las barcas había varios pescadores paganos esclavos y ningún judío, porque era un día de ayuno. El Zebedeo estaba en la orilla, en una de las chozas. Jesús les dijo que dejasen de pescar y viniesen a la playa, y ellos obedecieron. Jesús enseñó allí. Después se dirigió a lo largo del lago, hacia Bethsaida, como a media hora. Los derechos de pesca de Pedro comprendían como una hora de camino de la ribera. Entre el lugar de las barcas y Bethsaida había una ensenada, donde desaguaban muchos arroyuelos, brazos de río, que venían desde Cafarnaúm a través del valle, recibiendo de paso las aguas de otros arroyos. Delante de Cafarnaúm forma un extenso estanque. Jesús no fué derecho a Bethsaida, sino que torció hacia el Occidente, y se dirigió al Norte del valle, hasta la casa de Pedro, al Este de la pendiente, en cuya parte occidental se encuentra la casa de María.

XXIX

Jesús en casa de Pedro

Jesús entró en casa de Pedro donde estaban reunidas María y otras de las santas mujeres. Los demás discípulos no entraron; se entretuvieron en los alrededores y en el jardín o fueron a la casa de María. Cuando Pedro entró con Jesús en su casa, dijo: "Señor, hemos tenido un día de ayuno; pero Tú nos has saciado con tus palabras". La casa de Pedro estaba bien ordenada, con un vestíbulo y jardín; era larga y se podía andar por la azotea y desde allí contemplar un espléndido panorama del lago. No he visto en la casa de Pedro ni a la hijastra(*) ni a los hijastros que le había traído su mujer viuda. Parece que estaban en la escuela. Su mujer estaba entre las santas mujeres; de ella no tuvo Pedro hijo alguno. Su suegra, una mujer alta,

(*) Esta hijastra de Pedro se llama Petronila y el Martirologio Romano coloca su fiesta el 31 de Mayo.

delgada y enfermiza, caminaba apoyándose en las paredes de la casa.

Jesús habló allí largamente con las mujeres sobre el modo de atender a los discípulos en los alrededores del lago, donde Él pensaba demorar bastante tiempo. Las exhortó a no ser gastadoras ni pródigas, pero a no estar tampoco con demasiada ansiedad y preocupación; que Él, para sí necesitaba pocas cosas, y que pensasen más bien en los discípulos y en los pobres. Desde aquí fué con sus discípulos a la vivienda de María, donde habló todavía y luego se retiró solo para orar. El río corre delante de la casa de Pedro y éste puede en una pequeña canoa navegar desde aquí hasta el lago con sus utensilios de pesca.

Cuando oyeron las santas mujeres que Jesús quería ir el próximo Sábado a Nazaret, que está a diez horas de camino, no lo vieron bien y deseaban más bien que se quedase o que, a lo menos, volviese muy pronto. Jesús les contestó que pensaba no quedarse mucho tiempo allá; que no estarían contentos con Él porque no podría hacer lo que ellos deseaban. Les dijo otras cosas que les disgustarían, y se lo avisó también a su santa Madre. Quería decírselo antes de que sucediese.

XXX

Jesús en Bethsaida

Jesús fué con sus discípulos desde la casa de su Madre, por el Norte del valle a lo largo de la ladera del monte, hacia Bethsaida, a una media hora de camino. Las santas mujeres salieron de la casa de Pedro hacia allá, a la casa de Andrés, al final de la ciudad; era una casa ordenada, pero no tan grande como la de Pedro. Bethsaida es una pequeña población de pescadores, que está en medio de una abertura y se extiende en estrechas viviendas hasta cerca del lago. Desde el lugar de pesca de Pedro, mirando al Norte, se ve la población. Está habitada por pescadores y por tejedores de tiendas y de mantas. Es un pueblo de costumbres rústicas y sencillas, y me recuerda a los trabajadores de la turbera, entre nosotros, comparados con otras gentes. Las mantas que hacen son de pelos de camello y de cabras. Los pelos largos que tienen los camellos en el pescuezo y en el pecho los ponen como franjas y borlas en las orlas de estas mantas, que son brillantes y hermosas.

El anciano jefe Serobabel no estaba aquí: era un hombre enfermizo y no podía caminar mucho. Hubiese podido cabalgar, pero entonces no hubiera oído las enseñanzas de Jesús durante el camino; además, no estaba bautizado aún. Se había congregado mucha gente de los alrededores; también extranjeros del otro lado del lago de las comarcas de Corozaím y de Bethsaida-Julias. Jesús enseñó en la sinagoga, que no era grande, de la proximidad del reino de Dios; y dijo bastante claramente que Él era el Rey de este reino. Despertó la admiración de sus discípulos y oyentes. Enseñó, en general, como en los días anteriores, y sanó a muchos enfermos traídos a la puerta de la sinagoga. Algunos endemoniados gritaban: "Jesús de Nazaret, Profeta, Rey de los Judíos". Jesús les mandó callar: aún no era el tiempo de decir quien era Él.

Cuando hubo terminado su enseñanza y de sanar enfermos fueron a la casa de Andrés para la comida; pero Jesús no entró, y dijo que Él tenía otra hambre. Caminó con Saturnino y otro discípulo un cuatro de hora hacia arriba, desde la casa de Andrés, hasta un hospital apartado junto a la ribera del lago donde había pobres, enfermos, leprosos, mentecatos y otros miserables que desfallecían en la miseria y el abandono. Algunos estaban casi enteramente desnudos. Ninguno de la ciudad le acompañó, para no contaminarse. Las celdas de estas pobres criaturas corrían en torno de un patio; no podían salir afuera y se les pasaba el alimento a través de los agujeros de las puertas. Jesús los hizo salir por el cuidador y traerles mantas y vestidos con los discípulos para cubrirlos. Les enseñó y los consoló. Fué de uno a otro grupo y sanó a muchos de ellos con la imposición de las manos. A algunos los pasaba, a otros les mandaba bañarse, a otros les ordenaba otras cosas. Los sanados se arrodillaban y daban gracias, llenos de lágrimas. Era un cuadro conmovedor. Algunos de éstos eran hombres completamente degradados. Jesús tomó al cuidador consigo llevándolo a casa de Andrés, para la comida. Acudieron algunos parientes de los curados desde Bethsaida, trayendo vestidos y se los llevaban contentos a sus casas, pasando por la sinagoga para dar gracias a Dios.

La comida en casa de Andrés fué muy buena, de grandes y hermosos pescados. Comieron en una sala abierta y las mujeres en mesa aparte. Andrés servía. Su mujer era muy hacendosa y diligente: no salía casi de su casa. Tenía en casa una especie de taller de tejido y fabricación de redes de pesca y ocupaba

en este trabajo a muchas muchachas pobres del lugar. Todo se hacía con mucho orden. Tenía también entre ellas a algunas mujeres caídas sin albergue, de las cuales se compadecía: les daba trabajo, sustento, y les enseñaba y las exhortaba a la oración. Por la tarde enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga; luego se retiró con sus discípulos. Pasó junto a muchos enfermos y no los sanó todavía porque su tiempo no había llegado. Después de despedirse de su Madre, se dirigió con sus discípulos a la casa-albergue en las afueras de Cafarnaúm. Allí habló largamente con sus discípulos; luego se apartó de ellos y pasó la noche en oración sobre una colina puntiaguda llena de cipreses. Cafarnaúm está situada en una montaña, en semicírculo; tiene muchas terrazas a modo de jardines y viñedos, y en las alturas nace un trigo grueso como el junco. Es un lugar amplio y agradable: al parecer fué en otro tiempo una ciudad más grande, o había otra ciudad allí, pues se ven cerca de la existente ruinas de torres y paredes como restos de una destrucción.

XXXI

Jesús en la Pequeña Séforis

Jesús se dirigió desde Cafarnaúm hacia Nazaret. Los discípulos de Galilea le acompañaron unas cinco horas. Enseñó, durante el camino, acerca de su futura misión, y le pidió a Pedro que saliera de su habitación, cerca del lago, y fuese a su casa de Cafarnaúm, pues hablándole de su oficio le dijo que convenía dejarlo.

Pasaron por pequeñas poblaciones y junto a las chozas a orilla del lago. En un campo de pastores salieron a su encuentro algunos endemoniados pidiendo ser librados. Eran dueños de campos, y sólo a intervalos eran afligidos por el demonio; en ese momento estaban en buen estado. Jesús no los libró aún: les dijo que primero tenían que mejorar de conducta, les hizo la comparación de cómo uno teniendo dolor de estómago y deseando curarse, volviese a llenarse de comida. Estos hombres se retiraron confundidos de su presencia. Los discípulos dejaron a Jesús a unas horas de Séforis, y Saturnino volvió con ellos a la casa de Pedro. Con Jesús quedaron sólo dos discípulos de Jerusalén, que querían volverse. Jesús se dirigió primero hacia la Baja Séforis, una pequeña ciudad, y se refugió en casa de parientes de Ana. Esta casa no es la paterna que está entre

Séforis y la Alta Séforis, un lugar separado como de una hora de camino. Pertenecen a Séforis muchas casas desparramadas como a cinco horas de camino. No estuvo en esta ocasión en la Gran Séforis. Allí hay grandes escuelas de todas las sectas y juzgados. En la Baja Séforis no hay mucha gente rica. Trabajan allí en fabricar lienzos. Las mujeres ricas hacen franjas y borlas para el templo. Toda esta comarca es como un jardín, con muchas aldeas y casas desparramadas con sus huertas y avenidas. La Gran Séforis es importante y está edificada en lugar espacioso con castillos y grandes viviendas. La comarca es rica en pozos y buen ganado. Estos parientes de Jesús tenían tres hijos, uno de los cuales, de nombre Colaya, era discípulo de Jesús(*). La madre hubiera deseado que Jesús tomase también a los demás, y habló de María Cleofás. Jesús le dió buena esperanza. He visto que estos hijos, después de la muerte de Jesús, fueron no sólo discípulos sino consagrados sacerdotes po José Barsabas, en Eleuterópolis, donde él era obispo.

Jesús enseñó en la sinagoga donde se había reunido mucha gente de los alrededores. Anduvo con estos parientes por esas comarcas y enseñó en diversos lugares, en pequeñas reuniones, que a veces le seguían y a veces le esperaban en determinado sitio. Cuando volvió, sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga y enseñó en ella sobre el matrimonio y el divorcio. Jesús reprochó a los maestros y escribas que añadiesen cosas a los escritos y a un anciano maestro o escriba le señaló en un rollo algo que él había añadido; lo convenció de falsedad y le mandó que borrase la añadidura. El escriba se humilló delante de Él, se echó de rodillas delante de todos, confesó su culpa y dió gracias por la advertencia de Jesús.

Jesús pasó la noche en oración. Desde la casa de sus parientes en la Pequeña Séforis fué andando entre la Pequeña y la Gran Séforis en la que fué en otro tiempo posesión de Ana. Llevaba un solo discípulo consigo. Los moradores eran parientes, muy lejanos, por diversos casamientos; sólo había una anciana, enferma de hidropesía, que era pariente bastante cercana; tenía consigo a un pequeñuelo ciego. Jesús oró con la anciana, que repetía las preces. Le puso luego la mano por un minuto en la cabeza y en la región del estómago. Y ella volvió a su estado normal, después de haber estado como desfallecida;

(*) Este discípulo de Jesús, llamado Colaja o Kolaya, es hijo de la viuda Seba, de Nazaret.

no estaba sana del todo; pero poco a poco pudo caminar; con algunas traspiraciones quedó del todo buena. La mujer pidió por el niño que tenía como ocho años de edad y nunca había visto ni hablado; sólo oía lo que se le decía; alabó la piedad y la obediencia del niño. Jesús puso su dedo índice en la boca y sopló sobre los pulgares de sus manos, los mojó en su saliva y los puso sobre los ojos cerrados, orando y mirando a lo alto. El niño entonces abrió los ojos. Lo primero que ve es a Jesús, su Salvador. Fuera de sí de contento se echa a los pies de Jesús, agradeciendo y llorando. Jesús lo exhortó a obediencia y amor a sus padres; ya que siendo ciego había sido obediente, lo fuera ahora que veía a sus padres y no usase nunca sus ojos para el pecado. Llegaron luego los padres, y la gente de la casa, y hubo allí una gran alegría y cantos de alabanzas.

XXXII

Modo de sanar de Jesús

Jesús no sanaba de la misma manera a todos los enfermos que le presentaban. No sanaba de otro modo que los apóstoles y los santos después y los sacerdotes hasta nuestros días. Él ponía sus manos sobre el enfermo y rezaba con ellos. Él lo hacía más pronto que los apóstoles. Sus curaciones debían ser también modelo para los apóstoles y sucesores. Lo hacía siempre en una forma en relación con la necesidad o gravedad o causa del mal. A los baldados los movía y sus músculos eran desatados y ellos se levantaban sobre sus pies. Si se trataba de miembros quebrados tomaba entre sus dedos la quebradura y los miembros se consolidaban. Si tocaba a los leprosos veía yo que las costras caían y quedaban manchas coloradas, las cuales desaparecían poco a poco según el mérito del enfermo. Nunca he visto que un jorobado se pusiera de repente derecho o que un hueso quebrado se curase de repente. No es que Jesús no pudiera hacerlo así: Él no lo hacía de este modo porque quería que sus curaciones no fuesen como espectáculos teatrales, sino como obras de misericordia; eran como símbolos de su misión: desatar, reconciliar, enseñar, desarrollar, redimir. Y como Jesús pedía la cooperación del hombre para ser participante de la redención, así debían en estas curaciones intervenir la fe, la esperanza, el amor, el arrepentimiento y la mejoría de conducta como cooperación de la salud corporal. A cada estado del enfermo correspondía un

modo diferente, en cuanto que cada enfermedad era símbolo de una enfermedad espiritual, de un pecado y de un castigo, así como cada curación era símbolo de un perdón y de una mejoría espiritual. Sólo tratándose de paganos veía yo que sus curaciones eran más espectaculares y raras. Los prodigios de los apóstoles y santos posteriores fueron más visibles y más contrarios al curso normal de la naturaleza; los paganos necesitaban conmoción y admiración; los judíos, sólo ser librados de sus enfermedades. A menudo sanaba con la oración a distancia; a veces con la mirada, desde lejos, con las mujeres que padecían flujo de sangre, las cuales no se atrevían a acercarse y que no lo podían hacer según prescripción judaica. Aquellos preceptos que tenían un sentido misterioso los observaba Jesús; los demás, no.

XXXIII

Los fariseos disputan con Jesús

Después se dirigió Jesús a una escuela que estaba a igual distancia de Nazaret como de la Pequeña Séforis, donde se le unió el discípulo Pármenas de Nazaret. Este hombre había sido compañero de infancia de Jesús y hubiera seguido en seguida a Jesús, como los otros discípulos, si no hubiera tenido que mantener a sus padres de Nazaret con el servicio de mensajero. En esta escuela se hallaban reunidos muchos escribas y fariseos de la Gran Séforis y de la Pequeña y algunos del pueblo. Los fariseos querían disputar con Jesús sobre el divorcio, que Jesús había declarado al maestro en la sinagoga que era añadidura hecha en el rollo de escrituras. Lo habían tomado muy a mal en la Gran Séforis, porque esta añadidura procedía precisamente de la enseñanza de éstos. Los divorcios se hacían allí con suma facilidad y tenían éstos una casa a propósito para las mujeres divorciadas. El maestro convicto de su culpa había copiado de un rollo y había añadido falsas explicaciones por su cuenta. Disputaron largo tiempo con Jesús y no querían entender que debían borrar las añadiduras introducidas en los rollos. Jesús los hizo enmudecer, pero no reconocieron que estaban en error como confesó el doctor primero. Él les probó la prohibición de las añadiduras y por consiguiente la obligación de borrarlas, les probó la falsedad de su explicación fundada en la añadidura y les reprochó severamente la facilidad de los di-

vorcios en la ciudad. Les dijo también en qué casos no es permitido al hombre repudiar a la mujer, y añadió que si una parte no puede de ninguna manera avenirse con la otra, pueden separarse uno de otro por consentimiento mutuo, pero no puede la parte más fuerte repudiar a la otra sin consentimiento y sin culpa. No consiguió nada con ellos, a pesar de que no pudieron contradecir su doctrina; estaban irritados y eran engreídos de su ciencia. El escriba de la Baja Séforis, convencido por Jesús de la falsedad por sus añadiduras, se convirtió y se apartó completamente de los fariseos y declaró a su comunidad que él enseñaría en adelante la ley sin añadidura, y si no lo querían así, se retiraría de ellos.

Esa añadidura en la ley del divorcio era la siguiente: "Si una parte de los dos casados tuvo relación antes con algún otro, entonces no subsiste el matrimonio, y aquél que tuvo relación con esa parte puede reclamar esa parte como suya, aun en el caso de que ambos vivan perfectamente de acuerdo". Esta añadidura y su explicación las rechazó Jesús declarando que la ley de la separación y del divorcio es ley dado sólo para un pueblo grosero. Dos de los principales fariseos estaban a punto de declarar una separación semejante para su propia conveniencia y por esto habían introducido esta añadidura a la ley general. Nadie sabía esto; pero lo sabía bien Jesús; por esto les dijo: "¿No estáis vosotros defendiendo con esta añadidura quizás vuestro propio asunto?" Estos fariseos se irritaron sobremanera al verse descubiertos.

XXXIV

Jesús en Nazaret

Jesus se dirigió a Nazaret para llegar a la cual tenía un camino de dos horas. Entró en la casa que había sido, fuera de la ciudad, del esenio ya difunto, Eliud, su amigo. Allí le lavaron los pies, le dieron alimento y le dijeron cuanto se alegraban los nazarenos de su venida. Jesús les respondió: "Esa alegría no durará mucho; pues no querrán oirme lo que les quiero decir". Subió a la ciudad. En la puerta había apostado uno que debía dar el aviso de su llegada. Apenas apareció Él le salieron al encuentro varios fariseos y gente del pueblo. Lo recibieron solemnemente y quisieron llevarlo a un albergue público donde le prepararon una comida de recepción antes del Sábado.

Él no aceptó y dijo que tenía otras cosas que hacer, y entró en la sinagoga, adonde le siguieron y donde se reunió mucha gente. Era antes del comienzo del Sábado.

Jesús enseñó de la venida del reino, del cumplimiento de las profecías; pidió el rollo de Isaías, lo abrió y leyó (61-1): "El Espíritu del Señor sobre mí, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los mansos, para curar a los de corazón contrito y predicar la redención de los esclavos y la libertad a los que están encarcelados". Estas frases las explicó como si se tratase de Él mismo: de que el Espíritu del Señor había venido sobre Él para predicar la salud a los pobres, a los miserables, y cómo debía ser arreglado todo lo injusto, consolando a las viudas, sanando a los enfermos y perdonando a los pecadores. Habló tan hermosamente y tan amablemente que todos estaban llenos de admiración y de alegría, diciéndose entre sí: "Habla como si realmente fuera Él mismo el Mesías". La admiración los había entusiasmado de tal manera que ya se tenían por gran cosa porque Él fuera de su ciudad. Jesús siguió enseñando mientras llegó el Sábado y habló de la voz del que prepara el camino en el desierto y como debe ser reparado lo injusto y allanado lo tortuoso. Después de esto estuvo Jesús con ellos en una comida. Se mostraron muy amigos y dijeron que había muchos enfermos y que se dignase curarlos. Jesús no aceptó y ellos lo llevaron a bien, pensando que a la mañana quizás lo haría. Después de la comida salió fuera de la ciudad, con los esenios. Como éstos se alegraban del buen recibimiento que le habían hecho en la ciudad, Jesús les dijo que esperasen hasta el día siguiente, que ya verían otra cosa muy diferente.

Cuando a la mañana siguiente Jesús entró de nuevo en la sinagoga, quiso un judío, al cual le correspondía el turno acostumbrado, tomar los rollos de las Escrituras; pero Jesús los pidió y leyó el libro quinto de Moisés, capítulo 4, de la obediencia a los Mandamientos, y cómo no se debía hacer nada en contra de ellos, y cómo Moisés les explicó a los hijos de Israel lo que Dios mandaba y cómo ellos los observaban muy mal. Entraron también en la lección los diez Mandamientos y la explicación del primero sobre el amor de Dios. Jesús enseñó con severas palabras y les reprochó que añadiesen muchas cosas a la ley para oprimir al pueblo, mientras ellos no observaban ni siquiera la ley. Les reprochó tan severamente que ellos se irritaron, pues no podían negarle que Él dijera la verdad. Murmuraban entre ellos, diciendo: "¿Cómo es que de repente se ha

puesto tan osado?... ¡Faltó algún tiempo de aquí y ahora se presenta como si fuera una maravilla!... Habla como si fuese el Mesías. Pero nosotros conocemos bien al que fué su padre, el carpintero, y a Él le conocemos también. ¿Dónde ha aprendido? ¿Cómo se atreve a decirnos esto?"

De este modo comenzaron silenciosamente a irritarse cada vez más contra Él, porque se avergonzaban delante del pueblo, al verse reprendidos. Jesús siguió enseñando; a su tiempo salió de la ciudad y se retiró con los esenios. Aquí acudieron a verlo los hijos de un hombre rico, aquéllos mismos que le habían pedido anteriormente que los recibiese entre los discípulos, pero cuyos padres sólo buscaban fama y provecho de ciencia para sus hijos. Pedían que Jesús comiese con ellos. Jesús no aceptó la invitación. Pidieron de nuevo que los recibiese diciendo que ellos habían cumplido lo que les había dicho. Entonces les contestó: "Si vosotros habéis cumplido todo eso, entonces no necesitáis ser mis discípulos; podéis ser vosotros también maestros". Con esto los despachó.

Jesús comió con los esenios y enseñó en rueda de familia. Ellos le contaron que eran oprimidos allí. Él les aconsejó ir a vivir a Cafarnaúm, donde Él también se retiraría a vivir en adelante.

XXXV

Los fariseos se irritan contra Jesús e intentan precipitarlo

Mientras tanto habían hecho consulta los fariseos y habían resuelto que si volvía a hablar tan osadamente como la tarde anterior le mostrarían que no tenía derecho alguno y harían con Él lo que los fariseos de Jerusalén deseaban hace tiempo. Esperaban, no obstante, que se mostraría adulado y que haría prodigios por respeto a ellos. Cuando Jesús llegó a la sinagoga para la conclusión del Sábado habían traído algunos enfermos. Jesús pasó entre ellos sin sanar a ninguno. En la sinagoga continuó hablando del cumplimiento de los tiempos, de su misión, del último tiempo de la gracia y de su corrupción y del castigo que sobrevendrá si no se corregían; y de cómo Él había venido para ayudarlos, sanarlos y enseñarles. Entonces se irritaron especialmente cuando dijo: "Vosotros decís: Médico, cúrate a tí mismo. Como has hecho prodigios en Cafarnaúm, hazlos también aquí, en tu patria. Pero no hay profeta acepto en su propia patria".

Añadió que los tiempos presentes eran como tiempos de grande hambre, y comparó las poblaciones a pobres viudas. "En tiempos de Elías, prosiguió, había muchas viudas pobres en el país, pero el profeta no fué enviado a ninguna de ellas, sino a la viuda de Sarepta; y en los tiempos de Eliseo había muchos leprosos, y sin embargo no sanó sino a Naaman, que era un sirio". Comparó su ciudad con un leproso, que no sería curado.

Los fariseos se irritaron sobremanera de que los igualase con los leprosos; se levantaron de sus asientos, se enfurecieron y quisieron poner las manos en Él; pero Jesús les dijo: "Cumplid lo que vosotros enseñáis sobre el Sábado y no lo quebrantéis; más tarde podréis hacer lo que pensáis hacer". Entonces lo dejaron enseñando y se fueron murmurando, con expresiones de burla. Dejaron sus asientos y se dirigieron a la puerta. Jesús explicó sus últimas palabras y salió de la sinagoga. Unos veinte fariseos le rodearon a la salida y sujetándolo junto a la puerta, le dijeron: "Vamos, ahora ven con nosotros a un lugar alto; allí podrás repetir tu enseñanza y nosotros te contestaremos como se merece". Él les dijo que lo dejasen libre porque los seguiría, y ellos marchaban rodeándole como guardias y mucho pueblo iba detrás. Se levantó un griterío y una serie de burlas no bien concluyó el Sábado. Se enfurecían cada vez más y cada uno quería rivalizar en decir alguna burla más hiriente. "¡Queremos contestarte! ¡Queremos que vayas a la viuda de Sarepta! ¡Conviene que vayas a sanar al sirio Naaman! ¡Si eres Elías, conviene que marches al cielo! Nosotros queremos señalarte un buen sitio. ¿Quién eres Tú? ¿Por qué no has traido a tus secuaces? No tuviste valor de traerlos. ¿No tenías el pan asegurado en compañía de tus pobres padres?... Y ahora que estás saciado, ¿quieres burlarte de nosotros? Nosotros queremos oirte. Debes hablar ahora delante de todo el pueblo, a cielo descubierto, y nosotros te contestaremos".

Con estos gritos sarcásticos y burlas fueron subiendo la pendiente de la ciudad. Jesús continuaba enseñando tranquilo, contestando sus sarcasmos con palabras de la Escritura y profundas reflexiones que los avergonzaba en parte y aumentaba su irritación.

La sinagoga estaba situada en la parte occidental de la ciudad. Era ya oscuro y portaban algunas antorchas consigo. Llevaron a Jesús a la parte oriental de la sinagoga, y detrás de ella se volvieron a una ancha calle hacia el occidente. Llegaron a una alta pendiente en cuyo lado Norte había un pantano y en

la parte del Mediodía formaba una prominencia rocosa sobre un precipicio escarpado. Había allí un lugar donde solían precipitar a los malhechores. Una vez en el lugar pretendían primero preguntar y hacer hablar a Jesús, para arrojarlo luego al precipicio, que terminaba en una estrecha garganta rocosa. Cuando se acercaban al lugar, se detuvo Jesús, que estaba entre los fariseos, como un preso, mientras ellos continuaron su camino, injuriando y denostando al Señor. En ese momento vi dos figuras luminosas al lado de Jesús: éste volvió sobre sus pasos y pasó por en medio del populacho que vociferaba (sin ser visto); luego lo vi caminando tranquilamente junto al muro de la ciudad hasta la puerta por donde había entrado ayer. Entró de nuevo a la casa de los esenios. Ellos no habían estado temerosos por Él; creían en Él y esperaban su llegada. Jesús habló con ellos de su caso; les dijo de nuevo se retirasen a Cafarnaúm; les recordó que les había predicho este suceso de Nazaret, y después de media hora abandonó el lugar y partió en dirección de Caná.

Nada puede imaginarse de más ridículo que la locura y la confusión que se originó entre los fariseos y demás cuando no vieron más a Jesús entre ellos, a quien creían tener seguro en sus manos. Era un griterío: "¡Alto! ¿Dónde está?" El populacho que venía detrás, avanzaba irresistiblemente. Ellos querían retroceder para ver donde se ocultaba y en el sendero angosto se formó una confusión y un desorden de gritos, de órdenes y contraórdenes, de inculpaciones recíprocas, mientras corrían a todos los huecos y cuevas pensando encontrarlo escondido en algún lugar secreto. Con las antorchas iluminaban todos los rincones y corrían peligro de romperse el pescuezo bajando y subiendo por los riscos en busca de Jesús. Terminaron por insultarse unos a otros culpándose de haberlo dejado escapar. Finalmente se dieron por vencidos y se volvieron calladitos a la ciudad. Jesús ya hacía tiempo que estaba fuera de la ciudad, de modo que tuvieron un nuevo desengaño al custodiar las laderas de la montaña y las salidas de la ciudad. Al regresar quisieron justificar su fracaso, diciendo: "Ya veis qué hombre es éste; un hombre entregado a la magia; un endemoniado; el diablo le ha ayudado; ahora aparecerá en otro rincón del país para perturbar allí el orden y causar trastorno".

A sus discípulos ya les había dicho Jesús que abandonasen la ciudad de Nazaret y le esperasen en un determinado lugar camino de Tarichea. Saturnino y otros discípulos habían sido

citados también en este lugar. A la alborada se encontraron todos juntos con Jesús y descansaron en un valle solitario. Saturnino había traido panes y miel. Jesús habló de los sucesos de Nazaret, mandándoles mantenerse serenos y callados para no estorbar su futura misión. Luego anduvieron por sendas solitarias, junto a algunas ciudades, a través de valles, hacia la desembocadura del Jordán en el mar de Galilea. Había una gran ciudad al pie de una montaña al extremo Sur del mar de Galilea, no lejos de la desembocadura del Jordán, en una especie de península. Había un gran puente y un dique para entrar en la ciudad. Entre la ciudad y el mar se extendía una faja de tierra con suave pendiente cubierta de verdor. La ciudad se llama Tarichea.

XXXVI

Jesús sana a los leprosos de Tarichea

Jesús no entró en la ciudad sino que por un sendero lateral se acercó a una muralla del Sur, no lejos de la entrada donde había una serie de chozas habitadas por leprosos. Cuando Jesús se acercó a estas chozas, dijo a los discípulos: "Llamad desde la distancia a estos leprosos para que me sigan, que los voy a sanar. Cuando salgan, apartaos para que no os espantéis y no contraigáis impureza legal y no habléis luego de lo que veáis aquí. Vosotros conocéis la ira de los nazarenos, y no debéis irritar a nadie". Jesús continuó su camino hacia el Jordán, mientras los discípulos clamaban a los leprosos: "Salid fuera y seguid al profeta de Nazaret. Él os ha de sanar". Cuando vieron que salía la gente ellos se apartaron prontamente de allí. Jesús caminaba lentamente apartado del camino. Cinco hombres de diversas edades salieron de las celdas hechas en las murallas, y seguían a Jesús en fila hasta un lugar apartado, donde se detuvo. Los leprosos vestían túnica larga y blanca, sin correa, llevaban una capucha sobre la cabeza que les cubría también la cara y delante tenía dos tiras de tela negra con dos aberturas para los ojos. El príncipe de ellos se echó al suelo y besó la orla de su vestido. Jesús, volviéndose a él, le puso la mano en la cabeza, oró, lo bendijo y le mandó ponerse a un lado. Luego hizo lo mismo con los cinco. Después descubrieron los rostros y las manos. Las costras de la lepra se desprendía de ellos. Jesús les hizo una admonición sobre el pecado por el cual ha-

bían contraído la enfermedad, les enseñó cómo debían portarse en adelante y les mandó no decir que Él los había sanado. Ellos decían: "¡Señor, Tú apareciste tan inesperado entre nosotros!... Tanto tiempo habíamos esperado tu presencia y suspirado por Ti. No teníamos a nadie que representara nuestra miseria y te condujera hasta nosotros. Señor, Tú apareces ahora de repente, ¿cómo quieres que callemos nuestra alegría y el portento que obraste con nosotros?"

Jesús les mandó nuevamente que no hablasen del caso hasta que hubiesen cumplido con las prescripciones de la ley; que se presentasen a los sacerdotes para que vieran que estaban limpios y cumplieran con el sacrificio y las purificaciones legales. Sólo entonces podían decir quién los había sanado. Se echaron de nuevo a sus pies y volvieron a sus celdas. Jesús se acercó a sus discípulos en dirección del Jordán. Estos leprosos no estaban encerrados: tenían marcado el sitio hasta donde podían andar; nadie se acercaba a ellos; se les hablaba desde la distancia; se les ponía la comida en fuentes en determinados lugares: estas fuentes no volvían a los sanos, sino que eran enterradas o deshechas por ellos mismos. Se les traía siempre nuevos cacharros de poco valor.

Jesús anduvo un trecho con sus discípulos, entre amenos lugares llenos de plantas e hileras de árboles hacia el Jordán donde descansaron y tomaron alimento en un paraje solitario. Pasaron luego el río sobre una navecilla. En diversos lugares del río se ven estos esquives para que uno mismo pueda pasar y eran después llevados a su lugar por hombres que trabajan de trecho en trecho en la playa y habitan en chozas de la ribera. Jesús marchó con sus cuatro discípulos no muy cerca del mar, sino en dirección Este, hacia la ciudad de Galaad. Los cuatro discípulos eran: Pármenas de Nazaret, Saturnino y Tharzissus y su hermano Aristóbulo. Este Tharzissus fué más tarde obispo de Atenas y Aristóbulo ayudante de Barsabas. Yo oí que se hizo esto llamándolo "hermano", pero entiendo que era sólo hermano espiritual. Estuvo mucho con Pablo y Barnabas y creo que fué obispo de Britania. Fueron llevados a Jesús por medio de Lázaro. Eran extranjeros, griegos, me parece y su padre había inmigrado hacia poco tiempo a Jerusalén. Eran comerciantes de ultramar y he visto que los siervos y esclavos de su padre habían venido sobre transportes con sus animales de carga al bautismo de Juan, después de haber escuchado sus enseñanzas. Por medio de estos siervos fueron noticiados los

padres de estos jóvenes, que concurrieron con sus hijos adonde estaba Juan; los padres se hicieron bautizar y circuncidar y se establecieron en Jerusalén con toda la familia. Tenían riquezas y dejaron más tarde todo para provecho de la comunidad cristiana. Ambos hermanos eran de alta estatura, algo morenos, diestros y poseían una esmerada cultura. Eran dos hombres jóvenes osados, resueltos y diestros en preparar lo necesario en los caminos.

XXXVII

Conversaciones con los discípulos

Jesús atravesó el arroyuelo que bajaba a la comarca. El profeta Elías había estado también en este lugar. Jesús habló de esto y durante todo el camino enseñó con comparaciones y parábolas tomadas de las cosas que se presentaban a la vista: arbustos, piedras, plantas, lugares y de los estados y ocupaciones de la vida. Los discípulos preguntaban sobre las cosas que habían pasado en Séforis y en Nazaret. Jesús habló del matrimonio con ocasión de la disputa con los fariseos de Séforis, contra el divorcio, y de la indisolubilidad de la palabra dada. Añadió que el divorcio sólo fué permitido por Moisés por tratarse de un pueblo grosero y pecador.

Los discípulos interrogaron a Jesús acerca de lo que decían los nazarenos, de que Él no había tenido amor fraterno, pues no había querido sanar a los enfermos en la ciudad paterna, que por eso debía serle más próxima; si no debía, acaso, amarse a los ciudadanos como a nuestros prójimos más cercanos. Les enseñó Jesús intensamente sobre el amor al prójimo con toda clase de comparaciones y preguntas. Tomaba las comparaciones de varios estados de la vida sobre los cuales hablaba, señalando lugares lejanos que se podían ver desde allí y donde se ejercían diversos oficios. Les dijo que los que pretendían seguirle debían dejar padre y madre, aún cumpliendo el cuarto mandamiento. Debían tratar a su ciudad natal, como Él había tratado a Nazaret, y, sin embargo, tener amor al prójimo. Dios, el Padre celestial, es el prójimo más cercano, y es le que le había enviado a Él. Pasó a hablar del amor al prójimo según la gente del mundo, y a propósito de Galaad, adonde iban encaminados, dijo que los publicanos de allí amaban más a aquellos que más dinero les proporcionaban, pagando más impuestos. Señalando luego

a Dalmanutha(*), que estaba a su izquierda, dijo: "Esos fabricantes de tiendas y de alfombras aman a los prójimos que más tiendas y más alfombras les compran, y dejan a sus pobres sin techo y abandonados". Luego tomó una comparación de los fabricantes de sandalias y suelas para los zapatos y la aplicó a los nazarenos que le invitaron por pura curiosidad. Les dijo: "No necesito de vuestras demostraciones de honor, que son como las suelas pintadas en los talleres de los zapateros y que luego se pisan y se llevan sobre el lodo". Y añadió: "Ellos son como los zapateros de aquella ciudad (y señaló una): desprecian a sus propios hijos y los despachan y cuando vuelven del extranjero y han aprendido algo nuevo sobre suelas pintadas, una nueva moda, entonces los hacen venir de nuevo por curiosidad y vanidad, para pavonearse con las nuevas suelas, que luego serán pisadas y arrastradas por el barro como ese mismo honor". Les hizo también una pregunta: "Si uno rompe una suela en el viaje y va al zapatero para comprar otra nueva, ¿le regalan acaso la otra?" De este modo habló también sobre la pesca, la edificación y otros oficios manuales de los contornos.

Los discípulos le preguntaron dónde pensaba habitar, si quería edificarse una casa en Cafarnaúm. Él les contestó que no edificaba sobre arena y habló de otra clase de ciudad que deseaba edificar. Yo no entendía bien cuando Jesús hablaba caminando. Cuando les hablaba estando sentado, entendía mejor. Recuerdo que dijo que quería tener una barca propia para ir y venir por el lago, pues deseaba enseñar desde el mar y desde la tierra.

XXXVIII

Galaaditis, Galaad, Gamala, Gerasa

Así llegaron a la comarca de Gelaaditis. Allí se habían detenido Abrahán y Loth, y hubo aquí una repartición de tierras entre ellos. Jesús recordó esto, y les dijo que no hablasen de la curación de los leprosos para no irritar a nadie y que debían portarse ahora prudentemente para no despertar la suspicacia de otros, puesto que los nazarenos habían hecho mucho ruido y despertado el enojo en otros. Dijo que el Sábado siguiente

(*) La vidente distingue Magdalum de Dalmanutha, que algunos exégetas confunden, porque en Mateo se habla de un desembarco de Jesús en los confines de Magdalum y en Marcos se dice: confines de Dalmanutha.

quería enseñar de nuevo en Cafarnaúm: allí verían lo que es el amor del prójimo y la gratitud de los hombres. Les anunció que lo recibirían de muy diferente manera que cuando sanó al hijo del centurión.

Habrían andado algunas horas hacia el Noreste en un recodo del mar cuando llegaron frente a Galaad al Sur de Gamala(*). Había aquí paganos y judíos como en la mayoría de estas ciudades. Los discípulos hubieran deseado entrar, pero Jesús les dijo que si iba Él con los judíos de aquí no le darían nada y le recibirían mal, y si entraban en casa de los paganos murmurarían los judíos y lo calumniarían. Dijo que esta ciudad sería destruída y que era muy mala. Los discípulos hablaron también de un cierto Agabus, un profeta que vivía ahora de Argob, en estas regiones, que de tiempo atrás tenía visiones de la misión de Jesús y que había profetizado de Él no hace mucho; más tarde fué un discípulo. Jesús les dijo que sus padres eran herodianos y que le habían educado en esa misma secta, pero que se había convertido. Añadió Jesús que estas sectas eran sepulcros blanqueados, que por dentro estaban llenos de podredumbre. Estos herodianos estaban de la parte oriental del Jordán, en Perea, Traconítidis, e Yturea especialmente. Se mantienen ocultos, llevan una vida tenebrosa y se ayudan unos a otros secretamente. Acuden muchas pobres gentes a ellos, y ellos, aparentemente, las ayudan, porque en lo exterior son muy farisaicos; trabajan secretamente por la libertad de los judíos del yugo de los romanos y son partidarios de Herodes. Hacen obra tenebrosa, como entre nosotros los masones.

Tuve el convencimiento, por las palabras de Jesús, de que ellos se mostraban muy observantes y santos, pero que eran hipócritas y fingidos. Jesús permaneció con los discípulos en un albergue de publicanos. Había aquí muchos publicanos reunidos a quienes los paganos pagaban impuestos por las mercaderías que introducían al país. Parecía que no lo conocían. Jesús no les habló. Enseñó aquí de la proximidad del reino y del Padre que envía a su Hijo a la viña y les dió a entender muy claramente que Él era el Hijo, añadiendo que todos aquellos que hacían la voluntad de su Padre eran hijos de Dios. Con esto

(*) El Doctor Johann Niessen escribe: "He anotado 400 nombres señalados por Ana Catalina de lugares, ciudades, ubicación y descripción, y he buscado luego en la Biblia, Josefo Flavio, Adricomio, Quaresmius, Calmet, Allioli, Hegel y Badeker, comprobando que la descripción de la vidente concuerda con los datos de estos autores".

quedó algo oculto lo que les había manifestado antes claramente. Los exhortó al bautismo: se convirtieron algunos y preguntaron si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan. Él les respondió que esperasen hasta que fuesen allá a bautizar sus propios discípulos. Los discípulos preguntaron hoy si su bautismo era diferente del de Juan, porque ellos habían recibido el de Juan. Jesús hizo una diferencia y llamó al de Juan una purificación de penitencia. En esta enseñanza con los publicanos hubo una referencia a la Trinidad, hablando del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en una Unidad; pero lo dijo en otra manera. Los discípulos de aquí no se extrañaban de tratar con los publicanos. Como Jesús había estado con los esenios en Nazaret y los fariseos le reprochaban esto mismo, preguntaron ellos algo sobre los esenios, y he oído que Jesús preguntando varias cosas indirectamente, los alababa. Así, mencionando las faltas que se cometían contra el amor del prójimo y la justicia, preguntaba: "¿Hacen los esenios esto?... ¿Hacen acaso los esenios aquello otro?".

Al llegar cerca de Galaad salieron algunos endemoniados gritando, mientras corrían hacia una comarca desierta. Estaban abandonados y robaban y asaltaban a las gentes de los alrededores, matando y cometiendo toda clase de fechorías. Jesús los miró, los bendijo desde lejos, y de pronto se callaron, se vieron libres y acudieron a postrarse a sus pies. Jesús los exhortó a la penitencia y al bautismo y les dijo que esperasen hasta que sus discípulos bautizasen en Ainón.

Alrededor de Galaad era un terreno pedregoso sobre un suelo blanquizco y deleznable. Se dirigió Jesús con los suyos hacia la montaña en cuyo extremo Sur está la ciudad de Gamala en dirección Noroeste respecto del mar de Galilea. Pasó por Gerasa, que se veía en lontananza, camino de una hora, en una hondonada, y que tenía en torno unos pantanos formados por las aguas detenidas por un dique, que corrían entre peñascos al mar de Galilea. Jesús habló con los discípulos de este lugar. Cierto profeta había sido burlado a causa de su rostro algo deforme y les había dicho: "Oíd vosotros, que os burláis de mi persona: vuestros hijos quedarán obstinados cuando venga Uno más grande que yo, que enseñará y sanará aquí, y ellos no se alegrarán de la salud, por la pena que tendrán a causa de la pérdida de animales inmundos". Era una profecía sobre Jesús, referente a la entrada de los demonios en los cerdos de los gerasenos.

Jesús habló también de lo que le esperaba en Cafarnaúm. Los fariseos de Séforis, irritados por su enseñanza sobre el matrimonio, habían enviado mensajeros a Jerusalén, y los nazarenos se habían unido a ellos en sus quejas, y ahora hay en Cafarnaúm una cuadrilla de fariseos de Jerusalén, de Nazaret y de Séforis para espiar a Jesús, contradecirle y disputar con Él. En este camino se encontraron con grandes caravanas de gente pagana con mulos y bueyes, de gruesas bocas, que caminaban con la cabeza inclinada por los pesados y anchos cuernos. Eran mercaderes que venían de Siria e iban a Egipto y que en parte pasaban el río en Gerasa y en parte más arriba, por los puentes del Jordán. Había mucha gente que se había agregado a la caravana para oír al profeta y así una parte acudió a Jesús y preguntaron si el profeta enseñaría en Cafarnaúm. Él les dijo que no fueran ahora a Cafarnaúm sino que se estacionaran en la ladera de la montaña, junto a Gerasa, que el Profeta pasaría por allí. Él habló de tal manera con ellos, que preguntaron: "Señor, ¿eres también un profeta?" Y por su aspecto se pusieron a pensar si no sería Él mismo el profeta.

Cuando Jesús entró con los discípulos en un albergue, cerca de Gerasa, había un tumulto tal de paganos y viajeros, que se retiró de allí. Los discípulos hablaron con los paganos del Profeta y los instruyeron. Gerasa está situada en la bajada de un valle, como a hora y media del mar de Galilea. Es más grande e importante que Cafarnaúm, con mezcla de paganos, como casi todas las ciudades de los contornos. Veo templos. Los judíos son la minoría y son oprimidos; con todo, tienen su escuela y sus maestros. Hay mucho comercio y manufactura, porque pasan por aquí las caravanas de Siria y de Egipto. Delante de la puerta he visto un largo edificio, como de un cuarto de hora de camino, donde fabricaban largas barras y caños de hierro. He visto que fabricaban las barras planas y luego las unían soldándolas y redondeándolas. También hacían caños de plomo. No trabajaban quemando troncos de leña, sino una especie de ladrillos negros que sacaban de la tierra. El hierro les llegaba de Argob. Los viajeros paganos se habían estacionado al Norte de Gerasa, en la parte Sur de la montaña, en una ladera. Había paganos y judíos que se mantenían apartados de los demás. Los paganos vestían diferente de los judíos: tenían ropas hasta la mitad de las piernas. Debía haber ricos entre ellos, porque he visto mujeres que tenían los cabellos recogidos con una gorra de perlas y piedras preciosas. Otras tenían el velo y los

cabellos afuera, recogidos, como formando un cestillo, adornado con perlas.

Jesús se dirigió a esta ladera y enseñó a las gentes, caminando, mientras iba de un grupo a otro, o parándose ya en uno ya en otro. Caminaba y enseñaba como en conversación con viajeros. Usaba preguntas y enseñaba con las respuestas. Preguntaba: "¿De dónde sois? ¿Qué os mueve a viajar? ¿Qué esperáis vosotros del Profeta?" Y les decía como tenían que hacer para hacerse partícipes de la salud. Decía: "¡Dichosos los que de tan lejos vienen a buscar la salud! ¡Ay de aquellos entre los cuales está la salud y no la reciben!" Les explicó las profecías del Mesías, la vocación de los infieles, y contó el llamado de los tres Reyes Magos, de lo cual tenían ellos conocimiento. Entre los de la caravana había algunos de la región de Edesa, donde el siervo del rey Abgaro había llevado la carta y el retrato de Jesús, y pernoctado en el horno de ladrillos. Jesús no sanó aquí a ningún enfermo. La gente en general era buena. Con todo había una parte a la cual le pesaba haber tomado parte en el viaje: se había imaginado una cosa muy diferente del profeta, según sus sentidos y gustos.

Después de esta enseñanza fué Jesús con los cuatro discípulos a comer con un maestro judío fariseo, que vivía delante de la ciudad y le había invitado, y que por soberbia no había aparecido en su enseñanza a los paganos. Estaban presentes otros fariseos de la ciudad. Recibieron a Jesús cortésmente, pero con hipocrecía, y en la mesa se presentó la ocasión para decirles de una vez toda la verdad. Un esclavo pagano trajo una hermosa fuente variopintada con una torta de confituras artísticamente hecha, formando figuras de pájaros y flores, para depositarla sobre la mesa. Uno de los fariseos promovió un tumulto diciendo que en la fuente había algo de impuro, rechazó al pobre esclavo, lo injurió y lo mandó afuera. Jesús dijo entonces: "No es la fuente, sino lo que está dentro lo que está lleno de impureza". El dueño de la casa replicó: "Tú te equivocas; la confitura es absolutamente pura y muy costosa". Jesús quería decir tanto como esto: "Es muy impuro, pues esto no es sino un compuesto de sensualidad amasado con el sudor, la sangre, los huesos y las lágrimas de las viudas, los huérfanos y los pobres". A continuación les dirigió una severa reprensión a su conducta de derroche, avaricia e hipocrecía. Ellos se irritaron mucho y como no pudieron replicarle, abandonaron la casa todos, menos el dueño de ella, que continuó halagando a Jesús, porque tenía

la consigna de espiarlo para llevarlo a la reunión que los fariseos pensaban celebrar en Cafarnaúm.

Hacia la tarde enseñó nuevamente a los paganos, junto a la montaña. Al preguntar si debían hacerse bautizar por los discípulos de Juan y al manifestar el deseo de establecerse en esta región, les aconsejó Jesús que en cuanto al bautismo esperasen un poco hasta que estuviesen mejor instruídos y en cuanto a lo demás, se fuesen al otro lado del Jordán, en la alta Galilea, en la región de Adama, donde había paganos bien instruídos y gente buena, donde pensaba Él ir dentro de poco a enseñar. Continuó su instrucción a la luz de las antorchas. Después los dejó y caminó por la orilla del mar hasta un lugar donde los criados de Pedro le esperaban con una barca.

Era ya muy tarde, y los tres criados de Pedro usaban teas encendidas cuando se embarcaron a una media hora de Bethsaida-Julias. La barca donde subió Jesús la habían acomodado Pedro y Andrés con sus siervos para Jesús. Éstos eran no sólo pescadores y marineros, sino que sabían hacer sus barcas. Pedro tenía tres de estas barcas, una de ellas tan grande como una casa. La barca que hizo para Jesús podía contener como diez hombres y por el ancho y largo tenía forma de un huevo. La parte delantera y la posterior estaban cerradas, y se podía guardar allí lo necesario y había comodidad para lavarse los pies. En medio se alzaba el mástil y desde los bordes salían pértigas que iban al mástil. Sobre las pértigas se enderezaban las velas. En torno del mástil estaban los asientos. Desde esta barca enseñó Jesús muchas veces y muchas navegó de una a otra orilla entre las otras naves. Las naves grandes tenían en torno del mástil pabellones redondos en forma de terrazas, como galerías, unas sobre otras, desde donde se podía ver, y arriba se podía uno retirar a solas. En las pértigas que iban al mástil había resaltos para poder subir y a ambos lados de la nave había cajones como lastre o balsas para que la nave no volcase en las tormentas y con las cuales se aligeraba la nave o se hundía a voluntad del conductor. A veces estos cajones estaban llenos de agua, a veces flotaban vacíos. También solían meter allí los pescados. Se podían acomodar tablas delante y detrás de estas naves para llegar mejor a las balsas o pasar de una nave a otra o recoger las redes. Cuando no pescaban usaban estas naves para pasar caravanas de mercaderes. Los siervos de estos pescadores y marinos eran en su mayor parte esclavos paganos. Pedro tenía cierto número de ellos a su servicio.

XXXIX

Jesús en casa de Pedro. Medidas de los fariseos

Jesús desembarcó arriba de Bethsaida, no lejos de la casa de los leprosos, donde le esperaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Menor y Felipe. Jesús no entró en Bethsaida, sino que anduvo con ellos por el camino más corto, sobre una altura, hasta la casa de Pedro, en el valle entre Bethsaida y Cafarnaúm. Allí estaban María y las santas mujeres. La suegra de Pedro estaba enferma, en cama. Jesús la visitó, pero no la sanó aún. Le lavaron los pies y se preparó una comida, durante la cual la principal conversación fué que los fariseos de diversas escuelas de Judea y de Jerusalén habían mandado a quince fariseos a Cafarnaúm para espiar las enseñanzas de Jesús. De los centros más grandes vinieron dos, de Séforis uno, y de Nazaret aquel hombre joven que varias veces había pedido a Jesús que lo admitiese entre sus discípulos y había sido rechazado. Había sido nombrado escriba por esa comisión y hacía poco había contraído matrimonio. Jesús dijo a los discípulos: "¿Veis por quién me habéis rogado? Viene para espiarme y pide ser mi discípulo". Este joven había querido ser discípulo por vanidad y adquirir fama, y como no fué recibido se había unido a los enemigos de Jesús. Estos fariseos debían permanecer largo tiempo en Cafarnaúm.

De los llegados a Cafarnaúm uno debía volver para referir y el otro permanecer para espiar a Jesús. Habían celebrado una reunión y tenían delante de sí al centurión Serobabel, al padre y al hijo preguntándoles sobre su curación y la enseñanza que habían oído. No podían negar la curación ni rechazar su enseñanza; pero no se mostraron satisfechos del modo como había sucedido. Les irritaba que Jesús no hubiese estudiado con ellos; que anduviera con gente despreciada, como eran los esenios, pescadores, publicanos y pecadores; que no tuviera mandato de Jerusalén; que Él no les preguntara a ellos, que eran sabios y doctores; que no fuera ni fariseo ni saduceo; que enseñara entre los samaritanos, y que sanara en día de Sábado. En una palabra, no les gustaba, porque debían humillarse y avergonzarse si le reconocían como Mesías. El hombre joven de Nazaret era enemigo declarado de los samaritanos, a los que perseguía en toda forma. Los amigos y parientes de Jesús deseaban que no fuera Jesús a enseñar el Sábado en Cafarnaúm. María estaba

muy preocupada y expresó el deseo de que pasase a la otra parte del mar. En tales ocasiones Jesús solía contestar brevemente, sin mayores explicaciones.

Había en Bethsaida y Cafarnaúm grandes multitudes de enfermos, de paganos y de judíos. Varios grupos de viajeros que habían encontrado a Jesús al otro lado del mar, le aguardaban aquí. En Bethsaida había grandes albergues abiertos cubiertos con juncos, separados, para los paganos y los judíos; en la parte superior estaban los baños para los paganos y en la parte inferior para los judíos.

Pedro había recibido a muchos enfermos judíos en el circuito de sus posesiones y alrededor de su casa. Jesús sanó a muchos de ellos al día siguiente, muy de madrugada. Jesús le había dicho ayer tarde que dejase hoy su oficio de pescar y le ayudase en la pesca de hombres: que pronto lo iba a llamar para ese oficio. Pedro obedeció, pero se encontraba en una angustia. A él siempre le pareció que la vida con Jesús era para él demasiado elevada, que no podría comprenderlo. Pedro creía, veía los milagros, daba todo lo que podía de buena gana, hacía todo con voluntad; pero siempre pensaba que él no era para tanto, que no servía para eso, que era demasiado simple, que no era digno, y a todo esto se mezclaba un secreto temor por su propio oficio y su negocio. También le era muy duro, cuando se burlaban de él, de que siendo un simple pescador alternaba con un profeta, andaba en pos de él y permitía que en su casa hubiese esa turba de gente que iba y venía, descuidando sus intereses. Todo esto batallaba dentro de Pedro: él no era tan ardiente como Andrés y los demás, aunque lleno de fe y de amor a Jesús; pero era corto, humilde y acostumbrado a su trabajo, y se mantenía sencillo en su humilde ocupación.

Jesús caminó con Pedro desde la casa, a través de la ladera del monte, hasta el extremo Norte de Bethsaida. Todo este camino estaba lleno de enfermos, paganos y judíos, aunque separados, y los leprosos puestos a distancia. Había allí ciegos, baldados, mudos, sordos, quebrados y judíos hidrópicos. Las curaciones se hacían con gran orden y con cierta solemnidad. Esta gente estaba allí desde hacía dos días, y los discípulos Andrés, Pedro y los demás a los cuales Jesús anunció su venida, los habían ordenado cómodamente, pues había en el camino algunos rincones apartados con sombra entre las rocas y en los jardines. Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos, que eran traídos en grupos a su presencia. Varios querían confesar con

Él sus pecados, y Jesús se apartaba con ellos a solas. Ellos se hincaban, llorando y confesando sus culpas. Entre los paganos había algunos que habían cometido asesinatos y robos en su viaje. Algunos los dejaba Jesús yaciendo allí y pasaba a otros, y luego volvía a aquéllos y les decía: "Levántate, tus pecados te son perdonados". Entre los judíos había adúlteros y usureros. Cuando Él veía su arrepentimiento y les había impuesto la reparación, oraba con ellos, ponía sus manos sobre ellos, y se sentían entonces sanos. A muchos los mandaba bañarse. A algunos paganos los enviaba al bautismo o a los paganos convertidos de la Alta Galilea. Un grupo venía en pos de otro, y los discípulos guardaban el orden.

XL

Cura en Bethsaida a muchos enfermos

Jesús pasó a través de Bethsaida, que estaba llena de gentes, como en una gran romería, y sanó a muchos enfermos en los albergues y en las mismas calles. En la casa de Andrés le habían preparado una refección. Aquí había también niños: la hijastra de Pedro de unos diez años con otras niñas de su edad y otras dos niñas de diez y de ocho años, respectivamente, y un hijito de Andrés vestido con túnica amarilla y cinturón. Con ellas había algunas mujeres de edad. Estaban bajo el techo de la casa y hablaban del Profeta: corrían, iban y volvían, mirando si estaba cerca el Profeta. Estaban allí para verlo, porque ordinariamente los niños eran apartados en estas ocasiones. Jesús los miró al pasar y los bendijo.

Después he visto a Jesús volver a la casa de Pedro y sanar a muchos enfermos. Creo que eran más de cien las personas que sanó hoy, perdonándoles sus pecados y diciéndoles lo que debían hacer en lo sucesivo. He visto aquí que sanaba de diversos modos a los enfermos. Lo hacía así para enseñar a los apóstoles como debían hacerlo después ellos, y para la Iglesia de todos los tiempos. En su modo de obrar y andar era como un hombre en la forma y en la figura: nada había en estas curaciones de teatral o de espectacular. En todas las curaciones había siempre un pasaje gradual de la enfermedad y del pecado a la salud y al perdón. He visto que aquellos a los que ponía las manos sobre la cabeza o sobre los que oraba, sentían una conmoción interna de unos momentos, y se veían sanos después

de una especie de desvanecimiento momentáneo. Los baldados se levantaban lentamente, echaban sus muletas a un lado y se hincaban de rodillas para agradecer; pero las fuerzas completas y el vigor entraba en ellos de a poco; en algunos a las pocas horas, en otros después de unos días. He visto a hidrópicos que apenas podían llegar a Él y a otros que eran llevados: les ponía la mano sobre la cabeza y en la región del estómago; podían andar sanos después de su palabra, pero el agua se les iba luego poco a poco en sudor o en otra forma. Los leprosos perdían, ante su palabra, las costras enfermas; pero quedaban manchas encarnadas que desaparecían después de algún tiempo. Los que sanaban de la ceguera, mudez o de los oídos sentían al principio una sensación desacostumbrada por no haber usado esos sentidos. He visto a hidrópicos que se sentían sanos, pero que conservaban algún tiempo la hinchazón, que se les iba luego lentamente. Los que tenían convulsiones sanaban en seguida; los que tenían fiebre la perdían también de golpe; pero en general no se sentían de repente sanos, frescos y fuertes, sino que mejoraban como una planta reseca con el agua de la lluvia. Los endemoniados caían frecuentemente en desmayo breve y luego se levantaban libres, pero con la mirada cansada e intranquila. Todo procedía con orden y quietud, y sólo los incrédulos y los enemigos de Jesús podían encontrar en sus milagros algo que los atemorizaba.

Los paganos que habían venido hasta aquí eran generalmente gentes que habían estado en el bautismo o predicación de Juan: procedían de la Alta Galilea, donde los paganos habían ya oído a Jesús y visto sus milagros, y deseaban ser ellos instruídos y convertirse. Algunos tenían el bautismo de Juan, otros no lo tenían. Jesús no le mandaba a nadie la circuncisión. Enseñaba, cuando se le preguntaba, de la circuncisión de los afectos del corazón y de los sentidos y como debían portarse en adelante. Los exhortaba al amor del prójimo, a la templanza, a la mortificación, a cumplir los diez mandamientos de Dios; les enseñaba partes de una oración, como algunas peticiones del Padre Nuestro, y les prometía enviarles a los apóstoles.

XLI

Jesús enseña y hace curaciones en Cafarnaúm

En la pasada tarde se veían banderas con los nudos de costumbre y colgajos de frutas sobre la sinagoga y en los edificios públicos, porque entraba el último día del mes Ab y con el Sábado empezaba el primer día del mes Eliul(*). Después que Jesús hubo sanado a muchos enfermos judíos en Bethsaida, se dirigió con los discípulos a la casa de Pedro, junto a Cafarnaúm, adonde habían acudido ya las mujeres y donde le esperaban de nuevo muchos enfermos. Había allí dos sordos a quienes Jesús puso los dedos en los oídos. Trajeron a otros dos que apenas podían caminar, que tenían los brazos inmóviles y los dedos hinchados. Jesús les puso las manos, oró con ellos, y tomándolos de ambas manos, movió los dedos, y quedaron sanos. La hinchazón permaneció y desapareció después de algunas horas. Los exhortó a usar sus manos en adelante para la gloria de Dios; pues por causa de pecados habían quedado en ese estado. Sanó a muchos aun y después marchó para el Sábado a la ciudad. Había allí una gran multitud. Habían dejado libres a los endemoniados, que corrían por las calles al encuentro de Jesús y clamaban en pos de Él. Jesús les mandó callar y salir de ellos. Entonces quedaron callados, y silenciosos acompañaron a Jesús a la sinagoga, con maravilla de todos los presentes, y escucharon su enseñanza allí dentro.

Los fariseos, especialmente los quince que habían venido para espiar, estaban sentados en torno de su asiento y le trataban con fingida reverencia. Le dieron los rollos de la Escritura. Jesús enseñó sobre Isaías, capítulo 49, de que Dios no ha olvidado a su pueblo. Leyó: "Aunque una mujer olvide a su hijo, Dios no olvidará a su pueblo", y lo explicó con lo que sigue: Dios no puede, por la perversidad de los hombres, ser impedido de compadecerse de los desamparados. Es llegado el tiempo del cual el profeta habla, que ve siempre los muros de Sión. Ahora es el tiempo en que los destructores tienen que huir y vienen los maestros de obra. El juntará a muchos para adornar su santuario. Muchos se harán piadosos y buenos, muchos serán bienhechores y guías del pobre pueblo, de modo que la sinagoga infructuosa tendrá que decir: ¿quién me ha criado

(*) Los meses de Ab y de Eliul son el onceno y el duodécimo, respectivamente, del calendario hebreo.

todos estos hijos? Los paganos se convertirán a la Iglesia y los reyes la servirán. El Dios de Jacob quitará al enemigo, a la perversa sinagoga su gente y dejará a aquéllos que se harán culpables, como asesinos del Salvador, que se irriten y se destrocen entre ellos. Todo esto lo refirió a la destrucción de Jerusalén, si no recibía ahora el reino de la gracia. Dios pregunta: si se ha apartado de la sinagoga, si tiene una carta de repudio, si ha vendido a su pueblo. Sí, por causa de los pecados fué vendido. Las sinagogas son desechadas por causa de sus delitos. Él ha llamado y advertido, y nadie se dió por entendido. Dios es poderoso: puede remover cielos y tierra (Isaías 50 1). Todas estas cosas las refirió Jesús a su tiempo. Demostró que todo se había cumplido, que su Padre le había enviado a Él, para anunciar la salud y traerla, y para juntar a los dejados por la sinagoga y a los pervertidos por ella.

Cuando Jesús dijo las palabras de la Escritura, aplicándolas a Sí mismo, que Dios, el Señor, le había dado una lengua sabia para llevar a los dejados y a los extraviados al camino, que le ha abierto desde temprano los oídos para oír sus mandamientos, y que Él no había contradecido; cuando Jesús dijo estas cosas, las tomaron los fariseos tal como sonaban naturalmente y decían que se alababa a Sí mismo. Aunque estaban penetrados de su enseñanza y después de oír decían: "Nunca profeta alguno ha hablado así", con todo murmuraban luego uno a otro en los oídos. Jesús explicó todavía las palabras del profeta: de que Él se había tomado trabajo por ellos, que se había dejado pegar en el rostro y había dejado azotar su cuerpo, y sufrido la persecución, y sufrirá aún más. Habló del mal trato en Nazaret, diciendo que quien pudiera condenarle, se adelantara. Todos sus enemigos envejecerán y se marchitarán en su enseñanzas y el Juez vendrá sobre ellos. "Los que temen a Dios, que oigan sus palabras; los ignorantes sin luz, rueguen a Dios por luz y esperanza. El juicio vendrá y los que han encendido el fuego perecerán" (Isaías 50-11). Todo esto lo refirió a la destrucción del pueblo judío y de Jerusalén. Los fariseos no pudieron contradecir ni una de sus palabras. Oían callados; sólo se hablaban al oído, y escarnecían, aunque se sentían heridos y conmovidos. Luego Jesús explicó algo más sobre Moisés, y esto viene siempre por último, y añadió una parábola, hablando en esto más para sus discípulos, y especialmente para el joven escriba nazareno y traidor. Era la parábola de los talentos que Dios da; porque este joven estaba muy pagado

de su ciencia. Interiormente he visto que quedó herido y avergonzado, pero no se mejoró. Jesús no dice las parábolas del todo como están en el Evangelio; pero muy parecidas.

Delante de la sinagoga sanó algunos enfermos y fué con sus discípulos fuera de la puerta, hacia la casa de Pedro. Habían venido Natanael Chased, Natanael de Caná y Tadeo desde Caná a la fiesta del Sábado. Tadeo viaja a menudo, porque negocia en el país con redes de pescadores, velas de naves y sogas. La casa se llenó de nuevo de enfermos durante la noche. Aparte se encontraban varias mujeres con flujo de sangre. Otros trajeron mujeres enfermas todo envueltas en telas, sobre camillas. Aparecen pálidas y míseras, y desde tiempo esperaban a Jesús. Esta vez puso sus manos sobre ellas y las bendijo: a las que estaban en camillas las mandó levantarse y desatarles las vendas. Unas ayudaban a las otras. Las exhortó y las despachó sanas. En la noche se retiró Jesús a orar solo. Los fariseos espías de Cafarnaúm no habían manifestado públicamente su intento. Al centurión Serobabel lo habían interrogado privadamente. Se mantenían aquí con otros pretextos, como otros fariseos, por la festividad del Sábado, por ser un lugar donde había un maestro de fama, y también porque muchos suelen venir a la región de Genesaret por razón de comercio, o por la belleza del lugar a descansar en esta región de fertilidad privilegiada.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué Jesús de nuevo a Cafarnaúm. Había muchísima gente y enfermos reunidos en torno de la sinagoga, de los cuales sanó a muchos. Cuando entró en la sinagoga, donde estaban ya reunidos los fariseos, empezaron a gritar los endemoniados, y uno especialmente, que era furioso, se adelantó hacia Jesús, gritando: "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? Tú vienes para perdernos. Yo sé que eres el Santo de Dios". Mandóle el Señor que callase y saliese de allí. El hombre cayó al suelo y se agitó con furia, pero el diablo tuvo que salir gritando. El hombre se encontró sano y se hincó delante de Jesús. Dijeron entonces muchos, especialmente los discípulos, para que lo oyeran los fariseos, que se irritaron por ello: "¿Qué nueva enseñanza es esta? ¿Quién será Éste que hasta tiene fuerza y poder sobre los espíritus inmundos?" Había tanta gente reunida y tantos enfermos dentro y en derredor de la sinagoga, que Jesús fué a enseñar a un lugar donde podía volverse a los que estaban dentro y fuera en el vestíbulo. En torno de Él estaban los fariseos en el interior, y Jesús, mirando hacia fuera, enseñaba al pueblo:

ya se dirigía a los de adentro, ya a los de afuera. Los pórticos de la sinagoga estaban abiertos y los oyentes llenaban no sólo el vestíbulo sino los techos de los edificios, en torno de la sinagoga, a los cuales habían acomodado escaleras para subir. Debajo había tiendas y celdas para los que oraban y hacían penitencia. Para los enfermos habían preparado lugares aparte.

Jesús enseñó de nuevo muy vivamente de Isaías y aplicó todo a su tiempo y a su Persona. "Los tiempos se cumplieron y el reino se acerca". Siempre habían sentido ansias del cumplimiento de las profecías y habían pedido profetas y suspirado por el Mesías, para que viniera a quitarles la carga; pero cuando está con ellos no le querrán, porque Él no será como se lo imaginan en sus equivocadas ideas. Indicó las señales de los profetas según habían deseado que se cumpliesen; cosas que habían leído en las escuelas, en las Escrituras, y por las cuales habían orado y pedido; les mostró que se habían cumplido las señales. Les dijo: "Los baldados caminarán, los ciegos verán y los sordos oirán. ¿Acaso no ha sucedido? ¿Qué quieren estos paganos que han venido a la enseñanza? ¿Qué gritan los endemoniados? ¿Por qué alaban a Dios los sanados de sus males? ¿Acaso no me persiguen los malos? ¿Acaso no me espían los que me rodean? Ellos habrán de echar afuera al Hijo del Dueño de la viña y lo matarán, y luego ¿qué les sucederá a ellos? ¿No queréis recibir la salud? Pues no irá perdida. Vosotros no podréis impedir que vaya a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, a los publicanos, a los arrepentidos, a los paganos, lo que vosotros no queréis recibir". De este tenor fué el conjunto de su predicación. Dijo también: "Vosotros tenéis como un profeta a Juan, a quien han tomado preso. Id a él, a su prisión; preguntadle qué camino ha preparado él, quién ha dado testimonio él".

Mientras así hablaba el enojo de los fariseos había crecido sobremanera y susurraban y murmuraban entre sí. Trajeron a ocho hombres medio enfermos y a cuatro nobles que padecían de enfermedad impura. Eran de Cafarnaúm y los pusieron en un lugar del vestíbulo donde Jesús los podía ver y pudieran ellos oír su voz. No podían ser traídos sino a un lado por razón de su enfermedad. Como ahora todo estaba ocupado con la multitud de oyentes no pudieron acercarse y entonces alzaron a estos enfermos sobre una muralla en alto y luego se abrieron camino entre la multitud, la cual se apartaba por tratarse de enfermos impuros. Cuando vieron esto los fariseos se irritaron mucho y murmuraban contra la osadía de esta gente, a la que

tachaban de pecadores públicos, que padecían de enfermedades impuras, y alzaron la voz diciendo que era un desorden que semejante gente se acercara a ellos. Como estas palabras llegaron a oídos de los enfermos, éstos se pusieron tristes, pensando que si Jesús conocía su enfermedad no iba a querer sanarlos. Estaban llenos de arrepentimiento y hacía tiempo que deseaban ser socorridos.

Cuando Jesús oyó las murmuraciones de los fariseos se volvió afuera con la mirada, hacia donde estaban estos enfermos tristes y hablándoles les dijo: "Vuestros pecados os son perdonados". Entonces estos hombres se desataron en lágrimas, mientras los fariseos comenzaron a murmurar con enojo: "¿Cómo puede decir Él esto? ¿Cómo puede decir que perdona los pecados?" Jesús les dijo: "Seguidme, y veréis lo que voy a hacer con ellos. ¿Por qué os irritáis de que Yo cumpla la voluntad de mi Padre? Vosotros no queréis recibir la salud; entonces no impidáis que la reciban los arrepentidos. Vosotros os irritáis porque sano en día de Sábado. ¿Acaso descansa la mano del Omnipotente en hacer bien en día de Sábado y en castigar el mal? ¿Y en día de Sábado no alimenta Dios, no sana, no bendice? ¿No deja Dios que os enferméis en día de Sábado o que muráis en ese día? No os irritéis de que el Hijo haga en Sábado la voluntad de su Padre". Cuando estuvo cerca de los enfermos, dijo a los fariseos: "Quedad ahí, porque ellos son para vosotros impuros; para Mi no lo son, puesto que sus pecados les son perdonados. Y ahora contestad: ¿es más fácil decir a un pecador arrepentido: tus pecados te son perdonados, que decir a un enfermo: levántate, toma tu camilla y vete?" No sabían qué responder, y Jesús, acercándose a los enfermos, puso sus manos sobre ellos, a uno después de otro; dijo una breve oración sobre cada uno, los levantó de las manos, y les mandó agradecer a Dios, no pecar más y que llevasen sus camillas. Los cuatro se levantaron de sus camillas, y los ocho que los habían traído, que habían estado medio enfermos, se vieron completamente sanos y ayudaron a los demás a salir de sus envoltorios. Estos cuatro sólo se sintieron algo cansados y no acostumbrados; no obstante, juntaron las maderas de sus camillas, las tomaron sobre sus hombros, y los doce pasaron llenos de contento entre la multitud, cantando: "Alabado sea el Señor Dios de Israel. Él ha obrado grandezas en nosotros. Él se ha compadecido de su pueblo y nos ha sanado por medio de su Profeta". Con estas

palabras se apartaron de la multitud, que se quedó llena de admiración.

Los fariseos, enojados y avergonzados, se fueron sin saludar. Todo les disgustaba, lo que Jesús hacía y cómo lo hacía: que Él no compartiera las ideas de ellos; que ellos, que se creían los sabios, los justos, los elegidos, no lo fueran, y que Jesús estimara a gentes de las cuales ellos huían y a las que despreciaban. Tenían siempre mil reparos que hacerle: que no observaba los a unos como se debe; que iba con los pecadores, paganos, publicanos, samaritanos y toda la gentuza; que era de baja estirpe y condición; que dejaba a sus discípulos en demasiada libertad y no los tenía a raya. En una palabra, nada les agradaba, y, sin embargo, nada podían reprocharle: no podían negar su sabiduría y el poder extraordinario, y, a pesar de eso, se envolvían cada vez más en críticas e irritantes murmuraciones. Cuando se considera así la vida real de Jesucristo, uno ve que el pueblo y los sacerdotes de entonces eran como serían hoy en día. Si Jesús viniera ahora, le pasaría mucho peor aún con muchos escribas, sabios y doctores y con la policía.

La enfermedad de aquellos cuatro era un flujo impuro. Parecían resecos como si los hubiera herido un ataque de apoplejía. Los otros ocho estaban en parte baldados. Las camillas eran dos tablas con patas y maderas transversales y una lona tendida en el medio. Se podía enrollar todo para ser llevado sobre los hombros como un par de leños. Era algo conmovedor ver a estos hombres cantando alabanzas al Señor mientras atravesaban la multitud admirada.

XLII

Jesús sana a la suegra de Pedro. Humildad del apóstol

Jesús salió sin tardanza con los discípulos y se dirigió a lo largo de la montaña hacia la casa de Pedro, junto a Bethsaida: lo habían llamado con urgencia pues parecía que la suegra de Pedro estaba a punto de morir. Su enfermedad había aumentado y tenía fiebre muy alta. Jesús entró en su cámara. Estaba allí creo que la hijastra de Pedro. Jesús se acercó a la cama y se inclinó, medio de pie y medio sentado. Habló algunas palabras con ella y puso su mano sobre la cabeza y el pecho, y ella quedó sosegada compleamente. Luego de pie, delante de ella, la levantó de la mano hasta sentarla, y dijo: "Dadle de beber",

y la hijastra de Pedro le dió de beber en una taza en forma de nave. Jesús bendijo la bebida, y le mandó levantarse, y ella se levantó de su camilla baja. Estaba toda envuelta y tenía además un amplio vestido de dormir. Dejó los lienzos, se levantó y dió gracias al Señor, y con ella toda la casa. Durante la comida esta mujer sirvió en la mesa con las otras mujeres y estuvo del todo sana.

Después de esto fué Jesús con Pedro, Andrés, Santiago, Juan y otros discípulos más al lugar de pesca de Pedro, junto al mar, y habló allí especialmente de que pronto deberían dejar esta ocupación para seguirle a Él sólo. Pedro se asustó enteramente, se echó a los pies del Señor y le pidió que mirase a su ignorancia y su flaqueza, y no pidiese que tomase parte él en cosas tan importantes, que no era digno de esos asuntos tan grandes ni era capaz de instruir a otros. Jesús le contestó que no tuviese preocupación mundana alguna, y que Aquél que daba salud a los enfermos daría también fuerza, alimento y lo necesario para cumplir su misión(*). Los otros estaban del todo conformes. Sólo Pedro, en su humildad, no podía comprender como él, pobre pescador, pudiera ser otra cosa que pescador y no maestro. No era todavía el llamamiento que está en el Evangelio: este llamamiento no había tenido lugar aún. Con todo, desde entonces Pedro daba al Zebedeo su oficio más que antes.

Después de este camino junto al mar se fué Jesús hacia Cafarnaúm y encontró muchos enfermos en la casa de Pedro, cerca de la ciudad. Sanó a varios de ellos y enseñó en la sinagoga. Cuando a la tarde la multitud aumentó más todavía, Jesús se retiró casi sin ser notado y se fué solo hacia un barranco natural agradable que se extendía al Sur de Cafarnaúm, desde la posesión de Serobabel hacia la de su siervo y de sus trabajadores. En esta garganta había cuevas, arbustos, fuentes de agua y eran guardados allí muchos pájaros y animales raros. Era como una selva conservada por la mano del hombre, perteneciente a Serobabel. Por un lado estaba abierta a todos, como parte de ese país de recreo que era el de Genesaret. Jesús pasó allí la noche en oración, sin que sus discípulos lo supieran. He visto que levantaban aquí la segunda cosecha del país. Por la mañana muy temprano dejó Jesús el lugar. No volvió a Cafarnaúm, sino que mandó a Pedro, quien con otros discípulos lo habían

(*) San Belarmino enumera hasta once privilegios reunidos por Pedro Apóstol, fundados en el Evangelio, como recompensa de su humildad.

estado buscando, que le enviase a los discípulos Pármenas, Saturnino, Aristóbulo y Tharzissus a un determinado punto donde se juntaría con ellos, y marchó luego hacia los baños de Betulia. Recorrió las alturas donde está situada Magdalum, a un par de horas al Este, a su izquierda. Al Mediodía está la ciudad de Jotapata.

XLIII

Jesús en los baños de Betulia. Entretenimientos

Al principio creí que Jesús iba hacia Gennebris, como a tres horas al Oeste de Tiberíades. Pero no fué allá, sino al Norte del valle, al pozo de Betulia. Muchos nobles y ricos de Galilea y de Judea tienen aquí sus casas de campo y sus jardines, donde pasan temporadas en la hermosa estación del año. Al Mediodía del mar, en la ladera Norte de la altura de Betulia, hay una hilera de casitas con baños calientes. Los baños del Este son más calientes; los del Oeste son apenas tibios. Estos baños tienen un estanque grande común y en derredor celdas y entradas individuales, donde se puede yacer en gamellas altas y bajas, y se puede pasar al estanque común. Hay muchas posadas y casas que se pueden alquilar por la temporada con sus jardines y todo lo necesario. Las entradas son para el bienestar de Betulia y los de la ciudad administran el negocio y arriendo de casas. El lago es aquí muy claro y se ven los fondos de piedras blancas muy hermosas. Las aguas del estanque vienen del Oeste y luego salen hacia el valle de Magdalum. El estanque está lleno de pequeños esquives que a distancia parecen ánades que nadan. En la parte Norte están las viviendas de las mujeres mirando al Mediodía. Los senderos y los recreos se unen en el río que allí afluye al lugar de juego de los hombres. El valle está inclinado por ambos lados suavemente hacia el mar. Desde las habitaciones y los baños se extienden en torno sendas de comunicaciones, avenidas y caminos sombreados por árboles; el suelo está cubierto de hierba alta, verde, con jardines de frutas, picaderos y lizas. El panorama es espléndido, lleno de colinas, rebosantes de verdor, con mucha fruta, especialmente uvas. Se hace ahora la segunda cosecha del año.

Jesús permaneció cerca de la parte del lago donde había un albergue de viajeros. Se reunió la gente junto a Él, y Jesús enseñó delante del albergue con mucha mansedumbre. Había

muchas mujeres oyendo la predicación. A la mañana siguiente he visto acercarse muchas pequeñas embarcaciones del Mediodía del lago donde estaban los baños; un grupo de los principales hombres venían a invitar a Jesús a pasar al otro lado a enseñar. Jesús accedió y se hospedó en un albergue donde se le dió alimento. Enseñó por la mañana al fresco y por la tarde en una colinita, delante del albergue, bajo la sombra de los árboles. La mayor parte de los oyentes estaba de pie en torno de Él, y de otro lado las mujeres con velos. Reinaba aquí un orden agradable. La mayor parte era gente bien inclinada, que se mostraba alegremente educada y buena. Como no había aquí partidos, nadie se guardaba del otro para manifestar a Jesús su reverencia y su respeto, y todos lo trataron con suma consideración. Cuando lo hubieron escuchado se manifestaron muy contentos y satisfechos. Enseñó con ocasión de la purificación por medio de las aguas, de la amistad que reinaba aquí entre la sociedad, de la igualdad y del sentimiento de confianza que se notaba entre ellos. Pasó a hablar del misterio de las aguas, de la purificación de los pecados, del agua del bautismo, de Juan, de la hermandad de los bautizados y de los convertidos. Usó varias comparaciones del hermoso tiempo del año, del paisaje, de las montañas, de los árboles, de los frutos y del ganado que pacía por los campos, en fin, de todo lo que estaba a la vista. He visto que los oyentes se iban cambiando ordenadamente, turnándose, y Jesús repetía sus comparaciones y enseñanzas a los nuevos grupos. He visto enfermos de gota que se arrastraban en torno. La mayor parte de esta gente eran empleados y oficiales que se recreaban. Los conocí en sus vestidos cuando abandonaban el lugar y se marchaban a su oficio o empleo. Cuando estaban aquí todos vestían igual: los hombres de fina lana amarilla, como en sacos de cuatro partes distintas que llegaban hasta la rodilla; los pies calzados con sandalias y otros sin ellas. La parte superior del cuerpo la tenían cubierta por una especie de escapulario abierto a los lados con una ancha faja en la cintura. En los hombros llevaban una tela hasta el codo y la cabeza la tenían descubierta.

Estos hombres se entretenían en diversos juegos: peleaban con espadas de palos y corazas de hojas tejidas; se acometían en filas unos contra otros tratando de desalojarse de sus filas. Corrían carreras hasta un punto fijo o saltaban sobre cuerdas tendidas o con sortijas de las cuales colgaban toda clase de objetos brillantes. Corrían a través de arcos donde colgaban objetos que no debían tocar, pues sonaban al contacto y caían al suelo y

así perdían el juego según el número de objetos caídos. Jugaban por frutas. Unos tocaban flautas, y otros tenían unos tubos largos a través de los cuales miraban a distancia o el paisaje del mar, y con los mismos, soplando adentro, arrojaban flechas contra los peces. He visto que estos tubos los arrollaban como anillos para tenerlos colgados al brazo. He visto que ponían bolitas de vidrio de color sobre la punta de estos tubos y luego, moviéndolos contra el sol, se espejaba en ellos el paisaje, pero al revés, y parecía que el mar estaba sobre sus cabezas y desaparecía. Con esto y otros entretenimientos se alegraban y divertían. Había frutas muy hermosas, especialmente uvas, y he visto que algunos, con toda reverencia y agrado, traían a Jesús y le ofrecían las mejores frutas.

Las viviendas de las mujeres están del otro lado del lago, aunque los baños están de este lado, pero más hacia el Oeste, de modo que de la parte de los hombres no se ve allá. En la orilla del estanque he visto niños vestidos de lana blanca que guiaban y hacían nadar de un lado a otro con sus ramitas de sauce variopintas a bandadas de aves acuáticas. El agua del lago y del mar es bombeada hasta arriba, a los baños de los albergues, y allí apresada en regueras y levantada de nuevo. He visto a las mujeres entretenidas en diversos juegos sobre la pradera. Estaban vestidas con toda modestia, con largas vestimentas de lana blanca, de muchos pliegues y dos fajas que las sujetaban. Las mangas anchas podían ser levantadas o bajadas y en torno de las manos tenían gorgueras con muchos pliegues. Llevaban una especie de gorra con plumas de seda o plumas naturales, que en círculos cada vez más estrechos cubrían toda la cabeza; detrás estaba recogida y colgaba hacia abajo terminando con una borla. No llevaban velo, pero sí delante de la cara como dos partes de un abanico transparente, que les cubría hasta la nariz y que tenía dos aberturas para los ojos. Podían bajarlo o retirarlo según lo deseaban, para protegerse contra el sol. En presencia de los hombres llevaban este antifaz siempre bajo. He visto que estas mujeres practicaban un juego alegre. Cada una de ellas llevaba sujeta en su faja en torno del cuerpo un lazo y con una mano sujetaban el lazo de la vecina, teniendo la otra mano libre. En la pradera había oculto un dije o una alhaja y el círculo iba dando vueltas en torno hasta que viendo una de las mujeres la alhaja, se inclinaba para tomarla; las demás daban vuelta prontamente al círculo y mientras otra se incli-

naba para alcanzar la alhaja, debían sostenerse para no caer una sobre otra; a veces caían a pesar del esfuerzo por sostenerse, y entonces era la risa y la diversión de todas.

XLIV

Jesús en Betulia

Betulia está situada a una hora y media al Sur del mar, en una altura bastante solitaria y agreste. Tiene arriba una gran torre y muchos muros derruidos. Debe haber sido más grande y más fuerte en otra época; ahora crecen árboles y plantas sobre estos muros y se podría ir con carros encima de ellos. Desde el lugar de los baños he visto gente que paseaban sobre estas ruinas, sobre la montaña. Aquí es donde estuvo Judith. El ejército de Holofernes se extendía desde el mar, a través de la garganta de Jotapata, hasta Dothán, algunas horas al Mediodía de Betulia. Aquí había gentes de la ciudad de Jotapata; pero no oyeron la predicación de Jesús, sino que volvieron a Jotapata y contaron allí que Jesús estaba en el lugar de los baños. Jotapata está situada a una hora y media de aquí al Este, caminando al Mediodía, edificada en una entrada de la montaña como en una cueva. Delante tiene una montaña desde la cual se puede ir a la ciudad a través de agrestes y profundas excavaciones. Está edificada en una quebrada, mientras la montaña está arriba. Al Norte de esta montaña, como a dos horas de distancia, está Magdalum, al borde de un precipicio, y sus alrededores de avenidas, jardines y toda clase de torres se extienden hasta la mitad del precipicio. Entre la montaña y Magdalum existen los restos de unos canales de agua que ahora están cubiertos de hierbas y a través de sus arcadas se puede contemplar el panorama de los alrededores. Al Sur de Jotapata se ve una montaña agreste y a derecha e izquierda hay barrancos. Era una espléndido escondrijo.

Vivían aquí muchos herodianos, quienes en un muro de la fortaleza tenían sus reuniones secretas. Esta secta se componía de gente muy avisada, prudente, ilustrada y se regía con superior secreto. Tenían señales misteriosas por las cuales se conocían y los jefes podían saber si algún miembro traicionaba en algo a la sociedad; no recuerdo ahora en qué forma lo llegaban a saber. Eran enemigos secretos de los romanos y se comprometían a trabajar por la causa de Herodes. Aunque eran secretamente

secuaces de los saduceos, pasaban por fariseos y pensaban utilizar ambos partidos para sus fines. Sabían bien que era el tiempo del Rey de los judíos y pensaban sacar provecho de esa general creencia. En lo exterior eran en general mansos y amables, pero en lo interior maquinaban traiciones. En cuanto a religión, no tenían ninguna; pero bajo pretexto de religión trabajaban por un reino temporal libre de los romanos. Herodes los favorecía de todas maneras. Cuando los de la sinagoga de Jotapata conocieron la cercanía de Jesús mandaron algunos herodianos a los baños de Betulia, para espiarlo e invitarlo a ir a Jotapata. Jesús no les dió una respuesta clara. Habían llegado también unos siete discípulos de Jesús, que antes anduvieron con Él algunas semanas. Eran discípulos antiguos de Juan, algunos parientes de Hebrón y uno de los sobrinos de la Pequeña Séforis. Lo habían buscado en Galilea y lo encontraron aquí en Betulia.

He visto a Jesús durante el día tratar con familiaridad a algunos: deben ser algunos de sus secuaces. Cuando los herodianos volvieron a su ciudad, se preparó al pueblo para el caso que Jesús fuese a predicar. Se le dijo al pueblo que era posible que el profeta de Nazaret viniera para el próximo Sábado desde Betulia a Jotapata; que había hecho un gran espectáculo el Sábado pasado en Cafarnaúm y el Sábado anterior en Nazaret. Se les avisaba para que no se dejasen seducir ni aclamarlo; no dejarlo hablar mucho tiempo, y que, no bien dijera algo incomprensible o extraño, se le interrumpiera con voces y susurros; así se preparaba al pueblo para la llegada de Jesús. Jesús, entretanto, tuvo una sencilla conversación en los baños de Betulia. Había muchos hombres en torno de Él y Él iba en medio de ellos. Detrás y a cierta distancia había enfermos de gota que necesitaban los baños termales del lugar y que no se habían atrevido a acercarse a Jesús. Éste repitió lo que había dicho ayer y anteayer y los exhortó a la limpieza de los pecados.

Todos lo amaban aquí y algunos dijeron: "Señor, en verdad, el que te escucha no puede contradecirte". Jesús preguntó: "Vosotros habéis oído hablar mucho de Mí o me habéis oído. ¿Qué pensáis que soy Yo?" Respondieron algunos: "Señor, Tú eres un profeta". Otros: "Tú eres más que un profeta. Ningún profeta ha enseñado como Tú, ninguno ha obrado lo que Tú obras". Otros callaban. Y Jesús, que veía lo que pensaban los que callaban, dijo, mirándolos: "Éstos tienen razón". Uno de ellos dijo: "Señor, Tú lo puedes todo. ¿Es todo verdad? Algunos

dicen que has resucitado a los muertos, a la hija de Jairo". Se refería al Jairo de una ciudad no lejos de Gibea, donde había sido catequizado aquel pueblo tan perdido. Jesús respondió: "Sí". Y aquél habló todavía preguntándole por qué vivía aquel hombre en lugar tan perdido. Habló Jesús entonces de la fuente en el desierto, y que es natural y bueno que los flacos tengan un guía.

Como los hombres lo trataban con tanta familiaridad, Jesús preguntó: "¿Qué sabéis vosotros de Mi? ¿Qué os dicen de malo sobre mi Persona?" Dijeron algunos: "Dicen que Tú no dejas de obrar en día Sábado y sanas a los enfermos". Entonces señaló Jesús un estanque lleno de juncos, donde había unos niños de pastores que cuidaban corderitos y animalitos pequeños, y dijo: "Mirad a los pequeños pastores y a esos tiernos animalitos. Si uno de esos corderitos cae en el pantano ¿no quedan los otros allí balando y dando voces tristes? Y si esos niños no pudieran ayudar a ese corderito y pasara en día de Sábado, el Hijo del dueño de esos corderitos, mandado expresamente para ayudar a esos corderos y apacentarlos, ¿no se compadecerá de esos corderos y los sacará del pantano?" Entonces levantaron todos las manos en alto, como los niños en el catecismo, y dijeron: "Sí, sí, lo hará". "¿Y si en lugar de ser corderitos, fuesen hijitos del Padre celestial los caídos?... ¿si fuesen vuestros hermanos?... ¿si fuéseis vosotros mismos?... ¿No debería el Hijo del Padre celestial ayudar a esos hermanos?..." Todos clamaron de nuevo: "Sí, sí". Luego, señalando a los hombres enfermos que estaban a distancia, dijo Jesús: "¿Veis a esos hombres enfermos? ¿No deberé ayudarlos si me lo piden en día de Sábado? ¿No deben obtener perdón de los pecados, si lo piden en día de Sábado? ¿No podrán el Sábado arrepentirse y clamar al cielo?" Levantaron todos las manos y dijeron: "Sí, sí". Entonces Jesús llamó a aquellos enfermos, que se acercaron pesadamente a El. Les dijo algunas palabras de fe, oró con ellos y les mandó: "Extended vuestras manos". Extendieron entonces las manos contraídas hacia Él. Jesús pasó las manos sobre sus brazos, sopló sobre sus manos solo un momento, y ellos se sintieron sanos y pudieron mover sus brazos y manos. Jesús les dijo que fueran a bañarse y les mandó abstenerse de ciertas bebidas. Ellos se echaron de rodillas, dieron gracias y toda la reunión se deshizo en alabanzas y acción de gracias.

XLV

Jesús en Jotapata

Como Jesús quisiera alejarse de allí, le rogaban se quedase algún tiempo más; se mostraban llenos de amor y se sentían muy conmovidos. Jesús les dijo que tenía que ir a otros lugares para cumplir su misión; le acompañaron un trecho del camino en compañía de sus discípulos, y luego los bendijo y se dirigió a Jotapata, como a hora y media hacia el Este. Era la tarde cuando Jesús llegaba. Delante de la ciudad se lavó los pies y comio en un albergue. Llegados a Jotapata los discípulos precedieron y fueron a pedir las llaves de la sinagoga al jefe de ella para el Maestro que quería enseñar. Acudió mucha gente. Los fariseos y los herodianos estaban llenos de expectativa para espiarlo en su enseñanza.

Cuando estuvo en la sinagoga le hicieron preguntas sobre la proximidad del reino, sobre la cuenta y el cumplimiento de las semanas de Daniel y sobre la venida del Mesías. Jesús tuvo una larga enseñanza de esto demostrando el cumplimiento de las profecías y el término del tiempo, que era el presente. Habló de Juan y de su profecía. Dijeron ellos, en tono hipócrita, que en sus enseñanzas y modo de obrar observase los usos de los judíos, que mirase por Sí ya que sabía que Juan había sido tomado preso. Lo que Él dijo del cumplimiento de las semanas de Daniel y de la proximidad del Mesías y Rey de los judíos era exacto y era también el parecer de ellos; pero que no veían al Mesías por ningún lado por donde mirasen. Jesús había declarado las profecías en general sobre su Persona y ellos lo habían entendido así; pero se hacían los ignorantes, como que no hubiesen entendido. Deseaban que Él dijese claramente que era el Mesías para acusarlo. Díjole entonces Jesús: "¡Vosotros estáis fingiendo y sois hipócritas! Os apartáis de Mí y me aborrecéis. Vosotros espiáis mis palabras y queréis con los saduceos hacer un nuevo complot como en la Pascua pasada en Jerusalén. ¿Qué me estáis diciendo que me guarde de Herodes y me recordais la prisión de Juan?" Luego les mencionó a la cara todos los crímenes de Herodes, todos sus asesinatos, su temor en presencia del recién nacido Rey de los judíos, su execrable matanza de los inocentes y su abominable fin, como también los crímenes de su sucesor, el adulterio de Antipas y la prisión de Juan. Habló también de la hipócrita y secreta secta de los herodianos, que

están en combinación con los saduceos, y dijo qué Mesías y qué reino de Dios esperaban. Señaló en diversas direcciones y añadió: "No podrán nada contra Mí mientras no haya cumplido mi misión. Aún tengo que atravesar dos veces la Samaría, la Judea y la Galilea. Habéis visto grandes prodigios en Mí: veréis aún más grandes y quedaréis ciegos, a pesar de todo". Luego habló del juicio, de la matanza de los profetas y del castigo sobre Jerusalén. Los herodianos, que se guardaban de aparecer a la luz, se pusieron pálidos cuando Jesús habló de los crímenes de Herodes y publicó los secretos intentos de la secta. Callaron y abandonaron poco a poco la sinagoga, como también los saduceos que tenían en sus manos la escuela. No había aquí fariseos. Cuando estuvo solo con los siete discípulos y el pueblo, enseñó largo tiempo aún. Muchos estaban conmovidos y decían que jamás habían oído tal enseñanza, y que Jesús enseñaba mejor que sus maestros. Éstos se mejoraron y más tarde le siguieron. Una parte considerable del pueblo, en cambio, asustado por los herodianos, murmuraban e hicieron tumulto. Entonces abandonó Jesús la ciudad y se fué caminando con sus discípulos hacia el Sur, por el valle, y subiendo en un par de horas un campo de cosecha entre Betulia y Gennebris, entró en la casa espaciosa de un pastor del lugar. En esa casa había gente buena que ya le conocía. Las santas mujeres solían pernoctar aquí frecuentemente cuando iban camino de Betania, y los mensajeros paraban cuando iban y venían con partes de Jesús y de las santas mujeres.

XLVI

Jesús en el campo de cosecha de Dothaim

Jesús enseñó aquí en este campo haciendo comparaciones sobre el corte, la cosecha y el atado de las espigas: es el mismo campo donde más tarde, pasando con sus discípulos, tomó algunas espigas desgranándolas para comerlas. Él iba de un grupo a otro de los trabajadores y hablaba del sembrador y del campo pedregoso, porque el suelo estaba aquí también lleno de piedras. Decía que Él había venido para juntar los buenos granos, y contó la parábola de la cizaña entre el buen grano. Comparó la cosecha con el reino de Dios. Contaba la parábola en los descansos del trabajo e iba de un campo a otro. Los tallos quedaban allí altos; sólo las espigas eran cortadas y atadas en forma

de cruz. Por la tarde tuvo una gran enseñanza delante de todos los trabajadores, terminada la cosecha, en una colinita. Con ocasión de un arroyo que allí corría, habló del curso manso y tranquilo que trae bendición; de la gracia que pasa, expresando que se debe dirigir esa gracia sobre el campo de nuestro corazón. Después envió a dos discípulos de Juan hacia Ainón para que dijesen a los discípulos que allí estaban se fuesen a Macherus a tranquilizar al pueblo, pues sabía Jesús que se había producido un gran tumulto en Macherus por causa de Juan. En efecto, habían llegado muchos bautizandos a Ainón, y cuando oyeron que el profeta había sido tomado preso por Herodes, se dirigieron a Macherus y muchos empezaron a clamar que dejasen libre a Juan, que tenía que enseñar y bautizar; arrojaron también piedras contra el castillo de Herodes, quien dió a entender que no estaba allí, mientras mandó a cerrar bien las puertas por los guardias.

Por la tarde enseñó Jesús en otra casa de pastores, cerca de Gennebris, haciendo comparaciones, entre otras la del grano de mostaza. El hombre en cuya casa se alojaba se quejó con Jesús de un vecino que le había hecho mucho daño desde hacía tiempo en su campo, obrando contra justicia. Jesús fué con el hombre al campo pidiéndole que indicara dónde y cuánto era el daño padecido. Era un pedazo bastante considerable de campo el que se le había quitado y el hombre se lamentaba de que no podía entenderse con su vecino. Jesús le preguntó si con lo que tenía podía aún mantenerse él y su familia, y el hombre respondió que sí, que tenía una buena entrada, a pesar de todo. Replicó entonces el Señor que nada había perdido; que nada nos aprovecha, mientras se tiene para pasar la vida, eso basta; que aún diese más a aquel hombre insaciable para que contentase su hambre de bienes terrenos. Le dijo que todo lo que él dejase aquí con ánimo alegre para mantener la paz, lo encontraría de nuevo en su reino; que aquel hombre obraba de conformidad con su ideal, que era tener un reino sobre la tierra, y crecer y prosperar en este mundo y que nada quería saber de otro reino; que tomase una enseñanza del proceder de aquel hombre y viera donde convenía engrandecerse y que procurase adquirir y aumentar los bienes en el reino de Dios. Jesús tomó como punto de comparación un río, del cual dijo: si es impetuoso de un lado, come y saca tierra, destruyendo, y el otro, bien dirigido, puede fertilizar la tierra. Era una comparación como la del mayordomo, en cuya parábola se puede ver el deseo

de riquezas y la avaricia terrena conseguidas con astucia y engaño, y lo que debe hacer el bueno para obtener los bienes espirituales. El bienestar temporal y terreno se ponía frente al espiritual y celestial. La enseñanza era algo velada, pero era para el caso de los judíos y su religión; porque todo lo entendían y lo apreciaban terrena y corporalmente.

Era este el campo donde estaba el pozo de José, y Jesús contó un pleito semejante del Antiguo Testamento en el cual Abrahán le dió de lo que pedía a Loth. Jesús, explicando esto mismo, dijo: "¿Dónde están los hijos de Loth? En cambio, ¿no recibió Abrahán todo por haber dejado aquello? ¿No se debe hacer, acaso, como Abrahán? ¿No se le ha prometido a él el reino? ¿No lo ha recibido acaso?" Y aquel reino no es sino una figura del reino de Dios, y el pleito de Loth contra Abrahán es una figura del pleito de este hombre con su vecino: que obre entonces como Abrahán y se asegure el reino de Dios. Jesús citó el pasaje de esta cuestión entre Loth y Abrahán (I Moisés, 13-7). Y habló largo tiempo de este asunto y del reino de Dios(*) delante de todos los trabajadores reunidos después de la cosecha. Aquel injusto dueño del campo estaba presente con sus ayudantes; pero se mantuvo silencioso, a cierta distancia. Había este hombre aleccionado a los suyos para que interrumpieran a Jesús con algunas preguntas importunas. Así uno de ellos preguntó qué es lo que al fin pretendía con su enseñanza y qué debería sacarse de todo eso. Jesús le contestó de modo que nada pudieron hacer con la respuesta. Dijo algo así como lo siguiente: "Para unos será esta enseñanza larga, para otros será corta", y siguió haciendo comparaciones de la cosecha, del sembrador, del recoger las mieses, del desechar la cizaña, y luego del pan y de la comida de la vida eterna.

El hombre que recibió a Jesús siguió sus enseñanzas: no sólo no acusó a su vecino, sino que puso sus bienes a disposición de la comunidad cristiana, y sus hijos fueron discípulos de Jesús. Había aquí mucha conversación sobre los herodianos, quejándose la gente de que todo lo espiaban y que hacía poco habían acusado y llevado a los tribunales de Jerusalén a varios adúlteros de aquí y de Cafarnaúm y que serían juzgados. Deseaban que semejante gente fuera alejada de entre ellos, pues

(*) La frase *reino de Dios*, que San Marcos y San Lucas emplean más de 50 veces, como el *reino de los cielos*, según San Mateo, significa la obra del Mesías, la sociedad cristiana, la Iglesia y también, como coronación, el reino anunciado por Daniel.

no podían conformarse de verse siempre espiados por los herodianos. Jesús habló abiertamente contra estos herodianos. Dijo a las gentes que se guardasen del pecado, pero también de los juicios e hipocrecía de los demás. Que debe reconocer cada uno sus propios pecados antes de juzgar a los demás. Habló de la mala condición de esta gente y enseñó conforme al capítulo de Isaías, que se había leído el Sábado pasado en la sinagoga, referente de los perros mudos que no ladran, que no evitan los pecados y que desgarran a las gentes y les dijo que esos herodianos acusaban y llevaban a Jerusalén a los adúlteros, mientras su jefe y amigo Herodes vivía en adulterio. Enseñó también a las gentes cómo reconocerían a los herodianos. Había aquí en diversas chozas en los alrededores algunos enfermos y baldados por accidentes de trabajo. Jesús visitó estas chozas y sanó a los buenos y les dijo que fuesen a su enseñanza y al trabajo. Ellos así lo hicieron, dando gracias y cantando alabanzas a Dios.

XLVII

Herodes y Juan en Macherus

Jesús envió desde aquí otros pastores hacia Macherus con encargo para los discípulos de Juan de decir al pueblo reunido en Macherus, que se dispersase: que este tumulto era ocasión de más dura prisión para Juan y podía ser causa de su muerte. Herodes y su mujer estaban entonces en Macherus. He visto que Herodes hizo llamar a su presencia a Juan Bautista. Herodes estaba sentado en una gran sala cerca de la prisión de Juan, rodeado de guardias, de empleados y de escribas, especialmente de herodianos y saduceos. Juan fué traído a través de un pasadizo a esta sala y estaba de pie delante de la gran puerta abierta entre los guardias. He visto a la mujer de Herodes, con gran osadía y desvergüenza y con sorna, pasar delante de Juan para ir a sentarse en su elevado asiento. Esta mujer tenía en el rostro un aspecto diverso de las mujeres judías. Todas sus formas eran mordaces y agudas; su misma cabeza en forma aguda y sus modales siempre en movimiento. Era hermosa y bien desarrollada; en su traje muy atrevida y provocativa y muy ceñidos al cuerpo sus vestidos. Debía ser ocasión de escándalo para toda persona bien nacida, porque cautivaba con sus ojos la atención de las personas.

Herodes preguntó a Juan que le dijese claramente lo que pensaba de Jesús, que promovía tanto tumulto en Galilea: quién era, si Él venía a ocupar su lugar, ya que había oído decir que él (Juan) había anunciado su venida; que hasta ahora no había prestado mayor atención a ese anuncio; que ahora le dijese claramente todo su parecer, puesto que ese Hombre, decía Herodes, habla cosas maravillosas, habla de un reino, se llama Hijo de un Rey en sus comparaciones, a pesar de que se sabe que es hijo de un pobre carpintero.

Entonces vi cómo habló Juan como si estuviese delante del pueblo, con voz entonada y fuerte, dando testimonio de Jesús. Dijo que él no era sino un preparador de los caminos; que él no era nada en su comparación; que nadie había sido ni podía ser lo que Él era, ni siquiera los profetas; que era el Hijo del Padre, el Cristo, el Rey de los Reyes, el Salvador y Restaurador del reino; que no había fuerza alguna contra Él, que era el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo, y otras cosas semejantes. Así habló de Jesús, en alta voz, llamándose a sí mismo un precursor y preparador de su camino, y su humilde siervo. Dijo todo esto en tono tan encendido y tenía un aspecto tan extraordinario en su ser, que Herodes apareció presa de grandísimo temor y angustia, y terminó por taparse los oídos por no oír más. Al fin dijo a Juan: "Tú sabes que te quiero bien; pero tú hablas de mi de un modo que levantas tumulto contra mi, porque me reprochas siempre mi casamiento. Si moderas tu celo indiscreto y reconoces delante del pueblo mi casamiento, te dejaré libre, y podrás ir a enseñar y a bautizar". Entonces levantó Juan de nuevo su voz contra Herodes, con gran severidad y reprochó su vida delante del pueblo y su mal ejemplo, y añadió: "Yo conozco tus sentimientos y sé que reconoces lo que es justo y que tiemblas ahora delante del juicio..., pero te has cargado con sacos pesados, que no te dejan mover y te has enredado en los lazos de la impureza". La ira de la mujer en ese momento no es para describirse, y Herodes cobró un temor tan grande que hizo alejar en seguida a Juan y lo mandó poner en otra prisión que no tenía vista hacia afuera, de modo que ya no podía ser oído por el pueblo. Tuvo Herodes esta reunión con Juan por causa del tumulto del pueblo que iba al bautismo y porque habían llegado a sus oídos, por los herodianos, las maravillas que obraba Jesús.

En todo el país se hablaba de la justicia severa que se había hecho en Jerusalén de algunos adúlteros que los herodianos ha-

bían acusado y llevado desde Galilea. Se decía que a los pequeños pecadores se los castigaba y a los grandes se los dejaba libres, pues precisamente los herodianos eran amigos de Herodes, el adúltero, y que este rey tenía preso a Juan precisamente porque le reprochaba su adulterio. Herodes no estuvo conforme con lo que sucedía en Jerusalén. He visto cómo ejecutaron a estos pecadores. Se les leyó su pecado y luego se les confinó en un lugar donde había un hoyo angosto, a cuyo borde estaban ellos. Caían de ahí sobre una cuchilla, que les cortaba la garganta, y abajo había unos encargados de sacar el cadáver. Caían en una máquina preparada donde les era cortada la cabeza. Era en el lugar donde después fué muerto Santiago.

Al día siguiente Jesús enseñó todavía entre los campesinos. Habían venido Andrés, Santiago y Juan a este lugar con Jesús. Natanael se encontraba en su casa en las afueras de la ciudad de Gennebris. Jesús dijo a sus discípulos que iría a través de Samaría, hacia el Jordán, al lugar de los bautismos. Del campo donde Jesús enseñaba no estaba lejos el pozo de Dothaim, donde fué vendido José por sus hermanos. Las gentes preguntaron si hacían bien manteniendo y alimentando a los trabajadores que se habían quedado baldados o enfermos y ya no podían trabajar. Jesús les dijo que cumplían un deber; pero que no se alabasen por ello; de otro modo perderían su premio. Fué luego a las chozas de esos enfermos, sanó a muchos y los mandó a la enseñanza y al trabajo.

XLVIII

Jesús en Gennebris

Se dirigió Jesús a Gennebris para la fiesta del Sábado. Esta ciudad es tan grande como Münster: está como a media hora desde la altura del campo donde estaba Jesús, hacia el Oriente, en una ladera con jardines, baños y lugares de recreo. Del lado de donde venía Jesús estaba fortificada con zanjas profundas de agua cavadas en las piedras. Después de media hora de camino llegó Jesús con sus discípulos a las murallas y las torres de la puerta de la ciudad. Habían llegado hasta allí varios discípulos de los alrededores y estaban como doce cuando entró en la ciudad. Estaban reunidos muchos fariseos, saduceos y herodianos para el Sábado. Se habían propuesto tender lazos a Jesús con preguntas, y decían entre sí que en pequeños lugares

era difícil hacerlo porque allí se mostraba más osado, pero que aquí, entre ellos, no iba a ser lo mismo: estaban seguros de su triunfo. Por causa de esta disposición que llevaban, los más de los presentes se mantuvieron quietos y no hicieron demostración alguna ante su venida.

Entró sin ruido en la ciudad y los discípulos le lavaron los pies en un lugar fuera de la sinagoga. Los escribas y fariseos estaban reunidos en la sinagoga y recibieron a Jesús sin demostraciones, con fingida reverencia. Le dejaron leer y explicar. Jesús leía a Isaías y explicaba. Eran los puntos de 54, 55 y 56 y se trataba de cómo Dios establece su Iglesia; cómo la quiere edificar costosamente; cómo todos deben acudir a beber las aguas, y los que no tienen dinero, que acudan y coman pan. Se esforzaron por saciar su hambre en la sinagoga, pero allí no había pan, y la palabra de su boca (del Mesías) debía completar su obra. En el reino de Dios deben los extranjeros, los paganos, trabajar también y ser fructíferos, si tenían la fe. Llamó a los paganos cortados de la rama, porque no tenían parte en la descendencia del Mesías, como los patriarcas. Jesús explicó todas estas cosas en relación con su reino, con la iglesia, con el cielo. Comparó también, a los maestros presentes de los judíos a perros mudos, que no vigilan, sino que comen, engordan y se divierten. Entendía a los herodianos y saduceos que sólo espiaban y, sin ladrar, asaltaban a las gentes y al mismo pastor. Su enseñanza fué muy severa y muy oportuna. Por conclusión leyó a Moisés, 5, 11-29, de la bendición y de la maldición, desde Garizim y Hebal, y mucho sobre los Mandamientos y sobre la tierra prometida. Todo se refería al reino de Dios. Un herodiano se adelantó y preguntó con mucha reverencia de cuántos sería el número de los que entrarían en su reino. Querían, con esta pregunta, ponerlo en apreturas, porque, según ellos, todos los circuncidados tendrían parte y, según Él, había hablado de circuncisos y de paganos y reprobaba a muchos judíos. Jesús no tocó directamente el punto de la pregunta, sino que enseñó en torno de la misma, llegando a un punto que hizo inútil la pregunta. Les respondió con otras preguntas: "¿Cuántos de los judíos del desierto entraron en la tierra prometida? ¿Acaso habían pasado todos por el Jordán? ¿Cuántos en realidad habían poseído la tierra prometida? ¿La habían poseído toda? ¿No la habían poseído acaso en parte con los paganos? ¿No habían sido nunca desalojados de ella?" Les dijo también que nadie entrará en su reino sino por el camino estrecho y la puerta de la esposa.

Me fué mostrado que esta puerta era María y la Iglesia, en la cual somos renacidos por el bautismo, y de la cual nació el Esposo, para que Él nos lleve a la Iglesia y por medio de la iglesia, a Dios. Contrapuso el entrar por la puerta de la Esposa al entrar por alguna puerta lateral. Era una comparación como la del buen pastor y la del mercenario (Juan I). Repitió que sólo por esa puerta era la entrada. La palabra de Jesús en la cruz, antes de su muerte, cuando nombró a María, madre de Juan, y a Juan, hijo de María, tiene un significado misterioso con este renacimiento por la muerte de Jesús. No pudieron esa tarde reprocharle nada y en realidad se harían preparado para la conclusión del Sábado.

Es una cosa notable la que observo en estos hombres: cuando están juntos, se glorían y tienen por seguro que pondrán en apuros a Jesús por su enseñanza, y cuando están en su presencia, no atinan a decir nada, se muestran admirados y callan, parte por admiración y por parte por la ira que los domina. Jesús dejó la sinagoga muy tranquilo y le llevaron a una comida con un fariseo donde tampoco fueron capaces de hablarle nada reprensible. Les contó aquí una parábola de cierto rey que preparó una comida e invitó a los comensales para determinada hora y a los que llegaron tarde no los dejaron entrar. De aquí se fué a dormir a casa de un fariseo, conocido de Andrés: este hombre recto había defendido a los discípulos, entre ellos a Andrés, los cuales habían sido citados ante el juicio después de la Pascua. Su defensa fué eficaz. Este hombre, de poco tiempo viudo, no era anciano aún y más tarde se juntó con los discípulos. Su nombre era Dinocus o Dinotus y su hijo de doce años se llamaba Josafat. Su casa está fuera de la ciudad, por la parte del Oeste. Jesús había entrado en la ciudad por el Mediodía, pues había caminado por la altura de Dothaim más al Mediodía que Gennebris y después vuelto a ese mismo paraje. La casa del fariseo estaba en el Oeste y la casa de Natanael al Norte, hacia Galilea.

Hoy he visto que Herodes, después de la entrevista que tuvo con Juan, mandó a un empleado que hablara con suavidad al pueblo amotinado y le dijera que no tuvieran temor por causa de Juan y que volvieran tranquilos a su casa; que se encontraba bien de salud y tenía buen trato; que Herodes sólo quería tenerlo más cerca de si, y que si persistían en sus tumultos podían perjudicar al mismo Juan y hacerlo sospechoso; que se volvieran a casa, pues pronto volvería a aparecer de nuevo

para bautizar en el Jordán. Como también llegaron los mensajeros enviados por Jesús, la gente se fué dispersando, aunque Herodes se mantuvo en grande ansiedad y temor. La ejecución de los adúlteros en Jerusalén despertó en todos el recuerdo de su propio adulterio y se decía en alta voz que había tomado preso a Juan porque decía la verdad y sostenía el derecho por causa de cuya transgresión habían sido ejecutados aquellos de Jerusalén. Además oía decir los prodigios y las enseñanzas de Jesús que quería venir al Jordán para enseñar. Estaba en grande temor pensando que con esto se levantaría aún más el pueblo y con esta agitación he visto que celebró una reunión de fariseos y herodianos para ver cómo podrían detener a Jesús. La conclusión fué que envió a ocho de ellos a Jesús con el encargo de decirle buenamente que se detuviese en la Alta Galilea y del otro lado del mar de Galilea y allí enseñase e hiciese prodigios y no pasase al territorio de Herodes en Galilea ni bajara al Jordán, en la comarca del mismo rey. Que le recordasen el caso de Juan, que Herodes podría fácilmente verse obligado a juntarlo con Juan en la misma prisión. Esta misión salió hoy mismo para la Alta Galilea.

A la mañana siguiente enseñó Jesús de nuevo en la sinagoga, sin mayores contradicciones; pues pensaban asaltarlo con preguntas recién en la enseñanza de la tarde. Jesús enseñó sobre Isaías y Moisés, 5. Vino también la oportunidad de enseñar sobre la manera digna de celebrar el Sábado y habló mucho tiempo sobre ello. Los enfermos de esta ciudad no se atrevieron a presentarse para pedir salud: tanto habían sido atemorizados por los adversarios. Jesús habló en la sinagoga, para que lo oyeran los espías, del mensaje que enviaba Herodes a Él: Cuando vengan digan a esos zorros que le lleven esta noticia al Zorro: que no tenga cuidado por Él y que prosiga y cumpla el designio que tiene contra Juan; que Él no se detendría por consideración alguna y enseñaría adonde tuviese misión de hacerlo, en cualquier lugar, y en Jerusalén, si fuera necesario; que Él cumpliría su misión para dar cuenta de ella ante su Padre celestial. Los oyentes se irritaron sobremanera al oír estas cosas.

Por la tarde fué Jesús con sus discípulos desde la casa del fariseo Dinotus a caminar un rato, y como pasaran, al llegar a la puerta, junto a la casa de Natanael, entró Andrés y lo llamó fuera. Natanael presentó a Jesús a un sobrino suyo, hombre joven, a quien él pensaba entregarle el negocio, para seguir luego a Jesús, despreocupado ya. Creo que está disponiendo las

cosas para ir con Jesús desde este momento, siguiéndole en su viaje. Después de este paseo entraron en la ciudad en la parte donde estaba la sinagoga. Unos doce pobres trabajadores que habían enfermado en el trabajo o accidentes habían oído la curación de sus hermanos del campo de las mieses y con la esperanza de igual curación se habían introducido en la ciudad y se habían dispuesto en fila delante de la sinagoga para implorar su curación. Jesús pasó entre ellos consolándolos y diciéndoles que tuvieran paciencia por algún tiempo. Pero detrás ya venían los escribas irritados porque estos extranjeros se hubiesen atrevido a pedir salud a Jesús, puesto que hasta ese momento habían logrado ellos detener a los enfermos. Fueron con furia contra estos pobres enfermos y aparentando mirar por Jesús, dijeron que no promovieran aquí estorbo y admiración y se alejasen, que Jesús tenía cosas más importantes que hacer que tratar con ellos; que ahora no era el tiempo de conversar con Él; y como los pobres enfermos no se apuraban a salir, los sacaron a viva fuerza.

En la sinagoga enseñó Jesús la manera de celebrar el Sábado. Trataba de esto el pasaje de Isaías que hoy leía. Cuando así estaba enseñando miró y señaló a la zanja honda que corría en torno de la ciudad, al borde de la cual estaban pastando los asnos en que habían viajado. Si uno de estos asnos cae en la zanja ¿podrán sacarlo para que no perezca? Ellos callaron. Preguntó si eso lo pueden hacer con un hombre. Callaron. ¿Permitirían ellos que les favorecieran en el cuerpo o en el alma en día Sábado? ¿Es lícito hacer una obra de misericordia en día Sábado?... También callaron. "Ya que calláis, debo concluir que vosotros no tendréis nada en contra. ¿Dónde están los enfermos que pidieron ayuda delante de la sinagoga? Traedlos aquí". Y como no quisieran hacerlo, dijo: "Como no lo queréis hacer, lo haré por mis discípulos". Entonces se consultaron entre ellos e hicieron venir a los enfermos. Éstos entraron en estado miserable; eran doce, unos baldados, hinchados otros por la hidropesía, de modo que algunos tenían los dedos separados unos de otros. Ahora estaban muy contentos, ya que antes habían quedado sumamente entristecidos por el rechazo de los escribas. Jesús les mandó ponerse en hilera. Era conmovedor ver cómo los menos enfermos dejaban a los más dañados ponerse delante y ayudarse unos a otros para que Jesús los pudiera curar antes. Jesús bajó algunos escalones y llamó a los primeros, que tenían en su mayoría los brazos en mal estado. Jesús oró sobre ellos,

en silencio, mientras alzaba los ojos al cielo, y pasó su mano sobre los brazos dañados; luego movió sus dedos, manos y brazos y les dijo que pasasen atrás y alabasen a Dios. Estaban sanos. Los hidrópicos apenas podían avanzar. Jesús les puso las manos sobre la cabeza y el pecho: se sintieron mejorados y con fuerzas, pudiendo volver a su lugar. El agua les fué saliendo luego en un par de días.

Mientras sucedía esto, se suscitó un gran concurso de pueblo y de otros enfermos que alababan a Dios en compañía de los recién sanados. El concurso fué tan grande que los escribas y fariseos, llenos de ira y de rabia, se fueron alejando; al fin terminaron con salir de la sinagoga. Jesús entonces enseñó al pueblo sobre la proximidad del reino, de la penitencia y de la conversión hasta la conclusión del Sábado. Los escribas con todo su aparato de preguntas y de capciosas interrupciones no atinaron a decir palabra. Es en verdad una cosa que causa risa como habían creído entre ellos poner en apreturas a Jesús y luego ni siquiera atinaron a decir una palabra y perdían toda autoridad delante de Él, no sabiendo siquiera contestar ninguna pregunta que Jesús les hacía.

XLIX

Jesús invitado a una comida. Otros viajes

Después del Sábado hubo una gran comida en un sitio abierto de recreo, con motivo de la terminación de la cosecha, y Jesús y sus discípulos fueron invitados. Estaban presentes los más distinguidos habitantes, algunos extranjeros y varios de los campesinos más acomodados del lugar. Había varias mesas preparadas. Sobre las mesas había todas clases de productos de la cosecha: frutas, trigo, aves y en general algo de todo lo propio de esa estación y en doblada cantidad. Había unos animales ya asados prontos para comer y otros muertos y preparados para ser asados, como señal de abundancia. Se le había señalado a Jesús y a sus discípulos un lugar principal; pero un orgulloso fariseo se había adelantado y acomodado en un lugar principal. Jesús al llegar a la mesa habló en voz baja con él, preguntándole cómo se ponía en ese lugar. Contestó el fariseo: "Porque aquí está establecida la loable costumbre de que los más sabios y más nobles ocupen el primer lugar". Jesús le replicó que aquellos que en la tierra toman los primeros pues-

tos, no encontrarán lugar alguno en el reino de su Padre. El hombre, avergonzado, salió de allí y se fué sentar en otro lugar más retirado, pero de tal modo disimulando como que elegía él, por gusto, otro lugar. En la mesa explicó Jesús algunas cosas más sobre Isaías, 58-7: "Lleva al hambriento tu pan y a los que están en miseria, llévalos a casa". Luego preguntó si no tenían allí alguna buena costumbre, como la acción de gracias por la abundante cosecha, de invitar a los pobres y de repartir con ellos los alimentos. Se maravillaba de que hubiesen dejado esa costumbre y preguntaba dónde estaban los pobres. Puesto que lo habían invitado y que presidía como maestro debía Él, añadió, cuidarse de que asistiesen los invitados naturales y de ley y mandó que llamasen a los que había sanado en la sinagoga y a todos los demás pobres del lugar. Como no lo hicieron en seguida, salieron sus discípulos a la calle y llamaron a los pobres, y cuando llegaron les dejó Jesús su lugar en la mesa y los discípulos hicieron lo mismo. Los fariseos, contrariados, poco a poco fueron abandonando las mesas. Jesús con sus discípulos y otras buenas personas sirvieron a los pobres y repartieron todo lo que sobraba, de modo que quedaron sobremanera contentos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del fariseo Dinotus para tomar algún descanso.

Al día siguiente vinieron innumerables enfermos de Gennebris y de los alrededores a la casa donde se albergaba, y Jesús se pasó toda la mañana sanando y exhortándolos. Había muchos mancos e hidrópicos. El hijo de Dinotus, que tenía unos doce años y se llamaba Josafat, siguió a Jesús cuando su padre se hizo discípulo. Los niños judíos llevaban un vestido largo con un cuchillo a ambos lados, cuyo ribete estaba partido; delante, hasta los pies, tenía botones y ligaduras. Cuando el vestido de los niños llevaba faja, entonces era rizado; de otro modo caía como una túnica que a menudo se recogía un tanto. Cuando Jesús se separó de Dinotus, lo estrechó contra su corazón, y el hombre lloró de ternura. Jesús se encaminó en compañía de varios de sus discípulos hacia el Sur a través de valles, por dos o tres horas, y pernoctó en una ladera de monte donde había un galpón de cosechadores vacío. Estaban con Él, Natanael, Andrés, Santiago, Saturnino, Aristóbulo, Tharzissus, Pármenas y otros cuatro discípulos. El lugar estaba entre dos ciudades, la de la izquierda Ulama y la de la derecha, Japhia. Ulama está enfrente de Tarichea, como Gennebris está enfrente de Betulia. Se encuentran a respetable distancia, pero la montaña está

de tal manera que parecería que Betulia se halla sobre estas ciudades. Este lugar está, en el viaje de Jesús, al parecer muy cerca; pero el camino tuerce, de modo que se lo pierde de vista. Aquel campo donde Jesús enseñó a los hombres de la cosecha, es realmente el campo donde José encontró a sus hermanos con el ganado, y el pozo cuadrangular allí existente es la misma cisterna donde echaron a José.

L

Jesús en Abelmehola

Jesús caminó desde ese refugio nocturno unas cinco horas más lejos hacia el Mediodía y llegó a eso de las dos de la tarde a la pequeña ciudad de Abelmehola, donde había nacido el profeta Eliseo. Está en una altura, de modo que las torres aparecen a nivel con los barrancos del lugar. Se halla sólo a algunas horas de Scytópolis y por el Oeste se entra en el valle de Jezrael, en la misma línea. No lejos de Abelmehola, próximo al Jordán, está el pueblo de Bezech. Samaría dista varias horas hacia el Sudoeste. Abelmehola está en los límites de Samaría, habitada por judíos. Jesús y sus discípulos se sentaron delante de la ciudad en un lugar de descanso, como es costumbre en Palestina, de donde son generalmente invitados a entrar en la casa por algún caritativo habitante que los vea allí descansando. Así sucedió aquí: pasaron algunos que los reconocieron porque habían estado aquí en la fiesta de los Tabernáculos, y lo anunciaron en casa. Vino entonces un acomodado campesino, con siervos, y trajo a Jesús y a sus discípulos bebida, pan y miel, los invitó a su casa, y ellos le siguieron. Les lavó los pies y cambió sus vestidos; sacudió y limpió los de ellos, que volvieron a ponerse después. En seguida preparó una comida, a la cual convidó también a varios fariseos con los cuales estaba en buenas relaciones, y éstos aparecieron bien pronto. Se mostró extremadamente amigo y cortés; pero internamente era un granuja: pretendía gloriarse después de que el Profeta había estado en su casa y dar ocasión a los fariseos de espiar a Jesús. Pensaban que solos en la mesa les sería más fácil que delante de todo el pueblo en la sinagoga. Apenas se había preparado la mesa cuando aparecieron todos los enfermos del lugar en la casa y en el patio del hombre que había invitado, cosa que irritó a los fariseos no menos que al dueño de casa. Salió fuera y quiso echar-

los; pero Jesús le dijo: "Yo tengo otra hambre que la de alimentos", y no se sentó a la mesa, sino que salió afuera, donde estaban los enfermos, y comenzó a sanarlos, y todos sus discípulos le siguieron en este trabajo. Había también varios endemoniados que clamaban: los libró con una mirada y con una orden. Muchos de estos enfermos tenían una o las dos manos baldadas. Jesús pasó sus manos sobre sus miembros doloridos y los movió una y otra vez; otros eran hidrópicos y les puso sus manos sobre la cabeza y el pecho; otros estaban como tísicos, otros con granos malos. A unos les mandaba a bañarse, a otros les decía que sanarían en pocos días y les prescribía ciertas obras. Lejos de allí, apoyados a un muro, estaban, veladas y avergonzadas, varias mujeres que miraban temerosas hacia Él; padecían flujo de sangre. Por último fué Jesús a ellas, las tocó y ellas se echaron a sus pies, sanas. Todos alababan y bendecían a Dios, mientras los fariseos, adentro, habían cerrado las puertas y entradas a la sala y comían allí, y de tanto en tanto miraban por las rejas la escena y se irritaban. Todo esto duró tanto tiempo que los fariseos, si quisieran volver a sus casas, debían atravesar entre los enfermos y sanados y de todo el concurso del pueblo que cantaba y alababa a Dios. Esto hubiera sido una lanzada a su corazón. Al fin se hizo tan grande el gentío que Jesús tuvo que retirarse al interior de la casa para que se dispersaran.

Era ya al anochecer cuando vinieron cinco levitas e invitaron a Jesús y a sus discípulos a su escuela y a albergarse con ellos. Dejaron la casa del rico campesino, dándole las gracias, y Jesús dió una lección breve y usó de la palabra "zorros", como cuando habló de los herodianos. El hombre, por su parte, se mostró siempre deferente. En la casa de la escuela tomó Jesús algún alimento con sus discípulos y pasaron la noche en un largo corredor donde habían preparado con alfombras lugares de descanso, divididos por biombos. En la misma casa hay una escuela de niños. En otra pieza se instruyen las jóvenes, ya algo crecidas, que necesitan una educación a fondo si piden ser judías de religión.

Esta escuela existía desde los tiempos de Jacob. Como Jacob era perseguido siempre por Esaú, Rebeca, su madre, lo había mandado a Abelmehola donde vivía en secreto cuidando su ganado y tenía consigo algunos peones y siervos. Vivía allí Jacob en tiendas y Rebeca mantenía una escuela para niñas cananitas y otras paganas que deseaban ser judías. Como Esaú, sus hijos y sus siervos solían casarse con estas extranjeras,

Rebeca tenía esta escuela donde instruía a las jóvenes paganas que iban a casarse con judíos, para que practicasen su religión y tuviesen sus costumbres. Esto lo hacía por necesidad, aunque tenía aversión a estas extranjeras; este campo le pertenecía. Jacob se mantuvo aquí mucho tiempo oculto y cuando preguntaban se les decía que Jacob estaba en el extranjero guardando su ganado. A veces venía secretamente a ver a su madre, que lo ocultaba algún tiempo, hasta que volvía a su escondite de Abelmehola. Allí cavó un pozo, que es el mismo donde estuvo Jesús sentado; este pozo era tenido en grande veneración y estaba cubierto. Jacob había cavado también otros pozos y cisternas cuadrangulares adonde se bajaba por escalones. Más tarde se vino a conocer su refugio y antes que él mismo se comprometiese con alguna cananita, Rebeca e Isaac lo mandaron a Labán, su tío, donde se ganó las manos de Raquel y de Lía.

LI

Noticias sobre la escuela de Rebeca y la gente de Canaán

Tuvo que poner Rebeca su escuela lejos de su casa, en el país de Heth, porque Isaac tenía frecuentemnte disputas con los filisteos que le arruinaban sus posesiones. Había puesto Rebeca en aquel lugar a un hombre de su país Mesopotamia y a su nodriza, que creo era su mujer. Las alumnas vivían en tiendas y eran instruídas en todas las cosas que necesitaban saber las mujeres de pastores que llevaban el orden en la casa. Aprendían los deberes de una mujer en la religión de Abrahán y sus costumbres. Tenían jardines y huertas; y plantaban zapallos, melones, sandías y pepinos y una variedad de trigo. Tenían ovejas de gran tamaño y bebían leche de cabras, o la comían en forma de quesos. Se instruían en leer y escribir, cosa que para ellas les resultaba muy difícil. No se escribía entonces tanto como ahora y se hacía sobre retazos gruesos y oscuros. No eran rollos, como más tarde, sino cortezas de ciertos árboles: he visto cómo las sacaban de las plantas. Para escribir marcaban con fuego las letras en la corteza. Tenían una cajita con casilleros y he visto que estos casilleros eran brillantes por arriba porque contenían toda clase de signos de metal dentro. Para escribir calentaban estos signos y los grababan en la corteza uno después de otro.

He visto el fuego donde calentaban estos signos, que usaban también para cocinar, asar, cocer y como lámpara, y cómo la usaban, y pensé en ese momento que tenían la lámpara bajo el celemín. En un recipiente que me recordaba algo parecido que tienen los ídolos sobre la cabeza, se veía encendida una masa negra que tenía en medio un agujero, creo, para el aire. Unas torrecitas en torno del borde del recipiente eran huecas y allí se echaba lo que había que cocer. Sobre este bracero ponían boca abajo un cobertor, arriba delgado, con agujeritos por encima y en torno torrecitas, en el cual se podía calentar algunas cosas. En estos braceros había en torno aberturas y hacia donde querían tener luz se abría o corría una de esas ventanitas y la llama de ese lado iluminaba el aposento. Solían abrir sólo por el lado donde no corría el viento, que en las tiendas de campaña suele colarse con facilidad. Debajo del bracero había un cenicero donde ponían, al rescoldo, tortas, y por la parte de arriba calentaban agua para baños, lavados y cocina. También asaban sobre estos braceros. Estos recipientes eran livianos y podían llevarlos en sus viajes. Sobre uno de estos braceros se calentaban las letras y luego eran grabadas en las cortezas.

Los cananitas eran de cabellos negros y más oscuros que Abrahán y su gente; éstos eran más amarillentos y de un rojizo brillante. Las mujeres cananitas vestían diferente de las judías. Tenían un vestido de lana amarillo que llegaba a las rodillas; se componía de cuatro trozos atados debajo de la rodilla y una ancha bombacha que no estaba sujeta a medio cuerpo, como en las mujeres judías, sino que caía en anchos pliegues; en torno del cuerpo estaba esta bombacha recogida. La parte superior del cuerpo estaba cubierta de dos trozos de telas que cubrían el pecho y la espalda. Estos trozos de tela estaban recogidos y atados sobre los hombros: era una especie de escapulario ancho abierto a ambos lados y cerrado en torno del cuerpo. Parecían de este modo el cuerpo y las caderas como un saco largo atado en el medio y terminado de pronto en las rodillas. Llevaban suelas atadas con correas nasta las rodillas, a través de las cuales se veían las piernas. Los brazos estaban cubiertos con trozos transparentes y anillos de metal brillante que se cerraban como mangas. Tenían en la cabeza una gorra de plumas finas terminada en punta por detrás como un yelmo con tupido mechón. Eran de hermosa contextura, pero mucho más ignorantes que las hijas de Israel. Algunas llevaban mantos largos, arriba estrechos y abajo anchos. Las mujeres de Israel llevaban una prenda

interior, luego un camisón largo y encima un vestido largo abotonado por delante; la cabeza cubierta con el velo o si no con telas rizadas como suelen llevar hoy las gentes en torno del cuello.

He visto también lo que aprendían en tiempos de Rebeca. Era la religión de Abrahán: la creación del mundo; y de Adán y Eva, su estadía en el paraíso, la tentación de Eva por Satanás y la caída del primer hombre en la culpa por faltar a la obediencia de abstenerse de la fruta que Dios les había prohibido. Con la comida de la fruta entró la concupiscencia en el hombre. Se les enseñaba que Satanás les había prometido una ciencia divina a nuestros primeros padres; mas el hombre se sintió como ciego después del pecado: se le cubrieron los ojos como con una piel, perdieron una vista clara de las cosas que antes tenían, ahora deben trabajar, criar hijos con dolor y esforzarse mucho para adquirir cualquier conocimiento de las cosas. Aprendían que a la mujer se le había prometido un Hijo que aplastaría la cabeza de la serpiente; de Caín y Abel; y de los descendientes de Caín, cómo se malearon, y cómo los hijos de Dios, es decir, los buenos, se dejaron seducir por la belleza de las hijas de los hombres, y cómo de su unión nació una raza de estatura gigantesca, llena de fuerza diabólica, y ciencias y artes malas. Estos gigantes habían inventado todas artes de engaño y seducción, falsa ciencia, todo lo que aparta de Dios y lleva al pecado, y habían pervertido de tal manera a los hombres, que Dios determinó exterminarlos salvando sólo a Noé y su familia. Esta raza había tenido su asiento en una alta montña y había avanzado cada vez más hasta que Dios los exterminó en el diluvio, y la alta montaña se hundió y se formó allí un mar (el mar Negro). Se les enseñaba del diluvio, de la salvación de Noé en el arca; de Sem, Cam y Jafet; del pecado de Cam y de la malicia de los hombres en la edificación de la torre de Babel. Esta edificación de la torre, su destrucción, la confusion de las lenguas y la enemistad de los hombres se les decía que tenía relación con aquellos soberbios gigantes de artes diabólicas que habitaban la montaña y que era el resultado de las uniones ilícitas con las cananitas; y que también en la torre de Babel se practicaban cultos idolátricos. Con estas enseñanzas se apartaban a esas jóvenes paganas de toda comunicación con los idólatras, de las artes de seducción y de los adornos inmodestos, de la magia, de la sensualidad y de todo lo que aleja de Dios, previniéndolas contra todo lo que pertenece al pecado, causa por el cual Dios

castiga a los hombres. Se las exhortaba, por el contrario, al temor de Dios, a la obediencia, a la sumisión y al cumplimiento de todas las obligaciones y a la observancia de la sencilla vida de los pastores. Se las instruía en los mandamientos que Dios había dado a Noé, por ejemplo, no comer carne cruda. Se les enseñaba cómo Dios eligió a la familia de Abrahán para formar un pueblo elegido, de cuya descendencia debía nacer el Mesías(*) sacando a Abrahán de la tierra de Ur y separándolo de los demás. Se les enseñaba cómo Dios había enviado a Abrahán a hombres sabios, es decir, hombres que aparecían con vestidos blancos y resplandecientes, y que éstos le dieron a Abrahán el misterio de la bendición de Dios para que su descendencia fuera más grande que todos los demás pueblos de la tierra. De la entrega del misterio sólo se les hablaba en general, como de una bendición de la cual debía nacer el Mesías. Se les hablaba de Melquisedec como de un hombre sabio que había ofrecido pan y vino y había bendecido al mismo Abrahán. También se les enseñaba del castigo caído sobre Sodoma y Gomorra.

LII

Jesús visita la escuela de Rebeca

Cuando Jesús entró en la escuela estaban las jóvenes haciendo un cálculo sobre la venida del Mesías y todas llegaron con sus cuentas a determinar el tiempo presente. La entrada de Jesús produjo una impresión extraordinaria. Jesús enseñó sobre esto mismo y explicó todo claramente. El Mesías estaba allí y no era reconocido. Habló del Mesías desconocido y del cumplimiento de las señales que deben hacerlo reconocer. De las palabras: "Una Virgen dará a luz un Hijo", habló Jesús en términos oscuros: esto les era difícil comprenderlo ahora. Les dijo que debían considerarse dichosas de vivir en este momento tan deseado por los patriarcas y los profetas, que no lo alcanzaron. Habló de las persecuciones y de los sufrimientos del Mesías, les explicó varios pasajes y les dijo que pusieran atención a lo que había de suceder en la próxima fiesta de los Tabernáculos, en Jericó. Habló de prodigios y de un ciego que había

(*) En otra revelación dice la vidente: "A estas Cananitas que iban a desposarse se les imprimía una señal indeleble en la región del corazón. Parecía que se les grababa también como un blasón de nobleza de Abrahán y que así se las incorporaba a su propia raza y familia".

de sanar. Les hizo un cálculo del tiempo del Mesías, habló de Juan y de su bautismo, y preguntó si ellas deseaban también el bautismo. Les enseñó la parábola de la dracma perdida.

Estas niñas estaban sentadas en la escuela con las piernas cruzadas, a veces con una rodilla levantada; cada una tenía un banquillo al lado que formaba un ángulo; de un lado se apoyaban lateralmente y sobre la parte más ancha ponían sus rollos cuando escribían; a menudo estaban de pie para escuchar las lecciones. Había en la misma casa una escuela de niños; era una especie de asilo, una fundación para educar niños huérfanos o niños judíos rescatados de la esclavitud, que habían crecido lejos de toda enseñanza judaica. Tenían parte en la enseñanza fariseos y saduceos, y eran recibidas también niñas pequeñas que eran instruídas por otras mayores.

Cuando entró Jesús en la escuela de los niños, estaban éstos ocupados en calcular algo sobre la historia de Job y no acababan de salir del paso. Jesús les explicó lo que no entendían y les puso en la pizarra algunos signos para aclararlo. Les explicó también algo que trataba de una medida de dos horas de camino o de tiempo, que ahora no recuerdo, y les habló mucho a los niños del libro de Job, que era desechado por algunos rabinos como verdadera historia, porque los edomitas, de cuyo país era Herodes, se burlaban de los judíos por ser crédulos de la historia de un hombre del país de Edom, donde nadie lo conocía. Decían que lo de Job sólo era una fábula o parábola para entretener a los israelitas en el desierto. Jesús explicó a los niños la historia de Job, cómo sucedió en realidad, y lo explicó al modo de los profetas y maestros de la niñez, como si viera todo ante sus ojos, como si fuese su propia historia, como si hubiese Él visto y oído todo, o como si Job mismo le hubiese contado a Él su historia. Parecíales a los niños que Él había vivido con Job, o que era un ángel de Dios o el mismo Dios. Y esto no les extrañaba a aquellos niños: sentían por momentos que era un Profeta, y sabían algo de Melquisedec de quien nadie sabía lo que era en realidad. Les habló, en una parábola, del significado de la sal y del hijo pródigo.

Mientras tanto habían llegado los fariseos, los cuales se irritaron porque Jesús se aplicaba a Sí mismo muchas cosas que decía del Mesías. Por la tarde anduvo Jesús con esos levitas y con los niños delante de la ciudad. Las niñas pequeñas, guiadas por las mayores, venían detrás. Algunas veces se detenía Jesús hasta que llegaran las niñas, mientras los niños cami-

naban delante. Les enseñaba, haciendo comparaciones con las cosas que veían en la naturaleza. De todas las circunstancias sacaba lección: de la vista de los árboles, de los frutos, de las flores, de las abejas, de los pájaros, del sol, de la tierra, del agua, del ganado y del trabajo del campo. Les habló maravillosamente de Jacob y del pozo que cavó en este lugar; y cómo ahora venía a ellos (a los niños) el agua viva; y lo que significa cegar el pozo, taparlo con basura, como hacían los enemigos de Abrahán y de Jacob, y aplicó esto a los que intentan desacreditar los prodigios y las enseñanzas de los profetas, como hacen los fariseos.

LIII

Jesús va de Abelmehola a Bezech

Cuando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, estaban todos los fariseos y saduceos presentes con mucho pueblo. Jesús abrió los rollos y explicó a los profetas. Los fariseos disputaron con Jesús obstinadamente, pero Él los avergonzó a todos. Se había introducido en la sinagoga un hombre con el brazo y las manos baldadas; había deseado tanto tiempo poder acercarse y ahora esperaba que Jesús al salir lo viera junto a la puerta de la sinagoga. Algunos fariseos se irritaron contra él y le mandaron se apartase, y como él se resistiese, intentaron sacarlo a empujones. Él se plantó lo mejor que pudo en la puerta y miraba con aire de piedad a Jesús, bastante distante, por la mucha gente, en un sitial alto. Jesús se volvió al enfermo y le dijo: "¿Qué pides de Mi?" Habló entonces el enfermo: "Señor, te pido que me sanes, porque sé que lo puedes, con tal que lo quieras". Jesús le dijo: "Tu fe te ha salvado; extiende tu mano sobre el pueblo". Y en el mismo momento le vino salud al hombre desde distancia. Extendió sus manos a lo alto y clamó, alabando a Dios. Jesús le dijo: "Vete a tu casa y no hagas tumulto". El hombre contestó: "Señor, ¿cómo podré ocultar un favor tan grande que he recibido?" Salió fuera y publicó por todas partes el prodigio. Acudieron entonces muchos enfermos delante de la sinagoga, y Jesús, al pasar, los sanó. Después de esto estuvo con los fariseos en una comida, porque a pesar de su irritación y de su rabia interna, lo trataron con cortesía exteriormente, para tener ocasión de espiar mejor sus palabras y sus hechos. Por la tarde lo vi todavía sanando enfermos.

Durante la mañana estuvo Jesús en la escuela de los niños. Por último lo vi rodeado de las más pequeñas, que estaban juntitas a Él, tocando sus vestidos y tomándole de las manos. Jesús se mostró muy cariñoso con ellas y las exhortó a ser obedientes y a temer a Dios. Las mayores estaban detrás de las pequeñas. Los discípulos, a distancia, estaban extrañados y deseaban que se retirase de ellas. Ellos pensaban, al modo de los judíos, que tal familiaridad no era conveniente para un profeta, y que podría dar que hablar. Jesús desestimó sus vanos temores, y después que hubo exhortado a todos los niños, animado a los más crecidos y fortalecido a los maestros, mandó a uno de sus discípulos que hiciera a cada niña un regalito. Recibieron monedas unidas una con otra, creo que un par de dracmas. Luego bendijo a todas las niñas, abandonó con sus discípulos el lugar y se encaminó al Este, en dirección del Jordán.

En el camino enseñó a grupos de labradores y pastores, y llegaron a eso de las cuatro de la tarde frente a Bezech, que está como a dos horas al Este de Abelmehola, en dirección al Jordán. Hay allí dos lugares a ambos lados del río. La comarca es montañosa y quebrada y las casas están desparramadas. Bezech está formada más bien por dos poblaciones. Los habitantes viven como aislados y no tienen mucho comercio; la mayor parte son labradores que trabajan en un terreno pedregoso con mucha fatiga y se ocupan de fabricar instrumentos de labranza, que llevan al mercado, y hacen toscas mantas y telas para tiendas de campaña. Como a hora y media de allí hace el Jordán una vuelta hacia el Oeste, como si quisiese correr hacia el Huerto de los Olivos; pero da luego media vuelta y forma así una península en la ribera Oriental, sobre la cual hay una hilera de casas. Cuando vino Jesús de Galilea a Abelmehola tuvo que pasar un río; ahora desde Bezech hasta Ainón podrá haber cuatro horas de camino al otro lado del río. Delante de la ciudad, Jesús entró en un albergue, el primero de los que las mujeres de Betania habían destinado para Jesús y sus discípulos cuando andaba por esos contornos. Estaba al cuidado del albergue un hombre piadoso y bien intencionado, el cual salió al encuentro de los viajeros, les lavó los pies y les sirvió alimento. Jesús entró en la ciudad donde los jefes de la escuela le recibieron en la calle y entró en las casas de algunos enfermos, dándoles la salud. Se han reunido como unos treinta discípulos en torno de Jesús. Con Lázaro han venido varios discípulos de Jerusalén y de los alrededores y otros de Juan. Algunos venían

ahora de Macherus, con un mensaje de Juan para Jesús. Juan le pedía que dijese claramente que era el Mesías y se presentase públicamente. Entre los mensajeros estaba un hijo del viudo Cleofás. Entiendo decir Cleofás de Emaús, pariente del otro Cleofás, marido de la sobrina de María Santísima, y que por eso se llama María Cleofás. Otro de estos discípulos era José Barsabas pariente de Zacarías de Hebrón. Sus padres habían vivido primeramente en Nazaret y ahora en Caná. Entre estos discípulos de Juan acuden otros a mi memoria. Los hijos de María Helí, la hermana mayor de María Santísima, eran discípulos de Juan: habían nacido tan después de su hermana María Cleofás, que apenas eran mayores que los hijos de ésta. Éstos fueron discípulos de Juan y le siguieron hasta la muerte del Bautista; luego se pasaron a Jesús. Los esposos que cuidaban el albergue de Bezech eran piadosos y vivían, según voto que habían hecho, en continencia, aunque no eran esenios. Eran parientes lejanos con la Sagrada Familia.

Jesús habló varias veces a solas con estas personas. Todos los discípulos presentes comieron y durmieron en este albergue. Había allí, dispuestos por Lázaro y las mujeres de Betania, utensilios de cocina, mantas, alfombras, camillas, tabiques de separación, suelas, vestidos. Marta tenía, en una casa junto al desierto de Jericó, todo lo necesario para estos albergues. Había allí viudas pobres y algunas arrepentidas que trabajan en eso y se mantenían ellas mismas. Todo esto se hacía en silencio, sin llamar la atención. Pero no era poco trabajo tener todo lo necesario para tantas personas y vigilar continuamente estos lugares, enviar mensajeros o ir personalmente para ordenar y proveer. Jesús hizo un gran sermón a la mañana sobre una colinita, en un lugar donde los habitantes habían dispuesto un sillón para Jesús. Se habían reunido muchas personas para oír a Jesús, entre ellas unos diez fariseos de los alrededores para espiarlo.

Enseñó, con gran mansedumbre y amor hacia el pueblo, que era de buena índole y que por haber oído a Juan y haber sido bautizado por él, ya estaba convertido y mejorado. Los exhortó a permanecer contentos en su estado de pequeñez, a ser compasivos y trabajadores. Habló del tiempo de la gracia, del reino, del Mesías y más claramente de su misma Persona. Habló de Juan, de su testimonio, de su persecución y prisión. Habló del adulterio de los reyes por cuya causa estaba Juan en la prisión. Contrapuso la severidad de los fariseos que habían

ejecutado en Jerusalén a algunos adúlteros, que al fin no cometían el pecado tan escandalosamente como los reyes. Todo lo dijo claramente, sin reticencias. Exhortó a cada uno, según su estado, sexo, condición y edad. Un fariseo preguntó si Él entraba ahora en lugar de Juan, si Él era Aquél del cual Juan hablaba. Jesús contestó en general y le hizo notar su doblez y fingimiento.

Jesús tuvo aquí una conmovedora instrucción para los niños y niñas. Los exhortó a la paciencia: si otro maltrata, no responder con golpes, sino llevarlo con paciencia, apartarse y perdonar al ofensor. Nada devolver al malo, sino amor doble, y hasta a los enemigos debían quererlos bien. Les dijo que no tocasen los bienes ajenos ni los deseasen, y si otro niño deseaba tener sus plumas, sus útiles de escribir, sus juegos, sus frutas, que les diesen lo que deseaban y aún más, para dejarlos contentos, siempre que pudieran lícitamente dar esos objetos. Sólo los mansos, los compasivos y misericordiosos tendrán asiento en su reino. Y este asiento lo pintó a los niños muy hermosamente, como un trono. Habló de los bienes de la tierra que hay que abandonar para obtener los bienes del cielo. A las niñas les recomendó especialmente no envidiar los trajes de vanidad, la obediencia, respeto y amor a los padres, mansedumbre y temor de Dios.

Acabada la enseñanza pública dirigió una alocución a sus discípulos en particular consolándolos con mucho amor y exhortándolos a llevar con Él todo con paciencia y nó tener preocupación por las cosas de la tierra. Les dijo que su Padre en el cielo los recompensaría abundantemente y que poseerían el reino con Él. Habló de la persecución que sufrirían Él y ellos, y les dijo claramente: "Si los fariseos, saduceos o herodianos os alaban, entonces pensad que os habéis apartado de mi enseñanza y que ya no sois mis discípulos". Nombró estas sectas con los nombres que les correspondían. Alabó a los habitantes del lugar por su misericordia y compasión, porque toman a menudo a su servicio niños pobres de Abelmehola y trabajadores necesitados. Los alabó también por la sinagoga nueva que habían edificado costeando ellos mismos los gastos, aunque les habían ayudado gentes buenas de Cafarnaúm. Después sanó a muchos enfermos y fué con los discípulos al albergue. Por la tarde se dirigió a la sinagoga, porque había comenzado el Sábado.

LIV

Jesús enseña en la sinagoga. Se declara Mesías

Jesús enseñó sobre Isaías, 51, 12: "Yo soy vuestro Consolador". Habló contra el respeto humano: que no tuviesen temor de los fariseos y de otros molestadores y pensasen que Dios los ha creado y los mantiene a cada uno. Las palabras: "Yo pongo mi palabra en tu boca", las explicó en el sentido de que Dios mandó al Mesías y que esta palabra de Dios está ahora en la boca del pueblo suyo, ya que el Mesías dice las palabras de Dios, y ellos son el pueblo del Mesías. Todo esto lo explicó tan abiertamente que los fariseos murmuraban entre sí: "Se despacha por el Mesías". Jesús continuó: que Jerusalén despierte de su somnolencia y borrachera, que la ira había pasado y la Gracia estaba allí. Dijo que la sinagoga infructuosa no daba hijos, y nadie rige y guía al pobre pueblo; pero que ahora los destructores, los hipócritas y los opresores serían castigados e irían a la perdición. ¡Que Jerusalén se despierte y Sión se levante! Todo lo declaró en sentido espiritual con respecto a las gentes piadosas, a los penitentes, a los que a través del bautismo del Jordán entran en la tierra prometida de Canaán, que es el reino de su Padre celestial; que ningún impuro, ninguno que no refrene sus pasiones, ningún pecador, pervierta ya a su pueblo. Enseñó de la redención y del nombre de Dios, que será anunciado ahora entre ellos; luego habló de Moisés V, 16, 18, sobre los jueces y empleados, sobre el torcer la justicia y el cohecho y reprobó severamente a los fariseos. Después sanó a muchos enfermos delante de la sinagoga. Al día siguiente volvió a la sinagoga a enseñar de Isaías, 51 y 52, y sobre Moisés V, 16 hasta 31. Habló de Juan y del Mesías, de las señales del Mesías en otra forma, y dió a entender claramente que Él era el Mesías, puesto que aquí hablaba a muchos que ya estaban preparados por el bautismo y la predicación de Juan. Trató de Isaías, 52-13 hasta 15, y dijo que el Mesías los había de juntar, que estaría lleno de sabiduría, que sería levantado y honrado, y les dijo que así como muchos se maravillaban de ver a Jerusalén pisoteada y devastada por los paganos, así aparecerá el Mesías entre los hombres, perseguido y despreciado. Él bautizará a muchos paganos y los purificará; los reyes callarán delante de Él cuando sean instruídos y aquéllos a los cuales no llegó su noticia tomarán su enseñanza y le verán. Les

recordó todas sus obras y prodigios desde su bautismo, y las persecuciones que padecía en Jerusalén y en Nazaret, el desprecio de los espías y las burlas de los fariseos. Recordó los prodigios de Caná, los ciegos, los sordos, los mudos, los baldados curados y la resurrección de la hija de Jairo de Phasael. Señaló el lugar y dijo: "No es lejos de aquí; id y preguntad y veréis que es así". Les dijo: "Vosotros habéis visto a Juan y le habéis conocido; él os ha dicho que era el preparador de los caminos, el anunciador y precursor. ¿Era Juan acaso muelle, delicado, distinguido? ¿O era uno venido del desierto? ¿Vivía en palacios, comía viandas delicadas, llevaba vestidos finos y hablaba palabras cultas y halagadoras?" Les dijo que Juan era el precursor: "¿No lleva entonces el siervo los vestidos de su Señor? Si el Mesías que esperáis debiera ser un rey poderoso, brillante, rico y vencedor ¿hubiera tenido por precursor a un tal Juan? Vosotros tenéis al Salvador entre vosotros y no queréis reconocerlo. No es según vuestra soberbia idea, y porque no es así, no lo queréis reconocer como Mesías".

Después enseñó mucho tiempo aún sobre Moisés V, 18, 19. "Yo les despertaré un profeta de entre sus hermanos, y quien no escucha su palabra en mi nombre, de ése tomaré yo cuenta". Fué una exposición fuerte, y nadie se atrevió a contradecirle. Dijo: "Juan estuvo en el desierto y no iba con nadie. Esto no os agradó. Yo voy ahora de pueblo en pueblo, enseño y sano a los enfermos, y esto tampoco os agrada. ¿Qué clase de Mesías queréis entonces? Cada uno de vosotros quiere otra cosa. Sois como los niños que andan por las calles, que cada uno se fabrica un instrumento diferente para soplar dentro; uno toma un caño profundo de corteza y otro una caña vacía". Y nombró varios juegos de niños, y cómo cada uno pide que le toquen en una u otra forma, en uno u otro tono y a cada uno le gusta sólo su modo propio.

Hacia la tarde, cuando salió de la sinagoga, se había reunido una gran cantidad de enfermos. Muchos yacían sobre camillas y se había extendido una techumbre sobre ellos. Jesús iba de uno a otro con sus discípulos, y los sanaba. Había algunos endemoniados, que clamaban y se irritaban. Jesús los libró del demonio mandándoles callar y pasando entre ellos. Había baldados, tísicos, hidrópicos, otros con granos en la garganta, mudos y sordos. Sanó a todos, en particular, imponiéndoles las manos o tocándolos, aunque su modo de obrar era diferente en cada caso. Los curados se sentían bien en seguida, sólo algo

cansados y la curación se seguía pronto según la clase de la enfermedad y la disposición de cada enfermo. Los sanados se alejaban cantando salmos de David. Había, empero, tantos enfermos que Jesús no podía llegar a cada uno, y entonces los discípulos ayudaban con alzar, levantar, desatar vendas de los enfermos. Jesús puso entonces sus manos sobre las cabezas de Andrés, Juan y Judas Barsabas, y tomando las manos de ellos en su mano les mandó que hicieran en su nombre con algunos enfermos lo que Él hacía. Ellos lo hicieron así y sanaron a muchos enfermos.

Después de esto fué Jesús con sus discípulos al albergue y comieron solos. Jesús apartó una gran parte de los alimentos que sobraron, los bendijo y los mandó repartir a los paganos pobres que estaban en Bezech. Estas caravanas de paganos fueron catequizadas por los mismos discípulos. Procedentes de ambas orillas del Jordán se había amontonado gran multitud de gente en Bezech. Todos los que antes habían oído a Juan querían ahora escuchar a Jesús. Una caravana de paganos, que había querido ir a Ainón, se detuvo para escuchar la enseñanza de Jesús. Bezech está como a tres cuartos de hora del Jordán, junto a una rápida corriente de agua que divide en dos partes el lugar.

LV

Jesús deja Bezech y va a Ainón

Jesús continuó enseñando y sanando delante del albergue. Los que se iban a bautizar, la caravana de los paganos y muchos otros se dirigieron al Jordán para pasar al otro lado. El pasaje estaba a una hora y media al Sur de Bezech, cerca de la ciudad de Zarthan, junto al Jordán, a una hora de Bezech. Del otro lado, entre Bezech y Zarthan, hay un lugarejo llamado Adam. Cerca de Zarthan es donde se paró el Jordán cuando pasaron los hijos de Israel. Allí hizo fundir Salomón cacharros y utensilios; hay todavía algunas de estas industrias y al Oeste de la vuelta que da el Jordán existe un taller instalado en una montaña que se extiende hacia Samaría. Encuentran ahí algo como cobre y bronce. Jesús enseñaba durante el camino. Cuando le preguntaron si pararía en Zarthan, contestó que otros lugares lo necesitan más, que Juan había estado aquí con frecuencia, y que le pregunten a él si había comido sabrosamente en buena

mesa y si se había divertido en este lugar. Había allí un vado amplio para pasar el Jordán; después tuerce el Jordán hacia el Oeste. Del otro lado caminaron como dos horas hacia el Oriente, a la parte Norte de un arroyo que se echa en el Jordán, no lejos de allí. Llegaron a un arroyo junto a Sukkoth, a la izquierda. Descansaron entre Sukkoth y Ainón, a cuatro horas de distancia, bajo tiendas. Cuando pasaron el Jordán pudieron ver a Salem, del otro lado, que hasta ese momento lo había cubierto la ribera montañosa: estaba en medio de la desembocadura Oeste del Jordán, frente a Ainón. En Ainón había una gran multitud de gente. Los paganos se habían extendido entre la colina de Ainón y el Jordán.

Habían acudido diez fariseos, de Ainón algunos, otros de diversos lugares, entre ellos el hijo del fariseo Simeón, de Betania. Con todo había entre ellos prudentes y moderados. En la parte Norte de la montaña hacia arriba está Ainón, como pequeña ciudad, como suelen ser las casas de lugares de recreo. En esta parte de la ciudad estaba la desembocadura de la fuente del estanque de los bautismos situada al Oriente de la montaña. La fuente de agua era llevada en canales de hierro. Esta desembocadura se había cerrado y se abría sólo según la necesidad. Había una casa para el cuidado de la fuente. Delante del lugar vinieron los fariseos, entre ellos el hijo de Simón el leproso, al encuentro de Jesús. Lo recibieron amigablemente, con deferencia y respeto. Llevaron a una tienda a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies, sacudieron sus vestidos y los refocilaron con pan, miel y bebida. Jesús manifestó que estaba contento, que había allí gente bien intencionada; pero le pesaba que pertenecieran a esa secta de fariseos. Siguió con ellos a la ciudad y entró en un patio donde le esperaba gran multitud de enfermos, extranjeros y del país. Yacían en parte bajo tiendas y en parte en las galerías de la casa. Algunos podían caminar. Jesús sanó a todos con la imposición de las manos y con exhortaciones. Los discípulos ayudaban a traer enfermos, a levantarlos, a desatarlos de sus vendas. Varias mujeres con flujo de sangre estaban a distancia pálidas y veladas. Cuando Jesús terminó con los enfermos, fué hacia ellas, les impuso las manos y las sanó. Había baldados, hidrópicos, tísicos, con granos en el cuello y en el cuerpo, que no eran impuros, además de mudos, sordos y dolientes de todas clases. Este patio terminaba en un corredor de columnas, donde había una entrada. Había muchos espectadores, los fariseos y algunas señoras. Jesús estaba con los fariseos

aquí, porque había entre ellos algunos moderados y lo habían recibido bien y sinceramente; por eso les dió aquí ciertas preferencias. Quería mostrarles que no tenían razón en decir que sólo se juntaba con publicanos, pecadores y mendigos. Quería también mostrarles que les daba el honor que les era debido siempre y en todas partes donde se portaban correctamente. Aquí se empeñaron ellos mismos en mantener el orden entre los enfermos y Jesús dejó que hicieran todo como les parecía a ellos.

LVI

María de Suphan

Mientras Jesús estaba ocupado en sanar a los enfermos, entró por la puerta trasera del gran corredor una apuesta señora, de mediana edad, vestida a modo de extranjera. Llevaba cubierta la cabeza y los cabellos con un velo delicado, cuajado de perlas. La parte superior la cubría desde el cuello un corpiño que terminaba en forma de corazón abierto por los lados. Este corpiño estaba sobrepuesto como un escapulario, ajustado al cuerpo y cerrado con preciosas correas y adornos de perlas en el cuello y el pecho. De allí caían dos sacos plegados hasta los pies, el uno más corto que el otro, ambos de lana blanca, con adornos de hermosas flores. Las mangas eran anchas y en el hombro traía prendido un manto corto que caía sobre ambos brazos. Cubríase todo con un manto largo de lana blanca. Se acercó muy triste y angustiada, llena de confusión y de pesar; su rostro delgado indicaba llanto y su mirada era extraviada. Quería llegar hasta Jesús, y no podía por la multitud. Los atareados fariseos le salieron al encuentro, y ella les dijo: "Llevadme hasta el Profeta, para que me perdone mis pecados y me sane". Los fariseos contestaron: "Mujer, vete a casa. ¿Qué quieres aquí? Él no querrá hablar contigo. ¿Cómo podrá Él perdonar tus pecados? Él no querrá tratar contigo: eres una adúltera". Cuando la mujer oyó esto, palideció, se entristeció en extremo, se echó en tierra, rasgó su manto de arriba abajo, se quitó violentamente su velo, y gritó: "¡Ah, entonces estoy perdida! ¡Ahora vuelven a posesionarse de mi!... ¡Me desgarran!... ¡Allí están ellos!..." Y nombró a cinco diablos que entraron en ella: el diablo de su marido y los de cuatro otros amantes. Era un espectáculo espantoso. Unas mujeres que estaban allí la levantaron y llevaron a la desolada mujer a su casa.

Jesús, que sabía todo esto, no quiso, sin embargo, avergonzar aquí a los fariseos; dejó que hicieran según querían y continuó su enseñanza y sus curaciones con los demás. Su hora aún no había llegado. Se dirigió con sus discípulos, acompañado del pueblo a través de la ciudad, subiendo luego a la altura, al lugar de enseñanza de Juan, en la colina rodeada de casitas y vallados, a cuyo lado estaba situado el castillo medio derruído que había habitado Herodes cuando la predicación de Juan. Todo el contorno de la colina estaba lleno de pueblo que esperaba a Jesús. Éste subió al lugar de la predicación, cubierto con lonas por arriba y abierto por los cuatro costados. Tuvo lugar una gran predicación. Jesús habló de la gran misericordia de Dios con su pueblo, en especial, y con todos, y repasó los textos de los profetas, mostrando la providencia de Dios y demostrando que todo se cumplía ahora en este tiempo y momento. Con todo, no dijo tan claramente que Él era el Mesías, como en Bezech. Habló también de Juan, de sus trabajos y de su prisión. Las muchedumbres eran llevadas y alejadas de allí, por turno, para oirle. Jesús preguntó a algunos grupos por qué querían ser bautizados, por qué habían esperado hasta ahora, qué entendían por el bautismo. Los dividió en clases que debían bautizarse primero y luego los que debían esperar hasta después de recibir mayor intrucción. Recuerdo la contestación de un grupo a la pregunta de por qué habían esperado hasta ahora. Dijo uno: "Porque Juan siempre enseñaba que vendría Uno que era más grande que él y así hemos esperado para recibir mayor gracia". Sobre esto levantaron la mano todos los que eran de la misma idea y formaron así un grupo que recibió de Jesús algunos avisos y la indicación del tiempo en que debían bautizarse. Por la tarde, a las tres, se dió por terminada esta gran enseñanza.

Jesús fué con sus discípulos y los fariseos a la ciudad, donde le habían preparado una gran comida en una sala del albergue. Pero cuando Jesús llegó a la sala del festín, no entró, y dijo: "Yo tengo otra hambre", y preguntó, aunque lo sabía perfectamente, por la casa donde vivía la mujer que habían alejado de allí en la mañana. Le señalaron la casa, que no estaba lejos, y dejando Jesús a los demás, entró en el vestíbulo de esa casa. Yo he visto, cuando se acercó Jesús, el terror de la mujer. El demonio que la poseía la arrojaba de un rincón a otro de la pieza: parecía un animal que trataba de esconderse. Cuando Jesús entró al patio y se acercaba adonde estaba la infeliz, salió volando desde su casa y se metió en un sótano, ocultándose en

un especie de barril, que era más angosto arriba, y al querer ocultarse, se partió el recipiente con mucho estrépito, porque era un gran tonel de barro cocido. Jesús, al fin, habló, y dijo: "María de Suphan, mujer de... (aquí pronunció el nombre del marido, que yo he olvidado): Yo te mando, en nombre de Dios, que vengas junto a Mi". Vino entonces la mujer, toda envuelta desde la cabeza a los pies, como si el diablo la forzase a envolverse en su propio manto, como un perro que se acerca, esperando ser apaleado; acercóse a Jesús arrastrándose sobre manos y pies. Jesús le dijo: "Ponte en pie". Se levantó en seguida pero apretó su velo sobre la cabeza y el cuello tan estrechamente como si intentase estrangularse. Díjole entonces el Señor: Descubre tu rostro". Ella levantó el velo. Tenía los ojos bajos y extraviados, como si la forzase el diablo a apartarlos de Jesús. Jesús acercó su rostro al de ella y dijo: "Mírame". Y ella lo hizo así. Jesús sopló sobre ella, y un denso vapor salió de la infeliz a todos lados. Ella cayó de rodillas ante Jesús. Las criadas habían acudido por el ruído del recipiente hecho pedazos y estaban ahora a cierta distancia mirando la escena. Jesús les mandó llevar a la mujer a su casa en una camilla y la siguió con sus discípulos.

La encontró allí hecha un mar de lágrimas. Jesús se acercó a ella, le puso las manos sobre la cabeza y le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Ella lloraba a mares, y se puso de pie. Luego vinieron sus tres hijos a la pieza: un niño de doce años y dos niñas de nueve y de siete años; éstas tenían un vestido amarillo con adornos y mangas cortas. Jesús se dirigió a los niños, les habló cariñosamente, les preguntó y les enseñó. La madre dijo: "Dad gracias al Profeta; Él me ha curado". Entonces se echaron los niños en tierra, delante de Jesús. Jesús los bendijo y, según su edad, llevó a cada uno de ellos junto a su madre y puso las manos de los niños en las de la madre, y me pareció que con eso quitaba de ellos un baldón, y que ahora eran niños legítimos, pues eran hijos tenidos en su extravío. Jesús consoló a la mujer diciéndole que podía todavía reconciliarse con su marido, y la exhortó a perseverar en la penitencia y en el arrepentimiento y a vivir ordenadamente. Después se fué con sus discípulos a la cena con los fariseos.

Esta mujer era de Suphán, de la tierra de Moab, y era descendiente de Orpha, viuda de Cheljón, nuera de Noemí, la que por consejo de Noemí no fué a Belén, para acompañar a Noemí, como Ruth, la otra viuda de su hijo Mahalón. Orpha, viuda de

Cheljón, hijo de Elimelech, de Belén, casó de nuevo en Moab y de esta familia era María de Suphán. Era la mujer de un judío y era rica, pero adúltera, y los tres hijos que tenía no eran de su marido. Su marido la había repudiado, conservando sus hijos legítimos. Ella vivía en su casa propia, en Ainón; estaba desde hacía tiempo llena de arrepentimiento y de dolor, se portaba bien y algunas mujeres buenas de Ainón se llevaban muy bien con ella. La enseñanza de Juan Bautista y sus reproches a Herodes por su adulterio la habían confirmado en sus buenos propósitos. Estaba a menudo poseída por cinco demonios, que se habían presentado súbditamente cuando la última vez había ido al patio donde Jesús sanaba, y cuando los fariseos la desecharon, colocándola esa vez al borde de la desesperación. Por su descendencia de Orpha, cuñada de Ruth, tenía esta mujer vínculo con la ascendencia de Jesús, desde David. Me fué mostrado cómo este brazo desviado del río de la descendencia, enturbiado por la culpa, era ahora purificado, y entraba por esa purificación, por medio de Jesús, en la Iglesia.

Jesús, como he dicho, entró en la sala del convite con los discípulos, donde estaban los fariseos, y se sentó a la mesa con ellos. Estaban algo amostazados porque Jesús hubiese prescindido de ellos y hubiese Él mismo buscado a la mujer que ellos, delante de tantos, habían rechazado y alejado; pero guardaron prudente silencio porque temían una reconvención de Jesús. Jesús los trató durante la comida con toda consideración y enseñó con parábolas y comparaciones. Hacia la mitad de la comida vinieron los hijos de la Suphanita vestidos de fiesta y entraron en la sala. Una de las hijitas traía un recipiente blanco con agua muy olorosa; la segunda, otro recipiente con esencia de nardo, y el niño otro recipiente. Se adelantaron a la parte abierta de la mesa, se echaron a los pies de Jesús y pusieron sus regalos sobre la mesa. La misma mujer entró luego con sus doncellas, aunque no se atrevía a adelantarse. Llevaba un velo y traía una copa de vidrio trasparente y brillante, donde había plantas aromáticas rodeadas de hierbas vivas. Los fariseos miraban contrariados a la mujer y a los hijos.

Jesús dijo a la mujer: "Acércate, Mara". La mujer se acercó humildemente y sus hijos, a quienes dió el regalo, lo depusieron junto a los demás sobre la mesa. Jesús agradeció los regalos. Los fariseos murmuraron, como más tarde con Magdalena pensando: "Esto es desperdiciar; es una prodigalidad, contra la moderación y en daño de los pobres". Lo decían sólo buscando qué reprochar

en la mujer. Jesús habló muy amigablemente con ella y con los hijos, a los cuales regaló frutas; y luego salieron. La Suphanita continuaba siempre humilde, detrás de Jesús, y dijo Jesús a los fariseos: "Todos los dones vienen de Dios. Para agradecer lo que es costoso hay que dar lo más costoso también, lo que uno tiene de mejor. Esto no es prodigalidad. La gente que trabaja en la confección de estas esencias, debe también vivir". Con todo, mandó a uno de sus discípulos que el precio de los regalos lo distribuyera a los pobres. Habló todavía del arrepentimiento y la conversión de esa mujer; reclamó para ella el debido respeto, y la consideración también de los demás habitantes de la ciudad. La mujer no dijo una palabra: sólo lloraba de continuo debajo de su velo. Se echó a los pies de Jesús y salió de la sala.

Jesús enseñó luego acerca del adulterio y añadió: "¿Quién de entre vosotros se encuentra libre del adulterio espiritual?" Dijo que Juan no pudo convertir a Herodes; pero que esta mujer estaba convertida; y trató de la oveja perdida y hallada. Había consolado a la mujer en su casa, deseándole que salieran buenos estos hijos que Dios le había dado; y le había dado esperanza de agregarse a las mujeres que estaban con Marta y trabajar para el hospedaje de los discípulos. Después de la comida he visto a los discípulos repartir muchas cosas entre los pobres. Jesús se retiró a la parte Oeste de la colina de Ainón, de donde estaba a cierta distancia el campamento de los paganos. Creo que había allí un albergue bajo tiendas, donde enseñó a los paganos. Ainón estaba en el territorio de Herodes, pero pertenecía, como una posesión al otro lado de los límites, al tetrarca Felipe. A pesar de ello, había varios soldados de Herodes enviados para espiar.

LVII

Jesús en Ramoth Galaad

Desde Ainón se dirigió Jesús con doce discípulos costeando el río Jabok y sus contornos. Andrés, Santiago y Juan quedaron en Ainón para bautizar en la fuente que estaba al Este de la colinita. El agua venía de la colina a la fuente, llenaba un pequeño estanque detrás, regaba algunas huertas y era apresada en la parte Norte de Ainón, en una fuente desde la cual podía dejársele correr de nuevo al Jordán. He visto a Jesús y a sus discípulos, a una hora al Este de Sukkoth, enseñando en una ciudad al Mediodía de Jabok. Entre los muchos enfermos que

sanó había un hombre ciego de nacimiento. Jesús lo tocó con su saliva, sus párpados se abrieron y el hombre tuvo vista. Jesús caminó a través del Jabok que corre en un valle y tuerce después al Este, hasta Mahanaim, ciudad limpia, dividida en dos partes. Jesús se sentó junto al pozo, cerca de la ciudad; pronto acudieron los jefes de la sinagoga y los ancianos de la ciudad, con lavabos, alimentos y bebida. Le dieron la bienvenida, les lavaron los pies a Él y a sus discípulos, derramaron una esencia en su cabeza, les ofrecieron a Él y a sus discípulos una refección y una bebida, y lo llevaron con gran contento y sencillez a la ciudad. Jesús hizo una breve explicación del patriarca Jacob, de lo mucho que por allí anduvo y sobrellevó. La mayoría de los oyentes tenía ya el bautismo de Juan. Reinaba aquí una vida patriarcal y muchas costumbres sencillas de los tiempos antiguos.

Jesús no se detuvo mucho tiempo. Era sólo una demostración de afecto y de honor que hacía a este pueblo. Pasó desde Mahanaim a la parte Norte de Jabok, a una hora al Este del lugar donde se encontraron Jacob y Esaú. El valle formaba allí un recodo. Durante el camino iba enseñando a sus discípulos. Después de algún tiempo repasaron el Jabok a la orilla del Mediodía, no lejos donde se unían dos arroyos y se echaban al Jabok. Caminaron al Este y tuvieron el desierto de Efraín a la derecha. Al Este del monte Efraín está situada, sobre un barranco que mira al valle, la ciudad de Ramoth-Galaad, una ciudad hermosa, limpia y bien trazada, donde había algunos paganos que vivían en calles propias y tenían templo. Había levitas que atendían el culto divino. Un discípulo los había precedido anunciando la venida de Jesús. Los levitas y otras personas distinguidas lo esperaban en una tienda, junto a un pozo, fuera de la ciudad. Lavaron los pies a los recién llegados, les dieron alimento y los acompañaron a la ciudad, donde había muchos enfermos reunidos en una plaza, que pedían ayuda al Señor.

A la tarde enseñó en la sinagoga, pues era este Sábado, de la fiesta de las ofrendas, un día de tristeza popular con motivo de la recordación de la hija de Jefté, que era de esta ciudad. Se habían reunido especialmente muchas jóvenes de la ciudad y de los alrededores. Jesús y sus discípulos tomaron su comida con los levitas y pernoctaron en casa junto a la sinagoga. En esta comarca no había albergues dispuestos para Jesús y los suyos; en cambio, en Ainón, Kamon y Mahanaim habían sido

alquilados con anterioridad. Ramoth está situada como una terraza en una montaña y detrás de ésta, en un pequeño valle, enfrente, está la parte habitada por los paganos. Tienen allí un templo y se conocen sus casas por las figuras que se ven sobre los techos. En el techo del templo también hay un grupo escultórico: en el medio, una figura coronada que llevaba una fuente en la mano y que estaba sobre otra fuente de agua; otras figuras de niños, en torno, sacaban agua y se la derramaban unos a otros. Las ciudades son aquí mucho más limpias y hermosas que las ciudades antiguas judías. Las calles tienen forma de una estrella que convergen en un punto céntrico; los ángulos son redondos, como también los muros que corren en torno. Era una ciudad libre de refugio para los culpables (Deut., 4-43 y Jos., 20-8) y tiene un gran edificio apartado de los demás, donde debían vivir. Ahora está arruinado y parece que ya no se usa para ese fin. La gente se ocupa de fabricar mantas, y bordar flores y animales en las mantas, parte para el comercio y parte para uso del templo. He visto a muchas mujeres y muchachas trabajar en esto en un gran edificio y en tiendas muy largas. Las gentes visten al modo de los antiguos israelitas y son muy limpios. Sus vestidos son de lana fina.

LVIII

La fiesta de la hija de Jefté

Jesús tomó parte en una gran fiesta que se hacía en conmemoración del sacrificio de la hija de Jefté. Caminó con sus discípulos y los levitas al Este de la ciudad, sobre un hermoso lugar al aire abierto donde se había preparado todo. Estaba reunido el pueblo de Ramoth-Galaad en numerosos círculos. Veíase la colinita con el altar donde había sido sacrificada la hija de Jefté y frente a él un semicírculo de asientos sobre la hierba para las jóvenes y asientos para los levitas y los jueces de la ciudad. Se inició una procesión ordenada hacia las afueras de la ciudad al lugar indicado. Las doncellas de Ramoth y las de otras ciudades de los alrededores llevaban vestidos de luto, y una doncella vestida de blanco y con velo hacía de hija de Jefté. Otro grupo de doncellas iban vestidas de oscuro con la barbilla cubierta; de un brazo llevaban pendientes unos correajes con franjas negras. Eran las que hacían de compañeras llorosas de la hija de Jefté.

Delante del cortejo iban niñas echando flores y otras tocaban en flautas unos aires tristes. Conducían también tres corderitos. Era una fiesta y una recordación en forma con toda clase de usanzas antiguas, enseñanzas y cantos; en parte recordaban el triste hecho y en parte eran cantos de salmos y de otros recordatorios del acontecimiento. La que hacía de hija de Jefté era cantada y consolada en coro por las compañeras, y ella misma pedía ser sacrificada. Los levitas y los ancianos celebraron un consejo sobre el caso con cantos apropiados y ella misma se adelantó recitando algunas palabras, donde pedía se cumpliese el voto de su padre. Traían rollos de los cuales leían trozos y otras partes recitaban de memoria.

Jesús mismo tomó parte en esta fiesta. Fungía de sumo Sacerdote o juez en el caso; dijo algunas de las fórmulas acostumbradas y otras enseñanzas. Se sacrificaron tres corderos, rociando con la sangre en torno del altar, y la carne asada se repartió entre los pobres del lugar. Jesús habló a las doncellas sobre el tema de la vanidad, y de sus palabras entendí que la hija de Jefté hubiera podido ser declarada libre de la muerte si no hubiese sido tan vanidosa.

Esta recordación duró hasta la tarde y varias jóvenes se cambiaban en el papel de hija de Jefté, o Jeftías, porque he visto que ya se sentaba una, ya otra en el banco de piedra, en medio del círculo, y cambiaba en una tienda los vestidos con la doncella anterior. Estaba vestida como la joven Jeftías en su sacrificio. El mausoleo de Jeftías estaba todavía sobre una colinita y el sacrificio de los corderos al lado. Este mausoleo era un sarcófago cuadrado, que se destapaba por arriba. Cuando la grasa y las partes del sacrificio estuvieron quemadas, el resto con las cenizas y los desperdicios se llevaron al mausoleo cercano y lo sostuvieron sobre la abertura de modo que la ceniza y los restos caían en el mausoleo. Cuando se sacrificaron los tres corderitos he visto que se roció con la sangre los contornos del altar mientras las doncellas recibían con un bastoncito un poco de la sangre en el borde final de los largos velos que tenían sobre sus hombros. Jesús explicó: "Jeftías, tú debías haberte quedado en casa para dar gracias a Dios por la victoria que el Señor había concedido al pueblo; pero tú saliste vanidosa buscando ser saludada como hija del héroe y la fama mundana, y saliste con adornos vanos y con gran estrépito buscando celebridad y gloriándote delante de las demás hijas del pueblo".

Cuando terminaron estas fiestas todos se fueron a un lugar de recreo cercano donde bajo emparrados y arcos de sombra se había preparado una comida. Jesús intervino también en esta parte de la fiesta y se sentó en una mesa donde eran servidos los pobres del lugar y contó allí algunas parábolas. Las doncellas comieron también en este lugar, pero estaban separadas de los hombres por divisiones. Estando sentados no se veían las mesas de ellas, pero de pie se veían, porque eran de poca altura las divisiones. Después de la comida fué Jesús con sus discípulos, los levitas y muchos otros de nuevo a la ciudad. Le esperaban muchos enfermos, a los cuales sanó, entre ellos lunáticos y melancólicos. Luego enseñó en la sinagoga sobre Jacob y José y la venta de éste a los egipcios, y añadió: "Un día Otro también será vendido por uno de sus hermanos; también Éste recibirá después a sus hermanos arrepentidos y los consolará en el tiempo de la carestía con el pan de la vida eterna". Luego, la misma tarde, preguntaron algunos paganos a los discípulos humildemente si podrían también ellos tener alguna parte en el gran Profeta, y los discípulos se lo dijeron al Señor, el cual les prometió ir mañana a su ciudad.

Jefté fué hijo de una mujer pagana echado de Ramoth por los hijos legítimos de su padre y vivió en la cercana comarca de Tob en compañía de soldados y gente de presa. (Ramoth se llama también Maspha). Jefté tenía de su difunta mujer pagana una hija única, de hermosa apariencia, prudente, pero muy vana. Jefté era un hombre decidido, fuerte y de mucha valentía, deseoso de triunfos y mantenía invariable su palabra dada. Aunque era judío de nacimiento era en verdad un guerrero pagano. Era en este caso un instrumento en las manos de Dios. Lleno de ansias de gloria, deseoso de vencer y ser cabeza de su pueblo, del cual había sido echado, hizo el voto solemne de sacrificar a Dios aquella persona que primero le saliera al encuentro de su casa. Como no amaba mucho a los demás de su casa no pensó que podía salirle precisamente su hija. Este voto no agradó al Señor; pero se hizo y su cumplimiento debía servir de castigo a él y a su hija, para acabar con su descendencia en Israel. Esta hija se habría maleado probablemente con la vanidad de la victoria y con la exaltación de su padre; en cambio, entonces hizo dos meses de penitencia y murió por Dios, y esta pérdida trajo al padre al buen camino y a su mejoramiento. He visto que la hija salió al encuentro de su padre a más de una hora de camino de la ciudad con gran acompañamiento de doncellas,

con cantos, tocadores de flautas y cítaras. Fué la primera persona que alcanzó a ver al dirigirse a la ciudad. Cuando supo su desgracia, pidió dos meses para pasar en la soledad con sus compañeras, para llorar su muerte como virgen, pues su padre no tendría descendencia en Israel y también para prepararse con la penitencia a la muerte. Salió con varias doncellas a través del valle de Ramoth y se fué a la montaña, y vivió allí dos meses en tiendas de campaña en oración y penitencia. Las doncellas de Ramoth se turnaban para hacerle compañía. Ella lloró allí su vanidad y su deseo de ser alabada. Se celebró en realidad un consejo sobre ella, si podía ser librada de la muerte; pero no era posible porque había sido dedicada por su padre con sagrado juramento, y era un voto que nadie podía desatar. He visto que ella misma pedía se cumpliera el juramento, hablando con gran prudencia y emoción. Su muerte fué acompañada de gran tristeza y sus compañeras cantaban cantos melancólicos en torno de ella. Ella estuvo sentada en el mismo lugar donde estaban las doncellas en la fiesta. Aquí volvió a celebrarse un consejo de si podía ser rescatada; pero ella nuevamente se adelantó y pidió ser sacrificada y morir, como en efecto se hizo. Tenía blancas vestiduras y estaba envuelta desde el pecho hasta los pies; desde la cabeza hasta el pecho estaba cubierta sólo de un velo transparente blanco, que dejaba ver su rostro, su espalda y su cuello. Ella misma se adelantó al altar. Su padre no pudo despedirse de ella y abandonó el lugar del sacrificio(*). Tomó una bebida roja en una taza, creo, para quedar como anestesiada. Uno de los guerreros de Jefté tenía que darle el golpe de muerte. Le vendaron los ojos, para significar que no era él un asesino, puesto que no veía a la persona que iba a matar. A ella se la inclinó sobre su brazo izquierdo y él puso sobre su garganta un cuchillo corto y con él le cortó el cuello. Cuando tomó ella la bebida roja, quedó como desmayada, y entonces el guerrero la sujetó. Dos de sus compañeras, vestidas de blanco, tomaron en una taza su sangre y rociaron con ella el altar. Después fué envuelta por sus compañeras y tendida sobre el altar, cuya superficie era un asador. Se encendió el fuego debajo y cuando

(*) Los autores que admiten la inmolación sangrienta de la hija de Jefté son, además de Targum: Josefo Flavio, Orígenes, San Epifanio, Tertuliano, San Efrén, San Gregorio Nazianceno, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, Teodoreto, San Agustín, San Ambrosio, y entre los más modernos, Cornelio a Lápide, Calmet y Santo Tomás, el cual caracteriza a Jefté con una frase gráfica: *In vovendo fuit stultus, et in reddendo impius.*

todo no era más que una masa negra carbonizada, algunos hombres tomaron el cadáver con el asador, lo depositaron en el borde del mausoleo y dejaron que se deslizara dentro teniendo el asador inclinado; luego cerraron el mausoleo. Este mausoleo estaba aún en tiempos de Jesucristo.

Las compañeras de Jeftías y muchos de los presentes habían teñido sus velos con su sangre y algunos se llevaban las cenizas. Antes de ser envuelta en su traje de sacrificio había sido bañada y adornada en una tienda por sus compañeras. Era un camino como de dos horas, en la montaña al Norte de Ramoth, donde Jeftías fué al encuentro de su padre con sus compañeras. Cabalgaban en pequeños asnos, adornados con bandas y campanillas que sonaban al caminar. Una cabalgaba delante de Jeftías y dos a su lado; luego seguían los demás con cantos y estruendos. Cantaban el cántico de Moisés con motivo de la perdición de los egipcios. Cuando Jefté vió a su hija rasgó sus vestiduras y quedó desconsolado en extremo. Jeftías, en cambio, no se mostró tan desconsolada; permaneció silenciosa cuando oyó su destino. Cuando salió para el desierto con sus compañeras, que habían llevado alimentos de ayuno, habló su padre por última vez con ella: era esto el principio del sacrificio. Le puso las manos sobre la cabeza, como se hacía con las cosas que habían de ser sacrificadas y dijo estas solas palabras: "Ve, tú no tendrás a ningún hombre". Y ella contestó: "Sí, yo no tendré a ningún hombre". Y no hablaron más. Después de la muerte dedicó a ella y a la victoria un hermoso recuerdo en Ramoth, con un pequeño templete encima y ordenó una fiesta de recordación cada año en el mismo día, para conservar la memoria de su triste juramento para aviso a todos los osados. (Jue., 39-40).

La madre de Jefté había sido una pagana hecha judía y la mujer de Jefté era hija de una pagana y de un hombre judío nacido fuera de matrimonio. Su hija no estaba cuando fué echado de su patria y vivió en el país de Tob, porque había quedado todo el tiempo en Ramoth con su madre, que entre tanto había muerto. Jefté no había estado aún en su ciudad natal desde que había sido llamado por sus conciudadanos; en el campamento de Mizpha había concertado el plan, juntado gente y no había ido a su casa ni a ver a su hija. Cuando hizo el juramento no pensó en su hija, sino en los parientes que le habían echado de casa; y por eso fué por Dios castigado.

LIX

Jesús entre los paganos de Ramoth

Cuatro días duraron las fiestas de la conmemoración de Jefté. Después Jesús fué con sus discípulos al lugar donde habitaban los paganos en Ramoth, que lo recibieron con gran veneración a la entrada de la calle que habitaban. No lejos de su templo había un lugar para enseñar, adonde habían traído a los enfermos y ancianos, a los cuales sanó de sus dolencias. Los que le habían invitado parece que eran sabios, sacerdotes y filósofos; sabían de la venida de los Reyes Magos, cómo habían éstos observado la estrella del Mesías, y pertenecían a esta secta de observadores de astros. Tenían no lejos un lugar apropiado sobre una colina para observar las estrellas, como en el país de los Magos. Habían deseado hace tiempo una enseñanza y ahora la iban a recibir del mismo Jesús.

Habló muy profundamente; también se refirió a la Santísima Trinidad, y en esta ocasión oí estas palabras, que me causaron extrañeza: "Tres son las cosas que dan testimonio: el agua, la sangre y el espíritu, y éstas están juntas en uno". Les habló de la caída del primer hombre en el pecado, de la promesa del Redentor y muchas cosas de la conducta de los hombres, del diluvio, del pasaje del Mar Rojo y del Jordán y del bautismo. Les dijo que los judíos no habían poseído toda la Tierra Santa y que muchos paganos habían quedado dentro; que Él venía ahora a tomar lo que había quedado para incorporarlo a su reino; pero no con la espada y la violencia, sino con el amor y la gracia.

Conmovió a muchos sobremanera y los envió a bautizarse a Ainón. A otros siete hombres de edad que ya no podían ir allá los hizo bautizar aquí por sus discípulos. Se trajo un recipiente que se puso delante de ellos; éstos entraron en una cisterna de baño, de modo que estaban hasta las rodillas en el agua; sobre el recipiente de agua se puso un pasamanos para apoyarse. Dos discípulos pusieron sus manos en el hombro de los bautizandos y Matías, un discípulo de Juan, les echó el agua, a uno después de otro. Usó una especie de taza con mango para echar el agua sobre la cabeza. Jesús les dijo a los discípulos la fórmula que debían repetir en los bautismos. Los hombres se presentaron limpios, vestidos de blanco. Jesús enseñó luego al pueblo en general sobre la castidad y el matrimonio; a las mu-

jeres les recomendó la obediencia, la humildad y la educación de los hijos. Las gentes se mostraron muy bien dispuestas y lo acompañaron con mucho cariño de regreso. Cuando Jesús volvió a la ciudad de los judíos, sanó aún a los enfermos que estaban delante de la sinagoga. Los levitas no vieron bien que hubiese estado con los paganos. Jesús enseñó en la sinagoga, donde continuaban aún las fiestas de Jefté, sobre el llamamiento de los paganos y cómo muchos de ellos se sentarían en su reino, preferidos a los hijos de Israel; y que Él había venido a incorporar a la tierra de promisión a aquellos paganos que ellos, los israelitas, no habían podido echar de ella, y que esto se realizaba por la gracia, la enseñanza y el bautismo. Habló también de la victoria y del juramento de Jefté.

LX

Las jóvenes celebran la conmemoración de Jeftías

Mientras Jesús enseñaba en la sinagoga, las jóvenes celebraban su fiesta en el monumento de Jeftías, que su padre le había erigido, que luego fué restaurado y adornado ahora con muchas cosas traídas por las jóvenes en su anual recordación. Estaba el monumento en un templo redondo, cuyo techo tenía una abertura. En medio del templo había un templete redondo compuesto de columnas abiertas con una cúpula a la cual se subía por escalones ocultos en una de las columnas. En torno de esa cúpula había una representación de la victoria de Jefté con figuras del tamaño de niños. Esta representación es de una masa delgada, brillante, como de placas de metal; arriba parecía que las figuras miraban dentro del templete. Llegado uno arriba podía estar parado sobre una plataforma de metal, de cuyo medio sale una vara con brotes hacia fuera del techo del templo y desde allí se puede contemplar la ciudad y el paisaje en torno. Esta plataforma era tan ancha que podían dos jóvenes ir alrededor tomando de la mano la vara del centro del templete. En el medio de este mausoleo estaba la figura de Jeftías, de mármol blanco, sentada en una silla, semejante a aquella en la cual estuvo sentada en realidad. La cabeza de esta estatua alcanzaba la primera voluta de la escalera de caracol que subía al templete. En torno de la figura había tanto espacio como para tres hombres juntos. Las columnas del templete estaban unidas con hermosa rejilla. La parte exterior de este mausoleo era de

pidras veteadas de varios colores y las volutas de la escala eran cada vez más blancas al subir. En el templo de este monumento celebraban las jóvenes la fiesta de Jeftías, que tenía en la mano un pañuelo junto a los ojos, como si llorara, y la otra hacia abajo sostenía un ramo quebrado o una flor tronchada. Toda esta fiesta procedió con mucho orden. De vez en cuando extendían cortinas en torno del templo y se juntaban en grupos o separadas unas de otras, en oración, llanto y gemidos. Miraban la figura del medio y cantaban alternándose unas con otras. A veces venían delante de la figura, echaban flores, la adornaban con guirnaldas y entonaban cantos sobre la brevedad de la vida. Recuerdo esto: "Hoy a mi, mañana a ti". Alababan la fortaleza de Jeftías y su resignación, y la exaltaban como precio de la victoria. Subían después de a grupos sobre el templete y cantaban cantos de triunfo. Algunas subían a lo alto y mirando a lo lejos pronunciaban el terrible juramento. Luego volvía el cortejo junto al monumento y lamentaba y consolaba a la joven porque debía morir sin descendencia. Todo el acto estaba lleno de acciones de gracias a Dios, con meditaciones sobre la justicia divina. Había muchas hermosas escenas en toda esta representación, alternando la alegría con la tristeza y la devoción. Se llevó a cabo también una comida en el templo, y he visto a las jóvenes, no sentadas a la mesa, sino en grupos sobre escalones con las piernas cruzadas, siempre de tres a tres, en torno del templo teniendo pequeñas y redondas mesitas delante de sí. Los alimentos tenían varias figuras representativas. Una masa de pastelería tenía la forma de un cordero echado de espaldas; en el interior del mismo había hierbas y otros alimentos.

LXI

Jesús en Arga

Jesús, después de haber tomado parte en una comida con los levitas, salió con sus siete discípulos y otros acompañantes de Ramoth y se dirigió hacia el Norte, pasando el Jabok y subiendo la montaña como tres horas al Oeste, en la comarca que fué un día el reino de Basán, y llegó a una ciudad en medio de dos montañas puntiagudas. Se llama Arga y pertenece al distrito de Argob, en la mitad de Manasés. A una hora y media o dos horas de camino hay, en el lugar donde nace el arroyo de Og, una gran ciudad de Gerasa al Oriente de Arga. Al Sudeste de

ésta se ve, situada muy alta, la ciudad de Jabesch-Galaad. El terreno aquí es pedregoso; de lejos parecería que no habría árboles; pero en muchos lugares los espacios están cubiertos con arbustos y plantas variadas. Aquí empezaba el reino de Basán. Arga era la primera ciudad al entrar. La media tribu de Manasés se extiende un poco más al Sur. A una hora del río Jabok, al Norte, veo una empalizada que señala los límites. Jesús pernoctó con sus discípulos como a media hora de la ciudad, en un albergue abierto en el camino real que va desde el Oriente hasta Arga. Los discípulos habían llevado comida consigo. Mientras en la noche todos dormían, Jesús se levantó secretamente y fué a orar al aire libre.

Arga es una ciudad grande, muy limpia y, como la mayor parte de las ciudades de esta comarca donde habitan paganos con judíos, están las calles trazadas en líneas rectas y convergen en forma de estrella en un punto céntrico. Las gentes tienen otra manera muy diferente de vivir que en Judea y en Galilea y son de mejores costumbres. Hay aquí levitas mandados de Jerusalén y otros centros, que enseñan en las sinagogas y son cambiados de tiempo en tiempo. Cuando la gente no está contenta con ellos, puede quejarse, y los cambian. No se sufren tampoco a gentes de malas costumbres y hay un lugar de castigo adonde son enviadas. He visto que la gente no se ocupa de preparar la comida, sino que hay grandes cocinas donde se cocina, y las gentes van allá a comer o a buscar su alimento. Duermen sobre las azoteas, bajo tiendas que extienden allí. Veo aquí muchas tintorerías, muy finas, especialmente de color violeta. El confeccionar y el tejer grandes y artísticas alfombras es aquí más extenso que en Ramoth. Entre la ciudad y los muros de la misma hay una hilera grande de tiendas donde muchas mujeres están sentadas junto a largas tiras que trabajan y tejen. Debido a este oficio, reina aquí una gran limpieza desde tiempos muy antiguos. Los olivares se ven en largas hileras. En los valles que se extienden hacia el Jordán hay excelentes praderas con ganado y camellos. Nace en esta región una preciosa madera que se usó en el Arca de la Alianza y los panes de la proposición. El árbol tiene una hermosa corteza plana, sus ramas cuelgan como las del sauce y las hojas son de forma de peras grandes, verdes de un lado y oscuras del otro. Tiene bayas como majoletas, pero más grandes. La madera es muy dura y resistente y se deja cortar como corteza; es de color amarillo pálido; una vez seca es indestructible y muy hermosa.

Tiene adentro una médula delgada, pero un corte de serrucho destruye el canal de esta médula y no queda sino una vena rojiza en medio. Trabajan esta madera para hacer mesitas y toda clase de utensilios ensamblados. Comercian también aquí con mirra y otras especias, que veo, sin embargo, que no nacen en esta región: las reciben de las caravanas que a veces quedan durante semanas descansando, cargando o descargando sus mercaderías. Prensan estas especias con la mirra en balas y fardos para embalsamar, según es uso entre los judíos. Veo grandes bueyes y ovejas.

Cuando Jesús al día siguiente por la mañana llegó a la ciudad con sus discípulos vinieron los levitas y los principales, muy reverentes, a su encuentro, porque habían sido avisados por algunos discípulos; lo llevaron a una tienda, le lavaron los pies y le dieron alimento. Enseñó en la sinagoga y sanó a muchos enfermos, entre ellos tísicos; a otros enfermos los visitó en sus propias casas. Hacia las tres hubo una comida. Comió con los levitas en un salón y se trajeron los alimentos de la cocina común. Por la tarde enseñó de nuevo en la sinagoga, porque había comenzado el Sábado. Por la mañana habló mucho sobre Moisés en el desierto, en el monte Sinaí y en el Horeb, se refirió a la fabricación del Arca de la Alianza y a la mesa de la proposición. Las gentes de aquí habían dado sus ofertas para esos trabajos y Jesús les pintó esas ofertas de entonces como figuras, y los exhortó ahora, en la época del cumplimiento, a preparar sus corazones y sus almas por medio de la penitencia y la conversión al sacrificio, y les mostró su sacrificio y oferta de entonces en relación con su estado presente. Ya no recuerdo como fué. Lo principal de su enseñanza era esto. Yo vi durante la enseñanza de Jesús, muy detalladamente, con toda clase de circunstancias, que en el tiempo de la salida de Egipto, Jetró, suegro de Moisés, y Séfora, mujer de Moisés, con sus dos hijos y una hija, vivían en Arga. He visto que Jetró y Séfora con sus hijos cabalgaron hasta donde estaba él en el monte Horeb. He visto cómo Moisés los recibió con gran contento y contó cómo Dios los sacó de Egipto. He visto a Jetró ofreciendo sacrificio. He visto cómo Moisés mismo gobernaba a los israelitas y cómo Jetró le dijo que instituyera jueces bajo sus órdenes. Después he visto a Jetró volver a su casa, quedando la mujer y los hijos con Moisés. Jetró contó todas las maravillas en Arga, donde mucha gente tomó gran veneración por el Dios de los israelitas. Jetró envió en camellos regalos y ofrendas para los sacri-

ficios, y los de Arga contribuyeron para estos regalos. Estos dones consistían en un aceite muy puro que luego se usó para quemar en la lámpara del Arca, en largos y finos pelos de camello para confeccionar mantas y cobertores, y en maderas de Setim de la cual se hizo el Arca y la mesa de la proposición. Creo que mandaron también una especie de trigo con el cual se hicieron los panes de la proposición: era la médula de una planta como caña, con la cual María cocinaba una sopa para Jesús en Nazaret.

Jesús enseñó por la fiesta del Sábado de Isaías y de Moisés, (V, 21-26). Llegó a hablar sobre Balac, el profeta Balaam, y he visto muchas cosas de ambas personas, pero no puedo ya poner en orden todo lo que vi. En la enseñanza de la tarde habló, con ejemplos de las leyes de Moisés que se leían, de la historia de Zambri, muerto por Fines junto a los madianitas.

(Aquí Ana Catalina contó una serie de prescripciones del IV libro de Moisés, 25-7-8, que ella nunca había oído decir ni leído del libro V, 21-26, y algunas que le llamaron mayormente la atención, como, por ejemplo: si uno saca nidos de pájaros se deben dejar allí a los padres; si uno cosecha debe dejarse los restos para los pobres, y otras cosas sobre las prendas de los pobres y sobre el préstamo. De todas estas cosas habló Jesús, especialmente de no dejar nada sin pagar del salario al obrero, porque los habitantes tenían allí muchos peones. Se alegra mucho de que todo esto, tan conforme a su sentir y modo de ser, esté en la Biblia y lo oye explicar a Jesús).

Después del Sábado fué Jesús a visitar el albergue de los paganos, que le habían rogado mucho por medio de los discípulos. Lo recibieron con mucho cariño y humildad. Les habló de la vocación de los infieles; que Él había venido para conquistar a aquellos infieles que los Israelitas no habían podido conquistar ni desalojar de allí. Le preguntaron sobre el cumplimiento de las profecías y de que el cetro sería quitado de las manos de los judíos en tiempos del Mesías. Jesús les enseñó sobre esto. Deseaban ser bautizados y sabían de la venida de los tres Reyes Magos. Les explicó el bautismo, diciendo que era para ellos una preparación para la entrada en el reino del Mesías. Estos paganos tan bien inclinados eran de las caravanas que aguardaban a otras que debían llegar. Eran unas cinco familias y en total 37 hombres. No podían ir al bautismo de Ainón porque temían perder la caravana que esperaban. Preguntaron a Jesús

donde les convenía quedarse y Él les indicó este lugar. Nunca oí que haya hablado a los paganos de la circuncisión; sólo de la modestia en las costumbres y que no debían tener más que una mujer. Estos paganos fueron bautizados después por Saturnino y Judas Barsabas, discípulo de Juan Bautista. Entraban en una cisterna de baño y se inclinaban sobre un recipiente grande que Jesús había bendecido. El agua la derramaban tres veces sobre la cabeza. Todos venían vestidos de blanco. Hicieron luego un regalo a Jesús consistente en barritas de oro y aros de oro, porque comerciaban con estos artículos: todo era para la caja común de los discípulos. Se vendió más tarde todo esto y se distribuyó el dinero a los pobres. Después Jesús enseñó aún en la sinagoga, sanó a muchos enfermos allí y tomó parte en una comida en compañía de los levitas.

LXII

Jesús en la pequeña población de Azo

Después de haber comido se dirigió Jesús, acompañado de varias personas, a un lugar situado a varias horas al Norte, llamado Azo. Se reunieron allí muchas personas, porque por la tarde comenzaban unas fiestas con ocasión de la victoria de Gedeón. Jesús fué recibido delante de la ciudad por los levitas; le lavaron los pies y le dieron alimento. Después fué a la sinagoga y enseñó. Azo era una fortaleza en los tiempos de Jefté; cuando él fué llamado del país de Tob, fué destruída. Ahora Azo era una pequeña ciudad, pero muy limpia, que se extendía en una hilera larga de casas. No tenía paganos y las personas eran buenas, trabajadoras, de sanas costumbres y cultivaban olivares. Los olivares están delante de la ciudad, en las laderas, plantados en orden, artísticamente dispuestos. También preparan aquí telas y tejen. El modo de vivir es como en Arga: los pobladores se tienen por judíos puros de la tribu de Manasés, porque viven sin mezclarse con paganos. Todo respira limpieza. El camino lleva por un valle arriba donde está la ciudad al Oeste de una montaña. Cuando Débora era juez en el tiempo en que fué muerto Sísara por Jahel, vivía una mujer descendiente de la extinguida tribu de Benjamín que se ocultaba largo tiempo en Maspha. Llevaba vestidos de hombre y pudo disimular tan bien su condición que nadie la reconoció. Tenía visiones, profetizaba y sirvió a los israelitas como espía; pero donde eran

usados sus servicios siempre salían los sucesos mal. Estaban acampados aquí los madianitas, a los cuales se juntó en traje de soldado y se decía llamarse Anihuem, uno de los héroes que había escapado del desastre de Sísara (Jueces, IV, 17-20). Se había introducido ya en varios campamentos para espiar y ahora estaba en el del capitán de los madianitas, para entregarle, como decía, en sus manos a todo Israel. No tomaba nunca vino, era muy precavida y vivía castamente; pero aquí se emborrachó y fué reconocida como mujer. Se la clavó sobre una madera de pies y manos y se la arrojó en un hoyo, con la expresión y sentencia: "Perezca aquí con su nombre".

Desde Azo salió Gedeón para atacar a los madianitas. Descendía de Manasés y vivía con su padre en Silo. Estaba entonces Israel en un estado miserable. Los madianitas y otros pueblos paganos invadían el país, arrebataban las cosechas y devastaban el suelo. Gedeón, un hijo de Joás, el primer caballero de Ephra, era muy valiente y muy caritativo. Solía cortar su trigo primero que todos y repartía una parte de lo suyo con los pobres. Lo he visto ir de mañana con el rocío bajo un árbol muy corpulento debajo del cual tenía escondida su era. Era un hombre de buena presencia y robusto. El árbol de roble cubría con sus ramas extendidas una excavación en la roca, disimulada por un borde de piedras que llegaba hasta las ramas del árbol, de modo que de fuera no se sospechaba que había al pie del árbol una gruta donde estaba la era. La rama principal estaba como entretegida con las ramas secundarias. El piso era de piedra dura; alrededor había hoyos donde estaban depositados los recipientes de trigo en vasijas de corteza. Trillaban con un rodillo que se movía a rueda en torno del árbol y había martillos de madera que caían en el rodillo. En la parte superior del árbol había un sitio de donde se podía observar. Los madianitas estaban desde Basán, a través del Jordán, hasta el valle de Esdrelón. El valle del Jordán estaba lleno de camellos que pastaban. Esto le servía a Gedeón para su intento. Por varias semanas estuvo informándose de todo y con sus trescientos hombres se escurrió dentro de Azo. Lo he visto llegar hasta el campamento de los madianitas y escuchar la conversación de una tienda. Decía un soldado a otro: "He soñado que caía aquí un pan desde la montaña y que derribaba la tienda". El otro contestó: "Esto no es buena señal; seguramente Gedeón caerá sobre nosotros". A la noche siguiente Gedeón con pocos soldados entró en este campamento tocando las trompetas, con las antorchas en la mano,

mientras otra partida acometía por otro lado. Los enemigos cayeron en la mayor confusión; se mataban unos a otros y así fueron vencidos de todas partes por los hijos de Israel. La montaña de la cual caía el pan, según el sueño del soldado, estaba detrás de Azo; desde aquí en efecto comenzó Gedeón a luchar personalmente.

En Azo, pues, se celebraba ahora la conmemoración de su triunfo. Delante de la ciudad hay un roble muy grande en el seno de una colina y debajo un altar de piedra. Entre este árbol y la montaña del cual vió venir el pan rodando aquel soldado, estaba sepultada aquella mujer profetisa. Esta clase de árboles es diferente de nuestro roble; tiene una fruta gruesa con cáscara verde, debajo del cual está metido el carozo duro en una envoltura, como en nuestras encinas. De estos carozos hacen los judíos las cabezas de sus bastones. Había ahora una hilera grande de arcos con ramas de encinas adornados con toda clase de frutas desde este árbol hasta la ciudad para la gran muchedumbre que acudía a la fiesta.

Jesús con sus discípulos fué también en una procesión hasta el árbol. Llevaban delante cinco machos cabríos pequeños con coronas coloradas en el pescuezo que encerraron en cavernas con rejillas en torno de aquella encina. Llevaron también panes y tortas para el sacrificio, mientras tocaban las trompetas. Se leyeron los rollos de la Escritura sobre Gedeón y su victoria y se cantaron salmos de gloria; luego se mataron los machos cabríos para el sacrificio, puestos sobre el altar con las tortas. La sangre era rociada en torno del altar y un levita tenía un caño con el cual soplaba sobre el fuego debajo del altar en recuerdo de que el ángel había bendecido el sacrificio de Gedeón con una vara. Jesús desarrolló luego una enseñanza al pueblo reunido y así terminó la mañana. Por la tarde fué con los levitas y los principales del pueblo a un valle al Sur de la ciudad donde en torno de un arroyo había un lugar de baños y de recreo. Estaban allí reunidas, en lugar aparte, las mujeres y las jóvenes, entretenidas en diversas diversiones. Se preparó una comida, donde los pobres tenían también su lugar en unas mesas. Jesús se sentó a la mesa de esos pobres. Contó la parábola del hijo pródigo y habló del carnero que mató su padre para él. La noche la pasó Jesús en el techo de la sinagoga, bajo una tienda, pues era costumbre dormir en las azoteas.

Al día siguiente continuaban las fiestas. Las tiendas y chozas de ramas se dispusieron para la fiesta de los Tabernáculos

que venía unos 14 días después. Por la mañana enseñó Jesús en la sinagoga y sanó a muchos enfermos delante de la escuela: eran ciegos, tísicos y algunos endemoniados no furiosos. Después hubo una comida, y Jesús dejó la ciudad acompañado por los levitas y otros. Eran unos treinta los que le acompañaban. El camino llevaba primero por la montaña desde la cual había visto el soldado caer el pan de cebada en el campamento de los medianitas; después bajaron a un barranco a través de una alta montaña y caminaron una hora hacia el Norte en un valle junto a un agradable lago donde había casas pertenecientes a los levitas de Azo. Un río corre desde el lago a través del valle y va al Jordán. A unas seis horas de aquí, al Noreste, está Betharamphta-Julias en torno a una montaña. Jesús tomó algún alimento junto al lago. Tenían pescados fritos, miel, panes, botellas con bálsamo: todo esto lo habían llevado consigo. El camino de Azo hasta aquí es como de tres horas. Jesús contó en el camino y aquí parábolas del sembrador y de los campos pedregosos, porque aquí es muy pedregoso el terreno. Como se veían pequeñas canoas en el lago y pescadores con anzuelos, Jesús refirió parábolas de peces y del modo de pescar. Los pescados apresados se distribuían a los pobres.

LXIII

Jesús en Ephrón

A una hora y media está Ephrón, aunque de aquí no se puede verlo, sino las altas montañas que están enfrente. Jesús se separó de la gente de Azo, que eran las mejores de todos sus caminos, y siguió viaje hasta Ephrón. Delante de la ciudad fué recibido por los levitas. Ya habían dispuesto a muchos enfermos en camastros de madera, a los cuales ponían un techo de tela. Jesús sanó a estos enfermos. La ciudad está en la altura, a Mediodía de un pasaje estrecho en el cual corre un arroyo que se desborda a menudo hacia el Jordán, el cual se puede ver desde aquí en el barranco muy lejos. Enfrente hay una montaña alta y angosta, donde la hija de Jefté con sus compañeras esperaba a su padre vencedor, y luego a una señal que recibía con humo desde lejos, volvió apresurada a Ramoth para salir con grande algazara y esplendor al encuentro de su padre. Aquí enseñó Jesús y sanó a muchas personas. Estos levitas pertenecían a una antigua secta de los recabitas. Jesús les reprochó su demasiada

severidad y la dureza de algunas de sus ideas y dijo al pueblo que en eso no debían imitarlos. Jesús recordó en esta ocasión a aquellos levitas que habían examinado y mirado injustamente (con demasiada curiosidad) el Arca de la Alianza que devolvían los filisteos, y que fueron castigados.

Los recabitas(*) descienden de Jetró, el suegro de Moisés. Vivían bajo tiendas en un tiempo, no cultivaban la tierra y no probaban el vino. Eran generalmente los cantores y los porteros del templo de Jerusalén. Aquellos que en Bethsames habían mirado, contra la prohibición de Dios, el Arca que volvía y fueron castigados con la muerte, eran recabitas que vivían allí bajo tiendas (Reyes, I, 6-15). Jeremías intentó una vez en vano hacerles probar vino en el templo y su observancia a los preceptos de la secta era un ejemplo para los israelitas. Ahora, en tiempos de Jesucristo, ya no vivían bajo tiendas, pero tenían aún costumbres diferentes de los demás. Llevaban un efod (escapulario) de pelos como cilicio sobre la carne y un vestido de pieles y otro blanco y hermoso con una faja muy ancha. Por estos trajes se distinguían de los esenios. Observaban exageradas normas de limpieza y algunas costumbres extrañas en los casamientos y juzgaban por la sangre derramada si una persona debía casarse o no y según estas señales casaban o prohibían el casamiento. Algunos vivían en Argob, en Jabesh y en la Judea. No contradecían a Jesús: eran humildes y recibían los reproches que les hacía. Jesús les reprochó su demasiada severidad contra los adúlteros y asesinos, cuyo perdón y arrepentimiento no querían ellos recibir. Los ayunos los observaban rigurosamente. Junto a la montaña he visto varias fábricas y talleres de fundición y herrerías. Fabricaban ollas y caños para el agua, que hacían en dos partes y las soldaban luego.

LXIV

Abigail, la mujer repudiada por el tetrarca Felipe

Desde Ephrón anduvo Jesús con sus discípulos y algunos recabitas unas cinco horas al Noreste, hacia L naramphta-Julias, hermosa ciudad situada en lo alto. Durante el camino enseñó con motivo de un taller de metales donde se extraía el cobre que se trabaja en Ephrón. En Betharamphta había también

(*) Recabitas, descendientes de Recab, que por mandato de Jonadab, hijo de Recab, se abstenían de beber vino.

recabitas y algunos sacerdotes. Los de Ephrón me parece que están subordinados a éstos. La ciudad es grande y espaciosa en torno a la montaña. La parte Oeste está habitada por los judíos y la del Este, en las alturas, por los paganos. Ambas están separadas por un camino de murallas y parque de recreo con avenidas. Arriba, sobre la montaña, hay un hermoso castillo con torres, jardines y árboles. Allá vive una mujer repudiada por el tetrarca Felipe, que recibe de los impuestos recaudados en la ciudad. Tiene cinco hijas ya crecidas consigo y desciende de los reyes de Gessur. Se llama Abigail; es una mujer de edad, de hermosa presencia, fuerte y de carácter muy bondadoso y compasivo.

Felipe era de más edad que Herodes de Perea y Galilea. Era un hombre de modales pacíficos y bueno, al modo de los paganos, y medio hermano del otro Herodes nacido de otra madre. Había casado primero con una viuda que tenía una hija. Por ese tiempo el marido de Abigail tuvo que ir a la guerra o a Roma y dejó en la corte de Felipe a su mujer. Ésta fué entre tanto seducida por Felipe, quien luego casó con ella, razón por la cual el marido murió de pena y dolor. Cuando después de algunos años estuvo por morir la primera mujer repudiada por Felipe, rogó ésta al tetrarca que se hiciera cargo al menos de su hija. Felipe, cansado ya de Abigail, casó con su hijastra y relegó a Abigail con sus cinco hijas a Betharam, que se llamaba también Julias en honor de un Emperador romano. Abigail vivía pues aquí entregada a obras buenas; era muy amiga de los judíos, con un gran deseo de la salud y de conocer la verdad. Estaba siempre bajo la vigilancia de algunos empleados de Felipe. Felipe tenía también un hijo; su nueva mujer era mucho mas joven que él.

Jesús fué recibido bien en Betharam y servido. En la mañana de su llegada sanó a muchos enfermos de los judíos; por la tarde enseñó en la sinagoga, y a la mañana siguiente sobre los diezmos y los primogénitos de Moisés (V, 26-29), y sobre Isaías (cap. 60). Abigail estaba en muy buenas relaciones con los habitantes, que la estimaban; enviaba a menudo regalos a los judíos para servir a los discípulos de Jesús. Por el primer día de Tisri(*) era la fiesta del principio de año y se tocaban todas clases de instrumentos desde lo alto de la sinagoga. Había arpas entre éstos y trompetas con varias aberturas. He visto de

(*) El mes de Tisri o Ethanim es el séptimo del calendario judío, entre Septiembre y Octubre.

nuevo aquel instrumento extraño compuesto de varios otros que había visto en Cafarnaúm: era de fuelles y se soplaba dentro. Todo estaba adornado con frutos, hojas y flores. Había diversas costumbres según las distintas razas o tribus de pueblos. Durante la noche las mujeres, vestidas de largas túnicas, oraban sobre las tumbas, con las luces encubiertas. He visto que todos se bañaban, las mujeres en sus casas y los hombres en los baños públicos. Estaban siempre separados los hombres casados de los jóvenes, como las mujeres casadas de las jóvenes. Estos frecuentes baños entre los judíos procedían con economía, pues no abundaba el agua en todas partes. Por esto he visto que a veces se tendían de espaldas en un recipiente y derramaban el agua sobre el cuerpo con una taza: más bien se lavaban que se bañaban. Hoy se bañaban fuera de la ciudad, en agua completamente fría. También he visto que hoy todos se hacen regalos unos a otros: los pobres fueron generosamente socorridos. Se les dió primero una gran comida, había allí largas hileras de regalos en vestidos, mantas y alimentos que se les repartieron. Cada uno que recibía regalos de un amigo daba algo a los pobres. Los recabitas presentes ordenaban todo y miraban lo que cada uno repartía a los pobres. Tenían tres rollos de escritos, donde anotaban las virtudes de cada donador sin que ellos lo advirtiesen. A uno de los rollos lo llamaban el libro de la vida, a otro el libro de la senda del medio, y al tercero el de la muerte. Los recabitas tenían varias de estas ocupaciones, y en el templo eran los porteros, los encargados de contar y calcular, y especialmente cantores, como lo hacían en la fiesta de hoy. También Jesús recibió regalos de vestidos, mantas y monedas, que hizo repartir entre los pobres.

LXV

Jesús con los paganos y con Abigail

Mientras se celebraban estas fiestas fué Jesús adonde estaban los paganos. Abigail le había pedido con mucha instancia y los mismos judíos, a los cuales les hacía muchos favores, le habían pedido que fuera a hablar con ella. Lo he visto, con algunos de sus discípulos, cruzando la ciudad de los judíos, e ir a la de los paganos, por entre un parque, en el centro de la ciudad, que era el lugar de encuentro de judíos y paganos cuando se veían por cuestión de comercio. Allí se había detenido Abigail

con sus cinco hijas, con su séquito y con otras muchas jóvenes paganas. Abigail era una mujer fuerte, de elevada estatura, de unos cincuenta años, como Felipe. Tenía en su rostro algo de triste y de ansioso, deseaba salud y enseñanza, pero no sabía qué debía hacer; se encontraba envuelta en compromisos y era vigilada por los espías de Felipe. Se echó a los pies de Jesús, que la levantó; luego la adoctrinó a ella y a todas las presentes, mientras iba y venía de un lado a otro. Habló del cumplimiento de las profecías, del llamamiento de los paganos y del bautismo. De todos los puntos donde había estado Jesús iban grupos de personas a Ainón y eran bautizadas por los discípulos que Jesús había dejado allí: había entre ellos judíos y paganos, que pedían ser bautizados. Andrés, Santiago el Menor, Juan y los discípulos del Bautista bautizaban allí. Del lugar donde estaba preso el Bautista iban y venían mensajes.

Jesús recibió de Abigail las acostumbradas muestras de reverencia. Había dispuesto servidores judíos que le lavaron los pies y le dieron la bienvenida. Le pidió humildemente perdón por haber deseado conversar con Él, puesto que hacía tiempo ansiaba la salud y su enseñanza, y le pedía también tomara parte en una fiesta que había preparado. Jesús se mostró sumamente bueno hacia todos y hacia ella en particular. Las palabras de Jesús, como su mirada, la conmovieron profundamente. La enseñanza dada a los paganos duró hasta la tarde. Jesús aceptó la invitación de Abigail y se dirigió a la parte oriental de la ciudad, no lejos del templo de los paganos, lugar de muchos baños, donde se había organizado una fiesta. Los paganos también celebraban el novilunio con especial solemnidad. Antes de llegar Jesús, el camino llevaba a la calle divisoria de judíos y paganos. Allí vió muchos enfermos tendidos en camastros de madera, en las casas abiertas en los muros: eran paganos y estaban tendidos entre paja y tamo. Los paganos tiene aquí muchos pobres. Por el momento no sanó a ninguno. En ese lugar de recreo de los paganos enseñó Jesús largo tiempo a los paganos, en parte caminando y en parte durante la comida. Habló en parábolas de los pájaros, para mostrar sus trabajos inútiles e infructuosos; habló de las arañas que se desentrañan sin provecho, de la solicitud de las hormigas y de las avispas; y contrapuso el trabajo ordenado y fructuoso de las abejas.

La comida en la cual tomó parte Abigail, tendida como las demás a la mesa, fué de provecho para los pobres, porque Jesús ordenó que se repartiese entre ellos. Había también grandes

fiestas en el templo de los paganos, que era bastante hermoso y tenía cinco partes abiertas, con galerías de columnas, por las cuales se podía ver. En el medio había una cúpula alta. Había ídolos en varias galerías. El principal de estos ídolos se llamaba Dagón: tenía arriba forma de hombre y terminaba como un pez. Otros ídolos tenían figuras de animales; pero ninguna de formas hermosas, como las estatuas griegas y romanas. He visto a doncellas que ponían coronas y guirnaldas a los ídolos, mientras cantaban y danzaban, y a los sacerdotes que ofrecían incienso sobre un trípode. En la cúpula del templo había una maravillosa representación de la noche en movimiento. Se movía una bola luminosa rodeada de estrellas en torno del techo y se podía ver desde afuera y adentro. Parecía representar el movimiento de las estrellas, o la luna nueva, o el curso del nuevo año. La bola brillante caminaba despacio y cuando llegaba a la otra parte, cesaban los cantos de este lado y comenzaban del otro donde llegaba la luna. No lejos de donde Jesús había tomado parte en la comida, había un lugar de recreo donde he visto jugar a las doncellas: estaban ceñidas, las piernas con ataduras y llevaban arcos con flechas y picas pequeñas adornadas con flores; corrían en un espacio adornado con flores y otros artificios; tiraban flechas y arrojaban las picas contra aves sujetas y contra varios animales, como cabríos y pequeños asnos amarrados al palco delante del cual corrían. Había allí, cerca del lugar de la fiesta, un ídolo espantoso con las fauces abiertas, como una bestia, y en lo demás parecido a un hombre con las manos puestas delante; estaba vacío y debajo ardía fuego. Los animales que alcanzaban a matar los ponían en sus fauces y se quemaban allí, cayendo los restos abajo. Los animales que no eran alcanzados, eran tenidos por sagrados y apartados de los demás: se les cargaba, por medio de los sacerdotes, los pecados de los habitantes y lo largaban al desierto. Era algo semejante a lo que practicaban los judíos con el macho cabrío. A no haber allí el sufrimiento de los animales y ese ídolo espantoso, me habría agradado sumamente la ligereza y la habilidad de esas muchachas en el correr y tirar. La fiesta duró hasta la tarde, y cuando salió la luna se sacrificaron los animales.

Por la noche estaba todo el templo pagano y el castillo de Abigail lleno de antorchas luminosas. Jesús enseñó después de la cena y se convirtieron muchos paganos, que iban luego al bautismo a Ainón. Por la noche subió Jesús, a la luz de las antorchas, hasta el castillo de Abigail y habló con ella en el

vestíbulo de su palacio, bajo columnas. Estaban allí algunos empleados de Felipe. La mujer se hallaba así contrariada en todo, porque era espiada, y dió a entender a Jesús su situación con una mirada que dirigió a los hombres que la observaban. Jesús conocía todo su interior y también la banda que la vigilaba; tenía compasión de ella. Ella preguntó si podía reconciliarse con Dios. Un punto era el que la tenía siempre afligida: su anterior adulterio y la muerte prematura de su marido. Jesús la consoló y le dijo que sus pecados le eran perdonados; que siguiera haciendo obras buenas, perseverando y orando. Ella era de la raza de los jebusitas, paganos que tenían por costumbre abandonar a sus criaturas defectuosas y dejarlas perecer, y muchas supersticiones con motivo de las señales observadas en el nacimiento de los niños.

En todos los lugares donde llegaba Jesús, se veían preparativos para la fiesta de los Tabernáculos: se traían artefactos de lata y se hacían tiendas ligeras de campaña y chozas de ramas y hojas en Betharamphta y sobre los techos de las casas. Las doncellas estaban preocupadas en seleccionar flores y plantas y ponerlas en agua o en los sótanos y lugares frescos para conservarlas frescas. Como hay delante de esta fiesta varios días de ayuno, ya se hacen preparativos para las comidas de entonces y los muchos invitados. Las provisiones están repartidas entre varios encargados y se pagan a los pobres que ayudan, y al fin de las fiestas se les da una comida y son recompensados por su trabajo. No se ven en estos lugares públicos casas para comprar o vender mercaderías. En Jerusalén, además de los lugares del templo, hay sitios apropiados con negocios y almacenes; en las otras ciudades, a lo más, hay cerca de la puerta una tienda donde venden mantas, especialmente por donde pasan las caravanas; no se ven gentes que estén sentadas en fondas bebiendo juntas; a lo sumo se ve alguno que otro hombre junto a una tienda, a la entrada de la ciudad, con un jarrón de vino u otra bebida. Pasa un viajero, toma alguna bebida y sigue su camino. Raro será que se quede allí sentado, tomando; por esta causa jamás se ve un borracho por la calle. Hay personas que venden agua: llevan recipientes de cueros puestos sobre un palo, que apoyan en la espaldas, a ambos lados. Los utensilios de cocina y de trabajo de hierro cada cual los va a comprar allí donde se fabrican; viajan en asnos. Al día siguiente pasó Jesús entre la pared divisoria de los judíos y de los paganos y sanó a todos los pobres enfermos paganos que yacían en las cuevas y antros

miserables, a quienes los discípulos repartían limosnas. Más tarde Jesús enseñó, a modo de despedida, en la sinagoga. Como en esta fiesta ocurre también la conmemoración del sacrificio de Isaac, Jesús habló del verdadero Isaac y de su sacrificio; pero ellos no lo entendieron. En todos estos lugares habla bien claro del Mesías, pero nunca expresa claramente que Él es ese Mesías esperado.

LXVI

Jesús en Abila

Jesús anduvo con sus discípulos, acompañado por los levitas, tres horas al Noroeste hacia un barranco donde corre el río Karith, para echarse en el Hieromax, en dirección a la hermosa ciudad de Abila, que está en ese barranco. Los levitas le acompañaron hasta una montaña y luego se volvieron. Eran las tres de la tarde cuando llegó Jesús a las puertas de la ciudad, donde fué recibido por los levitas, entre los cuales había algunos recabitas. Con ellos estaban también tres discípulos de Galilea que esperaban a Jesús. Acompañaron a Jesús, dentro de la ciudad, junto a un hermoso pozo de agua. Era la fuente del arroyo Karith. La casa edificada sobre la fuente estaba sostenida con columnas, en medio de la ciudad, donde estaban la sinagoga y otros edificios. A ambos lados de la ladera de la montaña continuaban los edificios y las casas; las calles estaban trazadas en diagonales o estrellas de modo que de todos los puntos se podía ver este centro donde estaba la fuente. Junto a ella los levitas lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos y les dieron la refección que acostumbraban. En los jardines y lugares adyacentes he visto a doncellas y hombres haciendo los preparativos para las fiestas de los Tabernáculos. Desde este lugar fué Jesús con ellos a una media hora de camino afuera de la ciudad, donde había un puente de piedra ancho sobre el río Karith. Había allí un sillón de enseñanza levantado en honor de Elías: la cátedra tenía ocho columnas alrededor sosteniendo la techumbre. Ambas orillas del río estaban arregladas en forma de escalones para los oyentes, y todo estaba lleno de personas deseosas de oír a Jesús. La cátedra consistía en una columna con un sillón arriba. De este modo Jesús al enseñar podía volverse a todos lados, según los casos. Se recordaba ese día a Elías, a quien le había sucedido algo junto al río. Después

de la enseñanza hubo una comida en un sitio de recreo y de baños, delante de la ciudad. Con el Sábado se cerraba esta fiesta, porque al día siguiente era día de ayuno por la muerte de Godolías (IV Reyes, 22-25). Se tocaron las trompetas.

He visto en la ladera de la montaña, al Este de la ciudad de Abila, una única hermosa excavación de sepultura con un jardincito delante, y mujeres de tres familias de la ciudad celebraban allí una conmemoración de muertos. Estaban sentadas, cubiertas con velo, llorando; recitaban salmos de lamentaciones y se echaban a menudo con el rostro en tierra. Mataban hermosos pájaros con plumas de colores, que sacaban y quemaban sobre el sepulcro. La carne de estas aves las repartían a los pobres. El sepulcro era de una egipcia de la cual descendían las mujeres que estaban allí. Antes de la salida de Egipto de los hijos de Israel vivía allí una mujer ilegítima, pariente del Faraón, el cual distinguía a Moisés y a los israelitas haciéndoles grandes favores. Era una profetisa que descubrió a Moisés el escondite donde habían ocultado la momia de José, la última noche que estuvieron en Egipto. Se llamaba Ségola. Una hija de Ségola fué mujer de Aarón; pero se separó de ella y casó luego con Isabel, hija de Aminadab, de la tribu de Judá. Con Aminadab tenía la mujer repudiada una relación que ya no puedo recordar. La hija de Ségola, que fué enriquecida por Aarón y su madre, y que llevó muchos tesoros a la salida de Egipto, siguió a los Israelitas en su salida del país, casó luego con otro hombre y se unió a los madianitas de la descendencia de Jetró. Los descendientes de éstos se establecieron en Abila, vivían en tiendas y el cadáver de esta mujer estaba allí enterrado. Después de los tiempos de Elías se edificó a Abila y entonces se establecieron permanentemente en la ciudad. En los tiempos de Elías yo no veía esta ciudad; o se edificó después, o si estaba antes habría sido destruída en alguna guerra. Vivían ahora aún tres familias de esa descendencia y celebraban la muerte de esta hija de Ségola: su momia había sido traída aquí del desierto y sepultada. Las mujeres ofrecían a los levitas aros y joyas diversas en memoria de la muerta. Jesús habló y alabó a esta mujer, y se refirió también a la compasión de su madre Ségola, enseñando desde el sitial de Elías. Las mujeres oían las palabras de Jesús, detrás de los hombres. En la comida, en ese lugar de recreo y de baños, estaban presentes muchos pobres, y cada comensal tenía que darles una parte de su porción.

Al día siguiente he visto a los levitas llevar a Jesús a un gran patio con muchas celdas en derredor, donde había unos veinte ciegos de nacimiento y sordomudos, cuidados por enfermeros y médicos, porque era una especie de hospital. Los sordomudos eran como niños: cada uno tenía un retazo de quinta donde plantaba o se divertía. Se acercaron todos a Jesús y con los dedos indicaban la boca. Jesús se inclinó y escribió con el dedo diversos signos en la arena. Ellos miraban con atención y según lo que escribía indicaban algún objeto de los alrededores: así les hizo entender algo de Dios. No sé si hacía Jesús figuras o letras, y si antes habían sido ya algo instruídos. Después Jesús puso los dedos en sus oídos y les tocó con el pulgar y el índice debajo de la lengua. Se sintieron conmovidos fuertemente, miraban en torno, oían. Lloraron de alegría, hablaron y se echaron a los pies de Jesús, terminando por entonar una melodía sencilla de pocas palabras. Parecía algo a lo que cantaban los Reyes Magos en su viaje a Belén. Jesús fué entonces junto a los ciegos, que estaban silenciosos en una hilera. Oró y puso sus dos pulgares sobre los ojos y de pronto tuvieron vista. Vieron a su Salvador y Redentor y mezclaron sus cantos de alabanza con los sordomudos, que lo alababan y podían ya oír sus enseñanzas. Era un espectáculo amable y sobremanera conmovedor. Toda la ciudad acudió a su encuentro, cuando salió Jesús con los sanados, a los cuales mandó que se bañasen y lavasen. Después fué con los discípulos y levitas, a través de la ciudad, hacia la cátedra de Elías.

Se había producido un gran movimiento en toda la ciudad. Habían soltado también, por el anuncio de los prodigios obrados, a algunos endemoniados. Corrían a un rincón de la calle algunas mujeres mentecatas que charlaban, gesticulaban y gritaban hacia Él: "¡Jesús de Nazaret; Tú eres el profeta; Tú eres Jesús; Tú eres el Cristo, el profeta!" Eran mentecatas y locas, de índole tranquila. Jesús les ordenó que callaran, y obedecieron al instante. Les puso las manos sobre la cabeza, ellas se echaron a sus pies, y lloraron, se pusieron silenciosas, se avergonzaron de sí mismas, y fueron sacadas de allí por sus parientes. También algunos endemoniados furiosos se abrieron paso entre la multitud y hacían ademán como si quisieran despedazar a Jesús. Él los miró y ellos acudieron como perros acosados a echarse a sus pies. Con un mandato hizo salir los demonios de ellos. Cayeron como en un desmayo, mientras salía un oscuro vapor de los cuerpos. Pronto volvieron en si: lloraron, dieron gracias y fue-

ron llevados por sus parientes. Ordinariamente les mandaba Jesús que se purificaran. Luego enseñó de nuevo sobre el sitial de Elías, sobre el río, hablando de Elías, de Moisés y de la salida de Egipto. Con ocasión de los sanados, habló de las profecías que anunciaban que en tiempos del Mesías, los sordos oirían, los mudos hablarían y los ciegos verían. Refirióse a aquellos que, viendo los signos, no querían creer.

LXVII

Descripción de Elías

En esta ocasión he visto muchas cosas sobre Elías. Era un hombre alto y delgado, de mejillas rojizas algo caídas, mirada penetrante y vivaz, barba larga y rara, cabeza calva con sólo unos cabellos detrás como una corona. Arriba en la cabeza tenía tres gruesos nudos en forma de cebolla: uno en el medio de la cabeza, y los otros dos más adelante, hacia la frente. Llevaba un vestido compuesto de dos pieles unidas por los hombros, estaba abierto a los lados y por la cintura atado con una cuerda. Del hombro y las rodillas colgaban los mechones de las pieles de su vestido. Tenía un bastón en la mano y sus tibias eran más oscuras que su rostro. Elías estuvo nueve meses en este lugar, y en Sarepta, en casa de la viuda, estuvo dos años y tres meses. Vivió aquí en una cueva, en la parte Este del valle, no lejos del río. He visto cómo el pájaro le traía el alimento. Primero venía una figura pequeña y oscura, como una sombra de la tierra, que traía en sus manos una torta delgada: no era éste ningún hombre ni animal: era el enemigo (el demonio) que le tentaba. Elías no tomaba este pan, sino que lo rechazaba. Después veía yo a un pájaro que venía cerca de su cueva con pan y alimentos, que escondía entre el follaje(*). Parecía como que lo escondía para si mismo: debía ser un ave acuática, puesto que tenía membranas entre las garras. Su cabeza era algo ancha y le colgaban como unas bolsas al lado del pico, y debajo como un buche; tableteaba a semejanza de la cigüeña. He visto que este pájaro se había familiarizado mucho con Elías, de modo que éste le indicaba a derecha o izquierda, como si lo mandara ir y venir a algún lugar. Esta misma clase de pájaros los he

(*) La palabra hebrea Horeb, que el latín traduce por *corvus*, significa, según los exégetas, varias clases de aves, entre ellas el *corvus aquaticus*, con plumas variopintas y pico largo. (Véase Calmet: *Dicc. S. Script.*).

visto con frecuencia con los solitarios, por ejemplo, con Zósimo y con María de Egipto. Cuando Elías estuvo con la viuda de Sarepta, además de haberse multiplicado la harina y el aceite, eran también traidos alimentos por algún cuervo.

Jesús fué con los levitas a esta cueva de Elías; estaba en la parte Este de la ladera de la montaña. Bajo un bloque de piedra, que sobresalía, había un pequeño asiento de piedra, donde Elías, cubierto por la roca, tomaba su descanso en la noche. El lugar estaba cubierto de musgo.

Cuando empezaba el Sábado del cuarto Tisri y se había terminado el ayuno, se hizo una comida en el parque y lugar de baños, y los pobres fueron nuevamente obsequiados. Cuando Jesús a la mañana siguiente enseñó de nuevo en la sinagoga y sanó a los enfermos, caminó con los discípulos, los levitas, los recabitas y algunos de la ciudad hacia la ladera Oeste de la montaña, durante una hora, entre viñedos. Sobre estas montañas hasta Gadara había montículos de piedras, unas naturales y otras colocadas a propósito, a las cuales estaban apoyadas las vides. Estas viñas eran gruesas, como el brazo de un hombre, estaban muy separadas una de otras y sus ramas se extendían a distancia. Los racimos eran gruesos y largos como un brazo, y los granos grandes como ciruelas. Las hojas eran más grandes que entre nosotros, pero más pequeñas que los racimos. Los levitas preguntaban diversos puntos de los salmos que se referían al Mesías. Decían: "Tú eres el más cercano al Mesías; Tú nos lo puedes decir". Entre otros había este verso: *Dixit Dominus Domino meo,* y de Isaías los versos que hablan del lagar y de los vestidos manchados de sangre (Isaías, 63-3). Jesús les explicó todos estos puntos, refiriéndolos a su propia Persona. Estaban sentados en ese momento sobre una colinita de estos viñedos y comían uva. Los recabitas no habían querido comer con ellos las uvas, porque les estaba prohibido el vino. Jesús les dijo que comiesen, y se lo mandó, añadiendo que si pecaban en eso Él tomaba sobre sí el pecado. Como viniese la conversación sobre esta prohibición se habló de cómo Jeremías les mandó una vez, por orden de Dios, que lo hicieran, y ellos no habían querido obedecer. Ahora, que se lo mandaba Jesús, lo hicieron. A la tarde regresaron, hubo una comida y los pobres fueron servidos. Después enseñó Jesús en la sinagoga y pernoctó en casa de los levitas, sobre la azotea, bajo una tienda.

LXVIII

Jesús se dirige a Gadara

Acompañado por los levitas se dirigió Jesús desde Abila a Gadara, adonde llegó por la tarde delante de la parte de la ciudad habitada por los judíos, separada de la habitada por los paganos, que era mayor y tenía cuatro templos de ídolos. Conocí que Gadara era una ciudad de paganos, porque allí estaba el ídolo de Baal bajo un grueso árbol. A Jesús lo recibieron bien. Había un sanedrín para esta comarca y fariseos y saduceos, aunque no pasaban de trescientos a cuatrocientos los hombres judíos. Llegaron algunos discípulos de Galilea: Natanael Chased, Jonatán y creo que Felipe. Jesús se hospedaba en un albergue delante de la ciudad judaica, donde se había dispuesto una gran cantidad de ramas, plantas y hojas para las fiestas de los Tabernáculos. A la mañana siguiente, cuando Jesús se dirigía a la sinagoga para enseñar, habían reunido una gran cantidad de enfermos y algunos endemoniados furiosos. Los fariseos y saduceos, que parecían bien intencionados aquí, querían sacar a los enfermos: que no fuesen cargosos, que no era tiempo todavía. Jesús, en cambio, les habló cariñosamente, mandándoles que se quedasen, que había venido para ellos, y sanó a muchos de los enfermos. El sanedrín judío se había reunido y había tratado si lo dejarían enseñar o no, porque se levantaban en todas partes protestas; pero decidieron unánimemente que podía hacerlo. Habían oído hablar muy ventajosamente de Jesús y sabían de la curación del hijo del centurión de Cafarnaúm. Los discípulos recién venidos le hablaron a Jesús de otro muy necesitado de ayuda de Cafarnaúm, que merecía ser ayudado.

Jesús habló en la sinagoga de Elías, de Achab, de Jezabel y del ídolo Baal levantado en Samaría. También habló de Jonás, que no recibió pan de un cuervo porque había sido desobediente. Se refirió al rey de Babilonia, Baltasar, que profanó los sagrados vasos del templo y que vió por eso la escritura en la pared. Sobre el profeta Isaías habló largamente y con fuerza. y aplicó admirablemente a Sí mismo sus palabras hablando de sus padecimientos y de su triunfo. Habló del lagar, de la vestidura teñida en sangre, del trabajo solitario y del pensar de los pueblos. Primero trató de la renovación de Sión, de los guardianes sobre los muros de Sión, y sentí la impresión de que hablaba de la Iglesia. Jesús habló tan claro, para mi, pero tan

honda y seriamente, que los sabios judíos se sintieron conmovidos y tocados, aunque sin lograr entenderlo. Vinieron aún de noche a juntarse entre ellos, revolviendo y consultando rollos y escritos, y hablaban y daban diversos pareceres. Pensaban: "Debe estar Él en combinación con un pueblo cercano, para venir con un gran ejército de soldados y apoderarse de la Judea".

El ídolo Baal, que estaba delante de la puerta de la ciudad pagana, era de metal. Estaba debajo de un añoso árbol; tenía una gran cabeza y las fauces abiertas. La cabeza terminaba algo en punta, como un pilón de azúcar, y tenía una corona de hojas. Este ídolo grueso y ancho, aunque corto, estaba como un buey erguido. En una mano tenía unas espigas de trigo y en la otra algo como racimo de uvas o alguna planta. Tenía siete aberturas en el cuerpo y estaba sentado como sobre un caldero, debajo del cual se hacía fuego. En sus fiestas se le adornaba con vestidos. Gadara es una fortaleza. La ciudad pagana es bastante grande y está más baja que la parte más alta de la montaña. En el Norte de la ladera hay baños termales y hermosos edificios. A la mañana siguiente, cuando Jesús sanó a muchos enfermos, vinieron los sacerdotes. Él les dijo: "¿Por qué habéis estado tan preocupados anoche por mis palabras de ayer? ¿Por qué teméis un ejército, cuando Dios protege a los justos? Cumplid la ley y los profetas, y no tengáis miedo". Luego enseñó como ayer en la sinagoga.

LXIX

Jesús con una sacerdotisa de los ídolos

Hacia el mediodía, vino una mujer pagana, temerosa, rogando a los discípulos dijeran a Jesús se dignase llegarse hasta su casa, que tenía un hijo a punto de morir. Jesús fué con varios discípulos a la ciudad pagana. El marido de esta mujer recibió a Jesús en la puerta y lo introdujo en la casa. La mujer se echó a sus pies y le dijo: "Señor, he oído hablar de tus obras y que haces mayores maravillas de las que hizo Elías. Mira, mi único hijo está por morir y nuestra sabia sacerdotisa no lo pudo sanar. Ten piedad de nosotros". En efecto, el niño estaba recostado en una especie de cajón en un ángulo de la casa: parecía como de tres años de edad. Su padre había estado ayer en la viña con el niño; había comida pocas uvas, y tuvo que traer a casa al niño que se quejaba de dolor. La madre lo

había tenido hasta ahora en su regazo, tratando inútilmente de aliviarlo. Parecía muerto, quizás ya lo estaba. Entonces la madre corrió a la ciudad judía y pidió ver a Jesús, porque había oído hablar de las curaciones obradas ayer con los judíos.

Jesús le dijo: "Déjame solo con tu hijo y mándame dos de mis discípulos". Entraron Judas Barsabas y Natanael el de Caná. Jesús tomó al niño del lecho en sus brazos, y acercó el pecho del niño a su pecho, y su rostro al del niño, y sopló sobre él. Entonces el niño abrió los ojos; se incorporó luego, y Jesús puso al niño delante de Sí, y dijo a los discípulos que pusieran sus manos sobre la cabeza del niño y lo bendijeran. Así lo hicieron. El niño se sintió completamente sano y Jesús lo llevó a sus ansiosos padres, que lo abrazaron, y se echaron a los pies de Jesús. La mujer exclamó: "Grande es el Dios de Israel. Es sobre todos los dioses. Mi marido ya me lo había dicho, y yo no quiero servir sino a ese Dios sólo". Se habían reunido entretanto muchas personas, que le trajeron sus niños. A un niñito de un año sanó con la imposición de las manos. Otro de siete años tenía convulsiones, era mentecato y estaba endemoniado; pero sin ataques furiosos y a veces impedido y mudo. Jesús lo bendijo y mandó lavarlo en un baño de tres aguas: las aguas termales de la fuente Amathus, al Norte de Gadara; de la fuente de Karith, cerca de Abila, y en las aguas del Jordán. Los judíos de aquí solían tener consigo agua del Jordán del lugar donde Elías pasó el río, y la usaban para los enfermos de lepra.

Se quejaban las madres que tenían tantas desgracias con sus criaturas y que su sacerdotisa no podía ayudarles en todos los casos. Mandó Jesús que llamasen a esa sacerdotisa. Vino ésta de mala gana, y no quería entrar. Estaba cubierta con su velo. Jesús la mandó acercarse. Ella no quería mirarlo de frente, y apartaba el rostro: su comportamiento era como el de los endemoniados, que eran obligados por una fuerza interior a apartar su mirada de la de Jesús; con todo, se sentía obligada por el mandato de Jesús a acercarse. Jesús dijo entonces a los paganos reunidos allí, hombres y mujeres: "Yo os quiero mostrar qué ciencia y poder veneráis en esta mujer y en su arte". Mandó a los espíritus que saliesen de ella. Salió entonces, a vista de todos, como un vapor negro de ella en forma de toda clase de animales asquerosos: serpientes, sapos, ratas, dragones. Era una vista espantosa, y Jesús dijo: "Mirad qué doctrina seguís vosotros". La mujer cayó de rodillas y comenzó a llorar y

a gemir. Luego se tornó tranquila y obsecuente, y Jesús le mandó dijese ante todos cómo procedía para sanar a los niños. Ella, entre lágrimas, aun contra su voluntad, dijo como procedía: que primero, por medio de artes de magia demoníaca, los hacía enfermar, y luego, al parecer, los volvía a sanar para honra de su ídolo y de sus dioses.

Jesús le mandó entonces venir con Él y sus discípulos al lugar donde estaba el ídolo Moloch(*), y mandó también que acudieran los sacerdotes de los ídolos. Se reunió gran multitud de gente, porque se había ya propagado la curación del niño. El lugar no era un templo sino una colina rodeada de excavaciones, y el mismo ídolo estaba en una de esas excavaciones y con una techumbre encima. Jesús les dijo que llamasen afuera a su dios, y como lo hiciesen salir por medio de artificio que habían hecho para eso, les dijo Jesús que los compadecía por tener un dios a quien tenían que ayudar para salir de su escondite, ya que no podía hacerlo solo. Dijo entonces Jesús a la sacerdotisa que dijese las alabanzas de su dios, cómo le servían y lo que ese dios les daba. Entonces le pasó a esta mujer lo que al profeta de Balaam: tuvo que decir públicamente todas las atrocidades de su culto y publicó abiertamente las maravillas del Dios de Israel, delante de todo el pueblo allí presente. Jesús mandó entonces a sus discípulos que volteasen al ídolo y ellos lo hicieron así. Jesús les dijo: "Mirad qué ídolo adoráis y qué espíritus son los que están en él y que adoráis". En este momento, a la vista de todo el pueblo, salieron de allí figuras espantosas de demonios de diversas formas que, temblando, se escurrían, y reptando, se ocultaban debajo de tierra, entre las tumbas y excavaciones del lugar. Los paganos estaban muy atemorizados y avergonzados. Jesús les dijo: "Si vosotros metéis de nuevo a vuestro ídolo en la cueva, se despedazará". Los sacerdotes le rogaron entonces que no lo destruyera y Jesús dejó que ellos lo levantasen de nuevo y lo izasen en alto. La mayoría de los paganos estaban conmovidos y avergonzados, especialmente los sacerdotes; pero algunos de ellos estaban irritados. El pueblo estaba, sin embargo, de parte de Jesús. Les hizo todavía una conmovedora y hermosa exhortación, y muchos de estos paganos se convirtieron.

(*) Calmet reunió cuanto se pudo saber sobre este ídolo en su *Dissertatio de Moloch*, que identifica con Bel, Baal, Chronos, Saturnus. La descripción de Ana Catalina es la más completa.

Este ídolo Moloch parecía un buey sentado sobre sus patas traseras; tenía los brazos como quien quiere abrazar algo, y podía cerrarlos por medio de un mecanismo. La cabeza tenía una boca ancha abierta y en la frente un cuerno retorcido. Estaba asentado sobre una extensa fuente y tenía en el cuerpo varias formas de bolsas abultadas y abiertas. En las fiestas le colgaban del cuello largas correas y adornos. En el tazón, debajo de él, se hacía fuego cuando ofrecían sacrificios. Ardían siempre muchas lámparas en torno de la fuente donde estaba asentado. En otras épocas le ofrecían niños; ahora ya no les era permitido. Le ofrecían toda clase de animales, que quemaban en las aberturas de su cuerpo, o echaban por la abertura de su cabeza. El sacrificio que más apreciaban para él era una alpaca. Había aquí unos aparatos con los cuales descendían hasta el fondo, donde estaba el ídolo entre excavaciones y cavernas. No había ya con el ídolo un culto regular: lo invocaban sólo en actos de magia, y la sacerdotisa tenía que ver con él en estos casos de enfermedades ficticias, que luego aparecían como curaciones milagrosas. En cada una de las aberturas de su cuerpo recibía un don particular. En otros tiempos le ponían los niños en su brazos, que eran quemados por el fuego debajo de él y alrededor, pues era todo hueco. Por un mecanismo se estrechaban sus brazos de modo que las víctimas no podían dar voces ni hacerse oír sus gritos. Tenía un mecanismo en las piernas y podían por medio del mismo levantarlo sobre sus pies. Tenía además rayos en torno de su cabeza.

LXX

Jesús en Dión

Los paganos, a quienes había Jesús sanado los hijos, preguntaron a Jesús adónde debían dirigirse ahora, porque ellos no querían más adorar a su ídolo. Jesús les habló del bautismo, y que por ahora se quedasen quietos allí y esperasen. Les habló de Dios, como de un Padre a quien hay que ofrecer como sacrificio las propias pasiones, puesto que no necesita ningún otro sacrificio que el de nuestros propios corazones. Cuando Jesús hablaba a los paganos les decía más claramente que a los judíos que Dios no necesita de nuestros sacrificios. Los exhortaba a la penitencia, al agradecimiento por los beneficios y la compasión por los miserables. En la ciudad de los judíos

celebró la festividad del Sábado, tomó parte en una comida, y luego comenzó el ayuno por causa de la adoración del becerro de oro, que se hacía el ocho de Tisri, porque el siete, que era el verdadero día, caía ese año en día Sábado. Jesús abandonó esta ciudad por la tarde. Los paganos, cuyos hijos había sanado, volvieron a agradecer a Jesús delante de su ciudad. Jesús los bendijo y caminó con doce discípulos a través del valle, al Sur de Gadara; luego, sobre una montaña hasta un arroyo que baja de la montaña de Betharamphta-Julias, donde existen talleres de fundición de metales. Había tres horas de camino desde Gadara hasta el albergue junto al río donde entró Jesús con sus discípulos. Los judíos que vivían allí estaban ocupados con la colecta de frutas y fueron adoctrinados por Jesús. Había también allí un grupo de paganos que juntaban flores blancas de unos arbustos de cerco y juntamente unos gruesos insectos y escarabajos. Cuando Jesús se acercaba a ellos, se retiraban, mostrándose esquivos.

Me fué enseñado que juntaban esos escarabajos para su dios Beelzebub(*) que tenían en Dión. He visto a este ídolo sentado bajo un grueso árbol delante de la puerta de la ciudad. Tenía forma de mono, con brazos cortos y piernas delgadas, y estaba sentado como los hombres. Su cabeza era puntiaguda con dos cuernos retorcidos como fases de luna; su rostro espantable con una nariz muy pronunciada. La barbilla era hundida, y la boca grande como de una bestia, el cuerpo esbelto y en torno del vientre como un delantal, las piernas largas y delgadas con garras en los dedos. En una mano tenía un recipiente sobre un estilo y en la otra una figura como mariposa que salía de la larva. Esta mariposa parecía en parte ave y en parte insecto asqueroso, y era brillante y variopinta. En torno de la cabeza tenía una corona de asquerosos insectos y gusanos voladores: uno tenía al otro agarrado; y sobre la frente y en medio de la cabeza puntiaguda había un insecto más grande y más repugnante. Eran brillantes y de varios colores, pero de formas asquerosas, y venenosos, con vientres abultados, pies, garras, aguijones y pinchos. Cuando Jesús se acercó a estos paganos

(*) Calmet, en su *Dissertatio de Numinibus Philistinorum*, después de exponer dos formas y significaciones de este ídolo, expone la tercera diciendo: "La tercera sentencia hace del ídolo una relación a la mosca, en forma de un ídolo, teniendo en la mano una mosca, a veces en la cabeza o a los lados del mismo" (1, 188). La vidente ve estos ídolos debajo de los árboles, a la entrada de las ciudades. (Esto concuerda con II, Rey. 17-10; Deut. 12-2; Is. 57-5; Jer. 2-20 y 3-6-13).

que juntaban insectos para el ídolo, toda esa corona se deshizo como un oscuro enjambre de insectos, que se refugiaron en los agujeros y escondrijos del lugar, y se vieron toda clase de figuras de espíritus inmundos que se escurrían como escarabajos en los agujeros del suelo. Eran los espíritus inmundos que eran adorados en los cuerpos de esos asquerosos insectos.

Al día siguiente por la mañana llegó Jesús a la ciudad judía de Dión, que es mucho más pequeña que la parte pagana de la misma ciudad, que está mejor edificada sobre la ladera de la montaña y tiene varios templos. Esta ciudad de los judíos está completamente separada de la pagana. En la parte donde entró Jesús estaban ya en gran número hechas las chozas para las fiestas de los Tabernáculos, y en una de ellas fué recibido por los sacerdotes y ancianos, con lavatorio de los pies y una refección, como de costumbre. Se dirigió en seguida a los muchos enfermos allí estacionados en las chozas. Los discípulos ayudaban a mantener el orden. Había enfermos de todas clases, baldados, mudos, ciegos, hidrópicos, gotosos. Sanó a muchos de ellos, exhortándolos a todos. Había algunos que eran sostenidos con muletas de tres pies; otros, que se apoyaban a estas muletas sin poner los pies al suelo. Después fué también adonde estaban las mujeres enfermas, sentadas, echadas o paradas, más cerca de la ciudad, en una choza larga que se había armado sobre una ladera de la montaña, en forma de una terraza. Estos asientos estaban cubiertos de hierba muy fina y delicada que colgaba desde arriba como hilos de seda y sobre este verdor habían puesto alfombras. Había allí mujeres con flujo de sangre, a la distancia, veladas, y otras melancólicas, de rostro triste y pálido. Jesús les habló, lleno de amor, a todas, y las iba sanando una después de otra, y les daba diversos avisos para mejorar de ciertas faltas y hacer la debida penitencia. Sanó también y bendijo a muchos niños que le traían las madres. Este trabajo duró hasta la tarde y terminó con una alegría general. Todos los enfermos sanados, cargando sus muletas y sus camillas, se pusieron en orden cantando alegremente, llenos de contento, acompañados de sus parientes, conocidos y siervos, y entraron en la ciudad con Jesús y sus discípulos en medio de ellos. Es indescriptible la humildad y la seriedad amable de Jesús en estas ocasiones. Los niños y las mujeres iban delante cantando el salmo 40: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.*

Se dirigieron a la sinagoga y dieron gracias a Dios. Luego hubo una comida bajo un dosel de plantas y ramas, que con-

sistió en frutas, aves, panal de miel y panes tostados. Al comenzar el Sábado se dirigieron todos en trajes de penitencia a la sinagoga: empezaba el gran día de la reconciliación de los judíos. Jesús hizo una exhortación a la penitencia y trató de la inutilidad de las purificaciones sólo corporales, mientras no se purificara el alma. Se azotaban algunos judíos debajo de sus amplios mantos en torno de las caderas y en las piernas. También los paganos de Dión tenían una fiesta con increíble cantidad de inciensos y se sentaban sobre asientos que tenían debajo especies e incienso que, encendidos, llenaban de humo y de perfume el ambiente.

He visto la fiesta de la reconciliación que se celebraba en Jerusalén; las muchas purificaciones de los sacerdotes, sus prolíjas preparaciones y ayunos, los sacrificios, el rociar con sangre y el quemar de lo inciensos, y también el cabrón emisario, elegido entre dos: el uno era sacrificado mientras el otro era arrojado al desierto: a éste se le ataba algo en la cola, donde había fuego. En el desierto era atemorizado y caía en el abismo. En este desierto, que se extiende desde fuera del Huerto de los Olivos, estuvo también David.

He visto que el Sumo Sacerdote estaba muy contristado y turbado: hubiera deseado que otro hiciera su oficio y entró con grande temor en el Santuario. Recomendó al pueblo que rezara mucho por el. El pueblo estaba también persuadido que debía tener sobre sí el sacerdote una grave culpa y temía le sucediera en el Santuario alguna desgracia. Le remordía la conciencia de que él tenía culpa en la muerte de Zacarías, padre de Juan Bautista, y su culpa estaba incubando en su yerno, que condenó a Jesús. No era Caifás: creo que era su suegro Anás. En el Santuario ya no estaba el misterio en el Arca de la Alianza: sólo había allí diversos paños y recipientes. El arca de la alianza era nueva y de distinta forma que la primera; aun los ángeles eran diferentes y estaban sentados rodeados de tres bandas con un pie arriba y otro caído a un lado; la corona estaba aún entre ellos. Dentro había diversas especies de aceites y perfumes de incienso. Recuerdo que el Sumo Sacerdote ofrecía incienso y rociaba con sangre; que tomó un paño del santuario, y que, hiriéndose en un dedo y sacando sangre, lo mezclaba con agua y luego lo daba a beber a una hilera de otros sacerdotes. Era una especie de santa comunión. He visto que el Sumo Sacerdote fué herido por Dios; estaba muy decaído y enfermo de lepra. Se produjo una gran confusión en el mismo templo

Oí entonces una lectura muy conmovedora de Jeremías en el templo, mientras veía muchos cuadros de la vida de los profetas y de la abominación del culto de los ídolos en Israel.

LXXI

Visión de Elías y Eliseo. La idolatría moderna

He visto en esta ocasión, con motivo de la lectura que se hacía en el templo, que Elías escribió después de su muerte una carta al rey Joram. Los judíos no lo querían creer: lo explicaban como si Eliseo, que llevó la carta a Joram, la hubiese obtenido antes de la muerte de Elías, como una carta profética que ahora presentaba al rey. A mí me parecía también una cosa extraña esta carta escrita después de la muerte de Elías. De pronto me sentí llevada hacia el Oriente, y vi allí el Monte de los Profetas cubierto de nieve y de hielo. Había, sin embargo, torres allí: quizás era una figura de como estaba en tiempos de Joram. Llegué luego más al Este, al Paraíso terrenal, y vi a los admirables animales que caminaban allí dentro y jugaban, y he vuelto a ver a esas murallas brillantes que vi otras veces, y he visto adentro a Elías y a Enoch enfrente, que descansaban y dormían. Elías veía en espíritu todo lo que sucedía en Palestina. Un ángel trajo y puso delante de él una pluma de caña y un rollo fino, y Elías se levantó y escribió sobre sus rodillas. He visto un carro pequeño como un asiento sobre una colina o gradas, a un lado, cerca de la puerta, y que venía hacia Elías; era llevado por tres hermosos y blancos animales. Elías subió sobre su carro y descendió como sobre un arco iris, con ligereza, a Palestina. Llegó sobre una casa en Samaría y se detuvo. Vi que dentro estaba Eliseo orando, mirando arriba, y que Elías dejó caer la carta junto a Eliseo, y que Eliseo llevó esta carta a Joram. Los tres animales del carro de Elías estaban uncidos, uno delante y dos por la parte de atrás. Eran animales indescriptiblemente hermosos y amables, delicados como pequeños corzos, blancos como la nieve, de pelos largos y finos como seda. Las patas eran delgadas; las cabezas pequeñas y movibles, y sobre la frente tenían un gracioso cuernito algo retorcido. Con semejantes animales vi que estaba uncido su carro cuando subió a los cielos.

He visto también la historia de Eliseo con la Sunamitis. Obró aún mayores maravillas que el mismo Elías. Eliseo era

más fino y delicado en sus vestidos y en su modo de obrar que Elías. Elías era un hombre de Dios, y no según el modo común de los hombres; era como Juan Bautista, a cuya clase pertenecía por su misión y oficio. He visto también como el siervo de Eliseo, Giezi, corrió detrás de aquel hombre a quien había sanado de la lepra (Naaman). Era de noche; Eliseo dormía; lo alcanzó cerca del Jordán, y pidió regalos en nombre de su señor. Al día siguiente trabajaba tranquilo este siervo, como si nada supiera, en maderas, para hacer tabiques y separaciones de cámaras de dormir. Eliseo le preguntó: "¿Dónde estuviste?". Y le recordó todo lo sucedido durante la noche. Desde ese momento el siervo fué herido de lepra, que pasó a sus hijos.

Cuando me fué mostrada la idolatría de los hombres, la adoración de los animales y de los ídolos de esos primeros tiempos, y la frecuencia con que los Israelitas caían en la idolatría, y al mismo tiempo la gran misericordia de Dios a través de los profetas, y me maravillaba de que los hombres pudiesen adorar semejantes ídolos, me fué enseñado cómo aún ahora subsistía esta misma abominación, aunque de manera diferente, es decir, en cuanto a ídolos espirituales e intelectuales. He visto, en efecto, incontables cuadros de esta idolatría en todo el mundo, y cómo se llevaba a cabo, y lo he visto ahora bajo la figura de como se hacía entonces. He visto, así, sacerdotes que adoraban a serpientes administrando los sacramentos: sus propias pasiones semejaban estos animales y serpientes. He visto cómo entre los grandes y nobles se practicaba la idolatría bajo diversos animales que eran adorados según era la despreocupación que tenían de la religión estos señores. Entre personas de baja condición, pobres y desgraciados pecadores, he visto que adoraban a los sapos y otros animales asquerosos. He visto comunidades que adoraban a estos animales, como una religión reformada del Norte, que he visto, con un altar vacío, oscuro y detestable, sobre el cual había cuervos negros. Ellos, naturalmente, no veían semejantes animales; pero los adoraban, porque seguían sus pasiones, representadas en esos animales. He visto a eclesiásticos que al volver las hojas del breviario, volvían perritos, gatitos y otros mamarrachos. A otros he visto que adoraban en realidad idolillos que tenían entre sus libros y sobre la mesa, como Moloch, Baal y otras figurillas, y que hasta les echaban besos; estos mismos eran los que, por otra parte, se burlaban de las personas piadosas y religiosas. De este modo he visto que ahora es como entonces y aún peor; y he visto que estas

figuras de los antiguos ídolos no eran simples figuras, sino que si hoy la idolatría, la impiedad e irreligión tomasen cuerpo como entonces, se adorarían las mismas representaciones de ídolos que antes, y estarían de moda los mismos ídolos de aquellos tiempos.

LXXII

Jesús entra en la ciudad de Jogbeha

Cuando Jesús dejó a Dión, vinieron desde la ciudad de los paganos algunos muy temerosos a Jesús, porque habían oído las curaciones de Gadara y traían los niños enfermos que El curó de sus males. Exhortó a los padres a que fueran al bautismo. Después anduvo con sus discípulos unas cinco horas hacia el Sur, pasando el río que baja del valle de Ephron. A una media hora de este río, hacia el Mediodía, está escondida en un barranco, detrás de un bosque, la pequeña ciudad de Jogbeha. Es un lugar pequeño y olvidado. Principió esta población por un profeta y mensajero de Moisés y de Jetró, cuyo nombre suena como Malachai. No es el último de los profetas llamado Malachías. Jetró, el suegro de Moisés, lo tenía como siervo: era muy fiel y prudente, y Moisés lo envió a esta comarca. Estuvo aquí unos años antes que llegase Moisés y recorrió tódos estos lugares hasta el lago, y daba luego cuenta de todo. Vivía todavía Jetró hacia el Mar Rojo y recién después de las noticias de su siervo se trasladó a Arga con la mujer de Moisés y los hijos. Este Malachai fué luego descubierto como espía, perseguido y se le quiso dar muerte. No había todavía ciudad alguna aquí; sólo vivían algunos en tiendas de campaña. El perseguido saltó a una cisterna o pantano, del cual lo sacó un ángel, que lo ayudó. El mismo ángel le trajo una orden escrita sobre una larga cinta en la cual decía que debía quedar aún tres años por allí, para informar. Los habitantes de estos lugares lo vistieron con sus trajes: llevaban largas túnicas coloradas y sacos rojos. Este hombre llegó hasta Betharamphta para dar informes y vivía entre los pobladores de las tiendas de Jogbeha y ayudaba a esas gentes con su destreza. En el barranco había una fuente de agua cerrada y una larga excavación para el agua cubierta de juncos, donde se ocultaba Malachai. Más tarde brotó el agua de la fuente y despedía mucha arena; a veces salía vapor y arrojaba pequeñas piedrecillas; poco a poco se

formó así una colinita alrededor de esta fuente. Este pantano se cubrió luego con los escombros y derrumbes de una montaña, y sobre todo ello se edificó la ciudad. De este modo se vino a edificar en torno de esa fuente la ciudad de Jogbeha, y la fuente se cubrió con una techumbre. El nombre de la ciudad significa: "Se ha de levantar". Ya mucho antes debió haber estado edificada aquí alguna población en torno de esta cisterna, porque hay restos de murallas llenas de moho y en los muros hay excavaciones para mantener pescados. Parecían ruinas de algún castillo y fundamentos para tiendas de campaña. Malachai les enseñó a las gentes a edificar con ladrillos unidos con betún negro que había en estos lugares.

Jesús fué recibido cariñosamente en esta pequeña Jogbeha. Vivían aquí separados de los demás algunos de la secta de los Karaitas. Llevaban largos escapularios amarillos, vestidos blancos y delantales de pieles; los niños llevaban vestidos cortos y las piernas envueltas. Ahora eran unos cuatrocientos hombres; antes habían sido muchos más, pero fueron muy oprimidos. Descienden de Esras y por un descendiente, de Jetró. Una vez tuvo una gran disputa uno de sus maestros con uno de los grandes fariseos. Se atenían severamente a la letra de la ley y rechazaban las explicaciones verbales; vivían en mucha sencillez y pobreza y tenían sus bienes en común, y ninguno salía a viajar con dinero o bienes. No había entre ellos ninguno pobre o necesitado, se mantenían unos a otros y aún a los que venían de otros lados. Respetaban mucho a los viejos y había algunos de mucha edad. Los jóvenes eran muy respetuosos y tenían guardianes sobre ellos a los que llamaban "mayores". Eran contrarios declarados de los fariseos que defendían las explicaciones verbales de la ley y las añadiduras. En algunos puntos tenían algo de los saduceos, aunque no las costumbres, que eran muy puras. Había entre ellos uno casado una vez con una mujer de la tribu de Benjamín y lo habían desterrado de aquí: era en tiempo de la pelea contra los de Benjamín. No sufrían ninguna imagen, pero tenían el error de creer que las almas de los difuntos pasaban a otros y aun a los animales, y se gozaban allá con hermosos animales en el paraíso. Esperaban en el Mesías y suspiraban por El; pero también ellos esperaban un Mesías guerrero y triunfador temporal. A Jesús lo estimaban por profeta. Eran muy limpios, pero no observaban las purificaciones de los fariseos ni el desechar las fuentes y cosas que no estaban en la ley. Vivían según la ley estricta, pero con interpretación más

amplia que los fariseos. Vivían aquí muy silenciosos y apartados, no padecían ninguna vanidad ni lujo y se mantenían de su trabajo. Tenían praderas, tejían canastos y trenzaban utensilios domésticos. Tenían muchos colmenares. Fabricaban mantas rústicas y recipientes de madera muy livianos. Los he visto trabajar en común en largas habitaciones.

Ya estaban prontas las chozas delante de la ciudad para las fiestas de los Tabernáculos. Obsequiaron a Jesús con una refección que consistió en panes al rescoldo y miel. Jesús enseñó y ellos lo escucharon muy reverentes. Les dijo que deseaba se fueran a vivir a Judea; les alabó la reverencia de los hijos a los padres, de los discípulos a los maestros y el respeto especialmente a los ancianos. También alabó su gran compasión a los pobres y enfermos, que cuidaban muy bien en casas destinadas a ese efecto.

FIN DEL TOMO II

EPOCA TERCERA

Primera Pascua de Jerusalén

Capítulo

„ X. - Las bodas de Caná 480
„ XI. - Reflexiones sobre las frutas y hierbas. La comida de bodas 486
„ XII. - Conclusión de las bodas de Caná 491
„ XIII. - Jesús en Cafarnaúm y en el mar de Genesaret 492
„ XIV. - Jesús manda bautizar en el Jordán 496
„ XV. - Jesús en Adummim y Nebo 501
„ XVI. - Jesús en Phasael. Sana a la hija de Jairo. Primer encuentro con la Magdalena 504
„ XVII. - Jesús en Cafarnaúm y Gennebris 506
„ XVIII. - Jesús en Kisloth - Tabor 508
„ XIX. - Jesús en Sunem y en Ulama 512
„ XX. - Jesús en Cafarnaúm 515
„ XXI. - Jesús ayuda a unos náufragos 517
„ XXII. - Jesús en Nazaret. Los tres jóvenes. La fiesta de Purim 520
„ XXIII. - Jesús en una posesión de Lázaro en Thirza .. 522
„ XXIV. - La primera Pascua en Jerusalén 524
„ XXV. - María y los futuros apóstoles van a Jerusalén 528
„ XXVI. - Jesús echa a los mercaderes del templo 531
„ XXVII. - La celebración de la Pascua por Jesús, Lázaro y sus discípulos 533

EFOCA CUARTA

Desde la conclusión de la primera Pascua hasta la prisión de Juan Bautista

		Pág.
Capítulo	I. - La carta del rey Abgaro	541
„	II. - Jesús en los confines de Sidón y Tiro	543
„	III. - Jesús en Sichor - Libnath	546
„	IV. Jesús con varios discípulos en el camino de Tiro	548
„	V. - Jesús en Adama, en el Jardín de la Gracia	552
„	VI. - Conversión milagrosa de un judío obstinado	554
„	VII. - La parábola del mayordomo infiel	558
„	VIII. - Jesús y sus discípulos en Seleucia	560
„	IX. - Jesús vuelve a Adama y enseña en Berotha	564
„	X. - Los mensajeros enviados por Lázaro	567
„	XI. - Jesús se dirige a Cafarnaúm por Gatepher	568
„	XII. - Juan Bautista en la prisión de Macherus	570
„	XIII. - Jesús otra vez en Betania	575
„	XIV. - Tratan las santas mujeres de proveer posadas para Jesús y sus discípulos	578
„	XV. - La parábola de la perla perdida y encontrada	579
„	XVI. - Jesús en Bethoron. Fatiga de los discípulos	581
„	XVII. - Jesús junto al pozo de Jacob	583
„	XVIII. - Los discípulos se reúnen con Jesús	590
„	XIX. - Dina y la gente de Sichar acuden a ver a Jesús	592
„	XX. - Jesús en la ciudad de Ginnim	594
„	XXI. - Jesús y el cadáver del fariseo de Atharot	597
„	XXII. - Jesús en Engannim	599
„	XXIII. - Jesús entra en la ciudad de Naím	601
„	XXIV. - El mensajero del capitán de Cafarnaúm	602
„	XXV. - Jesús en Cafarnaúm	605
„	XXVI. - Jesús en casa de su Madre en Bethsaida	608
„	XXVII. - Consejo de los Fariseos y Serobabel	610
„	XXVIII. - Conversaciones de los discípulos con Jesús	611
„	XXIX. - Jesús en casa de Pedro	613
„	XXX. - Jesús en Bethsaida	614
„	XXXI. - Jesús en la Pequeña Séforis	610
„	XXXII. - Modo de sanar de Jesús	618
„	XXXIII. - Los fariseos disputan con Jesús	619
„	XXXIV. - Jesús en Nazaret	620
„	XXXV. - Los fariseos se irritan contra Jesús e intentan precipitarlo	622
„	XXXVI. - Jesús sana a los leprosos de Tarichea	625
„	XXXVII. - Conversaciones con los discípulos	627
„	XXXVIII. - Galaaditis, Galaad, Gamala, Gerasa	628
„	XXXIX. - Jesús en casa de Pedro. Medidas de los fariseos	634
„	XL. - Cura en Bethsaida a muchos enfermos	636

		Pág.
Capítulo	XLI. - Jesús enseña y hace curaciones en Cafarnaúm	638
„	XLII. - Jesús sana a la suegra de Pedro. Humildad del apóstol	643
„	XLIII. - Jesús en los baños de Betulia. Entretenimientos	645
„	XLIV. - Jesús en Betulia	648
„	XLV. - Jesús en Jotapata	651
„	XLVI. - Jesús en el campo de cosecha de Dothaim	652
„	XLVII. - Herodes y Juan en Macherus	655
„	XLVIII. - Jesús en Gennebris	657
„	XLIX. - Jesús invitado a una comida. Otros viajes	662
„	L. - Jesús en Abelmehola	664
„	LI. - Noticias sobre la escuela de Rebeca y la gente de Canaán	666
„	LII. - Jesús visita la escuela de Rebeca	669
„	LIII. - Jesús va de Abelmehola a Bezech	671
„	LIV. - Jesús enseña en la sinagoga. Se declara Mesías	675
„	LV. - Jesús deja Bezech y va a Ainón	677
„	LVI. - María de Suphan	679
„	LVII. - Jesús en Ramoth Galaad	683
„	LVIII. - La fiesta de la hija de Jefté	685
„	LIX. - Jesús entre los paganos de Ramoth	690
„	LX. - Las jóvenes celebran la conmemoración de Jeftías	691
„	LXI. - Jesús en Arga	692
„	LXII. - Jesús en la pequeña población de Azo	696
„	LXIII. - Jesús en Ephron	699
„	LXIV. - Abigail, la mujer repudiada por el tetrarca Felipe	700
„	LXV. - Jesús con los paganos y con Abigail	702
„	LXVI. - Jesús en Abila	706
„	LXVII. - Descripción de Elías	709
„	LXVIII. - Jesús se dirige a Gadara	711
„	LXIX. - Jesús con una sacerdotisa de los ídolos	712
„	LXX. - Jesús en Dión	715
„	LXXI. - Visión de Elías y Eliseo. La idolatría moderna	719
„	LXXII. - Jesús entra en la ciudad de Jogbeha	721

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO TERCERO
LIBRO I

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

Epoca Quinta

Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos hasta la primera conversión de la Magdalena

I

Jesús en Ainón. María de Suphan

Desde Jogbeha fué Jesús, a través de Sukkoth, hasta Ainón. El camino desde Sukkoth era como de una hora por una hermosa comarca animada por el paso de las caravanas que iban al bautismo de Sukkoth. Todo estaba lleno de largas hileras de chozas de palmas y plantas, en las cuales estaban las gentes ocupadas en arreglos, porque con la conclusión del Sábado comenzaban ya las fiestas de los Tabernáculos. Jesús enseñaba en diversos lugares de este camino. Delante de Ainón había una hermosa tienda de campaña preparada por María de Suphan, para hacer un honroso recibimiento a Jesús. Estaban allí presentes los principales de la ciudad, los sacerdotes y María de Suphan con sus hijos y sus amigas. Los hombres lavaron los pies a Jesús y a sus discípulos, y les presentaron una bebida y un alimento más delicado que el de costumbre. Los hijos de la Sufanitis estaban con los otros ocupados en servir a Jesús y las mujeres se echaron, velados sus rostros, delante de Jesús. Él saludó a todos cariñosamente y los bendijo. María lloraba, siempre llena de contento y de agradecimiento, e invitó a Jesús a entrar en su casa. Cuando Jesús entró en la ciudad, los hijos de la Sufanitis, dos niñas y un niño, con otros niños, llevaban grandes cintas atando hermosas flores y procediendo unos delante de otros, en fila, y algunos junto a Jesús. Éste entró en el patio de la casa de María con otros discípulos y se detuvo debajo de una enramada. María se echó de nuevo a sus pies, llena de agradecimiento y con lágrimas de alegría, y lo mismo hicieron sus hijos a los cuales Jesús besó amablemente. Contó María que Dina la Samaritana había estado allí y que el hombre con el cual había vivido hasta entonces se había bautizado. La Sufanitis conocía a este hombre, pues su marido había vivido en Damasco con sus tres hijos legítimos. Habían hablado mucho de Jesús y alabado su bondad. Estaba llena de contento y enseñó a Jesús muchas preciosas vestiduras sacerdotales y una mitra muy costosa que había hecho para el templo. Era muy diestra en estos trabajos y era rica y de muchos bienes, que empleaba en estas obras. Jesús se mostró lleno de bondad con ella y le habló de su marido: de que convenía volviera a él,

porque allí podría hacer mucho bien y que a sus hijos ilegítimos procurase colocarlos bien en alguna parte conveniente. Le dijo enviase primero un mensaje a su marido, llamándolo.

Desde aquí Jesús se dirigió al lugar de los bautismos y desde una cátedra enseñó a los oyentes. Habían llegado a esta fiesta del Sábado, Lázaro, José de Arimatea, Verónica, los hijos de Simeón y otros discípulos de Jerusalén. Estaban también Andrés, Juan y otros discípulos de Juan. Santiago el Menor no estaba. El Bautista había enviado mensajeros a Jesús diciéndole que fuera a Jerusalén y dijera claramente a todo el mundo quién era Él. El Bautista está como impaciente y angustiado de no poder él mismo decir a todo el mundo quien es Jesús: tal es su ansia de hacer conocer al Mesías.

Cuando comenzó el Sábado enseñó Jesús en la sinagoga acerca de la creación del mundo, de las aguas, del primer pecado, y, claramente, del Mesías. Y sobre las palabras de Isaías (42-5-43) habló admirablemente, y con claridad sobre su persona, y del pueblo. Después del Sábado hubo una comida en una sala de festines que había ordenado y costeado María de Suphan. Toda la casa como asimismo las mesas estaban adornadas de plantas, flores y lámparas, y había muchos comensales y también algunos de los que el mismo Jesús había sanado de sus enfermedades. Las mujeres tomaron parte en la comida en la sala, dividida por unos tabiques. La Sufanitis llegó en medio de la comida y, entrando con sus hijos, depositó hierbas muy costosas y perfumes sobre la mesa y derramó perfumes sobre la cabeza de Jesús y se echó luego a sus pies. Jesús se mostró muy amable y contó parábolas. Ninguno de los presentes reprochó la acción de la mujer: todos la querían bien a causa de la mucha caridad que tenía a los pobres. Jesús sanó en la mañana a muchos enfermos, enseñó en la sinagoga y en lugares públicos, donde se juntaron los paganos que habían recibido el bautismo y otros que iban para recibirlo a Ainón. En estos lugares y con los paganos habló del hijo pródigo, de tal manera, que Él parecía el padre de ese hijo. Decía con fuerza y viveza, levantando los brazos: "Mirad, allí viene de vuelta... hemos de prepararle una fiesta...". Contó todo esto con tanta naturalidad que las gentes miraban a una y otra parte cual si esperasen ver volver al hijo pródigo. Cuando llegó al punto de la ternera que debía matarse para festejar al hijo pródigo, dijo cosas misteriosas, más o menos como éstas: "Qué amor el del Padre celestial que, para salvar al hijo perdido, entrega a su propio Hijo como

víctima". La enseñanza era especialmente sobre la penitencia, y sobre los bautizados y los paganos que volvían como hijos pródigos.

Todos los oyentes estaban llenos de alegría y de amor de unos a otros. Tuvo esta predicación mucho fruto en la fiesta de los Tabernáculos, pues fueron los paganos mejor tratados y recibidos amigablemente. Cuando Jesús por la tarde caminaba con sus discípulos y mucha gente a orillas del Jordán, donde había tantas y hermosas flores y plantas y verdor, todos hablaban del hijo pródigo, y se mostraban contentos y llenos de consideración los unos para con los otros.

II

La fiesta de los Tabernáculos

Se hizo la conclusión del Sábado antes de lo acostumbrado. Jesús enseñó y luego sanó a muchos enfermos. Después todos se dirigieron fuera de la ciudad, aunque aún se podía considerar parte de la misma, pues todo estaba lleno de jardines, parques y lugares de recreo. Había allí una gran fiesta en tres hileras de chozas y pabellones, adornados con plantas, árboles, flores y toda clase de figuras, cintas y muchas lámparas. En las hileras del medio estaba sentado Jesús con sus discípulos, los sacerdote y los principales de la ciudad, en diversos grupos; en las hileras de los lados, en una estaban las mujeres y en otra los niños de la escuela, divididos entre niños y niñas, y en tres grupos, y en cada uno de ellos sentados los maestros; estaban allí los alumnos de toda la comarca. Cada grupo tenía sus cantores. Estos mismos alumnos, adornados con coronas y guirnaldas de flores, pasaban de mesa en mesa tocando músicas con sus flautas, arpas, címbalos y campanillas, y cantando al son de sus instrumentos.

He visto que los hombres tenían en sus manos ramas de palmas donde había pequeños brotes, y mimbres y sauces con hojas delgadas y ramas de un árbol que entre nosotros se cultiva en tarros: el mirto. En la otra mano tenían las hermosas manzanas de Esrog. Movían estas ramas y cantaban al mismo tiempo. Hacían esto al principio, a la mitad de la fiesta y a la conclusión. Esta planta no crece en la Palestina, sino que viene de otros países más calurosos. Se ve en algunas regiones cálidas de Palestina, pero no se desarrolla con fuerza. Ellos la recibían

de las caravanas que venían de países más cálidos. Es una fruta amarilla como un melón pequeño: tiene arriba una pequeña corona y es plana, con nerviaciones. En el medio la fruta está cruzada por líneas coloradas y dentro hay cinco pequeñas semillas juntas y apretadas, pero sin recipiente de semilla. El tallo es algo doblado y la flor, blanca, en forma de una rama, como entre nosotros la lila. Las ramas se inclinan hacia la tierra por el peso de las hojas gruesas y echan raíces en el suelo, dando origen a nuevos árboles, de modo que forman enramadas; los frutos están entre las hojas.

También los paganos tuvieron parte en esta fiesta: tenían sus chozas, y los paganos bautizados, muy cerca de las de los judíos. Fueron tratados amigablemente por los judíos. Todo estaba aún lleno de las impresiones sobre la parábola del hijo pródigo. La comida duró hasta muy entrada la noche. Jesús iba y venía por las mesas enseñando y exhortando, y donde veía que faltaba algo lo hacía traer por sus discípulos. Era un movimiento indecible y alegre en toda la comarca, interrumpido por la oración y el canto. Ahora todo el contorno está ardiendo de luces, y los techos y azoteas de Ainón se ven llenos de tiendas, porque las gentes dormían sobre las azoteas. En las chozas en torno de la ciudad dormían los guardianes de estos lugares y otras personas de servicio cuando se terminaban los festejos y se retiraban a descansar.

III

Las confesiones judaicas

Desde Ainón fué Jesús a la vecina Sukkoth acompañado por los discípulos y mucha gente; la mayor parte del camino estaba cubierto de chozas y de tiendas de campaña, porque muchos de los contornos celebraban la fiesta, y las caravanas que solían pasar por este lado ahora estaban silenciosas por tal motivo. Todo el camino parecía un lugar de esparcimiento. Había allí sitios con recipientes, bajo arboledas, donde se podía comprar cosas de comer. Jesús empleó varias horas en hacer este camino, porque en todas partes era saludado y se detenía para enseñar; de modo que recién pudo llegar al anochecer a la sinagoga de Sukkoth. Esta ciudad está en la orilla norte del río Jabok y se presenta hermosa con una linda sinagoga. Aquí se celebraba otra fiesta además de la de los Tabernáculos: la reconciliación

de Esaú con Jacob. Todo el día duraron estos festejos, y habían concurrido gentes de toda la comarca. En Ainón habían estado muchos alumnos huérfanos de la escuela de Abelmehola, y éstos llegaron hoy también a Sukkoth. Era precisamente el día aniversario de la reconciliación de Jacob con Esaú, según la tradición de los judíos La sinagoga, que era la mejor de cuantas yo había visto hasta ahora, estaba adornada con guirnaldas de flores, hojas, coronas e innumerables lámparas. Tiene ocho columnas y es muy alta. A ambos lados del edificio hay corredores que llevan a largos departamentos donde están las habitaciones de los levitas y las aulas escolares. Una parte de la sinagoga se halla más levantada, y hacia el medio, adelante, hay una columna adornada con cajones donde se guardan los rollos de las Escrituras; detrás hay una mesa y por medio de una cortina corrediza se forma un lugar aparte. Hay una serie de asientos para los sacerdotes y en el centro un lugar más levantado para el maestro. Detrás de este asiento hay un altar de incienso, sobre el cual se ve una abertura, y detrás del altar, al final del edificio, hay mesas dónde se depositan las ofrendas. En el medio de la sinagoga están los hombres, según sus categorías, y a la izquierda, algo levantado, el lugar con rejas para las mujeres, mientras a la derecha están los niños de las escuelas, divididos por sexos y clases.

Era hoy un día de reconciliación con Dios y con los hombres. Hubo una confesión de los pecados, que se hacía en público o en privado como cada uno quisiera. Todos desfilaban en torno del altar de los inciensos y ofrecían sus dones como perdón, recibían una penitencia y hacían votos particulares. Todo recordaba nuestra confesión de los pecados. El sacerdote enseñaba sobre Jacob y Esaú, que en el día de hoy se reconciliaron con Dios y entre ellos, y también como Labán y Jacob se amigaron y ofrecieron sacrificios; y luego los exhortaba a la penitencia. Muchos de los presentes estaban preparados de antemano por la predicación de Juan, y por haber oído a Jesús días antes, y esperaban esta festividad para hacer su confesión. Los hombres que se sentían culpables pasaban por las rejas, junto al atril de la ley y detrás del altar y deponían sus ofrendas que eran recibidas por un sacerdote. Después se presentaban delante del sacerdote, detrás del armario de la ley y allí confesaban públicamente sus pecados, o pedían a uno de los sacerdotes que ellos querían. Iba con ese sacerdote, detrás de la cortina, junto a la mesa, confesaba allí secretamente sus pecados, y el sacerdote

le imponía una penitencia. Se ofrecía incienso sobre el altar, y según veían que iba el humo del incienso hacia afuera, creían los penitentes que sus pecados eran perdonados, o no lo eran según su contrición y arrepentimiento. Mientras se hacía esto, los demás judíos oraban y cantaban. Los penitentes decían también una fórmula de credo sobre la ley, de su perseverancia en Israel y su fidelidad al templo y al Santuario. Se echaban por tierra, y, con lágrimas muchas veces, confesaban sus pecados. Las mujeres venían después de los hombres; sus ofrendas eran recibidas y luego llamaban a un sacerdote que, a través de una rejilla, las confesaba. Las acusaciones eran sobre la no observancia de las prescripciones mosaicas y sobre los pecados contra los diez Mandamientos. He visto también que tenían una costumbre algo extraña en sus confesiones, que ahora no puedo expresar debidamente. Se acusaban de los pecados de sus antepasados y hablaban de un alma pecadora que habían recibido de ellos y de un alma santificada que recibieran de Dios y era el todo como si hablaron en realidad de dos almas. A los maestros les he oído explicar esto en una forma como si dijesen que sus almas pecadoras no permanecen en nosotros, y permanece el alma santa. Era una doctrina a través de almas que están dentro y que salen afuera, de una pecadora y de otra santa, que ahora no puedo explicar debidamente. Jesús enseñó luego en otra forma, diciendo que el alma, antes pecadora, no debía ya permanecer en nosotros sino santificada. Dijo en esta ocasión que Él debía satisfacer por todas las almas. Al confesarse y decir los pecados de sus antepasados creían y confesaban que todos los males les venían por causa de los pecados antiguos y de ahora y que por los pecados de sus antepasados estaban ellos también en la costumbre mala de pecar. Jesús llegó un poco tarde, cuando la función del perdón había ya comenzado; fué recibido delante de la sinagoga y permaneció algún tiempo a un lado, mientras otro predicaba, mezclado entre los sacerdotes y doctores. Eran como las cinco de la tarde cuando llegó. Las ofrendas de los penitentes consistían en toda clase de frutos, en monedas, retazos de telas para las vestiduras sacerdotales, borlas de seda, franjas, fajas y especialmente esencias para incensar.

IV

Conversión de una adúltera

Hubo en este momento una escena conmovedora. Mientras se desarrollaba el acto de la confesión y arrepentimiento de los penitentes que ofrecían sus ofrendas, he visto a una señora distinguida que estaba primeramente en un asiento a través de la reja, en lugar reservado para ella; pero estaba inquieta y ansiosa. Tenía cerca a su criada y un canasto con sus ofrendas, que había depositado en un escabel. Ya no podía esperar más su turno y no le era posible ocultar su dolor y deseo de ser perdonada; así se adelantó con su criada y con sus dones, y, velada, se introdujo en un lugar donde estaba el sacerdote y no era permitido a las mujeres entrar. Los guardianes quisieron hacerla retroceder; pero la criada no se dejó intimidar y avanzó, clamando: "Sitio... Haced sitio para la señora que quiere ofrecer, quiere confesar... Haced lugar, porque quiere purificar su alma". Con estas palabras se adelantó la mujer adonde estaban los sacerdotes, llena de ansiedad y de contrición, y allí delante de los sacerdotes pidió perdón y reconciliación. Ellos la quisieron alejar, diciendo que no correspondía allegarse hasta allí; pero un joven sacerdote la tomó de la mano y dijo: "Yo quiero reconciliarte. Si tu cuerpo no corresponde estar aquí, tu alma tiene derecho de estar, porque estás arrepentida". Esto diciendo se dirigió con ella a Jesús, y le dijo: "Rabbí, juzga Tú". Entonces la mujer se echó de rodillas, sobre su rostro, delante de Jesús, y Él dijo: "Sí, su alma tiene su lugar aquí; dejadla hacer penitencia". El sacerdote se retiró con ella a la celda. Cuando salió se volvió a echar en tierra y, llena de lágrimas, dijo: "Tocadme con vuestros pies, pues soy una adúltera". Los sacerdotes la tocaron entonces con sus pies. Se llamó después a su marido, que nada sabía de esto, el cual quedó muy conmovido cuando oyó a Jesús hablando desde el sitial donde enseñaba. Lloraba el hombre, y su mujer, cubierta con el velo, se echó a sus pies y confesó su culpa entre lágrimas: parecía más muerta que viva de dolor. Jesús se volvió a ella y le dijo: "Tus pecados te son perdonados. Levántate, oh hija de Dios". El hombre estaba muy conmovido y le dió su mano. Entonces las manos de la mujer, con el velo, y las manos del hombre, con la estola que llevaba al cuello, fueron enlazadas, y después de una bendición, se soltaron: esta ceremonia era como un nuevo casamiento.

La mujer, después de su reconciliación, estaba como fuera de sí por la emoción y llena de alegría. Antes de ofrecer incienso había pedido a los presentes: "Rogad, rogad por mi Ofreced, sacrificad, quemad incienso para que mis pecados me sean perdonados". Luego dijo palabras de los salmos y preces, y fué por los sacerdotes llevada a su anterior lugar. La ofrenda de esta mujer consistió en muchos preciosos frutos que habían figurado en las fiestas de los Tabernáculos; estaban colocados artísticamente y de modo que no se dañaban unos a otros. Ofreció también bordados, borlas de seda y flecos para las vestiduras de los sacerdotes. Hizo quemar varios trajes de seda que habían sido ocasión de sus extravíos con el amante. Era esta una mujer fuerte, de elevada estatura, hermosa, de un carácter y temperamento ardiente y vivaz. Por causa de su gran dolor y de su voluntaria confesión se le perdonó su pecado y su marido se reconcilió de corazón con ella. No había tenido hijos fuera del matrimonio. Ella misma había roto relaciones voluntariamente con el amante y lo llevó también al arrepentimiento. No tuvo que nombrarlo delante de los sacerdotes y su marido tampoco debía saber quién era. Le fué prohibido al hombre preguntar su nombre y a ella el revelarlo. El marido era piadoso de corazón y olvidó todo el pasado. El pueblo no había podido enterarse de su culpa y sólo oyó su petición de oraciones y vió cuando avanzaba hacia los sacerdotes, y entendió que algo notable estaba pasando. Todos oraban y se alegraron de la penitencia de esta mujer. La gente del lugar era muy buena, como en general lo eran estos habitantes del lado oriental del Jordán. Tenían mucho, en su modo de vivir, de los antiguos patriarcas. Jesús enseñó en forma tierna y conmovedora. Recuerdo que Jesús les habló de los pecados de sus antepasados y de la parte que tenían ellos en los mismos, y corrigió algunas de sus creencias sobre esto. Dijo: "Vuestros padres comieron granos de uva y a vosotros os han quedado los dientes obtusos"

Los maestros eran preguntados acerca de las faltas de sus alumnos, y éstos eran luego exhortados a mejorar. Si ellos mismos las confesaban y se arrepentían, les eran perdonadas estas faltas.

Habían acudido muchos enfermos, que estaban delante de la sinagoga, y aunque no era costumbre sacarlos en las fiestas de los Tabernáculos, con todo Jesús los hizo colocar por los discípulos entre la sinagoga y las habitaciones de los maestros; y al final de la fiesta pasó por esos corredores y sanó a muchos

enfermos. La sinagoga estaba iluminada por innumerables lámparas. Cuando Jesús entró en este corredor, mandó la mujer convertida un mensajero pidiendo hablar con Jesús. Jesús fué y se apartó a un lado con ella. La mujer se echó a sus pies y dijo: "Señor Maestro; el hombre que pecó conmigo pide que lo perdones y reconcilies". Jesús dijo a la mujer que después de la comida llamase al hombre para hablarle.

Después de haber sanado a estos enfermos hubo una comida en un lugar abierto. Jesús, los discípulos, los levitas y los principales de la ciudad estaban sentados en una hermosa glorieta y los demás en otras que había en los alrededores. Los pobres recibieron una buena parte: cada uno les llevaba algo de lo mejor que tenía sobre la mesa. Jesús iba de una mesa a otra y fué también a la mesa de las mujeres. La convertida estaba sobremanera contenta y las demás le auguraban felicidad de todo corazón. Cuando vió que Jesús iba así, de una mesa a otra, ella estaba inquieta pensando que no habría ocasión de ver a su hombre que quería reconciliarse, recibir la penitencia y darle el perdón. Sabía que el hombre ya estaba esperando en el lugar fijado. Mientras así estaba inquieta se acercó Jesús y le dijo que estuviese en paz, que sabía el motivo de su inquietud y que todo se haría a su debido tiempo. Cuando después de la comida todos se retiraron Jesús fué a su vivienda, junto a la sinagoga. El hombre, que esperaba allí, se echó a los pies de Jesús y confesó su pecado. Jesús lo exhortó a no pecar más y le impuso una penitencia. Debía, por algún tiempo, dar algo a los sacerdotes para una obra buena; no había ofrecido nada en público y se mantuvo con lágrimas de arrepentimiento y de dolor ocultamente.

Cuando Jesús volvió de Sukkoth de nuevo a Ainón, enseñó allí en el sitial designado para los bautismos, sanó algunos enfermos y se dirigió adonde estaban los paganos. Fueron bautizados aquí algunos hombres. Había el mismo procedimiento que había tenido Juan en su tiempo, junto al Jordán; estaba aún la tienda y la piedra del bautismo. Los bautizandos se apoyaban a una baranda e inclinaban la cabeza sobre la piedra. Jesús recibió la confesión de muchos de ellos y decía las palabras de perdón. También había dado la potestad de perdonar a algunos discípulos de los más antiguos, como a Andrés. Juan Evangelista no bautizaba ahora: hacía de testigo y de padrino. Antes de abandonar Jesús a Ainón habló todavía con María de Suphan en su casa y la exhortó. Esta mujer está completamente cam-

biada en su interior; está llena de amor, de celo, de humildad y de agradecimiento, y se ocupa sólo de los pobres y de los enfermos. Jesús había enviado, cuando iba de Ramoth a Basán, después de su curación, a un discípulo a Betania para avisar a las santas mujeres la conversión de la Sufanitis. Verónica, Juana Chusa y Marta ya habían estado con ella aquí mismo. Jesús recibió ricos regalos de la Sufanitis y de otras personas antes de su partida de la ciudad: todo fué reunido en un montón y se distribuyó a los pobres. Por el lugar donde debía pasar para salir de la ciudad se habían levantado glorietas y enramadas. Todos saludaban y bendecían a Jesús y los niños le presentaban guirnaldas y ramos de flores. Lo mismo hacían las mujeres. Era ésta una costumbre en las fiestas de los Tabernáculos. Le acompañaron muchas personas de Ainón. El camino iba por dos horas de este lado del Jordán al Sur; luego, a través del Jordán, al Occidente, por una media hora; y luego al Sur hacia la ciudad de Akrabis, escondida en un barranco de la montaña.

V

Jesús en Akrabis y en Silo

Jesús fué recibido solemnemente delante de Akrabis, pues ya sabían que debía llegar. Las chozas y tabernáculos estaban levantados en torno de la ciudad y en una de ellas, grande y hermosa, fué recibido Jesús, se le lavó los pies, como también a sus discípulos y se les dió algo de comer y beber. Akrabis es una ciudad bastante importante, como a dos horas del Jordán: tiene cinco puertas y pasa por medio de la ciudad el camino que conduce a Jericó. Todos los que viajan de aquí para allá deben pasar por la ciudad, donde hay almacenes de víveres. Delante de la puerta por donde entró Jesús hay albergues para las caravanas de los mercaderes. Delante de las cinco puertas habían instalado chozas y tabernáculos, de modo que cada parte de la ciudad tenía sus chozas más cercanas a la puerta de ingreso.

Jesús caminó al día siguiente en torno de la ciudad, visitando las chozas levantadas y enseñando. Los pobladores tenían costumbres especiales: por ejemplo, comían por la mañana alguna cosa y dejaban aparte una porción para los pobres. Sus trabajos durante el día eran interrumpidos por oraciones y cantos, y los jefes del pueblo les hacían exhortaciones. Ahora era Jesús quien hacía estos sermones. En el trayecto de ir y volver

por diversos lugares, le acompañaban los niños y las niñas con guirnaldas de flores. Era una costumbre allí, porque he visto que con estas guirnaldas y flores también iban y venían unos grupos de habitantes al lugar de otros, ya para tomar parte en los sermones, ya para participar en las comidas. Las mujeres andaban ocupadas en trabajos de las fiestas de los Tabernáculos: estaban sentadas en las chozas y trabajaban telas, bandas con inscripciones, bordando flores y adornos; otras fabricaban suelas y sandalias, tejiendo con pelos gruesos de camellos y de cabras. Tenían el género sujeto a la cintura cuando hacían estos trabajos de punto. He visto que debajo de las suelas, atrás y adelante, ponían unos resaltos a puntas para poder subir mejor por las montañas. El pueblo recibió a Jesús muy bien; pero los maestros no eran tan cordiales como los de Ainón y Sukkoth; se mostraban corteses, pero bastantes reservados.

Desde Akrabis se dirigió Jesús a la ciudad de Silo, a sólo una hora al Sudoeste, en línea recta; pero como hay que caminar primero en un valle profundo y después subir a la montaña, el camino se prolonga una hora más. También en Silo las gentes moraban en las chozas en torno de la ciudad. Como sabían de la venida de Jesús, lo esperaban en la puerta. Lo vieron bajar con sus acompañantes desde la montaña, y como no venía de la puerta de Akrabis, sino como desviado en dirección a la puerta de Samaría, se apresuraron a anunciar su venida. Le recibieron en las chozas, le lavaron los pies y le dieron alimento. En seguida Jesús se dirigió a lo alto, donde estuvo un día el fundamento de la ciudad, enseñó al aire libre, sentado en un sitial de piedra. Arriba habían levantado chozas en los lugares libres y se cocinaba en común: eran hombres los que preparaban la comida, y no me parecieron judíos sino siervos o quizás esclavos. Al día siguiente hubo un festejo dentro de la fiesta general: no podría decir si era sólo propio de este lugar. En esta ocasión podía un maestro reprochar al pueblo y a los demás sus defectos y vicios, sin que fuera permitido contradecirle. Jesús había venido precisamente para esta ocasión. Todos los judíos, hombres, mujeres, jóvenes, doncellas y niños venían a las chozas en procesión, con guirnaldas, divididos en clases, sexos y condición. Sa había adornado el sitial con guirnaldas, arcos de plantas y flores, cubierto para defenderlo del sol y se había hecho como una terraza en torno.

Jesús enseñó hasta la tarde. Habló de todas las misericordias de Dios para con su pueblo, de la ingratitud y pecados del

pueblo, de los castigos sobre Jerusalén, de la destrucción del templo, y de la última hora de la gracia que no querían recibir, que después de esta gracia despreciada no tendrían ya otra, como pueblo, hasta los postreros días, y que sobre Jerusalén vendría una destrucción mucho más grande que las anteriores. Era una enseñanza de tono temible y aterradora. Todos escuchaban silenciosos y espantados, pues Jesús dijo bastante claro que era Él quien traía la salud, porque explicó las profecías, aplicándolas a este tiempo y a su Persona. Los fariseos de aquí, que no valían gran cosa, y que como los de Akrabis le habían recibido costésmente sólo en lo exterior, estaban callados y admirados, pero irritados en su interior, mientras el pueblo estaba conmovido, y alababa a Jesús. Habló también de los escribas que desvirtuaban las Escrituras con sus interpretaciones falsas y sus añadiduras. Por la tarde hubo una comida en las chozas de arriba, pero Jesús bajó a las del pueblo, en la llanura, y allí consoló y exhortó. En este lugar, como los fariseos no estaban presentes para espiar, vinieron muchas gentes a Jesús, se echaban a sus pies, le honraban, exponían sus necesidades y confesaban sus culpas y pecados. Jesús consolaba a todos y daba consejos. Era un cuadro conmovedor ver todo esto entre las lámparas que brillaban en la noche. Estas lámparas estaban cubiertas contra el viento, pero el resplandor amarillo de las luces se reflejaba tenuamente dentro y fuera de las chozas y sobre el verdor del suelo, los frutos y las personas. Era un espectáculo sumamente bello. Desde las alturas de Silo se podían ver los alrededores iluminados por las luces de las fiestas y se oían los cantos de las chozas cercanas y de las más alejadas. Jesús no sanó aquí a los enfermos, porque los fariseos los alejaban, y el pueblo temía a los fariseos. Tanto en Akrabis como en Silo la consigna de los fariseos era: "¿Qué quiere de nuevo este hombre aquí? ¿Qué novedad nos trae ahora? ¿Qué piensa hacer aquí?...".

VI

Jesús en Korea

Desde Silo se dirigió Jesús por el Sudeste, camino de media hora, a la ciudad de Korea, que se puede ver desde Silo. Esta ciudad no tenía muros ni fosos alrededor. Salieron al encuentro de Jesús los fariseos de Korea trayendo a un ciego de naci-

miento, ya hombre, con el cual pensaban tentar a Jesús. Este ciego tenía sobre sus vestidos, desde los hombros, un amplio género, que cubría también su cabeza. Era un hombre bien formado y esbelto. Cuando Jesús se acercó, el ciego dirigió su cabeza hacia Él, de lo cual todos se maravillaron; de pronto se echó a los pies de Jesús. Jesús lo levantó y le preguntó sobre su religión, los mandamientos de Dios y las profecías. El ciego habló cuerdamente de todas estas cosas, contra lo que era de esperarse: parecía que por boca de él se profetizaba algo. Habló de las persecuciones que se tramaban contra Jesús; que no convenía aún ir a Jerusalén, porque allí se tramaba contra su vida. Los presentes estaban consternados. Se había reunido mucha gente. Jesús le preguntó si deseaba ver las chozas de Israel, las montañas, el Jordán, a sus parientes y amigos, el templo, la ciudad santa, y a Él, Jesús, que estaba delante de él. El ciego dijo que él lo veía, veía sus vestidos, describiéndolos, y su rostro, y dijo que empezó a verlo desde que Jesús se acercó allí. Añadió que deseaba ver todo eso, y que sabía que Jesús podía hacerlo, si lo quería. Jesús puso entonces su mano sobre su frente, oró y le hizo una cruz sobre sus ojos ciegos y elevó sus párpados hacia arriba. Entonces dejó el ciego su amplio manto, miró, maravillado, a todos lados, lleno de contento, y exclamó: "Grandes son las obras del Todopoderoso". Luego se echó a los pies de Jesús, que lo bendijo.

Los fariseos quedaron silenciosos, mientras los parientes tomaron al hombre en medio de ellos y muchos de los presentes entonaron cánticos de alegría y salmos con el ciego, que alababa a Dios hablando y cantando en modo profético sobre Jesús y el cumplimiento de las profecías. Jesús entró luego en la ciudad y sanó allí a muchos enfermos y a otros ciegos que vivían en las casas y en los alrededores de la ciudad. Delante de la ciudad, en las chozas, le fueron lavados los pies y le dieron una refección y una bebida. El ciego habló a lo largo del camino por donde había venido Jesús, siempre en tono profético, del Jordán, del Espíritu Santo que había descendido sobre Él y de la voz que se había oído desde lo alto del cielo. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, por la entrada del Sábado, sobre la descendencia de Noé, la fabricación del arca, la vocación de Abrahán y varios pasajes de Isaías que recuerdan la alianza de Dios con Noé y del arco iris (Isaías, 54-55). En esta ocasión he visto en cuadros todo lo que Jesús decía: la vida de los patriarcas y su descendencia, y de las ramas que se apartaban de ellos, y cómo

vino la idolatría por ellos. Cuando veía estas cosas, todo me parecía claro y manifiesto; pero cuando vuelvo de las visiones a la vida natural me entristecen estas aberraciones de la idolatría, y ya no las puedo contar ordenadamente. Jesús habló también de la mala interpretación de la Escritura y del falso cálculo del tiempo. Él mismo calculó cómo se debía y dijo que todo estaba bien como aparecía en la Escritura. Yo no puedo comprender cómo se introdujo tanta confusión en todas estas cosas y se olvidó lo que debía ser.

Una parte de la ciudad de Korea está situada arriba, en la montaña, como sobre una terraza; la otra parte está metida en un barranco al Este y unida entre si por una estrecha serie de casas. De Silo han venido aquí muchos fariseos y enfermos. Aunque Korea está más al Oeste de Akrabis, con todo está más cerca del Jordán, pues el río tuerce hacia la ciudad. Ésta no es grande y los habitantes viven pobremente. Se ocupan de tejer canastos, divisiones de esteras, algunas más finas y otras más groseras. Este junco lo eligen y lo trabajan para estas obras. He visto que hacían grandes divisiones de esteras para separar dormitorios. Veo por aquí otros pequeños pueblos. Las montañas son empinadas y barrancosas. Enfrente de Akrabis, al otro lado del Jordán, está la región por donde anduvo Jesús el año pasado con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos cuando recorrió un valle hacia Dibón. Jesús enseñó por la mañana en la sinagoga y mientras los judíos hacían su camino de Sábado, sanó a muchos enfermos traídos a una sala cercana. Después de la conclusión del Sábado tuvo, durante la comida, una disputa con los fariseos. Se refería a las palabras proféticas del ciego. Decían que había profetizado algunas cosas que no se habían cumplido. Jesús les dijo que entonces no tenía el espíritu de Dios. Hablando así vinieron a tratar de Ezequiel, como si él tampoco hubiese profetizado bien sobre Jerusalén. Jesús les respondió que el espíritu de Dios vino al profeta recién a la orilla del río Chobar, en Babilonia, cuando tuvo que tragar algo, y así cerró la boca a los fariseos.

Mientras tanto el ciego andaba por la ciudad alabando a Dios, cantando salmos y profetizando. Ya ayer mismo había entrado en la sinagoga, con una amplia faja, y había hecho el voto de nazareno ante un sacerdote. Creo que este hombre terminará por juntarse con los discípulos. Jesús estuvo también en casa de los padres del ciego, que le habían invitado. Son esenios, de esos que viven en matrimonio, parientes lejanos de

Zacarías, y tienen parte en las reuniones de los esenios en Maspha. Tenían otros hijos e hijas, y este ciego de nacimiento era el más joven. Viven en un lugar apartado de la ciudad, donde hay varias familias de esenios que poseen hermosas praderas en la ladera de la montaña y cultivan trigo y avena. De sus cosechas no guardan más que la tercera parte, pues una parte la reciben los pobres y la otra la comunidad de Maspha. Estos esenios vinieron gozosos al encuentro de Jesús y le recibieron con fiestas, delante de sus viviendas.

El padre del ciego entregó a Jesús a su hijo y le dijo que lo llevase para que fuera el último servidor de sus discípulos, para que vaya él delante y prepare el albergue para los demás. Jesús lo recibió y en seguida lo mandó con Silas y otro discípulo de Hebrón a la ciudad de Betania. Creo que quiere Jesús dar una alegría a su amigo Lázaro, enviándole a aquél a quien había conocido como ciego de nacimiento. El padre de este ciego se llamaba Syrus o Cyrus, como un rey del tiempo de la cautividad de los judíos. El nombre del ciego era Manahem. Había llevado siempre un cinturón sobre sus carnes, y ahora lo llevaba encima de sus vestidos después de haber hecho un voto por determinado tiempo. Tenía el don de la profecía; durante la predicación de Juan estaba siempre sentado y había recibido el bautismo. En Korea había reunido a muchos que le escuchaban y profetizaba hablando de Jesús. Sus padres lo querían mucho por su piedad y su celo, y estaba siempre decentemente vestido. Cuando Jesús lo sanó de su ceguera, díjole: "Te doy una doble vista: una exterior y otra interior". Ahora los fariseos lo trataban burlonamente, por causa de sus profecías, que calificaban de sueños de su fantasía y le echaban en cara que era vanidoso por sus buenos vestidos. Ellos mismos lo habían llevado ante Jesús, pareciéndole que nada podría hacer con él, pues nunca se le había visto posibilidad de que pudiera ver. Ahora, que estaba con vista, decían: "No estaba en realidad ciego; es un esenio y quizás había hecho un voto de aparecer ciego por algún tiempo". Los fariseos que disputaron con Jesús sobre Ezequiel no apreciaban a este profeta: decían que era un simple siervo de Jeremías y que en la escuela de los profetas había tenido sueños muy oscuros; que sus profecías no eran tales, puesto que habían sucedido las cosas muy otras de lo que él había dicho. Manahem habló también cosas profundas de Melquisedec, de Malaquías y de Jesús.

VII

Jesús en Ophra

A una hora de Korea, entre el Norte y el Oeste, en una hendidura de la montaña, se asienta el pueblo de Ophra; está a una hora de distancia de Silo, hacia el Sur. Desde Korea hay que bajar y luego subir. A una hora y media de Korea, hacia Occidente, está la montaña fortificada de Alexandrium, al borde del gran valle que desde Korea se extiende a la parte Norte del desierto a algunas horas de Bethoron, mirando hacia el monte Garizim. A través de este campo caminó María con frecuencia. Viven aquí muchos pastores dispersos y está cerca la ciudad de Bethel.

A través de Ophra corren tres caminos y muchas caravanas vienen de Hebrón. Toda la ciudad está llena de posadas y de casas de comercio y de cambios de mercaderías. Las gentes son algo interesadas y groseras. Los discípulos de Jesús habían estado el año pasado aquí y desde entonces habían mejorado algo. Cuando Jesús llegó, estaba la gente a ambos lados del camino ocupada en los trabajos de viña: cosechaban la uva, porque la tarde misma comenzaba una festividad. En las chozas ya no había gente; sólo he visto niños, jóvenes y doncellas que pasaban en procesión por las chozas llevando banderitas. Los sacerdotes estaban ocupados en arreglos; llevaban los rollos de las Escrituras y los objetos sagrados a la sinagoga, y sobre cada banco colocaban un rollo. He visto a las mujeres en sus casas sentadas y rezando en rollos de las Escrituras.

Los hombres vieron que Jesús venía; se acercaron a Él delante de la puerta y lo llevaron a la ciudad. Le lavaron los pies y tomó alimento en el albergue junto a la sinagoga. Luego entró en algunas casas, donde enseñó y sanó a los enfermos. Por la tarde he visto que en la escuela se llevaba el rollo de la ley y que cada uno tenía que leer algo; luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde había muchos corderos sobre la mesa. Había manzanas Esrog que se habían traído para la fiesta. Estas manzanas tenían una preparación: se partían en cinco partes y se volvían a atar con una cinta colorada formando un todo. Cinco personas comían de cada manzana. Los alimentos eran preparados por los llamados siervos del Sábado, una especie de esclavos que no eran judíos. Al día siguiente Jesús iba de casa en casa invitando a las gentes a asistir a la sinagoga para la

enseñanza y las exhortaba a no entregarse a la avaricia y al afán de dinero. Les decía una especie de felicitación y saludo de conclusión de fiesta. La gente era aquí de tan mala fama por su afán de lucro que se la tenía en el mismo concepto que a los publicanos. Habían mejorado algún tanto. Por la tarde fueron llevadas las ramas y plantas con que se habían hecho las chozas, y amontonadas por los niños y quemadas delante de la sinagoga. Los judíos miraban con curiosidad cómo subía el humo y las llamas, deduciendo de esto suerte o desdicha para el año. Jesús enseñó en la sinagoga, hablando de la felicidad de Adán en el paraíso, de su pecado y de la promesa de redención. También habló de Josué. Refirióse a la demasiada solicitud, diciendo que mirasen a los lirios del campo que no tejen y a los pájaros que no siembran. Recordó a Daniel y a Job, que describió como hombres llenos de negocios, pero piadosos y sin mundana solicitud. Jesús y sus discípulos no fueron recibidos aquí gratuitamente, sino que he visto que los discípulos pagaron el albergue.

Mientras estaba con los discípulos en ese albergue vino un hombre de Chipre que había estado con Juan en Macherus, a diez horas de camino de Ophra, adonde lo había llevado un siervo del centurión de Cafarnaum (Serobabel). Éste había sido enviado por un hombre principal de Chipre, que había oído muchas cosas de Jesús y de Juan, y quería cerciorarse de las cosas oídas por medio de este mensajero. Este hombre partió en seguida de Ophra, pues debía embarcarse en un buque que estaba a punto de partir. Era un pagano amable y muy humilde. El siervo del centurión lo había guiado, según su deseo, a ver a Juan en Macherus y luego a Ophra donde estaba Jesús. Jesús habló mucho tiempo con él y los discípulos tuvieron que escribirle en su presencia todo lo que Jesús decía y deseaba él saber. El antepasado de su señor es un descendiente de un rey de Chipre que había recibido a muchos judíos perseguidos y hasta dado albergue y comida en su mesa. Esta obra de caridad le trajo la gracia y el fruto del bien obrado, y por eso este pagano creyó en Jesús. En este momento tuve una visión: de cómo Jesús, después de la próxima fiesta de Pascua, pasaba por Tiro y Sidón, y se embarcaba para Chipre, donde debía enseñar.

VIII

Jesús en Salem y en Aruma

Desde Ophra caminó Jesús, entre Alexandrium y Lebona, por un valle, hacia la ciudad de Salem. Atravesó el bosque de Hareth llegando a la planicie de Salem. Delante de la ciudad había jardines y alamedas. El lugar es muy ameno. No es grande la población, pero muy limpia y ordenada, más que otras de los alrededores. Está edificada en forma de estrella, de modo que sus calles van a parar al centro, donde hay un pozo de agua. Se ven algunas ruinas. El pozo es para ellos sagrado, pues estuvo algún tiempo contaminado como el de Jericó. Eliseo lo sanó, como al de Jericó, echando sal y agua que había estado en contacto con el misterio del Santuario. Ahora se ve una hermosa techumbre edificada sobre el pozo. No lejos de él, también en medio de la ciudad, hay un castillo muy alto y yermo, con grandes ventanas vacías. Junto a él hay una torre redonda, muy gruesa, en cuyo techo plano hay una bandera al viento; a dos tercios de altura asoman, en los balcones, por los cuatro lados del edificio, cuatro grandes bolas de metal brillante que resplandecen a los rayos del sol. Cuelgan desde los tiempos de David, porque éste había estado aquí con Micol, y cuando tuvo que huír a la comarca de Gilead, su amigo Jonatás le hacía señales diversas con estas bolas luminosas colgándolas ya de un lado, ya de otro, ya de una manera, ya de otra, según se habían entendido de antemano para escapar a la persecusión de Saúl.

Jesús fué recibido muy bien; la gente que encontraba junto a los montones de la cosecha lo acompañó hasta la ciudad y de allí salieron otros para recibirlo. Lo llevaron a Él y a sus discípulos a una casa donde les lavaron los pies, les acomodaron otras suelas y les dieron vestidos, mientras sacudían y espolvoreaban los suyos. A menudo tales vestidos se regalaban a ciertos viajeros; con todo, Jesús nunca los retuvo para si: generalmente llevaba algún discípulo otro vestido de repuesto para Jesús. Luego le llevaron junto a su hermoso pozo donde les sirvieron alimento. Allí, y en las calles adyacentes, había muchísimos enfermos de todas clases. Jesús iba pasando de un enfermo a otro, y así estuvo ocupado hasta las cuatro de la tarde, en que tomó parte de una comida en el albergue y después enseñó en la sinagoga. Se presentó la oportunidad de hablar sobre Melquisedec y Malaquías, que estuvo algún tiempo

en este lugar y que profetizó sobre el sacrificio según el orden de Melquisedec. Jesús dijo que el tiempo había llegado, y que aquellos profetas se hubiesen considerado dichosos de ver y de oír lo que ellos ahora veían y oían. Los habitantes eran de mediana condición, es decir, ni ricos ni pobres, en general bien intencionados, y se querían unos a otros. También los maestros de la sinagoga eran bien intencionados; pero llegaban a menudo fariseos de otros lados que molestaban a los maestros y a la comunidad. La ciudad tenía ciertos derechos sobre distritos de los alrededores y sobre algunas poblaciones que le pertenecían. Jesús estaba a gusto aquí y animaba a la gente en sus buenas disposiciones.

Al día siguiente se dirigió Jesús hacia el Sureste de Salem, a un rincón donde hay un brazo de río que se echa en el Jordán, desde Akrabis y el Jordán mismo. Había un lugar de recreo y de baños. En esta comarca empinada había tres estanques para peces, uno sobre otro, que recibían el agua de ese arroyo y había baños que podían volverse calientes a voluntad. Mucha gente suele venir a estos lugares. Desde aquí se ve Ainón recostada sobre el Jordán y del otro lado se veían gentes que andaban. Hacia el mediodía volvieron todos de nuevo a Salem, donde se habían reunido varios fariseos de Aruma, ciudad a unas dos horas al Oeste, en una montaña, y de la ciudad de Phasael, a una hora al Noreste, escondida en un rincón de esta comarca.

Aquí vivía el piadoso Jairo, cuya hija Jesús había resucitado hacía poco tiempo. Entre los fariseos estaba un hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania, que era uno de los principales de Aruma. Había también saduceos. Estaban como huéspedes, pues era costumbre que después de la fiesta de los Tabernáculos se invitasen a los maestros unos a otros. Se hizo una gran comida en una sala abierta, y Jesús asistió a ella en medio de los maestros y escribas. Temían éstos que Jesús enseñase el Sábado en la sinagoga, porque el pueblo no los veía bien a ellos y temían ser reprendidos. Por eso el hermano de Simón invitó a Jesús a ir a Aruma y Jesús aceptó la invitación. Phasael es una ciudad nueva donde solía vivir Herodes cuando se detenía en esta comarca. Hay palmeras en torno de la ciudad y corre un arroyo en su cercanía, que luego se echa en el Jordán, cerca de Sukkoth. Las gentes parecen ser, en general, agricultores y colonos. La ciudad fué edificada por Herodes.

Cuando Jesús llegó a Aruma, no lo recibieron los fariseos en la puerta de la ciudad. Entró con los vestidos ceñidos, acompañado de siete discípulos. A la entrada lo recibieron algunos bien intencionados, como se acostumbra a los que vienen ceñidos y de viaje: cuando no van ceñidos es señal que recibieron ya a la entrada la bienvenida. Los llevaron a una casa, les lavaron los pies y les dieron la refección acostumbrada, sacudiendo también sus ropas del polvo. Después se dirigió Jesús a la casa del sacerdote, junto a la sinagoga, donde se encontraba el hermano de Simón con otros sacerdotes y saduceos que habían venido desde Thebez y otros lugares vecinos. Tomaron algunos rollos de la Escritura y se fueron hacia un pozo delante de la ciudad, donde hablaron de la lectura de hoy, que era Sábado. Era como una preparación para la predicación.

Hablaron cortésmente con Jesús y le pidieron que enseñase hoy, pero que no soliviantara al pueblo contra ellos. No dijeron esto de palabra, pero se lo dieron a entender. Jesús les dijo seria y claramente que enseñaría lo que la Escritura diga, es decir, la verdad, y habló de los lobos con piel de oveja. En la sinagoga habló Jesús de la vocación de Abrahán, de su viaje a Egipto, del idioma hebreo, de Noé, de Heber, de Phaleg y de Job. La lectura era de Moisés (I cap. 12) y del profeta Isaías. Dijo que desde Heber había Dios separado a los israelitas de los demás, pues a este hombre le había dado un nuevo idioma, que era el hebreo, que no tenía nada de común con los otros de aquel tiempo, para mantener esta raza separada de las demás naciones. Primero había hablado Heber la primera lengua madre, como Adán, Set y Noé; pero ésta fué mezclada con muchas otras lenguas en la confusión de Babel. Dios le dió a Heber, para apartarlo de los demás, una lengua propia, santa, la antigua lengua hebrea, sin la cual no se habrían conservado puros de la idolatría y separado de los paganos.

Jesús se albergaba en casa del hermano del fariseo Simón, el leproso, de Betania; ese fariseo era de aquí; era más instruído en la Escritura y más firme. El de Betania valía menos, pero aparentaba saber más. En su casa estaba todo bien ordenado, y aunque Jesús no era respetado con sentimientos de fe, lo trataban con suma cortesía, deferencia amistosa y consideración humanas. Tenía un lugar propio para la oración; los utensilios, telas y ropas eran de la mejor clase, hermosos, y el servicio esmerado y pulcro. La mujer y los hijos casi no aparecían en la casa.

Jairo, de Phasael, aquél cuya hija había resucitado Jesús, también había venido para celebrar el Sábado, y habló con Jesús. Esa hija suya no estaba allí ni en Phasael, sino en Abelmehola, en una escuela de niñas. Jairo andaba mucho con los discípulos de Jesús en estos viajes. Muchas doncellas solían visitarse en estos días, como lo hacían también los hombres. Abelmehola está como a seis horas de camino de Phasael. Delante de Aruma, por el Occidente, hay un gran edificio habitado por ancianos y viudas. No eran esenios, pero llevaban unas vestiduras largas blancas y vivían en comunidad, según ciertas reglas. Jesús estuvo en medio de ellos enseñando. Cuando Jesús es invitado a una comida, lo veo ordinariamente ir de una mesa a otra enseñando y exhortando.

IX

La fiesta de la dedicación del templo de Salomón

En Aruma se celebraba la fiesta de la dedicación del templo de Salomón. Toda la sinagoga estaba llena de lámparas encendidas, y en el medio había una pirámide de luces. El día propio ya había pasado. Creo que era al final de las fiestas de los Tabernáculos: era ésta una fiesta trasladada. Jesús enseñó sobre la dedicación: cómo Dios se apareció a Salomón y le dijo que quería mantener a Israel y el templo si le eran fieles y que quería vivir en ese templo en medio de ellos; pero que lo destruiría si se apartaban de Dios. Esto lo explicó Jesús refiriéndolo al tiempo presente, pues ahora había llegado el momento decisivo: si no se convertían el templo sería destruído. Dijo esto con mucha severidad. Los fariseos comenzaron a disputar: decían que estas palabras no habían sido dichas por Dios, sino que eran palabras de Salomón, como una fantasía. La disputa se animó mucho y he visto a Jesús hablar con mucha viveza. Tenía en este momento un aspecto aterrador y los fariseos casi no podían sostener su mirada. Les hablaba en trozos que surgían de la lectura del día, por ser Sábado, de los cambios y malas interpretaciones de la Escritura, y de la verdad y de la historia, como también de los falsos cálculos de los paganos, por ejemplo, de los egipcios; y cómo podían ellos hacer reproches a estos paganos, siendo que ellos mismos, los judíos, estaban en tan miserable estado, que la palabra de Dios, que les estaba tan cerca y les era tan santa, pues sobre ella estribaba la

alianza con el templo, la tenían ahora por una fábula y fantasía de Salomón; sólo porque no les convenía entenderla como estaba escrita, y porque la otra interpretación los halagaba más. Jesús volvió a repetir la promesa de Jehová a Salomón y añadió que ahora, por la falsa interpretación y mala explicación, la amenaza de Jehová estaba más cerca que nunca. Les dijo: "Como ahora está ruinosa la fe en las promesas de Jehová, también los fundamentos del templo están ya ruinosos". Les repitió: "Sí; el templo será destruído y arruinado, porque ya no creéis a las promesas, porque no reconocéis lo santo y no lo observáis santamente. Vosotros mismos trabajaréis en su destrucción y no quedará nada de él sin ser destruído, y será destruído por causa de vuestros pecados". De este modo les habló, y en forma tal, que bajo el templo se entendía que hablaba también de su propio cuerpo. Más tarde, antes de su pasión, dijo esto más claramente: "Yo lo reedificaré en tres días". Aquí no lo dijo tan claramente, pero con todo he visto que entendían que algo misterioso se ocultaba en sus palabras, y se espantaban. Murmuraban y se irritaban al oír estas cosas. Jesús no se alteró por eso y siguió hablando admirablemente, de modo que no pudieron ya contradecir ni decir nada, y, aún contra su voluntad, se sintieron vencidos y subyugados.

Al terminar le dieron la mano cuando salía de la sinagoga, y se excusaron, pareciendo que querían exteriormente restablecer la paz y armonía. Jesús dijo todavía algunas severas palabras, pero mansamente, y la sinagoga fué cerrada. En este momento tuve una visión sobre Salomón, a quien vi delante del templo, junto al altar del sacrificio: estaba de pie encima de una columna alta y desde allí hablaba al pueblo y oraba a Dios en voz alta. A esa columna se subía por la parte interior; arriba había una plataforma y un asiento. Esta columna era movible y se podía transportar a voluntad. Después he visto a Salomón sobre la torre de Sión, pues aún no estaba hecho su nuevo palacio. Estaba en el mismo lugar donde Dios había hablado a David y especialmente cuando estuvo Nathán con él. Había allí una terraza bajo una techumbre donde solía dormir. He visto que Salomón oraba allí, cuando de pronto vino un gran resplandor y se oyó una voz que le hablaba, que salía del mismo resplandor. Salomón era un hombre de hermoso aspecto, algo lleno de carnes y no tan seco y enjuto como veo a muchos hombres de estas comarcas. Sus cabellos eran castaños y sencillos; tenía una bar-

ba corta y pulida, ojos morenos y penetrantes, y un rostro redondo y lleno con los huesos de las mejillas anchas. Aún no se había entregado al amor con las mujeres paganas y extranjeras.

X

Jesús entre los pobres y humildes. Tenath-Silo

Jesús no sanó a los enfermos en Aruma públicamente, para no excitar la envidia de los fariseos. Las gentes también temían a los fariseos y por eso no se mostraban de día. Era un espectáculo hermoso ver a Jesús en dos noches de clara luna salir de la ciudad con algunos discípulos y caminar por las calles para visitar a las gentes pobres y humildes que lo esperaban en un patio, donde sanó a varios enfermos. Eran gentes sencillas que creían en Él y habían rogado a los discípulos que dijeran a Jesús se dignase visitarlos. Todo se hizo sin llamar la atención, porque los caminos estaban desiertos. En esas calles sólo corrían lo muros de la ciudad que no tenían aberturas, sino hacia el interior, a los patios y jardines. Recuerdo a una mujer con flujo de sangre, traída allí por dos jóvenes, que estaba toda envuelta. No se detuvo Jesús mucho tiempo con esos enfermos. Para despertar su fe les preguntaba ordinariamente si creían que Dios los podía sanar y les decía que ese poder Dios lo había dado a Uno sobre la tierra. No sé decirlo bien. Después he visto que la mujer besó el cíngulo de Jesús y Jesús dijo unas palabras, como éstas: "Yo te doy la salud por el misterio (o por la intención) con el cual fué llevado este cíngulo desde el principio hasta el fin". A otros enfermos les ponía el cabo del cíngulo sobre la cabeza. Este cíngulo o faja era una ancha tela que a veces se llevaba abierta en toda su anchura, otras veces doblada y más angosta; a veces se dejaba colgar hacia el suelo; a veces se recogía; pendían de ella borlas y franjas.

El valle al Este de Aruma, y de Este a Oeste, hacia Sichar, estaba lleno de bosques, como también desde Sichar hacia el Norte, hasta la montaña, al Noreste de Siquem. Al Este de esta montaña, que está en medio de la llanura de Sichar, estaba el bosque de Mambre. Aquí era el lugar donde Abrahán tendió su tienda y donde se le apareció Dios, dándole la promesa de su gran descendencia. Había un grueso árbol no tan duro como un roble, pero parecido en los brotes y frutos, del cual solían hacer

las gentes los cabos y nudos de la parte superior de sus bastones de viaje. Bajo este árbol apareció Dios a Abrahán.

El camino parte de Sichar, por la parte izquierda del bosque, en torno del monte Garizím. Delante del bosque, hacia el Norte, hay una ciudad en la llanura en memoria de la estadía de Abrahán: deben estar todavía hoy los restos de esa ciudad. Estaba a tres horas al Norte de Aruma y a dos horas al Noroeste de Phasael, y se llama Tenath-Silo.

Después que Jesús habló nuevamente contra la conducta de los fariseos, diciendo que habían perdido el espíritu de su religión y se atenían a formas vacías y a vanas prácticas exteriores, que el demonio se encarga de llenar, como lo han podido comprobar en los paganos, abandonó la ciudad de Aruma y se dirigió a Tenath-Silo, delante de la cual entró en uno de los albergues que Lázaro tenía establecidos a lo largo de los caminos. Allí enseñó a hombres y mujeres ocupados ahora en la cosecha del trigo, y les habló en parábolas y comparaciones de siembra, cosecha y diversas clases de terrenos. Estos trabajadores eran esclavos y de religión samaritana. Por la tarde enseñó en la sinagoga. Era la fiesta del Novilunio y colgaban coronas de frutos delante de la sinagoga y de otros edificios públicos. Delante de la sinagoga se habían reunido muchos enfermos, especialmente baldados, gotosos, endemoniados y mujeres con flujo de sangre, a quienes Jesús sanó. He visto que aquí bendecía a muchos niños enfermos y muchos sanos también. Los baldados y reumáticos de manos y pies se debía a la estadía en los campos húmedos, donde se echaban sudorosos por el trabajo, de día y de noche. Lo mismo he podido comprobar en Gennebris y en Galilea.

Al día siguiente Jesús anduvo por los campos de la cosecha y sanó a los enfermos. Algunas personas trajeron alimentos de la ciudad y hubo una comida en una choza de las que habían quedado de las pasadas fiestas. Jesús habló largamente de la demasiada solicitud por las cosas de la vida. Trajo la comparación de los lirios del campo, diciendo que estaban mejor vestidos que Salomón y no obstante no tejen ni hilan, y añadió otras comparaciones de animales y de cosas que estaban a la vista de los oyentes. Les enseñó también que no debían profanar el Sábado y las fiestas con trabajos de ganancia: que estaban permitidos los trabajos de caridad y de ayuda a los demás hombres o de los animales, pero que en cuanto a la cosecha del trigo y de los frutos debían dejarlo al cuidado de Dios y no creerse con dere-

cho de trabajar por cada amenaza de tormenta que vieran. Todo esto lo dijo hermosamente, en modo semejante al sermón de la montaña, por que oía yo a menudo decir al Señor: "Benditos son los que... Benditos aquéllos que...".

La gente de estos lugares necesitaba mucho de esta predicación, pues eran sumamente codiciosas y ansiosas de ganancias en sus trabajos de campo y en el comercio de los productos y eran exigentes con sus siervos. Cobraban aquí los diezmos de toda la comarca, y muchas veces retenían todo o alguna parte, mucho tiempo y negociaban con esto. Comerciaban con los productos de su cosecha. Veo hombres de edad en trabajos de madera, que sacan de sus bosques y haciendo suelas de madera para sus zapatos. Veo también muchas higueras. No había aquí fariseos. La gente era algo engreída por su descendencia de Abrahán y grosera en el trato. Los hijos que dejó aquí Abrahán fueron muy pronto desarraigados y mezclados con los siquemitas, de modo que cuando Jacob volvió a esta tierra no tenían ya ni la circuncisión. Jacob había pensado permanecer allí, pero por la seducción de Dina tuvo que emigrar. Conocía a los hijos de Abrahán, que vivían aquí y les enviaba regalos. Dina había ido a pasear junto al pozo de Salem y fué invitada por algunos de estos que habían recibido regalos de Jacob. Tenía doncellas que la acompañasen, pero por curiosidad paseaba sola y así la vió el siquemita que la sedujo.

No debe causar maravilla la gran cantidad de enfermos que encuentra Jesús, pues no bien saben de su venida, los traen de todos los rincones del país y de todas las chozas y tiendas. Vivían en Tenath-Silo judíos y samaritanos separados: los judíos eran mayoría. Jesús enseñó también a los samaritanos, pero estando en suelo judío, y ellos estaban al final de una calle en su territorio. Sanó a muchos samaritanos. Los judíos no se muestran adversos como en otros lugares y no se atienen tampoco tan estrictamente a la observancia del Sábado. Jesús sanó aquí a muchos enfermos de diversas maneras: a algunos a distancia con la mirada y la voz; a otros con tocarlos; a éstos les ponía las manos; a unos bendecía; sobre otros soplaba, y a otros los ungía con su saliva. Hubo algunos a quienes tocándolos mejoraban; a otros sanaba sin que se hubiesen acercado. Me parece que ahora hace más rápido de lo que solía hacer al principio. Yo creo que empleaba diversas maneras para demostrar que no se atenía a un determinado modo, pero también dice el Señor en el Evangelio que una clase de demonios se debe echar de un modo y

otra de otro. Jesús sana de conformidad con la necesidad de cada uno, según su fe y confianza y su naturaleza, como al presente trata diversamente a las almas de los pecadores. En estos milagros no quebranta las leyes de la naturaleza: sólo desata las ataduras; no cortaba nudos, sino que los abría, pues podía hacerlo teniendo todo poder. Como Hombre-Dios sanaba de modo humano, santificando lo que hacía en tal forma. Se me había dicho otras veces que Jesús obraba así para enseñar a los apóstoles las distintas formas para diversas ocasiones. Las variadas formas de las bendiciones de la Iglesia y las consagraciones y los ritos de los sacramentos tienen su fundamento en esta manera de obrar de Jesús.

XI

Jesús en Aser-Michmethath

Hacia el mediodía Jesús dejó la ciudad acompañado de varias personas; caminó por la calle ancha hacia el Noreste que lleva a Scytópolis, teniendo a Doch a la derecha y a Thebez a la izquierda, a la ladera Este de la montaña donde está asentada Samaría. Entró en un valle donde corre un río hacia el Jordán. Le salió al encuentro un grupo de personas deseosas de aprender, especialmente trabajadores samaritanos que le esperaban, y a los cuales adoctrinó. En la altura, a la izquierda, hay un poblado con una larga hilera de casas que se llama Aser-Michmethath, adonde entró Jesús por la tarde. Abelmehola dista de aquí como siete horas de camino. Por este camino van María y las santas mujeres cuando no quieren ir por las montañas de Samaría, dirigiéndose a la Judea. También en la huída a Egipto pasó por aquí María con José.

Esta misma tarde fué Jesús al pozo de Abrahán y al recreo de Aser-Michmethath, y sanó allí a varios enfermos, entre ellos a dos samaritanos que habían traído. Fué recibido muy bien por la gente que era buena; todos deseaban tenerle por huésped. Jesús se alojó en casa de una familia patriarcal, cuyo jefe se llamaba Obed, donde fué recibido muy cariñosamente con todos sus discípulos. El camino de Tenath-Silo hasta aquí es mucho mejor y más ancho que el de Akrabis a Jericó, que es muy pedregoso, angosto y tan tortuoso que los animales lo pasan difícilmente cargados con mercaderías. Era bajo este árbol, junto al pozo de Abrahán, donde la falsa profetisa, en tiempo

de los jueces, daba sus respuestas y anuncios por medio de magia, que salían siempre al revés de lo que profetizaba. Tenía de noche su morada aquí y trabajaba con toda clase de turbios manejos, entre luces de antorchas, haciendo aparecer toda clase de formas de animales y de espectros. Esta falsa profetisa fué clavada de pies y manos a un madero por los madianitas. Debajo de este árbol había enterrado Jacob los idolillos robados a los siquemitas. José y María se mantuvieron ocultos aquí, junto a este árbol, durante un día y la noche en su huída a Egipto. Era conocida la orden de persecución dada por Herodes y era muy peligroso viajar por estos caminos. Si mal no recuerdo, creo que en el viaje de María y José a Belén, fué aquí donde María sufrió una vez un intenso frío, que la hizo gemir y luego recibió un calor confortable.

La ciudad de Aser-Michmethath está de través, sobre un barranco que desciende hacia el valle del Jordán; la parte Sur pertenece a Efraim y la Norte a Manasés. En la parte de Efraim está Michmethath, y en la de Manasés, la población de Aser, que entre las dos forman una ciudad, cuyos límites pasan por el medio. La sinagoga está de la parte de Aser, y los habitantes son algo diferentes en sus costumbres y apartados; mientras que Michmethath, con sus casas, va subiendo por la falda de la montaña. En el valle hay un arroyuelo, junto al cual Jesús enseñó a los samaritanos que se habían congregado. Un poco más arriba está el hermoso pozo y en torno de él lugares de recreo y de baños. La fuente a la cual se desciende por escalones, está apresada por un contorno amurallado, y en medio de la fuente, sobre un terraplén, está el árbol. De esta cisterna se puede hacer correr el agua a otras fuentes, en torno de esta principal. Allí Jesús sanó a dos mujeres samaritanas.

XII

Jesús en casa de Obed. Enseñanza con los pastores

La casa de Obed era como una gran posesión delante de la ciudad de Michmethath, porque el hombre era una especie de jefe. Los habitantes estaban casi todos emparentados entre si y varias familias eran hijos de Obed o hijos de sus hijos o descendientes de sus antepasados. Obed era el más anciano de la ciudad y se encargaba de dirigirlos en sus negocios, en el cultivo de sus campos y en la vida pastoril. Su mujer se ocupaba de sus

quehaceres con otras mujeres en otra parte de la casa: era todavía una mujer judía despierta y activa. Tenía en su casa una especie de escuela de niñas, porque las reunía allí y les enseñaba trabajos manuales. La casa respiraba amor, consejo y actividad. Obed tenía diez y ocho hijos, de los cuales había algunos aún no casados. Dos de sus hijas estaban casadas y vivían de la otra parte de la ciudad, en Aser, cosa que no le gustaba al viejo Obed, como oí decírselo a Jesús en sus conversaciones con Él. La gente de Aser no era de las mismas costumbres que los de este lado de la familia de Obed.

Por la mañana enseñó Jesús junto al pozo. Había allí como cuatrocientos hombres escalonados en torno de las terrazas del pozo escuchando la enseñanza de Jesús. Habló claramente de la venida del reino, de su propia misión y del bautismo y la penitencia, y preparó a algunos para el bautismo: entre ellos había algunos hijos de Obed. Después caminó con Obed hacia las chozas de los campos, y consolaba y alentaba a los peones, enseñando y consolando también a personas ancianas que debían cuidar la casa y no podían salir. Obed hablaba mucho con el Señor de Abrahán y de Jacob, que habían vivido en esos lugares y del caso de Dina. Los habitantes de la ciudad se consideraban descendientes de Judá. El capitán Holofernes, que había invadido esta tierra, había causado enormes destrozos. Los antepasados de estos habitantes se habían propuesto mantener las tradiciones de sus antiguos padres, pues habían emigrado de Judea. Con estas antiguas costumbres se habían mantenido hasta el presente. Obed mantenía estas antiguas maneras y especialmente imitaba mucho a Job. Había acomodado bien y ricamente a todos sus hijos y en todas las ocasiones daba generosamente al templo y a los pobres. Jesús bendijo a muchos niños que le eran presentados por sus madres. Por la tarde hubo una gran comida alrededor de la casa de Obed y en las chozas. Se puede decir que tomaron parte todos los habitantes de Michmethath, especialmente los pobres. Jesús iba de mesa en mesa bendiciendo, consolando, enseñando y repartiendo alimentos. Enseñaba en parábolas. Las mujeres estaban en otra choza aparte. Después Jesús fué a las casas de algunos enfermos para sanarlos, y de paso bendijo a muchos niños que le traían las madres; había muchos niños, especialmente en la casa de la mujer de Obed, porque ella se ocupaba de agruparlos y enseñarles. Obed tenía un niño de unos siete años con el cual Jesús habló largamente. Vivía con otro hermano de Obed en el campo

y era muy piadoso: se levantaba de noche para orar. El hermano aquél no estaba muy contento con esto, y Obed se afligía de este contratiempo. Jesús intervino en este caso y dejó contentos a todos. Este niño se juntó con los discípulos después de la muerte de Jesús. Esta ciudad de Michmethath se había conservado fiel a los Macabeos en tiempos de guerras y el mismo Judas estuvo algún tiempo aquí. Obed se había propuesto imitar en todo a Job y en verdad llevaba él mismo y hacía llevar a los suyos una vida patriarcal al modo de los antiguos padres.

Cuando Jesús se dirigió a la otra parte de la ciudad ya se habían reunido muchos fariseos en la sinagoga, no de los mejores y algunos orgullosos habitantes. Éstos estaban en combinación con gentes encargadas de cobrar impuestos para Roma y ejercían la usura con esto dineros. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos. Los fariseos los orgullosos de la ciudad estaban irritados con Jesús por había estado primero con las gentes sencillas de Michmethath y no con ellos. Ellos no lo amaban, y sin embargo querían que hubiese entrado primero en su ciudad y no en la de sus vecinos, a los cuales tenían en menos.

De Aser Jesús volvió a Michmethath y con mucha gente se dirigió al pozo, preparando allí a las gentes para el bautismo. Muchos confesaban sus pecados en público; otros pasaban al lado de Jesús y confesando sus culpas pedían perdón y penitencia; mientras tanto, Saturnino y Barsabas bautizaban y otros discípulos ponían las manos sobre ellos como padrinos. Los bautismos se hacían en una gran cisterna. Después del bautismo Jesús volvió a la sinagoga de Aser y enseñó sobre Moisés (I, 18, 23). Se refirió a la destrucción de Sodoma y Gomorra, haciendo una severa advertencia sobre la penitencia: trató también de Eliseo y sus prodigios. Los fariseos no estaban de acuerdo con la predicación de Jesús, quien les echó en cara que despreciaban a los publicanos por su ilícito comercio, siendo que ellos hacían lo mismo y peor, pero ocultamente y queriendo pasar por justos. Después que Jesús habló en la sinagoga de Abrahán y de Eliseo, sanó a muchos enfermos, endemoniados y melancólicos. Al mediodía hubo una comida en un albergue. Los fariseos en verdad habían invitado; pero Jesús llamó a todos los pobres del lugar y a las gentes de Michmethath, y después hizo pagar los gastos por sus discípulos. Durante la comida tuvo vivas disputas con los fariseos. Jesús contaba parábolas, como, por ejemplo, del deudor injusto, que quiere ser condonado y no perdona a sus deudores; les echó en cara que ellos oprimían al pueblo cobran-

do los impuestos, y luego mentían a los romanos diciendo que los pobres no habían podido pagar, mientras se guardaban el dinero; que cobraban mayores impuestos y a los romanos les entregaban sólo la tercera parte. Al principio quisieron justificarse y Jesús les dijo: "Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios". Por último, viéndose descubiertos, se irritaron mucho, y decían: "¿Qué le importa a Él de nuestro modo de proceder?"

Al comenzar el día de ayuno en memoria de serle saltados los ojos al rey Sedequías por Nabucodonosor, enseñó Jesús en los lugares de los pastores y junto al pozo de Abrahán. Habló del reino de Dios, y cómo ese reino pasaría de los judíos, que no lo recibían, a los paganos, y que éstos tendrían la supremacía. Obed le advirtió que si decía eso a los paganos éstos se pondrían soberbios. Jesús le explicó cómo les enseñaba y que precisamente porque no eran soberbios serían los primeros en el reino. De paso advirtió también a Obed y a los suyos sobre el peligro de creerse justos y de estar contentos de su modo de ser, a lo cual tenían cierta tendencia. Ellos se apartaban de los demás y se sentían satisfechos de su orden en la vida, de su moderación y del fruto de su vida morigerada, y todo esto podía llevar al contentamiento vano de sí mismo y desprecio de los demás. Jesús usó la parábola de los trabajadores que reciben su salario diario.

A las mujeres que estaban reunidas en un lugar de recreo, aparte, les enseñó contándoles la parábola de las diez vírgenes: de las prudentes y de las tontas. Estaba en medio de ellas, y ellas en torno de Él, en círculo, en escalones, en una especie de terraza: la mayoría estaban sentadas sobre una rodilla, mientras tenían la otra levantada y se apoyaban sobre ella con las manos. En estas ocasiones todas las mujeres tenían velos y mantos con que se cubrían: las ricas, velos finos y transparentes; las pobres, otros más gruesos. Al principio vienen todas con los velos bajos; luego, según la comodidad, se lo levantan un tanto. Se bautizaron aquí unos treinta hombres, la mayor parte obreros que habían estado ausentes o habían llegado cuando ya Juan estaba preso.

XIII

Jesús en Meroz

Después que Jesús estuviera con los agricultores ocupados en la segunda vendimia, se dirigió con cinco discípulos al lugar de donde había venido. Los dos discípulos de Juan se habían alejado de aquí en dirección de Macherus. El arroyo del valle de Aser-Michmethath tiene su origen en la fuente donde Jesús hizo bautizar. Jesús marchó hacia el Oeste unas tres horas en el valle, al Mediodía del monte donde están edificadas Samaría y Thebez. Enseñó durante el camino a algunos pastores y llegó hacia el mediodía a la posesión principal que recibió José de Jacob (I Moisés, 48, 22). Está al Sur de Samaría y se extiende en una anchura de media hora de camino, a una hora del Este al Oeste. Un arroyo corre en dirección de Occidente. Desde la altura del viñedo mira esta posesión hacia el Mediodía a Siquem, del cual está apartado como un par de horas al Norte. Tiene esta posesión de todo: viña, trigo, pastoreo, fruta, agua de riego y buena edificación. El que lo ocupa ahora es un arrendatario, porque la posesión es de Herodes. Es la casa donde estuvo María con las otras mujeres cuando Jesús estaba en Siquem y le esperaron allí y donde Jesús sanó al niño enfermo. La gente es buena.

Jesús enseñó aquí delante de una gran multitud y luego tomó parte en una comida de campesinos. Esta herencia de José no era el campo de Siquem que Jacob compró de Hemor, sino una posesión aparte donde se habían metido los amorritas entre otros advenedizos. Se le había vendido todo junto y Jacob tuvo que limpiarlo de amorritas, a los cuales no veía bien que se mezclasen con su gente. Consiguió esto con una especie de desafío de paz. Jugaron a quien vencía al contrario sacándole el escudo de las manos o la espada y lo rompía: el vencido tenía que abandonar el campo. También se jugó a tirar con honda o arco y flechas al blanco. He visto cómo Jacob y el jefe de los amorritas estaban rodeados de los suyos, uno frente al otro. Jacob venció a su contrario, y éste tuvo que salir del campo. Después del combate hicieron un pacto mutuo. Todo esto aconteció después de la compra del terreno. Jacob vivió once años en Siquem.

Desde aquí partió Jesús de nuevo al Noreste, subiendo al monte, hacia Meroz, una ciudad situada al Mediodía de una

montaña, mientras Atharoth está al Norte. Meroz está más alta que Samaría, hacia el Norte de Thebez, aún más alta que Aser-Michmethath, que está al Este.

Jesús no había estado aún en Meroz, que tenía mala fama por su infidelidad. La ciudad está rodeada de excavaciones, sin agua. Sólo se junta alguna cuando llueve, en las montañas. Se habían reunido en Meroz, descendientes de Aser y Gad, hijos de Jacob por Zelpha, y algunos de ellos se habían mezclado por casamientos con los siquemitas. Las otras tribus no querían tener a éstos, y eran considerados como no fieles y traidores entre los demás judíos. De este modo se formó esta ciudad de Meroz como un lugar apartado de los demás: conservaron algo de bueno y mezclaron también algo de malo de los otros. Eran algo desechados de los demás y como olvidados. Hacían trabajos en pieles y cueros: vestidos, suelas, correas, fajas, escudos resistentes y defensas para los soldados. Traían estas pieles de otras regiones y las tenían en cisternas adonde llegaba el agua de la fuente que tenían en la ciudad. Pero porque esta misma fuente les venía de otro lugar, por canales, y no tenían abundancia de agua, solían trabajar sus cueros en un lugar pantanoso, que se llamaba Iscariot, que está a unas horas de Meroz, al Este, y de Aser-Michmethath, al Norte. Era un rincón oscuro con algunas casas y en un barranco corría un riacho hacia el Jordán. Allí también trabajaban las gentes sus cueros. Judas y sus padres habían vivido algún tiempo en este lugar: de aquí les vino el sobrenombre de Iscariote.

Jesús fué recibido muy bien por los pobres habitantes de Meroz, que sabían de su venida. Salieron a su encuentro, le trajeron vestidos y suelas para los zapatos y quisieron sacudir sus ropas y limpiarlas. Jesús agradeció y fué con los discípulos a la ciudad, donde se les lavó los pies y se les dió una refección. Vinieron los fariseos y Jesús enseñó en la sinagoga, la misma tarde, delante de mucha gente: habló del siervo perezoso y del talento enterrado. Hizo la comparación con los habitantes de la ciudad. Si ellos tenían como hijos de la sierva un solo talento, debían haber negociado con él, y ellos, en cambio, lo habían enterrado: que se apurasen, ya que venía el Señor y podían darle alguna ganancia. Les reprochó también su poco amor a los vecinos y su odio a los samaritanos. Los fariseos no estaban conformes con Jesús; en cambio el pueblo sí, porque era oprimido por los fariseos y porque el lugar estaba tan olvidado de todos, de modo que nadie se acordaba de sus necesidades. Des-

pués de la enseñanza fué Jesús a un albergue público delante de la ciudad que Lázaro había alquilado para Jesús y sus discípulos. Tenía Lázaro una propiedad aquí. Vinieron Bartolomé, Simón Zelotes, Judas Tadeo y Felipe, que habían hablado ya con los discípulos. Jesús los recibió amigablemente. Tomaron parte en la comida y pasaron la noche. A Bartolomé ya lo había visto Jesús varias veces, lo había internamente movido a seguirle y había hablado a los discípulos de él. Simón y Tadeo eran primos de él; también Felipe era pariente. Jesús había ya nombrado a todos estos que le seguirían, cuando en su última estadía en Cafarnaúm, en el lugar de pesca de Pedro, junto al mar, habló de su seguimiento, y cuando Pedro, creyéndose indigno, había pedido lo dejasen permanecer en su casa. Entonces dijo Pedro palabras que están en el Evangelio mucho después.

XIV

Judas Iscariote se une a los discípulos

Judas Iscariote había venido con estos discípulos a Meroz; pero de noche no se había quedado con Jesús en el albergue, sino en una casa de la ciudad donde solía hospedarse. Bartolomé y Judas Tadeo hablaron en favor de Judas con Jesús, diciendo que lo conocían como hombre capaz, instruído, hábil y muy servicial, y que deseaba ser recibido entre los discípulos. Jesús suspiró un momento y se quedó contristado. Como le preguntaran la razón, les dijo: "Ahora no es el momento de hablar de ello, sino de pensar en ello". Después de la comida enseñó y pernoctaron en este lugar. Estos discípulos recién venidos llegaban de Cafarnaúm, donde habían estado reunidos con Pedro y Andrés. Tenían mensajes para Jesús y traían también dinero que habían juntado para los viajes de Jesús y sus discípulos y para limosnas a los pobres. Judas los había encontrado en Naim y los había traído hasta Meroz. Era conocido de todos los discípulos y hacía poco tiempo que había estado en Chipre. Las cosas que contó allá de Jesús, sus milagros, los juicios que formaban de su persona, cómo unos le tenían por Hijo de David, otros lo llaman el Cristo y la mayoría el más grande de los profetas, habían hecho que los judíos y paganos de Chipre estuviesen muy deseosos de ver a Jesús, del cual habían oído tantas maravillas, especialmente cuando estuvo en Tiro y Sidón. El pagano de Chipre, que había estado con Jesús en Ophra, había

sido enviado a raíz de estas conversaciones por su señor a la Palestina, y Judas hizo el viaje de vuelta de Chipre con este señor. En este viaje había estado también en Ornitópolis, donde vivían los padres de Saturnino, que habían venido de Grecia para establecerse allí.

Cuando Judas Iscariote supo en el camino que Jesús vendría a la región de Meroz, donde él era muy conocido, fué a buscar a Bartolomé a Dabaseth, pues eran conocidos y le rogó fuera con él para que lo presentase a Jesús. Bartolomé aceptó la invitación, pero quiso antes ir a Cafarnaúm con Judas Tadeo para ver a los discípulos; de allí se dirigió, con Tadeo y Felipe, a Tiberíades, donde tomaron consigo a Simón el Zelotes, y se encontraron con Judas Iscariote en Naim, adonde había ido ya de antemano. Él pidió de nuevo a sus amigos le presentasen como discípulo de Jesús, y estos amigos, como conocían su habilidad y su carácter servicial, con gusto se prestaron a presentarlo a Jesús.

Judas podía tener entonces unos veinticinco años de edad; era de regular estatura y no desagradable. Tenía cabellos negros, aunque la barba era algo rojiza. Era pulcro en sus vestidos, mucho más que el común de los judíos. Era hablador, servicial y le gustaba hacerse importante; contaba con aire de confianza y de buena gana las cosas de grandes hombres y de justos y lograba imponerse entre los que no lo conocían bien. Pero cuando alguien, mejor informado, podía contradecirlo, se avergonzaba de su locuacidad y se confundía. Ambicionaba honores, cargos y dinero; sus empresas le habían salido bien y se sentía inclinado a buscar fama, empleo, honores y riquezas, sin que todos estos defectos aparecieran todavía claramente en él. La aparición de Jesús lo sedujo desde el primer momento. Vió que los discípulos eran cuidados, que el rico Lázaro corría con los gastos de Jesús; se decía que Jesús estaba por levantar un reino; se hablaba en todas partes de un Rey, del Mesías, del Profeta de Nazareth, y las maravillas de Jesús y su sabiduría andaban de boca en boca. Judas Iscariote tenía gran deseo de ser discípulo de Jesús para tener derecho a su reino, que él, como muchos, creían temporal. Desde hacía algún tiempo había reunido todos los datos de las maravillas de Jesús y se había encargado de esparcir por todas partes estas noticias. Se hizo amigo de varios de sus discípulos y así pudo acercarse a Jesús. Otro motivo tenía para buscar algo aquí, pues no tenía oficio propio y en cuanto a instrucción era medio letrado. Se ocupaba

de cálculos y de comercio, pues los bienes heredados de su padre natural se le habían agotado. En estos últimos tiempos se ocupaba de toda clase de comisiones y mensajes, por cuenta de otros que le daban encargos conociendo su habilidad y su carácter servicial.

El hermano de su padre difunto se llamaba Simeón y vivía de cultivar la tierra en Iscariot, que es un pueblito de unas veinte casas, que pertenece a Meroz, y está cerca de la ciudad, en la parte Este. Aquí habían vivido algún tiempo sus padres y por eso tenía el nombre de Iscariote. Sus padres hacían una vida errante; su madre era una cantante y bailarina. Era de la descendencia de Jefté, por parte de la mujer de este juez del país de Tob. La madre de Judas Iscariote era también poetisa, que hacía versos de circunstancia y los cantaba y tocaba con el arpa; tenía también una especie de escuela de danza, enseñando a otras jóvenes y trayendo y llevando toda clase de modas y diversiones. Su marido, que era judío, no vivía con ella sino en Pella. Judas era un hijo natural y su padre era un capitán que vivía en Damasco. Cuando la madre tuvo a Judas en Askalón, durante su vida errante, se libró de él, abandonándolo; muy pronto, después de su nacimiento, fué dejado junto a unas aguas y recogido y educado por un matrimonio que carecía de hijos. Su educación fué esmerada; pero luego fué díscolo, y por sus mentiras y mala conducta fué remitido a su madre con la cual estuvo como en pensión. Me viene a la memoria también que el marido, cuando supo que su mujer había tenido a Judas con otro hombre, lo maldijo.

Judas tuvo algunos bienes de su padre natural y tenía mucha habilidad. Después de la muerte de sus padres vivió principalmente en Iscariot con su tío Simeón, que era curtidor y se ofrecía para corredor de varios negocios. No era hasta el presente un mal hombre; pero si hablador, ambicioso de honor y de riquezas y sin firmeza de carácter. No era tampoco licencioso y sin religión; por el contrario, era observante de todos los usos judaicos. Se me presenta como un hombre con disposiciones para ser muy bueno, como también para las mayores maldades. A pesar de todas sus cualidades de habilidad, de carácter servicial y disposición para hacer favores, tenía una expresión de dureza, de tristeza y de oscuridad en su rostro, que le venía de su ambición, de su avidez y de una oculta envidia, que lo devoraba y se extendía hasta a las virtudes de los demás. No era del todo feo; tenía algo de amabilidad y de adu-

lación antipática y de bajeza de ánimo en sí mismo. Su padre natural tenía algo de bueno, que pasó a Judas por herencia natural. Cuando más tarde volvió con su madre y ésta tuvo un altercado con su marido, por causa de él, la madre maldijo a Judas también. Ella, como él, eran juglares ambulantes; ejercían toda clase de artificios y pruebas, y a veces tenían bienes, como de pronto se encontraban en la miseria. Por lo demás, los discípulos se llevaban bien con Judas Iscariote, en un principio, por causa de su carácter servicial, que se extendía hasta a limpiar los zapatos. Podía correr con mucha ligereza y hacía muchas correrías en favor de la comunidad. No he visto nunca que hiciese algún milagro. Estaba siempre lleno de ambición, de envidia y hacia el final de la vida de Jesús estaba del todo aburrido de andar en vano, de obedecer y de todo lo que se refería a Jesús, que no podía comprender.

XV

Jesús sana enfermos en Meroz

En medio de la ciudad de Meroz hay un pozo bien arreglado, que recibe las aguas por medio de canales que vienen del vecino monte de la parte Norte de la ciudad. Alrededor de esta fuente hay cinco caminos con recipientes adonde viene el agua por medio de bombas impelentes. En torno de la misma fuente, más apartadas, se encuentran algunas casillas para baños. Todo este espacio puede ser encerrado. En estos lugares, en torno de la fuente, habían traído a muchos enfermos incurables, que estaban tendidos en camillas; a los más graves los tenían en las casillas de baños. Esta ciudad tiene muchos enfermos graves, porque está como abandonada, despreciada y sin auxilio de otras. Veo aquí enfermos de flujo de sangre, baldados, gotosos y otros males. Jesús se dirigió allí con sus discípulos, menos Judas que aún no le había sido presentado. Los fariseos del lugar y otros extranjeros estaban en la parte media de la fuente, desde donde se podía contemplar la escena. Se admiraban, por una parte, y se irritaban, por otra, a causa de los milagros de Jesús. Eran hombres estables que habían oído a otros que dudaban o se burlaban o despreciaban las cosas que contaban de Jesús; ahora, que las veían con sus propios ojos, se admiraban y se irritaban también, porque habían estado convencidos que Jesús nada habría podido hacer con esos enfermos graves que gritaban por

ayuda y salud, y vieron luego cómo se levantaban sanos, llevando sus camillas y pasaban entre ellos alabando a Dios, dando gracias a Jesús. Jesús seguía exhortando, sanando y enseñando, sin cuidarse de los fariseos. Toda la ciudad estaba llena de alabanzas a Dios y de acción de gracias al Profeta. Esto duró desde la mañana hasta el mediodía.

Después volvió Jesús a salir con sus discípulos por la parte oriental de la ciudad y se dirigió a su albergue. En el camino le salieron al paso algunos endemoniados furiosos que habían soltado de su encierro: gritaban y se agitaban. Jesús les mandó callar, y ellos enmudecieron al punto, acudiendo muy humildes a echarse a sus pies. Los sanó y les mandó que fueran a purificarse. Desde el albergue se fué a la casa donde estaban sus discípulos, cerca de los leprosos, en lugar bastante apartado de la ciudad. Entró en sus casas, los llamaba afuera, los tocaba y los sanaba y les mandaba presentarse ante los sacerdotes, para las acostumbradas purificaciones. A los discípulos no los había dejado entrar en las casas, sino que los envió a un lugar donde pensaba dar una enseñanza a los leprosos curados.

XVI

Judas Iscariote es presentado a Jesús

En este camino se llegó Judas a los demás discípulos. Cuando Jesús se juntó de nuevo a ellos, Bartolomé y Simón Zelotes lo presentaron a Jesús con estas palabras: "Maestro: aquí está Judas, de quien te hablamos". Jesús lo miró muy amigablemente, pero con indecible tristeza. Judas, inclinándose, dijo: "Maestro, te pido me dejes tomar parte en tu enseñanza". Jesús le respondió mansa y proféticamente: "Esto lo puedes tener si no lo quisieras dejar a otro". Así, más o menos, dijo Él. Yo entendí que, en ese momento, profetizaba de Matías, que había de tomar su parte entre los doce, y también a la entrega que Judas haría de Jesús. La expresión no era clara, pero yo entendí que eso quería decir.

Fueron subiendo por el monte, y Jesús empezó a enseñar. En la altura había una gran multitud de gentes de Meroz, de Atharoth, que está al Norte del mismo monte, y de toda la comarca. Había muchos fariseos. Esta predicación había sido anunciada de antemano por los discípulos. La enseñanza fué sobre el reino. Habló con severidad de la necesidad de la penitencia y

del abandono de este pueblo, exhortándolo a que se moviese y reprendiendo su pereza. No había arriba sitial de enseñanza. Jesús se colocó sobre una colinita. En derredor había ruinas de murallas en círculo, sobre las cuales se habían acomodado los oyentes. De aquí se contempla un hermoso paisaje, hasta la lejanía. Se ve Samaría, Meroz, Thebez, Michmethath y toda la comarca en torno. Por el monte Garizim no se ven sino sus altas torres. Por el Sur se ve hasta el mar Muerto; por el Este, a través del Jordán, hacia Gilead; al Norte el Tabor, y a través del valle, hasta Cafarnaúm.

Cuando se hizo de noche dijo Jesús que deseaba enseñar de nuevo al día siguiente. Mucha gente durmió bajo tiendas, porque estaba muy lejos de sus casas. Jesús volvió con sus discípulos al albergue de Meroz y durante el camino enseñó mucho sobre el modo de utilizar el tiempo, de la espera larga de la salud y redención, de su proximidad, del abandono de las cosas propias, de su seguimiento y del cuidado de los necesitados. En el albergue tomó algún alimento con los suyos. En la montaña hizo repartir dinero a los pobres: este dinero era el que le habían traído los discípulos de Cafarnaúm. He visto que Judas miraba esto con especial interés. Jesús enseñó durante la comida, hasta entrada la noche. Hoy es la primera vez que Judas Iscariote está en la misma mesa con Jesús y pernocta bajo el mismo techo.

XVII

Enseñanza de Jesús en el monte de Meroz

A la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte de Meroz y tuvo una gran enseñanza, que duró toda la mañana: parecía el sermón de la montaña. Se había congregado gran multitud. Se repartió alimentos, que consistían en pan, miel y pescados sacados de los estanques que tenían allí como reservas. Jesús había adquirido una parte para los pobres.

Habló de nuevo del que recibe un talento sólo, porque éstos eran descendientes de Zelpha, sierva de Jacob; talento que tenían como sepultado por culpa también de los fariseos que oprimían al pueblo y lo dejaban perecer en los vicios y en la ignorancia. Había aquí algunos samaritanos convertidos, y Jesús reprochaba a los fariseos porque no habían desde tiempo atrás convertido a esas gentes: sólo los despreciaban sin querer

mejorarlos. Los fariseos empezaron entonces a disputar con Jesús y a irritarse, y le decían que Él dejaba demasiada libertad a sus discípulos; que no eran bastante severos en los ayunos, purificaciones, observancia del Sábado, apartamiento de los publicanos y de las sectas, y que no vivían al modo de los hijos de profetas y discípulos de los sabios y escribas. Jesús les respondió con el precepto del amor: "Amar a Dios sobre todo y al prójimo como a ti mismo. Este es el primer mandamiento". Les dijo que Él pedía a sus discípulos que observasen esto en lugar de las observancias exteriores con las cuales ocultan vicios internos. Dijo esto algo veladamente, y por eso se acercaron Felipe y Tadeo y le dijeron: "Maestro, no te han entendido". Jesús lo declaró nuevamente y les repitió que lamentaba que hubiesen dejado al pueblo pobre, ignorante y pecador perderse en observancias inútiles, añadiendo que los que tal hacen no tendrán parte en su reino. Después de esto bajó del monte y fué a su albergue, a media hora de allí y de la ciudad. A lo largo del camino había gran multitud de enfermos sobre camillas y bajo tiendas que esperaban a Jesús. Algunos habían llegado muy tarde la vez anterior. Acudían de todos los contornos, y Jesús los sanó de diversas maneras, exhortándolos, consolándolos y dándoles normas de vida.

XVIII

La viuda Lais y sus hijas

Encontrábase allí la viuda pagana Lais de Naim, que pedía ayuda para sus dos hijas Sabia y Athalia, que eran tormentadas en su casa por el demonio de tan espantosa manera que debía tenerlas encerradas. Estaban furiosas, eran arrojadas de un lado a otro, mordían y se herían unas a otras; nadie podía acercarse a ellas. A veces yacían pálidas del todo, como muertas, o con convulsiones. La madre se había trasladado hasta aquí con sus criadas y algunos siervos. Permanecía a la distancia con deseos de que Jesús se acercase a ella; pero siempre veía que Jesús se dirigía a otros. Ya no podía contenerse y gritaba de tanto en tanto: "¡Ah, Señor; ten piedad de mi!" Parecía que Jesús no la quería escuchar. Las mujeres que estaban a su lado le decían que clamase: "Señor, ten piedad de mis hijas", puesto que a ella nada le faltaba; pero ella respondió: "Son mi carne y si Él se compadece de mí, tiene compasión también de mis hijas".

Jesús dijo entonces: "Conviene que yo reparta primero el pan a los hijos antes que a los extranjeros". Respondió ella: "Es muy cierto; Tú tienes razón, Señor; yo quiero esperar y volver de donde he venido si Tú hoy no me quieres ayudar, puesto que no soy digna".

Jesús había terminado de sanar enfermos, y los sanados se alejaban llevando sus camillas y alabando al Señor. Jesús, sin volverse hacia la infeliz mujer, parecía que se quería alejar de allí. Se contristó mucho la mujer y pensó: "¡Ah, no quiere ayudarme!" En ese momento se volvió Jesús a ella y le dijo: "Mujer ¿qué me pides?" Estaba con el velo; se echó a los pies de Jesús, y dijo: "Señor, ayúdame; mis dos hijas en Naim están atormentadas por el demonio. Yo sé que Tú las puedes ayudar si quieres; todo está en tu poder". Jesús le dijo: "Véte a casa; tus hijas te saldrán al encuentro. Pero purifícate; son los pecados de los padres los que están sobre esas hijas". Esto último lo dijo en voz baja, y ella contestó: "Señor: yo lloro desde hace tiempo mis pecados, ¿qué debo hacer?" Jesús le dijo que debía librarse de las riquezas injustas, mortificar su cuerpo, orar, ayunar, dar limosna y compadecerse de los enfermos. Ella, llorando, prometió hacer todo esto y salió contenta de allí.

Esta mujer había tenido estas dos hijas fuera del matrimonio; sus tres hijos legítimos vivían lejos de ella y ella poseía algo que era de ellos. Era muy rica y vivía como suelen hacerlo gentes ricas, con pesar de sus culpas, pero con todas sus comodidades. Esas dos hijas estaban encerradas en piezas aparte. En el momento que Jesús hablaba con la madre he visto que estas hijas caían como desmayadas y que el demonio las dejaba saliendo de ellas como un vapor oscuro. Llorando mucho y del todo cambiadas llamaban a su guardiana y le decían que se sentían del todo libres y buenas. Cuando oyeron que su madre había ido a ver al profeta de Nazaret quisieron ir a su encuentro, acompañadas de mucha gente de la vecindad. Llegaron como a una hora de distancia de Naim, donde encontraron a la madre que volvía, y le contaron todo lo sucedido. La madre continuó su viaje a la ciudad; pero las hijas, acompañadas por sus guardianas y sus siervos, se dirigieron a Meroz para presentarse ante Jesús, puesto que habían oído que Jesús predicaría allí al día siguiente.

Mientras tenían lugar estas curaciones llegaba Manahem, el ciego de nacimiento a quien había dado la vista Jesús. Venía de Betania con los dos sobrinos de José de Arimatea. Jesús lo

había enviado a Betania al lado de Lázaro. Traía algún dinero y obsequios que las santas mujeres enviaban para la comunidad. Jesús habló con el recién llegado. Dina, la samaritana convertida, había estado en Cafarnaúm con las santas mujeres y había ofrecido ricos regalos a la comunidad, como también la Verónica y Juana Chusa. De vuelta habían visitado a Magdalena, encontrándola muy cambiada. Estaba triste, y parecía que sus buenas cualidades iban a sobreponerse a sus malas pasiones. Habían llevado consigo a Betania a Dina la samaritana. También había ido a Betania una viuda de edad, rica, que había puesto todo lo suyo a disposición de Marta, para socorrer a la comunidad de Jesús.

Como los fariseos invitasen a Jesús a una comida, le preguntaron si pensaba traer a sus discípulos que, según ellos, eran jóvenes sin instrucción ni experiencia, para tratar con ellos, que eran sabios. Jesús les respondió que quien invitaba a Él, invitaba también a los de su casa, y quienes a éstos no querían, no querían tampoco a Él. Se conformaron y dijeron que trajese también a sus discípulos. Fueron entonces todos a la ciudad donde estaba la sala de la comida. Durante este tiempo Jesús enseñó con parábolas y comparaciones. La posesión que tenía Lázaro delante de Meroz consistía en campos con buena fruta. Había caminos de alamedas. Vivían aquí los peones de Lázaro y recogían la fruta para venderla. Ahora estos mismos trabajadores estaban encargados de atender a Jesús y a sus discípulos. Esta larga estadía de Jesús aquí había sido ya concertada con Lázaro en Ainón, y las mujeres habían estado antes para el arreglo: por eso la gente de esta región ya esperaba a Jesús. Antes que Jesús se dirigiera al día siguiente de nuevo a la montaña, enseñó en Meroz, junto al pozo. De nuevo reprendió a los fariseos el abandono en que dejaban al pueblo. Después se dirigió a la montaña y dijo un sermón como el de la montaña, y para despedirse volvió a hablar de los talentos y del que entierra el hombre perezoso. Había algunos que estaban en la montaña desde hacía tres días sin moverse. Aquellos que no tenían qué comer y no podían volver a sus casas fueron atendidos por los discípulos, y servidos. Jesús fué rogado por el tío de Judas Iscariote, llamado Simeón, à venir al poblado de Iscariot, y Jesús se lo prometió. Este Simeón era un anciano piadoso, de rostro oscuro y ágil de movimientos. Cuando Jesús bajaba del monte le esperaban algunos enfermos que podían caminar. Jesús los sanó. Sucedió esto en el camino entre el

albergue y la posesión de Lázaro, en el lugar donde fueron servidas las gentes que habían venido al sermón de Jesús por medio de los discípulos.

En el mismo sitio donde ayer había estado esperando la pagana Lais para pedir a Jesús la curación de sus dos hijas endemoniadas, le esperaban ahora esas dos hijas Athalia y Sabia, con sus criadas y siervos. Ellas dijeron: "Señor; no hemos creído ser dignas de escuchar tus palabras sobre el monte y te esperamos aquí, para darte gracias porque nos has librado del poder del enemigo". Jesús les mandó levantarse, y alabó la paciencia, la humildad y la fe de su madre, en cuanto había esperado a que Él repartiese el pan a los hijos antes de atender a los extraños. Les dijo que ahora ella pertenecía también a los de su casa, pues había reconocido al Dios de Israel en su misericordia; que su Padre celestial le había enviado a Él para repartir ese pan a todos los que creyesen en su misión e hicieran penitencia de sus pecados. Después de esto hizo traer por los discípulos algún alimento, y le dió a cada una de ellas y a sus acompañantes un trozo de pan y un pescado, y les dió una profunda explicación y enseñanza sobre esto mismo. Después se retiró con sus discípulos a su albergue. Una de las doncellas era de veinte y la otra de veinticinco años. Por efecto de su estado y de haber permanecido mucho tiempo encerradas, estaban pálidas y descoloridas.

XIX

Jesús en el poblado de Iscariot

Jesús se dirigió a la mañana siguiente con sus discípulos a la población de Iscariot, a una hora de camino. Hay unas veinticinco casas metidas en un barranco y lugar pantanoso, con estanques llenos de juncos que usan los curtidores para sus trabajos. Muchas veces les falta el agua y tienen que llenar estos estanques de reserva. Los animales que se han de sacrificar para el alimento de Meroz son mantenidos aquí. Los que allá necesitan los sacrifican aquí, les quitan el cuero y lo curten, Estos barrancos están al Norte de Michmethath. El oficio de curtidor está en gran desprestigio entre los judíos, por el mal olor y la suciedad: por eso usan para estos oficios a los esclavos extranjeros o a paganos, a gente de baja condición que vive en Meroz en un cuartel de la ciudad, aparte. En Iscariot no se

ve otra cosa que curtiembres y me parece que la mayoría de estas casas y talleres pertenecen al viejo Simeón, tío de Judas Iscariote. Judas prestaba a su tío útiles servicios: ya iba con sus mulas a buscar cueros, comprándolos donde los había; ya llevaba los cueros curtidos donde pedían, especialmente a las ciudades de la costa. Era un comerciante astuto y hábil revendedor. No era por ahora malo: si se hubiese vencido en lo pequeño en sus malas tendencias, no hubiese llegado a los extremos que llegó. María le había avisado frecuentemente de sus defectos. Judas era inconstante. Era capaz de un arrepentimiento fuerte y repentino, pero no duraba en sus buenas disposiciones. Tenía siempre en su cabeza el reino temporal y cuando vió que no aparecía ese reino por ningún lado, comenzó por hacerse dinero. Por esto se irritó de que el precio de los perfumes y esencias de Magdalena no hubiese pasado por sus manos. Después de la última fiesta de los Tabernáculos que celebró Jesús, Judas comenzó a echarse del todo a la peor parte. Cuando vendió a Jesús, no pensó que le podían dar muerte, sino que saldría de sus manos, como había sucedido otras veces: sólo quería el dinero y no la muerte de Jesús. Judas se mostró aquí muy servicial, pues estaba como en su casa.

Su tío Simeón recibió a Jesús y a los discípulos delante del pueblo, le lavó los pies y le dió alimento. Este hombre es muy activo en sus trabajos. Jesús moró en su casa con los discípulos. Allí estaban la mujer, los hijos y los siervos de la casa. Jesús se dirigió al otro lado, donde había una especie de recreo, y se veían algunas chozas de las pasadas fiestas. Estaban reunidas todas las personas del lugar. Jesús habló, en parábolas, del sembrador y de los diversos terrenos y exhortó a los oyentes que habían estado en Meroz y habían escuchado sus sermones, que fuesen buenos terrenos para la semilla de su palabra. Cuando tomó Jesús de pie una pequeña refección con los suyos, en casa del viejo Simeón, éste rogó a Jesús quisiera tomar a su sobrino, a quien alabó por su destreza, para participar de su doctrina y de su reino. Jesús le contestó de modo semejante al que había dicho ya a Judas: "Cada uno está libre de tomar parte en ello, si es que no querrá dejar su parte a otro". No sanó aquí a ningún enfermo, porque habían sido llevados ya al monte de Meroz.

XX
Jesús en Dothan

Desde aquí se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el Oeste en dirección de su albergue; torció al Norte y entró en un valle, dejando una montaña a su derecha, y aquella donde enseñó, a la izquierda. Dejó la ciudad de Atharoth a la izquierda, se volvió al Norte y se encaminó hacia Dothan, en el valle al Este de Esdrelón. Al Este está una montaña y al Oeste el valle. Jesús fué acompañado por tres grupos de gentes que caminaban de vuelta de escuchar el sermón en la montaña y volvían a sus casas para la fiesta del Sábado. Jesús iba ya con uno ya con otro de estos grupos. Desde su albergue había como tres horas de camino hasta Dothan. Esta ciudad es tan grande como Münster. Tuve una visión de cuando Eliseo iba a ser apresado por los soldados de Jeroboam, pero fueron heridos de ceguera. Pasan dos caminos a través de Dothan, que tiene cinco puertas, y parten diversos caminos reales. Uno lleva de Galilea a Samaría y a Judea; los otros, vienen del otro lado del Jordán y llevan, a través del valle, a Apheke y a Tolemais, junto al mar. Comercian aquí con maderas. En estos contornos por las alturas de Samaría, hay mucha madera aún; por el Jordán, en cambio, y en Hebrón, y hacia el Mar Muerto, las montañas están peladas. Veo muchos talleres donde se trabaja en madera. Estos lugares están techados con tiendas y se preparan varias partes de las barcas como también tablas finas y delgadas para hacer tabiques y divisiones de piezas.

Delante de las puertas de la ciudad se cruzan varios caminos y allí se ven diversos albergues. Jesús entró con sus discípulos y se dirigió a la sinagoga, donde ya estaban reunidos muchos oyentes. Había fariseos, escribas y doctores. Debían conocer la llegada de Jesús, pues que fueron atentos saliendo a su encuentro, le lavaron los pies y le ofrecieron una refección. Luego le llevaron adentro y le dieron los rollos de la Escritura. La lectura versó sobre la muerte de Sara, el casamiento segundo de Abrahán con Ketura y la consagración de Salomón como rey. Después de esta enseñanza fué Jesús a un albergue, donde encontró a Natanael de Caná, a dos de los hijos de María Cleofás, los hijos de María Helí y a otros discípulos, que se habían reunido para el Sábado. Estaban en ese momento unos diez y siete discípulos reunidos. También habían venido para el Sábado las

personas que cuidaban la posesión de Lázaro en Ginea, donde había estado Jesús cuando iba a Atharoth.

Dothan es una ciudad antigua, bella y fuertemente edificada en un lugar muy hermoso; tiene montañas detrás, pero no está oprimida, y delante el espléndido valle de Esdrelón. Tampoco son las montañas tan quebradas y empinadas y los caminos son casi aquí mejores. Las casas están edificadas a la antigua, como en tiempos de David. Muchas tienen pequeñas torres en los ángulos de sus terrazas con grandes y redondas bolas arriba, donde se puede uno sentar y mirar el paisaje. Desde una de estas torres miró precisamente David hacia la casa vecina de Bersabé. Veo también sobre las terrazas y azoteas galerías con rosas, arbustos y plantas. Jesús estuvo en muchos patios de casas donde había enfermos, a los cuales sanó. Los habitantes le rogaban desde las puertas y Jesús entraba con los suyos. Los discípulos eran hablados, consultados y rogados que pidieran a Jesús por estos enfermos. También fué a un lugar apartado, donde había leprosos, y los sanó. Había muchos leprosos aquí, quizás de resultas de mezclarse mucho con gente extranjera que iban y venían. Además de la industria maderera, se ocupaban de introducir alfombras, seda cruda y diversos artículos que luego revendían por los contornos.

Algunos de esos artículos veo también en la casa del hombre enfermo que visitó Jesús por ruego de Natanael. Es una casa grande con patios y galerías, cerca de la sinagoga. Vive allí un hombre muy rico de unos cincuenta años, que se llama Isacar y padece de gota. Hace pocos días se había casado con una mujer más joven, de unos veinticinco años, llamada Salomé. Este casamiento tenía por fundamento una ley: era a semejanza del de Ruth con Booz. Se añadían a esa razón también las riquezas de esta Salomé. Las malas lenguas, especialmente los fariseos, hablaban mal de este casamiento y se había hecho este asunto una conversación general en la ciudad. Isacar y Salomé habían puesto sus esperanzas en lo que diría Jesús y desde la última vez ya habían deseado y esperado en Él. Esta casa tuvo relación con la Sagrada Familia en otros tiempos, pues cuando José y María fueron de Nazaret a la casa de Isabel, se hospedaron en esta casa, que era de los padres de Salomé, poco antes de la Pascua. José fué luego con Zacarías a las fiestas de la Pascua y cuando volvió a Hebrón, quedó María en esta casa. De este modo, estando Jesús aún en el seno de María, había encontrado aquí albergue cariñoso, y ahora venía como

Salvador a esta casa a recompensar la piedad de los padres sanando al hijo después de treinta y un años. Salomé era hija de esta familia y era viuda del hermano de Isacar; y este Isacar, viudo de la hermana de Salomé. De este modo toda la casa y sus posesiones venían a estar en su poder. Ambos eran sin hijos y los únicos sobrevivientes de una buena familia. Se casaron esperando en la bondad de Jesús que los habría de sanar. Salomé esperaba en la persuación del parentesco con José, pues era también de Belén, y el padre de José solía llamar hermano al abuelo de esta casa, aunque en realidad no era su hermano carnal. Entre sus ascendientes tenían a alguno de la familia de David que, según recuerdo, fué también rey. Su nombre me suena como Ela. Debido a esta antigua amistad fué que María y José se alberguaron aquí. Isacar era de la tribu de Leví.

Cuando Jesús llegó a esta casa le salió al encuentro Salomé con sus criadas y siervos, se echó a sus pies y le pidió la salud de su marido. Jesús entró con ella en la pieza del enfermo, que estaba todo envuelto en su lecho. Era gotoso y de un lado estaba como insensible y sin movimiento. Jesús lo saludó y le habló cariñosamente. El hombre se sintió muy conmovido y se mostró muy amigable, a pesar de que no podía levantarse. Jesús oró, le tomó de la mano y le levantó. Entonces se incorporó el hombre, se cambió de ropa y se puso de pie, junto a su lecho. Luego él y su mujer se echaron de rodillas ante Jesús. Los exhortó, los bendijo, les prometió descendencia, y saliendo de la pieza con el hombre y la mujer, se fué adonde estaban los siervos y criados de la casa, que recibieron un gran contento. Esta curación quedó hasta esta hora en secreto. Isacar invitó a Jesús a entrar y albergarse en su casa con todos sus discípulos y a la comida con todos los suyos después de la enseñanza que tendría en la sinagoga. Jesús aceptó la invitación. Fué a la sinagoga, donde enseñó. Hacia el fin de la enseñanza comenzaron los fariseos y saduceos a disputar con Él. Se había llegado a la lectura del casamiento de Abrahán con Ketura y así se vino a hablar del matrimonio. Los fariseos trajeron a colación el matrimonio de Isacar con Salomé, y decían que era una locura que un hombre tan enfermo casara con una mujer joven. Jesús les dijo que éstos habían obrado según la ley. ¿Cómo podían ellos, que se daban por tan observantes, reprender este hecho? Ellos replicaron que cómo podía Él mantener en este caso la ley, siendo que no podían tener sucesión y bendición; que este casamiento era sólo un escándalo. Jesús les respondió: "Su fe

les ha traído la bendición. ¿Querrían ellos acaso poner límites a la omnipotencia de Dios? ¿No han contraído matrimonio, acaso, para cumplir la ley? Conforme el hombre esperó en que Dios le podía ayudar, hizo perfectamente. Añadió algo más: "No es esto lo que a vosotros escandaliza; esperabais que esta familia muriese sin sucesión y así pasasen los bienes a vuestras manos". Recordó a otras personas piadosas que esperaron en Dios y fueron recompensadas con descendencia, y habló todavía muchas cosas sobre el matrimonio. Los fariseos enmudecieron.

XXI

Comida en casa de Isacar. El apóstol Tomás

Habiendo terminado el Sábado salió Jesús de la sinagoga y fué a casa de Isacar con sus discípulos. Isacar se sentó con Jesús y sus discípulos y parientes a una mesa y la mujer servía. Antes había Jesús sanado a muchos enfermos que se habían reunido delante de la sinagoga y en torno de la casa de Isacar. Era ya de noche y se iluminaba con antorchas. Algunos discípulos con otros invitados comían en otra sala. Estaban, entre otros, Judas Iscariote, Bartolomé y Tomás, con un hermano suyo y un hermanastro. Tenía otros dos hermanastros. Habían venido desde Apheke, a siete horas y se albergaban aquí donde Tomás era muy conocido por sus negocios.

Tomás no había hablado aún con Jesús, sino sólo con los conocidos que tenía entre los discípulos: era lo contrario de ser insinuante o entrometido. También Santiago el Menor había venido desde Cafarnaúm para el Sábado y otro Natanael hijo de la viuda Ana, una hija de Cleofás, que vive ahora junto a Marta en Betania. Era el menor de sus hijos ocupados en la pescadería de los Zebedeos. Tenía unos veinte años de edad, manso y amable y tenía mucho del carácter de Juan el Evangelista. Había sido educado en la casa de su abuelo Cleofás y lo llamaban el pequeño Cleofás, para distinguirlo del otro Natanael. He oído esto hoy cuando el Sábado Jesús dijo: "Llamadme al pequeño Cleofás", es decir, a Cleofás el Menor. En esta comida sirvieron aves, pescados, miel y panes. Había muchas tórtolas, palomas y pájaros de varios colores, que corren como las gallinas en nuestras casas y que he visto volar hacia los valles hermosos de Jezrael. En la comida habló Jesús de María, que había estado aquí en su viaje, y que los padres le habían contado con

frecuencia, ponderando cuan joven, hermosa y piadosa era. De José también hablaron como de un hombre de cierta edad. Esperaba tener descendencia que Dios le daría ya que le había sanado por medio de este hijo de José. Ignoraba Isacar la procedencia divina de Jesús. Todos los discípulos se albergaron aquí en casa de Isacar. Había espaciosas galerías en torno de la casa, que fueron divididas para preparar los albergues para todos. En Dothan hay muy buenas gentes y también malas. Me parece que se puede comparar esta ciudad de edificación antigua con Colonia, en comparación con otras ciudades de Alemania.

Cuando a la mañana siguiente Jesús caminó en torno de la ciudad con sus discípulos, se acercó Tomás y pidió ser recibido en el número de sus discípulos. Dijo que quería hacer lo que Jesús le mandara, que quería seguirle; que estaba convencido, por lo que había visto y oído, que era verdad lo que Juan había anunciado de Él y de su misión. Pedía le dejase tomar parte en su reino. Jesús le dijo que lo conocía y sabía que él vendría a ser su discípulo. Tomás no quería aceptar esto; decía que no había pensado antes en ello; que no era amigo de apartamiento, y que recién ahora se había decidido por haberse convencido por sus milagros. Jesús le dijo: "Tú hablas como Natanael; te tienes por sabio y hablas neciamente. ¿Acaso el jardinero no conoce sus árboles y el viñatero sus viñas?" Y debiendo Él (Jesús) edificar y plantar un viñedo ¿no habría de conocer a los trabajadores que enviaría a la viña? Habló también de la cosecha de higos de una espina.

XXII

Mensajeros de Juan Bautista

Dos discípulos del Bautista enviados por él a Jesús, que habían oído su predicación en la montaña de Meroz y visto sus milagros, hablaron con Jesús y regresaron a Macherus. Pertenecían a los discípulos que se establecieron allí y habían sido catequizados por Juan, antes de su prisión. Eran muy partidarios de Juan y, como no habían visto aún las maravillas de Jesús, Juan los enviaba para que tuviesen ocasión de comprobar la verdad de lo que les había dicho de Jesús. Les enviaba a decir a Jesús que se manifestase claramente diciendo quién era y que fundase su reino sobre la tierra. Ellos dijeron a Jesús que estaban convencidos de todo lo que predicaba y del anuncio de

Juan sobre Él; preguntaban si no vendría pronto a librar a Juan de la cárcel. Añadían que Juan confiaba ser librado por Él de su prisión y deseaba que pronto fundase su reino y así pudiese dejar libre a su maestro. Decían que esta liberación de Juan sería una maravilla más útil que todas las que había obrado en favor de los enfermos. Jesús les dijo que Él sabía bien que Juan deseaba verse libre de la cárcel; que pronto sería librado; pero que Juan no creía que Él iría a librarlo de la prisión, puesto que Juan había preparado su camino. Díjole que refiriesen a Juan lo que habían visto y le dijesen que Él cumpliría toda su misión. No sé si Juan sabía que Jesús sería crucificado y que su reino no sería terrenal. Me parece que también él creía que Jesús lograría convertir al pueblo y, librándolo de la dominación extranjera, fundar un reino santo sobre la tierra.

Hacia el mediodía fué Jesús con sus discípulos a la ciudad y a la casa de Isacar, donde se había reunido mucha gente, y estaban los servidores y la mujer ocupados en los preparativos para la comida. Caminando por la parte posterior de la casa de Isacar, se llega a un hermoso lugar donde hay un pozo muy bueno rodeado de edificaciones: a este pozo lo tienen por sagrado puesto que Eliseo lo había bendecido. Se había levantado un hermoso sitial para la enseñanza allí: habían cercado el lugar, rodeándolo de árboles con sombra. Había mucha gente reunida para oír la predicación de Jesús. Se acostumbraba durante el año, especialmente en la fiesta de Pentecostés, tener públicas enseñanzas aquí. Se habían colocado bancos largos, arreglado sitios para cocinar y terrazas para atender a las caravanas de viajeros que venían a las fiestas de Pascua en Jerusalén. La casa de Isacar, que estaba más cerca, tenía el encargo de vigilar el pozo y este lugar con los arreglos que se habían hecho allí. Tenía Isacar una especie de casa de almacenaje para los viajeros. Las caravanas descargaban sus mercaderías y se enviaban a otras partes; de modo que a menudo se albergaban aquí, comían y descansaban muchos viajeros, sin que fuese en realidad una hospedería. Un negocio semejante he visto que tenía el padre de la novia de Caná de Galilea. El hermoso pozo tenía el inconveniente de que el agua estaba muy profunda y costaba trabajo sacarla con las bombas: el agua corría por canales a diversos recipientes que estaban en torno.

XXIII

Los fariseos y saduceos se irritan contra Jesús

En torno del pozo se había reunido mucha gente por invitación de Jesús y de Isacar. Jesús habló al pueblo del cumplimiento de la promesa, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la conversión y de cómo se debe pedir la misericordia de Dios para recibir la gracia y los milagros. Habló de Eliseo que había enseñado aquí, y cómo los sirios, que habían querido prenderlo, fueron heridos de ceguera; Eliseo los llevó de este modo a Samaría, los entregó en manos de los enemigos, y los hizo servir y alimentar por ellos, no permitiendo que los matasen, y cómo luego les devolvió la vista y los condujo de nuevo al rey que los había enviado a prenderle. Todo esto lo explicó y aplicó al Hijo del Hombre y a las persecuciones de los fariseos. Enseñó por largo tiempo de la oración y de las buenas obras; habló de la oración del fariseo y del publicano, y cómo se debían adornar y ungir en los días de ayuno y no pavonearse delante de la gente como observantes y piadosos. El pueblo se sentía muy consolado por esta predicación, pues los pobres eran muy oprimidos por los fariseos y saduceos.

Los fariseos y saduceos estaban sumamente irritados al ver esta numerosa asamblea que escuchaba la palabra de Jesús, máxime cuando vieron a Isacar aparecer entre el pueblo, sano, bueno y gozoso, repartiendo con los discípulos la comida a los oyentes que habían colocado sobre los asientos de piedra. El enojo de los fariseos fué tal que no pudieron contenerse y se arrojaron contra Jesús como si quisieran echar sus manos sobre Él. Comenzaron por reprenderle de que curaba en Sábado. Jesús les respondió que le escuchasen quietos hasta el fin. Los colocó en círculo y les repitió lo que ya había dicho en otras ocasiones a los más audaces: "Si tú, en un día de Sábado cayeses en este pozo, ¿no desearías ser sacado de aquí aunque fuese Sábado?" De este modo continuó hablando hasta que, avergonzados, se retiraron de allí.

Jesús abandonó con sus discípulos la ciudad, bajando a un valle hacia el Oeste, que corría de Sur a Norte. Isacar se mostró muy generoso en Dothan repartiendo víveres. Mandó asnos cargados de toda clase de comida a los diversos albergues de la comunidad de Jesús y cambió los víveres algo viejos con otros nuevos. Les proveyó también de recipientes, como los he

visto en Caná y vasijas de una materia blanca con asa para llevar y colgar: los corchos son como esponja prensada. Estos recipientes tenían una bebida refrescante a base de bálsamo. Isacar entregó a cada discípulo monedas para sus necesidades y para limosna a los pobres. Judas Iscariote y otros discípulos se volvieron a sus hogares. Jesús retuvo a nueve: entre ellos a Tomás, Santiago el Menor, Judas Barsabás, Simón Tadeo, a Cleofás el Pequeño (Natanael), a Manahem y a Saturnino.

Cuando Jesús se alejó comenzó entre los fariseos el comentario irónico e hiriente. Decían a las gentes: "Ya veis lo que es Él... Se dejó tratar bien por Isacar... Sus discípulos son unos pobres hambrientos, que se han juntado para ser sustentados por otros... Si Él fuera lo que debía ser, se quedaría en su casa a cuidar a su pobre Madre... Su padre fué un pobre carpintero; pero como a Él no le gusta trabajar, se dió a recorrer el país y a promover desórdenes por todas partes".

Cuando Isacar repartía sus bienes, le oí que decía: "Tomad, tomad, por favor... Esto no es mío: pertenece al Padre celestial. Agradeced a Dios. A mí sólo se me han prestado estos bienes".

XXIV

Jesús se dirige desde Dothan a Endor

Después de cinco horas de camino llegaron Jesús y sus discípulos, por la noche, a un solitario albergue donde sólo había algunos lechos para descansar. Había un pozo allí cerca, de tiempos del patriarca Jacob. Los discípulos juntaron algunas astillas para hacer fuego. Durante el camino habló Jesús mucho, para enseñanza especialmente de Tomás, Simón, Manahem, Cleofás el Menor y para los recién venidos. Les habló de su seguimiento, de abandonar todas las cosas sin mirar atrás, sino con pleno convencimiento de lo despreciable que son las cosas y riquezas terrenas: que todo lo que abandonarían ahora lo iban a encontrar centuplicado en el reino de los cielos. Les dijo que midieran sus fuerzas para ver si se sentían con ánimo de dejarlo todo.

A algunos de los discípulos no les había agradado la presencia de Judas Iscariote, especialmente a Tomás. Se lo dijo claramente a Jesús: "Este Judas de Simeón no me agrada; con toda facilidad dice hoy sí, para decir mañana no". Preguntó

por qué lo había recibido ya que había sido insoportable para otros. Jesús dió una respuesta evasiva, como diciendo que esto como otras cosas estaban ya desde la eternidad en los juicios de Dios. Cuando los discípulos se hubieron retirado al descanso, Jesús salió solo para orar en la montaña.

A la mañana vinieron algunos de la vecina ciudad de Sunem, que está a un par de horas al Este, y le rogaron quisiera visitar su ciudad, pues tenían a niños gravemente enfermos, rogándole quisiera sanarlos. Ya le habían esperado otras veces. Jesús contestó que por ahora no podía ir, porque otros le esperaban; que les enviaría a algunos discípulos. La gente replicó que no tenía confianza en ellos: que ya habían estado otros con ellos y no habían podido sanarlos. Le rogaban viniese Él mismo. Jesús les dijo que tuviesen paciencia por el momento, y se despidieron de Él. Jesús se dirigió con los suyos a Endor.

En el camino de Dothan a Endor se encuentran dos pozos de Jacob, en los cuales solían abrevar sus ganados. Por este motivo tenían frecuentes disputas con los amorritas. En Jezrael, cerca de Endor, tenía Lázaro una posesión. Joaquín y Ana tenían un campo hacia el Noreste de Endor, adonde Ana acompañó a María en su camino a Belén. De este campo fué el asnillo que le dieron a José y que precedía libre a José y María en su camino a Belén. Joaquín tenía un campo del otro lado del Jordán, hacia el desierto y el bosque de Efraim, no lejos de Gaser. Allí se había ocultado Joaquín para orar cuando salió tan triste del templo de Jerusalén. Allí recibió la orden de marchar a Jerusalén, donde lo encontró Ana en la puerta dorada. Jesús quedó delante de Endor en una hilera de casas, y enseñó. A ruego de varios entraba en las casas para sanar a los enfermos, a algunos de los cuales los habían traído desde Endor. Había entre ellos algunos paganos que se mantenían algo alejados.

Un pagano de Endor se acercó a Jesús, con un niño de siete años, que tenía un demonio mudo tan fiero que a veces debían tener atada a la criatura. Cuando el hombre se acercó, el niño se enfureció, se soltó de las manos del padre y se ocultó en una cueva de la montaña. El padre se hincó delante del Señor y le expuso su miseria. Jesús se dirigió a la cueva y mandó al niño que se presentase. Vino muy humilde y se echó a los pies de Jesús, que le impuso las manos y mandó al demonio que saliese de él. El niño cayó como en un desmayo, y salió el diablo de él en forma de un oscuro vapor. Se levantó entonces el niño y corrió hacia su padre, hablándole. El padre lo abrazó y ambos

se hincaron delante de Jesús, dándole gracias. Jesús amonestó al padre y le dijo que ambos fuesen a Ainón y se dejasen bautizar.

Jesús no entró en la ciudad de Endor. En esta parte exterior de la ciudad había mejores edificios que adentro. Endor parece una ciudad muerta, porque una parte está llena de edificios caídos y ruinosos. Crece la hierba en las calles. Viven allí muchos paganos que parecen estar obligados a algún trabajo público. Los pocos judíos ricos que hay miran a través de sus ventanas y vuelven la cabeza como si temieran les robasen por detrás su oro y sus riquezas. Desde aquí se dirigió Jesús hacia el Noreste, como a dos horas de camino, a un valle que corre desde Esdrelón al Jordán por la parte Norte de las montañas de Gelboé. En este valle está, sobre una montaña, como una isla, la ciudad de Abez, rodeada de jardines y alamedas. Un río corre delante y al Este, en el valle, hay un pozo hermoso, que llaman de Saúl, porque aquí fué herido este rey. Jesús no entró en la ciudad, sino que anduvo por la parte Norte, en la ladera de la montaña, hasta una hilera de casas entre jardines, huertos y campos cultivados donde había montones de haces de trigo.

Jesús entró en un albergue donde lo esperaban parientes de edad, hombres y mujeres. Le lavaron los pies y le ofrecieron un hospedaje sincero y de corazón. Eran quince: nueve hombres y seis mujeres. Le habían avisado de antemano que querían reunirse con Él en este lugar. Algunos tenían hijos y criados consigo. Casi todos eran de edad, parientes por Ana, por Joaquín o por José. Uno era medio hermano de José, y habita en el hermoso valle de Zabulón; el otro era el padre de la novia de Caná; otros eran parientes de Ana, de Séforis, donde había Jesús sanado al niño ciego de uno de ellos en su última estada en Nazaret. Todos habían llegado montados en asnos para tener el gusto de ver y de hablar con Jesús.

Expresaron el deseo de que se estableciese en un lugar fijo para no tener que estar expuesto a las incomodidades de sus continuos viajes: se ofrecían a buscarle un lugar tranquilo donde pudiese enseñar y donde no le molestasen los fariseos. Le pintaron con vivos colores el peligro a que se exponía, porque los fariseos y otras sectas estaban muy irritados con su predicación. "Reconocemos, decían, tus obras maravillosas; pero elige Tú una morada fija donde puedas enseñar en paz, para que no estemos siempre inquietos por tu causa". Empezaron a nombrar varios de los lugares más apropiados. Todo esto lo hacían

llenos de amor y de sencillez por amor de Jesús. Estaban preocupados por las malignas cosas que oían sobre Jesús. Jesús les contestó con fuerza, aunque lleno de amor, muy diferente de lo que hablaba con el pueblo y aún con los discípulos. Les dijo con claridad que se cumplían los tiempos de la promesa y que Él debía cumplir la voluntad de su Padre que está en los cielos. Dijo que no había venido para descansar, ni para algunos solamente, ni para sus parientes solos, sino para todos los hombres. Añadió que el amor no puede estarse quieto: quien desea ayudar a los necesitados, debe buscarlos; las comodidades de esta vida no le interesaban; que su reino no era de este mundo. Se dió mucho trabajo para explicar a estas buenas gentes, que lo admiraban cada vez más y comprendieron algo mejor. El amor que le tenían y su admiración creció. Paseó con algunos de ellos por las montañas, y a la sombra de los árboles les enseñaba y consolaba. Luego habló de nuevo con todos juntos. De este modo pasó todo el día. Después todos juntos tomaron una cena muy parca, de pan, miel y frutas secas que habían traído consigo.

La misma noche le trajeron los discípulos a un joven hijo de un maestro de Endor. Era un estudiante y quería ser maestro en una de las escuelas del lugar. Pidió a Jesús le recibiese como discípulo porque había estudiado; podía ser empleado en seguida en algo y así le pedía una ocupación. Jesús le dijo que esto no podía ser: que la ciencia que Él buscaba era de otra clase y que, por lo demás, estaba muy apegado a la tierra. Esto diciendo lo desechó como discípulo. Al día siguiente, hacia el mediodía, partieron los parientes hacia el monte Tabor, donde se dividirían en diversas direcciones. Jesús había conseguido consolar, fortalecer y convencer a todos esos buenos y ancianos parientes. No habían entendido todo, pero se aquietaron y partieron convencidos que habían oído palabras divinas; que obraba bien haciendo así y que conocía su misión mejor de lo que ellos lo entendían. Más conmovedor aún que el encuentro fué la despedida: entre lágrimas de ternura y con tierna conmoción se despedían, con sonrisas, lágrimas y señales con la mano; montados ya en sus asnos se saludaban; algunos marchaban a pie, con largos bastones de camino y los vestidos ceñidos; iban en dirección del valle. Jesús y los suyos los acompañaron un trecho, después de haberles ayudado a empaquetar la ropa y subir a los asnos.

XXV

Jesús en Abez y en Dabrath, junto al Tabor

Jesús partió con los suyos, atravesando el valle, a un cuarto de hora al Este de Abez, y se dirigió a un hermoso pozo donde varias mujeres sacaban agua. Cuando lo vieron, algunas se fueron presurosas a las casas vecinas de Abez, y pronto ocudieron varios hombres y mujeres al encuentro de Jesús. Traían vasos, telas, pan y pequeñas frutas en cestos; lavaron los pies y dieron una refección a Jesús y a los discípulos. Como se reunieron otros más, Jesús comenzó a enseñar allí mismo. Luego lo llevaron a la ciudad, donde le salieron al encuentro, de todas las casas y ángulos de las calles, muchos niños, niñas y jovencitos, con coronas de flores y bandas con inscripciones, y lo fueron acompañando. A los discípulos les pareció molesta la presencia de tantos niños, y quisieron alejarlos de allí; pero Jesús los vió y les dijo: "Id vosotros más atrás y dejad a los niños venir adelante". Entonces los niños se agolparon a su alrededor. Jesús abrazaba a unos, acercaba a otros y bendecía a todos. Los padres y las madres miraban desde las puertas de sus casas y desde las galerías.

Jesús entró en la sinagoga y enseñó. Por la tarde sanó a algunos enfermos en las casas donde entró. Hubo una gran comida en una de las chozas que aún había quedado; tomaron parte en la cena muchos de la ciudad. El discípulo Tomás partió de Endor para Apheke. Aquí, en Abez, he visto que algunas mujeres, con flujo de sangre, venían calladas y veladas, se acercaban a Jesús, tocaban el ruedo de sus vestidos y se sentían sanas. En las ciudades grandes no se permitían a tales enfermas acercarse a otros; en las pequeñas poblaciones esto no era tan estricto. Llegó en esto un mensajero de Caná. El príncipe de la ciudad le rogaba que acudiese en seguida, porque su hijo estaba gravemente enfermo. Jesús le dijo que se tranquilizase y esperase un poco. Vinieron dos mensajeros judíos de Cafarnaúm, enviados por el hombre pagano que había rogado a sus discípulos en favor de su criado enfermo. Pedía con instancia a Jesús quisiera venir a Cafarnaúm porque el criado estaba por morir. Jesús les dijo que iría a su tiempo, que por ahora el criado no moriría. Estos mensajeros se quedaron para escuchar su enseñanza. Los habitantes de Abez eran, en su mayor parte, gileaditas de Jabes. En tiempos del sacerdote Helí se habían esta-

blecido a raíz de una disputa entre los habitantes de Gilead, que fué zanjada por el juez de entonces, radicándose aquí estos habitantes. Junto al pozo de Abez fué herido Saúl y murió en la altura, más al Sur. Por eso lo llaman el pozo de Saúl. Las gentes son de mediana condición y viven la mayor parte de ellas de hacer canastos y esteras de juncos y de mimbres que se producen en abundancia en los lugares pantanosos de la región. Hacen viviendas ligeras de mimbres y juncos que se pueden recoger, y se ocupan también de cultivar los campos y criar animales en sus praderas.

XXVI

Saúl y la pitonisa de Endor

Los israelitas estaban delante de Endor, junto a Jezrael, mientras los filisteos salían de Sunem contra ellos. La batalla había ya comenzado cuando Saúl, con dos hombres, vestidos a modo de profetas, se dirigieron por la noche a casa de la pitonisa de Endor. Ésta vivía fuera de la ciudad en una vivienda ruinosa. Era una mujer despreciable, que no tenía medios de vida, aunque no era aún vieja. Su marido solía viajar con un canasto sobre los hombros, donde tenía muñecas y otros artefactos, y se ocupaba de juegos de prestigio y de magia entre soldados y gente de mal vivir.

Cuando Saúl llegó a casa de la pitonisa estaba casi desesperado. Ella se negaba a satisfacer su pedido porque pensaba que sería acusada ante Saúl, que perseguía a las brujas y magas. Saúl le juró con toda formalidad que no le sucedería nada de malo. Entonces la maga lo sacó de su habitación, que estaba bien ordenada, y lo llevó a un sótano. Saúl pedía que le evocara la sombra de Samuel. La bruja comenzó por dibujar un círculo en torno de Saúl y sus acompañantes; escribió letras y signos en torno del círculo, y con lana de color hizo diversas figuras alrededor de Saúl. Estaba de frente a Saúl y tenía otra pieza al lado. Delante de ella había un vaso de agua en el suelo y en las manos manejaba unas placas, como espejos, sobre las aguas. Pronunció palabras y clamó algunas veces en voz alta, y le dijo a Saúl a través de cuales hilos de lana que había cruzado tenía que mirar. De este modo, por arte del demonio, solía mirar acciones guerreras, batallas y personas, y así quería formar delante de Saúl una imagen de Samuel. Cuando, empero, comenzó

su artificio, vió de pronto ella misma una aparición delante y asustándose dejó caer los espejos sobre el recipiente de agua, y gritó como fuera de si: "Me has engañado; tú eres Saúl". Entonces le dijo Saúl que no temiera y preguntó qué veía. Ella respondió: "Veo que se levantan santos de la tierra". Como Saúl no veía nada, preguntó cómo eran esos santos. La mujer estaba en extremo asustada, y dijo: "Veo un anciano con vestiduras sacerdotales". Hizo adelantarse a Saúl y ella huyó de la caverna. Saúl en ese momento vió a Samuel y se echó de bruces al suelo. Preguntó Samuel por qué le había incomodado en su reposo y dijo que el castigo de Dios iba a caer sobre él; que mañana mismo estaría entre los muertos y que los filisteos vencerían a los israelitas; y que David sería rey. Después de oír esto Saúl quedó postrado en tierra como muerto. Lo levantaron y lo arrimaron a la pared. Los acompañantes quisieron reanimarlo y la mujer trajo pan y carne, pero Saúl nada quiso comer. La mujer le aconsejó no ir a la batalla, sino a Gilead, que allí sería bien recibido, y Saúl llegó al amanecer.

En ese momento eran vencidos los israelitas en las montañas de Gilboé. No todo el ejército llegó donde estaba Saúl, sino una parte. Saúl estaba sobre un carro y otro iba detrás de él. Los filisteos, que perseguían a los fugitivos, tiraban sus flechas y lanzas contra él, sin saber que era Saúl. Así fué herido gravemente y su acompañante guió el carro a la parte Sur del valle, fuera del camino donde estuvo Jesús con sus parientes. Cuando Saúl sintió que se moría pidió a su acompañante que le matase; pero éste no quiso hacerlo. Entonces se inclinó Saúl en el mismo carro, que tenía una baranda adelante, sobre la punta de su daga, pero no pudo hacer mayor fuerza. Entonces removió su acompañante esa baranda movible que tenía el carro delante y Saúl cayó sobre su daga. El acompañante también se echó sobre su espada. En esto llegó un amalecita y reconoció a Saúl, se acercó, tomó sus arreos y se los llevó a David. Después de la batalla se trajo el cadáver de Saúl y el de sus hijos y se pusieron juntos. Éstos habían caído muertos más al Este y antes que él. Los filisteos cortaron con hachas sus cuerpos.

El río de aquí se llama Kadumim y se nombra en el himno de Débora (Jueces, 5-21). Aquí estuvo también algún tiempo el profeta Malaquías e hizo algunas profecías. Abez está como a tres horas de Scytópolis, ciudad pagana.

XXVII

Dabrath. Conversión de una adúltera

Desde el pozo anduvo Jesús todavía un trecho hacia el Este, y luego torció al Norte. Subió la altura Norte del lugar y después de tres horas llegó a la ladera del Tabor en la parte del Este, donde corre el torrente Kisón, que viene de la parte Noreste y va en dirección del campo de Esdrelón. Aquí se encuentra la ciudad de Dabrath, en un barranco de la primera terraza del Tabor, mirando a la altura de Sarón, en la dirección donde el Jordán sale del mar de Galilea. Jesús se quedó fuera de la ciudad en un albergue, y al día siguiente entró en la ciudad, donde se agolparon muchas gentes en torno suyo. Sanó a algunos enfermos; pues aquí no hay muchos por ser al aire sano y saludable.

La ciudad está bien edificada. Recuerdo una casa de allí que tenía un amplio patio y columnas con escaleras para subir sobre la terraza de la casa. Detrás de la ciudad asoma una ladera primera de la montaña del Tabor y veo sendas serpenteando hasta la altura. Para llegar arriba se emplean dos horas de camino. En torno de los muros de la ciudad veo estacionados soldados romanos: es esta ciudad un puesto de recaudación de impuestos. Tiene como cinco partes donde viven personas de diversas profesiones. No está junto a un camino real; hay que andar media hora para llegar al camino principal. Tiene, sin embargo, mucho comercio. Es una ciudad de levitas. Los postes de los límites con Isacar corren a una media hora de aquí. La sinagoga y la casa adonde entró Jesús están en un sitio desdejado.

Ahí vive un hijo de uno de los hermanos de San José, que se llamaba Elía y tenía cinco hijos, de los cuales uno, de nombre Jesse, reside aquí: es un hombre de edad. Su mujer vive aún y tienen seis hijos: tres varones y tres mujeres. Dos de los hijos tienen ya dieciocho y veinte años de edad: se llaman Kaleb y Aarón. El padre pidió a Jesús los recibiese como discípulos y Jesús accedió. Irán con Él cuando Jesús vuelva por estos lados. Este Jesse tiene un empleo entre los levitas y está al frente de un taller de tejidos. Compra lana, la cual es aquí lavada, hilada y tejida; fabrican finos tejidos. Veo lo largo de una calle toda llena de los obreros de Jesse. Posee un edificio grande donde trabajan prensando hierbas que crecen en el

Tabor y parte de las cuales traen del extranjero para colorear los tejidos. Hacen también recipientes prensados para agua y licores. Veo artesas donde son prensadas esas hierbas con pesados mazos y hay cañerías que llevan fuera de la casa los líquidos. Hacen también un aceite de mirra. Jesse es muy piadoso, como toda su familia: sus hijos van todos los días al Tabor a rezar y él los acompaña muchas veces. Jesús se alberga ahora con sus discípulos en su casa.

Vivían aquí fariseos y saduceos y había una especie de consistorio; por eso tuvieron una reunión para tratar cómo habían de contradecir las enseñanzas de Jesús. Fué por la tarde con los discípulos al monte Tabor, donde se había reunido ya bastante gente y enseñó al resplandor de la luna hasta muy entrada la noche. En la parte Sudeste del monte hay una cueva rodeada de un jardincito, donde solía vivir el profeta Elías con sus discípulos como solía hacerlo otras veces el Carmelo. Ahora estas cuevas son lugares de oración para los piadosos israelitas. En la parte Norte de la montaña hay un lugar llamado Tabor, que da el nombre a la montaña, y al Oeste, a una hora de camino, hay otro poblado fortificado. La ciudad de Chasaloth está en el valle, en la parte Sur del monte, al Norte de Naím y mirando a Apheke: es la parte más saliente de Zabulón en esta región.

He oído también otro nombre y he visto que en este lugar vivieron parientes de Jesús, una hermana de Santa Isabel, llamada Rhode, como la criada de María Marcos. Esta Rhode tenía tres hijas y dos hijos. Una de estas hijas era una de las viudas amigas de María que tenía sus dos hijos entre los discípulos de Jesús. Uno de los hijos de esta Rhode casó con Maroni. Cuando murió el marido casó esta viuda sin hijos, según la ley, con Eliud, sobrino de Santa Ana.. Tuvo por hijo a Marcial y se retiró a vivir a Naim. Viuda por segunda vez, es la viuda de Naim, cuyo hijo Marcial resucitó Jesús.

Jesús enseñó delante de la sinagoga. Habían traído a muchos enfermos de todos lados y los fariseos estaban muy contrariados. En esta ciudad de Dabrath vivía una mujer rica, llamada Noemí, que había sido muy infiel a su marido, el cual murió de disgustos. Ahora vivía con un jefe de negociantes, al cual había prometido casamiento y había engañado también. Esta mujer había oído la predicación de Jesús en Dothan y estaba ahora completamente cambiada y arrepentida. Llena de dolor pedía acercarse a Jesús para obtener perdón y penitencia. Había acudido aquí y

buscaba todos los medios de acercarse a Jesús; pero Jesús se apartaba siempre de su encuentro. Era muy conocida en el país y aún respetada, porque no se conocía públicamente su mal vivir. Como tratase de todas maneras de acercarse a Jesús, los fariseos se lo impedían preguntando si no tenía vergüenza de venir aquí. Ella no se dejó vencer por esta resistencia de los fariseos y seguía, llena de dolor, con deseos de hablar a Jesús. Al fin se abrió paso entre la gente y se echó a los pies de Jesús, diciendo en alta voz: "Señor, ¿hay perdón aún y gracia para mí? Señor, ya no puedo vivir así. Yo he pecado gravemente contra mi marido. He engañado también al hombre que ahora está al frente de mi casa". De este modo confesó sus culpas delante de todos los presentes. En verdad no la oían todos, porque Jesús se había apartado algún tanto y había mucho ruído que hacían los fariseos que se habían adelantado entre la multitud. Cuando Jesús le dijo: "Levántate, tus pecados te son perdonados", ella pidió penitencia. Jesús la despidió para otra ocasión. Al punto ella se despojó allí mismo de todas sus joyas, alhajas, anillos, brazaletes, perlas y piedras preciosas que llevaba y las entregó a los fariseos para que los distribuveran entre los pobres. Luego bajó el velo sobre su rostro.

Entró Jesús en la sinagoga donde enseñó, porque había comenzado el Sábado. Los fariseos y saduceos, irritados, lo siguieron. Se leyó en la sinagoga de Jacob y de Esaú (I Moisés 25, 19-34) y de Malaquías (1 y 2). Jesús explicó el nacimiento de Esaú y de Jacob al tiempo presente. Esaú y Jacob peleaban ya en el seno de su madre; ahora lo hacen la sinagoga y los hombres piadosos. La ley dura y agreste nació antes, como Esaú; pero vende su derecho de primogénito por un plato de lentejas, por el gusto de pequeñas observancias, usos y costumbres exteriores, a Jacob, que recibe la bendición y la herencia: se hace un gran pueblo, de modo que el mismo Esaú tiene que servir a Jacob. Toda esta explicación fué muy hermosa y los fariseos nada pudieron contradecir, aunque disputaron con Jesús largamente. Le reprochaban que buscaba seguidores, levantaba posadas en todas partes, derrochando mucho dinero de viudas ricas, dañando a las sinagogas y a los maestros de los pueblos. Que esto sucedía con la rica Noemí, y preguntaban cómo podía Él perdonar los pecados.

Al día siguiente Jesús no fué a la sinagoga, sino a la escuela de los niños y las niñas. Estos escolares estuvieron después en una comida con Jesús, que les dió Jesse en los patios de su casa;

Jesús los exhortó allí y los bendijo. Vino también la convertida Noemí, con su hombre, y Jesús habló a cada uno en particular, y luego a ambos juntos. La mujer no debía, con los sentimientos que ahora tenía, casarse con ese hombre, que era de más humilde condición. La mujer le dió al hombre una parte de sus riquezas y lo demás lo puso a disposición de los pobres, reservándose sólo para su manutención.

XXVIII

Juegos a la conclusión del Sábado

Después de la comida del Sábado, cuando los judíos paseaban, vinieron muchas judías a casa de Jesse, donde se entretuvieron con la mujer de Jesse en un juego de Sábado. Estaba presente la convertida Noemí. Jesús presidió este juego, que era un conjunto de parábolas, de acertijos y de preguntas, por las cuales cada una se sentía profundamente conmovida. Tales preguntas eran, por ejemplo: "Dónde cada una tenía su tesoro; si ejercía usura con él; si lo tenía escondido; si lo partía con el marido; si lo dejaba a los criados; si lo traía a la sinagoga; si tenía el corazón apegado a él". Otras cosas se referían a la educación de los hijos, al cuidado de los siervos. Jesús habló también del óleo y de las lámparas: de tener la lámpara encendida, del derramar el óleo; y todo lo explicaba en sentido espiritual. Al ser preguntada una mujer y al contestar, muy satisfecha: "Sí, Maestro, yo tengo mi lámpara del Sábado muy bien en orden", fué burlada por las vecinas, porque no había entendido que Jesús decía todo eso en sentido espiritual. Jesús daba siempre una explicación muy acertada, y las que equivocaban las respuestas o no sabían la solución de los acertijos, tenían que dar, por penitencia, una limosna a los pobres. Ésta última tuvo que dar un trozo de tela. A veces Jesús escribía con una caña en la arena y las mujeres debían dar la contestación a las cuestiones propuestas. De este modo Jesús le descubría a cada una sus defectos ocultos y sus inclinaciones viciosas, sin que por eso tuviera que avergonzarse delante de las demás. Estas amonestaciones se referían especialmente a las faltas que se solían reprender en las fiestas de los Tabernáculos y donde con la mayor libertad y alegría, propias de tales festividades, se solían cometer mayores faltas por la ocasión. Algunas de estas mujeres hablaron luego a solas con Jesús reconociendo sus pecados y

pedían penitencia y perdón. Jesús las consolaba y las exhortaba, perdonando sus pecados. Durante estas enseñanzas y entretenimientos estaban sentadas las mujeres sobre alfombras, apoyándose sobre asientos de piedra, y en semicírculo, en los pórticos de la casa. Los discípulos y los amigos presenciaban desde cierta distancia. No se hablaba en voz alta, porque podían los espías escuchar detrás de las paredes o asomarse en lo alto de las mismas, pues se hacía esta diversión al aire libre. Estas mujeres habían traído a Jesús toda clase de hierbas aromáticas, confites, perfumes y otras delicadezas, que Jesús entregó a los discípulos para que los repartiesen a los pobres enfermos, a quienes nunca llegaban semejantes regalos.

Antes que Jesús se dirigiese a la sinagoga, para la conclusión del Sábado, mandaron los herodianos un mensaje a Jesús invitándolo a un determinado lugar de la ciudad donde querían hablar con Él. Jesús dijo al mensajero: "Decid a esos hipócritas que sus malas lenguas las usen en la sinagoga, que allí responderé a ellos y a los otros". Dijo todavía otras palabras severas a estos hombres, y luego se dirigió a la escuela.

La enseñanza del Sábado trataba de nuevo sobre Esaú y Jacob, de la ley y de la gracia, de los hijos y de los siervos del Padre. Habló tan severamente contra los fariseos, saduceos y herodianos, que éstos se irritaron cada vez más. El peregrinar de Isaac de un lugar a otro por el hambre y el taparle los pozos, como hacían los filisteos, los explicó haciendo referencias a su misión de predicar y a las persecuciones de los fariseos. De Malaquías enseñó que ahora se cumplía lo que había profetizado: "Mi nombre será grande en los confines de Israel: de Oriente a Occidente será mi nombre honrado entre las gentes". Les recordó los caminos que había hecho ya para glorificar el nombre del Señor, a un lado y a otro del Jordán, y que continuaría hasta cumplir su misión, y las palabras: "Un hijo debe honrar a su padre y un siervo a su señor", las explicó con severidad contra ellos. Éstos estaban muy corridos e irritados, pero nada pudieron hacer contra Jesús. Cuando la gente salió de la sinagoga y Jesús y los discípulos se disponían también a salir, los fariseos le cerraron el camino en un corredor, lo rodearon allí y le dijeron que debía oír lo que dirían: que no debía decir esas cosas al pueblo; e hicieron toda clase de preguntas capciosas, especialmente con respecto a los romanos que allí tenían su cuartel. Jesús les contestó de tal manera, que tuvieron que callar. Cuando finalmente quisieron, primero con adulaciones, y luego

con amenazas, imponerle que dejase de andar con sus discípulos de un lado a otro, dejar de sanar a enfermos, de enseñar, pues de otro modo lo acusarían como perturbador del orden y revolucionario, les contestó Jesús: "Donde Yo vaya encontraréis siempre a mis discípulos, a los enfermos, a los ignorantes, a los pecadores, a los pobres, a los que vosotros culpablemente dejáis pobres, enfermos e ignorantes". Como nada pudieron hallar contra Él, dejaron la sinagoga, y se mostraron aparentemente corteses, aunque internamente estaban llenos de rabia y de encono.

XXIX

El pagano Cyrino, de Chipre

Desde la escuela se fué Jesús, al anochecer, con los discípulos y las gentes que le habían esperado, hacia el monte Tabor. Allí estaban reunidos otros más y algunos parientes. Él se sentó en el monte y abajo y a sus pies estaban los oyentes, en parte sentados, en parte echados en el suelo. Era una noche clara de luna. Enseñó allí hasta muy avanzada la noche. Solía hacer esto con grupos de personas mejor dispuestas, después de un día de intenso trabajo. El silencio nocturno, la quietud de la hora hacen que los hombres estén menos distraídos; la vista del cielo, las estrellas, el frescor del aire mantienen los ánimos mejor dispuestos. Oyen su voz más claramente, confiesan más fácilmente sus culpas, no se avergüenzan tanto, llevan las enseñanzas a casa, sin distracciones piensan sobre las cosas oídas. Esto sucedía en esta región hermosa del Tabor, con la extensa vista del panorama y por ser este monte venerado en especial modo por haber estado allí los profetas Elías y Malaquías.

Cuando Jesús, finalmente, se dirigía a su albergue esa noche se le acercó en el camino un comerciante pagano, venido de Chipre, que había oído su predicación en el monte. Vivía este hombre en el conjunto de casas que eran de Jesse, porque tenía negocios con éste en especias y jugos de hierbas aromáticas. Por modestia se había mantenido hasta entonces retirado. Ahora lo tomó Jesús aparte, en una sala de la casa, y habló con él a solas, como con Nicodemus, le informó de todas las cosas y le contestó todas las preguntas que el extranjero le hizo con mucho interés y humildad. Este pagano, hombre sabio y noble, se llamaba Cyrino. Hablaba de estas cosas con mucho conocimiento y recibía las enseñanzas de Jesús con indecible humildad y contento. Jesús,

por su parte, se mostró muy amable y lleno de confianza con él. Cyrino confesó que hacía tiempo había reconocido la inutilidad del culto de los llamados dioses y que había deseado prefesar la religión judaica; pero que había una cosa que le producía repugnancia extrema: la circuncisión. Preguntaba si no era posible, sin la circuncisión, llegar a la salud. Jesús habló sobre el sentido oculto de esta ceremonia, y le dijo que él debía circuncidar sus sentidos y sus malas pasiones, y que sin la circuncisión bastaba que fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que circuncidase su lengua y su corazón, en lugar de su carne. Preguntó entonces Cyrino por qué no enseñaba esto clara y públicamente; le parecía, añadió, que muchos paganos se convertirían al saber esto. Jesús le respondió que si se decía esto al pueblo ciego, ahora, lo matarían; que había que tener consideración con los flacos y no escandalizarlos. Añadió que podían suscitarse diversas sectas y que, por lo demás, para algunos paganos era esto un sacrificio saludable. Por otra parte, como había llegado el tiempo del cumplimiento de la promesa, se había cumplido el pacto de la circuncisión de la carne, y ahora era el tiempo de la circuncisión del corazón y del espíritu, en lugar de la antigua de la carne. El hombre preguntó sobre la extensión y valor del bautismo de Juan, y Jesús satisfizo sus preguntas. Cyrino habló de muchas personas que en Chipre desean ver a Jesús y se lamentaba de que dos de sus hijos, cuyas virtudes alabó, fuesen tan enemigos de los judíos. Jesús lo consoló sobre esto diciendo que sus dos hijos serían más tarde buenos trabajadores en la viña del Señor, cuando llegase el tiempo. Se llamaban, creo, Aristarco y Trófimo, y me parece que fueron más tarde discípulos del Señor o de los Apóstoles. Esta amable y tierna conversación se extendió hasta las horas de la mañana. He visto que Jesse tenía aquí, en cuevas excavadas, por la parte del sol, en la montaña del Tabor, unos recipientes donde se preparaban esencias olorosas de hierbas y otras sustancias semejantes. He visto que pasaban los líquidos de estos a otros recipientes más bajos y que se cambiaban a veces los unos con los otros.

XXX

Jesús se dirige a Gischala, lugar del nacimiento de Pablo

Desde Dabrath fué Jesús por la tarde con sus discípulos a los campos de Gischala, a tres horas al Noroeste y a una hora de Betulia. Al principio se encuentra el lugar, hacia el Este, llamado Japhia, y otro poblado hacia el Norte del Tabor. Gischala está sobre una altura, aunque más bajo que Betulia. Es una fortaleza con soldados romanos que debe pagar y mantener Herodes. Los judíos viven en otro lado, como a tres cuartos de hora. Gischala no tiene parecido con otras ciudades. Veo muchos sitios con cadenas amarradas a postes, como para sujetar caballos, y en torno de la ciudad hay torres con terrazas y muros donde podrían guerrear los soldados. Todo esto hace que parezca una ciudad rara. Junto a una de las torres está edificado el templo pagano. Los judíos vivían en su poblado en buenas relaciones con los paganos y los soldados romanos; se ocupaban de trabajos de cueros y aperos para los caballos y correajes para los soldados. En parte eran terratenientes y en parte mayordomos de los fértiles campos de estos lugares. Desde aquí hasta Cafarnaúm es la región más fértil de Genesaret. La fortaleza está en la altura y hay caminos amurallados que conducen hasta allá. La ciudad judía está abierta en la ladera de la montaña y delante hay un pozo que recibe el agua por canales. Junto a él se sentó Jesús con sus discípulos al llegar a la ciudad. Los habitantes de la ciudad judía celebraban en ese momento una fiesta. Chicos y grandes estaban en los jardines y praderas. Los niños de la ciudad pagana habían acudido y se mantenían algo apartados.

Cuando Jesús llegó junto al pozo, se adelantaron los príncipes del pueblo y los escribas y maestros; dieron la bienvenida a Jesús y a sus discípulos, les lavaron los pies y les ofrecieron alimento. Jesús enseñó junto al pozo sobre la cosecha, en parábolas, pues estaban en la segunda cosecha de las uvas y de otras frutas. Luego Jesús se dirigió al lugar donde estaban los niños paganos, habló con sus madres, bendijo a las criaturas y sanó a algunos de ellos enfermos. Celebraban los judíos la conmemoración de su liberación de un hombre tirano, fundador de la secta de los saduceos, que había vivido unos doscientos años antes. He olvidado su nombre. Era un empleado del sanedrín de Jerusalén y estaba encargado de guardar y hacer guardar las

observancias no escritas en la ley. Había esclavizado a la gente con su excesivo rigor y enseñado que no había que esperar de Dios ninguna recompensa y que debían hacer todas las cosas como esclavos, por obligación. Era natural del lugar. Los habitantes lo recordaban con terror y festejaban el aniversario de su muerte. Había otro con él, un tal Sadoch de Samaría, que negaba la resurrección y propagó su doctrina y había sido discípulo de Antígono. También Sadoch tenía a un samaritano como ayudante.

Jesús se albergó en la casa del jefe de la sinagoga con sus discípulos y enseñó en el patio. Trajeron algunos enfermos, que sanó, entre ellos una mujer con flujo de sangre. El jefe de la sinagoga era un hombre bueno y sabio de veras. Las gentes tenían aversión a los fariseos y saduceos y se habían procurado ellos mismos a éste maestro. Lo habían hecho viajar por varios lugares hasta el Egipto. Jesús habló largamente con este hombre. Se vino a hablar de Juan y de su prisión. Alabó mucho al Bautista y preguntó a Jesús por qué Él, que tenía tanto poder y era tan sabio, como era evidente, no formaba un partido para librar a un hombre tan meritorio. En su enseñanza en el patio habló Jesús a sus discípulos algunas palabras proféticas sobre Gischala. Tres celosos eran de Gischala: el primero, aquél de quien ahora los judíos se alegraban de su muerte y desaparición; otro, que debía venir y que causaría mucho daño, levantando rebelión en Galilea (Juan de Gischala, que había hecho cosas detestables en Jerusalén, cuando era cercada por los enemigos), y el tercero, que ya vivía, y sería convertido de hijo de ira en apóstol de amor; sería propagador de la verdad y restablecería muchas cosas: es decir, Pablo, que había nacido aquí y cuyos padres pasaron más tarde a Tarso. Pablo predicó aquí, después de su conversión, con mucho celo, en su viaje a Jerusalén. Veo que la casa de sus padres existe aún y que está alquilada a otros. Está situada al final de Gischala, algo en las afueras. Hay allí casas desparramadas que llegan hasta Gischala. Sus padres deben haber tenido una fábrica de tejidos o hilandería. La casa la tiene ahora un oficial pagano llamado Achías, que la ha alquilado y vive allí mismo.

XXXI

Curación del hijo de un capitán pagano

No es para describirse la fertilidad de este lugar. Tiene ahora la segunda cosecha de uvas, frutas, hierbas aromáticas y algodón. Crece aquí un junco o caña, con hojas grandes abajo y más pequeñas arriba, de la cual destila gota a gota un líquido como azúcar. Los árboles de los cuales nacen frutos que llaman manzanas de los patriarcas, porque ellos lo han traído de países cálidos de Oriente, crecen aquí muy bien. Los troncos los suelen juntar a las paredes para que protejan y cubran las mismas como enredaderas, aun cuando el árbol se forma bastante grueso. Hay mucho algodón, campos enteros de hierbas aromáticas y esa planta de la cual se hace el óleo de nardo. Veo higueras, olivares, viñedos y multitud de melones cubren vastas extensiones de campo. En los caminos hay palmeras, datileros. Grandes cantidades de animales pastorean en las hermosas praderas. Veo también grandes árboles con gruesas nueces, cuya madera es resistente y fuerte. Cuando Jesús caminaba por los campos y praderas, donde había personas, se fueron reuniendo otras en torno de Jesús, que les enseñaba con parábolas tomadas de las faenas camperas. Los niños de los paganos se mezclaban bastante con los judíos en los campos de cosecha, aunque estaban vestidos algo diferentes.

En la casa natal de Pablo vive ahora el jefe de la guarnición militar romana. Se llama Achías y tiene un hijo enfermo de siete años, a quien puso el nombre del héroe Jefté. Achías era un hombre bueno, que deseaba ser ayudado por Jesús, pero ninguno quería encargarse de presentarlo a Jesús.

Los discípulos estaban, parte con Jesús, y parte desparramados entre los cosechadores, a los cuales contaban cosas de Jesús y les repetían sus enseñanzas. Otros habían ido a Cafarnaúm, como mensajeros, y a otras regiones. Los habitantes no amaban a este jefe, porque vivía muy cerca de ellos y hubieran deseado que estuviera más lejos. No eran muy complacientes, ni aún con Jesús se mostraron amables. Hacían su trabajo, oían su enseñanza, pero no demostraban particular interés en ella. El jefe se dicidió entonces él mismo de acercarse a Jesús, aún cuando fuera de lejos. Cuando Jesús acertó a acercarse a él, el hombre se inclinó y dijo: "Maestro, no desprecies a tu siervo. Compadécete de mi pobre hijito que está aquí en casa enfermo".

Jesús le dijo: "Es conveniente dar primero el pan a los hijos de la casa, antes que partírselo a los extraños". Achías replicó: "Señor, yo creo que Tú eres el enviado de Dios y el cumplimiento de la promesa. Yo creo que Tú puedes ayudarme, y sabes hacerlo, puesto que Tú has dicho que los que creen esto no son extraños sino hijos. Compadécete, Señor, de mi hijito". Jesús entonces respondió: "Tu fe te ha salvado". Diciendo esto se encaminó a la casa de Pablo, donde vivía Achías. Era una casa mejor puesta que las comunes de los judíos aunque con las mismas dependencias. Delante había un vestíbulo, luego una sala grande y a muchos lados piezas para dormir separadas por divisiones; después se llegaba al hogar. En medio de la casa y en derredor había salas grandes con bancos de piedra, contra la pared con tapetes y alfombras. Las ventanas eran altas.

Achías llevó a Jesús al centro de la casa y los criados trajeron al niño en su camilla, delante de Jesús. La mujer de Achías, cubierta con el velo, estaba a cierta distancia, llena de ansiedad y temor reverencial. Achías estaba alegre y llamó a todos los de su casa, que estaban a cierta distancia, curiosos por ver lo que sucedería. El niño era una hermosa criatura de unos seis años, vestido de camisón de lana y tenía al cuello una piel que se cruzaba delante del pecho. Estaba mudo y baldado, aunque miraba con ojos inteligentes y lleno de bondad a Jesús. Jesús habló a los padres del llamamiento de los paganos, de la proximidad del reino, de la penitencia, de la entrada en la casa del Padre por medio del bautismo. Luego oró, tomó al niño en sus brazos, lo estrechó contra su pecho, se inclinó hacia él, tocó con sus dedos la lengua; luego lo puso en tierra y lo llevó a su padre quien, junto con la madre, temblando de emoción, le salió al encuentro, abrazándolo con abundantes lágrimas de contento y gratitud. El niño abrió los brazos para abrazar a sus padres y dijo: "¡Ah, padre! ¡Ah, madre!... Ya puedo caminar... puedo hablar de nuevo". Jesús les dijo: "Tomad al niño. Vosotros no sabéis qué tesoro se os ha dado. Hoy os es dado y más tarde se os será pedido".

Los parientes trajeron de nuevo al niño ante Jesús y se echaron a sus pies, dando gracias con lágrimas en los ojos. Jesús bendijo al niño y habló amablemente con él. El jefe pidió a Jesús entrase con él a una pieza y se dignase tomar algún refresco, cosa que hizo con sus discípulos. De pie comieron panes, miel, frutas y bebieron. Jesús habló con Achías y le dijo se fuese a Cafarnaúm para recibir el bautismo; que allí se podía

poner en relación con Zerobabel; cosa que hizo más tarde con todos los suyos. El niño Jefté fué más tarde un celoso discípulo del apóstol Tomás. Estos soldados fueron más tarde los que guardaron el orden durante la crucifixión de Jesucristo. En aquella ocasión se los empleó como policía para mantener el orden. Jesús salió de la casa de Achías y habló a los discípulos acerca del niño, diciendo que llevaría mucho fruto y que de esta misma casa había salido uno (Saulo) que un día haría grandes cosas para el reino de Dios.

XXXII

Primera conversión de Magdalena

Desde Gischala no fué Jesús a la vecina Betulia, sino que dejando esta ciudad a la izquierda, entró en el valle y las praderas en dirección de la ciudad Gabara, al Oeste de la montaña del mismo nombre, mientras que por la parte Sudeste se esconde la pequeña población de Jotapata, que es un nido de herodianos. Jotapata dista una hora de Gabara, si se camina en torno de la montaña. Esta montaña, a la cual llevan unos peldaños cavados en la roca, se levanta como un muro detrás de Gabara. Los habitantes trabajan la lana que es como seda: fabrican mantas, colchas, y una especie de colchón que, extendido por los extremos, sirve de cama. Veo que conservan pescados en sal, que luego envían a lugares más lejanos. Desde Gischala había mandado Jesús a algunos discípulos para anunciar en los alrededores que tendría una gran predicación sobre la montaña de Gabara. De los contornos salen grandes muchedumbres que se dirigen a la montaña para oír la enseñanza. Arriba hay un lugar cercado con una cátedra que hace tiempo no se usa. Habían llegado a Gabara los discípulos Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Natanael Chased y los demás discípulos, otros discípulos del Bautista y los hijos de la hermana mayor de María. En total veo como sesenta, entre discípulos, amigos y parientes de Jesús. Los discípulos más íntimos fueron recibidos por Jesús tomándoles de ambas manos y acercando su cabeza a las mejillas. Vinieron grupos de paganos de Cydessa, a una hora de la cercana Damna; de Adama y de la región del lago Merom. Todos traían víveres y enfermos de todas clases. La ciudad de Cydessa es un centro de paganos de la región de Zabulón, dada en galardón por Alejandro Magno a un hombre

de Tiro llamado Livias. Este la reedificó y trajo a muchos de los habitantes de Tiro que se establecieron allí. Los primeros paganos que acudieron al bautismo de Juan fueron los de Cydessa. La ciudad es hermosa y está situada en un valle muy fértil.

Magdalena está en camino hacia Gabara, para oír a Jesús. Marta y Ana Cleofás habían salido de Damna, donde las santas mujeres tenían un albergue, y habían ido a casa de Magdalena para invitarla a oír la predicación de Jesús en la montaña de Gabara. La Verónica, Juana Chusa, Dina y la Sufanitis permanecieron entretanto en Damna, a tres horas de Cafarnaúm y a una hora de Magdalum. Magdalena recibió bien a su hermana y la llevó a una pieza, no lejos de la de sus adornos y afeites. Había en Magdalena una mezcla de vergüenza verdadera y falsa. En parte se avergonzaba de su hermana, vestida sencillamente, tan piadosa y recogida, que andaba en medio de la gente despreciable que rodeaba a Jesús, y en parte se avergonzaba de meter a su hermana en esos cuartos, lugares de sus pecados y de sus locos devaneos. Magdalena ya estaba algo decaída de ánimo; sólo que no tenía aún fuerza para romper con su mala vida. Estaba pálida y demacrada. El hombre con quien ahora vivía le molestaba y era de carácter ordinario.

Marta la trató con cariño y con prudencia. Le dijo: "Dina y María Sufanitis, que tú conoces, dos mujeres amables y dignas de consideración, te invitan a escuchar la enseñanza de Jesús en la montaña. Es bastante cerca y ellas quisieran ir en tu compañía. No tendrás que avergonzarte delante del pueblo: son personas distinguidas, bien vestidas y tienen modales nobles. Es un espectáculo maravilloso: la multitud de gente que se reúne allí, la poderosa palabra del Profeta, la curación de los enfermos, como podrás ver, y la osadía con que reprende a los fariseos. Verónica, María Chusa y María, la Madre de Jesús, que te quieren bien, todas estamos seguras que nos darás las gracias de haber aceptado nuestra invitación. Creo que esto te servirá de distracción. Parece que estás aquí, como abandonada: te falta quien comprenda y estime tu corazón y tu talento. ¡Si quisieras estar un tiempo con nosotras, en Betania!... ¡Nosotras oímos tantas cosas hermosas y tenemos tantas cosas que hacer, y tú siempre estuviste llena de amor y de compasión por los demás! A Damna tienes que venir, porque sólo estamos mujeres en el albergue de allí. Tú puedes tener tu cuarto aparte y hablar con las que te agraden y conoces".

En estos términos habló Marta con su hermana, evitando todo lo que pudiera herir su amor propio. Magdalena estaba triste, hizo leves objeciones, y al fin prometió que iría a Damna. Magdalena comió con Marta y fué varias veces a la pieza de Marta por la tarde. Marta y Ana Cleofás rezaron para que el Señor hiciera fructuosa esta ida de Magdalena a la montaña de la predicación de Jesús. Unos días antes había estado Santiago el Mayor con Magdalena, lleno de compasión, para invitarla a oír a Jesús en Gabara. Magdalena lo recibió en un edificio aparte. Santiago era de simpática presencia, hablaba seria aunque amablemente, causando de este modo en Magdalena agradable impresión. Le dijo que la visitara todas las veces que estuviese por los contornos. Santiago habló con Magdalena, no en forma de reproche, sino con delicada atención, amigablemente y la invitó a oír la palabra y predicación de Jesús: que no era posible oír ni ver cosas más maravillosas que las de Jesús; que no se dejase estorbar por los demás oyentes y concurriese con los vestidos que deseaba, como era su costumbre. Magdalena había aceptado esta invitación de Santiago. Sin embargo, se manifestó retraída cuando Marta y Ana Cleofás vinieron a hablarle de lo mismo.

La víspera de la anunciada predicación fué Magdalena, en compañía de Marta y de Ana Cleofás, a Damna, adonde estaban las santas mujeres. Magdalena estaba sentada sobre un asno, porque no acostumbraba andar a pie. Estaba vestida con elegancia, pero no tanto como la segunda vez que fué. En el albergue tomó una pieza aparte y habló sólo con Dina y la Sufanitis, que se turnaban en la conversación. La he visto muy amiga y llena de confianza con estas mujeres. Las convertidas tenían, sin embargo, un modo, como si dos amigos, de los cuales uno se hubiese hecho sacerdote, se encuentran después de mucho tiempo. Este retraimiento terminó en lágrimas y en palabras de compasión de unas a otras, y así se dirigieron al pie de la montaña, a un albergue. Las otras mujeres no fueron a esta predicación para no molestar a Magdalena. Habían llegado a Damna deseando que Jesús viniese hacia ellas y no fuese a Cafarnaúm, donde los fariseos se habían reunido de nuevo en conciliábulo. Vivían en la misma casa. Pensaban permanecer aquí por ser Cafarnaúm un punto medio de los viajes de Jesús. El joven fariseo de Samaría, que estuvo aquí la última vez, no está con ellos: otro ocupa su lugar. También en Nazaret y en otros lugares se habían conjurado los fariseos. Las santas mujeres, en especial María Santísima, estaban muy preocupadas, pues los

fariseos habían hecho amenazas públicamente. Ellas habían mandado un mensajero pidiendo a Jesús viniese a Damna después de su predicación, y no fuese a Cafarnaúm; que fuera mejor a derecha o a izquierda, o al otro lado del lago, a las ciudades de los paganos, para evitar el peligro que le amenazaba. Jesús le contestó que no tuviesen cuidado de Él, que sabía lo que tenía que hacer para cumplir su misión y que iría a Cafarnaúm.

XXXIII

La predicación de Jesús en la montaña de Gabara

Magdalena y sus acompañantes habían llegado a tiempo a la montaña. Había ya muchísima gente reunida. Enfermos de todas clases estaban colocados, según la clase de sus dolencias, en diversos parajes, bajo tiendas o techos de paja. Los discípulos que estaban arriba ayudaban a la gente enferma. En el lugar de la enseñanza había un semicírculo amurallado y sobre él una techumbre. También muchos de los oyentes habían levantado tiendas. Magdalena había tomado un lugar cómodo entre las demás mujeres, a cierta distancia, en una altura. Jesús llegó con sus discípulos hacia las diez, en la parte alta. Los fariseos y herodianos llegaron después. Jesús fué a la cátedra y los discípulos se pusieron a un lado, en torno, y los fariseos del otro lado. Durante la enseñanza se hicieron varias pausas en las cuales se cambiaban los oyentes: los que estaban detrás pasaban más adelante. Jesús repitió algunas veces las enseñanzas. Durante esas pausas los oyentes tomaban algún alimento. También Jesús tomó una vez alimento y bebida.

La enseñanza fué una de las más enérgicas que he oído. Antes que orase dijo que no se escandalizaran si llamaba a Dios su Padre, puesto que el que hace la voluntad de Dios, ése es hijo de Dios, y les probó que Él hacía la voluntad de su Padre. Después de esto oró a su Padre, en voz alta, y comenzó la predicación más severa, al modo de los antiguos profetas. Todo lo que había sucedido antes de la primera promesa, todos los hechos figurativos y amenazas fueron objeto de su predicación, y mostró cómo ahora se cumplían y en un próximo futuro. Demostró la venida del Mesías por el cumplimiento de las profecías. Habló de Juan, su precursor y anunciador, que había preparado los caminos, y cómo, sin embargo, ellos habían permanecido obstinados. Les reprendió todos sus vicios, su hipocrecía,

su idolatría con las pasiones de la carne; reprendió a los fariseos y saduceos con mucha severidad. Habló con mucho celo de la próxima ira de Dios y del cercano juicio, de la destrucción de Jerusalén y del templo y de las calamidades que iban a caer sobre el pueblo. Habló mucho del profeta Malaquías y explicó sus profecías; del Bautista y precursor; del Mesías, de un nuevo sacrificio puro, consistente en comida, que yo entendí de la Misa y Eucaristía; habló del juicio sobre los incrédulos, y de la venida del Mesías en el último día y de los motivos de alegría y consuelo para los que temen a Dios. Les dijo que la gracia pasaría de ellos a los paganos. Luego habló a los discípulos, exhortándolos a la perseverancia y les dijo que quería enviarlos a todas partes para predicar la salud. Les dijo claramente que no se atuviesen a los fariseos ni a los saduceos ni a los herodianos, a los cuales calificó severamente, y comparó, y describió con sus vicios, y los señaló con el dedo. Esto los irritó más aún, pues nadie quería ser llamado herodiano públicamente: pertenecían a esta secta secretamente, y Jesús los señaló con el dedo a los oyentes.

Como dijera Jesús en esta predicación que si no recibían la salud les pasaría algo peor que a las ciudades de Sodoma y Gomorra, se adelantaron los fariseos, en una de las pausas a Jesús, y le preguntaron si esa montaña, la ciudad y todo el país se hundiría con ellos, o habría algo peor aún. Jesús les dijo: "En Sodoma se hundieron todas las piedras, pero no todas las almas, puesto que no conocieron la salud, ni habían tenido la ley ni profetas". Habló de su bajada al infierno (limbo), según yo lo entendí, para librar a muchas de esas almas. Les dijo: "En cambio, a vosotros todo os ha sido dado, sois el pueblo elegido que Dios destinó a ser su pueblo, y habéis tenido el conocimiento, todos los avisos y veis el cumplimiento de las promesas. Si ahora despreciáis la salud y quedáis en la incredulidad, no serán las piedras y las montañas, que obedecen a su Creador, sino vuestros corazones de piedra, vuestras almas, hundidas en lo más profundo del abismo. Esto es mucho peor que lo acontecido a los de Sodoma".

Mientras Jesús, por una parte, exhortaba tan severamente a la penitencia y a la conversión, amenazando con los castigos de Dios, de pronto se enternecía, y lleno de bondad invitaba a los pecadores a venir a Él, y hasta derramó lágrimas de compasión. Oró para que su Padre moviera los corazones, para que, a lo menos, viniera una casa, una persona, aunque estuviese cargada con toda clase de culpas. Si sólo salvaba un alma, quería

partir todo con ella, darlo todo por esa alma y hasta pagar con su propia vida el precio de su salvación. Abrió de pronto sus brazos a todos y dijo: "Venid todos a mí, los que estáis cansados y cargados; venid a mí, pecadores; haced penitencia, creed y partid el reino conmigo". También hacia los fariseos extendió sus brazos.

XXXIV

Sentimientos de la Magdalena

Magdalena estaba al principio sentada entre las mujeres, como segura de sí misma, como una dama entre otras de menor cuantía; pero internamente estaba avergonzada y conmovida. Al principio curioseaba en torno de ella la muchedumbre, pero cuando apareció Jesús entre la turba y comenzó a hablar, toda su atención y su mirada se concentró en Él. Se conmovió profundamente cuando Jesús habló de la necesidad de la penitencia, de los pecados, de las amenazas de castigo. No pudo contenerse, se agitó y comenzó a llorar bajo su velo. Cuando después Jesús se volvió bondadosamente a los pecadores y les suplicó que fuesen a Él, muchas personas estaban conmovidas, y se notó un movimiento entre las turbas, y se acercaron todos a Él. También Magdalena y las mujeres, siguiendo su invitación, se acercaron más a Él. Cuando Jesús dijo: "¡Ah, si sólo un alma se acercara a Mí!..." se conmovió tanto Magdalena, que estuvo a punto de ir hacia Él. Dió un paso adelante, pero las otras la detuvieron para no causar molestia, y dijeron: "Después, después..." Este movimiento no fué notado mucho por los otros, porque todos estaban con los ojos fijos en Jesús. Jesús, en cambio, que sabía lo que sucedía con Magdalena, añadió en seguida, con bondad, diciendo: "Si sólo una chispa de penitencia, de arrepentimiento, de amor, de fe, de esperanza hubiese caído por mi predicación en un corazón, que haga fruto, que sea provechoso, para que se acreciente y se avive: Yo quiero cuidarlo, hacerlo crecer, para llevarlo a mi Padre". Estas palabras tranquilizaron a Magdalena, se sintió penetrada y volvió a sentarse con las otras mujeres.

Habían pasado las horas, ya eran las seis de la tarde y el sol estaba por caer detrás de las montañas. Jesús miraba durante su predicación hacia el Occidente, porque en esa dirección estaba la cátedra; detrás no había oyentes. Jesús oró de nuevo,

y bendijo y despidió a las turbas. A los discípulos les dijo que comprasen alimentos y diesen a los necesitados; encargó que los que tenían de sobra lo cediesen por ruego o por compra a los demás y a los pobres y aún para llevar a sus casas. Parte de los discípulos se ocupó inmediatamente en esta tarea. Los más dieron de buena gana y otros vendieron gustosos. Los discípulos eran conocidos en la región: de este modo fueron los pobres bien provistos y dieron gracias a la bondad del Señor. Los otros discípulos fueron entretanto con Jesús adonde había muchos enfermos llevados hasta arriba. Los fariseos volvieron a Gabara irritados, conmovidos, admirados y llenos de resentimiento. Simón Zabulón, el jefe, recordó a Jesús que lo había invitado a comer en su casa. Jesús le dijo que iría. De este modo bajaron de la montaña, mientras unos a otros se decían palabras de crítica, de reproches a Jesús, a su enseñanza, para disimular la conmoción que habían sentido durante la predicación de Jesús; y así llegados a la ciudad, volvieron a ser los mismos de siempre, confiados en su propia suficiencia y justicia.

Magdalena, en cambio, siguió con las mujeres a Jesús y se puso entre las enfermas, como si quisiera ayudarlas. Estaba muy conmovida y la vista de tanta miseria, la perturbó más aún. Jesús estuvo largo tiempo ocupado con los hombres, sanando a los enfermos. Era hermoso oír el canto de acción de gracias de los que partían de allí contentos, con la salud recuperada, y los de sus allegados.

Cuando Jesús llegó adonde estaban las enfermas, fueron alejadas algo Magdalena y las mujeres por la multitud, que avanzaba, y por los discípulos que tenían que ayudar. La Magdalena buscaba cada ocasión oportuna para acercarse a Jesús, pero siempre en vano, pues Él se apartaba por un motivo o por otro. Jesús curó también a algunas con flujo de sangre. Pero fué muy doloroso el cuadro que se presentó a Magdalena y a la Sufanitis, y se le llenó el corazón de gratitud al Señor al ver que traían a seis mujeres, atadas de tres en tres, y llevadas por doncellas fuertes, con largas telas y correas delante de Jesús. Estaban poseídas por demonios impuros que las atormentaban cruelmente. Eran las primeras mujeres endemoniadas que he visto traer públicamente delante de Jesús. Habían sido traídas algunas del otro lado del lago, otras de Samaría y de Genesaret y algunas eran paganas. Las habían atado para poder traerlas. A veces estaban quietas y silenciosas, y no se dañaban entre sí; otras veces se ponían furiosas y gritaban y

eran arrojadas de un lado a otro. Estuvieron atadas y apartadas durante la predicación de Jesús, y ahora eran llevadas delante del Señor. Cuando vieron a Jesús y a sus discípulos, hicieron fuerte resistencia, y Satanás las agitaba furiosamente. Gritaban de modo espantoso y retorcíanse. Jesús se dirigió a ellas y les mandó callar y estarse sosegadas, y ellas se aquietaron. Luego se acercó a ellas, mandó desatarlas, les dijo que se hincaran, rezó y puso sus manos sobre ellas, y ellas cayeron como en un breve desmayo. El mal espíritu salió de ellas como un vapor oscuro, y los parientes se acercaron entonces y las levantaron. Así estuvieron entonces con su velo delante del Señor, se inclinaron hasta el suelo y dieron gracias. Jesús las exhortó a la conversión, a la penitencia y a purificarse, para que el mal no volviese a ellas en peor forma aún.

XXXV

Comida en casa de Simón Zabulón

Anochecía cuando Jesús y sus discípulos bajaron de la montaña y se dirigieron a Gabara, mientras mucha gente iba delante y otros los seguían detrás en la misma dirección. Magdalena, sin preocuparse de lo que otros podrían pensar, seguía de cerca a Jesús entre los discípulos y las mujeres. Buscaba la ocasión de estar cerca de Jesús. Como esto no les pareció bien a las mujeres, algunas lo advirtieron a un discípulo para que lo dijera a Jesús. Él contestó: "Dejadla andar, esto no os pertenece". De este modo llegaron a la ciudad y cuando Jesús iba a entrar en la casa de Zabulón, vió que estaba el lugar lleno de enfermos y de pobres que pedían ayuda. Se volvió a ellos, los consoló y los sanó. Mientras tanto llegaba Simón con otros fariseos y le dijo que dejase ese trabajo y entrase a la sala de la comida, que ya le esperaban, que ya había trabajado bastante hoy; que aguardase otro día. Quiso echar de allí a los pobres, pero Jesús le replicó: "Éstos son mis convidados", a quien Él había invitado y quería servir primero; ya que él había invitado a comer, había invitado también a ellos; y que por eso iría a la mesa sólo cuando los pobres hubiesen sido servidos. Tuvieron los fariseos que levantarse y mandar traer más mesas para los curados y para los pobres, a quienes acomodaron en el patio. Jesús sanó todavía a algunos enfermos y los discípulos llevaron a la mesa a aquéllos

que quisieron quedarse. Se encendieron allí las lámparas y se les sirvió en las mesas.

Magdalena y las mujeres habían seguido a Jesús hasta aquí y en los pórticos del patio se encontraron con las demás. Jesús vino más tarde con los suyos a la mesa. De los alimentos mejores mandaba parte a los pobres por medio de los discípulos, que les servían y comían con ellos. Jesús enseñaba durante la comida y los fariseos se trabaron en reñida disputa con Él. En este momento la Magdalena, que se había acercado con sus compañeras hasta las mesas, con la cabeza cubierta con el velo, y teniendo en la mano un vaso pequeño y blanco de hierbas aromáticas, se adelantó con pasos rápidos a la mitad de la sala por detrás de Jesús, y derramó el contenido del frasco sobre su cabeza, y con el velo largo, tomándolo con las manos, esparció sobre la cabeza de Jesús el perfume, secando lo superfluo con el velo. Cumplido velozmente este oficio, se retiró la Magdalena, mientras la acalorada disputa quedó interrumpida. Todos quedaron silenciosos, mirando, ya a Jesús, ya a la Magdalena, mientras el aroma del bálsamo llenaba la sala. Jesús permaneció en silencio. Muchos de los comensales se acercaban sus cabezas, miraban irritados a Magdalena y a Jesús, mientras se hablaban en voz baja. Simón Zabulón, especialmente, estaba alterado. Jesús, al fin, dijo a Simón: "Ya sé, Simón, lo que estás pensando. Estás pensando que no es conveniente que Yo me deje perfumar la cabeza ni tocar por esta mujer. Tú piensas: ésta es una pecadora. Pero no tienes razón en esto, pues ella ha hecho esto por amor, cosa que tú has dejado de hacer, puesto que tú no has hecho conmigo lo que se acostumbra hacer con los invitados". Dicho esto, se volvió a la Magdalena y le dijo: "Vete en paz; mucho te es perdonado". Sólo entonces volvió Magdalena adonde estaban las otras mujeres, y salieron de allí. Jesús siguió hablando de ella a los comensales y la llamó buena mujer, que tiene mucha compasión, y habló del juzgar a los demás y de reprender los pecados conocidos de otros, mientras se ocultan los muchos más grandes pecados en el corazón. En esta forma enseñó por mucho tiempo. Finalmente salió con los suyos y se dirigió al albergue.

XXXVI

Magdalena recae en su vida desordenada

Magdalena estaba conmovida y consternada de todo lo que había visto y oído: porque había en ella cierto sentimiento de entrega y de admiración hacia Jesús quiso honrarle y mostrarle sus sentimientos. Había visto que los fariseos no le habían honrado al recibirle, ni habían dado señales de cortesía en la mesa ni durante la comida a ese Maestro, que ella creía ahora el más admi able, el más santo, el más amable y el más portentoso de los maestros; y así quiso ella hacer por todos lo que no habían hecho los fariseos. Las palabras de Jesús: "Aún cuando uno sólo viniese", no las había olvidado. El pote era pequeño, del tamaño de una mano, que llevaban las damas distinguidas de esta región. Tenía un vestido blanco, con flores grandes coloradas, y pequeñas hojas bordadas, amplias mangas con brazaletes y por la espalda más abierto colgaba hasta abajo. Delante parecía abierto y sobre las rodillas cerrado con cueros o cintas. El pecho y la espalda los cubrían otras telas con adornos, como una especie de escapulario cerrado por los lados. Debajo llevaba otro vestido más oscuro. Tenía ese momento el velo extendido sobre el vestido. La estatura de Magdalena era mayor que la de las otras mujeres, esbelta y ágil; los dedos delgados y hermosos, y pies pequeños y delicados, sobre los cuales se movía con gracia. Sus cabellos eran abundantes y hermosos.

Cuando Magdalena volvió al albergue con sus acompañantes, fué acompañada durante un trecho de una hora por su hermana Marta hacia el estanque de Betulia, donde María la esperaba con las otras mujeres. Allí habló María con la Magdalena. Ésta le contó muchas cosas de la enseñanza que había escuchado de Jesús. De la unción y de las palabras que dijo Jesús hablaron las demás mujeres. Todas rogaban a Magdalena se quedase desde ya con ellas, o por lo menos fuera con ellas por algún tiempo a Betania. Pero Magdalena replicó que debía primero ir a Magdalum para poner sus cosas en orden. Esto disgustó a todos. Por su parte, Magdalena no cesaba de hablar de la mansedumbre, de la grandeza, de la fuerza y de los prodigios que había visto en Jesús; añadió que ella debía seguir a Jesús; que su vida hasta el presente no era vida, y que pronto iría con ellas. Se puso muy pensativa, lloró y se sintió aliviada en su tristeza; pero no se dejó persuadir y volvió a Magdalum con su

criada. Marta la acompañó un trecho de camino y se juntó luego con las otras mujeres, las cuales volvieron a Cafarnaúm. Magdalena es más alta y más hermosa que las demás. Dina, en cambio, es más activa, servicial y amigable, y ayuda en todas partes; es humilde como una criada y muy amable. Pero a todas sobrepuja María, la Madre de Jesús, en hermosura y dignidad. Aunque su rostro puede tener parecido con la belleza de otras mujeres, y que la Magdalena puede llamar más la atención por su aspecto; pero del rostro y figura de la Virgen se desprende una sencillez, seriedad, bondad y paz que no hay iguales en otra persona. Es tan pura y sin ninguna afectación o complicación, que sólo ella es la verdadera imagen de su Hijo Divino. Ninguna criatura la iguala: sólo su Divino Hijo. Su aspecto y su persona están llenos de pureza, inocencia, seriedad, compostura, paz y atrayente amabilidad. Es digna, a pesar de su extrema sencillez. La veo silenciosa, seria y a veces triste, pero nunca con exceso y aun cuando derrama lágrimas, su aspecto es tranquilo y atrayente.

Magdalena pronto recayó en su mala vida anterior. Recibió la visita de hombres que hablaban de Jesús con desprecio, de sus correrías, de su enseñanza y de los que le seguían como discípulos. Se reían de lo que se sabía de Magdalena, que había estado en Gabara: no podían creerlo. Por lo demás, encontraban a Magdalena más hermosa y atrayente que otras veces. Con estas lisonjas y ocasiones cayó Magdalena más profundamente que antes. Por esta recaída adquirió el demonio mayor dominio sobre ella: le presentó tentaciones más vehementes porque temía perderla para siempre. Al fin se puso también endemoniada y frecuentemente tenía convulsiones y espasmos causados por su estado de posesión diabólica.

Epoca Sexta

Desde la conversión difinitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan Bautista

I

El centurión Cornelio

Jesús se encaminó desde Gabara hacia la posesión del capitán Zerobabel, en Cafarnaúm. En este punto llegaron los dos leprosos que había curado antes en Cafarnaúm, para agradecerle. También el mayordomo, los de la casa de Zerobabel y el hijo estaban presentes. Ya se han bautizado. Jesús enseñó y curó a varios enfermos. Al anochecer se dirigió al valle de Cafarnaúm, a casa de su Madre, mientras los discípulos se dirigieron a las suyas. Las santas mujeres estaban aquí reunidas y hubo grande alegría. Rogó María con las otras mujeres a Jesús que fuera mañana al otro lado del lago, porque la comisión de los fariseos estaba muy irritada contra Él. Jesús las tranquilizó y María rogó por el siervo del centurión, que estaba enfermo, diciendo que era un hombre bueno y que aún siendo pagano había edificado a los judíos una sinagoga por afecto a su religión. También le rogó quisiera sanar a la hija enferma del jefe de la sinagoga Jairo, que vivía en la cercanías de Cafarnaúm.

Cuando Jesús a la mañana siguiente se dirigía con algunos discípulos a casa del centurión Cornelio, en la parte Norte de la ladera de un monte frente a Cafarnaúm, le vinieron al encuentro los dos mensajeros judíos que Cornelio le había enviado con anterioridad. Estaba cerca de la casa de Pedro. Estos hombres rogaron a Jesús se compadeciese del siervo enfermo, puesto que Cornelio merecía ese favor, por ser amigo de los judíos y les nabía edificado una sinagoga, y que lo tenía por honra el haberlo hecho. Como Jesús les dijese que estaba de camino para esa casa, enviaron estos hombres un mensaje a Cornelio anunciándole que Jesús venía. Llegando delante de Cafarnaúm tomó Jesús el camino de la derecha de la ciudad, a lo largo de los muros, y llegó a la choza de un leproso. Un trecho más allá estaba a la vista la casa de Cornelio.

Cuando Cornelio supo que Jesús se acercaba a su casa, salió, y al divisarlo a la distancia, se hincó de rodillas, reputándose por indigno de presentarse en su presencia y aún de hablar con él, y envió a su siervo que le dijese: "El centurión te hace decir: No soy digno de que vengas a mi casa; dí sólo una palabra, y mi siervo será sano. Puesto que yo, que soy un hombre sin impor-

tancia y bajo otro superior, digo a mi siervo: haz esto, y lo hace; cuánto más fácil será que Tú digas a tu siervo que sea sano y será sano". Cuando oyó estas palabras de Cornelio, Jesús se dirigió a los circunstantes y dijo: "Os digo en verdad que no he encontrado entre los israelitas una fe semejante. Sabedlo: muchos vendrán de Oriente y de Occidente y estarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el cielo, mientras que muchos israelitas, los hijos del reino de Dios, estarán en las tinieblas, donde será el clamor y el crugir de dientes". Vuelto luego al siervo dijo: "Vete, y se haga conforme a lo que has creído". El mensajero corrió hacia el centurión, el cual se inclinó profundamente, dando gracias, y se apresuró a ir a su casa. Al llegar ya le salía al encuentro el siervo curado, envuelto todavía en un manto y con la cabeza vendada. Este siervo no era de esta tierra: tenía un color amarillo oscuro.

Jesús volvió en seguida a Cafarnaúm y como pasase de nuevo junto a la choza del leproso, salió éste, se echó a sus pies, y le dijo: "Señor, si Tú quieres, me puedes sanar". Jesús le dijo: "Extiende tu mano". Y tocándosela, le dijo: "Sí, lo quiero: sé sano". De inmediato cayó la lepra del hombre y se sintió sano, y Jesús le mandó que se mostrase a los sacerdotes para su reconocimiento, para que ofreciese su don y que no propalase lo acontecido. Este hombre se fué a los fariseos y sacerdotes para que constataran su curación. Éstos se irritaron mucho y lo revisaron con mucha insistencia, pero tuvieron que declararlo sano y libre. Tuvieron con él un altercado, porque he visto que lo echaron malamente de su presencia.

Jesús se dirigió a la calle principal que corría por el centro de la ciudad, adonde habían traído a una multitud de enfermos y endemoniados. Allí estuvo por espacio de una hora curando enfermos, colocados en torno de una fuente de agua donde había varias chozas. Luego se dirigió con varios discípulos fuera de la ciudad, hacia el barranco que miraba a Magdalum, no lejos de Damna, donde había un albergue. Allí le esperaban Maroni, la viuda de Naím, la pagana Lais de Naím y sus dos hijas Sabia y Atalia, a quienes había librado del demonio cerca de Meroz. Maroni, la viuda de Naím, venía a implorar de Jesús fuese a su casa, porque su hijo Marcial, de doce años, estaba tan enfermo que creía encontrarlo muerto cuando volviese. Jesús le dijo que regresase tranquila a su casa, que iría, aunque no le dijo cuando. Había traído regalos para los que se albergaban allí y volvió de inmediato con sus criados a su casa. Tenía unas nueve horas de

camino. Era esta viuda rica y estimada por todos, porque era como la madre de todos los niños pobres de Naím. También Bartolomé había llegado trayendo a un hijito de su hermana viuda: el niño se llamaba José y quizás lo traía para ser bautizado. Llegó también Tomás con el hijo de Achías, Jefté, a quien Jesús había sanado en Gischala. He visto allí a Judas Iscariote. No estaba Achías, el padre del niño Jefté. La mujer Lais y sus dos hijas habían abrazado la religión judaica en Naím y delante de los sacerdotes habían abjurado de sus errores paganos. En estos casos se hacía una especie de bautismo, que era sólo una aspersión de agua y varias purificaciones. Se bautizaban así también las mujeres entre los judíos, cosa que no he visto hacer con Juan ni con los discípulos de Jesús, que no bautizaron a las mujeres sino después de Pentecostés. En Cafarnaúm están ahora todos los futuros apóstoles, fuera de Mateo, como asimismo muchos discípulos y parientes de Jesús, hombres y mujeres. María Helí, la hermana mayor de María, que ya tiene setenta años, está presente con su segundo marido, Obed, y que han venido sobre un asno cargado de regalos. Viven en Japha, pequeño lugarcito a una hora de Nazaret, donde había vivido Zebedeo y donde habían nacido sus hijos. Se alegró mucho de volver a ver a sus tres hijos, discípulos del Bautista: Santiago, Sadoch y Eliachim. Este Santiago era de la edad de Andrés y es el mismo que con el discípulo Kefas(*) y otro Juan tuvo que intervenir en un asunto de circuncisión con el apóstol Pablo. Después de la muerte de Jesús fué sacerdote; fué uno de los más viejos y notables de los setenta discípulos de Jesús; estuvo con Santiago el Mayor en España, en la isla de Chipre y en las comarcas de los confines de la Judea. Pero no fué éste, sino Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María Cleofás, el primer Obispo de Jerusalén.

II

Carácter de las curaciones de Jesús

Los fariseos y los saduceos habían determinado presentar recia y enconada resistencia en la sinagoga y promover un tumulto con la gente que habían soliviantado, y llegar hasta

(*) Los exégetas confunden a este Kefas, discípulo de Jesús, con Pedro apóstol; amonestado, según la opinión general, por San Pablo (Véase Gálatas, cap. II, 14).

arrojar afuera a Jesús y tomarlo preso. Pero las cosas sucedieron de muy diversa manera. Jesús comenzó su predicación en la sinagoga en tono muy severo, como de quien tenía autoridad y poder para hacerlo. La ira de los fariseos iba creciendo por momentos, al punto que estaban por adelantarse contra Él, cuando de pronto sucedió un gran tumulto en la sinagoga. Un hombre de la ciudad, poseído de un demonio, había desatado sus ligaduras mientras estaban sus guardianes en la sinagoga, y así suelto había entrado como una furia dentro del recinto, y con gritos espantosos, abriéndose paso entre el pueblo, se acercó adonde estaba Jesús predicando, y comenzó a clamar: "Jesús de Nazaret ¿qué tenemos que hacer contigo? Tú has venido para echarnos de aquí. Yo sé quién eres: eres el Santo de Dios". Jesús, sin conmoverse lo más mínimo, volvió su mano hacia él, y dijo con tranquilidad: "Calla y sal de este hombre". De pronto calló el endemoniado y cayó derribado y deshecho, y el demonio salió del hombre como un vapor oscuro espeso. El hombre quedó pálido, de rodillas, a los pies de Jesús, llorando. Todos fueron testigos de este poder extraordinario de Jesús. Comenzaron a hablarse unos a otros, expresando sus maravillas, y hasta los fariseos perdieron su coraje y comenzaron a decirse: "¿Qué pasa con este Hombre, que hasta los demonios le obedecen?"

Jesús continuó tranquilamente su predicación, mientras el ex endemoniado, pálido aún y tembloroso, fué llevado por sus parientes y su mujer, que estaba entre los oyentes. Después de la predicación, acercóse a Jesús, dió gracias y pidió consejos para su vida. Jesús le amonestó que dejase sus pecados, para que no le sucediese cosa peor y le recomendó penitencia y que fuese al bautismo. Este hombre era fabricante de telas angostas, de algodón, livianas, que se llevaban al cuello. Desde entonces se le vió callado y tranquilo proseguir su acostumbrado trabajo. Estos demonios impuros se apoderaban con frecuencia de ciertos hombres que se entregaban sin control a sus impuras pasiones. Después de este suceso perdieron los fariseos todo su valor para asaltar a Jesús y se comportaron muy sosegados con Él. Jesús continuó enseñando, en la lección del Sábado, sobre Moisés y Oseas hasta el fin, y habló muy seriamente, en forma de reproche. Sus palabras y su modo de proceder fueron mucho más severos de lo acostumbrado. Hablaba como quien tiene pleno poder para hacerlo. Después de esto se fué a la casa de su Madre María, donde estaban reunidas las santas mujeres, muchos parientes y los discípulos. He contado a todas estas muje-

res que ayudaban a la comunidad de Jesús hasta su muerte. Eran setenta. Ahora son solamente treinta y siete las presentes. Las hijas de Lais de Naim, Sabia y Atalia, se unieron a ellas y en tiempo de San Esteban estaban con los que se reunían en Jerusalén.

A la mañana siguiente continuó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga, sin estorbo alguno. Los fariseos se decían entre si: "Ahora nada podemos contra Él, porque es demasiado grande el entusiasmo del pueblo. Sólo trataremos de interrumpirle algunas veces, luego referirlo todo en Jerusalén y esperar hasta la Pascua en que vendrá a presentarse en el templo". Las calles estaban nuevamente llenas de enfermos, parte de los cuales habían venido antes del Sábado, y otros, que no habían creído hasta entonces y que ahora, al saber lo sucedido con el endemoniado, venían de todos los rincones de la ciudad pidiendo curación. Muchos habían estado aquí sin haber merecido la curación de sus enfermedades. Eran los tibios, los flojos y pecadores reincidentes, que no solían convertirse como los grandes pecadores. Magdalena se convirtió después de varias recaídas, pero al fin resueltamente. En cambio, Dina la samaritana, se convirtió en seguida. María la Sufanitis estuvo largo tiempo ansiosa, pero luego se convirtió resueltamente. Los grandes pecadores en general lo hicieron prontamente y con resolución, como Pablo, con la prontitud del relámpago que lo hirió. Judas dudaba siempre y recaía, y al fin se perdió.

De esta manera veo que procede Jesús con los atados e impedidos, como los endemoniados, a los cuales a veces libra de repente, porque los ve impedidos del todo y privados de libre voluntad, o enfermos, que quedan como privados de la fuerza de su voluntad. Otros enfermos, en cambio, a quienes veo sólo desear débilmente su mejoría o que la desean para poder pecar con más facilidad, son con frecuencia amonestados o enviados sin curación por Jesús, o sólo aliviados para que acaben de decidirse a enmendar su vida. Jesús podía curar a todos igualmente, pero sólo lo hace con los que creen y hacen penitencia, y a menudo los exhorta a mejorar su vida y a no recaer en el pecado. A enfermos leves también a veces los ha sanado, cuando el estado de sus almas así lo requería. No había venido para sanar cuerpos, que pudieran pecar más fácilmente, sino para sanar a los cuerpos para salvar por ello sus almas y rescatarlas del pecado. Yo veo en cada enfermedad y en toda clase de ellas un designio de Dios, y cómo esta enfermedad o

mal es un símbolo y representación de una culpa conocida o desconocida por el paciente, culpa propia o ajena, que debe ser expiada, o si no que ha de servir al paciente como un capital que deberá acrecentar con la paciencia en el sufrimiento como prueba y como guía para su propio bien. De modo que nadie padece sin motivo. ¿Quién podrá considerarse inocente, cuando el Hijo de Dios tomó sobre Sí los pecados del mundo para borrarlos y expiarlos? Debemos seguirle detrás de su cruz con nuestra propia cruz. Siendo la paciencia y la alegría de padecer y el deseo de unir nuestros sufrimientos con los de Jesús, una perfección y un ansia de santidad, el no querer sufrir es una imperfección. Fuimos creados perfectos y debemos renacer a esta perfección. Toda curación de enfermedades es una pura gracia, no merecida por los pecadores, que hubieran alcanzado quizás la muerte por sus pecados, de la cual se ven libres, por la muerte de Jesús, aquéllos que creen en Él y obran conforme con la fe que profesan.

Hoy he visto a Jesús sanando a muchos estropeados, hidrópicos, sordos, mudos, ciegos y enfermos de todas clases y también endemoniados. Con enfermos que podían mantenerse en pie, he visto que a veces pasaba de largo. Había entre ellos algunos que habían recibido otras veces alivio en sus males y habían recaído en sus males corporales y espirituales, porque no se habían convertido de veras. Cuando pasaba junto a ellos solían clamar: "Señor, Señor; de todos estos enfermos graves te compadeces, y de nosotros no. Señor, ten piedad de mi que estoy de nuevo enfermo". Jesús les decía: "¿Por qué no extendéis vuestras manos hacia Mí?" Entonces extendían sus manos y decían: "Señor, aquí están nuestras manos". Jesús replicaba: "Vuestras manos las extendéis, pero no tenéis abiertas las manos de vuestros corazones: no los alcanzo, los retenéis cerrados, porque estáis llenos de oscuridad". Los amonestaba entonces; a algunos los sanaba, a otros los aliviaba y delante de otros pasaba de largo.

Por la tarde se dirigió Jesús con sus discípulos a la orilla del mar. En la parte Sur del valle había un lugar de baños y de recreo con aguas del arroyo de Cafarnaúm. Allí se detuvieron porque habían de bautizar. María, la Madre de Jesús, acompañada de Dina, María, Lais, Atalia, Sabia y Marta caminaban por los alrededores de Betsaida. Se había detenido allí una caravana de mercaderes paganos, entre ellos mujeres y niños de la alta Galilea. María Santísima consolaba y hablaba a las demás mujeres, que estaban a veces sentadas en torno de María, la cual

también se sentaba o caminaba entre ellas. Ellas preguntaban y María les contestaba, enseñando cosas de los patriarcas, de los profetas y de Jesús.

III

Jesús enseña por medio de parábolas

Jesús enseñó en parábolas, y como los discípulos no lo entendieron, les explicó cuando estuvieron a solas con Él las comparaciones del Sembrador, la cizaña entre el buen trigo y el peligro de arrancar el trigo junto con la cizaña. Fué especialmente Santiago el Mayor quien le dijo que no lo había entendido, y por qué no hablaba más claro. Jesús les dijo que les quería declarar todas estas cosas, que no pueden ser dichas más claramente, por motivos de los débiles y de los paganos que escuchan. Ya que se asustan de verse en tan grande bajeza, cuando les habla de su vida, es necesario que la enseñanza sobre el reino de Dios se vaya abriendo de a poco como una semilla en cuya planta los granos están encerrados y la semilla enterrada en la tierra; así la enseñanza en parábolas está velada. Les declaró la parábola del Sembrador, como cosa que se refería a la misión de ellos mismos de trabajar en esta cosecha; les habló de su seguimiento, y cómo pronto debían dejarlo todo para seguirle y entonces les explicaría todas estas cosas mejor. Santiago el Mayor, preguntó también: "¿Por qué, Maestro, quieres declararnos estas cosas a nosotros, que somos ignorantes, para que las digamos? Dilas mejor a Juan, el Bautista, que tiene tanta fe y él clamará a todos diciendo quien eres Tú". Cuando Jesús por la tarde predicó de nuevo en la sinagoga recobraron los fariseos algún coraje y comenzaron a disputar con Él sobre el perdón de los pecados. Le echaron en cara que en Gabara le hubiese dicho a la Magdalena: "Tus pecados te son perdonados". "¿De dónde lo puedes saber? ¿Cómo has podido decir eso? Esto es una blasfemia". Jesús les contestó, reduciéndolos a silencio. Ellos querían que Jesús dijese que no era un hombre sino Dios, pero no pudieron hacerle caer, y Jesús les aguaba el gusto. Esto sucedía en el pórtico, a la entrada de la sinagoga. Por último promovieron un griterío y un gran tumulto. Jesús desapareció entre la muchedumbre, de modo que no sabían donde se encontraba. Jesús anduvo entre los barrancos del jardín, detras de la sinagoga, por los huertos y jardines de Zerobabel, y por caminos extraviados llegó a la casa de su Madre. Pasó allí una parte de

la noche e hizo saber a Pedro y a los demás discípulos que le acompañasen a la mañana siguiente hacia Naím para encontrarse con Él en la otra parte del valle, en la pescadería de Pedro. Aquí le preguntaron el centurión Cornelio y su criado, qué debían hacer para ser salvos, y Jesús les dijo que se hiciesen bautizar con todos los suyos.

IV

Resurrección del hijo de la viuda de Naím

El camino a Naím llevaba por la parte superior de la pescadería de Pedro, a través del valle de Magdalum, al Este de la montaña, sobre Gabara, y luego al valle de Betulia y al Este de Gischala. Habría andado Jesús con los suyos unas nueve o diez horas cuando se albergaron en unas chozas de pastores unas tres o cuatro horas antes de Naím. Habían pasado el torrente Cedrón. Durante el camino Jesús había enseñado, entre otras cosas, como debían discernir la verdadera de la falsa doctrina. La ciudad de Naím es un ameno lugar con casas bien edificadas; se llama también Enganim. Está situada en una agradable colina al Mediodía del arroyo Kisón, a una hora del monte Tabor, y mira hacia Endor, entre el Mediodía y el Oeste. La ciudad de Jezrael está más al Sur, aunque no se puede ver por las alturas que la ocultan. Naím tiene delante la hermosa llanura de Esdrelón y está a tres o cuatro horas de distancia de Nazaret. Es una región muy fértil en frutas, trigo, uva y vino. La viuda Maroni tiene una montaña entera cubierta de hermosos viñedos.

Jesús marchaba con unos treinta acompañantes. Como el camino se angostaba, iban unos delante, otros detrás, y Jesús en medio. Eran como las nueve de la mañana cuando se encontraron a las puertas de la ciudad y salía el cortejo fúnebre. Un grupo de hombres cubiertos con mantos de luto salieron de la puerta con el cadáver. Cuatro hombres traían al difunto puesto en un cajón con andas. El cajón era liviano, como un canasto tejido y tenía la forma del cuerpo del joven, con una tapa encima. Al llegar Jesús con sus discípulos, éstos se pusieron a los lados del cortejo. Jesús se adelantó a los portadores y les dijo: "Deteneos". Y mientras ponía la mano sobre el cajón, dijo: "Depositad el cajón en tierra". Al poner el cadáver en tierra, los acompañantes hicieron algunos pasos atrás, mientras los discípulos se colocaron a los lados. La madre del difunto había salido con varias mujeres

para seguir el cortejo y ahora estaban a pocos pasos de Jesús al salir de la puerta de la ciudad. Llevaban el velo y estaban muy tristes. La madre iba más adelante, lloraba silenciosamente y parecía pensar, al ver a Jesús: "¡Ah, llega tarde!" Jesús dijo a la mujer amablemente, aunque con seriedad: "Mujer, no llores". La aflicción de ella causaba honda impresión, pues todos amaban a esa viuda por su gran caridad para con los pobres y enfermos. Había sin embargo entre el cortejo algunos hombres obstinados, a quienes se reunieron otros de la ciudad. Jesús pidió agua y una ramita. Trajeron y dieron a uno de los discípulos un recipiente con agua y un hisopo. El discípulo se lo pasó a Jesús, el cual dijo a los portadores: "Abrid el cajón y desatad el cadáver". Mientras estaban ocupados en este menester, alzó Jesús sus ojos al cielo y oró diciendo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes del mundo y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así fué vuestra voluntad. Todo me fué dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre más que el Hijo, y cuando lo quiere revelar el Hijo. Venid todos a Mí los que estáis cansados y afligidos; Yo os quiero renovar. Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y mi carga ligera. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas".

Cuando sacaron la tapa del cajón he visto que el niño parecía una momia toda fajada de su encierro. Los portadores, sosteniendo el cuerpo con sus manos, desataron las ligaduras, descubrieron el rostro, y aparecieron las manos, y lo dejaron cubierto sólo con una sábana. Jesús bendijo el agua, mojó el hisopo en ella y con él roció al pueblo. Entonces he visto cómo salían de algunos circunstantes muchas pequeñas formas oscuras y negras de insectos, gusanos, sapos, serpientes y aún pequeñas aves negras, mientras estas personas se volvían más serenas, alegres y mejor dispuestas; y todo me pareció más claro y más luminoso. Después roció Jesús al niño con el agua bendita e hizo una cruz sobre él con la mano. Entonces he visto salir del niño una sombra oscura como una nubecilla. Jesús dijo al niño: "Levántate". El niño se levantó, sentándose sobre su féretro y miró maravillado y curiosamente en torno de si. Jesús dijo: "Dadle un vestido". Le echaron encima un manto que lo cubría. Entonces se puso de pie y dijo, mirando en torno: "¿Qué es esto? ¿Cómo he llegado hasta aquí?" Le pusieron sandalias a los pies, y Jesús, tomándolo de la mano, lo llevó a la madre que venía al

encuentro, y dijo: "Aquí tienes a tu hijo; pero yo te lo pediré de nuevo renacido por el bautismo". La madre estaba tan fuera de sí por la admiración que no pudo dar gracias, sino que sólo hubo lágrimas de contento, temor reverencial y admiración, mientras abrazaba a su hijo.

Los parientes partieron de allí hacia la casa, mientras el pueblo cantaba cantos de alegría y de acción de gracias. Jesús siguió con sus discípulos a la casa de la viuda, que era grande y espaciosa, con jardines y patios. Allí aumentaron los curiosos que venían de todas partes para ver al niño. Fué bañado y se le dió un vestido blanco con una faja. A Jesús y a sus discípulos les lavaron los pies y le ofrecieron alimento. De inmediato comenzó una alegre donación de cosas y comidas a los pobres que se habían agolpado para felicitar a la buena viuda. Repartieron vestidos, telas, trigo, pan, corderos, aves y monedas. Jesús, mientras tanto, enseñaba a los presentes en los patios de la casa. El niño Marcial corría de un lado a otro con su vestido blanco, muy alegre, repartiendo a los pobres. Estaba contento, con una alegría infantil, y era un espectáculo hermoso ver cuando se acercaron los niños de la escuela, sus compañeros, guiados por sus maestros. Algunos niños estaban aún asustados, creyendo que se trataba de un fantasma. Marcial corrió hacia ellos, y ellos retrocedieron. Otros se rieron de los miedosos y le dieron las manos para animar a los más temerosos. Hicieron como haría un niño grande que se acerca a tocar a algún caballo o animal, del cual los pequeños se habían asustado. Se preparó también una comida en la casa y en los patios, en la cual todos tomaron parte. Pedro, que era pariente de la viuda, pues era hija del hermano de su suegro, se mostraba especialmente activo y solícito en esta ocasión, y hacía como de dueño de casa.

Jesús atrajo varias veces al niño resucitado junto a Sí, y enseñaba, hablándole a él cosas que le hacían falta a los demás oyentes. Hablaba como si la muerte que había entrado en el mundo por el pecado, lo hubiese aferrado a él, sujetado y lo quisiese ahogar; como si hubiese debido ser arrojado a las tinieblas, donde ya no había misericordia ni perdón, abriendo recién los ojos cuando era demasiado tarde para arrepentirse de los pecados; como si antes de entrar en esas tinieblas la misericordia de Dios lo hubiese librado desatando las ligaduras en atención a la piedad de sus padres y de sus antepasados; que ahora tenía que desatarse de las ligaduras del pecado por medio del bautismo, para no caer en mayor esclavitud de la que

había sido librado. Habló también de la virtud de los padres, que siempre aprovecha a los hijos, y cómo por la justicia de los patriarcas antiguos, Dios había guiado y perdonado tantas veces al pueblo de Israel. Añadió que ahora que el pueblo está de nuevo ligado con ataduras del pecado, como este niño y al borde del sepulcro, la misericordia de Dios viene por última vez a librarlo. Juan vino a preparar los caminos y con voz poderosa había despertado los corazones del sueño de la muerte, y el Padre se apiada por última vez y abre los ojos de aquellos que no quieren, obstinados, abrirlos voluntariamente. Comparó al niño difunto con el pueblo ciego, y cómo a éste le alcanzó la misericordia cuando estaba en las puertas de la ciudad próximo al sepulcro. Les dijo: "Si los portadores no se hubiesen detenido desoyendo mi voz, no hubiesen depositado el cadáver, no hubiesen abierto el cajón, no lo hubiesen desatado de sus ligaduras, y hubiesen querido seguir adelante con el difunto y lo hubiesen enterrado, pensad qué espantoso hubiese sido todo esto". Los comparó con los fariseos, los falsos maestros que detienen al pueblo en la saludable penitencia que da vida, que atan a las gentes con las ligaduras de sus vanas observancias, lo encierran y lo arrojan en el sepulcro eterno. Les rogó que acepten la misericordia que les ofrece su Eterno Padre y los exhortó que se apresurasen a aceptar la vida con la penitencia y el bautismo.

Digno de atención es que aquí Jesús roció a los presentes con agua bendita, porque tenía que echar de varios hombres los malos espíritus de envidia, del falso celo, de la mala voluntad que mostraban pensando que Jesús no podría hacer nada con el niño muerto. Cuando resucitó el niño, he visto que se levantó, al rociar el cadáver con el agua bendita, una nubecilla o sombra oscura, en forma de insecto, que saliendo del cuerpo, entró en la tierra. En los otros casos de resurrecciones he visto que Jesús llamaba el alma que volviese al cuerpo del difunto del lugar donde estaba en el círculo de su culpa. Veía yo que venía el alma y entraba en el cuerpo y que éste se levantaba. En este caso de Naím ví que se alzaba la muerte de allí, como un peso que antes oprimía al cuerpo.

Después de la comida se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el hermoso jardín de la viuda Maroni, al Mediodía de la ciudad. Todo el camino estaba lleno de tullidos y enfermos, que Jesús sanó. Esto produjo un gran movimiento en toda la ciudad. Ya oscurecía cuando Jesús llegó al jardín donde estaba Maroni, los parientes, los criados, algunos maestros de la sinagoga y el

niño resucitado con otros niños. Había varias casas de descanso en el jardín y delante de una casa mejor, que tenía techo con columnas y podían cerrarse con lienzos, había una antorcha bajo un árbol iluminando la sala. Hermosamente brillaban a la luz de la poderosa antorcha las hojas verdes de las plantas y a través de los árboles, con frutas pendientes, se podía ver con toda claridad. Al principio Jesús enseñó, caminando; después entró a la sala, y enseñó allí. A veces, hablando con el niño resucitado, decía cosas que aprovechaban a los demás. La noche era espléndida en el jardín. Más tarde se retiraron todos a la casa de Maroni, donde todos encontraron refugio para pasar el resto de la noche.

Con la noticia de la venida de Jesús a Naím y la resurrección del niño, se había reunido mucha gente. Gran cantidad de enfermos de toda la comarca llenaban las calles hasta la casa de la viuda Maroni. Jesús sanó cierto numero por la mañana y puso en paz a ciertas familias desavenidas. Habían venido, en efecto, varias mujeres quejándose de sus maridos, con los cuales no podían vivir, y pidiendo carta de divorcio. Era esto un arreglo tramado por los fariseos. Como habían quedado confundidos por la resurrección del niño, y estaban llenos de ira, quisieron mezclarlo en cuestiones de divorcio, para que fallara algo contra las leyes y acusarlo luego de falsa doctrina. Jesús les dijo a las mujeres que se presentaron con quejas: "Traedme un recipiente con leche y un recipiente con agua, y os contestaré". Fueron a una casa vecina y trajeron leche y agua. Jesús, tomando ambos recipientes, echó el agua en la leche, y dijo: "Separadme primero estas dos cosas y os daré carta de separación". Como replicaron que no podían hacerlo, Jesús les habló de la indisolubilidad del matrimonio, añadiendo que si Moisés lo permitió, fué sólo por la dureza de los hombres; que separados del todo no podía ser, pues forman un solo cuerpo, y si no podían vivir juntos debía el hombre mantener a la mujer y a los hijos, y ninguno de los dos podía casarse nuevamente.

Luego fué con las mujeres a las casas de sus maridos, y habló con ellos separadamente; después con los hombres y las mujeres juntos. Culpó a las dos partes, más a las mujeres, y terminó por reconciliarlos a todos. Lloraban y quedaron más unidos y más fieles que antes. Los fariseos se irritaron mucho porque su treta les hubiese salido mal. Jesús sanó a varios ciegos, esa misma mañana, tomando saliva, mezclándola en su mano con algo de polvo y tocando los ojos con esa mezcla.

V

Jesús en Megiddo

Cuando Jesús abandonó la ciudad de Naím, organizaron la viuda Maroni, su hijo, los hombres curados y mucha gente de la ciudad, un acompañamiento, alzando palmas y ramos de árboles y cantando salmos en acción de gracias. Jesús se dirigió al Norte del Kisón, teniendo a la derecha las montañas que cierran el valle de Nazaret. Hacia la tarde llegó con sus discípulos a la ciudad de Megiddo, junto a la montaña, por cuya parte Oeste se entra en el valle de Zabulón. Entró en un albergue y enseñó la misma tarde. Cuando las gentes vieron que Jesús venía con sus discípulos por el camino, se pusieron sus vestidos de los cuales se habían aligerado en parte por el trabajo. La ciudad de Megiddo está en una altura y está algo en ruinas. En medio de ella se ve un edificio ruinoso cubierto con hierbas, y en varios lugares arcos y columnas derruídas. Debía haber sido el castillo de los reyes de Canaán, y he oído que Abrahán estuvo en estos lugares (Jos. 12, 21 y III Rey. 9-15). Más reciente es la parte de la ciudad donde entró Jesús ahora. Se compone de una larga hilera de casas, en la falda de la montaña, de la cual sale un camino que va a Tolemaida. Por eso hay aquí grandes albergues y viven publicanos que escucharon la predicación de Jesús y se determinaron a hacer penitencia e ir al bautismo. Los fariseos del lugar, como siempre, se irritaron por ello. Se ha reunido una gran cantidad de enfermos y vienen otros más. Jesús les hizo decir que Él los vería por la tarde e indicó como debían ordenarlos, cosa que hicieron los discípulos. Delante de la ciudad había un gran espacio cubierto de hierbas y allí fueron dispuestos los enfermos. Mientras tanto Jesús iba por los campos sembrados para enseñar a los trabajadores ocupados en las faenas: les enseñaba en parabolas. Algunos discípulos enseñaban a otros más alejados, hasta que Jesús pudo llegarse hasta ellos. Estos discípulos volvían luego a los que Jesús había catequizado y les explicaban o repetían algo de lo que habían oído al Maestro; al mismo tiempo les contaban sus milagros y curaciones. Lo que Jesús y los discípulos enseñaba era esencialmente lo mismo, para que cuando se encontrasen juntos tratasen del mismo asunto que todos habían oído. De este modo los que habían entendido mejor la enseñanza estaban en condiciones de poder repetirlo a otras personas.

Como en estos tiempos de calor hacían los trabajadores frecuentes descansos, Jesús les enseñaba durante esas pausas y cuando tomaban algún alimento.

Cuando Jesús iba por los campos, llegaron, montados, cuatro discípulos de Juan Bautista y se quedaron oyendo la instrucción, después de saludar a los discípulos de Jesús. Llevaban vestidos de pieles sujetos con correas. No habían sido enviados por Juan, aunque conversaban con frecuencia con otros discípulos del Bautista. Estos eran una especie de sectarios que congeniaban con los herodianos, y habían venido para espiar lo que Jesús enseñaba sobre el reino. Exteriormente eran más severos y más finos y educados que los discípulos de Jesús.

Unas horas después llegó otro grupo de discípulos de Juan. Eran doce: dos de ellos habían sido enviados por Juan y los demás eran como testigos de la embajada. Cuando llegaban Jesús se encaminaba hacia la ciudad y ellos le siguieron. Algunos habían estado presentes a los últimos milagros y de inmediato habían vuelto junto a Juan. Cuando la resurrección del niño de Naím estaban presentes algunos de ellos y volviéndose a Juan, en Macherus, le dijeron: "¿Qué significa todo esto?... ¿Para qué estamos nosotros?... Todo esto hemos visto de Él, y esto hemos oído enseñar. Sus discípulos son más libres en las observancias. ¿A quién tenemos que seguir?... ¿Quién es Él?... ¿Por qué sana Él a todos, y consuela, y se interesa por la gente extranjera?... ¿Y para librarte a ti no da un paso ni se interesa?..." El Bautista tenía siempre mucho que hacer con sus discípulos; no lo querían dejar; él los enviaba con frecuencia a Jesús, para que viesen y lo siguiesen. Pero no acababan estos discípulos de comprender que debían seguir a Jesús: estaban con una pasión demasiado personal y egoísta por su maestro, y por esta causa solía mandar Juan mensajes a Jesús rogándole dijera claramente quien era Él para que acabasen de convencerse Como ahora le venían de nuevo con sus dudas y sus pretenciones, Juan enviaba a dos de ellos que dijesen a Jesús que enseñase claramente que era el Mesías, el Hijo de Dios, para terminar de una vez con estas dudas.

Jesús se dirigió en seguida con sus discípulos a la plaza redonda, donde estaban dispuestos los enfermos. Había gentes de Nazaret que le conocían personalmente. Veíanse allí tullidos, ciegos, sordos, mudos, enfermos de toda especie y no pocos endemoniados. Pasando por las hileras sanaba, y de diversas maneras libraba a los endemoniados. No eran de los furiosos,

como en otros lugares, pero tenían convulsiones y se retorcían. Jesús los libraba a distancia con su mandato. El vapor oscuro salía de ellos, se sentían desmayar, y luego volvían en sí cambiados enteramente. Este vapor salía de ellos en línea angosta, que se juntaba y desaparecía, a veces en el aire, otras en la tierra, como sucedió en estos casos. Veo con frecuencia que cuando estos malos espíritus salen de un hombre, no se van en seguida, sino que andan entre los demás presentes hasta que desaparecen.

Jesús había empezado apenas a sanar a los enfermos cuando llegó la comisión que pretendía detener a Jesús para interpelarlo; pero Jesús ni miró a estos mensajeros, y siguió su trabajo. Esto no gustó a los enviados, sin explicarse por qué no los atendía; entre ellos había algunos llenos de envidia y de celo indiscreto. Juan no obraba milagros y Jesús los obraba en cantidad. Juan hablaba cosas grandes de Jesús y Éste no se preocupaba de sacarlo de la cárcel. De pronto se sentían conmovidos y admirados por sus milagros y sus enseñanzas; pero luego oían las murmuraciones de los que decían: "¿Quién es Éste? Conocemos muy bien a sus pobres padres". Luego escuchaban sus enseñanzas sobre el reino y no las podían entender. Por ningún lado veían reino alguno ni esperanzas de verlo. Porque Juan era honrado y estimado por todos y, sin embargo, seguía en la cárcel, pensaban que Jesús dejaba que ocurriera eso para granjearse la propia estima, y que tenía interés en no sacar a Juan de su encierro. Les escandalizaba también la libertad con que veían proceder a los discípulos. Consideraban exagerada la humildad de Juan, que siempre los enviaba para que Él les explicase quien era en realidad y se manifestase claramente. Jesús siempre les contestaba con reticencias, y ellos no podían entender cómo Juan los enviaba para que conociesen a Jesús, y así se les hacía a ellos más pesada esta situación que a las gentes sencillas del pueblo. Mientras Jesús daba la vuelta por las hileras de enfermos llegó junto a uno que se gloriaba de conocer a Jesús porque era de Nazaret: preguntaba si no se acordaba de veinticinco años atrás cuando había muerto su abuelo y ellos, como niños, estaban muchas veces juntos. Jesús no se detuvo en conversar; se contentó con decir que lo conocía, y en seguida pasó a tratar de sus pecados y de su enfermedad. Como lo encontrara arrepentido y creyente, lo sanó, lo exhortó y pasó a los demás enfermos.

VI

Jesús responde a los mensajeros del Bautista

Cuando Jesús llegó al otro extremo del círculo de enfermos, se adelantaron los enviados de Juan, que habían estado todo el tiempo considerando, admirados, los prodigios obrados por Jesús. Ahora le salen al camino y le dicen: "Juan el Bautista nos ha enviado a Ti y te hace una pregunta: ¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" Jesús les contestó: "Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos recobran el movimiento, los leprosos son limpiados y los muertos resucitan; las viudas son consoladas y los pobres son enseñados y evangelizados. Lo que está torcido se endereza, y bienaventurado quien no se escandaliza de Mí". Con esto los dejó y ellos partieron de allí en seguida. Jesús no podía hablar de Sí mismo más claramente: no le hubieran creído ni entendido. Sus mismos discípulos eran gente buena, sencilla, piadosa y de nobles sentimientos; pero no estaban preparados para estas verdades. Algunos de ellos eran sus parientes y hubiéranse escandalizado o se hubieran desviado en extraños pensamientos. El pueblo no estaba maduro para oír estas verdades y Jesús estaba rodeado de espías; aún entre los discípulos de Juan tenían los fariseos y herodianos algunos adeptos.

Cuando los mensajeros de Juan se alejaron comenzó Jesús a enseñar en ese lugar. Los enfermos sanados, muchas otras gentes, los escribas de la ciudad, sus discípulos y aún los cinco publicanos que viven aquí, escucharon su enseñanza. Continuó enseñando bajo la luz de las antorchas y algunos enfermos fueron sanados. La contestación a los mensajeros de Juan le sirvió de tema, y habló de la manera de usar los beneficios de Dios, y exhortó a la penitencia y a la conversión; y como sabía que algunos fariseos presentes tomarían ocasión de la contestación a los mensajes de Juan para decir al pueblo que Jesús no se interesaba por Juan, para aumentar su propia fama, y así lo dejaba perecer en la cárcel para aparecer sólo Él, por eso explicó Jesús su respuesta a los mensajeros sobre la pregunta de quién era Él y exhortó a la penitencia. Dijo: "Habéis oído al mismo Juan predicar la penitencia y lo que ha dicho de Mí. ¿Por qué dudáis entonces? ¿Qué buscáis entonces en Juan? ¿Qué habéis ido a ver en Juan? ¿Una caña que se mueve a todo viento? ¿O habéis ido a ver a un hombre vestido con elegancia? Los que se

visten así y viven en delicadezas están en los palacios de los reyes. ¿Qué habéis ido a ver y qué buscabais cuando fuisteis a verlo?... ¿Quizás a un profeta? Sí, os lo digo: más que profeta habéis visto. Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero que prepare el camino delante de Ti. Os lo digo de verdad: entre los nacidos de mujer no hay nadie más grande que Juan, y, sin embargo, el menor en el reino de Dios es mayor que él. Desde el tiempo de Juan el reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan. Todos los profetas y la ley hasta Juan han profetizado esto, y si lo queréis creer, él es Elías, que debe venir. Quién tiene oídos para oír, oiga".

Todos los oyentes estaban conformes con las palabras de Jesús, conmovidos, y querían bautizarse. Sólo los fariseos y escribas estaban irritados y escandalizados porque habían conversado con los publicanos presentes. Por eso habló Jesús también de lo que se decía de Juan y de lo que se murmuraba de Él mismo, porque trataba y conversaba con los publicanos y pecadores. Después fué Jesús a casa de uno de estos publicanos para enseñar.

Allí estaban presentes los otros cuatro publicanos. Eran gentes que se habían decidido a convertirse. Esta casa quedaba cerca del lugar donde había sanado a los enfermos. Otra casa de publicano estaba a la entrada de la ciudad y las otras más afuera. Dabeseth, donde estaba la casa de Bartolomé, podía verse en la primera parte del camino de Naím hacia aquí; más cerca, no se podía ver, porque la ocultaba la montaña de Megiddo. Estaba situada a una hora y media, hacia el Oeste, delante del valle Zabulón, junto al arroyo Kisón.

VII

Jesús abandona Megiddo. Curación de un leproso

Jesús se dirigió, desde Megiddo, a Cafarnaúm, cuando había comenzado la fiesta del Novilunio. Lo acompañaban unos veinticuatro discípulos, los cuatro discípulos sospechosos de Juan y algunos publicanos de Megiddo que debían bautizarse en Cafarnaúm. Caminaban despacio y descansaban en lugares amenos, porque Jesús enseñaba durante el camino que sale de Megiddo al Noreste, sobre las alturas y los valles de Nazaret, y que lleva a la parte Noreste del Tabor. Su enseñanza se refería al llamado completo y a la misión de los apóstoles que en breve

iba a tener lugar. Los exhortaba a dejar todas las cosas terrenas y las preocupaciones de la vida. Hablaba muy conmovido, tiernamente. De pronto, cortando una flor del camino, dijo: "Mirad: esta flor no se preocupa, y ved sus colores y su fina contextura. ¿Estuvo acaso el sabio Salomón vestido con la magnificencia de esta flor?" Esta comparación la usó Jesús repetidas veces. De nuevo habló del apostolado, de tal manera que cada uno podía ver su propia figura en las cosas que decía. Hablando de su reino, les previno que no buscasen empleo dentro del mismo y que no se lo imaginasen tan temporal. Esto dijo porque los cuatro herodianos estaban allí para espiar lo que dijese sobre el reino. Exhortó a los apóstoles diciéndoles de quiénes debían guardarse y los describió tan bien que todos podían reconocer a los cuatro enviados herodianos. Les dijo se guardasen de ciertas gentes que venían con piel de ovejas y con anchas fajas. "Guardaos de los profanos que vienen con piel de ovejas y con anchas fajas". De este modo describió a esos discípulos que venían precisamente con una especie de estola de piel y con fajas. "Los conoceréis porque no se atreven a mirar a uno en la cara. Si vuestro corazón, les dijo, está con contento y con celo, y lo comunicáis a éstos, el corazón de ellos está inquieto y esquivo, y en esto los conoceréis, porque buscan de esquivarse como un animal". Nombró un insecto que, encerrado, busca luego un agujero para salir.

De pronto apartó una rama de espino de una planta y dijo: "Mirad si encontráis fruto en esta planta". Algunos discípulos miraron sencillamente y Jesús continuó: "¿Se buscan, acaso, higos en los espinos o uvas en los cardos espinosos?" Hacia la noche llegaron a un caserío de unas veinte viviendas con una escuela en la parte Noroeste de las faldas del monte Tabor. El lugar está como a una y media o dos horas hacia el Oriente de Nazaret y a una media hora de la ciudad de Tabor. Las gentes eran buenas y conocían a Jesús desde años, cuando Jesús con sus amigos andaba por estos contornos. La mayor parte eran pastores y ahora estaban ocupados en juntar algodón. Cuando vieron a Jesús lo llevaron a sus casas, para acudir luego a recibir a Jesús. He visto que traían sus gorras rústicas en las manos, mientras en la escuela tenían puesta la gorra de piel. Recibieron a Jesús junto al pozo, le lavaron los pies, como también a los discípulos, y les ofrecieron un refresco. No había allí sinagoga, pero sí una escuela y un maestro. Jesús fué a la escuela y enseñó en parábolas.

Este lugar era la patria de un hombre principal que vivía con su mujer en una casa grande, apartada de las demás. Este hombre había pecado y a consecuencia de ello contrajo la lepra; se separó de su mujer, que vivía arriba en la casa y él en un departamento separado. No había declarado su enfermedad para no sufrir la pesada obligación de vivir aislado; pero se le conocía por los dedos, y así la gente no pasaba por la calle que llevaba a su casa, aunque era un camino principal. La gente habló del caso a los apóstoles. El hombre leproso hacía tiempo que se había arrepentido y deseaba la visita de Jesús. Ahora llamó a un niño de ocho años, que era su esclavo y le traía la comida y le servía, y le dijo: "Vete a ver a Jesús de Nazaret, y cuando Él se aparte un poco de los discípulos, acércate a Él y le dices hincado de rodillas: Rabí, mi señor está enfermo y sabe que Tú lo puedes ayudar; si quieres, toma el camino que lleva a nuestra casa, que la gente no quiere andar. Él te pide humildemente quieras ir por ese camino, porque él está convencido que si Tú te acercas él quedará sano de su mal". El niño llegó hasta Jesús y trasmitió su mensaje muy bien. Jesús le respondió: "Di a tu señor que mañana iré a verlo". Diciendo así le tomó de una mano mientras le ponía la otra sobre la cabeza en señal de aprobación. Esto sucedió mientras Jesús salía de la escuela e iba al albergue. Jesús, que sabía la llegada del niño, quedó de propósito algo retardado detrás de los apóstoles. El niño llevaba un vestido amarillo. La posesión de Ana está como a una hora de distancia entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Hay un barranco lleno de árboles, que desde esta posesión lleva a Nazaret. De este modo Ana podía ir a casa de María sin pasar por la ciudad.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, se dirigió Jesús con los suyos a casa del leproso. Los discípulos le dijeron que por allí no debía ir. Jesús tomó ese camino y les mandó que le siguiesen. Ellos estaban temerosos pensando que después se hablaría del caso en Cafarnaúm. Los discípulos de Juan no le siguieron. El niño entretanto había visto que Jesús venía y lo anunció a su patrón. Éste llegó a cierta parte del camino y clamó: "Señor, no te acerques a mi; si Tú quieres que yo sane, lo puedes hacer". Los discípulos se detuvieron, y Jesús dijo: "Lo quiero". Fué allá donde estaba el hombre, lo tocó y fué sano, y habló con él. El hombre se echó a sus pies y la lepra salió de él. El hombre declaró su situación, y Jesús le dijo que volviera con su mujer y que poco a poco se juntara de nuevo con la

gente. Le reprendió por sus pecados, le impuso el bautismo de penitencia y cierta limosna. Después volvió a los discípulos y les dijo que si eran simples de corazón y creyentes no debían tener reparo en tocar a los leprosos, si ellos estaban arrepentidos.

Cuando el sanado se hubo lavado y purificado y vuelto a su mujer, y le contó el milagro de Jesús, no faltó algún mal intencionado que fué a contar el caso a los fariseos de la ciudad de Tabor, los cuales asaltaron al hombre con una comisión examinadora, que lo observó minuciosamente, y lo acusaron de fingir enfermedades que no había tenido, o dudando de si estaba ya curado en realidad. Y por envidia y rencor contra Jesús hicieron un gran espectáculo de aquello que antes habían dejado pasar, aunque lo sabían. Jesús entretanto caminó durante todo el día bastante apresurado: sólo descansaba de vez en cuando para tomar algún alimento. Durante el viaje les hablaba en parábolas del desapego de los bienes de la tierra y del reino de Dios. Les dijo que no le era posible aclararles todas las cosas; que llegaría un tiempo en que todo lo entenderían. Les habló de no angustiarse por la comida y el vestido; que habría más hambrientos que comida, y que ellos preguntarían: "¿De dónde, Señor, sacar para dar de comer a tantos?" Y con todo, habría sobrante. Les dijo que se fabricasen casas sólidas, entendiendo que en su reino procurasen estas casas y estos puestos con la abnegación y el sacrificio en la tierra. Ellos lo entendieron en sentido material. Judas Iscariote estaba más contento con esto que los demás y dijo delante de todos que él empezaría su trabajo haciendo su parte. Jesús se detuvo y dijo: "No estamos aún al término; no será siempre así, que vosotros seáis bien recibidos y alimentados y tengáis lo necesario: vendrá un tiempo en que os perseguirán y os arrojarán, de modo que no tengáis ni casa ni pan, ni vestidos ni calzado". Añadió que se preparasen para dejarlo todo, pensándolo bien, pues tenía Jesús grandes cosas que emprender con ellos. Habló de dos reinos que se enfrentan, y que nadie puede servir a dos dueños; quien quiere servir en su reino debe dejar el otro.

Hablando de los fariseos y de los semejantes a ellos refirióse a las máscaras y larvas que llevan, que siempre enseñan formas muertas y pretenden que se observen, y dejan la sustancia de la ley, que es el amor, la reconciliación y la misericordia. Les dijo que deben ser lo contrario: la envoltura no es nada, cosa muerta, sin el grano interno; deben mirar lo interior y luego la ley, y que el grano debe desarrollarse con la cáscara. Les habló

de la oración que debía hacerse en el retiro y no con tanto aparato exterior. Otras muchas cosas les dijo en esta ocasión. Volvía siempre a repetir cosas que decía al pueblo, para que ellos las entendieran mejor y pudiesen comunicarlas a los demás. Muchas veces eran las mismas cosas, pero con otras palabras y en otra forma. Entre los oyentes preguntaban más frecuentemente Santiago el Mayor y Judas Barsabas, y algunas veces Pedro. Judas Iscariote lo hacía siempre con cierta jactancia. Andrés parece estar ya más acostumbrado a todo. A Tomás lo veo pensativo, echando cuentas consigo mismo. Juan toma todo con sencillez infantil y sin preocupación. Los discípulos más instruídos callan, a veces por cierta modestia, y otras para no dar a entender que, a pesar de su instrucción, no lo han entendido. De este modo, caminando por esos valles, llegaron antes de empezar el Sábado a un valle al Este de Magdalum, donde se encontraron con el grupo de gentes del pagano Cyrino de Dabrath y el centurión Achías de Gischala, que se dirigían al bautismo hacia Cafarnaúm. En las cercanías de Cafarnaúm enseñó Jesús cómo debían comportarse a la misión y a la obediencia y cómo debían conducirse en los caminos cuando los enviare a predicar a los pueblos. Les dió algunas reglas que debían observar con cierta clase de gentes. Esto lo dijo antes de que se despidiesen los cuatro discípulos herodianos. Les dijo: "Cuando se acerquen a vosotros hombres profanos, los conoceréis por preguntas mansas, al parecer, y espiadoras, que no se quieren apartar, sino que por mitad están conformes y por mitad contradicen, y hablan de cosas de que tienen lleno el corazón". De éstos deben apartarse de cualquier modo, pues son ahora demasiado blandos y débiles para contestar a tantas objeciones, y podrían caer en los lazos que les tienden tales personas. Jesús no despide a estos espías, porque los conoce bien y es necesario que escuchen sus enseñanzas.

VIII

En la sinagoga de Cafarnaúm. Curación de dos leprosos

Jesús cruzó de nuevo a través de la posesión del capitán Zerobabel. Ya había comenzado el Sábado, y se apuraron. En los jardines de Zerobabel se habían establecido, por caridad del mismo, dos jóvenes escribas que por sus vicios habían contraído la enfermedad de la lepra: eran de unos veinticinco años. Habían decaído completamente y vivían en el mayor desprecio, por

causa de su mal. Estaban envueltos en mantos colorados y llenos de asquerosas llagas. Habían estado antes en Magdalum con Magdalena; luego se habían dirigido a otros lugares hasta que cayeron en la mayor miseria. Cuando Jesús estuvo la última vez aquí se avergonzaron de comparecer delante de Jesús; pero ahora, convencidos del poder de Jesús y de su misericordia y bondad, se hicieron llevar hasta el camino y clamaron pidiendo ayuda. Jesús pasó de largo, pero dijo a dos de los criados de Zerobabel, que los cuidaban, que los llevasen hasta la sinagoga de Cafarnaúm, y cuando el pueblo estuviese reunido dentro, los pusieran afuera, en una altura, para que pudiesen oír la enseñanza: que allí se arrepintiesen y orasen hasta que los llamara Él mismo. De inmediato fueron los mensajeros, y tomando a los dos infelices, los llevaron con gran trabajo hasta la altura de la muralla, desde donde oirían a Jesús, puestos al aire libre en donde pudieran orar y arrepentirse.

Jesús llegó con sus discípulos a la sinagoga, después que se hubieron lavado los pies y sacudido la ropa. Cuando se acercó al púlpito donde uno estaba leyendo, éste dejó el lugar y entregó el libro a Jesús, quien tomando los rollos comenzó a predicar sobre Jacob perseguido por Labán, la lucha de Jacob con el ángel, la reconciliación con Esaú, la seducción de Dina, y, por fin, sobre el profeta Oseas. Cuando Jesús leyó los rollos, sin haberlos rehusado, sonreían irónicamente los fariseos, como si hubiese sido poco modesto y cortés no rehusándolos. Estaban muy contrariados por la aparición de Jesús. La resurrección del niño de Naím ya era conocida allí y también las milagrosas curaciones de Megiddo. Pensaban qué haría ahora entre ellos. En la sinagoga estaban la mayor parte de los parientes de Jesús.

Cuando el pueblo se alejaba de la sinagoga y detrás de ellos Jesús, los discípulos y los fariseos, pensaron estos últimos en disputar con Él en el pórtico; pero no alcanzaron a hacerlo, porque Jesús se dirigió hacia la galería donde estaban los dos hombres impuros, a quienes les mandó presentarse. Éstos estaban tan atemorizados por la presencia de los fariseos, que no se atrevieron a hacerlo en seguida. Jesús les mandó, en nombre de no sé quién, que se presentasen, y entonces, ante la maravilla de todos, pudieron ellos mismos por su propio esfuerzo bajar de su altura. El pórtico estaba iluminado con antorchas. ¡Cuál fué la rabia de los fariseos cuando reconocieron en sus mantos colorados a los dos infelices leprosos! Éstos cayeron de rodillas delante de Jesús. Jesús puso sus manos sobre ellos, sopló en sus

caras y les dijo: "Vuestros pecados os son perdonados". Los exhortó después a la continencia y a hacerse bautizar. Les mandó dejasen su oficio de maestros, puesto que les quería enseñar la verdad y el camino a ella. Se levantaron, mejoraron de rostro, las llagas se cerraron y cayeron como escamas. Dieron gracias, entre lágrimas, y se alejaron con los criados de Zerobabel. Mucha gente de buena intención se acercó a ellos y alababa a Dios por su curación y conversión.

Los fariseos parecían energúmenos y gritaban: "¿En día Sábado curas Tú?... ¿Y perdonas los pecados?... ¿Cómo puedes Tú perdonar los pecados?... Él tiene el diablo que le ayuda: es un endemoniado furioso; se le conoce por el modo como corre por todas partes. Apenas termina su espectáculo aquí, se va a Naím, donde resucita muertos, luego en Megiddo, y de nuevo aquí. Esto no puede hacerlo un hombre de sano juicio. Tiene un mal espíritu muy poderoso que le ayuda". Y añadían: "Cuando Herodes termine con Juan, entonces le tocará el turno a Éste, si es que no huye antes de aquí".

Jesús pasó entre ellos, imperturbable. Las mujeres parientes lloraban y se lamentaban al oír estas amenazas contra Jesús. Lo esperaban angustiadas a la salida de la sinagoga. Jesús salió de la ciudad tomando el Noreste, sobre una altura del valle circundante, donde estaba la casa de María. Hay allí matorrales y cavernas, donde se detuvo a orar. Más tarde llegó a la casa de su Madre, donde encontró a las mujeres reunidas, a quienes consoló; salió y pasó toda la noche afuera, entregado a la oración. A la mañana siguiente se dirigió a un huerto de Pedro, cercado y cercano a la casa del apóstol, donde estaba ya preparado todo para el bautismo. Había fuentes redondas fabricadas de modo que se les hacía entrar agua del cercano arroyo. Una techumbre de hojas contenía divisiones para que los bautizados se pudiesen cambiar de ropa, y para Jesús habían preparado un lugar más elevado como cátedra de enseñanza. Los discípulos estaban todos allí. Había unos cincuenta bautizandos, varios parientes de la Sagrada Familia, un hombre anciano con tres hijos de Séforis, el niño que Jesús curó en Séforis y aquella anciana que había estado con Jesús en Abez. Estaban, además, Cyrino de Chipre, el centurión romano Achías y su hijito Jefté de Gischala sanado, el centurión Cornelio y su criado de color amarillo curado con otros de su casa, varios paganos de la alta Galilea, un criado mestizo de Zerobabel, los cinco publicanos de Megiddo, un niño José sobrino de Bartolomé con otros niños más, otros sanados

aquí y endemoniados librados y finalmente los dos escribas que fueron curados ayer de su lepra. Estos ya no tenían señales de su enfermedad, pero estaban aún flacos y macilentos. Todos los bautizandos llevaban un vestido de penitencia de color oscuro y un pañuelo cuadrado sobre la cabeza.

Jesús enseñó algún tiempo, preparando a los catecúmenos. Después éstos pasaron a la choza de ramas, donde se pusieron el vestido para el bautismo. Era un vestido largo y blanco. Llevaban la cabeza descubierta y aquel pañuelo sobre los hombros y bajaban a la fuente con las manos cruzadas sobre el pecho. Andrés y Saturnino bautizaban; Tomás, Bartolomé, Juan y otros ponían las manos sobre los bautizandos haciendo de padrinos. Éstos tenían los hombros descubiertos y se inclinaban a la fuente. Un discípulo traía el agua bendecida por Jesús en un recipiente y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua sobre la cabeza de los bautizandos. Tomás fué padrino del niño Jefté de Achías. Se bautizaban varios al mismo tiempo y a pesar de ello la función duró hasta las dos de la tarde.

IX

Resurrección de la hija de Jairo, jefe de la sinagoga

Cuando más tarde Jesús sanaba a algunos enfermos en la plazuela delante de la sinagoga, vino Jairo, el jefe, se echó a los pies de Jesús y le pidió fuese a ver a su hija enferma, en los últimos momentos de su vida. Jesús se disponía a seguir a Jairo cuando llegaron mensajeros de la casa, diciendo: "Tu hija ha muerto; no molestes ya al Maestro". Jesús dijo a Jairo: "No temas; créeme, y serás ayudado". Fueron por la parte Norte de la ciudad, donde vivía Cornelio el centurión, puesto que la casa de Jairo estaba casi pegada a ella. Cuando llegaron cerca, se veían muchos hombres con traje de luto y mujeres llorosas delante de la puerta y en el patio. Jesús tomó consigo sólo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan. En la puerta dijo a las lloronas: "¿Por qué gemís y lloráis así? Salid de aquí; la niña no está muerta: sólo duerme". Estas gentes comenzaron a burlarse de Jesús porque sabían que estaba muerta. Jesús insistió que se alejasen, fueron sacadas de allí y se cerró la puerta. Entró en la pieza donde estaba la madre y la criada con preparativos fúnebres, y fué después con el padre, la madre y los tres discípulos al cuarto de la difunta. Jesús se adelantó a la muerta, los padres

quedaron detrás y los discípulos a los pies del lecho, a derecha e izquierda.

No me agradaba la madre; no tenía fe; se mostraba fría. El padre no era de los más entusiasmados por Jesús y quería estar bien con los fariseos; sólo la angustia y la extrema necesidad lo habían llevado a implorar la ayuda de Jesús. Si la sanaba, la tendría de nuevo; si no lo conseguía, quedaba bien con los fariseos y hubiera sido un triunfo para ellos. Al fin, la curación del criado de Cornelio le había dado algo más de esperanza y de fe. La niña no era grande y estaba muy demacrada. Podía darle once años y aun siendo de las menores de esta edad, pues encuentro niñas judías de doce años bien desarrolladas. Estaba tendida envuelta en un vestido largo. Jesús la levantó fácilmente contra su pecho para soplarle en el rostro. Vi entonces una cosa admirable. Junto al cadáver había una forma luminosa, en un círculo brillante, la cual, no bien Jesús sopló sobre ella, entró por su boca como una figura humana luminosa. Jesús depositó de nuevo el cadáver sobre su lecho y tomándole de la mano le dijo: "Niña, levántate". Ella se levantó y se sentó en el lecho. Mientras Jesús la tenía de las manos, abrió los ojos, y asida de la mano de Jesús se puso de pie fuera del lecho. Jesús la llevó sobre los pies vacilantes a los brazos de sus padres, los cuales habían contemplado todo el proceso con cierta frialdad y ansia, luego con intenso temblor y esperanza y por fin con indecible alegría. Jesús les mandó que dieran de comer a la niña y evitaran todo estrépito inútil por este hecho. Después de recibir el agradecimiento del padre salió y se dirigió a la ciudad.

La mujer estaba avergonzada y confundida, y no agradeció mucho. Pronto corrió la voz entre las lloronas y gentes de luto que la niña vivía. Se apartaban del camino, algunos se avergonzaban, otros se burlaban aún y entraron en la casa donde vieron a la niña comiendo. Jesús habló en el camino con los discípulos de esta resurrección: que esa gente no tenía verdadera fe ni recta intención; que, no obstante, la niña fué resucitada por causa y bien de ella y para gloria de Dios y del reino de Dios; que esa fué una muerte inocente, y que se guardara de la muerte del alma.

Se dirigió al lugar donde estaban los enfermos que le esperaban, de los cuales sanó a muchos; luego enseñó en la sinagoga hasta la conclusión del Sábado. Los fariseos estaban tan irritados que hubiesen echado mano contra Él si hubiese habido ocasión. Decían que hacía las maravillas por obra de Satanás y por

magia. Jesús dejó la ciudad por los jardines de Zerobabel y los discípulos se dispersaron por diversos lugares. Jesús pasó parte de la noche en oración. Por esta oración Él obtiene las conversiones de los pecadores y que los fariseos no consigan poner sus manos en Él antes de tiempo. Jesús obraba así como obraría un hombre para enseñarnos como debíamos hacer nosotros, y rogaba a su Padre celestial que se cumpliera su voluntad, y pudiera Él cumplir su misión. Según nuestro modo de ver era de presumir que los fariseos lo iban a despedazar, según la rabia que le tenían. Él se sustrae a su ira y al día siguiente aparece de nuevo en el Sábado para enseñar y sanar a otros enfermos. ¿Por qué no echan a los enfermos de allí? ¿Por qué no le impiden enseñar en la sinagoga? Tenían este derecho desde antiguo los profetas de enseñar y de ayudar a los enfermos y afligidos. Los fariseos sólo solían acusarlo de blasfemia y de torcidas enseñanzas, que, por otra parte, no podían probar. En cuanto al bautismo que recomendaba Jesús, no lo aceptaban ni se cuidaban de él. No había camino que del valle llevase a Betsaida; se iba por las alturas y era frecuentado sólo por los pescadores y los campesinos.

X

Bautismo de varios paganos. Jesús a orillas del lago

Marta y las santas mujeres de Jerusalén, Dina y otras se habían dirigido a sus casas después de la salida de Jesús de Naím. La viuda Maroni y su hijo resucitado fueron de tal manera asaltados por los visitantes y curiosos que al fin tuvieron que esconderse. En la casa del centurión Cornelio hubo una gran fiesta por la curación de su criado; muchos paganos y pobres acudieron a su casa. Después de la curación de su criado se propuso ofrecer toda clase de sacrificios de animales. Jesús le mandó decir que haría mejor en invitar a sus enemigos, perdonándolos; a sus amigos, para enseñarles; y a los pobres para ayudarles; que Dios no tiene gusto en ofrecimiento de animales. De este modo muchos paganos se encaminaron, por las alturas de Betsaida, hacia la casa de Cornelio, para la fiesta. Jesús estuvo de nuevo con los suyos en el baptisterio.

Saturnino tuvo un gran consuelo al bautizar a dos hermanos suyos paganos y a su tío. Su madre también estaba allí; ella es de religión judía. Saturnino es descendiente de reyes. Sus ante-

pasados vivían en Patras; su padre era ya difunto y su madrastra con dos hijas vivía todavía. Saturnino había oído narrar a un hombre de color, que había acompañado a los Reyes Magos a Belén, la historia de la estrella y del nacimiento del Niño-Mesías. Estando de viaje vino a tener contacto con este hombre; por esto se dirigió a Jerusalén y cuando comenzó Juan a predicar fué de los primeros discípulos; pero después del bautismo de Jesús se pasó a la escuela del Salvador en compañía de Andrés. Su madrastra fué a vivir a Jerusalén con sus dos hijas; los hijos menores que habían quedado en Patras con el tío han venido ahora a vivir a Jerusalén. Era gente de mucha riqueza. Se bautizaron aquí unas once personas. Cuando entraban a la fuente se ponían la vestidura larga y se inclinaban al borde de la fuente; después iban a la choza a cambiarse las vestiduras, que eran largas y blancas como mantos de bautismo. Los judíos no se cuidaban de los paganos bautizados: si éstos no se presentan a los sacerdotes pidiendo la circuncisión no les importa nada de ellos. No parece que les importe gran cosa de estos paganos convertidos. Cornelio, que vive entre ellos y les hizo edificar la sinagoga, ya pedirá, piensan, la circuncisión si quiere juntarse de veras con ellos.

Después enseñó Jesús a orillas del lago, no lejos de la pescadería de Pedro, donde tenía sus barcas. Había camino por las alturas, detrás de la casa de María y de Pedro, hacia Betsaida. La orilla del mar, junto a Betsaida, es alta, pero aquí desciende suavemente, y es fácil embarcarse. La barca de Pedro y la que hizo hacer Pedro para Jesús, están allí ancladas. La barca de Jesús era más pequeña que las otras y cabían sólo unas quince personas en ella.

XI

Jesús enseña por primera vez desde la barca de Pedro. Mateo el publicano

Estaba reunida una gran multitud de paganos que habían estado presentes en la fiesta del centurión Cornelio. Jesús les enseñó, y como el gentío se iba engrosando, subió a la barca con algunos de los suyos, mientras otros y los publicanos subieron a la barca de Pedro. Desde allí enseñó a los paganos, hablándoles en parábolas del sembrador, de la buena semilla y de la cizaña de los campos. Después cruzaron el lago. La barca de Pedro iba

delante, y la barca de Jesús, más pequeña, fué amarrada a la de Pedro. Los discípulos remaban por turno. Jesús estaba sentado en la parte más alta y los otros estaban alrededor. Preguntaban qué significaba esa parábola, y por qué les hablaba así en parábolas. Jesús la explicó y desembarcaron junto al valle de Gerasa y Betsaida-Julias. El camino llevaba a casa de los cuatro publicanos y éstos se dirigieron allá. Jesús torció a la derecha de la orilla con los discípulos, de modo que llegaron desde cierta distancia a la casa de Mateo; un sendero de lado conducía hasta la casa del publicano. Como Jesús se encaminara hacia ella, los discípulos se detuvieron como indecisos.

Cuando Mateo, que estaba ocupado con criados y empleados en sus mercaderías, vió desde la altura que venía Jesús hacia él con los discípulos, tuvo vergüenza y se retiró al interior de su casa. Jesús se acercó y le llamó desde el camino. Entonces Mateo salió presuroso y se echó a los pies de Jesús diciendo que no se consideraba digno de ser nombrado ni hablado por Jesús. Jesús le dijo: "Mateo, levántate y sígueme". Mateo se levantó y declaró que gustoso dejaba todo para seguirle. Siguió de inmediato a Jesús por el camino donde estaban los demás discípulos. Éstos lo saludaron dándole la mano. De una manera especial estaban muy contentos Tadeo, Simón y Santiago el Menor, pues eran hermanos por parte del padre Alfeo, el cual antes de su casamiento con María Cleofás (hija) había tenido con su primera mujer a Mateo. Mateo quiso que todos fueran sus huéspedes. Jesús le dijo que al día siguiente vendrían todos a su casa, y con esto se fueron. Mateo volvió apresurado a su casa, como a un cuarto de hora de camino desde el lago por las alturas de un barranco. El arroyuelo que corre por Gerasa hacia el lago pasa por allí cerca. Se ve desde aquí el lago y el campo abierto. Mateo tomó a un buen hombre del personal de Pedro y lo encargó de su oficio hasta nueva decisión. Mateo estaba casado y tenía cuatro hijos. Le dijo a su mujer la gran suerte que le cabía de haber sido llamado por Jesús: que lo quería dejar todo para seguirle; de lo cual también ella se alegró. En seguida ordenó se preparase la comida para mañana; él mismo se ocupó de invitar y de los preparativos. Mateo era más o menos de la edad de Pedro y podía ser por su edad padre de su hermanastro José Barsabas. Era un hombre bien formado y pesado, con barba y cabellos negros. Desde la época que había conocido a Jesús, en su viaje a Sidón, había recibido el bautismo de Juan y ordenado su vida según estricta justicia. Jesús fué

caminando por las alturas, detrás de la casa de Mateo, hacia el Norte y por el valle de Betsaida-Julias, donde había caravanas de paganos a los cuales predicó el reino de Dios.

Al día siguiente al mediodía llegó Jesús con sus discípulos a casa de Mateo, donde se habían reunido muchos publicanos. Camino andando se le juntaron algunos fariseos y discípulos de Juan, los cuales no entraron en la casa del publicano Mateo, sino que se paseaban por el jardín y decían a los discípulos: "¿Cómo podéis sufrir que Él se mezcle siempre con publicanos y pecadores?" Los discípulos respondieron: "Decídselo vosotros mismos a Él". Los fariseos dijeron: "Con un hombre que siempre quiere tener razón, es imposible hablar". Mateo recibió a Jesús y a sus discípulos lleno de contento y de humildad; lavó los pies a todos, y sus hermanastros lo abrazaron con ternura. Mateo presentó a Jesús a su mujer y a sus hijos. Jesús habló con la mujer y bendijo a los hijos. Después no he visto más a estos hijos. Me he maravillado muchas veces de que cuando Jesús bendecía a los niños, luego no los veía más.

He visto después a Jesús sentado y a Mateo hincado delante de Él; que Jesús le ponía las manos sobre la cabeza, lo bendecía y le decía palabras ilustrativas. Mateo se llamaba Leví y recibió ahora el nombre de Mateo. Hubo una gran comida. Las mesas estaban dispuestas en cruz en una sala abierta. Jesús estaba sentado en medio de los publicanos. He visto que a veces se levantaban para conversar y volvían a sus asientos al traerse nuevas comidas. Llegaron pobres viajeros de paso por allí y los discípulos les distribuyeron alimentos. Por aquí pasa el camino que lleva al vado y transporte del lago. Entre tanto se acercaron los fariseos y se trabaron en disputas con los discípulos, las cuales están consignadas en el Evangelio de San Lucas (cap. 5, 30-39) Hablaban especialmente del ayuno, porque esa tarde caía para los observantes judíos un día de ayuno por causa de la orden de quemar los libros de Jeremías dada por el rey Joaquin y porque no era costumbre entre los judíos de Judea sacar fruta de los árboles, al pasar, cosa que Jesús permitía a sus apóstoles. Cuando Jesús dió su respuesta, estaba con los publicanos en la mesa, mientras los fariseos paseaban con los discípulos. Jesús, al contestar a los fariseos, volvió la cabeza hacia ellos. En Cafarnaúm se nota ahora mucho más movimiento que antes; vienen muchos extranjeros, amigos o enemigos de Jesús, y muchos paganos se juntan con Zerobabel y con el centurión Cornelio.

XII

Postrer llamado de Pedro, Andrés, Santiago y Juan

Cuando Jesús, al día siguiente, caminaba por la orilla del lago, a un cuarto de hora de la casa de Mateo, estaban los discípulos Pedro y Andrés por embarcarse para echar sus redes al mar. Jesús los llamó y les dijo: "Venid y seguidme, os quiero hacer pescadores de hombres". Ellos dejaron en seguida sus redes, bajaron de la barca y vinieron a la orilla. Jesús caminó un trecho más adelante, donde estaba la barca del Zebedeo, que con sus hijos Santiago y Juan ordenaba sus redes. Jesús los llamó también a ellos, los cuales dejaron el trabajo y volvieron a tierra. El Zebedeo quedó en la barca con sus peones. Jesús los envió entonces a las montañas, diciéndoles que a los paganos bien dispuestos que lo pidiesen, los bautizasen. Jesús los había adoctrinado ayer y anteayer. Él mismo se dirigió a otro lado con Saturnino y otros apóstoles. La consigna era de reunirse de nuevo por la noche en la casa de Mateo. He visto cómo les indicaba con la mano la dirección que debían tomar. Los otros apóstoles habían esperado arriba, en el camino y cuando estuvieron todos juntos les dió la orden de marchar y de bautizar.

Jesús los había ya llamado a dejar sus redes y sus pescados, pero ellos volvían siempre al mismo oficio. Por otra parte, mientras no estaban en condición de enseñar ellos mismos a las gentes, no era necesario que le siguiesen de continuo; además sus viajes y su comercio con las caravanas de los paganos era muy útil a Jesús, especialmente aquí en Cafarnaúm. Cuando estuvieron con Jesús por las regiones de Oriente habían enseñado y aún sanado algunas veces, aunque otras no lo habían alcanzado por falta de fe. También habían sufrido algunas persecuciones. En Gennebris habían sido atados, llevados delante de los fariseos y retenidos presos. Habían recibido entonces la facultad de bendecir el agua para el bautismo. Esta facultad se la dió no con imposición de las manos sino con una bendición.

Pedro poseía además de las barcas y pescadería, algunos campos de cultivo y animales, y por esto se le hacía pesado el dejarlo todo. A esto se añadía su gran persuasión de que no era capaz del apostolado ni menos de enseñar a otros, y así se le hacía cosa harto pesada el dejarlo todo por seguir a Jesús. Su casa junto a Cafarnaúm era grande y larga, con patio y edificios al lado, galerías y galpones. El arroyo de Cafarnaúm, que pasaba

al lado, había sido apresado en un estanque y le servía para guardar los pescados. Alrededor había espacios de hierbas donde extendía y remendaba las redes. Andrés, en cambio, ya de tiempo atrás estaba más despegado de sus negocios. Santiago y Juan volvían también hasta ahora con sus padres cuando no seguían a Jesús. Los Evangelios, como no tienen otro interés que presentar un resumen de la vida de Jesús con sus apóstoles, ponen casi al principio este llamamiento de Pedro, Andrés, Juan y Santiago y el apartamiento de sus redes; del mismo modo amontonan sin orden de tiempo los milagros, las parábolas y las enseñanzas de Jesús.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan se dirigieron al lugar donde estaban acampados los paganos, y Andrés bautizaba. Del arroyo trajeron agua en un recipiente. Los bautizandos formaban como un círculo y se hincaban con las manos cruzadas sobre el pecho. En este grupo había niños de tres a seis años. Pedro sostenía el recipiente, y Andrés derramaba por tres veces el agua sobre la cabeza, diciendo las palabras del bautismo; los otros apóstoles ponían sus manos sobre los hombros como padrinos. Los bautizandos se iban renovando de continuo. Cuando se hacían pausas, los discípulos repetían algunas de las parábolas más comprendidas, hablaban de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros y explicaban a los paganos las cosas de la ley y del reino de Dios. Pedro especialmente sabía contar con calor y celo, accionando; también Juan y Santiago contaban con gracia. Jesús enseñaba en otro valle, mientras Saturnino bautizaba. Cuando por la noche todos se reunieron de nuevo en la casa de Mateo, había allí mucha gente que buscaba a Jesús, por lo cual Éste subió a la barca de Pedro con sus doce y Saturnino, y le mandó navegar hacia Tiberíades por la ruta que costea casi todo el lago. Parecía que Jesús quisiera evitar el concurso del público, porque se encontraba muy cansado.

XIII

La tempestad calmada

Estaba echado en la parte superior, alrededor del mástil, en uno de esos lugares donde suelen colocarse los vigías, y se quedó dormido, tan rendido se encontraba. Los que remaban estaban sobre Él, y se podían ver desde allí; por arriba había una techumbre. Cuando empezaron a navegar el lago estaba sereno y el cielo

tranquilo. Como a la mitad del lago, se levantó un temporal. Me maravillaba de que estando todo negro se vieran las estrellas. Se levantó un viento impetuoso y las olas alzadas azotaban con furia a la barca; ya no podían usar las velas. Yo veía con frecuencia un brillo sobre las aguas; debe haber habido frecuentes relámpagos. Como el peligro creciera, los apóstoles cobraron un grande miedo; despertaron a Jesús, y dijeron: "Maestro ¿no te interesas por nosotros, que perecemos?" Levantóse entonces Jesús, miró a la tempestad, y dijo, tranquilo y serio, como si hablara con el temporal: "Calla, enmudece". Se produjo una calma instantánea, que admiró a todos y se decían unos a otros: "¿Quién es Éste, que hasta a los vientos y a las olas puede mandar?"

Jesús les reprendió su poca fe, de que temieran tanto y les mandó dirigirse a Corazín de vuelta, es decir, hacia donde Mateo tenía su oficina, y luego a Corazín, que así es llamada la Genesaret, al otro lado de Cafarnaúm y en Gischala. La barca del Zebedeo también volvió atrás con la de Pedro. Otra de las barcas con pasajeros se dirigió a Cafarnaúm. Con Jesús había en la barca unos quince discípulos. No hay que maravillarse de que los remadores estuvieran sobre Jesús, y Éste, sin embargo, pudiera ver desde la barca. Los remos estaban sobre el borde de la barca, muy altos, como una especie de terraza, alrededor del mástil.

Después he visto a Jesús caminando con los discípulos sobre las alturas en dirección de Corazín, donde se había reunido innumerable multitud, y venía siempre gente nueva. El lugar está a una hora de la ciudad de Corazín, al Sudoeste y algo al Norte de Gerasa, en un nivel más bajo. Donde Jesús enseñaba había un sitial de piedra. Se había anunciado desde días atrás esta predicación y por esto había allí algunos miles de personas escuchando. Sanó a una gran cantidad de personas enfermas: ciegos, baldados, mudos y leprosos. Cuando empezó a enseñar, los endemoniados traídos comenzaron a enfurecerse. Jesús les mandó callar y que se sentasen en el suelo. Se tendieron como perros asustados, y no se movieron hasta el fin de la predicación, cuando Jesús fué a ellos y los libró de sus demonios. Entre los muchos enfermos sanados recuerdo a uno que tenía los brazos secos y la mano retorcida. Jesús lo tomó de los brazos, y dedo por dedo los fué doblando suavemente, y así lo dejó sano. Todo esto sucedió en breve tiempo, lo suficiente para que vieran los apóstoles como debían proceder. El hombre comenzó a usar sus

dedos y su mano, y luego se sintió con fuerza en el brazo. Entre los oyentes había mujeres con niños de toda edad. Jesús mandó que le trajesen a esos niños, y pasando entre ellos les enseñaba y amonestaba, para que oyesen también los grandes, y luego los bendecía. He visto que tomó a un niño de la mano y lo llevaba de un lado a otro, sin resistencia, diciendo que así debían dejarse gobernar los hombres por Dios, sin resistencia ni protestas. Estuvo mucho tiempo en compañía de esos niños. La mayoría de los oyentes eran paganos, una parte judíos de Siria y de la Decápolis que habían venido en caravanas con sus mujeres, hijos y criados, para ser enseñados, sanados y bautizados. Jesús había querido venir aquí al encuentro de ellos, para que no fuese tan grande el gentío que llegase a Cafarnaúm. Entre esta gente vi a los parientes de aquella mujer con flujo de sangre que moraba en Cafarnaúm, de la cual habla el Evangelio. Era el tío de su difunto marido, de Paneas, en cuya casa se habían casado, que venía con una hija grandecita y otra mujer. Hablaron con los discípulos para ser pasados al otro lado del lago a Cafarnaúm y se informaron de su parienta enferma. Estuvieron escuchando la predicación de Jesús. Todo el día se pasó bautizando como ayer, hincándose la gente en círculo; y he visto de nuevo que se bautizaban niños pequeños: estaban de pie, cruzadas las manos sobre el pecho. El agua se trajo en odres desde el valle de Corazín. Durante esta predicación había fariseos que espiaban y algunos discípulos de Juan con malas intenciones. Por la noche se retiró Jesús con sus discípulos a la casa de Mateo. Contó en esta ocasión la parábola del tesoro escondido en un campo, lo cual, sabiéndolo uno, lo deja allí, y compra el campo por cualquier precio. Esto lo refirió a los paganos que ansiosos se llevan para sí el reino de Dios. Después Jesús entró en una barca, por causa de la multitud, y desde allí enseñaba. Navegó algún tanto, luego volvió, y pasó la noche en oración.

XIV

Jesús sana muchos enfermos en Cafarnaúm

A la mañana siguiente los discípulos trajeron a Jesús la noticia de que María Cleofás estaba muy enferma en casa de Pedro, en Cafarnaúm; que María su Madre le rogaba fuese a ver a la enferma, y que numerosos enfermos, aun de Nazaret, le esperaban allí. Jesús enseñó y sanó a muchos enfermos en las

orillas del lago. Había allí muchos poseídos del demonio, a los cuales libró. El gentío aumenta siempre, y no es para decir con cuánta caridad atiende Jesús a todos. Por la tarde pasó con los discípulos al otro lado del lago a Betsaida. Mateo entregó su negocio a uno de los hombres de la pescadería, y desde el bautismo recibido ejerce su oficio con toda rectitud y justicia. También los otros publicanos, sus amigos, ejercieron desde entonces su oficio con más honradez; se mostraban compasivos y caritativos con los pobres y daban limosnas. Judas Iscariote es todavía bueno, servicial y muy entendido, y en las distribuciones muy calculador y mirado. Muchos paganos pasan ahora el lago. Los que no van más lejos que a Cafarnaúm dejan los camellos de vuelta. Los otros camellos y asnos están sobre barracas, en las barcas, y son pasados al otro lado del lago, o conducidos más arriba, donde hay puentes sobre el Jordán. Jesús llegó, hacia las cuatro de la tarde, a Betsaida, donde María y Maroni con sus hijos lo esperaban con otros. Jesús tomó algún alimento. Los hijos de María Cleofás fueron a ver a su madre enferma. Jesús enseñó hasta la noche a la gente que se había reunido junto a la casa de Andrés. El concurso es extraordinario en Cafarnaúm para ver a Jesús. Alrededor de la ciudad hay caravanas y grupos de gentes: unas doce mil personas se juntaron allí para escuchar a Jesús. En todos los valles y rincones se ven camellos y asnos pastando en las praderas; a los camellos se les da el pasto porque están atados. Devoran muchos brotes de los cercados y hacen bastante daño. Por todos lados se ven tiendas tendidas. Desde que Jesús atrae a tanta gente Cafarnaúm adquiere mayor importancia y aumenta su riqueza. Algunos se establecen aquí fijos y los viajeros compran y negocian en la ciudad. Veo que se edifica mucho y así las casas de Zerobabel y de Cornelio el centurión pronto estarán unidas por edificios con la ciudad. Se traen también muchos enfermos de lejanos lugares. Por la resurrección del niño de Naím y por las otras numerosas curaciones todo está en movimiento. También de Nazaret vinieron muchas personas, que trajeron enfermos deshauciados y casi moribundos a presencia de Jesús. La casa de Pedro, el patio y el galpón están llenos de enfermos. Se levantaron chozas de hojas y ramajes, y se provee alimentos para ellos. La viuda de Naím, que es parienta de Pedro, y María Cleofás, que también es parienta de Pedro, por su tercer marido, viven aquí. Ésta vive generalmente en Caná, y de allí trajo a la viuda de Naím, con su hijo de ocho años, de su tercer matrimonio, in-

mado Simeón. Había venido aquí afiebrada y su enfermedad aumenta. Jesús todavía no estuvo con ella. También veo a gente de Grecia, especialmente de Patras, la ciudad de Saturnino.

XV

Mensaje de Juan a la sinagoga

Antes del Sábado llegaron varios mensajeros enviados por Juan desde Macherus a Cafarnaúm. Eran de los más viejos y probados discípulos del Bautista; entre ellos estaban los hermanos de María Cleofás, Santiago, Sadoch y Eliachim. Llamaron a los jefes de la ciudad y a la comisión de los fariseos a la antesala de la sinagoga y les entregaron un rollo largo y angosto cerrado como un cucurucho. Era una carta de Juan con un testimonio severo y claro para ellos sobre Jesús. Mientras ellos lo leían y se hablaban unos a otros, los mensajeros empezaron a decir al pueblo, que se iba reuniendo, lo que Juan había dicho delante de Herodes y de muchos que le escuchaban.

En efecto, cuando Juan envió a los mensajeros a Megiddo y éstos volvieron con la respuesta de Jesús narrando sus milagros, sus enseñanzas, y por otra parte la persecución de los fariseos y las habladurías sobre Jesús y también de que no se ocupaba de librarlo de la cárcel por exaltarse a sí mismo y otras cosas, se sintió Juan de nuevo movido a dar un testimonio claro sobre Jesús, ya que no había conseguido que este testimonio lo diese más claro el mismo Jesús. Pidió, pues, a Herodes le dejase hablar a sus discípulos y a todos cuantos quisieran oírle, pues pronto no hablaría más. Herodes se lo concedió gustoso, y se reunieron en el patio del mismo palacio todos sus discípulos y cuanto pueblo había querido escucharle. El mismo Herodes y su mala mujer estaban presentes escuchando desde un sitial elevado, rodeados de soldados. Vino Juan desde su encierro y comenzó a enseñar. Herodes lo permitía, pues quería mostrar al pueblo, para congraciarse con él, de que Juan gozaba de cierta libertad en su prisión. El Bautista habló con grande entusiasmo de Jesús: dijo que él mismo no había sido enviado sino para preparar el camino y que no había anunciado sino a Él; pero que este pueblo de dura cerviz no quería reconocerlo como Mesías. ¿Habían olvidado acaso lo que ya había dicho de Jesús? Ahora quería decirlo otra vez, pues sentía que su fin estaba cercano. Cuando dijo esto se sintió una conmoción entre los presentes, y

muchos lloraban. Herodes también sintió grande inquietud y contrariedad, pues no era su intención matar a Juan. Su adúltera mujer, en cambio, trató de ocultar su maldad descubierta. Juan continuó con gran celo su predicación, recordando lo acontecido en el bautismo de Jesús: que Él era el Hijo amado de Dios Padre, anunciado por todos los profetas. Todo cuanto enseña, dijo, es la enseñanza de su Padre; lo que Él obra es la obra del Padre, y nadie puede llegar a Dios Padre sino por el Hijo. En este modo habló largamente, refutando todos los cargos que le hacían los fariseos, especialmente de que profanaba el Sábado. Dijo: "Todos deben observar el Sábado y santificarlo; los fariseos lo violan porque no aceptan la enseñanza de Aquél que es Hijo de Aquél que instituyó el Sábado". Muchas cosas más dijo, y por último añadió que Jesús era Aquél en quien únicamente se puede esperar salvación; el que no cree en Él y no acepta su doctrina, será condenado. Exhortó a todos sus discípulos a seguir a Jesús y que no fueran como ciegos que se quedan en la entrada, sino que entren en el templo mismo, es decir en la doctrina y fe de Cristo.

Conforme con esto mandó a algunos discípulos con una carta en que puso todo este testimonio sobre Jesús y lo envió a los fariseos de Cafarnaúm: que Jesús era el Hijo de Dios y el cumplimiento de las promesas de los profetas y que todo cuanto hacía y decía era santo; refutaba todos sus reparos, amenazaba con el juicio y los exhortaba a no rechazar la salud. Les mandó a sus discípulos que le leyesen otra carta en el mismo sentido al pueblo y añadiesen todo lo que aquí habían oído decir sobre Jesús. He visto cómo los discípulos hicieron todo esto en Cafarnaúm. Se había reunido una gran muchedumbre de hombres venidos de muchas partes para este Sábado. Había judíos de todas las regiones de Palestina. Escucharon lo escrito por Juan sobre Jesús con grande contento. Muchos sentían verdadero gozo y se reanimaron en su fe y en su amor a Jesús. Los fariseos tuvieron que evitar el concurso y nadie pudo objetar; los hombres torcían la cabeza y se mostraban inclinados a dejar hacer; reafirmaban con todo su autoridad y decían a los discípulos de Juan que no pondrían obstáculos en los caminos del Señor, si no faltaba a los preceptos de la ley y no promovía desórdenes. Confesaban que era verdad que estaba dotado de poder y gracia; pero que ellos tenían que cuidar el orden y todo debe tener su justa medida. Juan era un hombre bueno, pero no podía saber todo lo que pasa desde su prisión. No había, en efecto, estado mucho tiempo con Él.

XVI

Jesús enseña en la sinagoga de Cafarnaúm

Comenzó el Sábado y todos se dirigieron a la sinagoga. Jesús llegó con sus discípulos. Todos lo escuchaban con gran admiración. Habló de la venta de José por sus hermanos (I Moisés 37, 1-36) y luego de Amós (2-6, 3-9) con las amenazas por los pecados de Israel. Nadie lo molestó en su predicación y los mismos fariseos lo escucharon con envidia concentrada y reprimida admiración. El testimonio del Bautista leído ante el pueblo los había atemorizado bastante.

De pronto se suscitó un escándalo grande en la sinagoga. Alguien había traído adentro a un endemoniado rabioso, el cual se enfureció de tal modo que quería morder a los que encontraba a su paso. Se volvió entonces Jesús hacia él y le dijo: "Calla. Llevadle fuera". Calló de inmediato el hombre; se sentó fuera en el suelo y estuvo quieto durante el sermón. Cuando Jesús terminó su enseñanza, se acercó al endemoniado, en la puerta, y lo libró del demonio. Después se dirigió a la casa de Pedro que estaba junto a la orilla, porque allí había quietud y silencio. Por la noche se retiró para pasarla en oración. Entre todos los curados por Jesús nunca he visto alguno tratado como loco; todos lo eran como endemoniados y poseídos. Los fariseos estaban aún reunidos y desarrollaban toda clase de escritos de los profetas y su modo de ser y especialmente de Malaquías, del cual se sabía algo más; hablaban de sus enseñanzas y sus andanzas; lo comparaban con la enseñanza de Jesús, y tuvieron que reconocer que los sobrepujaba a todos en virtud, poder y dones sobrenaturales; con todo, discutían siempre sobre su enseñanza.

A la mañana siguiente habló Jesús de nuevo en la sinagoga ante una gran multitud de oyentes. Entre tanto María Cleofás seguía empeorando, de modo que María, Madre de Jesús, le envió a decir que acudiese a verla. Jesús llegó a la casa de Pedro, junto a la ciudad donde estaba la viuda de Naím con María Santísima y los hijos y hermanos de María Cleofás. De un modo especial se compadecía de la enferma el niño Simeón, de ocho años, hijo de su tercer matrimonio con Jonás, hermano menor del suegro de Pedro, que había estado con él en la barca y había muerto hacía medio año apenas. Jesús entró donde estaba María Cleofás, oró y puso su mano sobre ella. Se hallaba desfallecida por la fiebre. La tomó de la mano y le dijo que no estuviese ya enferma. Mandó que le dieran de beber, y le trajeron

una bebida en un recipiente. Tuvo también que comer un bocado. Esto lo solía hacer con todos los enfermos que sanaba. He oído que esto tenía relación con el uso del Santísimo Sacramento. Generalmente bendecía antes estos alimentos. El contento de sus hijos era incontenible, especialmente del pequeño Simeón, cuando vieron a su madre sana y que servía ahora a los demás enfermos. Jesús salió de allí en seguida y se fué a ver a los muchos enfermos que habían traído. Había algunos despachados por incurables; diez casi moribundos, y enfermos de todas clases, traídos de diversas partes, hasta de de Nazaret, y quienes le habían conocido en su niñez. He visto algunos ya como muertos. Vinieron aquí también los discípulos de Juan y se lamentaron de haber interpretado mal en Él de que no se hubiese interesado por la liberación de Juan; dijeron que habían ayunado mucho para mover a Dios que librase a Juan de la prisión. Jesús les dijo palabras de animación y de consuelo, y alabó nuevamente a Juan como a hombre santísimo. Luego hablaron con los discípulos de Jesús, preguntando por qué no bautizaba Jesús mismo, ya que su maestro Juan se había ocupado tan celosamente en este trabajo. Ellos respondieron más o menos así: que Juan había bautizado porque era el Bautizador y era su misión; que Jesús era el Salvador y salvaba y sanaba, cosa que no hizo Juan. Vinieron también escribas y fariseos de Nazaret, y muy cortésmente lo invitaban a visitarlos de nuevo; parecía que querían excusarse y reparar lo que había sucedido allí antes. Jesús les respondió que nadie es profeta en su propia patria. Se dirigió luego a la sinagoga y tuvo allí enseñanza hasta la conclusión del Sábado. Al salir dió la vista a un ciego.

XVII

La pesca milagrosa

El cuidado de la casa que Pedro tiene junto a la ciudad lo lleva su mujer misma; el cuidado de la otra casa, junto al lago, lo lleva su suegra y su hijastra. Jesús se retiró a la oración y a los discípulos les permitió, a su ruego, ir a sus barcas para pasar la noche en la pesca. Había mucho pedido de pescados por la gran multitud de gente estacionada allí; también había mucha gente que deseaba pasar el lago. Los discípulos solían estar toda la noche ocupados en la pesca y por la mañana pasaban gentes al otro lado. Jesús, mientras tanto, con los otros discípulos no

pescadores se ocupaba de dar limosnas a los pobres sanados de sus enfermedades y a otros viajeros necesitados. Mientras enseñaba daba a cada uno con sus propias manos lo que necesitaba, exhortando y consolando. Esta ayuda consistía en vestidos, telas y mantas, en panes y hasta en monedas. Sacaban para eso de lo reunido por las santas mujeres y otras cosas las proveían las personas acaudaladas. Los discípulos llevaban los panes y las telas en canastos y repartían según indicación de Jesús

Más tarde enseñó desde el lugar de Pedro, en la orilla, a muchas personas. Las barcas de Pedro y del Zebedeo estaban no lejos de la orilla y los discípulos pescadores hallábanse aún ocupados en el arreglo de las redes, algo apartados de la multitud. La barca de Jesús estaba cerca de la nave grande. Como el gentío aumentase y el espacio fuese angosto allí, porque sube mucho el barranco detrás de los oyentes, Jesús hizo señal de que acercaran la barca. Mientras sucedía esto se aproximó un escriba de Nazaret venido con enfermos que Jesús había sanado ayer y le dijo: "Maestro, yo quiero seguirte adonde Tú vayas". Jesús le dijo: "Las zorras tienen su guardia y los pájaros del aire sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza". Se acercó la barca y Él entró con algunos de sus discípulos. Se apartaron un tanto de la orilla y deteniéndose, ya en un lugar, ya en otro, iba enseñando a los diversos grupos, contando parábolas del reino de Dios, como por ejemplo: el reino de Dios es semejante a una red que recoge peces, arrojada a la mar, o es semejante a un campo de trigo donde el enemigo siembra cizaña.

Como se hiciera ya noche dijo a Pedro que fuera mar adentro y echase las redes. Pedro con pesar respondió: "Toda esta noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada; pero en tu palabra quiero echar las redes". Tomaron sus redes y fueron mar adentro. Jesús despidió al pueblo y subió a su nave; y con Saturnino, el hijo de Verónica que había venido ayer y otros discípulos, fueron navegando detrás de Pedro, declarándoles nuevamente las parábolas, y les indicó el sitio donde debían echar las redes. Después de esto navegó en su barca hacia el lugar de la casa de Mateo. Ya era de noche y en los bordes de las barcas, cerca de las redes, ardían algunas antorchas. Los pescadores echaron las redes y fueron navegando en dirección de Corazín, pero no pudieron tirar ni recoger las redes. Cuando finalmente aparecieron en la superficie las redes estaban tan pesadas que se rompían los hilos de una u otra

parte. Navegaban entonces con pequeñas lanchas en torno de las redes y sacaban con las manos los pescados y los ponían en pequeñas redes y en los cajones que llevaban en los bordes de la barca. Llamaron a los de la barca del Zebedeo, los cuales vaciaron también un tanto las redes. Estaban asustados por una pesca semejante que no habían tenido jamás en toda su vida de pescadores. Pedro estaba consternado, y todos veían que aún no habían respetado bastante a Jesús; y comprendió también que todo su trabajo e industria no había servido de cosa alguna, y ahora, a la palabra de Jesús, habían tenido de una vez tanta pesca cual no la tenían en muchos meses. Cuando estuvo aligerada la red llegaron a la orilla, y al ponerla en tierra se espantaron de la cantidad de pescados. Jesús estaba en la orilla, y Pedro, todo confundido, se acercó a Él y echándose a sus pies, le dijo: "Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador". Jesús le dijo: "No temas; desde hoy serás pescador de hombres".

Pedro estaba completamente confundido de su vana solicitud por pescar. Era ya las tres o cuatro de la mañana y comenzaba a aclarar. Cuando los discípulos pusieron al seguro su pesca durmieron algún tiempo en sus barcas, mientras Jesús con Saturnino y el hijo de Verónica, subiendo por el Este las escarpadas rocas: iban en dirección del Sur, donde se encuentra Gamala. Hay aquí rocas y matorrales. Jesús enseñaba a Saturnino y al hijo de Verónica sobre la oración, y les propuso varios temas para meditar. Después de esto se alejó de ellos y se fué a la soledad; ellos, entre tanto, descansaban, caminaban y oraban. Los discípulos emplearon todo el día en colocar sus pescados; una gran parte de ellos fueron repartidos entre los pobres; a todos les contaban lo sucedido. Los paganos compraron muchos pescados, y otros llevaron a Betsaida y Cafarnaúm. Todos los discípulos estaban convencidos ahora que sus solicitudes por la comida eran tontas y necias, porque vieron que como obedecían el mar y el viento a su palabra, de la misma manera obedecían los peces que acudían a sus redes. Por la tarde llegaron al Este de la orilla y Jesús con sus dos acompañantes viajó a Cafarnaúm. Se dirigió a la casa de Pedro y allí sanó a algunos enfermos impuros abandonados, hombres y mujeres, cosa que duró hasta la noche, y se encendieron las antorchas. Eran enfermos que no se podían traer delante de los demás en el día. Los sanó en el patio de Pedro, durante la noche. Había entre ellos algunos que hacía años que estaban abandonados por incurables. El resto de la noche pasó Jesús en oración.

XVIII

El Sermón de la Montaña

Subió Jesús a la nave con muchos de sus discípulos y se hizo llevar a una hora hacia el Norte de la casa de Mateo. Se habían dirigido ya multitud de paganos, de los recién bautizados y de los sanados, hacia la montaña al Este de Betsaida-Julias, donde quería tener un gran sermón. En torno estaban las tiendas de los paganos. Los discípulos pescadores habían preguntado si debían viajar con Él, porque la pesca milagrosa los había persuadido de que debían abandonar las solicitudes de lo temporal, ya que todo dependía y estaba en sus manos. Jesús les dijo que bautizasen en Cafarnaúm a los que habían quedado aún sin bautismo y el resto del tiempo lo empleasen en sus trabajos de pesca; puesto que había mucha necesidad de proveer de alimentos a tantos que estaban allí estacionados. Antes de embarcarse Jesús tuvo una enseñanza con los discípulos de las ocho Bienaventuranzas, de las cuales pensaba hablar más extensamente en la montaña. Les dijo que debían ser la sal de la tierra; que eran elegidos para refrescar a los demás y conservarlos, y por eso debían ellos mismos cuidar de no hacerse inútiles. Esto lo explicó con parábolas y ejemplos más extensamente, y luego partió en la barca. Los discípulos pescadores y Saturnino bautizaron entonces en el valle de Cafarnaúm. Se bautizó en esta ocasión el hijo de la viuda de Naím y recibió el nombre de Marcial. Saturnino le puso las manos sobre los hombros como padrino. Las mujeres no fueron a la predicación de Jesús. Quedaron con la viuda de Naím para festejar el bautismo de su hijo. Con Jesús estaban los sobrinos de José de Arimatea, que habían venido de Jerusalén, Natanael, Manahem de Korea y otros muchos discípulos, de los cuales se reunieron unos treinta en Cafarnaúm en estos días.

Cuando se desembarca al Este de la entrada del Jordán, en el lago, se va por las alturas del Este y torciendo luego hacia el Oeste, se llega al lugar del sermón del monte. Se puede llegar también por la parte Norte del lago, por el puente sobre el Jordán. No era cómodo ir por allí por lo salvaje del lugar y llegar a la montaña. Betsaida-Julias está situada en el rincón Este de la entrada del Jordán en el mar, y tenía una ribera alta del lado del lago, donde corría un camino. En la montaña no había sitial o cátedra, sino un cercado con techumbre; por el

Oeste y Sur tenía vistas al lago y las montañas y se podía ver hasta el monte Tabor. Mucha gente estaba allí reunida, especialmente paganos bautizados hacía poco tiempo, aunque había también judíos. No estaban muy separados aquí los unos de los otros, porque había mucho comercio y tránsito de caravanas, y los paganos tenían muchos derechos. Jesús enseñó primero sobre las ocho Bienaventuranzas, y se refirió a la primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Contó parábolas y semejanzas del Mesías y de la conversión de los infieles; que había llegado el tiempo de que habló el profeta: "A todos los infieles quiero yo mover, puesto que llegó el consuelo de los paganos" (Hageo, 2-8). Aquí no sanó a enfermos, porque fueron curados el día anterior los que se presentaron. Los fariseos habían venido en una barca propia y escuchaban llenos de ira y de envidia el sermón de Jesús. Las gentes se habían llevado alimentos y comían en las pausas que se hacían de vez en cuando. También Jesús y los discípulos tenían pescados, panes, miel y pequeños recipientes con un jugo o bálsamo del cual mezclaban una pequeña cantidad en el agua y bebían luego. Al anochecer volvían las gentes de Cafarnaúm, de Betsaida y de otras localidades a sus respectivas casas, puesto que las barcas las esperaban en las orillas. Jesús y sus discípulos subieron por el valle del Jordán hacia un albergue de pastores, donde se refugiaron. Allí Jesús enseñaba y preparaba a sus discípulos para su futura misión. Jesús se propone enseñar sobre estas ocho Bienaventuranzas durante catorce días y mientras tanto celebrar el Sábado en Cafarnaúm. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña.

María Santísima, María Cleofás, Maroni de Naím y dos mujeres más estuvieron presentes en una ocasión. Cuando Jesús volvía con sus discípulos y apóstoles hacia el lago, hablándoles de su misión, les dijo: "Vosotros sois la luz del mundo". Luego comparó a una luz sobre el candelero con la ciudad sobre una montaña, el cumplimiento de la ley. Navegaron hacia Betsaida y permaneció en la casa de Andrés. Entre los nuevos bautizados por Saturnino en Cafarnaúm en estos días, se encontraban judíos de Achaia, cuyos antepasados en la cautividad de Babilonia se habían refugiado allí.

XIX

Curación del hombre enfermo de gota

Betsaida-Julias es una ciudad nueva edificada al gusto de los paganos, aunque viven en ella tambien judíos y se encuentra una escuela renombrada donde se enseñan diversas ciencias. Jesús aún no la había visitado. Ellos salen de su ciudad, vienen a la predicación de Jesús y traen a sus enfermos. Está situada muy bellamente en un valle estrecho del Jordán, algo elevada en la parte Este, a una media hora de donde el Jordán entra en el lago. A una hora hacia el Norte hay un puente de piedra que cruza el Jordán. Mientras navegaban, Jesús volvió a hablar a los suyos de su misión, de las persecuciones que debían sufrir. Luego se durmió en la barca de Pedro.

Unos días después que se dirigía Jesús desde la montaña hacia Cafarnaum, se agolparon las muchedumbres para saludarlo. Jesús se albergó en la casa de Pedro cerca de Cafarnaúm, en el valle, a la derecha, delante de la puerta de la ciudad. Cuando se supo que Jesús estaba en esa casa se reunieron muchos, y vinieron también fariseos y escribas. El patio y las adyacencias de la casa estaban llenos de gentes, y Jesús, en medio de los suyos y de los fariseos, enseñaba sentado. Habló de los diez Mandamientos y llegó a ese punto donde había dicho en el sermón del monte: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matar". Y habló del perdón de las injurias y del amor a los enemigos.

De pronto se promovió un desorden, porque se produjo un ruído en la techumbre. Por la abertura que suelen tener las casas arriba, que fué removida, descolgaron cuatro hombres a un hombre gotoso en su camilla, mientras decían: "Señor, ten piedad de este pobre enfermo". Habían en vano tratado de penetrar entre los grupos de oyentes con su enfermo; entonces lo subieron por las escaleras a la azotea y abrieron la claraboya para descolgarlo. Todas las miradas se dirigieron al enfermo; los fariseos se irritaron por lo que les pareció una audacia, una desvergüenza. Jesús se alegró por la fe que demostraba esa gente; se acercó a ellos, y dijo al enfermo inmóvil: "Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados". Estas palabras parecieron, como siempre, un escándalo y una blasfemia a los fariseos. Pensaban: "¿Quién, fuera de Dios, puede perdonar los pecados?" Jesús vió sus pensamientos y les dijo: "¿Por qué tenéis esos tor-

cidos pensamientos en vuestros corazones? ¿Es más fácil decir a este enfermo, tus pecados te son perdonados, o decirle: toma tu camilla y vete? Para que entendáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, te digo (y se volvió al enfermo): Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Entonces el hombre, a la vista de todos, se levantó sano, arrollando las ropas de su camilla, juntó las maderas de su catre y los puso bajo el brazo, y sobre sus hombros la ropa, y salió de allí, acompañado de sus cuidadores y de sus parientes, cantando alabanzas a Dios, mientras el pueblo cantaba y victoreaba contento junto con su enfermo curado. Los fariseos, llenos de ira y de envidia, desaparecieron uno tras otro de allí mientras Jesús, acompañado por la multitud, se dirigía a la sinagoga puesto que había comenzado ya el Sábado.

XX

Segunda resurrección de la hija de Jairo

Jairo, el jefe de la sinagoga, estaba en ella cuando predicaba Jesús; estaba triste y lleno de remordimientos. Su hija hallábase de nuevo a punto de morir de enfermedad aún más peligrosa, pues era castigo de los pecados de sus padres y de los suyos propios. Desde el sábado pasado había sido asaltada por una fiebre continua. La madre y una hermana de ella y la madre de Jairo, que vivían en la casa, habían tomado la curación de la hija con bastante indiferencia, casi sin agradecer y sin cambiar sus sentimientos adversos hacia Jesús y favorables a los fariseos, y el mismo Jairo, hombre débil y tibio, seducido por su hermosa mujer, habíase dejado dominar por ella y por sus sentimientos. Reinaba en esa casa un ansia pecaminosa de adornos mujeriles y se arreglaban vanamente con los últimos inventos de las mujeres paganas. Cuando vieron a la hija sana se mofaban en compañía con las mujeres y se reían de Jesús, y la niña participaba de esos sentimientos. Hasta entonces la niña había estado en perfecta inocencia; pero ahora ya no era la misma. Ahora le sorprendió una fiebre muy fuerte, tenía gran calor y mucha sed y hasta delirios en los últimos días. Estaba próxima a la muerte. Los padres habían adivinado el castigo en esta recaída de su hija, pero no querían reconocer su culpa. Ahora estaba la madre tan confundida y desconsolada, que decía a su marido: "¿Querrá Jesús tener piedad de nosotros nuevamente?"

Por eso rogó a su marido que se presentase ante Jesús con toda humildad. Jairo tenía mucha vergüenza y esperó hasta la enseñanza del Sábado, pues tenía esta fe y certidumbre de que Jesús podía ayudarle en cualquier tiempo, siempre que quisiera. También tenía vergüenza de aparecer de día delante de la gente pidiendo de nuevo ayuda.

Cuando Jesús salía de la sinagoga hubo una puja para acercarse a Él; mucha gente pedía por sus enfermos. Jairo se acercó también, se echó contristado a sus pies, y le rogó se compadeciese de su hija, que estaba a punto de morir. Jesús le prometió ir con él. Entretanto vino un mensajero de la casa de Jairo, enviado por la mujer, que pensaba que Jesús no querría ayudarles, diciendo que la hija estaba muerta. Jesús intervino y consoló al padre diciéndole que tuviera fe. Era oscuro y había mucho ruido en torno de Jesús.

Una mujer con flujo de sangre había sido traída por sus cuidadoras en la oscuridad. Vivía no lejos de la sinagoga. Las mujeres que la traían, aunque no tan enfermas, habían sido curadas entre la muchedumbre por haber podido tocar las vestiduras de Jesús cuando al mediodía pasaba el lago, y le habían hablado de ello y animado a hacer lo mismo. En esta mujer se había despertado una fe muy viva. Esperaba, sin ser advertida, a que saliera Jesús de la sinagoga, para poder tocar sus vestiduras y verse sana. Jesús conocía sus pensamientos y retardó algún tanto sus pasos. Entonces la llevaron cerca; su hija con Lea y el tío de su marido estaban en la cercanía. Esta enferma se puso de rodillas, se inclinó hacia adelante, sosteniéndose con una mano y con la otra tocó la orla de sus vestiduras en medio de la multitud. Se sintió de inmediato sana. Jesús se detuvo y mirando a sus discípulos, dijo: "¿Quién me ha tocado?" Respondió Pedro: "¿Preguntas quién te ha tocado, y ves al pueblo que se agolpa en torno tuyo?" Jesús respondió: "Alguien me ha tocado, pues siento que virtud ha salido de Mi". Miró en torno y como se hiciese un vacío entre las turbas, no pudo la mujer ocultarse; se acercó, toda confusa, se hincó de rodillas, y dijo, delante de todos, que ella había sido, porque hacía tiempo que padecía de su enfermedad y que ahora se sentía sana, y pedía que la perdonase. Jesús le dijo: "Alégrate, hija; tu fe te ha salvado. Vete en paz y seas libre de tus enfermedades". Con esto se alejó contenta con sus parientes y amigas. Es una mujer de unos treinta años; está demacrada y débil y se llama Enué. Su marido, difunto, era judío. Tiene sólo una hija que está edu-

cándose con su tío y había venido con la niña para ser bautizadas junto con una cuñada, llamada Lea, y el marído de ésta, que está entre los fariseos enemigos de Jesús. Esta Enué había querido en su viudez contraer un matrimonio que a sus parientes ricos les pareció demasiado humilde, y se habían opuesto.

Jesús se dirige ahora con pasos acelerados a la casa de Jairo. Estaban con Él Pedro, Santiago, Juan, Saturnino y Mateo. En la antesala estaban de nuevo las plañideras y los tocadores de flautas; pero ya no se mofaban. Jesús pasó por entre la multitud. Le salieron al encuentro la mujer de Jairo, la madre y una hermana, confundidas, llorando, cubiertas con el velo. Jesús dejó a Saturnino y a Mateo fuera con los hombres que estaban en el patio, y entró con Pedro, Santiago y Juan, el padre, la madre y la abuela en la pieza donde estaba la niña muerta. No era el mismo lugar de antes; era una pieza más pequeña colocada en la sala, detrás del hogar. Jesús había cortado una ramita en el jardín y se había hecho traer un recipiente de agua, que bendijo. La difunta estaba tendida allí y no tenía el aspecto agradable y tranquilo de antes. Entonces había visto yo su alma al lado de ella en forma de un círculo luminoso; ahora no la vi. Entonces dijo Jesús: "Ella duerme". Ahora nada dijo. Estaba realmente muerta. Jesús la roció con agua bendita, usando la ramita, oró, la tomó de la mano y le dijo: "Niña, yo te lo mando; levántate". Cuando Jesús oró he visto al alma acercarse en forma de una esfera oscura y entrar luego en la boca. Abrió los ojos, miró y siguió el movimiento de su mano, se enderezó, y luego se levantó de su lecho de muerte. Jesús la dirigió a sus padres, que la recibieron entre lágrimas de emoción, alegría y gratitud, cayendo a los pies de Jesús. Les dijo que le trajesen algo de comer, uvas y pan. Lo hicieron así. Jesús exhortó seriamente a los padres a que recibieran esta gracia con reconocimiento y esta misericordia de Dios; que dejasen la vanidad y los placeres del mundo e hicieran penitencia de sus pecados. También les dijo que educasen bien a su hija, no para la muerte, ya que por segunda vez había vuelto a la vida. Les reprochó su liviandad al recibir por primera vez la gracia y lo que habían dicho y hecho después, y como la niña en este tiempo había incurrido en otra muerte peor, cual era la muerte espiritual del alma. La niña estaba muy conmovida y lloraba. Jesús la exhortó a evitar la libertad de los ojos y el pecado, y le dijo que comiese de las uvas y del pan que había bendecido y no viviese de ahí en adelante carnalmente, sino del pan de la palabra de Dios; que hiciese penitencia,

tuviese fe, orase y obrase buenas obras de misericordia. Los padres estaban conmovidos y cambiados en su modo de sentir y de ser. El marido prometió despegarse de todas las cosas y seguir lo que mandaba Jesús. También la mujer y todas las mujeres que entraron entonces prometieron mejorar de conducta y lloraban de contrición y de arrepentimiento.

Jairo, completamente cambiado, mandó de inmediato repartir una gran parte de sus riquezas. Esta hija se llamaba Salomé. Como se hubiese reunido mucha gente, dijo Jesús a Jairo que no hiciesen mucho ruído por este hecho y evitasen inútiles conmociones. Esto lo decía con frecuencia por diversos motivos. Primero porque este hablar y charlar mucho es causa de que se considere menos la misericordia de Dios en los favores recibidos. Deseaba que los curados se concentrasen, pensasen en mejorar su conducta; no ir merodeando y gastanto en placer la vida que se les regalaba, por lo cual solían caer de nuevo en pecados. También lo decía para enseñanza de los apóstoles, para que se guardasen de toda vana complacencia y que hiciesen el bien sólo por amor de Dios y del prójimo. Otras veces era también para no aumentar la aglomeración de la gente y de los curiosos y no atraer a ciertos enfermos que sólo venían por adquirir la salud sin tener un principio de fe y de confianza. Algunos de estos enfermos venían sólo por probar, y caían luego en sus pecados y en sus enfermedades, como en el caso de Jairo.

XXI

Jesús da la vista a dos ciegos y sana a un fariseo

Jesús salió con los cinco discípulos por la parte trasera de la casa para evitar el encuentro con las numerosas personas que esperaban en la puerta de entrada. La primera resurrección de la hija de Jairo había sido a la luz del día; esta segunda a la luz de las antorchas. Ya había comenzado el Sábado. La casa de Jairo estaba al Norte de la ciudad y Jesús se dirigió hacia el Noroeste del vallado. Con todo, algunos, que habían espiado su salida, le traían dos ciegos; parecía que lo siguieran por olfato, porque gritaban detrás de Él: "Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros". Jesús se dirigió a la casa de un hombre que vivía allí y que tenía una salida fuera de la ciudad. Los discípulos se albergaban a veces en esta casa. Este hombre tenía el oficio de

vigilante en esta parte de la ciudad. Los ciegos le siguieron a la casa y clamaban: "Ten piedad de nosotros, Hijo de David". Jesús se volvió a ellos y dijo: "¿Creéis que Yo puedo hacer esto?" Ellos contestaron: "Sí; lo creemos". Tomó Jesús un recipiente del bolsillo, con bálsamo o aceite, y derramó un poquito en un platillo oscuro, de poco fondo. Lo tenía en la concavidad de la mano izquierda. Tomó algo de polvo, lo removió un tanto con el pulgar y el índice de la mano derecha, tocó los ojos de los ciegos, y dijo: "Sea según vuestra fe y vuestro deseo". Se abrieron sus ojos, vieron, se hincaron de rodillas y dieron gracias. Jesús les dijo que no hiciesen ruído por esta causa. Esto lo dijo aquí para que no aumentase el concurso y para no irritar a los fariseos; pero los clamores de los ciegos, antes y ahora, por no poder callar el favor recibido, pues lo contaron a todo el pueblo, atrajo de nuevo a la multitud a esa casa.

Algunas personas de Séforis, parientes lejanos de Ana, trajeron a un hombre poseído por un demonio mudo. Le habían atado las manos y lo traían con sogas al cuerpo y tenían que hacer fuerza con él, pues estaba furioso y en estado miserable. Este hombre era un fariseo de la comisión que debía espiar a Jesús; se llamaba Joás y había estado disputando con Jesús en la escuela que se halla entre Séforis y Nazaret. El demonio se había apoderado de él hacía quince días desde que Jesús había vuelto de Naím. Había en esa ocasión, contra su convicción interior, murmurado y hablado mal de Jesús, para complacer a los fariseos, diciendo también, para adular a sus compañeros, que Jesús debía tener un demonio, y que corre como un furioso por todo el país. Jesús había discutido con él en Séforis sobre el divorcio; estaba caído en graves pecados. Cuando lo trajeron quiso arrojarse contra Jesús. Mas Jesús hizo una señal y mandó al demonio salir de allí. Entonces tembló el hombre y vi salir un espeso vapor de su boca. El hombre cayó de rodillas ante Jesús, reconoció sus pecados y pidió perdón de ellos. Jesús le perdonó sus pecados y le impuso una serie de penitencias, que consistían en ayunos y limosnas a los pobres; debía abstenerse de ciertos alimentos que gustaban mucho a los judíos, como el ajo, por largo tiempo.

Se promovió entonces un gran tumulto, pues se consideraba muy difícil echar a los demonios mudos de los posesos. Los fariseos habían tenido mucho trabajo con este fariseo. Si otros no lo hubieran hecho, los fariseos no lo hubiesen traído a Jesús. Estaban muy irritados de que también uno de ellos hubiese

implorado la ayuda de Jesús, confesado sus pecados públicamente, siendo ellos mismos parte y cómplices en estos pecados. Pronto se esparció por toda Cafarnaúm la fama de este hecho y todos decían que semejantes cosas eran inauditas en Israel. Los fariseos, más irritados, decían: "Echa los demonios por obra de otro demonio mayor". Jesús salió por detrás de la casa con sus discípulos y se dirigó al Oeste de la ciudad hasta la casa de Pedro, donde pasó el resto de la noche. Delante de los discípulos renovó Jesús las alabanzas sobre Juan el Bautista, diciendo que era puro como un ángel; nada impuro había entrado en su boca ni salido jamás una mentira ni un pecado. Como le preguntaran si viviría aún largo tiempo, Jesús les dijo que moriría cuando su tiempo fuese llegado, que no estaba ya lejos. Los discípulos se pusieron muy tristes al oír estas palabras.

XXII

"Bienaventurados los puros de corazón..."

Cuando Jesús entró en la sinagoga para enseñar, los fariseos maquinaban una malicia. Había un hombre en un rincón con la mano árida que no se había atrevido a presentarse delante de Jesús y ahora temía la presencia de los fariseos. Los fariseos echaron en cara al Señor que se juntase con los publicanos, con Mateo especialmente. Jesús les respondió que había venido para consolar y convertir a los pecadores, y que por otra parte no necesitaba a ningún fariseo por apóstol. Dijeron entonces, por burlarse: "¿Maestro, aquí hay uno; querrás quizás sanarlo también?". Jesús se volvió al hombre de la mano árida, le mandó que se acercase, y poniéndolo en medio, le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Los fariseos despreciaban al hombre, que no tenía buena fama, y decían: "Su mano árida no le impide pecar". Tomó entonces Jesús esos dedos, los enderezó, y le dijo: "Usa de tu mano". Extendió el hombre su mano, que quedó sana; dió gracias y se retiró de allí contento. Jesús disculpó al hombre ante sus detractores, manifestó compasión por él y dijo que era un hombre de buen corazón. Los fariseos estaban llenos de envidia y veneno, y lo llamaban un profanador del Sábado, que querían acusar delante del sanedrín y se alejaron. Había herodianos allí y con ellos deliberaron de cómo en las próximas fiestas de Jerusalén lo habrían de detener y traer a juicio.

Cuando Jesús más tarde, en la casa de Pedro, habló a la gente, se encontraba entre las mujeres Lea, la cuñada de aquella Enué sanada del flujo de sangre. Su marido era un fariseo, muy enemigo de Jesús, aunque ella estaba muy conmovida ya por lo que había visto en Jesús. La he visto al principio, triste y preocupada, cambiando su sitio entre la multitud como si buscase a alguno; pero era sólo su deseo incontenible de manifestar su adhesión a Jesús en alguna forma. Se acercó entonces la Madre de Jesús acompañada de Marta, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Susana de Alfeo, hija de María Cleofás y hermana del apóstol. Tendría treinta años y tenía ya hijos grandes y su marido vivía en Nazaret, de donde la habían traído las mujeres. Susana Cleofás quería también entrar en la comunidad de las ayudadoras de Jesús. María y estas mujeres entraron en el aula donde enseñaba Jesús. En ese momento había reprochado a los fariseos su obstinación y sus impurezas, y como hablaba de las ocho bienaventuranzas, dijo en ese momento: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios". No pudo entonces Lea contenerse y viendo entrar en ese momento a María, Madre de Jesús, exclamó en un arrebato de éxtasis delante del pueblo: "Bienaventurado (así lo entendí) el seno que te ha llevado y los pechos que has tomado". Jesús se volvió dulcemente hacia ella y dijo: "Sí; bienaventurados, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la conservan". Y continuó su enseñanza.

Lea se acercó a María, la saludó y le habló de la curación de Enué y como estaban determinadas entregar todo lo suyo a la comunidad de Jesús. Pedía a María rogase a Jesús que convirtiese a su marido, obstinado fariseo de Paneas. María habló muy queda con Lea, sin haber oído o advertido su exclamación, y se retiró tranquilamente con las otras mujeres. María era de una sencillez encantadora. Jesús nunca la distinguía mucho delante de otras personas; sólo la trataba siempre con serena cortesía. Ella, por su parte, no solía mezclarse más que con enfermos, pobres y necesitados e ignorantes; aparecía siempre callada, humilde y extremadamente sencilla. Todos, aun los enemigos de Jesús, la respetan, a pesar de estar ella sola y callada.

Después he visto a Jesús en el lugar de la pescadería de Pedro enseñando delante de una gran multitud, con parábolas, sobre el reino de Dios. Por momentos subía a su nave y enseñaba desde ella al pueblo. Como se levantara un escriba de Nazaret y dijera que quería seguirle donde fuese, Jesús repi-

tió: "Las zorras tienen su guarida, etc...." Este hombre era el futuro marido de Salomé Jairo, los cuales, después de la muerte de Jesús, entraron ambos en la comunidad cristiana. Además de estos dos escribas habían venido otros dos, que siguieron a Jesús algún tiempo. Uno de ellos preguntó a Jesús si no pensaba ya tomar posesión de su reino; que había probado ya bastante su misión, y era tiempo de sentarse en el trono de David, su padre. Como Jesús le reprochase esta idea y le dijese que le siguiese, contestó el escriba que quería primero despedirse de los de su casa. En esta ocasión dijo Jesús: "Quien pone la mano en el arado, etc...." El tercero de ellos, que había venido a Jesús, ya en Séforis, dijo que quería primero enterrar a su padre. Jesús dijo en esta ocasión: "Deja a los muertos enterrar a sus muertos". El escriba entendía decir, no que su padre había muerto, sino que era un modo de expresar: repartirse la herencia y designar la parte para mantener al padre. La noche la pasó Jesús con parte de sus discípulos en oración bajo un techado cerca de Corazín.

Por la mañana vinieron también los otros discípulos al Sermón del Monte. Jesús explicó la cuarta de las bienaventuranzas y las palabras de Isaías: "Mira, mi siervo que he elegido, mi amado en quien he encontrado mis complacencias. Mi espíritu quiero ponerlo sobre Él y anunciará el juicio a los pueblos". Había muchísima gente oyendo, entre ella cierto número de soldados y militares romanos de diversas guarniciones. Habían sido enviados para oír la enseñanza de Jesús, ver su proceder e informar a la autoridad. Habían escrito de las Galias y de otras provincias del Imperio romano preguntando sobre el profeta de Judea, ya que también ésta formaba parte del imperio. Los capitanes de Roma eran preguntados y enviaron a estos militares para oír y ver: eran como un centenar los que oían el sermón. Se habían colocado en sitio donde pudiesen ver y oír perfectamente. Después del sermón se dirigió Jesús con los suyos al valle, al Sur de la montaña, donde había una fuente y donde las santas mujeres habían preparado pan y pescado. La muchedumbre estaba sentada en las laderas. Muchos estaban sin alimento, y enviaron a pedir a los apóstoles; los panes y los peces estaban colocados en canastos sobre una terraza. Jesús bendijo estos canastos y repartió con los discípulos a los necesitados. No eran suficientes las provisiones, pero todos recibieron lo que necesitaban, y las gentes decían: "Se multiplican las provisiones en sus manos". Los soldados romanos pidieron de

esos panes para enviarlos a Roma, como señales de lo que habían visto y oído. Jesús mandó darles de los sobrantes, y había quedado mucho, de modo que todos recibieron y los guardaron para recuerdo.

XXIII

Jesús en Gergesa

Mientras Jesús se ocupaba de enseñar y de sanar a los enfermos, en los tiempos libres preparaba a sus discípulos para su misión siempre que podía estar sólo con ellos. Ahora puso a sus doce en fila, junto al lago, en el orden como están en el Evangelio, y les dió la potestad de sanar y de echar los demonios; y a los demás discípulos, la potestad de bautizar y de imponer las manos. Les hizo una conmovedora alocución diciéndoles que estaría siempre con ellos y que todo lo partiría con ellos. La potestad de echar los demonios y de sanar la dió con una bendición. Todos lloraban de emoción. También Jesús estaba conmovido. Les dijo que había aún mucho que hacer y que luego irían a Jerusalén, pues el tiempo del cumplimiento estaba cercano. Como todos estaban entusiasmados, protestaron que harían lo que Jesús pedía de ellos y que seríanle fieles; pero Jesús les dijo que aún sucedería cosas tristes y graves, y que también entre ellos se manifestaría lo malo. Pensaba en Judas Iscariote.

Con estas conversaciones llegaron junto a las barcas, y Jesús y los doce, con otros cinco discípulos, entre ellos Saturnino, navegaron hacia el Este del lago, pasando por Hippos, y desembarcaron cerca de la localidad de Magdala, junto al lago, al Norte del oscuro barranco donde se echa el agua de un pantano que está más arriba, en Gergesa. El lugar está de tal manera situado que sólo le da el sol al mediodía y al ponerse; hay mucha humedad y niebla, especialmente en los cercanos barrancos. No bajaron enseguida al lugar. La barca de Pedro estaba en un arenal, al cual se llegaba por un puente. Cuando bajaron, salieron varios endemoniados gritando qué quería Jesús con ellos, que los dejase en paz. A pesar de eso vinieron hasta donde estaba Jesús, que los libró de su posesión. Los librados dieron gracias y volvieron a sus lugares, y así acudieron otros muchos trayendo endemoniados para ser librados. De los apóstoles fueron Pedro, Andrés, Juan, Santiago y sus sobrinos a esa localidad y sanaron a varios enfermos y libraron a varios poseídos del demonio;

entre ellos había mujeres con convulsiones. Echaban los demonios y curaban a los enfermos en nombre de Jesús de Nazaret. He oído a algunos añadir: "A quien obedecen las tormentas del mar". Algunos de estos sanados o librados vinieron adonde estaba Jesús para escuchar su doctrina. Les dijo a ellos y a los discípulos por qué había aquí tantos poseídos del demonio. Los hombres estaban muy entregados a sus pasiones y a sus intereses temporales. Entre estos posesos había algunos de Gergesa, que está a una hora de camino, sobre una altura, hacia el Este. Se ocultaban en cavernas y sepulcros y andaban por los contornos. Jesús sanó hasta entrada la noche y pasó la noche en la barca con los suyos. De la región de Gergesa, es decir, de un círculo de cuatro horas, no había venido ninguno a su sermón del monte.

Al día siguiente subía Jesús la pendiente cuando le salieron al encuentro dos endemoniados, dos jóvenes judíos de Gergesa, que aunque no estaban siempre furiosos, lo estaban a veces. Andaban de un lado a otro, sin reposo. Cuando Jesús había pasado por aquí viniendo de Tarichea a través del Jordán, estos jóvenes no estaban aún poseídos; habían venido a ofrecerse a Jesús como discípulos, y Jesús los había rechazado. Ahora, que se veían libres, pedían de nuevo estar con Él, y como dijeran que si los hubiera recibido no habrían caído en esa desgracia, Jesús los exhortó al bien y a la conversión y que fuesen a sus casas a contar lo que les había acontecido. Con esto se fueron de allí.

Mientras enseñaba en las chozas y caminos le salían al encuentro otros endemoniados y trastornados, detrás de los setos y de arriba de los montes, y gritaban por qué venía aquí, y que los dejasen en paz. Jesús los llamaba a su presencia, los libraba y algunos clamaban que no los mandase a lo profundo. Algunos de los apóstoles entretanto curaban imponiendo las manos y decían a las gentes que fuesen a una altura al Sur de Magdala, donde Jesús iba a enseñar. Se reunió una gran cantidad de gente. Jesús les habló de la penitencia, del reino de Dios, y les reprochó su codicia por las riquezas de este mundo, y les recordó el precio del alma. Que reconocieran que Dios cuida más de las almas que de los bienes materiales de los hombres. Esto lo decía por lo que iba a suceder con los cerdos de Gergesa, que se echarían al agua. La gente lo había invitado a pasar a Gergesa. Él les dijo que vendría demasiado temprano para ellos y no lo recibirían bien. Le avisaron que no pasara por los barrancos, porque dos furiosos, que rompían las cadenas, se

ocultaban allí, y habían ya matado a un hombre. Jesús les dijo que precisamente por ellos iba a pasar por allí cuando fuera tiempo; pues para los infelices había venido Él. En esta ocasión dijo que si en Sodoma y Gomorra se hubiesen visto las cosas que se vieron en Galilea, ellos se habrían convertido. Como Él quisiera alejarse de allí, le rogaron se quedase, que tenían gusto en oír su amable enseñanza, que les parecía como si el sol resplandeciese en su región de tinieblas; que se quedase, pues ya anochecía. Jesús les respondió en semejanzas: que Él no temía estas noches; que ellos temiesen quedar en las tinieblas en un tiempo en que les viene la luz de la palabra de Dios.

Con esto se embarcó con los suyos; y navegaron como si fueran a Tiberíades, luego torcieron de nuevo al Este y se detuvieron a una hora al Sur del barranco, y descansaron en las barcas. Magdala es un lugar sin importancia, más pequeño que Betsaida, y hay un solo desembarcadero; vive por el comercio de la ciudad de Hippos, que tiene mucho movimiento. Viene un camino de Gergesa a Hippos y hay mucho tráfico. Los confines de Magdala son iguales que los confines de Dalmanuta, unas horas al Sur de estos barrancos.

Cuando Jesús, a la mañana siguiente, bajó a tierra, vinieron varios endemoniados a Él, a los cuales libró con la imposición de sus manos. La gente de esta región está entregada a prácticas de magia, y bebe, para trastornarse, del jugo de una hierba que nace y crece aquí en los barrancos y en las montañas, y así se procuran convulsiones y visiones fantásticas. Poseen otro antídoto que desde hace algún tiempo ya no obra su efecto; por lo cual han caído en mayores miserias. La región de los gergesanos es una extensión de cuatro a cinco horas y de una media hora de ancho, que puede pertenecer a Gergesa. Los habitantes, por su modo de ser y de vivir, valen en verdad bien poco. Comienza por el barranco entre Dalmanuta y Magdala al Sur y comprende las ciudades de Gergesa y Gerasa, unos diez poblados que están desparramados en esta faja angosta de tierra. Detrás de Gerasa confina con la región de Corazín y la tierra de Zin, donde hay mucho terreno estéril. Por el Este los confines de los gergesanos tienen la fortaleza de Gamala; al Sur el barranco; al Oeste el valle de la orilla donde están Dalmanuta, Magdala y la ciudad de Hippos, que no pertenecen ya a ese distrito. Al Norte termina con Corazín. No se debe confundir este distrito de diez regiones con el distrito de la Decápolis, que se extiende mucho más, y está bastante lejos de allí.

En los combates de Gedeón contra los madianitas se mantuvieron los de este distrito de las diez regiones de parte de los paganos e infieles y desde entonces prevalecieron éstos contra los judíos, que pasaron a ser minoría. Mantenían en todas estas regiones, para escándalo de los judíos, una numerosa piara de cerdos que en grandes cantidades iban a revolcarse entre los pantanos en la parte Norte de las alturas de los barrancos; se veían allí centenares de guardianes, hombres y jóvenes, que guardaban por millares estos puercos. El pantano que está como a tres cuartos de hora al Sur de Gergesa, al pie del monte de Gamala, tiene una salida por el Sur en los barrancos, que corre debajo de un puente hecho de tablones y maderas, que forman arriba un especie de estanque, y cuyas aguas fluyen luego hasta el lago de Galilea. Crecen muchas gruesas encinas junto al pantano y en los barrancos. Por lo demás, la región es en general poco fértil. En algunos lugares más soleados hay viñedos. Tienen algún cultivo de caña de azúcar, que exportan. No era solamente la idolatría, sino especialmente la magia y la hechicería lo que los había entregado en poder de los demonios. Esta región de Gergesa está llena de hechiceros que ejercen sus artes mágicas con perros, gatos, sapos, serpientes y otros animales. Hacían aparecer a estos animales y parecía que también a veces iban ellos apareciendo en forma de tales animales, para dañar a los animales de los vecinos o a los mismos hombres. Eran como lobos. Se vengaban también a distancia de sus contrarios o vengaban cosas de otros tiempos y promovían tormentas y tempestades en el mar. Las mujeres se ocupaban también de cocer bebidas mágicas y de hechicerías. Satanás se había adueñado completamente de esta región, y hay allí muchos endemoniados, furiosos y atacados de convulsiones.

XXIV

Jesús echa los demonios en los cerdos

Eran como las diez de la mañana cuando Jesús llegaba a esta región en una canoa en compañía de algunos discípulos. Navegaban entre los barrancos porque el camino era más corto que yendo a pie. Jesús bajó de la canoa y fué al Norte del parapeto, y los discípulos se iban juntando poco a poco con Él. Allá arriba iban merodeando dos endemoniados furiosos, mientras Jesús llegaba; a veces estaban en las cavernas, otras salían afuera,

y se herían y se maltrataban con los huesos de los muertos allí enterrados. Gritaban desesperada y horriblemente; estaban como forzados, pues no huían sino que clamaban mientras se acercaban a Jesús, detrás de los setos y de las rocas, a cierta distancia: "Venid, vosotros, fuerzas, potestades... Ayudad... Viene uno que es más poderoso que nosotros". Jesús levantó su mano contra ellos y les mandó caer al suelo. De pronto cayeron con el rostro en tierra; levantaban la cabeza sólo, y decían, gritando: "Jesús, Tú, Hijo del Altísimo ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿Por qué has venido a atormentarnos antes del tiempo? Te conjuramos, por Dios, que no nos atormentes".

En esto se había acercado Jesús con los discípulos. Los endemoniados temblaban y se estremecían en todo el cuerpo de una manera espantosa. Jesús mandó a sus discípulos que les dieran alguna ropa para cubrirse y a ellos les mandó que se cubrieran. Entonces varios apóstoles les echaron algunas telas que solían llevar al cuello, con las cuales acostumbraban taparse la cabeza. Los endemoniados se cubrieron con eso, entre temblores y convulsiones, como contra su voluntad; se levantaron clamando que Jesús no los atormentara. Jesús preguntó: "¿Cuántos sois?" Dijeron: "Legión". Los malos espíritus hablaban en plural y decían que los malos deseos de estos hombres habían sido muchos. Con esto dijeron los demonios verdad, pues diez y siete años habían vivido estos hombres entregados a los demonios y a las hechicerías, y habían sido poseídos de vez en cuando ya antes; desde hacía dos años estaban como furiosos, vagando por los contornos. Estaban envueltos en toda clase de pecados y hechicerías. En las cercanías había un viñedo, en un lugar más soleado, y en él había una gran tina de material; era alta casi como la altura de un hombre y tan ancha que podían caber de pie unos veinte hombres. Los gergesanos tenían por costumbre pisar allí las uvas mezcladas con esos jugos de hierbas que adormecían, atontaban y enloquecían a los bebedores. El licor corría de allí a grandes tinajas que mantenían enterradas con una boca muy estrecha. Era esta la bebida que solían usar estos hombres para ponerse en estado convulsionario y como fuera de sus sentidos. La planta que embriaga era larga como de un codo, con muchas hojas gruesas y verdes, y tenía arriba un botón. Usaban del jugo de esa planta para ponerse en comunicación con el demonio. Preparaban esta bebida al aire libre por su poder narcótico; sólo extendían unas lonas sobre la gran tina, donde lo hacían. Los trabajadores eran obligados a esta faena.

Jesús mandó entonces a los endemoniados, o mejor, a la legión que había en ellos, que echaran por tierra la gran tina. Ellos tomaron la gran tina llena de líquido y la arrimaron al borde del barranco, de modo que se derramaba todo el contenido. Los trabajadores huyeron espantados, gritando y clamando. Después volvieron los endemoniados, temblando, y los mismos apóstoles estaban espantados de lo que veían. Los demonios gritaban, desde los hombres, pidiendo que no los arrojase al infierno; que no los echase de esa región, y por fin dijeron: "Déjanos entrar en estos cerdos". Jesús les mandó: "Entrad en ellos". A estas palabras cayeron los dos infelices a tierra, entre horribles convulsiones, y salió de ellos una gran nube oscura, donde se veían toda clase de formas de insectos, de gusanos, de sapos, de grillos y de alacranes. Después de pocos minutos se levantó un gruñir y enfurecerse entre los cerdos y un espanto y un griterío entre los porqueros, que no podían contener a sus puercos. Los cerdos, unos millares, salían de todos los rincones y se precipitaban furiosamente barranca abajo, por entre matorrales y piedras: era como un tronar mezclado de gruñidos y de los gritos de los guardianes. Ésta no fué escena de unos momentos: duró un par de horas, porque los cerdos primero corrían de un lado a otro, se mordían y asaltaban, y eran arrojados de un barranco a otro. Muchos se echaron en el mismo estanque de arriba, pero la mayor parte corría precipitándose en el mar. Esto no les gustó a los apóstoles, pues pensaron que quedaban las aguas del mar impuras y aún los peces para su pesca. Jesús, que conoció sus pensamientos, les dijo que no temieran: los cerdos se anegarían todos en los remansos que formaba el agua en la misma entrada del mar. En efecto, había allí una extensa laguna, llena de juncos y de plantas acuáticas, separada del mar por bancos de arena, que sólo en altas mareas se desbordaba y de ordinario estaba separada del mar. Se formaba allí un remanso y un remolino, al cual iban las aguas del mar, pero no tenía salida al mismo. Allí iban cayendo, en ese remolino, los cerdos, uno tras otro. Los cuidadores habían en un principio corrido tras sus puercos; pero luego, viendo inútil su trabajo, volvieron adonde estaba Jesús, y vieron a los dos hombres libres, y comenzaron a dar voces, lamentando sus cerdos perdidos. Jesús les dijo que valían más las almas de esos hombres que todos los puercos del mundo; les dijo que fueran a decirlo a los dueños de los cerdos; que los demonios, que la maldad y corrupción de los hombres había traído a esta región, habían sido echados por virtud de Jesús

de los hombres, y enviados a los cerdos. A los hombres, librados de los demonios, los mandó a sus casas a buscarse vestidos más decentes, y con sus discípulos se dirigió a la ciudad de Gergesa.

Algunos de los porqueros ya habían corrido a la ciudad, y de todas partes salían gentes que venían hacia Jesús. También los sanados de Magdala, los dos jóvenes judíos, con muchos judíos de la ciudad, lo esperaban. Los dos hombres libres volvieron pronto de sus casas, bien vestidos, y escucharon la enseñanza de Jesús. Eran hombres principales de la ciudad, paganos emparentados con sacerdotes de los ídolos. Los hombres que estaban ocupados con la gran tina y que vieron que los dos hombres la volcaban, corrieron a la ciudad publicando el gran daño sufrido, y por esto se levantó un gran tumulto y un desorden descomunal. Muchos hombres corrieron hacia los cerdos para ver si podían salvar algo, y otros corrieron hacia la gran tinaja para ver el daño. Toda esta alarma duró hasta la noche. Jesús enseñó por espacio de media hora en una colina, fuera de Gergesa. Los principales de la ciudad y los sacerdotes de los dioses retuvieron al pueblo, diciéndoles que Jesús era un poderoso mago y hechicero que les podía hacer grandes daños. Tuvieron consejo entre ellos y determinaron que fuera una delegación a Jesús, la cual se acercó al Señor y le pidió que no se detuviera allí y no les causase mayores daños; que lo reconocían como un grande y poderoso mago; pero le rogaban que no se quedase entre ellos. Se lamentaban del daño de los puercos y del líquido derramado, y quedaron espantados al ver a los dos endemoniados, vestidos y quietos, escuchando la enseñanza de Jesús. Jesús les declaró que estuviesen sin cuidado, que no los molestaría más tiempo; que había venido para estos dos pobres infelices, y que sabía bien Él que les interesaban más los cerdos y su infernal brebaje que la salud de sus almas; pero que no era lo mismo para su Padre que está en los cielos, que le había enviado para salvar a esos dos hombres y para perder esos inmundos animales. Les reprochó su pésima vida, su mal obrar, sus hechicerías y brujerías, sus usuras y su demonología; los exhortó a la penitencia y al bautismo, ofreciéndoles la salud. Ellos continuaban teniendo en sus cabezas los cerdos y el brebaje, y volvieron a insistir, aunque temerosos, de que no se quedase en medio de ellos; y regresaron a la ciudad.

XXV

Jesús en la sinagoga de Gergesa

Judas Iscariote era muy conocido en la ciudad porque había tenido que negociar y tratar con ellos, y ahora se mostraba muy activo. Su madre había vivido con él aquí, cuando era muy niño aún, después que salió de la familia que lo educaba ocultamente. Los dos endemoniados eran conocidos suyos desde la infancia. Los judíos del lugar estaban muy contentos, aunque ocultamente, con la pérdida de los cerdos, pues eran oprimidos por estos paganos y escandalizados por estos cerdos; pero había tambien muchos judíos que se habían ya mezclado con las hechicerías de los paganos y participaban de sus culpas. Fueron aquí bautizados los que fueron sanados y librados ayer y hoy, y también los dos últimos. Todos quedaron muy cambiados y convertidos. Los dos ex endemoniados y los dos jóvenes judíos de antes rogaron al Señor los quisiera recibir como discípulos. Jesús dijo a los dos endemoniados cuál sería su misión: que fueran por las diez regiones de Gerasa y se mostraran y narrasen lo que les había sucedido, lo que habían oído y visto, y así moverían a las gentes a la penitencia de sus pecados, a hacerse bautizar y enviarlos adonde Él estaba. Les dijo que no se asustasen, aunque les arrojasen piedras. Añadió que si cumplían bien con esta misión recibirían a su tiempo el poder de predecir lo futuro; de este modo podían saber siempre donde se encontraba Él para enviarle la gente que deseaba escuchar sus doctrinas. Les daría también potestad de imponer las manos sobre los enfermos para curarlos en su nombre. Cuando les dijo esto, los bendijo. Estos dos hombres comenzaron al día siguiente su misión y más tarde se agregaron a los discípulos del Señor.

Los apóstoles bautizaban aquí con agua que habían traído en un recipiente. Las gentes se hincaban en círculo en torno de ellos. Ellos bautizaban con agua del recipiente que uno sostenía, y el que bautizaba derramaba tres veces agua sobre su cabeza. Pasaban de tres en tres a la vez. Cuando por la tarde Jesús fué a la ciudad y habló al jefe de la sinagoga, vinieron de nuevo los principales de la ciudad y pidieron al jefe que alejara a Jesús de la ciudad, y si no le harían pagar todos los daños recibidos si les venían mayores perjuicios. Con esto Jesús dejó la ciudad y pernoctó fuera, en la casa de un pastor. Jesús declaró aquí a los discípulos por qué había mandado volcar la tina y perder los

cerdos: era para mostrarles a esos soberbios paganos que Él era el profeta de los judíos, que ellos despreciaban y oprimían mucho, y para prevenir a los judíos de aquí, que habían tenido parte en el daño de los cerdos, sobre el peligro de participar con los paganos en sus pecados y el daño de sus almas, y finalmente para despertar a este pueblo dormido en sus vicios y moverlos a penitencia y a conversión. La tina la había hecho volcar porque era ese brebaje la causa principal del embrutecimiento demoníaco del pueblo. Al día siguiente hubo de nuevo un gran concurso de pueblo junto a Jesús, pues sus milagros se habían difundido en todos los alrededores. Muchos judíos, que se habían convertido, están por dejar esta región de Gergesa. Los apóstoles que se habían desparramado, sanando enfermos por los alrededores, volvían ahora con los curados trayéndolos a Jesús. Había entre ellos mujeres que traían alimentos en sus canastos, los cuales entregaron a los apóstoles. En uno de estos grandes concursos de gentes se acercó una mujer de Magdala que tenía flujo de sangre. De ordinario no podía caminar; pero ahora, fortalecida con su gran fe, hizo un esfuerzo, logró acercarse a Jesús, besó sus vestiduras y se sintió sana de repente. Jesús continuó enseñando; de pronto se detuvo, y dijo: "He sanado a alguien. ¿Quién es esa persona?" Se acercó entonces la mujer y dió las gracias. Había oído lo acontecido a Enué, y quiso hacer lo mismo.

Por la noche navegó Jesús, con sus discípulos y los dos jóvenes librados de los demonios de Gergesa, por los contornos de Magdala y desembarcó al Norte de Hippos, la cual no está junto al mar, sino más adentro en una altura; y entró en la choza de un pastor con los suyos. Aquí habló a los apóstoles diciendo que pronto sería el cumpleaños de Herodes y que pensaba ir a Jerusalén. Ellos le aconsejaban que no lo hiciera, pues estando la fiesta de Pascua cerca irían entonces. Jesús les habló de modo que parecía decirles que para la fiesta no aparecería públicamente en Jerusalén. Los dos gergesanos rogaron de nuevo al Señor que los admitiese como discípulos, y Él les dijo que tenían ya su misión y les señaló la región desde Kedar hasta Paneas por donde debían andar hablando de las cosas vistas y oídas. Les dió la bendición y les renovó la promesa diciendo que si cumplían bien su misión recibirían el espíritu profético y podrían saber siempre donde se encontraba Él, anunciar castigos a los obstinados y sánar a los enfermos en su nombre. Esto debía ser como en los otros dos por cierto tiempo después. Así debían los dos anteriores anunciar a Jesús en la región de los gergesa-

nos, y estos dos en la región de la Decápolis donde eran todos paganos. Aquí despidió a los discípulos diciéndoles que navegasen hacia Betsaida, y Él quedó solo, a pesar de los ruegos de ellos, y se retiró, caminando por la orilla, a un desierto, para entregarse a la oración. Lo he visto de noche andando por las rocas escarpadas, que parecían, por sus sombras, como figuras humanas.

Era ya completamente de noche cuando vi a Jesús caminando sobre las aguas del mar. Era, al parecer, frente a Tiberíades más al Este que en el medio del mar, donde Él, a bastante distancia de las barcas de los discípulos, parecía quererlos preceder. Había un viento contrario muy fuerte y los apóstoles estaban remando con fatiga. Ellos vieron su forma caminando y se asustaron grandemente. No sabían que fuera Él o su sombra sólo, y clamaron altamente por el temor. Jesús les dijo: "No temáis; Yo soy". Entonces Pedro exclamó: "Señor, si eres Tú, mándame acercarme a Ti sobre las aguas". Jesús dijo: "Ven". Pedro, en su entusiasmo, bajó por la escalerita y caminó un trecho sobre la superficie de las aguas. Me parecía como que se cernía sobre ellas, pues las olas embravecidas no le impedían andar. Pero cuando comenzó a reflexionar, y a maravillarse, y a pensar más en las olas, en el viento y en el agua movediza, que en la palabra de Jesús, sintió miedo, comenzó a hundirse, y gritó: "¡Señor, sálvame!" Se hundió hasta el pecho y extendió la mano. Ya Jesús estaba junto a él, le tomó su mano y dijo: "Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?" Como estaban junto a la barca Jesús subió a ella, y reprochó su miedo a Pedro y a los demás apóstoles; el viento se sosegó, y navegaron hacia Betsaida. Cuando subieron a la barca sacaron una escalera que estaba metida dentro.

XXVI

El endemoniado mudo y ciego

En Betsaida clamaban dos ciegos por la vista; ellos se guiaban uno al otro contra lo que se suele decir en el refrán. Jesús los sanó. Asimismo a varios baldados y sordomudos. Dondequiera que iba le traían enfermos. Muchos que alcanzaban a tocar sus vestiduras, sentíanse sanos. Todos lo esperaban porque sabían que debía volver antes del Sábado. La historia de los dos endemoniados y de los cerdos era ya conocida aquí y hubo mucha admiración y gran conversación sobre ello. Una parte

de los discípulos bautizaban a los sanados en la casa de Pedro. Como no lo dejasen un momento los enfermos, buscaban los apóstoles apartar a Jesús para que pudiese comer y descansar. Como Jesús caminase hacia Cafarnaúm le salió al encuentro otro endemoniado, que era mudo y ciego. Él lo sanó de inmediato. Sobre esta curación se hizo mucho ruído, pues el mudo empezó a hablar cuando se acercó a Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi". Jesús le untó los ojos y el ciego vió. Tenía dentro mucho demonios, pues había estado entre los paganos y caído en sus aberraciones. Los hechiceros y magos de Gergesa se habían apoderado de él. Ahora lo llevaban atado de sogas de un lado a otro y daban espectáculos a las gentes que miraban como rompía las ataduras y hacía otras pruebas de su fuerza. Mostraban también cómo, estando él ciego, hacía cuanto quería, sabía y entendía e iba por cualquier parte donde le convenía; buscaba y reconocía las cosas por estos medios diabólicos. Todo esto lo hacía el diablo que estaba en él. De este modo los de Gergesa que pasaban por las ciudades de la Decápolis usaban del mismo diablo, por medio de estos posesos, para ganar plata. Cuando pasaban por el mar de Galilea y ellos iban en la barca, hacían que el poseso nadase junto a la barca, como un perro que nada en las aguas. Nadie ya se ocupaba de este pobre hombre que se tenía por perdido. No tenía de ordinario donde albergarse y vivía en las tumbas y cavernas, y los que usaban de él lo maltrataban también. Ya hacía tiempo que estaba en Cafarnaúm y no encontraba a nadie que lo presentase a Jesús, y ahora él mismo encontró modo de acercarse y fué librado y sanado.

Antes de empezar el Sábado mientras estaba Jesús en el patio de la casa de Pedro enseñando se produjo una gran conmoción en toda Cafarnaúm. Se había esparcido lo acontecido con los cerdos de Gergesa y la liberación del endemoniado mudo y ciego. Habían llegado varias barcas con judíos de Gergesa que contaban lo que allí había sucedido. Los fariseos, por su parte, esparcían la voz de que Jesús echaba a los demonios por virtud de otro demonio mayor. Esto no lo creyó el pueblo ni le gustó y se reunió una gran muchedumbre delante de la sinagoga. El endemoniado ciego y mudo se abrió paso entre la multitud y se presentó solo delante de Jesús, y muchos lo siguieron para ver lo que sucedería con él. Estaban todos tan convencidos y entusiasmados con las maravillas de Jesús que ahora estaban irritados contra los fariseos, que siempre salían con eso

de que echaba lo demonios en virtud del mismo demonio. He visto entre los presentes a muchos que estaban armados; mandaron a buscar a los fariseos y cercándolos les dijeron que acabasen de una vez de burlarse y difamar a Jesús, y que reconocieran que jamás antes se había levantado en Israel un profeta semejante; que si no cesaban y no dejaban de una vez para siempre su obstinada resistencia, se fueran de allí y dejasen a Cafarnaúm en paz; que estaban cansados de oír esas detracciones y ver la ingratitud de ellos hacia Jesús.

Los fariseos, viéndose en apreturas, se mostraron corteses con el pueblo. Salió de entre ellos un hombre grueso y comenzó a razonar, diciendo que era verdad: nunca se había visto ni oído en Israel tales cosas; ningún profeta había obrado como Éste; pero pedía al pueblo que reflexionase lo que debían pensar sobre el caso de los gergesanos y del endemoniado de hoy, que pertenecía también a los Gergesanos; que en juzgar de tales hechos no hay prudencia bastante. Entonces hizo una relación larga del reino de los demonios y de los malos espíritus, como están en diversos órdenes y diversas graduaciones, y unos tienen más poder que otros y unos obedecen a otros, y como Jesús tiene de su parte a uno de los más poderosos. "Si no, preguntaba el astuto fariseo, ¿por qué no sanó ya de antes Jesús a este endemoniado? ¿Por qué, si es el Hijo de Dios, no echó a los demonios desde aquí y tuvo que ir primero a Gergesa? ¿Veis? Tuvo que ir primero a Gergesa y allí entenderse con el principal demonio del lugar y hacer un trato con él. Tuvo que darle a él los cerdos, en cambio, puesto que aquél era más inferior que Beelzebub, aunque era ya uno importante. Y sólo cuando pudo complacer al demonio de Gergesa, pudo entonces librar a este de aquí". Todo esto lo dijo con finura y elocuencia y terminó rogando al pueblo que aguardase el fin y viese por los frutos lo que era todo eso; que mirasen como en los días de trabajo ya casi nadie trabajaba, para correr tras de Él, para oír lo que dice y ver milagros y prodigios, y en el Sábado todo es desorden y tumulto de gentes y de enfermos que van y vienen. Que se acordasen de lo que había dicho en este día; se retirasen tranquilos a sus casas y se preparasen a la cercana fiesta. De este modo consiguió introducir la división entre los del pueblo y muchos se dejaron fácilmente convencer de estas charlas sin substancia.

Era ya la víspera de la fiesta de la consagración del templo. En las casas y escuelas ardían las lámparas en forma de pirá-

mides, según costumbre; también en los jardines, patios, y en los pozos ardían lámparas y antorchas formando diversas figuras en la disposición. Jesús llegó a la sinagoga con sus discípulos y pudo enseñar sin ser molestado, pues los fariseos temían al pueblo. Jesús conocía sus pensamientos y lo que habían explicado al pueblo; volvió sobre eso mismo y les dijo: "Todo reino que está desunido entre sí será destruído, y así si Satanás echa a Satanás está desunido entre sí mismo y no puede subsistir. Si yo echo a los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por medio de quién los echan vuestros hijos?" Con estas palabras redujo al silencio a los fariseos y salió de la sinagoga sin mayores resistencias de parte de aquéllos. Pasó la noche en casa de Pedro.

XXVII

Jesús visita a Jairo. Estado de Magdalena

Algunos días después Jesús visitó a la familia de Jairo, a la cual exhortó y consoló. Ellos son ahora humildes. Han cambiado completamente y repartido sus haberes en tres partes: una para los pobres, otra para la comunidad de Jesús y la tercera para ellos. La madre está de modo particular cambiada. La hija no apareció, sino cuando fué llamada: vino cubierta con el velo y muy humilde. Está crecida, camina derecha y tiene el aspecto de persona sana.

También visitó Jesús la familia de Cornelio el centurión; la exhortó y consoló, y fué con él a ver a Zerobabel. En esta casa cayó la conversación sobre la fiesta del natalicio de Herodes y se habló de Juan. Ambos personajes, Cornelio y Zerobabel, fueron invitados como todos los grandes del reino a ir a su fiesta y preguntaban a Jesús si convenía ir. Jesús les dijo que podían ir si sentían de no participar de las cosas que allí sucederían; que si podían excusarse, sería mejor no ir. Ellos lamentaron el adulterio de Herodes y su mala vida, y la prisión de Juan, y tenían por seguro que ese día daría la libertad al Bautista.

Jesús visitó a su Madre, en cuya casa estaban Susana de Alfeo, María hija de Cleofás de Nazaret, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Marta hermana de Lázaro. Les dijo que mañana pensaba partir. Marta estaba muy triste por la recaída de Magdalena y por su estado de endemoniada. Preguntó si convenía ir a verla y Jesús le contestó que esperase aún. He visto el estado de Magdalena. Ahora está como loca, rabiosa y

orgullosa; hiere y maltrata a sus criadas; está siempre vestida con excesivo lujo. He visto que pegaba también al hombre que vive con ella y ejercía el dominio sobre todos; y he visto cómo el hombre la castigaba a ella. Después cae en espantosa tristeza; llora y se lamenta; corre por la casa buscando a Jesús, y exclama: "¿Dónde está el Maestro? ¿Dónde está Él? ¿Por qué me ha abandonado?" Le siguen luego convulsiones como de epiléptica. Se puede pensar en la tristeza de Marta al ver a una criatura de tales dotes y de tan distinguida familia en ese estado tan lamentable.

Cosa admirable es ver a Jesús andar por las calles de Cafarnaúm; ya con los vestidos caídos, ya ceñidos, sin muchos movimientos, pero tampoco tieso, caminando casi como si flotase sobre el suelo, sencillo y natural más que cualquier otra criatura humana. Nada que llame la atención, nada de exageración, ningún paso en falso, ningún movimiento injustificado, ninguna mirada de un lado a otro, y con todo una naturalidad y sencillez en toda su persona que encanta y admira. Marta había visitado con Susana los diversos albergues desde Galilea hasta Samaría; ella estaba encargada de una inspección general, mientras las otras santas mujeres tenían el cuidado de un distrito o región. Se encontraron varias de estas mujeres en estos albergues y hacían llevar provisiones y comodidades con asnos a los diversos albergues donde pasaría Jesús con sus discípulos. Una de las veces que estaba María Sufanitis entre ellas corrió la voz de que era María Magdalena la que andaba entre las santas mujeres y que seguía también a Jesús. Esta Sufanitis era bastante parecida a la Magdalena y además no era conocida de vista de este lado del Jordán. A esto se añade que se llamaba María, que había derramado también bálsamo sobre los pies de Jesús en un banquete en casa de un fariseo y que había tenido antes mala fama. De este modo se le confundió a veces con la Magdalena, ahora y después, aún más cuando Magdalena se convirtió; sólo los muy familiares de la comunidad de Jesús la distinguían una de otra. Estas mujeres procuraban y proveían de mantas, camas, vestidos de lana, correas, suelas de zapatos, vasos, recipientes con bálsamo, aceite, etc. Aunque Jesús bien poco es lo que necesitaba, con todo no quería que los discípulos fuesen gravosos con su estadía a otras personas que los recibían y deseaba además evitar la ocasión, cuanto se podía, para que los fariseos no encontraran motivo de murmurar.

XXVIII

Misión de los apóstoles y discípulos

En la conclusión del Sábado habló nuevamente Jesús sobre la murmuración de los fariseos, que decían que tenía demonio y que echaba a éstos por virtud de otro demonio más fuerte. Los retó a que dijeran si sus obras y su vida no concordaban entre sí, si no observaba lo mismo que enseñaba. Nada pudieron responderle. Más tarde enseñó también en casa de Pedro sobre las bienaventuranzas y los pobres de espíritu, e hizo una aplicación de los fariseos. Después preparó a los discípulos para ser enviados a su misión. No quería permanecer más tiempo en Cafarnaúm porque la multitud era muy grande y estaba excitada. Había muchos gerasenos que habían venido y querían seguirle, acostumbrados a vagar de un lado para otro y debían ser mantenidos por ser pobres. Pensaban éstos: "Será como David o Saúl, se hará consagrar rey y establecerá su trono en Jerusalén". Jesús los mandó a sus casas, los exhortó a la penitencia, a observar los Mandamientos y las cosas que habían oído de su predicación. Su reino era muy diferente del que pensaban ellos, y allí no podrían entrar los pecadores. Después abandonó la ciudad de Cafarnaúm con sus doce apóstoles y sus treinta discípulos y se dirigió al Norte del país. Muchos viajeros iban también en la misma dirección. Jesús se detenía a veces y enseñaba a uno y otro grupo a medida que se dirigían a sus respectivas casas. De este modo llegó, a eso de las tres de la tarde, a una hermosa montaña a tres horas de Cafarnaúm, no lejos del Jordán. Había cinco caminos que se dirigían a cinco pequeños pueblos de los alrededores. Despidió a los que le habían seguido hasta ese momento y subió con los suyos a la montaña, después de haber tomado algún alimento.

En la montaña había un sitial de enseñanza y allí Jesús les habló nuevamente de su misión. Les dijo que debían mostrar lo que habían aprendido; que dijeran que el reino de Dios se había acercado, que era el postrer tiempo para la penitencia y que el fin de Juan Bautista estaba cerca. Les dijo que bautizaran, impusieran las manos y echaran los demonios; les enseñó cómo debían portarse en caso de disputas, cómo debían conocer la vanagloria y falsas amistades y cómo debían evitarlas. Les dijo que ahora nadie era más que el otro; que en los lugares se albergasen con gentes piadosas y viviesen pobres, no siendo peso

para nadie. Les dijo cómo y dónde debían dividirse y juntarse de nuevo; que fuesen de a dos apóstoles y algunos discípulos y que otros fuesen delante para preparar a los oyentes, reunir a las gentes y traer y llevar mensajes. Los apóstoles llevaban pequeños recipientes de aceite consigo y Jesús les enseñó a bendecirlo y usarlo para los enfermos. (Mar. 6, 7-13; Mat. 10, 1; Luc. 9, 16). Les repitió todas las enseñanzas que están en el Evangelio, pero no les habló aún de los peligros; sólo en general les dijo: "Ahora seréis bien recibidos en todas partes; pero llegará un tiempo en que os perseguirán". Se hincaron todos en círculo y Jesús oró y les impuso las manos sobre la cabeza. A los discípulos sólo los bendijo. Se abrazaron luego y partieron. Les había señalado la dirección, el camino y el tiempo que debían durar sus misiones, para reunirse otra vez con Él, distribuir de nuevo los discípulos y llevar mensajes. Con Jesús quedaron seis apóstoles: Pedro, Santiago el Menor, Juan, Felipe, Tomás y Judas, y con ellos doce discípulos, entre los cuales los tres hermanos Santiago, Sadoch y Eliachim, hijos de María Helí; además Manahem, Natanael, el pequeño Cleofás y otros de los más jóvenes. Los otros seis apóstoles tenían dieciocho discípulos consigo, entre ellos José Barsabas, Judas Barsabas, Saturnino y Natanael Chased. Natanael, el novio de Caná, no salió con ellos porque tenía otro encargo que cumplir con la comunidad y trabajaba como Lázaro. Lloraban cuando se separaban y los que partían se dirigieron hacia el Este en dirección del Jordán, donde he visto que había un lugar llamado Lekkum, a un cuarto de hora del Jordán. Jesús se encontró de nuevo al pie de la montaña rodeado de multitudes que salían de Cafarnaúm para ir a sus países.

De allí se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet, al Sur, sobre una montaña en dirección a un poblado llamado Hukok. Delante de este lugar le salió al encuentro mucha gente que lo recibió con grande alegría. Junto a un pozo le esperaba un ciego y varios baldados que pedían ayuda. Jesús le mando lavarse el rostro con las aguas del pozo; cuando lo hizo, le ungio con aceite sus ojos, quebró una ramita de una planta y poniéndola delante de sus ojos preguntó si veía algo. Dijo: "Veo un árbol muy grueso". Jesús ungió de nuevo sus ojos y preguntó lo que veía. Aquel contestó: "Señor, veo montes, árboles, hombres", y cayó de rodillas dando gracias. Hubo grande alegría entre todos y llevaron al hombre a la ciudad. Jesús curó también a los baldados que estaban con sus muletas. Estas muletas eran de madera fina, pero muy resistente y tenían tres patas cada una, de modo

que podían quedarse de pie solos y atados tan fuertemente que los enfermos se podían apoyar sobre ellas con el pecho. Cuando el ciego sanado entró en la ciudad cantando, salió mucha gente de la ciudad y con ella el jefe de la sinagoga y los maestros de la escuela con los niños. Jesús entró con ellos en la escuela y enseñó sobre las ocho bienaventuranzas, por medio de parábolas y comparaciones. Los exhortó a todos a la penitencia, porque el reino estaba cerca. Explicó las parábolas. Los discípulos estaban presentes. Les dijo a ellos que entendieran bien para que pudieran repetir estas cosas en los pueblos vecinos y en las casas donde fueren. De este modo aprendían en estas enseñanzas lo que debían luego repetir en los diversos lugares; puesto que se repartían y enseñaban, sanaban y volvían a reunirse por la noche donde se hallaba Jesús.

Jesús enseñó en la casa del jefe de la sinagoga con los discípulos y luego comieron pescados, miel, pequeños panes y frutas. Hukok está como a cinco horas al Noroeste de Cafarnaúm, a cinco horas al Sudoeste de la montaña de la despedida para misionar y a unas tres horas al Sur de Saphet. Aquí hay sólo judíos y en general bastante buenas gentes. La mayoría ya recibió el bautismo de Juan. Se ocupan en trabajos de telas finas, de lana, de bandas angostas, y en confeccionar franjas y borlas de seda. También hacen suelas para zapatos, bajo los cuales ponen dos tacos; en el medio se pueden doblar y son muy cómodos; el polvo del camino sale por los agujeros que les hacen.

Los apóstoles se reparten la ciudad y van por los alrededores. La ciudad debe de haber sido una fortaleza, pues hay varios fosos en torno y se entra por un puente. Desde la puerta se ve adentro la hermosa sinagoga. Los fosos están ahora sin agua. En torno de la ciudad hay alamedas, de modo que no se ve la ciudad sino cuando se está muy cerca. La sinagoga es muy hermosa, rodeada de columnas, de modo que en ocasiones de mucho concurso se abren sus portales y se agranda; por detrás termina en semicírculo cerrado. Está sobre un lugar libre al final de la calle. La ciudad es limpia y bien edificada. Se reunieron todos en la sinagoga. Jesús, antes de entrar, sanó en uno de los pórticos a una cantidad de enfermos, y en otro a mujeres enfermas. Trajéronle muchos niños enfermos, en los brazos de sus padres, a los cuales sanó: a los niños sanos los bendecía. En la sinagoga enseñó sobre la oración, y habló del Mesías: que había llegado, que vivían en su tiempo, que enseñaba su doctrina. Habló de adorar a Dios en espíritu y en verdad; y yo entendí

que era adorar a Dios en el Espíritu Santo y en Jesucristo; pues Él era la verdad, el verdadero Dios vivo hecho carne, el Hijo de Dios concebido por obra del Espíritu Santo. Los maestros le pidieron, contentos y cortésmente, que dijera quién era Él en realidad, de donde era y si sus padres eran sus padres y sus parientes no eran en realidad tales. Le pedían que dijera claramente si Él era el Mesías, el Hijo de Dios; que era cosa conveniente que ellos, los escribas y maestros, supieran bien de que se trataba en este asunto; que eran los maestros y principales, y era bueno que ellos supieran bien quien era Él. Jesús les respondió, evadiendo una respuesta directa: "Si Yo dijere: Yo soy", no lo creerían y replicarían: "Él es hijo de tal y de tal". Que no pregunten de donde venía, sino que meditasen su enseñanza y su obrar; que quien hace la voluntad del Padre ése es hijo del Padre, pues el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, y quien hace la voluntad del Hijo hace la voluntad del Padre. Habló tan hermosamente sobre esto y sobre la oración, que muchos dijeron: "Señor, Tú eres el Cristo. Tú eres la Verdad". Se echaron al suelo y quisieron adorarle. Él les dijo: "Adorad al Padre en espíritu y verdad". Con esto salió de la ciudad y caminó por los suburbios con el jefe de la sinagoga y allí pernoctaron Él y sus discípulos. En estos suburbios hay una escuela y ninguna sinagoga; la escuela es frecuentada y se enseña bien. Todavía se ven las antorchas de la fiesta. En otros días enseñó Jesús en Hukok con parábolas del sembrador y de los diversos terrenos y modos de recibir la semilla; luego del buen pastor que vino a buscar las ovejas perdidas, aunque fuera una sola que alcance a salvar y poner sobre sus hombros. Añadió: "Esto hará el buen pastor hasta que los enemigos lo maten. Sus siervos y los siervos que vendrán después del pastor hagan lo mismo hasta el fin de los siglos. Aún cuando no se salve más que una oveja, el Amor está contento". Enseñó todas estas cosas en modo muy hermoso y amable.

XXIX

Jesús en Bethanat-Gálgala

Los apóstoles y algunos discípulos precedieron a Jesús. Él se dirigió con algunos de sus discípulos hacia el Mediodía, en la dirección en que había venido, hacia Bethanat, que está a hora y media al Sudeste de Saphet. Como a una media hora de Bethanat

le salió al encuentro un ciego conducido por dos niños finamente vestidos de cortas túnicas amarillas y sombreros como sombrillas de cortezas. Eran hijos de levitas. El hombre era ya de edad y de noble condición; había esperado largo tiempo a Jesús. Se apresuró, guiado por los niños, ir al encuentro de Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ayúdame, ten piedad de mi". Y cuando estuvo junto a Él, se echó de rodillas, y dijo: "Señor, Tú querrás seguramente darme de nuevo la vista. Desde hace tiempo te esperaba; desde tiempo sentía una voz que me decía que Tú debías venir a ayudarme". Jesús le dijo: "Si tú crees, hágase según tu fe". Fué con él a un agua que estaba allí entre las matas y le dijo que se lavase los ojos. Los ojos de este hombre estaban como cubiertos, juntamente con parte de la frente, como con escamas. Cuando se hubo lavado se le cayeron las escamas de los ojos, y Jesús le ungió con aceite los ojos y la frente. De pronto el hombre vió y dió gracias. Bendijo también a los dos niños y dijo que ellos predicarían más tarde la palabra de Dios. Mientras tanto se acercaba a la ciudad donde los apóstoles y los discípulos se juntaron de nuevo con Jesús. Ya se había reunido mucha gente de la ciudad y cuando advirtieron que el ciego venía viendo, el contento de todos fué extraordinario. Este hombre se llamaba Ktesiphon, empero, no es el Ktesiphon, también ciego, que, sanado, fué después discípulo y partió más tarde con Lázaro hasta las Galias. Jesús se dirigió con sus discípulos y con los levitas a la sinagoga, donde enseñó.

Duran todavía las fiestas y se ven las antorchas y lámparas encendidas para esta ocasión. Jesús repitió las parábolas del sembrador y del buen pastor. Las gentes aquí eran buenas y se mostraban muy contentas con la venida de Jesús. Se albergaba en la casa de los levitas, junto a la escuela. No había en este lugar fariseos. Estos levitas vivían en comunidad, como en un convento y desde aquí enviaban a su gente de un pueblo a otro. Este lugar de Bethanat había estado habitado mucho tiempo por gentes paganas, porque los hijos de Neftalí las habían dejado allí haciéndose pagar tributo por ellas; ahora no se encuentra ya ninguno. Fueron desterrados cuando se reedificó el templo y Esdras y Neemías obligaron a los judíos a abandonar sus mujeres paganas. Las severas amenazas de Dios pronunciadas por los profetas contra estos matrimonios con paganas y los que permanecieran en ellos, se cumplieron, pòr no echar del país a los infieles que eran causa de escándalo para el pueblo. En efecto, he visto que en torno del monte Tabor y en las montañas entre

Endor y Scytópolis, donde las montañas son tan barrancosas, donde veo se ha cavado tanto oro y donde no habían echado a los paganos, se han convertido ahora en lugares áridos y estériles en sumo grado.

Desde Bethanat se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet y, rodeando esta ciudad, a Gálgala, que es un lugar importante cruzado por un camino principal. Entró en la sinagoga. Hay fariseos en esta ciudad. Enseñó severamente, reprochándolos, y explicó varios textos de Malaquías que hablan del Mesías, del precursor Juan Bautista y del puro y nuevo sacrificio, diciendo que ese tiempo había llegado y era el presente.

XXX

Jesús en Elkese y en Saphet

Desde aquí se dirigió al Este, hacia Elkese, al Norte de Saphet, donde había nacido el profeta Nahum. Enseñó algún tiempo y en una casa de leprosos sanó a ocho de ellos y les mandó presentarse a los sacerdotes de Saphet. Enseñó también a algunos pastores. Veo pastos muy altos y muchos camellos pastoreando en ellos. Estuvo también Jesús en las cavernas de las montañas donde vivían muchos paganos, y los estuvo adoctrinando. Todo el día lo pasó enseñando, sanando y caminando de un punto a otro; en el trayecto le traían enfermos. Hacia la noche llegó a Bethan, al Oeste de Saphet, en las montañas, como a una hora de Bethanat: es un pequeño lugar dependiente de Bethanat y está tan cerca de la escarpada parte Oeste de Saphet, que desde arriba se mira adentro de la ciudad. Jesús se hospedó con sus discípulos entre algunos de sus parientes.

Vivía aquí una hija casada de una hermana de santa Isabel. Tenía esta mujer cinco hijos, de los cuales la menor contaba once años. Los hijos tendrían de dieciséis a veinte años. Vivía esta familia en un lugar separado, con otras de la misma índole, en una hilera de casas junto a los muros de la ciudad; de modo que estaban en parte dando a los muros de la ciudad y en parte a las rocas de la montaña. Pertenecían a aquellos esenios que contraían matrimonio, y el marido de la sobrina de Isabel era ahora el jefe de estas familias. Esta familia tenía una posesión aquí de sus antepasados: eran personas muy piadosas. Hablaron con Jesús sobre el Bautista, preguntándole si pronto se vería libre de su prisión. Jesús les dijo cosas sobre él que los pusieron

muy tristes y afligidos, aunque quedaron callados. El Bautista había estado con ellos cuando salió del desierto para ir a las aguas del Jordán, y ellos habían sido de los primeros en ir al bautismo de Juan. Hablaron también con Jesús de sus hijos diciendo que pensaban ir a Cafarnaúm para la pesca y asociarse con ellos. Jesús les dijo que esos pescadores habían emprendido ya otra pesca y que sus hijos también más tarde les seguirían a ellos en esa misión; fueron después de los 72 discípulos. Jesús enseñó y sanó a algunos enfermos. Le oí decir aquí que los apóstoles y demás estaban ahora en los confines de Tiro y Sidón, mientras Él pensaba ir a la Judea. He visto que Tomás se alegró de este viaje porque pensaba que habría allí contradicción de parte de los fariseos y que él pensaba disputar con ellos y que había dicho esto a los demás apóstoles, los cuales no estaban muy contentos con este proyectado viaje. Jesús reprendió esta audacia de Tomás y le dijo que día vendría en que ni él mismo creería. Tomás no pudo, por el momento, persuadirse de esta posibilidad. Mientras Jesús enseñaba en la escuela sobre las ocho bienaventuranzas vinieron unos fariseos de Saphet para invitarlo para el Sábado. Estaba declarando la parábola del sembrador con las semillas que caen en diversos terrenos; los fariseos no querían admitir la semilla sobre el terreno pedregoso, y disputaron con Él. Jesús los redujo al silencio y como lo invitaran para el Sábado, dijo que quería ir por causa de la oveja perdida, aunque ellos y los saduceos que había allí se escandalizarían de su enseñanza. Ellos dijeron: "Maestro, deja esto por nuestra cuenta". Jesús dijo que conocía bien su malicia y que todo el país estaba lleno de su maldad. Después, acompañado de muchas gentes, salió de allí y se dirigió a Saphet, que está de este lado edificado en una altura escarpada, donde el techo de una casa es como suelo para otra más baja, y los caminos están más bajos que las casas de modo que hay que subir a las casas por escalones cavados en las rocas. Hay que caminar como media hora para llegar a lo alto a la sinagoga, donde hay una explanada más ancha que cae hacia el Noreste.

Delante de la ciudad Jesús fué recibido con fiestas por buenas gentes; venían con palmas y hojas verdes, cantando himnos. Luego le lavaron los pies a Él y a los apóstoles, y les ofrecieron un refresco. De este modo llegó a la sinagoga donde estaban reunidos muchos, porque hoy se clausuraban las fiestas de las luminarias, y era novilunio y Sábado, y querían oír a Jesús. Había en Saphet muchos fariseos, saduceos y simples levitas,

como también escribas y doctores de la ley. Había aquí una especie de escuela de teología y de varias ciencias y artes y concurrían muchos jóvenes. Tomás había estado también aquí como estudiante y por esto ahora visitó a su antiguo maestro, un fariseo, el cual se admiró de encontrarlo en tal compañía. Tomás, empero, habló con tanto calor y entusiasmo de Jesús y de sus enseñanzas, que el fariseo tuvo que callar. Se habían establecido también algunos fariseos y saduceos de Jerusalén, que habían ganado tanta influencia en la escuela que eran de peso a los mismos fariseos del lugar. De éstos eran algunos de los que habían invitado a Jesús. Hablaron con grandes alabanzas de su fama y de su gloria, pero le decían que no convenía hiciera aquí mucho ruido, ya que se habían escandalizado por el recibimiento tan festivo que le habían hecho. Jesús les respondió delante de todo el pueblo que en realidad el Sábado no había aún comenzado y habló del escándalo y malos ejemplos de que se llenaba el país y que ellos mismos daban; no les echó en cara nada en particular: sólo les dijo que expusieran en concreto algo en que no observaba la ley que había venido para cumplir por orden de su Padre celestial. Mientras así disputaba con los fariseos sobre el cumplimiento de la ley, vinieron aquellos leprosos que había sanado ayer y que debían presentarse a los fariseos. Jesús dijo: "Ved ahí cómo cumplo la ley. Éstos vienen porque les he mandado, siendo que no es necesario, pues no han sanado por medicina, sino por orden de Dios y de repente". No les gustó este encuentro y se fueron de allí para reconocer a esos sanados de lepra. Se les observaba sólo el pecho para declararlos limpios, y los fariseos tuvieron que declararlos tales, a pesar de su mala voluntad.

Jesús enseñó en la sinagoga, además del primer libro de Moisés y del primer libro de los Reyes, sobre los diez Mandamientos, y señaló varios puntos en los cuales solían los fariseos y saduceos faltar mayormente. Habló del cumplimiento de la promesa y del advenimiento de la salud, y del castigo que vendría sobre todos los que no recibirían esta exhortación a la penitencia. Habló de la destrucción del templo y de la ruina de muchas ciudades. Habló de los verdaderos preceptos que ellos no entendían y de los preceptos de ayer, como los llamó, que Él dejaba como sin valor.

Yo tuve la idea de que se refería algo así como a los libros de ahora de los judíos, como el Talmud, que ellos mismos estimaban y estudiaban. Después de la sinagoga se fué con los discí-

pulos a la casa de uno de los fariseos que tenía un albergue común para los rabinos del lugar y donde se reunían los demás fariseos. En esta comida Jesús les reprochó a los fariseos por qué reprendían a los discípulos por no lavarse las manos y otras observancias vanas que tenían con las comidas y las viandas, por qué observaban a los que traían las viandas toda mancha o defecto que notaban en los recipientes y en los alimentos. A la mañana siguiente trajeron con mucho trabajo por los caminos tortuosos de la ciudad a muchos enfermos ancianos al patio donde estaba Jesús. Él comenzó a sanarlos pasando por las hileras donde estaban estacionados. Eran sordos, mudos, ciegos, gotosos, baldados y enfermos de todas clases. Los sanaba con oración, con imponer las manos, con aceite bendito y con mayores ceremonias que otras veces. Habló con los discípulos diciéndoles que usaran de estas diversas maneras de sanar, y exhortó a los enfermos según sus necesidades.

Los fariseos y saduceos venidos de Jerusalén se escandalizaban mucho de todo esto; quisieron alejar a varios enfermos, y comenzaron a discutir y a pelear. No querían de ninguna manera permitir lo que llamaban desorden en Sábado; se armó un gran tumulto, de modo que Jesús intervino y preguntó qué pretendían. Empezaron a discutir con Él sobre su enseñanza, como hablaba siempre de su Padre y del Hijo cuando se sabía perfectamente de quien Él era hijo. Jesús les dijo que quien hacía la voluntad de su Padre ése era hijo del Padre y que el que no observa los Mandamientos no tenía derecho de juzgar aquí, sino estar contento de no ser echado como forastero de la casa. Como continuaran disputando acerca de que no debía curar, de que no se había lavado antes de comer y de que no se sentían convencidos de no observar los Mandamientos, se llegó a tal grado que Jesús se vió obligado, con gran vergüenza y espanto de ellos, a escribir, en caracteres que ellos sólo entendían, sus pecados secretos en la pared. Les preguntó si querían que eso quedase allí y se conociese públicamente, o si preferían dejarlo seguir sanando sin molestarlo y así se borrarían las letras. Se llenaron de grande espanto. Con esto siguió sanando, salió de allí y ellos borraron la escritura. Habían usado varias trampas y enredos con donaciones públicas para viudas y necesitados, y habían edificado y usado mal esos dineros. Saphet tenía muchas de esas donaciones, y sin embargo abundaban los pobres y miserables en la ciudad. Por la noche terminó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga y pernoctó en la misma casa de antes. Junto a la sina-

goga hay una fuente de donde brota agua. La montaña de Saphet es hermosa, llena de verdor, con muchos árboles y jardines en derredor. Hay muchos mirtos que esparcen agradable perfume. Hay muchas edificaciones cuadradas y fundamentos para construír sobre ellos tiendas de campaña. Los habitantes confeccionan vestiduras sacerdotales. La ciudad está llena de estudiantes, de escribas y doctores de la ley.

XXXI

Jesús en Kirjathaim y Abram

Jesús estuvo con sus discípulos en los alrededores de la ciudad y sanó a muchos enfermos. Por la mañana envió a uno de los sobrinos de José de Arimatea y al hijo de Serafia a la ciudad de Kirjathaim que está a tres horas de aquí, para preparar el alojamiento, y después salió de Saphet. Durante el camino los discípulos se esparcieron por uno y otro lado y Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos. Caminaron entre Bethan y Elkese, hacia el Oeste; luego torcieron hacia el Sur. Un poco detrás de Elkese, donde hay un pozo muy hermoso, vése una laguna grande, como la de Betulia, de forma oval: sale de ella al Sur un arroyo hacia el valle de Cafarnaúm. Este valle a veces se estrecha y otras se ensancha: hasta Cafarnaúm puede tener una longitud de siete horas de camino. En el camino a Kirjathaim le salieron al encuentro algunos endemoniados, que le pedían ayuda. Decían que los apóstoles no les habían podido ayudar y ellos estaban convencidos que Él podía. Les dijo que si los discípulos no les habían podido ayudar no era culpa de ellos, sino de los endemoniados, que no tenían la fe necesaria, y los mandó a Kirjathaim y que ayunasen hasta que pasase Él a liberarlos. Los hizo esperar y hacer penitencia.

A una media hora antes de Kirjathaim le salieron al encuentro los levitas de la ciudad y los maestros con los alumnos; estaban los dos discípulos que habían sido enviados a preparar albergue. Lo recibieron junto a un jardín con baños que recibían el agua desde el arroyo por medio de un canal. Este jardín estaba lleno de hermosos árboles y enramadas formando techos, y rodeado de un tupido cerco de plantas. Allí lavaron los pies a Jesús y a los discípulos y les ofrecieron un refresco. Jesús enseñó a los niños y los bendijo. Serían como las cinco cuando entraron en la ciudad, sobre una colina, mirando hacia el valle. Camino

de la sinagoga fué sanando toda clase de enfermos que se alineaban a lo largo de la calle. En la sinagoga enseñó sobre las ocho bienaventuranzas y sobre el castigo de los levitas que habían puesto su mano en el Arca de la Alianza. Pasó a decir que mayor castigo vendría sobre los que pondrán sus manos en el Hijo del Hombre, puesto que el Arca de la Alianza era solo una figura del Mesías. Se albergó en una de las casas que los discípulos habían dispuesto y alquilado de antemano. En una casa donde cocinaban para personas enfermas se preparaban los alimentos para los discípulos; Jesús y los levitas tomaban parte a estas comidas.

Kirjathaim es una ciudad de levitas y no hay allí fariseos; viven algunas familias emparentadas con Zacarías; Jesús las visitó y ellas estaban muy preocupadas por la suerte de Juan. Jesús les recordó el nacimiento de Juan y las cosas sucedidas entonces y su manera admirable de vivir y su misión. Les dijo muchas cosas del nacimiento del Hijo de María, en relación con Juan, y como la suerte de Juan está en las manos de Dios: que debía morir cuando llenase su misión y que estaba preparándose para su muerte. Junto a la sinagoga fué asediado por los dos endemoniados de ayer y otros muchos enfermos; sanó a varios y a otros mandó ayunar, hacer limosna y orar. Esto lo mandaba porque en este lugar las gentes estaban más acostumbradas al ayuno, a la penitencia y a la oración. Después se dirigió con los discípulos al jardín donde había sido recibido. Aquí enseñaba mientras los discípulos bautizaban. Había paganos que vivían en tiendas y le esperaban, pues habían estado en Cafarnaúm y los encaminaron hacia aquí. Se bautizaron como cien personas. Se ponían en el agua en un estanque: bautizaban Pedro y Santiago el Menor, y los demás ponían las manos como padrinos. Por la tarde enseñó Jesús sobre las ocho bienaventuranzas, y luego habló de la falsa alegría de los falsos profetas que contradecían las amenazas verdaderas de los profetas; estas amenazas se habían cumplido. De paso repitió las amenazas contra aquellos que no recibían al enviado de Dios.

Jesús salió de Kirjathaim y se dirigió hacia el Sur con sus discípulos. A su salida fué saludado solemnemente como a la entrada por los levitas y los niños de la escuela. Los habitantes viven aquí del comercio de tránsito y confeccionan vestiduras y adornos de seda para los sacerdotes: la seda la traen del extranjero. En la otra parte de la colina, al Sur, hay una plantación de cañas de azúcar con las cuales comercian. Jesús pasó

por esta altura mientras los discípulos se esparcieron al Este, por el valle. Enseñó en Naasón y encontró aquí gente de Cafarnaúm y también algunos paganos. A menudo le acompañan grupos de personas un trecho de camino. He visto que aquí sanó a varios que le esperaban a lo largo del camino, entre ellos algunos completamente encorvados y torcidos. Los tomó de la mano y les mandó ponerse derecho. Quisieron seguirle, pero les mandó volver a sus casas. Atravesó un valle y llegó a la ciudad de Abram, en la tribu de Aser, y se albergó en una posada. Hay hermosos jardines en torno de la ciudad. Jesús llegó con dos discípulos al albergue; los demás aún no se habían reunido.

La región del Este del barranco, que corre desde el Líbano hasta el valle de Zabulón, es sumamente hermosa y rica en praderas, y por eso se ve mucho ganado y camellos que pastorean. Más hacia el mar abunda la fruta. La ciudad de Abram está como a tres horas de Kirjathaim; pero Jesús empleó cinco horas, por andar enseñando y sanando. Por la noche llegaron Tomás, Juan y Natanael y se reunieron con Jesús en el albergue. Los otros andaban aún por los alrededores. Los confines entre Neftalí y Zabulón dividen la montaña donde está Abram. El cuidador del albergue presentó a Jesús una cuestión para resolver por causa de un pozo donde tomaban agua las bestias, que él debía cuidar. Porque estaban tan cercanos los límites y había mucho ganado, disputaban con frecuencia por el agua. El cuidador dijo: "Señor, no te dejaremos ir hasta que no dirimas esta cuestión". Jesús dirimió la cuestión más o menos en esta forma: que dejasen acercarse una cantidad igual de animales de una y otra parte, y a la parte que sin empuje fueran más cantidad de animales por sí mismos al pozo, se le reconociera mayor derecho. Luego habló del agua viva que debían desear y que Él les podía dar: los que mayormente la deseasen, ésos la obtendrían. A la mañana siguiente entró en la ciudad, que parecía dividida en dos partes por una calle principal. Se ven muchos jardines alrededor.

Los maestros de la escuela vinieron a su encuentro, le lavaron los pies y lo acompañaron a la sinagoga. En el camino sanó a varios enfermos estropeados, a ancianos demacrados tendidos en los caminos y a endemoniados que aún no estaban furiosos, pero que murmuraban entre sí y se movían de un lado a otro, y a otros hombres anormales. Estos endemoniados repetían lo que otras veces: "Jesús de Nazaret; Jesús es Profeta; Hijo de Dios; Jesús de Nazaret". Jesús los sanó y liberó con su bendición. En

la sinagoga enseñó sobre las bienaventuranzas y sobre la lección del profeta Malaquías. Había aquí fariseos, saduceos y dos sinagogas, una en cada parte de la ciudad. Los saduceos se reunían en otra sinagoga, donde Jesús no enseñó. Los fariseos se portaron correctamente con Jesús. El albergue está como a un cuarto de hora de camino al Sur de la ciudad y es uno de los ordenados por Lázaro. El cuidador es un esenio casado, descendiente de aquel Zacarías que fué muerto entre el templo y el altar. La mujer de este hombre es una nieta de una hermana de santa Ana. Tienen hijos ya crecidos y poseen ganado y praderas junto al lugar donde Joaquín había orado antes de la concepción de María. Ahora, como tienen poco trabajo en casa, se establecieron aquí y más tarde serán relevados por otras personas. El albergue está arreglado bien; tiene un jardín, un campito y un pozo de agua. No hay en Abram paganos, pero viven algunos en las alturas de la montaña.

Los otros apóstoles que Jesús dejó antes de entrar en Kirjathaim se juntaron aquí, entre ellos Andrés y Mateo. Tomás y Santiago el Menor fueron, en lugar de ellos, a Achzib en Aser, a diez u once horas. Con Andrés llegaron unos veinte hombres, entre sanados y extranjeros, que querían oír la predicación de Jesús. Los dos apóstoles contaron que todo les había salido bien: sanar enfermos, echar demonios, enseñar y bautizar. Vinieron al albergue varios hombres: unos pidieron consejos; otros eran enfermos, estropeados y ancianos demacrados y también mujeres enfermas, que aguardaban en otro lugar. Había endemoniados entre ellos. Algunos enfermos sanados ayer se ofrecieron a ayudar hoy a los otros enfermos y a Jesús, pero Él les dijo que había venido no para ser servido sino para servir. Jesús estuvo toda la mañana sanando enfermos y tuvo que zanjar otra cuestión de derechos de agua. Aquí corren los límites de Aser, Neftalí y Zabulón; la gente tiene mucho ganado y así disputan por el agua. Unos decían que los otros usaban del pozo que habían cavado sus antepasados, y que estaban dispuestos a hacer lo que dijese Jesús; pero que no querían sin más dejar los derechos que les venían desde sus antepasados. Jesús decidió la cuestión diciendo que cavasen un pozo en un lugar que señaló; que allí encontrarían más y mejor agua.

Se bautizaron aquí unos veinte o treinta judíos, entre ellos los venidos con Andrés y Mateo. Como no había un estanque donde entrar, eran bautizados en círculo, derramándoseles el agua sobre las cabezas. Después de esto entró Jesús en la ciudad.

La gente que sanaba en la ciudad eran enfermos de casi la misma clase; dependía de la altura de la ciudad y de las costumbres de los habitantes. Estuvo con los niños que le esperaban en las calles, en las plazas y en todos los rincones; los bendecía, les preguntaba, les enseñaba y los despedía contentos. Las madres le traían niños enfermos a los cuales curaba; se había reunido una gran multitud. En la sinagoga estuvieron los fariseos muy corteses con Él; se señalaron el mejor lugar y dispusieron en torno a sus discípulos y le presentaron los rollos abiertos. Enseñó sobre una de las bienaventuranzas y pasó a hablar de las persecuciones de que serían objeto Él y sus discípulos, y del castigo que sobrevendría a los perseguidores con la destrucción de la ciudad y del templo. Los fariseos interrumpían para que aclaráse esto o aquello de lo que iba diciendo. Esto se suele hacer. Las gentes son laboriosas: preparan algodón para la venta; fabrican telas y tejen una especie de lino. Nace de una caña gruesa de la cual se sacan delgadas hojas, que luego trabajan y preparan sobre huesos cortantes o maderas; así las reducen a finas hebras amarillas brillantes, que cosen a las ropas como adornos. No es ni lino ni el cáñamo nuestro. Fabrican también mantas y telas para tiendas de campaña y divisiones de estera para las casas.

Jesús y los apóstoles emplearon toda la mañana siguiente y una parte de la tarde en visitar casas particulares en el Sur de la ciudad. Enseñaban, consolaban, reconciliaban y exhortaban a la unión, al amor, a la paz en las familias. Donde había mucha gente en los hogares allí Jesús enseñaba; si eran pocos se llamaba a las familias vecinas por medio de los discípulos. Muchas cosas se arreglaban de este modo: estas visitas eran para aquellas familias donde había ancianos y enfermos que no podían ir a la sinagoga. Algunos muy ancianos fueron bautizados en sus lechos y otros que apenas podían enderezarse eran bautizados con un recipiente de agua. En el primer día de su entrada en Abram exhortó a dos novios y asistió después a su casamiento. A otras tres parejas que estaban en una casa donde había parientes, fariseos y sacerdotes, las exhortó y les hizo una enseñanza sobre el matrimonio. Habló de la sumisión que deben las mujeres al marido, por mandato de Dios, después del pecado; pero que los hombres vieran en sus mujeres la promesa y respetaran esa promesa: la semilla de la Mujer debe pisar la cabeza de la serpiente. Ahora que el tiempo es llegado y la promesa cumplida, entra la gracia en lugar de la ley, y así las mujeres

obedezcan con reverencia y humildad, y los hombres manden con caridad y bondad. En esta ocasión dijo que no preguntasen como vino el pecado en el mundo: vino por la desobediencia, y la salud viene por la obediencia y la fe. Hablando del divorcio, dijo que el hombre y la mujer formaban un solo cuerpo, y no podían por eso ser separados; y si de la unión de los mismos resultaran grandes dificultades y pecados, se podían separar, pero no podían casarse nuevamente con otros. Las leyes de separación y de divorcio, dijo, fueron leyes para la rudeza y la infancia de los pueblos; pero que no siendo ellos ya niños, y habiendo llegado la plenitud de los tiempos, el casarse con otro es una falta a la eterna ley de la naturaleza misma. La separación sea sólo para evitar mayores pecados y después de serio examen. Tuvo esta enseñanza en la casa de uno de los novios; pero estaban los demás novios presentes, aunque separados unos de otros, hombres y mujeres, por una cortina. Jesús estaba sentado en un extremo de la pieza enseñando, rodeado de algunos apóstoles y discípulos. Estaban presentes los padres de los novios, separados según su sexo. Esta enseñanza sobre el matrimonio dió ocasión a contradicciones de los fariseos, no en la casa, sino más tarde, en la sinagoga, cuando Jesús enseñaba sobre la opresión de los israelitas en Egipto y del profeta Isaías. Aquí disputaron sobre la enseñanza de Jesús, pareciéndoles demasiado poco lo dicho sobre la sumisión de las mujeres a sus maridos y demasiado severo lo dicho sobre el divorcio. Estuvieron desenrollando toda clase de escritos, y no pudieron, sin embargo, aceptar la doctrina de Jesús explicada antes; pero, a pesar de todo, la disputa no pasó los límites de la cortesía y de la buena educación.

Unos días después estuvo Jesús en el casamiento de los otros, con algunos discípulos, como testigo. Fueron casados, según la ley, bajo el cielo abierto, porque se descubrió la cúpula de la sinagoga para este caso. He visto que de ambos se sacó un poco de sangre del dedo anular, que bebieron esto mezclado con vino y se cambiaban los anillos. Después de las ceremonias de la sinagoga, siguieron las danzas, la comida y los juegos, a los cuales invitaron a Jesús y a sus discípulos. Esto transcurrió en un hermoso salón con columnas. Los recién casados no eran todos de la ciudad: algunos eran de lugares vecinos, pero se habían concertado de celebrar sus casamientos todos aquí, aprovechando la venida de Jesús. Algunos de ellos habían estado con sus padres en las enseñanzas de Jesús en Cafarnaúm. La

gente aquí era buena y bien intencionada, y los casamientos, hasta de los pobres, eran celebrados con solemnidad, igual que los de los ricos, aunque no pudieran pagar los gastos.

XXXII

Jesús en las bodas en Abram

He visto que los invitados daban ciertos regalos y que Jesús también hizo su regalo consistente en dinero de la comunidad, por sí y por sus discípulos. Pero he visto luego que le enviaron canastos con panes y tortas de bodas al albergue y que Jesús los mandó repartir entre los pobres. La danza al principio fué muy moderada y a pasos lentos. Las novias estaban con el velo, colocadas frente a sus novios, y cada novio danzó una vez con la novia. No hubo entre ellos tocamiento alguno; llevaban en las manos pañuelos, y sostenían los cabos de los mismos cuando danzaban. Después danzaron todos juntos. La fiesta duró una hora, después de lo cual se sentaron a la mesa, separados los hombres de las mujeres. Los músicos eran niños y niñas, con coronas en las cabezas y en los brazos. Tenían flautas, cornetas y otros instrumentos. Las mesas estaban dispuestas de tal manera que se podían oír hombres y mujeres, pero no ver. Jesús se acercó a la mesa de los novios y contó una parábola semejante a las diez vírgenes, y declaró el sentido de las prudentes y de las necias muy acertada y familiarmente. Les iba diciendo a cada pareja lo que tenían preparado en su nueva casa y declaraba su sentido espiritual. Las cosas que decía venían muy a propósito del carácter y del vicio predominante de cada uno, de tal manera que corregía y advertía sin que los demás se dieran cuenta. Tomó ocasión también de las lámparas encendidas, haciendo oportunas aplicaciones. Después de la comida se pasó al patio, donde se jugó a las adivinanzas y a las suertes. Los acertijos caían a través de una madera dispuesta con agujeros y cada uno tenía que resolver el acertijo que le tocaba o pagar alguna pena. Los acertijos no resueltos volvían a entrar en juego, y el perdedor podía volver a ganar lo perdido si resolvía bien. Jesús presenciaba el juego, haciendo oportunas advertencias y aclaraciones.

Después de la fiesta volvió Jesús con los suyos al albergue fuera de la ciudad y le acompañaron festivamente con antorchas. Visitó de nuevo la sinagoga y enseñó y se fué a la escuela de

los niños y de los jóvenes, a quienes preguntaba y exhortaba. Se despidió de algunas personas, y después de la comida fué a la escuela de las niñas, que era al mismo tiempo un taller de bordados y costuras. Las niñas contaban de seis a catorce años y estaban con sus vestidos de fiesta; eran muy numerosas. Estaban presentes dos escribas que todos los días enseñaban allí la ley; también ellos estaban vestidos de fiesta, con anchas fajas y largos manípulos en los brazos. Unas diez viudas cuidaban de las niñas; además de aprender a leer, escribir y contar y conocer la ley, hacían bordados que luego se vendían para mantenerse. En largas salas estaban extendidas telas anchas como de una vara y otras más angostas, hasta el ancho de una faja; las partes terminadas eran arrolladas. Se veían delante de ellas las muestras dibujadas que debían imitar. Eran flores, hojas, árboles, figuras y líneas que serpenteaban en medio de las figuras. Las telas eran muy finas, de lana liviana, parecidas a los mantos de los Reyes Magos: sólo que parecían más resistentes y de diversos colores. Trabajaban con lanas de distintos tonos, y también con seda, mayormente amarilla. Tenían pequeños ganchitos en lugar de agujas. Algunas trabajaban sobre telas blancas. Otras bordaban fajas y ponían palabras en ellas. Las niñas estaban en el trabajo unas junto a las otras. Sus tareas estaban graduadas, de modo que adelantaban según la edad y la capacidad. He visto que las más pequeñas preparaban los hilos; otras extendían la lana y la peinaban; otras hilaban, y otras alcanzaban a las mayorcitas los hilos y los instrumentos que necesitaban. Hoy no trabajaban, pero mientras pasaba Jesús entre ellas y las maestras mostraban los trabajos, a mí me era enseñado en cuadros todo el procedimiento que se usaba en la escuela. He visto que le mostraban también grandes figuras bordadas, trabajos encargados por personas interesadas. Muchos trabajos eran encargados y vendidos. Aun los paganos cambiaban estos bordados por telas crudas o los compraban. Algunas de estas niñas vivían allí mismo como pupilas; otras venían de la ciudad. La casa tenía dos pisos y la ganancia se invertía en la escuela. Había una sala para enseñanza, y Jesús preguntaba. Las niñas tenían todas sus pequeños rollos en las manos. Las más pequeñas estaban delante y las maestras detrás de todas. Pasaron en varios turnos delante de Jesús, junto a su sitial, y Él les enseñaba con semejanzas de sus trabajos y luego las bendecía. Después de esto dejó la escuela y ellas le hicieron a Jesús un regalo de

telas bordadas y fajas que mandaron al albergue, y que luego envió Jesús a la sinagoga.

Jesús terminó el Sábado enseñando en la sinagoga. La ciudad estaba llena de gente y todos se habían reunido. Varios discípulos habían visitado diversas casas y Jesús se despidió delante de la sinagoga de todos los presentes, resumiendo brevemente lo que había enseñado Todos estaban muy conmovidos y deseaban que se quedase más tiempo allí. Antes que dejase la ciudad para ir a Dothaim, envió a dos discípulos a Cafarnaúm con un mensaje y a otros dos a Cydessa, y Él se quedó solo con Andrés y Mateo, porque los otros se esparcieron por los pueblos de los alrededores. Dothaim está en el mismo barranco, como Abram, a cinco horas de camino. Estaba preparado allí un albergue para Jesús y sus discípulos. Se encontró con Lázaro que había venido de Jerusalén en compañía de dos discípulos. Las mujeres de Jerusalén también habíanse reunido aquí con Lázaro.

XXXIII

Jesús enseña en Azanoth. Marta y Magdalena

A una hora escasa al Sudeste del albergue de Dothaim está situada, en una altura, la pequeña población de Azanoth, donde hay un sitial de enseñanza desde el cual en los tiempos antiguos habían enseñado los profetas. Por medio de los discípulos se había esparcido la voz de que Jesús tendría aquí un gran sermón; por eso se reunieron muchos oyentes del contorno y de toda Galilea.

Marta había viajado con su criada a casa de su hermana Magdalena para moverla a oír la predicación de Jesús. Fué recibida muy descortésmente por Magdalena, precisamente ocupada en sus arreglos mujeriles, y le mandó decir que no podía atenderla en este momento. Marta, con una paciencia admirable, aguardó y se entregó a la oración. Finalmente vino Magdalena descortés, orgullosa y descomedida a ver a su hermana, porque se avergonzaba de los vestidos sencillos de Marta, y temía se dieran cuenta los visitantes de la presencia de su hermana, y así le indicó el deseo de que se alejara cuanto antes. Marta pidió sólo un rincón para descansar. La llevaron con su criada a una pieza, y allí permaneció sin comida ni bebida, olvidada o descuidada. Esto pasaba por la tarde. Mientras tanto, se adornaba

Magdalena para recibir sus visitas sentada en un alto sitial. Marta y su criada lo pasaban en oración. Al final de las charlas y visitas vino Magdalena adonde estaba Marta trayendo alimento sobre un platillo y una bebida: era un platillo con bordes azules. Habló ligeramente, orgullosa y despreciativa. Se mostraba irritada e intranquila. Marta la invitó, con grande humildad y paciencia, a escuchar un gran sermón de Jesús en las cercanías. Todas las amigas se reunirían otra vez y deseaban mucho verla de nuevo entre ellas. Ella misma, dijo Marta, había dado pruebas de cuanto estimaba a Jesús; que hiciera este gusto a ella, a Lázaro y a todas yendo el sermón de Jesús; que no tendría otra ocasión semejante de estar tan cerca de Jesús y de todas sus amigas, que esperaban tener el gusto de verla; que ella había demostrado en Gabara, durante el convite, cuando derramó el bálsamo, como sabía honrar todo lo grande y lo sublime; que ahora podía de nuevo saludar a Aquél que había honrado tan dignamente en aquella ocasión. No es para describir con qué caridad hablaba Marta y con qué paciencia sostenía la descortesía y el orgullo de su hermana. Finalmente dijo Magdalena: "Sí, iré; pero no contigo; tú puedes ir delante; yo no quiero ir vestida tan pobremente; quiero ir arreglada, según mi condición, e ir con mis amigas".

Se apartaron ambas hermanas porque era ya muy tarde. A la mañana siguiente, mientras se vestía, Magdalena hizo llamar a Marta, la cual rezaba y se armaba de extrema paciencia pidiendo al Señor que Magdalena partiese y se mejorase. Magdalena estaba sentada sobre un asiento bajo, envuelta en un vestido largo de pura lana. Dos criadas estaban con ella, lavándole los pies y los brazos, que perfumaban con agua de olor. Sus cabellos, partidos en tres partes, les eran peinados y arreglados, untados y perfumados. Púsose sobre su túnica de lana un vestido verde, con grandes flores amarillas, y sobre él, el otro vestido con pliegues. En la cabeza se puso una especie de mitra, que sobresalía en la frente. Tanto los cabellos como esta mitra estaban adornados de perlas y piedras de valor, y en las orejas llevaba aros. Mientras se arreglaba, sostenía en las manos un espejo redondo y brillante. Marta tuvo que admirar el atavío de su hermana; luego se despidió de Magdalena y se dirigió a Damna, al albergue, para contar a María y a las mujeres que había conseguido persuadir a Magdalena que concurriese a la gran enseñanza de Jesús en Azanoth. Con María Santísima había más de doce mujeres en Damna, para dirigirse a Azanoth.

Entre ellas estaban Ana Cleofás, Susana de Alfeo, Susana de Jerusalén, Verónica, Juana Chusa, María Marcos, Dina, Maroni y la Sufanitis.

Desde el albergue de Dothaim fué Jesús, acompañado con seis apóstoles y muchos discípulos, a Azanoth. En el camino se encontró con las santas mujeres que venían de Damna. Lázaro iba con Jesús. Magdalena fué muy atormentada, después de la ausencia de Marta, por el demonio que quería impedirle de todos modos que acudiera a la predicación de Jesús. No hubiera ido quizás si no fuera porque sus mismos visitantes no se hubiesen determinado, ellos también, para ir a ver el gran espectáculo de Azanoth, como decían. Magdalena y las otras pecadoras iban montadas en asnos hacia el albergue de las fuentes de agua de Betulia. Otros asnos traían el sillón de Magdalena y los almohadones y mantas para las otras pecadoras. Al día siguiente se adornó nuevamente Magdalena y apareció con sus amigas en el lugar de la enseñanza, después de una hora de camino desde el albergue. Con grande ruído, charlando alegremente y mirando a todas partes se acomodaron, apartadas de la otras mujeres, en una tienda abierta levantada para ellas. Había entre ellas algunos hombres de su ralea. Estaban sentadas sobre almohadones, mantas, sillones, a la vista de todos, Magdalena en primera línea. Era objeto de general murmullo entre los presentes, porque era aquí más odiada y despreciada que en la misma Gabara. Los fariseos, que conocían su primera conversión y su recaída, se mostraban de un modo especial escandalizados por su aparición en este lugar.

XXXIV

Sermón de Jesús y conversión definitiva de Magdalena

Jesús comenzó su gran sermón, que fué severo, después de haber sanado a muchos enfermos. No puedo ya recordar los detalles, pero sí los ayes que lanzó sobre Cafarnaúm, Betsaida y Corazín; que la reina de Sabá había venido del Mediodía para oír la sabiduría de Salomón, y que más que Salomón había aquí. Era admirable cosa en esta ocasión que vàrios niños, que nunca habían hablado, ahora decían en los brazos de sus madres: "Jesús de Nazaret; Santo Profeta; Hijo de David; Hijo de Dios". Muchos, también la Magdalena, estaban ya conmovidos por esto. Con respecto a Magdalena, dijo: "Cuando un demonio es echado

y la casa es barrida, entonces va el demonio y vuelve con otros seis, peores que él, y hacen su obra peor que antes". Magdalena se asustó mucho de esto. Después que Jesús hubo conmovido los corazones de muchos, se volvió hacia todos lados y mandó, en general, al demonio salir de aquéllos que en alguna manera lo hubiesen deseado, y que, en cambio, los que querían quedar unidos con él, se alejasen con el demonio de este lugar. A este mandato clamaron los poseídos de un lado y de otro: "¡Jesús, Hijo de Dios!" Y caían en desmayo en varias partes los endemoniados.

Magdalena, que estaba sobre un soberbio sitial, cayó también en medio de convulsiones, mientras las otras pecadoras intentaban aliviarla con perfumes y sacarla de allí, esta vez disimuladamente, puesto que querían éstas permanecer con sus demonios. Como clamase el pueblo: "Detente, Señor; detente, Señor, que una mujer muere", interrumpió Jesús su discurso y dijo: "Sentadla sobre su silla. La muerte que ahora la sorprende, es buena muerte; esta muerte la hará vivir". Después de algún tiempo de nuevo la hirió una palabra de Jesús, cayó de su asiento entre convulsiones y salieron de ella oscuras sombras. De nuevo hubo conmoción y tumulto en derredor de ella, mientras las otras querían hacerla volver en sí. Se sentó nuevamente sobre su hermoso sitial y aparentó que había tenido sus acostumbradas caídas y desmayos. La admiración crecía cuando vieron que otras personas, detrás de ella, tenían iguales caídas y convulsiones, a medida que salían los demonios de ellas. Al ser atacada Magdalena de convulsiones, por tercera vez, se hizo el tumulto mayor, y Marta acudió al lado de ella, y como se aquietara nuevamente, estaba ya fuera de sí por la conmoción, y quería estar con las otras santas mujeres. Las pecadoras la detuvieron, diciéndole que no fuera loca de querer ir con las otras. Entonces la llevaron arriba, en un lugar, y Lázaro, Marta y otras se acercaron a ella y la condujeron al albergue de las santas mujeres, mientras las pecadoras que la habían rodeado hasta entonces, salieron de allí lo mejor que les fué posible.

Jesús sanó aún a unos ciegos y otros enfermos, fué a su albergue y más tarde enseñó en la escuela del lugar. Magdalena estuvo de nuevo presente; no estaba del todo curada, pero muy conmovida y ya no vestida con tanto lujo. Había dejado sus adornos superfluos que consistían en puntas muy curiosas que sólo se podían usar algunas veces. Ahora estaba cubierta con el velo. Jesús enseñó de nuevo con relación a su estado, y al

mirarla una vez con mirada penetrante ella cayó de nuevo desmayada y la abandonó otro demonio que en ella anidaba. Sus criadas la llevaron de ahí y Marta y la Virgen la recibieron delante de la sinagoga y la condujeron al albergue. Ahora estaba como loca, gritaba y lloraba, corría por las calles, clamaba a las gentes, diciendo que era una pecadora, una criminal, un deshecho de las gentes. Las mujeres tuvieron mucho trabajo en hacerla callar. Rasgaba sus vestidos, se mezaba los cabellos, se envolvía en sus ropas. Cuando más tarde Jesús estaba en su albergue con los discípulos y algunos fariseos, donde de pie tomaban algún alimento, pudo la Magdalena desprenderse de las mujeres, y vino, con los cabellos descompuestos y grandes clamores, se abrió paso entre los demás, y se echó a los pies de Jesús. Lamentóse y lloró, preguntando si aún había salvación para su alma. Los fariseos y aún los discípulos dijeron a Jesús que no permitiese más tiempo que esa pecadora perturbara en todas partes el orden; que la apartase para siempre. Jesús dijo. "Dejadla llorar y gemir: Vosotros no sabéis lo que está pasando dentro de ella". Luego se volvió a Magdalena y le dijo, para consolarla, que se arrepintiese de corazón, creyera y esperara, que pronto encontraría paz; que ahora, confiada, se retirase. Marta, que la había seguido con sus criadas, la llevó a casa. Ella no hacía sino apretarse las manos y llorar. No estaba aún libre del todo, y el demonio la aterraba y la hacía sufrir con los más amargos remordimientos y con sentimientos de desesperación. No encontraba paz y se creía perdida. Lázaro entre tanto fué a Magdalum, por pedido de Magdalena, para tomar posesión del castillo y de todo lo que allí había, y deshacer todos los compromisos contraídos. Tenía en Azanoth y en los alrededores campos y viñedos que Lázaro, en vista de sus prodigalidades, ya había tomado bajo su tutela.

En la misma noche anduvo Jesús, por causa de la muchedumbre, con sus discípulos, en los alrededores de Damna, donde había una colina con un sitial para enseñar y un albergue. Cuando a la mañana siguiente vinieron las mujeres con Magdalena al lugar, encontraron a Jesús rodeado de mucha gente que buscaba ayuda. Cuando se supo en Azanoth que había partido de allí, le siguieron muchos; y otros que venían de Azanoth para encontrarlo, prosiguieron hasta hallarlo en Damna. De este modo, durante el tiempo de la enseñanza, acudían siempre nuevos oyentes.

Magdalena estaba entre las santas mujeres, completamente deshecha y demacrada. Jesús habló severamente contra los pecados de la impureza y dijo que estos pecados habían hecho descender el fuego sobre Sodoma y Gomorra. Habló de la misericordia de Dios, diciendo que ahora era el tiempo de su misericordia, y rogaba encarecidamente a todos a recibir esta gracia. Por tres veces miró a la Magdalena durante este sermón y por tres veces vi a Magdalena caer en desmayo y salir de ella una sombra oscura. La tercera vez las mujeres la llevaron de allí. Estaba como anonadada, deshecha, demacrada, casi irreconocible. Sus lágrimas eran continuas. Estaba toda cambiada: se lamentaba fuertemente y quería confesar sus pecados a Jesús, para recibir el perdón. Después de la enseñanza Jesús fué hacia ella, a su lugar apartado. María y Marta la llevaron allá. Ella se postró, con los cabellos descompuestos, sobre su rostro. Jesús la consoló, y habiéndose retirado las demás, ella gritó pidiendo perdón, confesó sus muchos pecados y decía: "Señor ¿habrá perdón y salvación para mí?" Jesús le perdonó sus pecados, y ella rogó al Señor le concediera no recaer jamás en ellos. Jesús se lo prometió. La bendijo, le habló de la virtud de la pureza y de su Madre María, que era libre de toda mancha. Ensalzó mucho a su Madre, diciéndola elegida, cosa que nunca había oído decir a Él hasta ahora, y le dijo a Magdalena se juntase del todo con Ella y tomase de Ella todo consuelo, ayuda y consejo.

Cuando se reunió de nuevo donde estaban las mujeres, dijo Jesús de ella: "Fué una gran pecadora; pero será ahora el modelo de todos los penitentes por todos los tiempos". Magdalena estaba, por los sacudimientos y por sus lágrimas y arrepentimiento, tan desconocida, que no parecía sino una sombra de lo que era antes; pero ahora se encontraba tranquila, llorosa y cansada. Todas la querían consolar porque la amaban, y ella pedía perdón a todas. Como las otras mujeres se dirigieron a Naím por Caná, y Magdalena estaba demasiado débil para poder seguirlas, se dirigieron Marta, Ana Cleofás y María Sufanitis con Magdalena hacia Damna, para seguirlas después de algún descanso. Jesús con sus discípulos atravesó el valle de las aguas termales, a cuatro o cinco horas de distancia de allí, hacia la ciudad de Gatepher, sobre una montaña, entre Caná y Séforis. Permanecieron allí, durante la noche, en un albergue delante de la ciudad, junto a una caverna llamada la cueva de Juan.

XXXV
Jesús en Gatepher

Jesús llegó en la mañana a Gatepher. Los jefes de la escuela y los fariseos le salieron al encuentro. Le recomendaron que no alterase el orden en la ciudad, especialmente no tolerase el correr de las madres con sus niños; que podía enseñar tranquilamente en la sinagoga, pues no les gustaba el ruído en la ciudad. Jesús les contestó severamente diciéndoles que venía para todos aquellos que le esperaban y clamaban por Él, y les reprochó su hipocresía. Los fariseos habían mandado ya a decir en la ciudad que no trajesen a sus criaturas, no apareciesen en las calles, no saliesen al encuentro del Nazareno y no gritasen: "Hijo de Dios; hijo de David y Cristo", que era un escándalo y no debía oírse; que bien sabían ellos de donde era Él, y cuáles eran sus padres, sus hermanos y parientes. Los enfermos podían reunirse delante de la sinagoga y allí hacerse curar; pero que no querían tumulto ni espectáculo. Habían dispuesto a los enfermos según su criterio, en los lugares que les parecía, como si ellos tuvieran el derecho de regular todo lo que iba a hacer Jesús.

Cuando llegaron a la ciudad vieron, con gran sorpresa, que las madres llenaban las calles de la ciudad con sus criaturas en brazos y que los niños extendían sus manos hacia Él, gritando a pleno pulmón: "Jesús de Nazaret; Hijo de David; Hijo de Dios; Profeta santo". Pretendieron los fariseos apartar a estas madres; pero todo esfuerzo fué inútil. Salían de todas las casas y rincones de la ciudad, y al fin los fariseos, avergonzados, abandonaron el acompañamiento de Jesús. También los discípulos que seguían con Jesús estaban algo contrariados y deseaban que las cosas fueran más tranquilas y menos peligrosas; intentaban apartar a las madres y hacían advertencias a Jesús. Jesús reprochó a los discípulos su poquedad de ánimo, los hizo retirar y dejó venir a los niños junto a Él, mostrándose bondadoso y familiar con ellos. De este modo, entre aclamaciones continuas de los niños, llegó hasta la sinagoga y los pequeños seguían clamando: "Jesús de Nazaret; Profeta santo". Hasta los niños de pecho, que jamás habían hablado, gritaban ahora, para admiración y escándalo de los fariseos. Delante de la sinagoga se colocaron los niños, apartados de las niñas, y las madres con sus criaturas de pecho detrás de ellos. Jesús bendijo a los niños, enseñó a las madres y a las que las acompañaban, criadas y personas, de las cuales dijo

Jesús que eran también hijas de esas madres. Habló a los discípulos del valor de los niños delante de Dios. A los fariseos esto les desagradó mucho; mientras tanto los enfermos tuvieron que esperar. Más tarde fué hacia ellos, sanó a algunos y enseñó en la sinagoga de José y del valor de los niños delante de Dios, porque los fariseos comenzaron a quejarse de nuevo del estorbo de los pequeños.

Cuando Jesús salió de la sinagoga, vinieron tres mujeres que deseaban hablar a solas con Él. Como se apartase algún tanto de los demás, estas mujeres cayeron a sus pies y le dijeron que sus maridos eran atormentados por el demonio, y que a ellas también las molestaba; como habían oído que había ayudado a Magdalena, pedían las ayudase a ellas en su necesidad. Jesús les prometió ir a sus casas. Primero, empero, fué a casa de un cierto hombre, de nombre Simeón, un esenio casado, hombre simple y recto. Era de mediana edad e hijo de un fariseo de Dabrath del Tabor. En esa casa tomó con los discípulos algún alimento, de pie. Este Simeón quería poner todo lo suyo a disposición de la comunidad de Jesús. Después fué a las casas de aquellas mujeres, y habló con los hombres y las mujeres; pero las cosas no eran como las habían contado: ellas eran las culpables y querían echar la culpa a sus maridos. Jesús exhortó a todos a la unión, a la oración, al ayuno y a la limosna. Después del Sábado le siguieron estas mujeres enfermas a la predicación del monte, algo al Norte del Tabor, porque Jesús no permaneció aquí sino que se dirigió al Sur, hacia Kisloth, por donde habían pasado ya las santas mujeres con la Magdalena, camino de Naím.

XXXVI

Jesús en Kisloth y Nazaret

Jesús, camino andando, habló a los discípulos sobre las cosas que les esperaban, y cómo debían portarse cuando fuesen a la Judea, donde no serían recibidos tan bien como aquí. Les dió normas de conducta y del modo de imponer las manos y de echar los demonios, y volvió a darles su bendición, como nueva fortaleza para su futura misión. Habían venido tres jóvenes desde el Egipto, que Jesús recibió como discípulos, aunque les anunció las dificultades que les esperaban. Uno se llamaba Cyrino. Habían sido compañeros de juego de Jesús en Egipto, y ahora tenían alrededor de treinta años. Sus padres habían man-

tenido como cosas santas el pozo y la habitación de la Sagrada Familia. Estos jóvenes habían visitado Belén, Nazaret, Betania, y a María, en Dothaim, y traían los saludos de sus padres.

Llegaron a Kisloth algunos fariseos de Nazaret para invitarlo a ir a su patria. Aquellos fariseos que habían querido precipitarlo desde el barranco no estaban más allí. Dijeron a Jesús que ciertamente no dejaría de ir a su ciudad para hacer allí las señales y milagros que obraba en otros lados; que todos estaban deseosos de oír su enseñanza y podía después sanar a sus enfermos; le rogaban, sin embargo, que no sanase en el Sábado. Jesús les dijo que iría y celebraría el Sábado, pero que ellos se escandalizarían de Él, y que en cuanto a lo de sanar enfermos quería hacer su voluntad, aunque era con daño de ellos mismos. Ellos se volvieron a Nazaret y Jesús se encaminó hacia allá, enseñando de paso a sus discípulos. Llegó al mediodía. Le salieron al encuentro muchos curiosos y algunos bien intencionados; le lavaron los pies y le ofrecieron alimento. Jesús tenía consigo los discípulos de Nazaret, Parmenas y Jonadab. Se albergó con sus acompañantes en la casa de Jonadab. Éstos dos habían sido compañeros de infancia de Jesús y le habían acompañado en su primera salida, cuando fué a Hebrón después de la muerte de José. Jesús los usaba mucho para mensajes y para anuncios. Jesús visitó a algunos enfermos, que le habían pedido, y que Él sabía necesitaban de Él y eran creyentes. Delante de otros, que le habían traído para probar o que venían con pretenciones, pasó de largo. Como le trajeran a un joven esenio baldado desde su infancia, que le pedía ayuda, lo sanó en la calle, como también a varios ciegos. Después entró en algunas casas y sanó a varios enfermos, ancianos, hombres y mujeres. Había entre ellos mujeres hidrópicas y una al extremo que estaba del todo hinchada. En total curó a unas quince personas. Después se dirigió a la sinagoga donde estaba reunidos los enfermos; pero pasó de largo, y así celebró el Sábado sin molestia, como querían los fariseos. La lección del Sábado trató de cómo Moisés habló en Egipto con Dios y de Ezequiel (28-29). Por la mañana enseñó de nuevo en la sinagoga, pero no sanó a nadie.

Al mediodía lo ví con sus discípulos y algunas buenas personas de Nazaret, caminar hacia Séforis, a una pequeña población, como es costumbre hacerlo en día de Sábado. El camino de Nazaret a Séforis es llano hacia el Norte; sólo al llegar a Séforis sube. En el camino he visto a Jesús enseñando en algunas casas. Ciertas personas que vivían desunidas y peleadas se hincaron

delante de Él, y Jesús los puso en paz, hombre y mujer, y con los vecinos. No sanó a nadie. En este camino se le acercaron de nuevo aquellos dos jóvenes que otras veces habían querido ser recibidos como discípulos. Jesús les preguntó si estaban dispuestos a dejar casa y padres, dar sus bienes a los pobres, ser obedientes ciegamente y sufrir persecuciones... Ellos alzaron los hombros y se alejaron.

XXXVII

Jesús no sana a los enfermos de Nazaret por culpa de los fariseos

Jesús visitó en Nazaret la casa que habían habitado María y José. Ahora está ordenada, pero deshabitada. Visitó también a la hermana mayor de María Santísima, madre de María Cleofás, que cuida esa casa, pero no habita allí. Después fué con sus discípulos a la sinagoga y habló muy seria y severamente, y llamó a Dios su Padre celestial. Anunció castigos sobre Jerusalén y sobre todos los que no siguen su doctrina. Hablando a sus discípulos les anunció la persecución que les esperaba, animándolos a perseverar y a serle fieles. Como supieran los fariseos que Jesús no quería permanecer más tiempo aquí y que no iba a sanar los enfermos, empezaron a manifestar su malhumor y su rabia, diciendo aquí y allá: "¿Quién es Él? ¿Qué pretende ser Él? ¿De dónde le viene su sabiduría?... Él ha nacido aquí... Su padre era un carpintero. Sus hermanos y parientes son de aquí..." Pensaban en esto en María Helí, primera hija de Ana, y en sus hijos Santiago, Eliachím, Sadoch, discípulos de Juan, María Cleofás y sus hijos e hijas. Jesús no les respondió; continuó enseñando y hablando a sus discípulos.

Un fariseo extranjero, de Séforis, fué en extremo osado y preguntó: "¿Quién eres Tú?... ¿Has olvidado que Tú mismo, unos años antes de la muerte de tu padre José, estuviste en mi casa con tu padre haciendo tabiques de madera...?" Como Jesús no respondiese nada a esto, clamaron: "Contesta. ¿Es propio de hombres educados no responder?" Jesús sólo dijo a aquel hombre audaz, más o menos lo siguiente: "Yo he trabajado entonces la madera en tu casa, y mientras lo hacía, te miraba y te compadecía, porque sabía que no te podría un día librar de la dureza de tu corazón, como ahora se verifica. Tú no tendrás parte en mi reino, aunque te hubiese entonces ayudado a fabricar tu morada en este mundo". Jesús añadió: "En

ninguna parte un profeta es despreciado más que en su patria, en su casa y entre sus parientes". Pero lo que mayormente los irritó fueron las palabras que dijo a sus discípulos: "Yo os envío como corderos entre lobos. A los de Sodoma y Gomorra les irá mejor en el juicio que a aquéllos que no os reciban. No he venido para poner paz sino espada".

Después del Sábado había aún muchos enfermos para sanar, pero Jesús no curó a ninguno, con gran despecho de los fariseos. Algunos de los oyentes prosiguieron en las insolencias de los fariseos y clamaban a veces, en la sinagoga, mientras hablaba Jesús, preguntándole si no se acordaba de esto o aquello, recordando dónde y cuándo lo habían visto antes. Los fariseos dijeron que ahora tenía menos acompañamiento que la vez pasada y si no pensaba ir a albergarse con los esenios. Éstos no solían ir públicamente a la enseñanza de Jesús, ni Él solía hablar mucho de ellos. Los mejores de estos esenios se juntaron más tarde con los apóstoles y discípulos. No contradecían lo que Jesús decía, y lo tenían por el Hijo de Dios. Jesús fué, en efecto, con los esenios donde estuvo la última vez, comió con ellos y enseñó hasta la noche. Hacia las diez vinieron Pedro, Mateo y Santiago el Mayor, desde la Galilea Superior, pues habían estado en los alrededores del lago Merom. Andrés, Tomás y Saturnino y otro más que habían llegado antes fueron allá en lugar de los recién venidos. La misma noche salió Jesús de Nazaret y anduvo unas dos horas hacia el Tabor, al lugar donde había sanado de lepra a aquel hombre después de resucitar al hijo de la viuda de Naím, de regreso de Cafarnaúm. Para el día siguiente se había anunciado una predicación sobre la montaña, al Sudoeste del Tabor, a media hora del monte. Jesús se albergó de nuevo en casa del maestro, que había reunido a varios enfermos. Sanó allí a un mudo. Aquel niño que había enviado tan bien su mensaje a Jesús, de parte de su patrón leproso, estaba ahora con el maestro. Jesús habló con él: se llama Samuel; más tarde fué discípulo del Señor.

XXXVIII

Jesús en una colina junto al Tabor

El patrón del lugar que había sanado de la lepra se presentó a Jesús para agradecerle. Había hecho erigir varias tiendas para leprosos que esperaban ser sanados por Jesús y abierto

sendas en sus posesiones para las personas que querían abreviar camino y dirigirse a la predicación anunciada. Era todavía el amanecer cuando Jesús salía de la casa camino a la colina, cuando le salieron al encuentro cinco personas, hombres y mujeres. Jesús se acercó, y ellos se echaron a sus pies. Una mujer dijo: "Señor, nosotros somos de Tiberíades y no nos hemos atrevido hasta ahora a pedirte ayuda. Los fariseos nos dijeron que Tú eras duro y severo para con los pecadores; pero nosotros hemos oído que Tú te compadeciste de la Magdalena, que la libraste de sus demonios y la perdonaste. Por eso hemos cobrado ánimo y hemos venido. Señor, ten piedad de nosotros; Tú puedes sanarnos y limpiarnos y perdonarnos nuestros pecados". Los demás hombres y mujeres permanecieron a cierta distancia, separados entre sí. Estaban leprosos, y una de las mujeres estaba endemoniada y tenía convulsiones. Jesús se apartaba con algunos a un lado para oírlos, según servía esto para su arrepentimiento y mejoramiento de sus disposiciones; con otros no hizo esto. Al fin los sanó y les perdonó sus pecados. Ellos se deshicieron en lágrimas de agradecimiento y le pidieron les mandara lo que debían hacer. Les mandó no volver a Tiberíades, sino morar en otro lugar. Le he oído decir que no iría nunca a Tiberíades ni tampoco lo he visto allá. Se dirigieron luego hacia la colina donde iba a predicar Jesús.

Jesús se dirigió a la tienda de los leprosos, que eran cuatro o cinco. Los sanó, los exhortó y les mandó presentarse ante los sacerdotes de Nazaret. En estas acciones no demoraba Jesús mucho tiempo, pero tampoco se lo veía apurado, sino siempre mesurado, con dignidad y con las palabras necesarias, y no más. Era medido y apropiado en consolar y en exhortar, en severidad y en bondad. En la paciencia y bondad siempre excediendo, mas sin apuro ni precipitación. A algunos les iba al encuentro como un amigo; a otros les pasaba por delante, y a los demás los hacía esperar algún tiempo según la necesidad y sus disposiciones. El lugar de la enseñanza era hermoso y había un buen sitial donde habían predicado ya otros profetas. De aquí se veía el valle de Esdrelón en la región de Meggido. Se habían reunido muchas gentes de las ciudades y bastantes enfermos, inclusive de Nazaret, donde Jesús no los había sanado, cosa que hizo aquí. Los endemoniados que libró clamaban, como de costumbre, diciendo que era el Hijo de Dios. Habló de las cuatro primeras bienaventuranzas, con varias parábolas, de la penitencia y venida del reino de Dios y rogó a todos que recibieran la gracia

que se les ofrecía. Los apóstoles escuchaban con atención, porque debían ellos después repetir estas cosas a las gentes. Al mediodía vi a Jesús reunir a sus discípulos a la sombra de los árboles, al pie de la colina. Los mandó a enseñar, menos a Pedro y a Juan y algunos discípulos, que quedaron con Él. Debían ir de dos en dos en tres direcciones: unos en el valle del Jordán; otros en dirección del valle de Dotham, y otros al Oeste, hacia Jerusalén. En esta ocasión oí decirle que fuesen sin dinero, sin sacos, con un solo vestido y un bastón en la mano; no a los paganos ni a los samaritanos, por ahora, sino a las ovejas perdidas de Israel. Cómo debían portarse en las casas, cómo debían sacudirse el polvo de las sandalias y predicar la penitencia. (Mat. 10, 9; Marc. 6, 10-11; Luc. 9, 15). Esto lo decía porque iban a entrar en algunos lugares de adversarios y porque sufrirían persecución y estaba próximo el fin de Juan Bautista. Tenían en esos lugares muchos albergues cuidados por las santas mujeres; por eso no necesitaban dinero. Los apóstoles que debían ir a la alta Galilea y al otro lado, habían recibido algún dinero, aunque poco. Desde ahora empezaba un nuevo tiempo y modo para ellos. Antes de su partida Jesús los bendijo y les dió nuevos avisos sobre la manera de sanar y librar de los demonios, y bendijo el aceite para usarlo con los enfermos. Les señaló el lugar donde debían encontrarse de nuevo con Él.

XXXIX

Jesús en Sunem. Otros lugares

Jesús sanó todavía a algunos enfermos, despidió al pueblo fuése con Pedro, Juan y los discípulos hacia el Sur, camino de tres horas, a la ciudad de Sunem. Le acompañaron varias personas, entre ellas un hombre que le había rogado, cuando la última vez pasó de Samaría a Galilea, en el albergue no lejos de Endor, que fuese a su casa para ver a su hijo enfermo. Le rogó de nuevo y Jesús fué con él a su casa. Las dos mujeres endemoniadas de Gatepher le habían seguido al sermón del monte y ahora fueron liberadas por Jesús con la imposición de las manos. Cuando llegó al torrente Kisón sanó a un leproso completamente abandonado, despreciado y pobre. Hacía veinte años que estaba enfermo y le habían hecho un refugio cerca del camino. Jesús se dirigió a él, lo sanó y le mandó presentarse como los otros a los sacerdotes de Nazaret. Jesús llegó al ano-

checer a Sunem, y se hospedó con Pedro, Juan y aquel hombre que le había invitado a su casa. Todos los hijos de este hombre estaban enfermos; uno de diez y seis años, grande, era mudo y sordo; estaba tendido en el suelo, tenía convulsiones y se retorcía de tal modo que su cabeza tocaba hasta sus pies; no podía andar y estaba tullido. Otro era tonto y asustadizo, y dos hijas eran también como tontas y retraídas. Jesús sanó esa misma noche al mayor. Pedro había ido a la ciudad. Jesús fué solo a la pieza del joven; se hincó junto al lecho, rezó y se inclinó hacia el rostro del joven como si le dijera algo o le soplase en el rostro; luego lo tomó de la mano, y lo levantó. El joven se irguió sobre sus pies, y Jesús lo dirigió un rato, haciéndolo caminar. Después lo llevó solo a otra pieza, untó con sus dedos saliva y polvo en los oídos y en la lengua, y entonces el joven clamó con alegría: "Yo oigo; puedo hablar". Los parientes y los criados irrumpieron en la pieza, lo abrazaban, llenos de contento, y clamaban dando gracias. Los padres se echaron a los pies de Jesús, llenos de alegría, llorando juntamente con su hijo. Por la noche habló a solas con el padre, porque pesaba sobre él una culpa que venía de sus padres. El hombre preguntó si son castigados los hombres hasta la cuarta generación. Jesús le dijo que con la penitencia y la satisfacción se podía quitar esa culpa y sus consecuencias. A la mañana siguiente sanó al otro hijo y a las dos hijas con la imposición de las manos. Cuando sanaron estaban como fuera de si por la maravilla, como si despertaran de un sueño. Temían siempre que se los quería matar y huían especialmente del fuego. Cuando Jesús sanó al joven le dijo, contra su costumbre, que fuese por allí y contase lo que le había sucedido. El resultado fué que se reunió tanta gente, que trajeron toda clase de enfermos, a quienes sanaba por las calles, y bendecía a los niños después de curarlos.

Después he visto a Jesús con Pedro y Juan andar todo el día y la noche con pasos apresurados hacia Ginnim atravesando el valle de Esdrelón. Descansaban poco. Oí decir a Jesús, mientras caminaba, que el fin de Juan estaba cerca y que a Él también lo perseguirían después. Pero que no convenía preocuparse. Creo haber entendido que querían ir a Hebrón para consolar a ls parientes de Juan e impedir algún levantamiento por causa de la muerte del Bautista.

Las santas mujeres están ahora en Dothaim, es decir, María, Verónica, Susana, Magdalena, María Sufanitis. Viven en la casa de Isacar, a quien Jesús había sanado. Estas mujeres no van a

los albergues comunes. Marta, Dina, Juana Chusa, Susana de Alfeo, Ana, Cleofás, María, Juana Marcos y Maroni salen a veces para ver y proveer lo que falta algo en los albergues donde deberán parar Jesús y los discípulos. Son once mujeres las que están allí. Por la mañana he visto a Jesús con sus dos apóstoles caminando al Sur de Samaría, y vi que los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa llegaron aquí desde el Oriente. Estos discípulos egipcios estuvieron como un año en Hebrón estudiando; habían estado en Belén y en Betania, con Lázaro, de modo que eran ya conocidos de los demás discípulos. Jesús llegó luego con sus acompañantes a la choza de aquellos pastores con los cuales había estado después de la conversación con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, y donde sanó al hijo del posadero. Tomaron algún alimento y descansaron del largo camino.

Más tarde, tuve una visión, en cuadros, donde vi a Jesús enseñando a los pastores junto a un pozo. Les contaba las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la dracma perdida y hallada. Con motivo de esta parábola rieron algunos hombres de la simpleza de la mujer, que por una dracma se había tomado tanto trabajo, cuando ellos, pensaban, habían perdido cosas de mucho más valor sin darse tanto trabajo. Jesús les declaró lo que significaba esa dracma y el barrer y limpiar, y se avergonzaron de haberse reído. Estos trabajadores estaban ocupados ahora en trillar el trigo quedado en los campos. Lo hacían con pesadas mazas de madera que subían y bajaban, mientras otros hombres ponían el trigo debajo y lo sacaban. El aparato lo tenían instalado en una especie de cavidad en la roca y estaba cubierto con las ramas de un gran árbol. Jesús enseñó aquí a diversos grupos de hombres, y luego se dirigió con algunos de ellos a su lugar, en Tenath Silo. Los habitantes lo recibieron muy bien, delante de la ciudad; le ofrecieron un alimento, le lavaron los pies a Él y a sus discípulos, y quisieron cambiarle sus vestidos, cosa que no aceptó. En la sinagoga enseño con la parábola del banquete que preparó un gran Rey.

XL

Decapitación de Juan Bautista

Desde hacía varias semanas ya habían llegado muchos convidados a Macherus, especialmente de Tiberíades, para las fiestas de Herodes. Se preparaba una serie de fiestas y orgías. Junto

al palacio de Herodes había un edificio cuadrado y abierto con muchos asientos, donde peleaban animales entre sí, y a veces hombres, mientras la gente miraba el espectáculo. También hombres y mujeres bailarines pasaban por turno para divertir. Salomé, la hija de Herodías, pasábase las horas delante del espejo de metal, mirándose y adornándose para las fiestas en presencia de su madre. Zerobabel y Cornelio, el centurión, se excusaron de ir. Juan, mientras tanto, había podido andar libremente en los últimos tiempos por el castillo, y aun sus discípulos podían entrar y salir de él. Hasta había predicado públicamente en el palacio y el mismo Herodes estuvo escuchando su sermón. Se le había prometido la libertad si aprobaba el casamiento de Herodes o se comprometía, por lo menos, a no hablar de él. Juan, al contrario, se mantuvo firme en reprocharle su adulterio. Con todo Herodes tenía el propósito de darle la libertad en ocasión de su natalicio; pero la mujer pensaba de muy diversa manera. Herodes deseaba que Juan apareciera libremente durante las fiestas, para mostrar a todos que su prisión era muy suave; pero Juan, apenas comenzaron los jolgorios en el palacio, no se dejó ver más y se mantuvo encerrado en su prisión, mandando a sus discípulos que se alejaran de allí. La mayoría se retiró hacia Hebrón, de donde era una gran parte de ellos.

La hija de Herodías estaba perfectamente instruída por su madre desde la juventud. Era rozagante, de movimientos libres y se vestía provocativamente. Herodes hacía tiempo que la miraba con complacencia y así la madre disponía sus planes. Herodías era sumamente provocativa y atrayente, y se ingeniaba en serlo mayormente con artes y modos estudiados. Ya no era joven; tenía en su rostro algo de punzante, a modo de belleza satánica, cosa que agradaba a los hombres perversos. A mí me causaba repulsión su belleza como si viera una serpiente. No puedo compararla sino con la belleza de las diosas satánicas de la antigüedad.

Vivían en una parte del palacio, hacia el gran patio algo más levantado que la gran sala donde se celebra ahora el natalicio de Herodes y desde donde, por las columnatas abiertas de la galería, se podía ver el departamento de Herodías. Delante de la sala de Herodes se había erigido un espléndido arco de triunfo, adonde se subía por escalones hasta la sala. Desde allí se veía, al interior, una serie inacabable de salas. Todo brillaba con espejos, flores, guirnaldas verdes. Todo deslumbraba de lu-

ces. Las salas y pasillos lucían con antorchas, lámparas y figuras y leyendas transparentes.

Herodías y sus mujeres estaban en las altas galerías de sus habitaciones, lujosamente vestidas y miraban abajo como era saludado Herodes, rodeado de muchos palaciegos ataviados, huéspedes y coros de músicos que cantaban y tocaban mientras caminaban sobre tapices hacia el arco de triunfo precedidos por coros de niños y niñas que tocaban toda clase de instrumentos, coronados de flores y llevando guirnaldas en los brazos. Al llegar Herodes al arco de triunfo, le salió al encuentro Salomé, adelantándose entre los niños y niñas, y danzando le entregó una corona colocada entre hermosos adornos y sobre una tela transparente que llevaban las niñas del acompañamiento. Estas criaturas estaban ataviadas con vestidos estrechos y tenían especie de alas. Salomé llevaba un espléndido vestido largo sujeto en una u otra parte de las piernas con cintas brillantes. Sus brazos estaban cubiertos con anillos y brazaletes de oro, ataduras de plumas variopintas y perlas; el cuello y el pecho cubiertos de cadenas y collares de perlas. Así danzó delante de Herodes, que estaba como embobado y daba muestras de grande admiración, como los demás del acompañamiento y terminó con pedirle que le diera mañana un contento repitiendo la escena. Después de esto se retiraron a la sala, donde comenzó el banquete. Las mujeres comieron en las salas de Herodías.

A Juan lo he visto en este momento en su cárcel, hincado, con los brazos abiertos mirando al cielo, en oración. Estaba lleno de luz; pero de una luz muy diferente de la que había en la sala de Herodes. La luz de las salas parecía reflejo siniestro del infierno, en comparación de la luz que envolvía a Juan Bautista. Toda Macherus estaba llena de luces, de lámparas y de antorchas, que brillaban siniestramente esa noche.

La sala de Herodes estaba abierta de un lado, de modo que en los espejos brillantes, dispuestos convenientemente, se reflejaban las mujeres que estaban en las salas con Herodías comiendo en desenfrenada orgía. En las salas se habían dispuesto pirámides de flores de entre las cuales salían chorros de agua de olor, como fuentes y cascadas. Cuando hubieron comido y bebido más, pidieron los comensales a Herodes que hiciera venir de nuevo a Salomé para danzar. De inmediato se hizo lugar en la sala sentándose algunos junto a las paredes. Herodes ocupó su trono y en torno de él algunos de los más fieles herodianos. Salomé apareció con algunas danzantes, con vestiduras trans-

parentes; sus cabellos en parte recogidos con perlas y diamantes, y en parte sueltos al viento. Llevaba una corona, y danzó en medio de las otras, que lo hacían en torno de ella. Esta danza fué un continuo moverse, inclinarse y retorcerse como si no tuvieran huesos; apenas estaban en una posición, luego en otra diferente. Tenían en las manos coronas y pañuelos que agitaban al aire y entrelazaban, danzando. Toda la danza era un remedo de lo más desvergonzado, y Salomé sobresalía entre las demás. He visto al diablo alrededor de ella, como doblaba y retorcía todos sus miembros en la danza.

Herodes estaba completamente trastornado por la pasión. Cuando finalmente se acercó al trono de Herodes y las demás seguían danzando, para distraer la atención de la mayoría, dijo Herodes: "Pide lo que quieras, que te daré, aunque sea la mitad de mi reino; te lo juro". Salomé dijo al punto: "Quiero preguntar a mi madre lo que he de pedir". Salió de la sala, fué a la de las mujeres, y preguntó a su madre lo que debía pedir. Ésta la mandó pedir la cabeza de Juan sobre una bandeja. Salomé se acercó a Herodes y dijo: "Quiero que al punto me des la cabeza de Juan en una bandeja". Solamente pocos de los más cercanos oyeron esta petición. Herodes quedó como herido de un rayo; pero ella le recordó su juramento. Hizo llamar por un herodiano al verdugo y le mandó traer en una bandeja la cabeza de Juan y dársela a Salomé. Se alejó el verdugo y Salomé lo siguió. Herodes abandonó la sala con sus fieles como si se sintiera mal. Estaba muy triste y oí que le dijeron que no estaba obligado a cumplir ese juramento. De su parte prometieron el mayor silencio sobre esto para no estorbar las fiestas. Herodes quedó perturbado, yendo de una sala a otra, inquieto, mientras las fiestas continuaron su curso.

Juan estaba en oración. El verdugo hizo entrar a los dos soldados que custodiaban la entrada de la cárcel y a su criado. Los soldados traían antorchas encendidas, pero la luz que había alrededor de Juan hacía aparecer las antorchas como luces encendidas en el día. Salomé esperaba al fondo del corredor con su criada, que había entregado al verdugo una fuente cubierta con un paño colorado. El verdugo dijo a Juan: "Herodes, el rey, me manda que dé tu cabeza puesta en esta fuente a su hija Salomé". Juan no le dejó terminar y volviendo su cabeza hacia él le dijo: "Sé por qué vienes. Vosotros sois mis huéspedes que esperaba hace tiempo. Si tú supieras lo que haces, no lo harías. Estoy pronto" Volvió su rostro y oró delante de la piedra, junto

a la cual acostumbraba hacerlo de rodillas. El verdugo lo decapitó con una especie de máquina, que yo no pude comparar, en lo exterior, sino con una trampa para cazar zorros: le puso sobre los hombros un anillo de hierro y con un empuje del verdugo se cerraron dos cortantes hojas sobre su garganta, y de un golpe quedó la cabeza separada del tronco. Juan quedó de rodillas, la cabeza rodó al suelo y un triple chorro de sangre cubrió la cabeza y el cuerpo, que de este modo quedó bautizado en su propia sangre. El criado del verdugo levantó la cabeza por los cabellos, se burló de ella y la puso sobre la fuente que sostenía el verdugo, el cual se la entregó a Salomé. Ella lo recibió con alegría y ese secreto terror mujeril que suelen sentir las personas pecadoras ante la sangre y las heridas. Llevó la sagrada cabeza cubierta con la tela colorada, acompañada por su criada, que le alumbraba por las oscuras galerías, mientras apartaba la fuente de sus vestidos y volvía la cabeza a un lado por no ver la cabeza ensangrentada. De este modo anduvo por las galerías solitarias hasta una especie de cocina abovedada, debajo de las habitaciones de Herodías, la cual le salió al encuentro, y sacando el paño que lo cubría, insultó a esa sagrada cabeza y la maltrató. Tomó luego unas agujas de la pared, donde había de varias clases y le traspasó la lengua, los ojos y las mejillas, y la arrojó con furia diabólica al suelo y con los pies la empujó hacia una abertura donde solía arrojar los desperdicios de la cocina. Después volvió al lado de su digna hija, para continuar sus orgías, como si nada hubiese sucedido.

He visto luego al sagrado cuerpo con la piel que solía llevar y puesto por los soldados sobre la piedra. Estos soldados estaban conmovidos, y fueron después reemplazados y encerrados para que nada pudiesen decir; asimismo a todos los que sabían algo se les prohibió severamente contar lo sucedido. Los huéspedes no pensaban en Juan ni sospechaban lo que había sucedido. De este modo su muerte quedó algún tiempo en el mayor secreto y hasta se pensó que Juan hubiese recobrado su libertad. Las fiestas continuaron sin interrupción. Apenas Herodes terminó, continuó Herodías las suyas. Las cinco personas que sabían de la muerte de Juan fueron encarceladas; es decir, los dos guardas que manifestaron alguna compasión, el criado y la criada de Salomé, y el mismo verdugo. Se pusieron otros guardas delante de la prisión, y hasta un fiel criado de Herodes llevaba comida a la cárcel para disimular mejor lo sucedido y la muerte de Juan Bautista.

XLI

Jesús en Thenat-Silo y en Antipatris

Durante las fiestas de Macherus y la decapitación de Juan, Jesús estaba en Thenat-Silo, donde algunas personas que volvían de Jerusalén le contaron un gran acontecimiento que había tenido lugar allá. En la obra de una gran edificación, junto al templo, estaban muchos trabajadores y con ellos dieciocho maestros de obra, la cual al derrumbarse sepultó a todos. Jesús expresó su pesar por esta desgracia; pero dijo que esos obreros y aun los capataces no eran mayores pecadores que los fariseos, saduceos y herodianos y todos los que obraban en contra del reino de Dios. Todos ellos caerán aplastados bajo su propia obra. Esa obra era grandiosa, larga como de un cuarto de hora de camino. Las aguas de la piscina de Betesda que fluían de la altura del templo, debían ser dirigidas con la sangre de los animales sacrificados desde el patio del templo hacia el barranco, adonde también el estanque Betesda situado más arriba echaba las aguas sobrantes que recibía del torrente Gihón. Tres galerías conducían adentro del templo y extensas arcadas llevaban sobre el valle desde el Mediodía al Norte hasta arriba del templo. Había allí una alta torre adonde debían subir las aguas por un mecanismo de ruedas desde el fondo por medio de cañerías.

Hacía tiempo que se trabajaba en esta obra y como en estos últimos tiempos faltaran piedras adecuadas y maestros competentes, resolvió Pilatos, por consejo de un herodiano confidente de Herodes, dirigirse a este rey para salir de sus dificultades. Los capataces que mandó Herodes eran sus confidentes y debían dirigir la obra de tal manera que cayese todo lo hecho y se culpase luego a Pilatos, para enajenarle aún más la voluntad del pueblo. Estos capataces llevaron la obra de tal modo que se edificaba más grueso abajo, pero vacío; después más angosto y más pesado. Cuando llegó el momento estaban los dieciocho capataces sobre una terraza y mandaron sacar los sostenes de las bóvedas como obra ya terminada. Los pobres obreros estaban ocupados en esta tarea cuando de pronto se sintió un crujir de murallas y toda la obra se vino abajo con un espantoso ruido de escombros y de polvo, entre los gritos y gemidos de los obreros y otras gentes que estaban al pie de la montaña del templo. La terraza donde estaban al seguro los dieciocho capataces cedió repentinamente y se hundió, y desaparecieron ellos también

entre los escombros y la ruina. Esto había sucedido poco antes de las fiestas de Macherus; por esto no fué a ellas ni un solo oficial romano ni empleado de Pilatos. Pilatos se enojó grandemente con Herodes y buscaba el modo de vengarse de él. Era una obra grandiosa y el daño fué enorme en personas y en material. De ahí procedía la enemistad entre Pilatos y Herodes, los cuales se reconciliaron recién a la muerte del verdadero templo que era Jesucristo. Este derrumbe sepultó a los culpables como también a los inocentes, y trajo la consternación en todo el pueblo. Ahora todo lo sobrante del estanque de Betesda estaba rebasando, porque el barranco estaba cubierto de escombros y el sobrante creció como una laguna. Cuando Pilatos envió capataces a verse con Herodes en Macherus para tratar este asunto del derrumbe, Herodes se desentendió de él.

Jesús sanó en Thenat-Silo a varios ciegos; después se dirigió con Pedro y Juan, por el medio de Siquem, hacia Antipatris. Durante el camino hablaron Pedro y Juan si no entrarían en Aruma o en otros lugares donde pasaban. Jesús les dijo que no lo recibirían y dirigió sus pasos hacia Antipatris. Durante el camino les enseñó acerca de la oración con la parábola del que viene de noche a golpear en la puerta del amigo pidiendo le preste tres panes. Por la tarde llegaron a la región boscosa de Antipatris, donde entraron en un albergue del lugar. Antipatris, situada junto a un arroyo, es una hermosa ciudad edificada por Herodes en honor de Antipater en el lugar de la pequeña aldea de Kaphar-Saba. En la guerra de los Macabeos estaba el campamento de Lisias en Kaphar-Saba que entonces tenía torres de defensa y muros. Lisias, que fué vencido por Judas Macabeo, hizo trato aquí con él y le trajo varias poblaciones de Judea y hasta hizo regalos importantes para la reedificación del templo. Este lugar está a seis horas del mar. Aquí fué preso Pablo y llevado a Cesarea. La ciudad está rodeada de enormes árboles y dentro de ella hay jardines y avenidas. Está circundada de verdor y edificada en gran estilo, al modo pagano. En sus calles se anda de continuo entre pórticos y galerías.

Cuando Jesús se dirigió a la ciudad fué hacia el jefe llamado Ozías. Había venido especialmente por causa de este hombre, cuya pena conocía. Le había enviado un mensaje al albergue invitándole a su casa, porque su hija estaba muy enferma. Jesús le dejó dicho que hoy iría a su casa. Ozías recibió muy bien a Jesús y a sus dos apóstoles; les lavó los pies y les ofreció alimento; pero Jesús se dirigió en seguida al cuarto de la enferma,

mientras los dos apóstoles fueron por la ciudad a anunciar que Jesús hablaría en la sinagoga. Este hombre era de unos cuarenta años y su hija enferma, Michol, sería de catorce. Estaba tendida en el lecho, tan baldada que no podía moverse; hasta su cabeza y sus manos eran movidas por otros. Su madre estaba allí cubierta con el velo, y se inclinó ante Jesús que se acercó al lecho de la niña. La madre solía estar de continuo al lado de ella para ayudarla. Cuando Jesús se acercó, la madre se puso a un lado, reverente, y el padre a los pies del lecho. Jesús habló con la enferma, oró, sopló en su cara e indicó a la madre que se hincara a su frente; cosa que hizo la madre. Derramó unas gotas de aceite, que llevaba consigo, en la palma de la mano y con dos dedos ungió la mano derecha de la enferma, los ojos y la frente; luego las muñecas de sus manos derecha e izquierda, y pasó sus manos sobre las de ella; luego dijo a la madre que abriese un tanto el vestido en la región del estómago y ungió ese lugar, y después la madre alzó el vestido de los pies y ungió los pies. Jesús ordenó a la niña: "Michol, dame tu mano derecha, y la izquierda a tu madre". Levantó ella por primera vez sus manos y las extendió. Jesús le dijo: "Levántate, Michol". La niña se incorporó, y se puso de pie, insegura y muy débil. Jesús y la madre la llevaron así hasta su padre, que la recibió entre sus brazos abiertos. El padre, la madre y la niña, llorando de gozo, se echaron a los pies de Jesús, dando gracias. Luego vinieron los criados y gentes de la casa y todos alabaron al Señor. Jesús mandó que le dieran pan y jugo de uvas, que tuvieron que exprimir. Los bendijo y mandó a la niña que comiera y bebiera y lo hiciera repetidas veces en el día. Cuando se levantó la madre la envolvió con un largo y amplio velo. Caminó al principio muy débilmente, flaqueando, como quien hubiese olvidado el andar; después se sentó y comió algo. Como viniesen las compañeras a verla, se levantó y les fué al encuentro guiada por su madre que la llevaba como a un pequeño. Las niñas estaban contentas, la abrazaban y la llevaban de un lado a otro. Ozías preguntó si la enfermedad de su hija había venido por alguna culpa de sus padres y Jesús dijo que por disposición de Dios. También las compañeras agradecieron a Jesús.

Luego salió al patio, donde se habían reunido muchos enfermos y estaban también Pedro y Juan. Sanó allí a enfermos de todas clases y se encaminó con los dos apóstoles a la sinagoga, donde le esperaban los fariseos y una gran multitud. Les contó la parábola del buen pastor y les dijo que buscaba ovejas per-

didas y que enviaba a sus criados para buscar esas ovejas y que era el pastor que muere por sus ovejas. Dijo también que tenía un rebaño ya seguro sobre una montaña y que si el lobo se comía alguna de ellas era por culpa propia. Contó otra parábola de su misión, diciendo: "Mi Padre tiene una viña". Cuando oyeron esto los fariseos comenzaron a sonreír y a mirarse y cuando acabó de decir que todos los siervos mandados por su Padre fueron maltratados y muertos por los criados, y que por último mandó a su propio Hijo, al cual echarían fuera de la viña y lo matarían, se echaron a reír y a decir: "¿Quién es Éste? ¿Qué es lo que quiere? ¿Cuándo tuvo su Padre una viña?... Ha perdido el juicio. Es un loco, ya se ve..." Se burlaron de Él. Jesús abandonó la sinagoga con Pedro y Juan y ellos seguían burlándose; atribuían sus milagros al poder del demonio que le ayudaba y a obra de magia. Volvió con Ozías a su casa y sanó a algunos enfermos que estaban en el patio; comió algo y recibió panes y bálsamo para llevar consigo en los viajes. Cada una de las diferentes maneras de sanar que usaba Jesús tenía su significación misteriosa. No me es posible decirlo como lo entendía. Cada una de esas maneras tenía una secreta relación con la enfermedad, con la causa y con la necesidad del alma de cada uno. Así recibían con la unción del aceite una fuerza y ánimo en relación con el sanado; ninguna de estas acciones dejaba de tener su significado especial. Así establecía el Señor una serie de prácticas y maneras que usaron después los apóstoles y los santos, algunas por tradición y otras por haberlas usado Jesús.

Así como el Hijo de Dios eligió, para hacerse Hombre, el seno purísimo de María, una criatura, para aparecer como criatura, así usaba criaturas puras para las curaciones o las bendecía antes; por esto usó el aceite y daba de comer el pan y el jugo de uvas. Otras veces sanaba a distancia y con el simple mando, porque había venido para todos y para sanar en diversas formas y para satisfacer en su cruz por todos los que creyeran, ya que en su muerte de cruz estaban todas las penas, sufrimientos y dolores de la humanidad doliente. Primero abrió las ataduras de los dolores y enfermedades corporales y castigos con llaves de amor; enseñó y sanó en diversas maneras, y finalmente abrió las puertas del cielo y del limbo con las llaves de su misma cruz.

La niña Michol estuvo desde la infancia atada con estas ataduras de la enfermedad y esto fué por una gracia de la

Providencia. Mientras estaba en edad de pecar estuvo impedida y sus padres se ejercitaban en la paciencia y amor con ella. Si hubiese estado sana sus padres no hubiesen buscado a Jesús ni hubiesen conocido la verdad; no hubiesen deseado ni creído en Jesús, y la niña quizás hubiese pecado y no hubiese ahora sido confortada en el bien en el cuerpo y en el alma. Su enfermedad fué una prueba, una consecuencia de culpas propias o ajenas, pero un medio de salvación para ella y para sus padres. La paciencia de ella y la de sus padres coronó con la gracia esta lucha y trajo la salud del cuerpo y del alma a todos. Es una gracia estar impedido para el mal y estar libre para hacer el bien en el espíritu hasta que el Señor venga y desate el cuerpo y el alma.

Jesús habló después con Ozías porque éste le contó el derrumbe de la obra de Siloé y de la muerte de tantos hombres, y expresando su sospecha sobre Herodes Jesús repitió en esta ocasión que vendrían aún mayores desgracias sobre los traidores y los falsos maestros de obra: si Jerusalén no recibe la salud, caería Jerusalén sobre Siloé, con mayor ruina, con el mismo templo. Hablando del bautismo de Juan, Ozías expresó la idea de que Herodes dejaría libre a Juan en ocasión de su fiesta. Jesús le dijo que a su tiempo sería libre. Los fariseos le dijeron que tuviese cuidado, porque Herodes lo sabría poner también a Él junto con Juan, si seguía su modo de proceder. Jesús nada respondió. Jesús salió de allí hacia cuatro o cinco horas de Antipatris. En Antipatris se ven muchos soldados romanos que traen maderas para fabricar las barcas del lago. En el camino a Ozensara encontraron a muchos de estos conductores de palos y tirantes que llevaban con bueyes hacia el mar; también se ven cortadores de árboles y leñadores.

Jesús se detuvo en adoctrinar a varios de estos leñadores de los cuales algunos vinieron después a Ozensara, que es un lugar dividido en dos por un arroyo que lo cruza. Jesús se hospedó con gente conocida y enseñó y exhortó a muchos de los que se habían reunido en el albergue. Habíase detenido aquí cuando estuvo de camino a su bautismo. Bendijo y sanó a algunos niños enfermos.

XLII

Jesús en Bethorón y en Betania

De Ozensara a Bethorón había unas seis horas de camino. Al acercarse a Bethorón se adelantaron Pedro y Juan para anunciar a Jesús, y Éste fué solo. Le salieron al encuentro los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa, quienes trajeron la noticia de que las santas mujeres estaban a cuatro horas de allí, al Norte, en Machmas para celebrar el Sábado. Machmas está a igual distancia de Betania en una angostura. Este es el lugar donde Jesús, de edad de doce años, dejó la compañía de sus padres y volvió al templo. Aquí se dió cuenta María de su pérdida y pensó en Gophna, de donde, no habiéndolo encontrado, se volvieron llenos de dolor a Jerusalén. En Bethorón hay una escuela de levitas con cuyos maestros la Sagrada Familia estaba en buenas relaciones y donde Ana y Joaquín pernoctaron cuando fueron con el Niño al templo, y la misma Virgen cuando volvía a Nazaret como esposa de José. Algunos discípulos de Jerusalén habían venido aquí con el sobrino de José de Arimatea. Jesús fué a la sinagoga donde, entre varias interrupciones de los fariseos, explicó la lección de ese Sábado. Después de la enseñanza sanó en el albergue a algunas mujeres con flujo de sangre y bendijo a niños enfermos. Los fariseos lo habían invitado a una comida, y como tardara, vinieron a llamarlo y le dijeron que todas las cosas tienen su tiempo, también el sanar; que el Sábado era de Dios, y que ya bastaba. Jesús les respondió: "No tengo otro tiempo ni otra medida en el obrar que la voluntad de mi Padre celestial". Sólo cuando hubo terminado con las curaciones se fué con sus discípulos a la comida. Los fariseos trajeron toda clase de cuestiones a Jesús. Se decía que iban con Él malas mujeres. Habían oído de la conversión de la Magdalena, de María Sufanitis y de la Samaritana. Jesús les contestó que si lo conocieran, hablarían de otro modo; que había venido para los pecadores. Habló de pecados y males públicos, de los cuales se puede ser curado, limpiado y purificado, y de otras pústulas y enfermedades graves internas de las cuales, personas al parecer sanas, están llenas, y no pueden ser curadas. Le dijeron que sus discípulos no se habían lavado antes de ir a la mesa, y Jesús les endilgó una prédica severa sobre la hipocrecía y santidad aparente de los fariseos. Les dijo también una parábola, ya que hablaban de las

malas mujeres, cuyo sentido era: "¿Qué deudor era mejor: aquél que debe mucho y pide humilde perdón, y quiere satisfacer toda su deuda, o aquél que debiéndolo todo, sigue igualmente banqueteando y no sólo no está dispuesto a pagar sino que aún insulta a su acreedor?" Habló también del buen pastor y de la viña, como en Antipatris; pero todo lo tomaban con frialdad, sin reflexionar. Se hospedó luego con sus discípulos en la casa de la escuela de los levitas. La Alta Bethorón está tan elevada que se puede ver desde Jerusalén, mientras la Baja Bethorón está al pie de la montaña.

Desde Bethorón se dirigió hacia Betania, a seis horas. Evitaba entrar en los lugares del paso; sólo entró en Athanot. Lázaro había vuelto ya de Magdalum a Betania; había ordenado todo en Magdalum y establecido allí un administrador del castillo y de los campos. Al hombre que había vivido con Magdalena le cedió habitación en una posesión de Ginnim y le asignó una pensión para vivir; todo lo cual aceptó el hombre sin reclamos. Magdalena ocupó en Betania las piezas de su hermana María, la Silenciosa, de la cual había sido muy amada. Pasó toda esa noche en lágrimas. Cuando Marta la fué a ver la encontró llorando sobre el sepulcro de su hermana, con el cabello en desorden. Las mujeres de Jerusalén habían vuelto y habían hecho el camino a pie. Magdalena, aunque estaba tan demacrada y tan débil por las emociones, quiso hacer también el camino a pie, y llegó con sus pies sangrando y toda dolorida. Las otras mujeres que, desde la conversión, la amaban mucho, la ayudaban en el pesado camino. Estaba débil, pálida y demacrada por las lágrimas. No pudiendo ocultar ya su deseo de ver a Jesús y agradecer, le salió al encuentro a una hora de camino, se echó a sus pies y, llena de lágrimas, le dió gracias. Jesús la levantó de la mano, la habló amigablemente, como también de su difunta hermana, María, la Silenciosa. Le dijo que la imitara y siguiera su ejemplo en la penitencia, aunque ella no había pecado. Magdalena volvió a Betania con su criada por otro camino. Jesús fué con Pedro y Juan a los jardines de Lázaro, que les salió al encuentro, les lavó los pies y les ofreció alimento. Nicodemus no estaba allí, pero sí José de Arimatea. Jesús se mantuvo dentro y no habló sino con los de casa y las mujeres. Con María habló de la muerte de Juan, que ya lo sabía por interna revelación. Jesús le avisó que dentro de ocho días volviera a Galilea antes que los invitados de Macherus regresaran de sus orgías, si quería andar sin molestias por el camino. Los discípulos, separados de Jesús,

iban de pueblo en pueblo por la Judea y preguntaban al entrar en las casas: "¿Hay aquí enfermos para que los sanemos en nombre de Jesús, nuestro Maestro, y les demos de balde lo que de balde hemos recibido?" Ungían a los enfermos con óleo y los enfermos sanaban.

XLIII

Jesús llora sobre Jerusalén

Desde Betania encaminóse Jesús por la mañana a través del Huerto de los Olivos, para enseñar en un lugar donde se estacionaban comerciantes y albañiles, y para sanar a los enfermos. Era el sitio donde se reunían los obreros que estaban ocupados en los interminables trabajos del templo. Habían instalado allí cocinas, y las mujeres pobres cocinaban para ellos por unas monedas de paga. Entre estos trabajadores había gente de Galilea que conocía a Jesús por haber escuchado su predicación, y algunos que habían sido sanados de sus dolencias. Había gente de Gischala, de los campos del jefe Zerobabel y de un lugar de Tiberíades de la parte Norte del valle de Magdalum. Jesús sanó a muchos de estos trabajadores. Se lamentaban con Él de la desgracia del derrumbe acontecido hacía unos quince días y pidieron al Señor fuese a ver algunos heridos graves. Cien hombres menos siete fueron muertos en esa ocasión, además de los dieciocho capataces traidores. Jesús visitó a los heridos, los consoló y los sanó. A varios que tenían heridas o destrozos en la cabeza los ungió con óleo y los sanó tocándoles la cabeza. A los que tenían brazos y manos destrozados, los sanó con unciones y tocándoles las manos; lo mismo hizo con los que tenían manos u otros miembros destrozados, que curaba tomando en sus manos esos miembros y las heridas de varios miembros las cerraba, y quedaban sanos. He oído que les decía que llorarían aún más cuando la espada tocaría a los galileos. Les dijo que pagasen los tributos al César sin murmurar y si acaso no les fuese posible satisfacer su obligación se dirigiesen en su nombre a Lázaro, que les ayudaría. Jesús les habló con mucha compasión. He oído a la gente quejarse porque ahora no podían ya recibir ayuda alguna del estanque de Betesda; que los pobres y enfermos, que allí esperaban, no tenían ahora ayuda alguna y que hacía tiempo que no se obraba milagro alguno. Cuando Jesús llegó al Huerto de los Olivos, lloró sobre el templo diciendo: "Si

la ciudad no recibe la salud, el templo sera destruído, del mismo modo que cayó la obra que lamentan y muchos más de ellos perecerán en su ruina". Les dijo que lo sucedido con la obra derrumbada era una advertencia para ellos de lo que sucedería después.

Dirigióse Jesús hacia la puerta Belén, de Jerusalén, a la casa donde María y José entraron cuando lo llevaban a Él después de los cuarenta días para ser presentado en el templo. En esta casa se hospedó Ana cuando fué a la gruta de Belén, y más tarde el Niño Jesús cuando de edad de doce años abandonó la compañía de María y José junto a Machmas y volvió al templo. Viven aquí muy piadosas personas en este pequeño albergue, donde se hospedan también los esenios y otras buenas gentes cuando están de paso. Ahora vivían aquí los hijos de aquellos padres y se acordaban del Niño Jesús; pero ya no lo reconocían porque no había estado más en esta casa y pensaban que podía ser Juan Bautista, del cual se había esparcido la voz de que estaba ya libre de su prisión. Había aquí también un hombre anciano que se acordaba de todo lo sucedido en la niñez de Jesús. Le mostraron a Jesús una imagen de un niño envuelto en pañales tal como María llevaba a su Niño al templo; lo conservaban en un ángulo de la casa, puesto en una cuna semejante a la que tuvo en Belén. Tenían unas luces encendidas delante de la imagen que transparentaban como a través de cucuruchos de papel. Dijeron a Jesús: "Jesús de Nazaret, el gran Profeta, hace treinta y tres años nacido en Belén, estuvo con su Madre aquí. Lo que viene de Dios hay que honrarlo". Y así celebraban ellos su nacimiento durante seis semanas, como Herodes, que no es ningún profeta, celebra su natalicio con tantas fiestas. Estas gentes eran creyentes de Jesús, y lo amaban, así como a la Sagrada Familia, debido a la familiaridad con Ana y demás conocidos de la Sagrada Familia, y por los pastores de Belén, que también solían hospedarse allí cuando iban a Jerusalén. Cuando Jesús se les dió a conocer, su alegría no tuvo límite. Le mostraban contentos todos los lugares de la casa y jardín donde habían estado María, José o Ana. Jesús enseñó aquí y los consoló y se hicieron mutuos regalos. Les hizo dar monedas por intermedio de un apóstol, y ellos daban panes, miel y frutas para llevar en el camino, y por fin le acompañaron un buen trecho cuando Jesús con sus discípulos se encaminó hacia la región de Hebrón.

XLIV

Jesús en Juta. Da a conocer la muerte de Juan Bautista

Jesús partió para Juta y Hebrón, a cinco horas de distancia: es el pueblo del nacimiento del Bautista. Habían ya partido para el mismo lugar María, la Madre de Jesús, Verónica, Susana, Juana Chusa, Juaña Marcos, Lázaro, José de Arimatea, Nicodemus y otros discípulos de Jerusalén, por un camino más corto. La casa de Zacarías está sobre una altura en Juta. La casa, el viñedo y algunas posesiones eran la herencia de Juan. El hijo de un hermano de Zacarías vive aquí y administra todas estas cosas; se llama también Zacarías. Era un levita amigo de Lucas, con el cual había estado hace poco en Jerusalén y le había contado muchas cosas de la Sagrada Familia. Es más joven que el Bautista, como Juan el apóstol. Desde niño había estado siempre en esta casa. Pertenecía a esa especie de levitas que eran como los esenios y conservaban ciertos secretos de familia desde sus antepasados referentes al Mesías cuya venida esperaban con ansia. Era un hombre iluminado del cielo y vivía sin casarse. Jesús y sus discípulos fueron recibidos por él con el acostumbrado lavado de los pies y el ofrecimiento de una refección.

Jesús se dirigió a la sinagoga de Hebrón. Era un día de ayuno y empezaba por la tarde una fiesta por la victoria de David en la sublevación de Absalón, que había comenzado en Hebrón, su patria. Se mantenían lámparas encendidas en la sinagoga y en las casas aun de día. Daban gracias de que entonces habían sido iluminados para seguir el mejor partido y rogaban les asistiese Dios en el pervenir. Jesús enseñó delante de mucho pueblo y recibió de los levitas grandes muestras de estimación y respeto. Hubo una comida con Jesús y los levitas. Cuando María llegó con las santas mujeres, les contó el viaje con José a la casa de Isabel y les mostró el lugar desde donde José se volvió a Nazaret, y les expresó sus sentimientos y su temor cuando a la vuelta de José viese el estado en que se encontraba y lo que pensaría de ella. Visitó luego María con las mujeres los lugares donde habían tenido lugar hechos o misterios y también en ocasión del nacimiento de Juan. Habló de los saltos de Juan en el seno de Isabel, del saludo de Isabel, y cómo Dios le inspiró el canto del *Magníficat*, que después cantaba todas las tardes en compañía de Isabel. Habló de la mudez

de Zacarías y como Dios le restituyó el habla al decir el nombre de Juan. Todos estos particulares, desconocidos hasta ahora, contaba María a las santas mujeres con toda familiaridad y con lágrimas de ternura por tan felices recuerdos, mientras las santas mujeres lloraban y la Virgen también por la muerte del Bautista, que ella conocía y que era desconocida por las demás mujeres. Les mostró el pozo de agua que saltó a sus humildes ruegos; las mujeres tomaron agua de ese pozo milagroso. Durante la comida Jesús enseñaba; las mujeres comían aparte de los hombres. Después de la comida se dirigió Jesús con su Madre, Pedro, Juan y los tres discípulos del Bautista, Santiago, Eliachim, y Sadoch, hijos de la hermana mayor de María, llamada María Helí, al cuarto donde había nacido Juan Bautista. Se había extendido una gran manta en el lugar y las mujeres se hincaron y se acomodaron en torno para rezar. Jesús de pie habló de la santidad y de la misión de Juan. María contó las circunstancias en las cuales había sido confeccionada esa manta. María la había hecho con Isabel y Juan fué colocado en ella al nacer, porque estaba en el lecho de Isabel; esta manta era de lana amarilla adornada de flores. En el borde superior había frases bordadas de la salutación de Isabel y del *Magnificat* de la Virgen. En el medio había como un saco donde la nodriza podía poner los pies del niño; por la parte de arriba se solía envolver a la criatura y terminaba con una especie de capucha. He visto como María levantó la manta y mostró en el borde superior las frases bordadas y las profecías contenidas en esas frases, y las explicó a las mujeres. Dijo que había profetizado a Isabel que sólo tres veces vería Juan a Jesús personalmente, como fué en efecto. La primera vez lo vió como niño en la huída a Egipto; luego en el bautismo de Jesús, y la tercera vez cuando lo vió pasar cerca del Jordán y dijo: "He ahí el Cordero de Dios". Recién entonces Jesús les declaró que Herodes había matado a Juan. Una grande tristeza se apoderó de todos: regaron con lágrimas esa manta. Especialmente lo sintió mucho Juan, que se echó a tierra llorando de pena. Era una escena conmovedora ver cómo estaban echados de cara a la manta derramando lágrimas de ternura y de pena. Jesús y María estaban ambos en los cabos de la manta. Jesús consoló a todos y les anunció aún mayores cosas. Les dijo que no hablasen de ello, porque hasta ahora lo sabían sólo los matadores de Juan.

XLV

El bosque de Mambre con la cueva de Machpelah

Al Sur de Hebrón está el bosque de Mambre, con la cueva de Machpelah, lugar donde están sepultados Abrahán y otros patriarcas. Jesús enseñó aquí y sanó a algunos labradores. El bosque de Mambre es parte de una serie de bosques de robles, hayas y nogales, y junto a la entrada de estos bosques está la cueva de Machpelah donde están sepultados Abrahán, Sara, Jacob, Isaac y otros patriarcas. La caverna es doble, como dos sótanos. Las sepulturas en parte están cavadas en la roca y en parte no. Este lugar está tenido en grande honor y en torno hay un jardín donde se ha erigido una cátedra. Las faldas de la colina están llenas de viñedos y arriba crece el trigo.

Jesús entró con los discípulos en los sepulcros y se destaparon algunos de ellos. Algunos cadáveres aparecían en desorden. Los restos de Abrahán estaban aún compuestos y enteros. Se desenrolló delante de la sepultura una manta oscura, tejida con pelos de camellos y Jesús enseñó acerca de Abrahán, de las promesas y de su cumplimiento. Los enfermos que sanó Jesús eran en parte baldados, tísicos y hidrópicos. No hubo endemoniados, sólo algunos tontos y lunáticos. La región es fértil y el trigo está en sazón. Abunda aquí el buen pan y cada uno tiene su viñedo. Las montañas son planas por arriba, cultuvadas con trigo; en las faldas hay viñedos. Se ven muchas cuevas entre las rocas. Cuando Jesús con sus discípulos entró en la cueva de Machpelah, se quitaron el calzado, dejándolo en la puerta, Se colocaron en torno de la sepultura, respetuosos y reverentes, y Jesús les habló. Después fué a una pequeña población de levitas llamada Bethain, a una hora al Sur de Hebrón, teniendo que subir un camino muy empinado. Allí sanó algunos enfermos y enseñó sobre el Arca de la Alianza y David, porque el Arca estuvo aquí en cierta ocasión por quince días. David había sacado secretamente por orden de Dios el Arca de la casa de Obededom y la trajo aquí caminando él descalzo delante de ella. Cuando David la sacó de aquí el pueblo se irritó tanto que estuvo a punto de apedrearlo. Había arriba un pozo muy profundo del cual sacaron agua con un odre de cuero. El piso de piedra de estos lugares es blanquizco como las rocas circundantes.

Nicodemus, José de Arimatea, Lázaro y las mujeres de Jerusalén partieron ya a sus casas, como también María Santísima.

Lázaro fué a Jerusalén, donde tiene que desempeñar un empleo por unos siete días en el templo. María, sin volver a Betania, pasó por Machmas hacia Galilea; en Machmas celebró el Sábado en casa del maestro de escuela; iba en compañía de Ana Cleofás y una parienta de Isabel, que era de Sapha. Sapha es el lugar donde nacieron Santiago y Juan. María llevaba consigo la manta de Juan; un criado se la llevaba enrollada dentro de un canasto de mimbre. En Juta habló Jesús de esta manta y del deseo grande de Juan de ver a Jesús; pero que se había vencido y procurado sólo cumplir su misión de precursor y preparador del camino, aunque hubiese deseado ser el compañero de sus peregrinaciones apostólicas. Siendo pequeño habíalo visto cuando sus padres, huyendo a Egipto, pasaron a un par de horas de Hebrón: el camino los llevó a poca distancia donde estaba el niño Juan en el desierto, quien asomó entre los matorrales, junto a un arroyo, teniendo en sus manos una banderita con un gallardete de juncos; había el niño Juan dado saltos al lado del arroyo agitando su banderita en señal de alegría. María había alzado al niño Jesús y dicho: "Mira allá al niño Juan en el desierto". El Espíritu había avisado al niño y traído allí para saludar a su Maestro, el cual lo había santificado ya antes desde el seno de su Madre. Mientras Jesús contaba estas cosas, lloraron los discípulos recordando la muerte de Juan, y yo vi de nuevo ese cuadro de su infancia. El niño Juan no tenía sobre sí mas que la piel sobre un hombro sujeta al medio del cuerpo por un cordel. Sintió que se acercaba su Salvador y que el niño Jesús estaba sediento. Oró el niño Juan, y tocando con su bastoncito la roca, brotó una fuente, y Juan corrió por la dirección de la fuente hacia donde pasaban en ese momento María y José con el Niño. Allí donde la fuente caía danzó de contento Juan, haciendo señales con su banderilla. Después lo he visto volver a su lugar acostumbrado, junto a una roca, donde había una cueva; un brazo de la fuente corrió a la cueva y Juan formó así un pozo para tener agua. Vivió allí durante cierto tiempo. El camino de la Sagrada Familia fué por una parte del Huerto de los Olivos; a media hora al Este de Belén descansaron y luego, teniendo a su izquierda el Mar Muerto, caminaron siete horas al Sur de Belén, a dos horas del lado de Hebrón y entraron en el desierto, donde estaba el niño Juan. Los he visto descansar después de pasar este arroyo y confortarse con algún alimento. Cuando volvieron de Egipto de nuevo vió Juan en espíritu a Jesús y saltó de alegría en dirección de su venida; pero no lo

vió personalmente, porque el camino corría algo distante donde estaba Juan. Jesús habló de la grande mortificación de Juan, cuando en ocasión del bautismo se mantuvo dentro de los límites de la estricta ceremonia, aunque su corazón se rompía de gozo y de ímpetu y de amor a Jesús. Más tarde, lleno de humildad, más bien huía de su presencia por modestia que no buscase encontrarse con Jesús.

XLVI

Jesús predica en la sinagoga de Hebrón

Jesús enseñó en la sinagoga de Hebrón sobre una fiesta que celebraban recordando la separación de los saduceos del consejo del sanedrín, cuando bajo Alejandro Janeo tenían mayoría. En torno de la sinagoga habían formado tres arcos de triunfo con hojas de parra, de trigo y toda clase de flores. Salieron en una especie de procesión esparciendo flores por el camino; porque celebraban también el novilunio y la fiesta cuando corre la savia por los árboles y los árboles de cuatro años comienzan a dar frutos. Por eso habían erigido tantos arcos con plantas, árboles y flores. Esta fiesta de la expulsión de los saduceos caía bien con la renovación de las plantas con su savia porque los saduceos niegan la resurrección de los cuerpos. Jesús enseñó severamente contra el error de los saduceos y habló de la resurrección de los muertos. Habían venido a la fiesta fariseos de Jerusalén; pero no discutieron con Jesús y se mostraron muy corteses. No tuvo Jesús contradictores: las gentes son en general bien inclinadas y bien intencionadas. Jesús sanó a enfermos en las casas y delante de la sinagoga, especialmente trabajadores, baldados, gotosos, tísicos, algunos mentecatos y otros enfermos. Juta y Hebrón forman una sola cosa, ya que Juta es como un barrio delante de Hebrón y está unida con ella por una serie de casas. En un tiempo debieron haber estado separadas porque hay restos de murallas entre las dos ciudades y un foso ya medio cubierto. La casa de Zacarías comprende la escuela de Juta y está a un cuarto de hora de la ciudad sobre una colina, tiene hermosos jardines y viñedos, y más lejos una casita en medio de un hermoso viñedo. La escuela está unida por un lado a la casa donde nació Juan: lo he podido comprobar cuando extendieron la manta en ese lugar. Cuando Jesús volvió a la sinagoga de Hebrón para enseñar, había un sillón alto a la entrada y Jesús se aco-

modó en esa tarima. La sinagoga estaba abierta por sus cuatro lados porque se habían congregado todos los habitantes de la ciudad y de los contornos. Los enfermos estaban echados sobre pequeños lechos o mantas en torno y todo el patio estaba atestado de gente. Aún permanecían los arcos de triunfo de la última fiesta.

La escena era conmovedora porque se veía que todos estaban bien dispuestos y deseosos de oír a Jesús, y no había contradictores. Después de la predicación sanó a muchos enfermos. Jesús pronunció un sermón muy profundo: la lección de las tinieblas de Egipto, del cordero pascual y del rescate de los primogénitos. Finalmente habló del profeta Jeremías. Hizo una declaración muy misteriosa sobre el rescate de los primogénitos. Recuerdo que dijo, más o menos: "Cuando el sol y la luna se oscurecen, las madres llevan sus hijos al templo para el rescate". Repitió varias veces eso del sol y de la luna que se oscurecen. Habló de la concepción, del nacimiento, de la circuncisión y de la presentación en el templo en relación con las tinieblas y con la luz que renace. La explicación misteriosa era de la salida de Egipto y el nacimiento del hombre. Habló de la circuncisión y del rescate de los primogénitos como de leyes que pronto dejarían de obligar. Nadie le contradijo, todos estaban muy silenciosos y atentos. Habló de Hebrón y de Abrahán, y después de Juan y de Zacarías.

XLVII

Jesús habla de Juan Bautista

Habló de la grandeza de Juan Bautista más claramente de lo que lo había hecho hasta entonces: de su nacimiento, de su vida en el desierto, de su predicación de la penitencia y de su prisión. Pasó luego a hablar de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Habló de los sufrimientos de Jeremías en la cueva y de las persecuciones de otros profetas. Cuando Jesús habló de la muerte del primer Zacarías, los oyentes pensaron también en Zacarías, padre de Juan, que Herodes había invitado ir a Jerusalén y hecho matar en una casa vecina. Jesús, empero, no habló de ello. Este Zacarías estaba enterrado delante de su casa, en Juta, en una bóveda. Cuando Jesús habló tan tiernamente de Juan y de la muerte de los profetas, el silencio en la sinagoga se hizo impre-

sionante. Todos estaban conmovidos; muchos lloraban; los mismos fariseos estaban impresionados. Muchos parientes y amigos fieles de Juan recibieron en ese momento la persuación interna de que Juan había sido muerto también y cayeron en extrema tristeza y algunos en desmayos. Se produjo una interrupción y un desorden en la sinagoga por ello. Jesús dijo que socorriesen a los desmayados, que pronto todo pasaría, y en efecto a los pocos minutos pudo Jesús continuar su predicación. Para mí, que escuchaba, fué cosa clara que Jesús se refería a Juan cuando mencionó lo de "entre el templo y el altar", porque la muerte de Juan estaba en la vida de Jesús entre el templo y el altar, es decir, entre su nacimiento y su crucifixion. Esto no lo entendieron los demás.

Al final de la predicación los que se habían desmayado fueron llevados a sus casas. Además del joven Zacarías, primo de Juan Bautista, estaba una hija de una hermana de Isabel, casada en Hebron, con doce hijos, entre ellos algunas hijas ya crecidas. Estas, con otras parientas, fueron las que se desmayaron y se conmovieron tanto. Jesús fué con sus apóstoles y el joven Zacarías a la casa de esta mujer, donde no había estado aún, aunque las santas mujeres iban con frecuencia a esa casa. Debía comer esta noche en esta casa: fué una cena muy triste. Jesús estaba con Pedro, Juan, Santiago, Cleofás, Eliachim, Sadoch y Zacarías, sobrino de Isabel, con el marido de ésta, en una pieza, y los parientes de Juan preguntaron a Jesús si volverían a ver a Juan. Estaban allí como encerrados para que otros no los molestasen. Jesús les dijo, derramando lágrimas: "No". Y habló de una manera tierna y conmovedora de su muerte. Cuando en su aflicción expresaron el temor de que su cuerpo fuera deshonrado y maltratado, Jesús les dijo que su cuerpo estaba intacto, y que su cabeza había sido maltratada y deshonrada y echada a los desperdicios; pero que también la cabeza estaba guardada y saldría un día a la vista. Les dijo que después de algunos días Herodes saldría de Macherus y la muerte de Juan se haría pública, y que entonces podrían ir por el cuerpo de Juan. Diciendo esto lloró Jesús con los presentes. Tomaron luego algún alimento juntos. Esa cena me recordó, por su tristeza, las circunstancias y el religioso silencio, a la última cena de Jesús con sus apóstoles.

En esta ocasión tuve una visión de la presentación de Jesús en el templo. He visto en cuadros que esto ocurrió en el día 43 del nacimiento de Jesús. Habían tenido que esperar, por causa

de una fiesta, tres días en una casa delante de la puerta de Belén, junto a esas buenas gentes que cuidaban el albergue. Además del tributo acostumbrado trajo María al templo cinco trozos de oro delgados, regalo de los Reyes, y varios pedazos de telas bordadas de la misma procedencia. José vendió uno de los asnillos que había dejado en casa de su amigo y pariente. Creo que el asnillo del Domingo de Ramos venía de aquel asnillo de José.

Jesús enseñó en Juta y anduvo con unos diez levitas por las casas de los alrededores sanando a los enfermos. En estos lugares no se presentaron ni leprosos ni endemoniados, ni grandes pecadores. Por la tarde tomó parte en una sobria comida con los levitas: comieron panes, aves, miel y frutas. José de Arimatea y varios discípulos vinieron de Jerusalén para invitar a Jesús a ir a Jerusalén porque había allá muchos enfermos que lo deseaban. Dijeron a Jesús que ahora podía ir tranquilo a Jerusalén porque toda la atención de los fariseos y escribas estaba concentrada en la cuestión de Pilatos con Herodes por el desastre de Siloé.

Jesús contestó que por ahora no iría, pero que lo haría antes de volver a Galilea. Las mujeres parientes de Juan celebraron el Sábado en su misma casa. Se vistieron de luto y estuvieron tendidas en tierra mientras ardían pirámides de luces en el medio de la pieza. Había esenios junto a la tumba de Abrahán los cuales venían de a grupos a ver a Jesús. Vivían en celdas cavadas en las mismas rocas y tenían un jardín. En la casa de Zacarías hay hermosos jardines con espléndidos y tupidos rosales. Cuando se viene de Jerusalén, se ve la casa de Zacarías sobre una colina. A un cuarto de hora de camino sobre una altura está su viñedo a la derecha, y al pie de la colina, el pozo que descubrió María. El Hebrón del tiempo de Abrahán está en ruinas más al Sur en un valle separado por un foso. En tiempos de Abrahán tenía anchas calles y las casas estaban muchas de ellas cavadas en las rocas. No lejos de la casa de Zacarías hay un lugar llamado Jether donde he visto andar con frecuencia a María y a su prima Isabel. En Juta sospecharon las gentes, por las palabras de Jesús y por el luto de los parientes, que Juan estaba muerto y así se esparció la noticia de su desaparición. Jesús antes de dejar a Juta estuvo en el sepulcro de Zacarías con su sobrino y los apóstolos. Estas tumbas no son como las comunes, sino catacumbas, con una bóveda sostenida por columnas, y se han convertido en lugar de peregrinaciones de los sacer-

dotes. Se resolvió que el cuerpo de Juan debía ser traído de Macherus y sepultado aquí. Trabajaron por eso y dispusieron otro lugar y fué cosa admirable ver como Jesús trabajó y ayudó también para preparar el sepulcro de su amigo el Bautista. Jesús honró también los restos de Zacarías. Isabel no está enterrada aquí sino en la primera cueva, donde había vivido Juan cuando niño en el desierto: el sepulcro está en una altura. Cuando Jesús abandonó a Juta le acompañaron hombres y mujeres. Estas últimas volvieron después de una hora de camino, e hincadas de rodillas, pidieron la bendición. Quisieron besar sus pies, pero Jesús no lo permitió.

XLVIII

Jesús en Libna y en Bethzur

Tomaron el camino de Libna en cuyas cercanías entraron en un albergue. Los hombres que le habían acompañado partieron de aquí con Saturnino y Judas Barsabás que habían ido de Galilea a Macherus, de allí a Juta y ahora hasta Libna. Contaron con amargura la muerte del Bautista. Cuando Herodes partió con su familia de Macherus a Hesebón, acompañado de sus soldados, se esparció la voz de la decapitación del Bautista por unos viajeros y por medio de los heridos en Jerusalén, que eran gentes de Zorobabel de Cafarnaúm. Zorobabel comunicó la noticia a Judas Barsabás, que estaba en las cercanías y por esto se dirigió con Saturnino y otros discípulos a Macherus, donde se certificaron de la triste noticia. Desde Macherus se dirigieron a la patria de Juan para tratar de rescatar el cuerpo. La noticia de que Jesús se encontraba en este albergue los trajo aquí donde ...ataron con Jesús. De aquí se encaminaron con los hijos de María Helí, el sobrino de Zacarías, el sobrino de José de Arimatea, los hijos de Juana Chusa y de Verónica, hacia Macherus, pasando por Juta, llevando un asno con las cosas más necesarias para el arreglo del cuerpo. Macherus estaba ahora despoblado y sólo quedaban unos pocos soldados.

Jesús permaneció en esta región para no encontrarse en el camino con Pilatos, que viajaba con su mujer y un acompañamiento de cincuenta personas a través de Bethzur y Antipatris, para embarcarse a Roma y presentar sus quejas contra Herodes. Antes de la partida de Jerusalén había tenido un consejo con su gente sobre Jesús de Galilea, que hacía tantas maravillas y que ahora estaba en las cercanías de Jerusalén. Pilatos preguntó:

"¿Le sigue mucho pueblo?... ¿Están armados?..." "No, le respondieron, va con pocos discípulos, de humilde condición, sin empleo alguno y a veces completamente solo. Enseña sobre las colinas, en las sinagogas, sana a los enfermos y da limosna a los pobres. En estas ocasiones suele reunirse mucho pueblo, a veces hasta miles..." "¿Enseña y habla contra el César?" "No; enseña de mejorar las costumbres, de la misericordia y que se dé al César lo suyo como a Dios lo que le pertenece. Pero habla con frecuencia de su reino que parece estar cerca". Dijo Pilatos: "Mientras va andando y sanando enfermos y no lleve gente de armas y soldados, nada hay que temer porque haga milagros. Abandona el lugar donde hace un milagro y va a otros lugares; de este modo pronto se lo olvidará y se lo perseguirá. Yo sé que los mismos sacerdotes están airados contra Él. No hay peligro alguno con Él. Si, al contrario, se le ve andar con gente armada, entonces será el momento de acabar con Él". Pilatos había tenido ya varias enojosas cuestiones con el pueblo judío, y lo odiaban. Una vez introdujo en la ciudad figuras sobre estandartes romanos y el pueblo se amotinó contra él. En otra ocasión he visto que en una fiesta, donde los judíos no llevan armas ni tocan dinero, entrar los soldados romanos en el templo y romper la alcancía de las limosnas y llevarse el dinero. Fué esto en el tiempo en que Juan estaba cerca de On, en el Jordán, bautizando, y Jesús volvía del desierto.

De Libna se dirigió Jesús a Bethzur que está como a diez horas al Norte y a dos horas de Jerusalén. Bethzur es una fortaleza porque tiene torres, fosos y excavaciones, aunque está en ruinas, pero no tanto como la de Betulia. La ciudad es tan grande como Bethorón. Del lado que venía Jesús no está tan empinada y entre Bethzur y Jerusalén hay un hermoso valle. Se puede contemplar desde la altura de una ciudad las torres y casas de la otra. Del otro lado está la ciudad defendida por una empinada altura. Un tiempo estuvo el Arca de la Alianza públicamente de asiento aquí. Jesús fué recibido muy bien en Bethzur. Lázaro y otros discípulos de Jerusalén estaban esperándolo. Les lavaron los pies a Él y a los discípulos y les ofrecieron en abundancia todo lo que necesitaban. Jesús se albergó en una posada cerca de la sinagoga. Los tres Reyes Magos habían pasado por Bethzur en su camino de Jerusalén a Belén; habían dado descanso a sus bestias de carga y habían vuelto a ver en este lugar la estrella desaparecida. Bethzur no debe confundirse con una Bethorón, que está entre Belén y Hebrón,

cerca de la cual Felipe bautizó al eunuco de la reina Candaze. A este lugar lo llaman también Bethzur. En la ciudad sanó Jesús sin molestias a varios enfermos en sus casas. Las gentes eran buenas y el jefe de la sinagoga llevaba a Jesús de casa en casa. Después enseñó en la escuela bendiciendo a gran cantidad de niños y niñas, y estuvo mucho tiempo con ellos, sanando a los que estaban enfermos.

XLIX

Rescate y sepultura del cuerpo de Juan

Cuando Saturnino con los demás discípulos llegaron delante de Macherus, subieron hacia el castillo con tres robustos tirantes que llevaban bajo el brazo, una especie de bolsa de cuero en dos partes, con telas, esponjas y otras cosas necesarias, mientras los discípulos conocidos aquí pidieron permiso a los guardas para entrar en el castillo, cosa que no les fué concedida. Se volvieron entonces, dieron vueltas por los muros y por el lado de la prisión de Juan entraron apoyados unos en los hombros de los otros y pasaron por tres vallados y por dos fosos. En realidad parecía que les ayudaba Dios, porque lo hicieron todo con prontitud y relativa facilidad. Entraron por una abertura redonda en los aposentos interiores. Cuando los dos soldados que custodiaban la entrada notaron la presencia de estos hombres, vinieron a ellos con antorchas y los discípulos les fueron al encuentro y les dijeron: "Nosotros somos discípulos de Juan Bautista y venimos a llevarnos el cuerpo de nuestro maestro que Herodes hizo matar". Los soldados no les estorbaron; al contrario, abrieron la cárcel, porque también ellos estaban amargados contra Herodes por la muerte de Juan y querían reparar y tener parte en la buena obra de la sepultura. Algunos soldados del castillo habían, días antes, desertado del oficio y huído de Macherus.

Cuando entraron en la cárcel de pronto se apagó la antorcha y se llenó toda la cárcel de luz, especialmente el cuerpo de Juan. No sé si ellos veían esa luz sobrenatural, pero creo que sí porque hicieron todo tan pronto y tan fácilmente como si fuera de día y a plena luz. Los discípulos corrieron hacia el cadáver de Juan, llorando, y se hincaron delante de él. Además de ellos, yo vi en ese momento una aparición luminosa de una mujer alta y resplandeciente que estaba allí en la cárcel; al principio me pareció que sería María Santísima, pero luego

comprobé que era Isabel. Todo me pareció tan natural y también su presencia allí, que yo pensaba como pudo haber entrado en la cárcel. El cadáver estaba todavía cubierto con su piel de camello. Los discípulos se dispusieron pronto a los preparativos necesarios; extendieron un lienzo, pusieron el cadáver encima, lavaron el cuerpo. Traían el agua en sus odres y los soldados trajeron aún más en unas palanganas oscuras. Judas Barsabás, Santiago y Eliachim hacían el trabajo, mientras los demás alcanzaban y traían las cosas necesarias. La aparición estaba allí trabajando con ellos y parecía como si ella lo hiciera todo: descubrir, cubrir, poner, sacar, envolver y en toda faena estaba la mano de ella. Debido a ello se hizo todo con orden y prontitud. Abrieron el cadáver, sacaron los intestinos que pusieron dentro de odres de cuero; luego lo embalsamaron con hierbas y perfumes, de modo que el todo quedó reducido y el cadáver parecía disecado. Mientras tanto otros discípulos recogieron la sangre que había caído y salido de su cabeza y la pusieron en las cajas vacías donde habían traído las especias para embalsamar. Colocaron después el cadáver así preparado dentro del saco de cuero que traían y lo cerraron por arriba; luego metieron los dos palos que traían y lo sujetaron con correas, y lo sacaron de allí entre dos, habiendo cubierto el saco con el vestido de piel que llevaba el Bautista. Los demás llevaban el odre con las entrañas y las cajas con la sangre recogida. Los dos soldados dejaron a Macherus y los condujeron por sendas estrechas detrás de los vallados, por pasadizos subterráneos, llevándolos afuera por el mismo camino por donde habían traído a Juan a la cárcel.

Todo transcurrió con prontitud admirable, en medio de inmensa ternura de parte de todos. Al principio los vi andar sin luz con pasos ligeros bajando por la montaña; más tarde vi que llevaban una antorcha y que dos cargaban el tesoro sobre sus hombros, mientras los demás seguían detrás. No me es posible expresar qué conmovedor era este cuadro, en medio de la noche, con la antorcha, silenciosos y apresurados, que me parecía que mejor que caminar, rasaban tocando apenas el suelo por milagro. Cuando al llegar el día iban a pasar el Jordán en el sitio donde Juan bautizaba, se detuvieron y lloraron. Se apartaron luego, tomando el camino del Mar Muerto, por senderos extraviados, y atravesando el desierto llegaron por el valle de los pastores hasta Belén, donde se escondieron en una cueva con el depósito esperando la noche para seguir hasta Juta. Al ama-

necer estaban cerca de la caverna de Abrahán y llevaron el cuerpo a una cueva de los esenios, que lo custodiaron todo el día. Por la tarde, más o menos a la hora en que fué sepultado Nuestro Señor, y también en un Viernes, he visto llevar el sagrado cuerpo por los esenios a la sepultura donde están sepultados Zacarías y otros profetas en el lugar donde Jesús también ayudó a disponer.

Los parientes de Juan, mujeres y hombres, estaban reunidos con los discípulos que habían traído el cadáver, con los soldados que los habían acompañado y con muchos esenios, entre éstos varios ancianos de mucha edad que habían socorrido a Juan en los primeros tiempos de su vida en el desierto. Estos hombres tenían vestiduras blancas y largas. Las mujeres también tenían blancas y largas vestiduras, mantos y velos, los hombres llevaban mantos negros de luto, con estolas angostas que pendían del cuello y terminaban en puntas rasgadas. En la bóveda ardían muchas lámparas. Se depositó el cuerpo sobre una manta, lo desenvolvieron de sus ataduras y fué embalsamado con hierbas, especias, mirras y perfumes. Era un espectáculo terrible, para los parientes, ese cuerpo sin cabeza. Estaban muy tristes de no poder ver su rostro y miraban en la lejanía, en el vacío, para recordarlo. Cada uno de los presentes puso todavía un manojo de mirra o de otra especia sobre el cuerpo, que luego fué depositado en la sepultura dispuesta sobre la de su padre, cuyos huesos también limpiaron y compusieron en buen orden. Hubo todavía una ceremonia de luto de parte de los esenios, que contaban a Juan por uno de ellos, antes bien, por uno de sus profetas prometidos. Entre las dos hileras de esenios pusieron un altar portátil y uno de ellos con dos ayudantes hizo la ceremonia. Todos ponían pequeños panes sobre el altar, en cuyo medio estaba la figura de un cordero pascual que rociaban con hierbas y ramitas. Cubría el altar un paño colorado, que tenía encima otro blanco. Había una figura de cordero que al principio brillaba, colorado, y luego blanco; quizás había lámparas detrás que se cambiaban. El sacerdote esenio leía en sus rollos, quemaba incienso, bendecía y rociaba con agua bendita. Todos cantaban en coro. Los discípulos y parientes de Juan estaban en derredor y cantaban con ellos. El más anciano habló del cumplimiento de las promesas, de la grandeza de Juan y otras cosas que se referían a Cristo. Recuerdo que habló de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Añadió que también el otro Zacarías, padre de Juan, había sido

muerto entre el templo y el altar, pero en sentido mucho más elevado, y que Juan era el testigo y mártir entre el templo y el altar: quería decir entre la vida y la muerte de Cristo. La ceremonia del cordero tenía relación con el cordero pascual, con el Cordero Jesucristo, cordero de Dios, con la última cena, la pasión y la muerte de Jesús. No creo que ellos entendiesen todo esto bien; pero lo hacían como cosas misteriosas y proféticas de las cuales muchas observaban, sin entender, empero, todo el significado. El anciano repartió, después de la ceremonia, entre los discípulos los panecillos que habían estado sobre el altar y dió a cada uno una ramita. Los otros parientes recibieron también ramitas, pero no de las que habían estado sobre el cordero. Los esenios comieron estos panes. Después el sepulcro fué cerrado.

L

Noticias de los esenios y sus creencias

Los más santos entre estos esenios tenían grandes conocimientos y proféticas visiones sobre el Mesías y también de las usanzas y prácticas judaicas que tenían relación con el Mesías. Cuatro generaciones antes del nacimiento de María Virgen habían cesado de ofrecer sacrificios de sangre porque conocieron que ya se acercaba el cordero de Dios. La castidad que observaban y su continencia eran un obsequio que hacían al futuro Mesías. Conocían que el hombre debe ser un templo de Dios y querían mantenerse puros y santos al saber que se acercaba el Mesías. Sabían cuantas veces fué demorado el advenimiento del Mesías por los pecados de los hombres y querían con su castidad y continencia satisfacer por los pecados de los hombres. Todo estaba establecido en su orden por algunos de sus profetas, sin que por esto tuviesen ellos mismos un acabado conocimiento de todo al venir Jesucristo. Eran como precursores, en cuanto se refiere a los ritos y costumbres de la Iglesia que fundaría Cristo. Habían ya de antiguo contribuído en mucho a la santificación y preservación de los antepasados de María y de otros santos descendientes y el cuidado de Juan en su juventud fué el último eslabón de su obra. Los mejores, entre ellos, fueron en compañía de Jesús como discípulos; otros, después, a la comunidad cristiana. Fueron elementos de vida santa y ordenada para la primera Iglesia, por la costumbre que ya tenían de vida mortificada, y fueron también los modelos de los futu-

ros solitarios que poblaron los desiertos más tarde. Una gran parte de ellos, que no pertenecían al fruto sino a la corteza de la orden, permanecieron obstinados en sus usos y apartamiento y se convirtieron más tarde en jefes de sectas, mezclando cosas paganas y cristianas, que molestaron en los primeros años de la Iglesia. Jesús no tuvo con ellos comunicación especial ni parecido con sus costumbres y prácticas ni se dió más a ellos que a los demás piadosos israelitas. Era amigo íntimo de algunos de los esenios casados, que eran parientes de la Sagrada Familia. Como los esenios nunca disputaron con Jesús, tampoco el Señor los reprendió. No se los nombra en el Evangelio porque el Señor no encontró en ellos cosas que merecieran especial reproche, sino cosas comunes a los demás hombres. Tampoco los alababa en público, porque los fariseos hubieran en seguida dicho que era de la secta de los esenios.

LI

Buscan y encuentran la cabeza de Juan Bautista

Cuando se conoció, por los servidores de Herodías, el lugar donde había sido arrojada la sagrada cabeza del Bautista, se encaminaron a Macherus las mujeres Juana Chusa, la Verónica y otras parientas, con el fin de conseguir llevar ese tesoro; pero se vió que mientras no fuese vaciada la cloaca de los desperdicios de cocina, que estaba rebalsada, no se podía llegar hasta donde estaba la cabeza en un resalto de la pared, en una piedra. Por esto pasaron algunos meses hasta que se comenzó a remover y a sacar de allí muchas cosas que habían servido para Herodías y su servidumbre, y se dispuso ese lugar más para guarnición de soldados, como puesto avanzado y defensivo. Los fosos fueron limpiados y mejorados y hechas nuevas obras allí. He visto en esta ocasión una maniobra curiosa. Cavaban fosos y los llenaban de materias inflamables; luego los tapaban, disimulándolos y aún plantaban árboles encima; cuando fuera necesario se podían encender esas materias y saltaba todo al aire: plantas, piedras, polvo y cuanto se había depositado en los fosos. Hicieron muchos de estos fosos en torno de las murallas del castillo.

Había muchas gentes que cuando se limpiaban los desperdicios de estos depósitos se llevaban el barro y desperdicios para abonar sus propios campos. Entre estos interesados había algunas mujeres de Jerusalén con criados que esperaban el momento en

que se limpiase el depósito mayor, más profundo y empinado, donde se encontraba la sagrada cabeza. Rezaban todas las noches, ayunaban y pedían a Dios que les permitiera rescatarla. El suelo de este foso estaba cuesta arriba por razón de la montaña; toda la parte inferior había sido ya vaciada y limpiada. De allí había que trepar por las piedras hasta llegar al lugar donde se arrojaban los huesos de la cocina. Se veía allí un gran montón de huesos y había mucha distancia desde la entrada hasta aquel lugar. Mientras los trabajadores habían ido a comer, entraron hombres pagados por las santas mujeres, por el foso limpio, hasta el montón de huesos. Rezaban a Dios les hiciera encontrar la sagrada cabeza, mientras iban trepando hasta el lugar de los huesos. Vieron la cabeza puesta, sobre una piedra, que sobresalía, y estaba derecha, que parecía que los miraba; en efecto, vieron dos llamas en lugar de los ojos. De no haber habido este resplandor se hubiesen podido equivocar, pues había allí otras cabezas de hombres. La cabeza estaba en estado lastimoso: el rostro moreno, lleno de sangre; la lengua, que Herodías había sacado para punzarla, fuera de la boca abierta, y los cabellos amarillos, por los cuales la habían aferrado el verdugo y Herodías, estaban levantados.

Las mujeres la envolvieron en telas y se alejaron prontamente del lugar. Habían apenas caminado un trecho cuando un millar de soldados se acercaba al castillo para relevar la guardia del centenar de hombres que había antes. Las mujeres se escondieron en una cueva, mientras pasaban estos soldados. Siguiendo el viaje entre las montañas encontraron a un soldado herido en una pierna, desmayado, al borde del camino. Aquí encontraron al sobrino de Zacarías, que les venía al encuentro con un par de esenios. Tomaron la sagrada cabeza y la pusieron, llenos de fe, sobre el soldado desmayado, que volvió en sí al punto, y se levantó sano, diciendo que había visto al Bautista delante de sí que le ayudaba. Los portadores estaban muy conmovidos: lavaron sus heridas con vino y aceite, y lo llevaron a una posada, sin decir nada de la cabeza de Juan. Con esto prosiguieron su camino por sendas extraviadas, como habían hecho cuando llevaban el cuerpo del Bautista. Llevaron la sagrada reliquia primero a Hebrón, a los esenios, los cuales sanaron a varios de sus enfermos tocándolos con la sagrada cabeza. Los esenios se ouparon luego de limpiar la venerada cabeza, de embalsamarla y adornarla costosamente. Por último la trasladaron junto al sagrado cuerpo.

Epoca Séptima

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

I

Jesús en Betania y en Jerusalén

Desde Bethzur fué andando Jesús en compañía de Lázaro y los discípulos por varias poblaciones, hasta Emaús, y de allí volvieron a Betania. Durante el camino enseñaba a uno y otro grupo de labradores que trabajaban en los cercos que empezaban a cubrirse de hojas verdes. A una distancia de una hora le salieron al encuentro Marta, Magdalena y una viuda Salomé que hacía algún tiempo vivía allí con Marta. Esta mujer es hija de uno de los hermanos de José, parienta de la Sagrada Familia y estuvo entre las mujeres cuando el descendimiento de la Cruz. Éstas se detuvieron en el albergue dispuesto por Lázaro y por la tarde volvieron a Betania.

Los cuatro apóstoles y discípulos que habían ido en misión en las cercanías del Tabor llegaron hoy a Betania y se enteraron, con grande tristeza, de la muerte de Juan Bautista. Ellos contaron cómo había enseñado y sanado a los enfermos de acuerdo al modo que les había dicho Jesús, y que en algún lugar los habían despachado arrojándoles piedras, aunque sin alcanzarlos. Por último fueron a Sarón, cerca de Lioda. Cuando todos estuvieron recogidos por la noche en casa de Lázaro, salió Jesús solo, se fué al Monte de los Olivos y se puso en oración en un lugar solitario. El lugar era muy verde, con muchos hermosos árboles y había en él espacios muy recogidos.

Magdalena vive en los aposentos estrechos donde había estado su hermana María la Silenciosa. Con frecuencia la veo en un ángulo en forma de torrecita, que es sitio de penitencia. Aún llora a menudo; ya no está enferma, pero sí decaída y demacrada por la penitencia y el arrepentimiento. Hubo dos días de ayuno y después del Sábado viene una fiesta que dura tres días. Debía haber tenido lugar antes, pero fué diferida. Es un día de acción de gracias a Dios por todos los beneficios recibidos desde que el pueblo fué sacado de Egipto. No es necesario celebrarlo en Jerusalén: se lo puede festejar en cualquer parte. Muchos de los principales fariseos y altos enemigos de Jesús están fuera de Jerusalén, porque Pilatos está ausente: ellos no tienen tanto

que hacer con él ni tanto que discutir y prevenirse contra sus planes. Al día siguiente entró Jesús en Jerusalén y fué a casa de Juana Chusa. No estaban allí ni Marta ni Magdalena. Hacia las diez he visto a Jesús en el templo en el sitial de la antesala de las mujeres, leyendo la ley y enseñando. Todos se admiraban de su sabiduría y nadie lo contradijo ni impidió la enseñanza. Los sacerdotes presentes o no lo conocían aún o no le eran contrarios. Los enemigos principales, los fariseos y saduceos, estaban casi todos ausentes.

II

Curación del hombre con treinta y ocho años de enfermedad

Hacia las tres de la tarde fué Jesús con algunos apóstoles a la piscina de Betesda. Se dirigió por la parte exterior a una de las puertas que ya no se usaba y estaba siempre cerrada. Allí estaban los más pobres y abandonados, y en un rincón de la puerta cerrada hallábase un hombre baldado y enfermo desde hacía treinta y ocho años; lo habían puesto en uno de los lugares de otros hombres enfermos. Cuando Jesús golpeó en la puerta cerrada, ésta se abrió. Pasó a través de los enfermos a los pasillos más cercanos y desde allí enseñó. Había toda clase de enfermos tendidos, echados y sentados. Los discípulos repartían a los más pobres vestidos, panes, mantas y telas, que habían recibido de las santas mujeres. A los que estaban abandonados de sus parientes y entregados al cuidado de los empleados, les conmovió mucho esta caridad de Jesús. Jesús enseñó en diversos grupos; a veces preguntaba si creían y tenían fe de que Dios los podía sanar, si deseaban ser sanos, si se arrepentían de sus pecados, si harían penitencia y se bautizarían. Como les adivinase a algunos sus pecados, decíanle: "Señor, Tú eres un profeta. Tú eres Juan Bautista". En muchos lugares se ignoraba su muerte, y habían hecho correr la voz de que estaba libre. Jesús habló en general de quién era Él y sanó a algunos enfermos. A los ciegos los hacía lavarse en las aguas de la piscina, mezclaba aceite y les mandaba que fuesen sin hacer ruido a sus casas y no dijesen nada hasta después del Sábado. Los discípulos sanaban en otros lugares de la piscina. Todos los sanados tuvieron que lavarse en la piscina.

Como empezara a haber conmoción entre la gente que veían a tantos lavarse en la piscina, acercóse Jesús con sus discípulos

al rincón donde estaba el hombre enfermo desde 38 años. Era un jardinero que se ocupaba de podar los cercos y cultivaba y sacaba bálsamo de las plantas. Como hacía ya tanto tiempo enfermo, estaba allí como un pordiosero y se alimentaba de las sobras. Era conocido en todas partes como enfermo incurable. Jesús le preguntó si deseaba ser sano. Él, no sospechando siquiera que Jesús podía sanarle, y pensando que sólo preguntaba por preguntar, contestó que hacía mucho tiempo que no tenía ayuda, sin criado ni amigo que lo echase a la piscina cuando se movían las aguas; que cuando él se arrastraba al estanque ya otros habían ganado los escalones que llevan a las aguas. Jesús habló un rato con él; le afeó sus pecados, para despertar su dolor; le dijo que no viviese en la impureza y no blasfemase contra el templo, puesto que por ello le había venido la enfermedad. Le consoló luego diciéndole que Dios recibe a todos y ayuda cuando se vuelven a Él arrepentidos. El pobre hombre, a quien jamás habían llegado palabras de consuelo y de animación, y que siempre se quejaba de su abandono, estaba conmovido. Jesús le dijo: "Levántate, toma tu camilla y camina". Esto es lo principal de lo que le dijo. En realidad, le dijo que fuera a lavarse al estanque, y luego, a un discípulo, le mandó que llevase al hombre a uno de los albergues que tenían los amigos de Jesús para los pobres, junto al Cenáculo, en el monte Sión. Era una posesión del taller de piedras, de propiedad de José Arimatea. Este hombre, hasta entonces baldado, se fué tan apresurado a lavarse la cara que casi olvidaba de llevarse su camilla.

El Sábado había empezado y Jesús salió afuera por la puerta donde había estado tendido el pobre enfermo. El discípulo que tenía que presentar al hombre en el albergue iba delante y el hombre con su camilla detrás. Cuando hubo salido del recinto de Betesda y lo vieron algunos judíos, le dijeron, creyendo que había sanado por el movimiento de las aguas: "¿No sabes que es Sábado y que no puedes llevar tu camilla?" El hombre replicó: "Aquel hombre que me ha sanado me dijo: "Levántate, toma tu camilla y vete". Le preguntaron: "¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu camilla y vete?" No sabía decirlo porque no conocía a Jesús y no lo había visto nunca. Jesús ya se había alejado con sus discípulos. Lo que se encuentra escrito en el Evangelio, que este hombre encontró luego en el templo a Jesús y lo indicó a los demás diciendo que era Él que lo había sanado, y la disputa que se suscitó por parte de los fariseos por razón de lo que llamaban la profanación del Sábado, todo esto sucedió en otra

ocasión, en una fiesta en el templo, aunque el Evangelista lo pone como una continuación del hecho (Juan, 5, 15). Esto me ha sido declarado expresamente. Por esos judíos que le reprocharon llevar su camilla en Sábado, se propagó la fama de la curación de ese hombre, tenido por incurable. Cuando Jesús se hubo alejado de Jerusalén el hecho suscitó grandes comentarios. De los otros sanados no se hizo mucho caso porque se atribuía en parte a las propiedades curativas de las aguas. Tampoco hicieron cuenta de ello porque no había habido, según ellos, violación del Sábado. Por otra parte los guardianes de la piscina y los fariseos que solían estar en la entrada no lo habían visto entrar ni salir. En el interior de la piscina había, además de los enfermos en cuartuchos cavados en las murallas, pocos hombres, y los pudientes se habían hecho llevar a sus casas, porque en los últimos tiempos sucedía el movimiento de las aguas muy pocas veces y casi siempre al despuntar la aurora y los que tenían sirvientes se hacían traer a esa hora. Todo el edificio estaba casi en ruinas, especialmente las paredes. Había creyentes que iban a ese lugar como se va, entre nosotros, a lugares de peregrinaciones.

Este estanque de Betesda era aquél en el cual Nehemías escondió el fuego sagrado y un pedazo de la madera con que se tapó fué más tarde desprendido y formó una parte de la cruz de Cristo. La propiedad milagrosa de las aguas comenzó precisamente desde entonces. En los primeros tiempos, enfermos piadosos veían al ángel descender y mover las aguas. Más tarde lo veían muy pocos, y llegaron tales tiempos que hasta los pocos que lo veían no decían nada; se veía, en cambio, claramente moverse las aguas en todo tiempo; por lo menos, muchos lo veían. Después de la venida del Espíritu Santo fué éste el sitio de los bautismos. El descendimiento del ángel y el movimiento de las aguas era una figura del bautismo de regeneración, como el cordero pascual fué la figura de la última Cena, del santísimo Sacramento y de la muerte de Jesús.

III

Jesús sana muchos enfermos en Jerusalén y se mantiene oculto

Después de estas curaciones fué Jesús con los discípulos a una sinagoga, en una montaña del templo donde Nicodemo y otros amigos celebraban el Sábado. No enseñó allí. Escuchó la lectura del Sábado. Se leyó la salida de Egipto, el paso del Mar Rojo y la profetisa Débora. (II libro de Moisés, 13, 17, hasta 15,

27, y Jueces, 4-4, hasta 5, 32). Se cantó el pasaje del Mar Rojo, donde se enumeran todas las misericordias de Dios con el pueblo hebreo, especialmente en el templo y en el servicio de Dios. Se cantó sobre los vestidos y adornos que Dios ordenó en el Sinai y sobre la reina de Sabá y de Salomón. Este Sábado lo llaman Beschallah, y después de él viene una festividad de tres días, cuyo nombre suena como Ennorum que es como principio y final de todas las fiestas del año. Dan gracias cantando de todas las cosas que Dios les concedió desde el principio, de la salida de Egipto, paso del Mar Rojo, de la Ley, del Arca de la Alianza, de las vestiduras e institución del sacerdocio, del tiempo; de haberles dado al sabio rey Salomón, y pedían otro rey semejante. A esta fiesta está unida una serie de diversiones instituídas antes de Salomón por un profeta y que este rey confirmó en ocasión de la visita que le hizo la reina de Sabá, trayéndole los regalos de que se habla en la Escritura. De estos regalos hizo Salomón agasajo a los sacerdotes y al pueblo, y así se originó una fiesta de vacación en la cual cada uno se recrea. Como esta fiesta se puede celebrar en cualquier lugar, los sacerdotes y empleados, los fariseos y todos los que pueden hacerlo escapan de la ciudad y van a visitar a sus parientes y amigos: este descanso les sirve para los grandes preparativos de las cercanas fiestas del Purim y de la Pascua. Se hacen en estos días muchas limosnas. Hacen unos panecillos blancos muy delgados en recuerdo del maná del desierto y los reparten en cantidades a los pobres. Esta fiesta es como el *Amén* de todas las demás y como el principio de las que comienzan.

Después de la sinagoga fué Jesús al templo; había poca gente allí; los levitas andaban de un punto a otro limpiando, llenando de aceite las lámparas para mañana. Jesús se dirigió hacia ellos por caminos no acostumbrados y habló de varias cosas de significado misterioso. Llegó hasta la antesala del Santuario, donde está el gran sitial de enseñanza. Escucharon un tiempo, hasta que intervinieron otros, reprochándole su audacia, porque venía hasta los lugares reservados, por caminos no comunes y en tiempos no acostumbrados. Y acabaron por llamarlo con desprecio el Galileo. Jesús les respondió severamente, alegando su derecho, por ser casa de su Padre, y se alejó de allí. Se burlaban de Él, pero se sentían, sin embargo, temblorosos en su presencia. Jesús permaneció esta noche dentro de la ciudad. A la mañana siguiente sanaron muchos enfermos Jesús y los apóstoles, en las cercanías del Cenáculo, un sitio junto al monte Sión, rodeado de un

gran patio. José de Arimatea lo tiene alquilado para su taller de picapedreros. Las santas mujeres de Jerusalén estaban ocupadas en toda clase de ayuda a los enfermos, por los cuales había salido José de Arimatea de Jerusalén a Hebrón para invitar a Jesús a venir a verlos. Estos enfermos eran en la mayoría gentes buenas, creyentes, parientes o amigas de las santas mujeres y de Jesús, y habían sido traídos por la noche a este lugar del Cenáculo. Jesús pasó toda la mañana sanando a los enfermos, mientras enseñaba a un grupo de ellos. Eran baldados, ciegos, estropeados en las manos o en los pies y con llagas; había hombres, mujeres y niños. Entre ellos estaban muchos de los heridos en el derrumbe de las obras de Siloé, con las cabezas lastimadas, manos o pies y diversos miembros rotos. Se ven muchos trabajadores en Jerusalén removiendo los escombros del derrumbe. Cayeron paredes que ahora obstruyen el curso de las aguas. Hay hombres en los fosos que cavan y limpian. En otras partes echan árboles, piedras y otras cosas para hacer diques.

IV

Jesús enseña en el templo de Jerusalén

Después de haber tomado una frugal refección en el Cenáculo con sus discípulos, en la cual tomaron parte también los enfermos sanados antes, Jesús se dirigió al templo y se fué al sitial de enseñanza donde estaban los rollos de la Escritura; los pidió y enseñó sobre la lección de ese Sábado. La lectura versó sobre el pasaje del Mar Rojo y de Débora, y se cantó el himno de esta fiesta. Estaba escrito sobre él para cantarlo a la mañana temprano o a la víspera. Jesús enseñó con admiración de cuantos le escuchaban. Ninguno se atrevió a contradecir. Algunos fariseos le preguntaron dónde había estudiado, de dónde le venía el derecho de enseñar y cómo se tomaba la libertad de hacerlo. Jesús les respondió con tanta seriedad y justeza que no pudieron replicar palabra. Salió del templo y se dirigió con sus apóstoles y amigos a Betania. Su presencia no fué notada esta vez, porque sus principales enemigos estaban ausentes. Sólo cuando terminó su sermón sobre el gran sitial del templo se dió cuenta la mayoría de sus mismos amigos que estaba en Jerusalén y comentaban sobre el llamado Galileo.

La mayoría de las personas hablaban del derrumbe de la obra de Siloé, de la enemistad de Pilatos con Herodes y de la

partida de Pilatos a Roma. De la muerte de Juan se hablaba poco, porque era ignorada aún. De Jesús se habló poco esta vez. Pasa aquí como en otras grandes ciudades. Alguien decía: "Jesús de Galilea debe estar en la ciudad". Otros decían: "Si no viene con algunos miles de sus secuaces nada podrá hacer aquí". En Betania estuvo Jesús en casa de Simón el leproso, que no se muestra en público por su enfermedad; se le ven muchas manchas rojas, está envuelto en un gran manto y se mantiene en una cámara apartada. Jesús habló con él. Simón es uno de esos que no quieren que se le note su enfermedad; pero no la podrá disimular mucho tiempo. Se muestra con reserva y pocas veces. Por la noche, muy tarde, vinieron los discípulos de vuelta de Juta, que habían dejado después del Sábado, y contaron a Jesús cómo habían conducido el cuerpo de Juan desde Macherus y lo habían enterrado junto a su padre. Los dos soldados de Macherus estaban con ellos. Lázaro los ocultaba y quiere proveer a su subsistencia. Cuando Jesús les dijo: "Debemos ir a un lugar solitario donde descansar y llevar luto, no por la muerte de Juan, sino por lo que ha de venir aún", pensé yo: "¿Cómo podrá descansar, ya que los otros apóstoles partieron para Cafarnaúm donde se encuentra María?" Una gran muchedumbre de pueblo acude de todas partes, aun de Siria y de Basán; y cerca de Corazín está todo preparado: se llenó de tiendas y chozas con gentes que esperan la venida de Jesús.

V

Jesús en Lebona y en Thirza

A la mañana siguiente dejó Jesús a Betania con seis apóstoles y unos veinte discípulos; caminaron sin detenerse, evitando entrar en los pueblos, a unas once horas al Norte hasta Lebona, al Sur del monte Garizim. José había trabajado aquí antes de su desposorio con María, como carpintero, y tuvo amigos en esta localidad. En un resalto de la montaña se levanta un castillo al cual se llega desde Lebona caminando entre murallas y edificios por una senda empinada. En este lugar estuvo el taller de José, y Jesús fué allá con todos sus acompañantes. Aunque no esperado y algo tarde fué recibido con extraordinaria alegría por todos los de la casa. Paró en una casa de levitas. Arriba había una sinagoga. Desde Lebona marchó Jesús con pasos apresurados todo el día siguiente a través de Samaría, hacia el Jordán,

en dirección Noroeste. Llegaron a Aser-Michmethath; permanecieron algún tiempo en el albergue de Aser y fueron a Thirza como a una hora del Jordán y a dos de Abelmehola, que es una región muy hermosa. En Thirza, como en Jerusalén y en todas partes, se están celebrando las fiestas con mucha alegría. Se veían arcos de triunfo, había juegos públicos y corrían carreras con vallas para ganar premios. Grandes cantidades de trigo y de frutas estaban amontonados al aire libre para ser distribuídos a los pobres. Thirza está dividida en dos partes. Una alcanza con sus casas hasta a una media hora del Jordán: toda la región está tan poblada de árboles, casi ocultan la ciudad, que no se la ve sino cuando se está delante de ella. La otra parte de la ciudad está tan interrumpida por jardines y ruínas que más parece una sucesión de casas entre plantas que una ciudad; de modo que la parte que da hacia el Jordán es la mejor edificada y la más unida. Está edificada sobre el valle, a veces están las casas sobre empalizadas y corren calles debajo como bajo un puente. Desde este camino se ve el valle lleno de árboles verdes como a través de un fresco sótano al aire libre. Thirza, edificada sobre una ancha plataforma sobre la montaña, ofrece una espléndida vista hacia el Jordán y las montañas. Se ve al Norte y al otro lado del Jordán la ciudad de Jogbea, escondida entre los árboles, por la derecha, hasta Perea, y se contempla la superficie del Mar Muerto hasta descubrirse Macherus. Muchas vistas dan al Jordán, que se ve en largo trecho de su curso, unas veces escondido entre plantas, otras saliendo y serpenteando por el valle, brillando a los rayos del sol. Por el Oeste hay montañas que la separan de Dothan. Abelmehola está a dos horas al Noroeste, en un barranco mirando al Sur de aquel sitio donde fué vendido José por sus hermanos.

En derredor de estos lugares está Thirza, en medio de árboles y de jardines, con frutales y arbustos de bálsamo y manzanas llamadas del paraíso, que usan los judíos para adornar sus arcos y gallardetes de plantas y hojas. Estos árboles sólo crecen en lugares soleados y fértiles. Tienen allí caña de azúcar, una especie de lino amarillo y largo, que parece seda, algodón, y un trigo con tallo grueso con meollo. Los habitantes son agricultores y viven de sus huertas y frutales. Los mercaderes comercian con lino, caña de azúcar y algodón. La calle que pasa debajo de la ciudad es la principal, lleva a Tarichea y a Tiberíades; va a veces entre montañas y colinas, como aquí donde la ciudad está edificada en el camino sobre columnas. En el medio, es decir, en

lo que era el medio antes, hay un extenso edificio sobre una plataforma amplia, con gruesos murallones, varios patios y torres con piezas adentro. Es el antiguo castillo de los reyes de Israel; en parte está destruído, en parte sirve de morada a enfermos, y el resto es una prisión. Una parte está ya tan derruída que hay vegetación y huertas sobre sus ruinas. En ese lugar hay un pozo delante del edificio, cuyas aguas son ascendidas por una noria que hace girar una mula. De allí se reparte a cada lado de la ciudad en canales de cuero.

Junto a este pozo se juntaron cinco discípulos que venían del otro lado del Jordán, y se reunieron con Jesús y los demás. Dos de ellos eran aquellos jóvenes levemente endemoniados que libró Jesús, los dos endemoniados de Gerasa cuyos demonios entraron en los cerdos, y otro más. Estos cinco dieron cuenta de que habían predicado y hecho conocer las maravillas obradas con ellos en la Decápolis y en la región de los gerasenos: habían predicado y sanado en nombre de Jesús, y anunciado el reino de Dios. Abrazaron a los discípulos y se lavaron unos a otros los pies junto al pozo de la ciudad. Jesús venía en ese momento de la casa de la ciudad, donde había pasado la noche con sus discípulos. Estos cinco trajeron la noticia de que todos los discípulos que habían salido en misión para la Alta Galilea, habían vuelto a Cafarnaúm y que una gran multitud se ha reunido en los alrededores para escuchar nuevamente a Jesús. Jesús entró y se vió con el jefe del lugar, pidiendo ser llevado adonde estaban los enfermos. El jefe lo llevó. Jesús pasó por las galerías y rincones del edificio, consolando, animando y sanando a los enfermos y enseñando. Los discípulos hacían otro tanto en otras salas o rincones, sanando y preparando, mientras algunos de los apóstoles ayudaban a Jesús a sostener a los enfermos. En un patio había algunos endemoniados furiosos, atados a cadenas, que gritaban y se agitaban al ver a Jesús. Jesús les impuso silencio, los sanó y los libró de los demonios. Había allí también leprosos en un sitio apartado; a éstos también limpió y sanó. A ellos fué solo. Los sanados, que eran de Thirza, eran recibidos con fiestas por sus parientes. Jesús hizo que les dieran bebidas y alimentos, a los pobres les hizo dar mantas y telas, que habían traído los discípulos desde el albergue de Bezech a Thirza. Jesús fué luego adonde estaban las mujeres enfermas; éstas ocupaban un edificio redondo que parecía una torre en torno de un patio. Se subía al patio por escalones cavados por la parte de afuera de un piso a otro. En el interior había pequeñas escaleras como

entre nosotros. En los patios que miraban afuera había enfermas de todas clases. Jesús sanó a muchas de esas mujeres. En el interior estaban encerradas algunas mujeres, por viciosas y mal habladas, y algunas inocentes, por calumnias. Había también en estos cuartos muchos hombres presos, en parte por deudas, otros acusados de tumultos, otros por venganza de poderosos o por quitárselos del camino; estaban en dura prisión y algunos, ya olvidados, desfallecidos y acabados por el sufrimiento. De los enfermos sanados y de otras personas oía Jesús amargas quejas de este lugar. Bien lo sabía Jesús y había venido por eso.

Thirza tiene muchos fariseos y saduceos, entre ellos herodianos. La cárcel estaba custodiada por soldados romanos y tenía un jefe también romano. Delante de algunos presos había soldados y guardias. Jesús pasó entre éstos y pudo hablar con los presos que no estaban incomunicados. Jesús oyó las quejas de cada uno, los consoló, les dió una refección, los adoctrinó, y como algunos confesaran sus pecados, les perdonaba sus culpas. A muchos que estaban por deudas y a otros, les prometió libertad; a los demás alivió en sus penas. Después de esto fué al jefe romano, que no era mal hombre, le habló seria y tiernamente sobre la situación de los presos y se comprometió a pagar las deudas de unos y dar garantía de mejoramiento y de cambio de costumbres por los otros. Pidió también poder hablar con otros presos incomunicados y encerrados. El jefe oyó a Jesús respetuosamente, pero le dijo que todos esos presos eran judíos y estaban bajo las autoridades judías y que debía hablar del caso con las autoridades y con los fariseos antes de dar curso a su petición. Jesús le dijo que vendría con los jefes judíos después que hubiese hablado y enseñado en la sinagoga; y fué luego a las prisiones de las mujeres, consolando, exhortando y recibiendo la confesión de algunas, a las cuales perdonó sus pecados; les hizo dar regalos y les prometió interesarse por reconciliarlas con los suyos. De este modo Jesús pasó las horas desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en esta casa de dolor llenándola de gozo y de consuelo, en un día en que afuera era todo diversión por ser el primer día de las fiestas instituídas por Salomón en memoria de la visita de la reina de Sabá, que llamaban Ennorum. El Sábado de este primer día lo había visto festejar ayer Jesús en Bezech, y hoy era todo alegría en la parte más poblada de la ciudad. También aquí se veían arcos de triunfo, cascadas, juegos públicos, carreras con premios y los montones de trigo y de frutas que debían repartirse a los pobres.

Como contraste, en casa de estos recluídos, presos y enfermos estaba todo en tristeza y silencio. Jesús sólo había pensado en ellos y les había traído la verdadera alegría. Después de esto tomó un alimento fuera de la ciudad, en compañía de los suyos, que consistió en pan, miel, frutas, y envió regalos de vestidos y alimentos para distribuirlos a los presos y enfermos de aquella casa. Con los demás se dirigió a la sinagoga.

VI

Jesús predica en la sinagoga de Thirza

Había corrido en toda la ciudad lo acontecido en la cárcel y en las casas de los enfermos. Muchos de éstos, sanos ahora, habían ido a la sinagoga; otros se juntaron con Jesús y los apóstoles, todavía ocupados en curar. En la sinagoga había fariseos, saduceos y ocultos herodianos; había también algunos fariseos de Jerusalén, que habían venido por recreación y descanso. Todos estaban llenos de veneno y de irritación por los hechos de Jesús, que ponía un contraste tan marcado con su poca caridad hacia los enfermos y los presos. Había muchas gentes de Bezech. Jesús habló de las fiestas y su significado, de la manera de recrearse y de recrear a los demás y consolarlos, y de las bienaventuranzas. Dijo: "Bienaventurados los misericordiosos" y explicó una parábola del hijo perdido, que había contado a los presos y enfermos; y luego habló de los presos y de los enfermos y del estado miserable en que se encuentran; cómo están abandonados y descuidados, mientras otros se enriquecen con las cosas que debían ser para el alivio de ellos. Habló severamente de los cuidadores del lugar, entre los cuales figuraban algunos fariseos presentes que escuchaban la reprimenda con reconcentrada ira. La parábola del hijo pródigo la aplicó a aquéllos que estaban allí por culpas y delitos de los cuales ya estaban arrepentidos y que querían reconciliarse con los suyos. Todo esto fué en extremo conmovedor. Contó la parábola del rey bondadoso que perdona al siervo una gran suma porque le rogó, y él no perdona las pequeñas deudas de sus compañeros; y la aplicó a los que dejan podrirse en la cárcel a aquéllos que deben una pequeña cantidad de dinero, mientras ellos a su vez tienen enormes deudas de pecado para con su Dios y Señor: los ocultos herodianos de aquí hacían poner en la cárcel a ciertos hombres por causas injustas. Jesús se refirió en general a ellos en su repri-

menda a los fariseos, cuando dijo: "Habrá entre vosotros quienes quisieran saber cómo le va a Juan el Bautista". Los fariseos decían con desprecio de Jesús, entre otras cosas: "Él hace la guerra con las mujeres que le siguen por todas partes; no alcanzará a fundar ningún gran reino con semejante ejército".

Pidió Jesús al jefe que lo acompañase al jefe romano de la cárcel y exigió que se diese libertad a todos los presos mediante la paga de las deudas. Como esto se trató delante de todo el pueblo, no pudieron los fariseos negarse. Como Jesús fuese con los suyos al jefe romano, le siguió mucho pueblo alabando su buena acción. El jefe romano era mucho mejor que los fariseos, quienes por venganza ponían el rescate muy superior a lo justo; y así por algunos tuvo Jesús que pagar el cuádruplo. Como no tenía la suma de dinero consigo, dió en garantía una moneda triangular, en la cual colgaba un trozo de pergamino, sobre el cual escribió algunas palabras empeñando el castillo de Magdalum, que Lázaro estaba en esos días por vender. El precio del castillo ya lo habían destinado Magdalena y Lázaro para los pobres, deudores y pecadores y su rescate. El castillo de Magdalum era mucho mejor que la villa de Betania. Los lados de la moneda triangular eran de unas tres pulgadas; en el medio estaba la escritura asegurada y tenía señalada la cantidad prometida. Un extremo de la moneda estaba sujeto a un trozo movible de metal, como a una cadenilla de pocos eslabones, y así se aseguraba la escritura. Después de esta formalidad mandó el jefe sacar a los presos. Jesús y los discípulos ayudaban en esta tarea. Algunos eran sacados como de agujeros y pozos y estaban completamente deshechos, medio desnudos, con los cabellos crecidos. Los fariseos se apartaban asqueados de ellos. Otros estaban desfallecidos y enfermos; caían a los pies de Jesús, que los consolaba y los animaba. Los hizo vestir, bañar y lavar, les dió de comer y les procuró vivienda y libertad. Debía hacerse bajo vigilancia en las cercanías de la prisión y en la casa de los enfermos hasta que en pocos días estuviese pagada toda la caución. Lo mismo se hizo con las mujeres prisioneras. Todos fueron regocijados con alimentos, que Jesús y los apóstoles les servían. Jesús refería la parábola del hijo pródigo y de la bondad del padre. De este modo se llenó esta casa de alegría; fué como una semejanza de lo que sucedió con Juan, que llevó al lugar del limbo donde estaban los patriarcas, la noticia y el contento de su próxima liberación y rescate. Jesús y los suyos pernoctaron de nuevo en la casa delante de la ciudad.

Estos acontecimientos fueron referidos a Herodes, el cual pensó y dijo: "¿Ha resucitado acaso Juan de su tumba?" Y desde entonces deseó verlo. Había oído hablar a Juan y a otros de Él, pero no se había preocupado mayormente de Él. Ahora, que la conciencia le tenía atemorizado, ponía mayor atención a todos los rumores. Vivía en Hesebon y había reunido a sus soldados y a los romanos a quienes pagaba.

Desde Thirza a Cafarnaúm, adonde se dirigía Jesús con los suyos, había un camino como de diez y ocho horas. No fueron por el valle del Jordán, sino por los montes de Gelboé, atravesando el valle de Abez y dejando el Tabor a la izquierda. Entraron en un albergue, junto al mar de Betulia, y llegaron al otro día a Damna, donde estaba María Santísima con varias de las santas mujeres que los esperaban. Los seis apóstoles restantes habían llegado allí con los discípulos. En Azanoth se juntaron con ellos los dos soldados de Macherus que Lázaro había enviado a través de la Samaría.

VII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

A Cafarnaúm habían acudido no menos de sesenta y cuatro fariseos de todos los contornos. Durante el viaje habían averiguado los casos de las curaciones más resonantes. Habían hecho venir a la viuda de Naim con su hijo a Cafarnaúm como testigos, y al niño del jefe Achías, de Gischala. Habían citado también a Zorobabel y a su hijo, al centurión Cornelio con su siervo y criado, a Jairo y su hija, a varios ciegos y estropeados. Los habían interrogado e inquirido, y oído a testigos, formando proceso de todos estos casos. Como a pesar de toda su malicia no pudieron encontrar nada reprensible, se irritaron aún más y atribuían todos los casos que no podían negar a intervención directa de un poderoso demonio que le ayudaba. Declararon: "Va con malas mujeres, subleva al pueblo, impide las limosnas a la sinagoga, profana el Sábado", y decían que iban a poner término a todo este desorden. Asustados los parientes de Jesús por estas amenazas, por la cantidad de pueblo y por la decapitación de Juan, le pedían que no fuese a Cafarnaúm, sino que se retirase a otro lugar cualquiera, como Naim, Hebrón, o del otro lado del Jordán. Jesús los tranquilizó diciendo que iba a ir a Cafarnaúm, que allí sanaría y predicaría, que cuando enfrentase a los fariseos, ellos enmudecerían. A los discípulos que

preguntaron qué debían hacer en adelante les dijo que se lo diría más tarde y que les daría a los doce el don de cuidar de ellos como Él (Jesús) cuidaba de los doce. Cuando llegó la noche se separaron. Jesús se dirigió con María, las mujeres y parientes al Este, sobre la posesión de Zorobabel, al valle de Cafarnaúm, hasta la casa de María Santísima. Los apóstoles y discípulos tomaron otras direcciones.

De noche estuvo Jairo con Jesús y le contó las persecuciones de los fariseos. Jairo perdió su empleo y ahora está del todo de parte de Jesús. Cafarnaúm está lleno de extranjeros, de enfermos y sanos, judíos y paganos. Todos los lugares disponibles están llenos de tiendas, hasta las alturas de los montes. En todos los rincones se encuentran camellos y asnos pastando. Al otro lado del mar también se ven lugares llenos de tiendas de personas que esperan ver a Jesús. Hay gentes venidas de todas partes del país, y de Siria, Arabia, Fenicia y aun de Chipre. Jesús visitó a Cornelio, a Zorobabel y a Jairo. Su familia está totalmente convertida; la hija está más sana que nunca, y es buena y piadosa. Después fué a casa de Pedro, fuera de la ciudad; está llena de enfermos que le esperan. Hasta los paganos vinieron aquí, cosa que no habían hecho antes. La cantidad de enfermos era tan grande que los apóstoles tuvieron que hacer tablados para poner a unos más altos que otros. Como eran tantos no buscaban sólo a Jesús, sino también a sus discípulos. Preguntaban: "¿Eres tú un discípulo del profeta? Ten piedad de mí; ayúdame; llévame a Él".

Jesús, los apóstoles y veinticuatro discípulos estuvieron toda la mañana enseñando, exhortando y sanando enfermos. Había algunos endemoniados que gritaban a Jesús, y fueron librados. Los fariseos no estaban presentes, pero sí algunos espías y otros mal intencionados. Después de haber sanado se fué Jesús a la sala donde enseñó; le siguieron los sanados y otras personas; algunos discípulos quedaron con Él y otros se apartaron para ir a sanar nuevos enfermos. Jesús enseñó sobre las bienaventuranzas y contó algunas parábolas. Entre otras cosas enseñó sobre la oración: que no debe dejarse de orar siempre. Contó y explicó la parábola del juez injusto, que hace justicia a la viuda por su importunidad. "Si esto hace un juez malo, cuánto más hará el Padre celestial". Les dijo cómo debían rezar, diciendo las siete peticiones, una después de otra, y explicó el principio: "Padre nuestro que estás en los cielos". Ya había explicado algo sobre esto a los discípulos en el camino; ahora decía el Padrenuestro

entero y las ocho bienaventuranzas que irá declarando en lo sucesivo. Los discípulos las repetirán. Hablando de la oración, dijo: "Si un hijo pide a su padre un pan no le dará ciertamente una piedra y si le pide un pescado no le dará por ventura una serpiente o un escorpión". Eran ya las tres de la tarde y María había preparado, con las santas mujeres y sobrinos de José, de Dabrath, de Nazaret y del valle de Zabulón, la comida para Jesús y los discípulos en un edificio cerca de la casa. Hacía ya .arios días que no habían podido hacer una comida en forma debido a las continuas ocupaciones. La sala de la comida estaba separada de la sala donde Jesús enseñaba y del patio donde las gentes se amontonaban escuchando la predicación a través de las abiertas columnas del corredor. Como Jesús no terminaba de hablar se acercó María con otras mujeres para pedirle quisiera tomar algún alimento. No pudieron acercarse por la muchedumbre; pero llegó a oído de un hombre este deseo de María. Este hombre era de esos mal intencionados y espías de los fariseos. Como Jesús varias veces hablase de su Padre celestial, dijo el hombre malicioso: "Mira, tu madre y tus hermanos están allí afuera y desean hablar contigo". Jesús lo miró y le preguntó: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?" Juntó a los apóstoles a su lado, e indicándolos, dijo: "Éstos son mi madre —y señalando a sus discípulos— y éstos son mis hermanos, los que oyen mi palabra y la siguen; quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". No fué todavía a comer, sino que siguió enseñando; pero envió a sus discípulos que se turnaran para tomar alimento.

Cuando salió Jesús de la sinagoga le pidieron algunos enfermos que los sanase de sus dolencias, y los sanó. A la entrada de la sinagoga se presentó a Él un hombre con la mano torcida y estropeada, y le pidió que lo curase. El Sábado había ya empezado. Jesús le dijo que esperase hasta mañana. Gritaban detrás de Él unos hombres que traían a un endemoniado atado con sogas; era sordomudo y estaba furioso. Jesús le dijo que se echase junto a la sinagoga y estuviese allí quieto y esperase. El endemoniado se sentó cruzando las piernas, inclinó la cabeza hacia las rodillas y estuvo quieto durante la enseñanza; sólo miraba, de lado, hacia Jesús y temblaba de vez en cuando.

La lección del Sábado referíase a Jetró: cómo él aconsejó a Moisés, cómo llegaron al Sinaí, cómo éste subió al monte y recibió las tablas de la ley Habló del profeta Isaías: cómo vió el trono de Dios y cómo el serafín le purifica la boca con la

brasa encendida. (2 Mois. 18-21; Isai. 6, 1-13). La sinagoga estaba llena y había muchos afuera escuchando. Todas las puertas se habían abierto y muchos escuchaban desde los lugares vecinos. Había muchos fariseos y herodianos llenos de enojo; los sanados estaban en la sinagoga, como también los discípulos y los parientes de Jesús. Los habitantes de Cafarnaúm y los extranjeros estaban llenos de entusiasmo por Jesús. No se atrevían los fariseos a molestar a Jesús. Estaban allí más bien por hacerse los valientes delante de los demás que porque en realidad tuvieran ánimo de contradecir a Jesús. No les gustaba contradecir, porque generalmente las respuestas de Jesús los ponían en ridículo delante del pueblo. Cuando Jesús se alejaba entonces trataban por todos los medios de desacreditarlo y apartar al pueblo de su enseñanza. Sabían que el hombre de la mano árida estaba presente y querían ver si sanaba en Sábado para acusarlo. Eran de los venidos de Jerusalén que querían llevar algo concreto al Sanedrín. Como no podían acusarle por ningún lado traían siempre la misma dificultad, que ya había resuelto tantas veces, lo del Sábado, y Jesús volvía cada vez a contestar.

Volvieron a preguntar: "¿Es lícito curar en Sábado?" Jesús, conociendo sus pensamientos secretos, llamó al de la mano árida y habiéndose éste acercado, lo puso en el medio, y dijo: "¿Es permitido en Sábado hacer bien o hacer el mal? ¿Es lícito salvar una vida o dejarla perder?" Ninguno contestó. Jesús les dijo lo que ya había dicho otras veces, una semejanza: "¿Quién de ustedes, si cae una oveja en un pozo, no la sacará en día Sábado? Mejor es un hombre que una oveja. Luego hacer el bien en Sábado, es lícito". Jesús estaba realmente contristado por la obstinación de estos fariseos; los miró severamente, penetrando en su interior; luego tomó la mano del hombre con su izquierda, pasó su derecha sobre el brazo, enderezó los dedos torcidos, y le dijo: "Extiende tu mano". Extendió el hombre la mano y la movió; estaba sana y buena como la otra. Todo fué en un momento. El hombre se echó a los pies de Jesús, el pueblo se entusiasmó y los fariseos, llenos de rencor, se retiraron, para juntarse a la entrada y hablar entre sí. Jesús, mientras tanto, echó el demonio del endemoniado, el cual pudo hablar y oír. El pueblo estaba lleno de júbilo. Los fariseos gritaron: "Tiene demonios; echa los demonios con el poder de otros". Jesús se volvió a ellos y les dijo: "¿Quién de vosotros me puede acusar de alguna injusticia? Si el árbol es bueno, bueno es también

el fruto; si el árbol es malo, lo será también el fruto. Por el fruto se conoce el árbol. Vosotros, raza de víboras, ¿cómo podéis hablar bien si sois malos? La boca habla de lo que tiene en el corazón". Entonces levantaron una gritería los fariseos: "¡Que acabe de una vez; ya basta!" Uno fué tan audaz que dijo: "¿No sabe acaso que lo podemos echar fuera de aquí?".

Después de esto salieron Jesús y los suyos por diversas direcciones; Jesús con algunos a la casa de María, y otros a la casa de Pedro, junto al mar. En la casa de su Madre tomó Jesús algún alimento y luego con los doce pernoctó en casa de Pedro, que por estar más apartado les ofrecía más seguro refugio. Todo el día siguiente se mantuvo Jesús retirado en casa de Pedro. El pueblo lo buscaba por diversos lugares, pero Jesús no salió. Aquí, en la casa, hizo venir a su presencia a aquellos apóstoles y discípulos que habían salido de dos en dos, mandándoles contar todo lo que les había sucedido en su misión; resolvió las dificultades y dudas que les habían ocurrido en diversos lugares y les dijo cómo debían proceder en casos parecidos. Les dijo de nuevo que quería darles una misión particular. Los seis apóstoles que habían recorrido la Alta Galilea no habían encontrado grandes dificultades, y por eso habían podido bautizar a muchos. Los que fueron por la Judea, no habían logrado bautizar por encontrar más resistencia. Como por la conclusión del Sábado la multitud se iba engrosando en torno de la casa, salieron de noche bajo un cielo estrellado y por senderos extraviados fueron a la orilla del lago. Subió Jesús en la barca de Pedro y pasaron al otro lado, desembarcando entre la casa del publicano Mateo y la pequeña Corazín. Subieron a la montaña, junto al puesto de Mateo, porque Jesús quería estar sólo con sus apóstoles.

Pero el pueblo notó el viaje de Jesús y corrió la voz de tienda en tienda entre todos los que lo esperaban. Los que estaban cerca de Betsaida se embarcaron y los que no pudieron hacerlo subieron más arriba del Jordán y pasando el puente se dirigieron a la montaña, donde estaba Jesús con los suyos, que se vieron de nuevo rodeados de gran muchedumbre. Los discípulos ordenaron al pueblo y Jesús comenzó a enseñar sobre las Bienaventuranzas y la oración explicando de nuevo el principio del Padrenuestro. Después de algunas horas aumentó el gentío, viniendo gentes de todos los contornos, de Julias, Corazín, Gergesa, trayendo enfermos y endemoniados. Jesús sanó a muchos, con los discípulos que ayudaban. Cuando hubo terminado la pre-

dicación se despidió al pueblo citándolo para el día siguiente. Jesús subió más arriba en el monte y estuvo solo con sus discípulos en un lugar sombreado. Además de los doce estaban allí 72 discípulos, contándose entre ellos los dos soldados venidos de Macherus y otros que aún no habían recibido misión de tales. Los hijos del hermano de José estaban entre ellos. Les dijo aquí lo que les sucedería en su misión; les mandó que no llevasen bolsas ni dinero ni pan, sino un bastón y algunas suelas de repuesto; donde no fueren recibidos sacudieran el polvo de sus suelas contra ellos. Les dió instrucciones sobre el oficio de apóstol y de discípulo para el futuro; los llamó sal de la tierra; que la luz no se ponía debajo del celemín, y de la ciudad que está sobre la montaña; pero no les dijo nada de lo pesado de las persecuciones que les esperaban. Lo principal fué que realmente estableció a los apóstoles sobre los discípulos diciéndoles que los apóstoles debían llamar y hacerse ayudar de los discípulos, como Él se hacía ayudar de los apóstoles; como Él mandaba y llamaba a los apóstoles, ellos mandasen a los discípulos en fuerza de su propia misión. Entre los discípulos hizo distinción de los más antiguos e instruídos, que debían mandar a cuidar a los más jóvenes y recién venidos. Los puso en orden de este modo: Pedro y Juan estaban en primera fila, y luego los apóstoles, de dos en dos. Los discípulos estaban, los más antiguos en primera fila, y los más jóvenes y recién venidos detrás de ellos. Luego les habló seria y conmovedoramente. A los apóstoles les impuso las manos en el orden que los había dispuesto y a los discípulos les dió su bendición. Todo esto procedió con gran recogimiento y ternura. Ninguno sintió envidia o deseo de precedencia. Entretanto se hizo de noche y Jesús con Andrés, Juan, Felipe y Santiago el Menor se adentró más en la montaña, pasando la noche en oración.

VIII

Jesús multiplica los panes para cinco mil oyentes

Cuando a la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte donde otras veces había explicado las Bienaventuranzas, se había reunido una gran muchedumbre en torno. Los apóstoles y discípulos habían ordenado a los enfermos en sitios apropiados. Jesús y los apóstoles comenzaron a sanar enfermos y a enseñar. Muchos que habían venido por primera vez a Cafarnaúm eran bautizados, hincados de rodillas en círculo, con agua que habían

traído en odres, procediendo de tres en tres a la vez. María Santísima había venido con las santas mujeres para ayudar a las enfermas y volvió luego a Cafarnaúm sin hablar a Jesús. Jesús habló de las Bienaventuranzas y explicó hasta la sexta. Repitió su enseñanza sobre la oración, explicando las peticiones del Padrenuestro. La enseñanza y las curaciones duraron hasta las cuatro de la tarde.

La mayoría de la gente no tenía nada que comer. Desde el día anterior lo habían seguido y su pequeña provisión se había concluído. Muchos entre ellos desfallecían de hambre. Los apóstoles que notaron esto se acercaron a Jesús y le rogaron terminase su predicación para que la gente pudiese retirarse antes que se hiciese noche y se procurasen alimento. Jesús les dijo: "No necesitan irse, dadle vosotros alimentos". Replicó Felipe: "¿Iremos a comprar panes por unos cientos de denarios para darles de comer?" Dijo esto con algún malhumor, pensando que Jesús les encargaría todavía buscar por los contornos, pan y alimento, para toda esa multitud. Jesús le replicó: "Mirad cuántos panes tenéis". Esto diciendo continuó su enseñanza. El criado de un hombre de allí había traído a los apóstoles, de regalo, cinco panes y dos peces. Esto se lo comunicó Andrés al Señor, diciendo: "¿Qué es esto para tantos?" Jesús dijo que trajesen esos panes y esos peces, y continuó enseñando al pueblo sentado sobre la hierba sobre la petición del pan de cada día. Muchas personas desfallecían de debilidad y los niños clamaban a sus padres por pan, y lloraban.

Entonces dijo Jesús a Felipe, para probar su fe: "¿Dónde compraremos pan para que estos puedan comer?" Contestó Felipe: "Doscientos denarios no alcanzan para dar a todos un pedazo de pan". Jesús dijo entonces: "Haced sentar al pueblo en la hierba, a los más necesitados y hambrientos en grupos de a cincuenta, los demás de a cien, y traedme los canastos que haya por allí". Trajeron una fila de canastos de juncos y esteras y los pusieron delante de Jesús, y distribuyeron al pueblo en grupos de a cincuenta y de a cien en las faldas de la montaña, cubierta de pasto abundante. Estaban más abajo del lugar que ocupaba Jesús. Alrededor del sitial de Jesús había una altura cortada en forma de escalones, cubierta de hierba. Sobre esa plataforma hizo Jesús extender una manta y sobre ella los cinco panes y los dos peces. Estos panes eran más largos que anchos y gruesos como dos pulgadas, amarillos, de corteza fina, no del todo blanco por dentro y estaban señalados los lugares por donde

podía cortarse o partir para hacer las partes. Los peces eran largos como de un codo abundante, tenían cabezas más salientes y nada parecidos a nuestros peces comunes. Estaban ya partidos, asados y preparados; se pusieron sobre grandes hojas. Otro hombre trajo unos panales de miel, que estaban sobre las hojas encima de la manta.

Mientras los discípulos disponían a las gentes de a cincuenta y de a cien y los contaban como les había encargado Jesús, cortó Jesús con un cuchillo de hueso esos cinco panes, y cortó los peces en pedazos; luego tomó uno de los panes en su mano, alzándolo, y oró, y lo mismo hizo con un trozo de pescado. No recuerdo que haya hecho lo mismo con el panal. Tres discípulos estaban al lado de Él. Jesús bendijo los panes, los peces y los panales de miel, y comenzó a romper los panes al través en pedazos, y cada pedazo era otra vez grande como el primero, con las mismas señales por donde partirlo nuevamente. Los pedazos eran lo suficientemente grandes para saciar a un hombre. Jesús entregaba esos panes y esos peces. Saturnino, que estaba al lado, ponía un trozo de pescado sobre el pan y un joven discípulo del Bautista, hijo de un pastor, ponía algo de miel encima. He visto que este joven fué más tarde obispo. Los peces no disminuían y los panales parecían crecer. Tadeo ponía estas porciones, preparadas en el canasto, que eran llevadas a los grupos de cincuenta, por ser los más hambrientos. Cuando volvían los canastillos vacíos, eran llenados de nuevo, durando este trabajo dos horas, hasta que todos estuvieron satisfechos. Aquellos hombres que tenían allí mujer e hijos, sentados aparte, encontraban su porción tan abundante que pudieron dar de su parte a sus mujeres e hijos. El agua la tomaban en odres de cuero que se llenaban, y la mayoría tenía consigo vasos de cortezas, de zapallos de tronco vaciados y de otras materias en forma de cucuruchos. Toda esta faena procedió con máximo orden. Los apóstoles y discípulos estuvieron ocupados en traer y llevar alimentos y repartirlos. Todos estaban silenciosos y admirados de tanta abundancia, después de tanta penuria. Los panes eran de dos palmos en lo largo. Cada pan era grueso como tres dedos. Estaban divididos en veinte muescas, cinco a lo largo y cuatro a lo ancho, de modo que la sustancia de cada parte se multiplicó cincuenta veces para alimentar a las cinco mil personas. Los peces estaban divididos en dos partes a lo largo y Jesús los subdividió en muchas porciones, de modo que siempre quedaban peces para dividir de nuevo; así la sustancia

de ellos se multiplicó en innumerables partes. Cuando todos estuvieron satisfechos mandó Jesús a sus discípulos que recogiesen los sobrantes de los panes y juntaron de ellos doce canastos. Muchos pedían les dejasen llevar de ese pan milagroso para recuerdo. No había esta vez soldados, como suele ocurrir siempre en estas grandes reuniones; todos estaban reunidos con Herodes que moraba en Hesebón. Cuando los hombres se levantaron satisfechos se iban juntando entre ellos y comentaban diciendo: "Este es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo. Él es el prometido".

Anochecía cuando Jesús dijo a los apóstoles que se embarcaran hacia Betsaida y allá lo esperasen. Mientras tanto Él despedía al pueblo. Se dirigieron los apóstoles con los canastos de pan hacia las barcas para ir a Betsaida y a otras direcciones. Los panes los llevaron para repartirlos a los pobres Los apóstoles y algunos discípulos más antiguos se detuvieron algún tiempo más; luego subieron en la barca de Pedro. Jesús despidió al pueblo, que estaba entusiasmado. No había apenas dejado Jesús su sitial cuando comenzaron a levantarse voces: "Él nos ha dado pan. Él es nuestro Rey. Queremos que sea nuestro Rey. Lo queremos hacer Rey". Jesús desapareció de entre la multitud y se retiró a la soledad.

IX

Jesús camina sobre las aguas

La barca de Pedro con los apóstoles que estaban adentro quedó detenida durante la noche por el fuerte viento. Remaban enérgicamente; sin embargo, eran arrastrados hacia el Mediodía. He visto que cada dos horas salían de un lado y de otro del mar pequeñas barcas con antorchas y hacían señales a las embarcaciones indicándoles en la oscuridad la meta, como si fueran faros. Como se cambiaban cada dos horas estos vigías, se llamaban guardias nocturnas. He visto que esta noche se cambiaron cuatro veces los vigías y la barca de Pedro iba hacia el Sur. Entonces caminó Jesús sobre las aguas desde el Noreste hacia el Suroeste. Resplandecía, había un brillo en torno de Él, de modo que se veía su persona reflejada al revés en las aguas del mar. Saliendo de Betsaida-Julias hacia Tiberíades, enfrente de la nave de Pedro, atravesó entre los botes de los vigías nocturnos que habían salido de Cafarnaúm y del otro lado y se

habían internado un tanto en el mar. Los hombres de estos botes vieron a Jesús caminando sobre las aguas. Levantaron un grito de espanto creyendo fuera un fantasma y tocaron el cuerno de caza. Los apóstoles, que estaban en la barca de Pedro y miraban a los botes que les indicaban la ruta perdida, vieron a Jesús acercarse hacia ellos; mas bien que caminar, parecía que se movía ligeramente sobre la superficie de las aguas. Cuando estuvo cerca, el mar se había calmado. Había neblina y lo vieron cuando estuvo bastante cerca. Aunque ya lo habían visto caminar así sobre las aguas, con todo les sobrevino un grande espanto, y comenzaron a clamar.

Cuando volvieron en si, y pensaron en la otra vez que lo habían visto andar sobre las aguas, Pedro quiso mostrar de nuevo su fe, y clamó en su entusiasmo: "Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti". Jesús le dijo: "Ven". Esta vez Pedro caminó un trecho mucho mayor que la primera vez; con todo su fe no alcanzó más. Cuando estaba muy cerca de Jesús, se puso a pensar y a dudar en el peligro, y comenzó a hundirse de nuevo, aunque menos que la otra vez, y clamó: "¡Señor, sálvame!" Jesús le dijo: "Hombre de poca fe ¿por qué has dudado?" Jesús entró en la barca, los apóstoles se echaron a sus pies y dijeron: "En verdad, eres el Hijo de Dios". Jesús les reprochó su poca fe y su pusilanimidad, les dió una reprimenda y enseñó aún sobre el Padrenuestro. Les mandó navegar hacia el Mediodía. Tenían el viento favorable; navegaron con ligereza, y durmieron algún tanto en los cajones que había en torno del mástil y de los remos. No fué esta vez la tormenta tan grave como la vez pasada, pero habían caído en la corriente central del lago, que es muy fuerte, y no podían salir. Jesús hizo venir a Pedro sobre las aguas, para darle una lección de humildad, sabiendo bien que iba a hundirse. Pedro es pronto, ama a Jesús, es creyente, pero tiene la manía de querer mostrar a Jesús y a los demás apóstoles ese amor. Al hundirse, se hace reflexivo y se humilla. Los otros no se atreven a tanto; se admiran de la fe de Pedro, pero reconocen que no es aún suficiente, aunque tiene más fe que todos ellos.

Al amanecer llegaron a la ribera oriental del mar, entre Magdala y Dalmanutha, a un par de casas que pertenecen a la ciudad. Este es el lugar mencionado en el Evangelio por la región de Dalmanutha. (Marc. 8-10). Los habitantes de este lugar habían traído a todos sus enfermos disponiéndolos en orden, y salieron al encuentro de Jesús al desembarcar. Sanó allí Él y

sus discípulos, y luego se retiró detrás de la ciudad, a una colina, donde se reunieron todos los habitantes, judíos y paganos. Allí predicó las Bienaventuranzas y el Padrenuestro, y sanó a todos los enfermos que le trajeron. Era un lugar de pasaje del Jordán y de publicanos para el pago de impuestos. Comerciaban en hierro, que venía de Ephron, en Basán, desde donde lo despachaban para las otras ciudades de la Galilea. Desde la montaña se puede ver Ephron.

Luego se embarcó para Tarichea, a tres o cuatro horas al Sur de Tiberíades, sobre una altura, y a un cuarto de hora de la orilla del mar. Las casas llegan hasta la costa. Desde aquí hasta la salida del Jordán está la orilla fortificada por una muralla oscura sobre la cual corre un camino. La ciudad está bien edificada al modo de los paganos, con arcadas en las calles, debajo de las casas y en el mercado hay un pozo cubierto, muy hermoso, con columnas. Jesús se dirigió al pozo y el pueblo se reunió con sus enfermos, a los cuales sanó. Muchas mujeres estaban detrás de los hombres, cubiertas con velos y teniendo a sus criaturas. Había fariseos, saduceos y herodianos. Enseñó sobre las Bienaventuranzas y el Padrenuestro. Los fariseos hicieron toda clase de interrupciones, siempre las mismas: que andaba con publicanos, pecadores y mujeres de mala vida, que sus discípulos no se lavaban las manos al comer, que sanaba en Sábado. Jesús terminó pronto y llamando a los niños en derredor suyo, los sanó, enseñó y bendijo, presentándolos como modelos a los fariseos. Tarichea está más abajo que Tiberíades. Veo que salan aquí muchos pescados y los secan; y se ven muchas maderas delante de la ciudad sobre las cuales ponen a secar los peces salados. El país es muy fértil y las alturas de la ciudad están cubiertas de terrazas y las faldas de las colinas llenas de frutales y viñedos. Toda esta región hasta el Tabor y los baños de Betulia es sobre toda ponderación fértil y amena; se llama la región de Genesaret. A la tarde navegó Jesús con los apóstoles hacia el Noreste y enseñó en la barca acerca del Padrenuestro y de la cuarta petición. Los prepara así para la mayor explicación cuando tenga a los discípulos y apóstoles solos.

X

Jesús habla del Pan de vida

Pasó Jesús la noche sobre la barca anclada entre la oficina de Mateo y Betsaida-Julias. A la mañana siguiente enseñó a un centenar de personas sobre el Padrenuestro, y al medio día navegó hacia Cafarnaúm, donde desembarcaron sin ser vistos y se fueron a la casa de Pedro. Aquí se encontró con Lázaro que había venido con el hijo de la Verónica y algunas personas de Hebrón. Cuando Jesús tomó, detrás de la casa de Pedro, el camino más corto entre Cafarnaúm y Betsaida, la muchedumbre, que estaba estacionada por los alrededores, lo siguió. Algunos que habían estado en la multiplicación de los panes y le habían estado buscando le dijeron: "Maestro ¿cuándo has venido? Te hemos buscado aquí y en el otro lado". Jesús respondió, empezando su enseñanza: "En verdad, en verdad os digo: Vosotros no me buscáis porque habéis visto milagros, sino porque habéis sido saciados de pan. No os preocupéis del alimento perecedero, sino del alimento que llega hasta la vida eterna, que os dará el Hijo del Hombre, pues a Él le ha hecho el Padre acreedor de la fe". Dijo estas cosas más extensamente; en el Evangelio está solo el resumen. Los hombres se decían unos a otros: "¿Qué dice ahora con esto del Hijo del Hombre? También nosotros somos hijos del hombre".

Como les mandara que hicieran obras buenas, preguntaron qué debían hacer para hacer obras de Dios. Jesús les contestó: "Creer en Aquél que Él ha enviado". Continuó enseñando sobre la fe. Ellos preguntaron de nuevo qué milagro iba a hacer para que ellos creyesen. "A nuestros padres, dijeron, dió Moisés el pan del cielo para que creyesen en él, el maná. ¿Qué nos darás a nosotros?" Respondió Jesús: "Yo os digo que no fué vuestro Moisés quien os dió el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo; puesto que el pan de Dios es Éste que ha venido del cielo y da la vida al mundo". Sobre esto enseñó luego más claramente, y algunos dijeron: "Señor, dadnos siempre de este pan". Otros decían: "Su Padre nos da pan del cielo... ¿Qué es esto? Su padre José está muerto..." Jesús lo explicó más claramente, en diversas formas; pero muy pocos lo entendieron, porque se creían prudentes y entendidos. Dejó de hablar de esto y pasó a las Bienaventuranzas y al Padrenuestro, sin decir aún que Él era el pan de la vida. Los apóstoles y los más antiguos

discípulos no preguntaron nada y estuvieron reflexionando; algunos entendieron, otros pidieron explicaciones entre ellos mismos. Al día siguiente continuó Jesús su predicación en la altura detrás de la casa de Pedro. Había algunos miles de personas que se iban turnando, pasando los de atrás adelante para oír mejor. Jesús a veces cambiaba de sitio, yendo de un grupo a otro, repitiendo la explicación con gran paciencia y amor. Entre los oyentes había muchas mujeres algo apartadas y con velo. Los fariseos iban y venían y se soplaban unos a otros sus dudas y sus malignas insinuaciones.

Hoy dijo Jesús claramente: "Yo soy el Pan de vida; el que viene a Mi no tendrá hambre y quien está en Mi no tendrá sed. Aquél a quien el Padre le envía, vendrá a Él, y Él no lo desechará. Él ha venido del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre. Es voluntad de mi Padre que Yo no pierda a los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Es voluntad de mi Padre que quien ve al Hijo y cree en Él, tenga la vida eterna y Él lo resucitará en el último día". Había muchos que no entendieron y decían: "¿Cómo puede Él decir que ha venido del cielo, si es el hijo del carpintero José? Su Madre y sus parientes están entre nosotros y conocemos a los padres de su padre José. Él dice que Dios es su Padre y luego dice que es el Hijo del hombre". Así murmuraban entre ellos. Jesús les dijo que no murmurasen; por sí mismos no podrían venir a Él; el Padre que lo ha enviado a Él, es el que debe traerlos a Él. Esto tampoco pudieron entenderlo y preguntaron qué significaba eso de que el Padre tenía que traerlos; pensaban en un sentido material. Jesús les respondió: "Está escrito en los profetas: serán todos enseñados por Dios. Quien oye al Padre y lo entiende, vendrá a Mi". Dijeron otros: "¿No estamos acaso con Él? Y con todo no lo hemos oído ni aprendido del Padre". Explicó Jesús: "Nadie ha visto al Padre, sino aquél que es de Dios. Quien cree en Mi tiene la vida eterna. Yo soy el Pan bajado del cielo, el Pan de la vida". Replicaron: "No conocemos otro pan del cielo que el maná". Les respondió: "Éste no es el pan de la vida, porque vuestros padres, que lo comieron, murieron todos, a pesar de haberlo comido. Aquí está el Pan que vino del cielo y el que come de este Pan no morirá. Yo soy el Pan vivo y el que come de él vivirá eternamente". Todas estas enseñanzas fueron con explicaciones y exhortaciones y con pruebas de los profetas y de la ley; pero la mayoría no lo admitía; todo lo tomaban en sentido material, y preguntaban: "¿Có-

mo se entiende eso de comer de Él para vivir eternamente? ¿Quién puede vivir eternamente y quién podrá comerlo a Él? Enoch y Elías fueron sacados de la tierra y decimos que no murieron; también de Malaquías no se sabe donde reposa y no se sabe de su muerte; pero fuera de éstos, todos los hombres han de morir". Jesús les preguntó si sabían donde estaban Enoch, Elías y Malaquías. Él sabía donde estaban. Y añadió si sabían lo que Enoch había creído y lo que Elías y Malaquías habían profetizado. Luego les explicó muchas cosas de estos dos profetas.

Había entre los oyentes un murmullo de disputas y de preguntas. Muchos de los discípulos nuevos y discípulos de Juan recién venidos erraban ya en sus pensamientos. Eran de los que habían completado el número de los 72, pues antes Jesús no tenía más que treinta y seis discípulos. Las mujeres eran ahora treinta y cuatro; pero luego, contando otras que estaban al servicio de éstas, como sirvientas o guardianas de las posadas, eran unas 70. Jesús enseñó de nuevo al pueblo delante de la ciudad, pero no habló del pan de vida sino de las Bienaventuranzas y del Padrenuestro. La multitud era muy grande. Como la mayoría de los enfermos ya habían sido curados, no había tanta confusión y tumulto; el traer y llevar los enfermos era lo que siempre causaba desorden y movimiento, porque deseaban siempre ser los primeros para poder retirarse primero. Todos, especialmente algunos discípulos de Juan, están ahora alterados, en expectativa, ante la conclusión de la enseñanza sobre el Pan de la vida.

XI

Jesús habla en la sinagoga del Pan de la vida

Como Jesús en el Sábado enseñase en la sinagoga la lección del día, comenzaron a preguntarle sobre el pan de la vida: ¿Cómo podía Él llamarse el Pan de la vida que viene del cielo, siendo que todos sabían de donde era Él? Jesús volvio a repetir lo que había dicho. Los fariseos traían siempre las mismas objeciones; y como hablando se decían hijos de Abrahán y de Moisés, preguntaban cómo podía Él llamar a Dios su Padre? Él les preguntó cómo podían ellos llamarse hijos de Abrahán y a Moisés su maestro siendo que ellos no observaban ni los mandatos ni la vida de Abrahán ni de Moisés. Les mostró claramente su mala vida y su proceder lleno de hipocrecía, de modo que quedaron avergonzados e irritados. Después continuó hablando

del Pan de la vida y dijo: "El pan quo yo os daré es mi carne, que entregaré para la vida del mundo". Entonces se levantó un murmullo. Decían: ¿Cómo puede Él darnos su carne para comida? Jesús continuó mucho más extensamente de lo que está en el Evangelio: "Quien no come mi carne y no bebe mi sangre, ése no tendrá vida en sí mismo. Quien lo hace tendrá la vida eterna y lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mi y Yo en él. Como mi Padre me ha mandado y como Yo vivo por mi Padre, así quien me come vivirá por Mí. Aquí esta el Pan venido del cielo: no un pan como el maná que vuestros padres comieron y murieron. Quien come de este Pan, vivirá eternamente".

Todo lo explicaba con los profetas, especialmente sobre Malaquías, y mostró el cumplimiento de ellos en Juan el Bautista, del cual habló largamente. Como preguntaran cuándo les daría de ese pan de vida, les señaló el tiempo, diciendo: "A su tiempo", y dió un tiempo en semanas con una manera particular de expresarse. Yo hice la cuenta, según eso y resultó un año, seis semanas y algunos días. Todos estaban muy excitados y los fariseos trataban de aumentar la rebelión latente. Jesús volvió a hablar de lo mismo en la sinagoga y luego enseñó sobre la sexta y séptima petición del Padrenuestro, y el sentido de: "Dichosos los pobres de espíritu". Declaró: los que son sabios, que no lo sepan, y los ricos sean como si no lo fuesen. Murmuraron de nuevo diciendo: "Si uno no lo sabe, no lo puede usar". Él volvió a decir: "Dichosos los pobres de espíritu: que se sientan pobres y sean humildes delante de Dios, del cual viene toda sabiduría y fuera del cual toda ciencia es una calamidad". Como volvieran sobre lo dicho: del pan de vida, de comer su carne y beber su sangre, preguntaban nuevamente. Jesús repitió su enseñanza más terminantemente. Murmuraron muchos de sus discípulos y dijeron: "Duro es este hablar ¿y quién lo puede oír?" Él les dijo que no se escandalizaran, que aún verían otras cosas más graves, y les dijo claramente que lo perseguirían y que aún los más fieles lo abandonarían. Entonces se entregaría en las manos de sus enemigos, que lo matarían; pero que Él no abandonaría a los que habrían huído, sino que su espíritu estaría con ellos. Esto de entregarse en los brazos de sus enemigos, era como decir abrazar a esos enemigos o ser estrechado por ellos; no alcanzo a dar ahora el sentido verdadero. Se refería al beso de Judas y a su traición.

Como ellos se escandalizaran aún más, les dijo: "¿Qué será entonces cuando veáis al Hijo del Hombre subir allá de donde ha venido? El espíritu es el que vivifica, la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Hay entre vosotros algunos que no quieren creer; por eso os dije: ninguno puede venir a Mi si no le es dado por mi Padre". Después de estas palabras se produjo en la sinagoga un murmullo y unos treinta de los discípulos más nuevos y de los venidos del Bautista se pasaron al lado de los fariseos y murmuraron con ellos. Los apóstoles y discípulos más antiguos se acercaron más a Jesús. Jesús dijo en alta voz: "Es bueno que ésos muestren de qué espíritu son, antes que puedan causar mayores daños". Cuando Jesús abandonó la sinagoga, quisieron los fariseos y los discípulos apóstatas detenerlo y disputar con Él sobre esas cosas; se habían entendido en ese sentido y pretendían pedirle explicaciones. Los apóstoles, sus discípulos fieles y sus amigos lo rodearon, y así pudo librarse de esa molestia, entre el clamoreo de los contrarios: "He ahí lo que es... Ya no necesitamos saber nada con Él; se ha mostrado para todo hombre inteligente que es un loco. Pretender que se coma su carne... que se beba su sangre... Decir que viene del cielo... que subirá al cielo...".

Jesús anduvo con los suyos, que se separaron en diversas direcciones, hacia la vivienda de Zorobabel y de Cornelio, en la altura norte de la ciudad y a través del valle, y cuando se encontraron juntos en un determinado punto, siguió enseñando. Como preguntara Jesús si también ellos lo querían dejar, habló Pedro por todos diciendo: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Jesús contestó, entre otras cosas: "Yo os he elegido a vosotros doce, y entre vosotros uno es diablo".

María había estado con otras mujeres en el último sermón de la montaña y en la sinagoga. De todo lo que había oído en estos últimos días había tenido interior luz para conocer el significado de todas estas cosas; pero como la Segunda Persona de la Santísima Trinidad había tomado carne en Ella y hecho Niño, del mismo modo estas cosas estaban como ocultas en la humildad y reverencia de su amor maternal a Jesús. Cuando Jesús habló más claramente que nunca, para escándalo de estos ciegos fariseos, he visto a María rezando en su cámara y en la contemplación silenciosa del saludo del ángel y del nacimiento y las maravillas de su maternidad y de la niñez de Jesús-Dios. Veía a su

Hijo como Hijo de Dios y le sobrevino tanta humildad y confusión que se deshacía en lágrimas de ternura. Todas estas contemplaciones se ocultaban de nuevo en el sentimiento de su amor maternal hacia su divino Hijo, como las apariencias del pan ocultan al Dios vivo en el Santísimo Sacramento.

Cuando se separaron esos discípulos de Jesús he visto en cuadro los dos reinos: el reino de Cristo y el de Satanás. He visto la ciudad de Satanás y la prostituta de Babilonia, sus profetas y profetisas, sus obradores de portentos y apóstoles, todo en mayor esplendor y mayor riqueza y aparato que el reino de Cristo. Reyes y emperadores y aún muchos sacerdotes se encaminaban hacia Satanás en carros y caballos. Satanás tenía un espléndido trono.

El reino de Cristo sobre la tierra lo he visto pobre e insignificante, lleno de sufrimientos y de penas, y a María como Iglesia, y a Cristo en la cruz, también como Iglesia, y que se entraba en ella a través de las llagas de su sagrado Costado.

XII

Jesús en Dan y en Ornitópolis

Cuando Jesús caminaba desde Cafarnaúm hacia Caná y Cydessa con sus apóstoles y discípulos he visto que en las cercanías de Gischala reunió a los doce en tres hileras y a cada uno le fué diciendo su temperamento natural y sus inclinaciones. En la primera fila estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor y Mateo; en la segunda, Tadeo, Bartolomé, Santiago el Menor y el discípulo Judas Barsabás, y en la tercera, Tomás, Simón, Felipe y Judas Iscariote. Cada uno oyó de Jesús lo que pensaba en su interior y esperaba, y todos quedaron muy conmovidos. Jesús tuvo luego un largo discurso sobre las penas y los sufrimientos de su misión y repitió: "Entre vosotros hay un diablo". Estas hileras no fueron sometidas unas a otras, sino sólo ordenadas según carácter y dotes personales. Judas Barsabás, discípulo, estuvo entre los apóstoles, y así habló Jesús de él y de su modo de ser, puesto en la segunda hilera.

Yendo adelante les instruyó como debían hacer en las curaciones y echar los demonios, para que lo imitaran en el modo de proceder que Él tenía en esos casos. Les dió la fuerza y la potestad de hacer con la imposición de las manos y ungir precisamente lo que Él hacía. Esta entrega del poder fué sin imposición de las manos, pero fué verdadera entrega de una potestad. Estaban

en derredor de Él y he visto rayos de diversos colores salir de Él e ir a los apóstoles y discípulos según la potestad recibida y las disposiciones particulares de ellos mismos. Ellos dijeron: "Señor, sentimos una fuerza en nosotros; tus palabras son verdad y vida". Desde ese momento sabía cada uno como debía proceder en las curaciones sin pensarlo ni deliberarlo cada vez.

Jesús llegó con todos los suyos a Elkese, a una hora y media de Cafarnaúm y celebró el Sábado en la sinagoga, donde ocurrió la lectura de la construcción del templo de Salomón. Recuerdo que dijo que los apóstoles y discípulos eran como los maestros de obra que deben, sobre los montes, aserrar y cortar cedros y maderas. Habló de los adornos interiores del templo. Después de la sinagoga, donde había muchos fariseos, fué invitado a una comida. Se comió en una sala abierta. Muchas personas estaban alrededor para oír lo que se conversaba y muchos pobres fueron obsequiados con alimentos. Como observaran los fariseos que los discípulos se pusieron a la mesa sin lavarse las manos, se lo reprocharon a Jesús, porque sus discípulos no observaban las tradiciones de sus mayores y no cumplían con esas purificaciones. Jesús les preguntó por qué ellos no cumplían los mandamientos y, contra sus tradiciones, no honraban al padre y a la madre. Les reprochó su hipocrecía con sus lavajes exteriores. Con estas disputas terminó la comida, pero Jesús habló aún al pueblo que se había amontonado: "Oíd y entended; nada de lo que entra por la boca del hombre desde afuera mancha al hombre; lo mancha lo que sale del interior del hombre. Quien tiene oídos para oír, oiga". Llegados al albergue y estando solos dijeron los discípulos que estas palabras habían escandalizado a los fariseos. Jesús les dijo: "Toda planta que mi Padre no ha plantado será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos y guía de ciegos; cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa". Cuando Jesús en la tarde siguiente terminó su enseñanza en la sinagoga, levantaron los fariseos de nuevo sus observaciones porque los discípulos no observaban los ayunos. Jesús les reprochó su falta de caridad y su egoismo, diciendo: "Los discípulos comen después de mucho trabajo cuando otros les dan; cuando los otros no tienen, ellos dan lo suyo y Dios lo bendice". Trajo a colación la multiplicación de los panes diciendo que allí los discípulos dieron lo que necesitaban ellos y preguntó si ellos hubieran hecho lo mismo que los apóstoles, que dieron sus panes y sus peces a los hambrientos.

De aquí partió Jesús con sus apóstoles y discípulos a través de la fortaleza y ciudad levítica de Kades-Neftalí, edificada de piedras negras y brillantes hacia la ciudad de Dan, llamada también Lais y Leschem. Durante el camino les habló de la oración. Les explicó el Padrenuestro y les dijo que hasta ahora no habían orado dignamente, que sólo habían pedido, como Esaú, sobre la grosura de la tierra; que debían pedir, como Jacob, el rocío del cielo, dones celestiales, la bendición de la inteligencia, el reino según la voluntad de Dios, y no como se imaginaban ellos ese reino. Aún los paganos no hacen su oración por bienes materiales solos, sino por riquezas espirituales. La ciudad de Dan, al pie de una montaña alta, es muy extensa, debido a los jardines de que está provista casi cada casa; todos trabajan en sus huertas; cosechan hierbas y frutas de toda clase, kalmus, mirra, bálsamo, algodón y muchas especias olorosas, con las cuales comercian con los tirios y sidonios. Los paganos viven aquí más mezclados que en otros lugares. Aunque es una región tan hermosa y fértil, había muchos enfermos. Jesús enseñó con los discípulos en un albergue en medio de la ciudad. Los apóstoles y discípulos habían estado aquí en su última misión, habían contratado este albergue y lo habían arreglado para este fin. Entre apóstoles y discípulos eran aquí treinta personas. Los que habían estado antes y a quienes se dirigían los hombres por ayuda, llevaban a Jesús a diversas casas de enfermos; los demás se esparcieron por los alrededores. Pedro, Juan y Santiago quedaron con Jesús. Sanó enfermos de varias clases: hidrópicos, melancólicos, endemoniados, leprosos, estropeados, muchos ciegos y otros con hinchazones en la cara y miembros. Ciegos y baldados había muchos, especialmente entre los trabajadores. Esta ceguera provenía de la picadura de un pequeño insecto que volaba en grandes cantidades. Jesús les indicó una hierba con cuyo jugo debían untarse, que entonces no les picarían esos insectos y les explicó una moraleja sobre el asunto. La hinchazones que solían degenerar en dolorosas quemaduras y llagas, de las cuales morían los atacados, provenían también de un pequeño insecto que se nutría de los árboles, y descendía de ellos por el aire como nubes densas; estos insectos, como hollín de las fábricas, se metían en la piel del hombre y producían una hinchazón. Jesús les mostró otro insecto, como remedio: debían ponerlo, aplastado, sobre la hinchazón y desapa-

recía la enfermedad; este insecto era un gusano blanco como una lombriz de sótanos, con quince puntitos sobre el lomo, del tamaño de un huevo de hormiga y podía enrollarse sobre sí mismo.

XIII
La Sirofenisa

Mientras duraban estas curaciones una señora de edad, algo encorvada, rengueando de una pierna y pagana, iba de una casa a otra buscando ocasión de ver a Jesús; pero no se atrevía por humildad, y desde cierta distancia pedía ayuda; era de Ornitópolis. Jesús evitaba, al parecer, su encuentro, pues ahora sanaba sólo a los judíos enfermos. La acompañaba un criado con un paquete en la mano. Esta señora estaba vestida como extranjera, con ataduras en los brazos y en el cuello de su vestido; sobre la cabeza llevaba una especie de mitra puntiaguda rodeada de una tela de color y estaba cubierta con el velo. Esta señora tenía en casa una hija enferma y endemoniada y esperaba desde hacía tiempo a Jesús. Había venido aquí cuando andaban los apóstoles en estos lugares y ellos se lo recordaban a Jesús. Él contestaba que aún no era el momento, que no quería dar motivo de queja a los judíos, que no quería mostrar preferencia a los paganos sobre los judíos. Por la tarde fué Jesús con Pedro, Juan y Santiago a la casa de un anciano judío, bien intencionado, amigo de Lázaro y de Nicodemo y discípulo secreto de Jesús. Daba mucho de lo suyo para la comunidad, para los albergues; tenía dos hijos y dos hijas de cierta edad, y era un hombre débil por la edad. Los hijos no estaban casados, eran nasireos, llevaban cabellos largos partidos y no se cortaban la barba. Las hijas tenían cabellos largos partidos que se veían debajo del velo. Todos vestían de blanco. El anciano padre, de larga barba blanca, fué llevado por sus hijos a la presencia de Jesús ya que no podía caminar solo. El buen viejo lloraba de emoción, lleno de veneración y alegría. Los hijos lavaron los pies de Jesús y sus apóstoles y le ofrecieron una refección de frutas y pequeños panes. Jesús se mostró con ellos muy familiar y confiado; habló de sus jiras próximas y dijo que no aparecería públicamente en Jerusalén para esta Pascua. No permaneció mucho en la casa. El pueblo había espiado su estadía allí y se había reunido una multitud en el patio. Jesús salió al patio y al jardín y sanó y enseñó entre las paredes que defendían el recinto durante varias horas.

La mujer pagana hacía mucho que estaba allí esperando, a cierta distancia. No se atrevía a acercarse y Jesús tampoco se aproximaba. Ella se contentaba con clamar, como otras veces: "Señor, hijo de David, ten misericordia de mí. Mi hija está atormentada por un demonio impuro". Los discípulos le rogaron consolase a la mujer. Jesús dijo: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". La mujer se acercó finalmente, y echándose a los pies de Jesús, exclamó: "Señor, ayúdame". Jesús dijo: "Deja primero que los hijos se sacien. No es conveniente quitar el pan de los hijos y darlo a los perros". La mujer contestó: "Señor, también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de su señor". Dijo entonces el Señor: "Mujer, grande es tu fe; hágase como tú deseas". A la pregunta de si no deseaba ella misma ser sana, pues estaba inclinada hacia un lado, contestó que se creía indigna de ser sanada y pedía sólo por su hija; pero Jesús puso una mano sobre su cabeza y la otra al lado baldado y le dijo: "Enderézate y se cumpla como tú lo deseas; tu hija está libre del demonio". Se levantó la mujer en pie derecha y esbelta, y quedó un instante inmóvil; luego exclamó con las manos levantadas: "Señor, veo a mi hija sana y buena tendida en la cama". Estaba fuera de sí de contenta. Tuvieron luego una comida en la casa de los nasireos; estaban presentes alguns levitas de Kades y todos los apóstoles y discípulos que se habían reunido de nuevo en el albergue. Fué una comida abundante, como hacía tiempo que no tenían los discípulos y fueron provistos los pobres del lugar. Jesús volvió muy tarde al albergue. Ayer y hoy se hace la fiesta del novilunio.

Cuando a la mañana siguiente Jesús enseñaba y sanaba bajo las columnatas del mercado, vino la Sirofenisa trayendo a un pariente venido de Ornitópolis: estaba estropeado este hombre del brazo derecho y además era sordomudo. La mujer pidió ayuda para él y le rogó fuese a su ciudad para poder agradecerle allí los favores recibidos. Jesús tomó al hombre a un lado, puso su mano sobre el brazo enfermo, oró, y aquél extendió su brazo sano y bueno. Luego tomó un poco de su saliva, le tocó los oídos, y llevóle la mano sanada a la lengua, miró al cielo y oró; el hombre se levantó al punto, habló y agradeció. Jesús se adelantó al pueblo con el hombre, el cual empezó a hablar perfectamente y en tono profético. Se echó primero a los pies de Jesús y dió gracias; luego se volvió hacia los judíos y los gentiles pronunciando amenazas contra los judíos; nombraba los lugares de las maravillas de Jesús y sus milagros y repro-

chaba la obstinación de los judíos, y añadió: "El alimento que vosotros, hijos de la casa, despreciáis y echáis, lo juntamos nosotros los desheredados, y con ese alimento viviremos y daremos gracias. Con el fruto de las migajas que nosotros juntamos se compensa lo que vosotros dejáis perderse del pan del cielo". En esta forma habló de modo tan maravilloso que todo el pueblo estaba conmovido.

Abandonó Jesús la ciudad y subió con los discípulos y apóstoles a una altura muy apartada de una montaña al oeste de Leschem, donde había una cueva amplia con bancos y asientos. Eran estas cavernas lugares de descanso para viajeros. Caminaron un par de horas y pasaron la noche allí, donde enseñó Jesús de las diversas maneras de sanar, según los casos. Le habían preguntado, en efecto, por qué al mudo le había hecho poner su propia mano en la boca y lo había apartado de los demás. Él los instruyó sobre esto, enseñó sobre la oración y alabó a la mujer pagana que pedía conocimiento de la verdad y no bienes materiales. También les prescribió varias cosas: que salieran de a dos en dos y que enseñasen las mismas verdades que Él les había enseñado. Les dijo que de tanto en tanto se reuniesen y se comunicasen los resultados de la misión y cómo les había ido en ella; que los apóstoles dijeran a los discípulos la parte de la misión que debían cumplir; que durante el camino lo pasaran rezando y hablando de las cosas que iban a enseñar. Haciendo camino llegaron a la ciudad de Hamator que está situada en una altura y tuvieron que fatigarse mucho para llegar, hasta que ascendieron a una altiplanicie desde donde se podía ver el Mediterráneo. Luego descendieron por varias horas y llegaron a un río, que desde el norte de Tiro se echa en el mar y entraron en un albergue del camino a tres o cuatro horas de Ornitópolis.

XIV

Jesús en la ciudad de la Sirofenisa

La Sirofenisa era una mujer respetable en su propia ciudad. Se había ausentado a su casa y preparado para Jesús y sus acompañantes una muy buena recepción. Los paganos acudieron humildes al encuentro de Jesús y de los suyos, los llevaron aparte y les hicieron todos los servicios con mucha humildad y reverencia, teniendo a Jesús por un gran profeta. Al día siguiente subió Jesús con los suyos a una altura, cerca de una pequeña

ciudad pagana, donde había un sitial de enseñanza desde los antiguos tiempos en que algunos profetas habían enseñado. Los mismos paganos tenían este lugar por respetable y lo habían cubierto con una hermosa tienda en el sitial de enseñanza. Había muchos enfermos que se mantenían a distancia, reverentes, esperando que Jesús se acercara a ellos con sus discípulos. Jesús sanó a muchos con llagas, estropeaduras en los miembros, hombres con manos áridas, melancólicos, algo endemoniados, los cuales, librados, salían como de un sueño en que estaban sumergidos. A los que tenían llagas e hinchazones muy graves Jesús les ponía la mano y desaparecía el mal. Hizo traer por los discípulos una planta que crecía allí sobre las desnudas rocas, con hojas gruesas y grasosas; un poco del agua que tenía en un frasco lo hacía poner por los discípulos sobre las llagas sanadas y tenerlo algún tiempo sobre el lugar de la parte enferma. Después de estas curaciones Jesús pronunció un hermoso sermón sobre el llamamiento de los paganos, explicó varios pasajes de los profetas y les dijo que sus ídolos eran vanos como su culto. Después fué con sus discípulos al Noroeste, hacia Ornitópolis, distante unos tres cuartos de hora del mar. Esta ciudad no es grande, pero tiene hermosos edificios; al Este, sobre una altura, se ve el templo de los ídolos. Jesús fué recibido con extraordinario amor. La Sirofenisa hizo arreglar todo ricamente; por humildad y reverencia hizo hacer estos preparativos por las pocas y pobres familias de judíos que viven en el lugar. Toda la región estaba llena de la fama de los hechos acontecidos; de la salud y liberación de la hija, de la salud recuperada de la madre, y especialmente de haber recuperado el habla y el oído el pariente de la Sirofenisa que luego habló proféticamente de Jesús y de las amenazas contra los obstinados. Todos estaban reunidos cerca de la casa: los paganos, por humildad y reverencia, se mantenían a cierta distancia llevando ramas y palmas en la mano; los judíos, en cambio, unos veinte, con algunos muy ancianos que debían ser sostenidos, precedían a los que venían al encuentro de Jesús; el maestro del lugar venía con sus alumnos; las mujeres y las doncellas seguían el cortejo cubiertas con el velo. Para Jesús y sus discípulos se había desocupado una casa cerca de la escuela y la Sirofenisa la había hecho arreglar con hermosos tapices, alfombras, menaje y lámparas. Se les lavó los pies con mucha humildad por los judíos del lugar y se les dió otros vestidos y suelas para los pies, mientras se

les arreglaba, sacudía y limpiaba los propios vestidos. Después estuvo Jesús con el maestro y enseñó en la escuela.

Se preparó una espléndida comida en honor de Jesús en una sala abierta. Fué preparada por la Sirofenisa: esto se veía en todos los detalles del menaje, de los vasos, de la clase de comidas, de las mesas y su disposición, que eran todos del modo que usaban los paganos. Había tres mesas, mucho más altas de lo que acostumbraban los paganos; asimismo eran diferentes los divanes y asientos. Los alimentos estaban preparados en forma de artísticos animales, aves, plantas, árboles, colinas y pirámides; eran en realidad otros de lo que aparecían; así, formas de peces eran en realidad carne, y formas de aves eran peces; corderos compuestos de hierbas y frutas, de harina o de miel. No faltaban corderos asados y toda clase de confitu—. En una mesa estaba Jesús con sus apóstoles y algunos judíos ancianos; en otra los discípulos con otros judíos, y las mujeres con los niños comían en otra mesa separada por una cortina. Durante la comida entró la mujer sirofenisa con su hija y sus parientes para dar las gracias. Los criados venían detrás trayendo hermosos regalos en lindos canastillos. La hija se adelantó con un recipiente de ungüento muy apreciado y, cubierta con el velo, lo derramó sobre la cabeza de Jesús, por detrás. Luego retrocedió modestamente hacia su madre. Los criados entregaron los regalos a los discípulos; eran dones de la hija. Jesús agradeció estos regalos. La mujer le dió la bienvenida a su tierra y declaró que sería una alegría para ella si pudiera mostrar no fuera más que su buena voluntad en su indignidad para compensar en algo los muchos disgustos que recibía de las gentes de su nación. Esto lo hacía con gran humildad y desde cierta distancia, como reputandose indignas de acercarse más. Del dinero que venía con los regalos hizo repartir a los pobres del lugar, como también de los alimentos presentados en la mesa.

Esta mujer sirofenisa era una viuda muy rica; su marido había muerto cinco años atras; había sido propietario de varios buques grandes y tenía mucha gente de mar a su servicio; poseía muchos campos y hasta pequeñas villas. Cerca de aquí hay un resalto dentro del mar donde vive mucha gente formando una poblacion y que pertenece a esta mujer. El marido fue un rico mercader y la señora es muy estimada en la región. Los judíos pobres del lugar casi todos vivían a expensas de esta mujer caritativa. Era muy prudente y bienhechora y dentro de

su paganismo tenía cierta iluminación en su religión pagana. Su hija tendría 24 años de edad y era de hermosa presencia y muy agraciada y crecida. Su vestido era de color variado con collares al cuello y brazaletes en los brazos; había tenido por razón de sus riquezas a muchos pretendientes, pero estaba poseída de un temible demonio; cuando le venían las convulsiones saltaba de su lecho y quería huir, de modo que era necesario vigilarla de continuo y a veces atarla. Cuando le pasaban esos accesos era buena y virtuosa. Era esta situación una espantosa prueba para la madre e hija tan distinguidas, y por eso tenían que tenerla oculta. Ya hacía muchos años que soportaba esta prueba. Cuando la madre volvió a su casa, le salió al encuentro la hija, ya librada, y le dijo la hora en que había sido sanada: la misma en que Jesús le había dicho. Grande fué la alegría de la madre al ver a su hija sana y grande; y la de la hija al ver a su madre derecha y esbelta. Aumentó la alegría de ambas al oír y ver sanado al pariente mudo y sordo y oirse saludar. Estaban por eso llenos de gratitud hacia Jesús y habían preparado esta magnífica recepción. Los regalos eran todos de la hija, los que había recibido en diversas ocasiones desde su niñez de su madre, de sus parientes y especialmente de su padre cuando volvía de sus viajes: era la única hija de este matrimonio. Se trataba de alhajas y preciosidades que suelen regalarse a hijos de familias ricas; había algunos objetos valiosos que habían tenido ya sus antepasados; entre otros, idolillos de piedras preciosas con perlas y adornos de oro; piedras preciosas de mucho valor; vasos de materia preciosa, y pequeñas figuras diversas cuyos ojos eran piedras preciosas refulgentes, como también la boca. Había materias olorosas como ámbar y arbolillos de oro con frutos de piedras preciosas. Era un verdadero tesoro. Algunas joyas yo las calculaba de un valor como de mil táleros (escudos). Jesús dijo que todo se repartiese a los pobres y necesitados, que su Padre celestial lo recompensaría.

El Sábado visitó Jesús a algunas familias judías: daba limosnas, consolaba y exhortaba. Había algunas familias muy pobres y desamparadas. Los reunió a todos en la sinagoga y les habló con mucho cariño y amor, porque ellos se tenían despreciados por los judíos de Judea. Preparó a muchos para el bautismo, y se bautizaron unos veinte hombres en el baño de un jardín; entre ellos estaba el pariente curado de la sirofenisa.

Jesús se dirigió con sus discípulos a la casa de la sirofenisa, que tenía una hermosa vivienda rodeada de jardines y patios.

Fué recibido con mucha solemnidad. Los criados estaban con vestiduras de fiesta y ponían costosas alfombras por donde pasaba Jesús. En el vestíbulo sostenido por columnas se adelantaron la madre y la hija cubiertas con el velo, y se echaron a sus pies, dándole gracias; igualmente el hombre sanado de su mudez y sordera. En la sala había preparados admirables trabajos de pastelería y frutas sobre preciosas fuentes. Los recipientes eran de vidrio de variados colores y vetas, al parecer fundidos de varias clases en uno. Entre los judíos más ricos había visto alguno que otro de estos vasos preciosos; pero aquí los había en abundancia. En los ángulos y cavidades de las paredes había, cubiertos por cortinas, cierta cantidad de estos vasos. Los alimentos estaban sobre mesitas redondas y de otras formas, que podían unirse y formar una mesa grande. Entre los alimentos vi grandes racimos de uva seca que aún colgaban de sus tallos y estaban en aquellos vasos preciosos; otros frutos parecían colgar de ramas como si fuesen arbolillos. Había una composición en forma de caños con hojas y frutos como uvas, blancos: quizás eran azucarados y parecían coliflores; se desgajaban de su tallo y tenían un gusto exquisito. La planta que servía para formar esta confitura crecía cerca del mar en una posesión de la señora y abundaba en lugares húmedos y pantanosos.

En otro lado de la casa se reunían las criadas, los servidores, amigas de la hija y otros trabajadores. Jesús habló brevemente con ellos. La mujer pidió con humilde insistencia que Jesús visitara a los pobres de Sarepta, como también otros lugares de esta región. Tenía esta mujer mucha prudencia y arte en expresar y exponer sus necesidades. Dijo más o menos: "Sarepta, cuya pobre viuda compartió con Elías todo lo que tenía, es ahora una pobre viuda ella misma y está pobre y hambrienta. Ahora Tú, como el mayor de los profetas, compadécete de esta pobre ciudad. Y a mí, pobre viuda, a quien Tú has consolado y dado todo lo que tengo, perdónale que ella, pobre viuda, te pida por esa otra viuda desamparada". Jesús le prometió ir allá. Le dijo también la sirofenisa que quería edificar una sinagoga y que Jesús le indicase el lugar. No recuerdo que respuesta le dió. Esta mujer tenía talleres muy grandes de tejeduría y tinturería; en lugares cerca del mar, como a distancia de su casa, tenía tiendas donde se veían extendidas muchas clases de tejidos de diversos colores. Tienen allí en mucho aprecio los objetos de ámbar y de esto he visto que eran muchos de

los regalos que recibió Jesús de la hija de la Sirofenisa. La conclusión del Sábado la hizo Jesús en la sinagoga de los judíos, que estaba adornada. Para consuelo de los pobres judíos les dijo que ya no se realizaba lo dicho por el profeta: "Vuestros padres comieron uvas acerbas y sus hijos tienen ahora sus dientes gastados". El que escucha ahora su voz, hace penitencia y se arrepiente y se hace bautizar, ya no lleva las consecuencias de los pecados de sus padres. Esto consoló en gran manera a los pobres judíos.

Por la tarde del día siguiente Jesús se despidió de la Sirofenisa, la cual con la hija y el pariente sanado le regalaron formas alargadas de oro con provisiones de pan, frutas, bálsamo, miel en canastillos y recipientes con bebidas para el viaje, y enviaron al albergue de Sarepta regalos para los pobres que encontraran. Jesús exhortó a toda la familia, les recomendó a los judíos pobres del lugar y su propia salud y se despidió entre las lágrimas de todos los de la casa que se mostraron muy humildes. Esta mujer está muy iluminada y ya no va al templo de los paganos con su hija, sino que hace según las enseñanzas de Jesús; se une a los judíos en su religión y trata de atraer a otros paganos a su modo de ser. Jesús instruyó a los discípulos en varias cosas referentes a su misión, al orden y deberes a cumplir y donde debían ir. Tomás, Tadeo y Santiago el Menor partieron con los discípulos que no quedaron con Jesús hacia la tribu de Aser. No debían llevar nada consigo. Jesús fué con los otros nueve apóstoles y con Saturnino, Judas Barsabas y otro más y con los judíos del lugar y muchos paganos que le acompañaron a Sarepta. Diez y seis judíos le acompañaban hasta Sarepta. Jesús no entró en la ciudad, que está a dos horas y media al Norte, sino que se dirigió a un grupo de casas donde la viuda de Sarepta habido juntado ramitas cuando llegó Elías. Habitaban este lugar judíos más pobres aún que los de Ornitópolis, que gozaban del favor de la Sirofenisa. Jesús y los suyos tuvieron el albergue pronto por la solicitud de la Sirofenisa y estaban allí también los regalos que Jesús debía distribuir a los pobres. La gente le salía al encuentro con indecible amor y reverencia, y le lavaron los pies. Jesús consoló a hombres, mujeres y niños, y después de haber enseñado se dirigió con diez y seis hombres de Ornitópolis y otros de Sarepta a un lugar distante un par de horas de camino subiendo al Este. Sobre una colina, junto a un poblado de paganos, enseñó a las gentes que lo esperaban; siguió su camino, mientras los hombres de Ornitópolis se vol-

vían a su ciudad. Así andando llegó Jesús al Hermón, que parece la cúspide de las montañas que encierra Galilea. Pasó el Hermón por un alto valle y entró en Rechob, al pie del Hermón, hacia el Sudoeste, debajo de Baal-Hermón, gran ciudad y con sus templos de ídolos, cuyos edificios miran hacia la pequeña Rechob, al pie de la montaña.

XV

Jesús en la ciudad de Gessur

Desde Rechob se dirigió Jesús, unas siete horas al Noreste, a la ciudad de Gessur, donde se albergó entre los publicanos, de los cuales hay muchos en esta ciudad, o, mejor dicho, en el camino que lleva a Damasco. Gessur es una ciudad grande y hermosa. Veo muchos soldados romanos. Los paganos y judíos viven separados en la misma ciudad, aunque en el trato común se llevan bien unos y otros, razón por la cual estos judíos son despreciados por los de otras regiones. De Gessur habían ido muchos judíos y paganos al sermón del monte y oído las Bienaventuranzas. Algunos enfermos habían sido ya curados por los apóstoles enviados por Jesús. Se encontraba aquí un ciego que había recobrado la vista durante la enseñanza de Jesús en la multiplicación de los panes. El marido de María Sufanitis era de aquí; ahora vive con ella en Ainón. Absalón había vivido aquí algún tiempo cuando huyó de su padre David; pues su madre Maacha era hija de un rey de este lugar de nombre Tolmai.

El apóstol Bartolomé, que vino a esta misión, es descendiente de esta familia real. Su padre tuvo mucho tiempo los baños de Betulia; después se trasladó a Caná y de allí a las posesiones que compró en el valle de Zabulón. Por eso se hizo Bartolomé ciudadano de este lugar. En Gessur tenía todavía, por parte de la madre, a un tío muy anciano, que era pagano y poseía muchas riquezas. Este anciano vivía en una gran casa en medio de la ciudad y se hizo llevar al albergue donde estaba Jesús con los publicanos. Allí enseñaba Jesús sobre una terraza donde estaban amontonadas las mercaderías, que aquí eran controladas y pagaban los impuestos. Este anciano habló con los apóstoles, especialmente con su sobrino, e invitó a Jesús a una comida. Todo el pueblo oyó la predicación de Jesús, hombres, mujeres y niños; mezclados los paganos con los judíos del lugar. Comió con los publicanos en compañía de otros muchos. Fue una maravilla ver a estos publicanos ordenar sus riquezas

para repartir parte de ellas a los pobres. Cuando Jesús fué a la casa del tío de Bartolomé fué recibido solemnemente, con alfombras a sus pies, se le preparó una gran comida al estilo pagano en los alimentos y en el modo de presentarlos. Los paganos adoraban aquí a un ídolo de varios brazos con un canastillo de espigas sobre la cabeza. Muchos, en cambio, seguían la religión de los judíos y otros las enseñanzas de Jesús; algunos de ellos habían sido bautizados por Juan y otros por los discípulos y apóstoles en Cafarnaúm. Los publicanos repartían ahora parte de sus riquezas a los pobres; en la plaza donde Jesús enseñaba había grandes montones de trigo que daban a los pobres; repartían también algunos campos a pobres trabajadores y esclavos y reparaban todas las injusticias que habían cometido.

Cuando Jesús volvió a la casa del publicano y enseñaba delante de judíos y paganos, acudieron algunos fariseos de otras partes y reprocharon a Jesús que viviera y tratara con los publicanos e infieles. El anciano tío de Bartolomé con otros diez y seis hombres fueron bautizados en una fuente de un jardín. Las aguas procedían de un pozo de la ciudad situado muy alto, por canales dirigidos hasta el jardín. Judas Barsabás bautizaba. El jardín estaba muy bien adornado; todo se hizo con mucha solemnidad; se repartió mucho a los pobres, y el anciano tío de Bartolomé dió grandes limosnas. Jesús enseñó por la conclusión del Sábado en la sinagoga, se despidió de todo el pueblo delante de la oficina del publicano, repartió limosnas a los pobres, y acompañado de mucho pueblo se dirigió, a cinco horas de allí, a un lugar de pescadores en el lago Phiala, situado en la montaña a unas tres horas de camino al este de Paneas. Llegó muy tarde y se hospedó con el maestro de la escuela, la mayoría eran judíos. El lago Phiala mide una hora de camino, tiene riberas playas, aguas claras y se pierde en una montaña. Se ven canoas sobre sus aguas. La comarca tiene campos de trigos y hermosas praderas, donde pacen camellos, asnos y ganado; veo árboles de castañas. De este y del otro lado hay varias aldeas de pescadores judíos, cada una con su escuelita. Jesús enseñó en estas escuelas y fué luego a visitar algunas casas y chozas de pastores. Juan Bautista estuvo también aquí algún tiempo.

I N D I C E

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA QUINTA

Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos hasta la primera conversión de la Magdalena

		Pag
Capítulo	I. - Jesús en Ainón. María de Suphan	9
„	II. - La fiesta de los Tabernáculos	11
„	III. - Las confesiones judaicas	12
„	IV. - Conversión de una adúltera	15
„	V. - Jesús en Akrabis y en Silo	18
„	VI. - Jesús en Korea	20
„	VII. - Jesús en Ophra	24
„	VIII. - Jesús en Salem y en Aruma	26
„	IX. - La fiesta de la dedicación del templo de Salomón	29
„	X. - Jesús entre los pobres y humildes	31
„	XI. - Jesús en Aser-Michmethath	34
„	XII. - Jesús es casa de Obed	35
„	XIII. - Jesús en Meroz	39
„	XIV. - Judas Iscariote se une a los discípulos	41
„	XV. - Jesús sana enfermos en Meroz	44
„	XVI. - Judas Iscariote es presentado a Jesús	45
„	XVII. - Enseñanza de Jesús en el monte de Meroz ..	46
„	XVIII. - La viuda de Lais y sus hijas	47
„	XIX - Jesús en el poblado de Iscariot	50
„	XX. - Jesús en Dothan	52
„	XXI. - Comida en casa de Isacar. El apóstol Tomás	55
„	XXII. - Mensajeros de Juan Bautista	56
„	XXIII. - Los fariseos y saduceos se irritan contra Jesús	58
„	XXIV. - Jesús se dirige desde Dothan a Endor	59
„	XXV. - Jesús en Abez y en Dabrath, junto al Tabor .	63
„	XXVI. - Saúl y la pitonisa de Endor	64
„	XXVII. - Dabrath. Conversión de una adúltera	66
„	XXVIII. - Juegos a la conclusión del Sábado	69
„	XXIX. - El pagano Cyrino, de Chipre	71
„	XXX. - Jesús se dirige a Gischala, lugar de nacimiento de Pablo	73
„	XXXI. - Curación del hijo de un capitán pagano	75
„	XXXII. - Primera conversión de Magdalena	77

		Pág.
Capítulo	XXXIII. - La predicación de Jesús en la montaña de Gabara	80
„	XXXIV. - Sentimientos de Magdalena	82
„	XXXV. - Comida en casa de Simón Zabulón	84
„	XXXVI. - Magdalena recae en su vida desordenada	86

EPOCA SEXTA

Desde la conversión definitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan Bautista

Capítulo	I. - El centurión Cornelio	91
„	II. - Carácter de las curaciones de Jesús	93
„	III. - Jesús enseña por medio de parábolas	97
„	IV. - Resurrección del hijo de la viuda de Naim	98
„	V. - Jesús en Megiddo	103
„	VI. - Jesús responde a los mensajeros del Bautista	106
„	VII. - Jesús abandona Megiddo. Curación de un leproso	107
„	VIII. - En la sinagoga de Cafarnaúm	111
„	IX. - Resurrección de la hija de Jairo	114
„	X. - Bautismo de varios paganos	116
„	XI. - Jesús enseña por primera vez desde la barca de Pedro	117
„	XII. - Postrer llamado de Pedro, Andrés, Santiago y Juan	120
„	XIII. - La tempestad calmada	121
„	XIV. - Jesús sana muchos enfermos en Cafarnaúm	123
„	XV. - Mensaje de Juan a la sinagoga	125
„	XVI. - Jesús enseña en la sinagoga de Cafarnaúm	127
„	XVII. - La pesca milagrosa	128
„	XVIII. - El Sermón de la Montaña	131
„	XIX - Curación del hombre enfermo de gota	133
„	XX. - Segunda curación de la hija de Jairo	134
„	XXI. - Jesús da la vista a dos ciegos y sana a un fariseo	137
„	XXII. - "Bienaventurados los puros de corazón"	139
„	XXIII. - Jesús en Gergesa	142
„	XIV. - Jesús echa los demonios en los cerdos	145
„	XXV. - Jesús en la sinagoga de Gergesa	149
„	XXVI. - El endemoniado mudo y ciego	151
„	XXVII. - Jesús visita a Jairo	154
„	XXVIII. - Misión de los apóstoles y discípulos	156
„	XXIX. - Jesús en Bethanat-Gálgala	159
„	XXX. - Jesús en Elkese y en Saphet	161
„	XXXI. - Jesús en Kirjathaim y Abram	165
„	XXXII. - Jesús en las bodas de Abram	171
„	XXXIII. - Jesús enseña en Azanoth. Marta y Magdalena	173

		Pag
Capítulo	XXXIV. - Sermón de Jesús y conversión definitiva de Magdalena	175
„	XXXV. - Jesús en Gatepher	179
„	XXXVI. - Jesús en Kisloth y Nazaret	180
„	XXXVII. - Jesús no sana a los enfermos de Nazaret por culpa de los fariseos	182
„	XXXVIII. - Jesús en una colina junto al Tabor	183
„	XXXIX. - Jesús en Sunem	185
„	XL. - Decapitación de Juan Bautista	187
„	XLI. - Jesús es Thenat-Silo y en Antipatris	192
„	XLII. - Jesús en Bethorón y en Betania	197
„	XLIII. - Jesús llora sobre Jerusalén	199
„	XLIV. - Jesús en Juta. Da a conocer la muerte de Juan Bautista	201
„	XLV. - El bosque de Mambre con la cueva de Machpelah	203
„	XLVI. - Jesús predica en la sinagoga de Hebrón	205
„	XLVII. - Jesús habla de Juan Bautista	206
„	XLVIII. - Jesús en Libna y en Bethzur	209
„	XLIX. - Rescate y sepultura del cuerpo de Juan	211
„	L. - Noticias de los esenios y sus creencias	214
„	LI. - Buscan y encuentran la cabeza de Juan Bautista	215

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

Capítulo	I. - Jesús en Betania y en Jerusalén	219
„	II. - Curación del hombre con 38 años de enfermedad	220
„	III. - Jesús sana a muchos enfermos en Jerusalén	222
„	IV. - Jesús enseña en el templo de Jerusalén	224
„	V. - Jesús en Lebona y en Thirza	225
„	VI. - Jesús predica en la sinagoga de Thirza	229
„	VII. - Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores	231
„	VIII. - Jesús multiplica los panes para cinco mil oyentes	236
„	IX. - Jesús camina sobre las aguas	239
„	X. - Jesús habla del Pan de la vida	242
„	XI. - Jesús habla en la sinagoga del Pan de la vida	244
„	XII. - Jesús en Dan y en Ornitópolis	247
„	XIII. - La Sirofenisa	250
„	XIV. - Jesús en la ciudad de la Sirofenisa	252
„	XV. - Jesús en la ciudad de Gessur	258

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO TERCERO
LIBRO II

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

México, D. F.

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

XVI

Jesús va a la ciudad de Nobach

Desde aquí se dirigió Jesús con Juan, Bartolomé y otros discípulos al Sur, a tres horas de camino, a la ciudad de Nobach, una de la Decápolis. Judíos y paganos viven en las dos partes de la ciudad que tienen distintos nombres. Estas ciudades de los alrededores están edificadas con piedras negras y brillantes. Jesús enseñó en Nobach y en otras aldeas cercanas. Estaban con Él, Juan y Bartolomé, mientras los demás apóstoles y discípulos se habían desparramado, evangelizando los alrededores. Jesús preparó a algunos mientras Bartolomé bautizaba. En este lugar había agua negruzca y poco limpia; la hacían correr a otros recipientes de piedra donde la aclaraban y luego a otros cubiertos, donde la conservaban. Los apóstoles echaban el agua que traían consigo y Jesús bendijo esas aguas antes del bautismo. Los catecúmenos se hincaban de rodillas inclinando la cabeza hacia la fuente.

Los paganos recibieron a Jesús en Nobach con mucha solemnidad. Le salieron al encuentro con palmas y ramas verdes, ponían tapetes y alfombras bajo sus pies y corrían delante de Él para volver a poner las alfombras que había pisado. En la ciudad de los judíos lo recibieron los rabinos, que eran fariseos. Jesús enseñó en la sinagoga. Era el Sábado de la fiesta del Purim. Luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde los fariseos volvieron a discutir y a reprochar que los apóstoles recogían algunas frutas en el camino para comerlas y arrancaban espigas de trigo de los campos. Jesús contó la parábola de los trabajadores de la viña y la del rico Epulón y el pobre Lázaro. Jesús echó en cara a los fariseos que no invitaban a los pobres como era costumbre y ellos se excusaron diciendo que sus entradas eran muy exiguas. Preguntó si habían preparado esta comida para Él y en su honor, y como dijesen que sí, Jesús depositó ante sus ojos cinco placas gruesas de formas triangulares, unidas por una cadenita, que eran monedas de oro, y dijo que repartiesen su valor a los pobres. Mandó buscar por medio de los discípulos a muchos pobres, los hizo sentar a la mesa y les dió alimentos. Jesús enseñaba, consolaba y repartía alimentos a los pobres. Ese dinero era quizás el que se acostumbraba dar al templo o algún regalo de los que se hacían en estos días de Purim. También aquí había la costumbre de regalarse unos

a otros frutas, panes, trigo y vestidos. En este día se leía en rollos escritos especiales de la historia de Ester y se leía a los enfermos que estaban en sus casas. Jesús fué dando vueltas por las casas de enfermos y ancianos leyendo el libro de Ester y sanando algunos.

He visto en este día fiestas y representaciones hechas por las doncellas y mujeres que en esta fecha adquirían grandes derechos en la ciudad. He visto como vinieron en corporación ante el recinto de la sínagoga, teniendo entre ellas a una coronada como reina y regalaban a los sacerdotes hermosas vestiduras sacerdotales y objetos del culto. En el jardín también tuvieron sus fiestas y elegían de entre ellas, ya a una, ya a otra, como reina y la deponían luego. Tenían una figura, un muñeco, que maltrataban y ahorcaban luego, mientras los niños golpeaban con martillos sobre tablas y le gritaban imprecaciones y maldiciones.

XVII

Jesús se dirige a Gaulón y a Recaba

Desde Naboch se dirigió Jesús hacia Gaulón; el camino llevaba por el Oeste a una altura y duró cuatro horas. La ciudad de Gaulón está a un par de horas del Jordán y la habitan judíos y paganos. Jesús se detuvo pocas horas aquí enseñando y sanando enfermos, y se encaminó, por la ciudad de Argos, sobre una altura, hacia la fortaleza de Recaba adonde llegó ya entrada la noche. Descansó con sus acompañantes fuera de la ciudad y esperó la llegada de los otros apóstoles y discípulos, unos quince en total, y entró con ellos en el albergue preparado. Recaba pertenecía a la comarca de los gergesenos y era el punto más septentrional del país y sus habitantes los mejores de ellos. Gaulón era un límite con la región del tetrarca Felipe. La mayor parte de los pobladores habían sido ya bautizados, tanto los judíos como los paganos y sus enfermos habían sido sanados durante el sermón de la montaña. Durante todo el día Jesús estuvo enseñando, consolando y fortificando en la fe. Se había reunido una gran multitud de todas partes por la fiesta del Sábado y además llegó una caravana desde Arabia. Estas gentes traían enfermos, estropeados, ciegos, mudos, sordos, y se empujaban de tal modo que Jesús salió de la sinagoga después del sermón y se retiró con seis discípulos a una montaña. Algu-

nos apóstoles quedaron allí y se esforzaron en poner orden en esa confusión.

Muchos del pueblo siguieron a Jesús y Él enseñó el Padrenuestro, acerca de la manera de orar, de no decir muchas palabras, de no hacerlo en público para ser vistos, de que serían oídos en la oración. Sanó a muchos enfermos allí y volvió más tarde a la sinagoga. En los últimos tiempos había enseñado mucho sobre la oración, tanto en los caminos como en las escuelas. Había algunos discípulos que no habían estado en toda la explicación de las peticiones del Padrenuestro. Habíanle pedido: "Enséñanos a orar, como lo has enseñado a los demás". Les explicó de nuevo estas peticiones previniéndolos contra el rezo de los hipócritas. La ciudad de Recaba está muy alta y tiene una espléndida vista hacia el lago, sobre Genesaret hasta el Tabor. Más alto que la ciudad hay un edificio cuadrado, sobre una roca, con grandes murallas de piedra, y lleno de cámaras y subterráneos: es la fortaleza y se ven soldados allí. Arriba en la planicie se ven también árboles. Desde aquí al lago habrá cinco horas de camino, al Sudoeste; dos o tres horas hacia el monte de las Bienaventuranzas, hacia el Oeste, y unas cinco horas hacia Betsaida-Julias. Habrá siete u ocho horas hasta el lugar donde entraron los demonios en los cerdos. Hacia Cesarea de Filipo habrá cinco horas de camino; éste pasa por aquí subiendo la montaña para terminar en esa ciudad. Jesús habla mucho en estos días sobre el futuro doloroso que le espera; dice que lo perseguirán en todas partes y lo querrán matar. Una vez dijo que se acercaba su ascensión. Desde la última vez de Cafarnaúm no habló más en público sobre el pan de vida, ni de comer su carne y beber su sangre. Habló esa vez para probar a sus discípulos y apartar a los malos de entre ellos y no tener que llevarlos de un lado a otro.

Las alturas de Recaba son muy hermosas, aunque un tanto salvajes; el Noreste es rocoso y sin vegetación. No hay buena fruta como en Genesaret, pero hay mucho trigo, y sobre las colinas y montañas, excelentes pastos. Veo aquí grandes rebaños de asnos y vacas con gruesas astas y trompas negras levantadas; otras de cabezas más inclinadas y cuernos adelante; y muchas con los cuernos quebrados. Veo también muchos camellos, que parecen pequeños a distancia; duermen de pie, apoyados contra un árbol o una roca. Veo también piaras de cerdos en un monte de árboles parecidos a hayas. Nunca he visto que los judíos o los paganos ahumaran la carne; en cambio, veo

secar al sol y salar pescados. Arriba escasea el agua; recogen la de la lluvia en cisternas y la llevan de un lado a otro por medio de odres y canales.

XVIII

Jesús en Cesarea de Filipo

Desde Recaba se dirigió Jesús con sus acompañantes hacia Cesarea de Filipo adonde llegó a eso del mediodía. El camino hasta allá va siempre en ascenso y es bastante áspero y difícil. Cesarea es muy hermosa; está situada entre cinco colinas; mira de un lado a la montaña; está rodeada de plantaciones, y edificada al estilo pagano, con columnas y pórticos en las calles. Veo aquí siete grandes palacios y muchos templos de ídolos; con todo, los paganos viven separados de los judíos. Delante de la ciudad hay un estanque muy grande y en medio de él una casa, a cuyo alrededor se puede caminar. Brota el agua, llena el estanque y corre al Jordán. En la parte pagana hay un pozo muy bien hecho y un hermoso edificio. Se puede ver la profundidad en el agua clara; creo que viene a través de la montaña, hasta las fuentes de Phiala. Delante de la ciudad veo arcos y pórticos y al agua correr bajo puentes. Jesús fué recibido bien; se lo esperaba, porque las caravanas que pasaron lo habían anunciado. Los parientes de la curada de flujo de sangre le salieron al encuentro hasta el estanque, y Jesús se albergó cerca de la sinagoga, en casa de un fariseo. Acudieron muy pronto enfermos y mucho pueblo.

Los apóstoles sanaron a varios enfermos. Están aquí algunos de los fariseos malintencionados que formaban la comisión que estuvo en Cafarnaúm. Jesús enseñó y sanó en una colina fuera de la ciudad. Traían muchos enfermos de varios lugares, los cuales clamaban a veces: "Señor, manda a alguno de tus apóstoles que nos ayuden". Los fariseos murmuraban porque iba siempre con personas de poca estimación en lugar de rodearse de gente ilustrada. Se repartieron muchas cosas a los pobres, dinero, vestidos, alimentos que proveía Enué, la mujer curada de flujo de sangre que vivía aquí. También el tío de Enué, todavía pagano, daba mucha limosna. Se juntaron de nuevo tres apóstoles y los discípulos que habían sido enviados por Jesús desde Ornitópolis a Tiro, a Chabul y a Aser. Los encuentros son siempre muy tiernos: se dan la mano, se abrazan. Jesús los había citado para reunirse en este lugar. Se les lavó

los pies y tomaron parte en la distribución de alimentos y limosnas a los pobres y en la curación de enfermos.

Jesús se dirigió con sus discípulos, unos sesenta, a casa del tío de Enué, que los recibió solemnemente, al modo pagano, con ramas, palmas y coronas poniendo alfombras a su paso. Este tío vino con Enué y sus hijas que se echaron a los pies de Jesús. Habían venido hasta Cesarea de Filipo por causa de este anciano que quería y deseaba con otros hombres dejar el paganismo, pero no se resolvían por causa de la circuncisión. Habló a solas con Jesús, el cual nunca lo hizo en público contra esta práctica. Tampoco nunca mandó la circuncisión a los paganos convertidos, aunque no decía abiertamente que se dejase. Cuando encontraba con deseos de abandonar el paganismo, les decía que si no se sentían con ganas de incorporarse a los judíos, se hiciesen bautizar y creyesen y practicasen lo que Él enseñaba; así éstos vivían apartados de los paganos sin tomar las costumbres judías, sino que vivían como cristianos, orando, dando limosna y practicando lo que Él les había enseñado. Ni aun con los apóstoles habló Jesús jamás de que dejasen la circuncisión, para no escandalizarlos, y así no recuerdo que en algún momento pudieron los fariseos, que espiaban sus palabras, reprocharle que desechaba la circuncisión, ni aun en el tiempo de su Pasión trajeron esta acusación. En el hermoso interior de la casa, en un patio de árboles, adornado de coronas y guirnaldas, habían tendido telas blancas, a modo de tienda, en cuya abertura superior había una corona de flores. Bajo esta tienda se hizo la ceremonia de los bautismos de estos paganos. Jesús los había adoctrinado antes. Habló en particular con cada uno de ellos, que le abrieron su corazón, confesaron sus pecados, y su fe. Jesús les perdonaba sus pecados y fueron bautizados por Saturnino con el agua de una fuente que Jesús había bendecido antes.

Hubo una gran comida en la cual tomaron parte todos los discípulos y amigos de la casa. Esta comida fué al modo pagano: las mesas eran más altas que entre los judíos; estaban echados sobre altas poltronas, con los pies hacia afuera y con un brazo se apoyaban sobre un rodete de la poltrona. La mesa tenía hendiduras y muescas y cada uno, platos delante. En el centro de la mesa estaban las fuentes grandes con los alimentos. Enué, curada de su mal, aparece ahora muy cambiada, de hermoso aspecto y llena de salud; estaba al lado de su tío, con su hija de veintiún años; se alejaron de la mesa durante la comida

y aparecieron después. A cierto punto de la comida apareció la hija cubierta con el velo, con la madre; se colocaron algo distantes de Jesús. La hija avanzó detrás de Jesús llevando un precioso recipiente blanco con esencias olorosas, lo quebró sobre la cabeza de Jesús. y lo derramó con sus manos sobre los cabellos, a derecha e izquierda, y detrás de las orejas; luego tomó su hermoso velo y formando un bulto con el extremo lo pasó suavemente, secando los cabellos y se alejó. A los pobres se les repartió gran cantidad de alimentos. La casa que habitaba ahora el tío de Enué no era la misma de antes, sino que se había retirado a esta casa, más apartada, para no vivir en medio de los paganos y del culto de los dioses, aunque no estaba la vivienda tampoco dentro del cuartel de los judíos. Enué era hija de un hermano o de una hermana que se habían hecho judíos para casarse con un hombre judío que había muerto ya. Todas sus riquezas las habían heredado de sus padres paganos. Desde el momento que vinieron a habitar aquí los pobres fueron muy favorecidos con el reparto que hizo el anciano de trigo, ropas, mantas y limosnas de todo género.

XIX

Jesús disputa con los fariseos

Cesarea de Filipo está a cuatro horas de distancia de Leschem o Lais de donde vino la Sirofenisa hasta Jesús, más al Este, y no es la misma ciudad. Mientras estaba Jesús en Cesarea tenían los paganos de aquí una fiesta que se refería a la bondad de las aguas junto al pozo. Ofrecían incienso sobre trípodes, delante de un ídolo rodeado de muchachas coronadas de flores. Este ídolo parecía como si estuviesen sentadas tres o cuatro figuras unidas por las espaldas. Tenía cabezas, manos y pies; los codos estaban pegados al cuerpo y las manos extendidas. El pozo derramaba agua hacia todos los lados de una fuente, y de un lado corría hacia un lugar cerrado con galerías donde había cisternas para baños. Cuando terminó la fiesta Jesús preparó a varios judíos para el bautismo, que llevaron a cabo los discípulos. Después, con varios discípulos, se dirigió Jesús a la casa de Enué y de su anciano tío; se despidió de esta buena gente que derramaba lágrimas de gratitud y humildad mientras mandaban cantidad de regalos, panes, trigo, vestidos y mantas fuera de la puerta de la ciudad, donde Jesús se detuvo enseñando

a los viajeros de las caravanas y repartiendo estos regalos entre los necesitados y los pobres. Este ejemplo de caridad siguieron otros piadosos judíos y los recién bautizados, los cuales medían trigo para repartir a los pobres, como también telas, mantas y panes. De este modo fué este un día de alegría para los pobres. Fué invitado Jesús por los fariseos, con modos muy corteses, a ir a la sinagoga y aclararles varios puntos doctrinarios. Mucho pueblo los siguió.

Los fariseos habían pensado toda clase de preguntas capciosas sobre el divorcio. Aquí se practicaba mucho el negocio de los divorcios. Jesús había reprochado a unos, y a otros los había reconciliado. Empezaron a discutir en mala forma con Jesús y le echaron en cara de que permitiese a sus apóstoles tales o cuales cosas. Se había presentado un joven a ellos acusando a Jesús. Este joven era rico y se había ofrecido varias veces como discípulo a Jesús, siendo rechazado siempre. Otras veces le impuso Jesús ciertas condiciones: que dejase padre y madre, diera sus riquezas a los pobres, y otras cosas más. Se había presentado de nuevo a Jesús, pero quería conservar sus riquezas y administrarlas. Jesús nuevamente lo había rechazado. Los fariseos reprochaban a Jesús que imponía cosas imposibles, demasiado difíciles. Este joven dijo además varias cosas que decía haber oído predicar a Jesús y hasta tuvo la osadía de llamar a algunos apóstoles como testigos de lo que decía y que ellos también habían oído. Los apóstoles se encontraron apurados, no sabiendo qué decir porque no estaban prevenidos. Los fariseos decían por esto que Jesús iba con gente ignorante y que como este joven era más instruído no lo quería precisamente porque deseaba tener gente ignorante. Jesús les respondió severamente, y salió con sus discípulos fuera de la ciudad.

XX

Jesús en Argob y en dirección de Betsaida-Julias

Delante de la ciudad Jesús instruyó a sus apóstoles y los envió al Este y al Noreste a diversas comarcas lejanas. Tenían que ir a ciudades cerca de Damasco y a la Arabia, donde aún no habían estado nunca. Él, con dos discípulos, se dirigió, dejando el lago Phiala a la izquierda, a la ciudad de Argob, en una altura y a cuatro horas de camino desde Cesarea, y se hospedó con los levitas junto a la sinagoga. Argob está habitada

por mayoría de judíos, mientras los pocos paganos son gente pobre que trabaja para los judíos. Los habitantes se ocupan de trabajar el algodón: hombres, mujeres y niños tejen e hilan. Escasea el agua que es traída en canales y odres y guardada en cisternas. Jesús enseñó en un lugar abierto, sanó a algunos enfermos y visitó, enseñó y curó a ancianos y enfermos. La mayoría ya estaban bautizados; no había fariseos aquí. De aquí se disfruta una vista extensa hasta el otro lado de la alta Galilea, el monte de las Bienaventuranzas y Betsaida-Julias. Acompañado de pobladores del lugar y los dos discípulos se fué Jesús en dirección de Recaba, permaneciendo unas dos horas en un albergue, donde solían detenerse las caravanas que tres veces al año pasan por allí. Llegaron cuatro de los discípulos más jóvenes trayendo alimentos. Venían de Jerusalén a través de Cafarnaúm. Desde este albergue se dirigió Jesús hacia la población de la fortaleza de Recaba, donde se había reunido ya una gran cantidad de pueblo y de viajeros de las caravanas. La fortaleza parece cavada en la roca viva. En torno de ella había unas cuantas casas y una sinagoga. Diez y seis discípulos se juntaron aquí con Jesús, de los que desde Cesarea se habían dirigido a diversos poblados; los demás habían ido a lugares más distantes. Estaban aquí Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor, Felipe y Santiago el Menor y muchos fariseos. La sinagoga estaba tan llena que tuvieron que permanecer en torno de pie.

Jesús habló de Jeremías. Dijo que ahora todos le buscaban y le apretaban, pero que muy pronto todos le abandonarían y le dejarían solo, le burlarían y le maltratarían. Los fariseos comenzaron a disputar violentamente con Él diciendo, como otras veces, que echaba los demonios por virtud de Beelzebub. Jesús los llamó hijos del padre de la mentira, y dijo que el Padre celestial ya no quería ofrendas y sacrificios de sangre. Le oí hablar de la sangre del Cordero, de la sangre inocente que ellos iban a derramar, de la cual eran figura los sacrificios de animales de su rito. Con el sacrificio del Cordero cesaría para siempre el culto de ellos. Todos los que creyeren en el sacrificio del Cordero serían salvos y reconciliados; ellos, en cambio, como matadores del Cordero, serían condenados. Previno a sus discípulos de las maquinaciones de los fariseos en su misma presencia, de modo que éstos se irritaron de tal manera que Jesús y los suyos salieron y se dirigieron al desierto. He visto que habían apostado gentes con bastones y palos que debían esperarlo.

Nunca hasta entonces había reprochado tan severamente a los fariseos como esta vez. Jesús permaneció con los suyos durante la noche en el desierto, y al día siguiente fueron a Corazín. De nuevo se juntó mucha gente aquí, y le ponían los enfermos en el camino. Sanó a estropeados, hidrópicos y ciegos, mientras iba a la sinagoga.

Aquí habló de nuevo Jesús proféticamente de sus futuros padecimientos y persecuciones, entre vivas disputas y contradicciones de los fariseos. Habló de su sacrificio y ofrenda perpetuos, a pesar de lo cual ellos quedaban siempre llenos de pecados y de maldad. Habló del cabrón emisario que ellos suelen cargar con los pecados de todos en Jerusalén y echar al desierto; a propósito de esto les dijo, de modo que no lo pudieron entender, que ellos pronto echarían afuera a un inocente que lleva las culpas de todos y lo matarían a pesar de haber ese inocente hecho tanto por ellos y amarlos tiernamente.

Con esto se produjo un gran tumulto y griterío entre los fariseos, y como Jesús se encaminara fuera de la ciudad le siguieron, exigiéndole una explicación. Jesús les dijo sólo que, por ahora, ellos no podían entenderlo. Mientras tanto le habían traído a un sordomudo para que lo sanase: era un pastor de la comarca y buen hombre. Los suyos lo llevaron allí y pedían a Jesús que pusiera sus manos sobre él. Mandó Jesús que lo apartasen de la turba, pero los fariseos lo siguieron. Lo sanó en presencia de ellos, para que vieran que sanaba por la oración y por la fe, con la ayuda de su Padre, y no por obra de Beelzebub. Puso los dedos en sus oídos y con saliva en los dedos tocó la lengua del mudo; miró al cielo, orando, y dijo al hombre: "Abrete". De pronto habló el hombre y oía perfectamente, y dió gracias lleno de alegría. Jesús le mandó no hablase ni hiciese ruido con esa su curación. Cada vez acudía mayor gentío, porque había una caravana de viajeros, y por eso Jesús se dirigió con los suyos a la oficina de Mateo, a dos o tres horas. Como también aquí acudiera la gente, dejó algunos discípulos, y se embarcó en dirección de Betsaida-Julias. Desembarcaron durante la noche y quedaron en soledad al pie del monte de las Bienaventuranzas.

Antes de rayar el alba navegaron desde Betsaida hacia la orilla oriental, donde Jesús impartió una enseñanza junto a un peñasco que estaba sobre la oficina de Mateo. Estaban presentes algunos paganos de la Decápolis y turbas de gentes de la caravana.

Jesús enseñó sobre la oración, cómo y dónde debían orar, y sobre la perseverancia en la oración. Dijo: "Si un hijo pide un pan, no le dará el padre una piedra, y si pide pescado no le dará un reptil, y si un huevo no le dará un escorpión". Dijo que conocía a algunos paganos, por ejemplo, que tenían tal confianza en Dios, que no pedían nada y sólo se ocupaban de dar gracias por lo que recibían, y añadió: "Si los extraños y siervos tienen semejante fe y confianza, ¡cuánta deberían tener los hijos del Padre!" Habló del deber de dar gracias por la salud recibida, y la mejora de la vida, y también del castigo de los que volvían a sus vicios y que estaban en peor estado que antes.

Los oyentes aumentaron de nuevo de tal manera que se alejó de allí, no sin anunciar para el día siguiente un gran sermón en el monte cercano. Estaba éste al Este de la montaña de las Bienaventuranzas. El pueblo acudió de todos lados al monte. Estaban ocupando todas las alturas y todos los valles y esperaban impacientes por qué lado aparecería Jesús, y adónde se había retirado. Habló allí de la séptima y octava bienaventuranzas. Después, para escapar del tumulto de la turba, se dirigió con los apóstoles y discípulos a la barca de Pedro.

Navegaron por las orillas del lago, pero no desembarcaron, porque muchos habían subido a las barcas que allí estaban y seguían a la de Pedro.

XXI

Conclusión del Sermón de la Montaña
Da de comer a cuatro mil. Los fariseos piden señales

Al día siguiente desembarcó Jesús con los suyos junto a la pequeña Corazín, a una hora al Noreste de la montaña donde había multiplicado los panes la primera vez y subiendo más al monte. A la derecha estaba el desierto de Corazín y a dos horas y media al Oeste de Recaba, que está en una altura. Arriba, donde Jesús enseñaba, había un lugar extenso, y no lejos se veía el camino por el cual había venido desde Cesarea de Filipo hacia Recaba. El lugar era frecuentado: servía de descanso, con restos de cercos y bancos de piedra sobre los cuales solían los viajeros hacer su comida. Por lo demás, era desierto. Abajo había vallecitos y matorrales donde pastaban los asnos y otros animales de carga. Las gentes estaban arriba y seguían acudiendo allí en gran cantidad.

Aquí terminó Jesús su gran sermón de las Bienaventuranzas, llamado el Sermón de la Montaña. Hablaba con fuerza conmovedora. Habían acudido muchos extranjeros y paganos, la mayoría sin mujeres ni niños; serían unas cuatro mil personas. Hacia la tarde se detuvo. Dijo a Juan que la gente hacía tres días que le seguía y que ahora pensaba despedirlos; pero que no se las debía dejar desfallecer de hambre. Juan observó: "Estamos en un lugar desierto y para procurar pan la distancia es demasiado grande. ¿No convendría que les juntemos bayas y frutas que aún han quedado colgadas de los árboles?" Jesús le dijo que preguntara cuántos panes tenían. Contestaron: "Siete panes y siete peces pequeños"; aunque en realidad vi que los peces eran largos como un brazo.

Jesús mandó traer los canastos vacíos, y que pusieran sobre el banco de piedra los panes y los peces, y continuó hablando durante media hora. Dijo claramente que Él era el Mesías: anunció que sería perseguido y quitado del mundo. Dijo que ese día se conmoverían estos montes y este bloque de piedra se partiría, y señaló el banco de piedra junto al cual estaba predicando la verdad, que no recibirían. Luego expresó ayes sobre Cafarnaúm, Corazín y varios lugares de los contornos. Añadió que ellos mismos sentirían, en el día en que Él sería quitado, que habían despreciado la salud. Habló de la dicha de los que ahora recibían de Él el pan de la verdad y de la vida; y agregó, refiriéndose a los judíos: "Los extranjeros reciben la salud y los hijos de la casa tiran el pan debajo de la mesa; y los extranjeros, los cachorrillos, como había dicho la sirofenisa, juntan las migajas y con estas migajas de verdad entusiasman y alimentan comarcas enteras de sus países".

Se despidió de los oyentes, los exhortó a la penitencia y a la conversión, acentuó sus amenazas contra los obstinados y dijo que éste era el final de su enseñanza. Muchos lloraban y estaban conmovidos, aunque no entendían todo el sentido de lo que decía. Les mandó sentarse en las faldas del monte, y los apóstoles y discípulos tuvieron, como la vez pasada, que mantener el orden. Jesús obró, como la otra vez, con los panes y los peces; los discípulos llevaban los panes y los peces en canastos a los que estaban sentados. Después se juntaron siete canastos de las sobras y se repartieron a los viajeros.

Durante la predicación había estado entre los oyentes cierta cantidad de fariseos: algunos se habían alejado antes de terminar el sermón; los otros habían oído las amenazas y fueron

testigos de la multiplicación de los panes. Antes que el pueblo se dispersara, habían bajado del monte para consultar con los otros cómo atacarían a Jesús cuando descendiera. Eran como veinte. Con el pretexto de hacer visitas a diversas sinagogas, habían seguido a Jesús en pequeños grupos para espiar sus palabras y hechos, en Cesarea de Filipo, en Robah, en Recaba y en Corazín. Daban luego los informes personalmente o por medio de mensajeros a los fariseos de Cafarnaúm y de Jerusalén. Jesús despachó al pueblo. Lloraban, daban gracias y cantaban en voz alta alabanzas. Con mucho trabajo pudo sustraerse del pueblo y dirigirse, con sus discípulos, al lago para embarcarse, por la orilla Sudeste a los confines de Magdala y Dalmanutha.

Pero antes de que pudiera embarcarse en las cercanías de la oficina de Mateo, vinieron los fariseos hacia Él, al pie del monte donde había tenido lugar la primera multiplicación de los panes, pretendiendo que hiciera algún prodigio celeste, ya que había hablado y amenazado con terremotos y señales de la naturaleza. Les contestó como está en el Evangelio. Oí también que les dió una señal consistente en un número de semanas al término de las cuales tendrían la señal de Jonás. Este cálculo de semanas caía justamente el día de su Crucifixión y de su Resurrección. Con esto los dejó y se dirigió con los discípulos hacia la barca de Pedro, que habían preparado los discípulos que se habían adelantado. Navegaban por el medio del lago, donde la corriente del Jordán es poderosa; por eso la barca iba sola, bastando gobernar el timón por la corriente. Quedaron durante la noche en las barcas y en cierto tiempo rezaron allí mismo; así llegaron a los confines de Magdala y Dalmanutha. A la mañana siguiente navegaron por la parte Oeste, saliendo de la corriente. En esto vieron que no tenían consigo sino un solo pan.

El viaje se prolongaba y Jesús enseñó muchas cosas a los apóstoles y discípulos. Habló de su próxima separación, de su pasión y de las persecuciones que sufrirían; les dijo más claramente que otras veces que Él era el Mesías, el Cristo. Ellos lo creían, pero como no lo podían concertar con las ideas simplistas que se habían formado y con lo que veían exteriormente, pensaron que eso era parte de su hablar profético misterioso, y así quedó sin producir fruto. Les habló de la ida a Jerusalén y de la persecución que allí les esperaba: que se escandalizarían de Él y que se llegaría al punto de arrojar piedras contra Él.

Habló también diciendo que quien no abandona todo lo suyo, y no le sigue, creyendo en Él, aún en las persecuciones, no puede

ser su discípulo. Habló de los caminos que había que hacer antes de su partida y de otros trabajos, y que muchos que se habían apartado de Él, volverían de nuevo. Preguntaron entonces si volvería aquél que había pedido enterrar a su padre: si no lo recibiría, ya que les parecía un buen sujeto. Jesús les mostró el carácter de ese hombre, muy apegado al dinero. Oí que decir "enterrar a su padre" era una manera de expresar que esperaba el reparto de la herencia, y así asegurarse la parte que le tocaría a él. Como hablara Jesús del apego a las cosas de la tierra, Pedro expresó la idea suya, diciendo: "Gracias a Dios, que no tuve estas ideas cuando me resolví a seguirte". Jesús le reprendió diciendo que mejor hubiera callado eso, y esperara que Él lo reconociera.

Como llegaran a Betsaida, entraron en la casa de Andrés para descansar. Aquí estuvieron sin molestias de la gente, pues no habiendo sabido donde Jesús pararía, se habían dispersado. Había en Betsaida un hombre ciego de nacimiento al cual Jesús no había sanado. Ahora volvieron a traerlo y como Jesús estaba a punto de embarcarse, el ciego clamó tras Él. Jesús lo tomó de la mano sacándolo del lugar y, luego, entre los apóstoles y discípulos, le tocó los ojos con saliva, le puso las manos y preguntó si veía algo. El hombre contestó: "Veo a los hombres caminar como gruesos árboles". Volvió a poner sus dedos en los ojos y luego vió perfectamente. Jesús lo mandó a su casa, y diera gracias a Dios, y que no fuera por la ciudad pregonando su curación.

Hacia la tarde navegó Jesús con los apóstoles por la otra orilla del lago y al desembarcar tomó el camino al Este del Jordán, hacia Betsaida-Julias. En este camino le salieron al encuentro los discípulos que habían sido enviados desde Cesarea de Filipo hacia el Este y se juntaron con Jesús y los suyos siguiendo hacia Betsaida-Julias. Jesús habló en el camino de su cercana partida y de los peligros que les aguardaban. Los apóstoles le rogaron entonces que no los enviara a otras partes, para que pudieran estar a su lado en todo peligro.

En Betsaida-Julias había un albergue especial para ellos. Cuando se acercaron a la ciudad, habiéndose ya sabido la venida de Jesús, le salieron al encuentro y le ofrecieron el lavado de pies y una refección. Vivían aquí muchos paganos que saludaban desde distancia. Jesús enseñó en la sinagoga donde había muchos fariseos y escribas venidos de Saphet, que tenía una escuela de formación cultural, religiosa y civil.

Todos estaban muy contentos de que Jesús hubiese venido aquí por primera vez, inesperadamente. Los sencillos se alegraron de corazón y los escribas más por vanidad, pues pensaban, como sabios que eran, poder apreciar y juzgar la doctrina de Aquél cuya fama corría por todas partes, en especial en Cafarnaúm. Se mostraron muy corteses, pero fríos y engreídos, como profesores, y quisieron disputar con Él, proponiéndole cuestiones de la ley y de los profetas, no precisamente con malicia, sino con esa vanidad de quienes quieren mostrar al pueblo la propia ciencia. Jesús llegó y comentó la lección del Sábado y habló del cuarto Mandamiento: "Honrar padre y madre", para vivir largo tiempo sobre la tierra. Esto lo declaró con hondo sentir diciendo que un torrente se ha de secar si el mismo destruye la fuente de donde nace. Después hubo una comida muy solemne en la cual los niños de la escuela estaban en sus mesas. Jesús narró y comentó la parábola de los trabajadores de la viña. La ciudad de Julias es una población nueva, aún no terminada, muy hermosa, edificada al estilo de los paganos con arcos y columnatas. Toca casi el Jordán y del otro lado de la montaña se ven muchas habitaciones cavadas en la roca. Cuando Jesús, después de haber enseñado de nuevo en la sinagoga, caminaba alrededor de la ciudad, le siguieron los habitantes preguntándole cuál era la verdadera enseñanza y qué debían hacer. Él les dijo que no seguirían su enseñanza aun cuando la declarase: que sólo preguntaban por curiosidad, y que si su doctrina ya la habían oído en los lugares donde predicaba, ¿querían, acaso, una nueva doctrina? Su doctrina ya la había declarado en la sinagoga. Caminaron con Él hacia sus posesiones y jardines, donde estaban edificando con piedras y maderas, y hablaban ponderando las nuevas construcciones. Jesús les enseñaba en parábolas, de los que edificaban sobre arena y luego sobre piedras y de la piedra angular que desechan los edificadores, y cómo después sus construcciones se derrumban.

Sanó en este camino a muchos enfermos, baldados e hidrópicos y a algunos mentecatos. Desde Betsaida-Julias caminó Jesús con los doce y unos treinta discípulos, acompañado de gente de la ciudad, hasta el lugar donde el Jordán se echa en el lago Merom, a la población llamada Sogame, a una hora y media de Cesarea: allí enseñó y curó a varios enfermos. Las gentes se agolpaban y pedían ser adoctrinados. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos hasta la tarde, y luego con sus apóstoles y discípulos desanduvo el camino por una hora hasta una altura, donde pasó la noche en oración.

XXII

Pedro recibe las llaves del reino de los cielos

Durante el camino hacia la altura y hasta que Jesús no se apartó de ellos para entregarse a la oración, se entretuvieron los apóstoles y discípulos, mandados a misionar, en relatar todo lo que habían enseñado, hecho y podido comprobar. Jesús los escuchó y les recomendó orar y estar preparados para lo que iba a comunicar.

Cuando al rayar el alba se juntaron otra vez, estaban los doce reunidos en torno de Jesús. A su derecha estaban Juan, Santiago el Mayor y Pedro. Los discípulos estaban fuera del círculo y los más cercanos, en orden de antigüedad. Ahora preguntó Jesús, relacionándolo con la conversación de la noche pasada: "¿Quién, dicen los hombres, que soy Yo?" Los apóstoles y los discípulos más antiguos hablaban de los diversos pareceres que habían oído sobre Jesús: que unos le tenían por el Bautista, otros por Elías, otros por Jeremías resucitado de entre los muertos. Contaban todo lo que habían oído y estaban en expectativa de su respuesta. Hubo una pausa breve. Jesús estaba muy serio y los discípulos le miraban al rostro llenos de expectación. Él al fin preguntó: "¿Y vosotros, por quién me tenéis?" Ninguno se sintió movido a responder; sólo Pedro, lleno de fuerza y de fuego, adelantó un paso en medio del círculo, y levantando su mano, con ademán solemne, como lengua de todos, dijo con voz vibrante: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Jesús respondió con gran seriedad; su voz era fuerte y animada; estaba como en un ser solemne y profético, y su persona resplandecía como levantada del suelo. "Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás: porque la carne y la sangre no te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti: Tú eres Piedra y sobre esta Piedra quiero edificar mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos: lo que tú atares sobre la tierra, será atado en el cielo; y lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado también en el cielo".

Pedro recibió estas palabras proféticas de Jesús en toda su grandeza y con el mismo espíritu con que había pronunciado la profesión de fe en la Divinidad de Jesucristo. Estaba en ese momento como transformado. Los demás apóstoles parecían asustados; miraban con cierto miedo a Jesús y a Pedro, al ver el ardor con que había dicho: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

El mismo Juan se mostró tan extrañado de todo esto, que Jesús después le hizo una reconvención caminando a solas con él por el camino.

Esta escena con Pedro tuvo lugar al levantarse el sol. Fué una escena tanto más solemne y grave, puesto que Jesús antes les había dicho que orasen y Él mismo se había retirado a la montaña para entregarse a la oración. Los otros apóstoles no entendieron todo el significado de esas palabras. Pedro había penetrado el sentido íntimo de las mismas. Los otros seguían forjándose ilusiones terrenas y pensaban que Jesús daría a Pedro el Sumo Pontificado en el reino nuevo que iba a inaugurar; Santiago dijo a Juan, yendo de camino, que en todo caso ellos tendrían los primeros puestos después de Pedro.

Jesús les dijo después claramente que Él era el Mesías prometido; aplicó todos los pasos de los profetas a su Persona y les dijo que ahora pensaba ir a Jerusalén para las fiestas. Luego torcieron el camino al Sudoeste, hacia el puente del Jordán.

Pedro, lleno aún de las palabras oídas respecto al poder de las llaves, se acercó a Jesús en el camino para pedir aclaraciones de cosas que no comprendía; era tan amante y ardoroso en su obrar que pensó que su oficio comenzaba de inmediato, pues no pensaba ni sabía aún lo que tenía que padecer Jesucristo, ni la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Preguntaba por eso si en este o aquel caso podía perdonar los pecados; habló de la situación de los publicanos y de los adúlteros. Jesús lo tranquilizó, diciéndole que entendería todo más tarde; que las cosas serían diferentes de lo que pensaba él; que vendría otra ley. Durante el camino Jesús les iba diciendo lo que estaba por suceder: que irían ahora a Jerusalén; que comerían la Pascua en casa de Lázaro, y que aún les esperaban muchos trabajos, fatigas y persecuciones. Les anunció muchas cosas futuras en general: como resucitaría a uno de sus mejores amigos; que este hecho suscitaría tanto escándalo que Él tendría que huír y ocultarse; que después de un año volverían a ir a la fiesta; que uno de ellos le había de traicionar; que lo maltratarían, azotarían, burlarían y le darían muerte ignominiosa; que Él debía morir por los pecados de los hombres, y que al tercer día resucitaría. Les dijo todas estas cosas con claridad; las atestiguó con los profetas; les habló con gran seriedad, pero lleno de bondad.

Pedro se contristó tanto de oír que le habrían de maltratar y matar, que, lleno de celo, le siguió, y hablando aparte con Él,

manifestó su oposición, diciendo: "Esto no debe suceder; esto no lo podré tolerar; antes habré de morir que permitir semejante cosa. Que esto esté lejos de Ti, Señor: que esto no te suceda nunca". Se volvió Jesús seriamente y le dijo con viveza: "Aléjate de mí, Satanás; tú me eres ocasión de escándalo: no comprendes las cosas que son de Dios, sino sólo lo que es de las gentes". Diciendo esto marchó hacia adelante. Pedro, lleno de susto, comenzó a pensar lo que Jesús antes había dicho, que su profesión de fe no venía de la carne y ni de la sangre, sino por revelación de Dios, con la cual le confesó por Cristo, y que ahora le llamaba Satanás, y que no hablaba ahora de parte de Dios sino según los sentidos y la carne, queriendo estorbar su Pasión. Comparó estas dos cosas, fué más humilde y miró al Señor con sentimiento de mayor admiración y fe. Pero estuvo muy triste al comprobar que lo de la pasión de Cristo sería verdad.

Jesús, los apóstoles y los discípulos caminaban en grupos: alguno se turnaba para acompañar a Jesús. Caminaron apurados, sin entrar en ninguna población, hasta la noche, cuando entraron en el albergue junto a los baños de Betulia, donde los esperaba Lázaro con algunos discípulos de Jerusalén.

Lázaro ya sabía que Jesús quería comer el cordero pascual con sus discípulos en su casa y le había salido al encuentro para prevenir a Jesús de los peligros que le esperaban. Había peligro de un levantamiento en esta festividad. En efecto, Pilatos exigía un nuevo tributo del templo para erigir una estatua al emperador. Exigía también se le tributaran ciertos honores dándole nombres sacros, y que los judíos disgustados de todo esto preparaban un levantamiento. Que un cierto galileo, de nombre Judas el Gaulonita, estaba al frente de unos galileos: que éste tenía mucho crédito entre los galileos y hablaba públicamente contra la servidumbre que los ataba a los romanos y contra los tributos. Le decía a Jesús que se mantuviera alejado de la fiesta, porque había probabilidad de graves desórdenes. Jesús respondió a Lázaro que su tiempo aún no había llegado y que nada malo le sucedería por ahora. Que este desorden sería sólo un preludio de otro mayor que sucedería de allí a un año, cuando su tiempo hubiera llegado y cuando sería entregado en las manos de los pecadores. Jesús envió a los apóstoles y discípulos en diversos caminos, por grupos, y conservó consigo a Simón, Tadeo, Natanael Chased y Judas Barsabas. Los demás debían misionar, unos al Norte del Jordán, otros al Oeste de

Garizím, a través de Efraím; quedarse para la fiesta y luego recorrer los lugares que aún no habían visitado. Lázaro partió también con los discípulos. Les dijo no entrasen en las ciudades de los samaritanos y les dió diversas reglas de conducta. Jesús caminó hasta Ginnim, posesión de Lázaro, donde pernoctó. De aquí salió al día siguiente a través de Lebona-Korea y del desierto, hacia Betania.

XXIII

Jesús en Betania y en Jerusalén

A unas tres horas del camino a Betania, casi en el desierto, se encuentra una choza de pastores que viven mantenidos por Lázaro. Hasta este lugar había venido la Magdalena, acompañada de María Salomé, pariente de José, para encontrarse con Jesús. Le había preparado una refección: al llegar Jesús le salió al encuentro y se echó a sus pies, estrechándolos. Jesús descansó aquí poco tiempo y continuó su camino hacia el albergue de Lázaro, a una hora de Betania. Las dos mujeres volvieron por otro camino a sus casas. En el albergue encontró Jesús a algunos de los discípulos que había mandado a misionar; otros iban llegando de a poco y se juntaron en la casa de Lázaro en Betania. Jesús no entró en Betania, sino que, haciendo un rodeo, llegó a la casa de Lázaro. Al llegar le salieron al encuentro en el patio y Lázaro le lavó los pies. Después pasaron por el jardín. Las mujeres lo saludaron cubiertas con el velo. Su llegada fué muy tierna y conmovedora: se habían traído cuatro corderos separados de la majada y encerrados en un lugar de pastos. María Santísima, que estaba también allí, y Magdalena habían hecho unas coronas que pusieron en el cuello de los corderitos. Jesús había llegado antes de la festividad del Sábado, que celebraron en una sala. Estaba serio. Leyó la lección del Sábado e hizo el comentario. En la tarde en la cena habló del Cordero pascual y de sus futuros padecimientos.

En Jerusalén había estallado el levantamiento poco antes del Sábado; pero aún sin consecuencias. Pilatos estaba sobre un lugar elevado, en la fortaleza Antonia, rodeado de muchos soldados. Todo el pueblo estaba reunido en la plaza de la ciudad.

La fortaleza Antonia está situada al Noroeste del templo, sobre una roca sobresaliente. Si uno camina desde el palacio de Pilatos a la izquierda, a través del porticado, al recinto de los azotes, se tiene esa fortaleza a la izquierda. Se leyó al pueblo

las nuevas ordenanzas de Pilatos referentes a los nuevos impuestos sobre el templo. Estos impuestos eran para cubrir los gastos de una obra que debía traer el agua hasta el templo y el gran mercado. Se hablaba también de ciertos títulos, nombres, honores y sacrificios que debían hacerse al emperador. Se levantó entonces un gran tumulto y un griterío entre el pueblo, especialmente donde se encontraban reunidos los galileos: con todo no pasó de allí el tumulto. Pilatos les propuso que pensaran sobre lo dicho por cierto tiempo: el pueblo se dispersó entre murmullos. Los herodianos eran los instigadores a la rebelión, pero ocultaban sus manejos y no se podía probar su culpabilidad. Tenían en sus manos a Judas el Gaulonita, jefe de una secta de galileos, que siempre protestaba contra los tributos al César y la pérdida de su independencia, pretextando motivos de religión. Era entonces, como ahora con los masones y otras sociedades secretas, que levantan al pueblo ignorante que no sabe siquiera quién los guía y luego suele pagar con su sangre tales revueltas.

El día de Sábado enseñó Jesús en casa de Lázaro y pasearon por los jardines. Jesús habló de su Pasión y dijo más claramente que Él era el Mesías. Un cierto aumento de temor reverencial y de admiración se despertó en todos. En Magdalena el arrepentimiento y el amor creció en medida extraordinaria. Sigue a Jesús por todas partes; se sienta a sus pies, se levanta y siempre y en todas partes le espera y le busca. Sólo en Jesús piensa, mira sólo a Jesús y no quiere saber más que de su Salvador y del recuerdo de sus culpas y extravíos. Jesús le dice con frecuencia palabras de consuelo. Magdalena está totalmente cambiada. Su rostro y sus facciones son nobles y hermosos, pero caídos por las lágrimas y la penitencia. Con frecuencia está en su pequeño cuarto de penitencia; el resto del tiempo lo emplea en los trabajos más bajos con los enfermos y los pobres.

Por la tarde hubo una gran comida. Los amigos y las mujeres de Jerusalén estaban allí; entre ellos Helí de Hebrón, un hombre viudo hermano de Isabel, que en la última Cena servía en la mesa, con su hijo, un levita que habita la casa paterna del Bautista y cinco hijas de él, esenias y vírgenes. Lázaro y los de la casa tienen gran confianza con Jesús y los suyos, pues son con sus bienes e influencia el sostén y el refugio de Jesús y sus discípulos en toda necesidad, tiempo y circunstancia.

Al día siguiente salió Jesús hacia las 10, con sus apóstoles y discípulos, en número de unos treinta, dirigiéndose al templo de Jerusalén a través del huerto de los Olivos y Ophel. Todos ves-

tían de color castaño oscuro, de algodón ordinario, como era costumbre entre los galileos. Jesús llevaba una ancha faja con letras. No llamaba la atención, pues era frecuente ver grupos de galileos ir en esa forma al templo. Está cercana la fiesta y hay grandes instalaciones de chozas y tiendas en torno de la ciudad y se ven llegar multitudes de todos lados del país. Jesús habló en el templo a sus discípulos y a mucho pueblo por espacio de una hora. Había diversos sitiales instalados desde los cuales se solía enseñar. Todos estaban tan preocupados con las nuevas imposiciones de Pilatos y el arreglo de la cercana fiesta, que ningún sacerdote o fariseo molestó a Jesús, por lo menos de los principales: sólo algunos de menor categoría se aproximaron a Jesús y con malicia le dijeron cómo se atrevía a acercarse al templo y cuánto tiempo aún seguiría... que pronto le echarían manos y terminarían con su predicación. Jesús les dijo algunas cosas que los avergonzó y continuó enseñando; luego volvió a Betania, y por la noche al Huerto de los Olivos, a rezar.

En este día se verá otra gran multitud reunida en el mercado delante de la fortaleza Antonia para hablar con Pilatos. Pero éste ya sabía a que venían, pues tenía espías y soldados suyos disfrazados entre la turba. Los herodianos habían azuzado a Judas el Gaulonita y a los de su secta a una rebelión. Éstos se presentaron muy atrevidos a decir a Pilatos que abandonase su idea de imponer tributos al templo. Como hablaban con descaro y atrevimiento, Pilatos mandó cercarlos y tomar presos a unos cincuenta de ellos, pero el pueblo se amotinó y los libertó, y más tarde se dispersó. En esta refriega murieron algunos judíos inocentes y algún soldado romano. La situación se fué empeorando. Herodes se encontraba en Jerusalén.

A la mañana siguiente fué de nuevo Jesús con todos sus discípulos al templo. Su venida era conocida y le esperaban en el atrio, donde tendrían que pasar algunas gentes con sus enfermos. En el camino de subida al templo le trajeron a un hidrópico tendido en su camilla. Jesús sanó a éste y a otros en el camino al templo: por eso le siguieron muchos. Cuando iba entrando al templo, donde estaban en preparativos para el sacrificio de la mañana siguiente, llegó a pasar junto al hombre sanado en el estanque de Bethesda. Éste trabajaba aquí como obrero. Jesús se volvió a él y le dijo: "Has sido sanado; cuida que no peques para que no te suceda algo peor". Le habían preguntado muchos quién lo había sanado en Sábado. El hombre no conocía a Jesús y ahora lo veía. Entonces, lo primero que hizo fué ir

a los fariseos, que venían en ese momento, a decirles que había sido Jesús el que le había sanado, el mismo que ahora acababa de sanar a otros. Como esa curación había despertado mucha admiración y sido motivo de enojo para los fariseos por haber sido hecha en Sábado, encontraron nuevo motivo de rencor contra Jesús y se reunieron muchos de ellos en torno del sitial donde hablaba y le objetaron la profanación del Sábado. No pasó el tumulto a mayores consecuencias, aunque los fariseos se mostraron muy agresivos.

Jesús enseñó en el templo sobre los sacrificios por espacio de dos horas. Les dijo que su Padre celestial no quería ya sacrificios de sangre, sino un corazón contrito. Habló del Cordero pascual como figura de otro Sacrificio mucho más perfecto que pronto tendría lugar. Llegaron entre tanto algunos de sus peores enemigos, que se burlaban y disputaban con Él, preguntando entre otras cosas si el profeta les quería hacer el honor de comer el Cordero pascual en su compañía. Él les contestó: "El Hijo del Hombre es, Él mismo, un sacrificio por vuestros pecados".

Estaba aquel joven que había dicho a Jesús que le dejase enterrar primero a su padre y al cual Jesús le había respondido: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". Este joven había contado estas palabras a los fariseos y ellos ahora preguntaban qué es lo que Jesús entendía. Decían: "¿Acaso un muerto puede enterrar a otros muertos?" Jesús les contestó: "Quien no sigue mi enseñanza, no hace penitencia y no cree en mi venida, no tiene vida en sí mismo, y es un muerto. Quien ama más sus bienes y sus posesiones que su salvación, ése no sigue mi enseñanza y no cree en Mí, no tiene vida en sí y está muerto. Estos son los sentimientos de ese joven, pues él quiso primero entenderse con su anciano padre, reclamando herencia y pensión: de este modo está atado a muertas riquezas y no puede ser heredero de mi reino ni de la vida". Por este motivo le había dicho que dejase a los que son muertos entenderse con los muertos y enterrarlos, y que él buscase la vida. Con esta ocasión Jesús continuó reprochándoles su avaricia y apego a las riquezas. Cuando luego dijo a los suyos que se guardasen de la levadura de los fariseos y les contó la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, se levantó entre los fariseos un gran tumulto, y Jesús tuvo que desaparecer entre las turbas y salir: de otro modo lo hubiesen tomado preso.

Los cuatro corderitos que debían ser comidos por cuatro grupos de convidados en la casa de Lázaro, en Betania, que eran todos los días lavados y adornados con coronas nuevas, fueron esta tarde llevados a Jerusalén. Cada uno tenía una tarjeta con el nombre y señal del dueño de la casa en la corona, en torno del pescuezo. Eran de nuevo lavados y llevados a unos prados con cerco, no lejos del templo. Todos los convidados de Lázaro hacían hoy sus purificaciones. El mismo Lázaro traía el agua que se necesitaba para preparar los panes dulces, e iba con un sirviente a las habitaciones de sus convidados. El sirviente le hacía luz y él barría los rincones cumpliendo una ceremonia, mientras los criados y criadas lavaban, limpiaban y preparaban los cacharros y recipientes para los panes dulces. Esto era el barrido de la levadura. Simón, el fariseo de Betania, ya estaba con Jesús: parecía que la lepra le invadía; ahora está más limpio. Sigue a Jesús, pero no está resuelto. El hombre sanado en Bethesda corrió también a Betania para verse con Jesús. Contaba en todas partes a los fariseos que el que le había sanado era Jesús. Los fariseos se reunieron y determinaron tomar preso a Jesús y terminar de una vez con Él.

He visto a Jesús con frecuencia caminar por el Huerto de los Olivos con los suyos, y a María con Magdalena y otras mujeres seguirles a cierta distancia. He visto a los apóstoles sacar algunos granos de trigo para comerlos, como también frutas y bayas de los árboles. Jesús les habló de la oración: que se guardasen de la vanidad e hipocresía en la oración y repitió varias enseñanzas. Les dijo que debían estar siempre, sin interrupción, en la presencia de Dios, su Padre, y Padre de ellos, en la oración.

XXIV

Cena pascual en casa de Lázaro

En esta fiesta no se inmoló el cordero pascual en el templo tan temprano como en la crucifixión de Jesús, cuando se comenzó a las doce y media, hora en que Jesús estaba clavado en la cruz. Entonces era el Viernes y se empezaba antes por razón de entrar ya el Sábado. Hoy empezó a eso de las tres de la tarde. Se tocaron muchas trompetas, todos se dispusieron y la gente se dirigía en grupos al templo.

La ligereza y el orden con que se procedía era admirable: todos estaban agrupados unos junto a los otros y nadie se mo-

lestaba; cada uno tenía su camino para ir y venir, para sacrificar y cumplir su deber. Los cuatro corderos para la casa de Lázaro fueron sacrificados por los cuatro que hacían como jefes de casa: Lázaro, Helí de Hebrón, Judas de Barsabas y Heliaquín, hijo de María Helí y hermano de María Cleofás. Los corderos eran sujetos a un asador de leño con otro atravesado como una cruz y colocados parados en el horno para asarlos. Las entrañas, corazón e hígado se ponían dentro del mismo cordero sacrificado; en otros se ponían delante junto a la cabeza. Betfagé y Betania eran considerados como partes de Jerusalén y se podía comer el cordero pascual en esos lugares.

Por la tarde, ya que comenzaba el 15 de Nisán, se comía el Cordero pascual. Todos lo comían ceñidos los vestidos, con nuevas suelas en los pies y bastones de viaje en las manos.

Primero cantaban los salmos: *Bendito sea el Señor Dios de Israel* y *Alabado sea Dios*, mientras caminaban con las manos levantadas y se ponían uno enfrente de otro. En la mesa, donde comía Jesús con sus apóstoles, hacía como dueño de casa Helí de Hebrón. Lázaro hacía lo mismo en la mesa de los de su casa y amigos. En la tercera mesa de los discípulos hacía de dueño Heliachim, y en la cuarta, Judas Barsabas. Eran treinta y seis los que comían aquí el cordero pascual. Después de la oración, se presentaba un vaso con vino al dueño de casa, que bendecía, gustaba y pasaba a los demás; luego se lavaba las manos. Había sobre la mesa los siguientes objetos: el cordero pascual, una fuente con tortas de pascua, una fuente con un jugo oscuro, un recipiente con salsa, otra fuente con atados de hierbas amargas y otra con hierbas verdes muy tupidas. El dueño de casa partía el cordero pascual; se repartía y debían comerlo de prisa. Cortaban las hierbas tupidas, las mojaban en la salsa y comían. El dueño cortaba también un pedazo de la torta pascual y otro pedazo lo ponía debajo del mantel. Todo procedía con premura, oraciones y dichos y se apoyaban sólo en los asientos. Después pasaban de nuevo un vaso con vino, el dueño se lavaba las manos, tomaba un manojo de hierbas amargas, lo ponía sobre un plato de pan, lo mojaba en la salsa, comía de él, y los demás hacían lo mismo.

El cordero pascual era comido totalmente: los huesos eran mondados con un cuchillo, lavados y quemados. Luego cantaron y finalmente se sentaron a la mesa para comer y beber. Había allí alimentos de formas muy curiosas y en la comida estuvieron muy alegres. En la casa de Lázaro tenían todos her-

mosos vasos. En la última pascua de Jesús había panecillos con diversas figuras y ciertas honduras hechas en las mesas servían de plato para los comensales.

Las mujeres estuvieron en mesas aparte y estaban vestidas como para viajar. Cantaban y decían salmos, pero no hacían ceremonias. No cortaban ellas mismas su cordero, sino que lo recibían de otra mesa. En las salas de al lado he visto que comían también su cordero pascual muchos pobres a los cuales Lázaro les costeaba los gastos, llenándolos de regalos.

Jesús enseñaba y contaba durante la comida. Habló hermosamente de una vid, del injerto para ennoblecer la vid, de la poda de lo inútil, del plantío de buenas vides y del corte de las ramas inútiles perjudiciales. Les dijo a los apóstoles y discípulos que ellos eran esas vides y que el Hijo de Dios era el tronco de la planta, y que debían permanecer en Él, y que cuando Él fuere prensado, debían ellos predicar y esparcir el verdadero tronco de la vid y trabajar todos en ese viñedo. Quedaron allí hasta muy entrada la noche. Estaban todos muy contentos y conmovidos. Judas Barsabas era, después de Andrés, el apóstol más anciano: estaba casado y su familia vivía, como pastores que eran, en las casas entre Michmetath e Iscariot. Heliachim vivía también casado y como pastor en la comarca de Ginnim. Era más viejo que Jesús.

XXV

El rico Epulón y el pobre Lázaro

La fiesta comenzó en el templo muy temprano; estaba abierto después de medianoche y todo lleno de lámparas. Las gentes venían desde temprano con sus ofrendas de acción de gracias: toda clase de aves y de otros animales que se podían comprar y que eran recibidos y revisados por los sacerdotes. Traían también dinero, telas, harina, aceite y otras cosas. Jesús con los discípulos, y Lázaro con los de su casa y las mujeres que allí estaban fueron temprano al templo. Jesús quedó entre sus discípulos. Se cantaron muchos salmos, se tocó, se ofrecieron sacrificios y se dieron bendiciones, que recibieron todos puestos de rodillas. Las gentes salían y entraban de a dos para los sacrificios y mientras tanto se cerraba para que no hubiese confusión. Muchos salieron después de las bendiciones, especialmente los extranjeros. Se iban a las sinagogas de la ciudad donde se cantaba, se predicaba y explicaba la ley y los profetas. Hacia el

mediodía se hacía una pausa: mucha gente se había retirado; algunos iban a las cocinas, en el atrio de las mujeres, donde se preparaban comidas con partes de las víctimas. Allí se veían numerosos grupos comiendo en las salas adyacentes. Las mujeres habían partido más temprano hacia Betania. Jesús estuvo con los suyos, confundido entre los demás, hasta el fin, y después que abrieron todos los pasillos se fué con los suyos hacia el gran sitial que había en el templo, en el atrio, delante del *Sancta Sanctorum.*

Se reunió mucha gente y también los fariseos. El sanado en el estanque de Bethesda estaba mezclado entre los oyentes. Todos los días había estado contando de Jesús, afirmando ante todos que quien hace tales cosas debe ser el Hijo de Dios. Los fariseos le habían ya prohibido hablar de este asunto, pero él continuaba. Jesús había hablado osadamente ayer en el templo y los fariseos temían que hoy los reprendería aún más delante del pueblo. Estaban reunidos muchos fariseos de otros lugares y se habían concertado con sus calumnias y mentiras para asaltar a Jesús en la primera oportunidad, tomarlo preso y juzgarlo.

Como Jesús comenzara a hablar, empezaron los fariseos que le habían rodeado a interrumpirle con objeciones y reproches. Le preguntaron por qué no había Él comido la pascua con ellos en el templo y si había hoy cumplido con el sacrificio de acción de gracias. Jesús les respondió que los dueños de casa ya habían cumplido con esa prescripción. Le reprocharon de nuevo que sus discípulos comían sin lavarse las manos antes y que solían sacar granos de trigo y frutas de los árboles en el camino y que nunca lo habían visto a Él ofreciendo sacrificios en el templo. Decían que había seis días para trabajar y que el Sábado es día de descanso, y que Él había curado al hombre en Sábado y era entonces profanador. Jesús enseñó y habló severamente del sacrificio, y que el Hijo del Hombre era Él mismo el sacrificio, y que ellos profanaban su sacrificio con su avaricia y sus blasfemias contra el prójimo.

"Dios no pide sacrificios cruentos, sino corazones contritos". Añadió que sus sacrificios en el templo terminarían, pero el Sábado continuaría; pero que el Sábado, descanso, era para la salud y provecho de los hombres. Pasaron luego a hablar de la parábola del pobre Lázaro que pretendían poner en ridículo, después de haberla Jesús contado de nuevo. Preguntaban: ¿Cómo sabía Él tan bien esa historia? ¿Qué cosa hablaron Lázaro, Abrahán y el rico? ¿Si acaso había estado en el seno de Abrahán o

en el infierno con Epulón? ¿Si no se avergonzaba de contar semejantes cosas al pueblo? Jesús volvió a hablar de esta parábola, reprochando su avaricia, su crueldad para con los pobres, su engaño en tener tanta seguridad por la observancia de vanas formas y costumbres, mientras les faltaba el amor. Todo el sentido de la parábola del rico Epulón lo aplicó a la conducta de los fariseos.

La historia del rico Epulón y Lázaro es verdadera y era conocida, pues la muerte de este mal rico había sido espantosa. He visto de nuevo en esta ocasión que el rico Epulón y el pobre Lázaro habían existido en realidad y que la vida y la muerte de ambos era bien conocida en el país. No habían vivido en Jerusalén, donde después a los peregrinos se mostraba la supuesta casa del rico. Habían muerto ambos durante la infancia de Jesús y la historia había pasado de casa en casa entre las familias piadosas. La ciudad donde vivieron se llama Aram o Amthar y está al Oeste del mar de Galilea, en la montaña. Ya no recuerdo toda la historia con precisión, pero aún recuerdo lo siguiente: el rico lo era en gran manera y era el jefe del lugar, un famoso fariseo que observaba con exactitud lo exterior de la ley; pero era duro y sin misericordia para con los pobres, y lo he visto rechazar duramente a los pobres que acudían a él en demanda de ayuda, dado que era el jefe de la ciudad y el encargado de la misma. Vivía en la misma ciudad un hombre muy piadoso, pero en extremo pobre y enfermo, lleno de llagas, que llevaba con suma paciencia su miseria y su enfermedad. Se llamaba Lázaro. Hambriento y enfermo se hizo llevar a las puertas de la casa del rico para abogar por la causa de los pobres que habían sido rechazados. El rico estaba a la mesa y banqueteaba, Lázaro había sido despedido duramente y alejado como impuro, y estando tendido a la puerta de la casa del rico pedía le dejaran recoger las migajas que caían de la mesa, pero nadie se las daba. Los perros, más compasivos, lamían sus llagas. Esto tenía su significado: los paganos eran más compasivos que los judíos y fariseos. Murió Lázaro de modo edificante y resignado; y murió también el rico, pero de muerte pésima, y se oían voces salir de su tumba, cosa que causaba espanto en todo el país.

Jesús podía decir lo que aconteció después de la muerte de ambos, cosa que a los demás le era desconocida. Por esto se burlaban los fariseos y le preguntaban sarcásticamente si había estado en el seno de Abrahán y oído los diálogos que allí

habían tenido lugar. Como este Epulón había sido un fariseo hipócrita, observante de las vanas formas, se resintieron mucho de que los igualara a Epulón y que dijera Jesús que no escuchaban a Moisés ni a los profetas, siendo que ellos se jactaban de ser observantes de la ley de Moisés. Jesús les dijo: "Quien no me escucha no escucha a los profetas que hablan de Mí; quien no me escucha no escucha a Moisés que habla de Mí. Aún cuando se levantaren los muertos, vosotros no habíais de creer en Mí". Añadió: "Estos muertos se levantarán". (Esto sucedió un año después en su muerte y en este mismo templo). Y concluyó diciendo que Él también resucitaría y un día los había de juzgar. "Todo lo que Yo hago, lo hace el Padre en Mí, aún levantar a los muertos".

Jesús les habló también de Juan y de su testimonio, aunque Él no necesitara del testimonio de Juan, pues tenía otro mayor, que eran sus propias obras: éstas dan testimonio de Él y su Padre desde el cielo. Ellos no conocían a Dios: querían ser salvos por la letra de las Escrituras y no cumplían los mandamientos. "No os juzgaré Yo; será Moisés el que os condene, en el cual no habéis creído, aunque él ha escrito de Mí". De este modo continuó Jesús enseñando entre muchas interrupciones. Por último, se vieron tan confundidos y llenos de ira que se fueron contra Él y, haciendo tumulto, mandaron a buscar las guardias para que se apoderasen de Jesús. De pronto se oscureció todo y alzando Jesús sus ojos al cielo, dijo al ver crecer la confusión: "Padre, da testimonio de tu Hijo". Vino una nube oscura del cielo, se oyó como un trueno y oí una voz penetrante en el templo: "Este es mi Hijo querido, en el cual tengo mis complacencias". Los enemigos quedaron aterrados y miraron a lo alto. Los discípulos que estaban detrás de Jesús, en semicírculo, se pusieron en movimiento, y Jesús, por entre ellos y la turba que se apartaba, salió por la puerta del Oste y luego de la ciudad por una puerta que estaba junto a la casa que Lázaro tenía en Jerusalén. Se dirigieron al Norte en dirección a Rama. Los discípulos no oyeron la voz, sino sólo el trueno, pues su hora no había llegado aún. Algunos de los más encarnizados fariseos oyeron la voz. Cuando volvió la luz, no hablaron del caso, salieron de allí y enviaron gente a perseguir a Jesús; pero ya no lo pudieron hallar; se irritaron y se avergonzaron de haberse dejado sorprender y de no haberlo prendido.

En las enseñanzas de estos días en el templo y en Betania, habla Jesús con frecuencia de seguirle a Él y de llevar la cruz.

"Quien pretende salvar su vida, la perderá; quien la sacrifica por causa mía, la ganará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Quién se avergüenza de Mi, delante de este mundo perverso y adúltero, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la majestad de su Padre, para dar a cada uno según sus obras".

Dijo una vez que había algunos entre los oyentes que no gustarían la muerte hasta que vieran el reino de Dios en toda su fuerza. Algunos se burlaron de estas palabras. Yo ahora no sé explicar el significado de esto y lo que Jesús quiso decir. Las palabras que yo oigo del Evangelio son siempre lo principal de lo que Jesús decía, pero aquí se declara todo mucho más y así lo que en el Evangelio se lee en un par de minutos era tema de enseñanza de varias horas. A Esteban, el futuro diácono, lo veo ya relacionado con los discípulos. En esa fiesta en que Jesús sanó al hombre en el estanque de Bethesda, conoció a Juan y lo vi frecuentar mucho la casa de Lázaro. Es un joven esbelto, discípulo de los escribas de la ley. Había estado con varios discípulos de Jerusalén en Betania y oía allí las enseñanzas de Jesús.

XXVI

Jesús en Atharoth y en Hadad-Rimmón

Desde Rama fué andando Jesús con sus discípulos hacia Tenat-Silo, junto a Sicar. Como todos los fariseos estaban en Jerusalén por cuestión de la fiesta, Jesús fué recibido muy bien en esta población. Sólo quedaron aquí sin ir a la fiesta los viejos, hombres y mujeres, los enfermos y niños pequeños y los pastores para guardar el ganado. En Rama y en Tenat-Silo he visto a la gente ir en procesión a través de los campos de las mieses maduras y cortar allí haces para llevarlos enarbolados en palos a las sinagogas y a sus casas. Jesús enseñaba por los campos y en la ciudad de Tenat-Silo, donde pernoctó, hablando de su próximo fin. Los exhortaba a todos a venir a Él para encontrar consuelo y habló de un corazón contrito que es el sacrificio más acepto a Dios.

Desde Tenat-Silo fué Jesús a Atharoth, al Norte del monte, junto a Meroz, donde los fariseos le habían traído una vez a un muerto para que le diera salud. Este lugar está como a cuatro horas al norte de Tenat-Silo. Jesús llegó hacia el mediodía delante de Atharoth y enseñó en una montaña delante de la ciu-

dad adonde le siguió mucha gente, viejos, enfermos, mujeres y niños. No temiendo ahora a los fariseos salieron todos los enfermos pidiendo salud y consuelo. En Atharoth estaban tan irritados los fariseos contra Jesús que habían mandado otra vez cerrar las puertas de la ciudad cuando Él se acercaba a ella.

Enseñó aquí severamente, y habló con amabilidad al pueblo contra la malicia de los fariseos. Habló claramente de su misión, de su Padre celestial, de la persecución que llevarían contra Él, y también de la resurrección de los muertos, y del juicio y de la necesidad de seguirlo a Él. Sanó a muchos enfermos, baldados, ciegos, hidrópicos, a niños enfermos y a mujeres.

Los discípulos le habían preparado un albergue junto a Atharoth, en casa de un maestro sencillo, un anciano que vivía en medio de unos jardines. Se lavaron los pies, tomaron alimentos y fueron para la fiesta del Sábado a la sinagoga de Atharoth. Aquí se juntó mucha gente venida de diversos lugares y todos los sanados. Un fariseo anciano y encorvado presidió la reunión y trataba de imponerse a la gente, aunque de por sí era una figura ridícula. Se leyó acerca de las impurezas legales y de la lepra y sobre la multiplicación del pan y del trigo por medio de Eliseo y la curación de Naamán (III Moisés, cap. 12, 14 y IV Reyes, 4, 42 hasta 5, 19).

Jesús habló largo tiempo y volviendo su mirada hacia donde estaban las mujeres, llamó a una viuda muy encorvada llevada por sus hijas, que no pensaba siquiera en pedir su salud. Estaba enferma desde hacía 18 años y tan encorvada hacia adelante que casi habría podido andar sobre las manos. Al traerla las hijas delante de Jesús, Éste dijo: "Mujer, te veas libre de tu enfermedad", y pasó las manos en la espalda de la enferma. La mujer se irguió de repente y comenzó a alabar a Dios, diciendo: "Bendito sea el Dios de Israel". Se echó a los pies de Jesús y todos los presentes alabaron a Dios.

El viejo fariseo se irritó mucho de que semejante prodigio se hiciera en Sábado, durante su presidencia en Atharoth; se volvió con muestra de gran autoridad al pueblo, porque no se atrevió a encararse con Jesús, y comenzó a reprenderlo diciendo: "Seis días hay para trabajar; venid en esos días para haceros curar, pero no en día de Sábado". Entonces le dijo Jesús: "Hipócrita, ¿acaso no desata cada uno su asno o su buey para darle de beber en Sábado, llevándolo a la fuente? Y a esta hija de Abrahán, ¿no se le podía desatar de la ligadura, que le ató Satanás hace 18 años, en día de Sábado?" Se avergonzó el viejo

encorvado y con él toda su banda. La gente alabó al Señor, alegrándose de esta maravilla.

¡Era cosa de gran alegría ver a las hijas de esta mujer y a los niños de su parentela en torno de ella tan contentos! Todos se alegraron de su salud, porque era una señora rica, querida y estimada. Era risible, en cambio, ver al encorvado fariseo, que en lugar de pedir salud para sí mismo, aún se irritaba de ver curada a la mujer enferma. Jesús continuó hablando del Sábado y habló severamente, como en el templo cuando le reprocharon la curación del hombre en el estanque de Bethesda.

Pernoctó en la casa del maestro de escuela de Atharoth y al día siguiente estuvo en la casa de la mujer curada, que servía la comida a muchos pobres y hacía mucha limosna. Terminó el Sábado en la sinagoga y se dirigió a unas horas de camino al albergue de Ginnim.

Caminó al día siguiente por unas ocho horas con sus discípulos hacia el Norte, en el valle de Esdrelón, a través del torrente Kisón, a Hadad-Rimmón, en dirección a Endar, Jezrael y Naím, que dejó a su derecha. Rimmón está como a una hora al Este de Meggido, no lejos de Jezrael y Naím, y a unas tres horas al Oeste del Tabor, cerca de Nazaret. Es una ciudad importante, de mucho movimiento, pues aquí pasa un camino real desde Tiberíades hacia la costa del mar. Jesús se hospedó fuera de la ciudad. Enseñó en el camino a pastores pobres y a enfermos. Habló de la caridad fraterna, recomendó el amor a los samaritanos y a todas las gentes y explicó la parábola del buen samaritano.

En Hadad-Rimmón enseñó especialmente de la resurrección de los muertos y del juicio. Sanó a enfermos. Llegó una multitud que se había alejado de Jerusalén en su busca a la distancia de un día de camino. Los apóstoles y discípulos misionaban en los alrededores de la ciudad.

Pilatos, un día después de la partida de Jesús de Jerusalén, había prohibido a los galileos revoltosos salir de la ciudad. Muchos de ellos fueron tomados como rehenes en garantía de los demás. Ahora les dió Pilatos permiso de salir de la ciudad y soltó también a los rehenes, dejándolos que ofrecieran sus sacrificios. Pilatos hacía preparativos para su viaje a Cesarea.

Los rehenes libertados estaban maravillados de su libertad y se apresuraron a ir al templo a hacer sus sacrificios, que antes no habían podido ofrecer por haberse hecho culpables. Era costumbre en este día de hacer regalos al templo. Muchos compra-

ron animales y los llevaban para sacrificarlos; otros vendían cosas que no les eran indispensables y esas monedas las llevaban gustosos al templo. Los más ricos daban a los pobres. He visto tres diferentes buzones donde ponían sus limosnas; allí mismo se enseñaba y se rezaba. Otros estaban en la plaza ocupados con sus animales de sacrificio. Había mucha gente en el templo, aunque no rebosaba. He visto en diversos sitios grupos de judíos inclinados, cubiertas sus cabezas con mantos, o de pie, cubiertos con mantos de oración, y algunos postrados con el rostro a tierra.

Judas el Gaulonita estaba entre sus secuaces, junto a la alcancía; estos galileos eran los que Pilatos había tomado presos y luego soltado. Parte de ellos eran hechura de los pérfidos herodianos y otros pobres engañados. Había muchos de Gaulón y de Thirza y de otros nidos herodianos. Cuando estos hubieron ofrecido su dinero y sus ofrendas y estaban en sus devociones, y nadie miraba ni se distraía, he visto de pronto deslizarse unos diez hombres desde varios rincones, sacar unas espadas de un codo de largo de tres filos, que ocultaban bajo sus mantos, y asaltar y herir a los que estaban descuidados. Se levantó un griterío espantoso y comenzaron los pobres galileos desarmados a huir en todas direcciones. Entonces se levantaron también aquellos que yo había visto postrados con el rostro a tierra: eran soldados romanos disfrazados, que herían y mataban a cuantos estaban al alcance de sus espadas. Algunos de estos romanos corrieron a las alcancías, las rompían y sacaban el dinero echado adentro. No pudieron sacar todo, pues una buena parte ya estaba en lugar más seguro. Fué tan grande el tumulto que mucho dinero quedó derramado en el templo. Los soldados romanos fueron al mercado de los animales y allí mataron a muchos galileos. He visto a estos soldados romanos salir de todos los rincones y de las ventanas de las casas, saltar, entrando y saliendo. Cuando por el tumulto del templo acudió mucha gente al lugar, muchos de ellos fueron muertos inocentemente, y aún gente que estaba en el atrio y en las tiendas del muro comprando comestibles. He visto a algunos galileos en un oscuro rincón, donde pensaban salvar la vida. habían desarmado a algunos romanos y tenían sus armas. De pronto vino el mismo Judas Gaulonita hacia ellos para salvar su vida allí; pero los demás, creyendo fuera un romano, lo hirieron, y a pesar de que les gritaba que era Judas Gaulonita, acabaron de matarlo. Los trajes que usaban y con que se disfrazaban los romanos eran

tales que cada uno se defendía como podía del que encontraba al paso. Esta matanza duró como una hora. El pueblo acudió entonces armado al templo y los soldados romanos se refugiaron en la torre Antonia y cerraron la entrada. Pilatos había partido y la guardia de la ciudad había cerrado todos los caminos, vista la actitud hostil de los ciudadanos, y prohibía todas las reuniones de hombres.

Desde un lado alto del templo he visto en las calles estrechas cómo las mujeres y los niños lloraban lamentando la muerte de sus maridos o de sus padres. Habían caído víctimas muchos de los pobres trabajadores que vivían cerca del templo. Había desorden y espanto en el templo y todos salieron fuera cuando se hizo un poco de luz. Los ancianos, los jefes y muchos hombres armados entraron en el templo. Todo el piso estaba lleno de cadáveres, de sangre y de monedas desparramadas. Algunos heridos graves se revolvían quejándose en el suelo. Vinieron entonces los parientes de estos asesinados y fué un llanto y un clamor general, mezclado con temor y deseos de venganza. Los sacerdotes estaban consternados, pues el templo había sido completamente profanado y ellos no se atrevían a acercarse a los muertos, para no contaminarse. Los festejos fueron suspendidos. He visto después cómo llevaban en angarillas o envueltos en sábanas a sus muertos, y he oído el clamor de los parientes. Los que no tenían parientes fueron sacados de allí por unos esclavos de baja clase. Todo lo que quedaba en el templo, animales, comestibles, debía permanecer allí, porque estaba contaminado. Poco después salieron todos, menos los guardias y trabajadores. Los muertos eran muchos más que aquéllos que perecieron al desplomarse las obras del acueducto. Además de los inocentes de Jerusalén, había muchos de los secuaces de Judas Gaulonita que habían protestado contra los tributos al César y contra el tributo que quería imponer Pilatos a las ofrendas del templo para las obras del acueducto. Eran muchos de aquéllos que habían hablado osadamente delante de Pilatos y que habían matado a algunos romanos en la refriega. Pilatos tomó aquí una doble venganza: contra los galileos que protestaron y contra Herodes que había sido la causa de la catástrofe y muerte de tanta gente en las obras del acueducto derrumbado. Eran gentes de Tiberíades, de Gaulón, de la Alta Galilea, de Cesarea de Filipo y especialmente de Thirza.

XXVII

La Transfiguración sobre el monte Tabor

Desde el albergue de Hadad-Rimmón dirigióse Jesús hacia el Este a Kisloth-Tabor, al pie del monte Tabor, hacia el Sur, a unas tres horas de Rimmón. En el camino se allegaron a Él poco a poco los discípulos que habían sido enviados a misionar. En Kisloth se reunió de nuevo gran multitud de viajeros que venían de Jerusalén en torno de Jesús. Aquí enseñó y sanó algunos enfermos. Por la tarde envió a los discípulos a derecha e izquierda, en torno de la montaña, para que enseñasen y sanasen. Él se reservó consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan y con ellos subió al monte Tabor. Emplearon como dos horas, pues Jesús se detenía con frecuencia en cavernas y lugares donde habían estado profetas, les enseñaba y rezaba con ellos. No habían llevado consigo alimento alguno. Jesús se lo había prohibido, diciéndoles que se sentirían saciados. La cumbre del monte ofrecía una hermosa vista, había un vasto lugar cercado y plantado de árboles y el piso estaba cubierto de hierbas aromáticas y de flores. Había oculta una fuente de agua a la cual se le daba salida a voluntad y saltaba un chorro de agua fresca y clara. Allí se refrescaron y lavaron los pies. Jesús se dirigió a un lugar, como una excavación en la roca, que tenía semejanza con el de oración del Huerto de los Olivos. Era vasto y se podía caminar dentro. Jesús continuó su enseñanza, habló de la oración que se hace de rodillas y dijo que debían orar aquí con las manos levantadas. Les enseñó sobre el Padrenuestro, mezclando algunos salmos, y ellos rezaron de rodillas en torno de Jesús. Jesús se hincó delante de ellos y mientras oraba les declaraba la oración, y les habló de la creación y de la Redención. Les habló lleno de amor y de bondad: los apóstoles estaban como fuera de sí. Les había dicho al principio que quería mostrarles lo que Él era: que convenía lo viesen en gloria para que no dudasen cuando lo viesen despreciado, maltratado y dejado de su Divinidad en su Pasión y Muerte.

El sol se había puesto ya y estaba oscuro, pero ellos ni se dieron cuenta, tanto era el entusiasmo de ver a Jesús y oír sus palabras. Se ponía por momentos más resplandeciente, y se veían ángeles en torno de Él. Pedro los veía también y por eso interrumpió a Jesús y preguntó: "Maestro, ¿qué es esto?" Jesús le dijo: "Ellos me sirven". Pedro volvió a decir: "Maestro, aquí

estamos, nosotros queremos servirte en todo". Esto lo dijo con entusiasmo, levantando los brazos. Jesús seguía enseñando, mientras se esparcía en torno un aroma celestial y los apóstoles se sentían contentos, fuera de sí. Jesús brillaba cada vez más y era como transparente. El resplandor era tan grande en torno de Jesús que a pesar de ser ya noche se veía hasta la más pequeña hierba como en pleno día. Los apóstoles se sintieron tan conmovidos y fuera de sí, que se cubrieron las cabezas e inclinaron el rostro a tierra. Eran como las doce de la noche cuando vi esta gloria en todo su apogeo. Desde el cielo venía una línea de luz y los espíritus se movían en ese resplandor. Unos eran pequeños; de otros se veían sólo los rostros resplandecientes; algunos ángeles, vestidos como sacerdotes; otros, como guerreros. Todos estos espíritus tenían algo de característico, y con su aparición recibían los apóstoles una especial ayuda, en fuerza, contento, iluminación y renuevo. Estos ángeles estaban en continuo movimiento. Los apóstoles estaban como en éxtasis, caídos sobre sus rostros. De pronto he visto entrar, en la luz que rodeaba a Jesús, a tres seres resplandecientes. Llegaron en una forma natural, como quien viniendo de la oscuridad entra en un lugar de luz. Dos aparecieron más distintos y más corpóreos. Hablaban con Jesús y eran Elías y Moisés; la tercera aparición no habló: era más espiritual y tenue, y era el profeta Malaquías.

Yo oía cómo Moisés y Elías saludaban a Jesús, y cómo Él hablaba de la Redención y de su Pasión. Su encuentro era natural, como acostumbrado. Moisés y Elías no aparecieron ancianos y demacrados, como yo los había visto en la tierra, sino más jóvenes y más atrayentes. Moisés era más alto, más majestuoso y venerable que Elías, tenía sobre la frente como dos cuernos o excrecencias brillantes y vestía una túnica larga. Era un hombre imponente como un preceptor: serio, pero justo y sencillo. Dijo a Jesús cómo se alegraba de ver de nuevo a Aquél que le había guiado a través del desierto con el pueblo sacado de Egipto, al que ahora iba a salvar y a redimir del pecado. Recordó muchas cosas de sus tiempos, que eran figuras de estos hechos de ahora y habló del cordero pascual y del Cordero de Dios.

Elías era diferente de Moisés. Era más delicado, amable y manso. Pero tanto Moisés como Elías eran muy diferentes, en su aparición, que Malaquías. En ambos se podía ver en sus rostros y semblante, formas vividas, formas de hombres, aunque

glorificados. Malaquías aparecía muy diferente: su rostro no recordaba algo mortal y corpóreo, sino todo espiritual, tal como ángel que era. Era una aparición de aspecto más callado y más espiritual, el semblante de uno que cumple una misión angélica. Jesús habló con ellos de todos los dolores que había sufrido hasta entonces y de todos los que le aguardaban aún. Describió toda su vida mortal, punto por punto. Elías y Moisés expresaban a veces su compasión y admiración; consolaban al Señor, y alababan a Dios de todos los beneficios de la Redención. Hablaban de aquellas cosas que habían sido figuras de estos misterios y daban gracias a Dios de que se hubiese compadecido de su pueblo desde la eternidad. Malaquías estaba presente a todo, pero no habló.

Los apóstoles levantaron entonces sus cabezas y miraron mucho tiempo a Moisés, a Elías y a Malaquías. Cuando Jesús habló de su pasión y de su muerte en la cruz, extendió sus brazos en cruz y dijo: "Así será levantado el Hijo de Dios". Su rostro estaba vuelto al Sur y lleno de luz, mientras su vestido era blanco como la nieve. Jesús, los profetas y aún los apóstoles estaban levantados del suelo. Mientras tanto desaparecieron Moisés y Elías hacia el Este, y Malaquías hacia el Oeste, y se perdieron en la oscuridad. Fué entonces cuando Pedro, fuera de sí, dijo: "Maestro, es bueno para nosotros estarnos aquí; queremos edificar tres viviendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías". Pensaba él que no necesitaban más otro cielo: ¡era tan dulce estar allí y eran tan felices! Entendía unas viviendas donde honrar y venerar a esos santos, que vivirían con ellos. Todo esto lo dijo como fuera de sí de contento, por el éxtasis, y no sabía lo que decía. Cuando volvieron en sí, vino una nube blanca y tenue sobre ellos, como la neblina que cae por la mañana, y sobre Jesús he visto el cielo abierto y la figura de la Santísima Trinidad; Dios Padre sobre su trono, como un anciano Pontífice, y a sus pies coros de ángeles y muchas apariciones. Una onda de luz se posó sobre Jesús y como un susurro suave y penetrante llegó la voz del cielo: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; escuchadle". Esto llenó a los apóstoles de miedo y reverencia; echaron sus rostros a tierra y volvieron a sentirse hombres flacos y débiles, que habían contemplado la grandeza de Dios. Estaban ahora con temor delante de Jesús, sobre el cual habían oído resonar la voz de Dios Padre.

Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: "Levantaos y no temáis". Se levantaron del suelo y vieron a Jesús solo. Eran como las tres de la mañana. La aurora ya aparecía y pesada

neblina se depositaba sobre los campos, al pie de la montaña. Los apóstoles estaban aún temerosos y serios. Jesús les dijo cómo les había hecho ver la Transfiguración del Hijo del Hombre para fortalecer su fe, para que no desmayasen cuando lo vieran maltratado por los pecados del mundo, en manos de los impíos; para que no se escandalizasen cuando vieran sus humillaciones en la Pasión y pudieran fortalecer también a los demás apóstoles. Recordó de nuevo la profesión de fe de Pedro, que le había reconocido antes que los demás como Dios y habló de la piedra sobre la cual quería fundar su Iglesia. Rezaron aún algún tiempo y con el clarear del día comenzaron a bajar la montaña por el Noreste. Mientras bajaban, les mandó que no dijeran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. Se recordaron del aviso y se mostraron desde entonces más reverentes y pensaban en la voz que habían oído: "A Éste, escuchad". Sentían pesar y miedo de las anteriores dudas y faltas de fe. Cuando luego se fueron acostumbrando con el claror y volvieron a las cosas de cada día, se iban comunicando sus pensamientos y preguntaban lo que significaría "hasta que el Hijo del Hombre resucitase de entre los muertos". No se atrevían por el momento a preguntar sobre esta duda a Jesucristo. No habían llegado aún al pie del monte cuando vieron que venían gentes con enfermos, a los cuales Jesús consoló y sanó de sus dolencias. La gente se asustaba ahora al verlo: había aún en su semblante algo de sobrenatural, de resplandor y de desacostumbrado.

Un poco más abajo estaban reunidas muchas personas en torno de los discípulos enviados el día anterior a misionar: había entre la multitud algunos escribas. Esta gente venía de la fiesta en viaje a sus casas y de paso se juntaron en torno de los apóstoles y con ellos se habían dirigido hasta aquí esperando a Jesús. Jesús los encontró en una disputa con sus discípulos. Cuando vieron acercarse a Jesús corrieron algunos a su encuentro, lo saludaron; pero se espantaron al ver su rostro, pues quedaba todavía algún rastro de la Divinidad en su semblante. Los otros apóstoles también notaron en la seriedad y temor de los tres testigos de que algo maravilloso había tenido lugar en el monte. Como preguntara Jesús por qué estaban discutiendo, se adelantó un hombre de Amthar, población de las montañas de Galilea (lugar donde había tenido lugar el hecho de Lázaro y el rico Epulón). Se echó a los pies de Jesús y le rogó quisiera ayudar a su hijo único, que era lunático y poseído de un demo-

nio mudo, que lo maltrataba, arrojándolo a veces en el fuego o en el agua y lo maltrataba de tal manera que le hacía clamar por el dolor. Decía que se lo había presentado en Amthar a sus apóstoles, pero que no lo habían podido librar del demonio, y que sobre esto estaban ahora disputando con ellos y los escribas. Dijo Jesús entonces: "¡Oh generación infiel y perversa! ¿Cuánto tiempo estaré todavía con vosotros, y por cuánto tiempo os tendré que aguantar aún?" Mandó luego al hombre que le trajese al niño. El hombre trajo a su hijo, al cual había conducido hasta allí, sobre sus hombros, como una oveja. Ahora lo traía de la mano. Al ver a Jesús comenzó a debatirse furiosamente y el demonio lo echó al suelo. Se retorcía y se agitaba mientras la baba le salía de la boca. Jesús lo mandó aquietarse, y se quedó tranquilo. Preguntó al padre desde cuándo tenía ese mal y el padre dijo que desde la niñez. "Si Tú puedes algo, ayúdanos; ten compasión de nosotros". Jesús contestó: "Si tú puedes creer, a quien tiene fe todo le es posible". El padre exclamó, sollozando: "Señor, yo creo; pero ayuda a mi incredulidad".

A esta exclamación fuerte del padre se acercaron los del pueblo que se habían mantenido apartados. Jesús levantó su mano en son de conminación hacia el niño y dijo: "Espíritu mudo e inmundo, Yo te mando: sal de este niño y no vuelvas jamás a él". Clamó fuertemente el espíritu en el niño, lo maltrató y salió de él. El niño quedó tendido, como muerto, pálido y sin movimiento. Muchos de los presentes dijeron, al ver que no volvía en sí y no lograban hacerlo reaccionar: "Está muerto, y bien muerto". Jesús lo tomó de la mano, lo levantó sano y bueno y se lo entregó al padre, después de unas palabras de amonestación. El padre agradeció con lágrimas y con alabanzas, y todos los presentes alabaron al Señor. Todo esto sucedió como a unos tres cuartos de hora de un pequeño lugar, al pie del Tabor, donde el año anterior había sanado Jesús de la lepra al dueño del lugar, cuando el niño siervo de aquél se presentó a Jesús rogando por su señor.

Jesús anduvo luego con sus discípulos por delante de Caná, a través del valle de los baños de Betulia, hasta llegar al pueblo de Dothaím a tres horas de Cafarnaúm. Andaba casi siempre por caminos no principales, para evitar el concurso de gentes que venían en grandes cantidades de las fiestas de Jerusalén. Marchaban en grupos, y Jesús a veces estaba solo, y a veces se juntaba con uno de los grupos. En este camino se le juntaron los apóstoles que habían sido testigos de su Transfiguración y

le preguntaron la explicación de esas palabras: "Hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos". Sobre esto habían estado disputando y pensando a solas. Sobre esto decían: "Los escribas enseñan que antes de la resurrección debe venir Elías". Respondió Jesús: "Elías ha de venir y ha de restaurar todas las cosas. Pero yo os digo que Elías ha venido ya. Pero ellos no lo conocieron; al contrario, hicieron con él lo que quisieron, según está escrito de él. De la misma manera sufrirá de ellos el Hijo del Hombre".

Habló otras cosas más y ellos entendieron que se refería a Juan Bautista. Cuando estuvieron reunidos todos los discípulos en el albergue, junto a Dothaím, preguntaron por qué no habían podido ellos echar al demonio mudo del niño. Jesús les dijo: "Por causa de vuestra incredulidad; si tuvierais fe como un grano de mostaza diríais a ese monte: pásate de allí, y él se movería, y nada os sería imposible. Esta clase de demonios sólo se echa con oración y ayuno". Les enseñó cómo debían quebrar la resistencia del demonio; cómo la fe debe animar esta acción; cómo esta fe se fortifica con el ayuno y la oración, en cuanto que se le quita dentro de sí la fuerza al enemigo que se quiere echar del cuerpo de los demás.

XXVIII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

Jesús partió desde Dothaím por el camino directo a Cafarnaúm, donde fueron recibidos con fiestas los que venían del viaje a Jerusalén. Jesús y sus apóstoles fueron invitados a una comida, donde se encontraban algunos fariseos. Cuando se disponían a sentarse a la mesa llegó el discípulo Manahem de Korea, y llegándose a Jesús, le presentó a un joven instruído de Jericó, que pedía ser admitido como discípulo, aunque había sido rechazado ya una vez. Esta vez se había dirigido al discípulo Manahem, a quien conocía. Este joven poseía muchos bienes en Samaría y Jesús le había dicho que se desprendiese de ellos. Ahora venía de nuevo: había ordenado todo y repartido entre sus parientes; pero reservábase una parte para sí, porque se mostraba muy preocupado por su subsistencia. Por esta razón no lo recibió Jesús entre los suyos y se alejó malhumorado. Los fariseos se irritaron contra Jesús, pues estimaban al joven; dijeron a Jesús que hablaba siempre de caridad y no tenía caridad;

que reprochaba a los fariseos que imponían cargas pesadas y que Él las imponía más pesadas. Añadieron que este joven era instruído y que Él se rodeaba sólo de pobres ignorantes; que no permitía lo necesario y lícito y en cambio permitia lo prohibido. Le reprocharon de nuevo la profanación del Sábado, el recoger las espigas de trigo, el no lavarse las manos, etc. Las contestaciones de Jesús los hicieron enmudecer.

Mientras estaba Jesús en la casa de Pedro, algunos venidos de Cafarnaúm discutían sobre el pago que debía hacer Jesús de dos dracmas como tributo. Pedro dijo que sí, que pagaría su Maestro, y al entrar en la casa, Jesús le dijo: "¿Qué necesitas tú, Pedro? ¿De quién exigen los reyes tributos en la tierra, de sus hijos o de los extranjeros?" Pedro respondió: "De los extraños". Jesús dijo: "Los hijos entonces están libres; pero para que no se escandalicen, vete al lago, echa el anzuelo y al primer pez que pique sácale una moneda, con la cual pagarás por mí y por ti". Pedro, lleno de fe sencilla, echó el anzuelo y pescó un pez. Le abrió la boca y encontró adentro una moneda redonda, alargada y amarilla, y con ella pagó por sí y por Jesús. El pescado era tan grande que pudieron comer de él todos en la comida del mediodía.

Luego preguntó Jesús de qué habían hablado los apóstoles en el camino desde Dothaím a Cafarnaúm. Callaron, porque habían tratado de quién de ellos sería el mayor en el reino de Dios. Jesús, que conocía sus pensamientos, les dijo: "Quien quiera ser el primero, sea el último y el siervo de todos". Después de la comida se retiró con los doce y los discípulos a Cafarnaúm, donde había una fiesta para los recién llegados de Jerusalén, acabadas las fiestas. Las calles y las casas estaban adornadas con festones de ramas y flores. Niños, ancianos, mujeres y los escolares venían al encuentro de los viajeros, los cuales se habían reunido como en procesión, caminando por las calles, visitando las casas de los amigos y de los principales del pueblo. Los fariseos y muchos otros andaban allí muy contentos con Jesús y los discípulos; después se separaron. Jesús visitó muchas casas de gente pobre y de amigos. Le traían a los niños, a los cuales bendecía y obsequiaba. En el mercado y plaza, de una parte estaba la sinagoga vieja y de la otra la nueva edificada por Cornelio, con galerías y pórticos. Aquí saludaron a Jesús los niños de las escuelas y muchas madres vinieron con sus criaturas. Jesús permaneció enseñando todo el día. Bendijo a los niños, los exhortó y les repartió a todos, pobres y ricos, ves-

titditos iguales que habían confeccionado las santas mujeres de la comunidad y que habían traído desde Jerusalén. Recibieron también frutas, pizarras para escribir y otros regalos. Los discípulos volvieron a la cuestión de quién sería mayor en el reino de los cielos. Entonces Jesús llamó a una mujer distinguida, esposa de un comerciante, que estaba a cierta distancia con su hijo de cuatro años. La mujer se cubrió con el velo y se adelantó con su niño. Tomó Jesús al niño y la madre se retiró a un lado. Jesús abrazó al niño, lo puso delante de los discípulos, en medio de muchos otros niños que estaban allí, y dijo: "Quien no se hiciere como niño, no entrará en el reino de los cielos. Quien recibe a un niño en mi nombre, me recibe a Mí, y también a Aquél que me envió. Quien se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos".

Juan habló en esta ocasión, ya que hablaba de recibir en su nombre, diciendo a Jesús que habían prohibido a uno, que no era de los discípulos, el echar los demonios. Jesús los reprendió por ello y habló aún largamente. Luego bendijo al niño, que era muy amable, y le dió frutas y un vestidito; hizo señas a la madre y le entregó su criatura, mientras le decía palabras proféticas sobre el niño y su futuro, cosas que sólo se entendieron después. Más tarde fué discípulo de los apóstoles, y es Ignacio, obispo y mártir.

Mientras ocurría esto, había allí una mujer entre el pueblo cubierta con un velo. Estaba fuera de sí por el contento y la emoción y decía muchas veces a media voz, con sus manos juntas, de modo que la oían las demás mujeres: "Bendito el seno que te llevó y benditos los pechos que te criaron. Y felices más aún los que oyen las palabras de Dios y las observan". Decía esto con tono de profunda devoción, con movimiento de las manos, en cada pausa que hacía Jesús, llena de emoción, de amor y de ternura. Tomaba parte así, en modo sencillo de niña, en los dolores y vida de Jesús. Esta mujer era Lea, esposa de un fariseo, muy contrario a Jesús, de Cesarea de Filipo. Era hermana del marido difunto de Enué, la mujer sanada del flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Esas palabras: "Feliz el seno que te llevó" ya la había proclamado aquí y Jesús le había respondido: "Más dichosos aún los que oyen la palabra de Dios y la guardan". Desde entonces decía estas palabras con la añadidura de Jesús y las repetía de continuo, como una oración llena de afecto y de ternura hacia Jesús. Se juntó más tarde a las santas mujeres y dió mucha limosna para la comunidad de

Jesús. Jesús enseñó en la plaza hasta que llegó el Sábado y se dirigió a la sinagoga. La lección versó sobre la purificación de los leprosos y sobre la carestía y hambre de Samaría, según lo predicho por Eliseo. Jesús, los apóstoles y algunos discípulos se dirigieron a Betsaida, adonde habían llegado otros muchos discípulos; algunos de retorno de sus misiones, otros de los pueblos en donde habían estado. Unos venían de la Decápolis y Gergesa, atravesando el lago, y estaban bastante maltratados y necesitados de cuidados. Fueron recibidos con afecto en la orilla, se abrazaron y les prodigaron toda clase de cuidados. Fueron llevados a la casa de Andrés, se les lavó los pies, se les preparó un baño, se les dió otros vestidos y se les preparó una comida. Como Jesús se mostrase lleno de solicitud, sirviendo, dijo Pedro: "Señor, ¿por qué quieres Tú servir? Deja esto a nosotros". Jesús le dijo que había sido enviado para servir; lo que se hacía a éstos, es como si se hiciera al Padre celestial. Habló de nuevo sobre la humildad. Quien se hace el menor de todos y servidor de todos, ése será el mayor. Quien sirve, no por amor, y hace estas cosas en favor del prójimo, no por ayudar al hermano, sino con intención de ser el primero, ése es hipócrita y servidor interesado y renuncia al galardón de Dios; ése se sirve a sí mismo en el prójimo. Había allí esa vez 70 discípulos juntos: hay todavía algunos misionando en torno de Jerusalén.

Jesús tuvo en esta ocasión la oportunidad de hacer una tierna y misteriosa aclaración a sus discípulos, en la cual les dijo claramente que Él no había nacido de hombre, sino por obra del Espíritu Santo. Habló con gran veneración de su santa Madre María; la llamó la más pura, santa y elegida criatura; la Virgen predestinada por la cual habían suspirado a través de los siglos los corazones de todos los fieles, con las lenguas de los profetas. Les recordó el testimonio de su Padre celestial en las orillas del Jordán. No habló de la Transfiguración. Habló de la felicidad del tiempo en que vivían, por tenerlo a Él presente, que había venido para reconciliar al hombre con su Dios. Habló con palabras llenas de misterio de la caída del hombre, de su apartamiento de su Padre celestial, del poder del espíritu del mal y de Satanás sobre ellos, y cómo por la venida de Él, el Mesías nacido de la suspirada Virgen María, se había restablecido de nuevo el reino de Dios entre los hombres, y cómo por Él y en Él podían todos ser recibidos de nuevo entre los hijos de Dios. Por Él se restablecía el puente de unión entre Dios y el hombre; por eso el que quiera ir a Dios debe pasar

por Él y con Él, dejando lo terreno y lo pasajero del mundo. Dijo también que el poder de Satanás había sido quebrado en el mundo, y cómo todo lo malo entre los hombres y la naturaleza puede ser vencido con unirse a Él en la fe y en el amor y en su Nombre. De esto habló con solemnidad y con intensa seriedad. No entendieron todo y estaban turbados cuando Jesús les habló también de su Pasión. Los tres que habían estado con Él en el Tabor estaban ahora más serios y pensativos. Todo esto sucedió durante el Sábado. Los discípulos se albergaban en Cafarnaúm y en la casa de Pedro, delante de la ciudad. Todos tomaban su alimento juntos, como religiosos que viven en los conventos. Al día siguiente después del Sábado se dirigió Jesús con los suyos al Norte de Cafarnaúm, hacia la montaña de la despedida, a unas dos horas de distancia, donde estaban los hombres segando las mieses, y, andando entre ellos, a veces enseñaba a los discípulos y a los apóstoles.

He visto al trigal más alto que la estatura del hombre. Lo cortaban a una altura cómoda, un medio codo de largo. Los granos eran mucho más gruesos y grandes que entre nosotros y para que los tallos no se inclinasen al suelo suelen rodear los campos de trigo con vallados de palos y estacas. Tenían una especie de hoz que más parecían azadones que hoces. Con la mano derecha cortaban un manojo de tallos, que sujetaban con la mano izquierda, de tal manera que cortados les caían en los brazos, que luego ataban en gavillas. Era un trabajo pesado, pero lo hacían con rapidez. Todo lo que caía al suelo pertenecía de derecho a los pobres cosechadores. Jesús enseñaba a estos obreros en los momentos de descanso; les preguntaba cuánto habían cosechado, cuánto sembrado, a quién pertenecía el trigo, cómo era el suelo, cómo lo solían cultivar. Con estas preguntas unía sus parábolas de la semilla, de la cizaña, del grano de trigo, del juntar y quemar la paja. Enseñaba a los discípulos cómo debían ellos a su vez evangelizar, y de lo predicado hacía enseñanza: declaraba espiritualmente la cosecha, el sembrador y el segador y que ahora debían ver de acopiar semillas para sembrar luego, pues Él no estaría mucho tiempo aún en su compañía. Los apóstoles se asustaron y preguntaban si se quedaría con ellos hasta Pentecostés. Jesús les dijo: "¿Qué sería de vosotros si Yo no estuviera algún tiempo con vosotros?"

Entre los pastores aprovechaba la ocasión de hablar con ellos. "¿Esta majada es tuya? ¿Es de varios dueños? ¿Cómo haces para cuidarlas? ¿Por qué se apartan algunas de tu rebaño?" Les

hablaba luego de la oveja perdida, del buen pastor y de otras parábolas. Después Jesús se fué a un valle que se extendía al Oeste, más alto que Cafarnaúm. A su derecha estaba la montaña de Safet. Aquí caminaba entre los pastores y segadores con sus discípulos, enseñando. Hablaba de los deberes del buen pastor, lo refería a Sí mismo, y cómo Él iba a la muerte para salvar sus ovejas. Así enseñaba a los discípulos cómo tenían que ir y enseñar a los pobres trabajadores en esos apartados sitios, esparciendo entre ellos la buena semilla. Este andar y enseñar por estos lugares apartados, llenos de tranquilidad y de paz, era sumamente conmovedor. Después de haber ido por el Norte, torcieron hacia el Oriente de donde habían venido y entraron en la población de Lekkum, que está a una media hora del Jordán, adonde se habían dirigido los seis apóstoles en la primera salida que hicieron para misionar.

Jesús no había visitado aún este lugar. Habían llegado a la ciudad los peregrinos que volvieron de Jerusalén y cierta cantidad de fariseos. La gente contaba a los que la visitaban las atrocidades de las matanzas de los galileos en el templo; a Jesús aún no le habían dicho nada.

Lekkum es un lugar pequeño, pero próspero, a media hora del Jordán y a unas horas de su entrada en el lago. Los habitantes son judíos; sólo en las afueras viven algunos paganos pobres dejados por las caravanas que pasan y que viven en chozas. Todos están ocupados en la industria del algodón. Preparan la materia prima y hacen mantas y géneros. Veo que hasta los niños trabajan en esta industria.

Celebran una fiesta por la vuelta de los peregrinos de Jerusalén, como en Cafarnaúm. Las calles están adornadas con festones de ramas y flores; los recién llegados visitan las casas de sus amigos y los niños de la escuela salen a su encuentro. Jesús entró en algunas casas de pobres y enfermos y sanó a algunos. En la plaza hizo un sermón, primero a los niños, a los cuales besaba y abrazaba; luego a los jóvenes y doncellas, que habían acudido con sus respectivos maestros con ocasión de esta fiesta. Cuando los niños y jóvenes volvieron a sus casas, enseñó a grupos de hombres y de mujeres, y les habló del matrimonio con toda clase de parábolas y comparaciones. Les dijo que la naturaleza humana está muy manchada con pasiones malas, las que hay que dominar con la oración y la mortificación. Quien sigue sus malas inclinaciones se acarrea males: las obras malas le siguen al hombre, le acusan y le delatan. Nuestro cuerpo es una

imagen del Creador, y Satanás quiso destruir esa imagen. Las demasías traen pecado y enfermedad; producen deformación y maldad. Exhortó a la castidad, a la templanza y a la oración. Esta abstinencia, oración y continencia es lo que distinguió a los santos y a los profetas. Todo esto lo explicó con parábolas del sembrar el trigo y del limpiar el campo de piedras y de cizaña, con el descanso en paz de los campos, con la bendición de Dios sobre los sembrados, cuando son bienes poseídos honestamente. También usó de la comparación del estado del matrimonio con el cultivo de un viñedo y con la necesidad de podar sus sarmientos. Habló de las mejoras de las vides, de las familias piadosas, con parábolas de podar e injertar buenas clases de vides, y de mejorar las razas decaídas y depravadas. Habló de la santidad del padre común Abrahán y de la alianza de la circuncisión: de cómo sus descendientes volvieron a pervertirse, especialmente en la mezcla con los pueblos paganos y con las licencias que se tomaban. Habló del dueño del viñedo que envía a su propio Hijo y cómo habían de tratar a ese Hijo. Las gentes estaban muy conmovidas; muchos lloraban y se sentían movidos a convertirse. Esta enseñanza la dió Jesús porque nunca habían sido instruídos en estos misterios y vivían bastante libremente. Les habló de la necesidad de la cooperación, de la buena voluntad en la oración, de la renuncia y de la abnegación. Decíales que lo que se privaban en alimento, bebida y superfluidades de la vida, lo pusieran llenos de confianza en las manos de Dios, con la petición de que lo haga llegar a los pobres y a los pastores que viven solitarios en los campos desiertos. El Padre que está en los cielos oirá, como buen Dispensador, la oración, si ellos, como siervos fieles, le entregan para los pobres o conocidos o buscados voluntariamente, ya que el Padre mismo les había dado a ellos muchas cosas superfluas. Esto era cooperación y Dios trabaja con aquellos siervos fieles y creyentes. Trajo la comparación de ciertos árboles que favorecen el crecimiento de otros como por amor y buen deseo, sin dañar ni perjudicar a otros, ni tocarlos siquiera.

Desde Lekkum partió Jesús, a través del Jordán, a Betsaida-Julias, donde enseñó. Aquí también se festejaba a los recién llegados de Jerusalén. He visto a Jesús caminar con sus discípulos, algunos fariseos, escribas y hombres principales de Julias, mientras enseñaba. Le contaron la matanza de los galileos en el templo de Jerusalén. He oído en esta ocasión que murieron unas cien personas de Jerusalén y unos 150 de los fanáticos que

seguían a Judas Gaulonita: éstos habían, en efecto, persuadido a muchos de Jerusalén a acompañarlos al templo, pues temían ir solos a hacer sus ofrendas y sacrificios. Esta gente se había juntado con los fanáticos, aunque no participaban de sus ideas de negar el tributo al César y así perecieron allí por estar confundidos con los revoltosos.

La región de Julias es sobremanera hermosa, fértil, casi solitaria y verde, llena de camellos y asnos, que andan pastando y un refugio de toda clase de animales y pájaros, como un parque zoológico. Hay diversos caminitos y varios arroyuelos que se dirigen al lago. Al sol de mediodía todo el lago brilla como un terso espejo.

El camino principal corre junto al río Jordán. Aquí reina la soledad. Jesús y los suyos pasaron el Jordán y se dirigieron a Betsaida y Cafarnaúm, y siendo Sábado Jesús enseñó allí. Se leyeron los rollos donde Moisés habla de los sacrificios de reconciliación que deben sacrificarse sin tomar la sangre. Habló también de los parentescos prohibidos en los casamientos. La lectura fué también de Ezequiel sobre los pecados de Jerusalén (III, Moisés, 16-19; Ezeq. 22). Jesús fué invitado a una comida con sus discípulos por un fariseo: la casa estaba cerca de la del centurión Cornelio. Se encontraba allí un enfermo, que pidió salud. Preguntó Jesús a los fariseos si era lícito curar en Sábado. Como no contestaran, Jesús puso sus manos sobre el enfermo, y lo sanó. Cuando éste se alejaba dando gracias y cantando las alabanzas de Dios, Jesús dijo a los fariseos lo que solía decir con frecuencia: "Ninguno de vosotros dejará a su asno o a su buey perecer, si en día de Sábado cae en un pozo". Se irritaron, pero no supieron qué contestar. Los fariseos habían invitado sólo a sus amigos y parientes, y como viera que elegían los mejores puestos en la mesa, dijo Jesús: "Cuando seas invitado no tomes los primeros puestos, pues puede venir uno más principal, y el dueño hacerte desocupar, con vergüenza, tu puesto. En cambio, si ocupas un lugar más bajo, vendrá el dueño y dirá: Amigo, sube más alto, y esto será honroso para ti. Quien se humilla será exaltado, quien se exalta será humillado". Al dueño le dijo: "Quien invita a los amigos ricos y principales, que le invitarán a él, ya recibió su merced. Quien invita a pobres, enfermos, ciegos y estropeados, que no le pueden retribuir, recibirá su premio y será dichoso en el día de la resurrección". Uno de los presentes dijo: "Sí, dichoso el que

pueda sentarse a la mesa en el reino de Dios". Jesús se volvió a él y contó la parábola de la gran cena.

Jesús había hecho venir, por medio de los apóstoles, a muchos pobres, y preguntó a los fariseos si habían preparado para Él esa comida, y como dijesen que sí, les agradeció. Luego que hubieron comido hasta saciarse hizo repartir a los pobres lo que quedaba en las mesas.

Después se dirigió con los suyos, atravesando las posesiones de Zorobabel, a una comarca hermosa y solitaria entre Tiberíades y Magdalum. Como le siguiera mucha gente, habló de su seguimiento. Dijo que quien quería seguirle y ser su discípulo, debía amarle a Él más que a sus próximos parientes, más que a sí mismo y debía llevar su cruz en pos de Él. Quien quiere edificar una torre debe primero calcular si podrá concluir y no ser burlado luego. Quien quiere ir a la guerra debe calcular sus soldados contra los del enemigo, y si no tiene fuerzas debe pedir la paz. Para ser su discípulo hay que renunciar a todo.

XXIX

Jesús predica en el monte, junto a Gabara

Jesús caminó, enseñando, a través de la comarca de Genesaret y envió a muchos de los más antiguos discípulos para que invitasen al pueblo a un sermón de varios días en el monte, junto a Gabara. Debía empezar el Miércoles a mediodía. Yo oí indicar la fecha de otra manera, pero entendí que correspondía a lo que sería más tarde un Miércoles. Muchos discípulos atravesaron el lago para ir a Gergesa, a Dalmanutha y a Decápolis para invitar a la gente. Les dijo que invitaran a todos; que ya no estaría mucho tiempo con ellos; que trajeran al lugar a cuantos fuera posible. Salieron en varias direcciones como 40 discípulos. Permanecieron con Él los que habían regresado últimamente de sus misiones y los apóstoles a los cuales enseñaba. Caminó con ellos hacia Tarichea, al Sur del lago. No se podía ir desde la orilla del lago hasta Tarichea, pues a dos horas antes de la ciudad hay costas acantiladas que llegan al mar. Jesús pasó al Oeste de Tarichea cruzando un puente, hacia un poblado que estaba en el dique de piedra, extendido desde Tarichea hasta la desembocadura del Jordán en el mar. A los lados del puente había dos hileras de casas. Antes de llegar allí tuvo que pasar junto a la casa de los leprosos, donde el año pasado había

sanado a varios. La gente supo que se acercaba Jesús y le salió al encuentro, agradeciéndole, mientras otros leprosos que habían llegado, gritaban por salud, y Jesús los sanó. También en las afueras de la ciudad le trajeron muchos enfermos, desde Dalmanutha, en barcas: a todos los sanó.

Este dique se hundió, con ocasión del terremoto, en la muerte de Jesús, con las casas de los alrededores, y no se reparó, dado que también el lago revuelto cambió de aspecto en varios lugares. Tiberíades era entonces como una ciudad a medias; de la otra parte no se había edificado aún.

De todos lados iban yendo gente a la montaña de Gabara y muchos en barcas, a través del lago. Llevaban tiendas y víveres para varios días; a los enfermos los cargaban sobre asnos. Los discípulos tenían que ordenar a las multitudes. Cuando Jesús se dirigía con sus apóstoles a Gabara, vinieron algunos fariseos preguntado qué pasaba, pues estaba todo el país en desorden y movimiento, corriendo hacia la montaña. Jesús les contestó que viniesen ellos también al sermón mañana: que Él mismo los había invitado; que ya no estaría mucho tiempo con ellos. También acudieron las santas mujeres al albergue al pie de la montaña, para atender las necesidades de Jesús y de sus discípulos. Era a eso de las diez de la mañana cuando llegó Jesús a su sitial. Los discípulos habían dispuesto a la gente de modo que se fuesen adelante, turnándose, para oír mejor, pues había muchos más de los que podía contener el espacio de los oyentes. La gente vivía bajo tiendas, cada uno con el grupo de su ciudad. Cada comarca había adornado su campamento con un arco triunfal de ramas y hojas y en el medio una muestra de las mejores frutas de su región. Así unos tenían vides y uvas, otros trigo o algodón, cañas de azúcar, hierbas y toda clase de bayas y frutas. Todo estaba adornado de flores y hacía el conjunto una hermosa figura. Una cantidad de palomas y de aves de varias clases, atraídas por las frutas, se acercaban mansas y se dejaban alimentar en las manos de los hombres. Muchos fariseos, saduceos y herodianos se habían dado cita y se colocaron cerca del sitial de Jesús. Tenían mejores asientos, traídos de antemano. Jesús reunió a sus díscípulos junto a Él, ocupando lugar delante. Primero rezó y luego dijo al pueblo que observara orden y atención, pues iba a enseñar lo que otros no se habían ocupado de enseñar y que era necesario saber para su salud.

Les dijo que lo que ahora no podían comprender, se lo repetirían los discípulos después. "Los mandaré a ellos, porque ya no estaré mucho tiempo con vosotros". Previno a sus discípulos públicamente que se guardasen de los fariseos y de los falsos profetas. Después enseñó al pueblo sobre la oración y el amor fraterno. Los discípulos cambiaban a los oyentes próximos para que se acercaran los más alejados. Los fariseos y escribas interrupción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto nes. Él no los escuchaba; hablaba severamente contra su conducta, previniendo al pueblo: esto los irritaba mayormente. No sanó, sino que hacía traer más cerca a los enfermos en sus camillas para que oyesen mejor; les dijo que tuvieran paciencia y esperasen el final de su predicación. Enseñó hasta la tarde, sin interrupción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto a Jesús comer en todo este tiempo. Enseñó todo el día al pueblo, de modo que su voz al final era débil, apenas perceptible. Por último bajó del albergue que estaba al pie de la montaña. Había pertenecido esta casa al castillo de Magdalum de María Magdalena; cuando Lázaro vendió el castillo se la reservó para albergue de los discípulos.

Lázaro y Marta, Dina y la Suphanita, Maroni de Naím y María, Madre de Jesús, y otras mujeres de Galilea habíanse reunido allí trayendo telas y géneros para hacer ropas, y vestidos ya hechos. Habían preparado una modesta comida para Jesús y sus discípulos; lo sobrante lo repartieron entre los necesitados. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña: habló de nuevo de la oración, del amor fraterno, de la vigilancia en el buen obrar y de la confianza en la bondad de Dios, y avisó a los oyentes que no se dejasen seducir de personas que los perseguirían y hablarían mal de ellos. Los fariseos estaban hoy más inquietos que ayer; se habían reunido en gran cantidad con intención de contradecir y disputar con Jesús. Decían que era un agitador, perturbador del orden, que sacaba a la gente de su trabajo para seguirle a Él por todo el país. Añadían que tenían sus sábados, sus fiestas y su doctrina y no necesitaban oír novedades. Le echaron en cara las mil cosas que ya habían dicho a Él y a sus discípulos, y terminaron amenazándolo con denunciarlo a Herodes: que lo acusarían de su doctrina y de su proceder; añadieron que ya Herodes lo tenía en vista y pronto terminaría con Él.

Jesús les contestó severamente, diciendo que seguiría enseñando y obrando sin cuidarse de Herodes, hasta completar su

misión. Los fariseos se pusieron tan atrevidos e irritados que el pueblo tuvo que rodear a Jesús: de este modo se alejaron llenos de enojo. Jesús continuó enseñando con palabras conmovedoras y llenas de ternura. Como muchos de los oyentes estaban rendidos por el viaje y otros habían consumido sus provisiones, mandó Jesús a los discípulos que trajeran panes, miel y pescados para que los repartieran entre ellos. Trajeron en grandes cestos estos alimentos. Se repartió entre los necesitados telas, mantas, géneros y vestiditos para niños. Las mujeres repartían estas prendas a las mujeres y niños, mientras los discípulos hacían lo mismo entre los hombres. Todo lo habían provisto las santas mujeres.

Jesús continuó enseñando a los nuevos llegados y las mujeres se retiraron al albergue para preparar la cena. Jesús les prometió enviarles a sus discípulos para repetirles sus enseñanzas, puesto que Él iba a retirarse por algún tiempo. Bendijo a los oyentes, los despidió y les dijo que al día siguiente por la mañana sanaría a los enfermos traídos. Permaneció largo tiempo aún con sus discípulos, les advirtió la manera de proceder de los fariseos y cómo debían guardarse de sus insidias. Muy tarde bajó con los suyos de la montaña para ir al albergue donde estaba preparada una comida para todos. Lázaro habló de la matanza de los galileos en el templo, que era la conversación común entre los discípulos, y dijeron también cómo algunas de las personas parientes de Juan Bautista, de Hebrón y de Jerusalén, habían ido a Macherus para rescatar la cabeza de Juan Bautista, pues ahora estaba la fortaleza desocupada y se estaba edificando allí.

Al tercer día por la mañana volvieron Lázaro y las mujeres a sus casas, mientras Jesús y sus discípulos fueron a las tiendas a ver a los enfermos que habían traído hasta cerca del albergue. Otras tiendas estaban aún al pie del monte donde había predicado Jesús. Jesús sanó ayudado de los apóstoles a todos los enfermos, los cuales no se alejaron hasta que estuvieron todos restablecidos. Los discípulos repartieron restos de telas y alimentos entre los necesitados. Los sanados llenaron el aire con sus cantos de alabanza y de acción de gracias; todos se alejaron para llegar a sus casas antes del comienzo del Sábado.

Jesús se dirigió hacia Garisima, como a una hora de camino al norte de Séforis, al final del valle. Envió delante a algunos discípulos para que preparasen el albergue; Él tomó un camino algo desviado, para evitar el encuentro con más enfermos. Los

he visto entrar por algún tiempo en la población de Kapharot, cerca de Jotapata. Por aquí pasaba un camino de Cafarnaúm a Jerusalén. En esta región anduvo Saúl poco antes de consultar a la adivina de Endor. De Kapharot a Garisima había como cinco horas de camino. Este lugar estaba rodeado de viñedos; tenía el sol por el Este y el Sur. Los discípulos enviados le salieron al encuentro en una parte del camino: habían preparado un albergue delante de la ciudad. Le lavaron los pies y comieron. Jesús se dirigió a la sinagoga y enseñó sobre el Levítico y el profeta Ezequiel. No hubo aquí contradictores. Todos estaban maravillados de su conocimiento de la ley y de sus admirables explicaciones. Después se retiró Jesús al albergue con los suyos. Comieron con Él algunos parientes venidos de Séforis. Habló de su próxima partida. Se reunieron aquí como un centenar, entre apóstoles y discípulos. Estaban los dos hijos de aquel Cirino de Chipre, ya bautizado, y otros judíos venidos de Chipre. Había una cantidad considerable de judíos que, de vuelta de las fiestas de Jerusalén, se disponían a volver a Chipre. Éstos escucharon su explicación del Sábado con admiración. Todos desearían a Jesús en Chipre, donde estaban radicados muchos judíos, en completo abandono religioso.

Jesús enseñó en Garisima sobre una colina: luego a solas con sus discípulos, de los cuales algunos habían estado ausentes, les repitió y aclaró sus enseñanzas y parábolas; repasó en general toda su enseñanza en modo fácil y sencillo, como a niños. Se retiró luego con los suyos a unas cuatro o seis horas de Garisima, hacia la montaña al Noroeste, y en una comarca solitaria pasaron la noche. Había allí rebaños de camellos, de asnos y de ovejas en las praderas, al Oeste de la montaña que corre en medio de la comarca. Las praderas están en zigzag entre colinas y alturas. En este lugar solitario había muchas palmeras y cierta clase de árboles que entrelazan sus ramajes, de modo que se podía estar bajo ellos como a cubierto de una choza. Allí vivían muchos pastores. Jesús empleó el mayor tiempo en oración y en instruir a sus discípulos. Volvió a repetirles muchas enseñanzas. Me llamó la atención que les dijera que no debían tener bolsas aparte con dinero y las entregaran al principal de cada grupo. Cada grupo de diez tenía un jefe. Les dijo cómo debían conocer los lugares donde podían hacer algún bien; que debían sacudir las suelas de sus sandalias en los sitios donde no los recibieran y cómo debían comportarse donde los recibían bien. En cuanto a lo que deberían responder, al ser preguntados,

que no se preocuparan, pues se les vendría a la boca lo que debían decir; que por lo demás, no se asustaran de nadie, pues sus vidas no estaban aún en peligro.

Yo veía con frecuencia a algunos hombres de largos bastones y especie de hachas que andaban por los valles: eran cuidadores de los ganados, porque solían venirse fieras desde la orilla del mar a devorar las ovejas.

Muy temprano, a la mañana siguiente, Jesús envió a sus discípulos. Antes les había impuesto las manos a algunos apóstoles y principales discípulos; a los demás sólo he visto que los bendecía. Los llenó a todos de nuevo vigor y fuerza. No fué ésta todavía una consagración, sino sólo un refuerzo y una ayuda. Les recomendó obediencia al jefe de cada grupo. Pedro y Juan no quedaron con Jesús: Pedro se dirigió al Sur, hacia Joppe, y Juan al Este, en dirección de Judea. Otros partieron a la Alta Galilea y otros a Decápolis. Tomás recibió la misión de ir a los gerasenos; se dirigió con un grupo de discípulos a la población de Asach, ciudad situada sobre una altura, entre dos valles, a nueve horas de Séforis. Había aquí muchos judíos levitas. Jesús se dirigió al Noroeste con cinco apóstoles, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes diez discípulos. Recuerdo haber visto a Judas, a Santiago el Menor, a Tadeo, a Saturnino, a Nathanael, a Barsabas, Asor Mnason y a los discípulos de Chipre. Caminaron el primer día unas seis a ocho horas. Había ciudades a derecha e izquierda, y varios grupos se dirigían a algunas de ellas. Jesús caminó, dejando a Tiro a su izquierda, a orillas del mar. Había señalado a los apóstoles y discípulos un lugar donde al cabo de treinta días debían volver a encontrarse. Pernoctó bajo el follaje, con sus acompañantes, como la noche anterior.

XXX

Jesús va a Ornitópolis y se embarca para Chipre

He visto después a Jesús con unos cincuenta acompañantes, discípulos y otros, caminando entre los peñascos y barrancos de una montaña. Una admirable vista: a ambos lados de la montaña se veían viviendas durante horas y horas: la gente vivía allí en cavernas y cuevas naturales, con frecuencia cubiertas con juncos y hierbas. De trecho en trecho habían levantado paredones para impedir desmoronamientos de la montaña.

Vivían aquí pobres familias paganas, que debían cuidar el camino e impedir el asalto de las fieras y animales en el poblado. Esta gente acudió a Jesús implorando su ayuda contra las fieras. Eran estas alimañas especies de lagartos de anchas patas, con manchas sobre el cuerpo. Jesús bendijo esa comarca y mandó a las bestias retirarse a un oscuro pantano allí cerca.

A lo largo del camino crecían muchos árboles de naranjas silvestres: era una región a unas cuatro horas de Tiro. Jesús repartió aquí a sus acompañantes, y mientras marchaba, siempre adelante, entre estos barrancos, iba enseñando a las gentes pobres que vivían en esas cuevas y refugios. El camino llevaba hacia el pequeño río Seontes, de claras aguas, que se echa en el mar a unas cuantas horas al Norte de Tiro. Un puente alto de piedra pasa por este río y al otro lado se encuentra un amplio albergue donde volvieron a encontrarse los discípulos con su Maestro. Desde aquí envió a algunos discípulos a las ciudades de la comarca Chabul, y a Judas Iscariote lo envió con algunos discípulos a Caná, junto a Sidón. Los discípulos tenían que entregar el dinero al jefe del grupo. Sólo a Judas le dió Jesús un dinero para su uso: conocía la avaricia de este apóstol, y no quiso ponerlo en la ocasión de sustraer acaso el dinero de sus compañeros. Había manifestado ya Judas su ansia de dinero, aunque se gloriaba de vivir como pobre y de hacer economía. Cuando recibió Judas el dinero preguntó a Jesús cuánto podía disponer para cada día. Jesús le contestó que el que vive pobremente no necesita ni precepto ni medida, pues lleva la conciencia consigo como ley.

En este albergue le esperaban unas cien personas de aquéllas que había consolado y enseñado en Ornitópolis y en Sarepta. En parte le habían seguido, en parte vivían aquí, donde habían levantado una sinagoga. Recibieron a Jesús y a los discípulos con gran contento; les levaron los pies y les dieron alimentos. Estaban vestidos de fiesta con ropas antiguas, llevaban barbas largas y manípulos. Tenían costumbres propias y usos al modo de los esenios. También los paganos del lugar se mostraron corteses, pues, en general, estiman a los judíos, cosa que en otros lugares no sucede, por ejemplo en la Decápolis. Estos judíos descienden de un hermanastro del patriarca Judá, que había sido perseguido por sus hermanos Her y Onán y refugiado en esta comarca. Su familia se mezcló con los paganos y no pasó a Egipto. Los paganos, con los cuales se habían casado sus hijos, habían deseado unirse en matrimonio con los hijos o los siervos

de Jacob, cuando éste vino a habitar aquí después del caso de Dina. Traspasaron los montes y se apersonaron humildemente a Jacob pidiéndole poder casarse con algunos de su descendencia, comprometiéndose a someterse a la circuncisión. Jacob los desechó absolutamente. Cuando el hijastro de Judá se vino a habitar entre ellos, lo recibieron amigablemente y sus hijos se casaron entre sí. ¡Cómo aparece la Divina Providencia! ¡El deseo de estos pobres paganos en la esperanza de la redención, mediante el casamiento con la raza elegida, se ve cumplido de modo imprevisto por el arribo de este hermanastro de uno de los hijos de Jacob!

A pesar de las mezclas con los paganos, una familia se había mantenido incontaminada y fué instruída en la ley por el profeta Elías que anduvo mucho tiempo en estas regiones. Salomón había intentado reincorporarlos con los judíos, pero no había podido conseguirlo. Ahora había como cien personas de pura descendencia entre ellos. Elías había juntado esta descendencia de un hermano de Judá, y en tiempos de Joaquín y Ana algunos maestros judíos fueron a esa comarca para instruírlos y mantenerlos en la ley y en las costumbres judías. Estas familias vivían allí y la Sirofenisa se juntó a ellos cuando se vió libre de su enfermedad. Se mantenían muy humildes y no se consideraban dignas de habitar en la tierra santa con los demás. El chipriota Cirino había hablado mucho de ellos a Jesús en Dabrath, y Jesús tomó ocasión de estas referencias para hablar ahora con ellos familiarmente.

Enseñó primeramente, delante de un albergue, a una multitud congregada bajo una techumbre de follaje. Este albergue pertenecía a los judíos o había sido contratado por ellos. Después enseñó en la sinagoga donde muchos paganos lo escucharon, pero desde fuera. Esta sinagoga era bastante hermosa y alta: arriba tenía una azotea desde donde he visto un extenso paisaje. Por la tarde prepararon los judíos comida de fiesta a Jesús. Todos se esmeraron en manifestarle su admiración y su gratitud, porque no había desdeñado Él en venir hacia ellos, como el buen pastor en busca de las ovejas descarriadas, para predicarles la salud. Tenían sus registros de genealogía bien ordenados: se los mostraron a Jesús y se alegraron mucho al constatar que tenían el mismo origen que Jesús. Fué una comida cordial: estuvieron todos presentes. Se habló mucho de los profetas, en especial de Elías y sus profecías sobre el Mesías, como de Malaquías y que ya era el tiempo del cumplimiento.

Jesús les declaró todas estas cosas y les prometió introducirlos en Judea. En efecto, más tarde los trajo al Sur de Judea, entre Hebrón y Gaza. Jesús tenía en esta ocasión un vestido blanco largo, para viajar. Se solía ceñir y levantar un tanto los vestidos cuando se disponía a viajar. No llevaban bultos: lo indispensable lo llevaban debajo del vestido, en torno del ceñidor. Algunos tenían bastones. Nunca he visto a Jesús cubrirse la cabeza, fuera del caso de ponerse la tela que solía llevar al cuello y que alzaba sobre la cabeza para protegerse contra los rayos del sol. Había en esta región una invasión de asquerosos animales, con alas de piel, de cuerpo manchados que volaban velozmente. Eran como enormes murciélagos, que de noche chupaban la sangre de hombres y animales. Provenían de lugares pantanosos y hacían mucho daño. De ellos he visto también muchos en Egipto. No eran los llamados dragones, ni tan espantables. Los dragones ran tan abundantes y se los veía sólo en lugares muy desiertos La gente vivía aquí de juntar nueces, castañas y otras bayas que colgaban como racimos de uva.

Desde el albergue se dirigió Jesús al puerto como a tres horas de Tiro. Allí se extiende una zona montañosa dentro del mar, como una isla: allí está la ciudad pagana Ornitópolis. Los pocos y buenos judíos que allí viven parecen servir a los paganos. He visto en los alrededores como treinta templos idolátricos. Me parece que toda la región del puerto pertenece a Ornitópolis. La Sirofenisa tiene allí tantas posesiones, edificios, tejedurías y aún barcos que me hace pensar que todo esto pertenecía a su marido y a sus antepasados. Ella no vive en Ornitópolis, sino en un castillo a la entrada. Detrás de Ornitópolis hay una altura y más allá está Sidón. Corre un riacho entre Ornitópolis y el puerto. Las costas entre Tiro y Sidón son en general escarpadas y agrestes, a excepción del puerto. Hay tantos barcos en el puerto que el conjunto parece otra ciudad.

La posesión de la Sirofenisa parece un conjunto de casas y campos, con industrias y fábricas, jardines y plantaciones, donde trabajan numerosas personas como siervos y esclavos. Se nota, con todo, que no hay ya tanta actividad, porque esta mujer quiere desprenderse de todo y que la gente se busque a otro patrón que los dirija. Ornitópolis está como a tres horas del lugar donde Jesús pernoctó; el de los judíos pobres está a sólo media hora de distancia.

Cuando Jesús va en línea recta desde aquí hacia el puerto, queda a su izquierda la ciudad de Ornitópolis. El lugar de los

judíos está más hacia Sarepta, que tiene el sol por la mañana, puesto que de este lado se levanta la montaña suavemente. En la parte Norte hay sombra y se está bien. Entre Ornitópolis, el lugar de los judíos y el puerto hay muchas casitas desparramadas, de modo que mirando desde la altura es raro pensar que todas estas edificaciones formaron en un tiempo una sola cosa. Con Jesús estaban aún Santiago el Menor, Barnabás, Mnasón Azor, los dos hijos de Cirino y otro discípulo de Chipre que habían presentado al Señor. Todos los demás apóstoles y discípulos habían partido en misión. Judas Iscariote fué el postrero en partir con su comitiva hacia la Gran Caná.

Jesús fué con sus acompañantes a la casa de la Sirofenisa, la cual se lo había rogado por medio de aquel pariente sanado. Se reunieron muchos allí; también enfermos, pobres y estropeados, a los cuales sanó. La posesión de la Sirofenisa con sus talleres, fábricas, jardines y dependencias formaba un conjunto grande, como nuestra ciudad de Dülmen. En muchas galerías de edificios, donde se podía andar, estaban extendidas telas coloreadas de amarillo, violeta, rojo y azul celeste. El amarillo lo sacan de una planta que cultivan allí mismo. Para el colorado y el violeta usan unos caracoles del mar: había allí grandes depósitos, donde los criaban y conservaban cuando los pescaban en el mar. Se cultivaba también el algodón, aunque no era originario del lugar, que en general no es fértil, como los de Tierra Santa, y hay sitios pantanosos.

Cuando se mira desde aquí al mar, parecería que está más alto que el conjunto de las tierras: se ve azulado, como levantado hacia el cielo. En las orillas hay árboles gruesos y oscuros, no muy altos, cuyas ramas se extienden mucho. Estas ramas negruzcas son generalmente vacías: están llenas de insectos y alimañas que encuentran allí su refugio.

Jesús fué recibido con mucha fiesta en la casa de la Sirofenisa. Mientras estaba sentado a la mesa, la hija de la viuda vino a derramar un perfume sobre la cabeza del Salvador. La madre regaló a Jesús varias telas, fajas y monedas de oro triangulares; la hija, monedas que estaban unidas entre sí. Jesús no permaneció mucho tiempo aquí; se dirigió al puerto, donde fué recibido jubilosamente por los judíos congregados y por los que habían regresado de Jerusalén y se embarcaban ahora para Chipre.

Enseñó en la sinagoga: muchos paganos quedaron afuera de ella escuchando. Al claror de la luna le acompañaron todos

hasta el puerto y allí se embarcó con ellos. Era una noche clara de luna. Las estrellas parecen de mayor tamaño que en otras partes. Había allí una pequeña flotilla: una barcaza recibió el equipaje, las mercancías y los animales, especialmente asnos. Diez pequeñas embarcaciones a remo llevaban a los que habían asistido a las fiestas de Pascua, y a Jesús con los suyos. Cinco de estas embarcaciones arrastraban a la barcaza que estaba unida a ellas por delante y los lados por largas sogas. Las otras barcas navegaban en torno. Todas tenían, como la de Pedro en el mar de Galilea, sitios levantados en torno del mástil, para remar y descansar. En una de las barcas atadas estaba Jesús sobre ese sitio levantado, y bendijo el mar y la tierra mientras se disponían a marchar. He visto a muchos peces seguir detrás de las barcas, algunos muy grandes con bocas de forma particular. Parecía que jugaban y mostraban sus cabezas como escuchando las palabras de Jesús, que enseñaba durante la travesía. El viaje resultó tan feliz y rápido, con mar tranquilo y óptimo tiempo, que todos, judíos y paganos, exclamaban: "¡Qué travesía tan feliz! Esto lo debemos a Ti, ¡gran Profeta!" Jesús, que estaba junto al mástil, les dijo que callaran y dieran la gloria sólo a Dios; les habló del único Dios y de sus obras, de la vanidad de los dioses paganos, de la proximidad de los tiempos, del tiempo ausente, y de la gran salud que había venido al mundo, aún para los paganos, llamados también al reino. Toda la enseñanza fué dirigida a los paganos que la escuchaban.

Las pocas mujeres que estaban en las embarcaciones tenían lugar aparte. Muchas personas sufrieron fuertes mareos durante la travesía: estaban en los rincones de las naves y tenían frecuentes vómitos. Jesús sanó a los que estaban en su barca; pronto se supo esto y los de las otras naves clamaban a Él por salud. Jesús los sanó a distancia a todos. Luego los he visto en la hora de la comida. Llevaban fuego en recipientes de hierro y en agua caliente derretían unas substancias claroscuras tajadas y enrolladas. Distribuían los alimentos a cada uno sobre platillos con borde y mango. En cada uno de estos recipientes había varios hoyos cavados donde se depositaban varias clases de alimentos, tortas y hierbas; el caldo o salsa se echaba encima.

Desde aquí a Chipre no se ve el mar tan ancho, como desde Joppe: no se ve más que agua. Las barcas llegaron hacia la mañana al puerto de Salamina: es un puerto seguro y muy ancho; las dos lenguas de tierra entran en el mar a ambos lados. La ciudad está como a media hora tierra adentro. No se conoce en

seguida porque todo ese espacio está lleno de jardines y arboleda. Había muchas embarcaciones. El barco donde habían llegado no pudo anclar porque la playa era como un alto paredón: calaba mucho y no pudo entrar. Echaron anclas a cierta distancia. En la playa había muchos barquitos que acudieron para transportar a los recién llegados: estos barquitos eran tirados con sogas hacia el puerto. En la barca donde llevaban a Jesús a la playa había sólo judíos, que lo recibieron con gran alegría.

En la playa se habían congregado muchos judíos de la ciudad, vestidos de fiesta. Esperaban la barca que habían visto venir de lejos y era costumbre recibir con regocijo a los que volvían de las fiestas de la Pascua de Jerusalén. Había allí ancianos, mujeres, doncellas y alumnos de las escuelas judías con sus maestros. Los niños llevaban flautas en las que tocaban aires alegres y llevaban astas con gallardetes de ramas y coronas de flores. Cirino, tres hermanos mayores de Barnabás y otros ancianos judíos recibieron a Jesús y a sus acompañantes, los llevaron a un lado del puerto y subieron sobre una hermosa terraza llena de verdor. Allí había tapices extendidos, palanganas con agua para lavarse y bandejas con bebidas refrescantes. Lavaron los pies a Jesús y a los suyos y les ofrecieron refrescos.

Fué presentado a Jesús un anciano judío, que era el padre del discípulo Jonás. Este anciano se echó en los brazos de su hijo, que volvía de Palestina y el hijo lo llevó a Jesús, delante del cual el anciano se inclinó profundamente. No sabía el anciano por donde había estado su hijo, pues el compañero de su viaje a Palestina había regresado mucho antes. Todos habían estado muy inquietos por la ausencia de este joven. Muchos se acercaban y decían: "¿Es él? ¿Ha venido?" Luego lo abrazaron y se lo llevaron aparte. La noticia de la matanza de los galileos por orden de Pilatos, que había tenido lugar en Jerusalén, ya había cundido, muy aumentada, y todos estaban en gran temor por los suyos. El lugar donde Jesús fué recibido era sobremanera hermoso. Por el Oeste se veía a distancia la ciudad con muchas cúpulas y edificios altos, dorados por el sol rojizo que se ocultaba. Hacia el Este se veían el mar y las montañas de Siria, que parecían nubes a la distancia. En torno de la ciudad de Salamina hay una pradera con muchos árboles altos, terrazas y otras dependencias. El suelo me pareció como arena o tierra fina; el agua potable no era abundante. La entrada al puerto no es abierta: está flanqueada por islotes fortificados; tiene una entrada ancha y otras angostas. Estas islas están llenas de pe-

queñas torres gruesas, semicirculares, con ventanas arriba por la cuales se puede observar cuanto sucede en los alrededores. Cuando se apartaron del puerto y caminaron una media hora hacia la ciudad, torcieron a la derecha y anduvieron por esos alrededores hacia el Norte. Cuando llegó Jesús con los suyos, ya estaban allí reunidos los recién venidos en un espacio libre en forma de terraza. El anciano jefe de la sinagoga estaba en un sitio alto para observar el orden. Parecía un capitán que pasara lista a los presentes. Se averiguó si alguno había sufrido daño en el viaje; si había quejas de unos contra otros y se habló de lo que había pasado en Jerusalén. Jesús y los suyos no estaban aún entre ellos. Jesús fué saludado solemnemente por ancianos y venerables judíos; en seguida dirigió la palabra a la multitud desde la altura y luego se encaminó cada uno con los suyos a su respectiva casa.

Delante de las dos calles de la ciudad judía estaban las espléndidas sinagogas, las habitaciones de los ancianos y rabinos y las escuelas, y a cierta distancia, el hospital con un tanque de agua. El camino a la ciudad estaba afirmado y cubierto de arenilla, con árboles muy frondosos a los lados. En la parte elevada donde se reunían los judíos había un árbol tan grueso y fuerte que podían sentarse varios hombres en sus ramas. Jesús y los suyos fueron llevados por el jefe de la sinagoga a unas salas cercanas donde pasaron la noche. Aquí sanó Jesús a un enfermo traído en una camilla. Esta casa era un lugar espacioso donde solían alojar a los rabinos que los visitaban. Estaba edificada al estilo de los paganos con columnas en torno. El interior era una gran sala con terraza arriba y en torno asientos para escuchar el sermón. En el piso bajo había camas enrolladas contra las paredes; se podían bajar las cortinas sujetas arriba y formar separaciones para dormir. En la terraza había plantas en tiestos y jarrones. El padre del joven discípulo llamado Jonás estaba también allí, aunque no vivía en esa misma ciudad; Cirino había partido con sus hijos a su propia casa.

XXXI

Jesús enseña en Salamina (Chipre)

A la mañana siguiente fué llevado Jesús por el anciano venerable y acompañado por los maestros al hospital edificado en torno de un jardín, en medio del cual había un gran estan-

que para el baño de los enfermos. El agua para beber, cocinar y usos domésticos la tenían en otros tanques donde echaban ciertas frutas para purificarla. Junto al estanque de los baños había plantaciones de hierbas medicinales. La tercera parte del hospital estaba ocupada por hombres. Jesús sanó a varios hombres enfermos, algunos de los cuales tenían enfermedades en la piel, o lepra muy leve. Éstos le siguieron a un lugar donde se habían reunido los demás judíos, donde Jesús enseñó sobre el maná y la manera de juntarlo en el desierto; les dijo que ahora era el tiempo del verdadero maná de la enseñanza y de la conversión, y que se le daría a ellos un nuevo pan del cielo dentro de breve tiempo.

Después dejaron los hombres el lugar, que fué ocupado por las mujeres. Vinieron muchas paganas que permanecieron a cierta distancia, separadas de las judías. Jesús enseñó a todas, porque había muchas paganas. Habló del único Dios, Creador del cielo y de la tierra, de la vanidad e insensatez de adorar a muchos dioses y del amor de ese único Dios a los hombres.

Después se dirigió con los suyos a la casa del jefe de los ancianos para una comida, acompañado de varios rabinos. Era un gran edificio de estilo pagano, con galerías, columnas y terrazas. Habían preparado una gran comida. Se veían muchas mesas bajo los pórticos; habían colgado gallardetes, coronas y arcos de triunfo con ramas y hojas. Era una fiesta para Jesús y para los que habían vuelto de Jerusalén. El anciano llevó a Jesús a un lado de la casa, donde lo presentó a su mujer que estaba con otras mujeres allí reunidas; también estaban presentes varios escribas y maestros. Después que estas mujeres, puestas el velo, saludaron con profunda inclinación a Jesús, mientras Él les decía palabras llenas de bondad, se acercó una tropa de niños adornados con coronas y guirnaldas, tocando música con sus flautas, y lo llevaron al lugar de la comida. La mesa estaba adornada con flores en tiestos y era algo más elevada que en la Judea. Se lavaron las manos. Entre otras comidas trajeron un cordero, que Jesús partió, distribuyendo las porciones sobre panes redondos como tortas. En realidad ya venía trinchado y compuesto como si estuviera entero. Vinieron nuevamente los niños con su música, entre ellos algunos ciegos y defectuosos. Siguieron a éstos un grupo de niñas, de ocho a diez años, con adornos y guirnaldas, entre ellas algunas hijas o nietas del dueño de la casa, todas vestidas con trajes blancos muy finos y hermosos. Los vestidos no son aquí tan

variopintos y abundantes como en Palestina. Las cabelleras eran largas, partidas en tres, y tenían al final adornos de perlas o semejantes a frutas para mantener los cabellos, generalmente rubios, recogidos. Algunas niñas llevaban una gran corona de flores y plantas; sobre la primera había otra formando el todo una corona que terminaba en un ramillete, especie de bandera. Me parece que no todas eran flores naturales, porque brillaba una parte de ellas como de seda y algodón, y había plumas de color y otros adornos. Las niñas llevaron esta corona al asiento de Jesús, mientras otras traían hierbas olorosas y perfumes en pequeños recipientes que depositaron delante de Él. Una niña del dueño de casa quebró un frasco de perfume sobre su cabeza y lo desparramó con un paño sobre los cabellos. Hacían todas estas cosas con mucha modestia, sin hablar, con los ojos bajos y sin mirar a los comensales. Jesús las dejó hacer y les agradeció con sencillas expresiones; después de lo cual las niñas se retiraron, sin levantar los ojos, al departamento de las mujeres.

He visto que Jesús no estuvo mucho tiempo en la mesa. Enviaba viandas y bebidas a las mesas de los más pobres, por medio de sus discípulos, que siempre servían a los demás. Después se levantó Él mismo e iba de mesa en mesa, enseñando, contando y distribuyendo alimentos a los pobres. Después de la comida el anciano llevó a Jesús, con los suyos y algunos maestros, hacia el acueducto y depósito en el Oeste. La ciudad tenía agua mala. Había allí grandes depósitos y cisternas: en algunos debía bombearse, en otros sacar con baldes. Los depósitos de los judíos estaban aparte. Le mostraron sus depósitos insuficientes, de malas aguas y le rogaron quisiera mejorarlas. Hablaron de un nuevo depósito que estaban haciendo y Jesús dijo que quería hacer bautizar aquí y cómo debían disponerlo para el caso. Luego se dirigieron a la sinagoga, porque ya empezaba el Sábado. Esta sinagoga era grande y hermosa, iluminada con muchas lámparas y ya estaba llena de gente.

Tenía en la parte superior terrazas escalonadas y podía oirse desde allí la enseñanza. Estos lugares estaban ocupados por paganos y muchos de ellos se habían metido dentro de la sinagoga, mezclados amigablemente con los judíos. La lectura y comentario refirióse al tercer libro de Moisés, que habla de los sacrificios y varias prescripciones. También se trató del profeta Ezequiel. Al principio leyeron algunos escribas y comentaba Jesús. Al fin enseñó de modo tan hermoso que todos

estaban admirados y conmovidos. Habló de su misión y venida, que pronto iba a terminar. Ellos pensaban que era un profeta, y aún algo más: debía ser, por lo menos, aquél que debía preceder al Mesías. Jesús les declaró que el precursor había sido Juan Bautista y habló de las señales del Mesías, por las cuales podían conocerle, sin decirles, sin embargo, claramente, que era Él. Con todo, ellos lo entendieron así y estaban llenos de reverencia y devoto temor.

Después Jesús estuvo con los suyos en casa del jefe de los ancianos;* y luego los llevaron a sus habitaciones. Jesús fué recibido aquí con gran amor. Todos se acercan a Él y quieren manifestarle su amor y reverencia. No hay aquí secta ni disputas ni cuestiones. Jesús sanó a varios enfermos en sus propias casas. Judíos y paganos viven en esta ciudad amigablemente, aunque cada cual en sus propios barrios. Los judíos ocupan dos calles. La casa de los hijos de Cirino es un gran edificio cuadrado: comercia con mercaderías en naves propias. Se ve otro tipo de edificación: muchas torres y puntas, muchas ventanas con rejas y toda clase de adornos sobre las casas. Trajeron a Jesús y a los suyos nuevas suelas y vestidos e hiciéronles diversos regalos. Jesús los usó hasta que los suyos estuvieron limpios; luego regaló los nuevos a los pobres del lugar. En la mañana del Sábado enseñó de nuevo en la sinagoga, muy hondamente, del tiempo de la gracia, del cumplimiento de las profecías: muchas personas lloraban llenas de emoción. Los exhortó a la penitencia y al bautismo. Este sermón duró de tres a cuatro horas. Después se dirigió con algunos maestros a la casa de Cirino, que le había invitado a comer.

La casa de Cirino estaba entre la ciudad de los paganos y la de los judíos. Salamina tiene ocho calles, de las cuales dos son de judíos. No caminaban por estas calles, sino por una que estaba entre unos y otros por la parte posterior de las casas, cerca de la gran puerta de la ciudad. Junto a esta puerta habíase congregado una gran multitud de paganos, hombres, mujeres y niños, que saludaron reverentemente a Jesús y a los suyos, desde cierta distancia, con temor respetuoso. Habían escuchado su enseñanza en la sinagoga y se habían reunido allí para saludarlo. No bien fué visible la casa de acercaron la mujer de Cirino y otras con los criados para saludar a Jesús y a sus acompañantes. Tenía Cirino cinco hijas, sobrinas y otros parientes. Todas sus hijas traían regalos: se inclinaban profundamente ante Él, ponían alfombras a sus pies y dejaban los regalos: cosas raras y

preciosas, perlas, arbolitos de corales y otros adornos. Parecía que cada una de estas hijas traía lo mejor que tenía para darlo a Jesús: lo que no pudieron presentarle a Él lo entregaron a sus apóstoles. La casa de Cirino es amplia, edificada al modo pagano, con antesalas, pórticos y terrazas con escaleras. En la terraza hay un verdadero jardín de plantas y flores en tiestos. Todo estaba adornado de fiesta. La mesa era más alta que en otros lugares: tenía un mantel y sobre él otro. Los asientos eran de estilo pagano, no tan estirados como los judíos. Además de Jesús y los apóstoles había otras veinte personas. Las mujeres comían en lugar aparte. Después de esta comida hicieron el acostumbrado paseo del Sábado, dirigiéndose a los depósitos de agua.

Jesús se hizo llevar, por medio del discípulo Jonás, a la casa de su padre situada, algo apartada, entre jardines. Es como una casa grande de labradores con reparticiones parecidas a un convento. El viejo es un esenio. Viven allí separadas varias personas, viudas, hijas o sobrinas, vestidas diferentes de los demás, con trajes blancos. Se presentaron con velos caídos. El anciano mostraba una alegría infantil y se hizo llevar por sus hijos a presencia de Jesús. No atinaba qué cosa podía dar a Jesús. No tenía tesoros que dar: mostraba todo lo que tenía, a su hijo, a sus hijas, como diciendo: "Señor, todo lo que tenemos es tuyo; yo mismo soy tuyo; mi hijo querido es tuyo". Invitó a Jesús a una comida para el día siguiente.

Luego se dirigió otra vez a los depósitos de agua y habló con el jefe sobre el arreglo de una fuente, que aún no tenía techumbre ni había recibido agua. Tenían que comprar y mendigar el agua a los paganos. Esta agua viene por canales, de una fuente que está en la altura, desde la montaña. Este nuevo pozo es poligonal. Se baja por escalones, y al apretar unos resortes sale el agua, llenando los recipientes cavados allí mismo. Todo el recinto está circundado y hay un lugar hermoso con sitial techado para la enseñanza. Muchos judíos y paganos se habían reunido allí y Jesús dijo que al día siguiente hablaría a aquéllos que deseaban ser bautizados. Los judíos hablaron mucho de Elías y de Eliseo, que anduvieron por estos lugares. A lo largo del camino habían situado a las madres con sus hijos, a los cuales Jesús bendecía. Cerróse la fiesta del Sábado en la sinagoga y Jesús enseñó acerca de los sacrificios, del tercer libro de Moisés y del profeta Ezequiel. Relacionó todo esto con lo que ahora se realizaba, de modo muy conmovedor. Habló del

sacrificio del corazón puro, cómo los demás sacrificios ya no podían servir y que debían purificar el alma sacrificando las propias pasiones y malas inclinaciones. No dijo nada contra ninguna prescripción de la ley. Sólo declaraba estas prescripciones en sentido espiritual: así hacía a la ley aún más santa y respetada. Preparó a algunos para el bautismo, exhortándolos a la penitencia, ya que el tiempo de la salud había llegado. Sus palabras, el tono de su voz, parecían como rayos vivos que penetraban las almas de los oyentes. Hablaba siempre sosegado, nunca apurado, a no ser cuando disputaba con los fariseos. Sus palabras eran entonces como flechas agudas y el tono de voz más severo con los fariseos. Su voz común es como la de un tenor, bien sonora: no tiene comparación con ninguna otra voz humana. Se le oye aún en medio de un alboroto, claramente, sin que tenga que levantar la voz. Las lecciones y las oraciones en las sinagogas suelen recitarse en una especie de tonada, como los corales de nuestras iglesias y las misas cantadas. A veces recitan cantando, contestando un coro a otro. Jesús leía las lecciones con la tonada de costumbre.

Después de Jesús comenzó a hablar a las turbas un anciano rabino. Tenía una larga barba blanca, era delgado, de rostro atrayente y amable. No era de Salamina, sino un maestro pobre y viajero, que iba de lugar a lugar por la isla, visitando a los enfermos, consolando a los presos, juntando limosna para los pobres, enseñando a los niños e ignorantes, consolando a las viudas y hablando en las sinagogas. Este hombre se sintió como lleno del Espíritu Santo y habló al pueblo dando testimonio de Jesús, como jamás le he oído hablar públicamente a un rabino. Les recordó todos los beneficios de Dios a sus padres y a ellos mismos y les dijo que debían agradecer todo esto: que tenían la dicha de vivir cuando había llegado semejante profeta como Jesús que se había dignado visitarlos en su isla. Les recordó las bondades de Dios con su tribu, la de Isacar, y los exhortó a la penitencia y a la conversión. Les dijo que Dios no sería ya tan riguroso como lo fué con los adoradores del becerro de oro. No puedo dar todo el conjunto de las cosas que dijo; quizás muchos de esta tribu pertenecían a los adoradores del becerro. Habló admirablemente de Jesús: que era más que profeta; que no se atrevía a decir quien era en realidad; que había llegado el tiempo de la promesa; que todos debían considerarse dichosos de haber escuchado semejante enseñanza de tales labios, expre-

sando la esperanza de haber vivido hasta cumplirse las esperanzas de Israel.

Entre los oyentes se produjo una gran conmoción y muchos escuchaban llorando. Este discurso transcurrió en presencia del mismo Jesús, que escuchaba callado, mezclado entre sus discípulos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del anciano, donde reinó animada conversación. Los presentes rogaban a Jesús que se quedase con ellos. Hablaron de las palabras de algunos profetas, de persecuciones y dolores que atribuían al Mesías, decían ellos. Esto ciertamente no había de suceder a Él.

Le preguntaban si Él era el precursor del Mesías. Jesús habló de Juan como tal, y dijo que Él no podía quedarse entre ellos. Uno de los presentes, que había estado en Palestina, comenzó a hablar del odio y mala voluntad de los fariseos contra Jesús, expresándose severamente contra ellos. Jesús le reprendió su dureza, se expresó disculpándolos y se pasó a otro asunto. Al día siguiente Jesús preparó en el hospital y luego junto a la fuente a los que iban a bautizarse. En el hospital varios bautizandos le confesaron privadamente sus pecados. Jesús mandó apartar agua en varios baldes para el bautismo de estos enfermos. En la fuente donde iban a ser bautizados se había reunido mucha gente, entre ella numerosos paganos. Algunos ya habíanse puesto en camino hacia este lugar durante la noche. Jesús enseñó debajo de una tienda, hablando de su misión, de la penitencia, del bautismo y de la oración del Padrenuestro.

XXXII

El jefe romano de Salamina

Mientras estaba Jesús enseñando llegó un soldado pagano y habló al jefe de los ancianos diciendo que el gobernador romano deseaba hablar con el nuevo Maestro y lo invitaba a verlo. Dijo esto con cierto aire de queja porque no le hubiesen presentado antes al recién venido Maestro Jesús. Por medio de un discípulo se lo hicieron saber a Jesús en una pausa en la predicación. Contestó que iría y siguió enseñando. Al concluir se dirigió con los suyos y algunos ancianos adonde los llevaba el mensajero. Hicieron un camino como de media hora, por el sendero recorrido por Jesús desde el puerto hasta la puerta principal de Salamina, que era un arco con hermosas columnas. Cuando pasaban, desde los muros y jardines miraban los pa-

ganos curiosamente hacia Jesús; otros se asustaban y se escondían entre las matas o tras las casas. Llegados a Salamina se dirigieron hacia una plaza amplia. Muchas personas miraban curiosamente desde las galerías, puertas y ventanas. En algunos ángulos de las calles había madres con sus hijitos, paganas que se inclinaban, veladas, al pasar Jesús, y los niños salían de en medio de ellas y presentaban al Señor y a sus acompañantes pequeños regalos consistentes en cajas de perfumes, hierbas aromáticas puestas en pequeñas tortas y objetos perfumados, como estrellas y otros. Parece que era una costumbre y una muestra de respeto. Jesús quedó pocos instantes, con mirada de bondad seria ante estas demostraciones y bendecía a las criaturas tocándolas. He visto en diversos lugares imágenes de sus dioses, que no eran como en Roma y en Grecia, ídolos en figuras humanas, sino en formas aladas o con escamas, y también niños fajados, como había visto en Tiro, Sidón y Joppe. A medida que iban entrando en la ciudad se iba engrosando el grupo que rodeaba a Jesús, y cuando llegaron a la amplia plaza salieron otras gentes. En el centro de esta plaza hay un hermoso pozo, al cual se baja por escalones: en el medio de la fuente saltaba el agua. Levantaron una techumbre sobre el pozo. Alrededor hay árboles, arbustos y flores. La entrada al pozo está cerrada. La gente obtiene por privilegio el permiso de sacar agua de allí, porque es la mejor que tienen y la usan como medicina.

Enfrente está el palacio del gobernador: tiene galerías y columnas. Bajo un techo con columnas, en un espacio abierto, estaba el gobernador sobre un asiento de piedra, aguardando la venida de Jesús. El gobernador era un militar romano. Estaba vestido de blanco, con bandas coloradas; una túnica que terminaba en borlas y tiras, y tenía las piernas cruzadas con correas. Llevaba un manto corto y sobre la cabeza un sombrero como la bacía de un barbero. Era un hombre robusto, bien formado, de barba negra, corta y ensortijada. Detrás de él y a los lados había soldados romanos. Todos los paganos estaban admirados de su respeto delante de Jesús. Al llegar Jesús, bajó de su asiento, tomó la mano de Jesús con un pañuelo y la apretó con la otra mano que tenía al cabo del pañuelo, mientras se inclinaba un poco. Luego subió con Jesús a la terraza, donde, lleno de alegría, le hizo una serie de preguntas curiosas. Por ejemplo: que había oído decir que era un Maestro muy sabio; que Él guardaba la ley de los judíos; si era cierto que había hecho tan grandes maravillas como contaba la gente. ¿Quién le daba poder para

hacer tales cosas? ¿Era acaso el Consolador, el Mesías prometido de los judíos? Ya que los judíos esperaban un rey, ¿acaso era Él ese rey? ¿Con qué fuerzas contaba para inaugurar su reino? ¿Tenía en alguna parte sus soldados? ¿Acaso quería juntar gente en Chipre para su reino? ¿Aún pasaría mucho tiempo antes de mostrarse en todo su poder? Todas estas preguntas hizo el gobernador con cierta ansiedad y marcado interés, lleno de cierto temor y reverencia. Jesús respondía sólo con generalidades, sin precisar, como solía hacer generalmente con las autoridades. Como: "Tú lo dices. Así se cree. El tiempo de la promesa está por cumplirse. Los profetas lo anuncian así". A la pregunta sobre su reino y sus soldados, contestó que su reino no era de este mundo. Los reyes de la tierra necesitan soldados. Él reunía las almas de las gentes para el reino de su Padre celestial, que es el Creador del cielo y de la tierra. Mezcló así muchas palabras, llenas de profunda significación, y el gobernador quedó muy admirado de sus palabras y de su modo de ser. Había mandado traer un refresco junto al pozo y convidó a Jesús y a los suyos a acompañarlo. Miraron la fuente y tomaron algún alimento que depositaron sobre una mesa de piedra con mantel. Había allí varias tazas de un jugo oscuro, en las cuales mojaban sus tortas. Comieron confituras y lonjas de queso largas como de un codo, frutas y pasteles en formas de estrellas y de flores. Pusieron también pequeños vasos de vino. Otros recipientes parecidos a los de Caná, pero pequeños, fueron llenados con el agua de la fuente. El gobernador habló de Pilatos, de su crueldad en el templo y de su modo de obrar con disgusto; se refirió también a la ruina de las obras del acueducto de Silo. Jesús tuvo una conversación con él sobre el agua y las diversas fuentes, claras o turbias, amargas o salobres; de la gran diferencia de sus virtudes y como se reúnen en los pozos; y así vino a hablar de los paganos y judíos, del agua del bautismo y del renacimiento del hombre por la penitencia y la fe, y cómo de esta manera se hacen todos hijos de Dios. Fué una conversación admirable que me recordó la mantenida con la Samaritana. Sus palabras produjeron profunda impresión en el gobernador, el cual es amigo de los judíos, y desde ahora desea oír con frecuencia a Jesús. No había aquí tanta separación entre judíos y paganos; los judíos más inteligentes y los discípulos de Jesús tomaban alimento con los paganos, aunque lo hacían siempre en sus recipientes particulares.

A la vuelta saludaron a Jesús muchos paganos, más reverentes aún que al principio, puesto que el gobernador les había dado el ejemplo. Hay en el país muchas flores; veo que hacen también flores artificiales de seda, algodón y plumas de colores. Ahora veo a los niños, a quienes había bendecido Jesús, presentarse adornados de flores. Las niñas y los niños estaban con vestiduras cortas y escasas; algunos niños pobres no tenían más que una tela en torno del cuerpo. Las niñas de familias más acomodadas tenían vestidos amarillos con flores multicolores; en la cabeza como coronas de flores artificiales. Debe haber aquí también una industria de sedería, pues veo muchas moreras con gusanos de seda.

XXXIII

Jesús en casa del padre del discípulo Jonás

Cuando Jesús llegó a la casa del esenio, padre de Jonás, estaban allí sólo sus discípulos y algunos maestros. Fué recibido con el lavado de los pies. Pasó aquí todo muy llanamente, en contraste con los servicios anteriores. Forman estas familias esenios que se casan, pero viven muy sencillamente y son muy continentes. Las mujeres viudas eran casi todas hijas del anciano esenio, y vivían en la casa de éste. Jonás fué el último de sus hijos: la madre había muerto en su nacimiento. Por eso el anciano amaba mucho a este hijo y había estado muy preocupado durante la ausencia de Jonás en un año entero. Ya lo lloraba por muerto, cuando Cirino, en uno de sus viajes a Palestina, se encontró con él y llevóle noticias a su padre. Jonás había viajado como peregrino para ver los lugares santos y había estado en la Judea con los esenios. Visitó el sepulcro de Jacob en Hebrón y el de Raquel entre Jerusalén y Belén, que entonces estaba casi en el camino: ahora está a un lado. Visitó a Belén, el monte Carmelo y el Tabor. Oyendo hablar de Jesús escuchó su enseñanza en la montaña antes que el Señor entrase en el país de los gergesenos. Más tarde estuvo con los hijos de Cirino en Dabrath y en Gabara, recibido allí como discípulo por Jesús y ahora había vuelto con Él a su patria, Chipre.

La comida tuvo lugar en un jardín, en torno de una elevación cubierta con mantel. Los divanes y asientos se habían acomodado con tapices y alfombras. La comida consistió en tortas, jaleas, hierbas en salsa, carne de cordero, frutas y bebidas en

vasos pequeños. Las mujeres estaban aparte, pero más familiarmente que en Palestina. Después de la comida escucharon sentadas, a cierta distancia, las enseñanzas de Jesús. Creo que este jardín es un lugar de oración para los judíos. Forma toda la familia como una comunidad de esenios. Viven de la agricultura, del ganado, del hilado y del tejido. Jesús se dirigió hacia la fuente de bautismos, donde preparó a muchos judíos con una enseñanza sobre la penitencia. He visto bautizando a Barnabás, Santiago y Azor. Antes del bautismo he visto que Jesús echó un poco del agua del Jordán donde Él había sido bautizado, que habían traído los discípulos, y luego bendijo la fuente. Después del bautismo se recogió el agua sobrante y los nuevos bautizados se vistieron mantas pequeñas de color blanco.

Más tarde he visto a Jesús entre jardines y paredes donde lo esperaban algunos paganos, preparados por Cirino, que pedían ser bautizados. Jesús apartaba a algunos del grupo para hacerle conocer sus pecados y luego unos treinta fueron bautizados por Barsabás dentro de esos jardines, con agua que Jesús había bendecido antes. Además de las dos calles ocupadas por los judíos, hay en Salamina un barrio completo de judíos. A un lado de la ciudad hay como una fortaleza, y en la ciudad muchos templos, especialmente uno muy grande. Se puede subir a él por dentro y por fuera: adentro hay muchas columnas y una tan gruesa que tiene en su interior escalones hasta arriba. A unas horas de Salamina veo otra ciudad importante. Al Oeste veo acercarse una tropa de gente, que estaba acampada en tiendas. Deben haber venido de otros países, quizás de Roma. Hay mujeres entre ellos; tienen bueyes con anchos cuernos y cabezas más bajas que los nuestros: llevan cargas en los lomos. Creo que han venido por motivo de la cosecha, trayendo mercaderías para cambiar por trigo y alimentos. Al día siguiente por la mañana Jesús dió un largo sermón a judíos y paganos junto a la fuente bautismal.

Con ocasión de la cosecha, de la multiplicación de los granos de trigo, habló de la ingratitud de los hombres que no piensan en estas maravillas de Dios, y cómo esta ingratitud y olvido de Dios en los hombres será castigada a semejanza de la paja que se arroja al fuego. Les enseñó que así como de unos pocos granos y de uno proceden otros muchos y aún toda una cosecha, así todo viene de Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, Padre de todos los hombres, su Bienhechor, Premiador de los buenos y Castigador de los malos. Les reprochó que en lugar

de dirigir sus preces al Dios único, adoraban ídolos, y que olvidando a Dios y a sus obras maravillosas, admiraban y honraban a cualquier charlatán obrador de artificios mágicos. Su enseñanza se extendió a los dioses que adoraban y a la confusión y perversidad de donde se originaron estos falsos dioses. Pasó a hablar en particular de algunos dioses que ellos veneraban. Dijo: "¿Quién es éste? ¿Quién es aquél? ¿Quién es aquel otro? ¿Quién es el padre de éstos?" Les fué enumerando toda la perversidad, confusión y maldad de estos llamados dioses y su origen, y como todo esto proviene del reino del error y del padre de la mentira. Les declaró muchas cosas que ellos no sabían y aspectos que ignoraban completamente. La enseñanza fué severa, pero dada con tanta gracia y buen modo, que todos estaban admirados, y no suscitó protesta. Habla a los paganos siempre más bondadosamente que a los judíos. Se refirió al llamamiento de los paganos al reino de Dios y cómo muchos extranjeros ocuparían los puestos que los hijos del Padre de familia habían rehusado, rechazando la salud.

Se hizo una pausa cuando Jesús tomó algún alimento, y el pueblo comentaba entre sí la enseñanza oída. Se adelantaron entonces algunos filósofos paganos para preguntar cosas que no habían entendido y otras que sabían de sus antepasados, sobre Elías, que había estado en la isla de Chipre. Jesús les aclaró lo que deseaban saber y luego habló del bautismo y de la oración en relación con la cosecha y el pan de cada día. Muchos paganos estaban conmovidos y pensativos; otros se retiraron porque no les convenía oír lo que Jesús hablaba. Más tarde he visto bautizarse muchos judíos junto a la fuente donde Jesús había bendecido el agua. Iban adelantándose; había siempre tres cerca la fuente: el bautizador, el bautizando y el padrino; estaban en el agua hasta medio cuerpo.

Jesús se dirigió después con los suyos y algunos maestros a media hora más al norte, a la ciudad de los judíos. Le siguieron muchos oyentes y Él hablaba con uno u otro grupo. El camino subía a veces; había valles y praderas. Hay árboles muy grandes y frondosos en cuyas ramas se puede descansar al fresco. En lontananza se ven varias aldeas y las mieses que amarillean. Otras veces el camino cruza por los lugares donde hay cuevas cavadas en las rocas habitadas por trabajadores del campo. Delante de esa población judía hay un albergue y un recreo donde entró el acompañamiento de Jesús. Los demás se volvieron por su camino. Los apóstoles lavaron los pies a Jesús

y luego se arreglaron los vestidos de viaje para entrar en la población. Mientras se lavaban los pies, yo vi a un lado de la calle principal un gran galpón donde había una cantidad de mujeres judías y doncellas que separaban frutas, ordenándolas y guardándolas. Parecían esclavas u obreras que hacían este trabajo con las frutas que otros traían de los huertos. Había toda clase de frutas grandes y pequeñas: separaban las buenas de las malas, las dividían y a otras las ponían sobre el algodón. He visto otras mujeres ocupadas en la cosecha y trabajo del algodón. Las mujeres iban siempre por la calle cubiertas con velo. En el galpón había varias divisiones: parecía un negocio para este trabajo, y separaban también el diezmo y lo que debían dar a los pobres. Había un activo comercio.

Jesús se dirigió con los suyos a casa de los rabinos junto a la sinagoga. El más anciano lo recibió cortesmente, pero con marcada reserva. Le ofreció una bebida y habló de la fama de su nombre y de su visita a esta comarca.

La presencia de Jesús se conoció pronto y los enfermos pedían su ayuda. Jesús se dirigió con los rabinos a la casa de aquéllos y sanó a muchos de ellos, los cuales le seguían alabando a Dios y a Jesús. Jesús no lo permitía y les mandaba que callaran las alabanzas. En la calle se le acercaban las mujeres con sus criaturas, pidiendo que las bendijera. Algunas madres traían a sus hijos enfermos, y Jesús los sanó. Así pasó la mañana, y por la tarde los rabinos lo invitaron a una comida en su honor, que coincidía con la fiesta del principio de la cosecha. Fueron servidos los pobres y los obreros. Jesús les alabó esta bella costumbre. Eran traídos por grupos del campo y recibían el alimento en mesas largas que parecían de piedra. Jesús les servía a veces con sus discípulos, mientras los instruía con parábolas y breves comparaciones. Había varios maestros judíos; pero en general no eran tan sinceros y sencillos como los judíos que lo albergaron en Salamina. Tenían algo de farisaico: cuando se vieron más confiados le preguntaron si no le hubiese sido más cómodo quedarse en Palestina, qué buscaba entre ellos, y si pensaba quedarse largo tiempo. Tocaron también otros puntos de su enseñanza y de su misión y viajes, cosas que los fariseos de Palestina le solían reprochar. Jesús les respondía, según convenía, a veces severo, pero cortésmente, como lo habían recibido. Les dijo que había venido para ejercer las obras de caridad como su Padre celestial quería. Sus palabras eran severas: mientras alababa en ellos lo que era caridad con

los pobres y obreros, reprobaba lo que era hipocresía. Era ya muy tarde cuando Jesús volvió con los suyos. Los rabinos lo acompañaron hasta la puerta de la ciudad.

XXXIV

La sacerdotisa Mercuria. Los sabios paganos

Cuando Jesús regresó al albergue se presentó un sabio pagano, y lo invitó a dar unos pasos con él en un jardín, donde lo esperaba una persona que invocaba su necesidad. Jesús se dirigió con los suyos a ese sitio, y como viese a una mujer pagana allí, entre la pared y el camino, que se inclinaba ante Él, dejó un poco atrás a su acompañante y preguntó a la mujer qué deseaba. Era una mujer muy particular: sin instrucción, muy metida en las cosas del paganismo y en los cultos abominables de los dioses paganos. Le había sobrevenido una inquietud en presencia de Jesús: tenía el sentimiento interior de que estaba en el error. Pero carecía de fe sencilla y tenía un modo singular de culparse. Dijo a Jesús que había oído contar que había sanado a la Magdalena, y a la mujer enferma de flujo con solo que ella hubiese tocado el ruedo de sus vestidos; y pedía ella también ayuda pues no quería permanecer al servicio de la diosa del lugar. Reconocía que las exigencias de ese culto pagano eran perversas. Pedíale que la sanara y mejorara; pero añadía que quizás no podía recibir salud porque su enfermedad no era corporal. Dijo que estaba casada y tenía tres hijos, de ellos uno fuera del matrimonio, y que tenía relaciones con el gobernador. Dijo que cuando ayer estuvo Jesús con el gobernador romano, ella, que miraba a través de una ventana, vió un resplandor en torno de la cabeza de Jesús, y que por esto se había sentido cambiada en su interior. Pensó que esto tal vez sólo fuera admiración o amor a su persona, pero que se había sentido desfallecer, y al volver en sí, había visto de pronto toda la perversidad de su mal proceder y ya no podía encontrar paz ni tranquilidad. Añadió que había preguntado de su Persona y sabía que había mejorado a Magdalena y sanado a Enue, la mujer de flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Ahora pedía, si le era posible, la sanara de su mal. Jesús le dijo que Enué había tenido una fe sencilla; que sin hablar ni pedir se había acercado y tocado la orla de su vestido con fe firme, y sanó: su fe la había salvado. Esta tonta volvió a preguntar cómo pudo saber Él que le habían tocado y que había sanado la mujer;

no tenía idea alguna del poder de Jesús; con todo, pedía de corazón remedio para su mal. Jesús la despachó, diciéndole dejara su mala vida; le habló de Dios Todopoderoso y le recordó el mandamiento: no fornicar. Le habló de la perversidad del culto de su llamada diosa, que hasta su conciencia se rebelaba y le dijo cosas tan serias, al mismo tiempo con tanta bondad, que la mujer se alejó llorando y llena de arrepentimiento. Esta mujer se lamaba Mercuria, era bien formada y de unos 25 años de edad. Estaba envuelta en un gran manto blanco; blancos eran también sus demás vestidos y tan estrechos que parecen formar parte de su persona.

Al día siguiente hubo bautismos todo el día junto a la fuente. Los apóstoles bautizaban y Jesús enseñaba y preparaba a los bautizandos. Les habló en parábolas de la cosecha, del pan de cada día, del maná, del pan de la vida que vendría más tarde y de la unidad de Dios. He visto luego a Jesús enseñando a los obreros que se turnaban en los trabajos de la cosecha. Muchos judíos habían venido por oirle y vivían ahora bajo tiendas. Habían traído en sus cabalgaduras a sus enfermos que estaban bajo los árboles en las cercanías del lugar donde predicaba Jesús. El Señor sanó allí a unos veinte enfermos de varias dolencias. Cuando llegó cerca de la fuente fué interrogado por algunos de los sabios paganos que habían oído su predicación. Pidieron explicaciones diversas, hablaron de sus dioses, especialmente de su diosa que había surgido del mar y de otro de sus dioses que tiene cuerpo de pez, que llaman Derketo. Preguntaron también sobre lo que contaban de Elías, que había estado en la isla, el cual había observado una nube que se levantaba del mar y todos decían que era una Virgen; que ellos querían saber donde está esa Virgen puesto que ellos saben que de Ella debe venir el Salvador y el reino del Universo: según sus cálculos había llegado el tiempo de su aparición. Mezclaban con esto la creencia de una estrella que su diosa había dejado caer sobre Tiro: si esa era aquella nube anunciada. Uno de ellos añadió que había oído decir que en Judea hay ahora un agitador que aprovechando estas cosas se despacha como si fuese ese rey. Jesús no dijo que era Él, sino sólo que ese hombre de que hablaban no era ningún agitador; que se decían muchas cosas falsas de Él y que el que ahora preguntaba sobre ello estaba muy mal enterado. Añadió que ya era el tiempo en que se cumplían las profecías.

El hombre que preguntaba era algo mal intencionado y charlatán; no sospechaba siquiera que estaba hablando con el

mismo Jesús del cual hablaba mal: hablaba sólo de lo que había oído contar mal a otros. Estos filósofos sospechaban algo de la verdad y tenían cierta creencia en sus dioses, de los cuales pretendían explicar diversas significaciones. Pero todas las personas relacionadas con sus relatos de dioses estaban mezcladas y hasta la nube vista por Elías era confundida con la Madre de Dios. Llamaban a su diosa Derketo y la tenían por reina del cielo. Decían que de ella había venido toda ciencia y alegría a la tierra, que había predicho todas las cosas y que se había arrojado al agua para aparecer luego como pez y estar con ellos para siempre: que todo esto había sucedido en realidad. A la hija de esta Derketo, tenida durante el culto sagrado, la llamaban Semíramis, la omnipotente reina de Babilonia. Era cosa admirable que yo viera entretanto la vida entera de Derketo y Semíramis como habían vivido en realidad, y estaba allí impaciente por decir a esos filósofos todo su error y sus falsas creencias. Me parecían estos filósofos tan estúpidos porque no viesen todo esto como había sido, y me parecía entonces todo tan claro que lo podría contar como lo había visto. Luego pensaba yo: "Tú no debes meterte con ellos; son sabios y sabrán mejor que tú". Con estos y otros pensamientos estuve varias horas.

Jesús les declaró todo su error y sus extravagantes suposiciones. Les contó la historia de la creación del mundo, de Adán y Eva, del pecado, de Caín y Abel, de los hijos de Noé, de la torre de Babel, de la separación de los malos y del aumento de su corrupción, y cómo luego, llevados del deseo de unirse y vincularse con Dios, inventaron tantos ídolos e introdujeron la diosa Sira. Les dijo que la promesa de la simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, se había mezclado y confundido en mil formas y que de esa fuente impura ellos habían bebido sus conocimientos fragmentarios y confusos. Les habló de la vocación de Abrahán, del pueblo elegido por Dios, de los hijos de Israel, de los profetas, de Elías y su profecía, y de la época presente que era el tiempo del cumplimiento de la promesa. Les habló tan fácil, sencilla y naturalmente que varios de ellos comenzaron a entender muchas cosas, mientras otros no salían del enredo de sus conocimientos confusos y fragmentarios.

Jesús estuvo hablando con ellos hasta la una de la tarde. Algunos se convertirán. Están tan envueltos en sus creencias y fábulas que no encuentran salida. Jesús les dejó alguna luz en sus

mentes, haciéndoles comprender cómo aun en las peores aberraciones, queda siempre algún rastro de los designios de Dios con los hombres. Les mostró cómo en medio de los peores errores de los hombres, Dios había conservado una raza elegida para formar un pueblo de donde debía salir más tarde el Salvador de la humanidad. Les dijo que el tiempo había llegado y que era hora de hacer penitencia y de hacerse bautizar para renacer a una nueva vida espiritual.

Antes de esta conversación con los filósofos, Jesús había enviado a Barnabás con otros discípulos a Cythrus, donde vivía la familia de Barnabás. Jesús permaneció con el discípulo Jonás y otro de Dabrath, y con ellos fuése a una comarca, a media hora, muy fértil, donde había obreros ocupados en la cosecha. La mayoría eran judíos, cuyas chacras estaban en esta región. La comarca es muy hermosa, cultivada algo diferente de lo que se acostumbra entre nosotros. El trigo crece en ciertos lugares altos y hay praderas con frutales y olivares y ganado. Almacenan el agua en los valles. Veo vacas negras, sin cuernos, y toros con jibas, de andar pesado y anchos cuernos: los usan para llevar mercaderías; hay muchos asnos, grandes ovejas y carneros. Las casas y galpones están desparramadas en las praderas. Tienen una muy hermosa escuela y cátedra pública para la enseñanza y un maestro. Acudió gente a la fiesta del Sábado, en la sinagoga de Salamina, junto al albergue, donde enseñó Jesús. El camino es muy ameno. Cuando ven a Jesús, a quien ya conocen, dejan el trabajo, sus instrumentos de labranza y su sombrero de corteza con que se precaven del sol y acuden en grupos. Se inclinan reverentes ante Él; algunos se echan de bruces al suelo. Jesús los saluda, los bendice y ellos vuelven a su trabajo. Como se acercara a la escuela, el maestro le salió al encuentro con algunos principales de la ciudad, llevó a Jesús junto al pozo, le lavó los pies, sacudió y limpió su manto y le ofreció bebida y comida. Con estos hombres y otros que habían venido de Salamina, Jesús pasó de campo en campo, enseñando con parábolas sobre la siembra y la cosecha y la separación del trigo de la cizaña y de la mala hierba que se echa al fuego. Cuando terminaba en un grupo, éste volvía al trabajo, y Jesús pasaba a otro.

Los hombres cortaban los haces de trigo y los alcanzaban a las mujeres, que venían detrás de ellos: éstas los ataban y los transportaban a un lugar destinado. Las mieses más bajas, quedaban en pie; pasaban luego mujeres pobres del lugar, que las

cortaban y las guardaban, como también las que caían en el suelo durante el trabajo de los segadores. Estas mujeres llevan la cabeza cubierta o no, según sean casadas o doncellas, y se protegen contra el sol con un sombrero de corteza. Jesús anduvo así hasta media hora de camino entre estos labradores; después regresó a la fuente de la escuela donde les ofrecieron, a Él y a los suyos, una specie de jugo, miel, panecillos, frutas y bebidas en pequeños recipientes. El pozo de agua es verdaderamente muy bello, y está rodeado de hermosos árboles. Se bajaba a él por muchas gradas y había un fresco muy agradable a pesar del calor del estío. En sitio aparte vivían las mujeres que preparaban la comida a los trabajadores; venían cubiertas con su velo. Jesús les enseñó el Padrenuestro, explicando sus peticiones. Por la tarde se reunieron los segadores en la escuela, donde Jesús explicó las parábolas antedichas, hablando del maná, del pan de cada día y del pan del cielo. Luego visitó con un maestro y otros las casas de los enfermos, sanando a muchos que yacían en pequeñas piezas pegadas a las viviendas habitadas.

De este modo llegó Jesús a casa de una mujer enferma de hidropesía. Su casa era tan pequeña casi como la cama donde estaba tendida. El techo era desarmable. Se acercaron hombres y mujeres y sacaron el techo. Jesús le preguntó: "Mujer, ¿quieres sanar?" Ella contestó con humildad: "Como el Profeta lo quiera, lo quiero yo también". Jesús le dijo: "Levántate, tu fe te ha salvado". Se levantó la mujer y dijo: "Señor, conozco tu gran poder; muchos han querido sanarme y no han podido". Dió gracias con los de su familia, y alabó a Dios, y muchos vinieron y se admiraban de verla sana. Jesús volvió al lugar de su enseñanza.

Mientras tanto he visto en Salamina a Mercuria en gran agitación, paseándose de un lado a otro en el interior de su casa. Lloraba, se estrujaba las manos y permanecía largo tiempo abismada en un rincón. Su marido, que parece un tanto retardado, y su sirvienta, la tenían ahora por loca. Pero Mercuria está llena de arrepentimiento y piensa cómo podrá abandonar esta su vida y juntarse con las santas mujeres de Palestina. Tiene una hija de ocho años, otra de nueve y un niño de cinco. Su casa está junto al templo, es grande, con gruesas murallas, muchas habitaciones para la servidumbre, con terrazas y jardines. La llaman para que vaya al templo, pero ella se resiste diciendo que se encuentra enferma. El templo es un edificio grande, con columnas, cámaras para sacerdotes y bóve-

das. Adentro hay una enorme figura de la diosa, que brilla como oro: es un cuerpo de pez, con cabeza y cuernos como de vaca; tiene delante de sí otra figura sobre cuya espalda ella pone su corto brazo. El ídolo está sobre una altura y tiene aberturas donde se quema incienso o cosa parecida. Se ofrecen niños mal conformados. La casa de Mercuria es la que fué un día la vivienda del padre de Santa Catalina, que se llamaba Costa. Santa Catalina nació y se crió allí. Su padre era descendiente de un príncipe de Mesopotamia, premiado por sus servicios en la guerra, con posesiones en Chipre. Estando en Chipre se casó con la hija del sacerdote pagano, a la cual pertenecía Mercuria. Desde niña Catalina estaba llena de ciencia, tenía visiones y era guiada por el cielo. No podía ver ni tolerar a los ídolos y los ocultaba como podía. Por esta causa fué reprendida y encerrada por su padre. Las ciudades de aquí no están formadas como entre nosotros. Hay edificios muy grandes, con terrazas y muros muy gruesos, donde cavan viviendas las gentes pobres. A veces hay sobre los muros caminos y sendas; y hasta se ven árboles sobre ellos. Reina en Salamina mucho orden. Cada clase de habitante tiene sus barrios y calles propias. Hasta a los niños de la escuela los veo reunidos principalmente en algunas calles. En otras calles sólo andan animales de carga. Los filósofos tienen una casa grande para sí, con terrazas y jardines y los veo caminar casi siempre en sus propias calles. Andan reunidos, de a cuatro o cinco, envueltos en sus largos mantos y discuten entre ellos. Veo también que los que vienen toman todos por una calle y los que van lo hacen por otra. Esto lo observo en todas las calles de la ciudad. Aquel lugar donde el gobernador romano recibió a Jesús, es elevado y se sube a él por escalones. Se ven allí tiendas de mercaderes; a un lado está el mercado donde veo árboles muy altos que terminan en punta y en sus ramas anchas suelen sentarse los hombres para descansar. El palacio del gobernador mira en esta dirección.

XXXV

Jesús enseña en la ciudad de Cythrus

Cuando al día siguiente Jesús pasaba de nuevo de un campo a otro enseñando a los trabajadores, vi que una niebla espesa cubría la comarca de modo que casi no se veían entre sí los labradores. El sol apareció como una placa blanca sin penetrar

la espesa niebla que cubría la tierra. Veo muchas gallináceas, codornices y palomas de abultado pescuezo. Hay muchos manzanos con fruta diferente de la nuestra. Jesús volvió a enseñar, en parábolas, del pan de cada día, y sanó a varios niños enfermos que yacían en unas bateas hechas con pieles de animales.

Como algunos se desataran en grandes alabanzas por sus palabras, Jesús les dijo: "A aquél que tiene se le dará y a aquél que no tiene se le quitará aún". Los judíos estaban llenos de dudas y Jesús les aclaraba lo que preguntaban. Temían ellos no tener parte en la Tierra prometida. Decían también que Moisés no necesitó andar por el camino que anduvo en el desierto: que había otros mucho más cortos. Jesús les dijo que la Tierra prometida no está sólo en Canaán; que el reino de Dios podían conseguirlo sin necesidad de andar tanto tiempo por el desierto; que si ellos murmuraban de Moisés por haberlos llevado tanto tiempo por el desierto, se cuidasen ahora de no andar en el desierto del pecado, de la incredulidad y de la murmuración, y tomasen, en cambio, el camino corto de la penitencia, del bautismo y de la fe. Estos judíos se habían mezclado con los paganos de Chipre, de modo que muchos paganos se hicieron judíos de religión. Con su andar a través de los prados, llegó Jesús con sus acompañantes al camino principal que lleva, desde el puerto de Chipre, del Noroeste al Este, a algunas horas de distancia de Salamina. Había aquí un gran albergue para los judíos, donde descansaron. No lejos veíanse galpones y otro albergue con un pozo para las caravanas de los infieles. Este camino está siempre lleno de majeros. Después que lavaron los pies a Jesús y le dieron un refresco, llegaron los otros discípulos que habían quedado en Salamina para bautizar. Los que acompañaban a Jesús eran unos veinte. Jesús enseñó al aire libre a los obreros que volvían de su trabajo. Le trajeron a algunos enfermos que ya no podían ganarse el pan, y como los vió llenos de fe, los sanó, y los mandó a trabajar.

Hacia la tarde llegó una caravana de árabes. Venían con bueyes cargados, que caminaban lentamente, unos detrás de otros por el sendero angosto. Traían también asnos y camellos cargados con fardos de algodón. Eran gentes de la región donde habitó Jetró, de color más oscuro que la gente de Chipre y habían venido con las naves trayendo mercaderías. La habían vendido cambiándola con cobre y otros metales y regresaban ahora con sus nuevas mercaderías para embarcarse. Las bestias venían con sus pesadas cargas de cobre y metal para cambiar

con otras mercaderías. Las mujeres eran hacendosas y se ocupaban de tejer e hilar, cuando plantaban sus tiendas, sacando el algodón de los fardos de sus bestias de carga. Cuando hubieron descargado sus bestias, saludaron a Jesús y le pidieron permiso para escuchar su enseñanza. Jesús alabó su diligencia y su trabajo y les preguntó con qué fin trabajaban tanto. Con esto los llevó a la noción de Dios Creador y Dador de todo bien, al deber de gratitud para con Dios y a la bondad de Dios que va en busca, como un pastor, de la oveja descarriada y perdida. Les habló con mansedumbre y bondad. Estaban tan contentos que querían regalarle toda clase de objetos. Bendijo a sus criaturas y luego se dirigió con sus acompañantes al Norte, hacia Cythrus, como a cuatro o cinco horas de camino de aquí y a seis de Salamina. El camino iba subiendo.

Veo en la comarca olivares y plantaciones de algodón y de otra planta de la cual hacen una especie de seda. Hay por todas partes un arbusto con flores amarillas que dan un hermoso aspecto al paisaje. A la izquierda se contemplan altos árboles sobre las alturas de la montaña. Veo muchos cipreses y arbustos con especia de resina olorosa. A la izquierda de la montaña veo correr un torrente formando cascada. Veo que en las montañas van cavando cuevas, de donde sacan cobre, bronce y un metal blanquizco como plata. Creo que aquí también derriten metales, pues solían decir esas gentes que los montes ardían. Después de cuatro horas de camino, llegó Jesús a un albergue, a media hora antes de Cythrus. Entraron y el padre de Barsabás y otros hombres recibieron al Señor y le prestaron los acostumbrados servicios. Jesús descansó, enseñó y en compañía de los suyos tomó parte en una comida.

Cythrus está en el fondo de un valle. Jesús entró por la parte donde se ven talleres de metales. La ciudad tiene habitantes judíos y paganos. En torno se ven muchas casas en medio de huertas y jardines. Yo estaba muy afligida del gran trabajo de Jesús en Cythrus y en otras partes, porque de esto no había noticia alguna en la Sagrada Escritura, como me lo asegura el Peregrino, como tampoco de lo mucho que han hecho después Pablo y Barnabás allí en la isla. Tuve entonces una visión sobre esto, de lo que aún recuerdo lo siguiente. Entre judíos y paganos ganó Jesús en Chipre 570 almas. He visto que la pecadora Mercuria siguió a Jesús con sus hijos, llevándose dinero y cuanto pudo consigo. Se juntó a las santas mujeres y ayudó mucho a las primeras cristiandades y a los primeros diáconos. Vi que

fué muerta como mártir en la primera persecución que se levantó contra los cristianos, antes de la conversión de Saulo, mientras éste andaba de camino a Damasco. Después de la partida de Jesús, muchas otras familias judías y otros convertidos emigraron de Chipre, llevándose cuanto podían; por esto se originaron entre ellos disgustos y comenzaron a despreciar a Jesús, llamándolo embaucador. Tanto judíos como paganos estuvieron de acuerdo en esto y se prohibió hablar más de Jesús. Apresaron a mucha gente y la azotaron, y los sacerdotes de los ídolos obligaban a los paganos convertidos a ofrecer incienso a los ídolos. El gobernador romano, favorable a Jesús, fué destituído y llamado a Roma; y vinieron soldados romanos que custodiaron las puertas, no permitiendo embarcarse ni salir a nadie de la isla. Con la crucifixión de Cristo se perdió del todo su memoria. Si se hablaba de Él era como de un rebelde e impostor y los creyentes que aún quedaban dudaron y se avergonzaron de Cristo. Once años más tarde Saulo y Bernabás no encontraron ningún rastro de fe en Cristo. No permanecieron mucho tiempo allí, y se llevaron a algunos de la isla.

De camino a Cythrus, Jesús enseñó a algunos obreros de las minas, que estaban alquiladas por judíos y paganos. Los mineros tenían un aspecto demacrado, pálido y miserable y se vestían de pieles. Jesús enseñó con parábolas del artífice que purifica el oro y los metales en el crisol. Los paganos judíos trabajaban en dos lados de la mina y oían la enseñanza de uno a otro lado. Había entre ellos algunos endemoniados que trabajaban sujetos con sogas: éstos comenzaron a gritar, a agitarse y a declarar quién era Él y que venía a atormentarlos. Jesús les mandó callar y se aquietaron. Acudieron mineros judíos a quejarse de haber sido robados por otros mineros paganos, y pedían a Jesús que decidiese la cuestión. Jesús hizo cavar sobre terreno judío y se llegó a aberturas de los paganos. Había allí restos del metal blanco, plata o cinc: esto los había atraído. Jesús habló de los bienes ajenos y del escándalo. Los paganos estaban convictos, pero como no estaban presentes los jefes y capataces, nada se hizo en definitiva y los paganos se retiraron murmurando y quejándose.

Cythrus es una ciudad hermosa, de mucho movimiento. Viven judíos y paganos y se tratan con más familiaridad que en otros lugares, aunque tengan calles separadas. Los judíos tienen dos sinagogas y los paganos varios templos. Hay también entre ellos casamientos, pero siempre con la condición de que

el infiel abrazaba la ley judaica. Desde la ciudad vinieron ancianos y maestros judíos al encuentro de Jesús y dos filósofos paganos que querían, conmovidos ya, escuchar de nuevo la enseñanza de Jesús. Después que lo llevaron a una casa a propósito para lavarle los pies y darle algún refresco y alimento, le rogaron por algunos enfermos que deseaban su visita. Jesús se dirigió a la calle de los judíos y sanó a unos veinte enfermos puestos afuera. Había estropeados que andaban con muletas y otros tan deformes que eran llevados. Los sanados y sus parientes cantaban las alabanzas de Jesús con frases de los salmos: los apóstoles procuraban acallarlos y despedirlos. Jesús se dirigió entonces a la casa del jefe de la sinagoga donde estaban reunidos hombres ilustrados, entre ellos algunos de la secta de los recabitas. Vestían éstos con ropas diferentes de los demás judíos y tenían costumbres más severas, aunque en muchas cosas andaban relajados. Tenían para ellos solos una calle y vivían del trabajo de las minas. Eran de la tribu de aquéllos que vivían en el reino de Bazán en Efrón, donde también se ocupaban en trabajos de la montaña. Jesús fué invitado por el jefe a una comida dispuesta para después de la fiesta del Sábado; pero como Jesús había prometido estar con el padre de Barnabás, invitó a ellos a ir con Él allá, y que la comida preparada se sirviese a los mineros y a los obreros pobres del lugar después de la enseñanza en la sinagoga. Ésta se llenó de judíos; los paganos oían desde fuera y desde la terraza. Jesús habló del III libro de Moisés, del sacrificio y de Jeremías, tratando del tiempo de la salud. (III Moisés, 25-26; Jeremías, 23, 6-8). Cuando habló del sacrificio vivo y del sacrificio muerto, ellos preguntaron la diferencia. Después enseñó sobre las ocho Bienaventuranzas.

Estaba en la sinagoga un rabino anciano y piadoso, desde mucho tiempo enfermo, que se hacía llevar y ocupaba su lugar. Cuando estaban discutiendo con Jesús, de pronto exclamó el rabino: "Callad, dejadme hablar". Como callaran todos, dijo: "Señor, Tú has ayudado a muchos; ayúdame también a mí; manda que yo vaya a Ti". "Como crees, levántate y ven a Mí". Se levantó de inmediato el viejo y exclamó: "¡Señor, yo creo!" Sintióse bien, subió las gradas y fué ante Jesús dándole rendidas gracias. Todos los presentes alabaron a Jesús, quien salió de la sinagoga y se dirigió a la casa de Barnabás. El jefe de la casa reunió entonces a los obreros pobres para servirles la comida que Jesús y los suyos habían dejado.

XXXVI

La casa paterna de Barnabás

El padre de Barnabás vive en las casas desparramadas al Oeste de la ciudad, formando barrios cercanos a Cythrus. Tiene una casa hermosa con terraza; las paredes son oscuras como pintadas al óleo, o con resina, o cosa parecida. Hay plantas y arcos de flores y ramas; y una galería en torno de la casa con columnas. Veo viñedos alrededor y en un sitio madera de construcción amontonada. Algunos árboles son muy gruesos. Todo está en perfecto orden, de modo que se puede andar entre estos materiales que creo son para construcción de naves. Veo carros muy largos y angostos con ruedas de hierro para transportar las maderas. Estas carretas son arrastradas por bueyes. No lejos se ve de aquí un bosque sobre una altura. El padre de Barnabás es viudo. Una hermana y algunas criadas atienden al orden de la casa y la comida. Los paganos y los filósofos que acompañaron a Jesús no están en la mesa porque era Sábado. Paseando en los pórticos cercanos comen y oyen la enseñanza de Jesús. La comida consistió en panes, miel, frutas, aves y peces. Había también fuentes con carne, hierbas y ensaladas. Jesús habló de los sacrificios, de la promesa y del cumplimiento de las profecías.

Durante la comida llegaron algunos grupos de niños pobres, de cuatro a seis años, apenas vestidos. Traían en canastillos hierbas y frutas, ofreciéndolas a los presentes a cambio de pan o de otros alimentos. Estaban cerca de donde se hallaba Jesús con los suyos. Jesús se levantó, tomó sus canastillos, los vació y los volvió a llenar de alimentos, y bendijo a los niños. Fué una escena tierna y conmovedora en extremo. Todo el día siguiente enseñó Jesús detrás de la casa de Barnabás, donde había una colina muy cómoda con un sitial de enseñanza. Se va a ese lugar por entre caminos de viñedos y parrales. Habló primero a los trabajadores y mineros, luego a los paganos, y por último, ante numerosos judíos casados con paganos.

Muchos enfermos paganos habían pedido a Jesús que les permitiera escuchar su enseñanza. La mayoría eran obreros estropeados llevados en sus camillas para escuchar a Jesús. Éste les habló de la oración del Padrenuestro, del crisol que separa la escoria del bronce, y cómo los paganos deben ser podados de la idolatría, como los árboles y la vid, deben ser podados e injertados. Ellos debían reconocer un solo Dios. Les habló del hijo de la familia y del hijo de la sierva y de la voca-

ción de los gentiles a la fe. Habló de los casamientos mixtos, que no deben ser favorecidos, sino sólo tolerados, y esto para convertir a la otra parte y no para perderse: sólo pueden tolerarse cuando ambos contrayentes tienen los mismos sentimientos. Habló más en contra que en favor, alabando a los que se mantenían alejados de los casamientos mixtos. Habló de la responsabilidad de los judíos en la educación de los hijos en la piedad, de la aceptación del tiempo de la salud que había llegado, de la penitencia y del bautismo. Después sanó a los enfermos y comió en la casa de Barnabás.

Lo llevaron a la otra parte de la ciudad donde había gran cantidad de cajones con abejas en medio de multitud de árboles y flores. Veo un agua surgente y un lago que se forma allí. Luego fueron a la sinagoga de la ciudad, donde enseñó del sacrificio y la proximidad de la promesa. Estaban de paso algunos judíos sabios que le hicieron toda clase de preguntas y dudas, y Jesús salvó sus dificultades. Se veía que tenían mala intención. Las preguntas se referían a los casamientos mixtos, y a Moisés que había hecho matar a muchos con ocasión del becerro de oro que les hizo Aarón y al castigo por esa causa. El día siguiente me pareció de ayuno o de fiesta para los judíos, pues a la mañana hubo plegarias y enseñanza en la sinagoga. Después salió Jesús fuera de la ciudad por el Norte. Llegaron algunos maestros judíos y recabitas. Era como un centenar de personas. Anduvieron como una hora hacia el lugar que era el centro industrial de la apicultura A mucha distancia se extendían al sol, a la altura de un hombre, los cestos de mimbres donde hacen sus panales las abejas. Cada grupo de ellos tenía su jardín de flores.

Todo estaba cercado y el conjunto parece una aldea. La parte de los paganos se distingue en seguida por los numerosos nichos donde estaban sus ídolos en forma de niño fajado terminando en pez. La aldea consistía en pequeñas casas de los cuidadores de las abejas, donde guardaban los utensilios de su labor. El albergue era un edificio grande con muchas divisiones. Había muchos estrados y colchonetas para descansar. El jefe pagano de los trabajadores proporcionaba a cada uno lo necesario. Los judíos tienen sus lugares aparte y sus reuniones para la oración. Creo que en esta casa tan grande preparan y elaboran la cera y la miel, y es como un depósito de la cosecha. Veo muchos arbustos de hermosas flores amarillas. Las hojas son más bien amarillas que verdes y las flores caen al suelo en tal cantidad que lo

tapizan de amarillo. Veo que ponen lienzos debajo de los arbustos para juntar las flores, que luego exprimen para hacer colorantes. Los cultivan en tarros y a veces en los huecos de las rocas con tierra. Los veo también en la Judea. Hay aquí mucho algodón. No lejos, quizás una media hora de camino al norte de Cythrus, corre un torrente desde la montaña, atraviesa la ciudad y los alrededores por donde vino Jesús. Unas veces corre al aire libre, otras entubado: creo que echa sus aguas en el acueducto de Salamina. Al principio es un verdadero lago pequeño. Se hablaba ahora de bautizar en este lugar. Veo una gran cantidad de flores silvestres por todas partes. A lo largo del camino hay árboles de naranjas, higueras y pasas de Corinto.

Jesús había venido a este lugar para poder hablar y enseñar sin molestias, especialmente a los paganos. Lo hizo durante el resto del día bajo los árboles y entre los jardines. Por momentos estaban sentados, por momentos de pie; Jesús les habló mucho de la oración del Padrenuestro y les explicó las Bienaventuranzas. Habló a los paganos de la crueldad y obscenidad de sus dioses, y cómo se introdujo la idolatría: cómo fué separado Abrahán por esta causa para mantener la unidad de Dios en su pueblo. Habló claramente y con severidad a veces. Le escuchaban unos cien hombres. A intervalos se alejaban algunos para tomar alimento en sus casas: pan, miel, fruta y queso de cabras de forma alargada. El dueño de la casa era pagano, pero muy atento y humilde. Por la noche los judíos estaban separados. Jesús enseñaba y rezaba con ellos. Pasaron la noche aquí todos. En Cythrus hay más movimiento que en Salamina, donde se concentra en el puerto y en algunas calles. En la parte donde llegó Jesús hay una gran feria de animales y aves, y en las calles de la ciudad se ven pendientes de los comercios toda clase de telas, mantas y géneros y diversos artículos en venta. En la parte opuesta viven los mineros: se oye el golpear y el martillar. de modo que no se puede escuchar la palabra del vecino. Esto ocurre mayormente en las afueras de la ciudad. Fabrican toda clase de recipientes, generalmente de formas ovaladas, con asas y a veces con tapa. Los tuercen, son puestos luego en el fuego y soplados por medio de largos caños. Por fuera son amarillos y por dentro blancos. En estos recipientes despachan toda clase de jugos de frutas, miel y Sirup. Los transportan por agua sobre maderas cruzadas o los llevan arracimados sobre pértigas a su destino.

Al día siguiente volvió Jesús a enseñar en el lugar de las abejas. El número de los oyentes fué creciendo hasta algunos centenares. Como Jesús les reprochaba el culto de sus falsos dioses, pintándoles sus modos, formas y significaciones detestables, algunos paganos que habían llegado con sus bastones de caminantes, al escuchar estas cosas contra sus divinidades se irritaron y se marcharon murmurando. Jesús dijo que los dejasen: "Es mejor que se vayan; no sea que de lo que oyen decir se fabriquen algún ídolo más". Habló proféticamente de la devastación de esta hermosa tierra, de sus ciudades y templos y del juicio que vendría sobre todos estos países. Anunció que cuando la perversidad llegara a su colmo, el paganismo caería en ruinas. Habló también del castigo de los judíos y de la destrucción de Jerusalén. Estos paganos recibían estos avisos con mejor disposición que los judíos, que siempre solían hacer objeciones a las proféticas amenazas de Jesús. Éste aludió a los pasajes de los profetas, los aplicó al Mesías y avisó que había llegado su cumplimiento. Añadió que el Mesías se levantaría en medio de los judíos, que no lo reconocerían, se burlarían de Él, y que cuando Él les dijera claramente que lo era, lo apresarían para matarlo. Esto no gustó a muchos. Jesús les mostró lo que ellos habían hecho antes con todos los profetas, lo que ahora habían hecho con el anunciador y lo que harían después con el Anunciado por Juan Bautista.

Los recabitas hablaron a solas con Él sobre Malaquías, al cual estimaban mucho y del cual decían y creían que había sido ángel y no hombre. Narraban cómo se había presentado como niño y recibido por personas piadosas; como desapareció después, de modo que se ignora si ha muerto. Hablaron de sus profecías, sobre el Mesías, y el nuevo sacrificio. Jesús aplicaba todo esto a los tiempos presentes y a un futuro cercano. Desde el lugar de las abejas fué andando Jesús con mucho acompañamiento a la casa de Barnabás y en el camino, de varias horas, se apartaban muchos para ir a sus casas. Muchos de los acompañantes eran jóvenes que se iban a embarcar para ir a Jerusalén a las fiestas de Pentecostés.

Quedaban aún muchos en compañía de Jesús. Delante del jardín se habían reunido treinta o cuarenta mujeres y doncellas paganas y unas diez doncellas judías para saludar a Jesús y mostrarle su adhesión. Unas tocaban flautas, cantaban himnos de alabanza y traían guirnaldas de flores y ramos que echaban a su paso; extendían sus mantas, se inclinaban profundamente

y ofrecían botellitas y cajitas con perfumes, coronas de flores, hierbas aromáticas y diversos regalos. Jesús agradecía estos obsequios y hablaba con ellas. Le acompañaron hasta la entrada de la casa de Barnabás y depositaron sus regalos en la sala de reuniones. Todo estaba adornado con guirnaldas y flores. Fué un recibimiento semejante al Domingo de Ramos, pero todo más tierno y más familiar. Después se retiraron, porque ya oscurecía. Me llamaron la atención los trajes de esas doncellas: traían unas gorritas tan curiosas, que me recordaban las canastillas que yo, cuando era niña, solía tejer con mimbre. Sobre las gorritas algunas tenían flores y otros adornos que caían sobre la frente. En el cuello llevaban diversos adornos. Tenían varios vestidos muy livianos, de modo que aparecía uno más largo que otro, de colores amarillo, oro, blanco, azul, con rayas o floreados. Los cabellos caían largos sobre los hombros, al final recogidos y con algún adorno. Calzaban sandalias. Las madres alzaban a sus criaturas. Hacía tres horas que estas mujeres esperaban allí a Jesús para obsequiarlo.

En la casa de Barnabás hubo una comida, aunque no se sentaron a la mesa, sino que presentaban a cada uno una bandeja con alimentos diversos. Estaban reunidos bastantes ancianos, entre ellos el viejo curado en la sinagoga. El padre de Barnabás es un hombre de recia contextura; se echa de ver que es un trabajador en maderas. A los hombres de aquel tiempo los veo mucho más recios y sanos que los de nuestros tiempos. Después vi a Jesús junto a la fuente, cerca de Cythrus, enseñando en un sitial: preparaba allí a los catecúmenos, mientras los discípulos bautizaban primero a los judíos y luego a los paganos. Jesús habló con los maestros judíos y les dijo, respecto de la circuncisión, que no lo impusiesen a los paganos que se convertían, si no lo pedían ellos; pero que con todo procurasen no dar ocasión de escándalo a los demás judíos del pueblo y no dejarlos juntarse con los judíos en la sinagoga; que en lugar de la circuncisión material, exigiesen a los paganos que se conviertan, la mortificación de las pasiones de la carne, del corazón y de los malos deseos. Añadió que les daría a ellos enseñanza aparte, enseñándoles el modo de orar.

XXXVII

Jesús en Mallep

Junto al pozo de Cythrus, donde los discípulos bautizaron, vi varios hombres que, muy reverentes, se acercaron a Él. Esta multitud de seguidores estaban ahora por separarse, tanto los recién bautizados como los demás oyentes. Algunos permanecieron aún en el lugar y a los nuevos les decían que el profeta había enseñado toda la mañana hasta ahora. Jesús se había encaminado a la gran aldea de Mallep en compañía de sus discípulos y de siete recién bautizados filósofos de Salamina. Mallep está habitada por solo judíos, quienes han levantado esta población. Está edificada sobre una altura, desde donde se ve un espléndido panorama hasta el mar. Tiene cinco calles que convergen en el centro, donde han cavado en la roca viva una fuente que recibe agua desde Cythrus. En derredor del pozo hay cómodos asientos y está rodeado de hermosos árboles. De aquí se miran los alrededores, llenos de quintas y árboles frutales. Rodea a la ciudad una doble muralla: la exterior alta y la interior más baja. Muchas viviendas están cavadas en la viva roca y las praderas verdean de flores y de árboles frutales. Es tiempo de cosecha. Los hombres viven del comercio de la fruta seca. También fabrican mantas, alfombras, esteras, y canastos y canastillos para el despacho de las frutas secas.

Cuando llegó Jesús le salieron a recibir los maestros de la escuela con los alumnos y muchos del pueblo. Todos estaban vestidos de fiesta. Los niños cantaban y tocaban en sus flautitas y traían guirnaldas de hojas y de flores. Las niñas estaban delante de los niños. Jesús pasaba entre los niños, bendiciéndolos. Luego fué llevado por los maestros y otras personas, unas treinta, a una galería donde le lavaron los pies. Mientras tanto habían colocado a los enfermos, unos treinta, delante de la puerta de las casas, donde Jesús, al pasar, los sanó de sus dolencias, mandándoles que le siguiesen hacia el pozo, en el centro de la población, adonde Él se encaminó. Todos se dirigieron con sus parientes, cantando alabanzas a Dios, al lugar señalado, donde Jesús habló del Padrenuestro, del pan cotidiano y de la obligación de dar gracias a Dios. De aquí pasó a la sinagoga donde habló de la petición: "Venga a nos el tu reino". Dijo que ese reino era espiritual, que ya estaba entre ellos, que no era como el reino terreno y que lo pasarán mal quienes no

lo quieren recibir. Los paganos que lo habían acompañado se mantenían aquí más retirados que en otras poblaciones mixtas. Después tomó parte en una comida que le habían preparado los maestros, en un edificio desocupado expresamente para Él y sus discípulos.

Había allí un jefe que proveía lo necesario. A la mañana siguiente volvió Jesús a enseñar en la hermosa sinagoga. Habló del sembrador, de los campos diversos, de la cizaña y del grano de mostaza que da tantos árboles y frutos. Tomó ocasión de la vista de un arbusto que allí crece en abundancia y es de mucha utilidad. El fruto es colorado y negro, y lo exprimen para usarlo como colorante. Los paganos bautizados no entraron en la sinagoga, sino que escuchaban desde afuera. Cuando más tarde estaba Jesús sentado a la mesa con los principales del pueblo, vinieron tres niños ciegos, de unos diez a once años, traídos por sus compañeros. Tocaban unos instrumentos que tenían en la boca y modulaban los tonos con los dedos. No eran flautas, sino instrumentos que daban como un zumbido agradable. Cantaron dulces melodías. Sus ojos estaban abiertos, pero no veían. Jesús les preguntó si deseaban ver, si serían buenos y usarían bien de la vista. Ellos, muy contentos, respondieron: "Si Tú quieres, Señor, puedes ayudarnos. Ayúdanos, como Tú quieras". Jesús les dijo: "Dejad vuestros instrumentos". Atrajo a los niños delante de Sí, púsoles sus dedos sobre los ojos y levantando una fuente de frutas, les preguntó: "¿Veis esto?" Los bendijo y les dió de esas frutas. Ellos, de pronto, vieron; quedaron como aturdidos, y luego, llorando de alegría, se echaron a los pies de Jesús. Se despertó una alegría sin término al ver a estos niños con vista. Volvieron éstos trayendo a sus padres y amigos, que se allegaron contentos a Jesús, tocando y cantando himnos en acción de gracias. Jesús habló a todos diciendo que la acción de gracias es una preparación para recibir nuevas gracias, tan bueno es el Padre celestial.

Después de la comida anduvo Jesús con los suyos y con los filósofos paganos en torno de los hermosos alrededores, enseñando a los filósofos y a algunos oyentes. Otros discípulos enseñaban a grupos de personas. Por la tarde volvió Jesús a enseñar en la sinagoga. Al día siguiente visitó a los padres de los niños curados de la ceguera. Eran judíos de la Arabia, del lugar donde había vivido Jetró, suegro de Moisés. Olvidé sus nombres. Habían viajado y estado en Cafarnaúm, donde escucharon la predicación de Jesús y estaban bautizados. Estas familias,

una veinte personas, con las mujeres y los niños, eran comerciantes viajeros que se detenían donde podían trabajar. Solían quedarse algún tiempo en este lugar donde tenían un albergue con sus herramientas de labor los hombres y de tejeduría las mujeres. Los niños ciegos seguían a sus padres, y tocando y cantando se ganaban algunos centavos. Jesús les dijo que no debían llevarlos en sus viajes, sino dejarlos allí y mandarlos a la escuela. Les indicó algunas familias buenas que se harían cargo de los niños. Esto lo había arreglado ya Jesús ayer mismo. Los padres prometieron hacer como Jesús lo indicaba.

XXXVIII

Jesús enseña a los filósofos paganos

Jesús anduvo con los suyos y los siete filósofos bautizados por las hermosas praderas que se extienden desde Mallep hasta el pueblo de Sanifa, por el Sur hacia la montaña. De ese punto, desde Cythrus, viene un torrente, casi oculto en la montaña, cruza Sanifa y va por las praderas en dirección de Mallep. No es el agua que va al pozo del centro de Mallep. Es indescriptible la hermosura de la región comprendida entre estas aguas. Desde Mallep se extienden las casas desparramadas hasta Sanifa. Todo es verde, lleno de árboles frutales y de flores. Jesús anduvo por la parte izquierda del torrente hasta Sanifa. En el camino habló con unos hombres que estaban por embarcarse para la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. Les dijo que saludasen a Lázaro y que, fuera de él, no hablasen con otros de su estadía en Chipre. Llegó a la parte norte pasó el torrente y cruzó por una aldea llamada Jeppe. La cosecha ha terminado y veo a la gente haciendo montones de haces que luego regalan a los pobres.

Jesús habló a los filósofos, ya caminando, ya sentados a la sombra de algún árbol. Les habló de la perversión de los hombres antes del Diluvio, de la salvación de Noé y de la nueva perversión; de la vocación de Abrahán y de la guarda de esa raza hasta el tiempo del cumplimiento de la promesa en que el Consolador había venir entre ellos. Los filósofos preguntaban muchas cosas y traían los nombres de algunos de los dioses y héroes antiguos y los grandes hechos que de ellos se contaban. Jesús les dijo que todos tienen algunos dones de la naturaleza y con ellos pueden obrar y hacer cosas útiles; pero que sus

hechos estaban mezclados con muchos pecados y cosas perversas. Les mostró la perversión de esos pueblos, que en parte habían desaparecido, y cómo se habían originado esos ridículos ídolos que ellos llamaban dioses, mezclados con previsiones y falsos prodigios obrados por virtud de los demonios; engaños que después pasaban como verdaderos. Los filósofos hablaban de un anciano y sabio rey que había venido de la India, llamado Dsemschid, el cual, con una daga de oro, recibida de Dios, había repartido muchas comarcas y hecho muchas bendiciones: preguntaron a Jesús qué pensaba de ese personaje. Jesús les dijo que Dsemschid había sido un hombre de natural prudente y sabio en las cosas de la tierra, un guía de pueblos que al separarse después de la torre de Babel había guiado a algunas tribus a ciertas comarcas, donde las había repartido por tribus y familias. Les dijo que semejantes guías de pueblos los hubo y que la raza que guió él no había decaído tanto como otras. Por otra parte mostró que muchas cosas que se decían de él eran invenciones y falsedades, que apenas había sido una imagen del verdadero guía de pueblos que en ese tiempo era Melquisedec. Agregó que debían mirar a Melquisedec y a la estirpe de Abrahán. Al moverse los pueblos y dispersarse, Dios mandó a Melquisedec para que guiara las mejores tribus, les enseñase a hacer sus viviendas y se conservasen puras en medio de la depravación general, y hacerse dignas de que de ellas naciera un día el Mesías. En cuanto a lo que fuera Melquisedec lo podían ellos entenderlo: era figura de Aquél que había de venir; que ahora era el tiempo de la promesa y que el sacrificio de pan y vino que ofreció Melquisedec era figura del sacrificio que pronto se cumpliría para durar hasta el fin del mundo. Jesús habló tan claramente y con seguridad de Dsemschid y de Melquisedec que estos filósofos quedaron estupefectos y dijeron: "¡Señor, eres un sabio. Parece que Tú hubieras vivido con ellos en aquellos tiempos y los conoces mejor de lo que se conocieron ellos mismos". Jesús refirióse luego a los profetas mayores y menores, especialmente a Malaquías.

Al entrar el Sábado, Jesús fué a la sinagoga con ellos y enseñó del III libro de Moisés, del año del jubileo y del profeta Jeremías. Dijo que cada uno debe cultivar bien su campo para que nuestro hermano, que lo reciba de nosotros, reconozca en ello el amor que le tenemos. Al día siguiente continuó hablando del año jubilar, del cultivo del campo y del profeta Jeremías. Después, con los suyos y muchos acompañantes, judíos y paga-

nos, dirigióse hacia el Sur, a un lugar de baños de las aguas de Cythrus. Había allí una hermosa cisterna y asientos en torno, bajo una techumbre de ramas. Todo estaba dispuesto para los bautismos. Muchos acompañaron a Jesús a un sitial de enseñanza, entre ellos siete novios que habían venido con sus acompañantes y parientes. Enseñó de la caída del primer hombre, de la perversión de la humanidad, de la promesa de la redención, de la depravación, y cómo Dios apartó a algunas razas menos malas. Les dijo que cuidasen de los casamientos, que hereden las virtudes de los padres y cómo debían santificar el estado del matrimonio por las virtudes y la continencia. De este modo vino a hablar del novio y de la novia y de una clase de plantas que hay en la isla, las cuales son fecundadas por otras lejanas y aun fuera de la isla. Así la esperanza, la confianza en Dios y el ansia de la salud mesiánica, y la humildad y la continencia, madre de la promesa. De este modo llegó a la significación misteriosa del matrimonio: la unión del Consolador de Israel con su pueblo, diciendo que el matrimonio era un gran misterio. Habló tan hermosamente que no puedo expresarlo. Trató de la penitencia y del bautismo que purifica y quita la mancha de la separación y hace a todos capaces para tomar parte de la salud mesiánica.

Jesús se apartó con algunos de los bautizandos para oír su confesión; les perdonó sus pecados y les impuso algunas obras buenas y mortificaciones como penitencia. Santiago el Menor y Barnabás, mientras tanto, bautizaban. La mayoría eran ancianos y algunos paganos; se bautizaron también los tres niños curados de ceguera, que no lo habían hecho con sus padres en Cafarnaúm. Después de la conclusión del Sábado preguntaron algunos filósofos si era realmente necesario que Dios mandara el Diluvio sobre la tierra; por qué había tardado tanto Dios en enviar al Consolador, al Mesías. Él podía haber cambiado las cosas enviando alguno que lo arreglara todo. Enseñó Jesús que eso no estaba en los designios de Dios: que Dios creó a los ángeles con libre voluntad y con dotes celestiales, y que, a pesar de todo, se apartaron de Dios por soberbia, cayendo en un reino tenebroso: que el hombre también estuvo con libre voluntad entre este reino tenebroso y el reino de la luz, y que, sin embargo, se echó en el reino de las tinieblas por la fruta prohibida. Ahora debe el hombre cooperar para que Dios lo ayude a atraerse ese reino de la luz, y Dios se lo conceda. El hombre quiso ser como Dios gustando de la fruta prohibida, y no es posible que

reciba ayuda, si el Padre no enviara a su propio Hijo entre ellos, para que por Él sean de nuevo reconciliados con el Padre. El hombre está ahora tan pervertido en todo su ser que necesita de gran ayuda y especial misericordia, para establecer el reino de Dios en la tierra que habita, pues el reino de las tinieblas se esfuerza en todas formas por desechar a este reino de la luz. Les dijo que no era el suyo un reino temporal, sino una renovación, una regeneración y reconciliación del hombre con Dios Padre, y la unión de todos los buenos en un Cuerpo Místico.

Al día siguiente enseñó nuevamente en ese lugar. Estaban allí las siete parejas y algunos paganos que habían abrazado la circuncisión, ya que debían casarse con doncellas judías. Otros paganos que simpatizaban con los judíos habían obtenido permiso de escuchar la enseñanza de Jesús. Primero enseñó Jesús, en general, sobre los deberes de los casados, especialmente los deberes de la mujer: que miren a los ojos de su marido y cierren sus ojos a otras personas. Habló de humildad, obediencia, continencia, del trabajo doméstico y de la educación de los hijos. Mientras se apartaban las mujeres para preparar la comida, Jesús dispuso a los hombres para el bautismo. Habló de Elías y de la gran sequía que hubo en sus tiempos y de la nube que trajo la lluvia por la oración de Elías. También hoy había una espesa neblina sobre el campo, como hace unos días: casi no se veían los alrededores. Jesús habló de esa sequía como castigo por la idolatría del rey Acab. La gracia y la bendición se habían alejado: había también sequía y dureza en los corazones. Habló del escondite de Elías, junto al arroyo Karith, a quien el cuervo le traía el pan; cómo llegó hasta la viuda de Sarepta y cómo la ayudó; luego de su victoria sobre los sacerdotes de los ídolos en el Carmelo y de la nube que se deshizo en agua y regó esa tierra. Comparó esa lluvia con el bautismo de ahora, exhortándolos a convertirse y a no permanecer en la dureza y en el pecado como Acab y Jezabel, después de esta lluvia del bautismo que recibían. Mencionó a Ségola, piadosa mujer pagana venida de Egipto, y que, establecida en Abila, había hecho mucho bien y obtenido de Dios gracia y bendiciones. Explicó cómo deben los paganos esforzarse para santificarse y conseguir la gracia de Dios. Estos paganos sabían mucho de Elías y de Ségola.

Después del bautismo de los novios, fué conducido Jesús con los suyos, los novios y los rabinos a una comida en la aldea de Jeppe, al Oeste de Mallep, invitados por el maestro de los judíos del lugar, cuya hija era novia de uno de los filósofos

de Salamina. Había éste escuchado la enseñanza de Jesús y se había hecho judío, recibiendo la circuncisión. El camino hasta allí iba subiendo; luego se bajaba en medio de una galería de árboles y de plantas. Por Jeppe pasaba el camino que llegaba hasta la población y el puerto de Cirinia, como a dos horas de allí. El otro camino, donde Jesús habló con los árabes, va hacia el puerto de Sapithus, más al Oeste. En Jeppe viven los paganos en una hilera de casas a lo largo de la senda principal. Veo comercio e industria aquí. Los judíos viven separados y tienen una hermosa sinagoga. Veo en los jardines de los paganos ídolos de niños fajados, y en lugar público, en el camino, un ídolo grande con cabeza de buey. Entre los cuernos tiene como un haz; está sentado sobre sus piernas y sus manos delanteras cortas cuelgan por delante. La comida fué muy sencilla: aves, peces, miel, panes y frutas. Las novias y sus doncellas estaban sentadas aparte, con sus velos. Vestían trajes largos; sobre la cabeza tenían coronas con adornos de plumas de color y algodones variopintos. Jesús enseñó, durante y después de la comida de bodas, sobre la santidad del matrimonio; dijo que los hombres debían tener una sola mujer, pues había aquí cierta facilidad en divorciarse para tomar otra mujer. Habló sobre esto con severas palabras, y contó parábolas del banquete nupcial y de los viñadores perversos que maltratan al hijo enviado por el rey. Los tres niños sanados tocaban y cantaban con otros; luego hubo diversos juegos.

Anochecía cuando Jesús con los suyos volvió a Mallep. Desde una altura del camino se veía un hermoso panorama, que llegaba hasta el mar de luciente y tranquila superficie. En Mallep todo era movimiento por las bodas de las siete parejas. Parecía que toda la ciudad tomaba parte en la fiesta, pues la gente vive aquí como si fueran hermanos. Pobres del todo no se ven: los que hay viven aparte y son atendidos por la comunidad.

XXXIX

Las fiestas de bodas en Mallep

La ciudad estaba edificada con orden y concierto. Parecía una gran torta dividida en cinco partes iguales. Las cinco calles terminan en el centro donde hay una hermosa fuente rodeada de árboles y terrazas. Cuatro partes de la ciudad están cruzadas

por dos sendas transversales que van a parar también al centro de la ciudad. En una de estas calles circulares hay un gran edificio donde viven las viudas o personas ancianas que no tienen sostén. Son mantenidas por la comunidad: las que pueden dan enseñanza a los niños y cuidan de los huérfanos. Hay otra casa para viajeros pobres y para extranjeros, mantenida por la comunidad.

En las otras partes hay edificios públicos y por el medio corre el acueducto que lleva el agua al centro. Se ve allí un mercado público, albergues y una casa para vigilar a los endemoniados, a los cuales no se les deja vagar sueltos. De éstos Jesús sanó a algunos que le habían traído con los enfermos. En otra parte de la ciudad se levanta el gran salón de fiestas, junto a la fuente, formando su techumbre igual altura que la fuente central. La entrada a esta sala no mira a la fuente del centro, sino a otra dirección, donde se encuentra el pórtico de la sinagoga. A este lugar no pueden concurrir cuando quieren los habitantes sino con permiso, en las fiestas establecidas. Toda la mañana estuvieron arreglando y adornando la sala. Jesús estaba en el albergue y acudían a Él hombres y mujeres en busca de consejo, consuelo y enseñanza, pues debido a la convivencia con los paganos se daban muchas ocasiones de dudas y escrúpulos en la conducta práctica. También vinieron las parejas y estuvieron largo rato escuchando sus enseñanzas. Recibió luego a las novias una por una; a quienes confesaba y daba normas de conducta. Les preguntaba por qué se casaban, si habían pensado en los hijos y en su educación, que es fruto del temor de Dios, de la continencia y moralidad. Sobre estas cosas no estaban instruídas.

En los caminos se pusieron arcos de ramas, coronas de flores y de frutos y alfombras, y se levantaron galerías y palcos desde los cuales se podía ver la fiesta. Delante de la sinagoga había unos arcos de ramajes con hojas y flores. He visto traer a la casa de banquetes utensilios para la comida: los que contribuían con algunos objetos tenían derecho a tomar parte en la fiesta. Traían los alimentos sobre tablas que luego servían de mesas; eran como ramas o mimbres tejidos: sobre ellos se extendía el mantel y debajo ponían los comestibles que se extraían por los lados. Los comensales estaban como echados sobre alfombras, apoyados en almohadas. Bajo la glorieta donde estaban los casados habían corrido una techumbre de tela. Jesús fué rogado de ir allí con los suyos y como había entre los no-

vios algunos ex paganos, los filósofos y otros paganos se mantuvieron a cierta distancia. Las siete parejas vinieron de distintas direcciones con sus acompañantes, músicos y cantores: niños y niñas coronadas de guirnaldas de flores. También venían los parientes del novio y de la novia. Los novios vestían grandes mantos y fajas anchas con letras e inscripciones: traían calzado blando y en las manos pañuelos amarillos. Las novias tenían vestidos largos adornados con piedras y perlas. Traían velo y sobre la cabeza coronas hechas de seda con plumas de color. Los velos eran de seda y muy vistosos. Llevaban antorchas bastantes largas, que sostenían en las manos con un pañuelo oscuro, y calzaban botines o sandalias blancas.

En estos casamientos hechos por los rabinos, he visto usos y prácticas diversas cuyo orden no recuerdo. Leyeron en numerosos rollos, oraciones y las fórmulas del contrato. Las parejas se adelantaban bajo el dosel, y al terminar, los parientes arrojaban sobre ellos granos de trigo con palabras de bendición y de prosperidad. El rabino hería levemente al novio y a la novia en el dedo meñique y mezclaba algunas gotas de la sangre de ellos en un vaso de vino, que luego bebían los esposos. Al concluir el esposo entregaba el vaso por detrás y era puesto en una fuente con agua. De la herida hecha en el dedo corría alguna gota en la palma de la mano y se daban la mano frotando sobre esa sangre. La herida se cubría con una venda blanca y luego se cambiaban los anillos. Creo que tenían dos anillos, uno en el meñique y otro en el anular. Luego ponían un lienzo bordado sobre la cabeza de los esposos. La novia volvía a tomar con el paño oscuro la antorcha que había entregado al acompañante y con la derecha la ponía en la mano derecha del novio, el cual la pasaba a su mano izquierda y de allí a la izquierda de la novia. Por último la devolvían a los acompañantes. En estas ceremonias he visto que bendecían un vaso de vino, del cual tomaban todos los parientes. Cuando estaba casada, la acompañante le quitaba la cinta de la cabeza y le ponía el velo. Entonces vi que el conjunto del adorno del cabello era postizo. Esta ceremonia la hacían entre tres rabinos y duraba tres horas. Luego se dirigía la comitiva de la esposa hacia la sala de fiesta, a través de la galería de ramajes. Los hombres iban detrás mientras los presentes decían palabras de felicitación y augurios. Después de la comida se pasaba a los jardines, junto al acueducto y allí se divertían.

Por la tarde hubo en la sinagoga una enseñanza para los recién casados. Después que hubieron hablado los rabinos, pidieron que Jesús dirigiese su palabra a los recién casados. Al día siguiente volvieron las siete parejas al salón de fiestas, entre música y acompañados de todos los invitados. Los discípulos de Jesús estaban entre ellos, pero hicieron esta vez la parte de servidores en las mesas. Presentaron a los esposos tortas y frutas en hermosas fuentes, con adornos de manzanas de oro y hojas doradas entremezcladas con flores. Intervinieron coros de niños y niñas con canto y música: eran extranjeros y trabajaban a cambio de panes y otros comestibles. Luego cantaron los tres niños sanados y otros coros de la ciudad; y por último se inició un movimiento de danza muy particular en una glorieta cuadrada con piso de hojas y flores. Parecía que hubiera tablones movibles sobre un piso vacío. Todo estaba cubierto de hojarasca y de musgo. Los danzantes se tocaban con los pañuelos. Su danza eran movimientos rítmicos y las mujeres y las novias tenían el velo recogido. Se sirvieron algunos refrescos en los cuatro ángulos de la glorieta. Luego entre música y cantos salieron afuera para caminar por los jardines cerca de la fuente. Se inició una serie de juegos, consistentes en carreras, saltos y tiros de objetos al blanco. Los hombres jugaban separados de las mujeres. Se daban premios a los ganadores y penas a los perdedores. Los objetos eran monedas, correas, pañuelos y telas que llevaban al cuello. El que no tenía consigo nada debía obtenerlo de un mercader estacionado en las cercanías.

Lo que ganaban los vencedores como lo que perdían los otros, era entregado a los ancianos que lo repartían a los pobres que estaban allí mirando. Las novias y doncellas jugaban por premios de anillos y brazaletes. Las que corrían carreras se ceñían los vestidos, cubriendo sus piernas con otras telas y recogiéndose los velos por atrás. Eran ágiles y esbeltas. A veces se sujetaban con la mano izquierda a la faja de la compañera, formando un círculo que se movía: con la derecha una arrojaba a la otra una manzana amarilla que debía barajar la compañera, y si no lo conseguía debía inclinarse hasta recogerla del suelo sin salirse de la fila. Por último jugaron un desafío entre hombres y mujeres: un círculo de mujeres arrojaba al de hombres frutas amarillas que, al encontrarse y chocar en el aire, reventaban, provocando la risa de unos y otras. Hacia la tarde volvieron a sus casas con acompañamiento festivo. Esta vez los esposos fueron paseados en asnos muy adornados; las mujeres

se sentaban de lado. Acompañados de música, canto y aclamaciones volvieron a la sala de fiesta, donde se sirvió la cena.

Los novios se dirigieron a los rabinos y pronunciaron en la sinagoga su voto de continencia para determinadas fiestas o ayunos. Se les imponía una penitencia si quebrantaban ese voto. Prometían velar en la noche de Pentecostés y pasarla juntos en oración. Desde la sala de fiestas cada pareja fué llevada a su casa. La persona que llevaba al matrimonio a la casa propia, estaba de pie delante de ella, y los parientes llevaban al otro desde la sala de fiestas a la casa dando antes tres vueltas alrededor. Los regalos de bodas eran llevados jubilosamente a la casa y los pobres del lugar recibían una parte de ellos.

XL

La fiesta de Pentecostés. Visión del pasaje del Mar Rojo

En Mallep todo son preparativos para la fiesta, limpiando, adornando y preparando los baños para las purificaciones. La sinagoga y muchas casas están adornadas con enramadas, hojas, festones y flores, y los pisos con hojas y flores. La sinagoga fué también perfumada e incensada y los rollos de las Escrituras están adornados con coronas de flores. Delante están cociendo los panes para esta fiesta y los rabinos bendicen la harina que se emplea. Dos panes tienen que ser de la cosecha del presente año. Para los otros panes y especies de tortas delgadas y largas que se rompen con los dientes, se usa harina que anticipadamente han traído de la región donde Abrahán asistió al sacrificio que ofreció Melquisedec. Esta harina fué enviada hasta aquí en tarros: la llaman la semilla de Abrahán. Estos panes eran ácimos y debían estar listos para las cuatro de la tarde. Había además ciertas hierbas, que eran bendecidas por los rabinos.

A la mañana siguiente enseñó Jesús delante de los paganos bautizados y de los judíos ancianos sobre la fiesta de Pentecostés, la ley de Sinaí y el bautismo, diciendo cosas muy misteriosas. Habló mucho de los profetas: de los panes santos que se bendecían en Pentecostés, del sacrificio de Melquisedec y de sacrificio anunciado por Malaquías. Dijo que la institución de ese sacrificio estaba cerca y que cuando volviera esta fiesta, vendría una gracia nueva sobre el bautismo, y que todos los bautizados que habían creído en el Consolador, serían partici-

pantes de sus dones y gracias. Como se suscitara entre ellos discusión sobre las cosas dichas, Jesús tomó aparte a unos cincuenta de los mejores dispuestos a creer, despidiendo a los demás para hablarles en otra ocasión. Anduvo con ese grupo selecto por los alrededores de la ciudad y del acueducto, enseñando y aclarando su doctrina. A veces los veía detenerse y formular ellos toda clase de preguntas. Jesús contestaba y a veces levantaba el dedo, como señalando. He visto que cuando hablan, ellos lo hacen con muchos visajes y ademanes con las manos o los dedos. Cuando les habló de la gracia que vendría y de la salud que se consigue sólo por el bautismo y de aquel sacrificio único que se iba a instituir, preguntaron si el bautismo tenía esa gracia que les anunciaba. Les dijo que sí, si perseveraban en la fe y reconocían ese sacrificio que instituiría. Les dijo que hasta los Padres antiguos, que no habían tenido este bautismo, pero que deseaban y esperaban al Mesías en espíritu, recibían ayuda y redención por esa fe en el futuro sacrificio y en este bautismo. Les habló de la oración perseverante, en esta fiesta, que los piadosos israelitas observaron siempre pidiendo el cumplimiento de la promesa del Redentor y Consolador de Israel. Jesús dijo en estas ocasiones cosas muy profundas que ya no me es posible reproducir. He visto luego que trajeron a Jesús y a los suyos alimentos, desde la sala de fiestas al albergue y que más tarde volvió con sus discípulos. Los paganos venidos de Salamina se volvían ahora, y Jesús los acompañó durante un trecho. Los exhortó a no dejarse enredar de nuevo en el culto de sus dioses y a no entregarse a la especulación y que, cuando pudiesen, abandonaran esta tierra de paganos para vivir entre judíos: oí en esta ocasión que les habló de las comarcas de Jerusalén, de la Judea, entre Gaza, Hebrón y Jericó. Les recomendó que viesen a Lázaro, a Juan Marcos, al sobrino de Zacarías y a los padres del discípulo Manahem, a quien había dado la vista. Antes del Sábado, los niños de la escuela fueron a recibir solemnemente a los rabinos para acompañarlos a la sinagoga. Lo mismo hicieron las doncellas con las recién casadas y los jóvenes con los esposos. Jesús fué también con los suyos a la sinagoga. En este culto no hubo predicación: sólo se leía, se oraba y se cantaban salmos. Los panes benditos fueron partidos y distribuidos en la sinagoga. Los conservaban en las casas como cosas benditas contra enfermedades, daños e influencias diabólicas.

Muchos judíos, entre ellos los siete esposos, pasaron toda la noche en la sinagoga, en oración. Numerosas personas de la ciudad salían en grupos de diez o doce y se iban a orar al aire libre, a las colinas o a los jardines. Llevaban una antorcha sujeta a un palo largo y a su luz pasaban la noche cantando salmos y rezando. Los discípulos y los paganos bautizados hicieron lo mismo, mientras Jesús se retiró para hacer oración solo. Las mujeres se reunían en sus casas para rezar.

El día de Pentecostés se pasaba toda la mañana en la sinagoga en la oración, en el canto y en la lectura de la Tora. También se hacía una especie de procesión. Los rabinos, tomando a Jesús entre ellos, pasaban por los alrededores de la sinagoga, acompañados del pueblo; y, deteniéndose en los cuatro puntos cardinales, pronunciaban bendiciones sobre los campos, sobre la mar y sobre los elementos, hacia todas las regiones. Después de una pausa de dos horas, regresaban a la sinagoga y continuaban la lectura, la oración y el canto. En algunas de estas pausas Jesús preguntaba: "¿Habéis entendido lo leído?" Y explicaba el sentido de lo que se leía. Se leyó desde el pasaje del Mar Rojo hasta la llegada de Israel al monte Sinaí.

Yo he visto este hecho y contaré lo que aún recuerdo. Los israelitas estaban acampados en un valle profundo, como a una hora del Mar Rojo. Allí el mar era bastante ancho y había varias islas, como de media hora de camino en su anchura. Faraón los había buscado más al Norte, y como había enviado exploradores, venía ahora sobre ellos, creyendo tenerlos seguros en su poder. Los egipcios estaban muy irritados por haberse llevado los israelitas sus utensilios, muchos ídolos y secretos de su culto idolátrico. Cuando los israelitas los divisaron se llenaron de temor mortal. Moisés oró, les dijo que orasen a Dios y luego les mandó que lo siguiesen. De pronto la nube que siempre los acompañaba, se puso detrás de ellos, tan tenebrosa, que los egipcios no podían verlos. Moisés se adelantó al mar con su vara, que tenía dos brotes y arriba otro, oró, y con su vara hirió las aguas del mar. De pronto aparecieron delante del ala media del ejército, a derecha e izquierda, dos grandes columnas de luz, que parecían tener su raíz en el mar y que terminaban arriba en una llamarada, al mismo tiempo que un viento impetuoso dividía las aguas a lo largo del campamento como hasta una hora de camino. Moisés se adelantó y entró por la bajada suave del fondo del mar, y todo el ejército de los israelitas lo siguió detrás en un ancho como de cincuenta hombres a la vez. Al principio encon-

traron el fondo un tanto resbaloso; luego caminaron sobre un suelo muelle de hierbà. Las columnas de fuego los alumbraba como en plena luz de día. Lo mejor fué que de las islas que estaban allí, como jardines llenos de árboles y de animales, pudieron hacer gran provisión de frutas y animales, pues de otro modo hubieran sufrido escasez de alimento en esos lugares.

Las aguas del mar habían quedado a ambos lados, no precisamente como murallas levantadas, sino parecían más bien convertidas en algo semejante a gelatina. He visto que al pasar los israelitas lo hacían con andar apresurado, casi llevados, como quienes bajan una pendiente. Era la medianoche cuando entraron en el mar. El arca con las reliquias de José iba en medio del ejército. Las columnas de luz parecían nacer de las aguas, y se movían allí y en derredor de las islas, iluminando todo el paso a plena luz. Después se perdieron en las alturas en un resplandor. He visto que el agua no se apartó de repente, sino que iba haciéndolo ante Moisés, abriéndose en cuña, hasta el paso completo de los israelitas. Las columnas de fuego reflejaban en las aguas los árboles, los frutos y los animales que había en las islas para que los israelitas se proveyeran. En tres horas pasaron todos milagrosamente, pues hubieran tardado naturalmente nueve horas. A unas seis o nueve horas más arriba se veía una ciudad en la orilla, la cual pereció más tarde en las aguas. Después de tres horas llegó también Faraón con su ejército a la orilla del mar y por la oscuridad y la neblina tuvo que retroceder de nuevo. Finalmente encontró el vado; sin más se metió con sus hermosos carros y detrás de él todo su ejército. Cuando Moisés, que estaba ya en la orilla opuesta, mandó a las aguas volver a su lugar, el ímpetu de las aguas, la neblina y el fuego de las columnas, acabaron con Faraón y su brillante ejército. El pueblo de Israel cantó el himno de alabanza a Dios cuando vió a la mañana el desastre completo de los egipcios. Las dos columnas de fuego volvieron en la orilla a juntarse en una sola nube, que los guió luego a través del desierto. No me es posible describir la belleza de toda esta escena.

Al día siguiente fué Jesús con sus discípulos a dos lugares de la ciudad donde no había estado aún. Se lo habían rogado muchos que vivían allí. Sanó a enfermos, hombres y mujeres, que estaban en lugares preparados para ellos. Consoló y exhortó a algunos atacados de melancolía, a los cuales devoraba una aflicción muy grande. En Mallep estaba todo tan bien organizado que cualquiera que padeciera una desventura podía encon-

trar allí un refugio sin desmedro del honor de su familia. Algunas mujeres preguntaron cómo debían conducirse: sus maridos les eran infieles y ellas no querían acusarlos por temor al deshonor y a la pena severa que les esperaba. Jesús las consoló y exhortó a la paciencia; les dijo que pensasen lo que les convenía más para no dar sospechas a sus maridos: si preferían que los exhortase Él o alguno de sus discípulos extranjeros. También le trajeron a muchas criaturas para que las bendijera. Por la tarde fué a una gran casa donde habían reunido, en grupos separados, bastantes hombres y mujeres enfermos, de condición distinguida. Había algunos que padecían tan gran melancolía, que lloraban inconsolables. Sanó a unos veinte y les enseñó lo que debían comer o beber y cómo purificarse en las aguas. Después juntó a las mujeres, dándoles una enseñanza, y a los hombres, separadamente, hasta la tarde. Al terminar se dirigió a la sinagoga.

XLI

Jesús predica severamente en la sinagoga

La lección versó acerca del libro III de Moisés, 26, y de Jeremías, 17, sobre las maldiciones de Dios a los que no observan sus mandamientos: de los diezmos, de la idolatría, de la profanación del Sábado. La prédica de Jesús fué tan severa que muchos lloraban y gemían. La sinagoga estaba abierta y el timbre de su voz resonaba en las afueras en modo imposible de expresar.

Habló de los que esperan en las criaturas y ponen en ellas su confianza, esperando ayuda y contento. Habló de la atracción diabólica de los adúlteros de unos a otros, de la maldición de los que faltan a la santidad del matrimonio, de las consecuencias que recaen sobre los hijos, siendo los padres los mayores culpables. Las gentes estaban tan conmovidas, que muchos decían: "Habla como si el día del juicio fuera inminente". Habló contra la astucia de los que se creen sabios y de sus maquinaciones. Se refirió al proceder de aquéllos que frecuentaban las escuelas principales, de las cuales había una allí, donde se aprendían estas argucias y falsa ciencia.

Después de esta prédica tan severa vinieron muchos a ver a Jesús al albergue, pidiendo consejo y reconciliación de sus pecados. Había algunos doctores y alumnos de estas escuelas, los cuales preguntaban cómo debían portarse en adelante en sus estudios. También acudieron algunos que tenían negocios y tra-

tos prohibidos con los paganos, porque vivían cerca de donde ellos moraban. Estuvieron aquellos hombres de los cuales se habían quejado sus respectivas mujeres, y otros más. Venían uno por uno ante Jesús, se echaban a sus pies, confesaban su culpa y obtenían el perdón de los pecados. Estaban especialmente preocupados, temerosos de que las maldiciones de sus mujeres pasaran a sus hijos por su culpa, y preguntaban cómo podían impedir el efecto de estas maldiciones. Jesús les dijo que eso se remediaba con el amor y la reconciliación de las que habían dicho esas imprecaciones y con la penitencia de los que habían dado motivo. Tales maldiciones deben ser reconocidas delante del sacerdote y remediadas, para recibir la bendición que ellos pronuncien. Les dijo que las maldiciones no alcanzan al alma, pues el Padre dice: "Todas las almas son mías". Tocan sólo al cuerpo y a los bienes materiales. La carne es la casa y el instrumento del alma, y un cuerpo maldecido refluye en el alma y aumenta el peso ya de por sí tan grave.

En esta ocasión he visto, en efecto, cómo obra la maldición diferentemente según la intención del que maldice y según el ser de los hijos. Muchos de los que están poseídos y sufren convulsiones tienen su origen en estas maldiciones. Los hijos ilegítimos los veo especialmente con estas fallas e inclinaciones malas tanto en lo material como en lo espiritual. Tienen en sí algo de aquello que yo veía que tenían los hijos de Dios que se unían y casaban con las llamadas hijas de los hombres. A menudo son hermosos, despiertos; pero llenos de codicia, de malos deseos; quisieran atraerlo todo a sí mismos, no reconocen sus fallas naturales. Llevan el sello de su origen malo en su propia carne y así su propia alma se contamina y está en peligro de perderse.

Después que Jesús atendió en particular a cada uno de estos hombres, tuvieron ellos que traerle a sus mujeres. A cada una de ellas les anunció el arrepentimiento de sus maridos y cómo debían reconciliarse con ellos y retirar las imprecaciones que habían pronunciado. Si esto no lo hacían de corazón, vendría sobre ellas la culpa de una mayor caída. Las mujeres lloraban, dieron gracias y prometieron remediarlo todo. A varios de ellos el Señor los reconcilió hoy mismo, llamándolos a su presencia, pidiéndoles su consentimiento, juntándoles las manos, poniendo su estola encima y bendiciéndolos. La mujer de un adúltero reconciliado, quiso quitar solemnemente el efecto de sus maldiciones de la cabeza de los hijos de su infiel marido, cruzando

sus manos con las de su marido sobre las cabezas de los hijos habidos con una mujer pagana, y en presencia de Jesús bendijo de corazón a los hijos de su marido infiel. Jesús imponía alguna penitencia a los adúlteros, como una limosna, un ayuno, continencia y oración. El hombre que había pecado con la pagana estaba ahora muy arrepentido. Invitó a Jesús a una comida y Jesús fué a su casa con los suyos. Estaban presentes algunos rabinos, los que, como todos, estaban maravillados de lo que veían, pues ese hombre era tenido por liviano, mundano e indiferente de los sacerdotes y profetas. Era hombre rico, tenía campos que cultivaban sus siervos y su casa no estaba lejos de aquella gran sala donde Jesús había sanado a sus enfermos. Durante la comida vinieron dos hijitas de la casa, las cuales se acercaron y derramaron un precioso ungüento sobre la cabeza de Jesús.

Después de la comida fué Jesús con los demás a la sinagoga para terminar la festividad del Sábado. Jesús siguió su predicación de ayer, pero ya no tan severo, y dijo que Dios nunca abandona a los que en Él confían y le invocan. Después habló de la demasiada afición a los bienes terrenos, y los exhortó, si creían de veras a su palabra, que cuanto antes volvieran a Palestina, dejando la compañía peligrosa de los paganos y siguieran la verdad entre las gentes de su misma nación. Añadió que la Judea era suficientemente grande para mantenerlos a ellos también, aun cuando tuvieran que habitar bajo tiendas antes de establecerse mejor. Añadió que era preferible abandonarlo todo antes que perder el alma con sus aficiones a las buenas casas y comodidades, bienes que conducen al pecado. Para que el reino de Dios venga a ellos era necesario que ellos le fueran al encuentro. Que no se gloriaran de sus cómodas casas y bienes terrenos en este alegre lugar, porque la mano de Dios muy pronto los alcanzaría y perderían todo lo que tenían y sus viviendas serían destruídas. Sabía Él, añadió, que su religión era más de apariencia, que descansaba sobre las comodidades y las riquezas y la indiferencia por las cosas de Dios. Buscaban riquezas de los paganos y trataban por medio de la usura, del comercio, de los trabajos en las minas y de casamientos de atraerse a los paganos. Añadió que todo lo perderían muy pronto. Adivirtióles de los peligros de esos casamientos con los paganos, porque luego se tornaban indiferentes a las cosas de religión y buscaban sólo dinero, bienestar y vivir con más libertad y más licencia de costumbres. Todos estaban conmovidos y muchos pidieron hablar luego con Jesús a solas.

Al día siguiente estuvo Jesús en muchas casas amonestando, consolando y reconciliando a los desavenidos. Estuvieron con Él algunas mujeres que se acusaron de tener hijos fuera del matrimonio. Jesús hizo llamar a sus maridos y los volvio a unir con ciertas ceremonias. Los mismos hijos fueron recibidos por el marido y bendecidos, aunque ignoraban la razón de la ceremonia que se hacía con ellos. Para las mujeres fué una gran penitencia tomar a su cargo a los hijos que sus maridos infieles les habían traído; pero lo hicieron de corazón y esto fué motivo de que los hombres tomasen para sí y bendijesen a los hijos que le traían algunas mujeres infieles. De este modo se llegó a una cordial reconciliación, se evitó el escándalo y se quitó el mal ejemplo.

Muchas personas fueron a ver al Señor con motivo de las palabras severas y de las exhortaciones que habían hecho de que se fueran a Judea. Les había gustado su predicación y se consideraban como judíos de la Diáspora; pero eso de abandonar el lugar y volver a la Palestina no les agradaba. Estaban tranquilos, con vida cómoda, con mucho comercio y teniendo parte en las ganancias de las minas. Se enriquecían, decían ellos, a costa de los infieles; no eran molestados por los fariseos ni oprimidos por Pilatos. Estaban en las mejores condiciones, aunque expuestos a grandes peligros morales por vivir en medio de los paganos. Los campos y posesiones de los infieles lindaban con los de los judíos y las hijas de los paganos se casaban mejor con los judíos, porque éstos no trataban como esclavas a sus mujeres, como era costumbre entre los infieles. Por este motivo las doncellas paganas trataban de ganarse la voluntad de los jóvenes judíos con regalos, visitas y toda clase de seducciones. Aunque se hacían judías, no lo hacían de verdad, sino de conveniencia, y así traían la indiferencia religiosa y la disolución de costumbres en las familias de los israelitas. Los judíos de aquí, no eran tan francos ni hospitalarios como en Palestina: estaban mejor provistos de comodidades y no eran tan recios y decididos: así tenían toda clase de excusas para no salir. Jesús les dijo que también sus padres en Egipto habían tenido campos y casas y que todo lo habían dejado; les repitió sus predicciones de que serían más adelante infelices en este lugar. Los discípulos entretanto, especialmente Barnabás, andaban por los alrededores enseñando y amonestando a la gente. Con Barnabás tenían más confianza y familiaridad; por eso estaba siempre rodeado de grandes grupos de gentes.

XLII

Jesús visita a los mineros de Cythrus

Desde Mallep se dirigió Jesús a Cythrus acompañado de los suyos, y del discípulo de Naím y los hijos de Cirino que habían llegado en estos días. Eran unos doce. Se encaminaron a una aldea de mineros y excavaciones haciendo un largo rodeo, como de siete horas, para tener ocasión de hablar más tiempo con sus discípulos. Se detuvo en casa de varios de ellos para prepararlos a recibir la salud. Jesús había sido invitado por medio de Barnabás y de otras personas de Cythrus, porque los mineros judíos celebraban una festividad y recibían parte de la cosecha y del fruto de su trabajo. Jesús pidió al discípulo de Naím que contara las noticias que traía. Aunque sabíalo Jesús todo, se portaba como los demás mortales, para no molestar a los que vivían con Él.

La víspera de Pentecostes, este discípulo, después de haber ofrecido sus dones, antes que sucediera en Jerusalén la matanza de los soldados de Pilatos, había salido para Naím, de aquí a Nazaret y a Ptolemaida, y habíase embarcado para Chipre. Contó a Jesús que María su Madre y las santas mujeres, con Juan y otros discípulos, habían celebrado las fiestas de Pentecostés tranquilamente en Nazaret, y que su Madre y los amigos lo saludaban y le pedían se quedase algún tiempo más en Chipre, para que se sosegaran más los ánimos excitados contra Él. Los fariseos decían que se había escapado a tiempo, y que Herodes lo quería hacer ir a Maqueronte, con el pretexto de hablar sobre el asunto de los presos librados en Thirza y que una vez allí lo tomaría preso como a Juan. Contó lo sucedido el día antes de Pentecostés cuando los soldados de Pilatos asaltaron a los que habían ido al templo a ofrecer sus dones. En esta matanza perecieron algunos amigos de Jesús, servidores del templo y algunos parientes de Zacarías. Jesús lo sabía y se había entristecido. Estas noticias lo llenaron nuevamente de pesar, como a los que estaban con Él. Pilatos había salido el día antes de la ciudad manteniéndose retirado con algunas tropas en una casa que poseía en el camino a Joppe. Esperaba poseer el dinero recogido de las ofertas al templo para hacer un acueducto que venía de bastante lejos, y para este fin había hecho colgar de unas columnas, a la salida del templo, unos edictos que llevaban encima una imagen de bronce del César

en que se hablaba del destino de esos dineros. Como el pueblo estaba muy irritado por la figura del César puesta en las columnas del templo, los herodianos incitaron a un grupo de galileos, partidarios de Judas el Gaulonita, que se amotinaron y perecieron en la matanza. Herodes permanecía en Jerusalén en el mayor secreto y sabía todo lo que pasaba en el templo. Los amotinados fueron locamente, la víspera, al lugar de los edictos, bajaron las tablas con ellos; uno injurió y rompió las imágenes del César, arrojando los trozos del edicto y de la imagen a la explayada del pretorio, gritando: "Ahí tienes el dinero que exiges de las ofrendas". Luego se separaron sin dar mucha importancia al hecho. Cuando a la mañana siguiente quisieron salir del templo, encontraron las puertas guardadas por soldados romanos. Como hicieran fuerza para salir, se levantaron los soldados romanos ocultos en el templo y con sus espadas cortas, guardadas entre sus vestidos, ultimaron a los que se resistieron a entregar el dinero que exigía Pilatos. Aumentó el tumulto y como acudieran los dos guardianes de templo, fueron ultimados ellos también. Los judíos acudieron a la defensa y los soldados romanos se refugiaron en la fortaleza Antonia.

Jesús habló mucho durante el camino sobre los habitantes de Mallep: de su afición al dinero, y de lo costoso que se les hacía abandonar este sitio y volver a la Judea. Habló de los filósofos paganos que querían seguirle y enseñó cómo debían portarse con ellos en Palestina cuando se encontrasen en su compañía. Parece que no congeniaban los discípulos con estos filósofos. A la tarde llegaron a la aldea de los mineros, a media hora de Cythrus, en las cercanías de las minas, en una altura con muchas viviendas cavadas en las rocas. Se ven jardines y un sitial rodeado de árboles frondosos. Han hecho escalones que conducen a esa altura, desde la cual se ve la aldea. Jesús se retiró al albergue del capataz de los trabajadores, encargado de proveer los víveres y pagar los salarios. Los mineros lo recibieron con grandes muestras de contento. Las entradas a la aldea, como la vivienda del capataz, estaban adornadas con festones y arcos de triunfo con ramas, hojas y flores. Llevaron a Jesús a una casa donde le lavaron los pies y le ofrecieron un refresco. Después se dirigió al sitial de enseñanza. Se sentó y todos se acomodaron en torno de El. Habló de la dicha que procura el trabajo y la pobreza; les dijo que eran más dichosos que los judíos ricos de Salamina: que delante de Dios sólo es rico el virtuoso, y que ellos tenían menos tentación y seducción

al pecado. Les dijo que venía a ellos porque no los despreciaba, sino los estimaba y amaba. Habló hasta la noche sobre las peticiones del Padrenuestro, en parábolas y comparaciones. Desde Cythrus habían traído géneros, telas, comidas, bebidas y trigo. Al día siguiente llegaron Barnabás, su padre, sus hermanos, varios hombres principales dueños de las minas y algunos rabinos de Cythrus. Después de depositar lo que traían en la plaza de la aldea, se reunió el pueblo en torno. Se repartió trigo en baldes, grandes panes, miel, frutas, vasos, vestidos de cueros, mantas y utensilios familiares.

Las mujeres recibían trozos de género muy grueso, como alfombras. Mientras se hacía el reparto, Jesús y los suyos presenciaban la escena. Después enseñó desde la altura: habló de los trabajadores de la viña, del samaritano caritativo, de la suerte del trabajo y de la pobreza, del pan de cada día y de la oración del Padrenuestro. Se preparó una comida al aire libre, bajo los árboles, donde Jesús, los suyos y los principales servían a los mineros. Los niños y las niñas tocaban en flautas y cantaban. Después de la comida se desarrollaron juegos sencillos: carreras, saltos, buscar con los ojos vendados y otros juegos parecidos. Hubo también una danza rítmica, con inclinaciones, pases y abrir y cerrar filas. Por la tarde se dirigió Jesús con unos diez niños de seis a ocho años hacia las minas. Estos niños estaban vestidos de fiesta con coronas de flores y presentaban un hermoso aspecto. Mostraban a Jesús los mejores lugares de las minas y contaban a su modo todo lo que sabían. Jesús les enseñaba haciendo reflexiones sobre todas las cosas que mostraban. A veces les proponía una adivinanza y les contaba parábolas. Los mineros son en sus casas limpios y aseados, a pesar de su trabajo pesado y bastante sucio. Después he visto a Jesús acompañando al discípulo de Naím al puerto, que está a cinco horas de allí. Unos caminaban delante, otros detrás y Jesús en el medio con los suyos. Jesús bendijo al discípulo que partía y los otros lo abrazaron. Después volvió a la aldea de los mineros. El discípulo se embarcó en un lugar de mucho sol, junto a Citium. El puerto no estaba tan distante del poblado como en Salamina. El mar entra bastante y parecería que la ciudad está en el mar. No lejos se ve una montaña muy alta y allí cerca una mina de sal. En el puerto sólo se ven pequeñas embarcaciones. Hay mucho tráfico de madera que transportan por agua.

XLIII

Jesús se dirige a Cerynia y visita la familia de Mnason

Cuando Jesús abandonó la aldea de los mineros pasó la montaña en dirección Norte hacia el puerto de Cerynia. Mallep quedaba a la derecha. Caminaron por el valle Lanisa, a través de Leppe. De camino se detuvo Jesús en una altura sombreada, y allí enseñó. Hacia las cuatro de la tarde llegaron cerca de la ciudad donde fueron recibidos por la familia de Mnason y otros judíos principales. Esta familia vive a media hora fuera de la ciudad, en un recodo del camino. El padre de Mnason es un hombre delgado, anciano, de larga barba, muy recio y movido. Tiene dos hijas y tres hijos y varios emparentados que viven con él desde hace unos diez años. Había sido comerciante viajero. Recibieron a Jesús con gran alegría y llenos de humildad; lavaron los pies a los viajeros y les ofrecieron una refección. Había una terraza que era el lugar de oración, donde Jesús enseñó hasta la noche sobre el bautismo, las peticiones del Padrenuestro y las Bienaventuranzas. Después acompañó al padre de Mnason, que se llama Moisés, y a los hermanos hasta la casa, donde le salieron al encuentro cuatro hijitos de Mnason, a los cuales bendijo. La madre y otras hermanas se acercaron a Jesús cubiertas con el velo, y Jesús les habló. Hubo una comida con la familia en un lugar sombreado. La gente trajo lo mejor que tenía: panes, miel, aves, frutas que colgaban de las ramas. Jesús enseñó de nuevo. Fueron hospedados en un lugar amplio, dividido por tabiques, sombreados de ramas y juncos, donde habían acomodado los lechos.

La madre de Mnason es una mujer robusta. El padre es de la tribu de Judá, aunque sus antepasados se habían mezclado en la cautividad de Babilonia y no habían vuelto de ella. Hizo vida errante, dirigió caravanas de mercaderes y vivió un tiempo en Arabia, cerca del Mar Rojo; finalmente, ya empobrecido, se asentó aquí con su familia. El hijo fué a la escuela de Mallep y luego a Palestina para estudiar, donde conoció a Jesús y se hizo su discípulo. El padre vive con sus hijos mayores, de los cuales Mnason es el menor. Sus habitaciones son varias chozas. No tienen campos de cultivo, sino sólo quintas de árboles frutales detrás de la casa. Antes había sido él conductor de caravanas y ahora hospedaba a las que pasaban por aquí y Cerynia. El anciano Moisés tiene algunos asnos y bueyes, con los cuales lleva las

mercaderías de las caravanas a los pueblos vecinos. Es pobre, pero vive moderadamente al modo de los antiguos israelitas. No hay mucho tráfico hacia Cerynia, porque el camino principal, que va a Sapithus, pasa a pocas horas al Oeste.

Cuando Jesús, al día siguiente, volvió al lugar de enseñanza, estaban algunos judíos de Cerynia y gentes de pequeñas caravanas, quienes se alegraron mucho de ver a Jesús de nuevo, pues le habían conocido en Cafarnaúm, y estaban ya bautizados. Jesús enseñó severamente contra la usura, la sed de riquezas y el ansia de enriquecerse con los paganos. Luego habló del bautismo, del Padrenuestro y de las Bienaventuranzas. Al mediodía hubo comida en común. Jesús servía y enseñaba, y muy poco se sentó Él mismo a la mesa. Una de las hermanas casadas de Mnason no apareció porque anteayer se le había muerto una hijita. Estaba sentada junto al cadáver, envuelta en su velo y lloraba. La niña no había podido ser enterrada ayer, no sé por qué causa. Hoy esperaban a los cuatro rabinos de Mallep para llevarla, pues allá tienen su cementerio. La criatura era ya crecidita, pero siempre enfermiza. No podía hablar bien, ni casi caminar, a pesar de que entendía todo. Mnason, que había estado aquí, habló a Jesús del caso, quien le anunció que moriría pronto y cómo debían prepararla para la muerte. Esto lo había cumplido Mnason en momentos en que la madre no estaba presente. Le había hablado del Mesías y cómo debía creer en Él, que debía tener dolor de sus pecados, esperanza y fe en la salvación. Había rezado con la criatura y la había ungido con el óleo bendecido por Jesús. De este modo murió esta criatura santamente. La he visto en su camilla junto a la madre, fajada como una momia y cubierta la cara. Tiene una corona de flores y hierbas aromáticas en torno. Sus manos y brazos, aunque cubiertos, se distinguían: tenía en los brazos una vara blanca y en la punta un ramillete con un haz de trigo, una vid, una rama de olivo, una rosa y otras hierbas del país. Vinieron varias mujeres y se lamentaban con ella de la desgracia. He visto que ponían junto a ella varios juguetes, como dos flautitas, un cuerno retorcido y un arco pequeño con su flecha. Tenía además otro bastoncito dorado con un botoncito arriba. Cuando vinieron los rabinos para trasladar el cadáver, ataron la tapa del ataúd, sin clavarla, y cuatro hombres lo llevaron en andas. Tenían una lámpara sobre un palo y una tropa de adultos y niños acompañó a los conductores. Jesús y los suyos estaban delante de la

casa mirando el acompañamiento. Jesús consoló a la madre y a los presentes y les recordó la resurrección final.

La festividad del Sábado la celebraron en Cerynia, que tiene tres caminos que van al mar: el del medio es muy ancho y hay otros dos que atraviesan a estos tres principales. La ciudad tiene una muralla muy gruesa donde se ven las casas de los pocos judíos que viven afuera. En torno de estas viviendas hay tambien un vallado. Aquí viven los judíos separados por las murallas de los paganos que están adentro. En la ciudad veo como unos diez templos de ídolos. Los judíos son pocos, no son ricos, aunque tienen sus casitas en orden, con ciertas comodidades. Tienen escuela, sinagoga y viviendas para los rabinos y los maestros. Están en una altura y cuentan con un arroyo y el brazo de otro río que han apresado para formar una fuente para beber y un depósito de agua para baños.

Los maestros recibieron a Jesús con mucha reverencia y lo acompañaron al local de la escuela y a la sinagoga, donde habían colocado a siete enfermos en sus camillas para que escucharan la doctrina. Había como cien hombres. Dejaron que enseñase a Jesús sólo. Se leyó el II libro de Moisés, I, 4-21, la enumeración de los hijos de Israel y un trozo del profeta Oseas, I, 10; II, 21. Jesús habló severamente contra la idolatría. Se leyó el pasaje donde Dios manda a Oseas que tome a una ramera y tenga hijos, a los cuales se dan nombres especiales. Preguntaron sobre esto a Jesús y les declaró la explicación. El profeta tenía que representar con su cuerpo y su vida el estado de la alianza de Dios con la casa de Israel y los nombres de los hijos significaban los castigos que Dios había de mandarles. Añadió que a veces sucede que los mejores tengan que casarse con otros malos, para deshacer el germen del pecado. Esta unión de Oseas con una ramera y los diversos nombres de los hijos, son testimonio de las muchas bondades de Dios y de la perversidad de los hombres. Habló severamente, exhortando a la penitencia y al bautismo; habló de la proximidad del reino de Dios, del castigo de aquéllos que lo rechazan y de la destrucción de Jerusalén.

Mientras duraba la prédica, los enfermos clamaron: "Señor, creemos en tus palabras; pero ten piedad de nosotros. Ayúdanos". Cuando vieron que estaba por dejar la sinagoga, se hicieron llevar afuera. Los pusieron en el pórtico en dos hileras y clamaban: "Señor, haz con nosotros lo que Tú puedes hacer. Señor, lo que se te ha concedido, hazlo con nosotros". Jesús no los

sanó en seguida, y como los rabinos también le rogaran, preguntó Jesús a los enfermos: "¿Qué es lo que yo puedo hacer con vosotros?" Ellos contestaron: "Señor, ayúdanos en nuestra enfermedad". "¿Creéis que Yo puedo hacer eso?", preguntó Jesús. Todos contestaron: "Sí, Señor, nosotros creemos que Tú lo puedes hacer". Mandó entonces Jesús a los rabinos traer algunas Escrituras y orar sobre ellos. Trajeron los rollos y rezaban. A los discípulos les mandó poner las manos sobre las cabezas de los enfermos y así lo hicieron: a unos sobre los ojos, a otros sobre el pecho, y a otros en distintos sitios. Jesús preguntó nuevamente: "¿Creéis, y queréis ser sanos?" Ellos contestaron: "Sí, Señor, creemos que Tú puedes ayudarnos". Jesús les dijo: "¡Levantaos; vuestra fe os ha ayudado!" Los siete se levantaron al punto, y dieron gracias a Jesús, que les mandó purificarse. Algunos estaban hinchados por la enfermedad. Su enfermedad estaba curada, pero al salir de allí estaban aún débiles y se apoyaban en sus bastones. Esta manera de sanar mediante la oración de los rabinos la he visto usar por Jesús varias veces en Chipre, en Cythrus, en Mallep y en Salamina. En razón de que los rabinos y los maestros eran buenos, los hacía Jesús participar en las curaciones, como a sus discípulos, para despertar la confianza del pueblo en las oraciones de los mismos. Esta manera de obrar en Chipre la usó para dar ejemplo a sus discípulos y porque muchos rabinos de aquí formaban parte del grupo de las 570 almas que ganó Jesús en su estadía en la isla.

Los enfermos sanados fueron bautizados con otros judíos en un lugar arreglado en casa del anciano Moisés, padre de Mnason. Se trajo agua de una fuente vecina, pues la casa de Moisés estaba sobre una altura, y allí no había agua; pero tenía depósitos que se llenaban y de allí partían canales para surtir a las necesidades de la casa. En el depósito había agua clara. En los canales solían lavar la ropa y los pies. Tenían otro depósito para dar de beber a los animales y para regar las plantas. Los bautizados ponían los pies en el agua. Primero enseñó Jesús sobre la penitencia y la purificación por medio del bautismo. Los hombres usaban largas vestiduras blancas, con fajas de inscripciones y manípulos. Además de los siete sanados, había ocho hombres que se hicieron bautizar con ellos.

Había hablado antes cada uno con Jesús, en particular, confesando sus pecados. Jesús les dijo que aprovechaban el momento de la gracia y llenaban la ley según el sentir de los profetas; pero que no debían vivir como esclavos de la ley, pues

la ley se les había dado a ellos y no ellos entregados a la ley. Les fué dada la ley para que merecieran por ella la gracia. Entre los bautizados estaban los hermanos y cuñados del discípulo Mnason. Su padre, aunque piadoso, era obstinado en su manera y no se dejó persuadir. Mnason se había ocupado todo este tiempo en prepararlo, y aún Jesús habló hoy con él; pero este anciano testarudo no se dejó convencer. Alzó los hombros, movió la cabeza y puso toda clase de objeciones diciendo que tenía la circuncisión, que le bastaba. Mnason se entristeció tanto por esto, que comenzó a llorar. Jesús lo consoló diciendo que su padre era anciano y algo testarudo; que por otra parte había vivido siempre como creyente piadoso; que al fin lloraría su ceguera en otro lugar y allí vería claro. Jesús había bendecido antes el agua del bautismo, mezclando un poco de la del Jordán que llevaban los discípulos consigo. Después del bautismo lo sobrante fué sacado del recipiente y enterrado.

Durante el bautismo dirigióse Jesús a una altura, detrás del sitial de doctrina donde le esperaban treinta o cuarenta mujeres judías en una quinta de árboles frutales. Estaban cubiertas con el velo y al ver a Jesús se inclinaron profundamente. Muchas de ellas estaban angustiadas pensando que sus maridos seguirían a Jesús y las abandonarían. Pedíanle que sus maridos no las desampararan. Jesús les dijo que si los hombres abandonaban este lugar, debían ellas seguirlos: que en la Palestina encontrarían medios de vida. Les contó el ejemplo de las santas mujeres y les dijo que el tiempo era demasiado precioso para pasar la vida tranquilamente: que no eran estos tiempos de buscar comodidades; que importaba mucho ir al encuentro de la gracia y del reino y prepararse para recibir al Esposo. Habló de la moneda perdida, y de las vírgenes prudentes y necias. Algunas mujeres le pidieron dijera a sus maridos que no fueran con las doncellas paganas, ya que había hablado tan severamente explicando a Oseas, contra las uniones y seducciones de las hijas de los infieles. Algunas estaban atormentadas por el celo. Jesús les preguntó sobre su propia conducta con sus maridos, y las exhortó a ser buenas, humildes, pacientes y obedientes: que no se entregaran a las críticas contra ellos y a las charlas con las vecinas. Después cerró la enseñanza de la sinagoga de Cerynia y se dirigió a Mallep.

XLIV

Partida de la isla de Chipre

En Mallep tuvo Jesús todavía una gran prédica junto a la fuente de la ciudad. Habló de la proximidad del reino, de ir al encuentro del mismo, del desapego, del poco tiempo que aún quedaría en la tierra, del terrible final de su vida, de las consecuencias de esto y de su seguimiento. Habló de la futura destrucción de Jerusalén, como también de los que rechazan el reino de Dios, no hacen penitencia y no se convierten, sino que quieren permanecer apegados a sus bienes terrenos y a sus pasiones. Dijo que aquí todo parecía bien y felicidad, pero que todo esto no era sino un sepulcro blanqueado por fuera y podredumbre y suciedad por dentro. Los exhortó a que se examinasen en su interior: cómo les iba en su alma en medio de toda esta apariencia de bienestar exterior. Les habló de la usura que practicaban, de su avaricia, de su sed de dinero, de su codicia que se manifestaba en sus mezclas y casamientos con los paganos. Les afeó su apego a la tierra, a su apariencia de vida devota: que mirasen todas estas cosas perecederas y estas comodidades que serían pronto destruídas, y que llegaría un tiempo en que ningún israelita podría ya permanecer y vivir en esta isla. Habló claramente de su Persona y de la voz de los profetas, aunque pocos entendieron lo que les quería decir. Mientras duraba esta severa exhortación se iban cambiando los grupos, de modo que se acercaban a su sitial por turno, los hombres, los jóvenes, los ancianos, las mujeres y las doncellas. Todos estaban muy conmovidos y sollozaban silenciosamente.

Se dirigió Jesús con los suyos y otros de Mallep al Sur, a un lugar donde le habían invitado y donde ya había estado, donde tenían un sitial de enseñanza lleno de sombra. El discípulo de Naím había estado aquí para comunicar y tratar acerca de los preparativos de su partida de Chipre. Jesús enseñó aquí, en despedida, como lo habían hecho en Mallep. Fué después a varias chozas, donde sanó a los enfermos que le habían rogado. Al punto de volver a Mallep, se presentó un anciano labrador pidiéndole ayuda para su hijo ciego. Había en la casa tres familias, compuestas de doce personas: abuelos y dos hijos casados ya con varios hijos. La madre, cubierta con el velo, trajo ante Jesús al niño ciego, que ya hablaba y caminaba. Tomó al niño y con los dedos de la mano derecha puso saliva sobre los

ojos, los bendijo, dejó al niño en el suelo y le mostró algo ante los ojos. El niño extendió sus manos hacia el objeto, y luego, al llamado del padre y de la madre, cayó en los brazos de uno y otra. Los padres se acercaron con el niño a Jesús, se hincaron delante y dieron gracias al Señor, llorando, llenos de contento. Jesús abrazó al niño y se lo dió a los padres mandándoles que cuidasen de educarlo en la verdadera luz para que no cayese en la ceguera más peligrosa del alma. Bendijo también a los otros niños y a toda la casa. La gente lloraba de emoción y cantaba sus alabanzas. En Mallep hubo una comida en la gran sala de fiestas, en la que tomaron parte todos. Los pobres fueron agasajados y recibieron regalos. Jesús habló largamente sobre la palabra *Amén*. Dijo que era el resumen y compendio de toda la oración. Quien la pronuncia con ligereza echa a perder todo lo que expresó en su oración. La oración es un llamado a Dios, nos une con Dios, y nos atrae su misericordia; con la palabra *Amén* bien dicha recibimos el don de Dios, agradecidos. Habló admirablemente de la fuerza y significado de la palabra *Amén*. La llamó principio y fin de todas las cosas y dijo que Dios hizo el mundo entero en fuerza de esa palabra. Dijo un *Amén* sobre todo lo que había enseñado, sobre su partida y sobre el cumplimiento de su misión, y terminó solemnemente con la palabra *Amén*. ¡Así sea! Habló hasta entrada la noche. Bendijo a todos: todos lloraban y se despedían a voces de su Persona.

Jesús abandonó la ciudad con sus discípulos. Barnabás y Mnason le siguieron unos días después. Dejaron a Cythrus a la derecha y tomaron un camino entre matorrales y rocas. Jesús pagó el hospedaje, pues el discípulo de Naím había traído algún dinero de las santas mujeres. Como no quisieran recibir esa paga los hospederos, la suma fué repartida entre los pobres. Los caminos que parten de Mallep, Cythrus y Salamina y que deben tomar los que regresen a Palestina, fueron distribuídos así: unos saldrán por la parte Noreste de Salamina, y otros, que tienen negocios en Tiro, saldrán a través de Salamina. Los paganos bautizados se dirigen en su mayor parte hacia Gessur. En Salamina se alojaron Jesús y los suyos en la casa-escuela donde a su llegada se habían hospedado. Vinieron por el Noroeste dejando el acueducto a la derecha y la ciudad judía a la izquierda. Los he visto aún ceñidos de tres en tres sentados en un pórtico delante de la casa-escuela: ponían sus pies en unos recipientes de agua cavados allí a ese efecto. Para cada tres había una toalla larga para secarse los pies. No siempre se dejaba Jesús lavar los pies

por otros: la mayoría de las veces lo hacía cada uno por sí mismo. Los esperaban allí y les ofrecieron alguna refección. Había algunos hombres de confianza y delante de ellos habló Jesús durante algunas horas. Después tuvo una larga conferencia con el gobernador romano, el cual le presentó a dos jóvenes paganos que juntamente con él pedían el bautismo. Confesaron con lágrimas sus pecados y Jesús se los perdonó. A la tarde fueron bautizados secretamente por Santiago en un lugar de la escuela. Estos jóvenes piensan seguir a los filósofos bautizados y establecerse en Gessur.

También Mercuria pidió ver a Jesús en un lugar junto al acueducto. Jesús siguió al criado de Mercuria hasta el sitio señalado. Se acercó cubierta con el velo trayendo de la mano a sus dos hijitas vestidas extrañamente. Llevaban vestidos solo hasta la rodillas y estaban envueltas en telas transparentes donde había lana y coronas de plumas; los brazos desnudos, los pies con cintas y los cabellos sueltos. Parecían a los ángeles que entre nosotros se suelen pintar en los Nacimientos. Jesús habló larga y bondadosamente con Mercuria. Ella lloró mucho y se manifestó muy afligida de tener que dejar a su hijo, de que sus padres mantenían alejada de ella a su hermana menor y por eso permanecería en su ceguera espiritual. Lloraba también sus propios pecados. Jesús la consoló y le aseguró nuevamente del perdón de sus culpas. Las dos hijas miraban a la madre, sin comprender, lloraban y se apretaban contra ella temerosas. Jesús bendijo a las niñas y volvió a la casa-escuela.

Con Mnason llegó también uno de sus hermanos que quiere seguirlos a Palestina. Después de una comida de despedida se fueron al lugar donde el gobernador romano tenía dispuestos algunos criados con asnos para los viajeros. Todos subieron. Jesús se sentó de lado sobre un asiento dispuesto con apoyo cómodo. El gobernador romano los quiso acompañar y ocupó su asno. Cabalgaron a través del acueducto, llegaron detrás de Salamina y pasaron el Río Pedius. Tomaron un camino vecinal más corto, pues que el real pasa más cerca del mar. He visto al gobernador romano viajando esa noche casi siempre al lado de Jesús. Delante iba un grupo de doce, después otro de nueve, entre ellos Jesús y el gobernador, y detrás otro grupo de doce. Fuera del domingo de Ramos y de esta vez nunca vi a Jesús cabalgando.

Cuando comenzó la aurora y faltaban aún tres horas para llegar al mar, se despidió el gobernador de Jesús, para no llamar

la atención. Jesús le dió la mano y lo bendijo. El gobernador había bajado del asno y quería abrazar los pies de Jesús: se inclinó profundamente delante del Señor, y después de dar unos pasos, nuevamente, según creo era costumbre en el país. Volvió a montar en su asno y dió la vuelta. Los dos nuevos bautizados volvieron con él a la ciudad. Jesús siguió cabalgando y cuando estuvieron como a una hora de la playa, bajaron todos y los criados se llevaron las cabalgaduras de regreso.

Llegaron, atravesando una montaña de sal, a un edificio amplio donde encontraron a los tripulantes de la embarcación que los esperaban. Era un lugar solitario junto al mar, con pocos árboles y un largo vallado de plantas y hierbas. Hacia el mar había habitaciones donde vivían algunas pobres familias paganas y judías. Adentro había tres embarcaciones que esperaban a los viajeros. Hay buen puerto y desde aquí se despacha la sal a las demás ciudades de la costa. Comieron pescados, miel, pan y frutas. El agua es muy mala: la tienen que purificar y para eso he visto que ponen adentro algo que me pareció frutas. Llevan el agua en odres y en otros recipientes. Siete judíos de los buques fueron bautizados en un recipiente. Jesús iba de casa en casa, consolando, dando regalos a los pobres y sanando a heridos y enfermos, que elevaban sus manos suplicantes hacia Él. Jesús les preguntó si creían que Él podía sanarlos y respondieron diciendo: "Sí, Señor, nosotros lo creemos". Jesús los sanó. Fué pasando por todas esas casas, también las de los paganos, que lo recibían temerosos y retraídos. Bendecía a los niños y enseñaba. Aquí estuvo el discípulo de Naím esperando a otros dos discípulos, con los cuales se embarcó antes para anunciar en la Palestina el arribo de Jesús.

La compañía de Jesús era de veintisiete hombres. Al caer la tarde levaron anclas en tres embarcaciones. La nave de Jesús era la menor y estaban con Él cuatro discípulos y los remeros. En todas estas embarcaciones había en torno del mástil una altura con divisiones para poder descansar y dormir. Fuera de los remeros no se veía a nadie en las barcas. La de Jesús tomó la delantera, y me extrañó que las otras tomaban diferente dirección. Después he visto, cuando era oscuro, a la distancia y ya apartados de la costa, que encendían antorchas en los mástiles en señal de pedir ayuda. Mandó entonces Jesús a sus remeros dar la vuelta e ir hacia los extraviados. Se acercaron primero a uno, le echaron una soga y con esta nave atada fueron al encuentro de la otra, a la cual también echaron sogas.

Así sujetas, navegaron siguiendo detrás de la barca del Señor. Jesús les reprochó su pretensión de saber mejor el camino, su obstinación, y habló de su seguimiento. Se habían encajado en un remolino en medio de bancos de arena. A la tarde del siguiente día, ya cerca de la amplia ensenada entre Ptolemaida y Hepha, al pie del Carmelo, vi a las tres embarcaciones entrar en la mar.

En la entrada de la ensenada se veía una embarcación grande y otra pequeña en lucha con otras embarcaciones. La embarcación mayor salió victoriosa y he visto que echaban al mar a varios muertos en la refriega. Cuando Jesús llegó cerca de los combatientes se separaron unos de otros. No veían quizás la barca de Jesús, que se detuvo a cierta distancia. Era una pelea que ya había tenido comienzo en Chipre por cuestión de mercaderías. Las embarcaciones pequeñas esperaron a la barca grande en este lugar. Se herían con largas picas con tanto furor que parecía no quedaría ninguno con vida, pues esto duró varias horas. Al fin la embarcación grande tomó prisioneras a las pequeñas y las arrastró en pos de ella. Jesús desembarcó en la desembocadura del Kisón, al oriente de Hepha, que está junto al mar.

En la orilla lo recibieron algunos apóstoles y discípulos, entre ellos Tomás, Simón, Tadeo, Natanael Chased y Heliachim. Se manifestaron sumamente contentos, abrazando a Jesús y a sus acompañantes. Caminaron algún tiempo a lo largo de la costa, pasaron un torrente que se echa cerca de Ptolemaida en el mar, sobre un puente largo que parecía una calle amurallada. Este puente llega hasta el pie de la altura detrás de la cual está el pantano Cendevia. Subieron por allí hacia la ciudad de levitas Misael, que está en una vuelta de la ladera. La parte anterior de la ciudad tiene vistas al mar por el Oeste, hacia el Sur, a un hermoso valle y el Carmelo. Allí hay un albergue y se ve un camino que lleva a las alturas. Aquí vino al encuentro de Jesús una tropa de gente con niños que cantaban y tocaban junto a una fuente. Los niños llevaban palmas de las cuales colgaban aún los dátiles. Vivía aquí Simeón de Libnath, con toda su familia, quien después del bautismo se había retirado, pues sus hijos no le dejaban en paz hasta que no se hubiese reconciliado con los judíos. Este recibimiento lo había organizado y costeado él mismo. Cuando llegaron al albergue vinieron nueve levitas desde Misael para saludar a Jesús.

Epoca Octava

Viaje de Jesús al país de los Reyes Magos y a Egipto

I

Jesús va a Cafarnaúm pasando por las ciudades de Misael, Tenath, Naím, Azanoth y Damna

Al Norte, en una suave pendiente, está situado el hermoso parque de Misael con una espléndida vista a la ensenada del mar. Está en la mitad de la subida a la colina, desde donde se divisa el pantano o laguna Cendevia y la ciudad de Libnath, que está como a hora y media hacia el mar, mientras Misael está a varias horas distante del mar. La ciudad de Dabeseth está a cinco horas al Oeste de aquí, sobre el río Kisón, y Nazaret como a siete horas. Jesús paseaba en este parque con sus apóstoles y les contó la parábola de un pescador que pasó al mar a pescar y pescó 570 peces. Les dijo que el buen pescador toma los peces de aguas malas y los pasa a aguas mejores; que mejora las fuentes, como Elías, y que saca los peces buenos de los lugares malos, donde hay tiburones que se tragan a los pececillos y que el pescador bueno les prepara mejor lugar para criarse en fuentes libres de peces devoradores. En la parábola también llegó a aquello de que los marinos fiados de sus propias luces y caprichos van a dar con su nave en un banco de arena, por no querer escuchar al capitán que les indica el camino que debían seguir en su navegación. Los que habían venido con Él de la isla de Chipre lloraban al oír esta parábola del buen pescador y al decir Jesús que costó al pescador sacar algunos peces buenos de ciertas aguas malas infectadas de tiburones.

Jesús dijo bien claro que el número de los salvados era de 570, y que este número bien valía la pena todo el trabajo que se había hecho en la isla. Delante de los levitas habló de las cosas de Chipre, y éstos se alegraron al saber que venían algunos de allá a establecerse en Palestina. Vendrán muchos a través de Ptolemaida. Jesús aludió también al peligro a que estaban expuestos en Chipre. Los levitas preguntaron si los paganos se harían aquí poderosos con el tiempo hasta representar un peligro. Jesús habló del juicio que iba a venir sobre todo el país, de lo que a Él mismo le esperaba, y del castigo de

Jerusalén. No podían ellos comprender por qué entonces quería Él volver a esa ciudad. Jesús les dijo que aún tenía muchas cosas que hacer y que terminaría su obra allí. La mujer sirofenisa de Ornitópolis mandó, por medio de los discípulos, plaquitas de oro sueltas y otras unidas como rosarios. Quiere ayudar a Mercuria a huir de Chipre en una de sus naves. A pedido de los levitas dirigióse Jesús a la ciudad de Misael. Está cercada de muros y torres y es antigua; viven algunos paganos en los muros. Isabel vivió algún tiempo allí con su padre, que era un levita; también Zacarías había estado aquí. Isabel nació en Esdredón, a dos horas, en una casa solitaria que tenían sus padres y que ella misma heredó. También ella fué llevada a los cinco años al templo. Cuando salió estuvo algún tiempo en Misael y más tarde fué con Zacarías a vivir en Judea. Jesús habló de Isabel y del Bautista, diciendo que era el Precursor del Mesías, tan claramente, que ellos podían entender que Jesús era ese Mesías. Jesús, acompañado de los levitas, fué por la ciudad a varias casas, donde sanó a niños enfermos y a varios hombres estropeados, los cuales extendían sus manos envueltas pidiendo ayuda. Visitó también a Simeón en Libnath y concluyó la festividad del Sábado en la sinagoga. Las mujeres estaban en la parte alta, no lejos del sitial de enseñanza. Habló de los sacrificios por el pecado, y luego de Sansón, dando explicaciones de sus hechos y de su persona como de un santo varón cuya vida era una profecía. No había perdido toda su fuerza: había conservado la fuerza de hacer penitencia y había derribado el templo de los paganos sobre sí mismo por orden de Dios. Judas, que hace negocios de buena gana, y Tomás, cuya familia tiene mucha madera en el puerto y es bien conocido allí, partieron con otros discípulos a Hepha para hacer los preparativos para la próxima llegada de los que venían de Chipre.

Jesús partió con varios discípulos, entre ellos Saturnino, a la ciudad levítica de Tenath, donde lo recibieron los jefes de la sinagoga. Los fariseos de aquí no eran enemigos declarados, pero sí suspicaces y espiaban sus palabras: lo he conocido por las señas y palabras que se decían unos a otros. Decíanse que Jesús debía ver a varios enfermos y si visitaría a uno de ellos, que había estado en Cafarnaúm, y se encontraba bastante mal. Pensaban que Jesús no lo haría porque aquel fariseo se había mostrado contrario: que quizás en castigo de su pecado había contraído una extraña enfermedad. Se agitaba siempre sin poder aquietarse e iba decayendo visiblemente. Se trataba de un

hombre de unos treinta a cuarenta años, con mujer e hijos. Jesús le preguntó si creía que Él podía ayudarle. El hombre estaba abatido y contestó avergonzado: "Sí, Señor, yo lo creo". Entonces le puso Jesús una mano sobre la cabeza, y la otra sobre el pecho, oró, le mandó levantarse y tomar alimento. El hombre se levantó sano, dando gracias entre lágrimas con su mujer y sus hijos. Jesús habló amigablemente con todos, sin recordar de ninguna manera el mal proceder del fariseo, en otro tiempo su enemigo. Cuando vieron los fariseos a su compañero sano en la sinagoga, perdieron el ánimo de hacer objeciones contra Jesús.

Jesús enseñó acerca del cumplimiento de los profetas, de Juan Bautista, Precursor del Mesías, y del Mesías mismo, tan claramente, que ellos podían pensar fácilmente que hablaba de Sí mismo. Dirigióse Jesús a un taller de carpintería de Tenath, donde había trabajado algún tiempo José, cuando huyó de la persecución de sus hermanos en la casa paterna de Belén. Era una serie de edificios donde trabajaban doce hombres, que vivían allí mismo, y que trabajaban y comerciaban la madera. El sitio que había ocupado José estaba habitado por otros del principal del taller: éstos no trabajaban ya, sino que hacían trabajar a otros más pobres y vendían luego las maderas trabajadas a las naves que las transportaban a otros países. Hacían trabajos finos: bastones, biombos y tabiques de maderas entrelazadas. Todavía se hablaba de que José, el padre del Profeta, había trabajado aquí, pero no sabían a punto fijo si era el mismo José de Nazaret u otro del mismo nombre. Yo pensé entonces entre mí: "¡Si esta gente ya no sabe bien estas cosas, qué maravilla que nosotros no sepamos ya casi nada de José!"

Jesús enseñó sobre el trabajo y la perversidad de la usura, y se dirigió hacia la poco agradable aldea de Sión, a dos horas al Oeste del Tabor. Tiene un antiguo castillo, una sinagoga a cierta altura; debajo, en un lugar insalubre, a orillas del Kisón, hay un resto de casas: sus habitantes dependen de los que viven arriba, los cuales los oprimen. Jesús enseñó en la sinagoga: dijo que los fariseos imponen graves cargas que ellos no llevan, y se refirió a la opresión del prójimo y a la codicia del dinero. Habló del Mesías, que aparece muy diferente del que ellos se habían imaginado en su fantasía. Había venido precisamente para consolar a la pobre gente de abajo oprimida por los de arriba. Entró en algunas casas donde había enfermos y sanó a los que estaban con reuma, gota y otras enfermedades. Los

fariseos arrinconaban a los enfermos abajo, en donde no había siquiera un poco de aire libre y sano. Jesús y sus discípulos regalaron a los pobres tejidos, mantas y telas.

Jesús se dirigió a Naím, como a hora y media de camino. Le salieron al encuentro, junto al pozo, algunos discípulos y el niño resucitado; había allí unos once discípulos, aunque ningún apóstol. Los discípulos de Jerusalén habían venido a Naím con algunas santas mujeres. Otros habían celebrado las fiestas de Pentecostés con María en Nazaret y habían regresado al encuentro de Jesús. Entró en el albergue que la viuda tenía preparado para Jesús y estuvo con ella. Las mujeres salieron con el velo y cayeron de rodillas ante Jesús.

Él las saludó y penetró en la sala. Además de la viuda Maroni, estaban allí Marta, Magdalena, Verónica, Juana Chusa y la Sufanitis. Las mujeres se sentaron en un ángulo de la sala sobre alfombras y almohadones, con las piernas cruzadas. No hablaron hasta que Jesús les dirigió la palabra. Contaron cosas de Jerusalén, de Herodes que lo buscaba, y Jesús cortó estas conversaciones levantando el dedo, dando a entender que no se preocuparan de estos cuidados temporales y no juzgasen a nadie. Jesús habló de su viaje a Chipre y de los que habían oído su palabra. Habló con bondad del gobernador romano de Salamina. Como pensaran las mujeres que sería mejor que ese buen hombre no quedara en Chipre, Jesús dijo que era necesario que permaneciera ahora allá para ayudar a otros, hasta que, cumplida su obra, fuera reemplazado por otro que también sería amigo de la comunidad cristiana de la isla. Magdalena y la Sufanitis ya no aparecen tan rozagantes como antes: están más delgadas, con el rostro caído y los ojos llenos de lágrimas. Marta, como siempre, llena de actividad y muy entendida en los quehaceres domésticos. Juana Chusa es una mujer alta, pálida, aunque fuerte, muy seria y activa. Serafia (Verónica) es decidida, valerosa y llena de ardimiento: me recuerda a Santa Catalina Mártir. Cuando están reunidas se ocupan en confeccionar ropa, telas, vestidos para los pobres, y en otros trabajos para la comunidad de Jesús. Juntan víveres, que distribuyen luego en diversos albergues, donde se hospedan los discípulos, que usan según sus necesidades y dan a los pobres y enfermos. También trabajan para algunas sinagogas desprovistas. Tienen sus criadas consigo que llevan y traen las cosas en sacos de cuero, o debajo de sus mantas. Estas criadas visten algo diferente de las dueñas. Cuando éstas llegan al albergue, vuelven

las criadas o esperan donde se les indica. La criada de Verónica hace tiempo que está con ella y la he visto aún después de la muerte de Jesús.

Cuando Jesús llegó el Sábado a la sinagoga no fué al sitial de enseñanza sino que se mantuvo con sus discípulos en el lugar que suelen ocupar los maestros viajeros. Los rabinos lo forzaron con ruegos, después de darle la bienvenida y de haber hecho la oración, a adelantarse donde estaban los rollos para leer y explicar. La lección trataba de IV Moisés, 8, 1-13 y de Zacarías, 2, 10-4-8, que habla de los levitas, de los murmuradores, de las codornices y del castigo de Mirjam. En el profeta Zacarías habló del Mesías y del llamamiento de los paganos. El comentario fué muy severo: dijo que los paganos serían llamados para ocupar el lugar de los endurecidos judíos. Del Mesías dijo que no lo reconocerían, que aparecía muy diferente de lo que se imaginaban ellos. Entre los fariseos había tres atrevidos que habían estado en la comisión de Cafarnaúm. Estaban muy irritados con motivo de haber curado en Tenath al fariseo enfermo y decían que lo había hecho para confundir a los fariseos de allí. Le decían también que no profanase aquí el Sábado, sanando a los enfermos, que estuviese quieto y retirado y no diese ocasión de tumulto y desorden en el pueblo. Jesús contestó que haría su oficio hasta cumplir su misión. No lo invitaron en Naím a ninguna comida. Estaban llenos de rencor contra Jesús porque veían que su bondad y amor atraía a los pobres, enfermos, sencillos y desamparados, a los cuales precisamente alejaban y despreciaban.

Reina en Naím tiempo agradable. Jesús hizo el camino del Sábado con sus discípulos y habló tiernamente de su próximo fin. Los exhortó a mantenerse fieles y constantes, pues se acercaban para Él tiempos de grandes tribulaciones y persecuciones. Les dijo que no se escandalizaran por eso, que Él no los abandonaría nunca, que ellos tampoco le abandonaran. Con todo, le tratarían tan mal que su misma fe estaría en peligro. Ellos se mostraron conmovidos y lloraban. Luego se dirigieron al jardín de la viuda Maroni, donde se juntaron también las santas mujeres. Jesús les habló de las reconciliaciones efectuadas en Mallep, Chipre, especialmente de aquella pareja que piensa venirse a vivir en Palestina. También habló de Mercuria, que vendrá con la Sirofenisa, la cual también se dispone a dejar a Ornitópolis, para venir primero a Gessur y luego más adentro. Vinieron ya bastantes de Chipre y otros desembarcarán en

Joppe. Cuando pasó Jesús con los discípulos desde el parque a la sinagoga, para terminar la festividad del Sábado, encontró en el camino a varios enfermos en sus camillas, que agitaban sus manos suplicantes, pidiéndole ayuda. Jesús los sanó. De este modo fué acercándose a la sinagoga, junto a la cual habían traído a otros enfermos. Entre ellos había uno todo hinchado por la enfermedad y otros a quienes el Señor había diferido la curación porque su fe era insuficiente o les convenía padecer algún tiempo para pedir más humildemente su curación. Llegaron en ese momento los fariseos, los cuales se irritaron sobremanera al ver que sanaba a estos enfermos, mientras ellos habían proclamado que Jesús no se atrevería a hacerlo y no lo permitirían. Promovieron un tumulto diciendo que profanaba el Sábado. Jesús continuó tranquilamente su obra. Eran siete fariseos. Jesús les contestó preguntando si en Sábado es lícito o no hacer el bien: si ellos mismos no hacían cosas necesarias, si no convenía acaso sanar a éstos para que ellos también celebren el Sábado. Preguntóles si en Sábado no se podía consolar a uno; si se podía retener un bien ajeno; si no se podía consolar o ayudar en Sábado a los pobres, enfermos, viudas y desamparados, oprimidos durante todos los días de la semana. Les echó en cara su hipocresía y la opresión que ejercían con los pobres. Dijo que, bajo pretexto del mantenimiento de la sinagoga, que por lo demás estaba bien provista, oprimían a los pobres y en esta sinagoga, que ellos mantenían, pretendían prohibirles recibir la gracia de Dios y no recobrar la salud en Sábado, mientras ellos comían y bebían de lo que habían exprimido de estos infelices. Con esto los obligó al silencio y se dirigió a la sinagoga, donde le presentaron los rollos de Escritura y le pidieron que enseñara, con la dañada intención de espiar sus palabras y tener de qué acusarlo ante el sanedrín. Cuando habló del Mesías, diciendo que muchos paganos entrarían en el reino de Dios, replicaron los fariseos con sorna si había ido a Chipre para traer a los paganos. Jesús habló de los diezmos, de imponer cargas que no quieren llevar los que las imponen y de la opresión de viudas y huérfanos. Desde Pentecostés hasta la fiesta de los Tabernáculos se solían pagar los diezmos al templo. En los lugares apartados estaban encargados los levitas de juntar los diezmos del pueblo. Se habían introducido graves desórdenes por cuanto los fariseos se encargaban de exigir estos diezmos al pueblo, que no llegaban al templo. Por eso Jesús los reprochó en público. Cuando abandonó la sinagoga se pusieron a hablar mal de Él.

Desde Naím se dirigió Jesús con sus discípulos a una altura del Kisón, hacia Rimmón, donde la escuela era atendida por levitas. Allí enseñó a los niños y niñas delante de la escuela, al aire libre, donde acudieron los que habían oído su predicación en Naím. Habló del cumplimiento de la ley, y de la proximidad de malos tiempos, dirigiéndose al pueblo en general. El lugar está compuesto de quinteros y fruteros que trabajan en Naím y viven aquí, o cultivan aquí sus campos y venden sus frutos en Naím.

De aquí se dirigió al Este del Tabor, acompañado un trecho por los levitas que estaban por la recolección de los diezmos, y llegó a un lugarejo llamado también Bet-lehem (Belén), al Este de Dabrath. Esta aldea se compone de pocas casas de labradores, a los cuales visitó Jesús consolando y sanando a sus enfermos. Luego anduvo cuatro horas, cruzó el valle, donde está el pozo de Cafarnaúm, y al anochecer llegó a Azanoth, donde entró en un albergue dispuesto por las santas mujeres. Allí le esperaban amigos de Cafarnaúm: Jairo, con su hija, el ciego curado en Cafarnaúm, una pariente de Enué, la sanada de flujo de sangre, y Lea, la mujer que exclamó: "Bienaventurado el seno que te llevó". Estas mujeres, cubiertas con velos, cayeron de rodillas, y Jesús las bendijo. Lloraban de alegría al volver a verlo. La hija de Jairo, resucitada, está sana, y muy cambiada en sus costumbres: es piadosa y humilde.

Jesús enseñó allí hasta muy entrada la noche. Al día siguiente fué a Damna, donde había un albergue para Él, fuera de la ciudad, que habían procurado unos parientes de José. Allí le esperaba Lázaro en compañía de dos discípulos de Jerusalén. Hacía ocho días que Lázaro estaba en esos lugares. Tenía aun entre manos la venta de las casas y campos de Magdalum, pues sólo se habían vendido el moblaje y los enseres de Magdalena. Jesús abrazó a Lázaro. Jesús hacía esto sólo con él y con algunos de los apóstoles y discípulos más ancianos: a los demás les daba la mano. Jesús trató con Lázaro sobre el alojamiento que convendría dar a la gente que vendría de Chipre. Oí que Santiago el Menor y Tadeo estaban en Gessur para recibir y acomodar a los siete filósofos convertidos. Con Lázaro se mostraba muy íntimo y paseó largo rato con él. Lázaro es un hombre de alta estatura, muy amable, aunque serio, callado y muy morigerado; en el trato con los demás sobresale por su modo noble y leal. Tiene cabellos negros y alguna semejanza con José, aunque los rasgos de sus facciones sean más marcadas y seve-

ras. José, en cambio, tenía cabellos blondos, y en sus facciones mucha dulzura y benevolencia hacia los demás.

Desde Damna se dirigió Jesús con Lázaro, los discípulos, el cuidador del albergue y su hijo al Este, al lugar donde vivía Zorobabel, el jefe de Cafarnaúm, que tenía allí campos, viñedos y jardines. Habló Jesús a los trabajadores del campo del Mesías y de la proximidad del reino; señaló las palabras de los profetas y su cumplimiento, exhortó a la penitencia y a recibir el bautismo, y dijo que el Mesías no aparecería como pensaban los judíos, y que por eso le reconocería sólo el pequeño número de los penitentes y de los humildes. Añadió que el Mesías se manifestaría no sólo por sus propias palabras, sino por otros, como antes por boca de muchos profetas. Le trajeron algunos endemoniados melancólicos, mudos y sordos, y a todos curaba poniéndoles los dedos con saliva bajo la lengua y mandando a Satanás que saliera de ellos. Algunos caían como en desmayo y luego volvían en sí, sanos y libres; a otros les sobrevenían convulsiones antes de curarse: todos alabaron a Dios y dieron gracias al Señor.

Después anduvo Jesús por lugares solitarios hacia la casa de su Madre, en el valle cerca de Cafarnaúm al Este, por un camino de tres cuartos de hora. Las santas mujeres habían ido por un camino recto, reuniéndose en casa de María Santísima. Ella no salió a su encuentro ni las santas mujeres. Jesús entró, ya limpio del polvo del camino, en una gran sala donde había cuartitos divididos. María dió su mano a Jesús, cubierta con el velo e inclinando la cabeza con humildad. Jesús la saludó amigablemente, aunque con seriedad, mientras las demás mujeres se mantenían en semicírculo a cierta distancia. Cuando Jesús estuvo solo con su Madre, vi que Él la reclinaba sobre su pecho consolándola afablemente, mientras le hablaba. María, por su parte, desde que Él comenzó su vida pública, lo trató como a un Santo y Profeta, o como una madre trataría con un hijo que fuera Obispo, Papa o Rey; pero de un modo noble, santo, al mismo tiempo sencillo y familiar. La Virgen no lo abrazaba ya, sino que dábale la mano cuando Jesús la ofrecía primero. Después he visto a Jesús y a María comiendo a solas, en una mesa pequeña y baja. Jesús estaba de un lado y María del otro. Había en la mesa miel, pescado, pan, tortas y dos pequeños vasos. Las otras mujeres estaban de a dos o de a tres, en mesas apartadas, mientras las demás se ocupaban en la comida de los discípulos y parientes. Jesús contó a María su

viaje a Chipre y las almas ganadas allá. María se alegraba en su interior, no preguntando mucho, y manifestaba su tierna preocupación por los peligros futuros. Jesús le contestó afablemente que cumpliría su misión hasta el tiempo de volver a su Padre celestial.

II

Llegada de los apóstoles y discípulos a Cafarnaúm

Poco después se reunieron en torno de Jesús unos treinta discípulos. Algunos habían venido de Judea con noticia de que llegaron naves con doscientos judíos de Chipre, que fueron recibidos por Barnabás, Mnason y sus hermanos. Para colocar a los demás estaba Juan aún en Hebrón en casa de los parientes de Zacarías. Los esenios se habían interesado también para albergarlos y mientras tanto los alojarían en grutas y cavernas. Para los que desembarcaron en la comarca norte de Ornitópolis, pensaban la Sirofenisa y Lázaro procurarles una residencia en Ramoth-Gilead. Los discípulos llegados a Cafarnaúm se albergaban, parte en la casa de Pedro, cerca de Cafarnaúm, parte en Betsaida y parte en la escuela de Cafarnaúm. De Gessur llegaron Santiago el Menor y Tadeo con tres de los filósofos paganos convertidos, jóvenes muy amables y delicados, que habían aceptado la circuncisión. También llegaron Andrés y Simón con discípulos: el encuentro de todos ellos fué muy conmovedor. Jesús presentó a los nuevos convertidos a su Madre. Esto solía hacerlo siempre. Era éste como un convenio secreto entre Jesús y María, de modo que María recibía a estos nuevos discípulos de su Hijo, en su corazón maternal y los encerraba en su oración, en su solicitud, dentro de su corazón, para ser para ellos Madre temporal y espiritual. Todo esto lo hacía llena de tierna solicitud y seria gravedad. Jesús, en estas ocasiones, procedía con cierta solemnidad. Había en esto una santidad y una intimidad de sentimientos que yo no sabría expresarlo. María era la vid, la espiga de su carne y de su sangre.

Los discípulos relataron cómo les había ido en los lugares donde habían misionado. En algunas partes les habían arrojado hasta piedras, pero ninguno fué tocado por ellas. De otra parte tuvieron que huir, pero nunca sufrieron daño. Encontraron también gente buena; habían sanado, enseñado y bautizado. Jesús les había dicho que no fueran por ahora más que a las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Fueron, pues, buscando

a los judíos desparramados entre los paganos, sin mezclarse con los paganos ni tratado con ellos, a excepción de los criados de los judíos. En Gazora, al noreste de Jabesh-Gilead, Andrés y los discípulos que iban con él, rescataron con dinero a varios judíos esclavos, dando todo lo que tenían. Preguntaron a Jesús si habían obrado bien y Jesús les contestó que sí. No oyó a todos. A algunos que con viveza querían contarle sus hazañas, les cortaba la narración, diciendo: "Ya sé lo que os sucedió". A otros que contaban con sencillez, sin darse importancia, los oía por entero, y a otros, que callaban, los invitó a contar lo sucedido. Cuando los que no pudieron contar todo preguntaron por qué no los oía, díjoles Jesús que mirasen la diferencia de narrar de los unos y los otros. A veces mezclaba en la narración alguna parábola, como la de la cizaña sembrada entre el buen trigo, que crece con él hasta la cosecha, cuando se recoge lo bueno y la cizaña es quemada. Habló de varios que habían dejado de ser sus discípulos y les previno que desconfiasen siempre de sí mismos, pues sufrirían grandes pruebas muy pronto. Les contó la parábola del gran Rey que se ausenta para tomar posesión de un reino y deja a sus criados, dándoles a cada uno ciertos talentos, y que después vuelve a pedir cuenta. Esta parábola tenía relación con su ausencia en Chipre, y la cuenta que daban ahora los discípulos de su acción. Mientras hablaba, se dirigía ya a uno, ya a otro con la pregunta: "¿Por qué piensas esto?" o "No pienses en eso". A veces: "Esto, piénsalo en otra forma: es así"... De esta forma corregía los juicios extraviados de uno u otro. Los demás pensaban: "Esto es para Fulano; esto para Mengano".

El Sábado se dirigió Jesús a la sinagoga. Los fariseos ya habían ocupado el lugar de la enseñanza. Jesús, empero, fué directamente allá y aquéllos lo desocuparon en seguida. El sermón versó de los exploradores de Canaán, de la murmuración del pueblo y su castigo y de los exploradores de Jericó y de Rahab (II Moisés, 13-16; Josué, 2). Los fariseos estaban irritados por su libertad en las palabras y decíanse que lo dejarían hablar, que celebrarían consejo al fin o cuando terminase el Sábado y que entonces le harían callar. Jesús, que vió sus pensamientos, les dijo que eran espías y exploradores singulares, no para decir la verdad, sino para negarla y traicionarla. Habló severamente contra ellos y se refirió a la destrucción de Jerusalén y al juicio que vendría sobre el pueblo que no hiciese penitencia y rechazara al Mesías. Repitió la parábola del Rey

que envió a su Hijo entre los viñateros, que lo mataron. Los fariseos no fueron capaces de contradecirle. Las santas mujeres estaban en la sinagoga, donde tenían asientos. Por la tarde Jesús, acompañado de algunos discípulos, visitó unas veinte casas de enfermos, cuyos padres y parientes le habían rogado, y sanó a muchos niños de tres a ocho años. Debía haber una epidemia pues tenían todos la misma enfermedad: la garganta, la mejilla y las manos hinchadas y tenían el rostro amarillento. Parecían las consecuencias de la escarlatina. A unos les ponía las manos sobre la parte enferma, a otros los tocaba con los dedos mojados en saliva, a otros les soplaba en el rostro. Muchos se levantaban de inmediato; los bendecía y los entregaba a sus padres, con avisos y exhortaciones. En otros casos decía el remedio y lo que debían hacer con el enfermo. Esto convenía a los padres. En un lugar elevado de la plaza del mercado de Cafarnaúm, donde convergían cuatro caminos, entró Jesús en la casa de los padres de Ignacio, y los sanó. Ignacio es un amable niño de cuatro años. Los padres son de buena posición y tienen un negocio de utensilios de bronce y cobre. Veo muchos de estos objetos en los depósitos. La gente había pedido a Jesús fuese a sanar a los padres de Ignacio, en ocasión que Jesús entró en la casa de un negociante de alfombras enfermo. Este mercado está rodeado de pórticos donde los negociantes exponen sus mercancías. En el centro se ve un pozo y en los dos extremos hay dos grandes edificios. Los fariseos estaban excesivamente irritados por estas curaciones y tres de ellos fueron a la casa de Pedro, llena de enfermos, a los cuales sanó Jesús de sus dolencias. Se adelantaron a Jesús y comenzaron a protestar: que dejase de sanar y de promover desorden en día Sábado, y quisieron discutir. Jesús se apartó simplemente diciendo que nada tenía que hacer con ellos, cuya dolencia (moral) era insanable.

Por la tarde enseñó Jesús, a la conclusión del Sábado, en la sinagoga sobre la murmuración del pueblo, las noticias que trajeron los exploradores y la maldición del pueblo que pereció en el desierto y sólo sus hijos llegaron a la tierra prometida. Habló severamente de la maldición y bendición, de los falsos exploradores, de la proximidad del reino de Dios, de los que no querían entrar en él, del no reconocimiento del Mesías, y del juicio sobre el país y sobre Jerusalén. De pronto subieron dos fariseos al tablado y hablaron del pasaje de Moisés, en la lección de hoy, donde mandó apedrear por el pueblo al hombre que había juntado leña en día Sábado (IV Moisés, 15, 32-36). Referían esto por las curaciones de Jesús en Sábado. Jesús pre-

guntóles si los enfermos y los pobres eran leña destinada a quemarse. ¿No era más bien leña seca esa hipocresía y ese buscar de escandalizarse en la ayuda a los pobres y a los enfermos? El ver la pajilla en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio ¿no era peor que juntar leña? Eso de echar leña en el camino de la verdad, de cocer y hacer arder la envidia y malicia ¿no era peor que preparar la comida con esa leña? Si en el Sábado pedimos bienestar y salud, ¿no podemos ese día darla si tenemos la posibilidad de hacerlo? Probó con la ley que ésta mandaba abstenerse de trabajos serviles, precisamente para poder emplear el tiempo en trabajos y obras espirituales. ¿Cómo podía estar prohibido poner a un enfermo en disposición de santificar el Sábado? De este modo los fué rebatiendo hasta que no tuvieron palabras que replicar. Algunos oyentes se mantuvieron callados, pensativos y conmovidos. Muchos volvían las cabezas entre sí y decían: "Sí, se ve; es el Mesías. Ningún hombre simple puede hablar así. Ningún profeta puede enseñar así" La mayor parte se guiñaban los ojos unos a otros, alegrándose de ver vencidos a los fariseos. Otros, obstinados, se endurecían más aún, como los fariseos.

III

Jesús con sus apóstoles en Betsaida, en Caná y en Gabara

Cuando estuvieron reunidos en Cafarnaúm unos cincuenta discípulos, Jesús los llevó consigo a las alturas, cerca de Betsaida, donde había hablado de comer su carne y beber su sangre; y enseñó sobre su misión, cómo debían hacerla y de los frutos que debían recoger de su trabajo. Estaban presentes a esta enseñanza las santas mujeres y Jesús repitió la parábola de los trabajadores de la viña. Consoló y animó a sus discípulos y los bendijo a todos con las manos extendidas sobre sus cabezas. He visto que luego se sintieron de nuevo llenos de fuerza y animación. Por la tarde llegaron Pedro, Santiago el Mayor y Mateo con otros antiguos discípulos del Bautista y saludaron a Jesús en casa de María Santísima. Pedro lloraba de contento al verse de nuevo con Jesús. En la comida narró Jesús de nuevo la parábola del pescador que pescó 570 peces y los puso en aguas mejores, cosa que había dicho ya en Misael y en Cafarnaúm, a las santas mujeres y a los discípulos. De este modo oigo repetir a veces las mismas parábolas con algunas variantes o diversas aplicaciones.

Al día siguiente dirigióse Jesús a las barcas: la grande de Pedro y la pequeña de Jesús fueron apartadas de la orilla, y atadas, dejóselas andar sin remar: Jesús quería entretenerse con ellos sin estorbos. El día era espléndido. Habían desplegado las velas, de modo que les servía de sombra contra el sol. Por la noche volvieron a la playa. Pedro era muy vivo en la narración, y habló con entusiasmo del gran bien que habían podido hacer. Jesús se volvió a él y le dijo que callase. Pedro, a quien Jesús amaba, calló, y reconoció con pesar que había faltado hablando con demasiado ardor. Judas tiene otro carácter: es callado, aunque lleno de vanagloria y deseo de honor, sin darlo a entender; se cuida mucho de dar motivo de ser reprendido delante de los demás. Se cuida más de no ser reprendido, que de pecar. Cuando considero la vida de Jesús y su trato con los apóstoles y discípulos, acude a mi mente esta persuación: si Jesús viniera ahora entre los hombres, le iría peor de lo que le fué entonces entre los judíos. A pesar de todo, Jesús y los suyos podían ir libremente, enseñar y sanar. Fuera de los obstinados y ciegos fariseos, en general no encuentra mayores obstáculos en ir y venir, predicar, sanar, enseñar, reunir gente y llevarla de un lado a otro. Los mismos fariseos no saben tampoco por qué le son contrarios. Su situación es digna de compasión. Saben que es llegado el tiempo de la salud y de la promesa, y que las profecías se cumplen; ven en Jesús algo que les admira, que les es inexplicable; pero no acaban de rendirse a la evidencia. ¡Cuántas veces los veo sentados, leer los rollos, consultarse y discutir, sin acabar de comprender, porque esperan un Mesías diferente, un Mesías de su partido, de su clase e ideas! Muchos discípulos también piensan que Jesús debe tener un ejército secreto, un entendimiento con algún poderoso rey y que pronto recobrará el trono en Jerusalén, para ser el rey pacífico de un pueblo libertado del yugo extranjero. En esta forma, ellos tendrán buenos puestos y serán sabios y santos en ese reino. Jesús los dejó por algún tiempo con estas ideas. Otros, es verdad, tienen ideas más espirituales, pero no llegan a comprender la muerte en la cruz. Algunos lo siguen sólo por entusiasmo juvenil y amor a su Persona, sin mayores reflexiones.

Cuando los apóstoles estuvieron juntos, inclusive Tomás, Juan y Bartolomé, se dirigió Jesús con ellos a Caná, adonde habían partido ya los 70 discípulos y las santas mujeres. En medio de la ciudad de Caná había un sitial de enseñanza, desde donde Jesús habló de su misión y del cumplimiento de las pro-

mesas: dijo que no había venido para gozar de las comodidades de la vidá y que es locura pedirle a Él otra cosa que no sea la voluntad de su Padre celestial. Expresó más claramente que nunca que aquí estaba, delante de ellos, Aquél a quien tanto se había esperado. Dijo que sería reconocido sólo por pocos y que, cumplida su misión, se volvería a su Padre. Añadió, severo y amenazante, que no se debía rechazar la salud y el tiempo de la gracia. Llamó la atención sobre el cumplimiento de las profecías. Esta predicación fué tan conmovedora y admirable que todos los oyentes de Caná decían: "Es más que un profeta. ¡Nunca habló así un profeta de Israel!"

En la casa del padre de la novia de Caná se hizo una comida y se benefició a los pobres con regalos y alimentos. Jesús y los apóstoles servían en las mesas de estos pobres. Al final contó la parábola de las Vírgenes prudentes y de las necias, la explicó, y declaró que había llegado el tiempo de este Esposo. Era una recordación de las bodas de Caná, y ahora, como entonces, estaban reunidos todos los apóstoles y discípulos. La cása de la fiesta estaba adornada con arcos de ramas y flores; se tomaba el vino de aquellas famosas hidrias; los niños tocaban y traían ramos y pirámides de flores y coronas.

Bartolomé, Natanael Chased y algunos discípulos habían compuesto versos y felicitaciones de ocasión, con sentido espiritual. Desde Caná dirigióse Jesús con los apóstoles y discípulos al sitial en la colina de Gabara. Caminaban despacio, conversando, y a veces rodeaban todos a Jesús, que se mostraba muy amable. A veces los llamaba: "Mis queridos hijitos". Pidióles que le contaran todas las cosas que les había pasado, cómo les había ido en su misión. Hablaron primero los apóstoles que antes habían contado algo, aunque no todo. Era conveniente que todos oyeran lo que todos habían hecho y cómo les había ido. Díjoles afablemente: "Queridos hijitos, ahora se muestra quién me ama, y en Mí, a mi Padre celestial: si por amor mío ha predicado y esparcido la palabra de la salud y sanado enfermos, no buscando su propia gloria, sino la gloria de Dios". Entonces contaba uno u otro de los apóstoles o de los discípulos que habían ido con Él. Esto sucedió sobre una colina que está como a dos horas del sitial y a dos horas de Caná. Esta colina ofrece un vasto panorama a la vista.

Pedro contó con calor, como siempre, cómo encontró a diversas clases de endemoniados, cómo los había tratado, y cómo, al nombre de Jesús, el espíritu maligno había tenido que salir de los cuerpos. Ya había olvidado, en su entusiasmo, el aviso

de Jesús en la barca. Se mostró aquí también ardoroso y entusiasmado. Dijo que en Gergesa había algunos endemoniados que nadie había podido librar, y nombró también a los dos discípulos de Gergesa que estuvieron posesos. Añadió que a él le obedecieron en seguida los demonios, que salieron de esos cuerpos. Jesús le indicó callar: miró a lo alto y todos callaron, admirados. Jesús dijo: "He visto a Satán caer del cielo como un rayo". En ese momento yo vi relampaguear en el aire un rayo de fuego negruzco. Jesús reprendió a Pedro su ardor y a los demás que hablaron con demasiada confianza en sí mismos. Les dijo que obrasen siempre en su Nombre y por Él, con toda humildad y fe, y que nunca pensasen que uno puede más que otro. Añadió: "Os he dado poder para andar entre escorpiones y serpientes, y todo el poder del enemigo no os podrá dañar. Pero no busquéis vuestra gloria en el hecho de que los demonios os obedezcan. Alegraos sólo de que vuestros nombres estén escritos en el cielo". Muchas cosas más dijo, muy amable siempre con las palabras: "Mis queridos hijitos". Luego oyó la relación de otros apóstoles y discípulos. Tomás y Natanael Chased recibieron una advertencia por cierta negligencia; pero Jesús la hizo con mucha afabilidad y amor.

Cuando Jesús llegó a la colina, se puso muy serio y gozoso y elevó las manos al cielo. He visto un resplandor que lo envolvió como nube luminosa. Estaba en éxtasis, y oró: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes de este mundo y las has revelado a los pequeños y humildes. ¡Sí, Padre, porque así fué tu voluntad! Todo poder me ha sido dado por mi Padre. Nadie sabe quién es el Hijo sino sólo el Padre, y nadie sabe quién es el Padre sino sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo lo quisiera revelar". Luego dijo a los discípulos: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y desearon oír lo que vosotros oís y no lo oyeron". Llegados al monte de Gabara enseñó sobre las cosas que había dicho antes: lo que debían saber en su misión, reforzándoles en aquéllas en que andaban flojeando y en que habían faltado. Les habló de las diversas clases de posesos y cómo debían proceder en cada caso para echar los demonios. Les habló también de lo que les sucedería a ellos y de su propia misión: cómo pronto habría de tener término, y que deseaba ahora dejarlos algún tiempo ir a sus casas a descansar, aunque siempre trataran de enseñar, obrar y propagar el reino de Dios.

Les agradeció su diligencia y obediencia, y volvió con ellos a Cafarnaúm, adonde llegaron al anochecer. En la montaña había muchos otros oyentes, además de los apóstoles.

Al Sábado siguiente enseñó Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm de Samuel, cuando dejó su oficio de juez. Habló seria y severamente; los fariseos creyéronse advertidos, aunque no pudieron encontrar nada reprensible en su enseñanza. Habían espiado toda clase de menudencias en sus discípulos y ahora las echaban en cara a Jesús. Decían que sus discípulos no observaban ordenadamente el ayuno y que hasta en el Sábado habían recogido espigas y sacado frutas de los árboles de los caminos para comerlas; que eran poco limpios en sus vestidos y groseros; que habían entrado en la sinagoga no bien arreglados, y que algunas veces al comer no se habían lavado las manos. Jesús predicó severamente contra ellos, llamándolos raza de víboras, que imponían cargas pesadas de observancias sobre los demás y tomaban para sí sólo lo más fácil. Dijo que sólo les gustaba pasear en los sábados; oprimir a los pobres; presionar por los diezmos para retenerlos; que veían la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Añadió que Él enseñaría, curaría y andaría cumpliendo su misión hasta completar el tiempo. Mientras decía estas severas palabras, un hombre joven se levantó y clamó en alta voz, levantando las manos a lo alto y adelantándose de entre los fariseos: "¡En verdad Éste es el Hijo de Dios, el Santo de Israel! ¡Es mucho más que un Profeta!" Tejió un entusiasta himno en alabanzas de Jesús. Esto fué causa de que se originase un gran movimiento en la sinagoga. Dos ancianos fariseos lo tomaron al fin por los brazos y lo sacaron fuera, mientras él seguía cantando las alabanzas de Jesús. Jesús siguió hablando en la sinagoga y el hombre siguió clamando fuera del recinto, hasta liberarse de las manos de los fariseos. Cuando Jesús salió de la sinagoga, el hombre joven se echó a sus pies y pidió ser admitido como discípulo. Jesús le contestó que sí, siempre que tuviera ánimo de dejar padre y madre, dar lo suyo a los pobres, tomar su cruz y seguirlo a Él. Algunos discípulos lo tomaron entonces en su compañía y especialmente Mnason se hizo cargo de él.

Por la tarde cerró la festividad del Sábado en la sinagoga, adonde había llegado Jesús con los suyos aún antes de la hora, para que vieran y oyeran lo que decía a sus discípulos, ya que no había ninguna enseñanza secreta. Avisó a sus discípulos que se guardasen de los fariseos y falsos profetas; les recomendó la vigilancia, narrando una parábola de un siervo bueno y di-

ligente y de otro perezoso. Como preguntase Pedro si sus palabras se referían sólo a los discípulos o a todos los oyentes, Jesús dirigió su discurso de tal modo a Pedro como si él fuese el patrón de la casa, el capataz de los trabajadores; alabó la vigilancia de un buen patrón de casa y condenó la negligencia y el descuido de un dueño o administrador que no cumplía con su deber.

En esta forma habló hasta la hora en que llegaron los fariseos para concluir el Sábado. Como Jesús quisiera dejarles el lugar dijeron ellos, muy comedidos: "Rabi, te rogamos leas la lección", y le presentaron los rollos. Jesús enseñó admirablemente sobre la renuncia que hizo Samuel de su oficio. Habló de modo que sus palabras eran como palabras de Dios y de su Enviado; las explicó de manera que los fariseos pudieron entender que se aplicaba a Sí mismo las palabras de Samuel: "He llegado a envejecer" (I Reyes, 12, 2). Dijo: "Vosotros ya me tenéis por molesto y estáis cansados de Mí. Vosotros os renováis y Yo os soy siempre el mismo". También las preguntas de Samuel: "¿Os he causado este o aquel daño? ¿He quitado el buey o el asno a alguno? ¿He oprimido a alguno de vosotros?" las aplicaba como si Dios y su Enviado las preguntara ahora a ellos. Dijo además si acaso podían los fariseos hacer estas y parecidas preguntas al pueblo que le escuchaba.

El clamor del pueblo de Israel pidiendo rey, el ansia de ser gobernados como los pueblos paganos y el pedido de no ser regidos más por jueces, lo explicó Jesús al caso presente, en que los fariseos esperan y piden un Rey temporal que aparezca como Mesías libertador, con gloria y majestad exterior, que los introduzca en el reino de Dios, con todos sus pecados e iniquidades, y que en lugar de expiar con el sufrimiento, la penitencia, la satisfacción y el dolor los pecados de los hombres, piensan los fariseos que el Mesías cubra con el manto de un reinado temporal sus perversas obras y los premie todavía con una vida cómoda y alegre con todos sus pecados e iniquidades. Aquello de que Samuel, a pesar de todo, no dejó de rogar por ellos y de que aparecieron relámpagos y lluvia a su pedido, lo explicó Jesús diciendo que su Padre celestial los sigue beneficiando a pesar de que rechazan a su Enviado, el Mesías. Los relámpagos y la lluvia de entonces son los milagros que ahora acompañan a su Enviado en favor de los que se convierten y aceptan la salvación. Lo que se leía de que el rey y el pueblo encontrarían gracia delante de Dios si caminaban en la observancia de su culto, lo explicó diciendo que los justos encontra-

rán siempre el favor de Dios, pero que a los malos les espera un juicio severo, como lo dijo Samuel. Habló luego de David, ungido en lugar de Saúl, y del castigo de Saúl y los suyos, y de cómo ahora también se separan los buenos de los malos.

Los fariseos no se atrevieron a replicar para no verse avergonzados delante del pueblo, como otras veces, pero se reservaron para atacarlo en la comida, a la cual invitaron a Él y a sus discípulos. Ésta tuvo lugar en un paraje abierto, en casa del jefe de la sinagoga, donde se encontraron unos treinta fariseos. Antes de la comida uno trajo una gran fuente de agua delante de Jesús, preguntándole si quería lavarse, hablando de la antigua costumbre de los buenos israelitas. Jesús le dijo que conocía su intención e hipocresía, y que no quería el agua que le ofrecía. Comenzaron a discutir sobre la enseñanza de la sinagoga; pero fueron desenmascarados de tal manera que doce de ellos quedaron tan aterrados y confundidos que se alejaron, permaneciendo solamente los más obstinados de ellos. Así el número de enemigos quedó disminuído.

Vino uno de aquellos jóvenes de Nazaret que habían pedido varias veces, sin resultado, de ser admitidos como discípulos; y preguntó: "Señor, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Aquí viene todo lo que narra Lucas en el capítulo 10, versículos 25-37. Relató la parábola del Samaritano caritativo. Los fariseos comenzaron a cuestionar con Jesús de que no quisieran recibir como discípulo a ese joven letrado, porque, decían, ha estudiado y sabe algo y no se callará siempre como los otros discípulos. Culpaban de nuevo a sus discípulos de poco ordenados, poco limpios; de sacar los Sábados espigas y frutas de los árboles mientras andaban de camino; de que eran groseros y otras cosas semejantes. Culpaban especialmente a Pedro, diciendo que era enredador y pendenciero como su padre. Jesús defendió a sus discípulos, diciendo: "Conviene que estén contentos mientras el Esposo está con ellos". De allí se fué a la casa de Jairo y a las excavaciones cerca de la sinagoga, y luego salió al camino de Betsaida. Oró allí a solas en un lugar solitario hasta medianoche y luego entró en la casa de su Madre. Los fariseos habían pagado a algunos de la chusma para que arrojaran piedras tras los discípulos que salían de la ciudad. Dios los protegió y nadie sufrió nada. No sabían adonde se había retirado Jesús.

Los judíos venidos de Chipre vivieron primero en cuevas y grutas; pero poco a poco se fueron acomodando, y así nació una nueva población que llamaron Eleuterópolis: estaba al

Oeste de Hebrón, no lejos del pozo de Sansón. Los judíos quisieron varias veces destruir esta población, pero siempre resurgía y las cavernas y grutas sirvieron de refugio, ya que edificaron sobre ellas o junto a ellas mejores viviendas. En la primera persecución de estos cristianos de Chipre, en los tiempos que lapidaron a Esteban, fué destruída la población que se había formado entre Ophel y Betania, y murió la conversa Mercuria. De aquí se retiraron a las cercanías del Cenáculo y luego a la iglesia de Bethesda para ofrecer sus dones y sacrificios. Después de la devastación de Ophel se refugiaron en Eleuterópolis. Fué constituído Obispo de esta ciudad Barsabas José, hijo de María Cleofás con su segundo marido Sabas. Éste fué crucificado en un árbol del lugar.

IV

Jesús enseña sobre la Oración y las Bienaventuranzas

Al día siguiente salió Jesús de la casa de María muy temprano y tomó el camino hacia Betsaida y de allí, con los nuevos discípulos, hacia la colina desde donde había mandado a misionar a los apóstoles. El lugar está como a tres horas de Cafarnaúm. En el camino se encontró con Mnason, otros discípulos y el fariseo convertido de Tenath. Este fariseo se había sentido conmovido cuando la curación de su compañero enfermo y en el sermón del monte, junto a Gabara. Sobre esa colina se levanta ahora un sitial con techado para sombra. En la parte baja del monte hay un galpón largo donde han amontonado a diez enfermos, contraídos y maltrechos por los reumas, que eran alimentados por los pastores del lugar. Jesús los visitó, los exhortó y terminó dándoles la salud.

Sobre esta colina solitaria rogaron los apóstoles a Jesús les enseñara a orar. Él les enseñó el Padrenuestro, declarándoles cada petición y trayéndoles ejemplos que les había dado en otras ocasiones: de aquel que llega y pide de noche un pan y continúa golpeando a la puerta del amigo hasta que consigue; del niño que pide un huevo a su padre, que no le dará un escorpión; y otras cosas sobre la insistencia en la oración y la relación filial del hombre con su Padre celestial. Muchas veces Jesús les repetía cosas ya enseñadas, con mucha paciencia y trabajo, para que las entendieran bien y pudieran enseñarlas a los demás. Procedía como un paciente Maestro, explicaba, preguntaba, rectificaba y repetía lo que no habían entendido

bien. Al fin repitió toda la oración y se detuvo en el *Amén*, explicando, como en Chipre, que esta palabra es el resumen de toda la oración desde el principio hasta el final.

Entretanto habían llegado otras gentes y algunos fariseos de Betsaida-Julias, que oyeron parte de su enseñanza. Uno de ellos invitó a Jesús a una comida en Betsaida-Julias, y Cristo aceptó. Mientras se dirigía allá, pasando al Sur del puente sobre el Jordan hacia la otra Betsaida, se detuvo en el albergue donde querían saludarlo su Madre María, la viuda de Naím, Lea y otras mujeres. María, muy preocupada, estuvo a solas con Jesús, lloró y pidióle que no fuera a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación del Templo por causa de las insidias de sus enemigos. Dijo esto con tanto amor y humilde resignación que yo vi bien claro que ya sabía que era necesario se cumpliera en Jesús lo que ella tanto temía. Jesús la arrimó a su pecho y la consoló con palabras llenas de amor y suavidad: díjole que debía cumplir la misión que le enviara su Padre, por la cual Ella fué Madre del Redentor. Exhortóla a que fuera siempre fuerte para fortificar a los débiles y darles ejemplo. Luego saludó a las demás mujeres y las bendijo; ellas partieron de vuelta a Cafarnaúm.

Jesús se dirigió con los suyos a Betsaida-Julias, donde fué recibido por los fariseos. Estaban allí algunos otros de Paneas, pues se hacía una recordación de un libro malo escrito por un perverso saduceo que ellos habían quemado. Aprovecharon la oportunidad para renovar sus acusaciones tantas veces rebatidas. Como Jesús se dispusiera a sentarse a la mesa, le tomó uno de ellos del brazo, y dijo que se extrañaba mucho que un hombre que enseñaba tan sabiamente, dejaba ahora de cumplir con las costumbres de los judíos y no se lavara antes de comer. Jesús repitió que los fariseos sólo purifican el exterior de las manos y de los vasos, y no les preocupa estar llenos de maldad por dentro. El fariseo preguntó cómo sabía Él el estado de su conciencia. Jesús le contestó: "El que ha hecho lo exterior, hizo también lo interior; y esto es lo que Dios ve". Los apóstoles se acercaron a Jesús, rogándole no se resistiera a los fariseos que acabarían por echarlos a ellos también. Jesús les reprochó su temor de perder la comida. Por la tarde enseñó Jesús en la sinagoga, pero no pudo sanar a ningún enfermo, pues los fariseos habían asustado a los que querían traerlos. Estos fariseos se creían importantes porque tenían una escuela superior.

De Betsaida-Julias dirigióse Jesús al Noreste, hacia el monte donde multiplicó los panes, que está a hora y media. Se reunie-

ron allí los apóstoles y discípulos y muchos venidos de Cafarnaúm, de Cesarea de Filipo y de otros lugares. Enseñó aquí sobre las ocho Bienaventuranzas. "Si os persiguen y odian por causa de mi nombre... ¡Ay! de los ricos y satisfechos de los bienes de esta tierra... ellos tienen ya su premio; que gocen pensando en el premio futuro"... Habló de la sal de la tierra, de la ciudad sobre la montaña, de la luz sobre el candelero, del cumplimiento de la ley, de las obras buenas hechas ocultamente, de la oración interior, del ayuno con rostro alegre y cabeza ungida, no aparentando cara triste para que vean los otros el ayuno. Habló de juntar tesoros para el cielo; del despreocuparse de lo material; que nadie puede servir a dos dueños; de la puerta angosta, del camino ancho, del árbol malo y sus frutos, del hombre sabio que edifica sobre piedra y del necio que lo hace sobre arena. La predicación duró más de tres horas. Los oyentes bajaron una vez de la montaña para tomar alimento. Jesús continuó luego enseñando a los discípulos, repitiendo todo aquello que ya les habían enseñado cuando los mandó a misionar, y les recomendó tuviesen fe, confianza y perseverasen en este estado.

Al día siguiente los oyentes eran algunos millares y Jesús enseñó de nuevo sobre el monte. Había gente de las caravanas que pasaban, y enfermos y endemoniados. Los fariseos que subieron no se atrevieron a discutir, aunque Jesús los reprendió severamente en el curso de la predicación. Los milagros eran numerosos y temían al pueblo que estaba muy entusiasmado. La gente había llevado la comida y se sentaron. Allí había un ciego de Jericó que había sido también tullido: un discípulo había logrado sanarlo de los pies, pero no pudo darle la vista. Era un pariente de Manahem, el cual lo llevó ante Jesús para que le diera vista. Los nueve discípulos que Jesús había catequizado en estos últimos días con tanta paciencia, a fuerza de preguntas y repeticiones como a niños, los mandó ahora de dos en dos, diciendo: "Os mando como a corderos entre lobos". Uno de los sobrinos de José de Arimatea trajo la noticia desde Jerusalén de que Lázaro estaba enfermo.

Jesús retuvo a Pedro, Santiago, Juan, Mateo y a algunos discípulos, con los cuales se dirigió a la oficina de Mateo y de allí se embarcó para Dalmanutha. Después lo vi en la ciudad de Edrai, donde enseñó en día de Sábado; luego en la ciudad levita Bosra y en Robah. En Robah vivían fuera de la ciudad pagana sólo recabitas, que encontraron este lugar ocupado por los paganos cuando volvieron de la cautividad de Babilonia:

los habían desalojado en parte de la ciudad. Sienten gran aversión a los fariseos y saduceos y se apartan de ellos. Viven austeramente, se ocupan de ganadería, no toman vino sino los días de fiesta y observan la ley a la letra. Jesús les avisó de esto, diciéndoles que mirasen al espíritu de la letra. Se mostraron muy humildes y recibieron bien los avisos. Se bautizaron muchos, inclusive paganos. Jesús libró a varios endemoniados de los cuales había aquí un reclusorio lleno. Pedro, Santiago y Juan sanaban y enseñaban en diversos grupos. Jesús no encontró aquí contradictores y pudo trabajar todo el día, albergándose en una posada junto a la sinagoga.

Robah es una ciudad libre, pertenece al grupo de la Decápolis y se gobierna por sus propias autoridades. Anduvo Jesús unas cinco horas hacia el Sudoeste hasta un hermoso sitio de pastoreo que llaman "lugar de la paz de Jacob", por haber acampado allí cuando volvió de casa de Labán que lo perseguía. Aquí comienza la montaña de Galaad (I Moisés, 31, 25) y viven pastores descendientes de Eliezer, el pastor de Abrahán que había ido a buscar esposa para Isaac. Vivían también descendientes de aquéllos que Melquisedec había librado de la esclavitud de Semíramis, los cuales se mezclaron con los descendientes de Eliezer. Hay tres hermosos pozos en una amena colina, con habitaciones muy frescas y agradables. Desde cierta distancia parece una terraza en la montaña. Los ancianos y principales del lugar viven arriba, donde hay un sitial para enseñanza. En torno se ven potreros cerrados para camellos, asnos y ovejas. Cada clase de animal está separada y los pozos tienen abrevaderos. Los pastores viven en tiendas con fundamentos de ladrillos en las cercanías de los pozos. Hay extensas plantaciones de moreras. Me llamó la atención un largo camino bordeado de palos, donde crecen enredaderas cubriéndolo todo, que tienen por frutos calabazas como botellas. Este camino lleva a Selcha desde la colina y es como una galería verde. Habían celebrado en estos días la liberación de sus antepasados de la esclavitud de Semiramis por medio de Melquisedec. Van a la sinagoga de Selcha, donde son instruídos. Este lugar es respetado y lo miran como una fundación del patriarca Jacob. Los pastores son muy hospitalarios y suelen albergar a las caravanas de los árabes mediante una pequeña retribución.

Jesús llegó con tres apóstoles al mediodía junto a uno de los pozos, donde los pastores ancianos les lavaron los pies y les presentaron miel, pan y fruta. Sabían que debía venir y habían traído a muchos enfermos al galpón largo, junto a la

colina, donde Jesús los sanó. Vivían aquí cuatrocientos pastores, contando a sus mujeres e hijos. Las mujeres llevaban vestidos algo más cortos que en el resto del país. Jesús enseñó en la colina y estuvo muy afable y familiar con ellos. Les recordó la comitiva de los tres Reyes Magos que habían descansado aquí hacía treinta y dos años; la estrella de Jacob de la que había profetizado Balaam, y el Niño recién nacido que habían ido a ver aquellos sabios reyes. Habló también del Bautista, de su enseñanza y testimonio; y dijo que el prometido Mesías, el Consolador y Salvador estaba ahora en medio de ellos, y que ellos no lo reconocían. Les contó las parábolas del buen Pastor, de la siembra y la cosecha, pues ahora estaban en la cosecha de la fruta y del trigo. Habló de los pastores de Belén que fueron a ver al Niño antes que los reyes y de los ángeles que les anunció el Nacimiento. La gente se aficionó mucho al Señor. Muchos querían dejarlo todo para seguirlo y poder oír siempre su doctrina. Jesús les dijo que no salieran de aquí y siguiesen sus enseñanzas.

Como viniera gente de Selcha, que está como a una hora al Norte, y lo invitaran a ir, se dirigió allá con sus discípulos. Fué recibido con fiestas en la puerta de la ciudad por los maestros y alumnos. Enseñó en la sinagoga hablando de Juan y del testimonio que dió sobre el Mesías. Le hicieron bautizar a muchos, sanó a varios enfermos y bendijo a los niños. Desde Selcha fué andando durante hora y media por el camino llamado de David que corre a través de los valles, siempre al Oeste del Jordán: corre solitario entre montañas y de trecho en trecho hay lugares de pastoreo para los camellos, abrevaderos y anillos para sujetarlos. En este camino vió Abrahán cuando entró al país, un resplandor y tuvo una visión; y cuando David, por consejo de Jonatán, huyó a la región de Maspha (I Reyes, 22) se ocultó aquí con trescientos hombres, por lo cual lo llaman el "camino de David". David tuvo aquí una visión profética de la venida de los tres Reyes Magos, y oyó cantar, desde el cielo abierto, al Consolador de Israel. Malaquías, después de una batalla, se ocultó aquí, siguiendo un resplandor. Los tres Reyes Magos, dejando libres las riendas de sus camellos, salieron de la región de Selcha y tomaron este camino, cantando gozosos, hasta Korea, junto al Jordán, y atravesando el río por el desierto de Anathat llegaron a Jerusalén, donde entraron por la misma puerta que pasó María desde Belén cuando fué al templo para la Purificación y Presentación.

De este camino de David torció Jesús hacia la pequeña población de Thautia, donde entró en seguida en la sinagoga. La enseñanza versó sobre Balaam, la estrella de Jacob y lo que Miqueas dijo sobre Betlehem Efrata (IV Moisés, 22-2, 25-10; Miqueas, 5-7, 6-9). Después sanó a muchos enfermos en las casas y a otros que no habían logrado dar salud los discípulos que habían misionado por estos lugares. No había aquí ninguna institución que se ocupara de los enfermos y desamparados: los apóstoles habían ordenado algo y Jesús terminó de dar forma a esa obra. Los discípulos, mientras tanto, bautizaban a muchos convertidos por Jesús. La gente de aquí y sus rabinos eran piadosos y tenían la costumbre de peregrinar a lo largo del camino de David, implorando la venida del Mesías con oraciones y ayunos, pensando que por allí vendría el Mesías. Mientras hablaba Jesús, ellos decían: "Él habla como si fuera realmente el Mesías; pero esto no parece posible". Luego pensaron: "El Mesías debe haber venido de modo invisible a Israel y Éste es el que lo anuncia". Jesús les dijo que quizás reconocerían al Mesías cuándo fuera demasiado tarde. He visto que muchos de aquí vinieron a la cristiandad después y aún antes de la muerte de Jesús.

Desde Thautia anduvo Jesús cuatro horas al Este, hacia la derruída fortaleza de Datheman. Cerca está aquella montaña donde la hija de Jefté con sus doce compañeras se retiró a llorar su muerte próxima. En la montaña hubo profetas y solitarios como los esenios. Balaam permaneció aquí en soledad y meditación cuando fué llamado por el rey de los moabitas (IV Moisés, 22, 5). Balaam era de noble estirpe y muy principal familia. Desde la juventud tuvo el don profético y estaba en relación con estos pueblos que miraban a la estrella prometida, entre ellos los antepasados de los Reyes Magos. No era Balaam hechicero ni mal hombre. Servía con culto al verdadero Dios como lo hacían los más elegidos de estos pueblos antiguos; sólo que lo hacía de modo imperfecto, con mezcla de errores y supersticiones. Había estado antes en esta montaña en soledad y meditación, creo que en compañía de otros profetas o discípulos suyos. Después que regresó de la presencia del rey de los moabitas, Balaam quiso volver a su soledad de la montaña, pero ya no pudo, por disposición de Dios, subir más. Había caído en grave pecado por su perverso consejo al rey de Moab, perdiendo su gracia y sus dones sobrenaturales, y anduvo errando sin rumbo hasta que pereció miserablemente. La gente de esta comarca está convencida de la santidad de este "camino de Da-

vid". Decían a Jesús que no querían vivir del otro lado del Jordán, porque allá no se puede mencionar todo lo que se vió, se anunció y se cumplió en el "camino de David".

V

Jesús en Bethabara y Jericó. El publicano Zaqueo

Cuando Jesús se acercó al Jordán, ya se había reunido una gran muchedumbre. Todo el espacio estaba lleno: se habían acomodado bajo los árboles y en tiendas. Muchas madres venían con sus criaturas como en procesión: niños de todas edades, hasta los que eran llevados en brazos. Cuando llegaron por el ancho camino al encuentro de Jesús, quisieron los discípulos apartar a las madres con sus criaturas para que no dieran trabajo a Jesús que ya había bendecido a muchos de ellos. Jesús no quiso que los apartaran y entonces trataron de ponerlos en orden. En un lado de la calle se colocaron cinco largas filas de niños de diversas edades, separados: había más niñas que varoncitos. Las madres, con las criaturas en brazos, estaban detrás de la quinta hilera de niños. Del otro lado de la calle estaba el resto del pueblo, que a veces irrumpía rompiendo el orden. Se iban turnando los últimos con los primeros. Jesús pasó delante de la primera fila de niños, poniéndoles su mano sobre la cabeza y bendiciéndolos. A unos les ponía la mano sobre la cabeza, a otros sobre el pecho; a algunos los estrechó contra su pecho, a otros los proponía como modelo a los demás; y así enseñaba, amonestaba, bendecía, sanaba y consolaba a todos. Cuando llegó al final de la primera hilera, pasó al otro lado del pueblo, y allí consolaba, exhortaba, o proponía como modelos a algunos de los niños. Cuando terminó en ese lado volvió a la segunda hilera de niños, y luego a la del pueblo, y así prosiguió hasta llegar al término de la quinta fila, adonde estaban las madres con sus criaturas en brazos. Todos los niños que bendijo recibieron una gracia interna, y más tarde fueron cristianos. Había unos mil niños, pues se renovó la escena por varios días.

Jesús tuvo mucho que hacer. Estaba en tranquila seriedad, dulce, afable, con una indefinible tristeza. Enseñaba en las calles; a veces le tiraban de los vestidos para que entrara en algunas casas. Contó varias parábolas; enseñó a grandes y chicos, a sabios y a ignorantes. Decía a algunos que diesen a Dios, por gratitud, lo que Él les había dado, como lo hacía Él mismo. He

visto aquí a la Verónica, a Marta, a Magdalena y a María Salomé. Ésta vino con sus hijos Juan y Santiago el Mayor, y pidió a Jesús hiciera que sus dos hijos se sentaran a su lado cuando viniera su reino. Los fariseos de Jerusalén mandaron espías, de los cuales algunos se convirtieron y no volvieron; otros que volvieron a Jerusalén con malas ideas, en el camino se arrepintieron y más tarde se unieron a los cristianos. Cuando Jesús salía de Bethabara, fué rogado en el camino para ir a una casa donde habitaban diez leprosos. Los apóstoles se apartaron, temerosos, y aguardaron a Jesús reunidos bajo un árbol. Los leprosos estaban sentados en un rincón del edificio, llenos de llagas y podredumbre. Jesús entró, mandó algo, y tocando a uno de ellos, salió. Los leprosos fueron llevados uno después de otro a un estanque donde se lavaron; después estuvieron los diez en disposición de presentarse a los sacerdotes como sanos. Jesús entró en otro edificio donde había enfermos hombres y mujeres, separados. Había cierto orden para los enfermos y un sitio para cocinar y lavar. Tenía un patio con hierba verde. Jesús sanó a varios. Cuando iba de camino vi que uno de los diez leprosos curados le seguía haciendo acción de gracias y alabando a Jesús. Al darse vuelta Jesús para mirarlo, el hombre se echó al suelo sobre su rostro, y daba gracias. De paso Jesús bendecía a los niños que les traían las madres.

El camino que hacía Jesús con los suyos desde Bethabara los llevaba a Maqueronte y a la ciudad de Madián. Se volvieron más hacia el lado del Jordán, rodearon a Bethabara y, atravesando una región poco poblada, se encaminaron hacia Jericó. En este camino vinieron poco a poco a los discípulos que habían sido enviados a misionar y contaron a Jesús cómo les había ido. Les enseño con parábolas: recuerdo sólo algo de lo que dijo en su alocución. Aquellos que se dicen puros, pero que comen y beben como les da la gana, parecen como si quisieran apagar un fuego arrimando más leña seca. Otra parábola se refería a la acción futura de los doce apóstoles. "Vosotros ahora me estáis aficionados porque tenéis abundante alimento (no entendieron que Jesús se refería a su doctrina y enseñanza). En la necesidad, empero, obraréis de otro modo. Aun aquellos que llevan como un manto el amor a mi Persona, dejarán caer ese manto para huír". Se refería a la actitud de Juan en el Huerto de los Olivos, que huyó dejando la manta en que se envolvía.

En una población junto al Jordán he visto a una mujer pidiendo la salud de una hija cubierta de llagas. Jesús le contestó que le enviaría a un discípulo, pero ella insistió en que

viniese el mismo Jesús. Jesús no lo hizo, pero como no estaba lejos de Él, la mujer volvió, pidió ayuda y dijo que se había desasido de todo, como Él se lo había mandado. Jesús la rechazó nuevamente diciendo que esa hija era fruto del pecado, y le nombró una falta, que parecía pequeña, a la cual estaba asida hacía años. Le dijo que no volviera hasta que no se arrepintiera de ese pecado. Entonces vi a esta mujer pasar por entre los apóstoles y discípulos e ir a Jericó. Cerca de Jericó llegaron cuatro fariseos hasta Jesús, enviados por los de Jerusalén, para decirle que no entrase en la ciudad, que Herodes lo buscaba para darle muerte. Ellos decían esto porque le temían, por los muchos prodigios que habían oído y sabido de otros. Jesús les contestó que dijeran a esa zorra: "Mirad, yo echo demonios hoy y mañana y sano enfermos, pero al tercer día completaré mi misión". Dos de estos fariseos entraron en sí mismos, se arrepintieron y se hicieron discípulos: los otros dos volvieron a Jerusalén, llenos de enojo. Vinieron también dos hermanos de Jericó que disputaban sobre una cuestión de herencia. Uno quería quedarse, el otro quería abandonar ese lugar: se entendieron para que Jesús decidiera su pleito. Jesús los rechazó de plano, diciendo que no había venido para eso. Como Juan y Pedro pensaran que se trataba de una obra buena, contestóles Jesús que no había venido a hacer repartos de bienes terrenos, y enseñó al pueblo que se había reunido. Los discípulos aún no lo habían entendido y esperaban siempre un reino temporal, porque no habían recibido las luces del Espíritu Santo. Como también aquí salieron muchas mujeres con sus criaturas, pidiendo bendición, los apóstoles, temerosos de las amenazas de los fariseos, quisieron apartarlas, para no alterar el orden. Jesús les mandó que los dejasen venir para bendecirlos, que necesitaban esta bendición para llegar un día a ser sus discípulos. Bendijo a muchas criaturas y a niños de diez a once años. A algunos no los bendijo ahora, y vinieron más tarde. Cerca de la ciudad donde había jardines, parques y casas, se encontró Jesús con los suyos en medio de una muchedumbre venida de todas las comarcas, que lo esperaban con muchos enfermos que tenían alojados en tiendas y chozas.

Un jefe de alcabaleros llamado Zaqueo, que tenía su oficina junto al camino, salió también para ver a Jesús. Como era pequeño de estatura subió a una higuera para verlo a su gusto. Jesús lo miró y le dijo: "Zaqueo, baja pronto, que hoy tengo que ir a tu casa". Zaqueo bajó en seguida, se sintió conmovido, se humilló y corrió a su casa a preparar lo necesario para re-

cibir a Jesús. Al decirle el Señor que deseaba ir a su casa, se refería a su corazón, donde entraba Jesús con su gracia; pues Jesús entró en Jericó, pero no en la casa de Zaqueo. De la ciudad no había salido la gente a recibir a Jesús, temerosa de las amenazas de los fariseos. Los que pedían ayuda eran sólo extranjeros y viajantes. Jesús sanó a un ciego y a un mudo; otros fueron rechazados. Bendijo a muchos niños, a pequeñas criaturas y dijo a sus apóstoles que las gentes deben acostumbrarse a llevar a los niños a Jesús desde temprana edad: que todos éstos que bendecía serían cristianos. Entre los rechazados había una mujer con flujo de sangre venida de lejos con el propósito de pedir salud. He oído que Jesús decía a sus discípulos: "El que no tiene deseo ardiente de conseguir algo, tampoco tiene constancia en pedir ni fe en lo que pide". Como llegase el Sábado entró con los suyos en la sinagoga y más tarde en el albergue. Jesús estaba con los apóstoles en el comedor, en lugar abierto, y los discípulos, bajo los pórticos. La comida consistió en pequeños panes, miel y frutas. Comieron de pie. Jesús enseñaba mientras paseaba entre ellos. Los apóstoles bebían de tres en tres. Jesús bebió solo. A este lugar llegó aquella mujer rechazada por dos veces, pidiendo por su hija; fué desoída nuevamente, pues quería estar bien con los fariseos y con Jesús: había ido a Jericó para preguntar a los fariseos qué pensaban de Jesús en Jerusalén.

También se presentó Zaqueo. Los nuevos discípulos murmuraban de que Jesús quería entrar en la casa de mala fama del publicano Zaqueo. Tanto más se sentían irritados porque algunos de ellos eran parientes de Zaqueo, y se avergonzaban de que fuese publicano y no se hubiese convertido aún. Zaqueo se adelantó a ellos, pero ninguno quiso anunciarlo a Jesús ni nadie le ofreció cosa alguna. Jesús lo vió, le hizo señas de que entrase y le ofreció comida y bebida. Cuando Jesús a la mañana siguiente volvió a la sinagoga, como dijera a los fariseos que deseaba explicar la lección del día, levantaron tumulto, pero nada pudieron contra Él. Habló severamente contra la avaricia del dinero y sanó en la sinagoga a un enfermo, a quien habían traído en camilla. Después del Sábado salió con sus apóstoles de la ciudad y se dirigió a la casa de Zaqueo; los apóstoles no estaban con Él. En el camino le salió nuevamente al encuentro la mujer que pedía la salud de su hija. Jesús puso su mano sobre ella para librarla, primero, de su enfermedad espiritual; luego la mandó a su casa, diciéndole que su hija estaba sana. Durante la comida, consistente en un cordero, miel y frutas,

Zaqueo escuchaba las palabras de Jesús con devoción. Jesús contó la parábola de una higuera que estaba en un viñedo, que hacía tres años que no daba fruto, y el viñatero pidió un año más de plazo. Habló como si los apóstoles fueran el viñedo, Jesús el dueño de la viña y Zaqueo la higuera. En efecto, algunos parientes habían dejado hacía tres años este oficio deshonroso; Zaqueo continuaba en él, y era por los discípulos despreciado. Ahora Jesús se compadecía de él, llamándolo y haciéndolo bajar de la higuera. Jesús habló también de los árboles frondosos que no dan fruto. Las hojas son las apariencias exteriores y salen sin dar frutos de bien. Los frutos son el interior, el obrar en la fe, con la consolación del fruto y la supervivencia del árbol en la semilla del fruto. Me parece que quiso decir a Zaqueo, al mandarle bajar del árbol, que se despojara del aparato exterior y de las hojas, como si ahora Zaqueo fuera la fruta madura que deja el árbol, que estuvo tres años infructuosos en la viña. Habló también de los guardianes fieles que, sin hacer ruido exterior, pueden oír fácilmente cuando el Señor golpea a la puerta.

Parece que Jesús, por ser la última vez que estará en Jericó, quisiera mostrar todo su amor. Manda a los apóstoles y discípulos de dos en dos a los suburbios y adonde no podrá Él mismo llegar. En Jericó entra de casa en casa, enseña en la sinagoga, en la calle y en todas partes, siempre con multitud de oyentes. Los pecadores y publicanos lo rodean, los enfermos son puestos en su camino para que los vea cómo levantan sus manos suplicantes y oiga sus clamores. Enseña y habla sin interrupción: está serio, pero obra con seguridad y afablemente. Los discípulos están llenos de miedo y de inquietud; Jesús, tranquilo, aunque expuesto a todos los peligros, pues se han reunido como cien fariseos de todas partes para insidiar y estorbar su apostolado. Mandan mensajes a Jerusalén, se reúnen y tratan cómo echarle mano. También los apóstoles están con miedo y les parece que Jesús obra demasiado audazmente contra el parecer de los fariseos. He visto cómo Jesús se encontraba a veces rodeado de muchos que buscaban cómo dañarle, mientras traían enfermos, y los apóstoles se mantenían a respetable distancia. La mujer rechazada con flujo de sangre y gota, se había hecho llevar adonde estaban las que hacían penitencia y en el momento oportuno se arrastró hasta tocar el ruedo del vestido de Jesús. El Señor la miró y la mujer quedó sana: se levantó al punto, dió gracias y volvió a la ciudad y a su casa. Jesús volvió a enseñar sobre la oración y la constancia en cra-

"No conviene cansarse de rogar y pedir". Yo pensé entonces en la constancia de esta mujer y en el amor de esta buena gente, que la llevaba de un lugar a otro, y cómo preguntaba a los discípulos adónde iría Jesús, para hacerse llevar allá y tomar un puesto conveniente, tanto más que debido a su enfermedad impura no podía estar en cualquier parte, y así anduvo esperando de un día a otro durante ocho días seguidos.

Se bautizaron muchos por medio de Santiago y Bartolomé. En el centro de la ciudad hay una fuente rodeada de edificación, con escalones que van hasta abajo y cajones nadando que sirven de baños como en el estanque de Bethesda. Los bautizandos llevan un manto blanco: dos discípulos ponen sus manos sobre los hombros, mientras otro apóstol los bautiza. Algunos enfermos sanaron mientras eran bautizados. Antes de partir Jesús de Jericó vinieron mensajeros de Betania con la noticia de que Lázaro estaba muy enfermo y que Marta y Magdalena ansiaban mucho la presencia de Jesús. Pero el Señor no se fué a Betania, sino a un pequeño lugar a una hora al Norte de Jericó, donde se había reunido mucha gente y enfermos. Dos ciegos con su guía estaban apostados a la vera del camino. Cuando Jesús se acercó comenzaron a clamar, levantando las manos, pidiendo ser curados. Los circunstantes querían obligarlos a callar. Mientras tanto clamaban: "¡Oh, Tú, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!" Jesús se volvió hacia ellos, los hizo traer a su presencia, y tocó sus ojos. De pronto vieron y le siguieron. A causa de estos dos ciegos curados se levantó un tumulto. Los fariseos comenzaron a examinarlos y llamaron a sus padres. Los discípulos deseaban que Jesús se decidiera a ir a Betania al lado de Lázaro, donde gozarían de más tranquilidad: aquí estaban llenos de sobresalto. Jesús sanó a otros muchos enfermos. No me es posible expresar cuán dulce, manso y paciente era Jesús aún en medio de estos tumultos, persecuciones, contradicciones, y con cuánta dulzura y dulce sonrisa contestaba a sus discípulos que querían dejar este lugar, apartarse de tantas insidias e irse a Betania.

Se dirigió a Samaría. A la noche, cerca de un lugarejo, estaban recluídos, a la vera del camino, diez leprosos. Al pasar Jesús salieron clamando por salud. Jesús se detuvo mientras los apóstoles seguían su camino. Los leprosos se apresuraron, según sus fuerzas, y se acercaron a Jesús y lo rodearon. Jesús tocó a cada uno de ellos y les mandó que se mostraran a los sacerdotes. Después siguió su viaje. Uno de los enfermos, un samaritano, caminaba más ligero. No sanaron de repente; se

sentían aún débiles, pero en el término de una hora estuvieron totalmente limpios. Después de esto vino un padre de familia, desde un pueblo de pastores, pidiendo a Jesús entrara en su casa pues acababa de morir una hijita suya. Se dirigía a esa casa cuando el leproso samaritano, al verse limpio, desanduvo su camino, alcanzó a Jesús y echándose a sus pies, le dió gracias por la salud recobrada. Jesús preguntó: "¿No fueron diez los sanados? ¿dónde están los nueve restantes? ¿No hay ninguno de ellos que dé gloria a Dios y agradezca, sino este extranjero? Levántate y vete a tu casa: tu fe te ha salvado". He visto que este hombre pasó a ser uno de sus discípulos.

Con Jesús estaban ahora Pedro, Juan y Santiago. La niña, como de siete años, estaba muerta hacía cuatro días. Jesús le puso una mano sobre la cabeza y la otra sobre el pecho y oró con los ojos dirigidos a lo alto. De pronto la niña se levantó a la vida. Jesús les dijo a sus apóstoles que hicieran de la misma manera en su nombre. El padre tenía una fe viva en el poder de Jesús, y así esperó. La mujer ya antes quería que el marido hubiese buscado a Jesús, pero el hombre esperó confiado. No bien pudo éste desligarse de sus obligaciones entregó su negocio a otros, y habiendo muerto su mujer, se agregó a los discípulos de Jesús y fué uno de los principales. La hija fué muy piadosa.

Jesús continuó visitando las chozas de los pastores y sanó a muchos enfermos. Pasando de una choza a otra llegó a las cercanías de Hebrón. Lo he visto luego solo con Pedro en una choza de pastores, adonde llegó una pareja después del desposorio en la escuela del lugar. Delante iban niñas con coronas y vestidos, según la ocasión, tocando y cantando. Había en el cortejo un sacerdote de Jericó. Cuando entraron en la casa y vieron a Jesús, quedaron muy conmovidos. Jesús les dijo que siguiesen tranquilamente las costumbres de tales ocasiones para no llamar la atención. He visto que bebían en pequeños recipientes. La novia estaba con las mujeres y las niñas danzaban y tocaban en su presencia. Más tarde he visto a los esposos en otra pieza con Jesús, quien les cruzó las manos y los bendijo: luego les habló de la santidad e indisolubilidad del matrimonio. Después lo he visto con Pedro y el sacerdote en la mesa, mientras el novio cuidaba el orden. El sacerdote estuvo de mala gana porque dieron a Jesús el lugar de honor y al poco tiempo se retiró de la mesa. He visto más tarde que este sacerdote soliviantó a otros, que asaltaron en forma grosera al Señor, de tal modo, que en el calor de la discusión uno de ellos asió el manto del Señor, que siguió tranquilo y amable: como no pudieran

hacerle nada, se alejaron. Jesús quedó en esa casa con mucha familiaridad y amor. Los pastores ancianos eran de aquéllos que treinta años antes lo habían ido a adorar en la gruta, cuando era Niño. Comenzaron a contar estas cosas con mucha devoción y a honrar a Jesús. Los pastores más jóvenes contaban también lo que habían oído a sus padres. Trajeron enfermos de mucha edad que no podían andar y niños enfermos, a los cuales sanó. Les dijo a los novios que después de su muerte fueran con sus apóstoles y siguieran su doctrina, cuando hubiesen sido bautizados e instruídos convenientemente. Nunca he visto a Jesús tan contento y familiar como con estos sencillos pastores. He visto que todos aquéllos que lo honraron y que lo visitaron cuando Él era niño, recibieron la gracia de la salvación. Después siguió Jesús más al Sur, hacia Juta, por la montaña. La gente de la casa de las bodas lo acompañó un trecho.

Ahora veo que hay seis apóstoles con Jesús, entre ellos Andrés. En el camino sanó a muchos niños enfermos: estaban hinchados y no podían andar. Los comarcanos son sencillos y buenos en general. Al pasar por una pequeña población entró en la sinagoga para enseñar. Los sacerdotes quisieron oponerse y llamaron a otros; pero tuvieron que ceder, y el pueblo lo escuchó de muy buena gana. Los apóstoles querían persuadir a Jesús que se retirase a Nazaret, su ciudad, ya que siempre hablaba de su próximo fin. Jesús no quiso defraudar la buena voluntad de esta gente: no fué a Nazaret, sino que siguió enseñando. Dijo: "Ninguno puede servir a dos dueños". Añadió que había venido para traer la espada; esto es, el cortar y apartarse de todo lo malo y viciado, como lo explicó luego a sus discípulos.

VI

La resurrección de Lázaro

Estando Jesús en una población de Samaría adonde había acudido la Virgen María con María Cleofás para celebrar el Sábado, recibieron la noticia de la muerte de Lázaro. Las hermanas de Lázaro dejaron a Betania, después de la muerte de éste, y se trasladaron a una posesión en Ginea para encontrarse con Jesús y con María Santísima. Mientras tanto en Betania se procedió con el cadáver de Lázaro según la costumbre judía: fué embalsamado y colocado en un sarcófago hecho con madera y mimbre entretejido. En torno de Jesús estaban todos los apóstoles. Recorrieron varias poblaciones de la comarca de Gi-

nea, donde Jesús enseñó en la sinagoga en el Sábado y después se dirigió a la posesión de Lázaro adonde ya le había precedido la Virgen María. Aquí fué donde le salió al encuentro Magdalena, anunciándole la muerte de su hermano Lázaro. Jesús le contestó que el momento aún no había llegado y que convenía que hubiese muerto. Dijo a ambas hermanas que dejasen todas las cosas pertenecientes a Lázaro donde estaban y que Él iría a Betania. Las santas mujeres fueron a Betania y Jesús volvió a Ginea, y todavía se hospedó en otro albergue a una hora de Betania. Aquí llegó de nuevo un mensajero de Marta y Magdalena, rogándole que fuese a Betania; pero Jesús demoróse aún. Reprochó también a los apóstoles sus quejas de que tardase tanto en ir a consolar a las hermanas de Lázaro. Se produjo de este modo una situación extraña: ellos no comprendían por qué tardaba tanto, y Jesús no podía decir o no convenía decir lo que pensaba hacer. Jesús trataba de corregir sus modos humanos de obrar y pensar y, sin declararles lo que pensaba hacer con Lázaro, inspirarles confianza y seguridad en su Persona. Enseñó, hablando de los viñadores; y como oyese la madre de Juan y Santiago que siempre hablaba de su próximo fin, se acercó a Jesús y le pidió otra vez en favor de sus dos hijos un buen puesto en el reino que iba a fundar. Jesús la despidió con seriedad.

Después prosiguió, enseñando, por diversas localidades, en dirección a Betania. La posesión de Lázaro estaba parte dentro de las ruinosas murallas de la población y parte fuera de ellas, el jardín y algunos patios. Lázaro había muerto hacía ocho días. Por cuatro días lo habían dejado sin enterrar, pensando que Jesús vendría para resucitarlo. Las hermanas habían ido a Ginea, pero como Él no quisiese todavía ir a Betania, se volvieron y lo hicieron enterrar. En este momento se encontraban los amigos, hombres y mujeres de Jerusalén, en la casa para llorar con las hermanas al difunto Lázaro. Me parecía ser ya de tarde cuando María de Zebedeo entró y avisó a Marta, que estaba entre las mujeres, que Jesús venía. Marta fué con ella al jardín donde estaba Magdalena sola, bajo un ramaje, y le dijo que Jesús se acercaba. Quería dejar ir primero a Magdalena, por amor a ella, al encuentro de Jesús. Pero no he visto que se haya acercado a Jesús. Cuando Él se encontraba rodeado de los apóstoles y discípulos no solía admitir fácilmente que se acercaran las mujeres. Como ya oscurecía, volvió María a entrar en la casa, tomó el sitio de Marta y ésta fué al encuentro de Jesús, que estaba en el jardín, bajo una enramada, rodeado de los

discípulos y mucha gente. Marta habló con Jesús y volvió adonde estaba Magdalena, que salió y fué al encuentro de Jesús, y echándose a sus pies, le dijo: "Si hubieras estado aquí, él no hubiera muerto". Los presentes lloraban. Jesús también se entristeció y lloró y habló largamente de la muerte. Algunos de los oyentes bajo la enramada, cuyo número aumentaba por momentos, hablaban entre sí, preguntándose por qué habría permitido que muriese Lázaro.

Me pareció que era de mañana muy temprano cuando Jesús fué con sus apóstoles al sepulcro. María Santísima, Marta, Magdalena y otras mujeres, en número total de siete, estaban presentes y muchas otras personas. Se suscitó casi un tumulto, pues crecía el número de personas por momentos: me recordó la confusión de los curiosos el día de la crucifixión. Caminaron por un sendero bordeado por un seto de plantas, atravesaron una puerta y anduvieron como un cuarto de hora hasta llegar al cementerio de Betania que estaba circundado de una muralla. De la puerta del cementerio partía un sendero a derecha e izquierda de una colinita, en el medio cortada y abovedada, donde a los lados se encontraban las sepulturas cercadas por una reja. Desde este espacio abovedado se veía el verdor de los árboles de afuera. De trecho en trecho había en el techo claraboyas que proyectaban luz en el interior del corredor. La sepultura de Lázaro era la primera a la derecha y había escalones para bajar hasta ella. La sepultura era rectangular, de casi un metro de profundidad, cubierta con una piedra. Dentro de la cavidad se veía el cajón, hecho de mimbres entretejidos, muy liviano y en torno había espacio para andar. Jesús se adelantó con algunos apóstoles hasta el sarcófago, mientras las santas mujeres permanecieron en la puerta. Los demás se agolpaban en forma desordenada, curiosos por ver lo que iba a suceder. Jesús mandó a los apóstoles levantar la piedra del sepulcro, la cual apoyaron contra la pared; asimismo levantaron otra puerta de madera liviana. En ese momento habló Marta diciendo que hacía cuatro días que estaba en el sepulcro y que ya hedía el cadáver. Los apóstoles alzaron también la tapa liviana del sarcófago y se vió el cadáver envuelto como acostumbraban los judíos. Jesús levantó los ojos al cielo, oró en voz alta y clamó con voz fuerte: "¡Lázaro, sal afuera!" Al instante el cadáver se movió y se sentó en su cajón. La muchedumbre se agolpó de tal manera para ver, que Jesús tuvo que mandar la hiciesen salir fuera del recinto. Los apóstoles que estaban en torno del cadáver resucitado le quitaron el lienz

del rostro, que aparecía como de uno que recién despierta; le desataron manos y pies de las envolturas; entregaron esas cosas a las mujeres de afuera, y recibieron un manto para envolver a Lázaro. Lázaro subió las gradas de su sepultura y salió de la hoya caminando como una sombra. Le pusieron el manto encima. Caminaba como un borracho, delante de Jesús, hacia afuera, donde las mujeres y sus hermanas retrocedieron como ante la vista de un fantasma, y se echaron al suelo sobre sus rostros sin atreverse a abrazarlo. Jesús, que salió detrás de él, lo tomó amigablemente de ambas manos. Después se dirigieron hacia la casa de Lázaro. La muchedumbre era grande; pero como estaban llenos de temor, abrieron paso a Jesús y a Lázaro, siguiéndolos detrás, llenos de admiración. Lázaro caminaba aún como rasando la tierra, con todas las señales de un cadáver ambulante. Jesús iba al lado de él; los demás los rodeaban y seguían detrás llorando, o en profundo silencio, llenos de expectación. Pasaron el portón, recorrieron el sendero bordeado, llegaron a la enramada y Jesús entró en la casa con Lázaro y los suyos. La muchedumbre, desde afuera, comenzó a agitarse en comentarios y en desordenadas conversaciones. Ya adentro, Lázaro se echó al suelo, como suelen echarse los que profesan en una orden. Cuando Jesús terminó de hablar, fueron a las piezas de Lázaro, que estaban como a cien pasos de aquí. Jesús, los apóstoles y Lázaro permanecieron en el comedor. Los apóstoles se pusieron en círculo, en torno de Jesús y de Lázaro, que se echó de rodillas. Jesús le puso su mano derecha sobre la cabeza y sopló sobre él siete veces con un aliento luminoso. Vi cómo salía de Lázaro un vapor oscuro, y he visto al demonio, como una forma alada y negra, salir fuera del círculo, rabioso y derrotado. Después consagró Jesús a Lázaro a su servicio, lo libertó de todas las ataduras y aficiones a las cosas de este mundo y con el pecado, y lo fortaleció con dones espirituales. Habló largamente con él, diciéndole que lo resucitó para que se consagrase a su servicio y que padecería gran persecución de parte de los judíos. Lázaro estaba aún con sus telas del sepulcro y con el manto. Ahora se fué a su pieza para dejar esas envolturas y vestirse como antes. Entonces lo abrazaron sus hermanas y sus amigos, pues hasta ese momento tenía un aspecto cadavérico que asustaba.

He visto que su alma, al separarse del cuerpo, fué a un lugar silencioso, de luz y de penumbra, donde no había penas, y que allí contaba a los justos José, Joaquín, Ana, Zacarías, Juan y otros lo que estaba pasando con el Redentor y en qué

punto se encontraba de su misión. Cuando Jesús sopló siete veces sobre Lázaro, éste recibió los siete dones del Espíritu Santo y se sintió libre de las ataduras de la tierra. Recibió estos dones antes que los mismos apóstoles, pues con la muerte había conocido grandes misterios, y visto las cosas del otro mundo; había muerto realmente y era como si hubiese nacido a nueva vida: podía, pues, recibir estos dones. Lázaro encierra una gran significación y un profundo misterio.

Se preparó una gran comida y todos se sentaron a la mesa. Trajeron varias clases de alimentos; había pequeños vasos sobre la mesa. Un hombre cuidaba el orden. Las mujeres vinieron después de la comida y se colocaron detrás para oír la enseñanza de Jesús. Afuera había un rumor ensordecedor: habían venido muchísimos de Jerusalén, hasta soldados para custodiar la casa. Jesús envió a los apóstoles a echar a la gente y a los guardias. Jesús habló largo tiempo, hasta que encendieron las lámparas. Dijo a los apóstoles que mañana irá a Jerusalén con sólo dos de ellos. Como le presentaran el peligro a que se exponía, Jesús contestó que no pensaba mostrarse en público y que no advertirían su presencia.

Luego, arrimados a las paredes, descansaron. Antes de aclarar, Jesús tomó a Juan y a Mateo, que se arreglaron algo diferente de lo acostumbrado, y salieron para Jerusalén. Rodearon la ciudad y llegaron por caminos extraviados a la casa donde más tarde se celebró la Cena pascual. Permanecieron allí todo el día y la noche siguiente en soledad y silencio. Jesús enseñó y fortaleció a algunos amigos que tenía en Jerusalén. Vi en la casa a María Marcos y a la Verónica y a unos doce hombres. Nicodemo, el dueño de la casa, que la presta gustoso para los amigos de Jesús, no estaba allí. Había ido a Betania para saludar a Lázaro.

He visto también una gran reunión de fariseos y grandes sacerdotes, por causa de Jesús y del caso de Lázaro, y oí entre otras cosas que temían que Jesús se pusiese a resucitar a otros muertos y se produjera un gran desorden. En Betania, en efecto, se produjo un gran tumulto. Si hubiese estado allá Jesús quizás lo hubieran apedreado. Lázaro y los amigos de Jesús de Betania tuvieron que ocultarse y los apóstoles huyeron en diversas direcciones. Más tarde se aquietaron, pensando que Lázaro, al fin, no tenía la culpa de haber vuelto a la vida. Jesús permaneció toda la noche en la casa del monte Sión. Antes de amanecer salió de Jerusalén y anduvo por la orilla del Jordán, no por el camino de Bethabara, sino en dirección Noreste. Al

mediodía había pasado el Jordán. Por la tarde fueron llegando los apóstoles de Betania. Pasaron la noche al amparo de un extenso árbol.

A la mañana siguiente entraron en una pequeña población. A la vera del camino Jesús vió a un ciego al cual conducían dos niños que no eran ni parientes del ciego. Éste era un pastor de la comarca de Jericó; había oído a los apóstoles que venía Jesús, y así comenzó a suplicar por ayuda. Jesús puso su mano sobre la cabeza del ciego y se abrieron sus ojos. El ciego arrojó sus harapos y con el vestido interior siguió a Jesús hasta el poblado, donde Jesús enseñó y habló de su seguimiento: que uno debe, como este ciego, dejar sus harapos, costumbres malas y seguirlo viendo. Aquí le dieron al ciego un manto para cubrirse mejor. Quería quedar con Jesús y seguirle, pero le dijeron que debía primero mostrar cómo se portaría. Jesús enseñó hasta la tarde. Estaban ahora con Él unos ocho apóstoles. Como se acercara a una población, tuvo hambre. Me reí de esta hambre de Jesús, que era hambre de almas. Le acompañaban desde la última población y no estaba todo en orden en algunas personas. El camino pasaba junto a una higuera sin fruto. Jesús acercóse al árbol y lo maldijo: el árbol se secó de inmediato, sus hojas se pusieron amarillas y el árbol se contrajo sobre sí mismo. Después, en la escuela del lugar, Jesús habló de la higuera que no da frutos. Había algunos escribas, doctores y fariseos de malas intenciones, quienes le dijeron que se volviera por donde había venido. Aquí corre un arroyo que tiene un puente en el lugar llamado Betharán. La escuela está sobre una altura. Pasaron la noche en un albergue.

VII

Jesús se dirige al país de los Reyes Magos

Jesús y sus acompañantes se dirigieron al día siguiente al Noreste, a la región de Gad. Le oí decir que se apartaría de ellos por algún tiempo, dónde pensaba ir, y dónde debían enseñar y dónde no, y les indicó el lugar donde volverían a reunirse. Jesús va a iniciar un viaje admirable. El Sábado lo pasará en la Gran Corozaín, luego irá a Betsaida y de allí partirá hacia el Sur, por la región de Maqueronte, en Madián. Llegará hasta el lugar donde Agar abandonó a su hijo Ismael y donde Jacob levantó la piedra recordatoria. Irá por la región Este del Mar Muerto y llegará adonde Melquisedec hizo el sa-

crificio en presencia de Abrahán. Allá existe todavía una capilla, donde a veces dicen la Misa. La veo hecha de piedra bruta, toda cubierta de verdor y de musgo. Jesús piensa ir también a Egipto, a Heliópolis, donde vivió cuando niño. Hay allí algunas buenas personas que jugaron con Él, y que nunca lo olvidaron. Siempre preguntan adónde habrá ido ese Niño, pues no podrían saber que es el mismo que los visitará. Volverá a atravesar el valle de Josafat, irá adonde Juan lo bautizó y donde fué tentado en el desierto. Dijo que su ausencia durará como tres meses. Lo volverán a encontrar junto al pozo de Jacob, en Sichar, aunque lo podrán ver antes, porque vendrá atravesando la Judea. Los instruyó en un sermón largo y les dió muchas instrucciones de cómo debían portarse en la misión durante su ausencia. Recuerdo aquellas palabras: que sacudieran el polvo de sus sandalias donde no los recibieran. Mateo volvió por algún tiempo a su casa. Está casado y su mujer es muy buena y piadosa. Desde su llamamiento al apostolado viven voluntariamente en continencia. Enseñará en su casa y pasará algún tiempo en retiro.

En la Gran Corozaín enseñó Jesús el Sábado en la sinagoga. Pedro, Andrés y Felipe estaban con Él. Al mediodía se le acercó un hombre que lo esperaba: era de Cafarnaúm. Rogó al Señor que fuera con él a sanar a su hijo. Jesús le dijo que se volviera tranquilo, que su hijo estaba sano. Se habían reunido allí bastantes enfermos de la ciudad y de afuera: a unos los sanó de repente; a otros les dijo lo que debían hacer, y luego sanaron. A la conclusión del Sábado, se despidió de la gente y se dirigió con algunos apóstoles hacia donde el Jordán se echa en el lago, para pasar al otro lado. Había un paso más arriba, algo lejos; aquí se cruzaba el río en una especie de balsa remada con palos, que tenía en medio un resalto donde se colocaban los bultos para preservarlos del agua. El Jordán no es aquí muy hondo y me pareció ver algunas isletas en él. Después vi a Jesús y a los tres apóstoles caminando al claror de la luna. Delante de Betsaida hay un galpón, como suelen encontrarse en Palestina, en las afueras de las ciudades, donde los viajeros se detienen antes de entrar en la ciudad para arreglar sus vestidos, lavarse los pies y descansar. Se encuentran generalmente en estas casas cuidadores que lavan los pies a los viajeros. Esto hicieron con Jesús y sus apóstoles. Fueron a casa de Andrés, que está casado, donde comieron miel, panecillos y uvas. La casa está a un lado de la ciudad; tiene un patio delante y está rodeada de un muro. Con Jesús llegaron Pedro y Felipe; ya Andrés los había pre-

cedido. En la mesa había doce personas y al final de la comida se acercaron seis mujeres para oír a Jesús.

Cuando al día siguiente dejó la ciudad se entretuvo en una casa de implementos de pesca, donde se habían reunido muchos hombres para escucharlo. Después se dirigió al Norte, costeando el Jordán, hasta el puente que lo atraviesa y anduvo por la Galilea del Este, en el país de Basán. He visto que algunos discípulos esperaban a Jesús al otro lado del Jordán, donde había mucha arena y piedrecitas blanquizcas. Le esperaban en una techumbre abierta por los lados. Había entre estos discípulos tres jovencitos muy esbeltos que habían llevado. He visto que cosechaban unas bayas verdes, grandes como higos, y pequeñas manzanas amarillas, que encontraban en los árboles, que ellos arrancaban con unos palos provistos de ganchos. El camino por donde llegó Jesús con los tres apóstoles me pareció poco frecuentado, pues había mucha hierba alta y serpenteaba entre árboles frutales de los cuales los apóstoles arrancaban frutas que guardaban en sus sacos: Jesús no tomó de esos frutos. Habían caminado toda la noche, siempre ascendiendo.

Los discípulos, que lo esperaban, le salieron al encuentro, y lo rodearon, saludándole, sin darle la mano. Delante de la techumbre había un tirante bastante largo y ancho y en torno de él, como si fuera una mesa, se colocaron Jesús y sus acompañantes. Cada uno puso una porción de las frutas y bayas que habían recogido. Llevaban bebida que tomaron en vasos pequeños. A cierta distancia se veía una montaña y una ciudad. Creo que era en el país de los amoritas. Desde aquí torcía el camino hacia abajo. Los vi andando todo el día y llegar por la tarde a un villorrio de casas desparramadas, donde había un albergue y mucha gente se agolpó en torno de ellos curiosamente. No sabían casi nada de Jesús, pero eran buenos y sencillos. Relató la parábola del buen pastor. De aquí se dirigieron a otro albergue donde comieron y pasaron la noche.

El Señor les dijo que pensaba seguir solo, con los tres jóvenes, por el país de Caldea, al país de Ur, donde nació Abrahán; y después, a través de Arabia, a Egipto. Mandó a sus discípulos que fueran por los pueblos cercanos enseñando, que Él haría lo mismo en los países que visitaría. Les recordó el punto donde volverían a verlo después de tres meses. Entre los discípulos he visto a Simeón, Cleofás y Saturnino. Con el nuevo día Jesús se despidió de los apóstoles y discípulos, dándole la mano a cada uno. Estaban muy tristes porque no quisiera llevar más que a esos tres jóvenes, que serían de dieciséis a dieciocho años,

y muy distintos de los judíos, esbeltos y resueltos, de largos vestidos. Son como niños en compañía de Jesús y le sirven amablemente. No bien llegan a alguna fuente o pozo se apresuran a lavarle los pies. Durante el camino van de un lado a otro, traen frutas, bayas, flores y cuanto encuentran. Jesús les enseña amablemente y les declara en parábolas todo lo que ha sucedido hasta ahora. Los padres de estos jóvenes pertenecieron al séquito del rey mago Mensor. Habían venido con los Reyes Magos a Palestina y se quedaron entre los pastores después que los Reyes huyeron de Belén. Vivieron allí, casándose con hijas de los pastores y tenían su pastoreo entre Samaría y Jericó. El más joven se llama Eremenzear, y más tarde Hermas. Era el niño a quien sanó Jesús, a ruego de su madre, después del diálogo con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, en Sichar. El mediano se llama Sela o Silas; y el mayor Eliud, y en el bautismo se llamó Siricius. Les dicen los discípulos discretos y más tarde se juntaron con Tomás, Juan y Pablo. Eremenzear escribió la relación de este viaje.

Jesús llevaba una túnica oscura, que caía en amplios pliegues; por encima un vestido largo y blanco, de anchas mangas y faja ancha que sujetaba el vestido; tenía un paño blanco con que se cubría la cabeza de noche para dormir. Jesús era más alto que los apóstoles. Dondequiera que estuviese, caminando o parado, se destacaba, con su frente amplia y serena, entre los demás. Caminaba derecho, no era ni delgado ni grueso, sino proporcionado, noble, esbelto, con la flexibilidad del hombre sano, de hombros anchos y pecho robusto. Sus músculos eran desarrollados, como los del hombre hecho a la fatiga y al andar, aunque sin las señales ni las rudezas que deja el trabajo.

El camino que tomó Jesús con los tres jóvenes, después que se despidió de los apóstoles, descendía hacia Oriente, a una región arenosa, bordeada de árboles, cedros y palmeras. Al frente se levantaban las montañas de Galaad. Quería estar para el Sábado en la última ciudad de esa dirección: Kedar. Durante el camino comieron frutas y bayas. Los jóvenes traían una bolsa con panecillos y vasitos con bebidas y llevaban bastones de viaje. Alguna vez Jesús llevaba bastón, mas luego lo dejaba. Por calzado sólo llevaba sandalias. A la noche entraron en una vivienda, donde había gente sencilla, pero grosera. Jesús no se dió a conocer en ninguna parte, aunque enseñaba con parábolas diversas, especialmente la del buen pastor. La gente preguntaba sobre Jesús de Nazaret, pero Jesús no les decía que era Él. Preguntaba sobre sus trabajos y sus negocios. Ellos lo tenían

por un pastor viajero que buscaba lugares de pastoreo, como sucedía frecuentemente entre los pastores de Palestina. No lo he visto sanar ni hacer milagros aquí. Por la mañana anduvo hasta quedar a pocas millas de Kedar, que se halla en una altura, mientras la montaña está detrás. Desde aquí, la patria de Abrahán, está, creo, más lejos, al Noreste, y la patria de los Reyes Magos, hacia el Oriente, pero más al Sur.

Parte de los discípulos había vuelto a sus casas, y parte se había repartido, enseñando y misionando. Zaqueo de Jericó, que había estado también con los discípulos, volvió a su casa, dejó su oficina y su negocio, vendió todo, lo repartió a los pobres y se retiró a una pequeña aldea, donde vivió en continencia con su mujer.

Nueve semanas había fijado Jesús a sus discípulos hasta su próxima reunión en Sichar. El tumulto en Jerusalén, por causa de la resurrección de Lázaro, fué muy grande. Jesús se ausentó precisamente para ser olvidado, mientras la noticia y las averiguaciones en torno de la verdad del hecho ayudaban a la conversión de muchos judíos. Cuando Jesús volvió de su viaje, estaba demacrado. Nada hay escrito de este viaje de Jesús, porque ningún apóstol estuvo con Él, y algunos ni sabrían a punto fijo adónde se dirigió en su ausencia. Yo vi estos lugares por primera vez entonces. Jesús iba caminando con sus tres acompañantes, siempre hacia el Sudeste, aunque haciendo algunos rodeos. Pasaron la noche en una choza de pastores aislada. La gente es buena, sin malicia ni malas intenciones: miran y tratan a Jesús con admiración y lo quieren mucho. Él les cuenta varias parábolas de las que contó en Palestina y le escuchan con mucha atención y gusto. No lo he visto hacer curaciones ni tampoco bendecir. Cuando le preguntan sobre Jesús de Nazaret, hablaba de los que le siguen y entrelazaba esto con parábolas y comparaciones. Lo tienen, en general, por un pastor que busca ovejas o praderas para apacentarlas.

VIII

Jesús en Kedar

Antes del Sábado llegó Jesús con sus tres jóvenes a Kedar. No anduvieron por el camino real, sino por caminos vecinales. Era ya demasiado tarde para entrar en la ciudad: pernoctaron afuera, en un gran galpón, donde otros caminantes encontraron también refugio. Había ciertas comodidades para pasar la noche

y el edificio estaba rodeado de un patio cerrado. El cuidador abrió la puerta del recinto y se retiró a la ciudad. Cuando volvió a la mañana siguiente, recibió de los viajeros una modesta paga. Los caminantes se dispersaron y el cuidador tomó a Jesús y a sus compañeros y los llevó a su casa. La ciudad está en una ladera del monte, se extiende a uno y a otro lado del río: consta de una parte vieja y otra nueva, divididas por el río, que viene del Oriente y corre hacia Palestina. La orilla es barrancosa y sobre el río hay dos arcos amurallados. De este lado presenta un aspecto pobre: está habitado por judíos pastores que se ocupan además de varios trabajos. Del otro lado la ciudad parece mejor y está habitada por paganos. Estos hombres ya no visten del todo a la usanza de la Palestina. Hay una sinagoga y una fuente cercada de verdor y de arena. Es este el mejor lugar de la población. Jesús con sus tres jóvenes y el cuidador se dirigieron a la sinagoga y celebraron el Sábado en intimidad. Al final de la oración preguntó Jesús si podía contar algo y como manifestaran mucha alegría y deseo de oírle, contó la parábola del Hijo pródigo. Le escucharon con mucha atención y admiración, ignorando Quién era el que les estaba hablando. Se llamaba a Sí mismo el buen Pastor que busca a sus ovejas perdidas para llevarlas a buenos pastos. Lo tenían por un Profeta y lo llevaban a sus casas, donde Él enseñaba. Al día siguiente enseñó junto a la fuente, mientras hombres y mujeres estaban sentados a sus pies, escuchando. Él recibía a los niños y los estrechaba a su pecho. Les contó cómo Zaqueo había subido al árbol para verlo mejor, cómo luego dejó todo para seguirlo, y habló de aquéllos dos que fueron a rezar y el uno decía: "Bien, que yo no soy como el publicano"; y el otro, golpeándose el pecho: "Señor, ten piedad de mí, que soy un pobre pecador". La gente quería mucho al Señor y no tenía recelo en su compañía.

Le pidieron se quedase hasta otro Sábado y enseñase en la escuela. Como le preguntaran por Jesús de Nazaret, contó algunas cosas de Él y de su doctrina. Después salió con sus acompañantes, caminando hacia el Sur, por una hermosa comarca de palmas y praderas llamada Edón; visitó una casa donde el padre y la madre estaban enfermos, con varios niños que iban y venían. Eran gente buena. Preguntáronle por Jesús de Nazaret, del cual habían oído decir tantas cosas. Jesús habló de Él: que le perseguirían, que volvería al reino de su Padre y que haría partícipe de su reino a todos aquéllos que le siguen. Esto lo expuso con la parábola de un rey con su hijo. En ese

momento vi un cuadro de sus padecimientos, de su Ascensión al cielo, a su trono, y de su reinado sobre el mundo, al lado del Padre, rodeado de ángeles y de aquéllos que le habían seguido. Oí la relación de su reino, mientras narraba la parábola, el cual les quedaba impreso en el corazón como recuerdo de su presencia. Como les preguntara si creían eso, tal cual les contaba, y si querían seguir a ese buen Rey, y ellos respondieran que sí, les prometió que Dios los premiaría, les daría la salud y lo acompañarían a Él hasta Edón. En efecto, sanaron de repente, con maravilla de todos, y lo acompañaron hasta Edón. Este hombre se llamaba Benjamín y descendía en línea directa de Ruth. Creo que Tito era un hijo o pariente de estos dos curados allí. Tenía entonces 14 ó 6 años, había estado en Kedar y en otros lugares de esta comarca, donde enseñó Jesús, para oír su predicación y oír a otros contar las cosas de Jesús. Marcos, cuya ciudad natal estaba más cerca de la Palestina, y Silas, eran también conocidos de esta familia.

Jesús anduvo, con un bastón retorcido de pastor en su diestra, por unos campos amenos, llenos de palmeras, camino de Edón. Se celebraba allí un casamiento. La casa era una sala grande, que tenía cocina y lugares para dormir de tres en tres, separados por un tabique. Los hombres y las mujeres, la novia y el novio, adornados con coronas, se hallaban en una gran sala donde ardía una lámpara en pleno día. Niños y niñas tocaban con flautitas y otros instrumentos, y cantaban. Estas piadosas personas esperaban a Jesús, a quien tenían por un gran Profeta. Habían oído hablar de sus parábolas y de su doctrina en Kedar, y lo habían invitado a su fiesta. Lo recibieron contentos, llenos de reverencia, y les lavaron los pies a Él y a sus compañeros, secándolos con sus vestidos. Tomaron su bastón, lo colocaron en un rincón y prepararon una mesa con pescados, panecillos, un panal de miel y bayas coloradas. Pusieron pequeños recipientes, vasos y unas escudillas de barro pulido, de las cuales sacaban algo que echaban en los vasos para beber. Se acomodaron a la mesa sobre sillones con apoyos. A Jesús le dieron el sitio de honor entre el novio y la novia; las mujeres estaban en el extremo de la mesa. Jesús bendijo la comida y la bebida, y habló de Aquél que en las bodas de Caná convirtió el agua en vino. Como en ese momento llegasen los dos esposos curados antes, se llenaron todos de admiración al verlos sanos. Narraron lo que el Forastero les había dicho del Rey y del reino, y cómo creyendo ellos al Profeta, les había prometido hacerlos partícipes de ese reino de igual modo que se sanarían de su

enfermedad. Jesús repitió la parábola y les dijo que ahora había como una muralla entre ellos y ese reino; pero que la muralla se caería en cuanto ellos vencieran sus propias pasiones. Así pasó casi toda la noche y a la mañana se retiraron a descansar. Jesús pernoctó detrás del comedor con sus tres compañeros. Antes de tomar su descanso el Señor se apartó de ellos y oró a su Padre, arrodillado, con las manos en alto. Vi como rayos luminosos salir de su boca y una forma brillante acercarse a Él. Esto lo vi muchas veces, aún de día, cuando se retiraba a orar. Yo lo he aprendido desde niña de Él: como veía que Él se apartaba para orar, yo hacía lo mismo. A la Virgen Santísima, hasta la Encarnación, la veía rezar de pie con las manos sobre el pecho y los ojos bajos. Después la he visto orar de rodillas, casi siempre, con la mirada en lo alto y las manos levantadas.

Al día siguiente, por causa de la muchedumbre, Jesús enseñó al aire libre, y dijo poco a poco muchas cosas sobre el matrimonio que la gente había olvidado o ignoraba. Así, por ejemplo, dos parientes próximos, que querían casarse, preguntaron a Jesús, el cual les mostró con la ley de Moisés que eso estaba prohibido, y prometieron no hacerlo. Le dijeron que en un lugar cercano un hombre iba a casarse con la sexta hermana de la primera mujer difunta. Jesús contestó que iría a aquel lugar. Para el Sábado volvió a Kedar y enseñó todo el día en la escuela. Contestó a un sinnúmero de preguntas, que las gentes sencillas le hacían sobre la ley, especialmente en asuntos de casamientos. Reconcilió a algunas familias desunidas.

IX

Jesús va a Sichar-Kedar y enseña sobre el misterio del Matrimonio

Desde Kedar, dirigióse Jesús con mucho acompañamiento hacia el Norte, donde el país se volvía más llano. Los vi llegar a un lugar de pastoreo donde había galpones abiertos, largas hileras de árboles entrelazados y chozas de paja y ramas. Bajo esas techumbres comían higos, uva y dátiles y se reunían cuando en la noche calurosa lucían las estrellas en el cielo y brillaban claras las gotas del rocío. Mientras los acompañantes se desparramaron a sus respectivas viviendas, Jesús, con sus tres jóvenes, caminaba, enseñando. A la tarde del siguiente día llegó a la pequeña ciudad de Sichar-Kedar, en la falda de un monte.

Vinieron algunos a su encuentro y lo llevaron a la casa de fiestas, que me recordaba la de Caná de Galilea, donde se había reunido bastante gente. Unos recién casados habían perdido a sus padres, muertos casi de repente, y estaban sirviendo a los que habían acompañado al entierro. Delante de la casa había un patio cercado con rejas, con fuentes y columnas cubiertas de enredaderas. Los adornos eran muy hermosos. Les lavaron los pies y les ofrecieron un refrigerio. Después pasaron a otra sala donde habían preparado una comida. Jesús quiso servir: daba el pan, las frutas y la miel, sacaba las bebidas de los grandes recipientes. Éstas eran de tres colores: una algo verdosa, otra amarilla y otra blanca. Entretanto enseñaba. Sichar-Kedar es el lugar donde le dijeron que vivían muchos en condiciones matrimoniales prohibidas. De los recién casados no estaba más que el marido, llamado Eliud. Había ido al casamiento de Edón y al volver encontró muertos a sus dos suegros: habían fallecido de pesar, repentinamente, al saber que su hija, la mujer de Eliud, era adúltera. El mismo Eliud no tenía conocimiento de esto ni de la causa de la muerte de sus suegros. Después de la comida, Jesús se hizo llevar a la casa de Eliud: los tres jóvenes no estaban con Él. Allí habló a solas con la mujer, que estaba en gran aflicción y confesó, echándose de rodillas a sus pies, sus pecados. Jesús la dejó y fué a la pieza de Eliud. He visto que Jesús le decía palabras serias y tiernas y cuando lo dejó, vi a Jesús orando y luego retirarse a descansar.

A la mañana siguiente Eliud entró muy temprano adonde estaba Jesús, aún apoyado sobre su brazo, descansando. Traía una palangana con agua y una rama verde. Jesús se enderezó y Eliud le lavó los pies, secándolos con su ropa. Luego Jesús le pidió que lo llevase a su pieza, que Él quería lavarle los pies. El hombre no quería consentirlo; pero Jesús le dijo que si no lo permitía, abandonaría en seguida su casa. Dijo que eso así debía ser; que si quería seguirlo a Él, debía permitirlo. Entonces el hombre llevó a Jesús a su pieza y trajo agua en la palangana. Jesús lo tomó de las manos, le miró con amor al rostro, habló de lavarle los pies, y al fin le dijo que su mujer había sido adúltera, pero que estaba arrepentida y que él debía perdonarla. Entonces el hombre se echó al suelo sobre su rostro y se revolcó con muestras de gran dolor. Jesús se apartó un poco de él y oró. Después que hubo pasado el primer dolor al hombre, Jesús lo levantó, lo consoló y le lavó los pies. El hombre se tranquilizó, y Jesús le dijo que llamase a su mujer. Esta se presentó cubierta con el velo. Jesús tomó su mano, la puso en

la de Eliud, lo bendijo, lo consoló y levantó el velo a la mujer. Salieron de allí y Jesús mandó traer a los hijos, a los cuales bendijo, llevándolos a sus padres. Estos esposos se mantuvieron fieles y ambos prometieron continencia.

En este día Jesús fué a muchos hogares para sacar de sus errores a numerosas personas. Lo he visto ir de casa en casa, hablarles y ganarles el corazón. Hay en este lugar largas hileras de cajones para abejas. La falda forma como una terraza, donde se apoyan muchos cajones de abejas adornados arriba con botones. Los cajones se pueden abrir por delante. Todo el recinto está cercado con una enramada de juncos. Entre una hilera y otra de cajones de abejas hay un espacio con plantas y flores y escalones para subir a las diversas hileras.

Como la gente le preguntara a Jesús de dónde venía y quién era, Él contestaba en parábolas, que escuchaban con sencillez. Bajo la glorieta donde se hizo la comida, dió un sermón contando la parábola del Hijo de un gran Rey que había venido a pagar todas las deudas de sus súbditos. Ellos tomaban estas comparaciones tal como sonaban y manifestaban gran admiración por ese Hijo. Trató de aquel deudor a quien su señor perdonó una gran deuda y que él, a su vez, no quiso perdonar la pequeña cantidad que le debía otro compañero. Dijo Jesús que su Padre le había dado un viñedo; que Él debía cuidarlo, podarlo y buscar trabajadores para la viña; que para eso había venido Él. De esta viña debían echarse muchos peones perezosos, sobrantes, inútiles, como se cortan y podan las viñas. Explicó lo que significa podar la viña; habló de las hojas, ramas inútiles y de las pocas uvas que representan lo mucho falso y malo que hay en el hombre por el pecado; cómo esto debe ser mortificado y cortado para que lleve frutos de buenas obras. Así llegó al asunto del matrimonio y a la moralidad del mismo. Al hablar de la viña les recomendó que plantasen viñedos. Como le dijeran que no era región apta, les contestó que plantaran donde estaban las abejas, que era tierra buena; luego contó una parábola sobre las abejas. La gente pensó. "Si Él quiere, estamos dispuestos a ir a trabajar en su viña'. Jesús les dijo que se ausentaba, que iba a pagar las deudas de los viñateros y que debía dejar fermentar el vino para hacer un vino de vida y para que pudieran los demás aprender a cultivar viñedos. Al oír que se alejaba se pusieron tristes, rogándole se quedase con ellos. Jesús les dijo que si creían en Él les mandaría a uno que los introduciría en la viña de la que les había hablado.

He visto después que el apóstol Tadeo vino a evangelizarlos y a hacerlos cristianos y que en la persecución contra los cristianos emigraron de este lugar. Jesús no hizo aquí ninguna profecía sobre Jerusalén, ni sobre el templo, ni obró milagros. Las gentes eran llanas, sin malicia, aunque un tanto inciviles en sus costumbres. Arregló varias desavenencias entre casados separados y a aquél que estaba por casarse con la sexta hermana de su primera esposa, le mandó que no lo hiciera. Habló otra vez del matrimonio con la comparación de la viña y del podar y cultivar, llamándome la atención lo que dijo: que donde hay desunión entre los casados y no hay buenos frutos, la culpa está principalmente de parte de la mujer. Ella debe tener paciencia, sufrir, cuidar los frutos, arreglar y educar; con su solicitud y trabajo espiritual, quitar lo malo y aumentar lo bueno. Todo lo que ella hace redunda en bien o en daño del fruto. En el matrimonio no se debe hablar de placer ni de satisfacciones, sino de penitencia, de mortificación, de constante lucha contra las pasiones por medio del vencimiento y la oración. Este vencimiento de las pasiones propias trae bendición y provecho a los mismos hijos. Todo esto lo enseñó el Señor con sencillas palabras y profunda significación. Habló mucho sobre esto y yo estaba tan conmovida que pensaba entre mí: "¿Por qué no se escribirá todo esto? ¿Por qué no está aquí algún apóstol que escriba esta enseñanza para que llegue así a todos los hombres?" Yo estaba como formando parte de los oyentes, e iba y venía de un lugar a otro con Jesús. Mientras yo estaba preocupada con estas ideas, se volvió Jesús a mí, y oí estas o semejantes palabras: "Yo doy fuerza al amor y cultivo la viña donde pueda dar fruto. Si todo esto se escribiera, se perdería como tantas otras cosas que se escriben, o se entendería mal, o se negaría o perseguiría lo escrito. Esto y muchas otras cosas que no se escribieron darán fruto como si estuviese escrito. No es la ley escrita lo que más debe seguirse. En la Fe, en la Esperanza y en la Caridad está todo encerrado y escrito".

Lo que Jesús enseñó, tomando ocasión de la viña y de la naturaleza, fué admirablemente hermoso y persuasivo. Estos hombres sencillos preguntaban sobre las cosas que no entendían, y Jesús se las declaraba, de tal modo que les quedaban profundamente impresas en la mente. Un mediodía hubo un casamiento de gente pobre con la presencia de Jesús. Los dos eran sencillos y buenos, y Jesús estuvo muy afable con ellos. Se hizo la procesión a la sinagoga con niños de seis años, adornados según la costumbre, que tocaban flautas y cantaban.

Niñas pequeñas echaban flores al paso y jóvenes tocaban arpas, triángulos y otros instrumentos raros. El novio vestía casi como un sacerdote. Los padrinos pusieron sus manos sobre los hombros de los novios. El casamiento lo hizo un sacerdote judío, al aire libre, junto a la sinagoga. Cuando aparecieron las estrellas, fueron a la sinagoga para celebrar el Sábado y ayunaron hasta la tarde del día siguiente, en que celebraron las bodas solemnes en el salón de fiestas. Jesús narró entre otras la parábola del Hijo pródigo y la de las numerosas moradas del reino de su Padre. Como el novio no tenía casa propia iría a vivir en la casa de los padres de la novia. Jesús le dijo que mientras no tuviera lugar en la casa de su Padre, viviera bajo tienda en el viñedo que quería edificar en la colina de las abejas.

Enseñó de nuevo muchas cosas sobre el matrimonio. Si los esposos vivían en orden y moralidad, reconociendo su estado como de penitencia, sus hijos recibirían parte de estos frutos y edificarían sus futuras moradas en el reino de su padre. Se comparó al Novio de una esposa dentro de la cual (la Iglesia) serían dados a luz innumerables hijos renacidos a la fe. También habló de las bodas de Caná y de Aquél al cual Él conocía, que había cambiado el agua en vino, que en Judea es tan perseguido y a quien al fin habrían de dar muerte. Todo esto lo escuchaban con sencillez y las parábolas las tomaban como cosas que le habían acontecido a Él. Parece que el novio era un maestro, pues Jesús le mostró cómo debía enseñar: no como los fariseos, que imponen cargas y leyes, que ellos mismos no observan, sino con su propio ejemplo.

Habló también de Ismael, pues Kedar y estos lugares están habitados por los descendientes de Ismael, y la gente se tiene por inferior a los judíos de Palestina: la mayoría son pastores. Cuando hablan de los judíos los tienen por el pueblo elegido. Viven todavía en medio de sus costumbres primitivas, con gran sencillez. Un jefe tiene una casa grande con vallado; a su alrededor están los campos, los animales y las casas de los pastores menores, que son como sus trabajadores. Al pozo van sólo los hombres de ese jefe y los vecinos que se llevan bien. Hay muchos jefes en esta comarca que, por lo demás, no es tan grande. Animada por las palabras de Jesús, la gente fué al lugar de las abejas, levantó una casita para los nuevos casados y plantó un viñedo. Cada amigo hizo una especie de tabique que fué unido con pieles y cerrado y el todo embetunado con una sustancia pegajosa. Cuando tenían hecho un trozo lo llevaban al lugar; cada uno trabajó en la obra según sus habilidades, y se

repartieron la provisión de lo más necesario. Jesús los guió en la obra, y ellos se admiraban de que entendiera también de estos trabajos.

Con ocasión del casamiento enseñó que los ancianos y los pobres deben ocupar los mejores sitios. Fué hasta el lugar de las abejas y señaló el mejor lugar para las viñas. Detrás y en las faldas debían plantar vides. Como llegase la fiesta del Novilunio fueron con Jesús a la sala de fiestas. Jesús sabía que algunos habían dicho entre sí: "Éste no tiene casa y quizás querrá vivir allí con los recién casados". Por eso Jesús repitió que Él no se quedaría: que Él no tenía casa aquí, que su reino estaba por venir, que tenía que plantar la viña de su Padre y regarla con su sangre sobre el monte Calvario. Agregó que esto no podían entenderlo por ahora: que lo entenderían cuando hubiese regado con su sangre aquel lugar. Les dijo que volvería, que sus mensajeros vendrían para llamarlos y que ellos al fin abandonarían estos lugares. Les dijo que cuando Él viniere por tercera vez, llevaría al reino de su Padre a todos los que hubiesen cultivado bien el viñedo. Agregó que la estadía de ellos no sería larga aquí; por eso bastaba una tienda liviana que pudiera ser transportada. Habló mucho del amor de unos a otros y que echaran el ancla de la unión entre ellos para que la tormenta que iba a venir no los dispersara uno a uno. Habló en parábolas de la vida, como quería enseñar a esa pareja a plantar un viñedo y que luego se iría para plantar el viñedo de su Padre celestial. Todo esto lo decía tan sencilla y profundamente, que ellos creían, en su simplicidad, que hablaba de una viña verdadera. Les enseñó a reconocer en la naturaleza y en la vida una ley secreta y santa, que ahora estaba deformada y profanada por efectos del pecado. La enseñanza duró hasta muy entrada la noche. Cuando Jesús quiso alejarse, lo detenían, lo abrazaban y le rogaban les aclarase más las cosas que les había dicho. Él les dijo que hicieran las cosas como Él se las había dicho; que les mandaría a uno que les explicaría claramente todo lo que ahora no entendían. Hubo una modesta comida y todos bebieron del mismo vaso.

El joven recién casado se llama Salatiel y la mujer suena como Brainchen o Feinchen. Fueron bautizados por el apóstol Tadeo con la mayor parte de los habitantes. También el Evangelista Marcos estuvo en estas comarcas. A los 35 años de la muerte de Jesús, salió Salatiel con su mujer y tres hijos, ya crecidos, y se trasladó a Efeso. Lo he visto en Efeso con aquel Demetrio que promovió una persecución contra Pablo, que luego

se convirtió y le contó a Salatiel muchas cosas de Pablo y de su conversión. Pablo ya no estaba entonces en Efeso. Salatiel, con sus tres hijos y Demetrio navegaron en pos de Pablo. La mujer de Salatiel permaneció en Efeso en una casa donde se reunieron otros muchos y vivieron allí. La mayoría de los judíos salieron de Efeso: Salatiel con sus tres hijos, Demetrio, otro de nombre Gayo y Silas estaban en aquel barco donde Pablo naufragó cerca de Malta y bajaron con él a la isla. Desde su cárcel, en Roma, Pablo señaló el apostolado a esos tres hijos de Salatiel.

Cuando Jesús se dirigió con los hombres al lugar de las abejas para indicarles dónde debían plantar las vides, ya estaba señalado el espacio para la casa y un parral dispuesto. Como le dijeran que las uvas que crecían aquí eran amargas, explicó Jesús que eran de mala clase, de mala simiente, que crecían silvestres y no habían sido podadas: tenían sólo la apariencia de uvas y de vino, y no su dulzura y su bondad. Las que ahora quería plantar serían dulces. Con esto volvió a hablar del matrimonio, que sólo con el vencimiento de las pasiones podía dar fruto bueno. De las varias vides que habían traído, eligió cinco, las plantó e indicó cómo debían atarlas en cruz al parral. De este modo, todo lo que decía acerca del modo de obtener buen fruto de las vides, lo refería a la manera de portarse de los casados para obtener frutos buenos de su unión. Como después repitió varias enseñanzas en la sinagoga les habló de la continencia que debían observar después de la concepción y señaló la perversión de los hombres que olvidan y no practican cosas que hasta los elefantes practican. En esta región, existen estos animales. Les dijo que dentro de poco los iba a dejar: que le convenía ir a plantar su viña en el Calvario para regarla con su propia sangre; pero que les enviaría a uno que les aclararía todas estas cosas y los llevaría a la viña de su Padre celestial. Como hablase siempre del reino de su Padre y de sus moradas, preguntaron, con sencillez, por qué no había traído nada de casa de su Padre y andaba pobremente vestido. Contestó que ese reino está reservado para aquéllos que lo siguen a Él y los que quieren poseerlo deben merecerlo. Dijo que era un Forastero que buscaba obreros para su viña; que la casa de los recién casados la había hecho tan provisoria y frágil porque no debían los que le siguen aficionarse a la tierra. ¿Por qué habrían de fabricar una casa estable para un cuerpo de por sí tan frágil? Debe conservarse el cuerpo limpio de pecados, santo como un templo, no mancharlo ni profanarlo, ni satisfacer al cuerpo con daño del alma. Luego habló del reino de su Padre, del Mesías,

de las señales para reconocerle: cómo ese Mesías debía nacer de padres nobles, aunque sencillos y que, conforme a los tiempos, el Mesías ya debía estar en el mundo. Les recomendó que se mantuvieran firmes en creer en Él y en su doctrina. Habló también del amor fraterno y del buen ejemplo, y dijo a Salatiel que dejase su casa abierta y que confiase en lo que Él le decía: viviendo piadosamente Dios guardaría su casa y nadie le quitaría nada de lo suyo. Salatiel recibió para su casa mucho más de lo que necesitaba. Jesús enseñó que no debían tener ambición y que debían favorecer por amor de Dios a sus semejantes, Jesús había ganado la confianza de todas estas gentes; de este modo les fué enseñando, con parábolas y comparaciones, de la continencia, de la moralidad y de las buenas costumbres, hablándoles de la siembra y de la cosecha.

Fué a ver a dos que estaban por casarse, teniendo parentesco prohibido. Les dijo que su casamiento, motivado más por interés que por amor, no era permitido. Se asustaron mucho al oír esto, porque aún no habían hablado de sus intenciones con nadie: prometieron desistir de su casamiento. Aquí también se renovó la escena del lavarse los pies uno a otro y la mujer quiso secar los pies de Jesús con su velo o parte de su vestido. Ambos reconocieron en Jesús algo más que un profeta, lo siguieron y se convirtieron. Luego fué a otra casa donde se preparaba otro casamiento prohibido: es decir, la madrastra quería casarse con el hijastro, y éste nada sabía. Jesús le dijo a este joven que saliese de la casa y fuese a vivir con Salatiel, haciéndose allí su casita. El joven obedeció al punto. Jesús le lavó los pies. Esta mujer, a la cual Jesús reprendió, se irritó mucho, no quiso reconocer su pecado ni hacer penitencia, y se perdió. Las gentes de aquí debían haber tenido bastante relación con el Tabernáculo de la Alianza, pues preguntaron al Señor dónde había ido a parar el Arca de la Alianza y qué había dentro de ella. Les contestó que de ella habían recibido ahora los hombres tanto, que pasó todo a ellos. Precisamente el hecho de que ya no había Arca de la Alianza era una señal más de que el Mesías había venido. Muchos habitantes de aquí creen que el Mesías había nacido, pero que fué muerto cuando la matanza de los Inocentes.

X

Resurrección de un pecador

A una hora al Este estaba la casa de un jefe de pastores, que había muerto de repente no lejos de su casa. La mujer y los hijos estaban en la mayor aflicción. La familia envió mensajeros a Jesús y a la gente del lugar invitándolos al entierro. Jesús fué allá con sus tres jóvenes, con Salatiel y su mujer y otras personas más, unas treinta. El cadáver estaba pronto para ser llevado, puesto bajo un emparrado de plantas delante de la casa. Este hombre había muerto en castigo de sus pecados: oprimía a los trabajadores, y como algunos de éstos se fueron del lugar, se apropió de sus objetos. Precisamente ahora acababa de apoderarse del campo de un colono, y le sobrevino el castigo. Delante del cadáver habló Jesús diciendo que ahora nada le aprovecha su cuerpo, su casa que debió pagar, sus campos. Dijo que había amontonado deudas pesadas sobre su alma, por causa de su cuerpo, deudas que ahora ya no podía satisfacer. La mujer del hombre estaba sumamente triste y decía: "El Rey de los Judíos de Nazaret podría resucitar a los muertos... ¡Si Él estuviera aquí!" Jesús dijo: "Sí, el Rey de los Judíos lo puede hacer; pero se lo persigue porque lo hizo y lo quieren matar a Él, que da la vida... y no lo quieren reconocer como el Mesías". Dijeron todos: "Si Él estuviera entre nosotros, lo reconoceríamos por Mesías". Jesús quiso ponerlos a prueba. Les habló de la fe: si ellos creían en ese Rey de los Judíos, Él podría ayudarlos. Luego separó a la familia del difunto, a Salatiel y a su mujer, y a los demás los mandó que volviesen a sus casas. Habló con la mujer, la hija y el hijo del difunto. La mujer dijo, antes que Jesús alejase a los demás: "Señor, Tú hablas como si fueses ese Rey de los Judíos". Jesús le indicó que callara. Cuando se hubieron alejado los demás, dijo a los presentes que si escucharan sus enseñanzas, creyeran en Él y le siguieran, callando lo que iba a suceder, el muerto volvería a la vida, pues su alma aún no ha sido juzgada y está en el campo donde murió y se apropió de lo ajeno. Ellos prometieron de corazón obediencia a sus enseñanzas y callar el hecho, y Jesús se encaminó al campo donde había muerto el hombre.

Yo he visto el estado del alma del difunto. La vi sobre el lugar de su muerte, en un círculo, en una esfera donde se le mostraban cuadros de todos sus pecados, y todas las conse-

cuencias que de esos pecados se derivan; y esto consumía y devoraba de pena a esa alma. He visto también todos los castigos que debía sufrir por sus pecados, y recibió en ese estado una vista de los dolores de Jesús satisfactorios de las culpas cometidas. Mientras esa alma estaba así desgarrada por el dolor y pronta para entrar en el castigo, Jesús oró y llamó a esa alma, con el nombre Nazar, que así se llamaba el hombre, para que volviera a entrar en su cuerpo. Dijo a los presentes: "En cuanto lleguemos encontraremos a Nazar sentado y con vida". Yo vi las palabras de Jesús y a esa alma volar al cuerpo, estrecharse la esfera y entrar en su boca; vi al hombre levantarse al punto y sentarse en su cajón.

Yo veo siempre al alma humana como posando sobre el corazón, de donde parten infinidad de hilos o líneas a la cabeza. Cuando Jesús volvió con sus acompañantes a la casa, encontraron a Nazar, envuelto en las telas de la sepultura, con las manos atadas, sentado en su cajón. Su mujer le desató las manos, y él se levantó del cajón, se echó a los pies de Jesús y quería abrazar sus rodillas. Jesús se apartó, le mandó que fuese a lavarse, a purificarse y a mantenerse oculto en la casa, hasta que Él se alejase, y a no hablar de su resurrección. La mujer lo llevó a un lugar oculto de la casa donde se lavó y se vistió. Jesús con Salatiel y los tres jóvenes tomaron algún alimento, y permanecieron en la casa. El sarcófago fué guardado en el sótano. Jesús enseñó allí hasta entrada la noche. Al día siguiente Jesús lavó los pies a Nazar y lo amonestó a cuidar más de su alma que de su cuerpo y a reparar todas las injusticias. Hizo traer a sus hijos, les habló de la bondad de Dios, que su padre había experimentado, los exhortó al temor de Dios, los bendijo y los llevó ante sus padres. También a la mujer la llevó ante el marido y le dijo que lo tuviera como un hombre nacido de nuevo y que viviesen más austera y honestamente. Habló muchas cosas sobre el matrimonio con las comparaciones de la viña y de los sembrados. Se volvió a Salatiel y le dijo: "Tú te has movido por la belleza exterior de tu mujer. Piensa cuán bella y preciosa es un alma, por la cual Dios mandó del cielo a su Hijo, para que con los dolores y muerte de su cuerpo se salvaran las almas. Quien cuida su cuerpo, descuida su alma. La belleza despierta la pasión y la pasión echa a perder el alma. La incontinencia es como una planta parásita y trepadora, que ahoga el trigo y es vicio". Así les habló del trigo y de la vid, y que debían arrancar especialmente dos clases de plantas parásitas del trigo y de la vid. Por último les avisó que el Sábado estaría

en Kedar, donde enseñaría en la escuela, donde podrían oír cómo hacerse partícipes de su reino y cómo seguirle a Él. Como le preguntaran por qué quería ir adonde estaban los paganos, que adoran a las estrellas, contestó que tenía allí amigos que siguiendo una estrella fueron a saludarlo cuando Él nació. A éstos quería Él visitarlos e invitarlos a entrar en la viña y en el reino de su Padre y prepararles el camino para ese reino.

En Kedar se había reunido una gran muchedumbre en torno a Jesús. Entonces sanó también públicamente a muchos enfermos. Algunas veces, pasando al lado de los enfermos, les decía sólo: "¡Levántate y sígueme!" Y ellos se levantaban sanos. La admiración y la alegría de todo el país se hizo tan extraordinaria, que si Jesús no se retiraba se hubiese producido un levantamiento general en su favor. Salatiel fué con su mujer a Kedar, donde Jesús les habló de nuevo sobre su estado, diciéndoles cómo debían conducirse en todos los casos para llegar a ser una vid noble que diera tales frutos que pudiesen sus hijos ser un día discípulos de los apóstoles y de los mártires. Les recomendó la pureza de costumbres, la oración, la mortificación y la absoluta continencia después de la concepción. Les habló de la recíproca confianza y de la obediencia de la mujer: que el hombre no calle cuando ella pregunte; que el hombre honre y cuide a su mujer como a un ser más débil delicado; que el hombre no desconfíe por ver que ella habla con alguno, ni ella tenga celos por ver que el hombre trata con otra mujer; que ambos traten de no ser ocasión de escándalo; que no admitan entre ellos a una tercera persona en sus tratos sino que deben hablarse directamente. Dijo a la mujer que fuera una piadosa Abigail. Les señaló una región buena para sembrar trigo. Les mandó hacer un cerco en torno del viñedo, entendiendo la observancia de sus avisos.

Antes de abandonar a Kedar habló largamente en la sinagoga, declarando en general varias enseñanzas que había dado en particular. Habló de la caída del primer hombre, en modo sencillo, claro y con imágenes, de la progresiva corrupción de los hombres; de la misericordia de Dios, que eligió al pueblo hebreo, y de todo lo hecho hasta la Virgen Santísima, del misterio de la Encarnación y de la renovación de lo caído en el Hijo de la Virgen hasta sacar al hombre de la muerte a la vida eterna. Se llamó a Sí mismo "el grano de trigo que debe ser enterrado para resucitar". Ellos no entendieron esto. Les dijo que procurasen seguirlo no sólo en este corto camino, sino hasta el último juicio. Les habló de la resurrección de los muertos y

del Juicio final: que vigilasen. Refirióse al siervo inútil: el juicio viene como el ladrón, por la noche; en cada momento puede venir la muerte. Ellos, los ismaelitas, son los siervos; sean fieles; Melquisedec fué su figura: su sacrificio fué de pan y vino; en Él será su carne y su sangre. Al fin les dijo que Él era el Salvador. Muchos, entonces, se volvieron algo esquivos y retraídos; otros, al contrario, más consolados y animosos. Les recomendó el amor mutuo, la compasión y la participación en el dolor y en la alegría común, como miembros de un mismo cuerpo. En esta enseñanza estaban presentes algunos paganos de la otra parte de la ciudad, que escucharon desde cierta distancia. Habían sido hasta entonces muy contrarios a los judíos: ahora se acercaron a ellos y les preguntaban muchas cosas de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros.

XI

Jesús llega a la primera ciudad de los Magos

Cuando Jesús abandonó con sus tres jóvenes a Kedar, le acompañaron un trecho el jefe de la sinagoga Nazor, descendiente de Tobías, Salatiel, el joven Tito y Eliud. Pasaron el río a través de la ciudad pagana, donde se celebraba una fiesta de ídolos y se ofrecía sacrificios. El camino llevaba hacia el Oriente, luego al Sur, entre dos barrancos, a veces entre paganos, a veces entre campos judíos: había una arena amarilla y piedrecitas blancas. Cuando llegaron a un lugar verde, donde había una tienda grande y otras más pequeñas, entre palmeras, se despidió Jesús de sus acompañantes, los bendijo y siguió hasta las tiendas de los magos o astrólogos. El día iba cayendo cuando llegó Jesús junto a un hermoso pozo en una pequeña hondura, rodeado de un vallado, donde había un instrumento para sacar agua. Tomó agua y se sentó junto a la fuente: los jóvenes le lavaron los pies y Jesús a ellos. Era una escena conmovedora. En esta pradera había palmeras, prados y grupos de tiendas desparramadas. Se veía sobresalir de la comarca una torre, alta, como una pirámide, más o menos como una iglesia. De vez en cuando salía alguno a mirar con recelo a Jesús y a sus acompañantes, pero nadie se acercó. No lejos del pozo se levantaba la tienda mayor que tenía varios pisos en forma de torres pintiagudas y se componía de tiendas unidas y cubiertas con cueros, artísticamente arregladas. Salieron de la tienda principal cinco hombres con ramas al encuentro de Jesús. Cada uno

tenía una rama con una fruta diferente: uno tenía hojas amarillas y frutos, otro bayas coloradas, otro una palma, otro una vid con hojas y el quinto traía uvas. Vestían túnicas hasta las rodillas y arriba otro vestido de lana de fina trama. Eran de rostro blanco, barba corta y negra y cabellera larga y rizada. Sobre la cabeza llevaban una especie de mitra. Vinieron contentos al encuentro de Jesús, lo saludaron y lo invitaron a entrar en la tienda, mientras le ofrendaban las ramas que traían. A Jesús le dieron la rama de la vid y el que los guiaba tenía otra en su mano. En la tienda se acomodaron sobre grandes almohadones que tenían delante adornos de borlas. Les ofrecieron frutas. Jesús habló poco. Luego los llevaron a otra tienda, donde había cierto número de divisiones con poltronas para descansar. En el centro estaba instalado el comedor. En el medio de la sala se levantaba una columna que sostenía el edificio, artísticamente adornado de hojas, frutas, vides y, entre ellas, cabecitas tan expresivas que parecían naturales. Pusieron delante del Señor una mesita baja, extendieron una alfombra con figuras de hombres en diversas actitudes y pusieron encima recipientes y comestibles.

Las paredes interiores estaban cubiertas de colgaduras y telas. Cuando estuvieron acomodados Jesús y sus tres jóvenes, les ofrecieron unas tortas, que en el medio estaban más prensadas, frutas y miel. Ellos se sentaron con las piernas cruzadas en torno de sus mesitas sobre las cuales había fuentes. Servían a sus huéspedes turnándose. Delante de la tienda, afuera, estaban los criados que preparaban y ordenaban los alimentos que llevaban adentro. Los he visto ir a una cocina y traer unas aves que estaban asándose sobre asadores. Esta cocina era una especie de hogar, y se veía salir el humo por la parte superior. Las aves las traían arregladas artísticamente: se veían como cubiertas con plumas cual si fuesen vivas. Después de la comida los acompañaron a los dormitorios, y como vieran que Jesús lavaba los pies a los jóvenes que le habían lavado a Él, se quedaron mirando llenos de extrañeza. Jesús les habló sobre estas muestras de afecto de unos a otros y dijeron que querían hacerlo también ellos en adelante.

Después vi que los cinco hombres fueron a un templo en forma de pirámide de base cuadrada: no era de piedra, sino de materia liviana, madera y cuero, y por fuera tenía escalones para subir a la cúspide. Los hombres vestían mantos más largos detrás que delante, con cintas que colgaban por detrás desde los hombros. El templo estaba edificado en una hendidura, al-

rededor de la cual había gradas y asientos. El recinto estaba circundado por un vallado, de tanto en tanto cortado para el acceso y todo cubierto de plantas verdes. He visto sentadas como a cien personas en torno de la pirámide: las mujeres detrás de los hombres, más atrás aún las doncellas y por último los niños. En los diversos pisos de la pirámide había globos que se iluminaban imitando astros y estrellas. No pude ver cómo hicieron eso. Estaban las luces en el orden como suelen verse las constelaciones. En el interior del templo había muchas personas, y en el medio una columna muy alta de la cual salían maderas sosteniendo diversas luces que iluminaban los globos, que por el exterior brillaban como estrellas. En el interior había una luz agradable como la de la luna y toda la techumbre se veía llena de estrellas, la luna, y encima de todo la figura del sol. Todo estaba artísticamente combinado y daba la impresión de estar mirando el cielo en una noche estrellada. También vi en torno de la columna tres ídolos: uno como un hombre con cabeza de pájaro con un pico grande y retorcido, donde le metían toda clase de comestibles y aves, cosas que caían afuera por la parte baja. El otro ídolo tenía cabeza como de buey, y estaba sentado como un hombre contrahecho. Sobre sus brazos ponían aves, como se ponen a las criaturas. Tenía agujeros en el cuerpo, de donde salía fuego: delante de él había una mesa donde sacrificaban aves, las cortaban y las ponían en el ídolo para quemarlas. El humo entraba por un caño que iba bajo tierra y salía del templo. No se veían llamas, pero sí a los repugnantes ídolos colorearse por el fuego interior entre la media luz del templo. Comenzaron un canto muy armonioso: a veces una sola voz, luego todo el coro. La tonada era triste con arranques briosos a intervalos. Cuando salieron la luna y las estrellas, alzaron la voz con fuerza. Creo que la reunión se prolongó hasta la salida del sol.

Jesús, a la mañana siguiente, antes de proseguir su camino, les dió algunas enseñanzas. A las preguntas que le hacían de dónde era y adónde iba, habló del reino de su Padre y que salía a buscar a sus amigos que le habían ido a saludar en su nacimiento en Belén. Les dijo que después pensaba ir a Egipto para ver a los amigos de su niñez y llamarlos al reino de su Padre, y finalmente se volvería a su Padre, de donde había venido. Les reprochó su culto idolátrico, con el cual se daban tanto trabajo y sacrificaban tantos animales. Les dijo que debían adorar a Dios Padre, que ha hecho todas las cosas; que los sacrificios de las aves no debían dárselos a esos ídolos, que son

obras de sus manos, sino a los pobres que hubiera entre ellos. Las viviendas de las mujeres estaban separadas de los hombres, pero he visto que cada uno tenía varias mujeres. Éstas tenían vestidos largos, con adornos en las orejas y una especie de mitra sobre la cabeza. Jesús alabó la separación de las mujeres: que era bueno que estuvieran detrás de los hombres en las reuniones, pero les reprochó enérgicamente su poligamia. Les dijo que debían tener una sola mujer, y no como esclava, sino sólo sujeta y obediente. Todo lo decía con tanta gracia y bondad que le rogaron se quedase con ellos. Querían traer, le dijeron, a un anciano sacerdote muy sabio, pero Jesús no lo consintió. Después trajeron unos escritos antiguos, que estuvieron leyendo. No eran rollos, sino materia gruesa como corteza de árbol: las letras y signos estaban grabados adentro. Me parecieron que eran de cuero bastante grueso. Insistieron en que Jesús se quedase y les enseñase. Les dijo que le siguieran cuando Él hubiese vuelto a su Padre, y que les mandaría a alguno que los instruyera. Al dejarlos, tomó un estilete y grabó en una piedra del piso cinco nombres de su genealogía. Me parecieron como cuatro o cinco caracteres retorcidos, entre los cuales reconocí sólo una letra o signo parecida a una M. Estos signos estaban grabados profundamente. La gente leyó y conoció estos caracteres en seguida, porque le tributaron grandes muestras de reverencia y más tarde he visto que sacaron del piso de la tienda esa piedra y les sirvió de altar. Yo veo esa misma piedra ahora, metida en la pared, en un rincón de la Iglesia de San Pedro, en Roma. ¡A esta piedra no la podrán sacar de ese lugar los enemigos de la Iglesia!

No permitió Jesús que lo acompañasen, y con sus tres jóvenes fué caminando en dirección al Sur, pasando entre las tiendas dispersas, por delante del templo piramidal. Jesús comentaba con los jóvenes cómo le habían tratado bien estos paganos a los cuales no había hecho beneficios y cómo en cambio le perseguían los judíos a quienes había colmado de beneficios y milagros. Anduvo durante todo el día con mucha prisa. Me parece que tiene que andar varios días para hacer las cincuenta millas hasta el país de los Reyes Magos.

XII

La esfera maravillosa

Poco antes de comenzar el Sábado vi a Jesús en las cercanías de unas tiendas de pastores; y hallando un pozo se sentó junto a él con sus acompañantes y allí se lavaron los pies unos a otros. Luego celebró el Sábado, aunque estaba en el extranjero, en contradicción de lo que le acusaban los fariseos, de que profanaba el Sábado. Pasó la noche al aire libre, con sus tres discípulos, junto al pozo. No había viviendas estables ni se veían mujeres entre los pastores: sólo tenían aquí unos refugios nocturnos en las praderas. A la mañana siguiente se agruparon en torno de Jesús para escucharle. Él les preguntó si no habían oído decir que 33 años atrás unos hombres habían sido guiados por una estrella para saludar al recién nacido Rey de los Judíos. Contestaron: "Sí, sí". Jesús les dijo que Él era ese Rey de los Judíos, que ahora iba a visitar a los mismos que habían ido a visitarlo a Él. Mostraban estos pastores una alegría infantil y mucho amor. Le prepararon un lugar para descansar bajo las ramas de unas palmeras. Me admiró la ligereza con que cortaban ramas y plantas con sus cuchillos de piedra afilada o de hueso; en un momento prepararon un cómodo asiento. Jesús, sentado en medio de ellos, les enseñó en hermosas parábolas; y estos cuarenta hombres le escuchaban con sencillez de niños y rezaron después con Jesús. Por la tarde levantaron una tienda y la juntaron con otra, haciendo de este modo una sola más grande, donde prepararon una comida que consistió en frutas, una especie de sopa o jugo y leche de camello. Como Jesús bendijera los alimentos, preguntaron por qué lo hacía, y como entendieron el fin quisieron que bendijese los demás alimentos que tenían de reserva. Jesús los complació. Como le trajeran cosas blandas que no durarían, Jesús les dijo que trajeran frutas y otros alimentos que podían conservarse bendecidos. He visto que esas especies de bolas blancas que habían traído para comer, eran de arroz. Les dijo Jesús que a estos alimentos que ahora bendecía les mezclasen siempre otros nuevos antes que se acabasen los bendecidos; les aseguró que no perdían la bendición y que nunca se les echarían a perder esos alimentos. Me fué dicho que los Reyes ya saben por un aviso recibido en sueños que Jesús está en camino hacia sus tierras.

Hoy vi de nuevo al Señor sentado bajo las palmeras, rodeado de los pastores. Les enseñó de la creación del mundo, de

la culpa del hombre, de la promesa de la Redención. Les preguntó si ellos no tenían acaso en sus tradiciones algunas promesas. Sabían algo de Abrahán y de David, pero muy mezclado con fábulas. Se portaban con la sencillez de los niños en la escuela: si alguno sabía algo de lo que Jesús preguntaba, lo decía con ingenuidad. Como Jesús vió esta su sencillez infantil, hizo allí una maravilla. En el momento que explicaba y le escuchaban con tanta atención, extendió Jesús su mano derecha hacia un rayo del sol, y vi en su mano una pequeña esfera luminosa, que después, agrandada, colgaba de su mano derecha. Todo lo que Jesús explicaba se podía ver en esa esfera luminosa. Allí veían todo lo que Jesús les iba explicando. Yo, en cambio, vi a la Santísima Trinidad en esa esfera luminosa. Como yo viera al Hijo en la esfera, no lo veía más allí sentado, sino a un ángel que se movía en torno de la esfera. Una vez vi que Jesús tomó la esfera en su mano, otra me pareció que su misma mano era la esfera luminosa, donde se veían sucederse innumerables cuadros y figuras. Oí también algo sobre números, creo que 360 ó 365, como días del año y se veían figuras de lo mismo en la esfera luminosa.

Jesús les enseñó después una oración breve, que me recordó al Padrenuestro, y les señaló tres intenciones con las que convenía que orasen: una acción de gracias por la Creación, la segunda por la Redención, y la tercera, creo, recordando el Juicio final. En esa esfera luminosa he visto desenvolverse todos los cuadros de la creación, de la caída del hombre, y luego de la Redención con los medios para participar de esa redención y salvación. En los cuadros de la creación se veía cómo todas las cosas creadas venían de la Santísima Trinidad por medio de rayos luminosos. Otros cuadros se desarrollaron arrancados de ese centro. Jesús les hizo entender, por haberse formado y salido de su mano la esfera luminosa, que toda la creación salió del poder de Dios. El colgar la esfera como de un hilo de su mano explicó el peligro de esa creación separada de Dios por el pecado, y el tenerla por último en su mano era para dar una idea de su poder en el Juicio final. Habló de los años y días conforme a lo que veían en esos cuadros de la creación y del trabajo, descanso y culto a Dios.

Cuando Jesús terminó su explicación, se desvaneció la esfera luminosa sin saberse cómo se había formado. Las gentes quedaron tan admiradas y llenas de confusión por su propia miseria que, juntamente con los tres jóvenes, se echaron al suelo con el rostro pegado a la tierra, llorando en actitud de

adoración. También Jesús se mostró afligido y se postró como los otros sobre su rostro. Después de algún tiempo los jóvenes se alzaron y Jesús y los demás se levantaron. Como preguntaran a Jesús por qué estaba tan triste, contestó que Él estaba triste con los que están tristes. Pidió luego una flor de jacinto, que aquí crecen casi silvestres, aunque más gruesas y más hermosas que las nuestras, y preguntó si no conocían las propiedades de esa flor. Dijo que cuando el cielo se nubla, se contrae, se aflige y palidecen sus colores, como si se hubiese extendido una nube sobre su sol: añadió otras maravillas y rarezas de esa flor y su significado. Oí también un nombre extraño y maravilloso de esa flor, y entendí que hablaba del jacinto.

Jesús les preguntó qué culto religioso tenían, aunque bien lo sabía Él. Pero era como un buen maestro que pregunta como se pregunta a los niños en la escuela. Le trajeron todos sus ídolos: animales que habían imitado en la forma, ovejas, camellos, asnos. Eran de metal, pero estaban recubiertos de las pieles correspondientes. Causaba risa el ver que habían formado todos esos ídolos de forma femenina, con grandes bolsas en lugar de senos. Llenaban estas bolsas de leche y en sus fiestas tomaban de allí, comían, danzaban y brincaban delante de sus animales. Separaban con tiempo el mejor animal de la majada, lo cuidaban y lo tenían como sagrado; luego hacían el ídolo tomando como modelo el animal elegido, y de su leche echaban en los senos. Cuando celebraban su culto traían sus ídolos bajo una hermosa tienda y se reunían como en una feria. Hombres, mujeres y niños, todos estaban allí: se comía, se bebía, se cantaba, se danzaba y adoraban a esos ídolos en forma de animales. No celebraban el Sábado sino el siguiente día. Esto lo supe en esta forma: mientras ellos ingenuamente le contaban a Jesús sus fiestas y le mostraban sus ídolos, tuve una visión del modo que hacían sus cultos. Jesús les hizo ver qué abominable idea tenían del culto verdadero: luego les dijo que el cordero sin mancha era Él mismo, del cual debían esperar únicamente el conseguirlo todo, la salud del alma y el sustento del cuerpo. Les mandó, por fin, que quitaran esos ídolos de en medio de ellos: a los animales vivos los pusiesen entre los otros de la majada, y a los ídolos, si había algo de valor en ellos, los rompiesen y distribuyesen lo que valía entre los pobres. Les mandó hiciesen altares y ofreciesen incienso al único Dios del cielo y le diesen gracias de los beneficios recibidos. Añadió que pidiesen en sus oraciones la salvación y redención y se tuviesen mucha compasión y amor entre ellos y con los pobres, de los

cuales había algunos en el desierto que nada poseían, a veces ni una tienda. Cuando sacrificasen animales, lo que no podían comer, lo ofreciesen en sacrificio, quemándolo, y una parte del pan, luego que hubiesen dado a los pobres; y que las cenizas de esos sacrificios, añadió, las echasen sobre un terreno estéril que les mostró, para que se volviera fructífero con la bendición que les daba. Todas estas instrucciones se las dió diciéndoles las razones. Luego habló de nuevo de aquellos Reyes que le habían ido a visitar. Ellos dijeron que sabían que hacía 33 años habían pasado por allí, para buscar al Salvador y habían creído que traerían felicidad y suerte: añadieron que los Reyes habían vuelto a sus tierras, que habían variado su culto, pero después no supieron más nada de ellos.

Jesús dirigióse con estos pastores por sus tiendas y sus rebaños; les enseñó muchas cosas y les indicó cómo aprovechar diversas hierbas. Les prometió que les mandaría a alguno que les enseñaría todo lo necesario: que Él había venido para salvar a todos y a cada uno de los que deseaban recibirle, y no sólo a los judíos como ellos creían en su humildad. Estos hombres sabían pocas cosas de Abrahán. Los tres jóvenes, compañeros de viaje de Jesús, estaban muy admirados desde el milagro de la esfera luminosa. En cuanto a sus relaciones con Jesús eran muy diferentes de las de los apóstoles. Éstos eran callados, humildes, no hablaban ni preguntaban, como solían hacer los apóstoles; servían a Jesús con infantil sencillez, mientras los apóstoles se disponían para cumplir un cargo y un apostolado.

XIII

En la comarca de los Reyes Magos

Cuando Jesús salió para dirigirse al país de los Reyes Magos, le acompañaron unos doce hombres que al parecer iban a ofrecer un don o a cumplir con un tributo: llevaban canastos con aves. El viaje se hizo por lugares solitarios: en todo el camino no encontraron vivienda, a pesar de estar transitado. A lo largo había árboles que daban unas frutas como higos: también encontraban otras bayas en el trayecto. A cada trozo de camino como de un día, hallaban un pozo cubierto rodeado de árboles, cuyas ramas estaban atadas por arriba formando sombra sobre el pozo mismo. Los viajeros encontraban sitios para descanso, comodidad para hacer fuego y techumbre para pasar la noche. Allí también se lavaban los pies. De los otros

viajeros no quería admitir este servicio. Los jóvenes se hicieron muy familiares en su sencillez infantil con Jesús; pero a veces, recordando las maravillas y milagros que habían presenciado, se sentían temerosos, confundidos y se miraban unos a otros, llenos de temor reverencial. He visto varias veces que Jesús desaparecía de sus miradas, pero ordinariamente les hablaba e instruía de todas las cosas que se ofrecían ante su vista. Caminaban una parte de la noche. Los jóvenes hacían fuego frotando unos leños contra otro; llevaban una linterna en un palo que proyectaba una luz rojiza hasta cierta distancia. No sé en qué consistía esta lámpara. He visto que pasaban a veces durante la noche algunos animales salvajes corriendo. El camino subía a veces a grandes alturas progresivamente. En un campo encontraron hileras de nogales y mucha gente que recogía las nueces en sacos, pero parecía sólo el resto de lo que había quedado de la cosecha.

Otras veces había árboles sin hojas, todavía con frutos: melocotones en las alturas, matas delgadas plantadas en hileras y árboles como nuestros laureles. A veces descansaban sobre enebros de tronco tan grueso como el brazo de un hombre robusto: arriba se presentaban tupidos y debajo con las ramas recortadas, tomando un aspecto agradable. La mayor parte del viaje fué por desiertos arenosos; otros lugares, de piedrecitas blancas, piedrecitas pulidas como huevos; otros extensos lugares de piedras negruzcas, que parecían cacharros quebrados, porque aparecían como vaciados. Algunos eran tan hondos que las gentes del lugar los usaba como fuentes, recipientes y marmitas. En la última montaña había sólo piedras grises; al otro lado un tupido vallado de plantas y un arroyo agradable bañaba una tierra cultivada. En la orilla había una balsa de troncos y mimbres entretejidos: con ella lo atravesaron. Caminaban entre chozas de troncos y mimbres, cubiertos de musgo y de ramas. Estas chozas tenían techos puntiagudos y lugares de descanso en el medio. La gente aquí vestía mejor y llevaba unos ponchos a semejanza de mantos largos. A alguna distancia veía yo tiendas más sólidas y mejores, con base de piedras y varios pisós con escalones por fuera para subir.

Al llegar a las primeras chozas Jesús se sentó junto a un pozo y los jóvenes le lavaron los pies. Luego lo llevaron a una tienda destinada a los forasteros. Las gentes se muestran buenas. Los hombres que habían acompañado a Jesús se volvieron a sus lugares llevando alimentos. Esta comarca es muy extensa. Se ven muchas chozas en los campos, praderas, jardines. Las

grandes edificaciones no se divisan por estar bastante lejos aún: se las veía desde la montaña al bajar la cuesta. La comarca es muy fértil y agradable. En la montaña se ven muchos balsameros, cuyo licor recogen en las marmitas que encuentran en abundancia entre las piedras ahuecadas. Veo hermosos campos de trigo, de tallo grueso, viñedos, rosas y otras flores grandes como la cabeza de un niño. Serpentean arroyos claros que a veces están cubiertos de plantas cuyas puntas se unen por arriba. Recogen las flores de estas plantas y setos y pescan las que caen en las aguas del arroyo. Tienden especies de redes en algunos lugares de los arroyos, donde se detienen las flores caídas.

Las gentes traen y muestran a Jesús todas las clases de frutas que cultivan. Cuando Jesús habló a esta gente de aquellos hombres que habían seguido una estrella, ellos contaron que a la vuelta de Palestina fijaron su residencia común en el lugar donde habían visto por primera vez la estrella: edificaron una pirámide donde oraban y en derredor una ciudad de tiendas para vivir juntos, pues antes habían vivido separados. Tenían la seguridad de que el Mesías los visitaría un día; y si Él los dejaba, ellos querían seguirle. Mensor, el más anciano, vivía aún con buena salud. Teokeno, el segundo en edad, vive, pero ya no puede caminar por la debilidad. Saír, el tercero, había muerto hacía unos años y su cuerpo descansaba sin corrupción en una de las pirámides sepulcrales. En cada aniversario de su muerte la gente va a su sepulcro y lo recuerdan con solemnidad. Conservan entre ellos el fuego. Preguntaron a Jesús sobre algunas personas del séquito de los Reyes que se quedaron en Palestina y enviaron un mensajero al rey Mensor con la noticia de que les parecía había llegado un enviado de aquel Rey de los Judíos que ellos habían visitado hacía años.

Como comenzaba el Sábado pidió Jesús una tienda para Sí y sus acompañantes. Como no usaban aquí las lámparas de acuerdo con el rito judaico, se prepararon una y festejaron el Sábado.

XIV

Jesús se dirige al palacio del rey Mensor

Cuando el Rey recibió el aviso de la llegada del Enviado, hizo grandes preparativos para recibirlo. Ataban las copas de los árboles formando arcos de triunfo, que adornaban con telas,

colgaduras, hojas y frutas. Fueron enviados siete hombres vestidos con solemnidad, con mantos largos que se arrastraban, con adornos de oro y con turbantes adornados de plumas variopintas: éstos debían ir a la tienda donde estaba Jesús e invitarlo a pasar al palacio de Mensor.

Jesús les habló, mostrándose contento de encontrar entre los paganos gentes de buen corazón. La comarca donde viven los Reyes, mejor que una ciudad, es un parque hermoso con varias edificaciones grandes y agradables. La casa principal es parecida a un castillo. Tiene bases de piedra y sobre ellas se levantan varios pisos. La parte baja se compone de bases de paredes no cerradas y en la parte alta están las habitaciones. Alrededor del palacio hay balcones cubiertos. Se ven varios de estos castillos unidos entre sí por sendas y caminos: están adornados con piedras de diferentes colores, con los cuales forman estrellas, flores y dibujos diversos. Las sendas van por entre jardines y prados de hierba verde, con manchones de flores y hermosos árboles de hojas finas: parecen mirtos, laureles y arbustos aromáticos. En medio de uno de estos parques se ve una fuente de agua que salta con fuerza arrojando sus gotas a distancia. Hay asientos en torno y detrás está el templo con pórticos y columnas. De un lado está abierto y del otro tiene puertas que llevan a las sepulturas, entre ellas a la del rey Saír. El templo forma una pirámide de base cuadrada, pero no tan chato como el que había visto ya en este viaje. Corren escaleras alrededor de la pirámide hasta la parte superior, que es transparente. Veo una tienda donde reciben instrucción los niños que ocupan un lado de la casa: las niñas están separadas. Las viviendas de las mujeres están fuera de este conjunto de casas. No es posible decir con qué delicado arte está todo ordenado aquí. Todo es limpio, sencillo, liviano, de gusto infantil. Por todas partes hay hermosos jardines y asientos para descansar. He visto una casa donde se podía contemplar toda clase de pájaros raros que revoloteaban dentro. Más lejos, tiendas y talleres donde viven trabajadores de varios oficios y obreros del metal. Vi extensas praderas con cantidad de camellos, asnos grandes, ovejas de lana fina y vacas algo diferentes de las nuestras: tenían las cabezas más pequeñas y los cuernos más gruesos. No hay montañas altas, sino colinas. En éstas he visto que por arriba barrenaban el interior en busca de oro y otros metales. Si en la punta del barreno aparecían señales de oro o de otro metal precioso, entonces se abrían paso por los lados de la colina hasta llegar a la mina. El oro lo fundían allí mismo,

en las cercanías de la colina. No quemaban leña, sino unos trozos oscuros o más claros que sacaban excavando la tierra.

Mensor, aunque creyó que sólo venía un enviado de Jesús, puso en movimiento a toda la ciudad para recibirlo solemnemente como si fuera el Rey de los Judíos mismo. Tomó consejo con los otros jefes y sacerdotes para preparar el recibimiento. Se repartieron mejores vestidos, se distribuyeron regalos, los caminos fueron arreglados y adornados. Todo era seriedad, regocijo y expectación. Mensor venía al encuentro de Jesús montado en un camello ricamente enjaezado, que llevaba recipientes como cajones a ambos lados, con un séquito de veinte hombres de los más nobles del país, algunos de los cuales le habían acompañado en el viaje a Palestina hacía 33 años. Jesús iba con sus tres jóvenes y los siete mensajeros enviados antes. La comitiva de Mensor cantó una melodía triste, aunque solemne, como la que habían cantado la noche que salieron para Belén. Mensor, el más anciano de los tres reyes, de un color algo moreno, llevaba una mitra con turbante blanco y un manto blanco y largo con adornos de oro. Como signo de honor precedía a la comitiva una especie de bandera o trofeo que flotaba al aire sujeta a un asta larga terminada en punta. El sendero atravesaba la pradera en cuyo centro sobresalía un musgo blanco como hongos. Al llegar a la fuente, rodeada de plantas cortadas con arte formando un pabellón, Mensor bajó de su camello para esperar a Jesús que se acercaba. Uno de los siete mensajeros se desprendió de la compañía de Jesús y anunció a Mensor su proximidad. Entonces sacaron de los cofres, que tenían a los lados del camello, vestiduras muy ricas, con adornos de oro, vasos de oro, vasijas llenas de frutas y colocaron todos estos regalos sobre una alfombra extendida junto a la fuente.

El anciano Mensor, sostenido por sus familiares, se adelantó humildemente hacia Jesús teniendo en su mano derecha una vara larga, adornada de oro, que terminaba arriba como un cetro. Al ver a Jesús recibió, como en Belén, una sobrenatural iluminación que le hizo caer el primero de rodillas, en Belén como aquí, mientras le entregaba su bastón de mando. Jesús se apresuró a levantarlo del suelo. Luego se hizo traer los regalos y se los ofreció al Señor, el cual los entregó a los discípulos, que los volvieron a poner sobre el camello. Jesús tomó los vestidos, pero no se vistió con ellos. Mensor le regaló también el camello, pero Jesús se lo agradeció sin aceptarlo. Se pusieron bajo el dosel de plantas, junto a la fuente, donde Mensor le ofreció una bebida refrigerante echando en el agua fresca al-

gunas gotas de esencia de bálsamo que llevaban en frascos. Le ofreció, sobre pequeños platillos, varias clases de frutas. Con mucha humildad y alegría infantil preguntó a Jesús sobre el Rey de los Judíos, pues seguía creyendo que era sólo un enviado de ese Rey, aunque sentía un interior movimiento que no sabía explicarse. Los demás hablaron con los jóvenes y lloraban de alegría al saber que Eremenzear era un hijo de aquéllos que habían acompañado a los Reyes y se habían quedado en la Palestina. Estos reyes eran descendientes de Abrahán por su mujer Ketura. Mensor deseaba que Jesús se sentase sobre su camello para ir al palacio, pero Jesús quiso marchar delante del cortejo. Después de una hora llegaron junto a las blancas colgaduras que circundaban la casa de Mensor.

Bajo el arco de triunfo levantado se adelantó al encuentro de Jesús un cortejo de doncellas muy ataviadas, con canastillos llenos de flores que echaban en el camino por donde debía pasar Jesús. Iban por una senda sombreada por árboles, las puntas de los cuales, inclinadas y atadas, formaban una tupida avenida. Las doncellas llevaban bajo sus mantos túnicas blancas, sandalias en los pies con la punta levantada, en la cabeza cintas blancas, y en el cuello, brazos y pecho adornos de flores y plumas variopintas. No llevaban velo, pero vestían muy modestamente. Al término de la avenida había un puente cubierto sobre el río que bañaba el parque. Delante del puente fué recibido bajo un arco de honor por cinco sacerdotes de largas vestiduras, manípulos que tocaban el suelo, y coronas con puntas y una especie de escudito cordiforme sobre la frente, de la cual salía una punta. Dos de ellos traían un bracerito de oro con brasas, donde ponían incienso. Al llegar junto a Jesús recogieron sus mantos largos que hasta entonces los sostenían los criados y acompañaron al Señor, que marchaba sereno en medio de ellos, como el Domingo de Ramos. A través del jardín, bien dividido en parques, con flores y plantas y regado con arroyuelos por todas partes, se llegaba a otro puente cubierto. Las plantas estaban cortadas en forma tal que parecían animales y hasta figuras de hombres. Estos parques estaban rodeados por árboles altos y adentro contenían arbustos, flores, bancos y sitios de recreo. Después del segundo puente se llegaba al centro del parque, donde había una fuente con techumbre de pieles sostenida por columnas y en frente de esta islita, rodeada de arroyuelos, estaba la gran tienda del rey. Cuando Jesús pasó el segundo puente, fué recibido por niños que tocaban flautas y tamboriles, los cuales tenían sus habitaciones en largas tien-

das a derecha e izquierda del puente. Estos jóvenes eran como guardias de honor: se turnaban en la vigilancia; llevaban espadines, gorras de plumas y colgaduras a los lados entre las cuales distinguí la forma de una media luna.

Delante de la islita se detuvo el cortejo. El rey bajó del camello y llevó a Jesús y a sus discípulos a la fuente, que tenía muchos caños de metal brillante en diversas direcciones. Cuando se abrían estos caños salía el agua con fuerza a gran distancia regando los prados. En torno de esa fuente había asientos. Los jóvenes lavaron los pies a Jesús y Jesús a ellos. Había un pasadizo cubierto que llevaba a la tienda real de Mensor y de Teoceno. De un lado estaba el templo, que era una pirámide rectangular, algo más bajo que la tienda real. En el templo estaban las tumbas de los reyes difuntos, y en torno corrían escaleras descubiertas que llevaban hasta la cúspide transparente. Entre el templo y la fuente de la isleta estaba el fuego sagrado que conservaban en una excavación cubierta con una semiesfera terminada en una figura con una banderilla en la mano. Este fuego lo mantenían siempre encendido: se veían las llamas, que no salían fuera del borde. Los sacerdotes lo mantenían echando, creo, carbones que extraían de la tierra.

El palacio de los Reyes tenía varios pisos. La parte inferior, que contenía árboles, jardines y paseos, servía de recreo a Teoceno, que ya no podía andar. Había escaleras cubiertas que iban a los diversos pisos. Las ventanas estaban sin orden simétrico. Adornaban el techo banderitas, estrellas y lunas. Después de un descanso junto a la fuente llevaron a Jesús al palacio, a una sala espaciosa, de forma octogonal, con una columna de sostén en medio. En derredor de esta columna había placas redondas, unas sobre otras, para depositar sobre ellas diversos objetos. Las paredes estaban cubiertas de tapices con figuras de flores y de niños con copas en las manos. El piso estaba cubierto de alfombras. El Señor se hizo conducir adonde estaba Teoceno, que vivía en la parte inferior. Descansaba sobre almohadones, y luego tomó parte en la comida donde se veían fuentes y recipientes muy hermosos. Los alimentos los traían ordenados en forma artística. Los vasos eran de oro. Entre las frutas, había una gruesa y amarilla coronada de hojitas. Los panales eran grandes.

Jesús comió sólo pan y algunas frutas y bebió en un vaso que no se había usado nunca. Lo veo ahora comer en medio de gente pagana, cosa que no solía hacer. Después lo vi enseñando todo el día: sólo de tanto en tanto tomaba algún alimento. En-

señó durante la comida y al fin dijo que no era el Enviado del Rey, sino el Mesías mismo. Todos se echaron al suelo, llenos de reverencia, llorando de emoción. Mensor, especialmente, no sabía contener sus lágrimas de alegría y de admiración al ver que el Mesías se había dignado venir hasta ellos. Jesús declaró que había venido tanto para los judíos como para los paganos: para todos aquéllos que quisieran creer en Él. Pensaban que era el tiempo de dejar su país y seguirle a la Judea. Jesús les dijo que su reino no era temporal; que ellos se escandalizarían al saber cómo lo tratarían, y que los judíos lo matarían en Palestina. Ellos no podían comprenderlo y le preguntaron cómo era que había tantas gentes malas a las cuales les va bien, y tantos buenos que tienen mucho que sufrir. Les contestó que los que tienen su contento aquí tendrán que rendir estrecha cuenta y que esta vida no era para gozar, sino de expiación.

Los Reyes sabían de Abrahán y de David; y como Jesús hablase de su genealogía, trajeron escritos antiguos para examinar si no tenían ellos también parte en esa genealogía. Estos escritos eran como pizarras que se desenrollaban en zigzag, unas después de otras, como un álbum de paisajes. Parecían ingenuos como niños y querían hacer todo lo que Jesús decía. Sabían que a Abrahán se le había ordenado la circuncisión y preguntaban si también ellos debían someterse a ella. Jesús les contestó que ya no era necesario, puesto que ya ellos habían cortado sus pasiones malas y que siguiesen haciéndolo. Conocían el sacrificio de Melquisedec de pan y vino. Dijeron que ellos tenían un sacrificio de pan y de una bebida verdosa, sobre los cuales decían unas palabras, como: "Quien me come y es bueno, tenga toda felicidad". Jesús les dijo que el sacrificio de Melquisedec era un símbolo de otro sacrificio santo y que Él era ese Sacrificio. Añadió que ellos tenían apenas algunas formas de la verdad y aún éstas mezcladas con las mentiras del reino de las tinieblas.

La noche anterior a la llegada de Jesús y las siguientes se iluminaban todos los caminos que llevaban al palacio real y hasta muy lejos. Encima de palos largos había esferas luminosas y transparentes, y sobre cada una de éstas había una estrella luminosa.

XV

Jesús en el templo de los Reyes Magos

Cuando Jesús visitó por primera vez el templo de los Reyes Magos, era de día. Vinieron a buscarlo solemnemente los sacerdotes. Traían una especie de mitra; de un hombro colgábanles escudos de plata y del brazo derecho largos manípulos. El camino estaba cubierto de tapices. Jesús iba descalzo. En los alrededores del templo habíanse apostado algunas mujeres deseosas de ver a Jesús: llevaban una especie de sombrilla para defenderse contra los rayos del sol. Cuando Jesús pasó, se levantaron y se inclinaron hasta el suelo. En medio del templo había una columna de donde partían cuatro cabos a los ángulos de la sala, y en el centro colgaba una gran rueda con estrellas y esferas que iluminaban las fiestas cuando celebraban sus cultos. Mostraron a Jesús un pesebre de nacimiento que habían hecho al volver de Belén y según lo habían visto en visión en la estrella. Toda la escena estaba circundada de estrellas de oro. El Niño, también de oro, estaba en un pesebre, como el de Belén, sobre una tela colorada: tenía las manos cruzadas sobre el pecho y estaba fajado desde el pecho hasta los pies. Veíase también la paja del pesebre. Detrás de la cabeza del Niño habían puesto una corona blanca. No se veían en el templo otras figuras. De las paredes colgaba una espece de pizarra que contenía su escritura sagrada. Más que letras parecían figuras. Entre la columna y el pesebre había un pequeño altar con aberturas a los lados. Usaban como agua bendita para rociar en torno del altar. Tenían una rama sagrada con la cual hacían varias ceremonias, unos panes redondos pequeños, un cáliz y carne de sacrificio sobre un plato. Cuando mostraron todas estas cosas a Jesús, Él les enseñó y corrigió lo errado y falso.

Condujeron a Jesús a las criptas del difunto rey Saír y de su familia, en pórticos cerrados alrededor de la pirámide, como excavados en las paredes. Las momias yacían con largos vestidos blancos: hermosos tapices colgaban sobre sus sepulcros. He visto sus rostros semicubiertos y sus manos blancas como la nieve. No sé si eran los huesos o los músculos resecos; sólo pude ver profundos surcos entre los dedos. En estas criptas se podía permanecer con agrado: había asientos al lado de cada uno. Los sacerdotes trajeron fuego y quemaron incienso y aromas. Lloraron como niños, especialmente el anciano rey Mensor. Jesús se acercó al cadáver y habló de la muerte. Teoceno

había contado a Jesús que veían con frecuencia a una paloma posarse sobre la rama que, según su costumbre, ponen a la entrada de cada tumba; y preguntaba qué significado podría tener eso. Jesús preguntó cuáles eran las creencias de Saír. Teoceno dijo: "Señor, sus creencias eran como las mías. Desde que hemos adorado al Rey de los Judíos, siempre y en todas las cosas, hasta su muerte, en lo que hacía y decía, pedía que no se hiciera en él sino lo que fuera voluntad del Rey de los Judíos". Jesús declaró que la paloma sobre la rama significaba que Saír había sido bautizado con el bautismo del deseo. Jesús dibujó sobre una tabla al Cordero que está con una banderita sobre los hombros, que suele dibujarse en la portada del libro de los siete sellos, y les dijo que hicieran una imagen como esa y la pusieran sobre la columna frente al pesebre.

Desde que habían vuelto de Belén, los Reyes festejaban durante tres días, cada año, el aniversario de aquel día en que, quince años antes del nacimiento de Cristo, habían visto por primera vez la estrella con la figura de la Virgen, que tenía en una mano el cetro y en la otra la balanza con trigo y uvas. Los tres días los dedicaban a Jesús, a María y a José, a quien honraban de un modo especial porque los había recibido con tanta amabilidad. El tiempo de esta fiesta había llegado de nuevo; pero por humildad no se atrevían ahora a celebrar esos cultos y pedían a Jesús quisiera emplear esos días en enseñarles. Jesús les dijo que celebrasen las fiestas para no dar que hablar a la gente, ya acostumbrada. He visto en esta ocasión tres figuras de animales en torno del templo: un dragón de boca grande; un perro de cabeza grande; y un pájaro de patas largas con cuello como cigüeña y pico algo encorvado. No parece que tuvieran como dioses a estos animales, sino como representación de ciertas virtudes y enseñanzas. El dragón representa la mala naturaleza que hay que mortificar; el perro, con relación a una constelación, significa la fidelidad, la gratitud y la vigilancia, y el pájaro, el amor a los padres. Les daban otras significaciones que ahora no puedo reproducir: sé, con seguridad, que no había en su culto idolatría ni abominación, sino mucha sabiduría, humildad y admiración de las maravillas de Dios. Estos animales no eran de oro, sino oscuros, como hechos de la escoria al fundir el oro en el crisol. Debajo de la figura del dragón leí cinco letras: A.A.S.C.C. ó A.S.C.A.S. Al perro lo llamaban Sur. No recuerdo ya el nombre del pájaro.

Los cuatro sacerdotes enseñaban en cuatro distintos lugares alrededor del templo: a los hombres, a las mujeres, a los jó-

venes y a las doncellas. He visto que abrían las fauces del dragón y decían: "Si él estuviera vivo, tan feo y espantoso, y nos quisiera tragar ¿quién nos podría salvar, sino el Dios Omnipotente?" A Dios lo llamaban con una palabra que no puedo recordar. Bajaban la rueda, la ponían sobre una mesa y uno de ellos la hacía girar. Las esferas de oro eran huecas y producían un sonido al girar. Cantaban, mientras tanto, al poder de Dios, preguntándose qué sucedería si Dios no guiase en su camino a las estrellas. Después ofrecían incienso al Niño que tenían en el pesebre, imitando al de Belén. Jesús les mandó que en adelante apartasen a esos animales y enseñasen la bondad de Dios, el amor al prójimo y la Redención. Les enseñó que reconociesen a Dios y lo alabasen en sus criaturas, le diesen gracias y lo adorasen a Él solo.

La tarde del primero de los tres días festivos comenzaba para Jesús el Sábado: por eso se apartó con sus tres acompañantes en una sala del palacio para celebrarlo. Se revistieron de vestiduras blancas, fajas con letras y una especie de estola cruzada sobre el pecho. Sobre una mesa cubierta de colorado y blanco pusieron un candelero con siete velas. Durante la oración Jesús estaba en medio de dos jóvenes, y el tercero detrás. No estuvo presente ningún pagano en esta fiesta. Durante todo el Sábado estuvieron los paganos en torno de su templo. Hombres, mujeres, doncellas y jóvenes tenían sus asientos en diversos grados. Terminado el Sábado, Jesús volvió con ellos y entonces vi una notable maravilla.

La figura del dragón estaba en medio de los asientos de las mujeres, que vestían, según su condición social, de diversas formas. Las pobres tenían, bajo sus largos mantos, vestidos sencillos y cortos. Las ricas vestían como una que ahora se adelantaba ante la imagen del dragón: era una mujer noble, de unos treinta años. Bajo el largo manto, que dejaba a un lado al sentarse, llevaba un rico vestido con adornos y cadenas, y en las orejas, varias alhajas que colgaban hasta el pecho. Antes que el sacerdote empezara su lección acercóse esta mujer, como lo hacían otras, ante el dragón, se echó y besó el suelo, con devota ansiedad. Entonces Jesús se adelantó y le preguntó por qué hacía eso. Ella dijo que todas las mañanas era despertada por el dragón, que se levantaba al punto, iba adonde estaba el dragón y lo adoraba. Jesús le preguntó: "¿Por qué te postras ante Satanás? Tu creencia es obra de Satanás. Es verdad que eres despertada; pero no lo serás ya por Satanás, sino por tu santo ángel. ¡Mira ahora a quién adoras!". De pronto apareció

delante de ella y de todos los presentes un abominable espectro rojo, con cara de zorro. La mujer se espantó a esta vista y Jesús le dijo: "Éste es el que te despertaba. Pero cada persona tiene también su ángel bueno que lo guarda. Delante de él debes inclinarte y seguir sus avisos". En ese momento todos pudieron ver a un hermoso ángel junto a esa mujer, la cual, al verlo, se echó, llena de admiración, con el rostro en el suelo. Mientras Satanás permanecía junto a ella, el ángel estaba detrás; cuando Satanás desapareció, el ángel bueno se puso al lado de la mujer. Ésta, muy conmovida, volvió a ocupar su sitio. Se llamaba Cuppes, y más tarde, bautizada por el apóstol Tomás, se llamó Serena. Fué martirizada durante las persecuciones y venerada como santa.

Delante del pájaro el Señor enseñó a las doncellas y a los jóvenes la justa medida en el amor al hombre y a los animales. Había algunos que exageraban el amor a sus padres, hasta casi la adoración, y otros que estimaban más a sus animales que a sus semejantes. El último día de la fiesta quiso Jesús enseñar en el templo a todos: a los sacerdotes, a los reyes y al pueblo. Para que el enfermo Teoceno pudiera participar, dirigióse Jesús con Mensor adonde yacía el rey, y le mandó levantarse y seguirle. Diciéndole esto, lo tomó de la mano, lo levantó y Teoceno, lleno de fe, se incorporó de su lecho y comenzó a caminar. Jesús lo acompañó al templo y después pudo caminar sin impedimento alguno. Jesús mandó abrir las puertas del templo, para que todos lo vieran y pudieran oírle.

Enseñó a todos; después, separadamente, a los hombres, a las mujeres, a los jóvenes, a las doncellas y a los niños. Dijo muchas de las parábolas que ya había contado en la Judea. Permitía que le preguntasen: antes bien, les había pedido que lo hicieran. A veces nombraba a alguno y le mandaba decir en voz alta la duda que tenía, manifestando así que conocía los pensamientos de cada uno. Algunos preguntaron por qué Él no resucitaba a algún muerto y sanaba a los enfermos, ya que el Rey de los Judíos lo había hecho en la Palestina. Les contestó que no hacía esto entre los infieles; pero que les mandaría a uno que haría esos prodigios y les daría el bautismo para purificarlos de sus pecados. Añadió que creyeran en sus palabras.

Delante de los sacerdotes y de los reyes dijo que su doctrina contenía alguna apariencia de verdad; que lo demás era mentira y engaño; que el diablo trata de presentar formas vacías como si estuvieran llenas de verdad. Que recordaran que

no bien se aleja el Ángel custodio de un hombre, ocupa su puesto Satanás, gastando el culto bueno y poniendo de lo suyo. Les dijo que habían venerado en parte lo que habían visto en Belén, pero que desde la vuelta ya habían mezclado lo falso. Les mandó que los animales los sacaran de allí, los fundieran y les indicó a quienes debían repartir el valor de lo fundido. Todo su culto y su saber no era nada: que debían, sin figuras, enseñar el amor, la misericordia y la gratitud al Padre celestial, que misericordiosamente los había llamado a la Verdad. Les repitió que les mandaría a uno que les enseñaría mejor todo lo que debían hacer, y que entretanto quitaran también la rueda con lo demás. Esta rueda era grande, como la de un enorme carro, con siete llantas, en las cuales estaban las esferas, unas más altas que otras, para ser iluminadas. El punto medio era una esfera mayor que representaba la tierra, y alrededor había doce estrellas y doce figuras diferentes artísticamente colocadas. Vi, por ejemplo, la imagen de una Virgen con ojos brillantes y con diamantes en la boca y sobre la frente. Vi otra figura de animal con algo brillante en la boca. No pude ver más distintamente porque la rueda giraba de continuo. Algunas de las figuras quedaban a veces veladas, mientras brillaban otras. Jesús les quiso dejar pan y vino bendecido por Él. Los sacerdotes prepararon panecillos blancos, como tortas, y trajeron una jarra de vino. Jesús les dijo cómo debían conservar estas cosas y la forma del recipiente. Tenía la forma de un almirez con asas y cubierta, y en el interior dos compartimentos: en la parte superior pusieron los panes y en la inferior, con su puerta, el vino. El recipiente brillaba en el exterior como mercurio y el interior era amarillo. Jesús puso los panes y el vino sobre el altar, oró y los bendijo. Los dos reyes y los sacerdotes estaban de rodillas, a los lados de Jesús, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Jesús oró sobre ellos, les puso sus manos sobre los hombros y les enseñó cómo debían renovar el pan, y les dijo las palabras con que debían bendecirlo, al mismo tiempo que partió el pan en forma de cruz. Ese pan y ese vino debía ser para ellos como un recuerdo de lo que sería luego la santa Eucaristía. Los reyes conocían el sacrificio de Melquisedec y habían preguntado mucho sobre ello a Jesús. Mientras Él bendecía el pan les habló de sus padecimientos y de su última Cena. Les dijo que usaran del pan y vino bendecidos al ocurrir el primer aniversario de su viaje a Belén, y luego lo hicieran tres veces al año, o cada tres meses: esto no puedo ahora recordarlo bien.

Unos días después enseñó de nuevo en el templo. Salía y entraba y hacía entrar un grupo después de otro. Hizo venir a las mujeres y a los niños; a las madres les enseñó cómo debían enseñar a rezar. Es la primera vez que veo aquí a todos los niños reunidos: éstos llevaban un vestido muy corto, y las niñas tenían unos mantitos encima. Vi también a los niños de la mujer convertida; su esposo era un hombre de gran estatura, que servía al rey Mensor: tenían diez hijos. Jesús bendijo a éstos y a otros niños poniéndoles las manos sobre el hombro, mientras a los niños judíos las ponía sobre la cabeza. Habló de su misión y de su próximo fin: que era un secreto para los judíos que Él se encontrase ahora aquí, entre ellos, en lugar de estar en la Judea. Dijo que se hizo acompañar de estos jovencitos, que no se escandalizaban de su proceder: los judíos le habrían dado muerte ya, si no se hubiese ocultado de ellos. Añadió que había venido hasta aquí, porque sabía que lo deseaban, habían creído en Él, esperado en Él y le habían amado. Les dijo que debían dar gracias a Dios porque no había querido dejarlos en su culto idolátrico: que debían ser fieles creyentes y observar sus mandamientos. Me parece que les anunció también el tiempo de su vuelta al Padre y cuándo vendría un enviado suyo para ayudarles. Dijo que pensaba ir antes a Egipto, donde había estado con su Madre, porque allá había algunos buenos que le habían conocido desde niño. Dijo que su viaje a Egipto lo haría de incógnito, porque allá había judíos que podían apresarlo, pero que su tiempo aún no había llegado. Ellos no podían entender esto, respecto de la naturaleza humana: cómo era posible que fuera perseguido, maltratado y muerto, siendo Dios. Lloraban como niños de pura compasión. Les explicó también que era verdadero Hombre, y que su Padre celestial le había enviado a la tierra para juntar a los dispersos: que como Hombre podía padecer y ser muerto por los hombres, cumplida ya su misión; y porque era verdadero Hombre, era posible que ellos le viesen, conversasen y estuviesen con Él familiarmente. Los exhortó nuevamente a dejar toda idolatría, a amarse unos a otros; y como hablase de su futura Pasión, refirióse a la verdadera compasión: que dejasen de ocuparse tanto de los animales que enfermaban y diesen su compasión y su amor al hombre, compuesto de alma y cuerpo; y que, si no había entre ellos necesitados, socorriesen a los que vivían lejos de allí, y orasen unos por otros. Les dijo que lo que hacían con los necesitados, Él lo tenía como hecho a Sí mismo. Añadió, por otra parte, que no maltratasen tampoco a los animales. Dijo

esto porque tenían tiendas llenas de animales enfermos, algunos en camillas, a los cuales cuidaban. Había, sobre todo, perros: de éstos he visto muchas clases, algunos de grandes cabezas.

XVI

Llegada de un jefe extranjero

Jesús ya había enseñado bastante, cuando llegó una caravana de camellos, que acampó a cierta distancia. Desmontó el anciano jefe y se acercó acompañado de un criado a quien mucho apreciaba. Ninguno se preocupó de ellos hasta que concluyó la enseñanza de Jesús. Éste y sus jóvenes discípulos se retiraron a la tienda para tomar algún alimento. Entonces el rey Mensor recibió al extranjero y le señaló una tienda. El jefe encaminóse con su siervo adonde estaban los sacerdotes y les expresó sus dudas, pareciéndole imposible que Jesús fuera el prometido Rey de los Judíos, porque los judíos, dijo, tenían un Arca, donde estaba su Dios, y que nadie se atrevía a acercarse a ella ni tocarla. Al ver ahora cómo Jesús trataba tan familiarmente con ellos, le parecía imposible que pudiera ser un Dios. El siervo también dijo algo desfavorable de María, su Madre. Esto no lo decían por malos, sino por ignorancia y porque lo habían oído a otros. Este reyezuelo había visto también la estrella, pero no había querido seguirla. Habló luego con encomio de sus dioses, que le eran favorables, y le habían ayudado en todas las cosas hasta el presente. Habló de una guerra que había tenido, donde sus dioses le ayudaron y que su siervo fiel le había traído una noticia. Este rey era de rostro más blanco que Mensor, y sus vestidos y turbante algo diferentes. Tenía mucha estima de sus llamados dioses y llevaba uno consigo, con muchos agujeros en el cuerpo, donde ponía las ofrendas.

En la caravana había varias mujeres y entre todos eran unas treinta personas. Por lo demás era un hombre sencillo y tenía veneración por su siervo, a quien honraba como a un profeta. Lo había hecho venir hasta aquí, para que él le presentase al mayor de los dioses (pensando en Jesús), pero al llegar y ver que Jesús andaba en medio de las gentes, no le pareció que fuera un Dios. Lo que oyó decir a Jesús sobre la compasión le gustó mucho, porque él era compasivo y consideraba un crimen olvidar a los hombres para atender a los animales. Se le preparó una comida en la cual no estuvo Jesús: no he visto que Jesús hablase con él. Su nombre suena como Acicus. Su

criado era observador de los astros. Vestía como un profeta, ropa larga y banda con muchos nudos, turbante del cual colgaban bandas blancas y usaba larga barba blanca. Desean permanecer algún tiempo en esta comarca. Las mujeres y el resto de la comitiva estaban acampados bastante lejos. Venían de una distancia de varios días de camino. No vi que Jesús les hablase; pero le oí decir que serían iluminados y alababa la compasión del rey con sus semejantes necesitados. Oí los nombres de Ormusd y Zoroast.

El marido de Cuppes era hijo del hermano de Mensor y cuando joven había estado en Belén con los Reyes Magos. Él y Cuppes eran de color amarillo oscuro y descendían de Job. Jesús enseñó todavía por la noche en el templo y en los alrededores. Todo estaba iluminado en el templo, donde estaban reunidos los habitantes del lugar de toda edad y condición. A la primera palabra de Jesús habían retirado los ídolos del templo. He visto arriba, en la techumbre del templo, un cielo estrellado, y entre las estrellas, jardines pequeños, árboles, arroyuelos, espejándose entre luces y reflejos ordenados con mucho arte. Era una representación muy hermosa y no pude tener idea clara del modo que lo habían hecho.

XVII

Jesús deja la ciudad de los Magos. Azarías de Atom

Al clarear la aurora, cuando aún ardían las lámparas, Jesús dejó la ciudad de los Magos. Le habían preparado un acompañamiento solemne como a la venida. Jesús no quiso, empero, que lo hicieran, ni recibió tampoco el camello que le daban para continuar su viaje. Los jóvenes discípulos sólo llevaron algunos panes y cierta cantidad de bálsamo para mezclar con agua. El anciano Mensor rogó mucho a Jesús para que se quedase con ellos. Tomó la corona que traía y con ella puso a los pies de Jesús todo lo que tenía. Sus tesoros estaban debajo, en un sótano cerrado con rejas de hierro: eran barras, placas y montones de granos de oro. Mensor lloraba como un niño. Las lágrimas corrían como perlas por sus mejillas. Job, de quien descendía Mensor, era de una tez amarillo-oscura, un amarillo brillante, no tan oscuro como veo en las gentes del Ganges. Con el rey, todos los habitantes lloraban en la despedida de Jesús. Éste tomó por el lado del templo, llegando así a la espléndida casa de Cuppes, la cual le salió al encuentro con sus

hijos. Jesús acercó a las criaturas y habló con la madre, que se echó a sus pies. Mensor, los sacerdotes y muchos otros, le acompañaban, estando siempre dos a los lados de Jesús, que llevaba un bastón de viaje igual que sus tres discípulos.

Cuando Mensor y los sacerdotes volvieron, ya había oscurecido y se encendían las lámparas. Todo el pueblo estaba en el templo o alrededor, rezando, unos de rodillas, otros con el rostro pegado a la tierra. Mensor declaró que todo el que no estaba dispuesto a vivir según las enseñanzas de Jesús y no creyera su doctrina, abandonara el país que él gobernaba. Había algunas tribus de color más oscuro que las gentes de Mensor. Esta ciudad de tiendas y su templo, con la sepultura de sus reyes, era como el centro del reino de estas tribus dedicadas al culto y estudio de los astros. En los alrededores, a varias horas de camino, vivían otras tribus y poblaciones. Jesús tomó un camino hacia el Sur. Su primer parada, para pasar la noche, a once horas de la capital de Mensor, fué un lugar de pastores que obedecían a Mensor. Pernoctó con sus discípulos en una tienda redonda con varias divisiones. A la mañana abandonó el lugar antes que despertaran sus moradores. Vi que llegó a un río y que se dirigió al Norte donde era posible vadearlo. A la tarde llegó a una choza redonda, de barro y paja, donde había un pozo cercado de plantas. Se lavaron los pies y pernoctaron en una choza terminada en punta, con un cerco, y otro más lejos de tejidos, hecho contra las fieras del desierto. La región era bastante fértil.

He visto hermosas praderas con avenidas de árboles de sombra y bajo los árboles las chozas de techo puntiagudo. Eran gentes bronceadas por el sol, aunque no tan apuestas como las de Mensor. Sus vestidos eran semejantes a los primeros que encontró Jesús antes de entrar a la comarca de los Magos. Las mujeres tenían calzones amplios y mantas. Parece que se ocupaban en tejer o hilar, porque había telas extendidas de un árbol a otro y muchas trabajaban. Los árboles estaban recortados con arte y en las ramas más bajas había asientos para descansar. En las primeras horas de la mañana, cuando aún lucían las estrellas en el cielo, vinieron algunos a la choza, y al ver a Jesús y a sus discípulos, se echaron sobre sus rostros en tierra, llenos de reverencia. Habían recibido, de un mensajero enviado por Mensor, la noticia de la llegada de Jesús y no sospechaban que ya estuviese entre ellos.

Jesús se levantó, se ciñó su amplia túnica, y se puso el manto que en los viajes solía llevar como un bulto enrollado.

Se lavaron los pies, y rezaron. Jesús salió afuera, y al ver que estaban todavía echados en el suelo, les dijo que no debían temer su presencia. Luego se encaminó con ellos hacia el edificio que parecía un templo: un edificio redondo, bastante amplio, con una terraza donde se podía caminar. Esta azotea tenía parapetos con tubos que miraban hacia el cielo. Delante del templo había un pozo cerrado y un depósito de fuego que consideraban sagrado. Estaba bastante elevado del suelo, de modo que se podía ver a través por debajo de ese brasero. Alrededor del templo había asientos para el pueblo, con divisiones. Los sacerdotes llevaban vestiduras largas y blancas, con cintas de colores para cerrar las túnicas y una faja ancha con adornos de piedras brillantes y letras. Desde los hombros caíanles cueros con escuditos y emblemas. Cuando Jesús se acercó, llamó a un sacerdote que miraba en la terraza hacia los astros. El jefe de los pastores era hijo de un hermano del rey Mensor. Vino desde el templo al encuentro de Jesús y le dió el ramo de la paz, que Jesús entregó a Eremenzear, éste a Silas y Silas a Eliud. Eremenzear lo recibió de nuevo y lo llevó al templo, adonde se dirigió Jesús con los demás. Aquí había un altar redondo y pequeño; sobre él, un cáliz sin pie y dentro un jugo amarillento, donde Eremenzear metió el ramo de la paz. El ramo estaba seco, con hojas a ambos lados; pero parecía artificial y me parece que Jesús mandó que brotase y se volviese verde. Las figuras del templo estaban ocultas por un velo, un género muy liviano. Alrededor del templo se preparó un sitial para que Jesús enseñase. También aquí hacía preguntas como un maestro a sus alumnos. Las mujeres oían desde cierta distancia. La gente recibía la enseñanza con sencillez infantil. Jesús pasóse el día enseñando y de noche se hospedó en la casa del jefe de los pastores. La vivienda tenía varios pisos con escaleras exteriores y era redonda. Sobre la puerta había un escudo oval de metal brillante con esta inscripción: Azarías de Atom.

Azarías no podía estar de acuerdo con Mensor y se dividieron los campos de pastoreo. Después de la visita de Jesús cambió completamente. El interior de la casa estaba adornado con colgaduras y tapices; un largo corredor techado conducía a las habitaciones de su mujer. Al acercarse el Sábado Jesús se retiró con sus discípulos para celebrarlo como había hecho en la ciudad de Mensor.

XVIII

Jesús sana a dos mujeres idólatras

Mientras Jesús celebraba el Sábado con sus discípulos en una choza abierta, la mujer de Azarías, que estaba enferma, rogaba ante un ídolo para obtener la salud. Tenía muchos hijos y había allí otras mujeres o sirvientas. Detrás del hogar, sobre una mesa sostenida por columnas, había un ídolo en forma de perro con cabeza grande: parecía sentado sobre un libro con hojas y tenía levantada una pata como indicando el libro. Sobre él había otro más deforme, con muchos brazos. He visto que unos sacerdotes traían fuego del recipiente del templo y lo ponían debajo del ídolo hueco, de modo que salían fuego y humo de la boca y narices del ídolo y brillaban los ojos. Dos mujeres llevaron a la mujer de Azarías, que padecía de flujo de sangre, y la sentaron sobre almohadones y alfombras. El mismo Azarías estaba presente. Los sacerdotes oraban, ofrecían incienso y sacrificios delante del ídolo; pero nada aprovechaba. Salían llamas del deforme ídolo y con el humo se formaban horribles figuras de perros, que luego se desvanecían. La enferma estaba muy deprimida; cayó en desmayo, como muerta, exclamando: "¡Estos ídolos no me pueden valer! No deben permanecer más tiempo aquí; huyen delante del Profeta, del Rey de los Judíos, que está entre nosotros. Hemos visto su estrella y le hemos seguido. ¡Sólo ese Profeta me puede sanar!"

Después de estas palabras cayó como muerta y todos se atemorizaron. También ellos habían pensado que Jesús sólo era un enviado del Rey de los Judíos. Ahora, llenos de reverencia, fueron a la choza donde estaba con sus discípulos celebrando el Sábado; le pidieron quisiera ver a la enferma, que había dicho que sólo Jesús podía sanarla, pues que los ídolos habían perdido toda su fuerza y nada podían. Jesús y sus discípulos estaban aún con sus vestidos de Sábado cuando fueron adonde estaba la enferma tendida como muerta. Jesús les reprochó su idolatría con vehemencia, diciéndoles que estaban sirviendo a Satanás y que todo ese culto de ídolos era vano. En particular reprochó a Azarías, porque habiendo ido cuando joven a Belén, volvía al culto de estos ídolos abominables. Les dijo que si aceptaban su doctrina, cumplían sus mandamientos y se bautizaban, sanaría a la mujer y después les mandaría a uno de sus apóstoles. Preguntada la mujer si creía, contestó que sí, como asimismo todos los presentes. Habían quitado los tabiques mo-

vibles y se habían reunido muchos. Jesús pidió un vaso de agua común, no de lo que llamaban su pozo sagrado. No quiso tampoco el hisopo de ellos: le trajeron una ramita nueva, con hojitas pequeñas. Les mandó cubrir sus ídolos, cosa que hicieron con ricas telas bordadas de oro. Puso el agua sobre la mesa del altar. Los discípulos estaban uno a cada lado y otro detrás. Le alcanzaron una cajita redonda de metal que llevaban consigo. Estas cajitas estaban sobrepuestas con aceite, algodón, y en el que le dieron había algo como sal. Jesús puso algo de ello en el agua, se inclinó sobre ella, oró y lo bendijo con la mano; luego roció con la ramita a todos los presentes, extendiendo su mano hacia la mujer indicándole que se levantase. Ella se levantó al punto, sana, se echó a los pies de Jesús, queriendo abrazar sus rodillas; Jesús, empero, no permitió que lo tocase.

Después de esta curación dijo Jesús que había allí otra mujer mucho más enferma que la presente, que adora a un hombre y ni siquiera pide ser sanada de su locura. Esta mujer se llamaba Ratimiris: estaba casada y su enfermedad consistía en que a la vista, al nombre y aún al recuerdo de un joven, caía en una fiebre que parecía hacerla morir. El joven no sabía absolutamente nada de esto. Esta mujer se acercó, llena de vergüenza. Jesús la tomó aparte, le dijo cuál era su estado y sus pecados, y ella lo reconoció todo. El joven era un servidor del templo, y así, cuando éste recibía los dones para el sacrificio, la mujer caía en fiebre. Jesús la llevó delante de la multitud y preguntó si creía en su palabra y se haría bautizar cuando mandase a su enviado. Como ella, llena de arrepentimiento, dijese que sí a todo y que creía, Jesús echó al demonio de ella, y se vió salir como un vapor negro de su boca.

El joven se llama Caisar y tiene algo de Juan el Evangelista: era puro e inocente, descendiente de Ketura y pariente de Eremenzear, que había nacido en este lugar, y a quien por eso Jesús le dió el ramito de la paz cuando llegaron. Caisar hablaba con los discípulos porque tenía ya una idea de la mesianidad. Les contó algunos sueños: como él había llevado, en sueños, a muchos hombres a través del agua. Los otros pensaron que quizás más tarde convertiría y bautizaría a muchos. He visto que salió de aquí con Jesús. Tres años después de la muerte de Jesús, cuando vino el apóstol Tomás a evangelizar y a bautizar, llegó también este joven con el apóstol Tadeo. Más tarde fué enviado como obispo por Tomás a un lugar donde fué crucificado, como malhechor, sufriendo muerte inocente con gran alegría de su alma.

Jesús enseñó hasta que amaneció y apagaron las lámparas. Les mandó destruir sus abominables ídolos; les reprochó, diciéndoles que adoraban al ídolo de una mujer, y a sus propias mujeres las trataban peor que a los perros, a los cuales prestaban culto idolátrico. A la mañana volvió Jesús de nuevo a su choza con los discípulos para terminar el Sábado.

Me fué dicho por qué Jesús hizo este viaje tan ocultamente. Recuerdo que Jesús les dijo a sus apóstoles que quería desaparecer por algún tiempo y que nada sabrían de su viaje. Jesús tomó a esos jóvenes consigo, que no reparaban ni se escandalizaban de que tratase con paganos y pecadores. Les había prohibido hablar de este su viaje, y uno de ellos, con sencillez infantil, dijo: "El hombre ciego a quien diste la vista y le mandaste no decir nada y lo publicó todo, no fué castigado". Jesús le contestó: "Aquello redundó en bien: esto no traería más que escándalo entre los judíos". Creo que los judíos en general y aún los mismos apóstoles se hubiesen escandalizado de que Jesús hubiese ido a visitar a los gentiles y paganos.

Después del Sábado Jesús reunió de nuevo a todo el pueblo y enseñó. Les bendijo agua, pidiéndole preparasen un cáliz como en la ciudad de Mensor. Les bendijo panes y el líquido colorado. En el cáliz donde Eremenzear metió la ramita, había una sustancia verdosa clara, jugo de una planta que tomaban como cosa sagrada. Jesús enseñó toda la noche del Sábado, y al día siguiente, delante del templo. Él mismo ayudó a destruir sus ídolos mandando que repartiesen el valor del metal a los necesitados. Puso luego sus manos sobre los hombros de los sacerdotes, les enseñó a repartir el pan bendecido y preparó aquí como allá la bebida; sólo que aquí el cáliz era más grande. He visto que más tarde Azarías llegó a ser cristiano, sacerdote y mártir. Las dos mujeres sanadas aquí y Cuppes también fueron mártires.

Jesús habló aquí contra la poligamia y enseñó acerca de la santidad del matrimonio. Como la mujer de Azarías y Ratimiris pidieran en seguida ser bautizadas, Jesús les dijo que Él podría hacerlo, pero no convenía por ahora: que primero debía volver a su Padre celestial y mandar al Consolador, y después vendrían sus apóstoles a bautizarlos. Añadió que entretanto viviesen con el deseo, que este deseo de ser bautizados podía servir de bautismo a los que morían antes de esa fecha. En efecto, he visto que Ratimiris fué bautizada por Tomás, y llamada Emilia, cuando vino, tres años después de la Ascensión de Jesús, con Tadeo y Caisar, a bautizar a los Reyes y al pueblo.

XIX

Jesús en Sikdor, Mozián y Ur

Salió Jesús de Atom y se encaminó primero hacia el Sur, y luego hacia el Este, a través de una comarca fértil atravesada por ríos y canales, donde había muchos frutales, especialmente melocotones. Oí los nombres: Eufrates, Tigris, Chaldar. Creo que el país de Abrahán, Ur, no estaba lejos de aquí, como también el lugar donde el apóstol Judas Tadeo fué martirizado. Hacia la tarde llegó a una población de caldeos, donde había casas de techos con azoteas. Oí el nombre de Sikdor. Tenía una escuela para niños y otra para niñas, dirigidas por sacerdotes. La gente no vestía como en el país de los Reyes Magos: era buena y tan humilde que estaba persuadida de que sólo los judíos estaban destinados a salvarse. Tenían en una montaña edificada una pirámide con galerías y asientos, y arriba se veían largos tubos para mirar las estrellas. Observaban las estrellas, predecían, adivinaban por el correr de los animales y explicaban los sueños. Su templo era ovalado con vestíbulo y pozo y estaba en el centro de la comarca. Adentro había una multitud de figuras de metal muy hermosamente trabajadas.

El punto principal era una columna de tres caras con un ídolo en cada una. El primero tenía muchos pies y brazos: los pies eran como de animales; en las manos tenía una esfera, un anillo, una manzana con su tallo y un manojo de hierbas; la cara era como un sol y su nombre sonaba como Mytor o Mitras. El segundo ídolo era como el unicornio y se llamaba Asphas o Aspa. Este ídolo luchaba con su cuerno contra el ídolo de bestia mala en la otra cara de la columna. Este último tenía la cabeza de buho, pico torcido, cuatro patas con garras, dos alas y una cola terminada como el aguijón del escorpión. Encima de este ídolo y del unicornio había en la columna una figura que era como la madre de los dioses, llamada, me parece, Alpha. Era como la madre de todos y quien pedía algo a alguno de los dioses, debía pedirlo por ella. La llamaban con un nombre que significaba como zaranda de granos. De la figura nacía un manojo de trigo que sostenía con ambas manos. En la cabeza inclinada hacia adelante tenía un recipiente de vino. Sobre la figura había una corona y sobre ésta, en la columna, dos letras parecidas a O y W. En su enseñanza entendí que el trigo tenía que hacerse pan y con el vino se alegrarían y confortarían todos. Había en el templo un altar de bronce con una jaula, cercada

por un jardincito y la figura de una Virgen con una especie de sombrilla movible. En medio del jardincito, bajo techumbre, había un pozo con varias bacías cerradas. unas sobre otras; delante del pozo, una vid con uvas coloradas que colgaba hacia un lagar que en la forma me recordaba la cruz. En la parte superior de un tallo hueco había un saco en forma de embudo, con dos brazos movibles, con los cuales la uva que colgaba podía ser exprimida y salir por la parte baja del tallo hueco. Este jardincito era de cinco a seis pies de largo y de ancho. Adentro había arbustos finos y arbolitos verdes, que parecían naturales, como también la vid y las uvas. Habían hecho esto por haberlo visto en sus observaciones en los astros, y tenían otras representaciones y figuras de la Virgen Madre de Dios. Ofrecían aves en sacrificio y tenían horror a la sangre, que dejaban correr por tierra. Tenían, como las gentes de Atom, el fuego, el agua, el cáliz con el jugo de las plantas y los pequeños panes.

Jesús les reprochó su culto idolátrico: que mezclaban las señales celestiales y figuras de la verdad con ritos satánicos. Les dijo que en sus ceremonias había algo de verdad, pero todo pervertido por influencias satánicas. Les explicó la figura del huerto cerrado; que Él era la vid y que con su sangre derramada debía salvarse el mundo; que Él era el grano de trigo que debía ser puesto en la tierra para que brotase. Habló de su Persona más claramente que entre los judíos, pues aquí recibían su enseñanza con humildad. Los consoló diciendo que había venido para todos los hombres. Mandó destruir los ídolos y distribuir entre los pobres el valor de los metales. Cuando trató de dejarlos, estaban tan conmovidos, que se echaban delante de Él en el camino, para que no los abandonara.

He visto a Jesús, ahora con cuatro discípulos, bajo un árbol grande y coposo, con cerco, delante de una casa. Descansaron del viaje, y comieron miel y panes que trajeron de esa casa. Luego anduvieron toda la noche. Los he visto caminar por esa llanura; a veces sobre campos arenosos con piedrecillas blancas; otras, a través de verdes praderas con flores blancas. Había muchos árboles de melocotones. A veces se detenía el Señor y, señalando algo alrededor, hablaba con los discípulos. Veo en este país bastantes ríos y canales. Jesús anduvo mucho en estos días; a veces veinte horas sin interrupción, de día y de noche. El camino de vuelta a Judea describirá un arco bastante extenso.

Creo siempre que Eremenzear escribió estos viajes y que su escrito fué en parte quemado; pero quedó algo de él. La tarde del segundo día, después de su salida de Sikdor, vi a

Jesús con los suyos en una ciudad, con jardines redondos, con el pozo en el medio y hermosos árboles. El camino se dirigía al Sur. Babilonia quedaba al Norte. Parecía que el camino a Babilonia iba descendiendo. La ciudad está a la orilla del Tigris, que lo atraviesa. Jesús entró en ella sin que nadie le dijese nada: ya era de tarde. Se veían pocos habitantes. Pronto vi a varios hombres con largas vestiduras, como Abrahán, y una especie de turbante en la cabeza, que le salían al encuentro, y se inclinaban ante Él. Uno de ellos le presentó un bastoncito, una caña, que me recordó la que pusieron a Jesús cuando se burlaron de Él: lo llaman la caña de la paz. Los otros extendían a través de la calle una alfombra larga, y cuando había pasado por una, ponían delante otra. De este modo llegaron a un patio sobre cuya baranda había unos ídolos y un estandarte con un hombre dibujado que tenía en la mano una caña como la que dieron a Jesús. Era la bandera de la paz. Lo llevaron a una casa donde había una baranda con otra bandera. Parecía su templo. En el interior había ídolos cubiertos y en el medio otro velado. El género que los envolvía terminaba en una corona. El Señor no se detuvo aquí. Caminaron por un corredor donde había, a ambos lados, divisiones para descansar y dormir. Llegaron a un pozo rodeado de hermosas plantas, donde descansó el Señor con los discípulos. Los servidores de los ídolos trajeron el agua que pidió Jesús: se lavaron los pies los unos a los otros, y echaron el agua sobrante en el pozo. Jesús bendijo antes el agua que estaría consagrada a los ídolos. Después los sacerdotes llevaron a Jesús a un salón abierto donde tenían preparada una comida consistente en manzanas amarillas, otras frutas, panal de miel, panes como tortas y bocaditos, todo puesto sobre una mesa muy baja. Comieron de pie. Del lugar anterior habían mandado mensajeros a los sacerdotes de aquí anunciando la llegada de Jesús; por eso fué recibido en forma solemne. Habían esperado casi todo el día su llegada. He visto que Abrahán también tenía un bastoncito de la paz como el que le dieron a Jesús.

Esta ciudad se llamaba Mozín o Mozián, y era ciudad sacerdotal: ejercían un culto idolátrico muy intenso. Jesús no entró en su templo: lo he visto enseñando a mucha gente junto a un pozo que estaba delante. Les reprochó severamente de que hubiesen caído en la idolatría peor que sus vecinos. Les reprochó todo su culto y de que hubiesen dejado la ley. Les recordó la destrucción del templo que habían efectuado sus antepasados y habló de Nabucodonosor y de Daniel. Les dijo que se separasen los creyentes de los que estaban ciegos, porque

había entre ellos algunos buenos: a éstos les indicó adonde debían retirarse. Muchos eran obstinados. Tocó un punto que ellos no querían entender: el abandono de la poligamia. Las mujeres vivían separadas en una calle apartada de la ciudad donde había una alameda. Eran muy despreciadas y las doncellas no podían dejarse ver sino hasta cierta edad: por eso ninguna mujer apareció delante de Jesús. Sólo vinieron niños. Jesús dijo a esta gente palabras muy severas: que estaban tan ciegos, que cuando les enviase al apóstol no estarían dispuestos ni siquiera a bautizarse. Jesús no quiso permanecer más tiempo aquí. Cuando salía de la ciudad le salió al encuentro un grupo de doncellas. Llevaban vestidos largos, tenían collares en el cuello y flores en las manos y le cantaron una alabanza.

Continuó Jesús su camino a través de un gran campo, hacia una población de pastores. Se sentó junto al pozo y los discípulos le lavaron los pies. Se acercaron algunos hombres con una ramita, saludando respetuosamente. Usaban, como en tiempos de Abrahán, vestiduras largas, eran observadores de los astros y tenían una pirámide. No he visto entre ellos ídolos: parecían observadores de los astros más puros que los anteriores. Pertenecían a las tribus que habían ido a Belén. Parecía un lugar de pastores, porque sólo el jefe tenía casa, donde Jesús comió un poco de pan y frutas y tomó algún líquido. Enseñó luego junto a un pozo, y como vieron que iba a proseguir viaje, se echaron a sus pies rogándole se quedara con ellos. Caminó Jesús toda la noche y el siguiente día. Una vez lo vi con sus discípulos descansar junto a un pozo con grandes árboles de sombra, comer pan y beber agua de la fuente.

La ciudad a la cual se dirige Jesús está como a treinta horas de camino, al Sur de Mozián, junto al Tigris. Se llama Ur o Uhri. Jesús llegó por la tarde, antes de la entrada del Sábado. Abrahán era de este lugar. Jesús se dirigió hacia un pozo rodeado de frondosos árboles, con asientos alrededor. Lavaron los pies a Jesús, lo hicieron luego entre ellos, se arreglaron los vestidos que tenían recogidos para caminar y entraron en la ciudad, que me pareció edificada muy diversamente de las anteriores. Las gentes vestían de distinto modo y las mujeres no estaban tan separadas de los hombres. Tenían muchas torres con galerías, escaleras por dentro y por fuera y tubos para observar los astros. Conocían por los astros la venida del Señor y lo esperaban; habían estado mirando a cada extranjero, pensando en el Señor. Apenas fué visto por algunos al entrar, corrieron a un edificio con terraza y miraban a una gran

plaza, para desde allí anunciar su llegada. De esta casa, que parecía ser una escuela superior, salieron varios hombres de largas vestiduras al encuentro de Jesús. Tenían una faja con correas y una gorra de género y plumas, transparente, a través de la cual se veían los cabellos. En la punta de esa gorra llevaban una especie de banderita. Estos hombres se postraron delante de Jesús y lo llevaron a una gran sala, donde se reunieron muchos hombres.

Jesús habló desde un alto sitial con gradas. Luego lo llevaron a otra sala donde estaba preparada la comida. Jesús tomó de pie algún bocado y se retiró con los suyos a una pieza para celebrar el Sábado. Al día siguiente enseñó desde un sitial al pueblo reunido cerca del pozo. Las mujeres estaban presentes: vestían tan estrechamente que apenas podían caminar y llevaban gorras como capucha, de la que pendían colgajos. Jesús les habló de Abrahán y les reprochó su culto idolátrico. Se veían templos de ídolos, pero los ídolos estaban todos tapados. Jesús no entró en ningún templo. Cuando más tarde vino Tomás, no pudo bautizar a ninguno en su primera visita.

Cuando Jesús dejó la ciudad de Ur la gente echaba ramas y palmas a su paso. Se dirigió al Oeste, a través de hermosas praderas; más adelante el camino se hizo arenoso; después anduvieron a través de arbustos; y llegaron al mediodía junto a un pozo. El resto del camino lo hicieron a través de bosques y campos cultivados, llegando por la tarde a un edificio grande, redondo, con un patio y rodeado de un canal. Se veían casas chatas con techos planos. Sobre el gran edificio había plantas y en los muros gruesos vivía gente pobre que había cavado allí sus habitaciones. En el patio y junto a un pozo, Jesús y los discípulos se lavaron los pies unos a otros. Salieron de la casa dos hombres de largas vestiduras con muchos nudos y una gorra de plumas y acercáronse al Señor. El más anciano traía una ramita y un arbusto con bayas, que entregó a Jesús, el cual con sus acompañantes entró en el edificio redondo. En medio había una sala que recibía luz desde arriba y tenía un hogar. De aquí se pasaba a otros cuartos irregulares, de fondo redondeado y tapizado con colgaduras; detrás se guardaban en cavidades diversos objetos. El piso estaba tapizado con gruesas alfombras. Comieron y bebieron líquidos que no conocían. El jefe llevaba a Jesús por todas partes. El edificio estaba lleno de artísticos ídolos: grandes y pequeños, con cabezas de perros y de bueyes y cuerpos de serpientes. Había un ídolo con muchos brazos y cabezas: dentro de sus fauces echaban cosas. Vi tam-

bién figuras como de niños fajados. En el patio había figuras de animales. Un pájaro miraba hacia arriba, otros animales estaban alrededor de él, bajo los árboles. Ofrecían animales a sus ídolos; pero tenían horror a la sangre, que dejaban correr y perderse en la tierra. Acostumbran repartir panes, de los cuales los más distinguidos recibían una porción mayor.

Jesús habló junto al pozo y reprochó severamente todo ese culto diabólico. No lo escucharon de buena gana: he visto al jefe, tan ciego e irritado, que se atrevió a contradecir a Jesús. Oí entonces a Jesús que les dijo: "Para verdad de lo que les he dicho, en la noche en que la estrella fué vista por los Magos, se romperán los ídolos, los bueyes mugirán, los perros ladrarán y los pájaros graznarán". Oyeron esto de mala voluntad, con incredulidad. Jesús les dijo lo que ya había dicho en su viaje a los países paganos. Tuve la visión de su viaje desde la ciudad pagana de Kedar hasta la ciudad de los Magos, y desde allí hasta este templo de los ídolos, y he visto que en todas partes los ídolos se partían y los animales y los pájaros gritaban cada uno a su modo. Vi a los Reyes Magos en oración en su templo. Tenían muchas luces delante del Pesebre y me parece que estaba también la figura del asno. Los Reyes ya no veneraban a estos animales, que gritaron y mugieron en señal de que Jesús había dicho verdad, y que era Aquél esperado que indicaba la estrella. Esto confirmó a algunos que aún dudaban de Jesús.

XX

Jesús se encamina a Egipto y enseña en Heliópolis

El viaje de Jesús siguió en dirección al Occidente. Caminó muy ligero y no se detuvo con sus acompañantes en ninguna parte. Anduvo al principio a través de un desierto de arena, luego en una subida, más tarde en una región verde con arbustos pequeños, parecidos al enebro, que se juntaban arriba formando una galería. Llegaron a una región pedregosa llena de musgo, hiedras, árboles y praderas, y luego, por la noche, a un río que pasaron en balsa. El río parecía hondo. Esa misma noche entraron en una ciudad que estaba a ambos lados del río o, por lo menos, en un canal del mismo.

Era la primera ciudad egipcia. Aquí, sin ser notados por nadie, se refugiaron en el pórtico de un templo que tenía sitios para los viajeros. La ciudad me pareció muy ruinosa. He visto gruesas paredes y casitas bajas habitadas por gente pobre. Me

parece que Jesús entró precisamente por donde habían andado los israelitas. Cuando a la mañana Jesús y los suyos partían, salieron los niños de las casas, gritando: "Estos son hombres santos". La gente andaba bastante alborotada, pues muchos ídolos habían caído y varios hijos de personas piadosas habían tenido sueños con representaciones y decían cosas misteriosas.

Jesús y los discípulos se alejaron prontamente, encaminándose por un sendero de arena. Por la noche los vi, no lejos de una ciudad, descansando junto a un riacho, lavarse los pies y comer algo. Junto al río estaba, sobre una gran piedra redonda, un ídolo con cuerpo de perro y cabeza de persona, que miraba amigablemente. Tenía una especie de gorra con colgaduras rizadas y era grande como un buey. Delante de la ciudad había otro ídolo bajo un árbol, con cabeza de buey, muchos brazos y agujeros en el cuerpo. De la puerta partían cinco caminos a la ciudad. Jesús tomó la primera calle, a la derecha, a lo largo de los muros de la ciudad, que eran anchos, con cercos de plantas y un camino. Abajo, en los muros, había habitaciones de gente pobre, con puertas livianas de mimbres entretejidos. Caminaron de noche, sin ser notados. Se veían templos de ídolos y ruinas de antiguas murallas donde habitaba gente pobre. A poca distancia, el camino llevaba a un puente de piedra sobre un brazo del río (Nilo). Es el río mayor que yo haya visto en mi vida. Corre de Sur a Norte y se divide en muchos brazos en diversas direcciones. La comarca era llana; a distancia se veían pirámides como en el país de los Magos: eran de piedra y mucho más altas. El país es fértil sólo en las riberas del río.

Como a una hora antes de aquella ciudad donde Jesús vivió cuando niño (Heliópolis) tomó Jesús el mismo camino que anduvo con María y con José. Estaba en el primer brazo del Nilo que corre mirando a la Judea. En el camino vi a trabajadores recortando las plantas de los cercos, cepillando maderas o trabajando en fosos y excavaciones. Ya era de tarde cuando Jesús llegó ante la ciudad. Jesús y sus discípulos se soltaron los vestidos que tenían recogidos para caminar. Algunos trabajadores se adelantaron al ver a Jesús, le ofrecieron una ramita y se postraron en el suelo. Cuando la hubo tenido un poco en la mano, la plantaban a lo largo del camino. No sé cómo pudieron conocer a Jesús: quizás en el modo de vestir vieron que era judío. Lo esperaban y tenían la idea de que venía a liberarlos. He visto otras personas que se irritaban y corrían a la ciudad. Unos veinte hombres acompañaron a Jesús al interior, donde había muchos árboles. Antes de entrar aguardó Jesús bajo un

árbol caído a la vera del camino. Al caer, sus raíces habían abierto un foso, que se había llenado de agua estancada. Sobre este foso había una verja de hierro tan cerrada que no se podía meter la mano. Aquí se había hundido un ídolo cuando pasó María con José y el Niño en su viaje a Egipto. También el árbol, que sombreaba al ídolo, se había derrumbado.

La gente llevó a Jesús a la ciudad: delante de ella había una gran piedra cuadrada, en la cual, entre otras letras con nombres, había uno que terminaba en *polis*, que se relacionaba con la ciudad. En la ciudad he visto un gran templo con dos patios en torno y muchas columnas, arriba más puntiagudas, adornadas con figuras y estatuas de grandes perros con cabezas de hombres. La ciudad aparecía más bien ruinosa. La gente llevó a Jesús junto a una gruesa muralla, frente al templo, y llamaron a otras personas. Vinieron muchos judíos, ancianos con largas barbas y gente joven. Entre las mujeres me llamó la atención una alta y esbelta. Todos saludaron reverentemente a Jesús: eran amigos de la Sagrada Familia, cuando vivían aquí. En las paredes gruesas había una habitación, que ahora estaba adornada: era la que José había arreglado para vivir con María y el Niño. Lo llevaron allí los hombres que entonces siendo niños habían jugado con Él. Adentro ardían muchas lámparas. Por la tarde Jesús fué llevado por un anciano judío a la escuela, bien arreglada. Las mujeres estaban detrás de una verja y tenían una lámpara para ellas. Jesús oró y enseñó. Le dejaron respetuosamente la presidencia del acto. Al día siguiente lo vi de nuevo enseñando en la sinagoga. Los habitantes llevaban cintas blancas alrededor de la cabeza y túnicas cortas. Se cubrían sólo una parte de los hombros y el pecho. Los edificios son de paredes muy gruesas. Se ven muchas piedras grandes con figuras grabadas. He visto enormes bloques tallados con figuras diversas, que sostenían grandes piedras sobre la cabeza o las espaldas. Reina aquí una espantosa idolatría. En todas partes se ven ídolos en forma de buey y perros agachados con cara de hombres.

Cuando Jesús dejó a Heliópolis, con acompañamiento de muchas personas, tomó a un discípulo más: se llamaba Deodato y su madre Mira. Era aquella esbelta mujer que había visto la primera tarde que vino Jesús. Cuando estuvo la Virgen aquí esta mujer no tenía hijos y por los ruegos de María, Dios le dió este hijo y ahora ella se lo regalaba a Jesús. Era un joven alto y esbelto, que me pareció como de dieciocho años. Cuando los acompañantes volvieron a la ciudad, vi a Jesús en compañía de

sus cinco discípulos atravesando lugares desiertos. Tomó un camino más hacia el Oriente del que había tomado la Sagrada Familia en su huída a Egipto. La ciudad se llamaba Heliópolis. La *E* estaba al revés, junto con la *L*, cosa que yo no había visto en otras partes: por eso yo había pensado que había adentro una X. (Había visto ∃L).

Jesús llegó hacia la tarde a una pequeña población en el desierto, donde vivían tres clases de personas: los judíos, en viviendas sólidas; los árabes, en tiendas de campaña, y otras tribus. Estos judíos habían huído hasta aquí cuando Antíoco devastó a Jerusalén. He visto, en esta ocasión, cómo un anciano israelita, un piadoso sacerdote (Matatías, I Mac. 2, 23-25) mató a otro israelita que ofrecía incienso a los ídolos, y cómo, lleno de celo, derribó el altar, y reunió en torno suyo a los buenos. Luego un valiente caudillo (Judas Macabeo) restableció el orden y el culto de Dios. He visto también la comarca donde habían vivido antes. Los árabes se habían unido a estos judíos y fueron con ellos desterrados. Más tarde estos árabes cayeron de nuevo en la idolatría.

El Señor, según su costumbre, se dirigió hacia el pozo. Allí lo saludaron los hombres que acudieron y lo llevaron a una casa donde enseñó, pues esta gente no tenía ningún edificio para escuela. Habló de la próxima vuelta a su Padre y de cómo habían de tratarlo los judíos, cosa que Él predecía en todas partes cuando hablaba a los judíos. Esta gente sencilla no podía creerlo y deseaba grandemente que se quedase con ellos. Cuando Jesús se alejó le siguieron otros dos nuevos discípulos, descendientes de Matatías. El viaje continuó con mucha prisa a través del desierto. Caminaban día y noche con breves ratos de descanso. He visto a Jesús y a sus discípulos descansar junto a aquella hermosa fuente de agua que brotó a los ruegos de María en su huída a Egipto y donde descansó la Sagrada Familia y María bañó al Niño. Ahora está rodeada de un hermoso cerco de balsameros. Aquí cruzó Jesús el camino que había hecho la Sagrada Familia. María y José habían ido por el Oeste haciendo un arco y Jesús sale yendo al Oriente en línea más recta. En el viaje desde Arabia a Egipto se veía el monte Sinaí a distancia, a la derecha.

Al llegar Jesús a Bersabea entró en la sinagoga, donde habló claramente de su mesianidad y su próyimo fin. De aquí también se llevó consigo a algunos discípulos jóvenes. Desde Bersabea restaban todavía cuatro días de viaje hasta el pozo de Jacob, junto a Sichar, donde debían reunirse con Él sus apóstoles y dis-

cípulos. Antes de comenzar el Sábado llegó al valle de Mambre, donde celebró el Sábado, enseñando en la sinagoga. Pasó por varias casas y sanó a los enfermos. Hasta el pozo de Jacob habría desde aquí unas veinte horas de camino. Jesús continuó durante la noche para no levantar conmoción en la Judea con su inesperada reaparición.

A través del valle de los pastores, cerca de Jericó, se dirigió al pozo de Jacob, adonde llegó al caer la tarde. Llegó con dieciséis discípulos, pues en el valle de Mambre se le juntaron otros jóvenes. Junto al pozo de Jacob había un albergue preparado para descansar. El hombre que lo cuidaba, encargábase también de abrir y cerrar el pozo. Desde Jericó a Samaría el paisaje es sobremanera agradable. Los caminos están sombreados de árboles, los campos llenos de verdor y los arroyos corren plácidamente. Esperaban aquí a Jesús los apóstoles Pedro, Andrés, Juan, Santiago y Felipe. Lloraban de consuelo al volver a ver a Jesús. Le lavaron los pies a Él y a sus acompañantes. Jesús se mostraba serio. Habló de la cercanía de su Pasión, de la ingratitud de los judíos y del juicio y castigo que caería sobre ellos. Todavía faltan tres meses para su Pasión y Muerte. He visto siempre caer la Pascua a su debido tiempo, cuando en nuestro calendario cae más tarde. Jesús encaminóse luego con sus dieciséis discípulos jóvenes a las casas de Eliud, Silas y Eremenzear, que vivían en el valle de los pastores. A los apóstoles les dijo que volvieran el Sábado a Sichar.

Epoca Novena

Ultimas enseñanzas de Jesús y entrada triunfal en Jerusalén

I

Jesús en Sichar, Ephron y Jericó

Cuando en compañía de sus nuevos discípulos fué caminando desde el valle de los pastores hasta a pocas horas de Sichar, lo he visto detenerse con frecuencia mientras hablaba con sus discípulos. A Eliud, Silas y Eremenzear les recomendó no dijeran a nadie dónde habían estado con Él ni lo que les había sucedido en el viaje; en parte les dijo también la razón. Yo he visto, sin embargo, que Eremenzear tocándole con cariño de la manga le pidió que le permitiese escribir la relación del viaje, y que Jesús se lo permitió, a condición que lo hiciese después de su muerte y presentase su escrito a Juan. Tengo la persuación de que existe aún ese escrito en alguna parte.

Pedro y Juan le salieron al encuentro y delante de la puerta de la ciudad lo esperaban otros seis apóstoles, los cuales llevaron a Jesús a una casa, donde el dueño de la misma, que aún no conocía a Jesús, lo recibió muy cortésmente. Parecía que Jesús no quería aún manifestarse públicamente. Después de lavarse los pies, y como entraba el Sábado, se encendieron las lámparas rituales. Se revistieron de largas vestiduras blancas con la faja, oraron y se dirigieron al salón de la escuela en una pequeña altura. Hubo una comida en casa de este hombre principal y acudieron otros judíos de largas barbas, entre ellos uno más anciano con hábito sacerdotal. Ni en la escuela ni durante la comida llamó Jesús la atención. El jefe me pareció que miraba con recelo y falsedad: creo que era un fariseo. Después de la comida pidió Jesús que le abriesen la sinagoga, puesto que había oído la predicación de los otros y ahora quería enseñar Él. Todos los apóstoles y discípulos lo acompañaron. Jesús dijo cómo ni los milagros ni las señales traen provecho alguno cuando los hombres olvidan, no piensan en qué miseria se encuentran y no tienen afecto ni sentimientos de amor. Les da más provecho una exhortación y enseñanza que la multiplicación de milagros. Antes de la comida le habían pedido los apóstoles que se explicara más claramente, pues no lo habían entendido: que siempre hablaba de su próximo fin; que fuera de nuevo a Nazaret para manifestar allí su poder y su misión con prodigios. Jesús les

declaró que los milagros mismos no aprovechan si la gente no se quiere mejorar, y sólo comentan los prodigios sin preocuparse de cambiar de vida. ¿Para qué sirvieron los milagros y señales, el alimentar a cinco mil, la resurrección de Lázaro, si ahora los mismos apóstoles piden más señales y más prodigios? Pedro y Juan eran de la misma idea de Jesús; los demás estaban contrariados. A Eliud, a Eremenzear y a Silas les había declarado en el viaje por qué ya no hacía milagros, pues los apóstoles y discípulos los harían después, y aún mayores, para hacerse creer. Jesús se entristeció porque los apóstoles trataban de saber, de esos tres discípulos, adónde había estado Jesús y qué había hecho en el viaje, mostrándose contrariados de que ellos callasen. Anunció a todos de que le convenía ir a Jerusalén y allí enseñar.

He visto que algunos judíos enviaron mensajeros a Jerusalén diciendo que dentro de poco tendrían de nuevo a Jesús. Los fariseos de Sichar se mostraban irritados, amenanzando con tomarlo preso y enviarlo a Jerusalén. Jesús les contestó que su tiempo no había llegado y que iría a Jerusalén por Sí mismo; que, por lo demás, no había hablado para ellos sino para sus discípulos. Jesús envió en diversas direcciones a los apóstoles y discípulos y retuvo sólo a los tres jóvenes, con los cuales se dirigió hacia Ephron, para encontrarse con las santas mujeres cerca de Jericó. Los padres de los tres jóvenes habían anunciado a las mujeres la vuelta de Jesús. En el camino de Ephron a Jericó llovió mucho y el tiempo estaba nublado. Jesús no caminó derechamente, sino entró en varias casas en el camino, enseñando, sanando, consolando a los necesitados y exhortando a que siguiesen sus enseñanzas. También los apóstoles y discípulos iban deteniéndose en los poblados y casas, anunciando la próxima visita del Salvador. Parecía que a los que deseaban la salvación, se les hacía un nuevo llamado y a las ovejas algo dispersas por la ausencia del Pastor, se las volvía a reunir en el redil por medio de los pastores, que eran los discípulos. Cuando llegó Jesús por la tarde a Ephron, visitó diversas casas, sanó a los enfermos y les mandó que se reuniesen en el salón de la escuela. Era un edificio muy amplio con primero y segundo pisos. Muchos de Ephron y los alrededores acudieron a oír a Jesús, y se llenó la sinagoga. Jesús se hizo traer un asiento y enseñó primero a los hombres y luego a las mujeres. Pidió que siguieran su doctrina. Dijo que su fin estaba próximo y que serían muy castigados los que no creían en Él ni en su doctrina. Se promovió cierto tumulto entre el pueblo, pues habían algunos mal intencionados. Desde Ephron envió Jesús a sus tres discípulos

a anunciar a las mujeres, que en número de diez esperaban en ese albergue junto a Jericó.

Estaban allí María, Madre de Jesús, Magdalena, Marta, con dos más, la mujer de Pedro, su hijastra, la mujer de Andrés, la mujer y una hija de Zaqueo casada con un joven discípulo de nombre Annadías, que era pastor, pariente de la madre del discípulo Silas. Uniéronse a Jesús en el camino Pedro, Andrés y Juan, con los cuales se dirigió hacia Jericó. María Santísima, Magdalena, Marta y otras se adelantaron junto a un pozo. Faltaban como dos horas para el crepúsculo vespertino cuando llegó. Las mujeres se echaron a sus pies y besaron su mano. También María besó su mano, y cuando se levantó, Jesús tomó su mano y se la besó. La Magdalena se quedaba siempre algo detrás de las otras. Junto al pozo los discípulos lavaron los pies a Jesús y a los apóstoles. Hubo una comida. Las mujeres comieron aparte, pero se acercaron luego para escuchar a Jesús. Jesús no pernoctó en el albergue, sino que fue con los tres discípulos a Jericó, donde le esperaban los otros apóstoles con muchos enfermos de los contornos. Las mujeres siguieron detrás de Jesús. He visto al Señor entrar en muchas casas para sanar enfermos; luego pidió abriesen la escuela e hizo colocar un sitial en el medio de la sala. Las santas mujeres estaban retiradas, algo apartadas, con una lámpara; entre ellas estaba María. Después de la enseñanza volvieron al albergue y desde allí regresaron por la mañana a sus respectivas casas.

En Jericó se reunieron muchos oyentes, pues los discípulos habían anunciado la llegada de Jesús. Como el Señor continuase enseñando, al día siguiente aumentó el gentío. Las murmuraciones de los fariseos crecieron y acabaron por mandar aviso a Jerusalén. Jesús se encaminó entretanto a la orilla del Jordán, al lugar de los bautismos, donde se había estacionado una multitud de enfermos traídos de todas partes. Habían sabido que Jesús vendría allí y le rogaban que los sanase de sus dolencias. Había tiendas y lugares desde donde se podía descender al agua del Jordán. La fuente cavada por Juan, donde Jesús fué bautizado, estaba todavía, a veces llena de agua, a veces vacía. Había gente de Samaría, de Judea, de Siria y de Galilea. He visto que luego se llevaban el agua de esta fuente, poniéndola en recipientes de cuero, que colocaban a ambos lados de sus asnos. Jesús sanó a muchos enfermos. Estaban con Él Juan, Andrés y Santiago el Menor. No parecía esto un bautismo: era un sanar y lavarse. Más sacramento parecía el bautismo de Juan que el lavatorio de esta ocasión. Cuando estuvo Jesús en Jericó la

última vez hubo también curaciones de enfermos y purificaciones en un lugar de baños. Existió antes en el Jordán un baño, que Juan Bautista había agrandado y arreglado. En la fuente de la isleta estaba aún el arbolito donde el Señor se había apoyado al bautizarse. Jesús sanó a muchos sin agua. A los leprosos les echaba agua sobre la cabeza y los apóstoles prestaban a los enfermos otros servicios. He visto que el verdadero bautismo, como sacramento, fué sólo después de Pentecostés. María Santísima fué bautizada sola por Juan Evangelista después de Pentecostés en el estanque de Bethesda. Dijo antes la santa Misa, que consistía entonces en las palabras de la consagración, con oraciones antes y después.

Como aumentase la muchedumbre y creciese el tumulto por los enfermos sanados, Jesús se ausentó con sus tres discípulos y se encaminó a Betel, donde Jacob tuvo la visión misteriosa de la escala que llegaba al cielo. Oscurecía cuando llegaron. Se acercaron a unas personas de confianza que los esperaban, entre ellas Lázaro con sus hermanas, Juan, Marcos y Nicodemo. Habían venido ocultamente desde Jerusalén. El cuidador tenía mujer con cuatro hijos y la casa un patio con pozo. Este hombre abrió las puertas del albergue y con sus hijos lavó los pies a Jesús y a sus acompañantes. Mientras Jesús estaba sentado en el borde de la fuente se adelantó la Magdalena por detrás y derramó sobre su cabeza un perfume muy costoso. Había hecho ya esta acción en diversas ocasiones. Yo me maravillo cada vez de su valor y audacia. Jesús estrechó contra su corazón a Lázaro, que aun aparecía algo pálido y delgado con sus cabellos negros. Hubo una comida de frutas, panecillos, panal de miel y hierbas. Bebían en pequeños vasos, como era costumbre en la Judea. Jesús sanó a los enfermos reunidos en un ángulo de la casa. Las mujeres que habían comido aparte se acercaron para escuchar las enseñanzas de Jesús. Al día siguiente volvió Lázaro con sus acompañantes a Betania.

Jesús y sus tres apóstoles, haciendo un camino más largo, se dirigió a la casa del hijo de un medio hermano de Andrés, cuya hija estaba enferma. Llegaron al mediodía junto al pozo de la casa donde el dueño, un hombre gallardo, que se ocupaba de hacer tabiques de mimbres, lavó los pies a los caminantes y los llevó a su casa. Tenía este hombre muchos hijos, algunos pequeños. Dos hijos crecidos, de 16 a 18 años, no estaban en casa, sino en la pesquería donde vivía Andrés. Éste le había enviado mensajeros para hacerle saber que Jesús estaba de nuevo entre ellos y le indicó dónde podía encontrarlo. Después

de la comida este hombre llevó a Jesús y sus apóstoles adonde estaba su hija de doce años, enferma, que hacía ya tiempo languidecía postrada en la cama: era clorótica y lunática. Jesús le mandó levantarse, la condujo de la mano con Andrés hacia el pozo y derramó agua sobre su cabeza. Luego le mandó bañarse en un lugar cerrado que había allí y volvió a entrar en su pieza completamente sana. Era una joven bastante desarrollada. Cuando Jesús salió, el hombre los acompañó un trecho. Antes de comenzar el Sábado llegó Jesús a un poblado; entró en un albergue junto a los muros de la ciudad y se dirigió a la sinagoga. A la mañana siguiente volvió a la sinagoga, donde oró y dirigió una buena instrucción. Volvió a reunirse en torno de Él una gran multitud. Le trajeron muchos enfermos, a los cuales sanó. La gente lo honraba y se apretaba en torno de su Persona. Los apóstoles también bendecían y curaban enfermos en nombre de Jesús: hasta los sacerdotes ayudaban a conducirlos a la presencia del Salvador.

He visto que sanó a un leproso que otras veces le habían traído y puesto en el camino y no había querido sanar. Lo trajeron de un rincón de la ciudad donde vivía en una casita, cubierto con una manta, sentado en una camilla: nadie se acercaba a él. Jesús levantó la manta, lo tocó y mandó lo llevasen al baño junto a los muros de la ciudad, donde sanó completamente. Tenía una doble lepra: la enfermedad y el vicio de la impureza. El Señor sanó aquí a muchas mujeres con flujo de sangre. Como estas curaciones se hacían en el patio de la sinagoga, sucedió que la multitud rompió la valla y se subió a los techos.

Desde aquí fué caminando el Señor con sus tres discípulos hasta una fortaleza (Alejandrium), donde había canales o estanques con varios desagües. Parecía un lugar de baños. He visto varias galerías y obras de albañilería. Como Jesús se disponía a entrar en el castillo, los apóstoles le pusieron dificultades, diciéndole que podía recibir molestias y ser causa de escándalo. Jesús les contestó que si no querían acompañarlo se quedasen esperándole, que Él pensaba entrar. Había adentro gentes que parecían presos, otros enfermos, y en la puerta había guardianes, para evitar que salieran sin custodias. Tenían que trabajar en las excavaciones y en diversas fortificaciones. Cuando Jesús se disponía a entrar, el guardián lo quiso detener, pero al decirle una palabra, hizo reverencia y dió el paso. La gente se reunió en el patio en torno de Él, que les habló, y a algunos en particular. De la ciudad cercana mandó a buscar a dos jueces,

pues tenían en los hombros escudos o distintivos de su oficio pegados a cintas de cuero. Jesús habló con ellos y todo procedió como si Él respondiese de los que había apartado. Vi después que salió del castillo con 25 de esos hombres y que anduvo con ellos y los apóstoles toda la noche junto al Jordán. En este viaje apresurado llegó Jesús a cierta población donde entregó estos prisioneros en brazos de sus mujeres e hijos. Otros de éstos siguieron camino más al Norte o hacia el Oriente. Eran de la región de Kedar, donde Jesús se había detenido en su viaje al país de los Reyes Magos.

Allí dejó a los apóstoles, pues mientras andaba a través de los valles hacia Tiberíades, vinieron aquellos tres jóvenes callados y los otros que se juntaron a Él en su viaje y caminaron durante la noche. Descansaron bajo un galpón y caminando todo el día llegaron por la tarde a Cafarnaúm, donde le presentaron a un joven llamado Sela o Selam. Era un primo del novio de Kedar a quien Jesús le había hecho hacer la casa y plantar el viñedo cuando fué al país de los Reyes Magos. Aquél le enviaba a este joven como discípulo. Había esperado hasta ahora en casa de Andrés, en Bethsaida, y al ver a Jesús se echó de rodillas delante de Él. Jesús lo recibió entre sus discípulos y le impuso las manos sobre sus hombros. De inmediato usó de sus servicios y lo envió al jefe de la escuela pidiendo las llaves y los rollos que se habían encontrado en el Templo cuando estuvo por siete años devastado sin poder ser usado para el culto. Cuando Jesús estuvo la última vez aquí enseñando, había usado esos escritos que eran del profeta Isaías. Volvió el joven y fueron a la escuela, encendieron las lámparas y Jesús se hizo preparar una especie de púlpito con gradas. Se habían reunido muchos oyentes y Jesús enseñó bastante tiempo comentando los escritos de Isaías. Por las calles corría la gente diciendo: "Está de nuevo el Hijo de José". Jesús abandonó a Cafarnaúm antes de despuntar el día y lo he visto caminar con esos discípulos y otros póstoles que habían llegado, en dirección a Nazaret, donde entró.

He visto en esta ocasión que en casa de Ana vivían otras personas. Estuvo también en la casa de José, que ahora está cerrada e inhabitada y se dirigió a la sinagoga. Su aparición causó gran admiración y concurrencia de gente. Un poseído del demonio, que hasta entonces había estado mudo, comenzó a gritar: "Ahí está el Hijo de José... el Seductor... Tomadlo preso... Apoderaos de Él". Jesús le mandó callar y calló, pero no echó el demonio de ese hombre. En la escuela hizo desocupar

todo el espacio y preparar el sitial para la enseñanza. En esta última misión procedía más libremente que antes: enseñó hablando más claramente que nunca, como que tenía derecho. Los judíos se irritaron grandemente. Después entró en varias casas alrededor de la antigua casa de José y allí bendijo y sanó a los niños enfermos. Los judíos que habían estado quietos durante la predicación en la sinagoga, se irritaron más y comenzaron a agitarse. Jesús dejó la ciudad avisando a los apóstoles para encontrarse sobre la montaña donde multiplicó los panes, y salió con sus jóvenes discípulos.

Cuando Jesús llegó al monte era ya de noche y arriba se veían arder algunos fuegos. Jesús estaba en medio de sus apóstoles; los discípulos algo más apartados. Se había reunido mucha gente y enseñó toda la noche hasta la mañana. Les indicó a los apóstoles con la mano adonde debían ir para enseñar y sanar a los enfermos. Parecióme que les señalaba el orden y los lugares donde debían ir próximamente. Salieron en efecto muchos apóstoles y discípulos en varias direcciones y Jesús anduvo por la mañana hacia el Sur.

En este camino los padres de una niña enferma rogaron a Jesús que entrase en su casa para sanarla. Jesús la mandó levantarse y salió al punto. A una hora delante de Tenat-Silo le salieron al encuentro los apóstoles con ramas verdes; se echaron a sus pies y Jesús tomó una rama. Le lavaron los pies allí mismo. Creo que hicieron este recibimiento solemne porque se encontraron de nuevo todos reunidos y Jesús volvía a aparecer como Maestro delante del pueblo. Acompañado de sus apóstoles y discípulos entró en la ciudad, donde lo recibieron en un albergue María su Madre, Magdalena, Marta y otras mujeres. No estaban la mujer de Pedro ni la de Andrés, que habían quedado en Betsaida. María Santísima al volver de Jericó se había detenido aquí esperando su llegada y las demás mujeres habían concurrido de diversas direcciones. Prepararon una comida en la cual tomaron parte unas cincuenta personas. Después se dirigió Jesús a la escuela, de la cual había hecho traer las llaves. Allí oyeron sus palabras la Santísima Virgen, las santas mujeres y mucho pueblo.

II

Jesús se dirige a Betania

A la mañana siguiente Jesús curó a muchos enfermos, aunque no entró en todas las casas; sanó también en el albergue donde se hospedó. Luego envió a los apóstoles hacia Cafarnaúm, lugar de la multiplicación de los panes. Las santas mujeres se encaminaron hacia Betania. Jesús se dirigió a esa parte con sus discípulos y celebró el Sábado en un albergue. Colgaron la lámpara en medio de la sala, cubrieron la mesa con telas coloradas y blancas, y se pusieron sus vestiduras blancas, alrededor de Jesús, que dirigía el orden de la oración. Jesús rezó leyendo en uno de los rollos escritos. Eran como veinte personas. La lámpara ritual ardió todo el día y Jesús exhortó e instruyó durante todo el día a sus oyentes alternando con las preces de costumbre. Se encontraba entre ellos un discípulo de nombre Silvano, que Jesús recibió en su compañía en esta última ciudad. Era de unos treinta años de edad y pertenecía a la familia sacerdotal de Aarón. Jesús lo conocía desde la infancia cuando Santa Ana hizo una fiesta infantil para celebrar la vuelta del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo. En esa ocasión conoció a otro futuro discípulo suyo que fué después el novio de Caná de Galilea. Durante el camino hacia Betania Jesús continuó instruyendo a sus discípulos: les habló del Padrenuestro, de la fidelidad a su doctrina y de su próximo viaje a Jerusalén, donde hablaría antes de volver a su Padre celestial. Les anunció que uno de ellos lo abandonaría, pues ya llevaba el ánimo de traicionarlo en su corazón. He visto que todos estos nuevos discípulos le permanecieron fieles. En este viaje sanó a varios leprosos en el camino.

Una hora antes de entrar en Betania se detuvo Jesús en aquel albergue donde estuvo tanto tiempo antes de resucitar a Lázaro y donde la Magdalena fué a recibirlo. Ya habían llegado María Santísima, otras mujeres y cinco de los apóstoles: Judas, Tomás, Simón, Santiago el Menor y Tadeo. Con ellos estaban Juan Marcos y otros más. Lázaro no estaba. Los apóstoles le salieron al encuentro y junto a un pozo le lavaron los pies. Enseñó allí mientras hicieron una comida. Las mujeres fueron a Betania y Jesús se quedó con los demás. Al día siguiente no se dirigió todavía a Betania, sino que con los tres jóvenes del viaje a Caldea, fué caminando por los alrededores, mientras otros apóstoles, en dos grupos que presidían Tadeo y Santiago,

instruían y sanaban en las casas de los contornos. Los he visto sanar en diversas maneras: a veces poniendo las manos sobre ellos, soplando, extendiéndose sobre ellos, o tomando a las criaturas contra su pecho y soplándoles en el rostro.

Jesús, por su parte, sanó en el camino a un endemoniado cuyos padres corrieron tras de Él cuando iba a entrar en un pueblo vecino. Jesús los siguió hasta el patio de su casa donde se encontraba el poseso, el cual comenzó a enfurecerse, saltando de un lado a otro y trepando por las paredes. La gente quería sujetarlo y no podía, porque siempre se escapaba. Jesús dijo a los presentes que salieran y lo dejaran a Él con el niño. Cuando estuvo solo, le mandó viniese a su presencia. No quiso al principio acercarse y sacó la lengua contra Jesús. Llamado nuevamente, miró con la cabeza retorcida, sobre los hombros, a Jesús. Éste levantó sus ojos al cielo, oró y llamó al endemoniado, que vino echándose de bruces a sus pies. Jesús pasó entonces con uno y otro pie sobre él como si pisara al diablo y se vió salir de la boca abierta del poseso un vapor oscuro que se desvaneció en el aire. En este vapor oscuro vi como tres nudos de los cuales el último era el más fuerte y el más tenebroso. Estos tres nudos estaban unidos entre sí por una cuerda más gruesa y muchos hilos delgados. No encuentro otra comparación que la de un incensario donde estuvieran tres, uno sobre otro, y de ellos saliera el humo para unirse todos en uno en la parte superior. Estaba el niño allí tendido como muerto. Jesús trazó sobre él la señal de la cruz y le mandó levantarse. Se levantó y Juan, tomándole de la mano, se lo entregó a sus padres que estaban en la puerta. Dijo Jesús que les daba al hijo sano, pero que volvería a pedirlo para Sí. Añadió que no pecaran más, pues por causa de los pecados de sus padres había caído el hijo en ese miserable estado.

Después se dirigió a Betania y le siguió el joven librado y otros muchos sanados en estos días, como también algunos curados por los apóstoles. Se produjo una verdadera conmoción en Betania, pues los favorecidos publicaban por todas partes los milagros de Jesús. He visto que acudieron a Jesús algunos sacerdotes, lo invitaron a la sinagoga y le entregaron un libro de Moisés para que lo explicara. Habían acudido muchos oyentes, y algunas de las santas mujeres reunidas en Betania. Después pasaron todos a la casa de Simón el leproso de Betania, donde las santas mujeres prepararon una comida en una sala alquilada a este fariseo. Lázaro no estaba presente. Jesús pasó la noche con sus tres discípulos jóvenes en un lugar junto a la sinagoga. Los apóstoles y discípulos fueron al albergue a la en-

trada de Betania. María Santísima y las otras mujeres se hospedaban en la casa de Marta y Magdalena. La casa donde comúnmente vivía Lázaro estaba cerca de Jerusalén y parecía un castillo rodeado de canales con un puente para entrar en el patio y los jardines.

A la mañana siguiente volvió Jesús a enseñar en el local de la escuela, donde estaban también el discípulos Saturnino, Natanael Chased y Zaqueo. Habían traído a Betania a muchos enfermos. Hubo otra comida en casa del fariseo Simón y Jesús repartió los alimentos a los pobres y los invitó a sentarse a la mesa. Esto dió motivo a que los fariseos murmuraran que Jesús era un derrochador y que todo lo repartía entre la chusma. Mientras tanto habían puesto en doble hilera una cantidad de enfermos desde la escuela hasta la casa de Simón el leproso. No había leprosos aquí: éstos se solían colocar en lugares apartados. Los enfermos eran todos hombres. Cuando Jesús se dirigió a éstos le acompañaron tres discípulos: dos a los lados y uno detrás de Él. Jesús fué por una hilera y volvió por otra y sanó en formas diversas a esos enfermos. Delante de algunos pasó de largo; a otros los exhortaba que mejorasen antes de conducta. A unos tocaba y a otros les mandaba levantarse. A un hidrópico le pasó la mano sobre la cabeza y el estómago y volvió a su estado normal, mientras el agua le caía como sudor hasta los pies. Muchos sanados se postraban delante de Jesús. Los que le acompañaban ayudaban y sacaban a los curados. Cuando Jesús terminó, volvió a la escuela e hizo dar lugar a los sanados para que escuchasen su predicación.

Desde Betania mandó Jesús a los discípulos de a dos en dos, para que fuesen por los alrededores a enseñar y a sanar; a unos a Betania, y a otros en torno de Betfagé. Jesús con sus tres jóvenes se dirigió al Sur de Betania, a algunas horas de un poblado, donde enseñó. Aquí lo he visto entrar en la casa de un hombre a quien había sanado ya de su mudez y que ahora, por otros desórdenes, había quedado baldado: los dedos de las manos se le habían torcido. Jesús lo amonestó, lo tocó y sanó de su mal. También sanó a varias niñas que yacían pálidas y parecían lunáticas, pues ya reían, ya lloraban, sin motivo para ello.

Cuando volvió un poco antes del Sábado a Betania para ir a la escuela a enseñar, yo oí las murmuraciones de los fariseos: que Jesús no podía hacer lo que Dios había hecho en el desierto a los hijos de Israel, es decir, hacer llover maná del cielo. Jesús no pernoctó esta vez en Betania, sino afuera, en el

albergue donde estaban los discípulos. De Jerusalén vinieron el hijo del anciano Simeón, llamado Obed, servidor en el templo y discípulo oculto de Jesús; un pariente de Verónica y otro pariente de Juana Chusa. He visto que éste fué obispo de Kedar, después de haber vivido bastante tiempo como solitario en aquel lugar donde descansó la Sagrada Familia y se inclinó hacia ellos el datilero. Estos discípulos preguntaron a Jesús por qué se había ausentado tanto tiempo, qué cosas había hecho en aquellos lugares, de las cuales nada se sabía. Les dió una respuesta parecida a esto: que los tapices, alfombras y objetos de precio, si uno los aparta de sí por algún tiempo, se da cuenta de que no los tiene y vuelve a desearlos con mayor voluntad. Añadió que si uno siembra todo lo que tiene en un solo campo puede venir el granizo y se lo lleva todo. Si la enseñanza y la ayuda a los demás se ha hecho en varios lugares, no podrá tan fácilmente perderse todo. Estos discípulos traían la noticia de que el Sumo Sacerdote y los fariseos habían establecido espías alrededor de Jerusalén para tomarlo preso no bien se acercase. Jesús tomó sólo los dos últimos discípulos, Selam de Kedar y Silvano, y se retiró a la posesión de Lázaro en Ginea, adonde ahora vivía retirado. Jesús caminó toda la noche en esa dirección. Lázaro había estado dos días antes entre Betania y Belén, donde los Reyes Magos habían dado descanso a sus bestias. Al saber que Jesús iba a su casa, volvió a Ginea. Jesús ya sabía que esos tres discípulos le traerían la noticia y que se alejaría de Betania. Por esto las dos noches anteriores no pernoctó en Betania, sino afuera. Llegó a la casa de Lázaro antes de aclarar y golpeó al portón de la posesión. Salió el mismo Lázaro, hizo luz y lo llevó a una sala donde lo esperaban Nicodemo, José de Arimatea, Juan Marcos y Jairo, un hermano menor de Obed.

Más tarde vi a Jesús con sus dos discípulos en Efrón, donde celebró el Sábado y adonde llegaron desde Betania los apóstoles Andrés, Judas, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Zaqueo y otros siete discípulos. Cuando Judas Iscariote salió de Betania he visto que María Santísima exhortaba encarecidamente a este apóstol se midiera más, fuese prudente, tuviera cuidado de sus actos y no se mezclase en tantos asuntos.

En Efrón he visto que Jesús sanó a ciegos, baldados, mudos y sordos y libró a un endemoniado. Después se fué al Norte de Jericó, donde entró en un refugio para enfermos y pobres. Allí sanó a un anciano ciego, al cual no había curado en otra ocasión cuando sanó a dos ciegos tocando sus ojos con su saliva. Ahora

lo curó con su palabra. Del refugio volvió a la posesión de Lázaro y desde aquí, en su compañía, a Betania, donde lo aguardaban las santas mujeres.

III

Las últimas semanas antes de la Pasión. Jesús en el Templo

Vuelto a Betania se dirigió Jesús al día siguiente al Templo para enseñar. La santa Madre lo acompañó un trecho del camino a Jerusalén. Jesús la preparó para la gran aflicción que se acercaba; le avisó que se aproximaba el cumplimiento de la profecía de Simeón: una espada de dolor le traspasaría el alma. Le dijo que lo traicionarían, lo tomarían preso, lo maltratarían y lo harían morir como a un malhechor, y que Ella tendría que presenciarlo todo. Jesús habló mucho tiempo y María estaba sumamente triste. Ya en Jerusalén, Jesús se hospedó en casa de María Marcos, madre del discípulo Juan Marcos, que está como a un cuarto de hora del templo, delante de la ciudad. Al día siguiente enseñó en el templo pública y muy severamente. Ya se habían retirado los fariseos y sacerdotes. Estaban presentes todos los apóstoles, que habían entrado en varios grupos para no llamar la atención. Jesús habló en la sala redonda donde había estado cuando permaneció en el templo a los doce años. Habían traído asientos para los oyentes y se reunieron muchos para escuchar su palabra.

Ya empezó para Jesús el tiempo de su Pasión, porque está atormentado internamente por una inmensa tristeza al ver la ingratitud y la obstinación de los judíos. En éste y el siguiente día Jesús pernoctaba fuera de la ciudad en aquella casa junto a las puertas de Belén, donde se refugió María cuando presentó al Niño en el Templo. Había allí varias divisiones unas junto a otras y un encargado mantenía el orden. Cuando iba al templo lo acompañaban solamente Pedro, Santiago el Mayor y Juan. Los demás venían en grupos. Los apóstoles y discípulos volvían por la tarde a la casa de Lázaro en Betania.

Al día siguiente enseñó en el templo desde la mañana hasta mediodía y estuvieron también los fariseos. Por la tarde volvió a Betania, donde habló nuevamente con su santa Madre de los sufrimientos que le esperaban. Los vi en una glorieta, en el patio de la casa de Lázaro. En la enseñanza de Jesús en el templo no aparecen públicamente los discípulos ocultos, como Nicodemo, José de Arimatea, los hijos de Simeón y otros. Si no

hay fariseos entre los oyentes, ellos escuchan desde cierta distancia y ocultos. Habló Jesús hoy, con una comparación, de un campo donde había crecido la cizaña; que es necesario tratarlo con cuidado para no arrancar el buen trigo junto con la cizaña. Jesús les dijo hoy a los fariseos las verdades tan a propósito que a pesar de su enojo no pudieron menos de reconocer que sabía decirlas. Cuando más tarde continuó su instrucción, los fariseos cerraron la entrada al lugar donde hablaba Jesús para que no acudiesen otros a oírle. Jesús continuó enseñando hasta entrada la noche. No hacía muchos movimientos y hablaba sencillamente, volviéndose a un lado o a otro, hacia los oyentes. Decía que había venido para tres clases de personas, mientras señalaba a tres lados del templo y a tres partes del mundo. Ya en el camino al templo había dicho a los apóstoles que cuando Él se hubiese apartado de ellos, lo buscasen siempre en el mediodía. Pedro, como siempre impetuoso, preguntó qué significaba eso de "mediodía". Jesús contestó: "Al mediodía está el sol sobre nosotros y no produce sombra; pero en la mañana y en la tarde hay siempre sombra y a medianoche oscuridad completa". Si lo buscaban al "mediodía" lo encontrarían en sí mismos, cuando no hubiese sombra allí. Tenían estas palabras otro significado referente a las partes del mundo, pero ya no puedo recordarlo.

Los judíos se vuelven más osados. Cerraron la verja que lleva al lugar de la enseñanza y el sitio de la silla. Cuando Jesús volvió al lugar de la enseñanza, al tocar el cancel se abrió solo; lo mismo sucedió al acercarse al sitial. Esta vez había entre los oyentes muchos que fueron discípulos del Bautista y ahora lo eran de Jesús, aunque ocultamente. Jesús habló del Bautista y preguntó qué pensaban ahora de Juan y qué opinaban de Jesús mismo. Quería rectificar sus errores, pero ellos tuvieron miedo de hablar. Habló entonces de un padre que tenía dos hijos para cultivar un campo. Uno de los hijos dijo que sí, pero no fué a trabajar; el otro dijo que no, pero luego se arrepintió de lo dicho y fué a trabajar. Jesús habló largo rato sobre esta parábola. Después de su entrada triunfal recuerdo que volvió a hablar de esta parábola. Cuando al día siguiente volvió de Betania al templo, donde le habían precedido los discípulos para abrir el cancel, un ciego en el camino le pidió salud; pero el Señor pasó de largo. Los discípulos no estaban de acuerdo con este proceder y el Señor tocó en su enseñanza ese punto, y diciendo por qué no lo había escuchado: el hombre está en un estado de ceguera espiritual mucho peor que la ceguera corporal. Habló muy seriamente diciendo que muchos de los que le siguen y

acuden a sus enseñanzas no creen en Él, sino que vienen para presenciar alguna maravilla. Añadió que en la hora de la prueba le abandonarían: eran como aquéllos que le seguían cuando los alimentó multiplicando los panes y luego lo dejaron. Dijo que ésos podían desde ya apartarse de Él. He visto que después de estas palabras muchos lo dejaron y no quedaron más de unas cien personas en torno de Jesús. He visto llorar a Jesús por causa de este abandono, al volver a Betania.

Al día siguiente por la tarde se dirigió Jesús al templo con sólo seis apóstoles, que le seguían detrás. El mismo Jesús ordenó las sillas, quitándolas del camino y la sala, cosa de que se admiraron los apóstoles. Habló sobre esto y añadió que pronto los dejaría. El Sábado siguiente enseñó en el templo desde la mañana hasta la tarde, aparte a los apóstoles y discípulos solos en un local, diciéndoles, con palabras algo veladas, muchas cosas futuras; luego, en la sala general, donde le escuchaban algunos fariseos espiando sus palabras. Al mediodía hizo una pausa. Habló de virtudes aparentes y en realidad falsas, de un amor que es amor propio y avaricia, de una humildad fingida donde no hay sino vanidad y cómo el mal se suele mezclar con el bien con apariencia de virtud. Les dijo que muchos de los que le seguían lo hicieron porque esperaban un reino temporal y obtener un puesto en ese reino sin que les costase mucho trabajo, como la madre de los Zebedeos lo había imaginado para sus hijos. Dijo que no juntasen bienes vanos y perecederos por efecto de avaricia: he visto que hablaba para Judas Iscariote. Refiriéndose al ayuno, a la mortificación y a la oración dijo que no debe hacerse con hipocresía, recordando el enojo de los fariseos cuando un año atrás se escandalizaron de haber visto a los apóstoles hambrientos que restregaban entre sus manos unos granos de trigo para acallar el hambre. Repitió muchas enseñanzas de antes y explicó otras que antes no habían podido entender. Habló también de su ausencia, alabando la buena compañía de sus tres jóvenes acompañantes, su obediencia y su silencio, y dijo que habían realizado todos esos viajes en la mayor unión y paz. Habló de esto con mucha ternura.

Luego volvió a hablar del final de su misión, de su Pasión y de su muerte: que antes sería su entrada triunfal en Jerusalén. Dijo que lo maltratarían de un modo inhumano; que era necesario que sufriese mucho para satisfacer por todos los pecados del mundo. Recordó a su santa Madre, cómo y cuánto debía Ella sufrir con Él. Mostró la honda miseria y perversidad del hombre y cómo sin sus sufrimientos nadie podría ser jus-

tificado. Al decir que sus sufrimientos eran para satisfacer, los fariseos no pudieron contenerse, comenzaron a hablar con sorna y a tumultuar: algunos salían afuera y conjuraban con gente de la chusma. Jesús tranquilizó a sus discípulos diciéndoles que no se preocuparan, que nada podían hacer ahora contra Él, porque su tiempo no había llegado: que esto formaba parte de sus sufrimientos. Habló, sin nombrarla, de la casa donde celebrarían la Pascua, que sería luego casa de reunión y donde recibirían al Espíritu Santo. Habló de una reunión, de una comida y una bebida, y cómo Él quedaría por ella eternamente entre los hombres. Habló de sus discípulos ocultos, como los hijos de Simeón, Nicodemo, José de Arimatea y otros, y los disculpó diciendo que esto era un bien ahora, ya que tenían ellos que cumplir con encargos y una misión que no hubiesen podido cumplir en otras condiciones. Como entrasen algunos venidos de Nazaret y se pusieran a escuchar la enseñanza de Jesús, Él se volvió y dijo que no había en ellos ninguna voluntad ni seriedad, sino que se habían combinado a entrar por pasatiempo y curiosidad. Cuando quedó solo con sus apóstoles, les anunció cosas que les sucederían después que Él hubiese vuelto a su Padre. A Pedro le dijo que tendría mucho que sufrir, pero que no se espantase y se mantuviese fiel hasta el fin: que gobernase la pequeña comunidad, la cual se aumentaría grandemente. Le dijo que permaneciese tres años con Juan y Santiago el Menor en Jerusalén para atender a la Iglesia en formación. Habló del discípulo que primero daría su sangre por Él, sin nombrar a Esteban. Habló de otro que se habría de convertir y trabajar después más que muchos otros, por su nombre, sin nombrar a Pablo. Los apóstoles no podían comprender estas cosas futuras. Anunció que perseguirían a Lázaro y a las santas mujeres, y dijo a los apóstoles adónde debían ir en la primera mitad del año, después de su muerte. Pedro, Juan y Santiago el Mayor debían permanecer en Jerusalén. Andrés y Zaqueo debían ir al país de Galaad. Felipe y Bartolomé a Gessur, en los confines de la Siria.

Vi en este momento cómo estos cuatro apóstoles, pasando el Jordán junto a Jericó, fueron al Norte. Felipe sanó en Gessur a una mujer enferma; fué muy apreciado al principio, y luego perseguido. No lejos de Gessur estuvo Bartolomé y fué también a los de su casa. Era descendiente de un rey de esta ciudad, emparentado con David. Bartolomé era muy fino y delicado en el trato con los apóstoles. Estos cuatro apóstoles no permanecieron juntos, sino que misionaban en diferentes lugares de la

misma comarca. Galaad, adonde se dirigieron Andrés y Zaqueo, no estaba lejos de Sella, donde había pasado Judas Iscariote parte de su niñez. Santiago el Mayor con otro discípulo debía tomar el Norte de Cafarnaúm e ir a las comarcas de los paganos. Tomás y Mateo debían ir primero a Efeso para preparar el país adonde debía trasladarse la Virgen Santísima y donde habría más tarde muchos fieles. Los apóstoles se extrañaron que dijese que María iría a vivir a Efeso. Tadeo y Simón debían ir primero a los samaritanos. A esos lugares nadie quería ir: preferían ir a lugares de paganos solos. Les dijo que dos veces se reunirían en Jerusalén antes de separarse para predicar en los pueblos infieles. Habló también de un hombre que en Samaría haría muchos prodigios parecidos a los suyos, por el poder de Satanás. Este hombre se querrá convertir y que lo recibiesen, pues también el diablo debía dar gloria a Dios. Hablaba de Simón el Mago, pero sin nombrarlo. Durante esta enseñanza los apóstoles preguntaban varias cosas, como hacen los discípulos a su Maestro, y Jesús les explicaba lo necesario. Todo procedía con sencilla naturalidad.

Tres años después de la muerte de Jesús se reunieron los apóstoles en Jerusalén. Después Pedro dejó la ciudad y Juan se trasladó con María a Efeso. En Jerusalén se levantó la persecución contra Lázaro, Marta y Magdalena que habitaba aquella gruta salitaria donde vivió Isabel cuando huyó con el niño Juan al desierto. Los apóstoles habían reunido en los primeros tiempos todo lo que pertenecía a la primitiva Iglesia. En la mitad del tiempo de la vida de María en Efeso, es decir, al sexto año de la Ascensión, se reunieron otra vez los apóstoles en Jerusalén. Compusieron el Credo, ordenaron muchas cosas, dieron destino a las que poseyeron antes, y asignaron los jefes de las cristiandades que se formaban: luego partieron a lejanos países. En la muerte de María volvieron a encontrarse por última vez reunidos en la tierra.

Cuando Jesús terminó de hablar y dejó el templo, estaban los fariseos apostados en la puerta y en el camino, esperando para apedrearlo. Jesús se sustrajo de su vista, se dirigió a Betania y en los tres siguientes días no volvió al templo. Quería dejar a los discípulos tiempo suficiente para pensar y reflexionar en todas las cosas que les había enseñado y las futuras que les predijo. En efecto, acudieron a Él pidiéndole explicaciones, y Jesús les mandó que anotaran las cosas futuras. He visto que Natanael de Caná, que era muy diestro en escribir, hacía anotaciones. Yo me admiré que no las hiciera Juan u otro

apóstol, sino un discípulo. Natanael recibió después del bautismo otro nombre. En estos días llegaron tres hombres jóvenes desde la ciudad caldea de Sidkor a la casa de Lázaro y fueron alojados en el albergue de los discípulos. Estos jóvenes eran de contextura más esbelta, grande y ágil que los habitantes de Judea. Jesús habló con ellos y los dirigió al centurión de Cafarnaúm que había sido pagano y ahora creyente: él les enseñaría. He visto como este hombre en efecto contó la curación de su criado y les dijo por qué no había querido que Jesús entrase en su casa. Se celebraba precisamente en su casa cierta fiesta pagana y le daba vergüenza hacer entrar a Jesús, al Hijo de Dios, en la casa de un gentil. He visto que cinco semanas antes de la Pascua de los judíos tenían los paganos sus bacanales donde se entregaban a todas las orgías y desórdenes. El centurión Cornelio, después de su conversión, destruyó todos los ídolos, entregando al templo los metales y muchas limosnas. Estos tres caldeos volvieron, después de algunos días, a Betania, y de allí regresaron a Sidkor donde reunieron a otros creyentes de la doctrina de Jesús y se retiraron a vivir con todo lo que tenían al país del rey Mensor.

Jesús, que había ido al templo con sólo los tres jóvenes discípulos, se dirigió ahora al templo con todos los apóstoles y discípulos. He visto a los fariseos abandonar el sitial de enseñanza en presencia de Jesús y desde detrás de las columnas espiar sus palabras cuando anunciaba a los apóstoles su pasión y su muerte. Junto a las paredes del pórtico, delante de la entrada al templo, tenían su despacho siete u ocho despenseros que vendían artículos de comida y una bebida roja en pequeñas botellas. Eran vendedores de estos artículos; en cuanto a si eran buenos o malos no sabría decirlo; pero he visto que los fariseos con frecuencia se acercaban a ellos. Como Jesús, que había pernoctado en Jerusalén, llegó esta mañana con todos los suyos al templo y vió a estos mercaderes, les mandó que sacaran de allí todos sus artículos. Como no se dieran por entendidos, Él mismo amontonó todas esas cosas y las hizo llevar de allí. Cuando llegó al templo estaba el sitial ocupado por otro, el cual lo abandonó tan pronto como si alguien lo hubiese obligado por violencia.

Al Sábado siguiente volvió a enseñar en el templo después que los judíos habían terminado sus actos y habló hasta entrada la noche. Se refirió, en esta ocasión, a su breve estadía entre los paganos, dando a entender cuán bien le habían recibido allí y cómo abrazaron su doctrina. Dijo que podían ser testigos de lo que afirmaba los tres jóvenes que acababan de venir del país

de los caldeos. Estos jóvenes no habían podido ver a Jesús en Sidkor; pero por sólo oír a los demás las maravillas de Jesús, se determinaron a venir hasta Betania para instruirse. Al día siguiente Jesús hizo cerrar tres columnas del local de la enseñanza para hablar a solas con sus apóstoles y discípulos. Repitió sus enseñanzas del verdadero ayuno y del modo de hacerlo de los fariseos y habló de su ayuno en el desierto. Recordó varios episodios de sus viajes, de cómo llamó a los apóstoles y para qué fin los llamó. Tomó luego algunos grupos. Con Judas habló pocas palabras, porque éste traía ya la traición en su corazón: estaba irritado y acababa de hacer contrato con los fariseos. Después se dirigió a los discípulos y les habló de su misión. Los veo a todos muy tristes. La Pasión de Jesús debe estar muy cerca. Esta última enseñanza de Jesús antes del Domingo de Ramos duró cuatro horas. El templo estaba lleno de gente y todos los que querían podían escuchar su palabra. Muchas mujeres oían desde un lugar separado por una reja. Jesús volvió a explicar muchas cosas de las que ya había enseñado y obrado. Habló del hombre sanado en la piscina de Betesda, y dijo por qué lo hizo en aquel tiempo. Habló de la resurrección del hijo de la viuda de Naím y cómo éste le siguió en seguida, y aquélla no. Luego dijo que Él mismo sería abandonado por los suyos, pero que primero iba a hacer su entrada triunfal en Jerusalén, donde los niños, que hasta entonces no habían hablado, lo aclamarían. Muchísimos cortarían ramas de los árboles y palmas para echarlas a su paso; otros pondrían sus propios vestidos. Declaró que los que cortarían ramas para ponerlas en su camino no le serían fieles. Aquéllos que se quitarían sus propios vestidos, se despojaban de su propio querer y permanecerían fieles. No dijo que montaría en un asno: por eso pensaban ellos que entraría en Jerusalén en un soberbio corcel o en camello, como los Reyes Magos. Se promovió con este motivo un murmullo y cuchicheo. No tomaron tampoco a la letra lo de los quince días y pensaban en un tiempo más largo. Jesús les repitió: "Tres veces cinco días".

Todas estas cosas fueron motivo de gran agitación entre los escribas y fariseos. Celebraron un consejo en casa de Caifás y emanaron un decreto prohibiendo a todos recibir y hospedar en sus casas a Jesús y a sus discípulos. Mandaron espías y gente que custodiasen las puertas y por esto Jesús se mantuvo oculto en casa de Lázaro en Betania.

IV

Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén

Jesús se mantuvo oculto con Pedro, Juan, Santiago y Lázaro en los mismos cuartos subterráneos donde se ocultó Lázaro después de su resurrección, porque lo perseguían. La Virgen Santísima, con seis de las santas mujeres, se mantuvo también oculta en casa de Lázaro durante esos días. Estos lugares escondidos estaban detrás de la casa de Lázaro, y arreglados para ser habitados cómodamente. Jesús, Lázaro y sus tres apóstoles ocupaban un gran espacio sostenido por columnas, donde ardían algunas lámparas. Las santas mujeres ocupaban un ángulo separado del resto por una verja. De los demás discípulos, algunos estaban en el albergue que tenían fuera del poblado y otros en distintos lugares. Jesús anunció que mañana sería el día de su entrada triunfal: mandó que llamasen a todos los apóstoles y discípulos, y habló largamente con ellos. Los apóstoles estaban tristes. Con Judas se manifestó amable y hasta le dió el encargo de ir a avisar a los apóstoles y discípulos que faltaban. Estos encargos le gustaban mucho, pues le agradaba hacerse importante y aparecer como capaz. Después enseñó Jesús a Lázaro y a las santas mujeres una parábola. Comenzó hablando del Paraíso terrenal, de la caída de Adán y Eva y de la promesa del Redentor. Habló del aumento y crecimiento del mal y del pequeño número de los fieles trabajadores en el jardín de Dios. Luego enlazó con esto la parábola del Rey que tenía un magnífico jardín, al cual vino una mujer que mostró al rey un espléndido jardín de especias aromáticas, que lindaba con las posesiones del rey. Esta mujer dijo al rey: "Si ese hombre sale del país, conviene que el rey compre su jardín y establezca en él su plantación de aromas". El rey, empero, quería plantar ajos y cebollas en el jardín de ese pobre hombre que estimaba tanto su jardín plantado de especies aromáticas, y que lo tenía por lugar sagrado destinado sólo a plantas nobles. El rey mandó llamar al dueño del jardín, pero éste no quería dejar su posesión ni salir de allí. Yo he visto a este hombre cómo cultivaba su jardín y lo cuidaba él mismo. Fué perseguido en todas las formas y hasta quisieron apedrearlo en su propio jardín, de modo que el hombre enfermó de pena y dolor. Finalmente sucedió que el rey perdió su padre y todo lo que tenía; en cambio, el jardín y todas las cosas del pobre hombre prosperaron grandemente. En ese momento vi esta bendición sobre el hombre

en forma de un árbol hermoso que fué creciendo hasta cubrir la superficie de la tierra. Toda la parábola yo la veía desarrollarse como una realidad y la prosperidad de ese hombre como un brotar, crecer, propagarse y desarrollarse, y cómo de allí se regaba el mundo, recibía luz, rocío, lluvia y fecundidad. Esta bendición se propagó hasta las más lejanas comarcas. Jesús explicó la parábola diciendo que Satán y su reino del mal es ese rey que maltrata al Hijo de Dios, o quien el Padre mismo le ha confiado el jardín para cultivarlo. Dijo que así como el pecado y la muerte habían comenzado en un jardín, así comenzaría la Pasión de Aquél que tomó sobre Sí el pecado, en un jardín, y que el triunfo se completaría con la Resurrección en un jardín.

Después de esto hubo una comida parca, y siendo ya oscuro los discípulos se retiraron en los departamentos de la casa de Lázaro. A la mañana siguiente envió Jesús a los discípulos Eremenzear y Silas a Jerusalén, a través de los jardines y posesiones de Betfagé, por caminos no reales para que abriesen canceles y barracas y dejasen expedito el tránsito a Jerusalén. Les dijo que en el camino a Betfagé, junto al albergue, a través del cual va el camino, encontrarían una asna con su pollino en la pradera: que la asna la ataran al vallado y si alguien preguntara por qué lo hacían, contestaran que el Señor lo mandaba. Mandóles que el camino lo aparejasen y preparasen hasta el templo, y luego volviesen. Yo he visto cómo estos dos discípulos prepararon el camino, abrían las tranqueras y quitaban todo estorbo. El albergue grande, en cuyas praderas estaban la asna y el pollino, tenía un patio con un pozo. La asna pertenecía a un extranjero que al ir al templo la había dejado allí. Los discípulos ataron la asna y al pollino lo dejaron libre. Los he visto después ir sacando todo estorbo del camino hasta cerca del templo. Los mercaderes de comestibles que Jesús había echado del templo habían vuelto a ocupar su lugar. Los discípulos fueron sin más a ellos y les dijeron que debían desocuparlo porque el Señor haría su entrada triunfal. Cuando hubieron cumplido todo esto se volvieron por el camino principal a Betfagé.

Mientras tanto Jesús había mandado a una parte de los apóstoles más fieles por el camino común a Jerusalén para que anunciasen la entrada triunfal a María Marcos, Verónica, Nicodemus, a los hijos de Simeón y a otros amigos. Luego se dirigió Jesús con todos los demás apóstoles a Betfagé. Las santas mujeres, con la Santísima Virgen a la cabeza, siguieron a Jesús a cierta distancia. Cuando Éste llegó a una casa del camino, con patio, pórtico y galerías, se detuvo y dió varias órdenes. Envió

a dos discípulos con mantas, que habían traído de Betania o Betfagé, para que con ellas enjaezaran a la asnilla diciendo al dueño que el Señor necesitaba ese animal. Luego habló a la gente que se iba reuniendo, desde esas galerías abiertas, donde se habían acomodado, con María Santísima y las santas mujeres. Jesús estaba levantado sobre la gente que lo rodeaba. Toda la casa estaba adornada de ramas, palmas, hojas y flores; las paredes estaban cubiertas de colgaduras. Jesús habló de la prudencia y previsión; del uso del buen criterio, porque los discípulos le preguntaron por qué tomaba estos senderos vecinales. Les dijo que debían evitarse los peligros y procurar por sí mismos ayudarse y no dejarlo todo a la aventura. Por eso había mandado preparar el camino, buscar la asna y hacerla atar. Jesús ordenó el cortejo. A los apóstoles los hizo caminar de a dos a su lado, diciéndoles que debían representarlo después de su muerte en la comunidad. Pedro era el primero; luego, aquéllos que irían a las partes más lejanas a predicar el Evangelio. Los últimos delante con Jesús eran Juan y Santiago el Menor. Todos llevaban ramas de palmas. Cuando los dos discípulos de Betfagé vieron que venía el Señor, fueron a su encuentro con la asna y el pollino. Sobre el animal pusieron mantas, de modo que sólo se veía la cabeza y la cola. Jesús se revistió entonces la vestidura blanca de fiesta que llevaban los discípulos: se acomodó la ancha faja con signos y letras y una estola que llegaba hasta los pies terminada en una especie de escudo bordado en los cabos. Los dos discípulos le ayudaron a sentarse sobre el animal, que no tenía riendas, sino sólo una tela angosta al cuello, colgando hacia abajo. No sé decir si Jesús montó la asna o el pollino, pues ambos eran de igual estatura y un animal caminaba al lado del otro. Eliud y Silas iban a los lados de Jesús y Eremenzear detrás: a éstos seguían los nuevos discípulos que Jesús había traído o recibido en los últimos tiempos.

Cuando el cortejo estuvo en orden, la Virgen Santísima, que siempre se mantenía humilde y última, se puso esta vez a la cabeza de las santas mujeres. Comenzaron a cantar mientras caminaban y la gente que se había reunido en Betfagé se unió ahora a la procesión. Jesús les dijo nuevamente que observasen a los judíos cuáles eran los que agitaban sólo ramas y las ponían a su paso: cuáles extendían sus vestidos, y cuáles hacían ambas cosas a la vez. Los últimos serían los que no solamente con su propia abnegación, sino también con sus riquezas mundanas buscarían la honra de Dios.

Cuando uno va de Betania, Betfagé queda a la derecha, mirando hacia Belén. El Huerto de los Olivos separa los dos caminos. Estaba en un terreno bajo y húmedo y formaba un villorrio pobre de pocas casas a ambos lados del camino que va a Jerusalén. La casa de donde sacaron la asna está apartada algo del camino, en una hermosa pradera. El camino se eleva desde allí y baja hacia el valle, en las colinas entre el Huerto de los Olivos y Jerusalén. Jesús esperó entre Betfagé y Betania. Los dos discípulos esperaron detrás de Betfagé, donde llevaron la asnilla. En Jerusalén, los mismos mercaderes que habían desalojado Eremenzear y Silas de sus puestos de venta, porque el Señor iba a entrar solemnemente, se pusieron a adornar el camino: removieron algunas piedras del piso y plantaron arbustos y ramas largas, uniéndolas por arriba en forma de arcos y colgaron de ellos frutas amarillas parecidas a manzanas. Los discípulos enviados a Jerusalén avisaron a muchos de la entrada de Jesús, y ahora salían al encuentro del Maestro, como también muchos forasteros que habían llegado para las próximas fiestas de Pascua. Todos se dirigían hacia el lado de la ciudad por donde iba a entrar Jesús. Muchos extranjeros habían acudido también para ver a Jesús, por haber sabido la resurrección de Lázaro que era muy conocido. Ahora que había corrido la voz de que Jesús se acercaba a Jerusalén, todos ellos salieron a su encuentro. El camino de Betfagé a Jerusalén, va a través del Huerto de los Olivos, que era una elevación, pero no tan alta como la altura donde se asentaba Jerusalén. Saliendo de Betfagé por el Huerto de los Olivos se ve el templo al final del hermoso camino, bordeado de árboles, jardines y huertos. Los que salían de la ciudad iban al encuentro de los que formaban el cortejo de Jesús, que avanzaba cantando salmos. En ese momento salían también algunos sacerdotes con sus vestiduras y quisieron detenerlos: quedaron un momento perplejos, mientras los sacerdotes se dirigieron a Jesús pidiéndole razón de su proceder y por qué no impedía esos cantos, esas aclamaciones y ese tumulto de gente. Jesús les contestó que si ellos callaran, hablarían las piedras del camino. Con esto se retiraron los sacerdotes.

El Sumo Sacerdote reunió al consejo. Llamaron a los parientes de los que seguían a Jesús, hombres, mujeres y niños, como también de aquéllos que salieron al encuentro de Jesús desde Jerusalén, los encerraron en el gran patio y enviaron gentes para espiar lo que pasaba en la procesión de Jesús. De entre las turbas que aclamaban a Jesús muchos arrancaban ramas y palmas y las ponían en el suelo, camino hacia el templo,

y se quitaban el manto y otros vestidos exteriores para ponerlos al paso de Jesús. He visto a algunos que se quitaban hasta las prendas de vestir de medio cuerpo arriba. Los niños abandonaron la escuela y se mezclaron con la turba. La Verónica, que tenía dos hijos consigo, se quitó hasta el velo que traía y lo puso en el camino, y he visto que les sacó ropas a sus niños para echarlos al paso del Señor. Se unió a las santas mujeres que venían detrás: conté diecisiete. El camino tenía ya tantas ramas, hojas, mantos y géneros que era todo como alfombrado, pasando bajo arcos de triunfo hechos con ramas de los árboles.

He visto que Jesús lloró al pensar que tantos que hoy le aclamaban, pedirían muy pronto su muerte. Lloraban los apóstoles al decirles Jesús que uno de ellos lo vendería a sus enemigos. Lloró Jesús al ver el templo que pronto iba a ser destruído. Cuando Jesús llegó a las puertas de la ciudad el júbilo y el clamor de las turbas fué en aumento. Empezaron a poner a su paso a enfermos de todas clases. Jesús tuvo que detenerse con frecuencia, desmontar y sanar a todos indistintamente. Entre la turba jubilosa he visto que se habían mezclado algunos enemigos de Jesús, que gritaban y promovían tumulto. Al acercarse al templo, el adorno era aún más vistoso. Habían dispuesto a los lados del camino lugares cercados; entre plantas y árboles habían dejado corretear corderitos adornados con cintas que solían tener para vender y usar en los sacrificios. Había corderos, ovejas y aves de cuellos largos. Eran los mejores animales que solían elegirse para vender y ofrecer en los sacrificios. El camino desde la puerta de la ciudad hasta el templo, que puede hacerse en menos de media hora, duró tres largas horas. Los enemigos de Jesús entre tanto habían hecho cerrar todas las puertas de la ciudad, de modo que cuando desmontando Jesús cerca del templo, quisieron los discípulos devolver la asna y el pollino, no pudieron salir; las mujeres tampoco. No se volvieron a abrir hasta la tarde. Ahora estaban todos en el templo: las santas mujeres entraron también. Todos tuvieron que quedar sin comer ese día, pues los fariseos habían cerrado las salidas hasta la tarde. Magdalena estaba sumamente preocupada de no poder ofrecer bebida o alimento a Jesús.

Cuando a la tarde abrieron las puertas, las santas mujeres volvieron a Betania y más tarde llegó también Jesús con los apóstoles. Magdalena, a la que vi tan afligida por Jesús, preparó una comida para el Señor y los discípulos. Siendo ya oscuro entró Jesús en el patio de Lázaro, y la Magdalena llevóle agua en una palangana, le lavó los pies y los secó con un paño

que tenía sobre los hombros. Luego pasaron a tomar una refección, ya que no fué una verdadera comida. Nuevamente la Magdalena se acercó a Jesús y derramó sobre su cabeza un ungüento muy precioso. He visto que Judas, al pasar junto a ella, murmuraba de esta acción, y que Magdalena le dijo que nunca podría olvidar lo que Jesús había hecho por ella y por su hermano Lázaro. Se retiró Jesús al albergue de Simón el leproso donde se había reunido mucha gente y allí enseñó. De aquí pasó al albergue de los apóstoles, donde habló un corto tiempo, regresando después a la casa del llamado Simón, curado de la lepra.

Cuando al día siguiente volvió con los apóstoles a Jerusalén, tuvo hambre: a mí me pareció entender que tenía hambre de la conversión de los judíos y ansias de morir por ellos. Había deseado haber completado la obra de su Pasión y Muerte, que comprendía debía ser pesada y le causaba temor. Se acercó a una higuera del camino, y viendo que no tenía más que hojas, sin fruto, la maldijo diciendo que de ella no nazca jamás fruto. A los que no creyeren en Él les pasaría lo mismo. Conocí que la higuera era en este caso la antigua ley que debía ser reemplazada por la vid de la nueva cristiana ley de gracia.

En el camino al templo vi todavía muchos arcos, gallardetes y ramas de ayer. En la primera galería delante del templo se habían instalado de nuevo muchos vendedores. Algunos tenían canastos en sus espaldas o cajones que abrían y ponían sobre caballetes que traían también consigo. He visto sobre las mesas las monedas unidas de diversas maneras con cadenitas, ganchos o tiras de cuero: tenían figuras dibujadas o grabadas, amarillentas, oscuras, blancas y de otros colores. Creo que eran monedas para colgarse y adornarse. Vi grandes canastos con aves, unos sobre otros, y en un pórtico terneros y otros animales para el sacrificio. Jesús mandó a toda esa gente que saliera afuera, y como tardaran en hacerlo, retorció una faja y con ella los arrojó del templo.

Mientras Jesús enseñaba en el templo, algunas personas distinguidas de Grecia mandaron un enviado a Felipe para que preguntara a Jesús dónde y cuándo podían hablar con Él, ya que no podían entrar en el templo por ser paganos. Felipe se lo dijo a Andrés y éste al Señor, el cual contestó que estuviesen junto a la casa de Juan Marcos cuando saliese para dirigirse a Betania. Jesús siguió su enseñanza. Se notaba en Él un aire de profunda tristeza. Cuando en un punto juntó las manos y miró a lo alto, vió el rayo de una nube brillante descender sobre Él

y se oyó como el eco de una voz. El pueblo vió la luz, miró admirado a lo alto y se preguntaban unos a otros. Jesús continuó su prédica y la visión se repitió varias veces. Después lo vi descender del sitial, mezclarse entre sus apóstoles y salir inadvertido del templo entre la multitud.

Cuando Jesús enseñaba, los discípulos le ponían un manto blanco. Cuando terminaba de hablar, le quitaban ese manto festivo y así podía Jesús pasar fácilmente inobservado por entre la multitud. Alrededor del sitial de la enseñanza había tres gradas para sentarse los oyentes. Las barandillas de estas tres gradas estaban adornadas con varias figuras de tallas. En el templo no había figura o estatua alguna: sólo adornos de vides, racimos de uvas, animales que se ofrecían en el sacrificio y niños fajados, como he visto también en algunos bordados de María Santísima. (Quizás Moisés salvado de las aguas).

Era pleno día cuando Jesús se encontró con sus discípulos en la casa de Juan Marcos. Acudieron los griegos y Jesús habló con ellos por espacio de algunos minutos. Entre ellos había algunas mujeres que se mantuvieron detrás de los hombres. He visto que estos hombres se convirtieron y fueron de los primeros en hacerse bautizar después de Pentecostés.

V

Nueva unción de María Magdalena

Jesús estaba lleno de tristeza cuando fué con sus apóstoles a Betania para el Sábado. Cuando predicaba en el templo debían los judíos, según la orden del Sanedrín, cerrar sus casas, prohibiéndoles recibir a Jesús o a sus apóstoles ni darles nada de comer o beber. En Betania fueron al albergue de Simón el leproso, donde hubo una comida. La Magdalena, siempre llena de compasión por las penas de Jesús, le salió al encuentro en la puerta, vestida de penitenta, con la faja y con los cabellos sueltos debajo de su velo negro. Se echó a los pies del Señor, y le limpió los pies del polvo del camino con sus cabellos, como limpiaría uno los zapatos con el cepillo. Hizo esta acción delante de todos, aunque algunos la criticaban, juzgándola torcidamente.

Se dispusieron para el Sábado, se pusieron sus vestidos rituales, rezaron bajo la lámpara y se sentaron a la mesa. Hacia el fin apareció de nuevo detrás del Señor la dolorida y angustiada Magdalena, llena de amor compasivo hacia el Señor. Rompió un recipiente, lleno de exquisito perfume, sobre la cabeza

de Jesús, y el resto lo vació sobre sus pies, los que volvió a secar con sus cabellos sueltos. Hecho esto, abandonó la sala. Algunos se escandalizaron, especialmente Judas, que trató de ganar para su idea a Mateo, a Tomás y a Juan Marcos; pero intervino Jesús, que alabó la acción de María Magdalena. Estas unciones las hizo varias veces con Jesús, aunque no se hable de ellas en los Evangelios. Muchas cosas que están una sola vez, incluso las parábolas, fueron hechas o dichas en varias ocasiones.

Después de la comida y de la oración, los apóstoles y discípulos se dispersaron. Judas Iscariote corrió esa misma noche a Jerusalén. Lo he visto en la oscuridad, lleno de envidia y de avaricia, caminando por el Huerto de los Olivos. Me parecía que lo acompañaba un resplandor siniestro iluminándole el camino: era Satanás que le guiaba. Corrió a la casa de Caifás y habló un breve rato allí. No solía detenerse mucho en un lugar. Luego se encaminó a la casa de Juan Marcos, como si llegase como los demás apóstoles, para pedir albergue. Fué ésta su primera entrega o compromiso formal de traición. Cuando al día siguiente por la mañana los apóstoles acompañaron a Jesús al templo, vieron que la higuera se había secado desde las raíces, a causa de la maldición recibida, y los discípulos se maravillaron. He visto detenerse junto al árbol a Pedro y Juan, y como Pedro expresara su admiración, les dijo Jesús que si tenían fe podrían obrar mayores maravillas: hasta a los montes podían echarlos al mar. Dijo varias cosas mas sobre el caso y el significado de la higuera, sus hojas y sus frutos.

En Jerusalén había mucha gente: había cultos por la mañana y por la tarde y Jesús enseñaba entre uno y otro tiempo. Si había alguno allí, se levantaba y se iba, y Jesús se sentaba en el sitial; pero al hablar al pueblo solía estar de pie. Mientras enseñaba hoy, vinieron algunos sacerdotes y escribas, quienes le preguntaron quién lo autorizaba para reunir gente y enseñar en el templo. Jesús les contestó: "Yo también quiero haceros una pregunta: si me contestais, os contestaré vuestra pregunta". Jesús les preguntó en nombre de quién bautizaba Juan, y como ellos no quisieron comprometerse en contestar, Jesús les dijo que tampoco Él contestaba. En su enseñanza de la tarde trajo la parábola del dueño de la viña y la de los trabajadores que desecharon la piedra angular. En la explicación dijo que los fariseos eran los trabajadores de la viña que matan al Hijo del Rey y Dueño de la viña. Se llenaron de tanta ira que estaban resueltos a echar las manos sobre Él, pero no se atrevieron por-

que notaron que el pueblo estaba con Jesús. Resolvieron buscar a cinco hombres partidarios de los fariseos, siervos de los herodianos; éstos debían hacer preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle y prenderle. Cuando Jesús al oscurecer se volvió a Betania, salieron algunas personas caritativas a su encuentro y le ofrecieron bebida. Pernoctó en el albergue de los apóstoles.

Al día siguiente estuvo Jesús enseñando por tres horas en el templo, explicando la parábola de la gran cena de bodas. Estaban presentes los espías de los fariseos. Jesús, al terminar, volvió a Betania y enseñó aún allí. Cuando al otro día volvió al templo e iba a subir las gradas del sitial, se le acercaron los cinco espías y le preguntaron si debían pagar el tributo al César. Jesús les pidió mostrasen la moneda. Uno de ellos sacó del bolsillo del pecho una moneda amarilla grande como un táler prusiano y le mostró la figura del César grabada. Jesús les dijo que debían dar al César lo que era del César. Después habló del reino de Dios, semejante a lo que hace un hombre que planta y cuida un árbol, que crece y se propaga; pero que a los judíos ya no vuelve. Sólo los que se convierten pueden llegar al reino de Dios. El reino pasará a los gentiles: vendrá tiempo en que en Oriente todo será oscuro y en Occidente luminoso. Les dijo que el bien debían hacerlo en secreto como Él les había dado ejemplo: que recibirían el premio al pleno día. Añadió que elegirían a un asesino y lo desecharían a Él. Más tarde vinieron siete saduceos trayéndole la cuestión de la mujer que había sobrevivido a sus siete maridos. Jesús les contestó que después de la resurrección no habría casamientos ni bodas, y que Dios es Dios de vivos y no de muertos. Todos se maravillaban de sus enseñanzas.

Los fariseos salieron de sus asientos y celebraron un consejo. Uno de ellos, llamado Manasés, que tenía un empleo en el templo, se acercó a Jesús y preguntó cortésmente cuál era el principal mandamiento de todos. Como Jesús le contestase, el hombre alabó la respuesta de Jesús, de corazón, sin fingimiento. Jesús dijo que Manasés no estaba lejos del reino de Dios. Habló aún del Mesías y de David y terminó su enseñanza. Todos estaban llenos de admiración y no sabían qué responder. Cuando Jesús bajó del sitial, un discípulo le preguntó: "¿Qué significa: tú no estás lejos del reino de Dios, que dijiste a Manasés?" Jesús contestó: "Manasés será creyente, y me seguirá; pero por ahora no hablen de ello". He visto que Manasés desde aquella hora no actuó más contra Jesús, se mantuvo indeciso y retirado hasta

después de la Ascensión, época en que se declaró por Jesús y se unió con los apóstoles. Era un hombre de unos cuarenta a cincuenta años de edad.

Jesús se retiró por la tarde a Betania, comió con los apóstoles en casa de Lázaro, fué luego al albergue donde estaban reunidas las mujeres, enseñó hasta entrada la noche y pernoctó en el albergue de los apóstoles. A las santas mujeres las he visto con frecuencia rezando juntas bajo el emparrado de la casa de Lázaro, mientras Jesús enseñaba en Jerusalén. En la oración tenían cierto orden: a veces estaban todas juntas de pie, o de rodillas, y a veces se apartaban unas de otras o se sentaban. Al día siguiente estuvo Jesús unas seis horas en el templo enseñando. Los discípulos, animados por las palabras de ayer, preguntaron hoy qué quería decir: "Venga a nos el tu reino". Jesús habló largo tiempo diciendo que Él y su Padre son como uno y que Él pronto se irá al Padre. Preguntaron: "Si tu Padre y Tú son una misma cosa, ¿por qué dices que vas al Padre?" Jesús habló de su misión: que ahora se alejaba de la humanidad, de la carne, y que quien se aparta de su propia naturaleza, por Él y en Él, éste se vuelve también al Padre. Habló de esto tan tiernamente, que los apóstoles entusiasmados reclamaron: "Nosotros queremos propagar tu reino hasta los confines del mundo". Jesús les dijo: "El que así habla, no hace nada". Se pusieron entonces pensativos. Jesús les explicó: "Nunca debéis decir: Yo he echado demonios en tu nombre; yo he hecho esto o aquello: las obras buenas no deben hacerse siempre en público". Recordó cómo en su última ausencia había hecho muchas cosas y que ellos siempre querían que volviese a su patria y a Jerusalén, aun cuando por causa de la resurrección de Lázaro, lo habrían matado también a Él. ¿Cómo, entonces, se hubieran cumplido las cosas que están todas predichas? Ellos observaron: ¿Cómo entonces se daría a conocer su reino si debían hacer todas las cosas en secreto? Yo no recuerdo ahora bien su respuesta; pero vi que se pusieron pensativos y tristes. Hacia el mediodía salieron los discípulos del templo y Jesús permaneció con los apóstoles. Le trajeron una bebida. Después del mediodía vinieron tantos fariseos y escribas que rodearon completamente a Jesús: los apóstoles quedaron detrás. Habló severamente contra ellos y una vez oí que dijo: "Vosotros no me prendéis ahora porque vuestra hora aún no ha llegado".

VI

Jesús enseña en casa de Lázaro. Reprende a Pedro

Hoy estuvo Jesús todo el día en casa de Lázaro con sus apóstoles y las santas mujeres. Por la mañana enseñó en el albergue a los discípulos y a las mujeres. Hacia las tres de la tarde hubo una comida general en las bóvedas subterráneas. Las mujeres sirvieron en la mesa y terminada la comida escucharon, apartadas en la vivienda con rejas, la enseñanza de Jesús. El Señor les anunció que no estarían mucho tiempo juntos: que aquí, en la casa de Lázaro, ya no volverían a comer: que lo harían todavía en la de Simón el leproso, pero que no estarían tan tranquilos. Los invitó a que le tuvieran confianza y que le preguntaran con toda libertad, como si fuera Él uno de ellos. Preguntaron muchas cosas, especialmente Tomás, que tenía muchas dudas. Juan preguntó algunas veces, pero siempre con calma y humildemente. Cuando Jesús, después de la comida, habló de la proximidad de su tiempo y cómo sería entregado por una traición, no pudo contenerse Pedro, y preguntó a Jesús por qué siempre decía que sería traicionado: que si era posible creer que uno de ellos pudiera ser el traidor, y añadió que él salía en garantía que ninguno de los doce sería capaz de hacerle traición. Dijo esto con toda audacia, como ofendido en su honor de jefe de los apóstoles. Jesús le contestó tan severo como nunca, más que cuando le dijo: "Apártate de mi, Satanás". Les dijo que si su bondad y gracia no los socorría, caerían todos; que cuando llegase el peligro, todos lo abandonarían; que entre ellos había uno que no flaqueaba, pero que también él huiría, aunque volvería después. Se refería a Juan, el cual, al ser tomado preso Jesús, huyó dejando la sábana en que iba envuelto. Los apóstoles se pusieron tristes: sólo a Judas Iscariote lo vi en esta ocasión muy servicial, amigable y sonriente.

Como preguntaran a Jesús sobre el reino que debe venir a ellos, les habló dulcemente del tema, anunciándoles que vendría sobre ellos el Espíritu Santo, y entonces comprenderían todas estas cosas. Les dijo que Él debía volver al Padre para poder mandarles el Espíritu Santo que procede del Padre y de Él mismo. Añadió algo que no sé expresar, como lo siguiente: Que Él vino a hacerse carne para redimir al hombre; por eso su acción es más corporal sobre ellos, sus apóstoles, pues el cuerpo obra más corporalmente, y para que pudieran llegar a entenderlo les mandaría al Espíritu Santo, que les daría un

desarrollo espiritual. Luego habló del tiempo de la tribulación, que ya venía sobre Él: les advirtió que ellos también sufrirían como dolores de parto. Después pasó a tratar de la belleza del alma, hecha a imagen de Dios, y qué meritorio era salvar las almas y llevarlas al cielo. Repitió que ellos muchas veces le habían interpretado mal y no le habían entendido; que Él siempre los había tratado con suma paciencia: que ellos también tuviesen mucha paciencia en el trato con los demás, cuando Él se hubiese alejado de ellos, especialmente hacia los pecadores. Como Pedro le notara que Él también se había mostrado a veces severo y decidido, Jesús les enseñó lo que es celo verdadero por la gloria de Dios y el falso celo.

Todo esto se prolongó hasta muy entrada la noche. Todavía vinieron secretamente Nicodemus y un hijo de Simeón. Era ya pasada la medianoche cuando se retiraron a descansar. Jesús les dijo que durmiesen tranquilos una vez más, que pronto vendría un tiempo que estarían con angustia, sin poder dormir. Les anunció que más tarde, en las persecuciones, dormirían con una piedra bajo la cabeza, tranquilos, como Jacob en la visión de la escala hasta el cielo. Cuando Jesús terminó de hablar, dijeron todos: "Señor, qué corta nos pareció esta tarde la cena y la noche con esas palabras que nos dijiste".

VII

La ofrenda de la viuda

Al día siguiente muy temprano, dirigióse Jesús al templo, no al sitio ordinario, sino a la galería donde tuvo lugar la presentación de María. Cerca de la entrada estaba instalado el cepillo de limosnas, que era una columna de la mitad de la altura de un hombre, con tres aberturas como embudos donde los que ofrendaban ponían las monedas para el culto del templo. Debajo tenía una puerta por donde se retiraban las limosnas. El cepillo estaba cubierto con telas rojas y blancas. A la izquierda había un asiento para el sacerdote que guardaba el orden y una mesa donde se colocaban los dones de palomas y otras cosas que ofrecían los devotos. A derecha e izquierda había asientos para hombres y mujeres; detrás estaba la sala cerrada por una reja, con el altar donde María ofrecio a Jesús Niño. Jesús ocupó hoy el asiento junto al cepillo de la limosna: era un día de ofrendas para todos los que se purificaban para la próxima Pascua.

Los fariseos se fastidiaron grandemente al ver a Jesús sentado en ese lugar, y cuando Jesús dejó el asiento ellos no quisieron ocuparlo. Los apóstoles estaban en torno de su Maestro. Al cepillo se acercaron primero los hombres, luego las mujeres: salían afuera por la puerta de la izquierda. Los que ofrecían estaban fuera, en largas filas, esperando pasar de cinco en cinco. Jesús permaneció aquí unas tres horas. Hacia el mediodía se cerró la puerta de las limosnas como de costumbre. Jesús seguía aún sentado, de lo que se irritaron nuevamente los fariseos. Era el mismo lugar donde Jesús perdonó a la mujer adúltera. El templo tenía como tres partes, una a continuación de otra. Había tres grandes arcadas. En la primera estaba la sala redonda de la enseñanza. El cepillo de la limosna estaba a la derecha de este sitial de enseñanza, hacia el santuario. Para llegar al cepillo había que andar por largos corredores. La última persona que ofreció su moneda en el templo era una pobre y humilde viuda. No se podía ver, en realidad, lo que cada uno ponía, pero Jesús sabía lo que había depositado, y habló a los discípulos diciendo que ella había puesto más que todos los otros. Había puesto lo último que le quedaba para comprar su pan diario. Jesús le mandó decir que lo esperase junto a la casa de Juana Marcos.

Por la tarde enseñó Jesús de nuevo en el lugar ordinario. Ese sitio redondo estaba precisamente de frente a la puerta y a la derecha e izquierda había gradas que llevaban al santuario y de allí al Santo de los Santos. Cuando los fariseos llegaron habló Jesús de que ayer no pudieron echarle las manos, aunque tuvieron el tiempo, oportunidad y voluntad decidida de hacerlo: esto ocurrió así porque su tiempo no había llegado aún y esa hora ellos no la podían anticipar. La hora había de venir; pero los fariseos no celebrarían su Pascua tranquilos como de costumbre: no sabrán dónde esconderse en esa hora. Toda la sangre derramada de los profetas caería sobre ellos: saldrán de sus sepulcros, y la tierra temblará de espanto. A pesar de todo, ellos permanecerían obstinados en su malicia. Luego se refirió a la ofrenda de la pobre viuda y cuando a la tarde salió del templo, habló Jesús en el camino con ella: le dijo que su hijo viniese con Él: esto alegró grandemente a la pobre mujer. En efecto, este joven se unió a los discípulos aún antes de la muerte de Jesús. La viuda era muy piadosa y observante, pero sencilla y fiel.

VIII

Jesús anuncia la destrucción del Templo

De camino, uno de los apóstoles señaló hacia el Templo, hablando con Jesús y los demás de su magnificencia. Jesús dijo que no quedaría de él piedra sobre piedra y fué con ellos al Huerto de los Olivos, donde hay, en sus suaves alturas, lugares de esparcimiento y un sitial de enseñanza con graderías de césped para los oyentes. Aquí solían venir a sentarse los sacerdotes después del trabajo del día para tomar algún descanso. Jesús se sentó en el sitial y como los apóstoles preguntaran cuándo sería la destrucción del templo, Jesús pronunció todas las amenazas que están en el Evangelio. Concluyó diciendo: "Bienaventurado quien perseverare hasta el fin". Con esto terminó y se alejó. No había durado todo esto sino un cuarto de hora. Desde este lugar el templo ofrecía una espléndida vista. Con el sol poniente brillaba de tal modo que apenas se podía fijar la mirada. Había piedras brillantes, coloradas y amarillas embutidas en las paredes del edificio. El templo de Salomón tenía más riquezas en oro; éste brillaba por sus piedras de construcción.

Los fariseos estuvieron hoy muy irritados, celebraron consejo esta misma noche y enviaron espías tras de Jesús. Deploraban que Jesús no volviese a tratar con ellos: sin Él no podían llegar a nada concreto. Judas no había vuelto a conversar con ellos desde aquella noche pasada. A la mañana siguiente estuvo Jesús de nuevo en ese lugar del monte de los Olivos y volvió a hablar de la destrucción del templo con la comparación de una higuera que allí estaba. Dijo que Él ya estaba entregado: que el traidor ya había tratado con sus enemigos; que los fariseos ahora deseaban ver de nuevo al traidor, y que Él deseaba que el traidor volviera en sí, se arrepintiera y no dudara en volver de su mal paso.

Jesús decía estas cosas mientras Judas oía sonriente: por otra, parte Jesús no dió a conocer al traidor, hablando sólo con palabras algo vagas del asunto. Mandó a los apóstoles que no se mezclasen en cosas mundanas, porque les dijo que se dispersarían: que no olvidasen las cosas que estaban por suceder y que no cubriesen como con un manto sus sentimientos para no ser conocidos. Usó de la comparación del manto con el cual uno suele cubrirse para no darse a conocer. También les reprochó sus murmuraciones ante las unciones de la Magdalena. Dijo esto quizás para recordar a Judas su primer mal paso y prin-

cipio de su traición, que hizo precisamente después de esa unción, como una advertencia a lo que haría Judas luego de la próxima unción de la Magdalena, después de lo cual completó el traidor su mala acción. Otros de entre ellos también se habían escandalizado de la unción de la Magdalena, pero más por razón de economía o de inconveniencia, pues sabían que estas unciones costosas constituirían uno de los desórdenes de las gentes mundanas, sin comprender que esta misma acción hecha al Santo de los Santos era altamente laudable.

Jesús les anunció que por dos veces más enseñaría públicamente. Y hablando del fin del mundo y de la destrucción de Jerusalén dió las señales por las cuales podían conocer que el tiempo y la hora de su partida estaba cerca. Les dijo que había entre ellos una disputa sobre quién era el mayor: ésta sería una señal de que se acercaba la hora en que los iba a dejar. Repitió que uno de ellos lo traicionaría. Estas cosas se las decía para que estuviesen vigilantes y fueran humildes. Todo esto lo dijo con infinito amor y paciencia.

Hacia el mediodía enseñó Jesús en el templo con la parábola de las diez vírgenes y con la de los talentos que se le confían a cada uno. Reprochó a los fariseos: trató del profeta que habían matado entre el templo y el altar y aludió a las malas intenciones que llevaban ahora en sus corazones. A este respecto dijo a sus apóstoles que allí donde no se esperaba conversión ni mejora, debían, sin embargo, avisar y reprender. Cuando dejó el templo se le acercaron muchos extranjeros que no habían podido oír su predicación, por ser paganos y no poder entrar en el templo. Estos estaban convertidos por las maravillas que habían oído y por la entrada triunfal que habían presenciado el Domingo de Ramos. Estaban entre ellos aquellos griegos que habían hablado antes con Él. Jesús los dirigió a sus discípulos y se encaminó al Huerto de los Olivos donde pasaron la noche en un albergue de forasteros. A la mañana siguiente, cuando llegaron los demás apóstoles, les anunció algunas cosas que habían de suceder: que estaría aún dos veces con ellos en una comida; que deseaba celebrar con ellos la última cena, en la cual quería darles todo lo que como hombres les podía dar aún. Después se dirigió al templo, donde habló de su retorno al Padre: expresó que Él era la voluntad del Padre, cosa que yo no entendí bien. Dijo que Él era la salud de los hombres, que Él era el que quitaba el peso de los pecados de los hombres y explicó por qué los ángeles caídos no fueron redimidos, y lo fueron los hombres. Los fariseos se turnaban, espiando sus pa-

labras. Jesús dijo que había venido para terminar con el dominio del pecado en el mundo. En un jardín comenzó el pecado: en un jardín terminará su dominio, y en ese mismo jardín le prenderían a Él. Y hablando a los fariseos les dijo que desde la resurrección de Lázaro ellos habían querido dar muerte al que les hablaba; pero que Él se había ausentado para que se cumpliera todo lo que debe cumplirse en Él. Dijo que su viaje se dividía en tres partes: no recuerdo si dijo si en tres veces cuatro o cinco o seis semanas. Dijo a los fariseos cómo lo tratarían: que lo harían morir como un malhechor, pero que no conseguirían hacerle olvidar después de su muerte. Habló de los justos asesinados que resucitarían y hasta señaló el lugar donde se levantarían esos muertos. Ellos, los fariseos, no alcanzarían el objeto de su odio, y estarían entonces llenos de temor y de angustia. Habló de Eva, de quien vino el pecado en el mundo: por eso son castigadas las mujeres de modo que no pueden entrar en el Santuario. Pero que por una Mujer había venido la salud al mundo: por eso ahora la mujer es librada de la esclavitud, pero no de la sujeción al hombre. Jesús permaneció esta noche en la posada del Huerto de los Olivos. Bajo la lámpara rezaron las plegarias prescritas para el Sábado.

Al día siguiente fué Jesús con los suyos a través del torrente Cedrón y luego hacia el Norte entre una hilera de casas donde había pequeñas praderas con rebaños de ovejas. Allí estaba la casa de Juan Marcos. Torció hacia Getsemaní, un poblado como Betfagé, a ambas orillas del Cedrón. La casa de Juan Marcos estaba a un cuarto de hora delante de la puerta, a través de la cual se conducían los animales al mercado al Norte del templo, en una colina que más tarde se cubrió de casas. Había un cuarto de hora a Getsemaní y de aquí, por el Huerto de los Olivos, una hora a Betania. Betania está en línea recta al Este del templo, a una hora de Jerusalén. Desde Betania se podían ver algunos puntos del templo y los edificios que estaban detrás. Desde Betfagé no se podía porque estaba en una hondonada y tenía delante el monte de los Olivos: sólo en un punto del camino donde había una garganta de montaña se podía ver el templo.

Mientras Jesús iba con sus discípulos a través del torrente Cedrón a Getsemaní, dijo a los apóstoles, señalando una profundidad del Huerto de los Olivos: "Aquí me abandonarán: aquí me tomarán preso". Jesús estaba muy triste. Se dirigió a Betania, a la casa de Lázaro, luego al albergue de los discípulos, con los cuales caminó por los alrededores de Betania, consolando a muchas gentes, como quien se despide de ellas. Por la

tarde hubo una comida en casa de Lázaro, con la presencia de las santas mujeres, en el salón separado por la verja. Al fin de la comida dijo a todos que descansasen tranquilos por última vez.

IX

Ultimas enseñanzas de Jesús en el Templo

Jesús fué muy temprano con los discípulos a Jerusalén. Cuando llegó frente al templo, a través del Cedrón, anduvo fuera de la ciudad hacia el Sur; luego entró por una puerta pequeña y llegó al pie del monte Sión a un puente amurallado, sobre una profunda hondura. Bajo el templo había cuevas y grutas: de aquí, por un corredor largo que tenía luz sólo por arriba, encaminóse al patio de las mujeres: de aquí torció al Este y pasó por la puerta donde se ponían a las mujeres acusadas; luego por el gazofilacio, y llegó al sitial de la enseñanza. Esta puerta estaba siempre abierta; otras eran cerradas por los fariseos cuando Jesús enseñaba. Ellos decían: "La puerta de los pecadores quede siempre abierta para el pecador". (Aludían a Jesús).

Jesús enseñó admirablemente sobre la unión y la separación. Trajo la comparación del fuego y del agua, que se repugnan uno a la otra; pero si el agua no es superior al fuego, no hace sino avivar la llama. Habló de persecuciones y martirios. Bajo el fuego entendía a los discípulos que le permanecieron fieles; bajo el agua aquéllos que se separaron de Él y amaron más el abismo. Declaró y explicó el agua como martirizador del fuego. Habló de la mezcla de la leche y el agua, que se unen de modo que no se pueden separar. Entendía la unión de su Persona con los suyos, notando la bondad de la leche como alimento. De este modo se refirió a la unión conyugal, ya que los apóstoles le habían preguntado sobre las relaciones de los casados después de la muerte. Jesús les dijo que había una doble unión: la de la carne y la sangre que la muerte deshace y separa para no volverse a unir, y la unión de los espíritus que se perpetúa después de la muerte. Añadió que no se angustiasen pensando si allá se encontrarán juntos o no. Los que están unidos en el espíritu se encontrarán también unidos. Habló de la Iglesia como su esposa. Les dijo que no se asustaran de los que martirizan a los cuerpos: los del alma son de temer. Como los apóstoles no entendían y olvidaban muchas cosas, les dijo que las anotasen en seguida. He visto a Juan, a Santiago el Menor y a otro, con unas tablillas sobre sus rodillas donde de vez en

cuando anotaban algo. Escribían sobre pequeños rollos, con pintura que llevaban cónsigo en una especie de cuerno. Sacaban los pequeños rollos del bolsillo del pecho y escribían algo de lo que oían.

Jesús habló de su unión con ellos: que se realizaría en la última cena y que ya nadie podría separarlos. El deber de la continencia perfecta la propuso en una serie de preguntas: "¿Podéis hacer esto o aquello en seguida?" Habló de un sacrificio que debían hacer y la conclusión de todo esto fué la necesidad de la continencia perfecta. Les trajo el ejemplo de Abrahán y de otros patriarcas, quienes antes del sacrificio se purificaban largamente y observaban la continencia. Cuando habló del bautismo y los otros sacramentos les anunció que les mandaría al Espíritu Santo, el cual, por su bautismo, los hacía a todos hijos de la Redención. Mandóles que después de su muerte bautizasen en el estanque de Betesda a todos los que se presentasen pidiéndolo. Que si venían muchos, tomasen de a dos en dos, pusiesen las manos sobre los hombros y los bautizasen bajo el chorro de la bomba que hay en el estanque. Como en otro tiempo venía el ángel a remover las aguas, ahora vendría el Espíritu Santo sobre los bautizados, no bien hubiese Él derramado su sangre, aunque ellos no hubiesen recibido todavía al Espíritu Santo.

Pedro, que había sido designado primero entre los demás, preguntó, como tal, si siempre tendrían que hacer así, sin examinar antes o instruir a los bautizandos. Jesús contestó que las gentes se cansan de esperar las fiestas y desmayan en la dureza y rigor; conviene que hagan como les dijo. Cuando hayan recibido el Espíritu Santo ya sabrán lo que deberán hacer en cada caso. Habló también a Pedro de la penitencia, de la confesión y de la absolución. A todos habló del fin del mundo y de las señales que le habían de preceder. Dijo también que uno de ellos tendría una visión de esos tiempos. (Aludía al *Apocalipsis* de Juan). Y al hablar de este tema usó algunas figuras de la Revelación. Habló de los señalados en la frente y anunció que la fuente del agua viva que viene del Calvario, sería al final de los tiempos enturbiada y como envenenada; pero que toda el agua buena sería juntada en el valle de Josafat. Me pareció que decía: toda agua tendrá que ser agua de bautismo. Durante esta enseñanza no estaba presente ningún fariseo. Por la tarde Jesús volvió a Betania, a casa de Lázaro. Durante todo el día siguiente Jesús enseñó en el templo sin ser molestado. Habló de la verdad, del cumplimiento y de la observancia de aquello que se enseña:

ahora quería Él cumplir. No basta la fe sola; hay que completar y llenar la fe con las obras. Todos, ni los fariseos, no lo podrán acusar de haber dicho o enseñado algo falso. Ahora llenará y completará su obra con su retorno al Padre.

Antes de apartarse de ellos, quiere dejarles lo que Él tiene. Oro y plata no tiene: les quiere dejar su fuerza y su poder, y quiere fundar con ellos una Sociedad que durará hasta el fin de los tiempos. Esta unión deberá ser más íntima de la que tienen ahora con Él. Quiere unirlos entre sí y con Él como miembros de un mismo cuerpo. Les dijo tantas cosas que quería hacer que Pedro concibió la idea de que Jesús permanecería más tiempo con ellos; por eso manifestó a Jesús que si pensaba hacer todo eso, se quedaría con ellos hasta el fin de los tiempos. Jesús habló de los misterios y de la fuerza de la última cena, sin nombrarla claramente. Les dijo que quería celebrar la última Pascua con ellos; y como Pedro preguntara dónde quería celebrarla, respondió Jesús que a su tiempo indicaría el lugar. Después de esta última Pascua volvería a su Padre. Pedro preguntó si se llevaría a su santa Madre, a la cual todos amaban y reverenciaban. Jesús contestó diciendo que permanecería con ellos quince años, porque dijo una cantidad donde entraba el número cinco. Habló mucho todavía de su santa Madre. Hablando de la fuerza y virtud de la cena eucarística, refirióse a Noé que se embriagó con el vino, y al pueblo judío a quien se le hizo pesado el pan del cielo y habló del ajenjo con el cual debemos amargarlo. Jesús quiere ahora preparar el pan de la vida, antes de su partida: aun no está cocido y amasado. Añadió Jesús que Él les había predicado la verdad tantas veces, pero que ellos habían dudado y aún dudan al presente. Jesús ya no les puede ser útil con su presencia corporal: les dará pronto todo lo que tiene y sólo se reservará lo que cubra su cuerpo. Esto no lo entendieron: pensaban, quizás, que iba a morir o a desaparecer de su vista.

Ayer, cuando habló de la persecución de los judíos contra Él, preguntó Pedro por qué no se alejaba, que ellos estaban dispuestos a seguirle adonde Él fuera: ya lo había hecho una vez, huyendo después de la resurrección de Lázaro. Cuando Jesús a la tarde dejó el templo, dijo, despidiéndose de él, que ya no vendría más a él con su cuerpo. Lo dijo con tanta ternura, y los apóstoles se conmovieron tanto, que se postraron en tierra, llorando y clamando en alta voz. Jesús también lloraba. Sólo Judas no lloró: manifestaba terror y miedo como en estos últimos días. Jesús, desde ayer, no dijo nada más del traidor. En el lugar de los gentiles lo esperaban muchos que querían verlo.

Habían visto a los apóstoles llorar. Jesús les dijo que se volvieran a sus apóstoles, a quienes Él les dejaba todo su poder: ahora ya no había más tiempo. Jesús se alejó por el camino del Domingo de Ramos, fuera de la ciudad, y con la mirada y con dolorosas palabras se dirigió varias veces al templo. Se encaminó al albergue del Huerto de los Olivos, y al oscurecer entró en Betania.

Le esperaban las santas mujeres y enseñó durante la cena: ahora se habían arrimado más al Señor. Para la tarde encargó Él mismo una cena más abundante en el albergue de la casa de Simón el leproso. Este día hubo mucha tranquilidad en Jerusalén. Los fariseos no fueron al templo, sino que se reunieron en consejo y se manifestaron preocupados de que Judas no se hubiese presentado de nuevo. Mucha gente buena de Jerusalén estaba en gran tristeza porque habían conocido por los apóstoles las últimas palabras de Jesús sobre el templo. He visto muy afligidos a Nicodemo, José de Arimatea, los hijos de Simeón y otros; pero todavía no se habían apartado de los demás judíos. A la Verónica la he visto afligida, llorando y clamando, retorciéndose las manos de dolor. El marido le preguntó por qué andaba tan afligida. Su casa en la ciudad estaba entre el templo y el monte Calvario. En las galerías del Cenáculo se hospedaban diecisiete discípulos.

X

Ultima unción de la Magdalena

En la mañana del siguiente día enseñó Jesús en el patio de la casa de Lázaro: estaban presentes más de sesenta discípulos. Por la tarde, hacia las tres, se prepararon mesas para los discípulos en el local del patio, y Jesús mismo sirvió a los discípulos, ayudado de los apóstoles. Iba de mesa en mesa, servía y enseñaba al mismo tiempo. Judas no estaba presente: hacía compras para la comida preparada en la casa de Simón. Magdalena también había ido a Jerusalén a comprar perfume. María Santísima, a quien Jesús había anunciado su próxima Pasión y Muerte, estaba indeciblemente triste. Su sobrina, María Cleofás, estaba siempre en torno de Ella para consolarla: la acompañó, llena de aflicción, al albergue de los discípulos.

Jesús habló con sus discípulos de su próxima muerte y de sus consecuencias: uno que le debía todo y que le era familiar, le había de vender y entregar a los fariseos; no negociaría ni

siquiera por el precio; preguntará: "¿Qué me queréis dar por Él?" Cuando los fariseos compran un esclavo preguntan el precio; el traidor lo venderá por lo que le den: lo venderá peor y a más vil precio que a un esclavo.

Los discípulos lloraban amargamente: no podían ya comer de pura aflicción y pena. Jesús, al ver esto, los invitó amablemente a comer. Muchas veces he comprobado que los discípulos eran más sensibles y más tiernos con Jesús que los apóstoles: creo que, como no estaban tan familiarizados con Jesús, eran más humildes y más atentos. Con los apóstoles habló Jesús mucho esta misma mañana. Como no comprendían todo, les volvió a decir que tomaran anotaciones de sus palabras. Cuando les mande al Espíritu Santo entenderán también las cosas anotadas. He visto que Juan y otros anotaban muchas cosas. Jesús dijo algo de la huída de los suyos cuando a Él lo llevasen a los tribunales. Ellos no podían ni pensarlo; sin embargo, lo hicieron. Les anunció cosas que sucederían después y les enseñó cómo debían portarse. Habló de su santísima Madre: que Ella padecería juntamente con Él todos los martirios; que Ella moriría con Él de amarguísima muerte; y que viviría con ellos aún quince años más sobre la tierra. A los discípulos les dijo dónde debían ir después: unos a Arimatea, otros a Sichar, otros a Kedar; a los tres jóvenes, que le habían acompañado en su viaje, que no volviesen a sus casas. Les avisó que cuando tuviesen tentaciones de desaliento no fuesen nunca a sus propias casas, pues darían escándalo y sería fácil la caída y la apostasía. Eliud y Eremenzear fueron, creo, a Sichar. Silas quedó aquí. Así les enseñó Jesús y les aconsejaba en todas las cosas. He visto que la misma tarde algunos ya se alejaron.

Mientras enseñaba Jesús, llegó la Magdalena con sus perfumes. Había estado con Verónica y esperó en su casa, mientras ésta le compraba el perfume en la ciudad. Había de tres clases: lo más precioso que pudo encontrar. Magdalena gastó lo que aún tenía en adquirir esos perfumes: había entre ellos esencia de nardo. Se compraba con los envases, que eran de una sustancia brillante, algo dúctil, semejante en el brillo a la concha de mar. Tenían forma de urnitas y estaban atornillados con un pie y enroscados con botoncitos. Magdalena traía los cofrecitos de perfumes bajo su manto, en un bolso que le colgaba de los hombros sobre el pecho. La madre de Juan Marcos fué con ella a Betania y la Verónica la acompañó un trecho del camino.

Cuando llegaron a Betania se encontraron en el camino con Judas, que dijo algo a Magdalena, irritado contra ella. Magda-

lena había oído a Verónica que los fariseos habían resuelto apoderarse de Jesús para darle muerte; pero no ahora, por causa de los muchos extranjeros paganos partidarios de Jesús. Se lo contaron a las otras mujeres. Éstas fueron a la casa de Simón y ayudaron a preparar la comida. Judas había hecho compras: había abierto su bolsa y pensaba que por la noche la tendría de nuevo llena. De un hombre de Betania compró hierbas, ensalada, dos corderos, fruta, pescados, miel, etc. La sala de Simón no era la misma donde habían comido después de la entrada triunfal en Jerusalén. Hoy era un local abierto y adornado, detrás de la casa que miraba al patio. Tenía una claraboya en el techo en forma de cúpula. De ambos lados de esta cúpula colgaban pirámides verdes y varias colgaduras de ramas con pequeñas hojas. Estas pirámides se juntaban abajo y me parece que las mantenían siempre verdes. Debajo de estos adornos estaba el asiento de Jesús. Una parte de la mesa de donde se traían los alimentos estaba desocupada. Simón, que ahora servía, solía sentarse en ese lugar. De ese lado había, debajo de la mesa, tres recipientes de agua. Los comensales estaban esta vez sobre asientos bajos con un brazo delante para apoyarse. Los bancos eran tan anchos que podían estar de dos a dos enfrente. Sólo Jesús se apoyaba en el medio en un asiento. Las mujeres comían a la izquierda, en un salón abierto, y podían ver las mesas de los hombres.

Cuando estuvo todo preparado fué Simón con su criado a buscar a Jesús, a los apóstoles y a Lázaro. Llevaban vestidos de fiesta. Simón llevaba un vestido largo, una faja con figuras y letras y en el brazo un manípulo largo con borlas. El siervo llevaba un vestido superior sin mangas. Simón acompañó a Jesús; el siervo a los apóstoles. No fueron por la calle, sino a través del jardín a la sala de la casa. Había mucha gente en Betania, y debido a que muchos forasteros deseaban ver a Lázaro, hubo bastante alboroto. Llamó la atención de la gente que Simón hubiera hecho tantas compras en la ciudad y que su casa, habitualmente abierta, ahora se mantenía cerrada. Había inquietud mezclada de curiosidad: ésta era tanta que la gente subió hasta por las paredes para ver. No recuerdo haber visto antes de la comida un lavatorio de los pies: sólo unos lavados en la puerta de entrada.

En la mesa había varios vasos grandes, y siempre dos más pequeños al lado con tres clases de bebidas: una verdosa, otra amarilla y otra colorada. Creo que una era jugo de frutas. Primero trajeron un cordero: estaba extendido con la cabeza entre

las patas anteriores sobre una fuente larga, redondeada; y lo pusieron con la cabeza en dirección de Jesús. Él tomó un cuchillo blanco de hueso o de piedra y cortó el cordero extendido así en varias partes en forma de cruz. Dió de lo que había cortado una parte a Juan, otra a Pedro y la tercera para Sí mismo. Luego Simón hizo otras porciones a ambos lados dando su parte a cada uno, según el orden, a los apóstoles y a Lázaro. Las santas mujeres estaban en su mesa. La Magdalena, siempre llorosa, estaba frente a María. Eran siete o nueve. Tenían un cordero, algo menor y estaba en la fuente con la cabeza hacia María, que lo cortó en partes para las demás. Después del cordero trajeron tres pescados grandes y otros más pequeños. Los pescados grandes estaban colocados, como si nadaran, en una gran fuente con una salsa espesa. Luego trajeron una torta, panecillos o confituras en forma de peces, de corderitos, de aves con alas tendidas; miel, ensalada con jugo y peras. En el medio había una gran fruta y a los lados otras más pequeñas con los tallos metidos en la grande. Las fuentes eran blancas, amarillas por dentro, playas y hondas, según la clase de alimentos.

Jesús enseñó durante toda la comida: hacia el fin he visto que los apóstoles estaban literalmente con la boca abierta escuchando su palabra. Hasta Simón, que estaba sirviendo, quedó parado y suspenso, escuchando. Magdalena, entre tanto, silenciosamente se había levantado de su asiento entre las mujeres. Llevaba un manto azul celeste muy fino, que me recordó el de los Reyes Magos. Tenía los largos cabellos sueltos y ocultos bajo el velo. Con el ungüento bajo el manto se encaminó hacia el sitio de Jesús, se echo a sus pies, llorando, inclinando el rostro sobre los pies de Jesús, que estaba recostado a la mesa. Magdalena le quitó las sandalias y le ungió los pies con sus perfumes. Luego tomó sus sueltos cabellos con ambas manos y los pasó sobre los pies de Jesús, calzándole de nuevo las sandalias. Hubo una interrupción en la palabra de Jesús. Él había visto la venida de la Magdalena: a los otros les sorprendió grandemente. Jesús dijo: "No os escandalicéis en esta mujer". Luego le habló a ella en voz más baja. Magdalena se puso detrás de Jesús y le derramó sobre su cabeza el precioso perfume, que se esparció sobre el vestido, y pasó su mano sobre la sagrada cabeza, ungiéndola toda, mientras el agradable aroma llenaba toda la sala. Los apóstoles cuchicheaban o murmuraban; el mismo Pedro estaba contrariado por este contratiempo. Magdalena se alejó, llorosa, cubierta con su velo. Como pasara junto a Judas extendió éste la mano a su paso, de modo que Magdalena

se detuvo. Judas habló, irritado, de aquella prodigalidad, y de que eso se hubiera podido dar a los pobres. Magdalena no habló, sino que lloró más amargamente. Jesús intervino, diciendo que la dejasen en paz, que lo había ungido para su muerte y que más tarde ya no lo podría hacer. "En todas partes donde se predique este Evangelio —añadió— se contará este hecho suyo y la murmuración de los otros".

Magdalena se retiró triste y llorosa. En el resto de la comida el tema fué las murmuraciones de unos y la reprensión que Jesús les dió. Después se dirigieron todos a la casa de Lázaro.

Judas, lleno de irritación y de avaricia, pensó para sí mismo: "Esto es intolerable y no puede seguir así". Disimuló, dejó su vestido de fiesta y mostró como que tenía que ir a la sala del banquete para repartir a los pobres el resto de la comida; pero en realidad corrió desalado derechamente a Jerusalén. He visto junto a él al demonio en forma de un ser colorado, puntiagudo y enjuto: estaba a veces delante, a veces detrás de él, como haciéndole luz en el camino. De este modo Judas caminaba apresuradamente en la oscuridad, sin tropiezos. Lo vi entrar en la casa donde Jesús fué burlado en Jerusalén. Los fariseos estaban aún reunidos con el Sumo Sacerdote. El no fué introducido en la sala de la reunión. Salieron dos de ellos y hablaron con él abajo, en el patio. Cuando dijo que quería entregar a Jesús y preguntó qué le darían por ello, demostraron mucha alegría y fueron a avisarlo a los demás. Vino entonces uno y ofreció treinta monedas de plata. Judas quería que se las diesen en seguida, pero ellos no quisieron. Dijeron que ya había estado una vez aquí y después no apareció más: que cumpliera primero su palabra y después le pagarían. He visto que sellaron el contrato con un apretón de manos y rompieron algo del vestido de ambos. Querían que se detuviese aún y les dijese el cómo y el cuándo. Judas contestó que tenía que partir para no despertar sospechas. Dijo que tenía que estudiar la situación y que sería posible mañana mismo, sin llamar la atención. He visto siempre al diablo junto a él. Corrió de nuevo a Betania, se puso el traje de fiesta y estuvo entre los demás como si nada hubiera sucedido.

Jesús permaneció en la casa de Lázaro mientras los demás se retiraban al albergue que tenían los discípulos. La misma noche llegó todavía Nicodemo, y Lázaro lo acompañó de vuelta a Jerusalén un trecho de camino.

FIN DEL TOMO III.

INDICE

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

„ XVI. - Jesús va a la ciudad de Nobach 260
„ XVII. - Jesús se dirige a Gaulón y a Recaba 261
„ XVIII. - Jesús en Cesarea de Filipo 263
„ XIX - Jesús disputa con los fariseos 265
Capítulo XX. - Jesus en Argob y en dirección de Bethsaida-Julias 266
„ XXI. - Conclusión del Sermón de la Montaña. Da de comer a cuatro mil. Los fariseos piden señales 269
„ XXII. - Pedro recibe las llaves del reino de los cielos 274
„ XXIII. - Jesús en Betania y en Jerusalén 277
„ XIV. - Cena pascual en casa de Lázaro 281
„ XXV. - El rico Epulón y el pobre Lázaro 283
„ XXVI. - Jesús en Atharath y en Hadad-Rimmón .. 287
„ XXVII. - La Transfiguración sobre el monte Tabor .. 292
„ XXVIII. - Jesús en Cafarnaúm y los alrededores 297
„ XXIX. - Jesús predica en el monte, junto a Gabara 305
„ XXX. - Jesús va a Ornitópolis y se embarca para Chipre 310
„ XXXI. - Jesús enseña en Salamina (Chipre) 317
„ XXXII. - El jefe romano de Salamina 323
„ XXXIII. - Jesús en casa del padre del discípulo Jonás 326
„ XXXIV. - La sacerdotisa Mercuria. Los sabios paganos 330
„ XXXV. - Jesús enseña en la ciudad de Cythrus 335
„ XXXVI. - La casa paterna de Barnabás 340
„ XXXVII. - Jesús en Mallep 345
„ XXXVIII. - Jesús enseña a los filósofos paganos 347
„ XXXIX. - Las fiestas de bodas en Mallep 351
„ XL. - La fiesta de Pentecostés. Visión del pasaje del Mar Rojo 355
„ XLI. - Jesús predica severamente en la sinagoga .. 359
„ XLII. - Jesús visita a los mineros de Cythrus 363
„ XLIII. - Jesús se dirige a Cerynia y visita a la familia de Mnason 366
„ XLIV. - Partida de la isla de Chipre 371

EPOCA OCTAVA

Pág.

Viaje de Jesús al país de los Reyes Magos y a Egipto

Capítulo I. - Jesús va a Cafarnaúm pasando por las ciudades de Misael, Tenath, Naím, Azanoth y Damna 379
" II. - Llegada de los apóstoles y discípulos a Cafarnaúm 387
" III. - Jesús con sus apóstoles en Betsaida, en Caná y en Gabara 390
" IV. - Jesús enseña sobre la Oración y las Bienaventuranzas 397
" V. - Jesús en Bethabara y Jericó. El publicano Zaqueo 403
" VI. - La resurrección de Lázaro 410
" VII. - Jesús se dirige al país de los Reyes Magos .. 415

Capítulo VIII. - Jesús en Kedar 419
" IX. - Jesús va a Sichar-Kedar y enseña sobre el misterio del Matrimonio 422
" X. - Resurrección de un pecador 430
" XI. - Jesús llega a la primera ciudad de los Magos 433
" XII. - La esfera maravillosa 437
" XIII. - En la comarca de los Reyes Magos 440
" XIV. - Jesús se dirige al palacio del rey Mensor ... 442
" XV. - Jesús en el templo de los Reyes Magos 448
" XVI. - Llegada de un jefe extranjero 454
" XVII. - Jesús deja la ciudad de los Magos. Azarías de Atom 455
" XVIII. - Jesús sana a dos mujeres idólatras 458
" XIX - Jesús en Sikdor, Mozián y Ur 461
" XX. - Jesús se encamina a Egipto y enseña en Heliópolis 466

EPOCA NOVENA

Ultimas enseñanzas de Jesús y entrada triunfal en Jerusalén

Capítulo I. - Jesús en Sichar, Ephron y Jericó 473
" II. - Jesús se dirige a Betania 480
" III. - Las últimas semanas antes de la Pasión. Jesús en el Templo 484
" IV. - Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén 491
" V. - Nueva unción de María Magdalena 497
" VI. - Jesús enseña en casa de Lázaro. Reprende a Pedro 501
" VII. - La ofrenda de la viuda 502
" VIII. - Jesús anuncia la destrucción del Templo .. 504
" IX. - Ultimas enseñanzas de Jesús en el Templo .. 507
" X. - Ultima unción de la Magdalena 510

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO CUARTO
LIBRO I
LA DOLOROSA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES
Y DE LOS SANTOS
DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

México, D. F.

CUARTA PARTE

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(CONTINUACION)

INTRODUCCION (*)

Las meditaciones siguientes ocuparán quizás un lugar honroso entre muchas obras iguales, fruto del amor contemplativo de Jesús; pero no pretenden tener un carácter de verdad histórica, y nosotros debemos declararlo solemnemente. Desean sólo unirse a tantas otras representaciones de la Pasión, dadas por artistas y escritores piadosos: a lo sumo, se pueden mirar como las piadosas meditaciones de Cuaresma de una religiosa devota, narradas sin arte y escritas con sencillez, según su relación, a la cual ella misma dió sólo un valor puramente humano, y que comunicó por obediencia y por orden reiterada de sus respetables directores espirituales. El conde Leopoldo de Stolberg proporcionó al que escribe estas líneas el conocimiento de esta religiosa: el deán Bernardo Overberg, su director extraordinario, y el obispo Miguel Sasler, que había sido su consejero y su consolador, la han excitado a contar en detalle lo que sentía; este último señor, que la ha sobrevivido, se interesó vivamente en la redacción y publicación de las notas recogidas a su lado. Estos ilustres difuntos, de piadosa memoria, estaban en continuo comercio de oraciones con Ana Catalina, a quien amaban y respetaban, a causa de las gracias eminentes que Dios le había concedido. El redactor de este libro ha hallado el mismo estímulo a su trabajo, y una simpatía

(*) Las épocas DÉCIMA y UNDÉCIMA han sido tomadas de la sexta edición castellana publicada por la Librería de Gregorio del Amo, Madrid, en 1896, con el título de *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, que tiene la siguiente licencia del Ordinario: "Nos D. José de Lorenzo y Aragonés, presbítero, vicario eclesiástico de esta villa y su partido. Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado: *La Pasión Dolorosa de Nuestro Señor Jesucristo*, según las meditaciones de Sor Ana Catalina Emmerick, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y Mayo cuatro de mil ochocientos sesenta y cinco. - *Dr. Lorenzo.* - Por mandato de S. S. I., *Ldo. Juan Moreno.* - Hay un sello".

La introducción y ambos prólogos pertenecen a Clemente Brentano. - La EDITORIAL GUADALUPE se ha limitado a modernizar algunos términos y a ordenar las páginas, de acuerdo con el plan general que se ha fijado.

no menos viva hacia el último obispo de Ratisbona, el señor Wittmann. Este pastor, tan esclarecido por sus estudios particulares y por su propia experiencia sobre los medios de la gracia en ciertas almas absortas en Jesucristo, tomaba parte la más viva en todo lo concerniente a Ana Catalina; después, instruído del trabajo que ocupaba al redactor de este libro, lo exhortaba con instancias a darlo al público: "Dios, le decía con frecuencia, no le ha comunicado en balde esas noticias; Él tiene sus miras en ello. Comuníquenos usted algo, que podrá ser provechoso a muchas almas". A estas exhortaciones añadía el ejemplo de algunos escritos de esa especie, cuya utilidad había sido eficaz para él y para otros en el curso de la vida. Se complacía en llamar a esas almas privilegiadas la *médula de la Iglesia*, según la expresión de San Crisóstomo: *medula enim hujus mundi sunt homines sancti;* y él favorecía en cuanto podía la publicación de su vida y de sus escritos.

Conducido por un amigo benévolo a la cama de este santo Obispo moribundo, el redactor de este libro no podía esperar ser conocido de él, pues sólo había habido entre ellos una conversación de alguno minutos; sin embargo, le saludó afectuosamente, y le exhortó a continuar su trabajo para gloria de Dios, y le dió su bendición. Animado por autoridades tan respetables, hemos cedido a los ruegos de muchos amigos que temen a Dios, publicando las meditaciones sobre la Pasión de una pobre religiosa, a quien Dios había concedido la gracia de ser sencilla e ignorante como un niño, perspicaz, sagaz, llena de luces profundas y de un celo heroico; pero siempre olvidándose de sí misma, fuerte en Jesucristo solo, sumergida en la humildad más perfecta y en la más completa abnegación.

CLEMENTE BRENTANO.

Epoca Décima

Institución de la Sagrada Eucaristía

PROLOGO

Quien compare las meditaciones siguientes con la corta relación de la Santa Cena en el Evangelio, extrañará quizás algunas ligeras diferencias que aquí se hallan. Con este motivo, debemos dar una explicación, aunque este libro no pretende añadir nada a la Sagrada Escritura, tal cual ha sido interpretada por la Iglesia.

La hermana Emmerick ha visto en el orden siguiente las circunstancias de la Cena: el Cordero pascual se mata y se prepara en el Cenáculo; el Señor pronuncia un discurso en esta ocasión; los convidados se ponen los vestidos de viaje; comen de pie y de prisa el Cordero y todo lo prescrito por la ley; presentan dos veces al Señor una copa de vino; la segunda vez no bebe, pero la distribuye a sus apóstoles, diciendo: Yo no beberé más de este fruto de la viña, etc. ***Se sientan a la mesa; Jesús habla del traidor; Pedro teme ser él; Judas recibe del Señor el pedazo de pan que le designa; se preparan para el lavatorio de los pies; Pedro no se los deja lavar; institución de la Eucaristía; Judas comulga y sale de la sala; consagración de los santos óleos e instrucción con este motivo; ordenación de Pedro y de los otros apóstoles; último discurso del Señor; protestaciones de Pedro; fin de la Cena. Adoptando este orden, parece, a primera vista, que es ponerse en contradicción con los pasajes de San Mateo (XXVI, 29) y de San Marcos (XIV, 25), en donde hay estas palabras:*** Yo no beberé más, etc., ***que se hallan después de la consagración; pero en San Lucas están antes. Y, por el contrario, las palabras relativas a Judas están aquí, como en San Mateo y en San Marcos, antes de la consagración; en San Lucas están después. San Juan, que no cuenta la institución de la Eucaristía, da a entender que Judas salió así que Jesús le presentó el pan; pero es más probable, según el texto de los otros Evangelistas, que Judas comulgó bajo las dos especies; y muchos Padres, San Agustín, San Gregorio Magno, San León, lo dicen expresamente como la tradición de la Iglesia Católica.***

La relación de San Juan, si se tomara a la letra el orden con que los hechos están presentados, lo pondrían en contradicción no sólo con San Mateo y San Marcos, sino también con-

sigo mismo, pues resulta del versículo 10, capítulo XIII, que también Judas asistió al lavatorio. El lavatorio fué después de haber comido el Cordero pascual, y fué necesariamente al comerlo cuando Jesús presentó el pan al traidor. Está claro que los Evangelistas, aquí como en otros pasajes, preocupados de lo esencial, no se sujetaron a referir los pormenores con un orden riguroso, y esto explica suficientemente las contradicciones aparentes que hay entre ellos. Las contemplaciones siguientes parecerán a quien las lea con atención más bien una concordancia simple y natural con los Evangelios, que una relación diferente en ningún punto esencial de la Sagrada Escritura. En cuanto a lo que concierne a Melquisedec, es preciso no confundir los pasajes en donde está presentado como un ángel, con una antigua herejía que lo da como el mismo Jesucristo, o el Espíritu Santo o un Eón. Los términos de la Epístola a los Hebreos parecen designar un ángel, y si la mayor parte de los teólogos, desde San Jerónimo, no los han interpretado en ese sentido, ha sido únicamente para no dar un pretexto a la herejía.

I

Preparación de la Pascua

El Jueves Santo 13 Nisan (29 de Marzo). — Ayer tarde fué cuando tuvo lugar la última gran comida del Señor y de sus amigos, en casa de Simón el leproso, en Betania, en donde María Magdalena derramó por la última vez los perfumes sobre Jesús. Judas se escandalizó en esta ocasión; corrió a Jerusalén, y habló con los príncipes de los sacerdotes para vender a Jesús. Después de la comida Jesús volvió a casa de Lázaro, y una parte de los apóstoles se dirigió hacia la posada, situada a la entrada de Betania. Por la noche Nicodemo vino a casa de Lázaro, y habló mucho tiempo con el Señor; volvió a Jerusalén antes de amanecer, y Lázaro lo acompañó parte del camino.

Los discípulos habían preguntado ya a Jesús adónde quería comer la Pascua. Hoy, antes de amanecer, llamó el Señor a Pedro, a Santiago y a Juan: les habló mucho de todo lo que debían preparar y ordenar en Jerusalén, y les dijo que cuando subieran al monte de Sión encontrarían al hombre con el cántaro de agua. Ellos conocían ya a este hombre, pues en la última Pascua, en Betania, había preparado la comida de Jesús; por eso San Mateo dice: *cierto hombre.* Debían seguirle hasta su casa, y decirle: "El Maestro te manda a decir que su tiempo se acerca, y que quiere celebrar la Pascua en tu casa". Después debían ser conducidos al Cenáculo, y ejecutar todas las disposiciones necesarias.

Yo vi los dos apóstoles subir a Jerusalén, siguiendo un barranco, al Mediodía del templo, del lado septentrional de Sión. Sobre el flanco meridional de la montaña del templo había una fila de casas; marcharon frente por frente de esas casas, subiendo un torrente que los separaba de ellas. Cuando llegaron a las alturas de Sión, más elevadas que la montaña del templo, se dirigieron hacia el Mediodía, y encontraron al principio de una pequeña subida, cerca de una casa vieja con muchos patios, al hombre que el Señor les había designado; le siguieron y le dijeron lo que Jesús les había mandado. Se alegró mucho de esta noticia, y les respondió que una comida había sido ya dispuesta.

en su casa (probablemente por Nicodemo); que no sabía para quién, y que se alegraba de saber que era para Jesús. Este hombre era Helí, cuñado de Zacarías de Hebrón, en cuya casa el año anterior había Jesús anunciado la muerte de Juan Bautista. No tenía más que un hijo, que era levita, y muy amigo de Lucas, antes que éste hubiese venido al Señor; y además cinco hijas solteras. Iba todos los años a la fiesta de la Pascua con sus criados, alquilaba una sala, y preparaba la Pascua para las personas que no tenían hospedaje en la ciudad. Ese año había alquilado un Cenáculo, que pertenecía a Nicodemo y a José de Arimatea. Enseñó a los dos apóstoles su posición y su distribución interior.

II

El Cenáculo

Sobre el lado meridional de la montaña de Sión, no lejos del castillo arruinado de David y de la plaza que sube hacia él por el lado de Levante, se halla una antigua y sólida casa entre dos filas de árboles copudos, en medio de un patio espacioso cercado de buenas paredes. A derecha y a izquierda de la entrada se ven otras habitaciones contiguas a la pared, sobre todo a la derecha; la habitación del mayordomo, y al lado la que la Virgen y las santas mujeres ocuparon con más frecuencia después de la muerte de Jesús. El Cenáculo, antiguamente más espacioso, había servido entonces de habitación a los audaces capitanes de David: en él se ejercitaban en manejar las armas. Antes de la fundación del templo, el Arca de la Alianza había sido depositada allí bastante tiempo, y aún hay vestigios de su permanencia en un lugar subterráneo. Yo he visto también al profeta Malaquías escondido debajo de las mismas bóvedas; allí escribió sus profecías sobre el Santísimo Sacramento y el sacrificio de la Nueva Alianza. Salomón honró esta casa, y había en ella algo de simbólico y de figurativo, que se me ha olvidado. Cuando una gran parte de Jerusalén fué destruída por los babilonios, esta casa fué respetada: he visto otras muchas cosas de ella, pero no tengo presente más que lo que he contado.

Este edificio estaba en muy mal estado cuando vino a ser propiedad de Nicodemo y de José de Arimatea: habían dispuesto el cuerpo principal muy cómodamente, y lo alquilaban para servir de cenáculo a los extranjeros que la Pascua atraía a Jerusalén. Así el Señor lo había usado en la última Pascua.

Además, la casa y sus dependencias les servían, unas para almacén de lápidas sepulcrales, y otras de taller para los obreros, pues José de Arimatea poseía excelentes canteras en su patria, y hacía traer piedras, con las cuales labraban, bajo su dirección, sepulcros, ornamentos de arquitectura y columnas, para después venderlos. Nicodemo tomaba parte en este comercio, y aún le gustaba esculpir en sus ratos de ocio. Trabajaba en la sala o en un subterráneo que estaba debajo, excepto en la época de las fiestas: este género de ocupación lo había puesto en relación con José de Arimatea; se habían hecho amigos, y asociado con frecuencia en sus empresas.

Esta mañana, mientras que Pedro y Juan conversaban con el hombre que había alquilado el Cenáculo, vi a Nicodemo en la casa de la izquierda del patio, adonde habían trasportado muchas piedras que obstruían la entrada de la sala de comer. Ocho días antes había visto muchas personas ocupadas en poner las piedras a un lado, en limpiar el patio y en preparar el Cenáculo para la celebración de la Pascua; yo creo que entre ellas había algunos discípulos, quizás Aram y Temení, los primos de José de Arimatea.

El Cenáculo propiamente está casi en medio del patio; es cuadrilongo, rodeado de columnas poco elevadas, y si se abrieran los intervalos entre los pilares, podría estar reunido a la sala grande interior, pues todo el edificio es como transparente, y sólo en los tiempos ordinarios están los pasos cerrados con puertas. La luz penetra por aberturas en lo alto de las paredes. Al entrar se halla primero un vestíbulo, adonde conducen tres puertas; después se entra en la sala interior, en cuyo techo hay colgadas muchas lámparas; las paredes están adornadas para la fiesta, hasta media altura, de hermosas esteras y de colgaduras, y han practicado en lo alto una abertura, adonde han extendido una gasa azul muy transparente.

La parte posterior de la sala está separada del resto por una cortina de la misma tela. Esta división en tres partes da al Cenáculo cierta similitud con el templo: se halla también en el vestíbulo el santuario, y el Santo de los Santos. En esta última parte están dispuestos, a derecha e izquierda, los vestidos necesarios para la celebración de la fiesta. En medio hay una especie de altar. Fuera de la pared sale un banco de piedra elevado sobre tres escalones; tiene la figura de un triángulo rectángulo; debe ser la parte superior del hornillo donde se asa el cordero pascual, porque hoy, durante la comida, los escalones estaban calientes. No puedo detallar todo lo que se halla en esta parte

de la sala, pero están haciendo grandes preparativos para la comida pascual. Encima de este hornillo o altar hay una especie de nicho en la pared, delante del cual vi la imagen de un cordero pascual: tenía un cuchillo en el cuello, y parecía que su sangre corría gota a gota sobre el altar; no me acuerdo bien cómo estaba hecho. En el nicho de la pared hay tres armarios de diversos colores, que se vuelven como nuestros tabernáculos para abrirlos y cerrarlos; vi toda clase de vasos para la Pascua; más tarde, el Santísimo Sacramento reposó allí.

En las salas laterales del Cenáculo hay unas especies de camas con cobertores gruesos, enrollados juntos, donde se puede pasar la noche. Debajo de todo el edificio hay hermosas bodegas. El Arca de la Alianza fué depositada en algún tiempo bajo el sitio donde se ha construído el hogar. Debajo de la casa hay cinco caños que reciben las inmundicias y las aguas de la montaña, pues la casa está situada en un punto elevado. Yo he visto allí a Jesús curar y enseñar; los discípulos también pasaban con frecuencia las noches en las salas laterales.

III

Disposiciones para el tiempo pascual

Cuando los apóstoles hablaron a Helí de Hebrón, éste entró en la casa por el patio: los discípulos volvieron a la derecha, y bajaron el monte de Sión hacia el Norte. Pasaron un puente, y se fueron por un sendero cubierto de árboles al otro lado del barranco que está delante del templo y de la fila de casas situadas al Mediodía de este edificio. Allí estaba la casa del viejo Simeón, muerto en el templo después de la presentación de Jesucristo; y sus hijos, algunos de los cuales eran secretamente discípulos de Jesús, vivían en ella actualmente. Los apóstoles hablaron a uno de ellos, que tenía un empleo en el templo; era un hombre alto y moreno. Fueron con él al Este del templo, atravesando la puerta de Ofel, por donde Jesús había entrado en Jerusalén el día de Ramos, y fueron a la plaza de los Ganados, situada en la ciudad, al Norte del templo. Vi en la parte meridional de esta plaza pequeños cercados, en donde saltaban hermosos corderos sobre la hierba, como en jardines pequeños. Allí se compraban los corderos de la Pascua. Yo vi al hijo de Simeón entrar en uno de esos cercados: los corderos saltaban a su alrededor, como si lo hubiesen conocido. Escogió cuatro,

que fueron llevados al Cenáculo. Por la tarde lo vi ocuparse en el mismo sitio en la preparación del cordero pascual.

Vi a Pedro y a Juan ir además a vários sitios y encargar diversos objetos. Los vi también delante de una puerta, al Norte de la montaña del Calvario, en una casa en donde se hospedaban la mayor parte del tiempo los discípulos de Jesús, y que pertenecía a Serafia (tal era el nombre de la que después fué llamada Verónica). Pedro y Juan enviaron desde allí algunos discípulos al Cenáculo, y les dieron algunos encargos, que he olvidado.

Entraron también en casa de Serafia, donde tenían que arreglar algunas cosas. Su marido, miembro del Consejo, estaba la mayor parte del tiempo fuera de casa en sus negocios; y aún estando, ella lo veía poco. Era una mujer de la edad de María Santísima, y que estaba en relaciones con la Sagrada Familia desde mucho tiempo antes; pues cuando el Niño Jesús se quedó en el templo después de la fiesta, ella fué quien le dió de comer. Los dos apóstoles tomaron allí, entre otras cosas, el cáliz de que se sirvió el Señor para la institución de la sagrada Eucaristía.

IV

El Cáliz de la santa Cena

El cáliz que los apóstoles llevaron de la casa de Verónica, es un vaso maravilloso y misterioso. Había estado mucho tiempo en el templo entre otros objetos preciosos y de gran antigüedad, cuyo origen y uso se había olvidado. Una cosa igual ha sucedido en la Iglesia cristiana, de donde muchas joyas antiguas consagradas han pasado al olvido con los años. Muchas veces se han desenterrado, vendido o compuesto vasos viejos y otras joyas enterradas en el polvo del templo. Así es que, con la permisión de Dios, este vaso sacratísimo, que nunca se había podido fundir a causa de su materia desconocida, fué hallado por los sacerdotes modernos en el tesoro del templo, entre otros objetos que no se usaban, y luego vendido a un aficionado a antigüedades. El cáliz comprado por Serafia había servido ya muchas veces a Jesús para la celebración de las fiestas, y desde ese día fué propiedad constante de la santa comunidad cristiana. Este vaso no siempre se conservó en su estado actual: quizás con ocasión de la Cena del Señor habían juntado las diferentes piezas de que se componía. El gran cáliz estaba puesto en un azafate, y alrededor había seis copas. Dentro del cáliz había otro vaso pequeño, y

encima un plato con una tapadera redonda. En el pie del cáliz estaba embutida una cuchara, que se sacaba con facilidad. Todas estas piezas estaban envueltas en paños y puestas en una bolsa de cuero, si no me equivoco. El gran cáliz se compone de la copa y del pie, que debe haber sido añadido después, pues estas dos partes son de distinta materia. La copa presenta una masa morena y bruñida en forma de pera; está revestida de oro, y tiene dos asas para poderla agarrar. El pie es de oro puro, divinamente trabajado, con una culebra y un racimo de uvas por adorno, y enriquecido con piedras preciosas.

El gran cáliz se guarda en la iglesia de Jerusalén, cerca de Santiago el Menor, y lo veo todavía conservado en esta ciudad: ¡tornará de nuevo a darse a luz como ha aparecido esta vez! Otras iglesias se han repartido las copas que lo rodeaban, una de ellas está en Antioquía, otra en Efeso: pertenecían a los Patriarcas, que apuraban en ellas cierta bebida misteriosa cuando recibían y daban la bendición, como lo he visto muchas veces.

El gran cáliz estaba en casa de Abrahán: Melquisedec lo trajo consigo del país de Semíramis a la tierra de Canaán cuando comenzó a fundar algunos establecimientos en el mismo sitio donde se edificó después Jerusalén: él lo usó en el sacrificio, al ofrecer el pan y el vino en presencia de Abrahán y se lo dejó a este Patriarca. Este vaso había estado también en el Arca de Noé.

"Ved aquí hombres hermosos que vienen de una ciudad opulenta: está edificada a la antigua; se adora en ella lo que se quiere; adórase hasta los peces. El viejo Noé, con un palo al hombro, está junto al Arca; la madera de construcción está puesta a su lado. No, no son hombres: debe ser algo más elevado, según su belleza y su serenidad; traen a Noé el cáliz, que sin duda se ha perdido; no sé cómo se llama este sitio. Hay en el cáliz una especie de grano de trigo, pero más grueso que los nuestros; es como un grano de mirasol, y hay también un sarmiento pequeño. Dicen a Noé que hay en él un misterio, y que debe llevarlo consigo. Mirad: pone el grano de trigo y el sarmiento en una manzana amarilla que coloca en la copa. El cáliz está labrado con traza maravillosa. Hay un misterio que yo no me sé: es el cáliz que he visto figurar en la gran parábola (*) en el sitio donde estaba el espino ardiendo".

(*) Esto se refiere a una gran parábola simbólica de la reparación del género humano desde el principio, que desgraciadamente no conté por completo, y que después se me olvidó. En esta ocasión no habló del espino ardiendo; aunque el espino ardiendo de Moisés tenía en otras visiones la forma de un cáliz

La monja refirió todo lo que se acaba de decir del cáliz, en un estado de intuición tranquila, y viendo ante sus ojos lo que describía. Durante su relato acerca de Noé, estaba toda absorta en su visión. Al fin dió un grito, miró en torno suyo, y dijo:

¡Ah! Tengo miedo de tener que entrar en el Arca: veo a Noé, y creí que llegaban las aguas rebosantes. *(Después, habiendo vuelto a su estado natural, dijo:)* Los que trajeron el cáliz a Noé llevaban un vestido largo, blanco, y se parecían a los tres hombres que venidos a casa de Abrahán le prometieron que Sara pariría. Me pareció que sacaron de la ciudad una cosa santa que no debía perecer con ella, y que la daban a Noé. El cáliz estuvo en Babilonia en casa de los descendientes de Noé que se habían mantenido fieles al verdadero Dios. Estaban sometidos a esclavitud por Semíramis. Melquisedec los condujo a la tierra de Canaán, y llevó el cáliz. Vi que tenía una tienda cerca de Babilonia, y que antes de conducirlo bendijo en ella el pan y se lo distribuyó, sin lo cual no hubieran tenido fuerza para seguirle. Esa gente tenía un nombre como *samaneos*. El se sirvió de ellos y de algunos cananeos habitantes en grutas, cuando comenzó a edificar sobre los montes donde estuvo después Jerusalén. Abrió cimientos profundos en el sitio donde se alzaron luego el Cenáculo y el templo, y también hacia el Calvario. Sembró trigo y plantó viña. Después del sacrificio de Melquisedec, el cáliz se quedó en casa de Abrahán. Fué también a Egipto, y Moisés lo tuvo en su poder. Estaba hecho de un modo singular, muy compacto, y no parecía trabajado como los metales; semejaba el producto de un vegetal. Sólo Jesús sabía lo que era.

V

Jesús va a Jerusalén

Por la mañana, mientras los dos apóstoles se ocupaban en Jerusalén en hacer los preparativos de la Pascua, Jesús, que se había quedado en Betania, hizo una tierna despedida a las santas mujeres, a Lázaro y a su Madre, y les dió algunas instrucciones. Yo vi al Señor hablar solo con su Madre; le dijo, entre otras cosas, que había enviado a Pedro, el apóstol de la fe, y a Juan, el apóstol del amor, para preparar la Pascua en Jerusalén. Dijo de Magdalena, cuyo dolor era muy violento, que su amor era grande, pero que todavía era un poco según la carne, y que por ese motivo el dolor la ponía fuera de sí. Habló

también del proyecto de Judas, y la Virgen Santísima rogó por él.

Judas había ido otra vez de Betania a Jerusalén con pretexto de hacer un pago. Corrió todo el día a casa de los fariseos, y arregló la venta con ellos. Le enseñaron los soldados encargados de arrestar al Salvador. Calculó sus idas y venidas de modo que pudiera explicar su ausencia. Volvió al lado del Señor poco antes de la cena. Yo he visto todas sus tramas y todos sus pensamientos. Era activo y servicial, pero lleno de avaricia, de ambición y de envidia, y no combatía estas pasiones. Había hecho milagros, y curaba enfermos en la ausencia de Jesús. Cuando el Señor anunció a la Virgen lo que iba a suceder, ésta le pidió de la manera más tierna que la dejase morir con Él. Pero Él le recomendó que tuviera más resignación que las otras mujeres; le dijo también que resucitaría, y el sitio donde se le aparecería. Ella no lloró mucho, pero estaba profundamente triste, y sumergida en un recogimiento que tenía algo de espantoso. El Señor le dió las gracias, como un hijo piadoso, del amor que le tenía, y la estrechó contra su corazón. Le dijo también que haría espiritualmente la cena con Ella, y le designó la hora en que la recibiría. Se despidió otra vez de todos, y dió diversas instrucciones.

Jesús y los nueve apóstoles salieron a las doce de Betania para Jerusalén; los seguían siete discípulos, que eran de Jerusalén y de sus contornos, excepto Natanael y Silas. Entre ellos estaban Juan Marcos y el hijo de la pobre viuda que el jueves anterior había ofrecido su último dinero en el templo mientras que Jesús enseñaba. Jesús lo tenía consigo desde pocos días antes. Las santas mujeres salieron más tarde.

Jesús y los que le seguían anduvieron acá y allá al pie del monte de los Olivos, en el valle de Josafat y hasta el Calvario. En el camino no cesaba de instruirlos. Dijo a los apóstoles, entre otras cosas, que hasta entonces les había dado su pan y su vino, pero que hoy quería darles su carne y su sangre, y que les dejaría todo lo que tenía. Decía esto el Señor con una expresión tan dulce en el semblante, que su alma parecía salirse por todas partes, y que se deshacía en amor esperando el momento de darse a los hombres. Sus discípulos no lo comprendieron: creían que hablaba del cordero pascual. No se puede expresar todo el amor y toda la resignación que encierran los últimos discursos que pronunció en Betania y aquí.

Los siete discípulos que habían seguido al Señor a Jerusalén no anduvieron este camino con Él: fueron a llevar al Ce-

náculo los vestidos de ceremonia para la Pascua, y volvieron a casa de María, madre de Marcos. Cuando Pedro y Juan vinieron al Cenáculo con el cáliz, todos los vestidos de ceremonia estaban ya en el vestíbulo, adonde los discípulos y algunos otros los habían llevado. Cubrieron también con colgaduras las paredes desnudas de la sala, abrieron las ventanas de arriba y prepararon tres lámparas colgadas. En seguida Pedro y Juan fueron al valle de Josafat, y llamaron al Señor y a los nueve apóstoles. Los discípulos y los amigos que debían celebrar la Pascua en el Cenáculo vinieron después.

VI

Ultima Pascua

Jesús y los suyos comieron el cordero pascual en el Cenáculo, divididos en tres grupos. Jesús comió con los doce apóstoles en la sala del Cenáculo. Natanael comió con otros doce discípulos en una de las salas laterales; otros doce tenían a su cabeza a Elíacim, hijo de Cleofás y de María, hija de Helí: había sido discípulo de Juan Bautista.

Se mataron para ellos tres corderos en el templo. Había allí un cuarto cordero, que fué sacrificado en el Cenáculo: éste es el que comió Jesús con los apóstoles. Judas ignoraba esta circunstancia, porque ocupado en su trama, no había vuelto cuando el sacrificio del cordero: vino pocos instantes antes de la comida. El sacrificio del cordero destinado a Jesús y a los apóstoles fué enternecedor; se hizo en el vestíbulo del Cenáculo. Los apóstoles y los discípulos estaban allí cantando el salmo CXVIII. Jesús habló de una nueva época que comenzaba. Dijo que los sacrificios de Moisés y la figura del Cordero pascual iban a cumplirse; pero que, por esta razón, el cordero debía ser sacrificado como antiguamente en Egipto, y que iban a salir verdaderamente de la casa de servidumbre.

Preparáronse los vasos y los instrumentos necesarios. Trajeron un recental adornado con una corona, que fué enviada a la Virgen Santísima, al sitio donde se hallaba con las santas mujeres. El cordero estaba atado, de espaldas sobre una tabla, por mitad del cuerpo: me recordó a Jesús atado a la columna y azotado. El hijo de Simeón tenía la cabeza del cordero: Jesús le picó con la punta de un cuchillo en el cuello, y el hijo de Simeón acabó de matarlo. Jesús parecía tener repugnancia de herirlo; lo hizo rápidamente, pero con gravedad; la sangre fué

recogida en un baño, y trajeron un ramo de hisopo que Jesús mojó en ella. En seguida fué a la puerta de la sala, tiñó de sangre los dos pilares y la cerradura, fijando sobre aquélla el ramo ensangrentado. Después hizo una instrucción, y dijo, entre otras cosas, que el Ángel exterminador pasaría más lejos; que debían adorar en ese sitio sin temor y sin inquietud cuando Él fuera sacrificado, Él en persona, el verdadero Cordero pascual; que un nuevo tiempo y un nuevo sacrificio iban a comenzar, y que durarían hasta el fin del mundo.

Después se fueron a la extremidad de la sala, cerca del hogar adonde estuviera en otro tiempo el Arca de la Alianza: había ya lumbre. Jesús vertió la sangre sobre el hogar, y lo consagró como un altar. Luego, seguido de sus apóstoles, dió la vuelta al Cenáculo y lo consagró como un nuevo templo. Todas las puertas mientras tanto estaban cerradas.

El hijo de Simeón había ya preparado el cordero. Lo puso en una tabla: las patas de delante estaban atadas a un palo puesto al través; las de atrás extendidas a lo largo de la tabla. Se parecía a Jesús sobre la cruz, y fué metido en el horno para ser asado con los otros tres corderos traídos del templo.

Los corderos pascuales de los judíos se mataban todos en el vestíbulo, y en tres sitios: uno para las personas de distinción, otro para la gente común, y otro para los extranjeros. El cordero pascual de Jesús no se mató en el templo; todo lo demás fué rigurosamente conforme a la ley. Jesús pronunció todavía otras palabras; dijo que el cordero era sólo una figura: que Él mismo debía ser al día siguiente el Cordero pascual, y otras cosas que se me han olvidado.

Después que Jesús habló así sobre el cordero pascual y su significación, y habiendo llegado Judas, prepararon las mesas. Los convidados se pusieron los vestidos de viaje que estaban en el vestíbulo, otros zapatos, un vestido blanco parecido a una camisa, y una capa más corta de delante que de atrás; recogiéronse los vestidos hasta la cintura; tenían también mangas anchas remangadas. Cada grupo fué a la mesa que le estaba designada: los discípulos en las salas laterales; el Señor, con los apóstoles, en la del Cenáculo. Tomaron un palo en la mano y fueron de dos en dos a la mesa; estaban de pie cada uno en su sitio; el palo apoyado sobre el brazo izquierdo, y las manos elevadas en alto.

La mesa era estrecha y de alto tenía un pie más que la rodilla de un hombre; su forma era la de una herradura; enfrente de Jesús, en el interior del semicírculo, había un sitio vacío

para servir los platos. Según puedo acordarme, a la derecha de Jesús estaban Juan, Santiago el Mayor y Santiago el Menor; al extremo de la mesa, Bartolomé, y a la vuelta, Tomás y Judas Iscariote. A la izquierda de Jesús estaban Pedro, Andrés y Tadeo; al extremo de la izquierda, Simón, y a la vuelta Mateo y Felipe.

En medio de la mesa estaba el cordero pascual en una fuente. Su cabeza reposaba sobre los pies de delante puestos en cruz, los pies de atrás estaban extendidos; el borde de la fuente veíase cubierto de ajos. A su lado había un plato con el asado de Pascua; además, un plato con una legumbre verde, y un segundo plato con manojitos de hierbas amargas, que parecían hierbas aromáticas; delante de Jesús había una fuente con otras hierbas, y un plato con una salsa oscura. Los convidados tenían delante de sí unos panecitos redondos en lugar de platos, y cuchillos de marfil.

Después de la oración, el mayordomo puso delante de Jesús, sobre la mesa, el cuchillo para cortar el cordero. Puso una copa de vino delante del Señor, y llenó seis copas que estaban cada una entre dos apóstoles. Jesús bendijo el vino y lo bebió; los apóstoles bebían dos en la misma copa. El Señor partió el cordero; los apóstoles presentaron cada uno su pan, y recibieron su parte. La comieron muy aprisa, con ajos y hierbas verdes que mojaban en la salsa. Todo esto lo hicieron de pie, apoyándose sólo un poco sobre el respaldo de su silla. Jesús rompió uno de los panes ácimos, guardó una parte, y distribuyó la otra. Trajeron otra copa de vino, pero Jesús no bebió: "Tomad este vino y repartíoslo; pues ya no beberé más vino hasta que venga el reino de Dios". Después de comer, cantaron; Jesús rezó o enseñó, y se lavaron otra vez las manos. Entonces ocuparon las sillas.

El Señor partió todavía otro cordero, que fué llevado a las santas mujeres a una de las habitaciones del patio, donde estaban comiendo. Los apóstoles comieron todavía legumbres y lechugas. Jesús estaba muy recogido y sereno: yo no lo había visto jamás así. Dijo a los apóstoles que olvidaran todos los cuidados que podían tener. La Virgen Santísima, también en la mesa de las mujeres, estaba llena de serenidad. Cuando las otras mujeres venían a Ella y le tiraban del velo para hablarle, había en sus movimientos una sencillez muy tierna.

Al principio Jesús estuvo muy afectuoso con sus apóstoles; después se puso grave y melancólico, y les dijo: "Uno de vosotros me venderá; uno de vosotros, cuya mano está en esta

mesa conmigo". Había sólo un plato de lechuga; Jesús la repartía a los que estaban de su lado, y encargó a Judas, que estaba enfrente, que la distribuyera por el suyo. Cuando Jesús habló de un traidor, cosa que espantó a todos los apóstoles, dijo: "Un hombre, cuya mano está en la misma mesa o en el mismo plato que la mía". Lo que significa: "Uno de los doce que comen y beben conmigo; uno de los que participan de mi pan". No designó claramente a Judas a los otros, pues *meter la mano en el mismo plato* era una expresión que indicaba la mayor intimidad. Sin embargo, quería dar un aviso a Judas, que metía la mano en el mismo plato que el Señor para repartir la lechuga; Jesús añadió: "El Hijo del hombre se va, según está escrito de Él; pero desgraciado el hombre que venderá al Hijo del hombre: más le valdría no haber nacido".

Los apóstoles, agitados, le preguntaban cada uno: "Señor, ¿soy yo?", pues todos sabían que no comprendían del todo estas palabras. Pedro se recostó sobre Juan por detrás de Jesús, y por señas le dijo que preguntara al Señor quién era, pues habiendo recibido algunas reconvenciones de Jesús, tenía miedo que le hubiera querido designar. Juan estaba a la derecha de Jesús, y como todos, apoyándose sobre el brazo izquierdo, comía con la mano derecha: su cabeza estaba cerca del pecho de Jesús. Se recostó sobre su seno, y le dijo: "Señor, ¿quién es?" Entonces tuvo aviso de que Jesús quería designar a Judas. Yo no vi que Jesús se lo dijera con los labios: "Éste, a quien le doy el pan que he mojado". Yo no sé si se lo dijo bajo; pero Juan lo supo cuando Jesús mojó el pedazo de pan con la lechuga, y lo presentó afectuosamente a Judas, que preguntó a su vez: "Señor, ¿soy yo?" Jesús lo miró con amor, y le dió una respuesta en términos generales. Era para los judíos una prueba de amistad y de confianza. Jesús lo hizo con afección cordial para avisar a Judas sin denunciarlo a los otros; pero éste estaba interiormente lleno de ira. Yo vi, durante la comida, una figura horrenda sentada a sus pies, y que subía algunas veces hasta su corazón. Yo no vi que Juan dijera a Pedro lo que le había dicho Jesús; pero le tranquilizó con los ojos.

VII

El lavatorio de los pies

Se levantaron de la mesa, y mientras arreglaban sus vestidos, según costumbre, para el oficio solemne, el mayordomo

entró con dos criados para quitar la mesa. Jesús le pidió que trajera agua al vestíbulo, y aquél salió de la sala con sus criados. Jesús, de pie en medio de los apóstoles, les habló algún tiempo con solemnidad. No puedo decir con exactitud el contenido de su discurso. Me acuerdo que habló de su reino, de su vuelta hacia su Padre, de lo que les dejaría al separarse de ellos, etc. Enseñó también sobre la penitencia, la confesión de las culpas, el arrepentimiento y la justificación. Yo comprendí que esta instrucción se refería al lavatorio de los pies; vi también que todos reconocían sus pecados y se arrepentían, excepto Judas. Este discurso fué largo y solemne. Al acabar Jesús, envió a Juan y a Santiago el Menor a buscar agua al vestíbulo, y dijo a los apóstoles que arreglaran las sillas en semicírculo. Él se fué al vestíbulo, y se puso y ciñó una toalla alrededor del cuerpo. Mientras tanto, los apóstoles se decían algunas palabras, y se preguntaban entre sí cuál sería el primero entre ellos; pues el Señor les había anunciado expresamente que iba a dejarlos y que su reino estaba próximo; y se fortificaban más en la opinión de que el Señor tenía un pensamiento secreto, y que quería hablar de un triunfo terreno que estallaría en el último momento.

Estando Jesús en el vestíbulo, mandó a Juan que tomara un baño y a Santiago un cántaro lleno de agua; en seguida fueron detrás de Él a la sala, en donde el mayordomo había puesto una palangana.

Entrando Jesús de un modo tan humilde, reprochó a los apóstoles en breves palabras la disputa que se había suscitado entre ellos: les dijo, entre otras cosas, que Él mismo era su servidor; que debían sentarse para que les lavara los pies. Se sentaron por el mismo orden en que estaban en la mesa. Jesús iba del uno al otro, y les echaba sobre los pies agua del baño que llevaba Juan: tomaba la extremidad de la toalla que lo ceñía, y se los enjugaba. Jesús mostrábase enternecido mientras hacía este acto de humildad.

Cuando llegó a Pedro, éste quiso detenerle en su humillación, y le dijo: "Señor: ¿Tú lavarme los pies a mí?" El Señor le respondió: "Tú no sabes ahora lo que hago, pero lo sabrás más tarde". Me pareció que le decía aparte: "Simón, has merecido saber de mi Padre quién soy Yo, de dónde vengo y adónde voy; tú solo lo has confesado expresamente, y por eso edificaré sobre ti mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi fuerza será con tus sucesores hasta el fin del mundo". Jesús lo mostró a los apóstoles, diciendo: "Cuando yo me vaya,

éste ocupará mi lugar". Pedro le dijo: "Tú no me lavarás jamás los pies". El Señor le respondió: "Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo". Entonces Pedro añadió: "Señor, lávame, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús respondió: "El que ha sido ya lavado, no necesita lavarse más que los pies; está purificado en todo el resto; vosotros, pues, estáis purificados, pero no todos". Estas palabras se dirigían a Judas. Había hablado del lavatorio de los pies como de una purificación de las culpas diarias, porque los pies, estando sin cesar en contacto con la tierra, pierden su aseo constantemente si no se tiene cuidado. Este lavatorio de los pies fué espiritual, y como una especie de absolución. Pedro, en medio de su celo, no vió más que una humillación harto grande para su Maestro: no sabía que Jesús al día siguiente, para salvarlo, se humillaría hasta sufrir muerte ignominiosa en cruz.

Cuando Jesús lavó los pies a Judas, fué del modo más cordial y más afectuoso: acercó la cara a ellos; le dijo en voz baja que debía entrar en sí mismo; que hacía un año que era traidor e infiel. Judas hacía como que no le oía, y hablaba con Juan. Pedro se irritó, y le dijo: "Judas, el Maestro te habla". Entonces Judas dió a Jesús una respuesta vaga y evasiva, como: "Señor, ¡Dios me libre!" Los otros no habían advertido que Jesús hablaba con Judas, pues hacíalo bastante bajo para que no le oyeran, y además estaban ocupados en ponerse el calzado.

En toda la Pasión nada afligió tanto al Salvador como la traición de Judas.

Jesús lavó también los pies a Juan y a Santiago. Enseñó sobre la humildad: les dijo que el que servía a los otros era el mayor de todos; y que desde entonces debían lavarse con humildad los pies unos a otros; en seguida se puso sus vestidos. Los apóstoles desataron los suyos, que antes se recogieran para comer el cordero pascual.

VIII

Institución de la Sagrada Eucaristía

Por orden del Señor, el mayordomo puso de nuevo la mesa, que no había acabado de alzar: púsola en medio de la sala, y colocó sobre ella un jarro lleno de agua y otro lleno de vino. Pedro y Juan fueron a la parte de la sala en donde estaba el hornillo del cordero pascual, para tomar el cáliz que nabían traído de la casa de Serafia, y que estaba en su bolsa. Lo trajeron entre

los dos como un tabernáculo, y lo pusieron sobre la mesa delante de Jesús. Había sobre ella una fuente ovalada con tres panes ácimos blancos y delgados; los panes fueron puestos en un paño con el medio pan que Jesús había guardado de la Cena pascual. Había también un vaso de agua y de vino, y tres cajas: la una de aceite espeso, la otra de aceite líquido, y la tercera vacía.

Desde tiempo antiguo había la costumbre de repartir el pan y de beber en el mismo cáliz al fin de la comida; era un signo de fraternidad y de amor que se usaba para dar la bienvenida o para despedirse; yo pienso que debe haber algo acerca de esto en la Sagrada Escritura. Jesús elevó hoy este uso a la dignidad del más Santo Sacramento: hasta entonces había sido un rito simbólico y figurativo. Este fué uno de los cargos presentados a Caifás por la traición de Judas: Jesús fué acusado de haber añadido a las ceremonias de la Pascua algo nuevo, pero Nicodemo probó con las Escrituras que era un uso antiguo.

Jesús se colocó entre Pedro y Juan: las puertas estaban cerradas; todo se hacía con misterio y solemnidad. Cuando el cáliz fué sacado de la bolsa, Jesús oró, y habló muy solemnemente. Yo vi a Jesús explicando la Cena y toda la ceremonia: me pareció un sacerdote enseñando a los otros a decir misa.

Sacó del azafate, en el cual estaban los vasos, una tablita; tomó un paño blanco que cubría el cáliz, y lo tendió sobre el azafate y la tablita. Después le vi quitar de encima del cáliz una tapa redonda, y la puso sobre la misma tablita. Luego sacó los panes ácimos del paño que los cubría, y los puso sobre esta tapa; sacó también de dentro del cáliz un vaso más pequeño, y puso, a derecha y a izquierda, las seis copas de que estaba rodeado. Entonces bendijo el pan y los óleos, según creo: elevó con sus dos manos la patena con los panes, levantó los ojos, rezó, ofreció, puso de nuevo la patena sobre la mesa, y la cubrió. Tomó después el cáliz, hizo que Pedro echara vino en él y que Juan echara el agua que había bendecido antes; añadió un poco de agua, que echó con una cucharita: entonces bendijo el cáliz lo elevó orando, hizo el ofertorio, y lo puso sobre la mesa.

Juan y Pedro le echaron agua sobre las manos, encima del plato en donde habían estado los panes; tomó con la cuchara, que sacó del pie del cáliz, un poco del agua vertida sobre sus manos, y la derramó sobre las de ellos; después el plato pasó alrededor de la mesa, y todos se lavaron con él las manos. No me acuerdo si éste fué el orden exacto de las ceremonias: lo

que sé es que todo me recordó, de manera extraordinaria, el santo sacrificio de la Misa.

Jesús se mostraba cada vez más afectuoso; díjoles que iba a darles todo lo que tenía, es decir, Él mismo, como si se hubiera derretido todo en amor. Le vi volverse transparente; se parecía a una sombra luminosa. Rompió el pan en muchos pedazos, y los puso sobre la patena; tomó un poco del primer pedazo, y lo echó en el cáliz. Mientras hacía esto, me pareció ver a la Virgen Santísima recibir el Sacramento de un modo espiritual, a pesar de no estar presente. No sé cómo se hizo esto, pero creí verla entrar, sin tocar el suelo, y colocarse enfrente del Señor para recibir la Sagrada Eucaristía, y después no la vi. Por la mañana, Jesús le había dicho en Betania que celebraría la Pascua con ella de un modo espiritual, y habíale indicado la hora en que se había de poner en oración para recibirla en espíritu.

Jesús oró y enseñó todavía: las palabras salían de su boca como el fuego de la luz, y entraban en los apóstoles, excepto en Judas. Tomó la patena con los pedazos de pan (no se si la había puesto sobre el cáliz), y dijo: *Tomad y comed; este es mi Cuerpo, que será dado por vosotros.* Extendió su mano derecha como para bendecir, y mientras lo hacía, gran resplandor salía de Él: sus palabras eran luminosas, y el pan entraba en la boca de los apóstoles como un cuerpo resplandeciente: los vi a todos penetrados de luz; Judas sólo estaba tenebroso. Jesús presentó primero el pan a Pedro, después a Juan; en seguida hizo señas a Judas que se acercara; éste fué el tercero a quien presentó el Sacramento, pero fué como si las palabras del Señor se apartasen de la boca del traidor, y volviesen a Él. Yo estaba tan agitada, que no puedo expresar lo que sentía. Jesús le dijo: "Haz pronto lo que quieres hacer". Después dió el Sacramento a los otros apóstoles, que se acercaron de dos en dos.

Jesús elevó el cáliz por sus dos asas hasta la altura de su cara, y pronunció las palabras de la consagración: mientras las decía, estaba transfigurado y transparente: parecía que pasaba todo entero en lo que les iba a dar. Dió de beber a Pedro y a Juan en el cáliz que tenía en la mano, y lo puso sobre la mesa. Juan echó la sangre divina del cáliz en las copas, y Pedro las presentó a los apóstoles, que bebieron dos a dos en la misma copa. Creo, sin estar bien segura de ello, que Judas tuvo también su parte en el cáliz. No volvió a su sitio, sino que salió en seguida del Cenáculo. Los otros creyeron que Jesús le había encargado algo. Se retiró sin rezar y sin dar gracias, y por esto se puede ver cuán culpable es el retirarse sin dar gracias des-

pués del pan cotidiano y después del pan eterno. Mientras duró la comida, vi al lado de Judas una figura horrenda, que tenía un pie como un hueso seco; cuando estuvo delante de la puerta, vi tres demonios en derredor suyo: el uno entraba en su boca; el otro lo empujaba, y el tercero corría delante de él. Era de noche, y parecía que le alumbraban: iba corriendo como un insensato.

El Señor echó en el vasito de que he hablado un resto de sangre divina que quedaba en el fondo del cáliz; después puso sus dedos sobre él, y Pedro y Juan le echaron otra vez agua y vino. Después les dió a beber de nuevo en el cáliz, y el resto lo echó en las copas y lo distribuyó a los otros apóstoles. En seguida Jesús limpió el cáliz, metió dentro el vasito donde estaba el resto de la sangre divina, puso encima la patena con lo restante del pan consagrado, luego la tapadera y envolvió el cáliz, colocándolo en medio de las seis copas. Después de la Resurrección, vi a los apóstoles comulgar con el resto del Santísimo Sacramento.

No recuerdo haber visto que el Señor comiera o bebiera el pan y el vino consagrados; no vi tampoco que Melquisedec, cuando ofreció el pan y el vino, lo probase. He sabido por qué los sacerdotes participan del Sacramento, aunque Jesús no lo ha hecho.

Mientras Ana Catalina hablaba, de pronto se puso a mirar en derredor, como si escuchase. Recibió una explicación, de la que no pudo comunicar más que lo siguiente:

Si los ángeles la hubieran distribuído, no hubiesen participado de ella; si los sacerdotes no participaran de la Eucaristía, se hubiera perdido: por eso es por lo que se conserva.

Había en todo lo que Jesús hizo cuanto a la institución de la Sagrada Eucaristía cierta regularidad y cierta solemnidad: sus movimentos a un lado y a otro estaban llenos de majestad. Vi a los apóstoles anotar alguna cosa en unos pedacitos de pergamino que traían consigo. Mientras duró la ceremonia, los vi muchas veces inclinarse uno delante de otro, a la manera de nuestros sacerdotes.

IX

Instituciones secretas y consagraciones

Jesús hizo una instrucción particular. Les dijo que debían conservar el Santísimo Sacramento en memoria suya hasta el fin del mundo; les enseñó las formas esenciales para hacer uso

de él y comunicarlo, y de qué modo debían, por grados, enseñar y publicar este misterio. Les enseñó cuándo debían de comer el resto de las especies consagradas, cuándo debían dar de ellas a la Virgen Santísima, cómo debían consagrar ellos mismos cuando les hubiese enviado el Consolador. Hablóles después del sacerdocio, de la unción, de la preparación del crisma, de los santos óleos. Había tres cajas: dos contenían una mezcla de aceite y de bálsamo. Enseñó cómo se debía hacer esa mezcla, a qué partes del cuerpo se debían aplicar, y en qué ocasiones. Me acuerdo que citó un caso en que la Sagrada Eucaristía no era aplicable: puede ser que fuera la Extremaunción; mis recuerdos no están fijos sobre este punto. Habló de diversas unciones, sobre todo de las de los Reyes, y dijo que aún los Reyes inicuos que estaban ungidos recibían de la unción una fuerza particular. Puso un poco de ungüento y de aceite en la caja vacía, y los mezcló; no sé si fué entonces cuando bendijo el aceite, o cuando consagró el pan.

Después lo vi ungir a Pedro y a Juan, cuyas manos habían recibido el agua que corría de las de Jesús, y a los cuales había dado de beber en el cáliz. En seguida les impuso las manos sobre la cabeza y sobre los hombros. Ellos juntaron las suyas poniendo el dedo pulgar en cruz, y se inclinaron profundamente delante de Él, hasta ponerse casi de rodillas. Les ungió el dedo pulgar y el índice de cada mano, y les hizo una cruz sobre la cabeza con el crisma. Les dijo también que aquello permanecería hasta el fin del mundo. Santiago el Menor, Andrés, Santiago el Mayor y Bartolomé recibieron asimismo una consagración. Vi que puso en cruz sobre el pecho de Pedro una especie de estola que llevaba al cuello, y a los otros se la puso sobre el hombro derecho. No me acuerdo si esto lo hizo al instituir el Santísimo Sacramento, o sólo en el acto de la unción.

Yo vi que Jesús les comunicaba por esta unción algo esencial y sobrenatural que no sé explicar. Les dijo que en recibiendo el Espíritu Santo consagrarían el pan y el vino y darían la unción a los otros apóstoles. Me fué mostrado aquí que el día de Pentecostés, antes del gran bautismo, Pedro y Juan impusieron las manos a los otros apóstoles, y ocho días después a muchos discípulos. Juan, después de la Resurrección, presentó por primera vez el Santísimo Sacramento a la Virgen Santísima. Esta circunstancia fué celebrada entre los apóstoles. La Iglesia no celebra ya esta fiesta; pero la veo celebrar en la Iglesia triunfante. Los primeros días después de Pentecostés vi a

Pedro y a Juan consagrar solos la Sagrada Eucaristía: más tarde los otros consagraron también.

El Señor consagró asimismo el fuego en una copa de hierro, y tuvieron cuidado de no dejarlo apagar jamás: fué conservado al lado del sitio donde estaba puesto el Santísimo Sacramento, en una parte del antiguo hornillo pascual, y de allí iban a sacarlo siempre para los usos espirituales. Todo lo que hizo entonces Jesús estuvo muy secreto y fué enseñado sólo en igual forma. La Iglesia ha conservado lo esencial, extendiéndolo bajo la inspiración del Espíritu Santo para acomodarlo a sus necesidades.

¿Pedro y Juan fueron consagrados los dos como Obispos, o sólo Pedro como Obispo y Juan como sacerdote? ¿Cuál fué la elevación en dignidad de los otros cuatro? No lo puedo decir. El modo diferente con que el Señor puso la estola a los apóstoles, parece indicar diversos grados de consagración.

Cuando estas santas ceremonias se acabaron, el cáliz que estaba al lado del crisma fué cubierto, y Pedro y Juan llevaron el Santísimo Sacramento a la parte más retirada de la sala, que estaba separada del resto por una cortina, y desde entonces fué el Santuario. El sitio donde estaba el Santísimo Sacramento tenía poca elevación sobre el hornillo pascual. José de Arimatea y Nicodemo cuidaron el Santuario y el Cenáculo en la ausencia de los apóstoles.

Jesús hizo todavía una larga instrucción, y oró algunas veces. Con frecuencia parecía conversar con su Padre celestial: rebosaba de entusiasmo y de amor. Los apóstoles estaban llenos de gozo y de celo, y le hacían diversas preguntas, a las cuales respondía. La mayor parte de todo esto debe estar en la Sagrada Escritura. El Señor dijo a Pedro y a Juan diferentes cosas que debían comunicar después a los otros apóstoles, y éstos a los discípulos y a las santas mujeres, según la capacidad de cada uno para estos conocimientos. Jesús tuvo una conversación particular con Juan; le dijo que su vida sería más larga que la de los otros. Le habló también de siete iglesias, de coronas, de ángeles, y le hizo conocer algunas figuras de un sentido profundo y misterioso, que designaban, según creo, ciertas épocas. Los otros apóstoles sintieron un impulso de envidia a causa de esta confianza particular.

Habló también del que lo vendía: "Ahora hace esto y lo otro", decía Jesús; y, en efecto, yo veía a Judas haciendo lo que Jesús decía. Como Pedro aseguraba con mucha animación que le sería siempre fiel, Jesús le dijo: "Simón, Simón, Satanás te reclama para molerte como el trigo; mas yo he pedido por ti,

a fin de que tu fe no desfallezca cuando te conviertas como tus hermanos". Jesús continuó diciendo que no podían seguirlo adonde iba; Pedro le dijo que él lo seguiría hasta la muerte, y Jesús respondió: "En verdad, antes que el gallo cante me negarás tres veces". Anunciándoles los tiempos difíciles que habían de pasar, les dijo: "Cuando os he mandado sin saco, sin bolsa, sin zapatos, ¿os ha faltado algo?" "No", respondieron los apóstoles. "Pues ahora, continuó Jesús, que cada uno tome su bolsa y su saco; que el que no tiene nada, venda su vestido para comprar una espada, pues se va a cumplir esta profecía: *Ha sido confundido con los malhechores.* Todo lo que se ha escrito de Mí se va a cumplir". Los apóstoles entendieron todo esto de un modo material, y Pedro le presentó dos espadas cortas y anchas. Jesús dijo: "Basta, salgamos de aquí". Entonces cantaron el cántico de acción de gracias, quitaron la mesa, y vinieron al vestíbulo.

Aquí Jesús encontró a su Madre, a María, hija de Cleofás, y a Magdalena, que le suplicaron con instancias que no fuera al monte de los Olivos, porque se había corrido la voz de que querían prenderlo. Pero Jesús las consoló con pocas palabras, y pasó rápidamente: podían ser las nueve. Volvieron a bajar el camino por el cual Pedro y Juan habían venido al Cenáculo, dirigiéndose al monte de los Olivos.

Yo he visto siempre así la Pascua y la institución de la Sagrada Eucaristía. Pero mi emoción antes era tan grande, que mis percepciones carecían de suficiente luz: ahora lo he visto con más claridad. Es una fatiga y una pena que nada puede expresar. Se ve el interior de los corazones; se ve el amor y la fidelidad del Salvador; se sabe todo lo que va a suceder: como sería posible observar exactamente todo lo que no es más que exterior. Se inflama uno de gratitud y de amor, no puede comprenderse la ceguedad de los hombres, la ingratitud del mundo entero y sus pecados. La Pascua de Jesús fué pronta, y en todo conforme a las prescripciones legales. Los fariseos añadían algunas observancias minuciosas.

X

Noticia sobre Melquisedec

Cuando Nuestro Señor Jesucristo tomó el cáliz en la institución de la sagrada Eucaristía, tuve otra visión sobre el Antiguo Testamento. Vi a Abrahán arrodillado delante de un altar;

a lo lejos estaban unos guerreros con animales de carga y camellos: un hombre majestuoso se acercó a Abrahán, y puso sobre el ara el cáliz de que se sirvió Jesús después. Vi que este hombre tenía como dos alas en las espaldas: no las tenía realmente; pero era una señal para indicarme que tenía un ángel delante de mí. Es la primera vez que he visto alas a un ángel. Este personaje era Melquisedec. Detrás del altar de Abrahán subían tres nubes de humo: la de en medio se elevaba bastante alta; las otras estaban más bajas.

Yo vi dos filas de caras que acababan en Jesús. Entre ellas estaban David y Salomón. Yo vi nombres encima de Melquisedec, de Abrahán y de algunos Reyes. Después volví a Jesús y al cáliz.

Abril 3 de 1821. — El sacrificio de Melquisedec se hizo en el valle de Josafat, sobre una altura. Melquisedec tenía ya el cáliz. Abrahán debía saber que venía a sacrificar, pues había elevado un hermoso altar cubierto con un toldo de hojas. Habían construído, también, una especie de tabernáculo, donde Melquisedec puso el cáliz. Los vasos donde bebían parecían ser de piedras preciosas. Había un hoyo en el altar, probablemente para el sacrificio. Abrahán había traído un hermoso ganado. Cuando este patriarca recibió el misterio de la promesa, le fué revelado que el sacerdote del Altísimo celebraría delante de él el sacrificio eterno que debía ser instituído por el Mesías. Cuando Melquisedec anunció su llegada por dos correos que le servían con frecuencia, Abrahán lo esperó con un temor respetuoso, y erigió el altar y el toldo de hojas.

Yo vi que Abrahán puso sobre el altar algunos huesos de Adán; Noé los había guardado en el Arca. El uno y el otro pedían a Dios que cumpliera la promesa que había hecho a aquellos huesos, esto es, el Mesías. Abrahán deseaba la bendición de Melquisedec.

La llanura estaba cubierta de hombres y de animales de carga. El rey de Sodoma estaba con Abrahán debajo del toldo. Melquisedec vino de un sitio, que fué después Jerusalén; había cortado allí un monte, y había comenzado algunos edificios. Vino con un animal pardo, de carga; no era un camello ni nuestro asno; este animal tenía el pescuezo ancho y corto, era muy ligero para correr, traía un cántaro lleno de vino y un arcón con panes aplastados y diferentes vasos. Los vasos, en forma de cubitas, eran transparentes como piedras preciosas. Abrahán vino a esperar a Melquisedec. Este fué detrás del altar, ofreció el pan y

el vino elevándolos en sus manos, los bendijo, y los distribuyó; había en esta ceremonia algo de la Misa. Abrahán recibió un pan más blanco que los otros, y bebió en el cáliz que sirvió en la Cena de Jesucristo, y que todavía no tenía pie. Los más distinguidos de los que asistían distribuyeron en seguida al pueblo vino y pedazos de pan.

No hubo consagración; los ángeles no pueden consagrar. Mas las especies fueron bendecidas; y yo las vi relucir. Todos los que comieron fueron fortificados y elevados a Dios. Abrahán fué también bendecido por Melquisedec: vi que era una figura de la ordenación de los sacerdotes. Abrahán había recibido ya la promesa de que el Mesías nacería de su sangre. Supe que Melquisedec le enseñó estas palabras proféticas sobre el Mesías y su sacrificio: "El Señor ha dicho a mi Señor: "Siéntate a mi derecha hasta que reduzca a tus enemigos por escabel de tus pies". El Señor lo ha jurado, y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote en lo eterno, según el orden de Melquisedec". Yo vi también que David, cuando escribió estas palabras, tuvo una visión de la bendición que dió Melquisedec a Abrahán. Habiendo recibido el pan y el vino, Abrahán profetizó y habló de Moisés, de los levitas, y de todo lo que debía dárseles.

No sé si Abrahán mismo ofreció también este sacrificio. Le vi dar en seguida el diezmo de sus ganados y de sus tesoros; ignoro en qué lo empleó Melquisedec; creo que lo distribuyó. Melquisedec no parecía viejo; era alto, lleno de apacible majestad; tenía un vestido largo, de blancura como no vi jamás en otro alguno. El vestido blanco de Abrahán parecía pardo a su lado. Durante el sacrificio, se puso un cinturón donde estaban bordados algunos caracteres y un bonete blanco parecido al que llevaron después los sacerdotes. Su cabello era dorado y más brilante que la seda; tenía barba blanca, corta y en punta; su cara era resplandeciente. Todos la miraban con respeto; su presencia infundía veneración. Me fué dicho que era un ángel sacerdotal y un enviado de Dios. Habíalo sido para establecer diversas instituciones religiosas. Dirigía las muchedumbres, mudaba las razas, y fundaba los pueblos. Yo lo he visto en diversos sitios antes del tiempo de Abrahán. Después no lo he vuelto a ver.

EPOCA UNDÉCIMA

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

PROLOGO

La noche del 18 de Febrero de 1823, un amigo de la enferma se acercó a su cama, donde parecía que estaba durmiendo: sorprendido de la bella y dolorosa expresión de su semblante, se sintió elevado hacia Dios por un rápido movimiento del alma, y ofrecía al Padre celestial la Pasión del Salvador, uniéndola con los padecimientos de todos los que han llevado su cruz después de Él. Mientras hacía esta corta oración, fijó un instante los ojos sobre las manos estigmatizadas de la monja. Ésta al punto las escondió debajo de la ropa, estremeciéndose como si la hubieran herido de improviso. Sorprendido de este movimiento, le preguntó qué le había sucedido, y la enferma le respondió de un modo expresivo: "Muchas cosas". Mientras él meditaba el sentido de estas palabras, Ana Catalina sumergióse en profundo sueño, que duró un cuarto de hora. Después se sentó de pronto en la cama con la vivacidad de una persona que sostiene lucha violenta; extendió ambos brazos con el puño cerrado, como si rechazara a un enemigo colocado a la izquierda de su cama, y en seguida exclamó llena de cólera: "¿Qué quieres tú con ese contrato de Magdalum?"; y continuó, con el fuego de una persona que disputa: "Sí; ese maldito, ese embustero de siempre; Satanás le acrimina por el contrato de Magdalum, y otros además, y dice que ha gastado todo eso para él". Habiéndola preguntado: "¿Quién es el que ha gastado? ¿A quién hablan así?", ella respondió: "A Jesús, mi Esposo, en el monte de los Olivos". Entonces se volvió de nuevo a la izquierda con ademán amenazador: "¿Qué pretendes tú, padre de la mentira, con el contrato de Magdalum? ¿No ha comprado la libertad de veintisiete pobres presos de Tirza con el precio de venta de Magdalum? Yo lo he visto: y tú dices que ha destruído esa posesión, que ha echado de ella a los que la habitaban y malversado su valor. Espera, maldito; tú serás encadenado, y su pie quebrantará tu cabeza".

Entonces fué interrumpida por la llegada de una tercera persona: creyeron que había estado delirando y se compadecieron de ella. Al día siguiente por la mañana dijo que, la víspera, le pareció que seguía al Señor en el monte de los Olivos, des-

pués de la institución de la Sagrada Eucaristía; pero que en el mismo momento, habiéndose puesto una persona a mirar las llagas de sus manos con cierta especie de veneración, le pareció esto tan monstruoso en presencia de Jesús, que no pudo menos de esconderlas muy afligida. Contó después la visión del monte de los Olivos, y como su relación continuó los días siguientes, pudieron fácilmente agruparse las descripciones de la Pasión que se suceden. Pero como durante la Cuaresma celebraba también Ana los combates de Nuestro Señor con Satanás en el desierto, tuvo que luchar contra muchos padecimientos y muchas tentaciones; por eso en el relato de la Pasión hubo algunos vaciones particulares recogidas en época anterior.

Hablaba ordinariamente el bajo alemán. En el estado de éxtasis, su lenguaje se purificaba con frecuencia; sus narraciones eran una mezcla de sencillez infantil y de elevada inspiración. Su amigo escribía lo que le había oído así que regresaba a su casa, pues en su presencia rara vez podía tomar algunas notas. El Señor le ha dado la memoria, el celo y la fuerza de resistir a muchas penas, y por eso ha podido llevar a cabo este trabajo. El escritor tiene la conciencia de haber hecho lo que ha podido, y pide al lector, si queda satisfecho, la limosna de sus oraciones.

I

Jesús en el monte de los Olivos

Cuando Jesús, después de instituído el Santísimo Sacramento del altar, salió del Cenáculo con los once apóstoles, su alma estaba turbada, y su tristeza se iba aumentando. Condujo a los once, por un sendero apartado, al valle de Josafat. Cuando estuvieron delante de la puerta, yo vi la luna, que aún no estaba del todo llena, levantarse sobre la montaña. El Señor, andando con ellos en el valle, les dijo que volvería a este sitio a juzgar al mundo; que entonces los hombres temblarían y gritarían: "¡Montes, cubridnos!" Sus discípulos no le comprendieron, y creyeron (lo que les sucedió con frecuencia esta misma noche) que la debilidad y la fatiga le hacían delirar. Les dijo también: "Esta noche seréis escandalizados por causa mía; pues está escrito: Yo heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero cuando resucite, os precederé en Galilea".

Los apóstoles conservaban aún algo del entusiasmo y del recogimiento que les habían comunicado la santa Comunión y los discursos solemnes y afectuosos de Jesús. Le rodeaban, pues, y le expresaban su amor de diversos modos, protestando que jamás lo abandonarían; pero Jesús continuó hablándoles en el mismo sentido, y dijo Pedro: "Aunque todos se escandalizaran por tu causa, yo jamás me escandalizaré". El Señor le predijo que antes que el gallo cantara lo negaría tres veces, y Pedro insistió de nuevo, y le dijo: "Aunque tenga que morir contigo, nunca te negaré". Así hablaron también los demás. Andaban y se paraban alternativamente, y la tristeza de Jesús se aumentaba cada vez más. Querían ellos consolarlo de un modo puramente humano, asegurándole que lo que preveía no sucedería. Se cansaron en esta vana tentativa, comenzaron a dudar, y vino sobre ellos la tentación.

Atravesaron el torrente Cedrón, no por el puente adonde fué conducido preso Jesús más tarde, sino por otro, pues habían dado un rodeo. Getsemaní, adonde se dirigían, está a media legua del Cenáculo: desde el Cenáculo hasta la puerta del valle de Josafat hay un cuarto de legua, y otro tanto desde allí hasta Getsemaní. Este sitio, donde Jesús en los últimos días había

pasado algunas noches con sus discípulos, se componía de varias casas vacías y abiertas, y de un gran huerto rodeado de un seto, adonde no había más que plantas de adorno y árboles frutales. Los apóstoles y algunas otras personas tenían una llave de este huerto, que era un lugar de recreo y de oración. Había en él chozas de follaje, donde permanecieron ocho días algunos apóstoles, a los cuales se juntaron más tarde otros discípulos; el Huerto de los Olivos estaba separado del de Getsemaní por un camino; franco al paso, cercábalo sólo una tapia baja, y era más pequeño que el de Getsemaní. Había en él grutas, terraplenes y muchos olivos, y fácilmente se encontraban sitios a propósito para la oración y para la meditación. Jesús fué a orar al más retirado de todos.

Eran cerca de las nueve cuando Jesús llegó a Getsemaní con sus discípulos. La tierra estaba todavía oscura; pero la luna esparcía ya su luz en el cielo. Jesús estaba triste y anunciaba la proximidad del peligro. Los discípulos permanecían sobrecogidos, y Jesús dijo a ocho de los que le acompañaban que se quedasen en el huerto de Getsemaní, mientras él iba a orar. Llevó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y entró en el Huerto de los Olivos. Estaba sumamente triste, pues el tiempo de la prueba se acercaba. Juan le preguntó cómo Él, que siempre los había consolado, podía estar tan abatido. "Mi alma está triste hasta la muerte", respondió Jesús; y veía por todos lados la angustia y la tentación acercarse como nubes cargadas de figuras terribles. Entonces dijo a los tres apóstoles: "Quedaos ahí; velad y orad conmigo, para no caer en tentación". Jesús bajó un poco a la izquierda, y se ocultó bajo un peñasco en una gruta de seis pies de profundidad, encima de la cual estaban los apóstoles en una especie de hoyo. El terreno iba en declive poco a poco en esta gruta, y las plantas asidas al peñasco formaban una especie de cortina a la entrada, de modo que no podía ser visto.

Cuando Jesús se separó de los discípulos, vi a su alrededor un círculo de figuras horrendas que lo estrechaban cada vez más. Su tristeza y su angustia se aumentaban; penetró temblando en la gruta para orar, como un hombre que busca abrigo contra la tempestad; pero las visiones amenazadoras le seguían, y cada vez eran más fuertes. Esta estrecha caverna parecía presentar el horrible espectáculo de todos los pecados cometidos desde la caída del primer hombre hasta el fin del mundo, y su castigo. A este mismo sitio, al monte de los Olivos, habían venido Adán y Eva, expulsados del Paraíso, sobre una tierra ingrata: en esta misma gruta habían gemido y llorado. Parecióme

que Jesús, al entregarse a la divina Justicia en satisfacción de nuestros pecados, hacía volver su Divinidad al seno de la Trinidad Santísima; así, concentrado en su pura, amante e inocente humanidad, y armado sólo de su amor inefable, la sacrificaba a las angustias y a los padecimientos.

Postrado en tierra, inclinado su rostro y anegado en un mar de tristeza, todos los pecados del mundo se le aparecieron bajo infinitas formas en toda su fealdad interior; tomólos todos sobre Sí, y ofreciose en su oración a la justicia de su Padre celestial para pagar esta terrible deuda. Pero Satanás, que se agitaba en medio de todos estos horrores con una sonrisa infernal, se enfurecía contra Jesús; y haciendo pasar ante sus ojos pinturas cada vez más horribles, gritaba a la humanidad de Jesús: "¡Cómo! ¿Tomarás Tú a éste también sobre Ti; sufrirás su castigo? ¿Quieres satisfacer por todo esto?"

Salió, empero, del cielo un rayo semejante a una vía luminosa: era un ejército de ángeles que bajaban hasta Jesús, y vi que lo animaban y confortaban. El resto de la gruta estaba lleno de las horrendas visiones de nuestros crímenes: Jesús los tomó todos sobre Sí; pero su corazón, lleno del más perfecto amor de Dios y de los hombres, estaba cruelmente angustiado bajo el peso de tanta abominación. Cuando esa multitud de crímenes pasó sobre su alma como un océano, Satanás le suscitó, como en el desierto, tentaciones innumerables: se atrevió a presentar contra el Salvador una serie de acusaciones, diciéndole: "¡Cómo! ¿Tú quieres tomar todo eso sobre Ti; Tú, que no eres puro?" Y entonces con una impudencia infernal, le hacía inculpaciones imaginarias. Le atribuía las faltas de sus discípulos, los escándalos que habían dado, la perturbación causada en el mundo renunciando a los usos antiguos. Satanás se hizo el fariseo más hábil y más severo: le reprendió el haber sido la causa de la degollación de los Inocentes, así como de los padecimientos de sus padres en Egipto; el no haber salvado a Juan Bautista de la muerte; el haber desunido familias y protegido hombres infames; el no haber curado a muchos enfermos; el haber causado perjuicio a los habitantes de Gergesa, permitiendo a los poseídos entrar en sus cubas, y a los demonios precipitar sus cerdos en el mar; el haber abandonado su familia y dilapidado los bienes de su prójimo: en una palabra, Satanás presentó delante del alma de Jesús, para turbarlo, todo lo que hubiera reprochado en el momento de la muerte a un hombre ordinario que perpetrara todas estas acciones sin un motivo superior; pues le había sido ocultado que Jesús fuese el Hijo de Dios, y lo ten-

taba como si fuese sólo el más justo de los hombres. Nuestro divino Salvador dejó predominar tanto en Él su santa humanidad, que quiso sufrir las tentaciones que asaltan al hombre justo en la muerte: el mérito de sus buenas obras. Para beber todo el cáliz de agonía, permitió que el espíritu malo tentara su humanidad como podría tentar a un hombre que quisiera atribuir a sus buenas obras un valor propio, además del que pueden tener por los méritos de Jesús. No hubo una de esas acciones que no le sirviera de acusación, y entre otras cosas, le acusó de haber recibido de Lázaro y de haber malgastado el precio de la propiedad de María Magdalena en Magdalum.

Entre los pecados del mundo que pesaban sobre el Salvador, yo vi también los míos; y del círculo de tentaciones que lo rodeaban vi salir hacia mí como un río, en donde todas mis culpas me fueron presentadas. Mientras tanto, tenía los ojos siempre fijos en mi Esposo celestial, gemía y oraba con Él, y con Él me volvía hacia los ángeles consoladores. El Señor se retorcía como un gusano bajo el peso de su dolor y de sus angustias.

Mientras Satanás le abrumaba con tales inculpaciones, apenas podía yo refrenar mi cólera; pero cuando habló de la venta de la posesión de Magdalena, no pude contenerme, y le dije: "¿Cómo te atreves a reprochar como un pecado la venta de esa propiedad? Yo misma he visto al Señor emplear esta cantidad que le dió Lázaro en obras de misericordia, en rescatar en Tirza a veintisiete pobres presos por deudas".

Al principio Jesús estaba arrodillado, y oraba con serenidad; pero después su alma se horrorizó al aspecto de los crímenes innumerables de los hombres y de su ingratitud para con Dios: sintió un dolor tan vehemente, que exclamó diciendo: "¡Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz! ¡Padre mío, todo te es posible; aleja este cáliz!" Después se recogió, y dijo: "Que tu voluntad se haga, y no la mía". Su voluntad era la de su Padre; pero abandonado por su amor a las debilidades de la humanidad temblaba al aspecto de la muerte.

Yo vi la caverna llena de formas espantosas; vi todos los pecados, toda la malicia, todos los vicios, todos los tormentos, todas las ingratitudes que le oprimían: el espanto de la muerte, el terror que sentía como hombre al aspecto de los padecimientos expiatorios, le asaltaban bajo la figura de espectros horrendos. Sus rodillas vacilaban; juntaba las manos; inundábale el sudor, y se estremecía de horror. Por fin se levantó: trémulas sus rodillas, apenas podían sostenerlo; tenía la fisonomía des-

compuesta, y estaba desconocido, pálidos los labios y erizados los cabellos. Eran cerca de las diez cuando se levantó, y temblando, cayéndose a cada paso, bañado de un sudor frío, fué adonde estaban los tres apóstoles, subió a la izquierda de la gruta, al sitio donde éstos se habían dormido, rendidos de fatiga, de tristeza y de inquietud. Jesús vino a ellos como un hombre cercado de angustias a quien el temor obliga a recurrir a sus amigos, y semejante al buen pastor que, avisado de un peligro próximo, viene a visitar su rebaño amenazado, pues no ignoraba que ellos también estaban en la angustia y en la tentación. Las terribles visiones le asediaban implacables en este corto camino. Hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó junto a ellos lleno de tristeza y de inquietud, y dijo: "Simón, ¿duermes?" Despertáronse al punto, se levantaron, y díjoles en su abandono: "¿No podíais velar una hora conmigo?" Cuando le vieron descompuesto, pálido, temblando, empapado en sudor; cuando oyeron su voz alterada y casi extinguida, no supieron qué pensar; y si no se les hubiera aparecido rodeado de una luz radiante, lo hubiesen desconocido. Juan le dijo: "Maestro, ¿qué tienes? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huír?" Jesús respondió: "Si viviera, enseñara y curara todavía treinta y tres años, no bastarían para cumplir lo que tengo que hacer de aquí a mañana. No llames a los otros ocho; helos dejado allí, porque no podrían verme en esta miseria sin escandalizarse: caerían en tentación, olvidarían mucho, y dudarían de Mí, porque verían al Hijo del hombre transfigurado, y también en su oscuridad y desamparo. Pero velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil".

Quería así excitarlos a la perseverancia, y anunciarles la lucha de su naturaleza humana contra la muerte, y la causa de su debilidad. Les habló todavía en su tristeza, y estuvo cerca de un cuarto de hora con ellos. Volvióse a la gruta, creciendo siempre su angustia: ellos extendían las manos hacia Él, lloraban, se echaban en los brazos los unos de los otros, y se preguntaban: "¿Qué tiene? ¿Qué le ha sucedido? ¿Está en un abandono completo?" Comenzaron a orar con la cabeza cubierta, llenos de ansiedad y de tristeza. Todo lo que acabo de decir ocupó el espacio de hora y media, desde que Jesús entró en el Huerto de los Olivos. En efecto, dice en la Escritura: "¿No habéis podido velar una hora conmigo?" Pero esto no debe entenderse a la letra y según nuestro modo de contar. Los tres apóstoles que estaban con Jesús habían orado primero; después se

habían dormido, porque habían caído en tentación por falta de confianza. Los otros ocho, que se habían quedado a la entrada, no dormían: la tristeza que encerraban los últimos discursos de Jesús los había puesto en gran desasosiego; erraban por el monte de los Olivos para buscar algún refugio en caso de peligro.

Había poco ruido en Jerusalén; los judíos estaban en sus casas ocupados en los preparativos de la fiesta; vi acá y allá amigos y discípulos de Jesús, que andaban y hablaban juntos: parecían inquietos y como si esperasen algún acontecimiento. La Madre del Señor, Magdalena, Marta, María, hija de Cleofás, María Salomé y Salomé habían ido desde el Cenáculo a la casa de María, madre de Marcos: María, asustada de lo que decían sobre Jesús, quiso venir al pueblo para saber noticias suyas. Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea, y algunos parientes de Hebrón vinieron a verla para tranquilizarla. Pues habiendo tenido conocimiento de las tristes predicciones de Jesús en el Cenáculo, habían ido a informarse a casa de los fariseos conocidos suyos, y no habían oído que se preparase ninguna tentativa contra Jesús: decían que el peligro no debía ser tan grande; que no asaltarían al Señor hallándose tan próxima la fiesta: ellos no sabían nada de la traición de Judas. María les habló de la agitación de éste en los últimos días; de qué manera había salido del Cenáculo: seguramente había ido a denunciar a Jesús. Ella habíale dicho con frecuencia que era un hijo de perdición. Las santas mujeres se volvieron a casa de María, madre de Marcos.

Cuando Jesús volvió a la gruta y con Él todos sus dolores, se prosternó con el rostro sobre el suelo, y los brazos extendidos, y en esta actitud rogó a su Padre celestial; pero hubo una nueva lucha en su alma, que duró tres cuartos de hora. Vinieron ángeles a mostrarle en una serie de visiones todos los dolores que había de padecer para expiar el pecado. Mostráronle cuál era la belleza del hombre antes de su caída, y cuánto le había desfigurado y alterado ésta. Vió el origen de todos los pecados en el primer pecado; la significación y la esencia de la concupiscencia, sus terribles efectos sobre las fuerzas del alma humana, y también la esencia y la significación de todas las penas correspondientes a la concupiscencia. Le mostraron, en la satisfacción que debía de dar a la divina Justicia, un padecimiento de cuerpo y alma, comprendiendo todas las penas debidas a la concupiscencia de toda la humanidad: la deuda del género humano debía ser satisfecha por la naturaleza humana, exenta de

pecado, del Hijo de Dios. Los ángeles le presentaban todo esto bajo diversas formas, y yo percibía lo que decían, a pesar de que no oía su voz. Ningún lenguaje puede expresar el dolor y el espanto que sobresaltaron el alma de Jesús a la vista de estas terribles expiaciones; el horror de esta visión fué tal, que un sudor de sangre salió de todo su cuerpo.

Mientras la humanidad de Jesucristo estaba sumergida en esta inmensidad de padecimientos, noté en los ángeles un movimiento de compasión; hubo un punto de silencio; parecióme que deseaban ardientemente consolarle, y que por eso oraban ante el trono de Dios. Hubo como una lucha de un instante entre la misericordia y la justicia de Dios y el amor que se sacrificaba. Una imagen de Dios fuéme presentada, no como tantas veces sobre un trono, sino en forma luminosa; yo vi la naturaleza divina del Hijo en la persona del Padre, y como retirada en su seno; la persona del Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo; estaba como entre ellos, y sin embargo no formaban más que un solo Dios; pero eso es indecible. Tuve más bien un sentimiento interno que una visión con formas distintas: me pareció que la voluntad divina del Hijo se retiraba al Padre para dejar caer sobre su humanidad todos los padecimientos que la voluntad humana de Jesús pedía a su Padre que alejara de Él. Vi esto en el momento de la compasión de los ángeles, cuando desearon consolar a Jesús, y, en efecto, recibió en ese instante algún alivio. Entonces todo desapareció, y los ángeles abandonaron al Señor, cuya alma iba a sufrir nuevas acometidas.

Cuando el Salvador en el monte de los Olivos quiso poner a prueba y dominar esta violenta repugnancia de la naturaleza humana contra el dolor y la muerte, que hace parte de todo padecimiento, fué permitido al tentador hacer con Él lo que hace con el hombre que quiere sacrificarse por una causa santa. En la primera agonía, Satanás presentó al Señor la enormidad de la deuda que quería satisfacer, y llevó la audacia hasta buscar culpas en las obras mismas del Salvador. En la segunda agonía, Jesús vió en toda su extensión y su acerbidad el padecimiento expiatorio necesario para satisfacer a la Justicia divina: esto le fué presentado por los ángeles, pues no pertenece a Satanás hacer ver que la expiación es posible: el padre de la mentira y de la desesperación no puede mostrar las obras de la misericordia divina. Jesús, que había resistido victoriosamente a todos estos combates por su abandono completo a la voluntad de su Padre celestial, hubo de verse aún estrechado en un nuevo

círculo de horribles visiones que le fueron presentadas. La duda y la inquietud que preceden al sacrificio en el hombre que se ofrece por víctima asaltaron el alma del Señor, que se hizo esta terrible pregunta: "¿Cuál será el fruto de este sacrificio?" Y el cuadro más terrible vino a oprimir su amante corazón.

Cuando Dios creó el primer Adán, le envió un sueño, abrió su costado, tomó una de sus costillas, hizo a Eva, su mujer, la madre de todos los vivos; la condujo delante de Adán, y éste dijo: "Esta es la carne de mi carne y el hueso de mis huesos: el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y serán los dos una sola carne". Este fué el casamiento del cual está escrito: "Este sacramento es grande en Jesucristo y en su Iglesia". Jesucristo, el nuevo Adán, quería también dejar venir sobre Él el sueño, el de la muerte sobre la cruz; quería también dejar abrir su costado, a fin de que la nueva Eva, su esposa virginal, la Iglesia, madre de todos los vivos, fuera formada; quería darle la sangre de su redención, el agua de la purificación y su espíritu, las tres cosas que dan testimonio sobre la tierra; quería darle los Sacramentos santos, para que fuera una esposa pura, santa y sin mancha; quería ser su cabeza: nosotros debíamos ser sus miembros sometidos a la cabeza, el hueso de sus huesos, la carne de su carne. Al tomar la naturaleza humana para sufrir la muerte por nosotros, dejó también a su padre y a su madre, y se unió a su esposa la Iglesia; se ha hecho una sola carne con ella, alimentándola con el Santísimo Sacramento del altar, en donde se une continuamente con nosotros. Quería estar en la tierra con la Iglesia hasta que fuésemos todos reunidos con ella por medio de Él, y ha dicho: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". A fin de ejercer este amor inconmensurable para los pecadores, el Señor se hizo hombre y hermano de estos mismos pecadores, para tomar sobre sí el castigo debido a todos sus crímenes. Había visto con grande tristeza la inmensidad de esta deuda y la de los padecimientos que debían satisfacer por ella; y sin embargo se había abandonado gustoso, como víctima expiatoria, a la voluntad de su Padre: pero ahora veía los combates, las heridas y los dolores de su esposa celestial; veía, en fin, la enorme ingratitud de los hombres.

Apareciéronse a los ojos de Jesús todos los padecimientos futuros de sus apóstoles, de sus discípulos y de sus amigos; vió a la Iglesia primitiva tan pequeña, y, a medida que iba creciendo, vió las herejías y los sistemas asaltarla en ruda irrupción, y renovar la primera caída del hombre por el orgullo y

la desobediencia. Vió la frialdad, la corrupción y la malicia de un número infinito de cristianos; la mentira y la astucia de todos los doctores orgullosos; los sacrilegios de todos los sacerdotes viciosos; las funestas consecuencias de todos estos actos; la abominación y la desolación en el reino de Dios, en el santuario de esta ingrata humanidad, que Él quería rescatar con su sangre al precio de padecimientos indecibles.

Vió los escándalos de todos los siglos hasta nuestro tiempo y hasta el fin del mundo, todas las formas del error, del fanatismo furioso y de la malicia; todos los apóstatas, los herejes, los reformadores con la apariencia de santos. Los corruptores y los corrompidos lo ultrajaban y lo atormentaban como si a sus ojos no hubiera sido bien crucificado, no habiendo sufrido como ellos lo entendían o se lo imaginaban, y todos rasgaban el vestido inconsútil de la Iglesia; muchos lo maltrataban, lo insultaban, lo renegaban: muchos, al oír su nombre, alzaban los hombros y meneaban la cabeza en señal de desprecio; evitaban la mano que les tendía, y volvían al abismo donde estaban sumergidos. Vió infinidad de otros que no se atrevían a dejarlo abiertamente, pero que se alejaban con disgusto de las plagas de su Iglesia, como el levita se alejó del pobre asesinado por los ladrones. Se alejaban de su Esposa herida, como hijos cobardes y sin fe abandonan a su madre cuando llega la noche, cuando vienen los malhechores, a los cuales la negligencia o la malicia ha abierto la puerta. Vió a todos esos hombres, tan pronto separados de la verdadera viña y tendidos entre los racimos silvestres, tan pronto como un rebaño extraviado, abandonado a los lobos, conducido por mercenarios a los malos pastos, rehusando entrar en el redil del buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Erraban sin patria en el desierto, en medio de arenas agitadas por el viento. No querían ver su ciudad edificada sobre la montaña para que no pudiera esconderse la casa de su Esposa, su Iglesia, erigida sobre la roca, a cuyo lado había prometido estar hasta el fin de los siglos. Edificaban sobre la arena chozas que hacían y deshacían sin cesar, pero en las cuales no había altar ni sacrificio; tenían veletas sobre los tejados, y sus doctrinas cambiaban como el viento: por eso estaban en contradicción los unos con los otros. No podían entenderse, y jamás conservaban posición fija: con frecuencia destruían sus chozas y lanzaban los escombros contra la piedra angular de la Iglesia, que estaba inmóvil. Viviendo muchos de ellos en las tinieblas, no venían hacia la luz puesta en el candelero en la casa de la Esposa; pero andaban con los ojos cerrados en los

jardines de la Iglesia, no viviendo más que de los perfumes que se exhalaban de ella; tendían los brazos hacia ídolos nebulosos, y seguían a los astros errantes que los conducían a pozos sin agua. En el borde del precipicio no querían escuchar la voz de la Esposa que los llamaba, y, devorados por el hambre, se reían con insultante piedad de los servidores y de los mensajeros que los convidaban al festín nupcial. No querían entrar en el jardín, pues temían las espinas del seto; satisfechos de sí mismos, no tenían ni trigo para el hambre, ni vino para la sed; y ofuscados con su propia luz, apellidaban *invisible* a la Iglesia del Verbo humanado. Jesús los vió a todos; lloró por ellos; quiso sufrir por todos los que no lo ven y que no quieren llevar su cruz con Él a la ciudad edificada sobre la piedra, a la cual se ha dado en el Santísimo Sacramento, y contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán nunca.

En estas pinturas dolorosas que pasaban delante del alma de Jesús, vi a Satanás que le arrancaba con violencia, para ahogarlos, una multitud de hombres rescatados con su sangre y ungidos con su Sacramento. El Salvador vió con amargo dolor toda la ingratitud, toda la corrupción de los cristianos de todos los tiempos. Todas estas apariciones, en que la voz del tentador repetía sin cesar: "¿Quieres Tú sufrir por estos ingratos?", venían sobre Jesús con tanta impetuosidad, que una angustia indecible oprimía su humanidad. Jesucristo, el Hijo del Hombre, luchaba y juntaba las manos; caía como abrumado sobre sus rodillas, y su voluntad humana libraba un combate tan terrible contra la repugnancia de sufrir tanto por una raza tan ingrata, que el sudor de sangre caía de su cuerpo a gotas sobre el suelo. En medio de su abandono, miraba alrededor como para hallar socorro, y parecía tomar al cielo, la tierra y los astros del firmamento por testigos de sus padecimientos.

Jesús elevó la voz y dió gritos dolorosos. Los tres apóstoles se despertaron, escucharon y quisieron ir hacia Él; pero Pedro detuvo a los otros dos, y dijo: "No os mováis; yo voy a Él". Lo vi correr y entrar en la gruta, exclamando: "Maestro, ¿qué tienes?" Y se quedó temblando a la vista de Jesús ensangrentado y aterrorizado. Jesús no le respondió, y no hizo caso de él. Pedro se volvió a los otros, y les dijo que el Señor no le había respondido, y que no hacía más que gemir y suspirar. Su tristeza se aumentó, cubriéndose la cabeza, y lloraron orando.

Volví hacia mi Esposo celestial en su dolorosa agonía. Las imágenes horrendas de la ingratitud de los hombres futuros, cuya deuda tomaba sobre sí, eran cada vez más terribles. Mu-

chas veces le oí gritar: "Padre mío, ¿es posible que he de sufrir por esos ingratos? ¡Oh Padre mío! ¡Si este cáliz no se puede alejar de Mí, que tu voluntad se haga y no la mía!"

En medio de todas esas apariciones, yo veía a Satanás moverse bajo diversas formas horribles, que representaban diferentes especies de pecados. Tan pronto aparecía como un hombre negro, tan pronto bajo la figura de tigre, tan pronto bajo la de una zorra, de un lobo, de dragón, de serpiente. No era precisamente la forma misma de estos animales, sino sólo el principal carácter de su naturaleza, mezclado con otras formas horrendas. No tenía nada semejante a una criatura completa; eran sólo símbolos de abominación, de discordia, de contradicción, de pecado; en fin, formas de demonio. Estas figuras diabólicas empujaban, arrastraban, laceraban, a los ojos de Jesús, una multitud de hombres, por cuya redención entraba en el camino doloroso de la cruz. Al principio vi rara vez la serpiente, después la vi aparecer con una corona en la cabeza: su tamaño era monstruoso, su fuerza parecía desmedida, y llevaba contra Jesús innumerables legiones de todos los tiempos, de todas las razas. Armadas de toda especie de instrumentos de destrucción, combatían alguna vez las unas contra las otras, y después se volvían contra el Salvador con rabia. Era un horrible espectáculo, pues lo llenaban de ultrajes, de maldiciones; lo herían, lo golpeaban. Sus armas, sus espadas, sus palos iban y venían sin cesar, cayendo sobre el grano de trigo celeste, descendido sobre la tierra para morir, a fin de alimentar eternamente a todos los hombres con el Pan de vida.

En medio de esas legiones furiosas, de las cuales algunas me parecían compuestas de ciegos, Jesús estaba herido como si realmente hubiera experimentado sus golpes; vacilante en extremo, tan pronto se levantaba como caía; y la serpiente, en medio de esa multitud que gritaba sin cesar contra Jesús, batía acá y allá con su cola, desollando a todos los que derribaba.

Entonces me fué revelado que estos enemigos del Salvador eran los que maltrataban a Jesucristo cuya presencia es real en el Santísimo Sacramento. Reconocí entre ellos todas las especies de profanadores de la Sagrada Eucaristía. Yo vi con horror todos esos ultrajes, desde la irreverencia, la negligencia, la omisión, hasta el desprecio, el abuso y el sacrilegio; desde la adhesión a los ídolos del mundo, a las tinieblas y a la falsa ciencia, hasta el error, la incredulidad, el fanatismo y la persecución. Vi entre esos hombres a ciegos, paralíticos, sordos, mudos y aun niños. Ciegos que no querían ver la verdad; paralíticos que no querían

andar con ella; sordos que no querían oír sus avisos y amenazas; mudos que no querían combatir por ella con la espada de la palabra; niños perdidos por causa de padres o maestros mundanos y olvidados de Dios, mantenidos con deseos terrestres, llenos de una vana sabiduría y alejados de las cosas divinas. Entre estos últimos, cuya vista me afligió más porque Jesús amaba a los niños, vi muchos de éstos de coro, irreverentes, que no honraban a Jesucristo en las santas ceremonias en las que toman parte. Vi con espanto muchos sacerdotes, algunos reputados como llenos de piedad y de fe, maltratar también a Jesucristo en el Santísimo Sacramento. A muchos vi que creían y enseñaban la presencia de Dios vivo en el Santísimo Sacramento; pero no lo tomaban con bastante calor y eficacia, pues olvidaban y descuidaban el Palacio, el Trono, lugar de Dios vivo, es decir, la Iglesia: el altar, el tabernáculo, el cáliz, la custodia, los ornamentos; en fin, todo lo que sirve al uso y al decoro de la Iglesia de Dios. Todo estaba abandonado, todo se perdía en el polvo y la inmundicia, y el culto divino estaba, si no profanado interiormente, a lo menos deshonrado en lo exterior. Todo eso no era el fruto de una pobreza verdadera, sino de la indiferencia, de la pereza, de la preocupación de vanos intereses terrestres, y algunas veces del egoísmo y de la muerte interior; pues vi negligencias iguales en iglesias ricas, o a lo menos acomodadas. Vi otras muchas adonde un lujo mundano había reemplazado los magníficos ornamentos de una época más piadosa. Muchas veces los pobres estaban mejor asistidos en sus chozas que el Señor del cielo y de la tierra en su Iglesia. ¡Ah! ¡cuánto contristaba a Jesús la inhospitalidad de los hombres, después de haberse dado a ellos como alimento! Seguramente que no se necesita ser rico para recibir al que recompensa centuplicado un vaso de agua dado en su nombre al que tiene sed; pero Él, que tiene tanta sed de nosotros, ¿no tiene derecho a quejarse cuando el vaso es impuro y el agua corrompida? Por consecuencia de estos descuidos, vi a los débiles escandalizados, el Sacramento profanado, la Iglesia abandonada, los sacerdotes despreciados, la impureza y la negligencia se extendían hasta las almas de los fieles: dejaban sin purificar el tabernáculo de su corazón cuando Jesús bajaba a él, como dejaban el tabernáculo puesto sobre el altar.

Aunque hablara un año entero, no podría contar todas las afrentas hechas a Jesús en el Santísimo Sacramento, que supe de esta manera. Vi a los autores de ellas asaltar al Señor, y herirlo con diversas armas, según la diversidad de sus ofensas. Vi

cristianos irreverentes de todos los siglos, sacerdotes frívolos o sacrílegos, una multitud de comuniones tibias o indignas, guerreros furiosos profanando los vasos sagrados, servidores del demonio empleando la Sagrada Eucaristía en los misterios de un culto infernal. Vi entre ellos gran número de doctores, esclavos de la herejía por sus pecados, atacando a Jesucristo en el Santísimo Sacramento de su Iglesia, y arrancando de su corazón por medio de sus seducciones una multitud de hombres por los cuales había vertido su sangre. ¡Qué espectáculo tan doloroso! Yo veía la Iglesia como el cuerpo de Jesús, y una multitud de hombres que se separaban de ella, y que rasgaban y arrancaban pedazos enteros de su carne viva. Jesús los miraba con ternura, y gemía al verlos perderse. El que se había dado a nosotros por alimento en el Santísimo Sacramento, a fin de juntar en un solo cuerpo, el de la Iglesia su esposa, a los hombres separados y divididos a lo infinito, se veía despedazado en ese mismo cuerpo, pues su principal obra de amor, la Eucaristía, adonde todos los hombres debían consumirse en la unidad, se convertía, por la malicia de los falsos doctores, en piedra de choque y de separación. Vi de este modo pueblos enteros arrancados de su seno, y privados de participación en el tesoro de la gracia legado a la Iglesia. Por fin, vi todos los que estaban separados de ella sumergidos en la incredulidad, la superstición, la herejía, la falsa filosofía mundana: llenos de furor reuníanse en grandes bandos para atacar a la Iglesia, excitados por la serpiente que se agitaba en medio de ellos; era lo mismo que si Jesús se hubiera sentido despedazar.

Yo estaba tan llena de horror y de espanto, que una aparición de mi Esposo celestial me puso misericordiosamente la mano sobre el corazón, diciéndome estas palabras: "Nadie ha visto eso todavía, y tu corazón se partiría de dolor si yo no lo sostuviera".

Vi las gotas de sangre caer sobre la pálida faz del Salvador; sus cabellos estaban pegados y erizados sobre su cabeza, y su barba ensangrentada y en desorden, como si la hubieran querido arrancar. Después de la visión de que acabo de hablar, huyó fuera de la caverna, y volvió hacia los discípulos. Mas su modo de andar era como el de un hombre cubierto de heridas, y que, cargado con una mole inmensa, tropezaba a cada paso. Cuando vino a los apóstoles no estaban éstos acostados para dormir como la primera vez: tenían la cabeza cubierta, doblegados sobre las rodillas, en la misma posición que tiene la gente de ese país cuando está de luto o quiere orar. Quedáronse traspuestos, ven-

cidos por la tristeza y la fatiga. Jesús, temblando y gimiendo, se acercó a ellos, y se despertaron. Pero cuando a la luz de la luna lo vieron delante, de pie, con la cara pálida y ensangrentada, el pelo en desorden y los ojos cansados, no lo conocieron de pronto, pues estaba muy desfigurado. Al verle juntar las manos, se levantaron, lo tomaron por los brazos, lo sostuvieron con amor, y Él les dijo con tristeza que lo matarían al día siguiente, que lo prenderían dentro de una hora, que lo llevarían ante un tribunal, que sería maltratado, azotado y entregado a la muerte más cruel. Les rogó que consolasen a su Madre y también a Magdalena. No le respondieron, pues no sabían qué decir; tal sorpresa les habían causado su presencia y sus palabras: hasta creían que estaba delirando. Cuando quiso volver a la gruta, no tuvo fuerza para andar. Juan y Santiago lo condujeron, y volvieron cuando entró en ella. Eran las once y cuarto, poco más o menos.

Durante esta agonía de Jesús, vi a la Virgen Santísima llena de tristeza y de amargura en la casa de María, madre de Marcos. Estaba con Magdalena y María en el jardín de la casa, encorvada sobre una piedra y apoyada sobre sus rodillas. Muchas veces perdió el conocimiento, pues vió interiormente muchas cosas de la agonía de Jesús. Había enviado un mensajero a saber de Él, y no pudiendo esperar su vuelta, se fué inquieta con Magdalena y Salomé hasta el valle de Josafat. Iba cubierta con un velo, y con frecuencia extendía sus brazos hacia el monte de los Olivos, pues veía en espíritu a Jesús bañado de un sudor de sangre, y parecía que con sus manos extendidas quería limpiar el rostro de su Hijo. Vi estos impulsos de su alma ir hasta Jesús, que se acordó de su Madre, y la miró como para pedirle socorro. Vi esta comunicación entre ambos, bajo la forma de rayos que iban del uno al otro. El Señor se acordó también de Magdalena, y tuvo piedad de su dolor, y por eso recomendó a los discípulos que la consolasen, pues sabía que su amor era el más grande después del de su Madre, y había visto que sufría mucho por Él y que no le volvería a ofender jamás.

En aquel momento los ocho apóstoles vinieron a la choza de follaje de Getsemaní, conversaron entre sí, y acabaron por dormirse. Estaban perplejos, sin ánimo, y atormentados por la tentación. Cada uno había buscado un sitio en donde poderse refugiar, y se preguntaban con inquietud: "¿Qué haremos nosotros cuando le hayan hecho morir? Lo hemos dejado todo por seguirle; somos pobres y desechados de todo el mundo; nos hemos dado enteramente a Él, y ahora está tan abatido, que no

podemos hallar en Él ningún consuelo". Los otros discípulos habían andado errantes de una parte a otra, y habiendo sabido algo de las espantosas profecías de Jesús, se habían retirado los más a Betfagé.

Vi a Jesús orando todavía en la gruta; que luchaba contra la repugnancia de su naturaleza humana, y abandonándose a la voluntad de su Padre. Aquí el abismo se abrió delante de Él, y los primeros grados del limbo se le presentaron. Vi a Adán y a Eva, los Patriarcas, los Profetas, los justos, los parientes de su Madre y Juan Bautista, esperando su llegada al mundo inferior, con un deseo tan violento, que está vista fortificó y animó su corazón lleno de amor. Su muerte debía abrir el cielo a estos cautivos. Cuando Jesús hubo mirado con emoción profunda estos Santos del mundo antiguo, los ángeles le presentaron todas las legiones de los bienaventurados futuros que, juntando sus combates a los méritos de su Pasión, debían unirse por medio de Él al Padre celestial. Era ésta una visión bella y consoladora. Vió la salvación y la santificación saliendo como un río inagotable del manantial de redención, abierto después de su muerte.

Los apóstoles, los discípulos, las vírgenes y las mujeres, todos los mártires, los confesores y los ermitaños, los Papas y los Obispos, una multitud de religiosos, en fin, todo el ejército de los bienaventurados se presentó a su vista. Todos llevaban una corona sobre la cabeza, y las flores de la corona diferían de forma, de color, de olor y de virtud, según la diferencia de los padecimientos, de los combates, de las victorias con que habían adquirido la gloria eterna. Toda su vida y todos sus actos, todos sus méritos y toda su fuerza, como toda la gloria de su triunfo, venían únicamente de su unión con los méritos de Jesucristo.

La acción y la infuencia recíprocas que todos esos santos ejercían unos sobre otros; el modo como participaban de la única fuente, del Santísimo Sacramento, y de la Pasión del Señor, ofrecían un espectáculo tierno y maravilloso. Nada en ellos parecía casual: sus obras, su martirio, sus victorias, su apariencia y sus vestidos, todo, aunque bien diverso, se confundía en una armonía y unidad infinitas; y esta unidad en la diversidad era producida por rayos de un sol único, por la Pasión del Señor, del Verbo hecho hombre, en quien estaba la vida, luz de los hombres, que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no han comprendido.

Era la comunión de los santos futuros que pasaba ante el espíritu del Salvador, el cual estaba entre los deseos de los Patriarcas y el ejército triunfante de los bienaventurados futuros;

estas dos muchedumbres, completándose la una a la otra, rodeaban el Corazón amante del Redentor como una corona. Este espectáculo tierno dió al alma de Jesús un poco de alivio y de fuerza. Amaba tanto a sus hermanos y a sus criaturas, que hubiera aceptado gustoso todos los padecimientos que iba a sufrir por la redención de una sola alma. Como estas visiones se referían a lo futuro, estaban a cierta altura.

Pero estas imágenes consoladoras desaparecieron, y los ángeles le presentaron su Pasión, que se acercaba. Vi todas las escenas presentarse delante de Él, desde el beso de Judas hasta las últimas palabras sobre la Cruz; yo vi allí todo lo que veo en mis meditaciones de la Pasión. La traición de Judas, la huída de los discípulos, los insultos delante de Anás y de Caifás, la apostasía de Pedro, el tribunal de Pilatos, los denuestos de Herodes, los azotes, la corona de espinas, la condenación a muerte, el camino de la Cruz, el sudario de la Verónica, la crucifixión, los ultrajes de los fariseos, los dolores de María, de Magdalena y de Juan, la abertura del costado; en fin, todo le fué presentado con las más pequeñas circunstancias. Aceptólo todo voluntariamente, y a todo se sometió por amor de los hombres. Vió y sintió también el dolor actual de su Madre, a quien la unión interior con sus padecimientos había hecho caer sin sentidos en los brazos de sus amigas.

Al fin de las visiones sobre la Pasión, Jesús cayó sobre su rostro como un moribundo: los ángeles desaparecieron; el sudor de sangre corrió con más abundancia y atravesó sus vestidos. La más profunda oscuridad reinaba en la gruta. Yo vi un ángel bajar hacia Jesús; era mayor, mucho más parecido a un hombre que los que había visto antes. Estaba vestido como un sacerdote, y traía en sus manos un pequeño cáliz semejante al de la Cena; en la boca de este cáliz se veía una cosa ovalada del grueso de una haba, que esparcía una luz rojiza. El ángel, sin bajar hasta el suelo, extendió la mano derecha hacia Jesús, que se enderezó; le metió en la boca este alimento misterioso, y le dió de beber en el pequeño cáliz luminoso. Después desapareció.

Habiendo Jesús aceptado libremente el cáliz de sus padecimientos y recibido nueva fuerza, estuvo todavía algunos minutos en la gruta en meditación tranquila, dando gracias a su Padre celestial. Estaba todavía afligido, pero confortado naturalmente hasta el punto de poder ir al sitio donde estaban los discípulos, sin caerse y sin sucumbir bajo el peso de su dolor. Estaba pálido, como siempre, pero su paso era firme. Habíase limpiado la

cara con un sudario y compuesto los cabellos que le caían sobre las espaldas empapados en sangre.

Cuando Jesús llegó a sus discípulos, estaban éstos acostados, como la primera vez; tenían la cabeza cubierta, y dormían. El Señor les dijo que no era tiempo de dormir, que debían despertarse y orar. "Ved aquí la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores, les dijo; levantaos y andemos. El traidor está cerca: más le valdría no haber nacido". Los apóstoles se levantaron asustados, mirando alrededor con inquietud. Cuando se serenaron un poco, Pedro dijo con animación: "Maestro, voy a llamar a los otros para que te defendamos". Pero Jesús le mostró a cierta distancia del valle, del lado opuesto del torrente de Cedrón, una tropa de hombres armados que se acercaban con faroles, y le dijo que uno de ellos le había denunciado. Les habló todavía con serenidad; les recomendó consolar a su Madre, y les dijo: "Vamos a su encuentro: me entregaré sin resistencia en manos de mis enemigos". Entonces salió del Huerto de los Olivos con sus tres discípulos, y vino al encuentro de los soldados en el camino que estaba entre aquél y Getsemaní.

Cuando la Virgen Santísima volvió en sí entre los brazos de Magdalena y de Salomé, algunos discípulos que habían visto acercarse los soldados, vinieron a Ella y la llevaron a casa de María, madre de Marcos. Los soldados tomaron un camino más corto que el que había seguido Jesús viniendo del Cenáculo.

La gruta en que Jesús acababa de orar, no era la misma donde tenía costumbre de hacerlo en el monte de los Olivos. Iba ordinariamente a otra más lejos, en donde un día, después de haber maldecido a la higuera estéril, había orado en suma aflicción, extendidos los brazos y recostado sobre una piedra.

Las huellas de su cuerpo y de sus manos quedaron estampadas en la piedra, y fueron veneradas más tarde; pero ya no se sabía en qué ocasión hubo de verificarse este prodigio. He visto muchas veces semejantes signos sobre la piedra, sea de profetas del Antiguo Testamento, sea de Jesús o de María, o de algunos apóstoles. He visto también los de Santa Catalina de Alejandría sobre el monte Sinaí; no eran muy profundos; se parecían a los que quedan apoyando la mano sobre una pasta espesa.

II

Judas y los suyos

No creía Judas que su traición tuviese el resultado que tuvo. Quería obtener la recompensa ofrecida, y agradar a los fariseos entregando a Jesús. No pensaba en el juicio ni en la crucifixión del Maestro; sus miras no iban tan allá: el dinero sólo preocupaba su espíritu, y desde mucho tiempo antes se había puesto en relación con varios fariseos y algunos saduceos astutos, que lo incitaban a la traición halagándolo. Estaba cansado de la vida errante y penosa de los apóstoles. En los últimos meses no había cesado de robar las limosnas de que era depositario, y su avaricia, excitada por la liberalidad de Magdalena cuando derramó los perfumes sobre Jesús, lo llevó al último de los crímenes. Había esperado siempre en un reino temporal de Jesús, que le proporcionase un empleo brillante y lucrativo. Como esto no se realizara, se ocupaba en atesorar dinero. Veía que las penas y las persecuciones arreciaban, y quería ponerse bien con los poderosos enemigos del Señor al acercarse el peligro. Veía que Jesús no se hacía rey, mientras que la dignidad del Sumo Sacerdote ejercía grande impresión en su ánimo. Intimaba más y más cada día con sus agentes, que le halagaban y le decían de un modo positivo que en todo caso pronto acabarían con Jesús. Se cebó cada vez más en estos pensamientos criminales, y, a lo último, multiplicó sus entrevistas para decidir a los príncipes de los sacerdotes a obrar. Éstos iban en el asunto no tan aprisa, y lo trataron con desprecio. Decían que faltaba poco, antes de la Pascua, y que esto causaría desorden y tumulto. El sanedrín sólo prestó alguna atención a las proposiciones de Judas. Después de la recepción sacrílega del Sacramento, Satanás se apoderó de él, y salió a concluir su crimen. Buscó primero a los negociadores que lo habían lisonjeado hasta entonces, y que lo acogieron con fingida amistad. Vinieron después otros, entre los cuales estaban Caifás y Anás; este último le habló en tono altanero y burlesco. Andaban irresolutos, y no estaban seguros del éxito, porque no se fiaban de Judas.

Vi el imperio infernal dividido: Satanás quería el crimen de los judíos, y deseaba la muerte de Jesús, el que a tantos convertía, el Santo Doctor, el Justo que él detestaba; pero sentía también cierto temor interior de la muerte de esta inocente víctima que no quería huir de sus perseguidores. Le vi por un lado excitando el odio y el furor de los enemigos de Jesucristo, y por

otro insinuar a alguno de entre ellos que Judas era un malvado, un miserable; que no se podía celebrar el juicio antes de la Pascua, ni reunir testigos contra Jesús.

Cada uno expresaba una opinión diferente, y antes de todo preguntaron a Judas: "¿Podremos prenderlo? ¿No tiene hombres armados con Él?" Y el traidor respondió: "No; está solo con sus once discípulos: está abatido, y los once son hombres cobardes". Les dijo que era menester tomar a Jesús ahora o nunca; que otra vez no podría entregarlo; que no volvería más a su lado; que hacía algunos días que los otros discípulos de Jesús comenzaban a sospechar de él. Les dijo también que si ahora no prendían a Jesús, se escaparía y volvería con un ejército de sus partidarios para ser proclamado rey. Estas amenazas de Judas produjeron su efecto. Participaron de su modo de pensar, y recibió el precio de su traición: las treinta monedas. Estas monedas eran oblongas, agujereadas por un lado, y enhebradas formando cadena; tenían también cierta efigie.

Judas, resentido del desprecio que le mostraban, se dejó llevar por su orgullo hasta devolverles su dinero para que lo ofrecieran en el templo, a fin de parecer a sus ojos como un hombre justo y desinteresado; pero ellos no quisieron, porque era el precio de la sangre, que no podía ofrecerse en el templo. Judas vió cuánto le despreciaban, y concibió un profundo resentimiento. No esperaba recoger los frutos amargos de su traición antes de consumarla; pero se había entrometido tanto con esos hombres, que estaba entregado en sus manos, y no podía librarse de ellos. Observábanle de cerca, y no le dejaron salir hasta que explicó la traza que habían de seguir para prender a Jesús. Tres fariseos lo acompañaron cuando bajó a una sala donde estaban los soldados del templo, que no eran sólo judíos, sino de varias naciones. Cuando todo estuvo preparado, y reunido el suficiente número de soldados, Judas corrió al Cenáculo, acompañado de un servidor de los fariseos para avisarles si Jesús estaba allí todavía; y si era fácil prenderlo tomando las puertas, debía mandárselo a decir por el mismo mensajero.

Poco antes que Judas recibiese el precio de su traición, un fariseo había salido y mandado siete esclavos a buscar madera para preparar la cruz de Jesús, en caso de que fuera juzgado, porque al día siguiente no habría bastante tiempo, a causa del principio de la Pascua. Tomaron la madera a un cuarto de legua de allí, cerca de un gran muro donde había mucha perteneciente al servicio del templo, y la llevaron a una plaza detrás del tribunal de Caifás. La pieza principal de la cruz había sido un

árbol del valle de Josafat, plantado cerca del torrente de Cedrón: habiendo caído atravesado, habían hecho de él una especie de puente. Cuando Nehemías escondió el fuego y los vasos sagrados en el estanque de Betesda, lo echaron por encima con otros maderos; después lo habían sacado y puesto a un lado. La cruz fué preparada de un modo particular, bien sea porque querían burlarse de su dignidad de rey, bien sea por una casualidad aparente. Se componía de cinco piezas, sin contar la inscripción. He visto otras muchas cosas relativas a la cruz, y he sabido la significación de las diversas circunstancias; pero todo se me ha olvidado.

Judas volvió diciendo que Jesús no estaba en el Cenáculo, pero que debía estar ciertamente en el monte de los Olivos, en el sitio donde tenía costumbre de orar. Pidió que enviaran con él una pequeña partida de soldados, por miedo de que los discípulos, que estaban alertas, no se alarmasen y excitaran una sedición. Trescientos hombres debían ocupar las puertas y las calles de Ofel, parte de la ciudad situada al Sur del templo, y el valle del Millo, hasta la casa de Anás, en lo alto de Sión, a fin de enviar refuerzo si era necesario; pues él decía que todo el pueblo de Ofel era partidario de Jesús. El traidor les dijo también que tuviesen cuidado de no dejarlo escapar, porque con medios misteriosos había desaparecido muchas veces en el monte, volviéndose invisible a los que lo acompañaban. Les aconsejó que lo atasen con una cadena, y que usaran ciertos medios mágicos para impedir que la rompiera. Los judíos recibieron estos avisos con desprecio, y le dijeron: "Si lo llegamos a prender, no se escapará".

Judas tomó sus medidas con los que le debían acompañar; quería entrar en el huerto delante de ellos, y besar y saludar a Jesús como amigo y discípulo; entonces los soldados se presentarían y prenderían a Jesús. Deseaba que creyeran que se hallaba allí por casualidad; y cuando ellos se presentaran, él huiría como los otros discípulos, y no volverían a oír hablar de él. Pensaba también que habría algún tumulto; que los apóstoles se defenderían, y que Jesús desaparecería como hiciera otras veces. Este pensamiento le asaltaba cuando se sentía mortificado por el desprecio de los enemigos de Jesús; pero sin arrepentirse, porque se había entregado enteramente a Satanás. No quería tampoco que los que vinieran detrás de él trajesen cadenas y cordeles; le concedieron en apariencia lo que deseaba, pero le trataron como un traidor, del cual nadie se fía, y que se rechaza cuando se han servido de él. Los soldados tenían orden de vigilar

a Judas y de no dejarlo hasta que apresaran a Jesús, porque había recibido su recompensa, y temían que escapase con el dinero, y que no le prendieran, o que apresaran a otro en su lugar. La tropa escogida para acompañar a Judas se componía de veinte soldados de la guardia del templo y de los que estaban a las órdenes de Anás y de Caifás. Estaban vestidos, poco más o menos, como los soldados romanos; llevaban morriones, y tenían correas pendientes en derredor de las piernas. Se distinguían especialmente por la barba, pues los romanos en Jerusalén no la llevaban más que sobre los carrillos, y tenían la barba y los labios afeitados. Todos los veinte tenían espadas; además, algunos tenían picas, y llevaban palos con faroles y hachas de viento; pero cuando emprendieron la marcha, no encendieron más que una sola. Primero querían haber dado a Judas una escolta más numerosa, pero él dijo que se descubriría fácilmente, porque desde el monte de los Olivos se dominaba todo el valle. La mayor parte se quedó en Ofel, y pusieron centinelas por todas partes para reprimir toda tentativa en favor de Jesús. Judas fué con los veinte soldados; pero seguido a cierta distancia de cuatro alguaciles de la ínfima clase, que llevaban cordeles y cadenas; detrás de éstos venían los seis agentes con los cuales había tratado Judas desde el principio. Eran un sacerdote, confidente de Anás, un afiliado de Caifás, dos fariseos y dos saduceos, que eran también herodianos. Estos hombres, aduladores de Anás y de Caifás, les servían de espías, y Jesús no tenía mayores enemigos.

Los soldados estuvieron acordes con Judas hasta llegar al sitio donde el camino separa el Huerto de los Olivos del de Getsemaní; al llegar allí, no quisieron dejarlo ir solo delante, y lo trataron dura e insolentemente.

III

Prisión de Jesús

Hallándose Jesús con los tres apóstoles en el camino, entre Getsemaní y el Huerto de los Olivos, Judas y su gente aparecieron a veinte pasos de allí, a la entrada del camino; hubo una disputa entre ellos, porque Judas quería que los soldados se separasen de él para acercarse a Jesús como amigo, a fin de no aparecer en inteligencia con ellos; pero éstos, parándolo, le dijeron: "No, camarada; no te escaparás hasta que tengamos al Galileo" Viendo que los ocho apóstoles corrían al ruido llama-

ron a los cuatro alguaciles, que estaban a cierta distancia. Cuando Jesús y los tres apóstoles reconocieron a la luz de la antorcha esta turba de gente armada, Pedro quería rechazarlos con la fuerza, y dijo: "Señor, los ocho están cerca de aquí; ataquemos a los alguaciles". Pero Jesús le dijo que se estuviera quieto, y dió algunos pasos atrás. Cuatro discípulos habían salido del huerto de Getsemaní, y preguntaban qué sucedía. Judas quiso entrar en conversación con ellos y contarles cualquier cosa; pero los soldados se lo impidieron. Estos cuatro discípulos eran Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael: este último era hijo del viejo Simeón, y algunos otros habían venido a Getsemaní con los ocho apóstoles, o enviados por los amigos de Jesucristo para saber noticias suyas, o excitados por la curiosidad. Los otros discípulos andaban errantes acá y allá, observando, y decididos a huír.

Jesús se acercó a la tropa, y dijo en voz alta e inteligible: "¿A quién buscáis?" Los jefes de los soldados respondieron: "A Jesús Nazareno". "Yo soy", replicó Jesús. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando cayeron en el suelo, como atacados de una apoplejía. Judas, que estaba todavía al lado de ellos, se sorprendió, y queriendo acercarse a Jesús, el Señor le tendió la mano, y le dijo: "Amigo mío, ¿qué has venido hacer aquí?" Y Judas, balbuceando, habló de un negocio que le habían encargado. Jesús le respondió en pocas palabras, cuya sustancia es ésta: "¡Más te valdría no haber nacido!" No me acuerdo bien distintamente. Mientras tanto, los soldados se levantaron y se acercaron al Señor, esperando la señal del traidor, el beso que debía dar a Jesús. Pedro y los otros discípulos rodearon a Judas, y lo llamaron *ladrón* y *traidor*. Quiso persuadirlos con mentiras, pero no pudo, porque los soldados lo defendían contra los apóstoles, y por eso mismo atestiguaban contra él.

Jesús dijo por segunda vez: "¿A quién buscáis?" Ellos respondieron de nuevo: "A Jesús Nazareno". "Yo soy, ya os lo he dicho; soy Yo a quien buscáis. Dejad a éstos". A estas palabras los soldados cayeron por segunda vez con contorsiones semejantes a las de la epilepsia. y Judas fué rodeado otra vez por los apóstoles, exasperados contra él. Jesús dijo a los soldados: "Levantaos". Se levantaron, en efecto, llenos de terror; pero como los apóstoles estrechaban a Judas, los soldados le libraron de sus manos, y le mandaron con amenazas que les diera la señal convenida, pues tenían orden de prender a Aquél a quien besara. Entonces Judas vino a Jesús, y le dió un beso con estas palabras: "Maestro, yo te saludo". Jesús le dijo: "Judas, tú vendes

al Hijo del hombre con un beso". Entonces los soldados rodearon a Jesús, y los alguaciles, que se habían acercado, le echaron mano. Judas quiso huír; pero los apóstoles lo detuvieron; y lanzándose sobre los soldados, gritaron: "Maestro, ¿desnudaremos la espada?" Pedro, más decidido que los otros, tomó la suya, pegó a Malco, criado del Sumo Sacerdote, que quería rechazar a los apóstoles, y le hirió en la oreja; éste cayó en el suelo, y el tumulto llegó entonces a su colmo.

Los alguaciles habían tomado a Jesús para atarlo: los soldados lo rodeaban un poco más de lejos, y, entre ellos, Pedro había herido a Malco. Otros soldados estaban ocupados en rechazar a los discípulos que se acercaban, o en perseguir a los que huían. Cuatro discípulos se veían a lo lejos; los soldados no se habían aún repuesto del terror de su caída, y no se atrevían a alejarse por no disminuir la tropa que rodeaba a Jesús. Judas, que había huído después de haber dado el beso traidor, fué detenido a poca distancia por algunos discípulos, que lo llenaron de insultos; pero los seis fariseos que llegaron en este momento, lo libertaron, y los cuatro alguaciles se ocuparon en atar al Señor, que tenían entre sus manos.

Tal era el estado de cosas cuando Pedro pegó a Malco, y Jesús le había dicho en seguida: "Pedro, mete tu espada en la vaina, pues el que a cuchillo mata a cuchillo muere: ¿crees tú que Yo no puedo pedir a mi Padre que me envíe más de doce legiones de ángeles? ¿No debo yo apurar el cáliz que mi Padre me ha dado a beber? ¿Cómo se cumpliría la Escritura si estas cosas no sucedieran?" Y añadió: "Dejadme curar a este hombre". Se acercó a Malco, tomó su oreja, oró, y la curó. Los soldados estaban a su alrededor con los alguaciles y los seis fariseos; éstos le insultaban, diciendo a la turba: "Es un enviado del diablo; la oreja parecía cortada por sus hechicerías, y por sus mismos hechizos la ha curado".

Entonces Jesús les dijo: "Habéis venido a prenderme como un asesino, con armas y palos; he enseñado todos los días en el templo, y no me habéis prendido; pero vuestra hora, la hora del poder de las tinieblas, ha llegado". Mandaron que lo atasen, y lo insultaban diciéndole: "Tú no has podido vencernos con tus encantos". Jesús les dió una respuesta, de la que no me acuerdo bien, y los discípulos huyeron en todas direcciones. Los cuatro alguaciles y los seis fariseos no cayeron cuando los soldados, y por consecuencia no se habían levantado. Así me fué revelado, porque estaban del todo entregados a Satanás, lo mis-

mo que Judas, que tampoco se cayó, aunque estaba al lado de los soldados. Todos los que cayeron y se levantaron se convirtieron después, y fueron cristianos. Estos soldados habían sólo rodeado a Jesús, pero no habían puesto las manos sobre Él. Malco se convirtió después de su cura, y en las horas siguientes sirvió de mensajero a María y a los otros amigos del Salvador.

Los alguaciles ataron a Jesús con la brutalidad de un verdugo. Eran paganos, y de baja estofa. Tenían el cuello, los brazos y las piernas desnudos: eran pequeños, robustos y muy ágiles: el color de la cara era moreno rojizo, y parecían esclavos egipcios.

Ataron a Jesús las manos sobre el pecho con cordeles nuevos y durísimos: le ataron el puño derecho bajo del codo izquierdo, y el puño izquierdo bajo del codo derecho. Le pusieron alrededor del cuerpo una especie de cinturón lleno de puntas de hierro, al cual le ataron las manos con ramas de sauce; pusiéronle al cuello una especie de collar lleno de puntas, del cual salían dos correas que se cruzaban sobre el pecho como una estola, e iban atadas al cinturón. De éste salían cuatro cuerdas, con las cuales tiraban al Señor de un lado y de otro, según su inhumano capricho.

Se pusieron en marcha, después de haber encendido muchas hachas. Diez hombres de la guardia iban delante; después seguían los alguaciles, que tiraban de Jesús por las cuerdas; detrás los fariseos, que lo llenaban de injurias; los otros diez soldados cerraban el séquito. Los discípulos andaban errantes a cierta distancia, dando gritos y como fuera de sí: Juan seguía de cerca a los soldados que estaban detrás, y los fariseos les mandaron que lo prendieran. En efecto: algunos corrieron hacia él; pero huyó, dejando entre sus manos su sudario, por el cual le habían prendido. Se había quitado su capa, y no llevaba más que un vestido interior, corto y sin mangas, a fin de poderse escapar más fácilmente. Se había puesto alrededor del cuello, de la cabeza y de los brazos una banda larga de lienzo que los judíos llevan ordinariamente. Los alguaciles maltrataban a Jesús de la manera más cruel, para adular bajamente a los fariseos, que estaban llenos de odio y de rabia contra el Salvador. Le llevaban por caminos ásperos, por encima de las piedras, por el lodo, y tiraban de las cuerdas con toda su fuerza. Tenían en la mano otras cuerdas con nudos, y con ellas le pegaban, como un carnicero pega a la res que lleva a sacrificar, y todas estas crueldades iban acompañadas de insultos tan soeces, que la decencia no me permite contarlos. Jesús estaba descalzo; tenía,

además de su vestido ordinario, una túnica de lana sin costuras, y otro vestido por encima. Cuando prendieron al Salvador, no vi que le presentasen ninguna orden, ni ninguna escritura: lo trataron como si hubiera estado fuera de la ley.

Andaban de prisa; al dejar el camino que está entre el Huerto de los Olivos y el de Getsemaní, volvieron a la derecha, y llegaron al puente sobre el torrente de Cedrón. Jesús, al ir al Huerto de los Olivos, no pasó este puente; tomó un camino de rodeo por el valle de Josafat, que conducía a otro puente más al Sur. El que pasaba ahora era muy largo, porque se extendía más lejos que la ensenada del torrente, a causa de la desigualdad del terreno. Antes de llegar a él vi a Jesús dos veces caer en el suelo por los violentos tirones que le daban. Pero al llegar al medio del puente, su crueldad no tuvo límites; empujaron brutalmente a Jesús atado, y lo echaron desde su altura en el torrente, diciéndole que saciara su sed. Sin la asistencia divina, esto sólo hubiera bastado para matarlo. Cayó sobre las rodillas y sobre la cara, que se la hubiera despedazado contra los cantos, que estaban apenas cubiertos con un poco de agua, si no la hubiera protegido con los brazos juntos atados, pues se habían soltado de la cintura, sea por auxilio divino, o porque los alguaciles los desataran. Las rodillas, los pies, los codos y dedos se imprimieron milagrosamente en la piedra adonde cayó, y esta marca fué después objeto de veneración. Las piedras eran más blandas y más creyentes que el corazón de los hombres, y daban testimonio, en aquellos terribles momentos, de la impresión que la verdad suprema hacía sobre ellas.

Yo no he visto a Jesús beber, a pesar de la sed ardiente que siguió a su agonía en el Huerto de los Olivos; le vi beber agua del Cedrón cuando le echaron en él, y supe que se cumplió un pasaje profético de los Salmos, que dice que beberá en el camino del agua del torrente (Salmo CIX). Los alguaciles tenían siempre a Jesús atado con las cuerdas. Pero no pudiéndole hacer atravesar el torrente, a causa de una obra de albañilería que había al lado opuesto, volvieron atrás, y lo arrastraron con las cuerdas hasta el borde. Entonces aquellos miserables lo empujaron sobre el puente, llenándole de injurias, de maldiciones y de golpes. Su larga túnica de lana, toda empapada en agua, se pegaba a sus miembros; apenas podía andar, y al otro lado del puente cayó otra vez en tierra. Lo levantaron con violencia, sacudiéndole con las cuerdas, y ataron a su cintura los bordes de su vestido húmedo, en medio de los insultos más infames. No era aún media noche cuando vi a Jesús al otro lado del Cedrón,

arrastrado inhumanamente por los cuatro alguaciles sobre un sendero estrecho, entre las piedras, los cardos y las espinas. Los seis perversos fariseos iban tan próximos a Él cuanto el camino se lo permitía, y con palos de diversas formas, a empujones, le punzaban, lloviendo sobre Él los golpes. Cuando los pies desnudos y ensangrentados de Jesús rasgábanse con las piedras o los abrojos, dirigíanle insultos llenos de cruel ironía, diciendo: "Su precursor Juan Bautista no le ha preparado mal camino"; o bien: "Las palabras de Malaquías: *Envío delante de Ti mi ángel para prepararte el camino,* no tienen aplicación aquí", etc. Y cada burla de estos hombres era como una espuela para los alguaciles, que redoblaban los malos tratamientos con Jesús.

Sin embargo, advirtieron que algunas personas se aparecían acá y allá a lo lejos; pues muchos discípulos se habían juntado al oír la prisión del Señor, y querían saber qué sería del Maestro. Los enemigos de Jesús, temiendo alguna agresión, dieron con sus gritos señal para que les enviasen refuerzo. Distaban todavía algunos pasos de una puerta situada al Mediodía del templo, y que conduce, por un arrabal, llamado *Ofel,* a la montaña de Sión, adonde vivían Anás y Caifás. Vi salir de esta puerta unos cincuenta soldados. Llevaban muchas hachas; eran insolentes, alborotadores, y a grandes voces anunciaban su llegada felicitando a los que venían gozosos con su triunfo. Unidos ya a la escolta de Jesús, vi a Malco y algunos otros aprovecharse del desorden ocasionado por el tropel para huír al monte de los Olivos.

Cuando esta nueva tropa salió de Ofel, vi a los discípulos, que se habían presentado a cierta distancia, dispersarse. La Virgen Santísima y nueve de las santas mujeres, llevadas por su inquietud, fueron al valle de Josafat. Lázaro, Juan, Marcos, el hijo de la Verónica y el de Simeón, estaban con ellas. Este último se hallaba en Getsemaní con Natanael y los ocho apóstoles, y había huído delante de los soldados. Oíanse los gritos, y se veían las luces de ambas tropas que se juntaban. La Virgen perdió el sentido. Sus amigas se retiraron con Ella para llevarla a casa de María, madre de Marcos.

Los cincuenta soldados eran un destacamento de una fuerza de trescientos hombres que ocupaba las puertas y las calles de Ofel; pues el pérfido Judas había dicho a los príncipes de los sacerdotes que los habitantes de Ofel, pobres obreros la mayor parte, eran partidarios de Jesús, y que se podía temer que intentaran libertarlo. El traidor sabía que Jesús había consolado, enseñado, socorrido y curado a gran número de aquellos pobres

obreros. En Ofel se había detenido el Señor en su viaje de Betania a Hebrón, después de la degollación de Juan Bautista, sanando a muchos albañiles heridos en la caída de la torre de Siloé. La mayor parte de aquella pobre gente, después de Pentecostes, adhiriose a la primera comunidad cristiana. Cuando los cristianos se separaron de los judíos y establecieron casas para la comunidad, alzáronse chozas y tiendas desde allí hasta el monte de los Olivos, en medio del valle. También vivía allí San Esteban. Ofel cubre una altura rodeada de muros, situada al Mediodía del templo. Este arrabal no me parece más grande que Dulmen.

Los buenos habitantes de Ofel despertaron a los gritos de los soldados, y saliendo de sus casas, corrieron a las calles y a las puertas para saber lo que sucedía. Mas los soldados los empujaban brutalmente hacia sus viviendas, diciéndoles: "Jesús, el malhechor, vuestro falso profeta, va conducido preso. El sumo sacerdote no quiere dejarle continuar el oficio que tiene: será crucificado". A esta noticia, no se oían más que gemidos y llantos. Aquellas pobres gentes, hombres y mujeres, corrían acá y allá vertiendo lágrimas, o se ponían de rodillas con los brazos extendidos, y clamaban al cielo recordando los beneficios de Jesús. Pero los soldados los empujaban, maltratándolos, los hacían entrar por fuerza en sus casas, y no se hartaban de injuriar a Jesús, diciendo: "Ved aquí la prueba de que es un agitador del pueblo". Sin embargo, no querían ejercer grandes violencias contra los habitantes de Ofel, por miedo de que opusieran abierta resistencia, y se contentaban con alejarlos del camino que debía seguir Jesús.

Mientras tanto, la turba inhumana que conducía al Salvador se acercaba a la puerta de Ofel. Jesús se cayó de nuevo, y parecía no poder andar. Entonces un soldado, compadecido, dijo a los demás: "Ya veis que este infeliz casi sucumbe. Si hemos de conducirle vivo a los príncipes de los sacerdotes, aflojadle las manos para que pueda apoyarse cuando se caiga". La tropa se paró, y los alguaciles desataron los cordeles: mientras tanto, otro soldado compasivo le trajo un poco de agua de una fuente que estaba cerca. Jesús le dió las gracias, y citó con este motivo un pasaje de los Profetas, que habla de fuentes de agua viva, y esto le valió mil injurias y mil burlas de parte de los fariseos. Vi a esos dos hombres, el que le hizo desatar las manos y el que le dió de beber, favorecidos de una luz interior de la gracia. Se convirtieron antes de la muerte de Jesús, y se agregaron a sus discípulos.

Vueltos a ponerse en marcha, llegaron a la puerta de Ofel, donde fueron recibidos por los lamentos de los habitantes, harto obligados por gratitud a Jesús. Los soldados apenas podían contener a aquella multitud que se precipitaba por todas partes. Juntaban las manos, y, arrodillándose, exclamaban: "¡Soltad a ese Hombre! ¡Soltad a ese Hombre! ¿Quién nos ayudará? ¿Quién nos consolará y nos curará? ¡Dadnos a ese Hombre!" Era un espectáculo doloroso ver a Jesús pálido, desfigurado, cubierto de heridas, el pelo en desorden, su vestido húmedo y manchado, arrastrado con cuerdas, empujado a palos y golpes, como pobre animal que conducen al sacrificio, preso entre alguaciles innobles y medio desnudos, y por soldadesca grosera y soez, en medio de la multitud afligida de los habitantes de Ofel, que tendían hacia Él las manos que curara de la parálisis, suplicando a los verdugos con la voz que Él les diera, siguiendo con los ojos llenos de lágrimas a Aquél a quien debían la misma luz. Cuando llegaron al valle, mucha gente de la ínfima clase del pueblo, excitada por los soldados y por los enemigos del Señor, se había unido a la escolta, maldiciendo e injuriando a Jesús; y ayudábanles a repeler y a insultar a los buenos habitantes de Ofel. Ofel está situado sobre una altura; en el sitio más elevado hay una plaza, adonde vi mucha madera. La escolta fué bajando después, y pasó por una puerta que se abría en la muralla. Dejaron a la derecha un gran edificio, resto de las obras de Salomón, y a la izquierda, si no me equivoco, el estanque de Betesda; después se dirigieron al Occidente, siguiendo una calle llamada Millo. Entonces volvieron un poco al Mediodía, subiendo hacia Sión, y llegaron a la casa de Anás. En todo el camino no cesaron de maltratar al Señor; la canalla que venía del pueblo, aumentándose sin cesar, era para los verdugos de Jesús ocasión de renovar los insultos. Desde el monte de los Olivos hasta al casa de Anás, Jesús cayó siete veces.

Los habitantes de Ofel estaban llenos de espanto, de angustia, cuando un nuevo incidente vino a excitar su compasión. Llevada la Madre de Jesús por las mismas mujeres a la casa de María, madre de Marcos, que estaba situada al pie de la montaña de Sión, por en medio de Ofel, conocida que fué, dieron nuevas muestras de dolor y de compasión, y se juntaban tan apretados alrededor de María, que casi la llevaba la multitud. María estaba muda de dolor; al llegar a casa de María, madre de Marcos, no habló hasta que vino Juan y le contó todo lo que había visto desde la salida del Cenáculo. Después condujeron a la Virgen Santísima a casa de Marta, en la parte occi-

dental de la ciudad. Pedro y Juan, que habían seguido a Jesus de lejos, corrieron a casa de algunos servidores de los príncipes de los sacerdotes que Juan conocía, para poder entrar en las salas del tribunal adonde su Maestro fuera conducido. Estos hombres, amigos de Juan, eran una especie de mensajeros de cancillería, que debían correr por todo el pueblo para despertar a los ancianos y a otras personas convocadas para el juicio. Deseaban hacer un servicio a los dos apóstoles; pero no tuvieron otro medio sino vestir a Pedro y a Juan con una capa igual a las suyas, y que los ayudaran a llevar las convocatorias, a fin de poder entrar en seguida con su disfraz en el tribunal de Caifás, donde estaban juntos soldados y falsos testigos, y del cual echaban a la demás gente. Los apóstoles se encargaron de avisar a Nicodemo, José de Arimatea y otras personas bien intencionadas, pues eran miembros del Consejo, y de ese modo hicieron venir a algunos amigos de su Maestro, con quienes los fariseos no hubieran contado regularmente. Mientras tanto, Judas andaba errante como un insensato, al pie de la subida donde termina Jerusalén por la parte del Mediodía, entre los escombros y las inmundicias hacinados en este sitio.

IV

Medidas que toman los enemigos de Jesús

Anás y Caifás habían recibido inmediato aviso de la prisión de Jesús, y en su casa estaba todo en movimiento. Las salas estaban iluminadas, las avenidas tomadas, los mensajeros corrían por el pueblo para convocar a los miembros del Consejo, los escribas y todos los que debían tomar parte en el juicio. Muchos habían permanecido en casa de Caifás para esperar el resultado. Los ancianos de las diferentes clases se juntaron también. Como los fariseos, los saduceos y los herodianos de todo el país se habían juntado en Jerusalén para la fiesta, y la tentativa contra Jesús había sido concertada de antemano entre ellos y el gran Consejo, los que tenían más odio contra el Salvador fueron convocados, con orden de juntar y de traer para el momento del juicio todas las pruebas y testimonios que pudieran contra Jesús. Todos aquellos hombres perversos y orgullosos de Cafarnaúm, de Tirza, de Nazaret, etc., a quienes Jesús había dicho muchas veces la verdad en presencia del pueblo, se hallaban juntos en Jerusalén. Estaban llenos de odio y sedientos de venganza, y cada uno buscaba entre la gente de su país, que había

venido a la fiesta, a algunos que a precio de oro quisieran presentarse como acusadores de Jesús. Pero todos, excepto algunas mentiras palpables, se concretaban a repetir las acusaciones sobre las cuales Jesús los redujo tantas veces al silencio en sus sinagogas.

Todo el enjambre de enemigos del Salvador iba al tribunal de Caifás conducido por los fariseos y los escribas de Jerusalén, a los cuales se juntaban muchos de los vendedores echados del templo por Jesús, muchos doctores soberbios a los cuales había cerrado la boca en presencia del pueblo, y algunos que no le podían perdonar el haberlos convencido de error y cubierto de confusión cuando a la edad de doce años dió su primera enseñanza en el templo. Entre estos infinitos enemigos se hallaban pecadores impenitentes que todavía Él no había querido curar; pecadores que habían reincidido y estaban otra vez enfermos; jóvenes vanidosos que no había admitido por discípulos; buscadores de sucesiones, furiosos porque hizo distribuir a los pobres los bienes sobre que contaban, o porque había curado a las personas de quienes querían heredar; libertinos cuyos compañeros había convertido; adúlteros cuyos cómplices había restituído a la virtud: muchos aduladores de todos éstos, otros muchos instrumentos de Satanás llenos de rabia interior contra toda santidad, y por consecuencia contra el Santo de los santos. Esta escoria del pueblo judío fué puesta en movimiento y excitada por alguno de los principales enemigos de Jesús, y corría por todas partes al palacio de Caifás para acusar falsamente de toda suerte de crímenes al verdadero Cordero sin mancha que lleva los pecados del mundo, y para mancharlo con sus obras, que, en efecto, ha tomado sobre sí y expiado.

Mientras que esta turba impura se agitaba, mucha gente piadosa y amigos de Jesús, tristes y afligidos, pues no sabían el misterio que se iba a cumplir, andaban errantes acá y allá, y escuchaban y gemían. Si hablaban, eran rechazados; si callaban, mirábanlos de reojo. Otras personas bien intencionadas, pero débiles e indecisas, se escandalizaban, caían en tentación, y vacilaban en su convicción. El número de los que perseveraban era pequeño. Entonces sucedía lo que hoy sucede: se quiere ser buen cristiano cuando no se disgusta a los hombres; pero hay quien se avergüenza de la cruz cuando el mundo la ve con malos ojos. Sin embargo, hubo muchos cuyo corazón fué movido por la paciencia del Salvador en medio de tantas crueldades y que se retiraron silenciosos y desmayados.

V

Ojeada sobre Jerusalén

La grande y populosa ciudad y las tiendas de los extranjeros que habían venido para la Pascua estaban sumergidas en el reposo y en el sueño, cuando la noticia de la prisión de Jesús despertó a todos sus enemigos y amigos, y por todos los puntos de la ciudad se vió ponerse en movimiento a las personas convocadas por los mensajeros de los príncipes de los sacerdotes. Iban a la luz de la luna o de antorchas por las calles, desiertas a aquella hora, pues la mayor parte de las casas tenían las ventanas y la puerta a un patio interior. Todos suben hacia Sión. Se oye acá y allá llamar a las puertas, para despertar a los que duermen; surgen en muchos sitios el ruido y el tumulto; abren a los que llaman, los interrogan, y se accede a la convocación. Los curiosos y los criados van a ver lo que pasa, para contarlo a los que quedan; óyese cerrar y atrancar puertas, pues algunas personas se inquietan y temen una sublevación; se improvisan mil conversaciones diversas, como éstas: "Lázaro y sus hermanas van a ver a Quién se han entregado. — Juana, mujer de Chusa, Susana y Salomé, se arrepentirán demasiado tarde de su imprudencia. — Serafia, mujer de Sirac, tendrá que humillarse delante de su marido, que tantas veces le ha reprochado su entrañable adhesión al Galileo. — Todos los partidarios de ese Agitador parecían burlarse de los que no pensaban como ellos, y ahora más de cuatro no saben dónde esconderse. — Ya no hay nadie que tienda a los pies de su caballería mantos y palmas. — Esos hipócritas, que siempre quieren ser mejores que los demás, van a recibir lo que merecen, pues están todos implicados en los negocios del Galileo. — La cosa es mayor de lo que se creía. — Yo quisiera saber cómo saldrán Nicodemo y José de Arimatea; hace mucho tiempo que se desconfía de ellos; están de acuerdo con Lázaro, pero son muy diestros: todo se va a aclarar ahora".

Así se oye hablar a algunas gentes irritadas contra algunas familias que fiaran en Jesucristo, y sobre todo contra las santas mujeres. En otras partes la noticia es recibida de un modo más conveniente; algunos se aterran, otros gimen secretamente, o buscan algún amigo cuyos sentimientos sean conformes a los suyos, para poderse desahogar con él. Pocos son los que se atreven a expresar altamente el interés que tienen por Jesucristo.

No toda la ciudad está despierta aún; sólo lo está en los sitios adonde los mensajeros llevan las convocatorias del Gran Pontífice, y adonde los fariseos van a buscar sus testigos. Parece que se ve en diferentes puntos de Jerusalén saltar chispas de odio y de furor, que circulan por las calles, encontrándose con otras a las que se juntan, y que creciendo sin cesar, suben hasta Sión, y van a parar al tribunal de Caifás como un río de fuego. Los soldados romanos no toman ninguna parte en este suceso. Pero sus puestos están reforzados y sus cohortes están reunidas, observando con cuidado lo que pasa. Están casi siempre en observación en el tiempo de las fiestas de Pascua, a causa de la gran afluencia de extranjeros. Los judíos flanquean los alrededores de sus cuerpos de guardia, porque los fariseos se incomodan de tener que responder al *¿quién vive?* Los príncipes de los sacerdotes no se han descuidado en comunicar a Pilatos la ocupación de Ofel y de una parte de Sión. Pero entre ellos hay desconfianza recíproca. Pilatos no duerme; recibe partes y da órdenes. Su mujer está acostada; su sueño es profundo, pero agitado. Suspira y llora como si tuviera ensueños penosos.

En ningún punto de la ciudad se revela mayor compasión que en Ofel respecto a los padecimientos de Jesús, lo mismo en casa de los pobres criados del templo, que entre los pobres jornaleros que allí habitan. ¡Han despertado súbitamente en medio de una noche tranquila, para contemplar a su Maestro, su bienhechor, el que los ha curado y consolado, lleno de injurias y de malos tratamientos! Después vieron pasar a la dolorida Madre de Jesús, y a su vista su aflicción se redobla. Era un espectáculo que partía el corazón ver a María y sus amigas andar por las calles a aquella hora llenas de dolor y de angustias. Tienen que esconderse al acercarse una soldadesca grosera e insolente, porque las llenan de injurias como a mujeres de mala vida; con frecuencia oyen conversaciones llenas de deleite cruel que les atormenta el corazón, y rara vez una palabra de consuelo sobre Jesús. Al fin, al llegar a su casa, caen rendidas, llorando y juntando las manos; se sostienen y se abrazan, o véselas doblegadas sobre las rodillas, cubierta la cabeza con un velo. Si llaman a la puerta, escuchan con inquietud. Llaman despacio y tímidamente; no es un enemigo el que así llama; abren temblando; es un amigo, o el criado de un amigo de su Maestro; lo rodean, acósanlo a preguntas, y sus respuestas son nuevos dolores. No pueden sosegar, salen de nuevo a la calle, y vuelven con doble tristeza.

La mayor parte de los apóstoles y de los discípulos andan asustados por los valles que rodean a Jerusalén, y se esconden en las grutas del monte de los Olivos. Tiemblan al encontrarse; se piden noticias en voz baja, y el menor ruido interrumpe sus tímidas comunicaciones. Mudan sin cesar de sitio, y se acercan a la ciudad. Muchos suben al monte de los Olivos; miran con inquietud las hachas que se ven cruzar por Sión; escuchan el ruido a lo lejos, se pierden en mil conjeturas diversas, y bajan al valle con la esperanza de saber alguna noticia positiva.

El ruido aumenta cada vez más alrededor del tribunal de Caifás. Esta parte de la ciudad está inundada de luz con las hachas y los faroles. Alrededor de Jerusalén óyese el grito discordante de los muchos animales que los extranjeros han traído para sacrificarlos. Inspiraba un sentimiento de compasión el balido de los innumerables corderos que debían ser inmolados en el templo al día siguiente. Uno solo se deja sacrificar sin siquiera abrir la boca; semejante a la oveja que llevan a la carnicería, al cordero que se calla en presencia del esquilador: éste es el Cordero de Dios, puro y sin mancha; es Jesucristo.

Sobre todas estas escenas se extiende un cielo cubierto de señales maravillosas; la luna, con aspecto amenazador, está cubierta de manchas extrañas: parece que está alterada y tiembla de llegar a su plenitud, pues Jesús morirá en ese momento. Al Mediodía de la ciudad corre Judas Iscariote, agitado por su conciencia; solo, huyendo ante su sombra, impulsado por el demonio. El infierno está desatado, y excita por todas partes a los pecadores. La rabia de Satanás se redobla para aumentar la carga del Cordero. Los ángeles están entre el dolor y la alegría: quisieran orar ante el Trono de Dios, y poder socorrer a Jesús; pero no pueden sino adorar en su admiración el milagro de la justicia y de la misericordia divinas, que estaba en el cielo desde la eternidad, y que comienza a cumplirse en el tiempo; pues los ángeles también creen en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen; que padecerá esta noche bajo Poncio Pilatos; que mañana será crucificado, morirá y será sepultado; que subirá a los cielos, adonde está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; creen también en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

VI

Jesús delante de Anás

A media noche Jesús fué introducido en el palacio de Anás, y lo llevaron a una sala muy grande. Enfrente de la entrada ocupaba su silla Anás rodeado de veintiocho consejeros; el sitial elevábase del suelo algunos escalones. Jesús, a quien rodeaban aún varios de los que le prendieran, vióse empujado por los alguaciles hasta los primeros peldaños. El resto de la sala estaba lleno de soldados, de populacho, de criados de Anás, de falsos testigos, que fueron después a casa de Caifás. Anás esperaba con impaciencia la llegada del Salvador. Veíasele lleno de odio y de astucia, animado de una alegría cruel. Presidía el tribunal encargado de vigilar la pureza de la doctrina, y de acusar delante de los príncipes de los sacerdotes a los que la infringían. Jesús estaba de pie delante de Anás, pálido, desfigurado, silencioso, con la cabeza baja. Los alguaciles tenían la punta de las cuerdas que apretaban sus manos. Anás, viejo, flaco y seco, de barba rala, lleno de insolencia y orgullo, mostrábase con sonrisa irónica, haciendo como que nada sabía y que extrañaba que Jesús fuese el preso que le habían anunciado. He aquí lo que dijo a Jesús, o a lo menos el sentido de sus palabras: "¿Cómo, Jesús de Nazaret? Pues ¿adónde están tus discípulos y tus numerosos partidarios? ¿Adónde está tu reino? Me parece que las cosas no han respondido a lo que Tú creías: se ha visto que ya bastaba de insultos a Dios y a los sacerdotes, de violaciones del sábado. ¿Quiénes son tus discípulos? ¿Adónde están? ¿Callas? Habla, ahora, agitador, seductor. ¿No has comido el cordero pascual de modo inusitado, en tiempo y sitio en que no debías hacerlo? ¿Quisiste introducir una nueva ley? ¿Quién te ha dado derecho para enseñar? ¿Adónde has estudiado? Habla: ¿cuál es tu doctrina?"

Entonces Jesús levantó su cabeza fatigada, miró a Anás, y dijo: "He hablado en público, delante de todo el mundo: siempre enseñé en el templo y en las sinagogas, donde se juntan los judíos. Jamás he dicho nada en secreto. ¿Por qué me interrogas? Pregunta a los que me han oído lo que les he dicho. Mira a tu derredor; ellos saben lo que he dicho".

A estas palabras de Jesús, el rostro de Anás expresó el resentimiento y la cólera. Un infame ministro que estaba cerca de Jesús lo advirtió, y el miserable, con su mano cubierta de guante de hierro, pegó una bofetada en el rostro del Señor, di-

ciendo: "¿Así respondes al Sumo Pontífice?" Jesús, a la violencia del golpe, cayó de lado sobre los escalones, y la sangre corrió de su cara. La sala se llenó de murmullos, de risotadas y de ultrajes. Levantaron a Jesús, maltratándolo, y el Señor dijo tranquilamente: "Si he hablado mal, dime en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?"

Exasperado Anás por la tranquilidad de Jesús, mandó a todos los que estaban presentes que dijeran lo que le habían oído decir. Entonces se levantó una explosión de clamores confusos y de groseras imprecaciones. "Ha dicho que era rey; que Dios era su padre; que los fariseos eran unos adúlteros; subleva al pueblo; cura, en nombre del diablo, el sábado; los habitantes de Ofel rodéanle y siguen fanatizados; le apellidan su Salvador y su Profeta; se deja llamar Hijo de Dios; dícese enviado suyo; no observa los ayunos; come con los impuros, los paganos, los publicanos y los pecadores; se relaciona con mujeres de mal vivir; delante de la puerta de Ofel dijo a un hombre que le daba de beber, que Él le daría el agua de la vida eterna, después de lo cual nunca tendría sed; seduce al pueblo con palabras de doble sentido, etc., etc."

Todos estos cargos los hacían a la vez: los acusadores se los echaban en cara, mezclándolos con las más groseras injurias, y los alguaciles, maltratándole a cada paso, decíanle que respondiera. Anás y sus consejeros añadían mil burlas a estos ultrajes, repitiendo: "¡Esa es tu doctrina! ¿Qué respondes? Rey, da tus soberanas órdenes: enviado de Dios, enseña tu misión. ¿Quién eres Tú? (continuó Anás con frío desdén). ¿Quién te ha enviado? ¿Eres el hijo de un carpintero oscuro, o eres Elías, que ha sido elevado en un carro de fuego? Dicen que aún vive, y que Tú puedes, a tu voluntad, hacerte invisible. Cierto que hallaste medio de escapar algunas veces. ¿Eres acaso Malaquías, de cuyas palabras usas con frecuencia para prevalerte de ellas? Dicen que este Profeta no tuvo padre, que había sido un ángel, y que no se ha muerto. Buena ocasión para un embustero que pretende pasar por él. ¿Qué clase de Rey eres Tú? Has dicho ser más que Salomón. Descuida: no te rehusaré el título de tu dignidad real".

Entonces Anás hizo que le trajeran una especie de cartel, de una vara de largo y tres dedos de ancho; y escribió en él varias y grandes letras, como acusación contra el Señor. Después lo envolvió y lo introdujo en una calabacita vacía, que tapó con cuidado, y ató después a una caña, y presentándosela a Jesús le dijo con sarcasmo: **"Este es el cetro de tu reino; ahí están tus títulos, tus dignidades y tus derechos. Llévalos al Sumo**

Sacerdote para que reconozca tu misión y te trate según tu dignidad. Que le aten las manos a ese Rey, y llévenlo delante del Sumo Sacerdote".

Maniataron de nuevo a Jesús; sujetáronle también a ellas el simulacro de cetro, que contenía las acusaciones de Anás, y le condujeron a casa de Caifás, en medio de la risa, del escarnio, y de los malos tratamientos de la multitud.

La casa de Anás estaría a trescientos pasos de la de Caifás. El camino, que era a lo largo de paredes y de pequeños edificios dependientes del tribunal del Sumo Pontífice, estaba alumbrado con faroles y lleno de judíos, que vociferaban en gran tumulto. Los soldados apenas podían abrirse paso por medio de la multitud. Los que habían ultrajado a Jesús en casa de Anás repetían sus improperios delante del pueblo; y el Salvador fué escarnecido y maltratado todo el camino. Vi a hombres armados rechazar algunos grupos que parecían compadecer al Señor, dar dinero a los que se distinguían por su brutalidad contra Jesús, y franquearles la entrada en el patio de Caifás.

VII

Tribunal de Caifás

Para llegar al tribunal de Caifás se atraviesa un primer patio exterior; después se entra en otro patio, que llamaremos interior, y que rodea todo el edificio. La casa tiene doble de largo que de ancho. Delante hay una especie de vestíbulo descubierto, rodeado de tres órdenes de columnas, formando galerías cubiertas. En el cuarto, detrás de columnas no muy altas, hay una sala como la mitad del vestíbulo, adonde están las sillas de los miembros del Consejo, sobre un espacio en forma de herradura, a que conducen muchos escalones. La silla del Sumo Sacerdote ocupa en el medio el lugar más eminente. El reo está en el centro del hemiciclo. De un lado y de otro, y detrás de él, se ve el sitio de los testigos y de los acusadores. Detrás de los jueces hay tres puertas que dan paso a otra sala rodeada de sillas, donde se verifican las deliberaciones secretas. Entrando en esta sala desde el tribunal, se encuentran a derecha e izquierda puertas que comunican al patio interior, que tiene la forma redonda, como el exterior del edificio. Saliendo de la sala por la puerta de la derecha, se ve en el patio, a la izquierda, la entrada de una prisión subterránea, que está debajo de esta última sala. Hay en ella muchos calabozos: Pedro y Juan pa-

saron una noche en uno de ellos cuando curaron al cojo del templo después de Pentecostés.

Todo el edificio y los alrededores estaban llenos de hachas y faroles, y había tanta claridad como si fuese de día. En medio del vestíbulo estaba encendida una gran lumbre en cóncavo hogar, y a los lados había dos conductores para el humo. El fuego estaba rodeado de soldados, de empleados subalternos y de testigos de la ínfima clase, todos sobornados. Entre ellos había también mujeres que daban de beber a los soldados cierto licor rojizo, y les hacían cocer panes, que se los vendían. La mayor parte de los jueces estaban ya sentados alrededor de Caifás; los otros fueron llegando sucesivamente. Los acusadores y los testigos falsos llenaban el vestíbulo. Había una inmensa multitud, que era preciso contener por la fuerza.

Un poco antes de la llegada de Jesús, Pedro y Juan, vistiendo aún el traje de mensajeros, entraron en el patio exterior. Juan, con ayuda de un empleado del tribunal que conocía, pudo penetrar hasta el segundo patio, cuya puerta cerraron detrás de él a causa de la mucha gente. Pedro, que se había rezagado un poco, encontró la puerta cerrada, y la portera no quiso abrirle. No hubiera pasado más adelante, a pesar de los esfuerzos de Juan, si Nicodemo y José de Arimatea, que llegaban en aquel instante, no le hubiesen hecho entrar con ellos. Los dos apóstoles, habiendo devuelto los vestidos que les habían prestado, confundiéronse entre la multitud que llenaba el vestíbulo, y en sitio desde donde podían ver a los jueces. Caifás estaba sentado en medio del semicírculo. A su alrededor lo estaban los setenta miembros del gran Consejo: a los lados, los funcionarios públicos, los ancianos, los escribas, y detrás de ellos falsos testigos. Desde la entrada hasta el vestíbulo por donde Jesús debía ser conducido, colocáronse los soldados.

Caifás era un hombre de apariencia grave: su semblante revelaba algo de enérgico y amenazador. Tenía una capa larga, bermeja, pero de color oscuro, adornada de flores y de galones de oro, prendida sobre el pecho y los hombros y cubierta por delante de chapas de metal luciente. Su sombrero se parecía a una mitra de Obispo: a los lados tenía aberturas, por donde salían tiras de tela colgando. Caifás hallábase allí hacía algún tiempo con sus consejeros. Su impaciencia y enojo eran tales, que bajó de su sitio, corrió, vestido como estaba, al vestíbulo, y preguntó con ira cuándo llegaba Jesús. Viéndole aproximarse, se volvió a su sitio.

VIII

Jesús delante de Caifás

Jesús fué introducido en el vestíbulo, en medio de los clamores, de las injurias y de los golpes. Lo condujeron ante los jueces: al pasar cerca de Juan y de Pedro, los miró sin volver la cabeza, para no denunciarlos. Apenas estuvo en presencia del Consejo, cuando Caifás exclamó: "¡Ya estás aquí, enemigo de Dios, que llenas de agitación esta santa noche!" La calabaza que contenía las acusaciones de Anás fué desatada del cetro ridículo puesto entre las manos de Jesús. Después que las leyeron, Caifás se desató en invectivas contra el Salvador. Los alguaciles le pegaron, entre empellones, con unos palos agudos, diciéndole: "Responde. Abre la boca. ¿No sabes hablar?" Caifás, con mayor ira que Anás, hizo una porción de preguntas a Jesús, que estaba tranquilo, paciente, con los ojos fijos en el suelo. Los alguaciles querían obligarle a hablar, lo empujaban, maltratábanlo, y un perverso le puso el dedo pulgar con fuerza en la boca, diciéndole que mordiera.

Presto comenzó la audiencia de los testigos. Tan pronto el populacho, excitado, daba gritos tumultuosos, como se oía hablar a los mayores enemigos de Dios entre los fariseos y los saduceos reunidos en Jerusalén de todos los puntos del país. Repetían las acusaciones, a que Él había respondido mil veces: "Que curaba a los enfermos y echaba a los demonios por arte de éstos; que violaba el sábado; que sublevaba al pueblo; que llamaba a los fariseos *raza de víboras y adúlteros;* que había predicho la destrucción de Jerusalén; que frecuentaba su trato con publicanos y pecadores; que se hacía llamar *Rey, Profeta, Hijo de Dios;* que hablaba siempre de su reino; que desechaba el divorcio; que se llamaba *Pan de vida,* etc." Así sus palabras, sus instrucciones y sus parábolas se desfiguraban, mezclándolas con calumnias y crímenes. Pero todos se contradecían y se perdían en sus relatos. El uno decía: "Se intitula *Rey*". El otro: "No; sólo se dejar dar ese nombre; y cuando han querido proclamarlo Rey, se ha escondido". Un tercero gritaba: "Dice que es Hijo de Dios". Un cuarto: "Se llama Hijo, porque cumple la voluntad del Padre". Algunos referían que los había curado, pero que habían vuelto a caer enfermos; que sus curas eran sortilegios. Había muchas acusaciones y testimonios sobre el sortilegio. Los fariseos de Séforis, con los cuales disputara una vez sobre el

divorcio, lo acusaban de falsa doctrina; y un joven de Nazaret, a quien no quiso admitir por discípulo, tuvo la bajeza de atestiguar contra Él.

Sin embargo, no podían establecer ninguna acusación sólida y fundada. Los testigos comparecían más bien para decirle injurias en su presencia que para citar hechos. Disputaban entre ellos, y mientras tanto Caifás y algunos miembros del Consejo no cesaban de afrentar a Jesús. "¿Qué Rey eres Tú? Muéstranos tu poder; llama las legiones de ángeles de que has hablado en el Huerto de los Olivos. ¿Qué has hecho del dinero de las viudas y de los locos que has seducido? Responde; habla ante el juez: ¿eres mudo? ¡Más valía que te hubieras callado delante del pueblo y de la multitud de mujeres que adoctrinabas! Allí hablabas demasiado".

Todos estos discursos iban acompañados de malos tratamientos de los empleados subalternos del tribunal. Sólo por milagro pudo resistir a todo esto. Algunos miserables decían que era hijo ilegítimo: otros, al contrario, opinaban que su madre había sido una virgen piadosa en el templo, y que la habían visto casar con un hombre temeroso de Dios. Reprocharon a Jesús y a sus discípulos el que no sacrificasen en el templo. En efecto: no he visto jamás que Jesús o los apóstoles llevaran víctimas al templo, excepto los corderos de la Pascua. Sin embargo, José y Ana, mientras vivieron, sacrificaron con frecuencia por Jesús. Esta acusación no tenía ningún valor, pues los esenios no hacían ningún sacrificio, y no estaban por ello sujetos a ninguna pena. Dirigíanle sin cesar la acusación de sortilegio, y Caifás aseguró muchas veces que la confusión que reinaba en las deposiciones de los testigos era efecto de sus hechizos.

Algunos dijeron que solemnizara la Pascua comiendo la víspera, en contra de la ley, y que el año anterior había hecho innovaciones en la ceremonia. Pero los testigos se contradijeron tanto, que Caifás y los suyos estaban llenos de vergüenza y de rabia al ver que no podían justificar nada que tuviera algún fundamento. Nicodemo y José de Arimatea fueron citados a explicarse sobre que había celebrado aquella fiesta en una sala perteneciente a uno de ellos, y probaron con escritos antiguos que de tiempo inmemorial los galileos tenían el permiso de comer la Pascua un día antes. Añadieron que la ceremonia había sido conforme a la ley, y que algunos empleados del templo habían concurrido. Esto descompuso a los jueces; pero sobre todo Nicodemo irritó mucho a los enemigos de Jesús cuando hizo

constar por los archivos el derecho de los galileos. Este derecho les fué concedido, entre otros motivos, porque antiguamente había tal afluencia en el templo, que no se hubiera podido acabar para el sábado si se hubiese tenido que hacer todo en el mismo día. Aunque los galileos no usaron siempre de este derecho, sin embargo, constaba perfectamente establecido en los textos que citó Nicodemo; y el furor de los fariseos contra este último se acrecentó cuando dijo que el Consejo debía estar poco satisfecho por las chocantes contradicciones de todos esos testigos en un negocio emprendido con tanta precipitación, la noche víspera de la fiesta más solemne. Echaron a Nicodemo miradas centelleantes y continuó la prueba de los testigos con más precipitación e impudencia. En fin, se presentaron dos diciendo: Jesús ha dicho: "Yo derribaré el templo edificado por las manos de los hombres, y en tres días reedificaré uno que no estará hecho por la mano de los hombres". No estaban tampoco éstos acordes. El uno decía que quería construir un nuevo templo, y que había comido la nueva Pascua en otro edificio, porque quería destruir el antiguo templo. Pero el otro decía que ese edificio estaba construído por mano de hombre, y que, por consiguiente, no podía haber hablado de ése.

Caifás estaba lleno de cólera, pues las crueldades ejercidas contra Jesús, las contradicciones de los testigos y la inefable paciencia del Salvador producían viva impresión en muchos de los asistentes. Algunas veces silbaban a los testigos. El silencio de Jesús inquietaba a algunas conciencias, y diez soldados se sintieron tan penetrados de lo que oían, que se retiraron bajo el pretexto de que estaban enfermos. Al pasar cerca de Pedro y de Juan, les dijeron: "Este silencio de Jesús el Galileo, en medio de tan malos tratamientos, parte el corazón. Pero, decidnos, ¿adónde debemos ir?" Los dos apóstoles, desconfiando de ellos, o temiendo ser denunciados como discípulos de Jesús, o ser reconocidos por algunos de los presentes, les respondieron con mirada melancólica: "Si la verdad os llama, dejaos conducir por ella: lo demás, ello sólo se hará". Entonces aquellos hombres salieron de la ciudad; encontraron a otros que los condujeron allende el monte Sión, a las grutas del Mediodía de Jerusalén, donde hallaron muchos apóstoles escondidos, quienes tuvieron miedo de ellos, y a los cuales anunciaron lo que sucedía a Jesús.

Caifás, exasperado por los discursos contradictorios de los dos testigos, se levantó, bajó dos escalones, y dijo a Jesús: "¿No respondes Tú nada a ese testimonio?" Estaba muy irritado por-

que Jesús no le miraba. Entonces los alguaciles, asiéndole por los cabellos, le echaron la cabeza atrás y diéronle puñadas bajo la barba; pero ni aún así hubo de levantar los ojos. Caifás elevó las manos con viveza, y dijo en tono airado: "Yo te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios". Había un profundo silencio, y Jesús, con voz llena de majestad indecible, con la voz del Verbo Eterno, dijo: "Yo lo soy, tú lo has dicho. Y Yo os digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha de la Majestad Divina, viniendo sobre las nubes del cielo". Mientras que Jesús profería estas palabras, le vi resplandeciente: el cielo estaba abierto sobre Él, y en una intuición que no puedo expresar, vi a Dios Padre Todopoderoso; vi también los ángeles, y la oración de los justos que subía hasta su Trono. Debajo de Caifás vi el infierno como una esfera de fuego entre tinieblas, llena de horribles figuras. Él estaba encima, y parecía separado sólo por una gasa. Vi toda la rabia de los demonios concentrada en él. Todo aquel espectáculo me pareció un infierno salido de la tierra. Cuando el Señor declaró solemnemente que era el Cristo, Hijo de Dios, el infierno tembló a su voz, y después vomitó todos sus furores en aquella casa. Todo lo que veo se me representa con formas y figuras; este lenguaje es para mí más exacto, más breve y más expresivo que ningún otro, porque los hombres son formas, no puras palabras y abstracciones. Vi la angustia y el furor de los infiernos manifestarse bajo mil imágenes horribles, que parecían salir de diversos sitios. Me acuerdo, entre otras cosas, de una multitud de pequeñas figuras negras, parecidas a perros, que corrían sobre las patas de atrás, y estaban armados de uñas largas: yo no puedo decir qué especie de mal se me mostrara bajo esta forma. Vi multitud de espectros horrendos entrar en la mayor parte de los asistentes: a veces se sentaban sobre su cabeza o sobre sus hombros. Vi en ese mismo momento fantasmas horribles salir de los sepulcros del otro lado de Sión. Yo creo que eran espíritus malignos. Vi otras muchas apariciones alrededor del templo, y entre ellas muchas figuras que parecían arrastrar cadenas como cautivos. No sé si estas últimas eran también demonios o almas que bajaban al limbo. Estas cosas no quisiera que escandalizaran a los que las ignoran; pero se sienten cuando se ven, y los cabellos se erizan sobre la cabeza. Creo que Juan vió algo de este espectáculo, pues le oí hablar de él más tarde. Todos los que no eran enteramente réprobos, sintieron con profundo terror cuanto hubo de horrible en este instante, y los malos sintieron redoblar su odio y su furor.

Caifás, inspirado por el infierno, tomó el borde de su capa, sajólo con su cuchilla, y lo rasgó en un ímpetu de cólera diciendo en alta voz: "¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos testigos? ¿Le oísteis? ¡blasfemó! ¿cuál es vuestra sentencia?"

Entonces todos los asistentes gritaron con voz de trueno: "¡Es digno de muerte! ¡Digno es de muerte!"

Durante esta horrenda gritería, el furor del infierno llegó a lo sumo. Los enemigos de Jesús estaban poseídos de Satanás, lo mismo que sus aduladores y sus agentes. Parecía que las tinieblas celebraban su triunfo sobre la luz. Todos los circunstantes que conservaban algo bueno, sintiéronse penetrados de tal horror, que muchos se cubrieron la cabeza y huyeron. Los testigos más ilustres, con la conciencia agitada, salían de la sala, donde ya no eran necesarios. Los otros se colocan en el vestíbulo, alrededor del fuego, donde les dan dinero, de comer y de beber. El Sumo Sacerdote dijo a los alguaciles: "Os entrego este Rey; rendid al blasfemo los honores que merece". En seguida se retiró con los miembros del Consejo a la sala redonda, situada detrás del tribunal, donde no podían verles desde el vestíbulo.

Juan, en medio de su profunda aflicción, se acordó de la pobre Madre de Jesús. Temió que la terrible noticia llegara a sus oídos de una manera más dolorosa por boca de algún enemigo; miró al Señor, diciéndose entre sí: "Tú sabes por qué me voy"; y se fué a la Virgen, como si hubiese sido enviado por Jesús mismo. Pedro, lleno de inquietud y de dolor, y sintiendo más vivamente el frío penetrante de la mañana, se acercó tímidamente a la lumbre, donde se calentaba la vil canalla. No sabía qué hacerse, pero no podía alejarse de su Maestro.

IX

Nuevos ultrajes en casa de Caifás

Cuando Caifás salió de la sala del tribunal con los miembros del Consejo, una multitud de miserables se precipitó sobre Nuestro Señor, como enjambre de avispas irritadas. Mientras se hizo el interrogatorio de los testigos, los alguaciles y otros ruines habían arrancado puñados de la barba y del pelo de Jesús: toda aquella chusma le había escupido, abofeteado, dándole con palos, hasta herirle con agujas. Ahora se entregan sin freno a su rabia insana. Le ponen sobre la cabeza coronas de

paja y de corteza de árbol, y se las vuelven a quitar injuriándole. Decíanle: "Ved aquí el Hijo de David con la corona de su padre. — Ved aquí al que es más que Salomón. — Es el Rey que da una comida de boda para su Hijo". Así se burlaban de las verdades eternas, que Él presentaba en parábolas a los hombres que venía a salvar; y no cesaban de pegarle con los puños o con varas, y de escupirle al rostro. Le ciñen otra vez una corona de paja, y quítanle su vestidura. Le arrancan también el escapulario que le cubre el pecho, y echándole sobre las espaldas una capa vieja, hecha pedazos, que por delante deja la pierna descubierta, pónenle al cuello larga cadena de hierro, acabada en dos pesados anillos llenos de puntas, que le ensangrientan las rodillas cuando anda. Le ataron de nuevo las manos sobre el pecho, le entregan una caña, y escúpenle a la faz. Habían vertido toda especie de inmundicias sobre su cabeza, sobre su pecho y sobre la parte superior del ridículo manto. Le vendaron los ojos con asqueroso trapo, y le pegaban diciendo: "Gran Profeta, adivina quién te ha dado". Jesús no despegaba sus labios; pedía por ellos interiormente, y suspiraba. Habiéndole puesto en este estado, le arrastraron con la cadena a la sala donde se había retirado el Consejo. "Adelante el Rey de paja, gritaban pegándole con palos nudosos; debe presentarse en el Consejo con las insignias de majestad que ha recibido de nosotros". Al entrar, redoblaron la befa y las alusiones sacrílegas a las cosas más santas. Cuando le escupían y le echaban lodo en la cara, decíanle: "Esta es tu unción de rey, tu unción de profeta. — ¿Cómo te atreves a presentarte en ese estado delante del Gran Consejo? Tú quieres siempre purificar a los otros, y Tú mismo no estás limpio: pero ya te purificaremos". Entonces toman un vaso lleno de agua sucia e infecta, se lo vierten sobre la cara y los hombros, haciendo alusión al acto pío de Magdalena: "Esta es tu unción preciosa, exclaman, tu agua de nardo que costó treinta dineros; tu bautismo de la piscina de Betesda".

Esta última burla indicaba, sin intención, la semejanza de Jesús con el cordero pascual, pues las víctimas de hoy habían sido lavadas primero en el estanque vecino de la puerta de las Ovejas, y después las llevaron a la piscina de Betesda, donde recibieron una aspersión ceremonial antes de ser sacrificadas en el templo. Ellos hacían sólo alusión al enfermo de treinta y ocho años curado por Jesús cerca de la piscina de Betesda, pues yo vi a este hombre lavado o bautizado en este sitio; digo lavado o bautizado, porque esta circunstancia no está bien presente en mi memoria.

Después arrastraron a Jesús alrededor de la sala, delante de los miembros del Consejo, que lo llenaban de ultrajes y de improperios. Vi que todo estaba lleno de figuras diabólicas; todo tenebroso, desordenado y horrendo. Veía con frecuencia una luz alrededor de Jesús, desde que había dicho que era Hijo de Dios. Muchos de los circunstantes parecían tener un presentimiento de ello, más o menos confuso; sentían con inquietud que todas las ignominias, todas las afrentas, no podían hacerle perder su indecible majestad. La luz que rodeaba a Jesús parecía redoblar el ciego furor de sus enemigos.

X

Negación de Pedro

Cuando Jesús respondió: "Yo lo soy"; cuando Caifás rasgó su capa y se oyó el grito: "Es digno de muerte", Pedro y Juan, que habían sufrido cruelmente con el triste espectáculo que habían tenido que presenciar en silencio e inacción, sin proferir una palabra, no tuvieron fuerzas para permanecer allí más tiempo. Juan fué a reunirse a la Madre de Jesús, que estaba con las santas mujeres en casa de Marta. Pedro amaba demasiado a Jesús para dejarlo. Apenas podía contenerse, y lloraba amargamente, esforzándose en ocultar sus lágrimas. No queriendo seguir en el tribunal, donde le hubieran descubierto, vino al vestíbulo, cerca de la lumbre, en torno de la cual los soldados y la gente del pueblo hacían discursos horribles sobre Jesús, contando las escenas por ellos presenciadas. Pedro estaba silencioso; pero su mismo silencio y tristeza infundían sospechas. La portera se acercó a la lumbre: oyendo hablar de Jesús y de sus discípulos, miró a Pedro con descaro, y le dijo: "Tú eres también discípulo del Galileo". Pedro, sorprendido, inquieto, temiendo ser maltratado por aquellos hombres groseros, respondió: "Mujer, no le conozco; no sé lo que quieres decir". Entonces se levantó, y queriendo deshacerse de semejante compañía, salió del vestíbulo: era el momento en que el gallo cantaba dentro de la ciudad. No me acuerdo de haberlo oído, pero tuve un presentimiento de ello. Al salir, otra criada le miró, y dijo a los que estaban cerca: "Este estaba también con Jesús en Nazaret"; y los más próximos a él le dijeron también: "¿No eres tú uno de sus discípulos?" Pedro, asustado, hizo nuevas protestas, y dijo: "En verdad, yo no era su discípulo; no conozco a ese hombre".

Atravesó el primer patio, y vino al del exterior. Lloraba, y su ansiedad y tristeza eran grandes al acordarse de lo que acababa de decir. Había en este patio mucha gente; algunos subían a las paredes para oír algo: había también amigos y discípulos de Jesús, a quienes la zozobra y angustia hicieron salir de las cavernas de Hinnom. Se acercaron a Pedro, e hiciéronle preguntas; pero estaba tan agitado, que les aconsejó en pocas palabras que se retirasen, porque corrían peligro. En seguida se alejó de ellos, y tornaron de nuevo a su retiro. Eran diez y seis, entre los cuales se hallaban Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barsabás, Simeón, que fué obispo de Jerusalén, Zaqueo y Manahem, el ciego de nacimiento curado por Jesús.

Pedro no podía hallar reposo, y su amor a Jesús le llevó de nuevo al patio interior que rodeaba el edificio. Le dejaron entrar, porque José de Arimatea y Nicodemo le habían introducido al principio. No entró en el vestíbulo, pero volvió a la derecha y metióse en la sala redonda, situada detrás del tribunal, en donde la canalla paseaba a Jesús con grandes voces. Pedro se acercó tímidamente; y aunque vió que lo observaban como a un hombre sospechoso, su mismo desasosiego llevóle en medio de la multitud, que se agolpaba a la puerta para mirar. Llevaban a Jesús con una corona de paja sobre la cabeza; echó sobre Pedro una mirada triste y casi severa, y Pedro quedó traspasado de dolor. Mas sin poder reprimir el miedo, y oyendo decir a algunos: "¿Quién es ese hombre?", volvió al patio. Y como seguían acechándole, se acercó a la lumbre y sentóse algún tiempo. Pero algunas personas, notada su agitación, se pusieron a hablarle de Jesús en términos injuriosos. Una de ellas le dijo: "Tú eres uno de sus partidarios; tú eres galileo; tu acento te descubre". Como Pedro procuraba retirarse, un hermano de Malco, acercándose a él, le dijo: "¿No eres tú el que yo he visto con ellos en el Huerto de los Olivos, y que cortó la oreja a mi hermano?"

Pedro, en su ansiedad, perdió casi el uso de la razón; se puso a hacer juramentos execrables, y perjuraba que no conocía a aquel Hombre, y corrió fuera del vestíbulo al patio interior. Entonces el gallo cantó segunda vez, y Jesús, conducido a la prisión por medio del patio, se volvió a mirar a Pedro con dolor y compasión. Las palabras de Jesús: "Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tú tres", vinieron a su memoria con una fuerza terrible. Había olvidado la promesa dada a su Maestro de morir antes que negarlo, y el aviso amenazador que le había merecido; pero cuando Jesús lo miró, sintió cuán

enorme era su culpa, y su corazón se partió. Había negado a su Maestro cuando le cubrían de ultrajes, entregado a jueces inicuos, paciente y silencioso en medio de los tormentos. Penetrado de arrepentimiento, volvió al patio exterior con la cabeza cubierta y llorando amargamente. Ya no temía que le preguntaran: ahora hubiera dicho a todo el mundo quién y cuán culpable era.

¿Quién se atreverá a decir que, en medio de tantos peligros, agitación y angustia, entregado a una lucha tan violenta entre el amor y el temor, oprimido de cansancio inaudito y de un dolor capaz de quitar el juicio, con la naturaleza ardiente y sencilla de Pedro, hubiera sido más fuerte que él? El Señor lo abandonó a sus propias fuerzas y fué débil como todos los que olvidan esta frase: "Velad y orad para no caer en tentación".

XI

María en casa de Caifás

La Virgen Santísima estaba constantemente en comunicación espiritual con Jesús; María sabe todo lo que le sucede, y sufre con Él. Estaba como Él en oración continua por sus verdugos; pero su corazón materno gritaba también a Dios, para que no dejara consumarse este crimen, porque apartara esos dolores de su Santísimo Hijo, y tenía un deseo irresistible de acercarse a Jesús. Cuando Juan llegó a casa de Lázaro, y le contó el horrible espectáculo a que había asistido, le pidió, con Magdalena y algunas de las santas mujeres, que la condujera cerca del sitio adonde Jesús agonizara. Juan, que no había dejado a su divino Maestro sino para consolar a la que estaba más cerca de su corazón después de Él, condujo a las santas mujeres por las calles alumbradas por la luna, encontrando gente ya de vuelta a sus hogares. Iban con la cabeza cubierta; pero sus sollozos atrajeron sobre ellas la atención de algunos grupos, y tuvieron que oír palabras injuriosas contra el Salvador. La Madre de Jesús contemplaba interiormente el suplicio de su Hijo, y lo conservaba en su corazón como todo lo demás; sufría en silencio como Él, y más de una vez cayó sin conocimiento. Una de las veces que estaba sin sentido en los brazos de las santas mujeres, debajo de un portal, algunas gentes bien intencionadas, que volvían de la casa de Caifás, la reconocieron, y parándose un instante, llenas de compasión sincera, la saludaron con estas palabras: "¡Oh desgraciada Madre, oh infeliz Madre, oh

Madre rica de dolores del Santo de Israel!" María volvió en sí, y dándoles las gracias cordialmente, prosiguió después su triste camino.

Conforme se acercaban a la casa de Caifás, pasaron del lado opuesto a la entrada, y encontraron un nuevo dolor, pues tuvieron que atravesar un sitio donde estaban trabajando en la cruz de Jesús, debajo de una tienda. Los enemigos de Jesús habían mandado prepararle una cruz luego que lo prendieron, a fin de ejecutar la sentencia en cuanto fuese pronunciada por Pilatos, porque querían presentarle al Salvador muy temprano. Los romanos tenían aparejadas ya las cruces de los dos ladrones. Los obreros que labraban la de Jesús, maldecían de Él, por cuanto veíanse obligados a trabajar de noche: sus palabras atravesaron el corazón de la doliente Madre, la cual pidió por aquellos ciegos, que preparaban con maldiciones el instrumento de su redención y del suplicio de su Hijo.

María, acompañada de las santas mujeres y de Juan, atravesó el patio exterior y se detuvo a la entrada del interior. María deseaba que le abrieran la puerta, porque ésta sola la separaba de su Hijo, que al segundo canto del gallo fuera conducido a un calabozo construído en el bajo de la casa. La puerta se abrió, y Pedro se precipitó afuera, extendidos los brazos, la cabeza cubierta y llorando amargamente. Conoció a Juan y a la Virgen a la luz de las hachas y de la luna: fué como si su conciencia, despierta ahora al estímulo de la mirada del Hijo, se presentara a Él en la persona de la Madre. María le dijo: "Simón, ¿qué ha sido de Jesús, mi Hijo?" Y estas palabras penetraron hasta lo íntimo de su alma. No pudo resistir, y se volvió, retorciéndose las manos; pero María se fué a él, y díjole con profunda tristeza: "Simón, hijo de Juan, ¿no me respondes?" Entonces Pedro exclamó llorando: "¡Oh Madre, no me hables! Lo han condenado a muerte, y yo lo he negado tres veces vergonzosamente". Juan se acercó para hablarle; pero Pedro, como fuera de sí, huyó del patio, y se fué a la gruta del monte de los Olivos, donde las manos de Jesús, orando, se estamparan sobre la piedra. Yo creo que en esta misma caverna lloró nuestro padre Adán al verse sobre la tierra abrumado de la maldición divina.

La Virgen Santísima tenía el corazón partido con este nuevo dolor de su Hijo, negado por el discípulo que lo había reconocido el primero como Hijo de Dios vivo; cayó cerca de la puerta sobre la piedra en que se apoyaba, y en ésta quedó impresa la señal de su mano o de su pie. Las puertas del patio se quedaron abiertas a causa de la multitud que se retiraba después de

la prisión de Jesús; y cuando la Virgen volvió en sí, deseó acercarse a su Hijo. Juan la condujo delante del sitio donde el Señor yacía encerrado. María estaba en espíritu con Jesús, y Jesús estaba con María; pero esta tierna Madre quería oír los suspiros de su Hijo: María los oyó con las injurias de los que le rodeaban. Las santas mujeres no podían estar allí mucho tiempo sin ser vistas: Magdalena, en su violenta desesperación, mostrábase sin rebozo; y aunque la Virgen, en lo más profundo de su dolor, conservaba una dignidad y decoro extraordinarios, tuvo que oír estas crueles palabras: "¿No es la Madre del Galileo? Su Hijo será ciertamente crucificado; pero no antes de la fiesta, a no ser que sea el mayor de los criminales". Entonces se fué hasta la lumbre que estaba en el vestíbulo, donde había aún algunos del populacho; al sitio en que Jesús había dicho que era el Hijo de Dios, y donde los hijos de Satanás habían gritado: "¡Es digno de muerte!" y allí perdió el conocimiento, y Juan y las santas mujeres se la llevaron más muerta que viva. La gente no dijo nada, y guardó extraño silencio: parecía que un espíritu celestial había atravesado el infierno.

Volvieron a pasar por el sitio en que se preparaba la cruz. Los obreros no podían acabarla, como tampoco los jueces concordar en la sentencia. Sin cesar tenían que traer otra madera, porque tal o cual pieza era inservible o se rompía, hasta que las distintas maderas fuesen combinadas a voluntad de Dios. Vi que los ángeles los obligaban a empezar de nuevo, hasta que la Cruz fuese hecha por modo providencial; pero no recuerdo bien claro esta visión.

XII

Jesús en la cárcel

Jesús estaba encerrado en un pequeño calabozo de bóveda, del cual se conserva todavía una parte. Dos de los cuatro alguaciles se quedaron con Él, pero pronto los relevaron otros. No le habían devuelto aún sus vestidos; sólo estaba cubierto con la capa irrisoria que le habían puesto. Habíanle atado de nuevo las manos.

Cuando el Salvador entró en la cárcel, pidió a su Padre celestial que aceptara todos los martirios que sufriera y que tenía que sufrir como sacrificio expiatorio por sus verdugos y por todos los hombres que, sufriendo iguales padecimientos, se dejaran llevar de la impaciencia y la cólera. Los verdugos no

le dieron un solo instante de reposo. Lo ataron en medio del calabozo a un pilar, y no le permitieron que se apoyara; de modo que apenas podía tenerse sobre sus pies cansados, heridos e hinchados. No cesaron de insultarlo y de atormentarlo, y cuando los dos de guardia estaban cansados, los relevaban otros, que inventaban nuevas crueldades.

No puedo contar lo que esos verdugos hicieron sufrir al Santo de los Santos: estoy muy mala, y estaba casi muerta a vista de tanta saña. ¡Ah! ¡cuán vergonzoso es para nosotros que nuestra flaqueza no pueda decir u oír sin disgusto y sin repugnancia la historia de los innumerables ultrajes que el Redentor ha padecido por nuestra salvación! Nos sentimos penetrados de un horror igual al de un asesino obligado a poner su mano sobre las heridas de su víctima. Jesús lo sufrió todo sin abrir su boca; ¡y eran los hombres, los pecadores, los que ejercían sus iras sobre su Hermano, su Redentor y su Dios! Yo soy también una pobre pecadora, y también soy la causa de todo esto. El día del juicio, cuando todo se manifieste, veremos la parte que hemos tomado en el suplicio del Hijo de Dios por los pecados que no cesamos de cometer, y que son un consentimiento y una complicidad en los malos tratamientos que esos miserables dieron a Jesús. ¡Ah! si reflexionáramos, repetiríamos más seriamente estas palabras que se hallan en algunos libros de oraciones: "Señor, haz que muera antes que te ofenda con un solo pecado".

Jesús en su prisión pedía sin cesar por sus verdugos; y como al fin le dejaron un instante de reposo, lo vi apoyado sobre el pilar, y todo circundado de luz. El día comenzaba a venir, el día de su Pasión, el día de nuestra redención; y un rayo de luz caía trémulo por el respiradero del calabozo sobre nuestro Cordero pascual, cubierto de heridas. Jesús eleva sus manos atadas hacia la luz que brilla, y da gracias a su Padre en alta voz de la manera más tierna, por el don de ese día que los Patriarcas tanto habían anhelado, por el cual Él mismo había suspirado con tanto ardor desde su llegada a la tierra, en que dijo a sus discípulos: "Debo ser bautizado con otro bautismo, y estoy en impaciencia hasta que se cumpla". He orado con Él, pero no puedo referir su oración; tal era lo abatida y lo mala que estaba. Cuando Él daba gracias por aquel terrible dolor que sufría también por mí, no podía hacer más que decir sin cesar: "¡Ah! dame, dame esos tus dolores; ellos me pertenecen: son el precio de mis pecados". Jesús saludaba al día con una acción de gracias tan tierna, que yo estaba como abatida de amor y

de compasión, y repetía cada una de sus palabras como un niño. Era un espectáculo que rompía el corazón verlo acoger así el primer rayo de luz del gran día de su sacrificio. Parecía que ese rayo llegaba hasta Él como un juez que viene a visitar a un condenado en la cárcel, para reconciliarse con él antes de la ejecución. Los alguaciles, que parecían haberse dormido un instante, se despertaron, miráronle con sorpresa, mas no le interrumpieron. Estaban admirados y asustados. Jesús estuvo poco más de una hora en esta prisión.

Mientras Jesús continúa en el calabozo, Judas, que anduviera errante como un desesperado en el valle de Hinnom, se acerca al tribunal de Caifás. Guarda todavía colgadas a su cintura las treinta monedas, precio de su traición. Todo yace en el mayor silencio, y pregunta a los guardias de la casa, sin darse a conocer, qué ha sido del Galileo. Ellos le dijeron: "Fué condenado a muerte, y será crucificado". Oyó a otras personas hablar entre sí de las crueldades ejercidas contra Jesús, de su paciencia, del juicio solemne que debía pronunciarse al amanecer delante del gran Consejo. Mientras él recogía estas noticias, amaneció, y comenzaron a hacer diversos preparativos en el tribunal. Judas se retiró detrás del edificio para no ser visto, pues huía de los hombres como Caín, y la desesperación entraba cada vez más en su alma. Pero el sitio adonde se había refugiado era el mismo donde labraran la cruz; las diversas piezas de que se componía estaban puestas en orden, y los obreros dormían junto a ellas. Judas se sobresaltó, y huyó: había visto el instrumento del suplicio, al cual vendiera al Señor. Fué y escondióse en los alrededores, esperando la conclusión del juicio de la mañana.

XIII

Juicio de la mañana

Al amanecer, Caifás, Anás, los ancianos y los escribas se juntaron de nuevo en la vasta sala del tribunal, para pronunciar un juicio en forma, pues no era según ley que juzgaran por la noche: podía haber sólo una instrucción preparatoria a causa de la urgencia. La mayor parte de los miembros habían pasado el resto de la noche en casa de Caifás, adonde les habían preparado camas. Muchos, como Nicodemo y José de Arimatea, vinieron al amanecer. La asamblea era numerosa, y había en todos sus movimientos mucha precipitación. Como querían condenar a Jesús a muerte, Nicodemo, José y algunos otros se opu-

sieron a sus enemigos, pidiendo que se difiriera el juicio hasta después de la fiesta, por miedo de que sobreviniese algún tumulto con esta ocasión; añadieron que no se podía fundar un juicio sobre las acusaciones presentadas ante el tribunal, porque todos los testigos se contradecían. Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos se irritaron y dieron a entender claramente a sus opositores que, siendo ellos mismos sospechosos de ser favorables a las doctrinas del Galileo, les disgustaba este juicio, porque los comprendía también. Hasta quisieron excluir del Consejo a todos los que eran favorables a Jesús: estos últimos, declarando que no tomarían ninguna parte en todo lo que pudieran decidir, salieron de la sala y se retiraron al templo. Desde aquel día no volvieron a entrar en el Consejo. Caifás ordenó que trajeran a Jesús delante de los jueces, y que se preparasen a conducirlo a Pilatos inmediatamente después del juicio. Los alguaciles dirígense en tumulto a la cárcel, desatan las manos a Jesús, le arrancan la capa vieja con que le habían cubierto, oblíganle a ponerse su túnica, toda cubierta de las suciedades que le habían echado, cíñenle cordeles a la cintura y le arrastran fuera del calabozo. Todo esto se hizo precipitadamente y con feroz brutalidad. Jesús fué conducido entre soldados. Ya juntos delante de la casa, y cuando apareció a sus ojos, semejante a una víctima que llevan al sacrificio, horriblemente desfigurado por tantos atropellos, vestido sólo con su túnica manchada, el asco les inspiró nuevas crueldades; pues no había rastro de compasión en el pecho de bronce de aquellos judíos.

Caifás, iracundo contra Jesús, que se presentaba delante de él en estado tan deplorable, le dijo: "Si Tú eres el ungido por Dios; si eres el Mesías, dínoslo". Jesús levantó la cabeza, y dijo con santa paciencia y grave solemnidad: "Si os lo digo, no me creeréis; y si os interrogo, no me responderéis, ni me dejaréis ir libre; pero desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios". Se miraron entre ellos, y dijeron a Jesús: "¿Tú eres, pues, el Hijo de Dios?" Jesús, con la voz de la verdad eterna respondió: "Vosotros lo decís; Yo lo soy". Al oír esto, gritaron todos: "¿Para qué queremos más pruebas? Hemos oído la blasfemia de su propia boca".

Al mismo tiempo prodigaban a Jesús palabras de desprecio. "¡Ese miserable, decían, ese vagabundo, ese mendigo de la ínfima plebe quiere ser su Mesías y sentarse a la derecha de Dios!" Le mandaron atar de nuevo y poner una cadena al cuello, como lo hacían con los condenados a muerte, para conducirlo a Pilatos. Habían enviado ya un mensajero a éste para

avisarle que estuviera pronto a juzgar un criminal; porque urgía a causa de la fiesta. Hablaban entre sí indignados de la precisión que tenían de acudir al gobernador romano para que ratificase la condena; porque en las materias que no concernían a sus leyes religiosas y las del templo, no podían ejecutar la sentencia de muerte sin su participación. El designio era hacerlo pasar por un enemigo del Emperador, y en este concepto principalmente el fallo correspondía a la jurisdicción de Pilatos. Los soldados estaban ya formados delante de la casa; había también muchos enemigos de Jesús y mucho populacho. Los príncipes de los sacerdotes y una parte del Consejo iban delante; detrás el Salvador, rodeado de soldados; el pueblo cerraba la marcha. En este orden bajaron de Sión a la parte inferior de la ciudad, y se dirigieron al palacio de Pilatos. Una parte de los sacerdotes que habían asistido al Consejo se fueron al templo a ocuparse en las ceremonias del día.

XIV

Desesperación de Judas

Mientras conducían a Jesús a casa de Pilatos, el traidor Judas oyó lo que se decía en el pueblo, y entendió palabras semejantes a éstas: "Lo conducen a Pilatos; el gran Consejo ha condenado al Galileo a muerte; debe ser crucificado; no le dejarán vivo; ya le han maltratado de un modo terrible; tiene una paciencia excesiva; no responde nada; ha dicho sólo que era el Mesías, y que estaría sentado a la derecha de Dios; por eso le crucificarán; si no hubiera dicho eso, no habrían podido condenarle a muerte; el pícaro que le ha vendido era su discípulo, y poco antes había comido con Él el cordero pascual; yo no quisiera haber tomado parte en esa acción; sea el Galileo lo que fuere, al menos no ha llevado a la muerte a un amigo suyo por el dinero: ¡verdaderamente ese miserable merecía ser crucificado!" Entonces la angustia, el arrepentimiento y la desesperación luchaban en el alma de Judas. Echó a huír. El peso de las treinta monedas, colgadas a su cintura, era para él como una espuela del infierno: tomó la bolsa con la mano, a fin de que no le impidiese correr. Corría con toda su fuerza; no detrás de Jesús para echarse a sus pies y pedir perdón al Redentor misericordioso; no para morir con Él; no para confesar, lleno de arrepentimiento, su crimen delante de Dios, sino para expiar lejos de Él, en presencia de los hombres, su crimen y el precio

de su traición. Corrió como un insensato hasta el templo, donde muchos miembros del Consejo se habían reunido después del juicio de Jesús. Se miraron atónitos; y con risa de soberano desprecio lanzaron una mirada altiva sobre Judas, que, fuera de sí, arrancó de su cintura las treinta monedas, y presentándoselas con la mano derecha, dijo con voz desesperada: "Tomad vuestro dinero, por el cual me habéis hecho vender al Justo; tomad vuestro dinero, y dejad a Jesús; rompo nuestro pacto; he pecado entregando la sangre del Inocente". Los sacerdotes le desprecian, apartan sus manos del dinero que les presenta, para no manchárselas tocando la recompensa del traidor, y exclaman: "¡Qué nos importa que hayas pecado! Si crees haber vendido la sangre inocente, es negocio tuyo: nosotros sabemos lo que hemos comprado, y lo hallamos digno de muerte. Ten allá tu dinero: no queremos oír hablar de él". Dijéronle eso en el tono de una persona que quiere librarse de un importuno, y se alejaron de él. Estas palabras pusieron en Judas el colmo a la rabia y la desesperación, y estaba como fuera de sí; los cabellos se erizaban sobre su frente; rasgó el cinturón que apresaba las monedas, tirólas en el templo y huyó fuera del pueblo.

Lo vi correr de nuevo como un insensato por el valle de Hinnom: Satanás, en forma horrible, estaba a su lado, y le decía al oído, para hundirle en la desesperación, todas las maldiciones de los Profetas sobre este valle, donde los judíos habían sacrificado sus hijos a los ídolos. Parecía que todas sus palabras lo designaban, como por ejemplo: "Saldrán y verán los cadáveres de los que han pecado contra mí, cuyos gusanos no morirán, cuyo fuego no se apagará". Después repetía a sus oídos: "Caín, ¿dónde está tu hermano Abel? ¿qué has hecho? Su sangre me grita; eres maldito sobre la tierra; estás errante y fugitivo". Cuando llegó al torrente Cedrón, y vió el monte de los Olivos, empezó a temblar; volvió los ojos, y oyó de nuevo estas palabras: "Amigo, ¿qué vienes a hacer? ¡Judas, tú entregas al Hijo del hombre con un beso!" Penetrado de horror hasta el fondo de su alma, su razón comenzó a perderse, y el enemigo le dijo al oído: "Por aquí pasó David huyendo de Absalón: Absalón murió colgado de un árbol; David ha hablado de ti cuando ha dicho: "Me han devuelto el mal por el bien, el odio por el amor. " Que Satanás esté siempre a su derecha; cuando lo juzguen, " que sea condenado; que sus días sean abreviados, y que otro " reciba su episcopado; el Señor se acordará de la iniquidad de " sus padres, y el pecado de su madre no será borrado; porque " ha perseguido al pobre sin misericordia, y ha entregado a la

" muerte al afligido. Ha querido la maldición: ella caerá sobre " él: se ha cubierto de la maldición como de un vestido: ha " penetrado como el agua en sus entrañas, como el aceite en sus " huesos: ella le rodea como un vestido o como un cinturón de " que está ceñido". Judas, entregado a esos horribles pensamientos, llegó al pie de la montaña de los Escándalos, a un lugar pantanoso, lleno de escombros y de inmundicias. El rumor de la ciudad llegaba de cuando en cuando a sus oídos con más fuerza, y Satanás le decía: "Ahora le llevan a la muerte; tú le has vendido. ¿Sabes tú lo que dice la ley? El que vendiere un alma entre sus hermanos los hijos de Israel, y reciba el precio, debe ser castigado de muerte. ¡Acaba contigo, miserable, acaba!" Entonces Judas, desesperado, tomó su cinturón y se colgó de un árbol que crecía en un hondo y que tenía sendos nudos: cuando se hubo ahorcado, su cuerpo reventó, y sus entrañas se esparcieron por el suelo.

XV

Jesús conducido a presencia de Pilatos

Condujeron al Salvador a Pilatos por en medio de la parte más frecuentada de la ciudad. Bajaron la montaña de Sión por el lado del Norte, atravesaron una calle estrecha, situada en lo bajo, y se dirigieron por el valle de Ancra, a lo largo de la parte occidental del templo, hacia el palacio y el tribunal de Pilatos, que estaba al Nordeste del templo, enfrente de una gran plaza. Caifás, Anás y muchos miembros del soberano Consejo iban delante con sus vestidos de fiesta: le seguían numerosos escribas y judíos, entre ellos todos los falsos testigos y los perversos fariseos que habían tomado suma parte en la acusación de Jesús. A poca distancia venía el Salvador, rodeado de soldados y de los seis agentes que asistieran a su arresto, y conducido por los alguaciles. El pueblo afluía de todas partes, y se juntaba a ellos con gritos e imprecaciones; los grupos se atropellaban en el camino.

Jesús estaba sólo cubierto con su vestido interior, todo lleno de manchas y suciedad; su larga cadena, rodeada al cuello, heríale en las rodillas cuando andaba; atadas sus manos como la víspera, y llevándole los alguaciles con cuerdas que anudaran a la cintura. Iba desfigurado por la fatiga y ultrajes de la noche, pálido, la cara ensangrentada, y ni aún por eso tuvieron punto de tregua las ignominias y bárbaras tropelías. Habían reunido

mucha gente, parodiando su entrada del Domingo de Ramos. Lo llamaban *Rey*, por burla; a su paso echaban piedras, palos y trapos harapientos como escarneciendo de mil maneras su entrada triunfal.

No lejos del palacio de Caifás esperaba la Madre de Jesús, arrimada al ángulo de una casa, con Juan y Magdalena. Su alma estaba siempre con Jesús; sin embargo, cuando podía acercarse a Él corporalmente, el amor no la dejaba reposo, y la arrastraba tras los pasos de Jesús. Después de su visita nocturna al tribunal de Caifás, había estado algún tiempo en el Cenáculo, sumergida en silencioso dolor; después que Jesús fué sacado de su prisión para ser presentado de nuevo a los jueces, se levantó, se puso su velo y manto y saliendo la primera, dijo a Magdalena y a Juan: "Sigamos a mi Hijo a casa de Pilatos: lo quiero ver con mis propios ojos". Fuéronse a un sitio por donde debía pasar, y esperaron. La Madre de Jesús harto sabía cuánto sufriera su Hijo; pero su vista interior no alcanzaba a verle tan desfigurado y tan golpeado como lo estaba en efecto por la crueldad de los hombres, porque sus dolores aparecían dulcificados por un rayo de santidad, de paciencia y de amor; mas ¡ay! la tremenda realidad se presentó a sus ojos. Primero iban los orgullosos enemigos de Jesús, los sacerdotes del verdadero Dios, revestidos de sus trajes de fiesta, con sus proyectos deicidas y su alma llena de malicia y de mentira. ¡Terrible espectáculo! Los sacerdotes de Dios habíanse vuelto sacerdotes de Satanás. En seguida venían los testigos falsos, los acusadores sin fe, el pueblo con sus clamores y alaridos; al fin, Jesús, el Hijo del hombre, el Hijo de María, el Hijo de Dios, atado, abofeteado, empujado, herido, arrastrado, cubierto por ola inmensa, interminable, de injurias y de maldiciones. ¡Ah! si no hubiera sido el más lastimoso, el más abandonado, el que oraba solo y amaba en esta tempestad del infierno desencadenado, su Madre no lo hubiera jamás conocido en tal estado. Cuando se acercó exclamó sollozando: "¡Ah! ¿es este mi Hijo? ¡Ah! es mi Hijo. ¡Oh Jesús, Jesús mío!" Al pasar delante de ellos, Jesús la miró con ternura, y Ella cayó anonadada; Juan y Magdalena se la llevaron. Pero apenas volvió en sí, se hizo conducir por Juan al palacio de Pilatos.

Jesús debía probar en el tránsito cómo los amigos nos abandonan en la desgracia; pues los habitantes de Ofel estaban juntos a la orilla del camino, y cuando le vieron en aquel estado de abatimiento, su fe decayó, no pudiendo representarse así al Rey, al Profeta, al Mesías, al Hijo de Dios. Los fariseos se burlaban de ellos a causa de su amor a Jesús, y les decían: "Ved a vuestro

Rey; saludadle. ¿No le decís nada ahora que va a su coronación, antes de subir al trono? Sus milagros se han acabado; el Sumo Sacerdote ha puesto fin a sus sortilegios"; y otros discursos de este jaez. Aquellas pobres gentes, que habían recibido tantas gracias y tantos beneficios de Jesús, desmayaron ante el terrible espectáculo que les daban las personas más reverenciadas del país, los príncipes, los sacerdotes y el Sanedrín. Los mejores se retiraron dudando; los peores se juntaron al pueblo en cuanto les fué posible, pues los fariseos habían puesto guardias para mantener el orden.

XVI

Palacio de Pilatos y sus alrededores

Al pie del ángulo Noroeste de la montaña del templo se halla situado el palacio del gobernador romano Pilatos. Está bastante elevado, pues se sube a él por muchos escalones de mármol, y domina una plaza espaciosa, rodeada de galerías ocupadas por mercaderes; un cuerpo de guardia y cuatro entradas al Poniente, al Levante, al Norte y al Mediodía, interrumpen la plaza, que se llama el Forum. Esta plaza está a más altura que las calles que salen de ella; el palacio de Pilatos se ostenta separado de la misma por un patio espacioso. Tiene este patio por puerta al Oriente un claustro que da sobre una calle que conduce a la puerta de las Ovejas y al Huerto de los Olivos; al Poniente tiene otro claustro, por donde se va a Sión por el barrio de Ancra. Desde la escalera de Pilatos se ve por encima del patio el Forum, a cuya entrada hay columnas y bancos de piedra vueltos al palacio. Los sacerdotes judíos no pasaron de estos bancos para no contaminarse entrando en el tribunal de Pilatos. Cerca de la puerta occidental del patio está construído un cuerpo de guardia, que se junta al Norte con la plaza, al Mediodía con el pretorio de Pilatos, formando una especie de vestíbulo entre la Plaza y el Pretorio. Se llamaba *Pretorio* la parte del palacio donde Pilatos celebraba los juicios. El cuerpo de guardia estaba rodeado de columnas; en el centro había un espacio a cielo descubierto, y debajo mazmorras donde yacían los dos célebres ladrones. Había muchos soldados romanos. No lejos de ese cuerpo de guardia, cerca de las galerías que lo rodeaban, erguíase sobre la plaza misma la columna en que Jesús fué atado; hay otras diversas en el recinto de la plaza; las que están más cerca sirven para imponer castigos corporales, y las que están más

lejos, para atar a los animales sacados a la venta. Enfrente del cuerpo de guardia, sobre la plaza, vese una elevación con algunos bancos de piedra; es como un tribunal. Desde ese sitio, llamado *Gabbata,* Pilatos pronuncia sus fallos solemnes. La escalera de mármol que sube al palacio conduce a una azotea descubierta, desde la cual Pilatos habla a los acusadores sentados en los bancos de piedra a la entrada de la plaza. Pueden conversar hablando alto y distintamente.

Detrás del palacio de Pilatos hay otras azoteas más altas, con jardines, y una casa de recreo. Estos jardines unen el palacio del gobernador con la habitación de su mujer, que se llama Claudia Procla. Detrás de estas habitaciones está un foso que las separa de la montaña del templo. Al lado de la parte oriental del palacio de Pilatos figura el tribunal del viejo Herodes, en donde los Santos Inocentes fueron degollados en un patio interior. Ha habido algún cambio en las distribuciones; la entrada está puesta de otro modo. Por aquel lado de la ciudad hay cuatro calles: tres conducen al palacio de Pilatos y a la plaza, y la cuarta pasa al Norte de la plaza y conduce a la puerta por la cual se va a Bethsur. Cerca de esta puerta está la hermosa casa que posee Lázaro en Jerusalén, adonde Marta tiene también una habitación. La calle que está más cerca del templo de esas cuatro, es la que viene de la puerta de las Ovejas, cerca de la cual se halla, entrando a la derecha, la piscina de las Ovejas. Esta piscina está apoyada en la muralla, y rodéanla algunas habitaciones. En ella se lavan primero los corderos antes de conducirlos al templo; se lavan segunda vez solemnemente en la piscina de Betesda, al Mediodía del templo. En la segunda calle está una casa que perteneció a Santa Ana, madre de María, donde habitaban ella y su familia, y preparaban las víctimas cuando venían a Jerusalén para las fiestas. En esta misma casa, si no me equivoco, se celebró el casamiento de José y de María.

La plaza, como he dicho, está más elevada que las calles, y en éstas hay conductos de agua que van a la piscina de las Ovejas. Otra plaza igual existe sobre el monte de Sión, delante del antiguo castillo de David. El Cenáculo está cerca al Sudoeste, y al Norte los tribunales de Anás y de Caifás. El castillo de David es una fortaleza abandonada, con patios, salas y cuadras vacías, que se alquilan a las caravanas para poder acogerse. Este edificio está desierto hace mucho tiempo; lo vi en ese estado antes del nacimiento de Jesucristo. Los tres Reyes Magos, con sus numerosas caballerías, se hospedaron en este castillo al entrar en la ciudad.

Cuando veo en tiempos antiguos palacios y templos destinados a usos tan viles, me acuerdo siempre de lo que acontece también en los nuestros, en que tantas obras magníficas de la piedad y de la fe de otra época, tantas iglesias y tantos conventos yacen destruídos y arruinados, utilizándolos para usos mundanos, si no criminales. La iglesia pequeña de mi convento, que era para mí el cielo sobre la tierra, y donde el Salvador en el Santísimo Sacramento se complacía en habitar con nosotros, míseros pecadores, está ahora sin techo y sin ventanas. Han quitado todas las urnas sepulcrales que en ella había. Nuestro pobre claustro, en que era yo más feliz con mi silla rota en la celda que el Rey sobre su trono, pues veía la parte de la iglesia en que estaba el Santísimo, ¿adónde irá a parar dentro de algún tiempo? Pronto se desconocerá el sitio en que personas consagradas a Dios rezaron durante muchos años por el mundo entero y por las pobres almas abandonadas. Pero Dios lo sabrá, que no cabe en Él olvido, por cuanto lo pasado y lo futuro están presentes a su mente; y así como en espíritu veo todo lo que antes fuera, tanto el bien hecho en sitios hoy olvidados, como el mal cometido en sitios que hoy se profanan, estarán siempre vivos en el día de la cuenta en que todo se pagará rigurosamente. Delante de Dios no hay distinción de sitios ni de personas; cuida hasta de la viña de Nabot. He oído decir que nuestro convento se fundó por dos pobres religiosas, con un cántaro de aceite y un saco de habas. Todos los intereses, producto de ese capital, figurarán en el día del juicio. Suele decirse con frecuencia que el alma incurre en pena por dos monedas injustamente adquiridas y no restituídas: Dios conceda el reposo eterno a aquéllos que nunca usurparon los bienes de los pobres y de la Iglesia.

XVII

Jesús delante de Pilatos

Eran poco más o menos las seis de la mañana, según nuestro modo de contar, cuando la tropa que conducía a Jesús llegó delante del palacio de Pilatos. Anás, Caifás y los miembros del Consejo se pararon en los bancos que estaban entre la plaza y la entrada del tribunal. Jesús fué arrastrado hasta la escalera de Pilatos. Hallábase éste sobre la azotea avanzada, recostado sobre una especie de canapé, y delante tenía una mesa de tres pies. Rodeábanle oficiales y soldados y cerca se ostentaban en alto las insignias del poder romano. Cuando vió llegar a Jesús

en medio de un tumulto tan grande, se levantó y habló a los judíos en tono de desprecio, como pudiera hacerlo un orgulloso general a diputados de una pobre ciudad. "¿Qué venís a hacer tan temprano? ¿Tan pronto comenzáis a desollar vuestras víctimas?" Los de la turba gritaron a los verdugos: "¡Adelante, conducidlo al tribunal!" y después respondieron a Pilatos: "Escuchad nuestras acusaciones contra ese pícaro: no podemos entrar en el tribunal so pena de caer en impureza". Proferidas estas palabras en alta voz, un hombre de grande estatura y de aspecto venerable gritó en medio del pueblo que se agrupaba detrás en la plaza: "No, no debéis entrar en el tribunal, pues está santificado con sangre inocente; Él solo puede entrar; sólo Él entre los judíos está puro, como los inocentes que fueron degollados allí". Y hablado que hubo así con mucha energía, se perdió entre la multitud. Llamábase Sadoc. Era hombre rico, primo de Obed y marido de Serafia, llamada después Verónica; dos hijos suyos fueron del número de los santos inocentes degollados por orden de Herodes en el patio del tribunal. Desde aquel día había renunciado al mundo, y su mujer y él habían vivido en la continencia, según lo practicaban los esenios. Había visto y oído a Jesús una vez en casa de Lázaro. Cuando le vió arrastrar tan miserablemente al pie de la escalera de Pilatos, el vivo recuerdo de sus hijos sacrificados se despertó en su corazón, y dió ese testimonio manifiesto de la inocencia del Salvador. Pero los acusadores de Jesús tan irritados estaban de ver su entereza, y tanto les humillaba la actitud que tenían que guardar en su presencia, que apenas si se fijaron en las palabras de Sadoc.

Los alguaciles hicieron subir a Jesús los escalones de mármol, y lleváronle así detrás de la azotea desde donde Pilatos hablaba a los sacerdotes judíos. Pilatos había oído hablar mucho de Jesús. Al verle tan horriblemente desfigurado por tales tropelías, y conservando siempre en el aspecto su tan admirable expresión de dignidad, el desprecio de Pilatos hacia los príncipes de los sacerdotes subió de punto; les dió a entender que no estaba dispuesto a condenar a Jesús sin pruebas, y les dije en tono imperioso: "¿De qué acusáis a este hombre?" Ellos le respondieron: "Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos presentado". "Lleváoslo, repuso Pilatos, y juzgadlo según vuestra ley". Los judíos replicaron: "Bien sabes que nuestros derechos son muy limitados en materia de pena capital". Los enemigos de Jesús ardían en odio e impaciencia, y a todo trance ansiaban acabar con Jesús antes del tiempo legal de la fiesta,

para poder sacrificar el cordero pascual. No advierten que el verdadero Cordero pascual era el que habían conducido al tribunal del juez idólatra donde temían contaminarse.

Cuando el gobernador romano les mandó que presentasen sus acusaciones, lo hicieron de tres principales, apoyada cada una por diez testigos, y se esforzaron, sobre todo, en hacer ver a Pilatos que Jesús había violado los derechos del Emperador. Le acusaron primero de ser un seductor del pueblo, que perturbaba la paz pública y excitaba a la sedición, y de ella exhibieron testimonios. Luego, que tenía grandes reuniones de hombres; que violaba el sábado, y que curaba en él. Aquí Pilatos los interrumpió en son de burla: "Vosotros no estáis enfermos sin duda, porque si no no estaríais tan encolerizados contra esas curas". Añadieron que seducía al pueblo con horribles doctrinas, diciéndole que debían comer su carne y beber su sangre para alcanzar la vida eterna. Pilatos miró a sus oficiales sonriéndose, y dirigió a los judíos estas palabras: "Parece que vosotros seguís también su doctrina en lo de alcanzar la vida eterna, cuando queréis ahora poco menos que comer su carne y beber su sangre".

La segunda acusación era que Jesús excitaba al pueblo a no pagar tributo al Emperador. Aquí Pilatos, lleno de cólera, los interrumpió con la certeza propia de un hombre encargado especialmente de esto; y les dijo: "Es un grandísimo embuste; yo debo saber eso mejor que vosotros". Entonces los judíos pasaron a la tercera acusación. "Este hombre oscuro, de bajo origen, se ha hecho un gran partido, y ha predicho la ruina de Jerusalén; esparce por el pueblo parábolas ambiguas sobre un Rey que prepara las bodas de su hijo. Un día, la multitud, que convocó sobre una montaña, quiso hacerle rey; pero pensando que era demasiado pronto, se escondió. Ahora obra más a las claras: ha hecho su entrada triunfal en Jerusalén, al grito de: "*¡Hosanna* al Hijo de David! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que llega!" Con esto, usurpa los honores reales, pues enseña que es el Cristo, el ungido del Señor, el Mesías, el Rey prometido a los judíos, y se hace llamar así". Todo lo cual fué también apoyado por diez testigos.

Cuando dijeron que Jesús se hacía llamar el Cristo, el Rey de los judíos, Pilatos pareció pensativo. Fué desde la azotea a la sala del tribunal que estaba al lado; echó, de paso, una mirada atenta sobre Jesús, y mandó a los guardias que se lo condujeran a la sala. Era Pilatos un pagano supersticioso, de espíritu ligero, y voluble en sus ideas. Había oído hablar de los

hijos de sus dioses, que habían vivido sobre la tierra: tampoco ignoraba que los profetas de los judíos les habían anunciado, ya de muy antiguo, un ungido del Señor, un Rey libertador y Redentor, y que muchos judíos lo esperaban. También sabía que del Oriente vinieron unos reyes a ver al viejo Herodes, para rendir homenaje a cierto Rey recién nacido que decían serlo de los judíos, y que Herodes en esta ocasión había mandado degollar gran número de niños. Sabedor de estas tradiciones sobre un Mesías, un Rey de los judíos, no les daba, como buen pagano, crédito, sin embargo; y a haber querido formarse una idea sobre ellas, se hubiera figurado un Rey victorioso y poderoso, como lo hacían los judíos instruídos de su tiempo y los herodianos. Por eso le pareció tan ridículo que acusaran a aquel hombre que se le presentaba en tal estado de abatimiento, fingiéndose aquel Mesías y soñado Rey. Pero como los enemigos de Jesús presentaran esto como una usurpación de los derechos del Emperador, mandó traer a Jesús a su presencia para interrogarle.

Miróle Pilatos con admiración, y le dijo: "¿Así que eres Tú el Rey de los judíos?"; y Jesús respondió: "¿Lo dices tú por ti mismo, o porque otros lo han dicho de Mí?" Pilatos, sentido de que Jesús pudiera creerle tan extravagante de que por sí le dirigiese pregunta tan rara, le dijo: "¿Soy yo acaso un judío que me ocupe en semejantes necedades? Tu pueblo y sus sacerdotes te traen a mis manos, porque has merecido la muerte. Dime lo que has hecho". Jesús repuso con majestad: "Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuese de este mundo, Yo tendría servidores que combatirían por Mí, para no dejarme caer en manos de los judíos; pero mi reino no es de este mundo". Pilatos se sintió perturbado con estas graves palabras, y le dijo en tono más serio: "¿Tú eres Rey?" Jesús respondió: "Como tú lo dices: Yo soy Rey. He nacido y venido a este mundo para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz". Pilatos lo miró, y dijo, levantándose: "¡La verdad! ¿Qué es la verdad?" Hubo otras palabras, de que no me acuerdo bien.

Pilatos volvió a la azotea: no podía comprender a Jesús, pero vió que no era un Rey que pudiera dañar al Emperador, pues no quería ningún reino de este mundo. Y al Emperador le preocupaban poco los reinos del otro mundo. Y así gritó a los príncipes de los sacerdotes desde lo alto de la azotea: "No hallo ningún crimen en este hombre". Los enemigos de Jesús se irritaron, y de todas partes salió un torrente de acusaciones contra Él. Pero el Salvador estaba silencioso, y oraba por los

míseros hombres: y cuando Pilatos se volvió a Él, diciéndole: "¿No respondes nada a esas acusaciones?", Jesús no dijo una palabra. De modo que Pilatos, sorprendido, hubo de decirle: "Veo claro que no dicen más que mentiras contra Ti". Los acusadores continuaron vociferando miles de culpas, y dijeron: "¡Cómo! ¿No halláis crimen en Él? ¿Acaso no lo es sublevar al pueblo y extender su doctrina en todo el país, desde Galilea hasta aquí?"

Al oír la palabra *Galilea,* Pilatos reflexionó un instante, y preguntó: "¿Este Hombre es galileo y súbdito de Herodes?" "Sí, responden ellos: sus padres han vivido en Nazaret, y su residencia actual es Cafarnaúm". "Si es súbdito de Herodes, replicó Pilatos, conducidle a su presencia: ha venido aquí para la fiesta, y puede juzgarle". Entonces mandó salir a Jesús fuera del tribunal, y envió un oficial a Herodes avisándole que iban a presentarle a Jesús de Nazaret, súbdito suyo. Pilatos estaba satisfecho con rehuír así la obligación de juzgar a Jesús, pues era negocio desagradable para él. Deseaba también hacer una fineza a Herodes, con quien estaba reñido y el cual quería ver a Jesús.

Los enemigos del Salvador, furiosos de ver que Pilatos los arrojaba de sí en presencia de todo el pueblo, extremaron su rencor contra Jesús. Atáronle de nuevo, y arrastrado y lleno de insultos y de golpes, en medio de la multitud que cubría la plaza, fué conducido hasta el palació de Herodes, que no estaba muy distante. Algunos soldados romanos se habían agregado a la escolta.

Claudia Procla, mujer de Pilatos, le mandó a decir que deseaba muchísimo hablarle; mientras se llevaban a Jesús a casa de Herodes, subió secretamente a una galería desde donde pudo presenciar aquella tragedia con harta agitación y angustia.

XVIII

Origen del Vía Crucis

A todo esto, la Madre de Jesús, Magdalena y Juan permanecieron en una esquina de la plaza, mirando y escuchando con profundo dolor. Cuando Jesús fué llevado a Herodes, Juan condujo a la Virgen y a Magdalena por todo el camino recorrido por Jesús. Así volvieron a casa de Caifás, a la de Anás, a Ofel, a Getsemaní, al Huerto de los Olivos; y en todos los sitios donde el Señor se había caído o había sufrido, se paraban en silencio, lloraban y sufrían con Él. La Virgen se prosternó más de una

vez, y besó la tierra en los parajes en donde Jesús se había caído. Magdalena se retorcía las manos, y Juan lloraba, las consolaba, las levantaba, y seguían andando. Este fué el principio del *Vía Crucis* y de los honores rendidos a la Pasión de Jesús aun antes de que se cumpliera. La meditación de la Iglesia sobre los dolores de su Redentor comenzó en la flor más santa de la humanidad, en la Madre virginal del Hijo del hombre. ¡Oh, qué compasión! ¡Con qué fuerza el filo de la espada penetró en su corazón! María, que lo había llevado en su seno, que lo había alimentado a sus pechos; esta bienaventurada creatura que había oído real y sustancialmente al Verbo de Dios, Dios mismo desde el principio, que lo había concebido, llevado y sentido vivir en Ella antes que los hombres recibieran su bendición, su doctrina y la salvación, participaba de todos los padecimientos de Jesús y de su deseo ardiente de rescatar a los hombres con sus dolores y su muerte. Así la Virgen, pura y sin mancha, consagró a la Iglesia el *Vía Crucis,* para recoger en todos los sitios, como piedras preciosas, los inagotables méritos de Jesucristo, para recogerlos como flores sobre el camino, y ofrecerlos a su Padre celestial por todos los que tienen fe.

El dolor había puesto a Magdalena como fuera de sí. Tenía un inmenso amor a Jesús; y aun cuando hubiera querido poner el alma a sus pies como el bálsamo sobre su cabeza, un abismo horrible se abría entre ella y su Amado. Su arrepentimiento y su gratitud no tenían límites, y cuando quería elevar hacia Él su amor, como el humo del incienso, veía a Jesús maltratado, conducido a la muerte a causa de sus culpas, que había tomado sobre sí. Entonces sus pecados la penetraban de horror; su alma se le partía, y vacilaba entre el amor, el arrepentimiento, la gratitud y el aspecto de la ingratitud de su pueblo; y todos esos sentimientos se revelaban en su conducta, en sus palabras y en sus movimientos.

Juan amaba y sufría. Conduce por la primera vez a la Madre de Dios por el camino de la Cruz adonde la Iglesia debía seguirla, y el porvenir se abre ante sus ojos.

XIX

Pilatos y su mujer

Mientras conducían a Jesús a casa de Herodes, vi a Pilatos con su mujer Claudia Procla. Fueron juntos a una casita situada sobre un alto del jardín, detrás del palacio. Claudia estaba agi-

tada y muy conmovida. Era una mujer alta y bella, pero pálida. Llevaba un velo echado atrás; sin embargo, se veían sus cabellos colocados en derredor de su cabeza, con algunos adornos; tenía pendientes, un collar, y sobre el pecho una especie de broche que sostenía su largo vestido. Habló mucho tiempo con Pilatos; le rogó, por todo lo que le era más sagrado, que no hiciese mal ninguno a Jesús, el Profeta, el Santo de los Santos, y le contó algo de las visiones maravillosas que había tenido acerca de Jesús la noche precedente.

Mientras hablaba, experimenté la mayor parte de esas visiones; pero no me acuerdo bien de qué modo se sucedían. Ella vió las principales circunstancias de la vida de Jesús: la Anunciación de María, la Natividad, la Adoración de los pastores y de los Reyes, la profecía de Simeón y de Ana, la huída a Egipto, la tentación en el desierto, etc. Se le apareció siempre rodeado de luz, y vió la malicia y la crueldad de sus enemigos bajo las formas más horribles; vió sus padecimientos infinitos, su paciencia y su amor inagotables, la santidad y los dolores de su Madre. Estas visiones le causaron mucha inquietud y mucha tristeza, pues todos esos objetos eran nuevos para ella; estaba suspensa y pasmada, y veía muchas de esas cosas, como, por ejemplo, la degollación de los inocentes y la profecía de Simeón, cosas que acontecían cerca de su casa. Yo sé bien hasta qué punto un corazón compasivo puede verse atormentado por esas visiones, pues el que ha sentido una cosa, debe comprender lo que sienten los demás.

Había sufrido toda la noche, y visto más o menos claramente muchas verdades maravillosas, cuando la despertó el ruido de la turba que conducía a Jesús. Al mirar hacia aquel lado, vió al Señor, el objeto de todos esos milagros que le habían sido revelados, desfigurado, herido, maltratado por sus enemigos. Su corazón se trastornó, y mandó en seguida llamar a Pilatos, y le contó, en medio de su agitación, lo que le acababa de suceder. Ella no comprendía lo que todo aquello significase, y no podía expresarlo bien; pero rogaba, suplicaba, instaba a su marido enternecida a lo sumo.

Pilatos estaba atónito y perturbado; unía lo que le decía su mujer con las noticias recogidas de un lado y de otro acerca de Jesús; se acordaba del furor de los judíos, del silencio de Jesús y de sus maravillosas respuestas a sus preguntas. Estaba agitado e inquieto; cedió a los ruegos de su mujer, y le dijo: "He declarado que no hallaba ningún crimen en ese hombre. No le condenaré; he reconocido toda la malicia de los judíos"

Le habló también de lo que le había dicho Jesús; prometió a su mujer no condenarle y le dió una prenda como garantía de su promesa. No sé si era una joya, un anillo o un sello. Así se separaron.

Pilatos era un hombre corrompido, indeciso, lleno de orgullo y al mismo tiempo de bajeza: no retrocedía ante las acciones más vergonzosas cuando encontraba en ellas su interés, y al mismo tiempo se dejaba llevar por las supersticiones más ridículas cuando se hallaba en posición difícil. En estas circunstancias de apuro, consultaba sin cesar a sus dioses, a los cuales ofrecía incienso en lugar secreto de su casa, pidiéndoles auspicios. Una de sus prácticas supersticiosas era ver comer a los pollos; pero todas estas cosas me parecían tan horribles, tan tenebrosas y tan infernales, que yo volvía la cara con horror. Sus pensamientos eran confusos, y Satanás le inspiraba tan pronto un proyecto como otro. Primero quería libertar a Jesús como inocente; después temía que sus dioses se vengaran de él: libertado por él, Jesús parecíale una especie de semidiós que podía hacerle daño. "Quizás, se decía a sí mismo, es una especie de Dios de los judíos; hay muchas profecías de un Rey de los judíos, que debe reinar en todo el mundo: Ese es el Rey que los Magos de Oriente han venido a buscar aquí; podría quizás elevarse sobre mis dioses y mi Emperador, y yo tendría una gran responsabilidad si no muere. Quizás su muerte será el triunfo de mis dioses". En seguida las visiones maravillosas de su mujer le asaltaban el pensamiento, y tenían un gran peso en la balanza en favor de la libertad de Jesús. Acabó decidiéndose por esta última opinión. Quería ser justo, pero no podía serlo, pues había preguntado: "¿Qué es la verdad?" y no había esperado la respuesta: "La verdad es Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". La mayor confusión reinaba en sus ideas, y él mismo no sabía lo que quería, pues de no ser así, no hubiera consultado a los pollos.

El pueblo se aglomeraba sobre la plaza y en la calle por donde debían conducir a Jesús a casa de Herodes. Los grupos se formaban en cierto orden, según el sitio de donde cada uno había venido a la fiesta, y los fariseos, los más rencorosos de todos los lugares adonde Jesús había enseñado, estaban con sus compatriotas trabajando y excitando a los indecisos contra Jesús. Los soldados romanos eran numerosos en el cuerpo de guardia del palacio de Pilatos; todos los puestos importantes de la ciudad estaban también ocupados por ellos.

XX

Jesús delante de Herodes

El palacio del tetrarca Herodes estaba situado al Norte de la plaza, en la parte nueva de la ciudad: no estaba lejos del de Pilatos. Una escolta de soldados romanos, la mayor parte originarios de los países situados entre Suiza e Italia, se había juntado a la de los judíos, y los enemigos de Jesús, furiosos por los paseos que les hacían dar, no cesaban de ultrajar al Salvador y de maltratarlo. Herodes, habiendo recibido el aviso de Pilatos, estaba esperando en una sala grande, sentado sobre cojines que formaban una especie de trono. Muchos cortesanos y militares le acompañaban. Los príncipes de los sacerdotes entraron y se pusieron a los lados; Jesús se quedó en la puerta. Herodes estaba muy engreído al ver que Pilatos le reconocía, en presencia de los sacerdotes judíos, el derecho de juzgar a un galileo. También se alegraba de ver en su presencia, en tal estado de abatimiento, a Jesús, quien nunca se había dignado presentársele. Juan había hablado de él en términos tan magníficos, y tantas cosas decían las relaciones de los herodianos así como de los espías, que su curiosidad estaba muy excitada. Disponíase a hacerle sufrir un interrogatorio delante de los cortesanos y de los príncipes de los sacerdotes, para mostrar su instrucción. Pilatos le mandó decir que no había hallado ningún crimen en aquel hombre, y el hipócrita creyó que era un aviso para que tratase con desprecio a los acusadores, lo que aumentó el furor de éstos. Así que entraron, produjeron tumultuosamente las acusaciones; pero Herodes miraba a Jesús con curiosidad, y cuando le vió tan desfigurado, cubierto de golpes, con el pelo en desorden, la cara ensangrentada, su vestido manchado, aquel príncipe voluptuoso y sin energía sintió una compasión mezclada de disgusto. Profirió el nombre de Dios, volvió la cara con repugnancia, y dijo a los sacerdotes: "Llevadlo, limpiadlo; ¿cómo traéis a mi presencia un hombre tan asqueroso y tan lleno de heridas?" Los alguaciles llevaron a Jesús al vestíbulo, trajeron agua en un baño, y lo limpiaron, sin cesar de maltratarlo.

Herodes reprendió a los sacerdotes por su crueldad; parecía que quería imitar la conducta de Pilatos, pues también les dijo: "Bien se ve que ha caído entre las manos de los carniceros: comenzáis las inmolaciones antes de tiempo". Los príncipes de los sacerdotes reproducían con empeño sus quejas y sus acusacio-

nes. Cuando volvieron a presentar a Jesús delante de Herodes, fingiendo compadecerse mandó que le trajeran un vaso de vino para reparar sus fuerzas; pero Jesús meneó la cabeza, y no quiso beber. Herodes habló con énfasis y largamente; repitió a Jesús todo lo que sabía de Él, le hizo muchas preguntas, y le pidió que hiciera un prodigio. Jesús no respondía una palabra, y estaba delante de él con los ojos bajos, lo que irritó a Herodes. Sin embargo, disimuló el enojo y continuó sus preguntas. Primero quiso halagarle: "Duéleme ver que acusaciones tan graves pesen sobre Ti; he oído hablar mucho de Ti; sabes que me has ofendido en Tirza cuando libertaste, sin mi permiso, los presos que había hecho allí; pero sin duda lo hiciste con buena intención. Ahora que el gobernador romano te envía a mí para juzgarte, ¿qué tienes que responder a todas esas acusaciones? ¿Te callas? Me han hablado mucho de la sabiduría de tus discursos y de tus doctrinas; quisiera oírte responder a tus acusadores. ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres el Rey de los judíos? ¿Eres Tú el Hijo de Dios? ¿Quién eres? Dicen que has hecho grandes milagros; haz alguno delante de mí. Está en mi mano el darte la libertad. ¿Es verdad que has dado la vista a ciegos de nacimiento, resucitado a Lázaro de entre los muertos, y dado de comer a millares de hombres con unos cuantos panes? ¿Por qué no respondes? Créeme: haz alguno de tus prodigios; eso te será de provecho". Como Jesús continuaba callado, Herodes prosiguió con más volubilidad: "Quién eres Tú? ¿Quién te ha dado ese poder? ¿Por qué no lo posees ya? ¿Eres Tú ese hombre cuyo nacimiento se cuenta de una manera maravillosa? Reyes del Oriente han venido a mi padre en demanda de ver a un Rey de los judíos recién nacido: ¿es verdad, como cuentan, que ese niño eras Tú? ¿Y cómo escapaste de la muerte que fué dada a tantos niños? ¿Cómo ha sucedido eso? ¿Cómo transcurrió tanto tiempo sin hablarse de Ti? ¡Responde! ¿Qué especie de Rey eres Tú? ¡En verdad que no veo nada de regio en Ti! Dicen que hace poco fuiste conducido en triunfo hasta el templo; ¿qué significaba eso? ¡Habla, respóndeme!"

Todo ese flujo de palabras no obtuvo ninguna respuesta de parte de Jesús. Me fué explicado que Jesús no le habló porque estaba excomulgado, a causa de su casamiento adúltero con Herodías y de la muerte de Juan Bautista. Anás y Caifás se aprovecharon del disgusto que le causaba el silencio de Jesús, y comenzaron otra vez sus acusaciones: añadieron que había llamado a Herodes zorra; y también trabajado mucho tiempo en desprestigio de su familia; que había querido establecer una

nueva religión, y celebrado la Pascua la víspera. Herodes, aunque irritado contra Jesús, era siempre fiel a sus proyectos políticos. No quería condenar a Jesús, porque sentía ante Él un terror secreto, y tenía con frecuencia remordimiento de la muerte de Juan Bautista; además, detestaba a los príncipes de los sacerdotes, que no habían querido excusar su adulterio, y lo habían excluído de los sacrificios a causa de ese crimen.

Y, sobre todo, no quería condenar al que Pilatos había declarado inocente, y era conveniente mostrarse obsequioso hacia el gobernador en presencia de los príncipes de los sacerdotes. Llenó a Jesús de desprecios, y dijo a sus criados y a sus guardias, cuyo número se elevaba a doscientos en su palacio: "Agarrad a ese Insensato, y rendid a ese Rey burlesco los honores que merece; es más bien un loco que un criminal".

Condujeron al Salvador a un gran patio, donde fué víctima de nuevos atropellos y objeto de escarnio. Este patio lo formaban las paredes del palacio, y Herodes veía aquel escándalo desde lo alto de una azotea. Anás y Caifás lo excitaron otra vez a condenar a Jesús; pero Herodes les dijo, de modo que lo oyesen los romanos: "Sería un crimen para mí el juzgarlo". Quería decir sin duda: "Un crimen contra el juicio de Pilatos, que ha tenido la política de mandármelo".

Los príncipes de los sacerdotes y los enemigos de Jesus, viendo que Herodes no participaba de su sentir y propósitos, enviaron algunos de los suyos al barrio de Ancra, a fin de que muchos fariseos que había en él acudiesen con sus partidarios a los alrededores del palacio de Pilatos: distribuyeron también dinero a la multitud para excitarla a pedir tumultuosamente la muerte de Jesús. Otros se encargaron de amenazar al pueblo con la ira del cielo, si no obtenían la muerte de aquel blasfemo sacrílego. Decíaseles también que si Jesús no moría se uniría a los romanos para exterminar a los judíos, y que ese era el imperio de que había hablado siempre. Además, esparcían la voz de que Herodes le había condenado, pero que el pueblo debía expresar su voluntad; que se temía a los partidarios de Jesús; que si le ponían en libertad, la fiesta sería turbada por ellos y por los romanos, con cuya ayuda ejercerían una cruel venganza. Esparcieron también los rumores más contradictorios y propios para exacerbar los ánimos y sublevar al pueblo. Algunos de ellos, mientras tanto, daban dinero a los soldados de Herodes para que maltratasen a Jesús hasta hacerle morir, pues deseaban que perdiese la vida antes que Pilatos le diera libertad. Mientras los fariseos maquinaban así, Nuestro Señor sufría

las brutalidades de una soldadesca desenfrenada y grosera, en cuyas manos Herodes lo había entregado. Empujábanlo en el patio, y uno de ellos trajo un gran saco blanco que estaba en el cuarto del portero, y que había tenido algodón. Le hicieron un agujero con una espada, y con grandes risotadas se lo echaron sobre la cabeza a Jesús. Otro soldado trajo un pedazo de tela colorada, y se la pusieron al cuello. Entonces se inclinaban delante de Él, y a empellones, lo injuriaban, le escupían, dábanle en la cara, porque no había querido responder a su Rey. Le hacían mil saludos irrisorios, le arrojaban lodo, tiraban de Él como zarandeándole y, habiéndolo echado al suelo, lo arrastraron hasta un arroyo que rodeaba el patio, de modo que su sagrada cabeza pegaba contra las columnas y los ángulos de las paredes. Después lo levantaron, y comenzaron otra vez los oprobios.

Había cerca de doscientos criados y soldados de Herodes, y cada cual tenía a gala inventar algún nuevo ultraje contra Jesús. En algunos era tal la inquina que iban dispuestos a pegarle palos en la cabeza. Mirábalos Jesús con sentimientos de compasión. El dolor le arrancaba suspiros y gemidos, pero les servían de motivo para burlarse, y nadie tenía piedad de Él. Su cabeza estaba ensangrentada, y lo vi caer tres veces bajo los golpes; y vi también a los ángeles que lo ungían: me fué revelado que sin este socorro del cielo los golpes que le daban hubieran sido mortales. Los filisteos que atormentaron a Sansón en la cárcel de Gaza eran menos violentos y crueles que aquellos hombres.

El tiempo urgía, los príncipes de los sacerdotes tenían que ir al templo, y cuando supieron que todo estaba dispuesto según sus órdenes, pidieron otra vez a Herodes que condenara a Jesús; pero él, en sus ideas relativas a Pilatos, le mandó a Jesús cubierto con su vestido de escarnio.

XXI

Jesús conducido de Herodes a Pilatos

Los enemigos de Jesús le condujeron de Herodes a Pilatos. Estaban avergonzados de tener que volver al sitio adonde fuera ya declarado inocente. Pero decídense en breve, y tomando otro camino mucho más largo preséntanle en medio de su humillación a otra parte de la ciudad, con lo que además dan tiempo

a sus agentes para que agiten los grupos, según sus proyectos. Ese camino era áspero y desigual, y todo el tiempo que duró no cesaron de maltratar a Jesús. La ropa que le habían puesto le impedía andar, se cayó muchas veces en el lodo, y lo levantaron a patadas hiriéndole en la cabeza; con ultrajes infinitos, tanto de parte de los que le conducían, como del pueblo que se juntaba en el camino. Jesús pedía a Dios no morir, para que así se cumpliesen en uno su pasión y nuestra redención.

Eran las ocho y cuarto cuando llegaron al palacio de Pilatos. La multitud era muy numerosa; los fariseos corrían en medio del pueblo y lo excitaban; Pilatos, acordándose de la sedición de los celadores galileos en la última Pascua, disponía de mil hombres que ocupaban el Pretorio, el cuerpo de guardia, las entradas de la plaza y las de su palacio.

La Virgen, su hermana mayor María, hija de Helí; María, hija de Cleofás, Magdalena y otras muchas santas mujeres, hasta veinte, estaban en un sitio donde lo podían oír todo. Juan estaba también al principio. Jesús, cubierto con su hopa de irrisión, iba insultado por el pueblo; pues los fariseos habían juntado la canalla más insolente y más perversa del populacho. Un fámulo de Herodes vino a decirle a Pilatos que su amo estaba lleno de gratitud por su fineza, y que no habiendo visto en el célebre Galileo más que un loco, lo había tratado como a tal, y se lo devolvía. Pilatos quedó satisfecho al ver que Herodes obrara como él, no condenando a Jesús. Dióle la enhorabuena, y reanudaron la amistad, de enemigos que eran desde que el acueducto se había hundido.

Vuelto Jesús de nuevo a la casa de Pilatos, los alguaciles le hicieron subir la escalera con la brutalidad ordinaria; pero se enredó en su vestido, y cayó sobre los escalones de mármol blanco, que se tiñeron en sangre de su cabeza sagrada. Los enemigos de Jesús habían tomado sus sitios a la entrada de la plaza; el pueblo reía de su caída, y los soldados le golpeaban para levantarlo. Pilatos estaba apoyado sobre su silla, especie de canapé, y la mesita colocada delante de él; rodeábanle oficiales y escribientes. Se adelantó sobre la azotea, y dijo a los acusadores de Jesús: "Me habéis traído a este hombre como a un agitador del pueblo; le he interrogado delante de vosotros, y no le hallo culpable del crimen que le imputáis; Herodes tampoco le juzga criminal. Por consiguiente, voy a mandar que le azoten, y a darle suelta". Violentos murmullos se elevaron entre los fariseos, y las distribuciones de dinero en el pueblo se hicieron con más actividad. Pilatos recibió con sumo desprecio

aquella demostración de protesta, y aún hubo de proferir alguna frase mordaz.

Por aquel entonces acudía el pueblo a él en solicitud de que, antes de la celebración de la Pascua, y según una antigua costumbre, diese libertad a un preso. Los fariseos, por medio de sus emisarios, imbuyeron a la multitud que en modo alguno pidiesen la libertad de Jesús, sino su suplicio. Pilatos esperaba que pedirían la libertad de Jesús, y tuvo la idea de darles a escoger entre Él y un insigne criminal, llamado Barrabás, que horrorizaba a todo el pueblo. Había cometido una muerte en una sedición; yo le he visto cometer otros muchos crímenes: fué autor de sortilegios, y hasta había arrancado a algunas mujeres el fruto que llevaban en sus entrañas. Se me ha olvidado lo demás. Hubo un movimiento entre el pueblo en la plaza: un grupo se adelantó, llevando a su cabeza oradores, que gritaron a Pilatos: "Haz lo que has hecho siempre por la fiesta". Pilatos les dijo: "Es costumbre que liberte a un criminal en la Pascua. ¿Quién queréis que sea: Barrabás, o el Rey de los judíos, Jesús, que dicen que es el ungido del Señor?"

Pilatos, siempre indeciso, llamaba a Jesús *Rey de los judíos,* porque este orgulloso romano quería mostrarles su desprecio atribuyéndoles un rey tan pobre; pero dábale también ese nombre, porque abrigaba cierta persuasión de que Jesús era, en efecto, el Rey milagroso, el Mesías prometido a los judíos; después cedía a ese presentimiento que tenía de la verdad, viendo a las claras, por otra parte, que los príncipes de los sacerdotes estaban llenos de envidia contra Jesús. A la pregunta de Pilatos hubo alguna duda en la multitud, y varias voces gritaron: "¡Barrabás!" Pilatos, llamado en aquel instante por un criado de su mujer, salió de la azotea, y éste, presentándole la prenda que él antes diera, díjole: "Claudia Procla te recuerda la promesa de esta mañana". Mientras tanto los fariseos y los príncipes de los sacerdotes bullían con grande agitación; las turbas mostrábanse sobreexcitadas, amenazadoras. María, Magdalena, Juan y las santas mujeres estaban en una esquina de la plaza, trémulas y llorando. Aunque la Madre de Jesús sabía que su muerte era el único medio de salvación para los hombres, sentíase llena de angustia y del deseo de arrancarle al suplicio, y sufría todos los dolores que puede sentir una madre. María oraba para que un crimen tan enorme no se consumara. Decía como Jesús en el Huerto de los Olivos: "Si es posible, que este cáliz se aleje".

Aliéntala alguna esperanza, porque en el pueblo corría la voz de que Pilatos intentaba libertar a Jesús. No lejos de Ella

agitábanse grupos de gente de Cafarnaúm que Jesús había curado y enseñado; hacen como que no lo conocen, y miraban a escondidas a las infelices mujeres cubiertas con los velos. Pero María creía, y todos pensaban como Ella, que éstos a lo menos rechazarían a Barrabás para libertar a su Bienhechor y su Salvador. Mas no fué así.

Pilatos devolvió la prenda a su mujer, ratificándole el cumplimiento de su promesa. Avanzó de nuevo sobre la azotea, y sentóse al lado de la mesita. Los príncipes de los sacerdotes ocupaban sus asientos, y Pilatos volvió a gritar: "¿A cuál de los dos queréis que salve?" Entonces resonó un grito unánime en la plaza: "No queremos a ése, sino a Barrabás". Pilatos dijo: "¿Qué queréis que haga con Jesús, que se llama Cristo?" Todos gritaron tumultuosamente: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Pilatos preguntó por tercera vez: "Pero ¿qué mal ha hecho? Yo no encuentro en Él crimen que merezca la muerte; voy a mandar azotarlo y dejarlo". Pero el grito: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" se alzó por todas partes como una tempestad infernal; los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se agitaban vociferando como frenéticos. Entonces el débil Pilatos dió libertad al malhechor Barrabás, y condenó a Jesús a la flagelación.

XXII

Flagelación de Jesús

Pilatos, juez cobarde e irresoluto, había pronunciado muchas veces estas palabras llenas de bajeza: "No hallo crimen en Él: por eso voy a mandar azotarlo y a darle libertad". Los judíos gritaban cada vez más furiosos: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Sin embargo, Pilatos quiso que su voluntad prevaleciera, y mandó azotar a Jesús, a la manera de los romanos. Entonces los alguaciles, pegando y empujando a Jesús con palos, le condujeron a la plaza, en medio del tumulto y de la saña popular. Al Norte del palacio de Pilatos, a poca distancia del cuerpo de guardia, había una columna destinada a que los reos sufriesen, a ella atados, la pena de azotes. Los verdugos, provistos de látigos, varas y cuerdas, los pusieron al pie de la misma. Eran seis hombres atezados, de menos estatura que Jesús; tenían un cinturón alrededor del cuerpo, y el pecho cubierto de una especie de cuero o tela burda; los brazos iban desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes a trabajar en los canales y en los edificios públicos, y los más

perversos de entre ellos hacían el oficio de sayones en el Pretorio. Esos hombres crueles habían ya atado a la propia columna y azotado hasta la muerte a algunos pobres condenados. Parecían salvajes o demonios, y estaban medio borrachos. Dieron de puñadas al Señor, le arrastraron con las cuerdas, a pesar de que se dejaba conducir sin resistencia, y lo ataron brutalmente a la piedra. Esta columna estaba sola, y no servía de apoyo a ningún edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto, extendiendo el brazo, hubiera podido alcanzar a la parte superior. A media altura había anillas y ganchos. No se puede expresar con qué barbarie esos tigres furiosos arrastraron a Jesús: le arrancaron el manto de irrisión de Herodes, y derribáronle casi al suelo. Jesús temblaba y se estremecía delante de la columna. Se despojó Él mismo de sus vestidos con las manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras le pegaban, oró del modo más tierno, y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que estaba partida de dolor en la esquina de una de las alas de la plaza, y que cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Jesús abrazó la columna; los verdugos le ataron las manos, levantadas en alto, a un anillo de hierro que estaba arriba, y estiraron tanto sus brazos, que sus pies, atados fuertemente a lo bajo de la columna, tocaban apenas al suelo. El Santo de los Santos fué así extendido con violencia sobre la columna de los malhechores; y dos de aquellos furiosos comenzaron a flagelar su cuerpo sagrado, desde la cabeza hasta los pies. Sus látigos o sus varas parecían de madera blanca flexible: puede ser también que fueran nervios de buey o correas de cuero duro y blanco.

El Salvador, el Hijo de Dios, verdadero Dios, y verdadero hombre, temblaba y se retorcía como un gusano bajo los golpes. Sus gemidos dulces y claros se oían como una oración en medio del ruido de los azotes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos zumban como estruendosa tempestad, y cubren sus quejidos lastimeros con que alternan piísimas bendiciones; clamaban: "¡Que muera! ¡Crucifícalo!", pues Pilatos estaba todavía hablando con el pueblo. Y cuando quería decir algunas palabras en medio del tumulto popular, una trompeta tocaba en demanda de silencio. Entonces oíase de nuevo el crujir de los azotes, los sollozos de Jesús, las imprecaciones de los verdugos y el balido de los corderos pascuales que se lavaban en la piscina de las Ovejas. Ese balido acentuaba un espectáculo tiernísimo: eran tristes voces que se unían a los gemidos de Jesús.

El pueblo judío estaba a cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos; muchos iban y venían silenciosos o profiriendo insultos; otros se sentían conmovidos, y parecía que un rayo de Jesús les tocaba. Yo vi jóvenes, monstruos de infamia, casi desnudos, que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros iban a buscar varas de espino. Algunos alguaciles de los príncipes de los sacerdotes daban dinero a los verdugos. Les trajeron también un cántaro que contenía una bebida espesa y colorada, y bebieron hasta embriagarse. Pasado un cuarto de hora, los sayones que azotaban a Jesús fueron reemplazados por otros dos. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, lívidas y coloradas, y su sangre corría por el suelo. Por todas partes se oían las injurias y las burlas.

Los segundos verdugos lanzáronse con rabia de hambrientos lobos sobre Jesús; tenían otra especie de varas; eran de espino con nudos y puntas. Los golpes rasgaron todo el cuerpo de Jesús; la sangre saltó a distancia, y ellos tenían los brazos manchados. Jesús gemía, oraba y se estremecía. Muchos forasteros pasaron por la plaza, montados sobre camellos, y alejáronse poseídos de horror y de pena cuando el pueblo les explicó lo que ocurría. Eran caminantes que habían recibido el bautismo de Juan, o que habían oído los sermones de Jesús sobre la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatos.

Otros nuevos verdugos pegaron a Jesús con correas, que tenían en las puntas garfios de hierro, con los cuales le arrancaban la carne a tiras. ¡Ah! ¡Cómo describir este tremendo y doloroso espectáculo! Sin embargo, su rabia no estaba todavía satisfecha; desataron a Jesús, y atáronle de nuevo de espaldas a la columna. No pudiendo sostenerse, le pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por bajo de las rodillas, anudándole las manos detrás de aquel potro de martirio. Entonces cayeron sobre Él. Uno de ellos le pegaba en el rostro con saña indecible, con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era todo una llaga. Miraba a sus verdugos con los ojos llenos de sangre, y parecía que les pedía misericordia; pero redoblaban su ira, y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles.

La horrible flagelación había durado tres cuartos de hora, cuando un extranjero de clase inferior, pariente del ciego Ctesifon, curado por Jesús, se precipitó sobre la columna con un hierro que tenía la figura de una cuchilla, gritando, loco de indignación: "¡Basta! No peguéis a ese inocente hasta hacerle

morir". Los verdugos, hartos, se pararon sorprendidos; cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna, y fué a perderse entre la multitud. Jesús cayó casi sin sentido al pie de la columna, sobre un charco de sangre. Los verdugos le dejaron, y fuéronse a beber, llamando a los criados que estaban en el cuerpo de guardia tejiendo la corona de espinas.

Mientras Jesús estaba caído al pie de la columna, vi a algunas mujeres públicas, con cínico descaro, acercarse a Jesús agarradas por las manos. Se pararon un instante mirándole con desprecio. En este momento el dolor de sus heridas se redobló, y alzó hacia ellas la faz ensangrentada. Se alejaron entonces, y los soldados les dijeron palabras desvergonzadas.

Durante la flagelación, vi muchas veces ángeles llorando alrededor de Jesús, y oí su oración por nuestros pecados, que subía constantemente hacia su Padre, en medio de los golpes que daban sobre Él. Cuando estaba tendido al pie de la columna, vi a un ángel presentarle una cosa luminosa que le dió fuerzas. Los soldados volvieron, y le pegaron patadas y palos, diciéndole que se levantara. Habiéndole puesto en pie, no le dieron tiempo para cubrir sus carnes; echaron sus ropas sobre los hombros, y con ellas limpióse la sangre que le inundaba el rostro. Le condujeron al sitio adonde estaban sentados los príncipes de los sacerdotes, que gritaron: "¡Que muera! ¡Que muera!" y volvían la cara con repugnancia. Después lo condujeron al patio interior del cuerpo de guardia, donde no había soldados, sino esclavos, alguaciles y chusma; en fin, la hez del pueblo.

Como la ciudad andaba revuelta y en extremo agitada, Pilatos mandó venir un refuerzo de la guarnición romana de la ciudadela Antonia. Esta tropa, puesta en buen orden, rodeaba el cuerpo de guardia. Podían hablar, reir y burlarse de Jesús, pero les estaba prohibido salirse de sus filas. Pilatos quería contener así al pueblo. Había mil hombres.

XXIII

María durante la flagelación de Jesús

Vi a la Virgen Santísima en éxtasis continuo mientras la flagelación de nuestro divino Redentor. Ella vió y sufrió con amor y dolor indecibles todo lo que sufría su Hijo. Muchas veces salían de su boca leves quejidos, y sus ojos estaban bañados en lágrimas. Cúbrela un velo y vésela tendida en los brazos de María de Helí, su hermana mayor, que era ya vieja, y se parecía

mucho a Ana, su madre. María de Cleofás, hija de María (*) de Helí, estaba también con Ella. Las amigas de María y de Jesús, trémulas de dolor y de espanto, rodean a la Virgen y lloran como si esperasen su sentencia de muerte. María lleva un vestido largo, azul, y por encima una capa de lana blanca, con velo blanco también, casi amarillo. Magdalena yace pálida y agobiada de pena: los cabellos asoman en desorden debajo del manto.

Cuando Jesús, después de la flagelación, cayó al pie de la columna, vi a Claudia Procla, mujer de Pilatos, enviar a la Madre de Dios grandes piezas de tela. No sé si creía que Jesús sería libertado, y que su Madre necesitaría esa tela para aplicarla a sus llagas, o si esa pagana compasiva sabía a qué uso la Virgen Santísima destinaría su regalo. Habiendo vuelto en sí, María vió a su Hijo, todo despedazado, conducido por los soldados; Jesús se limpió los ojos, llenos de sangre, para mirar a su Madre. Ella extendió las manos hacia Él, y siguió con los suyos las huellas ensangrentadas de sus pies. Habiéndose apartado el pueblo, María y Magdalena se aproximaron al sitio en donde Jesús fuera azotado; escondidas por las otras santas mujeres y otras personas bien intencionadas que las cercan, se bajan al suelo, junto a la columna, y limpian por todas partes la sangre sagrada de Jesús con el lienzo que Claudia Procla había mandado. Juan no estaba entonces con las santas mujeres, que eran veinte. El hijo de Simeón, el de Verónica, el de Obed, Aram y Temni, sobrinos de José de Arimatea, estaban ocupados en el templo, llenos de tristeza y de angustia. Eran las nueve de la mañana cuando se acabó la flagelación.

XXIV

Interrupción de las pinturas de la Pasión

Ana Catalina Emmerick vió día por día esta serie de pinturas desde el 18 de Febrero hasta el 8 de Marzo, víspera del

(*) Cítase con frecuencia a María de Helí en esta historia, Según las visiones de la monja sobre la sagrada Familia, aquélla era hija de Joaquín y de Ana: nació unos veinte años antes que la Virgen. No era la hija de la promesa, y se distingue de las otras Marías con el nombre de María de Helí, porque era hija de Joaquín o Heliaquim. Su marido se llamaba Cleofás, y su hija María de Cleofás. Esta última, sobrina de la Virgen, tenía más edad que Ella. Su primer marido se llamaba Alfeo: los hijos que había tenido de él eran los apóstoles Simón, Santiago el Menor y Judas Tadeo. Había tenido de Sabas, su segundo marido, a José Barsabás; y de Jonás, su tercer marido, a Simón que fué Obispo de Jerusalén.

cuarto domingo de Cuaresma, y en ese tiempo sufrió dolores indecibles de cuerpo y de alma. Sumergida en estas contemplaciones, separada de todas las sensaciones exteriores, lloraba y gemía como un niño en las manos de los verdugos; y se estremecía retorciéndose sobre su cama; parecía su rostro el de un moribundo en medio de los suplicios; experimentaba sed tan grande como la de un hombre que siente abrasarse en medio de un desierto sin agua. Por la mañana su boca estaba seca, y su lengua rígida y contraída, de suerte que no podía articular una palabra para pedir alivio, y lo hacía por señas. Una calentura continua se agrega a todos sus padecimientos; y, sin embargo, sus dolores habituales y los que sufre por los demás continuaban siempre los mismos. No podía seguir el relato de la Pasión, sino después de haber tomado alguna fuerza. No lo contaba todos los días, ni de una vez, sino parándose muchas veces.

El sábado 8 de Marzo de 1823 había contado, presa de padecimiento infinito, la flagelación de Jesús, que hobía sido la visión de la noche precedente, y que pareció presentársele casi todo el día. Pero al fin de éste hubo una interrupción en la serie seguida hasta aquí en las visiones de la Pasión. Lo advertimos para mostrar mejor la vida interior de una persona tan extraordinaria, y para dar al lector de este libro un punto de reposo. Harto hemos experimentado nosotros mismos que causa a los débiles cierta fatiga la representación de la Pasión del Salvador, a pesar de que fué para nuestra salvación.

La vida espiritual y corporal de la monja estaba en unión continua con la vida diaria de la Iglesia en el tiempo. Era unión más íntima que la que pone nuestra vida bajo la dependencia de las estaciones, de las horas del día, del sol y de la luna, del clima y de la temperatura, y por la cual daba un testimonio perpetuo de la existencia y de la significación de todos los misterios y de todas las solemnidades celebradas por la Iglesia en el tiempo. Las seguía tan puntualmente, que, en los maitines de cada feria, en todo su estado interior y exterior, espiritual y corporal, se obraba un cambio. Cuando el sol espiritual de uno de los días de la Iglesia se había puesto, ella se volvía al instante hacia el sol del día siguiente, como penetrándose todas sus oraciones, todos sus trabajos, todos sus padecimientos, de la gracia especial concedida a este nuevo día, al modo que una planta se baña en el rocío y se regocija con la luz y el calor de la aurora.

Verificábase una revolución en todo su cuerpo, no precisamente cuando la campana tocaba el Angelus, *al anochecer, el*

cual puede tocarse más tarde o más temprano a causa de la ignorancia de los que están encargados de ello, sino en el momento real y preciso de una nueva reproducción del orden eterno, a una hora en que a los hombres no les es dado apreciarla por sus sentidos.

Si la Iglesia celebraba una fiesta dolorosa, se la veía abatida y lánguida; pero al comenzar una fiesta de regocijo, su cuerpo y su alma se levantaban animados por un rocío de nueva gracia, y hasta la noche estaba tranquila, alegre, como si hubiesen desaparecido sus dolores. Todo esto pasaba en Ana sin la participación de su voluntad. Pero como desde su niñez había tenido el deseo sincero de ser obediente a Jesús y a su Iglesia, Dios había modificado su naturaleza de modo que se volvía espontáneamente hacia la Iglesia como una planta hacia la luz, aunque la rodeen de una noche artificial.

El sábado 8 de Marzo de 1823, después de puesto el sol, habiendo acabado de contar, con mucho trabajo, las escenas de la flagelación del Señor, se calló de pronto, y el que escribe estas páginas se creyó que su alma había pasado a la contemplación de la coronación de espinas. Pero después de algunos minutos de reposo, su cara, alterada y pálida como la de un agonizante, recobró dulce serenidad, y pronunció algunas palabras en el tono afectuoso con que se habla a los niños:

"¡Ah, qué niño tan amable! ¿Quién es? Esperad: voy a preguntárselo. Se llama José. Se viene a mí corriendo por medio de la multitud. ¡Pobre niño! Se sonríe, no sabe nada de lo que pasa. Está casi desnudo; temo que tenga frío. ¡El aire es tan fresco esta mañana!... Espera; te voy a abrigar un poco".

Después de estas palabras, pronunciadas con tanta verdad, que se podía mirar alrededor para ver si el niño estaba, tomó unos paños que había a su lado, e hizo todos los movimientos de una persona compasiva que quiere preservar a un niño del frío. Su amigo no pudo preguntar la explicación de lo que había motivado estas palabras, porque su estado cambió de pronto. Una persona que la cuidaba pronunció la palabra obediencia; *esta palabra era el nombre de uno de los votos por los cuales ella se había consagrado a Dios, y al instante recogió sus ideas como un niño dócil a quien ha llamado su madre despertándolo de un sueño profundo. Tomó su rosario y el crucifijo que tenía siempre sobre sí, compuso su ropa, se restregó los ojos y se sentó; la llevaron desde su cama a una silla, pues estaba incapaz*

de tenerse y de andar; era la hora de hacerle la cama. Su amigo se fué para escribir lo que había recogido en el día.

El domingo 9 de Marzo preguntó a la persona que la cuidaba: "¿Qué quería decir la enferma ayer tarde cuando hablaba de un niño llamado José?" Y esta persona respondió: "Se ha ocupado mucho tiempo en el pequeñuelo José; es el hijo de una de mis primas, que Ana quiere mucho. Tengo miedo que esto presagie una enfermedad a este niño, pues ella ha dicho muchas veces que estaba casi desnudo y que temía que tuviese frío". Su amigo se acordó, en efecto, de haber visto a ese niño jugar muchas veces sobre la cama de la enferma, y él creyó sólo que Ana habría soñado la víspera con él. Más tarde, cuando la volvió a ver para que le siguiese contando las escenas de la Pasión, la halló más serena y en mejor estado que los días anteriores. Ana le dijo que no había visto nada más después de la flagelación, y cuando le hizo preguntas acerca del pequeño José, de que había hablado tanto, no se acordaba de haber mencionado a semejante niño. Le preguntó cómo estaba tan serena y tan buena; ella le respondió que siempre le sucedía lo mismo en medio de la Cuaresma, que la Iglesia cantaba con Isaías en el introito *de la Misa: "¡Regocíjate, Jerusalén! Juntaos los que la amáis, regocijaos vosotros que estabais tristes; entregaos a la alegría, y llenaos de consolación". Que era un día de regocijo, y que además en el Evangelio del día el Señor había dado de comer a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, y que habían sobrado doce canastos; que era menester regocijarse. Añadió que la había también alimentado por la mañana con la sagrada Comunión, y que en ese día de la Cuaresma se había sentido siempre fortificada espiritual y corporalmente. Su amigo dió una ojeada al* Almanaque *de Münster, y vió que, además del domingo de* Laetare, *se celebraba en esa diócesis la fiesta de San José, lo que ignoraba, pues en otras partes esta fiesta cae el 19 de Marzo. Se lo advirtió, y le preguntó si era esa circunstancia la que le había hecho hablar de José, y Ana le respondió que sabía bien que era la fiesta del padre putativo de Jesús; pero que no se había acordado de ese niño que tenía su nombre. En medio de esta conversación se acordó de pronto del objeto de su visión de la víspera. Era, en efecto, una imagen alegre de San José, que con motivo de su fiesta, y del domingo de* Laetare, *se había introducido en medio de las visiones de la Pasión.*

Hemos advertido que el que le hablaba le enviaba sus mensajeros bajo la forma de un niño, y que esto sucedía en los casos en que el arte humano también hubiera podido usar de la fi-

gura de un niño para interpretar su pensamiento. Si, por ejemplo, una de sus visiones de la Historia Sagrada le presentaba una profecía cumplida, ella veía cerca de la pintura que tenía delante de los ojos a un niño, que en su postura, en su vestido, en el modo de tener en la mano o de llevar en la punta de un palo su escrito profético, reproducía el carácter de tal o cual profeta. Si tenía que sufrir grandes dolores, venía hacia ella un niño dulce y silencioso, vestido de verde, se sentaba con aire de resignación sobre el borde de la cama, se dejaba llevar de un brazo al otro, o poner en el suelo sin decir nada. La miraba constantemente con afecto, y la consolaba: era la Paciencia. Si en un momento de cansancio o de padecer extraordinario, Ana se ponía en relación con algún Santo, sea por la celebración de su fiesta, sea por intermedio de una reliquia, veía escenas de la niñez de ese Santo, y otras veces veía su martirio con las circunstancias más terribles de sus mayores padecimientos: la consolación, y aún la instrucción y los avisos le venían por imágenes de niños. Sucedía también que en ciertas penas, en ciertas angustias a las cuales no sabía resistir, se dormía y se transportaba a algún peligro que había corrido en su infancia. Creía, como lo mostraban sus palabras y sus gestos durante el sueño, que se había vuelto una pobre aldeanita de cinco años, que al atravesar un seto se quedó agarrada a las espinas y lloraba. Entonces se reproducían siempre escenas verdaderas de su infancia, y algunas veces se hacía alusión a ellas por palabras como éstas: "¿Por qué gritas? Yo no tiraré de los espinos hasta que no esperes mi socorro con paciencia, pidiéndomelo con amor". Había obedecido a esta orden siendo niña, y la seguía en su vejez, en medio de sus más terribles pruebas; y cuando estaba despierta, hablaba riéndose del seto adonde se había quedado presa, de ese medio de paciencia y de oración que se le había dado como una llave para salir. Ana lo había recibido en su infancia, y lo había omitido con frecuencia, mas nunca le había faltado cuando había recurrido a él. Contó los trozos siguientes de las visiones que la víspera habían interrumpido las escenas de la Pasión, al principio de los maitines de la fiesta de San José.

XXV

La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasión

En medio de esos terribles acontecimientos, yo estaba en Jerusalén, tan pronto en un sitio como en otro, y sucumbía bajo

el peso de la aflicción y de un padecimiento tan amargo como la muerte. Mientras azotaban a mi adorable Esposo, estaba sentada a su lado, en un sitio adonde ningún judío se atrevía a venir para no mancharse. No era ese mi temor; al contrario, deseaba que una sola gota de su sangre cayera sobre mí para purificarme. Tenía el corazón tan partido, que me parecía que iba a morir; pues no podía socorrer a Jesús. Gemía y lloraba a cada golpe que le daban, y sólo extrañaba que no me echaran. Cuando los verdugos de Jesús le llevaron al cuerpo de guardia para ponerle la corona de espinas, hubiera querido correr para contemplarle en sus nuevos dolores. Entonces fué cuando la Madre de Jesús, rodeada de las santas mujeres, limpió la sangre de su Hijo al pie de la columna. El pueblo y los enemigos de Jesús daban gritos tumultuosos mientras lo conducían. El dolor y la angustia me acababan; no podía sostenerme, y, sin embargo, quería arrastrarme hasta el sitio adonde Jesús iba a ser coronado de espinas. Entonces vi llegar un niño maravilloso, con el pelo dorado, y que llevaba sólo un cinturón alrededor del cuerpo; pasaba entre los velos de las santas mujeres, entre las piernas de los hombres, y se vino a mí corriendo. Era alegre y amable, me tomaba la cabeza para volverla de otro lado, y con sus caricias me impedía mirar el triste espectáculo que tenía delante de mis ojos. Este niño me dijo: "¿No me conoces? Me llamo José, y soy de Belén". Después comenzó a hablarme del pesebre, del nacimiento de Jesús, de los pastores, de los tres Reyes, y contaba cuán bello y cuán maravilloso había sido todo eso. Yo temía que tuviera frío, porque tenía muy poca ropa, y estaba granizando; pero me puso sus manos en la cara, diciéndome: "Mira qué calor tengo; adonde estoy no se siente el frío". Yo estaba llorando a causa de la corona de espinas que veía trenzar; pero él me consoló y me dijo una bella parábola para explicarme cómo la alegría saldría de todos esos padecimientos. Había en esta parábola muchas explicaciones del sentido místico de los padecimientos del Señor. Me enseñó el campo en donde habían nacido las espinas de la corona de Jesús; me dijo lo que significaban esas espinas, cómo esos campos se cubrirían de magníficos frutos, y que las espinas formarían alrededor de ellos un muro protector cubierto de rosas. Lo explicaba todo de un modo tan afectuoso y tan alegre, que las espinas parecían volverse rosas, con las que nos adornamos. Todo lo que decía estaba lleno de interés; pero desgraciadamente se me ha olvidado la mayor parte. Había una pintura larga del nacimiento y de la extensión de la Iglesia, llena de comparaciones de niños.

No me dejó mirar la Pasión de Jesús, y me llevó a otras escenas diferentes. Yo misma me volví un niño, y corrí con José a Belén: me enseñaba los lugares en donde había pasado su infancia; rezábamos juntos en el pesebre, adonde se refugiaba cuando sus hermanos le atormentaban a causa de su piedad precoz. Me parecía que veía su familia viviendo todavía en la casa que había habitado el padre de David, y que en la época del nacimiento de Jesús había caído en manos extrañas; pues entonces vivían en ella empleados romanos, a los cuales José debía pagar la contribución. Estábamos alegres como niños, y era como si Jesús y su Madre aún no hubiesen nacido. Así la víspera de la fiesta de San José pasé de las escenas dolorosas de la Pasión a una visión alegre y consoladora.

El día de San José, Ana no vió nada de la Pasión, y sólo dijo lo que sigue, sobre la conducta de María y de Magdalena.

La cara de la Virgen está pálida y desencajada; sus ojos están colorados de las lágrimas. No puedo expresar su simplicidad y su dignidad. Desde ayer no ha cesado de andar errante, en medio de su angustia, por el valle de Josafat y las calles de Jerusalén, y, sin embargo, no hay ni desorden ni descompostura en su vestido, no hay un solo pliegue que no respire santidad; todo en ella es simple, digno, lleno de pureza y de inocencia. María mira majestuosamente a su alrededor, y los pliegues de su velo, cuando vuelve la cabeza, tienen una vista singular. Sus movimientos son sin violencia, y en medio del dolor más amargo, su aspecto es sencillo y sereno. Su vestido está húmedo del rocío de la noche y de las abundantes lágrimas que ha derramado. Es bella, de una belleza indecible y sobrenatural: esta belleza es pureza inefable, simplicidad, majestad y santidad.

Magdalena tiene un aspecto diferente. Es más alta y más fuerte; su persona y sus movimientos son más pronunciados. Pero las pasiones, el arrepentimiento, su dolor enérgico han destruído su belleza. Da miedo el verla tan desfigurada por la violencia de su desesperación; sus largos cabellos cuelgan desatados debajo de su velo despedazado. Está toda trastornada, no piensa más que en su dolor, y parece casi una loca. Hay mucha gente de Magdalum y de sus alrededores que la han visto llevar una vida, primero tan elegante, y después tan escandalosa. Como ha vivido mucho tiempo escondida, hoy la señalan con el dedo y la llenan de injurias, y aun los hombres del populacho de Magdalum le tiran lodo. Pero ella no advierte nada: ¡tan absorta estaba en su dolor!

XXVI

Coronación de espinas

Cuando la monja volvió a sus visiones sobre la Pasión, sintió una calentura muy fuerte y una sed ardiente. Estaba tan abatida el lunes, después del domingo de Laetare, *que contó lo que sigue con mucho trabajo y sin mayor orden.*

Durante la flagelación de Jesús, Pilatos habló muchas veces al pueblo, que una vez gritó: "Es menester que muera, aunque debamos morir también nosotros". Cuando Jesús fué conducido al cuerpo de guardia, gritaron también: "¡Que muera! ¡que muera!" Después hubo silencio. Pilatos dió órdenes a sus soldados, y los príncipes de los sacerdotes mandaron a sus criados que les trajesen de comer. Pilatos, con el espíritu agitado por sus supersticiones, se retiró algunos instantes para consultar a sus dioses y ofrecerles incienso.

La Virgen y sus amigos se retiraron de la plaza, después de haber recogido la sangre de Jesús. Vi que entraban con sus lienzos ensangrentados en una casita poco distante. No sé de quién era.

La coronación de espinas se hizo en el patio interior del cuerpo de guardia. Había allí cincuenta miserables, criados, carceleros, alguaciles, esclavos y otras gentes de igual jaez. El pueblo estaba alrededor del edificio; pero pronto se vió rodeado de mil soldados romanos, puestos en buen orden, cuyas risas y burlas excitaban el ardor de los verdugos de Jesús, como los aplausos del público excitan a los cómicos.

En medio del patio había un trozo de una columna; pusieron sobre él un banquillo muy bajo, y lo llenaron de piedras agudas. Le quitaron a Jesús los vestidos del cuerpo, cubierto de llagas, y le pusieron una capa vieja colorada de un soldado, que no le llegaba a las rodillas. Lo arrastraron al asiento que le habían preparado, y lo sentaron brutalmente. Entonces le pusieron la corona de espinas alrededor de la cabeza, y la ataron fuertemente por detrás. Estaba hecha de tres varas de espino bien trenzadas, y la mayor parte de las puntas estaban vueltas a propósito hacia dentro. Habiéndosela atado, le pusieron una caña en la mano; todo esto lo hicieron con una gravedad irrisoria, como si realmente lo coronasen rey. Le quitaron la caña de las manos, y le pegaron con tanta violencia en la corona de espinas, que los ojos del Salvador estaban inundados de sangre. Se arrodillaron delante de Él, le hicieron burla, le escupieron a

la cara, y le abofetearon, gritándole: "¡Salve, Rey de los judíos!" Después lo tiraron con su asiento, y lo volvieron a levantar con violencia.

No podría repetir todos los ultrajes que imaginaban estos hombres. Jesús sufría una sed horrible; sus heridas le habían dado calentura, y tenía frío; su carne estaba rasgada hasta los huesos, su lengua estaba contraída, y la sangre sagrada que corría de su cabeza refrescaba su boca ardiente y entreabierta. Jesús fué así maltratado por espacio de media hora en medio de la risa, de los gritos y de los aplausos de los soldados formados alrededor del Pretorio.

XXVII

Ecce Homo

Jesús, cubierto con la capa encarnada, la corona de espinas sobre la cabeza, y el cetro de caña en las manos atadas, fué conducido al palacio de Pilatos. Estaba desconocido a causa de la sangre que le cubría los ojos, la boca y la barba. Su cuerpo era una llaga; andaba encorvado y temblando. Cuando llegó delante de Pilatos, este hombre cruel no pudo menos de temblar de horror y de compasión, mientras el pueblo y los sacerdotes le insultaban y hacían burla. Cuando Jesús subió los escalones, Pilatos se asomó al balcón: tocaron la trompeta para anunciar que el gobernador quería hablar: se dirigió a los príncipes de los sacerdotes y a todos los circunstantes, y les dijo: "Os lo presento otra vez, para que sepáis que no hallo en Él ningún crimen".

Jesús fué conducido cerca de Pilatos, de modo que todo el pueblo podía verlo. Era un espectáculo terrible y lastimoso la aparición del Hijo de Dios, ensangrentado, con la corona de espinas, bajando sus ojos ante el pueblo, mientras que Pilatos, señalándole con el dedo, gritaba a los judíos: "*¡Ecce Homo!*" Los príncipes de los sacerdotes y sus adeptos, llenos de furia, gritaron: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" "¿No basta ya? (dijo Pilatos). Ha sido tratado de manera que no le quedará gana de ser Rey". Pero estos furiosos gritaban cada vez más: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" Pilatos mandó tocar otra vez la trompeta, y dijo: "Entonces, tomadlo y crucificadlo, pues no hallo en Él ningún crimen". Algunos de los sacerdotes gritaron: "Tenemos una ley por la cual debe morir, pues se ha llamado Hijo de Dios". Estas palabras, *se ha llamado Hijo de*

Dios, despertaron los temores supersticiosos de Pilatos: hizo conducir a Jesús aparte, y le preguntó de dónde era. Jesús no respondió, y Pilatos le dijo: "¿No me respondes? ¿No sabes que puedo crucificarte o ponerte en libertad?" Y Jesús respondió: "No tendrías tú ese poder sobre Mí, si no lo hubieses recibido de arriba: por eso el que me ha entregado en tus manos ha cometido un gran pecado".

Claudia Procla, temiendo la incertidumbre de su marido, le mandó de nuevo su prenda para recordarle su promesa. Pero él le dió una respuesta vaga y supersticiosa, cuyo sentido era que se abandonaba a los dioses. Los enemigos de Jesús, habiendo sabido los pasos de Claudia en su favor, esparcieron por el pueblo que "los partidarios de Jesús habían seducido a la mujer de Pilatos; que si lo ponían en libertad se uniría con los romanos, y que todos los judíos serían exterminados".

Pilatos, en medio de su incertidumbre, estaba como un hombre ebrio: su razón no sabía a qué medio apelar. Habló otra vez a los enemigos de Jesús; y viendo que pedían su muerte con más violencia que nunca, agitado, incierto, quiso obtener del Salvador una respuesta que lo sacara de este penoso estado: volvió al Pretorio, y se estuvo solo con Él. "¿Será posible que sea un Dios?" se decía a sí mismo, mirando a Jesús ensangrentado y desfigurado; después le suplicó que le dijera si era Dios, si era el Rey prometido a los judíos, hasta dónde se extendía su imperio, y de qué orden era su divinidad. No puedo repetir más que el sentido de la respuesta de Jesús. El Salvador le habló con gravedad y severidad: le dijo en qué consistía su reino y su imperio; después le reveló todos los crímenes secretos que él había cometido; le predijo la suerte miserable que le esperaba, y le anunció que el Hijo del hombre vendría a pronunciar contra él un juicio justo.

Pilatos, medio atemorizado y medio irritado de las palabras de Jesús, volvió al balcón, y dijo otra vez que quería libertar a Jesús. Entonces gritaron: "¡Si lo libertas, no eres amigo del César!" Otros decían que lo acusarían delante del Emperador de haber turbado su fiesta; que era menester acabar, porque a las diez tenían que estar en el templo. Por todas partes se oía gritar: "¡Que sea crucificado!" hasta encima de las azoteas, donde había muchos subidos. Pilatos vió que sus esfuerzos eran inútiles. El tumulto y los gritos eran horribles, y el pueblo estaba en tal estado de agitación, que podía temerse una insurrección. Pilatos mandó que le trajesen agua; un criado se la echó sobre las manos delante del pueblo, y él gritó desde lo alto de

la azotea: "Yo soy inocente de la sangre de este Justo: vosotros responderéis de ella". Inmediatamente se levantó un grito horrible y unánime de todo el pueblo, que se componía de gentes de toda la Palestina: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!"

XXVIII

Reflexiones sobre estas visiones

Siempre que, meditando sobre la dolorosa Pasión de Nuestro Señor, oigo este grito horrendo de los judíos: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros descendientes!" el efecto de esta maldición solemne me aparece sensiblemente bajo imágenes maravillosas y terribles. Veo sobre el pueblo que grita un cielo negro, cubierto de nubes ensangrentadas, de las cuales salen varas y espadas de fuego. Parece que esa maldición ha penetrado hasta la médula de sus huesos, y hasta a los hijos en el vientre de su madre. Todo el pueblo me parece cubierto de tinieblas; el grito sale de su boca como una llama que recae sobre ellos; entra profundamente dentro de algunos, y sólo vuela sobre otros.

Estos son los que se convirtieron después de la muerte de Jesús; su número fué considerable, pues mientras duraron sus horribles padecimientos, Jesús y María no cesaron de pedir por sus verdugos. Cuando en medio de visiones de esta especie considero las almas de los enemigos de Jesús, y las del Salvador y de su santa Madre, todo lo que en ellas pasa se me presenta bajo diversas figuras. Veo una infinidad de demonios agitarse entre la multitud; los veo excitando a los judíos, hablándoles al oído, entrar en su boca, animarlos contra Jesús, y temblar a la vista de su amor y de su paciencia inalterable. Alrededor de Jesús, de María, del pequeño número de Santos que están allí, hay muchos ángeles; su figura y su vestido varían según su ocupación; representan la consolación, la oración, la unción, o alguna de las obras de misericordia.

Oigo también voces amenazadoras o consoladoras salir de la boca de diversas apariciones como un rayo luminoso de diversos colores. Veo también los movimientos del alma, los padecimientos interiores, en una palabra, todos los sentimientos, mostrarse por medio del pecho y de todo el cuerpo bajo mil formas luminosas o tenebrosas. Entonces comprendo todo eso, pero es imposible explicarlo; y, además, estoy tan mala, tan

acabada por el dolor que me causan mis pecados y los de todos los hombres, estoy tan afligida por los dolores de Nuestro Señor, que no sé cómo pongo el menor orden en lo que digo. Muchas de estas cosas, especialmente las apariciones de demonios y de ángeles, contadas por otras personas que han tenido visiones de la Pasión de Jesucristo, son trozos de intuiciones simbólicas e interiores de esta especie, que varían según el estado del alma del espectador. De ahí nacen contradicciones numerosas, porque se olvidan o se omiten muchas cosas.

La enferma hablaba con frecuencia de objetos de esta especie, o en sus visiones de la Pasión, o antes. La mayor parte de las veces no quería contarlo, para no poner confusión en sus narraciones. Se ve bien que le sería difícil, en medio de todas esas apariciones, conservar el hilo de la narración. Por eso no se debe extrañar, si se hallase en el curso de estas relaciones. algunos vacíos o algún desorden.

XXIX

Jesús condenado a muerte de cruz

Pilatos estaba más dudoso que nunca: su conciencia decía: "Jesús es inocente"; su mujer decía: "Jesús es Santo"; su superstición decía: "Es el enemigo de tus dioses"; su cobardía decía: "Es un Dios y se vengará". Irritado y asustado al mismo tiempo de las últimas palabras que le había dicho Jesús, hizo el último esfuerzo para salvarlo; pero los judíos le causaron un nuevo terror amenazándolo con quejarse al Emperador. El miedo al Emperador le determinó a hacer la voluntad de ellos, en contrario con la justicia, con su propia convicción y con la palabra que le había dado a su mujer. Dió la sangre de Jesús a los judíos, y para lavar su conciencia no tuvo más que el agua que hizo echar sobre sus manos diciendo: "Soy inocente de la sangre de este Justo; vosotros responderéis de ella". No, Pilatos; tú también tendrás que dar cuenta de ella, pues eres un juez inicuo y sin conciencia: esta sangre de que quieres lavar tus manos no servirá para lavar tu alma.

Cuando los judíos, habiendo pronunciado la maldición sobre sí y sobre sus hijos, pidieron que esa sangre redentora que pide misericordia para nosotros pidiera venganza contra ellos, Pilatos mandó hacer los preparativos para pronunciar la sentencia. Mandó traer sus vestidos de ceremonia, se puso un tocado en donde brillaba una piedra preciosa, y otra capa; pusie-

ron también delante de él un palo. Estaba rodeado de soldados, precedido de oficiales del tribunal, y seguido de escribas con rollos de tabletas. Delante tenía un hombre que tocaba la trompeta. Así fué desde su palacio hasta la plaza, donde había enfrente de la columna de la flagelación un sitio elevado para pronunciar los juicios. Este tribunal se llamaba *Gabbata*: era una elevación redonda, adonde se subía por escalones. Había encima un asiento para Pilatos, y detrás un banco para empleados inferiores. Alrededor había un gran número de soldados, y algunos estaban subidos sobre los escalones. Muchos de los fariseos se habían ido ya al templo. No hubo más que Anás, Caifás y otros veintiocho que vinieron al tribunal cuando Pilatos se puso sus vestidos de ceremonia. Los dos ladrones habían sido ya conducidos al tribunal cuando Jesús fué presentado al pueblo.

El Salvador, con su capa colorada y su corona de espinas, fué conducido delante del tribunal, y puesto entre los dos malhechores. Cuando Pilatos se sentó en su asiento, dijo a los judíos: "¡Ved aquí a vuestro Rey!" y ellos respondieron: "¡Crucifícalo!" "¿Queréis que crucifique a vuestro Rey?", volvió a decir Pilatos. "¡No tenemos más Rey que César!" gritaron los príncipes de los sacerdotes. Pilatos no dijo nada más, y comenzó a pronunciar el juicio. Los dos ladrones habían sido condenados anteriormente al suplicio de la cruz, pero los príncipes de los sacerdotes habían diferido su ejecución, porque querían hacer una afrenta más a Jesús, asociándolo en su suplicio a dos malhechores de la última clase. Las cruces de los dos ladrones estaban al lado de ellos: la del Salvador no estaba todavía porque no se había pronunciado su sentencia de muerte.

La Virgen Santísima, que se había retirado después de la flagelación, se introdujo de nuevo en medio de la multitud para oír la sentencia de muerte de su Hijo y de su Dios. Jesús estaba de pie en medio de los alguaciles, al pie de los escalones del tribunal. La trompeta sonó para imponer silencio, y Pilatos pronunció su sentencia sobre el Salvador con el desenfado de un cobarde. Me irrité de tanta bajeza y de tanta doblez. La vista de ese miserable, hinchado de su importancia; el triunfo y la sed de sangre de los príncipes de los sacerdotes; el abatimiento y el dolor profundo del Salvador; las indecibles angustias de María y de las santas mujeres; el ansia atroz con que los judíos esperaban su víctima; la postura insolente de los soldados; en fin, el aspecto de tan horribles figuras de demonios, que veía en medio de la multitud, todo eso me tenía aterrada. Sentía que debía haber estado donde estaba Jesús, mi querido Esposo,

pues entonces la sentencia hubiera sido justa; pero sufría tanto, que no me acuerdo exactamente de todo lo que vi. Diré lo que recuerdo.

Pilatos comenzó por un largo preámbulo, en el cual daba los nombres más sublimes al emperador Tiberio; después expuso la acusación intentada contra Jesús, que los príncipes de los sacerdotes habían condenado a muerte por haber alterado la paz pública y violado su ley, haciéndose llamar Hijo de Dios y Rey de los judíos, habiendo el pueblo pedido su muerte por voz unánime. El miserable añadió que encontraba esa sentencia conforme a la justicia, él, que no había cesado de proclamar la inocencia de Jesús; y al acabar, dijo: "Condeno a Jesús de Nazaret, Rey de los judíos, a ser crucificado"; y mandó traer la cruz. Me parece que rompió un palo largo, y que tiró los pedazos a los pies de Jesús.

A estas palabras, la Madre de Jesús cayó sin conocimiento; ahora no había duda: la muerte de su querido Hijo era cierta, la muerte más cruel e ignominiosa. Juan y las santas mujeres se la llevaron, para que los hombres cegados que la rodeaban no insultaran su dolor; mas apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla por todos los sitios adonde su Hijo había sufrido, y adonde quería sufrir el sacrificio de sus lágrimas; así la Madre del Salvador tomó posesión por la Iglesia de esos lugares santificados.

Pilatos escribió el juicio en su tribunal, y los que estaban detrás de él lo copiaron tres veces. Lo que escribió era diferente de lo que había dicho; yo vi que, mientras tanto, su espíritu estaba agitado: parecía que el ángel de la cólera dirigía su pluma, y el sentido era éste: "Forzado por los príncipes de los sacerdotes, el Sanedrín y el pueblo, a punto de sublevarse, que pedían la muerte de Jesús de Nazaret, como culpable de haber agitado la paz pública, blasfemado y violado su ley, se lo he entregado para ser crucificado, aunque sus inculpaciones no me parecían claras, por no ser acusado delante del Emperador de haber favorecido la insurrección de los judíos, descontentándolos por un maravedí de justicia". Después escribió la inscripción de la cruz sobre una tablita de color oscuro. La sentencia se transcribió muchas veces, y se envió a diferentes puntos. Los príncipes de los sacerdotes se quejaron de que el juicio estaba en términos poco favorables para ellos; objetaron también contra la inscripción, y pidieron que no pusiera "Rey de los Judíos", sino "que se ha llamado Rey de los Judíos". Pilatos, impaciente, les respondió lleno de cólera: "Lo que está escrito,

escrito está" Querían también que la cruz de Jesús no elevara su cabeza por encima de las otras de los dos ladrones: sin embargo, era menester hacerla más alta, porque por culpa de los obreros no había espacio para poner la inscripción de Pilatos. Se valían de este pretexto para suprimir la inscripción, que les parecía injuriosa para ellos. Mas Pilatos no quiso consentir, y tuvieron que alargar la cruz, añadiéndole un nuevo pedazo. Esas diferentes circunstancias concurrieron a dar a la cruz su forma definitiva: sus dos brazos se elevaban como las ramas de un árbol separándose del tronco, y se parecía a una Y, con la parte inferior prolongada entre las otras dos: los brazos eran más delgados que el tronco, y cada uno de ellos había sido puesto por separado; también habían clavado un tarugo a los pies para sostenerlos.

Mientras que Pilatos pronunciaba su juicio inicuo, vi que su mujer, Claudia Procla, le devolvía su prenda y la renunciaba. En la tarde de este mismo día se salió secretamente del palacio para refugiarse con los amigos de Jesús, y la tuvieron escondida en un subterráneo debajo de la casa de Lázaro, en Jerusalén. Ese mismo día, o poco tiempo después, vi a un amigo del Salvador grabar sobre una piedra verduzca, detrás de la altura de Gabbata, dos líneas, donde había estas palabras: *Judex injustus,* y el nombre de Claudia Procla: esta piedra se halla todavía en los cimientos de una casa o de una iglesia en Jerusalén, en el sitio donde estaba Gabbata. Claudia Procla se hizo cristiana, siguió a San Pablo, y fué su fiel discípula.

Habiendo sido pronunciada la sentencia, Jesús fué entregado a los alguaciles como una presa; le trajeron sus vestidos que le habían quitado en casa de Caifás; los habían guardado, y sin duda algunos hombres compasivos los habían lavado, pues estaban limpios. Los hombres perversos que rodeaban a Jesús le desataron las manos para poderlo vestir; arrancaron de su cuerpo, lleno de llagas, la capa de lana colorada que le habían puesto por irrisión, y le echaron su escapulario sobre las espaldas. Como la corona de espinas era muy ancha e impedía que se le pusiese la túnica oscura, inconsútil, que le había hecho su Madre, se la arrancaron de la cabeza, y todas sus heridas echaron sangre de nuevo con indecibles dolores. Le pusieron también su vestidura de lana blanca, su cinturón y su manto; después le volvieron a atar en medio del cuerpo la correa de puntas de hierro, de la cual salían los cordeles con los que tiraban de Él; todo esto lo hicieron con su brutalidad y su crueldad habituales.

Los dos ladrones estaban a derecha e izquierda de Jesús; tenían las manos atadas y una cadena al cuello: estaban cubiertos de cicatrices lívidas que provenían de su flagelación de la víspera: el que se convirtió después, estaba desde entonces tranquilo y pensativo; el otro, grosero e insolente, se unía a los alguaciles para maldecir e insultar a Jesús, que miraba a sus dos compañeros con amor, y ofrecía sus tormentos por su salvación. Los alguaciles juntaban los instrumentos del suplicio, y lo preparaban todo para esta terrible y dolorosa operación. Anás y Caifás habían acabado sus discusiones con Pilatos: tenían dos bandas de pergamino con la copia de la sentencia, y se dirigían con precipitación al templo, temiendo llegar tarde. Los príncipes de los sacerdotes se separaron del Cordero pascual para ir al templo a sacrificar y a comer el símbolo, dejando a infames verdugos conducir al altar de la cruz el Cordero de Dios, de que el otro era sólo la figura: habían puesto cuidado en no cometer ninguna impureza exterior, y su alma estaba manchada con la cólera, el odio y la envidia. Habían gritado: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!": y estas palabras habían cumplido la ceremonia: habían puesto la mano del sacrificador sobre la víctima. Aquí se separaban los dos caminos que conducían al altar de la Ley y al altar de la Gracia. Pilatos, pagano orgulloso e irresoluto, esclavo del mundo, temblando delante de Dios, y adorando los ídolos, tomó entre los dos caminos, y se volvió a su palacio. La inicua sentencia fué pronunciada a las diez de la mañana.

XXX

Jesús lleva su cruz

Cuando Pilatos salió del tribunal, una parte de los soldados le siguió, y se formó delante del palacio; una pequeña escolta se quedó con los condenados. Veintiocho fariseos armados, entre los cuales estaban los enemigos de Jesús que habían tomado parte en su arresto en el Huerto de los Olivos, vinieron a caballo para acompañarlo al suplicio. Los alguaciles condujeron al Salvador en medio de la plaza, adonde vinieron esclavos a echar la cruz a sus pies. Los dos brazos estaban provisionalmente atados a la pieza principal con cuerdas. Jesús se arrodilló cerca de ella, la abrazó y la besó tres veces, dirigiendo a su Padre acciones de gracias por la redención del género humano. Como los sacerdotes paganos abrazaban un nuevo altar, así el

Señor abrazaba su cruz. Los soldados levantaron a Jesús sobre sus rodillas, y tuvo que cargar con mucha pena con este peso sobre su hombro derecho. Vi ángeles invisibles ayudarle, pues si no, no hubiera podido levantarla. Mientras Jesús oraba, pusieron sobre el pescuezo a los dos ladrones las piezas traveseras de sus cruces, atándoles las manos; las grandes piezas las llevaban esclavos. La trompeta de la caballería de Pilatos tocó, y uno de los fariseos a caballo se acercó a Jesús, agobiado bajo su carga, y le dijo: "Basta de buenas palabras; adelante". Lo levantaron con violencia, y sintió caer sobre sus hombros todo el peso que debemos llevar después de Él, según sus santas y verídicas palabras. Entonces comenzó la marcha triunfal del Rey de los reyes, tan ignominiosa sobre la tierra y tan gloriosa en el cielo.

Habían atado dos cuerdas a la punta del árbol de la cruz, y dos soldados la mantenían en el aire; otros cuatro tenían las cuerdas atadas a la cintura de Jesús. El Salvador, bajo su peso, me recordó a Isaac llevando a la montaña el haz de leña para su sacrificio. La trompeta de Pilatos dió la señal de la marcha, porque el gobernador en persona quería ponerse a la cabeza de un destacamento para impedir todo movimiento tumultuoso. Estaba a caballo, cubierto con sus armas, rodeado de sus oficiales y de tropa de caballería. Detrás venía un cuerpo de trescientos hombres de infantería, todos de las fronteras de Italia y de Suiza. Delante iba un trompeta que tocaba en todas las esquinas, y proclamaba la sentencia. A pocos pasos venía una multitud de hombres y de chiquillos, que traían cordeles, clavos, cuñas y cestas que contenían diferentes objetos; otros, más robustos, traían palos, escaleras y las piezas principales de las cruces de los dos ladrones; detrás venían algunos fariseos a caballo, y un joven que llevaba sobre el pecho la inscripción que Pilatos había hecho para la cruz; llevaban también en la punta de un palo la corona de espinas de Jesús, que no habían querido dejarle sobre la cabeza mientras llevaba la cruz. Ese joven no era muy malo. Al fin venía nuestro Señor, desnudos los pies y ensangrentados, abrumado bajo el peso de la cruz, temblando, lleno de llagas y de heridas, sin haber comido, ni bebido, ni dormido desde la cena de la víspera, debilitado por la pérdida de sangre, devorado por la fiebre, la sed y dolores infinitos: con la mano derecha sostenía la cruz sobre su hombro derecho; su mano izquierda, cansada, hacía de cuando en cuando esfuerzos para levantar el largo vestido, con que tropezaban sus pies heridos. Cuatro soldados tenían a cierta distancia las

puntas de los cordeles atadas a la cintura: los de delante le tiraban; los dos que seguían le empujaban, de suerte que no podía afirmar el paso. Sus manos estaban heridas por los cordeles que las habían tenido atadas; su cara estaba ensangrentada e hinchada; la barba y sus cabellos manchados de sangre; el peso de la cruz y las cadenas apretaban contra su cuerpo el vestido de lana, que se pegaba a sus llagas y las abría. A su alrededor no había más que irrisión y crueldad; mas su boca rezaba y sus ojos perdonaban. Detrás de Jesús iban los dos ladrones, llevados también por cuerdas. No tenían más vestido que un delantal; la parte superior del cuerpo estaba cubierta de una especie de escapulario sin mangas, abierto por los dos lados; tenían la cabeza cubierta con un gorro de paja. La mitad de los fariseos a caballo cerraban la marcha; algunos de ellos corrían acá y allá para mantener el orden. A una distancia bastante grande venía la escolta de Pilatos: el gobernador romano con su uniforme de guerra, en medio de sus oficiales, precedido de un escuadrón de caballería, y seguido de trescientos infantes, atravesó la plaza, y entró en una calle bastante ancha, corriendo por el pueblo para impedir todo movimiento popular.

Jesús fué conducido por una calle estrecha y que rodeaba, para no estorbar a la gente que iba al templo ni a la tropa de Pilatos. La mayor parte del pueblo se había puesto en movimiento, después de haber condenado a Jesús. Una gran parte de los judíos se fueron a sus casas o al templo, a fin de acabar los preparativos para sacrificar el cordero pascual; sin embargo, la multitud era todavía numerosa, y se precipitaba delante para ver pasar la triste procesión: la escolta de los soldados romanos impedía que se juntasen a ellos, y los curiosos tenían que dar vueltas por calles que atravesaban, y que correr delante: la mayor parte fueron hasta el Calvario. La calle por donde pasaba Jesús era muy estrecha y muy sucia; tuvo mucho que sufrir: los soldados estaban a su lado; el pueblo lo injuriaba desde las ventanas; los esclavos le tiraban lodo e inmundicias, y hasta los niños recogían piedras en sus vestidos y se las tiraban o se las echaban ante su paso.

XXXI

Primera caída de Jesús debajo de la cruz

La calle, poco antes de su fin, tuerce a la izquierda, se ensancha y sube un poco: por ella pasa un acueducto subterráneo, que viene del monte Sión: antes de la subida hay un hoyo, donde hay con frecuencia agua y lodo cuando llueve, por cuya razón han puesto una piedra grande para facilitar el paso. Cuando llegó Jesús a este sitio, ya no podía andar: como los soldados tiraban de Él y lo empujaban sin misericordia, se cayó a lo largo contra esa piedra, y la cruz cayó a su lado. Los verdugos se pararon, llenándole de imprecaciones y pegándole; la escolta se paró un momento en desorden. En vano Jesús tendía la mano para que le ayudasen, diciendo: "¡Ah, presto se acabará!", y rogó por sus verdugos; mas los fariseos gritaron: "¡Levantadlo, si no morirá en nuestras manos!" A los dos lados del camino había mujeres llorando y niños asustados. Sostenido por un socorro sobrenatural, Jesús levantó la cabeza, y aquellos hombres atroces, en lugar de aliviar sus tormentos, le pusieron la corona de espinas. Habiéndolo levantado, le cargaron la cruz sobre los hombros, y tuvo que ladear la cabeza, con dolores infinitos, para poder colocar sobre el hombro el peso con que estaba cargado.

XXXII

Segunda caída de Jesús debajo de la cruz

La dolorosa Madre de Jesús había salido de la plaza después de pronunciada la sentencia inicua, acompañada de Juan y de algunas mujeres. Había visitado muchos sitios santificados por los padecimientos de Jesús: pero cuando el sonido de la trompeta, el ruido del pueblo y la escolta de Pilatos anunciaron la ida para el Calvario, no pudo resistir al deseo de ver todavía a su divino Hijo, y pidió a Juan que la condujese a uno de los sitios por donde Jesús había de pasar; se fueron a un palacio cuya puerta daba a la calle adonde entró la escolta después de la primera caída de Jesús; era, si no me equivoco, la habitación del sumo pontífice Caifás, pues su tribunal estaba sólo en Sión. Juan obtuvo de un criado o portero compasivo el permiso de ponerse a la puerta con María y los que la acompañaban. La Madre de Dios estaba pálida y con los ojos llenos de lágrimas,

y cubierta enteramente con un manto pardo azulado. Se oía ya el ruido que se acercaba, el sonido de la trompeta y la voz del pregonero publicando la sentencia en las esquinas. El criado abrió la puerta; el ruido era cada vez más grande y espantoso. María oró, y dijo a Juan: "¿Debo ver este espectáculo? ¿Debo huir? ¿Cómo podré yo soportarlo?" Al fin salieron a la puerta: María se paró y miró; la escolta estaba a ochenta pasos; no había gente delante, sino por los lados y atrás. Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron con aire insolente y triunfante, la Madre de Jesús se puso a temblar y a gemir, juntando las manos, y uno de aquellos hombres preguntó: "¿Quién es esa Mujer que se lamenta?", y otro respondió: "Es la Madre del Galileo". Cuando los miserables oyeron tales palabras, llenaron de injurias a esta dolorosa Madre, la señalaban con el dedo, y uno de ellos tomó en sus manos los clavos con que debían clavar a Jesús en la cruz, y se los presentó a la Virgen burlándose. María miró a Jesús, y se agarró a la puerta para no caerse, pálida como un cadáver, con los labios lívidos. Los fariseos pasaron a caballo; después el niño que llevaba la inscripción; detrás su Santísimo Hijo Jesús, temblando, doblado bajo la pesada carga de la cruz, inclinando sobre el hombro su cabeza coronada de espinas. Echaba sobre su Madre una mirada de compasión, y, habiendo tropezado, cayó por segunda vez sobre sus rodillas y sobre sus manos. María, en medio de la violencia del dolor, no vió ni soldados ni verdugos; no vió más que a su querido Hijo; se precipitó desde la puerta de la casa en medio de los soldados que maltrataban a Jesús, cayó de rodillas a su lado, y se abrazó a Él. Yo oí estas palabras: "¡Hijo mío!", "¡Madre mía!"; pero no sé si realmente fueron pronunciadas, o sólo en el pensamiento.

Hubo un momento de desorden: Juan y las santas mujeres querían levantar a María. Los alguaciles la injuriaban; uno de ellos le dijo: "Mujer, ¿qué vienes a hacer aquí? Si lo hubieras educado mejor, no estaría en nuestras manos". Algunos soldados tuvieron compasión. Sin embargo, echaron a la Virgen hacia atrás, pero ningún alguacil la tocó. Juan y las santas mujeres la rodearon, y cayó como muerta sobre sus rodillas, encima de la piedra angular de la puerta, donde sus manos se imprimieron. Esta piedra, que era muy dura, fué trasportada a la primera iglesia católica, cerca de la piscina de Betesda, en el episcopado de Santiago el Menor. Los dos discípulos que estaban con la Madre de Jesús se la llevaron al interior de la casa, y cerraron la puerta. Mientras tanto, los alguaciles levantaron a Jesús, y

le pusieron de otro modo la cruz sobre los hombros. Los brazos de la cruz se habían desatado: uno de ellos había resbalado, y se había enredado en las cuerdas; éste fué el que Jesús abrazó; de suerte que por detrás todo el peso del madero arrastraba más por el suelo. Yo vi acá y allá, en medio de la multitud que seguía la escolta profiriendo maldiciones e injurias, algunas mujeres cubiertas con sus velos y derramando lágrimas.

XXXIII

Simón Cirineo. Tercera caída de Jesús

Llegaron a la puerta de una muralla vieja interior de la ciudad. Delante de ella hay una plaza, de donde parten tres calles. En esa plaza, Jesús, al pasar sobre una piedra gruesa, tropezó y cayó; la cruz quedó a su lado, y no se pudo levantar. Algunas personas bien vestidas que pasaban para ir al templo, exclamaron, llenas de compasión: "¡Ah! ¡El pobre Hombre se muere!" Hubo algún tumulto: no podían poner a Jesús en pie, y los fariseos dijeron a los soldados: "No podremos llevarlo vivo, si no buscáis un hombre que le ayude a llevar la cruz". Vieron a poca distancia un pagano, llamado Simón Cirineo, acompañado de sus tres hijos, que llevaba debajo del brazo un haz de ramas menudas, pues era jardinero y venía de trabajar en los jardines situados cerca de la muralla oriental de la ciudad. Estaba en medio de la multitud, de donde no podía salir, y los soldados, habiendo reconocido por su traje que era un pagano y un obrero de clase inferior, le tomaron y le mandaron que ayudara al Galileo a llevar su cruz. Primero rehusó, pero tuvo que ceder a la fuerza. Sus hijos lloraban y gritaban, y algunas mujeres que los conocían los recogieron. Simón sentía mucho disgusto y repugnancia a causa del triste estado en que se hallaba Jesús, y de su ropa toda llena de lodo. Mas Jesús lloraba, y le miraba con ternura. Simón le ayudó a levantarse, y al instante los alguaciles ataron sobre sus hombros uno de los brazos de la cruz. Él seguía a Jesús, que se sentía aliviado de su carga. Se pusieron otra vez en marcha. Simón era un hombre robusto, de cuarenta años; sus hijos llevaban vestidos de diversos colores. Dos eran ya crecidos, se llamaban Rufo y Alejandro: se reunieron después a los discípulos de Jesús. El tercero era más pequeño, y lo he visto con San Esteban, aún niño. Simón no llevó mucho tiempo la cruz sin sentirse penetrado de compasión.

XXXIV

Verónica y el sudario

La escolta entró en una calle larga, que torcía un poco a la izquierda, y que estaba cortada por otras transversales. Muchas personas bien vestidas se dirigían al templo; pero algunas se retiraban a vista de Jesús, por el temor farisaico de contaminarse: otras mostraban alguna compasión. Habían andado unos doscientos pasos desde que Simón ayudara a Jesús a llevar la cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de aspecto imponente, llevando de la mano a una niña, salió de una hermosa casa situada a la izquierda, y se puso delante. Era Serafia, mujer de Sirac, miembro del Consejo del templo, que se llamó Verónica, de *Vera Icon* (verdadero retrato), a causa de lo que hizo en ese día.

Serafia había preparado en su casa un excelente vino aromatizado, con la piadosa intención de dárselo a beber al Señor en su camino de agonía. Salió a la calle, cubierta con su velo; tenía un lienzo sobre sus hombros; una niña de nueve años, que había adoptado, estaba a su lado, y escondió, al acercarse la escolta, el vaso lleno de vino. Los que iban delante quisieron rechazarla; mas ella se abrió paso en medio de la multitud, de los soldados y de los alguaciles: llegó hasta Jesús, se arrodilló, y le presentó el lienzo extendido, diciendo: "Permitidme que limpie la cara de mi Señor". El Señor tomó el paño, lo aplicó sobre su cara ensangrentada, y se lo devolvió, dándole las gracias. Serafia, después de haberlo besado, lo metió debajo de su manto, y se levantó. La niña alzó tímidamente el vaso de vino hacia Jesús; pero los soldados no permitieron que bebiera. La osadía y la prontitud de esta acción habían excitado un movimiento en la multitud, por lo que se paró la escolta cerca de dos minutos, y Verónica había podido presentar el sudario. Los fariseos y los alguaciles, irritados de esta parada, y, sobre todo, de este homenaje público rendido al Salvador, pegaron y maltrataron a Jesús, mientras la Verónica entraba en su casa.

Apenas había penetrado en su cuarto, extendió el sudario sobre la mesa que tenía delante, y cayó sin conocimiento. La niña se arrodilló a su lado llorando. Un amigo que venía a verla la halló así al lado de un lienzo extendido, en que la cara ensangrentada de Jesús veíase estampada de un modo maravilloso. Se sorprendió con ese espectáculo; la hizo volver en sí, y le mostró el sudario, delante del cual ella se arrodilló, llorando

y diciendo: "Ahora lo quiero dejar todo, pues el Señor me ha dado un recuerdo". Este sudario era de lana fina, tres veces más largo que ancho, y se llevaba habitualmente alrededor del cuello: era costumbre ir con un sudaro semejante a socorrer los afligidos o los enfermos, y limpiarles la cara en señal de dolor o de compasión. Verónica guardó siempre el sudario a la cabecera de su cama. Después de su muerte fué para la Virgen, y después para la Iglesia por intermedio de los apóstoles.

Serafia era prima de Juan Bautista, pues su padre y Zacarías eran hijos de dos hermanos.

Cuando María, a la edad de cuatro años, fué llevada a Jerusalén para formar parte de las vírgenes del templo, Joaquín y Ana se hospedaron en casa de Zacarías. Se hallaba en ella un se quedó en Jerusalén para enseñar en el templo, Serafia, que Tenía lo menos cinco años más que la Virgen, y asistió a su casamiento con San José. Era también parienta del viejo Simeón, que profetizó entonces la presentación de Jesús en el templo, y estaba unida con sus hijos desde su infancia. Estos tenían, como su padre, un vivo deseo de la venida del Mesías, y también lo tenía Serafia. Cuando Jesús, de edad de doce años, se quedó en Jerusalén para enseñar en el templo, Serafia, que estaba todavía soltera, le enviaba su comida a una pequeña posada a un cuarto de legua de Jerusalén, en que permanecía cuando no estaba en el templo, y adonde María poco después de la Natividad, viniendo de Belén para presentar a Jesús en el templo, se había detenido un día y dos noches en casa de dos ancianos. Eran esenios, que conocían a la Sagrada Familia. Esta posada era una fundación para los pobres: Jesús y los discípulos venían con frecuencia a alojarse en ella.

Serafia se casó tarde; su marido, Sirac, era descendiente de la casta Susana: era miembro del Consejo del templo. Al principio era muy opuesto a Jesús, y su mujer tuvo mucho que sufrir de él a causa de su amor al Salvador. José de Arimatea y Nicodemo lo redujeron a mejores sentimientos, y permitió a Serafia que siguiera a Jesús. En el juicio en casa de Caifás se declaró en favor de Jesús con José y Nicodemo, y, como ellos, se separó del Sanedrín. Serafia era mujer de más de cincuenta años: en la entrada triunfal del Domingo de Ramos la vi desatar su velo y echarlo en el camino por donde pasaba el Salvador. Este mismo velo fué el que presentó a Jesús en esta marcha todavía más triunfante para limpiarle el rostro adorable, y que le hizo dar, a la que lo poseía, el nuevo nombre de *Verónica.*

XXXV

Cuarta y quinta caídas de Jesús. Las hijas de Jerusalén

La escolta estaba todavía a cierta distancia de la puerta situada en la dirección del Sudoeste. Se pasa debajo de una bóveda, por encima de un puente y debajo de otra bóveda. A la izquierda de la puerta, la muralla de la ciudad se dirige al Mediodía para rodear el monte de Sión. Al acercarse a la puerta, los alguaciles empujaron a Jesús en medio de un lodazal. Simón Cirineo quiso pasar al lado, y habiendo ladeado la cruz, Jesús cayó por la cuarta vez en el lodo. Entonces, en medio de sus lamentos, dijo con voz inteligible: "¡Ah Jerusalén, cuánto te he amado! ¡He querido juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, y tú me echas tan cruelmente fuera de tus puertas!" Al oír estas palabras, los fariseos le insultaron de nuevo, le pegaron y le arrastraron para sacarle del lodo. Simón Cirineo se indignó tanto de ver esa crueldad, que exclamó: "Si no cesáis en vuestras infamias, dejo la cruz, aunque me matéis también".

Al salir de la puerta se ve un camino estrecho y pedregoso, que se dirige al Norte y conduce al Calvario. El camino real, del cual se aparta aquél, se divide en tres a cierta distancia: el uno vuelve a la izquierda y conduce a Belén por el valle de Gihón; el otro se dirige al Occidente y conduce a Emaús y a Joppé; el tercero da la vuelta al Calvario, y concluye en la puerta del ángulo que conduce a Betsur. Desde esta puerta, por donde salió Jesús, se puede ver la de Belén. Habían puesto en el sitio donde empieza el camino del Calvario, sobre un palo, una tabla anunciando la condenación a muerte de Jesús y de los dos ladrones. En el ángulo de este camino había una multitud de mujeres que lloraban y gemían. Eran vírgenes y pobres mujeres de Jerusalén, con sus niños, que habían ido delante; otras habían venido, para la Pascua, de Belén, de Hebrón y de los lugares circunvecinos.

Jesús se desfalleció, pero no cayó al suelo, porque Simón dejó la cruz en tierra, se acercó a Él y le sostuvo. Esta es la quinta caída de Jesús debajo de la cruz. A vista de su cara tan desfigurada y tan llena de heridas, comenzaron a dar lamentos, y según la costumbre de los judíos, le presentaron lienzos para limpiarse el rostro. El Salvador se volvió hacia ellas, y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, pues vendrá un tiempo en que

se dirá: ¡felices las estériles y las entrañas que no han engendrado y los pechos que no han dado de mamar! Entonces empezarán a decir a los montes: "¡Caed sobre nosotros!" y a las alturas: "¡Cubridnos", Pues si así se trata a la madera verde, ¿qué será con la seca?" Aquí se pararon en este sitio: los que llevaban los instrumentos del suplicio fueron al monte Calvario, seguidos de cien soldados romanos de la escolta de Pilatos, que le seguían de lejos. Al llegar a la puerta, se volvió al interior de la ciudad.

XXXVI

Jesús sobre el Gólgota. Sexta y séptima caídas de Jesús

Se pusieron en marcha. Jesús, doblado bajo su carga y bajo los golpes de los verdugos, subió con mucho trabajo el rudo camino que dirigía al Norte, entre las murallas de la ciudad y el monte Calvario. En el sitio en donde el camino tuerce al Mediodía, se cayó por la sexta vez, y esta caída fué muy dolorosa. Le empujaron y pegaron más brutalmente que nunca, y llegó a la roca del Calvario, adonde cayó por la séptima vez.

Simón Cirineo, maltratado también y cansado, estaba lleno de indignación y de piedad: hubiera querido aliviar todavía a Jesús, pero los alguaciles le echaron, llenándole de injurias. Se reunió poco después a los discípulos. Echaron también toda la gente que había venido sin tener nada que hacer. Los fariseos a caballo habían seguido caminos cómodos, situados al lado occidental del Calvario. Desde esta altura se puede ver por encima de los muros de la ciudad. El llano que hay en la elevación, teatro horrendo del suplicio, es de forma circular; está rodeado de un terraplén cortado por cinco caminos. Estos cinco caminos se hallan en muchos sitios del país, en los cuales se baña, se bautiza, en la piscina de Betesda: muchos pueblos tienen también cinco puertas. Hay en esto, como en todo lo de la Tierra Santa, una profunda significación profética, a causa de la abertura de los cinco medios de salvación en las cinco llagas del Salvador. Los fariseos a caballo se pararon delante de la llanura al lado occidental, adonde la cuesta es suave: el lado por donde conducen a los condenados es áspero y rápido. Cien soldados romanos se hallaban dispersos acá y allá. Algunos estaban con los ladrones, que no habían sido conducidos al llano para dejar la plaza libre; pero los habían recostado sobre las espaldas un poco más abajo, dejándoles los brazos atados a los maderos tras-

versales de sus cruces. Mucha gente, la mayor parte de baja clase, extranjeros, esclavos, paganos, muchas mujeres, todas personas que no temían contaminarse, estaban alrededor del llano o sobre las alturas circunvecinas.

Eran las doce menos cuarto cuando el Señor dió la última caída y echaron a Simón. Los alguaciles tiraron de Jesús para levantarlo, desataron los pedazos de la cruz, y los pusieron en el suelo. ¡Qué doloroso espectáculo presentaba el Salvador, de pie, en el sitio de su suplicio, tan triste, tan pálido, tan despedazado, tan ensangrentado! Los alguaciles lo tiraron al suelo, insultándolo: "Rey de los judíos, le decían, vamos a alzar tu trono". Pero Él mismo se acostó sobre la cruz, y lo extendieron para tomar medidas de sus miembros; después lo condujeron a sesenta pasos al Norte, a una especie de cavidad abierta en la roca, que parecía una cisterna: lo empujaron tan brutalmente, que se hubiera roto las rodillas contra la piedra, si los ángeles no lo hubiesen socorrido. Le oí gemir de un modo que partía el corazón. Cerraron la entrada, y dejaron centinelas. Entonces comenzaron sus preparativos. En medio del llano circular estaba el punto más elevado de la roca del Calvario: era una eminencia redonda, de dos pies de altura, a la cual se subía por escalones. Abrieron en ella tres hoyos, adonde debían plantarse las tres cruces, y pusieron a derecha y a izquierda las cruces de los dos ladrones, excepto las piezas trasversales, a las cuales ellos tenían las manos atadas, y que fueron clavadas después sobre la pieza principal. Pusieron la cruz en el sitio adonde debían enclavarlo, de modo que pudieran levantarla sin dificultad y dejarla caer en el hoyo. Clavaron los dos brazos y el pedazo de madera para sostener los pies; abrieron agujeros para los clavos y para la inscripción; hicieron muescas para la corona y para los riñones del Señor, a fin de que todo su cuerpo fuese sostenido y no colgado, y que el peso no pendiera de las manos, que se hubieran podido arrancar de los clavos. Clavaron estacas en la tierra, y fijaron en ellas un madero que debía servir de apoyo a las cuerdas para levantar la cruz: en fin, hicieron otros preparativos de esta especie.

XXXVII

María y sus amigas van al Calvario

Cuando la Virgen, después de su doloroso encuentro con Jesús llevando la cruz, fué trasladada sin conocimiento, el amor

y el deseo ardiente de estar con su Hijo, y de no abandonarle, le dieron una fuerza sobrenatural. Se fué a casa de Lázaro, cerca de la puerta del ángulo adonde estaban las otras santas mujeres, y salieron diez y siete para seguir el camino de la Pasión. Las vi, cubiertas con sus velos, ir a la plaza, sin cuidarse de las injurias del pueblo; besar el suelo en donde Jesús se había cargado con la cruz, y seguir el camino que había llevado. María buscaba los vestigios de sus pasos, y mostraba a sus compañeras los sitios consagrados por alguna circunstancia dolorosa. De este modo la devoción más tierna de la Iglesia fué escrita por la primera vez en el corazón maternal de María con la espada que predijo el viejo Simeón: pasó de su boca sagrada a sus compañeras, y de éstas hasta nosotros. Así la tradición de la Iglesia se perpetúa del corazón de la madre al corazón de los hijos. En todo tiempo los judíos han venerado los lugares consagrados por alguna acción santa. Levantan piedras, hacen peregrinaciones, y van a adorar. Así el culto del camino sagrado de la cruz tuvo su origen bajo los pies mismos de Jesús, gracias al amor de la más tierna de las madres, y según las miras de Dios sobre su pueblo.

Estas santas mujeres entraron en casa de Verónica, porque Pilatos volvía por la misma calle con su escolta. Las santas mujeres examinaron llorando la cara de Jesús estampada en el sudario, y admirando la gracia que había hecho a su fiel amiga. Tomaron el vaso de vino aromatizado que no habían dejado beber a Jesús, y se dirigieron todas juntas hacia la puerta del Gólgota. Su número se había aumentado con muchas personas bien intencionadas, entre ellas cierto número de hombres. Subieron al Calvario por el lado occidental, por donde la subida es más cómoda. La Madre de Jesús, su sobrina María, hija de Cleofás, Salomé y Juan, se acercaron hasta el llano circular; Marta, María Helí, Verónica, Juana Chusa, Susana y María, madre de Marcos, se detuvieron a cierta distancia con Magdalena, que estaba como fuera de sí. Más lejos estaban otras siete, y algunas personas compasivas que establecían las comunicaciones de un grupo al otro. Los fariseos a caballo estaban acá y allá alrededor de la llanura, y en las cinco entradas había soldados romanos. ¡Qué espectáculo para María el ver este sitio del suplicio, los clavos, los martillos, las cuerdas, la terrible cruz, los verdugos medio desnudos y casi borrachos, haciendo sus horrendos preparativos con mil imprecaciones! La ausencia de Jesús prolongaba su martirio: sabía que estaba todavía vivo,

deseaba verlo, y temblaba al pensar en los tormentos a que lo vería expuesto.

Desde por la mañana hasta las diez hubo granizo por intervalos; mas a las doce, una niebla encarnada oscureció el sol.

XXXVIII

Jesús desnudo y clavado en la cruz

Cuatro alguaciles fueron a sacar a Jesús del sitio en donde le habían encerrado. Le dieron golpes y lo llenaron de ultrajes en estos últimos pasos que le quedaban por andar, y lo arrastraron sobre la eminencia. Cuando las santas mujeres lo vieron, dieron dinero a un hombre para obtener de los alguaciles el permiso de dar de beber a Jesús el vino aromatizado de Verónica. Mas los miserables no se lo dieron, y se lo bebieron. Tenían ellos dos vasos, uno con vinagre y hiel, el otro con una bebida que parecía vino, mezclado con mirra y con ajenjo; presentaron esta última bebida al Señor: Jesús, habiendo mojado sus labios, no bebió.

Había diez y ocho alguaciles sobre la altura: los seis que habían azotado a Jesús, los cuatro que lo habían conducido, dos que habían tenido las cuerdas atadas a la cruz, y seis que debían crucificarlo. Estaban ocupados con el Salvador o con los dos ladrones; eran hombres pequeños y robustos, tenían cara de extranjeros, y los cabellos erizados; parecían animales feroces; servían a los romanos y a los judíos por el dinero.

El aspecto de todo esto era tanto más espantoso para mí, cuanto que veía figuras horrorosas de demonios que parecían ayudar a estos hombres crueles, y una infinidad de horribles visiones bajo la forma de sapos, de serpientes, de dragones, de insectos venenosos de toda especie que oscurecían el cielo. Entraban en la boca y en el corazón de los circunstantes, y se ponían sobre sus hombros, y éstos se sentían el alma llena de pensamientos abominables, o proferían horribles imprecaciones. Veía con frecuencia sobre Jesús figuras de ángeles llorando, o rayos donde no distinguía más que cabecitas. También veía ángeles compasivos y consoladores sobre la Virgen y sobre todos los amigos de Jesús.

Los alguaciles quitaron a Nuestro Señor su capa, el cinturón con el cual le habían arrastrado, y su propio cinturón. Le quitaron después su vestido exterior de lana blanca, y como

no podían sacarle la túnica inconsútil que su Madre le había hecho, a causa de la corona de espinas, arrancaron con violencia esta corona de la cabeza, abriendo todas sus heridas. No le quedaba más que su escapulario corto de lana, y un lienzo alrededor de los riñones. El escapulario se había pegado a sus llagas, y sufrió dolores indecibles cuando se lo arrancaron del pecho. El Hijo del hombre estaba temblando, cubierto de llagas, echando sangre, o cerradas. Sus hombros y sus espaldas estaban despedazados hasta los huesos. Le hicieron sentar sobre una piedra, le pusieron la corona sobre la cabeza, y le presentaron un vaso con hiel y vinagre; mas Jesús volvió la cabeza sin decir palabra.

En seguida lo extendieron sobre la cruz, y habiendo estirado su brazo derecho sobre el aspa derecha de la cruz, lo ataron fuertemente; uno de ellos puso la rodilla sobre su pecho sagrado, otro le abrió la mano, y el tercero apoyó sobre la carne un clavo grueso y largo, y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemido dulce y claro salió del pecho de Jesús: su sangre saltó sobre los brazos de sus verdugos. He contado los martillazos, pero se me han olvidado. Los clavos eran muy largos, la cabeza chata y del diámetro de un duro: tenían tres esquinas; eran del grueso de un dedo pulgar a la cabeza; la punta salía detrás de la cruz. Después de haber clavado la mano derecha del Salvador, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto: entonces ataron una cuerda a su brazo izquierdo, y tiraron de él con toda su fuerza, hasta que la mano llegó al agujero. Esta dislocación violenta de sus brazos lo atormentó horriblemente: su pecho se levantaba y sus rodillas se separaban. Se arrodillaron de nuevo sobre su cuerpo, le ataron el brazo, y hundieron el segundo clavo en la mano izquierda: se oían los quejidos del Señor en medio de los martillazos. Los brazos de Jesús estaban extendidos horizontalmente, de modo que no cubrían los brazos de la cruz, que se elevaban oblicuamente. La Virgen Santísima sentía todos los dolores de su Hijo: estaba pálida como un cadáver, y hondos gemidos se exhalaban de su pecho. Los fariseos la llenaban de insultos y de burlas. Magdalena estaba como loca: se despedazaba la cara; sus ojos y sus carrillos vertían sangre.

Habían clavado a la cruz un pedazo de madera para sostener los pies de Jesús, a fin de que todo el peso del cuerpo no pendiera de las manos, y para que los huesos de los pies no se rompieran cuando los clavaran. Habían hecho ya un agujero para el clavo que debía de clavar los pies, y una excavación

para los talones. Todo el cuerpo de Jesús se había subido a lo alto de la cruz por la violenta tensión de los brazos, y sus rodillas se habían separado. Los verdugos las extendieron y las ataron con cuerdas, pero los pies no llegaban al pedazo de madera puesto para sostenerlos. Entonces, llenos de furia, los unos querían hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, pues era difícil poner el pedazo de madera más arriba; otros vomitaban imprecaciones contra Jesús: "No quiere estirarse, decían; pero vamos a ayudarle". Entonces ataron cuerdas a su pierna derecha, y lo tendieron violentamente, hasta que el pie llegó al pedazo de madera. Fué una dislocación tan horrible, que se oyó crujir el pecho de Jesús, que exclamó diciendo: "¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!" Habían atado su pecho y sus brazos para no arrancar las manos de los clavos. Fué un horrible padecimiento. Ataron después el pie izquierdo sobre el derecho, y lo horadaron primero con una especie de taladro, porque no estaban bien puestos para poderse clavar juntos. Tomaron un clavo más largo que los de las manos, y lo clavaron, atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el árbol de la cruz. Esta operación fué más dolorosa que todo lo demás, a causa de la dislocación del cuerpo. Conté hasta treinta martillazos.

Los gemidos que los dolores arrancaban a Jesús se mezclaban a una continua oración, llena de pasajes de los salmos y de los profetas, cuyas predicciones estaba cumpliendo; no había cesado de orar así en el camino de la cruz, y lo hizo hasta su muerte. He oído y repetido con Él todos estos pasajes, y los recuerdo algunas veces rezando los salmos; pero estoy tan abatida de dolor, que no puedo coordinarlos.

El jefe de la tropa romana había hecho clavar encima de la cruz la inscripción de Pilatos. Como los romanos se burlaban del título de *Rey de los judíos,* algunos fariseos volvieron a la ciudad para pedir a Pilatos otra inscripción. Eran las doce y cuarto cuando Jesús fué crucificado, y en el mismo momento en que elevaban la cruz, el templo resonaba con el ruido de las trompetas que celebraban la inmolación del cordero pascual.

XXXIX

Exaltación de la cruz

Los verdugos, habiendo crucificado a nuestro Señor, ataron cuerdas a la parte superior de la cruz, pasándolas alrededor de

un madero transversal fijado del lado opuesto, y con ellas alzaron la cruz, mientras otros la sostenían y otros empujaban el pie hasta el hoyo, en donde se hundió con todo su peso y con un estremecimiento espantoso; Jesús dió un grito doloroso, sus heridas se abrieron, su sangre corrió abundantemente, y sus huesos dislocados chocaban unos con otros. Los verdugos, para asegurar la cruz, la alzaron todavía, y clavaron cinco cuñas alrededor.

Fué un espectáculo horrible y doloroso el ver, en medio de los gritos insultantes de los verdugos, de los fariseos, del pueblo que miraba desde lejos, la cruz vacilar un instante sobre su base y hundirse temblando en la tierra; mas también se elevaron hacia ella voces piadosas y compasivas. Las voces más santas del mundo: la voz de María, de Juan, de las santas mujeres y de todos los que tenían el corazón puro, saludaron con un acento doloroso al Verbo humanado elevado sobre la cruz. Sus manos vacilantes se elevaron para socorrerlo; pero cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con grande ruido, hubo un momento de silencio solemne: todo el mundo parecía penetrado de una sensación nueva y desconocida hasta entonces. El Infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz que se hundió, y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el Limbo lo oyeron con una alegría llena de esperanza: para ellas era el ruido del Triunfador que se acercaba a las puertas de la Redención. La sagrada cruz se elevaba por la primera vez en medio de la Tierra, como otro árbol de vida en el Paraíso, y de las llagas de Jesús corrían sobre la tierra cuatro arroyos sagrados para fertilizarla y hacer de ella el nuevo Paraíso del nuevo Adán.

El sitio donde estaba clavada la cruz era más elevado que el terreno circunvecino. Los pies de Jesús estaban bastante bajos para que sus amigos pudieran besarlos. La cara del Señor estaba vuelta hacia el Noroeste.

XL

Crucifixión de los ladrones

Mientras crucificaban a Jesús, los ladrones estaban tendidos de espaldas a poca distancia de los guardas que los vigilaban. Los acusaban de haber asesinado a una mujer con sus hijos, que iban desde Jerusalén a Joppé; los habían prendido en un palacio donde Pilatos habitaba algunas veces cuando hacía ma-

niobrar sus tropas, y pasaban por dos ricos mercaderes. Habían estado mucho tiempo en la cárcel antes de su condenación. El ladrón de la izquierda tenía más edad: era un gran criminal, el maestro y el corruptor del otro. Los llaman ordinariamente Dimas y Gestas; he olvidado sus verdaderos nombres: los llamaré, pues, el buen Dimas, y Gestas, el malo. Los dos hacían parte de la compañía de ladrones establecidos en la frontera de Egipto que habían hospedado una noche a la Sagrada Familia en la huída a Egipto con el Niño Jesús. Dimas era aquel niño leproso que su madre, por el consejo de María, lavó en el agua donde se había bañado el Niño Jesús, y que se curó al instante. Los cuidados de su madre para con la Sagrada Familia fueron recompensados con esa purificación, símbolo de la que la sangre del Salvador iba a cumplir por él en la cruz. Dimas no conocía a Jesús; mas como su corazón no era malo, se conmovió al ver tanta paciencia. Habiendo plantado la cruz de Jesús, los verdugos vinieron a decirles que se preparasen, y los desataron de las piezas transversales, pues el sol se oscurecía ya, y en toda la naturaleza había un movimiento como cuando se acerca una tormenta. Arrimaron escaleras a las dos cruces ya plantadas, y clavaron las piezas transversales. Habiéndoles dado de beber vinagre con mirra, les pasaron cuerdas debajo de los brazos, y los levantaron en el aire, ayudándose de escalones donde ponían los pies. Les ataron los brazos a los de la cruz con cuerdas de corteza de árboles; les ataron los puños, los codos, las rodillas y los pies, y apretaron tan fuerte las cuerdas, que se dislocaron las coyunturas, y brotó la sangre. Dieron gritos terribles, y el buen ladrón dijo cuando lo subían: "Si nos hubieseis tratado como al pobre Galileo, no tendríais ahora el trabajo de levantarnos así en el aire".

Mientras tanto los ejecutores habían hecho pedazos los vestidos de Jesús para repartírselos. Partieron en trozos su capa y su vestidura blanca; lo mismo hicieron con el lienzo que llevaba alrededor del cuello, el cinturón y el escapulario. No pudiendo saber a quién le tocaría su túnica inconsútil, como no podía servir en retazos, trajeron una mesa con números, sacaron unos dados que tenían la figura de habas, y la sortearon. Pero un criado de Nicodemo y de José de Arimatea vino a decirles que hallarían compradores de los vestidos de Jesús; entonces los juntaron todos, y los vendieron, y así conservaron los cristianos estos preciosos despojos.

XLI

Jesús crucificado y los dos ladrones

El golpe terrible de la cruz que se hundía en la tierra agitó violentamente la cabeza de Jesús, coronada de espinas, e hizo saltar una gran abundancia de sangre, así como de sus pies y manos. Los verdugos aplicaron escaleras a la cruz, y cortaron las cuerdas con que habían atado al Salvador. La sangre, cuya circulación había sido interceptada por la posición horizontal y la compresión de los cordeles, corrió con ímpetu de las heridas, y fué tal el padecimiento, que inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó como muerto siete minutos. Entonces hubo un rato de silencio: los verdugos estaban ocupados en distribuirse los vestidos de Jesús, el sonido de las trompetas del templo se perdía en el aire, y todos los circunstantes estaban desalentados de rabia o de dolor. Yo miraba a Jesús llena de confusión y de espanto; lo veía sin movimiento, casi sin vida, y hasta yo misma pensé morirme. Mi corazón estaba lleno de amargura, de amor y de dolor; mi cabeza estaba como perdida, mis pies y mis manos estaban abrasando; mis venas, mis nervios, todos los miembros estaban penetrados de dolores indecibles; me hallaba en una oscuridad profunda, donde no veía más que a mi Esposo clavado en la cruz. Su rostro, con la terrible corona y la sangre que llenaba sus ojos; su boca entreabierta, los cabellos y su barba caídos sobre el pecho; su cuerpo estaba todo desgarrado; los hombros, los codos, los puños tendidos hasta ser dislocados; la sangre de sus manos corría por los brazos; su pecho hinchado formaba por debajo una cavidad profunda. Sus piernas estaban dislocadas como los brazos; sus miembros, sus músculos, la piel sufrían tensión tan violenta, que se podían contar los huesos; su cuerpo estaba todo cubierto de heridas y llagas, de manchas negras, lívidas y amarillas; su sangre, de colorada, se volvió pálida y como agua, y su cuerpo sagrado cada vez más blanco.

Jesús tenía el pecho ancho: no era velludo como el de Juan Bautista, que estaba cubierto de vello colorado. Sus hombros eran anchos; sus brazos robustos; sus muslos nerviosos; sus rodillas fuertes y endurecidas como las de un hombre que ha viajado mucho y que se ha arrodillado mucho para orar; sus piernas eran largas, y las pantorrillas nerviosas; sus pies eran de hermoso aspecto y reciamente formados; sus manos eran bellas y los dedos largos y aguzados, y sin ser delicadas, no se parecían a las de un hombre que las emplea en trabajos penosos.

Su cuello no era corto, mas robusto y nervudo; su cabeza de hermosa proporción; la frente alta y ancha; su cara formaba un óvalo muy puro; sus cabellos, de un color de cobre oscuro, no eran muy espesos, estaban separados naturalmente en lo alto de la frente, y caían sobre sus hombros; su barba no era larga y acababa en punta. Ahora sus cabellos estaban arrancados y llenos de sangre; el cuerpo era todo una llaga; todos sus miembros estaban quebrantados.

Entre las cruces de los ladrones y la de Jesús había bastante espacio para que un hombre a caballo pudiese pasar; estaban puestas un poco más abajo. Los ladrones sobre sus cruces presentaban un horrible espectáculo, sobre todo el de la izquierda, que tenía siempre en la boca las injurias y las imprecaciones. Las cuerdas con que estaban atados los hacían sufrir mucho: su cara era lívida; sus ojos enrojecidos se les saltaban de la cabeza.

XLII

Primera palabra de Jesús en la cruz

Habiendo crucificado a los dos ladrones, y habiéndose repartido los vestidos de Jesús, los verdugos lanzaron nuevas imprecaciones contra Él, y se retiraron. Los fariseos pasaron también a caballo delante de Jesús, llenáronle de ultrajes, y se fueron. Los cien soldados romanos fueron relevados por otros cincuenta. Estos los mandaba Abenadar, árabe de nacimiento, bautizado después con el nombre de Ctesifón; el segundo jefe se llamaba Casio, y recibió después el nombre de Longinos: llevaba con frecuencia los mensajes de Pilatos. Vinieron también doce fariseos, doce saduceos, doce escribas y algunos ancianos, que habían pedido inútilmente a Pilatos que mudase la inscripción de la cruz, y cuya rabia se había aumentado por la negativa del gobernador. Dieron la vuelta al llano a caballo, y echaron a la Virgen, que Juan llevó con las otras mujeres. Cuando pasaron delante de Jesús, movieron desdeñosamente la cabeza, diciendo: "¡Y bien, embustero: destruye el templo y levántalo en tres días! ¡Ha salvado a otros, y no se puede salvar a Sí mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz! Si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en Él". Los soldados hacían befa también.

Cuando Jesús se desmayó, Gestas, el ladrón de la izquierda, dijo: "Su demonio lo ha abandonado". Entonces un soldado puso

en la punta de un palo una esponja con vinagre, y la arrimó a los labios de Jesús, que pareció probarlo. El soldado le dijo: "Si eres el Rey de los judíos, sálvate Tú mismo". Todo eso pasó mientras que la primera tropa dejaba el puesto a la de Abenadar. Jesús levantó un poco la cabeza, y dijo: "¡Padre mío, perdonadlos, pues no saben lo que hacen!" Gestas le gritó: "Si Tú eres Cristo, sálvate y sálvanos". Dimas, el buen ladrón, estaba conmovido de ver que Jesús pedía por sus enemigos. Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo contenerla: se precipitó hacia la cruz con Juan, Salomé y María Cleofás. El centurión no las rechazó. Dimas, el buen ladrón, obtuvo en este momento, por la oración de Jesús, una inspiración interior: reconoció que Jesús y su Madre le habían curado en su niñez, y dijo en voz distinta y fuerte: "¿Cómo podéis injuriarlo cuando pide por vosotros? Se ha callado: ha sufrido pacientemente todas vuestras afrentas; es un Profeta; es nuestro Rey, es el Hijo de Dios". Al oír esta reprensión de la boca de un miserable asesino sobre la cruz, se alzó un gran tumulto en medio de los circunstantes: tomaron piedras para tirárselas, mas el centurión Abenadar no lo permitió. Mientras tanto la Virgen Santísima se sintió fortificada con la oración de Jesús, y Dimas dijo a su compañero, que continuaba injuriando a Jesús: "¿No tienes temor de Dios, tú que estás condenado al mismo suplicio? Nosotros lo merecemos justamente; recibimos el castigo de nuestros crímenes; pero Éste no ha hecho ningún mal. Piensa en tu última hora, y conviértete". Estaba iluminado y tocado en el alma; confesó sus culpas a Jesús, diciendo: "Señor, si me condenas, será con justicia; pero ten misericordia de mí". Jesús le dijo: "Tú sentirás mi misericordia". Dimas recibió en un cuarto de hora la gracia de un profundo arrepentimiento.

Todo lo que acabo de contar sucedió entre las doce y las doce y media, pocos minutos después de la exaltación de la cruz; pero pronto hubo un gran cambio en el alma de los espectadores a causa de la mudanza producida en la naturaleza mientras hablaba el buen ladrón.

XLIII

Eclipse del sol. Segunda y tercera palabras de Jesús

A las diez, cuando Pilatos pronunció la sentencia, cayó un poco de granizo; después el cielo se aclaró, hasta las doce, en que vino una niebla colorada que oscureció el sol. A la sexta

hora, según el modo de contar de los judíos, que corresponde a las doce y media, hubo un eclipse milagroso del sol. Yo vi cómo sucedió, mas no lo tengo bien presente, y no encuentro palabras para expresarlo. Primero fuí transportada como fuera de la tierra: veía las divisiones del cielo y el camino de los astros, que se cruzaban de un modo maravilloso; vi la luna a un lado de la tierra; huía con rapidez, como un globo de fuego. En seguida me hallé en Jerusalén, y vi otra vez la luna aparecer llena y pálida sobre el Huerto de los Olivos; vino del Oriente con gran rapidez, y se puso delante del sol, oscurecido con la niebla. Al lado occidental del sol vi un cuerpo oscuro que parecía una montaña y que lo cubrió enteramente. El disco de este cuerpo era de un amarillo oscuro, y estaba rodeado de un círculo de fuego, semejante a un anillo de hierro hecho brasa. El cielo se oscureció, y las estrellas aparecieron, despidiendo luz ensangrentada. Un terror general se apoderó de los hombres y de los animales: los que injuriaban a Jesús bajaron la voz. Muchas personas se daban golpes de pecho, diciendo: "¡Que su sangre caiga sobre sus verdugos!" Muchos, de cerca y de lejos, se arrodillaron pidiendo perdón, y Jesús, en medio de sus dolores, volvió los ojos hacia ellos. Como las tinieblas se aumentaban y la cruz estaba abandonada de todos, excepto de María y de los más caros amigos del Salvador, Dimas levantó la cabeza hacia Jesús, y con humilde esperanza, le dijo: "¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!" Jesús le respondió: "En verdad te lo digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso".

La Madre de Jesús, Magdalena, María de Cleofás y Juan, estaban cerca de la cruz del Salvador, mirándolo. María pedía interiormente que Jesús la dejara morir con Él. El Salvador la miró con ternura inefable, y volviendo los ojos hacia Juan, dijo a María: "Mujer, éste es tu hijo". Después dijo a Juan: "Ésta es tu Madre". Juan besó respetuosamente el pie de la Cruz del Redentor moribundo, y a la Madre de Jesús, que era ya la suya.

La Virgen Santísima se sintió tan acabada de dolor al oír estas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó sin conocimiento en los brazos de las santas mujeres, que la llevaron a cierta distancia.

No sé si Jesús pronunció expresamente todas estas palabras; pero yo sentí en mi interior que daba a María por madre a Juan, y a Juan por hijo a María. En visiones semejantes se perciben bien las cosas que no están escritas, y hay muy pocas que se puedan expresar claramente con el lenguaje humano, a pesar de que, viéndolas, parece que se comprenden por sí solas.

Así, no parece extraño que Jesús, dirigiéndose a la Virgen, no la llame *Madre mía,* sino *Mujer,* porque aparece como la mujer por excelencia, que debe pisar la cabeza de la serpiente, sobre todo en este momento, en que se cumple esta promesa por la muerte de su Hijo. También se siente que, dándola por Madre a Juan, la da por Madre a todos los que creen en su nombre y se hacen hijos de Dios, que no han nacido de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Se comprende también que la más pura, la más humilde, la más obediente de las mujeres, que habiendo dicho al ángel: "Ved aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", se hizo Madre del Verbo hecho hombre; oyendo a su Hijo que debe ser la Madre espiritual de otro hijo, ha repetido estas mismas palabras en su corazón con una humilde obediencia, y ha adoptado por hijos suyos todos los hijos de Dios, todos los hermanos de Jesucristo. Es más fácil de sentir todo esto por la gracia de Dios, que expresarlo con palabras, y entonces me acuerdo de lo que me ha dicho una vez mi Padre celestial: "Todo está en los hijos de la Iglesia que creen, que esperan y que aman".

XLIV

Estado de la ciudad y del templo. Cuarta palabra de Jesús

Era poco más o menos la una y media; fuí transportada a la ciudad para ver lo que pasaba. La hallé llena de agitación y de inquietud: las calles estaban oscurecidas por una niebla espesa; los hombres andaban a tientas: muchos estaban tendidos por el suelo con la cabeza descubierta, dándose golpes de pecho: otros se subían a los tejados, miraban al cielo y se lamentaban. Los animales aullaban y se escondían; las aves volaban bajo, y se caían. Yo vi que Pilatos fué a visitar a Herodes: estaban ambos muy agitados, y miraban al cielo desde la azotea misma donde por la mañana Herodes había visto a Jesús entregado a los ultrajes del pueblo. "Esto no es natural, se decían entre sí; seguramente se han excedido contra Jesús". Después los vi ir a palacio atravesando la plaza: andaban de prisa, e iban rodeados de soldados. Pilatos no volvió los ojos del lado de Gabbata, donde había condenado a Jesús. La plaza estaba sola: algunas personas entraban corriendo en sus casas, otras lo hacían llorando. Se veía formarse grupos. Pilatos mandó venir a su palacio a los judíos más ancianos, y les preguntó qué significaban aquellas tinieblas: les dijo que él las miraba como un signo

espantoso; que su Dios estaba irritado contra ellos, porque habían perseguido de muerte al Galileo, que era ciertamente su Profeta y su Rey; que él se había lavado las manos; que era inocente de esa muerte, etc., etc.; mas ellos persistieron en su endurecimiento, atribuyendo todo lo que pasaba a causas que no tenían nada de sobrenatural, y no se convirtieron. Sin embargo, mucha gente se convirtió, y todos los soldados que en el prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos habían caído al suelo y se habían levantado.

La multitud se reunía delante de la casa de Pilatos, y en el mismo sitio en que por la mañana habían gritado: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!", ahora gritaba: "¡Muera el juez inicuo! ¡Que su sangre caiga sobre sus verdugos!" Pilatos tuvo que guardarse entre soldados; ese miserable sin alma echaba la culpa a los judíos, diciendo: "Que no tenía ninguna parte en ello; que Jesús era profeta de ellos, y no suyo; que ellos habían querido su muerte". El terror y la angustia llegaban a su colmo en el templo: se ocupaban en la inmolación del cordero pascual, cuando de pronto anocheció. La agitación y el terror les hacían dar gritos dolorosos. Los príncipes de los sacerdotes se esforzaron en mantener el orden y la tranquilidad: encendieron todas las lámparas; pero el desorden se aumentaba cada vez más. Vi a Anás, aterrorizado, correr de un rincón a otro para esconderse. Cuando me encaminé para salir de la ciudad, las rejas de las ventanas temblaban, y, sin embargo, no había tormenta. La lobreguez aumentaba.

Sobre el Gólgota, las tinieblas produjeron una terrible impresión. Al principio los gritos, las imprecaciones, la actividad de los hombres ocupados en levantar las cruces, los lamentos de los dos ladrones, los insultos de los fariseos a caballo, las idas y venidas de los soldados, la marcha tumultuosa de los verdugos, habían disminuído su efecto: después vinieron los reproches del buen ladrón a los fariseos y su rabia contra él. Pero conforme las tinieblas aumentaban, los circunstantes estaban más pensativos y se alejaban más de la cruz. Entonces fué cuando Jesús recomendó su Madre a Juan, y María fué llevada desmayada a alguna distancia. Hubo un instante de silencio solemne: el pueblo se asustaba de la oscuridad: la mayor parte de él miraba al cielo. La conciencia se despertaba en algunos, que volvían los ojos hacia la cruz, llenos de arrepentimiento, y se daban golpes de pecho: los que tenían estos sentimientos se juntaban. Los fariseos, llenos de un terror secreto, querían ex-

plicárselo todo con razones naturales; pero hablaban cada vez más bajo, y acabaron por callarse. El disco del sol era de un amarillo oscuro, como las montañas miradas a la claridad de la luna: estaba rodeado de un círculo encarnado; las estrellas se veían, y daban una luz ensangrentada; las aves caían sobre el Calvario y en las viñas circunvecinas; los animales aullaban y temblaban; los caballos y los asnos pertenecientes a los fariseos se apretaban los unos contra los otros, y metían la cabeza entre las piernas. La niebla lo cubría todo.

La tranquilidad reinaba alrededor de la cruz, de donde todo el mundo se había alejado. El Salvador estaba absorto en el sentimiento de su profundo abandono; volviéndose a su Padre celestial, le pedía con amor por sus enemigos. Oraba como en toda su Pasión, repitiendo pasajes de los Salmos que se cumplían en Él. Vi ángeles a su alrededor. Cuando la oscuridad se aumentó, y la inquietud, agitando las conciencias, extendió sobre el pueblo un profundo silencio, vi a Jesús solo y sin consuelo. Sufría todo lo que sufre un hombre afligido, lleno de angustias, abandonado de todo amparo divino y humano, cuando la fe, la esperanza y la caridad solas, privadas de toda luz y de toda asistencia sensible en el desierto de la tentación, viven aisladas en medio de un padecimiento infinito. Este dolor no se puede expresar. Entonces fué cuando Jesús nos alcanzó la fuerza de resistir a los mayores terrores del abandono, cuando todas las afecciones que nos unen a este mundo y a esta vida terrestre se rompen, y que al mismo tiempo el sentimiento de la otra vida se oscurece y se apaga: nosotros no podemos salir victoriosos de esta prueba sino uniendo nuestro abandono a los méritos del suyo sobre la cruz. Jesús ofreció por nosotros su miseria, su pobreza, sus padecimientos y soledad; por eso el hombre, unido a Jesús en el seno de la Iglesia, no debe desesperar en la hora suprema, cuando todo se oscurece, cuando toda luz y toda consolación desaparecen. Ya no tenemos que bajar solos y sin protección en ese desierto de la noche interior. Jesús ha echado en ese abismo del desamparo su propio abandono interior y exterior sobre la cruz, y así no ha dejado a los cristianos solos y abandonados a la muerte, en el oscurecimiento de toda consolación. Ya no hay para los cristianos ni soledad, ni abandono, ni desesperación al acercarse la hora de la muerte; pues Jesús, que es la luz, el camino y la verdad, ha bajado por ese tenebroso camino, llenándolo de bendiciones, y ha plantado en él su cruz para desvanecer sus espantos.

Jesús desamparado, pobre y desnudo, se ofreció Él mismo, como hace el amor: convirtió su abandono en un rico tesoro, pues se ofreció Él y su vida, sus trabajos, su amor, sus padecimientos y el doloroso sentimiento de nuestra ingratitud. Hizo su testamento delante de Dios, y dió todos sus méritos a la Iglesia y a los pecadores. No olvidó a nadie: habló de todos en su abandono; pidió también por los heréticos que dicen que, como Dios, no ha sentido los dolores de su Pasión, y que no sufrió lo que hubiera padecido un hombre en el mismo caso. En su dolor no mostró su desamparo con un grito, y permitió a todos los afligidos que reconocen a Dios por su Padre, un quejido filial y de confianza. A las tres, Jesús gritó en alta voz: *"¡Eli, Eli, lamma sabacthani!"* Lo que significa: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?"

El grito de Nuestro Señor interrumpió el profundo silencio que reinaba alrededor de la cruz: los fariseos se volvieron hacia Él, y uno de ellos dijo: "Llama a Elías". Otro dijo: "Veremos si Elías viene a socorrerlo". Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo detenerla. Vino al pie de la cruz con Juan, María, hija de Cleofás, Magdalena y Salomé. Mientras el pueblo temblaba y gemía, un grupo de treinta hombres importantes de la Judea y de los contornos de Joppé pasaban por allí para ir a la fiesta, y cuando vieron a Jesús en la cruz y los signos amenazadores que presentaba la naturaleza, exclamaron llenos de horror: "¡Maldita ciudad! Si el templo de Dios no estuviera en ella, merecía que la quemasen por haber tomado sobre sí tal iniquidad". Estas palabras fueron como un punto de apoyo para el pueblo: hubo una explosión de murmullos y de gemidos, y todos los que tenían los mismos sentimientos se reunían. Todos los circunstantes se dividieron en dos partidos: los unos lloraban y murmuraban, los otros pronunciaban injurias e imprecaciones; sin embargo, los fariseos estaban menos arrogantes, y temiendo una insurrección popular, se entendieron con el centurión Abenadar. Dieron órdenes para cerrar la puerta más cerca de la ciudad y cortar toda comunicación. Al mismo tiempo enviaron un expreso a Pilatos y a Herodes, para pedir al primero quinientos hombres, y al segundo sus guardias, para evitar una insurrección. Mientras tanto, el centurión Abenadar mantenía el orden e impedía los insultos contra Jesús para no irritar al pueblo.

Poco después de las tres, la luz volvió un poco, la luna comenzó a alejarse del sol. El sol apareció despojado de sus rayos y envuelto en vapores rojizos. Poco a poco comenzó a brillar, y

las estrellas desaparecieron: sin embargo, el cielo estaba oscuro todavía. Los enemigos de Jesús recobraron su arrogancia conforme la luz volvía. Entonces fué cuando dijeron: "¡Llama a Elías!"

XLV

Quinta, sexta y séptima palabras. Muerte de Jesús.

Cuando volvió la claridad, el cuerpo de Jesús estaba lívido y más pálido que antes por la pérdida de la sangre. Dijo también, no sé si fué interiormente, o si su boca pronunció estas palabras: "Estoy exprimido como el racimo prensado por primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que el agua venga; pero no se hará más vino de ése en este sitio".

Yo tuve después una visión relativa a estas palabras, en la cual vi cómo Jafet hizo vino en este sitio. Lo contaré más tarde.

Jesús estaba desfallecido; la lengua seca, y dijo: "Tengo sed". Y como sus amigos lo miraban tristemente, agregó: "¿No podríais darme una gota de agua?", dando a entender que durante las tinieblas no se lo hubieran impedido. Juan respondió: "¡Oh, Señor, lo hemos olvidado!" Jesús añadió otras palabras, cuyo sentido era éste: "Mis parientes también debían olvidarme, y no darme de beber, a fin de que lo que está escrito se cumpliese". Este olvido le había sido muy doloroso. Sus amigos entonces ofrecieron dinero a los soldados para darle un poco de agua, y no lo hicieron; pero uno de ellos mojó una esponja en vinagre, y la roció de hiel, la puso en la punta de su lanza, y la presentó a la boca del Señor. No me acuerdo cuáles fueron las palabras que pronunció el Señor; sólo recuerdo que dijo: "Cuando mi voz no se oiga más, la boca de los muertos hablará". Entonces algunos gritaron: "Blasfema todavía". Mas Abenadar les ordenó estarse quietos.

La hora del Señor había llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frío cubrió sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz, y limpiaba los pies de Jesús con su sudario. Magdalena, partida de dolor, se apoyaba detrás de la cruz. La Virgen Santísima estaba de pie entre Jesús y el buen ladrón, sostenida por Salomé y María de Cleofás, y veía morir a su Hijo. Entonces Jesús dijo: "¡Todo está consumado!" Después alzó la cabeza, y gritó en alta voz: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu". Fué un grito dulce y fuerte, que penetró

el cielo y la tierra: en seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu. Yo vi su alma en forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron de cara sobre la tierra.

El centurión Abenadar tenía los ojos fijos sobre la faz ensangrentada de Jesús, y su emoción era profunda. Cuando el Señor murió, la tierra tembló, el peñasco se abrió entre la cruz de Jesús y la del mal ladrón. El último grito de Jesús hizo temblar a todos los que le oyeron, como la tierra que reconoció su Salvador. Sin embargo, el corazón de los que le amaban fué sólo atravesado por el dolor como con una espada. Entonces fué cuando la gracia iluminó a Abenadar. Su corazón, orgulloso y duro, se partió como el peñasco del Calvario; tiró su lanza, se dió golpes de pecho, y gritó con el acento de un hombre convertido: "¡Bendito sea el Dios Todopoderoso, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob! ¡Éste era un justo: es verdaderamente el Hijo de Dios!" Muchos soldados, pasmados al oír las palabras de su jefe, hicieron como él.

Abenadar, hecho un hombre nuevo, habiendo rendido el homenaje al Hijo de Dios, no quería estar más al servicio de sus enemigos. Dió su caballo y su lanza a Casio, el segundo oficial, llamado luego Longinos, que tomó el mando; después dijo algunas palabras a los soldados, y bajó del Calvario. Se fué por el valle de Gihon hacia las grutas del valle de Hinnom, donde estaban escondidos los discípulos. Les anunció la muerte del Salvador, y se volvió a la ciudad a casa de Pilatos. Cuando Abenadar dió testimonio de la divinidad de Jesús, muchos soldados lo hicieron con él; cierto número de los que estaban presentes, y aún algunos fariseos de los que habían venido últimamente, se convirtieron. Mucha gente se volvía a su casa dándose golpes de pecho y llorando. Otros rasgaban sus vestidos, y se echaban tierra en la cabeza. Todo estaba lleno de estupefacción y de espanto. Juan se levantó; algunas de las santas mujeres, que habían estado retiradas, llevaron a la Virgen a poca distancia de la cruz.

Cuando el Salvador encomendó su alma humana a Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo a la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, y sus heridas, en que la sangre se había agolpado en abundancia, se mostraban distintamente como manchas oscuras; su cara se estiró; sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores;

los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos, y dejaron ver la lengua ensangrentada; sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron con los brazos; su espalda se enderezó a lo largo de la cruz, y todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; las rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podría expresar el dolor de la Madre de Jesús, de la Reina de los mártires? La luz del sol estaba aún alterada y oscurecida; el aire sofocaba durante el temblor de tierra, mas en seguida refrescó sensiblemente.

Era un poco más de las tres cuando Jesús dió el último suspiro. Cuando el terremoto pasó, algunos fariseos recobraron su audacia; se acercaron a la abertura del peñasco del Calvario, tiraron piedras, y quisieron medir su profundidad con cuerdas. No pudiendo hallar el fondo, se volvieron pensativos; advirtieron con inquietud los gemidos del pueblo, y se bajaron del Calvario. Muchos se sentían interiormente cambiados; la mayor parte de los circunstantes se volvieron a Jerusalén llenos de terror. Los soldados romanos vinieron a guardar la puerta de la ciudad y a ocupar algunas posiciones para evitar todo movimiento tumultuoso. Casio y cincuenta soldados se quedaron en el Calvario. Los amigos de Jesús rodeaban la cruz, se sentaban enfrente de ella, y lloraban. Muchas de las santas mujeres volvieron a la ciudad. Silencio y duelo reinaban alrededor del cuerpo de Jesús. Se veía a lo lejos, en el valle y sobre las alturas opuestas, aparecer acá y allá algunos discípulos que miraban hacia la cruz con una curiosidad inquieta; y desaparecían, si veían venir a alguno.

XLVI

Temblor de tierra. Aparición de los muertos en Jerusalén

Cuando murió Jesús, yo vi su alma semejante a una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz, y con una multitud brillante de ángeles, entre los cuales estaba Gabriel. Esos ángeles echaban de la tierra al abismo una multitud de malos espíritus. Jesús envió muchas almas del limbo a sus cuerpos para que atemorizaran a los impenitentes y dieran testimonio de Él.

El temblor de tierra que abrió la roca del Calvario causó muchos estragos, sobre todo en Jerusalén y la Palestina. Apenas habían recobrado el ánimo en la ciudad y en el templo al volver

la luz, cuando el temblor que agitaba la tierra y el ruido de los edificios que se hundían causaron otro más grande. Este terror fué todavía mayor cuando las gentes que huían llorando encontraban en el camino a los muertos resucitados que los avisaban y los amenazaban.

En el templo, los príncipes de los sacerdotes habían continuado el sacrificio, interrumpido por el espanto que les causaron las tinieblas, y creían triunfar con la vuelta de la luz; mas de pronto la tierra tembló, el ruido de las paredes que se caían y del velo del templo que se rasgaba les infundió un terror espantoso, interrumpido por gritos lamentables. Pero había tanto orden por todas partes, el templo estaba tan lleno, las idas y venidas tan bien ordenadas, las filas de los sacerdotes que sacrificaban, el ruido de los cánticos y de las trompetas preocupaban tanto los ojos y los oídos, que el miedo no produjo desorden ni turbación general. Los sacrificios se continuaron tranquilamente en algunas partes; en otras los esfuerzos de los sacerdotes calmaban el terror. Pero a la aparición de los muertos que se presentaron en el templo, todo se dispersó, y el altar del sacrificio se quedó solo, como si el templo hubiese sido manchado. Sin embargo, esto aconteció sucesivamente; y mientras que una parte de los que estaban presentes bajaban los escalones del templo, otros estaban contenidos por los sacerdotes, o no estaban todavía penetrados del pánico universal. Se puede formar una idea de lo que ocurría, representándose un hormiguero en el cual han echado una piedra, o que han meneado con un palo. Mientras la confusión reina en un punto, el trabajo continúa en otro, y aún el sitio agitado vuelve a recobrar el orden.

El sumo sacerdote Caifás y los suyos conservaron su presencia de ánimo; gracias a su endurecimiento diabólico y a la tranquilidad aparente que tenían, impidieron que hubiese una confusión general, haciendo de modo que el pueblo no tomara esos terribles avisos como fiel testimonio de la inocencia de Jesús. La guarnición romana de la fortaleza Antonia hizo también grandes esfuerzos para mantener el orden, de suerte que la fiesta se interrumpió sin que hubiese tumulto popular. Todo se convirtió en la agitación y la inquietud que cada uno llevó a su casa, y que la habilidad de los fariseos reprimió en la mayor parte.

He aquí los hechos particulares de que me acuerdo. Las dos grandes columnas situadas a la entrada del santuario en el templo, y entre las cuales estaba colgada una magnífica cortina.

se separaron la una de la otra; el techo que sostenían se hundió, la cortina se rasgó con ruido en toda su extensión, y el santuario se quedó abierto a todos los ojos. Cerca de la celda adonde oraba habitualmente el viejo Simeón cayó una gruesa piedra, y la bóveda se hundió. Se vió aparecer en el santuario al sumo sacerdote Zacarías, muerto entre el templo y el altar; pronunció palabras amenazadoras, y habló de la muerte del otro Zacarías, padre de Juan Bautista, de la de Juan Bautista, y en general de la muerte de los profetas. Dos hijos del piadoso sumo sacerdote y Simón el Justo, se presentaron cerca del gran púlpito, y hablaron también de la muerte de los profetas y del sacrificio que iba a cesar. Jeremías se apareció cerca del altar, y proclamó con voz amenazadora el fin del antiguo sacrificio y el principio del nuevo. Estas apariciones, habiendo tenido lugar en los sitios en donde sólo los sacerdotes podían tener conocimiento de ellas, fueron negadas o calladas, y prohibieron hablar de ellas bajo pena severa. Pero se oyó un gran ruido: las puertas del santuario se abrieron, y una voz gritó: "Salgamos de aquí". Entonces vi alejarse los ángeles. Nicodemo, José de Arimatea y otros muchos abandonaron el templo. Muertos resucitados se veían todavía que andaban por el pueblo. A la voz de los ángeles entraron en sus sepulcros.

Anás, uno de los enemigos más acérrimos de Jesús, estaba casi loco de terror; huía de un rincón al otro en los cuartos más retirados del templo. Caifás quiso animarlo, pero fué en vano; la aparición de los muertos lo había consternado. Caifás, aunque lleno de terror, estaba tan poseído del demonio del orgullo y de la obstinación, que no dejaba ver nada de lo que sentía, y oponía una frente de hierro a los signos amenazadores de la ira divina. No pudiendo, a pesar de sus esfuerzos, hacer continuar las ceremonias, dió orden de no revelar todos los prodigios y todas las apariciones que el pueblo no había visto. Dijo y mandó decir a los otros sacerdotes que estos signos de la ira del cielo habían sido ocasionados por los partidarios del Galileo, que se habían presentado en el templo manchados; que muchas cosas provenían de los sortilegios de ese Hombre, que en su muerte, como en su vida, había agitado el reposo del templo.

Mientras todo esto pasaba en el templo, el mismo espanto reinaba en muchos sitios de Jerusalén. Un poco después de las tres muchos sepulcros se hundieron, sobre todo en los jardines situados al Noroeste; en ellos vi muertos amortajados; en algunos no había más que restos de vestidos y de huesos. Los es-

calones del tribunal de Caifás, donde Jesús había sido ultrajado, y una parte del hogar donde Pedro había negado tres veces a su Maestro, se hundieron. Se vió aparecer al sumo sacerdote Simón el Justo, abuelo de Simeón, que había profetizado en la presentación de Jesús al templo. Pronunció palabras terribles contra la sentencia inicua dada en aquel sitio. Muchos miembros del Sanedrín se habían juntado. Los criados que la víspera habían hecho entrar a Pedro y a Juan, se convirtieron y se fueron con los discípulos. Cerca del palacio de Pilatos, la piedra se partió en el sitio donde Jesús fué presentado al pueblo; todo el edificio se resintió, y el patio del tribunal vecino se hundió en el paraje donde los inocentes degollados por Herodes fueron enterrados. En muchas partes las murallas de la ciudad se derribaron; sin embargo, ningún edificio se destruyó enteramente. El supersticioso Pilatos estaba lleno de terror e incapaz de dar ninguna orden. Su palacio se movía, el suelo temblaba debajo de sus pies, y él huía de una habitación a la otra. Los muertos se aparecían en el patio interior y le reprochaban su juicio inicuo. Creyó que eran los dioses del Galileo, y se refugió en el rincón más retirado de su casa, donde hizo votos a sus ídolos para que viniesen a su socorro. Herodes estaba en su palacio temblando, y lo había cerrado todo.

Hubo un centenar de muertos de todas las épocas, que se aparecieron en Jerusalén y en los alrededores. Todos los cadáveres que se aparecieron cuando se abrieron los sepulcros, no resucitaron, Los muertos cuyas almas fueron enviadas por Jesús desde el limbo, se levantaron, descubrieron su cara y anduvieron errantes por las calles como si no tocasen a la tierra. Entraron en las casas de sus descendientes, y dieron testimonio de Jesús con palabras severas contra los que habían tomado parte en su muerte. Yo los veía ir por las calles, la mayor parte de dos en dos: no veía el movimiento de sus pies, que volaban a flor de tierra. Estaban pálidos o amarillos; tenían barba larga; su voz tenía un sonido extraño e inaudito. Estaban amortajados según el uso del tiempo en que vivían. En los sitios en donde la sentencia de muerte de Jesús fué proclamada antes de ponerse en marcha para el Calvario, se pararon un momento y gritaron: "¡Gloria a Jesús, y maldición a sus verdugos!" Todo el mundo temblaba y huía: el terror era grande en toda la ciudad, y cada uno se escondía en lo último de su casa. Los muertos entraron en sus sepulcros a las cuatro. El sacrificio fué interrumpido, la confusión reinaba por todas partes, y pocas personas comieron por la noche el cordero pascual.

XLVII

José de Arimatea pide a Pilatos el cuerpo de Jesús

Apenas se restableció un poco la tranquilidad en la ciudad, cuando el gran Consejo de los judíos envió a pedir a Pilatos que mandara romper las piernas a los crucificados para que no estuvieran en cruz el sábado. Pilatos dió las órdenes necesarias. En seguida José de Arimatea vino a verlo. Había sabido la muerte de Jesús, y formó con Nicodemo el proyecto de enterrarlo en una sepultura nueva, que había mandado construir a poca distancia del Calvario. Halló a Pilatos inquieto y agitado; le pidió que le diese el cuerpo de Jesús, el Rey de los judíos, para enterrarlo. Pilatos se extrañó que un hombre tan notable pidiese con tanta insistencia el permiso de rendir los últimos honores al que había hecho morir tan ignominiosamente. Mandó llamar al centurión Abenadar, que había vuelto después de haber conversado con los discípulos escondidos en las cavernas, y le preguntó si el Rey de los judíos había muerto ya. Abenadar le contó la muerte del Salvador, sus últimas palabras y su último grito, el temblor de tierra y la roca abierta por el terremoto. Pilatos pareció extrañar sólo que Jesús hubiera muerto tan pronto, porque ordinariamente los crucificados vivían más tiempo; pero interiormente estaba lleno de angustia y de terror, por la coincidencia de esas señales con la muerte de Jesús. Tal vez quiso hacerse perdonar su crueldad dando a José de Arimatea la orden de librar el cuerpo de Jesús. También tuvo satisfacción en dar esa bofetada a los príncipes de los sacerdotes, que hubiesen visto con gusto a Jesús enterrado sin honor entre dos ladrones. Envió un agente al Calvario para ejecutar sus órdenes. Creo que fué Abenadar, pues lo vi asistir al descendimiento de la cruz.

José de Arimatea, al salir de casa de Pilatos, fué en busca de Nicodemo, que lo esperaba en casa de una mujer de sanos instintos. Esta casa estaba situada en una calle ancha, cerca de la callejuela donde nuestro Señor fue tan cruelmente ultrajado al principio del camino de la cruz. Esta mujer vendía hierbas aromáticas, y Nicodemo le había comprado lo que era necesario para embalsamar el cuerpo de Jesús. José fué a comprar una rica sábana; sus criados tomaron en un portal, cerca de la casa de Nicodemo, escaleras, martillos, clavos, jarros llenos de agua, esponjas, y pusieron los más pequeños de estos objetos sobre unas angarillas, semejantes a aquéllas en que los discípulos de

Juan Bautista pusieron su cuerpo cuando lo sacaron de la fortaleza de Maqueronte.

XLVIII

Abertura del costado de Jesús. Muerte de los ladrones

Mientras tanto el silencio y el duelo reinaban sobre el Gólgota. El pueblo, atemorizado, se había dispersado; María, Juan, Magdalena, María, hija de Cleofás, y Salomé, estaban de pie o sentados enfrente de la cruz, la cabeza cubierta, y llorando. Algunos soldados estaban recostados sobre el terraplén que rodeaba la llanura; Casio, a caballo, iba de un lado a otro. El cielo estaba oscuro, y la naturaleza parecía enlutada. Pronto llegaron seis alguaciles con escalas, azadas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas a los crucificados. Cuando se acercaron a la cruz, los amigos de Jesús se apartaron un poco, y la Virgen Santísima temía que ultrajasen aún el cuerpo de su Hijo. Aplicaron sus escalas a la cruz para asegurarse de que Jesús estaba muerto. Habiendo visto que el cuerpo estaba frío y rígido, lo dejaron, y subieron a las cruces de los ladrones. Dos alguaciles les rompieron los brazos por encima y por debajo de los codos con sus martillos, y otro les rompió las piernas y los muslos. Gestas daba gritos horribles, y le pegaron tres golpes sobre el pecho para acabarlo de matar. Dimas dió un gemido, y murió. Fué el primero de los mortales que volvió a ver a su Redentor. Desataron las cuerdas, dejaron caer los cuerpos al suelo, los arrastraron hacia el bajo que había entre el Calvario y las murallas de la ciudad, y allí los enterraron.

Los verdugos dudaban todavía de la muerte de Jesús, y el modo horrible con que habían quebrado los miembros de los ladrones hacía temblar a las santas mujeres por el cuerpo del Salvador. Mas el oficial inferior Casio, hombre de veinticinco años, muy activo y atropellado, cuya vista endeble y cuyos ojos bizcos excitaban la mofa de sus compañeros, recibió una inspiración súbita. La ferocidad bárbara de los verdugos, las angustias de las santas mujeres, y el ardor grande que excitó en él la divina gracia, le hicieron cumplir una profecía. Empuñó su lanza, y dirigió su caballo hacia la elevación donde estaba la cruz. Se paró entre la cruz del buen ladrón y la de Jesús, y tomando su lanza con ambas manos, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho del Señor, que la punta atravesó el corazón, un poco más abajo del pulmón izquierdo. Cuando la retiró,

salió de la herida una cantidad de sangre y agua que llenó su cara como un baño de salvación y de gracia. Se apeó, se arrodilló, se dió golpes de pecho, y confesó a Jesús en alta voz.

La Virgen Santísima y sus amigas, cuyos ojos estaban siempre fijos sobre Jesús, vieron con inquietud la acción de este hombre, y se precipitaron hacia la cruz dando gritos. María cayó en los brazos de las santas mujeres, como si la lanza hubiese atravesado su propio corazón, mientras que Casio, de rodillas, alababa a Dios; pues los ojos de su cuerpo y de su alma se habían curado y abierto a la luz. Todos estaban conmovidos profundamente a la vista de la sangre del Salvador, que había corrido en un hoyo de la peña, al pie de la cruz. Casio, María, las santas mujeres y Juan recogieron la sangre y el agua en frascos, y limpiaron el suelo con paños.

Casio, que había recobrado toda la plenitud de su vista, estaba en humilde contemplación. Los soldados, sorprendidos del milagro que se había operado en él, se hincaron de rodillas, dándose golpes de pecho, y confesaron a Jesús. Casio, bautizado con el nombre de Longinos, predicó la fe como diácono, y llevó siempre sangre de Jesús sobre sí. Se había secado, y se halló en su sepulcro, en Italia, en una ciudad a poca distancia del sitio donde vivió Santa Clara. Hay un lago con una isla cerca de esta ciudad. El cuerpo de Longinos debe haber sido trasportado a ella. Los alguaciles, que mientras tanto habían recibido orden de Pilatos de no tocar al cuerpo de Jesús, no volvieron.

Todo esto pasó cerca de la cruz, un poco después de las cuatro, mientras José de Arimatea y Nicodemo buscaban lo que era necesario para la sepultura de Jesús. Pero los criados de José, habiendo venido a limpiar el sepulcro, anunciaron a los amigos de Jesús que su amo iba a quitar el cuerpo para ponerlo en un sepulcro nuevo. Entonces Juan volvió a la ciudad con las santas mujeres para que María pudiera reparar un poco sus fuerzas, y también para llevar algunas cosas necesarias para el entierro. La Virgen Santísima tenía una pequeña habitación en los edificios contiguos al Cenáculo. No entraron por la puerta más inmediata al Calvario, porque estaba cerrada y guardada al interior por los soldados que los fariseos habían puesto, sino por la meridional que conduce a Belén.

XLIX

Algunas localidades de la antigua Jerusalén

Ponemos aquí algunas descripciones de lugares, que hemos coordinado según los detalles dados por la hermana Ana Catalina Emmerick diferentes veces. Sigue la descripción del sepulcro y del jardín de José de Arimatea, para no interrumpir la historia del entierro del Señor.

La primera puerta, situada al Oriente de Jerusalén, al Mediodía del ángulo Sudoeste del templo, es la que conduce al barrio de Ofel. La puerta de las Ovejas está al Norte del ángulo Nordeste del templo. Entre estas dos puertas hay otra que conduce a algunas calles situadas al Oriente del templo, habitadas la mayor parte por picapedreros y otros artesanos. Las casas de que se componen se apoyan en los cimientos del templo, y pertenecen casi todas a Nicodemo, que las ha hecho construir, y casi todos esos artesanos trabajan para él. Nicodemo ha hecho construir nuevamente una hermosa puerta que conduce a esas calles, y que se llama puerta de *Moriah*. Se acababa de construir, y Jesús entró por ella en la ciudad el Domingo de Ramos. Así entró por la puerta nueva de Nicodemo, por donde nadie había pasado; y fué enterrado en el sepulcro nuevo de José de Arimatea, donde no había reposado todavía nadie. Esta puerta fué tapiada posteriormente; y hay una tradición que dice que los cristianos deben de entrar otra vez por ella en la ciudad. Ahora hay todavía de ese lado una puerta murada que los turcos llaman la *Puerta de Oro*.

El camino que va al Occidente, saliendo de la puerta de las Ovejas, pasa entre el lado Noroeste del monte de Sión y el Calvario. Desde esta puerta hasta el Gólgota hay tres cuartos de legua: desde el palacio de Pilatos hasta el Gólgota habrá cinco octavas partes de una legua. La fortaleza Antonia está situada al Norte de la montaña del templo sobre un peñasco que está separado. Cuando se va a Poniente, saliendo del palacio de Pilatos, esta fortaleza queda a la izquierda, y sobre una de sus murallas hay un terrado que domina el *Forum*. Desde allí Pilatos hace las proclamaciones al pueblo, por ejemplo, cuando promulga nuevas leyes. Sobre el camino de la cruz, en el interior de la ciudad, Jesús tenía con frecuencia la montaña del Calvario a su derecha. Este camino, que debía estar en parte en dirección del Sudoeste, conducía a una puerta abierta en un muro interior de la ciudad que se dirige hacia Sión. Fuera de ese muro

hay una especie de arrabal que tiene más jardines que casas; hay también hacia el muro exterior de la ciudad hermosos sepulcros con entradas de albañilería. De ese lado hay una casa perteneciente a Lázaro, con jardines magníficos hacia el sitio donde la muralla occidental de Jerusalén vuelve al Mediodía. Creo que una pequeña puerta particular, abierta en la muralla de la ciudad, por donde Jesús y los suyos pasaban con frecuencia con la autorización de Lázaro, conduce a esos jardines. La puerta situada al lado Noroeste conduce a Betsur, que está más al Norte que Emaús y Joppé. Esta zona occidental de Jerusalén es la menos elevada: baja hacia la parte de la muralla, pero se levanta antes de llegar a ella. En este terreno hay jardines y viñas, detrás de las cuales pasa un camino ancho de donde salen veredas para subir a las murallas y a las torres. Del otro, al exterior de la ciudad, el terreno declina hacia el valle; de suerte que las murallas que rodean esta parte baja de la ciudad parecen construídas sobre un terraplén elevado. Sobre el declive exterior se ven también jardines y viñas. Jesús, al llegar al fin del camino de la Cruz, tenía a su derecha esta parte de la ciudad donde hay tanto jardín, y de ahí venía Simón Cirineo. La puerta por donde salió Jesús no está enteramente vuelta al Poniente, sino al Sudoeste. La muralla de la izquierda, saliendo de la puerta, va al Sur, la cara al Oeste y se dirige otra vez al Sur alrededor del monte de Sión. De ese lado hay una torre muy ancha que parece una fortaleza. La puerta por donde Jesús salió está cerca de otra más al Mediodía que conduce al valle, donde comienza un camino que vuelve después a la izquierda en la dirección de Belén. Poco después de la puerta de donde sale, el camino se dirige al Norte hacia el Calvario. De ese lado, adonde se ve el camino de Emaús, hay un prado donde vi a Lucas juntar diversas plantas cuando fué con Cleofás a Emaús, después de la Resurrección, y encontraron a Jesús en el camino. Cerca de la muralla, al Levante y al Norte del Calvario, hay también huertos, sepulcros y viñas. La cruz fué enterrada al Nordeste, al pie del Calvario.

El jardín de José de Arimatea está situado cerca de la puerta de Belén, a siete minutos del Calvario; es un hermoso jardín con grandes árboles, bancos y bosques que dan sombra; va subiendo hasta las murallas de la ciudad. Cuando se entra en él, viniendo de la parte septentrional del valle, el terreno sube a la izquierda hasta la muralla, y a la derecha, al fin del jardín, hay una peña separada, donde está el sepulcro. La gruta donde está abierto, tiene la entrada al Levante. Al Sudoeste y

al Noroeste de la misma peña hay dos sepulcros nuevos con la entrada baja. Al Oeste de la peña pasa una vereda que la rodea. El terreno delante de la entrada del sepulcro está más elevado, y hay escalones para bajar a él. La bóveda puede contener cuatro hombres a cada lado, sin que estorben a los que deponen el cadáver; enfrente de la puerta está el sepulcro, elevado dos pies sobre el suelo; está unido a la peña por un lado como un altar: dos personas pueden estar a la cabecera y a los pies, y aún se puede poner otra persona delante, aunque la puerta esté cerrada. Esta puerta es de metal; quizás de cobre: tiene dos postigos, y una piedra delante para impedir que se abran. La piedra destinada a este uso está todavía delante de la entrada de la gruta. Después del entierro del Salvador, la pusieron delante de la puerta. Esta piedra es muy gruesa, y para menearla son menester muchos hombres. Enfrente de la entrada hay un banco de piedra; desde él se puede subir a la peña, que está cubierta de hierba, y desde donde se ven, por encima de las murallas, los puntos más elevados de Sión y algunas torres. Se ve también la puerta de Belén y la fuente de Gihon. La peña interiormente es blanca, con vetas encarnadas y azules.

L

Descendimiento

Mientras la cruz estaba abandonada y rodeada sólo de algunos guardias, vi cinco personas, que habían venido de Betania por el valle, acercarse al Calvario, elevar los ojos hacia la cruz y alejarse furtivamente: pienso que serían discípulos. Encontré tres veces en las inmediaciones a dos hombres examinando y deliberando: eran José de Arimatea y Nicodemo. Una vez era en las inmediaciones y durante la crucifixión (quizás cuando hicieron comprar los vestidos de Jesús). Otra vez estaban mirando si el pueblo se iba, y fueron al sepulcro para preparar alguna cosa: volvieron a la cruz, mirando a todas partes como si esperasen una ocasión favorable. Después trazaron su plan para bajar de la cruz el cuerpo del Salvador, y se volvieron a la ciudad.

Se ocuparon en transportar los objetos necesarios para embalsamar el cuerpo; sus criados tomaron algunos instrumentos para desclavarlo de la cruz, y dos escaleras, que consistían en un madero atravesado de distancia a distancia por palos que formaban los escalones. Había ganchos que se podían colgar

más arriba o más abajo, y que serían para fijar las escaleras o para colgar lo que necesitaran en su trabajo.

Nicodemo había comprado cien libras de raíces, que equivalían a treinta y siete libras de nuestro peso, como me fue explicado. Llevaba esos aromas en pequeños corchos colgados del cuello sobre el pecho. En uno de esos corchos había unos polvos. Tenían algunos paquetes de hierbas en sacos de pergamino o de cuero. José llevaba también una caja de un ungüento, no sé de qué sustancia: en fin, los criados debían llevar sobre unas angarillas jarros, botas, esponjas y herramientas. Llevaron fuego en un farol cerrado. Los criados salieron de la ciudad antes que sus amos, y por otra puerta, quizás la de Betania, y después se dirigieron hacia el Calvario. Pasaron por delante de la casa donde la Virgen, Juan y las santas mujeres habían venido a llevar diversas cosas para embalsamar el cuerpo de Jesús; Juan y las santas mujeres siguieron a los servidores a poca distancia. Había cinco mujeres; algunas llevaban debajo de los mantos un grueso paquete de tela. Las mujeres tenían la costumbre, suando salían por la noche o para hacer secretamente alguna acción piadosa, de cubrirse con una sábana larga y de más de una vara de ancho. Comenzaban por envolverse un brazo, y se envolvían el resto del cuerpo tan estrechamente, que apenas podían andar. Yo las he visto así envueltas; esa sábana les llegaba de un brazo al otro, y les cubría la cabeza. Hoy presentaba un aspecto extraño: era un vestido de luto. José y Nicodemo tenían también vestidos de luto, con mangas negras y cintura ancha. Sus capas, que se las habían puesto sobre la cabeza, eran anchas, largas y de color pardo. Les servían para tapar lo que llevaban. Se dirigían hacia la puerta que conduce al Calvario.

Las calles estaban desiertas; el terror general hacía que cada uno estuviese encerrado en su casa; la mayor parte comenzaban a arrepentirse. Muy pocos atendían a la fiesta. Cuando José y Nicodemo llegaron a la puerta, la hallaron cerrada, y todo alrededor, el camino y las calles, lleno de soldados. Eran los mismos que los fariseos habían pedido a las dos, y como temían una insurrección popular, los conservaban sobre las armas.

José presentó una orden firmada por Pilatos para que le dejasen pasar libremente. Los soldados se alegraron; mas le dijeron que habían querido abrir muchas veces la puerta sin poderlo conseguir; que sin duda en el terremoto se había desnivelado por alguna parte; que por esa razón los alguaciles encargados de romper las piernas a los crucificados habían tenido que pasar por

otra puerta. Pero cuando José y Nicodemo tomaron el cerrojo, la puerta se abrió sola, dejando a todos atónitos.

El cielo estaba todavía oscuro y nebuloso cuando llegaron al Calvario: se encontraron con sus criados y las santas mujeres que lloraban enfrente de la cruz. Casio y muchos soldados, que se habían convertido, estaban a cierta distancia tímidos y respetuosos. José y Nicodemo contaron a la Virgen y a Juan todo lo que habían hecho para librar a Jesús de una muerte ignominiosa; cómo habían obtenido que no rompiesen los huesos al Señor, y cómo la profecía se había cumplido. Hablaron también de la lanzada de Casio. Así que llegó el centurión Abenadar, comenzaron, en medio de la tristeza y del recogimiento, la obra piadosa del descendimiento de la cruz y de embalsamar el sacratísimo cuerpo del Señor.

La Virgen Santísima y Magdalena estaban sentadas al pie de la cruz, a la derecha, entre la cruz de Dimas y la de Jesús: las otras mujeres estaban ocupadas en preparar los paños, los aromas, el agua, las esponjas y los vasos. Casio se acercó también, y contó a Abenadar el milagro de la cura de sus ojos. Todos estaban conmovidos, llenos de dolor y de amor, y al mismo tiempo silenciosos y con una gravedad solemne. Sólo cuando la prontitud y la atención que exigían esos cuidados piadosos lo permitían, oíanse lamentos y gemidos comprimidos. Sobre todo, Magdalena se abandonaba enteramente a su dolor, y nada podía distraerla, ni la presencia de los circunstantes, ni ninguna otra consideración.

Nicodemo y José pusieron las escaleras detrás de la cruz, y subieron con una sábana, a la cual estaban atadas tres correas; ataron el cuerpo de Jesús por debajo de los brazos y de las rodillas al árbol de la cruz, y fijaron los brazos atados por la muñeca. Entonces sacaron los clavos empujándolos por detrás, apoyando un hierro en la punta. Las manos de Jesús no se movieron mucho a pesar de los golpes, y los clavos salieron fácilmente de las llagas, porque éstas se habían abierto mucho con el peso del cuerpo, y éste ahora, suspendido con las sábanas, no cargaba sobre los clavos. La parte inferior del cuerpo, que a la muerte del Salvador había cargado sobre las rodillas, reposaba en su posición natural, sostenida por una sábana que estaba atada a los brazos de la cruz. Mientras José sacaba el clavo izquierdo y dejaba el brazo envuelto caer despacio sobre el cuerpo. Nicodemo ataba el brazo derecho a la cruz, y también la cabeza coronada de espinas, que se había torcido sobre el hombro derecho: entonces arrancó el clavo derecho, y dejó caer despacio

el brazo sobre el cuerpo. Al mismo tiempo el centurión Abenadar arrancaba con esfuerzo el clavo grande de los pies. Casio recogió religiosamente los clavos, y los puso a los pies de la Virgen.

En seguida José y Nicodemo pusieron las escaleras delante de la cruz, casi derechas y muy cerca del cuerpo; desataron la correa de arriba, y la colgaron a uno de los ganchos que estaban en las escaleras; hicieron lo mismo con las otras dos correas, y bajándolas de gancho en gancho descendieron despacio el santo Cuerpo hasta enfrente del centurión, que, montado sobre un banco, lo recibió en sus brazos por debajo de las rodillas, y lo bajó, mientras que José y Nicodemo, sosteniendo lo alto del cuerpo, bajaban escalón por escalón con las mayores precauciones, como cuando se lleva el cuerpo de un amigo gravemente herido. Así el cuerpo del Salvador llegó hasta abajo.

Era un espectáculo muy tierno; tenían el mismo cuidado, las mismas precauciones que si hubiesen temido causar algún daño a Jesús: guardaron con el santo Cuerpo todo el amor y toda la veneración que habían tenido con el Salvador durante su vida. Todos los circunstantes tenían los ojos fijos en el cuerpo del Señor, y seguían todos sus movimientos; a cada instante levantaban las manos al cielo, derramaban lágrimas y daban señales del más intenso duelo. Sin embargo, todos estaban penetrados de un respeto profundo, hablando sólo en voz baja para ayudarse o avisarse. Mientras los martillazos se oían, María, Magdalena y todos los que estaban presentes a la crucifixión, tenían el corazón partido. El ruido de los golpes les recordaba los padecimientos de Jesús: temblaban al oír otra vez el grito penetrante de dolor, y al mismo tiempo se afligían del silencio de su boca divina, prueba demasiado cierta de su muerte. Cuando descendieron el santo Cuerpo, lo envolvieron desde las rodillas hasta la cintura, y lo pusieron en los brazos de su Madre, que se los tendía poseída de dolor y de amor.

LI

El cuerpo de Jesús embalsamado

La Virgen Santísima se sentó sobre un cobertor tendido en el suelo: su rodilla derecha, un poco levantada, y su espalda, estaban apoyadas sobre unas capas juntas. Lo habían dispuesto todo para facilitar a esta Madre llena de dolor los tristes honores que iba a dar al cuerpo de su Hijo. La sagrada cabeza de

Jesús estaba apoyada sobre la rodilla de María; su cuerpo estaba tendido en un sábana. La Virgen Santísima tenía por la última vez en sus brazos el cuerpo de su querido Hijo, a quien no había podido dar ninguna prueba de amor en todo su martirio; contemplaba sus heridas; cubría de besos su rostro ensangrentado, mientras Magdalena reposaba el suyo sobre sus pies.

Los hombres se retiraron a una pequeña hondonada, situada al Sudoeste del Calvario, a preparar los objetos necesarios para embalsamar el cadáver. Casio, con algunos soldados que se habían convertido al Señor, estaba a una distancia respetuosa. Toda la gente mal intencionada había vuelto a la ciudad, y los soldados formaban sólo una guardia de seguridad para impedir que alguien interrumpiese los últimos honores rendidos a Jesús. Algunos prestaban su ayuda cuando se la pedían. Las santas mujeres daban vasos, esponjas, paños, ungüentos y aromas cuando se necesitaban, y el resto del tiempo estaban atentas a corta distancia; Magdalena se hallaba siempre a los pies de Jesús. Juan ayudaba continuamente a la Virgen, servía de mensajero entre los hombres y las mujeres, y ayudaba a unos y a otros. Las mujeres tenían a su lado botas de cuero y un jarro de agua, puesto sobre lumbre de carbón. Ellas presentaban a María y a Magdalena, conforme los necesitaban, vasos llenos de agua pura, y esponjas que exprimían después en las botas de cuero.

La Virgen Santísima conservaba un valor admirable en su indecible dolor. No podía dejar el cuerpo de su Hijo en el horrible estado en que lo había puesto el suplicio, y por eso comenzó, con una actividad infatigable, a lavarlo y a limpiarle las señales de los ultrajes que había recibido. Sacó con la mayor precaución la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando una por una las puntas clavadas en la cabeza de Jesús, para no abrir las heridas con el movimiento. Pusieron la corona junto a los clavos; entonces María sacó las espinas que se habían quedado en las heridas con una especie de tenazas redondas, y las enseñó a sus amigos con tristeza. Pusieron estas espinas con la corona: sin embargo, algunas deben de haber sido conservadas aparte.

Apenas se podía conocer la faz del Señor: tan desfigurada estaba con las llagas que la cubrían. La barba y el cabello estaban pegados con la sangre. María alzó la cabeza, y pasó esponjas mojadas por el pelo para humedecer la sangre seca. Conforme la lavaba, las horribles crueldades ejercidas contra Jesús se presentaban más distintamente, y su compasión y su ternura se

acrecentaban de una herida a otra. Lavó las llagas de la cabeza, la sangre que cubría los ojos, la nariz y las orejas; con una esponja y un pañito extendido sobre los dedos de su mano derecha, limpió, del mismo modo, su boca entreabierta, su lengua, los dientes y los labios. Partió lo que le restaba del pelo del Salvador en tres partes: una sobre cada sien, y la tercera sobre la nuca; y cuando hubo limpiado y desenredado los cabellos de delante, se los puso detrás de ambas orejas. Habiendo limpiado la cara, la Virgen la cubrió después de haberla besado. Luego hízolo con el cuello, las espaldas y el pecho, los brazos y las manos. Todos los huesos del pecho, todas las coyunturas de los miembros estaban dislocados, y no podían doblarse. El hombro que había llevado la cruz tenía una herida enorme; toda la parte superior del cuerpo estaba cubierta de heridas y rasgada con los azotes. Cerca del pecho izquierdo había una pequeña abertura por donde había salido la punta de la lanza de Casio, y en el lado derecho estaba la abertura ancha por donde entrara la lanza que había atravesado el corazón. María lavó todas las llagas, y Magdalena, de rodillas, la ayudaba de cuando en cuando, sin dejar los pies de Jesús, que regaba con lágrimas abundantes y que limpiaba con sus cabellos.

La cabeza, el pecho y los pies del Salvador estaban lavados: el sagrado cuerpo, blanco, azulado, como carne sin sangre, lleno de cardenales y manchas en los sitios donde se le había arrancado el pellejo, reposaba sobre las rodillas de María, que cubrió con un velo las partes lavadas, y se ocupó en embalsamar todas las heridas. Las santas mujeres, arrodillándose enfrente de María, le presentaban a su vez una caja, de donde tomaba un ungüento precioso con que untaba las heridas. Ungió también el pelo. Tomó en su mano izquierda las manos de Jesús, las besó con respeto, y llenó de ungüento o de aromas los agujeros profundos de los clavos. Llenó también las orejas, la nariz y la llaga del costado. Magdalena embalsamaba los pies del Señor: regábalos muchas veces con sus lágrimas, y los limpiaba con sus cabellos.

No tiraban el agua que habían usado, sino que la echaban en botas de cuero, donde exprimían las esponjas. Vi muchas veces a Casio y a otros soldados ir por agua a la fuente de Gihon, que estaba bastante cerca. Cuando la Virgen untó todas las heridas, envolvió la cabeza en paños, mas no cubrió todavía la cara. Cerró los ojos entreabiertos de Jesús, y posó la mano sobre ellos algún tiempo. Cerró también su boca, abrazó el sagrado cuerpo de su Hijo, y dejó caer su rostro sobre el de Jesús. José y Nico-

demo hacía rato que esperaban, cuando Juan, acercándose a la Virgen, le pidió que se separase de su Hijo para que pudieran acabar de embalsamarlo, porque se acercaba el Sábado. María abrazó otra vez el cuerpo de su Hijo, y se despidió de Él en los términos más tiernos. Entonces los hombres lo tomaron de los brazos de su Madre en la sábana donde estaba puesto, y lo llevaron a cierta distancia. María, sumergida en su dolor, que sus tiernos cuidados habían distraído un instante, cayó, la cabeza cubierta, en brazos de las piadosas mujeres. Magdalena, como si hubieran querido arrancarle a su Amado, precipitóse algunos pasos hacia adelante con los brazos abiertos, y se volvió con la Virgen Santísima.

Llevaron el cuerpo a un sitio más bajo que la cumbre del Gólgota, sobre una roca, que presentaba un sitio cómodo para embalsamar el cuerpo. Vi primero un paño de mallas de un trabajo parecido al encaje, que me recordó la cortina que se pone delante del altar en la Cuaresma(*). Sin duda estaba trabajado con calados para dejar pasar el agua. Vi también otra gran sábana extendida. Pusieron el cuerpo del Salvador sobre el paño calado, y algunos hombres tuvieron el otro extendido sobre él. Nicodemo y José se arrodillaron, y debajo de este lienzo quitaron el paño que habían atado a la cintura al bajarlo de la cruz. Después pasaron esponjas debajo de ese paño, y lavaron la parte inferior del cuerpo. En seguida lo alzaron con los paños atravesados debajo de las rodillas, y lo lavaron por detrás, sin volverlo, hasta que el agua que soltaban las esponjas salía clara. Entonces echaron agua de mirra sobre todo el cuerpo, y, manejándolo con respeto, lo extendieron todo a lo largo, pues se había quedado en la posición en que había muerto, con las rodillas y los riñones encogidos. Después colocaron debajo de sus hombros un paño de una vara de ancho y tres de largo; pusieron manojos de hierbas como las que veo en las mesas celestiales, y echaron por encima unos polvos que Nicodemo había traído. Entonces envolvieron la parte inferior del cuerpo, y la ataron fuertemente alrededor de la sábana que habían puesto por debajo. Untaron las heridas de los muslos, pusieron manojos de hierba entre las piernas en todo su largo, y las envolvieron en los aromas de abajo a arriba.

Entonces Juan llevó cerca del cuerpo a la Virgen y a las santas mujeres. María se arrodilló junto a la cabeza de Jesús, puso por debajo un lienzo muy fino que le había dado la mujer

(*) En la diócesis de Münster cuelgan en las iglesias una cortina con bordados calados, que representan las cinco llagas y los instrumentos de la Pasión.

de Pilatos, y que llevaba ella alrededor de su cuello debajo de su manto; después, con ayuda de las santas mujeres, puso desde los hombros hasta la cara manojos de hierbas, aromas y polvos odoríferos; luego ató fuertemente este lienzo alrededor de la cabeza y de los hombros. Magdalena echó un frasco de bálsamo en la llaga del costado, y las piadosas mujeres pusieron también hierbas en las llagas de las manos y de los pies. En seguida los hombres envolvieron el resto del cuerpo en aromas, cruzaron los brazos sobre su pecho, y apretaron la gran sábana blanca alrededor de su cuerpo hasta el pecho, como se envuelve a un niño, y ataron una venda alrededor de la cabeza y de todo el cuerpo. En fin, pusieron al Salvador en la gran sábana de seis varas que había comprado José de Arimatea, y lo envolvieron, colocado diagonalmente; una punta de la sábana estaba doblada desde los pies hasta el pecho, y la otra sobre la cabeza y los hombros; las otras dos envueltas alrededor del cuerpo.

Como todos rodeaban el cuerpo del Señor y se arrodillaban para despedirse de Él, un milagro se operó a sus ojos; el sagrado cuerpo de Jesús, con sus heridas, apareció representado sobre la sábana que lo cubría, como si hubiese querido recompensar su celo y su amor, y dejarles su retrato a través de los velos que lo cubrían. Abrazaron el cuerpo llorando, y besaron con respeto su milagrosa efigie. Su asombro se aumentó cuando, alzando la sábana, vieron que todas las vendas que ataban el cuerpo estaban blancas como antes, y que la sábana superior había recibido sola la milagrosa efigie. No era la marca de heridas echando sangre, pues todo el cuerpo estaba envuelto y cubierto de aromas; era un retrato sobrenatural, un testimonio de la divinidad creadora que residía siempre en el cuerpo de Jesús. He visto muchas cosas relativas a la historia posterior de esa sábana, mas me sería imposible coordinarlas. Después de la Resurrección estuvo en poder de los amigos de Jesús. Cayó también dos veces en las manos de los judíos, y fué venerada más tarde en diferentes lugares. La he visto en Asia, en casa de cristianos no católicos. Se me ha olvidado el nombre de la ciudad, que está situada en un país cercano a la patria de los tres Reyes Magos.

LII

Jesús metido en el sepulcro

Los hombres pusieron el sagrado cuerpo sobre unas angarillas de cuero, cubiertas con un cobertor oscuro. Esto me recuerda el Arca de la Alianza. Nicodemo y José llevaban sobre sus hombros los palos de delante, y Abenadar y Juan los de atrás. En seguida venían la Virgen, María de Helí, su hermana mayor, Magdalena y María Cleofás; después las mujeres que habían estado sentadas a cierta distancia, Verónica, Juana Chusa; María, madre de Marcos; Salomé, mujer del Zebedeo; María Salomé, Salomé de Jerusalén, Susana y Ana, sobrina de San José; Casio y los soldados cerraban la marcha. Las otras mujeres, Maroni de Naím, Dina la Samaritana, y María la Sufanita, estaban en Betania con Marta y Lázaro. Dos soldados con luces iban delante para alumbrar en la gruta del sepulcro; anduvieron así cerca de siete minutos, cantando salmos en tono dulce y melancólico. Vi sobre una altura del otro lado del valle a Santiago el Mayor, hermano de Juan, que los veía pasar, y que volvió a anunciar a los otros discípulos lo que había visto.

Se pararon a la entrada del jardín de José; lo abrieron arrancando algunos palos, que sirvieron después de palancas para llevar a la gruta la piedra que debía tapar el sepulcro. Cuando llegaron a la peña, levantaron el santo cuerpo sobre una tabla larga, cubierta con una sábana. La gruta, que estaba recientemente abierta, había sido barrida por los criados de Nicodemo; el interior estaba limpio y decoroso. Las santas mujeres se sentaron enfrente de la entrada. Los cuatro hombres entraron el cuerpo del Señor, llenaron de aromas una parte del sepulcro, y extendieron una sábana, sobre la cual pusieron el cuerpo; le mostraron otra vez su amor con sus lágrimas y sus abrazos, y salieron de la gruta. Entonces entró la Virgen; se sentó junto a la cabeza, y se bajó llorando sobre el cuerpo de su Hijo. Cuando salió de la gruta, Magdalena se precipitó en ella; había juntado en el jardín flores y ramos que echó sobre Jesús; cruzó las manos, y besó llorando los pies de Jesús; pero habiéndole dicho los hombres que querían cerrar el sepulcro, se volvió con las otras mujeres. Doblaron las puntas de las sábanas sobre el cuerpo, y pusieron la tapa de un color oscuro, y cerraron la puerta; delante había dos palos, uno horizontal y otro vertical, que formaban la cruz.

La gruesa piedra destinada a cerrar el sepulcro, que estaba aún a la puerta de la gruta, tenía la forma de un cofre o de una piedra tumular; era bastante grande para que un hombre pudiera extenderse a lo largo, muy pesada, y sólo con palancas pudieron los hombres empujarla delante de la puerta del sepulcro. La primera puerta de la gruta era de ramas entretejidas. Todo lo que se hizo en la gruta fué con faroles, porque la luz del día apenas penetraba.

LIII

Vuelta del sepulcro. José de Arimatea preso

El Sábado iba a comenzar. Nicodemo y José entraron en Jerusalén por una pequeña puerta próxima al jardín, abierta en la muralla por una gracia especial concedida a José. Dijeron a la Virgen, a Magdalena, a Juan y algunas mujeres que volvían al Calvario a orar, que hallarían esa puerta abierta siempre que llamaran, así como la del Cenáculo. La hermana mayor de la Virgen, María de Helí, volvió a la ciudad con María, madre de Marcos, y algunas otras mujeres. Los criados de José y de Nicodemo volvieron al Calvario para recoger los objetos que habían dejado.

Los soldados se juntaron con los que guardaban la puerta de la ciudad, vecina al Calvario, y Casio se fué a casa de Pilatos con la lanza. Le contó lo que había visto, y le prometió una relación exacta, si le confiaba el mando de la guardia que los judíos pedirían para el sepulcro. Pilatos escuchó sus palabras con terror secreto, mas lo trató como a un supersticioso.

José y Nicodemo encontraron en la ciudad a Pedro, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor; todos lloraban. Pedro, sobre todo, sentía un dolor violento; los abrazó, se acusó de no haber estado presente a la muerte del Salvador, y les dió las gracias por haberle dado sepultura. Se convinieron en que les abrirían las puertas del Cenáculo cuando llamaran, y se fueron a buscar a otros discípulos dispersados en diversos sitios. Vi después a la Virgen Santísima y a sus compañeras entrar en el Cenáculo; Abenadar fué también introducido, y poco a poco la mayor parte de los apóstoles y de los discípulos se juntaron en él. Las santas mujeres se reunieron en la parte donde habitaba la Virgen. Tomaron algún alimento, y pasaron todavía algún rato reunidos llorando y contando lo que habían visto. Los hombres se mudaron de vestido, y los vi debajo de una lámpara

para celebrar el sábado. Comieron corderos en el Cenáculo, pero sin hacer ninguna ceremonia, pues habían comido la víspera el cordero pascual; todos estaban llenos de angustia y de tristeza. Las santas mujeres rezaron también con María debajo de una lámpara. Cerrado que hubo la noche, Lázaro, la viuda de Naím, Dina la Samaritana y María la Sufanita, vinieron de Betania: contaron de nuevo lo sucedido, y derramaron lágrimas.

José de Arimatea volvió tarde del Cenáculo a su casa; iba tristemente por las calles de Sión, acompañado de algunos discípulos y de algunas mujeres, cuando de pronto un tropel de hombres armados, emboscados en las inmediaciones del tribunal de Caifás, se echó sobre ellos, apoderándose de José, mientras sus compañeros huían dando gritos. Lo encerraron en una torre de la muralla, cerca del tribunal. Caifás había encargado esta expedición a los soldados paganos, que no tenían que observar el sábado. Su proyecto era dejarlo morir de hambre, y no decir nada de su desaparición.

Aquí se acaba la relación del día de la Pasión del Salvador; añadiremos algunos trozos relativos al Sábado Santo, al descendimiento a los infiernos y a la Resurrección.

LIV

El nombre del Calvario

Meditando sobre el nombre de *Gólgota,* Calvario, lugar del Cráneo, que tiene la peña en donde Jesús fué crucificado, estuve en contemplación profunda sobre la serie de los tiempos desde Adán hasta Jesús, en la cual se me reveló el origen de ese nombre. He aquí de lo que me acuerdo.

Yo vi a Adán, después de su expulsión del Paraíso, llorar en la gruta en donde Jesús sudó sangre y agua sobre el monte de los Olivos. Vi cómo Seth fué prometido a Eva en la cueva del nacimiento de Jesús en Belén, y cómo nació en esa misma cueva. Vi a Eva habitar en las grutas donde después estuvo el monasterio esenio de Masfa, cerca de Hebrón.

El territorio de Jerusalén se me apareció después del diluvio, revuelto, negro, pedregoso, bien diferente de lo que era antes. A gran profundidad, debajo de la peña que forma el Calvario (la cual fué transportada a este sitio por las aguas), vi el sepulcro de Adán y de Eva. Faltaba la cabeza y una costilla a uno de los esqueletos, y la otra cabeza estaba puesta al esqueleto a quien no pertenecía. Los huesos de Adán y de Eva no estaban

todos en este sepulcro. Noé tenía algunos en el arca, que se los transmitieron los patriarcas. Noé y Abrahán, cuando ofrecían un sacrificio, los ponían sobre el altar para recordar a Dios su promesa. Cuando Jacob dió a José su vestido de diversos colores, le dió también algunos huesos de Adán para servirle de reliquias. José los llevaba siempre sobre el pecho, y fueron metidos con sus propios huesos en el primer relicario que los hijos de Israel llevaron de Egipto. He visto muchas cosas, pero se me han olvidado las unas, y me falta tiempo para contar las otras.

En cuanto al origen del nombre de Calvario, he aquí lo que sé. La montaña que tiene ese nombre se me apareció en el tiempo del profeta Eliseo. Entonces no estaba como en tiempo de Jesús: era una altura con muchas murallas y grutas que parecían sepulcros. Vi al profeta Eliseo bajar a esas grutas (no sé decir si lo hizo realmente o si era simplemente una visión). Le vi sacar un cráneo de un sepulcro de piedra, donde reposaban huesos. Uno que estaba a su lado, creo que era un ángel, le dijo: "Es el cráneo de Adán". El profeta quiso llevárselo, mas el que estaba con él no se lo permitio. Vi sobre el cráneo algunos pelos rubios esparcidos.

Supe también que habiendo contado el profeta lo que le había sucedido, el sitio recibió el nombre de *Calvario*. En fin: yo vi que la cruz de Jesús estaba puesta verticalmente sobre el cráneo de Adán, y supe que ese sitio era precisamente el medio de la tierra; al mismo tiempo conocí los números y las medidas propias a todos los países, cada uno en particular. y la relación que tenían entre sí. He visto ese medio desde arriba, y como de un vuelo. Desde allí se ven más claramente que en un mapa los diversos países, las montañas, los desiertos, los mares y los ríos, los pueblos y los lugares más pequeños, así los más cercanos como los más remotos.

LV

La cruz y el lagar

Meditando sobre esta palabra o este pensamiento de Jesús sobre la cruz: "Estoy exprimido como el vino que se ha puesto aquí en el lagar por la primera vez: debo dar toda mi sangre hasta que venga el agua, mas no se hará aquí más vino"; esto me fué explicado por una visión relativa al Calvario.

Yo vi, en una época posterior al diluvio, este terreno menos escabroso y menos estéril que lo fué después: había viñas y pra-

dos. Vi al patriarca Jafet, un viejo alto, moreno, rodeado de inmensos rebaños y de una posteridad numerosa; sus hijos y él tenían viviendas labradas en la tierra, y cubiertas con techos de hierbas y de flores. Alrededor había viñas y ensayaban sobre el Calvario, en presencia de Jafet, una nueva manera de hacer vino.

También vi las antiguas maneras de preparar el vino; no me acuerdo más que de lo siguiente: Primero se contentaban comiendo la uva; después la pisaron en tinas de piedra con pilones y en grandes tajos de madera. Esta vez habían imaginado un nuevo lagar, que se parecía a la santa cruz: era un tronco de árbol vaciado y elevado verticalmente; un saco de uva estaba colgado arriba; sobre ese saco había un pilón y encima un peso, y de los dos lados del tronco salían brazos que llegaban al saco por aberturas dispuestas a propósito, y que estrujaban la uva cuando los movían bajando las extremidades. El mosto corría fuera del árbol por cinco aberturas, y caía en una cuba de piedra; desde ahí llegaba por un caño de corcho untado de resina a esa especie de cisterna abierta en la peña, adonde encerraron a Jesús antes de crucificarlo; al pie del tronco, en la cueva de piedra, había una reja para no dejar pasar los pezones, que se ponían a un lado. Cuando alzaron el lagar, llenaron el saco de uvas, lo clavaron en lo alto, pusieron y maniobraron los brazos para hacer correr el vino. Todo eso me recordó la crucifixión, a causa de la semejanza del tronco y de la cruz. Tenían una caña larga con una extremidad llena de puntas, de suerte que parecía una cabeza de cardo, y la pasaban por el tronco o por el conducto cuando se obstruían. Eso me recordó la lanza y la esponja. Había pellejos y corchos. Vi muchos hombres jóvenes que tenían sólo un lienzo a la cintura, como Jesús, trabajando en ese lagar. Jafet era muy viejo; tenía barba larga y un vestido de pieles; miraba con placer el nuevo lagar. Era una fiesta; sacrificaron sobre un altar de piedra animales que corrían por la viña, asnillos, cabras y ovejas. No fué en este sitio en el que Abrahán vino a sacrificar a Isaac; fué quizás sobre el monte de Moriah. He olvidado muchas instrucciones relativas al vino, al vinagre, a los escobajos, a las diferentes distribuciones a derecha y a izquierda: lo siento, pues las menores cosas en esta materia tienen una profunda significación simbólica. Si Dios quiere que las dé a conocer, me las mostrará otra vez.

LVI

Extracto de una visión anterior

En una visión del último mes de la vida de Jesús, Ana Catalina Emmerick vió tres caldeos de un lugar cuyo nombre se parece a Siedor, y donde esos paganos tenían una escuela de sacerdotes, ir a visitar al Señor en Betania, a casa de Lázaro. Ya en otra ocasión había contado lo siguiente de su religión y de su templo:

A poca distancia de ese templo había una pirámide con galerías, en donde observaban los astros. Anunciaban lo porvenir por la marcha de los animales, e interpretaban los sueños. Sacrificaban animales, pero siempre con horror a la sangre que dejaban caer al suelo. Tenían fuego consagrado y agua consagrada: conservaban el zumo de una planta y panecitos consagrados, según el rito de su religión. Su templo, de forma ovalada, estaba lleno de imágenes de metal muy bien trabajadas. Tenían el presentimiento de una Madre de Dios. El objeto principal de su templo era un obelisco triangular. En uno de los dos lados había una figura con pies de animales, que tenía en sus manos una bola, un aro, un manojito de yerbas, una manzana gruesa con el pezón, y otras cosas. Su cara era como un sol con rayos; tenía muchas telas, y significaba la producción y la conservación de la naturaleza: su nombre era como Miter o Mitras. En el otro lado había una figura de animal con un cuerno: era un unicornio, y se llamaba Asfas o Aspas. Combatía con su cuerno contra un animal malo, que estaba en el tercer lado. Éste tenía una cabeza de lechuza con un pico encorvado, cuatro patas con uñas, dos alas y una cola que acababa como la de un escorpión. Se me ha olvidado su nombre, pues no me acuerdo fácilmente de esos nombres extranjeros; los confundo uno con otro, y sólo puedo indicar a qué se parecen. Al ángulo de la columna, encima de los dos animales que reñían, había una estatua, que debía representar la madre de todos los dioses. Su nombre era como Alva o Alvas; la llamaban también granero lleno de trigo, y salía de su cuerpo un haz de espigas. Su cabeza estaba agachada, pues llevaba en el pescuezo un cántaro de vino. Tenía un lema que decía: "El trigo se debe volver pan; la uva se debe volver vino, para mantener todas las cosas". Encima de esta figura había una especie de corona, y sobre la columna dos letras que me parecían una O y una W (quizás Alfa y Omega).

Pero lo que más me admiró en el templo fué un altar de metal con un jardincito redondo, cubierto de un enrejado de oro, y debajo de él se veía la figura de una virgen. En medio había una fuente compuesta de muchos estanques sellados, junto uno al otro, y delante de ella una cepa verde con un hermoso racimo colorado, que entraba en un lagar, cuya forma me recordó la de la cruz. En la punta de un tronco hueco había un embudo ancho, cuya extremidad llegaba a un saco de uvas: sobre el saco había dos brazos móviles, que entraban en el árbol por los lados, y trituraban las uvas, cuyo zumo corría por aberturas. El jardincito redondo tenía cinco o seis pies de diámetro; estaba lleno de flores, de arbustos y de frutas, todos bien ejecutados y con una significación profunda (*).

La representación profética de la salvación futura había sido hecha muchos siglos antes por los sacerdotes de ese pueblo, según lo que habían aprendido por la observación de los astros. Habían visto también esta representación sobre la escala de Jacob; habían visto igualmente otras figuras proféticas de la Madre de Dios, pero mezcladas con otras tradiciones no comprendidas. Poco tiempo antes habían sabido la significación del huerto cerrado y de la fuente sellada: se les había revelado que Jesús era la cepa cuya sangre debía regenerar al mundo, el grano de trigo que, puesto en la tierra, debía resucitar. Habían sabido que poseían muchos símbolos y muchos anuncios de la verdad, pero mezclados con invenciones de Satanás. Para tener mayores instrucciones, habían sido enviados a los tres Reyes, que, desde su vuelta de Belén, habitaban más cerca de la Tierra de Promisión, y estaban distantes dos jornadas del camino de los caldeos.

Jesús habló con brevedad a esos extranjeros. Los envió a Cafarnaúm, en casa del centurión Zorobabel; Jesús había curado a su criado, que había sido pagano como ellos, y que debía instruirlos. Eran hombres de gran estatura, jóvenes, bellos y esbeltos; tenían otra conformación que los judíos: sus pies y sus manos eran de rara pequeñez.

(*) A esto se puede referir lo que dijo la monja en otra ocasión: "Cuando veo parábolas relativas a la viña, o cuando rezo por algunas diócesis o por algunas parroquias que se me presentan bajo la forma de viñas donde me parece que debo hacer trabajos penosos, veo siempre en ellas el lagar parecido a la cruz, pero elevado en medio de una cuba o de un hoyo profundo. Los brazos del tronco se pueden mover con los pies".

LVII

Terremoto y apariciones a la muerte de Jesús

Entre los muertos resucitados en Jerusalén, cuyo número llegó a ciento, no había ningún pariente de Jesús. He visto en otros lugares de la Tierra Santa otros muertos aparecer y dar testimonio de Jesús. Así vi a Sadoc, hombre muy piadoso, que había dado todo lo que poseía a los pobres y al templo, y que había fundado una comunidad de esenios, aparecerse a mucha gente en las inmediaciones de Hebrón. Este Sadoc había vivido un siglo antes de Jesús: había deseado ardientemente la venida del Mesías, y tenido sobre esto muchas revelaciones. Vi otros muertos aparecerse a los discípulos del Señor que estaban escondidos, y darles avisos.

El terror y la desolación se extendieron hasta los lugares más remotos de la Palestina, y no fué sólo en Jerusalén donde hubo prodigios espantosos. En Tirza, las torres de la cárcel donde habían estado presos los cautivos que Jesús rescató, se hundieron. En Galilea, donde Jesús había viajado tanto, vi caerse muchos edificios, sobre todo las casas de los fariseos que habían perseguido al Salvador con más rencor, y que estaban todos en la fiesta: esas casas se hundieron sobre sus mujeres y sus hijos. Hubo muchos desastres en las inmediaciones del lago de Genesaret. Muchos edificios se desplomaron en Cafarnaúm: el muro que estaba delante del hermoso jardín del centurión Zorobabel, se abrió. El lago inundó el valle, y llegó hasta Cafarnaúm, que está a media legua. La casa de Pedro y la habitación de la Virgen, situadas al salir del pueblo, quedaron intactas. El lago estuvo muy agitado; sus orillas se hundieron por muchas partes; su configuración se mudó totalmente, con semejanza a la que hoy tiene. Hubo, sobre todo, grandes cambios en su extremidad sudoeste, cerca de Tariqueo, porque había una calzada larga de piedra construída entre el lago y una especie de laguna, y que daba una dirección constante al curso del Jordán, a su salida del lago. Toda la calzada se destruyó con el terremoto.

Hubo muchos desastres al Este del lago, en el sitio donde los cerdos pertenecientes a los habitantes de Gergesa se habían precipitado en el lago; también los hubo en Gergesa, en Gerasa y en todo el distrito de Corazaín. La montaña donde se hizo la segunda multiplicación de los panes fué conmovida, y la piedra donde se había verificado el milagro se partió por medio. En la Decápolis, ciudades enteras se hundieron. En Asia muchos sitios

sufrieron bastante, sobre todo al Este y al Noroeste de Paneas. En la Galilea Superior muchos fariseos hallaron sus casas arruinadas al volver de la fiesta. Muchos de ellos recibieron la noticia en Jerusalén: por eso los enemigos de Jesús emprendieron tan poco contra la comunidad cristiana en la fiesta de Pentecostés.

Una parte del templo de Garizim se arruinó. Había un ídolo sobre una fuente, en un pequeño templo, cuyo techo se hundió en la fuente con el ídolo. La mitad de la sinagoga de Nazaret, de donde habían echado a Jesús, se hundió, así como la parte de la montaña de donde habían querido precipitarle. Hubo muchas perturbaciones en el curso del Jordán por causa de las conmociones, y mudó de dirección en muchos sitios. En Maqueronte y en las otras ciudades de Herodes todo estuvo tranquilo: este país estaba fuera de la penitencia y de las amenazas, semejante a aquellos hombres que no se cayeron, y por consiguiente no se levantaron, en el Huerto de los Olivos.

En otros muchos sitios donde habitaban espíritus malos, vi a éstos desaparecer a bandadas en medio de los edificios y de los montes que se hundían. Las sacudidas de la tierra me recordaron las convulsiones de los poseídos cuando el enemigo siente que va a alejarse. En Gergesa, una parte de la montaña, desde donde los demonios se habían echado en un lago con los cerdos, rodó dentro de ese lago; y entonces vi una multitud de malos espíritus precipitarse en el abismo como nube oscura.

En Nicea, si no me equivoco, vi un acontecimiento singular, de que me acuerdo de una manera imperfecta. Había un puerto con muchos barcos, y cerca de ese puerto había una casa con una torre elevada, donde vi un pagano encargado de vigilar esos barcos. Tenía que subir con frecuencia a la torre y mirar lo que pasaba en el mar. Habiendo oído un gran ruido sobre los barcos del puerto, subió de prisa para ver qué sucedía, y vió volar sobre el puerto figuras siniestras, que le gritaron con voz lastimera: "Si quieres conservar los barcos, hazlos salir de aquí, pues vamos a entrar en el abismo: el grande Pan ha muerto". Le dijeron otras cosas; le recomendaron que contara lo que le decían en un viaje de mar que tenía que hacer pronto, y que recibiera bien a los mensajeros que vendrían a anunciar la doctrina del que acababa de morir. Así los malos espíritus estaban obligados por el poder de Dios a avisar a ese hombre y a encargarle que anunciara su derrota. Mandó poner las naves en seguridad, y entonces se levantó una tempestad horrible: los demonios se precipitaron aullando en el mar, y la mitad del

pueblo se hundió. Su casa subsistió en pie. Poco tiempo después hizo un gran viaje y anunció la muerte del gran Pan, si es ese el nombre que dieron al Salvador. Después vino a Roma, donde se admiraron mucho de lo que contestó. Su nombre era como Tamus o Tramus.

LVIII

Los judíos ponen guardia en el sepulcro

En la noche del Viernes al Sábado vi a Caifás y a los principales judíos consultarse sobre lo que había que hacer, vistos los prodigios que habían sucedido y la disposición del pueblo. Al salir de esta deliberación, fueron por la noche a casa de Pilatos, y le dijeron que como aquel seductor había asegurado que resucitaría al tercer día, era menester guardar el sepulcro tres días: porque si no sus discípulos podrían llevarse su cuerpo y esparcir el rumor de su Resurrección, y esa nueva decepción sería peor que la primera. Pilatos, no queriendo mezclarse en ese negocio, les dijo: "Tenéis una guardia: mandad que guarde el sepulcro como lo entendáis". Sin embargo, les dió a Casio, que debía observarlo todo, para hacer una relación exacta de lo que viera. Los vi salir de la ciudad, antes de levantarse el sol; los doce soldados que los acompañaban no estaban vestidos a la romana: eran soldados del templo. Tenían faroles puestos en palos para verlo todo a pesar de la oscuridad de la noche, y para alumbrarse en la oscura gruta donde estaba el sepulcro.

Así que llegaron, se aseguraron de la presencia del cuerpo de Jesús; después ataron una cuerda atravesada delante de la puerta del sepulcro, y ataron otra segunda sobre la piedra gruesa que estaba delante, y lo sellaron todo con un sello semicircular. Los fariseos se volvieron al pueblo, y los guardas se pusieron enfrente de la puerta exterior. Había cinco o seis hombres, que se relevaban. Casio no se movió de su puesto: estaba sentado o de pie delante de la gruta, para poder ver los pies del sepulcro. Había recibido grandes gracias internas y la inteligencia de muchos misterios. No acostumbrado a estar en ese estado de iluminación espiritual, estuvo todo el tiempo en una especie de abstracción, sin ver los objetos exteriores. Se transformó en un nuevo hombre, y pasó todo el día en la penitencia y en la adoración.

LIX

Los amigos de Jesús el Sábado Santo

Habría unos veinte hombres juntos en el Cenáculo; tenían vestiduras largas, blancas, con cinturones, y celebraban el sábado. Se separaron para acostarse, y muchos se fueron a sus casas. El sábado por la mañana se juntaron otra vez, rezando y leyendo alternativamente; de cuando en cuando introducían a los que llegaban.

En la parte de la casa donde estaba la Virgen Santísima había una gran sala con celdas separadas para los que querían pasar la noche. Cuando las piadosas mujeres volvieron del sepulcro, una de ellas encendió una lámpara colgada en medio de la sala, y se sentaron debajo de ella alrededor de la Virgen; oraron con mucha tristeza y mucho recogimiento. Pronto llegaron Marta, Maroni, Dina y Mara, que habían venido de Betania con Lázaro; éste se había ido con los discípulos al Cenáculo. Les contaron con mucho llanto la muerte y la sepultura del Salvador; después, como era tarde, algunos hombres, y entre ellos José de Arimatea, vinieron por las mujeres que querían volver a la ciudad. Entonces fué cuando tomaron preso a José.

Las mujeres que se quedaron en el Cenáculo entraron en las celdas dispuestas alrededor de la sala para tomar algún descanso. A media noche se levantaron y se reunieron debajo de la lámpara, alrededor de la Virgen, para orar. Cuando la Madre de Jesús y sus compañeras acabaron ese rezo nocturno, que veo continuar en todos los tiempos por los fieles hijos de Dios y las almas santas que una gracia particular excita, o que se conforman con las reglas dadas por Dios y su Iglesia, Juan llamó a la puerta de la sala con algunos discípulos, y en seguida recogieron sus capas y lo siguieron al templo.

A las tres de la mañana, cuando fué sellado el sepulcro, vi a la Virgen ir al templo, acompañada de las otras santas mujeres, de Juan y de otros muchos discípulos. Muchos judíos tenían costumbre de ir al templo antes de amanecer después de haber comido el cordero pascual; el templo se abría a media noche, porque los sacrificios comenzaban temprano. Pero como la fiesta se había interrumpido, todo se quedó abandonado, y me pareció que la Virgen Santísima venía sola a despedirse del templo donde se había educado. Estaba abierto, según la costumbre de ese día, y el espacio alrededor del Tabernáculo, reservado a los sacerdotes, estaba franco al pueblo, según se acostumbraba ese

día; mas el templo estaba solo, y no había más que algunos guardas y algunos criados; todo estaba en desorden por los acontecimientos de la víspera; había sido profanado con las apariciones de los muertos, y yo me preguntaba a mí misma: "¿Cómo podrá purificarse de nuevo?"

Los hijos de Simeón y los sobrinos de José de Arimatea, llenos de tristeza por la prisión de su tío, condujeron por todas partes a la Virgen y a sus compañeros, pues estaban de guardia en el templo: todos contemplaron con terror las señales de la ira de Dios, y los que acompañaban a la Virgen le contaron los acontecimientos de la víspera. Todavía no habían reparado los estragos causados por el temblor de tierra. La pared que separaba el santuario se había abierto tanto que se podía pasar por la raja; la cortina del santuario, rasgada, colgaba de los dos lados; por todas partes se veían paredes abiertas, piedras hundidas, columnas inclinadas. La Virgen fué a todos los sitios que Jesús había consagrado para Ella; se prosternó para besarlos, y los regó con sus lágrimas: sus compañeras la imitaron.

Los judíos tenían una gran veneración a todos los lugares santificados con alguna manifestación del poder divino; los besaban prosternando el rostro contra el suelo. Yo no lo extrañaba, pues sabiendo y creyendo que el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob era un Dios vivo, que habitaba con su pueblo en el templo, era natural que lo hicieran así. El templo y los lugares consagrados eran para ellos lo que es el Santísimo Sacramento para los cristianos. La Virgen Santísima, penetrada de ese respeto, condujo a sus compañeras a muchos sitios del templo; les mostró el sitio de su presentación cuando era niña, el lugar donde había sido educada, donde se había desposado con San José, donde había presentado a Jesús, donde Simeón había profetizado; ese recuerdo la hizo llorar amargamente, pues ya se había cumplido la profecía, y la espada había traspasado su alma. Se paró también en el sitio donde había hallado a Jesús niño enseñando en el templo, y besó respetuosamente el púlpito. Habiendo honrado con sus recuerdos, con sus lágrimas y con sus oraciones los sitios santificados por Jesús, se volvieron a Sión.

La Virgen se separó del templo llorando: la desolación y la soledad en que estaba, en un día tan santo, atestiguaban los crímenes de su pueblo; María se acordó que Jesús había llorado sobre el templo, y que había dicho: "Destruid este templo, y Yo lo reedificaré en tres días". María pensó que los enemigos de Jesús habían destruído el templo de su cuerpo, y deseó con

ardor ver relucir el tercer día en que la palabra eterna debía cumplirse.

María y sus compañeras habían llegado antes de amanecer al Cenáculo, y se retiraron a la parte del edificio situado a la derecha. Juan y los discípulos entraron en el Cenáculo, donde los hombres, cuyo número se elevaba a veinte, rezaban alternativamente debajo de la lámpara. Los recién venidos de cuando en cuando se instruían tímidamente y conversaban llorando: todos mostraban a Juan un respeto mezclado de confusión, porque había asistido a la muerte del Señor. Juan era afectuoso para con todos, tenía la simplicidad de un niño en sus relaciones con ellos. Los vi comer una vez: la mayor tranquilidad reinaba en la casa, y las puertas estaban cerradas.

Vi a las santas mujeres juntas hasta la noche en la sala oscura, alumbrada por la luz de una lámpara, pues las puertas estaban cerradas y las ventanas tapiadas. Unas veces rezaban alrededor de la Virgen debajo de la lámpara; otras se retiraban aparte, se cubrían la cabeza con un velo de luto, y se sentaban sobre ceniza en señal de dolor, o rezaban con la cara vuelta a la pared. Las más débiles tomaron algún alimento; las otras ayunaron.

Mis ojos se volvieron muchas veces hacia ellas, y siempre las vi rezando o mostrando su dolor del modo que he dicho. Cuando mi pensamiento se unía al de la Virgen, que estaba siempre ocupada en su Hijo, yo veía el sepulcro y los guardias sentados a la entrada: Casio estaba arrimado a la puerta, sumergido en meditación. Las puertas del sepulcro estaban cerradas, y la piedra por delante. Sin embargo, vi el cuerpo del Señor rodeado de esplendor y de luz, y dos ángeles en adoración. Pero en mi meditación, habiéndose dirigido sobre el alma del Redentor, vi una pintura tan grande y tan complicada del descendimiento a los infiernos, que sólo he podido acordarme de una pequeña parte: voy a contarla como mejor pueda.

LX

Jesús baja a los infiernos

Cuando Jesús, dando un grito, exhaló su alma santísima, yo la vi, como una forma luminosa, entrar en la tierra al pie de la cruz; muchos ángeles, entre los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Vi su divinidad estar unida con su alma y también con su cuerpo suspendido en la cruz: no puedo expresar

cómo eso se efectuaba. El sitio donde entró el alma de Jesús estaba dividido en tres partes: eran como tres mundos. Parecióme observar que eran de forma redonda, y que cada uno de ellos tenía su esfera separada.

Delante del limbo había un lugar más claro y más sereno; en él veo entrar las almas libres del purgatorio antes de ser conducidas al cielo. El limbo, donde estaban los que esperaban la redención, hallábase rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos. El Salvador, radiante de luz, era conducido en triunfo por los ángeles entre los dos círculos: en el de la izquierda estaban los Patriarcas anteriores a Abrahán; en el de la derecha hallábanse las almas de los que habían vivido desde Abrahán hasta San Juan Bautista. Cuando Jesús pasó así, no lo conocieron; mas todo se llenó de gozo y de deseo, y hubo como una dilatación en esos lugares estrechos donde estaban apretados. Jesús pasó entre ellos como el aire, como la luz, como el rocío de la redención, mas con la rapidez de un viento impetuoso. Penetró entre esos dos círculos hasta un sitio cubierto de niebla, donde estaban Adán y Eva; les habló, y ellos le adoraron con gozo indecible. El Señor, acompañado de los dos primeros seres humanos, entró a la izquierda en el círculo de los Patriarcas anteriores a Abrahán: era una especie de purgatorio. Entre ellos había malos espíritus, que atormentaban e inquietaban el alma de algunos. Los ángeles llamaron y mandaron abrir, pues había una especie de puerta que estaba cerrada: me pareció que los ángeles decían: "Abrid las puertas". Y Jesús entró en triunfo. Los malos espíritus se alejaron, gritando: "¿Qué hay entre Tú y nosotros? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quieres crucificarnos?" Los ángeles los encadenaron y los echaron delante. Las almas que estaban en ese lugar no tenían más que un leve presentimiento y un conocimiento oscuro de Jesús: el Salvador se presentó a ellas, y cantaron sus alabanzas. El alma del Señor, hacia el limbo propiamente, encontró el alma del buen ladrón conducida por los ángeles al seno de Abrahán, y la del mal ladrón que los demonios llevaban a los infiernos. El alma de Jesús, acompañada de los ángeles, de las almas libertadas y de los malos espíritus cautivos, entró en el seno de Abrahán.

Ese lugar me pareció más elevado; como cuando se sube de una iglesia subterránea a la iglesia superior. Los demonios encadenados resistían, y no querían entrar; mas los ángeles les obligaron a ello. Allí se hallaban todos los santos israelitas; a la izquierda los Patriarcas, Moisés, los Jueces y los Reyes; a la

derecha los Profetas, los antecesores de Jesús y sus parientes, como Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel y Juan. No había malos espíritus en ese lugar: la sola pena que en él se padecía era el deseo ardiente del cumplimiento de la promesa, el cual estaba satisfecho. Una alegría y felicidad indecibles entraron en esas almas, que saludaron y adoraron al Redentor. Algunos de ellos fueron enviados sobre la tierra para tomar momentáneamente sus cuerpos y dar testimonio de Jesús. Entonces fué cuando tantos muertos se aparecieron en Jerusalén. Se me aparecían como cadáveres errantes, y depusieron otra vez sus cuerpos en la tierra, como un enviado de la justicia deja su capa de oficio cuando ha cumplido con la orden de sus superiores.

Después vi a Jesús, con su acompañamiento triunfal, entrar en una esfera más profunda, donde se hallaban los paganos piadosos que habían tenido un presentimiento de la verdad y la desearon. Había entre ellos malos espíritus, pues tenían ídolos. Vi a los demonios obligados a confesar su fraude, y esas almas adoraron al Señor con grande alegría. Los demonios fueron encadenados y llevados cautivos. Vi también a Jesús atravesar como libertador muchos lugares donde había almas encerradas; pero mi triste estado no me permite contarlo todo.

En fin, vi a Jesús acercarse con rostro severo al centro del abismo. El infierno se me apareció bajo la forma de un edificio inmenso, tenebroso, alumbrado con una luz metálica: a su entrada había enormes puertas negras con cerraduras y cerrojos. Un aullido de horror se elevaba sin cesar; las puertas se hundieron, y apareció un mundo horrible de tinieblas.

La celestial Jerusalén se me aparece ordinariamente como una ciudad donde las moradas de los bienaventurados se presentan bajo la forma de palacios y de jardines llenos de flores y de frutos maravillosos, según su condición de beatitud; lo mismo aquí, creí ver un mundo entero, una reunión de edificios y de habitaciones muy complicadas. Pero en las moradas de los bienaventurados todo está formado bajo una ley de paz infinita, de armonía eterna: todo tiene por principio la beatitud, en lugar de que en el infierno todo tiene por principio la ira eterna, la discordia y la desesperación. En el cielo son edificios de gozo y de adoración, jardines llenos de frutos maravillosos que comunican la vida. En el infierno son prisiones y cavernas, desiertos y lagos llenos de todo lo que puede excitar el disgusto y el horror; la eterna y terrible discordia de los condenados; en el cielo todo es unión y beatitud de los Santos. Todas las raíces de la corrupción y del error producen en el infierno el

dolor y el suplicio en número infinito de manifestaciones y de operaciones. Cada condenado tiene siempre presente este pensamiento: que los tormentos a que están entregados son el fruto natural y necesario de su crimen; pues todo lo que se ve y se siente de horrible en este lugar, no es más que la esencia, la forma interior del pecado descubierto, de esa serpiente que devora a los que la han mantenido en su seno. Todo esto se puede comprender cuando se ve; mas es casi imposible expresarlo con palabras.

Cuando los ángeles echaron las puertas abajo, fué como un mar de imprecaciones, de injurias, de aullidos y lamentos. Algunos ángeles arrojaron a ejércitos enteros de demonios. Todos tuvieron que reconocer y adorar a Jesús, y éste fué el mayor de sus suplicios. Muchos fueron encadenados en un círculo que rodeaba otros círculos concéntricos. En el medio del infierno había un abismo de tinieblas: Lucifer fué precipitado en él encadenado, y negros vapores se extendían sobre él. Todo esto se hizo según ciertos arcanos divinos. He sabido que Lucifer debe ser desencadenado por algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del año 2000 de Cristo, si no me equivoco. Otros muchos nombres de que no me acuerdo, fueron designados. Algunos demonios deben quedar sueltos antes para castigar y tentar al mundo. Algunos han sido desencadenados en nuestros días, otros lo serán pronto. Me es imposible contar todo lo que me ha sido mostrado; es demasiado para que yo pueda coordinarlo. Además, estoy muy mala; y cuando hablo de esos objetos, se representan delante de mis ojos, y su vista podría hacerme morir.

Vi multitud innumerable de almas rescatadas elevarse del purgatorio y del limbo detrás del alma de Jesús, hasta un lugar de delicias debajo de la Jerusalén celestial. Ahí he visto, hace poco tiempo, a uno de mis amigos que ha muerto. El alma del buen ladrón vino, y vió al Señor en el Paraíso, según su promesa. No puedo decir cuánto duró todo eso, y en qué tiempo; hay muchas cosas que yo no comprendo, hay otras que serían mal entendidas si las contara. He visto al Señor en diferentes puntos, sobre todo en el mar: parecía que santificaba y libertaba toda la creación: por todas partes los malos espíritus huían delante de Él y se precipitaban en el abismo. Vi también su alma en diferentes sitios de la tierra. La vi aparecer en el interior del sepulcro de Adán, debajo del Gólgota: las almas de Adán y de Eva vinieron con Él, y les habló. Lo vi visitar con ellas los sepulcros de muchos Profetas, cuyas almas vinieron

a juntarse con él sobre sus huesos. Después, con esas almas, entre las cuales estaba David, lo vi aparecerse en muchos sitios señalados con alguna circunstancia de su vida, explicándoles con amor inefable las figuras de la Ley antigua y su cumplimiento.

Esto es lo poco que puedo recordar de mis visiones sobre la bajada de Jesús a los infiernos y la libertad de las almas de los justos. Pero además de este acontecimiento cumplido en el tiempo, vi una figura eterna de la misericordia que ejerce hoy con las pobres almas. Cada aniversario de este día echa una mirada libertadora en el purgatorio: hoy mismo, en el momento en que he tenido esta visión, ha sacado del purgatorio las almas de algunas personas que habían pecado cuando su crucifixión. Hoy he visto la libertad de muchas almas conocidas y no conocidas, mas no las nombraré.

El descendimiento de Jesús a los infiernos es la plantación de un árbol de gracia destinado a comunicar sus méritos a las almas que padecen. La redención continua de esas almas es el fruto que da este árbol en el jardín espiritual de la Iglesia. La Iglesia militante debe cuidar ese árbol y recoger sus frutos para comunicarlos a la Iglesia paciente, que no puede hacer nada por sí misma. Lo mismo sucede con todos los méritos de Cristo; para participar de ellos hay que trabajar para Él. Debemos comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente. Todo lo que Jesús ha hecho por nosotros en el tiempo, da frutos eternos: pero hay que cultivarlos y recogerlos en el tiempo; si no, no podríamos gozar de ellos en la eternidad. La Iglesia es un padre de familia; su año es el jardín completo de todos los frutos eternos en el tiempo. Hay en un año bastante de todo para todos. ¡Desgraciados los jardineros perezosos e infieles si dejan perder una gracia que hubiera podido curar a un enfermo, fortificar a un débil, satisfacer a un hambriento! Darán cuenta de la más insignificante hierbecita el día del juicio.

LXI

La noche antes de la Resurrección

Cuando se acabó el sábado, Juan vino con las santas mujeres, lloró con ellas, y las consoló. Se fué poco después; entonces Pedro y Santiago el Menor vinieron a verlas con la misma intención, pero estuvieron poco con ellas. Las santas mujeres:

mostraron otra vez su dolor envolviéndose en sus mantos y sentándose en la ceniza.

Mientras la Virgen Santísima oraba interiormente, llena de un ardiente deseo de ver a Jesús, un ángel vino a decirla que fuera a la pequeña puerta de Nicodemo, porque el Señor estaba cerca. El corazón de María se inundó de gozo: se envolvió en su manto, y dejó a las santas mujeres sin decir a nadie nada. La vi ir de prisa a la puerta pequeña de la ciudad por donde había entrado con sus compañeras al volver del sepulcro.

Podían ser las nueve de la noche: la Virgen se acercaba a pasos precipitados hacia la puerta, cuando la vi pararse en un sitio solitario. Miró a lo alto de la muralla de la ciudad, y el alma del Salvador resplandeciente bajó hasta María, acompañada de una multitud de almas de Patriarcas. Jesús, volviéndose hacia ellos, y mostrando a la Virgen, dijo: "María, mi Madre". Pareció que la abrazaba, y desapareció. La Virgen se arrodilló y besó la tierra en el sitio donde había aparecido. Sus rodillas y sus pies quedaron impresos sobre la piedra, y se volvió llena de un consuelo inefable a las santas mujeres, que encontró ocupadas en preparar ungüentos y aromas. No les dijo lo que había visto, pero sus fuerzas se habían renovado; consoló a las otras, y las fortaleció en la fe.

Cuando María volvió, vi a las santas mujeres cerca de una mesa larga, cubierta con un paño que llegaba al suelo. Encima había muchos manojos de hierbas que ellas arreglaban, mezclándolas; tenían botes de bálsamo y agua de nardo, y además flores frescas, entre las cuales había, me parece, una iris rayada y una azucena. Mientras la ausencia de la Virgen, Magdalena, María de Cleofás, Salomé, Juana y María Salomé, habían ido a comprar todo esto a la ciudad. Al día siguiente querían cubrir con ello el cuerpo del Salvador.

LXII

José de Arimatea puesto en libertad

Poco después de la vuelta de la Virgen Santísima, vi a José de Arimatea rezando en la cárcel. De pronto la prisión se llenó de luz, y oí una voz que le llamaba por su nombre. El tejado se levantó, dejando una abertura, y vi una forma luminosa echarle una sábana, que me recordó la que sirvió para amortajar a Jesús. José la tomó con ambas manos, y se dejó levantar hasta la abertura, que cerró detrás de él. Cuando llegó a lo alto de la

torre, la aparición desapareció. No sé si fué el Salvador o un ángel quien lo libertó.

Siguió la muralla hasta cerca del Cenáculo, que estaba en la inmediación de la meridional de Sión. Entonces bajó, y llamó en el Cenáculo. Los discípulos juntos habían cerrado la puerta: estaban muy afligidos por la desaparición de José, creyendo que lo habían echado en una cloaca, porque así se había corrido la voz. Cuando le vieron entrar, su alegría fué grande, como más tarde cuando San Pedro fué libertado de la prisión. Contó lo que le había sucedido: le dieron de comer, y tributaron gracias a Dios. Él salió de Jerusalén por la noche, y se fué a Arimatea, su patria; volvió, sin embargo, cuando supo que ya no corría peligro.

Vi también al fin del sábado a Caifás y a otros sacerdotes hablar con Nicodemo en su casa. Le hicieron muchas preguntas con benevolencia fingida. Estuvo firme en su fe, defendió siempre la inocencia de Jesús, y ellos se retiraron.

LXIII

La noche de la Resurrección

Pronto vi el sepulcro del Señor; todo estaba tranquilo alrededor; había seis o siete guardias de pie, o sentados. Casio está siempre en contemplación. El santo Cuerpo, envuelto en la mortaja y rodeado de luz, reposaba entre los ángeles que yo había visto constantemente en adoración a la cabeza y a los pies del Salvador, desde que se le puso en el sepulcro. Esos ángeles parecían sacerdotes; su postura y sus brazos cruzados sobre le pecho me recordaban los querubines del Arca de la Alianza, mas no les vi las alas. El Santo Sepulcro, todo entero, me recordó muchas veces el Arca de la Alianza en diversas épocas de su historia. Quizás la luz y la presencia de los ángeles eran visibles para Casio, pues estaba en contemplación delante de la puerta del sepulcro como quien adora al Santísimo Sacramento.

Vi el alma del Señor, acompañada de las almas de los Patriarcas, entrar en el sepulcro por medio del peñasco, y mostrarles todas las heridas de su sagrado Cuerpo. La mortaja se abrió, y el cuerpo apareció cubierto de llagas; era lo mismo que si la Divinidad que habitaba en él hubiese mostrado a esas almas de un modo misterioso toda la extensión de su martirio. Me pareció transparente, y se podía ver hasta el fondo de sus he-

ridas. Las almas estaban llenas de respeto mezclado de terror y de viva compasión.

En seguida tuve una visión misteriosa, que no puedo explicar ni contar bien claramente. Me pareció que el alma de Jesús, sin estar todavía completamente unida a su cuerpo, salía del sepulcro en Él y con Él; me pareció ver a los dos ángeles que adoraban a las extremidades del sepulcro, levantar el sagrado cuerpo desnudo, cubierto de heridas, y subir hasta el cielo de en medio de la roca que se conmovía; Jesús parecía presentar su cuerpo lacerado delante del Trono de su Padre celestial, en medio de los coros innumerables de ángeles prosternados: quizás así como las almas de los profetas entraron momentáneamente en sus cuerpos, después de la muerte de Jesús, sin volver a la vida en realidad, pues se separaron de nuevo sin el menor esfuerzo.

En ese momento hubo una conmoción en la peña: cuatro de los guardias habían ido por algo a la ciudad; los otros tres cayeron casi sin conocimiento. Atribuyeron eso a un temblor de tierra. Casio estaba conmovido, pues veía algo de lo que pasaba, aunque no era claro para él. Pero se quedó en su sitio esperando lo que iba a suceder. Mientras tanto, los soldados ausentes volvieron.

Vi de nuevo a las santas mujeres, que habían acabado de preparar sus aromas y se habían retirado a sus celdas. Sin embargo, no se acostaron para dormir; sólo se reclinaron sobre los cobertores enrollados. Querían ir al sepulcro antes de amanecer, porque temían a los enemigos de Jesús; pero la Virgen, llena de nuevo valor desde que se le había aparecido su Hijo, las tranquilizó, diciéndoles que podían descansar y sin temor ir al sepulcro, que no les sucedería ningún mal. Entonces se permitieron un poco de reposo.

Serían las once de la noche cuando la Virgen, llevada de amor y por un deseo irresistible, se levantó, se puso un manto pardo, y salió sola de la casa. Yo decía: "¿Cómo dejarán a esta Santa Madre, tan acabada, tan afligida, ir sola entre tanto peligro?" Fué a la casa de Caifás, al palacio de Pilatos, corrió todo el camino de la cruz por las calles desiertas, parándose en los sitios donde el Salvador había sufrido los mayores dolores o pésimos tratamientos. Parecía que buscaba un objeto perdido; con frecuencia se prosternaba en el suelo, tocaba las piedras o las besaba, como si hubiese habido sangre del Salvador. Estaba llena de amor inefable, y todos los sitios santificados se le apa-

recían luminosos. Yo la acompañé todo el camino, y sentí todo lo que Ella sintió, según la medida de mis fuerzas.

Fué así hasta el Calvario, y conforme se iba acercando, se paró de pronto. Vi a Jesús con su sagrado cuerpo aparecerse delante de la Virgen, precedido de un ángel, teniendo a ambos lados a los dos ángeles del sepulcro, y seguido de una multitud de almas libertadas. El cuerpo de Jesús estaba resplandeciente; yo no veía en Él ningún movimiento; pero salió de Él una voz que anunció a su Madre lo que había hecho en el limbo, y le dijo que iba a resucitar y a venir a ella con su cuerpo transfigurado, que debía esperarle cerca de la piedra donde se había caído en el Calvario.

La aparición se dirigió del lado de la ciudad, y la Virgen se fué a arrodillar al sitio que le había sido designado. Podía ser media noche, porque la Virgen había estado mucho tiempo en el camino de la cruz. Vi al Salvador con su escolta celestial seguir el mismo camino: todo el suplicio de Jesús fué mostrado a las almas con las menores circunstancias. Los ángeles recogían todas las partes de su sustancia sagrada que le habían sido arrancadas del cuerpo.

Me pareció después que el cuerpo del Señor reposaba otra vez en el sepulcro, y que los ángeles le restituían de un modo misterioso todo lo que los verdugos y los instrumentos del suplicio le habían arrancado. Lo vi otra vez resplandeciente en su mortaja, con los dos ángeles en adoración a la cabeza y a los pies. No puedo expresar cómo sucedió todo eso, pues no lo alcanza nuestra razón: además, lo que me parece claro e inteligible cuando lo veo, se vuelve oscuro cuando quiero expresarlo con palabras.

Cuando el cielo comenzó a relucir al Oriente, vi a Magdalena, María, hija de Cleofás, Juana Chusa y Salomé, salir del Cenáculo envueltas en sus mantos. Llevaban aromas, y una de ellas una luz encendida, pero oculta debajo de sus vestidos. Las vi dirigirse tímidamente hacia la puerta de José de Arimatea.

LXIV

Resurrección del Señor

Vi como una gloria resplandeciente entre dos ángeles vestidos de guerreros: era el alma de Jesús que, penetrando por la roca, vino a unirse con su cuerpo santísimo. Vi los miembros

moverse, y el cuerpo del Señor, unido con su alma y con su divinidad, salir de su mortaja, radiante de luz.

Me pareció que en el mismo instante una forma monstruosa salió de la tierra, de debajo de la peña. Tenía cola de serpiente, cabeza de dragón, que levantaba contra Jesús; me parece que además tenía cabeza humana. Vi en la mano del Salvador resucitado una bandera flotante. Pisó la cabeza del dragón, y pegó tres golpes en la cola con su palo: después el monstruo desapareció. He visto con frecuencia esta visión en la Resurrección, y he visto una serpiente igual, que parecía emboscada, en la concepción de Jesús. Me recordó la serpiente del paraíso; todavía era más horrorosa. Pienso que esto se refiere a la profecía: "El Hijo de la Mujer quebrantará la cabeza de la serpiente" Todo eso me parecía un símbolo de la victoria sobre la muerte; pues cuando vi al Señor romper la cabeza del dragón, ya no vi el sepulcro.

Jesús, resplandeciente, se elevó por medio de la peña. La tierra tembló: un ángel parecido a un guerrero se precipitó del cielo al sepulcro como un rayo; puso la piedra a la derecha, y se sentó sobre ella. Los soldados cayeron como muertos, y estaban tendidos en el suelo sin dar señales de vida. Casio, viendo la luz brillar en el sepulcro, se acercó, tocó los lienzos solos, y se retiró con la intención de anunciar a Pilatos lo sucedido. Sin embargo, esperó un poco, porque había sentido el terremoto, y había visto al ángel echar la piedra a un lado y el sepulcro vacío, mas no había visto a Jesús.

En el momento en que el ángel entró en el sepulcro y la tierra tembló, el Salvador resucitado se apareció a su madre en el Calvario. Estaba hermoso y radiante. Su vestido, parecido a un manto, flotaba tras de Sí, y parecía de un blanco azulado, como el humo visto al sol. Sus heridas estaban resplandecientes; se podía meter el dedo en las aberturas de las manos: salían rayos de la palma de la mano a la punta de los dedos. Las almas de los patriarcas se inclinaron ante la Madre de Jesús. El Salvador mostró sus heridas a su Madre, que se prosternó para besar sus pies; mas Él la levantó, y desapareció. Se veían relucir faroles a lo lejos, cerca del sepulcro, y el horizonte se esclarecía al Oriente encima de Jerusalén.

LXV

Las santas mujeres en el sepulcro

Las santas mujeres estaban cerca de la pequeña puerta cuando nuestro Señor resucitó; pero no vieron nada de los prodigios que habían sucedido en el sepulcro. Tampoco sabían que habían puesto guardia, porque no estuvieron la víspera, a causa del sábado. Se preguntaban entre sí con inquietud: "¿Quién nos levantará la piedra de la entrada?" Querían echar agua de nardo y aceite odorífero sobre el cuerpo de Jesús, con aromas y flores: querían ofrecer al Señor lo más precioso que habían podido encontrar para honrar su sepultura. La que había llevado más cosas era Salomé. No era la madre de Juan, sino una mujer rica de Jerusalén, parienta de San José. Resolvieron poner sus aromas sobre la piedra, y esperar que algún discípulo viniera a levantarla.

Los guardias estaban tendidos en el suelo como atacados de una apoplejía: la piedra estaba echada a la derecha, de modo que se podía abrir la puerta sin dificultad. Los lienzos que habían servido para envolver el cuerpo de Jesús estaban sobre el sepulcro. La grande sábana estaba en su sitio, pero con los aromas sólo: las vendas estaban sobre el borde anterior del sepulcro. Los paños con que María había envuelto la cabeza de su Hijo, en el mismo sitio.

Vi a las santas mujeres acercarse al huerto: cuando vieron los faroles y los soldados tendidos alrededor del sepulcro, tuvieron miedo, y se alejaron un poco. Pero Magdalena, sin pensar en el peligro, entró precipitadamente en el huerto, y Salomé la siguió a cierta distancia; las otras dos, menos resueltas, se quedaron a la puerta. Magdalena, al acercarse a los guardias, tuvo miedo, y se volvió con Salomé; y las dos juntas, pasando entre los soldados tendidos en el suelo, entraron en la gruta del sepulcro. Vieron la piedra quitada; pero las puertas estaban cerradas. Magdalena las abrió llena de emoción, y vió apartados los lienzos. El sepulcro estaba resplandeciente, y un ángel estaba sentado a la derecha sobre la piedra. No sé si Magdalena oyó las palabras del ángel; mas salió perturbada del huerto, y corrió rápidamente adonde estaban reunidos los discípulos. No sé tampoco si el ángel habló a María Salomé, que se había quedado a la entrada del sepulcro: la vi salir muy de prisa del huerto detrás de Magdalena, y reunirse a las otras dos mujeres, anunciándoles lo que había sucedido. Se llenaron de sobresalto y de

alegría al mismo tiempo, y no se atrevieron a entrar en el huerto. Casio, que había esperado un rato alrededor, pensando quizás ver a Jesús, fué a contarlo todo a Pilatos. Al salir, dijo a las santas mujeres todo lo que había visto, y las exhortó a que fueran a asegurarse por sus propios ojos. Ellas se animaron, y entraron en el huerto. Estando en la entrada del sepulcro, vieron dos ángeles vestidos de blanco con trajes sacerdotales. Las mujeres se asustaron; y cubriéndose los ojos con las manos, se prosternaron hasta el suelo. Pero un ángel les dijo que no tuvieran miedo; que no buscaran al Crucificado, porque había resucitado y estaba lleno de vida. Les enseñó el sitio vacío, les mandó que dijeran a los discípulos lo que habían visto y oído; añadiendo que Jesús les precedería en Galilea, y que debían acordarse de sus palabras: "El Hijo del hombre será entregado a las manos de los pecadores; lo crucificarán, y resucitará al tercer día". Entonces los ángeles desaparecieron. Las santas mujeres, temblando, pero llenas de gozo, se volvieron hacia la ciudad: iban conmovidas; no se apresuraban, y se paraban de cuando en cuando para mirar si veían al Señor o si Magdalena volvía.

Mientras tanto, Magdalena llegó al Cenáculo; estaba como fuera de sí, y llamó con fuerza a la puerta. Algunos discípulos estaban todavía acostados durmiendo; otros se hallaban levantados. Pedro y Juan abrieron. Magdalena les dijo desde afuera: "Han sacado al Señor del sepulcro; no sabemos adónde le han puesto". Después de estas palabras, se volvió corriendo al huerto. Pedro y Juan entraron en la casa, y dijeron algunas palabras a los otros discípulos; después la siguieron corriendo: Juan más de prisa que Pedro. Magdalena entró en el huerto, y se dirigió al sepulcro, conmovida de cansancio y de dolor. Estaba cubierta de rocío; su manto habíase desprendido de la cabeza y de los hombros, y sus largos cabellos se veían descubiertos y flotantes. Como estaba sola, no se atrevió a bajar a la gruta, y se paró un instante a la entrada. Se arrodilló para mirar dentro del sepulcro por entre las puertas, y al echar atrás sus cabellos, que le caían sobre la cara, vió dos ángeles vestidos de blanco sentados a las extremidades del sepulcro, y oyó la voz de uno de ellos que decía: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella gritó en medio de su dolor (pues no veía más que una cosa, no tenía más que un pensamiento, a saber: que el cuerpo de Jesús no estaba allí): "Se han llevado a mi Señor, y no sé a dónde lo han puesto". Después de estas palabras, viendo el sepulcro vacío, se salió, y se puso a buscar acá y allá. Le pareció que iba a encontrar a Jesús: presentía confusamente que estaba cerca de ella, y la

aparición de los ángeles no podía distraerla: diríase que no veía que eran ángeles, y no podía pensar más que en Jesús. "¡Jesús no está allí! ¿A dónde está Jesús?" La vi errante de un lado a otro como una persona extraviada en su camino. El cabello le caía por ambos lados sobre la cara. Una vez tomó todo el pelo con las manos, y después lo partió en dos, echándolo atrás. Entonces, mirando a su alrededor, vió a diez pasos del sepulcro, al Oriente, en el sitio donde el huerto sube en dirección a la ciudad, aparecer una figura vestida de blanco entre los arbustos, a la luz del crepúsculo, y corriendo de ese lado, oyó estas palabras: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella creyó que era el hortelano; y, en efecto, el que la hablaba tenía una azada en la mano, y sobre la cabeza un sombrero ancho, que parecía hecho de corteza de árbol. Yo había visto bajo esta forma al obrero de la parábola que Jesús había contado a las santas mujeres en Betania poco antes de su Pasión. No estaba resplandeciente de luz; pero se parecía a un hombre vestido de blanco, visto a la luz del crepúsculo. A estas palabras: "¿ A quién buscas?" Ella respondió: "Si tú lo has tomado, dime dónde está, y yo iré por Él". Y en seguida se puso a mirar en derredor. Entonces Jesús le dijo con el timbre habitual de su voz: "¡María!" Ella conoció el acento, y, olvidando la crucifixión, muerte y sepultura, le dijo como otras veces: "*¡Rabboni!* (Maestro)". Se puso de rodillas, y extendió los brazos a los pies de Jesús. Mas el Salvador, deteniéndola, le dijo: "¡No me toques, pues aún no he subido hacia mi Padre! Vete a decir a mis hermanos que subo hacia mi Padre y el suyo, hacia mi Dios y el suyo". Y desapareció.

Supe por qué Jesús había dicho: "¡No me toques!"; pero no me acuerdo bien distintamente. Yo pienso que habló así a causa de la impetuosidad de Magdalena, demasiado absorta en el pensamiento de que vivía de la misma vida que antes, y creía que todo estaba como antes. En cuanto a las palabras de Jesús: "Todavía no he subido hacia mi Padre", me fué explicado que no se había presentado aún a su Padre después de su Resurrección, y que todavía no le había dado gracias por su victoria sobre la muerte y por la obra cumplida de la Redención. Fué lo mismo que decir que las primicias de la alegría pertenecían a Dios; que ella debía primero volver en sí y dar gracias a Dios por el cumplimiento del misterio de la Redención, pues había querido besar sus pies como antes; no se acordó más que de su amado, y olvidaba con la violencia de su amor el milagro que tenía ante sus ojos. Magdalena, después de la resurrección del Señor, se levantó de prisa, y, como si hubiese visto un sueño,

corrió otra vez al sepulcro. Vió sentados a los dos ángeles, que le dijeron lo que habían dicho a las otras dos mujeres sobre la resurrección de Jesús. Entonces, segura del milagro y de lo que había visto, buscó a sus compañeras, y las encontró en el camino que conduce al Gólgota. Ellas andaban errantes, llenas de temor, esperando la vuelta de Magdalena, y con vaga esperanza de encontrar a Jesús en alguna parte.

Toda esta escena no duró más que dos minutos. Podían ser las tres y media de la mañana cuando el Señor se le apareció, y apenas salía del huerto cuando Juan entraba, y después Pedro. Juan se paró a la entrada del sepulcro; miró por la puerta entreabierta y vió el sepulcro vacío. Pedro llegó entonces, y bajó a la gruta, adonde vió los lienzos doblados, como se ha dicho. Juan lo siguió; y a esta vista creyó en la Resurrección. Lo que Jesús les había dicho, lo que estaba en las Escrituras, veíanlo claro: y hasta entonces no lo habían comprendido. Pedro tomó los lienzos bajo su capa, y se volvieron corriendo.

Yo he visto el sepulcro con ellos y con Magdalena, y siempre he visto los dos ángeles sentados a la cabeza y a los pies, como en todo el tiempo que Jesús estuvo en el sepulcro. Me parece que Pedro no los vió. Más tarde vi a Juan decir a los discípulos de Emaús, que mirando desde arriba, había visto un ángel. Quizás el espanto que le causó esta visión fué causa de que dejase a Pedro pasar adelante, y quizás no habla de ello en el Evangelio por humildad, por no decir que había visto más que Pedro.

Entonces vi a los guardias levantarse y recoger sus picas y sus faroles. Estaban aterrados: salieron pronto del huerto, y llegaron presto a la puerta de la ciudad. Mientras tanto Magdalena se juntó con las santas mujeres, y les contó que había visto al Señor en el huerto, y después a los ángeles. Sus compañeras le respondieron que ellas también habían visto a los ángeles. Entonces Magdalena corrió a Jerusalén, y las mujeres se volvieron al huerto, pensando, sin duda, encontrar a los dos apóstoles. Al acercarse, Jesús se les apareció, vestido de blanco, y les dijo: "Yo os saludo". Ellas se echaron a sus pies, mas Él les dijo algunas palabras, y parecía indicarles algo con la mano, y desapareció. Entonces corrieron al Cenáculo, y contaron a los discípulos que habían visto al Señor. Éstos no querían creer ni a ellas ni a Magdalena, y calificaron cuanto les decían de sueños de mujeres, hasta la vuelta de Pedro y de Juan.

Al volverse Juan y Pedro, encontraron a Santiago el Menor y a Tadeo, que los habían seguido, y estaban muy conmo-

vidos, pues el Señor se les había aparecido cerca del Cenáculo. Yo había visto a Jesús pasar delante de Pedro y de Juan, y me parece que Pedro lo vió, pues me pareció haber sentido un terror súbito. No sé si Juan lo conocería.

LXVI

Relación de los guardias del sepulcro

Casio fué a ver a Pilatos una hora después de la Resurrección. El gobernador romano estaba aún acostado, y mandó entrar a Casio. Le contó con grande emoción todo lo que había visto: le habló de la conmoción de la peña, de la piedra alzada por un ángel, y de los lienzos allí aislados en que Jesús fuera envuelto; añadió que Jesús era ciertamente el Mesías, el Hijo de Dios, y que había resucitado verdaderamente. Pilatos escuchó esta relación con terror secreto; pero, sin demostrarlo, dijo a Casio: "Tú eres un supersticioso; has hecho una necedad en ponerte cerca del sepulcro del Galileo; sus dioses se han apoderado de ti, y te han hecho ver todas esas visiones fantásticas: te aconsejo que no cuentes eso a los príncipes de los sacerdotes, porque podría costarte caro". Hizo como si creyera que el cuerpo de Jesús había sido escondido por los discípulos, y que los guardias contarían la cosa de otro modo, sea por excusarse de su negligencia, o ya por haberse dejado engañar con hechizos. Habiendo hablado así, Casio salió, y Pilatos fué a sacrificar a sus dioses.

Presto vinieron cuatro soldados a hacer la misma relación a Pilatos; mas no se explicó con ellos, y los mandó a Caifás. Vi parte de la guardia en un gran patio cerca del templo, donde se habían juntado muchos judíos ancianos. Después de algunas deliberaciones, tomaron a los soldados uno por uno, y, a fuerza de dinero o de amenazas, los forzaron a que dijeran que los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús mientras dormían. Los soldados respondieron que sus compañeros, que habían ido a casa de Pilatos, podrían desmentirlos, y los fariseos les prometieron que lo compondrían todo con el gobernador. Mas cuando los cuatro guardias llegaron, no quisieron negar lo que habían dicho en casa de Pilatos. Se había extendido la voz de que José de Arimatea había salido milagrosamente de la prisión: y como los fariseos daban a entender que esos soldados habían sido sobornados para dejar llevar el cuerpo de Jesús, éstos respondieron que ni ellos podían presentar su cuerpo, ni

los guardias de la prisión podían presentar a José de Arimatea. Perseveraron en lo que habían dicho, y hablaron tan libremente del juicio inicuo de la antevíspera y del modo cómo se había interrumpido la Pascua, que los pusieron en la cárcel. Los otros esparcieron la voz de que los discípulos se habían llevado el cuerpo de Jesús, y este embuste fué extendido por los fariseos, los saduceos y los herodianos, y divulgado por todas las sinagogas, acompañándolo de injurias contra Jesús.

Sin embargo, la intriga no tuvo efecto generalmente, pues después de la resurrección de Jesús, muchos justos de la ley antigua se aparecieron a multitud de sus descendientes que eran capaces de recibir la gracia, y los excitaron a que se convirtiesen a Jesús. Muchos discípulos, dispersados por el país y atemorizados, vieron también apariciones semejantes, que los consolaron y los confirmaron en la fe.

La aparición de los muertos que salieron de sus sepulcros después de la muerte de Jesús, no se parecía en nada a la resurrección del Señor. Jesús resucitó con su cuerpo renovado y glorificado, que no estaba sujeto a la muerte, y con el cual subió al Cielo en presencia de sus amigos. Mas esos cuerpos que habían salido del sepulcro eran cadáveres sin movimiento, dados por vestido a las almas que de ellos se cubrieran, para volverlos a dejar en la tierra hasta que resuciten, como nosotros todos, el día del juicio. Estaban menos resucitados que Lázaro, que vivió realmente y murió por segunda vez.

LXVII

Fin de estas meditaciones para la Cuaresma

El domingo siguiente, si no me equivoco, vi a los judíos lavar y purificar el templo. Ofrecieron sacrificios expiatorios, sacaron los escombros, y tapando las señales del terremoto con tablas y alfombras, continuaron las ceremonias de la Pascua, que no se habían podido acabar el mismo día. Declararon que la fiesta se había interrumpido por la asistencia de los impuros al sacrificio, y aplicaron, no sé cómo, a lo que había pasado, una visión de Ezequiel sobre la resurrección de los muertos. Además, amenazaron con penas graves a los que hablaran o murmuraran; sin embargo, no calmaron sino a aquella parte del pueblo más ignorante y más inmoral: los mejores se convirtieron primero con sigilo, y después de Pentecostés abiertamente. Los príncipes de los sacerdotes perdieron una gran parte

de su osadía al ver la rápida propagación de la doctrina de Jesús. En el tiempo del diaconado de San Esteban, Ofel y la parte oriental de Sión no podían contener a la comunidad cristiana, y tuvo que ocupar el espacio que se extiende desde la ciudad hasta Betania.

Vi a Anás como poseído del demonio; lo encerraron, y no volvió a aparecer. Caifás estaba como loco furioso: ¡tal era la violencia de la ira secreta que lo devoraba!

El jueves, después de Pascua, Ana Catalina dijo:

Hoy he visto a Pilatos hacer buscar inútilmente a su mujer. Estaba escondida en casa de Lázaro, en Jerusalén. No podían adivinarlo, pues ninguna mujer habitaba en aquella casa. Esteban, que no era conocido por discípulo, le llevaba la comida y las noticias de fuera. Esteban era primo de Pablo: ambos, hijos de dos hermanos (*).

Epoca Duodécima

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

INTRODUCCION

Observamos en esta época los trabajos de los apóstoles y discípulos después de la resurrección del Señor, coincidentes con el relato de San Lucas. Corresponde, sin embargo, destacar tres hechos importantes: 1º Los apóstoles inician, según Ana Catalina, los cultos divinos, particularmente el santo Sacrificio de la Misa, de acuerdo con la liturgia aprendida del mismo Jesucristo. Resulta ilustrativo observar el uso de las vestiduras y de los vasos sagrados, las primeras ordenaciones sacerdotales y la formación paulatina de la jerarquía eclesiástica. 2º La venida de la tercera divina Persona aparece relevada como un contecimiento prodigioso de la naturaleza. La vidente describe al Espíritu Santo como un meteoro extraordinario que desciende maravillosamente sobre el Cenáculo. San Pedro adquiere entonces, como jefe, una estatura inusitada ante sus compañeros y el pueblo. 3º La Virgen Inmaculada se retira a Efeso con San Juan Evangelista, inaugura el Vía Crucis, regresa a Jerusalén para recorrer los lugares donde padeció su divino Hijo, y muere en Efeso rodeada de los apóstoles, con excepción de Santo Tomás. Los discípulos advierten cada vez mejor la grandeza incomparable de la Mujer bienaventurada entre todas. La Asunción está descripta con tanta sencillez y belleza que nos resulta ahora sorprendente la demora de tantos siglos para que este misterio se haya definido dogmáticamente.

I

Primeros actos de culto después de la Resurrección

En el vestíbulo abierto de la sala de la última Cena preparó Nicodemo una cena para los apóstoles, las santas mujeres y una parte de los discípulos. Tomás no estaba con los demás: se había retirado de propia voluntad. Todo lo que aquí se hacía era según lo estaba ordenado por el Señor. Jesús había, en la última Cena, instruído a Pedro y a Juan, que estaban al lado, y a los que había ordenado de sacerdotes, acerca de todo lo referente al Santísimo Sacramento, mandándoles que luego instruyesen a los demás repitiéndoles las enseñanzas recibidas.

He visto a Pedro y a Juan en medio de ocho apóstoles abrir los misterios que el Señor les había confiado; hacerlos participantes de ellos y conferir con ellos acerca del modo de administrar esos misterios. Todo lo que Pedro decía era confirmado por Juan. Los apóstoles tenían vestiduras blancas de fiesta; Pedro y Juan tenían además una estola que colgaba desde los hombros al pecho, cruzada allí y sujeta por una grapa. Los demás apóstoles llevaban una estola desde un hombro, que pasaba por la espalda y el pecho, cruzada debajo del brazo y sujeta allí con una grapa. Pedro y Juan habían sido consagrados sacerdotes por Jesús; los demás eran sólo diáconos.

Después de esta conferencia he visto entrar a las santas mujeres en número de nueve y a Pedro que las instruía. Pedro hacía esto en la sala mientras Juan recibía a los discípulos más antiguos, en número de diecisiete, en la puerta. Eran los que más habían estado con el Señor. Entre ellos figuraban Zaqueo, Natanael, Matías, Barsabás y otros. Primero Juan sirvió en el oficio de lavarles los pies y luego se revistieron de vestiduras blancas con cinturones.

He visto que Pedro envió a Mateo, después de la instrucción impartida, a casa de Lázaro, en Betania, para que allí, en otra cena y delante de muchos otros discípulos, repitiera lo que aquí se había enseñado y hecho.

Después he visto preparar en el vestíbulo de la sala una mesa larga, de modo que algunos de los discípulos quedaban

fuera del vestíbulo del Cenáculo, en el patio sombreado por tupidos árboles. Se habían dejado tres entradas a las mesas para servir los alimentos. Las santas mujeres ocupaban el final de la mesa. Llevaban largas vestiduras blancas, con velos, pero sin cubrirse los rostros. Se sentaban a las mesas sobre pequeños y bajos taburetes, con asideros, y tenían las piernas cruzadas.

En el medio de la mesa se sentaron Pedro y Juan, de frente: así cerraban la hilera de los hombres separándola de la de las mujeres. Los asientos no eran como lo fueron en la última Cena: tenían unos almohadones bajos, entretejidos, sobre los cuales se reclinaban. Delante tenían un rodete abotagado que estaba sobre dos pies más elevados, sujeto con maderas atravesadas. Todos estaban en la mesa echados, de modo que los pies de uno se extendían a lo largo de las espaldas del siguiente. En la última Cena he visto que estaban echados de manera que extendían los pies totalmente afuera.

Esta comida transcurrió con todo orden. Primero oraron de pie; luego comieron echados, como he dicho, mientras Pedro y Juan enseñaban. Al final de la comida presentaron a Pedro un pan acanalado y chato. Pedro lo dividió en partes y puesto sobre dos fuentes lo hizo pasar a derecha y a izquierda de la mesa. Se pasó también por la mesa un recipiente de vino bastante grande, y todos bebieron de él. Aunque Pedro bendijo ese pan, no era el Sacramento, sino sólo un ágape lo que celebraban. Pedro enseñó que todos debían ser uno, como uno era el pan que se distribuyó y como era uno el vino del cual bebieron todos. Después de esto se levantaron y cantaron salmos.

Cuando se hubo terminado el ágape y limpiado las mesas, las santas mujeres se reunieron en grupo al final de la sala. Los discípulos estaban de ambos lados. Los apóstoles iban de un grupo a otro enseñando e instruyendo a los discípulos más antiguos lo que debían saber sobre el santo Sacramento. Era la primera catequesis después de la muerte de Jesús. He visto cómo yendo de unos a otros se daban las manos y declaraban que querían tener todo en común y alegres dar de lo que tenían; ser uno y permanecer unidos. En esto vino como una conmoción entre ellos. Los he visto a todos como inundados de luz, como que se fundían en amor recíproco. Toda esa luz se levantaba como formando una pirámide, y en la cúspide de esa luz apareció la Virgen María como coronación y punto céntrico de todo. Desde donde estaba María salieron rayos de luz que se derramaban

sobre los apóstoles. Era una representación de la unión de todos y símbolo de las relaciones de unos con otros.

He visto cómo Mateo enseñaba en casa de Lázaro, en ocasión de un ágape semejante, entre muchos más discípulos que no estaban todavía en grado de comprender las enseñanzas como éstos del Cenáculo.

II

La Comunión de los apóstoles

A la mañana muy temprano he visto cómo Pedro y Juan con Andrés entraban en la sala del Cenáculo y se revestían de los hábitos de sacerdote. Los demás apóstoles hacían lo mismo en la sala contigua. Los primeros tres apóstoles descorrieron la cortina, que era una colgadura entretejida en la parte media, y entraron en el sector de la sala que habían reservado para el Santísimo. Esta parte se había transformado en oratorio separándola del resto de la sala con un cortinado no tan alto, de modo que pudiera penetrar dentro la luz que venía de una ventana abierta en medio del salón. La cortina estaba adornada con borlas y se podía abrir por el medio para dar entrada a la luz. La mesa de la última Cena estaba allí. El cáliz con el resto del *sanguis* y la fuente con los restos del pan consagrado, estaban guardados en un nicho de la pared que formaba como un tabernáculo. Delante del Santísimo ardía una lámpara de un candelabro de varios brazos. Con esta luz encendieron la lámpara que había ardido en la Pascua. Trajeron al centro de la sala la mesa de la última Cena, pusieron sobre ella el Sacramento y apagaron la lámpara que había ardido delante. Los demás apóstoles, entre ellos Tomás, se colocaron en torno de la mesa. Del pan consagrado por Jesús y cambiado en su Cuerpo había aún bastante en la fuente pequeña, sobre el cáliz, cubierto con un fanal en forma de campana que tenía arriba un botón para asirlo. Sobre todo esto, cubriéndolo, estaba tendido un lienzo blanco.

Pedro sacó el tirador de la base, lo cubrió con el lienzo y puso sobre él el plato con el santo Sacramento. Detrás de Pedro Juan y Andrés recitaban oraciones. Pedro y Juan, inclinados, recibieron el Sacramento; luego Pedro hizo circular el plato y cada uno recibió por sí mismo el Sacramento. En el cáliz que había consagrado el Señor habían echado un poco de vino y de

agua, y bebieron luego de él. Después cantaron salmos, oraron, cubrieron el cáliz y lo llevaron de nuevo a su lugar, como también la mesa. Esta fué la primera función que he visto celebrar por los once apóstoles. Después vi que Tomás se fué con otro discípulo de Samaría a un pueblo de los alrededores.

III

Los discípulos de Emaús

Lucas, que está desde hace poco entre los apóstoles, pero que ya había estado con Juan Bautista y recibido el bautismo de él, formaba parte del grupo de los discípulos que habían escuchado la instrucción de Mateo en casa de Lázaro, en Betania. Después de esta instrucción, permaneció pensativo y dudoso; por la tarde se fué a Jerusalén y pasó la noche en casa de Juan Marcos, donde había otros discípulos reunidos, entre ellos Cleofás, nieto del hermano del padre de María Cleofás, que había estado en la instrucción del Cenáculo. Los discípulos hablaban de la Resurrección de Jesús, pero dudaban. Lucas y Cleofás, especialmente, estaban muy dudosos en su fe. Como salió de nuevo la orden de los sacerdotes de que nadie diese albergue ni comida a los discípulos de Jesús, resolvieron los dos, que se conocían con anterioridad, ir a Emaús y vivir allí retirados. Abandonaron la reunión y uno, saliendo de la casa de Juan Marcos, se encaminó por la derecha afuera de la ciudad por el Norte, y el otro por la parte opuesta, para no despertar sospechas y no ser vistos juntos. El uno no tocó la ciudad; el otro, atravesando muros, salió por la puerta. Junto a una colina, fuera de la ciudad, volvieron a juntarse: tenían bastón de caminantes y alforjas. Lucas lleva una bolsa de cuero: lo veo salir a veces del camino y juntar hierbas. Lucas no estuvo en los últimos tiempos con el Señor. En Betania no estaba siempre en la instrucción de Mateo, sino más bien en el albergue con otros discípulos. Lo he visto también en Maqueronte. No había sido hasta ahora un discípulo permanente: ahora empieza a serlo; con todo había estado mucho con los discípulos y era muy deseoso de saber. Yo sentía que ambos estaban inquietos y dudosos y querían hablar de las cosas que se decían. No podían especialmente comprender cómo el Señor hubiese permitido ser crucificado tan villanamente por sus enemigos.

Más o menos a mitad del camino se les acercó Jesús de un lado. Cuando lo vieron, retardaron el paso como deseando que pasara delante y no oyese la conversación. Jesús retardó también el paso y se unió a ellos cuando estaban delante algunos pasos. He visto al Señor caminar un momento detrás de ellos; luego se adelantó y les preguntó qué hablaban. Cuando estaban por llegar a Emaús, hermoso lugar donde el camino se dividía en dos, quiso el Señor tomar el camino hacia Belén en dirección al Sur. Ellos le rogaron y le forzaron a entrar en una casa de Emaús, en la segunda hilera de la población. No he visto a mujeres en la casa; me pareció una sala de fiesta abierta, donde hubiese tenido lugar una reunión. La habitación era cuadrada y limpia; la mesa estaba preparada; había almohadones y divanes en torno, como en la última Cena. Un hombre trajo un panal de miel en una bandeja entretejida y una torta bastante grande de forma cuadrada. Delante de Jesús, como a huésped, le pusieron un pan pequeño, delgado, casi transparente, como los panes de Pascua. Este hombre me pareció bueno: llevaba un delantal como si fuera cocinero o servidor de la casa. No estuvo presente en la acción que realizó luego Jesús. La torta estaba acanalada y señalada en partes del grosor de dos dedos. Sobre la mesa había un cuchillo blanco de hueso o de piedra, curvo y grande como una cuchilla nuestra. Rezaron y comieron parte de la torta y del panal de miel. Primero comió Jesús, tendido en el diván. Luego tomó el panecillo que tenía las hendiduras y con el cuchillo blanco de hueso lo dividió en tres partes, lo colocó sobre un plato y lo bendijo; se puso de pie, alzó en alto, con ambas manos, el plato con los panes y oró con los ojos elevados al cielo. Los dos hombres estaban delante de Jesús, conmovidos, como fuera de sí mismos. Jesús separó los bocados y ellos se acercaron con la boca abierta al Señor, quien con su mano le dió a cada uno su parte. He visto que al mover Jesús la mano hacia la boca, el tercer bocado desapareció de entre sus dedos. No puedo decir que en realidad haya tomado el tercer bocado. Los bocados brillaban cuando los hubo bendecido. A los dos discípulos los vi por un rato como transportados; luego, entre lágrimas de ternura, se echaron entre sus brazos llenos de santa emoción.

Esta escena fué en particular emocionante por la exquisita bondad de Jesús y la alegría tranquila de los dos discípulos, mientras aún no lo conocieron, y más por el éxtasis en que se sumieron cuando lo reconocieron y Él desapareció de sus ojos. Cleofás y Lucas volvieron de inmediato a Jerusalén.

La tarde del mismo día estaban los apóstoles, menos Tomás, con varios discípulos y con José de Arimatea y Nicodemo, en la sala donde brillaba una lámpara que colgaba del techo. Estaban entregados a la oración: me parecía que en acción de gracias después de un acto de liturgia, de condolencia, pues en Jerusalén se cerraban hoy las fiestas de la Pascua. Todos llevaban trajes blancos muy largos. Pedro, Juan y Santiago el Menor tenían vestimentas especiales y rollos de la Escritura en las manos. Sobre sus vestiduras llevaban un cinturón ancho como la palma de la mano, del cual pendían dos cintas del mismo ancho, hasta las rodillas, terminando en forma dentada. Tanto el cinturón como las dos cintas pendientes tenían letras blancas sobre el fondo negro. Por detrás el cinturón tenía un nudo y las dos partes se cruzaban y caían más abajo todavía que las dos cintas delanteras. Las mangas de la vestidura eran muy amplias y una de ellas servía para guardar los rollos de la Escritura. Del codo del brazo izquierdo pendía un manípulo ancho, terminado en borlas del mismo color y hechura que el cinturón y las cintas. Pedro llevaba una estola, angosta en el cuello, y más ancha al caer sobre el pecho, donde se cruzaban las dos partes, sujetas por un escudo en forma de corazón, lustroso y adornado de piedras. Los otros dos apóstoles llevaban estola cruzada y las cintas del cinturón eran más cortas. Durante la oración solían cruzar las manos sobre el pecho. La primera hilera debajo de la lámpara estaba formada por los apóstoles; las otras dos por los discípulos. Pedro, entre Juan y Santiago, estaba de espaldas a la puerta cerrada de la sala del Cenáculo. Detrás de él no había sino pocos, y delante, los que formaban círculo, dejaban abierto el medio que daba al lugar del Santísimo. María Santísima estaba en compañía de María Cleofás y María Magdalena, presentes a este acto en el vestíbulo de la sala cerrada. Después de la oración hubo también instrucción por parte de Pedro.

Me maravilla ver que la mayoría de los apóstoles y discípulos no acababan de creer, aun cuando el Señor se había aparecido ya a Pedro, a Juan y a Santiago. Pensaban que tal aparición no era verdadera, sino una visión o algo así como solían tener los profetas cuando predecían el futuro. No creían todavía en una aparición corporal y verdadera.

Después de la instrucción de Pedro se habían reunido nuevamente para la oración. En ese momento Lucas y Cleofás llegaban a la puerta del Cenáculo y golpeaban. Volvían de Emaús

y contaron la alegre nueva de la aparición del Señor. La oración fué interrumpida. Cuando prosiguieron la oración, de pronto todos se sintieron conmovidos, resplandecientes de contento. Jesús había entrado a puertas cerradas. Aparecía en blanca y larga vestidura, ceñida por un cinturón. Sintieron su proximidad antes de que Él se adelantara y se pusiera debajo de la lámpara del centro. Todos estaban admirados y conmovidos. Jesús les mostró sus manos y sus pies llagados, y abriendo su pecho, la herida de la lanza. Les hablaba y como vió que estaban espantados, pidió algo de comer. De su boca salían rayos de luz que iban a los presentes, que estaban como fuera de sí.

Entonces vi que Pedro se dirigió a un rincón de la sala, donde colgaba una cortina ocultando una parte del salón. Yo no había reparado en ello, porque la cortina era del mismo color que las paredes. En esa división de la sala, además del lugar del Santísimo, había un sitio para guardar una mesita alta de un codo que usaban para los ágapes después de la oración. Sobre esta mesita había un plato ovalado y hondo, cubierto con un lienzo blanco. Pedro trajo el plato y lo puso delante del Señor. En el plato había un trozo de pescado y algo de un panal de miel. Jesús dió gracias, bendijo el alimento, comió y dió del mismo a algunos, no a todos. También a su Santísima Madre, que estaba con otras mujeres en el vestíbulo, dió parte del alimento, como a las que la acompañaban.

Después lo he visto enseñando y dando poderes y fuerzas a los apóstoles. El círculo que lo rodeaba era triple; adentro estaban los diez apóstoles. Tomás no estaba allí. Me causaba maravilla ver que una parte de sus palabras las oían sólo los diez apóstoles. Pero no puedo decir qué oían. Yo no veía mover los labios a Jesús. Él iluminaba; despedía luz de sus manos, de sus pies y de su costado, y de su boca, como si soplase sobre ellos. Esa luz entraba en ellos y ellos entendían y comprendían todo. Yo no he visto movimiento de labios ni oía voz alguna, ni veía que ellos entendieran palabras por el oído. Entendieron que podían perdonar los pecados; que debían bautizar a las gentes; que podían curar enfermedades; que debían imponer las manos, y que podían probar veneno sin daño alguno. Yo no sabía explicar esto; pero yo entendía que todo esto lo decía sin palabras; que lo decía no para todos; que sólo lo entendían los que debían entenderlo, y que todo esto lo comunicaba como si fuera una substancia, algo existente, como un rayo que penetra en ellos. No podría tampoco decir si ellos entendían que lo

recibían así o si pensaban recibir esto por oído natural. Lo que puedo decir es que solamente los del círculo interior recibieron estos poderes, es decir, los apóstoles. Todo esto lo puedo comparar a un oír interior, sin conversación, en voz tan baja que ni siquiera era un susurro.

Jesús les explicó y declaró varios pasajes de la Sagrada Escritura que se referían a Él y al Santo Sacramento, y ordenó un rito y ceremonias para honrar el Santo Sacramento para después de la festividad del Sábado (es decir, para el Domingo). Les habló del misterio del Arca de la Alianza; de las reliquias de los Patriarcas y de su veneración, y cómo debían usar de su intercesión delante de Dios. Les dijo que Abrahán ponía huesos y reliquias de Adán cuando ofrecía sacrificios. Un punto del sacrificio de Melquisedec, que entendí entonces y me pareció muy importante, ahora no lo puedo recordar.

Les dijo además que la vestidura polimita que Jacob dió a José era una figura de su sudor de sangre en el huerto. En este momento vi la túnica de José. Era blanca con rayas gruesas coloradas, tenía sobre el pecho tres cordones negros al través y en medio un adorno amarillo. Arriba era ancha como para guardar algo sobre el seno y en el medio ceñida. Debajo tenía a los lados dos cortes para facilitar el andar. Por delante llegaba casi a los pies y por detrás era algo más larga. Hacia el pecho, hasta el cinturón, estaba abierta. La túnica ordinaria de José, en cambio, le llegaba sólo hasta las rodillas.

Jesús dijo también a los apóstoles que en el Arca de la Alianza había huesos de Adán, de los cuales Jacob entregó a José con la túnica polimita. He entendido que José no sabía a punto fijo qué era lo que le daba su padre. Jacob se lo dió como prueba de amor, como quien le daba una defensa, una protección, porque sabía que sus hermanos no lo querían bien. José tenía esos huesos sobre su pecho en una bolsita de cuero, de forma cuadrada abajo y arriba redondeada. Cuando sus hermanos lo vendieron a los mercaderes, le quitaron la túnica polimita y el vestido interior. Pero José tenía todavía una especie de escapulario sobre su cuerpo y en el pecho la bolsita con la reliquia. Cuando Jacob fué a Egipto preguntó a José si conservaba esa bolsita y le declaró que contenía huesos de Adán. En esta ocasión he vuelto a ver los huesos de Adán enterrados en el monte Calvario. Los he visto blancos, como la nieve, pero muy duros. Más tarde se conservaron en el Arca huesos del mismo José.

Jesús habló del misterio del Arca de la Alianza declarando que ese misterio era ahora su cuerpo y su sangre que les había dejado en el Santísimo Sacramento. Les habló todavía de sus dolores y de su pasión, explicándoles cosas maravillosas de David, que ellos ignoraban. Por último les mandó que después de unos días fueran a Sichar y diesen testimonio de su resurrección. Luego desapareció. He visto que todos estaban como fuera de sí, por el éxtasis y la emoción. Abrieron la puerta y salieron y entraron nuevamente.

Más tarde los vi de nuevo reunidos bajo la lámpara, dando gracias y cantando salmos.

IV

Los apóstoles predican la Resurrección

La misma noche he visto que, según la orden de Jesús, unos iban a Betania y otros a Jerusalén. En Betania quedaron algunos de los discípulos más antiguos para instruir a los más nuevos y a los indecisos en la fe; lo cual hacían parte en casa de Lázaro y parte en la sinagoga. Nicodemo y José de Arimatea se hospedaban en casa de Lázaro. Las santas mujeres estaban en un departamento aparte de la misma casa de Lázaro, rodeado de un patio y de excavaciones. Tenía entrada por la calle y estaba habitado ordinariamente por Marta y por Magdalena. Los apóstoles con algunos discípulos, entre ellos Lucas, se dirigieron hacia Sichar. Pedro les dijo con alegría: "Queremos ir al mar a pescar", entendiendo decir: a salvar almas. Llegados allí se dividieron en varios grupos, y enseñaban en los albergues y al aire libre hablando de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Era como una anticipación de lo que harían después de Pentecostés. En el albergue de Tenat-Silo se reunieron de nuevo todos. También Tomás llegó con dos discípulos hasta allí, mientras estaban reunidos para una comida. Esta comida la había preparado el padre de Silvano, que tenía la custodia del albergue para los apóstoles. Los apóstoles contaron a Tomás la aparición de Jesús en medio de ellos; pero él hacía ademanes con la mano diciendo que no creería hasta que no tocase sus llagas. Lo mismo decía delante de los discípulos que le contaron lo que habían visto. Tomás se había separado de la comunidad y había flaqueado en la fe.

Pedro enseñó en la escuela de Tenat-Silo hasta muy entrada la noche. Habló bien claro de cómo los judíos habían matado

a Jesús. Contó muchas cosas de lo que Él les había predicho de su Pasión y de su doctrina. Habló de su amor indecible, de su oración en el Huerto de los Olivos, y de la traición y la triste muerte de Judas. Sobre esto se mostraron muy afectados y tristes: habían conocido a Judas y aún lo estimaban, pues durante la vida de Jesús, había estado entre ellos y ayudado y hasta obrado milagros. Pedro no dejó de contar sus propios pecados: sus imprecaciones y sus negaciones. Derramó muchas lágrimas, y todos lloraban con él. Así se fué animando cada vez más, y contó cómo los judíos habían llegado al exceso de crueldad con el Señor. Declaró que había resucitado y se les había aparecido a él y a los demás, y pidió dieran los demás testimonio de haberlo visto y estado con Él. He visto que un centenar de ellos alzaron las manos y los dedos en testimonio. Tomás permaneció silencioso sin alzar la mano: no podía acabar de creerlo. Pedro pidió a los oyentes lo dejasen todo, siguiesen a los discípulos y se juntasen a la comunidad para ir en pos de Jesús. A los indecisos los invitó a Jerusalén, donde dividirían lo necesario entre ellos. Les dijo que no temieran a los judíos, pues ellos nada harían en contra porque estaban poseídos de temor. Todos estaban muy conmovidos y muchos se convirtieron. Querían que se quedasen por más tiempo los apóstoles entre ellos; pero Pedro les dijo que debían volver a Jerusalén.

Los apóstoles hicieron aquí muchas curaciones, inclusive de algunos lunáticos y endemoniados. Lo hacían como Jesús lo había dicho: soplando sobre ellos, imponiéndoles sus manos y aún extendiéndose sobre ellos. La mayoría eran enfermos a los cuales Jesús había dejado para más tarde cuando estuvo aquí la última vez. He visto a esta población muy encariñada con los apóstoles. Los discípulos no curaban enfermos; pero ayudaban en llevar, traer, alzar y encaminar a los enfermos; especialmente Lucas, que era médico, se constituyó en enfermero de éstos.

A la Madre de Dios la veo en Betania, silenciosa, seria y triste, pero no como el común de las mujeres, sino de un modo conmovedor inexplicable. María Cleofás, que es extremadamente compasiva, se inclina muchas veces hacia María procurando darle consuelo: es la más semejante, en esto de consolar, a la Madre de Dios.

El dolor de la Magdalena no conoce límites; muestra su dolor y su amor sin medida; no puede estar sosegada. La veo salir a veces a la calle con los cabellos sueltos, y donde encuen-

tra gente, en las casas y afuera, se lamenta de lo que han hecho con el Señor; y habla con vehemencia de su encuentro con Él y de su Resurrección. Cuando no encuentra gente, va por el jardín y el huerto, y se lamenta como si hablara con las plantas, las flores y las fuentes. Algunas veces veo que se reúnen hombres en torno de ella: muchos la compadecen; otros la desprecian por su vida pasada. No tiene crédito en las grandes reuniones, pues recuerdan su mala vida. He visto que su modo de ser y de manifestar su dolor por la muerte de Jesús, escandalizaba a varios judíos, que pensaron apoderarse de ella. Especialmente cinco de ellos trataron de realizarlo; pero ella no se cuidaba de ningún peligro y transitaba en medio de la gente sin pensar en otra cosa sino en su Jesús.

Marta, en cambio, sufrió y sufre aún por la dispersión de los apóstoles y por la pasión y muerte del Señor: estaba como anonadada por el dolor, pero ayuda a todos y es compasiva con los necesitados. Alberga y da de comer a todos los dispersos, los cuida y los asiste. Le ayuda mucho Juana, la viuda de Chusa, procurador de Herodes. Simón el Cireneo está ahora con los discípulos en Betania: igualmente sus dos hijos. Simón era un buen hombre de Cirene, que solía venir a Jerusalén en los días santos. Aquí solía trabajar con varias familias conocidas, arreglando sus jardines y recortando los cercos de sus propiedades. De este modo comía ya en una ya en otra casa, pues era muy buscado por ser hombre callado y justo. Sus hijos estaban ya desde algún tiempo en el extranjero y frecuentaban las reuniones de los discípulos del Señor sin que su padre se hubiese enterado.

En Jerusalén andaban por estos días los partidarios de los sacerdotes visitando las casas, cuyos dueños estaban o habían estado en relaciones con Jesús o con sus apóstoles, y los declaraban privados de sus empleos públicos y rompían relaciones con ellos. Ya Nicodemo y José de Arimatea no tenían relación con esos judíos desde la sepultura de Jesucristo. José de Arimatea había sido hasta entonces como un jefe de asamblea; por su modo de ser callado, servicial y emprendedor se había granjeado la estima hasta de los malos, que lo respetaban por su prudencia.

Me ha alegrado mucho ver que también el marido de Verónica ha cambiado de sentimientos y deja ahora en paz a su mujer, la cual le declaró que antes lo dejaría a él, su marido, que separarse de Jesús Crucificado. He visto que ahora ya no

toma tanta parte en los asuntos públicos, aunque lo hace más bien para estar bien con su mujer que por amor a Jesús. Los judíos mandaron cubrir de obstáculos y cerrar los caminos y senderos que conducen al Calvario y al Sepulcro, porque veían que muchas piadosas personas peregrinaban a ese lugar y sucedían allí prodigios.

También Pilatos se ausentó de Jerusalén por inquietudes interiores que le acusaban. A Herodes lo veo ahora en Maqueronte, en busca de paz; pero tampoco allí se encontraba tranquilo e internábase hasta Madián. Aquí, los que un día no habían querido recibir al Señor, abrieron las puertas al malvado asesino de Juan Bautista.

En estos días veo a Jesús apareciéndose en diversos lugares, como en Galilea, en un valle junto al Jordán donde había una escuela. Había allí muchas personas juntas que hablaban de lo que se decía de su resurrección y dudaban de ello. Entonces apareció Él en medio de ellas, habló algunas palabras y desapareció. De este modo apareció en varios lugares.

Los apóstoles volvieron de Sichar a Jerusalén y enviaron aviso a Betania anunciando su partida, e invitándolos a ir a Jerusalén para la festividad del Sábado. Otros debían celebrar el Sábado en Betania. Tenían sobre esto establecido cierto orden. Los apóstoles van cruzando varias poblaciones, pero no se detienen en ninguna de ellas. Tadeo, Santiago el Menor y Eliud precedieron, en trajes de viajantes, a los demás en dirección de la casa de Juan Marcos, donde estaban María, la Madre de Jesús, y María Cleofás, las cuales se alegraron mucho y los recibieron como si hiciera mucho tiempo que no se veían. He visto que Santiago traía consigo un vestido sacerdotal, un manto, que las santas mujeres habían confeccionado en Betania para Pedro. Santiago lo depuso luego en el Cenáculo.

Los apóstoles llegaron tan tarde al Cenáculo, que no pudieron tomar parte en la comida preparada y comenzaron en seguida a festejar el Sábado. Se vistieron sus vestiduras de fiesta, después del lavado de los pies. Se encendió la lámpara ritual, y noté entonces una variante en las ceremonias de los judíos. Se descorrió la cortina que ocultaba el Santísimo y se puso delante el asiento que Jesús había ocupado en la última Cena. Lo cubrieron con un tapete y pusieron sobre él los rollos de las Escrituras. Pedro se hincó delante; Juan y Santiago algo más atrás; los demás apóstoles detrás de ellos, y después los discípulos. Cuando se hincaban solían inclinar la cabeza hasta

el suelo, teniendo las manos sobre su rostro. Se quitó el cobertor del cáliz; pero el lienzo blanco quedó sobre él. Asistían al acto sólo aquellos discípulos que estaban más enterados en los misterios del Santo Sacramento. Pedro, con Juan y Santiago a ambos lados, guió una meditación y oración conmemorando la institución del Santísimo Sacramento y la Pasión del Señor, y cada uno ofreció un sacrificio de su devoción en su interior. Después comenzaron las acostumbradas ceremonias del Sábado, bajo la lámpara, que hacían de pie. Luego tomaron algún alimento en el vestíbulo. En la sala de la institución del Sacramento en la última Cena, no los he visto ya celebrar sus comidas, salvo un ágape de pan y vino. Jesús les había enseñado lo que añadieron a la celebración del Sábado, respecto del Sacramento.

La Santísima Virgen fué llevada por María Marcos a Jerusalén y la Verónica, que ahora va públicamente con María, la acompañó con Juana Chusa desde Betania a Jerusalén. La Virgen Santísima prefiere estar en Jerusalén, pues allí va sola, al oscurecer y por la noche, por el camino que anduvo Jesús en su Pasión; reza y medita en los lugares donde Jesús ha padecido o caído. No puede llegar a todos esos lugares, porque los judíos han puesto obstáculos para impedirlo, levantando barreras o cercando los senderos. María hace el *Vía Crucis* en casa o en lugar apartado, pues conserva en la memoria los pasos y lugares, y así hace, recorriendo mentalmente las estaciones, el camino del Calvario. Es cosa cierta que la Virgen fué la primera que inició esta práctica con la meditación de la Pasión y muerte de Cristo, práctica que se fué generalizando con el andar de los tiempos.

V

Segunda celebración de la Cena eucarística
Tomás toca las llagas de Jesús

Después de la fiesta del Sábado, cuando los apóstoles dejaron sus vestiduras sacerdotales, tuvieron una comida importante en el vestíbulo. Era un ágape fraternal como el del pasado Domingo. Tomás debe haber celebrado el Sábado en otro lugar, pues he visto que llegó al término de la comida y entró en la sala del Cenáculo. No había oscurecido y la lámpara no estaba encendida en la sala. Algunos apóstoles estaban allí y otros entraban en ese momento. Iban y venían porque se revestían de sus largas vestiduras blancas y se disponían para la oración

como la vez pasada. Pedro, Juan y Santiago ya se habían revestido.

Mientras se disponían para la oración vi entrar a Tomás. Cruzó la sala entre los ya revestidos y se dispuso a tomar sus vestiduras. Unos le hablaban; he visto que alguien le tomaba de las mangas; otros levantaban la mano en forma de juramento y de testimonio contra su incredulidad. Tomás se portaba como un hombre que está apurado en revestirse, ya que no podía o no quería creer lo que los otros le aseguraban. En este momento entró un hombre con un delantal, que parecía un servidor de la casa, con una lámpara encendida en una mano y en la otra un bastón terminado en gancho, con el cual ensartó la gran lámpara del medio, la bajó a su alcance, la encendió y la volvió a subir; luego salió. Vi a María Santísima, a Magdalena y a otra mujer que se disponían a entrar en la sala. Pedro y Juan les salieron al encuentro. La otra mujer quedó en la antesala, abierta por el medio y una parte de las salas laterales. Las puertas del patio y las que daban a la calle estaban cerradas. En los espacios de la sala lateral había muchos discípulos de Jesús. Al entrar María Santísima y la Magdalena, cerraron las puertas y se dispusieron para la oración. Las santas mujeres permanecieron reverentes a los lados de la puerta, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Los apóstoles oraron de nuevo hincados delante del Santísimo como primer acto; luego, debajo de la lámpara, de pie, cantando salmos alternativamente, como en el coro. Pedro estaba de cara vuelto al Santísimo y Juan y Santiago el Menor a sus lados. Los demás apóstoles estaban alineados en torno de la lámpara a ambos lados. El espacio del medio que miraba al Santísimo estaba libre. Pedro tenía sus espaldas hacia la puerta. Detrás de ellos, más distantes, estaban las santas mujeres. Hubo una interrupción en la oración: parecía que ésta había terminado. Vi que hablaban como si quisieran ir hacia el Mar de Tiberíades y repartirse por los pueblos de esa región. De pronto se vieron sus rostros como esclarecidos y transformados por la presencia del Señor. Vi en ese momento al Señor, resplandeciente, venir por el patio. Llevaba vestidura blanca y cinturón de igual color. Se acercó a la puerta de la antesala, que se abrió y se volvió a cerrar detrás de Él. Los discípulos vieron cómo se abría la puerta y se apartaron dando lugar al Señor. Jesús avanzó rápidamente y se colocó junto a Pedro y a Juan, los cuales se retiraron, cediéndole el lugar del medio.

Su modo de caminar no era como el andar acostumbrado de los hombres ni tampoco de fantasma. Me recordó a un sacerdote que avanza sereno y grave en medio de los fieles, que están respetuosos a ambos lados y le dejan paso. De pronto todo era en la sala brillante. Jesús estaba rodeado de resplandor. Los apóstoles se retiraron, pues, de otro modo, estando dentro de esa luz, no lo hubieran podido contemplar. Jesús dijo: "La paz sea con vosotros". Luego habló con Pedro y Juan. Me pareció que era una advertencia para ellos: habían hecho algo no conforme a lo mandado, sino por su voluntad; por eso no habían tenido éxito en lo que hicieron. Se refería a ciertas curaciones que habían intentado al regreso de Tenat-Silo y Sichar, donde no habían obrado todo según lo prescrito por el Señor, sino según sus propias ideas. Les dijo cómo debían hacer otra vez cuando volvieran. Después de esto se acercó a la lámpara y todos se agruparon en torno de Él. Tomás, muy avergonzado en la presencia del Señor, se había retirado algo más atrás. Jesús tomó con su mano derecha la mano derecha de Tomás e introdujo el dedo índice de Tomás en la llaga de su mano izquierda. Luego tomó la mano izquierda con su izquierda, introduciendo el dedo pulgar del apóstol en su llaga derecha. Después con su mano derecha volvió a tomar la derecha de Tomás y, sin descubrir su pecho, pasó la mano de Tomás debajo de su vestidura, introduciendo el dedo índice y el medio del apóstol en la llaga de su costado derecho. Dijo algunas palabras mientras hacía esto. Tomás cayó como desmayado y conmovido, mientras decía: "Mi Señor y mi Dios". Jesús retenía su mano derecha. Los presentes lo sostuvieron y Jesús lo levantó con su divina mano.

Esta caída y este levantamiento tenían su significado. Cuando Jesús tomó la mano de Tomás he visto las llagas del Señor, no como llagas sangrientas, sino como pequeños soles resplandecientes. Los demás discípulos estaban muy conmovidos por esta aparición del Señor y levantaban y estiraban sus cabezas para ver lo que el Señor hacía con Tomás. A la Virgen Santísima la vi durante esta acción como fuera de sí por el éxtasis, silenciosa y recogida. La Magdalena mostraba más su emoción, aunque menos exteriormente que los discípulos.

Jesús no desapareció en seguida: habló aún y pidió algo de comer como la primera vez. He visto de nuevo cómo sacaron del lugar donde estaba oculta la mesita, una fuentecilla ovalada con un pez. Jesús comió del pez después de haberlo bendecido y dió parte de él mismo, primero a Tomás, luego a los demás.

Jesús declaró por qué estaba en medio de ellos, que lo habían abandonado, y por qué no estaba siempre con aquéllos que le habían permanecido fieles. Explicó por qué había dicho a Pedro que confirmara a sus hermanos. Volviéndose a todos los presentes les dijo que quería dejarles a Pedro como jefe, aún cuando éste le había negado. Añadió que debía ser pastor del rebaño y habló del ardor de Pedro.

Juan trajo en sus brazos, desde el lugar del Santísimo, aquel manto bordado, amplio, a modo de capa pluvial, que Santiago había recibido de María, confeccionado en los últimos tiempos por las santas mujeres de Betania. Trajeron también un báculo imitando un bastón de pastor: era alto, hueco, esbelto y doblado en la parte superior como los báculos episcopales. El manto o capa era de color blanco, con anchas rayas rojas; tenía bordados de espigas, racimos de uvas y un cordero con otros adornos de distintos colores. La capa era amplia, larga hasta los pies y estaba sujeta por delante con una especie de escudo cuadrado de metal. Los lados de la capa tenían listas de color rojo y letras bordadas. Tenía una capucha blanca que podía alzarse para cubrir la cabeza.

Ahora veo a Pedro hincado, delante del Señor, que le da un bocado redondo, como un panecillo; no vi que lo haya sacado de ningún plato o lugar de allí; el bocado brillaba. Tengo la persuación de que Pedro recibe en este momento una fuerza extraordinaria. Veo que sopla sobre él y le da con eso una fuerza, un poder, infundiéndole una potestad. No era en realidad un soplar sobre él: era algo real, existente, palabras y fuerza que pasaban de Jesús a Pedro por medio de las palabras. Veo que Jesús acerca su boca a la de Pedro y derrama en la boca y en los oídos de Pedro una fuerza, una potencia, que veo pasar del Señor a Pedro. No era todavía el Espíritu Santo, que vino sobre él en Pentecostés: era algo que pasaba a Pedro y que sería vivificado el día de Pentecostés.

Jesús le impuso también sus manos y le comunicó un poder sobre los demás. El mismo Señor le cubrió luego con el manto que sostenía Juan en sus brazos y le entregó el báculo. Dijo en esta ocasión que ese manto debía mantener toda la fuerza que Él le había comunicado y que debía llevarlo todas las veces que convenía hacer uso de la potestad que le había comunicado. Jesús les habló de otro gran bautismo, cuando Él les mandase el Espíritu Santo; y añadió que Pedro daría a los demás, ocho días después, la potestad que Él le había dado ahora a Pedro

solo. Ordenó además que algunos dejaran las vestiduras blancas y usaran otras de diversas formas con un escudo en medio y que otros usaran de nuevo la vestidura blanca. Eran indicaciones de diversos grados, consagraciones y órdenes que debían ejercer entre ellos. Después Jesús les dijo a los discípulos que se dispusieran en siete grupos y a la cabeza de cada grupo puso a un apóstol. Santiago el Menor y Tomás debían permanecer junto a Pedro. Se ordenaron según mandó Jesús. Parecía que debían ser como siete comunidades, siete iglesias. Jesús dijo también a Pedro que fuera al mar de Galilea a pescar.

Pedro dirigió la palabra a los demás en su nueva dignidad. Parecía transformado en otro hombre, lleno de potestad y de fuerza. Ellos escucharon sus palabras, muy conmovidos, entre lágrimas. Pedro los consoló y recordó muchas cosas que Jesús había predicho y que se realizaban entonces. Recuerdo que dijo, entre otras cosas, que Jesús sostuvo durante diez y ocho horas los desprecios y las villanías de todo el mundo. También dijo lo que faltaba para que se cumplieran los treinta y cuatro años de la vida de Jesús. Cuando Pedro comenzó a hablar, Jesús ya había desaparecido. Ninguna maravilla, ninguna extrañeza interrumpió las palabras de Pedro en su discurso, pues aparecía ahora con una fuerza y con un poder renovados. Cantaron unos salmos de acción de gracias. No he visto que Jesús haya hablado con su Madre ni con Magdalena en esta ocasión.

VI

Jesús aparece a sus apóstoles en el mar de Galilea

Antes que se dirigieran los apóstoles al mar de Galilea, los veo recorrer el camino del Calvario. De aquí se dirigen a Betania, donde toman a varios discípulos. Hacen el camino hacia el mar de Galilea en diversos grupos. Pedro marcha en compañía de Juan, Santiago el Mayor, Tadeo, Natanael, Juan Marcos y Silas: son siete hombres los que se encaminan a Galilea. Dejan Samaría a su izquierda. Van por caminos que no entran en los poblados. Llegados a Tiberíades se recogen en el edificio de una pesquería que Pedro había alquilado y cuida un viudo con dos hijos. Comieron con el cuidador y oí a Pedro decir que en tres años no había estado pescando en ese lugar. Usaron dos naves: una grande, en buen estado; otra más pequeña. Dejaron a Pedro la nave mayor, que ocupó con Natanael, Tomás y un criado del

pescador. En la otra nave entraron Juan, Santiago, Juan Marcos y Silas. Pedro no permitió que otro remara: lo hizo él mismo. Aun cuando había sido distinguido por Jesús con tan alta dignidad, era muy humilde y modesto en el trato, especialmente con Natanael, hombre fino y culto. Estuvieron toda la noche pescando, echando las redes, ya de un lado, ya de otro, siempre en vano: no pescaron nada durante toda la noche que estuvieron trabajando a la luz de sus antorchas. A veces rezaban o cantaban salmos. Hacia la mañana, cundo comenzaba la aurora, acercaron las naves a la orilla, donde el Jordán desaguaba hacia el Oriente y estaban a punto de echar el ancla, cansados del trabajo nocturno.

Se habían quitado parte de los vestidos para la pesca y estaban a punto de ponerse de nuevo sus vestidos para descansar, cuando vieron en la orilla surgir una figura de entre los juncos. Era Jesús, que les gritó: "Hijos ¿tenéis un companage?" Ellos contestaron: "No, Señor". Entonces les dijo el Señor que echaran las redes al Oeste de la nave de Pedro. Para hacerlo así tuvo Juan que navegar con su nave a la otra parte de la nave de Pedro. Como luego sintieran las redes tan cargadas de peces, Juan reconoció a Jesús y gritó a Pedro, en el silencio del lago: "Es el Señor". Entonces Pedro se puso rápidamente un vestido más, se arrojó a las aguas y marchó hacia Jesús a través de los juncos de la orilla. Juan, entre tanto, subió a un bote pequeño, sujeto a su nave. Cada nave tenía dos de estos botes a los lados, que servían para acercarse a la orilla donde había poca profundidad; eran botes tan pequeños que no cabía en ellos más que un hombre.

VII

Las almas de los Patriarcas en torno de Jesús

Mientras estaban los apóstoles ocupados en la pesca, he visto a Jesús rodeado de muchas almas de los Patriarcas, que había Él librado del limbo (seno de Abrahán). También le rodeaban muchas almas libradas de lugares, cavernas, pantanos y desiertos donde estaban relegadas. Las veía venir desde el valle de Josafat. Durante todo el tiempo que Jesús no está con los apóstoles, lo veo rodeado de las almas de estos antepasados, especialmente de los que pertenecen a su genealogía, desde Adán y Eva hasta Noé, Abrahán, los otros Patriarcas y todos sus des-

cendientes. Va Jesús con ellos, indicándoles todos los lugares y enseñándoles todo lo que Él ha hecho y padecido por todos y por ellos. Ellos se sienten consolados y purificados al mismo tiempo y llenos de gratitud. Les enseñó los misterios del Nuevo Testamento, por los cuales ellos se ven ahora libres de sus encierros. Lo veo andar con esas almas por Nazaret, en la gruta de Belén y en todos los lugares donde sucedieron misterios de la Redención. Se puede distinguir en estas almas, por cierta fuerza en unos y cierta debilidad o delicadeza en otras, si informaron a hombres o mujeres. A mi se me representan vestidas de largos hábitos brillantes: parecería que sus vestiduras se arrastraran detrás, más largas, en muchos pliegues. Aparecen en ellos los cabellos, no como tales, sino como rayos de cierta significación y reconozco este brillo aún en las barbas de los santos. Sin señales exteriores, yo distingo a los reyes, y especialmente a los sacerdotes que han tenido relación con el Arca de la Alianza, desde Moisés en adelante. A estas almas las veo cernirse y flotar en torno de Jesús, de modo que también aquí hay orden perfecto: flotan y se mueven sosegada y noblemente; tienen su modo de andar, no del que toca la tierra, sino del que apenas roza el suelo.

Vi a Jesús venir en compañía de estas almas cuando los apóstoles estaban pescando. Había allí un vallado con una especie de hoyo cubierto por una techumbre donde conservaban un hogar, quizás para uso de los pastores. Yo no he visto que el Señor encendiese el fuego, ni que preparase el pescado, ni que los hubiera tomado de algún lugar. El fuego para el hogar, el pescado y todo lo necesario aparecieron en presencia de los Patriarcas donde el Señor quería: de qué modo, no lo puedo decir. Jesús pensó tener eso y todo apareció allí.

Las almas de estos antepasados tuvieron una parte en el pescado y en su preparación. Lo relacionó Jesús con la Iglesia militante y las almas de la Iglesia purgante. Estas almas quedaron en esta comida como incorporadas, aún exteriormente, con la Iglesia. Jesús, al comer de este pescado, dió a los apóstoles el significado de la unión de la Iglesia purgante con la militante. Jonás, dentro del pez, significa a Cristo en el interior de la tierra, en el mundo inferior.

Delante de una choza había un tirante de madera que sirvió de mesa.

Mientras yo miraba estas escenas de las almas de los Patriarcas, Jesús había llegado cerca del mar. Pedro no nadaba;

caminaba por entre los juncos; el agua no era profunda y yo veía el fondo. Ya cerca de Jesús, llegaba Juan a la orilla, y los de la nave gritaron a los de la orilla que les ayudasen a tirar las redes a tierra. Jesús mandó a Pedro que trajera los pescados. Tiraron de las redes a la orilla y Pedro sacaba los peces y los echaba a la orilla. Eran 153 peces de varias clases. Este número indicaba los nuevos convertidos ganados en Thebez. Había varias personas de los pescadores de Tiberíades que quedaron en las naves a la custodia de los peces. Los apóstoles, en cambio, se retiraron con Jesús a la choza, para comer conforme les había indicado Jesús. Allí no he visto más a las almas de los antiguos Patriarcas. Los apóstoles estaban muy admirados al ver el fuego pronto y un pescado encima de las brasas, sabiendo que no era de los recién pescados. Había también tortas tostadas de harina y miel. Los apóstoles se acercaron al tirante y Jesús servía. He visto cómo daba a cada uno sobre el pan un trozo de pescado del sartén y cómo el pescado no disminuía. Dió también a cada uno de las tortas de miel. Luego se sentó y comió con ellos. Todo esto transcurrió con cierta solemnidad y en silencio. Tomás era el tercero de los que tuvieron en la nave un sentimiento de la presencia de Jesús. Todos estaban como cohibidos, con temor reverencial, porque Jesús aparecía ahora en forma más espiritual que antes, y la comida misma y este intervalo tenían algo de sobrenatural que les impedía la familiaridad de antes. Nadie se atrevió a preguntar nada y todo procedió en silencio, con admiración y conmoción sobrenatural. Jesús apareció más espiritualizado y no se veía la impresión de sus llagas.

Después de la comida he visto a Jesús caminando por la orilla del mar con ellos y preguntar a Pedro con cierta solemnidad: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos?" Pedro respondió con temor: "Señor, Tú sabes que te amo". Díjole Jesús: "Apacienta mis corderos". En ese momento vi una imagen de la Iglesia y del supremo Obispo: cómo él enseñaba y guiaba; vi bautizar y lavar simbólicamente a los tiernos corderitos. Mientras caminaba Jesús a veces se detenían y se le acercaban los demás. Después de una pausa preguntó nuevamente a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?" Pedro, cohibido y recordando sus negaciones, le contestó muy humildemente: "Sí, Señor; Tú sabes que te amo". Jesús le dijo otra vez con solemnidad: "Apacienta mis ovejas". De nuevo tuve una visión de la Iglesia, ya crecida y de las persecuciones, y cómo el Supremo

Obispo reunía, guiaba, custodiaba a los fieles y les enviaba otros pastores.

Después de otra pausa, cuando habían dado unos pasos, preguntó Jesús nuevamente: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?". Pedro se entristeció, porque pensó que Jesús no creía en sus palabras y porque recordó también su triple negación, y así respondió: "Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo". Yo entendí entonces lo que Juan pensó: "¡Oh, qué amor tiene Jesús y qué amor debe tener un Pastor de almas, puesto que Pedro, a quien entrega el rebaño, es preguntado tres veces sobre el amor". Jesús le dijo de nuevo: "Apacienta mis ovejas". Luego añadió: "En verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tú mismo e ibas donde querías; cuando seas viejo, otro te atará, mientras tú abres los brazos, y te llevará adonde no quisieras ir por ti mismo. Sígueme".

Entonces Jesús se volvió para proseguir su camino y Juan fué con Él; el Señor habló con él solo algo que yo no pude oír. He visto, en cambio, que mirando Pedro a Juan e indicándoselo al Señor, preguntó: "Señor, ¿qué será de éste?" Jesús le contestó, reprendiendo su curiosidad: "Si Yo quiero que él permanezca hasta que Yo venga ¿qué te importa a ti de ello? Tú sígueme". Se volvió Jesús y siguieron caminando.

Cuando Jesús dijo por tres veces a Pedro: "Apacienta mis ovejas", y que lo atarían y lo llevarían cuando fuera anciano, tuve uno visión del progreso de la Iglesia y vi a Pedro en Roma, cuando lo ataban para crucificarlo. Vi también los martirios de los santos mártires. Pedro tuvo una visión de su futuro martirio y de los futuros padecimientos de Juan. Pero cuando vió Pedro a Juan junto a Jesús, sabiendo cuánto este apóstol amaba al Señor, pensó: "¿No deberá también éste ser crucificado?" Jesús le respondió con una reprensión.

En este momento tuve una visión de la muerte de Juan en Efeso: he visto cómo él mismo se colocó en el sepulcro y cómo hablaba con sus discípulos, y luego murió. Pero su cuerpo después de su muerte no lo he visto quedar en la tierra, sino ser llevado a una región resplandeciente, entre el Oriente y el Mediodía; allí vi como que recibía algo de lo alto y lo daba a la tierra. Comprendí también que algunos entenderían falsamente estas palabras, y pensarían: "Yo quiero que así permanezca", o si no: "Sí, Yo quiero que él así permanezca". Pero debe entenderse así: "Si Yo quiero, que él permanezca". Los demás, que habían oído las palabras, pensaron que Juan no había de

morir; pero en realidad ha muerto. Tuve en ese momento una visión de su muerte y de su futuro destino y del lugar de su permanencia.

Jesús anduvo todavía algún tiempo con los apóstoles y les dijo lo que debían hacer. Después desapareció al Oriente del mar hacia Gergesa. Los apóstoles se dirigieron entonces hacia Tiberíades, sin volver al lugar donde Jesús les dió de comer. De los peces que Jesús les hizo pescar, ninguno fué usado para comer ellos. Cuando Jesús les dijo que trajeran los pescados, Pedro los sacaba de las redes y los echaba a los pies del Maestro, donde fueron contados. Esto era un reconocimiento de que los pescados no habían sido fruto de sus industrias, sino por Jesús, para Jesús y en Jesús. Cuando los peces estuvieron echados en la orilla, Jesús les dijo: "Venid, comed". Los llevó a través de la colina, desde donde no se podía ver el mar y donde había una choza con el hogar preparado. Jesús no se puso al principio a la mesa sino que fué al sartén y trajo un trozo de pescado para cada uno, que puso sobre el pan. He visto que bendijo las porciones, las cuales resplandecían. Las tortas de miel estaban preparadas y amontonadas unas sobre otras. Jesús las repartió y, cuando hubo terminado, se puso también Él a la mesa. Había allí un solo pescado, pero más grande que los que habían sacado. En esta comida hay un misterio. La presencia de las almas de los Patriarcas y de otras almas de difuntos y su parte en la preparación de la comida, y luego la misión de Pedro: todo esto me dió la persuación de que se le daba a Pedro, en esta comida, y su preparación, en modo espiritual, el poder y la potestad sobre la Iglesia purgante, que se incorporaba entonces a la militante, sujetándose a ella y al poder de Pedro. No puedo declarar en qué forma; pero tuve una visión en ese momento de esta sujeción; y por eso habló Jesús profetizando la muerte de Pedro y la suerte futura de Juan.

Jesús fué andando con las almas de los Padres por la región donde había echado a los demonios en los cerdos y libró a otras almas detenidas en esos lugares oscuros y llenos de tinieblas. Aquí hubo siempre endemoniados en gran número: se había dado muerte a muchos inocentes que estaban allí ahora por decreto de la justicia de Dios.

VIII

Jesús con las almas de los Padres en el Paraíso terrenal

Jesús se dirigió con las almas al Paraíso terrenal, que vi esta vez más hermoso y espléndido que nunca. Lo vi más claramente que otras veces. Les mostró todo lo que nuestros padres habían perdido con la primera culpa, y la dicha de esta caída por la Redención que Jesús les ofrecía. He visto cómo estas almas habían deseado la redención y la esperaban, ignorando cómo se realizaría: en general esto había quedado oculto a los hombres en la tierra. Jesús iba con estas almas y les enseñaba todo esto conforme a lo que podían ellas entender, tal como lo hacía en esta tierra con los apóstoles y discípulos. Entendí nuevamente, por las palabras de Jesús, que el hombre ha sido creado para llenar los vacíos que dejaron los ángeles caídos, para llenar los coros de los espíritus rebeldes en el cielo. Sin la culpa de origen, la humanidad se hubiese propagado sólo hasta completar el número de los ángeles caídos: entonces la humanidad hubiera tenido su término. Con la culpa se introdujo una propagación humana dispersa, corrupta en su propia voluntad, y se mezcló con impureza, con tiniebla y desorden de concupiscencia. Por eso, la muerte es una consecuencia y un castigo, y también un bien para el hombre. En cuanto a lo que se dice del fin del mundo, esto es cierto: que no acabará mientras no sea recogido todo el trigo de entre la paja. Con ese trigo escogido se llenarán los vacíos de los ángeles caídos.

He visto también a Jesús con las almas en muchos lugares donde hubo batallas, declarándoles todo lo que conducía a la salvación y a la redención. Mientras Jesús les decía estas cosas, yo veía esas batallas y todo lo acontecido allí, como si sucediese en ese momento. Creo que también las almas veían todo eso como yo lo veía.

En todo este viaje con las almas no he visto que aparecieran a nadie ni asustaran con su presencia. Era un caminar o un flotar sobre los lugares en modo espiritual, alegrando de paso toda la naturaleza. Jesús fué también con los Padres a los lugares donde los apóstoles debían predicar el Evangelio y con su presencia bendecía esos parajes. Así recorrió toda la naturaleza.

IX

Pedro y los apóstoles después de la pesca milagrosa

Cuando Pedro con los tres apóstoles y los tres discípulos llegó hacia el mediodía a casa de Aminadab, el pescador que había recibido la pesquería de Pedro hacía ya desde dos años, tomaron su alimento. Pedro contó el milagro de la pesca y aparición de Jesús; habló de la comida con Él y exhortó a los oyentes a dejarlo todo y seguir a Jesús. El viejo pescador, oyendo estas cosas y viendo la nave llena de peces, y oyendo la narración de las maravillas que contaban sus dos hijos que habían estado presentes, se resolvió también él a dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Los peces fueron repartidos a los pobres del lugar. El viejo pescador dejó la pesquería a otro hombre y con sus dos hijos, Isaac y Josafat, siguió la misma noche tras los apóstoles. Lo veo caminando hacia el Occidente del lago y adentrarse en el país. Las intenciones del viejo pescador no eran del todo puras: pensaba que al dejar su poco haber podría más tarde llegar a ser algo más. A la mañana siguiente llegaron los apóstoles a una sinagoga bastante capaz en el término medio de dos poblaciones. Se levantaba aislada en la comarca y tenía en torno edificaciones para albergue. Encontraron aquí reunidos a muchos discípulos, a los cuales narraron el milagro de la pesca, la cena con Jesús y las palabras y hechos de esa aparición.

Pedro enseñó en esta escuela sobre la pesca milagrosa y el seguimiento de Jesús. Se había reunido mucha gente, inclusive enfermos y endemoniados. Sólo Pedro sanaba en nombre de Jesús: los otros apóstoles ayudaban a los enfermos o enseñaban la doctrina. Todos eran gente buena y deseosa de oír la doctrina de Jesús. Pedro habló de los dolores de Jesús, de su pasión, muerte y resurrección. Les dijo que lo habían visto en varias apariciones y los exhortó a seguir a Jesús. Los oyentes estaban muy conmovidos. Pedro ya no parece el mismo de antes; desde las últimas apariciones se lo ve muy distinto: está lleno de entusiasmo, de celo, de mansedumbre y de bondad. Llegó a conmover de tal manera los corazones de estos hombres, que todos querían dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Tuvo que decirles a muchos que no lo hicieran y volvieran a sus hogares.

X

Jesús aparece a quinientos discípulos

Desde este lugar, que está a algunas horas al Sur de Tiberíades, se dirigió Pedro con los demás y mucho pueblo hacia el Oeste, a un lugar elevado que tenía por el Norte un valle muy fértil, que en invierno se cubre de pasto verde, pues está cruzado por un arroyo que con los calores de verano se suele secar. A veces el valle se inunda por las lluvias y las aguas que caen de los montes vecinos. Se detuvieron en una montaña aislada que tenía casas alrededor y huertas y jardines esparcidos por las colinas. A la altura donde llegaron, llevan cinco caminos y en la cima hay un espacio bastante grande como para pasear cómodamente un centenar de personas. Se goza desde allí de una espléndida vista, con el mar de Galilea y sus alrededores. No lejos de aquí está el monte donde Jesús multiplicó los panes; en estas cercanías fué donde Jesús pronunció el sermón de la montaña. El pozo de Cafarnaúm está situado al pie de esta comarca.

Se encontraban aquí también los otros apóstoles, muchos discípulos y las santas mujeres, menos la Madre de Dios y la Verónica. También estaban la mujer y la hija de Pedro. Las mujeres de Andrés y Mateo habían venido desde Betsaida. Había además muchas otras personas. Los apóstoles y los discípulos sabían que debían reunirse aquí. Se distribuyeron algunos bajo techumbres y otros al aire libre. Pedro contó a los demás apóstoles y a las mujeres el prodigio de la pesca y se juntó con los demás en la montaña, donde la muchedumbre había sido ordenada por los discípulos. En la montaña había un lugar más hondo y en esta hondura se levantaba una columna adonde se podía subir para enseñar desde allí como sobre un púlpito. Esta hondura tenía alrededor como gradas en círculo, desde las cuales se podía ver y oír al predicador. Pedro repartió en cinco grupos a los oyentes, conforme a los cinco caminos que llevaban a la montaña y a cada grupo señaló un apóstol para que instruyera, ya que a él no le podían oír todos. Pedro ocupó la cátedra cubierta de musgo y los oyentes se dispusieron en torno de él. Predicó sobre la Pasión del Señor y su Resurrección; sobre las apariciones de Jesús y la necesidad de seguir su doctrina.

He visto a Jesús venir por el mismo lado por donde Pedro había subido la montaña. Las santas mujeres que estaban en la

falda de la montaña se echaron de rodillas a sus pies. Él les dijo de paso pocas palabras. Cuando Jesús pasó entre la muchedumbre, resplandecía, y algunos se estremecieron y temieron: éstos no permanecieron fieles. Jesús se adelantó al medio, donde estaba Pedro en la columna, y habló de dejarlo todo, de seguirle a Él y de las persecuciones que sufrirían por causa de su nombre. Cuando oyeron estas cosas, unos doscientos de los presentes dejaron la montaña y se fueron. Cuando éstos se hubieron ido, dijo el Señor que no había hablado sino mansamente, para no escandalizar a los débiles. Ahora, en cambio, habló seriamente de las penas y persecuciones que sufrirían los que le siguen en la tierra y del gran premio que tendrán en el cielo. Dijo estas cosas a los apóstoles y discípulos, como ya había hablado en la última enseñanza que impartió en el templo. Les ordenó lo siguiente: que se quedasen en Jerusalén y cuando les hubiese mandado el Espíritu Santo, bautizasen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y tratasen de fundar en seguida una comunidad. Luego les indicó cómo debían repartirse para predicar y fundar comunidades en otras partes; reunirse para partir de nuevo; y que finalmente serían martirizados, dando testimonio con su sangre.

Mientras hablaba Jesús, he visto que las almas de los Patriarcas estaban allí, pero invisibles para los demás. Jesús desapareció de su vista en medio de ellos como se apaga una luz; muchos se echaron a sus pies con el rostro en tierra. Pedro siguió predicando y luego oraron. Esta fué la principal de las apariciones en Galilea, donde Jesús enseñó y mostró a todos su Resurrección. Las otras apariciones fueron todas más en particular y a menos personas.

A Pedro, Tadeo, Andrés y Santiago el Menor los he visto después en otro lugar, donde curaron enfermos a los cuales no habían podido sanar antes cuando estuvieron en Sichar. Su falta estaba en que habían obrado esa vez, no en humildad, como quienes dan lo que habían recibido de Jesús, sino con cierta ostentación y el intento de imitar la dignidad del Señor: por esta razón no pudieron conseguir lo que deseaban. Ahora los veo hacer un gran acto de humildad que me conmovió: se hincaron y les pidieron perdón por no haberles podido ayudar la vez pasada. Todos estos enfermos sanaron de sus males. Había aquí gente que había venido hasta de Kedar. Los sanados quisieron acompañar a los apóstoles hasta Betania para celebrar allí el Sábado.

XI

Cena en Betania y en el Cenáculo

He visto a los apóstoles en Betania. Habían acudido unos trescientos creyentes entre los hombres y unas cincuenta mujeres que habían dado sus bienes a la comunidad. María Santísima había venido de Jerusalén y se hospedaba en la casa de Marta y Magdalena en Betania. Se preparó un ágape solemne, partiendo el pan y pasando las copas, en el corredor abierto de la casa de Lázaro. Pedro enseñó ante una gran muchedumbre. Había espías entre los oyentes. Cuando Pedro les decía que debían dejarlo todo y venir con ellos, que les daría lo que necesitaran, se reían los espías y se burlaban, diciendo que él mismo nada tenía, pues era un pobre pescador que en lugar de mantener a su mujer vagaba de un lado a otro. Pedro predicaba más por orden de Jesús que por su propia voluntad y celo interior. Esto lo consiguieron después de Pentecostés, con el Espíritu Santo.

Pedro solía predicar él solo. Cuando había mucha gente, que no le podía oír, entonces señalaba a otros lo que debían enseñar a los oyentes. Desde que fué revestido con el manto por Jesús y después de haber comido el pescado milagroso, Pedro no era el mismo de antes. Mostraba otra fuerza, otra virtud que había recibido. Todos lo reconocieron como jefe, como boca y mano de la nueva comunidad y como su cabeza. Yo tuve la certeza, en la profecía de Jesús sobre la muerte de Pedro y el futuro de Juan, en el lago de Galilea, cuando le dijo: "Apacienta mis corderos", como si Pedro hiciera eso en todos sus sucesores, cuidando y guiando el rebaño por los pastos mejores hasta el fin de los tiempos, mientras Juan debía permanecer en las fuentes de las aguas que debían refrescar a las ovejas del rebaño. Me parece explicarlo diciendo que el trabajo de Pedro pertenece más al tiempo y al orden exterior, que pasaría a sus sucesores; y que la influencia de Juan debía ser más en lo interior, en el celo y en el envío de mensajeros llenos de entusiasmo. Pedro es la roca, el edificio, y Juan debía ser el correr, una nube, una tempestad, un hijo del trueno y un mensaje de la voz. Pedro debía ser la caja y el encordaje del arpa; Juan debía ser como el sonido y el viento a través de las cuerdas. No puedo expresar mejor la íntima persuación que tuve de todo esto.

XII

Destrozos y obstáculos en los lugares sagrados

De Jerusalén han venido a Betania unos cincuenta soldados de la misma clase de los que habían prendido a Jesús en el Huerto de los Olivos. Pertenecían a la guardia del templo y a los sumos sacerdotes. Empleados del Sanedrín también aparecieron en la casa consistorial de Betania, los cuales citaron a los apóstoles. Pedro, Tomás y Juan comparecieron y contestaron con valor a las acusaciones de que tenían reuniones y promovían desórdenes en todas partes. He visto soldados que rodeaban la casa de Lázaro. Los empleados de Jerusalén celebraron la audiencia en público delante de la casa consistorial; pero los jefes de Betania contradijeron sus afirmaciones diciéndoles que si tenían algo contra esos hombres se los llevasen presos: de otro modo no promoviesen desórdenes en la ciudad con la fuerza pública. Pedro, para evitar mayores males, despidió a ciento veintitrés de los fieles creyentes diciéndoles se buscasen albergues en los lugares más cercanos, ya que tenían todo en común. Las cincuenta mujeres se dividieron en grupos, recluyéndose en diversas comunidades. Pedro citó a todos en Betania para el día de la Ascensión del Señor.

Los apóstoles se dirigieron de Betania al Cenáculo de Jerusalén donde, bajo la lámpara, oraron delante del Santísimo. Había entre ellos siete discípulos. No pudieron llegar caminando por el lado de la ciudad al Cenáculo: el camino había sido cortado en esa dirección; tuvieron que hacer un rodeo y llegar por el mismo camino que Pedro y Juan tomaron el Jueves santo para llegar al Cenáculo. Había en los alrededores muchos albergues para forasteros y los verdaderos judíos no tenían allí sus habitaciones. Estos judíos contrarios habían declarado cesantes en sus empleos a los creyentes que seguían a Jesús y se juntaban con los discípulos y apóstoles. Ahora habían cavado fosos para impedir el paso a los lugares donde Jesús había caído o sufrido, camino del Calvario. También habían hecho levantar paredes donde vivían y frecuentaban los discípulos. Me admiraba de verlos andar por una calle y de pronto encontrarse encerrados y tener que volver a desandar el camino hecho. He visto que los amigos de Jesús iban de noche y abrían los caminos que los judíos habían cerrado de día. También destrozaron todos los

lugares que eran mayormente sagrados para los creyentes, por haber Jesús obrado algún milagro o padecido y enseñado. Los lugares por donde Jesús había andado con sus discípulos, enseñando, sanando, o donde se había detenido, fueron devastados, poniendo obstáculos en el camino o cerrándolos con cercos.

En algunos sitios hasta llegaron a poner trampas con fosos disimulados para que los creyentes piadosos cayeran adentro. He visto que Dios permitió que malos judíos cayeran adentro. El monte Calvario fuó obstruído con cercos y árboles atravesados en el camino, para hacer intransitable el sendero que llevaba hasta él. Su cima fué destruída e igualada, y la tierra, sacada de allí, desparramada entre los cinco montículos cubiertos de pasto que formaban la altura del mismo obstruyendo ahora los senderos. Mientras sacaban la tierra del monte para desparramarla, he visto que quedó una piedra blanca que tenía un hoyo donde estuvo plantada la cruz. He visto que trabajaron mucho para sacarla de allí: usaron palancas y todos los medios para desarraigarla; pero la piedra se hundía cada vez más en el hoyo que tenía un codo de hondo. Entonces echaron tierra encima.

No tocaron el sepulcro, porque era propiedad de Nicodemo. La cabeza de Cristo, en su sepultura, daba hacia el Oriente. Si al mediodía se salía del sepulcro se tenía el sol sobre si y a la derecha el Occidente. Tuve la persuación de que serán juzgados como los enemigos de la sangre de Jesucristo todos aquéllos que destruyen las cruces de los caminos, capillas, iglesias, oratorios antiguos, como también las antiguas cristianas costumbres y todo lo que especialmente mira a la historia de la Redención, como ser edificios sagrados, cuadros, Escrituras, costumbres, fiestas, plegarias, etcétera.

XIII

Grandeza y dignidad de la Virgen Santísima

La tarde del día siguiente vi a todos los apóstoles, con veinte discípulos, orando bajo la lámpara en la sala del Cenáculo. Estaban presentes la Virgen María, las santas mujeres, Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea y Obed. Terminada la oración, el apóstol Juan habló a los apóstoles, y Pedro a los discípulos. Hablaron ambos de una manera misteriosa acerca de sus relaciones con la Madre de Dios y lo que Ella debe ser para ellos. Mientras

duraba esta enseñanza de ambos apóstoles, que hicieron por orden de Jesús, he visto a la bienaventurada Virgen con un manto luminoso y amplio. Con ese manto los cubría a todos, mientras se cernía sobre los presentes y recibía del cielo abierto, donde se veía la Santa Trinidad, una corona sobre su cabeza. A la Virgen no la he visto en persona durante este tiempo, aunque había estado rezando fuera de la sala. Recibí la íntima persuación de que María era la cabeza verdadera de esa comunidad, su templo y su todo. Creo que fué una representación para los apóstoles y una aclaración de lo que María debía ser en lo futuro en la Iglesia, según la voluntad de Dios.

Hacia las nueve vi una comida en el vestíbulo. Todos los presentes tenían vestidos de fiesta y la Virgen los de su boda. Durante la oración, en cambio, estaba con un manto blanco y el velo. Esta vez vi a María entre Pedro y Juan, sentada a la mesa, teniendo la puerta al frente y el patio a las espaldas. Las demás mujeres y los discípulos estaban a la derecha e izquierda en sendas mesas. Nicodemo y José de Arimatea servían. Pedro cortó el cordero de la misma manera como lo había cortado el Señor en la última Cena. Al final de esta cena hubo un partir del pan y pasar de las copas, pero se trataba de pan y vino bendecidos, no consagrados. Después vi a María Santísima con los apóstoles en la sala; ella estaba en medio de Pedro y de Juan, debajo de la lámpara. Rezaron de rodillas delante del Santísimo descubierto. Cuando hubo pasado la medianoche vi que María recibía la comunión de manos de Pedro, hincada delante del Santísimo. Pedro traía el Sacramento consagrado por Jesús sobre un platillo que cubría el cáliz. En ese momento he visto que Jesús se le aparecía a Ella, aunque los demás no lo veían. María estaba rodeada de luz y resplandor. Oraron largo tiempo. A los demás apóstoles los he visto muy reverentes con la persona de la Virgen Santísima.

María se retiró luego a una pequeña casita, a la derecha de la entrada al patio del Cenáculo, donde tenía su habitación. Dentro ya, oí que cantaba el *Magnificat,* el canto del *Benedicite* de los tres jóvenes en el horno de Babilonia y el salmo 130; rezó todo esto de pie. El día empezó a clarear cuando Jesús entró a puertas cerradas. Habló largo tiempo con María; díjole que asistiese a los apóstoles y lo que Ella debía ser para ellos. Dióle potestad sobre toda la Iglesia; le dió su misma fuerza y potestad, su protección: era como si Él mismo le diese su luz y la penetrase toda con su Persona. No lo puede decir de otro modo.

Los discípulos hicieron una especie de corredor con telas y alfombras desde el patio al Cenáculo, para que pudiera la Virgen ir desde su habitación al lugar del Santísimo y al coro donde cantaban y rezaban los apóstoles. Juan habita cerca de la celda de la Virgen. Cuando Jesús se le apareció en su celda, he visto que rodeaba su cabeza una corona de estrellas; lo mismo he visto cuando recibía la comunión.

Tuve el conocimiento de que todas las veces que comulgaba María, permanecían las especies sacramentales de una comunión a la otra, de modo que siempre adoraba a Jesucristo presente sacramentalmente en su corazón.

Durante la persecución, después de haber sido apedreado San Esteban, hubo un tiempo en que los apóstoles no pudieron consagrar. Pero la Iglesia no quedó sin el Santo Sacramento, pues estaba vivo en el tabernáculo de la beatísima Virgen María. Entendí también que esta gracia singular era propia sólo de María Virgen Santísima.

XIV

Crecimiento de la comunidad

El número de los creyentes iba siempre aumentando. Muchas gentes venían desde la Galilea con sus asnos y sus equipajes y había continuo trabajo para acomodar a los recién venidos. Venían generalmente primero al albergue de los apóstoles en Betania, donde siempre vivían algunos discípulos que se turnaban para dar informaciones y consejos a los recién llegados. Por medio de estos discípulos eran dirigidos a Lázaro que tenía muchas posesiones. En Jerusalén, en las cercanías del monte Sión, vivían muchos judíos pobres que habitaban antiguos muros y ruinas. En los contornos veía pacer bastantes asnos. Algunos extranjeros, que venían para las fiestas, solían tener allí sus albergues. Cerca del Cenáculo había un antiguo edificio, bastante grande, aunque ruinoso, sobre el monte Sión, que un día fué famoso (castillo de David), donde se halló refugio para mucha gente, que vivía en chozas o en casitas pegadas a los muros. He visto que sobre gruesos muros, debajo de los cuales había gentes se extendían tiendas con tapices y alfombras para improvisar habitaciones.

Los caldeos de Sikdor, que habían venido a ver a Jesús y que Él había enviado al regulo de Cafarnaúm y de allí se ha-

bían vuelto a sus tierras, llegaron ahora con sus animales de carga y sus equipajes en crecido número. Colocaron sus animales en el patio de la casa ruinosa. Los judíos no han hecho hasta ahora nada en contra. Sólo han obstruído el camino hacia el monte del templo y por el lado del monte Sión hacia la piscina de Bethesda, donde muchos cristianos tienen sus habitaciones. Las paredes que han levantado en muchas partes dividen y separan a estos fieles del resto de la ciudad.

Los recién llegados están ocupados en apartar gran cantidad de géneros, algunos finos, otros groseros, de lana blanca o amarilla, como también alfombras y telas para tiendas. Han formado gruesos rollos y los envían para uso común de la comunidad. Nicodemo y José de Arimatea distribuyen y ordenan todas estas cosas. Con estos géneros harán vestiduras sacerdotales y otras para los recién bautizados. A los necesitados se les da lo necesario y todos son atendidos convenientemente. Junto a la piscina de Bethesda tomaron los apóstoles para su uso una antigua sinagoga frecuentada sólo por extranjeros: está algo más elevada que la piscina misma. Aquí se reúnen los recién venidos y son instruídos por los apóstoles. Los recién llegados no son recibidos en seguida dentro de la comunidad ni tampoco entran en el Cenáculo. Por el momento no veo que los apóstoles ni los discípulos ni los recién llegados frecuenten el templo. Si después de Pentecostés iban al templo era para predicar, después de haber recibido el Espíritu Santo. El templo de esta comunidad es el Cenáculo, donde está el Santísimo Sacramento. La Madre de todos estos fieles es la Virgen Santísima. Los apóstoles se aconsejan con Ella y Ella es para ellos un apóstol.

Veo que la mujer y la hija de Pedro y otras mujeres, como la de Marcos, se trasladaron de Betsaida a Betania, donde habitan bajo tiendas. Estas mujeres ya no tienen relación con sus maridos. Se juntan con los apóstoles sólo cuando hay instrucción y se ocupan de tejer y trenzar telas diversas; en este trabajo están ocupadas muchas a la vez. También María Santísima, Marta y Magdalena cosen, tejen, bordan, a veces sentadas, a veces caminando, con los trabajos en las manos. He visto a María bordar, en colores pálidos, figuras de apóstol o del Señor, sobre telas amarillas, grises o azul-celestes. Las figuras no eran tan envueltas como las había visto antes. Una vez la he visto bordar una representación de la Santísima Trinidad: Dios Padre le entregaba al Hijo, que vestía como sacerdote, la santa Cruz;

de ambos procedía el Espíritu Santo, no como paloma, pues las alas eran brazos. Estas figuras estaban más bien en los ángulos de las vestiduras. He visto en antiguas iglesias ornamentos que María Santísima había bordado.

Los apóstoles ayudaban para procurar habitación a los recién venidos. Los he visto traer madera, esteras y cargar tapiques entretejidos. Los pobres reciben vestidos y comida. Lázaro es el principal proveedor. Las santas mujeres, entre las cuales veo a la de Zaqueo, se ocupan de proveer a las mujeres de la comunidad. Ninguno tiene cosa propia; el que tiene algo lo trae y el que no tiene nada recibe lo necesario. La casa de Simón, llamado el leproso, está llena de recién llegados. Él mismo ya no vive en su casa: la entregó a la comunidad y reside como los demás, mezclado con ellos. Sobre la terraza de su antigua casa se ha levantado y formado una especie de sala con tabiques movibles, colocándose allí un púlpito para la enseñanza. Se sube a esa terraza desde afuera por escalones practicados en la pared. En todas partes se fabrican y se levantan tiendas, se acomodan habitaciones junto a los muros y se ocupan casas vacías aquí y en Jerusalén. Algunos se retiraron del país después de la crucifixión del Señor.

Después de Pentecostés aumentó tanto el número de los creyentes que los apóstoles tuvieron que tratar con las autoridades para procurarse nuevos sitios para los recién llegados. Los apóstoles enviaron a Nicodemo, a José de Arimatea, a Natanael y a otros más conocidos de los judíos a tratar con las autoridades; y los veo reunidos, unos veinte, en la sala sobre la puerta del atrio de las mujeres en el templo. Les fueron señalados tres lugares fuera de la ciudad, apartados de los caminos más frecuentados. Un lugar estaba entre Betania y Betfagé, al Oeste de Betania, donde había ya chozas y galpones; dos lugares al Sur de Betfagé, algo apartados del camino. Debían desocupar el albergue junto a Betania, en el camino, y no debían hospedarse tampoco en el albergue junto a Jerusalén, hacia Belén, donde María se hospedó cuando la presentación en el templo. He visto cómo los jefes les indicaban con la mano los lugares desde el templo, cómo fueron los enviados a anunciar el cambio a los apóstoles y cómo salían algunos grupos para ocupar los lugares que Pedro y Juan les indicaban para edificar sus habitaciones. Veo asnos cargados con todo lo necesario y trasportar agua en recipientes, pues el lugar entre Betania y Betfagé no tenía agua. Pero cuando empezaron a cavar un pozo les saltó un

torrente de agua hasta sus rostros. A Simón de Betania, que había tenido práctica de economía y entendía de negocios, lo veo ocupado en una tienda junto a la piscina de Bethesda, anotando los regalos, las contribuciones y el estado de los recién venidos que traían ovejas, cabras, palomas, grandes pájaros con patas y picos colorados. Mantas y tejidos de varias clases eran distribuídos a los necesitados. Había en esta distribución un orden perfecto. Los hombres recibían lo necesario por medio de los hombres, y las mujeres eran socorridas por las santas mujeres de la comunidad. Había gente de todos los países que traían por amor de Dios sus cosas para la comunidad, aunque entre ellos no se entendían por el idioma. Sólo los apósto es eran entendidos por todos los extranjeros. Magdalena y Marta entregaron su casa de Betania para la comunidad de los nuevos convertidos. Lázaro entregó todas sus posesiones y sus casas. Lo mismo hicieron Nicodemo y José de Arimatea: ellos cuidaban de la distribución de las limosnas y de las necesidades de la comunidad. Cuando más tarde fueron estos tres hombres consagrados sacerdotes, Pedro puso en su lugar a los diáconos.

XV

Los postreros días antes de la Ascensión

En estos últimos días Jesús estuvo mucho tiempo con sus apóstoles y discípulos. Comía y rezaba con ellos y les repetía muchas cosas que les había enseñado mientras recorría los caminos que había andado antes. Aparecióse también a Simón Cireneo que estaba en ese momento trabajando en una huerta entre Jerusalén y Betfagé: Jesús se le acercó resplandeciente, como flotando en el aire. Simón se echó de cara al suelo y besó la tierra delante de los pies del Señor. el cua le hizo una señal de silencio y desapareció. Otros trabajadores que estaban cerca de Simón también lo vieron y se echaron de cara al suelo. Cuando Jesús caminaba con los apóstoles a Jerusalén, algunos judíos tuvieron también la dicha de verlo. Pero estos infelices se espantaban, se escondían y se encerraban en sus habitaciones. Los mismos apóstoles se mostraban algo cohibidos en su presencia: tenía para ellos algo de espiritual en su modo de ser. Jesús aparecía también en otros lugares, como en Belén y Nazaret, especialmente a ciertas personas con las cuales Él o María habían tenido alguna relación o amistad. En todas partes llevaba la

bendición: las gentes buenas que lo veían, creían luego en Él y se juntaban con los apóstoles.

En el penúltimo día antes de su Ascensión, he visto a Jesús con cinco de sus discípulos venir desde el Este hacia Betania, adonde también se dirigía María con otras santas mujeres desde Jerusalén. En la casa de Lázaro estaban reunidos ya muchos discípulos, los cuales habían oído que Jesús pronto los había de dejar. Querían verle aún una vez y despedirse de Él. Cuando Jesús llegó a la casa de Lázaro, dejaron entrar a todos estos discípulos y cerraron las puertas. Jesús tomó, de pie, con los apóstoles, algún alimento, y como viera que lloraban amargamente porque los iba a dejar, les dijo, indicando a María: "¿Por qué lloráis, queridos hermanos?... Mirad... como ella no llora". María estaba con las santas mujeres cerca de la entrada de la sala. En el patio había una mesa larga dispuesta para los numerosos presentes. Jesús salió de la sala, bendijo los pequeños panes y los repartió; luego hizo señal de que iba a alejarse. Entonces se acercó humildemente María su Madre para hacerle una petición. Vi que Jesús le tendió la mano y le dijo que no podía concederle lo que ahora pedía. María dió gracias con humildad y se retiró tranquila. De Lázaro se despidió de una manera conmovedora: le dió un bocado resplandeciente, lo bendijo y le tendió la mano. Lázaro, que generalmente se mantenía oculto, cuando Jesús con sus apóstoles se dirigió a Jerusalén por el camino que había hecho el Domingo de Ramos, aunque por sendas extraviadas, permaneció también escondido en su casa.

Jesús y los suyos marcharon en cuatro grupos con cierto intervalo uno de otro. Los once partieron con Jesús los primeros. Las santas mujeres fueron las últimas en salir de Betania. Yo veía a Jesús resplandeciente, siempre sobresaliendo entre todos. Sus llagas no las veía siempre: cuando las veía eran como soles resplandecientes. Todos estaban abatidos y con temor; algunos lloraban; otros hablaban en voz baja: "Ya otras veces ha desaparecido", decían. No acababan de creer que los podía abandonar para siempre. Sólo Pedro y Juan aparecían más tranquilos y entendían mejor al Señor. Jesús se detenía a ratos para declararles algunas cosas. Algunas veces se hacía invisible; luego reaparecía, como si los quisiera acostumbrar a la ausencia definitiva. Los veía bastante turbados.

El camino llevaba a ciertos lugares amenos, a jardines, donde los judíos estaban ocupados en cortar y recortar, en for-

mas de pirámides, arbustos y plantas y ordenar los cercos. Estas gentes se tapaban los ojos con las manos; otros se echaban a tierra y otros se ocultaban entre los ramajes. No sé si lo hacían por temor o por reverencia, si veían o no veían al Señor. Una vez oí al Señor que decía a los discípulos: "Cuando todos estos lugares sean creyentes por vuestra predicación y cuando otros dispersen a los creyentes y lo destruyan todo, serán tiempos difíciles. Vosotros no podéis entenderlo ahora. Cuando estéis conmigo, por última vez en la cena, lo entenderéis mejor".

Nicodemo y José de Arimatea habían preparado una comida, que tuvo lugar en el vestíbulo del Cenáculo abierto. Por la izquierda del vestíbulo se llegaba a un corredor hacia el patio cubierto de árboles; luego a un edificio pegado a las murallas donde se había arreglado el hogar y la cocina. A la derecha del vestíbulo había corredores abiertos con las mesas para los discípulos: eran simples tablas dispuestas para el caso. La mesa para Jesús y los once estaba preparada en el vestíbulo. Había allí pequeños cántaros y otro mayor con una cobertera encima; sobre ella se veía un pescado adornado con finas hierbas y pequeños panes en torno. En las mesas de los discípulos se pusieron fuentes de forma triangular con panales de miel, frutas y cuchillos de hueso. Junto a cada fuente había tres tajadas de pan; para cada tres comensales había una fuente.

El sol había caído y empezaba a oscurecer cuando Jesús se acercó con sus apóstoles a la mesa. María Santísima, Nicodemo y José de Arimatea lo recibieron a la entrada. Jesús se encaminó con su Madre a la habitación de ésta, y los apóstoles fueron hacia el vestíbulo. Cuando llegaron más tarde los discípulos y las santas mujeres, Jesús acercóse a los once que estaban en el vestíbulo. La mesa, de la cual ocuparon un lado, era de mayor altura de la que se acostumbraba. Los apóstoles estaban recostados sobre asientos transversales. Jesús se mantuvo de pie; a su lado se sentaba Juan que se mostró más alegre que los demás. Era Juan como un niño en todo su modo de ser: pronto se entristecía, pero pronto también volvía a su acostumbrada serenidad y buen humor. Habían encendido la lámpara sobre la mesa. Nicodemo y José de Arimatea cuidaban y proveían. A la Santísima Virgen la he visto de pie, a la entrada de la sala. Jesús bendijo el pescado, los panes y las hierbas; mientras tanto enseñaba repartiendo los alimentos. Su modo de instruir era muy serio. Yo veía a las palabras de Jesús salir como rayos de luz que entraban con más o menos fuerza, en

cada uno de los apóstoles, según la disposición de sus corazones y el deseo y el ansia de escucharlas. Al fin de la comida Jesús bendijo la copa y bebió de su contenido; luego la hizo pasar a los demás. No era una consagración.

Después de esta cena fraternal, los comensales se reunieron bajo los árboles del patio. Jesús habló largo tiempo con ellos, y al final los bendijo. A su Madre, que estaba al frente de las santas mujeres, le tendió la mano. Todos estaban muy conmovidos. Yo sentía que Magdalena tenía mucho deseo de abrazarse a sus pies; pero no lo hizo. El modo de ser de Jesús era tan imponente que no tuvo valor y todos estaban llenos de temor reverencial. Cuando Jesús los dejó, los apóstoles lloraban. No era un llanto exterior: era como si el alma llorase. A la Madre de Jesús no la he visto llorar. No la he visto nunca llorar ostensiblemente, sino sólo cuando perdió al Niño Jesús, a los doce años, después de las fiestas de Pascua, y cuando Jesús murió en la cruz. Los presentes permanecieron aquí hasta la medianoche.

XVI

La Ascensión de Jesucristo a los cielos

La noche anterior a su gloriosa Ascensión he visto a Jesús con su Santísima Madre y los once en la sala interior del Cenáculo. Los discípulos y las santas mujeres oraban en las salas laterales. En la sala estaba la mesa de la última Cena con los panes de Pascua y el cáliz, debajo de la lámpara encendida. Los apóstoles estaban con sus vestiduras de fiesta. María Santísima estaba frente a Jesús, el cual consagró pan y vino como lo hizo el Jueves santo. El santo Sacramento lo he visto entrar en las bocas de los apóstoles como un cuerpo resplandeciente y las palabras de la Consagración las vi como rayos rojos entrar en el contenido del cáliz. En estos últimos días, Magdalena, Marta y María Cleofás habían recibido la Comunión.

Hacia la mañana se recitaron los maitines, bajo la lámpara, con más solemnidad que de costumbre. Jesús volvió a dar la potestad a Pedro sobre los demás, cubriéndolo de nuevo con aquel manto o capa adornada y repitiendo lo que había dicho a la orilla del lago y en la aparición sobre la montaña de Galilea. También los instruyó sobre el modo de dar el bautismo y de bendecir el agua. Durante los maitines y la enseñanza de

Jesús he visto a diez y siete de los discípulos más adictos que escuchaban detrás de María Santísima. Antes que abandonasen la casa, Jesús presentó a María Santísima como Madre de ellos, intercesora y medianera. Luego dió la bendición a Pedro y a los demás, que la recibieron con profunda reverencia. En ese momento vi a María, con un manto azul celeste y la corona, ser elevada sobre el trono. Era una imagen de su grandeza y dignidad, la Reina de la misericordia.

Cuando clareaba Jesús salió del Cenáculo con los once; María los siguió muy de cerca, y el grupo restante a corta distancia. Atravesaron las calles de Jerusalén: todo era silencio y quietud. La población estaba entregada al sueño. Jesús se ponía cada vez más apremiante y serio en su modo y en sus palabras. En la tarde de ayer me pareció más asequible y compasivo en sus palabras. Yo conocía bien el camino que harían: el mismo del Domingo de Ramos, y sentía que Jesús tomaba esos senderos para grabar mejor en las memorias sus exhortaciones y sus instrucciones, señalando donde se habían cumplido las profecías y sus palabras. En cada lugar donde había tenido lugar una escena de su Pasión, se detenía un momento y les mostraba el cumplimiento de las palabras proféticas y las palabras de promesas, explicando el significado de cada lugar. En los lugares donde los judíos habían puesto obstáculos al paso, con fosos cavados, piedras y otros impedimentos, mandó Jesús a sus discípulos que le precediesen y quitasen esos impedimentos; cosa que ellos hicieron con presteza. Luego dejaron pasar a Jesús, se inclinaron en su presencia y ocuparon el lugar anterior detrás de los apóstoles. Delante de la puerta que llevaba al monte Calvario, se desvió del camino hacia un lugar ameno de árboles, que era de oración, como había varios en Jerusalén. Aquí se sentó Jesús en medio de ellos y los instruyó, consolándolos de su próxima partida. Mientras tanto se hizo día y los apóstoles recobraron ánimo, pareciéndoles que no los dejaría tan pronto. Vinieron entre tanto nuevos discípulos, todos hombres; no había mujeres entre los nuevos. Jesús retomó el camino del Calvario, pero no llegó hasta él, sino que, rodeando la ciudad, se dirigió al Huerto de los Olivos. También en este camino había obstáculos puestos por la malicia de los judíos: los discípulos removieron esos impedimentos. Los instrumentos para el trabajo los encontraban en los huertos y jardines que allí abundan. Recuerdo las palas redondeadas, que me recordaban nuestras palas de panaderos.

En el Huerto de los Olivos se detuvo Jesús con los suyos en un lugar ameno y fresco cubierto de hermosa hierba. Me maravillo de que aquí no hayan hecho desperfectos. La muchedumbre de los discípulos de Jesús se hizo aquí tan numerosa que ya no pude contarla. Jesús habló largamente de tal manera que parecía dar punto final a sus palabras. Ellos lo escuchaban persuadidos de que se acercaba la hora de la despedida, pero no creían que el tiempo pasara tan pronto. El sol ya estaba más alto, más apartado del horizonte. No sé si lo que digo es lo cierto: en ese país me parece que el sol no sube tanto como entre nosotros; me parece como si estuviera más cerca de nosotros. No lo veo como aquí, pequeña esfera que se levanta: lo veo allá con más brillo, y sus rayos no son tan finos, sino son anchos rayos de luz. Estuvieron aquí como una hora. En Jerusalén todo revivía y se admiraban de la muchedumbre que veían alrededor del Huerto de los Olivos. De la ciudad también comenzaban a afluir gentes hacia el huerto: eran de las que el Domingo de Ramos lo habían recibido en triunfo. En las calles estrechas de la ciudad se amontonaba la gente: sólo en torno del huerto había claros.

Jesús se dirigió hacia Getsemaní, y del huerto subió al Monte de los Olivos. El camino por donde fué tomado preso no lo recorrió. La muchedumbre le seguía por diversos senderos, algunos atravesando los vallados y los cercos de los jardines. Jesús aparecía cada vez más resplandeciente; sus pasos eran más apresurados. Los discípulos lo seguían a veces sin lograr alcanzarlo. Cuando llegó a la cima del monte, resplandecía como un sol con luz pálida y blanca. Desde el cielo descendió un cerco de luz, que formó como un arco-iris de varios colores. Los espectadores lo contemplaban como deslumbrados. Jesús brillaba más vivamente que la gloria que lo envolvía. Jesús púsose la mano izquierda sobre el pecho y con la mano derecha bendijo, volviéndose a todos lados, al mundo entero. La muchedumbre permaneció en silencio: los he visto a todos bendecidos. Jesús no bendecía como los rabinos, con la palma de la mano, sino como lo hacen los obispos actualmente. He sentido la bendición sobre todo el mundo con gran regocijo.

Desde ese momento la luz que descendía del cielo se unió con el resplandor de Jesús, y he visto el brillo de su cabeza como fundirse en una luz con la del cielo y desaparecer en lo alto de los cielos. Parecía como si un sol entrara en otro sol, una llama en otra llama, un rayo flotara en una llama. Era

como si se mirase el sol en pleno día; pero la luz era más brillante y más blanca. El día parecía nublado al lado de esa luz sobrenatural. Cuando ya no pude ver más su cabeza resplandeciente, seguí viendo sus pies, hasta que desapareció completamente dentro de la gran luz y resplandor. Innumerables almas he visto venir y entrar dentro de ese resplandor del Señor y desaparecer luego con Él. No puedo decir que lo haya visto desaparecer empequeñeciéndose a nuestros ojos a la distancia, sino que desapareció de entre la luz que lo circundaba desde arriba. Desde esa nube luminosa descendió un rocío de luz sobre todos los presentes. Cuando ya no pudieron ver más ese resplandor, les sobrecogió a todos un gran temor y una gran admiración. Los apóstoles y discípulos, que estaban más cerca de Él, no pudiendo ya soportar tanta luz, quedaron como cegados, y miraban hacia abajo, y muchos se echaron de cara a tierra. María Santísima estaba detrás, junto a ellos, y miraba tranquila hacia arriba. Después de unos momentos y cuando la luz había disminuído algo, miraron todos, en gran silencio y con diversos sentimientos, hacia la nube luminosa que siguióse viendo largo tiempo.

Yo he visto dentro de esta nube dos figuras resplandecientes, al principio pequeñas, luego agrandándose, descender hacia la muchedumbre, con blancas y largas vestiduras y báculos en la mano, al modo de los profetas. Hablaron a los presentes: su voz era como de trompeta, y creo que deben haberlos oído en Jerusalén. No se movían: estaban rectos, inmóviles y dijeron: "Varones de Galilea; ¿qué estáis aquí mirando hacia el cielo? Este Jesús que fué arrebatado de vosotros a los cielos, vendrá, como lo habéis visto subir a los cielos. *(La vidente dijo sólo: "Dijeron algunas palabras". Lo demás es del texto de las Actas).*

Después de estas palabras desaparecieron los ángeles, pero el resplandor continuó por algún tiempo hasta que se disipó, como se oscurece el día con la noche. Ahora están los apóstoles como fuera de sí; ahora comprenden lo que les aconteció: Jesús se había apartado de ellos para subir a su Padre celestial. Entonces muchos se echaron a tierra, llenos de dolor y confusión. Cuando el resplandor se desvaneció, los demás se agruparon en torno de ellos. Se formaron varios grupos; las santas mujeres también se acercaron. Deliberaron allí, conferenciaron, a veces miraban a lo alto de los cielos. Después se dirigieron los apóstoles al Cenáculo y las santas mujeres los siguieron. Unos lloraban

como niños; otros estaban muy conmovidos. María Santísima, Pedro y Juan estaban tranquilos, y se mostraban más consolados. Pero he visto también entre la muchedumbre a algunos que no mostraban conmoción; estaban dudosos, incrédulos y se alejaron de allí. En la cima del monte había una piedra. Jesús había estado sobre ella: desde allí habló y bendijo, antes que el resplandor lo envolviese. La marca de sus sagrados pies quedó impresa en esa piedra, y sobre otra se veía la huella de una mano de María. Había pasado el mediodía cuando los presentes se desparramaron y se alejaron.

Cuando los apóstoles y los discípulos se encontraron solos, sintiéronse como desamparados, y se inquietaron. Consoláronse, empero, ante la presencia tranquila y suave de la Virgen María; comprendieron que era, según las palabras de Jesús, su consoladora, su Madre y su intercesora, y recobraron la paz y la confianza.

En Jerusalén he visto, entre los judíos, un sentimiento de temor y de espanto. He visto cerrarse varias puertas y ventanas y en otros puntos reunirse los judíos. En los días anteriores experimentaban cierta inquietud y temor; hoy especialmente se sentían embargados de terror.

En los siguientes días he visto a los apóstoles reunidos con la Virgen en la sala del Cenáculo. Después de la última Cena con el Señor, vi siempre a María frente a Pedro, que ocupaba el lugar de Jesús, tanto en la oración como en las comidas. Yo sentía que ahora María adquiría mayor importancia para los apóstoles y representaba a la Iglesia de los fieles. Los apóstoles se mantenían más retirados. No veía a ninguno de los otros grupos de creyentes entrar con ellos en la sala del Cenáculo. Se mantenían más precavidos por las persecuciones de los judíos, con mayor orden y retiro en la oración. Los discípulos, en cambio, se reúnen en las salas abiertas del Cenáculo, van y vienen, entran y salen más libremente; muchos de ellos visitan de noche los caminos por donde anduvo Jesús durante su apostolado y su pasión.

Para la elección del apóstol Matías he visto a Pedro en el Cenáculo revestido con su capa, en medio del coro de los discípulos, que estaban de pie en las salas laterales abiertas. Pedro propuso a José Barsabás y a Matías, que estaban entre los más adictos discípulos de Jesús. Entre los reunidos había varios que deseaban ser elegidos en lugar del traidor Judas; estos dos, en cambio, no habían pensado en ello ni tenían deseos de ser ele-

gidos. Al día siguiente echaron la suerte, mientras ellos estaban ausentes. Cuando la suerte cayó sobre Matías, fué uno a la sala de los discípulos reunidos a buscar al nuevo apóstol.

INDICE

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(Continuación)

INTRODUCCIÓN 9

EPOCA DECIMA

Institución de la Sagrada Eucaristía

Prólogo 13

Capítulo I. - Preparación de la Pascua 15
„ II. - El Cenáculo 16
„ III. - Disposiciones para el tiempo pascual 18
„ IV. - El cáliz de la santa Cena 19
„ V. - Jesús va a Jerusalén 21
„ VI. - Ultima Pascua 23
„ VII. - El lavatorio de los pies 26
„ VIII. - Institución de la sagrada Eucaristía 28
„ IX. - Instituciones secretas y consagraciones 31
„ X. - Noticia sobre Melquisedec 34

EPOCA UNDECIMA

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Prólogo 39

Capítulo I. - Jesús en el Monte de los Olivos 41
„ II. - Judas y los suyos 58
„ III. - Prisión de Jesús 61
„ IV. - Medidas que toman los enemigos de Jesús 69
„ V. - Ojeada sobre Jerusalén 71
„ VI. - Jesús delante de Anás 74
„ VII. - Tribunal de Caifás 76
„ VIII. - Jesús delante de Caifás 79
„ IX. - Nuevos ultrajes en casa de Caifás 82
„ X. - Negación de Pedro 84
„ XI. - María en casa de Caifás 86
„ XII. - Jesús en la cárcel 88
„ XIII. - Juicio de la mañana 90
„ XIV. - Desesperación de Judas 92

Capítulo	XV.	- Jesús conducido a presencia de Pilatos	94
„	XVI.	- Palacio de Pilatos y sus alrededores	96
„	XVII.	- Jesús delante de Pilatos	98
„	XVIII.	- Origen del Vía Crucis	102
„	XIX.	- Pilatos y su mujer	103
„	XX.	- Jesús delante de Herodes	106
„	XXI.	- Jesús conducido de Herodes a Pilatos	109
„	XXII.	- Flagelación de Jesús	112
„	XXIII.	- María durante la flagelación de Jesús	115
„	XXIV.	- Interrupción de las figuras de la Pasión	116
„	XXV.	- La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasión	120
„	XXVI.	- Coronación de espinas	123
„	XXVII.	- Ecce Homo	124
„	XXVIII.	- Reflexiones sobre estas visiones	126
„	XXIX.	- Jesús condenado a muerte de cruz	127
„	XXX.	- Jesús lleva su Cruz	131
„	XXXI.	- Primera caída de Jesús debajo de la cruz	134
„	XXXII.	- Segunda caída de Jesús debajo de la cruz	134
„	XXXIII.	- Simón Cireneo. Tercera caída de Jesús	136
„	XXXIV.	- Verónica y el sudario	138
„	XXXV.	- Cuarta y quinta caídas de Jesús. Las hijas de Jerusalén	139
„	XXXVI.	- Jesús sobre el Gólgota. Sexta y séptima caídas	140
„	XXXVII.	- María y sus amigas van al Calvario	141
„	XXXVIII.	- Jesús desnudo y elevado en la cruz	143
„	XXXIX.	- Exaltación de la Cruz	145
„	XL.	- Crucifixión de los ladrones	146
„	XLI.	- Jesús crucificado y los dos ladrones	148
„	XLII.	- Primera palabra de Jesús	149
„	XLIII.	- Eclipse de sol. Segunda y tercera palabras de Jesús	150
„	XLIV.	- Estado de la ciudad y del templo. Cuarta palabra de Jesús	152
„	XLV.	- Quinta, sexta y séptima palabras. Muerte de Jesús	156
„	XLVI.	- Temblor de tierra. Aparición de los muertos ..	158
„	XLVII.	- José de Arimatea pide a Pilatos el cuerpo de Jesús	162
„	XLVIII.	- Abertura del costado de Jesús. Muerte de los ladrones	163
„	XLIX.	- Algunas localidades de la antigua Jerusalén ..	165
„	L.	- Descendimiento	167
„	LI.	- El cuerpo de Jesús embalsamado	170
„	LII.	- Jesús metido en el sepulcro	175
„	LIII.	- Vuelta del sepulcro. José de Arimatea preso ..	176
„	LIV.	- El nombre del Calvario	177
„	LV.	- La Cruz y el lagar	178
„	LVI.	- Extracto de una visión anterior	180
„	LVII.	- Terremoto y apariciones a la muerte de Jesús .	182
„	LVIII.	- Los judíos ponen guardia en el sepulcro	184
„	LIX.	- Los amigos de Jesús el Sábado santo	185

Capítulo LX. - Jesús baja a los infiernos 187
„ LXI. - La noche antes de la resurrección 191
„ LXI. - José de Arimatea puesto en libertad 192
„ LXIII. - La noche de la resurrección 193
„ LXIV. - Resurrección del Señor 195
„ LXV. - Las santas mujeres en el sepulcro 197
„ LXVI. - Relación de los guardias del sepulcro 201
„ LXVII. - Fin de estas meditaciones para la Cuaresma .. 202

EPOCA DUODECIMA

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

Introducción 207

Capítulo I. - Primeros actos de culto después de la Resurrección 209
„ II. - La Comunión de los apóstoles 211
„ III. - Los discípulos de Emaús 212
„ IV. - Los apóstoles predican la Resurrección 217
„ V. - Segunda celebración de la Cena eucarística. Tomás toca las llagas de Jesús 221
„ VI. - Jesús aparece a sus apóstoles en el mar de Galilea 225
„ VII. - Las almas de los Patriarcas en torno de Jesús 226
„ VIII. - Jesús con las almas de los Padres en el Paraíso terrenal 231
„ IX. - Pedro y los apóstoles después de la pesca milagrosa 232
„ X. - Jesús aparece a quinientos discípulos 233
„ XI. - Cena en Betania y en el Cenáculo 235
„ XII. - Destrozos y obstáculos en los lugares sagrados 236
„ XIII. - Grandeza y dignidad de la Virgen Santísima .. 237
„ XIV. - Crecimiento de la comunidad 239
„ XV. - Los postreros días antes de la Ascensión 242
„ XVI. - La Ascensión de Jesucristo a los cielos 245
„ XVII. - El sagrado día de Pentecostés 250
„ XVIII. - La iglesia en la piscina de Bethesda 252
„ XIX. - Pedro celebra la primera Misa en el Cenáculo 258
„ XX. - Ordenación de los siete diáconos 260
„ XXI. - María Santísima se retira con San Juan a Efeso 264
„ XXII. - El Vía crucis de María en Efeso. Visita a Jerusalén 269
„ XXIII. - Llegada de los apóstoles para la muerte de María 272
„ XXIV. - Tránsito y sepultura de María 275
„ XXV. - La gloriosa Asunción de María Santísima 278

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

Versión castellana del
R. P. José Fuchs, S. D. B.

TOMO CUARTO
LIBRO II
LA DOLOROSA PASION
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES
Y DE LOS SANTOS
DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

México, D. F.

XVII

El sagrado día de Pentecostés

Toda la sala del Cenáculo estaba, la víspera de la fiesta, adornada con plantas en cuyas ramas se colocaron vasos con flores. Guirnaldas verdes colgaban de uno y otro lado de la sala. Las puertas laterales estaban abiertas; sólo la entrada principal del portón estaba cerrada. Pedro estaba revestido de sus vestiduras episcopales con capa adornada, delante de la cortina del Santísimo, debajo de la lámpara, donde había una mesa cubierta de paño blanco y rojo con rollos escritos. Frente a Pedro, cerca de la entrada del vestíbulo, estaba María cubierta con el velo, y detrás de ella, las otras santas mujeres. Los apóstoles hallábanse en dos hileras, a ambos lados de la sala, con el rostro vuelto hacia Pedro. Detrás de los apóstoles, en las salas laterales, estaban los discípulos de pie, para formar el coro en el canto y en la oración. Cuando Pedro bendijo los panes y los distribuyó, primero a María Santísima, luego a los apóstoles y discípulos, cada uno le besaba la mano. La Virgen Santísima también lo hizo. Estaban presentes en la sala del Cenáculo ciento veinte personas, sin contar a las santas mujeres.

A medianoche se sintió una conmoción extraordinaria en toda la naturaleza, que se comunicó a los que estaban junto a las columnas y en las salas laterales, en profunda devoción, orando con los brazos cruzados sobre el pecho. Una sobrenatural tranquilidad y sensación de quietud se esparció por toda la casa, y en los alrededores reinaba religioso silencio.

Hacia la mañana he visto sobre el Huerto de los Olivos una nube blanca, resplandeciente, bajando del cielo en dirección al Cenáculo. A distancia era como una bola redonda cuyo movimiento acompañaba un vientecillo suave y reconfortante. Al acercarse se hizo como una nube resplandeciente sobre la ciudad; luego se fué comprimiendo sobre Sión y sobre la sala del Cenáculo. A medida que se comprimía la nube se volvía más brillante y transparente. Se detuvo; luego, como impulsada por un viento impetuoso, descendió. Al sentir esta conmoción muchos judíos que habían visto la nube, corrieron, espantados, al tem-

plo. Yo misma me sentí, como una niña, invadida de temor, y buscaba donde esconderme para cuando estallara la tempestad, pues todo el conjunto tenía semejanza a lo que sucede cuando se desencadena una súbita tempestad; sólo que ésta venía del cielo y no de la tierra, en lugar de oscura era toda luz, y en vez de tronar marchaba zumbando como un viento. Este viento se esparció como suave y confortadora corriente de luz. La nube luminosa descendió sobre el Cenáculo y con el zumbido del viento se tornó más brillante. Yo veía la casa y su alrededor cada vez más resplandecientes. Los apóstoles, los discípulos y las santas mujeres se sentían más conmovidos y silenciosos. De pronto de la nube luminosa en movimiento partieron rayos blancos con ímpetu sobre la casa y sus contornos, en siete líneas que se cruzaban y se deshacían hacia abajo en rayos más delgados y en gotas como de fuego. El punto donde los siete rayos se cruzaban estaba rodeado de un arco iris. Apareció una figura luminosa y movible que tenía unas alas a modo de rayos de luz. En ese momento estuvieron la casa y los contornos llenos de luz y de resplandor. La lámpara de cinco brazos ya no daba luz. Los presentes estaban como arrebatados; levantaron sus cabezas a lo alto, como sedientos, abriendo la boca. En la boca de cada uno de ellos entraron torrentes de luz como lenguas de fuego. Parecía que aspirasen esas llamas, sedientos, y que sus deseos se dirigían al encuentro de esas llamas. Sobre los discípulos y las mujeres, que estaban en el vestíbulo, también se derramaron estas llamas, y de este modo la nube preñada de luz se deshizo poco a poco a medida que echaba sus rayos sobre los congregados en el Cenáculo. He visto que estas llamas descendían sobre cada uno de los presentes en diversas formas, colores y cantidad.

Después de esta lluvia maravillosa estaban todos reanimados, ardorosos, como fuera de sí por el gozo, llenos de santo arrebato. Todos rodearon a María Santísima, a la cual vi durante este tiempo tranquila, en santo recogimiento. Los apóstoles se abrazaron, llenos de entusiasmo; unos a otros se decían: "¿Qué éramos nosotros?... ¿Qué somos ahora?..." También las santas mujeres se sintieron animadas y se abrazaban. Los discípulos que estaban en los alrededores se sintieron conmovidos y los apóstoles fueron hacia ellos. En todos había una nueva vida, llena de contento, de confianza y santa audacia. Esta alegría se exteriorizó en acciones de gracias. Se reunieron en oración y dieron gracias a Dios muy conmovidos. Mientras tanto la luz había desaparecido. Pedro hizo entonces una exhortación a los

discípulos y envió a varios de ellos a diversos albergues donde se reunían los convidados para las fiestas de Pentecostés.

Entre el Cenáculo y la piscina de Bethesda había varios galpones y lugares abiertos que servían de dormitorios para los muchos forasteros que acudían a las fiestas de Pentecostés. Habían recibido ellos también impresiones de la venida del Espíritu Santo. En toda la naturaleza había un movimiento inusitado de alegría. Personas bien intencionadas habían recibido internas ilustraciones; los malos se asustaron más y se endurecieron en sus perversos intentos. Muchos de estos forasteros estaban desde las fiestas de Pascua, pues la distancia de sus pueblos no les permitía ir y volver para esas fiestas. Habían oído y visto maravillas desde la fiesta de Pascua, se mostraban muy adictos a los discípulos, y éstos les decían ahora que se habían cumplido las cosas prometidas para la fiesta de Pentecostés. Entonces comprendieron por qué se sintieron también ellos conmovidos, y se reunieron con los discípulos en torno de la piscina de Bethesda.

En el Cenáculo, Pedro impuso las manos sobre cinco apóstoles, los cuales debían instruir y bautizar en la piscina de Bethesda. Eran: Santiago el Menor, Bartolomé, Matías, Tomás y Judas Tadeo. En esta consagración tuvo Judas una visión: le pareció que abrazaba el cuerpo de Cristo con sus brazos cruzados sobre el pecho. Al partir para bendecir el agua y bautizar en la piscina de Bethesda, recibieron de rodillas la bendición de la Virgen María. Antes de la Ascensión, la solían recibir de pie. He visto repetir este acto de obsequio a María en los días siguientes, antes de salir y entrar en el Cenáculo. La Virgen María llevaba en estas ocasiones, y siempre que aparecía delante de los apóstoles en su dignidad de Madre de la Iglesia, un gran manto blanco, un velo amarillo y dos cintas de color azul celeste que desde la cabeza caían a ambos lados hasta el suelo: estaba adornado de bordados y sobre la cabeza sujeto con las cintas por una corona de seda.

XVIII

La Iglesia en la piscina de Bethesda

Los bautismos en la piscina de Bethesda fueron instituídos por el mismo Jesús. Los discípulos habían ordenado diversas cosas, tanto en la vieja sinagoga tomada para su uso como en

la piscina de Bethesda. Las paredes de la sinagoga la habían cubierto de tapices y colgaduras y habían hecho un corredor cubierto que iba desde ella hasta la piscina de Bethesda. Los apóstoles y los discípulos se dirigieron en forma procesional hasta la piscina, pero en grupos separados. Los discípulos llevaban un odre de cuero con agua bendita y un manojo como aspersorio. Los cinco apóstoles que habían recibido la consagración de manos de Pedro, se repartieron las cinco entradas de la piscina y exhortaron a los presentes con gran entusiasmo. Pedro ocupó un púlpito dispuesto por los discípulos en el tercer círculo de la piscina, a contar desde afuera, porque era esta terrazada la más amplia. Los oyentes llenaron todas las azoteas de la piscina. Cuando los apóstoles hablaban, se quedaban todos admirados, pues cada uno oía en su propia lengua lo que decían los apóstoles. En esta ocasión sucedió lo que narra el libro de los Actos de los Apóstoles.

Como muchos manifestaron deseos de recibir el bautismo, Pedro, Juan y Santiago el Menor consagraron las aguas solemnemente. Pedro, tomando agua bendita traída en el odre desde el Cenáculo, bendijo las aguas de la piscina con el aspersorio. La preparación y el bautismo de las gentes ocupó todo el día. La muchedumbre se acercaba en grupos, uno después de otro, al púlpito de Pedro. Los otros apóstoles instruían y bautizaban en las entradas de la piscina. María Santísima y las santas mujeres estaban en la sinagoga ocupadas con el reparto de las vestiduras blancas a los recién bautizados. Las mangas de estos vestidos tenían una atadura de cinta negra, que después del bautismo se desataban y colocaban en un montón. Los bautizandos se arrimaban a una baranda que daba a la piscina; los apóstoles tomaban agua con un recipiente y la derramaban por tres veces sobre sus cabezas; el agua volvía a caer a raudales en la piscina. El recipiente alcanzaba para diez pares de bautizandos. Dos recién bautizados traían a otros dos y les ponían las manos como padrinos.

Estos bautizados fueron los que ya lo habían sido por Juan Bautista. Las santas mujeres fueron bautizadas aquí. Eran como tres mil personas las que formaron la nueva Iglesia este día. Por la tarde volvieron los apóstoles y los discípulos al Cenáculo; tuvieron una cena y repartieron panes bendecidos. Después tuvo lugar la oración de la noche.

Los judíos ofrecían hoy en el templo, en canastillos, dos nuevos panes hechos con los granos de este año. He visto gran-

des montones de estos panes, que luego fueron distribuídos a los pobres. He visto también que el Sumo Sacerdote tenía en la mano un manojo de trigo grueso como maíz. Ofrecían en el templo ciertas raíces y frutos desconocidos para mi. Las gentes tenían paquetes de estas cosas sobre sus asnos y el pueblo compraba de estos frutos. El pan era de su propia hechura. Los apóstoles ofrecieron sólo los dos panes por medio de Pedro. Al siguiente día hubo bautismos en la piscina de Bethesda. Antes de partir los apóstoles y los discípulos a la piscina, recibieron, como ayer, la bendición de María Santísima.

La piscina de Bethesda está situada en la hondura del valle que separa el monte Sión del templo y del resto de la ciudad y que declina hacia el Oriente en el valle de Josafat. Parecería que la edificación de esta piscina hubiese separado por el Oeste el valle del templo, pues de una parte de ella no se podía andar alrededor como por las otras.

Había aquí, en realidad, un camino ancho; los muros estaban en parte derruídos y el sendero lleno de hierbas, arbustos y juncos, y al descender hacia el valle, más repleto de vegetación. Desde la piscina se puede ver el ángulo del Santísimo del templo, entre el Sur y el Oeste. La piscina de las ovejas (probática) está situada al Norte del templo, en el mercado de los animales, junto a la puerta probática y está amurallada. Desde el Cenáculo, que está al Este de la altura de Sión, el camino lleva hacia Bethesda, primero al Oriente, por la altura de Sión, luego en semicírculo al Norte, después de nuevo por el Este, por un sendero en curva hacia arriba Toda esta parte de Sión hasta la piscina de Bethesda y de allí adelante hasta el valle de Josafat, está lleno de ruinas y devastaciones. Entre los muros ruinosos viven familias pobres con sus viviendas adosadas a las paredes; en los declives crece mucho enebro común y en las hondonadas hierbas y juncos. Los judíos evitan pasar por estos lados: por esto los nuevos convertidos se establecieron aquí sin oposición.

La piscina de Bethesda es un edificio ovalado, con cinco terrazas, como en anfiteatro Cinco senderos con gradas llevan a la piscina hasta la pequeña barca adonde se hacen conducir los enfermos para ser bañados por las aguas movidas por el ángel. Había en la piscina un pilón de bronce que sobresalía de las aguas, a la altura de un hombre, del grosor de una mantequera. A este pilón se llegaba por un puente de madera con baranda. En este puente he visto un caño y dentro una canilla

en comunicación con el pilón; por medio de esta canilla se abría el pilón y saltaba un chorro de agua, que podía graduarse en mayor o menor cantidad. Se podía variar la dirección del chorro y cerrar la abertura superior para que saliera el agua por los lados derramándose en varias direcciones. A menudo he visto enfermos hacerse llevar hasta ese pilón y abierta la abertura hacerse bañar por el chorro de arriba o de los lados. La entrada a este pilón estaba generalmente cerrada y sólo se abría para los enfermos. Ahora, en el día de Pentecostés, he visto que este pilón no funcionaba; pero en los primeros días, los discípulos lo arreglaron de modo que funcionaba como en otros tiempos. Las paredes posteriores de las terrazas tenían galerías pequeñas y en ellas lechos cavados en la piedra en forma de artesa para los enfermos. Estos podían ver desde todos los puntos de las terrazas la piscina y notar cuando las aguas se removían. La parte delantera de las terrazas tiene una baranda hacia la piscina. El fondo de la piscina es de una arenilla blanca de donde brotan tres saltos de agua que a veces se levantan sobre la superficie. La sangre de las víctimas sacrificadas en el templo llega por caños hasta la piscina.

Esta piscina, junto con los edificios adyacentes, medio ruinosos, ocupa una vasta extensión. Antes que se llegue a ella, lleva el camino a un vallado, desde el cual sólo tres entradas conducen a ella. Al Este de la piscina la montaña cae a pico y al Oeste el valle es menor y hay puentes para pasarlo. La parte Norte está cortada a pico y está llena de vegetación; al Noreste hay un sendero que lleva al templo, ahora obstruído y lleno de ruinas. Pequeños senderos llevan a la ciudad sin que se tenga de edificios de la piscina estaba por ese tiempo fuera de uso, Jesús diversas veces durante su vida pública. Todo este conjunto de edificios de la piscina estaba por este tiempo fuera de uso, ruinoso y abandonado, como entre nosotros algunos oratorios descuidados y olvidados. Sólo algunos creyentes piadosos lo tenían en veneración y se llegaban hasta él. Desde la curación del enfermo, milagro que obró Jesús allí, recobró la piscina alguna importancia; pero a los fariseos se les hizo el lugar más odioso que antes. Los muros exteriores estaban en parte en ruinas y algunos puntos de las terrazas muy deteriorados. Ahora todo está como renovado; las paredes caídas en parte han sido reparadas con tabiques, y se formó un corredor cubierto con telas desde la sinagoga hasta la piscina. Esta antigua sinagoga se levanta aisla-

da y está más libre de edificios que el Cenáculo, que por una parte del patio limita con una serie de casas.

Los apóstoles y los discípulos están, desde Pentecostés, ocupados en arreglar esta sinagoga como iglesia cristiana. Mientras tanto, Pedro, Juan, Andrés y Santiago el Menor se turnan en diversos lugares de la piscina y de la tercera terraza donde se levantó el púlpito de Pedro. Había siempre muchos fieles entregados a la oración, con los rostros hacia tierra. No me es posible decir cuánta actividad hay en estos días entre los creyentes en tejer, extender telas, formar tabiques y hacer arreglos para la nueva iglesia y para los pobres. Esta iglesia es un edificio rectangular con ventanas colocadas muy alto. De la parte de afuera se puede subir por escalones a la terraza cubierta, donde hay tres pequeñas cúpulas que se pueden abrir para la luz y el aire. La parte interior está dotada de galerías a los lados para los oyentes y el todo forma una iglesia donde en la parte posterior está el altar, separado de tal manera de la pared, que el espacio forma como una sacristía de nuestras iglesias. Estas reparticiones están formadas por tabiques movibles cubiertos por delante de paño blanco y por detrás de otros comunes. El altar es portátil, rectangular, de madera, cubierto de tapices y levantado en tres gradas. A ambos lados hay una grada que se puede abrir para poner dentro las alfombras. Por detrás se abre una puerta en el altar para contener los ornamentos sagrados. Sobre el altar hay un tabernáculo en forma de campana, cubierto con un velo blanco muy fino, que por delante se cierra con dos broches de metal. Por la parte de arriba tiene un remate para ser removido. A ambos lados del tabernáculo han candeleros de varios brazos con mechas para encender. Todo el altar está cubierto por un dosel que llega hasta un poco más abajo que la altura del altar. La parte superior del trono forma como un nicho sostenido por una figura que representa a un Sumo Sacerdote revestido y que parece sostener, por cinco anchas cintas, todo el dosel. Esta figura fué bordada por las santas mujeres y tiene sobre la cabeza un triángulo; mira por la abertura del dosel hacia abajo y con una mano bendice y con la otra sostiene las cintas del dosel. Detrás está el dosel fijo, pero los lados pueden correrse y cerrar por delante el altar y el tabernáculo. Desde el altar hasta el púlpito hay un espacio suficiente para los apóstoles y discípulos, para cantar, como en coro, los salmos y para la oración.

Desde la Resurrección he visto a los apóstoles y a los discípulos todos los días reunidos para el canto del coro y la oración en el Cenáculo. Los apóstoles están de pie, a ambos lados del Santísimo, y los discípulos a los lados de las galerías. Cantan y rezan, alternándose como en el coro. A Nicodemo, José de Arimatea y Obed los veo siempre allí con los discípulos. María Santísima está generalmente debajo de la entrada del vestíbulo con la mirada hacia el Santísimo. Lleva su manto blanco muy amplio y se cubre la cabeza con el velo. Jesús les enseñó y ordenó este modo de cantar y de orar, cuando les descubrió el misterio de la oración, en la ocasión de la pesca milagrosa y cuando se apareció en el Cenáculo y le mostró las llagas a Tomás. He visto aparecer a Jesús en medio de ellos una vez que estaban, antes de la aurora, reunidos para el canto de los salmos. Se reunían dos veces al día para este fin: por la tarde hasta entrada la noche y por la mañana antes de la aurora. Después del púlpito está el espacio cerrado con una reja para el resto de los fieles; a través de estas rejas se da la comunión, casi como en las rejillas de los conventos. A ambos lados del púlpito hay entradas por las cuales vienen los apóstoles para la oración y el canto. A los fieles los veo con cierto orden en la iglesia, separados los hombres de las mujeres.

Veo a los apóstoles y discípulos ir en procesión, desde el Cenáculo hasta la nueva iglesia de la antigua sinagoga, llevando el Santísimo Sacramento. Primero vi a Pedro instruyendo, rodeado de unos veinte hombres, debajo del portón del patio, a la muchedumbre que le escuchaba: habló con mucho entusiasmo y ardor. He visto que acudieron algunos judíos malintencionados para estorbar el acto, pero no lo consiguieron. Después se dirigieron a la nueva iglesia de la piscina. Pedro llevaba el Santísimo Sacramento en un cáliz, delante del pecho, sostenido con ambas manos, cubierto con un velo blanco y dentro de una especie de bolsa que colgaba de su cuello. Le seguían los apóstoles y María Santísima con las otras mujeres y los discípulos. Se veía en algunas partes cubierto el camino con tapices y alfombras, y cerca de la piscina formaban una techumbre. Pusieron el Santísimo sobre el altar, en el nuevo tabernáculo. Tenían allí el recipiente lleno de panes bendecidos. El piso de la nueva iglesia está cubierto de tapices como el del Cenáculo: por eso van descalzos por la iglesia. El Santísimo Sacramento está en pequeñas porciones o bocados en un recipiente, cuya cubierta se puede retirar. Estos bocados estaban dispuestos so-

bre una plancha que cubría el fondo del recipiente, el cual, por medio de una manija, se podía extraer para tomar con comodidad los bocados colocados muy atras.

XIX

Pedro celebra la primera Misa en el Cenáculo

Al octavo día después de la fiesta de Pentecostés he visto a los apóstoles toda la noche en actividad y en oración en la sala del Cenáculo. Al amanecer, los vi ir al templo con muchos discípulos. Allá se dirigió también la Virgen María con las santas mujeres. Me parece que se celebraba una fiesta, pues veo un arco de triunfo delante de la entrada del templo y en este arco una figura con una espada victoriosa.

Ahora veo a Pedro debajo de este arco de triunfo, enseñando delante de muchos oyentes con encendido celo y entusiasmo. Declaró resueltamente que ningún tormento, ni azotes ni aún la cruz los podrían retener de predicar a Cristo públicamente. Entró en el templo y ocupó el sillón donde Jesús enseñó. Oí que una vez todos los apóstoles y los discípulos exclamaron: "Sí" con voz sonora y clamorosa, atestiguando las palabras de Pedro. Cuando, luego, los vi en oración, vino una nube luminosa sobre el templo, y sobre ellos una llama tan brillante que las lámparas del templo parecían oscuras y rojizas en su comparación. Hacia las ocho de la mañana abandonaron el templo, se ordenaron en una procesión en el pórtico de los gentiles, y marcharon los apóstoles primero, luego los discípulos, los bautizados y los convertidos. Se dirigieron al mercado de los animales, de allí a la puerta de las ovejas, al valle de Josafat, y por último al monte Sión y al Cenáculo. La Virgen María había abandonado el templo con las santas mujeres y está ahora hincada delante del Santísimo, en el Cenáculo, en oración. La Magdalena está en el vestíbulo, ya orando de pie, ya hincada, ya postrada con el rostro en tierra y los brazos extendidos. Las otras mujeres están en las habitaciones de Bethesda, donde viven de a dos y se ocupan en lavar y preparar los vestidos que serán repartidos entre los bautizados.

Cuando la procesión llegó al Cenáculo, los nuevos convertidos fueron detenidos en el vestíbulo del Cenáculo y convenientemente ordenados allí. Pedro y Juan entraron y acompañaron a la Virgen María hasta la puerta del vestíbulo. María tenía

su vestido de solemnidad; llevaba su largo manto blanco cuya parte interior, doblada, estaba bordada. Sobre el velo tenía una especie de corona de seda de donde pendían dos cintas largas. Pedro habló a los convertidos y los entregó a María como a su Madre: los hacía venir de a grupos de a veinte ante la Virgen, la cual les daba afectuosamente la bendición, recibiéndolos así por hijos.

Después de esto comenzó una solemne función en el Cenáculo. Las puertas laterales y las del vestíbulo estaban abiertas. En el altar, sobre el Santísimo, veíase una corona muy adornada, y brillaban lámparas a los lados del cáliz de la última Cena, que estaba algo más alto, cubierto con un velo blanco. Había en el altar otro cáliz más pequeño y los panes, ambos cubiertos, y detrás un plato con un recipiente de vino y otro de agua. Retiraron el plato mientras el recipiente de vino fué colocado a un lado y el del agua al otro.

Pedro estaba revestido con sus ornamentos de Obispo y celebraba la Misa; Juan y Santiago el Menor le ayudaban. He visto que Pedro procedía como yo había observado en la Cena a Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Hubo allí el ofrecimiento, el poner el vino y agua, el lavarse las manos y la consagración. El vino y el agua se echaron por diferentes lados. De un lado del altar había rollos para la oración escritos a dos columnas. Los rollos estaban sujetos a una especie de atril con una espita por arriba y por abajo. Cuando una hoja estaba leída, se la pasaba sobre el atril para continuar la lectura del otro rollo. Cuando Pedro hubo comulgado, dió la comunión a los dos ministros, bajo la especie del pan y con el cáliz. Después Juan dió la comunión, primero a la Virgen María, luego a los apóstoles y a los seis discípulos, quienes recibieron a continuación la ordenación sacerdotal. Después distribuyeron la comunión a muchos otros. Los comulgantes se hincaban teniendo delante una tela blanca delgada que sostenían dos por los extremos de la misma. No todos bebieron del cáliz. Los seis discípulos que iban a ser ordenados estaban delante, entre los apóstoles. María trajo los ornamentos para ellos y los puso sobre el altar. Estos ordenandos fueron: Zaqueo, Natanael, José Barsabás, Bernabé, Juan Marcos y Eliud un hijo del anciano Simeón. Se hincaron delante de Pedro, el cual habló y leyó en un rollo pequeño. Juan y Santiago tenían luces en las manos y ponían sus manos sobre los hombros mientras Pedro las ponía sobre la cabeza. Pedro les cortó una parte de sus cabellos, los

cuales fueron puestos en un plato sobre el altar; los ungió con óleo de un recipiente que Juan sostenía, en los dedos y en la cabeza; luego recibieron las vestiduras y la estola, en parte al través bajo los brazos y en parte cruzada sobre el pecho. Todo el ceremonial fué más breve de lo que se hace al presente, pero muy solemne. Pedro bendijo a toda la comunidad al fin de la ceremonia con el gran cáliz de la última Cena, sobre el cual estaba depositado el Santísimo Sacramento.

María y las santas mujeres salieron para ir a la iglesia de Bethesda. Los apóstoles, los discípulos y los convertidos se dirigieron en procesión hacia allá llevando ramas verdes y cantando salmos. María oró delante del altar del Santísimo y Pedro predicó desde el púlpito dando normas para la nueva comunidad: que nadie tenía que poseer más que otro, que todo se repartiría y que debía socorrerse a los pobres que fueran viniendo. Sus palabras fueron una acción de gracias por los beneficios que el Señor hacía a la nueva comunidad. Después se pasó a los bautismos. Varios apóstoles estaban ocupados en esta tarea. El bautizando tocaba el pilón de agua de la piscina, inclinando la cabeza sobre él, mientras Pedro, que se había puesto una especie de delantal sobre su vestidura, dirigía el agua sobre la cabeza tres veces, pronunciando las palabras. Dos ya bautizados ponían las manos sobre el nuevo bautizando. A menudo veía yo descender sobre los bautizados una nube luminosa o a veces venir sobre ellos como un rayo de luz. Veía a los bautizados como maravillosamente esforzados, esclarecidos, cambiados y transformados. Era conmovedor el ver cómo venían gentes de todas partes dejando todo lo que tenían, para juntarse a la comunidad de los apóstoles. A la orilla de la piscina ardía una antorcha como las que yo veía con los pastores que guardaban el ganado la noche de Navidad.

Por la tarde hubo una comida en el vestíbulo del Cenáculo a la cual también asistieron la Virgen María, José de Arimatea, Nicodemo y Lázaro.

XX

Ordenación de los siete diáconos

Los bautizados desde Pentecostés fueron reunidos en la iglesia de Betesda e instruídos por seis apóstoles revestidos de largas vestiduras blancas, sobre el Santísimo Sacramento y el modo de recibirlo. Recibieron la comunión en esta iglesia de Betesda

durante la santa Misa que celebró Pedro, asistido por dos apóstoles. Pedro llevaba sobre su vestidura blanca y su ancho cinturón, del cual descendían dos amplias bandas, un rico manto extraído de la parte hueca interior del altar. Era un manto rojizo con adornos de oro, amplio como un cuello, más largo por detrás y terminado por delante en punta; caía sobre los hombros tan bajo que de los lados sólo se podía ver el cinturón. Delante del pecho estaba cerrado y sujeto con tres broches como escudos. El escudo del medio tenía bordada una figura con un pan en la mano; el inferior tenía, hacia la punta del manto, el dibujo de una cruz. A ambos lados del hombro había un adorno de piedras preciosas.

El altar tenía una tela colorada, sobre ella otra blanca casi transparente o con puntillas y en el medio un paño como un corporal. Sobre una fuente ovalada estaban depositados muchos panecillos delgados, blancos y señalados ya con ranuras por donde debían partirse. Cerca había un amplio tazón con pie, como un cáliz, para colocar los panes consagrados por Pedro, y repartirlos en la comunión a los fieles. Además estaba sobre el altar el cáliz de la última Cena, lleno de vino. Cuando Pedro pronunció en la Misa las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, vi a los panes brillando y sobre el altar una nube luminosa de la cual salía una mano que bendecía, con la de Pedro, moviéndose sobre el pan y el vino. Esta mano desapareció cuando todos se disolvieron. Los apóstoles y los discípulos recibieron la comunión después que hubo comulgado Pedro. Cuando se vaciaba el platillo de los panes volvía Pedro a llenarlo del recipiente que estaba sobre el altar. El cáliz fué presentado a los apóstoles y luego a todos. Los fieles que comulgaron eran tantos que no cabían en la iglesia y muchos quedaron en la puerta y afuera. Los que habían comulgado dejaban lugar para los que estaban afuera. No se hincaban para recibir la comunión: sólo se inclinaban con reverencia.

Antes de la elección de los siete diáconos he visto a Pedro reunido con los apóstoles en el Cenáculo. Los apóstoles rindieron a Pedro homenaje y acto de sumisión. Lo llevaron delante del Santísimo, donde Juan le puso la capa magna; otro la mitra sobre la cabeza y otro le dió el báculo. Después que recibieron la comunión de mano de Pedro, éste habló con sus vestiduras sagradas, rodeado de los demás apóstoles, a todos los discípulos y a los nuevos convertidos. Entre otras cosas dijo que no era conveniente que se dejase la palabra de Dios y la predicación

para atender a la distribución de los alimentos y de los vestidos. Lázaro, Nicodemo y José de Arimatea no se ocuparían ya del cuidado de los bienes materiales de la comunidad, pues eran sacerdotes. Habló algo más sobre el orden en el cuidado de los huérfanos, de las viudas y de la distribución de las limosnas. Esteban, un joven de bello aspecto, se adelantó y se ofreció para algún oficio. Entre los demás he reconocido a Pármenas, uno de los más provectos en edad. Había algunos algo morenos y bastante jóvenes, que no habían recibido aún el Espíritu Santo. Pedro les impuso las manos y les colocó la estola cruzada. Sobre aquéllos que no habían recibido aún el Espíritu Santo vi que descendió una luz. Luego he visto cómo se les hizo entrega de los bienes de la comunidad a los siete diáconos y cómo se destinó la casa de José de Arimatea para depósito de estos bienes comunes. Esta casa no estaba lejos de la de Juan Marcos, que ayudaba a los diáconos en sus tareas. Estas provisiones fueron transportadas en asnos a la nueva casa. Había algunas monedas que eran como hojas delgadas enroscadas unas con otras; otras eran timbradas, prensadas y ensartadas como en cadenas, y otras eran hojitas ovales delgadas. La mayor parte de las provisiones consistían en grandes paquetes de ropa, telas, mantas, vestidos y muchos utensilios de cocina y de comedor.

Al día siguiente de la entrega de la casa de José de Arimatea vi a los apóstoles en diversas partes de la Judea. Pedro obraba más milagros que los demás. Echaba demonios de los posesos, resucitaba muertos y hasta he visto a un ángel, delante de él, que iba a las gentes y les decía que hicieran penitencia y fueran a presentarse a Pedro. He presenciado también la curación del tullido. Eran las tres de la tarde cuando vi a Pedro con Juan y otros discípulos dirigirse al templo. También María con otras mujeres fué allá. Un tullido había sido llevado en una camilla portátil delante de la puerta del templo. Pedro y Juan hablaron algunas palabras con él al subir al templo. Después he visto a Pedro, de espaldas al templo, junto al altar de los sacrificios, hablando con calor delante de muchos oyentes. Pedro ocupaba el sitio medio y tenía sobre la cabeza un pabellón extendido. Mientras duraba la predicación de Pedro he visto que los soldados ocupaban las salidas y que varios sacerdotes iban y venían hablándose entre ellos. Cuando Pedro y Juan se disponían a entrar en el templo, es cuando el tullido les pidió limosna. Este tullido estaba todo contrahecho, apoyado en el brazo izquierdo; trataba con el brazo derecho de enderezarse

algo con su muleta, sin conseguirlo. Pedro le dijo entonces: "Míranos". Luego añadió: "Yo no poseo oro ni plata; pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina". Así diciendo, Pedro le levantaba sosteniendo su mano derecha, mientras Juan lo hacía por debajo del hombro. Se irguió el tullido todo contento, completamente restablecido en sus fuerzas, y entró saltando y brincando por las galerías del templo. Había once sacerdotes judíos allí sentados, y cuando oyeron el tumulto estiraron sus cuellos para observar de dónde venía el desorden. Cuando vieron al tullido sano y a la turba jubilosa que le rodeaba, creyeron prudente alejarse. Pedro y Juan se acercaron al antevestíbulo y el primero ocupó el sillón de enseñanza, que estaba en el mismo lugar donde Jesús a los doce años contestaba a los doctores de la ley. El tullido se acercó a Pedro y permaneció delante de él, escuchando, rodeado de muchos judíos y bastantes extranjeros que habían venido a las fiestas. Pedro siguió enseñando largo tiempo, muy entusiasmado. Cuando se hizo oscuro he visto que los soldados prendieron a Pedro, a Juan y al tullido y los metieron en la cárcel, precisamente en el patio del juzgado donde Pedro había antes negado a Jesús. Al día siguiente los soldados del templo sacaron a Pedro, a Juan y al tullido de la cárcel y, con malos tratos, los llevaron ante Caifás y los demás sacerdotes reunidos. Pedro estaba en la misma grada donde había estado el divino Maestro. Pedro habló con calor; luego he visto que los dejaron libres.

Los demás apóstoles y discípulos habían pasado la noche en continua oración por los que estaban en la prisión. Cuando Pedro y Juan, vueltos del juicio, contaron lo que les había sucedido, se alegraron grandemente y dieron gracias a Dios. Mientras esto sucedía, tembló de nuevo toda la casa, como había sucedido el día de Pentecostés. Quería el Señor significar con ello que estaba en medio de sus apóstoles y que había oído sus oraciones. Habló Santiago el Menor y dijo que el Señor le había dicho a él solo, en la aparición del monte de Galilea, que después que Pedro y Juan subieran al templo y fueran tomados presos y soltados, a partir de ese momento debían mantenerse más ocultos. Tomando en consideración este aviso del Señor a Santiago, cerraron las puertas de la casa. Pedro tomó el Santísimo Sacramento en una especie de bolsa colgada del cuello y con los demás apóstoles y discípulos se retiraron a Betania. Se dirigieron allá en tres grupos. María Virgen los siguió a Betania. Allí enseñaron con calor varios apóstoles; unos en el al-

bergue de los discípulos; otros en la casa de Simón el leproso, y otros en casa de Lázaro.

Más tarde volvieron a Jerusalén, siempre más resueltos y más decididos. Pedro enseñó en el Cenáculo y luego en Betesda; dijo que ahora comenzaba un tiempo en que se mostraría quien había recibido de veras el Espíritu Santo enviado por Jesús. "Comenzó el tiempo, dijo, de obrar y de sufrir persecución, de dejarlo todo por Cristo. Quien no se sienta resuelto a estos sacrificios, que se aleje desde ya de la comunidad". Vi, en efecto, que aquí, en Betesda, se alejaron un centenar de personas de las que se habían agregado últimamente a la comunidad cristiana. Cuando más tarde Pedro, Juan y otros siete apóstoles entraron en el templo y empezaron a enseñar, he visto que habían colocado una muchedumbre de enfermos en el valle de Josafat, traídos en camillas portátiles. Otros estaban bajo tiendas de campaña y otros esperaban en el patio de los gentiles en los alrededores del templo. He visto especialmente a Pedro sanar enfermos sin cuento. Los otros lo hacían algunas veces; pero la mayor parte de las veces ayudaban a Pedro. Pedro sanaba mayormente a los que eran creyentes y que deseaban incorporarse a la comunidad. En los lugares donde los enfermos estaban puestos en dos hileras, veía yo que sanaban no sólo los que el apóstol tocaba o levantaba, sino también los del lado contrario, por la sola sombra de su persona.

XXI

María Santísima se retira con San Juan a Efeso

Esteban fué apedreado cerca de un año después de la crucifixión de Jesucristo. Con todo no hubo en seguida persecución a los apóstoles; sólo las comunidades de Jerusalén fueron disueltas, los cristianos dispersados y algunos también muertos. Pocos años después se levantó de nuevo una persecución. Por este tiempo María Santísima, que había vivido hasta entonces en la pequeña habitación junto al Cenáculo o en Betania, se hizo llevar por el apóstol Juan a Efeso, donde habían ido a vivir ya algunos cristianos. Sucedió esto poco tiempo después que Lázaro y sus hermanas fueron prendidos por los judíos y entregados a la mar en una mala embarcación.

Juan volvió después a Jerusalén donde estaban reunidos los demás apóstoles. Santiago el Mayor fué de los primeros que,

después del reparto del mundo, abandonó Jerusalén y se dirigió a España. Lo he visto primero en las cercanías de Belén donde se ocultó antes de partir. Desde la cueva de Belén salía por el país con algunos compañeros para predicar el Evangelio. Los judíos vigilaban a los apóstoles, pues no querían que salieran del país. Santiago tenía amigos en Joppe y así pudo embarcarse para el extranjero. Se dirigió primero a Efeso, donde visitó a María y de allí partió a España. Poco antes de su muerte, visitó de nuevo a María y a su hermano Juan en Efeso. Allí le dijo María que su muerte se acercaba y confortó y animó al apóstol para su cercano fin. Santiago se despidió de María Virgen y de su hermano Juan y se dirigió a Jerusalén. En este tiempo ocurrió el episodio con el mago Hermógenes, al cual convirtió a la fe junto con su discípulo. Santiago fué detenido varias veces y presentado ante el Sanedrín. He visto cómo fué prendido, poco antes de Pascua, mientras predicaba al aire libre sobre una colina. Sé que fué en este tiempo, pues veía a las gentes, como de costumbre, establecidas en los alrededores de la ciudad. Santiago no estuvo mucho en la prisión; fué juzgado en la misma casa donde Jesús, aunque el interior había cambiado algo de aspecto. Aquellos lugares que había tocado Jesús no estaban ya allí. Siempre he creído que tales lugares, santificados por Jesús, no debían ser pisados por otros. He visto que llevaron a Santiago hacia el monte Calvario: él no cesaba de predicar y convirtió a muchos en esta ocasión. Cuando le ataron las manos dijo: "Me podéis atar las manos, pero no me quitaréis la bendición de ellas y mi lengua para predicar". Un tullido del camino gritó al apóstol quisiera tocarle con sus manos para sanarle. El apóstol le contestó: "Ven tú a mí y dame tu mano" Así lo hizo el tullido; se levantó, se acercó y, al tocar las manos atadas de Santiago, se halló sano. También he visto que un tal Josías, que le había denunciado y entregado a los sacerdotes, vino ahora y le pidió perdón. Se convirtió a Cristo y fué muerto junto con el apóstol. Como le preguntara Santiago si deseaba ser bautizado y contestara que ése era su deseo, Santiago lo abrazó y besó, y le dijo: "Serás bautizado en tu misma sangre". Vi también a una mujer venir a Santiago con una criatura ciega, pidiendo le diera la vista. Primeramente colocaron a Santiago sobre un lugar elevado, junto a Josías, y se le leyó la sentencia. Luego lo bajaron y ataron ambas manos a una piedra, le vendaron los ojos y lo decapitaron. Esto sucedió once años después de la muerte de Jesús, entre el 46 y el 47 del Nacimiento de

Cristo. En la muerte de María en Efeso no he visto a Santiago presente: otro lo representaba en esa ocasión, un pariente de la sagrada Familia y uno de los primeros de los 72 discípulos. María murió en el año 48, trece años y dos meses después de la Ascensión del Señor. Se me mostró esto en cifras y no en números como los nuestros. Primero vi IV, luego VIII, que hacen 48; después vi XIII y dos lunas llenas.

La morada de la Virgen no estaba en Efeso mismo, sino dos o tres horas más lejos, en una altura donde se habían refugiado otros cristianos venidos de Palestina y algunas mujeres parientes de María. Desde esta altura y Efeso corre en muchas vueltas un arroyo. La altura termina casi a pico en Efeso, la cual se ve, viniendo desde el Sudeste, en una altura que parece junto a ella. Delante de Efeso veo largas avenidas de árboles con frutas amarillas, muchas en el suelo. De la ciudad partían varias sendas hacia la altura, llena de vegetación salvaje, sobre la cual había una extensión como de una hora de camino, llana y fértil, llena de árboles de sombra y muchas grutas naturales en la roca. Estas grutas habían sido utilizadas por los cristianos refugiados aquí, arregladas con tabiques y obras de madera. El conjunto ofrecía el aspecto de una pequeña población de trabajadores. Desde la altura de la montaña, que está más cerca del mar que la ciudad, se ve el mar con sus numerosas islas y también la ciudad. No lejos de esta población se levanta un castillo donde habita un rey depuesto. Juan se entretenía con frecuencia con él y consiguió convertirlo a la fe. Más tarde este lugar fué sede de un obispado.

Entre los refugiados cristianos he visto mujeres, niños y algunos hombres. No todos estos refugiados tenían relación con María Virgen: sólo veo algunas mujeres que vienen de tanto en tanto para visitarla o para ayudarla en los quehaceres domésticos. Estas mujeres atendían también a la manutención de la Virgen. La comarca estaba casi desierta; nadie subía a estos lugares y ningún camino principal conducía a ellos. La gente de Efeso no se cuidaba de los refugiados, que estaban como olvidados. El suelo era fértil, y los cristianos tenían huertos y frutas. De animales sólo he visto cabras monteses. Antes que Juan trajese a María a Efeso había hecho construir una casa de material como la que tenía en Nazaret. Estaba en medio de las sombras de los árboles. Se dividía en dos partes por medio del hogar. Este hogar estaba cavado en una cavidad en el suelo, junto a la pared y miraba a la entrada de la habitación. En esta

pared había como unas gradas que llegaban hasta el techo plano, donde estaba la chimenea, consistente en un caño sobresaliente. A ambos lados del hogar había tabiques ligeros que separaban la parte posterior de la habitación de María. A ambos lados de las paredes había tabiques formando celdas que se retiraban con facilidad, dejando libre todo el espacio. En estas celdas dormían la criada de María y otras mujeres que solían venir de visita y se hospedaban durante la noche. En los tabiques que dividían la casa había dos puertas, que llevaban a la parte posterior de la habitación, que terminaba en forma redonda y cuyas paredes estaban revestidas de maderas entrelazadas. El techo era a los lados curvado y también detrás, y adornado con figuras de plantas cavadas en la madera.

En la parte posterior de esta habitación tenía María su lugar retirado para la oración, separado del resto por una cortina. En la pared había un nicho con un recipiente como un Tabernáculo que podía abrirse, y aparecía una cruz un codo de larga, como la cruz de Cristo con los dos brazos en forma de Y. Esta cruz, muy sencilla, creo que fué hecha en parte por el apóstol Juan y por la Virgen. Se componía de varias clases de maderas: la madera principal era de ciprés; un brazo parecía de cedro; el otro, más amarillento, de palma, y la parte de arriba, con el letrero, de olivo. El madero principal estaba hincado en una piedra como se había puesto la cruz de Jesús sobre una roca del Calvario. A los pies del Crucifijo había un pergamino donde estaban escritas algunas palabras de Cristo, cuya imagen estaba, en la cruz, no en bulto, sino grabada con líneas en la madera. A ambos lados del Crucifijo se veían dos floreros con flores. Junto a la cruz veo un paño y tengo la persuación que es el que usó la Virgen cuando, después del descendimiento, lavó la sangre de las heridas de Jesús; pues mientras miraba yo ese paño tuve una visión de la Virgen con Jesús, tendido muerto en sus rodillas, y a la Virgen lavándole la sangre de sus llagas. Así lo hace también el sacerdote en la Misa cuando purifica el cáliz.

Una cruz semejante, pero más pequeña, tenía la Virgen María en su dormitorio. A la derecha del oratorio de María y tocando el ángulo curvo, separado por dos tabiques laterales, estaba el dormitorio de la Virgen con una cortina delante, que se descorría a voluntad. Este dormitorio estaba compuesto de un lecho de madera, de la altura de un pie y medio, bastante angosto, sobre el cual estaba extendida una manta sujeta a los cuatro costados. Todo estaba cubierto con tapices con borlas

hasta el suelo. Un rodete servía de almohada y de cobertor una manta. El techo de esta parte de la habitación estaba revestido de madera y del centro pendía una lámpara de varios brazos. Aquí he visto a María descansando antes de su muerte, envuelta en un vestido blanco que le cubría hasta los brazos. El velo sobre la cabeza era retirado hacia arriba en pliegues. Cuando hablaba con hombres lo bajaba modestamente y sus manos las tenía descubiertas sólo cuando estaba sola. No la he visto comer en estos últimos años sino el jugo de una fruta de bayas amarillas que parecían uvas. La criada exprimía el jugo de estas bayas. Enfrente de esta celda de dormir había, a la izquierda del oratorio, un espacio para los vestidos, arreglado con maderas entrelazadas. Colgaban allí unos velos, cinturones y un manto amplio en el cual se envolvía la Virgen cuando recorría el Vía Crucis. Vi dos vestidos largos, uno blanco y otro azul-celeste, y un manto de color. Era el vestido que usó cuando fué dada por esposa a José. He visto que María guardaba varios de los vestidos de Jesús, entre otros la túnica inconsútil. Entre el armario de la ropa y el dormitorio había un cortinado que separaba el oratorio. Delante de este cortinado solía la Virgen estar sentada cuando trabajaba cosiendo o bordando. En este lugar retirado y solitario vivió la Virgen los últimos años, ya que su casa estaba retirada de las demás a una distancia de un cuarto de hora. Vivió sola, con una criada, que le traía lo poco que necesitaba para su sustento. No vivía allí ningún hombre. Juan venía de tanto en tanto y a veces algún apóstol o discípulo.

Una vez he visto entrar en la casa a Juan, que mostraba tener más edad. Era un hombre esbelto y usaba una vestidura larga, en pliegues, con un cinturón. Se quitó esta vestidura al entrar y se puso otro vestido con letras bordadas. En el brazo se colocó un manípulo. La Virgen estaba en su aposento y fué llegándose a Juan acompañada por su criada. La Virgen tenía un vestido blanco y me pareció muy débil. Su rostro era casi transparente y blanco como nieve. Me parecía que desfallecía por el ansia. Toda su vida fué, desde la Ascensión de Jesús, un continuo suspirar y un ansia que la iba consumiendo. María se acercó con Juan a su oratorio; allí descubrió, tirando de una cinta, el tabernáculo donde estaba su Crucifijo, delante del cual, hincados, rezaron largo tiempo. Luego Juan se levantó y sacó de un recipiente de metal un envoltorio de lino fino, donde estaba guardado un panecillo cuadrado, blanco, entre dos blancas

telas: era el Santísimo Sacramento con el cual Juan dió la Comunión a María, acompañada de algunas palabras. No le presentó el cáliz en esta ocasión.

XXII

El Vía Crucis de María en Efeso. Visita a Jerusalén

En las cercanías de su vivienda había dispuesto y ordenado María Santísima las estaciones del Vía Crucis. La vi al principio ir sola por las estaciones de este camino midiendo los pasos dados por su divino Hijo, que tenía anotados desde Jerusalén. Según los pasos que contaba, señalaba el lugar con una piedra y sobre esta piedra la vi escribir lo sucedido en la Pasión del Señor y anotar el número de pasos hasta este lugar. Si encontraba un árbol en el camino, señalaba el paso de la Pasión en el árbol mismo. Había señalado doce estaciones. El camino llevaba al final a un matorral y el santo sepulcro estaba señalado en una gruta. Después que hubo señalado estas doce estaciones, vi a la Virgen María, silenciosa, ir recorriendo con su fiel criada esos pasos de la Pasión del Señor, meditando y orando. Cuando llegaban a una estación, se detenían, meditaban el misterio de la estación y oraban. Poco a poco este Vía Crucis fué mejorado y arreglado y Juan hizo poner mejor las piedras recordatorias con sus inscripciones. La gruta también fué agrandada, adornada convenientemente y transformada en lugar de oración. Las piedras estaban en parte enterradas en el suelo, cubiertas de vegetación y de flores y cercadas en torno. Eran de mármol blanco liso. No he podido medir el grueso de esas piedras por las plantas que cubrían la parte inferior. Los que hacían el Vía Crucis llevaban un asta con una cruz como de un pie de alto; clavaban esta asta en una hendidura de la piedra y se hincaban delante para rezar, si es que no se echaban de cara al suelo, meditando y orando. Las sendas en torno de las piedras eran bastante anchas de modo que podían ir por ellas dos personas a la vez. Conté doce de estas piedras, las cuales, terminado el acto, se cubrían con una estera. Las piedras eran más o menos iguales y en los lados tenían escritas letras hebreas; los lugares donde estaban las piedras eran de diversas dimensiones. La estación primera, el Getsemaní, la formaba un vallecito con una pequeña cueva donde podían estar hincadas varias personas. La estación del Calvario no estaba en la gruta sino en una colina. Para ir al sepulcro se pasaba la colina; luego al otro lado de la

piedra recordatoria, en una hondonada y al pie de la colina, a la gruta del sepulcro, donde María Santísima más tarde fué colocada. Creo que esta gruta existe todavía bajo los escombros y que un día ha de ser descubierta.

Cuando la Virgen hacía el Vía Crucis llevaba un sobrevestido que llegaba en pliegues hasta los pies. Se ponía sobre los hombros y se cerraba debajo del cuello con un broche. Llevaba un cinturón y cubría así el vestido interior. Me parece que era un vestido de grandes solemnidades, al uso de los judíos, porque lo he visto usado también por Ana en algunas ocasiones. Sus cabellos estaban ocultos en una especie de gorro de color amarillo, que llegaba hasta la frente y caía detrás con sus pliegues recogidos. Un velo negro de tela fina le llegaba hasta los hombros. En esta forma la he visto recorrer el camino de la Pasión. Había llevado este vestido en la Crucifixión de Jesús, oculto bajo el vestido de luto que la cubría, y ahora se lo vuelve a poner todas las veces que hace el Vía Crucis. En casa se pone este vestido para los quehaceres diarios.

La Virgen María tenía ya mucha edad, pero no llevaba otras señales de vejez que un ansia grande que la transformaba y la espiritualizaba cada vez más. Estaba de ordinario seria, de modo que nunca la vi riendo. Cuando más avanzaba en edad se volvía más transparente, se esclarecía su rostro. No tenía arrugas en la cara ni en la frente, aunque aparecía demacrada; ni señales de decrepitud: era como un espíritu en su modo de ser. He visto una vez a la santa Virgen haciendo el Vía Crucis con otras cinco mujeres. Ella precedía; me pareció muy débil, blanca y como traslúcida. Era conmovedor ver ese rostro angelical. Me pareció que hacía este camino de la Pasión por última vez. Entre estas santas mujeres que rezaban con María estaban algunas que ya desde el primer año de Jesús le eran adictas. Una era sobrina de la profetisa Ana. Antes del bautismo de Jesús yo la había visto yendo una vez a Nazaret con la Verónica. Esta mujer estaba emparentada con la Sagrada Familia, por Ana, la profetisa, que era parienta de la madre de María y más cercana aún de Isabel, hija de la hermana de ésta. Otras de las mujeres que vivían cerca de María y que yo había visto también ir a Nazaret, antes del bautismo de Jesús, era una sobrina de Isabel, llamada Mara, también emparentada con la Sagrada Familia. Ismeria, madre de Ana, tenía una hermana de nombre Emerencia que tuvo tres hijas: Isabel, madre del Bautista; Enué, que estaba en casa de Ana cuando nació María Virgen, y Rode, madre de esta Mara. Rode había contraído ma-

trimonio lejos de su familia. Vivió primero cerca de Siquem, luego en Nazaret y después junto al monte Tabor (Kessuloth). Además de Mara, tuvo otras dos hijas, una de las cuales era madre de unos discípulos de Jesús. Uno de los dos hijos de Rode fué el primer marido de Maroni, la cual, al quedar viuda y sin hijos, casó con Eliud, sobrino de la madre de Ana y se estableció en Naím, donde enviudó por segunda vez. De este Eliud tuvo el hijo a quien resucitó Jesús. Este niño fué más tarde discípulo de Jesús y se llamó Marcial. Mara, hija de Rode, que estuvo presente en la muerte de María, se había casado en la vecindad de Belén. Natanael, el novio de Caná, era, según creo, un hijo de esta Mara, y en el bautismo recibió el nombre de Amator. Tenía otros hijos y todos fueron más tarde discípulos de Jesús.

Después que la Virgen María hubo vivido tres años en el retiro de Efeso sintió gran deseo de ver los lugares santos de Jerusalén. Juan y Pedro la condujeron a esa ciudad. Estaban reunidos allí varios apóstoles: recuerdo haber visto a Tomás. Creo que era un concilio. María les ayudaba con sus consejos. A su llegada la he visto, al anochecer, antes de entrar en la ciudad, ir al Huerto de los Olivos, al Calvario, al santo Sepulcro y visitar los santos lugares de Jerusalén. La madre de Dios estaba tan angustiada y desfallecida, que apenas podía ya andar. Pedro y Juan la sostenían por momentos. Un año y medio antes de su muerte la he visto de nuevo visitar los lugares santos de Jerusalén. Estaba entonces muy triste y suspiraba siempre, diciendo: "¡Oh, Hijo mío! ¡Oh, Hijo mío!"... Cuando llegó a aquella puerta donde cayó Jesús con la cruz, se sintió tan agobiada, que cayó en desmayo. Creyeron los acompañantes que iba a morir, y la llevaron al Cenáculo que aún existía, y allí vivió algún tiempo en la pieza junto al Cenáculo. María estuvo varios días tan débil y postrada que se creía iba a morir; por eso se pensó en prepararle un sepulcro. María misma se eligió una cueva en el Huerto de los Olivos y los apóstoles le prepararon un hermoso sepulcro por medio de un trabajador cristiano. Algunos pensaron que había ya muerto. Así se esparció la noticia de su muerte también en el extranjero. Pero la Virgen se recobró de ese estado de postración, y cobró nuevas fuerzas, de modo que pudo emprender el viaje de vuelta a Efeso. Murió allí después de año y medio de su llegada. El sepulcro preparado en el huerto fué tenido en honor, y más tarde se edificó una iglesia sobre él. San Juan Damasceno, así se me dijo en

visión, escribió, según había oído decir, que murió en Jerusalén y fué sepultada allí mismo.

He visto que fué voluntad de Dios dejar inciertos la muerte, el lugar de su sepultura y su Asunción a los cielos en aquellos tiempos primitivos de creencias incipientes, para no dar motivo a que hicieran de la Madre de Dios una diosa, como había tantas en las mitologías paganas.

XXIII

Llegada de los apóstoles para la muerte de María Santísima

Cuando la Virgen María sintió acercarse su fin sobre la tierra llamó en oración, según se lo había encargado Jesús, a los apóstoles junto a su lecho. Tenía ahora 63 años de edad. Cuando nació Jesús tenía sólo 15 años. Antes de su Ascensión, Jesús había enseñado a María, en la casa de Lázaro en Betania, cómo debía llamar a los apóstoles junto a sí y darles su última bendición que debía serles de gran provecho. Le encargó también diversos trabajos espirituales, cumplidos los cuales debían verse satisfechos sus vehementes deseos de reunirse con Jesús en el cielo. En esa ocasión Jesús había mandado a Magdalena que debía vivir en la soledad allá adonde la llevarían y a Marta que debía vivir en una comunidad de mujeres, y que Él, Jesús, estaría siempre con ellas.

Mediante la oración de María, los ángeles recibieron el encargo de avisar a los apóstoles dispersos que se juntaran en Efeso junto a la Virgen María. He visto que los apóstoles tenían erigidas en todas partes pequeñas iglesias provisorias de maderas entrelazadas o chozas de barro blanqueadas, hechas en la forma como veo la casa de María y su oratorio, es decir, por detrás terminadas en triángulo. Tenían altares para los divinos oficios. Los largos viajes que hicieron no fueron sin especial ayuda de Dios. Aunque ellos no lo sabían explicar, yo veía que muchas veces hacían viajes imposibles sin ayuda sobrenatural. Los he visto muchas veces caminar entre multitud de paganos sin ser vistos por ellos. Los prodigios que he visto obrar en sus misiones se me presentan algunos algo diferentes de lo que se sabe por los libros que los narran. Obraban en todas partes según las necesidades de los diversos pueblos. Los he visto llevar huesos de los profetas o de algunos primeros mártires y tenerlos delante de sí en la oración y en la celebración de los oficios divinos. Pedro estaba, cuando fué avisado de ir a Efeso, con

otro apóstol en Antioquía. Andrés, que había estado hacía poco en Jerusalén, donde fué perseguido, no estaba lejos de Pedro. He visto a Pedro y a Andrés en varios lugares, de camino, no lejos uno del otro. Descansaban de noche en lugares abiertos de los países cálidos. Pedro estaba recostado junto a una pared cuando vi venir al ángel, que le tomó de la mano y le dijo que se levantase y partiese adonde estaba la Virgen esperándole y que en el camino encontraría a Andrés, su hermano. Pedro, que ya era de edad y postrado por los trabajos, se enderezó sobre sus rodillas, apoyándose en las manos y escuchó al ángel que le hablaba. Luego se puso de pie, echóse el manto encima, tomó su bastón y se encaminó hacia afuera. Pronto se encontró con su hermano Andrés que había tenido la misma visión. De camino encontraron a Tadeo, quien dijo haber recibido también aviso del ángel. Así llegaron a Efeso, donde hallaron a Juan. Judas Tadeo y Simón se encontraban en Persia cuando recibieron el aviso del ángel. El apóstol Tomás era de pequeña estatura y de barba rojiza; estaba más lejos que todos, y llegó después de la muerte de María. Cuando el ángel le avisó, estaba el apóstol orando en una choza de barro y caña. Con un compañero muy sencillo lo he visto navegando los mares en una pequeña embarcación. Luego atravesó la comarca, sin entrar en ciudad alguna. Venía un discípulo con él. Tomás estaba en la India cuando recibió el aviso. Se había propuesto, antes de recibir el aviso, penetrar en la Tartaria, y no podía resolverse a dejar su proyecto. Tenía el carácter de querer hacer siempre demasiado y así llegaba a veces tarde. Se internó más al Norte, a través de China, en las comarcas de Rusia. Aquí le alcanzó el segundo aviso y entonces se dirigió a Efeso. El criado que tenía consigo era un tártaro, a quien había bautizado. Tomás no volvió a la Tartaria después de la muerte de María. Fué traspasado por una lanza en la India, adonde había vuelto. He visto que en estas comarcas levantó una piedra de recuerdo. Sobre ella había orado de rodillas, dejando la impresión encima. Dijo que cuando el mar llegase hasta esa piedra vendría otro misionero a predicar aquí la fe *(San Francisco Javier)*.

Juan había estado hacía poco en Jericó, pues iba con cierta frecuencia a Tierra Santa, aunque vivía de ordinario en Efeso y en los alrededores. A Bartolomé lo he visto en Oriente, en el Asia. Era un hombre de bello aspecto y muy arriesgado. Su rostro era blanco; tenía la frente ancha, ojos grandes, cabellos negros y encrespados y barba partida en dos. Había convertido a un rey y a su familia cuando recibió el aviso. Cuando volvió

a ese país, fué martirizado por un hermano del rey convertido. El apóstol Pablo no fué llamado, pues lo fueron sólo aquéllos que habían conocido o eran parientes de la Sagrada Familia.

Pedro, Andrés y Juan fueron los primeros en llegar a la casa de la Virgen María, la cual, próxima ya a la muerte, estaba tendida en el lecho de su celda. He visto que la criada de María se afligía: en un rincón y aún delante de la casa se echaba de cara al suelo, orando con grande aflicción y tristeza con los brazos levantados. He visto acudir a dos parientes próximos de María y a cinco discípulos. Todos parecían muy cansados. Tenían bastones de viaje. Estos discípulos llevaban debajo del manto con capucha, la vestidura blanca de sacerdotes, cerrada por delante con cuerdas de cuero, formando rodetes como botones. Las capas y estas vestiduras sacerdotales eran recogidas hacia arriba cuando estaban de viaje. Algunos traían bolsos colgados de la cintura. Al encontrarse se abrazaron con mucho afecto. Algunos lloraban de alegría y de emoción al verse reunidos otra vez. Al entrar dejaban sus capas, bastones, bolsos y cinturones; sus largas vestiduras blancas les caían en pliegues hasta los pies. Ahora se ponen un cinturón ancho que tiene letras hebreas bordadas. Luego se acercaron con reverencia al lecho de María para saludarla. La Virgen pudo decir pocas palabras. No he visto a estos viajeros tomar otro alimento que un líquido que bebían en recipientes que llevaban consigo. No dormían en la casa, sino afuera, en tiendas que se improvisaban junto a las paredes exteriores de la misma casa, con telas, mimbres y maderas entrelazadas y cubiertas con esteras.

He visto que los primeros en llegar arreglaron, en la parte anterior de la casa, un lugar para celebrar la Misa y orar. Se preparó un altar con tela roja y encima otra blanca donde colocaron un Crucifijo que parecía de madreperla. La cruz era como la de Malta. Esta cruz era como un relicario, pues se podía abrir y tenía cinco compartimentos en forma de la misma cruz. En uno, el del medio, estaba el Santísimo Sacramento; en los otros estaban dispuestos el crisma, el aceite, el algodón y la sal. Era de apenas un palmo de largo y lo llevaban los apóstoles en sus viajes colgado del cuello.

Con este recipiente trajo Pedro la Comunión a María. Los demás apóstoles y discípulos se dispusieron en dos hileras desde el altar hasta el lecho de la Virgen y se inclinaron profundamente al paso del Sacramento. El altar, donde se veía también un atril con rollos de las Escrituras, no estaba en el medio de la sala, donde se hallaba el hogar, sino al lado derecho de la

pieza, y era removido al dejar de usarse. Cuando los apóstoles se reunieron para despedirse, se había removido el tabique de separación. Los apóstoles llevaban sus largas vestiduras blancas con el ancho cinturón con letras. Los discípulos y las santas mujeres estaban alineados a los lados. He visto que la Virgen María estaba en su lecho sentada, y que cada apóstol venía y se hincaba, y que María oraba, y con las manos cruzadas sobre la cabeza, los bendecía. Lo mismo hizo con los discípulos y las santas mujeres. Una, que se inclinó mucho sobre ella, fué abrazada. Cuando se acercó Pedro, he visto que tenía un rollo de Escritura en las manos. Habló la Virgen María a todos, en general; y esto lo hizo según lo que le había mandado Jesús en Betania. He visto también que dijo a Juan cómo debían hacer con su cuerpo y que debía repartir los vestidos que quedaban a la criada y a las otras mujeres que a veces venían a ayudarla. Señaló hacia el armario; he visto que la criada fué allá, abrió y volvió a cerrar.

XXIV

Tránsito y sepultura de María

Se colocó el altar, de rojo y blanco, delante de la Cruz del oratorio. Pedro dijo la Misa tal como yo lo había visto hacer en el altar de Betesda. Sobre el altar ardían velas y no la lámpara. María se mantuvo sentada en su lecho durante el acto, en silencioso recogimiento. Pedro llevaba sobre su vestidura sacerdotal blanca, un palio rojo y blanco y la gran capa. Los cuatro apóstoles que le asistían estaban revestidos de sus capas de fiesta. Después de comulgar, Pedro dió la Comunión a los demás. Durante este acto llegó Felipe, que venía de Egipto. Recibió lloroso la bendición de María y luego, también, la santa Comunión.

Pedro llevó la Comunión a la Virgen María en la cruz que colgaba del cuello del apóstol. Juan le llevó sobre un platillo el sagrado cáliz. Este cáliz era pequeño, de color blanco, como fundido, y se parecía al de la última Cena. Su pie era tan corto que sólo con dos dedos se podía sostener. Tadeo traía un pequeño incensario. Primero dió Pedro a la Virgen la Extremaunción: lo hizo como se hace hoy. Luego le dió la santa Comunión, que María recibió derecha, sobre su lecho, sin apoyarse. Después se recostó y tras la breve oración de los apóstoles recibió el cáliz de manos de Juan, erguida un tanto sobre su lecho,

aunque no tanto como cuando recibió la Comunión bajo la especie de pan. Después de la Comunión ya no habló María. Tenía vuelto hacia arriba su rostro, hermoso y fresco, como en su juventud. Yo no veía el techo de su habitación: la lámpara colgaba en el aire. Una senda de luz se dibujó desde María hacia la Jerusalén celestial y hasta el trono de la Santísima Trinidad. A ambos lados de esta senda luminosa había caras de innumerables ángeles. María levantó sus brazos hacia la celeste Jerusalén y el cuerpo se levantó tan alto sobre el lecho, que yo veía perfectamente todo lo que había debajo. Parecía que salía de ese cuerpo una figura resplandeciente que extendía sus brazos hacia lo alto. Los dos coros de ángeles cerraron por debajo ese nimbo de luz y subieron en pos del alma de María, separada de su cuerpo, que se inclinó suavemente, con los brazos cruzados sobre el pecho, en la cama desde la cual se efectuó su dichoso tránsito. Muchas almas de santos, entre las cuales reconocí a varias, vinieron a su encuentro. Allí estaban José, Ana, Joaquín, Juan el Bautista, Zacarías e Isabel. María se elevó entre estas almas hasta el encuentro de su divino Hijo, cuyas llagas brillaban más que la luz, envolviéndolo todo. Jesús recibió a su Madre y le entregó el cetro, señalando el universo a su alrededor. En el mismo momento he visto algo que mucho me consoló: salían muchas almas del Purgatorio en dirección al Cielo. Tengo la seguridad de que cada año, en el día de su Asunción, muchas almas devotas de María reciben la liberación de sus penas y suben al Cielo. En cuanto a la hora del tránsito de María, se me indicó que era la hora nona, en la cual murió también su divino Hijo. Pedro y Juan deben haber visto esta glorificación de María, pues noté que tenían los ojos elevados a los cielos, mientras las demás personas estaban postradas inclinadas hacia la tierra. El cuerpo de María estaba resplandeciente, como en tranquilo reposo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y tendido en su camilla, mientras los presentes, de rodillas, oraban con fervor y lágrimas en los ojos.

Más tarde las santas mujeres cubrieron el cuerpo con una sábana. Reunieron todos los objetos de uso en una parte y lo taparon todo, hasta el hogar. Luego se cubrieron con sus velos y oraron largo tiempo, ya de rodillas, ya sentadas, en la primera sala. Los apóstoles se cubrieron la cabeza con la capucha que traían y se ordenaron para rezar en coro. Dos de ellos se hincaron a la cabecera y a los pies del lecho. He visto que durante el día se turnaron cuatro veces y que los apóstoles recorrieron el Vía Crucis de María.

Mientras tanto Andrés y Matías estaban ocupados en preparar la sepultura, la cueva que María y Juan habían dispuesto como sepulcro de Jesús al final de las estaciones del Vía Crucis. Esta gruta no era tan grande como la de Jesús. Tenía apenas la altura de un hombre y delante un jardincito cercado con estacas. Un sendero llevaba hacia la gruta donde había una piedra ahuecada para recibir el cuerpo, con una pequeña elevación donde descansaría la cabeza. La estación del monte Calvario estaba en la colina de enfrente; no había allí una cruz visible, sino sólo grabada en la piedra. Andrés, especialmente, trabajó mucho en esta obra, y colocó una puerta delante del sepulcro. El sagrado cuerpo fué preparado por las santas mujeres para la sepultura. Entre estas mujeres recuerdo a una hija de Verónica y a la madre de Juan Marcos. Trajeron hierbas olorosas y esencias, y procedieron al embalsamamiento de acuerdo con la costumbre de los judíos. Cerraron las puertas y se servían de luces en su trabajo. Cerraron también el tabique de división de la cámara de María y despejaron esa división para tener más espacio. Los tabiques y esteras que dividían el lecho de María fueron quitados por la criada, como también el armario de los vestidos. Sólo quedó el altar delante del Crucifijo de la Virgen, en el oratorio, y así todo ese espacio quedó convertido en una iglesia, donde los apóstoles podían rezar y celebrar los divinos oficios. Mientras las santas mujeres preparaban el sagrado cuerpo para la sepultura, los apóstoles oraban en coro, parte en la primera sala y parte afuera. Las mujeres procedían en su trabajo con la reverencia con que debían tratar tan sagrado cuerpo. Lo hicieron con el mismo cuidado con que habían tratado el sagrado cuerpo de Jesús. El sagrado cuerpo de María fué colocado con su vestidura en un canasto, hecho según la forma del cuerpo, de tal modo que éste sobresalía del cajón. El cuerpo era blanco, luminoso, tan liviano y espiritualizado que se levantaba con toda facilidad. El rostro era fresco, rosado y juvenil. Las mujeres cortaban los cabellos para conservar reliquias de la Virgen. Pusieron plantas olorosas en torno del cuello y la cabeza, bajo los brazos y en las axilas.

Antes de que pusieran sobre el cuerpo revestido de blanco, otras telas blancas para envolverlo todo, San Pedro celebró, delante del sagrado cuerpo, la santa Misa, y dió a los apóstoles la Comunión. Después se acercaron Pedro y Juan con sus capas magnas de fiesta. Juan sostenía un recipiente con aceite y bálsamo, y Pedro ungió todavía, en forma de cruz y con oraciones, la frente, las manos y los pies del sagrado cuerpo, y luego las

santas mujeres lo envolvieron todo con sábanas blancas. Sobre la cabeza pusieron una corona de flores blancas, rojas y azul-celestes, como símbolo de su virginidad. Sobre el rostro pusieron un género transparente, de modo que se pudiera ver la cara. Los brazos estaban cruzados sobre el pecho, y los pies, rodeados de hierbas olorosas, cubiertos con un género transparente. Así preparado el sagrado cuerpo, fué puesto finalmente en un cajón de madera blanca, con una tapa que por arriba, por el medio y por debajo se podía sujetar al cajón. Este cajón se colocó sobre unas andas. Todo se hizo con cierta solemnidad y emoción tranquila; el duelo también fué con mayor exterioridad y muestras de dolor que en la sepultura de Jesús, donde hubo mezcla de miedo y de apresuramiento por causa de los enemigos.

Para llevar el sagrado cuerpo hasta la gruta, como a media hora de camino, procedieron de este modo: Pedro y Juan levantaron el cuerpo de sobre las andas y lo llevaron hasta la puerta de la casa. Allí, puesto de nuevo sobre las andas, lo cargaron en sus hombros. Seis de ellos se alternaban en llevar el sagrado depósito. El sagrado cuerpo colgaba de entre las barras de las andas, corridas entre correas y esteras, como una cuna. Delante de esta procesión iban parte de los apóstoles rezando y las santas mujeres detrás, cerrando el cortejo. Llevaban antorchas metidas en unas calabazas y levantadas sobre palos largos.

Llegados a la gruta depositaron las andas. Los apóstoles introdujeron el cuerpo y lo depositaron en el hueco cavado de antemano. Todos desfilaron una vez más delante de los sagrados despojos para rezar y honrarlos. Luego cubrieron toda la sepultura con una estera. Delante de la gruta cavaron un hoyo y trajeron una planta bastante grande con sus raíces y sus bayas, la plantaron profundamente y la regaron abundantemente para que nadie entrara por delante en la gruta. Sólo podía llegarse a ella por los lados, por entre los matorrales.

XXV

La gloriosa Asunción de María Santísima

En la noche de la sepultura sucedió la Asunción de la Virgen al cielo con su cuerpo. He visto a varios apóstoles y mujeres esa noche rezando ante la gruta o, mejor dicho, en el jardincito delantero. He visto bajar del cielo una senda luminosa y tres coros de ángeles rodeando el alma de María, que

venía resplandeciente a posarse sobre la sepultura. Delante del alma venía Jesús con sus llagas luminosas. En la parte interior de la gloria donde estaba el alma de María, se veían tres coros de ángeles. La más interior parecía de caras angelicales de niños pequeños; la segunda hilera eran caras de criaturas de seis a ocho años, y la más exterior eran de jóvenes. Sólo se distinguían bien los rostros: el resto del cuerpo era como una estela luminosa algo indeterminada. En torno de la forma de la cabeza de María había una corona de ángeles. No podría decir qué es lo que veían los presentes; yo sólo veía que miraban arriba, llenos de admiración y emoción. A veces, llenos de maravilla, se echaban con los rostros al suelo. Cuando esta aparición se hizo más clara y se posó sobre el sepulcro, se abrió una senda desde allí hasta la celeste Jerusalén. El alma de María, pasando delante de Jesús, penetró a través de la piedra en el sepulcro; luego se alzó de allí con su cuerpo, resplandeciente de luz, y se dirigió triunfante, con el angélico acompañamiento, a la celeste Jerusalén.

Cuando días después estaban los apóstoles rezando en coro, llegó el apóstol Tomás con dos acompañantes. Era uno el discípulo Jonatán Eleazar y un criado del país de los Reyes Magos. Tomás quedó muy afectado al oír que María había sido ya depositada en su sepulcro. Lloró amargamente y no podía consolarse de haber llegado tan tarde. Con su discípulo Jonatán se echó de rodillas, llorando muy afligido, ante el lugar donde había sido el tránsito de María. También oró delante del altar allí erigido. Los apóstoles, que no habían interrumpido su canto coral de los salmos, acudieron entonces; lo alzaron con cariño, lo abrazaron y le ofrecieron pan, miel y alguna bebida. Después lo acompañaron, llevando luces, al sepulcro. Dos discípulos apartaron las ramas del arbusto. Tomás y Eleazar oraron delante del sepulcro. Juan abrió las tres pretinas que cerraban el cajón. Dejaron la tapa de un lado y vieron, con gran maravilla, el sepulcro vacío. Sólo estaban allí las sábanas y las telas con las que habían envuelto los sagrados restos. Todo estaba en perfecto orden. La sábana estaba corrida por la parte del rostro y abierta por la parte del pecho. Las ataduras de brazos y manos aparecían abiertas, puestas en buen orden. Los apóstoles alzaron las manos en señal de gran admiración, y Juan gritó: "No está más aquí". Los demás se acercaban, miraban, lloraban de alegría y admiración; oraban con los brazos levantados y los ojos en lo alto, y se echaban al suelo pensando en la luz que habían visto la pasada noche. Luego tomaron todos los lienzos

y el cajón consigo, como reliquias, y llevaron todo hasta la casa, orando y cantando salmos en acción de gracias. Cuando llegaron a la casa, puso Juan las telas dobladas delante del altar. Tomás y los demás rezaban. Pedro se apartó un tanto, preparándose para los misterios. Luego lo vi celebrar la Misa delante del Crucifijo de María, y a los demás apóstoles detrás de él, en orden, orando y cantando. Las mujeres estaban junto a la puerta y cerca del hogar.

El criado de Tomás tiene aspecto de extranjero: ojos pequeños, los huesos de las mejillas alzados, frente y nariz hundidas y color moreno. Ya estaba bautizado y era sencillo en su modo de ser, muy rendido y humilde. Hacía todo lo que se le ordenaba: quedaba de pie o se sentaba conforme le decían; volvía los ojos adonde se le indicaba; iba y venía según le mandaban, y a todos sonreía. Cuando vió que Tomás lloraba, lloró también él. Fué inseparable compañero y ayuda de Tomás, y lo he visto alzar piedras muy grandes cuando Tomás edificaba alguna capilla.

A los apóstoles los veo con frecuencia reunidos contando en qué países estuvieron de misión, y lo que les pasó en ellos. Antes de separarse los apóstoles para volver a sus respectivos países, fueron a la sepultura, y cavando y echando tierra e impedimentos hicieron imposible el acceso a la gruta. De una parte de ésta dejaron un acceso hasta la pared con un pequeño boquete para mirar adentro. Este senderito era conocido sólo de las santas mujeres que habitaban allí. Sobre la gruta erigieron una capilla con maderas y esteras, cubierta con colgaduras. El pequeño altar interior era de piedra con una grada también de piedra. Detrás del altar colgaron una tela donde estaba bordada la imagen de María en su vestido de fiesta. El jardincito fué transformado, como asimismo las estaciones del Vía Crucis y recorrido entre rezos y cánticos. El espacio donde había tenido la Virgen su Crucifijo, su altar y su dormitorio fué transformado en iglesia. La criada de María ocupó la pieza delantera y Pedro dejó allí a dos discípulos para cuidar a los cristianos que vivían en los contornos. Los apóstoles se despidieron, después de abrazarse una vez más y de haber celebrado la Misa en la pieza de María. Algunos volvieron más tarde, según la ocasión, a este lugar para rezar. He visto que en algunos lugares los fieles erigían capillas imitando la forma de la casa de María y que el Vía Crucis y el oratorio de su sepultura eran muy visitados en años posteriores por los primitivos cristianos.

Tuve una visión referente a la devoción a María en los tiempos primitivos. Una mujer de las cercanías de Efeso tenía gran devoción a la Virgen, y habiendo visitado su casa y visto el altar, mandó hacer uno semejante en su casa, el cual lo cubría con un tapiz de muy subido precio. Años después la mujer empobreció y tuvo que vender parte de sus posesiones. Llegó su necesidad al punto de verse obligada a vender el hermoso lienzo del altar de María, y lo hizo a una mujer cristiana casada. Cuando llegó la fiesta de la Asunción se conturbó mucho por no tener aquel hermoso lienzo con qué adornar el altar de la Virgen. Con esta aflicción se determinó ver a la mujer que le había comprado el lienzo, pidiéndole se lo prestara, sólo por el día, para adornar el altar de María. Esta mujer, que había tenido dos criaturas gemelas, no quiso acceder a su petición, y el marido llegó a decir: "María está muerta y no necesita esta prenda; en cambio mi mujer, que la ha comprado, la necesita". La piadosa mujer se alejó muy contristada y expuso su pena a la Virgen. Esa misma noche vi lo que pasó en casa de aquella familia. Se les apareció la Virgen, con rostro airado, y les dijo que en castigo de su dureza para con la pobre mujer, morirían sus dos hijos gemelos y ellos se verían reducidos a mayor miseria que la de la pobre mujer. Los dos despertaron con cierto temor, aunque lo tuvieron por un simple sueño al principio. Pero grande fué su espanto cuando encontraron a sus dos hijos muertos. Recién entonces reconocieron su grave culpa, y el hombre fué con mucha humildad a presentar a la mujer pobre la tela pedida para la fiesta de María, y así obtuvieron que no se realizara la otra parte del castigo con que se les había amenazado.

En la casa sólo queda Juan Evangelista; los otros han partido. Vi a Juan, en cumplimiento de la orden de la Virgen Santísima, repartiendo la ropa, que había dejado la Virgen, a la criada y a otra mujer que venía con frecuencia a ayudar en los quehaceres de la casa. En el armario se encontraron algunos objetos procedentes de los tres Reyes Magos. Vi dos largas vestiduras blancas, varios velos, colchas y algunas alfombras. Vi también aquel vestido listado que María había llevado en las bodas de Caná y que se ponía cuando hacía el Vía Crucis. De este vestido poseo un trocito. Algo de ello fué a la Iglesia. Así se pudo hacer un adorno sacerdotal para la iglesia de Betesda con el hermoso velo nupcial de color celeste, bordado de oro y sembrado de rosas. En Roma quedan todavía reliquias de esta prenda. Yo las veo allí, pero ignoro si alguien conoce estas re-

liquias. María llevó estas prendas en la época de sus esponsales y nunca más después.

Todas estas cosas se hacían silenciosamente; todo procedía bien y en secreto, pues no había aún esa agitación, esa inquietud tan propia de nuestros tiempos. La persecución no había llegado a desarrollar la red de espionaje y todo se hallaba aún en paz en torno de la comunidad cristiana.

QUINTA PARTE

VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES Y DE LOS SANTOS

INTRODUCCION

Los **Hechos de los Apóstoles** *relatan los sucesos posteriores a la Ascensión del Señor, y refieren ampliamente la vida de San Pedro y San Pablo. Apenas si dan informes de las obras de los demás apóstoles. Ana Catalina nos cuenta detalles interesantes de sus actividades misionales en los pueblos paganos adonde fueron a evangelizar. Algunos de ellos, como Santo Tomás, realizan viajes extraordinarios, antes de padecer el martirio por Jesucristo. Cuéntanse también los tormentos y los prodigios de San Juan Evangelista, cuyo cuerpo ha sido trasladado a un lugar privilegiado e inaccesible para cumplir una misión sobrenatural.*

En presencia de reliquias, a cuyos dueños reconoce, describe las vidas de otros mártires de las primeras cristiandades, con ilustraciones internas edificantes y conmovedoras, como las de Santa Inés y Santa Catalina de Alejandría, y la biografía de santos de diversas épocas, con palabras espontáneas y simples, que constituyen indicios precisos de su genuinidad.

CAPÍTULO I

VISIONES DE LOS APOSTOLES

1. Fundación de la Iglesia de Roma por S. Pedro

El 18 de Enero llegó Pedro a Roma en compañía de los discípulos Marcial y Apolinar y de un acompañante llamado Marción. Desde Antioquía había ido, en el año 43, a Jerusalén; después a Nápoles y a varios otros lugares, hasta llegar a Roma. Fué recibido muy bien, tanto él como sus ayudantes, por un tal Léntulo, noble romano que tenía conocimiento de la llegada de Pedro. Muchos romanos que habían oído la predicación de Juan, sabían del Mesías y de sus milagros. Léntulo se puso en comunicación con estas personas y se hizo narrar muchas cosas acerca del Mesías. Concibió tal amor y deseo hacia Jesús, que en una grave necesidad que le afligió, tomó un lienzo finísimo y habiéndolo hecho tocar por Jesús por intermedio de persona de su confianza, después guardó esa prenda con grandísima devoción y reverencia. Deseaba Léntulo pintar la faz de Jesús, por lo cual tuvo Pedro que darle muchos detalles sobre el particular. Muchas veces intentó pintar el rostro y siempre le decía Pedro que aún no se parecía al original. En una ocasión quedóse dormido en su trabajo, y, al despertar, encontró terminada su obra de modo maravilloso, con un perfecto parecido. Léntulo fué uno de los primeros discípulos de Cristo en Roma. Pedro habitaba en la casa de Pudente, que consagró como primera iglesia de Roma. Léntulo regaló muchas cosas para esta primera iglesia. Desde Roma fué Pedro a Efeso, a la muerte de María, y de paso visitó a Jerusalén. Estuvo en la silla episcopal de Roma por 25 años. En el año 69 fué crucificado, siendo de 99 años(*).

2. San Andrés apóstol

Después de la dispersión de los apóstoles, trabajó primeramente Andrés(**) en Scitia; más tarde en Epiro y en la Tracia,

(*) Muchos creen que la muerte de San Pedro tuvo lugar el año 67.

(**) Abdías, escritor antiquísimo, escribe la vida del santo en 42 capítulos, narrando hechos de conformidad con la vidente. Vicente Bellovacense cita como fuente *Ex actis ius*, es decir las actas de San Andrés, que ya en el segundo siglo se leían en las iglesias.

finalmente en la comarca de Acaia, en Grecia. Desde este lugar fué enviado, en visión, junto al apóstol Mateo, el cual había sido detenido con unos discípulos y sesenta cristianos en una ciudad de Etiopía. Le habían echado a Mateo veneno en los ojos, lo cual le causaba mucho dolor. Andrés marchó hacia donde estaba Mateo. Lo sanó de su mal y libró de sus ataduras a los cristianos que estaban encadenados. Predicó en la ciudad hasta que se levantó una conmoción contra él; fué tomado preso y con los pies atados fué arrastrado por las calles. Andrés, mientras tanto, rogaba por sus atormentadores, los cuales se conmovieron tanto, que al fin le pidieron perdón y terminaron por convertirse. Después de esto volvió Andrés a Acaia y allí sanó a un endemoniado ciego y resucitó a un niño muerto. Estuvo también en Nicea, donde constituyó un obispado. En Nicomedia resucitó a otro niño muerto y sosegó una furiosa tempestad en el Helesponto. En una ocasión en que salvajes macedonios le amenazaban de muerte, fueron éstos atemorizados por un resplandor del cielo que los arrojó en tierra. En otra ocasión, fué arrojado a las bestias feroces, pero quedó libre también de este peligro. En Patras, ciudad de la Acaia, sufrió el martirio. Presentado ante el procónsul Egeas, hizo el apóstol una valiente confesión de su fe y fué arrojado a la cárcel. El pueblo, que lo amaba mucho, lo quiso librar por la fuerza, pero el santo apóstol les rogó no le privasen del placer de recibir la corona del martirio. El juez lo condenó a morir crucificado. Cuando Andrés vió la cruz de lejos, exclamó: "¡Oh, buena cruz, tanto tiempo deseada, tan ardientemente amada y buscada!" Dos días estuvo pendiente de la cruz y desde allí predicaba a la gente la fe de Cristo. Maximila, la tía de Saturnino, recibe su cuerpo, lo embalsama y sepulta. Su muerte ocurre en el año 93 de la era cristiana.

3. Santiago el Mayor, apóstol de España (*)

Desde Jerusalén viajó Santiago, a través de las islas griegas y de Sicilia, hasta España, deteniéndose en Gades. Como no fué recibido bien en esta región, se dirigió a otra. Con todo, no le fué mejor en este lugar. Lo tomaron preso y hubiera sido asesinado, si un ángel no lo hubiese librado milagrosamente de las

(*) Que Santiago fué a España a predicar lo afirman San Antonino; San Isidoro, en el libro *Vita et morte Sanctorum;* Braulio, Arzobispo de Zaragoza (651); Juliano, Arzobispo de Toledo (690); los Papas Calixto II, Pío V, Sixto V, el Venerable Beda. El historiador Gretscher afirma que es *antiquissima traditio* de todas las iglesias de España.

manos de sus opresores. Dejó en España a siete discípulos y se trasladó, pasando por Marsella, en el sur de Francia, a Roma. Más tarde volvió a España y se dirigió desde Gades, a través de Toledo, a Zaragoza. Aquí se convirtieron muchos de los naturales del lugar; barriadas enteras reconocieron a Cristo y se despojaron de sus objetos de idolatría. He visto aquí a Santiago en grandes peligros. Fueron lanzadas víboras contra él; pero el apóstol las tomaba tranquilamente en sus manos. Nada le hacían. Al contrario, se volvían furiosas contra los sacerdotes de los ídolos, que empezaron desde entonces a temerle y a respetarlo. He visto después cómo empezando apenas a predicar en Granada, fué preso con todos sus discípulos y convertidos. Santiago llamó en su ayuda a María, que entonces vivía aún en Jerusalén, rogándole lo ayudase, y he visto cómo, por ministerio de los ángeles, fué librado de modo sobrenatural, él con sus discípulos, de la prisión. Le fué impartida la orden de María, por medio de un ángel, de ir a Galicia a predicar allí la fe, y luego volver a su residencia de Zaragoza.

He visto más tarde a Santiago en gran peligro por causa de una persecución y tempestad contra los fieles de Zaragoza. He visto al apóstol rezando de noche con algunos discípulos junto al río, cerca de los muros de la ciudad; pedía luz para saber si debía quedarse o huir. El pensaba en María Santísima y le pedía que rogara con él para pedir consejo y ayuda a su divino Hijo Jesús, que nada podía entonces negarle. De pronto vi venir un resplandor del cielo sobre el apóstol y aparecieron sobre él los ángeles que entonaban un canto muy armonioso mientras traían una columna de luz, cuyo pie, en medio de un rayo luminoso, señalaba un lugar, a pocos pasos del apóstol, como indicando un sitio determinado.

La columna era bastante alta y esbelta, de un resplandor rojizo, con vetas de varios colores y terminaba arriba como en un lirio abierto, que echaba lenguas de fuego en varias direcciones; una de ellas iba al Occidente, hacia Compostela; las demás, en diversas direcciones. En el resplandor del lirio vi a María Santísima, de nívea blancura y transparencia, de mayor hermosura y delicadeza que la blancura de una fina seda. Estaba de pie, resplandeciente de luz, en la forma en que solía estar en oración cuando aún vivía sobre la tierra. Tenía las manos juntas, y el largo velo sobre la cabeza, la mayor parte del cual colgaba hasta los pies, como si estuviese envuelta en él. Posaba sus pies menudos y finos sobre la flor que resplandecía con sus

cinco lenguas. Aparecía todo el conjunto maravillosamente delicado y hermoso.

Ví que Santiago se levantó del lugar donde estaba rezando de rodillas, recibió internamente el aviso de María de que debía erigir de inmediato una iglesia allí; que la intercesión de María debía crecer como una raíz y expandirse. Le dijo María que debía, una vez terminada la iglesia, volver a Jerusalén. Santiago se levantó, llamó a los discípulos que lo acompañaban, que habían oído la música y visto el resplandor; les narró lo demás, y presenciaron luego todos cómo se iba desvaneciendo el resplandor de la aparición. Después que Santiago realizó en Zaragoza lo que María le había ordenado, formó un conjunto de doce discípulos, entre los cuales he visto que había hombres de ciencia. Estos debían proseguir la obra comenzada por él con tanta fatiga y contradicciones.

Santiago partió de España, para trasladarse a Jerusalén, como María le había ordenado. En este viaje visitó a María en Efeso. María le predijo la proximidad de su muerte en Jerusalén, y lo consoló y lo confortó en gran manera. Santiago se despidió de María y de su hermano Juan, y se dirigió a Jerusalén, donde al poco tiempo fué decapitado.

Santiago fué llevado al monte Calvario, fuera de la ciudad, mientras predicaba en el camino y convertía a muchos oyentes. Cuando le ataron las manos, dijo: "Vosotros podéis atar mis manos, pero no mi bendición y mi lengua". Un tullido que se encontraba a la vera del camino, clamó al apóstol que le diera la mano y lo sanase. El apóstol le contestó: "Ven tú hacia mí y dame tu mano". El tullido fué hacia Santiago, tomó las manos atadas del apóstol y se halló sano.

Ví a su entregador, llamado Josías, correr hacia él y pedirle perdón. Este hombre confesó a Cristo y fué muerto por su fe. Santiago le preguntó si quería ser bautizado; habiendo contestado que sí, el apóstol lo abrazó y besó, y le dijo: "Tú serás bautizado en tu propia sangre". Ví a una mujer llegarse a Santiago con su hijo ciego y alcanzar de él la salud para su hijo.

Primeramente fué Santiago mostrado con Josías en un lugar elevado; allí se les leyó la culpa y la sentencia en voz alta. Después lo he visto sentado sobre una piedra, a cuyos lados fueron atadas sus manos. Le vendaron los ojos y le cortaron la cabeza.

Habían entretanto encerrado en su misma casa a Santiago el Menor. Hallábanse entonces en Jerusalén: Mateo, Natanael

Chased y Natanael el esposo *(de Caná)*. Mateo moraba en Betania. La casa de Lázaro hacía ya tiempo que estaba destinada para uso de los discípulos, como igualmente sus posesiones en Judea. El castillo de la ciudad lo habían ocupado los judíos. Después de la muerte del apóstol se produjo un gran tumulto en la ciudad y muchos se convirtieron a la fe de Cristo.

El cuerpo de Santiago estuvo un tiempo en las cercanías de Jerusalén. Cuando se desencadenó una nueva persecución, lo llevaron a España algunos discípulos, entre ellos José de Arimatea y Saturnino. Pero la reina Lupa, que había perseguido a Santiago, no permitió que fuese enterrado. Los discípulos lo depositaron sobre una piedra, la cual se hundió y vació formando un sepulcro. Sucedió allí otra maravilla: algunos cuerpos allí enterrados fueron arrojados de sus lugares. Por las insidias de Lupa los discípulos fueron reducidos a prisión por el rey; librados milagrosamente de la cárcel, mientras huían, fueron perseguidos por el rey y sus caballeros. El puente se rompió al pasar y perecieron el rey y su gente. La reina Lupa, aterrada, mandó a los discípulos cristianos que fueran al desierto y tomando toros salvajes los unciesen al carro: que donde estos animales condujesen el cuerpo de Santiago allí podrían edificarle una iglesia. Pensaba que de este modo los animales feroces destruirían todo en su desenfreno. Los discípulos encontraron, en su entrada al desierto, a un dragón, el cual, por la bendición de ellos, reventó por medio. Los toros feroces, en cambio, se dejaron uncir tranquilamente y llevaron el sagrado cuerpo al interior del mismo castillo de Lupa. Así sucedió que fué enterrado Santiago en el castillo, puesto que Lupa se convirtió, haciéndose cristiana, con su pueblo. El castillo se convirtió en iglesia. En este sepulcro se obraron muchos milagros. Más tarde se llevó su cuerpo a Compostela, que se convirtió en uno de los más famosos lugares de peregrinación. El apóstol Santiago trabajó en España cerca de cuatro años.

4. El apóstol San Juan Evangelista en Roma y en Asia Menor

Aunque en Efeso podían vivir en paz los cristianos, con todo San Juan era tenido como prisionero. Podía salir en compañía de dos soldados, y así visitaba con frecuencia a las buenas gentes del lugar. En una de esas visitas se encontró con unos estudiantes, cuyo maestro había hablado en contra de Juan y de

su doctrina. Porque el santo había hablado en contra de las riquezas, habían éstos comprado lingotes de oro y piedras preciosas, los habían roto en trocitos y los habían arrojado a su paso en señal de desprecio. Querían decir que ellos también, aunque eran paganos, sabían despreciar las riquezas sin por eso tener necesidad de hacerse cristianos. Juan, sin embargo, les dijo que su proceder era malbaratar el dinero y no era virtud de pobreza ni de renunciamiento. Uno de los estudiantes le propuso al santo que probase a juntar los pedazos de oro y piedras preciosas, como antes estaban; que entonces creerían en su Dios y en su doctrina. El santo les dijo que juntasen ellos mismos los pedazos y se los trajesen. Lo hicieron así y el santo les devolvió el oro y las piedras preciosas como habían estado antes. Entonces se echaron a sus pies, dieron las riquezas a los pobres y se hicieron cristianos. Dos de éstos, que habían regalado sus riquezas y seguido a Juan, se arrepintieron, al ver a sus esclavos bien vestidos, de haberse hecho cristianos. He visto que Juan convirtió hierbas del bosque y piedras de la orilla del mar, en pedazos de oro y piedras preciosas, por medio de su oración, y se los dió a los dos, diciéndoles que volvieran a comprarse las riquezas que habían dejado. Mientras el apóstol amonestaba a los jóvenes caídos, le trajeron el cadáver de un joven, pidiéndole que lo resucitase. Eran muchos los que hacían este pedido al apóstol. Juan oró y resucitó al joven y le mandó contase a los jóvenes lo que sabía del otro mundo. El resucitado les habló de tal manera de las cosas del otro mundo, que los jóvenes hicieron penitencia y se convirtieron. El apóstol les impuso ayunos y los recibió de nuevo entre los fieles. El oro y las piedras preciosas volvieron a ser paja y piedras, que arrojaron al mar.

Ví luego que muchos se convirtieron y que Juan fué reducido a prisión. Un sacerdote idólatra dijo que si Juan tomaba un veneno sin sentir daño, creerían en Jesús y lo dejarían libre. Lo hicieron marchar, acompañado de dos soldados, atadas las manos con cuerdas, delante del juez, donde se había reunido mucha gente. He visto que dos condenados a muerte bebieron el veneno y cayeron muertos al instante. Juan rezó sobre el vaso, y ví salir de él un vapor negro, acercándose, en cambio, una luz sobre él. Juan bebió el contenido del vaso, y el veneno no le hizo daño alguno. El sacerdote idólatra pidió más pruebas; exigió que Juan resucitase a los dos muertos. Juan le alargó su manto, diciéndole que lo echase sobre los muertos, repitiendo

las palabras que el apóstol le enseñó. Cuando así lo hizo, se levantaron los dos muertos, y se convirtió casi toda la ciudad. Juan quedó libre de sus cadenas.

Otra vez he visto derrumbarse un templo delante de Juan, porque le querían obligar a sacrificar a los ídolos. Vino como una tempestad sobre el templo; el techo se desplomó sobre el edificio; una nube de polvo y de escombros salió de puertas y ventanas, y también humo y fuego, pues los ídolos quedaron derretidos por el calor.

5. El judío convertido y el joven extraviado

Un judío convertido, que todavía era catecúmeno, quedó reducido, en ausencia de Juan, a la mayor pobreza y cargado de deudas que no podía pagar, y por esta causa era muy molestado. Un perverso judío le sugería la idea de que tomase veneno, ya que de otro modo lo meterían en la cárcel por las deudas y no saldría de allí en toda su vida. He visto al pobre hombre tomar veneno hasta tres veces de un vaso de bronce oscuro que tenía: tal era el miedo que sentía de ser encarcelado. Pero Juan le había enseñado a hacer la señal de la cruz sobre cualquier bebida o comida que tomase, y así sucedía que no se envenenó, aunque tenía voluntad de serlo. Entre tanto volvió Juan al lugar; el pobre judío confesó su falta y expuso también su extrema necesidad, prometiendo hacer penitencia de su delito. Juan bendijo el mismo recipiente de bronce que había contenido el veneno, lo convirtió en oro y le mandó fuera a pagar su deuda con ese oro. Este hombre llegó a ser más tarde discípulo de Juan, y obispo de la ciudad donde encontró Juan a aquel joven que se extravió y rescató de entre una banda de malhechores.

Juan encontró a este joven junto a una majada, cerca de la ciudad. Al hablar con él reconoció que estaban en él mezcladas las buenas cualidades con la extrema rudeza e ignorancia. El niño llamó a sus padres que eran pobres pastores y Juan les pidió que le dejasen al niño para educarlo. Los padres consintieron. El niño era de diez años y Juan lo llevó al obispo de Berea para que lo educase, diciéndole que volvería a su tiempo para pedirle cuentas del niño. En un principio las cosas fueron bien; luego dejaron al niño hacer sus caprichos y terminó por caer en manos de una banda de malhechores. Cuando Juan volvió reclamando al niño, supo que su protegido estaba en los montes con los asaltantes. Juan tomó un animal de carga, porque

su edad y lo escabroso del camino no le permitían andar a pie. Al encontrar al joven le pidió de rodillas que volviera de su mal camino. El joven tenía entonces unos veinte años. Juan se lo llevó consigo. Cambió al obispo del lugar, y mandó al joven que hiciera penitencia de su pecado. Más tarde ví que llegó a ser también obispo. Aquel obispo era, por lo demás, un hombre bueno, que tuvo mucho que sufrir por los herejes; pero en el asunto del niño se hizo culpable de un descuido grave. Fué obispo sólo seis años y me pareció que más bien hacía las veces de Juan en su ausencia. Su nombre es Aquila. Murió de muerte natural. ¡Oh, cómo lloraba cuando San Juan le reprochó su negligencia con el niño! Lo he visto de rodillas delante del Apóstol.

6. El Apocalipsis y el Evangelio de San Juan

Cuando Juan fué echado en la caldera del aceite hirviente, ya había enseñado en Italia, y allí fué tomado preso. Desde la isla de Patmos, donde era muy querido y había convertido a muchos, hacía viajes con sus guardianes algunas veces, y había estado en Efeso. Las visiones del Apocalipsis no las tuvo de una vez ni las escribió tampoco de una vez, sino en diversas épocas. Tres años antes de su muerte escribió su Evangelio, dentro del Asia.

He visto diversos cuadros de su martirio en Roma. Lo he visto en un patio redondo, rodeado de una pared. Allí fué despojado de sus vestidos y azotado. El Apóstol era ya muy anciano, pero sus carnes estaban como las de un joven. He visto que luego lo sacaron afuera, a un lugar grande y redondo, donde había una gran caldera colocada sobre una base de piedra, también redonda, donde se ponía el fuego que respiraba por unos agujeros del horno. Juan era conducido vestido con un manto largo, cerrado delante del pecho, que me recordó a Cristo cuando era burlado. Había allí mucha gente mirando la escena. Se le quitó el manto y su cuerpo apareció cubierto de manchas rojas por los azotes. Dos hombres levantaron a Juan hasta la abertura de la caldera y él mismo hizo su parte. El aceite estaba hirviendo. Atizaban el fuego debajo con atados cortos de leña oscura, que traían para el caso. Después que Juan estuvo un tiempo adentro, sin dar la menor señal de dolor y de daño, lo volvieron a sacar y se vió su cuerpo curado de las heridas de los azotes y más lozano que antes. Mucha gente corrió sin miedo hasta el lugar de la caldera y llenaba pequeños recipientes del

aceite, sin quemarse, lo cual me causaba maravilla. A Juan lo sacaron de allí.

Desde Roma fué Juan de nuevo a Efeso y se mantuvo allí unos días oculto. Sólo de noche salía para vistar las casas de los cristianos y celebraba Misa en casa de María. Algún tiempo después, se retiró con algunos discípulos a Cedar, donde, viviendo en la soledad, escribió su Evangelio, tres años antes de su muerte. Los discípulos no estaban con él, cuando escribía; se mantenían a cierta distancia, y se le acercaban de tanto en tanto a traerle comida. Lo he visto escribir sentado o echado debajo de un árbol. He visto que una vez llovía y sobre él había luz y sequedad. En esos lugares estuvo bastante tiempo enseñando, y convirtió a mucha gente de la ciudad. De aquí volvió Juan a Efeso.

La parte más numerosa de los descendientes de los Reyes Magos se había retirado a la isla de Creta, después del bautismo recibido del apóstol Tomás; los demás habían partido en diversas direcciones. En la Arabia había varios obispos constituídos por Santo Tomás, sacados de los pueblos de los Reyes Magos Estos obispos no podían ya regir a todos estos pueblos, de los cuales algunos volvían a caer en la antigua idolatría. Escribieron por esto a San Juan, y éste les mandó a los dos hermanos de Fidel, que bautizaron a Macario y a Cayo. Estos discípulos, a fuerza de ruegos y de insistencia, consiguieron que el mismo Juan, en edad muy avanzada, viajase al país de los Reyes Magos. La comarca de éstos estaba más lejos que el país de Mensor. He visto a Juan en el país de uno de ellos, entre los Caldeos, que tenían un jardín de María cerrado en su templo. El templo ya no existía, pero habían hecho una pequeña iglesia en la forma de la casa de María en Efeso: por arriba plana, como he visto todas las capillas de entonces. Llegaron los otros obispos, se juntaron aquí y le pedían a Juan que escribiera la vida de Jesús en su país, que ellos le narrarían todo lo que sabían acerca de su infancia. El Apóstol les contestó que él había ya escrito la vida de Jesús, que había escrito lo que de su vida divina se puede escribir aquí en la tierra. Mientras escribía, había estado casi de continuo en el cielo, y que no podía ya escribir otra cosa. Les dijo también que lo que el discípulo, que había viajado con Jesús, llamado Eremenzear, más tarde Hermes, había escrito, lo completasen Macario y Cayo. He sabido que el trabajo de Macario se ha perdido; pero que el de Cayo existe aún. Juan partió de allí a Jerusalén, luego a Roma y de allí a Efeso.

7. Muerte de San Juan Evangelista

Tuve una hermosa visión de la muerte de San Juan. Era ya muy anciano; su rostro empero se conservaba siempre fresco, hermoso y juvenil. Lo he visto en Efeso, en la iglesia, creo, durante tres días, partiendo y repartiendo el pan *(expresión antigua para significar la comunión)*. Me pareció que Jesús se le apareció y le predijo su próxima muerte. Tengo de ello una idea algo confusa; sin embargo, recuerdo que Jesús se le apareció. Lo he visto enseñando al aire libre, fuera de la ciudad, debajo de un árbol, rodeado de muchos discípulos. Se retiró con dos discípulos a un lugar hermoso, detrás de una pequeña colina, entre el boscaje. Había allí una hermosa pradera, y se veía el reflejo del cielo en el mar en calma. Él les señalaba algo a ellos en la tierra; me pareció que les decía que debían hacer o completar su sepulcro allí; creo más bien que debían sólo completarlo, pues he visto que pronto estuvo hecho muy bien. Pienso que lo demás había sido hecho con anterioridad, tanto más que las palas ya estaban allí. Lo vi luego volver adonde estaban los demás. Él les enseñaba con amor, rezaba, y les decía que se amasen los unos a los otros. Los dos volvieron, y uno de ellos le dijo: "¡Ah, Padre, me parece que me quieres dejar!"... Se apretaban en torno, se echaban de rodillas y lloraban. Él los amonestaba, rezaba con ellos y los bendecía. Luego les mandó permanecer donde estaban y con cinco de ellos se fué al lugar de la sepultura. Esta no era muy honda, y estaba muy bien hecha, cubierta con verdor; tenía una especie de tapa de mimbres, sobre la cual debían poner hierbas y encima una piedra. Juan rezaba con los brazos extendidos, de pie, junto a la sepultura; echó luego su manto adentro, bajó a ella, se tendió y rezó nuevamente. Una gran luz descendió sobre él. Aún habló con sus discípulos. Estos estaban echados en el suelo, junto a la sepultura; lloraban y rezaban. He visto luego algo maravilloso: mientras Juan estaba tendido y moría plácidamente, he visto en el resplandor, sobre él, una figura luminosa, como él mismo, saliendo de su cuerpo, como de una envoltura y desapareciendo en la misma luz y resplandor. He visto luego acudir a los demás, y echarse alrededor de su sepultura, que luego cubrieron. He visto también que el cuerpo de Juan no está en la tierra. Veo entre el Este y el Oeste un espacio luminoso, semejante a un sol, y lo veo allí dentro, como si intercediera a favor de los demás; como si recibiera algo desde arriba y lo diera a los de

abajo. Este lugar lo veo como algo perteneciente a la tierra, pero del todo elevado sobre ella de ningún modo se puede llegar hasta allí (*).

8. Trabajos apostólicos de Sto. Tomás en la India

Cerca de tres años después de la muerte de Cristo, Santo Tomás emprendió viaje con el apóstol Tadeo y cuatro discípulos hacia el país de los Reyes Magos. Allí bautizó a dos de los tres Reyes Magos: a Mensor y a Teokeno. *(En otro lugar dice Ana Catalina que Sair, el tercero de los reyes, ya había muerto).* En todas partes obraba grandes maravillas el apóstol Tomás; establecía maestros de la fe y dejaba a un discípulo. Se dirigió hasta la Bactriana. Lo he visto muy al Norte, en la China, donde empieza la Rusia, entre gentes completamente bárbaras. En la Bactriana, especialmente entre los que siguen las enseñanzas de la Estrella Luminosa *(Zoroastro),* fué muy bien recibido. Lo he visto también en el Tibet. Después he visto a Tomás, no solamente en la India, sino también en una isla, entre gente de color negro, y en el Japón, y he oído profecías hechas por él sobre la suerte de la religión en ese país. Tomás no había querido por propia voluntad ir a la India. Antes que se fuera, había tenido frecuentes visiones en sueños, pareciéndole que él edificaba en la India hermosos y grandes palacios. Él no entendía en un principio tales visiones y las desechaba, ya que no era constructor de casas. Pero después le volvían los avisos de que se dirigiera a la India, para convertir a mucha gente, ganar almas para Dios; que esto era lo que significaban los palacios que edificaba. Refirió sus visiones a Pedro, quien lo animó a ir a la India. Viajó a lo largo del Mar Rojo. Estuvo también en la isla Socotora, donde evangelizaba; no permaneció mucho tiempo allí.

Era la segunda ciudad del reino adonde Tomás había llegado, cuando celebraban allí una gran fiesta. Él empezó a evangelizar y a curar los enfermos. El rey y mucha gente escuchaban

(*) San Antonino trae los hechos narrados en la misma forma que los ve Ana Catalina (VI, Cap. 6, I, 3). La tradición confirma lo visto por la vidente en la muerte del Santo. San Agustín, San Gregorio de Tours, Hilario, Epifanio, San Gregorio Nacianzeno, Alberto Magno, Tomás de Villanueva y otros son de parecer que Juan murió efectivamente, pero que su cuerpo fué sustraído de la tierra y que ahora vive, como Enoch y Elías, para volver al fin de los tiempos a predicar a las naciones. El oficio de la iglesia griega ha recibido esta tradición en su liturgia.

su enseñanza. Logró convertir a tanta gente que un joven sacerdote idólatra concibió mucho enojo contra él. En medio del concurso de pueblo donde enseñaba Tomás, se adelantó y le dió una bofetada. Tomás se mostró muy paciente y, sin inmutarse, ofreció la otra mejilla a los golpes y aún le dió las gracias. Por esta actitud quedaron el rey y el pueblo muy admirados y consideraron a Tomás como persona santa. El mismo sacerdote de los ídolos se convirtió. Su mano se había cubierto de lepra, pero el santo la sanó, y así, convertido, fué luego el más adicto discípulo del apóstol. Tomás convirtió también a la hija del rey y a su esposo, que estaba poseído por un demonio. Después abandonó esta comarca viajando hacia el Oriente. Cuando la hija del rey dió a luz un hijo, se consagraron ella y su esposo a Dios, viviendo en continencia, y repartieron sus riquezas a los pobres. Por este hecho el padre del esposo se irritó mucho contra Tomás y decía que era un hechicero, pero los esposos perseveraron en el camino emprendido, enseñaban por doquier la fe de Cristo con la sencillez con que la habían recibido y convirtieron a mucha gente. El padre del joven esposo se conmovió y mandó decir a Tomás que volviera. Tomás volvió, pues le había dicho: "Pronto os volveré a ver". El rey se hizo bautizar con una gran muchedumbre del pueblo. He visto que más tarde fué diácono y que se retiró al país de los Reyes Magos. Creo que llegó a ser sacerdote. Un hijo suyo edificó una iglesia.

He visto a Tomás en otra ciudad de la India, junto al mar, deseando volver atrás en su viaje. Creo que no era lejos del lugar donde he visto más tarde a Javier. Se le apareció Jesús y le mandó ir más adentro en la India. Tomás no se decidía; le parecía que había allí pueblos muy bárbaros. Se le apareció Jesús nuevamente, y le dijo que huía de su presencia como Jonás: le animó a ir, prometiéndole estar con él; le dijo que allí se obrarían grandes maravillas por su predicación; que en el día del juicio estaría él junto a Cristo, como testigo de lo que se había hecho por la conversión de los hombres.

He visto luego al apóstol salir en medio de mucha gente; lo he visto sanando enfermos, echando demonios y bautizando junto a un pozo. Acercósele un hombre noble, muy instruído y muy bueno, que estaba siempre consultando libros y se hizo un discípulo muy adicto. Este hombre tenía una sobrina casada con un pariente del rey del lugar. Era joven, hermosa y muy rica. Cuando oyó hablar del apostol, concibió un gran deseo de oir su enseñanza. Se metió entre el pueblo y, echándose a sus

pies, le pidió que la instruyera en las verdades de la fe. Tomás la evangelizó y la bendijo. Ella estaba muy conmovida; lloraba, oraba y ayunaba día y noche. Su esposo, que la amaba mucho, la quería distraer; pero ella le rogó la dejase todavía algún tiempo libre. Iba todos los días a la enseñanza del apóstol y se hizo ferviente cristiana. Esto irritó muchísimo a su esposo, que se vistió de luto y se presentó en queja al rey, contra Tomás. Mandó el rey que Tomás fuera arrastrado con una soga por el hombre irritado, y azotado y encarcelado; mas él daba gracias a Dios de todo lo que padecía.

La joven esposa se cortó los cabellos, lloraba, oraba y daba mucha limosna a los pobres, y desde entonces no volvió a adornarse. Durante la noche, en ausencia de su esposo, habiendo ganado a los guardianes, iba con otros a escuchar las enseñanzas de Tomás en la misma cárcel. Su nodriza iba con ella y se hizo cristiana. Tomás les dijo que preparasen todo para el bautismo en su misma casa. Salió de la cárcel y bautizó a éstos y a muchos otros. Los guardianes, por permisión de Dios, durmieron durante este tiempo, y Tomás volvió luego a su encierro.

Más tarde, como hasta en la familia real algunos se habían enmendado, oyendo la predicación del apóstol, mandó el rey comparecer a Tomás. El apóstol lo evangelizó, y como él no creyese, le dijo Tomás que hiciese alguna prueba con él para que viera que predicaba la verdad. Mandó entonces el rey traer asadores calentados al rojo, y Tomás caminó sobre ellos sin sentir daño alguno. En el lugar donde estuvieron los hierros ardientes, brotó una fuente. Tomás le dijo cómo él mismo había visto los milagros de Cristo durante tres años, cosa que la decía a menudo, y que, a pesar de todo, frecuentemente dudaba; por eso quería convencer a los más incrédulos. Tomás narraba su propia culpa en todas partes. El rey intentó aún ahogarlo dentro de una pieza que hizo llenar de vapor caliente; pero no llegó a causarle daño alguno y la pieza estaba llena de aire fresco. Cuando pretendió que Tomás sacrificase a sus ídolos, el apóstol le dijo: "Si Jesús no pudiera destruir a tu ídolo, entonces yo le ofreceré incienso". Se preparó una gran fiesta; caminaron hacia el templo, en medio de músicas y cantos. El ídolo de oro era conducido en un carro majestuoso. No bien Tomás oró, se vió descender fuego del cielo, que derritió el ídolo en un momento. Otros muchos ídolos cayeron destrozados al suelo. Se produjo por esto un gran levantamiento entre el pueblo y los sacerdotes, y Tomás fué arrojado de nuevo a la cárcel. De esta

cárcel fué librado, como Pedro, y llegó a una isla donde estuvo largo tiempo. Tomás dejó su enseñanza allí y se dirigió hacia el Japón, donde estuvo medio año. A su vuelta se convirtieron muchos de la misma familia del rey. Los sacerdotes de los ídolos estaban más irritados contra él. Uno de ellos tenía un hijo enfermo y pidió a Tomás que fuese a sanarlo. Mientras tanto ahogó a su hijo y luego acusó a Tomás de ser autor del hecho. Tomás hizo traer el cadáver y mandóle, en nombre de Jesús, levantarse y decir quién lo había matado. El muerto se levantó, y dijo: "Mi padre lo ha hecho". Por este motivo se convirtieron muchos.

He visto que Tomás, hincado de rodillas sobre una piedra, solía orar fuera de la ciudad, en un lugar distante del mar, y que sus rodillas quedaron impresas en la piedra. Él predijo que cuando el mar que estaba entonces bastante lejos llegase a lamer esa piedra, vendría un hombre desde muy lejos y predicaría allí la fe de Jesucristo. Yo no podía pensar que el mar llegaría con el tiempo hasta allí. En ese lugar se levantó una cruz de piedra cuando Javier llegó a esta comarca. He visto a Tomás hincado sobre esta piedra, orando, en éxtasis, y que un sacerdote idólatra, acercándose por detrás, le traspasó con su lanza. Su cuerpo llegó luego a Edesa; y he visto una fiesta religiosa en su honor. Pero quedaron todavía una costilla de Tomás y la lanza en el lugar. Junto a la piedra donde rezaba, había un árbol de olivo, que fué regado con su sangre. Siempre, el día de su martirio, el árbol suda aceite, y cuando esto no acontece, la gente teme un mal año. He visto que los paganos en vano quisieron desarraigar este árbol, que siempre renace. Se levantó una iglesia allí, y cuando se dice Misa en ella el árbol vuelve a sudar aceite. La ciudad se llama Meliapur. Ahora la fe no florece allí, pero el cristianismo se levantará de nuevo en ese lugar.

Me fué dicho que Tomás llegó a los trescientos noventa años de edad. Era muy demacrado, algo oscuro de cara y tenía cabellos castaños algo rojizos. En su muerte se le apareció el Señor y le dijo que se sentaría con él a juzgar en el día del juicio. Si no me equivoco en mis muchos viajes me parece que Tomás partió, después de la separación de los apóstoles, primero a Egipto, después a Arabia, y andando por el desierto mandó a un discípulo a decir a Tadeo que fuera a ver al rey Abgar. Después bautizó a los Reyes Magos y llegó hasta la Bactriana, China, Tibet, Rusia, y desde aquí regresó para asistir a la muerte de María. Después lo he visto en Palestina, a través de Italia, un trozo de Alemania, la Suiza, un poco de Francia, luego en Africa

llegar a Etiopía y Abisinia, donde vivía Judit *(de quien se habla en otra visión)*. De allí a Socotora, a la India, a Meliapur, donde fué librado de la cárcel por el ángel; atravesando parte de la China, llegó muy al Norte, donde es ahora la parte rusa. De aquí fué al Norte de las islas del Japón (*).

9. Trabajos de San Bartolomé en Asia y Abisinia

El apóstol San Bartolomé predicó la fe primeramente en la India, donde dejó muchos convertidos y discípulos. Después pasó a través del Japón, y volvió a la Arabia, por el Mar Rojo, hacia Abisinia. Aquí convirtió al rey Polimio y resucitó a un muerto. En la ciudad real de este país había muchos enfermos, que eran conducidos ante los ídolos. Desde que Bartolomé llegó, el ídolo enmudeció. Había allí una casa llena de mujeres endemoniadas. Bartolomé sanó y libró a esas personas, las evangelizó y las bautizó, después que ellas abjuraron públicamente de sus errores y de su comercio con los demonios.

El apóstol se entretenía frecuentemente y por largo tiempo con el rey Polimio, el cual preguntaba mucho y a menudo lo dejaba para consultar con sus escritos. El apóstol le respondía y resolvía sus dificultades. En cuanto a lo que decía el rey que la gente se sanaba de sus enfermedades cuando iba delante del ídolo, el apóstol le declaró que las gentes eran primeramente influenciadas por el demonio, y parecían enfermas; luego, cuando eran presentadas delante del ídolo, aparentaban ser curadas, para que la gente no se apartara del culto de los demonios. Le dijo que, desde ese momento, el demonio de ese ídolo había quedado reducido a la impotencia, y que ya no podría obrar maravillas. Le decía que todo esto lo vería más claro, si consentía consagrar el templo al verdadero Dios y si se dejaba bautizar él y su pueblo, abrazando la fe de Cristo. El rey mandó convocar a todo el pueblo y mientras los sacerdotes falsos ofrecían sacrificios, clamó Satanás desde el ídolo que no lo hicieran, que él ya no podía obrar nada, que estaba atado por el Hijo de Dios. Bartolomé le mandó, en nombre de Dios, que manifestara los engaños de sus curaciones, y Satanás lo confesó, hablando por el ídolo. Después enseñó Bartolomé en un lugar abierto y mandó al demonio se mostrase tal cual era, para que viesen los paganos a quien ado-

(*) El *Kirchenlexikon* dice: Según la tradición de los Sirios, envió Tomás al apóstol Tadeo a Edesa, donde era rey Abgar. El cuerpo del santo descansa en Edesa y parte de sus reliquias quedaron en la India.

raban. El demonio se mostró en forma de un hombre negro y espantable, y delante de ellos se hundió luego en la tierra. Entonces el rey Polimio mandó derribar todos los ídolos. Bartolomé consagró el templo al verdadero Dios, bautizó al rey, a toda su familia y poco a poco a todo su ejército.

Bartolomé enseñaba, curaba a los enfermos y era muy querido de todo el pueblo. Recibió el apóstol la orden del cielo de ir a ver a la Madre de Dios. Mientras tanto los sacerdotes de los ídolos se dirigieron a Astiages, hermano de Polimio y acusaron a Bartolomé como hechicero. Cuando Bartolomé volvió, después de la reunión con los demás apóstoles, no alcanzó a entrar, porque fué aprehendido por los satélites de Astiages y llevado delante de él, que le habló así: "Tú has seducido a mi hermano para que adorase a tu Dios. Yo quiero enseñarte a sacrificar a mi dios". Bartolomé le respondió: "Ese Dios que me dió la potestad de mostrar a tu hermano a quien adoraba, es decir, a Satanás, y de echarlo al infierno, de donde había salido, me da también la fuerza para quebrar a tus dioses falsos y traerte a ti mismo la fe". En ese momento llegó un mensajero con la noticia de que el ídolo de Astiages había caído destrozado en tierra. El rey, rabioso por este hecho, rasgó sus vestidos y mandó azotar al santo apóstol. Fué atado a un árbol y despellejado, mientras él, con clara voz, predicaba; al fin le fué atravesada la garganta con un estilete. Los verdugos lo desollaron desde los pies y le pusieron su piel en las manos. Después de su muerte, arrojaron su sagrado cuerpo a las fieras; pero fue por la noche rescatado por los nuevos convertidos. He visto que el rey Polimio acudió con mucha gente y le dió honrosa sepultura. Sobre su sepulcro se edificó una iglesia. Astiages y los que habían martirizado a Bartolomé se vieron invadidos por el furor y el espanto, después de trece días, y corrían al sepulcro del santo implorando su ayuda. El rey Astiages se convirtió, al fin; no así los sacerdotes idólatras, que murieron miserablemente después de algún tiempo (*).

(*) Sin razón identifican algunos exégetas a Bartolomé con Natanael. Bartolomé, hijo de Tolmai, se llamaba Neftalí. Después de haber predicado en la India y Armenia, sus reliquias están en Roma, mientras que Natanael, después de haber predicado en Mauritania y en Bretania, descansa en Treuga, que es León de España.

10. Simón y Judas Tadeo en Persia

Los hermanos Simón y Judas Tadeo anduvieron, después de la dispersión de los apóstoles, por algún tiempo en compañía. Simón se dirigió al Mar Negro, y hacia la Escitia, y Tadeo hacia el Este, donde probablemente encontró a Tomás, acompañándole un trecho, siendo luego enviado por éste con una carta al rey de Edesa, llamado Abgar.

Cuando Tadeo llegó hasta el rey, vió éste, junto al apóstol, el rostro luminoso de Jesús, y se inclinó profundamente. Por medio de la imposición de sus manos sanó Tadeo al rey Abgar de la lepra. Después de haber sanado y convertido a muchos en Edesa, se dirigió con su acompañante Silas a través de los países que Jesús había viistado y llegó, atravesando Arabia, hasta el Egipto. En este viaje pudo el apóstol bautizar a muchos en Kedar; enteras poblaciones abrazaban la fe.

El apóstol Simón se dirigió, después de la muerte de María, al país de los Persas. Llevaba de acompañantes al discípulo Abdías y a otros más. Más tarde fué Abdías obispo de Babilonia. Por disposicion de Dios, se encontraron los dos hermanos de nuevo juntos en un campamento militar y se encaminaron a una gran ciudad *(Babilonia)*. Aquí les iba muy bien. He visto acontecer muchas cosas de las cuales ya no tengo más que una vaga idea. Recuerdo que en una reunión, en presencia del rey, se levantaron los sacerdotes idólatras contra el apóstol. Una parte de ellos tenía en un canasto cierta cantidad de víboras del largo de un brazo y otros las tenían en las manos. Estas víboras eran redondeadas, como anguilas, pero más delgadas; tenían cabecitas redondas, las fauces abiertas mostraban unas lengüitas agudas, como lancetas, en actitud de amenaza. Los sacerdotes las arrojaron contra el apóstol; pero he visto que ellas volvían como flechas contra los mismos que las habían traído. Los mordían, y ellos gritaban y clamaban, hasta que el apóstol mandó a las serpientes que no dañasen a esos sacerdotes. He visto que muchos se convirtieron y el mismo rey con ellos. Los apóstoles salieron de allí y fueron a otra ciudad y se hospedaron en la casa de un cristiano. He visto levantarse un tumulto en la ciudad, y los dos apóstoles, juntamente con el cristiano, fueron conducidos a un templo donde había varios ídolos montados sobre ruedas. Se había reunido una muchedumbre tumultuosa, dentro y fuera del templo. Recuerdo haber visto que los ídolos se desplomaron destruídos y que del templo caían escombros. A con-

secuencia de esto fueron los dos apóstoles maltratados por el pueblo, que con toda clase de armas y con la ayuda de los sacerdotes idólatras, hirieron a los santos apóstoles, hasta dejarlos muertos. He visto como al apóstol Tadeo le partieron la cabeza en dos partes, por en medio de la cara, con el hacha que tenía un hombre en el cinto. Apareció una claridad y visión celestial sobre el santo mártir. Los cuerpos de ambos apóstoles descansaron en la iglesia de San Pedro en Roma.

11. San Felipe en Frigia y San Mateo en Etiopía

Después de Pentecostés partieron Felipe y Bartolomé hacia Gessur, en los confines de la Siria. Felipe sanó en esta ciudad a una enferma. Al principio fué bien recibido; luego perseguido. Pasó Felipe a la Frigia, donde ganó a muchos paganos a la fe de Cristo. En Heriápolis, de Frigia, fué llevado delante de una estatua de Marte, por los sacerdotes, para que ofreciera incienso. Salió debajo del mismo altar una serpiente, que mató a dos tribunos y al hijo del mismo sacerdote del ídolo. El santo apóstol resucitó a los tres muertos. A pesar de esto, fué azotado y luego crucificado. Querían muchos sacarlo de la cruz mientras estaba aún vivo, pero él les rogaba que lo dejasen morir como había muerto su Señor y Maestro. Mientras estaba aún en la cruz, fué apedreado hasta que lo vieron muerto. Su martirio ocurrió el año 81.

San Mateo predicó 25 años en Etiopía, y en este tiempo convirtió a una gran muchedumbre a la fe de Cristo, entre ella al rey Egipo con toda su familia. La hija del rey, Hifigenia, tomó la resolución de consagrarse a Dios en estado de virginidad y fué confirmada en este propósito por el santo apóstol. Cuando lo supo el tío del rey, que se había apoderado del reino y que pretendía a Hifigenia por esposa, mandó matar al santo apóstol. Mientras celebraba los divinos oficios en el altar, el santo apóstol fué traspasado por una lanza.

12. San Marcos en Roma(*)

Con el príncipe de los apóstoles, Pedro, fué Marcos a Roma. En su Evangelio escribió Marcos lo que Pedro le dictaba. Como

(*) Inclúyense en este capítulo algunos que no son apóstoles propiamente dichos, como Marcos, Timoteo y otros, pero que estuvieron estrechamente vinculados a los apóstoles de Jesucristo.

se extendió por Roma una peste, se erigió allí, por orden de Marcos, una especie de *Via Crucis*. Los cristianos y los mismos paganos que hacían el *Via Crucis* se veían libres de la peste. Al ver esta maravilla muchos paganos se convirtieron. Marcos se dirigió desde Roma a Egipto para predicar el Evangelio. Lo he visto primero en Alejandría. El no había querido ir allá, sino más bien predicar de un lado para otro. Camino andando, se hirió de tal manera en el dedo índice de la mano derecha, que hubiese perdido el dedo a no haber obtenido curación por una maravillosa aparición, semejante a la de Saulo, que le infundió mucho temor. De su herida le quedó toda su vida una señal colorada alrededor del dedo. Cuando entró en Alejandría dió, en cierta ocasión, la suela de su zapato al zapatero Aniano para que se la compusiera. Este artesano se hirió la mano al hacer el trabajo. Marcos lo sanó juntando saliva con polvo del suelo. Se convirtió Aniano y Marcos se hospedó en su casa. Aniano tenía una habitación grande, varios siervos, y su esposa con diez hijos. En la habitación destinada para Marcos tenían lugar las primeras reuniones de los nuevos convertidos. Los apóstoles no solían celebrar los divinos oficios y la Misa en una nueva comunidad, sino cuando ésta se encontraba fortificada y convenientemente instruída. El santo sacramento lo administraban con cierto rito durante la celebración de la santa Misa. El zapatero Aniano tenía entre sus diez hijos, tres que luego fueron sacerdotes. He visto que el padre fué el sucesor del mismo Marcos. En Heliópolis he visto al santo evangelista Marcos. Allí se edificó una iglesia en el lugar donde había estado la Sagrada Familia y también un pequeño convento. La mayoría de los bautizados aquí por Marcos, eran judíos. Marcos fué arrojado en la cárcel de Alejandría y estrangulado con una soga. Cuando estaba en la cárcel se le apareció Jesús con una pequeña patena y le dió un pan redondo. Más tarde he visto su cuerpo en Venecia.

13. San Lucas y los cuadros de la Virgen(*)

El evangelista Lucas estuvo con San Juan en Efeso; luego con el apóstol Andrés. En su ciudad natal conoció al apóstol Pablo, a quien acompañó en sus viajes. Escribió el Evangelio, según consejos de Pablo y porque corrían falsos escritos acerca

(*) Lucas fué discípulo del Señor, aunque no le seguía de continuo. Según San Gregorio Magno, Orígenes, Aeofilacto, Nicéforo, Metafrastes, fué con Cleofás uno de los discípulos de Emaús.

de la vida del Señor. Escribió su Evangelio 25 años después de la Ascensión del Señor, la mayor parte por noticias de los que habían presenciado los hechos. Ya en tiempo de la resurrección de Lázaro lo he visto visitar los lugares donde el Señor había obrado milagros y hacer anotaciones. Estaba en íntima relación con Bársabas. Supe también que Marcos escribió su Evangelio por noticias de los que habían presenciado, y he visto que ninguno de los Evangelistas, al escribir su libro, usó el escrito de los otros. Me fué dicho que si más hubiesen escrito, menos aún les hubiesen creído. Los milagros repetidos varias veces, no los han consignado, para no ser largos.

He visto a Lucas pintar varios cuadros de la Virgen, algunos de modo milagroso. Un busto de María lo halló pintado y concluído, por haberlo pedido así, después que inútilmente había intentado hacer el trabajo. Lo halló terminado mientras estaba en éxtasis. Está conservado en Roma, en Santa María la Mayor, sobre un altar en la capilla del Pesebre, a la derecha del altar mayor. No es, sin embargo, el original, sino una copia del mismo. El original está aún en una pared, que se ha convertido en una columna, cuando se ocultaron allí, en un gran peligro, muchos objetos sagrados. Allí veo también huesos de santos y escritos de mucha antigüedad. La iglesia tiene siete columnas. Está encerrado en el medio, a la derecha, de modo que el sacerdote, cuando dice *Dominus vobiscum,* en el altar del cuadro de la Virgen, con su mano señala esa columna.

Lucas pintó también la imagen de María de cuerpo entero, en traje de desposada. No sé dónde se encuentra ese cuadro. Otro cuadro donde aparece María en traje de luto, de tamaño natural, creo haberlo visto donde está el anillo de desposada de la Virgen *(en Perusa).* Lucas pintó a María mientras iba camino del Calvario para bajar a Cristo de la cruz. Esto sucedió de modo maravilloso. Cuando todos los apóstoles habían huído, María se encaminó al amanecer hacia la cruz, creo que con María Cleofás y Salomé. Lucas estaba en el camino y extendió un lienzo con el deseo de que quedara impresa la imagen de María. Encontró la imagen como una sombra diseñada y según esto hizo la pintura. Había allí dos figuras: él mismo, con el lienzo, y María, de camino. No sé si Lucas obró así sólo para obtener la figura de María en su lienzo, o porque era costumbre alzar un lienzo a las personas de luto, o para prestar a María un servicio como había querido hacer la Verónica con Jesús. Este cuadro pintado por Lucas lo veo como aún axistente en

medio de cierta gente, entre Siria y Armenia. Estos no son realmente cristianos; creen en Juan Bautista y usan un bautismo de penitencia cuando quieren purificarse de sus culpas. Lucas predicó en este lugar y obraba con el cuadro muchos milagros. Ellos lo persiguieron, y quisieron apedrearlo. Con todo, se guardaron el cuadro de Lucas. Tomó consigo a doce a quienes había convertido. Ellos vivieron en la cercanía de un monte, como a doce horas del Líbano, hacia el Oriente. En los tiempos de Lucas eran un centenar. Su iglesia la veo como una cueva en la montaña; para entrar hay que descender; por la parte alta se ven cúpulas, como se ven ventanas en la techumbre de una iglesia.

He visto el cuadro de Lucas en otro tiempo; yo creo que eran tiempos más modernos, porque en los de Lucas las cosas eran más sencillas. La iglesia me pareció más grande; las ceremonias me parecieron muy diferentes entre los habitantes. El sacerdote estaba sentado bajo un arco, delante del altar. El cuadro estaba colgado del techo. Había muchas lámparas ardiendo delante del cuadro, de modo que estaba ya oscuro y borroso. Ellos alcanzaban muchas gracias del cuadro y lo honran porque han visto maravillas por causa de él.

Lucas fué martirizado siendo Obispo, creo que en Tebas. He visto como lo ataban con sogas a un árbol de olivo y lo ultimaban a flechazos. Una flecha le dió en el pecho y su cuerpo se inclinó hacia adelante. Entonces lo ataron nuevamente y volvieron a flecharlo. Fué enterrado secretamente de noche. He visto que Lucas usaba como medicina, en su período de curaciones, resedá con aceite de olivo mezclado, al cual bendecía. Ungía a los enfermos, haciendo una cruz en la frente y en la boca, y usaba también resedá seca con agua, que derramaba encima.

14. San Bernabé, Timoteo y Saturnino

Fué enviado Bernabé desde la iglesia de Jerusalén a Antioquía, donde predicó el Evangelio en compañía de San Pablo, durante un año, con mucho fruto espiritual, hasta que el Espíritu Santo, por boca del profeta, le confirió la misión: "Separad a Bernabé y a Pablo para la obra que les he encomendado". Después que recibieron la consagración episcopal fué Bernabé compañero de San Pablo por algún tiempo. Cuando se separó de él hizo varias excursiones apostólicas. Estuvo en Milán, donde predicó el Evangelio. En la isla de Chipre, su patria, fué ape-

dreado por los judíos. Su cuerpo fué arrojado en una hoguera, pero no se quemó. Sus discípulos lo enterraron religiosamente. Cuando en tiempos del emperador Nerón volvió a encontrarse su cuerpo, hallaron una parte del Evangelio de San Mateo sobre su pecho. Ha escrito algunas cosas.

Timoteo, discípulo de San Pablo, fué tomado preso en la isla de Chios, en el mismo tiempo que el apóstol San Juan se encontraba en cautividad en la isla de Patmos. Lo he visto siempre alto de estatura, moreno, delgado y pálido. En los viajes llevaba casaca oscura, que recogía en la cintura. Como obispo llevaba un manto largo, de color marrón oscuro, con flores color de oro, bordadas gruesamente. Los hilos parecían cordeles. pero el conjunto era muy hermoso. Tenía una estola en el cuello, un cinturón en el cuerpo y en la cabeza una especie de mitra baja, partida en dos. Era querido por todos. Tenía una comunidad de convertidos. Hasta los mismos soldados que lo rodeaban, lo querían. Había allí una mujer noble, cristiana, que había caído en grave culpa. Estando Timoteo por celebrar los misterios en una pequeña iglesia, ya en el altar, conoció por revelación la culpa de esa persona, que llegaba a la iglesia para oír la Misa. Salió entonces el santo obispo a la puerta e impuso a la mujer la penitencia de su culpa, impidiéndole la entrada. A consecuencia de esto, se levantó una persecución contra el santo. Fué desterrado a la Armenia, y libertado, antes que Juan lo fuera de la isla de Patmos. San Pablo lo envió como obispo a Efeso. En esta ciudad fué muerto, porque había censurado enérgicamente los desórdenes de unas orgías celebradas esos días con máscaras, llevando los ídolos en las bacanales.

Saturnino, que junto con el apóstol Andrés siguió a Jesús después del bautismo del Jordán, predicó después de la muerte de Cristo, en Tarso. Aquí estaba a punto de ser muerto por los paganos; pero se levantó un viento con tanto polvo, que llenando los ojos de los perseguidores, permitió a Saturnino huir de la ira de sus adversarios. Estuvo también en Roma con San Pedro y fué enviado por él a las Galias. Allí estuvo en Arelat, en Nimes y en varias otras comarcas del país. En Tolosa se detuvo mayor tiempo y convirtió a muchos paganos, después de haber sanado de lepra a una mujer que se hizo cristiana. En Tolosa fué martirizado. Sobre una montaña donde había un templo a los ídolos, el santo fué aprehendido por los paganos y atado a un toro furioso, el cual lo arrastró por entre espinas y

piedras del camino, barranca abajo. Cuando el toro furioso se detuvo, al caer del barranco, el santo tenía la cabeza partida. Así consumó su martirio. Su fiesta se celebra el 29 de febrero.

15. Lázaro, Marta y Magdalena en el sur de Francia

Tres o cuatro años después de la muerte de Cristo prendieron los judíos a Lázaro, Marta y Magdalena. Prendieron también al discípulo Maximino y a aquel ciego de nacimiento curado por Jesús, que se llamaba Chelitonio y a dos doncellas y los depusieron sobre un barco desmantelado, sin remos ni velas, abandonándolos a merced de las olas. Por milagro de Dios escaparon del naufragio. Con el auxilio del Señor, el buque fué llevado con extraordinaria velocidad a través del mar, y se detuvo en las costas del Sur de Francia, cerca de la ciudad de Massilia, hoy Marsella. Cuando llegaron a esta ciudad, se festejaban los bacanales de unos ídolos. Los siete extranjeros se sentaron bajo un corredor de columnas, en lugar abierto. Permanecieron largo tiempo así, indecisos. Fué Marta la primera que, después de haberse confortado con lo que traían en sus pequeños recipientes, se mezcló con la gente del pueblo, que se había acercado a ellos y les dió a entender cómo habían llegado hasta allí. Les habló también de Jesús, y se mantuvo muy movida. He visto también cómo más tarde les arrojaban piedras para ahuyentarlos; pero las piedras no los herían, y quedaron en ese sitio hasta la mañana siguiente. Los demás también habían comenzado a hablar y a hacerse entender. Así pudieron ganarse la simpatía de algunas personas. Al otro día acudió gente desde una gran casa, que tengo por alcaldía, y le preguntaron muchas cosas. Permanecieron otro día más bajo las arcadas, entreteniéndose con las gentes que pasaban, que se detenían para ver a los forasteros. Al tercer día fueron conducidos a la casa grande, delante del jefe, separados en dos grupos. Los hombres quedaron con el jefe allí y las mujeres fueron llevadas a otra casa de la ciudad. Se los trató bien y se les dió de comer. He visto que predicaban y enseñaban en los lugares donde los llevaban y que el jefe del lugar dió orden en la ciudad de no molestar a los forasteros. Pronto se dejaron bautizar muchos habitantes. Lázaro bautizaba en una gran fuente, en la plaza, delante del templo, el cual poco a poco se iba quedando desierto. Creo que el jefe también se hizo bautizar. No permanecieron largo tiem-

po juntos. Más tarde Lázaro continuó predicando allí como Obispo.

Marta se dirigió con las dos doncellas a una región salvaje, rocosa, cerca de la ciudad de Aix, donde habitaban muchas esclavas paganas, a las cuales convirtió. Más tarde se edificó un convento y una iglesia. Habitaba allí un monstruo, que causaba mucho daño en la comarca, a orilla de un río. Marta llegó en el momento en que la bestia devoraba a un hombre. Marta sujetó al monstruo, echándole un cinturón al cuello, en nombre de Jesús, y lo ahogaba, mientras el pueblo que presenciaba la escena acabó por matarlo.

A menudo predicaba Marta el Evangelio delante de mucha gente, en lugares abiertos y a orillas del río. Ella y sus compañeros acostumbraban hacerse una especie de púlpito con piedras superpuestas. Las colocaban formando escalones; dentro quedaba la altura vacía como una bóveda; encima ponían una gruesa piedra, sobre la cual predicaba de pie. Hacía esto como un albañil no lo haría mejor; siempre la he visto ingeniosa y extraordinariamente ordenada. Cierto día sucedió que estaba Marta predicando sobre esta altura, a orillas del río. Quiso un joven acercarse nadando desde la otra orilla para oír lo que decía; pero el agua lo venció y el infeliz pereció ahogado. Por esto la gente se mostró contrariada con la santa y le echaba en cara que se había rodeado sólo de esclavas, a las cuales había logrado convertir. Cuando al día siguiente el padre encontró el cadáver de su hijo ahogado, lo llevó, en presencia del pueblo, adonde estaba Marta, diciendo que sólo si volvía la vida a su hijo podía creer en Cristo y en el Dios que anunciaba. Entonces Marta mandó al joven, en nombre de Jesús, volver a la vida, y aquél resucitó. El joven resucitado, el padre y muchas personas se hicieron cristianos; otros no se convirtieron y tenían a Marta por hechicera. He visto que uno de sus compañeros de viaje, creo que el discípulo Maximino, llegó a la comarca para visitar a Marta y le dió la santa comunión. Marta trabajó, enseñó y convirtió a muchos habitantes de la región.

Cuando Magdalena se separó de ellos, se retiró a una región solitaria donde moraba sola en una cueva, que acomodó para vivienda. Maximino acercábase algunas veces, a mitad del camino, donde estaba Magdalena, para darle la santa comunión. Magdalena murió poco antes de su hermana y fué sepultada en el convento de Marta. Sobre la cueva de su habitación edificó Maximino una capilla.

16. San Clemente Romano(*)

Con San Pablo no he visto a Clemente; pero a menudo lo he visto con Bernabé; también con Timoteo, Lucas y Pedro. El era romano, pero sus antepasados eran judíos de los confines de Egipto. Estaba casado, y recibió una inspiración de vivir en continencia, lo cual practicó también su esposa, que más tarde, me parece, fué martirizada. Fué el tercer Papa, después de Pedro.

He visto al papa Clemente poco antes de la persecución. Estaba extraordinariamente demacrado y pálido: tan abatido lo he visto que parecía a Nuestro Señor cuando llevaba la cruz. Sus mejillas hundidas y su boca contraída por la tristeza con que miraba la ceguera y falsedad de la gente del mundo. Lo he visto enseñando en una sala, sentado. Sus oyentes eran de muy diversas ideas: algunos tristes y conmovidos, otros fingían estarlo, y se alegraban del próximo fin que entreveían acercarse. Otros dudaban y no se decidían a creer. Entonces entraron soldados romanos y lo redujeron a prisión. Lo arrastraron y lo pusieron en un carro. Detrás había un asiento escondido y delante otros abiertos. Pusieron detrás al santo. Subieron unos seis soldados con él en el carro; otros caminaban al lado. Los caballos eran más pequeños y cortos que los de ahora, y con arreos diferentes; no tenían tantas correas. He visto al santo viajar día y noche, muy paciente, con aire de tristeza. Cuando llegaron al mar, fué embarcado en un barco y el carro volvió por su camino. Después tuve una visión de la comarca adonde fué llevado Clemente. Era una región miserable. desierta y estéril, donde había muchísimas cuevas: todo el contorno era triste y pobre. Clemente fué llevado a una casa que tenía dos alas, una de las cuales salía del medio de la anterior. Cada ala de la misma tenía un pórtico con columnas alrededor. Clemente fué introducido por una puerta, y llevado al ala donde estaba el jefe del lugar; luego fué llevado al ala donde estaban los prisioneros. He visto luego a Clemente en un desierto rogando por agua. Vino del cielo un rayo luminoso que se abrió como un tubo de embalar y de él salió un cordero que con un pie le alcanzaba una vara de punta aguda como una flecha. Abajo, en el suelo, había otro cordero. Clemente tomó la vara, la hincó en la tierra y salió al punto un

(*) **Baronio asegura (11, 105-113): "Sobre la vida y martirio de Clemente, tenemos las tradiciones más seguras tanto entre los griegos como entre los romanos... La *Passio Clementis* era leída en las iglesias".**

chorro de agua. Los dos corderos desaparecieron al punto. Clemente había rogado para tener el santo Sacramento. Todos los que bebían de esa agua se sentían inclinados hacia el santo Sacramento. Clemente convirtió y bautizó a muchos paganos.

Lo he visto en su martirio: lo arrojaron en una cueva llena de víboras y luego echaban agua dentro. El logró salir con una escalera. He visto como lo arrojaron al mar, desde una nave, con un ancla atada a su cuello. Allí donde fué arrastrado su cuerpo, se formó un sepulcro en la roca, que se hizo visible cuando se retiró el mar. Los cristianos hicieron de esa roca una capilla, en torno de la sepultura, que a veces quedaba sepultada bajo las aguas del mar. Su fiesta se celebra el 25 de noviembre.

17. San Ignacio de Antioquía

He visto a Jesús delante de una casita con sus discípulos. Jesús mandó a uno de ellos a la casa de enfrente que trajese a una mujer con sus hijos, la cual vino con ellos, y aún con el más pequeño, que tendría tres o cuatro años. Cuando llegó el niño delante del Señor, se volvió a cerrar el círculo abierto en torno del Señor y los apóstoles, y el niño quedó dentro. Jesús habló de él: le puso las manos sobre la cabeza y lo estrechó contra su pecho. La madre se volvió y el niño le fué llevado nuevamente. Este niño fué más tarde San Ignacio de Antioquía. Había sido un niño bueno, pero con la bendición de Jesús quedó transformado. Lo he visto ir a menudo solo al lugar donde Jesús lo había bendecido, besar la tierra y decir: "Aquí estuvo ese santo Hombre". Lo he visto jugando con otros niños, elegir apóstoles y discípulos y recorrer, como en juego, los alrededores, enseñando e imitando lo que había visto hacer al Señor. Lo he visto con otros niños en el lugar de la bendición contándoles el hecho, y diciéndoles que debían también ellos besar el lugar. Sus padres vivían y los he visto maravillarse de lo que veían en el niño y conmoverse y hacerse cristianos. Más tarde se unió a los apóstoles, especialmente a Juan, del cual se hizo familiar, y he visto que después Juan lo consagró sacerdote. Cuando Juan fué encerrado la primera vez en prisión, no quiso Ignacio abandonarlo. Después de Evodio, que sucedió a Pedro en la sede de Antioquía, le siguió Ignacio, que fué hecho obispo por Juan, me parece, o por Pedro mismo.

He visto que por esa comarca pasó un Emperador, a quien fué presentado Ignacio delante, y en público le preguntó el Em-

perador si era él el que, como un mal espíritu, traía revuelta la ciudad. Ignacio le contestó diciendo por qué llamaba demonio a uno que tenía a Dios en su corazón. El Emperador preguntó si sabía quién era el que le interrogaba, y el santo contestó que sí, y que era el primero a quien enviaba el demonio para reprochar a un servidor de Dios. El Emperador lo condenó a ser martirizado en Roma, e Ignacio le dió las gracias por ello con suma alegría. He visto que lo ataban y llevaban a otra ciudad para embarcarlo. Había allí soldados que lo custodiaban y lo hacían sufrir mucho. Lo he visto desembarcar y por donde él pasaba acudían muchos obispos y cristianos para darle el saludo y pedirle la bendición. En Esmirna se detuvo con el Obispo Policarpo, que había sido su condiscípulo; todos estaban muy contentos de verse, y él exhortaba y animaba a todos. Aquí lo he visto escribir cartas. He oído cómo él escribía y deseaba que rogasen para que las fieras lo triturasen como al trigo en un molino, para ser digno pan para el Señor y para el sacrificio.

También en Roma acudieron cristianos al encuentro del santo, lloraban y se hincaban delante de él y le pedían la bendición. También les decía que deseaba ser triturado para ser una hostia para el Señor. Todo su camino fué un triunfo. Lo he visto llegar al lugar del martirio. Allí oró deseando que los leones le diesen tiempo de terminar su oración; que luego lo devorasen, que dejasen sólo algunos huesos y su corazón, para que ellos pudiesen aún obrar algo por Cristo sobre la tierra. Aquí se me dió una enseñanza sobre la virtud y la importancia del culto de las reliquias. Como él había pedido, así se realizó. De pronto se lanzaron los leones furiosos sobre él; en un momento estuvo muerto. Lo devoraban y lamían su sangre. Nada quedó sino sólo unos huesos grandes y su corazón. He visto cómo cuando sacaban de allí a los leones y el público se dispersaba, los cristianos acudían y se disputaban sus reliquias. Todos miraban su corazón, y vieron las letras del nombre de Jesús grabadas como en el título de la cruz. Las letras parecían formadas de venas de color azulado, nacidas allí dentro.

CAPÍTULO II

VISIONES DE LOS MARTIRES

1. Longinos

El 15 de Marzo de 1821 Ana Catalina comunicó estos conceptos sobre una visión que por la noche había tenido acerca de San Longinos, cuya fiesta caía en ese mismo día, cosa que la hermana ignoraba.

Longinos, que había tenido otro nombre, hacía un servicio, entre civil y militar, al lado de Pilatos, que le encargaba vigilar lo que pasaba y contárselo. Era bueno y servicial; pero antes de su conversión faltábanle firmeza y fuerza de carácter. Lo hacía todo con apresuramiento; le gustaba darse importancia, y como era bizco, por ende, sus compañeros con frecuencia le hacían burla. Lo he visto muchas veces esta noche, y con ese motivo toda la Pasión: no sé como pudo ocurrírseme esa idea; lo que recuerdo es que fué con motivo suyo.

Longinos era oficial de clase inferior. En la noche en que Jesús fué conducido al tribunal de Caifás, estaba en el vestíbulo con los soldados: iba y venía sin cesar. Cuando Pedro tuvo miedo de las palabras de la criada, él fué uno de los que le dijo: "Tú eres de los partidarios de ese hombre". Cuando condujeron a Jesús al Calvario, estaba cerca de la escolta por orden de Pilatos, y el Salvador le echó una mirada que le conmovió. En seguida lo vi sobre el Gólgota con los soldados. Estaba a caballo, y tenía una lanza. Le vi en casa de Pilatos después de la muerte del Señor: decía que no se debían romper las piernas de Jesús. Volvió de prisa al Calvario.

Su lanza estaba hecha de muchos pedazos que encajaban uno en otro, y estirándolos se le podía dar tres veces su longitud. Así lo había hecho cuando se determinó súbitamente a dar la lanzada a Jesús; se convirtió sobre el Calvario, y manifestó a Pilatos su convicción de que Jesús era el Hijo de Dios. Nicodemo obtuvo de Pilatos la lanza de Longinos. He visto muchas cosas relativas a esta lanza. Longinos, después de su con-

versión, dejó la milicia y se unió a los discípulos. Fué uno de los primeros que recibieron el bautismo después de Pentecostés, con otros dos soldados convertidos al pie de la cruz.

He visto a Longinos y a esos dos hombres volver a su patria vestidos en traje largo y blanco. Habitaban en el campo, en un país estéril y pantanoso. En este mismo sitio murieron los cuarenta mártires. Longinos era diácono, y, como tal, andaba por el país anunciando a Cristo y contando la Pasión y la Resurrección como testigo ocular. Convertía a mucha gente y curaba a muchos enfermos, haciéndoles tocar un pedazo de la santa lanza que llevaba consigo. Los judíos estaban muy irritados contra él y contra sus dos compañeros, porque publicaban por todas partes la verdad de la resurrección del Salvador, y revelaban sus crueldades y sus tramoyas. A instigación de los judíos, mandaron soldados romanos a la patria de Longinos para prenderlo y juzgarlo por desertor y perturbador de la paz pública. Estaba cultivando sus tierras cuando llegaron, y los condujo a su casa, donde los hospedó. Ellos no lo conocían, y cuando le dijeron el objeto de su viaje, mandó llamar a sus dos compañeros, que vivían en una especie de ermita a poca distancia, y dijo a los soldados que ellos tres eran los que venían a buscar. Lo mismo sucedió con el hortelano Focas. Los soldados se afligieron, porque le habían tomado cariño. Los vi conducir a los tres a un pueblecito vecino, adonde fueron interrogados; no estaban en la cárcel: sólo presos bajo su palabra, pero tenían una señal particular sobre el hombro. Después los decapitaron a los tres sobre una altura situada entre el pueblo y la casa de Longinos, y los enterraron allí. Los soldados pusieron la cabeza de Longinos en la punta de una lanza, y la llevaron a Jerusalén para probar que habían cumplido con su encargo. Me parece que esto sucedió pocos años después de la muerte del Señor.

Tuve después una visión de época posterior. Una mujer ciega, del país de San Longinos, fué en peregrinación a Jerusalén, esperando sanar en la ciudad santa, donde se habían curado los ojos de Longinos. La conducía su hijo, pero éste murió, y se quedó abandonada y sin consuelo. Entonces San Longinos se le apareció, y le dijo que recobraría la vista si sacase su cabeza de una cloaca donde los judíos la habían echado. Era un hoyo con una bóveda, donde se juntaban las inmundicias por diversos conductos.

Yo vi algunas personas conducir allí a la pobre mujer: entró en la cloaca hasta el cuello, y sacó la santa cabeza. Se curó,

y regresó a su patria; los que la habían acompañado conservaron la cabeza. Esto es todo lo que recuerdo.

2. El centurión Abenadar

El 1º de Abril de 1823 la hermana Emmerick dijo que ese día era la fiesta de San Ctesifón, el centurión que había asistido a la crucifixión, y que por la noche había visto muchas particularidades de su vida. Pero los padecimientos y las distracciones exteriores le hicieron olvidar la mayor parte. He aquí lo que contó.

Abenadar, llamado después Ctesifón, era de un país situado entre Babilonia y el Egipto, en la Arabia Feliz, a la derecha de la residencia última que tuvo Job. Había allí, sobre una montaña poco elevada, una reunión de casas cuadrangulares, con tejados planos. Había muchos arbolitos: se recogía incienso y bálsamo. Yo he estado en la casa de Abenadar, que es grande y espaciosa, como de un hombre rico, pero muy baja. Todas las casas están construídas así, sin duda por causa del viento, pues la posición es muy elevada. Abenadar había entrado como voluntario en la guarnición de la fortaleza Antonia, en Jerusalén. Servía en el ejército romano para ejercitarse mejor en las artes liberales, pues era erudito. Fué un hombre muy vivo, de cara morena y talle corto.

Las primeras predicaciones de Jesús y un milagro de que había sido testigo le habían convencido de que los judíos lograban la salvación, y había adoptado la ley de Moisés. No era aún discípulo del Salvador; sin embargo, no abrigaba malas intenciones contra Él; al contrario, le profesaba veneración secreta. Era un hombre muy grave: cuando vino sobre el Gólgota a relevar la guardia, mantuvo el orden y el decoro hasta el momento en que la verdad triunfó en él, y dió testimonio delante de todo el pueblo de la divinidad de Jesús. Como era rico y voluntario, le fué fácil dejar al instante su empleo. Ayudó al descendimiento de la cruz y al entierro de Nuestro Señor; esto le puso en relaciones íntimas con los discípulos de Jesús: después de Pentecostés, recibió el bautismo, uno de los primeros, en la piscina de Betesda, y tomó el nombre de Ctesifón. Tenía un hermano en Arabia; le contó los milagros de que había sido testigo, y le llamó al camino de la salvación. Éste vino a Jerusalén, y fué bautizado con el nombre de Cecilio. Fué encargado

con Ctesifón de ayudar a los diáconos en la nueva comunidad cristiana.

Ctesifón acompañó a España al Apóstol Santiago el Mayor, y volvió también con él. Más tarde fué enviado a España por los apóstoles, y llevó el cuerpo de Santiago, que había sido martirizado en Jerusalén. Fué Obispo, y tenía su residencia habitual en una especie de isla o de península cerca de Francia. Ese sitio fué después destruído por una inundación. El nombre de su residencia se parece a Vergui. No me acuerdo que Ctesifón fuese martirizado. Ha escrito muchas obras que contienen detalles sobre la Pasión de Jesucristo: pero algunos libros falsificados han corrido con su nombre, y libros suyos se han atribuído a otros. Roma ha desechado más tarde esos escritos, la mayor parte apócrifos, aunque había en ellos algo suyo.

Uno de los guardias del sepulcro, que no había querido dejarse corromper por los judíos, era compatriota suyo y amigo. Su nombre se parecía a Sulei o a Suleii. Después de haber estado algún tiempo en la cárcel, se retiró a una caverna del monte Sinaí, donde vivió siete años. Este hombre recibió grandes gracias y escribió libros muy profundos, por el estilo de los de Dionisio Areopagita. Otro escritor se ha aprovechado de sus obras, y así ha llegado algo de ellas hasta nosotros. He sabido todo eso, y también el nombre del libro, pero se me ha olvidado. Ese compatriota de Ctesifón lo acompañó después a España. Entre los compañeros de Ctesifón en ese país estaban su hermano Cecilio, Indalecio, Hesicio y Eufrasio. Otro árabe, llamado Sulima, se convirtió en los primeros tiempos, y más tarde, en el de los diáconos, un compatriota de Ctesifón, cuyo nombre sonaba como Sulensis.

3. Nicodemo y la Verónica

Ana Catalina había dicho varias veces que en su cajita de reliquias debía haber una de Nicodemo, pues había tenido una visión de la visita nocturna de éste a Jesús. Encontrada la reliquia narró lo siguiente:

He visto que Nicodemo, después de haber vuelto de sepultar a Jesús con José y con otros, no fué al Cenáculo donde habían quedado escondidos algunos apóstoles, sino que fué a su casa. Tenía consigo los lienzos que habían servido para descender el cuerpo del Salvador de la cruz. Era espiado y vigilado por los judíos en todos sus pasos. Lo tomaron preso y lo encerraron en

una estancia. Tenían la intención de dejarlo allí todo el Sábado y luego presentarlo en juicio. Vi que un ángel se le acercó durante la noche. No había ventana en aquella pieza, pero me pareció que el ángel alzaba el techo y llevaba al prisionero sobre los muros del edificio. Lo vi la misma noche encaminarse adonde estaban los demás en el Cenáculo. Lo escondieron allí, y cuando supo la resurrección del Señor, José de Arimatea lo llevó consigo y lo ocultó cierto tiempo en su casa, hasta que con él asumió las funciones de distribuidor y dispensador. Fué entonces cuando las mantas usadas en la deposición de Jesús, llegaron a manos de los judíos.

Vi un cuadro del tercer año después de la Ascensión del Señor, cuando el Emperador romano hizo ir a Roma a Verónica, Nicodemo y un discípulo de nombre Epafras, pariente de Juana Cusa. Deseaba el Emperador ver y oir a testigos de la muerte y resurrección de Jesús. Epafras era un discípulo de mucha simplicidad de ánimo y pronto a complacer a todos en cualquier servicio. Había sido un siervo del templo y mensajero de los sacerdotes. Había visto a Jesús junto a los apóstoles después de los primeros días de la resurrección y otras varias veces. Vi a la Verónica junto al Emperador, que estaba enfermo, colocado sobre un sitial de gradas, delante de un gran cortinado. La estancia era cuadrada, no muy grande. No había allí ventana alguna, sino que la luz venía de lo alto y se veían pender algunos cordones de ciertas válvulas que permitían abrir o cerrar para dar entrada al aire y a la luz a voluntad. No había ninguno en la sala cuando entró la Verónica; los servidores habían quedado en la antecámara. He visto que Verónica tenía consigo el Sudario y otro paño que había sido usado en la sepultura de Jesús. Extendió delante del Emperador el santo Sudario, donde el rostro del Señor aparecía impreso en uno de los lados. Era un pañuelo largo o velo extenso que Verónica solía usar en el cuello o sobre la cabeza. La imagen del Salvador no era como si fuera pintada, sino que parecía grabada con la sangre y era de un lado más larga. El Sudario había cubierto y circundado todo el rostro del Señor. Sobre el otro paño se veía la imagen sangrienta de todo el cuerpo flagelado. Creo que era un paño con el cual habían lavado el cuerpo antes de la sepultura. No he visto que el Emperador fuese tocado con esos paños ni que él los tocase. Pero he visto que se encontró de pronto completamente sano al ver tales objetos. Quiso retener a Verónica, darle dones, casa y personas de servicio. Ella imploró por gracia volver a Jerusalén para po-

der morir allí donde había muerto el Salvador. Luego vi en otro cuadro que Pilatos fué llamado por el Emperador, muy indignado contra él. He visto que Pilatos, antes de presentarse al Emperador, se puso sobre el pecho, bajo el vestido, un pedazo del manto de Jesús que le habían puesto los soldados. Lo vi en medio de los guardias, esperando para presentarse ante el Emperador. Parecía que conocía el enojo del Emperador. Cuando el Emperador apareció, lo vi que estaba realmente indignado; pero llegado cerca de Pilatos de pronto se volvió bondadoso y benévolo, y lo escuchó con interés. Cuando Pilatos se alejó, el Emperador se indignó de nuevo y lo hizo llamar a su presencia; pero lo vi de nuevo volverse benévolo, y supe que esto provenía de la proximidad del manto del Salvador que llevaba Pilatos sobre el pecho. Creo haber visto luego a Pilatos, habiendo partido ya de allí, languideciendo en la desolación y la miseria.

En cuanto a Nicodemo, lo he visto más tarde maltratado por los judíos y dejado por muerto. Gamaliel se lo llevó a una posesión suya, donde había sido sepultado Esteban. Murió allí y allí fué sepultado.

4. La santa mártir Susana

He visto muchos cuadros relativos a santa Susana, cuya reliquia tengo aquí. Susana me ha hecho compañía durante toda una noche. Ahora sólo recuerdo algunos episodios de su vida. La he visto en Roma en un gran palacio. Su padre se llamaba Gabino; era cristiano; y su hermano era Papa. La casa del Papa se encontraba junto al palacio paterno. He visto la casa de Gabino con su peristilo y su corredor de columnas. La madre estaría seguramente ya muerta, porque nunca me fué mostrada. Había muchos cristianos en esa casa. Tanto Susana como su padre distribuían cuanto tenían a los pobres cristianos. Hacían esto con cierto secreto. He visto a un mensajero enviado por el emperador Dioclesiano a Gabino, pues eran parientes. Pedía en ese mensaje a Susana, para darla en matrimonio a su yerno, que había perdido a su mujer. Vi que al principio Gabino se alegró de la proposición, y la participó a Susana, la cual le manifestó su repugnancia de unirse en matrimonio con un pagano y le dijo que ya estaba unida con Jesucristo. Vi que Dioclesiano, a consecuencia de tal respuesta, la hizo sacar del lado de su padre y llevarla a la corte de su mujer Serena para que mudase de opinión. Vi que ésta era secretamente cristiana y que Susana se quejó

con ella de su situación y las vi orar juntas. Fué conducida de nuevo a la casa de su padre. He visto que el Emperador le envió un pariente (Claudio), que apenas entrado en la casa, quiso besarla, no ya por impudencia temeraria, sino por costumbre y por parentesco. He visto que ella con la mano se apartó de aquel abrazo y cuando él le expuso sus honestas intenciones, oí que le dijo que una boca profanada con las alabanzas a los falsos dioses no la habría de tocar. Vi luego como él se dejó instruir sobre la falsedad de sus dioses y los errores del paganismo y se hizo bautizar por su tío el Papa, juntamente con su mujer y sus hijos.

Viendo el Emperador que pasaba tanto tiempo sin darle respuesta, envió a un hermano a preguntar qué había acontecido. El hermano encontró a Claudio con la mujer y los hijos de rodillas, orando y se maravilló mucho al oir que se habían hecho cristianos. Cuando luego requirió una respuesta a propósito del matrimonio de Susana, Claudio le propuso ir adonde estaba Susana, para que viese si una persona como Susana podía ser mujer de un adorador de ídolos. Los dos hermanos se fueron hacia donde estaba Susana y también el hermano de Claudio fué convertido y hecho cristiano por medio de Susana y del tío el Papa. La emperatriz Serena tenía consigo una dama y dos siervos que también eran cristianos. Los he visto con Susana ir secretamente, de noche, a una pequeña cámara subterránea situada debajo del palacio imperial. Había allí un altar y ardía siempre una lámpara. Ellos oraban allí, adonde llegaba ocultamente un sacerdote que consagraba y administraba los sacramentos. Vi que el Emperador, al conocer la conversión de los dos hermanos, entró en grande enojo y los hizo arrestar juntamente con todos los de su casa. Luego fueron todos martirizados. El padre de Susana fué encarcelado.

Más tarde vi un cuadro: Susana estaba sola dentro de una gran sala junto a una mesa redonda sobre la cual se veían figuras doradas. Tenía las manos cruzadas, los ojos en alto y oraba fervorosamente. Aquella sala tenía en lo alto aberturas redondas. En los ángulos había estatuas blancas y grandes como niños; se veían cabezas de animales talladas especialmente en las cabeceras de los muebles. Vi figuras recostadas en las patas posteriores, que tenían alas largas y colas largas, y vi algunas que con las patas anteriores sostenían rótulos y volúmenes. (*Ornamentos arquitectónicos de leones alados y grifos*). Mientras Susana rezaba vi que el Emperador le envió a su propio hijo

para que le hiciera violencia. Este, dejando a muchos individuos que le habían acompañado en la antecámara, se adelantó furtivamente hacia Susana; pero le salió al encuentro una aparición, y cayó al suelo como muerto. Recién entonces Susana miró y dió voces de ayuda al verlo en tierra. Acudieron varias personas, llenas de maravilla, levantaron al joven y lo llevaron. Aquella aparición se había mostrado a un tiempo a Susana y al seductor que estaba detrás: no bien se había interpuesto entre los dos, el hombre cayó al suelo. Después he visto otro cuadro. Acercóse a Susana otra persona, con otros veinte hombres más; dos sacerdotes idólatras llevaban un ídolo dorado. Debía estar vacío, pues era muy liviano. Lo llevaban sobre una superficie plana que tenía dos manijas. Lo colocaron en el patio del palacio dentro de un nicho, entre dos columnas; tomaron una madera redonda, que pusieron sobre un trípode y la colocaron delante del ídolo. Muchos entraron entonces en el palacio y sacaron a Susana de la sala, en la parte alta. La llevaron delante del ídolo para que sacrificase. Ella rogaba fervorosamente al Señor, y antes que llegase al lugar he visto una maravilla. Aquel ídolo huyó de allí atravesando entre el patio y la columnata cercana, como si fuese llevado por fuerza y pasando por encima descendió a la calle, donde se deshizo en pedazos. Un hombre que pasaba por la calle, entró anunciando lo sucedido. Luego he visto que los hombres arrancaron a Susana los vestidos, de modo que sólo sobre el seno pudo conservar un trozo de paño con que cubrirse; las espaldas y el dorso estaban descubiertos; en este estado tuvo que pasar por entre los soldados que la punzaban y herían con las astas, de tal modo que cayó desvanecida. La llevaron a una estancia del palacio, donde la dejaron casi muerta. Más tarde volví a verla dentro de un templo, donde debía sacrificarse a los dioses; pero el ídolo cayó postrado por tierra. Después fué arrastrada por los cabellos hasta su casa y decapitada en el patio de su mismo palacio. Durante la noche vino la Emperatriz y un aya de Susana, y se llevaron el cuerpo, lo envolvieron en lienzos y lo sepultaron. La Emperatriz cortó los cabellos y algún fragmento de los dedos. Vi que el Papa pronto celebró la Misa sobre el lugar de su martirio y sepultura. El aspecto de Susana era de lineamientos redondos y fuertes; su cabellera negra. Vestía todo de blanco y los cabellos estaban entrelazados sobre la cabeza. Tenía un velo atado bajo el mentón que le cubría la cabeza y que caía por detrás, en dos puntas, sobre las espaldas.

5. Santa Justina y San Cipriano (*)

He visto a Justina desde la infancia, cuando estaba en el patio de la casa de su padre, que era sacerdote de los dioses. Este patio estaba separado del templo sólo por una calle. En presencia de su aya descendió a una cisterna, en la cual se paró sobre una piedra rodeada de agua. A este lugar conducían entradas subterráneas, donde se alojaban diversas especies de serpientes y de otros animales de horrible apariencia que allí eran alimentados. He visto a Justina tomar, sin temor, una serpiente entre sus manos y otros animales más pequeños. Los tomaba por la cola y mucho se alegraba cuando se alzaban derechos como velas y contorcían la cabeza de un lado a otro. No le hacían daño y se mostraban familiares y domésticos. Había allí ciertos animales que entre nosotros llamamos cabezas grandes *(salamandras)*, largos como de un pie, que eran empleados en el culto de los ídolos.

Oí que Justina oyó predicar en una iglesia cristiana sobre el pecado original y la redención. Se conmovió, se hizo bautizar y convirtió también a la madre. Esta se lo dijo al marido, que estaba muy angustiado por causa de una aparición, y se hizo bautizar juntamente con la madre de Justina. Vivieron luego retirados, con gran piedad. Me llamó la atención especialmente un cuadro. Justina tenía un rostro agraciado, ovalado y cabellos rubios de mucha belleza, relucientes como el oro; los llevaba anudados sobre la cabeza, en trenzas mórbidas como seda, que caían en muchos rizos sobre sus espaldas. Ví que estando ella a la mesa con sus padres comía pequeños panes, y el padre, mirando sus cabellos, le dijo: "Temo, hija mía, que así no te irá bien, sino que, como Absalón, quedarás atada al mundo". Justina se puso muy pensativa al oír estas palabras; no había jamás reparado en este peligro. Se alejó de allí y no sé qué hizo con sus cabellos; pero gastó enteramente su belleza y deterioró sus cejas. Parecían chamuscados con fuego. Así desfigurada pasó por la ciudad y se presentó a su padre, que apenas la reconoció. Un joven que la amaba, quiso raptarla por fuerza, ya que por otro medio no la podía poseer. Con otros compañeros armados la es-

(*) El *Kirchenlexikon* trae la historia de Justina y Cipriano conforme a las visiones de Ana Catalina. La historia es aprovechada por Calderón de la Barca en *"El mágico prodigioso"*, con algunos arreglos, quedando el fondo histórico conforme al Martirologio Romano y a San Antonino.

peraba escondido tras los muros por donde pasaba un camino solitario. Después que la tuvo en su poder, ella lo rechazó con ambas manos y le ordenó que no se moviera. Por milagro el joven no pudo seguirla hasta que la joven estuvo fuera de peligro.

He visto luego a este joven pedir ayuda al mago Cipriano, que con mucho orgullo y confiado en su poder, se la prometió. A Cipriano lo he visto muy metido en sus artes mágicas y de encantamiento, aunque era hombre de ánimo noble y magnánimo. Desde la infancia había sido instruído en la magia; había viajado por países remotos para aprender más y vivía gozando de gran fama en la ciudad de Antioquía, donde Justina residía con sus padres. Había llegado a tanta audacia en sus artes, que públicamente, hasta en la iglesia cristiana, se burlaba de Jesús. Usando de sus artes mágicas obligaba a veces a la gente a salir de la iglesia. He visto cómo evocaba al demonio. Tenía en su casa una especie de bóveda, medio sepultada en la tierra, con una abertura en la parte superior para dar entrada a la luz. En torno de las paredes había imágenes nefandas de ídolos bajo forma de serpientes y otros animales. En un ángulo había una estatua vacía por dentro, con las fauces abiertas, del tamaño de un hombre y estaba sobre el borde de un ara redonda, sobre la cual se veía un brasero. Cuando Cipriano evocó al diablo, estaba cubierto de un vestido que usaba especialmente en esos casos. Encendió el fuego sobre el altar; leyó ciertos nombres en un volumen; subió al ara y pronunció aquellos nombres, vociferando en las fauces del ídolo. Bien pronto el espíritu infernal apareció junto a él en forma humana, más o menos en apariencia de un servidor. Hay siempre algo de tétrico y de inquieto, como el remordimiento de una conciencia, en los lineamientos de estas apariciones. Ví entonces que el maligno tentó a Justina por dos veces para excitarla al mal, bajo la apariencia de un joven. Se le hizo encontradizo en el peristilo de su casa. Justina se libró del enemigo haciendo la señal de la cruz, y se puso bajo la protección de la misma cruz que hizo en todos los ángulos de su estancia. La vi en la pieza secreta de su casa, de rodillas, orando. Dentro de un nicho de su casa había una cruz y un cándido niño; éste parecía estar como en una custodia; la parte superior estaba libre y tenía el niño las manitas cruzadas. Mientras estaba arrodillada avanzó hacia ella un joven con malas intenciones. Entonces apareció, saliendo del muro, una señora de gran majestad, y el joven cayó a tierra aún antes que Justina

lo hubiese visto. La aparición desapareció en seguida de la vista.

Luego la he visto destruir con un ungüento toda su belleza. He visto también que Cipriano se deslizaba por los muros de la casa echando un líquido contra las paredes. Esto aconteció en un momento en que Justina no estaba en oración, lejos de sospechar ningún peligro. Se sintió fuertemente agitada y comenzó a errar de un punto a otro de su casa; finalmente se refugió en su pieza, ajustó las cruces que había fijado en los ángulos de la pieza y se puso de rodillas, orando, hasta que el encantador tuvo que ceder y retirarse. Cuando Cipriano hizo la tercera tentativa, el tentador se presentó bajo la forma de una piadosa virgen que comenzó a hablar de la pureza y virginidad con Justina. Al principio gustó a Justina la conversación de la doncella, pero cuando comenzó a razonar de Adán y Eva y del matrimonio, Justina reconoció al tentador y se refugió al lado de su cruz. Cuando Cipriano supo lo que le había acontecido al maligno espíritu, lo vi decidido a hacerse cristiano. Lo he visto con el rostro postrado en tierra, dentro de una iglesia, y se hizo pisotear por otros que entraban, como si fuese un demente. Sintió un gran arrepentimiento y quemó todos sus libros de magia. Llegó, con el andar de los años, a ser obispo y eligió a Justina como diaconisa. Ella habitaba cerca de la iglesia y se ocupaba de confeccionar y bordar ornamentos sagrados. Más tarde los he visto martirizados a ambos. Cipriano y Justina pendían de una mano de un árbol curvado a la fuerza, y me pareció que habían sido destrozados con agudas púas de hierro.

6. San Dionisio Areopagita (*)

He visto al santo en su infancia, cuando era hijo de padres paganos. Fué siempre profundo escrutador de la verdad, y recomendábase siempre a un Dios de naturaleza superior. Fué ilustrado por Dios en sueños por medio de visiones. Lo he visto amonestado por los padres por incuria en el culto de los dioses, y luego encomendado a la enseñanza de un preceptor muy severo. Durante la noche vino una aparición, la cual le dijo que

(*) Natal Alejandro (111-168) trae muchos testimonios de Dionisio Areopagita que concuerdan con lo visto por Ana Catalina. Dice que Dionisio, ya de 90 años de edad, fué a Roma donde lo recibió el Papa Clemente, y enviado a las Galias donde sufrió el mrtirio. San Antonino añade que había sido instruído durante años por San Pablo. Decapitado, lleva su cabeza — *angelo duce et caeleste lúmine praecedente* — desde el lugar de Montmatre hasta lo que es hoy la iglesia de San Dionisio.

se fugase de la casa, mientras el preceptor estaba entregado al sueño. Dionisio fué por la Palestina, donde oyó hablar mucho de Jesucristo; todo lo escuchaba reteniendo cuanto le decían con avidez. En Egipto lo vi aprendiendo astronomía en aquel lugar donde había estado la Sagrada Familia. En esta escuela lo vi con otros observando el eclipse de sol que sucedió a la muerte de Jesús. Exclamó: "Esto no es natural; o un Dios muere en este momento o este es el fin del mundo". He visto que su antiguo preceptor fué, animado por una aparición, a ir en busca de Dionisio. Lo encontró y Dionisio fué con él a Heliópolis. Por mucho tiempo no podía comprender la idea de un Dios Crucificado. Después de su conversión, viajó mucho con San Pablo. Estuvo con él en Efeso para visitar a María Santísima. El Papa Clemente lo envió a París.

He visto su martirio. Tomó su cabeza decapitada, entre las manos cruzadas sobre el pecho, y con ella fué girando en torno del monte. Los verdugos huyeron espantados. Un vivo resplandor salía del santo. Una buena señora le dió sepultura. Era muy anciano cuando murió. Tuvo muchas visiones celestiales, y San Pablo le manifestó sus propias visiones. Ha escrito magníficos volúmenes, de los cuales muchos se conservan. El libro de los Sacramentos no fué escrito por él en todas sus partes; fué terminado por otro escritor.

7. Santa Ursula y sus compañeras (*)

Ursula y sus compañeras fueron masacradas por los Hunos en el 450, a una hora de distancia cerca de la ciudad de Colonia. Otras compañeras lo fueron en otros lugares más distantes. Ursula había sido suscitada por Dios para preservar de la seducción y del ultraje a las vírgenes y viudas de su tiempo y guiarlas a la celeste esfera de los mártires coronados. Cumplió su misión con maravillosa fuerza y empeño. Se le había dado por guía especial al Arcángel Rafael, y él le manifestó la misión que se le había confiado. La misericordia de Dios no quería que en aquella época de destrucción, tantas vírgenes y viudas que caían indefensas en manos de los bárbaros, a causa de sangrientas

(*) Alberto Gereon Stein, Párroco de Santa Ursula, Colonia, recogió en su libro *Die Ursula und ihre Gesellschaft-Bachem* (1879) todos los datos y pruebas sobre la Santa, llegando a las conclusiones siguientes: 1º Ursula es hija de un rey de Gran Bretaña y conductora de las compañeras; 2º El número de las mártires es de once mil y eran de Gran Bretaña; 3º Fueron martirizadas por los Hunos que entonces devastaban la Germania, Galia e Italia.

guerras, fuesen infelices presas de total ruina espiritual; por eso debieron antes morir como inocentes vírgenes que caer en pecado y perderse eternamente. Ursula era muy decidida y rápida en sus movimientos; de estatura alta y robusta complexión; su aspecto no era hermoso, pero severo, y sus maneras varoniles. Cuando sufrió el martirio tenía treinta y tres años de edad.

La he visto siendo niña en la casa de su padre Deonoto y de su madre Geruma en una ciudad de Inglaterra. La casa estaba situada en una calle larga; tenía escalones delante de la puerta y en la calle una reja de hierro con botones amarillos: era semejante a la casa de Benito, en Italia, que tenía también rejas y canceles de bronce. Ursula tenía diez compañeras de juego que se reunían con ella todos los días antes y después del medio día para correr en desafío divididas en dos escuadras, dentro de un recinto rodeado de muros; a veces luchaban al parecer apretándose las manos o lanzando a distancia picas o lanzas. No todas estas jóvenes eran cristianas; pero Ursula y sus padres ya lo eran. Ursula era tenida como guía de sus compañeras y todo lo que hacía con ellas era por sugestión de su Angel Custodio. Los padres consideraban todo esto con alegría. En aquella época Maximiano dominaba la isla de Inglaterra como jefe; era pagano y no sé ahora si era marido de Otilia, hermana mayor de Ursula, pero sé que Otilia estaba casada, mientras Ursula se había consagrado al Señor. Ví que un poderoso guerrero y noble señor se llegó al padre de Ursula, porque había oído hablar de sus ejercicios, y quería presenciarlos. El padre quedó contrariado y tentó todas las formas de evitar el encuentro. He visto que aquel hombre, a quien el padre de Ursula no osaba contrariar, se adelantó para presenciar las destrezas de las jóvenes y cómo quedó admirado de la habilidad y de la presencia de Ursula, y la desease por esposa. Sus compañeras debían ser esposas de su gente de armas y de sus oficiales y debían habitar más allá de los mares, en tierras aún muy despobladas. Pensé en Bonaparte *(Napoleón)* que así daba jóvenes por esposas a sus oficiales. He visto la gran turbación del padre y el espanto de la hija cuando supieron la irrecusable propuesta del noble guerrero. Ursula fué de noche al lugar donde practicaba ejercicios, y allí clamó, en fervorosa oración, al Señor. Se le apareció el Arcángel Rafael y la consoló diciendo que debía exigir para cada una de aquellas vírgenes otras tantas compañeras y pedir un plazo de tres años para ejercitarse en ciertas naves en toda clase de maniobras de agilidad y de lucha. Por

lo demás debía tener confianza en el Señor, que la ayudaría para mantener intacto el voto de virginidad. Le dijo también que debía convertir durante esos tres años a todas sus compañeras a la fe cristiana, prometiéndole de parte de Dios su protección. He visto que Ursula dijo todas estas cosas a su padre, el cual se las comunicó al pretendiente, que consintió en la propuesta. Ursula y sus diez compañeras obtuvieron entonces a otras diez jóvenes como asociadas y las primeras debían ser las guías de las recién agregadas. El padre les hizo armar cinco pequeñas naves y sobre cada una de ellas había veinte niños con algunos marineros que los instruían en el manejo y adiestramiento sobre cubierta. Practicaba toda suerte de ejercicios sobre sus naves, primeramente en el río, luego en la orilla del mar y finalmente en el mar. Ellas guiaban las naves, se perseguían, se separaban, se pasaban de una nave a otra y hacían otros ejercicios semejantes. He visto que mucha gente acudía a ver el espectáculo de tales destrezas; el padre y el pretendiente miraban desde la orilla y éste especialmente se mostraba orgulloso pensando que tendría con el tiempo por esposa a una mujer tan resuelta y tan digna por su valor de un guerrero como él. Después he visto que aquellas jóvenes continuaron sus ejercicios solas y sin ningún hombre que las ayudase. Sólo había quedado Bertrando, el confesor, con otros dos eclesiásticos. Durante este tiempo Ursula había convertido ya a todas sus compañeras, que fueron bautizadas por los sacerdotes; he visto que su confianza en Dios y su firmeza se habían aumentado esperando que el Señor realizaría las promesas hechas. Había allí hasta niñas de doce años en las naves que se habían hecho bautizar. Otras veces las veía bajar a tierra y proseguir sus ejercicios de marinería. Todo esto lo hacían mezclando preces, oraciones y cantos, con valor y entera libertad. La gravedad y el valor de Ursula eran sorprendentes. Las jóvenes estaban con vestiduras que llegaban hasta las rodillas. Calzaban sandalias; tenían el pecho defendido, y estaban cubiertas con vestidos ajustados, pero muy esbeltos. Tenían en parte los cabellos sueltos y entrelazados sobre la cabeza; otras llevaban en la cabeza pañuelos que terminaban sobre los hombros. En sus juegos de lucha usaban astas livianas, sin punta.

He visto que cuando iban terminando los tres años de plazo aquellas jóvenes eran de un solo corazón y de una sola alma. Cuando después estuvieron a punto de ponerse en viaje para ir a las tierras donde debían ser esposas de los guerreros, y se

despidieron de sus padres, Ursula estaba en oración. Entonces se le puso delante una figura luminosa, la cual le dijo que debía confiar plenamente en Dios; que el Señor había determinado que muriesen todas mártires, como vírgenes puras y esposas suyas; que debía difundir la fe de Cristo por todas partes donde la guiase el Señor y que por su medio muchas otras vírgenes se verían libres de ser deshonradas por los paganos y llegarían como mártires al cielo. El ángel le dijo que ella, con una parte de las compañeras, debía llegar a Roma. Confió todas estas cosas a las otras diez vírgenes que con ella capitaneaban a las demás, y quedaron muy consoladas. Pero ví también que muchas otras vírgenes se mostraban desanimadas y se quejaban contra Ursula, alegando que cómo podrían ser esposas de Jesucristo siendo que iban a ser entregadas para esposas terrenas. Ella pasó por todas las naves y les habló del sacrificio de Abrahán y de su hijo Isaac, y cómo Dios intervino maravillosamente en este sacrificio: también Dios iba a intervenir para que pudieran ofrecer una víctima pura y perfecta. Les dijo que las que no se sentían animosas, dejaran las naves; pero todas se sintieron fuertes y permanecieron fieles. Cuando zarparon de las costas de Inglaterra, creyendo que iban a las tierras de sus futuros maridos, he aquí que una tempestad separó las naves de las jóvenes de las que las acompañaban y las llevó hacia las costas de Holanda. No fué posible usar remos ni velas y cuando se acercaron a las costas el mar se levantó en olas muy peligrosas. Cuando llegaron a tierra por primera vez se vieron rodeadas por un pueblo grosero y salvaje, que se apoderó de ellas. Ursula se adelantó a ellos, animosa, y pudieron volver a las naves, después que les habló con energía. Cuando dejando el mar empezaron a remontar el río Rin, encontraron una ciudad donde sufrieron angustias y agravios. Ursula habló en nombre de todas y respondió por todas. Como algunos más osados tentaran poner las manos sobre ellas, éstas se dispusieron valerosamente a la defensa y obtuvieron protección del cielo. Ví que sus opresores quedaron paralizados y nada hicieron en su daño. En el resto del viaje se le asociaron muchas otras vírgenes y viudas con sus hijos. Antes que hubiesen llegado a Colonia fueron muchas veces detenidas e interrogadas por grupos de observadores de pueblos feroces que habitaban en aquellas orillas: con amenazas les preguntaban a dónde iban y qué querían. Era siempre Ursula la que respondía por todas y exhortaba luego a las compañeras a remar y a proseguir el viaje con nuevo ardor. De este modo, incólumes

y sin ofensa, llegaron a Colonia. Había aquí una pequeña comunidad cristiana con iglesia, donde se detuvieron por algún tiempo, y las viudas y jóvenes que se les habían agregado quedaron allí permanentemente. Ursula las exhortó a todas a sufrir más bien el martirio como vírgenes y matronas cristianas, que tolerar la violencia de los bárbaros paganos. Las que quedaron se esparcieron por el país y permanecieron fieles a los sentimientos y a las exhortaciones de Ursula. Ella navegó con cinco naves hacia Basilea, donde muchas de sus compañeras quedaron con las naves y ella, con cuarenta personas, entre las cuales iban algunos sacerdotes y guías, se encaminó a Roma. Iban como peregrinos en procesión atravesando lugares desiertos y ásperas montañas. Rezaban y cantaban salmos, y donde acampaban Ursula les hablaba de las castas nupcias con Jesús y de la pura muerte de las vírgenes cristianas. Por todas partes encontraban gente que se asociaba por algún tiempo a ellas, y luego se separaban.

En Roma visitaron los lugares de martirios y las tumbas de los mártires. A causa de los vestidos más bien cortos y de los modos más bien libres a que se habían acostumbrado en sus años de ejercicios, fueron advertidas, y desde entonces se cubrieron con vestidos y mantos más largos. El Papa León el Magno quiso ver a Ursula; la examinó, interrogándola sobre varias cosas. Ella le confió el secreto de su misión y le manifestó sus visiones y con mucha humildad y obediencia escuchó las exhortaciones del Papa. El Pontífice le dió, con su bendición, muchas reliquias de santos. En el viaje de retorno se unieron a Ursula el obispo Ciriaco, un sacerdote de Egipto de nombre Pedro, y un sacerdote de la ciudad nativa de San Agustín, nieto de aquel hombre que donó al santo los terrenos donde fundó monasterios, dotándolos de algunas rentas. Estos eclesiásticos acompañaron a Ursula y a sus vírgenes principalmente por motivo de las preciosas reliquias que llevaban. Ursula llevó a Colonia un fragmento de hueso de San Pedro, el cual es reconocido aún por tal, aunque se ignora el origen del mismo. Asimismo llevó reliquia de San Pablo; cabellos de San Juan Evangelista y un fragmento de la vestidura que lo cubría cuando fué metido en la caldera de aceite hirviente. Cuando llegaron a Basilea fueron tantos y tantos los que se le unieron que navegaban en once barcos hacia Colonia.

Los Hunos se habían apoderado por entonces de la ciudad de Colonia y todo estaba en la mayor confusión y desorden.

Mientras estaban aún lejos de Colonia, el Arcángel Rafael se apareció de nuevo a Ursula y le anunció la próxima corona del martirio y la instruyó en todo lo que debía hacer; le dijo, entre otras cosas, que se resistiera hasta tanto todas las compañeras fueran bautizadas y convenientemente dispuestas. Ursula comunicó esta visión a sus compañeras más decididas y fieles, y todas se dirigieron pidiendo auxilio al Señor. Estando ya a poca distancia de Colonia, fueron recibidas con gritos salvajes por tropas de Hunos que lanzaban sus flechas sobre las naves. Remaron navegando rápidamente más allá de la ciudad, y no hubieran bajado a tierra a no haber dejado allí a muchas de sus compañeras. A una hora de distancia de Colonia desembarcaron y se reunieron en una pequeña llanura entre matorrales y formaron una especie de campamento. He visto que allí muchas de las que habían quedado y otras mujeres se unieron a ellas. Ursula y los sacerdotes instruíanlas divididas en grupos y las preparaban a la lucha por la fe. He visto a los Hunos acercarse y a sus jefes tratar con Ursula. Pretendían a la fuerza escogerse a algunas jóvenes y dividírselas entre ellos. Las heroicas jóvenes se reunieron y se defendieron; con ellas se habían reunido también muchos habitantes de la ciudad y de los contornos, oprimidos por los invasores. Otros que se habían hecho amigos de las vírgenes que habían quedado en el primer viaje de Ursula, determinaron proteger aquella colonia de jóvenes, y comenzaron a luchar y a defenderse con astas y palos y con toda clase de armas que encontraban a mano. Esta resistencia le había sido ordenada por el ángel a Ursula para ganar tiempo y preparar a todas las compañeras al martirio. Durante la lucha por la resistencia he visto a Ursula correr por las escuadras dispuestas más atrás, hablar y orar con gran celo, mientras los sacerdotes bautizaban a las que no eran aún cristianas, ya que para esto se habían agregado muchas jóvenes y mujeres paganas. Cuando estuvieron todas bautizadas y dispuestas al martirio y que los enemigos las habían rodeado por todas partes, cesaron en la defensa y se prepararon al martirio, cantando alabanzas al Señor. Los enemigos comenzaron a herirlas con clavas y a traspasarlas con lanzas.

He visto caer una fila entera de vírgenes traspasadas por los dardos de los Hunos, que las habían cercado; entre ellas había una de nombre Edit, de la cual poseo una reliquia. Ursula fué traspasada por una lanza. Entre los cuerpos que cubrían el campo de martirio, además de las vírgenes que habían venido

de Inglaterra, había muchas mujeres y doncellas que de varias partes se habían juntado a ellas, como también sacerdotes venidos de Roma y otros hombres, y algunos de los enemigos. Muchas otras fueron masacradas a bordo de las mismas naves. Córdula no había ido con Ursula a Roma, sino que había quedado en Colonia, donde ganó a muchos a la fe cristiana. Durante la persecución se había mantenido oculta por temor. Luego se presentó y se juntó a las compañeras para ser martirizada. Los Hunos querían a toda costa retenerla a ella como a otras compañeras; pero hicieron tanta resistencia a sus pretensiones, que al fin las ataron las unas a las otras por el brazo, y dispuestas en línea las traspasaron con flechas. Cantando alegremente, como si fueran a las bodas, sufrieron el martirio. Muchas otras se presentaron a los Hunos confesando su fe cristiana y fueron en diversos lugares masacradas. No mucho después, los Hunos se fueron de Colonia. Los cuerpos de los mártires fueron recogidos en el lugar del martirio, llevados cerca de Colonia y sepultados en un recinto. Se hicieron vastas excavaciones, fueron murados muchos subterráneos y las sagradas reliquias, distribuídas ordenadamente, fueron conservadas piadosamente.

Los barcos de estas jóvenes eran muy hermosos, muy ligeros, abiertos, con galerías en torno, guarnecidas con banderitas; tenían un mástil y un borde sobresaliente. Para remar las mujeres se sentaban en bancos que servían también para dormir. Nunca había visto barcos pequeños tan bien dispuestos. En la época en que Ursula partió de Inglaterra, vivían en Francia los santos obispos Germano y Lupo. El primero visitó a Santa Genoveva, que había llegado a los doce años de edad. Cuando Germano y Lupo fueron a Inglaterra para luchar contra las herejías, consolaron a los padres de Ursula y de las otras vírgenes, que estaban afligidos por la ausencia de sus hijas. A los Hunos los he visto, en su mayor parte, con las piernas desnudas. Usaban anchos jubones con largas correas de cuero, que les cubrían la parte inferior del cuerpo y largos mantos que llevaban enrollados sobre las espaldas.

8. San Nicóstrato

Aquella reliquia que he señalado con una *N* es de San Nicóstrato. Era griego de nacionalidad, y fué con su madre y con otros cristianos conducido prisionero a Roma. La madre fué martirizada con otros cristianos, y el hijo, abandonado, recibió

una educación pagana. Se hizo escultor y lo he visto trabajando con tres compañeros. Los escultores habitaban en una parte propia de la ciudad donde se veían por doquiera grandes pedazos de mármol en bruto. Trabajaban en vastas y escondidas salas donde la luz venía de lo alto; llevaban a veces capuchones de pieles oscuras para defenderse el rostro de las esquirlas de los mármoles. He visto que Nicóstrato y sus compañeros iban en busca de ciertas cavernas para cavar piedras, donde secretamente vivían escondidos algunos cristianos. Allí conocieron a Cirilo, viejo sacerdote, muy benigno y alegre en el trato. Cirilo tenía algo parecido al deán Overberg. Era con todos muy amigable; bromeaba; no obstante estaba lleno de dignidad, y cuando se presentaba la ocasión sabía ganar a la fe a mucha gente. Los escultores bromeaban a menudo con él y por darle una sorpresa se propusieron esculpir para él una pequeña imagen de la Madre de Dios. Habían sabido algo de la historia de la Madre de Dios, y así ejecutaron una bellísima escultura de una señora cubierta de un largo manto, con velo, y en cuyo rostro se pintaba la aflicción de la persona que busca algún objeto querido. Esta imagen era indescriptiblemente bella y expresiva. La cargaron sobre un carro y Nicóstrato y Sinforiano la transportaron con la ayuda de un jumento hasta donde estaba Cirilo.

"He aquí, le dijeron, que te traemos a la Madre de tu Dios que busca a su Hijo". Rieron de la gracia y le presentaron la estatua. Cirilo se alegró mucho al ver la artística imagen; les agradeció el regalo y les dijo algo así como que iba a rezar por ellos para que esa Madre de Dios los buscase también a ellos, y los encontrase, y se convirtiera en verdad lo que habían hecho de broma. Estas palabras graves las dijo sonriendo, con entera bondad, y ellos las recibieron de igual modo, como en broma. Durante el tiempo de vuelta sintieron una extraña conmoción en sus ánimos; pero no osaron hablarse. Ví más tarde que trataban de hacer una estatua de Venus; pero no sé de qué modo maravilloso resultó que, en lugar de la estatua de la Venus proyectada, hicieron la imagen de una virgen cristiana mártir, muy devota y recatada. Ví que en número de cuatro se hicieron luego instruir y bautizar por Cirilo. Después de esto ya no quisieron hacer más imágenes de dioses paganos: tan sólo estatuas que no fueran deidades. Se hicieron cristianos fervorosos y señalaban los mármoles que iban a trabajar con la señal de la cruz: los trabajos les salían muy hermosos. Ví que hacían la estatua de un joven santo mártir, estando atado a una columna, traspasado

por flechas. Ví otra de una virgen, de rodillas delante de un tronco de columna, traspasada por el cuello con una espada. Ví una piedra, semejante a un sarcófago, sobre la cual estaba esculpido un santo mártir que yacía sobre un trozo de mármol. Ví a un quinto escultor, de nombre Simplicio, que parecía el jefe y que era aún pagano. Oí que les decía: "Os conjuro por el sol que me digáis por qué vuestras obras os salen tan bien y artísticas". Ellos entonces le hablaron de Jesús y le dijeron que señalaban los mármoles con una cruz. Conmovido Simplicio por lo que había visto y oído, se hizo instruir y bautizar. El emperador Dioclesiano los tenía en gran aprecio por su arte, y cuando supo que se habían hecho cristianos, les mandó hacer un ídolo, que era una estatua de Esculapio. Como no lo quisieran hacer, fueron puestos en la cárcel, conducidos al juicio y martirizados. Un hombre piadoso puso en una caja de plomo los sagrados cuerpos y los escondió bajo agua. Después de algunos días, de modo maravilloso, salieron a flote, y fueron retirados y sepultados con sus respectivos nombres. Hoy se celebra su fiesta *(8 de noviembre de 1821)*. Creo, sin embargo, que su martirio fué el día 7 de enero.

9. Santa Teoctista

Ana Catalina, después de reconocer una reliquia perteneciente a Santa Teoctista, narró lo siguiente:

He visto la vida de esta santa virgen, que me era desconocida, durante mi viaje a Tierra Santa. Era de una ciudad de la isla de Lesbos, delante de la cual, sobre una colina, se levantaba una capilla dedicada a la Madre de Dios; pero se veía a la Virgen sin el Niño en los brazos. Había sido trabajada por un santo escultor de Jerusalén, a quien durante la persecución le fueron cortados las manos y los pies. La imagen era semejante a la pintada por San Lucas. Alrededor de esta capilla habitaban en celdas algunas piadosas mujeres. Observaban una regla calcada en la imitación de la Virgen Santísima, como otras que habitaban cerca de Efeso. Había en aquella colina un *Via Crucis* semejante al de la Virgen, junto a Efeso. Estas piadosas mujeres se ocupaban de educar a niñas pequeñas. Según sus reglas, debían estudiar las inclinaciones naturales de las educandas y luego instruirlas en un género de vida del cual no debían separarse ya.

Teoctista había estado entre estas educandas y habría deseado permanecer siempre con ellas. Cuando murieron sus padres y la capilla y el convento fueron destruídos por las guerras, Teoctista se retiró a un convento situado en otra isla. Las religiosas tenían sus celdas en las cavidades de las montañas y vivían según las reglas de una santa mujer, que había reconocido en visión las cadenas de San Pedro. He olvidado su nombre. Teoctista permaneció en aquel convento hasta la edad de veinticinco años. Mientras se dirigía por mar a visitar a una hermana que vivía en otra isla, el buque fué sorprendido por piratas árabes de la isla de Creta, y los viajeros fueron reducidos a la esclavitud. Los piratas llegaron a la isla de Paros, donde había minas de mármoles, y mientras allí discutían el precio del rescate de los prisioneros, Teoctista logró fugarse. Se escondió en una de las cavernas de mármoles, y allí vivió por espacio de quince años, como ermitaña, sin ayuda alguna humana, hasta que fué encontrada por un cazador. Ella le contó su historia y le rogó que le trajese en una cajita o píxide el santo Sacramento, cuando volviese al lugar. Esto era concedido entonces a los laicos, porque los cristianos vivían muy dispersos y no tenían sacerdotes suficientes. Lo he visto después de un año traerle el Santísimo Sacramento. Ella lo recibió como viático, pues murió el mismo día. El cazador la sepultó, no sin antes cortarle una mano, que llevó consigo como reliquia con algunos fragmentos de sus vestiduras. Debido a la reliquia que llevaba consigo pudo hacer su travesía de navegación, muy peligrosa por causa de los numerosos piratas que merodeaban en aquellos mares. Cuando mostró aquella mano al obispo del lugar, hubo que lamentar que no hubiese traído consigo el santo cuerpo.

10. Santa Cecilia (*)

(22 de Noviembre de 1819)

He visto a la santa sentada en una estancia cuadrada de simple apariencia. Tenía sobre sus rodillas una pequeña caja triangular de superficie plana, algunas pulgadas de alto, sobre la cual estaban extendidas cuerdas armónicas que ella tocaba

(*) El *Kirchenlexikon* dice: El carácter histórico del martirio de Santa Cecilia se vió plenamente confirmado por los descubrimientos de Rossi. San Antonino escribe la historia de la Santa conforme con la vidente. Cuandò el Cardenal Sfrondati hizo brir el sepulcro de la Santa encontró su cuerpo intacto, inclinado hacia el lado derecho como había caído al morir.

con ambas manos. Su mirada estaba vuelta al cielo y sobre ella se veían resplandores y ciertas formas de ángeles o de niños beatos. Me pareció que ella tenía conocimiento de tales apariciones. He visto a un joven de extraordinaria belleza y dulzura acercarse a ella; parecía mayor; pero se mostraba humilde y sujeto a ella cuando Cecilia le decía algo. Creo que era Valeriano, porque después lo he visto con otro atado a un palo, azotado con varas y decapitado. Esto no sucedió en aquella pista de arena redonda destinada a los mártires, sino en un lugar solitario.

He visto el martirio de Santa Cecilia en un patio redondo, cerca de su casa. Su casa era cuadrada y cubierta de un techo de superficie plana, donde se podía pasear como en una azotea. En los cuatro ángulos se veían cuatro globos de murallas, y en el medio había una estatua. En el patio de la parte baja había fuego ardiendo en una caldera, en la cual he visto a Cecilia, con los brazos abiertos y luminosa con su vestidura blanca, adornada de piedras preciosas. Un ángel resplandeciente, con un nimbo rojizo, muy hermoso, le daba la mano y otro tenía suspendido sobre su cabeza un ramillete de flores. Me parece obscuramente haber visto que llevaban allí, atravesando la puerta que daba al patio, y atado, un animal con cuernos, como un toro salvaje, aunque no era igual a estos animales que hay entre nosotros. Sacada de aquella caldera, Cecilia fué traspasada tres veces por el cuello con una espada corta y ancha. No he visto el momento en que era herida, pero he visto la espada. La vi luego, herida, seguir viviendo y hablando con un anciano sacerdote, a quien había visto ya antes en su casa. Más tarde he visto esa pieza muy cambiada, habilitada para iglesia. He visto muchas reliquias suyas y su sagrado cuerpo, al cual habían quitado varias partecitas. En esa iglesia vi celebrar los divinos oficios. Esto es lo poco que puedo recordar de los muchos cuadros que vi de la vida de Santa Cecilia.

(22 de Noviembre de 1820). La casa paterna de Cecilia no estaba en el centro de Roma, sino más bien a un lado. Era como la de Santa Inés, con patios, pórticos, columnas y una fuente de agua. Sé poco respecto de sus padres. He visto que Cecilia era de aspecto muy hermoso, dulce y ágil, con mejillas sonrosadas y lineamientos finos y delicados, como María. La he visto entretenerse y jugar con otras niñas en aquellos patios.

Casi siempre veía un ángel a su lado, en forma de amable niño, que hablaba con ella, y a quien ella veía, aunque no lo veían los demás. El ángel le había prohibido hablar de sus apa-

riciones con las demás niñas. A menudo he visto acercarse a ella otros niños: entonces el ángel se alejaba de allí. Cecilia estaba en los siete años. La he visto solita en su estancia y al ángel cerca de ella, enseñándole a tocar cierto instrumento; le enseñaba a colocar los dedos sobre las cuerdas y a menudo le sostenía una hoja delante. A veces cargaba sobre las rodillas una caja llena de cuerdas: el ángel estaba delante de ella, en el aire, sosteniendo un rótulo que ella miraba. A veces la veía con un instrumento semejante al violín, que apoyaba entre el mentón y el cuello; con la mano derecha tocaba en las cuerdas y con la boca soplaba dentro de aquel instrumento, por una abertura cubierta de una piel muy sutil. Este instrumento daba un sonido muy dulce. A menudo estaba con ella un joven llamado Valeriano, y también sus hermanos mayores y otro hombre cubierto de un manto largo y blanco, que parecía ser el preceptor. El niño Valeriano tomaba parte en sus juegos y me pareció educado juntamente con ella y destinado también a ella.

Un aya de Cecilia era cristiana y por medio de ésta ella conoció al Papa Urbano. He visto a menudo a Cecilia y a sus compañeras de juego llenarse con toda clase de comestibles y frutas los largos pliegues de sus vestidos, que luego llevaban como sacos a sus costados y escondían cubriéndolos con sus mantos. Así cargadas, pero cubiertas con arte, las veía salir una después de otra por cierta puerta. Yo veía siempre al ángel de Cecilia ir en su compañía, lo cual era muy gracioso. He visto a estas niñas ir en el campo abierto hacia un edificio de gruesas torres y muros. Entre las murallas habitaban muchos pobres, y en ciertas cuevas y subterráneos vivían muchos cristianos. No sabría decir si estaban allí escondidos o presos. Parecía que los que habitaban entre los muros de entrada estuviesen puestos allí por los cristianos, para vigilar por los que habitaban en los escondrijos de las ruinas. Las niñas distribuían entre los pobres lo que habían llevado: me pareció que lo hacían guardando secreto, para no ser descubiertas.

Una vez Cecilia se ató fuertemente con una faja la túnica estrecha que llevaba en torno de los pies y se deslizó a lo largo de una pared hacia abajo, y penetró en el subterráneo; otra vez penetró, por una abertura redonda, dentro de una especie de cantina donde había un hombre que la condujo adonde estaba San Urbano. El la instruyó haciéndola leer ciertos rótulos. Ella llevó consigo ocultos algunos de esos rótulos para leerlos en su

casa. Recuerdo vagamente que ella fué bautizada en ese subterráneo.

He visto una vez al joven Valeriano con su preceptor junto a aquellas jóvenes que se divertían, y vi que Valeriano, en uno de esos juegos, quiso tomar de los brazos a Cecilia, y ella lo rechazó. Valeriano se quedó ante su preceptor, y éste contó lo sucedido a los padres, que castigaron a Cecilia prohibiéndole salir de su cuarto. Allí la he visto con su Angel Custodio que la instruía en tocar varios instrumentos y cantar. Valeriano podía penetrar donde ella estaba y a veces quedaba mucho tiempo allí; pero Cecilia pronto se ponía a tocar y a cantar. Una vez Valeriano pretendió por la fuerza abrazarla; pero el ángel la cubrió de una vestidura resplandeciente y cándida como la nieve. Después lo he visto a Valeriano conquistado enteramente por Cecilia. A veces lo veía en la estancia de Cecilia, mientras ella se iba adonde se encontraba Urbano. Los padres creían que los dos se entretenían juntos.

Vi un cuadro respecto a su desposorio. Los padres de los dos jóvenes y muchos hombres, mujeres, jóvenes y doncellas estaban en una sala con hermosas estatuas. Cecilia y Valeriano estaban adornados de coronas y llevaban vestiduras propias de la solemnidad. Había una mesa más bien baja, llena de exquisitos manjares. Los padres llevaron a los jóvenes esposos y ambos bebieron de una copa un vino denso y rojo. Se pronunciaron algunas palabras, se leyó algo en los volúmenes y se hizo una escritura del acto. Los circunstantes comieron de pie lo que había sobre la mesa. Yo veía siempre al ángel entre Cecilia y Valeriano. Después encamináronse todos hacia la parte posterior de la casa, en solemne procesión, donde aparecía, en medio de un espacio libre, un edificio redondo sostenido por columnas. En el centro se veían, sobre un pedestal, dos figuras estrechándose en apretado abrazo. En esta procesión llevaban una larga hilera de flores pendientes de blancos lienzos que sostenían varias niñitas. Cuando llegaron ante la estatua situada en el templete, he visto que de lo alto descendía la imagen de un niño, que parecía inflado y lleno de viento y que por medio de un artificio se mantenía en el aire; luego descendía y caía poco a poco, de modo que primero se acercaba a la boca de Valeriano para que lo besara y luego a los labios de Cecilia. He visto que el ángel puso la mano delante de los labios de Cecilia cuando aquella figura estuvo cerca de ella. Después los dos esposos fueron enteramente envueltos con la cadena de flores que llevaban

las niñas, de manera que las puntas iban estrechándose en torno de los esposos hasta aprisionarlos. He visto que el ángel se había interpuesto entre Valeriano y Cecilia, y no podía aquél acercarse a ella, porque se retiró y no permitió que la cadena se uniese por los cabos. Me pareció que ella le decía algo a él sobre cosas que no podía ver, que ella tenía otro amigo que la defendía y que no debía tocarla. Entonces Valeriano se puso muy serio y preguntó si acaso ella amaba a algún otro de los presentes. Ella contestó que si él persistía en tocarla, el amigo que la acompañaba lo cubriría de lepra, y lo castigaría. El replicó que si ella amaba a otro, él trataría de matarlos a ambos. Todo esto se lo dijeron en voz baja, y los presentes creían que se trataban así por modestia. Cecilia le dijo que luego le explicaría todo. Después los vi solos en una estancia. Cecilia le dijo que tenía un ángel consigo, y cuando Valeriano deseó verlo, ella le dijo que eso no podía ser, si no se hacía bautizar. Cuando lo envió a Urbano, ya vivían como esposos en otra casa.

11. Santa Inés

He visto a una graciosa y delicada virgen arrastrada por la soldadesca. Estaba cubierta con un largo vestido de lana de color oscuro y un velo sobre la cabeza, de cabellos entrelazados. Los soldados la llevaron, aferrándola por las faldas, de tal manera que algunas partes de su vestido estaban desgarradas. Mucho pueblo la seguía, entre él algunas mujeres. Pasando a través de una alta muralla y penetrando en un patio cuadrado fué llevada a una estancia, donde no había otra cosa dentro que una caja grande con algunos almohadones. Metieron adentro a la santa virgen, y llevándola de un lado a otro, le arrancaron el manto y el velo. Ella estaba allí como un cordero inocente y paciente en medio de los verdugos, y se movía lista y ligera como un pajarillo. Mientras la empujaban de un lado a otro, parecía que volase. Le quitaron el manto y la dejaron. Inés permaneció entonces en un ángulo de la estancia, envuelta en una blanca túnica sin mangas, abierta a los lados; tenía levantada la cabeza y con las manos alzadas rezaba tranquilamente. Las mujeres que habían acudido tras ella no pudieron entrar en la casa. Algunos hombres de mala catadura aguardaban a la puerta, como si la santa debiese ser entregada a sus desmanes. La ví sangrar del cuello por una herida que había recibido quizás en el camino a la cárcel. Primeramente entraron en el recinto

dos o tres jóvenes desalmados, que se echaron sobre la delicada virgen y la llevaban de un lado a otro y le arrancaron del cuerpo el vestido semiabierto que la cubría. Ví sangre en su cuello y en el seno; pero no tuvo que defenderse, puesto que en ese momento sus cabellos se desataron y cayeron sobre ella cubriéndola. He visto a un joven luminoso, volando sobre ella, que la envolvió como en un vestido de luz. Aquellos malvados se espantaron y huyeron al momento. Entonces un amante temerario, burlándose de la cobardía de los otros, se precipitó adentro. Quiso apoderarse de ella, pero ella opuso con ambas manos tanta resistencia que lo rechazó. Cayó en tierra, pero se levantó y con mayor furia se arrojó contra ella. La joven Inés lo rechazó con fuerza hasta el umbral y allí el joven cayó inmóvil en el suelo. Ella permaneció firme, y siguió rezando; estaba luminosa y su rostro semejaba una fúlgida rosa. A los gritos del caído acudieron algunos personajes, uno de los cuales era el padre del joven caído. Se mostró irritado y habló de magia; pero cuando oyó decir a la virgen que si él lo pedía en nombre de Jesús, estaba pronta para implorar la vida de aquel infeliz, él se aplacó, y le rogó que lo hiciera. Entonces Inés llamó al muerto, el cual se levantó en seguida y aún vacilante fué sacado de allí. Otros hombres más vinieron contra ella, pero todos, espantados, tuvieron que huir. Después de algún tiempo ví de nuevo acercarse algunos verdugos, que le trajeron un vestido oscuro abierto y suspendido de un lado y un velo ruin, como los que daban a los que estaban destinados al martirio. Ella se revistió, se recogió los cabellos sobre la cabeza, y fué conducida al pretorio. Era un espacio cuadrado circundado de muros y edificios, en los cuales había cámaras y cárceles; en lo alto se podía estar de pie y ver en la plaza abajo. Había allí bastante gente.

También muchas otras personas fueron llevadas ante el juez; las sacaban de una cárcel que parecía no estar muy lejos del lugar donde Inés había sido maltratada. Creo que aquellos prisioneros eran un viejo abuelito con dos yernos y sus hijitos; estaban atados juntos con cuerdas y nudos. Cuando fueron presentados al juez, sentado en aquel patio cuadrado sobre un sillón de mármol elevado, también Inés fué presentada y amonestada amigablemente y exhortada por el juez. Luego fueron interrogados y amonestados los otros. Fueron llevados allí solamente para ser examinados y asistir al martirio de otros. Las esposas de estos hombres eran aún paganas.

Después que fueron examinados unos tras otros por el juez, fué presentada nuevamente Inés, por tres veces. La virgen fué conducida a un lugar donde había un lugar elevado de tres gradas; allí se alzaba un palo, donde se la quiso atar; pero ella no lo consintió. En torno de ella había una pira de leña a la cual se le aplicó fuego. Ví sobre ella una aparición alada que difundía sobre ella una gran cantidad de rayos luminosos que le servían de escudo y hacían que las llamas se inclinasen hacia los verdugos, que sufrieron mucho daño. Ella seguía ilesa. Entonces otros verdugos la sacaron de allí y la llevaron otra vez delante del juez. De nuevo fué conducida a un cepo de piedra, y se le quiso atar las manos; ella no lo consintió: las tenía juntas sobre el pecho. Ví en lo alto una figura luminosa que la sostenía por los brazos. Entonces un verdugo la aferró por los cabellos, y le cortó la cabeza, como a Cecilia. La cabeza pendía de un lado casi enteramente separada del tronco. Luego su cuerpo vestido fué arrojado al fuego, y los otros examinados fueron llevados de nuevo a la cárcel.

Durante el juicio y la ejecución he visto a algunos parientes y amigos que lloraban desde lejos. Muchas veces me pareció maravilloso que en semejantes martirios nada sucediese de malo a los amigos que tomaban parte en el acto, ayudando o consolando a los mártires. El cuerpo de Inés y sus vestidos no ardieron. He visto su alma, desprendida del cuerpo, volando al cielo cándida y luminosa como una luna.

Esta ejecución se hizo, me parece, antes del mediodía, y antes que cayese la tarde los amigos habían retirado el cuerpo de la hoguera y lo sepultaron honrosamente. Muchos asistieron a las exequias, pero cubiertos y ocultos en sus mantos, quizás para no ser reconocidos. Me parece que aquel joven, a quien había hecho levantar, se encontraba en el lugar del martirio, pero aún no se había convertido.

Después he visto a la santa, fuera del cuadro general, como una aparición aislada, cerca de mí, de una manera extraordinariamente luminosa y resplandeciente con una palma en la mano. Aquel nimbo de gloria que circundaba toda su persona era internamente rosado y terminaba en rayos de color azul. Ella me consoló amigablemente en mis intensos dolores y me dijo: "Padecer con Jesús y en Jesús, es cosa dulce". Yo no puedo expresar suficientemente cuán grande es la diferencia entre la gente de hoy y los antiguos romanos. Entre ellos no había mezcla; eran de una especie o de otra, simple y absolutamente. Al con-

trario, entre nosotros todo es tibio, todo embrollado; parecería que en el espíritu nuestro hubiese mil celdillas o escondrijos, de los cuales se derivan muchos otros más.

12. Santa Emerenciana

He visto un cuadro relativo a otra virgen. Como de noche visitase la tumba de Santa Inés y postrada delante oraba, envuelta en sus velos, y se movía tan secretamente, me recordó a Magdalena cuando fué al sepulcro de Cristo. La he visto sorprendida por los perseguidores de los cristianos, que la espiaban y la condujeron a la cárcel. Ví luego una pequeña iglesia octogonal y sobre ella un altar. En el altar los santos celebraban una fiesta onomástica con alegría infantil, con inocencia y con graciosa elegancia. Una hermosa virgen y mártir fué colocada sobre un trono y adornada de coronas de flores por otros mártires romanos de ambos sexos, todos de los primeros tiempos de la Iglesia. Ví que asistía también Santa Inés, que tenía consigo un corderillo.

El Peregrino le dió una reliquia donde estaba escrito claramente: San Mateo, pero Ana Catalina había declarado que pertenecía a Santa Emerenciana. Apenas tuvo la reliquia dijo:

¡Oh, qué amable niña! ¿Y de dónde viene tan graciosa criatura? He aquí que viene también una mujer con otra criatura. *(Al día siguiente narró):* En la pasada noche tuve mucho que hacer con dos amables criaturas y con una sirvienta. Primeramente he visto a un niño de cerca de cuatro años pasar por la puerta abierta de un muro que de la parte interna se abría hacia una columnata. Después vino una mujer de cierta edad, de nariz aguileña, que salía de casa; tenía la fisonomía de una hebrea, cubierta de un vestido largo y alrededor del cuello un collar con partecitas muy menudas y en el pulso adornos que parecían manípulos. Una niñita que la vieja llevaba de la mano parecía de cinco años y medio. Llegó con ella hasta la columnata y allí los niños comenzaron a jugar. Las columnas de este lugar de reunión que se levantaban en medio eran redondas, con capiteles de hojas talladas, rodeadas de imágenes o bajorrelieves en forma de serpientes, que en el extremo superior mostraban una bella figura humana que miraba hacia abajo. Las columnas de los ángulos eran cuadradas y en ambos lados internos mostraban largas figuras fantásticas, en la cumbre como cabezas de

bueyes esculpidas y debajo tres aberturas redondas puestas una sobre la otra, y abiertas precisamente en el ángulo. El muro posterior estaba interrumpido por pilastras y en un punto de este muro había un balcón que salía hacia afuera donde se podía estar cómodamente y al cual conducían algunas gradas. En el centro había algo como un tabernáculo abierto, donde parecía que se podía extraer algo oculto en el muro. En torno se veían asientos que formaban la parte posterior de la columnata. Debajo y alrededor de los asientos había escondrijos donde los niños ponían sus juegos. La sirvienta se sentó sobre uno de ellos. Los dos niños llevaban túnicas de malla, largas camisas sostenidas con cinturón. Vinieron otros muchos niños del vecindario y comenzaron sus graciosos juegos, especialmente en torno de aquel tabernáculo que hacían girar y donde tenían recogidos sus juguetes. Estos consistían en muñecos hechos con mucha arte, guarnecidos de hilos que los niños tiraban, haciendo mover los miembros. Saltaban los niños por las gradas que conducían al tabernáculo y se posaban sobre el plano del balcón. Tenían pequeños vasos y utensilios, y jugaban alrededor de los asientos y ponían debajo sus utensilios en cavidades semicirculares. Yo tomé a una de las niñas y la coloqué atravesada sobre las rodillas, pero no quiso estarse quieta y se retorcía; me turbé y creí no ser digna de tenerla en mi regazo.

Después, los otros niños se fueron a casa y la sirvienta entró por la puerta con los dos niños, atravesando un patio y subiendo un piso más alto a una estancia donde estaba la madre de uno de aquéllos que parecía leer ciertos folios. Era una mujer de apariencia robusta, vestida con hábito de pliegues, de andar lento y arrastrado, de aspecto severo; no usaba mucha familiaridad con los niños; no los acariciaba; pero les hablaba y les daba alimentos y pequeñas figuras de colores. En aquella estancia había sillas plegadizas con almohadones con un solo manubrio. Los almohadones eran de pieles oscuras y de lana. El techo y las paredes de la estancia estaban llenos de pinturas; en las ventanas no había ni vidrios ni cristales: estaban entretejidas por unas redes donde se veían figuras diversas. En los ángulos de la cámara había estatuitas sobre pedestales. Aquella dama parecía que se ocupaba mucho menos aún del niño extraño que del suyo. Ví a la sirvienta ir con los niños a un pequeño jardín, en el centro del edificio, como un patio. Alrededor había estancias y en el medio surgía una fuente. En este jardín se divertían los

niños y comían de los frutos que allí había. No he visto al padre de esta familia.

Después he visto otro cuadro; ví a estas dos niñas ya crecidas. Estaban solas y oraban. Oí una voz interna que me decía que la sirvienta era secretamente cristiana y vigilaba los pasos de las niñas. La he visto reunirse secretamente con otras vírgenes en una de las pequeñas casas construídas lateralmente al gran palacio. De noche algunas personas se aproximaban sigilosamente a los muros del palacio, en el interior del cual dormían aquellas mujeres y que tomando algo del agujero de la pared daban una señal a las moradoras, las cuales, despertadas, se levantaban y salían. La sirvienta las acompañaba por un corredor hasta que se viesen fuera y ella quedaba dentro. Las he visto cubiertas con sus mantos, con otras, junto a un muro antiguo y penetrar en un espacio subterráneo donde muchos ya se hallaban reunidos. He visto dos espacios de esta clase: en uno no había altar alguno; allí se enseñaba y se oraba solamente; en el otro había un altar sobre el cual deponían una ofrenda los que iban llegando. He visto a las dos niñas ir ocultamente a estos subterráneos y asistir a estas secretas asambleas de los cristianos.

Me encontré otra vez delante del palacio donde he visto a las niñas jugando y deseé ardientemente verlas de nuevo. Vi entonces a un niño que había participado en sus juegos y lo envié a casa para que le dijese a la sirvienta que saliese fuera con las niñas. Vino y traía a Inés en sus brazos; era todavía una niña lactante de año y medio. Me dijo, empero, que la otra niña no estaba. Le dije que ciertamente vendría sin tardanza. Vino conmigo a la sombra de un tilo y la otra niña me fué traída por una joven que salió de otra casa más pequeña del vecindario. Las dos sirvientas no quisieron permanecer allí mucho tiempo porque tenían que hacer, y yo les rogué encarecidamente que me dejasen un rato a las niñas. Ellas consintieron y se fueron a sus casas. Yo tenía a aquellas niñas sobre mis rodillas y las acariciaba; pero pronto se volvieron inquietas y comenzaron a gritar. Nada tenía para aquietarlas, y como me encontré en grande apuro, las estreché a ambas contra mi seno, y se aquietaron. Extendí sobre ellas un gran manto que llevaba y sentí con gran estupor mío que ellas recibían realmente alimento de mi seno. Luego volvieron las sirvientas y les entregué a las niñas, y pronto aparecieron las dos madres. Aquella de Emerenciana era pequeña de estatura, más vivaz y noble y más

simpática. Llevó por sí misma la niña a casa, mientras la otra hizo llevar la suya por la sirvienta.

Sentí entonces con espanto que mi seno se había hinchado con el mamar de esas criaturas; sentía ardor y opresión y estaba llena de inquietud. Me decidí a volver a casa; pero a mitad de camino, se vinieron a mí dos pobres niños que yo conocía y haciéndome sufrir mamaron de mi seno, y tras ellos vinieron otros y otros, que hicieron lo mismo; sobre estos había una cantidad de insectos que quité de ellos, de modo que a un tiempo los alimenté y los dejé limpios y aseados. Me encontré aliviada de mi angustia y pensando que todo esto me había sucedido por tener esas reliquias en mis manos, las repuse nuevamente en el armario.

13. Santa Agata (*)

La noche pasada estuve en aquella ciudad donde he visto una gran revolución *(Palermo)*. He visto aún mucha desolación y devastaciones en las iglesias y en las casas particulares, como también una grande y curiosa fiesta religiosa. En la iglesia colgaban de los muros tapetes y en el centro pendía de lo alto una especie de tienda, como se acostumbra entre nosotros, que se llama la tienda del hambre o del ayuno en tiempo de Cuaresma. He visto en la plaza un gran fuego como el de la algazara de San Juan y he visto que los sacerdotes iban hacia el fuego en procesión, llevando un tapete. Era una fiesta muy solemne, con muchos preparativos y mucha pompa. El pueblo allí muestra siempre tanto ardor y celo para estas cosas; mientras tanto no dejan de darse bastonazos y de pelearse unos con otros. En la iglesia había mucha pompa y esplendor. Durante la Misa he visto presente a Santa Agata con muchos otros santos. He visto que fué martirizada en Catania. Sus padres habitaban en Palermo; su madre era secretamente cristiana y su padre era pagano. Su madre la instruía desde pequeña, a escondidas, en el cristianismo. Tenía dos ayas y desde pequeña gozaba de la familiaridad con Jesús. La he visto a menudo sentada en el

(*) El autorizado Diccionario Eclesiástico (*Kirchenlexikon*) dice: "Las actas recogidas por los Bolandistas sobre el martirio de Santa Agata, exceptuadas algunas añadiduras, son muy antiguas y dignas de todo crédito. San Antonino (VI-6-5) trae las mismas palabras. Sólo hay una diferencia explicable: Afrodisia aparece con siete hijas, porque cuenta entre ellas quizás a las mujeres de la servidumbre. La vidente sólo ve cinco. Santa Agata es patrona de Sicilia. Su velo se venera en Catania como preciosa reliquia, protectora contra las erupciones del Etna".

jardín, teniendo a su lado un niño todo resplandeciente de belleza que con ella jugaba y hablaba. He visto que ella le preparaba un asiento en la hierba, y cómo sentada con él, con las manos juntas sobre el pecho, lo escuchaba con toda atención y reflexión. La ví jugar con varitas y con flores y como aquel niño crecía poco a poco junto a ella. A medida que ella crecía, él se presentaba de mayor estatura, pero únicamente cuando estaba ella sola. Creo que ella lo sabía, porque la he visto preparar diversas cosas en relación con la presencia del niño. La he visto crecer maravillosamente pura y fuerte, decidida de ánimo.

Es imposible decir cómo estas cosas se ven: es como si se viese algo volverse cada vez más espléndido y magnífico; como si un fuego se hiciese un sol, un esplendor se volviese una estrella y el oro se hiciese más oro y más brillante. He visto también cómo ella cooperaba extraordinariamente, cómo constantemente removía de sí aun la mínima impureza e imperfección y cómo se castigaba cualquier descuido. Cuando de noche se disponía a descansar, estaba junto a ella el ángel custodio, muchas veces visiblemente, le recordaba alguna cosa que se hubiese olvidado y ella se apresuraba en seguida a ejecutarla; esto consistía en oraciones, limosnas o en cualquier otra obra de caridad, de pureza, de humildad, de obediencia, de misericordia o alejamiento del mal bajo cualquier forma. La he visto frecuentemente, aún siendo niña, desaparecer secretamente del lado de su madre para dar limosnas y alimentos a los pobres.

Era tan magnánima y tan amante de Jesús que la he visto combatirse continuamente: en cualquier apetito de tentación o de la más pequeña falta, se flagelaba y se hería. En todo se mostraba liberal y valerosa, de un ánimo muy sincero. He visto que siendo de ocho años de edad fué llevada con muchas otras niñas en una carroza hasta Catania. Esto sucedió por voluntad de su padre, que la quería educar con más libertad y paganamente. Fué allí entregada a una mujer muy libertina, que tenía cinco hijas. No puedo decir que fuese aquella una casa de mala vida, según el común sentir, como he visto en aquellos tiempos; pero la matrona me pareció una mujer de mundo, de modales muy libres y coqueta. He visto a Agata habitar allí por mucho tiempo. Aquella casa era muy hermosa y cuanto había dentro era precioso, pero no podía salir con entera libertad. La he visto la mayor parte del tiempo con otras niñas alegres, en un espacio delante del cual había un estanque en el cual se espejaba el palacio entero, cerrado y guardado de la otra parte. Aquella

mujer y las cinco hijas se dieron todo imaginable trabajo para sacar a Agata de sus hábitos de virtud. La he visto pasear con ellas en graciosos jardines y mostrarle toda clase de elegantes trajes; pero Agata era siempre igual y desdeñaba todas estas vanidades. También ví aquí al celeste Niño junto a ella, la cual se volvía siempre más seria y más firme en sus propósitos. Se había convertido en una esbelta joven, no muy alta, pero perfecta. Tenía cabellos negros, grandes ojos negros, nariz perfecta, un rostro ovalado y un modo de ser dulce, pero firme, y una expresión maravillosa en el semblante, que venía de la fuerza y generosidad de su espíritu. He visto que la madre murió de dolor por la ausencia de su hija. En casa de aquella mujer he visto a Agata luchar del modo más perseverante contra las inclinaciones de la propia naturaleza y contra toda seducción. Un tal Quinciano, que más tarde la hizo martirizar, venía frecuentemente al palacio. Era un hombre casado, pero no podía soportar a la propia mujer. Inspiraba repugnancia; era muy vulgar en sus modos y altanero. Daba vueltas por la ciudad, espiaba todo y fastidiaba y atormentaba a la gente. Lo he visto en la casa de aquella mujer y he visto que de vez en cuando miraba de soslayo a Agata, con el mirar propio del que ve algo que le agrada. No se permitió ningún inconveniente. Por lo demás, he visto que con Agata estaba el celestial Esposo, sólo visible para ella y entendí que decía: "Nuestra esposa es pequeña; no tiene senos, y cuando los tenga, le serán quitados, puesto que nadie hay aquí que los pueda vaciar". El celestial Esposo dijo esto mirando a Agata, y esto significa que aquí hay aún pocos cristianos y pocos sacerdotes.

He visto también que le fueron mostrados por su celestial Esposo los instrumentos de su martirio; creo aún más: que se puso en cierto modo a divertirse con esos instrumentos. Más tarde la he visto de nuevo en su ciudad natal, cuando su padre ya no vivía. Tenía trece años de edad. Profesaba públicamente la fe cristiana y tenía en torno de sí a muy buena gente. La ví sacada de su casa por gente que Quinciano había enviado desde Catania, y saliendo de la ciudad se ató más estrechamente sus sandalias. Entonces, volviéndose hacia atrás, vió que todos sus amigos la habían abandonado y habían entrado de nuevo en la ciudad. Rogó al Señor que dejase memoria de esta ingratitud y al punto se levantó allí un olivo estéril e infructuoso.

La ví de nuevo junto a aquella mala mujer, como también la aparición de su celestial Esposo, que una vez le dijo: "Cuan-

do la serpiente, que nunca había hablado, habló, Eva debió darse cuenta que era el diablo". He visto también cómo aquella mala mujer tentaba de todos los modos para seducir a Agata a fuerza de lisonjas y de placeres, y entendí que Agata le aplicaba las enseñanzas de su celestial Esposo, puesto que cuando aquella mujer mundana quería persuadirla para darse a una vida relajada, ella le dijo: "Tu carne y tu sangre son criaturas de Dios, como lo era la serpiente; pero el que ahora habla en tu carne, es el diablo". Ví las intrigas de Quinciano con esta mujer y conocí muy bien a dos de sus amigos. Más tarde he visto a Agata metida en la cárcel, ser examinada y azotada. Después le cortaron los senos: un verdugo la sujetaba y otro le arrancaba los senos con un instrumento que parecía una planta de adormidera. Este instrumento estaba hecho de tal manera que abriéndose en tres partes, como si se abriera la boca humana, y luego cerrándose, desgarraba y llevaba consigo los senos que estaban dentro encerrados, como de una dentellada. Los verdugos tuvieron la desvergüenza de ponerle ante los ojos los senos arrancados y luego se los arrojaron a sus pies como sobre una mesa. En medio de estos martirios Agata dijo a Quinciano: "¿No te horrorizas tú de arrancar de una criatura humana esos senos que sirvieron a tu madre para nutrirte?" Por lo demás se mostraba fuerte y tranquila, y añadió: "Mi alma tiene senos más nobles, que tú jamás podrás arrancar". He visto que esos senos eran pequeños porque apenas estaba Agata en edad de pubertad. Las heridas eran redondas y no había ninguna otra herida; la sangre manaba de pequeños poros, como de fuentecillas. He visto a menudo usar este instrumento en los martirios; con él arrancaban pedazos enteros de carne de los cuerpos de los mártires. Es admirable la fuerza y la ayuda que ellos reciben de Jesús. A menudo lo veo a Él mismo junto a los mártires y darles ayuda: no caen desmayados en los casos en que cualquier otra criatura caería desvanecida.

He visto después a Agata en la cárcel, donde se le apareció un santo viejo que le dijo que quería sanarla y restituirle sus senos. Le respondió que jamás había usado medicinas humanas, que tenía a Jesús, quien podía sanarla si Él quería. El otro dijo: "Soy un viejo cristiano, no tienes que tener vergüenza de mí". Mas ella respondió: "Mis heridas nada tienen que puedan ofender la pureza; Jesús me sanará si Él lo quiere: ha creado el mundo y puede crear también mis senos". Entonces aquel anciano sonrió y dijo: "Yo soy tu siervo Pedro; mira: tus senos

están ya curados". Y desapareció. He visto después cómo un ángel ataba en la parte superior de su cárcel una banda en la cual estaban escritas estas palabras, pero ya no sé cuál era su sentido. Agata se encontró con ambos senos perfectamente sanos, como los había tenido antes. No era aquello una simple cura de la epidermis, sino que eran senos nuevos y perfectos. En torno de ellos veía yo un nimbo de luz y el círculo interno de este nimbo estaba lleno de radiosos rayos de luz coloreados con todos los matices del arco iris.

Después ví a Agata conducida de nuevo al martirio En un subterráneo de bóveda había como braseros, en los cuales se encendían carbones: eran profundos como cajas y en el fondo cubiertos de hierros agudos. Había muchas de estas cajas, porque a veces eran muchos los martirizados a la vez; estaban algo separadas. Debajo de estas cajas serpenteaban las llamas; de modo que los que eran colocados allí dentro se abrasaban con el fuego sobre las agudas puntas. Cuando Agata fué echada en una de esas aberturas, se hizo sentir un terremoto muy grande; un muro se desplomó y aplastó a dos de los amigos de Quinciano. Se originó una agitación popular y Quinciano huyó. La mártir fué de nuevo sacada de allí y llevada a la cárcel, donde murió. Después he visto que Quinciano moría miserablemente, ahogado en un río, mientras estaba de viaje para apropiarse de los bienes de Santa Agata. Luego ví que un volcán vomitaba fuego y lava y que la gente, para salvarse de aquel líquido ardiente, se refugiaba junto a la tumba de Agata. Pusieron la tapa del sepulcro de la santa contra la lava y ésta se detuvo y se anagó el volcán.

14. Santa Dorotea (*)

He reconocido de nuevo las reliquias de esta santa y he visto una ciudad considerable situada en una comarca montañosa *(Cesárea de Capadocia)*. Allí vi, dentro del jardín de una casa de estilo romano, a tres niñas de cinco a ocho años que jugaban. Se tenían de las manos, danzaban en círculo, se detenían y cantaban recogiendo flores del jardín. Después que hubieron estado así jugando, ví a las dos mayorcitas separarse de la menor, llevándose las flores que deshojaron en sus manos. Me pa-

(*) Lo dicho sobre esta Santa está de acuerdo con la historia. Lo mismo narra el santo Obispo Aldhem († 709) en su libro *Alabanza a la virginidad*. La devoción a esta santa está muy difundida en el oriente.

reció que la menor quedó muy afligida al ver que las dos se alejaban hacia otro lado del jardín. Sentía una pena grande que yo misma compartí con ella. Su rostro palideció y al mismo tiempo sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. La niña cayó al suelo como desvanecida. Entretanto yo sentí una voz que decía: "Esta es Dorotea". Luego apareció un joven luminoso que se aproximaba a ella, teniendo en las manos un ramo de flores. El joven levantó a la niña y la llevó a otro lugar del jardín, le puso junto a ella el ramillete y desapareció. La niña se puso de nuevo alegre y corriendo hacia las otras dos, les mostró sus flores y dijo quien se las había dado. Estas se maravillaron mucho, abrazaron a la niña y parecían arrepentidas de haberla ofendido dejándola sola. La unión entre ellas se restableció. A esta vista me vino también a mí el deseo de tener semejantes flores para restablecerme, cuando de improviso se me apareció Dorotea, como una virgen, me hizo una exhortación para la comunión y me dijo: "¿Por qué tienes tanto deseo de esas flores cuando recibes tan a menudo la flor de todas las flores?" Me explicó el cuadro simbólico de las tres niñas, que se refería a la caída y a la conversión de las dos mayores.

Después ví un cuadro de su martirio. Estaba con las dos mayores dentro de la cárcel y nació entre ellas una divergencia. Las otras dos no quisieron morir por Jesús, y fueron puestas en libertad. He visto a Dorotea delante del juez, que la hizo conducir enfrente de las dos ya caídas, en la esperanza de que seguiría Dorotea el ejemplo de sus hermanas y sus exhortaciones. Pero Dorotea, en cambio, logró conducirlas de nuevo a la fe. Fué luego atada con los miembros extendidos en una columna, destrozada con uñas, quemada con hachas y finalmente decapitada. Después de esto ví a un joven, que se había burlado de ella camino del martirio y al cual ella había respondido brevemente, convertirse súbitamente y hacerse cristiano. Vió a un joven luminoso que llevaba rosas y flores, entró en sí mismo, confesó su fe cristiana y sufrió el martirio: fué decapitado. Junto con Dorotea fueron martirizados muchos cristianos, quemados, descuartizados por animales, a los cuales los habían atado.

15. Santa Apolonia (*)

Tuve conmigo su reliquia y ví la ciudad donde fué martirizada *(Alejandría)*. Está situada sobre un promontorio, no muy lejos de las muchas bocas por las cuales el Nilo desemboca en el mar. Es una ciudad grande y hermosa, en la cual la casa de Apolonia, circundada de patios y jardines, se levanta sobre una alta plazoleta. Al tiempo de su martirio era ya viuda, entrada en años, pero de hermosa presencia. Sus padres eran paganos; pero ella desde su infancia era ya cristiana, debido a una aya suya que era secretamente cristiana. Cuando creció en años fue entregada por sus padres en matrimonio a un marido pagano y vivió con él en la casa paterna. Sufrió mucho y la vida conyugal fué para ella una severa prueba. La he visto yacer en el suelo, llorando, orando y cubriéndose la cabeza con ceniza. Su marido era más bien descarnado y pálido, y murió mucho tiempo antes que ella. Vivió después treinta años como viuda, sin hijos. Mostró mucha misericordia hacia los pobres, que eran secretamente cristianos y era el consuelo y la esperanza de todos los necesitados. Su nodriza había padecido martirio mucho antes que ella. Esto acaeció en ocasión de un tumulto, durante el cual las casas de los cristianos fueron saqueadas y quemadas, y muchos fueron muertos.

He visto más tarde cómo Apolonia, por orden del juez, fué sacada de su casa, conducida al pretorio y metida en una cárcel. La ví luego ante el juez, horriblemente maltratada a causa de sus elocuentes palabras sobre el cristianismo. Era una vista que despedazaba el corazón verla, mientras pude asistir a otros martirios con bastante tranquilidad. Quizás eran su edad y su noble presencia, lo que tanto me conmovieron. La azotaron con varas, la hirieron en la cara y en la cabeza con piedras. La nariz le fué aplastada y deformada; la sangre le corría a torrentes de la cabeza; le habían despedazado las mejillas y el mentón y arrancado los dientes de la boca. Llevaba aquella blanca túnica abierta a los lados, que veo a menudo usada por los cristianos;

(*) En el Martirologio Romano y en la *Legenda aurea* aparece como virgen (cap. 66), aunque ya de mucha edad. La vidente la ve como viuda y explica que hacía tiempo que lo era: por eso era tenida generalmente por no casada. El tormento de arrancarle los dientes lo describe la vidente con detalles. En un grabado en madera del año 1450 tiene la santa una tenaza en las manos, y en otro de 1488 aparece atada a una columna mientras el verdugo le arranca los dientes con violencia.

debajo tenía una túnica de lana colorada. Estaba sentada sobre una piedra sin respaldar y tenía las manos atadas por la espalda a aquella piedra y los pies ligados. Le habían roto y quitado el velo y sus largos cabellos pendían sueltos sobre sus hombros. Su semblante estaba alterado, deforme por los golpes y cubierto de sangre. Un verdugo la sujetaba por detrás, torciéndole la cabeza, mientras otro le abría por fuerza la boca ya deshecha con una especie de cepo de plomo. Entonces el verdugo le destrozó uno a uno los dientes con una tenaza y con los dientes arrancaba pedazos de mejillas. Durante el martirio he visto a Apolonia padecer hasta desmayar, mientras los ángeles y otras almas mártires y también la aparición de Jesús, la fortificaban y la consolaban. Con sus plegarias y sufrimientos obtuvo la gracia de ser la auxiliadora de todos los que sufren dolores de dientes y en el rostro.

Como por otra parte no cesaba de alabar a Jesucristo, despreciando las ofertas a los dioses paganos, el juez ordenó que fuese llevada a la hoguera y que si no cambiaba de sentimientos, fuese arrojada en ella. No podía ya caminar por sí misma, pues estaba medio muerta. Dos verdugos la arrastraron sosteniéndola bajo los brazos y la llevaron hacia un lugar elevado y plano donde en una fosa ardía un gran fuego. Cuando estuvo delante pareció que pedía con la oración alguna cosa. No podía sostener ya derecha su cabeza. Los paganos creían que quería renegar de Cristo o que, al menos, vacilaba en sus convicciones y la dejaron por un momento. Ella cayó al suelo y parecía que iba a morir. Rezaba en cambio; se puso de pie súbitamente y se echó en medio de las llamas. He visto, durante su martirio, a muchos pobres lamentarse, retorciéndose las manos y gritando, por perder a aquélla que durante tanto tiempo les había hecho caridad. Por sí misma no hubiera podido saltar a las llamas. De Dios le vino la fuerza y el impulso. He visto que no fué consumida en el fuego, sino sólo quemada. Los paganos se alejaron de aquel lugar cuando la vieron muerta, y los cristianos se acercaron y secretamente se llevaron el cuerpo y lo sepultaron en un subterráneo.

16. Santa Eulalia (*)

Entre las reliquias que le presentaron a Ana Catalina, había dos dientes que se decía pertenecieron a Santa Eulalia. Cuando los hubo mirado, dijo:

Uno solo de estos dientes pertenece a Santa Eulalia, virgen y mártir de Barcelona. El otro diente es de un sacerdote que recibió la ordenación en la vejez. Lo he visto viajar mucho de un lado a otro, proteger viudas y huérfanos. El diente de Santa Eulalia le fué arrancado cerca de un año antes de su martirio. He visto el episodio como había sucedido. A causa de un intenso dolor de muelas que padecía, Eulalia se hizo sacar aquel diente en casa de una joven amiga suya; pues la madre, por demasiada sensibilidad, no quiso que lo hiciese en su propia casa. El viejo que extrajo aquel diente era un cristiano. Ella estaba sentada sobre un asiento en el suelo, de espaldas al operador. Ella levantó la cabeza hacia atrás y el hombre le extrajo rápidamente el diente con un instrumento que en la parte anterior tenía una cavidad pequeña, como para contener un diente, unido a un asta y un mango algo curvo. Después de sacado, hizo ver el diente a las dos jóvenes, que sonrieron. La amiga de Eulalia rogó que le regalara el diente extraído y ésta consintió. Eulalia era amada y apreciada por todas sus amigas. Después de su martirio aquel diente adquirió un valor mucho mayor y llegó a ser para la poseedora un objeto sagrado. Después de la muerte de ésta, lo he visto en posesión de dos diversas mujeres y más tarde, en tiempos muy posteriores, suspendido delante de la imagen de Apolonia, encerrado en una caja de plata que tenía la forma de un pequeño turíbulo. En este cuadro Santa Apolonia no estaba pintada como persona de edad, sino joven, con una tenaza en la mano y con gorra de punta en la cabeza. He visto más tarde, cuando los objetos de plata fueron robados en aquella iglesia, que aquel diente llegó a poder de una monja, lejos del país de Eulalia. Se sacó un fragmento de la raíz del diente y también éste se conservó como reliquia; ya no recuerdo el lugar del hecho. He visto resplandecer el diente, pero no con el brillo propio de los huesos de los mártires. Lo veo brillar por el ardiente deseo que tenía ya desde entonces Eulalia de padecer y morir por

(*) El *Diccionario Eclesiástico* dice: "En España se celebran dos mártires de este nombre: Eulalia de Barcelona y Eulalia de Mérida".

Cristo y por su inocencia y por lo que había ya anticipadamente padecido con paciencia por amor de Jesús.

Aquellos huesos y partes del cuerpo que los santos han perdido antes del martirio, no los veo resplandecer con los colores propios de la gloria, como miembros que han padecido el martirio propiamente. Al brillo de este diente le falta el brillo propio del martirio del resto del cuerpo. Los padres de Eulalia eran personas de mucha consideración, que habitaban en un gran palacio, en torno del cual se veían olivos y muchos otros árboles cargados de frutos amarillos. Los padres eran cristianos; pero no muy celosos, ni en ellos se veía nada notable de cristianismo. Eulalia se entendía con una anciana, fervorosa cristiana. Esta anciana habitaba en un edificio anexo al palacio y trabajaba en grandes obras de bordados. He visto a Eulalia junto a la anciana coser y preparar ornamentos de iglesia. Cosían con grandes agujas redondas y adherían a los paños figuras de relieve. Esto lo hacían secretamente, de noche. Tenían cerca una linterna y delante de la llama había algo transparente, como cristal, por cuyo medio se podía ver muy claramente. He visto a Eulalia orar solitaria delante de una simple cruz en su estancia. Ella misma se había hecho esa cruz con una madera de siempreviva. Tenía tan ardiente deseo de confesar públicamente a Jesús, que a menudo le era mostrada en visión la corona del martirio. La he visto andar con otras vírgenes y manifestarles ese deseo, que no se atrevía a manifestar en la casa paterna.

17. Los santos mártires Pascual y Cipriano

Cuando tomé mi iglesia *(la cajita de sus reliquias)* en las manos, para ponerlas en orden y venerarlas, reconocí un fragmento del hueso de un brazo del santo mártir Pascual. He visto que desde la infancia era tullido, aunque por lo demás estaba bien formado. Su padre había perdido la vida en una persecución de cristianos y luego lo vi con una hermana suya junto a un hermano mucho mayor que tenía por hijo un sacerdote llamado Cipriano. He visto a este último celebrar Misa en un subterráneo. Habitaban en medio de edificios ruinosos y a veces en cavernas subterráneas. Cipriano demostraba mucho cariño hacia el tullido Pascual, que no podía servirse de miembro alguno. Tendría dieciséis años cuando pidió ser llevado a la tumba de un mártir. Estaban allí unas

veinte personas, entre ellas Cipriano; y condujeron a Pascual sobre una especie de angarillas a un lugar de mártires. Estaba de tal modo tullido que las rodillas casi le tocaban el mentón. Llegaron con gran sigilo al lugar próximo a las cárceles donde un santo mártir había sido martirizado y sepultado, cuyo nombre no me acuerdo ya. Se detuvieron y rezaron; Pascual estaba presente sobre una litera que podía alzarse o bajarse a voluntad. He visto que tanto él como los otros oraban con mucha devoción, y que de pronto se alzó sobre sus pies y echó de sí las muletas. Había tenido la más firme confianza allí que Dios le había de dar la salud. Vi que todos llenos de gozo dieron gracias a Dios y abrazaron al recién sanado, que con ellos volvió a su casa contento y feliz.

He visto una serie de cuadros de su caridad y piedad, y cómo ayudaba al hijo de su hermano, es decir, a Cipriano, a cuidar enfermos y pobres. Llevaba sobre sus hombros y al cuello a personas que no podían andar. Por este tiempo murió el hermano mayor y lo sepultaron secretamente. En seguida hubo una gran persecución de cristianos; me parece que bajo Nerón. Numerosos cristianos, hombres, mujeres y niños fueron reunidos con violencia en una gran plaza de la ciudad. Fueron juzgados y martirizados de diversas maneras. He visto que ciertos árboles que formaban una alameda eran doblados con fuerza; los cristianos atados por los brazos de un lado del árbol y por las piernas del otro lado; luego soltaban las ramas curvadas, y los pobres cristianos eran así destrozados y descuartizados. A las vírgenes las he visto suspendidas por las piernas, de tal modo que la cabeza tocaba casi la tierra. Tenían las manos atadas a las espaldas; y he visto que ciertas bestias feroces, parecidas a gatos con manchas, laceraban y devoraban sus carnes aún palpitantes de vida. He visto que durante esta persecución la hermana de Pascual con otras huyeron lejos de allí, mientras Pascual y Cipriano visitaban los lugares de martirio para confortar a los amigos. Al principio sólo fueron rechazados allí; pero luego, reconocidos como cristianos, fueron juzgados y martirizados con los demás. He visto en esta ocasión muchas piedras gruesas y macizas aplanadas, entre las cuales eran puestos los cristianos, y aplastados y prensados, mientras las piernas y los brazos pendían hacia fuera. A menudo ponían dos víctimas, una sobre otra, la cara de una contra la cara de la otra, y así eran prensadas con tan pesadas piedras. Pascual y Cipriano fueron en esa forma aplastados.

A continuación vi un cuadro de época posterior. Vi a los cristianos más libres; podían buscar las tumbas de los mártires y venerarlos.

Vi que unos padres llevaron su hijito de un año, todo tullido, a un campo donde estaban sepultados muchos mártires, con monumentos y pequeñas capillas sobre algunas tumbas. En la extremidad del cementerio, que llaman de Calixto, se detuvieron en un lugar donde no había más que hierbas, porque el niño dijo que allí estaban sepultados dos santos que lo habían ayudado. En efecto, lo vi alzarse de allí derecho, perfectamente sano. Creo que pronunció también los nombres de esos santos. Luego vi al padre, a la madre y al hijo de rodillas dando gracias a Dios, correr a la ciudad y anunciar por todas partes el prodigio que se había obrado. He visto acudir muchos hombres con aquel niño; entre ellos había eclesiásticos. Excavaron la tierra y allí encontraron dos cuerpos juntos. Los brazos se unían fuertemente y los cuerpos estaban incorruptos, blancos y como disecados. La fosa era de forma cuadrada y donde los brazos estaban juntos, la pequeña pared que los separaba aparecía interrumpida. No fueron todavía desenterrados; pero vi que hubo una solemne ceremonia, que las tumbas fueron puestas en orden y colocada una inscripción. Luego fué cerrada y sobre la sepultura se hizo una techumbre sostenida por cuatro o seis calumnas, y se plantaron flores. Vi que creció mucho la hierba; entre las plantas había una con hojas muy gruesas, un arbusto semejante al que llamamos siemprevivas. Debajo de aquella techumbre se hizo una capilla y se dispuso un altar. Sobre la mesa se hizo una abertura que se podía abrir o cerrar a voluntad. En la piedra erigida había una inscripción. He visto que se celebraba allí solemnemente la santa Misa y se daba la comunión. Los que recibían la santa comunión tenían un recipiente o tacita y un paño muy cándido bajo el mentón. Aquellos santos cuerpos quedaron sepultados allí. Más tarde el pequeño edificio fué destruído. Vi luego un cuadro en que me mostraron como después de mucho tiempo se abrieron allí muchas tumbas y se llevaron los sagrados huesos hallados. Vi que también los cuerpos de Pascual y de Cipriano fueron extraídos; eran ya esqueletos, pero dispuestos en orden perfecto. Los he visto colocados en dos cajas cuadradas, que llegaron a ser posesión de los Jesuítas de Amberes. Vi en esa ocasión fiestas solemnes con procesiones. Las cajas fueron adornadas y guardadas en preciosos armarios.

18. Santa Perpetua y Santa Felicitas

(27 de Febrero de 1820)

Cuando en la noche pasada me lamentaba delante del Señor de mi aflictiva situación, fuí justamente reprendida de haberlo hecho mientras me rodeaban tan grandes tesoros de reliquias, por ver las cuales tantos otros habían emprendido largos viajes, y mientras tenía la gracia de vivir en compañía de tantos santos y de ver todas sus acciones y sufrimientos. Sentí entonces la injusticia de mis lamentaciones y vi una gran muchedumbre de santos cuyas reliquias tengo conmigo. Vi muchas cosas de la vida de Santa Perpetua, que desde niña tenía ya visiones que simbolizaban su martirio. Esto me hizo recordar un sueño de mi infancia, en el cual había visto que no tenía para alimentarme nada más que agua y pan negro. Creía que debía ir mendigando. Pensé entonces que aquel pan negro que recibió como don Santa Valburga se refería a este mi sueño. He visto los tormentos de Santa Perpetua y de Santa Felicitas, y de otros que, con ellas y después de ellas, fueron martirizados. Los he visto destrozados por bestias feroces, o acuchillados.

Diciendo estas palabras, Ana Catalina tomó en sus manos una de aquellas reliquias, la estrechó contra su corazón y la besó, diciendo:

He aquí a Perpetua, que está junto a mí.

Luego tomó un fragmento de hueso y dijo:

Esto es algo muy precioso. Es el hueso de un jovencito que sufrió valerosamente el martirio junto con el padre, la madre y dos hermanas. Se encontraba en la cárcel al mismo tiempo que Perpetua. Fué quemado vivo. Su hueso resplandece muy vivamente: es un resplandor muy maravilloso, con un nimbo del más agradable color azul con rayos de luz dorada y de esta misma luz está circundada la persona y la aparición de este niño mártir. Esta luz recrea de tal manera, que no puedo expresarlo. Al principio creí que Perpetua y Felicitas fueron martirizadas en Roma, porque había visto que les dieron muerte en un edificio semejante a los que veo en Roma; pero ahora sé que el lugar de su martirio fué muy lejos de Roma. El niño murió quemado en una hoguera. Había en aquel lugar pequeñas elevaciones circundadas por una pared. En las elevaciones había unos palos, donde eran sujetados los

mártires. Los verdugos disponían el fuego circularmente en torno de esas elevaciones.

(2 de Marzo de 1820)

Vi muchos cuadros relativos a la prisión y al martirio de Santa Perpetua. En ocasión de su fiesta espero verlo todo más claramente. He visto a los santos encerrados en una cárcel redonda y subterránea. Estaban separados unos de otros por rejas de hierro, de tal manera que podían hablarse y darse la mano. Todo era oscuro y tenebroso en la cárcel. Con todo, he visto resplandecer la luz en torno de los mártires. Sobre la cárcel misma se levantaba un antiguo edificio. Cada uno estaba solo en esa especie de jaula. La puerta de entrada semejaba a la de una cantina, algo elevada sobre el nivel. En el techo había cuatro aberturas con rejas. Además de Perpetua y Felicitas, vi adentro a cuatro hombres. Perpetua tenía a su niño, al cual amamantaba. Felicitas estaba en la cárcel inmediata, y estaba encinta. Perpetua era alta, de recia contextura. Felicitas era mucho más pequeña y delicada. Perpetua hablaba con todos indistintamente, de modo breve y conciso; parecía que lo dirigía todo en aquella cárcel. Más lejos había otros prisioneros. Aquel magnánimo niño mártir estaba junto a su padre, en una parte, y la madre con sus dos hijas, en otra parte, separados por una pared; pero yo los veía a través del muro. He visto también que los amigos de los prisioneros se entretenían con ellos. Delante de la reja de Perpetua había un anciano muy afligido, que se arrancaba los cabellos y se lamentaba en voz alta. No era cristiano; creo que era el padre de Perpetua. El jefe de la guardia era un buen oficial que traía a Perpetua pan y otros alimentos, que ella dividía entre los demás prisioneros. Perpetua tenía consigo escondido un volumen o rótulo. Todos vestían trajes de prisioneros, largos, más bien estrechos; las mujeres de lana burda y blanca; los hombres de color más oscuro. La cárcel de los hombres estaba más cerca de la puerta. La cárcel de las mujeres, en el centro, dispuesta en círculo. He visto a un niño que murió en la misma cárcel. Sus parientes obtuvieron el cadáver y lo sepultaron. Una tarde Perpetua habló con un hombre; y durante la noche he visto junto a Perpetua, que dormía en el suelo, apoyada en su brazo, un cuadro maravilloso. Todo el espacio estaba iluminado y a la luz del resplandor vi a todos los prisioneros y sus diversos aspectos; unos dormían y

otros oraban. En este resplandor había una escala maravillosa que llegaba al cielo; al pie de ella había dos dragones, uno a la derecha y otro a la izquierda, con las cabezas vueltas hacia fuera. Aquella escala llegaba al cielo y terminaba en un jardín. Parecía la escala hecha sobre dos sostenes muy delgados para aquella altura, de modo que yo me admiraba que pudiera sostenerse. De ambos sostenes salían, a derecha e izquierda, muchos peldaños en puntas agudas, en ganchos y en otros instrumentos, puestos quizás para martirizar. Estaban dispuestos de tal modo que si a la izquierda salía un peldaño corto, correspondía a la derecha una cantidad de ganchos o de puntas, y viceversa. Parecía imposible que por allí alguno pudiese intentar la subida. No obstante vi a una figura que subía, y cuando estuvo bastante elevada, volvió atrás por otro lado, como si quisiese ayudar a otros a subir. Entonces vi la imagen de Perpetua, que allí dormía, cómo aplastaba la cabeza a uno de los dragones. Luego la vi subir con otros. Cuando llegaron arriba, los vi en un jardín hermosísimo, donde fueron consolados por numerosas figuras. Después he visto a Perpetua que dormía, y a su lado, la imagen de un hermanito pequeño, ya muerto(*). Vi junto a ella un espacio largo y oscuro y un niño que parecía estar en miserable estado con sed ardiente, cerca de una gran fuente de agua; pero con el borde tan alto, que el niño no podía alcanzarla. Cuando Perpetua tuvo la visión de la escala, vi, a la luz que iluminaba la cárcel, que Felicitas aún no había dado a luz. Todos yacían postrados con el rostro en tierra y oraban. A continuación vi un pequeño niño en brazos de Felicitas. Vi que una mujer, llorando con gran turbación, le quitó aquel niño, y que ella se lo dió alegremente. Vi después cómo los mártires fueron llevados al martirio. Salieron de la cárcel uno a uno, delante de dos filas de soldados que los maltrataban bárbaramente. El lugar del martirio eran muchos espacios unidos entre sí. No era como el anfiteatro de los mártires de Roma. Por el camino he visto dos veces a algunos que mostraban su hijo a Perpetua. Se acercaron primero a una puerta donde todo el grupo de prisioneros tuvo que detenerse. Allí se disputó con los prisioneros pretendiéndose algo que ellos, por medio de Perpetua, rehusaron hacer. Aquellas buenas personas que tenían a

(*) El niño de que se habla en esta visión es Dinócrates, hermanito de Perpetua. Se encontraba en el Purgatorio y la razón la da San Agustín, quien dice que Dinócrates era bautizado, pero fué obligado por su padre a dar culto a los dioses familiares.

su hijito se hicieron otra vez encontradizas, acudiendo por una encrucijada. Todos los que estaban en la cárcel salieron para asistir al martirio. En esta ocasión lo sufrieron sólo Perpetua, Felicitas y tres hombres. No me es posible expresar la magnanimidad que demostraron estos mártires. Las dos mujeres parecían beatificadas en el resplandor celestial y los hombres exhortaron a la multitud. Caminaban lentamente entre dos filas de verdugos, que los azotaban cruelmente. Después he visto a dos hombres traer delante de ellos a una bestia feroz semejante a un descomunal gato con manchas, que se arrojó sobre ellos, sin hacerles mucho daño. Luego un oso los arrastraba de un lado a otro. He visto que azuzaban a un feroz jabalí contra un mártir; pero el jabalí se volvió contra el que lo punzaba y tuvieron que sacar al verdugo sangrando.

(3 de Marzo de 1820)

Perpetua y Felicitas se acercaron a mí y me dieron de beber. Vi un cuadro relativo a sus juventudes. Las vi jugando en compañía de otras diez niñas en un jardín redondo, circundado de un muro. Dentro había árboles de la altura de un hombre, de tronco delgado, que en la parte superior tenían las ramas entrelazadas unas a otras. En medio del jardín se levantaba un edificio pequeño y redondo, como lugar de recreo, que en lo alto tenía una terraza. Había allí una estatua blanca de mármol, que tenía una mano en alto y la otra más baja, sosteniendo con ambas un objeto. En la parte superior del edificio había una baranda en torno. Junto a ese lugar de recreo había una fuente de agua, guardada por una reja de hierro bastante alta, con puntas, de modo que los niños no podían subir; pero se podía, por medio de un ingenioso aparato, hacer correr el agua a una taza de piedra cavada fuera de la reja, y con el agua gustaban divertirse. Los niños jugaban también con ciertos títeres movibles y con pequeños animales de talla. He visto muchas veces a las dos santas, separadas de las demás, abrazarse con mutua afección. Ellas siempre se habían amado desde niñas y se habían comprometido no separarse jamás; a menudo en sus juegos jugaban a que eran cristianas y a que sufrirían el martirio, sin ceder hasta la muerte. Santa Mónica, de la cual poseo una reliquia, me dijo que aquella ciudad se llama Cartago.

(6 de Marzo de 1820)

Hasta las dos me entretuve con Perpetua y Felicitas. He visto constantemente cuadros de su juventud hasta el momento en que fueron arrestadas. Ellas no habitaban el mismo lugar donde fueron encarceladas y martirizadas, sino a distancia de una media hora de camino, en un pueblo que no estaba tan hermosamente edificado ni sus edificios estaban unidos. Este lugar estaba pegado a la ciudad por un camino que, pasando entre dos muros bastante bajos, llevaba a la ciudad atravesando muchas puertas con arcos. La casa de los padres de Perpetua estaba sobre una plaza abierta, era algo baja, y me parecieron sus padres personas de distinción. Había en la casa un gran patio, rodeado de muros, con un pórtico interno de columnas, aunque no del todo como la casa de Inés en Roma. A la entrada se veían también estatuas. Delante del palacio se extendía la plaza y detrás el jardín de forma redonda, algo separado, que he visto últimamente.

Reconocí que su madre, secretamente cristiana, conocía la íntima convicción de sus hijos. En casa había algunos jóvenes. Sólo el padre era pagano y así quedó. A los padres de Felicitas, que era más joven que Perpetua, los ví estar en muy pobre condición. Habitaban en una cabaña mísera apoyada a los muros de la misma ciudad. La madre era un señora vivaz, mas bien corpulenta, algo oscura en el rostro. El padre era ya anciano cuando Felicitas fué martirizada. He visto a estos cónyuges que llevaban frutos en unos cestos, quizás al mercado. A Perpetua la he visto ir con ellos. Ya de niña era muy amiga de Felicitas y los hermanos de ella y otros jóvenes se trataban con mucha familiaridad e inocencia. Los he visto con los unos y los otros dentro del jardín. He visto a Perpetua desde la niñez promover con mucho entusiasmo y valor la fe cristiana. A causa de esto estaba siempre en grande peligro, de los cuales le fué posible librarse. Los padres de Felicitas eran secretamente cristianos. Ella era muy esbelta y delicada, más hermosa que Perpetua, que tenía lineamientos menos delicados y más decisivos y en todo su modo de ser más ardorosa que Felicitas. Ambas eran algo oscuras de piel, como son las gentes de esas comarcas y tenían los cabellos negros. He visto a Perpetua ir a menudo desde pequeña con Felicitas; y una vez también a sus futuros maridos: eran muy piadosos y dulces de carácter y eran secretamente cristianos. Perpetua había sabido por visión que si se casaba

alcanzaría más pronto la palma del martirio. Había visto gran parte de su martirio y también la mala voluntad y la contrariedad de su padre. Perpetua fué la que indujo al matrimonio a Felicitas; ella se había casado antes y socorrió a su amiga en su pobreza y necesidad. El marido de Perpetua me pareció que estaba muy por debajo de la condición de ella. Parecía que lo había tomado atendiendo sólo a su virtud. Cuando él dejó la casa paterna fué mirada con malos ojos por los otros amigos y la ví andar sola con él y como abandonada de los demás. El marido de Felicitas era muy pobre, pero buen cristiano. Se fueron durante la noche a un lugar escondido y remoto que parecía una vasta y baja cantina, sostenida con arcadas y columnas, fuera de los muros y en medio de edificios en ruina. Moraban allí dentro ocultos; habían cerrado todas las aberturas y se iluminaban con antorchas. Había como unas treinta personas que vivían en las reparticiones de aquel lugar. No he visto celebrar allí oficio divino, sino sólo enseñar la doctrina cristiana.

(7 de Marzo)

He visto dos santos hombres acercarse a mí de un lado del lecho y tres santas del otro lado. Estas eran Perpetua y Felicitas y la madre del marido de Perpetua, mujer de edad. Los hombres eran los maridos de estas santas. Perpetua y Felicitas me colocaron en otro lecho aislado, que tenía cortinados de color azul con cordones colorados. La suegra de Perpetua trajo una mesa redonda que estaba en el aire, junto a mi lecho, y allí la preparó con toda clase de maravillosas viandas. Parece que lo hacía en nombre de Perpetua. Las dos santas se apartaron algo de mí a un lugar más espacioso, y pensé que podía significar esto alguna pena para mí y me dominó la tristeza; más aún cuando ví que también la suegra se iba apartando y los dos mártires desaparecieron. Entonces me dí cuenta que manaban sangre mis pies y mis manos. De pronto ví que me rodeaban muchas personas, que en tono de sorpresa decían: "¡Ah, ella come!" Bien pronto cesó toda la algazara y aparecieron de nuevo las santas, y la suegra de Perpetua me dijo que habría debido yo sufrir grave persecución y molestia a causa de estas efusiones de sangre, pero que por intercesión de aquellos santos había sido alejada o al menos mitigada. Me dijo además que aquellos tres niños que había yo vestido para la primera comunión, conseguirán remover de mí, con sus oraciones, muchos padecimientos y que en vez de sufrir una nueva persecución, ha venido

sobre mí esta dolorosa enfermedad y en premio de todo ello estas viandas que se veían sobre la mesa: frutos, paños muy finos puestos sobre platos de oro con inscripciones azules y también flores. La santa mujer, que estaba a mi lado hablándome, tenía en torno de sí un fulgor puramente blanco que iba perdiéndose en un color gris. No había sido encarcelada ni martirizada con él; pero ahora estaba con él, porque, como había sucedido a muchos otros, durante la persecución, ella había muerto en esos escondrijos por el dolor y el sufrimiento a causa de las privaciones. Dios se lo había contado todo esto como martirio. Perpetua y Felicitas se hubieran podido sustraer al martirio; pero Perpetua lo había deseado ardientemente y cuando se declaró la persecución, se mostró abiertamente cristiana. Me dijo que Perpetua se había casado a causa de una visión y para salir de la casa de su padre. Ví a este hombre; no era alto de estatura, pero fuerte, aunque ya de edad y raras veces se encontraba en su casa. Cuando estaba, habitaba el segundo piso con su mujer. El podía ver todo lo que ella hacía, puesto que la estancia que habitaba estaba separada sólo por un tabique de madera entrelazada, sobre cuya parte superior había una abertura cerrada habitualmente con una cerradura.

Poco tenía que hacer con ella, y parecía que la trataba con desconfianza por ser ella cristiana. Las más de las veces yo veía a la mujer en aquella estancia; parecía que no se movía fácilmente porque era corpulenta y por eso las más de las veces estaba sentada o se recostaba sobre un cómodo sillón. Ví que trabajaba con la ayuda de unos palitos en una labor ordinaria de malla. Las paredes de la casa estaban pintadas de varios colores, pero no con arte tan refinado como en Roma. Cuando estaba el padre en casa se mostraba todo inquieto, incierto y silencioso; cuando él se alejaba, la madre aparecía más alegre y benévola con sus hijos. Además de Perpetua, he visto varios jovencitos allí. Cuando Perpetua tuvo cerca de diez y siete años la he visto en una estancia fajando y curando a un niño enfermo, de unos siete años. Este niño tenía un horrible tumor en la cara que lo desfiguraba y por añadidura no lo sufría con paciencia. Los padres no lo visitaban siquiera y lo he visto morir entre los brazos de Perpetua, que lo ocultó luego en un lienzo y lo sepultó. El padre y la madre ya no lo vieron más.

Felicitas era sirvienta en una casa donde servía otra que con ella fué martirizada. A menudo venía a la casa de sus padres y a veces dormía allí. Perpetua llevaba muchas veces, en la os-

curidad de la noche o en el crepúsculo, algunos objetos en una pequeña canasta o entre sus vestidos, y esas buenas gentes aprovechaban lo traído para repartirlo a los cristianos escondidos, de los cuales muchos morían de hambre y de necesidades. He visto todo este andar y venir con mis propios ojos. Perpetua no era de rostro muy agraciado: tenía la nariz algo achatada y corta; los huesos de las mejillas algo prominentes y los labios un tanto levantados, como lo veo en la gente de aquellas comarcas. Tenía cabellos negros y largos, trenzados y enrollados sobre la cabeza. El vestido era a la moda romana; pero no tan simple, pues tenía adornos en torno al cuello y las extremidades y la parte superior del cuerpo parecía más estrecho. Perpetua era muy decidida en el trato y en el modo de andar. He visto a los maridos de las dos santas mujeres en casa de Perpetua despedirse de ellas para huir: así se sustrajeron de la persecución. Cuando se hubieron alejado, he visto a Perpetua y a Felicitas abrazarse tiernamente, como si entonces se sintiesen más libres y dispuestas para el martirio. La casa de Perpetua era más pequeña que la de sus padres. Tenía un solo piso y el patio estaba cercado por una empalizada de madera. Al nacer el día ví a Perpetua y Felicitas y la suegra de Felicitas, en casa de Perpetua, sorprendidas por una tropa de soldados, que traían arrestados a dos jóvenes que estaban a la puerta de la casa.

Perpetua y Felicitas fueron al encuentro de los soldados alegremente. La suegra retuvo al niño y nadie se cuidó de ella. Estos cuatro cristianos, entre golpes y malos tratos, fueron llevados sin pasar por el camino ordinario, entre el muro y los arcos, sino a través de otro abierto en el campo, hacia una parte remota de la ciudad y encerrados en una casucha que parecía un aislado fortín de leño y no una cárcel. Aquí he visto algún tiempo después a un joven que golpeaba por mucho tiempo a la puerta hasta que los soldados lo dejaron entrar y lo llevaron delante de los prisioneros. He visto también llegarse al padre de Perpetua: la suplicó y lloró, la conjuró a renegar de la fe y, finalmente, la golpeó en la cara. Ella respondió con gravedad y soportó todo con paciencia. Después he visto cómo fué conducida, atravesando una parte de la ciudad y varios muros, a la cárcel subterránea donde estaban muchos otros cristianos. Allí ví de nuevo la visión de la escala que tuvo Perpetua y cómo, después de recibir celestial consuelo, subía la escala y descendía para ayudar a los otros. Al descender se laceraba los vestidos, mientras miraba hacia un lado, en aquellas agudas puntas, pre-

cisamente en las caderas, donde más tarde fué embestida por el toro furioso, durante su martirio. Ví a Perpetua yacer en el suelo y hacer un movimiento como si quisiese poner en orden sus vestidos. Esto acaeció en el momento en que descendiendo de la mística escala, se dió cuenta de que estaban rotos sus vestidos. Mientras estaba en la cárcel, hablaba animosamente con los soldados y asumía la representación de sus compañeros de prisión, alcanzando para sí y para los otros más respeto y consideración. La ví cuando fué arrastrada de un lado a otro por el toro y luego pisoteada. Al caer aun se ajustó sus vestidos desordenados y me pareció que por un momento se daba cuenta de su posición. Cuando fué llevada luego por senderos transversales a otro patio, preguntó si sería pronto martirizada. Estaba siempre como en visión y no sabía casi lo que hacían con ella. En medio de aquella plazoleta había varios asientos pequeños; fué llevada a uno de ellos y atravesada por la garganta. Era cosa terrible el verla: Perpetua no acababa de morir; el verdugo la atravesó por los costados y después la traspasó por el lado derecho de la garganta. La mártir tuvo que guiarle la mano. En el suelo aún movió la mano; finalmente murió con grave dificultad. Los demás mártires estaban allí amontonados. Las dos santas fueron despojadas y robadas sus vestiduras; metidas en una especie de red y llevadas fuera. Por causa de los golpes y azotes todo el cuerpo estaba lleno de sangre y de heridas. Los sagrados despojos fueron secretamente sustraídos y sepultados por gente venida de Cartago. He visto que muchísimos se convirtieron por el martirio de Perpetua y su heroica paciencia y que la cárcel se llenó muy pronto nuevamente.

(8 de Marzo)

He tenido durante la noche las reliquias de Perpetua y Felicitas junto a mí, pero con grande extrañeza no he visto cosa alguna que tuviera relación con ellas. Aunque esperaba ver algo sobre estas santas, nada ví en todo el tiempo. De aquí reconozco que estas visiones son cosas serias y que no se tienen según la voluntad propia.

19. San Esteban y San Lorenzo

(3 de Agosto de 1820)

Entre las reliquias que poseo, conozco una de San Lorenzo. Es un trozo de hueso envuelto en una materia oscura. ¡Qué tesoro! ¡San Esteban y San Lorenzo! He aquí que ambos están presentes: primero Esteban, después Lorenzo. Aquel tiene un vestido blanco de sacerdote judío y un ancho cinto y en la espalda una faja. Es un hermoso joven, más alto que Lorenzo. Este viste un largo hábito como de diácono. Esteban tenía, además, ancho cinturón blanco de sacerdote, un collar sobre los hombros, tejido de blanco y rojo, muy brillante, y la palma en la mano. Lorenzo estaba vestido con un hábito azul blanco, largo y plegado, ceñido con ancho cinturón y una estola al cuello. No era de tanta estatura como Esteban, pero era, como éste, joven, de buen aspecto y animoso. Este hueso suyo debe haber sido oscurecido por el fuego y está envuelto en un pañito negro. Las parrillas tenían un borde como el de una sartén. Eran más anchas por arriba que por abajo. Tenían seis pies y cuatro barras atravesadas. Cuando el santo estaba en ellas fué puesta sobre él una barra atravesada. Tenía consigo las parrillas cuando se me presentó.

He visto a San Lorenzo, español, natural de la ciudad de Huesca. Su madre se llamaba Paciencia. Del nombre del padre no me acuerdo. Ambos eran muy piadosos cristianos. Las casas de éstos estaban señaladas con una cruz tallada en piedra. Unas cruces eran sencillas y otras dobles. Ví que Lorenzo tenía una devoción extraordinaria al Santísimo Sacramento y que aproximadamente desde los once años había sido dotado por Dios de una maravillosa sensibilidad para conocer la proximidad de la Eucaristía, aunque el Santísimo fuese llevado ocultamente. Dondequiera que fuese llevado, él lo acompañaba y lo adoraba con mucho fervor. Sus piadosos padres, que no tenían tanto celo, tachaban de excesivo el suyo. Ví una prueba conmovedora de su amor al Santísimo Sacramento. Supo Lorenzo que un sacerdote llevaba secretamente la comunión a una leprosa que habitaba una miserable cabaña junto a la muralla de la ciudad. Siguió por devoción secretamente al sacerdote hasta la cabaña y estuvo escuchando y orando mientras la enferma recibía la comunión. Diósela en efecto el sacerdote, pero en el momento de recibirla la enferma vomitó y con esto salió de la boca la

sagrada forma. El sacerdote, de cuyo nombre no me acuerdo, llegó a ser santo; pero entonces se hallaba en grande apuro sin saber cómo sacar de aquella inmundicia el Sacramento. Todo esto lo vió el niño Lorenzo desde su escondite y no pudiendo contenerse, impulsado por su amor al Sacramento, penetró en la habitación y, venciendo la natural repugnancia, se echó sobre el vómito y tomó en sus labios el cuerpo del Señor. Ví que en premio de esta heroica acción recibió de Dios un gran valor y una fortaleza invencible. He visto también, de una manera que no puedo describir, que él nació no de la sangre ni de la voluntad de la carne, sino de Dios. Víle como un niño recién nacido y entendí que fué engendrado por sus padres en medio de la mortificación, después que éstos recibieron dignamente los santos Sacramentos, en pudor y penitencia; que en el momento de ser engendrado fué consagrado a Dios y que por esta razón le había sido dada esta temprana devoción y este sentimiento de la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento. Tuve mucha alegría de ver aquí un niño engendrado como siempre pensaba que se debe en el matrimino cristiano. Después de aquella acción heroica no tardó Lorenzo en dirigirse a Roma, previo el consentimiento de sus padres. Allí le ví, en compañía de santos sacerdotes, visitar a los enfermos y encarcelados. No tardó en hacerse querer muy especialmente por el Papa Sixto, que le ordenó de diácono. Le ví ayudar Misa al Papa y ví que el Pontífice, después de comulgar, le daba a él la comunión bajo ambas especies. Le ví también dar el Sacramento a los cristianos. No había comulgatorio, como ahora. Los diáconos alternaban en el servicio de la iglesia; pero ví que Lorenzo siempre ayudaba a Sixto. Cuando éste fué encarcelado, corrió Lorenzo en pos de él y le llamó para que no le dejara; ví que Sixto, por divina inspiración, le anunció su próximo martirio y le mandó que repartiera entre los pobres los tesoros de la Iglesia. Vile ir con mucho dinero en el pecho a una viuda llamada Ciriaca, en cuya casa había escondidos muchos cristianos y enfermos y le ví lavarles a todos los pies humildemente y socorrer, imponiéndoles las manos, a aquella viuda que hacía tiempo padecía violentos dolores de cabeza, y curar enfermos y paralíticos, restituir la vista a los ciegos y distribuir abundantes limosnas. La viuda le ayudaba en todas estas cosas, aun en convertir en dinero los tesoros de la Iglesia. Vile entrar en una cueva y después en las catacumbas y ayudar a todos y distribuir limosnas y dar la sagrada comunión e infundir valor y consuelo, pues había en él

fortaleza de alma sobrenatural e inocente y grave serenidad. Vile ir con Ciriaca a la cárcel donde estaba el Papa y decirle, cuando éste era conducido al martirio, que ya había distribuídc los tesoros y como ministro del altar quería seguirle al martirio. El Papa le predijo de nuevo su muerte.

Después fué apresado por los soldados por haber hablado de tesoros. Los tormentos no se acababan; duraron durante toda la noche con inaudita crueldad. Entre dos lugares de suplicios había un espacio con columnas, donde estaban todos los instrumentos del martirio. El ingreso en aquel lugar era permitido y había muchos espectadores. Allí fué martirizado hasta ser tostado en las parrillas. Después de ser confortado por el ángel, volviéndose en las parrillas, habló alegremente. Por sí mismo se había colocado sobre ellas sin dejarse atar. Conocí que por favor divino había dejado de sentir en gran parte aquel tormento y que estaba en él como en un lecho de rosas. Otros mártires habían padecido más espantosos dolores. Sus vestidos de diácono eran blancos. Tenía una faja en la cintura, una estola, un cuello redondo sobre los hombros y un manto ceñido como el de San Esteban. Ví que fué sepultado por Hipólito y el sacerdote Justino y que muchos lloraron en su sepulcro, sobre el cual se dijo misa. Lorenzo se me apareció una vez que yo sentía escrúpulos sobre si debía comulgar. Me preguntó acerca del estado de mi espíritu y me dijo, después de oírme, que podía comulgar al día siguiente.

20. San Hipólito

He visto representaciones de su vida. Sus padres eran sumamente pobres. El padre murió muy joven. La madre era una mujer intratable y con ser ella misma pobre y de humilde condición, se mostrabra dura y orgullosa con los otros pobres. Ví muchos actos de Hipólito cuando todavía era niño y se me mostró que aquellos actos eran la raíz de la futura gracia que había de obtener de hacerse cristiano y alcanzar la palma del martirio. Me fué mostrado que aún en los paganos están unidas muchas gracias a las buenas obras que practican. Ví a su madre en discordia con otra pobre mujer, a la cual trató injustamente y la echó con soberbia de su casa. Lo cual sintió mucho Hipólito y tomando secretamente una prenda de su ropa interior se la llevó a aquella mujer, dándole a entender que se la enviaba su madre en señal de reconciliación. No se lo dijo con palabras; pero ella no pudo creer otra cosa. Volvió de nuevo a la madre de Hipó-

lito, la cual la recibió blandamente, porque se quedó admirada de que habiéndola tratado antes con tanta dureza, volviera ahora con señales de amistad.

Otras obras de caridad ví hacer al joven Hipólito. Siendo soldado iba a ser castigado severamente uno de sus compañeros por haber cometido cierta falta, cuando él se presentó al capitán acusándose de haber sido culpable. En gracia de esta voluntaria acusación fué mitigado el castigo que padeció por el otro. Agradecido a este favor, el compañero se unió tan estrechamente con él, que ambos se hicieron cristianos y recibieron juntos el martirio. En lo cual ví yo interiormente que las obras de amor y las obras buenas que nacen de él, no son desatendidas por el Señor, sino que convierten a los que las practican en vasos de futuras gracias. Ví que a Hipólito le fué confiada la custodia de Lorenzo y que se sintió interiormente movido cuando éste presentó los pobres al Emperador, diciendo que eran los tesoros de la iglesia. Hipólito no era malo. Era pagano, de la misma manera que Pablo había sido judío. Ví que se convirtió en la cárcel y que después del martirio de San Lorenzo permaneció tres días y tres noches llorando y orando con otros muchos fieles en su sepulcro.

Sobre este sepulcro Justino celebraba la Misa y daba la sagrada comunión, que no todos podían recibir; pero aún sobre los que no la recibían ví una ardiente llama de deseo. El sacerdote roció a todos con agua bendita. El sepulcro estaba del otro lado de una colina y no podía ser observado. No tardó Hipólito en ser encarcelado con muchos otros fieles. Su martirio, que consistía en ser arrastrado por el suelo, se verificó en un lugar desierto, no lejos del sepulcro de San Lorenzo. Los caballos se resistieron a moverse del lugar. Azotáronlos los verdugos y los punzaron en las carnes y los abrasaron con teas. El santo mártir fué arrastrado en sacudidas reiteradas. Había allí lugares preparados con piedras y con agujeros y espinas para desgarrar sus miembros. Con él fueron martirizados otros veinte cristianos, entre ellos su compañero. El llevaba la túnica blanca del bautismo.

21. Santa Catalina de Alejandría

Llamábase su padre Costa. Catalina era hija única. Como su madre, tenía los cabellos rubios, era muy viva y animosa y siempre debía padecer o combatir. Fuéle dada un aya y desde muy joven le pusieron maestros que le enseñasen. Víle hacer

juguetes con cortezas, que regalaba a los niños pobres. Cuando creció, escribió mucho en tablas y pergaminos y daba los escritos a otras jóvenes. Con todo, su corazón anhelaba por el Salvador de los hombres y porque se dignase conmoverla a ella también, y tuvo muchas visiones e ilustraciones. Desde entonces concibió un odio mortal a los ídolos y derribó, enterró e hizo pedazos todos los idolillos que pudo hallar; por lo cual y por extraordinarios y profundos discursos contra los ídolos tuvo que estar en la cárcel de su padre. Fué instruída en todas las ciencias y ví cómo paseando dibujaba en la arena y en los muros del castillo y que sus compañeras imitaban sus dibujos. Cuando tuvo ocho años, la llevó su padre consigo a Alejandría donde conoció al que debía ser su esposo. Catalina recibió en el bautismo una sabiduría inefable. Hablaba cosas admirables, pero guardó secreto, como los demás cristianos, acerca de su religión. No pudiendo su padre soportar durante más tiempo la aversión al paganismo de Catalina, ni sus palabras y profecías, la hizo encarcelar, pues creía que así no podía tener trato ninguno con los que pensaban como ella. Por otra parte la amaba mucho porque era hermosa y discreta. Los siervos y criadas que le servían eran remudados con frecuencia, porque entre ellos solía haber algún cristiano. Ya antes se le había aparecido Jesucristo como Esposo celestial y su imagen no se apartaba nunca de su alma; así que ella no quería oír hablar siquiera de ningún hombre.

Su padre quería casarla con un joven de Alejandría, llamado Maximino, el cual procedía de estirpe regia y era sobrino del gobernador de Alejandría, que no teniendo hijos le había instituído heredero. Mas Catalina no quiso saber nada de él. Ví que intentaron seducirla; pero ella se mostró animosa y rechazó, burlándose, aquellas tentativas. En esto se condujo con tal discreción y prudencia, que los más, teniéndola por necia, se ablandaban y la dejaban. Antes de estas tentativas, cuando tenía doce años, su madre murió en sus brazos. Al ver que iba a morir ésta, Catalina le dijo que era cristiana y la instruyó y la decidió a recibir el bautismo. Ví que Catalina roció con un ramo agua de una copa de oro sobre la cabeza, la frente, la boca y el pecho de su madre. El padre de Catalina la envió a Alejandría a casa de un pariente, esperando que allí aceptaría al que le había designado por esposo. Este salió al encuentro de Catalina en un barco y yo la oí decir cosas admirables y muy profundas y cristianas y contrarias a los ídolos. El prometido alguna vez le tapó la boca, entre irritado y en broma; pero ella se sonreía y

seguía hablando con viveza e inspiración. Desembarcaron en un lugar en el cual la condujo el futuro esposo a una casa, que era mansión de placeres mundanos, con el intento de hacerla mudar de opinión; pero ella siguió en su propósito sin dejar su aire afable y lleno de gracia y dignidad. Entonces sólo tenía trece años. En Alejandría vivía en casa del padre de su pretendiente, en un gran palacio con muchos departamentos. Allí moraba también el joven, pero separadamente, loco de amor y poseído de inquietud. Pero ella siempre hablaba de su otro Esposo, por lo cual se intentó seducirla y obligarla a que mudara de opinión y le fueron enviados sabios para que la apartaran de la fe; pero ella los confundió a todos.

Por entonces se hallaba en Alejandría el patriarca Teonás, quien con su grandísima mansedumbre había conseguido que los paganos no persiguieran a los cristianos. Estos vivían muy oprimidos y tenían que proceder con la mayor cautela y guardarse de hablar contra los ídolos. De aquí surgió una tolerancia muy peligrosa respecto de los paganos y tibieza en los cristianos, por lo cual dispuso Dios que Catalina, con su luz interior e inflamado celo, reanimase a muchos. Vi a Catalina en casa de Teonás. El le dió el Sacramento para que se lo llevara a su casa. Ella lo llevó en un vaso de oro sobre su pecho. La sacratísima Sangre no la recibió. Vi entonces a muchos fieles que parecían solitarios, prisioneros y atormentados duramente en trabajos de construcción, en sacar piedras y transportarlas. Llevaban hábitos cenicientos, tejidos de malla, del grueso de un dedo aproximadamente y en la cabeza una banda que les caía sobre la espalda. Vi que a éstos les fué dada secretamente la comunión.

Catalina fué obligada por sus parientes a ir al templo de los ídolos; pero no sólo no fué posible reducirla a ofrecerles sacrificios, sino que cuando la solemnidad era mayor, Catalina, arrebatada de santo entusiasmo, se acercó a los sacerdotes y derribó el altar de los perfumes y echó por tierra los vasos, clamando contra las abominaciones de la idolatría. Levantóse entonces un gran tumulto; apoderáronse de ella, la tuvieron por loca furiosa y la condujeron al peristilo del templo para interrogarla. Ella seguía clamando con mayor violencia. Fué conducida a la cárcel y en el camino llamó a todos los confesores de Cristo invitándolos a unirse con ella para derramar su sangre por Aquel que nos ha redimido con la suya. Fué encarcelada, azotada con escorpiones y arrojada a las bestias feroces. Yo pensaba que no es lícito ocasionar tan de intento el martirio; pero se dan excepcio-

nes y hay instrumentos elegidos por Dios. Catalina era instada y violentada a que sacrificase a los ídolos y a que aceptase aquel matrimonio que ella tanto aborrecía. Anteriormente, después de la muerte de su madre, la había llevado muchas veces su padre a las escandalosas fiestas de Venus; pero ella siempre había estado allí con los ojos cerrados.

En Alejandría estaba adormecido el celo de los cristianos. Halagaba mucho a los paganos que Teonás consolase a los esclavos cristianos maltratados por sus crueles amos y que los exhortase a servirlos con fidelidad, con lo que se mostraban los paganos tan aficionados a él que muchos cristianos débiles sacaban de aquí la consecuencia que no sería cosa tan mala el paganismo. Por esta razón suscitó Dios a aquella esforzada, animosa e inspirada doncella, para que con sus palabras, con su ejemplo y su glorioso martirio convirtiera a muchos que de otro modo no se habrían salvado. Era tan poco el cuidado que tenía en ocultar su fe, que iba por las plazas públicas buscando a los esclavos y trabajadores cristianos para consolarlos y exhortarlos a mantenerse firmes en la fe. Conocía que muchos se habían entibiado y apostataban a causa de aquella tolerancia. Había visto a tales apóstatas tomar parte en el sacrificio del templo, por lo cual sentía vivo dolor y santa indignación. Las bestias, a las cuales había sido arrojada después de azotada, le lamieron las heridas y ella se vió repentinamente curada en la cárcel. Su prometido quiso hacerle allí violencia, pero tuvo que salir confundido y anonadado. Vino su padre y la sacó de la cárcel, conduciéndola de nuevo a casa del joven, donde fueron empleados todos los medios imaginables para inducirla a la apostasía. A las doncellas paganas que habían sido enviadas a ella para que la convencieran, ella las ganó para Cristo; los filósofos que disputaron con ella, se dieron por vencidos. El padre se puso fuera de sí y atribuyó todo esto a encantamiento, por lo cual mandó azotar y encarcelar de nuevo a su hija. La mujer del tirano, que había ido a visitarla, se convirtió y con ella un oficial. Cuando ésta vino a la cárcel, se apareció un ángel que tenía una corona suspendida sobre la cabeza de Catalina y otro con una palma delante de ella. No sé si los vió la mujer del tirano.

Conducida Catalina al circo fué puesta en un lugar elevado entre dos anchas ruedas guarnecidas de puntas agudas de hierro y de dientes. Cuando empezaron a dar vuelta las ruedas, cayó un rayo e hizo pedazos la maquinaria, lanzando los pedazos en diferentes direcciones e hiriendo y matando a unos treinta pa-

ganos. Siguióse luego una gran tempestad de viento y granizo, pero ella estaba sentada muy tranquila entre los restos de las ruedas con los brazos extendidos. Fué de nuevo conducida a la cárcel y oprimida durante muchos días. Varios hombres quisieron apoderarse de ella; pero los rechazaba con la mano y ellos se quedaban como estatuas sin movimiento. Llegábanse otros y ella con sólo mostrarles con la mano a los que se habían quedado petrificados, los rechazaba. Todo se atribuyó a arte mágica y Catalina fué conducida de nuevo al lugar de las ejecuciones. Arrodillóse en el tajo, con la cabeza vuelta hacia un lado y fué decapitada. Saltó de la herida extraordinaria cantidad de sangre; la cabeza se desprendió por completo del cuerpo. Arrojaron el cuerpo en un horno encendido; pero las llamas se revolvieron contra los verdugos, mientras una nube de humo cubría su cuerpo. Sacáronlo de allí y lo arrojaron a bestias hambrientas para que lo despedazasen; pero no lo tocaron. Al día siguiente los verdugos llevaron el cuerpo a una cueva llena de inmundicia, entre césped de sauco. Por la noche vi en aquel lugar a dos ángeles con vestiduras sacerdotales que cubrieron el cuerpo con cortezas de árbol y se lo llevaron.

Catalina fué martirizada en el año 299, a la edad de dieciséis años. Entre las muchas doncellas que la acompañaron, llorando, al lugar del suplicio, algunas fueron después infieles; pero la mujer del tirano y el oficial padecieron valerosamente y murieron por Cristo. Los ángeles llevaron el cuerpo de esta santa virgen a una cumbre inaccesible del monte Sinaí. Vi la superficie de esa cumbre, que tendría extensión suficiente no más que para una casa pequeña. Estaba construída esta casa con ladrillos colorados impresos con plantas y flores. Colocaron el cuerpo y la cabeza vueltos hacia la piedra, que parecía blanda como cera, puesto que aquel sagrado cuerpo quedó impreso dentro como una forma. Las manos quedaron claramente impresas en aquella piedra. Los ángeles colocaron encima de la piedra, ligeramente levantada sobre el nivel del suelo, una tapa que resplandecía. El cuerpo quedó allí por muchos siglos completamente escondido, hasta que fué mostrado en visión por Dios a un ermitaño del monte Oreb. Allí vivían solitarios bajo la obediencia de un abad. El ermitaño contó su visión repetidas veces a su abad, y supo que otro de los solitarios había tenido la misma visión. El abad les mandó, por santa obediencia, ir en busca del sagrado cuerpo; esto no era posible de modo natural, puesto que el lugar era inaccesible, prominente, sobre un abismo de rocas. Los he

visto recorrer toda esa comarca, en una sola noche, lo que naturalmente hubiese exigido muchos días de camino; estaban como en estado sobrenatural. Mientras era todo oscuridad y tinieblas, en torno de ellos había claridad. He visto que cada uno de ellos era llevado sobre aquella inaccesible cumbre en los brazos de un ángel y he visto a los ángeles abrir también el sepulcro. Uno de los ermitaños se llevó la cabeza; el otro el resto del cuerpo, que se había disecado y vuelto ligero y pequeño, y así sostenidos por los ángeles descendieron de aquella altura.

He visto al pie del monte Sinaí la capilla donde reposa el santo cuerpo. Esta capilla está sostenida por doce columnas. Los monjes que allí habitan me parecen griegos. Llevan un vestido de género ordinario que confeccionan ellos mismos. He visto los huesos de Santa Catalina reposando en un pequeño sarcófago. No había allí más que la calavera blanquísima y un brazo derecho; otra cosa no he visto. Todo en este monasterio está en decadencia. He visto junto a la sacristía una pequeña gruta cavada en la roca: sus paredes encierran sagradas reliquias. Están envueltas en lanas y sedas, bien conservadas. Hay entre estas reliquias algunas de los profetas que vivieron en otro tiempo en este monte y que los esenios veneraban cuando vivían en sus cavernas. He visto reliquias de Jacob, de José y de su familia, cosas que los israelitas habían traído consigo desde Egipto. Estas santas reliquias parecían cosas desconocidas por la mayoría: sólo eran honradas por algunos monjes piadosos. Toda la iglesia del monasterio ha sido construida sobre el monte, en la parte que mira hacia la Arabia; pero está hecha de modo que se puede pasear en torno hacia la parte posterior del monte.

Capítulo III

VISIONES DE LOS SANTOS

1. Santa Clara

Tuve a la vista una reliquia de Santa Clara y vi episodios de su vida. Su piadosa madre rezaba delante del Santísimo Sacramento con la mayor devoción para obtener que su parto fuese bendecido, y tuvo un interno aviso que daría a luz una hija que sería más clara que el sol. Por eso la niña fué llamada Clara. Conocí que la madre había peregrinado a Jerusalén, a Roma y a otros lugares santos. Sus padres eran personas de distinción, muy piadosas. Clara era atraída desde sus primeros años por todo lo que era santo y puro. Si la llevaban a la iglesia en seguida extendía sus manecitas hacia el Santísimo Sacramento. Todas las demás cosas que le presentaban, aunque fuesen muy bien pintadas y atrayentes, y aún las imágenes de la iglesia, no le llamaban la atención. La madre enseñaba a rezar a la niña, que se ejercitaba desde entonces en la mortificación. La devoción del Rosario debía estar ya en uso, porque los padres de Clara, con todos los de la familia, recitaban por la tarde cierto número de Padrenuestros y de Avemarías. Vi que Clara buscaba ciertas piedrecitas lisas de diferente tamaño y las llevaba en un bolsillo doble de cuero, y que luego, rezando, iba poniéndolas a derecha e izquierda. Otras veces vi que disponía aquellas piedrecitas en líneas y en círculos, y después de haber dispuesto cierto número se quedaba reflexionando y contemplando en silencio. Si veía que había rezado sin mucha atención se imponía a sí misma una penitencia. Entrelazaba con arte pequeñas cruces con pajas. Tendría apenas unos seis años cuando la vi en el patio de su casa, donde habían matado unos cerdos, recoger las cerdas, cortarlas y llevarlas escondidas debajo de los vestidos, en torno al cuello y nuca, para hacer penitencia. Más tarde su piedad fué más conocida.

San Francisco recibió un aviso interior de visitar a los padres de Clara. He visto esta visita, y cómo hicieron llamar a Clara.

Francisco habló con ella, que se sintió enteramente conmovida por las palabras del santo. Vi que se presentó un joven a los padres para pedirla en matrimonio y que los padres no eran ajenos a esta intención, aunque no hubiesen hablado a Clara. Ella tuvo aviso interno de las intenciones de sus padres y corrió a su pieza donde, delante de un pequeño altar, hizo voto de virginidad. Sus padres la presentaron después delante de aquel joven y ella declaró solemnemente el voto que había pronunciado. Los padres quedaron maravillados y no la obligaron al matrimonio. Luego la he visto ejercitar toda clase de buenas obras, especialmente con los pobres, a los cuales llevaba secretamente, siempre que podía hacerlo, los alimentos preparados para ella misma. La he visto visitar a Francisco en el convento de la Porciúncula, siempre más decidida en su propósito de consagrarse a Dios.

En la festividad del Domingo de Ramos fué a la iglesia adornada con sus mejores atavíos. El Obispo distribuía, a los que se acercaban al altar, ramos de palmas. Clara estaba retirada en la parte interior de la iglesia. El Obispo vió que un rayo de luz se posaba sobre ella y se encaminó hacia allá para darle aquellos ramos. Ese rayo de luz se esparcía sobre varias personas que estaban en la iglesia. Durante la noche la vi salir de la casa de sus padres e irse a la iglesia de la Porciúncula, donde Francisco y sus hermanos la recibieron con velas encendidas cantando el *Veni Creator*. La vi recibir allí un hábito de penitencia y cortarse los cabellos. Luego San Francisco la condujo al monasterio situado dentro de la ciudad. Antes de este tiempo ella llevaba un cinturón hecho de crines de caballo con trece nudos y después otro con cerdas de porcinos vueltas al interior. Vi en aquel convento a una monja que la odiaba mucho y que no quería reconciliarse con ella. Aquella monja languidecía postrada en el lecho mientras Clara estaba también moribunda. Clara le rogó y la exhortó a la reconciliación, pero la religiosa no lo quiso hacer. Entonces Clara oró con mayor fervor y dijo a algunas monjas que llevasen junto a su lecho a la enferma. Estas obedecieron: llevaron a la enferma, la cual sanó de pronto. Con esto se sintió tan conmovida, que rogó a la santa le perdonase todo lo pasado; la santa, a su vez, le rogaba la perdonase como si hubiese sido suya la culpa. En su muerte, he visto presente a la Santísima Virgen con un coro de santas vírgenes.

2. Cuadros de la juventud de San Agustín

El Peregrino había mezclado, por error, reliquias de San Agustín y de San Francisco de Sales, anotando equivocadamente los nombres sobre el relicario. Ana Catalina dijo lo siguiente:

He visto a un santo Obispo y a una santa dama junto a mí. Las reliquias de ambos deben encontrarse aquí, puesto que la aparición se efectuó muy cerca de mí y desapareció aquí mismo. Todas las veces que veo la aparición de un santo, cuya reliquia se encuentra cerca de mí, la luz que sale de la reliquia se aleja de mi lado y se junta a una que viene de lo alto y se reúne con ella y dentro de esta mezcla de las dos luces veo la aparición del santo. Cuando, en cambio, no tengo la reliquia conmigo y se aparece un santo, la luz y la aparición vienen ambas de lo alto del cielo.

El Peregrino, creyendo poner a su lado la reliquia de San Francisco, oyó a la vidente:

Tengo en mi presencia a mi querido padre Agustín.

Vuelta del éxtasis, continuó:

He visto al santo revestido con sus ornamentos episcopales y, debajo de él, su nombre escrito con letras angulares. Esto me maravillaba; al principio me pareció ver sus sagrados huesos escondidos curiosamente en un objeto extraño, como el caparazón del caracol; no podía saber qué cosa fuera. De pronto se transformó el objeto y tomó una forma más bella: era liso como una piedra y en la cavidad interna tenía la reliquia del santo. Conocí que estaba dentro de una cápsula de madreperla.

He visto al santo cuando era niño, en casa de sus padres, situada no lejos de una ciudad de mediana grandeza. Estaba fabricada a la moda romana, con peristilo y columnata; alrededor se veían edificios con campos y jardines. Me pareció una villa. El padre era hombre fuerte y de alta estatura; tenía aire severo y me pareció que debía estar investido de alguna autoridad, puesto que lo vi hablar con gran seriedad con otras personas que parecían inferiores a él. He visto también a otras personas hincar las rodillas delante de él, como si implorasen alguna gracia; quizás eran siervos o campesinos. He visto que el padre, en presencia del niño Agustín, hablaba y trataba más amigablemente y largamente con su mujer Mónica, como si tuviese predilección hacia el niño. Por lo demás, poco se ocupaba de él.

Agustín pasaba su tiempo con otros dos hombres y su madre. Mónica era de baja estatura; caminaba algo encorvada; era avanzada en años y de color bastante oscuro; muy temerosa de Dios, dulce de carácter y estaba en inquietud y en cuidados continuos por su hijo Agustín. Lo seguía por todas partes, ya que he visto que Agustín era inquieto y lleno de pequeñas malicias. Lo vi subirse de modo peligroso y aún correr sobre el borde del techo liso y plano de la casa paterna. De los dos hombres que he visto en casa, el uno parecía preceptor, el otro siervo. Uno iba con el niño a la vecina villa a una escuela donde había muchos niños y lo traía de nuevo a casa. Fuera de la clase, lo he visto poner por obra toda clase de travesuras y astucias infantiles. Pegaba y tiraba cascotes a los animales y se peleaba a puñetazos con sus compañeros. Hurtaba en casa en todos los armarios y comía toda golosina que encontraba; con todo, he visto que había mucho de bueno en él; daba fácilmente cuanto tenía y a veces simplemente lo tiraba. Vi también en esa casa una mujer, que era mucama o aya.

Más tarde fué llevado a otra escuela, en una ciudad más grande y más lejana. Lo veía ir allá en un coche con ruedas pequeñas y muy anchas, tirado por dos caballos; dos personas lo acompañaban. Lo vi en la escuela con muchos niños. Dormía en una gran sala; había entre una cama y otra un tabique de cañas o corteza de árboles. La escuela tenia lugar en una gran sala. Los alumnos estaban sentados circularmente, en torno al muro, sobre bancos de piedra y escribían, sobre las rodillas, en pequeñas tablitas oscuras. Tenían también volúmenes y lápices. El maestro estaba sobre una tarima de dos gradas y tenía una pequeña cátedra; detrás había una tabla grande, sobre la cual a veces diseñaba figuras.

El maestro llamaba a uno que otro al medio de la sala. Estaban frecuentemente uno frente a otro, teniendo en la mano rótulos o volúmenes, en los cuales leían, y haciendo esto movían las manos y gesticulaban como si estuviesen predicando. Parecía como si disputasen; pero más a menudo como si predicasen. He visto que Agustín estaba en la escuela con buen comportamiento y que pronto se hizo el primero de la clase. Cuando salía de allí con sus compañeros se entregaba a toda clase de travesuras, haciendo daño y destruyendo animales o cosas. Lo he visto, por ejemplo, matar por gusto, con golpes y pedradas, a ciertos volátiles de cuello largo, que allí son animales domésticos; luego lo veía llevarlos a un lado y llorar por compasión. He visto a sus

compañeros correr y luchar en un jardín redondo, donde había caminos cubiertos; hacían mucho daño, rompían, robaban e imprecaban. De allí lo he visto volver a casa y entregarse a toda clase de pillerías y desórdenes. Lo he visto una noche salir con varios compañeros y robar frutas. Lo vi sacudir su manto, todo lleno de no sé qué cosas robadas. Mónica, su madre, lo amonestaba, rezaba mucho por él, se afligía y lloraba por causa de su hijo.

Lo he visto después ponerse en viaje hacia aquella gran ciudad donde Perpetua había sido martirizada. Para llegar, debía pasar por un ancho río, sobre el cual había un puente. Reconocí en seguida esa ciudad. De un lado se veían escollos, que descendían hacia el mar, cubiertos de muros y de torres. Había muchas naves y una ciudad más pequeña se levantaba allí cerca. Había muchos grandes edificios, como en Roma antigua, y también una gran iglesia cristiana. Vi muchos episodios de las locuras que hacía Agustín con sus compañeros. Habitaba en una casa él solo y disputaba con otros compañeros. Vi que visitaba a una mujer; pero no se quedaba mucho con ella, pues estaba siempre en movimiento febril. Lo vi intervenir en públicos espectáculos, que me parecían verdaderamente diabólicos. Vi un edificio muy vasto y redondo: de un lado lleno de asientos de gradas; debajo muchas entradas, de donde se subía a lo alto de las gradas y se podía circular por todos esos asientos. El edificio no tenía techo: sólo se veía extendida una gran tela, como una tienda. Los asientos estaban llenos de espectadores; en el frente se representaban espectáculos que me infundían horror y abominación. En el fondo, detrás de aquel plano, se veían representados toda clase de objetos y de lugares, y de pronto parecía que aquellos objetos y lugares se hundiesen en la tierra. Ponían un muro fingido o tocaban algún resorte secreto y volvía a aparecer algo nuevo. Una vez vi que se extendía súbitamente y aparecía ante los ojos una plaza hermosa dentro de una ciudad. Parecía que todo sucedía en aquella pequeña plaza. De pronto aparecieron allí hombres y mujeres en parejas, que discurrían y hacían toda clase de locuras. Todo esto era horroroso y abominable. Vi también que aquellos que representaban algún personaje en la escena llevaban feas máscaras con largas bocas deformes. En los pies tenían unos zuecos, agudos en la parte superior y anchos debajo, pintados de colores rojo, amarillo y varios. Vi que otra turba, más abajo que el tablado, hablaba y cantaba con los de arriba. He visto que niños de ocho a doce

años tocaban flautas, unas derechas y otras entorcidas y otros instrumentos de cuerda. Vi a esos niños precipitarse desde lo alto abajo con las piernas abiertas y con la cabeza abajo: creo que estarían atados con cuerdas y sostenidos de alguna manera; el espectáculo causaba horror. Después he visto a dos hombres luchar entre sí; uno de ellos había recibido dos heridas en el rostro y sangraba; vino un médico que lo curó y vendó las heridas. No puedo describir la abominación y la fealdad de todo aquello. Las mejores que allí recitaban y representaban eran hombres también, aunque usaban vestidos de mujeres.

He visto que Agustín se presentó al público, pero no en ninguna de las representaciones dichas. Lo ví metido en todo género de vanos entretenimientos y pecados; siempre, en todo, él era el primero, y esto me pareció que era por pura vanidad, pues siempre lo veía triste y pensativo e inquieto, no bien se encontraba luego a solas. Aquella mujer con la cual vivía le trajo a casa una criatura, de la cual no se conturbó mayormente. Lo más del tiempo lo veía en las salas y pórticos, disputando, o departiendo con otros u oyendo hablar, y a veces sacaba rótulos o volúmenes, y leía en ellos en sus discusiones. Su madre lo vino a ver a Cartago, y le habló con mucho calor, y lloró mucho por él. Mientras ella estuvo en esa ciudad, no habitó en la misma casa.

En la casa de su madre no he visto ni cruz ni imagen de santos; había allí estatuas según la moda pagana; pero ni ella ni su marido tenían en cuenta a las estatuas. La madre se retiraba siempre a un ángulo de la casa o al jardín para rezar: allí permanecía sentada inclinada sobre sí misma, y rezaba y lloraba. A pesar de esto, no la he visto exenta de todo defecto; mientras se lamentaba de los hurtos de su hijo, en materia de glotonería, y lloraba, también ella comía golosamente, y conocí que Agustín había heredado de ella ese defecto. Ví, por ejemplo, que cuando iba a la cantina para sacar el vino para el marido, bebía algún tanto en las ánforas y que comía con gusto alguna golosina. He visto cómo de ello se arrepentía y luchaba contra esta avidez y vicio de la gula. Ví muchas costumbres de Mónica, que eran las de aquella época. Ella, como otras, llevaba en cierto tiempo canastos de pan y otros alimentos al cementerio. Este cementerio estaba rodeado de sólidos muros y las fosas cubiertas de sarcófagos y de construcciones de piedra. Colocaba estas viandas allí con piadosa intención y luego los pobres las recogían para alimentarse. Otra vez la ví, cuando su hijo era adulto,

viajar a pie con un bulto, que llevaba su siervo, y llegarse a un obispo, que le habló bastante a propósito del hijo. Lloró mucho en esta ocasión y el obispo le dijo algo que la consoló. He visto luego a Agustín volver de Cartago a su casa. Su padre había muerto ya. Lo ví en su pequeña ciudad enseñando y amaestrando a otros, siempre lleno de disipación y de inquietud espiritual. Lo ví junto a un amigo que fué bautizado poco antes de morir. Agustín se mofaba de este bautismo, pero quedó muy afectado por la muerte. Más tarde lo ví de nuevo en Cartago en todo el desenfreno de su vida disipada.

3. San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal

(29 de Mayo de 1820)

Al ser preguntada Ana Catalina por el Peregrino, por qué las reliquias de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca de Chantal estaban con otras pertenecientes a mártires romanos, contestó:

Estas reliquias hace tiempo se encontraban en la iglesia de Uberwasser, Münster. Fueron sacadas de los altares y de los armarios, y se mezclaron las unas con las otras.

He visto un distinguido eclesiástico que hizo el bien maravillosamente en un país montañoso, situado entre Francia e Italia, y lo acompañé en muchos de sus viajes. Lo he visto en su juventud estudiar con mucho celo y hacer huir a una mujerzuela con un tizón encendido. He visto cuadros simbólicos de su celo. Con una tea en la mano corría de un lado a otro de los pueblos y villas, incendiándolos y las llamas se dilataban de una villa a otra. El fuego penetró en una gran ciudad que está a la orilla de un lago. Cuando había cesado, cayó una lluvia mansa y por el suelo se veían esparcidos objetos semejantes a brillantes piedrecitas y perlas que fueron recogidas y llevadas a las casas: adonde llegaban estas perlas todo crecía y se volvía más luminoso. Lo he visto mostrarse inefablemente dulce, obrar con gran celo y seguir adelante en su obra. Lo ví yendo en persona por todas partes, subiendo a lo alto, sobre las nieves. Lo ví junto al rey y junto al Papa y luego en una corte situada entre estos dos soberanos. De día y de noche recorría a pie muchos lugares, ayudando y enseñando. A menudo durante la noche se refugiaba en un bosque.

Por medio de San Francisco conocí a la ilustre dama Juana Francisca de Chantal, la cual recorrió conmigo todos los caminos de Francisco y me mostró su vida y todo lo que había hecho. He viajado con ella y hemos hablado sobre muchas cosas. Era viuda y tenía hijos. Una vez la ví en medio de sus hijos. Oí una historia de ella que le causó mucho dolor y ví cuadros relativos a este episodio. Una dama del mundo, pequeña de estatura, de condición ilustre, de costumbres ligeras, se demostró penitente y por medio de Santa Juana Francisca se presentó al santo obispo; pero siempre recaía en sus malas pasiones. Francisca me dijo que por causa de ella se había encontrado en graves dificultades y daños, tanta era la influencia que había ejercido aquella dama.

Luego he visto que el obispo, junto con Juana Francisca de Chantal, edificó un convento. Aquella dama mundana parecía convertida y hacía penitencia en una pequeña habitación, cerca del convento. Juana Francisca me mostró el estado de esa persona, que se encontraba en un lugar oscuro.

He visto al obispo San Francisco decir la Misa en un lugar donde muchas personas dudaban de la real presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento. Tuvo durante la Misa una visión, en la cual supo que una mujer, allí presente, había ido a la Misa sólo por complacer al marido; pero no creía en la transubstanciación, y que había llevado consigo un pedazo de pan escondido en el bolsillo. Francisco subió al púlpito y predicando dijo que el Señor podía efectuar la transubstanciación tan fácilmente como podía cambiar en piedra el pan que una persona incrédula tuviera en el bolsillo. Vi a esa persona salir de la iglesia y halló que su pan se había convertido en piedra.

He visto al santo obispo vestido siempre con gran limpieza y decencia. Lo he visto en un lugar lleno de enemigos insidiosos, de noche, en una cabaña adonde acudieron unas veinte personas, a las cuales amaestró en la fe. He visto cómo lo asechaban para quitarle la vida, le armaban emboscadas, y lo persiguieron en un selva donde se había refugiado.

Estuve luego con aquella dama *(Santa Juana Francisca)* caminando por una gran ciudad donde me mostró cómo ella había luchado contra un hereje que andaba siempre por caminos extraviados, próximo a la verdad. Ella no lo perdía de vista y andaba en pos de él por caminos transversales para ganarlo a la verdad, y éste no se quiso dejar salvar y conducir a la verdad. En esta ciudad tuvimos que andar la santa y yo sobre una gran plaza llena de ciudadanos y campesinos, que eran ejercitados

en carreras de tropas de asalto. Yo sentía gran temor de ser arrollada, y más cuando la dama me dijo que le era imposible seguir andando, pues tenía tanta hambre que estaba a punto de desmayarse. Ví entonces a uno de aquella gente que comía pan y carne. Le rogué me concediera un bocado, y me dió pan y carne de pollo. Cuando la dama lo hubo comido, pudo llegar hasta su convento. En estos cuadros, en los cuales en estado de visión ejercito un acto de caridad hacia la persona aparecida, he tenido desde la infancia el conocimiento interno de que éstas son obras que los santos desean de nosotros para hacerlas recaer en beneficio de alguna otra persona necesitada. Son obras buenas que ellos dejan hacer por otros a favor suyo aparentemente, para hacer sentir el beneficio de ellas en otras personas necesitadas. Quiero decir que como nosotros rendimos a Dios lo que hacemos en realidad para el prójimo, así en este caso volvemos al prójimo lo que realmente hacemos a los santos.

Entré en el convento que la santa dama había fundado junto con el obispo y visité todos sus locales. Es un edificio antiguo y maravilloso. En aquellas estancias había gran cantidad de provisiones, toda clase de frutas y forrajes, muchos objetos de vestuario y gorras muy curiosas. Esas monjas deben haber ejercido mucha beneficencia hacia los pobres. Puse en orden todo lo que estaba disperso. Pero en estos trabajos se me ponía delante una maliciosa monjita, que me reprochaba toda clase de faltas y trataba de difamarme, como si yo intentase robar. Me dijo todas mis faltas: que yo era avara, porque decía siempre que el dinero es fango, y sin embargo daba vuelta a las cosas buscando cada centavo; que me ocupaba inútilmente de las cosas del mundo y que emprendía muchas tareas y no alcanzaba a hacer bien ninguna de ellas, y así por el estilo. Esta monjita caminaba siempre detrás de mí; nunca tuvo ánimo de ponerse delante. Le dije entonces que debía ponerse enfrente si quería hablarme, y conocí que era el tentador bajo la forma de monjita. En estos días me ha molestado mucho en diversas formas. En el límite extremo de la parte superior del convento, en el último ángulo, encontré una monja que había sido puesta allí por la fundadora y tenía una balanza en la mano, que contenía una mezcla de lentejas, semejantes a pequeñas semillas amarillas, entre perlas y polvo. Ella debía purificar todo esto y llevar la mitad de la buena semilla a la parte anterior del convento para sembrarla allí; pero he visto que ella no lo hacía así y se mostraba descuidada y desobediente. Vino otra que debía hacerlo

en su lugar, pero que no lo hizo mejor que la anterior. Entonces me puse a la obra yo misma, y comencé a separar lo uno de lo otro en aquel confuso montón. Esto significaba que de la cosecha espiritual de aquel convento debían trasmitirse nuevos y puros granos a la parte anterior del mismo convento; es decir, que el objeto y el fruto bendito de su fundación debía ser renovado y hecho de nuevo fecundo y bueno por medio de los méritos que se derivaban de la bondad y de la disciplina antigua, reparando todo lo que se había podido perder por negligencia de los superiores.

Más tarde Ana Catalina tuvo otra visión de la vida de la santa, desde la infancia hasta la muerte; pero no tuvo tiempo ni fuerzas para dar una relación al Peregrino. Santa Francisca se le apareció frecuentemente y le pedía parte de sus méritos para la restauración de la orden. El 2 de Julio de 1821, dijo lo siguiente:

Estuve la noche pasada en Annecy, en el convento de la hija de Santa Francisca de Chantal. Yo estaba muy enferma y yacía en un lecho dentro de una sala y ví los preparativos para la fiesta de la Visitación. He visto, como si estuviese en el coro, que en el altar se celebraba la solemnidad. Yo estaba en estado tan deplorable, que me desmayé. Entonces vino rápidamente hacia mí San Francisco de Sales y me proporcionó un reconfortante. Llevaba un ornamento solemne, largo, amarillo y muy amplio. También Santa Juana Francisca de Chantal se encontraba junto a mí.

4. San Uberto

Cuando tomé entre mis manos su reliquia oí la voz y ví al santo obispo que decía: "Es un hueso mío. Soy Uberto". He visto muchos cuadros de su vida, desde que era niño en un castillo antiguo que se erguía solitario rodeado de un foso. Llevaba vestidos estrechos y con su arco iba por los bosques y campos donde había campesinos que araban la tierra. Cazaba pájaros y los daba a los pobres que habitaban en torno del castillo. A menudo lo he visto navegar secretamente sobre unas tablas en torno al foso con agua para distribuir limosnas a los pobres. Más tarde lo he visto casado, todavía joven, tomando parte con otros en una gran cacería. Llevaba un yelmo de cuero; pendíale del pecho un cuerno retorcido; sobre la espalda tenía la ballesta y en la mano una lanza liviana. Todos los cazadores iban acompañados de

perros pequeños, de pelo amarillento o anaranjado; he visto algunos grandes junto a Uberto. Traían tablas sujetas a dos jumentos para poner en ellas lo que lograsen cazar. Atravesaron una comarca extensa y salvaje y comenzaron la partida en una llanura junto a un río. He visto a Uberto perseguir por mucho tiempo, con sus perros, a un pequeño ciervo de pelaje amarillento. Cuando los perros llegaban junto al ciervo, volvían atrás, donde estaba Uberto, y ladraban como si quisieran decirle algo. El ciervo se detenía y miraba a Uberto. Después que esto sucedió varias veces, Uberto lanzó algunos perros de sus compañeros en persecución del ciervo; pero también éstos volvieron atrás y, ladrando, se ponían junto a sus dueños. El ansia de Uberto crecía siempre viendo que el ciervo, al parecer, se volvía más corpulento; de este modo, persiguiéndolo, alejóse de sus compañeros. El ciervo corrió hacia un zarzal y pareció crecer de estatura. Uberto pensó que el animal se enredaría de tal modo con los cuernos en el ramaje, que no podría continuar la huída. El animal entró resueltamente entre el ramaje con mucha agilidad, y Uberto, que solía vencer fácilmente estas dificultades, lo persiguió y penetró con trabajo en aquel ramaje entrelazado. Allí dentro he visto al ciervo crecer y detenerse en toda su belleza y tamaño; parecía un corpulento caballo de color amarillento y tenía en torno del cuerpo crines largas y hermosas como seda. Uberto estaba a la derecha del animal y levantó la lanza para herirlo. Entonces el ciervo dirigió una mirada llena de dulzura a Uberto y entre sus cuernos apareció una cruz luminosa con la imagen del Salvador. Uberto cayó de rodillas, y dió voces con su cuerno de caza. Cuando acudieron sus compañeros, lo encontraron desvanecido. Llegaron a ver también la aparición; luego la cruz desapareció y el ciervo se hizo de nuevo pequeño, y desapareció. Llevaron a Uberto a casa, enfermo, sobre la misma angarilla sujeta a los dos jumentos. El era cristiano y su padre me parece que era un duque, decaído por aquel tiempo, ya que el castillo que habitaban estaba muy deteriorado. Uberto había ya visto en un lugar desierto la aparición de un joven que lo había invitado a seguirlo. Se mostró muy conmovido, pero por su gran pasión por la caza había olvidado la fuerte impresión del primer momento. Otra vez había perseguido a través de los campos a un cordero que se refugió en una zarza. Como no lo pudiese hallar, le aplicó fuego; pero el humo y el fuego se volvieron contra él, de modo que recibió varias quemaduras y el cordero quedó intacto.

Uberto, como he dicho, fué llevado a casa gravemente enfermo, y se creyó que se iba a morir. Estaba lleno de arrepentimiento e imploraba a Dios la gracia de poder servirlo fielmente hasta el fin de su vida, si le concedía la salud perdida. Sanó de aquella enfermedad; al poco tiempo murió su mujer, y lo ví en traje de monje. Le fué concedido en una visión, en gracia de haber vencido sus pasiones, que toda aquella fuerza de dañar que antes había tenido, se convirtiera en fuerza saludable y benigna en favor de los demás. Lo he visto luego curar, con la imposición de sus manos, los males del cólera, de la rabia, de la sed de sangre, tanto en lo corporal como en lo espiritual. Sanaba también a los mismos animales. Lo he visto poner su cordón en la boca de los perros rabiosos, y sanaban. Lo he visto preparar y bendecir pequeños panes redondos para los hombres, y otros más alargados para los animales. Con ellos curaba la rabia. He sabido con certeza que quien invoca al santo con fe firme, se sentirá, en fuerza y en mérito del don de curar que se le concedió, fortificado moralmente contra el cólera y contra la rabia. Más tarde lo he visto en Roma, donde el Papa, a raíz de una visión, lo consagró Obispo.

5. Santa Gertrudis

Antes del nacimiento de la niña, la madre había tenido una visión en la cual le parecía que daba a luz una niña, que tenía un báculo pastoral de abadesa, del cual salía y se extendía una vid. La madre habitaba un antiguo castillo. En una ocasión se encontró en graves angustias con la gente de aquella comarca a causa de las numerosas ratas que destruían los sembradíos y las provisiones almacenadas. Estaba presa de horror y de asco y contó a su hija Gertrudis las devastaciones que hacían los dañinos roedores. Gertrudis se hincó de rodillas delante de la madre y rogó a Dios con todo fervor que las librase de aquel flagelo. He visto que todas las ratas huían del castillo y se ahogaban en el foso lleno de agua que lo circundaba. Gertrudis, en fuerza de su fe inocente y confiada, obtuvo gran eficacia contra estos y otros dañinos animales. Más tarde vi que tenían en torno suyo algunos ratones, como también liebres y pájaros que iban y venían según ella les mandaba, y les daba alimento. He visto que era deseada en matrimonio por un joven a quien ella le dijo que era mejor que eligiese por esposa a la Iglesia y se hiciese eclesiástico. Este joven lo hizo, después que vió morir a algunas

otras jóvenes, a las cuales había pedido en matrimonio. Más tarde he visto a Gertrudis como monja, a la madre como abadesa; después de su madre fué elegida abadesa ella misma. En el momento en que le fué llevado el báculo pastoral, salió del punto en que el báculo forma la curva, una vid con diecinueve granos de uva, que ella dividió, dando uno a su madre y los demás a las dieciocho monjas del convento. Vi también correr en torno del báculo un par de ratones, como ofreciendo su homenaje a la nueva abadesa. El sueño de la madre se vió realizado en ese momento.

6. La beata Magdalena de Hadamar

El 19 de Enero de 1820, el Peregrino presentó a Ana Catalina una reliquia de esta santa estigmatizada, y ella dijo:

¿Qué debo hacer con este vestido tan largo? No puedo llegar hasta esa monjita; está demasiado distante de mí. Han atormentado tanto a esta pobre monjita que no pudo cumplir su misión. La han hecho morir antes de que pudiera realizarla. He visto a la pequeña Magdalena, a la cual pertenece este hábito, en el cementerio del convento, en un ángulo del cual se encuentra un pequeño osario. Cerca, en el muro, veíanse las estaciones del *Via Crucis* y en el nicho del osario la imagen del Salvador llevando la cruz. Delante del edificio había una planta de sauco y una especie de cerco de nogales. Sobre la plazoleta, que se extendía cerca, habían depositado una gran cantidad de trabajos no terminados: paños no cosidos completamente, bordados y cosas semejantes. Me he puesto alegremente a trabajar: he cosido y remendado, y mientras tanto recitaba el Oficio. Tuve que sudar mucho en este trabajo y tuve dolores muy agudos en el cuero cabelludo. Me dolía separadamente cada cabello de mi cabeza. Conocí muy bien el significado de aquel trabajo y el de cada uno de los objetos que me rodeaban y que debía trabajar.

Junto al sauco, en un rinconcito tranquilo, verdaderamente agradable, la pequeña Magdalena se había abandonado demasiado al gusto de la piedad y se había descuidado, dejando incompletos varios trabajos para los pobres. Cuando al fin me hube desocupado de tanto quehacer, me metí en aquella casucha delante de un armario, donde Magdalena se me presentó dándome las gracias, con semblante muy alegre, como si desde tiempo atrás no hubiese visto a nadie. Abrió el armario y vió allí re-

unidos todos los bocados de los que se había privado en favor de los pobres. Me dió las gracias por haber yo limpiado aquel lugar y terminado los trabajos. "Aquí, en la vida terrena, se puede hacer, en una hora, dijo ella, lo que allá, en la otra vida, no se podrá compensar". Me prometió ropas para mis niños pobres. Dijo que había tomado sobre sí demasiadas tareas, por exceso de buen corazón y de benevolencia, de modo que tuvo luego que descuidar e interrumpir varias cosas. Me enseñó que el orden y la discreción son necesarios aún en los padecimientos: de otro modo nace confusión y desorden. No era alta, pero sí muy delgada de cuerpo. El rostro era lleno y florido. Me mostró la casa de sus padres y me indicó también la puerta por donde salió para ir al convento.

Vi en seguida muchos cuadros de su vida en el mismo convento. Era muy benévola y ayudadora y trabajaba y se afanaba en provecho de los otros en todo cuanto le era posible. La he visto, tendida en el lecho, sobrevenirle diversas enfermedades y sanarse de modo repentino. He visto las efusiones de sangre de sus estigmas. En sus sufrimientos recibía ayuda del cielo. Cuando la priora o las otras monjas estaban de un lado de su lecho, yo veía del otro figuras de ángeles o de monjas, que estaban en el aire y la consolaban, le daban de beber o la sostenían. La he visto bien tratada por sus hermanas; pero cuando su estado fué conocido por el público, la he visto sufrir mucho por las visitas continuas y por la falsa veneración que le prodigaban. Todas las cosas que le sucedían habían sido tan exageradas que le daba muchísimo dolor; así me lo aseguró ella misma. He visto a su confesor anotando y escribiendo; pero él más hablaba de su propia maravilla que de las cosas mismas que la motivaban. La he visto sometida a una pesquisa, después de la supresión del convento, hecha por eclesiásticos y médicos militares. No he visto que le hiciesen ningún ultraje, pero se portaban rudamente y de mala manera, aunque estaban lejos de la malicia y de la falsedad de los que me han tratado a mí en el mismo caso. La atormentaban especialmente con pretender que comiese, y así tuvo que padecer frecuentes vómitos. Desde niña se había acostumbrado a las privaciones y a la abstinencia; sus padres eran de pobre condición, pero muy piadosos. Su madre le decía, en sus primeros años, cuando comía o bebía: "Ahora, prívate de este bocado o de este trago en favor de los pobres o de las ánimas del Purgatorio." De este modo le había inculcado la abstinencia y el espíritu de mortificación .

Los eclesiásticos, en la última investigación, habían dejado hacer todo a los médicos y se mantenían muy fríos con ella. Ella tuvo cosas muy maravillosas, pero era demasiado conocida. Murió muy temprano; se había angustiado mucho internamente y todas estas penas sofocadas y reprimidas obraron de tal modo que le abreviaron la vida. He visto su muerte; no las ceremonias y circunstancias de su sepultura y el trato de su cadáver, sino que he visto al alma cuando partía dejando el cuerpo inerte.

Cuando más tarde el Peregrino le trajo de nuevo el pañito con sangre de la estigmatizada, Ana Catalina exclamó:

¡Ah! ¿estás aquí, querida mía?... ¡Oh, cuán lista es, ayudadora, benévola y amable!... *(Permaneció algún tiempo silenciosa y añadió):* ¿Por qué dijo Jesús a la Magdalena: "Mujer, ¿por qué lloras?"... Yo sé por qué: mi Esposo celestial me lo dijo. Magdalena lo había buscado con tanta ansia y con tanto ardor inquieto, y cuando lo encontró, lo tomó por el jardinero. Por eso le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras?..." Pero cuando ella exclamó: "¡Maestro!", y lo reconoció, entonces El le dijo: "María." Según el modo como buscamos a Dios, así lo encontramos. Así lo vi también con esta mi Magdalena. La he visto yacer en una oscura estancia y llegar a ella muchas personas: las que la querían examinar y preguntar. Eran groseros en su modo de tratar; pero no tan malos como los que vinieron a verme a mí con el mismo fin. Le hablaron de un *clister,* y este lenguaje le causó tanta molestia y lo recibió de tan ingrata manera, que cayó en intensa pesadumbre. Cuando se redujo a mayor sujeción, nada le aconteció de lo que temía. He visto este cuadro cuando estaba cerca de la ventana que daba al jardín. Había tenido este desagradable incidente por haber dudado encontrar a su celestial Esposo, que estaba junto a ella. Magdalena me debe aún las ropas prometidas para mis pobres.

7. Santa Paula

El padre Limberg le presentó un fragmento de paño extraído de un paquete de reliquias para que lo reconociese. La vidente lo observó atentamente y luego dijo:

Pertenece al velo de aquella dama que fué peregrinando de Roma a Jerusalén y a Belén. Es del velo de Santa Paula. He aquí a la santa junto a mí. Aquel velo es largo y pende hacia abajo, descendiendo desde el rostro. Tiene en las manos un bastón con un grueso puño.

Reconoció también un fragmento de seda que Santa Paula había usado como cortina delante de la imagen del pesebre, en su pequeña capilla. La santa había rezado a menudo con su hija detrás de esta cortina, y también Jesús Niño se le apareció a menudo en este lugar. Preguntó el Peregrino: "Esta cortina ¿estuvo delante del verdadero pesebre o sólo en la gruta del pesebre?". Respondió:

Estaba delante del pequeño pesebre que las monjas de Santa Paula tenían en su capilla. El convento estaba tan próximo a la gruta del pesebre que parecía como si la capilla estuviese edificada al lado y se apoyase en el punto preciso donde nació Jesús. La capilla era de madera con un trabajo entrelazado y, dentro, todo cubierto de tapetes. De allí salían como cuatro líneas de celdas pequeñas y ligeras, como se fabrican los alojamientos en la Tierra Santa. Cada celda tenía delante un jardincito. Allí Santa Paula y su hija reunieron a las primeras compañeras. En la capilla se levantaba un altar aislado con un tabernáculo y detrás de este altar, separado solamente por un cortinado tejido en seda colorada y blanca, se veía el lugar donde estaba el pesebre erigido por Santa Paula, dividido sólo por una pared de la gruta del Pesebre, que fué el lugar donde nació Jesucristo. Este pesebre de Santa Paula imitaba exactamente al verdadero, aunque más pequeño y construído en piedra blanca; estaba hecho con tanto arte que se veía hasta el heno y la paja. El Niño Jesús estaba expuesto, vestido con estrechas fajas azules. A menudo en la oración Santa Paula lo tomaba en brazos. De la parte donde el pesebre se apoyaba en la pared descendía un techado en el cual estaba atado un asnillo con la cabeza vuelta hacia el pesebre; estaba hecho de leño, pintado y sus pelos imitados con hilos. En la parte alta del pesebre estaba suspendida una estrella. Delante de la cortina, a derecha e izquierda del altar, pendían lámparas.

8. Santa Escolástica y San Benito

Por medio de una reliquia de Santa Escolástica he visto muchos cuadros de su vida y de la de San Benito. He visto la casa paterna en una gran ciudad, no lejos de Roma. No estaba fabricada del todo al estilo de los romanos. Del lado que daba sobre la calle había un espacio empedrado, cerrado por un muro más bajo con una reja de color rojizo. Detrás había un patio con un jardín y una fuente que surtía agua. En el jardín

había un lugar sombreado, donde vi a Benito y a Escolástica jugando inocentemente y de acuerdo, como estuvieron siempre desde niños. El lugar estaba cubierto exteriormente de plantas y enredaderas. El techo era llano y adornado de figuras de color. Creo que estas figuras eran primero talladas y luego colocadas allí, porque tenían un relieve muy visible. Hermano y hermana se querían mucho y me parecían gemelos. A la ventana de aquella casita campestre acudían pajaritos, muy familiares con ellos, que traían en el pico ramitas y flores, y miraban alrededor, buscando a los niños, los cuales se divertían con las flores y plantas y clavaban en el suelo varias clases de leños formando pequeños recuadros en el jardín. Los he visto escribir y grabar toda clase de figuras en una materia de color. De tiempo en tiempo venía un aya que los vigilaba en sus recreaciones. Parecióme que sus padres eran gente de dinero, muy ocupados en negocios, porque veía como a unas veinte personas en casa, y él observaba a los que iban y venían. No parecía que se ocupaban mucho de sus hijos. El padre era un hombre fuerte y corpulento, vestido completamente a la moda de los romanos. El comía con la mujer y con algunas personas en la parte baja de la casa; los hijos habitaban la parte alta y separados. Benito tenía por preceptor a un anciano eclesiástico con el cual vivía solo. Escolástica estaba con su aya en una pieza donde también dormía. Observé que sus guardianes no los dejaban ni solos ni mucho tiempo juntos; de modo que cuando se encontraban por casualidad solos se ponían muy contentos y felices. He visto que Escolástica aprendía de su aya una especie particular de trabajo. En una estancia próxima a la en que dormía había una mesa sobre la cual tenía sus labores femeniles. Allí se veían muchos cestos llenos de géneros de todos colores, con los cuales ella hacía figuras de pájaros, flores, ornatos de espirales y otros que luego eran cosidos sobre un paño más fuerte, de manera que parecían entallados. El techo de la habitación estaba también adornado con figuras de colores como la estancia del jardín. Las ventanas no tenían vidrios, sino paños sobre los cuales se veían dibujadas figuras de árboles, de espirales y de otros adornos contorneados. Escolástica dormía detrás de un cortinado; su lecho estaba muy poco elevado sobre el suelo. La he visto por la mañana, cuando el aya salió de la estancia, saltar del lecho y echarse al pie de una cruz que pendía de la pared y allí orar; cuando sentía los pasos del aya se refugiaba detrás de la corti-

na y así estaba en el lecho cuando la sirvienta llegaba. He visto a Benito y a Escolástica en la escuela del preceptor; pero cada cual en hora diversa. Los vi leer en grandes libros, como también dibujar letras con oro y con rojo y con un azul verdaderamente hermoso. Lo que se escribía y adornaba se conservaba arrollado. Para hacer esto se usaba de cierto utensilio largo como de un dedo. Cuanto más crecían los niños en edad, menos se los dejaba solos. He visto luego a Benito que estaba ya en el décimo cuarto año de edad ir a Roma y entrar en un edificio grande, en el cual había un corredor con muchas estancias. Parecía una escuela o un monasterio. He visto a muchos jovencitos y a algunos eclesiásticos de edad celebrar una fiesta en una gran sala, adornada con cuadros y pinturas semejantes a los de la casa de Benito. Vi que aquellos convidados no comían recostados, sino sentados sobre sillones redondos y bajos, de modo que tenían que extender las piernas bastante y así se sentaban los unos juntos a los otros a aquella mesa tan baja. Para poner los platos y los vasos, que eran de color amarillo, había cavidades hechas en la misma mesa. No he visto muchas viandas; en el medio había tres grandes platos llenos de viandas de color amarillento y de forma aplastada. Cuando la comida tocó a su fin, vi entrar seis mujeres de diversas edades. Llevaban figuras hechas de pastas y confituras y cestas con botellas pendientes de los brazos; eran parientes de jóvenes que allí se educaban. Los alumnos se habían levantado de la mesa y se entretenían con esas personas en un ángulo de la mesa y recibían las confituras, pastas, dulces y bebidas. Había entre ellas una mujer de uno treinta años, que yo había visto otras veces en casa de Benito; ésta se acercó de modo más insinuante a Benito, que era puro e inocente y no abrigaba sospecha de nadie. Supe que esta mujer insidiaba la inocencia del joven y que le dió de beber de su frasco y que en aquella bebida había algo venenoso, mágicamente embriagador. Benito no tenía de ello el menor presentimiento. Lo vi luego durante la noche agitado en su celda por efecto de aquella bebida, y en grande angustia se fué a uno, de quien recabó permiso para poder descender al patio, puesto que sin permiso jamás se ausentaba de la celda. Lo vi en la oscuridad de la noche azotarse en un ángulo de aquel patio, con ramas de espino y ortigas, las espaldas con mucho rigor. Más tarde he visto que, siendo ya solitario, ayudó generosamente a aquella seductora, que se encontraba en grandes apuros, y que lo

hizo así precisamente para hacer bien a una enemiga. Había conocido por voz interior la mala intención de esa mujer.

He visto después a Benito sobre un alto monte lleno de escollos. Estaba en el vigésimo año de su edad. He visto cómo se cavaba una celda dentro de un escollo, luego un corredor y otra celda, y así de ese modo excavó varias celdas en la roca. Por lo demás, sólo la primera tenía puerta abierta hacia fuera. He visto que en la parte superior las redondeaba como bóvedas y allí entrelazó y sujetó ciertas imágenes o pinturas compuestas de piedrecitas unas junto a las otras. He visto en una celda tres cuadros semejantes: el de arriba representaba el cielo; el de un lado, el nacimiento de Cristo, y el del otro, el juicio final. Recuerdo que en este último cuadro el Señor estaba sentado sobre un árbol, con una espada que salía de la boca, y abajo, entre los beatos y los condenados, se veía un ángel con una balanza. Había representado también un monasterio, con un abad y detrás de él, muchos monjes. Parecía que Benito hubiese previsto el desarrollo de su propia obra. A su hermana, que había quedado en casa, la vi varias veces ir a visitarlo a pie. El no permitía que pernoctase allí. A veces ella le llevaba un volumen que había transcripto y dibujado. Hablaban juntos de cosas divinas. Benito había plantado árboles a lo largo del camino que llevaba a su celda, como si estuviese dispuesto para una procesión. Se mostraba siempre severo en el porte y en el trato con su hermana. Ella, en su gran inocencia, se mostraba siempre muy amable y alegre. Cuando Benito no le contaba muchas cosas que ella deseaba, se volvía a Dios y le rogaba, exponiéndole su deseo. Luego veía yo que el hermano se mostraba alegre y benévolo con ella. La he visto, bajo la dirección de su hermano, edificar un monasterio sobre un alto monte distante cerca de un día de camino y entrar en él con un número grande de monjas. La he visto instruir a aquellas monjas en el canto. No había allí órgano alguno; los órganos han traído grave daño; han envilecido el canto. He visto cómo aquellas monjas preparaban y confeccionaban ornamentos eclesiásticos, y especialmente con aquel género de trabajo que Escolástica había aprendido desde niña en su casa paterna. Ella había dispuesto un mantel grande sobre la mesa del refectorio con bordados de varios colores de imágenes y sentencias de las Escrituras; lo había hecho de tal manera que cada monja, al sentarse en su sitio, tuviera ante los ojos aquello en que debía precisamente ejercitarse y obrar. Escolástica me dijo muchas

cosas amables y consoladoras acerca del trabajo espiritual y respecto del trabajo de los eclesiásticos. He visto que tanto ella como Benito estaban siempre rodeados de pájaros y aves muy familiares y domesticados. Mientras estaba ella aún en casa, he visto a palomas salir de la casa e ir adonde se encontraba Benito en la soledad. En el monasterio los he visto rodeados de palomas y de alondras que traían en el pico flores blancas, coloradas y violáceas. Una vez una paloma le trajo una rosa con una hoja. He visto muchos otros cuadros de ellos, que ahora no puedo narrar porque estoy demasiado enferma y en mísero estado. Escolástica era purísima. La veo ahora en el cielo, cándida como la nieve.

9. Santa Valburga

Tomó de su cajita el hueso de un dedo, estuvo en silencio unos instantes, y luego dijo:

¡Oh, qué simpática monjita! ¡Tan hermosa, tan esbelta, tan resplandeciente! Es verdaderamente toda angélica. ¡Es Valburga! He aquí su monasterio. Fuí conducida por dos monjitas bienaventuradas a una iglesia donde había una fiesta solemne, como si se hubiese llevado el cuerpo de una santa o como si ella hubiese sido declarada santa. Estaba allí un obispo que tenía el cuidado de todos y que indicaba a cada uno su puesto. No era la iglesia del monasterio donde había vivido, sino que estaba situada en un lugar elevado y muy vasto. Concurrió mucha gente, que no he visto tanto en las fiestas de la Cruz, de Koesfeld. La mayor parte de la gente tuvo que quedarse fuera de la iglesia, al aire libre. Yo me había ubicado cerca del altar, no lejos de la sacristía, y las dos monjitas se colocaron junto a mí. Sobre las gradas del altar estaba una simple caja blanca que contenía el cuerpo de la santa. La síndone cándida que la cubría pendía colocada a ambos lados del féretro. El cuerpo era tan blanco como la nieve, parecía animado y viviente y las mejillas estaban sonrosadas. Santa Valburga tuvo siempre un color tan puro en el rostro como puede tenerlo un niño cándido y delicado. Comenzó la fiesta, que consistió en una Misa solemne. No pude permanecer allí; me parecía que me desvanecía y me encontré en tierra apoyada en un brazo y con mis dos compañeras que estaban a mi cabecera y a mis pies apoyándose también sobre mis brazos. He visto a una abadesa que provenía del monasterio de Valburga preparando en

la sacristía tres clases de pastas para hacer panecillos; dos de aquellas pastas eran de refinada cualidad; la tercera, muy ordinaria, consistía en harina blanca, llena de impurezas. Yo pensaba entre mí misma: "¿Qué hará con todo esto?..." Entonces perdí de vista la fiesta y me encontré en visión en un jardín celestial, donde vi la recompensa de Valburga en el Paraíso. La vi en un jardín celestial con Benito, Escolástica, Mauro, Plácido y muchos otros santos monjes y monjas de la regla de San Benito. Había allí una mesa preparada con flores y viandas maravillosas. Valburga estaba sentada en la cabecera de la mesa, toda circundada de guirnaldas y arcos de flores. Cuando volví a la iglesia, la solemnidad tocaba a su fin, pero obtuve de la abadesa y del obispo un pan de la masa más ordinaria, sobre el cual estaba grabada la cifra IV. Los panes de calidad más fina las obtuvieron mis compañeras. El obispo me dijo que ese pan debía servir para mí sola y que no debía dar de él a nadie. Luego me condujo afuera, a la puerta de la iglesia, dentro de la cual las monjas de Santa Valburga estaban distribuídas en el coro en pequeños grupos. He visto en otro cuadro que Valburga, no mucho antes de su muerte, fué encontrada al parecer muerta en su lugar en el coro. Su hermano Vilibaldo fué llamado de inmediato y la encontró con el rostro y las manos bañados con gotas como de rocío semejante al maná. Vilibaldo recogió aquel rocío dentro de una taza oscura y lo dió a las monjas, que lo conservaron como cosa sagrada: después de la muerte de Valburga se obraron muchos milagros con ese licor. Cuando la santa volvió en sí, Vilibaldo le administró el Santísimo Sacramento. Este rocío era el símbolo del aceite de Santa Valburga. He visto que este aceite de Santa Valburga comenzó a destilar un día jueves, porque la santa tenía gran devoción al Santísimo Sacramento y porque ese aceite se refiere al Salvador, cuando sudó sangre en el monte de los Olivos. Cada vez que me es dado gustar de este aceite me siento restablecida como con un rocío celestial. Me ha sido de grande ayuda en graves enfermedades. Valburga estaba llena de caritativo amor hacia los pobres. Los veía en visión y así sabía, aún antes que viniesen a pedirle, cómo debía repartirles el pan. Distribuía panes enteros, medios y fragmentos, y los cortaba ella misma. Les daba también aceite; creo que era óleo de adormidera bastante espeso, y mezclándolo con manteca lo extendía sobre el pan de los pobres, y les daba también para cocinar en sus casas. En recompensa de tanta bon-

dad y de las dulces y caritativas palabras que decía a los pobres, obtuvo del Señor que sus huesos destilasen una especie de óleo. Este óleo se usa contra las mordeduras de perros rabiosos y de otras bestias feroces. He visto que iba de noche a visitar a una enferma, hija del gentilhombre que habitaba en la cercanía del monasterio, y fué asaltada por perros furiosos, que ella logró echar lejos de sí. Llevaba vestido oscuro y estrecho, larga correa, velo blanco y encima otro negro. Era más bien que vestido de monjas, el vestido propio de la gente devota de aquel tiempo.

He visto un gran milagro en ocasión de una devota peregrinación a su sepulcro. Dos malhechores se juntaron a un peregrino que iba al sepulcro de la santa; él dividió su pan con ellos, pero éstos, ingratos, lo ultimaron durante el sueño. Cuando uno de ellos quiso sacar el cadáver de allí para enterrarlo, sucedió que el cadáver se quedó sobre sus hombros de tal manera que no pudo quitárselo, porque quedó como injertado sobre el asesino. De este modo lo vi errando de un lado a otro y a lo lejos, con aquel cadáver sobre las espaldas, hasta que se echó con él en el agua; pero el río no lo quiso retener: no pudo ir al fondo y con su cadáver a cuestas fué arrojado a la otra orilla. Uno quiso hasta cortar una mano al muerto con una espada y no le fué posible hacerlo, y el asesino quedó siempre con el cadáver sobre los hombros. Al fin logró con la oración y el arrepentimiento librarse de su crimen.

Ante esta relación, el Peregrino hizo notar a la vidente su extrañeza de que ella viese ciertos portentos que movían a risa a veces hasta a los eclesiásticos y personas devotas. Ella respondió:

No me es posible decir cuán simples, naturales y correlativos se me aparecen en estado de visión estas cosas y cómo me parece, por el contrario, incauto, perverso y a veces una locura el modo de pensar de los hombres del mundo llamado iluminado. Veo a menudo a personas, que se reputan dotadas ellas mismas de mucha inteligencia y que por tales son tenidas de los demás, en tal estado de estupidez y faltas de sentido común, que se las podría encerrar en una casa de dementes.

10. Santo Tomás de Aquino

Había recibido mi hermana, como regalo de cierta pobre mujer, una reliquia colocada en un relicario. Conocí que la reliquia estaba allí y logré que me la diera a cambio de una imagen de un santo. Vi que salía de ella un resplandor muy hermoso y la guardé en mi armario. Ayer por la noche, cuando sentía todos los dolores que pueden lacerar el cuerpo de una persona, vi un cuadro de la vida de Santo Tomás. En un gran edificio había un niño en brazos de su ama, que le daba un papel en que estaban escritas estas palabras: "Ave María". El niño se llevó el papel a los labios y no quiso soltarlo. Cuando vino su madre, que se hallaba al lado opuesto de la casa, e intentó quitárselo, el niño se resistió, llorando vivamente. Abrióle entonces la manecita su madre y le quitó el papel; pero viendo la gran afición del niño, volvió a dárselo y el niño se lo tragó. Yo había oído una voz en mi interior que decía: "Este es Tomás de Aquino".

Vi a este santo llegarse a mí muchas veces desde mi armario, en diferentes edades de su vida. Díjome que quería curarme de las punzadas que siento en el costado. Entonces se me ocurrió que mi confesor es de su orden y que si pudiera decirle que Tomás era el que me había curado, él creerá que tengo conmigo una reliquia de este santo. Pero el mismo santo me dijo: "Bien; dile que quiero curarte". Se acercó a mí y me puso un cinturón sobre la cabeza... Ya no siento dolor ninguno en el costado. El santo me ha curado y me ha dicho que los otros dolores los debo soportar. Vi, además, otras muchas escenas de la vida del santo, especialmente que siendo muy niño siempre estaba hojeando libros que no quería dejarlos ni siquiera cuando lo bañaban. Vi que esta reliquia había sido regalada al convento por un agustino, el primer rector de nuestro monasterio. Vi muchas cosas de la vida de este piadoso varón, que mandó adornar todas las reliquias del monasterio. Vivía a la sazón en nuestro convento una doncella bienaventurada. La he visto ahora y en muchas otras ocasiones.

11. El Beato Hernán José

Vi representaciones relativas a los años de su infancia. Cuando niño tenía una imagen de la Virgen en un pergamino que formaba un rollo. Ató una cuerda a este pergamino y se lo puso

al cuello a manera de prenda de vestir. Todo esto lo hizo con mucha fe, sencillez y veneración. Cuando estaba solo jugando en el patio de su casa, venían a hacerle compañía otros dos niños que no eran niños de la tierra; pero él no lo sabía y jugaba con ellos libremente y muchas veces los buscaba entre los otros niños de la ciudad, pero no podía hallarlos. Ellos venían únicamente cuando él estaba solo. Una vez lo vi en una pradera, próxima a Colonia, jugando en un arroyo que corre por el campo, donde fué martirizada Santa Ursula. Vi que habiéndose caído en el arroyo, levantó con filial confianza la imagen de la Virgen para que no se mojase. Vi que la Virgen lo tomó de la espalda y lo sacó afuera. Vi además otros cuadros en que resplandecía la gran confianza que tenía en la Santísima Virgen y en el Niño Jesús, al cual dió en la iglesia una manzana, que el Niño aceptó. Vi que debajo de una piedra que la Virgen le señaló encontró algunas monedas en ocasión que no tenía zapatos. Vi que la Virgen le ayudó en sus estudios.

12. San Isidro Labrador

Vi a este santo labrador en muchas escenas de su vida doméstica. En su traje había algo de alegre: usaba casaca corta con muchos botones por delante y por detrás; en las espaldas tenía ciertos adornos en forma de picos; las mangas eran acuchilladas. El jubón era pardo, los calzones anchos, cortos y con franjas. En los pies llevaba calzados sujetos con cordones. Su sombrero era cuadrado con alas sobrepuestas y sujetas con un botón a modo de birrete. Era alto y esbelto; no parecía hombre rústico, pues había algo de fino y distinguido en sus facciones.

Vi también a su mujer, que era alta, hermosa y muy sana. Tenían un hijo al cual vi de edad de doce años. Su casa estaba situada en campo abierto y desde ella se divisaba la ciudad distante como media hora. En la casa había mucho orden y limpieza. Vi, además, allí otras personas que no eran criados. Lo vi también con su mujer unir a todas las obras que hacían, la oración, y bendecir especialmente los manjares cuando comían. El no rezaba oralmente muy largo tiempo; pues luego comenzaba a considerar y a meditar. Vi que antes de comenzar un trabajo, bendecía el campo. Vi que en las faenas de labrador fué socorrido sobrenaturalmente: muchos arados, arrastrados por bueyes blancos, a los que guiaban luminosas apariciones, le araban la tierra y él terminaba la labor antes de lo que había creído.

Parecía que no veía nada de esto, pues sólo estaba atento a Dios en su interior. Vi que tan pronto como oía tocar las campanas en la ciudad, todo lo dejaba y corría a oir la santa Misa y a asistir a otras devociones con suma piedad y celestial arrobamiento. Vi además que cuando volvía tan contento a su trabajo, ya estaba terminada la labor. Una vez iba su hijo conduciendo los bueyes con una cuerda y él llevaba el arado al campo. Entonces oyó tocar a Misa y corrió a oirla; entre tanto los bueyes llegaron al campo y, aunque eran bravos, araron guiados sólo por aquel niño. Estando una vez en oración vi que fueron a decirle que un lobo estaba devorando a un caballo; pero él siguió de rodillas y encomendó a Dios aquel negocio. Cuando volvió al campo vió al lobo muerto a los pies del caballo. Vi a su mujer con él en el campo por la mañana y al medio día. Ambos cavaban y en torno de ellos había muchos operarios invisibles con cuyo auxilio acababan muy pronto la tarea. Su campo era muy hermoso y más fértil que el de los demás y los frutos suyos parecían más excelentes. Vi que todo se lo daban a los pobres y que muchas veces no tenían casi nada en la casa; pero confiados en Dios buscaban y hallaban abundantes provisiones. Vi que muchas veces quisieron algunos enemigos causar daños a las bestias de Isidro, mientras éste se hallaba en Misa; pero fueron impedidos y alejados del sitio donde se hallaban los animales. Y así vi muchos cuadros de su vida. Le vi después entre los santos, con su traje de labrador, lo cual le hacía parecer más maravilloso, y luego en forma de espíritu puro y resplandeciente.

13. La beata Colomba de Schanolt de Bamberg

He visto también a la dominicana Colomba de Schanolt de Bamberg, inefablemente humilde, franca y sencilla. A pesar de tener los estigmas, la he visto trabajar en todos los quehaceres de la casa. Oraba retirada en su celda, postrada con el rostro en tierra, como muerta. La he visto en su lecho: sus manos derramaban sangre, y la sangre salía también de la frente, debajo del velo. La vi recibir la santa Comunión, y vi que la imagen de un pequeño niño, que salió de las manos del sacerdotes, llegaba a ella. Tuve visiones que ella había tenido en vida. Estas visiones las veo pasar como en un cuadro delante de ella o junto a mí, mientras ella yace en su lecho, orando. He visto que llevaba un cilicio y una cadena en torno del cuerpo, hasta que le fué prohibido.

Sus visiones eran sobre la vida de Nuestro Señor, y también de consuelo y de dirección espiritual. Se encontraba muy bien en su convento; no era muy atormentada y así pudo progresar mucho más en la vida espiritual. Era más simple y más profunda que mi pequeña Magdalena de Hadamar. He visto que en el otro mundo la precedía en grado de gloria y de condición. El modo de cómo se ve esto, es muy difícil de expresar. La mejor manera de expresarlo es decir que parecería que una hubiese recorrido más camino que la otra.

14. San Francisco de Borja

(9 de Octubre de 1821)

He visto muchas cosas de la vida de San Francisco de Borja. Lo he visto como hombre de mundo y como religioso y recuerdo que tenía escrúpulos sobre la comunión diaria y oraba delante de una imagen de María. Allí recibió unas gotas de la Sangre del Señor y de la leche de María, y le fué dicho que no podía privarse del alimento espiritual del cual vivía. Esta participación de la leche de María la he visto a menudo en otras imágenes de santos pintadas como si a modo de niños tomasen la leche de su seno o como si la leche fuese destilando hacia esos santos. Esta representación es inexacta y escandalosa. He visto que el milagro fué de muy diversa manera. He visto salir del lado del seno de María como una nubecilla blanca que iba hacia los santos dividiéndose en rayos y que ellos aspiraban esa nubecilla. Parecía como que salía un maná hacia esos santos. Del costado del Señor he visto que salió un rayo rojo y esplendente que iba hacia San Francisco. Este rayo parecía grano y vino, carne y sangre. Es imposible explicarse.

15. El Emperador San Enrique en la Iglesia de Santa María la Mayor

(12 de Julio de 1820)

He visto un cuadro del Emperador San Enrique. Lo he visto de noche, dentro de una grande y bella iglesia, de rodillas, solitario, delante del altar mayor. Conozco esa iglesia; tiene en su interior una graciosa capilla del santo Pesebre y la he visto en ocasión de la fiesta de Santa María de las Nieves. Mientras

él estaba de rodillas, rezando, se iluminó el espacio superior del altar y descendió la Virgen Santísima. Estaba vestida de celeste, y de su contorno se difundían rayos luminosos. Llevaba algo consigo. Cubrió el altar con un paño rojo, extendió encima un mantel blanco y depositó un libro hermoso adornado de piedras preciosas, que estaba lleno de luz. La vi encender la lámpara y puso las velas sobre el altar. Había muchas de estas luces que se levantaban en forma de pirámides. Ella permaneció de pie, a la derecha del altar.

De pronto compareció el Redentor, en hábitos sacerdotales, con el corporal y el velo. Dos ángeles le asistían como ministros, y había allí otros dos más. Jesús tenía la cabeza descubierta. El ornamento consistía en un manto largo y pesado, de color rojo sangre y blanco, entrelazado y resplandeciente y adornado con piedras preciosas. Dos ángeles que servían la Misa estaban vestidos de blanco. No he visto campanilla, pero sí las vinajeras. El vino era rojo, como sangre, y había también agua. La Misa fué algo más breve que lo común. He visto el Ofertorio y la Elevación. La hostia tenía la forma de las nuestras. No hubo, al final, el Evangelio de San Juan. El Evangelio lo leyeron los ángeles, que llevaron el libro a María para que lo besase. Cuando María hubo besado el libro, miró a Jesús y le señaló a Enrique. Entonces el ángel llevó el libro a Enrique, que al principio no se atrevía a besarlo, y después lo hizo. Terminada la Misa, María acercóse a Enrique, le dió su mano derecha y le dijo que hacía esto en gracia a su castidad, y lo exhortó a no vacilar en su propósito. Vi entonces a un ángel acercarse y tomarlo por el lado derecho, como a Jacob, y vi como que sentía dolor y que después andaba siempre un tanto al sesgo. Durante la ceremonia muchísimos ángeles estaban presentes, adorando y mirando desde arriba hacia el altar.

16. La fiesta del Escapulario

(15 de Julio de 1820)

Estuve en el monte Carmelo, donde vi a dos ermitaños, que vivían uno muy lejos del otro. Uno era muy viejo, y jamás dejaba su cueva. El otro, de nombre Pedro, era francés, visitaba de vez en cuando al viejo y le llevaba alguna cosa. Pedro se ausentaba por largo tiempo y luego volvía adonde estaba el viejo. Lo he visto viajando en Jerusalén, en Roma y en otros países. Después lo vi volver con muchos guerreros adornados

con una cruz en el pecho. He visto con él a Bertoldo, como soldado, y luego lo he visto llevando a éste, ya ermitaño, adonde estaba el viejo solitario en el monte Carmelo. Vi más tarde cómo Bertoldo fué elegido superior de los ermitaños. Los reunía frecuentemente en torno suyo y por su obra se levantaron algunas edificaciones. Los monjes habitaban entonces más recogidos.

He visto otro cuadro.

Cuando aquella reunión se hizo numerosa y se formó un convento, vi que un monje estaba de rodillas en su celda y se le apareció la Virgen con Jesús en brazos, con aquel mismo semblante con que lo había visto en aquella imagen que vi junto a la fuente del monte. He visto que la Virgen le presentaba cierto vestido semejante al que se obtendría si a un pedazo de paño se le hiciera una abertura cuadrada que pasando sobre la cabeza cubriera el pecho y las espaldas. Por delante descendía hasta el estómago, resplandecía y era de color rojo y blanco, mezclado y brillante, como el ornamento del gran sacerdote que Zacarías mostró a José. Las dos cintas que pasaban sobre las espaldas estaban adornadas de caracteres. La Virgen habló mucho tiempo con aquel monje. Cuando desapareció y él se encontró con el escapulario, se sintió muy conmovido. He visto en otro cuadro cuando él reunía a muchos de su orden y les mostraba el escapulario.

Después tuve la visión de una solemnidad que se llevó a efecto en el monte Carmelo. Vi entre los coros de la Iglesia triunfante, el primero entre los antiguos ermitaños, separado de los otros, al santo profeta Elías. A sus pies estaba escrito: *Elías, profeta.* Yo no veía estos cuadros a continuación uno de otro sin intervalo, sino que sentía la persuación interior de que muchos años se interponían entre uno y otro. Especialmente vi esto entre la entrega del escapulario y la solemnidad eclesiástica. Me pareció que esta fiesta pertenecía a nuestros tiempos. En aquel lugar donde junto a la fuente se erguía la imagen de la Madre de Dios, había ahora un convento y una iglesia. La fuente estaba entonces en medio de la iglesia. Vi a la Madre de Dios con Jesús, como estuvo primero junto a la fuente y como se había aparecido al ermitaño, sobre el altar, pero viva y moviéndose, llena de esplendor. A sus lados pendían innumerables pequeñas imágenes de seda, con doble tira y cordón. Había imágenes de ambas partes y se movían dentro de la luz que salía de la misma Virgen María, como si fuesen hojas de los árboles expuestas a los rayos del sol.

Muchos coros angélicos rodeaban a la Virgen Santísima. A sus pies, sobre el tabernáculo, donde estaba el Sacramento, pendía el gran escapulario que la Virgen había dado en visión al ermitaño. A los dos lados y en lo alto se veían coros de santos personajes de la orden del Carmen de uno y otro sexo. Los más antiguos ermitaños estaban vestidos de blanco con listas obscuras; los demás, como visten al presente. Vi, también, a los religiosos de hoy, monjes y monjas, festejando esta solemnidad en el coro y en los lugares en que viven sobre la tierra.

17. Cuadro de la fiesta de la Porciúncula

(1º de Agosto de 1820)

He visto un cuadro relativo a una solemnidad y no sé precisamente lo que significa. Vi una gran gloria de muchos santos, una corona inmensa en la cual aparecían los santos sentados, con diversos distintivos y emblemas en sus semblantes, como ramos de palmas, o teniendo pequeñas iglesias en sus manos. Debajo de este gran círculo estaban, suspendidos en el aire, infinitas reliquias y objetos sagrados, en vasos preciosos. Parecía que fuesen los huesos y las memorias de los santos que yo veía dentro de la gloria. En el centro del círculo se cernía una pequeña iglesia y sobre ella el Cordero de Dios, con un emblema en el dorso. La iglesia era muy luminosa y transparente. Adentro vi, sobre el altar, a la Virgen, Madre de Dios, sentada sobre un trono, en compañía de Jesús y rodeada de multitud de ángeles. Un ángel voló hacia el círculo de los santos y condujo a Francisco a la pequeña iglesia, delante de Jesús y de María. Me pareció como si él implorase una gracia que se refería a los tesoros de los méritos de Jesús y de sus santos mártires; era una gracia y regalo de indulgencia para aquella pequeña iglesia. Vi luego a Francisco ir donde estaba el Papa, pero no en Roma. El santo imploró una indulgencia que se refería a aquella visión. Al principio el Papa no quería concederla. De pronto un rayo de luz descendió sobre el Pontífice y en aquella luz apareció ante sus ojos un escrito; entonces se sintió iluminado y consintió en los deseos del santo. Vi que el santo, después de haberse separado del Papa, estaba orando de noche, y vi al diablo, en forma de un bellísimo joven, que se le aparecía y le reprochaba sus abstinencias y mortificaciones.

El santo se sintió tentado, fué a su celda, dejó su vestido y fué a revolcarse en una mata de espinas, hasta que todo su cuer-

po quedó cubierto de sangre. Luego acercóse a él un ángel del cielo, que lo sanó de todas sus heridas. Esto es lo que todavía recuerdo.

18. Santa María de las Nieves

He visto a dos esposos de alto linaje rezando en sus estancias, dentro de un gran palacio, delante de una imagen de María colgada de la pared. Era una imagen bordada, aunque no artísticamente; el vestido de María estaba en algunos puntos listado de azul y de rojo y al descender hacia los pies se volvía más angosto. La Virgen tenía corona y en un brazo al Niño Jesús, con el globo del mundo en las manos. Delante de aquel cuadro, que no era de grandes dimensiones, ardían dos lámparas, a derecha e izquierda. El reclinatorio, donde muy unidos estaban rezando los dos esposos, podía ser alzado y quedar suspendido en el mismo cuadro, de modo que parecía entonces un armario sobre el cual caía un cortinado que cubría todo ocultando el cuadro y el reclinatorio. Cuadros semejantes, tejidos o bordados, he visto muchos en los tiempos antiguos. Los solían enrollar y así podían llevarlos consigo en los viajes y suspenderlos de donde quisieran para rezar delante de ellos. Mientras estos esposos rezaban fervorosamente, apareció la Virgen Santísima, esplendorosa, en la misma forma como estaba dibujada en el cuadro y quedó suspendida radiante entre ellos y el cuadro mismo; parecía que hubiese salido de la pared. Les ordenó que le edificaran una iglesia en su honor, sobre una colina de Roma, que encontrarían cubierta de nieve. En seguida estos esposos anunciaron lo acontecido al Papa y los vi yendo, con muchos eclesiásticos, hacia aquella colina, sobre cuya cumbre aparecía todo el espacio destinado a la iglesia cubierto de nieve de extraordinario candor. Todo ese espacio fué señalado con palos y la nieve al poco tiempo se desvaneció.

Tuve luego una visión de cómo el Papa Martín celebró la Misa allí y que mientras administraba el Santísimo Sacramento a un personaje de alta categoría, dicho Papa debía ser asesinado por otra persona, a la cual había dado el encargo el mismo que recibía la comunión, y que era por orden del emperador Constanzo. Vi dentro de la iglesia a muchas personas y al asesino que se adelantaba; pero en el mismo instante se puso ciego, de modo que chocaba contra las columnas y cayó. Comenzó a quejarse y a gritar, y se originó gran tumulto en la iglesia. En otra

ocasión, vi al Papa Gregorio celebrar en esta iglesia una Misa solemne y apareció la Virgen Santísima con algunos ángeles, que respondían el *Et cun spiritu tuo,* y le servían.

En la misma iglesia vi una solemnidad celebrada en nuestros tiempos, en la cual intervenía la Virgen, aparecida en la misma forma en que se apareció a los dos cónyuges que hicieron construir el templo. Es el mismo donde vi al emperador Enrique orando, mientras Jesús celebraba la Misa. Hay adentro una capilla del santo Pesebre.

SEXTA PARTE

RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

INTRODUCCION

Como ya dijimos, Ana Catalina poseía, en grado excelso, el don de discernir las reliquias verdaderas de las falsas. Al mismo tiempo que autenticaba el hueso de un santo, veía, en éxtasis, a éste, y se desarrollaban al momento, como en una pantalla cinematográfica, sus movimientos, palabras y hechos principales. De este modo pudo relatar, como se ha visto, la biografía de numerosos mártires, varones virtuosos y santas vírgenes, con pormenores familiares preciosos, de los cuales nada nos dice la hagiografía. Discurre la vidente acerca del valor de las reliquias, de los lugares donde yacen, del abandono negligente en que se las tiene. A veces logra reconstruir la historia completa de un alma heroica, que posee todo el encanto de una novela conmovedora, como la vida del niño de Sachsenhausen y la de aquella doncella suiza que conservaba una cruz con reliquias en la soledad de la selva.

Resulta asimismo admirable lo que nos revela acerca de la preciosísima sangre de Cristo, y de los cabellos, del anillo nupcial y de una carta de María Santísima.

Capítulo I

DISCERNIMIENTO DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

1. Cómo reconoce las reliquias.

"Tú has recibido, me dijo el Angel un día, el don de ver la luz que sale de las reliquias de los santos por la disposición que se te ha dado en orden a la comunidad de los miembros del cuerpo de la Iglesia; pero la fe es la condición de toda disposición para recibir la influencia y la acción segradas".

Estando despierta veo a veces como un cuerpo luminoso y mil rayos de luz que suben desde la tierra y se hacen una sola cosa con ese cuerpo. Muchas veces uno de los hilos de luz se rompe y vuelve atrás; entonces en ese punto nace una sombra. *(Imagen de la comunión de los fieles por las oraciones y obras buenas).* Me es difícil explicar claramente estas cosas. Veo la bendición y los efectos de las cosas benditas como cosas que santifican y salvan, como luz que difunde luz. La maldad, la culpa y la maldición las veo oscuras y tenebrosas, produciendo efectos de perdición. Veo la luz y las tinieblas como cosas vivas, que producen respectivamente luz o tinieblas.

Conozco hace mucho tiempo las reliquias verdaderas, y las distingo de las falsas; temiendo que las falsas sean veneradas, he enterrado muchas de ellas. Mi guía me dijo que era gran abuso hacer pasar por verdaderas reliquias los objetos simplemente tocados en ellas. Estando cierta vez preparando hostias en el convento, sentí vivo deseo de acercarme a un armario y como impulsada hacia él. Entonces alcé un relicario con reliquias y no pude descansar hasta que no fueron de nuevo honradas.

(19 de Julio). Se me ha dicho que ninguna persona tuvo jamás el don de discernir las reliquias en el mismo grado en que se me ha concedido a mí; y la razón es porque estas cosas están ahora en deplorable decadencia y es necesario remediarlo.

2. Reliquias de santos enterrados en varios lugares.

(1er. Domingo de Julio 1819)

He tenido que hacer un gran viaje. Fuí conducida por mi guía a los lugares de nuestro país donde están reposando huesos de santos ignorados por los vivientes. Vi cuerpos enteros de santos sobre los cuales se han construído edificios y lugares donde antes ha habido iglesias y conventos. Allí había filas enteras de cadáveres y entre ellos algunos cuerpos de santos. También aquí, en Dülmen, vi enterrados restos sagrados entre la iglesia y la escuela. Los santos a quienes pertenecían acercábanse a mí desde los coros celestiales, y cada uno me decía: "Estos son mis huesos".

También vi que estos tesoros, aunque tan poco estimados, traen, sin embargo, salud a los lugares que por esta causa se libraron de graves calamidades, y que otros pueblos más recientes han padecido muchos males, porque no poseen tales tesoros. No puedo decir en cuantos lugares, admirables y desiertos, entre muros, casas y rincones, estuve, donde yacen ocultos y despreciados magníficos tesoros de reliquias. Las honré y pedí a los santos que se dignaran no privar al pueblo de su amor y amparo.

Fuí al anfiteatro de Roma y vi la gran multitud de santos que allí padecieron martirio. Estaba presente mi celestial Esposo en forma de un joven de doce años. Los santos, cuyo número es incalculable, estaban divididos en coros y al frente de ellos se veía a los que los habían instruído y dado fortaleza. Tenían en la cabeza una especie de mitra, de la cual salían dos cintas que les caían por la espalda, y vestían largos mantos blancos adornados de cruces. Entré con ellos en las bóvedas subterráneas, en las que había calles, estancias, espacios circulares en forma de capillas, y donde se reunían varios de estos espacios se levantaba una columna que sostenía la bóveda. En los muros había cavidades rectangulares y con frecuencia huesos en ellos. Mientras los santos me conducían de un lugar a otro, decíame, ya uno, ya otro, el que hacía de guía en los diferentes lugares: "Mira, aquí vivíamos nosotros en tiempos de persecución; aquí enseñábamos y celebrábamos los misterios de la redención".

Mostráronme también altares prolongados y cuadrados, de piedras, que salían del muro, y otros redondos, con bellos símbolos tallados, donde se habían celebrado los divinos oficios, y

me decían: "Entonces vivíamos en la oscuridad, sin pompa exterior; pero la luz y fortaleza de la fe estaban con nosotros".

De este modo, hablando conmigo algunas palabras, aunque pocas, cada uno de los guías desaparecía con su respectivo coro de los lugares donde habían cumplido su deber. Algunas veces salíamos a la luz y visitábamos otros subterráneos; pero no pude comprender cómo hubieran jardines y palacios sobre el lugar donde estábamos sin que sus habitantes supieran nada de esto, ni cómo habían sino hechas esas excavaciones.

Finalmente quedaron solos, en mi compañía, un anciano y mi Esposo juvenil. Entramos en un lugar muy amplio cuya forma no puedo determinar, pues no lo dominaba con la vista. En lo alto había esculturas de todo género, y la bóveda descansaba sobre columnas. Bellísimas estatuas, mayores que las de tamaño natural, yacían en el suelo. El espacio se estrechaba por un lado formando ángulo, en el cual había, separado del muro, un altar y detrás de él, estatuas contra la pared. Vi también sepulcros esculpidos en los muros y en ellos huesos que no resplandecían. En los ángulos había pergaminos amontonados, del tamaño de un codo de largo y algo más cortos, gruesos como un rollo de tela. Me figuré que serían libros. Viendo todo esto tan bien conservado y aquel espacio tan limpio, me dije a mí misma: "Aquí vivirías tú muy contenta, visitando estos lugares y ordenando las cosas".

Arriba había murallas, jardines y un gran palacio. Me vino de repente la idea de que aquel subterráneo quizás será descubierto un día por efecto de alguna gran destrucción. Si yo estuviera allí creo que lo hallaría; se puede entrar sin derribar cosa alguna. Aquí no se me dijo nada; solamente hube de ver lo que había. Ignoro la causa. El anciano desapareció. Tenía una mitra semejante a las anteriores y muy larga barba. Después, el joven me llevó a casa.

3. Lugares de reliquias olvidadas.

(1820)

Fuí de nuevo conducida a inumerables lugares donde reposan reliquias ocultas y enterradas, enteramente ignoradas. Estuve dentro de cuevas, entre polvo y corrupción, en bóvedas de iglesias antiguas, en sacristías y sepulcros, y honré los cuerpos olvidados y dispersos de los santos. Vi que eran resplandecientes, fecundos en bendiciones, y que el olvido de ellos

crecía a medida que crecía la decadencia. Vi que las iglesias construídas sobre ellos quedaban desiertas y oscurecidas a medida que dejaban de ser honrados; y que el culto de los Santos y de las reliquias decaía en el mismo grado en que disminuía el culto del Santísimo Sacramento. Vi cuán malo es recibir sólo por hábito exterior el Santísimo Sacramento. En expiación de tales olvidos y desprecios hube de padecer graves penas. En la Iglesia espiritual me fueron mostrados el valor y los efectos de las santas reliquias que yacen ahora despreciadas sobre la tierra.

4. Una iglesia espiritual donde se juntan las más grandes reliquias

He visto una iglesia octangular. No había en ella altar; pero en el centro se juntaban, sobre un candelabro de muchos brazos, los tesoros de esta iglesia, como ramilletes de flores que se abrían. Vi que aquellas cosas sagradas eran dispuestas y ordenadas por los mismos santos que las habían reunido, como adornos preciosos que crecían incesantemente en el candelabro. Los santos que traían algún tesoro, ocupaban su lugar en el recinto de la iglesia y muchas veces eran traídos sus propios restos por otro santo que llegaba después.

Vi a los discípulos que traían la cabeza de San Juan Bautista; y a la Santísima Virgen trayendo vasos con la sangre de Jesús. Vi estos vasos de cristal y en uno de ellos sangre aún resplandeciente y clara. Todo estaba en preciosos relicarios, semejantes a los que en las iglesias contienen las santas reliquias. Vi hombres y mujeres santas del tiempo de la Santísima Virgen dejar allí reliquias de esta gran Señora en preciosos vasos; eran puestas en lugar preferente, a la derecha, en el centro del relicario. Luego vi una cruz, en la misma forma en que la veo de ordinario, ser introducida en la iglesia por una mujer coronada y quedar suspendida en el centro sobre las reliquias de María. En la cruz estaban hincados los tres clavos y la tabla que sirvió de apoyo a los pies del Señor y la inscripción. Vi alrededor de la cruz todos los instrumentos de la pasión muy bien ordenados: la escalera, la lanza, la esponja, la caña, los azotes, la maza, la columna, las cuerdas, el martillo y otros más. La corona de espinas pendía del centro de la cruz.

Durante la traslación y exposición de estos objetos sagrados tuve constantemente visiones, fuera de la iglesia, de lugares

próximos y remotos, donde había algunos de estos instrumentos de la pasión y supe con certeza interior que algunas de las cosas que veía estaban bien conservadas y eran veneradas. De la corona de espinas se conserva gran parte, en diversos lugares. Vi que la partícula de la lanza que poseo, es verdaderamente del asta de la sagrada lanza. Vi en innumerables direcciones, en altares, en iglesias, en bóvedas, en muros ruinosos, sobre la tierra o debajo de ella, fragmentos de aquellos santos huesos y reliquias que estaban expuestos en la iglesia espiritual. También vi traer a la iglesia, por Obispos, algunos cálices y copones con hostias consagradas y corporales mojados en la sacratísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Todo esto fué colocado encima de la cruz.

Luego vinieron los huesos de los primeros mártires y de los apóstoles, y fueron puestos al pie de la cruz. Después las reliquias de ejércitos de mártires, de sacerdotes, de confesores, de papas, de vírgenes, de ermitaños, de monjes, etcétera, las cuales fueron expuestas en preciosos vasos, en cajitas muy bien adornadas, en relicarios en forma de torres y en admirables guarniciones de joyas.

Finalmente se formó al pie de la cruz una montaña de tesoros y la cruz fué subiendo a medida que crecía la montaña, hasta que llegó a una especie de Calvario resplandeciente. Los portadores de las reliquias eran los que las habían exaltado y venerado en la tierra y las más de las veces aquéllos cuyos restos habían de ser luego venerados. Todos aquéllos cuyas reliquias estaban allí presentes, se veían ordenados en coros, según su categoría y estado, y con ellos se llenaba la iglesia cada vez más. Sobre ellos resplandecía el cielo abierto y todo parecía lleno de gloria, pues era la Jerusalén celestial. Las reliquias estaban circundadas por los colores de la gloria de sus respectivos santos. Los santos también resplandecían con tales colores, y de esta suerte se hallaban ellos en admirable relación con sus huesos y sus huesos con ellos.

5. Abandono general de las reliquias en nuestros tiempos.

Después vi acercarse a aquella iglesia a muchos hombres espléndidamente vestidos, y circundarla, venerándola, desde la parte exterior. Vi a estos hombres vestidos con trajes de todas

las épocas, desde las más remotas hasta las nuestras. Todos honraban rectamente a los santos y a sus reliquias, como a miembros del cuerpo de Jesucristo, vasos santificados de la divina gracia, por Jesús y en Jesús. Vi cuán benéficamente obraron los santos en estos hombres, difundiendo sobre ellos, como rocío del cielo, prosperidades y bendiciones.

Me alegré porque en estos últimos tiempos he visto en algunos lugares a personas, a quienes en parte conozco, que honran con sencillez las santas reliquias. La mayor parte de estas personas eran labradores, que honraban con candor infantil las reliquias que había en la iglesia. Vi con gran alegría, entre ellos, a mi hermano, que veneraba con sencillez las sagradas reliquias de los santos, los cuales hacían descender bendiciones sobre sus campos.

Vi también, bajo el símbolo de una iglesia ruinosa, el estado actual de veneración de las reliquias. Vi las reliquias abandonadas, dispersas, cubiertas de polvo, entre cieno e inmundicias; pero aún así vi que difundían luz y bendición. He visto a la misma iglesia en el mismo estado lamentable que las reliquias. Entraban en ella muchas personas, pero cercadas de oscuridad; sólo una que otra sencilla parecía resplandeciente. Los peores eran muchos sacerdotes, que se hallaban circundados de tinieblas sin poder dar siquiera un paso hacia adelante. Parecía que ni siquiera habrían encontrado la puerta, si a pesar de su indignidad no llegasen a ellos algunos tenues rayos que salían de las reliquias y penetraban a través de las tinieblas.

Vi imágenes de la historia de la veneración de las reliquias. Vi levantarse sobre las reliquias altares, que por la veneración que se les tributaba se convirtieron en capillas e iglesias, las cuales vinieron después a tierra a consecuencia del desprecio en que eran tenidas las mismas reliquias. Vi que en el tiempo en que todo era tinieblas y oscuridad, las reliquias fueron dispersas, y los relicarios de metales preciosos, fundidos y convertidos en dinero. Vi que la dispersión de las reliquias es mayor mal que la enajenación de los relicarios. Las iglesias donde las reliquias fueron dispersas y no recibieron el honor debido, las vi decaer y destruídas muchas de ellas. Estuve en Roma, en Colonia y en Aquisgrán, y vi grandes tesoros tenidos en mucha veneración.

6. Reconoce las reliquias verdaderas y explica la relación del alma con el cuerpo de los santos.

Cierta vez que le presentaron unas reliquias, Ana Catalina declaró:

Ya veo lo que usted me da. No puedo describir la impresión que me causa. Veo y no sólo veo, sino siento una luz a modo de fuego fatuo, unas veces más clara, otras más pálida, y siento que esta luz me circunda como llama que se agita a impulsos del viento. Veo también la relación de esta luz con un cuerpo luminoso, y de este cuerpo con un mundo de luz que surge de una luz.

7. Reliquias de San Pedro, Lázaro, Marta y Magdalena.

La Hermana Söntgen trajo a Ana Catalina un envoltorio conteniendo reliquias. Tomólo ésta entre las manos y dijo:

Este es un gran tesoro; aquí dentro hay reliquias de San Pedro, de su hijastra Santa Petronila, de San Lázaro, de Marta y de Magdalena. Este tesoro hace tiempo que ha llegado de Roma. Esto sucede con las reliquias que no se encuentran ya en posesión de la Iglesia, sino de personas privadas. Este relicario ha sido heredado, donado, echado en medio de objetos viejos de poco valor, hasta que por acaso llegó a manos de la Hermana Söntgen. He de interesarme para que sean dignamente honradas estas reliquias.

A propósito de este asunto narró la vidente que una hebrea había encontrado un pequeño relicario entre varias prendas de vestido compradas. Desde ese momento fué presa de tal inquietud, que determinó hacerlo llegar a manos de Ana Catalina, la cual había visto en visión todo lo sucedido, y sonrió cuando le trajeron el precioso relicario.

8. Pruebas con reliquias falsas. La reina Semíramis.

Un párroco incrédulo al reconocimiento de las reliquias, hizo llegar a manos de Ana Catalina, por medio de Cristiano Brentano, tres sobres cerrados conteniendo fragmentos de huesos. La vidente tomó uno en sus manos y contó lo siguiente:

He visto en lontananza tumbas oscuras y desiertas, con huesos negros; de sagrado y de santo no he sentido nada absoluta-

mente. He visto al párroco tomar fragmentos de aquellos huesos.

Después me encontré en una capilla oscura sobre una elevación. En torno reinaba frío, niebla y oscuridad. Allí me dejó mi guía y he visto acercarse a mí una figura muy atrayente y benévola. Al principio creí que fuera un ángel; pero bien pronto sentí miedo y fuí presa de un sentimiento de terror. Pregunté a la sombra: "¿Quién eres tú?...". La aparición me respondió con dos palabras en idioma extranjero. Durante toda la mañana no pude entender el significado y estaba maravillada. Ahora comprendo esas palabras; significan: *Destructor de Babilonia, Seductor de Judas.* Aquella sombra me dijo también: "Yo soy aquel espíritu que ha elevado a Semíramis babilónica y formado su imperio; soy también aquél que ha dado origen a tu redención, puesto que hice que Judas traicionase e hiciese prender a Aquél...".

No nombró a Cristo. Me dijo ambas cosas como queriendo significar que había hecho obras extremadamente buenas. Yo me hice la señal de la cruz en la frente con el leño de la santa cruz. Entonces su aspecto se volvió horrible, y con bramidos de rabia me echó en cara que le había arrebatado una jovencita que él había ganado para sí. Finalmente desapareció profiriendo terribles amenazas.

Cuando pronunció aquellas palabras extranjeras, he visto a la joven Semíramis, como pequeña niña a la sombra de bellos árboles, y he visto a este mismo espíritu delante de ella presentándole toda clase de frutas. La niña lo miraba audazmente a la cara. Yo veía en ella algo que me infundía repugnancia. Era de apariencia bellísima, pero me parecía que sus formas terminaban en garras y como si estuviese toda cubierta de puntas. He visto que él nutría a la niña y la proveía de juguetes y bagatelas. En torno veíase una hermosa comarca: tiendas, bellas praderas, rebaños de elefantes y otros animales guiados por pastores. He visto de una mirada cómo Semíramis se enfurecía contra aquella estirpe piadosa de gente que Melquisedec condujo fuera de su dominio. He visto cuántas abominaciones cometía Semíramis y cómo, no obstante, era adorada como una diosa.

Por la segunda palabra que pronunció aquel espíritu vi en cuadro a Jesús en el Monte de los Olivos, la traición de Judas, y la pasión entera de Nuestro Señor. No podía comprender cómo y por qué se me había aparecido este espíritu. Quizás es-

tos huesos sean de algunos paganos y así el enemigo tuvo poder de acercarse a mí. Me fué prohibido severamente por mi guía celestial tocar ni un fragmento de aquellos huesos. "Te lo ordeno, me dijo, en nombre de Jesús. Hay en ello una grave tentación y una traición. Podrías incurrir por esto en graves pérdidas y daños. No se deben arrojar las perlas delante de los puercos; esto es, a aquéllos que no creen. Las perlas deben ser ligadas con oro. Continúa en reconocer los huesos, pero sólo aquellos que te son enviados por voluntad de Dios".

9. Reliquias enviadas por un sacerdote de Suiza.

Habiendo recibido ciertas reliquias enviadas por un sacerdote de Suiza, Ana Catalina dijo:

No he visto ningún cuadro preciso acerca de estas reliquias. He visto que el sacerdote que las ha enviado era bueno y piadoso; pero he visto que en su comunidad hay personas que se inclinan a un pietismo falso y no católico. El no las sabe distinguir y las tiene por buenísimas. He visto que estas personas difundían oscuridad y tinieblas: no se atienen a los usos de la iglesia y no las aprecian. Por otra parte, aún no se han revelado en sus sentimientos y todo permanece aún en el secreto de sus corazones. En este momento oí una voz cerca de mí que repetía: "Te olvidas de nosotros". Era un aviso de los otros huesos. Me fué avisado nuevamente no recibir huesos de extranjeros, sino examinar primero completamente mis antiguas reliquias, y guardarme de recibir reliquias para reconocer, aún cuando me fuesen enviadas por santos sacerdotes, ya que de esto me podía provenir grandísimo daño.

10. Recibe de nuevo reliquias desconocidas.

Esta severa prohibición fué violada por el Peregrino, quien por hacer un favor a un amigo puso en manos de la vidente reliquias que ella creía eran de los relicarios de su armario. Al día siguiente narró lo que sigue:

Mi guía me ha reprendido severamente y me castigó porque, contra su prohibición, he recibido y retenido las reliquias. He olvidado enteramente lo que al respecto he visto. Me ha advertido nuevamente que no es ahora el tiempo de reconocer huesos extraños. Esto de recibir sin reflexión reliquias podrá fácilmente confundirme: el distinguir y reconocer reliquias no

es cosa que se pueda hacer según capricho. Es una gracia y vendrá el tiempo en que tendré que reconocer otros huesos, además de los que ya tengo en mi poder.

Me dijo, además, que debía pensar en la historia del pequeño envoltorio. Me recordó que yo había visto respecto del párroco... un cuadro en que dicho párroco decía con ligereza que no había nada de cierto en todo lo que se decía de mí, relativo al don de reconocer las reliquias; que debía yo pensar en lo que sucedió por este su modo de proceder. Me dijo que debía por ahora rehusarme a recibir y retener semejantes huesos, fuera de los que me pertenecían.

11. Es nuevamente probada en el don de reconocer reliquias.

Un amigo del Peregrino quiso probarla nuevamente, pensando que el don de reconocer reliquias pudiera ser fenómeno de magnetismo. Ana Catalina dijo:

El juicio de su amigo respecto a mí y los fenómenos que se observan en mi persona, es falso. Por esto me ha sido prohibido absolutamente por mi guía recibir cualquier sagrada reliquia, puesto que tal persona no tiene otro intento que hacer tentativas. Me fué dicho que por estas pruebas puedo caer en graves confusiones, pues él habla luego de estas cosas con otras personas pretendiendo demostrar cosas completamente extrañas a la realidad. Las cosas no proceden como él se las imagina relativamente al don y al poder de reconocer las reliquias que me ha sido concedido. Yo veo a fondo su falsa opinión cuando habla y esta opinión es completamente inexacta respecto de mis cosas. Acerca de esto he sido hace tiempo informada y advertida en visión.

12. Ve a varios santos y mártires.
(31 de Diciembre de 1818)

El Peregrino refiere que la monja Neuhaus entró en la pieza llevando un paquete que depositó sobre la mesa. Ana Catalina le dijo:

¡Ah!, tú sacas el tesoro fuera de tu pieza y dejas allí el polvo. He aquí a Ludgario; está aquí.

Luego hablando con el Peregrino, añadió:

Veía en torno de esas reliquias una apariencia de luz, un esplendor cándido como leche, más luminoso y mucho más in-

tenso que la luz del día. Como un pequeñísimo fragmento cayera al suelo vi que una centella de luz se fué bajo el armario.

El Peregrino explicó: "Yo, pobre ciego, busqué esa partícula, y la encontré". La vidente prosiguió:

Cuando el Peregrino se puso a mirar aquella reliquia, me sentí arrebatada en éxtasis y una voz me dijo: "Este es un hueso de Ludgario". En seguida he visto al santo Obispo con sus insignias y su bastón pastoral en medio de la comunidad de los santos. Después me fueron mostrados, unos después de otros, muchos santos, y Santa Escolástica sobre muchas otras monjas; pues en la mesa había un fragmento de sus huesos.

He visto a Afra en medio de las monjas y debajo, un hueso, cerca del Peregrino. Me fué mostrada otra monja en medio de las demás y me fué dicho: "Esta es Emerencia y debajo tienes su hueso". Me admiré, pues jamás había oído pronunciar este nombre. Después ví a otra monja con una corona de rosas sobre la cabeza, que sostenía delante de sí, con ambas manos, otra corona de rosas. Me fué dicho: "Esta es Rosalía, que tanto ha hecho por los pobres. Tiene en sus manos esta corona de flores como en otro tiempo tenía las limosnas que distribuía, y allí hay un fragmento de sus huesos". Después he visto a otra monja brillar en medio de la multitud, y me fué dicho: "Esta es Ludovica y allí está su reliquia. Mira cómo distribuye limosnas". Tenía el delantal lleno de panes, que distribuía a muchos pobrecitos. He visto a un Obispo y me fué dicho que había vivido en tiempos de Ludgario y que habían obrado de acuerdo y se habían conocido, aunque estaban muy lejos el uno del otro. He visto a una virgen que había vivido en el mundo, todavía muy joven, con vestidos de la Edad Media, aunque puramente aéreo y espiritual; estaba en medio de otras bienaventuradas vírgenes. ¡Qué maravilla! Su cuerpo había sido hallado entero e incorrupto; su santidad fué reconocida, y sus huesos y reliquias puestos con los otros santos.

He visto un sepulcro abierto, que había sido anteriormente murado, y algo más allá, en los primeros tiempos del cristianismo, a un jovencito delicado, y junto a él a otros seis con una mujer. Me fué dicho el nombre de Felicitas y me fué mostrada una plaza casi redonda, con muros sostenidos por arcos, y me fué dicho: "Allá, en aquellas cavernas, estaban las bestias feroces; y allá abajo, en aquellas cárceles, del otro lado, estaban prisioneros los mártires, atados con cadenas, para ser luego destrozados por las fieras. He visto también gente que venía de

noche, cavaba y se llevaba los huesos de los mártires. Me fué dicho: "Esto lo hacen secretamente; son amigos de los mártires, y así estos sagrados huesos han llegado a Roma y más tarde repartidos".

13. Presencia martirios en el anfiteatro romano.

Una semana después, el Peregrino presentó las reliquias que aún quedaban en la caja traída por la joven Neuhaus. Ana Catalina dijo:

Veo a Isabel de Turingia con una corona en una mano y una cestilla en la otra. De la cestilla caen rosas de oro sobre un pobre que estaba debajo de ella. He aquí a Bárbara. La veo con una corona en la cabeza y un cáliz con el Sacramento en la mano. *Mirando varias reliquias la vidente añadió:* Estos son huesos recogidos en Roma donde martirizaban a los cristianos.

Luego se sintió transportada en éxtasis y describió al Peregrino los lugares y los tormentos de los mártires; nombraba las partes de los huesos, las distribuía y entregaba al Peregrino, para luego clasificarlas. Al final de estas visiones preguntó a su guía celestial cómo habían venido esas reliquias. Aquél respondió: "Fueron desenterradas hace mucho de los lugares de los martirios, y pasando de sitio en sitio han venido a parar a Münster; pero aquí fueron postergadas por algunas novedades y al fin fueron arrinconadas completamente".

Ana Catalina continuó:

Me encontré de pronto en una ciudad extranjera, maravillosa, sobre la superficie alta de un muro circular que encerraba una plaza redonda. Yo estaba sobre la entrada, desde la cual, a derecha e izquierda, salían escaleras internas; de un lado había prisiones, cuyas puertas se abrían hacia la plaza; del otro lado, ciertos espacios donde encerraban a las bestias. Detrás de ellos había ciertos ángulos donde se arrastraban a los verdugos cuando abrían las puertas a las fieras. Frente a la entrada, cerca del muro se levantaba, en la plaza, un sitial de mármol, al cual se llegaba por dos series de gradas laterales. Allí sentábase la mujer del impío Emperador y junto a ella, otras dos mujeres de aspecto tiránico. Detrás de esta tribuna, en la parte superior, estaba sentado un hombre que parecía tener potestad y mando; se agitaba de un lado a otro dando órdenes. Fué abierto uno de los antros de las fieras y salió una bestia parecida a un gato descomunal lleno de manchas. Los verdugos estaban detrás de

las puertas y se resguardaban en las cavidades; luego subían corriendo las escaleras y se quedaban en lo alto del anfiteatro. Los verdugos habían sacado fuera de las cárceles del frente a una virgen, quitándole los blancos vestidos superiores. Resplandecía como todos los mártires y estaba tranquila, con los ojos elevados y las manos cruzadas sobre el pecho, sin la menor inquietud, en medio del anfiteatro. La fiera no le hizo daño alguno; antes bien se humillaba delante de ella; luego se levantó, echándose sobre los verdugos, que con piedras y gritos trataban de enfurecerla contra la mártir. Como la fiera no quiso atacar a la virgen, fué retirada; no sé cómo sucedió esto, pero la bestia fué encerrada. La doncella fué luego conducida a otro lugar destinado a los mártires, rodeado sólo de empalizadas. Allí fué puesta sobre una piedra, atada a un palo, con las manos detrás de las espaldas, y decapitada. Había tendido por sí misma sus brazos hacia atrás. Tenía los cabellos entrelazados; era sumamente graciosa, y no se descubría en ella señal alguna de angustia o de temor.

Después fué conducido un hombre al anfiteatro; le quitaron el manto, quedando sólo con un vestido que le llegaba a las rodillas. Las bestias no le hicieron daño, y fué también decapitado. Fué, como aquella virgen, echado de un lado a otro con aguzadas varas de fierro. Estos martirios turban de tal manera y causan al mismo tiempo tanta alegría; son tan graves y, con todo, conmueven y excitan tan potentemente que el ánimo se aflige y deplora sin embargo no estar siempre presente en tales escenas. Los verdugos se ven a veces tan poderosamente conmovidos por el comportamiento magnífico de los mártires, que se precipitan hacia ellos y los abrazan, confesando en alta voz a Cristo Jesús; y frecuentemente son atormentados juntamente con los mártires.

He visto a un mártir en el anfiteatro; una leona se echó sobre él, lo arrastró de un lado a otro y luego lo desgarró en pedazos. He visto a muchos perecer quemados dentro de otro anfiteatro, y con uno de los mártires, he visto que las llamas se precipitaron hacia los verdugos y abrasaron a muchos. He visto martirizado a un sacerdote que había asistido secretamente y consolado a muchos mártires; estaba en manos de dos verdugos que, empezando por los pies, le cortaban miembro por miembro, y, mostrándoselos, le preguntaban si quería retractarse. El mártir, aunque era sólo un tronco, estaba lleno de gozo y seguía alabando a Dios, hasta que le cortaron la cabeza.

14. Curiosas comprobaciones en el reconocimiento de huesos.
(9 de Mayo de 1820)

El doctor Wesener había sacado de un sarcófago pagano un fragmento de cráneo y por medio del Peregrino lo depuso en el lecho de la enferma, que estaba en éxtasis. No dió señal de reconocerlo. Cambiado de lugar varias veces, dijo finalmente: "¿Qué quiere esa vieja Rebeca conmigo?"

El Peregrino aproximó el objeto a su mano y ella la retiró diciendo que la perseguía una vieja morena y salvaje, girando en torno de ella con hijitos desnudos como renacuajos; que sentía horror al mirarlos, porque le infundían miedo; que había visto gente semejante en Egipto, pero que ignoraba lo que querían ahora con ella. Como no retiraran el objeto, ella, siempre en éxtasis, tomó la cajita de sus reliquias, y poniéndola sobre el pecho con ambas manos, dijo: "Ahora esa mujer no me puede hacer daño". Luego siguió con la cabeza al lugar donde el Peregrino ponía el hueso pagano. Cuando lo hubo alejado dijo que aquello se había escondido por evitar la visita de los santos. El confesor le puso los dedos consagrados delante, y ella los seguía con el movimiento de la cabeza. Preguntada: ¿Qué es eso?, contestó: "Es algo más grande de lo que tú comprendes".

El Peregrino acercó entonces el hueso de un animal que el doctor Wesener había encontrado en la orilla del río Lipa. Ella dijo al punto: "Esto puede estar aquí sin inconveniente; no hace ningún mal; es una buena bestia y no ha cometido pecado alguno".

Luego, refiriéndose al objeto anterior, dijo al Peregrino: "Vete con ese objeto; líbrate de esa vieja; está atento con ella; te puede hacer mucho mal". Esto lo repitió varias veces estando en éxtasis.

Al día siguiente volvió la conversación sobre el tema y dijo al Peregrino que era muy inconveniente presentarle huesos paganos que excitaban en ella impresiones siniestras.

Aquel hueso pagano me repugnó, excitando en mí contrariedad y aversión. No puedo afirmar que esa mujer estuviese condenada; pero sentía en aquel hueso tenebroso, alejado de Dios, propagador de tinieblas, engendrador de oscuridad, precisamente todo lo opuesto al efecto de los huesos de los santos, que son luminosos, atrayentes y benéficos. He visto a aquella vieja mirar en torno con miedo; me parecía que estuviese ligada con tenebrosas potestades y que podía causar mucho daño. Todo era

oscuro en torno de ella. El espacio era como un bosque o una pradera; pero todo era oscuro allí, no como la noche, sino como veo la oscuridad espiritual de malas doctrinas, la ausencia y alejamiento de la luz del mundo por la relación con la zona de las tinieblas. La he visto sola con sus hijos. En torno había cabañas miserables, de formas variadas, cavadas en la tierra y cubiertas por arriba con una especie de techo; algunas eran redondas y tenían techos de hierbas; otras, cuadradas, con techos de juncos tejidos. He visto algunas casas algo más altas, pocas, de forma aguda, compuestas en orden. Entre estas cabañas he visto caminos de comunicación, cubiertos por fuera. Esta acción desagradable resultante de huesos malos puede ocasionar daño a la gente si se sirve de ellos como de medio profano y supersticioso; las personas que usan de ellos pueden participar, sin saberlo, de las emanaciones de esos huesos, pues da nacimiento a cierta comunicación entre ellas y los huesos. De la misma manera nace una participación de las bendiciones y de los efectos de la gracia que emana de todo aquello que es redimido y santificado, por la veneración de los huesos de los santos.

15. Visión de reliquias robadas.
(16 de Diciembre de 1820)

He tenido una maravillosa claridad respecto al reconocimiento de reliquias. He visto todas las cosas como si estuviesen en torno mío. He visto muchas iglesias en el Rin y un cuadro donde una carroza fué sorprendida por ladrones, y una cajita conteniendo reliquias fué echada en un campo y encontrada por otros. El propietario, que pasó por aquel lugar, no las pudo encontrar. Esas reliquias quedaron en el país donde fueron encontradas. En esta cajita he visto los huesos que un amigo ha traído junto con otras; pero no me atrevo a nombrarlas ni decir qué reliquias sean. Ese amigo *(del Peregrino)* debe esperar y, ante todo, cambiar su modo de proceder. El es sorprendentemente largo y alto; también la fe es como su naturaleza, alta y larga, pero muchas veces debe pasar por una pequeña abertura, como la de una llave. El amigo, en cuanto respecta a mi persona y a mi destino, está aún obstinadamente en el error.

16. Anuncia que reconocerá muchas reliquias.
(21 de Diciembre de 1820)

Ana Catalina había anunciado que el día de Santo Tomás reconocería muchas reliquias. El Peregrino la encontró ese día con la caja de las reliquias sobre el lecho. En visión, durante la noche, había distribuído aquellos huesos y recubierto las paredes internas de la caja con pedazos de seda. Había ordenado de modo especial las cinco reliquias de Santiago el Menor, de Simón el Cananeo, de José de Arimatea, de Dionisio Areopagita y de un discípulo de San Juan Evangelista, llamado Eliud.

He tenido una noche luminosa. He sabido el nombre de todas las reliquias que se encuentran aquí y he visto los viajes de los apóstoles y discípulos cuyas reliquias poseo. En cuanto a Santo Tomás he visto un cuadro festivo, muy solemne. He visto también cómo estas reliquias han llegado aquí a Münster, cómo un obispo extranjero las reunió y cómo llegaron a manos del obispo de esta diócesis. Todo lo he visto con sus nombres y sus épocas. Confío en el Señor que todo esto que he visto no se perderá. He obtenido permiso para revelar a mi confesor los nombres de las reliquias que ha traído el amigo y que el confesor se los pueda declarar; pero no me es permitido a mí decir estos nombres. ¡Ah! ¡Yo creía que podría decirle los nombres de todas las reliquias! Lo tenía ya en la punta de la lengua para decirlo, cuando salió súbitamente del lado derecho del armario, que está junto a mí, una mano cándida y luminosa que me cerró la boca, y no me dejó decir los nombres. Esto sucedió de modo tan repentino y sorprendente que estuve a punto de reír.

Algunos días más tarde se renovó una escena semejante:

Tuve de nuevo un gran deseo de nombrar a aquellos santos respecto de cuyos huesos habíase originado tanto disgusto. Pero cuando estaba por hablar, oí golpear en mi armario y me fué imposible pronunciarlos; no los sabía ya. No los puedo decir ni me atrevería. He tenido varias veces la palabra en la punta de la lengua; pero no la puedo pronunciar, y esta imposibilidad no está en mi voluntad.

Tanto el confesor como el amigo habían oído los golpes en el armario sin podérselos explicar. El confesor dijo: "Creo que el diablo no osará hacer una de las suyas". Ana Catalina, tomando una reliquia del armario, dijo: "Es aquel santo cuya reliquia ha traído el amigo del Peregrino".

17. Reconoce varias reliquias.

(18 de Enero de 1821)

El confesor le presenta a Ana Catalina un paquetito conteniendo varios objetos.

¿Quién es esa monjita que yace en un estado tan miserable? El padre confesor nada me dijo sobre ella. Debería ir él junto a ella porque está en un estado más digno de compasión que el mío; yace como en medio de agudas espinas.

La enferma se había visto a sí misma. Después se supo que el paquetito contenía cabellos de Ana Catalina, que el abate Lambert había recogido para mandar a un amigo de París.

Reconocida la reliquia de un santo Papa, se habían olvidado los presentes del nombre. Presentada de nuevo, dijo al punto:

Es del Papa Bonifacio I.

18. Penetra en las catacumbas.

Descendí las catacumbas y vi delante de mí una mesa cubierta de luces, y a muchos hombres y mujeres, de rodillas, rezando. Un sacerdote oraba en alta voz, otro insensaba con un turíbulo. Parecía que todos ofrecían algo, deponiendo la ofrenda en una taza que posaba sobre la mesa. Estas oraciones eran preparatorias de inminentes martirios. Después he visto a una mujer noble expuesta en el anfiteatro con tres hijas, de dieciséis a veinte años. El juez que presidía, no era el mismo de antes. Muchas fieras eran soltadas y lanzadas contra los mártires; pero no les hacían daño; antes bien lamían amigablemente a la más joven de las vírgenes. Fueron traídas delante del juez y llevadas a otra plaza menor. La mayor de las jóvenes fué primeramente abrasada con antorchas negras bajo los brazos, en los pechos; luego despedazado con tenazas el resto del cuerpo y reconducida delante del juez. Ella ni siquiera le dirigió una mirada, sino que miraba hacia las hermanas que en ese momento eran atormentadas. Después que todas fueron así atormentadas, fueron decapitadas, estando sentadas, y por último la madre, que había sufrido increíbles tormentos viendo martirizar a sus hijas. Ví también a un santo pontífice delatado, sacado de las catacumbas y martirizado. Uno de los romanos, el más furibundo de los perseguidores, se declaró partidario de los cristianos y murió también martirizado. Sentí un deseo tan vehemente de martirio que clamé en alta voz invocándolo; pero me fué dicho: "Cada uno

tiene su propio camino. Nosotros hemos soportado el martirio una sola vez; tú, en cambio, serás martirizada constantemente. Nosotros hemos tenido un solo enemigo; tú tienes muchos".

19. Sensación a la vista de las reliquias.

Posteriormente el Peregrino le presentó cierto número de reliquias. Ana Catalina las posó, una después de otra, sobre su corazón; separó alguna como no auténtica, y de las demás dijo:

¡Son tan magníficas! ¡No es posible decir cuán bellas son!

Interrogada acerca de su propia sensación a la vista de las reliquias, dijo:

Yo veo y siento la luz. Es como un rayo, como una flecha que me penetra y me lleva consigo; luego siento la dependencia y la correlación de aquel rayo de luz con aquel cuerpo luminoso del cual deriva, y delante de mí se presentan los cuadros de la vida terrena de aquel cuerpo luminoso y su lugar en los coros de la Iglesia triunfante. Hay una maravillosa relación entre el cuerpo y el alma, relación que no cesa ni con la muerte, de tal manera que los espíritus bienaventurados no cesan de obrar sobre los fieles por medio de cada partícula de su cuerpo. En el día del juicio será muy fácil cosa para los ángeles separar a los buenos de los malos, ya que todo será luz y tinieblas.

20. Distingue una reliquia de San Ignacio
(31 de Julio de 1821)

Había separado, estando en visión, entre centenares de reliquias, una de San Ignacio de Loyola.

Siento un impulso interno de mirar estas reliquias; tenía un ardiente deseo, me atraían. El reconocerlas y distinguirlas es cosa fácil; ellas difunden luces diversas. Veo pequeños cuadros, como si fuesen retratos de los rostros de las diferentes personas a las cuales pertenecen esas reliquias; de los fragmentos de huesos salen hilitos de luz que se juntan con estos cuadros. No puedo expresarlo, es algo maravilloso; es como si una cosa fuese encerrada dentro de nuestra individualidad y esta cosa quisiera salir fuera. Todo esto cansa muchísimo y al fin cae una exhausta de fuerzas.

21. Explica el modo de reconocer las reliquias

El Vicario Hilgenberg le trajo dos largas tiras de género, a las cuales estaban sujetas varias reliquias. Ana Catalina se conmovió y dijo:

Veo a muchas de estas reliquias ornadas de una aureola de luces de varios colores, despidiendo luces. Me detengo con la mirada. Se presenta en el seno de cada una de ellas, una pequeña figura, que crece, y yo penetro en ella. Veo entonces el semblante, la forma, el vestido y todo el modo de ser y veo la vida, el nombre y la historia de dicho santo. El nombre, si se trata de santos, lo veo siempre bajo los pies; en las mujeres lo veo situado en el lado derecho. Estos nombres no están enteramente escritos, sino sólo las primeras sílabas. Las otras son pronunciadas o entendidas internamente. Las letras tienen el mismo color de la luz de la reliquia y la aureola del santo al cual pertenecen. Parece que estos nombres sean algo esencial, como si tuviesen sustancia; hay en ello un misterio. Cuando veo a los santos, no en relación con la distinción de las reliquias, sino en general, los veo también distribuídos en órdenes y coros, según sus méritos y vestidos, sus grados y condiciones. Estos vestidos son algo esencial con los vestidos de la Iglesia celestial y no con los del tiempo transitorio. Veo entonces a todos los Obispos, a los Papas, a los mártires, a los consagrados y ungidos, a los reyes, a las vírgenes, y a los demás con los vestidos propios del reino de los cielos, siempre con la aureola de la gloria. Los sexos no están separados. Las vírgenes tienen un grado místico sumamente distinto. Veo a las vírgenes que lo fueron por deseo y voluntad; entre ellas hay mujeres casadas y mártires, a quienes se les hizo violencia por los verdugos. No veo a Magdalena entre las vírgenes, aunque se halla en muy alto grado. Era alta de estatura, bella y tan enérgica, que de no haberse convertido a Jesús, habría sido un monstruo de maldad femenina. Ella obtuvo un gran triunfo sobre sí misma.

A veces no veo en los santos nada más que la cabeza circundada de resplandor; otras veces, hasta el pecho. La luz que difunden es de diferente color. En las vírgenes y en aquéllos que han vivido tranquilamente, cuya lucha consistió sólo en la paciencia necesaria en las tribulaciones de cada día y en las penas domésticas, este resplandor es blanco como la nieve. Lo mismo es en los jovencitos, a quienes veo muchas veces con lirios en las manos. Los que han sido martirizados por secretos

e íntimos padecimientos por amor a Jesucristo, los veo resplandecer de un rojo pálido. De un rojo fulgurante es la luz de los mártires que llevan una palma. A los doctores y confesores los veo circundados de esplendente luz amarilla y verde, llevando en las manos ramas ondeantes. A los santos mártires los veo con diferente naturaleza de gloria, según el grado de sus tormentos. Entre las reliquias que se encuentran aquí, veo algunos que llegaron a ser mártires por interno martirio del alma, sin efusión de sangre.

22. Cuenta cómo ve a los ángeles

A los ángeles los veo sin aureola. Los veo en forma humana, con semblante y cabellos; pero mucho más esbeltos, nobles y de rostros más finos e inteligentes que las criaturas humanas Los veo transparentes, todo luz, con diferentes grados unos de los otros. A los seres humanos que han llegado a la celeste beatitud, los veo envueltos en una luz corpórea, más cándida que resplandeciente, y en torno de ellos veo una esfera luminosa, una gloria, una apariencia de santidad de diversos colores, los cuales están en relación con el grado y el género de sus purificaciones. No veo que los ángeles muevan los pies, ni tampoco lo veo en los santos, fuera de los cuadros históricos, donde los veo con vida humana o en su acción entre los hombres. Veo en todas estas apariciones, en su estado perfecto en el cielo, que jamás se comunican por medio de la palabra: los unos se dirigen a los otros y se compenetran íntimamente; así leen en el otro lo que piensa.

Tenía dos fragmentos óseos de Santa Hildegarda, uno mayor que otro. Cierto día se mostró sorprendida, como si alguien se le acercara, y exclamó:

¿Quién es esa que se acerca en largo y cándido manto? Es Hildegarda. Tengo dos huesos de ella; el más grande no viene nunca a mí, el más pequeño viene a menudo. El hueso mayor resplandece menos, porque es de una parte menos noble (*). *(Era de un fémur).* Los huesos son diversos en su dignidad. Los ves-

(*) Lo que escribe Ludwig Clarus en su libro *Brieje der H. Hildegard* (1-24) puede referirse a los demás casos de reconocimiento de reliquias por la vidente: "El cuerpo de Santa Hildegarda se encuentra aún en Eibingen en su caja. Fueron sacadas diversas partes de su cuerpo. Una partícula semejante poseyó Cristiano Brentano, el cual la entregó a su hermano Clemente que estaba por este tiempo en relación frecuente con la monja Ana Catalina Emmerick, de Dülmen (1824) oyendo y escribiendo las visiones de esta vidente. De una carta de Cristiano Brentano, de principios del año 1851, que tengo a la vista, escrita a una amiga, trans-

tidos que pertenecieron a Santa Magdalena antes de su conversión, resplandecen menos. Los miembros de un santo, perdidos antes de su conversión, son reliquias, como toda la humanidad entera anterior a la venida de Jesucristo, ha sido redimida por El. Los huesos que han pertenecido a ánimas puras, púdicas y fuertes, son siempre más fuertes y más duros que los huesos de aquéllas que estuvieron abandonadas a las pasiones. Los huesos de los simples tiempos antiguos son más fuertes y producen impresión más agradable que los huesos de épocas posteriores.

23. Reconoce las reliquias que trae el Peregrino.

El Peregrino le trajo una vez una caja con cincuenta fragmentos de reliquias mezcladas. Apenas las tuvo y contempló, comenzó a separarlas, dando cuenta de quienes eran y a qué parte del cuerpo pertenecían:

Estas estuvieron en el fuego; veo que las buscan en medio de las cenizas. Estas estuvieron en la iglesia de una ciudad; veo que las adornan y purifican. Aquellas otras resplandecen de luz más viva. Estas resplandecen menos, y he aquí una que resplandece con una especial luz dorada. *Al decir esto la vidente cayó en éxtasis y dijo:* Veo a un viejo oprimido por el reumatismo, que yace sobre una camilla en una plaza pública. Un obispo, de bácula pastoral, se inclina sobre él y apoya la cabeza sobre su espalda. Están presentes hombres que llevan teas.

Ana Catalina dijo luego que el hueso que resplandecía de color dorado era de aquel obispo, llamado Sérvulo. Nombró también a San Quirino, como si su reliquia se encontrase allí presente. Cuando el Peregrino le presentó un paquete de reliquias perteneciente a la casa ducal de los Dülmen, Ana Catalina separó los retazos de paños diciendo:

Esto lo ha llevado un santo; es el fragmento de una estola. Este paño es de un ornamento de Misa que ha tocado cosas santas.

---

cribo los siguientes párrafos: "La monja Emmerick recibió de mí, entregada por Clemente, una *reliquia insignis* que yo había recibido, sacada del cuerpo de Santa Hildegarda. Ni a mi hermano Clemente ni a la monja dije de quien fuese esa reliquia. Mi hermano, que había dejado la reliquia durante la noche junto a Ana Catalina, me dijo a la mañana siguiente que tal reliquia debía ser de Santa Hildegarda, pues durante toda la noche había estado la vidente en conversación y visiones con esta Santa".

Preguntada cómo lo había reconocido, respondió que en el momento en que el paquete se halló en su pieza había visto junto a ella a cuatro santos revestidos con esos paños, que fueron luego cortados y distribuídos. Preguntada si veía también a Santa Tecla, cuya reliquia estaba allí, dijo: "Sí, la veo en un cuadro cómo espía y escucha atentamente a San Pablo, encerrado en la cárcel. La veo a veces arrastrarse a lo largo de un muro; otras, bajo un arco como quien buscara algo con inquietud". *Al presentarle el Peregrino un pequeño fragmento de leño, dijo:* "Este fragmento es de aquella clase de leño de la que fué hecha la cruz y que María tenía consigo en Efeso; es leño de cedro. Aquel fragmento de seda pertenece a un pequeño manto, con el cual estuvo vestida una estatua de María; es antiquísimo".

El 6 de noviembre de 1821 encontró entre sus reliquias un fragmento de leño que dió al Peregrino, diciéndole:

Esto ha sido llevado, hace mucho tiempo, por un ermitaño de la Palestina. Pertenece a un árbol que estaba plantado en el jardín de un antiguo esenio. Sobre este árbol fué conducido Jesús por el tentador al final de su ayuno de 40 días.

Entregó al Peregrino un pequeño paquete:

Esta es tierra del monte Sinaí. Os veo junto a aquel monte. *Luego, tomando otro hueso:* Esto pertenece a un santo cuya solemnidad ocurre en el mes de julio. Su nombre empieza con E. Lo he visto encarcelado con otros dos que chupaban los huesos de hambre. Conducido al martirio, por causa de sus maravillosos discursos sobre Dios, lo tuvieron por loco y querían dejarlo libre. Un soldado, empero, dijo: "Veamos si es capaz de llamar a su Dios del cielo, porque entonces es merecedor del martirio como los demás". Este soldado fué herido por un rayo. He visto luego al santo celebrando un servicio divino en la iglesia y luego lo ví martirizado.

24. Historia de una cruz llena de reliquias.
(8 de Noviembre de 1819)

Entrególe el Peregrino una cruz muy antigua, llena de reliquias. Al acercarse a Ana Catalina, ésta exclamó:

He aquí que viene una procesión entera de santos. *Abriendo la cruz, dijo:* Helos aquí a todos. Entre ellos, un viejo puro y sincero, como el ermitaño de Suiza. *El Peregrino le dejó la cruz, y ella contó al día siguiente:*

Cuando esta cruz me fué acercada, he visto en fila, precisamente como están dispuestas aquí dentro las reliquias, a todos estos santos en forma de cruz en el aire y debajo de ellos una comarca salvaje, llena de bosques, una espesa cambronera, y a algunas personas, entre las cuales, un hombre semejante al viejo ermitaño de Suiza. Después tuve una visión de aquella cruz. He visto en un vallecito, cerca de un bosque situado en un país montañoso, no lejos del mar, una ermita donde vivían recogidas seis mujeres que se habían dedicado a la vida solitaria. Eran todas de edad en que podían ayudarse unas a otras. Eran muy recogidas, silenciosas y vivían muy pobremente; no tenían provisiones y pedían limosna. Tenían una superiora y recitaban las horas canónicas. Llevaban túnica burda y oscura con capuchón. Las ví andar por el jardincito, dispuesto cerca de las celdas, donde cada una podía entrar por su entrada particular. Los jardincitos eran muy lindos, aunque pequeños, y tenían árboles de naranjas. Los cultivaban ellas mismas. Las vi ocupadas en un trabajo para mí desconocido: tenían una máquina, semejante a un telar, de varias cuerdas, con las cuales tejían tapetes rústicos y variopintos, hechos con sumo cuidado. He visto que con cierta paja blanca y sutil tejían un delicado trabajo entrelazado. Sus lechos estaban sobre el suelo desnudo y consistían en una tabla con un mal colchón de paja y una manta. Allí no se cocinaba mucho. Tomaban su comida en común, y en la mesa alta y profunda había ciertas cavidades que les servían de platos. A derecha e izquierda de estas cavidades había unas tapas que se bajaban sobre las cavidades y las cubrían. Las ví comiendo a todas juntas una oscura sopa de hierbas. En su capilla reinaba la mayor simplicidad. Cuanto había allí de ornamentos consistía en trabajos de paja. Pensé entre mí: "Aquí dentro hay oración de oro con utensilios de paja; así era entonces. Ahora se usa oración de paja con utensilios de oro". El altar de piedra estaba cubierto de una bella estera de paja entretejida y festoneada, pendiente de los extremos. En el medio había un pequeño tabernáculo y, sobre él, esa cruz que tenía el Peregrino. A diestra y siniestra veíanse dos candelabros de leño y dos urnas o vasos, también de leño, que contenían ramos de flores ordenados en forma de ostensorio. Esta ermita era un edificio cuadrado de piedra, con techo de leña. Los espacios interiores estaban divididos por estacas entrelazadas, de un palmo de largo, de madera semejante a aquella con que fabrican las cajas. Las paredes, hechas con maderas entrelazadas, eran de diversa altura; en la

capilla, de la altura superior a un hombre, no llegaban al techo; en las celdas, más bajas. Las religiosas podían verse por encima. Estaban sostenidas por estacas, plantadas y reforzadas contra los muros. El ingreso del lado del mar llevaba a la cocina, y a ésta seguía el comedor con las extrañas mesas; detrás estaba la capilla. A la derecha y a la izquierda estaban las tres celdas y delante los jardines. Las puertas que daban al jardín tenían forma de arco: eran bajas, pequeñas, y la ventana sobre la puerta estaba colocada de modo que no se podía mirar hacia adentro. Delante de las ventanas había pequeñas cortinas de paja que podían tenerse levantadas con palos a modo de tiendas. Las sillas estaban hechas con estera, sin apoyo y tenían un mango de leño. El piso de la capilla estaba cubierto de un tapete de varios colores, grueso, fabricado por ellas mismas.

No todos los domingos tenían la Misa. Un ermitaño venía a decirles la Misa y a darles la comunión. Tenían, empero, el Santísimo Sacramento en la capilla. Las vi una tarde en oración en su capillita, cuando fueron sorprendidas y asaltadas por los piratas. Estos hallábanse armados de cimitarras cortas y extremidades muy largas; tenían turbantes y hablaban una lengua extraña. Robaban a los hombres para hacerlos esclavos. Eran feroces y como bestias. Su embarcación era grande y estaba anclada a cierta distancia de la playa; habían desembarcado en un bote. Devastaron la ermita y llevaron consigo a aquellas pobres ermitañas. No vi que las ultrajasen. Una de aquellas vírgenes, joven y fuerte, defendió la reliquia del altar y pidió al Señor ayuda con todo fervor. Antes que los asaltantes llegasen al mar, vinieron a reñir sobre el reparto del botín. En tanto aquella virgen consiguió arrastrarse con las manos y los pies hasta el fondo del bosque e hizo voto de servir al Señor, haciendo vida solitaria en el desierto, si la libraba del peligro. Los piratas la buscaron largo tiempo, y ella vió cómo al amanecer se hacían a la vela.

Entonces dió gracias a Dios de rodillas delante de esta cruz. La selva virgen se extendía distante de todo camino separada por un precipicio situado entre glaciares. Ningún hombre, ningún cazador penetraba allí. Buscó largo tiempo un lugar conveniente, hasta que lo encontró en lo más profundo del bosque. Era un sitio pequeño, libre y desembarazado, rodeado de árboles y de zarzas, suficiente para erigir allí una pequeña capilla. Por arriba estaba casi cubierto de árboles, y el suelo atravesado por las raíces de los mismos árboles. Decidió ser-

vir a Dios allí mismo, aislada completamente de los hombres, sin ayuda ninguna eclesiástica o profana. Tenía consigo la cruz que plantó sobre un altar edificado por ella misma con piedras, y detrás de él dispuso su lecho. No tenía fuego; lo tenía solamente en el corazón. Durante treinta años no vió siquiera el pan. En aquellas cercanías vi a ciertos animales en lo alto de los montes, semejantes a cabras, que saltaban de un escollo a otro; en torno de esta ermita vi también liebres blancas y pájaros grandes como gallos.

He visto llegar a estos lugares a un cazador con sus perros. Estaba al servicio de un noble, que tenía un castillo en lo alto del monte, a distancia de alguna milla. He visto luego aquel castillo destruído, del que ahora queda sólo un fragmento de torre cubierto de yedra y de plantas salvajes. Aquel cazador vestía túnica gris muy ajustada y en torno al cuerpo un cinturón adornado. Llevaba un pequeño sombrero redondo, de punta, y bajo el brazo, el arco. Sus perros penetraron ladrando en lo espeso de las matas, y el cazador se acercó y vió algo brillante, que era aquella cruz. Se acercó y clamó en alta voz. La ermitaña se había ocultado, y al principio no quiso responder. Finalmente gritó diciendo al cazador que no se espantase de ella si no le veía semblante humano. Entonces él la vió y la vi yo también en visión. La vi circundada de resplandor. Era alta, cubierta el cuerpo; largos y grises cabellos le pendían por las espaldas y el pecho. Toscos eran sus pies y oscuros sus brazos; caminaba encorvada por el peso de la edad. Con todo, a pesar de esta apariencia, tenía algo de severo y de noble en sus modales. Al principio no quiso decir quién era; pero cuando advirtió que el cazador era hombre piadoso, le dijo: "Veo que tú eres siervo de Dios". Y le contó cómo había venido a parar a aquel lugar. Rehusó salir de allí con él; y dijo al cazador que volviese dentro de un año con un sacerdote ermitaño. He visto cómo recibió el Santísimo Sacramento. Después quiso permanecer un rato sola y cuando aquellos dos se acercaron de nuevo, la hallaron muerta. Quisieron llevarse consigo el cuerpo, más no pudieron moverla. La sepultaron en el mismo lugar y el cazador tomó secretamente la cruz para memoria del hecho. Más tarde, sobre su tumba, que estaba en un matorral se edificó una capilla en honor del santo venerado por ella de un modo especial y que había ella nombrado. De varios lados había entradas que llevaban al interior de aquella capilla.

Aquella virgen había vivido completamente para Dios, en la mayor pobreza. Antes del asalto de los piratas había tenido un sueño en el que vió, como si con violencia, era transportada sobre el mar. También en sueño hizo voto a la Virgen de Einsiedeln de que si era salvada del peligro ayunaría siempre en la soledad. Le había parecido que caía en un canal o curso de agua, donde se arrastró largo tiempo hasta que saliendo llegó a una soledad que más tarde conoció era precisamente aquella donde ahora estaba, y vista en la visión. Entonces le fué dicho que allí debía quedar. Cuando preguntó de qué debía alimentarse, muchos higos y castañas cayeron de los árboles; y mientras ella recogía los frutos, éstos se cambiaron en piedras preciosas, semejando los frutos de las penitencias y mortificaciones. Ella le contó al cazador esta visión suya. Cuando el cazador la encontró en aquella soledad habían pasado treinta años. Le dijo que provenía de la Suiza y que podía informarse allí para convencerse. Le nombró el lugar de su nacimiento, añadiendo que había tenido siempre gran devoción a la Virgen de Einsiedeln. Desde la primera edad había oído una voz que le decía que debía dejar su patria y debía servir a Dios en la soledad. No había puesto mucha atención a esa voz; pero una vez le pareció que se le acercaba un joven que le dijo: "¿Estás aún aquí? ¿Aún no has partido?...". Y así diciendo, la había llevado lejos de allí. Había creído que soñaba, mas al despertarse se encontró lejos de su casa, en un país extraño, hasta llegar a la ermita donde fué bien recibida.

El cazador tuvo devoción a la cruz por mucho tiempo; finalmente, por liviandad e inconsideración, la cedió a un habitante de una pequeña ciudad situada al pie del monte. Este la veneró mucho y oraba siempre delante de ella, y en una tormenta que devastó la comarca quedaron él y su casa preservados del desastre. Después de su muerte pasó la cruz a uno de sus herederos, y así pasó de mano en mano hasta llegar a un campesino, que la vendió juntamente con otros objetos. Perdió, por eso, casa y campos. Después he visto la cruz relegada y despreciada en medio de mil cosas de todo género, en poder de personas que no tenían temor de Dios. A esta gente la compró un extranjero, incrédulo, no por devoción, sino por simple curiosidad, sin conocer el valor del tesoro que poseía, y a pesar de ello aquella cruz le fué de inmenso provecho.

Esta última circunstancia conmovió al Peregrino; él había comprado la cruz en Landshut a un pobre obrero, y desde enton-

ces se sintió mejorado en lo espiritual y en lo material. La vidente no lo podía saber y la historia era tan verdadera como el último episodio de la cruz. A raíz de esto el Peregrino se manifestó preocupado y preguntó a Ana Catalina: "Si todo vuelve a verse como sucedió, los pecados cometidos, de los que uno se arrepintió y confesó ¿volverán a verse?" Ella respondió:

Por estos pecados y faltas ha satisfecho el Señor. No existen más. No los puedo ver a no ser que sea un caso como el de David penitente. Aquellos pecados que no fueron expiados, que el hombre lleva consigo y los oculta, esos los veo perfectamente. Los que fueron expiados son como huellas impresas en la arena, que se borran con los pasos siguientes de arrepentimiento y penitencia. La confesión contrita del pecado cancela la culpa.

25. Historia del niño mártir de Sachsenhausen.

El Peregrino le había dado una reliquia que Ana Catalina declaró pertenecer a un antiguo ermitaño. Varios días después contó al Peregrino el martirio de un niño, pariente del ermitaño.

Tuve la aparición de un niño como de cuatro años, coronado de una aureola roja. Su semblante era en extremo gracioso. Sus palabras fueron muy breves y profundas. Hice con él un largo viaje y me impresionó mucho el verlo tan luminoso, tan serio y tan sabio. Pasamos sobre una ciudad y rápidamente nació en mí el conocimiento del estado moral de ella. Sentí dentro de mí que había allí pocas almas piadosas. El niño me llevó sobre un puente y me señaló la casa donde había nacido. Era una casa vetusta de ciudadanos de mediana condición, que aún conservaba algo de los tiempos antiguos. Todo estaba silencioso y callado; pero al acercarnos los actuales habitantes pensaban en aquel niño y un débil recuerdo de su historia perduraba en ellos. Entonces tuve la advertencia de que muchas veces el instantáneo recuerdo de un difunto, es efecto de su proximidad. El niño me indicó que como la correlación del alma con el cuerpo no cesa jamás hasta la unión de los mismos en la resurrección final, asimismo no cesa jamás la acción de un alma santa sobre aquellos que por vínculos de sangre o de parentesco se encuentran en relación con él. Un beato sigue obrando, ayudando y aprovechando a esa familia según el grado de fe y de temor de Dios que tenga para poder recibir esa ayuda. Me dijo cómo él había obrado en favor de la eterna

salud de sus parientes y cómo llegó, por medio del martirio, a aquella perfección a la cual habría llegado si su vida no hubiese sido interrumpida por la maldad de los demás, y que los méritos de las acciones que habría hecho en el transcurso de su vida, si no hubiese sido muerto a los cuatro años, él podría aplicarlos también, de modo espiritual, en ventaja de los suyos. Cada especie de mal sucede, no por voluntad de Dios, sino por simple permisión de Dios. Por lo demás, no se quita o cesa el cumplimiento y la perfección del bien obrado por un individuo, por efecto del pecado de los demás, sino que solamente es alterado y mudado, y el delito y pecado, en sus consecuencias efectivas, hiere esencialmente al pecador mismo, mientras al inocente, que es ofendido y dañado, las penas y el martirio le sirven de medio para más rápida perfección. Aunque el pecado cometido contra los demás sea cosa contraria a la voluntad de Dios, con todo esta voluntad de Dios no es impedida en su designio final, puesto que todo lo que el muerto hubiera obrado en el mundo, viene a cumplirse y a completarse, de modo espiritual, por medio de la libertad de la voluntad.

Vi entonces la historia del niño martirizado. Sus padres vivían, hace cerca de tres siglos, en Sachsenhausen, junto a Francfurt, y era éste de muchísima piedad. Tenían un pariente próximo, que vivía en Egipto, como ermitaño, del cual a menudo hablaban, recordándolo con afecto y veneración. Frecuentemente, mirando a su hijito, decían entre sí, que se considerarían dichosos si el niño imitase a aquel pariente en género de vida tan feliz, sirviendo a Dios en la soledad. Padres que tienen semejantes deseos sobre un hijo único, que aún no tenía un año de vida, debían ciertamente ser muy piadosos. Este deseo se renovaba frecuentemente en su ánimo. Cuando el niño hubo cumplido un año, murió uno de sus padres. El que sobrevivió contrajo nuevas nupcias y la conversación sobre el ermitaño y el deseo de que fuese también el niño un ermitaño se renovó con el tiempo en la nueva familia. El niño se entretenía y divertía a menudo con semejantes conversaciones. Murió el otro de sus progenitores, de modo que el niño quedó huérfano. La tradición del ermitaño había quedado arraigada en la familia, y el niño, ya de cuatro años, tenía vivos deseos de conocer al pariente ermitaño. Me dijo que ciertamente habría resultado algo bueno si hubiera seguido viviendo; quizás se habría hecho también él ermitaño. Me dijo, además, que había sido un buen niño y agraciado, aunque de ninguna manera tan

hermoso como lo era al presente. Sus nuevos padres, que veían en él al heredero de la casa, estarían contentos en librarse de su presencia, y conversaban de esto cuando hablaban del lejano ermitaño. El niño no había cumplido los cuatro años, cuando los parientes lo entregaron a ciertos hebreos extranjeros, que debían llevarlo a Egipto al lado del ermitaño. Procedieron así para librarse del niño, y hablaron del viaje a Egipto sólo para ocultar al niño la traición. Aunque el niño llegó a ser mártir por esta causa, con todo no dejó nunca de usar de amor y caridad hacia su familia y su ciudad natal. Me mostró una casa grande, aun no del todo terminada, de estilo moderno, en la cual había una fiesta, al parecer de bodas, donde a menudo se daban tales fiestas. Vi una cantidad de habitaciones iluminadas con lámparas y mucha gente bien vestida y adornada, festejando y bailando. "Esto hacen, me dijo el niño, sobre los huesos de un antepasado, que con su piedad ha establecido el primer fundamento del presente bienestar de la familia". Me condujo dentro de un sótano amurallado, donde en un doble féretro yacía, en perfecta posición, un esqueleto blanco, bien conservado. La caja interna era de plomo y la externa me pareció de madera oscura. El niño me dijo que el difunto había sido el fundador de la casa y pariente suyo; hombre muy piadoso, que había ganado grandes riquezas, conservándose siempre buen cristiano. Cuando fué destruída la iglesia donde estaba sepultado, sus hijos llevaron el cadáver al sótano, olvidándose completamente de él y de su cadáver. Penetré por todos los departamentos de la casa. Vi también en la ciudad muchos huesos de santos y de beatos reposando en subterráneos, bajo los fundamentos de las iglesias destruídas y de monasterios, sobre los cuales se habían edificado casas y palacios. El niño me dijo que la ciudad decaería mucho, porque estaba en la cumbre del orgullo. Hice un gran viaje por mar hacia una comarca arenosa y cálida. El niño me había dejado sola. Pasé luego a una ciudad desierta, donde las casas caían una sobre otra en ruínas, y allí encontré de nuevo al niño, y vi en una cueva, bajo una colina, el lugar de su martirio, y vi su martirio mismo. Parecía aquél un sitio destinado para el sacrificio de animales. De las paredes pendían ganchos de hierro, en los cuales los judíos sujetaron al niño en forma de un crucificado, haciendo destilar su sangre de cada uno de sus miembros. Sobre el suelo veíanse dispersos muchos huesos luminosos de niños anteriormente martirizados, allí sepultados, y estos huesos resplan-

decían como centellas. El martirio de este niño no fué nunca descubierto ni castigado por el brazo secular. Me pareció que allí no había ningún cristiano, fuera de algún ermitaño que del desierto venía a la ciudad.

Posteriormente estuve en el desierto y volví a ver a aquel niño junto a la tumba del ermitaño, su pariente, que fué enterrado donde había vivido. Había muerto antes que el niño fuese sacado de Francfurt. Sus huesos resplandecían. Había muchos otros sepulcros en aquel desierto. Sobre la blanca arena veíanse fragmentos de recipientes rotos; crecían muchas palmas. Allí el niño me dejó de nuevo, y fuí transportada por mar a otra comarca; era una colina, en la ciudad donde está el gran anfiteatro *(Roma)*. A un lado de la colina había casas y crecían algunas viñas. Debajo se extendía una gran caverna, sostenida por columnas; la entrada estaba cerrada, llena de escombros. Nadie sospechaba que allí hubiese una caverna. Cuando llegué, el niño se presentó de nuevo y se puso a mi lado. Allí encontré un gran tesoro de huesos sagrados; toda la caverna resplandecía. Había cuerpos enteros dentro de féretros puestos en las paredes y gran cantidad de huesos menudos encerrados en pequeños sarcófagos. Yo los vaciaba, y trabajé allí abriendo esos sarcófagos. Vi algunos cuerpos en los cuales los paños en los puntos en que tocaban a los cuerpos, quedaban aún intactos, mientras lo demás estaba consumido o putrefacto. Vi que algunos cuerpos disecados se habían vuelto de un color blanco agradable. Vi igualmente varios cuadros referentes a la vida de esos santos, la mayor parte de los cuales pertenecía a los primeros siglos de la Iglesia. Muchos fueron martirizados porque llevaban ofrendas a los sacerdotes cristianos. Los he visto ir con pequeños volátiles bajo el brazo, y me pareció que fueron denunciados por los paganos. Vi a muchísimos que por el voto de castidad se habían hecho como miembros de una orden religiosa, y he visto también a maridos y mujeres que, por amor de Dios, vivían en continencia. Penetré en todos estos sagrados lugares y entre estos huesos, hasta llegar a una caja grande cuadrangular, no profunda, y hecha de materia sutil. Me sentía atraída hacia aquella caja; me parecía que me pertenecía, puesto que allí estaban los santos de los cuales poseo reliquias. Quería llevármela conmigo; pero el niño me dijo que eso no convenía, y que debía dejarla. Las reliquias estaban allí bien dispuestas, colocadas sobre almohadillas. Como no la pude llevar, la cubrí con un paño azul. El niño me dijo que aque-

llos huesos fueron escondidos allí desde los tiempos primitivos de la Iglesia; que debían permanecer; pero que serían a su tiempo descubiertos y reconocidos.

26. Reliquias de la Iglesia de Münster.

Recibió Ana Catalina pequeños envoltorios que contenían reliquias enviadas en diversas ocasiones por el deán Overberg: estaban mezcladas; unas tenían nombres, otras no. Tuvo visiones generales acerca de estas reliquias, y luego particulares de algunos santos.

Cuando recibí las reliquias enviadas por el deán Overberg tuve la visión de la forma en que estas reliquias fueron llevadas de Roma a Münster por obra especialmente de los primeros obispos y de la grandísima reverencia con que eran colocadas en relicarios cerrados y distribuídos a varias iglesias. He visto damas piadosas reunidas para ordenarlas y envolverlas; al hacerlo tenían cuidado de mantenerse puras y santas. He visto algunos sacerdotes que con ellas distribuían luego esas reliquias. Eran sujetadas a los relicarios, adornadas con ribetes y flores y dispuestas en pirámide. Cuando fueron expuestas por primera vez a la pública veneración, se hizo una gran solemnidad y todo el país se consideró favorecido. Muchas reliquias fueron amuradas a los altares de la iglesia de Ueberwasser. Algunos piadosos canónigos de capítulo, cuando oían hablar de algún santo o beato, procuraban conseguirse alguna reliquia de ellos, que luego veneraban como un gran tesoro. Vi después que al ampliarse y restaurarse las iglesias y los altares, eran colocados unos sobre otros los huesos de santos de las épocas más diversas. Se hallaron muchos cuerpos sagrados de los cuales algunos miembros fueron extraídos y colocados con las otras reliquias. Así se encontró el cuerpo de una virgen, de la cual poseo un pequeño hueso. Las grandes bendiciones que de tales huesos surgían las he visto disminuir y concluir con el aumento del descuido en que las reliquias eran tenidas. He visto también que, no sin un designio de la Providencia, esas reliquias llegaron a manos del deán Overberg, quien sin conocerlas siquiera, les había asignado un decente lugar para guardarlas.

Otra vez que Ana Catalina tenía en sus manos la caja de reliquias, que llamaba su iglesia, vió a Santo Tomás Apóstol y un cuadro de sus viajes y de su misión en las Indias.

El apóstol anduvo de un rey a otro y obró muchos milagros. Hizo muchas profecías antes de su muerte. He visto que levantaba una piedra grande, muy lejos del mar, le grababa algunas señales, y decía: "Cuando el mar llegue hasta aquí, vendrá otro que propagará la doctrina de Cristo". Se refería a San Francisco Javier. He visto después al apóstol traspasado por las lanzas y sepultado; como asimismo cuando su cuerpo fué desenterrado y honrado. Creo que entre mis reliquias están también las de los santos Matías y Bársabas, puesto que me fué mostrado un cuadro breve de su elección al apostolado. Matías, aunque delgado y débil, fué preferido por Dios a Bársabas, que era joven y robusto, a causa de la mayor fuerza de su espíritu. He visto a este respecto muchas cosas. Vi también un cuadro referente a Simeón, pariente de Jesús, que después de Santiago fué obispo de Jerusalén, martirizado allí a la edad de cien años. De él debe haber alguna reliquia entre las mías.

Al día siguiente volvió a ver escenas de Santo Tomás apóstol, y dijo:

He visto un cuadro de sus viajes, como si estuviesen señalados en un mapa. Me fueron mostrados los huesos de Simeón y de Judas Tadeo. Vi toda la familia de Santa Ana. Joaquín había muerto antes del nacimiento de Jesús. En esta ocasión pensé en la profetisa Ana, y la vi, como también las habitaciones de todas las viudas y profetisas pertenecientes al templo de Jerusalén. Simón y Judas Tadeo eran hermanos. La primera hija de Santa Ana, es María, mujer de Alfeo. Esta María, en la época del nacimiento de María Santísima, tenía ya una hija grandecita, que fué luego María, la mujer de Cleofás, del cual tuvo cuatro hijos: Santiago el Menor, Simón, Judas Tadeo y José Barsabás. Tengo conmigo reliquias de estos tres últimos santos. Al tacto de los huesos de Judas Tadeo, como también al de sus hermanos, sentí que él era pariente de Jesús. Vi en otro cuadro cuando él llegaba junto a Abgar, rey de Edesa. Llevaba en la mano una carta que le había dado Tomás. Cuando estuvo dentro, vi la figura luminosa y la aparición del Salvador. El rey, enfermo, se inclinó delante de esa aparición y no vió al apóstol. Este le impuso las manos y en seguida sanó de su enfermedad. Luego el apóstol predicó en aquella ciudad y convirtió al pueblo entero. Vi cuadros relativos a varios santos. Vi el martirio de San Evodio, que sufrió en Sicilia con Hermógenes, su hermano y con una hermana. Vi también muchos cuadros relativos a una santa monjita vestida de

blanco, la cisterciense Catalina de Parcum. La vi mientras era aún hebrea, puesto que tal había nacido, leer todas las cosas relativas a Jesús en ciertas envqlturas de papel, y sentirse conmovida. Vi que ciertos niños cristianos le contaron cosas de Jesús Niño y de María y del pesebre, y que, guiada por ellos, fué a ver secretamente un pesebre; luego, por ello, conoció mejor a Jesús. La he visto ser instruída secretamente, y, luego, a raíz de una aparición de María Santísima, decidida a refugiarse en un monasterio. Vi muchas cosas conmovedoras de ella y de su ardiente deseo de ser despreciada.

La reliquia de esta santa estaba cosida en paño rojo, y cuando se disponía la vidente a envolverla y a escribir el nombre, le fué dicho internamente que allí había también algunos hilos de paño que habían tocado el santo pesebre y algunos fragmentos del leño de la verdadera cuna del Señor; y un pequeño fragmento de papel en el cual había algo escrito. Le fué dicho que esas cosas eran las que dicha santa mayormente había venerado; que ella, cuando era aún niña, fué movida por la imagen del pesebre y había obtenido la gracia de llevar a menudo en sus brazos al Niño Jesús. Ana Catalina contó esto al Peregrino, el cual logró descubrir unos hilos con un trocito de leño y un escrito que decía: "De praesepio Christi". Cuando lo entregó de nuevo a la vidente, ésta dijo: "Esto viene de la cuna del Señor; esto ha sido venerado por la monjita". El Peregrino, conmovido, quiso besar la mano de Ana Catalina, y ella le dijo: "Besa la reliquia de Santa Clara; en ella no hay ya nada terreno. Esta (mi mano) está aún mezclada con la tierra". El Peregrino se sintió más conmovido, pues tenía precisamente escondida en el pecho una reliquia de Santa Clara, que pensaba mostrar a la vidente más tarde. Cuando Ana Catalina la tuvo, dijo, besándola: "He aquí que Clara está delante de mí". Más tarde añadió:

He visto un pequeño cuadro relativo a la Santa. En la proximidad de su convento ardía una guerra. Estaba muy enferma y con todo se hizo conducir a la puerta del monasterio y asimismo hizo llevar el Santísimo Sacramento. Este estaba encerrado en una píxide de plata revestida de oro; delante de ella se postró de rodillas e imploró al Señor y sintió una voz interna que la consolaba. Al punto vió que los enemigos se alejaban de la ciudad.

27. Reconoce reliquias de Afra, Marta y Magdalena.

Un día el Peregrino se aproximaba con una reliquia, cuando la vidente exclamó:

¡Afra! ¿Tenemos nosotros la reliquia de esta santa?... La veo aquí atada de manos y pies a un palo. Las llamas se avivan y se elevan en torno de ella, que vuelve la cabeza y mira a su alrededor.

Diciendo estas palabras, tomó la reliquia, y la besó, honrando a la santa con gran devoción.

En la hora del crepúsculo el Peregrino abrió un pequeño paquete, descubriendo un fragmento de hueso y un trozo de vestido con un escrito. Ana Catalina, que no podía por la oscuridad ver el objeto, exclamó al punto: "No pierda ese escrito. La indicación es verdadera; ese escrito resplandece". Cuando tuvo la reliquia, cayó en éxtasis y contó al Peregrino lo siguiente:

He viajado por muchos lugares, lejos de aquí, por Betania, Jerusalén y Francia. El hueso es de Marta. El vestido es de Magdalena y es de color azul, con flores amarillas y algo de verde. Es un resto de su vanidad. Llevaba todavía este vestido debajo de un manto de luto, en Betania, en el momento de la resurrección de Lázaro. Todos estos vestidos quedaron en casa de Lázaro cuando ella pasó a Francia. Ciertos piadosos amigos los tomaron y conservaron fragmentos para memoria. Algunos peregrinos, que habían ido a visitar su tumba en Francia, envolvieron la reliquia en estos paños, creyendo que tanto el hueso como los fragmentos de los vestidos fuesen de Magdalena; pero solamente el vestido es de ella; el hueso es de Marta.

Cuando el Peregrino pudo examinar mejor el escrito interno, encontró la leyenda: Santa María Magdalena. Reconoció también, entre las reliquias enviadas por el deán, un hueso del Papa Sixto octavo y un fragmento del tercer Pontífice, después de Pedro. Se alegró de haber retenido las cifras numéricas latinas; pero al día siguiente ella le dijo: "Cuando vi de nuevo el hueso de aquel santo Papa, me fué dicho: "No del tercer Papa, sino del décimotercero y su nombre quiere decir Salvador". El Peregrino comprobó que se trataba de San Sotero, que quiere decir en griego Salvador.

28. Reliquia de Santa Marcela.

El confesor le entregó un paquete con la inscripción de San Clemente. Ana Catalina recibió la reliquia y al día siguiente dijo que no era de San Clemente, sino de Santa Marcela viuda. Como no se convenciera el confesor, ella declaró:

He visto de nuevo la vida de Santa Marcela. La he visto como viuda, retirada en un vasto palacio construído en el estilo romano, semejante al de Santa Cecilia. Tenía anchos patios, con fuentes y saltos de agua. La vi con San Jerónimo, que desplegaban rollos y leían. La vi distribuyendo sus riquezas a los pobres y prisioneros; y de noche ir a las cárceles, cuyas puertas se abrían delante de ella. Habiendo tenido noticia del género de vida de San Antonio, se puso un velo y tomó un vestido monacal e indujo a hacer lo mismo a otras vírgenes. He visto que en Roma había entrado gente extranjera que saqueaba y robaba. Algunos de ellos se introdujeron en casa de Marcela y la extorsionaban amenazándola con armas para que les diese dinero. Ella había distribuído todo entre los pobres.

Esto es lo que recuerdo haber visto. Cuando la vi por primera vez, la santa me consoló y me animó respecto de mis visiones sobre las Sagradas Escrituras y me dijo algo para mi confesor, que he olvidado enteramente.

29. Escenas de la vida de San Marcelo Papa.

Reconoció una reliquia de San Marcelo Papa y narró lo siguiente:

He visto cuadros relativos a este santo. De noche, con muchos otros, iba en busca de cuerpos de santos mártires dispersos y les daba sepultura, escribiendo el nombre sobre su sepulcro. Lo he visto envuelto en su manto, errando de un lado a otro, llevando muchos huesos sagrados. Transportó también huesos a las catacumbas y colocó delante de ellos rótulos con nombres y escrituras y separó unos de otros. Entre estos escritos hay actas de los santos mártires. Creo que en un gran subterráneo, donde vi conservados tantos rótulos, se encuentra una buena parte de los que él había transportado. En esta ocasión he visto que nosotros poseemos la más preciosa parte de las reliquias y que entre ellas están muchos cuerpos que él reconoció, escribiendo sus nombres. La piadosa viuda Lucina le rogó que sepultase a dos infelices, muertos de hambre en la cárcel ha-

cía algún tiempo. Lo hicieron de noche, y transportaron el cadáver de un hombre y de una mujer en aquel lugar donde estaba sepultado San Lorenzo. Cuando iban a ponerlos, los huesos de San Lorenzo se apartaron, como si no quisieran tener en su vecindad esos cadáveres; por esto fueron sepultados en otro lugar. He visto a Marcelo conducido ante el Emperador. Como no quiso sacrificar a los ídolos lo azotaron hasta hacerle brotar sangre, y luego condenado a servir como esclavo en un gran establo. Este establo estaba en círculo alrededor de un patio, y había allí no sólo bestias de carga, sino también los encierros de fieras que se usaban contra los mártires. Él debía cuidar y alimentar a las bestias, que se mostraban muy mansas con él. Aquí él pudo ser útil a la iglesia secretamente, puesto que con la mediación y los donativos de Lucina a los guardianes, frecuentemente podía salir furtivamente de la cárcel para sepultar mártires y consolar a los fieles. Vi también que recibía el Sacramento de otros sacerdotes y que él mismo lo distribuía de noche a otros. Fué sacado del establo y llevado a la cárcel; pero después de haber curado a la mujer de un alto personaje, fué puesto en libertad. Luego vivió en casa de Lucina, que transformó secretamente en iglesia y continuó con sus obras de caridad. Fueron sorprendidos otra vez; el palacio fué usado como establo y él tuvo que guardar de nuevo animales. Mientras ejercitaba en secreto sus oficios en aquel establo, fué desgarrado del modo más inhumano, con golpes, en un ángulo del establo y abandonado su cadáver en aquel desolado sitio. Los cristianos sepultaron su sagrado cuerpo.

He visto luego cuadros relativos a Ambrosio, a Liborio y el gobierno de la iglesia bajo San Gregorio. En especial estos cuadros se referían a las relaciones de aquellos santos con las piadosas mujeres, y que a causa de este inocente y piadoso trato eran muy calumniados. Gregorio había fundado muchos monasterios para monjas, y en los días que estaban antes consagrados a las divinidades paganas y a las bacanales, inducía a centenares de aquellas mujeres a orar públicamente con hábitos de penitentes, para expiar así y compensar a la iglesia por los muchos pecados cometidos en otros tiempos en esos mismos días. He visto que obrando de este modo consiguió mucho bien; aquellas festividades del diablo y del pecado disminuyeron en su tiempo. Tuvo que sufrir mucho por causa de su celo. Luego vi un cuadro del diácono Ciríaco, que padeció innumerables sufrimientos. Una vez estuvo oculto por mucho tiempo en una

catacumba situada no lejos del lugar donde ahora se levanta la iglesia de San Pedro. Allí casi se moría de hambre. Fué martirizado. Recuerdo que San Ciríaco había sido consagrado por Marcelo y que él, con otros dos cristianos, Largo y Smaragdo, proteguía a los cristianos que debían trabajar en las excavaciones. El mismo fué condenado a estos trabajos forzados y allí libró del demonio a la hija de un cristiano.

30. Plácido y Donato.

He reconocido los huesos de Plácido y de Donato. He visto que Plácido era, en sus modales, semejante a San Francisco de Sales, gentil y amable. Fué muerto en Sicilia con sus hermanos. He visto muchas cosas relativas a su vida. Era el menor de dos hermanos y de una hermana y desde niño era tenido por santo. Lo he visto, aun pequeñito, en los brazos de su madre, tomando rótulos escritos y poner sus deditos en donde estaban los nombres de Jesús y de María, con señales de gran alegría. Lo vi generalmente amado; frecuentemente toda una familia se reunía alrededor del niño, que la madre tenía sobre las rodillas. Lo vi con su preceptor dentro de un jardín, donde jugaba dibujando cruces y entrelazándolas con flores y plantas. Le eran muy familiares los pajaritos. Después fué llevado a otro lugar para estudiar y luego al monasterio de San Benito, que aún tenía pocos discípulos. Lo he visto gentil y delicado; creció rápidamente, como suele acontecer con los niños de alto linaje. Vi luego un cuadro relativo a otro santo que fué educado muy humildemente en una choza y llegó a ser Papa. Vi un cuadro relativo a la vida de ambos. Hablé con Plácido y él me prometió que me ayudaría. Me dijo que yo debía invocarlo.

31. Reliquias y episodios de diversos santos.

Estando en conversación con el Peregrino, dijo un día la vidente: "Tenemos una reliquia de Santa Teresa y una de Santa Catalina de Siena. Helas aquí unidas a muchas otras". Repitió muchos nombres de santos cuyas reliquias tenía, siempre en el mismo orden.

Veo los nombres, en parte bajo los pies, y en parte al lado del cuerpo y veo los atributos de cada uno de ellos. Veo a Edildrudes con la corona depuesta; veo a Teresa, Radegunda, Geno-

veva, Catalina, Foca, María de Cleofás. Esta es de mayor estatura que María Santísima y está vestida de igual manera; es hija de la hermana mayor de María. Veo también a Ambrosio, Urbano y Silvano.

El Peregrino le preguntó: "¿Dónde está Pelagia?" Contestó: Pelagia ya no está junto a mí; está allí" (señaló el pecho del Peregrino). En efecto, el Peregrino había retirado esa reliquia, poniéndola en un bolsillo de su saco, como reliquia ya reconocida que pensaba colocar en un relicario. El mismo Peregrino se disponía a sacar otra del bolsillo, cuando la vidente exclamó: "Veo a Enguelberto. ¿Tenemos quizás una reliquia de él?" El Peregrino mostró la reliquia y Ana Catalina contó lo siguiente:

He reconocido ese hueso como de Enguelberto de Colonia y esta noche he visto muchas cosas de su vida. Enguelberto era hombre principal, ocupado en graves negocios del imperio. Vivía con mucha severidad y justicia, pero no como otros santos, por razón de sus muchas ocupaciones exteriores. Tuvo gran devoción a María Santísima. He visto que él hizo trabajar en el *Duomo* y reunió muchas preciosas reliquias, que ahora ya no se conocen y las reunió en sarcófagos, que puso debajo de los altares. Esto no fué muy conveniente. Ví también su muerte. Había sido muy perseguido por un pariente, a quien debía haber castigado. Este lo sorprendió en un viaje y lo maltrató horriblemente. Conté sobre su cuerpo más de setenta heridas. Enguelberto se hizo santo por medio de una seria preparación para la muerte, puesto que poco antes había hecho contrita confesión de los pecados de toda su vida y llevó con indecible paciencia su lenta muerte mientras rogaba por sus asesinos. He visto que la Madre de Dios se le apareció durante su martirio, lo consoló y lo exhortó a sufrir y a morir con paciencia. A la ayuda de la Virgen se debe su santa muerte. He reconocido también la reliquia de San Cuniberto de Colonia. Lo he visto, siendo paje, junto al rey Dagoberto y durmiendo en la cámara del rey.

32. Una reliquia de San Lucas.
(2 de Abril de 1821)

Desde hace algún tiempo veo un hermoso fragmento blanco del cráneo de San Lucas, junto a mí. Lo veo muy distintamente y, sin embargo, no acabo de creerlo, ni aún viéndolo en visión, y ahora, por castigo, lo olvido estando despierta. La noche pasada ví la historia que se refiere a esta reliquia. San Gregorio

Magno llevó consigo desde Constantinopla a Roma la calavera de San Lucas y un brazo de San Andrés, y obtuvo de ello tan feliz resultado que por medio de estas reliquias hizo mucho bien a los pobres. Fueron colocados en su monasterio de San Andrés. Algún fragmento de la calavera y del brazo llegaron hasta Colonia. He visto la gran alegría del obispo de aquella ciudad cuando le llegó tal reliquia. Después, aquellos sagrados fragmentos pasaron a Maguncia; luego a Paderborn, y finalmente a Münster. Ahora ambos se encuentran aquí, en mi relicario. La reliquia de San Andrés está encerrada en una cápsula. El hueso de San Lucas debe encontrarse en un ángulo, envuelto en un pañito; ahora no recuerdo el lugar preciso.

Rogada por el Peregrino para que buscase la reliquia, la vidente reconoció un fragmento del cráneo del santo y contó lo siguiente:

He visto que cuando estos cuerpos se encontraron en una iglesia destruída de Constantinopla, fueron puestos a prueba sobre personas enfermas. El agua en que fueron lavadas estas reliquias, la bebió un leproso, y sanó. He visto muchas cosas de San Gregorio: que hacía mucho caso de las santas reliquias, y he visto que curó milagrosamente a muchos enfermos por medio de ellas. Curó a una mujer demente; luego a una niña poseída del demonio. Para curarlas, les impuso sobre la cabeza las santas reliquias. He visto cómo llegaron fragmentos de estas reliquias a Colonia, bajo un santo obispo; luego a Tréveris, a Maguncia, a Paderborn y a Münster; creo que llegaron hasta aquí bajo un obispo que pertenecía a la noble familia de los Fürstenberg.

33. Supuestos cabellos de María.

Ana Catalina había recibido cierta cantidad de cabellos conservados como reliquias en el monasterio de Notteln; se decía que eran cabellos de la Virgen, traídos por San Ludgario. Cuando los tomó en sus manos, tuvo la siguiente visión:

A la derecha, al pie de mi lecho, se me presentó una virgencita de extraordinaria belleza. Llevaba una vestidura blanca y luminosa, con un velo amarillo, que descendía hasta los ojos, y a través de él he visto los cabellos, de un color rubio muy delicado. Todo el espacio de ella era luminoso, de una luz muy diversa a la del día: parecían más bien rayos de sol. Su aspecto, su gracia y su amabilidad me recordaban a la Madre de Dios. Mientras pensaba en esto, oí unas palabras semejantes a éstas:

"¡Ah! Estoy muy lejos de ser María... Soy, empero, de su estirpe, y he vivido treinta o cuarenta años después de su época. Nací en las cercanías del lugar donde ella nació; pero no la he conocido, y no estuve en los lugares consagrados por su presencia y sus dolores, para no dar a conocer que era cristiana, por ser tiempos de grandes persecuciones. Entre los míos se conservaba la memoria del Señor y de su Santísima Madre con tal ardor y vivacidad que yo me esforzaba de todos modos en imitar sus virtudes: seguía en mi alma las huellas del Señor y en el lugar donde vivía meditaba, como lo hacían los cristianos, recorriendo las estaciones del *Via crucis*. Obtuve la gracia de probar los íntimos y secretos dolores de María, y esto constituyó mi martirio. Un sucesor de los apóstoles, un sacerdote, era mi amigo y guía." La aparición pronunció el nombre, que ahora no recuerdo. No era nombre de apóstol ni otro que figure en las letanías de los santos: era un nombre antiguo y extranjero, aunque me parece haberlo oído otras veces. "Por este sacerdote se llegó a saber de mí; de otro modo hubiera sido del todo desconocida. El mandó parte de mis cabellos a Roma. Un obispo de tu país obtuvo algunos y los trajo con otros muchos. Todo esto quedó enteramente olvidado. Fueron llevadas también a Roma muchas reliquias y restos de mi época, aunque no pertenecen a mártires."

Esto es lo que supe de la aparición. El modo en que se reciben estas noticias, es inefable. Cuanto se le dice a uno es extremadamente breve: de una sola palabra entiendo más cosas que de treinta otras de explicaciones. Se descubre la idea y el concepto de aquél que habla y no se ve todo esto con los ojos, aunque todo aparece claro y distinto, más que con impresiones naturales de los sentidos. Tales comunicaciones se reciben con gozo exquisito, como una brisa suave, en día de calor intenso.

34. Cosas bendecidas y consagradas.

No veo nunca resplandecer una imagen milagrosa. Veo, en cambio, delante de ella un sol de luz, del cual recibe la imagen los rayos de luz que caen sobre los que rezan delante de ella. No he visto nunca el Crucifijo de Koesfeld resplandecer; pero veo resplandecer la verdadera reliquia de la Cruz cuando estaba escondida en la parte superior de la cruz de Koesfeld. He visto descender rayos de luz sobre los que rezaban hincados delante de ella. Creo que toda imagen, representación de Dios o instru-

mento de Dios, puede llegar a ser milagrosa, con pleno triunfo de la fe sobre la debilidad humana, en fuerza de la plegaria común, llena de confianza, de los que rezan.

Cierta vez el Peregrino puso ante sus ojos un AGNUS DEI. *Ella lo tomó en sus manos y dijo:*

Va bien. Esto es bendito; esto es bueno; estuvo en contacto con la fuerza; en estas reliquias encuentro que hay fuerza.

Con motivo de una cruz bendita, dijo:

La bendición resplandece como una estrella. Tenedla en mucho honor. Pero los dedos consagrados del sacerdote *(añadió volviéndose al confesor)*, son mucho mejores. En esta cruz la bendición puede llegar a faltar; pero la consagración de los dedos es indeleble y eterna. Ni la muerte ni el infierno mismo pueden hacerla desaparecer. Aparecerá distinta y visible también en el cielo. Esta consagración proviene del mismo Jesús, que nos ha salvado.

A alguien que le trajo una pequeña imagen de la Virgen, le dijo:

Está bendecida. Conservadla bien, y no la dejéis entre cosas no santas. Aquel que honra y venera a la Madre de Dios será protegido por Ella delante de su Hijo Divino. Ayuda mucho el estrechar cosas benditas contra el corazón, durante el asalto de las tentaciones. Conservadla bien.

Le llevaron una pequeña imagen y dijo, poniéndosela sobre el pecho:

¡Oh, la poderosa Señora! Esta pequeña imagen estuvo en contacto con una imagen milagrosa.

35. Una moneda de San Benito y otras reliquias.

El Peregrino le presentó un vaso de cristal, donde había una moneda cosida a un pañito de felpa. Ella dijo:

También el pañito está bendecido. Esta es una moneda consagrada a San Benito. Es una consagración que San Benito dejó a su orden religiosa y está relacionada con el milagro que sucedió cuando aquellos monjes le dieron veneno, y él hizo la señal de la cruz y se quebró el vaso, cayendo en tierra los fragmentos. Esta bendición preserva de la peste, del veneno, de los engaños y de asaltos del demonio. El paño colorado al cual se halla cosida la moneda, estuvo sobre la tumba de San Wilibaldo y de Santa Valburga. Proviene de aquel lugar donde destila un acei-

te milagroso el sepulcro de Santa Valburga. He visto a los eclesiásticos que fueron descalzos para tocarlo en aquella tumba, y lo cortaron así para ponerlo debajo de esta moneda, que fué bendecida en aquel monasterio.

El Peregrino puso en sus manos una imagen de Santa Rita de Cascia, que había sido tocada con una gota de la sangre de los estigmas de la santa. Ana Catalina dijo:

Veo una santa monjita, que parece sin huesos ni carne. No la puedo tocar.

En otra ocasión puso en sus manos un libro abierto, una de cuyas páginas había sido bañada con la sangre de sus propios estigmas. Sonriendo, dijo:

¿Qué es esta florecilla tan graciosa, estriada de rojo y de blanco, que sale del libro y viene al medio de mis manos?...

Otro día que el Peregrino le presentó la misma página, preguntándole si había tocado algo sagrado, contestó:

Sí; tocó las llagas de Jesucristo.

Una dama de París le había enviado una imagen que había estado en contacto con los huesos de San Bobadilla. Ella se la puso sobre la frente. El santo se le apareció y le prestó ayuda en sus dolores. Ella vió todo su martirio.

El Peregrino le dió un anillo roto que había estado en contacto con la tumba de San Nicolás de Fue. Ana Catalina dijo al punto:

He visto que el hermano Nicolás se separó de su familia y cómo, porque estaba casado, no ponía allí sino sólo lo corporal, lo espiritual se reforzaba y se volvía más potente. He visto la rotura de la unión carnal, de un modo particular, como la rotura de un anillo, y tuve en esta ocasión una enseñanza sobre el matrimonio carnal y el espiritual. El anillo bendecido en la tumba de San Nicolás fué el motivo para que yo tuviese esta visión. El anillo había sido bendecido en honor del hermano Nicolás.

Capítulo II

RELIQUIAS DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

1. Reliquias de la Sangre de Cristo y cabellos de la Virgen Santísima

El Peregrino había recibido, en Junio de 1822, un estuche con la inscripción: De cruore Jesu Christi. *El relicario provenía de un convento suprimido de Carmelitas de Colonia. Sin decir nada a Ana Catalina lo escondió en el armario situado a su cabecera. Al día siguiente dijo:*

He pasado esta noche muy inquieta, y en estado muy extraordinario. Era llevada hacia esta dirección *(indicó el lugar donde estaba el estuche)* por un impulso dulce, pero fuerte, como de un hambre insaciable; era un apetito, un deseo que no podía aquietarse. Me parecía que debía volar hacia un lado y de allí hacia otro. Me sentía muy conmovida, y vi muchos cuadros contemporáneos y sucesivos. Yendo en esa dirección, vi la escena completa de Jesús en el jardín de los Olivos. Hincado sobre una piedra, sudó sangre en la caverna. Vi a los discípulos, durmiendo, y vi un cuadro entero de la agonía de Jesús, y cuánto lo angustiaron los pecados de los hombres. Vi esa piedra salpicada con la sangre que salía del cuerpo de Jesucristo. Las gotas estaban cubiertas de arena, o de tierra, y estaban como ocultas allí; pero me parecía que esa arena o tierra venía hacia mi y se retiraba de las gotas para que yo las pudiese ver. Me pareció que esto acontecía mucho tiempo después de la época real.

He visto también un cuadro de la Virgen Santísima, que en el mismo momento estaba en un patio de la casa de María de Marcos, de rodillas sobre una piedra: la forma de sus rodillas se imprimieron sobre aquella piedra. Probaba también ella la angustia del Señor y se sentía en un estado de desfallecimiento, y recibía ayuda. Vi luego un cuadro relativo a los cabellos de María: éstos habían estado divididos en tres partes. Los apóstoles, después de su muerte, cortaron y se repartieron sus cabellos.

El Peregrino le mostró el estuche que estaba en el armario, y Ana Catalina, después de mirarlo con devota atención, dijo:

Hay aquí también cabellos de María. Los veo de nuevo. Hay aquí, efectivamente, sangre de Cristo. Hay aquí tres finísimos glóbulos. Esta reliquia obra en mí de modo muy diverso de todas las demás reliquias. Me atrae tan maravillosamente; me deja en el corazón un ansia dulce y tranquila. Las otras reliquias resplandecen, en comparación con ésta, como un fuego, y ésta como un sol de mediodía. Ésta es sangre de Cristo. He visto una vez la que destilaba de una hostia consagrada. Ciertamente, quedó sangre de Cristo en la tierra, no ya como sangre substancial, sino así como un color de ella; no puedo expresarlo mejor. He visto a los ángeles recoger solamente aquélla que caía sobre la tierra en el *Vía Crucis* y durante su pasión.

2. Visiones sobre estas santas reliquias. La princesa de Creta.

He visto una santa princesa, en hábito de peregrina, llegar con gran séquito a Jerusalén. Provenía de la isla de Creta y no estaba aún bautizada, pero lo deseaba ardientemente. La he visto en Roma cuando era pagana. Parecía que por entonces había una tregua en las persecuciones, porque el Papa habitaba en un edificio en ruinas; allí ella fué instruída y los cristianos se reunían calladamente. En la Tierra Santa las cosas estaban tranquilas, pero un viaje a Jerusalén iba acompañado de muchos peligros. La ciudad de Jerusalén estaba muy cambiada: algunas alturas habían sido allanadas y algunos valles hondos cubiertos con escombros y rellenados dentro de la ciudad. Por eso ciertos caminos pasaban ahora por encima de santos lugares. Creo que también los judíos habían sido obligados a refugiarse y a encerrarse en una parte determinada de la ciudad. Existían ruinas del antiguo templo. El lugar del santo sepulcro permanecía fijo e inmutable junto al monte Calvario, fuera de la ciudad, pero no se podía llegar hasta allá porque estaba cubierto de escombros y de tierra y amurallado en torno. Allí cerca se detenían y vivían en cuevas o bóvedas ruinosas muchos santos varones, que veneraban esos lugares y parecían ser de aquellos que habían sido establecidos por los primeros obispos desde los tiempos de los Apóstoles. Ellos no podían llegar corporalmente hasta el santo Sepulcro, pero a menudo en visiones llegaban a sus cercanías. Parece que poca atención despertaban por entonces los cristianos: podían, sin ser molestados, pero con

ciertas precauciones, visitar los santos lugares, hacer excavaciones y sacar reliquias y cosas sagradas. En aquel tiempo fueron buscados y encontrados varios cuerpos de santos mártires de la primera época, y celosamente guardadas sus reliquias.

Aquella princesa que había peregrinado hasta allí, orando sobre el Monte de los Olivos, vió en visión la Sangre preciosa, y lo indicó a un sacerdote de los que guardaban el santo Sepulcro. Este, con cinco otros, fué al lugar señalado y excavó la tierra. Encontró una piedra colorada sobre la cual Jesucristo había sudado sangre; estaba cubierta de muchas gotas de sangre. Como no podían separar la piedra del escollo de donde formaba parte, separaron de un lado un pedazo del tamaño de cinco palmos. De esta piedra recibió una parte la princesa peregrina. Obtuvo también otras sagradas reliquias y fragmentos de los vestidos de San Lorenzo, y del viejo Simeón, cuya tumba yacía destruída no muy lejos del mismo templo. Recuerdo que el nombre de esa princesa es santo, pero no conocido entre nosotros. El fragmento de piedra era triangular y lleno de venas de diversos colores. Primero fué colocado dentro de un altar; más tarde en el pedestal de un Ostensorio.

El padre de aquella joven princesa procedía de los reyes de Creta *(entonces en poder de los Romanos)*. Este príncipe poseía aún muchos bienes y habitaba en un castillo junto a una ciudad situada en el lado occidental de la isla, llamada Cydon o Canea. Allí he visto crecer muchos frutos amarillos, largos y obtusos en la parte superior *(frutos del árbol Malun Cydonium)*.

Entre la ciudad y el castillo se levantaba un gran arco, a través del cual se veía la ciudad, a la cual se llegaba por una carretera real. El padre tenía otros cinco hijos; la madre había muerto cuando la niña era aún pequeña. El había estado ya en la Tierra Santa y en Jerusalén. Uno de sus antepasados había conocido a aquel Léntulo que tenía tanto afecto por Jesús y tanta amistad con Pedro; por medio de él había llegado a conocer las verdades del Cristianismo. Por esto supe que el padre de la joven no era enemigo del Cristianismo. Mientras él estaba en Roma con el joven que debía ser su yerno, hablaron del Cristianismo y el joven dijo que deseaba ardientemente ser cristiano. Creo que en esta ocasión se trató del futuro matrimonio o que al menos trabaron mutua amistad.

El padre de la joven y el esposo se hicieron instruir mejor en la fe por un sacerdote. El joven esposo, que tenía el grado de conde, era de origen romano, aunque nacido en las Galias.

El rey se alejaba cada vez más del culto de los dioses y del modo de vivir de los paganos; y la hija y los hijos frecuentemente oían ponderar al Cristianismo. El rey tenía derechos sobre el Laberinto de Creta; pero había renunciado a ellos precisamente por su diverso modo de pensar, cediendo esos derechos a su cuñado. El Laberinto de Creta y el templo no tenían entonces tanto horror como en épocas anteriores, en las cuales muy a menudo traían criaturas humanas para ser despedazadas por las bestias feroces; con todo se celebraban cultos a los ídolos, y muchos lo visitaban por razón de sus rarezas maravillosas. Adentro se cometían actos vergonzosos y abominables. De lejos parecía aquello un monte cubierto de verdor. Cuando la joven estuvo en Roma para hacerse instruir en la fe cristiana, tendría diecisiete años. Cuando al año siguiente peregrinó con otros de la misma idea a Jerusalén, me parece que su padre había muerto y que ella era libre y dueña de sí misma. Llevó la preciosa Sangre sobre su persona, dentro de un cinturón ricamente bordado, en el cual se veían muchas pequeñas aberturas. Los peregrinos solían llevar semejantes cinturones colgados en bandolera. Cuando regresó a Creta no pasó mucho que el prometido vino a buscarla en una nave equipada. Se entretuvo algún tiempo en Creta, y luego se la llevó a Roma, donde estuvieron mucho tiempo. Allí se hizo bautizar secretamente.

En esta época la cátedra de Pedro quedó por algún tiempo vacante: había discordia y confusión y tenían lugar muchos secretos asesinatos de cristianos. Desde Roma se dirigieron en una nave, con la escolta de muchos soldados, a las Galias. A contar desde la época de su matrimonio, pasaron cerca de la mitad de un año entre Creta y Roma. La Sangre preciosísima era llevada por el conde durante su viaje en un cinturón en torno de su cuerpo. La esposa se lo había dado como garantía de su fidelidad. Su lugar de parada estaba en el Ródano, no lejos de Avignón y de Nimes, pues había apenas siete horas de viaje; el castillo estaba situado en una isla. Tarcaso y el retiro solitario de Magdalena no estaban muy distantes de allí. En Nimes había ya entonces algunos preceptores cristianos, los cuales vivían secretamente en comunidad. El claustro de Santa Marta estaba situado en una montaña entre el río Ródano y un lago. El castillo del conde se levantaba sobre una isla y no lejos de allí se veía una pequeña villa. Esta villa de San Gabriel debe su origen a un milagro. Un hombre fué salvado de una tem-

pestad que lo había sorprendido en el lago. Allí el conde era visitado con frecuencia por un ermitaño, que era un santo sacerdote.

3. La preciosísima Sangre.

La Sangre preciosísima de que he hablado fué conservada al principio bajo una arcada subterránea. Era un espacio oscuro al cual se llegaba sólo pasando bajo muchos otros arcos y bóvedas; bajo una de estas bóvedas veía yo plantas y arbustos y provisiones; en el invierno llevaban allí árboles floridos. La Sangre preciosa se conservaba en una especie de cáliz y posaba sobre el altar delante del cual ardía una lámpara, en una especie de tabernáculo fabricado en ángulos, con una abertura. A aquellos esposos los he visto adentro, a menudo entregados a la oración. Más tarde he visto que hacían vida eremítica, separado uno de otro a cierta distancia del castillo y que se reunían solamente para hacer sus devociones delante de la Sangre preciosísima. Entendí que oyeron una voz que les mandaba edificar una capilla. En efecto, fabricaron una precisamente en el lugar donde antes había sido el comedor. He visto así que la devoción a la Sangre preciosísima crecía más y más, aunque siempre secretamente. Más tarde fué trasmitida en herencia la Sangre del Señor, con documentos duplicados, pero con reserva y mucha cautela.

He visto algo de San Trófimo de Arlés, por aquel tiempo; recuerdo sólo algunos nombres. Ya mucho antes que el conde se uniese en matrimonio, había cristianos llegados de Palestina, y el conde los había tratado siempre bien y protegido. Había en estos lugares comunidades cristianas, aunque se mantenían ocultas. El padre de la joven había guardado secreto su modo de pensar a sus hijos mayores, que no pensaban como él; en cambio los hermanos menores tenían la fe de su hermana y creo que entre ellos hubo mártires.

El 11 de Julio volvió a decir Ana Catalina:

Pensaba en la Sangre del Señor y dirigí una mirada hacia el altar existente en el castillo de la condesa. He visto a esta persona cuando era niña en la casa de su padre, en la isla de Creta, y luego durante su demora con el conde en la ciudad de Roma. Allí mismo he visto a San Moisés, niño, cuando llevaba toda clase de consuelos, alimentos y ayuda a los enfermos y prisioneros cristianos. He visto al conde y a la condesa en Roma, en lugares subterráneos con otros cristianos y con los

sacerdotes, leyendo en los manuscritos a la luz de lámparas; parecía que eran instruídos secretamente en la fe. En aquel tiempo fueron bautizadas muchas personas distinguidas. No había entonces una persecución pública; pero el que era sorprendido como cristiano, estaba perdido.

De tiempo atrás habían venido de Palestina ciertos cristianos que se establecieron cerca del conde, quien mantenía relación con ellos. Al principio no tenían la Misa y practicaban en común la oración y la lectura de los Libros sagrados. Más tarde venía cada seis meses un ermitaño; luego un sacerdote de Nimes, que celebraban la Misa. Esto sucedía en aquel tiempo en que podían llevar y conservar consigo la santa Eucaristía. Cuando el conde y la condesa se separaron, para vivir como ermitaños, tenían ya hijos adultos: dos hijos y una hija. Sus ermitas estaban a distancia de media hora de camino una de otra y del castillo, siempre dentro de los términos de sus posesiones. Para llegar tenían que pasar sobre un puente tendido sobre un río. Tenían una especie de edificios pequeños construídos con bóvedas. En torno había muchos cristianos que vivían en la misma forma. Se prestaban ayuda unos a otros, y por fin se levantó allí un convento. No murieron allí ni fueron martirizados, porque al levantarse una persecución se refugiaron en otro lugar.

El 15 de Julio indicó una reliquia perteneciente al Papa Anacleto. Dijo que era el quinto Papa, sucesor de Clemente y mártir. Al mismo tiempo se refirió nuevamente a la preciosa Sangre dando las siguientes noticias:

El sacerdote que extrajo de la piedra la preciosísima Sangre fué el santo Obispo Narciso. Era de la estirpe de los Reyes Magos, con los cuales sus antepasados habían venido a la Palestina. Apareció una gran luz cuando, por la noche, excavó en el Huerto de los Olivos. Estaba presente aquella virgen princesa de la cual he hablado antes. Narciso estaba vestido al modo de los Apóstoles. Jerusalén era entonces apenas reconocible; a raíz de las destrucciones, los valles estaban llenos de escombros y algunas alturas destruídas. Los cristianos tenían todavía una iglesia cerca de la piscina de Betesda, entre Sión y el templo, donde hubo ya una iglesia en tiempo de los Apóstoles. Ya no existía más. Habitaban en cabañas y aunque los lugares estaban fuera de la ciudad, pagaban un tributo para poder entrar en la iglesia. En las puertas ví a un hombre y a una mujer a quienes debían pagar el tributo. Pagaban cinco pequeñas monedas y esto valía por cierto tiempo. El estanque de Betesda, con sus pórticos de

columnas, ya no existía; todo estaba lleno de escombros. Había una fuente cubierta con un edificio, cuyas aguas consideradas sagradas las usaban para sanar las enfermedades y la veneraban como nosotros el agua bendita.

El nombre de aquel conde era como el del amigo de San Agustín: Pontiziano; la condesa se llamaba Tazia o Dacia; no lo puedo expresar mejor. La fiesta de esta santa se celebra a fines de mayo o a principio de junio.

4. Noticias sobre el Cardenal Giménez.

La tarde del 18 de Julio Ana Catalina dijo de improviso:

Estuvo conmigo un cardenal, que fué confesor de la reina Isabel. Fué un gran director de espíritu y me dijo que yo debía acusarme del bien descuidado y no cumplido y que debía expiar mucho por los pecados de otras personas. Me indicó y mostró a santa Dátula, que tuvo la reliquia de la preciosa Sangre. Ella conoció el inmenso valor de su reliquia, y abandonando todos sus bienes vivió con su marido en la soledad para llorar sus pecados. El cardenal que se me apareció se llama Giménez. No había oído yo antes tal nombre; no fué declarado santo.

5. La isla de Creta. Santa Dátula y Pontiziano.

Viendo un día muchas cosas referentes a Santa Marta, indicó el lugar donde habitaban Santa Dátula y Pontiziano:

La isla con el castillo estaban en la orilla, en el punto donde desemboca un brazo oriental del Ródano. Se empleaba cerca de media hora para recorrer esa isla. Pontiziano tenía bajo su mando algunos soldados y su castillo parecía una fortaleza circundada por muros. A la distancia de siete horas de camino, remontando el curso del Ródano, se encuentra la ciudad de Arlés, y cerca de ocho horas de camino más lejos, el convento de Santa Marta, sobre una altura llena de escollos.

El día 24 de julio narró, con extraordinaria animación e infantil entusiasmo:

Creta es una isla larga, estrecha y muy adentellada; en el centro corre una hilera de montañas que la divide en dos partes. El castillo del padre de Santa Dátula era un edificio maravillosamente bello y estaba excavado en parte entre los escollos

marmóreos en forma de terrazas sobrepuestas. Sobre esas terrazas había pórticos de columnas y los patios estaban circundados también por pórticos, sobre los cuales había jardines. El padre de la joven había edificado las terrazas y pensiles como defensas delante de su castillo, y cuando fué iniciado en el cristianismo, le sirvió esto para separarse de los vecinos, de la cercanía del Laberinto y del abominable templo de los ídolos. Era un hombre muy dado a las bellas artes. Lo he visto siempre entre hábiles artistas y arquitectos, reunidos en torno suyo. Tenía la cabeza algo calva y metida a las espaldas; por lo demás, estaba bien formado, y era muy solícito y benévolo. Poseía vastas tierras en la isla y tenía alguna autoridad. El muro exterior del castillo estaba hecho en forma de gradas. Las terrazas se veían floridas y cuidadas, y servían de ingreso a las estancias interiores.

Hoy es el aniversario del día en que Pontiziano venía a sacar a Dátula del palacio de su hermano, para llevarla como esposa, ya que el padre de la joven no vivía. Durante la noche he visto la maravillosa fiesta que se hizo. Aún conservo en mi fantasía los semblantes de las personas, siervas y criadas que he visto. En el palacio habitaban dos hermanos de Dátula; ambos tenían muchos hijos, jóvenes y niñas, y había allí mucha servidumbre. Cada niño tenía un ayo y cierta cantidad de hombres y mujeres para su servicio. Estaban también todos los parientes con su servidumbre.

El camino que conducía al castillo tenía en un trecho de media hora arcos de triunfo y asientos dispuestos a ambos lados; los arcos estaban adornados de flores, de estatuas, de ricos tapices. Una multitud de niños tocaba y cantaba extendiéndose hasta la puerta del castillo, delante del cual se había levantado una tribuna para sentarse la esposa. Pontiziano había llegado días antes a un puerto vecino en una embarcación llena de soldados, de siervos y de sirvientas, y de regalos y donativos; y se había retirado a otro castillo próximo para poner en orden la procesión. Junto a la esposa, el espectáculo más conmovedor era la alegría de todos los familiares y de los esclavos y sirvientes. Todos eran tratados con mucha familiaridad, con mucha caridad y amor, y recibían muchos regalos, y se mostraban muy contentos y gozosos. Estaban todos junto al camino que llevaba al castillo; primero los más humildes, luego los más encumbrados, y finalmente, sobre sillas, los niños de las familias con su séquito. Pontiziano avanzó con grande pompa procesional-

mente. Precedían los siervos con divisas y adornos de su rango y luego los soldados que lo circundaban; conducían jumentos y pequeños caballos, muy rápidos, que llevaban cestos llenos de vestidos y adornos, mientras otros conducían vasos llenos de toda clase de confituras. Pontiziano estaba sentado sobre un coche ancho y espacioso, de maravillosa belleza, que parecía más bien un trono. Delante resplandecían las hachas encendidas, sobre bases que parecían de cristal, y sobre el pabellón del mismo coche había semejantes luminarias. Todo estaba adornado con hermosos tapetes, con oro y plata. El hermoso coche era tirado por un elefante enjaezado. En el séquito había una gran cantidad de damas y doncellas.

Todo se conducía ordenadamente, con alegría, en aquel hermoso país. Los caminos estaban llenos de flores, de hermosas frutas y de gente que reflejaba júbilo en los rostros. En todas partes había alegría y se oían exclamaciones gozosas, sin tumulto ni desenfreno. Cuando el cortejo del esposo llegó a donde estaban los primeros siervos, colocados en el camino principal, los que precedían a Pontiziano comenzaron a distribuir vestidos, adornos y tortas y confituras. Algunas tortas estaban adornadas de flores, de ramas y de plantas. De este modo marchaba el cortejo mientras se hacían las distribuciones en medio del júbilo general. Cuando el esposo llegó adonde estaban los niños de familias, éstos extendieron en el camino alfombras y géneros de seda, adornados de franjas, y el esposo fué saludado con cantos y con música por el coro infantil. El esposo descendió de su carroza, distribuyó regalos a los cantores, y el cortejo continuó hasta llegar cerca de los hermanos y familiares de la esposa. Finalmente, pasando sobre un ancho y adornado arco de triunfo, llegaron a un puente, donde se detuvieron. Entre los esbeltos edificios se vió aparecer, en medio de jardines, un teatro construído en forma de nicho amplio con muchas gradas y terrazas, adornado de flores, de imágenes y de estatuas. Las gradas estaban cubiertas de magníficos tapetes y las paredes perpendiculares de las terrazas, de tapetes y de bellísimas imágenes. Parecían transparentes y traslúcidos, y recuerdo haber visto representada allí una escena entera de caza con fieras, cuyos ojos centelleaban como si fuesen de fuego. La escena del cortejo se desarrollaba en pleno día; pero aquel teatro estaba colocado en una cavidad profunda, y por esto cuanto lo circundaba estaba iluminado con luces artificiales. Había también hachas encendidas, semejantes a las que estaban en la carroza del esposo.

En torno de aquel edificio se veía un semicírculo de edificios pequeños, de los cuales salió, a la llegada del esposo, un canto melodioso, acompañado de armoniosas flautas. Todo aquello era maravillosamente bello.

Lo más atrayente de todo aquel cuadro era la esposa Dátula, que estaba sentada en un elevado trono. Ocupaban las gradas, en dos filas, los familiares, las amigas y las doncellas. Estaban todas vestidas de blanco; sus cabellos trenzados con arte, llenos de adornos y joyas; llevaban velos muy largos. Dátula tenía un vestido blanco y reluciente, que parecía seda, con largos pliegues; sus cabellos trenzados con piedras preciosas. No puedo decir cuanto me alegraba y conmovía ver debajo de sus vestidos resplandecer, sobre el corazón, la cintura bordada que contenía la reliquia de la Sangre preciosa de Jesucristo. Este esplendor vencía en brillo a toda la magnificencia que veía en torno de la fiesta. He visto también que el corazón de Dátula estaba sumergido en dulces pensamientos ante la presencia de aquella santa reliquia. Ella parecía un ostensorio viviente.

Cuando el esposo compareció en presencia de Dátula, las siervas y criados de ella, circundándolo en semicírculo, le presentaron, sobre un gran almohadón de seda, los ricos presentes y dones nupciales. Eran preciosos vestidos, perlas y adornos muy ricos. Todos estos dones estaban cubiertos con un magnífico velo y adornados de arabescos y franjas. Fueron retirados luego de allí por las sirvientas. Entonces Dátula descendió con su séquito del trono, se cubrió con el velo e hincó las rodillas humildemente delante de Pontiziano, quien, levantándola, le quitó el velo, y guiándola de la mano la llevó por aquella parte del cortejo que estaba a la derecha; luego, volviendo atrás, la llevó hacia la izquierda. La presentó de este modo a la gente de su corte, como futura señora y soberana de la casa. Era realmente conmovedor ver como llevaba la reliquia de la preciosa Sangre en medio de los paganos. Creo que el esposo se daba cuenta, porque lo veía yo muy conmovido y lleno de admiración. Después de todo esto, los esposos se retiraron con el séquito al castillo.

No es para decir cuanto orden y armonía reinaba en esa multitud, y cómo aquella alegre gente se dividía y distribuía dentro de las cámaras, en los patios, en la terraza, en los bosquecillos entre las tiendas, y cómo tomaban su alimento, se divertían y cantaban alborozados. No he visto danza alguna. Luego

ví un gran banquete en una vasta sala redonda. La esposa estaba sentada al lado de Pontiziano. La mesa era más alta de lo acostumbrado entre los judíos; los hombres aparecían echados sobre lechos. Las señoras estaban sentadas con las piernas cruzadas. Sobre aquella mesa presentaron cosas admirables. Se veían grandes animales y figuras que traían las viandas sobre sus espaldas, o a los costados o en cestos, sostenidos entre las fauces. Era el conjunto muy vistoso y los huéspedes bromeaban al aparecer las figuras de animales. Los vasos que contenían las bebidas relucían y transparentaban como si fuesen de madreperlas. Durante toda la noche he contemplado este espectáculo. No he visto la ceremonia nupcial, pero sí la partida de Dátula y de Pontiziano. Muchos bagajes fueron enviados con anticipación al barco; y entre lágrimas y augurios de felicidad se encaminó el cortejo hacia el puerto. En esta procesión he visto a Dátula y a Pontiziano sentados sobre una carroza con otros personajes. El coche tenía tantas ruedas y estaba construído de tal modo, que en las sinuosidades del camino se replegaba sobre sí mismo, de modo que los que estaban arriba formaban un semicírculo. Estaba tirado por pequeños y briosos caballos. En todas estas fiestas no he visto nada indecoroso, ni la mínima inconveniencia. Aunque todos eran paganos, nada hubo de idolátrico; antes bien, parecía que todo eso era agradable al Señor. La familia parecía ya muy inclinada al cristianismo. Los hombres eran gallardos y hermosos, y no puedo olvidar la esbeltez y belleza de las doncellas y mujeres de aquel lugar.

Dátula llevó a muchas consigo y también a su aya o institutriz, que era muy inclinada al cristianismo. No he presenciado el embarque.

6. Reconocimiento de una reliquia.

El día 11 de febrero de 1821, mientras Ana Catalina se hallaba en éxtasis, el Peregrino dejó una imagen del Crucifijo sobre el lecho. La vidente la tomó y dijo:

Tiene que ser venerada esta imagen. Es preciosa; estuvo en contacto: por eso resplandece tan luminosamente. *(Poniendo la imagen sobre su pecho, añadió):* Esta imagen ha tocado la túnica de Jesucristo, y en esta túnica hay una gota de la Sangre de Cristo, de la cual nadie tiene noticia. Esta mancha de sangre está en la parte superior del cuello.

7. Otra reliquia de la preciosísima Sangre
(8 de Abril de 1823)

He tenido grande y difícil trabajo con reliquias de tiempos antiguos. Esto sucedió en un país más distante que Tierra Santa. Los eclesiásticos de allí no eran como los católicos. Llevaban vestidos a la manera de la antigua iglesia y parecían a los que habitan en el monte Sinaí. Me parece que estuve en aquella comarca donde veo siempre al más próximo de los tres Reyes Magos. La ciudad donde se conserva el antiguo libro de las Profecías esculpido en láminas de bronce, está a la izquierda (*). Tuve allí tarea con reliquias de la Sangre de Cristo y tuve que indicar a aquellos sacerdotes un tesoro de reliquias. He visto a siete viejos sacerdotes hacer excavaciones dentro de un antiguo muro en ruinas, en una cueva subterránea. Examinaron primero la bóveda para asegurarse de que no amenazaba caer sobre ellos. Las santas reliquias estaban muradas dentro de un piedra muy gruesa, que parecía formada de un solo pedazo, pero que en realidad estaba unida con arte por tres partes triangulares. Cuando lograron abrirla, encontraron dentro una espesa y oscura tela tejida con crines y pelos y debajo un verdadero tesoro de las reliquias más santas pertenecientes a la Pasión y a la Sagrada Familia. Todo estaba encerrado en vasos triangulares, puestos unos junto a otros. Había allí tierra, que había estado debajo de la cruz del Señor, bañada y coloreada con la Sangre del Señor, y una pequeña ánfora llena de agua salida de la herida del costado: esta agua era límpida y resplandeciente y tan tenaz que no se derramó del vaso. Había también espinas de la corona, un trozo del manto de púrpura del *Ecce Homo*, algunos fragmentos de los vestidos de la Virgen, reliquias de Santa Ana y otras muchas más. Eran siete los sacerdotes que trabajaban en aquel subterráneo, y llegaron algunos diáconos. Creo que depusieron encima el Santísimo Sacramento. Tuve mucho que hacer y tuve que librar muchas almas del Purgatorio. La preciosa Sangre me ayudó en esta obra. Tengo para mí que los Apóstoles celebraron en otros tiempos la Misa en este lugar.

(*) En otro capítulo habla de los manuscritos y señala la ciudad de Ctesifonte como el lugar donde se encuentran todavía enterrados.

8. La santa lanza del Señor.
(Junio de 1820)

El confesor había recibido algunas reliquias sin nombre que pertenecieron a un relicario del ducado de Dulmen. Llevada esta reliquia a Ana Catalina, apenas estuvo en su presencia, exclamó:

Punza, punza; esta es la señal. He sentido una punzada muy aguda.

En efecto, la llaga de su costado comenzó a sangrar. Tuvo luego una visión acerca de Longinos, que contó en la siguiente manera:

He visto al Señor muerto en la cruz. He visto todo: los lugares y las posiciones, y he visto al pueblo como en el día de Viernes Santo. Era en el momento en que debían ser quebradas las piernas a los crucificados. Longinos tenía un caballo mulo, puesto que no era como nuestros caballos; ése tenía el cuello mucho más grueso. Estaba fuera del círculo de los ajusticiados; avanzó de a pie, dentro del círculo, con su lanza; subió sobre la colina del Gólgota e hirió al Señor por la parte derecha. Cuando vió brotar la sangre y el agua, se sintió muy conmovido; descendió del monte, montó a caballo y se dirigió rápidamente a la ciudad. Se fué a Pilatos y le dijo que tenía a Jesús por Hijo de Dios, y que no quería ser más militar. En efecto, dejó junto a Pilatos su lanza y las demás armas y se fué de allí. Creo que fué Nicodemo a quien encontró en su camino y a quien narró lo acontecido y desde aquel momento se unió a los discípulos. Pilatos consideró aquella lanza indigna y vergonzosa, como instrumento de suplicio, y no quiso conservarla junto a sí. Creo que así la recibió Nicodemo del mismo Pilatos. Me parece que tenemos otra reliquia de Nicodemo.

Teniendo esa reliquia en su armario, dijo una vez:

¡He aquí a los soldados con la sagrada lanza!... Hay allí una partecita de la lanza del Señor. Es Víctor que lleva una partecita de la lanza dentro de su misma lanza. Tres solamente lo saben. *(Más tarde narró):* Después del mediodía experimenté la sensación de como si la cruz del Señor posase sobre mí y como si su sagrado Cuerpo estuviese muerto entre mis brazos, sobre mi brazo derecho. No lejos estaba la santa lanza en dos fragmentos: uno grueso y otro menor. ¿Cuál debía tomar para mi consuelo?... Tomé el sagrado Cuerpo y la lanza desapareció

de mí. Desde entonces pude volver a hablar. *(En otra ocasión):* Miré mucho la sagrada lanza y me pareció como si me fuese metida en la parte derecha y la sentí pasar hasta la izquierda, por entre las costillas. Puse la mano en la herida para guiar la punta entre una y otra de mis costillas.

9. Efectos de una reliquia de la santa Cruz.

El diario del doctor Wesener, con fecha 16 de Octubre de 1816, contiene este primer relato de reconocimiento de reliquias. Habiéndole puesto ante los ojos una pequeña caja, Ana Catalina dijo:

Esta cajita contiene una cosa muy preciosa: una partecita de la verdadera Cruz. La tengo también sobre el pecho *(una reliquia de la Cruz)*. Tengo, además, una reliquia de la lanza. El cuerpo pendía de la cruz, pero la lanza estuvo en el cuerpo. ¿A cuál de las dos debo amar más? La cruz es el instrumento de la redención; la lanza ha abierto una ancha puerta al amor. ¡Oh, ayer entré allí bien adentro! *(Era un viernes)*. La reliquia de la cruz hace dulces mis dolores; la reliquia de la lanza los aleja. Muchas veces, cuando la reliquia de la cruz dulcifica mis penas, he dicho con confianza al Señor: "¡Oh Señor mío! Si para Ti se hizo dulce el padecer sobre esta cruz, ¿cómo esta pequeña parte de ella no endulzará mis penas?"...

Habiendo extraviado en un cambio de domicilio esta reliquia, quedó afligida y rogó a San Antonio se la hiciera encontrar. El 17 de Agosto dijo:

San José y San Antonio estuvieron junto a mí, y San Antonio puso en mis manos el fragmento de la cruz que había perdido.

10. Un vestido de la Santísima Virgen.
(20 de Julio de 1820)

He descubierto de nuevo en aquel pequeño paquete de reliquias que me ha traído el confesor, un pequeño fragmento de paño, de color oscuro, que perteneció a la Madre de Dios. He visto con este motivo un cuadro relativo a la Virgen. Después de la muerte de Jesús ella vivía retirada con una criada en una casa pequeña y solitaria. En una visión de las bodas de Caná, ví que María había llevado allí este vestido, cuya reliquia tengo; era un vestido propio de una solemnidad. María vivía sola en

aquella casita, donde la visitaban los discípulos, los apóstoles y San Juan. Allí no se albergaba ningún hombre. La criada iba en busca de lo poco que necesitaban para alimentarse. Los alrededores eran silenciosos y tranquilos, y la casita no estaba lejos de un bosquecillo.

He visto a María, con este vestido, que visitaba y recorría lentamente un camino que ella misma había hecho disponer en la proximidad de su habitación, en memoria del camino doloroso que recorrió Jesús durante su Pasión. Ví que primero recorrió aquel camino completamente sola y midió la distancia de todas las estaciones, según el número de pasos del camino que siguió Jesús, pasos que María había contado tantas veces después de la muerte del Señor. Según este número de pasos, en los puntos en que a Jesús había sucedido algo notable, María ponía una señal, amontonando piedras o señalando algún árbol. Este camino terminaba en un bosquecillo y la tumba de Jesús estaba señalada por una gruta abierta en una colinita. Después que la Virgen hubo señalado todo el camino, lo recorrió junto con su criada, sumergida en muda contemplación. Cuando llegaban a alguna estación, se sentaban y meditaban el misterio en su íntimo sentido, rezaban y lo ordenaban todo para que fuese siempre mejor. He visto que María, con un pequeño buril, esculpía en la piedra el significado de la estación, el número de los pasos y otras cosas semejantes. Limpiaron la pequeña gruta del sepulcro y la hicieron más cómoda para orar. No he visto en todo el camino ni cuadros ni cruces; eran simples inscripciones que indicaban los pasos de la Pasión. Este lugar, dispuesto por María, se hizo con el tiempo muy bello y cómodo por las visitas de personas y por repetidos arreglos. Después de la muerte de María, piadosas personas recorrían este camino, rezando y besando el suelo. La casa que habitaba María estaba separada interiormente por ligeras paredes movibles, de igual manera que la casa de Nazaret.

El vestido a que pertenecía esta reliquia era el exterior que cubría el dorso, alargándose en algunos pliegues y llegando hasta los pies. Una de las partes superiores caía sobre la espalda y el pecho, y llegaba al otro lado, donde se unía por medio de un botón, formando así una abertura en torno del cuello. Con la ayuda de un cinto era retenido a mitad del cuerpo; de este modo abarcaba ambos lados, partiendo debajo de los brazos y llegando a los pies. Cubría todo el vestido interior, o túnica, que era también de color oscuro. De los dos lados se abría aquel

vestido exterior mostrando el forro interior. Estos forros tenían rayas coloradas y amarillas a lo largo y al través. Este fragmento de la reliquia era de la parte exterior. Me parece que era un vestido que se usaba en las solemnidades y que se llevaba de ese modo, según los usos antiguos de los hebreos. Santa Ana usaba uno semejante. La túnica, la parte anterior del busto y las mangas estaban cubiertas con este vestido. La túnica tenía mangas estrechas, un tanto encrespadas en los codos y en los pulsos. Los cabellos los recogía dentro de una gorra de color amarillento, que descendía sobre la frente, formando pliegues en la parte posterior de la cabeza. Por encima llevaba un velo negro de una tela delgada que descendía hasta medio cuerpo.

Con este vestido he visto a la Virgen recorrer el *Via Crucis* en los últimos tiempos. No sé si lo llevaba porque era vestido de solemnidad o porque en la época de la crucifixión del Salvador tenía este vestido de luto bajo el manto que la envolvía. He visto a la Virgen, en este lugar, ya muy avanzada en años, aunque en sus facciones no aparecía ninguna señal de edad, fuera de una expresión de más ardiente deseo y aspiración del cielo, que contribuía a transfigurarla divinamente. Aparecía siempre indescriptiblemente seria y recogida: no la he visto reír. A medida que crecía en años aparecía más cándida y transparente de facciones. Estaba delgada. No he visto arrugas ni signo de decadencia en su rostro. Parecía como espiritualizada. Abierta la reliquia, he visto que era un fragmento de paño con rayas, largo como un dedo.

11. Otras reliquias de María Santísima.
(14 de Noviembre de 1821)

Hice mi habitual viaje a la Tierra Santa, precisamente a ciertos lugares donde he visto reliquias de María, y supe la historia de ellas. Me encontré en Roma con Santa Paula, y me pareció que era el día de su partida para la Palestina. Parecíame que fuéramos juntas a visitar aquellos lugares santos. No sé explicar cómo es que he visto tantas reliquias de la Virgen Santísima. He estado en un lugar, creo que se llama Chiusi, donde se conservaba el anillo nupcial de María, que ahora está en Perusa. He visto que en Chiusi se muestra todavía, en un relicario, una piedra preciosa blanca, que no es el anillo. De la historia del anillo, que he visto por entero, sólo recuerdo que un joven, al ser llevado a enterrar, se levantó del cajón y declaró que él

jamás podría tener reposo, si su madre, que se llamaba Judit, mujer de mucha vanidad, no restituía a la iglesia el anillo nupcial que poseía, que era el de la Virgen. Dicho esto se recompuso en el féretro.

Estuve en un lugar, pero ignoro si es el mismo donde fué colocada primero la santa casa de Loreto, o si de allí provenían los utensilios que me fueron mostrados. No los he visto en ninguna iglesia cristiana; los que acudían allí parecían turcos. Conservábanse platos y vasos de tierra, que se encontraban en la casa de Loreto cuando fué transportada a Europa. No sé si esos utensilios eran los verdaderos o los imitados, que Santa Elena mandó hacer. En Loreto hay muchas de estas reliquias. Santa Elena mandó encerrar, tanto los verdaderos como los imitados, en una urna de cristal bien asegurada para que durase mucho tiempo. Me parece que los utensilios que hay en Loreto son los verdaderos. Cuando los ví, estaban muy bien guardados debajo de un altar.

He visto, también, aunque no recuerdo el lugar, en una iglesia griega del Asia, un fragmento del velo de María de un color amarillo pálido. Habían sido distribuídos ya tantos fragmentos de ese velo, que había sido muy extenso, que no quedaba sino un pequeño trozo. Había llegado a aquella iglesia por medio de San Juan Evangelista. He visto un cuadro donde se me mostró cómo la gente disputaba acerca de si era reliquia verdadera o no. Un hombre temerario se quiso apoderar de aquel paño y quedó con la mano paralizada, mientras su mujer rezaba con mucho fervor por él. También San Lucas se encontraba allí, en medio de estos hombres, y dió testimonio de la autenticidad de la reliquia: tomando el velo, lo puso sobre la mano árida de aquel hombre y al punto sanó. Lucas entregó a aquella gente una declaración escrita de esta reliquia, y creo que el escrito existe allí todavía. Les contó su vida anterior y cómo se había dado al cultivo de las bellas artes y se había entregado a los viajes por diversos lugares, teniendo ocasión de ver a María, cuando fué a Efeso con San Juan. Habló también de los cuadros que había pintado.

Estuve en un paraje donde se conserva un vestido exterior de María. Creo que es en Siria, en las cercanías de Palestina. Era uno de esos vestidos que María había hecho distribuir a dos mujeres poco antes de su muerte. Esta gente no era católica romana; creo que eran griegos cismáticos. Tenían por esa reliquia una pomposa adoración y se gloriaban de poseerla. Creo

que San Francisco de Asís había ido por estos lugares y obtuvo un milagro, o, por lo menos, la confirmación de la autenticidad de la reliquia.

He visto que allí donde se conserva la declaración de la autenticidad escrita por San Lucas, se guarda también una carta escrita por mano de María. Es muy breve y está maravillosamente conservada. La entendí por entero y quizás me venga de nuevo a la memoria su contenido. Juan había deseado que María la escribiese para cierto pueblo que no creía en lo que había predicado sobre Jesucristo.

He visto un cuadro relativo a María y las fajas y pañales de Jesús que se conservaban en otro tiempo en una magnífica iglesia de Constantinopla. El sitio donde se encuentran ahora estas reliquias, no es conocido. He visto también que un peregrino que llevaba consigo una cantidad de reliquias de los vestidos y cabellos de María, volviendo de Tierra Santa fué asaltado por ladrones y herido. Los malhechores echaron al fuego las reliquias. El herido alcanzó a llegar hasta el fuego, halló intactas las reliquias y recobró de pronto la salud.

12. Piedras sobre las cuales celebraron los Apóstoles.

En Efeso, donde estaba la casa de María, existe aún una piedra sobre la cual los apóstoles Pedro y Juan celebraban la santa Misa. Cada vez que Pedro y Juan llegaban a la Palestina, visitaban la casita de Nazaret y celebraban allí la Misa. Se había erigido un altar donde antes estaba el hogar. Un pequeño armario, usado por María, se había convertido en tabernáculo. La casa de Ana estaba situada en las afueras, a media hora de camino de Nazaret.

Desde allí se podía llegar sin ser observado, por caminos extraviados, hasta la casa de María y de José en Nazaret, sobre una pequeña elevación. No estaba edificada precisamente en la colina, sino en la parte posterior, separada por un estrecho sendero, donde había una pequeña ventana, puesto que aquella parte era muy obscura. La parte posterior de la casa era triangular, como la casita de María en Efeso; en este triángulo estaba el dormitorio de María, donde recibió el anuncio del Angel. Este triángulo estaba separado de la casa por la pared del fogón, que consistía, como en Efeso, en una excavación en la pared, en cuyo centro, sobre el lugar de la leña, se elevaba una chimenea y terminaba en un caño que sobresalía del techo. En la extremi-

dad de esta chimenea he visto más tarde suspendidas dos campanitas. A derecha e izquierda había dos puertas que conducían a las estancias de María. En el muro del hogar se veían aberturas o nichos donde estaban guardados varios utensilios.

El pequeño lecho donde descansaba María estaba colocado en la parte derecha, detrás de una pared movible, especie de biombo. En la parte izquierda había un armario pequeño. Detrás del fogón había un tirante derecho de madera de cedro, sobre el cual se apoyaba el muro, y de allí salía otro tirante transversal, que se extendía hasta la extremidad del ángulo. El oratorio de María estaba a la izquierda; solía hincarse sobre un pequeño taburete. La ventana se abría de frente, del lado opuesto. Las paredes rústicas estaban cubiertas de largas hojas y encima de ellas pendían algunos tapetes de mimbre. El techo, en la parte superior, estaba entretejido de cortezas de árbol y en los tres puntos de los ángulos se veía un trabajo de tallado que parecía una estrella; la del medio era más grande. Cuando María se retiró a Cafarnaúm, la casita de Nazaret fué adornada, y se la consideró como un santuario. A menudo iba María desde Cafarnaúm a este lugar consagrado por la Encarnación de Jesucristo, para hacer oración. Más tarde se colocaron sobre el cielorraso multitud de estrellas. Recuerdo que la parte posterior de la casa y la pequeña ventana fueron llevadas a Europa. Cuando pienso en esto, me parece haber visto que la parte anterior de la casa estaba caída. El techo no era agudo ni alto y el borde un tanto levantado, de modo que se podía pasear alrededor. Todo el techo era plano. No tenía ninguna torrecita, sino sólo la chimenea cubierta, por un techito, como es costumbre. He visto en Loreto muchas lámparas ardiendo en aquella sagrada casa. En el momento de la Anunciación, Ana dormía en la parte izquierda, separada por un tabique, cerca del fogón.

13. Constantino y su conversión (*)

Constantino tenía, por varias apariciones, gran confianza en el signo de la santa Cruz: la hacía llevar en un estandarte, delante de su armada, con mucha veneración. Pero en esto se

(*) Algunos historiadores dicen que Constantino fué bautizado recién en el ocaso de su vida. Nicéforo llama a esta historia: *Figmentum grimorum*. La tradición y el Breviario Romano están conformes con lo que ve Ana Catalina. El Breviario dice que fué librado por el bautismo de la lepra de la infidelidad. Esto último fué una añadidura, puesto que los parientes se quejaron de que se hiciese público que estaba atacado de lepra.

guiaba más por temor supersticioso, como hoy se ven a personas llevar amuletos sin devoción verdadera. Él creía que la Cruz le ayudaba, pero tenía de Cristo la idea de un dios como tantos otros del imperio romano. Oraba cosas buenas mezcladas con otras malas, y aún persiguió a algunos cristianos, excitado por otros, aunque veneraba la Cruz como signo que le traería suerte en sus empresas. El Papa Silvestre y otros sacerdotes tenían que ocultarse de su vista; se escondían en las cuevas de una montaña. Las cosas llegaron a tal punto que Dios se sirvió del castigo para mejorarlo; contrajo la lepra y los sacerdotes idólatras le dijeron que debía bañarse en la sangre de un niño. Cuando oyó esto hizo comparecer al Papa Silvestre y se hizo instruir en las verdades de la fe. Estuvo siete días haciendo penitencia, y lo he visto bautizarse por el Papa Silvestre. El Emperador entró completamente en el agua y salió sano de su lepra. Cuando se vió limpio y conoció lo que era ser cristiano mandó una carta a su madre con un mensajero, diciéndole que se había hecho cristiano, que estaba sano de su lepra, y que también ella se hiciera cristiana. La madre Helena no sabía mucho del cristianismo; tenía veneración y deseo del Mesías; había oído que el Hijo de Dios había venido al mundo por causa de los judíos; por esto tenía a los judíos por un pueblo escogido y se relacionaba con sabios de esa raza. Cuando ella les dijo que el Emperador se había hecho cristiano, levantaron un gran tumulto y se asustaron mucho. Ella escribió a su hijo diciéndole que si abandonaba el paganismo, por lo mismo debía haber abrazado la religión de los judíos. Cuando el Emperador manifestó esto al Papa Silvestre, éste le dijo que escribiera a su madre llamándola a Roma en compañía de los sabios judíos para una disputa pública. Constantino escribió a su madre y ésta buscó los más sabios entre los judíos y partió con dos de ellos a Roma. Estaban presentes varios otros judíos en esta disputa y varios filósofos paganos, que decidirían quién tenía ventaja. He visto que Silvestre contestaba todas las objeciones de los judíos, los cuales se convirtieron, como también Helena, la Emperatriz, que fué luego a Jerusalén para buscar la verdadera cruz de Cristo.

14. Hallazgo y triunfo de la santa Cruz.

Después de la muerte de Cristo los judíos habían tratado de destruir todos los lugares que los cristianos consideraban sagrados. Habían hecho cavar fosos a través del camino donde

Jesús había caído. Los lugares, hermosos de verdor, donde Jesús había predicado, los hicieron intransitables y a los jardines les habían puesto cercos. En algunos sitios habían tendido hasta fosos disimulados para que los peregrinos cayeran dentro. He visto que algunos de estos pérfidos judíos cayeron ellos mismos dentro de los fosos. Habían desfigurado y puesto obstáculos en los caminos que llevaban al Calvario, abriendo fosos en algunos espacios y cercando otros con vallas. Muchos peregrinaban a esos lugares y se habían obrado grandes maravillas allí. He visto que cavaron y bajaron la cumbre del monte Calvario y la tierra que sacaban de allí la desparramaban sobre los caminos. Los cinco lugares llenos de verdor que en forma de corazón había habido allí y que llevaban al lugar de la crucifixión, los habían deformado. Cuando sacaron la tierra de la cumbre del Calvario, quedó una piedra blanca, desnuda, donde se veía un hoyo cuadrado, de un codo de hondo, donde había estado la cruz. Los he visto en este lugar trabajar penosamente con palancas y troncos de árboles para remover la piedra, pero ella caía siempre más profundamente. Entonces cubrieron el lugar con tierra. El lugar del santo sepulcro era de propiedad de Nicodemo y quedó como estaba.

Más tarde volvieron estos lugares a ser profanados. El jardín del santo sepulcro era ligeramente inclinado desde la altura en la cual había estado el sepulcro. He visto como cavaban y bajaban la altura y cubrían con la tierra el jardín y desparramaban y disimulaban todo el lugar. He visto esta noche todo el lugar del sepulcro y el Calvario completamente cambiado e irreconocible. Muchos caminos estaban cubiertos de escombros y cortados a través con otros caminos y sendas. El monte Calvario, donde había otras alturas más y en medio de ellas lugares de verdor, estaba bajado e igualado en una grande extensión. Los dos judíos que habían venido con Helena para buscar la cruz tuvieron que fingirse aún judíos para saber de los otros el lugar de la cruz. Cuando de la conversación con los judíos supieron donde estaba el lugar del sepulcro y del Calvario, encontró Helena sobre el santo sepulcro un templo a Venus con mármoles y figuras paganas. Sobre el monte Calvario estaba el ídolo de Adonis. Los judíos no querían decir dónde estaba la cruz de Cristo y decían que se trataba sólo de un antiguo judío.

He visto a una mujer de grande estatura y majestad, ya de edad, pero aún ágil *(Helena)* con un velo que cubría una pequeña corona, entrar y salir en muchas casuchas y en oscuras cuevas, en los muros de la ciudad, inquiriendo datos. He visto

también al pequeño viejo y demacrado judío, de larga barba, meterse en una y otra casucha, antes de que entrase la señora para preguntar. Una vez he visto que hizo congregar a muchos judíos. Otra vez he visto a Helena encaminarse con ese viejo judío y dos hombres que portaban un barreno largo hacia el lugar donde había estado la cruz. El templo del ídolo ya había sido demolido. El viejo judío no sabía tampoco con precisión, y estuvieron barrenando en derredor y siempre más cerca, hasta que vieron una señal en el mismo barreno, que ya no recuerdo cuál era. Entonces empezaron a cavar allí. He visto a la Emperatriz, cuando encontró el lugar, quitarse la corona y dejar sueltos sus cabellos. Tomó algo de su cuello y del pecho y quitóse los calzados, dejándolo todo sobre una piedra blanca y limpia. Tuvieron que cavar un foso muy profundo antes de hallar algo. Encontraron primero la cruz de un ladrón; luego, no lejos de allí, la cruz de Cristo, y después la otra. Encontraron la cruz de Cristo desarmada; pero los pedazos estaban allí en cierto orden. La tabla de la inscripción estaba algo más lejos; sobre ella el pergamino con la inscripción. Debajo de un madero del brazo de la cruz estaban los tres clavos en orden: el clavo de los pies era de un palmo y medio de largo; los otros, de un palmo. Helena mandó el clavo más grueso a su hijo Constantino. No puedo comprender por qué se dice que no podían reconocer la cruz de Cristo de las demás, cuando yo las veo siempre diferentes una de otras. Las cruces de los ladrones eran de madera redonda, sobre la cual el travesaño estaba sujeto con un tarugo de madera y sobresalía por la parte de arriba. La cruz de Cristo era de madera cuadrada, algo más ancha que gruesa, ordenadamente trabajada, y los brazos estaban hincados dentro del madero principal. Tenía también un pequeño sostén para los pies, clavado con un grueso clavo que me pareció remachado. Este sostén de los pies se encontró en la cruz, dado vuelta. He visto que Helena hizo levantar la cruz y la abrazaba. Desarmaron las otras dos cruces y las dejaron a un lado, como maderos sin valor. He pensado siempre, en mi ingenuidad, que debía haber recogido la cruz del buen ladrón. Acudieron muchas personas al lugar. Los soldados tuvieron que intervenir para mantener el orden.

He visto llevar la Cruz en una gran procesión. Traían a hombres tullidos, enfermos y paralíticos, apoyados en brazos de otros, y hasta en carritos, al paso de la procesión, y todos sanaban con sólo tocar la Cruz. Creo que se obraban estas maravillas para atestiguar la verdad de la santa Cruz y no para distinguirla de

otras. El viejo judío se hizo cristiano y ferviente adorador de la santa Cruz. Llevaba siempre la señal de la cruz en la parte derecha de sus vestiduras. Llegó a ser más tarde obispo de Jerusalén. He visto que Helena se hizo bautizar en Jerusalén y mandó derruír el templo del ídolo que estaba sobre el santo Sepulcro. Al principio no querían los judíos poner manos a la obra; pero se levantó una espantosa tormenta y barrió todos los escombros de allí y también muchas casas de los judíos edificadas alrededor. Entonces les entró a los judíos un gran temor y empezaron a trabajar de veras. La primitiva entrada al santo Sepulcro no fué más utilizada ni abierta y se hizo una entrada al lado. Helena tenía entonces cincuenta años y la ví ocupada intensamente en edificar *(la Iglesia del Santo Sepulcro)*. La iglesia cristiana estaba todavía sobre Sión, donde se había instituído la santa Eucaristía.

FIN

APENDICE

CIEN ADMIRABLES REVELACIONES DE ANA CATALINA EMMERICK

1. Un solo pensamiento de Dios tiene más valor que todo el mundo.

2. Nada es tan dulce y meritorio como padecer algo por amor de Dios.

3. No puedo compadecer a ningún hombre que muere pacientemente; como tampoco a ningún niño que padece con paciencia.

4. El sufrir pacientemente es el estado más digno de envidia de un hombre sobre la tierra. Si un ángel pudiera tener envidia, la tendría de un hombre que sufre por Dios.

5. A Luisa Hensel, convertida del protestantismo y que manifestaba inquietud por su padre muerto en el protestantismo, decía: "No en vano Cristo ha estado tres horas clavado en la cruz. Son salvados muchos más de los que pensamos".

6. Estuve presente en el juicio de grandes pecadores. Grande es la justicia de Dios; pero mayor aún su misericordia. Sólo se condena el que no quiere convertirse y quiere condenarse.

7. Hasta los paganos que no tienen conocimiento de la fe pueden salvarse, si con buena voluntad siguen las luces de la razón natural, y quieren servir al Creador y tratan con justicia a su prójimo.

8. A Luisa Hensel, que se quejaba de sequedad en la oración, decía: "Si tú fueras cocinera en la casa de un gran señor que no te diera para cocinar sino agua y pan, ¿tendrías tú la culpa?"

9. Yo veo salir de la boca del que reza una línea de palabras que, como un rayo de luz, llega hasta el trono de Dios.

10. Cuando miro a los que rezan, veo salir de algunos como una flor de sus labios que sube al cielo. Del que reza distraído sale una hierba mascada que cae al suelo.

11. Moisés oró con los brazos abiertos. A esta oración no resiste Dios, porque su Hijo oró con los brazos en la cruz.

12. Tuve desde niña la costumbre de rezar para que se apartaran las desgracias de los hombres. Después veía cuadros

de estas desgracias evitadas. Si a veces no lo hacía, veía desgracias, incendios, naufragios, cerca o lejos.

13. Yo lo pretendía todo de Dios; siempre quería más y más; y lo conseguía todo. Era atrevida con Dios y pensaba: "Él lo tiene todo y verá de buena gana que le pidamos de todo con confianza".

14. Donde hay imágenes milagrosas están en contrapeso por las influencias del Maligno. Tales lugares reciben rayos del cielo que caen sobre los que rezan allí.

15. No me es posible decir qué número de espíritus malignos andan por el mundo: si tuvieran cuerpos oscurecerían la luz del sol.

16. Yo veo claramente que el ayuno y la penitencia disminuyen la influencia de Satanás y aumentan en cambio la fuerza de protección del Angel Custodio.

17. Veo con frecuencia que el hombre recibe otro Angel Custodio cuando necesita de ayuda especial. Yo misma he tenido, en varias ocasiones, otro Angel Custodio.

18. El Señor determinó crear a los hombres para llenar los vacíos que dejaron los ángeles rebeldes. No bien el número de los salvados sea igual al de los ángeles caídos, se acabará el mundo.

19. Veo que los grandes de la tierra tienen ángeles de mayor categoría. Los Reyes y Gobernantes tienen ángeles de gran poder y de orden superior.

20. El juicio de un alma lo veo siempre sobre el lecho de muerte del hombre. Veo a Jesús, a María, al santo Patrono y al Angel Custodio del alma. También en el juicio de los protestantes veo a María. Este juicio se hace en breve tiempo.

21. Cuando uno ruega o padece o hace algo por las almas benditas, les llega esa ayuda en seguida y ellas se ponen muy contentas. Se muestran agradecidas y ruegan por los que las favorecen.

22. Los sacerdotes pueden bendecir a las almas y esta bendición desciende como un rocío del cielo.

23. El sacerdote que reza el Breviario para pagar las faltas de las ánimas, les proporciona indecible consuelo.

24. Los ángeles reparten entre las almas los sufragios que se hacen sobre la tierra cuando no se pone intención particular.

25. Las almas son instruídas por los ángeles de lo que sucede en el cielo o en la tierra en las cosas que miran a su felicidad. Ningún pensamiento o buen deseo queda sin efecto si se ofrece por las almas del Purgatorio.

26. Las almas más abandonadas son las que no tienen quien rece por ellas. Muchos parientes olvidan a sus finados. Yo rezo siempre por las almas más abandonadas.

27. Los que son más alabados en este mundo sufren más en el Purgatorio, porque no se pide por ellos y se los cree ya en el Cielo.

28. He visto que pueden mucho los Santos Inocentes; se les invoca demasiado poco. Debe rezarse para que ellos impidan que mueran las criaturas sin bautismo.

29. He visto que los huesos de Adán descansaban en el Calvario, precisamente bajo la cruz de Jesucristo. La sepultura quedó intacta aún después del Diluvio. Noé ponía huesos de Adán sobre el altar cuando ofrecía sacrificios.

30. Adán pudo sacar un gajo de olivo para plantar, y he visto después que de él se formó parte de la cruz.

31. El Paraíso terrenal existe todavía. Está separado de la tierra. Lo veo cerca de la salida del sol, como una esfera separada de la tierra por aguas y nubes.

32. En Ctesifonte, junto al Tigris, veo todavía escrituras enterradas, escritas en el lenguaje primitivo que usaban Noé y los hombres de su tiempo. No es difícil volver a encontrarlas.

33. El hebreo no es la lengua primitiva que se perdió en Babel; es lengua sagrada que se dió a Heber y a los de su descendencia, en la que se escribieron los libros sagrados.

34. Jesucristo vivió 33 años y tres veces seis semanas. Nació el 25 de Noviembre, en la noche del 24 al 25, que era Domingo. Las reformas diversas del Calendario motivaron que se celebrase ahora el 25 de Diciembre. La Anunciación la veo celebrar el 25 de Febrero.

35. Los Magos llegaron a los 33 días del nacimiento de Jesús. A los 40 días fué María al templo para la Presentación. Después de siete semanas del nacimiento de Jesús volvió la Sagrada Familia a Nazaret. Cuando huyeron a Egipto, el Niño tenía 12 semanas. Al volver de Egipto tenía el Niño siete años, casi ocho.

36. La Cruz de Cristo tenía la forma de una Y, como se ve en la iglesia de Kösfeld, en la cual los brazos suben hacia arriba.

37. Jesús fué clavado en la cruz con dos clavos grandes en las manos. Con un clavo menor fué clavado el pie izquierdo sobre el derecho y luego con otro grande ambos pies al madero.

38. Jesús habló (después de la Resurrección) del misterio del Arca de la Alianza, declarando que ese misterio era ahora su Cuerpo y su Sangre que les había dejado en el Santísimo Sacramento.

39. Jesucristo baja cada Viernes Santo al Purgatorio para liberar a alguno de los que clamaron "¡Crucificadlo!", y fueron testigos de su muerte.

40. San José murió en Nazaret cuando Jesús tenía 30 años. No debía presenciar la Pasión, y no hubiera podido sostener la vista de la muerte de Jesús.

41. Veo con frecuencia que personas que son muy estimadas y honradas deberían estar encerradas en casas de locos.

42. Veo ángeles que promueven la prosperidad en ciertas regiones. Sus nombres me fueron dichos: Rafiel, Etofiel, Salatiel y Emanuel.

43. Cuando contemplo un cuadro general de la Iglesia veo también, entre el Oeste y el Norte, una región fría y profunda donde no hay ningún rayo de sol; me parece que desde allí se desciende al Infierno.

44. En el Cielo he visto a los santos agrupados según sus vínculos espirituales. Los religiosos estaban juntos, según su orden y congregación, más altos o más bajos, según sus méritos.

45. Todo cuanto el hombre piensa, dice y hace tiene alguna vida y continúa viviendo como obra buena o mala. Lo malo hay que remediarlo con la confesión y la penitencia; de otro modo continuarán las consecuencias del pecado sin término.

46. En el Purgatorio todo es incoloro, claro o más oscuro, según el grado de purificación; no hay allí naturaleza, ni árboles, ni frutos. Los lugares donde están las almas son según las culpas.

47. Por la parte de afuera me parece el Purgatorio como un baluarte oscuro, humeante, en forma de media luna. Por dentro tiene innumerables caminos que conducen hacia arriba o abajo, a espacios altos o profundos. Adentro todo es más espantoso.

48. Veo nuevos mártires, no de ahora, sino del futuro. Veo a las sociedades secretas combatir a la Iglesia.

49. Vi una bestia espantosa que salía del mar. Tenía cola de pez, melena de león, y muchas cabezas alrededor de una mayor que las otras, erizada, formando una corona; el hocico grande y de color rojo. Tenía manchas de tigre y andaba confiadamente entre los hombres enemigos de la Iglesia.

50. He visto un cuadro inmenso de misterios de la santa Misa. Todo la que había de santo, desde el principio del mundo, se refiere a ella. He visto la significación del círculo, de la forma redonda de la tierra y de los cuerpos celestes y de la hostia.

51. El Cenáculo, antiguamente mucho más espacioso, había sido habitaciones de las capitanes de David. El Arca de la Alianza estuvo allí. He visto a Malaquías aquí escribiendo profecías sobre la Misa. Esta casa quedó en pie en la destrucción de los Caldeos. Llegó a ser propiedad de Nicodemo y José de Arimatea.

52. El cáliz que los apóstoles llevaron de la casa de Verónica para la última Cena es un vaso misterioso. Lo he visto en casa de Abrahán y en poder de Melquisedec, que lo usó en el sacrificio de pan y vino.

53. La Luna es fría y rocosa, llena de montes altos y de profundas grietas y barrancos. Hay en ella aguas que se levantan y bajan.

54. En sus límites extremos veo lugares campestres, matas y bosquecillos en los cuales hay animales. Veo allí muchas formas semejantes a criaturas humanas que parecen huir de la luz y esconderse en las sombras. Lo veo especialmente en el centro de la Luna.

55. No todos los cuerpos celestes están habitados. Algunos sólo son jardines, recipientes que esperan recibir influencias, acciones y frutos especiales. Veo también en ellos ciertos lugares donde habitan almas que no son de cristianos, pero que han vivido bien. Tienen el presentimiento de que un día cambiará su situación.

56. El Sol recorre un camino elíptico de la forma de un huevo; es un astro benéfico, animado de espíritus benévolos. En su parte interior no es ardiente; es de color plácido; el calor y la luz nacen en su parte exterior. Es cándido, gracioso y estriado de bellos colores.

57. Muchos astros son cuerpos deshabitados que esperan futura habitación. Algunos son jardines y viveros de particulares frutos. La Tierra tiene todas las propiedades que hay en otros astros dispersos.

58. He visto que Adán fue creado en el lugar donde más tarde estuvo la ciudad de Jerusalén.

59. He visto surgir a Adán, luminoso y blanco, de una pequeña elevación de tierra amarilla, como saliendo de un molde. Era como nacido de la tierra, entonces virgen. Dios bendijo esta tierra y ella fué como su madre. Na salió de repente de la tierra; tardó algún tiempo en aparecer.

60. Yo veía una figura pequeña en su costado derecho y estuve persuadida de que era Eva, la cual fué sacada más tarde de Adán, por obra de Dios, cuando ya estaba en el Paraíso terrenal.

61. He visto en el Paraíso terrenal aguas, y en medio, una isla, y elevarse en ella el árbol de la vida, parecido a un cedro alto. Sus hojas eran delicadas y sus frutos amarillos colgaban de una vaina y se abrían como una rosa con sus pétalos. Blancas aves andaban en sus ramas.

62. El árbol de la ciencia del bien y del mal era un tronco escamado, como de palmera. Las hojas anchas nacían directamente del tronco y eran muy grandes, como suelas de zapatos. Las frutas colgaban, escondidas, en racimos de cinco, de donde sobresalía una; eran en forma de higos o peras.

63. El animal en que entró el demonio, era gracioso y halagador, liso y delgado; parecía no tener huesos; sus patitas traseras eran cortas y corría levantado sobre ellas. Tenía cola larga y cerca de la cabecita redonda tenía otras dos patitas cortas. Su mirada era halagadora y atrayente y su lengüita muy movible. Su color era blanco amarillento, algo gris arriba. Estaba siempre en torno de Eva.

64. Eva dió la fruta a Adán. Partida la fruta, he visto figuras adentro. Parecía que ellos llegaban a saber lo que les convenía ignorar. La parte interna estaba veteada de color de sangre.

65. Antes del pecado Adán y Eva eran muy distintos de lo que somos ahora. Con el gustar de la fruta prohibida tomaron formas en sí mismos y una realización de las cosas, y lo que antes había sido espiritual, se hizo carnal, cosa, instrumento y recipiente.

66. Cuando Dios arrojó a Adán y a Eva del Paraíso, he visto que, mientras nuestros padres se alejaban, el Paraíso se apartaba de la tierra; y lo veo como un mundo alejado de la tierra, cerca de donde sale el Sol.

67. He visto a Adán y a Eva detenerse cerca del lugar del Huerto de los Olivos, donde vivieron en penitencia y oración. La configuración del lugar era distinto; pero se me dijo que ese era el sitio.

68. No he visto antes del Diluvio grandes ríos, como el Jordán. Brotaban fuentes de agua, que los primeros hombres distribuían para regar el suelo.

69. He visto que Adán y Eva fueron enterrados en el monte Calvario y que la Cruz de Cristo fue plantada sobre la calavera de Adán.

70. He visto a Caín tomando la resolución de matar a Abel en el Huerto de los Olivos. Caín ya era un hombre con hijos, como también Abel. Abel fué muerto en el valle de Josafat.

71. La configuración de la tierra era diferente de lo que es ahora. Había más llanuras. Las montañas eran con laderas

suaves. He visto la cueva de Belén, aunque los alrededores eran distintos.

72. Los hombres eran de mayor estatura, pero no deformes. Los miraríamos ahora con admiración y agrado. Eran más perfectos en su estructura corporal.

73. He viso que Caín no está condenado; ha sido muy castigado durante la vida, no he visto nada malo de él después de su pecado.

74. He visto que no todos los ángeles fueron igualmente culpables: unos tuvieron un momento de duda y de indecisión; habitaron una montaña solitaria, que luego se hundió en el Diluvio, donde se formó el Mar Negro.

75. Tubalcaín fué inventor de varias industrias; era un gigante y fué padre de gigantes, que luego causaron el Diluvio con sus desórdenes. Estaban en comunicación con los demonios e hicieron maravillosas obras de construcción.

76. Henoch predicaba contra estos perversos. Ha escrito mucho. Alzaba altares y ofrecía sacrificios a Dios. Está en el Paraíso terrenal con Elías, de donde han de volver para predicar contra el Anticristo.

77. Los hombres antediluvianos no fueron viciosos por ignorancia y rudeza. Estaban provistos de todo y vivían cómodamente. Había bienestar general. Fueron malos por corrupción y malicia.

78. He visto la maldición de Noé sobre Canaán y Cam, como un vapor negro que entró en ellos; sus descendientes fueron de color negro en el Africa.

79. He visto que Nemrod, descendiente de Caín, fué el jefe de la torre de Babel. Después edificó a Babilonia. Más tarde fué adorado como dios, bajo el nombre de Belo, Bel, Baal.

80. El patriarca Heber no tomó parte en la edificación de Babel. Dios le dió el sagrado idioma hebreo. La lengua primitiva fué otra, que quedó mezclada en todos los demás idiomas.

81. Habían trabajado 35 años en la torre de Babel y apenas habían llegado al segundo piso cuando vino la confusión de ideas primero y luego de los idiomas.

82. He visto que desde los primeros tiempos los sacerdotes egipcios hacían toda clase de embrollos con la cronología para aparecer más antiguos de lo que son en realidad.

83. He visto muchas veces a Melquisedec en diversas épocas, y siempre como un ser superior y no como simple hombre. Fué un enviado, un ángel del orden sacerdotal. Lo he visto en Babilonia reprendiendo las crueldades de Semíramis.

84. El padre de Job se llamaba Jectán y era hermano de Faleg, hijos de Heber. Vivió por el tiempo de la torre de Babel, poco después. En la Biblia está nombrado Jobab, entre los trece hijos de Jectán.

85. La historia de Job la escribieron sus mayordomos Hai e Uis. Más tarde Moisés la arregló para consuelo de los israelitas. Salomón le dió la forma poética.

86. Después del sacrificio de Melquisedec con Abrahán no lo he vuelto a ver más. Concluyó su misión. Le dejó el cáliz con las copas a Abrahán, y es el cáliz que usó Jesús en la última Cena.

87. La escala de Jacob la he visto como un árbol genealógico que salía de Jacob hasta una flor en la cumbre, la Virgen Inmaculada, de la cual debía nacer Jesús.

88. La lucha del Angel con Jacob la he visto como que el Angel quería echar fuera de la tienda a Jacob, el cual volvía siempre al medio. Indica que los judíos volverán, aunque dispersos, a su centro: Palestina.

89. He visto que Asenet, que el Faraón dió como esposa a José, era hija de Dina con el Siquemita. Más tarde supo José que Asenet era su pariente próxima.

90. Zacarías y San Isabel vivían en Juta, cerca de Hebrón. He visto que Herodes mandó asesinar a Zacarías porque este no quería revelar donde estaba oculto el niño Juan Bautista.

91. He visto que San Lucas pintó varios cuadros de María. En la Iglesia Santa María Mayor se venera un cuadro que es copia. Veo que un original de San Lucas está oculto, con otras reliquias y escritos antiguos, en una de las seis columnas de la iglesia, en la del medio, a la derecha, mirando desde el altar.

92. Me dijo el Señor: "No supo el hombre que la serpiente que tentaba era Satanás; por eso no sabía Satanás que Cristo era Dios para salvar al hombre".

93. He visto que Jesús, en las bodas de Caná, se había encargado de proveer una parte del banquete, por medio de Lázaro, que estaba también allí; por eso dijo que no era su hora, el momento de proveer.

94. Después de la muerte de José, he visto que María y Jesús fueron a vivir a Cafarnaúm, en la casa de un piadoso israelita llamado Leví.

95. He visto que el niño que presentó Jesús como modelo de sencillez a sus apóstoles fué luego el santo mártir Ignacio, Obispo de Antioquía.

96. He visto que San Juan escribió su Apocalipsis no de seguido, sino en varios momentos, conforme iba teniendo las

visiones. Tres años antes de su muerte escribió su Evangelio, estando casi siempre en éxtasis.

97. Yo no he visto jamás personas, bajo la influencia del magnetismo, sin que se haya mezclado al menos una impureza carnal muy sutil. Siempre veo que sus visiones provienen de espíritus malignos que sirven de intermediarios.

98. Esta iglesia maldita (la francmasonería) es pura inmundicia, es la vaciedad y las tinieblas. Casi ninguno de los suyos conoce las tinieblas en las cuales trabaja.

99. He sabido que Lucifer debe ser soltado por algún tiempo cincuenta o sesenta años antes del 2000 de Cristo, si no me equivoco.

100. Fué voluntad de Dios dejar inciertos la muerte, el lugar de su sepultura y su Ascensión a los cielos en aquellos tiempos primitivos de creencias incipientes, para no dar motivo a que hicieran de la Madre de Dios una diosa, como había tantas en la mitología pagana.

TABLA ALFABETICA DE PERSONAS, LUGARES Y COSAS

(Los números arábigos indican la página, y los romanos, el tomo)

A

Abenador el Centurión, 316-IV.
Abgaro, rey de Edesa, 541-II.
Abigaíl, mujer de Filipo, 700-II. Abigaíl con Jesús, 702-II.
Abrahán, 72-II. Recibe el misterio, 78-II. Con Sara en Egipto, 320-II.
Absorta (la vidente) en Dios, 178-I.
Actos después de la Resurrección, 209-IV.
Adán y Eva (en la iglesia), 164-I. Creación de Adán y Eva, 12-II. Pecado, 18-II. Consecuencias del pecado, 18-II. Arrojados del Paraíso, 27-II. Familia de Adán y Eva, 28-II.
Agata, santa, 344-IV.
Agonía en Getsemaní, 41-IV.
Agustín, san, 376-IV.
Ayuda a pobres (de la vidente), 561-I.
Ayuda divina a la vidente, 252-I.
Ayuda a bien morir, 379-I.
Almas del Purgatorio, 175-I.
Almas de los Patriarcas, 226-IV.
Amigos de Jesús en la Pasión, 185-IV.
Ana en Belén, santa, 256-II. Sus ascendientes, 113-II. Ana y Joaquín, 117-II.
Anás y Caifás, 69-IV, 202-IV.
Anunciación de María, 181-II.
Andrés, apóstol, 287-IV.
Angel custodio, 173 y 184-I. Angeles, 351-I. Creación y caída de ángeles, 9-II. Angeles en visión, 428-IV.
Anillo nupcial de María, 178-II.
Animales, enfermedades, 197-I.
Año eclesiástico, 315-I.
Antepasados de la vidente, 183-I.
Anticristo, 613, 616, 618, 622-I.
Antonio de Padua, san, 289-I.
Aparición de Cristo, 182-IV. 225-IV.
Apocalipsis, 294-IV.
Apolonia, santa, 350-IV.
Apóstoles nuevos, 309-I. Apóstoles en Galilea, 233-IV. Apóstoles en Efeso, 272-IV. En Cafarnaúm, 387-III.
Aras sagradas,468-IV.
Arbol de la vida. Del bien y del mal, 17-II.

Arca de Noé, 36-II. Arca de la Alianza, 98-II. Misterio del Arca, 103-II.
Ascensión de Jesús, 241 y 245-IV.
Asenet, 87-II. Asenet en Egipto, 89-II.
Asunción de María, 278-IV.
Azarías de Atom, 455-III.

B

Babel, torre de, 48-II.
Bartolomé en Asia y Abisinia, 301-IV.
Benito, san, 218-I, 389-IV.
Bernabé, san, 307-IV.
Baile, 477-I.
Bálsamo, 215-I.
Bautismo de la vidente, 159-I.
Bautismo de paganos, 116-III.
Belén, viaje a, 201-II.
Bendición sacerdotal, 213-I.
Bibiana, santa, 306-I.
Bienaventuranzas, 397-III.
Bienes del mundo, 626-I.
Bilocación de la vidente, 171-I.
Bodas de Caná, 480-II, 486-II, 491-II.
Bonifacio, san, 287-I.
Brentano, Clemente, 221, 241, 258, 269, 625-I.

C

Cabellos de María, 451-IV.
Caídas de Jesús, 134 al 140-IV.
Caín y Abel, 131-II.
Caldeos, 180-IV.
Cáliz de la Cena, 19-IV.
Calvario (su nombre), 177-IV.
Campanas, 179-I.
Catalina, santa, 368-IV.
Catacumbas, 425-IV.
Catedral de Münster, 444-I.
Cecilia, santa, 260-I, 334-IV.
Celibato, 416-I.
Cena eucarística, 221-IV. En Betania, 235-IV. En el Cenáculo, 235-IV.
Cenáculo, 16-IV.
Centurión de Cafarnaúm, 602-II. Pagano, 75-III.
Cerdos de Gergesa, 145-III.
Cielo, 359, 360-I.
Ciencia vana, 456-I.
Cipriano, san, 322-IV. 353 IV.
Cirino de Chipre, 71-III.
Ciruelos (visión), 274-I.
Ciudades (dos), 323-I.
Coliseo, 420-IV.
Columba, santa, 393-IV.
Comida en casa de Isacar, 55-III.

Comunidad de los apóstoles, 239-IV.
Comunión de los apóstoles, 211-IV.
Comunión de los santos, 310-I.
Compasión de la vidente, 168-I.
Conde Stolberg, 487-I.
Condenación, 378-I.
Conducta de su padre, 182-I.
Concepción Inmaculada, 121-II, 130-II, 135-II.
Confesiones judaicas, 12-III.
Confesor, 207-I, 259-I.
Confirmación, 186-I.
Consagraciones secretas, 31-IV.
Consalvi, 422-I.
Consuelos de Jesús, 307-I, 308-I.
Constantino (su conversión), 469-IV.
Cordero, 275-I.
Cornelio (centurión), 91-III.
Corpus Christi, 282 al 295-I.
Coronación de espinas, 123-IV.
Cosas benditas, 448-IV.
Costado de Jesús, 163-IV.
Conversiones varias, 461 al 476-I, 15-III, 66-III.
Curaciones de Jesús, 618-II, 93-III, 133-III, 137-III.
Cuerpo de Cristo, 170-IV.
Cuerpos celestes, 356-I.
Clara de Montefalco, 387-I.
Clara de Asís, santa, 374-IV.
Clarividencia, 464-I.
Clemente Romano, 311-IV.
Creación, 161-I.
Creta, isla, 452-IV, 457-IV.
Cruz de Cristo, 195-I. Invención de la, 470-IV. Reliquia de la, 464-IV.
Cruz y lagar, 178-IV.

D

Declaraciones a Wesener, 208-I.
Dedicación, Fiesta de la, 29-III.
Defectos naturales, 181-I.
Demonio (asechanzas), 186-I, 202-I, 354-I, 355-I.
Derketo, 53-II.
Descendimiento de la Cruz, 167-IV.
Destino del hombre, 626-I.
Diáconos, los siete, 260-IV.
Diluvio, 36-II, 40-II.
Diócesis, 504-I.
Dionisio Areopagita, 324-IV.
Dirección de Dios, 167-I.
Director espiritual, 169-I.
Discordia, 267-I, 277-I.
Domingo de Ramos, 491-III.
Dorotea, santa, 348-IV.
Dsemschid, 44 y 47-II.

E

Ecce homo, 124-IV.
Eclipse de sol, 150-IV.
Efeso, Via crucis en, 269-IV.
Egipto, 328-I, 59-II, 61-II.
Elías, 709-II. Elías y Eliseo, 719-II.
Emaús, discípulos de, 212-IV.
Emerenciana, santa, 341-IV.
Emperador Augusto, 327-I.
Endemoniados, 349-II, 151-III.
Enfermos, 373 al 386-I, 123-III, 220-III, 222-III.
Enrique, san, 399-IV.
Epulón y Lázaro, 283-III.
Ermelinda, santa, 568-I.
Escapulario, 400-IV.
Escolástica, santa, 389-IV.
Escuela de Rebeca, 666-II, 669-II.
Esfera maravillosa, 437-III.
Esenios, 111-II, 214-III.
Espíritu Santo, 318-I.
Estado de la vidente, 333-I.
Estado de Jerusalén, 152-IV.
Estigmas, 201-I, 203-I,229-I.
Esteban, san, 365-IV.
Eucaristía, 28-IV.
Eulalia, santa, 352-IV.
Exaltación de la Cruz, 145-IV.
Examinadores de la vidente, 244-I, 248 al 265-I.
Expiaciones de la vidente, 235 al 258-I, 319-I.
Extasis (carácter) 170-I.

F

Familia Sagrada, 205 al 210-II, 275 al 288-II, 290 al 329-II.
Fariseos, 619-II, 58-III.
Felicitas, santa, 356-IV.
Felipe, apóstol, 304-IV.
Flagelación de Jesús, 112-IV.
Flor maravillosa, 215-I.
Francisca, santa, 262-I, Romana, 569-I, Chantal, 380-IV.
Francisco de Asís, 200-I.
Francisco de Borja, 399-IV.
Francisco de Sales, 608-I, 380-IV.
Frutos, significado de los, 394-I.

G

Gassner, Padre, 382-I.
Gertrudis, santa, 385-IV.
Gigantes, 32-II.
Giménez, cardenal, 457-IV.
Gracias del Señor, 205-I.
Gruta de Belén, 211-II.
Guardias del sepulcro, 184-IV, 201-IV.

H

Herejes y cismáticos, 433 al 443-I.
Herodes, 289-II, 655-II.
Hijas de Jerusalén, 139-IV.
Hipólito, san, 367-IV.
Huesos humanos, 415-I.
Hom, 42-II.
Hombres primitivos, 32-II.

I

Infestación de lugares, 180-I.
Iglesia, 281 al 432-I, 605 al 612-I.
Ignacio, san, 505-I, 312-IV.
Idolatría de Egipto, 91-II.
Iluminismo, 415-I.
Indulgencias, 626-I.
Infierno, 529-I,187-IV.
Inocentes, matanza de, 305-II.
Imagen de María, 214-I.
Inés, santa, 338-IV.
Isabel, santa, 294 al 313-II.
Isidro Labrador, san, 397-IV.
Isis y Osiris, 87-II.

J

Jacob, 80 al 94-II.
Jairo, hija de, 114-III.
Jefté, hija de, 685-II.
Jerónimo, san, 335-I.
Jerusalén, celeste, 255-I, 363-I, 623-I.
Jerusalén y su templo, 156-II, 161-II. Antigua, 165-IV. En la Pasión, 71-IV.
Jesucristo, (Hechos contenidos en el tomo II)
Nacimiento, 219-II. Anunciado a los pastores, 221-II. Anunciado en Jerusalén, en Roma, 223-II. Fecha del nacimiento, 227-II. Circuncisión, 233-II. Vida pública, 335-II. En Hebrón, Dotaim, Nazaret, 339-II. En Nazaret, 341-II. En Sidón y Sarepta, 343-II. En Betsaida y Cafarnaúm, 347-II. En Betulia, 350-II. En Kades y Jezrael, 352-II. Entre publicanos, 354-II. En Kisloth - Tabor, 355-II. En Kimki, 356-II. Con Eliud, 363-II. En Nazaret, 370-II. Se transfigura, 375-II. En Gofna, 377-II. En Betania, 381-II. Con Lázaro, 390-II. Bautismo, 412-II. Voz del Padre, 414-II. En Luz, 416-II. En Ensemés, 418-II. En el valle de los pastores, 423-II. En Masfa, 431-II. En Gigal, 438-II. En Corozaín, Aruma, Betania, 442-II. Ayuno en el desierto, 449-II. Tentaciones, 451 al 458-II. En el pináculo del templo, 459-II. Servido por ángeles, 461-II. En el Jordán, 463-II. En Silo, Kibzaim, Thebez, 470-II. En Cafarnaúm, 492-II. En Adumim y Nebo, 496-II. En Kasael. Hija de Jairo, 504-II. En Kislot - Tabor, 508-II. En Genebris, 506 y 657-II. En Sunem y Ulama, 512-II. En Cafarnaúm, 515-II. En Nazaret, 520-II. En Thirza, 522-II. Echa los mercaderes, 531-II. Celebra la Pascua; 533-II. En Tiro y Sidón, 543-II. En Sichar y Libnath, 546-II. En Adama, 552-II. En Seleucia, 560-II. En Berotha, 564-II. En Cafarnaúm y Gatefer, 568-II.En Betania, 575-II. En Betorón, 581-II. En Ginim, 594-II.

En Atharot, 597-II. En Enganim, 599-II. En Naim, 601-II. En Cafarnaúm, 605-II. En Betsaida, 608-II. En Betsaida, 614-II. En Séforis, 610-II. En Nazaret, 620-II. En Galaad, Gersa, 628-II. En casa de Pedro, 613 al 634-II. En Betsaida, 636-II. En Cafarnaúm, 638-II. Con la suegra de Pedro, 643-II. En Betulia, 645-II. En Jotapata, 651-II. En Dotaim, 652-II. En Abelmehola, 664-II. En Bezech, 671-II. Se declara Mesías, 675-II. En Ainón, 677-II. En Ramot - Galaad, 683-II. En Arga, 692-II. En Azo, 696-II. En Efrón, 699-II. En Abila, 706-II. En Gadara, 711-II. En Dión, 715-II. En Yogbeha, 721-II.

Jesucristo, (Hechos contenidos en el tomo III)

En Ainón, 9-III. En Acrabis y Silo, 18-III. En Korea, 20-III. En Ofra, 24-III. En Salén y Aruma, 26-III. Entre los pobres, 31-III. En Aser, 34-III. En casa de Obed, 35-III. En Meroz, 39-III. En Iscariot, 50-III. En Dothan, 52-III. En Endor, 59-III. En Abez y Dabrath, 63-III. En Gishala, 73-III. En Gabara, 80-III. En Megido, 103-III. En la barca, 117-III. En Gergesa, 149-III. En Bethanat, 159-III. En Elkese, 161-III. En Kirjataim, 165-III. En unas bodas, 171-III. En Azaroth, 173-III. En Gatefer, 179-III. En Kisloth y Nazaret, 180-III. En Tabor, 183-III. En Sunem, 185-III. En Tenath - Silo, 192-III. En Betorón, 197-III. Llora sobre Jerusalén, 199-III. En Juta, 201-III. En Hebrón, 205-III. Habla del Bautista, 206-III. En Libna y Betzur, 209-III. En Betania y Jerusalén, 219-III. En el templo, 224-III. En Lebona y Thirza, 225-III. En Cafarnaúm, 231-III. En Dan, 247-III. Camina sobre las aguas, 239-III. El Pan de vida, 242-III. En Gessur, 258-III. En Nobac, 260-III. En Gaulón, 261-III. En Cesarea de Filipo, 263-III. En Argot, 266-III. En Betania, 277-III. Con Lázaro, 281-III. En Atharot, 287-III. En Cafarnaúm, 297 y 379-III. En Gabara, 305-III. En la isla de Chipre, 310-III. En Salamina, 317-III. En casa de Jonás, 326-III. Con sabios paganos, 330-III. En Citrus, 335-III. Con Barsabas, 340-III. En Mallep, 345-III. Con los filósofos paganos 347-III. En unas bodas, 351-III. En la sinagoga, 359-III. Con los mineros, 363-III. En Cerinia, 366-III. Parte de Chipre, 371-III. En Betsaida, 390-III. En el país de los Magos, 415 al 461-III. En Heliópolis (Egipto), 466-III. En Sichar y Jericó, 473-III. En Betania, 480-III. En el templo, 486-III. Con Lázaro, 561-III.

Jesucristo, (Hechos contenidos en el tomo IV)

Preparación de la Pascua, 15-IV. El Cenáculo, 16-IV. Disposiciones para la Pascua, 18-IV. El Cáliz de la Cena, 19-IV. Va a Jerusalén, 21-IV. Ultima Cena, 23-IV. Lavatorio de los pies, 26-IV. Eucaristía, 28-IV. Consagraciones, 31-IV. Melquisedec, 34-IV. En el Monte de los Olivos, 41-IV. Judas, 58-IV. Prisión de Jesús, 61-IV. Precauciones de los enemigos, 69-IV. Ojeada sobre la ciudad, 71-IV. Delante de Anás, 74-IV. Tribunal de Caifás, 76-IV. Delante de Caifás, 78-IV. Ultrajes, 82-IV. Negación de Pedro, 84-IV. María, 86-IV. En la cárcel, 88-IV. Juicio de la mañana, 90-IV. Desesperación de Judas, 92-IV. Delante de Pilatos, 94-IV. Palacio de Pilatos, 96-IV. Interrogatorio, 98-IV. Vía crucis, 102-IV. Pilatos y su mujer, 103-IV. Delante de Herodes, 106-IV. De Herodes a Pilatos, 109-IV. Flagelación de Jesús, 112-IV. María en la flagelación, 115-IV. Infancia de José, 120-IV. Coronación de espinas, 123-IV. Ecce Homo, 124-IV. Reflexiones, 126-IV. Condenado a muerte 127-IV. Lleva la Cruz, 131-IV. Caídas de Jesús, 134-IV.

Simón Cireneo, 136-IV. Verónica, 137-IV. Hijas de Jerusalén, 139-IV En el Gólgota, 140-IV. María en el Calvario, 141-IV. Clavado en la Cruz, 143- IV. Elevado en la Cruz, 145-IV. Los dos ladrones, 146-IV. Palabras de Jesús, 149 al 156-IV. Muerte 156-IV. Temblor de tierra. Aparición de los muertos, 158-IV. José de Arimatea, 162-IV. Costado de Jesús, 163-IV. Jerusalén antigua, 165-IV. Descendimiento, 167-IV. El cuerpo de Cristo, 170-IV. En el sepulcro, 175-IV. Prisión de José de Arimatea, 176-IV. Calvario, 177-IV. La Cruz y el lagar, 178-IV. Visión anterior, 180-IV. Terremoto, 182-IV. Los guardias en el sepulcro, 184-IV. En el Sábado santo, 185-IV. Baja a los infiernos, 187,IV. Antes de la Resurrección, 191-IV. José en libertad, 192-IV. Resurrección, 193-IV. Mujeres en el sepulcro, 197-IV. Relación de los guardias, 201-IV. Después de la Resurrección, 209-IV. Comunión de los apóstoles, 211-IV. Emáus, 212-IV. Predican la Resurrección, 217-IV. Tomás toca las llagas, 221-IV. En el mar de Galilea, 225-IV. Las almas de los Patriarcas, 226-IV. Pesca milagrosa, 232-IV. Aparece a 500 discipulos, 233-IV. Cena en Betania, 235-IV. Destrozos en el Calvario, 236-IV. Dignidad de María, 237-IV. Comunidad cristiana, 239-IV. Antes de la Ascensión, 241-IV. Ascensión, 245-IV. Pentecostés, 250-IV. Iglesia de Bethesda, 252-IV. Primera Misa, 258-IV. Los diáconos, 260-IV. María con Juan en Efeso, 264-IV. Via crucis en Efeso, 269-IV. Llegan apóstoles a Efeso, 272-IV. Tránsito de María, 275-IV. Asunción de María, 278-IV.
José, beato hermano, 396-IV.
José en Egipto, 86 al 95-II.
José, san, 171-II, 174-II, 196-II, 329-II, 120-IV.
José de Arimatea, 162-IV, 176-IV, 192-IV.
Job, 68-II, 317-II.
Joaquín, san, 328-I, 101-II, 124-II, 128-II.
Juan Bautista, 163-I, 391 al 410-II, 187-III, 211-III, 234-III.
Juan Evangelista, 296-IV. En el Asia, 291-IV. En Roma, 291-IV.
Judas Iscariote, 45-III, 58-IV, 92-IV.
Judas Tadeo, 303-IV.
Judío convertido, 554-II, 293-IV. Compasión por judíos, 174-I.
Juegos del Sábado, 69-III.
Juicio de Jesús, 90-IV. De las almas, 505-I.
Justina, santa, 322-IV.

L

Ladrones, 146-IV.
Laicisbo y realismo, 451-I.
Lamberto con Brentano, 266-I, 269-I.
Lanza, santa, 463-IV.
Lavatorio de los pies, 26-IV.
Lázaro. 336-II, 567-II, 410-III, 309-IV.
Lecciones de su Madre, 181-I.
Leprosos, 374-II, 625-II, 107-III.
Libro maravilloso, 192-I.
Lignum crucis, 218-I.
Limbo, 361-I, 503-I.
Longinos, 314-IV.
Loreto, casa de, 181-II.

Lorenzo, san, 365-IV.
Lucas, san, 305-IV.
Lugares sagrados, 236-IV.
Luis de Francia, san, 297-I.
Luis XVI, su muerte, 174-I.
Llagas del Señor, 620-I.

M

Magdalena y Marta, 77-III, 82-III, 86-III, 173-III, 497-III, 510-III. En Francia, 309-IV.
Magdalena de Hadamar, 386-IV.
Magnificat, 192-II.
Magos, Reyes, 226-II, 236 al 273-II, 440 al 458-III.
Magnetismo, 459-I, 466-I.
Mambre, bosque de, 203-III.
Mar Rojo, 355-III.
Marcelo, san, 443-IV.
Marcos en Roma, san, 304-IV.
María de Sufán, 679-II.
María de las Nieves, 403-IV.
María Santísima, 208-I, 220-I, 324 al 340-I, 633-I, 136 al 169-II, 206-II. 250-II, 388-II, 528-II, 86, 115, 141, 237, 264, 269, 275-IV.
Marta, 309-IV.
Mártir, niño, 435-IV.
Mártires santos, 418-IV.
Masonería, 615-I.
Mateo en Etiopía, 304-IV.
Matrimonios mixtos, 457-I.
Melquisedec, 62-II, 75-II, 35-IV.
Mensajeros al Bautista, 56-III. De la Sinagoga, 125-III.
Mesías, anuncios, 132-II.
Mensor, Rey Mago, 442-III.
Miguel, san, 607-I.
Misa, 277-I, 299-I, 300-I 302-I, 258-IV.
Misión de los Apóstoles, 156-III.
Misterios del Antiguo Testamento, 359-II. De la fe, 176-I.
Monedas, 219-I.
Monjes futuros, 321-I.
Monte de los Profetas, 583-I.
Muerte de Jesús, 156-IV.
Muertos resucitados, 158-IV.
Muerte de los ladrones, 163-IV.
Mujeres en el sepulcro, 197-IV, 578-II.
Mujer de Pilatos, 103-IV.
Multiplicación de panes, 236-III, 269-III.
Mundo de iniquidad, 159-I.

N

Nacimiento de Jesús, 325-I, 219-II.
Napoleón I, 401-I.
Naufragio, libra de un, 558-I.

Nazaret, Casa de, 179-II, 199-II.
Negación de Pedro, 84-IV.
Nicodemo, 317-IV.
Nicóstrato, san, 331-IV.
Niño Jesús, 162-I.
Noé, 35-II, 38-II.
Noche de Resurrección, 191-IV.
Nombre de María, 628-I.

O

Obediencia, 186-I.
Objetos sagrados, 198-I, 219-I.
Oración, 161 al 199-I, 365 al 436-I, 397-III.
Ordenaciones, 296-I.

P

Palabra de Jesús, 149 al 156-IV.
Palacio de Pilatos, 96-IV.
Papa, 402 al 409-I, 416 al 426-I.
Parábolas de Jesús, 558-II, 579-II, 97-III.
Paraíso Terrenal, 588-I.
Pascua, Preparación a la, 15-IV, 18-IV, 23-IV.
Pastores en la gruta, 223-II.
Patriarcas, 32-II.
Paula, santa, 388-IV.
Pasión de Cristo, 631-I.
Pascual, san, 353-IV.
Pecados ocultos, 470 al 478-I.
Pedro y apóstoles, 474-II, 274-III, 232-IV.
Pentecostés, 250-IV, 355-III.
Perpetua, santa, 356-IV.
Pesca milagrosa, 232-IV, 128-III.
Pío VII, 427-I.
Piscina de Bethesda, 252-IV.
Porciúncula, 402-IV.
Purgatorio, 491 al 526-I.
Plácido y Donato, 445-IV.
Planta y animales, 178-I.
Predicación de los apóstoles, 217-IV.
Primera Pascua, 524-II.
Premios y castigos eternos, 479 al 489-I.
Pretendiente falso, 413-I.
Prisión de Jesús, 61-IV.
Prójimo (compasión con el) 161-I.
Prusia y Rusia, 411-I.

R

Redención, 533-I, 25-II.
Reflexiones sobre la Pasión, 126-IV.
Reino de Dios, 621-I.
Remedios sobrenaturales, 197-I.

Reprensión de la Virgen, 194-I.
Resurrección de Jesús, 195-IV.
Reyes y obispos en el Purgatorio, 507-I.
Reliquias, 214-I. De María, 466-IV, 464-IV, 461-IV, 452-IV. De San Benito, 447-IV. De San Lucas, 446-IV. De Santa Marcela, 443-IV. De Santa Afra, 442-IV. De Münster, 439-IV. En una Cruz, 430-IV. Varias, 427-IV. De San Ignacio, 424-IV. Robadas, 423-IV. Desconocidas, 417-IV. De Suiza, 417-IV. De Lázaro, Marta y Magdalena, 415-IV. De San Pedro, 415-IV. Abandonadas, 413-IV. Olvidadas, 411-IV. Enterradas, 409-IV.
Rin superior, 446-I.
Roma (la cátedra), 287-IV.
Rosario, 369-I.
Roseri - Rave, 272-I.

S

Sábado (festividad), 204-II, 231-II.
Sacerdocio, 91-II, 539 al 543-I.
Sacrificios de Noé, Moisés, 301-I
Samaritana, 583-II, 592-II.
Sangre de sus estigmas, 218-I.
Sangre de Cristo, 451 al 462-IV.
Satanás, 237-I, 627-I.
Santiago el Mayor en España, 288-IV.
Santos del cielo, 497-I.
Saturnino, 307-IV.
Saúl, 64-III.
Sectas, 316-I.
Sedes vacantes, 448-I.
Ségola y Moisés, 95-II.
Semíramis, 319-I, 57-II, 415-IV.
Sepulcro de Jesús, 175-IV.
Sermón de la montaña, 131-III, 139-III.
Serobabel, 610-II.
Simeón (su muerte), 285-II.
Simón, apóstol, 303-IV.
Simón Cireneo, 136-IV.
Simón Zabulón, 84-III.
Sinagoga de Cafarnaúm, 111-III.
Sirofenisa, 250-III.
Socorro en peligros, 261-I.
Söntgen, organista, 195-I.
Sufrimientos, 173-I, 208-I, 267-I, 278-I.
Susana, santa, 319-IV.

T

Taberáculos, Fiesta de los, 11-III.
Temblor de tierra, 158-IV.
Tempestad calmada, 121-III.
Templarios, 181-I.

Templo, 504-III, 507-III.
Teoctista, santa, 333-IV.
Teresa, santa, 308-I.
Tierra, creación de la, 12-II.
Tierra Santa, 331 al 348-I.
Timoteo, san, 307-IV.
Tomás de Aquino, 396-IV.
Tomás apóstol, 55-III, 201-IV, 297-IV.
Tubal, 41-II.
Tumbas paganas, 166-I.
Trabajos espirituales, 889 al 400-I.
Transfiguración, 292-III.
Treslado de la vidente, 211-I.
Tribulaciones, 210-I.
Tribunal de Caifás, 76-IV.
Trinidad Santísima, 281 y 292-I.

U

Uberto, san, 383-IV.
Ursula y compañeras, 325-IV.

V

Valburga, santa, 393-IV.
Vallado de espinas, 276-I.
Verónica, 137-IV, 317-IV.
Vestido de la vidente, 167-I.
Vía Crucis, 102-IV. De Kösfeld, 167-I.
Viaje a Egipto y Abisinia, 569 al 580. A Einsiedeln, 261-I.
Visiones varias, 155 al 158-I, 220 al 231-I, 245-I.
Visitación de María, 185-II. De Zacarías, 189-II.
Viuda de Naím, 98-III. De Lais, 47-III. Ofrenda de la viuda, 502-III.
Vocación de la vidente, 189 al 196-I.
Vocación de Pedro, 120-III.
Vuelta al sepulcro, 176-IV.
Viajes, 543 al 548-I. A Venecia, A Milán, etc., 549-I. A Chipre, 550-I. A París, 552-I. A España, 553-I. A Irlanda, Inglaterra, 555-I. A Suecia, Noruega, Rusia, 556-I. A Persia, Egipto, Abisinia, Sicilia, 556-I. A Palestina, 557-I, 560-I. A Cerdeña, 562-I. A Siracusa, 568-I. A Sicilia, 563 y 567-I. A Palermo, 564-I. A Siam, 566-I. A Paderborn, 567-I.

Z

Zacarías, 275-II, 313-II.
Zaqueo, 413-III.

INDICE

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

(Continuación)

Introducción 9

EPOCA DECIMA

Institución de la Sagrada Eucaristía

Prólogo 13

Capítulo I. - Preparación de la Pascua 15
„ II. - El Cenáculo 16
„ IÍI. - Disposiciones para el tiempo pascual 18
„ IV. - El cáliz de la santa Cena 19
„ V. - Jesús va a Jerusalén 21
„ VI. - Ultima Pascua 23
„ VII. - El lavatorio de los pies 26
„ VIII. - Institución de la sagrada Eucaristía 28
„ IX. - Instituciones secretas y consagraciones 31
„ X. - Noticia sobre Melquisedec 34

EPOCA UNDECIMA

La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Prólogo 39

Capítulo I. - Jesús en el Monte de los Olivos 41
„ II. - Judas y los suyos 58
„ III. - Prisión de Jesús 61
„ IV. - Medidas que toman los enemigos de Jesús 69
„ V. - Ojeada sobre Jerusalén 71
„ VI. - Jesús delante de Anás 74
„ VII. - Tribunal de Caifás 76
„ VIII. - Jesús delante de Caifás 79
„ IX. - Nuevos ultrajes en casa de Caifás 82
„ X. - Negación de Pedro 84
„ XI. - María en casa de Caifás 86
„ XII. - Jesús en la cárcel 88
„ XIII. - Juicio de la mañana 90
„ XIV. - Desesperación de Judas 92

Capítulo	XV.	- Jesús conducido a presencia de Pilatos	94
„	XVI.	- Palacio de Pilatos y sus alrededores	96
„	XVII.	- Jesús delante de Pilatos	98
„	XVIII.	- Origen del Vía Crucis	102
„	XIX.	- Pilatos y su mujer	103
„	XX.	- Jesús delante de Herodes	106
„	XXI.	- Jesús conducido de Herodes a Pilatos	109
„	XXII.	- Flagelación de Jesús	112
„	XXIII.	- María durante la flagelación de Jesús	115
„	XXIV.	- Interrupción de las figuras de la Pasión	116
„	XXV.	- La infancia de San José interrumpe las visiones de la Pasión	120
„	XXVI.	- Coronación de espinas	123
„	XXVII.	- Ecce Homo	124
„	XXVIII.	- Reflexiones sobre estas visiones	126
„	XXIX.	- Jesús condenado a muerte de cruz	127
„	XXX.	- Jesús lleva su Cruz	131
„	XXXI.	- Primera caída de Jesús debajo de la cruz	134
„	XXXII.	- Segunda caída de Jesús debajo de la cruz	134
„	XXXIII.	- Simón Cireneo. Tercera caída de Jesús	136
„	XXXIV.	- Verónica y el sudario	138
„	XXXV.	- Cuarta y quinta caídas de Jesús. Las hijas de Jerusalén	139
„	XXXVI.	- Jesús sobre el Gólgota. Sexta y séptima caídas	140
„	XXXVII.	- María y sus amigas van al Calvario	141
„	XXXVIII.	- Jesús desnudo y elevado en la cruz	143
„	XXXIX.	- Exaltación de la Cruz	145
„	XL.	- Crucifixión de los ladrones	146
„	XLI.	- Jesús crucificado y los dos ladrones	148
„	XLII.	- Primera palabra de Jesús	149
„	XLIII.	- Eclipse de sol. Segunda y tercera palabras de Jesús	150
„	XLIV.	- Estado de la ciudad y del templo. Cuarta palabra de Jesús	152
„	XLV.	- Quinta, sexta y séptima palabras. Muerte de Jesús	156
„	XLVI.	- Temblor de tierra. Aparición de los muertos ..	158
„	XLVII.	- José de Arimatea pide a Pilatos el cuerpo de Jesús	162
„	XLVIII.	- Abertura del costado de Jesús. Muerte de los ladrones	163
„	XLIX.	- Algunas localidades de la antigua Jerusalén ..	165
„	L.	- Descendimiento	167
„	LI.	- El cuerpo de Jesús embalsamado	170
„	LII.	- Jesús metido en el sepulcro	175
„	LIII.	- Vuelta del sepulcro. José de Arimatea preso ..	176
„	LIV.	- El nombre del Calvario	177
„	LV.	- La Cruz y el lagar	178
„	LVI.	- Extracto de una visión anterior	180
„	LVII.	- Terremoto y apariciones a la muerte de Jesús .	182
„	LVIII.	- Los judíos ponen guardia en el sepulcro	184
„	LIX.	- Los amigos de Jesús el Sábado santo	185

Capítulo LX. - Jesús baja a los infiernos 187
„ LXI. - La noche antes de la resurrección 191
„ LXI. - José de Arimatea puesto en libertad 192
„ LXIII. - La noche de la resurrección 193
„ LXIV. - Resurrección del Señor 195
„ LXV. - Las santas mujeres en el sepulcro 197
„ LXVI. - Relación de los guardias del sepulcro 201
„ LXVII. - Fin de estas meditaciones para la Cuaresma .. 202

EPOCA DUODECIMA

Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima

Introducción 207

Capítulo I. - Primeros actos de culto después de la Resurrección 209
„ II. - La Comunión de los apóstoles 211
„ III. - Los discípulos de Emaús 212
„ IV. - Los apóstoles predican la Resurrección 217
„ V. - Segunda celebración de la Cena eucarística. Tomás toca las llagas de Jesús 221
„ VI. - Jesús aparece a sus apóstoles en el mar de Galilea 225
„ VII. - Las almas de los Patriarcas en torno de Jesús 226
„ VIII. - Jesús con las almas de los Padres en el Paraíso terrenal 231
„ IX. - Pedro y los apóstoles después de la pesca milagrosa 232
„ X. - Jesús aparece a quinientos discípulos 233
„ XI. - Cena en Betania y en el Cenáculo 235
„ XII. - Destrozos y obstáculos en los lugares sagrados 236
„ XIII. - Grandeza y dignidad de la Virgen Santísima .. 237
„ XIV. - Crecimiento de la comunidad 239
„ XV. - Los postreros días antes de la Ascensión 242
„ XVI. - La Ascensión de Jesucristo a los cielos 245
„ XVII. - El sagrado día de Pentecostés 250
„ XVIII. - La iglesia en la piscina de Bethesda 252
„ XIX. - Pedro celebra la primera Misa en el Cenáculo 258
„ XX. - Ordenación de los siete diáconos 260
„ XXI. - María Santísima se retira con San Juan a Efeso 264
„ XXII. - El Vía crucis de María en Efeso. Visita a Jerusalén 269
„ XXIII. - Llegada de los apóstoles para la muerte de María 272
„ XXIV. - Tránsito y sepultura de María 275
„ XXV. - La gloriosa Asunción de María Santísima 278

Quinta Parte

VISIONES DE LOS APOSTOLES, DE LOS MARTIRES Y DE LOS SANTOS

Introducción 285

Capítulo I. - Visiones de los apóstoles 287
„ II. - Visiones de los mártires 314
„ III. - Visiones de los santos 374

Sexta Parte

RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

Introducción 407

Capítulo I. - Discernimiento de las sagradas reliquias 409
„ II. - Reliquias de Jesucristo y de su Madre Santísima 451

APENDICE

Cien admirables revelaciones de Ana Catalina Emmerick 475
Tabla alfabética de personas, lugares y cosas 485

©FUNDACIÓN
JESÚS DE LA MISERICORDIA
Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I.
E-Mail: jesusmi@quik.com.ec
Quito-Ecuador

FVT
LIBRERÍA FIAT VOLUNTAS TUA INC.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-Mail: fiatvtua@bellsouth.net